Biblioteca
de la



LA TIERRA

Y

SUS HABITANTES

T. 69883
C. 72022653


ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO-EDITORIAL
BARCELONA

LA TIERRA

Y

SUS HABITANTES

VIAJE PINTORESCO Á LAS CINCO PARTES DEL MUNDO

POR LOS MAS CELEBRES VIAJEROS

MAGNÍFICA Y PROFUSA ILUSTRACION DE GRABADOS INTERCALADOS EN EL TEXTO

Y LÁMINAS APARTE

TOMO PRIMERO

BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE CASANOVA, NÚMERO 8

1878

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

821859



Ruinas de San Cárlos (California)

LA CONQUISTA BLANCA

POR M. WILLIAM HEPWORTH DIXON

I

SAN CÁRLOS

¡Ruinas! Un monton de piedras en un país pantanoso, una espesura de espinos, tristes arboledas, una cúpula derribada, vigas desnudas, muros derruidos, y un santuario desierto, donde penetran el viento y la lluvia: ¡tales son los restos poéticos de lo que fué en otro tiempo un claustro y una iglesia!

Un vasto campo cubierto de maleza, y cerrado por un muro de ladrillos corroidos por los ardores del sol, rodea el templo y señala los límites con su línea sombría. Allí no circula ningun sér humano, ni se oye la voz del hombre: algun buho produce á intervalos un lúgubre grito; percíbese tambien el roce del lagarto que se desliza entre las yerbas; y el topo abandona su guarida y corre por el terreno sin oir jamás los ladridos de los perros ó los relinchos de los caballos. Muy cerca de allí, las olas del mar van á morir en un banco de arena; y á los gritos de las gaviotas y de los cormoranes, posados sobre una roca al pié de la costa brava, contestan los aullidos de los leones marinos que se disputan sus hembras; pero todas las misteriosas voces de la naturaleza parecen alimentar el silencio, haciendo mas tristes aquellas soledades.

Deteneos para mirar, y vereis una escotadura de la costa del Pacífico, comprendida entre las alturas del Monte Toro y del Pinar Grande; cuadro espléndido y poético á la vez. La vista percibe bellezas naturales; y óyense nombres santos y desconocidos.

De la sierra se destaca un espolon cubierto de encinas y de pinos, el cual termina bruscamente en las rocas que erizan la costa. Algun peregrino español ha dado á esta proyeccion el nombre de cadena del Carmelo, y al pequeño puerto que allí se ve, bahía del Carmelo; el pico que se eleva frente al Pinar Grande es el monte Carme-

lo; el cabo mas avanzado es la punta del mismo nombre.

Al norte de la sagrada cadena, pero corriéndose junto á ella, desciende del Monte Toro un espolon menos alto; su pendiente es mas suave, los bosques que le cubren menos majestuosos, y á las cadenas y á los pinos sustituyen los laureles y otros arbustos.

Entre las dos series de colinas se extiende un pequeño valle surcado por una corriente que los antiguos peregrinos llamaron *Rio Carmelo*.

Este valle tiene el aspecto que pudiera desear un pintor: aquí es el terreno bajo y seco; mas allá hay una línea de rocas y rampas cubiertas de césped; en otro sitio, vense tallares semejantes á jardines y armoniosas cascadas; mas léjos en fin, se distinguen montecillos coronados de cipreses, un rio de límpidas aguas, pendientes verdosas, y el azulado mar que cierra el horizonte.

A nuestros piés, en una depresion del terreno, medio sepultadas bajo las plantas del bosque, pero dominando aun la montaña y el mar, yacen las piedras rotas y las vigas corroidas de San Cárlos, iglesia de Franciscanos construida por Pieles Rojas indígenas, bajo la direccion de una compañía de monjes españoles. Estos santos hombres, individuos que tomaron parte en la primera Conquista Blanca en la vertiente del Pacífico, llevaron á este rincon del mundo la antorcha del Evangelio, con la esperanza de convertir y salvar algunos de los restos de una tribu salvaje y desconocida.

Despues de haber atado nuestros *mustangs* (caballos indígenas) á una fuerte estaca, dejando nuestros perros para vigilarlos, franqueamos la cerca de ladrillos para penetrar en el recinto sagrado, tan sagrado ahora, á pesar de su ruina y desolacion, como cuando santos personajes paseaban la cruz y el estandarte de la fe, y resonaban en el coro los cantos del *Angelus* y de las vísperas.

Aquel terreno ennegrecido exhala un olor aromático: á cada paso hollamos las plantas de la salvia y del tomillo; aquí crecen abundantemente todas las yerbas odoríferas.

A lo largo de la cerca exterior se extienden los restos de una escuela y de un bastion, de una casa y de un hospital: los montones de ruinas que hay en el mar de Galilea no ofrecen un aspecto mas desolado. Las chozas de piedra donde vivian los Pieles Rojas, ó rezaban los monjes cristianos, no conservan ya sino las cuatro paredes, tapizadas de plantas y coronadas de musgo. Algunos centenares de indígenas habitan en este recinto, del cual no queda ya mas que un monton de tierra. Las paredes se destruyen rápidamente; el sol las reduce á polvo, y las lluvias del invierno las convierten en barro. Dentro de poco tiempo las buscarán inútilmente los amantes del pasado.

San Cárlos es una iglesia construida con malos materiales, al estilo mejicano, tan rudo como vistoso: nada choca en la construccion ni en cuanto la rodea; pero un edificio sagrado es siempre solemne; y un arco roto inspira tanto sentimiento como el epitafio de un amigo. Si no conmueve el aspecto de San Cárlos, es porque se recuerda que se están viendo las ruinas de una iglesia india.

No hay puerta que cierre la entrada de la nave, ni verja para proteger las gradas del altar: una parte del techo descansa en sólidas vigas; el resto se ha hundido, contribuyendo á llenar de escombros la nave y el santuario. Nadie parece inquietarse por ello: nos abrimos paso á través de las piedras, haciendo salir á las ardillas de sus agujeros, y á las aves nocturnas de sus nidos.

En las paredes y en la bóveda hay algunos vestigios de pinturas murales, y varios ex-votos como los que se ven en las iglesias de Castilla.

Una puerta ruinosa, casi reducida á polvo, oculta la sacristía: está reforzada por una sólida clavija de madera, lo cual permite suponer que alguna alma piadosa se cuida todavía de la antigua iglesia.

Y esto es verdad; un jefe Rumsen, el viejo capitan Cárlos, va una vez al año para aplanar las piedras caidas, y evocar al mismo tiempo sus recuerdos.

Apenas se abre la puerta de la sacristía da paso á un rayo de luz y una corriente de aire: apoyada contra la pared se ve una mesa desmantelada; sobre ella hay un cuadro al óleo de la triste escuela de santidad española, una Vírgen del Cármen medio borrada, en frente de la cual se ostenta un Cristo mas borrado aun; abundan las ofrendas de los campesinos, cubiertas de negro polvo, y entre ellas llama la atencion un ramo de hojas de árbol y un rosario de flores de papel.

Por el suelo y las paredes pululan legiones de séres inmundos y ofende el olor de la humedad, por lo cual nos apresuramos á volver al santuario, dejando á Nuestra Señora del Monte Carmelo en aquel antro tenebroso, cercada por las arañas, los cien-piés, las hojas de árbol y las flores artificiales.

II

Indios de las Misiones.—Su conversion.—Servicios prestados por los Padres.—Dispersion y ruinas

Si monjes y sacerdotes han abandonado los altares de San Cárlos, cediéndolos á los lagar-

tos y á los buhos, algunos de aquellos á quienes convirtieron han permanecido fieles á su fe.

Una partida de mejicanos, portadores de órdenes judiciales, apoyadas por carabinas, expulsaron al hermano José María, prior de los monjes del Carmelo; pero ni las órdenes ni las carabinas bastaron para desterrar al «capitan Cárlos,» el patriarca del campo del Carmelo.

Mas respecto al hermano José María, la mision de los libertadores era fácil; tratábase solo de cerrar la iglesia, dispersar á los monjes, y ocupar los campos y verjeles.

En cuanto al jefe indígena, no se podia emancipar á su tribu ni aniquilar las enseñanzas de sus sacerdotes, ni arrojarle del santuario de su santo patron.

Cediendo á la fuerza, el hermano José María se retiró á Méjico, donde aprendió á servir en un nuevo altar, perdiendo el recuerdo de su mision en la bahía del Carmelo.

Aferrado á su fe con todo el ardimiento de un nuevo convertido, el capitan Cárlos no abandonó á sus antiguos penates, ni quiso reconocer otro templo, conservándose así fiel al santo cuyo nombre lleva. Así para él, como para los individuos que aun existen de su tribu, San Cárlos es un poderoso jefe; y el pórtico de su iglesia, la entrada del país de las almas.

Aquel patriarca indio asegura haber cumplido ciento veinticinco años, pretension de longevidad bastante comun en el país: en todo pueblo se habla de centenarios, y en muchos anales se registran nombres de individuos que vivieron ciento veinte años: algo hay de verdad en estos datos y en estas tradiciones.

En estos países el aire es suave, el alimento sano y la vida tranquila; en el estío no hay esos calores ardientes que abrasan la piel, ni en el invierno esos frios que hielan la sangre; aquí no se conoce la revolucion de las estaciones; reina una primavera perpetua; el invierno es un mes de mayo; y no hay mas verano que el mes de junio.

La vejez es un honor entre los indígenas; un jefe lleva su corona de años con tanto orgullo como los grandes árboles. Por el aspecto del patriarca no es posible adivinar su edad; si su mirada conserva toda su viveza y brillo, la cabeza está en cambio calva, el rostro surcado de profundas arrugas y la piel floja: la vida parece estar pendiente de un hilo de los mas ténues. Durante el verano permanece en los bosques y en el invierno pasea al rededor de las granjas. Conocido de todos los colonos, seguro es que no padecerá hambre: aun puede tender un lazo y lanzar un hacha arrojadiza; pero el pobre anciano se conserva tan salvaje, que prefiere mendigar á robar, y hacer esto último antes que trabajar. Anciano, aunque poco venerable, sitúase delante de las tabernas é implora de los extranjeros un vaso de aguardiente; su pasion por los licores espirituosos parece ser lo único que ha sobrevivido á sus ciento veinticinco años.

Es necesario tomar al indio por lo que es, por un resto de la naturaleza, como el altar de San Cárlos lo es del arte. Mediante una peseta, la cual gasta en beber, referirá su historia, que es al mismo tiempo un fragmento del romancero de su tribu.

Jóven aun cuando los españoles llegaron por primera vez á Monterey, el capitan Cárlos presenció el desembarco de los monjes que tenian por jefe al hermano Junípero Serra, y de las tropas de D. José Rivera. Los españoles habian establecido ya una mision en San Diego, y avanzaban lentamente en direccion á la Puerta de Oro; pero ningun indio del Carmelo habia visto hasta entonces el rostro de un blanco.

Los monjes erigieron una cruz; las tropas enarbolaron una bandera; entonóse un salmo, y se hicieron salvas de artillería: los recien llegados pretendian que aquellas eran ceremonias del pueblo en honor de Dios, del país y del rey de España.

Aquellos extranjeros construyeron un fuerte en la colina, sobre el sitio donde se habia plantado la cruz; rodeáronle de muros, y le guarnecieron de cañones, entre los cuales se paseaban centinelas dia y noche.

Así como todos sus congéneres de la vertiente del Pacífico, los Pieles Rojas eran un pueblo pacífico y pusilánime; alimentábanse de bellotas, de raíces arrancadas de la tierra, y de peces cogidos en los estanques; algunos individuos, mas intrépidos, atrevíanse á perseguir al zorro y tenderle lazos, porque á los hombres les gustaban mucho las pieles, y no era posible obtenerlas sin audacia. Su traje, excepto el de los jefes, se componia tan solo de un pedazo de tela anudada á la cintura; y adornaban su cabeza con una pluma; pero de cada veinte individuos, solo uno podia permitirse este lujo.

Las mujeres iban casi desnudas: su vestimenta de verano se reducia á unas enagüillas de yerbas, y la de invierno á un pedazo de piel casi seca. En cuanto á los niños no llevaban absolutamente nada. El sentimiento del pudor era tan desconocido en una choza india como en una colonia de focas.

Estos tímidos salvajes habitaban en chozas de paja. Agrupados en los bosques como manadas

de gamos, lavábanse rara vez, y no se peinaban nunca: reducíase toda su coquetería á pintarse ligeramente. Las mujeres practicaban esta operacion en el rostro, el cuello y el pecho. Alimentábanse de orugas y gusanos, para salir del dia, sin inquietarse por el siguiente.

Cierto dia, el capitan Cárlos vió á un grupo de monjes franquear la cadena que domina á Monterey, y plantar una cruz en el terreno perteneciente á su tribu.

La cruz parecia ser el totem (1) del hombre blanco; y no se veia solo aquel emblema, sino



Indios de la Mision —De una fotografía

que cada uno de los padres llevaba pendiente del cuello una crucecita que aproximaba con frecuencia á sus labios.

Los padres erigieron un altar cubriéndole con un paño; y aunque el sol brillaba esplendoroso, encendieron cirios. Despues desplegaron una bandera, en la cual veíase la efigie de una hermosa mujer blanca; dijeron que era la madre de un poderoso príncipe, que en un país situado mucho mas allá del mar habia sido crucificado para salvar las almas de los hombres. Y entonaron un salmo, que á los oidos de aquellos hijos de los bosques resonó como un cántico de la tierra de los espíritus.

Al principio se mantuvieron los indios separados: aquellos extranjeros habian cruzado los mares como las aves, é ignorábase de dónde venian.

Y sin embargo, cuando los padres expusieron el retrato de aquella hermosa mujer, dejando oir la música de la tierra de los espíritus, los

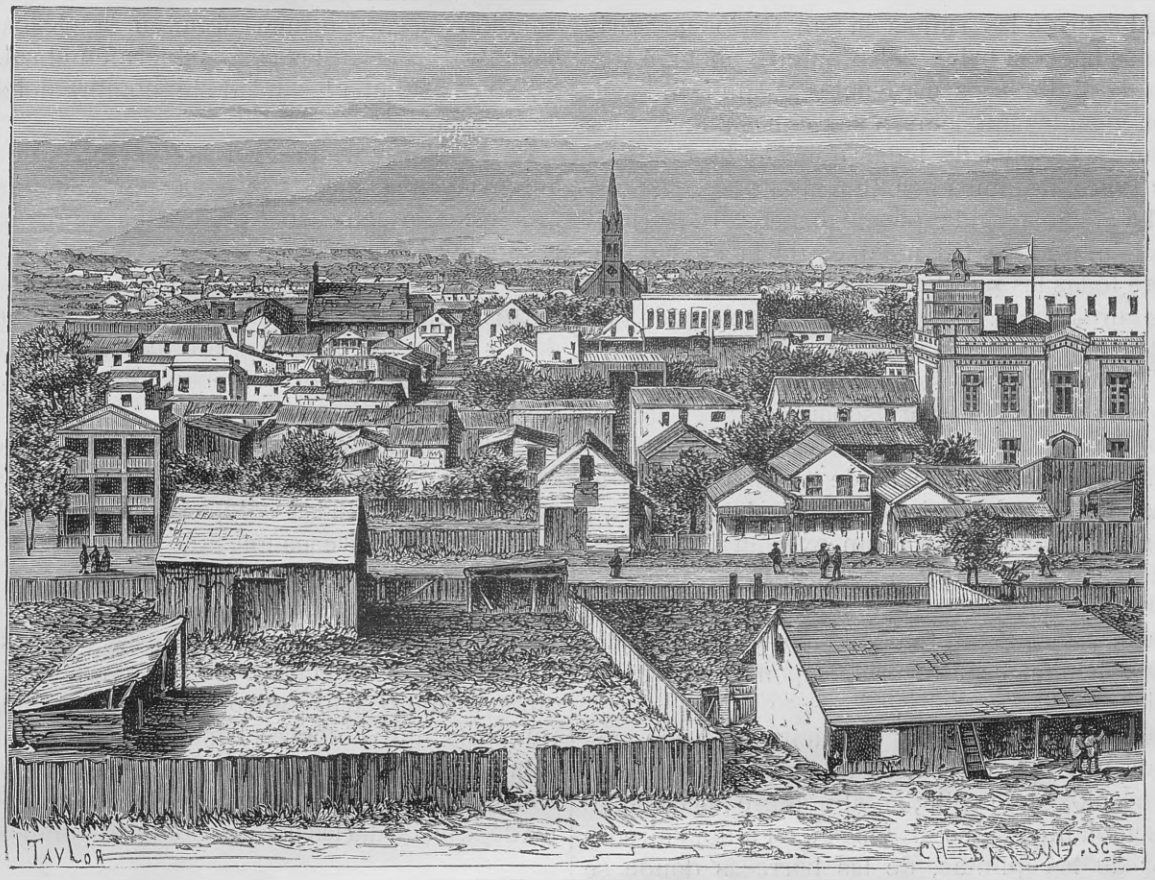
(1) Signo distintivo, especie de paladion adoptado por cada tribu india: es generalmente una figura de animal pintada en el pecho del jefe.

hombres rojos llegaron en tropel para admirar la imágen y escuchar los salmos.

Poco á poco calmáronse sus temores; y al ver á los buenos padres dar de comer á los hambrientos, vestir á los desnudos y proporcionar medicamentos á los enfermos, desaparecieron todas las sospechas de sus corazones.

Aquellos extranjeros dieron á las localidades nuevos nombres; el rio recibió el de Rio Carmelo, la cadena de montañas Monte Carmelo y la hermosa mujer blanca Nuestra Señora del Carmelo.

Por salvajes que fueran los indígenas, estudiaban atentamente los procedimientos de los



San José.—De una fotografía

monjes; y muy pronto echaron de ver que no les era desconocido ninguno de los secretos de la tierra que pisaban. Si las raíces disminuian, los padres sabian hallar otras en los tallares; si faltaba la pesca, echaban sus redes en la bahía y sacábanlas llenas.

Paulatinamente enseñaron al indio á labrar la tierra, á pescar en las corrientes, á tender los lazos en los bosques; y el indígena, renunciando muy pronto á las orugas y á los gusanos, alimentóse de liebres, de becadas, de ánades y de truchas. Los padres le enseñaron el arte culinario; y en vez de tragar sus raíces y reptiles como un animal, aprendió á moler sus granos entre las piedras y asar la caza en los hornos.

Los padres construyeron una iglesia en el sitio donde erigieron la cruz, colocando allí su imágen de Nuestra Señora del Carmelo. Sembróse trigo en los campos; se fabricaron ladrillos y derribáronse cedros. Entre la iglesia y el valle fué convertida en viñedo una pendiente; formóse un verjel lleno de perales y manzanos; y tambien un olivar, en memoria de la montaña de Siria.

Y entonces presentóse una multitud de indígenas á pedir el bautismo.

Tal fué la situacion del Carmelo durante treinta años.

Por último, se dividieron los blancos en dos partidos, el clerical y el laico, difiriendo sobre lo que era mas conveniente hacer para mejorar la suerte de los infelices indígenas.

Al fin se llegó á las manos; y al cabo de algunos años fueron expulsados los padres; pero despues de su marcha dispersáronse los convertidos en los bosques, tratándose inútilmente de atraerlos. Y sin embargo, aquellos pobres prosélitos no han perdido completamente el re-

cuerdo de mejores épocas. San Cárlos es siempre su venerado patron, y una vez al año van á celebrar su fiesta, y á rendir tributo á la Vírgen del Carmelo.

III

Monterey.—Carácter de la ciudad.—Aspecto general

Al salir de las ruinas de San Cárlos nos dirigimos hácia la bahía del Monte Carmelo, á través de pintorescos arroyuelos, y admirando pinos gigantes que elevan sus cimas á increibles alturas. Despues de haber doblado la *Punta de los Pinos*, llegamos por fin á Monterey.

La afable acogida que me dispensa D. Mariano Vallejo, uno de los notables de la ciudad, me abre todas las puertas. En las calles me saludan los curas con la mano; y el bello sexo pide tarjetas de visita. Hasta los perros, revolcándose en todos los arroyos, parecen comprender que no somos hombres para soportar sus caricias ó gruñidos.

Monterey, ciudad llena de muros y balaustradas, donde cada cual posee un pedazo de tierra, contiene una poblacion tan extraña y tan original como sus casas y sus calles.

El indígena construye su morada segun le place. ¿Porqué no, teniendo *don* y siendo *caballero*? ¿Quién se atreveria á oponerse á su capricho?

En Monterey no hay municipalidad que moleste con sus reglamentos, sus planos ni sus alineaciones: la calle, si tal nombre puede darse á semejante via, se prolonga á su antojo alrededor de las quintas, de las barracas donde se baila, de las tiendas barberiles y de los billares; ninguna acera se interpone entre el jinete y el peon; las cloacas cruzan la ciudad descubiertas.

La plaza Mayor ofrece un aspecto tan heteróclito como la calle; es una acumulacion de casas blancas, de tierra y tablas, á causa del contínuo temor que inspiran los terremotos nocturnos. Aquí se proyecta una pared terminada en punta; mas allá hay una noria; sigue despues una larga fachada pintada, perteneciente á la residencia de un *don*; y un poco mas léjos distínguese una fragua, una taberna, un lavadero chino y una cisterna abierta.

Por excepcion se ve en un bosquecillo de cipreses y de limoneros una bonita casa con balcones y celosías, á través de las cuales una mujer invisible sigue con los ojos á los transeuntes.

En la plaza Mayor hay un edificio donde los magistrados de otra época hacian azotar á los mestizos culpables de un delito cualquiera.

A otros tiempos, otras costumbres.

Hoy dia, gracias á M. Simoneau, alegre cocinero francés, el tribunal de justicia se ha convertido en gallinero y refectorio.

Apoyados en una pared, dos mocetones de larga barba fuman filosóficamente; un sacerdote atraviesa la plaza con paso tímido; varias jóvenes veladas, ostentando sus capuchas de color escarlata, vuelven presurosas de la misa de doce; un niño juega con una cabra; en la cloaca se bañan varias ocas; los perros duermen al sol.

¿No es esto una localidad sin nombre del sur de España?

En Monterey se precian las personas de su antigua genealogía, y la echan de castellanos rancios: el orígen casual predomina sobre el derecho de propiedad.

El pueblo bajo se trata con los mestizos; pero entre los curas, en la plaza Mayor y en las tiendas de los barberos, se considera que únicamente los *dones* y los *caballeros* tienen una genealogía respetable.

La casa mas antigua de Monterey no cuenta medio siglo de existencia: hace cincuenta y cinco años que la ciudad edificada por D. José Rivera y los monjes españoles fué arrasada por un corsario francés, el capitan Bachard.

Cinco años trascurrieron sin que se acercase á las ruinas un alma viviente. Un escocés llamado David Spence, negociante en pieles y cueros, fué quien primero se aventuró; y muy pronto llegaron otros individuos reclamando sus derechos sobre aquellas cenizas. Mas pobres que nunca, construyeron chozas de arena y de madera; pero no dejaron de darlas por eso nombres pomposos.

IV

Don Mariano

Nadie podria decir si la familia Vallejo, cuyo jefe es D. Mariano, desciende de Hércules ó de Julio César; en él no puede sorprender nada respecto á genealogía. ¿Pretende acaso remontar hasta Adan, como lo imaginaron los heraldos de armas para su compatriota Cárlos V?

«Si quereis conocer la historia de California, dice á todo el mundo, estudiad mi biografía.» En un sentido tenia razon.

La historia de D. Mariano es la de casi todos los mejicanos de alto rango.

En otro tiempo, treinta años há, era el mas rico hacendado de California: además de su dominio de Monterey, residencia de la familia, poseia inmensos pastos en el San Benito, cien kilómetros de terreno en el valle de San Joaquin, un condado en la bahía de San Pablo, y porciones de menos consideracion en otras localida-

des; pero casi todos estos terrenos han pasado á manos extranjeras.

Hijo de una antigua familia, y contando solo con sus antecesores nobles y caballeros, Mariano se consagró á la profesion de las armas apenas tuvo fuerza para conducir un caballo y manejar una espada. Ingresando en una de esas partidas que recorren las praderas, no tardó en darse á conocer.

De costumbres disolutas, como todas las de sus compatriotas que vivian cerca de los wigwams (cabañas) indios, gustábale vivir al dia, cuidándose poco del color de la piel de su divinidad del momento; mas no habia nacido para



Don Mariano Vallejo.—De una fotografía

dedicarse exclusivamente al culto de las indias y de las señoritas. Amante del trabajo, dedicaba al estudio las horas que sus compañeros perdian en las casas de juego y en las tabernas.

A los veinte años, tan diestro jinete como hábil tirador, era ya capitan; y desde entonces tomó parte en todas las sublevaciones, sabiendo sacar siempre de ellas un buen partido. Tan pronto ayudaba á los radicales á minar el poderío de España, como se unia á los jesuitas á fin de combatir á los radicales. Cuando el obispo de Monterey proclamó la nueva república, D. Mariano, católico y mejicano, creyóse obligado á no desobedecer á su pastor, y emprendió con él la guerra civil.

Habiendo caido prisionero, cargáronle de grillos, é indignado por aquel tratamiento ignominioso, se cortó la barba, abjuró su título de *don*, é hizo el juramento de afeitarse como un inglés.

Cuando hubo contribuido con Alvaredo á fundar un nuevo gobierno, la hora del triunfo fué el momento mas crítico de su vida.

¿Qué debia hacer de la California, que no era susceptible de sostenerse por sí misma? Cuatro potencias reclamaban derechos sobre ella: España, Inglaterra, Rusia y los Estados-Unidos.

España era, hacia un siglo, la propietaria nominal; Inglaterra invocaba el derecho de primera descubridora, porque Drake habia dado al país el nombre de Nueva Albion, anexionándole al reino de Isabel. Rusia habia sido algun tiempo dueña de varios puntos del litoral, en particular de las colinas que dominan la Puerta de Oro; y los Estados-Unidos se fundaban en la inmediacion, y en una cesion consentida por el gobierno mejicano.

Aquello era un laberinto, del cual no sabia don Mariano cómo salir. Los obispos se inclinaban hácia España, que era su patria y baluarte de su Iglesia. Todas las demás potencias eran herejes, y un buen católico no debia vacilar.

Pero D. Mariano, católico antes que mejicano, era Vallejo antes que católico; y dotado de una prodigiosa actividad, velaba mientras dormian sus pastores. Aprendió el inglés, y leyó cuidadosamente los diarios de Lóndres y de Nueva-York.

España no tenia buques; en la costa habia una escuadra inglesa, y en el interior un ejército americano.

Comprendió que la jóven república debia inclinarse hácia una de estas dos últimas potencias; pero ¿á cuál?

Don Mariano, que se afeitaba á la inglesa, se declaró por Lóndres, teniendo muy buen cuidado de no resentir á sus vecinos de Nueva-York.

En una memoria secreta redactada por el presidente Polk, leíase lo siguiente:

«Don Mariano es un hombre de gran familia, bastante instruido, aunque mejicano; y parece



El bandido Vazquez.—De una fotografia

retirado del servicio militar, por mas que tenga en su casa de campo un destacamento de tropa. Inflexible y orgulloso en otro tiempo, es hoy afable y cortés; pero conserva siempre ese aire de nobleza que conviene al vástago de tan antigua familia. Su trato es franco; pero estudia sus huéspedes, y no se confia sino á aquellos en quienes reconoce una elevada cuna. Su influencia es universal en California: el condado de Solano, donde reside generalmente, está mejor gobernado que ningun otro bajo el punto de vista de la seguridad individual. No pide nada; el dinero no podria seducirle; nadie conoce el fondo de su pensamiento; pero tal vez aceptaria un título ó un empleo.»

Tal es en resúmen el retrato de don Mariano, trazado hace treinta años.

No pudiendo hacerle marqués, Polk le nombró general; y desde entonces, á despique de los sacerdotes y los obispos, don Mariano se afilió bajo la bandera listada y estrellada.

Esta especie de apostasía fué castigada por los mismos que la habian estimulado.

Deseando ver la capital de California establecida en sus dominios, fundó sobre la bahía de San Pablo una nueva ciudad, dándola el nombre de Vallejo, y ofreció al Estado, no solo cederle las mejores tierras, sino tambien construir á su costa el tribunal y la plaza pública.

El Estado acogió con gratitud estos generosos ofrecimientos; pero cuando don Mariano hubo gastado en obras públicas, en Vallejo, millon y medio de francos, la capital se trasladó á Sacramento.

Don Mariano quedaba arruinado.

Desde aquella época remonta una corriente cuyas aguas son tan profundas como rápidas.

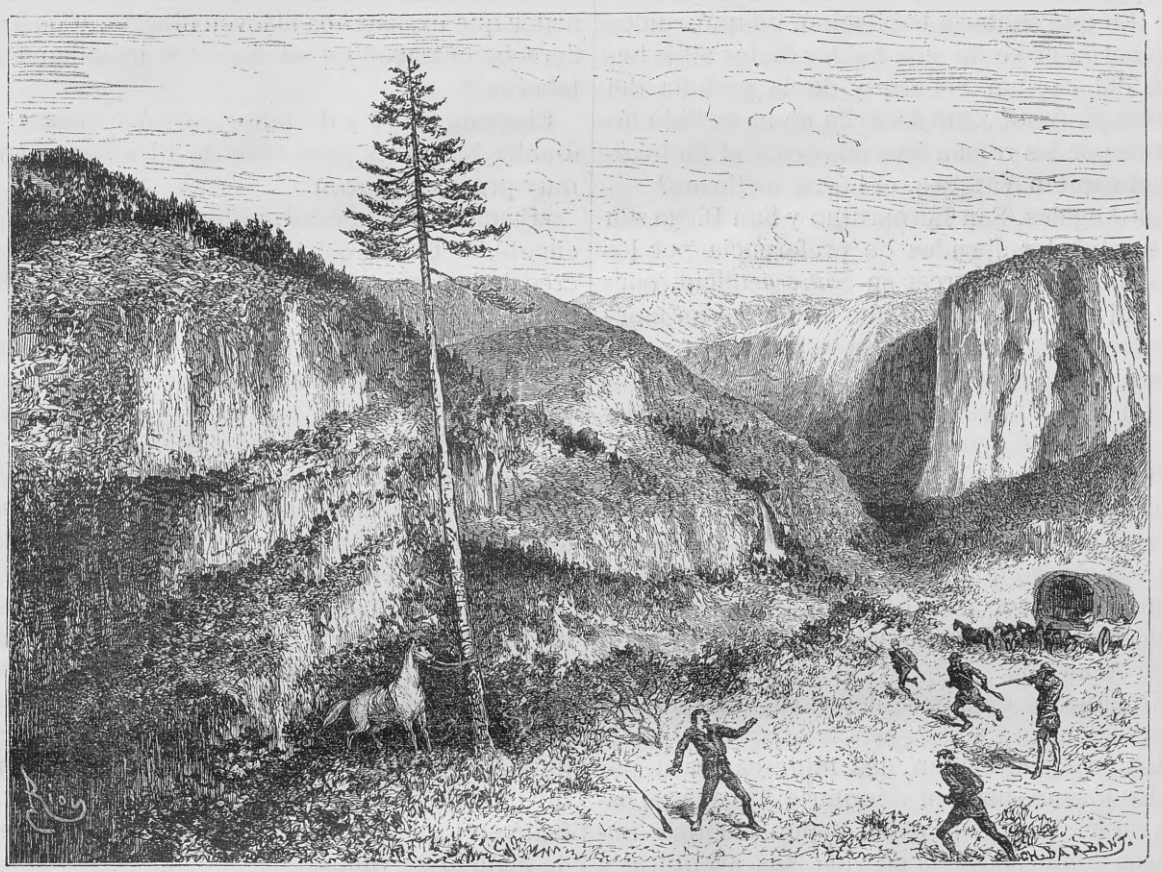
—No hay un mejicano de rango, me dijo durante nuestras excursiones, que haya podido conservar sus tierras. Mi situacion es dura, aunque no tanto como la de otros muchos. Dentro de veinte años, ningun *don* español será ciudadano de los Estados-Unidos.

—¿Quereis decir que los españoles emigrarán?

—Sí; irán á Méjico, donde esperan figurar aun.

Las inmensas propiedades de don Mariano se le han ido escapando poco á poco sin percibirlo.

Su hija y su hermana se han casado con ingleses. La mayor parte de su dominio está cercada, y lleva el nombre de los Frisby, de los Leese, que



Captura de Vazquez en San Benito

en un tiempo dado sonreirán irónicamente al comparar su sólida prosperidad con el pomposo orgullo y la pobreza pretenciosa de sus antecesores mejicanos.

Viviendo como un gran jefe, á la moda del país, don Mariano ha derrochado sus inmensos bienes para satisfacer lo que podrian llamarse caprichos. Tiene la manía de construir: además de la ciudad de Vallejo, ha edificado la de Benicia con su puerto: este es el nombre de una esposa amable y algo descuidada. Sus rancherías se hallan en estado ruinoso; sus pastos están convertidos en plazas públicas; y lo que es peor de todo, sus propiedades se disuelven en procesos.

Don Mariano es el tipo, no solo de la capital perdida, sino de la raza que desaparece.

V

Los bandidos — Su popularidad.- Vazquez.— Sus proezas y su muerte.

En California, lo mismo que en Grecia y en Italia, los bandidos son los desfacedores de agravios públicos, ó mas bien, de lo que los campesinos llaman *sus* agravios. Un bandido es un descontento que solo espera una ocasion para tomar un aspecto mas amenazador aun.

Los Angeles y San José, ciudades libres y pobladas de soldados licenciados, de indias, y de negociantes clandestinos, son verdaderas guaridas de tunos, de jugadores, de matones y bandoleros. Allí es donde los jefes de estos últimos van á reclutar sus partidas y á buscar espías. Todo mestizo aborrece por instinto á los agentes

de la autoridad y del órden. En otro tiempo, esa gente aguzaba sus colmillos contra los monjes españoles; hoy afila un puñal contra los polizontes americanos. Esta lucha sin tregua tiene sobre todo su lado político; en el bosque y en la montaña es una lucha de raza contra raza.

Los bandidos californianos han adquirido una increible notoriedad.

¿Qué campesino híbrido no envidió al capitan Soto y á su audaz compañero el capitan Procopio? ¿En qué solitaria habitacion, en qué ruidosa taberna no se ha oido hablar de los altos hechos del capitan Senati, y de la perfidia del capitan Moreno? ¿Qué señorita no ha vertido lágrimas por los románticos amores y el fin trágico del capitan Vazquez, el héroe mejicano?

Los Angeles, San Bernardino y San Diego son las localidades elegidas de preferencia por los bandoleros para ejercer su *honroso* oficio, porque allí está la frontera, que les ofrece un mercado ventajoso y una segura retirada.

Desde Soto hasta Vazquez, no hay en California un bandido que no haya encontrado en Méjico su base de operaciones.

Si California es el jardin de América, el condado de los Angeles tiene derecho á titularse el paraíso de California.

En la ciudad abunda la riqueza; y por eso está siempre despierta la codicia de los ladrones, tanto mas cuanto que todos están dispuestos á ir en su auxilio.

Ninguno de esos bandoleros es mas popular que Vazquez.

Los poetas le cantan, las mujeres juran por él, los jóvenes aspiran á imitarle; las clases bajas, en Méjico y California, tienen siempre impresos donde se relata su vida, sus aventuras y su prision.

Nacido en el condado de Monterey, hace treinta y nueve años, Vazquez, mejicano de orígen, no debe á los Estados-Unidos fe ni homenaje.

Su padre, mestizo como todos sus vecinos, vivia en una pequeña granja conocida con el nombre de los Félix, en los alrededores de Monterey. Recibió una instruccion muy elemental en Sleepy Hollow, en una pobre escuela dirigida por un sacerdote dormilon; aprendió á leer un poco, á recitar el *Credo*, y á maldecir á los herejes que iban á comerciar al país. Si se conservó ignorante respecto á los hombres y las cosas, su fuerza muscular y sus brutales apetitos se desarrollaron en cambio prematuramente. Muy jóven aun, sabia tirar la navaja, y bailar el bolero y el fandango; y su pasatiempo favorito era fatigar á todas sus parejas.

El producto de la granja bastaba para satisfacer las necesidades de su padre; pero el pobre muchacho, cuya sangre era ardiente, tenia mas altas aspiraciones.

Varios blancos llegaron á Monterey para edificar casas, abrir caminos, y fundar escuelas: aquellos hombres eran para él verdaderos demonios, usurpadores de su suelo, enemigos de su Iglesia. Rudos y emprendedores, dotados de gran vigor y de elocuente estilo, los extranjeros avanzaban sin descanso, con un aspecto dominador que exasperaba al jóven híbrido. ¿Con qué derecho entraban en su ciudad é invadian sus tabernas?

Ciego de rabia y de odio, corrió contra «los diablos blancos;» pero estos le hicieron entrar muy pronto en razon.

«Cuando tuve la edad, refiere el mismo, frecuenté los bailes, asistiendo á las partidas de recreo de los indígenas. Presentábanse los americanos, maltrataban á nuestros hombres, y querian arrebatarnos nuestras mujeres. Desde aquel momento experimenté un inmoderado deseo de venganza...»

Al año siguiente, teniendo solo diez y seis de edad, mató al primer americano.

En otra riña intervino un agente, y Vazquez le hundió su cuchillo en el pecho, emprendiendo al instante la fuga.

«Conduciendo un rebaño de vacas, del cual me habia apoderado, dice, dirigime al Norte y penetré en el condado de Mendocino, á unos cuatrocientos kilómetros de Monterey; pero ni aun allí pude vivir en paz. Los hombres blancos me persiguieron y atacáronme en mi ranchería; tuve la suerte de escapar sano y salvo y me refugié en los bosques. Entonces resolví cambiar de método de vida.»

Marchó á los Félix, donde vivia su madre, á fin de manifestarla sus proyectos y pedir su bendicion.

Su madre, Guadalupe Cantua, mestiza de los montes San Benito, que dominan los Ángeles, era mujer inteligente, y adivinó que su hijo pensaba vivir á costa del prójimo, robando cuanto le pareciese bien. Preveia el fin fatal de semejante existencia; pero como verdadera mejicana, dió la bendicion á su hijo.

En los montes San Benito, donde habitaban todos sus parientes, halló desde luego un bandolero célebre, el capitan Soto, y alistóse en aquella partida de ladrones de caballos. Muy pronto llegó á ser maestro en tan *honrosa* industria, y fué tambien favorito de su jefe.

Hecho prisionero con este último, condenáronle á cinco años de cárcel. Cuando salió, su primo Leiva y otros tunantes de los alrededores

de los Félix, que preferian el robo al trabajo, agrupáronse alrededor de él y organizaron una partida de la cual fué nombrado capitan.

Poseidos de ese odio feroz que á los mestizos inspiran los blancos, aquellos jóvenes se dieron el nombre de «patriotas,» vanagloriándose de que muy pronto no les seria posible á los «demonios de rostro pálido» residir en California.

Apenas tenia Vazquez veintiocho años, y ya se hablaba de él en todos los salones de baile, desde Santa Clara á los Ángeles.

Era hombre que aprovechaba todas las ocasiones: tan pronto diezmaba las yeguadas como desbalijaba los almacenes y las diligencias; pero derrochando siempre el dinero en los garitos y tabernas. No le repugnaba derramar sangre: toda resistencia era castigada en el acto con la muerte.

Durante cuatro años enteros, el país estuvo á la merced de aquel bandido: tan ágil en la carrera, como el hombre que va á caballo, tan familiarizado con la silla como el primer jinete, desafiaba á los agentes de órden público burlándose de los gritos de rabia que le perseguian.

Por fin cayó en un lazo; pero acusábanle solo de robo de caballos, y fué condenado á cuatro años de prision en San Quintin: era su tercera condena.

Al cabo de tres años, una cámara legislativa, indulgente con los ladrones, decretó una amnistía que le proporcionó de nuevo la libertad.

Al salir de su prision, mas salvaje que nunca, organizó una cuadrilla, de la cual se nombró jefe, sometióla á la mas estricta disciplina, y cometió los crímenes mas repugnantes.

Pero su compañero Leiva descubrió cierto dia que la mujer á quien amaba se habia enamorado de Vazquez, y desde aquel momento juró vengarse.

Habiendo sabido que Adams y Rowland, corregidores de Santa Clara y los Angeles, se habian puesto en campaña, y batian el país en persecucion de los asesinos, salió al encuentro de los agentes de la policía, dispuesto á entregarse él mismo y á conducir á la autoridad, mediante recompensa, al lugar donde podria hallarse á Vazquez.

Haríamos un relato demasiado largo si se quisiera referir aquí todos los episodios de aquella persecucion. Mas de una vez hubo de ocultarse el bandido en las espesuras para burlar á los cazadores; dotado de la agilidad de un gato salvaje, sabia trepar á un árbol, ú ocultarse á orillas de un riachuelo.

Viendo que no era posible dar con el bandido, el corregidor Rowland siguió el consejo de Leiva, y aparentó renunciar á la caza. Vazquez pudo creer que la tormenta habia pasado.

A diez y seis kilómetros de los Angeles, al pié de una cadena de colinas se halla la solitaria ranchería perteneciente al griego Jorge (Greek-George), y allí estableció Vazquez su guarida. Desde las ventanas de la casa se dominaban los alrededores, pudiendo vigilarse el camino en una gran distancia: toda sorpresa era imposible.

Cierta noche, un poco despues de las doce, el sub-corregidor Johnson salió á caballo de los Angeles con siete hombres; apeáronse al rayar el dia y formaron su plan. Algunos escalaron una eminencia, y por medio de un buen anteojo examinaron la casa de Jorge el griego y sus alrededores. En un árbol veíase atado un caballo, que era el que montaba el jefe á menudo; el mismo Vazquez estaba de pié cerca de la casa; otro caballo galopaba por la pradera y un jinete le perseguia.

No era posible dudar: el sub-corregidor tenia la caza á la vista; pero ¿cómo apoderarse de ella? La batería estaba oculta; la guarnicion era desconocida; y en el caso de hallarse algun centinela apostado en las alturas, advertido Vazquez de la aproximacion del enemigo, estaria fuera del alcance en menos de diez minutos. Desde las ventanas se veria á los perseguidores á mas de un kilómetro de distancia, y así quedaba tiempo á los asesinos para refugiarse en los bosques.

La casualidad vino en auxilio del sub-corregidor: en aquel momento llegaba lentamente un carro mejicano, procedente de la ranchería de Jorge; Johnson le detuvo y ordenó á sus hombres que se deslizaran en el interior, tendiéndose en el fondo con sus carabinas preparadas.

Despues, acercando el cañon de una pistola á la sien del conductor, recomendóle primero que guardara el silencio mas absoluto, y despues que retrocediera hasta la ranchería.

Pocos minutos despues, el carro llegó al recinto y se detuvo, mientras los hombres saltaban en tierra; dos de ellos dieron la vuelta por la parte del oeste, y cuatro marcharon hácia la fachada de la casa.

En el mismo instante apareció una mujer en la puerta, y al ver tantos hombres armados lanzó un grito tratando de encerrarse; pero los sabuesos de la policía fueron mas ágiles. Al penetrar en la casa vieron á Vazquez, que se deslizaba á través de una abertura de la pared.

Apenas salió á la parte exterior, rozóle una bala.

«¡Ahí está, ahí está!» gritó el que habia hecho fuego, y que se llamaba Harris.

Vazquez, en efecto, acababa de saltar al jardin, y se detuvo un instante con aire perplejo, mirando á todos lados. Allí estaba su caballo; pero ¿le seria posible llegar hasta él? Mas allá la espesura; pero ¿tendria tiempo de alcanzarla?

Aquel momento de vacilacion le perdió: herido por una segunda bala, vaciló y rodó por tierra; pero poniéndose de pié al punto con la agilidad del tigre, dirigió sus miradas desde la ranchería al camino y desde el caballo al bosque.

Una tercera bala le hizo caer de nuevo.

La sangre brotaba de su rostro y del costado; vióse perdido, y levantó las manos en señal de sumision.

—Diestro sois, caballero, dijo al sub-corregidor; he sido burlado; pero yo tengo la culpa.

Entonces le tendieron en un jergon en el patio: en el bolsillo de su chaqueta se encontró un rizo de cabello negro sujeto con una cinta azul, y las fotografías de dos niños. Aseguró que eran suyos: y en cuanto al cabello, no quiso dar explicacion alguna sino á Johnson, á quien dijo:



El colegio de jesuitas de Santa Clara — De una fotografía

«Sois un valiente como yo.» Suplicóle despues varias veces que conservara cuidadosamente aquel recuerdo hasta que volviera á pedírsele, y entonces se desmayó por efecto de la pérdida de sangre.

El bandolero fué conducido á San José, mas próximo que los Angeles á los establecimientos de los blancos, y protegido por la poderosa sombra de San Francisco.

San José, una de las ciudades libres, tiene, así como los Angeles, una poblacion inferior de mestizos y gente de orígen dudoso; es una de las sentinas donde los jefes como Soto y Vazquez buscan los elementos para formar sus cuadrillas; pero aquel populacho, aunque fanfarron y bullanguero, inclina la cerviz ante el frio valor de las altas clases, ó sean los blancos de orígen inglés, abogados, médicos, banqueros y negociantes, que enriquecidos por el trabajo, han edificado elegantes quintas en las orillas del Coyote, convirtiendo un sórdido campamento de soldados, de indias y de chiquillos abigarrados, en un paraíso de palacios, de colegios y de escuelas. Estos recien venidos, constituyéndose en brigada de seguridad con el nombre de vigilantes, son dueños de la villa.

Mientras se instruia su causa, Vazquez se condujo como verdadero mestizo, desmintiendo á sus amigos, y vanagloriándose de sus altos hechos.

Juraba á todo el mundo que jamás habia matado un hombre en su vida.

En su prision no cabian apenas los regalos, provisiones, ropas y dinero, ofrecido todo por sus admiradores, y en particular por sus admiradoras.

Hízose una colecta para pagar al defensor, y esperábase un proceso patético, un tribunal tímido y una sentencia ambigua.

—Nadie se atreverá á condenarle, decia un mejicano, á quien tenia yo por vecino en la mesa.

—En ese caso, repuso un colono inglés, le aplicarán la ley de Lynch.

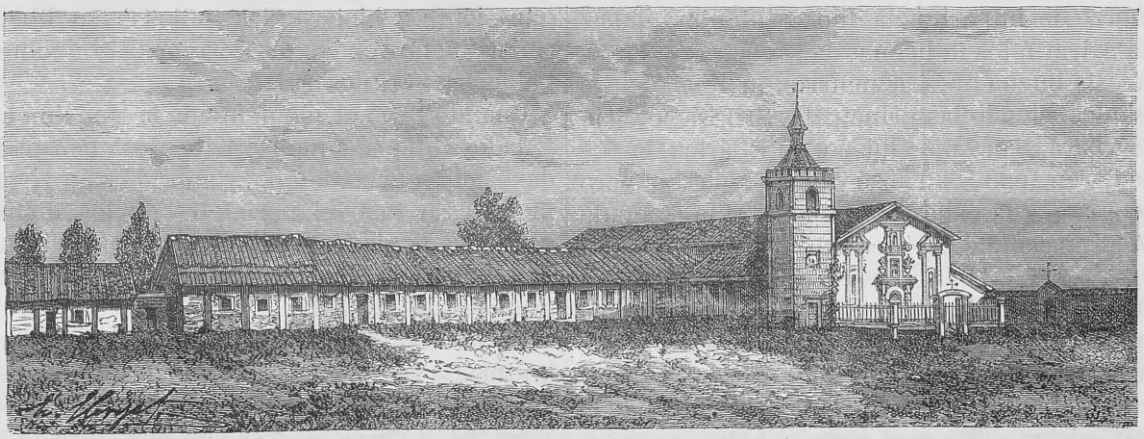
—¡La ley de Lynch!... por los sediciosos blancos.

—Sí, por los sediciosos blancos, si el calificativo os agrada. Conozco el carácter de mis compatriotas, y sé que están exasperados.

El capitan Vazquez fué juzgado y reconocido culpable: los doce jurados eran ingleses de nombre, y no se debe extrañar que su decision fuese unánime.

El juez Belden difirió pronunciar la sentencia hasta que se hubo hecho y desechado la apelacion; y despues dirigió la palabra al bandido en los términos apasionados que saben hallar siempre los conquistadores blancos cuando les exasperan los crímenes sangrientos.

—Tiburcio Vazquez, dijo, gracias á la situacion del país conseguísteis durante mucho tiempo escapar de los agentes que iban en vuestra persecucion, llegando á creer que se olvidarian vuestros crímenes y que estábais seguro para siempre. ¡Infeliz! ¡Vana ilusion! Se puede retardar la accion de la justicia; pero no se elude jamás. El jurado ha oido la historia de vuestros crímenes, referida por vos mismo; ha creido deber aceptar la responsabilidad de una justa pena; y en su alma y su conciencia juzga que no sois digno de vivir, juicio que se aprobará inmediatamente.



Antiguo establecimiento de Santa Clara.— De una fotografía

Despues de este veredicto, solo resta al tribunal pronunciar la sentencia, la cual ha de ser proporcionada á los crímenes de que estais convicto, y al triple asesinato que mancha vuestras manos. Esta pena es la de muerte. ¡Que Dios se apiade de vuestra alma!

Y el viernes, 19 de marzo, el capitan Vazquez, el mas famoso de los bandidos californianos, se agitaba en el extremo de una cuerda, en la ciudad de San José.

VI

Misiones católicas.—Los monjes franciscanos en Santa Clara.—Sus obras.—Cómo fueron reemplazados.

A unos tres kilómetros de San José elévanse los campanarios de Santa Clara: en otro tiempo residencia de los monjes franciscanos, y centro de las misiones católicas, hoy es un colegio de jesuitas, fuente de la enseñanza romana para toda la vertiente del Pacífico.

Anidado en bosquecillos de encinas y de cedros, dominando el Océano, y protegido por altas montañas, el establecimiento de Santa Clara, por su situacion y el paisaje que le rodea, seduce invenciblemente al viajero que despues de hacer su fortuna desea una morada poética. Entre el follaje se ocultan numerosas quintas, escalonándose graciosamente en la montaña.

Una via férrea rodea la ciudad, que posee escuelas, iglesias, casas de banca, palacios, hospitales, un tribunal y una universidad.

Santa Clara es una ciudad esencialmente inglesa, donde se reconoce el espíritu activo de la raza sajona. El porvenir está lleno de promesas; pero se retrocede para volver, tal vez inconscientemente, al antiguo claustro franciscano, y á las celdas monacales que dieron nacimiento á la ciudad de Santa Clara.

En el umbral de la puerta del colegio se ve un indio, encorvado ya por la edad, que ostenta su ropa con agujetas y escapularios, como un mejicano, y el cual espera allí la propina cotidiana de los visitantes.

Marcelo, así se llama el viejo indio, es el homólogo del patriarca de la bahía del Carmelo: era un niño cuando el hermano Tomás de la Peña edificó el claustro, trazando los caminos que á él desembocan. En el intervalo de un siglo ha visto la llegada y la marcha de los españoles, la grandeza y la decadencia de los mejicanos; sucesivamente ha sido súbdito de España, ciudadano de Méjico, vasallo de California, y proscrito de los Estados-Unidos. Todos estos cambios son para él una mala pesadilla; no comprende su significacion; pero su resentimiento es profundo. Inclinando la cabeza, hoy ante un rey y un sacerdo-

te, y mañana ante un juez y un general, reconoció que de estos cuatro tiranos, los mas cuidadosos de sus derechos eran el sacerdote y el monarca. Como prosélito de San Francisco, dábanle comida y casa. El dia de la libertad lo perdió todo, y no fué ya mas que un mendigo en el país donde era príncipe en otro tiempo.

Santa Clara ha sido el campamento, el lugar de refugio de una congregacion de monjes, que con un notable desinterés, obedeciendo solo á un celo piadoso, vivieron mas de sesenta años en medio de pueblos salvajes, haciendo el único esfuerzo de importancia que se intentara jamás para salvar á los indígenas de la costa.

A esta buena obra concurrieron diez ó doce misiones, siendo las principales San Diego, Santa Bárbara, San Luis Obispo, San Cárlos, la Soledad, San Juan, San José y San Francisco; pero el corazon y la cabeza, la regla y el método de esta propaganda católica se hallaba en Santa Clara.

Allí residia el provincial, allí eran recibidos los extranjeros, allí acudian todos los que deseaban hacer fortuna ó prosperar en la corte. En Santa Clara se reunian los informes de las otras misiones; de aquí partian todas las órdenes; era la corte suprema, la capital de aquel gobierno franciscano.

Los hermanos de San Francisco no consiguieron fundar una comunidad sagrada en la alta California: este descalabro, como el de la iglesia anglicana en Irlanda, y de la república de las Siete Islas en Grecia, proviene de la falta de nacionalidad.

Los monjes eran extranjeros, que no teniendo apoyo en el país, necesitaban recibirle de fuera, y sin embargo, no se puede menos de respetar su obra, deplorando su mal éxito.

Gracias á ellos, una raza de salvajes se ha sometido á una especie de reglamentacion cristiana, adquiriendo un conocimiento superficial de las artes domésticas: inaugurábase una era de progreso para la futura generacion.

Treinta años despues de su desembarco en la costa, los franciscanos habian colonizado las mejores localidades entre San Diego y San Francisco; y poseian sesenta y siete mil reses, ciento siete mil carneros, y tres mil caballos y mulas. Cuando la invasion mejicana, el valle de Santa Clara contenia una poblacion de mil ochocientos convertidos que vivian de su trabajo, repartido igualmente entre el hombre y la mujer; alimentaban á doscientos caballos, trece mil reses mayores, quince mil carneros y muchos cerdos y cabras.

Así como Santa Clara, cada una de las otras misiones tenia su colonia de convertidos, que eran á la vez labradores y pastores.

¿Dónde está hoy toda esa gente? Muchos vagan por los bosques, y los mas reposan en el sueño eterno bajo la yerba de la pradera.

¿Qué orden de cosas, qué sociedad ha tenido la idea de continuar esta obra de civilizacion?

Los mejicanos expulsaron á los fundadores, repartiendo la tierra entre los arrendatarios; pero cinco años despues quedaron estos últimos desposeidos. Un hombre libre puede enajenar el terreno de que es propietario: el único uso que siempre hicieron los indios de su libertad consistió en vender sus terrenos para comprar bebidas espirituosas.

Cuando llegó el momento de la anexion á los Estados-Unidos, aquellas tribus estaban olvidadas hacia mucho tiempo, y aun lo están virtualmente. En todo el perímetro de los distritos ocupados por las antiguas misiones católicas, no existe mas que una pequeña agencia, una simple granja en el rio Tulé.

En la California septentrional, mas allá de los límites de la Mision, hay otras dos agencias en los valles de Hupa y de Ronda; pero desde la Trinidad al Carmelo, ó sea en una línea de mas de cuatrocientos ochenta kilómetros, poblada aun en estos últimos tiempos por una raza tranquila, aunque salvaje, las tribus y las familias indígenas, completamente olvidadas, son víctimas de las enfermedades y de la muerte.

En las mismas agencias no se ha hecho casi nada. Hace cinco años que la administracion y policía estaban confiadas á un cazador y á un soldado; el primero no consiguió modificar la moral de los salvajes, ni el segundo refrenar sus costumbres vagabundas. Ni uno ni otro supieron impedir que murieran en un país atestado de caza, y cuyo clima es de los mas favorables para la longevidad.

Cuando los franciscanos han naufragado, es porque nadie podia seguir adelante. Los soldados americanos estacionan en Eureka, en el valle de Humboldt, como los españoles tenian costumbre de estacionar en San Cárlos y en Santa Clara. ¿Qué resulta de aquí? Nada absolutamente.

Los americanos acaban de hacer, por último, justicia á los padres franciscanos. Han restablecido su sistema, al menos en cuanto lo permiten un pueblo protestante y un gobernador secular, confiando la administracion de las agencias á las asociaciones religiosas, principalmente á los metodistas y cuáqueros: á despique de su moralidad relativa, estos agentes no han conseguido contener los progresos de la decadencia.

Cuando los indios son viejos van desnudos; cuando jóvenes se emborrachan con toda regularidad. Las tribus están encerradas como ganados; todo indígena que traspasa el límite que le fijan es perseguido á latigazos y golpes. Obligados á trabajar para los colonos blancos, dánse por felices cuando se les promete una carabina para ir á buscar la caza de que se alimentan. Arbitrariamente, y á pesar de sus protestas, son trasmitidos de amo en amo y de agencia en agencia.

Un hombre como Vancouver quedaria asombrado al reconocer hasta qué punto su estado de libertad bajo la bandera de la Union se asemeja á su esclavitud bajo la bandera roja y amarilla de España.

Preciso es reconocer, sin embargo, que las tribus y familias rojas comprendidas en el antiguo dominio de los franciscanos están mas adelantadas, por todos conceptos, que las demás de la misma raza.

Un comisionado indio, á quien no ciega el espíritu clerical, escribe lo siguiente: «Los indios cristianizados que durante un siglo vivieron bajo la administracion de las misiones católicas establecidas en la costa californiana, están suficientemente instruidos en agricultura, para competir con las tribus mas civilizadas del Este.»

Y añade: «Los indios civilizados viven de su trabajo en las granjas explotadas por los blancos; aliméntanse de la caza, de la pesca, de la mendicidad y del robo; solo algunos van á pedir víveres á los puestos militares.»

Una espantosa mortandad diezma á los convertidos desde la expulsion de los franciscanos; pero el Estado no se ocupa de ello de ningun modo; el brutal colono, temiendo por su seguridad personal, persigue á los intrusos como lo haria con un lobo ó un jabalí.

Nada tiene, pues, de extraño que el viejo Marcelo considere el progreso como una calamidad. Sea cual fuere la bandera que le proteja, su pueblo desaparece. ¿Por qué el Gran Espíritu ha prolongado su existencia? ¿Por qué ha vivido tanto tiempo para ver solo á su tribu convertida, libre y aniquilada?

Ningun gobierno, ninguna asociacion poseyó en el mismo grado que los franciscanos el talento de administrar á esa salvaje y pacífica raza.

VII

Los jesuitas.—Situacion religiosa.—Reaccion.—El colegio.—Los estudios.—Los recreos.—La biblioteca.

«Terminada su mision, se marcharon,» me dijo el P. Varsi, director del colegio de jesuitas de Santa Clara, é individuo eminente de la compañía.

Grave, concentrado, de una estatura mas que mediana, y con facciones de tipo antiguo, el Padre Varsi parece haber tenido empeño en dominar sus fuerzas vivas por el ayuno, la oracion y el imperio sobre sí mismo. Ha vivido en varios conventos, viajado por diversos países, y conoce muy bien el mundo. Aunque parece vivir en el retiro, y no interesarse en lo que sucede fuera de las paredes del colegio, hállase al corriente de todas las noticias desde Lóndres á Berlin y desde Paris á Roma.

Y para conseguirlo es preciso que tenga la vista y el oido muy despiertos.

—Cuando vine á Monterey por primera vez, me dijo Spence un dia, todo el mundo era católico; ninguno podia dispensarse de ir á misa y de dormir en el fuerte por la noche. No se toleraba otro culto en la ciudad.»

Ahora han cambiado las cosas, y se ha operado una reaccion.

En el condado de Monterey hay actualmente una alta sociedad en la que los sacerdotes y los jesuitas no ejercen dominio alguno: las jóvenes buscan novios ingleses, sabiendo muy bien que sus esposos las harán cambiar de Iglesia.

En otros condados, Roma es menos poderosa aun que en Monterey: Stockton y Sacramento son tan estrictamente evangélicos, como Pittsburgo y Cincinati; Oakland y San Francisco corren parejas con Brooklyn y Nueva-York; y hasta Santa Clara ha dejado de ser una ciudad católica. Allí donde Roma era todo en otro tiempo, no le queda ya sino un cetro roto, y algunos pequeños espacios donde pueda apoyar el pié; y aun estos se hallan muy amenazados si no tiene ejército indígena para defenderlos. Sus puestos militares están protegidos por guarniciones extranjeras.

Allí está su debilidad, y esto es tambien para ella una causa de dolor. ¿Quién ha desterrado á esas órdenes religiosas? No fueron sus enemigos, sino sus hijos, los mismos á quienes alimentó, los discípulos que habia formado. ¿Quién le ha permitido llamar á su patria á sus monjes? No sus hijos, sino sus enemigos, los mismos que luchan contra su política, oponiéndose á su desarrollo.

«¡Idos!» gritan sus hijos, que aborrecen al cura mas de lo que aman la libertad y la justicia.

«Nuestras puertas se abren hasta para vosotros,» dicen sus enemigos, que aman la libertad y la justicia mas de lo que temen al sacerdote.

¿Cómo se atreven los jesuitas á oponerse á tan rudos adversarios con tan tristes aliados?

Han de crearlo todo y ponerlo en movimiento. Estos híbridos son incapaces de llegar á ser sacerdotes convenientes, y mucho menos profesores entendidos. Por regla general, los sacerdotes son casi todos extranjeros: el obispo de Monterey es francés, y el cura suizo. En Santa Clara, las cátedras profesionales pertenecen á ingleses, irlandeses, franceses é italianos; ni una sola de ellas está ocupada por un mejicano.

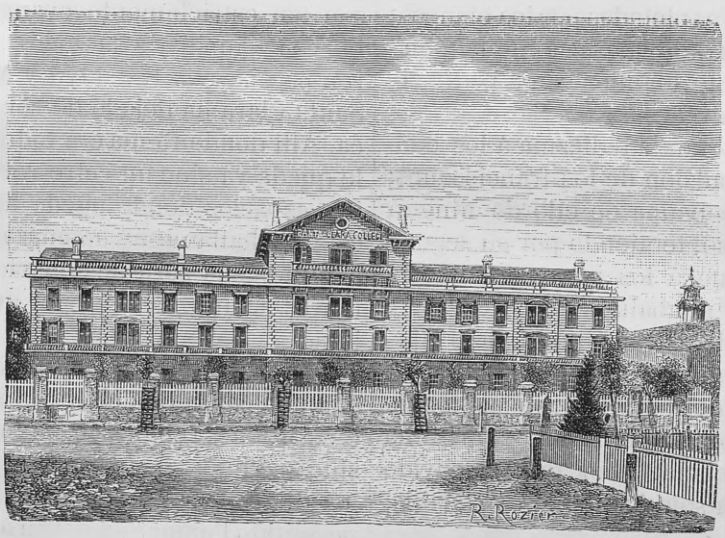
Es verdaderamente una desgracia para los



Antiguo convento de franciscanos, con la fachada nueva, en Santa Clara.— De una fotografía

Padres; pues ningun pueblo en toda la superficie del globo se muestra tan susceptible como el español bajo el punto de vista de la influencia extranjera; pero el P. Varsi no puede remediar semejante estado de cosas.

Recorro el jardin que formaron los franciscanos: en la antigua fuente continúa cayendo el agua en forma de cascadas; los viejos olivos ostentan su fruto maduro. ¡Qué poético es ese lienzo de pared tapizado de plantas trepadoras! ¡Qué vigor, qué aspecto tan oriental tienen esos cipreses y palmeras!



Convento de jesuitas en Santa Clara — De una fotografía

Mirando alternativamente á la fuente española y á las palmeras sirias, pregunto al padre jesuita si está cierto que la obra católica ha obtenido buen resultado.

—Se ha hecho lo que se ha podido, me contesta.

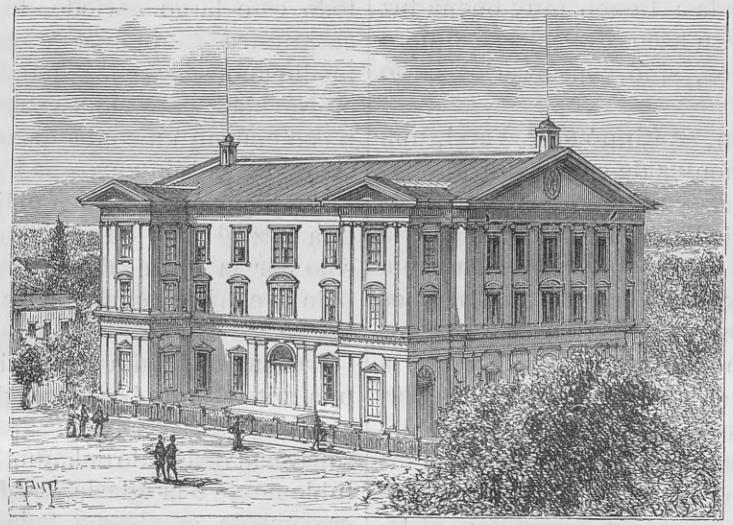
—¿Y no hará vuestra compañía otro esfuerzo en favor de los indígenas?

—Ni aquí, ni en este momento. Los tiempos no son favorables, ni la poblacion de estos va-

lles reclama lecciones de agricultura y de cria de ganados. En el Paraguay y en Argel, nuestros Padres han enseñado á los indígenas á cultivar la tierra y á recoger su fruto; nosotros tenemos otra cosa que hacer en Santa Clara. La raza indígena, objeto de la solicitud de los Hermanos de San Francisco, ha desaparecido: nuestro campo de batalla no es ya el mismo.

—¿Cuántos Padres hay en el colegio?

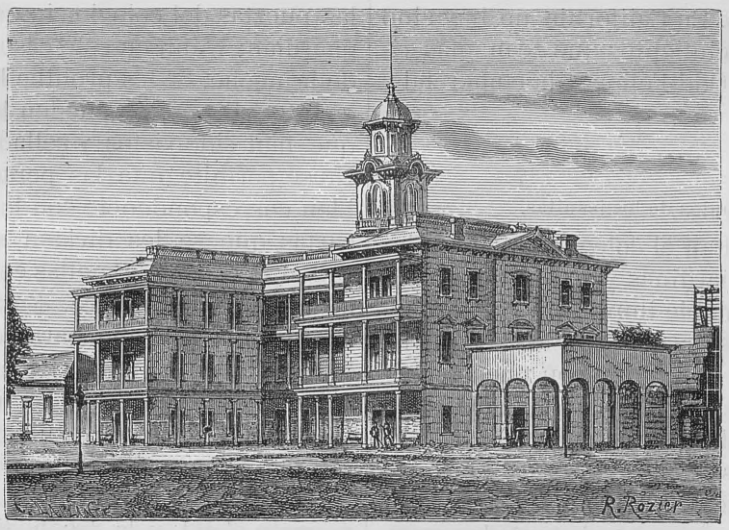
—Cuarenta jesuitas y diez y nueve hermanos



Cuerpos de edificio del colegio.—De una fotografía

legos, ó sea cincuenta y nueve entre todos; pero poseemos sucursales en otras localidades: una en San José, con cinco jesuitas; y otra en San Francisco, donde el padre Massenato dirige una escuela.

Todo cuanto hay en el colegio tiene un aspecto



Dormitorio y museo.—De una fotografía

alegre y agradable: un jesuita fué quien plantó la primera viña en Santa Clara, un jesuita quien exprimió el primer racimo en California. De todos los vinos, el de la Mision es sin disputa el mas apreciado por los inteligentes.

Al visitar la biblioteca, el teatro y el patio de recreo, examiné con curiosidad aquellos diversos medios de conquistas religiosas.

—Nuestro objeto, dijo el P. Varsi, es educar la juventud; y para conseguirlo mejor hemos ensanchado el antiguo recinto, reedificando la fachada de la iglesia; en las construcciones de la Mision se han abierto tambien patios y salas de baños. Seguimos atentamente los progresos de las ciencias físicas: los laboratorios confirman el hecho; las obras son las últimamente publicadas;

los instrumentos y crisoles, del modelo mas reciente.

»Los jesuitas comprenden su siglo: tenemos en Santa Clara una prensa tipográfica, un aparato fotográfico, una revista mensual, etc.

»Las salas y las habitaciones pequeñas están perfectamente aireadas; tienen muy buena luz y se distinguen por su aseo. No solo se quiere atraer á los discípulos, sino conservarlos largo tiempo.

»Tenemos tambien, continuó el P. Varsi, una orquesta de instrumentos de cobre, un gimnasio, una sala de armas y un gran paseo. No faltan tampoco las sociedades: hemos fundado la del Buho, el juego de Pelota y una compañía dramática de adolescentes. Las representaciones escénicas constituyen uno de nuestros mejores recreos, y el teatro está muy animado con la presencia de los discípulos, así como de las personas conocidas. Represéntanse óperas, comedias y sainetes; y somos muy aficionados á los bailes característicos, que el P. Mallon, uno de nuestros profesores franceses, dirige con el talento de un verdadero artista. De Paris recibimos la música mas moderna: ya hemos ensayado el *Hamlet*, y representado *Macbeth* con algun éxito: Shakespeare es nuestro poeta predilecto.»

La biblioteca está muy mezclada; pero los mas de los libros son modernos, contándose unos doce mil volúmenes. En California no hay sino tres de estos establecimientos que sean mas ricos: la biblioteca de Odd-Fellows, la comercial y la del Estado.

VIII

Los discípulos de los jesuitas.

Todos cuantos visitan el colegio de Santa Clara, recorriendo sus jardines y patios de recreo, conservan una agradable impresion por la tranquilidad y el bienestar que revela, lo cual no impide que la regla se aplique con una austeridad mas que rigorosa, al menos á los ojos de un inglés. El sistema de educacion está basado en el principio de una sumision absoluta de la voluntad y el pensamiento á la Iglesia romana.

En Santa Clara se abren no obstante las puertas para los niños de todas razas y creencias. Lo mismo el hebreo que el budhista ó anglicano, pueden enviar allí sus hijos. Segun ha observado Spence en Monterey, el niño debe asistir á los oficios; pero «únicamente para conservar el buen órden y uniformidad.»

Con tal que asista diariamente á la misa y á las vísperas, es perfectamente libre de conservar la fe de su padre; pero ningun discípulo del colegio puede eludir la asiduidad en los ejercicios religiosos, que en Santa Clara se practican exclusivamente segun el rito romano.

Comparado á otros establecimientos, este colegio nos parece una especie de prision. El año escolar comprende diez meses, desde la primera semana de agosto á la primera de junio; y en todo este largo período, los alumnos no salen casi nunca. A ninguno se recibe por menos de medio año: se les conceden diez dias de vacacion en Navidad; pero vigílase atentamente para que no se pongan en contacto con una sociedad corrompida. El hijo cuyos padres habitan en Santa Clara tiene una ligera ventaja; se le da permiso una vez al mes para visitar á su familia; pero sólo por la tarde, durante una hora ó dos, y bajo la estricta condicion de volver antes de la noche.

Las horas del dia se distribuyen igualmente: una mitad para obediencia pasiva, y la otra para el trabajo activo, sistema que tiene por objeto separar al discípulo del mundo, uniéndole indisolublemente á la Iglesia. Desde la aurora hasta el crepúsculo, empléanse todas las horas, regulándose todo minuciosamente: oracion, comidas, recreos, limpieza de la ropa, etc. Obedeciendo estrictamente el reglamento, el alumno no puede disponer apenas á su antojo de cincuenta minutos en las veinticuatro horas.

Ningun discípulo tiene derecho para traspasar las puertas del colegio sin que le acompañe un guardian; y aun en este caso, debe volver antes de la noche. Se les prohibe leer los diarios; y en cuanto á libros, no pueden tener sino aquellos que han sido vistos y sellados por el P. Varsi. No se permite que las personas de fuera entablen correspondencia con los alumnos: todas las cartas que se les dirigen son abiertas por el P. Varsi, excepto aquellas en que cree reconocer la mano de una madre. En Santa Clara, solo la madre tiene derecho para comunicarse con su hijo; el padre no puede hacerlo. Los alumnos no deben fumar ni en el recinto del colegio ni fuera de él. Para constituir una sociedad ó una reunion se necesita el permiso del P. Varsi.

Dos faltas, la ausencia del colegio despues de ponerse el sol, y la desobediencia de palabra ó de hecho, se consideran tan graves, que van seguidas de la expulsion inmediata.

Ningun alumno debe tener dinero en el bolsillo, y ha de entregarlo todo al tesorero. Se ha fijado en seis reales semanales la cantidad que los padres podrán dejar á sus hijos; y aun le parece al P. Varsi que la mitad bastarian.

Este reglamento se aplica igualmente á los jóvenes mayores de edad.

—¿Cuántos discípulos teneis? pregunté yo.

—Unos doscientos: esta cifra varia segun la época: pero se puede considerar como el término medio.

Es mas que en la universidad metodista de Santa Clara; pero en esta ciudad hay varios colegios evangélicos, y solo existe uno de jesuitas.

Los católicos poseen una escuela en San José y otra en San Francisco. Los no católicos tienen cincuenta en estas grandes ciudades. Los jesuitas educan á seiscientos niños; en los establecimientos rivales se cuentan mas de veinte mil.

Los discípulos preferidos son los adolescentes de imaginacion tímida, en quienes prevalece ya, antes de su llegada, el espíritu de sumision del indio; no tienen esta condicion los que sienten circular por sus venas la sangre del castellano. De los primeros se ven muchos en los patios del colegio. Un notable ejemplo de los otros es mi patron, abogado en San José.

Alejandro Delmas es hijo de un rico mejicano, muy superior por su finura é inteligencia á los mas de sus compatriotas. Católico de nacimiento, el señor Delmas llevó su hijo á Santa Clara, con la esperanza de que los Padres desarrollaran las disposiciones naturales del muchacho, preparándole para seguir ventajosamente la carrera que le habia elegido, la de abogado.

El jóven Delmas permaneció algunos años en Santa Clara siguiendo con brillante éxito toda la serie de estudios clásicos.

A los veinte años, creyendo ya su educacion terminada, dirigióse á San Francisco, para ingresar en el foro y dar principio á la vida activa.

Pero muy pronto conoció que no sabia nada de los hombres, y poco menos que nada de las cosas del tiempo; ni siquiera podia decir cómo se llamaban los individuos del gabinete del presidente Lincoln. En cuanto á los legistas que ilustran el Tribunal supremo de los Estados-Unidos, desconocíalos completamente.

«Volvamos á nuestros libros,» se dijo interiormente; y aficionado por instinto á Santa Clara, y favorito de los jesuitas, fué á ocupar su antiguo lugar, persuadido de que los Padres le permitirian instruirse junto á ellos, sin someterle á las restricciones con que habia vivido tanto tiempo, aprendiendo tan poco.

Sus intenciones eran buenas; mas no pudo realizarlas.

Al tener noticia de la vuelta de su hijo á Santa Clara, el señor Delmas dió un brinco, creyendo que su hijo habia caido en un lazo de los jesuitas. Al momento corre al colegio, y pide permiso para verle; opónenle los reglamentos; pero sin escuchar nada, fuerza el paso y va en busca de Alejandro.

—¿Qué haces aquí? le dice.

—Estudio derecho, padre mio.

—¡Sois un miserable, caballerito! engañais á vuestro padre; quereis haceros jesuita... No me respondais, pues no creeré una palabra de todo cuanto alegueis.

—Pero, padre mio; os digo que nó...

—¡No me lo negueis!.... Os han engañado, seducido...

—Pero ved que os engañais, padre mio.

—Pues si no quieres hacerte jesuita, dame la mano y salgamos de aquí... Mi caballo está á la puerta... Recoge tus libros y tu ropa, y ya nos la enviarán... ¡Vaya! ¡vamos pronto!...

Y arrastrando casi á su hijo, el irritable anciano le conduce á su casa, le hace entrar en su cuarto, y dícele con la misma viveza:

—Elige, Alejandro; ó entras como pasante de abogado en San José ó vas á Yale á estudiar derecho... ¡Vamos!... ¡habla!... ¿San José ó Yale?

—¡Yale! contesta Alejandro.

Y se fué á Yale.

—En cuanto á mí, me decia, era un mundo nuevo. En aquella gran universidad, cada cual hace lo que se le antoja, trabaja á su gusto, y se crea una personalidad. Al principio fuí algo tímido, pues faltábame la direccion á la cual estaba acostumbrado; mas ahora que conozco los dos sistemas, puedo asegurar que en un tribunal americano no podrá competir jamás un abogado de Santa Clara con un legista que haya obtenido sus grados en una escuela tal como la de Yale.

Tal es en resúmen la biografía que me refirió en una caseta del *Rio Penitencia* (véase el grabado de la pág. 24), mientras mi caballo reposaba y comia yo una deliciosa trucha californiana.

Segun mi jóven amigo, la vida es en aquellos países demasiado agitada para que los discípulos del P. Varsi puedan hacer carrera. Tal vez obtendrian los Padres en Méjico mejor resultado, si los radicales les permitiesen tener escuelas.

—Confieso, añadió Alejandro Delmas, que algunas veces me ocurre la idea de volver al convento de Santa Clara; pero cuando me asalta la tentacion y comienzo á desfallecer, pienso en Yale, New-Haven en Connecticut ó en Juner Temple de Lóndres, y al punto recobro las fuerzas.

—Supongo, repuse, que los jesuitas os habrán rechazado.

—No abiertamente, aunque mi entrada en Yale les ha resentido mucho. Yo tambien he sufrido, porque me gustaba Santa Clara y me querian; pero ¿qué podia hacer? Mi padre mandaba; y por otra parte, de mi trabajo dependia mi porvenir. Al salir de Santa Clara no he hecho otra cosa si-

no atender á mi defensa personal; y sin embargo, mis antiguos maestros me consideran como un jóven perdido.

—¿Perdido para ellos?

—Sí; para ellos. Soy un esclavo fugitivo que ha recobrado violentamente la libertad... ¡Bah! el pasado está léjos; la cadena se ha roto; ningun encanto podria volverme á la situacion intelectual de mi juventud. Hoy no me hallo en el caso de pedir parecer, ni de inclinarme ante la opi-



Indios de la Mision —De una fotografia

nion de otro: en una república tienen todos el derecho de pensar y obrar por sí mismos, y por mi parte, aleccionado por la experiencia, permaneceré fiel á esa república mientras ella me respete.

—¿Pero esa república no abandonará á sus ciudadanos?

—¡No, no! repuso dirigiendo una mirada al magnífico paisaje que se desarrollaba á nuestra vista; no; jamás, mientras que Santa Clara se halle en una playa semejante, y los jesuitas tengan por rivales á los laicos que ocupan la rada de estas ciudades llenas de movimiento y de actividad. La bandera de la Union protege nuestro libre pensamiento.

IX

La rada de San Francisco.—Los alrededores.—Las quintas. —Belmonte.– Guillermo Ralston.—Los californianos.

Un largo y angosto mar interior que desemboca en el Océano por un estrecho conocido con el nombre de Puerta de Oro: una sábana líquida rodeada de pintorescas colinas y esmaltada de isletas donde brilla radiante el sol, la del Angel, la de Alcutráz y la de Yerba Buena, cuyas

orillas están pobladas de pelícanos; praderas pantanosas que se prolongan hasta la falda de las montañas; una playa rica en bosques, en corrientes de agua, en pastos, y cubierta de pueblos, cada uno de los cuales lleva el nombre de su santo patron; y un grupo de casas blancas casi ocultas por una espesa cortina de cipreses y de gomeros: tal es la bahía de San Francisco vista desde Belmonte.

La supremacía de este mar interior está escri-



Indios forasteros en la Mision —De una fotografía

ta en su frente, con tanta claridad como una leyenda en una carta geográfica; bordean la ribera los burgos de nombres consagrados, San Rafael, Santa Clara y San Leandro; mientras que en las rampas, en los arroyuelos y en los cañones, casi todos los centros de la poblacion se distinguen con calificativos ingleses ó franceses. En las alturas del oeste, Searsville, Crystal-Springs y School-House-Station dominan á Santa Clara, San Mateo y San Bruno: y al este, Dublin, Danville y Lafayette se elevan sobre San Antonio, San Lorenzo y San Pablo.

Los colonos blancos se apoderan de todas las posiciones de la playa donde es necesario establecer un muelle, ó edificar una fábrica. Por ellos está la rada oprimida en una red de vias férreas; por ellos se balancean los buques en las ondas; por ellos lanzan al aire las chimeneas sus columnas de humo. Allí donde puede utilizarse el agua, ocupan la orilla, desafiando las fiebres por su aficion al lucro; pero jamás residen los blancos en los pantanos por las razones que dan los mejicanos y los mestizos: la rapidez del desarrollo de las calabazas y lo barato de la pesca.

Bajo el impulso de una actividad absolutamente desconocida de los indígenas, buscan las colinas y los barrancos, estableciéndose en terrenos en los que jamás pensaria un mejicano en emplear el arado. Recorren los desfiladeros de las montañas, abriendo aquí la roca para buscar el mineral, excavando mas allá la tierra para descubrir la hulla. El suelo es rebelde, el aire penetrante; pero ¿qué importa? americanos y australianos escalan los mas altos picos y los coronan con nombres ingleses, nombres que evocan todos algun recuerdo. Cada uno de estos picos, situados unos frente á otros, Master's Hill, Mount Hamilton, Mount Day, Mount Lewis, Mount Wallace, recuerda una ascension ó una toma de posesion; la montaña Roja es bretona, así como la del Cedro. Detrás de nosotros elévanse Mine Hill, Mount Bache y Black Mountain. Entre las conquistas blancas, una de las mas espléndidas es el valle del Yosemite; los aficionados no dejan nunca de visitar la célebre cascada conocida con el nombre de *Velo de la casada*, á causa del aspecto que ofrecen las aguas al precipitarse desde lo alto de las rocas; y tambien las *tres Gracias*, la *Flecha perdida*, y otros cuadros naturales de rara belleza.

Casi todos los desfiladeros de esos Alpes en miniatura tienen nombres anglo-sajones: entre el rio San Joaquin y el punto donde nos hallamos existen tres que cortan la cadena, Corral-Hollow, Patterson y Livermore, este último está atravesado por un túnel de la via férrea: el desfiladero que se prolonga desde Clayton al Diamante Negro se llama Paso de Kirker.

Todas estas ciudadelas, todas estas vias naturales se hallan en poder de los anglo-sajones.

En Belmonte habito en casa de Guillermo Ralston, uno de los magnates de la rada. Carpintero en un principio, y despues cocinero á bordo de un buque, es ahora director de un banco, y uno de los príncipes de la hacienda.

—Venid á Belmonte, me habia dicho; este tiempo de reposo os sentará bien.

Acepté el ofrecimiento con gusto, porque no ver Belmonte es no ver la rada de San Francisco.

Hace diez años que Belmonte no era sino un cañon pedregoso que atravesaba el flanco de la montaña, tan cubierto de cipreses y de encinas semejantes á espectros, que los mestizos le dieron el nombre de Valle del Diablo.

Los chacales y los zorros pululaban en aquella espesura; cerca de las corrientes vivas, los indios que persiguen al antílope y á los alces, encendian sus hogueras. No habia ningun sendero trazado, porque á nadie se le habia ocurrido fijar allí su residencia.

Belmonte parece hoy un valle del lago de Zurich: un camino magnífico atraviesa el barranco y el bosque está convertido en parques. Acá y allá elévase alguna linda casita, rodeada de un prado y de jardines á la inglesa; cinco ó seis quintas, ocultas entre el follaje, coronan las alturas. Los geranios están en flor; por todas partes se abren las rosas sobre los pórticos y las paredes; los carneros pastan en el prado, y algunas vacas avanzan perezosamente hácia los arroyos. La mirada se fija con gusto sobre una iglesia y una escuela; por doquiera que se mire, experiméntase una sensacion de bienestar.

La quinta que yo habito es una casita de madera, construida segun el tipo californiano, que tendiendo sobre todo á recrear la vista, participa á la vez del gusto árabe y del capricho chinesco. El pórtico, muy grande, da á unas habitaciones inundadas de sol, que tienen las paredes y el techo pintados con brillantes colores. Las sillas y los divanes son casi todos de mimbre; y de unas varillas doradas penden cortinas de vistosos tintes. Hay pianos, mesas y estantes de madera amarilla veteada de rojo, esencia de orígen californiano. Sirve de salon una galería abierta que recibe la luz de arriba; y alrededor de la casa se corre una serie de arcos con vidrios, para mitigar la fuerza de los rayos del sol. Pendientes de las paredes se ven fotografías de Roma en grandes cuadros de un negro intenso, que hacen resaltar mas aun la riqueza de los tonos del conjunto.

Desde lo alto de las habitaciones, admirablemente iluminadas y aireadas, se disfruta de una vista espléndida, dominándose un verdadero parque, una sucesion de jardines, de invernaderos, de prados y de bosquecillos.

Mi patron ha convertido á Belmonte en un paraíso terrestre, mas en beneficio de otros. Me gusta este hombre; su carácter es simpático y le deseo toda clase de felicidades; pero al observar su mirada inquieta y su frente pálida, no puedo menos de creer que á despecho de su viveza y alegría, Guillermo Ralston es á la vez víctima de su empresa y esclavo de su triunfo.

Alrededor de aquel mar interior, todo es rico y fuerte; rico como el fruto del país, fuerte como su vino. A guisa de bienvenida, el habitante, grueso y colorado como John Bull, su antecesor inglés, estrecha vigorosamente la mano de su hermano el flaco y bilioso yankee; y muéstrale con el dedo las palmeras cuyos frutos abundantes deben redondearse muy pronto. Si pudiera comer y dormir á su gusto, el californiano engordaria siempre mucho; pero ¿quién es el que aquí halla tiempo para comer y dormir?

Las condiciones de existencia de los habitantes de estos países no serian ciertamente consideradas como salubres por un médico del campo: hay demasiado sol en el cielo, demasiado viento en la montaña; el aire cálido dilata los pulmones é irrita el sistema nervioso. Se come muy de prisa, se bebe con exceso, y se trabaja demasiadas horas. No se habla, sino que se grita; en vez de andar se corre; y á cada instante se oyen resonar voces ruidosas, y se ven personas que andan á pasos agigantados.

Al pié de la montaña Lone hay un campo para las carreras, donde jueces y banqueros apuestan á porfía, y donde á fuerza de gritos y de latigazos se obliga á unos pequeños y fogosos corceles á devorar el espacio. La pista, situada á la sombra de un cementerio, es el símbolo de California y del carácter normal de los habitantes.

Las ciudades y pueblos de la rada rebosan vida; pero de una vida tirante y febril hasta el exceso. La calma es desconocida; nadie se sienta para saborear su pipa; el dia parece demasiado corto para el trabajo que se debe hacer: hombres y mujeres proceden con la misma actividad. La conversacion que termina un banquete en Lóndres pareceria aquí silenciosa; no se habla, sino que se grita. En el baile, los trajes de nuestras inglesas serian insípidos y pobres; á las californianas les gustan los mas brillantes colores. En las venas de esta sociedad, la sangre circula con una violencia extremada y una rapidez vertiginosa; es una borrasca contínua, una lucha sin tregua; se cree que no se vive cuando hay calma y reflexion.

El ciudadano traga su comida y bebida, chupa dos ó tres veces su cigarrillo, y echa á correr, como si le llamase el sonido del clarin. Cuando está en la mesa conserva consigo una pistola cargada, juega con su cuchillo al brindar por un amigo; receloso por naturaleza, siempre está preparado.

Las ofensas excitan al punto su resentimiento, y las venga en el acto con sangre: por una simple broma seria capaz de matar á su hermano.

Hé aquí un ejemplo muy reciente de esos locos arrebatos en que no se hace aprecio alguno de la vida.

Un gacetillero inadvertido tuvo la ocurrencia de decir en su periódico, al hablar de uno de sus vecinos, que comia en What-Cheer-House, y hacia su digestion delante del Gran Hotel, ó en otros términos, que comia en un figon é iba despues á limpiarse los dientes á la puerta del café Inglés. Al dia siguiente, el que habia gastado aquella broma fué muerto en medio de la calle.

En California no es el periodismo una canongía: los lectores necesitan estimulantes, y es preciso alimentar su pasion con escenas dramáticas; cada línea debe significar alguna cosa; y á falta de hechos verdaderos, publícanse imaginarios. Un diario anuncia que será atrevido y chistoso, y ha de mantenerse fiel á su promesa. Los directores de los periódicos no deben salir sin armas, y los redactores han de estar siempre dispuestos á defenderse. Tocar una pluma equivale á reconocerse capaz de un asesinato.

Algunas veces, el que ha sido objeto de una crítica abrasa el bigote á un redactor; pero semejante atentado pasa desapercibido; créese que no merece comentarios, excepto el caso en que el periodista mata al transeunte, creyendo enviar á su hermano al mundo de los espíritus.

Cierta tarde, hallábame yo en el terrado tomando el fresco, cuando me llamó la atencion un individuo que miraba atentamente á las aves volar, y á las focas retozar en las aguas. Como conocia al personaje de oidas, pregunté á mi vecino:

—¿No es ese M. X...?

—Sí.

—Pues bien, presentadme á él.

—¡Hum! me contestó mi interlocutor; esto es cosa bastante delicada, pues hace ya bastante tiempo que no le trato, porque la última vez que nos encontramos disparó contra mí su revolver.

—¡Cómo!

—Sí, cambiamos algunos tiros, mas no resultó nada: mientras nos evitemos todo va bien, pero al primer encuentro podrá correr la sangre.

Y sin embargo, preciso es confesar que en California tienen el corazon en la mano lo mismo los hombres que las mujeres, en toda la acepcion de la palabra. En todas partes, así en el club como en la plaza pública, se puede uno creer en su casa; la fisonomía sirve de introduccion; el color de la piel de credencial.

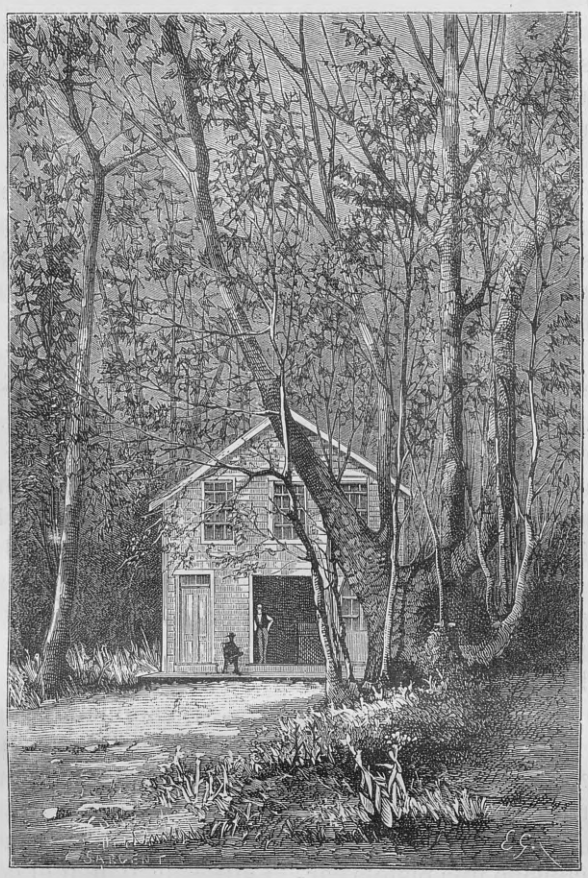
California es país de alegría y diversiones; los paseos, las fiestas y los banquetes se suceden sin interrupcion.

¡Cuántos clubs hay en cada ciudad, y qué bien se come en ellos! Aquí sí que no es una vana palabra la hospitalidad, y hasta se podria calificarla de régia. Jamás olvidaré las mañanas que he pasado en el campo, y las tardes que estuve en las carreras, así como tampoco mis noches en el club; todo lo tendré presente mientras me sienta capaz de reclamar mi parte en la vitalidad de nuestra raza comun.

En este alegre pueblo, la sobrexcitacion mo-

ral no cede en nada á la efervescencia física: hoy se apasionará por una veta argentífera; mañana olvidará la mina, al recibir la noticia de un robo en el camino de hierro del Pacífico. Durante la mañana se entusiasmará con motivo de una apuesta entre dos célebres trotones; por la noche no se ocupará sino de un asesinato cometido en la via pública: es necesaria la agitacion á toda costa.

Mi patron de Belmonte, Ralston, es una excepcion de la regla, y trata de preservarse absteniéndose de los placeres que su fortuna le permite; y llega hasta el punto de no beber ni una sola gota de vino. A la hora de comer, la criada le sirve con el pescado un cuartillo de leche, en la cual vierte algunas gotas de agua mineral: un vaso de vino podria producirle jaqueca; esta implica una pérdida de tiempo, y este



Una cabaña junto al *Rio Penitencia* —De fotografia

es un capital que no se debe malgastar. Sus billares son espaciosos, mas no juega nunca; recibe de la Habana excelentes cigarros; pero no fuma jamás. Su deliciosa casa de campo dista solo una hora de camino de sus oficinas, y no la visita sino una vez á la semana. Despues de comer y beber apresuradamente tres vasos de leche, levántase de la mesa, deja á sus convidados, y retírase á dormir. Levántase á las cuatro de la madrugada, da las órdenes á sus sirvientes, recorre sus bosques, y visita las granjas y fábricas. A las diez vuelve para almorzar; á la una invita á sus huéspedes á subir á un coche, para enviarlos.... á paseo; á las tres se halla en la montaña, donde edifica una ciudad; y á las cinco sube al tren para volver á sus oficinas de San Francisco. Con esto termina el trabajo del dia; en veinticuatro horas hace la obra de toda una semana.

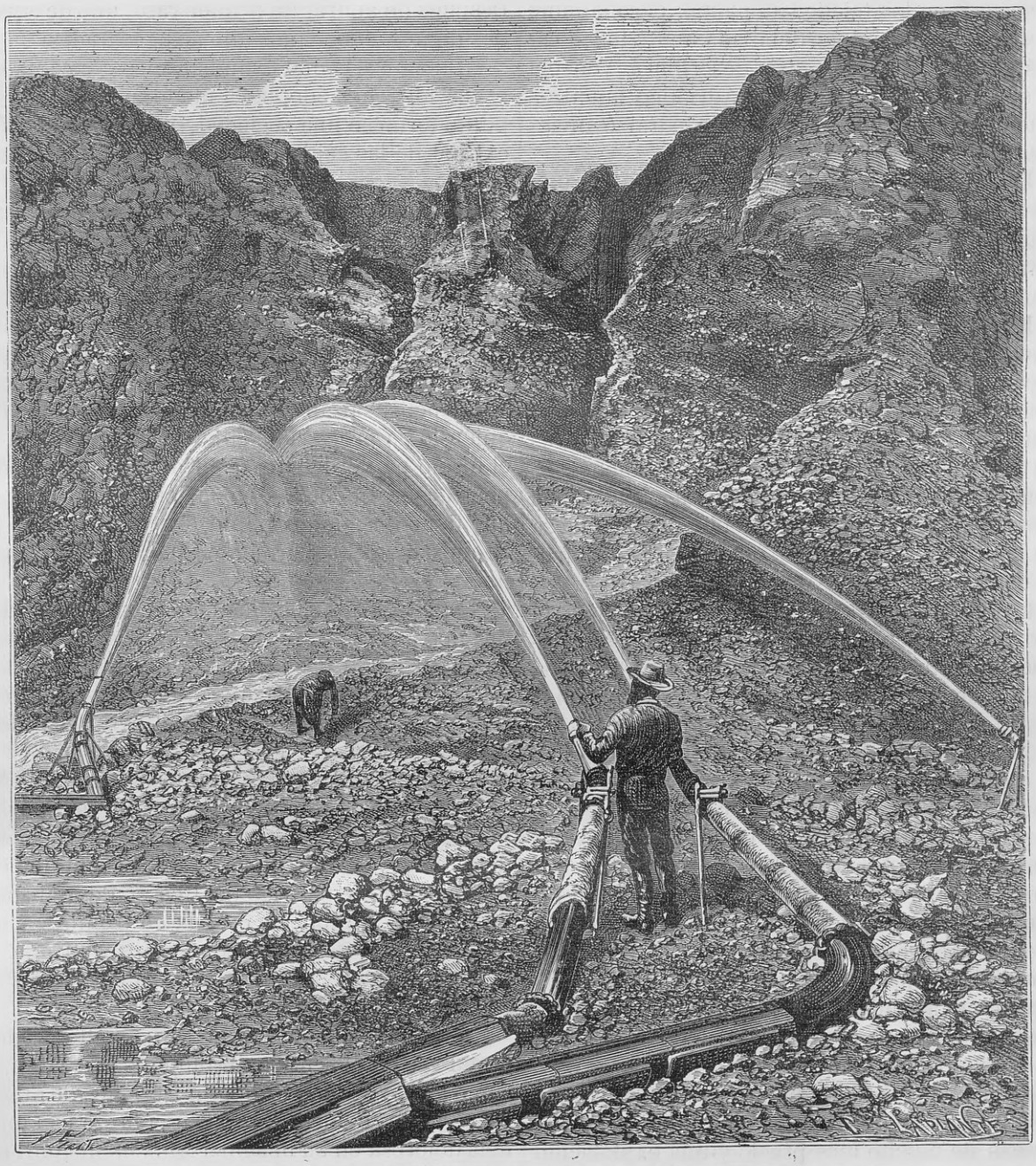
Ralston es el tipo de los conquistadores blancos, que consumen su vida prosiguiendo la batalla comenzada.

X

La ciudad de San Francisco.—Las minas de Comstock.—Los ricos.—Los pobres.—La mina Virginia.

Cerrando el paso de la Puerta de Oro, una ciudad de blancas casas, donde se elevan graciosamente los campanarios y las torrecillas, y cuyos cimientos baña el agua del mar, prolóngase sobre una playa arenosa, toca por la derecha en un promontorio, invade dos colinas, y por un último esfuerzo, trata de franquear las alturas.

Tal es la ciudad de San Francisco vista desde el mar: el puerto, con sus muelles y sus docks, sus buques de vela y sus vapores, en los que flotan al capricho de la brisa los pabellones de todos los países del globo, desde la Inglaterra hasta la China, ofrece un gran golpe de vista;



Un minero californiano: lavado por el método hidráulico.— De una fotografía

esa es la ciudad de las casas de banca, de los palacios, de los almacenes, de las compañías mineras y de las exposiciones agrícolas; es la ciudad de los sabios profesores, de los médicos eminentes, de los ingeniosos periodistas, de los abogados distinguidos; y tambien de los jugadores, de las mujeres perdidas, de los vagabundos y de los ladrones; es el punto de reunion de todos los pueblos, torre de Babel donde se confunden todos los idiomas desde el inglés al dayak, desde el tártaro al céltico.

¡Ciudad encantadora por su aspecto, por su situacion incomparable, por su conjunto pintoresco! Los accidentes del terreno comunican relieve á las construcciones. Aquí hay un café moro; mas allá una sinagoga; no se puede menos de pensar en el Oriente.

Las casas, casi todas blanqueadas con cal,

tienen sus balcones cubiertos de plantas tropicales, cortina natural tras de la que se imaginan las señoritas disfrazar su curiosidad. Son indescriptibles los juegos de luz en aquellas paredes blancas y en los tejados de plomo; pero fáltame tiempo para examinar detalladamente todos estos esplendores. ¿Se podria describir á Venecia si se llegara á la reina del Adriático mientras que el palacio de los Dux y la catedral estuvieran ardiendo?

La ciudad es en este momento presa de uno de esos accesos habituales de fiebre ardiente; una recrudescencia de la especulacion sobre las minas de Comstock inflama todos los espíritus.

El dios mas venerado por la generalidad de los ciudadanos de San Francisco es el azar. Participando á la vez de la credulidad del indio y de la indiferencia del mejicano, depositan su confianza en desconocidos, y cifran sus esperanzas en visiones. Miles de individuos, á quienes se considera como inteligentes, van á creer á ojos cerrados en el súbito aumento de la riqueza de las minas de Comstock, y aventurarán el fruto de numerosos años de trabajo.

Las minas de Comstock están situadas en el monte Davidson, en el Nevada; casi todas pertenecen á naturales de San Francisco, y algunas, entre ellas el Ofir y la Mejicana, se explotan hace veinte años. La veta argentífera es muy extensa; tiene un desarrollo aproximado de ocho á diez kilómetros; y digo aproximado, porque nadie sabe hasta ahora la direccion que sigue ni hasta qué punto llega, por lo cual es un valor absolutamente hipotético. Desde el depósito Virginia, instalado en el orificio de las minas, los filones de plata se prolongan hasta Gold-Hill (Colina del oro) donde terminan en capas de un mineral mas precioso aun.

Hasta el año último, los accionistas de las minas Ofir y Mejicana tenian excelentes razones para estar satisfechos con sus dividendos; pero hace poco que el rendimiento ha bajado, porque los filones se hunden en la roca, exigiendo máquinas de mucho mas precio y una explotacion mas hábil. Hé aquí porqué los especuladores mejor avisados confiaron sus duros á las cajas de ahorros en vez de invertirlos en las minas de Comstock.

Pero de pronto se produce una reaccion con la rapidez del rayo.

—Hé aquí cómo ha ocurrido el hecho, me dice un banquero, que es mi vecino en la mesa.

»Cierta tarde, cinco ó seis accionistas de la compañía «Virginia consolidada» se hallaban conversando en un establecimiento de bebidas de la calle de Montgomery. Los diarios habian dado á conocer la cifra de los depósitos en las cajas de ahorros, cifra respetable, pues ascendia á doscientos cincuenta millones de pesetas. Despues de apurar un primer vaso, uno de aquellos dignos ciudadanos dijo á sus cofrades:

«¡Bueno seria que exhumáramos ese capital!»

»La idea fué adoptada unánimemente, y al punto formóse una sociedad, con el objeto de extraer de las cajas de ahorros el dinero depositado.»

Estos ciudadanos conocen muy bien á los arrendadores, á los negociantes y comerciantes á quienes se proponen despojar. En San Francisco se está acostumbrado á los cambios súbitos en el valor de las acciones, sobre todo si son de minas; y con la imperturbable sangre fria de un Piel Roja, el californiano blanco aventura su capital apenas circula un rumor, sin cuidarse de quién lo ha propagado, sin averiguar siquiera si el hecho es verdadero ó falso. Está dominado por el espíritu de la especulacion, embriaguez que tiene mas de un punto de contacto con la que produce el aguardiente, que bebe tan á menudo.

No existe aquí clase media afecta al hogar doméstico á cuya sombra nació y progresó: esta gente, pagando sus deudas y frecuentando las iglesias, obedece al decálogo; rutinarios por naturaleza, son observadores instintivos del órden establecido.

En San Francisco hay algunos hombres, individuos de diversas asociaciones, que han llegado á ser excesivamente ricos. La fortuna de Lick, de Latham y de Sharon, se calcula en veinticinco millones de pesetas; las de Reese, de Ralston, de Baldwin, de Jones y de Lux en treinta y cinco, cincuenta, y sesenta millones respectivamente; y preténdese que Flood y Fair, Mackey y O'Brien son mas ricos aun.

En cuanto á los pobres, lo son en alto grado, no tal vez en el sentido absoluto de la palabra, y como los de los barrios mas miserables de nuestras grandes ciudades; pero su pobreza es tanto mas dolorosa en su imaginacion, cuanto que sus recursos distan mas de guardar proporcion con sus aspiraciones.

Un pobre de San Francisco no se resigna: quiere llegar á ser rico, necesita dinero; y es preciso que lo adquiera cuanto antes. Naipes, dados, jugadas de bolsa, de todo se vale sucesivamente; espera llegar á ser un Lick ó un Ralston, propietario de un gran palacio, ó director de una casa de banca; pero no es capaz de acometer el trabajo ni de tener la abnegacion que han valido á esos poderosos especuladores su coro-

na de oro. Para él no es la vida sino una serie de casualidades felices ó desgraciadas; busca los duros en las cloacas y sumideros, y cuando tiene ahorros los aventura en una jugada á la alza.

Por lo que hace á los ingeniosos accionistas que bebian fraternalmente en el establecimiento de la calle de Montgomery, habian estudiado hacia mucho tiempo el flaco de sus conciudadanos; y sobre su conocimiento del carácter de los naturales de San Francisco fundábanse principalmente para asociar sus esfuerzos. Debian conseguir su fin; y ahora vamos á ver cómo.

XI

Bonanza

Cierto dia circuló un rumor que halló eco en todos los diarios de la tarde: acababa de hacerse un grande y maravilloso descubrimiento en las minas Virginia.

—¿Qué es? preguntaba la multitud curiosa.

Fingiendo sorpresa los propietarios de la mina, contestaban con expresiva sonrisa:

—¿Qué quereis decir?... ¡Bah! no hagais caso de las charlatanerías de los clubs ni de las mentiras de los diarios.

Efectúanse algunas ventas, y se organiza un alza; susúrrase un secreto que los asociados, hombres muy duchos, tratan de ocultar.

Al dia siguiente aumenta el número de los pormenores; se cree saber ya el secreto tan bien guardado por tres ó cuatro compañías mineras; es el descubrimiento de un nuevo filon de plata en la mina Virginia, un filon de metal puro, tan compacto, que se podria acuñar la moneda al sacarse aquel de la mina.

—¡Bonanza! exclaman los oyentes, ¡magnífica bonanza!

—¡Qué es bonanza? pregunto yo.

—Es una palabra de marino, me contesta un banquero, palabra que significa viento favorable, cielo sereno, travesía feliz. En boca de nuestros mineros equivale á suerte, especulacion ventajosa, golpe de fortuna: bonanza es la gran diosa californiana, cuyo templo se eleva en la calle de California.

La Bolsa se halla situada, en efecto, en la calle de California.

Podia haber una sombra de verdad en la historia de aquel descubrimiento de un filon argentífero; y en menos de una semana tomó cuerpo esta sombra. Arrancábanse unos á otros las acciones; elevároнse los precios de dia en dia, y despues comenzaron las pujas. Si se da fe á lo que dicen los concurrentes á las tabernas, las acciones que se cotizan hoy á trescientos cincuenta ó cuatrocientos francos, valdrian dentro de un mes dos mil quinientos, y los diarios publican esta noticia, para que se vea que están al corriente. Entonces, todo el mundo comienza á pujar; todo el que lo hace es un creyente, y compra; la casualidad es ciega, y se llega á serlo tanto como ella.

Las minas limítrofes de la gran *bonanza* están en su radio: nadie se atreveria á pretender que se han hecho nuevos descubrimientos en Ofir, Crown-Point, y en Yellow-Jacket; pero ninguno se atreveria tampoco á jurar que las minas de Comstock no se componen exclusivamente de plata pura.

Se oye á un minero práctico afirmar que el monte Davidson es por todas partes igualmente rico en mineral, y al punto suben todas las minas principales; el fuego se propaga á las demás, si me es permitido expresarme así, y entonces brillan como otros tantos planetas al rededor de un sol comun.

A las seis semanas, todos los naturales de San Francisco llegan á estar ricos... y locos.

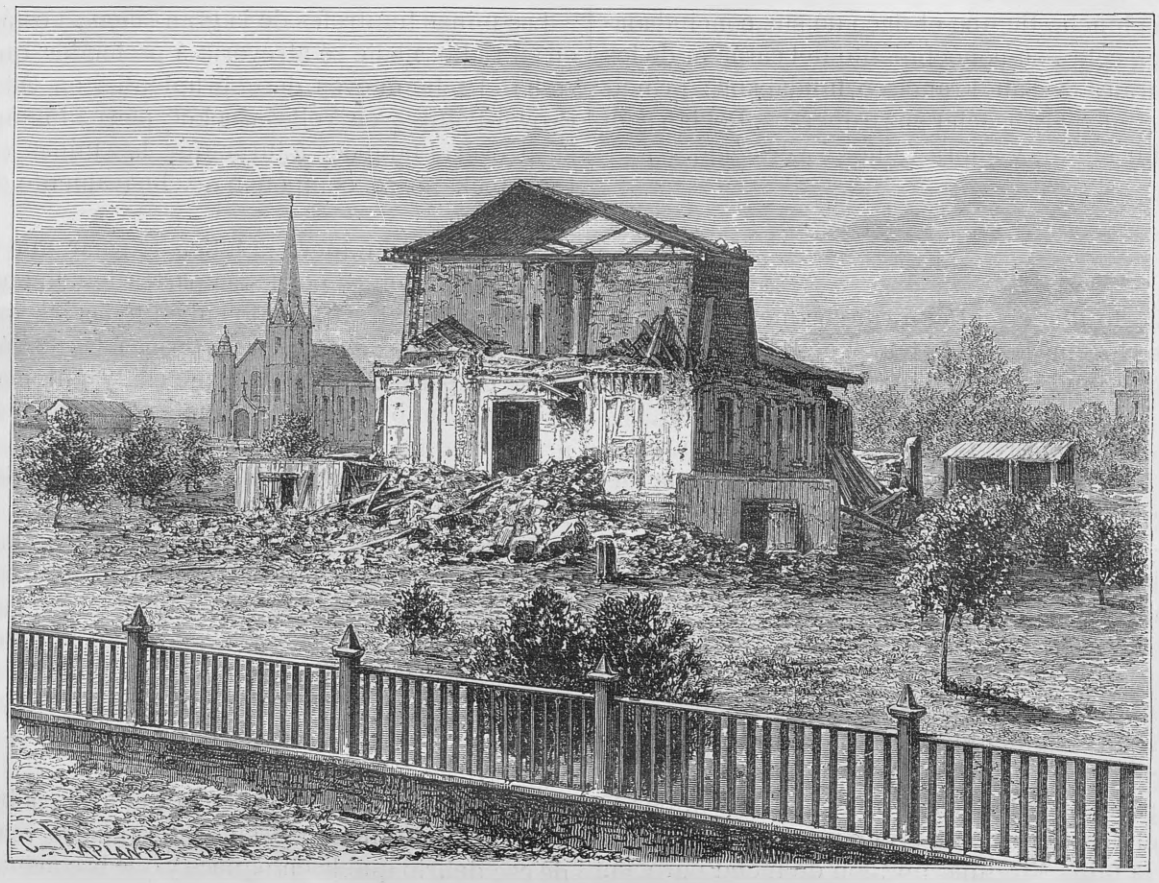
Apasionada por el dinero, pero mas nerviosa aun que avara, la poblacion se divierte tanto con una rápida fortuna como con una súbita ruina. ¡Qué maravillosas historias se oyen referir por todas partes! El pobre de esta mañana es millonario por la tarde; el millonario de ayer estará arruinado mañana. ¡Es el drama... es la vida!

En el espacio de una docena de años, la poblacion de San Francisco ha sido presa cuatro veces de ese delirio que la enloquece y que la consume hoy. Se han ganado y perdido fortunas tan rápidamente como si se jugaran á un golpe de dados.

Un individuo posee cien acciones de las minas Belcher, que constituyen su único haber: hoy valen esas acciones á cinco pesetas; total quinientas; pero mañana suben á dos mil quinientas; total doscientas cincuenta mil.

«Nuestras riquezas nos son fatales, me dijo cierto dia un sabio del club Pacífico; un desarrollo menos rápido nos permitiria echar raíces aquí; y sin embargo, el nuestro no es una maravilla tan grande como se cree: y hasta se puede considerar como lento si se tienen en cuenta las ventajas de que blasonamos: el suelo y el clima, los puertos y las minas. Sí; es lento; nosotros no podemos luchar contra Chicago y San Luis, y mucho menos contra Filadelfia y Nueva-York. Hemos querido hacer mas de lo que permitian nuestras fuerzas; el crecimiento ha sido demasiado rápido; nuestro camino de hierro nos ha comunicado la fiebre.—¡Os reís! Pues sabed que

es la verdad. Desde que apareció en Oakland el primer wagon, el afan de especular invade toda la rada. Creíamos que el universo entero venia hácia nosotros. ¿Dónde habitará esta poblacion? ¿Por qué no preparar alojamientos, beneficiando esta empresa? Al punto se compran terrenos, se desmontan los bosques, se construyen ciudades, con la esperanza de ganar millones: y ved ahora en cada abertura de la rada esas ciudades imaginarias, esas sombras de calles, de plazas, de teatros y de iglesias. Desgraciadamente, los millones no han venido; y hace cinco años que cada ciudadano de San Francisco sostiene el peso de una ciudad muerta al nacer.—La gran



Antiguo establecimiento de mision en San Francisco.— De una fotografía

bonanza es otro de nuestros accesos: hay algo de verdad en el descubrimiento hecho en las minas de Comstock....; pero si el mundo es ahora mas rico que hace cinco meses, nosotros somos mas pobres que lo éramos cinco años há. Jamás ha mostrado el Piel Roja tanta indiferencia por su perro, su cabaña y su india, como el hombre blanco de San Francisco por su fortuna.

XII

Las mujeres blancas.—Su escasez en California.—Divorcios numerosos.—Impunidad de los crímenes cometidos por las mujeres.—Las asesinas Laura y Ana Smythe.

Los blancos aprendieron muchas cosas de los indios; y sin embargo, no se les ha ocurrido aun como á los Utes y los Bannocks jugar sus mujeres á un golpe de dados. En esta vertiente del Pacífico, las mujeres blancas son todavía objetos demasiado preciosos para aventurarlas así.

En California hay cinco hombres blancos por cada dos mujeres del mismo color; la proporcion en el Oregon es de cuatro por tres, en el Nevada de tres por una y en el Washington de dos por una.

A causa de semejante estado anormal, la mujer blanca, en toda la vertiente del Pacífico, es considerada y tratada, no como la igual y compañera del hombre, sino como un sér extraño y costoso, que á causa de su escasez, se pone al abrigo de los ataques de toda legislacion. Es preciso que un hombre se halle muy acosado por el hambre para que se atreva á dar caza á esta ave del paraíso.

Los mineros y los colonos de los alrededores de San Francisco se hallan exactamente en la misma situacion que los cazadores y negociantes de Monterey. Por todas partes hay superabundancia de hombres, y de consiguiente perturba-

cion profunda en las relaciones sociales. El casamiento es una especie de carrera frenética, en la cual ocurren todas las peripecias: boda, divorcio, segundas y terceras nupcias, uniones indeterminadas, etc.

No solo se obtiene el divorcio con poco gasto sino con la mayor facilidad: ciertas sociedades, legalmente constituidas, no tienen otro objeto; ellas se encargan de todos los detalles y allanan todas las dificultades. «La cuestion de domicilio



Mujer y niñas utes.—De una fotografía

no es obligatoria,» dicen, entre otras cláusulas, las circulares y anuncios publicados para las personas que desean romper el lazo conyugal.

Las instancias son presentadas en su mayor parte por las mujeres; la mas ligera causa que aleguen basta para convencer á los jueces: el esposo que pleitea en divorcio como demandante es tratado generalmente de loco.

No hace mucho que un irlandés trató por todos los medios de probar que se le maltrataba, y que el divorcio era para él cuestion urgente.

El magistrado frunció el entrecejo.

—¡Pues bien! señor juez, exclamó el pobre hombre, cuando hubo agotado sus argumentos, no quiero decir nada contra la mujer; solo deseo que vivais algun tiempo con ella.

Esta razon pareció perentoria al juez, quien se apresuró á entregar al demandante su acta de divorcio.

Por poco que se observe, se reconocerá en la vertiente del Pacífico una marcada tendencia á mostrarse indulgente con los crímenes femeninos: si la razon de esto es difícil de explicar, el hecho no es menos pertinente. Las bromas mejor acogidas en el mundo son aquellas que se refieren á algun asesinato doméstico, como el

cometido por la mujer que envenena á su esposo con una taza de té, ó que le abrasa el cerebro de un pistoletazo durante su sueño.

Una jóven californiana, últimamente divorciada, se queja á una amiga suya, viuda, de veinticinco años, de las palabras indignas que ha pronunciado su ex-marido al hablar de ella.

—¿Y no hay en todo esto una palabra de verdad? pregunta la viuda.

—¡Oh querida mia! ¿Es posible que lo dudes?

—Te lo pregunto únicamente por la forma. Yo he tenido, hija mia, tres esposos, ni mejores ni peores que los demás hombres; pero los tres han muerto. Ya comprenderás, querida mia, que un esposo difunto no cuenta historias.

Ciertas personas pretenden que esta extraordinaria indulgencia es una especie de homenaje rendido á la rareza de los crímenes cometidos por las mujeres, comparada con la abundancia de los que perpetran los hombres. En efecto, el número de ellos es tan enorme, que el sentimiento público se resiente: el asesinato de un hombre pasa desapercibido.

La noche última ha sido muerto un irlandés en Broadway, no léjos de la cárcel: Dick Owen y Jim Burke bebian juntos, y de repente comienzan á disputar las dos mujeres que estaban en su compañía; precipítanse una contra otra y se arrancan el cabello. Como era natural, intervinieron los hombres en la batalla.

—¡Ven á batirte fuera! grita Owen lanzándose por la escalera.

—¡Ya bajo, mala bestia! contesta Burke empuñando su revolver.

Owen tira dos veces, sin tocar á su contrario; Burke hace fuego, y atraviesa de un balazo el corazon de su antagonista.

Los diarios refieren esta historia, pero dedícanla solo algunas líneas.

Pero cuando se trata de un crímen femenino ¡oh! entoncen le consagran los periódicos columnas enteras.

Una tiradora de pistola como Laura proporciona á los diarios de la tarde una tirada suplementaria de un millar de números.

Unida en secreto con un hombre casado, cobróle odio cierto dia, y cargando su revolver, dirigióse á su casa. Llegada allí, y con la mayor frialdad, y á la luz del dia, delante de su esposa y de sus hijos, le atraviesa el cráneo de un balazo.

¡Es una heroina! Perseguida por asesinato, juzgada y absuelta, por haberse alegado que obró bajo el imperio de un acceso de locura sentimental, Laura ha llegado á ser una mujer á la moda. Da bailes muy á menudo, y especula sobre los valores de la Bolsa. Pocas mujeres hay cuyo nombre sea tan popular como el suyo; los diarios se ocupan de sus actos y de sus gestos tanto como se haria en otra parte tratándose de una dama del mas alto rango.

Esta notoriedad ha seducido á mas de una mujer; de manera que el número de atentados contra el sexo fuerte va en aumento; y sin embargo, no se ha presenciado en California ni una sola ejecucion de mujer.

«¡No! me decia un juez del Tribunal supremo, no, en este país no nos es posible condenar á muerte á una mujer; y ya no es tan fácil ahorcar á un hombre, pues cuando enviamos á cualquiera al patíbulo, dice que muere víctima de su juez. Jamás podrá un tribunal reunir doce hombres dispuestos á reconocer á una mujer culpable de asesinato voluntario, ni en San Francisco ni en ninguna otra ciudad situada al oeste de las Montañas Pedregosas. Encuéntranse circunstancias, no atenuantes, sino justificativas.»

Uno de los dias de la semana última, el general Cobb, abogado distinguido, fué muerto en la calle de Washington por Ana Smythe.

En Lóndres ó Paris, esta aventura hubiera dado mucho que hablar: en San Francisco es un hecho comun.

Hace doce años que Ana vino á San Francisco, segun dice, donde encontró á un marino llamado Smythe, con quien se casó. Los esposos fueron á establecerse en Crescent City, en el condado del Norte; y con sus economías, Ana compró un reducido terreno, enviando á su marido á la oficina correspondiente, para extender la escritura en nombre de ella. Smythe lo hizo en el suyo propio.

Habitante en la ciudad, y no teniendo carneros ni otros animales, la mujer del marino no pudo explotar su terreno.

Al cabo de cierto tiempo, un aventurero á quien conocian con el nombre de Juez Mason, llevó allí sus ganados, desafiando á la propietaria á expulsarle de aquel sitio.

Ana reclamó en justicia, y perdió el pleito, porque, segun dijo ella, el invasor era rico y compró á los jueces de la localidad.

Cuando los recursos se hubieron agotado, Smythe abandonó á su mujer, dejándola sin un cuarto y con cinco ó seis chiquillos.

Habiendo obtenido su divorcio, cosa fácil en Crescent City, Ana emigró á San Francisco con sus hijos, á los cuales colocó en un asilo de beneficencia, excepto uno que era de pecho. Despues se dedicó á lavandera, buscando trabajo entre personas mas deseosas de auxiliar á una mujer que de confiarle su ropa.

La señora Cobb, una de las directoras del asilo, supo la historia de Ana, compadecióse de la pobre mujer, y rogó á su esposo que se ocupara de aquel asunto.

Cobb creia haber hallado un medio para conseguir que le hicieran justicia; pero los abogados aprecian ante todo los honorarios, y Ana Smythe no poseia nada. En su consecuencia confirió sus derechos á Cobb, con la condicion de que este último pagara todos los gastos y la reintegrase en su propiedad tan pronto como se hubiera reembolsado.

El proceso duró cinco años: Mason combatió á la propietaria en todos los puntos de derecho; y la pobre mujer, loca de pesar, y exasperada por tantas dilaciones, imaginóse que su abogado, corrompido á fuerza de oro por la parte contraria, prolongaba los debates intencionalmente.

—Iba á su oficina para despojarme de mis bienes; mas espero haberlo impedido.

Tales fueron las primeras palabras que pronunció despues de cometido el asesinato y en el momento de ser presa.

Ana fué puesta en libertad, por haberse recogido al momento la cantidad necesaria para su fianza; y gracias á su crímen, la pobre lavandera ha sido elevada sobre un pedestal.

No se sabe aun si Cobb sobrevivirá á la herida que recibió; pero bien se salve ó muera, ya quede su esposa viuda y sus hijos huérfanos, Ana Smythe no corre peligro alguno.

Es una mujer; y jamás un jurado de San Francisco condenará á la mujer á una pena capital.

XIII

Los indígenas y las indias

A causa de la disparidad inversa de los sexos, las mujeres rojas pierden mas aun de lo que ganan sus hermanas blancas.

En las chozas indias, el número de mujeres es superior al de los hombres; y así es que las compran y las venden exactamente lo mismo que las esclavas y los animales.

Despues de franquear la montaña cerca de Truckie, á cinco ó seis kilómetros del lago Donner, llego al valle del rio Humboldt, cuya altura excede á la del monte Snowdon (1). Es la residencia de las salvajes tribus alpestres, los Utes y los Shoshones, á quienes designan con el nombre de indios ecuestres, para distinguirlos de sus pacíficos congéneres de la vertiente del Pacífico.

En Winnemucca, llamado así en recuerdo de un gran jefe guerrero Pai-Ute, encontré un indio de otra rama de los Utes. Embozado en una especie de capa, y apoyándose en su lanza, vigilaba á dos indias sentadas en el suelo (véase el grabado de la pág. 32).

Estamos en medio del invierno; el frio es penetrante, porque la meseta se halla á mayor altura que la cima del Ben-Nevis (2); y sin embargo, las dos mujeres tienen por único traje algunos andrajos de algodon.

—¿Sois Pai-Ute? pregunté al indígena.

No temia engañarme, pues en la ciudad del Lago Salado habia visto individuos de su tribu cuya mayor parte, seducida por el nuevo desarrollo de las doctrinas mormones, entró en el gremio de la Iglesia de los Santos del último dia.

—Pai-Ute, me contestó lacónicamente el indio.

—¿Cómo os llamais?

—Perro Rojo.

—¿Quereis un cigarro?

El indio levantó un paño de su manta, echósele al hombro, y encendió la planta indígena. El cigarro tiene para el salvaje un atractivo que solo puede compararse con su aficion al agua de fuego.

Las indias le miran sonriendo, sin perder por eso su expresion de temor; la una tiene diez y ocho ó diez y nueve años, y la otra apenas quince; sus facciones son aplanadas, los pómulos salientes y los ojos negros, carácteres de los mogoles.

—¿Son vuestras indias? pregunté por boca de uno de esos vagabundos que siguen siempre la pista de los indios.

—Sí; india vieja, india jóven; la mayor es la vieja; la pequeña es la jóven.

—¿Son las dos vuestras mujeres?

—Sí; las dos; esta mi mujer vieja; la otra mi mujer jóven. ¡Dos indias yo!

Y en los labios del indio se deslizó una sonrira de satisfaccion al pronunciar estas palabras.

—¿Sois mormon?

—Muchos Pai-Utes son jefes mormones; los Pai-Utes son muy amigos de Enoch, me contesta Perro-Rojo eludiendo la respuesta directa.

Reanimadas por el sonido de una voz amistosa, la mas jóven de las dos mujeres me dirige una mirada que se desliza á través de sus espesas pestañas; mientras la otra se levanta, y plantándose atrevidamente delante de mí, me tiende la mano como una mendiga.

Estas indias tienen una semejanza singular

(1) Montaña de Inglaterra, en el pais de Gales, sobre el límite de los condados de Caernarvon y de Merioneth, á mil ciento ochenta y cinco metros de altura.

(2) La más alta montaña de la cadena de los Grampians, en Escocia. Hállase situada en el condado de Inverness, y tiene mil trescientos treinta y un metros de altitud.

con las mujeres nómadas de las estepas tártaras, así como sus congéneres del rio Tule son el vivo retrato de las chinas de San Francisco; pero las indias valen para los propietarios menos que sus hermanas de Hong-Kong. Una china jóven y bonita cuesta, por término medio, mil pesetas: este Pai-Ute no ha pagado por su mujer jóven mas que ciento. La suerte no habia favorecido, al parecer, á los padres de la india; la tierra estaba cubierta de nieve, los alces y los antílopes



Un indio Pai-Ute y sus dos mujeres.— De una fotografía

escaseaban, y cedieron la hija á un extranjero como hubieran vendido un perro ó un caballo. El precio de la venta debe gastarse en bebidas espirituosas.

Está prohibido vender aguardiente á los indios; así lo previene la ley, pero ¿hay en tales desiertos un magistrado para aplicarla?

—¿Las llevais á vuestro país? pregunto al indio.

—¡Ugh! exclama entre dientes, los Pai-Utes de nuestra familia no tienen ya patria. Los blancos se han apoderado de nuestra tierra y de nuestros rios. Algunos Pai-Utes poseen todavía un reducido espacio; pero son muy contados. Algun dia nos devolverá el Gran Padre nuestros terrenos de caza.

—¿Cómo vivis?

—Esperamos vagando de un lado á otro, y perseguimos á los pocos animales que aun quedan. Los Pai-Utes son pobres; dadme otro cigarro.

—Decidme, Perro-Rojo; si sois tan pobre ¿porqué habeis comprado una segunda mujer?

—A fin de que trabaje para mí. Sin india, mu-

cho trabajo; con varias indias, ninguno. Ganando mas duros, compro mas indias.

—¿Y las hareis trabajar para vos?

El indígena se sonrió blandiendo su lanza.

¡Pobres mujeres! Las cansará sin dejarlas un momento de reposo. Tal vez alquile sus servicios á los empresarios de caminos, ó las conduzca á los acantonamientos del rio Humboldt.

Entre los indios de las misiones, mas ó menos civilizados, el indígena puede pegar á su india en un momento de cólera; pero rara vez la obliga á trabajar. Las mujeres son generalmente esclavas voluntarias, á quienes agrada penar por su ingrato esposo; pero si algunas veces dejan de trabajar en el desmonte, ó se descuidan de sembrar, su señor y dueño se rie y bosteza.



Shoshone americanizado

Esta falta no es á sus ojos sino un pecado venial.

En comparacion de los Apaches, de los Kickapus y de los Kiowas, los Utes son tristes compañeros, desenterradores de raíces y cazadores de ratas; y sin embargo, el mas embrutecido de los Utes, un perro incapaz de atacar á un enemigo cuando duerme, ó de aventurarse por el sendero de la guerra, tiene suficiente valor para pegar á una mujer. Si prefiere tener en su choza varias indias, es con la esperanza de que por envidia se esforzarán en evitarle todo trabajo.

—¿Porqué os haceis acompañar de vuestra mujer vieja?

—Para que enseñe á la pequeña. Las jóvenes no son al principio buenas para nada, pues cuando abandonan la choza paterna, no hacen mas que llorar y gemir; es preciso zurrarlas hasta que se callan; y entonces entran ya en razon. Cuando vamos á buscar una jóven india, gústales á las viejas acompañarnos; acostumbran á las otras á caminar sobre los guijarros y á dormir con los ojos abiertos; esto basta para cerrarles la boca.

Perro-Rojo no vale mas ni menos que sus con-

géneros de las tribus paganas; así para él como para ellos, la mujer ha nacido para sufrir y para ser una bestia de carga; cuidan de ella como de una vaca, y trátanla cual si fuese un pero; la compran y la venden á su antojo, sin que nadie intervenga en este tráfico. La ley americana no se ocupa de lo que sucede en una cabaña india. Si á Perro-Rojo se le ocurriera pegar á su mujer en presencia de los blancos, le ahorcarian inmediatamente sin formacion de causa; pero si la asesinase durante la noche, léjos de los establecimientos, su crímen quedaria impune.

Mientras viva entre su tribu, la mujer tendrá defensores naturales, su padre, su hermano ó su hijo; una vez fuera, no cuenta con otro apoyo sino con el afecto ó la compasion de su amo.

En otro tiempo eran raras estas ventas de mujeres de tribu á tribu; pero ahora decrece la poblacion de dia en dia, y las mujeres pasan con frecuencia de una choza á otra. Perro-Rojo no es el único de su raza que con el cinto lleno de duros, recorre el país en busca de indias.

Algunas pequeñas tribus son tan pobres en mujeres, que con dificultad encuentra el cazador una compañera; hasta los jefes y las hechiceras abastecen con dificultad sus cabañas. Esto es lo que sucede en toda frontera, donde los hombres rojos están en contacto con los blancos: el híbrido roba, el rostro pálido compra.

Cuando ha pasado el umbral de una habitacion extranjera, la jóven india no vuelve jamás á su tribu.

El indio convertido sabe muy bien que los blancos no consienten el tráfico de las mujeres; pero jamás ha llegado á oidos de un pagano ninguna protesta contra los antiguos usos y costumbres de la tribu. Cuando ha querido una mujer, ha pagado su precio; su madre fué comprada, y la de su india tambien. Segun él, una jóven vale tantas pieles ó tantos duros; y si la pierde, su fortuna ha disminuido en el valor que representaba. Sírvele para cultivar su campo, para cuidar de su caballo y llevar su tienda; y si un cazador está dispuesto á vender su hija, ¿porqué no aceptaria el dinero del blanco, lo mismo que las pieles del rojo?

Sabe que el hombre blanco es poderoso, y que en la mas pequeña casa de colono, su hija será mas feliz que en la mayor cabaña india. Si pregunta á su hija, esta le contestará sin ambajes que prefiere ser la esclava de un blanco.

Pero hé aquí que llega el tren: Perro-Rojo toca con el pié á sus mujeres, que sacuden sus andrajos y se levantan.

En estas inmensas soledades, la Compañía del camino de hierro permite á los Utes y á los Shoshones imaginarse que la línea ha sido construida para ellos, y que se halla bajo su proteccion. A todos esos indígenas se les traslada gratis, con la condicion, fácil de llenar, de que vayan en los estribos corridos de los coches.

Llega la noche, fria noche de invierno: á las seis de la tarde, la temperatura es de 19° centígrados bajo cero, y el viento sopla con fuerza; pero las mujeres, vestidas como ya he dicho, deben pasar toda la noche acurrucadas, y sujetarse á las cadenas de tiro si quieren dormir.

Mañana á primera hora, al bajar del tren, la casada mas jóven emprenderá un viaje de ciento veinte á ciento sesenta kilómetros, á través de los pantanos y de las nieves; y al llegar al pueblo de su marido deberá comenzar el trabajo de la esclava. Cuando Perro-Rojo se canse de ella, la venderá á otro Perro.

XIV

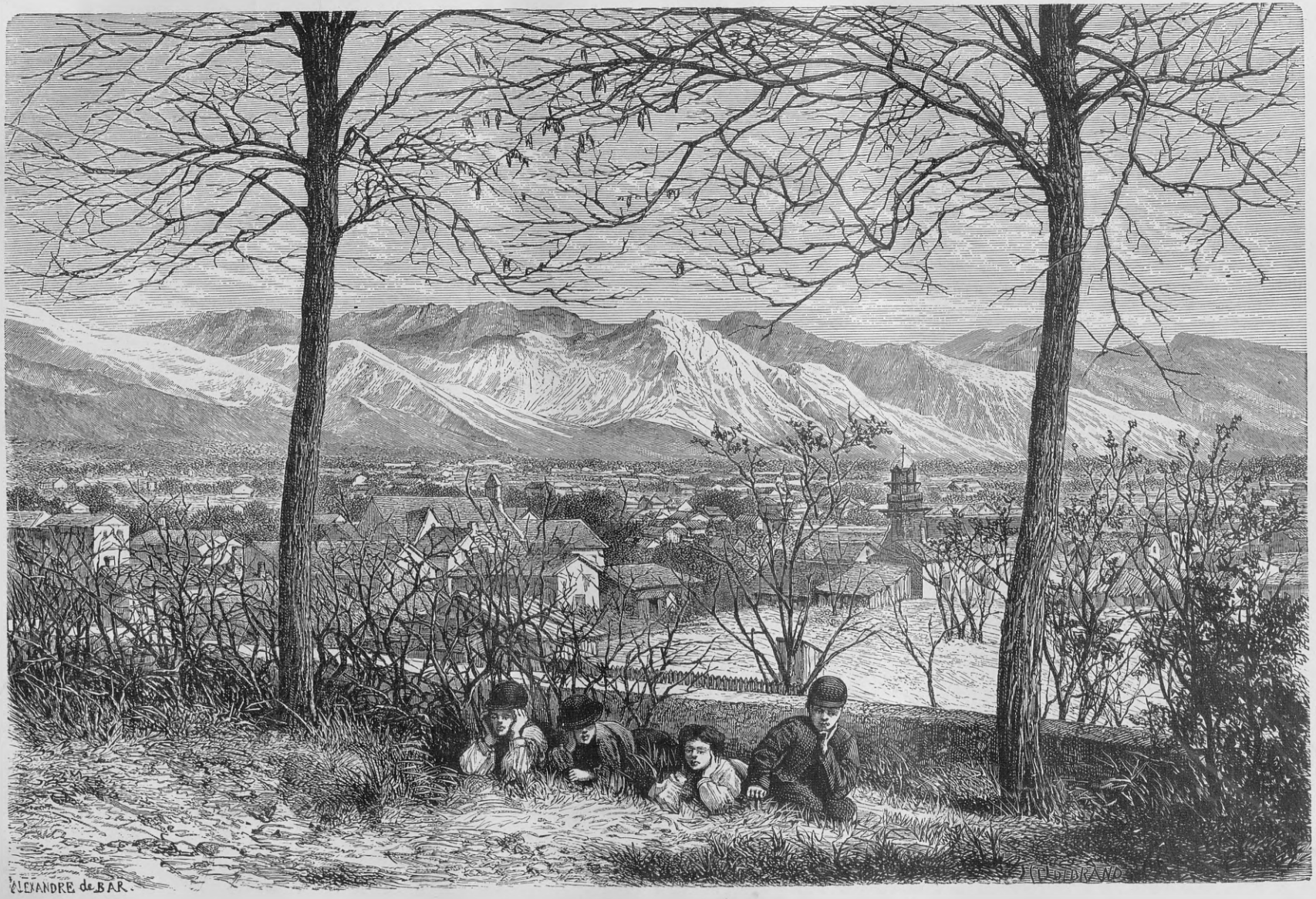
El mormonismo rojo

Desde Winnemucca, pueblo indio del Estado de Nevada, á Brigham, ciudad próspera del valle del Lago Salado, el camino atraviesa un país montañoso é interesante bajo el doble punto de vista físico y etnológico. Al separarse de una meseta de mil trescientos metros de altura, dominada por picos cubiertos de nieves eternas, franquea, hasta las empalizadas, bosques de pinabetes. En Pequop, altura del Monte Dorado (1), comienza á descender, y por los pozos de Humboldt y el desierto americano, dirígese en línea recta hácia Brigham, en Sion.

Hace diez años que todo el país, de una extension de seiscientos cuarenta kilómetros poco mas ó menos, pertenecia á las tribus independientes de los Utes y los Shoshones, cuyos antecesores paganos habian cazado el bisonte, hecho la paz y la guerra, y ejercido la *vendetta*, desde las montañas cubiertas de una eterna capa de nieve, hasta los valles bañados por el rio de la Serpiente, y las cascadas del Shoshone. Hoy dia no poseen esas tribus un acre de tierra de sus antiguos terrenos de caza.

Muchos de estos hombres rojos son mormones: por lo general, las tribus indias que tratan con los predicadores mormones, acogen á los evangelistas con mas ó menos benevolencia; pero los Utes y los Shoshones han sido casi todos bautizados y comprendidos en la Iglesia de los Santos. Para mayor beneficio de estos montañeses, se han consagrado hasta obispos rojos.

(1) Parte la mas elevada de las montañas de Auvernia: altitud mil ochocientos ochenta y seis metros.



Sion, la ciudad del Lago Salado

Hace nueve años, hallándome yo en la ciudad del Lago Salado, donde estudiaba el sistema introducido por José Smith y Brigham Young entre las personas de orígen europeo, escribia lo siguiente:

«¿A qué resultado han llegado los Santos de los Ultimos Dias? En medio de un pueblo libre han conseguido fundar un poder despótico; en un país que no admite la religion de Estado, han puesto su Iglesia sobre la ley; han sometido á una sociedad de anglo-sajones á varias de las ideas, y á la generalidad de las prácticas de los Utes, de los Shoshones, ó de los Serpientes.»

Un estudio mas profundo de los indios me ha confirmado en esta primera indicacion. Sí, «algunas de las ideas» y «la generalidad de las prácticas» adoptadas por los mormones de la ciudad del Lago Salado son de orígen indígena; existian antes de la llegada de Brigham Young y de la revelacion de Smith.

Excepto el espíritu de devocion, el sentimiento de órden y el amor al trabajo, y las virtudes de la antigua y de la nueva Inglaterra, indestructibles en los hombres de raza anglo-sajona, los mormones parecen haber buscado en la cabaña india sus ideas y prácticas fundamentales.

Examinemos los puntos en que los hombres rojos difieren de los blancos, excepcion hecha de los Santos del último dia:

1.° Los hombres de piel roja tienen un dios, un dios material, un dios que se ve, que se oye, no solo en la nube y el viento, sino bajo la apariencia y el verbo del hombre.

2.° Tienen una clase de videntes y de jefes, dotados del poder sobrenatural de ver ese dios, de oir sus consejos y saber su voluntad.

3.° Si se reunen en consejo, supónese que cada uno de los concurrentes está poseido del Santo Espíritu, y guiado por él en su eleccion del vidente ó del jefe.

4.° Este último, nombrado así por la inspiracion comun, gobierna en nombre del cielo, segun cierto derecho divino y patriarcal, y ejerce su autoridad en el cuerpo y el alma á la vez.

5.° Su organizacion, por otra parte divina, los ha constituido en una sola nacion, y los ha separado del mundo exterior por barreras infranqueables, mas bien que por adopcion.

6.° El suelo, y todo cuanto contenga, pertenece al Gran Espíritu, y por herencia á sus hijos, á los individuos de la tribu; los títulos de propiedad se concentran en el jefe, como representante del Gran Espíritu y de su tribu. Ningun individuo de esta tiene derecho propio sobre el suelo y sus productos.

7.° La ofensa hecha á uno de los individuos de la nacion se considera como inferida á todos, y debe perseguirse sin tregua ni descanso la reparacion en derecho; á la tribu culpable se debe pedir el precio de la sangre.

Todas estas ideas, por extrañas que parezcan á los blancos, por ignoradas que sean en Lóndres y Berlin, en Paris y Nueva-York, han sido adoptadas por los Santos; y no solo por Brigham Young y Daniel Wells, presidente de la Iglesia, sino por hombres instruidos, por obispos, acólitos ó defensores, como el delegado Jorge Cannon y el profesor Orson Pratt.

Las historias relativas al servicio divino, y á la presencia efectiva de Dios, que circulan en las cabañas de la Nube Roja, jefe de los Siux Tetones, son exactamente las mismas que se oyen en el Lago Salado, en la casa del Leon y en el Tabernáculo.

«Consultaré al Gran Espíritu,» dice Nube Roja cuando los comisionados indios le apremian para resolver una ú otra cuestion.

Al dirigirse á los blancos, Nube Roja no deja nunca de adoptar los ademanes de sacerdote y de vidente. «Obedezco al Gran Espíritu, exclama; haré todo cuanto me mande hacer.»

Nube Roja no podia contar apenas las cabañas de su tribu: hace seis años que era dueño de la llanura y de la montaña, del alto Misuri al sol poniente. Los blancos, cazadores, traficantes y pastores, se presentaron en sus terrenos de caza, donde fueron acogidos benévolamente y recibieron las indias que necesitaban.

Alegróse mucho de ver llegar á su país hombres capaces de adiestrar á los jóvenes indígenas en el ejercicio de la caza; pero se reservó sus régios derechos. Cuando los blancos abrieron un camino, pidieron soldados para protegerle. Nube Roja no consintió en admitir partidas armadas en los alrededores de sus cabañas.

—No, dijo con tono inspirado al comisario, ni un solo soldado cruzará el rio Plata del Norte.

Comenzadas las negociaciones, Nube Roja fué á Washington y á Nueva-York, y concluyó un tratado, estipulando ciertos derechos para los blancos; pero estas concesiones no obtuvieron el asentimiento de la mayoría de los individuos de su tribu, quienes aseguraban que su jefe estaba ébrio cuando firmó.

Efectuóse una nueva conferencia en Laramie; y aquella vez presentóse Nube Roja manteniendo todos sus antiguos derechos, no solo como príncipe, sino como sacerdote y vidente.

El comisario Brandt solicitó que recibiera en su país á un agente blanco.

—No, repuso, he consultado al Gran Espíritu, y no quiero tener por agente á un extranjero.

Insistióse para obtener el derecho de establecer guarniciones en sus terrenos de caza; y entonces levantóse y contestó en estos términos:

—Yo soy Nube Roja. El Gran Espíritu ha creado á los hombres rojos y á los blancos, y me parece que á los primeros antes. Me ha puesto en esta tierra, que es la mia, y á los blancos mas allá del mar, donde el suelo les pertenece. Despues cruzaron el gran lago, les dejé lugar, y á mi alrededor no hay mas que rostros pálidos. Solo me queda un rincon de tierra, y el Gran Espíritu me manda conservarle.

Brigham Young podria servirse del mismo argumento: el Señor ha dado el valle del Lago Salado á Brigham y á los Santos, exactamente lo mismo que el Gran Espíritu dió el Nebraska á Nube Roja y á los Siux. El señor dijo á Brigham que conservara aquel valle, y Brigham le guardará mientras el Señor le conceda la fuerza necesaria para mantener alejados á los gentiles.

—Haga lo que quiera, dice Nube Roja con el tono que se usa tan á menudo en la ciudad del Lago Salado, mi pueblo hará lo mismo.

Pida ó rehuse, Nube Roja no hace otra cosa sino satisfacer los deseos de sus súbditos y la voluntad de Dios.

Brigham Young ha tratado de propagar las enemistades que dividian á los Utes y á los Shoshones; pero si ha obrado así, es únicamente, segun dicen, para desterrar los odios feudales contra los blancos.

No léjos de la estacion de Pai-Ute se ha trabado entre emigrantes é indígenas un combate que dió el nombre de Monte de la Batalla á una cadena bastante accidentada. Allí, como en el Monte de la Pradera, y otros puntos, se sospecha que los mormones aconsejaron el ataque si no le dirigieron.

Los emigrantes conducian ganados. Superiores en número y conociendo mejor el país, los indios sorprendieron á los centinelas, é invadiendo el campamento, apoderáronse de los animales. Al rayar el dia, los emigrantes se reunieron, armáronse apresuradamente, y siguieron la pista á sus enemigos, á quienes dieron alcance en un valle á eso del medio dia, atacándoles de frente y de flanco. Los indios se defendieron como lobos rabiosos; pero ¿de qué servia su número y su valor contra la energía y disciplina de los blancos? Fusilados, perseguidos á culatazos, cayeron como las espigas bajo la hoz del segador; y á fe que era necesaria aquella carnicería para mitigar la cólera de los emigrantes. Los rayos del sol poniente iluminaron un campo de victoria; centenares de cadáveres indios cubrian el valle, y los blancos habian recobrado sus ganados.

No se han sabido nunca con exactitud las pérdidas que sufrieron los indígenas, pues los indios tenian muy buen cuidado de recoger al punto sus muertos, á fin de que sus enemigos no obtuviesen muchas pieles de cráneo; pero al verano siguiente, varios emigrantes hallaron los esqueletos de numerosos guerreros, enviados sin duda al país de las almas por las balas de los blancos. Aquella escaramuza despejó el terreno, contribuyendo al aniquilamiento del poderío de los Shoshones.

Mermada por esta derrota, la tribu anduvo errante, incapaz de adoptar una resolucion. Los unos pedian que se depusieran para siempre las armas; los otros que continuaran sin tregua las hostilidades.

Ambos partidos empeñaron la lucha; y mientras se destrozaban así, el hombre blanco edificaba casas, trazando un camino en el desierto.

De vez en cuando se saqueaba alguna casa, se robaba una mujer, ó se daba muerte á un colono; pero en el país de los indios no llaman la atencion semejantes bagatelas.

En ciertos casos, un atentado de particular gravedad excita al blanco á olvidar su indiferencia; y entonces comienza á perseguir, mostrándose infatigable hasta que obtiene una ruidosa venganza.

En un camino me mostraron una vivienda que habia sido teatro de un drama sangriento.

Un atrevido aventurero habia ido á establecerse en la gran meseta con su esposa y dos hijas; y gracias á un asiduo trabajo, trataba de alcanzar para ellas una posicion próspera. Las jóvenes eran bonitas, y pasaban por ángeles á los ojos de todos los célibes de la vecindad, así cazadores como mineros.

Una partida de indios Shoshones arrancó la piel del cráneo á todos los individuos de la familia.

Si se ha de creer al blanco que me refirió el hecho, aquellos salvajes aplastaron la nariz á las mujeres, rompiéronles los miembros y les arrancaron los ojos. Los guerreros iban acompañados de sus indias, para las cuales se reservaban especialmente aquellos horribles actos de crueldad; embrutecidas por la esclavitud, experimentaban un espantoso placer en tomar parte en el suplicio de las mujeres blancas, y en el espectáculo de su muerte.

Antes que los colonos hubieran podido reunirse, los Shoshones se retiraban á las inextricables soledades donde jamás el blanco habia puesto el pié.

Perdida la pista, parecia inútil la persecucion; pero los habitantes de las fronteras no se desaniman fácilmente, y la sangre de las mujeres, humeante aun, clamaba venganza.

Un práctico Pai-Ute se presentó de pronto, ofreciendo hallar la pista, y conducir á los blancos al campamento de los Shoshones.

Al momento se pusieron en marcha; pero al llegar, los indios habian desaparecido; no quedaban en el campamento sino las indias y los niños.

Fácil es imaginarse las imprecaciones que lanzaban los colonos: su presa habia volado; debia aplazarse la venganza; era inútil proseguir la persecucion. El Piel Roja que huye para salvar su cabellera, sin llevar mas que sus armas, no debe temer nunca la persecucion del rostro pálido, cargado con sus víveres y efectos de campaña.

Celebróse consejo, á fin de acordar lo que deberia hacerse.

—¿Qué se ha de hacer? exclamó el práctico Pai-Ute. ¡Bah! tirad contra las indias.

Hacer fuego sobre mujeres, ó maltratarlas es una cosa que repugna generalmente al hombre blanco.

—¿A qué matar á las mujeres? preguntó uno de los colonos.

—¡Ugh! exclamó el indígena encogiéndose de hombros, con ese desprecio que inspira al indio la locura del blanco de considerar de algun valor la vida de una mujer; haced fuego sobre el campamento, matad una docena de indias y niños, y vereis cómo acuden los guerreros para defenderlas.

Al oir esto hízose una descarga contra el campamento de donde partieron gritos salvajes y penetrantes, lanzados por las indias y los niños heridos; y casi al punto aparecieron en las rocas y á través de los árboles numerosos indígenas que se precipitaban hácia sus chozas.

Entonces comenzó el drama sangriento, primero con la carabina, y despues con la bayoneta y el cuchillo; el campamento fué tomado á viva fuerza; rematóse á los heridos; se degolló á los que sobrevivian, y retiráronse los blancos, dejando solo tras sí un monton de cadáveres.

Despues de cruzar el rio del Oso, llegué á Brigham, ciudad cuyas casas se anidan en bosquecillos de árboles frutales.

Ya en el camino de Sion, encuentro una partida de mormones rojos, conducidos por un obispo rojo tambien. Poco satisfechos de la vecindad de los gentiles, los indios ecuestres se sienten atraidos invenciblemente hácia sus hermanos de rostro pálido de la Iglesia mormona.

XV

Los indios blancos.

Antes de su llegada á estas montañas, los mormones eran considerados como amigos de los hombres rojos, y llamábanles por burla los indios blancos.

Pretendian haber resuelto ese problema que es la desesperacion de los lingüistas y de los etnólogos; el orígen de las tribus indias.



Mascarilla de José Smith.—De una fotografía

Segun revelaciones hechas por los ángeles, como ellos decian, los hombres rojos eran los hijos de Laman, los restos de las tribus perdidas de Israel, los objetos de la solicitud especial de Dios.

Dando á los indios un lugar preferente en la historia, los mormones los representaban como un pueblo destinado á recobrar su puesto y á figurar notablemente en el mundo. Aseguraban tener ejemplares de los antiguos libros indios; una historia de estos constituia su evangelio, y pronosticaban una época santa en que jefes y profetas de piel roja llegarian á ser eminentes.

El primer testigo y el primer apóstol enviaron emisarios á estas «tribus perdidas;» y habíase publicado una revelacion, en la cual se anunciaba que Sion iba á ser edificada en la tierra de los Lamanitas.

Para sellar mejor este pacto de familia con los indios, declaróse en otra revelacion que en los grandes dias del Señor florecerian los Lamanitas como la rosa; que Sion brillaria sobre las colinas; y que las antiguas tribus y los santos modernos se reunirian en un «lugar designado.»

No debe extrañarse pues que desde que los mormones llegaron al país del Gran Alce, se les haya recibido siempre como amigos; que los Potauatamis les permitieran disfrutar de su suelo; que los Siux les concedieran permiso para franquear el rio Plata; que los Shoshones no se opusieran al desmonte de sus bosques; y que los Utes les ayudasen á desviar las aguas de los arroyos de sus montañas.

En todo y para todo, los cazadores y los Santos viven como vecinos y hermanos, prestándose mutuamente auxilio y proteccion contra el enemigo comun. Los Utes y los Shoshones han recibido el bautismo; otros indígenas se contentan con observar los principios de la nueva secta; y muchos millonarios mormones han buscado mujeres en las cabañas indias.

Ciertos actos de violencia, la matanza de Mountain Meadow, y los asesinatos atribuidos á Rockwell y á sus Danitas, han sido perpetrados por partidas compuestas de indios rojos y blancos. De las cuatro ó cinco comisiones encargadas de instruir el informe sobre la matanza de Mountain Meadow, ninguna ha sido capaz de resolver cuál era mas culpable, si Kanosh, el jefe ute, ó el coronel Dame, obispo mormon. Todos los testigos á quienes se oyó aseguraron que los asesinos eran «indios,» ó que «vestian como tales.»

Kanosh era un antiguo mormon, y hay algo de ute en el coronel Dame.

Hace nueve años que escribia yo acerca de estos Santos las líneas siguientes:

«Las huellas de su sistema gubernamental se hallan mas cerca que el país de Hauran, y fuera de la Santa Biblia. Los Santos remontan mucho mas allá que Abraham; y en cuanto á mí, me inclino á creer que han hallado el tipo de su vida doméstica en la choza del indio mas bien que en la tienda del padre de los israelitas. Lo mismo que el ute, el mormon puede poseer tantas mujeres como pueda alimentar; á semejanza del Mandan, le está permitido casarse con tres ó cuatro hermanas, una tia y su sobrina, una madre y su hija.»

El Gran Alce y Pié Rico han visto en Brigham Young lo que Nube Roja y el Halcon Negro ven aun: un hermano blanco cuyo gran jefe, el hombre-medicina, José Smith, fué fusilado en el Illinois por sostener que los Pieles Rojas pertenecian á una raza sagrada, así como por haber predicado las doctrinas rojas del comunismo y de la pluralidad de las mujeres.

Por su parte, y á ejemplo de su jefe José Smith, Brigham Young considera á los Pieles Rojas como un pueblo aparte, un pueblo elegido aunque castigado, y depositario inconsciente de antiguas y divinas tradiciones.

Algunas de estas existian en los Estados de Vermont y de Nueva-York, donde José Smith residió en su juventud, así como tambien en las praderas del Illinois, donde acabó de levantar el edificio de su sistema.

Estos indios practicaban la comunidad del suelo; tomaban tantas mujeres como podia contener su cabaña; y en sus contiendas, aplicábanse la ley del talion.

Smith trató de infundir tales principios en la «raza sagrada,» á la vez que la creencia de los indios en un dios personal, su gobierno, por «videntes,» y su medicacion por medio de los encantos y sortilegios.

Fracasó bajo al punto de vista doméstico: en sus hogares mismos, un sentimiento gentil se oponia á la introduccion de mujeres suplementarias; y algunas hermanas que pretenden haber sido esposas de Smith se ven obligadas á reconocer que la ceremonia del casamiento ha sido secreta, y que han debido aceptar su union en el sentido místico.

Pero una vez emigrados en el Utah, cuando rodeados de cabañas indias pudieron poner libremente sus principios en accion, los Santos se apresuraron á proclamar la pluralidad de las mujeres.

¿No estaban reunidos en Sion? ¿No vivian en el valle dos hijos de Laman, cada cual con dos ó tres mujeres conforme á la antigua y divina ley?

«En este dia, escribia yo en la *Nueva América*, los hombres rojos y los blancos han concluido mutuamente un pacto verbal, porque el Shoshone hallaba por fin un hermano en el rostro pálido, y el Pawnie veia las costumbres de su cabaña introducidas en la casa del sajon.»

Al indio le gusta comprar dos ó tres hermanas porque le parece que trabajan con valor y están calladas, mientras que las mujeres desconocidas entre sí, descuidan sus tareas y pasan la vida disputando.

El mormon hace lo mismo. El hombre bastante osado para casarse con tres ó cuatro mujeres no debe sentir escrúpulos en cuanto á la afinidad de la sangre. La costumbre de casarse con hermanas se deslizó muy pronto entre los mormones, no como resultado de la revelacion, á la manera de la union celestial, sino como efecto del contagio procedente de la vecindad de las cabañas indias. Esta costumbre se erigió pronto en ley y para generalizar el sistema de pluralidad y de incesto emplea Brigham Young toda su energía.

XVI

Ensayos de importacion entre los mormones del comunismo y del talion de los salvajes.

Naturalizar en una sociedad blanca el sistema indio de la propiedad comun y la doctrina de sangre por sangre, es mas de lo que ha podido hacer hasta ahora un Brigham Young. En vano desplegó la mas infatigable energía; en vano tomó de los indios la organizacion de sus sociedades secretas, cuyos miembros todos se comprometen por juramento á ejecutar la voluntad despótica del profeta: no ha conseguido nada.

Todos aquellos que, dóciles á la voz de los obispos, se someten gustosos á tomar dos ó tres mujeres, y á casarse con dos hermanas, consienten difícilmente, á despique de las exhortaciones de los Damitas, de los Angeles vengadores y de los hijos de Enoc, á entregar á la Iglesia, es decir á su presidente, como «mandatario,» sus almacenes ó rebaños, sus minas ó molinos.

En este momento, Brigham trata de inducir á sus súbditos á que le cedan todas sus propiedades privadas, y á vivir de las comunes, como sus hermanos lamanitas, los Shoshones y los Utes.

José Smith habia hecho la misma tentativa en el Misuri: á instancias suyas, algunos de sus primeros discípulos depositaron sus fondos en bancos anónimos; entonces creó un capital comun, del cual disponia como mandatario, y compró propiedades en nombre colectivo, que era el suyo propio, José Smith. El plan no salió bien; si bien es cierto que los propietarios no perdieron nada; pero Smith reservó el principio exigiendo el diezmo. Cada Santo hubo de pagar la décima parte de lo que poseia á la Iglesia; y todos los años se repetia este diezmo sobre la renta de los neófitos, parafraseándose esta máxima en todas las asambleas: *La propiedad pertenece á Dios.* Un particular podia ser considerado como intendente del Señor; pero debia reconocer como intendente suyo á la Iglesia.

Brigham Young, mas aproximado que Smith á la raza sagrada, no pierde jamás de vista los ejemplos lamanitas, y prosigue con todas sus fuerzas la realizacion de las pretensiones de su sueño, proclamando sin cesar que un Santo de fe perfecta no puede menos de ceder todos sus bienes terrestres. Sucede á veces que un neófito, convertido al fin, abandona cuanto posee; y en cambio recibe de Young la promesa de ocupar un lugar eminente entre los «dioses del cielo.»

Con el objeto de estimular este amor al sacrificio, se ha creado en el Utah una órden honorífica, la de Enoc. Todos aquellos que «consagran» su propiedad á Dios, son individuos de derecho; llámanlos Hijos de Enoc, y son «herederos de vida.» Es una forma de aristocracia, un grado en un nuevo capítulo de nobles.

Pocos mormones han obtenido aun este grado: un nuevo convertido puede sentirse dispuesto á entregar todos sus bienes y contentarse con la seguridad de ocupar un sitio entre los tronos mas elevados; pero un santo envejecido en la «santidad,» rara vez se inclina á trocar sus campos y sus granjas, sus bueyes y sus cerdos, sus molinos y sus fábricas, por la promesa de obtener una corona celestial. Mientras que Fox, un discípulo pobre, abandona cuanto posee, aceptando para vivir y vestirse la limosna que tiene á bien darle Young, un rico discípulo manda edificar en los arrabales una magnífica quinta, la cual llena de obras artísticas, de libros y de muebles preciosos.

La órden de los Hijos de Enoc tiene tanto mas atractivo para el Shoshone, el Siux y el Ute, cuanto que no ve en ella sino el derecho de apoderarse de cuanto le place en la ciudad Santa.

Llámese Perro Cojo ó Ciervo Agil, entra en un almacen, elige lo que le conviene, y dirígese á la puerta.

—¡Eh! ganapan, dejad eso en su sitio, grita el mercader, que no ha tenido aun el honor de ser admitido como individuo de la órden.

—¡Hi, hi! contesta el indígena, yo Enoc, vos Enoc tambien; yo comer vuestra carne, y dormir en vuestra cabaña.

El mercader, que no es hijo de Enoc, ni heredero de vida, apresúrase á poner al indio á la puerta.

En la práctica está reconocido que aquellos que nada tienen se hacen al momento comunistas.

Lo que mas se censura al mormonismo es la doctrina de sangre por sangre, doctrina que proviene en línea recta del sistema patriarcal, y que José Smith tomó de sus cofrades sagrados los lamanitas. Ella ha sido causa de la expulsion de los mormones del Ohio y del Misuri, así como tambien del asesinato de José Smith en la prision de Cartago.

Esta ley del talion, ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre, no es solo incomprensible para el anglo-sajon, sino tambien odiosa. Todas las tribus cazadoras la admiten en principio y la practican concienzudamente: los Siux, los Apaches, los Kickapus y los Kiowas, así como en otra parte del mundo los beduinos, los tártaros y los turcomanos. En todos los pueblos salvajes, el rescate de la sangre se considera como un acto legítimo, y el vengador adquiere en su

tribu el rango de los héroes: así llega á ser jefe en América y jeque en Africa.

Segun estos códigos bárbaros, el talion ennoblece al que lleva á cabo la obra sangrienta. En Córcega, el hombre que ha matado en el ejercicio de la *vendetta* se pasea por su pueblo con la cabeza alta, siendo objeto de envidia para los pastores y de adoracion para las bellezas rústicas. En el Nilo, el fellah que toma en una cabaña una venganza sangrienta, pasa por haber obrado como un rey.

Aunque tratando de suprimir la práctica de sangre por sangre, los legisladores orientales se han visto en la precision de aceptar el principio. Con ciertas restricciones, está admitido por Moisés, lo mismo que por Mahoma: Solon comprendia perfectamente lo absurdo del principio ojo por ojo, diente por diente; y sin embargo, el legislador ateniense le dejó subsistir en su código.

Inglaterra ha rechazado constantemente esta doctrina salvaje: cierto que una vez se trató de englobarla en el código; pero esta tentativa se remonta al reinado de Eduardo III (1): solo un año de experiencia bastó para desechar el sistema y anular la ley.

Entre las naciones elevadas de la humanidad fué abolida la pena del talion: ya no queda vestigio de esta antigua ley bárbara sino en las fronteras de la civilizacion. En Francia, es Córcega; en España, Vizcaya; en Inglaterra, el Connaught; en América, las praderas; para cada nacion es el suelo donde subsisten aun restos de las antiguas razas.

Por poco que se estudie la América, reconócese el predominio del sentimiento comunista; esta inclinacion á sobreponer el país al Estado, á sustituir la muerte privada á la accion de la justicia, se manifiesta por la constitucion de las sociedades secretas, tales como las que son conocidas con los nombres de partidas Damitas, Kou Kloux, círculos de la Camelia, etc., no menos que por la actividad de los comités de vigilancia, y por la aplicacion de la ley de Lynch.

Cerca de Soto, ciudad situada en las márgenes del Gran Rio Pantanoso, en la parte meridional del Estado de Illinois, reside un labrador llamado Vancil, anciano ya, y de constitucion débil.

A consecuencia de una disputa con su mujer, esta última le abandona, y trasládase á casa de unos amigos, á poca distancia de la granja. Como necesitaba una sirvienta, Vancil toma una mujer á salario, y le confia la administracion del interior de su casa. Cierto dia, doce individuos disfrazados, y oculto el rostro con una careta, se presentan en la granja y dicen á Vancil que han juzgado su cuestion, tomando un acuerdo irrevocable.

—¿Habeis juzgado entre mi mujer y yo? pregunta.

—Sí, señor, hemos examinado los hechos.

—¡Los hechos! ¿Qué hechos?

—Poco importa; los conocemos, y hemos visto que no teneis razon.

—¡Pues bien! si sabeis...

—Pocas explicaciones, interrumpe el que parecia ser el jefe; venimos aquí á restablecer el órden. Es preciso despedir esa criada, hacer las paces con vuestra esposa, llamarla á la granja y callar.

—¿No teneis otras órdenes que darme? pregunta Vancil, cuya cólera iba en aumento.

—Sí, contesta el orador, añadiendo algunas observaciones de poca importancia.

—¿Y si no obedezco?

—¡Guardaos bien de ello! Si no ejecutais esas órdenes, os ahorcaremos como un perro. Ya estais advertido.

El hombre se da sin duda por avisado, pues despide al punto á su criada, escribe á su mujer para que vuelva, y apresúrase á cumplir con las demás recomendaciones que se le han hecho.

Pero la esposa rehusa volver al domicilio conyugal; dice que no sabe quiénes son sus desconocidos campeones, y no parece dispuesta á utilizar su intercesion.

Algunos dias despues de su primera visita preséntanse en la granja los mismos individuos disfrazados como antes.

—¿Dónde está vuestra mujer? grita uno de ellos.

—No quiere volver, contesta el anciano exhalando un suspiro. He despedido la criada, he llamado á mi esposa, y he hecho en fin todo cuanto me mandasteis; pero no tengo medio de obligar á mi mujer á volver á casa.

A pesar de sus explicaciones y súplicas, el pobre anciano es arrancado de su morada; condúcenle á un árbol vecino y le ahorcan.

Al dia siguiente encuentra su cadáver un tal Stewart Clups.

Este hombre, labrador del mismo canton, habia visto á los desconocidos, y á pesar de su disfraz reconoció á dos ó tres como individuos de una sociedad secreta designada con el nombre de los Kou Kloux, de Illinois.

Exasperado por el crímen casi cometido á su puerta, Clups habló: dos de los individuos de la sociedad fueron presos y conducidos ante el tri-

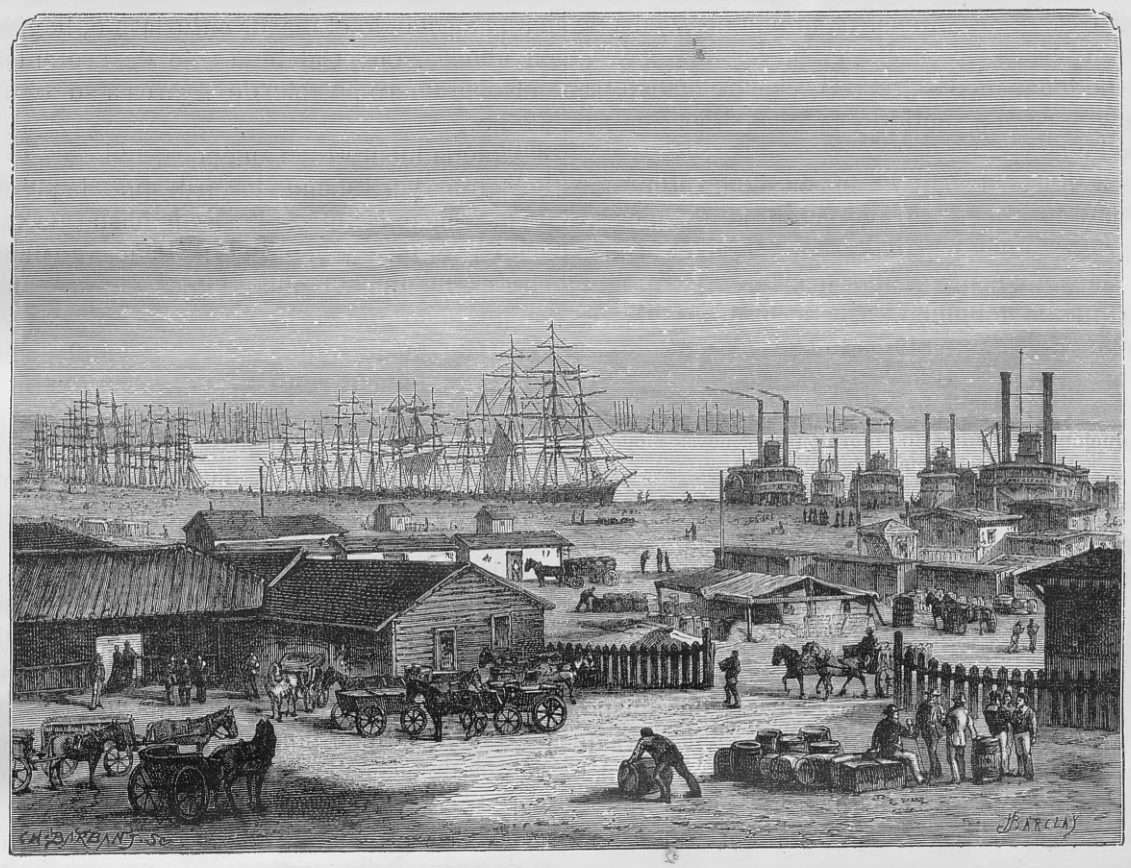
(1) El autor no dice si se trata de Eduardo III *el Confesor*, de la dinastía sajona, que reinó desde 1041 á 1066, ó de Eduardo III de la dinastía normanda, que ocupó el trono en 1327 y murió en 1377.

bunal; pero antes del juicio, los únicos testigos que hubieran podido deponer en contra fueron muertos.

Cierto dia que Clup volvia con harina desde el molino de Soto, y al cruzar por una hondonada, resonó una detonacion, y el hombre cayó muerto sobre sus sacos: los caballos continuaron su marcha, y llevaron el cadáver á la mujer.

Gracias á la supresion de este testigo, los dos culpables fueron absueltos.

Ningun indicio ha dado á conocer á los autores de este segundo asesinato; pero en Soto, todos están dispuestos á sostener por juramento que los que ahorcaron á Vancil saben quiénes son los que asesinaron á Clup. Sin embargo, ¿cómo detener á los individuos por meras sospe-



Orillas del Mississipi.—De una fotografía

chas? ¿Cómo recoger los testimonios? El juez no se moverá, pues debe ocuparse ante todo de sus asuntos propios.

El Illinois, teatro de estos asesinatos, es no obstante un país que tiene derecho á estar orgulloso de sí mismo. Floreciente, y con una numerosa poblacion, este Estado ha obtenido, á pesar de su juventud, cierta nombradía, por su aficion á la literatura y sus numerosas escuelas; posee además una docena de universidades y academias, y mas de trece mil bibliotecas. En 1870 contaba con una poblacion de dos millones quinientas mil almas; y los establecimientos que acabamos de citar contenian tres millones cuatrocientos mil volúmenes. A excepcion de noventa mil indígenas y cuarenta y dos mil extranjeros, todos los habitantes del Illinois, hombres y mujeres, saben leer y escribir. Aquello es el paraíso de los carniceros y de los fabricantes de *whisky* (aguardiente preparado con cebada ó avena): sin exagerar, podria decirse que aquel Estado suministra á la Union una tercera parte de la carne que se consume, y una quinta, por lo menos, de la citada bebida.

En estas profesiones especiales de la poblacion del Illinois es donde el filósofo hallaria tal vez la razon de ser del Kou Kloux, esa salvaje personificacion de la justicia, que en algunos cantones de los indios del país, toma los nombres de Caballos Ligeros y Bandas Matinales; y en la mayor parte de los cantones blancos, los de comités de la ley de Lynch y comités de vigilancia.

En Europa se conoce sobre todo el Illinois por

la trágica historia de Nauvou, establecimiento mormon de donde fueron expulsados los Santos por el hierro y el fuego. La historia completa de las Praderas, donde aun están en contacto los Pieles Rojas y los rostros pálidos, suministraria un centenar de dramas no menos curiosos en sus detalles que la muerte de José Smith en la prision de Cartago.

—¡Es una poblacion dócil á la ley! me dijo un juez de consumada experiencia, individuo de la magistratura de Illinois. La broma no dejaba de ser muy triste.

—De todos modos, repuse, vuestro código parece tener buen sentido y las mas liberales aspiraciones.

—Sí, nuestro código bastaria si todo el mundo quisiera conformarse; pero aquí no tenemos sino pródigos que pagan sus deudas con promesas. Hacemos é infringimos mas leyes que ningun otro pueblo del globo. ¡Obedecer á la ley! ¡Vamos, nadie se cree obligado aquí á eso!

XVII

Revolucion social entre los mormones.—Nuevas modas.—Decadencia de la poligamia

El camino de hierro lo ha trastornado todo en Sion; las cosas han cambiado completamente, desde el traje y las costumbres hasta la manera de pensar.

En otro tiempo tenia la Iglesia una supremacía absoluta. Brigham era á la vez rey y papa; los Doce, príncipes de la sangre y un obispo, un par; no ser antiguo equivalia á vivir fuera de la corte. En la calle de Main, un Santo de los últimos dias no hacia caso de un gentil, quien quiera que fuese, considerándole como al último de los Siux ó de los Serpientes.

Desde que se abrió la línea del Pacífico, la trasformacion de Sion puede compararse con la de Santa Clara, al pasar del dominio de los franciscanos al de Bob Wilson. La ciudad está inundada de elementos diversos, á la vez maléficos y benéficos; el ratero, seguido de su compañera, se presenta donde va el profesor y el sacerdote; las tabernas están junto á los colegios y las escuelas, y se abre la puerta á todo el mundo.

Hasta ahora, los Santos han sido propietarios del suelo: segun Daniel Wells, alcalde de Sion, las siete octavas partes de la ciudad, y las diez y nueve vigésimas del territorio, pertenecen á los Santos.

Y sin embargo, á pesar de todo, propágase en la escala social un sentimiento gentil, contrario á la teoría mormona de la vida doméstica.

Tal vez se considere al banquero gentil como un personaje insignificante cuando se le compara con un obispo mormon; pero las hijas de este no pueden menos de dirigir miradas de envidia á la esposa del banquero.

En el Lago Salado, las mujeres de los gentiles van mejor vestidas que todas las demás, y las mormonas aspiran á engalanarse con los mismos trajes; los duros luchan contra las gracias; la moda combate la santidad.

En otro tiempo hacia furor la poligamia, y fuera de ella no se creia posible salvarse: las mujeres, afectando el mayor entusiasmo, luchaban en abnegacion; tratábase solo de presentar el mayor número posible de Agares á su señor y dueño.

Aquella locura tuvo su época.

Algunos jefes abandonaron despues la práctica de la poligamia; otros llegaron hasta atacar el dogma: el antiguo Jennings no tiene sino una esposa; y Stenhouse, que no lo es ya, se conserva igualmente monógamo.

—¿Por qué no aumentarian las familias múltiples? pregunta Taylor con un acento que implica la cuestion toda entera, práctica y teoría. ¿No está ordenado por el cielo este aumento? ¿No es nuestro deber manifestar la fe á la faz del mundo? ¿No se esfuerzan los verdaderos santos por obedecer la ley de Dios?

—Pero observo, añade, que algunos de mis antiguos conocidos vuelven á seguir la via de los gentiles, como por ejemplo, Jennings. Cuando le ví por primera vez, tenia dos mujeres, y dijéronme que probablemente tomaria otras dos; pero hoy no tiene sino una. Verdad es que murió una de sus esposas, mas no la reemplazó con la hermana.

Ayer tarde comí en casa de Jennings con su mujer y sus hijas: como tenia una gran fortuna se ha instado á Jennings á elegir una tercera y cuarta hermana, conforme á la voluntad de Dios; pero no tomando consejo sino de sí mismo, ha opuesto una negativa formal á los obispos y pontífices.

Jennings es un negociante: debiendo tratar con gente de toda especie y de toda religion, ha llegado poco á poco á oponerse tácitamente á su Iglesia. Asegura que jamás introducirá otra mujer en su casa; y su morada me parece la mas feliz de todas las de los mormones de la ciudad.

Sin contestar directamente á mi argumento, el apóstol Taylor dice, encogiéndose desdeñosamente de hombros:

—Podeis citar en Sion algunos casos aislados; pero no hay duda que la influencia de los gentiles se introduce subrepticiamente entre nosotros, y que los hombres de negocios son los mas dispuestos á considerar las cosas bajo el

punto de vista mundano. En los campos hallareis una poblacion pastoril, entusiasta por obedecer la ley que nos ha sido revelada, y recoger las bendiciones que Dios prodiga á los santos que le obedecen.

Taylor tiene razon sin duda: el sistema de poligamia de los blancos, que tiende á desaparecer bajo la influencia de los gentiles, se propaga por el contrario entre los Serpientes y los Utes; y este es un hecho indiscutible, cuya significacion absoluta no entreven apenas Taylor y los Santos sus padres.

Poco despues de la construccion de la línea férrea, de la apertura del valle, y de la admision de los extranjeros, operóse un visible cambio. Algunos antiguos, entre los cuales figuraban Godbe, Walker, Harrison y Lawrence, inauguraron un movimiento que tenia por objeto la libertad del comercio, y como consecuencia necesaria, la del pensamiento. Trataron de introducir la ciencia y fundaron un diario satírico; y Stenhouse entró en el cenáculo, aunque no hubiera desertado todavía de la Iglesia.

Era preciso, ante todo, combatir la creencia en la poligamia como institucion divina; y apoyándose en los videntes primitivos, los reformadores se creyeron autorizados á deducir que la pluralidad de las esposas era una de las adiciones introducidas por Brigham Young en el evangelio predicado por José Smith.

Este último no tenia sino una esposa, la cual, perteneciendo todavía al mundo de los vivos, afirma en público, así como en particular, que jamás tuvo el profeta otra mujer. Los hijos, por su parte, declaran en alta voz que la doctrina de la poligamia es una emanacion del infierno.

Semejantes descubrimientos no dejaron de ser bastante desagradables para Godbe: este antiguo, farmacéutico de profesion, ocupaba una bonita casa rodeada de un gran jardin; tenia tres mujeres y una cohorte de chiquillos. ¿Cómo armonizar estos hechos domésticos con su nueva conviccion? Las mujeres eran sus esposas; los niños la carne de su carne; los huesos de sus huesos; el pasado, así bueno como malo, no existia ya; pero ¿y el porvenir? No siendo la poligamia esencia divina, no podia introducir en su harem una nueva esposa mientras vivieran las otras tres. No solo Godbe, sino otros muchos se han hallado cogidos entre los cuernos del mismo dilema.

—De todos estos hechos, dije yo al apóstol Taylor, ¿me permitireis deducir que la poligamia, abandonada por los mormones ricos é ilustrados, ha vuelto á pasar al dominio de los hermanos pobres é ignorantes?

—No, me contestó bruscamente; no deseamos llevar la cuestion á este terreno: algunos hombres mundanos están cansados de obedecer la ley; pero otros, puros de corazon y firmes en sus convicciones, llevan dócilmente su cruz.

En definitiva, así en la ciudad del Lago Salado como en los Angeles, San José y otros puntos, hállanse próximas á desaparecer las aberraciones rojas de la poblacion blanca.

Lo mismo que la poligamia de los hombres rojos, de la cual no es sino un proyecto híbrido, la de los blancos se extingue en el Utah, no por la fuerza y la violencia, sino por la accion de las leyes naturales: muere por su contacto con mas elevadas costumbres.

Brigham Young, el restaurador de la tradicion india de la poligamia, tiene setenta y cuatro años; y como no conviene á sus pulmones débiles el aire penetrante del valle del Lago Salado, pasa todos los inviernos en San Jorge, pueblecillo situado en la frontera del Arizona. El templo y el tabernáculo se hallan bajo la custodia de Jorge A. Smith y de Daniel Well, segundo y tercer presidentes; la casa del Leon y la Colmena se han confiado á Elisa Snow, su poetisa laureada y esposa predilecta.

Brigham ha sido abandonado por la mas jóven de sus mujeres; pero aun reina sobre diez y ocho esclavas obedientes: la poligamia se sostiene por ese estado social en que las mujeres practican todas las obras de la domesticidad: cuando renuncien á abastecer la despensa, encender los hornillos y confeccionar los trajes, pocos hombres mostrarán empeño en tener cinco ó seis esposas.

—El hecho que mas afecta á nuestro sistema de pluralidad, me dijo un antiguo que habia renunciado á la poligamia, es un agente sobre el el cual no se ejerce ningun dominio: es la moda. Hace diez años que nuestras mujeres usaban con gusto el traje de campesinas; pero desde que el camino de hierro nos ha puesto en comunicacion con el mundo exterior, han observado cómo se visten las mujeres de otros puntos; quieren sombreros elegantes, mantos de seda, vestidos de raso, y tratan de eclipsarse entre sí. Todo esto es costoso; y sin embargo, el hombre que ama á sus esposas no puede impedirlas que se vistan como las demás mujeres. Ahora bien, vestir á una sola es todo cuanto puede permitirse un hombre en América. En los buenos tiempos, una esposa suplementaria costaba poco, pues contentábase con una bata de percal, que ella misma confeccionaba. Hoy necesita un sombrero que vale cien pesetas, al que se debe agregar un chal y un vestido; y lo que se concede á una esposa, es preciso darlo tambien á todas las demás...

Esta aficion al tocador comienza á introducir la corrupcion en todos los harems mormones: el mismo Jennings retrocede ante los gastos que exigen algunas bonitas mujeres; y muy pronto será Brigham Young, en la ciudad del Lago Salado, el único hombre bastante rico para sufragar los gastos de tocador de una docena de esposas.

¡En vano se reunirán los Santos en concilio en Sion; en vano invocarán la autoridad divina! Nada entorpecerá la accion de ese enemigo de Brigham Young.

La mujer que se viste como la india conservará la docilidad y sumision de esta; pero la vista de un sombrero de color escarlata la inducirá á volver al mundo normal, y entonces tomará parte en la lucha, provista con las armas de su sexo (1).

XVIII

Los videntes indios.—El rio Verde.—Los Utes.—Campamento indio.—Analogías entre los videntes indios y los sacerdotes mormones.

Nube Roja es un ejemplo, pero un ejemplo único de un Brigham Young rojo.

En las pintorescas orillas del rio Verde, en el territorio de Utah, he recogido los detalles de un drama del que cada escena seria una parodia de la vida del papa mormon, si Brigham Young no fuera él mismo la parodia de los videntes indios.

En el mes de marzo de 1874, un profeta indígena se presentó en un campamento de Utes nómadas, cerca de Tierra Amarilla, en Nuevo Méjico, para entregar á esta tribu de parte de los Utes un mensaje recibido del Gran Espíritu. Aquel hombre gozaba de gran reputacion entre los suyos; considerábanle como un santo, á la vez dervis y mágico, que habia atravesado numerosos círculos, y que tuvo el raro privilegio de conversar con Dios.

Los Utes eran cazadores; vivian en sus tiendas, y prestaban obediencia á dos grandes jefes, Sabeta y Córnea, así como á otros mas inferiores. Su campamento se hallaba admirablemente situado á lo largo de una corriente, en medio de verdes praderas, y á la sombra de cedros y algodoneros. En cada wigwam veíanse grandes cuartos de alce ó antílope puestos á secar; habia terminado la cacería de invierno, y aun faltaba fijar la época de la de verano. Hé aquí por qué los jóvenes deseaban ardientemente emprender alguna correría, y sobre todo un tal Manuel, el mas turbulento de los indivíduos de la partida de Córnea.

Manuel aspiraba á ser jefe: en las fronteras se dió á conocer ya como el mas resuelto ladron de Nuevo Méjico; pero hasta entonces se habian frustrado sus esperanzas. Los cazadores necesitaban reposo, y querian disfrutar del que les ofrecia la primavera.

Mientras que Sabeta y Córnea, y los otros jefes, fumaban tranquilamente en su pipa de paz, Manuel y los demás jóvenes tomaban el sol, vigilando el trabajo de sus indias, ó entreteniéndose con sus hijos.

Las viejas indias secaban las pieles ó molian el maíz; mientras las otras encendian los fuegos.

El campamento Ute ofrecia la imágen de la vida pastoril, tal como la practican todas esas tribus paganas.

—¡Levantaos, hijos mios! exclamó el vidente; seguidme al país bañado por el rio Verde, nuestro antiguo terreno de caza; allí estareis frente á frente del Gran Espíritu, hallareis el espeso césped, y podreis apagar la sed en puros manantiales; allí veremos ligeros caballos y abundante caza. ¡Venid! ¡Voy á conduciros al rio Verde, para que veais el Gran Espíritu!

Este llamamiento fué oido, no solo por Manuel y los jóvenes, sino por Córnea, Sabeta y los demás jefes.

El rio Verde, principal corriente del territorio Ute, baña la inmensa depresion del terreno que se extiende desde las montañas del Alce hasta la cadena de Wahsatch. Los Utes, considerando este valle como su antigua patria, hallaron muy natural que el Gran Espíritu les invitase á ocuparle de nuevo, con tanta mas razon cuanto que sus padres habian recibido diversas veces del Manitú mensajes análogos. Segun las leyendas indias, el vidente no hacia mas que invitarles á volver de nuevo á sus magníficos terrenos de caza, que se vieron precisados á dejar antes.

Córnea prestó atento oido al llamamiento, como si emanara del cielo mismo; una singular emocion agitaba á toda su tribu; y obedeciendo al impulso general, dió la señal de marcha.

Los indios levantaron sus tiendas y empaquetaron sus cuartos de antílopes y su maíz pulverizado.

—¡Vamos á saquear! gritaron Manuel y los jóvenes.

—¡No! interrumpe el vidente; contentaos con lo que necesitais.

Dóciles á esta recomendacion, Manuel y sus compañeros se precipitan hácia los estableci-

(1) Esta causa destructora de la poligamia ha sido explicada categóricamente por Mme. F. Stenhouse en sus *Memorias de una mormona*. «Pero el lujo creciente y la extravagancia de las modas, dice , hacen mas difícil, aun para los hombres de mediana fortuna, conservar varias mujeres. La coquetería ha llegado á ser un enemigo jurado de la poligamia »

mientos blancos, y *toman* unos treinta caballos y otras tantas reses mayores, despues de lo cual marchan á la tierra prometida, apoderándose en el camino de todo cuanto les parece conveniente.

Furiosos por sus pérdidas, y cuidándose poco del Gran Espíritu, los blancos, agricultores y mineros, se dirigen á Tierra Amarilla, residencia del agente indio Juan S. Armstrong, y piden á este funcionario que se les devuelva todo lo robado.

Un agente indio es responsable de las tribus que viven bajo su jurisdiccion; y como el rio Verde es no solo una estacion del camino de hierro, sino tambien la arteria principal de los establecimientos de blancos en la montaña, Armstrong envia á llamar al momento un intérprete mestizo conocido con el nombre de Chacen.

—Seguid la pista, le dice; y cuando hayais dado alcance á los ladrones, conducidlos aquí con sus ganados.



El general Mac Enery.— De una fotografía

No tarda Chacen en alcanzar á la tribu: muy favorecido por los blancos, y al propio tiempo respetado por los Utes esperaba convencerles sin dificultad. En cualquier otra época los indígenas habrian escuchado sus observaciones, siguiendo sus consejos; pero trasportados en aquel instante de un santo celo, invitaron al mensajero á retirarse. Dijeron que obedecian á un llamamiento del Gran Espíritu, y que no estaban dispuestos á doblar la cerviz ante los blancos.

Sabeta deseaba la lucha tanto como Manuel y los demás jóvenes.

Chacen volvió á dar cuenta de su comision; y Armstrong llamó algunas tropas, que invadieron al punto á Tierra Amarilla, á las órdenes del capitan Stevenson.

El combate no se hizo esperar mucho tiempo.

Enaltecidos por el orgullo, así como por la profecía de una brillante victoria sobre los diablos pálidos, los indios hicieron frente, precipitándose sobre los establecimientos. Sabeta atacó con denuedo la agencia, mientras que Córnea, invisible para los blancos, permanecia emboscado á cuatro ó cinco kilómetros de distancia.

Sabeta debia sorprender la agencia, desollar el cráneo á los oficiales, y apoderarse de todos los víveres; pero con gran sorpresa suya, salióle al encuentro un destacamento de caballería, y en vez de herir hubo de parlamentar.

—¡Devolved los animales y entregadnos los ladrones! gritó el capitan Stevenson con tono imperioso.

Sabeta no estaba dispuesto aun para la lucha; y con el disimulo propio de los indios, contestó

que devolvería los bueyes y los caballos, pero que no podria entregar los ladrones, porque habian huido á la montaña y no formaban parte de su tribu.

Algunos de estos ladrones, y los mas audaces, estaban allí á caballo, junto al mismo Sabeta, y Armstrong lo sabia; pero acercábase la noche, y deseaba conseguir su objeto sin efusion de sangre, si era posible. Su tropa, por otra parte, contaba con muchos menos hombres que la de Sabeta.

—Acampad esta noche, les dijo, con la esperanza de ganar así tiempo.

Designóse un sitio conveniente, cerca del cual se mantenia Córnea oculto.

Habiéndose adherido los indios á la proposicion, Stevenson los despidió dándoles por escolta un escuadron.

Al llegar cerca del campamento desbandáronse los indios, llamaron á sus compañeros, y se formaron en órden de batalla.

El intérprete quiso hablar; mas impusiéronle silencio. ¿De qué servian las negociaciones cuando era llegado el momento de combatir?

Dos indígenas se apoderaron de Chacen y le molieron á golpes; mientras un tercero, sacando una pistola del cinto, gritó con tono arrogante que los Utes iban á castigar á los soldados arrancándoles la piel del cráneo.

Apenas se hubo librado el intérprete de las manos de sus atormentadores, y cuando estuvo fuera de su alcance, los soldados rompieron el fuego sobre los Utes: aquello fué como una señal para que Córnea saliese de su emboscada, pero tambien atrajo á las reservas militares.

El combate duró cerca de una hora, y la noche puso término al fuego y á la persecucion. Las tropas tuvieron un hombre muerto y dos heridos; las pérdidas de los indios eran mucho mas sensibles; pero á favor de las tinieblas pudieron atravesar el rio Charma, llevándose sus muertos.

Mas allá de esta corriente encontraron un pastor mejicano, á quien desollaron el cráneo, y con cuyos animales pudieron vivir algun tiempo. Acosados sin tregua por los Apaches, despues de haber perdido casi todo su botin y sus caballos, llegaron de regreso al cabo de cinco ó seis semanas á Tierra Amarilla completamente desfallecidos y desmoralizados.

A fin de impedir la repeticion de semejantes hechos, Armstrong descompuso la tribu, y envió sus restos, no al Utah, en rio Verde, sino á las reservas del Colorado. Mediante promesa de abstenerse en lo sucesivo de todo pillaje, Sabeta y Córnea obtuvieron permiso para retirarse, el primero á Los Pinos, y el segundo á Pagota Springs. Así se castigaba á los Utes por haber prestado oidos á las palabras de un vidente, obedeciendo al llamamiento de la divinidad.

Debilitados, sin recursos, y dominados al fin, los indios marcharon al punto de su destino: sombrío estaba el rostro de los jefes; los guerreros jóvenes marchaban con la cabeza baja como las indias; nadie pensaba en desviarse del camino trazado, excepto Manuel; y cuando este quiso proponer otra correría, Córnea le impuso silencio. ¿No era él por ventura la causa principal de las humillaciones sufridas por la tribu? Ni aun los jóvenes quisieron escuchar sus palabras.

Rebosando de cólera, el indomable Manuel juró marchar solo.

Tenia en la tribu un primo que le era muy afecto, y como conservaba dos caballos, esperaba que aquel, excelente jinete, le acompañaria en su expedicion.

El primo, sin embargo, mostróse inflexible, no porque temiera, sino porque pensaba en las indias y los niños de la tribu. Córnea habia dado su palabra y era responsable de los hechos y gestos de cada uno de los individuos de la tribu.

Manuel se disponia á marchar: su primo y algunos jóvenes se deslizaron rastreando hácia su tienda, con la carabina preparada; y como los dos caballos estaban atados á un árbol, hicieron fuego y los mataron.

Al ruido de las detonaciones, precipitóse Manuel fuera de su tienda, y hallóse frente á frente de sus compañeros.

—¡Habeis matado mis caballos, gritó con altivez, matadme ahora á mí!

Sin contestar una palabra, el primo empuñó su pistola, acercóse á Manuel, y atravesóle el cráneo de un balazo.

Y la tribu continuó su marcha hácia el Colorado.

Así como Brigham, Nube-Roja ha llegado al poder por un voto popular; por este mismo puede caer; pero hasta entonces, reina por la gracia de Dios, y con ayuda del cielo desempeña su mision. Segun la leyenda india, cuando una tribu de esencia divina se reune en consejo, cada uno de sus individuos debe obedecer á un guia invisible é infalible.

—¡Elijamos á Nube-Roja por jefe! exclama un guerrero.

A lo cual contestan todos con su gutural *¡Yep, Yep!*

Es el grito del cielo.

Lo mismo sucede cuando los Santos están reunidos en su iglesia; como de orígen divino, considérase que cada uno de ellos está inspirado por el Espiritu Santo.

—¡Elijamos á Brigham Young por profeta, vidente y revelador! grita algun antiguo.

Y todo el coro, hombres y mujeres contestan: «¡Amen!»

La voz del pueblo es la voz de Dios: algunos disidentes podrán abandonar el campamento de los Siux ó la iglesia de los mormones; pero deponer á un jefe indio es empresa tan difícil como destronar á un vidente mormon. El Toro se ha separado de Nube-Roja, atrayendo á su favor á muchos individuos de la tribu; David Smith ha roto con Brigham Young, separando de la comunidad á mil familias; y sin embargo, Nube-Roja sigue siendo el jefe de los Siux, como Brigham Young el vidente de los mormones.

No solo conversa este último con el Gran Espíritu, sino que está en la tierra para ejecutar sus órdenes.

Supongamos que un indio enferma, ¿qué hace? Apela al momento á su jefe, quien con una sola palabra puede hacerle vivir ó morir.

Lo mismo sucede con los Santos de los últimos dias respecto á su papa.

Un indio enfermo cree recibir con esto el castigo por haber pecado, suponiendo que un demonio ha tomado posesion de su cuerpo. Si á consecuencia de las fatigas de su vida de cazador experimenta accesos de fiebre ó dolores articulares, dirígese en busca de su hechicero, el cual murmura alguna oracion, gesticula con las manos, y pone al pecador bajo la benigna influencia de sus encantos y conjuros.

Los Santos de los últimos dias profesan exactamente la misma supersticion: los mormones están íntimamente convencidos de que toda indisposicion es un signo de pecado, y que todo órgano que se altera, física ó moralmente, está poseido del «espíritu maligno.» El obispo es médico; sus remedios consisten en rezos é invocaciones; al dirigirse al cielo, su objeto es ahuyentar al demonio que atormenta á su hermano.

Todas estas nociones son inherentes al suelo y á la atmósfera del territorio indio: es un hecho que el viajero puede comprobar.

En Santa Clara encontró Fray Tomás un hombre-medicina que gobernaba por derecho divino y patriarcal, en calidad de vidente y padre de su tribu. Fray Tomás ocupó su puesto, pero dejó subsistir la ley en virtud de la cual reinaba el patriarca. El cambio de persona no modificó en nada el sistema; y el despotismo siguió siendo igual. Aunque nombrado por eleccion, el indio ejercia su autoridad en nombre de su Gran Espíritu; y lo mismo sucedió con Fray Tomás, quien gobernó en nombre de otra superioridad religiosa.

Tales son los métodos, tales las pretensiones de Brigham Young: solo hay una diferencia, y es que el profeta mormon ha ido mucho mas allá de un iniciador como Fray Tomás, en la proporcion que este último se conservó inferior á un jefe tal como Nube-Roja.

Y esto se comprende: en el ejercicio de su autoridad, el monje cristiano no sabria desprenderse completamente del recuerdo de sus votos, ni de las costumbres ni exigencias de la vida civilizada. Este freno es letra muerta para el vidente indio, lo mismo que para el pontífice mormon; pero el mandato, aunque sea «divino», tiene un límite que no es permitido traspasar: el vidente y el pontífice mormon lo han reconocido ya, así como el prior franciscano.

XIX

Un pueblo zambo.—Fealdad de la raza.—Negros, esclavos de los salvajes —Un aventurero.—Alianza de los Pieles Rojas con la confederacion del Sur.— Su conducta en la guerra.—Emancipacion de sus esclavos.

Caddo, situado en el distrito Choctaw, á cincuenta kilómetros al norte del rio Rojo, y á sesenta al sur del Limstone Gap, es un establecimiento zambo, el mas singular de los caseríos que yo he visto, en un país tan fértil en sorpresas etnológicas.

Una serie de cabañas de madera, plantadas en medio de campos protegidos por empalizadas, rodea un pueblecillo que tiene escuela y cárcel, una gran calle y mercado; tambien hay sala de billar y una casa de bebidas. Esta localidad está unida por el camino de hierro al Fuerte Gibson, en el país de los Criks, y con Denison City, en Tejas.

En Caddo hay una imprenta y se publica un periódico quincenal; pero el interés que pueda excitar esto, la escuela, la cárcel y la via férrea, palidece ante aquel que inspira la poblacion que pulula en las hornagueras y callejones del pueblo.

El espectáculo ofrece gran estudio al observador: todas las cabañas de los alrededores, y las casas del interior están ocupadas por la nueva raza mestiza que la ciencia ha designado con el nombre de zambos, la progenie de negros y de indias.

Segun el cuadro que formó Tschudi, el blanco y la negra dan nacimiento al mulato; el blanco y la india, al mestizo; el indio y la negra, al chino; y el negro y la india al zambo: estos cuatro híbridos constituyen las mezclas de sangre originales de América.

En cuanto al color de la piel, es pardusco en

el mulato, amarillo rojo en el mestizo, rojo mate en el chino, y pardo pálido en el zambo.

Un blanco y una mulata, producen el cuarteron; y un blanco y una mestiza, el criollo. Aunque poco delicadas de formas, las cuarteronas y las criollas son á menudo muy hermosas; y en el estado de servidumbre, se pagan siempre mas caras que una esclava georgiana en Turquía.

Un negro y una mulata tienen por progenie el *cubra*, un sér sumamente feo: en la siguiente generacion reaparece el tipo negro.

No sucede lo mismo en la familia india: el padre indio y la mestiza dan el ser al mestizo claro, á menudo hermoso tipo de la raza humana; pero la sangre india parece no confundirse sino imperfectamente con la negra. El chino es un sér raquítico y torpe; y su semi-hermano, el zambo, está peor constituido aun. Diríase que la naturaleza no ha previsto la mezcla de estas dos familias: no es posible ver en la tierra nada mas singular que el pequeño zambo que se revuelca en los arroyos y las hornagueras.

Debe advertirse que estas feas criaturas son muy numerosas: en Caddo se ve en cada cabaña un verdadero nido de chiquillos; y si hemos de creer á la nueva escuela etnológica, estos séres están destinados á multiplicarse mas rápidamente que los negros puros. ¡Qué criaturas humanas se verán en Caddo dentro de un siglo! Si ese pueblo queda abandonado á sí mismo, podrá producir una raza semejante á la de los Angeles y de San José, proporcionando á los colonos del rio Rojo y del Limstone Gap una raza de héroes parecidos á Tiburcio Vazquez.

Por eso se pueden estudiar en Caddo mejor que en ningun otro punto las dos cuestiones del color y de la esclavitud en su estado mas primitivo, y bajo un punto de vista desconocido completamente en Richmond, en Charleston y en Nueva Orleans.

Antes de la guerra separatista, todos los negros del territorio indio eran esclavos y pertenecian á los Criks, Choctaws, Seminolas, Chikasaw y á los Cherokis, cinco naciones que pasan por haber «renunciado completamente á la vida salvaje.» Su suerte era espantosa; sus padecimientos excedian á todo cuanto es dado imaginar.

En otro tiempo se dulcificaba la servidumbre por alguna afinidad de raza, de lenguaje, ó de creencia: en Pekin, los esclavos y sus amos son del mismo color; en el Cairo hablan la misma lengua; y en Rio adoran el mismo Dios; pero en la soledad india, el negro no tenia los caracteres, ni el idioma, ni la religion de su propietario, difiriendo de él por sus intereses en este mundo, así como por sus esperanzas para el otro.

Difícilmente se podria concebir el horrible destino del esclavo del Piel Roja.

En todo campamento indio, las mujeres trataban al negro mas brutalmente aun que sus feroces amos; y en vez de ser una salvaguardia, el niño indio no era á menudo sino la causa de un exceso de crueldad, pues aprovechábase su presencia para martirizar al esclavo, á fin de acostumbrar al pequeño indio á complacerse en los sufrimientos del prójimo.

En su tribu y en su territorio, el jefe indígena podia desahogar su cólera en un esclavo con tanta libertad como si fuera un rey del Africa central. Ningun corregidor hubiera ido á pedirle cuenta de la sangre de su hermano; ningun temor á la reprobacion pública detenia su brazo. Una vez despertados sus malos instintos, el indio se cuida tan poco de lo que se pensará de él como el tigre de desgarrar su presa. El Piel Roja era mas libre de maltratar á su esclavo que el blanco de pegar á su perro.

No obstante, mientras rojos y negros quedaron abandonados á sí mismos, estos últimos debian servir siempre á unos amos cuya piel era algo menos oscura que la suya.

Poseer numerosos esclavos era la suprema ambicion de todo jefe crik ó cheroki; el número de negros, así como el de indias, constituia el testimonio mas evidente de su grandeza y de su rango, y hasta preferia á los primeros ¿No era esto una propiedad comun á los blancos?

Durante su juventud habia vivido en Georgia ó en la Carolina, cuya sociedad no reconocia sino dos clases, los hombres libres y los esclavos: él era un hombre libre, así como todos los individuos de su tribu; los esclavos pertenecian todos á una raza menos marcial, y de piel mas oscura.

Habiéndose familiarizado con las costumbres de los blancos, hizo á estos últimos el honor de seguir sus huellas; pero procediendo como verdadero salvaje, solo compraba á sus esclavos cuando no podia robarlos.

Bajo la presion de los plantadores blancos, el jefe crik ó seminola hubo de ceder sus territorios de caza de la Georgia ó del Tennesee; llevóse sus negros, y obligóles á compartir las fatigas de su largo viaje, arrostrando los peligros de su nueva y distante patria.

Las penalidades que agobiaron al Piel Roja fueron cien veces mas crueles para su esclavo: á los ojos del indio, el negro no valia mas que una mula; á pesar del viento y la lluvia, dormia fuera de la tienda; y cuando escaseaba la caza,

alimentábase solo de restos; de modo que casi se moria de hambre.

Mas á despique de todas estas miserias, los negros se multiplicaron, y tan rápidamente, que al cabo de veinte ó de veinticinco años su número amenazaba exceder al de sus salvajes propietarios.

Cuando estalló la gran guerra, los Semínolas tenian unos mil esclavos; los Choctaws, y los Chickasaws, mil quinientos cada tribu; y los Criks y Cherokis unos tres mil.

Las naciones rojas contaban menos de catorce mil indios de raza pura por diez mil negros esclavos; y el número de los primeros disminuia tan rápidamente como aumentaba el de los segundos.

Estos negros eran á la vez un peligro y una maldicion para cada una de las cinco naciones indias: alrededor de su territorio se propagaba un régimen contra el cual no podian luchar los Pieles Rojas con el hacha y el cuchillo.

Desde el principio de la guerra, Jefferson Da-



D. B. Penn, sub-gobernador de Nueva Orleans.— De una fotografía

vis envió un agente á los Pieles Rojas, con el objeto de inspirar inquietudes á los Criks y á los Cherokis, induciendo á los jefes indios á formar una liga con los Estados de la confederacion.

Por su físico, así como por su reputacion, Alberto Pike, el agente, era la persona mas á propósito para el encargo que se le confiaba. De elevada estatura, semblante sonrosado, y coronada la cabeza de una espesa cabellera blanca que caia sobre los hombros, Pike reunia al parecer la jovialidad de la juventud y la cordura del anciano. Sucesivamente poeta, procurador, colono, cazador, maestro de escuela, oficial de caballería y periodista, habia estudiado el mundo bajo diversas fases. Como jinete, bebedor y hablista, pocos hombres estaban á su altura. Algunas de sus obras poéticas han obtenido éxito hasta en Inglaterra, especialmente su *Oda al pájaro burlon* y sus *Himnos á los Dioses*. Gracias á su residencia de algunos años en el rio Rojo y en el Arkansas, conocia á los Caballos Ligeros y otras tribus, y era maestro en el difícil arte de seducir á las tribus salvajes.

Trasladándose de un campamento á otro, Pike dijo á los guerreros que la antigua Union no existia ya, y que habia desaparecido para siempre, como la antigua alianza india de las Seis Naciones; que la bandera estaba hecha pedazos, y tronchada el asta; y que toda liga era en adelante imposible entre los honrados hombres del Sur y los desvergonzados explotadores del Norte.

—¡Elegid! exclamó, y recordad que la esclavitud es la piedra angular de la nueva confederacion.

Y mostrando despues un grupo de negros, añadia:

—Podreis conservarlo todo con los plantadores de Georgia y de Luisiana, y perderlo todo con

los mercaderes de Boston y de Nueva-York. En otro tiempo habeis tenido con los plantadores diferencias motivadas: será preciso que las olvideis, porque en esta nueva guerra, vuestros intereses, y vuestro porvenir mismo, están indisolublemente unidos con los del Sur. Esta guerra se ha suscitado por la codicia y el fanatismo del Norte contra la esclavitud africana, las franquicias comerciales y la libertad política.

Pike apeló á otros medios para conseguir su fin: cuando sus argumentos no eran bastante sólidos para restablecer el equilibrio, echaba en la balanza algunos frascos de aguardiente.

Garantizando á los indios la libertad del comercio en esclavos y bebidas, Alberto Pike aseguró para el Sur una inmensa mayoría de votos.

Cinco mil guerreros indios, armados de hachas y cuchillos, se agruparon al punto bajo la bandera enarbolada por Alberto Pike. Este último, apresurándose á renunciar á su cargo civil de comisionado indio, cubrióse la cabeza con un casquete de plumas, vistió un magnífico uniforme bordado, ciñóse un gran sable y se trasformó en general Pike.

Dos ejércitos operaban en la frontera: el uno, de federales, al Norte, mandado por Curtis; el otro, de confederados, al Sur, á las órdenes de Van Dorn. Segun las instrucciones del ministro de la Guerra de Richmond, Pike condujo sus guerreros á Van Dorn, movimiento que introdujo un elemento cómico en la sangrienta é indecisa batalla de Pea Ridge.

Mientras no se habia tratado sino de paradas, los indios tomaron gusto al oficio; la paga era buena, el alimento excelente, y Pike no se mostraba nada rígido en cuanto á la disciplina ni las maniobras, abundando sobre todo el aguardiente. Pero cuando se presentó el enemigo y rompió el fuego con sus cañones, los hijos de los bosques emprendieron la fuga: por intrépido que sea el indio, no tiene valor para sostener una guerra formal.

Atacaron de nuevo, pero recibidos por contínuas descargas, retrocedieron despues; todo era nuevo para ellos; lo que veian y lo que oian.

Jamás habian percibido antes el rumor de los cañonazos, y apenas sabian algunos lo que era un cohete. Figurábaseles que las granadas eran aerolitos; su grito de guerra se extinguió entre el estruendo general; el humo les impedia distinguir al enemigo; y los troncos de los pinos y de las encinas no les parecieron abrigo suficiente, pues las granadas estallaban entre los árboles, lanzando la metralla en todas direcciones. Tomando el único partido compatible con su naturaleza, tendiéronse en el suelo boca abajo, se cubrieron con una espesa capa de arena y guijarros, y esperaron la noche en esta posicion.

Cuando reinó la oscuridad, deslizáronse en el campo de batalla, pasando entre los soldados dormidos, desollaron el cráneo á los heridos y los muertos, y volvieron á su campamento con aquellos trofeos repugnantes. Esta fué la única vez que los indios combatieron por la posesion de sus esclavos negros.

Al dia siguiente, los soldados encargados de dar sepultura á los cadáveres echaron de ver la mutilacion que habian sufrido los muertos; y en uno y otro campamento americano elevóse un grito para reprobar el empleo de aquellas tribus salvajes. Curtis escribió á Van Dorn; y á fin de evitar represalias, el general confederado se vió en la precision de despedir á su contingente rojo.

Y hé aquí cómo Pike perdió á la vez su traje bordado y su casquete de plumas. En cuanto á sus guerreros Criks y Cherokis, hartos de aguardiente, esperaron á que los blancos decidieran bajo los muros de Richmond si los Pieles Rojas que habitaban el Arkansas tenian ó no derecho de conservar en esclavitud á sus hermanos negros.

La caida de la capital de la confederacion del Sur libró á los esclavos de cincuenta campamentos indios.

XX

Oklahoma.—La «nueva política»—Clasificacion de los salvajes.—El *Gran Antílope* y su casa.

Oklahoma es el nombre que los radicales Criks y Cherokis han propuesto dar á las regiones indias el dia en que las tribus se hayan constituido en poblacion homogénea, convirtiéndose en Estado los terrenos de caza, lo cual es ya el sueño dorado de ciertos entusiastas.

Estos indios, incapaces de cicatrizar las llagas de su propia tribu, é impotentes para conseguir que sus diez y seis mil Cherokis vivan en paz, alimentan sin embargo la esperanza de reconciliar á los Criks y Semínolas, á los Choctaws, para reunirlos bajo la misma bandera. Llevan sus ilusiones hasta el punto de creer que no tardará en llegar el dia en que las tribus aun salvajes y paganas, Cheyenes, Apaches, Kiowas y otras, dejarán de robar los ganados y las indias, enterrarán el hacha y el cuchillo, y apreciando el valor convencional del numerario, aprenderán á beber aguardiente como los blancos.

Este dia feliz tardará mucho tiempo en llegar.

El presidente Grant acaba de adoptar una «nueva política» para los Pieles Rojas, con el

objeto de que se establezcan antes en el país y se conviertan. Análoga al régimen seguido por los franciscanos, esta política se adapta á los principios del estado secular y al órden de cosas presente: en lo futuro se considerará á los indios, como hombres «en tutela.»

Encerrados en las localidades definidas por la fuerza de las bayonetas, hállanse bajo la direccion moral de ciertas sectas que los alimentan y catequizan, y sometidos á la vigilancia material de algunos oficiales, que los acechan y fusilan cuando les ocurre la mala idea de traspasar los límites de su demarcacion. Los directores, deseosos de complacer á sus sectas, y de «realizar las voluntades de Dios,» han creado un país indio especial, lleno de casitas, de plantaciones, escuelas é iglesias, mas imaginarias las unas que las otras. En el papel, toda reserva india tiene un «fondo escolar;» y solo algunas colonias poseen un cobertizo que recibe el nombre de escuela.

En cuanto á la fuerza armada, esto es ya distinto asunto. Los comandantes militares se ocupan poco de teoría: cuando ha sido saqueada una casa de blancos, como en el rio de la Serpiente, ó se ha desollado el cráneo á los individuos de una familia, como en Smoky-Hill, su deber es perseguir y combatir á los salvajes: no hay ilusiones posibles en un puesto de frontera.

Segun lo que yo he podido juzgar, la verdad es que ningun oficial que haya servido en las llanuras creerá nunca que el indio de pura sangre es susceptible de civilizacion.

El Piel Roja no comprenderá jamás el código blanco.

Tomemos por ejemplo el último acuerdo del *jefe de justicia* (1), Waite, y sus sabios cofrades del Tribunal Supremo, y preguntémonos de qué modo un Crik ó un Cheroki, por no decir un Osage ó un Kickapu, podrian penetrar su sentido.

Hace ya mucho tiempo que los indios, siendo la parte mas débil, fueron sometidos á una ley general que autorizaba su traslacion por el Estado desde un punto á otro del territorio. Si sus terrenos de caza eran codiciados por labradores blancos, veíanse en la precision de abandonarlos; pero su derecho de propiedad quedaba intacto; no se les negaba, y ofrecíaseles siempre alguna cosa, como un equitativo cambio de tierras.

Al salir de Georgia, los Cherokis obtuvieron otros terrenos mas ventajosos en el rio Verde Gris, y en cambio de sus antiguas residencias, dióse á los Criks y á los Choctaws tierras de caza en el Arkansas. Los Sénecas las obtuvieron en los Alleghanis; los Oneidas en la Bahía Verde; y los Omahas, los Cuervos y los Shoshones recibieron las suyas en el Misuri, en el rio de la Piedra Amarilla y en el de la Serpiente. A ninguna tribu se la alejó de sus campos sin prometerle uno mejor en otra parte. Resulta, pues, que desde Pena á Ogle, y desde Story á Chase, nadie disputó que la propiedad primitiva perteneciese á los Pieles Rojas.

Esta doctrina ha sido modificada súbitamente por Waite y sus doctos cofrades: los sabios magistrados han convenido en que los indios no son los primitivos propietarios del suelo, y que ni aun tienen como feudo sus propias tierras. Segun ellos, el verdadero propietario es el gobierno de los Estados-Unidos.

Si no hay un solo crik ni choctaw capaz de explicarse la argumentacion de Waite, el indio de entendimiento mas limitado comprenderá en cambio perfectamente que no le pertenece ya su campo, que solo es un simple arrendador, y que en lo futuro le está prohibido cortar una sola estaca para venderla ó utilizarla.

Segun la «nueva política,» que convirtió la guerra roja en piadoso idilio, y que confisca todo el país en provecho del gobierno, los indios se distribuyen en cuatro grandes clases, á saber:

1.° Indios absolutamente intratables, excepto en un solo punto, cual es el de recibir de manos del gobierno raciones y ropa.

2.° Indios convencidos de la necesidad del trabajo, que le comprenden virtualmente, y están mas ó menos dispuestos á aceptar con este fin la proteccion y auxilio de los agentes del gobierno.

3.° Indios que han llegado á ser propietarios de las tierras, así como de los animales, útiles é instrumentos, pertenecientes á un establecimiento fijo.

4.° Indios errantes y nómadas.

En cifras aproximativas, estas clases comprenden: la primera noventa y ocho mil almas, entre las que figuran las tribus de los Siux, Utes, Apaches, Kiowas, Cheyenes, Comanches y Arapahos; la segunda, cincuenta y dos mil, Osages, Kickapus, Pai-Utes, Shoshones, Pawnies, Navajos y otros; la tercera cien mil, Criks, Choctaws, Cherokis, Semínolas, Chippeways y otros; y en cuanto á la cuarta clase, mas difícil de apreciar, puede contar de veinte á treinta mil individuos, principalmente de Winnebagos, Sacs, Pottawotomis y algunos grupos destacados de los Sosho-

(1) En Inglaterra y los Estados-Unidos es el primer juez, equivaliendo sus funciones á las del primer presidente del Tribunal de casacion en Francia.

nes y Utes, como son los de los Labetas y los Córneos.

Estas divisiones y cifras pueden contentar á los sectarios que se entregan en las llanuras á las experiencias cristianas que intentaron los franciscanos en California; pero la clasificacion que acabamos de exponer, demasiado vaga y poco razonada, no es admitida sino por los teóricos. En la práctica se reconocen solo dos categorías, á saber:

1.ª Indios salvajes.

2.ª Indios semi-salvajes.

Las grandes familias y tribus son salvajes, Siux, Utes, Cheyenes, Arapahos, Navajos, etcétera; todos estos son los indios á quienes no se ha podido dominar; paganos, merodeadores y nómadas, en número de unos doscientos mil, constituyen verdaderos Pieles Rojas, de sangre pura de toda mezcla, inquebrantables en la fe que sus padres profesaron.

La segunda categoría comprende las familias indias menos importantes, que á consecuencia de su contacto con los blancos se han sometido á medias, fijándose en el país; son indios de las misiones de California, indios del Arizona, Sénecas del Estado de Nueva-York, Chippeways del Michigan, Winnebagos de Nebraska, Choctaws y Cherokis de Oklahoma, etc. Estos indios, englobados casi por todas partes en medio de establecimientos de blancos, figuran en número de unas cien mil almas; y son los últimos representantes de las poderosas naciones que se extinguieron. Si se les ha domesticado poco á poco, en cambio han disminuido mucho los individuos: el indio experimenta una instintiva repugnancia para adoptar los usos y costumbres de los blancos; y es porque está convencido, en efecto, de que al doblegarse á nuestra civilizacion se pierde á sí mismo, así en lo físico como en lo moral.

El coronel Stevens, oficial distinguido y muy familiarizado con las costumbres salvajes, recibió la comision, como ingeniero del Estado, de construir en las llanuras casas de piedra para los indios, cebo destinado á atraer á las tribus; pero en el espacio de seis meses, todas aquellas casas habian sido vendidas á los blancos por algunos barriles de aguardiente.

Un poderoso jefe indio, á quien llamaban el *Gran Antílope*, habia conservado la suya, y Stevens se dirigió á él, confiando que iba á tratar con un hombre mas razonable que sus congéneres. Encontróle fumando en una tienda á espaldas de su casa.

—¿Por qué vivís en la tienda, Gran Antílope, le preguntó, siendo así que teneis una casa bien cómoda?

El Gran Antílope sonrióse y repuso:

—Casa buena para los caballos: no para un guerrero.

En efecto, el coronel Stevens encontró el caballo del gran jefe indio instalado en el comedor de la casa.

He recibido este hecho por boca misma del coronel, que me añadió además:

—Ya lo veis; el indio pura sangre no comprenderá jamás la utilidad de una casa; la única nocion que admite su entendimiento es que la vida sedentaria consiste en arroparse con una manta en vez de hacerlo con la piel de un animal; en tomar provisiones de la Agencia, en vez de ir á la caza, y en pasar su tiempo fumando y bebiendo en vez de cortar cabelleras.

—¿Creeis, pues, que los indios de pura sangre sean capaces de civilizarse? pregunté al coronel Stevens.

—Jamás he visto á uno entregarse á ninguna clase de trabajo; cazador y guerrero, el contacto de la azada ó del arado mancharia sus nobles manos. El éxito es mas probable con los mestizos, á pesar de la influencia de la sangre salvaje que circula por sus venas; sin embargo de que en casi todos los casos, tienen por padres á los blancos.

XXI

El negro en Tejas.—Una antigua frontera.—Construccion de Dénison

Mucho dista Tejas de ser un país modelo; bajo el punto de vista del órden público, es cosa perdida; y sin embargo, desde la guerra, un negro es en ese país un ciudadano en toda la extension de la palabra. Individuo del cuerpo político, forma parte del jurado y envia sus hijos á la escuela; es propietario, y puede desempeñar un cargo oficial; en una palabra, en los límites legales se iguala con el blanco.

Hé aquí lo que el Piel Roja no podria comprender. ¿Por qué el gran padre de Washington (1), que despoja á los indios de las tierras y bosques concedidos por un tratado, para cambiarlos por otras tierras y bosques, que deben pertenecerles, segun los usos indígenas, «mientras la yerba crezca y el agua corra;» por qué el gran padre, repetimos, concede al negro derechos tales que se iguala por todas partes con el blanco, siendo en algunos superior á él?

Criks y Cherokis han renunciado á resolver este problema.

En Taliquah, campamento principal de la na-

(1) Nombre que las tribus localizadas dan al presidente de los Estados-Unidos, residente en Washington.

cion Cheroki, sale á luz un pequeño diario de noticias editado por un mestizo; y he leido un párrafo de esa hoja, que es el resúmen de la cuestion roja, tal como la comprende un cheroki letrado; dice así:

«Como pueblo, no somos aptos aun para merecer el título de ciudadano americano; no porque no seamos asaz inteligentes, probos é industriosos, ni porque nos falten las cualidades esenciales que en todas partes hacen al hombre digno de la libertad, sino porque carecemos del conocimiento y la costumbre de los fraudes y artificios, cuya condicion de libertad autoriza, si no estimula el uso con las personas confiadas, y que se consideran como un derecho nacional.»

En respuesta á esta alusion á una separacion perpetua entre la raza roja americana y la raza blanca, una compañía de blancos ha emprendido la ereccion de una ciudad fronteriza, Dénison, desde donde se propone invadir, adquirir y anexionar todas las tierras del Piel Roja.

Desde Caddo al rio Rojo, hay una distancia



R. H. Marr.—De una fotografía

de unos cincuenta kilómetros: se ha cortado el cañaveral cerca de la orilla, dejando un gran espacio libre, y en las cartas geográficas locales se designa este sitio con el nombre de ciudad del rio Rojo; pero allí no hay absolutamente nada, ni la mas pequeña construccion, ni siquiera un puesto de bebidas. La ciudad consiste en una zanja practicada en las rocas y en un esqueleto de puente; aquello no es ni una sombra de ciudad, con plazas y calles imaginarias como los futuros edenes de la rada de San Francisco, que solo esperan «la época propicia.» Los Chickasaws y los Choctaws están todavía demasiado cerca: con el tiempo se elevará una ciudad en la orilla del rio Rojo, opuesta á la que costea el país de los Chickasaws; pero este tiempo no llegará hasta que los Pieles Rojas hayan dejado de vivir en tribus, de observar el comunismo territorial, y de obedecer á jefes despóticos.

Como se experimentaba la necesidad de una poblacion fronteriza, no solo en vista del tráfico local, sino tambien, y sobre todo, para la seguridad y abastecimiento de una larga cadena de puestos indios, comprendiendo los fuertes Still, Griffin y Richardson, ordenóse la construccion de esta ciudad y fué erigida.

La historia de Dénison City (ciudad de Dénison) es en su género tan curiosa como la de Salinas City; estos dos centros, Dénison en Tejas, y Salinas en California, fueron creados por ingleses, con su propio dinero.

A ocho kilómetros del esqueleto de puente de que antes hablé, el coronel Stevens, ingeniero de los caminos de hierro de Tejas y Kansas, descubrió un sitio mas seguro y conveniente. El coronel, en cuya compañía he tenido el gusto de visitar el país, tiene un profundo conocimiento de la vida salvaje; nadie ha estudiado mejor que

él á los Pieles Rojas y el suelo que habitan; y habiéndose resuelto al principio la edificacion de una ciudad fronteriza, eligió aquel paraje, no fiándose de la casualidad.

Era una pradera de suave pendiente, que formaba una meseta cubierta de añosas encinas y bañada por un bonito riachuelo; acá y allá veíanse algunas rocas, y á corta distancia de aquellos árboles, extendíase una llanura despejada, con varios arbustos aislados. El suelo, sumamente fértil, parecia muy propio para el cultivo del algodon, del arroz y del maíz.

Muy pronto se trazó un plano, con calles, plazas y una escuela, sin tocar al bosque, que debia destinarse á los usos públicos; acordóse dar á la nueva ciudad el nombre de Dénison, señalando dia para la venta de terrenos. Stevens prometió á los primeros constructores el establecimiento de un depósito de camino de hierro; Dénison debia ser el almacen central de los fuertes Richardson, Griffin y Still, que uniria entre sí una línea telegráfica. Despues llegarian los utensilios y máquinas para trabajar el algodon.

Tal fué el cebo que se tendió á los especuladores; y como el capital de los caminos de hierro estaba suscrito en Inglaterra, y atendido que las promesas hechas reposaban en la buena fe inglesa, los judíos procedentes de Dallas y de Shreveport, quedaron convencidos de la futura prosperidad de Dénison.

Poco despues eleváronse ya algunos cobertizos; pero faltaba la madera de construccion; la encina era demasiado dura, y el país de los pinos amarillos distaba ciento sesenta kilómetros. Sin embargo, pronto afluyó la madera: al ver que se abria un mercado, tres compañías de San Luis expidieron varias cargas de pinos blancos: era un viaje de cerca de mil kilómetros por el camino de hierro.

Un buen mercado no tarda nunca en abastecerse: cuando los tratantes en madera supieron que se necesitaban pinos en Dénison, enviaron varios cargamentos, por mas que la poblacion no figurase todavía en una carta geográfica.

La obra marchó rápidamente: el hotel Nelson quedó concluido, y comenzóse el de Adam, así como varias casas; la ciudad se llenó de negros emigrados de Caddo y de Vinita, de judíos procedentes de Dallas, Shreveport y Galveston; y de vagabundos y aventureros, que acudian de todos puntos. Abrióse un establecimiento de bebidas, un mercado y una sala de baile. Al cabo de seis meses, Dénison contaba con mil ciudadanos de todos colores y comuniones; y desde Dallas á Galveston, pasaba por ser «la ciudad mas animada de Tejas.»

Apenas hace veintiocho meses que el coronel Stevens trazó sus planos en el papel, y ya es Dénison una ciudad de cuatro mil quinientas almas. El depósito del camino de hierro ocupa todo un barrio; cerca de él están los mataderos, las máquinas para el algodon, cuatro iglesias, cinco tabernas, y un número ilimitado de figones.

En Dénison hay un corregidor, ocho consejeros municipales, «todos honrados demócratas,» un oficial revestido con la autoridad de juez, que es «el terror de los malhechores;» y un tribunal de comercio. Al recorrer la ciudad veo una lógia masónica, un círculo de estudiantes y un club.

Pero la gloria de la ciudad es su casa-escuela, edificio construido con ladrillo rojo, al estilo Tudor-americano, tan comun en los Estados del sur. Este monumento ha costado doscientas veinticinco mil pesetas, realizadas en totalidad por medio de empréstitos hechos en la madre patria. ¡Qué singulares rincones del globo viene á fertilizar el oro inglés!

Si la prosperidad de Dénison se consolida, los que prestaron su dinero recobrarán sus fondos, teniendo además la satisfaccion íntima de haber contribuido á una buena causa.

Con su tosca poblacion, alborotadora y disoluta, Dénison es ciertamente una ciudad «muy animada,» sin duda porque se bebe mucho en poco tiempo. Hoy es domingo; las tabernas están abiertas, y se oye por todas partes el choque de las bolas de billar. Recorren las calles algunas mujeres con vistosos tocados; y en todas las aceras veo jugadores que se limpian los bolsillos, acusándose mutuamente de tramposos.

Y sin embargo, la ciudad tiene un aspecto pastoril que encanta y seduce á la vista: la gran calle está bordeada de árboles: en las alamedas que á ella conducen hay bosquecillos: en los patios, antílopes prisioneros; por todas partes se ven animales que vagan libres y penetran familiarmente por las puertas abiertas; á lo largo de los arroyuelos, diviso jóvenes que van á buscar agua; y los caballos semi-salvajes retozan en prados cubiertos de fino y compacto césped.

A juzgar por los ciudadanos que circulan en las calles, los negros deben constituir la mitad de la poblacion de esta ciudad fronteriza; no se ve un Chickasaw ni un Choctaw; ningun Piel Roja reside en Dénison; y sin embargo, esta ciudad es algo mas que un depósito para el fuerte Still y un refugio para los esclavos emancipados: es un campamento de enemigos de la raza roja.

Diez dias despues de mi llegada á América, y hallándome á bordo de un vapor del Potomac,

leí en un diario de la mañana ciertos párrafos que quise utilizar mas tarde. Uno de los pasajeros, viéndome tan ocupado, acercóse á mí y me dijo:

—Apuesto á que sois corresponsal de un diario de Nueva-York.

—No, caballero, le contesté; no soy sino un viajero del antiguo país.

—¡Ah, ah! un inglés. ¿Conoceis á Ulises Grant?

—Tengo ese honor.

—¿Podriais decirme cuál es su intencion respecto á los indios? Soy natural de Tejas, y represento al *Aguila Belicosa*. ¿No habeis oido hablar de este guerrero?

—No; y á fe que lo extraño.

—Pues bien; yo he venido al este con el objeto de averiguar lo que el presidente piensa hacer con el territorio indio. Si le abre, estamos dispuestos; todo Dénison atravesará el rio Rojo; Caddo está mas cerca de Dénison que el fuerte Still, y convendria mejor al gobierno como depósito de armas y provisiones. Si el telégrafo trasmite solo la palabra: *¡Adelante!* en menos de ocho dias se hallarán reunidos diez mil hombres en Dénison, en Caddo y en Limestone Gap. Este país, caballero, es el jardin de la América. Que haga una sola señal Ulises Grant, y nuestros caballos tejanos hollarán muy pronto el suelo del Arkansas.

Temo que este periodista diga la verdad: cinco años despues que los países indios queden abiertos al trabajo, los Criks y Cherokis se verán tan completamente desposeidos en Oklahoma como lo están en los Estados de Massachussets y Nueva-York.

XXII

Tejas y los tejanos.—Carácter del país.—Las tres razas en lucha.—Muerte de Zeté Fly.—Dallas.—Ofrecimiento de una propiedad.—Lucha entre los blancos y los negros.

El tejano es un hombre de á caballo, un centauro armado; una atmósfera ardiente hace circular por sus venas una sangre que está siempre en ebullicion. En tiempo de Samuel Houston (1), decíase con orgullo que no habia en el país un colono blanco que no hubiese matado y desollado el cráneo á un Piel Roja; un poco mas tarde, aseguróse que todo hombre blanco tenia un caballo y un esclavo; pero abolida la esclavitud, el sentimiento de la propiedad siguió otra direccion. Ahora se dice que todo tejano posee un caballo, un perro y una carabina: un corcel infatigable, un perro del mas fino olfato, y una carabina que no yerra el tiro jamás.

Habitando un país salvaje, con los Comanches al norte y los Kickapus al sur, los tejanos no han obtenido aun en el suelo ese punto de apoyo sólido que permite el desarrollo de la industria doméstica. El país está cruzado por una línea de puestos militares, desde los fuertes Richardson, Griffin y Worth, en las tierras altas, hasta los de Concho, Ewell y Clarke, en las bajas. En cada estacion son invadidas algunas partes del Estado por salvajes de Méjico, no por indios de manos relativamente suaves, como los que se diseminan por Shefelah y Sharon, contentándose con comerse las uvas, beber en los arroyos y escaramucear con los campesinos; sino por mónstruos de rostro humano, que se lanzaban sobre los desiertos colonizados para robar los caballos y otros animales, y arrebatar las cabelleras de las jóvenes.

En Tejas no hay lecheras ni vaqueras; los labradores no se atreverian á enviar sus animales á los pastos, porque serian robados al punto por los Kickapus, para conducirlos á Méjico. Los hombres, provistos de carabinas y revolvers, tienen harto que hacer para conservar sus rebaños y salvar su cabellera.

Algunas familias, aunque muy pocas, han adoptado ciertas mejoras domésticas, pero solo para su uso particular. Las otras, que constituyen la inmensa mayoría, compran la carne seca en el Illinois, la leche en frascos en el Vermont, y la manteca salada en el Ontario.

En Tejas están en contacto tres razas que viven en perpetua lucha, cada una de ellas contra las otras dos; los rojos contra los blancos y los negros, estos contra los rojos y los blancos, y los blancos, contra los negros y los rojos.

Espantosos son los anales del crímen en Tejas; pero la parte mas grande y sombría pertenece á los negros.

No hay rancho donde no se hable de alguna lucha entre estos últimos, que comenzada por lo regular en la taberna, suele terminar con efusion de sangre. Al convertirse en ciudadano, el negro adquiere el derecho de comprar bebidas espirituosas, así como tambien de embriagarse, beneficio de libertad rehusado á su hermano rojo, y mas precioso en su opinion que el derecho de votar por un juez de pueblo ó un individuo del congreso.

(1) Tejas, que formaba parte de Méjico, se declaró independiente en 1835; su independencia quedó asegurada por la victoria que el general Samuel Houston, primer presidente de Tejas, alcanzó sobre el ejército mejicano mandado por Santana. Despues de la anexion á los Estados-Unidos (1845), Houston tomó asiento como senador en el Congreso federal. En Tejas fué donde se hallaba el famoso *Campo de Asilo*, donde en 1817 fundó el general Lallemand una colonia de franceses refugiados.

Los blancos se cuidan poco generalmente de estas pendencias entre los negros; les es tan indiferente saber que uno de estos últimos ha dado muerte á su compañero, como que un rojo ha desollado á su vecino. Segun los datos mas auténticos, los asesinatos en Tejas no bajaron el año último de tres mil, perpetrados casi todos por negros en individuos de su mismo color. Algunos fueron cometidos por indios Kickapus ó Kiowas, que vienen de Méjico para robar mujeres y animales; pero su número es demasiado corto para afectar el resultado general.

Y sin embargo, aunque los blancos se encierran en su indiferencia y desprecio, cual si se tratase de una lucha de perros, estos crímenes contribuyen á que Tejas sea un país salvaje, y á impedir la creacion de pueblos en las llanuras que no son, á decir verdad, sino las fronteras del desierto.

Pero si un negro mata á un blanco, entonces se verterá sangre seguramente, porque ninguna de las razas ha llegado aun á tener confianza en la justicia. En una sociedad tan jóven como la de Tejas, los tribunales están sometidos á la influencia de la pasion popular del momento y los magistrados, elegidos por el pueblo, se consideran como obligados á obedecer á las de la mayoría, de lo cual resulta que los veredictos se dan siempre segun la voluntad del partido vencedor.

El griego de Asia, el kábila de Argelia, y el tártaro de Kazan, pueden alimentar la esperanza de obtener justicia de un turco, de un francés ó de un ruso; pero el negro de Tejas no logrará jamás nada de un juez conservador; y el blanco de Tejas no confiará nunca la vindicta pública á un juez del partido republicano.

En caso de colision, no hay gran diferencia en la manera de arreglar las cosas; sea cual fuere la raza á que pertenezcan, los que deben vengar un atentado cometido contra uno de los suyos están siempre dispuestos, al primer aviso, á desempeñar las funciones de jueces y de verdugos.

Hé aquí un ejemplo reciente.

El domingo último, Zeté Fly, robusto negro que vagaba por el camino de Multon, pueblo del condado de Gonzalez, encontró á un jóven blanco, llamado Dick Dixon, de unos catorce años de edad. Despues de haberse cruzado algunas palabras muy enérgicas, Fly cogió su pistola, y disparándola contra el muchacho, atravesóle un hombro y le dejó ensangrentado en medio del camino.

Tom Dixon, hermano mayor del herido, se precipitó en persecucion del negro, que habia tenido tiempo de entrar en su cabaña; llamóle á gritos y le desafió. Por toda respuesta, Zeté atrancó la puerta de la vivienda.

—¡Sal de ahí, cobarde! gritó Tom.

Y como Zeté permaneciera siempre silencioso, gritóle el blanco que iba á forzar la puerta.

El negro la entreabrió al oir esta amenaza, hizo fuego, y Tom cayó sin vida.

Al ruido de la detonacion, acudieron cinco ó seis colonos de Multon y hallaron el cadáver. Muy pronto resolvieron lo que debia hacerse: muerto ó vivo, era preciso apoderarse del criminal al punto, para conducirle á presencia del juez de Witt, en Gonzalez, cabeza de distrito del canton.

En su consecuencia intimaron á Zeté á constituirse prisionero; pero el negro les contestó desafiándoles á que fueran á cogerle. Atacar á un moceton tan resuelto, era exponer una segunda vida, tal vez una tercera, y ninguno queria comprometer la suya en tan innoble combate.

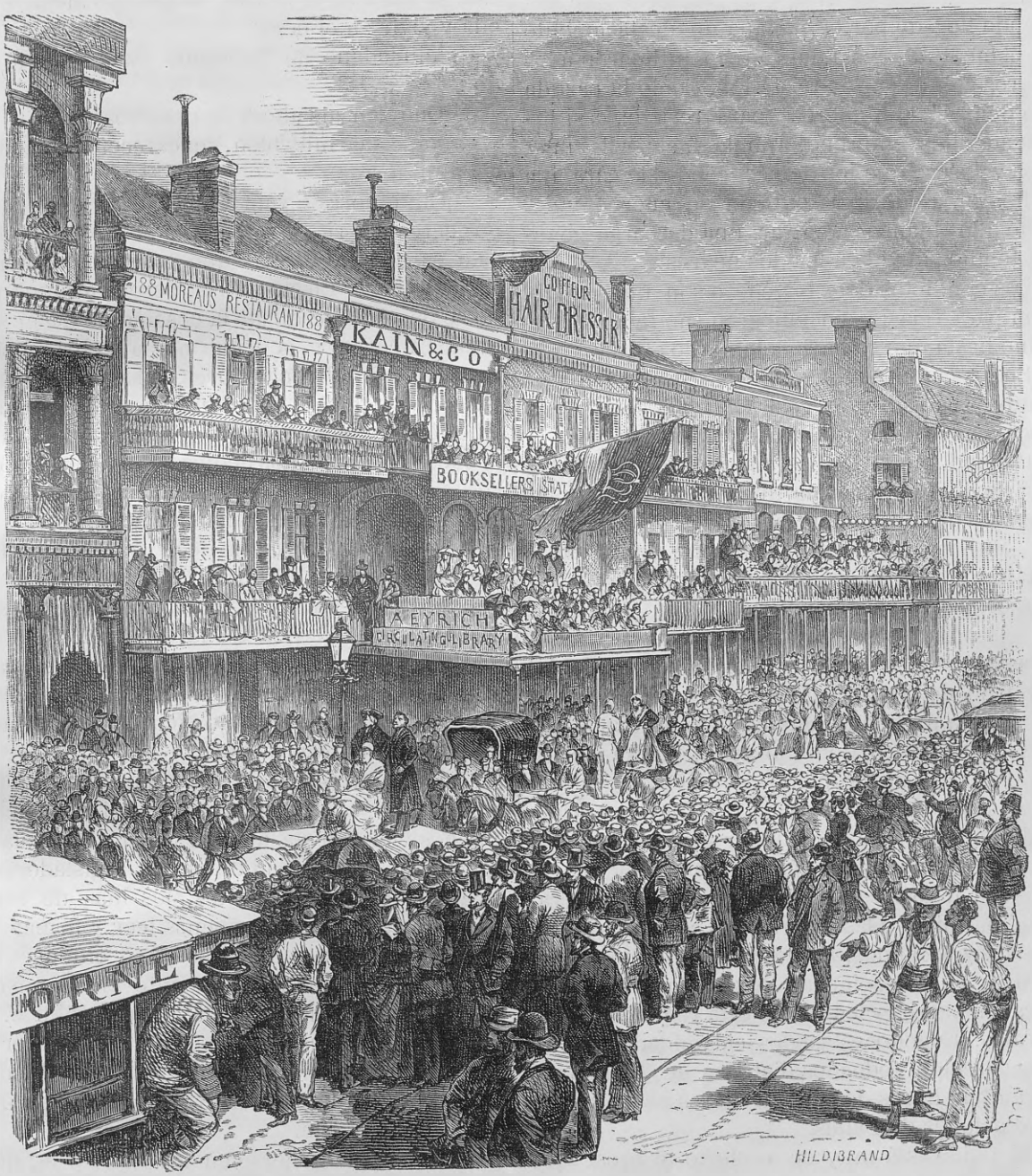
Lo mejor era abrasar vivo al culpable, cosa bien fácil, siendo la cabaña de madera; pero cuando Zeté comprendió el designio, entregóse á discrecion.

A eso de las cuatro de la tarde, en el momento de ponerse el sol, dos colonos marcharon á Gonzalez con el prisionero; y ya comenzaba á oscurecer, cuando encontraron siete ú ocho jinetes que les dieron la voz de alto. La oscuridad impedia distinguir las facciones de aquellos individuos; pero muy pronto se explicó su conducta; apoderáronse del prisionero, atáronle de piés y manos en su mismo caballo, y colocándole en medio de ellos, alejáronse por la pradera.

Libres de su prisionero, creyendo el asunto terminado, y su mision cumplida, los dos colonos prosiguieron tranquilamente su marcha. En Gonzalez no parecia ocuparse ya nadie de Zeté; era domingo, y el pueblo acudia al oficio divino de la tarde. ¿Qué se habia de decir? Zeté acababa de cometer un asesinato, y en su consecuencia merecia la muerte. Si los que se le llevaron le ahorcaban, quedaba satisfecha la vindicta pública. Razonando así, los buenos ciudadanos bebieron su aguardiente tumbándose á dormir, sin pensar mas en el criminal, ni en los jinetes que le secuestraron.

Pero al dia siguiente, el juez de Witt recibió la noticia de que Zeté, aunque gravemente herido, vivia aun; que se habia presentado una segunda partida; que se siguió una refriega; y que Zeté, engrandecido á los ojos de los hombres de su raza por su doble crímen, se hallaba entonces en un rancho de las llanuras, protegido por cua-

renta negros bien armados. El informe era exacto en todos sus puntos. En el momento en que los jinetes blancos, confiando poco en la justicia pública, iban á colgar de un árbol al asesino, presentóse una partida mas numerosa de negros para salvar al culpable. Comenzó al punto la lucha; pero ¿qué podian siete hombres contra cuarenta? Los blancos hubieron de ceder, y Zeté, aunque herido de un balazo, fué rescatado por los suyos.



Una calle de Nueva Orleans, en un dia de elecciones.—De una fotografía

En la mañana del miércoles, el alcalde de Witt se puso en marcha, seguido de la mitad de la poblacion de Gonzalez: cerca ya del rancho indicado, detuviéronse todos, esperando oir una señal ó un ruido cualquiera; pero ¡nada! El rancho estaba silencioso como una tumba.

Mirando por la puerta entornada, el alcalde vió dos cuerpos en tierra; adelantóse; tocólos, y vió que estaban calientes aun. Uno era el cadáver de Zeté Fly; el otro, el de un negro desconocido. Los dos cuerpos estaban acribillados á balazos, lo mismo que las paredes y la puerta: evidentemente habia ocurrido una lucha breve y sangrienta; mas nada indicaba quiénes pu-

dieron ser los combatientes; terminada la obra de muerte, los ejecutores habian desaparecido.

En la tarde del mismo dia, algunos negros que habian tomado parte en la lucha presentáronse al alcalde de Witt y le refirieron que habiendo llegado por la mañana un destacamento de blancos á la vista del rancho, intimaron á los negros á entregarles á Zeté Fly. Como la partida era demasiado numerosa para resistir, casi todos aquellos emprendieron la fuga; solo uno, mas valeroso que los demás, echóse la carabina al hombro, cubrió á Zeté con su cuerpo, y desafió á los blancos á entrar: una descarga general tendió sin vida á los dos negros.

Los conflictos de este género son una maldicion para Tejas; y sin embargo, no tendrán término hasta que se haya colonizado el país.

En los campos se conservan las mismas costumbres salvajes; en casi todos ellos no se conoce mas justicia que el hacha y el revolver.

Hallándome en Dallas, un ciudadano del Misuri se dignó ofrecerme una magnífica propiedad solo por desembarazarse de ella.

—Mis tierras, me dijo con tono contristado, están situadas hácia la parte superior del rio Brazos, en un país magnífico, y bajo un clima delicioso; hay bosque y pastos, aguas corrientes y pesquerías; su extension no alcanza á la del condado de Kent; pero á duras penas podria recorrerla un buen jinete en todo un dia.

Este magnífico dominio es la piedra de escándalo para su propietario, orígen de gastos y enojos de toda especie; paga el impuesto territorial; tiene guardas para vigilar sus bosques, y no ha recibido jamás un céntimo de beneficio.

—Los desastres ocasionados por la guerra, añadió, unidos á las incursiones regulares de los Kiowas y Kickapus, impiden á los colonos aventurarse en direccion al Brazos superior; mas para los negros y los indios esta region seria un paraíso. Cuando estas dos calamidades hayan desaparecido, todos los distritos de Tejas quedarán tan libres de merodeadores como las inmediaciones de Dallas.

Mi amigo está muy en lo cierto al creer que los Kiowas y Kickapus cazan en sus reservas, que los pastores mestizos recogen su forraje, y que los guardabosques blancos cortan y venden sus maderas; pero ¿cómo se arreglará para obtener de esa gente una renta cualquiera? Su derecho al terreno está perfectamente reconocido; y sin embargo, cierto dia que fué á visitar su dominio, recibió aviso de volverse cuanto antes bajo pena de muerte. Muy bien enterado de su situacion, partió aquella misma tarde, y contentóse con depositar una queja en manos de un juez del distrito. Un agente á quien envió mas tarde á la propiedad fué asesinado.

—Es muy agradable, me dijo mi amigo, ser propietario de una buena tierra; pero cuando esta se halla en el Brazos, es preciso alejarse de ella y vivir en el oeste.

Un ciudadano de Galveston me preguntó un dia:

—¿Qué pensais ahora de nosotros?

—Que estais muy bien, sin carecer de madera, agua, ni forraje.

—¡Oh! el forraje vale poco. Mirad esos campos cerca del rio; están plantados de algodon, y este es el rey. ¿Creeis que podríamos obtener carne y leche? Cierto que sí; pero pensamos que no se debe desperdiciar la ocasion de hacer fortuna. La carne y la leche no han enriquecido jamás á nadie; buenos duros es lo que nos hace falta, duros de San Luis, de Chicago, de Boston y de Nueva-York; y ninguna de estas ciudades nos los enviaria si nos dedicásemos á matar bueyes y ordeñar vacas. Si no necesitásemos los duros del Este, no tardaríamos en separarnos.

—¡Separaros! ¿Quereis decir que romperíais vuestro pacto con la Union?

—Sí. En nuestros alrededores los tejanos son casi todos partidarios de la separacion; lo que ha sucedido en Nueva-Orleans es un aviso para nosotros. Estudiad nuestra situacion y vereis si podemos esperar alguna justicia de los radicales de Boston y de Nueva-York.

El corto período de la supremacía negra fué en Tejas una prueba cruel para los blancos, quienes vieron á sus antiguos esclavos adelantarse á ellos en calidad de jueces, legisladores y recaudadores de impuestos; los mas de estos funcionarios no sabian apenas leer y firmar su nombre; la confusion se trasformó entonces en caos; y la criminalidad aumentó en la misma proporcion que disminuia la fortuna pública. El impuesto territorial se acrecentó de tal suerte, que no fué ya posible el pago; las casas quedaron desiertas; la propiedad se convirtió en una carga insoportable.

En vez de mantenerse en los límites legales, aquellos administradores sin inteligencia hollaron la equidad. Conducidos por los *Carpet-Baggers*, aventureros de baja estofa procedentes del Norte; y viéndose apoyados por las tropas de la federacion, apoderáronse de las urnas del escrutinio, y expulsaron á los blancos de los colegios electorales. Un ciudadano blanco no podia acercarse á la urna á depositar su voto, sino cuando un negro, dando una prueba de su grandeza de alma, le cogia de la mano, y declarábale *scala-*

wag (1). Casi todos los negros llevaban revolvers; los blancos iban desarmados; y así es que en todos los conflictos locales, corria la sangre de los segundos.

—A Dios gracias, me decia un plantador, esos dias nefandos y vergonzosos han pasado ya; la tiranía y la legislatura negras desaparecieron para siempre, llevándose consigo el velo de luto que cubria nuestras ciudades.

—¿Sin violencia?

—Sí; por la fuerza de las circunstancias, por una ley natural, como deben desaparecer todas las cosas malas. Europa nos ha salvado de la peste, del gobierno negro.

Y en efecto, la inmigracion, cuya corriente se ha dirigido sobre todo desde Liverpool á Galveston y á Indianola, es la que ha restablecido en Tejas la balanza en favor de los blancos. A excepcion de los fugitivos del rio Rojo, pocos negros entraron en Tejas; mientras que desde la guerra llegaron mas de cien mil blancos de los puertos ingleses. Puros del crimen de separacion, estos colonos fueron electores tan pronto como lo pidieron, y casi siempre han dado sus votos al partido conservador. La raza conserva su prestigio: un ganapan, desembarcado apenas de un buque inglés, toma el partido de su hermano blanco contra el negro y el kickapu, sin que nadie pueda decir nada; constitúyese una alianza de blancos contra otra de rojos, por una parte, y una de negros por la otra.

El año último, gracias á los inmigrantes de Europa, los partidarios de la liga blanca de Tejas batieron en las elecciones á los negros y sus sectarios, haciendo pasar todos sus candidatos al poder ejecutivo. Además de esto, seis conservadores van á representar el Estado en Washington. Los *scalawags* han sido derrotados, y los ciudadanos blancos han obtenido de nuevo la direccion absoluta de los negocios.

En marcha hácia el sur, encuentro varios de los nuevos diputados, que se dirigen á Austin, donde han de reunirse las cámaras: son abogados, plantadores y médicos, la aristocracia natural de un Estado fronterizo, todos de carácter jovial, muy saturado de genio británico.

—Vais á Austin como dueños, les digo yo. ¿Qué hareis?

—¿Qué haremos? me contesta uno de ellos riendo. ¡Oh! emplear muy bien el tiempo; vamos á revisar la nueva constitucion *scalawag*, y repondremos á los pobres blancos, tan humillados hasta ahora.

—¿Y despues?

—¿Despues? ¡Oh! ya no habrá nada que hacer sino arreglar el equipaje. ¿Para qué habíamos de ir á Austin? ¿Veis esos caballeros? Cada cual lleva una caja vacía, que á la vuelta estarán todas llenas. ¿No tenemos nosotros derecho de saquear el Tesoro público, como lo han hecho los scalawags? Cuando vuelva de Austin, apuesto á que no tendreis fuerza suficiente para levantar mi maleta.

Reíamos y bromeábamos sobre nuestra manera de proceder en Lóndres, siempre que un partido cede el puesto á otro, cuando de repente se acerca á mí un individuo que tiene trazas de predicador metodista, es decir, de energúmeno.

—Sonreis, caballero, me dice; pero por el cielo que esta es la verdad.

—¿Temeis algun nuevo motin de negros en Tejas?

—No, contesta alegremente uno de mis compañeros de viaje; á menos que no le susciten las negras. Esas mujeres son un cebo detestable; las indias no valen gran cosa; pero las negras son diez veces peores. Nosotros los hombres de las fronteras, no somos ángeles; las negras carecen absolutamente de alma. Por un vaso de aguardiente, cinco de cada seis, harán todo el mal que sea posible.

En Houston (2) no sirven sino blancos en los hoteles, cosa que no habia visto sino una sola vez desde que salí de Nueva-York. Casi todos los anuncios que se publican aquí relativos á fondas y casas de hospedaje, llevan invariablemente esta advertencia: «Criados blancos y corteses.»

XXIII

El golfo de Méjico. — La cuestion de la esclavitud.—Un canal marítimo —El musgo español.—Pantanos y fiebre. —Brashear.

Al salir de la bahía de Galveston, en el momento de aparecer el sol, nuestro buque queda envuelto en una espesa nube amarillenta que nos impide ver el Paso Salina y el paisaje que le rodea. Las largas olas del Atlántico nos mecen suavemente; varias bandadas de aves de un blanco de nieve revolotean sobre la ancha estela que deja el vapor, y acércanse al agua ligeramente para coger su presa. En todas las fisonomías observo una languidez semi-tropical.

A medida que el sol se eleva sobre el horizon-

(1) Antigua palabra despreciativa, aplicada hoy principalmente á los naturales de un Estado que apoyan los *Carpet-Baggers*. En el sentido político, todo aventurero extranjero es un *Carpet-Bagger*, y todo adversario en política un *scalawag*.

(2) Ciudad de Tejas, á corta distancia de la bahía de Galveston, llamada así en honor del general Samuel Houston Fundada en 1836, ha sido la capital interina del Estado.

te, rásgase el nebuloso velo, y vemos las orillas bordeadas de cipreses y algodoneros, cuyos troncos bañan las aguas de los pantanos, y cuyas ramas se doblegan bajo el peso de un parásito vegetal, una yerba de siniestro aspecto designada con el nombre de *musgo español.*

Nuestro buque, bordeando entre Indianola, en Tejas, y Brashear, en Luisiana, costea dos de los ricos Estados del golfo, poniendo en comunicacion el puerto de Galveston con las desembocaduras del Mississipí y Nueva-Orleans. Lleva pocos indígenas, mejicanos ó americanos; los pasajeros, así como los tripulantes, son los mas escoceses é ingleses, porque los puntos y centros de Tejas deben casi todos su existencia al capital inglés, y su colonizacion á familias inglesas.

Esta emigracion de la madre patria constituye la base principal de la América blanca.

En el espacio de un siglo escaso, la poblacion blanca se ha elevado desde menos de trece millones de almas á mas de treinta. ¿Quién osaria afirmar que sucederá lo mismo con la raza negra? Todos los hechos parecen probar lo contrario. Los blancos se reclutan en Europa; los negros no vienen ya de Africa; una de las fuerzas se desarrolla; la otra se disipa; y sin embargo, ¡cuánto es el poder maléfico de esa rama degradada de la familia humana! Toda la América sufre por ella en la actualidad.

A medida que se hacen nuevos progresos en la carrera de la libertad, de la instruccion y de la civilizacion, ¿qué conducta se deberá observar con las razas que viven en el suelo americano, y que bajo este triple punto de vista ocupan el grado mas inferior de la escala social?

La solucion de este problema ha ocasionado ya la ruina de una tercera parte de la América septentrional, aplazando hasta una época indeterminada la obra grandiosa que legaron á la república sus fundadores ingleses; crear y poblar Estados libres en este continente.

Un pasajero sentado junto á mí, en la toldilla, me dice:

—Nacido en el Sur, y acostumbrado á considerar la esclavitud como un sistema doméstico, he pensado siempre que la cuestion de aquella no era sino un mal transitorio.

—¿Transitorio? ¿Creeis que desaparecerá espontáneamente?

—No lo dudo.

—¿Sin guerra civil?

—Sí; y considerando el caso en su conjunto, es decir, la situacion del negro libre ó esclavo, el problema se hubiera resuelto mas pronto sin la guerra civil; no habríamos tenido liga negra ni blanca para perturbar á los Estados-Unidos; la emancipacion moral se hubiera efectuado en tiempo de paz, gracias á medios honrados y por hombres dispuestos á sacar el mejor partido posible. La emancipacion militar estalló sobre nosotros como una bomba, en tiempo de guerra, y ha despertado súbitamente algunas de las peores pasiones del corazon humano. ¿Cuál ha sido el resultado de la lucha?

—La abolicion de la esclavitud.

—Dispensadme; la guerra ha abolido la libertad. ¿Dónde se halla ahora esa república soñada para nosotros por Franklin, y que Washington nos legó? ¿Debemos buscarla en Nueva-Orleans, en Vicksburgo ó en Richmond? ¿Dónde se ejerce hoy nuestra decantada autonomía local?

Al rayar el dia salto de mi litera, y mirando por la ventanilla del camarote veo una estrecha faja de tierra, bordeada de árboles frutales, tristemente cargados de musgo. Pero ¡cómo! ¿Estamos sobre un banco de arena? ¿Habremos encallado? ¿No es una grulla aquella ave blanca? ¿Estamos en el mar?

Subo á cubierta y veo que seguimos el canal marítimo cuya direccion está indicada por troncos de árboles: esta obra de doce kilómetros de largo, por cuatro metros de profundidad, se prolonga entre la isla Marsh y los pantanos de Tierra Buena, bañados por el Atchafalaya; en la ribera oriental de este rio está el puerto de Brashear, localidad sacada del caos desde la colonizacion de Tejas, á causa de la necesidad de establecer entre Galveston y Nueva-Orleans un camino mas corto y seguro que el de Passe-á-l'Outre. La duracion de la travesía se ha reducido así á la mitad: con el coche y el barco se puede ir hoy desde Galveston á Nueva-Orleans en poco menos de veinticuatro horas.

Ya estamos en Brashear. ¿Es tierra firme ó agua? El fango, los estanques, y los fosos de desagüe, se mezclan y confunden; esto es un pantano tan triste como insalubre, limitado en todas partes por espesos bosques, cada uno de cuyos árboles está guarnecido de musgo español. Este fúnebre parásito, de color gris sombrío, se extiende de una rama á otra en forma de telaraña.

—Mirad bien esa yerba, me dice un habitante de Brashear; donde quiera que la encontreis, volved la espalda y alejaos con toda la rapidez que lo permita vuestro caballo; nosotros la damos el nombre de musgo de las fiebres; y es una señal infalible de insalubridad.

—Esta yerba es muy comun, contesto; la he visto por todas partes en el golfo.

—La enfermedad y la muerte son tambien



Vista de Nueva-Orleans

muy comunes donde existe; el musgo español crece á orillas de todos los pantanos, lagos, y bahías; encuéntrase en el Tejas oriental, en la Luisiana meridional, en la Florida occidental, y en las aguas centrales de Alabama.

Esta yerba es fea y fétida, inútil ó poco menos. Los negros la arrancan y sepultan profundamente; á los ocho ó diez dias, cuando su mal olor ha desaparecido, la desentierran y secan al sol, empleándola despues como paja para jergones y almohadas. Parece que les gusta mucho dormir sobre este musgo de fiebres ya seco.

Brashear es una colonia de negros, una de las fortalezas de la Liga negra: á excepcion de una docena de empleados de la línea de vapores ó del camino de hierro, todos los habitantes son negros; en el umbral de cada casa, destácase una silueta que representa su imágen; y en todos los arroyos se revuelcan los negrillos. En las tabernas, en las salas de billar, y en las loterías, no se ven mas que negros, todos, ó casi todos, con los gruesos labios, el cabello lanoso, la cara aplastada, y la piel de ébano de sus antecesores africanos.

Si se dirige una mirada á las callejuelas de Brashear, se reconocerá que, contrariamente á Tejas, la Luisiana es un país donde los *scalawags* y los *carpet-baggers* deben obtener la mayoría. Siendo todo negro ciudadano, y todo ciudadano elector, ¿quién puede impedir que esos hombres elijan un representante negro, promulgando un código negro tambien? Su union constituiria la fuerza; podrian tener un alcalde fanti, y un juez mandinga; y legalizar en América las «costumbres» de Yam, de Dahomey y de Adai.

Políticamente hablando, en Luisiana tienen los negros la mayoría, relativa, es verdad; pero efectiva tambien; y por eso la poseen en la Cámara.

Y sin embargo, examinemos el tren que nos conduce á Nueva-Orleans. Segun la ley, el negro es igual al blanco; y por lo que hace al precio de los asientos, el camino de hierro los asimila. ¡Pues bien! ¿tiene la facultad de ejercer el mas simple de sus derechos, eligiendo el coche en que le conviene viajar? ¡No! Un marinero irlandés, un cazador mejicano, entrarian en cualquier compartimiento; pero jamás un hombre ó una mujer de raza africana. Las americanas se oponen, luego las mujeres reinan aquí, y ellas son conservadoras en América, es decir, enemigas de la invasion negra.

Ved, sino, todos esos individuos agrupados en un wagon que sigue inmediatamente á la locomotora, y á quienes ciega y ahoga el humo: ninguno se queja, y á ninguno se le ocurriria tampoco buscar un asiento mas cómodo en otro coche.

—¿Y no se mezcla jamás el negro con vosotros? pregunté al viajero.

—¡Nunca! contestóme con una sonrisa de soberbio desden. ¡Cómo! ¡un negro venir á sentarse junto á nuestras esposas y hermanas!

—Pues ¿no tiene derecho legal?

—Sí, el derecho escrito; pero ya sabe cuál es el lugar que le corresponde. Nos conocen tan bien como los conocemos á ellos. Fué un crímen concederles el derecho de votar; pero ya nos entenderíamos todos muy bien si se volviese á llamar las tropas federales.

—¿Y no temeis sus mayorías?

—De ningun modo, al menos mientras no las apoye y dirija un jefe militar federal. Lo que debemos aborrecer ante todo es el cesarismo, ese gobierno del sable, que no respeta principio alguno. ¿Con qué objeto, por ejemplo, habrá enviado el gobierno al general Sheridan á Nueva-Orleans? ¿Quién sabe si á consecuencia de esta medida no encontraremos la ciudad en estado de sitio, las calles inundadas de sangre, y los edificios públicos ardiendo?...

XXIV

En marcha para Nueva-Orleans —Estado de la ciudad —El reinado de la anarquía —Sus orígenes.—Los principales personajes del drama: Packard, Durell, Billings, Mac Enery y Penn.—El gobernador Warmoth.—El abogado Kellogg.—El esportillero negro César.

¡San Cárlos! ¡A treinta kilómetros de Nueva-Orleans! ¡Todavía falta una hora de camino!

Examino el paisaje á medida que pasamos sucesivamente por delante de estanques y pantanos, cedros y palmeras; pero nada es digno de llamar la atencion, excepto un magnífico bosquecillo de naranjos cargados de fruto en completa madurez, que nos arranca un grito general de admiracion. Sin embargo, la reprimimos al punto, porque experimentamos cierta inquietud al pensar que cada vuelta de las ruedas nos aproxima al teatro de una lucha terrible, en la que se fijan las miradas de cuarenta millones de ciudadanos, con tanta esperanza como ansiedad.

El presidente Grant asegura que «la anarquía reina en la Luisiana.» Nadie lo duda, pero el general Mac Enery y los ciudadanos blancos pretenden que el «reinado de la anarquía» se inauguró por Grant, y que lo ha perpetuado en Nueva-Orleans por su interés personal. Este «reinado,» dicen, comenzó hace dos años, al recibir Stephen B. Packard, un telégrama concebido en estos términos:

«Washington—Ministerio de Justicia.

»Disponed que se cumplan los decretos de los tribunales de los Estados-Unidos por todos los oposicionistas, sean quienes fueren. El general Enery pondrá á vuestra disposicion con este objeto las tropas necesarias.

JORGE H. WILLIAMS,
Procurador general.»

¡Verdadero enigma era este mensaje! Stephen Packard es un aventurero á quien el presidente Grant envió á Nueva-Orleans en calidad de gran preboste de los Estados-Unidos. El general Enery es el oficial federal comandante en el departamento del Golfo; pero ¿quiénes eran los oposicionistas que el gran preboste y el general debian combatir? No solamente no habian hallado nunca resistencia en Nueva-Orleans los acuerdos de los tribunales de los Estados-Unidos, sino que estos últimos no preveian que pudiera producirse. El juez Durell, único magistrado federal en Luisiana, no habia formulado ninguna queja. ¿Porqué bajo la presion del procurador general Williams, el consejero judicial del presidente Grant, un agente inferior tal como Stephen B. Packard, habia de convocar las tropas para ejecutar las órdenes de este juez?

La conducta del presidente respecto á Nueva Orleans tenia un doble objeto, segun se aseguraba; en primer lugar, obtener en Luisiana la mayoría para la renovacion de su cargo presidencial; y en segundo, que se nombrase senador por el Estado á su cuñado J. B. Casey. Con el objeto de conseguir estos dos fines, un presidente poco escrupuloso podia utilizar las tropas federales; pero el juez Durell, por su parte, deseando que se eligiera senador á Norton, no debia estar dispuesto á favorecer la candidatura de Casey. La accion del gobernador Warmoth y del general Enery era nula. ¿Contra quién debia lanzar Packard las tropas federales?

El misterio se descubrió con el tiempo.

Stephen B. Packard habia recibido un telégrama en la noche del miércoles; al dia siguiente, Durell envió á llamarle para un asunto de importancia, mientras el abogado Billings, sentado delante de una mesa en casa de Durell, escribia una órden que el juez explicó á su visitante. Packard debia pedir tropas, marchar contra la cámara de los Estados, y prohibir la entrada á todos cuantos llegasen.

Segun la órden escrita por Billings, firmada por Durell y entregada á Packard, este último debia expulsar al gobernador, apoderarse de los archivos y cerrar las puertas. Nuestro hombre se dirige al punto á los cuarteles, pide una compañía, y por la noche ocupa el capitolio.

No tardó Durell en recibir su recompensa: Casey abandonó la lucha, trocando sus probabilidades de eleccion por el lucrativo empleo de recaudador de impuestos; y Norton, el amigo de Durell, fué admitido por un comité como candidato al senado.

El tiempo de servicio del gobernador Warmoth iba á espirar: los generales Mac Enery y Penn, dos oficiales indígenas, por una parte; y William P. Kellogg, legista de Illinois, y César C. Antonio, un esportillero negro, por otra, eran los que se disputaban los empleos de gobernador y subgobernador.

Cada partido se proclamó victorioso; pero no podia conocerse la verdad antes de la reunion de las cámaras. Mac Enery estaba dispuesto á esperar; pero Kellogg no se atrevia á presentarse á una cámara presidida por Warmoth; y esto es lo que produjo el reinado de la anarquía.

William Pitt Kellogg, abogado sin clientes, habia abandonado el Illinois para ir á buscar fortuna á Luisiana, como lo hacen centenares de sus compatriotas, á quienes agrada mas el brillante sol del Golfo que las heladas nieblas del lago de Michigan. Fué á Nueva-Orleans con un saco de noche, la lengua muy bien puesta, y lo que era mejor todavía, una idea para producir sensacion. John Brown era su héroe; y gracias al «espíritu» de este mártir de la emancipacion, abrióse camino, y fué enviado por los votos de los negros al senado de los Estados-Unidos. Sus modales de beato, que le granjearon el aprecio de los negros, diéronle el mismo buen resultado en Washington y fué designado á los republicanos como el único hombre capaz de realizar sus planes.

Intrigaba para obtener la presidencia del senado, cuando le deslumbró la perspectiva del cargo de gobernador. Este destino vale cuarenta mil pesetas al año, pagaderas en oro, sin contar los gajes y la influencia, que reportan mas del doble de este sueldo. Si el gobernador desea hacer rápidamente fortuna, y no es muy escrupuloso en los medios, nadie puede oponerse á que lo consiga, pues tiene en su mano los recursos de Nueva-Orleans y el Golfo. Asegúrase que no de otro modo se ha enriquecido el gobernador Warmoth.

La presa era magnífica, mas para obtenerla, era preciso que Kellogg desplegase tanta decision como habilidad. A no ser por el número, sus partidarios eran muy inferiores á sus enemigos. Mac Enery y Penn, ricos, de buena presencia, y ventajosamente conocidos, tenian en su favor á todos los ciudadanos de Nueva-Orleans y á los plantadores de Luisiana.

De regular estatura, el general Mac Enery ofrece alguna semejanza con el presidente Grant: su mirada es meditabunda, y su fisonomía grave; tiene espesa barba y gran bigote. El general Penn, mas jóven que su jefe, es el verdadero tipo del sudista: se afeita siempre la barba; sus ojos son negros, como las cejas, y lleva las puntas del bigote caidas: el metal de voz, la fisonomía, los gestos, todo en fin denota en él al hombre de accion (véanse los grabados de las págs. 45 y 49).

No pudiendo fiarse del gobernador, ni deseando tampoco presentarse ante una cámara abierta por este funcionario, Kellogg convocó una asamblea de sus partidarios; era la mañana del sábado y las cámaras debian reunirse el dia siguiente.

Una cámara organizada por Warmoth hubiera comenzado por hacer las elecciones, sometiendo probablemente á los jueces del tribunal supremo la cuestion de la validez del nombramiento, ya de Mac Enery, ó bien de Kellogg. Este temia á los jueces tanto como á los senadores. ¿Qué debia hacer para desembarazarse de unos y otros?

Billings, aquel procurador poco escrupuloso, completamente afecto á los intereses de los negros, propuso lanzar á uno de estos, un tal César Antonio, especie de faquin, no solo contra el gobernador, sino contra los tribunales de la localidad.

Esta proposicion fué adoptada, y el faquin negro se dirigió al punto al domicilio particular del juez Durell, para presentar á este un decreto concebido poco mas ó menos en estos términos: «Considerando que César C. Antonio fué debidamente elegido sub-gobernador en la Luisiana; considerando que debe esperarse tropezará con dificultades para el desempeño de su cargo, se ruega al tribunal de los Estados-Unidos le expida una órden prohibiendo á ciertas personas, designadas en una lista, redactada por Bellings, que hagan ó digan cualquiera cosa en oposicion con su derecho á desempeñar el cargo de sub-gobernador.»

La lista de Billings comprendia ciento treinta y cinco nombres: el primero era el del gobernador Warmoth. En suma, aquel negro pedia al juez Durell que impidiera á los poderes ejecutivo y legislativo de Luisiana obrar en perjuicio de su derecho, y esto durante cinco dias consecutivos.

El juez Durell expidió la órden en los términos indicados.

El presidente Grant no se mira mucho en los instrumentos con que debe maniobrar; pero en el caso presente fuéle preciso reconocer que la órden expedida por el juez Durell sobre la requisicion de Antonio era, no solo un «acto ilegal,» sino una «falta grave.»

Y sin embargo, firmóse este «acto ilegal,» y se cometió aquella «falta grave» en toda su extension.

La órden del juez Durell dió á los partidarios de Kellogg la ventaja sobre los ciudadanos de Luisiana, y su ejecucion inauguró la era de la «anarquía.»

XXV

El golpe de Estado.—Deposicion de Warmoth.—Nombramiento del negro Pinch —Cambio de su destino con Kellogg por un sitial en el senado.—Negativa de admision. —Reinado simultáneo de dos senados y tres gobernadores.

En la mañana del lúnes, Packard, provisto de los nombramientos republicanos, y seguido de soldados federales, se presentó en el Instituto de mecánicos, donde debia reunirse la Asamblea. En el umbral estaba César C. Antonio, con la órden de Durell, designando los que podian ser admitidos ó no. Como era natural, no dejó entrar sino sus amigos; y una vez que estos se hallaron dentro de la sala legislativa, no perdieron el tiempo en discutir inútilmente; la órden de Durell caducaba el miércoles, y habia mucho que hacer antes que los miembros conservadores llegaran á ocupar sus puestos.

Por lo pronto, era preciso deponer al gobernador Warmoth y apoderarse de las listas oficiales; pero ¿cómo destituir á un gobernador legal?

Un negro llamado Pinchback, conocido vulgarmente con el nombre de Pinch, ofreció sus servicios á Kellogg mediante remuneracion. Este Pinchbak, un tuno muy activo, habia sido mayordomo en un buque de vapor, y despues portero en una casa de juego; pero al ver qué brillante fortuna hacian algunos de sus congéneres, creyó descubrir que la carrera política le ofreceria mas ventaja que ninguno de los oficios por él ejercidos hasta entonces. Enviado como representante de un distrito negro en el senado, la casualidad quiso que durante algunas semanas tuviera que sustituir al sub-gobernador Dunn. Su servicio terminó muy pronto; pero en América se conserva toda la vida el título que se llevó un solo dia. Un profesor sigue siéndolo siempre, y lo mismo un sub-gobernador. Por eso Pinch se guardaba muy bien de no anteponer á su nombre el de su dignidad temporal.

Semejante hombre valia el dinero, y Kellogg se arregló muy pronto con él. Pinch debia derribar á Warmoth; en caso de éxito, desempeñaria las funciones de gobernador de hecho durante algunos dias, recibiendo además una considera-

ble suma en metálico: si se lograba desembarazarse de Norton, se le enviaria á Washington como senador.

Estipuladas las condiciones, Billings condujo á Pinch á la sala del senado, y con el auxilio de César C. Antonio, instalóle, en calidad de subgobernador, en el sillon presidencial. Diez minutos bastaron á Pinch para organizar una cámara; despues leyó un informe redactado por Billings, que contenia ciertas acusaciones contra Warmoth y terminaba pidiendo su destitucion. En otros diez minutos fueron leidos y aprobados los artículos; y como las tropas federales se hallaban cerca, á las órdenes de Packard, hiciéronse todas las cosas tan rápidamente como se habian discutido. Pinch asumió el rango de gobernador de hecho, tomó posesion del Capitolio, apoderóse del gran sello de Luisiana, y expidió una proclama anunciando su advenimiento al universo.

Lo grotesco y lo absurdo llegan aquí á tal altura, que rara vez se encuentran ejemplos tan extraordinarios en la historia ó en la novela. Se deploran los actos de Bocking, el sastre de Leyde, lastimosa manifestacion de la locura humana; y excita risa la impudencia de Sancho Panza, creacion chistosa del arte satírico; pero Munster y la ínsula Barataria quedan muy atrás.

Warmoth rehusó reconocer á Pinch: duelista de primer órden, y afamado por su imperturbable serenidad, que le permitia tirar contra un hombre tan fácilmente como contra un ave, Warmoth no tenia el carácter mas á propósito para dejarse dominar por un Pinch. Además de esto, ninguna autoridad constituida queria reconocerle, y en su perplejidad, Packard rehusó pasar adelante sin recibir autorizacion de la Casa-Blanca. Kellogg expidió al punto el siguiente telégrama al procurador general Williams:

«Nueva-Orleans, 11 diciembre 1872

«Si de un modo cualquiera indica el presidente que reconoce los hechos consumados, todo se arreglará entre el gobernador Pinchback y la legislatura.»

Jorge M. Williams es un hombre de recursos, pero no estaba preparado á pedir al presidente que reconociera á un tunante negro por gobernador de la Luisiana.

¿Cómo proceder para que no se resintieran demasiado duramente las formas y la decencia pública? Puesto que Pinch desempeñaba el cargo de gobernador, se podia escribirle considerándole «gobernador de *hecho;*» y de este modo, aunque no reconocidas sus funciones, parecian «admitidas.»

Williams se distingue en el arte de la fraseología ambigua y nebulosa; y al otro dia expidióse de Washington á Nueva-Orleans el siguiente telégrama sancionando absolutamente el reinado de la anarquía:

«*Gobernador de hecho Pinchback, Nueva-Orleans.*

»Ministerio de Justicia, 12 diciembre 1872.

»Haced comprender que se os ha reconocido como poder ejecutivo legal de Luisiana, y que la asamblea del Instituto de Mecánica es la legislatura legal del Estado. Expedid una proclama en este sentido, añadiendo que se prestará todo el auxilio necesario, tanto á vos como á la citada legislatura, para conservar la tranquilidad.»

Con esta autorizacion del gabinete, el gobernador Warmoth fué destituido, y los oficiales federales dieron posesion á Pinchback. Sin embargo, el nuevo gobernador comprendia que no iba á disfrutar mucho de una completa libertad de accion mientras que el antiguo permaneciese en Nueva-Orleans. Podia suceder que Warmoth le encontrase en la vía pública y le aplicara un fuerte correctivo: Pinch queria evitar esto á toda costa, y viéndose apoyado por jueces y generales federales, ideó una ley que pudiera librarle de su temible enemigo.

Entre tanto llegó á Nueva-Orleans un segundo juez federal llamado Elmore, ante cuyo tribunal se presentó Pinch, renovando las acusaciones que habia formulado ya contra el gobernador Warmoth, y reclamando su destitucion. Este caso era enteramente ajeno á la jurisdiccion de Elmore, lo cual no impidió que este leyese el informe, y sin oir al acusado decretara la separacion del gobernador Warmoth.

Este último apeló á los jueces de Luisiana, quienes declararon que Elmore habia obrado ilegalmente, citándole por injuria al tribunal; mas Elmore se rió del acuerdo, sintiéndose apoyado, así como Pinch, por un ejército federal. Todas estas usurpaciones se hicieron efectivamente bajo la egida del general Emory, que apoyaba naturalmente á los candidatos del presidente Grant.

Pinch gobernó el Estado durante cinco ó seis semanas, en cuyo tiempo le agobiaron con libelos en los cuales le daban los nombres de rey Pinch, Su Majestad Negra, lord del Cuello postizo de papel, marqués de la Pomada, etc.; además de esto, dirigiéronle falsos telégramas, y se mandó imprimir decretos satíricos formalizados con su firma.

Por último terminó su reinado, y fuéle preciso dejar en manos de Kellogg el Capitolio y el gran sello, cambiando su título de gobernador por un sillon del senado en Washington, con todos los beneficios y emolumentos inherentes al cargo.

Al entrar en el senado Pinchback reclamó un puesto junto á los Sherman, los Wilson, los Boutwell y los Cameron, hombres graves, y padres de la república: la peticion excitó un tumulto.

Despues de leerse un notable informe, seguido de una larga discusion, el senado declaró, no solo que Kellogg no era el gobernador legal de Luisiana, ni Pinchback su senador legítimo por dicho Estado, sino que se procederia á una nueva eleccion, á fin de suprimir el «reinado de la anarquía» de una manera verdaderamente republicana, es decir, por el sufragio universal.

Invitado por el senado á dar una explicacion de su conducta, el presidente Grant declaró que



El general F. N. Ogden.—De una fotografía

la última eleccion de Luisiana constituia «un fraude gigantesco;» y reconoció la necesidad de una nueva eleccion, para determinar cuál era el candidato popular, si el general Mac Enery ó William P. Kellogg; pero encargando á su gabinete que eligiera el momento oportuno para la reunion de los colegios electorales. De este modo pudo Kellogg aplazar las elecciones hasta el momento mas propicio.

Dos senados y tres gobernadores se disputaban pues la dominacion de Nueva-Orleans: ningun ciudadano podia determinar ya á quién debia obedecer: el reinado de la anarquía era completo.

XXVI

Situacion deplorable de Nueva-Orleans —Miseria universal. —Reaccion.—Formacion de una liga blanca —Marr.—Inquietudes de Kellogg.—Intervencion de las tropas federales en su favor.—Ogden.—Llegada del general Sheridan.

Durante diez y siete meses, Nueva-Orleans gimió bajo el yugo de gobernadores que no podian gobernar, de asambleas incapaces de legislar, y de tribunales cuyos acuerdos se contradecian mutuamente.

Nueva-Orleans es la Luisiana, poco mas ó menos como Paris es Francia: cuando la primera sufre, la segunda languidece; el Estado se reanima al mismo tiempo que su capital. En tiempo de Kellogg, y durante su reinado anárquico, Nueva-Orleans habia perdido su crédito así como sus recursos personales.

Un poder ejecutivo compuesto de una mezcla de negros y extranjeros administraba la ciudad y ejercia el agiotaje en las tierras públicas. En aquel parlamento de baja ralea, los negros, figurando en mayoría, se daban títulos y votaban decretos sin tener fuerza legal. La policía de las calles y de los muelles estaba compuesta de una partida de negros, mandados por oficiales extranjeros; multiplicábanse los clubs de negros, teniendo cada cual sus señales de pase particulares; y mientras la caja pública encerrara un

duro, aquellos hombres se le apropiaban para sí y sus secuaces. A la venalidad del destino, agregábase el escamoteo de los bonos del Tesoro, y una ciudad solvente era responsable de un Estado empobrecido. Las deudas públicas no se satisfacian; negociantes y comisionados abandonaban los almacenes y los muelles; el comercio al por menor decayó rápidamente; las importaciones cesaron casi del todo; y aumentáronse los impuestos en tal proporcion, que ciertos propietarios hubieron de abandonar sus inmuebles al Estado. El atraso en las pagas era general para todos cuantos desempeñaban un destino, excepto para los senadores negros de Kellogg, que percibian con toda regularidad sus noventa pesetas por semana. No se pagaba tampoco á los profesores y maestros; de modo que los colegios y las escuelas se cerraron. La compañía de las aguas, no pudiendo percibir un cuarto de sus créditos, detuvo la distribucion.

La miseria era universal, y todas las clases de la sociedad sufrian igualmente. Algunas noches era la oscuridad completa, porque los dependientes de la empresa del gas cerraban las llaves; y como las calles de Nueva-Orleans no son nunca seguras durante la noche, fuéronlo menos entonces. Los agentes de policía impusieron una contribucion á todas las tiendas: estos encargados de conservar el órden público llevaban armas y bastante gente, y no padecian jamás hambre.

El precio de los comestibles aumentó, escaseando el pescado y el carnero. Descuidáronse las cárceles y los asilos, y se dejó en la mas abyecta miseria á los prisioneros, lo mismo que en otro tiempo los de Nápoles y Sevilla.

Rotos algunos diques, inundáronse las mas fértiles llanuras, y por todas partes creció la caña y los musgos; los campos de algodones se convirtieron en espadañales. Toda la ciudad y la campiña ofrecia la imágen de la ruina y la desolacion, así en lo físico como en lo moral.

¡Pobre ciudad, tan hermosa y tan altiva! Viendo que todo se hundia, su comercio, su crédito y sus esperanzas, y galvanizada por la desesperacion, alzó al fin su frente y se preguntó: ¿Está condenada la familia blanca á desaparecer del golfo de Méjico? La respuesta fué lo que debia ser: una enérgica negativa; y organizóse la reaccion al punto, reaccion que tenia por objeto anteponer la cuestion de raza á la de partidos, y la república á los republicanos.

Y declaróse por todas partes, así en los salones y en los clubs, como en los almacenes y las tiendas. El movimiento se dirigia menos contra los hombres de color que contra los extranjeros, quienes se servian de los negros por interés de partido. Habíase formado en principio una liga de blancos contra otra de negros, pero sin que hubiera por lo pronto reuniones regulares, comités y jefes.

Esta liga inspiró confianza á todos los ciudadanos blancos que deseaban poner término al reinado de la anarquía, expulsando de Nueva-Orleans al extranjero Kellogg y al faquin negro Antonio, así como á todos los suyos, para sustituirlos con Mac Enery y Penn, como gobernador y sub-gobernador libremente elegidos.

Acercábase el dia en que se trataba de escoger nuevos legisladores: los ciudadanos querian elecciones tan libres y leales como fuera posible obtener con listas formadas por los ligueros negros; mas para conseguirlo era necesario ante todo que se retirasen los extranjeros. Kellogg no era el gobernador legal de Luisiana, y en esto estaban de acuerdo los senadores republicanos de Washington con los conservadores de Nueva-Orleans; pero ¿qué presion debian ejercer los ciudadanos blancos para obligarles á marcharse?

El lunes 14 de setiembre de 1874, reunióse una multitud de ciudadanos en la calle del Canal: uno de ellos, Marr, estaba de pié junto á la estatua colosal de Enrique Clay, y en su calidad de presidente, preguntó:

—¿Tolerareis un instante mas el régimen de la anarquía?

Contestóse con aclamaciones que se preferia á este régimen el despotismo bajo el cual se gimió antes del acta de la reconstitucion. Un soldado, por déspota que fuera, obedecia á la disciplina, conservaba el órden en las calles, é impedia que se profanara el Capitolio. La administracion de un Hancock parecia una bendicion comparada con la de Kellogg. Con un oficial federal no habia simulacro de libertad, de órden civil y de instituciones republicanas; el despotismo se presentaria sin disfraz, y la Luisiana tendria un gobierno como el ducado de Varsovia; pero los ciudadanos preferian un hombre de mano férrea á un aventurero; y hallábanse dispuestos á aceptarlo todo menos aquella gente que se arraigaba en el país sin mas tutores que un soldado extraño al Estado y una turba de negros.

Decidióse que se presentara en el Capitolio, en la calle de San Luis, una diputacion de cinco ciudadanos, para pedir en nombre del pueblo, libre y soberano, la expulsion del extranjero William P. Kellogg.

Este último se encerró en sus habitaciones con su guardia negra, aunque no sin encargar á Billings y á un oficial de su Estado mayor que parlamentasen con la diputacion.

—Pedís la retirada del gobernador, dijo Billings. Pues sabed que rehusa escuchar el mensaje de un grupo armado que va seguido de amenazas.

La multitud reunida en la calle del Canal no llevaba armas, y harto lo sabian Kellogg y Billings. En efecto, una hora despues, Packard telegrafiaba al procurador general Williams lo siguiente:

«Los ciudadanos reunidos no tenian *armas en general.*»

Esta imputacion del armamento se hizo para Washington y Nueva-York, no para Nueva-Orleans.

—Volved á vuestras casas, señores, dijo Marr; tomad víveres y mantas y venid á las dos, que ya encontrareis armas y jefes.

Inquieto por esta manifestacion, Packard telegrafía á Jackson, en el Mississipí, para pedirle refuerzos; y algunas horas despues entró en Nueva-Orleans una compañía que fué á ocupar la Aduana. Expidiéronse despues mensajeros á Holly Springs, donde se contestó que se enviarian otras cuatro compañías.

Apenas se hubo alejado Marr, Kellogg mandó llamar al general Badger, á fin de concertar con él un plan de ataque contra los ciudadanos blancos. Los agentes de policía que Badger tenia á sus órdenes formaban un ejército experto, y armado poco mas ó menos como el cuerpo de constables en Irlanda. Esta milicia está pagada por la ciudad, y en tiempo normal tiene por jefe al corregidor; pero los intrusos han usurpado la autoridad de este, expulsando á los blancos para llenar los cuadros con grandes y vigorosos negros. En manos de Badger, esta brigada de policía no es otra cosa sino una guardia pretoriana negra.

Badger ocupó la calle del Canal, posicion que domina las vías principales, separando el barrio francés, donde está la calle de San Luis, del barrio inglés, habitado completamente por ciudadanos blancos. Badger tenia tres cañones formados en batería; doscientos hombres de un regimiento negro se situaron con el arma al brazo al rededor de la estatua de Enrique Clay.

Los ciudadanos sin armas, formando grupos de dos á tres personas, se reunieron en la inmediacion de la plaza de Lafayette: á las dos, mil setecientos de estos ciudadanos ocupaban las aceras de la calle Poydras y de las adyacentes. A la voz de mando «¡Formad filas!» los ciudadanos, que parecian saber perfectamente lo que tenian que hacer, organizáronse en compañías y batallones y levantaron barricadas. Despues les distribuyeron fusiles, desembarcados apresuradamente de un vapor; y por órden del subgobernador Penn, un veterano, el general Ogden, se encargó del mando en jefe. Este general tiene gran cabeza y forma de atleta; su fisonomía indica la audacia y la actividad, y basta mirarla para adivinar que no es hombre de retroceder ante nada cuando se trata de cumplir con lo que juzga un deber.

Sus adversarios eran tres: primeramente el general Badger y la policía metropolitana; despues el general Longstreet y la milicia del Estado; y por último el general Emory y las tropas federales. Ogden pensaba que ni Longstreet ni Emory creerian tener derecho de intervenir en una cuestion de interés puramente local, á saber: cuál de los dos contrincantes, Kellogg ó Mac Enery, habia obtenido la mayoría de votos. Longstreet era del Sur; y en cuanto á Emory, no sabria probablemente obrar en oposicion con el voto del Congreso. Restaban Badger y su regimiento negro; pero Ogden estaba persuadido de que quince ó veinte minutos le bastarian para dar cuenta de este enemigo.

A las dos y media, Badger se puso en marcha, galopando á la cabeza de la columna, y seguido de sus tres cañones. En la desembocadura de la calle de San Luis, sus primeras compañías descargaron las armas, profiriendo satánicos alaridos.

—¡Fuego! gritó Ogden.

Los ciudadanos obedecieron, y Badger rodó por tierra, creyéndose que habria muerto.

—¡A la bayoneta! exclamó Ogden.

Los ciudadanos se precipitaron al ataque; y sorprendidos los negros por aquella impetuosa carga, desbandáronse y emprendieron la fuga.

El capitan Angel, con su compañía, se lanzó hácia uno de los cañones, mientras los ciudadanos, arrojando sus armas en señal de desprecio, ahuyentaron á los artilleros negros á patadas y á puñetazos, persiguiéndoles de calle en calle hasta la Aduana, donde se refugiaron bajo la bandera federal.

No hubo, por decirlo así, ni un solo negro que osara hacer frente; un general negro se deslizó en el almacen de un fabricante de ataudes.

—¡Fuera de aquí! gritó el dueño; van á perseguiros y á matarme.

El negro arrancó las plumas de su sombrero y los bordados de su levita, y exclamó con voz lastimera:

—¡Por amor de Dios, señor, permitidme ocultarme!

Momentos despues, entra un ciudadano: ya no habia allí ningun general, nada, sino un negro

cubierto con una hopalanda, que parecia muy ocupado en clavar un ataud. Despues de mirar á su alrededor, el ciudadano dió un golpe al negro con el cañon de su carabina y salió riéndose.

Ni en el general Longstreet ni Emory tomaron parte en aquella escaramuza. Las cuatro compañías de Holly-Springs llegaron á las cinco; pero Emory no las puso á disposicion de Packard; Longstreet se contentó con ocupar el Capitolio, que no fué atacado.

A eso de las seis habia cesado el fuego, y los ciudadanos descansaban sobre las armas en presencia de las tropas federales.

Por parte de Badger se contaron treinta muertos y otros tantos heridos, y por la de Ogden doce de los primeros y trece de los segundos. Los primeros perdieron sus cañones, sus armas y municiones, dejando en poder de Ogden unos cien prisioneros. Llegada la noche, los ciudadanos eran dueños de la casa ayuntamiento y de la ciudad entera, excepto el Capitolio y la Aduana.

A media noche, Kellogg huyó de sus habitaciones del Capitolio y fué á refugiarse en la Aduana, en medio de las tropas federales. A la mañana siguiente, Longstreet entregó el Capitolio, que fué ocupado al punto por el general Penn.

Desde entonces se restableció la tranquilidad, abriéronse las tiendas, y los coches comenzaron á circular: la reaccion blanca era completa.

Pero esta revolucion era un golpe fatal contra la política del presidente Grant: acercábase el dia de las elecciones; y si Mac Enery obtenia el cargo de gobernador, los republicanos iban á perder la mayoría en Luisiana.

Kellogg prometió al presidente conservársela, con tal que se le ayudase enérgica y prontamente.

Grant ordenó á Emory agobiar á los ciudadanos vencedores, para reinstalar en el poder á los vencidos.

Los electores se presentaron al escrutinio en un estado de efervescencia semejante al frenesí de la guerra civil; y una vez mas se atribuyó cada partido la victoria; pero lo cierto es que Kellogg no ganó el Estado para el presidente Grant. Habia prometido á su protector cinco votos de los seis que tenia Luisiana, y solo obtuvo dos.

Para la legislatura del Estado, cuyas elecciones se verificaron al mismo tiempo que las del Congreso, los conservadores aseguraban haber obtenido una débil pero efectiva mayoría. Bajo este punto de vista, la reaccion blanca no tuvo nada que temer.

Solo quedaba un recurso á Kellogg y sus protectores, y era la intervencion de las tropas federales, para impedir á los representantes conservadores ocupar sus puestos. La medida era audaz, y hasta desesperada; pero los hombres del partido no eran capaces de retroceder ante actos de semejante naturaleza.

Para llevar á cabo el plan necesitábase un jefe mas enérgico que Emory, y se envió á Nueva-Orleans al general Sheridan.

XXVII

Visita al general Sheridan.—Su retrato.—Su carácter —Su pasado —Su reputacion.—Terror que inspira.—Naturaleza de la mision que se le confió.

Poco despues de mi llegada al hotel de San Cárlos, en Nueva-Orleans, recibí una tarjeta del general Sheridan, y apresuréme á visitar al jóven y brillante oficial irlandés. No tenia que andar mucho, pues el «cuartel general de la division militar del Misuri» se hallaba instalado en la misma casa en que acababa de alojarme.

La conversacion entre nosotros giró muy pronto sobre los asuntos públicos: hablamos de las llanuras de Kansas, donde en 1866 presencié espantosos dramas indios; de los distritos insurreccionados de Tejas, de los cuales llegaba; y de mis viajes y aventuras desde la guerra.

De un trato franco y amistoso, el general Sheridan se rie alegremente del temor que inspira, y me expone la naturaleza y el alcance de su mision en el Sur.

Hállase encargado del mando militar de ocho Estados libres y de seis grandes territorios; y á su voluntad, y sin que le sea necesario consultar á un solo indígena, puede agregar á su mando, ya tan prodigioso, diez Estados mas. Me agrada mucho el general Sheridan como hombre de mundo, y si no le pinto con colores algo sombríos, es porque la verdad histórica no me permite la eleccion de aquellos. Por lo demás, ofenderia á esta grande y sombría personalidad si tratara de dulcificar los rasgos que recibió de la naturaleza. Para comprender la situacion es preciso ver al hombre.

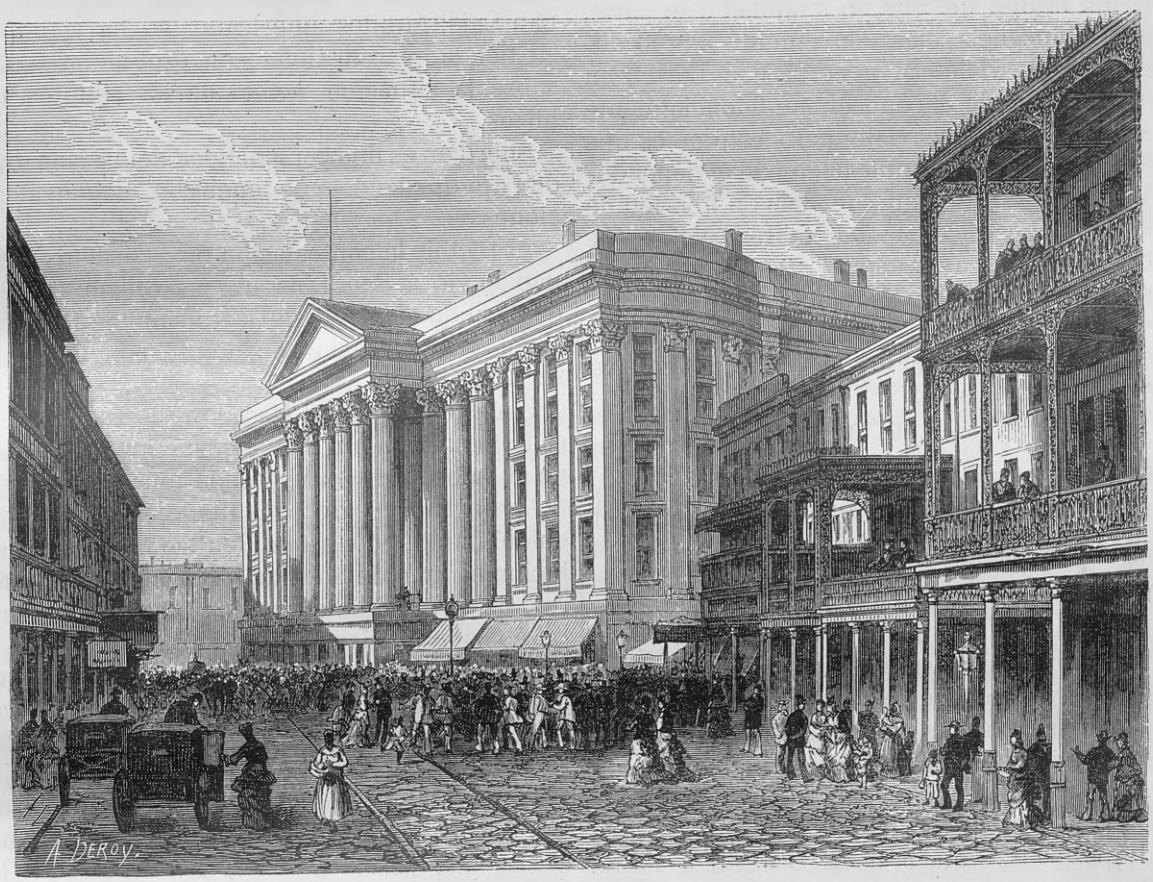
Aspecto militar, estatura escasa y cuerpo fornido, fisonomía franca, cabeza redonda como una bala de cañon y ojos llenos de fuego, tal es el *salvaje demonio irlandés*, que poco á poco ha llegado hasta la mas alta cúspide de la jerarquía militar. Solo cinco nombres surgen de las nieblas de la guerra civil, y el de Sheridan es uno de ellos. Si Lee y Jackson (1) han dejado mas bri-

(1) Jackson, conocido con el sobrenombre de *Stonewall* (muro de piedra), era el oficial mas brillante del ejército federal del Sur: á una impetuosidad verdaderamente francesa unia la calma y la sangre fria del anglo-sajon. Por un funesto error, sus soldados le hirieron mortalmente en Chancellorsville (Virginia) el 3 de mayo de 1863.

llantes recuerdos, ¿cuál es el hombre del Norte, excepto Grant y Sherman, que haya alcanzado una reputacion mas universal que Sheridan?

Pocos hechos militares hay durante la guerra separatista que puedan compararse con la serie de combates en que atacó, desbarató y aniquiló á los enemigos que incendiaron á Chambesburg, amenazando á Washington. La recompensa ha estado á la altura de los servicios prestados: América no cuenta sino un solo teniente general, y Felipe Sheridan es el que lleva las insignias.

Sheridan ha hecho un rudo servicio en una region donde es peligroso practicar la dulzura y la benevolencia. Pasó seis años entre los Cheyenes y los Siux, aprendiendo sus dialectos y tomando parte en todas sus guerras, tanto que en el ejército degeneró en proverbio que el pequeño



Hotel de San Cárlos en Nueva Orleans.—De una fotografía

Felipe era mitad irlandés y mitad indio salvaje. Segun opinion general, Sheridan es el ejecutor necesario de todos los actos implacables: cuando la crueles necesidades de la guerra sugirieron á Grant el pensamiento de devastar el valle de Shenandoah, en manos de Sheridan se puso la tea incendiaria.

El parte que remitió en aquella ocasion contenia estas solas palabras: «¡Todo el país que se extiende desde la Cadena Azul hasta la Montaña del Norte no es ya habitable!» Desde que los generales franceses, á las órdenes de Louvois, asolaron el Palatinado, no se habia visto una destruccion semejante á la que presentaba el delicioso valle de Virginia. Cuando el gobierno se decidió á dar á los indios una severa leccion, Sheridan fué enviado á las llanuras: eligióse á los Pieganos para víctimas expiatorias, y la obra sangrienta fué tan rápida y se realizó tan completamente, que el nombre de Sheridan y las atrocidades de aquella guerra subsistirán en las leyendas del Piel Roja mientras haya bardos y hechiceros para referirlas á sus tribus.

Hé aquí por qué el anuncio de la llegada del general Sheridan á Nueva-Orleans resonó en la gran ciudad como una campanada fúnebre.

Sheridan se hallaba en Chicago, ocupado en los deberes de su mando, lo cual no le privaba de visitar asiduamente á su prometida, y preparábase á pasar alegremente las fiestas de Navidad, cuando recibió un pliego del general Belknap, ministro de la Guerra. Esta carta, que daba

al traste con todos sus proyectos de bailes y festines, estaba concebida en estos términos:

Confidencial

Ministerio de la Guerra, 24 de diciembre de 1874

«General: el presidente me ha enviado á buscar esta mañana para preveniros que visiteis los Estados de Luisiana y Mississipí, y especialmente Nueva-Orleans y Vicksburgo... Adjunta es una órden que os autoriza á tomar el mando de la division militar del Sur, en totalidad ó en parte, segun lo juzgueis mas conveniente... Si lo deseais, podeis visitar al general Mac Dowell en Luisville, y darle á conocer confidencialmente el objeto de vuestro viaje; pero esto no es una órden, pues toda comunicacion con él dependerá de vos. Naturalmente, quedais en libertad de llevar en vuestra compañía tantos oficiales de vuestro estado mayor como juzgueis oportuno. Convendria que esta excursion tuviese el carácter de un viaje de recreo mas bien que de negocios... Podreis regresar por Washington para dar un informe verbal.

W. W. Belknap.»

No habiendo discutido jamás órden alguna, Sheridan telegrafió á Washington lo siguiente:

«Recibida vuestra carta.—Obedezco.»

Organizóse una reunion de oficiales y señoras, entre las cuales figuraba la jóven que era objeto de las atenciones particulares del general, para emprender este «viaje de recreo;» y en un comunicado inserto en los diarios de Chicago, anunciése al universo, que habiendo obtenido el general Sheridan licencia, iba á pasar el invierno en Cuba. Creyeron todos que aquel era el viaje de desposorios, y que la boda se efectuaria á la vuelta.

Hallándose Nueva-Orleans en el camino de Chicago á Cuba, el general podia dirigirse allí sin excitar gran sorpresa ni sospechas; la presencia de las damas, y sobre todo la de la novia de Sheridan, comunicaba á este viaje cierto carácter de fiesta. La dificultad mas grave podia provenir de los generales cuyas funciones iba á usurpar Sheridan; la mision era inusitada, y su ejecucion irregular. Si Emory no parecia estar á la altura de su cargo, se podia enviar un hombre mas enérgico, sin llamar á Sheridan que se hallaba á las orillas del lago Michigan; y si pareciese necesaria la unidad de mando ¿no estaba Mac Dowell encargado exclusivamente del mando del Sur? Si la situacion ofrecia una gravedad tal que exigiese la presencia en el sitio de un oficial de rango superior, ¿no era mas natural designar al general Sherman?

Todos saben que Sherman se inquieta por la manera de proceder de Belknap y del ministerio de la Guerra, pues no está contaminado por el cesarismo. Patriota primero, y soldado despues, solo considera el valor militar como la egida de la libertad y la salvaguardia de la república. Incapaz de apoyar una política personal, ni aun con su silencio, ha roto con el presidente, los ministros y sus ayudantes, trasladando su cuartel general desde Washington á San Luis; Aquiles americano, se ha retirado á su tienda, y reflexiona con profundo disgusto sobre la situacion actual de los asuntos públicos.

Sherman es una personalidad demasiado grande para que se deje de tener con él consideraciones.

Al recibir la contestacion de Sheridan, Belknap envió á San Luis un parte confidencial, explicando el objeto de la mision de Sheridan en el Sur: Sherman se contentó con acusar el recibo.

El caso del general Mac Dowell era mas delicado aun: á ningun jefe le gusta que prescindan de él, sobre todo en virtud de una órden secreta, y sin haber sido consultado; pero Belknap eludió hábilmente esta dificultad, dejando la solucion á cargo de Sheridan, por medio del párrafo de su carta en el que invitaba á este general á visitar á Mac Dowell en Luisville, «si lo juzgaba conveniente,» dándole á conocer de una manera confidencial el objeto de su viaje. Sheridan creyó mejor no manifestar nada á Mac Dowell.

La sociedad de damas y oficiales salió por fin de Chicago, y á los cinco dias se hallaba en Nueva Orleans, paseándose por los muelles, y leyendo las proclamas del «rey Carnaval,» á la vez que se informaba del dia en que iba á salir el primer vapor para Cuba.

XXVIII

Las elecciones del 3 de enero.—Manejos de Kellogg.—Los elegidos de la liga negra.—El Capitolio en estado de defensa.—Ensayo de reunion de una asamblea.—Disposiciones militares.—Actitud de Sheridan.

El domingo, 3 de enero, reinaba una gran agitacion en la calle de San Luis: el dia siguiente era el del gran conflicto, comenzado en la via pública para terminar en las Cámaras legislativas, el dia en que obtendrian ó perderian el gobierno de Nueva-Orleans, los hombres de Kellogg.

De los ciento once individuos últimamente elegidos para la Cámara baja, cincuenta y ocho eran designados como conservadores, y cincuenta y tres como republicanos, lo cual daba á los

primeros, si no la mayoría absoluta, por lo menos una relativa de cinco individuos. Estos cincuenta y ocho conservadores eran todos blancos: en caso de reunion, los partidarios de Kellogg estaban perdidos.

La lucha comenzó en el seno del comité examinador, compuesto de cinco asesores, los cuales debieron ser elegidos, segun la ley, en ambos partidos, de modo que representasen las opiniones de todos matices; pero este comité fué organizado por Kellogg, que infringiendo la ley, introdujo cinco republicanos.

La sesiones debian ser públicas, siempre con arreglo á la ley, á fin de alejar toda sospecha de fraude; mas por órden de Kellogg, todas la operaciones se practicaron secretamente. Longstreet, que era uno de los individuos, se retiró; nombróse en su lugar un conservador de buena fe; pero viendo este á sus colegas dispuestos á prescindir de todas las formas, protestó y retiróse igualmente. A causa de esta disension, los trabajos del comité debian cesar, puesto que no se reunia el número de individuos exigido; pero semejante comité no se inquietaba por faltar á la ley, puesto que dos mil soldados de la federacion ocupaban los puntos y los arsenales. ¿Qué importaba la legalidad?

En Luisiana se revisan los votos varias veces, enviándose los boletines locales al inspector del registro, quien los cuenta y los trasmite á la comision de elecciones; de modo que antes de llegar á la mesa que informa, han sufrido ya tres exámenes. El resultado que se habia obtenido era el siguiente:

Setenta conservadores.

Cuarenta y un republicanos.

Pero gracias á los manejos de Kellogg, representáronse así los partidos:

Cincuenta y tres republicanos.

Cincuenta y tres conservadores.

Cinco votos reservados.

El resultado se designaba en favor de Kellogg: si se hallaba un pretexto para invalidar la eleccion de estos cinco últimos individuos, de los cuales eran cuatro conservadores, entonces no tendria una mayoría legal ninguna de las dos fracciones, y los conservadores no obtendrian un voto de partido.

En las asambleas populares libres es costumbre que los candidatos tomen parte en la votacion, y estén presentes en el trabajo de comprobacion de sus poderes; pero Kellogg creyó que las reglas que en todos los demás puntos rigen para las asambleas libres no eran aplicables á Nueva-Orleans. Si los cinco individuos ocupaban sus puestos el dia de la apertura de la Cámara, los conservadores figurarian en número de cincuenta y seis, con una mayoría segura de tres votos, y una probable de cinco. ¿Y quién podria impedir á esta mayoría conservadora acusar y deponer á Kellogg como se hizo con Warmoth?

Una cámara en que ningun partido tiene la mayoría se presta á los *arreglos:* Kellogg pensó que se podria comprar á varios de los miembros; asegurábase que ya habia ganado uno; y por lo tanto no necesitaba sino otros dos para obtener la mayoría. Sin embargo, era preciso apresurarse, porque debia conservar una sombra de órden legal, ó reconocer su derrota y retirarse. En el país comenzaba á perder su popularidad, y sus partidarios se quejaban de no obtener ninguna ventaja positiva, á la vez que se hallaban expuestos á ser acusados de cesarismo.

A la primera demanda de auxilio hecha por Kellogg, el presidente contestó con impaciencia: «Es muy desagradable emplear tropas por temor á un peligro; que las autoridades del Estado anden derechas, y que cumplan con sus deberes.»

La lista de los cincuenta y tres adherentes de Kellogg comprende veintiocho negros, casi todos antiguos esclavos, que han trabajado en los arrozales y plantaciones de algodon; si algunos saben leer los caracteres impresos y firmar su nombre, los mas de ellos no conocen ni las letras; y solo tres ó cuatro pueden expresarse en inglés. Casi todos son tan nulos é ignorantes, tan orgullosos y estúpidos, que Kellogg no los deja salir sin zozobra.

La ciudad de Nueva-Orleans, ciudad alegre y tumultuosa, tiene muchas tabernas y casas de juego, donde hacen su aprendizaje los individuos como Pinchback. Estos establecimientos fascinan singularmente á Moisés y Pete, dos negros que acaban de llegar de las plantaciones de algodon, ansiosos de gozar de su libertad en una gran metrópoli.

Varios espías llevaron al Capitolio la noticia de que algunos hombres, tan hábiles como poco escrupulosos, se ponian en relacion con los senadores negros; que Cousins, el representante negro por Saint-Jammany, habia sido arrebatado en la calle, para ser conducido á un sitio de todos ignorado, y que otros negros iban á las tabernas, á embriagarse escandalosamente.

Kellogg comprendió que era tiempo de obrar.

Envió á llamar al momento á varios carpinteros y fondistas, y ordenóles convertir el Capitolio en fortaleza y hotel. Este edificio, grande y hermoso, que se elevaba en el ángulo de las calles Real y de San Luis, era primitivamente una

casa de hospedaje conocida con el nombre de hotel de San Luis, que era el del real fundador de la Luisiana: la calle de San Luis y la Real cortan en cruz el antiguo barrio francés.

Este barrio de Nueva-Orleans tiene un aspecto original, gracias á sus balcones con persianas verdes, sus grandes puertas, sus patios interiores adornados con fuentes, y sus cajones llenos de laurel rosa; pero la vida y el comercio le han abandonado mucho tiempo hace. No obstante, el barrio seguia siendo durante largos años una especie de punto de reunion á la moda, donde las mujeres iban á coquetear, los duelistas á batirse, y los senadores á discutir sobre sus asuntos. Despues cambió la moda, y se eligió el hotel de San Cárlos.

El edificio fué trasformado en Capitolio, destinándose una de sus salas á las oficinas del poder ejecutivo; un comedor se convirtió en Cámara legislativa.

Por órden de Kellogg, claváronse planchas de madera á través de las puertas y de las ventanas, reforzándolas con barras de hierro; cerróse el paso por la calle de San Luis, y todas las puertas del edificio, menos una excusada que daba á la calle Real. Así en el interior como en el exterior, el Capitolio fué fortificado de manera que pudiera resistir un asalto. Cuarenta agentes de policía negros, armados de rompe-cabezas y revolvers de seis tiros, tomaron posesion de la Cámara; mientras otros agentes del mismo cuerpo ocupaban las escaleras y corredores, cuyas paredes adornaban numerosas carabinas. El general Campbell, antiguo oficial sudista, que cambió despues de partido, fué el encargado de la defensa. En el patio se amontonaron provisiones para un sitio de quince dias, frutos secos, buey y pescado ahumados, aguardiente, tabaco y cerveza blanca. Cubrióse el suelo con un centenar de mantas; preparóse la comida, y se abrieron cajas de cigarros.

Cuando tuvo todo esto corriente, Kellogg destacó sus espías en busca de los representantes negros, á quienes invitaba á ir á fumar, beber y dormir en el Capitolio, á fin de que estuvieran dispuestos para la obra del dia siguiente.

Cien senadores, agentes de policía y otros individuos de la misma índole, entre los cuales eran negros de cada seis cinco, pasaron la noche del domingo en la cantina de Kellogg, bebiendo aguardiente á porfía, y entonando alegres coplas. Durante toda la noche permanecieron sus agentes en la brecha, dispuestos á hacer el llamamiento nominal y á organizar la Cámara, si la casualidad queria que los individuos presentes llegaran á la cifra legal de cincuenta y seis.

Esto era jugar el todo por el todo; mas á las gentes desesperadas les falta á menudo el saber. Escamotear un voto, y nombrar un presidente y un secretario elegidos era el medio de hacer frente á una débil mayoría conservadora. Guillermo Vigers, secretario de la antigua Cámara, y candidato por la nueva, esperaba en la antecámara con la lista oficial en la mano; Miguel Hahn, un legista que el partido republicano designaba para la presidencia, estaba sentado en el gabinete de Kellogg.

Miguel Hahn desagradaba á los hombres del partido, porque les parecia demasiado escrupuloso; pero como se necesitaban hombres de ley, no osaron rechazarle, tanto menos cuanto que era el único capaz de luchar contra Luis A. Wiltz. Algunos individuos querian ver un negro en el sillon; otros, sobrexcitados por las libaciones, proponian derribar á Kellogg y sustituirle con Pinchback.

—¡Pinch es un verdadero negro! grita uno de sus partidarios, completamente borracho.

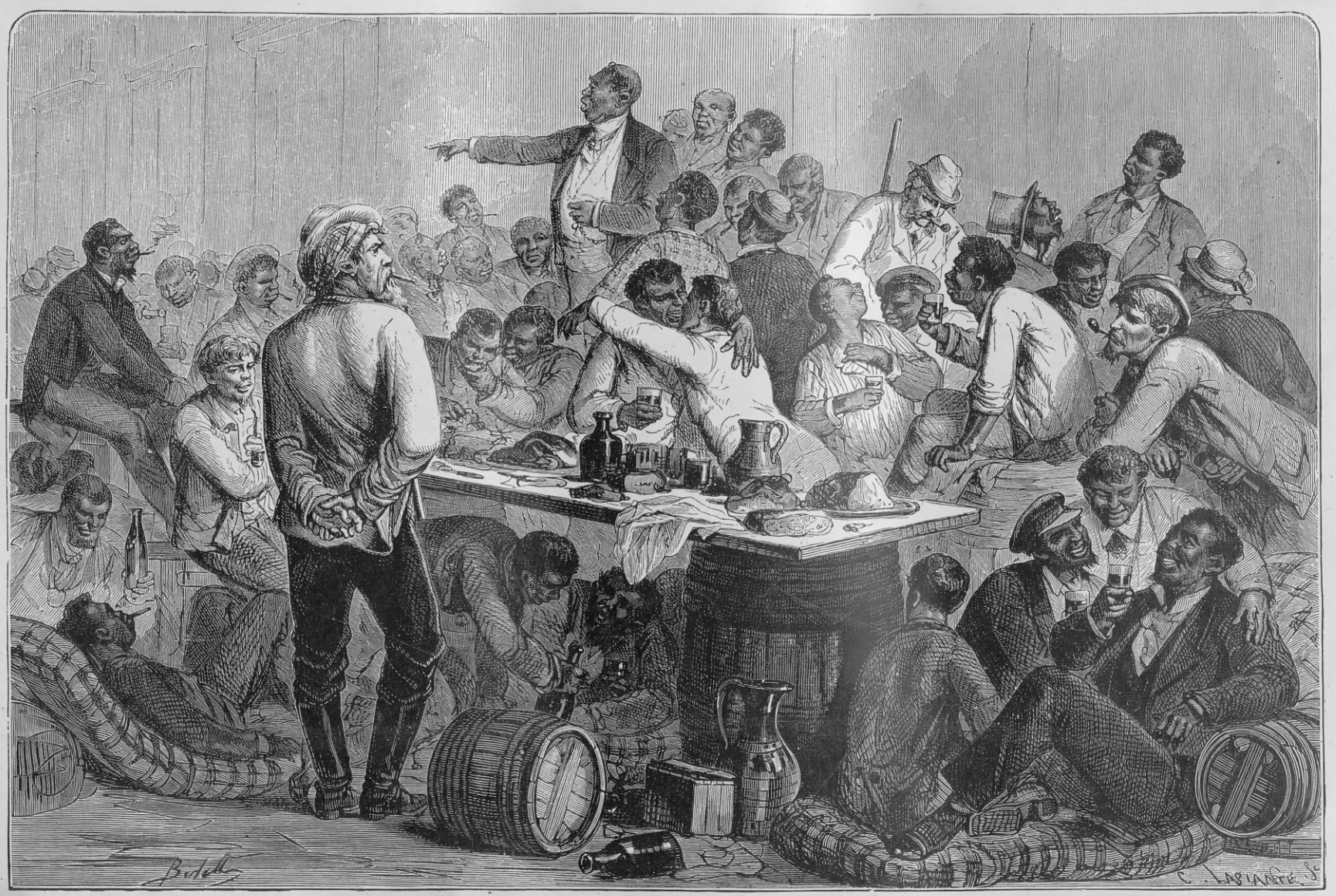
—Es verdad, murmura otro no menos embriagado que el primero. Pinch ser verdadero negro. ¡Viva Pinch!

Pinchback estaba en el gabinete de Kellogg con Hahn y Campbell, esperando los efectos de la casualidad. Si seis ó siete conservadores, impulsados por el deseo de curiosear, se presentaban allí, obtendríase la cifra legal, y entonces se podria leer la lista, elegir á Hahn para la presidencia, y nombrar á Vigers secretario.

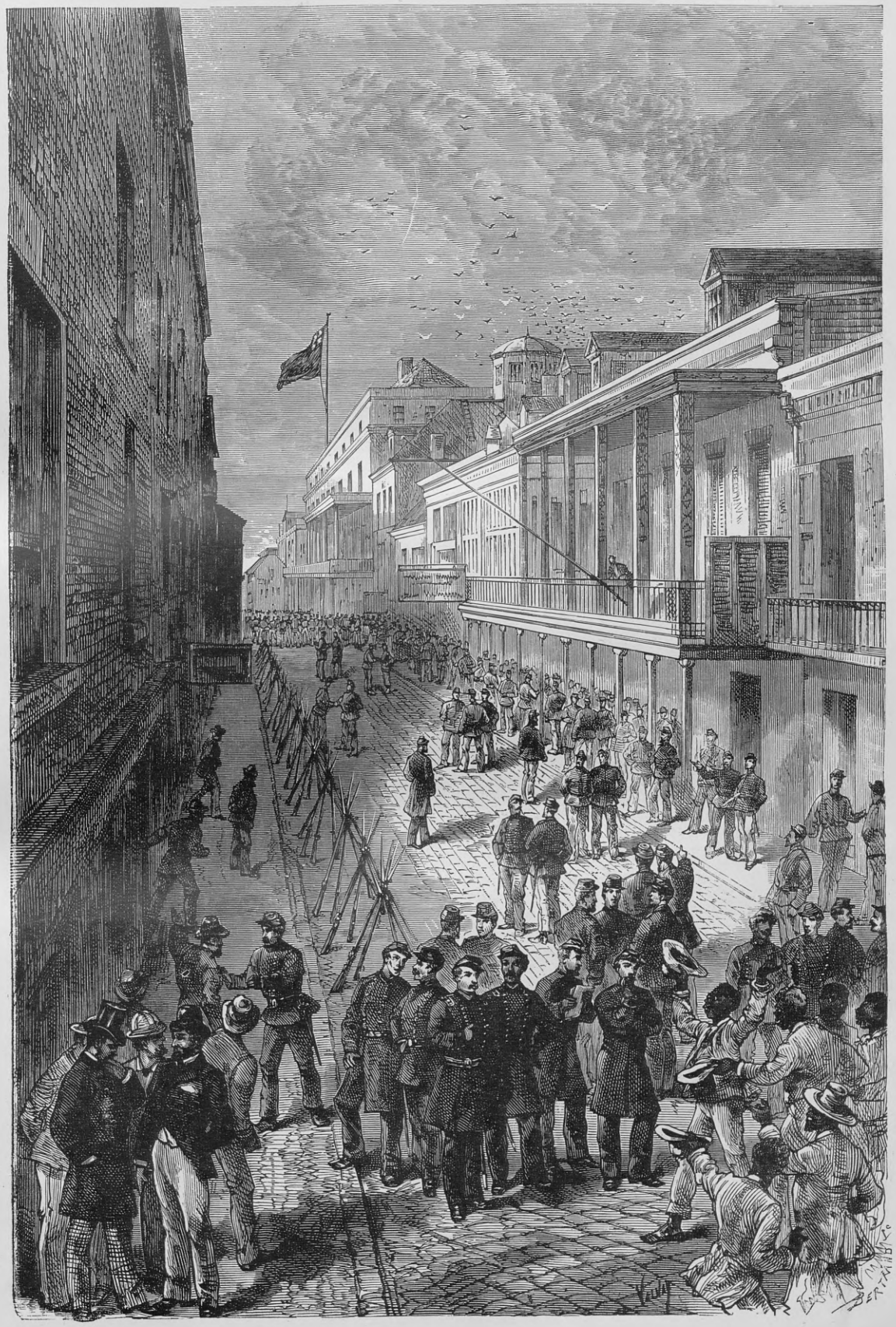
Vense entrar y salir á varios individuos del partido de Warmoth, los cuales han venido, segun dicen; sin mas objeto que el de ver la farsa y echar un trago. Pinch no pierde un momento de vista á los paseantes; y cuando cuenta en la cantina cincuenta y cinco individuos, pide la reunion y entabla un debate sobre este punto; pero todo cuanto hace es inútil; no puede convertir una minoría de cincuenta y cinco en una cifra legal de cincuenta y seis.

Era preciso hacer un esfuerzo mas grande: cien hombres de la milicia negra fueron introducidos en el Capitolio y se pusieron á las órdenes de Campbell; pidióse auxilio á los oficiales federales; y á pesar de la conducta del presidente, no solo otorgó este socorro el ejército, sino tambien la flota.

Emory habitaba en la Aduana, y al momento mandó colocar en batería sus piezas de campaña, bajo la custodia de un escuadron de caballería, ordenando al general Trobriand, segundo comandante, que marchara al amanecer contra la calle Real. En cuanto al jefe de la escuadra, dispuso sus buques de manera que enfilasen los



Los senadores de Kellogg



La calle de San Luis en Nueva Orleans, ocupada militarmente

muelles y pudieran barrer la calle del Canal. Sheridan no se habia movido: varios espías conservadores, que habian ido á la Rotonda para vigilarle, le hallaron paseándose como de costumbre, fumando su cigarro, y en alegre conversacion con sus oficiales de estado mayor, cual si lo que sucedia en el Capitolio le interesara tan poco como cualquier otro habitante del hotel.

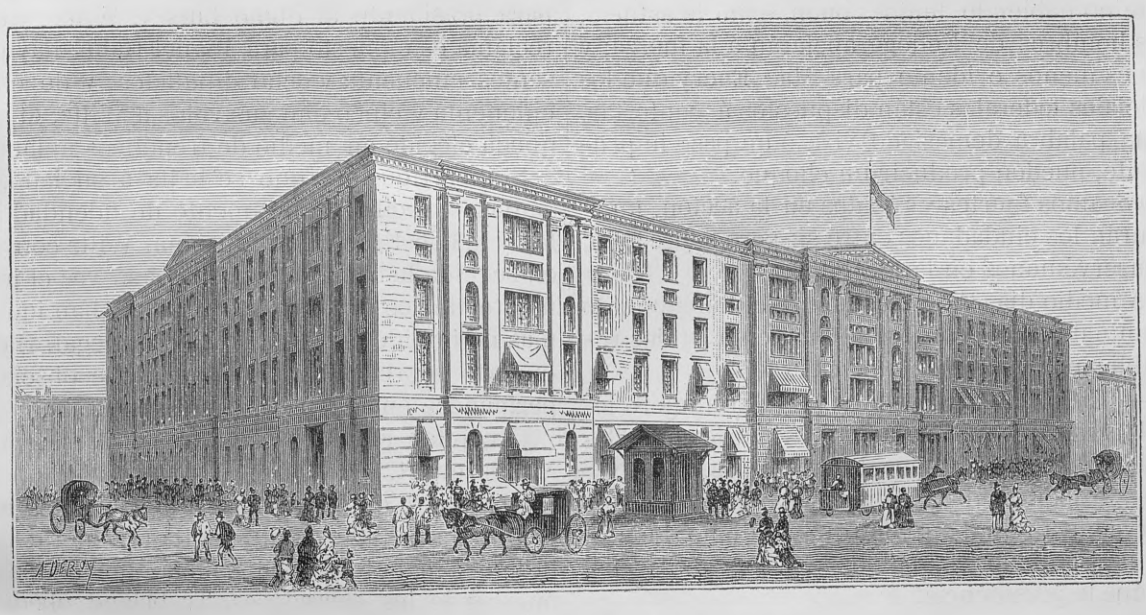
Acércanse los alegres dias: se anuncia la llegada del «rey Carnaval;» y los escritores satíricos, numerosos en Nueva-Orleans, dicen que este príncipe de la mascarada no es otro sino «el rey Felipe.»

Sheridan no hace mas que reir, y continúa fumando.

XXIX

Ocupacion militar de la Cámara y de sus alrededores —La sesion — Constitucion de la mesa.— Victoria de los blancos —Ansiedad de Kellogg.— Nueva tentativa.—Invasion de la Cámara por los soldados de Trobriand.— Protesta solemne —Se necesita un dictador.

A la hora del alba, mientras que los senadores negros se tienden sobre sus mantas bostezando y piden mas de beber, la calle de San Cárlos se llena de soldados, que ocupan la acera despues de haber puesto las armas en pabellones.



Aduana de Nueva Orleans.— De una fotografía

¿Qué va á suceder? Es inminente una catástrofe: toda la ciudad ha despertado ya; en las calles pululan ciudadanos y soldados en todas direcciones, y de una parte y otra se cruzan amenazadoras injurias. La artillería de marina avanza por los muelles; la caballería se alinea delante de la Aduana, y muy cerca se han situado dos cañones Gatling y uno Napoleon, que defiende las inmediaciones del Capitolio.

El comandante en jefe Emory se halla en el arsenal, dispuesto á dirigirse á cualquier punto donde su presencia sea necesaria. Su teniente, Trobriand, despues de haber aglomerado sus tropas en la calle de San Luis, con la derecha apoyada en las puertas cerradas del Capitolio, ocupa la calle Real con una parte de su brigada: están sobre las armas dos mil soldados federales.

Nadie entra en la calle de San Luis, excepto los ordenanzas, ni en la calle de San Cárlos pueden penetrar mas que los periodistas, los oficiales de servicio, y los diputados de la Cámara provistos de sus tarjetas. Potter, individuo de la subcomision nombrada por el Congreso, presenta inútilmente la suya, pues se le prohibe la entrada en el Capitolio. Mac Enery y Wiltz, deseosos de tener testigos, ruegan á Foster y Phelps, asi como á Potter, que asistan á la apertura de la Asamblea. Los tres comisarios se presentan juntos; pero recházanles los centinelas; en su calidad de presidente de la subcomision, Foster envia á llamar á un oficial superior, quien despues de oir sus explicaciones, admite á los comisarios, si bien rehusa enérgicamente permitir el paso á las personas que les acompañan.

Un poco antes del medio dia, los conservadores bajan en corporacion á la calle Real: el ofi-

cial de servicio los detiene, pidiéndoles sus tarjetas; cuatro de ellos no las llevan, y se les detiene para tomar luego informes; los demás avanzan á través de los pasillos llenos de soldados, y de las antecámaras, llenas del humo pestilente de los malos cigarros. Varios grupos de polizontes, armados de rompe-cabezas y revolvers, guardan todas las puertas de la Cámara, y rehusan apartarse del umbral; dicen que el general Campbell es quien les ha designado su puesto, y que no le abandonarán, sin recibir la órden de este oficial. Foster y Phelps observan estos hechos y toman nota de las palabras pronunciadas.

En cuanto á Wiltz, comprende claramente que no habiendo tenido buen éxito la astucia, los hombres de Kellogg apelarán á la fuerza; y no es menos evidente para Mac Enery que los oficiales federales están dispuestos á contestar. Una palabra demasiado viva ó un paso imprudente, pueden producir un choque.

«Seamos fuertes y rápidos en la accion, murmuran los ciudadanos entre sí; pero sobre todo, conservémonos en la legalidad.»

A medio dia, Vigers comienza el llamamiento nominal, al que contestan cincuenta y dos republicanos y cincuenta conservadores.

—¡Ciento dos representantes! ¡El número legal! grita Vigers, cuya voz se pierde entre las ruidosas exclamaciones de los negros.

—Propongo, dice Billieu, representante conservador por la Fourche, que el digno Luis A. Wiltz, antiguo corregidor de Nueva-Orleans, ocupe la presidencia.

Vigers, que espera una proposicion semejante en favor de Miguel Hahn, tiene la impertinencia de declarar que no se votará la de Billieu: Vigers es secretario, pero de la última Cámara, y su mision consiste únicamente en hacer el llamamiento nominal. Por pura cortesía se permite á un dignatario, en semejante caso, la primera proposicion para el nombramiento de presidente; pero en caso de olvido, ó por haberse descuidado, todo individuo de la Cámara, conforme á la costumbre americana, practicada no solo en Nueva-Orleans sino en Washington, tiene derecho de hacer esta proposicion y pedir que se vote. Viendo á Vigers vacilar, levántase un diputado, apoya la proposicion de Billieu, declara que los votos están en su favor y Luis A. Wiltz ocupa la presidencia, en medio del aturdimiento de los negros y de sus alaridos. El presidente llama á la Cámara al órden y declara abierta la sesion.

Un diputado pide que las elecciones reservadas sean válidas, y que se admita á los cinco individuos que esperan en la calle. Wiltz dispone que se vote la proposicion, la cual es adoptada por una gran mayoría, pues muchos negros han salido del salon para ir á recibir instrucciones de los que manejan el telégrafo en el gabinete de Kellogg.

Cuando los cinco representantes hubieron ocupado sus puestos, los blancos contaban con cincuenta y cuatro votos.

Sin embargo, ninguno de los partidos posee el número legal; y los republicanos, viendo desvanecerse su débil mayoría, comienzan á desertar de sus bancos. Acostumbrados á estos ardides, los conservadores se oponen á su salida antes del segundo llamamiento. Un individuo propone para presidente al digno Luis A. Wiltz, y otro reclama este puesto para Miguel Hahn: hay presentes cincuenta y ocho diputados, y de ellos, cincuenta y cinco dan sus votos á Wiltz, el cual queda elegido en medio de frenéticos aplausos.

El juez Houston, que se halla á su lado, levántase y recibe el juramento de fidelidad á la ley y la constitucion de Luisiana. Wiltz convoca en seguida la cámara, y recibe á su vez el juramento de los diputados; varios se han ido ya, mas no impide esto obtener la cifra legal. Hahn, incierto sobre la conducta que debe observar, permanece en su sitio y jura á su vez.

El capitan Floyd es elegido vice-presidente y M. Trezevant, secretario.

La Cámara queda ya constituida; y en su calidad de presidente, Wiltz invita al general Trobriand á expulsar á la policía que ocupa las puertas de los corredores. Trobriand obedece, y la Cámara conservadora organizada por Luis Wiltz parece ser reconocida por las tropas federales.

¿Están derrotados los hombres de Kellogg? ¿Son ya los ciudadanos dueños de la capital? Aun no.

Instalado en su gabinete, con sus oficiales civiles y militares, Kellogg se irrita cada vez mas, y aumenta su inquietud á medida que va conociendo los hechos consumados. A pesar de sus cantinas y sus mantas, los conservadores le han batido en su misma casa con sus propias armas. ¿Cómo recobrar la ventaja? Con un presidente, un vicepresidente y un secretario conservadores, la Cámara se halla en poder de sus enemigos: solo las bayonetas federales pueden destruir la obra de la mañana.

Pero ¿están á su disposicion estas bayonetas? Wiltz las ha llamado y le obedecen. ¿Le atenderán á él tambien? De todos modos, hace la prueba, enviando al general Trobriand la órden escrita de invadir la Cámara y expulsar á los cinco

individuos á quienes se acaba de admitir como representantes.

Trobriand somete el mensaje al general Emory. ¿Pide este consejo á Sheridan? Ignórase lo que hay; pero despues de una dilacion bastante larga, y mientras Wiltz desempeña sus funciones de presidente, Trobriand que ha recibido órdenes, entra de improviso en la sala y pide la expulsion de los «intrusos.»

Wiltz contesta que no sabe lo que significa la palabra *intrusos;* que todos los presentes son individuos de la Cámara, y todo diputado de una legislatura americana es inviolable.

—Soy un soldado y solo mando como segundo, contesta Trobriand; el general Emory me ordena obedecer al gobernador Kellogg.

—Os declaro con toda formalidad, replica Wiltz, que esta Cámara, elegida en debida forma, se ha constituido nombrándome presidente y eligiendo al capitan Floyd como vicepresidente, y á M. Trezevant como secretario. Despues hemos admitido á cinco representantes, cuyos nombres no debian excluirse. ¿Osareis expulsarlos de este sitio?

—Mi deber como oficial no me permite obrar de otro modo.

Wiltz pide á la Cámara una manifestacion en masa: todos los conservadores se levantan, extienden el brazo y toman al cielo por testigo de su protesta. Los negros, creyendo el combate inminente, saltan por encima de los bancos, se ocultan detrás de las mesas y enciérranse en gabinetes.

—¡Designad las personas! grita Trobriand dirigiéndose á Vigers.

—Vigers no es aquí nada, interrumpe el presidente; su intervencion en los asuntos públicos de esta Asamblea seria un insulto; Vigers era secretario de la antigua Cámara; M. Trezevant es el nuestro.

—¡Haced el llamamiento nominal! repite Trobriand con voz de trueno.

Vigers se levanta y comienza su lectura.

—Los diputados conservadores no contestarán, dice el presidente.

Y en efecto, ningun conservador responde cuando oye pronunciar su nombre.

Entonces se presenta el general Campbell para ayudar á Vigers en sus pesquisas en los bancos, y síguele un destacamento.

Desígnase á Juan O'Quin, diputado por Arroyeles, como uno de los cinco conservadores.

—¡Echadle fuera! grita Trobriand.

O'Quin reclama al presidente.

—Nosotros no nos sometemos sino á la fuerza, exclama este último dirigiéndose al oficial.

Trobriand llama á varios soldados que avanzan con la bayoneta calada, y dos de ellos arrancan á O'Quin de su sitio.

Toca despues el turno á Vaughan, diputado por Rapides, quien volviéndose hácia Trobriand y su escolta armada, grita con voz sonora levantándose de su asiento:

—En nombre de mis constituyentes, del pueblo de Luisiana, y en mi calidad de ciudadano libre de los Estados Unidos, protesto contra estos ultrajes.

Dirigiendo despues la palabra á sus colegas, toma á todos por testigos del acto de violencia ejercido contra una Asamblea libre.

—¡Vedlo! exclama; soy expulsado por las bayonetas.

—Someteos, replica Wiltz exhalando un suspiro.

Y realízase al fin aquella indignidad.

Otros once representantes son expulsados despues uno tras otro; y habiendo tratado Floyd de proteger á uno, por órden del presidente, entréganle á los soldados para que le custodien.

Cuando se ha hecho salir por la fuerza al último conservador, levántase Wiltz, y con gesto majestuoso y triste, se expresa en los términos siguientes, despues de invitar á la Cámara á escucharle en silencio:

«En mi calidad de presidente legal de la Cámara de representantes de Luisiana, he protestado contra la invasion de nuestra sala de sesiones por los soldados de la Union, armados de fusiles. Nuestros colegas han sido expulsados violentamente, á pesar de sus solemnes protestas; y habiéndose ocupado militarmente el santuario de las leyes hemos protestado contra este acto. En nombre de un pueblo en otro tiempo libre, en nombre de nuestra union americana, protesto solemnemente contra todos estos ultrajes de la fuerza militar. Mi sillon está rodeado de tropa; nuestros colegas se hallan prisioneros. ¡Diputados de la legislatura! declaro que Luisiana ha dejado de ser un Estado soberano, y que no tiene ya un gobierno republicano. ¡Representantes de nuestro país, retiraos conmigo ante esta demostracion armada.»

Al pronunciar estas palabras Wiltz aplaza las sesiones; y seguido de todos los conservadores, sale del salon, baja por la calle de San Luis, acompañado de la mitad de la poblacion, y en todas partes se le recibe con entusiastas aclamaciones. El presidente se instala con los suyos en el número 71 de dicha calle, y despues de tomar formalmente posesion, sepáranse aplazando sus reuniones.

Esta victoria no ha satisfecho á Kellogg sino

medianamente, pues su violencia ha empeorado la situacion en vez de mejorarla. Los cuatro representantes conservadores, aunque expulsados por la fuerza, no lo han sido por un voto, ni pueden serlo así aparentemente, porque la Cámara negra no disponia del número legal de votos que era el de cincuenta y seis. Wiltz ha prestado juramento como presidente; y en calidad de tal ha elegido otra localidad para las sesiones en la calle de San Luis.

Todo bien mirado, Kellogg reconoce que le han batido completamente, y que tiene menos fuerza que nunca. Así como su competidor, carece del número legal, y sin este, todo gobierno es imposible.

La situacion parece exigir un dictador: á las nueve de la noche se encarga el general Sheridan de la suprema direccion de los negocios.

XXX

Sheridan entra del todo en escena.—Sus telégramas – Su plan de operaciones.—Transformacion legal de sus adversarios blancos en «bandidos.»—Apuro de César Grant.—Sublévase la opinion pública —Se aprueba á Sheridan.

Levántanse las tiendas de los soldados. ¡El sable es rey!

Si el presidente Grant deja á Sheridan toda su libertad en Luisiana, como se la dejó en el valle de las Montañas azules y en los terrenos de caza de los indios, mi fogoso vecino habria dado cuenta muy pronto de adversarios como Wiltz, Ogden, Mac Enery y Penn.

«Conozco bien á esta gente, dice, por haber vivido con ella en otro tiempo, cuando era menos violenta que ahora. Guardaos bien de juzgar por lo que veais en Nueva-Orleans. Aquí se conducen con decencia, hasta los mismos partidarios de la liga blanca; pero en los distritos regionales, Bossier y San Bernardo, Natchitoches y el rio Rojo, es un verdadero infierno.»

A las diez de la noche, Sheridan decidiéndose á retirar el mando á sus colegas Mac Dowell y Sherman, dirige á Belknap, ministro de la Guerra, el telégrama siguiente:

«Nueva-Orleans, 15 de enero de 1875.

»Con profundo sentimiento os anuncio la existencia, en este Estado, de un espíritu de oposicion contra toda autoridad legal, de una inseguridad para el dia siguiente tal como el gobierno no podria hallar en ningun otro punto de la Union. La vida de los ciudadanos está contínuamente en peligro; y deben adoptarse inmediatamente medidas eficaces si se quiere restablecer la tranquilidad y el órden. El desprecio á las leyes y el asesinato se consideran aquí bajo un punto de vista que asegura la impunidad de los culpables. La administracion civil parece impotente para castigarlos, y aun detenerlos; y en su consecuencia, me he encargado esta noche del mando en el departamento del Golfo.

»P. H. Sheridan.»

El departamento del Golfo, que comprende tres grandes Estados, la Luisiana, Mississipí y el Arkansas, con todos los fuertes y puertos militares del golfo de Méjico, excepto los fuertes de la bahía de Mobila, queda así borrado de un solo rasgo de pluma de la division del Sur, cuyo mando tenia Mac Dowell.

A la mañana siguiente, Sheridan recibe del ayudante general Townsend las seguridades de que su conducta ha sido «aprobada,» á lo cual contesta al punto enviando á Washington su plan de operaciones, documento que seguramente será siempre célebre en la historia de la libertad americana. Jamás virey alguno español en Sicilia, ni gobernador ruso en Polonia, habian reclamado de sus autócratas los derechos que Sheridan pedia al presidente Grant. Todo su programa se funda en la base siguiente: los principales ciudadanos de los Estados del Sur serán declarados fuera de la ley como bandidos, abandonándoselos á discrecion de los agentes del gobierno.

Hé aquí el conmovedor telégrama que expidió á Belknap:

«Nueva-Orleans, 5 de enero de 1875.

»Me parece que para extinguir el terrorismo que actualmente reina en Luisiana, en Mississipi y Arkansas, y fin de restablecer la tranquilidad y la confianza, es preciso prender y juzgar á todos los jefes de la liga blanca armada. Decláreseles bandidos por un acuerdo del Congreso, y así les podrá juzgar un consejo de guerra. La justicia, la ley y el buen órden, así como la paz y la prosperidad del Sur, exigen el castigo de los jefes de estos *bandidos*, que han perpetrado aquí numerosos asesinatos, el 14 de setiembre último, y mas recientemente en Vicksburgo, en el Mississipi. Si el presidente consintiera en lanzar una proclama declarándolos bandidos, seria posible que no fuera preciso adoptar otras medidas sino las que me atañen.

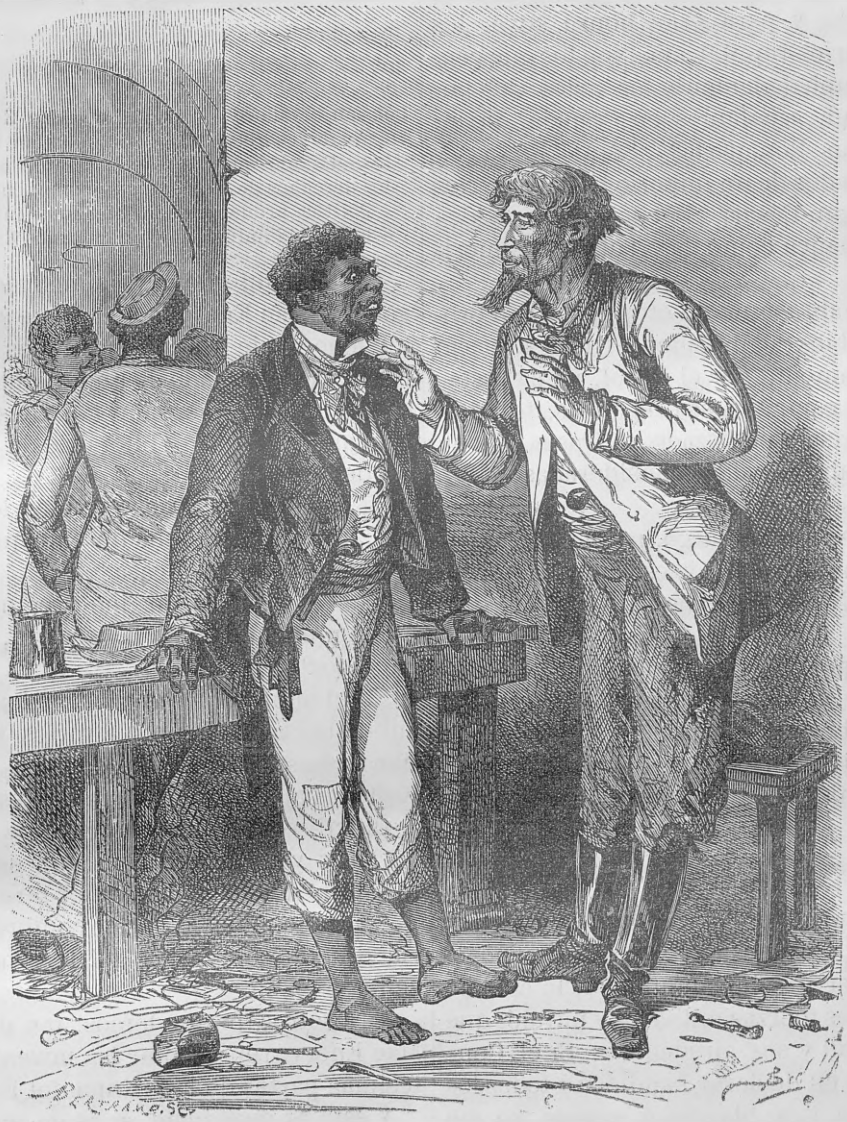
»P. H. Sheridan.»

De modo que el presidente no tiene otra cosa que hacer sino denunciar al país á los ciudadanos como otros tantos bandoleros. Esto bastará; lo demás concierne á Sheridan; y en Was-

hington se limitarán á esperar los acontecimientos.

Pero ¿es en realidad este, podríamos preguntarnos el lenguaje de un soldado del siglo XIX que habla á sus conciudadanos? Ni un general castellano en Oran, ni un bajá turco en Belgrado, hubieran podido decir mas.

Toda la camarilla del presidente, ayudantes y secretarios, parece admirada de tanta energía. Con una finura de mala ley, y en términos sos-



Un aventurero y un elector negro

pechosos se comunica las noticias á los diversos departamentos oficiales. Ampliado el primer parte de Townsend á Sheridan, parte fechado hacia doce dias, envíanle al general Mac Dowell, y por él toma conocimiento este eminente jefe de que acaban de retirarle el mando en el Golfo. Al notificar al general Sherman que Sheridan ha tomado el mando en Nueva-Orleans, Townsend dice que este jefe ha «anexionado» el Golfo, y añade en forma de argumento:

«La medida se ha juzgado necesaria y ha sido aprobada.»

Sherman contesta secamente:

«San Luis, 6 de enero de 1875.

»He recibido vuestro telégrama del 5 corriente, anunciando que el general Sheridan acaba de anexionar á su mando el departamento del Golfo.»

El relato de los acontecimientos realizados en la calle Real, en la noche del domingo y la mañana del lúnes, llena los diarios de todas las ciudades de la Union. Los mas le acompañan de apreciaciones severas; y solo algunos periodis-

tas se chancean sobre el incidente. ¿No se está en carnaval, la estacion de los juegos y de la broma? La orgía negra del Capitolio, las cantinas, las cenas, las reuniones á media noche, las libaciones por la mañana, son otros tantos inventos debidos á la pluma de los escritores de buen humor; pero en general, la prensa toma la cosa por lo serio, y para gran honra suya, los principales diarios republicanos son los que censuran mas desapiadadamente los actos del general Trobriand. «¿Estamos en Francia? dicen. ¿Será Grant un Bonaparte? ¿Serán Emory y Trobriand soldados de un imperio bastardo? ¿Nos gobierna ya algun César? ¿Deberemos considerar á la Casa Blanca como las Tullerías americanas?

Todas las palabras que en otra época han pronunciado los labios del presidente Grant se pasan desde aquel momento por el crisol, y en el estado actual de los espíritus, se está dispuesto á descubrir el cesarismo embozado en frases que en otro tiempo habrian sido consideradas como simples formas de lenguaje.

El presidente, sin embargo, no deja de experimentar alguna inquietud y escrúpulos por lo que sucede en Nueva-Orleans bajo el amparo de su autoridad.

Al cuartel general del hotel de San Cárlos llega un débil eco de estas dudas y temores del presidente; y Sheridan, que no pierde jamás el tiempo en medir sus palabras, envia al punto á su amigo el ministro de la Guerra el siguiente telégrama:

«Nueva-Orleans 5 de enero de 1875

»Tened la bondad de decir al presidente que no debe inquietarse por la situacion de los negocios aquí. Conservaré la tranquilidad, lo cual no será difícil con las fuerzas militares y navales que ocupan la ciudad y sus alrededores. Si el Congreso consiente en declarar bandidos á todos los partidarios de la liga, blancos ó negros, yo me encargo de dispensarle de la necesidad de hacer una ley especial para la conservacion de la paz y la igualdad de los derechos en los Estados de Luisiana, del Mississipí y Arkansas; y al mismo tiempo libraré al poder ejecutivo de las molestias que le han ocasionado hasta aquí las regiones del Sur.

»P. H. SHERIDAN.»

¡Ave Cæsar! Gracias á la flota y al ejército, ningun ciudadano de Nueva-Orleans osará moverse.

Los partidarios de la liga á quienes Grant debe declarar bandidos, constituyen toda la poblacion blanca, plantadores, abogados, médicos, banqueros, sacerdotes, propietarios, en una palabra, todas las profesiones liberales, industriales y comerciales. La mayoría de esta poblacion es de orígen inglés; y lo que Sheridan pide no es ni mas ni menos que declarar fuera de la ley á la raza inglesa en Luisiana, en Mississipí y en Arkansas, entregándola á la autoridad militar.

XXXI

Los conservadores —Una visita á Mac Enery y Penn.—Retrato de los «bandidos» —Fraudes en las listas electorales.—Estado verdadero de la opinion conservadora sobre los derechos de los negros —Visita á la Cámara invadida. —Política prudente de los blancos.—Informe al Congreso. —Estalla la indignacion en todos los Estados.

Un ayudante de campo me trae una carta del general Mac Enery invitándome á visitar el cuartel general de los conservadores en la calle del Canal: acompañado de un antiguo amigo, el cónsul de Fonblanque, salgo poco despues del hotel, designado hoy con el nombre de «cuartel general del Golfo.»

El general Mac Enery vive en la calle del Canal, frente á la estatua de Enrique Clay, donde ocupa una modesta casa.

—¿No temeis entrar, me pregunta un senador á quien encuentro en la escalera, cuando somos *bandidos?*

En el salon vemos al gobernador Mac Enery, al sub-gobernador Penn y á varios senadores que han rehusado reunirse con los partidarios de Kellogg bajo la presidencia de César C. Antonio.

Difícil seria hallar un grupo de hombres mas corteses y reservados, ni aun en Oxford ó en Westminster, ó en cualquier otro punto; esté ó no el derecho de su parte, compréndese que seria difícil rechazarlos del terreno en que han sentado el pié.

—Nosotros pretendemos, me dice el general Mac Enery, representar las noventa y ocho centésimas partes de la fortuna del Estado.

Y esto es muy justo, si he de creer lo que me afirman en todas partes.

—Y sin embargo, añade Penn sonriendo, nosotros, que poseemos toda la fortuna del Estado, somos unos bandidos.

Generalmente los bandidos no son propietarios ni en España, ni en Grecia, ni en Asia menor ni en California; si un émulo de Vazquez fuera capaz de leer un diario, sabria sin duda con placer que de órden del general Sheridan, muchos de sus «cofrades» forman parte de la magistratura y del foro.

—Nadie, repliqué yo, podrá poner en duda que representais la fortuna de Nueva Orleans; pero se trata de habitantes, y no de riqueza; y

segun creo, pretendeis tener una mayoría absoluta de votos en favor de los candidatos conservadores.

—Es exacto, contesta el gobernador; la mayoría no es muy grande; pero sí suficiente para permitirnos, si no se interviene, administrar y restablecer el reino de la paz.

—¿No tienen los hombres de color la mayoría de los votos en el Estado considerándole en su totalidad; noventa mil contra setenta y seis mil?

—Sí, en las listas actuales; pero estas se han formado fraudulentamente. ¿Cómo habian de tener los hombres de color mas votos que nosotros? Somos casi iguales en número, trescientos sesenta y dos mil blancos contra trescientos sesenta y cuatro mil negros; pero estas cifras no son las nuestras. El recuento se ha hecho bajo la administracion de Warmoth, y sabemos pertinentemente que algunos datos son falsos y se han exagerado en beneficio de los negros. Si tomais las cifras tal como son, no podrá nunca resultar que una diferencia de dos mil en la poblacion, produzca una de catorce mil en las listas electorales.

—En efecto, seria bastante difícil demostrarlo.

—Como no sea por el fraude, un fraude manifiesto y desvergonzado. El hecho es que los negros aparecen en los registros con diversos nombres y en distintas parroquias. Los negros muertos siguen figurando en las listas, que comprenden igualmente los menores de edad; y hasta se inscribe á las mujeres. Allí donde se encuentran empleados negros, apoyados por una policía de su color, hay con seguridad fraude y abuso.

—¿Es verdad, general Mac Enery, que los conservadores rehusen en principio todo derecho político á los negros?

—La cuestion está pendiente: entre los conservadores hay muchos que opinan que se ha cometido una grave falta al conceder á los hombres de color el derecho de votar; pero despues de concederles la libertad, los Estados-Unidos han juzgado oportuno hacerlos electores. Nos sometemos á los hechos: hay ciertamente personas que quisieran privar al negro de su libertad individual, así como de sus derechos políticos; pero la mayoría de los ciudadanos no aspira sino á volver al antiguo estado de cosas. El conservador desearia que se regulara y definiese por la ley el derecho de votar. En todos los países libres, ciertas clases de individuos, como los indigentes, los locos, y los prisioneros, no figuran en las listas electorales; y en algunos otros países libres, no se admite á votar á los que no saben leer ni escribir. Bajo estas condiciones, los conservadores de Luisiana estarian del todo dispuestos á reconocer en el negro los derechos políticos.

—¿No temeis á los electores letrados?

—De ningun modo: las personas instruidas no se dejan guiar jamás por los hombres de Kellogg. La instruccion se cuenta hoy por mucho: si todos los negros obrasen de concierto, noventa mil contra setenta y seis mil, conseguirian elegir á Pinch por gobernador, asegurándole una gran mayoría en las Cámaras; pero nosotros tenemos en Luisiana negros letrados, como Tomás Chester; y en materia política, los africanos instruidos convienen tan poco con sus congéneres como los anglo-sajones. Apenas sabe un negro deletrear, erígese en jefe; no sigue á nadie, y mucho menos á un hombre de su color. Tan pronto como posee una cabaña y un pequeño rincon de tierra, se convierte en conservador y vota contra hombres como los de Kellogg; en cada parroquia de Luisiana existe un club conservador negro; y á pesar de la hectárea de tierra y la mula prometida por el actual gobernador á todo negro que vote en favor de Grant, hay miles que votaron con nosotros en las últimas elecciones, y su número será inmensamente mayor despues de la marcha de las tropas federales.

Al separarme del general Mac Enery nos dirigimos á la calle de San Luis, para visitar la Cámara baja conservadora, donde nos recibe cordialmente el presidente Wiltz. De escasa estatura, con el cabello cortado en cepillo, y de rostro enjuto y pálido, Luis A. Wiltz parece desde luego hombre de carácter franco y resuelto.

En el momento en que penetramos en la Cámara, la tribuna está ocupada por el capitan Kidd, tan sabio legista como valeroso militar: propone que todos los diputados conservadores bajen en corporacion á la calle y se dirijan al Capitolio para reclamar sus asientos. Sesenta y seis individuos están presentes; de ellos se cuentan cincuenta y tres cuyos poderes se han reconocido, y trece cuya admision ha rehusado el comité Kellogg.

—¿Pretendeis constituir una Cámara legal? pregunto al presidente.

—No, contesta Wiltz, solo deseamos obtener el número legal; nos titulamos reunion, y no asamblea, pues nuestro ánimo es mantenernos en la legalidad, aun bajo el punto de vista de las palabras.

Mientras que Kidd excita á los conservadores á tomar medidas mas enérgicas, se expide á Washington un telégrama al senador Thurman, á fin de pedirle parecer. Thurman es uno de los

jefes demócratas que representa en el Congreso al Ohio, y los conservadores del Sur le consultan á menudo.

«¡Paciencia!» contesta Thurman sabiamente.

—Nuestra política, dice Wiltz, debe resumirse en una palabra: «¡Paciencia!» Esperemos que el tiempo combatirá por nosotros. Los juegos de manos se acaban al fin, y no podrá repetirse aquello de la hectárea de tierra y de la mula. Cierto que nos perjudica la tardanza; pero peor seria si apeláramos á la violencia. Los individuos sentados en estos bancos son propietarios de por sí, ó representan á los de todos los buques, los almacenes, los palacios y Bancos de Nueva-Orleans. ¿Podrá nadie imaginar que tengan algun interés en mantener el desórden? Si un solo vidrio se rompe, nosotros debemos sufragar el gasto: los partidarios de Kellogg no tienen que arriesgar sino la piel, y manifiestan el mayor empeño en conservarla. ¿Qué les importa á Kellogg, á Packard, á Antonio y á Pinchbach el aumento ó la disminucion de la fortuna pública? ¿No reposa en el mantenimiento del órden y de la tranquilidad todo cuanto poseemos? Es un hecho que nuestros hermanos del Norte no han sabido comprender aun; pero los acontecimientos les abrirán muy pronto los ojos.

XXXII

El gobernador Warmoth.—Su situacion.—Su carácter.—Simpatías que supo conquistarse en diversos puntos.—La cuestion de los ómnibus para el uso de los negros.—Proposicion de Warmoth.—Byerley le ataca á mano armada.—Muerte de Byerley.—Warmoth popular en la prision.

El gobernador de Nueva-Orleans, Warmoth, á quien visito tambien, representa ese considerable número de ciudadanos para quienes la cuestion negra ó blanca es indiferente, mientras no se comprometan sus intereses comerciales. Estos ciudadanos no desean otra cosa sino vivir en paz, ganar su pan cotidiano y proteger el techo que los cobija. Todos los compradores son hermanos á sus ojos: la suma que da el negro por un par de zapatos ó una botella de aguardiente vale tanto como la del blanco. ¿Debe ocuparse un comerciante de las polémicas referentes á la igualdad de los derechos? Pagadle sus alquileres y sus imposiciones, y esto es todo lo que necesita. ¿Porqué ha de cuidarse de las teorías de raza? Esta es cuestion de los jurisconsultos y de los senadores.

Aun entre los negros cuenta Warmoth con cierto número de partidarios: á él es á quien deben la policía metropolitana, institucion que muchos de ellos consideran como la única garantía de su libertad. A medida que palidece la estrella de Kellogg, los negros se vuelven hácia Warmoth, pensando que su moderacion bien conocida les evitará todo choque con los blancos.

Superiormente dotado, hombre de mundo, y militar, Warmoth, con su frente pálida, sus cejas arqueadas, y sus ojos de mirada penetrante, tiene todo el aspecto de un héroe de novela. Asegúrase que las damas sudistas le consideran como un buen mozo. Distínguese por sus corteses modales; y muy distinto de la generalidad de los aventureros que la sociedad excluye de su seno, Warmoth ansía las consideraciones, habiendo tenido el honor de ser invitado algunas veces á visitar las casas de mas tono de Nueva-Orleans. Esta distincion es á la vez para él una alegría y un pesar, pues le ha puesto en relaciones amistosas con algunos conservadores inexorables en su opinion, tales como Mac Enery y Penn. Wiltz le ha recibido; Ogden le ha visitado en su prision; y gracias á sus seductores modales, y á la moderacion de sus ideas, ha conseguido que las altas clases soporten su presencia en la ciudad.

Pero estas deferencias, negadas á los partidarios de Kellogg y á sus cofrades, les irritaron sobremanera. Cuando Warmoth llegó á Nueva-Orleans, precedido de su reputacion de valeroso soldado y de sagaz político, fué elegido por los ciudadanos leales presidente del «gran ejército de la república,» en Luisiana. Designase con este nombre á una asociacion patriótica de hombres que hayan combatido durante la guerra. En cada Estado existe un gran ejército de la república que tiene, sobre todo en el Sur, la proteccion del gobierno: el presidente de semejante asociacion adquiere con seguridad una influencia considerable; y Warmoth se aprovechó tan bien, que fué elegido gobernador de Luisiana, bajo el imperio de la ley de reconstitucion.

En cuanto á su administracion, cada cual habla segun sus tendencias políticas: sus amigos actuales afirman que ha mantenido el órden, favoreciendo el comercio; mientras sus adversarios le tratan de miserable, de ladron y asesino.

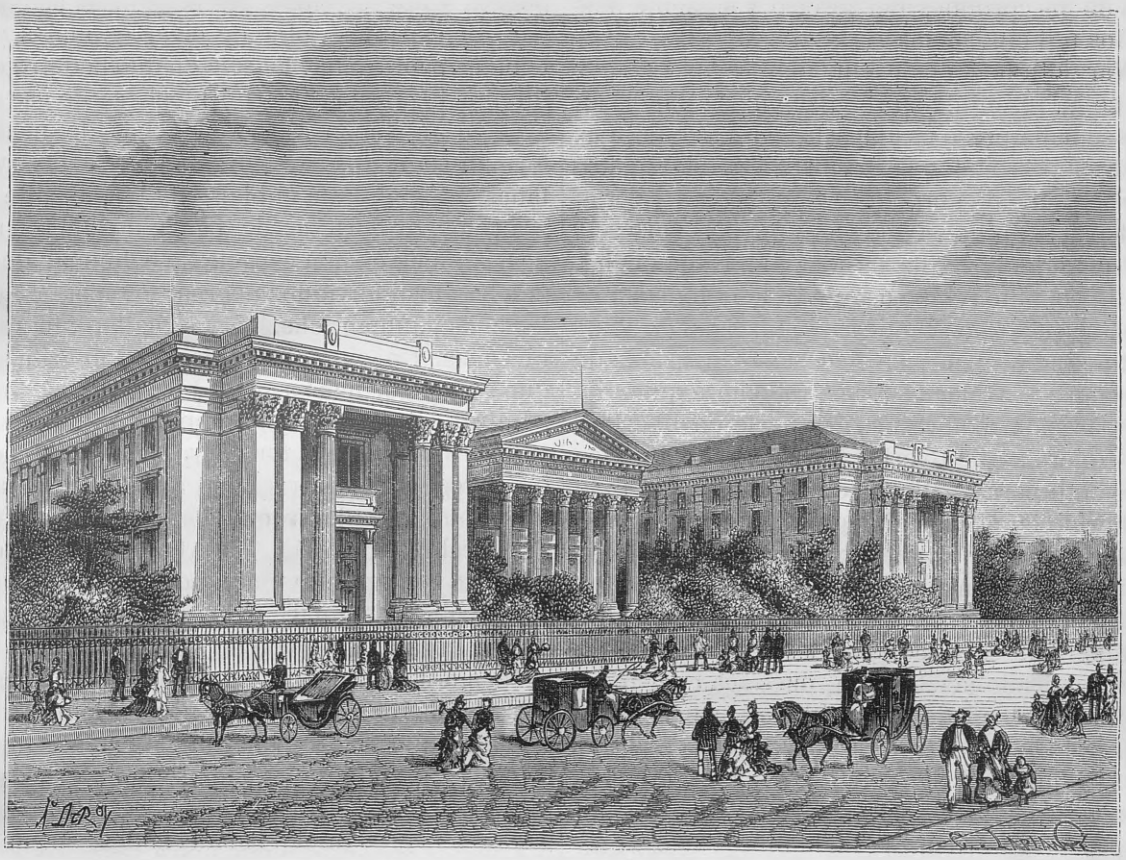
Si los enemigos leales le hacen justicia, no sucede lo mismo con sus antiguos amigos los republicanos fanáticos y los conservadores *veletas* (así llaman á los que son de todos los partidos).

Al tratar de las relaciones que deben existir entre los blancos y los negros, los periodistas le injurian diariamente. Así, por ejemplo, discútese con tanta animacion como la que excitan los telégramas de Sheridan, la cuestion de saber si los negros tendrán ó no derecho de sentarse en los coches públicos. Cada cual indica un remedio,

ó discute una proposicion: el general Warmoth, deseoso de conciliarlo todo, propone que salgan de la calle del Canal unos coches marcados con una estrella, en los que podrán tomar asiento los negros en compañía de los blancos que no tengan inconveniente en reunirse con ellos. Warmoth lleva esta proposicion á su antiguo amigo, el «conservador veleta» Jewell, senador, para que la inserte en el *Boletin comercial*; pero Jewell rehusa.

—¿No quereis insertarla? replica Warmoth; pues me dirigiré á otra parte.

—Si publicais ese documento, grita Jewell, os perderé para siempre.



Universidad de Nueva-Orleans.—De una fotografía

Warmoth no hace aprecio alguno de semejante amenaza, y manda imprimir su proposicion, que es adoptada por los dos jefes conservadores Mac Enery y Wiltz, como la mas razonable de todas.

Al dia siguiente aparece en el *Boletin* un artículo de fondo en el que Jewell trata á Warmoth de «Lázaro resucitado por Satanás;» de «perverso y audaz, inventor y promovedor de todos los abusos;» de «congénere de la serpiente de cascabel;» y de «hombre de infame nombradía.»

Warmoth se defiende acusando á Jewell de «odioso embustero,» y añade que los ataques de que es objeto provienen de haber rehusado al senador la contrata de las impresiones del gobierno.

Jewell envia al punto un recado á la calle de San Luis, á la casa de Warmoth, para preguntar si este aceptará un duelo. El gobernador contesta que no puede consentir en medirse con semejante individuo; y apenas recibe esta respuesta el senador, envia á Warmoth un reto que con gran sorpresa suya es aceptado.

Lo que sigue es un misterio, á la vez que una tragedia. Daniel C. Byerley, teniente en el ejército confederado y socio propietario del *Boletin comercial*, toma la disputa por su cuenta: es un hombre de gran vigor físico, aunque manco del brazo izquierdo; acecha á Warmoth; acércase á él en la calle del Canal, y le descarga dos palos en la cabeza con su baston. Aturdido Warmoth, retrocede algunos pasos, pero Byerley se precipita sobre él y le sujeta por la cintura; ambos ruedan por el suelo, y Byerley sigue descargando golpes, hasta que Warmoth logra desenvainar su cuchillo y le hunde en el costado de su adversario. Byerley, blandiendo siempre su baston, abandona el campo de batalla, apoyado en

los brazos de dos de sus amigos; mientras Warmoth entrega su arma á un capitan de la policía y se constituye prisionero.

Algunas horas despues, Byerley habia muerto. Habiendo sucumbido en un combate contra un intruso, llega á ser el héroe de Nueva-Orleans, y una larga fila de carruajes le acompaña á su última morada. El gobernador Mac Enery lleva uno de los cordones del féretro y síguenle mas de dos mil ciudadanos.

Warmoth ha matado á un hombre; mas no por eso se ha resentido su reputacion: la estancia en que se halla preso es una sala de recibo; los mas ilustres personajes se inscriben en el registro que se acaba de abrir; Mac Enery corre á verle; Ogden y Penn no se muestran menos corteses, y el presidente Wiltz le hace una visita oficial. En un solo dia recibe á quinientos ciudadanos: jamás ha sido tan grande la popularidad de Warmoth. Nadie piensa en hacerle responsable de la sangre vertida; el magistrado ante quien ha comparecido se apresura á ponerle en libertad.

—Yo creia que Byerley iba bien armado, dice Warmoth para explicar su cuchillada; y solo le he herido en el caso de legítima defensa. Me ha cogido de pronto, antes que tuviera tiempo de verle; y el baston que llevaba era de estoque, arma mucho mas temible que un simple cuchillo.

Aquella muerte, perpetrada en la via pública, ha complicado la situacion, pues sea cual fuere la opinion formada acerca de las luchas en las calles, todo hombre sensato vacilará en elevar á la primera magistratura del Estado á un personaje cuyas manos estén teñidas de sangre. En un país mejor ordenado, un hombre capaz de semejante delito no podria desempeñar un cargo público: aun en la Luisiana, Warmoth queda excluido por el pronto; pero ¿cuánto tiempo durará esta exclusion?

—¿Creeis que ha concluido todo para el general Warmoth? me dice uno de sus admiradores. Juan Avena muere; enterradle en un agujero y cubridle de tierra: dentro de cinco semanas habrá salido. Tal vez veamos muy pronto á Warmoth desempeñando el cargo de presidente de la república de los Estados-Unidos.

XXXIII

Los aventureros.—Visita al Capitolio.—Aspecto de la Cámara baja.—Olor sofocante —¿Se ha reunido el número? —La Cámara alta —El presidente César, antiguo faquin. Irritacion de los senadores negros contra las resistencias de los blancos de Washington.—El senador Pinch confirmado.—Kellogg.

El secretario particular de William P. Kellogg viene al hotel á decirme que si deseo visitar al cuerpo legislativo y al poder ejecutivo, se me recibirá cordialmente en el Capitolio por el presidente Hahn y el gobernador Kellogg. Acompañado de nuestro cónsul, me encamino por la calle Real, porque está prohibida la entrada en la de San Luis.

Despues de cruzar algunas palabras con soldados y agentes de policía negros, ábrese la puerta, y apenas entro, retrocedo casi asfixiado por un espantoso olor de cigarros malos y de bebidas peores aun. La sala en que penetro está iluminada apenas por un mechero de gas que arde en un rincon; varias planchas de madera forman como una barricada en las puertas y ventanas; el suelo está cubierto de tapones, de vasos rotos, de cortezas de pan y de huesos roidos. Aquello es una especie de colmena, donde zumban los individuos negros, los mas, y todos los cuales fuman, charlan y se agitan sin razon ni causa. Un expurgador de algodon grita aquí que quiere formar parte de la Cámara, á fin de admirar á los legisladores; un aventurero explica mas allá á un elector negro, por qué el hombre de color no ha recibido aun la hectárea de terreno ni la mula prometidas por Kellogg (véase el grabado de la pág. 77). Al subir la escalera, tropiezo con un individuo que grita desaforadamente: — «¡Es igual! todo va bien; los negros están ahora en posesion de sus derechos.»

No sin un serio altercado con la policía negra, para la que todo blanco es necesariamente un espía ó un traidor, penetramos en la segunda Cámara, salon largo y sucio, sin un solo tapiz. Por todas partes se ven escupideras; algunos senadores negros fuman balanceándose en sus butacas; la atmósfera es pestilente; cada senador tiene inscrito su nombre, con grandes caractéres, en el sillon que debe ocupar. Estos señores no parecen capaces de permanecer quietos; muévense de contínuo, se levantan y vuelven á sentarse. Cinco ó seis de ellos hablan todos á la vez, acusándose mutuamente de embusteros y bribones. Crúzanse los gritos de:

—¡Al órden, señor presidente!

—¿Quereis callaros, vil negro? contesta una voz. Esto parece una verdadera fiesta en el campo.

Miguel Hahn, que preside, nos invita á sentarnos cerca de su sillon, y procura explicar la escena que se ofrece á nuestros ojos.

—Os asombra, sin duda, dice, que sea permitido fumar en la Cámara; sabed, señores, que yo lo he autorizado. El reglamento se opone; pero ¿cómo podria hacerle cumplir? No se prohibe mascar tabaco, y bien comprendereis que es mucho mas repugnante. El reglamento es le-

tra muerta: los negros no pueden prescindir de mascar tabaco y de fumar.

—¿Por qué no fuman en otras salas?

—¿Creeis que esto es fácil? Permitidme deciros que léjos de serlo, no cabe en lo posible.

—¿Por qué?

—Porque no puedo permitir á un solo individuo que abandone su puesto. Ya veis que aquí representamos exactamente el número legal; si se ausenta un solo individuo ya no podríamos deliberar.

Un negro llamado Demas, diputado por el distrito de San Juan, se levanta de pronto é interpela á la Cámara con voz estentórea y cierta elocuencia.

—Sí, nos dice el presidente Hahn, hay alguna cosa en el cerebro de esos hombres; casi todos son esclavos de nacimiento; y apenas hace doce años que ninguno de ellos se habria atrevido á abrir la boca delante de un blanco.

El digno Miguel Hahn afecta ignorar cuál es en su parlamento la proporcion entre los diputados blancos y negros, y nos dice:

—A mí no me inquieta nunca la cuestion de color.

Pero mientras M. Demas gesticula y grita, cuento las cabezas y veo veinticuatro blancos contra veintiocho negros. Ahora bien, veinticuatro y veintiocho son cincuenta y dos, es decir, cuatro individuos menos que los necesarios para obtener la cifra legal.

Y sin embargo, Miguel Hahn acaba de manifestarme que la Cámara que preside reune el número apetecido.

Cuento otra vez; y obteniendo el mismo resultado, pregunto al presidente:

—¿Considerais que esta Asamblea es una Cámara legal?

—No cabe duda, como la segunda Cámara de Luisiana.

—No hay sino cincuenta y dos individuos presentes.

—Pues cincuenta y seis han contestado al llamamiento nominal.

¡Oh! ¡señor presidente!.....

Al pasar á la Cámara alta, veo un negro de facciones demacradas que preside á veintiocho senadores, quince negros y trece blancos. Se trata de discutir si no seria oportuno dar una leccion á los senadores de Washington, enviándoles á Pinchback como senador por Luisiana. El presidente no es otro sino César C. Antonio, subgobernador del Estado, que ocupa el sillon en virtud de sus funciones. No se halla presente ningun senador conservador.

César C. Antonio es un africano de pura sangre, aunque tenga la piel algo mas clara que la de sus congéneres del Niger y del Senegal. De escasa estatura, solo su sistema nervioso parece comunicarle fuerza. Mozo de la Aduana en otro tiempo, apenas ganaba para comer antes de abordar la política; pero era dependiente del gobierno, y como tal, creyó que debia lanzarse en ella de cabeza. Su elevacion fué rápida; casi sin transicion, dejó la cuerda del faquin para ocupar el cargo de sub-gobernador; y humilde servidor poco há, es ahora jefe de los senadores. Desde la época en que los califas hacian de sus criados bajás, nunca un hombre de su condicion se elevó á dignidad semejante. Debe bendecir la casualidad que le ha sacado de la muchedumbre, de la cual no habria podido salir por sus propios esfuerzos.

Este César negro de Nueva-Orleans tiene la pretension de hacerme ver que piensa exactamente como el César blanco de Washington. Mascando su tabaco, y regándome la cara con su saliva negra cada vez que escupe, díceme que «jamás ha visto cuestion semejante á la Wiltz;» y que «los hombres de color de Luisiana verian con gusto la tercera reeleccion de Grant, y hasta la sexta.» Así habria dos Césares con un mismo gorro.

Al dirigirme con Antonio al despacho de Kellogg, encuentro á Pinch: el negro está loco de alegría porque los senadores negros acaban de confirmar su eleccion, y Antonio lleva sus poderes para presentarlos á la firma de Kellogg.

Armado de un inmenso cuello de papel, el negro se pavonea, con el cabello brillante de pomada, risueño el rostro, y haciendo gestos cuando trata de sonreirse. Pinch se confunde en saludos y reverencias, y ofrece un conjunto tan grotesco, que dan ganas de ofrecerle un par de reales. A Kellogg parece inspirarle cierta repugnancia este personaje; mas no puede rehusar ni su firma ni su sello. ¡Solo Dios sabe hasta qué punto se le resiste! Pinch lo examina todo con ansiosa mirada, mascando su tabaco encarnizadamente, y manchando de saliva las paredes y la alfombra. La escena no puede ser mas cómica: firmados los poderes, Pinch los coge ávidamente, introduce en su boca una nueva hoja de tabaco, y sale con Antonio del brazo; irguiendo ambos la cabeza como gallos que van á embestirse, los dos negros atraviesan la multitud maravillada, desapareciendo como fantástica vision.

—Eso es una farsa, dice el gobernador Kellogg con acento de enojo; Pinchback no es ahora mas senador que antes, y lo toma por lo serio; pero todos esos hombres de color son niños á

quienes debemos divertir. Reconocerán su error cuando Pinch llegue á Washington.

El gobernador Kellogg es hombre grave, cortés y siempre dueño de sí mismo. Segun la opinion pública, es la mentira viviente. Un amigo que encuentro en la calle del Canal me dice:

—¿Vais á ver á Kellogg? Pues debo advertiros que es una personalidad extraordinaria; de nada tiene miedo; todas las tropas de Nueva-Orleans no podrian obligarle á decir una palabra de verdad.

Kellogg tiene modales muy afables, «engañosos y seductores» como dicen sus enemigos. De todos modos, su mirada es franca, y la voz simpática. A mí me parece un hombre inquieto y fanático, inflexible en sus opiniones, dispuesto á todo, aunque sea al sacrificio de su persona, por lo que él considera la «buena causa.»

Cambiando de conversacion, infórmase sobre si hemos visto las Cámaras, pregunta que me permite hacerle otra.

—¿Es una asamblea legal la Cámara baja?

—No, me contesta sonriendo; aun no; nos falta el número legal, y aquí está precisamente la dificultad. Nuestros consejeros aseguran que bastan cincuenta y cuatro individuos; pero los usos exigen cincuenta y seis; y hasta que la cuestion se haya resuelto jurídicamente nos abstendremos.

—¿Teneis cincuenta y cuatro representantes?

—No, solo cincuenta y tres. El presidente Hahn ha admitido á tres candidatos cuyos poderes no han sido comprobados por la mesa. Esto es una falta. No hallándose el número necesario en la asamblea, no tiene derecho de admitir á nadie en su seno.

—¿Porqué se permite á la Cámara reunirse, deliberar, y publicar su diario como si fuera una legislatura legal?

—Nada puedo hacer en esto. Nuestros adversarios son ricos, y nosotros pobres; los amigos de Mac Enery, todos ellos acaudalados, pueden prescindir de paga; mientras los nuestros, todos pobres, nada tienen. Si no hubiera un pretexto para concederles quince francos diarios, no podrian permanecer en Nueva-Orleans; y en menos de ocho dias desaparecerian treinta de cada cincuenta. Les permito reunirse y deliberar sobre cosas indiferentes, y tambien percibir su sueldo; pero les prohibo ocuparse, hasta nueva órden, de los asuntos formales.

—En el caso de que el presidente Grant apoyase al general Sheridan, ¿creeis que la nueva legislatura puede comenzar sus trabajos?

—Así lo espero; pero debo confesar que la obra que me he impuesto es una ruda carga, y que deseo ya verme libre.

—¡Libre! ¿Quién os impide marcharos de Nueva-Orleans?

—El sentimiento del deber. Yo soy un partidario; y en la conviccion de que los principios de mi partido deben ponerse en práctica en toda América, hago todo lo posible para plantearlos en la region del Sur. Aun no he cumplido con la mision que me propongo; pero tengo diez años mas; y aunque necesito el reposo, vacilo en entregarme á él, mientras quede una probabilidad de llevar á buen fin lo que he venido á hacer en el Sur.

La voz de Kellogg era grave, casi triste.

—¿Cuál es mi existencia en Nueva-Orleans, continuó, para que yo pueda desear permanecer aquí mas tiempo? Considerado como un extranjero, criticado continuamente, todo el mundo se aleja de mí, excepto el demandante. Ninguna mujer me habla, ningun caballero me tiende la mano, y el populacho me silba. Mi nombre sirve de comparacion burlesca; y no es poca fortuna que no me hayan asesinado aun. Dia llegará, así lo espero, en que podré marcharme; mas no será antes de cumplir con la mision que me impongo.

XXXIV

La Rotonda.—La escena —Fisonomía general.—Los principales personajes.—Estado de los espíritus.—Emociones en sentido diverso.

Escena: La Rotonda de Nueva-Orleans, embaldosada de mármol; galerías abiertas, sostenidas por columnas acanaladas en madera.

Epoca: Viérnes 16 de enero de 1875, á las ocho de la noche.

Personajes: El general Sheridan y su estado mayor; el sub-gobernador Penn; senadores, diputados del Congreso, cónsules extranjeros, capitanes de buques, corresponsales de periódicos, ordenanzas, correos, empleados del telégrafo, y comparsas, entre los que figuran dos viajeros ingleses.

Temperatura: Punto de ebullicion del mercurio.

¡Atencion! grita una voz muy conocida en el momento en que, saliendo del comedor, penetro en la Rotonda. Se ha empeñado la lucha, y es preciso que se decida por sí ó por no. Si Grant retrocede, tendremos la paz, y si no, la guerra; antes de irse á dormir es forzoso resolver.

La sala central de nuestra morada es una inmensa habitacion, la rotonda de un edificio que en Italia se bautizaria con el nombre de palacio, á la vez gabinete de lectura, paseo, y salon de Bolsa; los comerciantes van á negociar, los jugadores á ajustar cuentas, los duelistas á busca

testigos, y todos, en fin, á esperar ansiosamente las noticias. Aquí llegan telégramas de todas las partes del mundo; aquí se improvisan los periódicos, y se discuten los asuntos políticos; aquí se aloja á los extranjeros; y los ciudadanos que necesiten verlos deben venir á esta mansion.

Los desocupados vienen aquí para fumar, charlar, y admirar las celebridades del dia. En la Rotonda se compran billetes reservados para las fiestas del carnaval, billetes de lotería y tarjetas para los trenes; en un rincon hay un despacho de licores, y en otro una tabaquería. Aquí se juega al billar, mas léjos á los naipes, y en todas partes á los dados. Desde las siete á las



Plantios de algodon en G rgia : la cosecha.— De una fotografia

diez, la sala está llena de gente que solo piensa en divertirse, en hablar de política ó de negocios; el tumulto que parte de los corredores recuerda el mugido de una mar embravecida.

Esta noche ofrece la Rotonda un efecto notable: cerca de una columna, el general Sheridan, en traje de paisano, fuma un cigarro y habla con sus amigos; premeditadamente ó por casualidad vuelve la espalda á la columna, de modo que no se le puede hablar sino acercándose á él de frente. Á su alrededor se agitan muchos ciudadanos, con la frente cubierta de sudor, y los mas de los cuales tienen nombres históricos. Hé aquí al general Ogden, á Taylor y Penn; aquel hombre que atraviesa la multitud cojeando es el general Badger, apenas repuesto de sus heridas; muy cerca de él, tambien con traje de paisano, se ve al general Emory, y al coronel Sheridan, hermano menor del general de este nombre.

¡Hé aquí á los bandidos! ¡Qué expresion de orgullo y de cólera brilla en los ojos de los sudistas al pasar ciertos senadores y generales, á quienes la cortesía así como la política impiden precipitarse contra el hombre que los llama bandidos, y que solo espera una señal para ahorcarlos! ¡Qué frialdad y desden revela la actitud de estos dignatarios al pasar por delante de la columna en que se apoya Sheridan!

—¿No temeis ningun trastorno? pregunto al general Penn.

—Muy poco; sufrimos crueles pruebas; pero sabremos soportarlas.

—Esas personas van las mas de ellas armadas, segun creo; y pudiera suceder que algun fanáti-

co, saliéndose de sus casillas, promoviera un motin.

—Es posible, aunque poco probable, porque la liga está perfectamente organizada, y ningun individuo de ella lleva armas ni siquiera un cortaplumas. Somos bastante fuertes para no necesitar cuchillos ni pistolas. Si hay batalla, nos presentaremos como soldados, no como negros; pero esta eventualidad no es de temer. El presidente retrocede.

El murmullo de las conversaciones aumenta cada vez mas, extinguiéndose en la bóveda como la ola en la playa; tan pronto estalla con una violencia que domina los acordes de una música militar situada á la puerta del edificio, como se apaga del todo, sucediéndose un silencio tan profundo, que se podria percibir hasta el choque de las agujas telegráficas.

De repente déjase oir un estrépito producido por varios címbalos, y todas las miradas se dirigen al cuadrante como si este fuera una fuerza viviente en la que pudieran leerse los decretos del gabinete del presidente Grant. Las cabezas se inclinan hácia el empleado del telégrafo, cual si sus agujas fueran espíritus animados, gracias á los cuales se podrian sorprender los secretos del Capitolio.

Los mensajes se comunican con tanta rapidez como pueden traducirlos los empleados, de modo que se sabe en la Rotonda, tan pronto como en Broadway, lo que se dice y se hace en favor de Nueva-Orleans, no solo en Charleston y en Richmond, sino en Nueva-York y San Luis. Varios hilos unen á la Rotonda con el Capitolio, y se tiene conocimiento de lo que ocurre aun antes de llegar á oidos de los habitantes de la Avenida de Pensilvania.

Se saben las vacilaciones del presidente, que cambia de idea á cada momento: ayer, era de roca; esta mañana es de algodon. Tenaz por naturaleza, quiere administrar el país como un campamento, y asómbrale prodigiosamente que sus conciudadanos rechacen el gobierno militar.

La sublevacion del espíritu público suscitada en las ciudades del Norte y del Oeste por los acontecimientos de Nueva-Orleans es un espectáculo enteramente nuevo para el presidente. Boston y Nueva-York están sobre las armas, lo mismo que Chicago y Filadelfia, San Luis y Cincinati; el despertar de los blancos responde al cesarismo; por todas partes se articulan elocuentes protestas; y los republicanos se unen á los demócratas para condenar la política del presidente Grant. En Nueva-York, déjase oir la voz del venerable Bryant; en Boston, la del liberal Adams; y Evars firma con su nombre un documento en que se pide nada menos que la formacion de causa al presidente y su gabinete.

XXXV

Ataques contra Grant.—La novia de Sheridan.—Un nuevo telégrama.—El presidente retrocede.

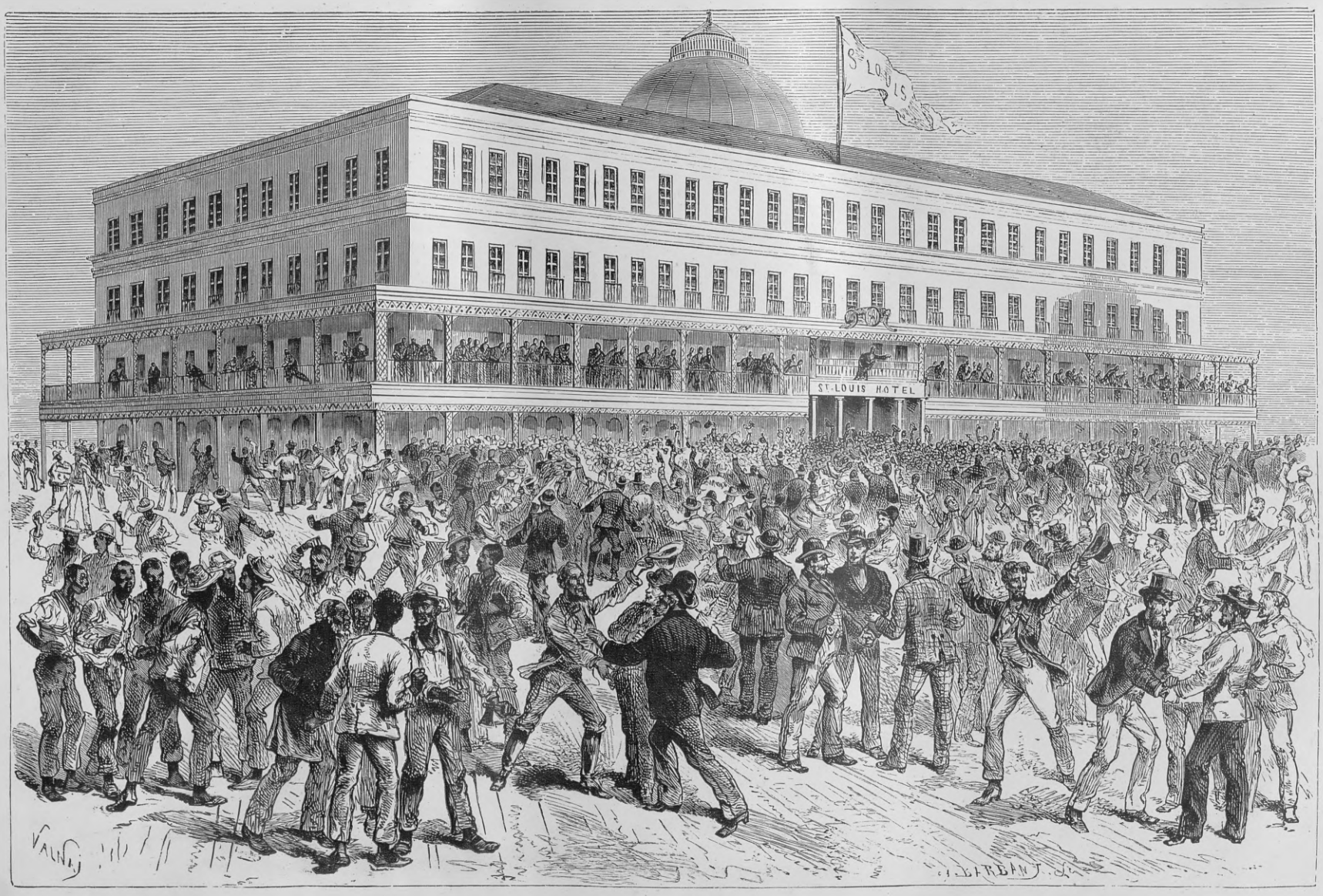
El único objetivo de la cólera pública es el gran criminal de la Casa Blanca: miles de voces piden la formacion de causa; aconséjase una abdicacion, y hasta se anuncia como inevitable; en todo el país cunde el incendio; toda la familia blanca se reune para defender la ley ultrajada.

El presidente parecia resuelto ayer á prestar apoyo á su teniente Sheridan, y en este sentido redactó un mensaje al Senado; pero fuera de las oficinas de la Guerra, donde se solazan y fuman sus ayudantes, encuentra pocos hombres dispuestos á sostenerle. Los personajes mas elevados no creen que su situacion oficial pueda impedirles censurar amargamente la conducta de Grant. El general Sherman no se muerde la lengua para decir todo cuanto le parece; y lo mismo sucede con Wilson, el vicepresidente de la república. Alguno de los principales periódicos piden que Grant abandone la Casa-Blanca, entregando el poder á Wilson; Hamilton Fish va mas léjos, declarando que si el presidente apoya á Sheridan, y aprueba los manejos de Dorell y Packard, presentará su dimision de ministro presidente del Consejo. Esta amenaza tiene cierta gravedad, porque Fish no es solo el mas hábil de los individuos del gabinete de Grant, sino tambien uno de los hombres mas capaces de América. Bristow, ministro de Hacienda, vale otro tanto. Sin ellos, el gabinete del presidente no permaneceria en pié ni una semana, y su caida seria el presagio de otra.

El lenguaje de los gobernadores de los Estados poderosos es igualmente significativo: Tilden, gobernador del Estado de Nueva-York, se muestra solemne y amenazador. «Por actos de la misma naturaleza, dice, nuestros antecesores ingleses enviaron á Cárlos I al cadalso, y derribaron del trono á Jacobo II.»

¡De qué hilo tan ténue parece estar pendiente la solucion! Mientras que el presidente pesa el pro y el contra, un pistoletazo disparado por un loco puede hacer estallar la guerra civil.

Sheridan está dispuesto á obrar: el hombre que ha paseado el hierro y el fuego por el delicioso valle del Shenandoah no vacilaria un instante en poner á saco á Nueva-Orleans. Cuando corra la sangre, el presidente sostendrá á sus oficiales; pero ¿cuáles son los Estados que se agrupa-



La Rotonda en Nueva-Orleans

rán alrededor del gobierno? Difícil es contestar. Desde las elecciones del último otoño, las cosas se han modificado profundamente; ha despertado el sentimiento de los blancos, cambiándose el centro de la gravedad política. En la nueva Cámara figurarán los demócratas en gran mayoría; y en el caso de efusion de sangre, ¿qué forma afectará el movimiento de los blancos? ¿Es probable que aquellos que hace siete semanas votaron con el Sur, tomen las armas para hacerle retroceder este espacio de tiempo?

Desde lo alto de las galerías de la Rotonda, algunas damas lanzan miradas ansiosas sobre el océano de cabezas que se levantan para mirar el cuadrante, y entre ellas está la novia de Sheridan. ¡Pobre jóven! Observa aquellas frentes arrugadas, aquellos gestos furiosos, y supone, no sin razon, que todos los hombres están armados; comprende el odio que inspira su prometido, odio que no puede extinguirse sino con la sangre. ¿Terminará la noche con una matanza general?

Del pupitre del empleado del telégrafo parte este grito:

—¡Noticias de Washington!

—¡Leed! gritan cien voces.

Uno de los empleados salta á un banco, mostrando en la mano el telégrama impreso, y grita alegremente al agitar la hoja de papel:

—¡Señores, el presidente retrocede!

Al pronto no se da crédito á lo que se oye; y cada cual palidece, y con acento tembloroso dice á su vecino:

—¡Retrocede!

—¡Sí, retrocede!

Y al punto la situacion se despeja; deslízase la sonrisa en todos los labios, brilla la alegría en todos los ojos; estréchanse unos á otros la mano, y sepáranse despues para ir á propagar por todas partes la fausta noticia.

—La fuerza queda burlada, dice uno de mis amigos; Dorell rechazado, Belknap desmentido y Sheridan recusado; el presidente no acepta ninguna responsabilidad; Sheridan deja de tener apoyo, y sus insinuaciones se consideran como ilegales. Sí, la fuerza queda burlada. Ahora queda Sheridan en libertad de realizar su viaje de recreo, para ir despues á casarse. En cuanto á la tercera eleccion, está muerta y enterrada. *Exit Cæsar.*

XXXVI

Georgia.—Atlanta.—Belleza de sus alrededores.—Carácter de la poblacion.—Proporcion de electores negros y blancos.—Estado de los espíritus.—Irritacion profunda contra Grant.—Las ligas blancas y negras.—Muerte de Jemmy Gray.—Pretensiones de los negros.—Locas esperanzas.

Atlanta, capital de Georgia, comienza á renacer. Víctima de la guerra, tomada por Sherman durante su demasiado famosa expedicion, cuando apenas contaba diez y siete años de existencia, fué saqueada con tal crueldad, que su rio parecia arrastrar lavas ardientes, y de una manera tan completa que solo algunos rosales eran los mudos testigos de su antiguo esplendor: Atlanta, renaciendo de entre sus ruinas, es el tipo de Georgia.

Edificada sobre una colina, circuida de una verde faja de fresnos y pinabetes, y dominando vastas llanuras, es realmente una capital, rango á que la elevó, despues de su catástrofe, una poblacion orgullosa y agradecida.

El suelo es rico y de color rojizo; por doquiera se extienden abundantes pastos y campos fértiles plantados de algodon, de arroz, de tabaco y de maíz.

El cielo es límpido, de un azul tan puro como el de la isla de Chipre. Aquí apacientan rebaños; allá galopan pastores; por la ciudad circulan negros cargados de algodon. La escena es pastoril y poética; inglesa por los rasgos mas salientes, recuerda por los detalles mas bien las orillas del Niger que las del Trent.

En cada vertiente de la colina hay casas de madera pintadas de blanco, que con sus columnatas y jardines se anidan en bosquecillos de verdura.

Alrededor de estas quintas juguetean varios niños, semejantes á los que los poetas de Nueva-Inglaterra ponen á la sombra de los manzanos del condado de Kent. ¡Qué sonrosadas son sus mejillas! ¡Cuánta travesura expresan sus ojos! Aquí se vivifica la sangre de la antigua Inglaterra, tan brillante, tan pura en Georgia como en los condados de York y de Somerset.

Sin su poblacion negra, Georgia pareceria un país de la Gran Bretaña.

En Georgia desempeña el negro un papel importante, pero no el de dominador. Contrariamente á lo que sucede en Luisiana, en Mississipí y en la Carolina del Sur, Estados donde el elemento negro tiene la ventaja por el número, en Georgia hay una pequeña mayoría de electores blancos.

Sin embargo, es tan débil y la poblacion negra tan compacta, que se hace dueña de las elecciones. En los condados de Beldwin, Early y Sumter, por ejemplo, hay unos dos negros por cada blanco; en los de Backer, Camden, Columbia, Effinghan y Troup, se cuentan mas de dos; en el condado de Libertad, cerca de tres; y en los de Bullock y de Hurston aumenta la proporcion, siendo de cuatro por uno en el condado de Lee.

Si todos estos negros se agrupasen bajo la

direccion de ciertos aventureros y estuvieran protegidos por las bayonetas federales, podrian establecer jueces, corregidores y recaudadores negros como en Luisiana y el Mississipí, enviando senadores de color á Atlanta, ya que no á Washington.

El condado de Lee podria tener su Antonio, aunque Georgia no consiguiese poseer un Pinchback.

En la actualidad estos negros, dedicados únicamente á sus trabajos agrícolas y domésticos, no se ocupan de política, aunque la menor noticia procedente de Vicksburgo, de Jackson, ó de Nueva-Orleans, basta para enardecer su espíritu.

La legislatura de 1875 comienza bajo la influencia de una gran emocion: mas feliz que los Estados vecinos, la Florida y la Carolina del Sur, Georgia ha recobrado su libertad, y tiene ahora un gobernador indígena, Santiago M. Smith. La legislatura y el poder ejecutivo son conservadores, y como tales, adversarios encarnizados del presidente Grant.

Aunque han sufrido por la guerra menos que los naturales de Virginia y de la Carolina del Sur, los georgianos están mas exasperados que los hijos de cualquier otro Estado de la confederacion.

El incendio de Atlanta, el saqueo de las propiedades en Milledgeville, los desperfectos causados en los caminos, las vias férreas, los puentes y canales, son á sus ojos actos de venganza salvaje mas bien que de guerra leal. Los hechos de esta naturaleza quedan largo tiempo grabados en la memoria, y mientras no se olviden no es permitido suponer que se perdonen.

Hace diez años que incendiaba todas las ciudades del Sur la mas grande de las guerras civiles cuyo recuerdo ha conservado la historia: los viñedos y las plantaciones de tabaco eran pisoteados por ejércitos compuestos de centenares de miles de hombres, y cada uno de los Estados del Sur era teatro de mortíferos sitios y de sangrientas batallas. Incendiábanse inmensos bosques, se desviaba el curso de los grandes rios y se arrasaban pueblos florecientes: por doquiera reinaban la ruina y la desolacion.

Estas cicatrices están siempre sangrientas.

¿Quién tendria derecho para extrañarlo? Los muros desmoronados y ennegrecidos de Atlanta no han desaparecido aun, y conservan los odios de la poblacion.

Las heridas que infiere la guerra civil tardan mucho tiempo en cerrarse; una guerra de tribus ha dividido para siempre á los hijos de Israel. Durante varios siglos, la lucha de los patricios y de los plebeyos contuvo la expansion de Roma; rencores intestinos entregaron á Sevilla á los moros, y Dublin á los anglo-sajones; los conflictos en las calles abrieron á los turcos las puertas de Constantinopla; las guerras religiosas debilitaron á Francia y Alemania; los cantones católicos de Suiza se resienten aun de la expedicion de Friburgo (1).

Pero no hay guerra civil mas cruel que aquella que tiene por causa una cuestion social ó servil. Largos años trascurrieron antes que Roma pudiera cicatrizar las llagas ocasionadas por la sublevacion de Espartaco. Cade trastornó á la sociedad inglesa hasta en sus cimientos. La poblacion de Wurtzburgo y de Rothenburgo recuerda todavía con horror la insurreccion de Munzer. La efervescencia socialista y comunista no se ha extinguido en Francia ni en España. El año último oí en Cartagena el mismo grito insurreccional lanzado por los comuneros acaudillados por Padilla cuando reinaba Cárlos V.

—¿Hay muchos partidarios de la liga blanca en Georgia? pregunté á un senador en Atlanta.

—Sí, me contestó con franqueza; los hay blancos y negros en todos los distritos donde están representadas ambas razas. Una liga es en el fondo un sentimiento que cierta clase quiere imponer á todas las demás. En Atlanta hallareis partidarios de la liga blanca; pero guardaos de suponer que tengamos en Georgia miserables semejantes á aquellos de que hablan Sheridan y los diarios republicanos. Hay dos ligas de blancos, una verdadera y otra falsa: la verdadera se compone de conservadores deseosos de mantener el órden y proteger la propiedad; la falsa comprende individuos que ansían el desórden y el pillaje.

¿A cuál de estas dos especies debemos pertenecer, nosotros que poseemos y cultivamos casi todo el suelo de Georgia?

Las ligas son una de las necesidades de nuestra existencia; y lo serán mientras que nuestras ciudades sigan ocupadas por las tropas federales. Para evitar que perezcan nuestra capital y el país, es preciso concentrar las fuerzas de que disponemos, estrechando sus filas. La falsa liga blanca es una creacion del gabinete particular del Presidente.

—¿Pensais pues, repuse, que todo este desórden está fomentado por el gobierno con el objeto de apoyar la tercera eleccion del Presidente?

(1) El autor se refiere á la liga del Sunderbund (1846), formada por siete cantones católicos, para oponerse á la expulsion de los jesuitas y otras congregaciones religiosas. Fué disuelta, no sin alguna efusion de sangre, por el general Dufour.

—No es por otra cosa: todos esos intrigantes de Vicksburgo y de Nueva-Orleans hacen su negocio. Si Billy Ross fuera presidente y Pata de Oso ministro de la Guerra, no tendríamos ya liga del Alfiler, ni Caballos ligeros; pero en cambio, los periódicos todos los dias, y el Presidente cada mes, nos darian cuenta de los delitos de los negros en Cado y de las invasiones de los blancos en rio Colorado. Con un presidente demócrata, ya no se oirá hablar de la liga negra ni de la blanca.

—Sin embargo, la primera es un hecho.....

—Sí, existe una liga negra en todo pueblo ó barraca donde habitan los hombres de color.



Aldea de negros en el Estado de Georgia.— Tomada de una fotografía

¿Creeis que pueda menos de haberla en el Mississipí, despues del asesinato de Jemmy Gray?

En todas las ciudades del Sur no se habla sino de esta muerte y de las confesiones del asesino.

Gray, jóven negro procedente de una poblacion de Vicksburgo, habia sido muerto por órden de otro negro llamado Jeff Tucker, quien para cometer el crímen se valió del brazo de un tercero, llamado Oliverio. Despues de su prision, este último lo ha confesado todo.

Gray, individuo de la liga negra, habia oido en su cabaña la deliberacion de sus jefes; y así supo que Vicksburgo debia ser atacado por tropas negras, apoyadas por una multitud de hombres del mismo color; y que todos los ciudadanos blancos debian sufrir la muerte. Entonces se esquivó para librar de la matanza á varias personas que se habian mostrado benévolas con él; pero Jeff Tucker, uno de los jefes de la liga, hubo de concebir sospechas, decretó su muerte, y ejecutóse la sentencia.

Oliverio manifestó el mayor arrepentimiento, porque Gray no le habia hecho nunca el menor daño, pero Tucker era su jefe, y un juramento le obligaba á ejecutar las órdenes que le dieran, cualesquiera que fuesen, aunque se hubiera tratado de verter la sangre de su propio hermano. Cuando Tucker le ordenó dar muerte á Gray, llevó á cabo su sangrienta mision sin preguntar el motivo, pues no se atrevia, segun confiesa, y obedeció solo bajo el imperio del temor. Si no hubiera matado á Gray, habria perdido él la vida.

Los negros de Georgia parecen satisfechos;

pero ¿quién podria decir cuánto tiempo durará esta calma?

El negro es el hijo del misterio; mas ¿quién ha de prever lo que hará ó no hará? Las voces interiores le impelen; los fetiches le inspiran; conserva los estigmas de la supersticion africana hasta en los bancos de la escuela y en el santuario del templo.

Siempre está dispuesto á dejarse seducir por las promesas mas disparatadas, como la de la «hectárea y la hermosa mula;» y no faltan aventureros que se las repitan en el momento oportuno.

La supremacía de que ha gozado un instante le ha vuelto loco de contento. ¡Qué dia tan glorioso para los hijos de Cam! Al negro le gusta mucho desempeñar un cargo público, y sobre todo que le den el título de *excelencia*, y aplicar á los blancos la multa impuesta contra la embriaguez.

—¡Hi, hi! ¡gran tunante! grita desde su sitial de juez; ¡vos borracho!..... ¡Hi, hi! cincuenta pesetas. (Véase el grabado de la pág. 92.)

Así como todos los demás salvajes, los negros georgianos quieren ser amos absolutos: inútil es tratar de hacerles comprender que figurando en mas reducido número que los blancos, deben someterse á la mayoría; creen que cada cual debe ser á su vez gobierno, y que despues de la dominacion de los blancos ha de llegar la de los negros.

Varios miles de estos últimos, armados por las autoridades del Estado, han aprendido las maniobras militares.

Los regimientos de la milicia se componen en su mayor parte de negros, y tienen por oficiales aventureros, de esos que han acudido en tropel á las plantaciones de algodon y de arroz. Hé aquí porqué constituyen una causa perpetua de desórden.

Algunos aventureros han propagado el rumor de que el general Grant quiere conceder á los negros la supremacía en el Estado, despojar á los blancos y humillarlos; negros y mulatos lo creen así firmemente.

¡Pobres hombres, que no saben leer ni escribir! Cuando niños eran esclavos; y en cuanto á política, son tan ignorantes como un campesino de Suabia. El código de la moral, y las ciencias sociales son para ellos letra muerta; pero el mas pobre de los negros georgianos comprende la diferencia que existe entre una choza y una casa, una despensa vacía y una mesa bien provista, buena ropa de abrigo, y andrajos de algodon, un asiento junto al arroyo y un sillon en la cámara legislativa.

«¡Dirigid la vista á Luisiana y al Mississipí! exclaman los aventureros. ¿Qué veis? Jueces, recaudadores y legisladores negros. En Nueva-Orleans y en Jackson hay tambien senadores, sub-gobernadores, y ejércitos federales todos negros, para mantener á los blancos bajo su dependencia. Luisiana envia á Pinchback, y el Mississipi á Rush, para representar á los hombres de color en el congreso nacional. ¡Uníos pues para elegir vuestros propios candidatos!»

Excitado por estas brillantes insinuaciones, Sam (1) sueña al punto en ser candidato para la legislatura.

Si no tiene la suerte de Pinchback, tal vez le favorezca la de Antonio, ó cuando menos la de Demas. Si uno de sus congéneres ha obtenido un asiento en Jackson ó en Nueva-Orleans, ¿porqué no ha de conseguir él otro en Atlanta?

Sabe que el mas ínfimo senador gana quince pesetas diarias por arrellanarse en un sillon, mascar tabaco, contestar á la lista, é ir á menudo á beber una copa de aguardiente. En una plantacion no gana el negro mas que quince pesetas á la semana por coger el algodon y trasportarlo.

¿Porqué pues no intentar en Georgia lo que los hombres de color realizan tan fácilmente en el Mississipí y en Luisiana?

—Algunos de nuestros políticos negros os divertirian mucho, me dice un personaje bien conocido. Esta mañana, mi criado negro me limpiaba las botas; de repente alza la cabeza, me mira de frente, y pregúntame sonriendo si quiero indicarle la marcha que debe seguir para ser candidato en la legislatura.

»El buen hombre no sabe apenas leer, y desconoce del todo el uso de una pluma; barre la casa, limpia mi caballo... y quiere legislar por mí.»

XXXVII

dominacion de los negros.—Estado deplorable de la Carolina del Sur.—Dominio absoluto de los negros.—Emigraciones de la raza negra al interior de América.—Costumbre del infanticidio.—Pasion desordenada del negro libre á la vida errante.- Su destino futuro.

Bajo el punto de vista de las relaciones entre las razas blanca y negra, la Carolina del Sur es la region mas desgraciada de los Estados Unidos.

En Luisiana se equilibran poco mas ó menos los dos colores, aunque puede ser que en nueve ó diez años quede la ventaja en favor de los blancos, quienes aumentan el número, al par que disminuyen los africanos. Aun en el Mississipí

(1) Nombre genérico que se da al negro en los Estados Unidos.

no son los hombres de color mucho mas numerosos que los blancos, figurando en la proporcion de siete contra seis, todo lo mas. En ninguno de esos Estados predomina lo suficiente la poblacion africana para que sea desesperada la lucha electoral.

No sucede lo mismo en la Carolina del Sur, que solo se designa ya con el nombre de Estado perdido: la dominacion del negro es absoluta, el africano y su hermano bastardo, el mulato, reinan allí como déspotas.

Segun el último recuento, en la Carolina del Sur hay diez africanos por siete blancos.

Estos últimos tienen una mayoría considerable en siete condados, escasa en tres, y en los otros veintidos obtienen los negros una inmensa mayoría. En los condados de Richland y de Charleston son dos contra uno; en las sabanas, los hombres de color están casi completamente separados de los blancos; en el condado de Beaufort se cuentan por cada uno de estos seis negros, y en el de Georgetown cerca de siete. Los condados de Greenville, de Anderson, y de Spartanburg envian ciertamente á la legislatura hombres de letras, abogados y plantadores; pero el voto de un Trenholm ó de un Russell no se cuenta por mas que el de un negro procedente de los pantanos, y por un Trenholm ó un Russell, la Asamblea de la Carolina del Sur contiene tres de estos negros.

Con semejante ley de igualdad, apoyada por un ejército federal, ¿qué puede esperar un colono europeo?

Por sombrío que sea su horizonte, los carolinos ven puntos mas negros aun.

La gran zona de pantanos y de sabanas que se extiende desde el cabo Fear al Mississipi, y desde este rio al estrecho de San Andrés, parece ser la nueva patria de los africanos: allí es donde viven y pupulan; y si tuviesen una preferencia, recaeria seguramente en las húmedas y cálidas regiones situadas entre Columbia y el mar. El clima y el suelo les convienen igualmente: las calabazas no cuestan casi nada; el tabaco crece espontáneamente, y abundan las cañas de azúcar. Allí puede aspirar el negro á establecerse mejor que en ninguna otra parte; esa parece la tierra predilecta para los africanos, que se sienten como impelidos hácia ella por esas leyes misteriosas á las que el acto de emancipacion dió libre vuelo. La raza africana tiende á desaparecer en otros puntos.

Mas allá de esta zona simpática, pero siempre en los límites del sur, se extiende una region, desde el Chesapike al Misuri y al Arkansas, donde los negros vivian y se multiplicaban en el estado de servidumbre; pero actualmente abandonan estos grandes distritos, retrocediendo hácia el sur, y el mar. El Misuri y el Kentuky se libran poco á poco de su poblacion negra, no gracias á los edictos de expulsion, sino en virtud de una ley indefinible: Maryland y Virginia se hallan en el mismo caso.

¿De donde proviene, en efecto, esa completa mudanza de los africanos del norte al mediodía?

¿Se ha determinado hasta aquí la causa de esas emigraciones comunes al hombre y al cuadrúpedo, al ave y al pez? ¿Se ha penetrado el secreto del arenque, de la langosta y del springbok (especie de antílope)?

¿Quién dirá por qué en otro tiempo abandonó el godo su país, y por qué se aleja hoy el mogol de su suelo sagrado? ¿Será que esos pueblos, no pudiendo vivir en su país, iban á buscar la existencia en otra parte?

Será posible; pero esto no debe considerarse sino como un hecho material que solo resuelve en parte la emigracion del ave y del pez, y mucho menos aun la del hombre y del cuadrúpedo.

Entre los séres creados hay algunos que buscan el calor y la luz; otros no obedecen sino á la necesidad del hambre. Los hombres se sienten á menudo impelidos por instintos mas elevados que los del calor y la alimentacion. ¿Fué por ventura la escasez la que condujo á los cruzados á Palestina y á los peregrinos á Nueva-Inglaterra? ¿Fueron los jesuitas al Paraguay y los franciscanos á Méjico, solo con la esperanza de habitar chozas y vestir pieles de antílopes? ¿Quién impelió á los rusos á Troitza, á los moros á la Meca y á los mormones al Lago Salado?

—¿Creeis, pues, pregunté á un periodista, que los hombres de color se alejan de Kentuky y Virginia para ir á la Carolina del Sur?

—Sin duda alguna: en todas mis peregrinaciones he visto negros, mulatos y cuarterones que se dirigian en tropel hácia el sur. Verdad es que, gracias á las epidemias, á las cuales está sujeta la raza negra mas que ninguna otra, mueren muchos mas de los que entran en nuestro país.

¿Y qué deducir de estos hechos?

¿Serán la Carolina del Sur, Alabama y el Mississipí, y sobre todo la primera, el receptáculo de esa inundacion procedente del Misuri, de Kentuky, de Maryland y de Virginia, ó bien será este inmenso exodo una señal de decadencia?

Ofrécese al espíritu una doble solucion.

¿Se desarrolla en América la raza africana? ¿Están allí mejor alojados y alimentados sus individuos?

No hay acuerdo sobre la cuestion de saber si

el número de los africanos aumenta en América. Lo cierto es que el término medio del aumento se ha debilitado. Que los negros no se multiplican en la misma proporcion que los blancos es un hecho incontestable; todos los estadistas prueban que el estado de libertad es menos favorable á su desarrollo que el de servidumbre.

En cuanto á su alimentacion y manera de vivir, se han conservado poco mas ó menos lo mismo que antes de su emancipacion; y aun fuera de ciertas excepciones, los negros y mulatos habitan casas menos cómodas, y su alimento no es tan sano. Si chupan mas caña de azúcar y mascan mas tabaco, lo que comen es menos



— Sois un haragan !... Sois un borracho! ..

fortificante, y sus moradas no tan habitables. Entre ellos ha llegado á ser muy frecuente el infanticidio, ese vicio de las tribus salvajes.

A sus mujeres les repugna criar los niños, que exigen grandes desvelos, cuestan mucho dinero y necesitan contínuos cuidados.

Cuando era esclava, la negra debia criar sus hijos que representaban una propiedad; una vez libre, queda abandonada á sus instintos, que así como la mujer mogola, le inspiran algunas veces este género de muerte. En África, los Papals y los Bulloms matan á su progenie; y en América no se ha conseguido aun desarraigar esa salvaje costumbre. En el estado de libertad parece reanimarse el genio primitivo de la raza. En la Carolina del Sur, el negro libre debe alimentar y vestir á su hijo, y cada duro que gasta para cumplir con este deber le priva mas de satisfacer sus pasiones dominantes, es decir, mascar tabaco y beber aguardiente.

Me han asegurado que el infanticidio es en la actualidad tan comun en los pantanos de los negros como en la estepa del tártaro.

Hé aquí la verdadera cuestion negra.

No se trata de nimiedades, tales como la de si los negros pueden entrar en el mismo coche y sentarse á la misma mesa de los blancos, ó bien de si los primeros pueden votar, legislar y llevar armas como los segundos. La verdadera cuestion negra en la Carolina del Sur, así como en otros puntos, consiste en saber si los hombres de color pueden vivir en el estado de libertad.

En la esclavitud está prohibida la vagancia: lo que ha contribuido sobre todo á que el hombre pase de la licencia salvaje al órden constituido es esa restriccion impuesta á la libertad indivi-

dual, que convirtió al nómada en ciudadano. Algunos salvajes no son susceptibles de entrar en esta via.

¿Es posible fijar á un africano en un punto?

Si está libre, no obedece sino á su capricho; va y viene á su antojo: esta semana se hallará en el Misurí; dentro de ocho dias en Tennesee; y á los quince en otro cualquiera.

Las tentativas hechas por Rusia para colonizar sus estepas la condujeron á la servidumbre, y solo despues de tres siglos de una disciplina de hierro pudieron creer al fin los czares que el pueblo ruso habia renunciado á sus antiguas costumbres nómadas.

¿Son los negros aptos para la colonizacion?

Es imposible imponer residencia fija al Siux



Puerto de Charleston.-- De una fotografía

ó al Apache: un Piel Roja no sabria vivir cerca del blanco.

¿Tiene el negro la fuerza suficiente para sostenerse por sí solo? El número de los negros se acrecentó durante su servidumbre; el de los rojos disminuyó cuando eran libres. ¿Estará reservada para los primeros la suerte de los segundos?

Los que penetrados de un celo piadoso concedieron á los negros la libertad, ¿qué han hecho sino decidir, en su ignorancia de las leyes de la naturaleza, su lento pero infalible exterminio?

—Estad seguro de una cosa, me decia el coronel Bonfield, oficial sudista que ha estudiado la cuestion negra en el campo de batalla, en las plantaciones de tabaco y en las escuelas públicas; nosotros no tendremos mas tumulto en las calles; no permitiremos que influya en nuestra conducta ninguna pasion local. Hemos cometido una gran falta al separarnos de nuestra bandera, pero hace ya largo tiempo que la reconocimos; y no volveremos á incurrir en ella.

»Toda nuestra confianza reposa en la ley de vida.

»El negro tuvo su hora de supremacía; si su petulancia y su locura nos irritaron, jamás nos atemorizó su fuerza.

»Aun ahora, cuando hay en Washington un presidente que piensa como él, una mayoría amiga en la legislatura, y el apoyo de todas las fuerzas públicas, no le tememos. Un europeo aventajará siempre por su vigor corporal á un africano. Como no hiera en la sombra, ó arroje una tea encendida en una habitacion, el hombre de color es casi incapaz de hacer daño. La lucha

entre el blanco y el negro es la de un hombre contra una mujer, y lo mismo sucede colectivamente.

»Si se establece una colonia en las orillas del Santie ó del Edisto (dos rios de la Carolina del Sur), poniendo en ella diez europeos y noventa negros; si se distribuye á cada uno de los cien colonos el mismo espacio de tierra, los mismos útiles y dinero; si despues de darles un código libre y derechos iguales se les deja cultivar el suelo, hacer leyes y administrar por sí mismos, al cabo de diez años, los blancos serán los únicos propietarios de las tierras, de las cosechas y de los capitales.

»La naturaleza ha concedido al blanco mas inteligencia y vigor, mas inventiva, mas arrojo y perseverancia que al negro; y nada podria impedir al blanco ser el amo en este continente.

»En este caso ¿porqué apelaríamos á las armas para provocar una solucion infalible? Solo un enemigo de la civilizacion de los blancos podria desear una guerra civil. Esperamos con la seguridad de que nuestra paciencia nos proporcionará la victoria.»

Mi amigo tiene razon.

El negro se acostumbra mal á la vida libre, cuyas condiciones le destrozan y aniquilan.

Todo es relativo en el universo, y durante veinte siglos, Europa ha sido el fecundo semillero de todas las fuerzas vitales. Alimenta á los demás continentes con plantas y animales enviándoles hombres de las razas mas superiores. Un pinabete trasportado de Europa á América se multiplica de manera que forma un bosque, matando cuantos árboles indígenas se hallen en las inmediaciones. Si se importa un caballo y un toro, ahuyentan al búfalo y al alce.

Las especies inferiores dejan su lugar á las superiores.

Aun con el apoyo temporal de las tropas federales, el ascendiente de los negros se desvanecerá ante la ciencia de los blancos, como un bosque de plantas desaparece ante un pinabete inglés, y una manada de gamos ante un brioso caballo.

XXXVIII

Charleston.—El campanero.—Indiferencia y pereza.—Admirable vegetacion.—Predominio de los negros en el gobierno.—Ideas de los negros sobre los deberes del funcionario.—Un portero negro, candidato á la diputacion.—El gobernador Chamberlain.—Importancia de Charleston en la guerra separatista.—Táctica de los blancos para sustraerse de la tiranía de los negros.—El condado de Edgefield.

Destacándose sobre Charleston, como San Pablo sobre Lóndres, el nuevo campanario domina aquella ciudad y su vasta rada, sus graciosas torrecillas, sus floridos jardines y sus edificios ruinosos.

Al llegar á la plataforma de este campanario, veo un guardian apoyado en un ángulo, y fumando su pipa con la vista fija en el cielo.

—¿Qué hora puede ser? me pregunta.

—Poco mas de medio dia.

—Entonces voy á tocar la campana.

Y al punto resuena el sonoro tañido.

Algunos transeuntes levantan la cabeza y murmuran: «Es medio dia, es la hora de la oracion.» Allah hu Akbar.

—Parece que la hora exacta os importa poco, digo al guardian.

—Ciertamente, caballero; aquí no somos bastante locos para atormentarnos por algunos minutos mas ó menos. ¿Qué importa esto?

El guardian es carolino, y con su mirada perdida en el espacio es el verdadero tipo del habitante de la Carolina del Sur.

¡Qué orgullosa é indolente poblacion! ¡Qué region tan pintoresca é iluminada!

Desde lo alto del campanario se contempla el Ashle y el Cuper, rios que circuyen la ciudad como el Hudson y el rio del Este abrazan la de Nueva-York. ¡Con qué languidez se dirigen sus aguas hácia la bahía desarrollándose á lo largo de las islas y riachuelos, van y vienen, segun la marea, al rededor de los fuertes Ripley y Sumter, y viértense en el Océano Atlántico por el paso de Beach!

Dirigid una mirada á esos bosquecillos de mirtos y de palmeras. ¡Qué rica vegetacion! ¡Y qué lozana verdura!

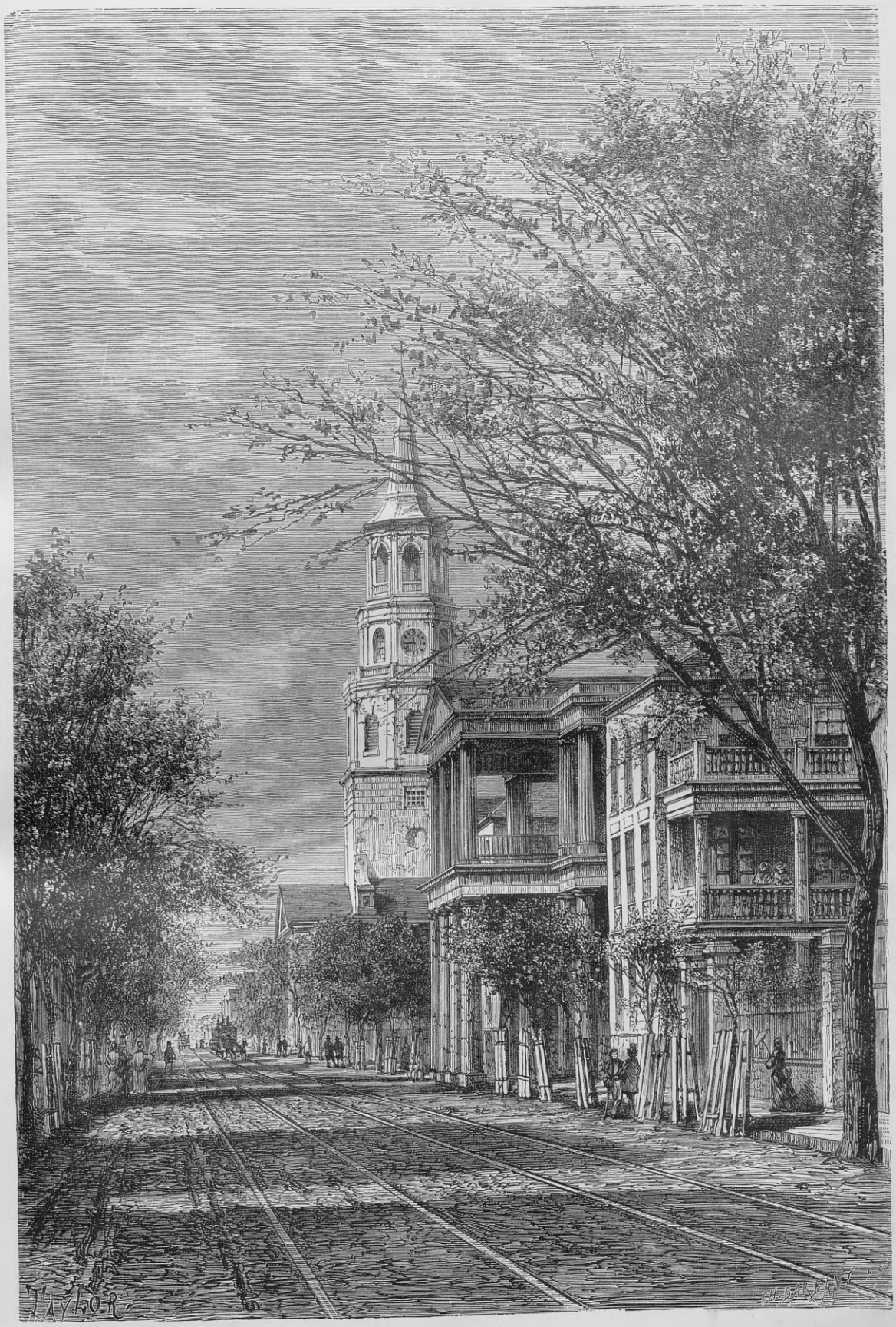
¿Habrá en el mundo nada mas encantador en su género que una de esas quintas de la rada, con vistas al castillo de Pinckney, y la batería de la calle del Rey, con sus balcones sombreados por las cañas y las palmeras, y su cortina de naranjos en la orilla?

¡Y qué hermosas son las mujeres que recorren las avenidas, miran á través de las persianas, ó se inclinan en los balcones! Seguramente son las hijas de las grandes damas que sirvieron de modelo á Lely y Van Dick.

Y sin embargo, ¡qué salvaje energía hay en ambos sexos!

En Charleston ha degenerado en proverbio «que ningun negro ó mulato osa mirar de frente á un caballero.» ¡Cuántas negras y mulatas hay que se atreverian á mirar á una blanca!

El gobierno de la Carolina del Sur se halla bajo el dominio de los electores negros; y el Estado es por ahora una república negra, administrada como una italiana de la Edad media, por un extranjero.



Meeting street, en Charleston

Este podestá americano se llama Daniel Chamberlain.

Un negro, Roberto H. Gleaver, es el sub-gobernador: de los treinta y tres senadores, catorce son negros; y la Cámara baja, compuesta de ciento veinticuatro individuos, no cuenta menos de setenta y tres negros.

El sub-gobernador Gleaver preside la Cámara alta; el presidente de la baja es tambien negro, y se llama Elliot. Aunque pocos senadores de color saben firmar su nombre, todos aspiran á los mas altos cargos. El secretario de Estado es igualmente negro.

Se dejan para los blancos los empleos que exigen algunos conocimientos en lectura y escritura, como los de procurador general y superintendente de instruccion pública. Los negros se reservan los destinos mejor retribuidos, y aquellos que permiten adquirir mas influencia. El tesorero es negro, así como tambien el ayudante é inspector general. El jefe de la magistratura, Moses, es blanco; pero su asesor Wright, negro.

Los jueces de la Carolina eran inamovibles, lo mismo que los ingleses, y rara vez se les destituia; pero esta medida, conservadora en lo que concierne á la alta magistratura, no se ha respetado en el plan de reorganizacion.

Actualmente se nombra á un juez solo por cuatro años, siendo raro que se le reelija; y como el plazo es corto, procura beneficiarse cuanto es posible.

Algunos jueces, y lo sé por conducto seguro, comercian en algodon, arroz y otros comestibles; y á veces se presentan en la barra como abogados. Un negro ignorante que obtiene un tribunal por un voto de partido se halla expuesto á numerosas tentaciones.

El negro no es capaz de comprender que para ocupar un empleo se necesita un aprendizaje, ya que no una aptitud natural; no ve sino el derecho de sentarse y fumar, de ser brutal y grosero, y percibir su paga. El empleo se ha hecho para el hombre y no el hombre para el empleo.

Si se pregunta á un negro lo que desea, contestará: «Un destino.» ¿Cuál? Poco le importa; lo mismo le da juez que carcelero; todo es un destino.

Hace algunas semanas me presentaron en Filadelfia un negro llamado Enrique Griffin; era un moceton de unos treinta y cinco años, de aire truhanesco, y que despues de ser portero, creia llegada la hora de recorrer los grados de la escala social. Sus vecinos se repartian los despojos públicos; y en este caso ¿porqué no habia de participar él tambien? Partiendo de esta idea, y arrostrando las burlas de sus amos presentóse como candidato á la legislatura en el séptimo distrito de Filadelfia.

—¿Cuál es vuestro color político? pregunté al candidato.

—Soy republicano, caballero.

—¡Republicano! Entonces os pronunciais contra Bardsley y Patterson, que participan de vuestras opiniones, proporcionando así á vuestros enemigos los demócratas la probabilidad de vencer.

—¿Lo creis? ¡Bah! ¡Qué importa! Nosotros queremos nuestra parte de bollo, y los republicanos nos hacen toda especie de jugarretas.

—¡De veras! Yo pensaba que os habian concedido la libertad, combatiendo por vosotros contra sus hermanos del sur.

—¡Oh! de eso hace ya mucho tiempo; es cosa muerta y enterrada. Yo hablo de hoy: nosotros, los hombres de color, votamos por los republicanos; y cuando han vencido gracias á nuestros esfuerzos, nada nos dan. Tenemos un gobernador blanco, un ministro de Estado blanco, y blanco tambien el jefe de la magistratura.

—¿Quisierais tener acaso un magistrado negro en lugar de Daniel Agnew?

—Cuando menos, podríamos tener un consejero de color, un cartero y un agente de policía. ¿No hay en Nueva Jersey, al otro lado del Delaware (1), agentes y magistrados negros? En Pensilvania, y aunque nos titulemos republicanos, no ocupa ningun destino un hombre de color, como no sean los llaveros de la cárcel; y á los agentes de color se les obliga á barrer sus habitaciones y blanquear las paredes. ¿Es acaso esto igualdad?

Griffin es cuando menos franco: poco instruido en el arte de fingir, encubriendo viles ideas bajo bellas formas retóricas, confiesa ingénuamente que desea introducir los dedos en la caja pública.

La situacion es en la Carolina del Sur menos tirante de lo que se pudiera esperar con una administracion de aventureros, una legislatura negra y un ejército federal.

Daniel H. Chamberlain, el gobernador, natural de Nueva Inglaterra, ha venido á Charleston como Guillermo P. Kellogg á Nueva-Orleans, con un saco de noche, modales rebuscados, y la lengua muy suelta. Hace ya tiempo que se halla en el poder; y no sin causa, le han atacado violentamente los conservadores. Ahora modifica su

(1) El Delaware separa la Pensilvania de los Estados de Nueva-York y de Nueva-Jersey, baña á Filadelfia, y se vierte en la bahía de Delaware despues de recorrer un curso de cuatrocientos kilómetros.

política, conteniendo los excesos de sus amigos los hombres de color, y acercándose cada vez mas á la minoría blanca. Algunos conservadores moderados, como el capitan Walker y Jorge Trenholm, están dispuestos á secundarle, y han renunciado á votar, hablar é intrigar contra él.

Chamberlain ha hecho mucho daño, y es hombre capaz de hacer mas aun. Mejor dotado que Kellogg, su centro de operaciones de la Carolina del Sur es no menos espinoso que el de Kellogg en Luisiana; está apoyado por una fuerte mayoría negra, y tiene mas influencia en el Norte que su congénere Kellogg, no porque los ciudadanos de Boston y de Nueva-York le conozcan mejor que á su rival ó le aprecien mas, sino porque los pecados de Charleston están mas presentes en su memoria que los de Nueva-Orleans. Si pareciesen necesarias medidas de represion, Chamberlain podria contar con el apoyo del Congreso y la simpatía de todas las ciudades del Norte sin excepcion.

El crímen de Charleston no es de aquellos que se olvidan y perdonan: allí se organizó la separacion; allí fué donde la bandera nacional recibió el primer insulto (1).

La opinion general en el Norte es que todos los barrios de la ciudad debieron ser destruidos hasta en sus últimos cimientos, arrasados los muelles y los docks, cegados sus canales y dispersados sus habitantes en la superficie del globo.

Ante un hombre que representa una fuerza tan considerable y sentimientos tan apasionados, los conservadores comprenden que es necesario usar de tanta prudencia en su conducta como de moderacion en su lenguaje.

Lo mismo que todos los extranjeros, Chamberlain se muestra ávido de consideraciones: su dicha es grande cuando puede sentarse á la mesa de un hombre de mundo; su alegría inmensa cuando una mujer bien nacida se digna contestarle con una sonrisa.

Raro es, si acaso hay ejemplo, que un podestá de Verona ó de Ferrara se haya mostrado insensible á los cumplidos sociales; el de la Carolina del Sur contesta á las cortesías de los blancos con tanto ardimiento como se lo permite su temor de enajenarse las simpatías de sus amigos negros.

—La situacion se dibuja en vuestro favor, dije á un celoso conservador.

—Bastante bien, repuso; sufrimos y nos resignamos; el tiempo hará lo demás. Aunque extranjero, como Kellogg en Luisiana, Chamberlain es casi un caballero. Su orígen y su política nos desagradan igualmente; mas por el interés público estamos dispuestos á prestarle nuestro apoyo.

Segun lo que me dice nuestro cónsul, los asuntos comienzan á recobrar un poco su primera actividad; y hasta su naturaleza se ha modificado desde que se renunció á los antiguos procedimientos. Los jóvenes que llegaron de Nueva-York y de Chicago han sabido comunicarles una energía completamente nueva, ocupándose solo de sus asuntos, y trabajando en los muelles y las casas desde el amanecer á la hora del crepúsculo. Ellos son los que progresan.

He obtenido iguales informes en los salones de lectura y en los clubs. Charleston produjo la guerra civil por su precipitacion: ninguna ciudad marítima tenia tanto que perder, y ninguna ha perdido mas. Profundamente resentida en su orgullo, esfuérzase sin embargo, con loable desinterés, por olvidar sus miserias presentes, reparar sus pasados errores y prepararse para un porvenir mas brillante.

Un plantador con quien hablo en el club acerca de este porvenir, exclama vivamente:

—¿De qué sirve jugar á la democracia? De nada. La rama democrática de la Carolina ha muerto.

»¡Las listas electorales! dícese que se han falsificado, y sabemos que es verdad; pero ya están formadas, y los oficiales federales aseguran su exactitud.

»La ley ha dado á nuestros negros el derecho de votar; y el sufragio universal es en una república el todo.

»¿Por qué luchar contra la roca? Ya lo intentamos en 1868; pero ¿qué ha sucedido? Nos batieron vergonzosamente en todos los campos de batalla electorales. Ni un diputado conservador fué elegido, y una tercera parte de la Asamblea se componia de la escoria de la raza blanca, extranjeros y capitalistas arruinados, sin haber un solo hombre en quien nuestros compatriotas pudieran tener confianza. Las otras dos terceras partes se componian de negros y mulatos, los mas de los cuales no sabian leer y escribir. Nos derrotaron y robaron esos tunos que sostenia Chamberlain, y soportamos con resignacion tales injurias, aunque es verdad que bajo el cañon de las carabinas, hasta que se hagan nuevas elecciones.

»Instruidos por los acontecimientos, hemos adoptado otra línea de conducta, no con toda la actividad y uniformidad necesarias, porque es

(1) El 8 de enero de 1861, una batería de la isla Morris, en la rada de Charleston, cañoneó al vapor federal *Estrella del Oeste*. Este fué el principio de las hostilidades.

difícil modificar al hombre antiguo; pero el resultado nos invita á perseverar. Aunque distemos todavía mucho de tener un gobierno conservador en Columbia, hemos conseguido una mayoría blanca en el Senado, y una poderosa minoría, blanca tambien, en la Cámara baja; y gracias á nuestra nueva táctica, hemos conquistado en el condado de Charleston la mitad de los asientos, aunque los negros figuran en la proporcion de dos contra uno.»

—¿A quién debeis esta victoria?

—Al buen juicio y á la instruccion; á la facultad de organizar que posee el hombre blanco. En ciertos condados no contamos con fuerzas



Casa de campo, en Charleston — De una fotografía

suficientes para la lucha. ¿Para qué llevar siete candidatos á Beaufort, donde los negros son seis contra uno; tres al condado de Georgetown, donde la proporcion es de siete por uno; y á Charleston, donde es de tres? No podremos modificar estas listas electorales sino cuando seamos dueños del fuerte Sumter y de la ciudadela; pero ¿por qué no intentar un convenio? Tal fué la pregunta que nos dirigimos unos á otros.

—¿Y?....

—Los unos contestaron que la tentativa era inútil, y los otros que tal vez tendria buen éxito. Los negros tienen sus jefes, y estos no desean sino una cosa: llegar. Cada cual de ellos se muestra orgulloso y dase por feliz cuando puede hablar con un caballero; y á pesar de cuanto se ha hecho para sublevar á la raza servil contra sus antiguos amos, los negros conservan un afecto profundo al lugar de su nacimiento. Nosotros pensamos que se podria proponerles una negociacion.

—¿Y se ha hecho?

—Sí; el capitan Dawson, uno de nuestros mas firmes ciudadanos, se encargó de la mision. Fué á ver á los negros, quienes le recibieron de la manera mas amistosa, escuchándole atentamente; y les dijo lo que es verdad, que blancos y negros navegan en el mismo buque, y que deben flotar ó hundirse juntos. Preguntóles despues si no era preferible maniobrar colectivamente en vez de separarse en detrimento de unos y otros. Admiraron la exactitud de este razonamiento, y entonces les demostró Dawson que los blancos no tenian deseo alguno de oponerse á que los negros eligiesen sus representantes allí donde tuvieran mayoría.

»Dijo tambien que, en interés de la comunidad, los blancos les verian con gusto hacer buenas elecciones sin distincion de color, y que á ello se comprometian tambien, ofreciendo no oponer en sus distritos ningun candidato, lo cual evitaria á los negros muchos gastos é incomodidades.

»Esta franqueza y lenguaje agradaron á los negros; y á pesar de la oposicion de los agitadores, acordóse el convenio y se ejecutó lealmente. Ha resultado una lista de republicanos moderados, en vez de extranjeros y comunistas; de modo que á despique del ascendiente de los negros, contamos ahora con una poderosa influencia en la legislatura.»

El éxito de esta nueva política impresiona vivamente, segun dicen, al gobernador Chamberlain, y comienza á dar sus frutos. Chamberlain comprende que si se obra por mediacion de los negros, no será á él á quien ataquen; ha vuelto la espalda, sabiendo muy bien que con la nueva Asamblea no podrá realizar jamás en Columbia lo que Kellogg trata de llevar á cabo en Nueva Orleans.

Acaba de ocurrir un hecho que permite reconocer este cambio de frente.

Hace varios meses que su gabinete recibia quejas relativas á graves desórdenes de que era teatro el condado de Edgefield.

Bañado por el Savannah y limítrofe del condado de Lincoln, Edgefield contiene una gran mayoría de hombres de color. Todo es allí negro, la milicia, el general y su estado mayor, el corregidor, el juez y los demás agentes oficiales. Se trata á los blancos como si fueran de una raza inferior. Si uno de ellos contesta á un insulto, convócase al punto á la guardia negra.

—No teneis derecho de convocar á la milicia, dicen los ciudadanos, eso es violar la constitucion.

Pero en el condado de Edgefield, los capitanes y coroneles negros se burlan de la constitucion. Si se suscita una contienda entre un negro y un blanco, los capitanes reunen sus compañías y corre la sangre.

Hace dos años que el gobernador Chamberlain rehusó intervenir: con su mas dulce sonrisa contestó al demandante que se hacia mucho ruido por nada.

Su secretario, mas franco, dijo que se tenia mucha razon al castigar á los antiguos tiranos.

Pero el gobernador Chamberlain acaba de abrir los ojos á la razon.

Habiendo recibido nuevas quejas de la misma localidad, encargó á un magistrado republicano, al juez Mackey, que fuera inmediatamente al sitio para examinar la situacion é indicar el remedio.

Mackey acaba de volver con el informe que se le ha pedido, y dice en él: que contrariamente á un artículo formal de la constitucion del Estado, los oficiales de color del condado de Edgefield tienen la costumbre inveterada de reunir sus compañías y ocupar la via pública en caso de tumulto; que la causa de casi todos estos desórdenes es la misma administracion negra; y que desde la época en que los barones normandos sujetaban con un anillo de hierro á los siervos sajones, jamás se habia visto sometido ningun pueblo inglés á indignidades semejantes á las que sufrian los habitantes blancos del condado de Edgefield.

Mackey concluia recomendando al gobernador el desarme y disolucion de los regimientos negros.

Chamberlain se inclina á seguir el consejo; pero la medida ofrece peligros.

Acostumbrados hace algunos años á llevar armas, los negros pueden oponerse á que se las quiten; y atendido el espíritu guerrero que predomina en los ánimos es de temer una sublevacion. Por otra parte, si Chamberlain licencia las tropas negras, le será preciso apoyarse cada vez mas en los blancos.

Semejantes compromisos, tales como los imaginaron Russell, Trenholm y Dawson, son concepciones de verdaderos hombres de Estado.

El triunfo obtenido por los conservadores en Charleston es favorable augurio para todos los demás Estados del Sur.

XXXIX

El negro de Virginia.—Estatua ideal del Capitolio.—Fotografía de Richmond.—Familias de labradores negros.—Un distinguido abogado negro.—Inclinaciones y costumbres del negro ordinario.—Indiferencia completa.—Manía de los entierros pomposos.—Funerales de Moisés Crump.—Cómo comprende el negro la libertad.—Porqué se lanza con pasion en la política.

El negro se presenta en Virginia bajo un doble aspecto, ideal y práctico.

En la biblioteca del Capitolio se ha erigido una estatua designada con el nombre de «guardia nacional:» representa un negro en toda la lozanía de su juventud y la impotencia de su raza.

El tipo negro está modificado, pero no como en la Sibila africana, obra maestra del escultor Story, que personifica de un modo tan notable la tristeza y el abatimiento de un pueblo servil. En el «guardia nacional,» el rostro está radiante de alegría; todo revela una energía enteramente animal; los ojos, mirando al cielo, parecen buscar la luz. Libre y consciente de su libertad, el

jóven negro parece perplejo aun. ¿Qué hará con tan magnífico donativo?

Lleno de fuerza y de vigor, duro para el trabajo, y deseoso de aprender, fáltale todavía encontrar un camino. Hé aquí el retrato ideal del jóven negro.

Detrás de los escaparates de los almacenes de Richmond se ha expuesto otra version de la misma figura, tratada por un artista que no idealiza nada, por el sol.

El lente ha reproducido al negro tal como es: sentado en la calle, junto á la puerta de un carpintero, sobre un monton de virutas y de polvo: está encargado de limpiar el taller; mas no ha podido resistir á la tentacion de salir á tomar el sol (véase el grabado de la pág. 101).

Todo trabajo desagrada comunmente al negro, que de buena gana pasaria toda su vida holgando ó durmiendo.

En vez de limpiar su taller, el negro se tiende sobre un lecho de virutas: acariciando con una mano el mango de la escoba, y apoyada la cabeza en la palma de la otra, se sumerge con delicia en la region de los sueños. No necesita luz para buscar su camino; solo necesita una cosa: que le dejen cerrar tranquilamente los ojos, y tostarse al sol.

Hé aquí el retrato práctico del negro.

—Apuesto á que hallaremos á los mas de nuestros guardias nacionales dormidos como ese negro, me dice sonriendo mi amigo.

A lo largo del rio Amarillo se encuentran algunos individuos de la familia negra, cuya vida es laboriosa, y que saben sostenerse por sí mismos con sus propios recursos.

He oido decir que estos negros, despues de abandonar los centros de poblacion con todos los vicios inherentes á su raza, se posesionaron de espacios de tierra, y gracias á sus perseverantes esfuerzos, realizaron beneficios, haciendo algunos ahorros.

Varios individuos llegaron á ser labradores acomodados, y ocúpanse principalmente en el cultivo del tabaco, que produce mucho.

Esta gente de color envia sus hijos á la escuela; y hasta se cuentan algunos mulatos que tomaron sus grados en la universidad, dedicándose con éxito á profesiones liberales.

Estos hechos son un feliz presagio para el porvenir.

No olvidaré la sorpresa que causé en un salon al visitar por primera vez á Richmond, cuando referí que me habian admitido en el foro el mismo dia en que se recibió á un negro de la Jamaica.

—¡Cómo! exclamó una dama perteneciente á una de las mejores familias del Estado, ¿admitís á los negros en la clase de los abogados?

—Ciertamente; y hasta os diré que ese negro figuró á la cabeza de la lista y presidió nuestros banquetes.

—¿Y no os avergonzais?

—¿De qué? ese negro era sumamente instruido, y todo un caballero; pronunció un discurso del que cualquiera de nosotros se hubiera mostrado orgulloso.

—¡Pero era un negro!

—Sí señora, y á la simple vista; pero por mas que se pretenda que nosotros ejercemos una negra profesion, nuestros reglamentos guardan silencio en lo que se refiere al color de la piel de un legista.

En Virginia puede ser admitido hoy un negro en el foro; pero los ejemplos son tan raros, que se considera como un fenómeno á los hombres de color que siguen esta carrera.

Por regla general, el negro trabaja en la tierra y se da por satisfecho.

No tiene aspiraciones mas elevadas ni necesidades que le estimulen. Criado ó labrador: hé aquí sus dos principales vocaciones.

En uno y otro caso, su trabajo es equivalente á la quinta parte del de un blanco. Su alimento, compuesto de calabazas y trigo verde, no le cuesta casi nada, y vive sin dificultad con el producto de su ingrato oficio.

Comprende el valor de un duro, que representa cierta cantidad de pasas, de tocino, de guisantes, de aguardiente y de tabaco; pero ignora cuál es el de un segundo y un tercer duro, puesto que solo sabe comer, beber, mascar tabaco y fumar todo el dia. Mañana es el porvenir, y el negro no vive sino para la hora presente.

Solo una cosa le preocupa lo suficiente para que sea un poco previsor: la cuestion de su servicio fúnebre.

—Lo que nos arruina, me dijo un dia Bill, mozo de la fonda, es el precio de nuestros funerales.

En efecto, la suma consagrada al entierro de un negro bastaria para que viviera su familia un par de años.

—Uno de mis amigos murió ayer, díjome Bill en otra ocasion; le entierran esta tarde, y los funerales serán magníficos.

—¿Vais con el acompañamiento?

—No, caballero, no soy de su sociedad.

—¿De qué sociedad hablais?

—De la de las pompas fúnebres. Todos los hombres de color son individuos de dos ó tres de estas sociedades; la cuota es pesada; pero cuando se muere ¡qué magnífico entierro!

Cierto dia, al cruzar por el barrio Jackson, me dirijo hácia la campiña para examinar los pintorescos barrancos que rodean la ciudad, comunicándola una vaga semejanza con Jerusalen. Despues de bajar por una cuesta y franquear un torrente, comenzaba á trepar por la pendiente opuesta, cuando oí un prolongado y lúgubre gemido.

Levanto la vista y veo sobre mi cabeza un cementerio esmaltado de losas funerarias y de postes pintados de blanco.

En la cresta de aquella frondosa colina se hallan varias negras que lanzan lastimeros gemidos, mientras que un sacerdote negro recita versículos de la Biblia, y otros cuatro ó cinco hombres del mismo color agitan grandes palas y remueven la tierra.

En el momento de llegar yo á la meseta termi-



El puerto de Richmond.—De una fotografía

na la ceremonia, la fosa queda colmada y retíranse las mujeres llorosas.

Pero un momento despues llega otro cortejo: el carro presenta magníficos espejos, y lleva un ataud de inaudita riqueza; síguenle ocho coches tirados por caballos magníficos, y una docena de individuos que llevan banderas y estandartes.

—¿Quién es el muerto? pregunto á uno de los curiosos.

—Moisés Crump.

—¿Y quién era ese Crump?

—Un labrador.

—¿Un simple labrador?

—Sí.

Los caballos avanzan trabajosamente por aquel terreno accidentado; y en medio de un concierto de alaridos, acompañado de contorsiones frenéticas, se llega á la fosa, no á un panteon, sino á una simple zanja: al son de la música se deposita allí el cuerpo de Moisés Crump.

Toda la familia está presente, hombres y mujeres, niños y niñas. Los gemidos y los sollozos producen un estrépito atronador; pero el sacerdote consigue imponer silencio á todos, excepto á una anciana que continúa gritando lastimosamente:

—¡Ya no veré mas á mi hijo; ya no le veré nunca!

El predicador, alzando la voz, trata de dominar la de aquella madre.

—¡Callad! la dice; vivid tan santamente como él, y volvereis á verle.

La Raquel negra llora y gime, no queriendo que la consuele ni aun su propio ministro.

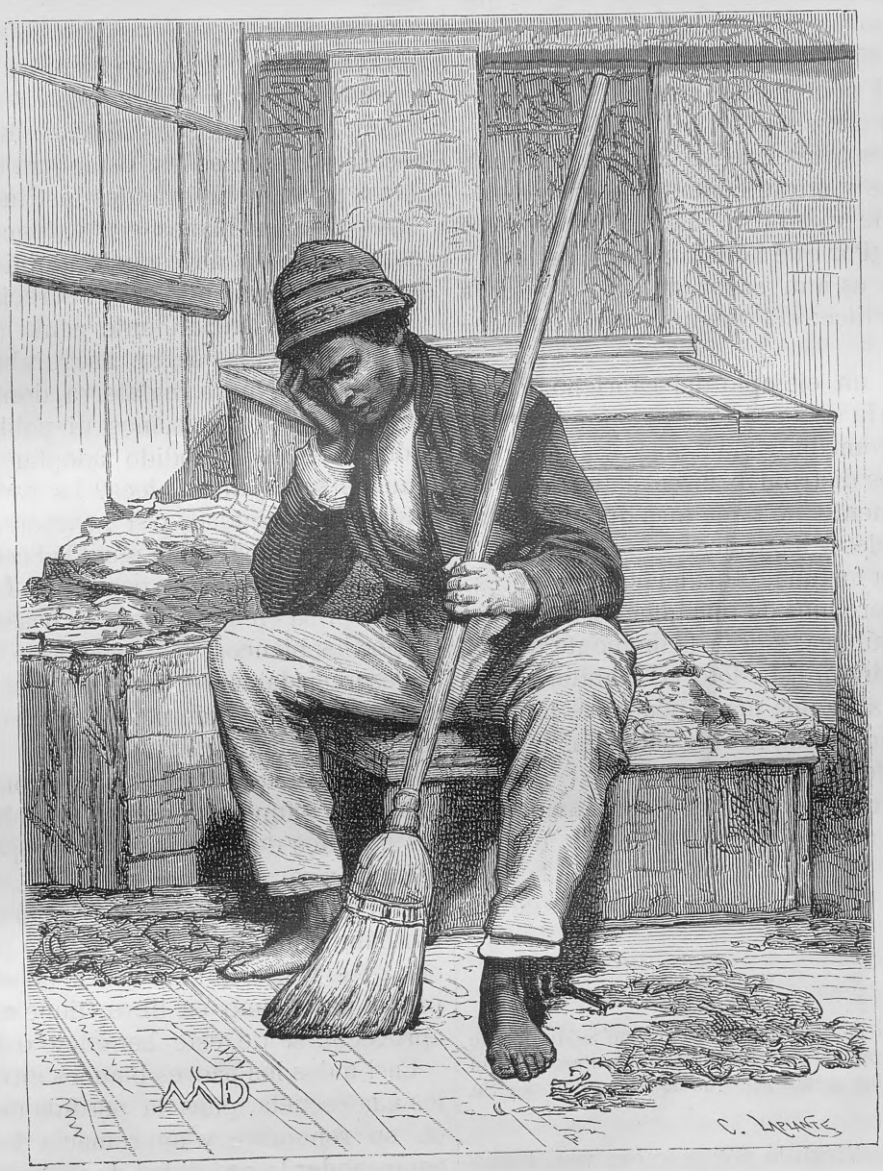
Cuando los hombres que visten uniforme cogen sus palas á fin de colmar la fosa, la anciana grita con voz mas penetrante aun:

—¡No, ya no volveré á ver mas á mi hijo; ya no le veré nunca!

¡Pobre madre!

Los demás asistentes rien y lloran á su vez. Cuando la fosa está colmada, reúnense en grupos, hablan con sus amigos, suben á sus coches y emprenden la marcha, atravesando una multitud de negras y mulatas cubiertas de chales azules y de adornos encarnados, las cuales creen que se las admira, regocijándose de tener una ocasion de lucir á los ojos de los extranjeros todos sus perifollos.

Moisés Crump queda allí solo, sin una piedra



Tipo de un negro de Virginia.— De una fotografía

que indique en qué sitio se halla entregado al sueño de la muerte.

Tambien su familia está sola, con un poco de pan y algunas patatas, sin poder contar ya con el trabajo del padre.

El precio de aquellos funerales hubiera bastado para alimentar á los descendientes de Crump durante algunos años.

Se necesita tiempo para enseñar á un negro á cuidarse de sí mismo: acostumbrado desde larga fecha á contar con el blanco, parécele duro verse obligado á proveer á sus propias necesidades.

¿Cuál era á sus ojos el signo distintivo del hombre blanco? La dispensa del trabajo. Jamás toca uno de estos el arado ó la azada.

Uno de mis amigos que cultivaba en grande el algodon de Alabama, dijo un dia á su contramaestre blanco que le ayudara en un trabajo urgente.

—No señor, contestó el otro; no puedo consentir. Desde hace quince años no me ocupo sino de vigilar.

Esta negativa está justificada por la tradicion, y mi amigo el plantador hubo de hacer el trabajo por sí mismo.

Es la antigua historia del príncipe Magiar que limpiaba sus botas; de la reina de España, víctima de la etiqueta y muriendo delante de su brasero (1), y del gobernador general inglés que hacia cocer su arroz.

La libertad es para el negro el derecho de cruzarse de brazos y mirar cómo trabajan los demás. Esto es lo que él ha visto hacer siempre á los blancos. ¿Por qué no habia de imitarles?

El infeliz no es aun capaz de comprender la ley divina que dice: «El que no trabajare no comerá.»

El negro es un ejemplo del capricho, de la demencia y de la supersticion: imagínase que la vida es una comedia y una mascarada, cuyos papeles y trajes distribuye la casualidad.

En este momento no tiene mas que una idea: trocar los papeles y los trajes.

La gloria y la fortuna, el poder y los honores, le parecen los premios de una gigantesca lotería llamada vida pública; y cree firmemente que al confiar su destino á esta lotería, habitará mas pronto ó mas tarde una magnífica casa, teniendo en abundancia toda la vida calabazas y patatas, aguardiente y tabaco.

Hé aquí por qué se ocupa con tanta avidez de la política descuidando todo lo demás. Lo que desea es ponerse en evidencia, ver todas las cabezas volverse hácia él, y oir los rumores de los aplausos.

XL

Escuelas fundadas por los negros.—Falta de asiduidad de sus hijos.—Separacion de los colores en las clases.—Odio de los negros á los mestizos.—Una octavona blanca.—Su triste destino.

Cuando visité Virginia por primera vez, hacia ya un año que el negro era libre; y en la novedad de su independencia desplegaba un ardimiento y una actividad notables, que denotaban no solo energía física, sino tambien cierta tendencia, muy loable, al progreso moral.

Sam, el criado negro del hotel, pasaba una parte de la noche inclinado sobre su libro y su pizarra. Harry, el labrador, bañaba con sus sudores una campiña asolada, arrancando su maíz y sus cebollas de un terreno estéril.

Una tarde me dirigí con Sam hácia un grupo de chozas de negros: allí, en míseros tugurios, vimos cabezas lanosas inclinadas sobre pupitres, y sucios dedos que seguian las letras del alfabeto.

En aquella época no existia en Virginia ninguna escuela pública para los niños blancos ó los de color; y el negro libre resolvió tener algunas organizadas segun sus medios. Eran sucias y toscas; pero ¿no es así como han comenzado la mayor parte de las grandes instituciones?

La poblacion blanca era entonces opuesta al establecimiento de escuelas públicas, en razon del principio mismo, que le parecia malo.

De orígen esencialmente yanki (2), el principio no convenia, segun aseguraban, sino á los países como Nueva Inglaterra, donde no existen ya caballeros campesinos ni poblacion servil. ¿Cómo hubieran podido adoptar las grandes familias semejantes ideas? La escuela pública implica la igualdad, y si la guerra civil habia abolido la esclavitud, la igualdad continuó sumida en las nieblas del porvenir. Los negros se dieron prisa en aprovechar la ocasion descuidada por los blancos.

Desgraciadamente, este impulso loable no se sostuvo bastante tiempo: así como el relámpago, brilló un instante y desapareció.

Mejor instruidos ya por los acontecimientos, los blancos fundaron escuelas públicas en todos los distritos del Estado, escuelas para los niños blancos y para los negros.

Son gratuitas y de buena construccion, y están hábilmente dirigidas. El niño puede aprender á leer y escribir sin que le cueste nada á su padre; pero como es libre, tiene el derecho de aprovecharse de este beneficio ó despreciarle.

Casi todos los padres blancos envian á sus hijos á la escuela, pues la pérdida de su fortuna, de su renombre y supremacía les ha hecho comprender la necesidad de instruccion.

En los hombres de color no sucede lo mismo.

De cada tres padres negros, dos se dispensan de enviar á sus hijos á la escuela: esto es para ellos una molestia que no quieren tomarse.

Las horas fijas y las costumbres reglamentadas desagradan tanto mas á los negros cuanto que son menos susceptibles de hacer por sí mismos la aplicacion.

Para que sus hijos vayan á la escuela es pre-

(1) Felipe III, rey de España, fué quien se asfixió el 31 de marzo de 1621, con el vapor de un brasero demasiado encendido, que los gentiles hombres de cámara no osaron apagar en ausencia del gran señor á quien correspondia oficialmente este cuidado.

(2) Nombre genérico que se da en Europa á todos los ciudadanos de los Estados-Unidos, pero que en el país no se aplica sino á la poblacion del Norte.

ciso que estén dispuestos á la hora en punto, lavados y peinados. Se ha de comprarles ropa, y preparar su alimento. Han de tener libros y pizarras, y es indispensable dejarlos solos en algun rincon para que estudien sus lecciones del dia siguiente; pero un rincon tranquilo es difícil de hallar en las viviendas del barrio Jackson.

Aun hay mas: la escuela es gratuita; pero no se dan libros ni pizarras. ¡Gastar el dinero en esto! ¿No seria mejor emplearlo en la adquisicion de aguardiente y tabaco?

A varios padres poco previsores les parece que los gastos de escuela son una carga muy pesada; para las madres perezosas, la escuela constituye un aumento de trabajo en la casa.

Semejantes padres retroceden ante una abnegacion que se debe poner en práctica desde la mañana hasta la noche, durante largos años; y en su indolente egoismo, dejan á sus hijos vagar por las calles y revolcarse en los establos con los cerdos.

Los niños tienen clases distintas; en una están los blancos y en otra los negros. Jamás se mezclan entre sí; y hasta aseguran los profesores que no se podria conseguirlo si se quisiera.

Los alumnos de color son los mas de sangre mezclada, aunque algunos tienen la piel completamente blanca. Nada mas triste que ver á esos pequeños séres sentados en los bancos de las clases negras, y oirles contestar invariablemente: «No,» cuando se les pregunta si tienen padre. ¡Pobres niños!

En cinco ó seis escuelas de los negros, que he visitado hoy, he visto muchachos de ambos sexos con la piel tan blanca como un hijo de Nueva-York.

Fácilmente se adivinan las causas que han producido estos hechos: padre blanco, madre cuarterona ú octavona (1); amor ilegítimo, querida abandonada, hijo sin nombre.

Pregunto á un inspector de las escuelas:

—¿Porqué no admitís á esos niños en las clases de los blancos?

—Esto no es posible, me contesta, pues aquí no se trata de una cuestion de color, sino de familia. El orígen de cada niño es conocido, y si los blancos se callasen, los negros no dejarian de elevar su voz; estos últimos toleran á los primeros, pero odian á los híbridos y á los cuarterones, no solo porque ellos los desprecian, sino porque les recuerdan cuántas jóvenes de su color se han entregado á los blancos en vez de quedarse con los negros.

(1) El octavon es el producto de la union de un blanco con una cuarterona, ó recíprocamente.

—¿Es tal vez esa la causa de que el furor de los negros recientemente importados de África haya recaido en Haiti sobre los individuos de sangre mezclada?

—Siempre sucede así. En un motin de negros, la gravedad de la lucha depende del color de la piel, y es tanto mas sangrienta cuanto mas se aleja este del tipo primitivo.

En una de las escuelas de negros me llamó la atencion una niña de nueve ó diez años, con el rostro mas notable que jamás he visto: piel blanca, cabello rubio y abundante, mejillas sonrosadas, y magníficos ojos azules. La jóven blanca que hace las veces de profesora no tiene seguramente el cutis tan claro como aquella niña «de color.»

¡Qué rostro tan encantador! ¿Será verdaderamente una negra excluida de las escuelas ordinarias?

Sí; por mas que no lo parezca. Esa niña es hija de una cuarterona de malas costumbres que habita en el barrio negro de Jackson. Todo el mundo conoce á su madre; nadie sabe quién es su padre. Su suerte es terrible; pero ¿qué hacer? Los negros la reclaman, y es imposible arrebatar una hija á su madre.

—Cuando estos niños de piel blanca sean grandes, no se quedarán seguramente con los negros, digo al inspector.

—No todos. De los muchachos, los mas atrevidos escaparán, aunque les sea difícil disimular el estigma de raza; pero algunos son bastante blancos para conseguirlo, sobre todo si se dirigen á lejanos países. En Lóndres ó en Sidney no se les reconoceria; pero en América es distinto, porque nuestros conciudadanos son recelosos. Por otra parte, los negros tienen siempre la vista fija en aquellos de los suyos que tratan de esquivarse, y no es fácil escapar á su investigacion. En todas las ciudades del Canadá y de los Estados-Unidos, los mulatos forman una clase separada, que tiene señales propias para su reconocimiento. Si uno de ellos trata de deslizarse entre los blancos, persíguenle sin piedad, y hasta con cruel placer.

—¿Y las niñas?

—Su suerte es peor que la de los niños: no tienen tantas carreras abiertas, y ganan un escaso salario. El hombre que adquiere dinero sale pronto de un mal paso; pero rara vez gana la mujer lo suficiente para pagar su alimento. Por otra parte, cuando se trata de mujeres, la envidia adquiere gigantescas proporciones; las negras vigilan á las mulatas con una rabia que no se aplaca nunca.

Siendo tan notable la belleza de la pequeña

octavona de que antes hablé, y que en este momento fija en su maestra blanca la mirada de sus hermosos ojos azules, ¿se avendrá al cabo de algun tiempo á permanecer en los alrededores de Richmond donde reside su madre? Y en este caso ¿podrá olvidar lo suficiente la blancura de su tez para casarse con un negro? ¿No figura, por otra parte, en un grado demasiado inferior de la escala social para unirse con un blanco? Sorda al amor legítimo, ¿prestará tal vez oidos á irregulares proposiciones?

Al pensar en todas estas eventualidades probables no se puede menos de desear que la niña se escape; pero ¿qué sucederá si lo consigue? Si su inteligencia iguala á su hermosura, será artista, cantante ó escritora; podrá ocultar el nacimiento que la humilla, las miserias de su infancia y su orígen, tomar un pseudónimo, una falsa nacionalidad, y ser señorita A. ó B. Sin embargo, el temor de ver descubierto su engaño la seguirá por doquiera; la menor exclamacion será suficiente para que se estremezca; y al mas ligero cuchicheo se desmayará. Suponed que despues de llegar á ser una estrella entre los cantantes, ó una novelista popular, y en el momento en que ve prosternados á sus piés á numerosos adoradores, encuentra una de sus condiscípulas de Virginia, y exclama de improviso:

«¡Esa mujer es una antigua compañera mia! ¡Hi, hi, hi! despues de todo no es mas que una negra!»

XLI

Aspecto de Virginia.—Bellezas naturales.—Las Montañas Azules —Esplendor del otoño.—Cultivo inglés.— Desastres causados por la guerra civil.—Cria de esclavos.— Castigo severo.—Trastorno social producido por la emancipacion de los esclavos.—Odios inextinguibles. —Resentimiento de las mujeres.—Pirámide de Richmond —Política nueva.—Loables esfuerzos aunque ineficaces.

A los ojos de un inglés, Virginia es un país encantador cuyo aspecto recuerda las ondulaciones del condado de Kent. El cielo es puro, el clima delicioso. ¡Cuánto verdor en los prados, frescura en las aguas corrientes y luz en las mesetas!

Dando frente al Océano, todos los puertos de comercio del mundo están abiertos para sus negociantes; numerosos rios tienen su desembocadura en aquellas costas, y la marea remonta á lo léjos por sus valles. En todas partes se ve agua: centenares de riachuelos bajan con suave murmullo de las alturas cubiertas de bosque; bonitos lagos y estanques refrescan los pequeños valles; en los barrancos resuenan armoniosamente las cascadas y saltos de agua; en cada hondonada serpentea una límpida corriente, que fertilizando el terreno, trasporta hácia el mar las esencias forestales.

Pero Virginia tiene otras bellezas que le son propias, y que nosotros los ingleses no vemos sino en sueños.

Está cruzada por una cadena de montañas que separan el fértil valle del Shenandoah, por el este, de otro no menos encantador, el de Winchester, por el oeste. Esta cadena ha recibido el nombre de Montañas Azules porque el tinte purpúreo que reviste durante el dia se convierte, despues de ponerse el sol, en un azul tan intenso como el del mar de Siria ó del cielo de Grecia. El sol brilla en el firmamento todo el año; sus rayos no se oscurecen jamás por las nieblas, y rara vez por las nubes; y por eso presenta el paisaje deslumbrantes colores bajo aquellos perpetuos torrentes de luz.

Ciertamente que se ve en otras partes un cielo tan puro y rios tan límpidos; pero nada iguala en el mundo á la belleza de esa cadena de montañas cubiertas de bosque.

Fuera de la cadena, destácanse otras aisladas; una de ellas, la Cabeza Blanca, se eleva á la altura que tendria el Snowdon agregado al mas alto pico de los montes Cheviots (1). Desde la base á la cima, estas montañas están cubiertas de pinos, de encinas y de nogales; allí se ven los colores mas brillantes de los bosques; el amarillo, el anaranjado, el carmesí, el escarlata, y el pardo rojo, se confunden para formar los visos de aquel grandioso monte. En ninguna parte se manifiesta el otoño con mas esplendor que en esos Apeninos de Virginia.

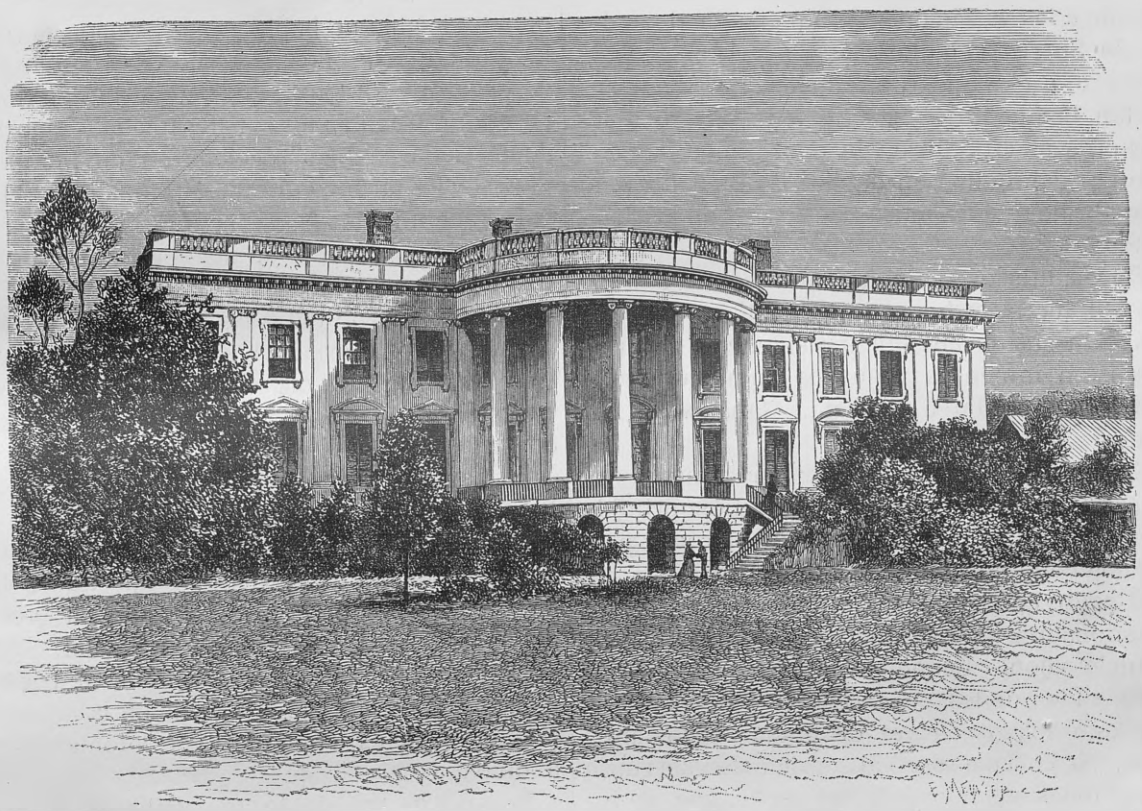
Si un anglo-sajon entra en el primer jardin que encuentre, creerá hallarse en su patria, porque es un verdadero verjel inglés, con sus perales y manzanos, sus albérchigos y sus ciruelos. Hé aquí un campo de patatas: si las arranca de raíz una por una, reconocerá un tubérculo irlandés; mas allá ve frutos muy conocidos en la vieja Inglaterra, aunque allí no pueden cultivarse: estas uvas se guardarian en invernadero en el condado de Surrey; aquellos melones no crecerian en un huerto inglés; las pequeñas manzanas que se ven á menudo en las mesas de Lóndres son productos del suelo de Virginia. El campo de maíz está rodeado de la planta del tabaco y mas léjos hay otro lleno de avellanos y batatas. Estos frutos y raíces son familiares para nosotros, pero desde léjos, como «las rosas de Saron y los lirios del valle» lo son á nuestra

(1) El Snowdon (país de Gales) tiene mil noventa y cuatro metros de altitud, y el mas alto pico de los montes Cheviots (Escocia) ochocientos doce; de modo que la Cabeza Blanca tendrá una altura de mil novecientos seis.

imaginacion. Nos acercamos á ellos y los reconocemos, mas con ese carácter de singularidad y extrañeza que les reviste de un encanto poético.

Cogida entre dos fuegos, saqueada por el sur, así como por el norte, Virginia ha sufrido á consecuencia de la guerra civil mas que ningun otro Estado de la Union. Hace nueve años, hallábame entonces en Richmond, el Capitolio dominaba un monton de ruinas; la Gran Calle estaba incendiada; se habian volado barrios enteros, y se veia solo un monton de vigas carbonizadas y piedras ennegrecidas.

Un arrabal fabril quedó completamente demo-



La Casa Blanca: palacio del presidente de los Estados-Unidos

lido; todos los trabajos se interrumpieron, y faltóles á los obreros el pan y un refugio. Veíanse solo por las calles frentes ceñudas, ojos chispeantes y bocas crispadas. La soldadesca victoriosa ocupaba todos los puntos y el Capitolio, lo mismo que ocupa hoy el arsenal de Nueva-Orleans.

El aspecto de los alrededores era menos desconsolador, aunque se hubiera saqueado el país en todos los puntos; las Montañas Azules no eran ya sino un desierto; Frederiksburgo estaba incendiado; las orillas del York y del Rappahannock asoladas; los campos y los verjeles destrozados. Pocas regiones se libraron del azote de la guerra.

Virginia ha sufrido mucho; pero es preciso reconocer que el castigo fué proporcionado á la ofensa.

En cuanto á mí, opino que Virginia es una residencia deliciosa. Me agrada la franqueza de sus ciudadanos, y admiro la gracia de sus mujeres. Aun cuando pienso en sus faltas, no puedo juzgarlas severamente; y sin embargo, me es forzoso reconocer que las calamidades materiales ocasionadas por la guerra no son sino la justa consecuencia de las calamidades morales causadas por la esclavitud.

De todos los Estados del Sur, Virginia es el mas culpable; no podia invocar la menor razon para mantener la esclavitud, y era el que poseia el mayor número de esclavos, constituyendo la suprema expresion de la servidumbre.

Georgia, Luisiana y Alabama tenian una sombra de excusa; su suelo necesitaba cultivo; era opinion general que no se podia hacer trabajar á los blancos, y parecia por lo tanto indispensable comprar negros.

Virginia no tenia este pretexto.

Siendo su clima uno de los mas sanos del continente americano, no se podia pretender que los blancos fueran incapaces de cultivar la tierra y recoger la cosecha. El aire es seco; hay pocos pantanos y aguas estancadas; y en Virginia es casi desconocida la fiebre intermitente, ese azote de Georgia y Luisiana. La humedad atmosférica se asemeja á la de Francia; la temperatura á la de Sicilia y Andalucía. El individuo acostumbrado solo á las variaciones de aquella en el condado de Surrey se hallaria muy á su gusto bajo el clima de Richmond ó de Winchester. El invierno es tan benigno, que se deja todo el año á los carneros al aire libre, sin mas alimento que el que pueden hallar en la falda de las colinas, ni otro abrigo que las anfractuosidades de los barrancos.

Esta salubridad climatérica, asociada á la pasion al lucro, es la que impele á los virginios á convertir sus encantadoras residencias en criaderos, en inmensas yeguadas humanas donde podrian alimentarse Georgia, Alabama y Luisiana.

En muchos Estados del Sur la raza negra comenzó á disminuir tan pronto como fué suprimida la trata africana; la mortandad no guardaba proporcion con el producto indígena.

El negro carece de la energía vital del blanco: abandonado á sí mismo, no se multiplica como el anglo-sajon; y cuando los georgianos hubieron reconocido que les era mas ventajoso comprar nuevos esclavos en vez de cuidar de los antiguos, Virginia consagró al servicio de esta causa impía todas sus fuerzas vivas, su fortuna, su inteligencia y sus terrenos, dedicándose exclusivamente á la cria de esclavos.

Estos se multiplicaron como cerdos, y como á tales se les trató; no se les enseñaba á leer ni escribir; y rara vez se permitia al hombre casarse.

En Kentuky constituia una excepcion la venta de esclavos, pues el plantador consideraba el hecho como una vileza y una inmoralidad. En dicho Estado, por otra parte, la opinion pública era contraria á la trata, y este sentimiento de pudor no se conocia en Virginia.

Grande fué pues su falta, pero se la castigó cruelmente; tanto mayor debia ser su humillacion cuanto mas bella y altiva se mostraba.

Una justicia inflexible la cargó de cadenas: yace en el polvo, con sus carnes maceradas y despedazado el corazon; y su altiva cabeza se inclina bajo el yugo. Muchos años trascurrirán antes que pueda desprenderse de sus cadenas, pero desde ahora trata de aligerar el peso, recobrando cierta libertad de movimiento.

La guerra civil ha producido resultados tan notables como imprevistos, y en su mayor parte prácticos. Ha sido abatida una poderosa aristocracia, emancipándose un inmenso número de esclavos. ¿Qué guerra ha producido alguna vez mas?

La historia demuestra el poco éxito de todas las luchas serviles: los esclavos insurrectos fueron siempre vencidos; y hasta la caida de Richmond, el sable no habia proporcionado la libertad á ninguno de ellos. Los esclavos se sublevaron en Esparta y Siracusa, en Alejandría y en Roma; pero fueron agobiados con desapiadado rigor; los de la Galia se insurreccionaron en tiempo de Clovis, y los tártaros durante el reinado de Alejo; pero cada una de estas rebeliones tuvo por consecuencia una abyeccion mas profunda, un castigo mas severo, un despotismo mas terrible. Así es como acabaron todas las insurrecciones serviles, desde Espartaco hasta Pugatcheff (1). El caso de Toussaint Louverture no constituye una excepcion de esta regla general: la revolucion de Haiti era mas bien política que servil, y Toussaint naufragó como les habia sucedido antes á Dessalines y Cristóbal.

Cuando estalló la guerra separatista, la emancipacion por el sable constituyó una nueva teoría; la caida de una gran aristocracia en beneficio de los siervos era un hecho anormal.

Ninguna nacion ofrece un ejemplo de trastorno social semejante al que reina en la inmensa region que se extiende desde el Potomac al golfo de Méjico.

Despues de semejante convulsion, es de suponer que pasará mucho tiempo antes de restablecerse el equilibrio.

La paciencia es aquí mas que necesaria, porque debe esperarse el estremecimiento de las fibras mas delicadas del corazon humano.

El hombre ha aprendido á disimular sus males; la mujer no lo sabrá nunca, pero en la derrota es principalmente donde estas despliegan todo su heroismo, toda su imprudencia; tejen una corona con sus padecimientos, y preparan el dia de la revancha.

En todas las ciudades del Sur, las mujeres conservan el recuerdo apasionado de los combates donde cayeron sus padres y sus prometidos. ¿Quién erigió esta columna que perpetúa el nombre de algunos héroes, víctimas de la guerra? Las mujeres. ¿Quién elevó el túmulo que se

(1) Pugatcheff, un cosaco, se hizo pasar por Pedro III, muerto hacia diez años, y estuvo á punto de apoderarse de Moscou, donde le esperaban cien mil siervos. Vendido por sus compañeros, fué encerrado en una jaula de hierro y conducido á Moscou, donde le ejecutaron.

ve en ese campo solitario? Las mujeres, siempre las mujeres. Ellas son las que mandaron construir la pirámide que se ve en Richmond (véase el grabado de la pág. 109). El hombre olvida, la mujer protesta.

Todos reconocen que estas protestas alejan indefinidamente el dia de la restauracion; pero no se puede hablar de política con unos séres imperiosos é impresionables que os refutan con una mirada y os desarman con una sonrisa.

En mi salon, en Lóndres, una hermosa jóven de Maryland dirigia contínuas recriminaciones á lo que ella llamaba «la espuma del Norte;» conocíase que todo era falso, el tono, el sentimiento y la cólera; pero aquella dulce voz seducia mi oido, y cuando para escapar de esta influencia levantaba la cabeza, resuelto á refutar tales razonamientos, veia fijos en mí dos ojos magníficos, brillantes de entusiasmo.

¿Qué hacer sino pronunciarse en retirada?

Si las relaciones con estas mujeres patriotas son tan difíciles para un extranjero, aunque difiera de opinion con ellas, imagínese cuán penosas serán para un hijo ó un padre.

Sin embargo, justo es reconocer que estos ardimientos conservadores tienen un lado bueno. Si las mujeres son las últimas en olvidar lo pasado, son en cambio las primeras para inaugurar el porvenir; si construyen pirámides, dan el ejemplo en las escuelas públicas.

A causa de este loable deseo de reformarse á sí misma, Virginia ha tomado el único partido susceptible de dar resultados fructuosos y duraderos. Educa á sus ciudadanos para una nueva carrera, la de la libertad y de la industria; y espera ganar así las simpatías y el auxilio del país de sus antecesores. Inglesa de corazon, es absolutamente americana por el espíritu; y piensa fundadamente que la magnificencia de su país, la fertilidad de su suelo, y su salubre clima, atraerán hácia ella á muchas familias inglesas que aspiran á una nueva patria.

Una educacion mejor para los antiguos habitantes, y una admision mas fácil para los que lleguen, son los puntos de apoyo de su futura prosperidad.

En la educacion es en lo que se debe pensar primeramente. Virginia tiene en el mundo una reputacion detestable, y es natural que todo emigrante vacile en comprometer su fortuna y su buen nombre mezclándose con borrachos, duelistas y jugadores, tales como se presenta á los antiguos virginios. Aun quedan algunos individuos de esta categoría.

El artículo 3 de la nueva constitucion castiga á los duelistas con la pérdida de sus derechos civiles; pero ¿se aplica la ley? Doloroso es reconocer que la opinion pública está en contradiccion con el código.

Hé aquí dos caballeros, Mosely y Paine, de buena posicion en el mundo, y que deberian dar el ejemplo á los habitantes del barrio Jackson. Entre los dos se suscita una disputa; y conviénense en ventilarla por medio de las armas; la autoridad interviene, amenazando á los adversarios con la muerte civil; pero Paine y Mosely son los niños mimados de la sociedad, y el sentimiento social es mas poderoso que la ley.

A pesar de su duelo, Mosely y Paine no han perdido sus derechos civiles.

Con el tiempo acabará por prevalecer el código; pero es preciso primeramente que la popularidad en el club y la simpatía en la calle dejen lugar para la instruccion en la escuela y la educacion en los salones.

XLII

Visita al presidente Grant.—La señora Grant. La Casa Blanca.—Entrada del presidente.—Conversacion sobre el estado del Sur.—Las muertes políticas.—El presidente no lee un periódico.—Viva irritacion contra las caricaturas.—Injurias violentas.—Ingratitud.—Estado verdadero de la cuestion negra.—No se resolverá sino con el tiempo.—Tomás Chester.—Encuentro de Pinchback.—Confesion de la falta cometida.—Retroceso.—El hermano amarillo.—Su retrato.—Su vida.

Apenas llegado á Washington, me dirijo á la Casa Blanca para ver al presidente.

Al cruzar por el parque, encuentro los ministros Fish y Bristow, con quienes hablo acerca de las últimas noticias de Luisiana. Todo un comité del Congreso se dispone á marchar al Sur.

Nadie cree que una nueva informacion descubrirá nuevos hechos, pues se conoce toda la verdad; pero inclinándose ante la opinion pública, el presidente Grant parece conservar la idea de que las elecciones del Sur no deben quedar sometidas solo al escrutinio.

Como el presidente está ocupado, entro en el salon.

Me recibe su señora, quien me presenta á su hijo, el coronel Grant, y á la esposa de este último. No hay princesa mas digna y afable que la señora Grant: dice que ama mucho la Casa Blanca, y pocas mujeres la conocen mejor que ella.

—Antes que viniéramos á establecernos aquí, dijo, muchas de mis amigas me aseguraron que era un agujero, una verdadera perrera; y yo las contesté que si no podia acostumbrarme á vivir aquí enviaria á buscarlas.

Dada la situacion actual de los ánimos, podria verse en esta broma un asomo de cesarismo femenino.

Las ventanas del salon dan á un jardin, en cuyo extremo se eleva la columna, no acabada, de Jorge Washington, que corta la línea del Potomac y las montañas de Virginia.

¡Vanidad de las vanidades! Esa columna, que debia llegar hasta el cielo, queda cortada; ese rio, que se ha considerado como la mas segura defensa de la capital federal, ha sido profanado por las flotas enemigas; esas montañas tan hermosas y tan fértiles, fueron devastadas por los americanos.

—¡Otra diputacion del senado! murmura el presidente entrando por una puerta lateral que comunica con su salon de recepciones.

Su semblante indica la fatiga y el enojo: sin fijar su atencion en las personas que hay allí, déjase caer en el sofá, con el cigarro en los labios y fuma furiosamente.

Comienzo la conversacion hablando sobre Nueva-Orleans.

—El estado de cosas en esa region es insoportable, exclama el presidente animándose; aquí mismo tengo una lista formada por el general Sheridan, en la cual se citan tres mil muertes ó tentativas de asesinato en Luisiana.

—He visto una lista mas reciente, contesto, en que el total se elevaba á cuatro mil.

—¡Cuatro mil!

—Sí; cuatro mil; y la cifra aumenta diariamente. Nada mas fácil que fabricar listas semejantes. ¿Quereis una de diez mil? Packard y Pinchback son hombres capaces de proporcionárosla en ocho dias.

—¿Dudais de la exactitud de la cifra?

—De ningun modo. Los actos violentos son frecuentes en el golfo de Méjico, donde una raza civilizada lucha contra dos razas salvajes; pero la cuestion se reduce á esto: ¿Qué parte pueden tener las pasiones políticas en las muertes y tentativas de asesinato?

—El hecho es, observa el coronel Grant, que el año último se han perpetrado en Tejas tres mil asesinatos políticos, habiendo sido muertos tres mil negros en un solo Estado y en un solo año.

—El hecho me parece extraño. Yo llego de Tejas, por donde he cruzado de norte á sur, desde el rio Colorado á Galveston; en todo el trayecto no se hablaba sino de crímenes, de asesinatos ó incendios; en cada taberna se referian detalles sobre motines en los cuales se habia hecho uso del cuchillo y del revolver; los culpables eran en su mayor parte negros; y sin embargo, desde el rio Colorado á Galveston, jamás oí atribuir estos actos de violencia á causas políticas. Los libros y los diarios demuestran que los crímenes de Tejas se cometen menos por blancos contra negros, ó viceversa, que por negros entre sí.

—Yo no leo libros ni diarios, dice el presidente; solo reviso los extractos que hace para mí Babcock.

El general Babcock es el secretario particular del presidente.

Y esto no es una exageracion: el general Grant no abre jamás un libro ni lee un periódico.

En cambio se muestra muy sensible á las caricaturas que hacen contra él; y sus adversarios, que conocen esta debilidad, se las proporcionan de todas clases.

La una, por ejemplo, representa al presidente chupando un biberon junto á un caballo de madera, una corona de papel en que se lee el nombre «César,» y una caja de tablillas, con las cuales trata de construir un trono. El senador Kernan, hablando en nombre de los numerosos demócratas que van á llegar, le dice: «¡Oh poderoso César! ¡Qué voltereta!»

En una segunda caricatura se ve un hombrecillo que ha trepado á la alacena del tio Sam (1) para coger una conserva de «tercera eleccion,» y que derriba un bote de *habeas corpus* (2). Sorprendido *infraganti*, recibe varios golpes con un palo en que se lee: «opinion pública.»

En una tercera caricatura, el tio Sam, vistiendo un traje extravagante, penetra en la Casa Blanca con un ataud, el cual apoya en la pared, dejando ver la inscripcion: «Tercera reeleccion.»

El tio Sam pregunta al presidente, enseñándole su mercancía:

«¿Deseais un tercer nombramiento?»

La familia del presidente trata de ocultarle las mas sangrientas de estas caricaturas.

Las jóvenes americanas dicen chanceándose que siempre revisan los libros y periódicos, á fin de asegurarse que no hay inconveniente en presentarlos á sus padres. Esto es lo que hacen con mucho celo las señoras de la Casa Blanca, en obsequio al presidente, quien desconfia sin embargo de todas las precauciones. Permanece horas enteras sentado delante de aquellos dibujos satíricos, y los devora con la vista, mascando su cigarro con indecible cólera.

«Yo los desprecio, y me repugnan, dice; mas no puedo menos de mirarlos.»

Si es verdad que un hombre no llega á ser verdaderamente famoso hasta despues de habérsele

(1) Nombre familiar dado al pueblo americano.

(2) Orden escrita que dirige el magistrado á un carcelero, mandándole poner en libertad á un preso. Todo ciudadano que se cree detenido arbitrariamente tiene derecho á pedir el *habeas corpus*.



El Capitolio en Washington

injuriado mucho, no lo es menos que no se le ultraja en gran manera hasta despues de haber adquirido celebridad de un modo ú otro. En los Estados-Unidos, ninguna persona ha sufrido tantos ataques como Grant; y no hay defectos y vicios que no se le imputen. Segun las caricaturas es tirano, traidor, asesino y ladron; aspira á ser reelegido por tercera vez; sostiene una camarilla militar, y desprecia la autoridad civil. Llámanle César Carnavalesco, y le atribuyen las mas viles inclinaciones.

Un gran dibujo de Matt Morgan lleva el siguiente título:

«Un golpe mortal de Grant á la Luisiana.»

Una hermosa jóven sube la escalera del Capitolio, con una solicitud en la mano: furioso Grant, sale á su encuentro seguido de dos dogos, que son Sheridan y Belknap.

—No contenta con despreciar á los amos que os dí, dice Grant, llevais vuestro atrevimiento hasta el punto de querer gobernar vos misma. Os he castigado ya una vez; recordad que no teneis derecho alguno que pueda imponer respeto á un soldado.

A lo cual contesta Luisiana:

—Soy un Estado libre; obedezco á la ley federal; y por ella sufro. Solo deseo una cosa: gobernarme en virtud de la constitucion.

—¡La constitucion! exclama Grant hundiendo su puñal en el corazon de la jóven: ¡yo soy vuestra constitucion!

La pasion es ciega: se olvida todo cuanto hay de grande y de noble en el carácter del general Grant, y hasta su genio militar, y los servicios que prestó en los campos de batalla.

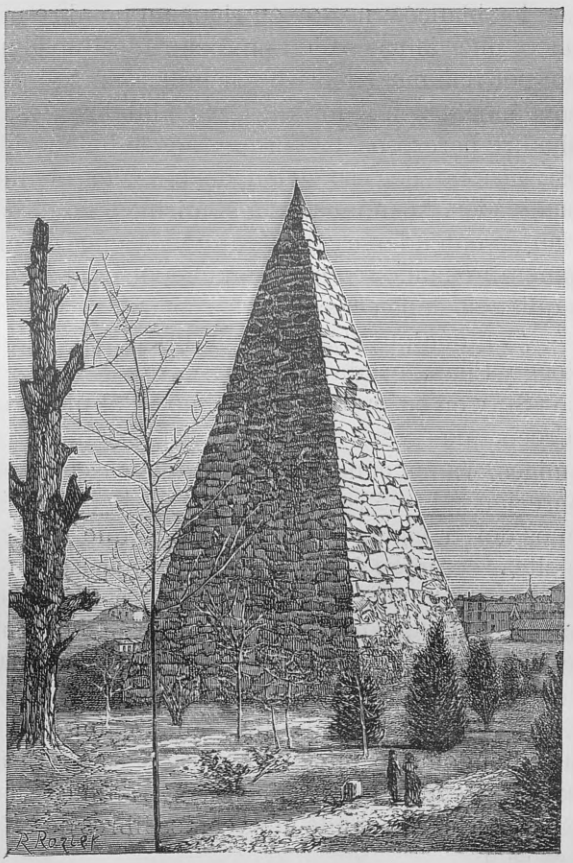
Si se hubieran alcanzado las victorias de Naseby y de Dunbar (1) en Francia en vez de obtenerse en Inglaterra y Escocia, Cromwell tendria seguramente su estatua; y sin embargo, los mismos guerreros no pensaron jamás en discutir los talentos militares del protector. No se oye sin sorpresa y sin pena á un inglés cuando afirma que el hombre que tomó Donelson, Vicksburgo y Richmond no es un gran capitan.

—Sheridan, dijo el presidente, es un gran administrador, que comprende muy bien el Sur; mas por desgracia no se le juzga como es debido, ni se quiere considerar sus actos bajo el verdadero punto de vista.

En el pensamiento de Grant, esto quiere decir que se implica á Sheridan en la injusta sospecha que recae sobre el gobierno. Y tiene razon; incontestablemente, el odio es grande, pero Grant padece tanto como Sheridan y este como Grant.

Lo mismo que la cuestion de los hombres rojos, la de los negros no puede resolverse en un dia: durará mas que Grant y Sheridan.

¿Son los hombres de color susceptibles de vivir en libertad, resistiendo al contacto y á la competencia de los anglo-sajones? Esta lucha aniquila razas mas superiores que la africana.



Pirámide en Richmond —De una fotografía

¿Dónde están los Pictos y los antiguos Bretones? ¿Dónde, en el suelo americano, las seis naciones (2), los Caballos ligeros y los Mejicanos?

¿Qué hecho histórico permite suponer que los negros serán excepcion de una regla general? El hombre enérgico progresa, el hombre inteligente se eleva. ¿Son los negros mas enérgicos é inteligentes que los blancos?

Al dirigirme al Capitolio con el senador Fowler,

(1) Naseby, en el condado de Northampton: allí fué derrotado Cárlos I en 1645 por Cromwell y Fairfax. — Dunbar, ciudad y puerto de Escocia: Cromwell batió en aquel punto, en 1650, á los realistas escoceses.

(2) Oneidas, Mohawks, Onondagas, Senecas, Cayugas y Tuscaroras, que tomaron parte con los franceses en la guerra del Canadá (1754 á 1760). En 1779 hicieron en ellos gran matanza los anglo-americanos, y solo quedan ahora unos doce mil individuos, parte de los cuales vive en el Estado de Nueva-York, y los demás en el Canadá. Se les llama colectivamente Iroqueses, nombre genérico de esta poderosa familia india.

encuentro á Tomás Chester, un negro pura sangre de Nueva-Orleans, á quien habia conocido algunos años antes en Inglaterra, en la época en que cursábamos ambos derecho. Una vez recibido de abogado, volvió á Nueva-Orleans, donde ejerció desde entonces. De vez en cuando hace un viaje á Europa, y hemos reanudado nuestras relaciones en casa de los refugiados polacos, franceses y alemanes, á quienes visita de preferencia.

—¿Sois kelogista?

—No; nacido en el Sur, quiero vivir en paz con los blancos; no soy en rigor un hombre público, pues jamás solicité ni ocupé destino alguno; pero no me ruborizo por mi orígen. Si mis congéneres son ignorantes, poco inteligentes, y añadiré perezosos, es porque Dios lo ha querido así; mas no por eso dejan de tener excelentes cualidades. Abandonados á sí mismos, no tardarian en entenderse con sus antiguos amos. Regla general: cuando se charla mucho, no es al negro á quien se debe acusar.

—¿A quién pues? ¿A los aventureros como Kellogg y Chamberlain?

—Sí; y en su propio interés, no en el nuestro. ¿Creeis que esos hombres puedan ser nuestros amigos? Ya me conoceis: en Nueva-Orleans me aprecian mis cofrades en el foro, y los individuos del tribunal; no hay abogado que rehuse pleitear conmigo ó contra mí; y los jueces blancos me tratan íntimamente. Como á todas las mesas, lo mismo que lo haria en Paris, en Lóndres y en Berlin; pero en el Norte, en las ciudades de donde vienen esos Chamberlain y esos Kellogg no se me admitiria en ningun salon, sucediéndome lo mismo en Boston y en Chicago. Os aseguro que los asuntos irán mejor en Nueva-Orleans cuando nos veamos libres de toda opresion.

Al salir de la sala del senado, donde se ataca con increible violencia la política del presidente, encuéntrome en un corredor cara á cara con Pinchback.

—¡Me han engañado, caballero! exclama acercándose á mí; me han engañado; los senadores desechan mis poderes. Kellogg tiene la culpa.

—¿El gobernador Kellogg? ¿Pues no los ha legalizado debidamente?

—¡Gobernador Kellogg! ¡El gobernador! Kellogg es un pillo, caballero; ha firmado mis poderes, formalizándolos con el sello; pero bajo cuerda ha escrito á los republicanos para aconsejarles que no me den sus votos. Él es quien quiere venir aquí; mas no se quedará en Nueva-Orleans, caballero, porque el tal Kellogg es el mas infame bribon de toda la América.

—Probablemente, me dice Fowler, vamos á quedar libres de ese diablo de Pinch, y no es poca fortuna; pero necesitamos establecer cuanto antes una línea divisoria. Vengan hombres de partido, con tal que sean dignos; yo comienzo por trazar aquella delante del penitenciario, pues poco me importa sentarme junto á un senador apercibido por la justicia.

Mientras avanzaba por el terrado de mármol que domina el Potomac, mas allá del cual se elevan las montañas de Virginia, que cierran el horizonte, me aventuro á decir:

—Parece que se produce una renovacion de blancos no solo en el Sur, sino en el Norte y el Oeste. ¿No temeis, vosotros los republicanos, ir demasiado léjos al someter á toda la poblacion blanca de Luisiana, del Mississipi y de la Carolina del Sur, al yugo de una débil mayoría de negros y de mulatos?

—Os confesaré francamente que sí; hemos traspasado el objeto, y cometido una falta; pero en cierto modo se nos ha obligado á ello. Si se ha dado á los negros el derecho de votar, fué para consolidar la política de la emancipacion; y si temiéramos la vuelta de la esclavitud, no veríamos inconveniente alguno en permitir á cada Estado señalar los límites en los cuales debe conservarse aquella. Una regla general no conviene sino á eventualidades generales; y es preciso ser insensato á la vez que fanático para pretender aplicar una regla á todos los casos particulares. Bueno es tener lógica; pero mejor me parece estar atento al bien público, y por eso permitimos á la poblacion del Nevada, del Oregon y de California, rehusar los derechos políticos á los asiáticos.

—¿No está pendiente esa cuestion asiática?

—Sí, y es mas grave aun que la otra; la cuestion amarilla me parece mas amenazadora que la negra para las instituciones republicanas.

Nuestro hermano amarillo se presenta por primera vez á mis ojos en la plaza del mercado de Baltimore, en el lugar mas ruidoso y sórdido de los Estados-Unidos, si se exceptúa la ciudad china de San Francisco, la cual, por otra parte, no considera la administracion de sanidad perteneciente á los Estados-Unidos.

Ignoro si este hermano es varon ó hembra, ni me parece fácil definirlo, pues ambos sexos tienen la misma talla, y llevan igualmente un sombrero redondo y un traje blanco. Las facciones son tambien idénticas: rostro imberbe, barbilla redonda, cejas negras, cabellos en trenzas, nariz achatada, y mirar plácido. Entre aquellos montones odoríferos de viandas, de peces, de frutos y de legumbres, el hermano ó hermana avanza impasible, sin manifestar la

decision del yanki, ni la salvaje reserva del apache, ni la sumision tímida del negro; observador profundo, no pregunta; pero sus ojos, siempre en movimiento, recogen los datos que desea. Mascando siempre su betel, estudia el mercado en sus menores detalles; durante aquel exámen, su fisonomía no se altera en lo mas mínimo; pero cuando vuelve, seria fácil leer en sus facciones la satisfaccion íntima del hombre que se dice: «Todo esto podria hacerlo yo.»

Por la tarde va al Rastro, á visitar los puestos para la subasta pública, y observa con afectada indiferencia, aunque con profunda atencion, la venta de los trapos, de los zapatos de papel, de las navajas de zinc, de la quincallería falsa y de las pieles teñidas. Jamás ofrece nada; pero cada vez que el dependiente adjudica, sobre todo á las pobres negras, alguna de aquellas mezquinas mercancías, una sonrisa de aprobacion ilumina sus facciones. No cabe duda que nuestro hermano amarillo se está educando.

Un poco mas tarde se le encuentra en el tiro; pero se guarda muy bien de convertir su plata en pólvora, como los yankis y los negros; limítase á mirar y contar los golpes, y si su semblante pierde un poco de su impasibilidad es porque resuenan muchos tiros. Por eso permanece allí poco tiempo: á los ocho ó diez minutos traslada su nuez de betel de una mejilla á la otra, arroja una escupidera de saliva roja y se aleja. Por la calle avanza tranquilamente, sin hacer mas caso de los gritos burlones de los negros que los árabes de los ladridos de un perro vagabundo.

XLIII

Creacion de una fábrica de relojería.—Cornell y Cox.—Los nuevos relojeros chinos —Consecuencias económicas.—Universalidad de talento de los chinos.—Cómo trata el americano á su hermano amarillo.

Hallándome en Chicago y en el momento de marchar á California, trabo conocimiento con Pablo Cornell, socio principal de la gran fábrica de relojes de esta ciudad. Uno de sus compañeros me dice que se dirige á San Francisco; y que Ralston ha concebido la idea de establecer en este punto una relojería mas importante aun que las de Ginebra y Neuchatel. El plan de Ralston consiste sobre todo en emplear trabajadores amarillos en vez de blancos.

—Los amarillos, me dice Cornell, trabajan barato y muy bien; son dóciles é inteligentes, jamás se embriagan, y obedecen al punto.

—¿Conocen la fabricacion de los relojes?

—Aun no; deben aprenderlo todo; pero son aplicados y pacientes; y sé muy bien que al cabo de seis ú ocho meses, un individuo cualquiera que encontremos en la calle Jackson será capaz de hacer un reloj.

En San Francisco se ha formado una compañía, de la cual es Cornell presidente, Ralston tesorero, Cox secretario. Cornell es, sobre todo, organizador de misiones religiosas; y Ralston un patriota tan escrupuloso, que no tiene en su salon un canapé, ni en su antecámara un cuadro que no sean de orígen indígena. Cox es una lumbrera entre los predicadores ambulantes, y pasa los domingos sembrando la palabra de Dios en las callejuelas y arrabales de San Francisco.

Un gran local situado en la cuarta calle, no léjos del barrio chino, y ocupado actualmente por una compañía de coches, ha sido alquilado últimamente, y ya está lleno de útiles y máquinas procedentes de Cincinnati y Nueva-York, ofreciendo el conjunto el mejor aspecto.

—El clima de San Francisco, me dice Cornell á manera de explicacion, es favorable para el comercio de relojes. En Chicago debemos vencer numerosas dificultades, porque la temperatura es muy ardiente en verano y muy fria en invierno. Los obreros necesitan ropas que abriguen mucho, un alojamiento conveniente y una alimentacion costosa; los útiles sufren alteraciones por la variacion de temperatura; y el combustible es tan escaso como caro. En California no debemos temer las influencias climatéricas para nuestras ruedas y espirales; podemos trabajar todo el año, y hasta noche y dia si necesario fuese.

Con la devocion en la proa y el patriotismo en la popa, ¿qué pueden temer los nuevos relojeros?

—¡Las leyes de Dios! murmura irónicamente una voz á mi oido.

Es la de un médico que habita en San Francisco hace varios años, y que ha estudiado atentamente la inmigracion de Hong-Kong y la actitud reflexiva de nuestros hermanos amarillos.

—Esta empresa no me inspira simpatías, me dice confidencialmente. Americano de nacimiento, quisiera que mi país perteneciera exclusivamente á los americanos. Mejor dispuesto que nadie á estudiar á nuestros asiáticos, puedo aseguraros, en nombre de la ciencia y de la moral, que veria con pena el aumento de poblacion de la ciudad china. ¿Cuál es el objeto de la compañía Cornell? Pretende dotar á San Francisco de una industria nueva; pero ¿en beneficio de quién? No de los americanos, sino de los asiáticos. Se va á enseñar á los chinos el trabajo de los obreros blancos, á fin de acaparar el mercado; y ¿por qué? Solo porque el asiático, alimentándose de arroz y de té, se contenta con

tres francos setenta y cinco céntimos diarios, mientras el americano, necesitando carne y cerveza, exige cinco francos. Si se obtiene buen éxito, como lo espera Cornell, las relojerías de Chicago se cerrarán; doscientos buenos trabajadores quedarán sin trabajo; el Illinois perderá una industria artística; y veremos llegar de Hong-Kong cinco ó seis mil mogoles, de los cuales hallará un trabajo lucrativo entre nosotros una décima parte de ellos.

En las montañas de Wyoming comienzo á encontrar á nuestro hermano amarillo: criado aquí, jardinero allá, muéstrase en todas partes silencioso y dócil, activo y duro para el trabajo. Sam retrocede ante las brisas alpestres y las nieves invernales: la buena paga le atrae; mas apenas se dejan sentir las escarchas, apercíbese de que es preferible la calabaza y la caña de azúcar de la Carolina del Sur á los alces y antílopes del Wyoming. Para Hi-Li, por el contrario, es indiferente el país y el clima; no le inquieta el frio ni el calor, la sequía ni la humedad, el bueno ó el mal alimento, la benevolencia ó la rudeza, con tal que gane dinero y le sea permitido ahorrar. Evanston, hotel situado en las alturas que dominan el Lago Salado, está servido por jóvenes chinos, que por sus rostros imberbes, vestidos blancos y afables modales, parecen mujeres.

Mas allá del Lago Salado, el número de estos asiáticos aumenta: los veo en todas partes, en los bailes, en el cabo de Hornos, en Toano, en el rio Indio, en Halleck, establecidos en chozas ó ranchos; y tambien á lo largo de las empalizadas. Me dicen que tambien hay muchos en el país del Pino Blanco, en el distrito de las Montañas, en Tuscarora y en Eureka.

En Elko se me presenta un individuo de la raza amarilla, llevando en la mano un pedazo de papel en el cual se lee lo siguiente: «Lee-Ouang, rancho del Antílope, país del Pino Blanco;» no sabe una palabra de inglés, y sin embargo se dirige solo á los distritos mineros del Nevada, para servir á un amo desconocido, que tal vez le tratará como si fuese un perro.

Los chinos viven allí donde mueren los demás hombres, incluso los Utes y los Shoshones. Bástales escarbar las minas abandonadas y recorrer los campos agotados; consideran como una buena remuneracion algunos centígramos de plata y una espiga de maíz. Comen la caza muerta á que no quieren tocar los indios; y como criados, leñadores, marineros, mineros ó lavanderos, aventajan á todos los demás trabajadores, hombres y mujeres, blancos ó negros.

Una escena que ocurre en cierta calle de Sacramento, me da á conocer cómo se enseña á los niños blancos á tratar á un hermano amarillo.

—¡Ahí esta Juan! grita un pillete á un compañero; ¡vamos á zurrarle!

Y los dos rapaces, interrumpiendo su juego, comienzan á pedradas con el trabajador mogol que á costa de sudores obtiene un escaso beneficio.

Nadie piensa al parecer que aquellos muchachos cometen una mala accion al apedrear un hombre inofensivo.

—¡No es mas que Juan! grita el primer pillete en el momento en que le arranco la piedra de la mano. ¡No veis que solo es Juan!

Desde su mas tierna infancia se acostumbra á los blancos á considerar el chino como la escoria de la especie humana, así como á los niños de Georgia ó Virginia á despreciar al negro. Nacidos en el Estado del Oro, apenas se abren sus ojos á la luz, ven que sus hermanos amarillos son tratados como perros, injuriados y apaleados por todo hombre blanco; entre la familia son esclavos; en la iglesia se les insulta como paganos. Desde que nacieron no han oido decir nunca que un chino hubiera devuelto ultraje por ultraje, golpe por golpe. ¿Qué mal hay, pues, en apedrear á un sér tan débil?

El padre del hijo parece considerar las cosas bajo el mismo punto de vista: reprensiones y razonamientos, todo se estrella contra esta idea preconcebida: Juan es un vagabundo, un perdido que no tiene ningun derecho público; y el americano no duda que su hijo honra mucho á Juan cuando trata de romperle el cráneo.

XLIV

La emigracion mogola.—Gravedad del problema.—Exceso de chinos en el mundo americano.—La leyenda china.—Las seis compañías.—Naturaleza de los convenios concluidos.—La vuelta del cadáver.—Poderío misterioso de las compañías.

El nuevo problema introducido en el campo de la política americana es el hecho mas singular, casi el mas grave de nuestra época.

Encerrado en su país desde tiempo inmemorial, no solamente no pedia nada el pueblo chino á la confraternidad universal, sino que hasta prohibia á los extranjeros la entrada en su territorio. Indiferente al mundo exterior, mostraba empeño en permanecer en su aislamiento, en vivir con su propia vida, en disfrutar de sus propios productos, en observar sus propias costumbres. Una muralla, la obra mas gigantesca de los humanos, les separaba de sus vecinos por el oeste; y por el este protegíanles los vientos y las olas.

La China era una tierra separada, que no mantenia ninguna clase de relaciones con el resto del universo; los mismos indígenas estaban divididos en clases, que con un objeto social se conservaban tan separadas unas de otras como las castas en Bengala. Todo era allí misterioso; y excepto los individuos de la familia real, nadie podia alzar los ojos para mirar al «Hijo del cielo.» Aprisionado en su palacio, tan ignorante de los hombres como de las cosas, y rodeado de esclavas, el dueño de una tercera parte de la raza humana pasaba los dias bebiendo te y fumando ópio en compañía de sus mujeres. En su absurdo orgullo, en la infatuacion de su ignorancia, el



Trabajadores chinos de California — De una fotografía

príncipe tártaro consideraba á todos los individuos que vivian fuera de su imperio como otros tantos perros indignos de ladrar ante su radiante persona.

Una andanada inglesa hizo volar en pedazos las puertas de aquel paraíso de bebedores de te y fumadores de ópio. Los indígenas salieron por la brecha que habian abierto nuestros cañones, y desde aquel dia no han dejado de desbordarse como el exceso de un lago alpestre. La ola se disuelve en riachuelos y cataratas: una de las corrientes se dirige hácia la Polinesia; otra sigue la direccion de Australia; y una tercera se encamina al Estado del Oro. ¿Quién puede asegurarnos que estas corrientes se detendrán algun dia?

Esos mogoles marchan de preferencia á California; en primer lugar porque el viaje es fácil y poco costoso; en segundo porque el clima les

conviene; y últimamente porque los jornales son mas subidos y el mercado mas extenso que en ningun otro punto. Desde California se trasladan al Oregon por mar; al Nevada, al Idaho y al Montana por tierra. Hallan pocos medios en Utah, pues los mormones son tan sobrios y laboriosos como ellos; pero aun allí han conseguido establecerse. Llegan por grupos cuyo número aumenta cada año; primero venian de dos en dos ó de tres en tres; luego de diez en diez y de veinte en veinte; mas tarde por cientos y por miles; y ahora por partidas de diez mil.

La introduccion de estas hordas asiáticas en América se ha efectuado tan poco ruidosamente, y su presencia ha sido tan útil, que aun no han estudiado los hombres políticos el lado mas serio de la cuestion, aunque estaba reconocido el hecho por los sabios. Algunos de aquellos se preguntaron, no obstante, qué influencia podria ejercer en las razas de América esta invasion de bárbaros; pero no osaban contestarse, por el espanto que les causaba ver ante sí el espectro amarillo.

El pensador californiano debe preguntarse hoy: ¿Quién vencerá en la vertiente del Pacífico, la civilizacion europea, ó la barbarie asiática?

La leyenda china corriente en San Francisco es algo confusa: segun ella, los chinos de América no son mas que un hacinamiento de siervos, poseidos por «las cinco compañías,» y regidos por un San-Vehme, una gran lógia, y un consejo de los Diez, los cuales ejercen un poder misterioso del que nadie podria escapar, ni hombre ni mujer.

Deseando obtener nociones exactas mandé venir al consulado, un comerciante notable llamado Li-Ouong, quien debiendo favores á nuestro cónsul, mostrábase dispuesto á dar las noticias que yo deseaba. Despues de cambiar muchos cumplidos, invitéle á sentarse, de modo que el retrato de la reina Victoria estuviera frente á él.

—Tened la bondad, le dije, de darme algunos informes sobre las seis compañías.

—¿Seis compañías? Esto es un error de los europeos. Por lo pronto os diré que solo tenemos cinco y no seis; lo que considerais como la sexta no es sino un centro de informes y de arbitraje, una comision local, instituida en América, con objeto de velar por nuestros asuntos en la costa del Pacífico. En cuanto á las cinco compañías, hállanse establecidas en China, y se les designa con el nombre de las localidades donde residen sus individuos: Ning-Young, Kouong-Tchan, Hop-Ou, Sam-Yep y Young-Ou. Estas cinco compañías reunen á los emigrantes, los trasladan á Canton y á Hong-Kong, y embárcanlos á bordo de los vapores. La sexta compañía ó comité reside en San Francisco: sus funciones se reducen á recibir á los emigrantes á su llegada, y velar por el cumplimiento de sus contratos y obligaciones.

—¿Tendriais la bondad de explicarme la naturaleza de estos contratos y obligaciones?

—Con mucho gusto; pero deberíais poneros en nuestro lugar para penetraros de la verdad. Los hijos de América nos llaman paganos; pero tenemos nuestra religion, no como la de ellos, que cada cual observa á su antojo, sino una que nos acompaña durante toda nuestra vida, y nos sigue despues de la muerte. Así, por ejemplo, cuando las cinco compañías se comprometen á trasladar un individuo á California, esta es una cláusula; si convienen en volver sus cenizas á China, es otra. ¿Comprendeis? El primer caso es un contrato; el segundo una obligacion.

—¿Rige el mismo convenio para todos vuestros pasajeros?

—No: nuestras listas comprenden dos categorías de emigrantes: en primer lugar, los que llegando á nuestras expensas, son deudores; y en segundo, los que pagando su pasaje en Hong-Kong, desembarcan en San Francisco completamente dueños de sus acciones. Tenemos un contrato con los primeros, pero tambien nuestras obligaciones con los segundos, puesto que nos comprometemos á trasladar sus restos en caso de muerte.

—¿Cuál es el punto de partida de vuestras operaciones? ¿Dónde vais á buscar á los emigrantes?

—Las cinco compañías tienen agentes en cada provincia, bien sea marítima ó interior. Estos agentes recorren de contínuo el país, y hablan á los indígenas que carecen de arroz y de te, del trabajo que les espera en California, en el Oregon y el Nevada, exagerando los hechos, como podeis suponer. Si el americano es enfático, el chino lo es mas aun. Los agentes afirman que las colinas son de plata, y que los rios arrastran oro; insisten para que los individuos se vayan y dan permisos de circulacion gratuita á cuantos se muestran dispuestos á emigrar.

»Adoptan todos los medios posibles de trasporte por via terrestre ó fluvial; y todo se halla tan bien ordenado, gracias á la fortuna de sus patrones, que se conduce á un emigrante á la costa, en carretas y barcos, por menos dinero que necesitaria otro haciendo el viaje á pié. El gasto es de unas veinte pesetas. A su llegada á Hong-Kong, los mismos agentes obtienen el pasaporte y toman billete para el vapor. Pagan el precio de la travesía, que es de doscientas veinticinco pe-

setas, y la prima de desembarco de veinticinco, la cual reembolsa la compañía de vapores á nuestro comité de San Francisco. Estos veinticinco francos se destinan al fondo de los muertos.

—De modo que, por regla general, el individuo que se embarca en Hong-Kong para San Francisco no es en rigor un indigente, sino un deudor que debe llenar un compromiso.

—¡Hum! el chino está acostumbrado á todo esto, y le importa poco, con tal que su trabajo le produzca, permitiéndole economizar, de modo que ya es libre cuando se marcha.

—¿A cuánto se eleva su deuda, por término medio en el momento del desembarco?

—En total á cuatrocientas ó quinientas pesetas, que es lo que debe reembolsar á su compañía.

—¿Antes de ser dueño de sus acciones y de obrar á su antojo?

—Naturalmente; antes de obrar á su antojo es indispensable que haya cumplido fielmente con sus compromisos.

—¿Y aceptan las cinco compañías de China su compromiso personal, ó se refieren á la de San Francisco?

—Aceptan igualmente un compromiso de familia. En China, todo individuo tiene alguno, padre, tio ó hermano, dispuesto á dar garantías. No nos parecemos á los americanos: entre nosotros, la organizacion de la familia es favorable para semejantes compromisos, pues cada individuo de ella tiene su lugar en una serie sagrada que remonta hasta el primer hombre de la raza y vuelve á bajar hasta el último. En el caso de propiedad territorial, casa ó terreno, tomamos una hipoteca, y la familia nos da un interés de veinticuatro á veintiseis por ciento.

—¡Enorme interés!

—Sí; pero es un comercio, y como tal, procuramos que produzca lo mas posible. Si un emigrante no posee casa ni tierra, exigimos la garantía personal del padre, porque para un chino nada es mas sagrado que sus antecesores. El interés debe ser mas subido cuando no hay mas que garantía personal; entonces pedimos cincuenta pesetas al mes en lugar de diez; mas á pesar de esto, rara vez nos faltan estas garantías. Cierto que nos arriesgamos, pues el hombre puede morir, ó caer enfermo, y lo que es peor aun, cometer un crímen. Una vez en la cárcel, no trabaja, y su compromiso es letra muerta; pero en los negocios no hay mas remedio que estar á las ganancias y las pérdidas.

—Pero un individuo que tenga tal deuda es virtualmente un esclavo.

—En Canton, sí; en San Francisco, no. Jamás nos valemos de semejantes expresiones. Somos sus amos y parientes; y apenas desembarca, le admitimos en nuestras dos grandes sociedades de San Francisco, la Wing-Youn y la Fouk-Ting-Tong, que no le pierden de vista, ni durante su vida ni despues de su muerte.

—¿Qué son esas dos grandes sociedades?

—Wing-Young es nuestra agencia de vivos, situada cerca de la prision del condado. Cuando llegan los buques, nuestros hombres son conducidos á Wing-Young, donde se les aloja y alimenta hasta que encuentren trabajo. Fouk-Ting-Tong es nuestra agencia de muertos; hállase instalada en el cementerio de Laurel-Hill, y allí es donde depositamos á nuestros difuntos hasta que se presenta oportunidad de enviarlos á Canton.

—¿Y no tratan muchos de vuestros deudores de librarse de vosotros por la fuga?

—No les seria posible: carecen de víveres y dinero; no saben una palabra de inglés, ni conocen á ningun magistrado americano; y sobre todo esto, tienen una reputacion detestable considerándoles casi todo el mundo en San Francisco como indigentes, criminales y rebeldes. Ninguna familia acepta los servicios de un chino si nosotros no le recomendamos, garantizando su conducta, y el resultado es que deben permanecer con nosotros ó morirse de hambre en las calles. Los alquilamos, percibimos su jornal, y les damos un tanto al mes para vivir, hasta que han satisfecho su deuda.

—Y los que pagan su pasaje, viajando á sus expensas; es decir, los individuos de la segunda categoría, ¿están libres de vuestra inspeccion á su llegada?

—¿De la inspeccion de la sexta compañía?

—De la de todas, excepto la de la justicia americana.

—Nos pagan á la compañía veinticinco pesetas cada uno, por via de derechos de desembarco: esta prima es obligatoria, porque no pueden saltar en tierra sin nuestra autorizacion.

—¿Es decir que vuestra compañía ejerce siempre cierta autoridad sobre todo individuo procedente de Hong-Kong, que desembarque en este puerto?

—Como hemos contraido moralmente la obligacion de enviar sus huesos á China, ese impuesto de veinticinco pesetas es el reintegro de los gastos que debemos hacer mas tarde. Sin un certificado nuestro, la compañia de vapores del Pacífico no permitirá á un chino trasladarse á tierra. Esta es una condicion del tratado existente entre las cinco compañías y la de los vapores. Cuando un pasajero ha pagado el precio

del pasaje puede abandonar el buque, pero no antes.

—¿Y le vigilais despues del mismo modo que á vuestro deudor?

—Ciertamente; no perdemos á ninguno de vista. ¿Quién sino nosotros se cuidaria de su cadáver?

—¿Teneis vuestra policía y magistrados?

—Por todas partes tenemos espías y agentes principales, sobre todo en San Francisco, donde se aprecia en mucho esta ocupacion. Gracias á esos agentes, sabemos todo cuanto ocurre en cada casa, cómo se llaman nuestros hombres, dónde están y qué hacen. Nuestro deber es adquirir todos esos informes; y en cuanto un hombre haya muerto, estamos obligados á buscar su cadáver para enviarle á China. De lo contrario le enterrarian y olvidarian como un perro.

—Asegúrase que vuestra compañia tiene tal poder secreto, que podeis alcanzar por doquiera á los culpables, y castigarlos en cualquier sitio, aunque sea á la vista de la magistratura local. Un hecho que me han referido servirá de ejemplo: dos de vuestros hombres habitaban cerca de Reno, en las montañas de Nevada: habiendo infringido alguno de ellos algun reglamento de las seis compañías, el otro recibió órden de matar á su camarada, y este fué despachado tan hábilmente, que no se pudo probar el crímen. ¿Puede ser exacto este hecho?

—¿Quién sabe? Hay chinos buenos y malos; y las leyes mejicanas empeoran á estos últimos. En Hong-Kong se castiga con la muerte el asesinato, ya sea el culpable rico ó pobre; mientras que en San Francisco, por el contrario, con mucho dinero se puede ser impunemente asesino. Esta legislacion no es equitativa. Aquí tienen tambien derecho para organizarse las sociedades secretas de toda especie: en China no se afilian á las lógias masónicas sino los hombres de mala nota, bribones y rebeldes que aspiran á derribar la dinastía y aniquilar la religion: los mandarines disuelven todas esas sociedades secretas. Los chinos malos fundan aquí una lógia; y cuando pedimos á los mejicanos que la cierren, nos contestan que la ley autoriza la constitucion de todas las masónicas. ¡Mala ley! La sexta compañía tiene el encargo de perseguirles.

—¿No ejerceis la autoridad de un comité de vigilancia (1)? Así parece al menos.

—No; nosotros no ejercemos ninguna autoridad secreta: solo tenemos nuestros contratos é hipotecas, las armas de un acreedor respecto á su deudor. No poseemos en otro sentido sino una fuerza moral... y las dos grandes sociedades Wing-Young y Fouk-Ting-Tong. Siendo chinos, practicamos los mismos ritos religiosos, y obedecemos al mismo sentimiento de familia que el mas ínfimo sectario de Tao y de Budha, y sabemos comprender á nuestros hermanos. Los fondos mortuorios constituyen la base principal de nuestra autoridad. El hombre que no retrocederia ante un asesinato, vacilará siempre en provocar el enojo de un tribunal que tiene el derecho de aplazar indefinidamente la remision de sus huesos á Hong-Kong.

—¿Y es frecuente semejante retraso?

—Sí, y puede prolongarse durante meses y años. Sin nuestra autorizacion escrita, en ningun vapor se recibe el cadáver á bordo; y hasta hay capitanes que rehusan en absoluto esta especie de cargamento.

—¿Teneis buques propios?

—Aun no. Nuestro comercio se hace por buques ingleses, á cuyos marineros les repugna en extremo el trasporte de cadáveres. Su religion no ordena, como la nuestra, que se entierren aquellos en el mismo lugar de su nacimiento.

—¿De modo que toda vuestra gente vuelve al país?

—Sí, por lo menos todos los que son honrados. Algunos miserables tártaros, renegando de sus antecesores, desechan su traje y adoptan el de los americanos. Esos son animales inmundos, y no hombres. Excepto esos perros, todos los chinos vuelven á su país..... cuando han muerto.

—Y no obstante, tengo entendido que vuestra inmigracion aumenta.

—Sí; la cifra es mas considerable cada año; el pasado fué de cinco mil individuos; el corriente de trece mil; y el próximo, será probablemente de veinticinco mil. En América hay mucho terreno y poca poblacion; en la China sucede lo contrario; y por eso les gusta á sus hijos vivir en América y volver al país despues de su muerte.

XLV

Los paganos chinos.—Hop-ki.—Sus cualidades y defectos.—Comparacion con los sirvientes irlandeses ó bávaros.—Los dos cuchillos.—La demanda de palos.

Cuando se contempla un mogol de aspecto tímido y mirada plácida, experiméntase compasion á despique de las maldiciones que se oyen continuamente contra él y toda su raza. Vedle cuando sirve á la mesa: su color claro, su des-

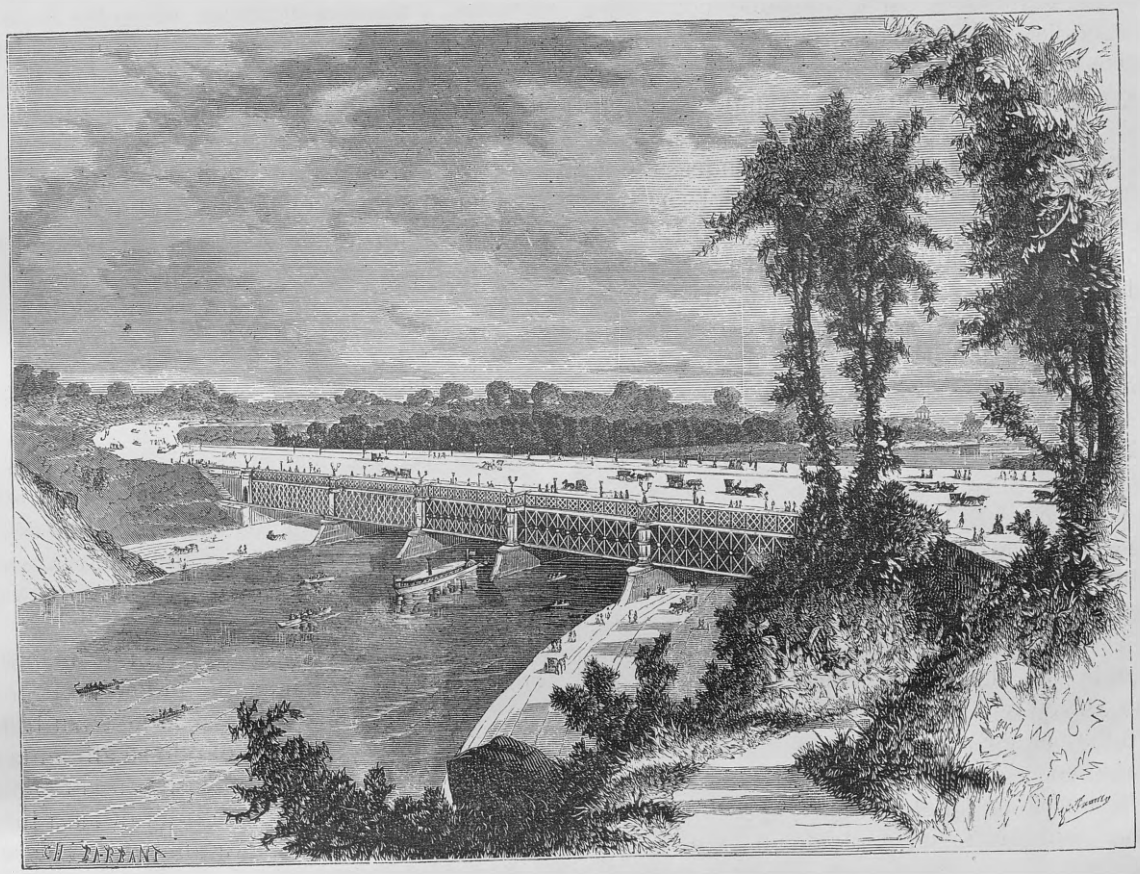
(1) En los Estados-Unidos se da el nombre de «comités de vigilancia» á las asociaciones particulares formadas por los ciudadanos en los nuevos centros de colonizacion, para velar por la seguridad general. Estos comités sustituyen su accion á la de la justicia, y aplican la famosa ley de Lynch con todo su rigor.

envoltura, y su silenciosa actividad, ofrecen el mas notable contraste con la faz sombría, los robustos miembros y la pesada languidez del criado negro. Lo mismo es en la cocina que en los trabajos de la via férrea ó en las minas de plata: siempre activo, presuroso, humilde y risueño, hace cuanto puede para contentar á todo el mundo.

Cansado ya de ver los sórdidos atavíos de la criada Biddy, se experimenta cierto alivio cuando circula alrededor de la mesa en que se come el chino Hop-ki con su anguarina blanca como la nieve.

—A pesar de su aire de inocencia, me dice al oido mi patron, que aun cuando odia á la raza amarilla, tiene un excelente cocinero chino, ese mozo lleva debajo de la blusa dos cuchillos.

—Pues su aspecto no es desagradable.



El puente Girard, sobre el rio Schuylkill, en Filadelfia

—¡Bah! es un pagano tan tunante como los otros, ó acaso peor, si supiéramos la verdad.

—¿Es decir que la ignorais?

—¿La verdad? Nadie puede saberla. Ese individuo no tiene nombre, é ignoramos de dónde viene. ¿Podria yo adivinar cuántos asesinatos ha cometido, y cuánto tiempo ha estado en la cárcel? Si le pregunto seguramente mentirá. El muy tunante jura que jamás ha matado á nadie, y que nunca estuvo una hora en la cárcel. Ved cómo se desliza junto á la silla de esa señora... Seguro estoy que el chino lleva dos cuchillos debajo de su blanca camisa.

—Hacedle al menos el favor de ponerlo en duda.

—No señor; ni aun en eso quiero hacerle gracia, ni le daré nunca mas de lo que gane. Tanto trabajo, tanto dinero; tal es la condicion de nuestro mutuo contrato. Creedme, ese mozo habria sido en su país ladron, rebelde ó esclavo; estos chinos no nos envian la flor y nata, sino la escoria.

Al oir semejantes conversaciones en los clubs y en las mesas redondas de San Francisco, se inclina cualquiera á suponer que los sentimientos de temor, de aversion y de recelo de que es objeto Hop-Ki, son debidos menos á su paganismo que á su figura afeminada, á sus modales tímidos, y á su trabajo poco costoso. Naturalmente, habrá personas que puedan tener motivos mas poderosos para odiarle; pero las primeras consideraciones ejercen su gran parte de influencia en la opinion general.

—¿Os agrada tener en el interior de vuestro establecimiento á esos criados chinos? pregunto á mi patron.

—En principio, no; pero en la práctica es distinto. Como cocineros y criados prestan buenos servicios; pero no se les recibe de buena gana, porque se ignora quiénes son y porque han abandonado su país, aunque se pueda asegurar que no valian en él gran cosa. Para nosotros, los hombres de la raza blanca, esos individuos son séres tan fantásticos é irresponsables como hijos de la niebla; y sin embargo, para comer bien es preciso tener un cocinero chino.

—¿Y porqué no tomar un irlandés ó un bávaro?

—No, no; no me hableis de irlandeses ni de bávaros. Ved ese tunante de Ki: ya observareis que al hablarle le llamo Ah-Ki y no Hop-Ki; «Ah» significa caballero, y el muy tuno tiene sus puntas de amor propio. Llamar á un hombre «Ah» es valerse de una de las tres mil fórmulas de la cortesía china, y ya comienzan á usarse en San Francisco. Yo llamo á ese pícaro Ah-Ki, lo cual me dispensa de subirle el salario, y hago así un ahorro de veinticinco pesetas al mes, resultante de mi respeto al libro de los ritos. Por otra parte, Hop-Ki me cuesta menos que ningun irlandés ó bávaro, y cumple bien con su deber. Preguntad á mi esposa si Ki no es la mejor de las costureras, de las doncellas y de las lavanderas. Al principio no se puede menos de reir al ver en la sala del baño ó en la alcoba á un pagano chino, de cara de luna, ocupado en limpiar la pila ó los peines; pero cuando se le ha tirado tres ó cuatro veces de la coletilla, á fin de asegurarse que la tiene bien sujeta en el occipucio, se acostumbra cualquiera á él, y olvida su sexo.

—De modo que, comparado con el irlandés y el bávaro, vuestro tunante Ki parece ser el criado favorito.

—Así es hasta cierto punto: jamás sale de casa, ni reclama el permiso los domingos; cuando se le ocurre alguna diligencia, pide la venia, y no retarda un solo minuto su vuelta. No hace venir á mi casa á ningun primo que robe los víveres; y aunque el pagano lleve dos cuchillos debajo de la blusa, justo es hacerle justicia reconociéndole algunas cualidades raras en los blancos, y completamente desconocidas de las criadas irlandesas ó alemanas. No bebe, ni charla, ni se encoleriza, ni tampoco emplea palabra alguna inconveniente que no pueda oir una esposa ó su hija. Sin duda que el bribon reniega durante su sueño, y blasfema en su lengua: algunas veces le sorprendo en sus accesos; mas el pagano es tan disimulado, que aun en sus mas violentos paroxismos de cólera, cualquiera que no le conociese creeria que canta por lo bajo para dormir á una criatura.

—¿Y es cierto, que así como los otros asiáticos, los mejores mogoles son embusteros y ladrones?

—No cabe duda, aunque no mas que los otros criados á quienes son generalmente comunes estos defectos. Cierto que Ki es menos arrebatado que la irlandesa, y menos nervioso que la alemana; y ademas tiene sus instantes de arrepentimiento, los cuales no conocen aquellas. Cuando se ha portado mal, preséntase pálido como un muerto, y me ruega que le administre un buen correctivo.

—¿Y accedeis á su peticion?

—Ciertamente; á él le gusta el palo, y á mí tambien; y un vapuleo de vez en cuando nos conviene á los dos.

XLVI

El trabajo chino —Rebaja de los precios del trabajo.—Invasion de las industrias por el obrero mogol.

Mas graves son las cuestiones suscitadas en San Francisco á causa de la facilidad con que los chinos aprenden todos los oficios. El éxodo de los mogoles en América ha inaugurado la era de la lucha obrera entre los que comen carne y los que se alimentan de arroz.

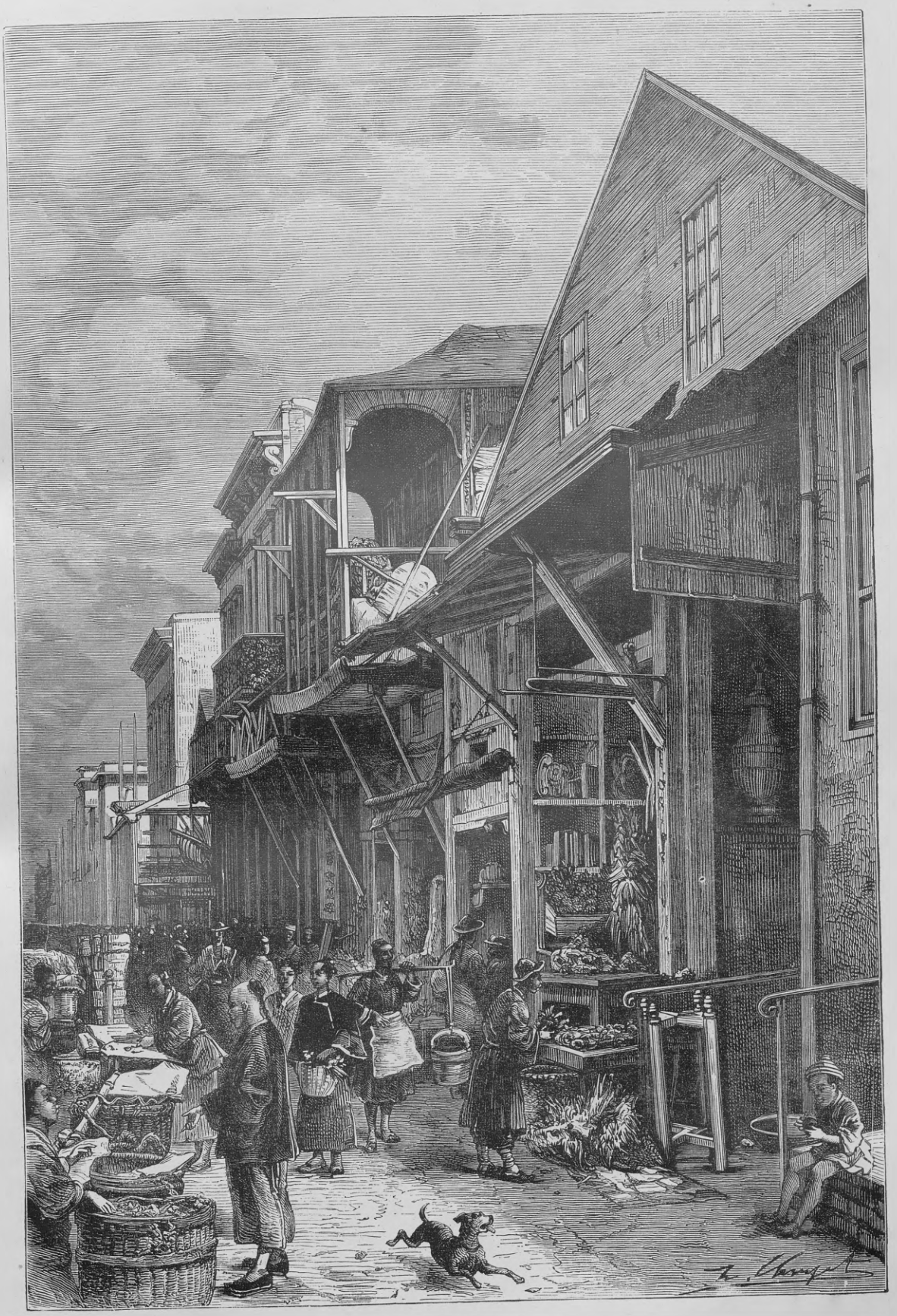
Nutriéndose exclusivamente con este grano, y sin desear despues mas que fumar un poco de ópio y beber una taza de te, el chino Juan trabaja mucho mas barato que el que se alimenta de carne de buey, el cual necesita una comida sólida, que no podria digerir si no fumara luego un rato en su pipa y bebiera un vaso de cerveza, sazonando el todo con una copa de aguardiente. Allí donde este obrero se morirá de hambre, el otro hallará el medio de vivir, y hasta de hacer ahorros.

—Decidme, Pat, ¿disputais alguna vez con esos chinos? pregunto al mozo del establecimiento.

—Mi capitan, contesta Pat ¿cómo quereis que me comprometa con un sér tan sórdido, que lleva en la cabeza una cola de cerdo?

—Lo digo, porque él tiene la culpa de que se rebaje el precio del trabajo en el muelle y la via férrea.

—¡Así caigan todas las maldiciones sobre ese animal pestilente! Antes de que él mostrase su feo rostro en la calle del Mercado, cualquiera de nosotros podia ganar muy bien sus treinta pesetas diarias, y apenas podemos obtener ahora diez. ¡Veinte pesetas diarias de pérdida! ¡Y todo



Calle del Mercado en San Francisco

por esas malditas colas de cerdo! Hay amos que no valen mucho mas que esos animales inmundos, pues rehusan dar á un blanco mas del doble de lo que gana un sucio amarillo. ¡Santa Vírgen! ¡Como si un cristiano pudiera vivir con *dos* medidas de arroz, porque un pagano se puede morir de hambre con *una*!

—¿Atribuís á los chinos esa disminucion de salario?

—No se puede acusar de ello á otros, capitan. Antes de llegar esos brutos, mi esposa tenia suficiente trabajo, como costurera y lavandera, para comprar de vez en cuando un poco de licor; pero hoy dia, esos miserables roban á todo el mundo, lo mismo á las mujeres que á los hombres. Si no temiese mancharme las manos, los arrojaria de buena gana de cabeza al mar desde lo mas alto de la punta de Hunter.

—¿No es vuestra máxima, Pat, que todo el mundo viva?

—Vivir, sí; pero capitan, esos no son sino unos chinos paganos, unos verdaderos paganos! ¿Qué vienen á hacer aquí? ¿No es acaso la China bastante grande para ellos?

—¡Vamos, Pat! ¿no habeis venido tambien del condado de Cork?

—Es cierto, capitan; pero tened en cuenta que este país es nuestro; que le hemos conquistado á los indios y á los mejicanos. ¡Bueno está que los chinos vengan ahora á quitárnosle! os juro por San Patricio que cuando llegue el dia de la batalla!..... ¡Oh! ¡Abominables chinos paganos!

Juan no retrocede ante ninguna especie de trabajo: hace de cocinero, trabaja en las canteras, balancea una butaca de báscula, cuida de los animales, corta los árboles y funde el mineral. Cuando puede elegir, prefiere los trabajos domésticos; pero es apto para todo, y apenas ve hacer una cosa, es capaz de hacerla tambien.

La fabricacion de cigarros, la mas importante de las industrias de San Francisco, y en la cual se ocupan miles de obreros, pertenece exclusivamente á los chinos. Tambien se han apoderado de casi todo el comercio de zapatería, de la fabricacion de paños y de conservas de frutos, é igualmente de la industria marítima.

XLVII

abitaciones en las ciudades.—Un pueblo celeste.—Cuadros pintorescos.—Descripcion de algunas chozas.—Vida miserable.

Así como Pady Blake y Juan Chico, Hop-Li y Hong-Chi parecen ser animales sociables, á quienes gusta ser codeados por la multitud y agruparse en el mas pequeño espacio posible. Lo mismo que la mayor parte de sus semejantes, irlandeses y mejicanos, agrádanles las callejuelas, y aspiran con delicia los mas pestilentes olores. En vez de acampar al aire libre, como podrian hacerlo, abren una especie de guaridas subterráneas debajo de las casas y de las grandes ciudades; se ocultan en zanjas, cuevas, cloacas y sumideros; y establecen como una corte de los Milagros en el corazon de cada ciudad que invaden. En el Lago Salado, pululan alrededor de la plaza del Mercado; en Virginia, en los alrededores de las minas; y en San Francisco han elegido para su domicilio el mas antiguo barrio. Cuando lleguen á Nueva-York, se albergarán en las Cinco Puntas; y una vez en Lóndres, se establecerán en los Siete Cuadrantes. Si existe un barrio sórdido é infecto, es seguro que los hijos celestes le olfatearán al punto y se apoderarán de él completamente. Diríase que obedecen á un instinto especial. Al llegar á Roma, expulsarán á los judíos del Ghetto; y en Nápoles, los lazzaroni deberán cederles la Marinella: así es como han expulsado á los proletarios irlandeses y mejicanos de sus antiguas tabernas de San Francisco. ¡Cómo se refocilarian estos aficionados á inmundicias en los muelles de Alejandría, en el recinto sagrado de Nablous, y en el hospital de leprosos de Jerusalen! Y sin embargo, en su país existe una poblacion fluvial que habita en juncos, que se alimenta de la pesca, y rara vez se acerca á las ciudades. En las cinco provincias se cuenta esta poblacion fluvial por millones de almas. ¿Habrá una tambien en la vertiente del Pacífico?

Acabo de saber que en Monterey, algunos chinos procedentes de San Francisco se han establecido como pescadores en la costa brava inmediata á la punta de los Pinos. Contrariamente á sus congéneres, desprecian los oficios serviles; entre ellos no hay lavanderos, cocineros, ni albañiles; considéranse como hombres libres que nada deben á las cinco compañías, ni están por lo tanto sujetos á ningun servicio. Dueños de su eleccion, á la fetidez de la ciudad han preferido las brisas vivificantes del Océano. Tienen consigo sus mujeres y sus hijos, y habitan la costa fuera del centro blanco; libres de las trabas europeas, se han proporcionado, gracias á la pesca, una existencia feliz para ellos y sus familias.

¿No hay allí, para todo observador, un hecho interesante que estudiar? Una colonia de asiáticos que nada pide á los blancos, que todo lo espera de la naturaleza, y que emprende la batalla de la vida como un soldado, no como una planta parásita. Muy diferentes de los trabajadores mejicanos, á quienes expulsan poco á poco

de California y del Nevada los amarillos, hé ahí hombres que para vivir no necesitan á los blancos.

Un sendero conduce desde Monterey á ese pueblo asiático, por la cruz del Hermano Junípero y el castillo de Ribera; pero este sendero no es sino una pista india, impracticable para los caballos, y mas aun para los carruajes, por lo cual es necesario franquearle á pié.

Un trayecto de tres kilómetros, á partir de la antigua escollera mejicana, me conduce hasta un grupo de rocas, alrededor del cual me parece estar en la China, cerca de una aglomeracion de chozas de madera donde pululan los perros y se percibe un olor de pesca muerta y de humo de madera de sándalo.

Los primeros pobladores debieron establecerse un poco al acaso, allí donde el terreno ofrecia mejor nivel, y se hallaba mas cerca la madera de construir.

La entrada á este laberinto no es difícil: basta guiarse por el olor de madera de sándalo, apartar á los perros errantes, y saltar sobre los chiquillos desnudos; pero dirigirse es un trabajo tan complicado como la obra de mas paciencia de un chino, y que un inglés no puede llevar á buen fin, por mucha destreza que tenga.

De frente se ve un establo con algunos cerdos: una construccion de mimbre forma el gallinero, rodeado de una charca donde barbotan los patos y las ocas. ¡Cuánta inmundicia! Un centenar de chozas carcomidas y de perreras sirven de habitacion, de almacenes y de graneros. Hé aquí de qué se compone esa colonia libre.

Las construcciones son tan frágiles, que algunas de ellas caen al mas ligero soplo de viento, ó por el mas insignificante chaparron. Una tempestad barreria la colonia entera, sepultándola en la rada; pero felizmente para los habitantes, aquella costa es la del Pacífico, donde son casi desconocidas las tormentas.

En ese rincon del continente americano viven cuatrocientos ó quinientos asiáticos, pidiendo su mísera pitanza al mar ó á la ribera. Pescan los bancos de eperlanos, y recogen miles de conchas; perseguir á la ballena es un trabajo demasiado penoso para ellos; pero á veces consiguen apoderarse de algunos abadejos. Durante el verano viven muy bien, segun me asegura Ah-Tim, uno de los colonos: el bosque les facilita el combustible, y en la rada no faltan nunca peces.

En los reducidos espacios de terreno que cultivan alrededor de sus habitaciones obtienen coles y otras legumbres; y secando una parte de su pesca se aprovisionan para el invierno, estacion en que la marejada es demasiado fuerte para que osen hacerse al mar. Venden el exceso de lo que necesitan para su consumo, y con el importe compran un poco de te, madera de sándalo y ópio. El chino ve todo lo demás en sueño; para ser el mas feliz de los hombres le basta un polvo de ópio.

Conducido por Ah-Tim, visito algunas chozas: construidas poco mas ó menos sobre el mismo modelo, todas se parecen; son pequeñas, pero limpias, y aseméjanse mas bien á cuartos de muñecas que á unas habitaciones humanas; en la mayor parte veo pegados en la pared pedazos de papel rojo, anuncios de loterías, carteles de teatro y avisos de servicio religioso en la gran pagoda de San Francisco. En América todo mogol considera esta ciudad como su capital, y la gran pagoda que allí existe como su templo.

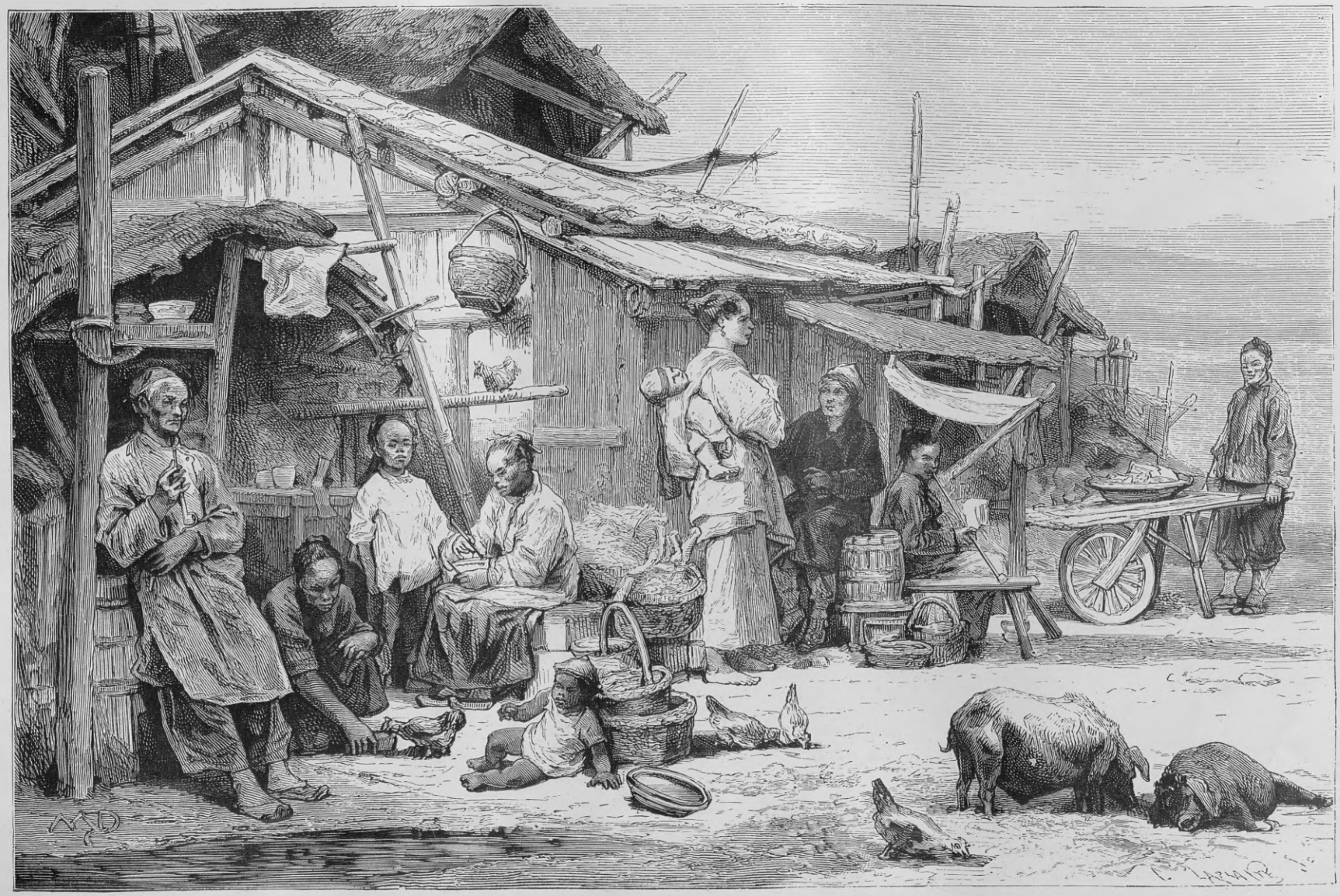
Así como los mas de sus compatriotas, Ah-Tim posee un gran fondo de piedad. Como los pescadores no son bastante ricos para permitirse el lujo de un sacerdote, no se ha erigido ninguna pagoda en el pueblo de la punta de los Pinos; pero en cada una de las chozas del promontorio se ve un Budha en la meseta de la chimenea, como se encuentra una cruz en toda choza vasca, y una imágen de la Vírgen en toda cabaña rusa. Por pobre que sea un mogol, siempre tiene delante de su altar doméstico una pequeña taza de té y algunos pedazos de cedro encendidos.

—Vale mas, me dice Ah-Tim, privarse del arroz y del ópio, que dejar á Budha sin té y sin madera de cedro.

En una de las chozas, cinco ó seis hombres van á sentarse á la mesa, en la que se ve un plato de coles preparadas con sebo, y algunas conchas fritas; cada cual tiene en la mano el palillo que le sirve de cuchara y tenedor; y antes de sentarse dirigen una mirada á su altar para reconocer que el té está caliente. Terminada la comida, encienden algunos pedacitos de cedro y los dejan consumirse; pero estas ceremonias del culto se practican sin reverencia alguna, sin ese respeto profundo que dulcifica las facciones del moscovita, cuando despues de cada comida se persigna dirigiendo á su santa imágen la exclamacion: «Slava Bohou.»

Ah-Tim me introduce en su cabaña, donde su esposa prepara el té, mientras sus dos chicos se revuelcan en el fango que cubre el suelo.

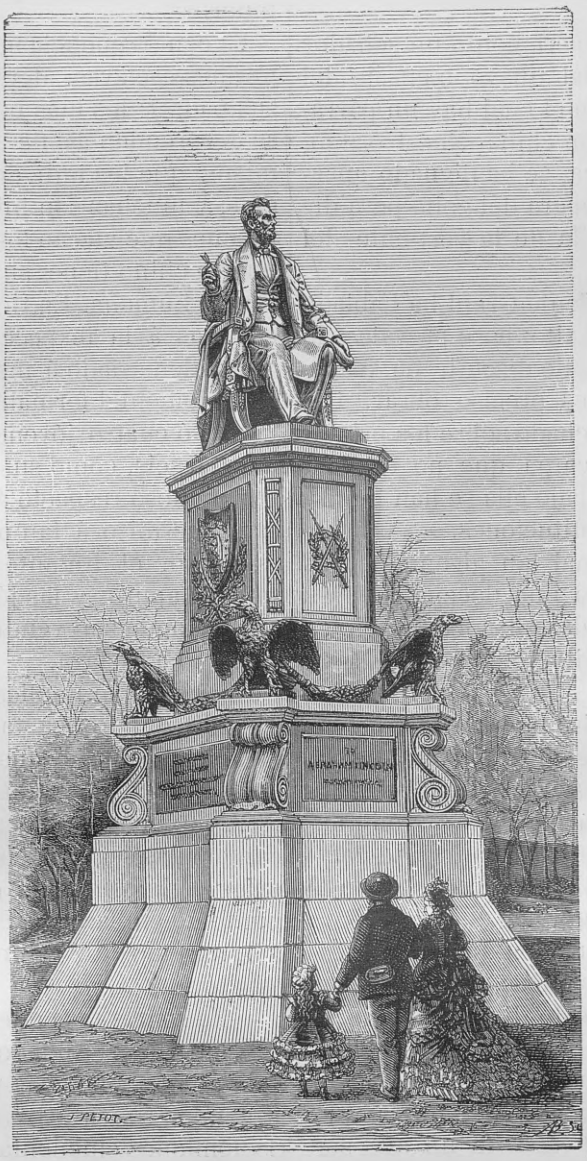
Ah-Tim es una personalidad original: flemático, positivo y metódico, tiene esa inteligencia dura y callosa que los poetas americanos han atribuido no sin razon, al «pagano chino.» Contrariamente á la generalidad de sus compatriotas, ocúpase de política; y no debiendo nada á



Una aldea de pescadores chinos cerca de Monterey

las compañías, no tiene motivo para temerlas, ni á sus espías tampoco. Nacido en aquel mismo lugar, no experimenta el menor deseo de volver á Canton: quiere gozar de sus derechos, ser elector, y que lo sean tambien sus compañeros.

Tim es el primer chino que ha nacido en California; en su calidad de indígena, puede solicitar todos los empleos; si estuviera en posesion de lo que le es debido, nada le impediria, conforme á la constitucion americana, aspirar á la



Monumento en honor del presidente Lincoln, en Filadelfia

presidencia en oposicion con el general Grant. Pero, en opinion de Ah-Tim, la poblacion blanca de California viola la constitucion al pretender que la máxima legal: «Todo individuo nacido en el suelo de América es ciudadano americano,» no se aplique sino al blanco.

—¿Reclamais formalmente vuestro derecho de ciudadano? pregunto.

—Sí, señor: he nacido en América, como mis hijos, y aquí me he casado y vivo.

Cuando se redactó la constitucion americana, quedó confinado á la raza blanca aquel noble aserto: «Todos los hombres nacen libres é iguales.» Un negro no era un hombre libre, ni el rojo un igual; pero los acontecimientos han dado á este principio una inmensa extension; el negro que nace en el país goza de los derechos de ciudadano libre. ¿Por qué no seria lo mismo con el mogol? ¿Es acaso la raza africana mas noble que la raza asiática? Si se cree á Zeté Fly

digno de la emancipacion, ¿por qué se rehusa el mismo privilegio á Tim?

XLVIII

Ensayos de defensa legal contra la invasion mogola.—Leyes californianas. — Dificultades constitucionales. — El comercio de esclavos.—Temores para el porvenir.

—¡Al fin! exclama en Sacramento un senador al terminar la lectura del nuevo mensaje del presidente al congreso, en el cual hay un párrafo relativo á la inmigracion china. Nuestro amo, el señor de la Casa Blanca, se ha dignado apartar la vista de la peste negra del golfo para dirigirla á la peste amarilla de la vertiente del Pacífico.

Nadie dirá que el presidente Grant ha hablado demasiado pronto y muy alto; pero prevalece la opinion contraria. Se puede discutir en Washington; en Sacramento es preciso obrar. Los invasores mogoles han echado sobre los principios republicanos una carga que no estaban destinados á sostener, y bajo ella se han hundido los principios y las instituciones.

En presencia de un mal tan gigantesco, los californianos han dictado una docena de leyes ofensivas, que violan todas ellas los principios mas sagrados de la constitucion de los Estados Unidos.

Esta constitucion abre las puertas americanas al mundo entero; las leyes de California regulan y limitan la entrada de los asiáticos en San Francisco. La constitucion concede á todo inmigrante, con fáciles condiciones, la facultad de naturalizarse; las leyes de California las rehusan al emigrado chino en absoluto.

A causa de la nueva situacion que le ha creado la afluencia de esos asiáticos, San Francisco ha dejado de ser un puerto libre en toda la acepcion de la palabra, como, por ejemplo, Nueva-York. Este último está abierto, y San Francisco no. Desembarcando en Nueva-York, el mogol puede obtener al cabo de un año sus cartas de naturalizacion; en San Francisco han de pasar veinte, y este conflicto de principios produce en la práctica una extremada confusion. En el Oregon, en California y Nevada, nadie puede formarse una idea precisa de lo que es legal ó ilegal. Un tribunal aplica las leyes locales y juzga de una manera; mientras un segundo considera aquellas de otro modo: todo está en contradiccion, letra, espíritu y decisiones.

Tan poco misterio ofrece la cuestion de las mujeres chinas conducidas á San Francisco como la de las jóvenes circasianas que se ponian á la venta en los mercados del Cairo y de Damasco: son tambien esclavas. Al llegar á San Francisco con sus propietarios no pagan á la sexta compañía ninguna prima de desembarco; completamente fuera del sistema de familia china, no necesitan que se las envie á su país despues del fallecimiento; y no se hace mas que sustraerlas á la vista, como se practica con los animales muertos.

Es con frecuencia una triste historia la de esas jóvenes esclavas: algunas han sido vendidas por sus padres: los mas pobres campesinos mogoles se desprenden así de sus hijas, exactamente lo mismo que los indígenas americanos de sus indias; y muchas son hijas robadas, presa de esos infames que atacan los caseríos en la costa. Cada puerto chino tiene su mercado para esta mercancía humana. En Hong-Kong se somete á esas esclavas á la inspeccion de un agente oficial, quien demasiado á menudo se contenta con la mas elemental formalidad. Un mercader presenta tres ó cuatro jóvenes como sus hijas; y otras cinco ó seis, como sus mujeres. Un cónsul algo escrupuloso respecto á la poligamia podria rehusar el permiso á tan numerosa familia; pero en este caso, el tratante sabe hallar medios para salir de apuro; y las jóvenes llegan á San Francisco, donde son vendidas á cualquiera que necesite una esclava.

Ansiosos para aplicar á un mal práctico un remedio que lo sea tambien, los californianos han dictado una ley que permita á las autoridades del puerto visitar todos los buques procedentes de Asia; y cuando encuentran á bordo esclavas, conducidas seguramente con un objeto inmoral, exigen á la compañía que las envie otra vez al punto de embarque. Sin embargo, en el Tribunal supremo de Washington no ha sido aprobada esta ley.

—No somos mas que treinta millones de blancos, me dice el senador de San Francisco con quien hablo sobre este problema; y los amarillos ascienden á mas de trescientos sesenta millones. Cediéndonos cincuenta millones de almas, apenas se empobrecerán; pero este donativo seria la muerte para nosotros.

El senador tiene razon: aunque cedieran un contingente de cincuenta millones de individuos, la poblacion de las cinco provincias seria tan densa como la de Irlanda antes del hambre, y permitiria al gobierno de Pekin hacer los gastos de trasporte. Diseminados en los Estados-Unidos, como se esparcen comunmente todos los trabajadores á jornal, cincuenta millones de mogoles tendrian una mayoría efectiva en todas las elecciones, desde el Oregon hasta el golfo de Méjico.

¿Osaria álguien afirmar que no vendrán nun-

ca? ¿Puede saber nadie de qué son capaces unos hombres acosados por la necesidad? No seria la primera vez que el hambre se abrió camino á través de los muros de piedra, arrostrando las tempestades del mar. La falta de un tubérculo fué causa de que una tercera parte de la poblacion de Irlanda emigrase á América, aunque un hijo de la verde Erin sea tan amante de su suelo natal como un campesino de la China. ¿Quién puede prever el porvenir de la planta del té? ¿No hemos tenido la enfermedad de la vid y de la patata? Supongamos que el té llegase á faltar; si semejante desastre hiciera de la China otra Irlanda, los habitantes deberian abandonar el imperio por millones. Que se traslade á América una séptima parte de la poblacion china, y los mogoles regularán á su antojo las elecciones, y bajo una constitucion republicana llegarán á ser dueños del poder.

XLIX

Inmensidad de la obra realizada en cien años por los americanos —Estado social en la actualidad —Inventos debidos al genio práctico del americano.—Desarrollo prodigioso de las grandes ciudades.—Filadelfia.—Riqueza de los edificios —Comodidad de las habitaciones privadas —No existe ningun barrio miserable.—Belleza única del parque Fairmont.

Ante la inminencia de semejante invasion de bárbaros asiáticos, que amenazan absorber al cabo de cierto tiempo la civilizacion europea, ¿no es ya tiempo de que los blancos de todas partes de América examinen seriamente la situacion?

La conquista de los blancos en América se ha realizado con tanta rapidez y uniformidad, que parece inspirar poco cuidado el porvenir, imaginándose todos que terminada la obra se ha conseguido asegurar la posesion del suelo para siempre.

En cien años se han agregado á la República treinta Estados ó territorios, cada uno de los cuales tiene poco mas ó menos la superficie de España: en esos Estados ó territorios hay cuarenta millones de habitantes libres, sesenta y tres mil iglesias, con veintiun millones de asientos reservados; ciento cuarenta mil escuelas, donde reciben instruccion mas de siete millones de alumnos de ambos sexos, contándose doscientos sesenta mil profesores; cincuenta y seis mil bibliotecas públicas, que contienen cerca de veinte millones de volúmenes; cien mil bibliotecas particulares con unos veintiseis millones de volúmenes; cinco mil ochocientos diarios, que hacen anualmente una tirada de quince millones de ejemplares; cuatrocientos millones de granjas valuadas en cincuenta mil millones de pesetas; siete millones y quinientas mil familias; y siete millones de casas; de modo que, salvo algunas excepciones, cada jefe de familia posee una (1).

Durante este corto período de cien años, los Estados-Unidos contribuyeron en una gran parte á los inventos que han prestado mas servicios á la humanidad. Prescindiendo de la invencion de los buques de vapor y de los hilos telegráficos, por ser asunto discutible, la lista de sus descubrimientos y perfeccionamientos es ya bastante larga. A los americanos se debe la máquina de limpiar el algodon, la prensa rotatoria, las máquinas para mondar frutos, afilar cuchillos, segar y laminar. La máquina de aire cálido es americana, así como la industria del cautchuc, las máquinas de cardar lana, fabricar herraduras de caballo y elevar granos. Los americanos se atribuyen asimismo el invento del electro-iman y de la fabricacion artificial del hielo.

América es esencialmente el país del genio práctico. Posee la mas inmensa catarata, la mas grande cadena de montañas del mundo; pero ha sabido echar un puente sobre aquella y franquear esta por un camino de hierro.

Mas notable es aun, é igualmente prodigioso, el desarrollo de sus grandes ciudades: bajo este punto de vista, los extranjeros han elogiado sobre todo á Nueva-York, Chicago, Cincinnati y San Francisco; pero es dudoso que el progreso de Nueva-York ó de Chicago sea tan extraordinario como el de Filadelfia.

Si este último Estado es el mas brillante ejemplo de los adelantos de la raza blanca en América, es porque nada accidental ó temporal regula las condiciones de su desarrollo. No tiene el carácter de una residencia real, como Roma, ni se puede considerar cual centro de un nuevo sistema imperial, como Berlin: no atrae por sus riquezas minerales á los espíritus aventureros de todas las naciones, de igual modo que San Francisco; no es el puerto de llegada de los inmigrantes de Europa, como Nueva-York, ni una ciudad á la moda, á semejanza de Brighton y Saratoga (2), ni un puerto libre cual el de Liorna; ni ha despertado tampoco como Madrid el caprichoso deseo de un César.

Ha crecido naturalmente: causas accidentales han hecho la fortuna de ciertas ciudades. La prosperidad de Omaha es debida á su camino de

(1) Dejamos al autor la responsabilidad de tal estadística y de las que siguen: nos limitaremos á señalar su exageracion.

(2) Ciudad del Estado de Nueva-York, célebre por sus aguas minerales.

hierro, la de Birkenhead (1) á sus docks, la de Petrólea á sus fuentes de aceite mineral; la de Filadelfia resulta únicamente de causas generales, y no se comprometeria por la extincion de una docena de industrias. Algunos hombres que viven actualmente en la calle de Walnut recuerdan la época en que Filadelfia igualaba apenas á Croydon (2) por su extension superficial: ahora es mayor que Berlin, y casi tan grande como Nueva-York. Apenas hace cincuenta años tenia la extension de Edimburgo, diez años mas tarde alcanzaba la de Dublin, y quince despues excedia á la de Liverpool. En la actualidad, Filadelfia iguala por lo menos á las ciudades de Manchester, de Liverpool y de Sheffield reunidas. Formando un solo total con las poblaciones de Dublin, de Edimburgo, de York, de Lancaster y de Chester, no se llegaria á la mitad de la cifra de los habitantes que cuenta hoy Filadelfia. Si dimension es sinónimo de poderío, la ciudad del amor fraternal es una verdadera metrópoli (3).

Exceptuando las ciudades chinas, Filadelfia pretende ser la cuarta del mundo, y no admite sino la superioridad de Lóndres, Paris y Nueva-York. Es mas grande que Moscou y San Petersburgo reunidas; mas que las tres capitales del imperio austro-magiar, Viena, Pesth y Praga; y mas tambien que las cuatro del reino de Italia, Roma, Florencia, Nápoles y Turin. Préciase de contener actualmente una poblacion de algo mas de un millon cien mil almas.

Y este retoño precoz lo reune todo: solidez del tronco, extension de las ramas y riqueza del follaje. Cuando se vuelve á esta ciudad despues de algunos años de ausencia, experiméntase á cada paso verdadero asombro; parece que se ha dejado una ciudad de ladrillo y que se encuentra otra de mármol, y al suponerlo así, no se hace una apreciacion absolutamente hiperbólica. Muchos de mis amigos á quienes dejé hace ocho años viviendo en casas de ladrillo habitan hoy en palacios de mármol. Por todas partes se elevan monumentos públicos, entre los cuales se debe citar en primer término el que se elevó en honor de Lincoln. Las calles están bordeadas por espléndidas construcciones; y no comprendo en estas las de un carácter y grandiosidad excepcionales, como el colegio Girard, establecimiento escolar el mas perfecto que se conoce en América, ni tampoco el nuevo puente Girard, sobre el rio Schuylkill, el mas ancho y tal vez la obra de hierro mas magnífica del mundo. Hablo de las construcciones ordinarias, clubs y casas de banca, iglesias y tribunales, logias masónicas, hoteles y redacciones de periódicos. Dos ó tres de las casas de banca igualan á las mas hermosas construcciones de este género erigidas últimamente en la calle de los Lombardos de Lóndres; mientras que nuestra Gran Logia no es sino un caseron si se compara con el templo masónico. Las nuevas iglesias son generalmente de un buen estilo, con ricos adornos y fachadas de diorita (4) en bruto, ó de mármol blanco pulimentado.

Los nuevos edificios de la universidad de Pensilvania, terminados en parte, tienen un aspecto magnífico; están construidos con una diorita particular del país, y las fachadas son de arenisca roja. El interior, perfectamente organizado, contiene ricas colecciones, sobre todo de historia natural.

La extension de la Roma moderna y el esplendor de Berlin son menos extraordinarios que la extension y esplendor de Filadelfia. Ninguna ciudad ha prosperado en nuestra época tanto como Roma desde que ha llegado á ser la capital de Italia; y, sin embargo, por lo que hace á la poblacion, Roma no es sino una ciudad de sexto órden. Solo en tres años, Lóndres aumenta la suya en un número de habitantes mayor del que existe en las siete colinas, y Filadelfia hace lo mismo en cuatro. Nadie supone que el desarrollo de Roma se perpetuará así eternamente: no recibirá cada año dentro de sus muros un gobierno, una corte, un ejército y un parlamento.

Berlin ha progresado con increible rapidez, y la capital del imperio de Alemania experimentará durante mas tiempo que Roma la influencia de los acontecimientos. Alemania es, en efecto, un país mas grande que Italia; su sistema no es tan parroquial, y muchos mas de sus principales ciudadanos, á la vez civiles y militares, tienen interés en vivir cerca de la corte del emperador; pero en Berlin, lo mismo que en Washington, Madrid y otras capitales artificiales, no se dejará de llegar muy pronto al término de este desarrollo. A semejanza de Lóndres y Nueva-York, Berlin no es un gran centro comercial, con un puerto capaz de satisfacer

(1) Ciudad fabril de Inglaterra, en la orilla izquierda del Mersey, frente á Liverpool. La compañía de los docks ha mandado construir habitaciones modelos para los trabajadores; y su poblacion, que era solo de doscientos habitantes en 1821, cuenta hoy cuarenta mil almas.

(2) Ciudad de Inglaterra en el condado de Surrey, á diez y seis kilómetros de Lóndres. Tiene una poblacion de diez y seis mil quinientas almas.

(3) El nombre de Filadelfia, compuesto de dos palabras griegas, significa literalmente «amor fraternal.»

(4) Roca de color verde que se compone esencialmente de feldspato y de anfibolita.

todas las necesidades que exijan las empresas mercantiles.

Así como Madrid, Berlin es una ciudad interior: no cabe duda que en todo el mundo las capitales futuras estarán situadas sobre los dos elementos, siendo accesibles lo mismo por tierra que por mar, como decia Constantino refiriéndose á Bizancio.

Poco se oye hablar de esa ciudad que se desarrolla silenciosamente en las orillas del Delaware: así se explica que de cada cinco personas cuatro se admiren mucho de que, á semejanza de Nueva-York, Filadelfia deje muy atrás antiguas é históricas capitales como la de Viena y Constantinopla.

Pero sucede á menudo que una parte de una



La Academia, en Saint-Johnsbury.—De una fotografía

ciudad se embellece á expensas de las otras, segun hemos visto en Lóndres, donde las míseras casas de miles de indigentes fueron derribadas para formar la calle Nueva Oxford y los jardines de Grosvenor. Estos hechos se presentan en todas las grandes ciudades, sin ser por eso un indicio de adelanto. Las demoliciones de Paris en tiempo de Luis Napoleon reconocieron por causa, no el interés de la salubridad pública, sino un ardimiento febril y una irresistible necesidad de cambio.

¿Cómo se construyen las casas ordinarias en una ciudad? ¿Cómo se aloja á las masas? Estas preguntas son las que deben ocupar ante todo al hombre de Estado y al moralista. No es bastante preguntarse si detrás de esos grandes edificios y esos palacios hay callejuelas infectas y míseras casuchas; es mas importante asegurarse de que las diversas clases de la poblacion tienen donde vivir.

En ninguna parte, ni en América ni en punto alguno, he visto habitaciones particulares tan salubres y cómodas como en Filadelfia. Allí no hay tugurios ni inmundicias de ninguna especie; casi todas las casas contienen una sala de baños, lo cual, sin ofender al lector, es un signo distintivo: el baño significa limpieza, y esta salud. El país de Oriente nos presenta los baños de los sultanes y de los bajás: baños de mármol, chorros de agua corriente, lujo del rico y no necesidad para el pobre. Aquí hay baños para todos los que están dispuestos á pagar; y segun los informes, la Compañía de las aguas cuenta mas de cuarenta mil abonados. Este hecho, que im-

plica las mil virtudes hijas de la limpieza personal, honra á la ciudad, mas aun que el parque de Fairmont.

Y sin embargo, este parque, de una superficie de mil cuatrocientas hectáreas, situado en las orillas del Schuylkill y del Wissahickon, es una de las maravillas del mundo: los siete parques de Lóndres, Victoria, Greenwich, Finsbury, Battersea, Saint-James, Hyde y Regent, reunidos en uno solo, no le igualarian en extension.

La belleza de Fairmont-Park no cede en nada á sus dimensiones: ni el Prater de Viena, ni las Delicias de Sevilla, ni el bosque de Boulogne de Paris, podrian compararse por ningun concepto. Nada tan encantador como un paseo por las orillas del Guadalquivir en una noche de verano; nada tan risueño como los paisajes de Sevres y de Saint-Cloud; pero el Schuylkill es una corriente mas pintoresca que el Guadalquivir cerca de Sevilla, ó el Sena en las inmediaciones de Paris. Desde la colina Jorge se abarca un golpe de vista en que se combinan todas las bellezas, ante las cuales se extasia el observador en las alturas de Richmond y de Greenwich. De frente extiéndese un país cubierto de bosque, que se desarrolla hasta los últimos límites del horizonte; á los piés se desliza un ancho rio de graciosos contornos; y mas allá elévanse numerosas torres y cúpulas que dominan, cual nuevo Partenon, un grandioso edificio, el colegio Girard. Visto este cuadro en un dia de verano, cuando el follaje inundado de luz se tiñe de oro y de púrpura, y se reflejan en el mármol pulimentado los brillantes rayos del sol, consérvase un recuerdo que no se puede borrar de la memoria.

Y sin embargo, hay puntos oscuros en estos altivos anales del desarrollo americano: el victorioso edificio tiene inscrito en sus paredes un triste y grave aviso.

L

Dificultades que vencer. — Conflicto de las razas.—Desproporcion en el número de mujeres. — Inclinacion innata á la embriaguez.—Medidas poco eficaces contra el abuso de los licores fuertes.

Prescindiendo del conflicto de las razas, que es su lucha de cada momento, América debe empeñar mas de una batalla, combates á la vez civiles, morales y materiales. Debe restablecer la balanza entre los sexos para obtener una equitativa proporcion de mujeres; extirpar del pueblo su aficion innata á los licores fuertes, heredada de sus antecesores los ingleses, y que se sobrexcita en un clima donde se encuentran los extremos del calor y del frio; y, por último, vencer completamente la ignorancia, que no solo es la calamidad de las naciones, sino tambien, como dijo Shakespeare, «la maldicion de Dios.»

De todas las causas que contienen la expansion de los blancos en América, la primera y la mas grave es la escasez de mujeres, ocasionada por el espíritu aventurero de que se dejan llevar invenciblemente los hombres.

A esta escasez no suple nada en una colonia, ni la riqueza del suelo, ni la belleza de los paisajes, ni la salubridad del clima.

Hace tres años que la administracion de educacion (1) publicó un documento que se ha hundido cual aguda flecha en el corazon de los americanos patriotas: demostraba que la cifra de los nacimientos disminuye en América de un año á otro, no solo en un Estado, sino en todos ellos en general. Esta disminucion es constante: lo mismo sucede en Arkansas y en Alabama que en Massachusetts y Connecticut, que en Michigan é Indiana, Pensylvania y Nueva-York: el hecho es universal. Está reconocido que la cifra de nacimientos es mas elevada entre los emigrantes que entre los indígenas; y sin embargo, el término medio, aumentado así por los extranjeros, es todavía inferior al de todos los países de Europa, sin exceptuar el de Francia durante los malos dias de Luis Napoleon.

Algunos de los mas notables economistas y médicos de Boston han llegado á deducir que la raza blanca no puede habitar en el suelo americano. La legislacion no ha dictado providencia alguna para combatir esa calamidad que consiste en la desigual distribucion de los sexos: lo que se ha hecho hasta ahora es debido solo á la casualidad.

En 1860 América contaba setecientos cincuenta mil hombres mas que mujeres.

Diez años despues esta enorme desproporcion se reducia á trescientos mil: la desigualdad producida por la inmigracion cesará al mismo tiempo que esta.

América puede darse cuenta fácilmente de la perturbacion introducida en su sistema social, por la circunstancia de que el exceso de hombres fué debido al hecho de que en el período decenal de 1860 á 1870, el número de los que

(1) Este centro, establecido por el gobierno de los Estados-Unidos en 1867, y agregado al ministerio de la Gobernacion, reune todos los datos referentes á la instruccion del pueblo, y recoge los informes sobre el estado de la instruccion en todos los países. No solo publica Memorias anuales acerca del estado de las escuelas americanas, sino tambien documentos relativos á los métodos pedagógicos, y á los adelantos que deben introducirse en los establecimientos de enseñanza primaria, bajo el punto de vista moral, intelectual y material. El número de publicaciones de dicho centro, ya considerable, revela gran celo, y honra mucho al director general de educacion, M. Eaton.

entraron en los puertos de Boston y de Nueva York, excedió al de las mujeres en cuatrocientos cincuenta mil.

El excedente de varones en los Estados-Unidos es de cuatrocientos sesenta y nueve mil: si durante diez años, desde 1860 á 1870, no hubiera venido ningun emigrante, ó si los hombres y las mujeres hubiesen llegado en número igual, este exceso de varones no seria sino de diez y nueve mil, lo cual restableceria parcialmente la proporcion de los sexos.

Con la interrupcion de la corriente inmigrante, la calamidad se extinguirá; mas ¿no será este remedio peor que el mal?

Si la intemperancia adquirió en los Estados Unidos las proporciones de una calamidad pública, los americanos han hecho en cambio los mas enérgicos esfuerzos para combatirla.

Hijos de antecesores ingleses y alemanes, los americanos pertenecen á una raza en la que beber libremente era una obra pia, á la vez que una cortesía social, y la satisfaccion de un apetito físico. Nuestros dioses no eran menos resueltos bebedores que rudos combatientes, y las hermosas jóvenes que encantaban á esos héroes en otra edad tenian por mision llenar contínuamente la copa. Nosotros, habitantes de la tierra, nos apresuramos á imitar el ejemplo que nos dieron los dioses y los héroes.

La pasion teutónica por la cerveza y el aguamiel sobrevivió á la caida de Odin, tomando una nueva forma de fe religiosa, con el nombre de cervezas eclesiásticas y copas de gracia. Nosotros hacemos nuestras libaciones á la divinidad, y tenemos nuestras cervezas de Cuaresma y de Noche-Buena; bebemos en los bautismos, en las bodas, y en los entierros, no faltando nunca en las segundas, la cerveza de los novios; celebramos con licores espirituosos la venida al mundo del recien nacido, y con vino las virtudes de un muerto.

Nosotros somos teutones tambien, y poetas de la buena mesa. Una princesa sajona nos ha dejado esta frase: «Liever kyning, wass heal.» —A vuestra salud, querido rey. Una jóven inglesa fué la que inventó el brindis. La copa de amor y el vaso de despedida nos pertenecen en propiedad. Por eso tenemos á los licores fuertes una inclinacion que no han podido corregir aun ni los mandamientos de la Iglesia ni los reglamentos de policía.

Los americanos tienen nuestras virtudes y nuestros vicios: si beben mas que los franceses, los italianos y los españoles, son en cambio mas duros que ellos para el trabajo, y mas encarnizados en el combate. En todo cuanto hacen, como en todo lo que rehusan hacer, revelan la exageracion de un carácter tan original como vigoroso.

En Inglaterra, lo mismo que en América, hemos luchado valerosamente contra la intemperancia, probando todos los medios, el sistema de multas, la exposicion pública y la cárcel. Nuestros primos de América han avanzado mas que nosotros en la via de represion: en ciertos Estados se prohibió la venta de bebidas fuertes; y en otros se sometió á restricciones casi tan radicales como la prohibicion misma. Hay puntos en que los vendedores son responsables de los delitos cometidos por los borrachos, hombres ó mujeres; y en muchos Estados, la costumbre de embriagarse ha llegado á ser caso de divorcio.

Pero en Inglaterra, lo mismo que en América, los resultados son tan dudosos, que se puede negar atrevidamente la eficacia de los remedios. Tomada en su conjunto, América consume mas aguardiente que nunca: en los Estados mas sóbrios, las condenas por embriaguez aumentan de dia en dia. En Maine, á pesar del rigor de su legislacion, se cuentan en este año mas delincuentes y multas que en el anterior. En Massachusetts se ha renunciado á las leyes prohibitivas, y en el Ohio háse apelado á una especie de «cruzada,» que tenia por agentes, además de los predicadores, varias *cantantes de himnos*. En este género he visto la compañía de la «Madre Carey:» ofrecia su lado cómico, que hubiera podido tentar muy bien al artista; pero respeto demasiado las piadosas intenciones de esas damas para no hablar de ellas con la mayor deferencia. Habian resuelto proceder á su manera contra los borrachos, elevando públicamente himnos á Dios para que renunciaran á semejante vicio; y á este fin situábanse á la puerta de las tabernas mas frecuentadas, se formaban en grupo y daban principio á sus oraciones cantadas. Los bebedores salian muy pronto del establecimiento, deteníanse los transeuntes, la circulacion se interrumpia; y despues de haber sitiado así la taberna por espacio de una hora, las cantantes volvian en fila á su iglesia, seguidas de una multitud por lo general bastante burlona. Sin embargo, á pesar de los sarcasmos que acompañaban á veces á sus cantos, proseguian su obra, y no dejaron de obtener resultados; pero al fin, bajo el pretexto de que sus cantos causaban perturbacion en las calles, entorpeciendo el comercio y la circulacion, las autoridades municipales intervinieron, poniendo fin á esta predicacion de un nuevo género.

Por otra parte, dícese que los vendedores de

bebidas fuertes, así en el Ohio como en otras partes, forman una corporacion poderosa que domina á la autoridades por la influencia que puede ejercer en las elecciones. Cierto que por lo general, los magistrados son indulgentes, tal vez demasiado, para los culpables. En virtud de la ley Adair, todo vendedor del Ohio que dé bebida á un individuo, es responsable de los delitos que cometa, aunque no haya proporcionado sino una pequeña parte de lo que su cliente consumió. Por eso entra el bebedor sucesivamente en cinco ó seis casas, y absorbe una gran cantidad de licor; embriágase, comienza á ser pendenciero y charlatan, y avanza por la calle con pasos desordenados. Los vendedores que le sirvieron son todos y cada uno responsables de las faltas que cometiere. Semejante ley deberia estudiarse atentamente, y ser puesta en práctica con todo rigor. Unicamente los «cruzados» de ambos sexos afirman que no se aplica del todo.

—Aquí, me dice un abogado, todo recreo y toda diversion consiste en embriagarse: á cada individuo no le cuesta esto mas de veinticinco sueldos; y una vez borracho, amotina á los transeuntes y rompe la cabeza á uno de ellos.

»Presentado ante el juez, le dan buen alojamiento para una noche, y mejor comida, el todo por sus veinticinco sueldos.

—¿Y cómo hariais para evitar semejantes hechos?

—¿Cómo? Para esto quisiera que la venta de las bebidas fuertes se asimilase al delito y se castigase como tal.

—Pero ¿no está considerada como culpable en algunos puntos de América la venta de los vinos y licores que se compran libremente en todas las ciudades de Europa?

—No del todo; y sin embargo, si vais á Saint-Johnsbury, en Vermont, vereis una ciudad cuya sobriedad es ejemplar, donde no se puede adquirir una sola gota de bebida.

—¿Qué es Saint-Johnsbury?

—Es el paraíso del trabajador, caballero.

LI

El paraíso del trabajador: Saint-Johnsbury.—Origen del nombre.—Mr. Saint-Jean.—Reforma de Tadeo Fairbanks.—Aspecto seductor de la ciudad.—Costumbres de la poblacion.—Secreto de su prosperidad.—Respeto escrupuloso á la ley sobre las bebidas.—Registro de las compras de aguardiente.—Venta del agua de Seltz en las boticas.

Aunque comprendido entre los cinco Estados que formaban en otro tiempo la Nueva Inglaterra, el Vermont donde se anida Saint-Johnsbury tiene muy pocas analogías con la antigua Inglaterra, bajo el doble punto de vista de su orígen y de su poblacion. Las denominaciones son francesas: Vermont significa montaña verde; y Saint-Johnsbury toma su nombre de Mr. Saint-Jean de Crevecœur, en otro tiempo cónsul francés en Nueva-York.

Imposible es ver mas risueño paisaje que el que encuadra á Saint-Johnsbury: despues de franquear el White-River-Junction, por un punto que me recuerda una de las mas hermosas vistas del valle de Neckar (1), llego por una garganta de singular belleza, encajonada entre altas montañas de diversas formas, de brillo metálico, y cuyas faldas están cubiertas de un manto de encinas, de nogales, de pinos y de robles. Por todas partes se ven casas blancas, algunas de ellas completamente aisladas, y formando otras grupos rodeados de jardines, de árboles frutales y de campos de maíz, en cuyo centro se maduran al sol las calabazas rojas. En algunos puntos se ven al pié de las montañas magníficos prados, rebaños numerosos, y yeguadas, que triscan en las vertientes, ó se pasean con cierto abandono de un punto á otro.

Pero el gran atractivo del valle está sobre todo en los dos rios que le bañan, el Connecticut, y el Passumpsic, los cuales ofrecen todos los encantos comunes á las aguas corrientes y á los torrentes alpestres.

Despues de una breve detencion, franqueo una pendiente y encuéntrome en la alameda cubierta de follaje, conocida con el nombre de Saint-Johnsbury, corona digna de aquel admirable valle.

Una cadena de colinas separa el rio Passumpsic del riachuelo llamado Dormilon: desde la lejana ribera de estas dos corrientes de agua elévanse, cerrando el horizonte, altas montañas teñidas de verde y de púrpura, en las que al salir ó ponerse el sol se producen juegos de luz y de sombra de maravillosa armonía.

Durante el reinado de Jorge (1760 á 1820), la region limitada por el Dormilon y el Passumpsic constituia los tristes terrenos de caza de los bravos indios, tristes en efecto, porque se hallaban comprendidos entre los pueblos de dos tribus guerreras, demasiado débiles una y otra para dominar exclusivamente en aquel suelo. Cada otoño volvia á comenzar la lucha, y mas de una cabellera fué cortada en el terreno donde se eleva hoy una academia, mas de una danza guerrera se organizó en el prado mismo en que existe hoy un museo. Unos treinta aventureros escoceses hicieron algunos pobres ensayos de coloni-

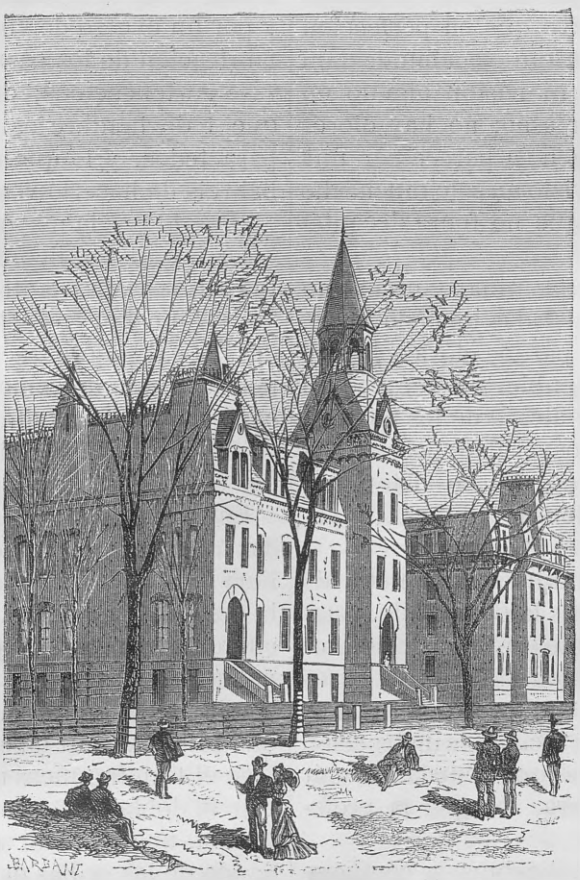
(1) Rio de Alemania que baña el Wurtemberg y el gran ducado de Baden, desaguando despues en el Rhin, junto á Manheim, despues de seguir un curso de cuatrocientos veinticinco kilómetros.

zacion, construyendo cabañas en la inmediacion de la cadena; pero el hacha del indio dificultó la permanencia en aquel lugar, por tenaces que fueran estos extranjeros.

Vermont era todavía un país salvaje cuando las trece colonias se declararon independientes, y se le admitió en la Union bajo el impulso y las ideas francesas: M. Saint-Jean se dignó ofrecer su nombre á los colonos escoceses del Dormilon.

Saint-Jean es ahora en Francia el nombre de un tipo bastante rústico, como el de Hodge en Inglaterra; y los colonos, á pesar de su deseo de mostrarse corteses con M. Saint-Jean, pidieron que se modificara su nombre, bautizando su pueblo con el de Saint-Johns, vocablo mas poético y sonoro para los ingleses.

M. Saint-Jean se resintió de esta proposicion: América era para él un país tan predilecto, que



El Ateneo, en Saint-Johnsbury.—De una fotografía

habia dado este nombre á una de sus hijas, y no comprendia que recíprocamente rehusase aplicar su propio nombre á una de sus ciudades. Difícilmente se arregló la cuestion: M. Saint-Jean se embarcó para Francia, donde, segun aseguró, podria prestar á los colonos señalados servicios. En agradecimiento á sus promesas, los escoceses aceptaron el nombre de Saint-Jean.

Pero al llegar á Paris, el cónsul halló á sus compatriotas demasiado atareados con su revolucion para ocuparse de los colonos escoceses; y estos últimos, creyéndose víctimas de un engaño adoptaron resueltamente el nombre de Saint-Johns. ¡Nueva complicacion! Habia varios Saint-Johns en las inmediaciones, y principalmente uno en el rio Richelieu. Para distinguir el suyo, llamáronle Saint-Johnsbury, bajo cuya forma desaparece del todo la etimología francesa.

A pesar de sus bellezas naturales y de sus magníficas corrientes de agua, Saint-Johnsbury progresó lentamente: los caminos eran malos, y los mercados para abastecerse estaban demasiado léjos. De vez en cuando, algun labrador construia una cabaña, y un colono cercaba su campo: la existencia de una cascada indujo á varias familias á emprender la explotacion de los bosques; y estableciόse una posada, á la cual se bautizó pomposamente con el nombre de «Hotel Saint-Johnsbury.» Era su dueño cierto capitan Barney, gran bebedor, rudo guerrero, alegre camarada en su establecimiento, y que por fuera buscaba camorra á todo el mundo.

Con una poblacion de escoceses, muy aficionados al aguardiente, y bajo el gobierno de un hombre como el capitan Barney, la sobriedad era una virtud poco practicada en Saint-Johnsbury; y sin embargo, la vida siguió siendo monótona, y la estancacion casi completa, hasta el dia en que Tadeo Fairbanks, reformador por temperamento y profesion, llegó á darle el impulso que convirtió á la naciente ciudad en una de las mas curiosas de los Estados-Unidos.

Saint-Johnsbury es un jardin; pero su belleza física tiene menos atractivo que su perfeccion moral. Allí no se encuentran vagabundos, ni mendigos, ni borrachos, ni rincon alguno en que no se note el mayor aseo; no hay olores nauseabundos; y la indigencia parece ser una cosa desconocida. No he visto un solo muchacho andrajoso, ni una mujer que no fuera decentemente vestida.

Los hombres trabajan; las niñas y niños van á la escuela. Las casas, aisladas unas de otras, pintadas de blanco ó de pardo, elévanse en el centro de un gran espacio cubierto de césped. El blanco, el mas costoso y alegre de los colores, es un signo de órden y prosperidad: pocas quintas se pintan de color pardo. No he visto ni un vidrio roto, ni un techo deteriorado, ni un patio sucio.

Los habitantes de esas quintas envian sus hijos á la escuela primaria de la Gran Calle, establecimiento público, donde la instruccion es gratuita. La escuela está bien situada; la enseñanza es excelente, y el patio de recreo inmenso. Los niños de ambos sexos reciben la instruccion elemental suficiente para que puedan elegir mas tarde cualquier carrera, excepto la profesional.

La poblacion de Saint-Johnsbury se compone casi enteramente de obreros: este pueblo se parece á los establecimientos que tratamos de fundar en el parque de Shaftesbury, para que las clases laboriosas tengan alojamientos sanos y cómodos, y á fin de proporcionarlas el medio de hacer economías, que les permitan despues adquirir en propiedad las casas de que solo son ahora inquilinos.

Aquí se ha resuelto el problema: en muchos casos, por no decir en casi todos, los obreros poseen las casas que habitan; y en el interior, cada vivienda es un modelo de limpieza y comodidad.

¿Cuál es el secreto de ese paraíso? ¿Por qué Saint-Johnsbury está tan limpio y la poblacion tan bien alojada y alimentada? ¿Por qué los niños gozan de tan buena salud y van decentemente vestidos? Todo el mundo me contesta que tan rara, aunque envidiable situacion, es debida únicamente á la aplicacion severa de la ley que prohibe la venta de bebidas espirituosas.

Los habitantes de Vermont han adoptado esta ley, que algunos ingleses designan por broma con el nombre de «Ley de los licores del Maine.» Los adversarios de la «cerveza alegre» constituyen una gran mayoría; y deseando beber agua, no permiten á nadie tomar cerveza. Hijos de una vigorosa raza de las fronteras, y dotados de una abnegacion ejemplar, domínales el deseo de preservar á sus hermanos del uso del aguardiente; y por un exceso de virtud, han renunciado á la fabricacion de los pasteles y de la cerveza.

—Pertenecemos, dicen, á una república en que todo hombre es libre; pero la ley es una para todos, y lo que nosotros queremos hacer habreis de hacerlo vosotros tambien.

¡Hurra! por la mayoría.

La ley de los licores del Maine se aplica con inflexible rigor, tanto que hoy dia no hay en Saint-Johnsbury un solo establecimiento de bebidas. El extranjero que tenga costumbre de tomar á la hora de comer vino ó cerveza no puede comprar abiertamente una sola botella. Ningun ciudadano tiene autorizacion para vender bebidas espirituosas por ningun pretexto.

En la ciudad hay dos mesas redondas destinadas á los viajeros como yo, la casa Saint-Johnsbury y la de la Avenida: evítase cuidadosamente la designacion de hoteles y tabernas, que recuerda los malos tiempos, cuando un individuo podia embriagarse lo suficiente para que se le condujera á una casa de locos, y á sus hijos á una prision. —Mi taberna es una «casa:» si empleo el término mesa redonda, es porque ofrece, bajo el doble punto de vista de la comida y la bebida, una perfecta semejanza con la mesa redonda de las orillas del Dwina ó del Nilo: es una casa donde se bebe agua.

Entre los recreos de la ciudad anunciados en tarjetas para llamar la atencion de los viajeros que visitan las montañas de Vermont, figuran en primera línea los dos siguientes: se respira un aire puro, y despues se bebe agua fresca. Aquí hay una posada que tiene fama por sus truchas; mas allá otra por su caza; una tercera por su leña, y una cuarta por su campiña. En el Sur no ha pensado ningun fondista en elogiar el mérito de su agua; pero en Saint-Johnsbury el espíritu de las aguas reina soberanamente.

Girando en otro órden de ideas, un poeta americano ha dicho:

«Antes de arrodillarme para orar, mis ojos se dirigirán hácia Saint-Peray (1).» Semejante poeta

(1) ¿Será el nombre del famoso vino blanco de Ardeche

no podria inducir á nadie á que le acompañara al Dormilon. Aunque alojados en el establecimiento mismo donde resonaron en otro tiempo las alegres canciones del capitan Barney, somos actualmente los celadores de un santo mucho mas rigoroso que Saint-Peray.

Las bebidas espirituosas están clasificadas en la categoría de venenos, como el láudano y el arsénico; pero como en todo país civilizado se vale la medicina de los tónicos, autorízase la venta del láudano y del arsénico. Así sucede aquí con el aguardiente, la cerveza y el vino, que se inscriben cuidadosamente en registros y se guardan bajo llave. Estas bebidas se venden á discrecion del comisario, en pequeñas cantidades, poco mas ó menos como la belladona y la nuez vómica en una botica de Lóndres.

—¿No podriais obtener una botella de coñac para nuestro uso particular? pregunté al coronel Fairbanks, director de la fábrica metalúrgica.

—Podré pedir por escrito un cuartillo de coñac, que seguramente me enviarán; pero se registrará mi órden y se apuntará la entrega en los libros públicos, á fin de que todos lo sepan.

—¿No os parece este sistema por demás inquisitorial?

—A decir verdad no, pues tiene por objeto el interés de todos, y cada cual se somete á una regla impuesta para el bien general. Habiendo votado libremente la ley, obedecemos sin murmurar. En cuanto á mí la prohibicion es letra muerta, porque en mi casa no entra ninguna bebida espirituosa.

Al recorrer la fábrica del coronel Fairbanks, veo diversas clases de artesanos: su número es de quinientos, repartidos en diversos talleres. El trabajo es siempre duro, y á veces con exceso, y el calor inaguantable. Aquellos hombres trabajan desde las siete de la mañana al medio dia, y desde la una á las siete de la tarde. Las variaciones de temperatura son muy penosas, porque el sol de verano es abrasador, y la brisa del invierno penetrante; pero los obreros se someten á no beber cerveza ni aguardiente; y tambien les está prohibido fumar en los talleres. Solo beben agua, y de preferencia el té, al que son muy aficionados. Todo el mundo asegura, no obstante, que estos hombres trabajan perfectamente, gozan de muy buena salud, y viven tanto tiempo como la gente de su clase empleada en las granjas.

—Estos hombres, pregunto, que alimentan los hornillos, que trasportan el metal candente, y que permanecen alrededor de los crisoles, ¿pueden pasar verdaderamente todo el dia sin beber un vaso de cerveza?

—No beben una sola gota, ni la piden nunca; tienen á su lado una cuba de agua, y la prefieren á la otra bebida, trabajando con mas ardimiento.

Me he convencido de que estos obreros son los mas firmes defensores de la ley prohibitiva. Su voto, adquirido desde un principio, no ha variado nunca despues; léjos de ello son mas fanáticos cada dia.

Desde su promulgacion, la ley se ha desarrollado considerablemente por la legislacion del Estado; es ya una cuestion de partido; y estos inteligentes trabajadores votaron siempre por aquellos que prometian su ejecucion. Parecen dispuestos á abolir de una vez para siempre la libertad en la venta de licores espirituosos, y tengo excelentes motivos para creer que algunos de ellos no vacilarán en considerar esta venta como un crímen capital.

—Habreis observado, me dice el coronel Fairbanks, que constituimos una raza enérgica y fogosa. El aire que respiramos es seco y penetrante, y nuestro género de vida es de los mas activos. Cuando trabajamos lo hacemos concienzudamente, lo mismo que cuando bebemos; y al abstenernos de alguna cosa, natural es observar el mismo rigor.

—¿No recibís protestas?

—Ni una sola. Cada año aumenta el número de aquellos que vienen á reconocer las ventajas de nuestro reglamento. Los mas resueltos bebedores se han hecho partidarios de la reforma; y aunque en otro tiempo vestian andrajos, hoy comienzan á enriquecerse. Los mas han llegado á ser propietarios de la casa que habitan; todos asisten con regularidad al servicio divino, y envian á sus hijos á la escuela.

No se refutan con sarcasmos semejantes hechos, por mucho que se presten á las bromas.

—Tened la bondad, digo á mi patron, el sobrio sucesor del capitan Barney, de darme un vaso de soda antes de acostarme.

—Mucho siento no poder complaceros; no hay soda en mi casa.

—Dadme, pues, un vaso de agua de Seltz.

—Tampoco tengo.

—¿Por qué? Estas no son bebidas fuertes prohibidas por la ley.

—¡Oh, no! pero eso se vende en las boticas.

—¿Tendreis la bondad de enviar á buscar?

—Dispensadme, caballero; es demasiado tarde, las boticas están cerradas ahora.

Pregunto á mi patron por qué no tiene él mismo agua de soda y de Seltz.

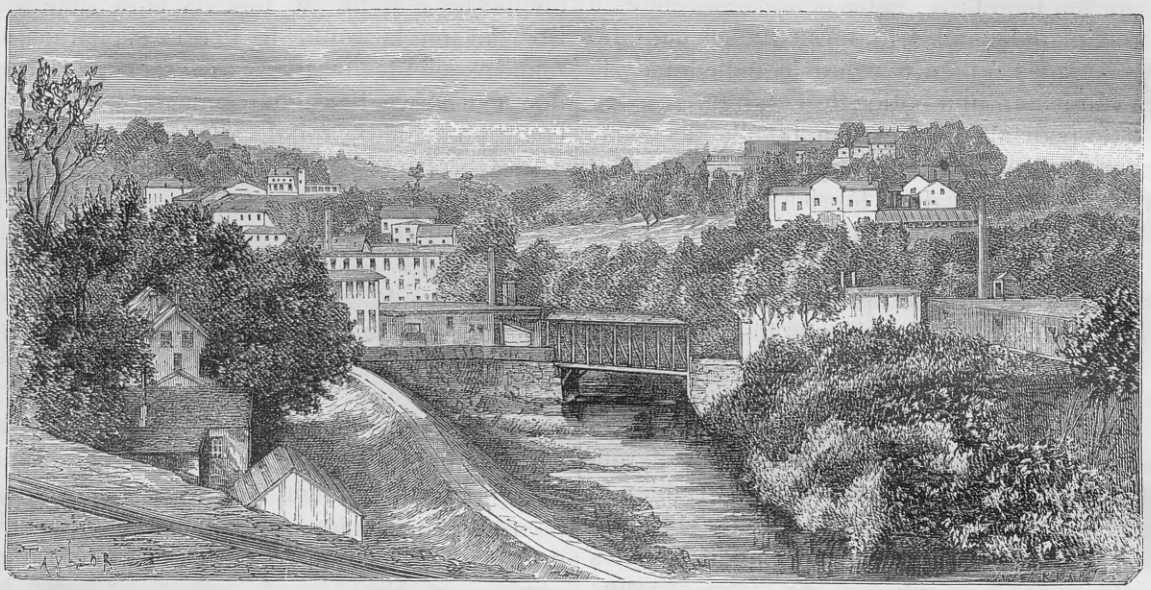
—Porque no hay consumidores, me contesta: solo aquellos que beben aguardiente piden aguas gaseosas.

Cuando un extranjero se embriaga, lo cual sucede algunas veces, le cogen como si fuera un asno perdido, introdúcenle de cabeza en el pilon de una fuente, y le encierran hasta que se halle sereno.

Cuando vuelve en sí, un agente de órden público le pregunta dónde se ha emborrachado; apenas lo dice le dejan en libertad, y la persona que le ha vendido el licor es detenida, juzgada y condenada por el delito del borracho. El vendedor y no el comprador es responsable de esta infraccion del órden moral.

Lo mismo sucede cuando se ha dado el licor en vez de venderlo; de modo que el que convida á comer responde ante la justicia de la conducta de sus huéspedes.

Hé aquí el contrapunto de los beneficios que ha reportado á Vermont la ley sobre los líquidos. ¿Qué ha quedado? El paraíso del trabajador: un burgo que tiene el aspecto de un jardin, donde la mayor parte de los obreros son propietarios; un centro de cinco mil habitantes, en que el órden moral es mas notable que la prosperidad material, en que todo ciudadano considera



Saint-Johnsbury.— De una fotografía

que es su deber mas estricto á la vez que su interés personal obedecer á la ley.

La autoridad es invisible en Saint-Johnsbury; no sale ningun agente de policía á las calles, bien es verdad que nada tendria que hacer en los dias ordinarios. Hay seis constables; pero trabajan en las fábricas; y si algunas veces visten el uniforme, es únicamente para lucirle.

Algunos de esos benéficos resultados se deben atribuir á la metalurgia, industria especial que exige hombres activos, y que al concederles un salario comparativamente subido, los ayuda á enriquecerse.

La perspectiva de una casa y de un jardin es lo mejor para consolidar los buenos principios del obrero; pero la ley de abstinencia es la que fortifica la obra y la completa.

Dirijo una mirada á la calle, que tanto atractivo tiene á la luz de la luna, y comparando los resultados evidentes de mi privacion de soda, chupo unos pedazos de hielo y me voy á la cama pensando que despues de todo es una buena ley la ley de Vermont.

LII

Motivos principales del desarrollo tan rápido de los Estados-Unidos.—Inmensidad de los terrenos disponibles, é inmigracion contínua.– Se agotan estas dos fuentes de prosperidad.– Se paraliza la emigracion.– Ocupacion casi completa del suelo fértil.—Nueva era para la república.— Debe vivir de sí misma y por sí misma.

¿Cuáles son los secretos del desarrollo americano? La poblacion y el suelo.

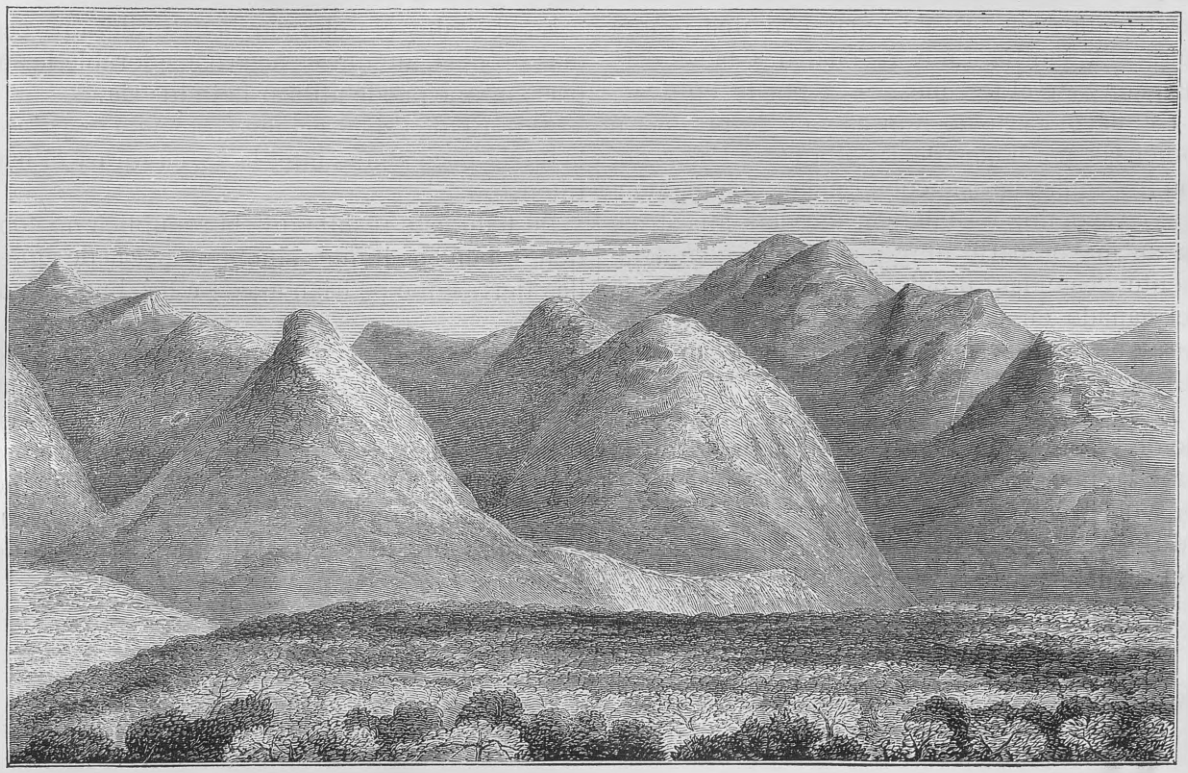
Hasta ahora ha habido provision, renovada sin cesar, de colonos y de terrenos habitables: los primeros innumerables al parecer, y los segundos sin límites conocidos. Europa envia los colonos; América ofrece los terrenos. ¿Son inagotables estas dos fuentes de alimentacion?

Comencemos por la poblacion.

Desde la guerra de la independencia, Europa ha diseminado en América mas de siete millones de almas.

¿Continuarán en la misma proporcion las emigraciones inglesas y alemanas? Es imposible suponerlo: numerosos indicios, generales y particulares, anuncian el fin de esas inmensas llegadas de colonos ingleses y alemanes.

Verdaderas nubes de emigrantes vuelven á Europa, y serian mas compactas aun si no faltasen los medios. Desde Portland á Nueva-Orleans, nuestros cónsules se ven verdaderamente asediados por los que piden pasaje gratuito, y á los cuales no se les puede conceder por falta de fondos necesarios. Las sociedades de San Jorge, que existen en casi todas las ciudades de la Union, que han conservado vivo el buen sentimiento inglés,



Una pradera al pi de las Montañas Pedregosas

se ven acosadas dia y noche por personas que ansian volver á su país. En cada uno de los puertos de embarque para Liverpool pululan las personas que imploran el favor de pagar con trabajo el precio de su viaje: casi todos los buques tienen su entrepuente lleno de bote en bote.

Alemania no parece dispuesta á facilitar en lo futuro una cosecha mas abundante de colonos que las Islas Británicas. Las presunciones son menos favorables, pues el príncipe de Bismarck vigila con solicitud las causas de ese movimiento teutónico, tan importante para la patria alemana, y se propone suprimirlas.

Así como ha sucedido con Inglaterra, el supremo esfuerzo de la emigracion alemana se ha hecho en una década, despues de la cual se redujo el movimiento espontáneamente. En los diez primeros años del mismo período, 1820 á 1860, Alemania, comprendida la Prusia y el Austria, envió menos de siete mil almas; en la segunda década, expidió ciento cincuenta mil; en la tercera, cuatrocientas treinta mil; y en la cuarta novecientas cincuenta mil. Despues vino la suspension, y durante los tres años siguientes disminuyó el número de emigrantes. Cierto que volvió á subir durante la guerra civil; pero aun entonces, y á pesar de la tentacion de la paga y las raciones, no se obtuvieron ya las cifras de 1853 y 1854.

La nueva Alemania no se parece á la antigua, y Prusia, su jefe actual, no considera el movimiento con la misma impotente debilidad que Austria. Bismarck no es hombre que permita expatriarse á los hombres robustos y de clara inteligencia: reconoce que ya se han ido demasiados.

Veamos ahora el suelo.

Cuando se hizo la cesion de Luisiana por Francia, el nuevo territorio adquirido por la república fué descrito virtualmente sin límites:

nadie sabia hasta dónde llegaba por el oeste ó el norte; y hoy no se encuentra en esa region una hectárea que no esté cultivada, tan bien como lo permite un terreno pobre y pantanoso.

Lo mismo sucedió despues de la incorporacion del Illinois, Iowa, Nebraska y Kansas: no se habia escrito una línea respecto á estas dos últimas regiones, y suponíase que podian admitir un número indefinido de habitantes, por lo menos treinta millones cada cual, con una granja para cada familia. En estos cuatro Estados está ocupado todo el terreno que se puede cultivar.

La mayor parte de Kansas y de Nebraska, é inmensas porciones de Dakota y del Colorado, son impropias para la colonizacion. Idaho, Montana, Wyoming y Utah, son mesetas alpestres, en su mayor parte muy elevadas y completamente desnudas, propias tan solo para la cria del ganado en gran escala, y demasiado vastas para que las ocupen aquellos que no sean capitalistas.

En la vertiente del Pacífico, desde el territorio de Washington á la alta California, no queda ya «terreno salvaje,» ni muchas tierras susceptibles de producir. Segun los informes del general Hazen, lo mismo sucede en el alto Tejas, en Nueva Méjico y en Arizona.

Cerca del Mississipí, el terreno es bastante húmedo; pero á medida que se avanza hácia el Pacífico, elévase y comienza á ser mas árido: escasean el agua y el bosque, y el invierno es muy riguroso.

Acá y allá se extiende un fértil valle; encuéntranse algunos oasis en el desierto, como en San Jorge y en el rio Vírgen; pero el país es por lo general seco y árido.

En el Utah y el Colorado, la naturaleza parece mas pródiga, aunque es poco considerable la superficie que puede utilizar la industria.

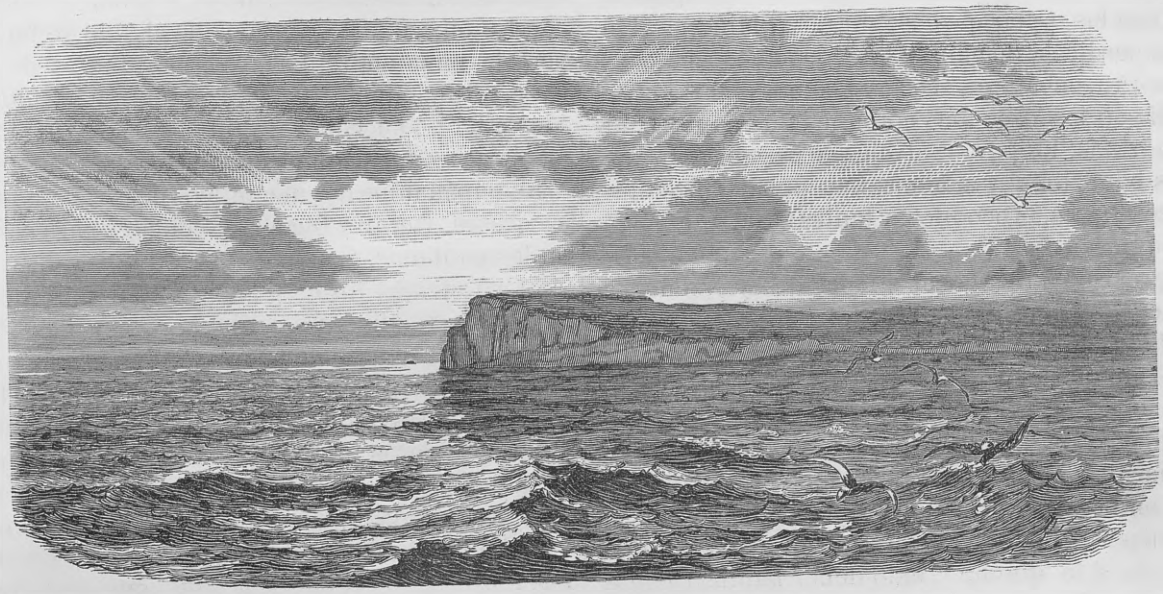
Al norte de estas regiones, el suelo es pobre, la lluvia poco abundante, la yerba rara y el frio intenso.

De todo esto resulta que la república no contiene ya en sus límites sino muy pocas de aquellas tierras que podrian atraer á los buenos colonos.

Si estos hechos son auténticos, segun lo afirman respetables autoridades, no debe estar léjos el fin de este órden excepcional de cosas.

En adelante América debe contar solo sobre su poblacion indígena y sus propias fuerzas; no ha de esperar en lo futuro de Europa mas auxilio que Inglaterra de Alemania ó Italia de Francia.

FIN DE LA CONQUISTA BLANCA



La isla Amelia á la entrada del canal de Nassau

CUATRO MESES EN LA FLORIDA

POR M. POUSSIELGUE

I

DE SAVANNAH A LA ISLA AMELIA

La goleta *Descubierta* – La Florida de Mery.– La fiebre de los bosques.—Mi personal —Constancio, el padre Mauricio y los negros.—Provisiones de boca y de guerra —Las aves marinas.—Infortunios de una gaviota.—Los fuegos artificiales del mar.—Tempestad.– Las costas de Florida.

En el mar, á primero de setiembre.—¡Por fin estamos ya fuera de este interminable rio Savannah! Nuestra pequeña goleta, impelida por la brisa del noroeste, corta con rapidez las verdes olas del Atlántico: sentado en la popa, veo desaparecer, á los rojizos resplandores del sol poniente, las islas y la costa de Georgia. Esas monótonas plantaciones de algodon de hebra larga, esas playas arenosas y áridas, se confunden en una dorada y luminosa bruma. Ante mí, el Océano, en su tranquila majestad, y con su perpetuo murmullo, bate por un lado las costas de América, para ir á morir á dos mil leguas en las costas de España. ¡Gran cosa es el mar, porque da una idea de lo infinito, sobre todo cuando se va embarcado, como yo, para correr aventuras, en una goleta de cuarenta toneladas, de la que soy capitan y que navega un poco á la gracia de Dios!

La noche ha cerrado, noche espléndida de los trópicos, que me permite admirar un cielo tachonado de estrellas. Si la brisa continúa, dentro de cuatro dias estaremos en la Florida.

¡La Florida, la *tierra de las flores;* hé aquí un nombre que hace soñar! Ir á Florida despues de Mery, que referia con tal encanto los viajes que hizo en su fecunda imaginacion, es casi una audacia. Cierto que Mery ha descubierto una Florida en Africa, donde jamás existió, y que ha visto, bajo el prisma de su imaginacion, luchas de leones y cementerios de elefantes. Estoy seguro de antemano que mis descubrimientos serán muy inferiores á esas descripciones maravillosas; pero, *solo la verdad es agradable*, ha dicho el poeta; y por lo tanto, si digo verdad, siempre será alguna cosa buena.

En los dos años que resido en Virginia, en Washington, donde formo parte de la legacion francesa, me he aficionado en extremo á la caza y la pesca, á esa vida agitada del aventurero, á la que han dado los americanos el nombre de *fiebre de los bosques*. En mis cacerías en los contrafuertes de los montes Alleghanis, ó en las orillas del rio Potomac habia encontrado á los hermanos King, los mas notables cazadores de Washington, y me asocié á ellos á fin de aprovecharme de su experiencia. Cada vez que encontrábamos la pista de un oso ó de una bandada de pavos salvajes, y cuando despues de haber corri-

do dias enteros, volviamos á nuestro campamento con las orejas gachas, sin mas botin que algunas perdices, decíanme los hermanos King:

—¡Ah, caballero, si estuviésemos en la Florida! Allí son los osos mas comunes que aquí las golondrinas; los pavos salvajes se pasean por grandes bandadas; y además hay pumas, ocelotes, gatos-tigres, crocodilos, y tantas serpientes como se quieran.

Preciso es reconocer que las descripciones de este género, repetidas con frecuencia, eran muy suficientes para entusiasmar á un cazador naturalista; cierto que se podia temer allí la fiebre de los pantanos, y despues las tercianas, las cuartanas, las intermitentes, y hasta la fiebre amarilla perpetua; pero nada me contenia; soñaba en la Florida; veíala en todas partes; y hé aquí porqué he fletado en Savannah una pequeña goleta, á la que he creido deber bautizar con el nombre de *Descubierta*, por mas que sea algun tanto pomposo tratándose solo de un viaje de varios centenares de leguas en un país conocido y en parte colonizado.

Parto, como en otro tiempo los Argonautas en busca de tesoros que me han prometido.....

Mi tripulacion se compone de cinco personas: en primer lugar mi contramaestre, mi *alter ego*, Constancio; este es un normando de Avranches, ex-contramaestre de la marina francesa, que desertó para establecerse y casarse en los Estados-Unidos, donde reside hace quince años. Constancio, que formó parte de la última expedicion de la Florida contra los Semínolas, á las órdenes del general Jessup, tiene el cabello rojizo, ojos de un azul claro y gran boca; fornido, y de una fuerza hercúlea, pero de caracter taciturno y reservado, es hombre incapaz de faltar á sus compromisos, y puedo contar con él para todo; es un hábil tirador y un cazador ejercitado.

El padre Mauricio Stand es un bávaro de unos cincuenta años; tiene cabello largo y gris, y un semblante que revela la dulzura y la reflexion; es un naturalista apasionado, y hábil disecador. Obligado á salir de su país en 1828, á causa de sus opiniones políticas, ha venido á buscar un refugio á la tierra hospitalaria de la libre América, donde le he conocido. Jamás ha tocado una carabina; pero es un hombre precioso para mí, por sus conocimientos especiales, y le trato mas bien como amigo que como subalterno.

Siguen en último término el mulato Toby y el negro Cornelio, que me ha prestado un amigo de Savannah, el plantador Mac-Kee; son dos buenos cazadores, y hombres honrados: mi negrillo Job completa la tripulacion.

Job, maligno como un mono, pero perezoso como una liebre, no duerme ya, y sueña de noche con los ojos abiertos, desde que alguno se ha divertido en amedrentarle con los indios de la Florida, diciéndole que se le comerán asado; y que si tal no sucede, los grandes boas y los terribles crocodilos se le tragarán crudo.

Acompáñanme dos magníficos perros de aguas escoceses, Rump y Digger, excelentes para cazar en los pantanos.

Llevo además un cargamento completo: doce carabinas de diversos calibres, dos fusiles, dos pequeñas barracas desmontadas, balas, plomo, cuatro barriles de pólvora, hachas para cortar leña, gamellas de barro para filtrar el agua pantanosa, calderos, caloríferos, una pequeña batería de cocina, centeno, maíz, jamones, manteca, carne salada, vinagre, alcohol, aguardiente y un botiquin, cuerdas, sedales, redes y anzuelos. Llevamos en el buque lo suficiente para vivir seis meses en el desierto, contando por supuesto con nuestra caza y pesca. Tengo además, en mi bolsillo, quinientos duros en oro, y una letra por doble valor contra un banquero de San Agustin, primera ciudad de la Florida oriental. Por último, el padre Mauricio ha hecho una buena coleccion de pomada arseniada, polvo de alcanfor, estopa, y escalpelos para nuestras colecciones; y llevamos una caja llena de libros de Historia natural, de Wilson, Audubon, Holbrook, y todos los especialistas americanos, á fin de poder comparar en el sitio sus descripciones con los ejemplares vivos.

Estamos animados de las mejores disposiciones: el taciturno padre Mauricio y el silencioso Constancio hablan animadamente de los maravillosos animales que vamos á descubrir. ¡Boguemos, pues, y que un buen viento nos conduzca pronto al lugar de nuestro destino!

2 *de setiembre, por la mañana.*—Hemos enderezado el rumbo al sur, despues de buscar durante la noche una brisa favorable á veinte leguas de la costa: seria imprudente alejarnos mas, no solo por la pequeñez de nuestro buque, que no resistiria á una violenta tempestad, sino para no ser impelidos hácia el *Gulf Stream* (corriente del Golfo), que entorpeceria nuestra marcha.

La goleta está rodeada de aves marinas de diversas especies: estos parásitos voraces y chillones, que solo se acercan á las costas para poner, nos acompañan desde que costeamos.

Hé aquí, por lo pronto, el petrel-tempestad *[Procellaria pelágica]*, el ave negra, el rey de los pelagianos, cuyas alas son tan largas que forman cinco veces la dimension de su cuerpo; se cierne sobre las olas; rasa la superficie del mar cuando

pesca; elévase trazando grandes curvas encima del buque; vuela contra el viento; y sin embargo, sus alas extendidas no se recogen un instante ni producen una vibracion. Ninguna de las orgullosas aves de las montañas, ni el águila ni el gipaeto, podrian rivalizar con el maravilloso petrel.

Con las cinco ó seis aves de esta especie que se ciernen sobre nosotros, veo una bandada de pufinos oscuros (*Puffinus obscurus*, Cuvier), de plumaje negruzco por encima y blanco por debajo: parecen vivir en buena inteligencia con el petrel.

Diviértome en arrojar en la estela del buque



La cosecha de algodon

pedacitos de tocino, que estos parásitos se disputan con avidez: los pufinos se precipitan de cabeza hácia la presa, pero llegan demasiado tarde, porque los audaces petreles, deslizándose sobre la superficie líquida y golpeándola con sus piés rápidamente, se han apoderado ya de ella. A esta singular facultad de andar por el agua, han debido, los petreles, su sobrenombre de *Pedro y Pedrillo*, tomado del apóstol que hizo el mismo milagro.

Detrás de estas notables aves, y girando alrededor de ellas, con los gritos desesperados de la glotonería no satisfecha, revolotea la turba de gaviotas y estercorarios, aves viles que no son sino los buitres del mar: esperan á que sus superiores se hayan hartado para tomar despues su parte en el festin.

3 *de setiembre*.—Para terminar con nuestras compañeras de viaje, las aves marinas, voy á referir aquí la historia singular de una gaviota.

Deseando ayer apoderarme de algunas aves que faltaban en mi coleccion, y que el padre Mauricio, provisto de un escalpelo, miraba con ojos envidiosos desde cubierta, dispuse que se colocaran varios sedales con anzuelos. No podíamos aprovecharnos de las armas de fuego, porque solo teníamos á bordo un ligero esquife, especie de cáscara de nuez, en la que hubiera sido imprudente aventurarse para ir á recoger los muertos y los heridos. Sin embargo, las aves desconfiaban, revoloteando alrededor del cebo de tocino sin osar acercarse. Por último, una gaviota, mas estúpida que las otras, se tragó el anzuelo, y fué izada al punto á bordo. Pertenecia

á la especie comun, y como me repugna hacer daño á los animales sin necesidad, como no sea para alimentarme ó por un interés científico, extraje con cuidado el anzuelo, que se habia hundido en el gaznate, y devolví al ave su libertad, despues de atarle una larga cinta roja en una pata en memoria de su breve cautiverio. La gaviota partió con las alas tendidas, y no volvimos á verla mas por entonces.

Esta mañana ha vuelto; pero ¡ay! el adorno que llevaba ha sido causa de su desgracia: los voraces estercorarios, tomando la cinta roja por un pedazo de carne, precipítanse sobre ella y devoran el adorno; es preciso que la pobre gaviota haga prodigiosos esfuerzos para arrancar á cada momento su cinta y su pata del gaznate de esos glotones. El espectáculo nos hace reir durante un buen rato.

..... El calor es sofocante; el sol se pone en un horizonte que parece teñido en sangre, y elévase hácia él desde el mar una espesa bruma. Constancio cree que tendremos tempestad esta noche ó mañana; y despues de celebrar consejo, resolvemos cambiar de direccion y acercarnos á la costa.....

..... Ha cerrado la noche, pero ya no sopla la brisa; la superficie del mar está muy tersa; las velas penden inertes, y la goleta no avanza, y esta calma es amenazadora.

El cielo parece cubierto por un sudario de sombrías nubes; pero en cambio se ilumina el Océano.

¡Qué magnífico espectáculo se complace la naturaleza en ofrecernos esta noche!

Cada ola va rodando envuelta en una luz blanquecina, capa luminosa que se extiende como un inmenso manto y ondula con el Oceano.

La goleta parece mas negra que el cielo; y ni aun nosotros nos distinguimos á dos pasos de distancia, diríase que bogamos sobre fuego; cada ola que viene á estrellarse contra la proa, rebota formando como una manga brillante. El cubo que dejamos caer para sacar agua parece hundirse en un horno y sube lleno de llamas líquidas; la cuerda y nuestros dedos húmedos están fosforescentes, como cuando se tocan fósforos mojados.

Numerosos tiburones, que presagian la tempestad, y que cazan principalmente en las noches lúgubres, como la de ahora, dejan rastros luminosos que se cruzan alrededor del buque; pero cuando uno de estos peces bate las olas con su cola, hace brotar lenguas de fuego que vuelven á caer formando una cascada de chispas; dos ó tres grandes delfines que flotan junto á nuestro buque, lanzan el agua por sus orificios, produciendo brillantes surtidores de un efecto admirable.

No se reduce á esto solo: á la blanca luz se agregan los colores; el fuego de San Telmo, de un tinte violáceo, recorre estremecido la punta de los mástiles y de las vergas; la electricidad de las nubes que nos rodea, gira alrededor de nuestro pararayos, cuyo extremo produce el efecto de una pila de Volta.

Tambien los moluscos fosforescentes iluminan á su vez: hé ahí las grandes medusas, las pelagias que flotan en la superficie del mar, semejantes á para-caidas, ó mas bien, á esos globos mates de inmensas lámparas; las meliteas, otras medusas mas pequeñas, cuyos brazos forman la cruz de Malta y ofrecen un color rojo brillante; los acalefos microscópicos, que brillan en cada gota de agua como una constelacion de diamantes; los veleles, de cuerpo comprimido, cuya cresta despide una suave luz azulada; y los beroes, especie de cohombros espinosos, que ofrecen un brillo de color verde muy delicado.

Mas aun no he concluido: á cierta profundidad se forman rosáceas, estrellas, cadenas, cintas de llama de maravillosa regularidad, que ondulan con las olas, imitando en estos fuegos artificiales del mar las guirnaldas de cristal suspendidas de los mástiles empavesados en nuestras fiestas nacionales.

Deseando conocer el animal que producia tan singulares iluminaciones, mandé pescar algunos: es un molusco de algunas pulgadas, blando, de cuerpo diáfano y cilíndrico; en cada extremidad del tubo vivo que forma tiene unas ventosas que le sirven para cogerse á sus congéneres; y así reunidos, forman aglomeraciones de varios miles de individuos, con la particularidad de que al agregarse ofrecen figuras geométricas de la mayor perfeccion, que conservan nadando á pocos piés de la superficie del mar. Es una de las especies del género bíforo *(Salpa biphoris*, Lamarck), llamado así por los dos orificios que tiene el animal en cada extremidad.

4 de setiembre. — Al terminar la noche ha soplado el viento, oyéndose en el fondo del abismo un ruido sordo, precursor de la tempestad.

Apagada la magnífica iluminacion del mar, este ha quedado completamente oscuro; mientras que en el cielo, negro como la tinta, comienzan á brillar fulgores que deslumbran.

¡Es la tempestad!

Por fortuna, el viento sopla del nordeste, y la goleta vuela sobre las olas.....

..... Ya amanece; el Océano va enfureciéndose gradualmente; pero estamos á la vista de la cos-

ta; con mi anteojo diviso una playa baja y arenosa, cubierta de vegetacion.

Constancio reconoce la isla Amelia, situada en la costa septentrional de la Florida, que visitó en otro tiempo; y apoderándose del timon, dirige el buque hácia el canal que hay entre la isla y el continente, donde se halla el pequeño pero excelente puerto de Fernandina.

II

EL CANAL DE NASSAU

El pueblo de Fernandina —El diablo de mar.—La pasionaria y los pájaros moscas —Un drama sobre un muro.—La isla Amelia.—Singular conformacion de los picos-tijeras. —Una caceria interrumpida.—El castillo de las Palmas.— Un plantador amable.—La cosecha de algodon de hebra larga.—Navegacion contrariada.—Arribada á la isla Talbot.—Un monstruo cegado por los cuervos.

5 *de setiembre.*—Fernandina es un pueblo que contiene cuando mas unas treinta casas de madera: situado frente al punto donde el rio Santa María se vierte en el Océano, despues de separar en un trayecto de cien millas la Florida de la Georgia, este pequeño puerto está al abrigo de los vientos de la costa, y tiene doce piés de agua con marea baja en el anclaje de su *wharf* (muelle de madera). Es por lo tanto el mejor asilo entre los puertos del Chesapike y la ingrata costa de Florida, que rechaza la navegacion y ha causado ya tantos naufragios.

Los habitantes son en su mayoría pescadores; hay un establecimiento donde se fabrican conservas de ostras y se ahuma el pescado; un dock que sirve como depósito de arroz, de azúcar y de algodon, artículos que van á buscar los que se dedican al tráfico de cabotaje en Savannah y Charleston; algunos almacenes en los que se vende de todo, aunque no se encuentra gran cosa; y por último, una casa de huéspedes, especie de hotel de mísero aspecto.

El dueño de este establecimiento es un honrado aleman llamado Shaller, que últimamente tuvo á bien agregar un salon para beber cerveza y licores, leer los diarios y saborear una taza de café. La señora Shaller se cuida de la cocina; mientras su esposo, auxiliado de dos negros, vigila el hotel, en el cual nos reunimos en este momento tres viajeros, afluencia jamás vista, que promueve una revolucion en toda la casa.

Me han dado por habitacion una cabaña construida con planchas de pino mal ajustadas, cubierta de rastrojo de paja de arroz; hay una esterilla de junco, un sillon de báscula, una mesa desvencijada, y un lecho con una mosquitera llena de agujeros. El todo está bastante limpio; y me acuesto con cierta confianza, aunque mejor dormiria sin tener por compañeras á las voraces é inmundas cucarachas, que hacen gran ruido al roer y devorar cuanto pueden.

Esta mañana he visto una capa de serrin en el suelo de mi cuarto; despues observé que las suelas de mis botas han sido roidas de tal modo en ciertos sitios, que parecen hojas de papel.

Abro mi ventana: acaba de salir el sol; dos barcas cuyos tripulantes se han ocupado toda la noche en la pesca, penetran ahora en el puerto y las amarran; en una de ellas distingo un diablo de mar, enorme raya de la especie de los cefalópteros, que está pendiente de la popa y es tan grande y alta como la vela. Este pez, que no ha sido bien descrito aun, pero que ya he tenido ocasion de dibujar, alcanza el enorme peso de mil kilógramos; su cuerpo está erizado de espinas encorvadas, tan gruesas como los ganchos de los barcos; la cabeza presenta dos cuernos semejantes á los del toro; y la cola está armada de un dardo venenoso, largo y acerado como el hierro de una lanza. El cefalóptero se sitúa al acecho en las arenas movedizas de los grandes fondos, y siempre abierta la boca, grande como la de un horno, devora cuanto se pone á su alcance.

He ido á visitar á los pescadores.

Al volver me he sentado delante de la puerta de mi habitacion para respirar la frescura deliciosa de la mañana, y he encendido un cigarro, esperando la hora de almorzar. Una granadilla (*Passiflora quadrangularis* Linneo) cubre mi cabaña con guirnaldas de verdura y de flores; he recogido una de estas y el fruto; la flor es de color de púrpura, con pistilos y estambres blancos; y he reconocido el martillo, los clavos, el hierro de lanza, todos los instrumentos de la pasion, en fin, de los cuales deriva su nombre esta flor grande, elegante y muy odorífera. El fruto es amarillo, ovoide y del tamaño de un melon pequeño; aquí se come sazonado con vino y azúcar.

Estos magníficos árboles trepadores, que crecen con gran rapidez, constituyen uno de los encantos de las habitaciones tropicales, donde exhalan delicioso perfume; pero tienen tambien sus inconvenientes; los frutos de la granadilla atraen á las ratas y las ardillas, que son muy aficionadas á ellos; y además á las serpientes venenosas, huéspedes por demás peligrosos.

Espero que la que observo ahora, no oculta serpientes de cascabel; pero en cambio está habitada por dos preciosos pájaros-moscas rubitopacio (*trochilus colubris*, Linneo), que revolotean zumbando al rededor de las flores; los rayos del sol se reflejan en su cuello de color de fuego y sus alas de esmeralda.

Durante largo rato me entretengo en seguir con la vista á estos diminutos séres, para observar sus graciosas evoluciones: despues me dormí.

Me han despertado unos gritos penetrantes: sobre las paredes de mi cabaña, y á mi vista, ocurria un drama terrible.

En el centro de una hoja de granadilla, muy enroscada, estaba oculto el nido de los pájaros-moscas, nido gracioso formado con pelusa de algodon y briznas de musgo; y dentro del cual veíanse tres hijuelos. Un mónstruo hediondo amenazaba á los inocentes séres: una araña del género migale, el migale gigante, negro y velludo, con el cuerpo tan grande como una botella, y cuyas patas, armadas de terribles ganchos, tenian por lo menos ocho pulgadas de longitud, permanecia inmóvil á la entrada del nido, mirándole con sus ojos blancos de verde pupila. El macho y la hembra lanzaban gritos desesperados; la madre, cogida á una hoja sobre el nido, cubria á sus hijuelos con las alas colgantes; el padre, erizadas las plumas por la cólera, y erguido su penacho, revoloteaba al rededor de la araña, dispuesto á caer sobre el mónstruo, y á sacrificar su vida para salvar su progenie.

¡Era la lucha de un pigmeo contra un gigante! La araña avanzaba poco á poco, y los inocentes iban á perecer.

Entonces intervine: de un bastonazo derribé al horrible animal, rompiéndole tres patas, y acabé de matarle en el suelo: era hediondo, tanto que yo mismo me estremecí al pensar que habia dormido con semejante vecino en mi caseta.

Estos grandes migales son comunes en el país: á causa de su aspecto horrible, los matan cuando los ven; y sin embargo, prestan algunos servicios, matando los insectos parásitos, los escarabajos, las escolopendras y los térmites: segun acabamos de ver, tambien acometen á las aves pequeñas.....

Despues de almorzar he ido á ver el nido de los pájaros-moscas; los dos pequeños, del tamaño de un guisante, están inmóviles; los padres que habian huido, no han vuelto todavía.

6 *setiembre*.—Ayer tarde salimos de Fernandina; y como mi goleta no calaba sino cinco piés de agua, me he decidido por el camino mas largo, que es en cambio el mas seguro, con tanta mas razon, cuanto que mi buque, segun he dicho ya, resistiria difícilmente á una tempestad en alta mar. Pasamos por el canal de Nassau, situado entre la costa del condado del mismo nombre y la isla Amelia, que se extiende en una longitud de diez leguas desde el norte al sur. El canal de Nassau, que no tiene menos de seis piés de agua, con marea baja, cuenta de tres á seis kilómetros de anchura; el agua es menos salada que en alta mar, á causa de los numerosos rios que allí se vierten.

He ajustado en Fernandina un piloto negro, que nos conducirá hasta la desembocadura del San Juan.

El país es llano y bastante monótono: la isla Amelia, formada por dunas de arena de una blancura deslumbradora, tiene plantíos de algodoneros, de caña de azúcar y de tabaco; acá y allá se ven algunas casetas de negros, protegidas por espesuras de magnolias y de palmeras: la costa de la Florida, desierta y pantanosa, está cubierta de arrozales salvajes.

En el canal de Nassau habitan varias bandadas de gaviotas de piés rojos y de picos-tijeras ó corta-aguas, de plumaje negro: ya no veo aquí las aves de alta mar, procelarios y pufinos que nos escoltaban en el Océano; las que frecuentan las costas son menos audaces, pero vuelan en inmenso número alrededor de nosotros, repitiendo á cada instante sus agudos gritos.

Los picos tijeras llaman mi atencion por su manera extraña de pescar: esta ave, á la que la naturaleza dotó de un pico de la forma mas extraordinaria, tiene la mandíbula superior una mitad mas corta que la inferior, convirtiéndose en la extremidad en una hoja delgada y flexible; de modo que el ave no puede servirse de su pico para coger ni picar la presa, pareciendo condenada á morir de hambre. Se la ve pasar todo su tiempo volando en la superficie del mar; á intervalos sumerge su larga y cortante mandíbula inferior, manteniendo la otra muy abierta y fuera del agua (véase el grabado de la pág 141). Para que coja una presa es preciso que los gusanos marinos ó los pececillos se precipiten en el pico. Presumo que estas pobres aves comerán muy poca cosa. Yo tiré contra algunas para enriquecer mi coleccion.

Cuvier ha incurrido en error al decir que las mandíbulas de estas aves son aplanadas; la superior tiene por el contrario forma de canal, y recibe en su ranura el borde cortante de la inferior. El cuello del ave es muy estrecho, de modo que el agua no pueda penetrar cuando el ave pesca; pero el estómago es en cambio muy musculoso, á fin de que le sea dado digerir los alimentos que no sabria triturar con su pico rudimentario.

Esta especie (*Rhynchops nigra*, Linneo) tiene la cola ahorquillada, y las alas excesivamente largas; el pico es rojo, lo mismo que los piés; el cuerpo de un color negro aterciopelado por encima, y blanco por debajo. Su nido, del que he

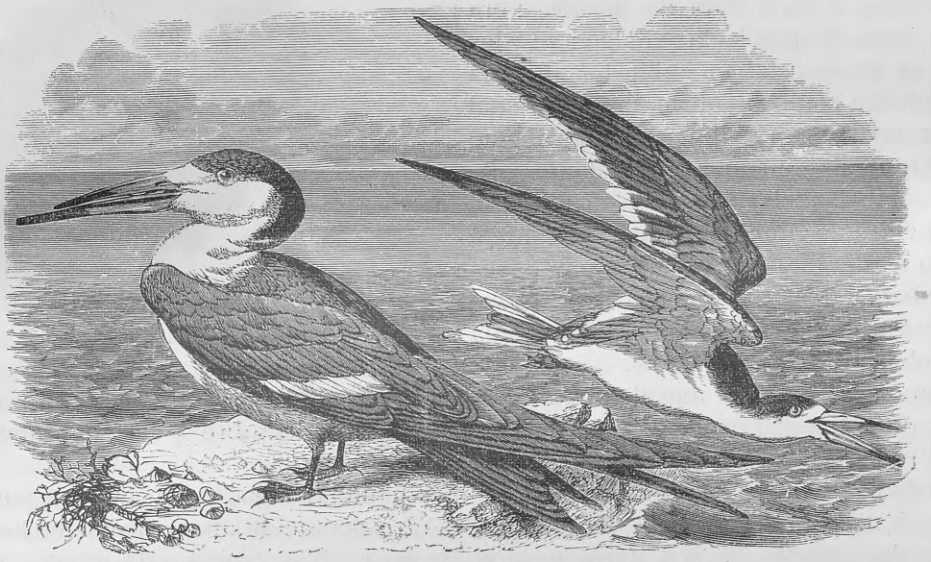
visto numerosas muestras en un islote, consiste en un pequeño agujero practicado en la arena, donde pone hasta tres huevos del tamaño de los de gallina, de color blanco con manchas parduscas.

Job recogió tres ó cuatro docenas; pero me prometo examinarlos atentamente antes de hacer una tortilla, pues no participo de la opinion de mis negros, quienes pretenden que estos huevos son mas nutritivos y mejores que los otros.

Durante la marea baja, el canal por donde navegamos, disminuye lo menos en una mitad de su anchura: la goleta rasa entonces la costa sin temor de encallar; y viendo ante mí un inmenso campo de maíz, limitado por un bosque de verdes encinas y de laureles, desembarco con Constancio, esperando encontrar alguna caza.

6, *por la tarde, á bordo.*—Nuestra cacería se ha prolongado, y no hemos vuelto hasta la noche.

Al recorrer la playa del canal para ganar los bosques, he descubierto el verdadero modo que emplean los picos-tijeras para alimentarse: cuando la marea baja, estas aves se alincan delante de la ola que se retira, y acechando las conchas bivalvas que el mar descubre, y aprovechando el momento en que se entreabren al sol, introducen su mandíbula inferior entre las valvas de la concha que se cierra; entonces golpean el animal contra el guijarro de la playa y tragan su presa. Hé aquí porqué el padre Mauricio me aseguraba que estas aves no están nunca flacas.



Picos-tijeras

Mis dos perros de aguas, que no habian cazado hacia quince dias, saltaban en la playa, manifestando su gozo con sus contínuos ladridos; y apenas llegamos al lindero del bosque, precipítanse sin escuchar mis gritos de llamada. Corremos en su seguimiento; pero han atravesado ya la espesura, y atraidos por cien pistas diversas se han lanzado al campo de maíz.

Nubes de perdices y de tórtolas emprenden el vuelo sobre nuestras cabezas; mientras que numerosos conejos y ardillas se deslizan entre nuestras piernas con la velocidad del rayo.

Constancio y yo hacemos un fuego graneado, sin elegir las víctimas, y disparando en todas direcciones.

De repente vienen á refugiarse los perros entre mis piernas, manifestando señales de temor: un enorme dogo corria hácia nosotros á través de aquel bosque de espigas, gruñendo sordamente de una manera muy significativa.

Creí que seria algun perro rabioso, y ya iba á dispararle las dos balas de mi carabina, cuando se oyó una voz imperiosa que gritaba:

—¡Aquí, Spott, aquí!

Un plantador á caballo, seguido de dos negros armados de carabinas, salian en aquel momento de un claro, avanzando hácia nosotros.

Disponíame á rogarle que me dispensara por haber violado su propiedad, cuando quitándose cortésmente su sombrero de paja, me dijo:

—¿Qué tal, caballero, sois afortunado? Espero que sí, porque de este modo podreis desembarazarme un poco de todos estos devastadores que se comen el trigo antes del dia de la recoleccion. Me haceis un señalado servicio. Dispensad ahora que os moleste, pero he oido vuestro tiroteo; y como son tan pocos los extranjeros á quienes tengo el gusto de ver en Palms' Castle, he picado espuela para salir á vuestro encuentro.

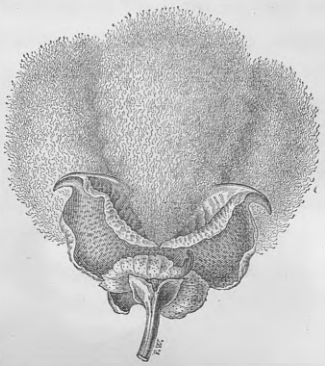
Dije al plantador quién era yo y el objeto de mi viaje.

Entonces quiso absolutamente que le acompañara hasta su casa, para refrescar y hacer la siesta, en lo cual consentí gustoso. Acto contínuo mandó desmontar á sus dos negros, dióles órden de recoger nuestra caza, nos rogó que montáramos en sus caballos, y dando la vuelta al campo de maíz, nos introdujimos en una alta espesura de fresnos magníficos.

En el lindero del bosque me detuve para admirar el paisaje: inmensos campos de algodoneros se extendian á cada lado de nosotros; era entonces la época de recolectar el algodon; y los arbustos y el suelo estaban cubiertos de una pelusa tan blanca como la nieve, entre la cual agitábanse numerosos negrillos y negras medio desnudas. En medio de aquella rica llanura, limitada por sombrías selvas vírgenes, deslizábase un canal de riego de límpidas aguas; y frente á nosotros, en medio de un vasto estanque, cuyas aguas brillaban á los rayos del sol, elevábase sobre un islote, plantado de palmeras, la morada del dueño, el castillo de las Palmas.

Avanzábamos entonces por una alameda abierta en medio de la llanura, y que conducia al castillo. Al ver que yo examinaba con curiosidad los trabajos de los esclavos encargados de recolectar el algodon, Mr. Potter, así se llamaba mi patron, ofrecióse amablemente á explicarme el modo de cultivar y preparar aquella planta productiva, que ha constituido la riqueza del Sur de los Estados Unidos.

Nos apeamos en medio de una legion de negrillos que saltaban al rededor de nosotros, y que se acercaron para sujetar el estribo. Cada campo de algodoneros, cuya extension es de unas diez hectáreas, se confia en la época de la recoleccion á cierto número de mujeres y de niños, bajo la inspeccion de dos hombres. Las trabajadoras construyen cabañas y acampan allí mismo. Esta rigorosa vigilancia es indispensable, porque el algodon se escapa apenas se abre la cápsula que le contiene; y si se coge en tierra se empaña, adquiere un color gris sin brillo, y pierde la mitad de su valor. La superioridad de los algodones de hebra larga de la Georgia y la Florida, que son los mas buscados por la industria, consiste tanto en el cuidado con que se recoge como en la calidad del terreno y en el método del cultivo (1). Las mujeres echan el algodon en grandes cestos; extraen con los dedos los copos de las cápsulas, de manera que no arranquen ninguna parte seca del cáliz; y cuando están llenas sus cestas, van á colocarlas delante de las cabañas, donde dos hombres extienden el algodon para secarle. No se almacena hasta que se ha practicado perfectamente esta operacion. Como las cápsulas no maduran al mismo tiempo, y el arbusto tiene á la vez frutos y flores, la recoleccion dura desde el mes de agosto hasta fin de octubre (véase el grabado de la página 137).



Copo de algodon en su cápsula

Cuando el algodon está en almacen se procede á otra operacion, que consiste en hacerle pasar entre rodillos y ruedas de dientes encorvados, que le limpian y separan de su grano. Mr. Potter me enseñó su molino que limpiaba ciento cincuenta kilógramos de algodon diarios. Por último, empléase la prensa hidráulica para comprimirle, y despues se forman balas cuadradas, que pesan de doscientos á trescientos kilógramos: así es como llega á nuestros puertos europeos.

El algodonero de hebra larga (*Gossypium herbaceum*, Linneo), aunque considerado como una planta herbácea, es un arbusto cuyo tronco adquiere la propiedad de leñoso, y que llega á tener de uno á dos metros; las hojas, de un color verde muy delicado, tienen cinco lóbulos; las flores, bastante parecidas á las de la malva, son de un color amarillo pálido, con una mancha escarlata en la parte inferior de cada pétalo.

Los algodoneros están plantados en líneas espaciadas de dos metros; se escardan dos veces antes de la florescencia; y despues de la recoleccion, por tercera y última, cortando la planta á un pié de tierra: así cultivados, duran de cinco á seis años.

El algodon, que no se introdujo en el Sur hasta 1786, producia antes de la última guerra (1860) cuatrocientos millones de kilógramos de

(1) En Oriente se recoge aun el algodon con su cápsula; los hilanderos, que difícilmente consiguen separar los hilos de las hojitas caliculares, comprimidas en las balas, le pagan á mucho menos precio que el algodon de América.

materia vendida en los mercados europeos: es todo cuanto hay que decir.

Mientras galopábamos por la avenida del castillo, Mr. Potter, que parecia muy querido de sus esclavos, me explicó cómo, gracias á la division del trabajo adoptada en su plantacion, habia sacado el mejor partido de los negros. Cada familia tiene cierta extension de terreno para cultivar; al cabo del año distribuye primas y regalos, segun los productos y la buena conservacion, á los trabajadores mas inteligentes; y gracias á este sistema, el amo se enriquece y los esclavos son felices.

El castillo de las Palmas es una gran casa fortificada, construida hace unos treinta años, en una época en que el país estaba expuesto diariamente á las desastrosas invasiones de las tribus indias Creeks ó Semínolas. Al rededor de la casa, elevada en parte sobre una fuerte estacada, y cuyo aspecto recuerda un poco los grandes molinos construidos en nuestros rios, hay un recinto de altas empalizadas de encina; las ventanas muy estrechas y en forma de troneras, están guarnecidas de sólidas barras de hierro; y en la plataforma de una especie de garita avanzada, se ven sobre sus cureñas dos cañones que sirvieron en otro tiempo para rechazar á los indios. El islote sobre el cual está edificado el castillo contiene además almacenes, cobertizos, las casetas y jardinillos de los negros; y una segunda empalizada, que se sumerge en el agua y rodea el islote formando las fortificaciones avanzadas. Un puentecillo de madera es la única comunicacion con tierra firme, y aun este se halla cerrado en su centro por su verja de hierro. Por último, á excepcion de una galería ó un terrado circular que rodea el castillo, fácil es comprender que se han sacrificado las comodidades á las exigencias de la seguridad.

El plantador y su familia han sido muy obsequiosos: Mr. Potter, que tomó parte en la última guerra contra los Semínolas en clase de voluntario, me ha proporcionado numerosos informes acerca del interior de la Florida, dándome cartas de recomendacion para uno de sus amigos, que ha establecido en Jacksonville, cerca de San Juan, una fábrica de aserrar maderas: llegaremos á este punto en pocos dias.

He vuelto á bordo al oscurecer, acompañado por el amable plantador y su hijo.

7 *de setiembre*.—Al doblar un promontorio cubierto de un magnífico bosque de pinos de cinco hojas, la goleta desemboca en una especie de mar interior. Apenas se divisan las orillas de la isla Amelia, que parecen perderse en lontananza, y tampoco se ve la costa del condado Duval, en la cual navegamos ahora. Esta inmensa laguna, poco profunda, no da para la sonda mas que dos brazas de agua con marea alta; es sumamente salobre, pero esto consiste en que pasamos por delante de la desembocadura de los rios Nassau y de los Caimanes, corrientes de agua asaz importantes, que separan el condado de Nassau del de Duval.

El primero de estos, el mas septentrional de la Florida, y uno de los mas poblados en la costa oriental, cuenta dos mil habitantes por cada trescientas leguas cuadradas: se cosecha arroz, maíz, algodon y azúcar.

No veo ni un solo caiman en el rio de este nombre; la superficie líquida está en cambio cubierta de ánades de diversas especies, sobre todo de esas bonitas cercetas de abanico, que tienen la singular costumbre de posarse en los troncos de los árboles y en las ramas sumergidas.

Costeamos durante una parte del dia la orilla del condado Duval, cubierta de inmensos bosques de árboles muy verdes.

El piloto me dió esperanzas de que podríamos entrar antes de la noche en el rio San Juan; pero el hombre propone y el viento dispone: á la vista de la isla Talbot, y al aventurarnos en el paso de este nombre, nos sorprende un salto de viento que sopla fuertemente del sudeste; como la mar está bastante gruesa junto á la costa, no me conviene pasar la noche bordeando en estos parajes peligrosos, y despues de una corta deliberacion, anclamos al terminar el dia al abrigo de un banco de arena, en una ensenada de la isla Talbot.

Esta isla, que examino con mi anteojo, se compone de dunas de arena cubiertas de arbustos achaparrados, y de esa yerba dura, amarga y fétida que crece en las tierras saladas, y de la cual no quieren comer ni aun las cabras: es la *Ægochloa*, especie de polemoniácea.

Dormia profundamente, cuando me ha despertado el estrépito infernal que producian los graznidos de doscientos grandes cuervos marinos, que acaban de precipitarse sobre el banco de arena y junto á nosotros. ¿Qué puede causar la agitacion insólita de esas aves á semejante hora? Apenas se ve todavía: solo una delgada línea de color anaranjado que aparece en el horizonte, anuncia la hora del alba.

Habiéndose levantado Constancio, nos embarcamos en la piragua á fin de dar la vuelta al banco de arena: un inmenso pez de quince piés de largo ha varado en un fondo bajo, y en las últimas convulsiones de la agonía hace saltar el agua con su poderosa cola, tratando inútilmente de volverse y ganar el mar que se retira. Una

nube de cuervos revolotean sobre su cabeza, procurando sacarle los ojos, é hiriendo el cerebro con sus acerados picos: el agua está ya enrojecida por la sangre.

Estos cuervos marinos *(Corvus ossifragus*, Wilson), del tamaño de los mayores gallos, son sumamente feroces y sanguinarios, y asócianse para buscar su presa: algunas veces les he visto dar caza á las aves mas poderosas, tales como el águila y el balbuzardo.

Cuando pudimos acercarnos al mónstruo sin peligro de que nos derribase de un coletazo, desembarcamos despues de haber disparado algunos tiros á fin de alejar á los cuervos: por su



El castillo de las Palmas

elevada aleta dorsal y su mandíbula superior, prolongada en forma de hoja de espada, reconocí un velero, pez de la familia de los espadones, célebre por su manera de nadar, manteniendo fuera del agua su aleta, que hace las veces de vela.

Este pez ataca á menudo á las ballenas, de las cuales parece ser enemigo declarado, acometiendo tambien algunas veces á los mismos buques, en cuyo casco se ha encontrado la espada hundida y rota por cerca de la raíz.

El ejemplar que estamos viendo ahora, y el cual examino cuidadosamente, es de un bonito color de acero bruñido en la parte superior del cuerpo: su espada, que mando aserrar, para conservarla, tiene un metro de longitud, y es de una sustancia semejante á la del cuerno mas duro (1).

Yo no me explicaba cómo este gran pez, que solo frecuenta la alta mar, habia llegado hasta los bajos fondos, donde no podia menos de encallar; pero al examinarle mas de cerca, observé que estaba devorado entre cuero y carne, por miles de pequeños crustáceos parásitos (2), que debieron enfurecerle; para desembarazarse de ellos, trató sin duda de revolcarse en las arenas, y allí encontró la muerte.

(1) He depositado esta hoja de velero en el gabinete de Historia natural apenas regresé á Paris. Despues de examinarla, se ha creido que debia pertenecer á una especie distinta del *Xiphias velifer*, ó Velero de la India.

(2) Género de ciamos, afine del de la ballena, y de nueva especie.



El faro de Hazard

Apenas hubimos vuelto á la piragua, los cuervos, que habian girado alrededor de nosotros, expresando su cólera porque habíamos interrumpido su festin, cayeron de nuevo sobre el cadáver del pez, cubriéndole con sus negras alas: algunas horas despues no quedaban ya sino huesos blanqueados.....

El mar está mas sereno; el viento es favorable, y nos embarcamos.

III

EL FARO DE HAZARD

Los faetones.—Un banco de peces voladores.—Los exocetos y los dactilópteros.—Contradanzas extravagantes.—Señales imprevistas.—Desembarco en el declive del Faro.—La escala de cuerda.—Miss Fanny Brandt.—Un drama de familia.—Dura cautividad.—Continuacion de la historia de miss Fanny.—Fuga del servidor negro.—Hambre y enfermedad.—Ofrezco mis servicios.—Dejo en el Faro á mi mulato Toby.—Desembocadura del rio San Juan.—Espléndida vegetacion.—Tempestad y viento contrario.—La casa de postas de Pablo.—Auxilio enviado al Faro por el vapor de Jacksonville.

8 *y* 9 *de setiembre.*—Dos faetones han acompañado á la goleta durante todo este dia: el faeton, es el ave del sol, el ave que anuncia los trópicos, de cuyas latitudes no pasa nunca.

Con sus alas ahorquilladas, sus colas cortas, de las que salen dos plumas que toman la forma de largas briznas colgantes, los faetones ofrecen un aspecto singular, y se comprende que los marinos les hayan dado el nombre de *colas de paja.* Vuelan comunicando á sus alas un temblor convulsivo, y desde las alturas se lanzan sobre los pececillos que retozan en la superficie del agua; pero no se sumergen nunca.

Los que nos seguian, muy recelosos, se acercaban poco al buque; mas al fin consiguió Constancio herir á uno: era el macho; tenia el plumaje blanco, y el círculo de los ojos negro, así como la parte superior del ala; el pico rojo; y las dos pennas de la cola, dos veces tan largas como el cuerpo: durante el vuelo del ave flotan graciosamente, siguiendo las ondulaciones de la brisa. El padre Mauricio ha comenzado á desplumar el faeton, á pesar de que le atormenta el mareo: es un magnífico ejemplar de la especie de briznas blancas *(Phaeton æthereus,* Linneo), fielmente representado por Audubon en su magnífica obra de ornitología.

Desde la proa, donde trato de dormir un poco en mi tienda, al abrigo de un sol abrasador, contemplo una danza y una lucha de peces voladores: es un espectáculo por demás curioso; el mar está cubierto de una vegetacion rojiza, consistente en pequeñas algas, donde nacen millones de larvas microscópicas; y un banco de peces voladores sigue con tenacidad á este alimento flotante. Los unos retozan en la superficie de las aguas; otros saltan por los aires, ó ejecutan una especie de danza entre miles de individuos; dos numerosas legiones se elevan al mismo tiempo una enfrente de otra á veinte metros de distancia; vuelan á su encuentro hasta tocarse, retroceden de nuevo, y acercándose una vez mas, parecen bailar una especie de rigodon, hasta que se sumergen todos en las aguas. Apenas han desaparecido, elévanse otras dos legiones, que repiten la misma operacion. Alrededor del buque veo un sin número de estos peces entregados á tan singular gimnasia; diríase que es una invasion de esas grandes langostas que infestan los cultivos de los países cálidos, tanto mas cuanto que estos peces voladores son muy pequeños (veinte centímetros apenas) y producen al volar un zumbido algo fuerte, ocasionado sin duda por el aire expulsado de los oidos. Son exocetos voladores *(Exocetus volitans,* Linneo), de un magnífico color azul y plata, y cuyas escamas brillan al sol como un estuche de perlas y turquesas (véase el grabado de la pág. 148).

A los exocetos se asocian otros peces voladores, de un pié de longitud, de color pardo rojizo, con las aletas negras, y muy feos; tienen la cabeza cubierta de una especie de casco, y el preopérculo armado de aceradas espinas: son dactilópteros *(Trigla volitans,* Cuvier). Las aletas pectorales, sumamente largas, forman como unas alas, con las cuales pueden elevarse á mayor altura y sostenerse en el aire mas tiempo que los exocetos; por eso se les ve cerniéndose desdeñosamente sobre las legiones de aquellos, á los que persiguen y obligan á sumergirse en el mar. Los dactilópteros se mantienen á diez ó doce metros de altura, hasta que sus aletas se han secado con el calor del sol, y vuelven á caer en su elemento.

Nada iguala á la estupidez de estas dos especies: mientras navegábamos en medio de ellos, muchos se dejaron caer en la cubierta del buque, donde mis negros los recogian para su cena. Son perseguidos en el aire y en el agua por encarnizados enemigos: en el mar, los bonitos, las doradas y las esfirenas, devoran miles de ellos; los surcos trazados en el agua, y el ruido de las mandíbulas que trituran, anuncian la presencia de estos peces cazadores en la superficie; en el aire, las gaviotas cogen al vuelo á los exocetos y tráganselos con un esfuerzo, lanzando agudos gritos que indican su alegría.

En medio de estos enemigos insaciables, los peces voladores continúan retozando, sin cui-

darse de la terrible suerte de sus compañeros: en la naturaleza, todos los animales se comen unos á otros; él hoy; mañana yo; es la ley de exterminio y renovacion universales. Entre tanto, los peces voladores bailan y hacen bien; si supieran cuál es la suerte que les amenaza, su existencia seria demasiado espantosa.

A pesar de estas destrucciones en regla, el mar estuvo cubierto de aquellos peces mientras navegamos en los mismos parajes: era la época del celo; y la necesidad de la reproduccion, que ejerce tan poderosa influencia en los animales, bastaba para explicar aquella increible reunion de peces voladores, cuyo número debia elevarse á varios centenares de miles. Por la tarde me sirvieron á la comida un buen frito de exocetos: la carne, muy delicada, tiene cierto sabor de avellana; pero los huevos son tan cáusticos que abrasan el paladar, y por esto es preciso limpiar el pez muy bien. Tambien hemos cogido algunos dactilópteros; pero no son buenos para comer.

Al rayar la aurora subo á cubierta provisto de mi anteojo: distingo perfectamente el faro de Hazard, situado en la punta meridional de la desembocadura del San Juan; las corrientes del rio nos han impelido un poco hácia el sur, y navegamos directamente hácia el faro á fin de ceñirnos á la costa y aprovechar una brisa favorable.

Estaba almorzando en mi camarote, cuando Constancio vino á decirme que nos hacian señas desde el faro, del cual distábamos solo un kilómetro, señas que él no podia comprender por lo inusitadas.

Subo á cubierta, miro con mi anteojo, y distingo en el terrado del faro una mujer que agita un pañuelo blanco, moviendo sus brazos de una manera expresiva.

Entonces mando cargar las velas, á fin de anclar en un buen fondo de diez brazas; el mar estaba tranquilo, y esta maniobra no ofrecia peligro alguno para nosotros. Despues botamos al mar la lancha que yo habia comprado en Fernandina, y bajo con el mulato Toby, á quien doy órden de remar hácia el faro, dejando á Constancio encargado de la goleta.

El faro de Hazard, nombre que tiene en las cartas marinas, está situado á los 30° 21' de latitud: es una torre cuadrada de sesenta y cinco piés de altura, con luz fija de dos colores, rojo y blanco; fué construido hace algunos años sobre un islote á dos leguas de la costa, para indicar la entrada del paso á los buques que tratan de navegar por el rio San Juan, impidiendo que se precipiten en las peligrosas arenas movedizas que rodean como una faja las orillas de la Florida oriental.

A medida que nos acercábamos, admirábanme mas los trabajos que habia sido necesario hacer para fijar en aquel terreno movedizo cimientos de piedra tan sólidos como los que sostenian aquella maciza torre. El pequeño islote donde se eleva el faro, queda sumergido durante la alta marea, y las olas baten los flancos de la torre; solo cuando bajan las aguas quedan en descubierto algunas partes de la pequeña playa y el declive de piedra.

La lancha acaba de llegar á la arena, y desembarcando al punto, ganamos la escalera practicada en el declive; una y otro están cubiertos de algas y fucos, entre los cuales se ven caracoles de mar, y la superficie es tan resbaladiza que apenas podemos tenernos en pié.

Llegados á la base de la torre, vemos elevarse ante nosotros esta masa de mampostería, tan sumamente alisada por las olas durante los temporales, que dudo que un lagarto se pudiera coger á ella. Comenzaba á extrañarme que despues de llamarnos nos dejaran solos allí, cuando de pronto veo caer una escala de cuerda, que se desarrolla desde lo alto de la plataforma, mientras una voz femenina nos dice:

—Tened la bondad de sujetar la escala á los dos montantes de hierro que vereis en el declive, y subid; aquí hay desgraciados que necesitan auxilio.

Emprendo el primero aquella ascension de sesenta piés por una escala vacilante, y confieso que dejé escapar un suspiro de satisfaccion cuando pude coger la barandilla de hierro que rodea la plataforma.

Allí no habia nadie.

Entro en la jaula del faro, y encuentro la misma soledad. Dejando á Toby admirar aquella máquina de cristal, de la cual no tenia la menor idea, me aventuro por una escalera de caracol que debia conducir á la parte habitada; bajo un piso, me detengo en un estrecho patio, é impacientado al fin de aquel silencio llamo á una puerta señalada con el número 1; no recibiendo contestacion, vuelvo á golpear con mas fuerza.

Seguia yo produciendo cada vez mas estrépito, cuando oigo detrás de mí unos pasos ligeros, y una dulce voz que me dice con cierto acento burlon:

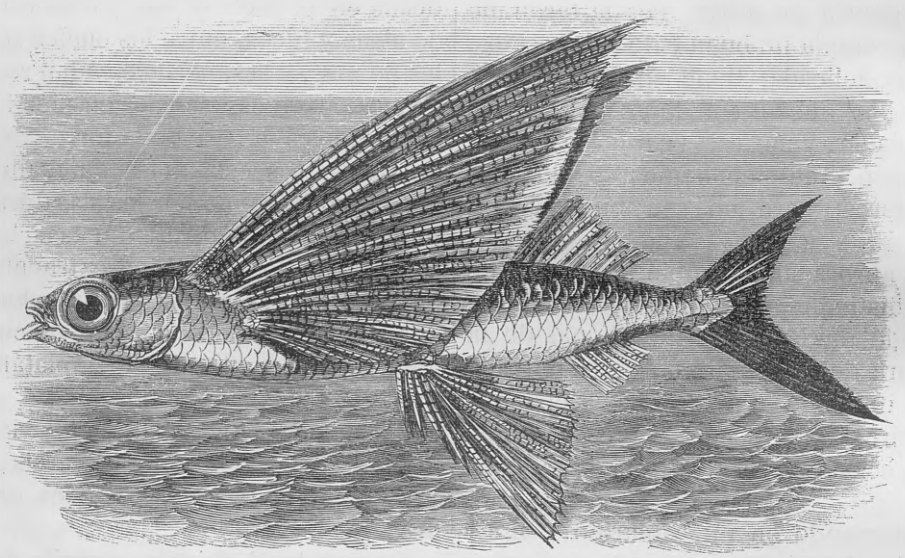
—Dispensadme por haberos hecho esperar, caballero; veo que no teneis mucha paciencia.

Vuelvo la cabeza y veo ante mí una jóven muy elegante, que me hace una ceremoniosa reverencia: llevaba el tocado á la moda, vestido blanco con lazos de cintas de color de cereza,

mitones en su blanca y perfilada mano, y adornado su magnífico cabello rubio con blondas negras. Confieso que esta aparicion en las costas salvajes de Florida, en un faro aislado en medio de este mar solitario, era mas que suficiente para sorprenderme; seguramente lo dí á entender, pues permanecí algunos momentos sin saber qué decir.

Mi interlocutora tenia todo el aspecto de un personaje de novela; pero como yo no escribo sino un viaje, resumiré en pocas palabras sus aventuras, las cuales tuvo á bien referir.

Miss Fanny Brandt, hija de un capitan de la marina americana, perdió su madre siendo aun muy jóven, y fué recogida y educada por la familia de un ministro presbiteriano, que le dió una brillante educacion, dedicándola al profesorado. Cuando su padre dejó la marina para entrar en el servicio de los arsenales, quiso ir á verle á Norfolk (Virginia), donde fué la heroína de una aventura que hizo mucho ruido en aquella ciudad llena de empleados y oficiales de marina. El anciano Brandt era muy severo en cuestiones de honor; y puesto de acuerdo con un antiguo camarada, comandante de un bergantin del Estado que hacia el servicio de la costa oriental de Flo-



Exoceto volador

rida, mandó arrebatar á su hija, cierta noche muy oscura, de la casa donde habia buscado un asilo; condujéronla á bordo despues de haberla puesto una mordaza, y la trasladaron despues al faro de Hazard, del cual acababa de ser nombrado guardian el anciano Brandt.

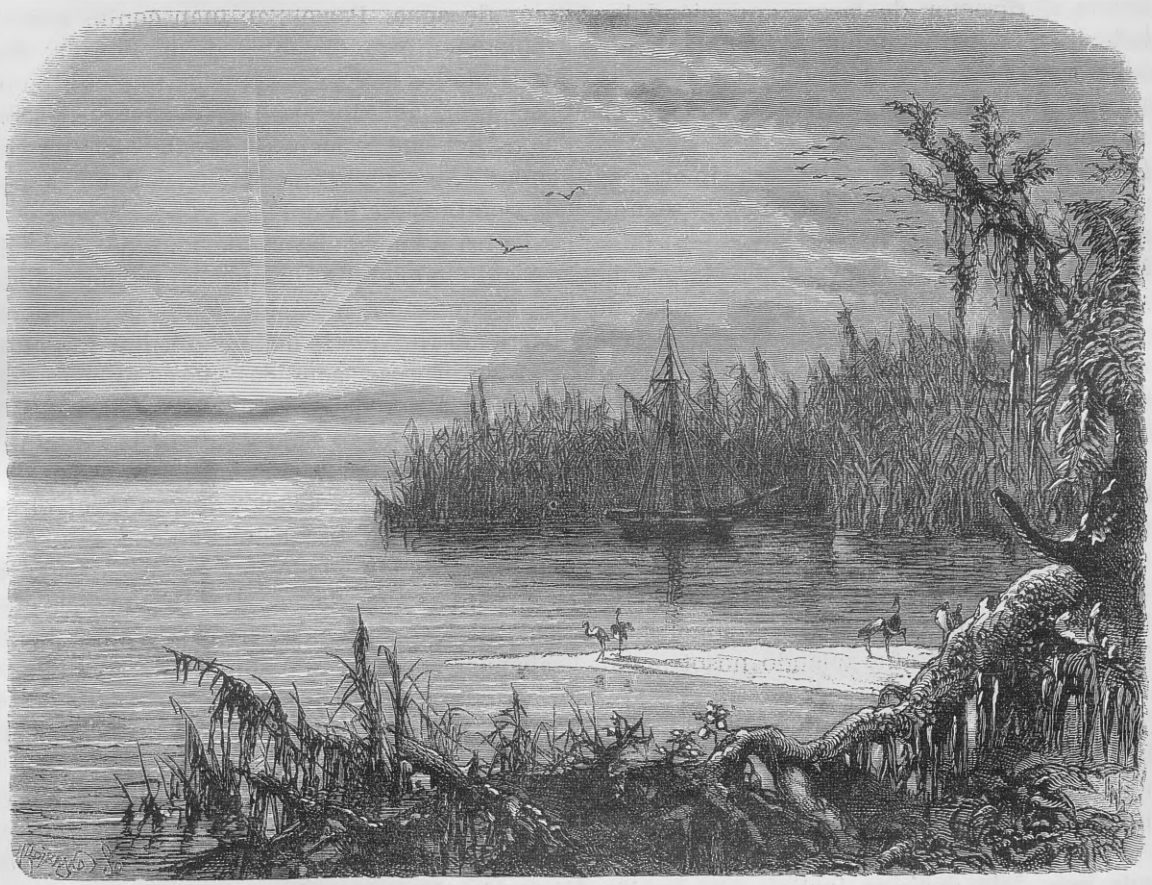
Júzguese cuál seria la vida de aquella jóven elegante en una torre desierta, entre un padre viejo marino, tosco y grosero, é imbuido en preocupaciones arraigadas, y un esclavo negro, llamado Pedro, único servidor que le acompañaba. Miss Fanny pasó el primer mes vertiendo lágrimas y pensando solo en el medio de dar á conocer el lugar de su destierro al hombre por quien se habia comprometido, el cual ocupaba un alto puesto en la marina; pero en vano pasó los dias acechando con la vista las velas que divisaba en el horizonte; ninguna se acercaba al faro; solo el vapor de Jacksonville á Savannah se detenia todos los meses á una milla de distancia para recoger la correspondencia y dejar agua y provisiones.

Brandt y su negro tenian un bote con el cual se hubiera podido llegar á tierra; pero cuando no se servian de él para pescar ó ir á buscar víveres al caserío de Hazard, situado en la costa á dos leguas de distancia, colocábanle á cuarenta piés de altura á un lado de la torre. Por otra parte, el viejo marino, desconfiando de su hija, habia mandado arrancar la escalera de hierro que ponia en comunicacion las ventanas de cada piso con el pié de la torre: cuando querian bajar los dos hombres, servíanse de una cuerda de nudos, y para subir, de una escala fija en la balaustrada, cuya extremidad tenian cuidado de desprender al ausentarse para que nadie pudiera bajar. Miss Fanny se resignó con su suerte: sabia que el servicio activo de los guardas de faros no dura sino seis meses, y que en el resto del año se les destina á un servicio de vigilancia en los arsenales marítimos; su padre, dependiente de la direccion de Key-West, debia volver en un momento dado á esta ciudad, habitada por marinos.

Armóse, pues, de paciencia, puso buena cara á su padre, ayudó al negro á las faenas domésticas y formó un pequeño jardin aéreo en el terrado. El negro, de quien se hizo muy amiga, apreciando su dulzura de carácter, le traia pájaros y flores cuando volvia de tierra.

Así pasaron los seis primeros meses de destierro. Sin embargo, el viejo Brandt no hablaba de marcha, y el bergantin del Estado no aparecia en el horizonte.

Cierto dia, mientras su padre estaba durmiendo, la jóven leyó una carta recibida la víspera por el vapor de Jacksonville, y que tenia el sello de la direccion de correos de Key-West: su padre habia pedido y obtenido la continuacion en el desempeño de sus funciones de guardian del faro de Hazard; el director se lo anunciaba así, elogiando su celo, y aumentándole la paga por hacer el servicio doble, lo cual se le tendria en cuenta para su retiro.



Fondeadero a la entrada del ancon Pablo

Fanny se atrevió á interrogar á su padre; y como se siguiese una escena violenta, anunció á su hija su voluntad de permanecer encerrado en el faro durante los doce años que debian trascurrir aun para obtener su retiro, despues de lo cual devolveria su libertad á la jóven, para que fuese á buscar á quien la hizo tan halagüeñas promesas.

¡Tener veinte años, ser hermosa y amada, y pasar tanto tiempo en un encierro de doce piés cuadrados, entre un tosco marino y un negro estúpido! ¿Podria darse mayor tormento? Diez veces estuvo á punto de arrojarse al mar desde lo alto de la galería; pero el carácter de aquella jóven tenia algo de la tenacidad de su padre, y continuó la lucha.

Al cabo de un año, Brandt experimentó los primeros síntomas de un reumatismo articular, el cual se agravó de tal modo, que impidió todo movimiento al enfermo. Fanny, cuidándole con la mayor abnegacion, esperaba que acabaria por pedir su traslado; pero el viejo marino se mantuvo impasible. Fué por lo pronto preciso enseñar á la jóven á encender el faro y hacer las señales, á fin de sustituir á Pedro cuando este se ausentara para ir á buscar víveres ó á pescar. Entonces se le ofreció oportunidad de escaparse, teniendo por cómplice al negro, que no deseaba

otra cosa; mas no quiso abandonar en el aislamiento á su padre enfermo. Pedro no habria osado volver despues de auxiliar á la jóven en su fuga, porque el viejo marino hubiera hallado tal vez fuerzas suficientes para abrasarle el cerebro de un tiro. Cierto dia, la jóven confió dos cartas al criado, encargándole las llevase á Pablo, punto de la costa donde hay una oficina de correos. Escribia al director de faros, anunciándole el estado de su padre; y tambien al hombre á quien amaba, rogándole que fuera en su auxilio. El negro marchó; pero no volvió: se habia hecho cimarron.

Padre é hija quedaron solos; el primero postrado en su lecho por la enfermedad; la segunda sin tener un bote á su disposicion.

Miss Fanny esperó dos meses, ¡dos largos meses! Cuatro veces pasó el vapor á la vista del faro, y otras dos se detuvo para esperar al bote; pero viendo que no llegaba nadie, y á pesar de los llamamientos desesperados de la jóven, prosiguió su rumbo hácia alta mar, alejándose á todo vapor.

Los víveres se agotaban en el faro: ya no habia agua; y muy pronto faltaria la cerveza para que el enfermo y la jóven pudieran apagar su sed. Miss Fanny cocia vino de España, mezclándole con malvas ú otras yerbas medicinales.

En aquel momento fué cuando nosotros anclamos cerca del faro.

Conmovióme profundamente el relato de la heroína de aquella historia, y ante la triste situacion del viejo guardian, á quien hallé moribundo sobre un jergon, sin auxilio y sin remedios, prometí á la jóven arrancarla á su triste suerte; pero debo decir en justicia, que habiéndole propuesto embarcarse con nosotros, ofreciendo dejar mis dos negros cerca del padre para cuidar de él y encender el faro, rehusó enérgicamente. Entonces mandé trasportar á la torre agua, vino, medicamentos y víveres; dejé á mi mulato para que cuidase de los infelices, y encarguéme de las cartas de miss Fanny, prometiéndola dar á conocer su triste situacion al regidor de Jacksonville.

Miss Fanny me estrechó la mano al despedirme, dándome gracias con la mayor efusion.

Yo estaba algo triste al volver á bordo; si me hubiese atrevido, me hubiera quedado en el faro junto á la jóven, enviando á Constancio á buscar auxilios.

Levamos el ancla, comenzando á navegar hácia la costa; dirijo una última mirada hácia el faro, cuya alta torre desaparece poco á poco en el mar; allí quedan dos infelices.

11 *de setiembre, en el San Juan.*—El rio San Juan es la corriente mas considerable de la península Florida; tiene su nacimiento, ó mas bien brota de grandes pantanos del interior, corriendo hácia el norte paralelamente á las costas del Océano Atlántico, en el cual se vierte despues de recorrer un trayecto de doscientas cincuenta millas, de las que ciento siete, hasta el lago Jorge, son navegables para buques que calan ocho piés de agua. Por el San Juan confio penetrar rápidamente en el centro de la Florida; franqueando los lagos y riachuelos que cubren este país inundado, llegaré á los desiertos desconocidos del sud; y pienso proseguir este proyecto audaz con toda la energía moral y fuerza física de que Dios me ha dotado.

La brisa ha sido favorable, aunque muy débil, durante todo el dia 10: nuestro pequeño buque ha franqueado intrépidamente la formidable barra del rio, que le ha hecho saltar tan alto, y con tan bruscas sacudidas que se hubiera dicho que iba á descomponerse pieza por pieza: ha conseguido llegar sano y salvo á las tranquilas aguas de la orilla meridional.

Así como todos los rios de América, el San Juan tiene dos ó tres leguas de anchura: en el nuevo continente todo se relaciona con su inmensa extension; las montañas son mas altas; los valles, que se pierden de vista, se llaman sabanas; los rios, que son las arterias de este gran cuerpo, arrastran inmensos caudales de agua; y así es que el paisaje gana en majestad lo que pierde en pintoresco.

El lecho navegable del San Juan tiene solo media legua: por ambos lados se extiende un vasto pantano, cubierto por las aguas del rio durante la alta marea, lleno de cañas gigantescas y de arrozales salvajes que forman impenetrables espesuras.

A medida que remontamos el rio, la naturaleza comparte con la vegetacion tropical sus grandiosas formas, presentando singulares siluetas. Numerosos animales pueblan aquellas aguas silenciosas: los flamencos de color sonrosado y rojo, alineados en órden de batalla en las arenosas orillas, inclinan de vez en cuando sus corvos picos con un movimiento automático, para coger algun argentado pez; los tántalos verdes, los íbis blancos, apoyándose solo sobre una de sus largas patas, acechan con aire picaresco las ranas y salamandras acuáticas que saltan á su alrededor; nubes de ánades de todas especies y colores rasan la superficie del rio, ó vuelan sobre nuestras cabezas; y de vez en cuando, déjanse oir misteriosos rumores entre las cañas, que ondulan al paso de los grandes reptiles.

¡Este es el desierto, tal como yo me lo figuré!

Durante el dia no he visto sino un punto habitado, la casa de postas de Pablo, situada en una pequeña eminencia sobre el rio, en medio de magníficos bosquecillos de magnolias y de verdes encinas. En los Estados-Unidos hay, por todas partes, casas de postas, aunque fuese en pleno desierto; y forman por sí solas los pueblos, complacientemente indicados en las cartas geográficas oficiales. No hay jamás camino alguno en las selvas vírgenes; pero encuéntranse á veces vias férreas. Es una civilizacion enteramente nueva que no ha tenido pasado, ni tampoco progresion lenta como en Europa, porque se fijó brutalmente en el salvajismo primitivo; y de aquí esos contrastes llenos de una picante originalidad para el observador.

Ensenada de Pablo, 12 de setiembre, á media noche. — Pensaba sin cesar en la hermosa cautiva del faro de Hazard, y por eso no me recreaba la caza ni la pesca, y reprendia de contínuo á Constancio, acusándole de que nos hacia perder mucho tiempo. Deseaba llegar cuanto antes á Jacksonville, confiando en hallar allí protectores para miss Fanny.

El 11, á eso de la media noche, dejó de soplar la brisa de repente; solo veíamos espesas nubes, y la oscuridad llegó á ser tal, que no nos veíamos sino al resplandor de los relámpagos. Era ya imposible navegar, y la prudencia nos aconsejó cargar las velas y echar el ancla. La tempestad duró toda la noche: por la mañana comenzó á soplar del oeste un viento impetuoso, y un furioso oleaje entorpecia la marcha de la goleta. ¿Cómo continuar la marcha con semejante tempestad? Fué preciso ceñirnos á la costa y buscar abrigo en una caleta profunda, designada en las cartas geográficas con el nombre de Ensenada de Pablo.

Como no cesaba el mal tiempo, desembarqué con Constancio, y procuramos ganar á pié, siguiendo las orillas del rio, la casa de postas de Pablo, que dejamos atrás la víspera, y la cual debia distar unas cinco leguas.

Despues de una caminata sumamente fatigosa á través de los pantanos y las arenas movedizas, llegué por fin á Pablo; pero el administrador estaba ausente desde la víspera, y solo he visto á un torpe mulato que no pudo proporcionarme ningun informe. Díjome, no obstante, que su amo le habia encargado remitir la cartera de la correspondencia al vapor de Savannah, que debia pasar aquella misma tarde. Al momento adopté una resolucion: tenia en mi poder las cartas de miss Fanny Brandt, y decidido á llevarlas yo mismo al capitan, me embarqué con el mulato en una mala canoa, donde apenas cabíamos los dos, para ir á esperar al paso el buque de vapor.

Al fin distinguimos la negra columna de humo, detúvose el barco y pasé á bordo. El capitan era hombre de buen corazon; díjele todo cuanto sabia de la historia de Fanny Brandt, y conmovido al oir el relato, prometióme admitir á bordo al enfermo y á la jóven para conducirlos á Savannah, dejando á uno de sus marineros en el faro; comprometióse tambien á enviarme á mi mulato Toby, que me era necesario para la maniobra.

El capitan confiaba en llegar á la inmediacion del faro á eso de la media noche.

Por fin, vuelvo á entrar en mi alojamiento, con las piernas destrozadas por las espinas, á pesar de mis grandes botas, y medio muerto de hambre y de sed; pero estoy contento, porque he asegurado la salvacion de una infeliz: mi espíritu no me representará ya el terrible espectáculo de una jóven abandonada en medio del Océano, pereciendo de hambre y de sed cerca de su padre moribundo.

IV

LA ENSENADA PABLO

Cornelio atacado por un tiburon.—Continua alerta.—Partida de caza.—Magníficas plantas acuáticas.—Depósito de madera muerta acumulada por las aguas. — El buitre Mokoko. — Hermosos bosques de rododendrones. — Hormigas que los habitan. — Espesura de magnolias. — La serpiente ciega — Combate de Job contra los buitres — Victoria seguida de un cruel contratiempo. — El buitre albinos.—La paloma de cabeza blanca.—Pantanos.—Las becadas semi-palmeadas.—Los nogales negros.—Las ardillas voladoras.—Un nido de águila.—Osario.—El águila herida.—Una idea luminosa.—Un prisionero.—Concierto de lobos.—Los infortunios de Job.

17 *de setiembre.* — No he tomado notas estos dias, pues me ha entretenido mucho la caza y la pesca. Cerca de mí está el padre Mauricio, ocupado en clasificar y preparar los numerosos animales que hemos recogido durante nuestra excursion á los pantanos de Diego; Constancio y mis negros duermen; bien quisiera hacer otro tanto, pero voy á poner mi diario al corriente.

Estaba rendido de fatiga al volver de la casa de postas de Pablo en la tarde del 12, y me dormí profundamente en mi hamaca despues de mandar suspenderla sobre el puente. Me embozo en mi capa, cubriéndome despues con un mosquitero, y descanso así mucho mejor que en el camarote, el cual he cedido al padre Mauricio para que se ocupe cómodamente en sus trabajos: los efluvios penetrantes del alcanfor y del jabon arsenioso, combinados con una temperatura abrasadora, no me permiten encerrarme.

A primera hora de la mañana me despiertan sobresaltado varios gritos que oigo junto á mí, y los cuales profiere el pequeño negro que se ocupa en limpiarme las botas.

—¡Al tiburon, al tiburon! exclama con espanto.

Me incorporo, frotándome los ojos, y veo á Constancio y al negro Cornelio, que aprovechándose de la frescura de la mañana, se han lanzado al agua para tomar un baño, hallándose ya á unos trescientos pasos de la goleta.

—¿Dónde está el tiburon? pregunto á Job.

—Allí, allí, me contesta señalándome con el dedo la extremidad de la ensenada.

En efecto, agitábanse las tranquilas aguas á cada instante, y dos franjas de espuma que se reunian formando un ángulo designaban el sitio desde donde el mónstruo se precipitaba hácia los imprudentes bañistas, dirigiéndose con gran rapidez hácia el negro, mucho mas alejado que Constancio.

Como nuestros gritos no son oidos, salto de la hamaca y disparo un tiro al aire: Constancio vuelve la cabeza, ve nuestras señales, y dirígese hácia el buque braceando vigorosamente. Corria menos peligro á causa de la poca profundidad en el sitio donde se bañaba; pero no sucedia lo mismo con el pobre Cornelio, quien continuaba haciendo la plancha, sin cuidarse al parecer de nuestros reiterados llamamientos.

De repente desapareció.

Oprimióseme el corazon, pues creí que ya era presa del mónstruo; pero un momento despues reapareció en la superficie para respirar y sumergirse de nuevo: durante algunos minutos, que me parecieron bien largos, Cornelio repitió la misma maniobra acercándose poco á poco á nosotros, hasta que saltó á bordo sano y salvo.

Reprendíle severamente por su imprudencia; pero el negro sonrió con malicia, enseñándome sus treinta y dos dientes, blancos y acerados como los de un perrito, y fué á vestirse murmurando:

—Cornelio no tener miedo de los tiburones; ellos ser bien feos y malos; pero no capaces de atrapar al que sabe mas.

Cornelio era un negro nacido en Luisiana, que chapurraba el francés y degollaba el inglés.

Preciso es decir que los esclavos de las plantaciones de la Carolina y de la Georgia tienen la costumbre de bañarse en aguas infestadas por los tiburones y los caimanes, sin cuidarse nunca de la presencia de estos mónstruos. Los negros aseguran que los caimanes no atacan al hombre cuando nada; pero en cuanto á los tiburones, apenas se acercan, es preciso sumergirse. La configuracion de la boca de estos peces es tal, que no pueden apoderarse de su presa sino de abajo á arriba, volviendo el vientre hácia la superficie del agua; y así es que un buen nadador puede burlarse de tan feroz enemigo, escapando casi siempre. Cornelio me asegura que le tocó el hocico del mónstruo en un muslo en el momento de dar la vuelta para sumergirse: esto me estremece, y no deseo de ningun modo hacer la prueba.

A pesar de esta interrupcion, me dormí de nuevo.

Despues del almuerzo, Constancio ha comenzado á trabajar á bordo para reparar las averías que sufrió nuestro velámen á causa del temporal de anteayer. Cornelio, que es nuestro cocinero, y además un intrépido cazador, ha ido á buscar huevos de tortuga, que abundan durante esta época del año en los bancos de arena; yo aspiro con afan la brisa embalsamada que llega de la orilla, y me decido á emprender una excursion de caza. La goleta está anclada en una pequeña bahía á la sombra de gigantescos cañaverales, á la orilla de la ensenada Pablo (véase el grabado de la pág. 149). Un promontorio de fina arena invita á desembarcar; detrás hay una faja de terreno pantanoso, inundado por la alta marea, que se extiende hasta el bosque, cuyos primeros árboles tienen sus troncos sumergidos en el agua.

Voy á buscar al padre Mauricio al camarote para que deje sus libros; pues creo que la falta de ejercicio, unida á la influencia pestilente de los pantanos que nos rodean, puede ser funesta á su débil temperamento. Le persuado á seguirme prometiéndole muchos insectos, plantas y animales curiosos, con los cuales podrá hacer una coleccion mientras yo cazo; pero inútilmente trato de inducirle á coger una escopeta, pues no le gusta cazar, y teme la explosion de un arma de fuego. En cambio se carga de botellas llenas de insectos envenenados con bencina, de un martillo de minero, y un herbario; y así equipados, nos ponemos en marcha con mi negrillo, que lleva el frasco de pólvora, y sujetos mis dos perros.

Detrás del banco de arena que nos sirve de desembarcadero encontramos un verdadero campo de pontederias (*Pontederia cordata*, Linneo), cuyas magníficas hojas de color verde brillante, y las grandes espigas de flores azuladas, se destacan vigorosamente sobre los tonos amarillentos de los juncos que las rodean. Este parterre acuático es verdaderamente admirable.

Despues de salir con mucho trabajo del lodazal donde nos hundíamos hasta media pierna, po-

nemos al fin el pié en tierra en el lindero del bosque.

Allí nos cierra el paso un nuevo obstáculo: ante nosotros elévase á cinco ó seis metros de altura un inmenso monton de madera muerta, acumulada en aquel punto por los remolinos de las inundaciones; los árboles desarraigados y arrastrados por la corriente han enredado sus ramas y sus raíces en la de los árboles vivos del bosque, formando así un dique formidable que



Job y los buitres

aumenta cada año con las aguas. En aquellos detritus crecen los musgos y las plantas parásitas; una gran aristoloquia, de hojas ovales y flores lívidas en forma de sifon, cuyo tronco es tan grueso como un tonel, retuerce en nudos inextricables sus ramas y raíces, semejantes á inmensas serpientes, prolongando sus descomunales brazos sobre los árboles vecinos, cual si quisiera oprimirlos y sofocarlos. Esta barrera natural parece extenderse á lo léjos, protegiendo la entrada en el bosque contra los profanos: escalo estos detritus, sirviéndome de las ramas muertas; pero el terreno se hunde bajo mis piés, y apresúrome á saltar á tierra, tanto mas cuanto que percibo rumores sospechosos en medio de aquella espesura: es el roce siniestro de las serpientes de cascabel, á las cuales acabo de molestar sin duda en su retiro. Esos montones de madera muerta, tan comunes en las desembocaduras de los rios, y que se elevan á veces á prodigiosas

alturas, son el asilo favorito de los reptiles venenosos; yo lo sabia, y tomé el partido de dar la vuelta al obstáculo, avanzando por el lindero del bosque y las orillas del pantano.

A fin de aprovechar el tiempo durante aquella caminata difícil y penosa, mandé desatar á mi hermoso perro Rump, que nadaba muy bien, y le lancé á los juncos que bordeaban el pantano elevándose á quince ó veinte piés de altura. El valeroso animal, penetrando en el agua hasta el cuello, abríase paso en medio de aquella vegetacion inextricable, y yo le veia detenerse á intervalos cual si estuviese siguiendo alguna pista. A cada momento pasaban por delante de mí, para volver al bosque, muchas ratas de la especie llamada *mus pilorides*, Pallas; estos animales no están constituidos para vivir en el agua, pero van con frecuencia para roer la médula de los juncos, á la cual son muy aficionados. Al fin ví saltar un ave bastante grande delante de mi perro, y como pasara sobre mi cabeza, derribéla en tierra al primer tiro; era un alcaravan mokoko (*botaurus minor*, Bonaparte), especie muy rara que faltaba en mi coleccion. Esta ave, de unos dos piés de altura, tiene plumaje de color pardusco rayado de negro, con el vientre gris; el pico es puntiagudo como un puñal; las plumas lácias de su cuello se erizan á menudo; y sus ojos, dilatados como los de todas las aves nocturnas, le comunican un aspecto estúpido. Desde que nos hallábamos en la ensenada Pablo, oia todas las noches en el cañaveral un grito singular, repetido continuamente, que podria expresarse con las sílabas *doun-ka-dou*, emitidas guturalmente; el alcaravan era el que hacia todo aquel ruido cuando pescaba, y no me desagradó desembarazarme de aquel vecino tan incómodo.

El padre Mauricio, examinando el ave con curiosidad, díjome que era preciso desplumarla en seguida, porque el cielo amenazaba tormenta; y accediendo á los deseos del buen hombre dejéle en libertad de volver al buque, lo cual hizo con la mayor satisfaccion. Creo que se habia mojado un poco los piés en los pantanos, y que estaba inquieto en medio de aquella naturaleza salvaje y grandiosa.

Es una particularidad en las costumbres del alcaravan el hecho de alimentarse de aves: en el estómago del que yo maté se encontró un rascon entero.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegamos á un verdadero bosque de rododendros (*rhododendrum maximum*, Linneo), que formaban espesuras de diez metros de extension, y algunas de cuyas raíces eran tan gruesas como el muslo de un hombre. Magníficos ramos de flores purpurinas cubrian aquellos arbustos; y al verlos pensé al punto en los míseros rododendros estrellados y lácios con que se forman espesuras en los paseos parisienses á costa de mucho dinero, y que es preciso sustituir todos los años porque mueren muy pronto.

¿Por qué nuestros jardineros insisten en la rutina de plantar los rododendros en tierra de brezos, que es sumamente ligera y arenosa y no conserva la humedad, mientras que estos desarrollan orgullosamente su vegetacion magnífica en una arcilla blanca y compacta, mezclada con turba y cubierta por las aguas?

Una espesura de flores amarillas formaba una bóveda impenetrable al sol sobre aquel bosque de rododendros: á no ser porque avanzaba por el agua hasta media pierna, hubiera podido creer que me hallaba en un parque inglés.

Las pavias, árboles de la familia de los castaños, afectan en el estado primitivo las formas mas irregulares; cuando se ahuecan y se pierde su alburno, ya no viven, así como los sauces, sino por su corteza; y entonces millones de pequeñas hormigas grises ocupan sus cavidades para alimentarse de los jugos de las flores y de las películas de los frutos, que tienen la forma de castañas prolongadas, sin pinchos. Estas hormigas destruyen todos los insectos que van á posarse en esos árboles; su picadura produce un dolor agudo, y como yo lo sabia, aceleré el paso para alejarme de ellas.

Al llegar á la tierra firme, la vegetacion cambió como por encanto.

Encontréme de improviso en una espesura de magnolias acumíneas, llamadas en el país «árboles de los cohombros,» porque sus frutos tienen la misma forma. Estos magníficos árboles cuyo tronco unido y recto forma una columna de cien piés de altura, ostentan en su cima una gran masa de enormes hojas y flores de un color blanco azulado, que exhalan un ligero olor de alelí; pero no tienen ramas bajas, y su espesa sombra, interceptando el aire y la luz, sofocan toda vegetacion extraña. Bajo esta espesura reina una semi-oscuridad y un silencio profundo; y ni aun los picos, tan comunes en los bosques americanos, van á buscar las magnolias, porque no pueden perforar su corteza, cuya madera incorruptible no oculta jamás insectos ni larvas.

Mis perros, que no encuentran caza alguna y que van delante con la cola baja, apoyan de pronto sus patas delanteras en uno de aquellos inmensos troncos de árboles y miran la copa con despecho: es que varias ardillas grises, espantadas al verlos acercarse, acaban de buscar un

refugio en las ramas altas de las magnolias; una de ellas, que estuvo á punto de ser cogida, ha dejado caer un fruto maduro del árbol: este fruto, al principio verde, adquiere un color rojo brillante cuando madura, asemejándose á un enorme pimiento. Los médicos americanos los emplean en infusion para combatir las fiebres intermitentes.

Excepto las ardillas, las cuales desprecio porque su carne huele á hormiga, y algunas pequeñas aves que revolotean sobre la copa de los árboles, camino por espacio de una hora sin que se me presente ocasion de disparar un tiro; aunque estamos á la sombra sentimos un gran calor, y me siento sobre una verdadera alfombra de musgo para beber y descansar un poco.

Mi negrillo, á quien yo daba algunos cuartos cuando me traia algun animal curioso, estaba buscando insectos; pero en vez de presentarme uno, hízome ver una pequeña serpiente de forma singular, que me era de todo punto desconocida. De un pié de largo y bastante delgada, sus escamas son tan pequeñas que el reptil parece estar encerrado en una armadura de una sola pieza; su boca, apenas hendida, está situada muy atrás; el hocico es prominente; no puede morder, y parece ciega, sin duda porque una hoja córnea cubre dos ojos imperceptibles, de modo que solo pasa la luz á través de su trasparencia. El animal vive en galerías subterráneas, al pié de los grandes árboles, y persigue á las lombrices de tierra, que constituyen su alimento. Esta bonita serpiente es de color gris ceniza, anillado de negro, con una mancha escarlata en el occipucio *(Opthalmidion*, Dumeril).

Mientras examinaba el hallazgo de Job, mis perros, que se habian alejado, comenzaron á ladrar furiosamente: suponiendo que les atacaba alguna fiera, introduje un cartucho con bala en mi carabina, y precipitéme hácia el lugar de donde partia el ruido, seguido del negrillo á distancia respetuosa.

Al llegar á un claro formado por la caida de dos ó tres magnolias abrasadas recientemente por el rayo, ví á mis perros empeñados en tenaz refriega con una veintena de buitres *aura*, á los cuales habian sorprendido cuando se disponian á devorar el cadáver de una vaca. Todos saben cuán aficionados son los perros á los restos putrefactos, aun aquellos que mejor alimentados están: los mios querian tomar parte en el festin; los buitres les rechazaban á picotazos y aletazos, y ellos repartian dentelladas á diestro y siniestro. El olor de aquellos restos era tan espantoso, que silbé á los perros para alejarme; mas no quisieron obedecerme, y me esperaba, tapándome la nariz, cuando Job, menos delicado que yo en cuanto á olores, precipitóse en el campo de batalla con un palo en la mano, castigó á los perros, haciéndoles dirigirse hácia mí, y cayó despues sobre los buitres, que parecian dispuestos á poner resistencia. En pocos minutos quedó vencedor mi negrillo; las hediondas aves fueron á refugiarse en las ramas bajas de los árboles muertos, lanzando gritos de cólera, y batiendo siempre las alas, esperaron á que se les permitiese volver á cebarse en su presa.

Dos ó tres de aquellos buitres, sin duda los primeros que descubrieron el cadáver, y que estaban encima de él hacia veinticuatro horas, habian comido de tal modo, que no podian volar; corrian á saltitos, con las alas colgantes, delante del negro, quien los descargaba fuertes palos; pero de repente, la victoria cambia de aspecto: Job coge á uno de los fugitivos por un ala, detiénele y trata de apoderarse de él; mas el ave inmunda se vuelve de improviso y vierte en el rostro de nuestro héroe un torrente de materia putrefacta, la cual le produce en el acto el efecto del emético mas violento, alejando de él para lo futuro toda inclinacion de perseguir á los buitres. El niño soltó su presa y acercóse á mí llorando: no habia una gota de agua en los alrededores, y hube de darle la de nuestra calabaza; algunas grandes hojas hicieron las veces de servilleta, y cuando se hubo limpiado continuamos nuestra marcha.

Cuando nos alejábamos, un buitre blanco fué á posarse junto á sus congéneres, pero le maté de un tiro: era un individuo albino de la especie del buitre aura. Despues de atarle las patas, y á pesar de los gritos del negrillo, le hice cargar con el cadáver: la cabeza negra y crespa del muchacho producia el efecto mas singular en medio de las grandes plumas blancas del buitre, que yo queria disecar para mi coleccion.

Los buitres aura *(Catharthes aura*, Bonaparte) son abundantes en el sur de los Estados-Unidos, y no se distinguen de sus congéneres de Europa por sus usos y sus costumbres: esta ave es del tamaño de un pavo; tiene el plumaje de color pardusco; ojos rojizos; pico de un blanco marfil, y patas amarillas; la piel áspera y verrugosa de su cuello es de color de carne; y, por último, el animal mide unos dos piés de largo, y seis de punta á punta de ala.

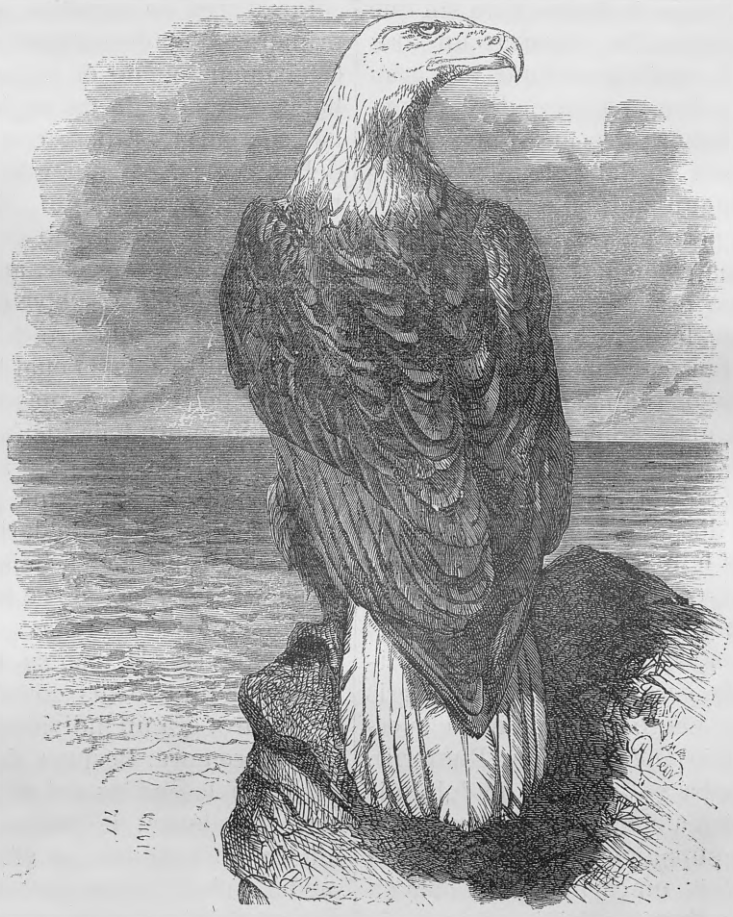
El bosque de magnolias se aclaraba poco á poco, sustituyendo á estos árboles verdes encinas.

Habia llegado entonces al punto culminante de un cerro, y podia estudiar la extension de aquel bosque espléndido: era lo que se llama en la Florida un *hummock*.

Low hummock, que se puede traducir por tierra baja, es el nombre reservado á los terrenos de aluvion que se elevan en medio de los inmensos pantanos de la península, y que son á veces sumamente extensos.

Cuando se practica el desmonte en las tierras bajas, considéranlas como las mejores para el cultivo de la caña de azúcar; en el estado salvaje se cubren de espesas arboledas de todas esencias.

La en que yo estaba en aquel momento podia tener una extension de dos leguas, formando una verdadera isla en medio de las aguas estancadas; hubiérase dicho que no contenia caza alguna; si antes existió, los lobos la destruyeron probablemente, pues reconocí numerosas huellas de estos carniceros en todo el bosque. Maté sin embargo una magnífica paloma de cabeza blanca (*Columba leucocephala*, Linneo), especie abundante en Cuba y en las grandes Antillas, y



Águila de cabeza blanca

muy rara en los Estados-Unidos. Es mas grande que la torcaz, á la cual se parece bastante, diferenciándose por el color de la cabeza, del cuello y del pecho, que son de un verde esmeralda; mientras que las patas y el pico tienen un tinte carmin.

En mi calidad de cazador naturalista, debo confesar que la posesion de esta paloma me complació mucho mas que la de diez perdices; pero era necesario buscar la cena, y bajé hácia el pantano para ver si cazaba algunas chochas.

Este pantano, formado por las aguas pluviales que cubren la superficie de un terreno arcilloso é impermeable, presentaba una impenetrable espesura de laureles sasafrás: son árboles muy comunes en el país, que tienen la madera negra y las hojas de un verde opaco; su aspecto es muy triste; pero estaban adornados en aquella estacion con miles de pequeños frutos violáceos rodeados de una cúpula roja.

Eran las cuatro de la tarde y seguíamos fatigosamente el pantano, sin encontrar una sola chocha ni un ánade; la turba negra que pisaba en aquel instante estaba cubierta de huellas de lobos, zorras y ratones. Aquellas espesuras debian servirles indudablemente de refugio durante el dia, y temiendo que mis perros se aventuraran en la persecucion de algun carnicero,

mandé que los atasen. Cuando el lobo olfatea á los hombres, huye del perro; pero si consigue atraerle al fondo de sus inaccesibles guaridas, precipítase sobre él, le ahoga y le devora. Entre estos dos animales nacidos del mismo tronco existe un odio terrible, y en la Florida, sobre todo, donde los lobos son muy abundantes, no se pueden conservar perros sin tenerlos sujetos. Como empezaba á declinar el dia y se iba apurando la pólvora, resolví tirar contra algunas tringas que se levantaban á cada paso á orillas del pantano. Estas aves, del tamaño de una



Batalla contra las golondrinas de mar

alondra, son unas pequeñas zancudas, de color pardusco en la parte superior del cuerpo, y blanco en el vientre y la cola; las patas son negras, lo mismo que el pico; y la carne tan delicada como la de los chochines. Maté unas veinte en una hora, y despues, viendo que el sol se ocultaba en el horizonte, consulté mi brújula para reconocer la direccion de la ensenada Pablo, hácia la cual nos dirigimos internándonos en el bosque.

Ya no veíamos magnolias, sino gigantescos nogales negros, de espesa copa y con ramas hasta la parte inferior.

El suelo estaba cubierto de nueces, cuya cáscara es muy gruesa, pero las almendras sumamente pequeñas y de mediana calidad. Lo que constituye el valor de este árbol, semejante al nogal de Europa por su aspecto y su follaje, es su madera negra, excelente para la construccion de muebles.

Habíame detenido para examinar un grupo de una especie de setas aglomeradas al pié de estos árboles, y que ofrecian á mis ojos admirados un polvo escamoso brillante como el nácar de las perlas, cuando me llamó la atencion un gran número de ardillas voladoras. Ocultéme detrás de un árbol, ordenando á mi negrillo que hiciera lo mismo con los perros, y contemplé las evoluciones de aquellos preciosos séres.

Figurémonos una ardilla del tamaño de una rata, ó algo menos, con una magnífica cola en forma de penacho, siempre levantada, de color gris perla en la parte superior, y de un blanco de plata en la inferior, con pequeñas orejas negras y el hocico sonrosado *(Sciurus volucella,* Cuvier); la piel de los costados de este gracioso animal se dilata entre las piernas anteriores y posteriores, á manera de para-caidas; y gracias á esta circunstancia, la ardilla puede volar, ó mas bien deslizarse en el aire.

Allí hacia centenares de estos animales: los unos, despertándose á la puesta del sol, se deslizaban hasta la entrada de su agujero, asomando la cabeza para asegurarse de que podian salir sin peligro; los otros, profiriendo agudos gritos, perseguíanse de un árbol en otro, franqueando distancias de cincuenta pasos al volar; no pocos subian hasta las últimas ramas á fin de coger frutos maduros ó cortar los nuevos retoños, á que son muy aficionados; y, por último, algunas de aquellas ardillas se revolcaban en tierra, mordíanse la cola, y se disputaban con encarnizamiento algunos hacecillos de heno á fin de trasportarlos á las aéreas guaridas donde tienen sus nidos.

Uno de mis perros ladró, y al momento desaparecieron de la escena todas aquellas preciosas ardillas.

Apresurábamos el paso, porque se acercaba la noche y faltaba todavía un buen trecho para llegar á la goleta, cuando de pronto tropecé con un verdadero osario: bajo una verde encina centenaria ví amontonada una espesa capa de restos animales de toda especie, tal como esqueletos de ratas de los bosques y de ardillas, fémures de corzos, cabezas de carnero, esternones de aves, huesos de serpientes y de lagartos, conchas de crustáceos y de tortugas, y espinas de peces.

Levanté la cabeza, y ví en la bifurcacion de dos gruesas ramas un nido enorme, que desde abajo me pareció una torrecilla; componíase de ramas muertas regularmente entrelazadas, cuyos intersticios estaban llenos de matas de yerba, juncos y musgos; y su altura era por lo menos de seis piés.

Los nidos de las águilas, y el que estaba viendo era uno, no tienen los bordes levantados, ni afectan la figura de copa, porque se hundirian bajo el peso de estas grandes aves; su forma es aplanada y tienen una gran circunferencia; el nido que yo estaba mirando era mayor que ninguno de los que habia visto hasta entonces; y no lo extrañé, al reflexionar que muy rara vez pasaria ningun sér humano por aquel sitio desierto.

Sabido es que las águilas viven un siglo por lo menos, y que una vez apareadas á la edad de dos ó tres años, macho y hembra se mantienen fieles toda la vida. Durante su existencia conservan el mismo nido; pero lo reparan y aumentan todos los años en el momento de la puesta, mientras no se les inquiete en la morada aérea que fabricaron para sus primeros amores. Tal habria sucedido probablemente con la extraña construccion que admiraba en aquel momento.

Habíame inclinado para examinar las osamentas amontonadas á mis piés, cuando al levantar la cabeza ví á mi negrillo que trepaba por la encina, cogiéndose con sus piés desnudos, como un mono, á la rugosa corteza; ya estaba lo menos á treinta piés de altura.

—¿Quieres bajar, tunante? le grité; no tenemos tiempo que perder; y además, debes tener cuidado con las águilas, porque podrian jugarte alguna mala pasada.

El muchacho, que habia atado los perros á una raíz, colgando el morral y el buitre muerto en una rama, justificó su ascension con excelentes razones: sabia que yo deseaba tener un aguilucho vivo, y esperaba hallar en el nido alguno.

Yo estaba seguro de lo contrario, pues cuando contiene hijuelos el nido de un águila, anúnciase su presencia por el olor infecto de los peces en estado de putrefaccion y de otros restos animales; pero dejé á Job subir, cargando mi carabina con los cartuchos mas poderosos, á fin de proteger al muchacho en caso de necesidad.

Job habia llegado al nido, sobre el cual andaba como por una habitacion; solo vió dos huevos, y despues de entretenerse en tirar á tierra los huesos y las espinas que encontró, guardó aquellos en su pañuelo y comenzó á bajar.

Pero estaba escrito que aquel dia le dieran mucho que hacer al muchacho las aves.

Una de las águilas, posada sin duda en la copa de un árbol vecino, precipitóse de pronto contra el imprudente; yo procuré sacarle de apuro; pero tenia miedo de herir al muchacho, á quien acosaba el águila con la mayor furia. Felizmente para Job, habíase acurrucado en medio de dos gruesas ramas, que le protegian como una especie de parapeto, parando los aletazos del águila

furiosa. Aprovechando un instante favorable, tiré contra el águila, y la toqué tan bien, que cayó pesadamente á tierra lanzando agudos gritos.

Los sonidos de esa voz poderosa, que siembra el terror entre los habitantes de las aguas y de los bosques, contestaron al llamamiento del ave herida: su compañera acudia en su auxilio.

Job se daba ya por satisfecho, y deslizándose á tierra, fué á ocultarse detras de mí con las rodillas y manos desolladas, poseido de la mayor inquietud. Hice fuego contra la segunda águila, que se hallaba ya en el nido, pero no la toqué sin duda, pues se remontó por los aires.

El águila herida, aunque tendida en tierra, seguia sin embargo defendiéndose con sus garras de los ataques de mis dos perros, que se precipitaron sobre ella, pero arañados ambos profundamente en el hocico, alejáronse aullando.

El águila, que era un magnífico macho, de plumaje casi negro con la cabeza y cola casi blancas, parecia no tener rota mas que el ala, y en su consecuencia resolví cogerla viva; pero lo difícil era acercarse á ella. Jamás maestro de armas dió pases y vueltas mas rápidamente que el águila con sus terribles garras; siempre boca arriba, vigilando nuestros movimientos con sus ojos amarillos y dilatados, paraba todos los ataques. Al acercarme una vez mas de lo regular, me hubiera rasgado el muslo, á no haber tenido el acierto de parar el golpe con mi sombrero de paja, que la garra del águila hizo trizas. Por fin, me ocurrió una idea luminosa: me quité la blusa y la camisa, y agregando á esto la chaqueta de Job, arrojé el todo sobre el ave, que se enredó las garras entre la tela, y de la cual me hice dueño sin peligro.

Es de advertir que el águila no se sirve jamás de su pico para defenderse, y que cuando se está libre de sus terribles garras, no es ya de temer.

Despues de atarla con fuertes cuerdas, cubriéndola con nuestra ropa, cogíla en brazos, porque era muy pesada, y mi negrillo, ya muy cargado, no hubiera podido llevarla.

Cualquiera hubiera creido que llevaba un niño en pañales; y el bueno de Job tuvo asunto para reirse en grande.

El águila de cabeza blanca (pág. 156), ha sido clasificada por los naturalistas (*Haliætus leucocephalus*, Cuvier) en el género pigargo, el cual difiere de las águilas propiamente dichas por los tarsos, que no tienen plumas. Estas aves tienen costumbres mas acuáticas que las águilas de montaña; pero son igualmente grandes y feroces. La que habíamos cogido tenia tres piés y medio de largo, por ocho de punta á punta de ala; la hembra es un poco mayor que el macho, segun se observa siempre en todas las aves de rapiña. Los huevos, de nueve centímetros de diámetro, son de color de café con leche claro: Job habia roto uno al bajar del árbol, y observé con asombro que el interior de la cáscara era de un hermoso tinte verde.

Llegamos á la goleta cuando ya habia cerrado la noche, escoltados por los aullidos de los lobos, que atraidos sin duda por la pista de mis perros, nos siguieron hasta la orilla de la ensenada.

Hacia tiempo que nos esperaban para cenar.

Referí á Constancio nuestra aventura con las águilas; y aseguróme que era una gran imprudencia llegar hasta su nido, el cual defienden hasta morir. Como prueba del afecto que profesan á sus hijuelos, refirióme que durante el incendio de un bosque de Maryland habia visto á dos águilas precipitarse en medio de las llamas para salvar su progenie.

Cuando acababa de cenar con Constancio y el padre Mauricio, oí á Cornelio reir á carcajadas, á las cuales contestaban los sollozos de mi negrillo. Creyendo que era alguna disputa, fuí á ver lo que ocurria: Job estaba cubierto de piés á cabeza de una espesa capa de piojos; estos parásitos del buitre muerto, le habian abandonado cuando su cadáver se enfrió, eligiendo por domicilio el cuerpo y el crespo cabello del muchacho.

Fué preciso que lavara su ropa y se arrojase él mismo al agua á fin de ahogar todos aquellos repugnantes parásitos. Al acostarse, le oí murmurar entre dientes: *Damned buzzard!* (¡Maldito buitre!)

V

PESCA CON CAÑA

Desembarco en un islote.—La vejigas de mar.—Multitud de nidos.—Gritos atronadores de las aves.—Tocamos retirada.—Cosecha de caracoles y de mariposas marinas.—Maravilloso aparato de secrecion.—Los cristales de mar. Los bomberos y el pez tabaquera.—Enojos de Constancio.—Cambio de residencia.—Pesca abundante.—Redobles de tambor en el agua.—Constancio se apodera de una esciena enorme.—Falsedad del proverbio «mudo como un pez.»

Mi cacería de la víspera no nos habia proporcionado ninguna provision de refresco; y como me cansaba ya de comer tortillas de huevos de tortuga con jamon y tocino, que era lo ordinario, resolví aprovechar la calma para ir á pescar en el canal de San Juan.

Nos embarcamos, pues, en la canoa Constancio y yo, con nuestras cañas y carabinas, y al amanecer nos dirigimos á un islote que distaba una media legua. Era mas bien un banco de arena, pues no se veia allí vegetacion alguna, y estaba habitado por bandadas de aves acuáti-

cas; todas las noches iban á descansar allí miles de ellas, haciendo resonar en los aires sus discordantes gritos.

Al acercarnos nosotros remontaron su vuelo dos enormes pelícanos que estaban pescando en la orilla; algunos ánades que barbotaban hicieron otro tanto, y no pudimos tirarles porque se pusieron fuera de alcance. No sucedia lo mismo con las golondrinas de mar y las gaviotas, aves chillonas y familiares que volaban con gran agitacion alrededor de nosotros.

Salté el primero en el banco de arena, cubierto de algas y de fucos que depositaban allí las aguas del mar, y me hundí hasta las rodillas;



Pesca de una esciena

pero lo que mas me sorprendió fué que cada vez que pisaba aquellas plantas marinas, oíanse detonaciones semejantes á pistoletazos. Al inclinarme para examinar la causa de aquellos ruidos insólitos, observé que las algas estaban cubiertas de vejigas dilatadas, de un pié de largo por lo menos, sobre las cuales andábamos, y cuyo aire comprimido producia aquellas explosiones al estallar.

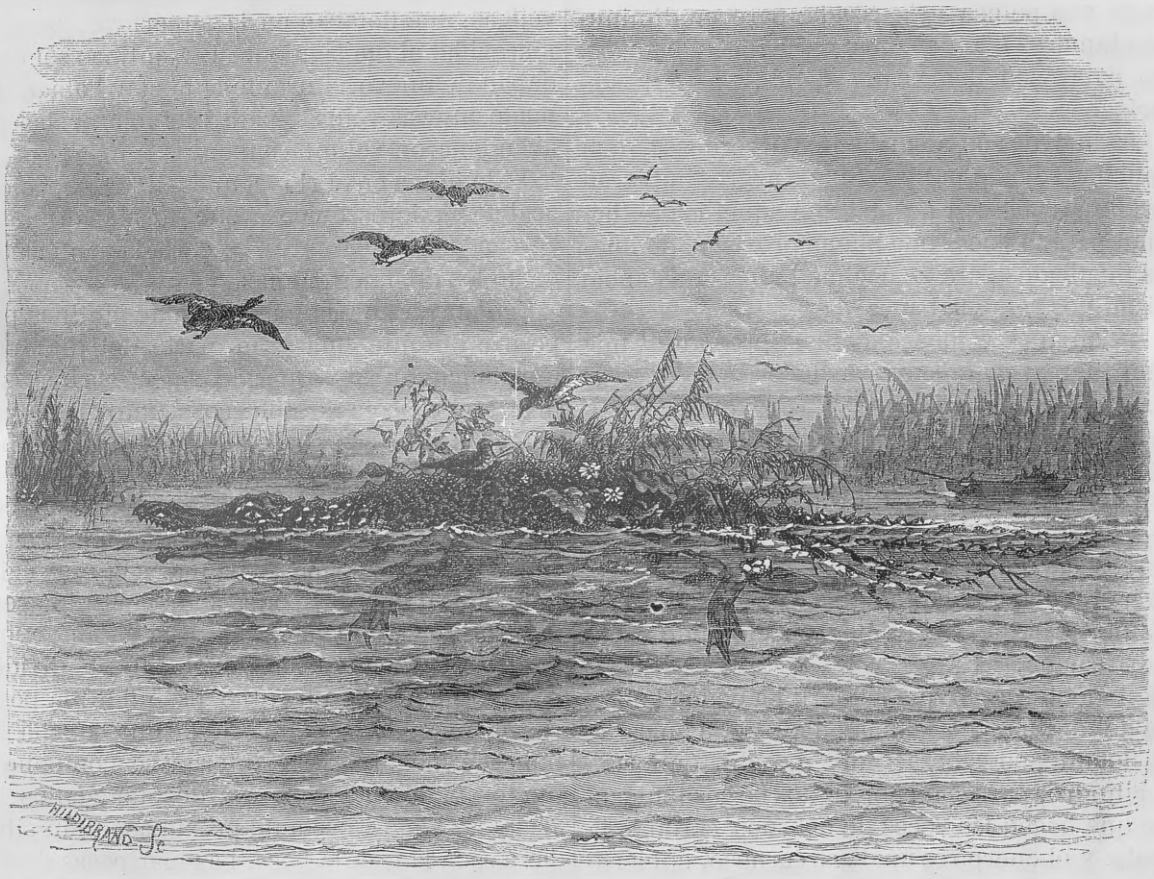
Creia al principio que eran vejigas natatorias de peces, abandonadas por las aves marinas que iban á comer en el islote; mas no encontré resto alguno de peces: al revolver las algas, Constancio y yo pudimos al fin explicarnos aquel hecho singular. No eran vejigas natatorias, sino restos de moluscos, arrastrados por las aguas al banco de arena: algunos de estos animales tenian aun sus tentáculos azules, sus chupadores y crestas de color de púrpura; y en otros, cuyas vejigas menos grandes eran rojizas, reconocimos ovarios de color amarillo de limon y sonrosados. Eran fisalias y discolabos, pertenecientes al órden de los acalefos ó moluscos sin cabeza, llamados por los marinos «vejigas de mar,» porque los encuentran siempre flotando en gran número en la superficie del mar.

Los que pisábamos estaban ya descompuestos y no conservaban ninguna forma; pero aun tenian la propiedad de quemar, pues su contacto con nuestros dedos nos hizo padecer mucho.

Cuando hubimos franqueado, no sin gran trabajo, aquellos montones de algas y de moluscos podridos, que formaban una faja en la orilla del islote, y cuyas exhalaciones infestaban la

atmósfera, nos hallamos en una hermosa playa de fina y blanca arena, en la cual vimos miles de agujeros en forma de copas, un poco mas grandes que las dos manos; cada uno de ellos era un nido de golondrinas de mar.

Entonces hubimos de empeñar una verdadera refriega con aquellas aves: las golondrinas, ó mejor dicho, los esternos, llamándolas por su nombre científico, revoloteaban en masa alrededor de nosotros, rozando nuestras cabezas con sus largas alas, y profiriendo gritos discordantes; á cada paso tropezábamos, aplastando huevos ó pollos, cuyo color gris se confundia con la arena. Hice fuego contra el cerrado batallon, y



Caiman flotando despues de la estivacion

Constancio me imitó: cincuenta esternos quedaron en la arena, cayendo sobre nosotros una verdadera lluvia de plumazon.

¿Quién lo creeria? Aquella matanza á boca de jarro, en vez de ahuyentar á las intrépidas aves, redobló su furor y su audacia. De todos los puntos del rio acudieron los esternos á miles, contestando con agudos gritos á las quejas de los heridos; y volaban tan cerca de nosotros, como para acusarnos de la muerte de sus compañeros, que hubiéramos podido cogerlos sin mas que alargar la mano.

Ante aquella invasion amenazadora, aturdidos por tan espantosa gritería, y reconociendo además que no habia caza en la isla, propiedad al parecer de las golondrinas de mar, nos retiramos tapándonos los oidos (véase pág. 157).

Habíamos tenido cuidado de recoger algunas de las aves muertas, varias crias y huevos, para llevarlos á la canoa.

Este islote se halla habitado por tres especies de esternos, que parecen habérsele compartido amistosamente: el esterno Noddy, la mayor de las golondrinas de mar conocidas hasta aquí; mide cuatro piés de punta á punta de ala, y tiene todo el plumaje de color pardo, excepto la frente, que es blanca; el esterno fuliginoso, algo mas pequeño (el macho mide diez y seis pulgadas desde la punta del pico á la extremidad de la cola), cuyo color es negro ahumado por encima y blanco en el vientre; y el esterno Hansel, una mitad mas pequeño, de color gris ceniza con una mancha negra. Los esternos Noddy y fuliginoso habitan exclusivamente las

costas meridionales de los Estados Unidos; el de Hansel tiene un habitat muy extenso: se le encuentra en Hungría y Turquía, hácia las desembocaduras del Danubio, en Inglaterra y Holanda, y hasta en las islas de la Sonda; pero no parece comun en ninguna parte: tal vez sea yo el primero en señalar su presencia en América.

Los hijuelos, informes al nacer, están cubiertos de una pelusa gris rizada; parecen diminutos plumeros con dos ojos reducidos y blancos. Sus patas son demasiado débiles para sostenerlos.

Los huevos son amarillentos ó verdosos, con manchas rojas ó pardas. Si mis negros hubieran desembarcado con nosotros en aquel islote, habrian podido hacer una buena provision de huevos incubados para su cocina; pero á Constancio y á mí nos repugnaban.

—¿Con qué vamos á pescar? pregunté á mis compañeros; no tenemos anzuelos.

Al oir esto Constancio me rogó que cogiera los remos, y que dejase la lancha flotar; despues se colocó en la proa, armado de una pequeña red, con los ojos fijos en la superficie líquida.

—Ved ahí, me dijo de pronto, cómo sobrenadan los caracoles de mar.

En el mismo instante sumergió su red, recogió unos treinta, y arrojólos en el fondo de la embarcacion.

Este molusco, al que Lamark ha dado el nombre de Jantina, se asemeja en efecto, á un caracol flotante; su cabeza, muy grande, en forma de cilindro, parece un gorro; dos largos tentáculos, que hacen las veces de cuernos coronan la frente; y el cuerpo es un disco carnoso, cubierto de una concha en forma de hélice, de una materia trasparente y vidriosa del mas hermoso color violáceo.

Lo mas curioso de este animal es que flota en la superficie por medio de una vejiguilla llena de aire, pendiente de su cuerpo. Esta pequeña vejiga, demasiado pesada para que el molusco pueda arrastrarla consigo, parece reducirle á la impotencia, condenándole á ser así presa de los peces y de las aves acuáticas, sin medio alguno de huir; pero la Providencia, tan admirable en la proteccion que dispensa á los séres infinitamente pequeños, como en la organizacion del hombre y los animales superiores, ha provisto al humilde molusco de un aparato por medio del cual segrega en el agua, al acercarse un enemigo, un líquido violáceo de olor penetrante, que le oculta algunos momentos; entonces corta con las placas córneas de su boca los hilos que retienen la vejiguilla pendiente de su cuerpo, y mas pesado, déjase caer al fondo del agua, escapando así de una muerte inevitable.

Curioso es ver cómo funciona el aparato de secrecion de la jantina: habia puesto unos veinte de estos moluscos en un barril donde tenia algunos peces vivos; y al tocarlos con una varita para que segregasen su líquido, observaba que al cabo de algunos instantes los veinte caracoles estaban pegados en el fondo, separados de sus vejigas, que flotaban en la superficie; pero ¡oh maravilla! al dia siguiente las jantinas sobrenadaban de nuevo. Durante la noche habian formado nuevas vejigas, para reemplazar las que abandonaron voluntariamente.

Ví tambien en el rio algunos difios, especie de acalefos microscópicos, que formaban masas agregadas, trasparentes, y cortadas en facetas, como los cristales de mar.

Teníamos suficiente cosecha de jantinas para pescar durante una gran parte del dia; pero Constancio hubiera querido coger mariposas de mar, otra especie de moluscos á que son muy aficionados los peces. Con este objeto dirigió el bote hácia un banco de algas flotantes, donde encontramos un gran número de estos singulares séres, que cazaban las larvas microscópicas en los vegetales. Las mariposas de mar son muy ágiles y difíciles de atrapar, pues al menor ruido recogen sus alas, y déjanse caer en el fondo: este molusco tiene una forma singular; está dividido en dos partes por un surco profundo; la posterior es un abdómen cubierto de una concha globulosa é incolora, y la anterior se compone de un tórax, de una cabeza y dos tentáculos; las alas y las aletas, bastante próximas, están situadas á cada lado de la boca. Las mariposas de mar son excelentes como cebo, porque al engancharlas por el abdómen, el animal, formado al parecer de dos cuerpos, se conserva vivo en su parte anterior, y continúa agitándose y moviendo sus alas en la extremidad del anzuelo.

Terminados por fin todos nuestros preparativos, anclamos en el canal, sobre un fondo de arena de diez metros de profundidad.

Nuestras cañas eran de mar, es decir, cuerdas de veinte brazas de longitud, á cuya extremidad se pone un plomo de un kilógramo de peso y dos ó tres anzuelos sujetos sobre un cordoncillo de lana, para impedir que los peces los corten fácilmente. Puesto el cebo en los anzuelos, se sumerge el plomo, deslizando la cuerda por el borde de la lancha hasta que se toca el fondo; despues se tiene aquella cogida entre la primera y segunda falanje del dedo anular, para que sean mas sensibles las sacudidas del pez que muerde; y se ha de tener tambien cuidado de levantar á

intervalos el plomo, á fin de que no se enrede en las rocas, y el anzuelo en las yerbas.

Digan cuanto quieran de la pesca con caña y de los que á ella se dedican, sostengo que se experimenta una verdadera emocion al echar por primera vez el sedal en aguas profundas, poniéndose al acecho de una presa que no se conoce ni se ve. La pesca con caña y la lotería se asemejan, porque ambas ofrecen la perspectiva de una imprevista ganancia; la pesca con caña es la pasion de lo desconocido, tan poderosa en la imaginacion humana. Cierto que se debe hacer buena provision de paciencia; mas por fortuna no es necesaria en los rios de América, siempre atestados de peces.

Aun no habian llegado mis anzuelos al fondo, cuando sentí dos bruscas sacudidas, é izando al punto la cuerda, ví flotar en el agua un verdadero globo dilatado y erizado de espinas.

Constancio se echó á reir, diciéndome: «Mala suerte, señor: comenzais por un bombero. Estrelladle contra el borde de la lancha, y al agua con él, pues no sirve para nada, y además pincha; tened cuidado con las espinas, porque son venenosas.»

Mi pez, que parecia muerto, flotaba en el agua; y apenas solté un poco la cuerda, expelió el aire con un ruido singular, desapareciendo en las ondas. Sin embargo, estaba bien cogido, y á pesar de sus esfuerzos, volví á sacarle á la superficie y le icé á bordo. Hubiera querido conservarle vivo para hacer un dibujo, mas era imposible acercar la mano, pues aunque habia expelido el aire de nuevo, volvia á dilatarse, y cuando iba á cogerle, erizábase como un puerco espin, aspirando el aire por boca y oidos. Teniendo en cuenta la fuerza del calor en los países tropicales, y que por efecto de él pierde el pez muerto todos sus colores á las pocas horas, comenzando á descomponerse, habia construido una especie de cuévano, que iba pendiente de la lancha, y en el cual conservaba vivos los peces de que deseaba sacar un dibujo, y allí puse el que acababa de coger. Este pez singular, llamado bombero por los pescadores americanos, á causa de aspirar y expeler el aire, pertenece á la especie de los orbes espinosos *(Diodon maculato-striatum*, Cuvier); tiene un pié de diámetro, poco mas ó menos; su piel rugosa es de color pardo, con manchas y rayas negras; sus espinas muy cortas, y fijas en tres raíces divergentes, son trífidas. Algunos las consideran como venenosas, lo mismo que su carne, y sobre todo su hiel, ponzoña temible, bien conocida de los negros.

Constancio y yo pescamos sucesivamente una veintena de estos hediondos animales; mi compañero estaba desconsolado, y los estrellaba lleno de enojo. La verdad era que no teníamos mas suerte en la pesca que en la caza, viéndonos expuestos por lo tanto á quedarnos sin víveres frescos para la comida.

La cólera de mi compañero llegó á su colmo al sacar un pez de los llamados tabaqueras, uno de los habitantes mas extraordinarios del mar de la Florida. Este pez, muy grande, y que á duras penas sacó fuera del agua, se asemeja singularmente á una caja revestida de un escudo de cuerno, en la cual se hubieran practicado agujeros para dar paso á las aletas y la cola. En el que acababa de coger Constancio reconocia el cofre triangular *(Ostracion triqueter*, Lineo); era rojizo, con visos y manchas doradas, y las aletas amarillas. Agobiado por el peso de su armadura, el pez cofre no puede mover sino la cola, que le sirve para dirigirse.

Lo mas desagradable para nosotros era que este pez no tiene debajo de su escudo mas que espinas y un poco de carne filamentosa, con un hígado enorme y aceitoso que no se puede comer.

La presencia del cofre en las aguas donde paseábamos debia haber ahuyentado á los otros peces; y por lo tanto levamos el ancla y nos dirigimos al centro del rio, donde Constancio esperaba ser mas afortunado.

En efecto, á las dos horas llenamos las cestas de pescadillas barbudas y maquereles, muy comunes en estas aguas y excelentes para comer.

Ibamos á retirarnos, satisfechos de nuestra pesca, porque era cerca del medio dia y estábamos abrasados por la reverberacion de un sol implacable en el agua, cuando llegó de pronto á mi oido una especie de lejano redoble de tambor; escuchando con mas atencion, oí el mismo ruido á mi derecha, despues á la izquierda, y delante y detrás. Llamé la atencion de Constancio, quien recogia las cuerdas, preguntándole cuál seria la causa de tan extraño rumor; y aunque era algo sordo, en su calidad de antiguo artillero de un buque de guerra, percibió tambien el ruido, y observé que su semblante experimentaba la mayor satisfaccion.

—¡Oh! exclamó; aquí hay tambores, y no nos iremos aun.

Así diciendo, cogió un anzuelo enorme, rodeóle de lana, le ató á su cuerda mas fuerte, y enganchando por él un maquerel, sumergióle en el agua. Esperamos algunos minutos en silencio, hasta que al fin, una violenta sacudida hizo vacilar á mi compañero, quien echándose hácia atrás, comenzó á izar respirando con fuerza. Yo

quise ayudarle, pero negóse obstinadamente, diciéndome que un viejo pescador de merluzas como él sabria dominar á un pez por grande que fuera. No quise insistir; y al cabo de una lucha de media hora, durante la cual sudó el buen Constancio sangre y agua, apareció en la superficie una esciena enorme, agitándose aun con violencia. Constancio la atrajo hasta el borde de la barca, rompióle el cerebro descargando en la cabeza del animal un fuerte golpe con su mazo, y arrojóle en el fondo de la lancha: aquel magnífico pez pesaba veinticinco kilógramos (véase el grabado de la pág. 160).

Yo quise pescar otro; mas no lo conseguí; el



El procion lavador

rumor de la lucha habia ahuyentado á estos peces; y ya no percibimos mas aquel redoble de tambores que resonaba indistintamente á cien piés de profundidad, anunciándonos su presencia.

La esciena tambor (*Pogonias Chromis*, Cuvier) se parece al magro de las costas de Francia; es plateada, por el lomo pardusca; y tiene por carácter distintivo una docena de barbillas debajo de la mandíbula inferior. El ruido que produce este gran pez es análogo al mugido sordo de un toro; cuando se clava en el anzuelo, emite gruñidos roncos hasta su muerte; y hé aquí cómo desmiente aquel proverbio que dice: *mudo como un pez*.

La carne de la esciena es compacta, dura y excelente, tanto salada como ahumada: no podia ser mas feliz la pesca que hicimos.

Por la tarde dibujé algunos de aquellos peces en el puente de la goleta: en el momento en que ponia sobre la mesa un labro que me servia de modelo, precipitóse sobre él una gaviota y arrebatóle á mi vista.

Nada iguala á la temeraria confianza de estas aves, que se multiplican pacíficamente en aquellas desiertas orillas.

VI

LOS PANTANOS DE DIEGO

Excursion á la descubierta.—Estrechamiento del rio Pablo.—El tronco de árbol flotante.—Una isla animada.—Estivacion de los caimanes.—El mas pequeño de los ánades.—El procion lavador.—La isla de Diego.—Chochas y pollas sultanas.—Un alerta inútil.—La tortuga cinostermo.—Magnífico paisaje.—El estanque negro.—Cosecha de huevos de caiman.—Navegacion por el Estigia.—Pinar.—Caza de gallos.—El icneumon y el pico tricolor.—Antigua choza del leñador.—Preparativos del campamento.—Becadas, perdices y conejos.—La sabana florida.—Osezno acosado en un árbol hueco.—Vuelta al campamento.

La carta geográfica de la Florida, trazada por los ingenieros topógrafos de los Estados-Unidos, de la cual me habia provisto, daba para el rio Pablo un trayecto de cinco leguas, señalando su nacimiento en medio de los pantanos de Diego, los cuales desembocan en otros mayores conocidos con el nombre de Doce Millas, sin duda á causa de su extension.

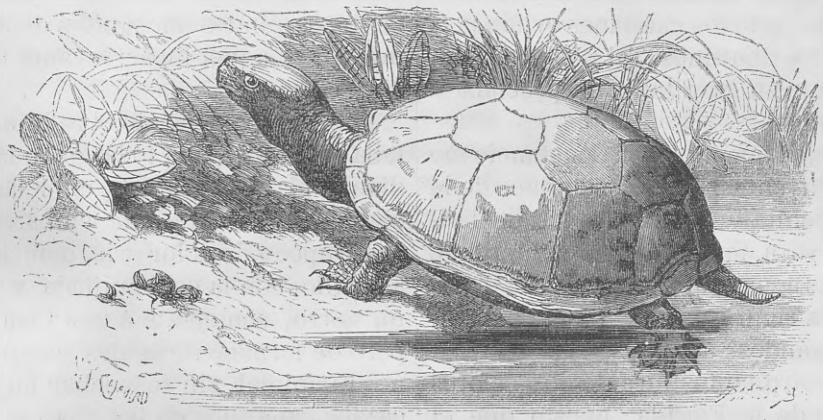
Constancio no habia visto antes esta parte del país, situada entre el San Juan y el mar, y enteramente deshabitada; y por lo tanto resolví emprender una cacería en aquella region.

Mandé embarcar en la canoa dos botellas de

aguardiente, galleta, una sarten, mi tienda de viaje de gutapercha y mi neceser inglés, que contenia cuchillo, tenedor, cuchara, vaso, un espejo, un peine, etc., etc. Constancio una escopeta de dos tiros y una carabina; yo iba armado del mismo modo, y llevábamos además numerosas municiones, para al caso de un mal encuentro. El negrillo Job y mi perro Rump iban tambien con nosotros.

Así equipados nos pusimos en marcha el 15 al rayar el dia, y con la marea alta.

El oleaje impelia fuertemente la lancha, y Constancio no tuvo que hacer otra cosa sino retenerla un poco con los remos, para remontar el rio, que va estrechándose á medida que se avanza hácia su extremidad, reduciéndose al fin á un canal bordeado de una espesa barrera de cañas que interceptan la vista. Estas cañas su-



La tortuga cinostermo

mergidas entonces, son infranqueables con la canoa; durante la marea baja crecen en turberas, donde un hombre se hundiria completamente. No habia pues medio de abordar como yo lo deseaba, á fin de satisfacer mi curiosidad, examinando el país de los alrededores.

Habíamos recorrido unas dos leguas sin ver mas caza que algunas alondras, que desaparecian en el cañaveral al acercarse la canoa.

Entre tanto comenzó á bajar la marea, estableciéndose una corriente tan rápida que fué preciso remar con todas nuestras fuerzas, lo cual contribuyó no poco á que aumentase el mal humor que nos causaba el principio de la expedicion.

De pronto vimos una masa negra que descendia hácia nosotros dando vueltas en los remolinos, y la cual pasó muy cerca de la lancha: era un gran tronco de árbol, el cual se habia cubierto de musgos acuáticos, yerba de los pantanos, hepatites amarillas; una pequeña zancuda, de la familia de los pluviales, se habia instalado en aquel parterre flotante, y corria en todos sentidos, buscando con su puntiagudo pico los gusanos para devorarlos ávidamente.

—Hé ahí una cosa extraña, dije á Constancio. ¿Cómo ese árbol desarraigado puede estar cubierto de plantas que solo crecen en el agua?

—Job, añado, alarga el gancho y atrae hácia aquí ese viejo tronco, para que pueda yo examinarlo de cerca.

El muchacho se disponia á obedecerme.

—Esperad un instante, gritó Constancio, desviando la lancha de un vigoroso golpe de remo; ese diablillo podria hacernos zozobrar,

Así diciendo, coge el gancho de manos de Job, y comienza á golpear el agua con gran ruido junto al tronco flotante.

Con gran sorpresa mia, aquella masa se agitó al punto; vi ondular una cola triangular y membranosa; las ramas laterales se convirtieron en patas palmeadas; abrióse sobre el agua una boca enorme, provista de una triple línea de dientes; y un momento despues se hundió el todo en el agua.

El pluvial emprendió el vuelo, silbando, y las plantas floridas se sumergieron con el monstruo.

Yo estaba asombrado, Job pálido de miedo, y Constancio sonreia silenciosamente.

Aquello era un magnífico caiman: tenia por lo menos quince piés de longitud (véase el grabado de la pág. 161).

Pedí á Constancio explicaciones, y hé aquí lo que me refirió. Llegada la estacion del calor, cuando los estanques y pantanos se secan, los caimanes se duermen en el fondo de las aguas, incrustándose en el cieno al pié de las yerbas

acuáticas, y allí pasan dos ó tres meses. Apenas las lluvias del otoño aumentan de nuevo el caudal de las corrientes, llenando los pantanos, despiertan de su letargo, y remontan á la superficie: entonces, si no encuentran un alimento suficiente en las aguas que habitan, si quieren emigrar, dilatan sus pulmones para no ser tan pesados, y flotando inmóviles, se dejan llevar por las aguas hácia otras regiones. Constancio extrañaba, no obstante, que aquel animal se dirigiese hácia las aguas saladas de la desembocadura del San Juan, que los caimanes evitan porque las infestan los tiburones. Tal vez el animal, teniendo en cuenta su gran talla, despreciaba á sus feroces enemigos.

Las explicaciones que me daba Constancio me parecieron concluyentes; en los estanques de la Carolina, á los treinta y cuatro grados de latitud, habia visto yo á los caimanes sumergirse en el fondo de las aguas para evitar el frio, cuando la estacion era rigurosa; nada tenia de particular que, entregándose á una especie de estivacion, hicieran otro tanto durante los calores tórridos del estío de la Florida, puesto que el verano de los países tropicales corresponde al invierno de las regiones templadas. Durante su prolongado letargo en el fondo de las aguas, el lomo escamoso de esos reptiles se cubre de cieno y de una multitud de gusanos, de sanguijuelas y larvas, que se multiplican en los repliegues de su piel; despues, cuando remontan á la superficie, las aves acuáticas que se alimentan de estos parásitos, van á cazar en su lomo, y dejan caer semillas de plantas que germinan y crecen con rapidez en aquel centro favorable.

Constancio me afirmó que estos caimanes flotantes, medio aletargados aun, no eran peligrosos, y que bastaba proferir algunos gritos ó agitar el agua bruscamente para espantarlos y hacerlos huir.

La experiencia confirmó esta teoría.

A medida que remontábamos veíamos alguno de estos reptiles sumergirse en el cañaveral; pero eran mucho mas pequeños. Parece que únicamente los viejos se duermen durante el verano; los jóvenes no experimentan ese entorpecimiento periódico, y continúan toda la estacion devastando las aguas que les vieron nacer.

Matamos algunas cercetas que retozaban al rededor de nosotros: este ánade en miniatura, el mas pequeño de las especies conocidas, es mas pequeño que una paloma, y se le encuentra muy abundante en los arrozales de la Carolina, donde los negros le cogen con trampas. La cerceta tiene la cabeza negra y violácea, con una mancha blanca en la nuca; las cobijas de las alas son de un azul muy delicado *(Anas discors*, Linneo). La carne es deliciosa.

A eso de las diez llegamos á un punto en que la ensenada se bifurcaba, formando una isla bastante alta, cuyo terreno parecia sólido.

Amarramos la lancha á la sombra del cañaveral, comimos un poco de galleta y jamon frio, sazonado con un trago de aguardiente, y nos tumbamos en el fondo de la canoa para descansar un poco.

Hacia ya algun tiempo que estaba dormido, cuando me despertaron las dolorosas picaduras de unos grandes mosquitos de alas negras, que infestaban aquel lugar: levanté la cabeza y miré á mi alrededor.

Habia ya comenzado el reflujo, y la lancha estaba casi en seco; á lo largo de las orillas extendíanse playas arenosas, cubiertas en parte de cieno. Casi frente á la embarcacion divisé un cuadrúpedo de color gris, manchado de negro y amarillo, con la cola anillada y del tamaño de un zorro, semejante á una hiena por el pelaje, pero de formas recogidas como las de un osezno. El animal, sin sospechar nuestra presencia, cazaba cangrejos en las charcas de agua de la orilla; sentado como un mono, agitaba el agua con una pata; los cangrejos saltaban en el aire, y cogiéndolos al caer, aplastábales la cabeza y formaba un monton á su lado; cuando ya tenia un buen número, los pelaba cuidadosamente, y formando con ellos pequeñas bolas, humedecíalos en el agua y se los tragaba. Aquel animal era un procion lavador *(ursus lotor*, Linneo*)*, así llamado por la singular costumbre que tiene este animal de humedecer todos sus alimentos antes de engullirlos. Los negros, que le dan el nombre de *racoon*, son muy aficionados á su carne. Confieso que yo no la comeria de buena gana, y así es que dejé marchar sano y salvo al animal que me habia entretenido, y el cual desapareció apenas hicimos un movimiento (véase el grabado de la pág. 164.)

La isla de Diego, á la orilla de la cual habíamos amarrado, no contenia un solo árbol grande; era una enmarañada espesura de cinco ó seis piés de elevacion. En los sitios mas húmedos crecian juncos y grandes plantas acuáticas; el terreno sólido estaba cubierto de palmeras sabal *(Chamœrops humilis*, Michaux), de tres ó cuatro piés de altura, con troncos espinosos, y anchas hojas en forma de abanico que forman barreras impenetrables.

A no llevar mis grandes botas, que me llegaban hasta los muslos, no habria querido aventurarme en medio de aquellas palmeras, donde oia continuamente el roce siniestro de los reptiles que se deslizaban bajo mis piés.

Por fin obtuvimos la recompensa de nuestra fatiga.

La isla estaba llena de becadas que volaban ante nosotros por grupos de tres ó cuatro, lanzando roncos gritos.

Constancio se habia separado de mí para cazar en medio de la isla, y yo seguia la orilla de la ensenada por la cual remontaba Job con la embarcacion. El muchacho, poco seguro al verse solo, gritaba cuando dejábamos de tirar, para asegurarse de que no le habíamos abandonado.

Mi perro Rump se habia puesto de muestra ante una espesura de juncos, y con la cola recta, y una pata en el aire, parecia convertido en estatua. Creyendo que allí habria alguna becada le azucé; pero como no se moviese, acerquéme, y ví acurrucada en las cañas, con la cabeza oculta entre las patas una magnífica polla sultana, la cual pude coger viva. Tenia el pico y los ojos de color de sangre, la frente azulada, la cabeza, la garganta y el pecho púrpura, las alas y la cola de un azul oscuro y verdoso, el nacimiento de la cola blanco, y las patas amarillas *(Fulica martinica*, Linneo). Muy contento con aquella presa, até las patas de mi prisionera y la guardé en el morral.

Constancio, detenido por una turbera, volvia entonces hácia mí, y continuamos abriéndonos paso á través de la espesura hasta una eminencia descubierta, desde donde veíamos los pantanos de Diego, inundados y desprovistos de árboles, que se extienden hasta perderse de vista por ambos lados de la ensenada. Ante nosotros, en el horizonte, divisamos con gran sorpresa las cimas majestuosas de un gran pinar, lo cual nos reanimó, porque estábamos cansados de andar por los pantanos, y queríamos dirigirnos al bosque.

En el camino, Constancio mató otra polla sultana, que volaba pesadamente delante de nosotros con las patas colgantes, y que fué á caer en una turbera. Yo la recogí mojándome el brazo hasta los codos, y hundiéndome en el cieno hasta las rodillas.

Percibíase un penetrante olor de almizcle, y no sabiendo lo que seria aquello, temí que nos acechara un enorme caiman.

—Miraos la manga, señor, me dijo Constancio.

Levanté el brazo, y ví en efecto cogidas á mi manga tres tortugas del tamaño del puño; ellas eran las que exhalaban aquellos efluvios penetrantes. Agarradas por las láminas corneas de su pico, y escondiendo la cabeza bajo su escudo, apretaban tan fuertemente, que no podia hacerlas soltar. Inútilmente traté de cortarles la cabeza con mi cuchillo, pues no sabia encontrarla. Por fortuna llevamos fósforos, y el olor del misto les hizo abrir la boca, sin lo cual me habria sido forzoso cortar el paño de mi manga, ó resignarme á llevar todo el dia aquellos colgantes.

Esta pequeña especie, el cinostermo de Pensilvania (Dumeril), se encuentra muy abundante en los pantanos turbosos; es notable por el fuerte olor de almizcle que exhala, y sobre todo por su pico provisto de dos láminas córneas en forma de anzuelos. Cuando llega á coger un objeto, ya no le suelta: cierto dia ví en Virginia una vaca que se revolcaba en la turba, cubierta de unas cuarenta ó cincuenta de estas tortugas, las cuales se habian cogido fuertemente á su piel; espantado el animal, mugia con todas sus fuerzas, frotándose en los troncos de los árboles para aplastar aquellos molestos parásitos (véase esta tortuga representada en el grabado de la pag. 165).

La isla donde habíamos desembarcado era estrecha, pero muy larga: despues de mucha fatiga llegamos á la extremidad, y no pude contener un grito de admiracion ante el extraño paisaje que se desarrollaba á mi vista.

En el fondo, formando el hemiciclo y limitando el horizonte, un majestuoso bosque de enormes pinos servia de marco á un estanque, del cual partian los dos brazos de la ensenada Pablo. Este estanque, encajonado como una caldera por los rebordes escarpados del bosque, estaba cubierto de viejos troncos de árboles calcinados por el tiempo, petrificados por las aguas, y de ellos sobresalian las cabezas nudosas y peladas, y los esqueletos descarnados de sus ramas retorcidas. El bosque era negro, y mas aun las aguas y los viejos troncos; pero el cielo tenia un hermoso azul, y el sol lanzaba sus rayos abrasadores sobre aquella sombría soledad. Su luz formaba una mancha de refulgente blancura, y del todo redonda, en medio del estanque, que cubria como un sudario la densa sombra de los grandes pinos. Aquel abismo se habia abierto en otra época á consecuencia de un terremoto; y una parte del bosque, hundiéndose por las convulsiones del fuego subterráneo, quedó cubierta por las aguas. No se percibia ningun vestigio de vegetacion, ni tampoco un ave ni un caiman; solo ví grandes serpientes constrictor, negras como el ébano, que dormian al sol sobre los árboles sumergidos, entrelazando en hediondo abrazo sus cabezas achatadas y sus cuerpos monstruosos. Hubiérase dicho que allí estaba el fin del mundo, ó mas bien, que se estaba viendo uno de los lagos siniestros del infierno pagano.

Constancio, menos sensible que yo á las bellezas del paisaje, me habia dejado sumido en mi admiracion para ir á reunirse con el negrillo, que acababa de desembarcar. Cuando fuí á buscarlos, estaban muy ocupados con mi perro Rump, que les ayudaba con sus patas, lo mejor posible, á demoler un nido de caiman, construido en la extremidad de la isla.

Esta operacion es peligrosa, pues la hembra defiende algunas veces sus huevos encarnizada-



Huevo de caiman (tamaño natural)

mente; pero estábamos bien armados, y en caso de ataque podríamos retirarnos á la canoa.

Esto no fué necesario, porque no se nos molestó.

Aquel nido, curioso por sus dimensiones, formaba un cono de algunos piés de altura; la parte superior se componia de pedacitos de madera, de musgo y juncos artísticamente entrelazados: seguia despues una capa de tierra bien amasada, debajo de la cual habia una capa de huevos, continuándose despues el mismo órden. La parte inferior se reducia á una zanja abierta en la arena. Job sacó unos treinta huevos, que se llevó á la canoa, despues de haber tirado algunos á Rump, que se los comió sin escrúpulo. Los huevos de caiman son tan grandes como los de oca, mas prolongados y blancos; tienen la cáscara dura y rugosa, y al mirarla de cerca se ven como unos dibujos jeroglíficos, grabados en la superficie.

Me admiró mucho encontrar un nido de caiman en aquella estacion tan avanzada del año; pero Constancio me aseguró que el hecho no tenia nada de particular, pues cuando las hembras han sido molestadas, ponen por segunda vez en el mes de setiembre.

Nos embarcamos para navegar por el estanque Negro, por la Estigia, como yo le llamaba.

Mis conjeturas se confirmaron: aquello era un abismo abierto por una convulsion de la naturaleza; eché la sonda, y bajó á veinte metros de profundidad sin tocar fondo. Los árboles sumergidos eran pinos, semejantes á los del bosque, y los declives escarpados de este último estaban cortados á pico de una manera uniforme, que indicaba un súbito hundimiento.

En aquel estanque hacia un calor infernal, pues no podia penetrar hasta allí un soplo de aire; las serpientes, asombradas al ver que nuestros remos agitaban aquellas aguas inmóviles, nos miraban con sus amarillentos ojos, y sacaban sus agudas lenguas, silbando con espanto al acercarnos.

Con aquello tenia bastante; parecíame que el agua negra no podia sostenerme, y que iba á hundirme en el abismo.

Amarramos la canoa á una gruesa raíz, y desembarqué con mis compañeros debajo de la bóveda de pinos centenarios.

Ciertamente que no era tan triste ni siniestro como el estanque á que servia de marco; pero experimentábase una impresion de solemne tristeza: la oscuridad y el silencio que nos rodeaban, silencio interrumpido tan solo por el rumor de nuestros apagados pasos por una espesa alfombra de hojas muertas; el aspecto imponente de los enormes troncos, que regularmente alineados, se perdian en una distancia infinita; el melancólico murmullo de la brisa al cruzar por las afiladas agujas de los pinos imitando los sonidos plañideros del órgano en aquel templo inmenso, cuyos árboles formaban las columnas; el desierto, en fin, en toda su grandiosa majestad, me oprimian el corazon, haciéndome estremecer hasta la médula de los huesos.

Avanzamos sin decir una palabra, cuando Rump, que galopaba delante de nosotros, se puso de muestra delante de un árbol caido; resonó entonces una especie de cacareo, oí aletear, y saltaron bajo mis piés varios tetraos de collar.

La aficion á la caza sucedió entonces al recogimiento poético.

Preparé mi escopeta al punto, y lancéme en persecucion de la caza. El tetrao de collar, el mas

hermoso de los urogallos americanos, vuela mal rasando la tierra, pero corre con suma rapidez.

Aquellas aves se habian diseminado, y pude matar cuatro muy jóvenes, que volaban pesadamente; pero inútilmente perseguí largo tiempo á un viejo macho, que corria delante de mí, ajustando su paso al mio; por último, viendo que no me era posible alcanzarle, le disparé á cien pasos una perdigonada, y entonces se resolvió á volar para escaparse; mas hízolo con tal



Pino austral

precipitacion y tan torpemente, que fué á dar de cabeza contra el tronco de un pino, quedando muerto en el acto.

Andaba, ó mejor dicho, corria hacia una hora con un peso de cuarenta libras á la espalda; y rendido de cansancio, me senté sobre el tronco de un árbol. Constancio, que habia levantado una segunda bandada de tetraos, se alejaba en otra direccion, acompañado de Job y de mi perro.

Entonces comencé á examinar el follaje de un pino desarraigado, que estaba cerca de mí; por sus grandes conos y sus tres largas hojas de color verde claro, de medio metro, reconocí el pino austral (*Pinus australis*, Michaux) ó pino de los pantanos, uno de los mas hermosos árboles verdes de los Estados-Unidos, donde se le aprecia mucho por la madera, que se exporta en gran cantidad á Europa. Estos magníficos árboles, de corteza gris y laminosa, que forman columnas de cuarenta metros, terminadas por una copa espesa y regular, crecen en una arcilla blanca muy compacta é impermeable, donde el agua de las lluvias se estanca sin ser absorbida; la superficie es una especie de costra arenosa endurecida por el sol, cuyo volúmen aumenta por la espesa capa de agujas de pino que caen todas las estaciones. Cuando se anda sobre este terreno parece que rebota, y su elasticidad es tal, que apenas se puede conservar el equilibrio.

El pino austral, muy superior por su calidad al marítimo, cultivado en condiciones análogas en las Landas y en Soloña, es por desgracia muy delicado, y no resiste las heladas, lo cual impide introducirle en nuestra silvicultura.

En la Florida se da el nombre de *estériles* á estos terrenos de costra sólida y en parte inundados: por lo general están cubiertos de bosques de verdes árboles

No estaba yo solo en mi tronco; una gran mosca amarilla, negra y púrpura, perteneciente al órden de los himenópteros y á la familia de los icneumones (*pimpla*, especie nueva), se entregaba junto á mí á las mas singulares evoluciones: agitando sus alas, mientras hacia vibrar sus finas antenas, y brincando como un titiritero, con sus desmesuradas patas, el icneumon levantaba su cola, provista de un aguijon de tres puntas y hundíala profundamente en pequeños agujeros practicados en el árbol. Creí al principio que el insecto los abria, mas al cortar la corteza con mi cuchillo, hallé en el fondo de la madera carcomida larvas de coleópteros cubiertas de huevecillos; eran los que el icneumon ponia sobre las pobres larvas, cuyo insecto perfecto es un gorgojo (*Sylvanus australis*, especie nueva). Los huevos del icneumon se abren y viven á expensas de aquella larva, de la cual chupan la grasa adiposa, teniendo cuidado de conservarla viva hasta el momento en que, no necesitándola ya, la devoran por completo. Resulta, pues, que el icneumon, léjos de ser nocivo á los árboles del bosque, segun se cree generalmente, es su mas útil protector, matando las larvas de los coleópteros parásitos que los corroen.

Parecíame ya que Constancio tardaba mucho, y deseoso de ver qué hacia, dirigíme hácia un claro del bosque, que se divisaba á lo léjos.

En el momento de llegar oí una detonacion á mi izquierda, á la cual contesté al punto; era la mejor señal en aquellos grandes bosques de esencias análogas, donde reina tal uniformidad,

que es muy difícil indicar puntos marcados.

En el claro donde me hallaba veíanse vestigios recientes del trabajo del hombre: algunos pinos habian sido derribados con el hacha y sus troncos yacian allí como grandes cadáveres. Cerca de una pequeña corriente de agua dulce que formaba un estanque, y en un montecillo de tierra compacta, descubrí además una antigua cabaña de leñador toscamente construida, pero muy espaciosa; varias plantas parásitas invadian el interior, mientras que una gran planta cubria el tejadillo con guirnaldas de flores de color violeta y hojas trilobadas. En varios pinos, todavía en pié, veíanse números de órden, y señales grabadas en la corteza. ¿Quién habria comenzado á explotar este bosque, y por qué razon suspenderia su trabajo?

Por fin llegó Constancio, cargado de caza; habia matado nueve tetraos y una docena de becadas: Job le seguia, cojeando, y Rump sin aliento, pues el intrépido cazador les habia hecho correr mucho. Creo que el negrillo y el perro sentian igualmente no haber permanecido con su amo.

Nuestro refrigerio se redujo á unas galletas y agua del riachuelo mezclada con un poco de aguardiente.

—Buena caza, caballero, me dijo Constancio mostrándome los catorce tetraos que habíamos muerto, y que estaban alineados delante de nosotros; si tuviese otra tanta en Washington, no la daria por cincuenta duros.

—¿Vale tan cara esta caza?

—Sí, señor; la carne es exquisita, y escasea bastante.

Lo mas notable en el tetrao, además de su tamaño, pues tiene dos piés de alto y pesa al menos dos kilógramos, son las alas suplementarias y el collarin del macho. A cada lado de su cuello pende una especie de bolsa de piel lácia y rugosa de un hermoso color anaranjado, la cual puede inflar como un tambor; y en fin, cosa extraña, está provisto de cuatro alas, dos como las de las otras aves, y dos mas pequeñas, situadas sobre el cuello; estas alas suplementarias tienen cada cual diez y ocho plumas, pardas y negras. El tetrao de collar *(Tetras cupido*, Linneo) tiene el contorno de los ojos anaranjado, el cuello de color de crema, y el resto del plumaje amarillento, con manchas y rayas pardas, negras y blancas. Es la caza mas apreciada en los Estados-Unidos.

Envié á Job á la lancha á buscar nuestra tienda y utensilios de cocina: cuando volviese debia preparar la cena, limpiar la cabaña del leñador y destripar los tetraos, pues no se conservarian veinticuatro horas sin esta precaucion.

En cuanto á nosotros, continuamos explorando el terreno.

No léjos de la cabaña, el pinar pierde su aspecto imponente y uniforme, otras esencias se mezclan con los verdes árboles, dejando penetrar la luz; y el suelo, algo pantanoso, está cubierto de madera vieja y de un monton de ramas y hojas muertas, cubiertas por magníficos helechos. En esta region abundan las becadas, pues encuentran aquí sobrado alimento, y corren delante de nosotros sin remontar el vuelo.

A la salida de los bosques nos hallamos en una pequeña sabana ó pradera natural, bañada por un riachuelo que traza mil ondulaciones y produce una deliciosa frescura. El sitio es encantador: miles de flores, entre las cuales predominan los pensamientos salvajes, y los anémones de todos tintes cubren esta verde alfombra con sus brillantes corolas. Las palmeras, formando grupos, adornan el centro del prado; su tronco desnudo, coronado de un parasol de largas hojas palmeadas, y con frutos semejantes á las manzanas verdes, se elevan á treinta piés del suelo.

Las perdices y los conejos abundan en los linderos de los bosques y de la pradera; pero la noche se aproxima; mi perro no puede ya tenerse en pié, y nosotros estamos tambien rendidos, por todo lo cual despreciamos aquella caza vulgar.

A fin de no volver por el mismo camino nos internamos en un bosquecillo que bordea el otro lado de la pradera, y cuyo suelo está inundado en parte por las aguas del pequeño rio, que allí se cambia en pantano. Abundaban allí las tupelas, grandes árboles, cuyas hojas de un verde claro se agrupan en forma de rosetones en la extremidad de las ramas, hallándose cubiertos de frutos semejantes á grandes ciruelas negras prolongadas *(Nyssa aquatica)*; en algunos sitios cubren completamente el terreno, y comemos con gusto algunas, á pesar de su sabor insípido. No somos los únicos: toda una nube de loros y de palomas, y numerosas ardillas, acuden tambien aquí á cenar.

Cuando íbamos á salir del bosquecillo, para introducirnos de nuevo en el pinar, detúvose mi perro con las orejas tendidas, comenzó á gruñir, y lanzóse como un furioso contra una espesura.

Una especie de bola negra pasó rodando delante de nosotros, perseguida de cerca por el perro; pero ya estaba demasiado oscuro para que pudiésemos distinguir qué animal era aquel. Constancio, no obstante, cargó su carabina, y yo le imité.

—Podria muy bien ser un oso, me dijo.

El animal hacia sin duda frente á Rump, porque este ladraba con furia delante de un agujero practicado en las raíces de un árbol centenario; trataba de penetrar, y retrocedia al punto con terror.

Al observar esto corrimos en su auxilio: Constancio se inclinó para examinar en la tierra húmeda las huellas del animal.

—No me habia engañado, dijo; es un oso, aunque jóven, y no debe hacer mucho que se ha separado de su madre. Si no teneis mucha prisa, podremos apoderarnos de una buena pieza.

Ya hacia tiempo que deseaba tener uno vivo, y acepté gustoso la proposicion.

Constancio desvió á Rump, atóle en un árbol, cortó una rama, é introdújola en la cavidad para reconocer si era muy profunda. El agujero no era grande; pero la extremidad de la rama quedó destrozada por los dientes del osezno, que la habia mordido con furor.

—¡Diablo! exclamó Constancio; no seria bueno introducir ahí el brazo.

Al pronunciar estas palabras, comenzó á recoger hojas y ramas secas, amontonólas delante del árbol, y encendió una hoguera.

—Vais á sofocar al osezno, le dije.

—No tengais cuidado, repuso, cuando le moleste demasiado el calor, ya saldrá.

Esperamos media hora: en la cavidad del árbol penetraba un humo blanco y sofocante, escapándose despues en ligeros filetes por las grietas del tronco.

Por fin se precipitó fuera el osezno, yendo á caer sin movimiento en medio de la hoguera. Constancio se arrojó sobre él, atóle el hocico con cuerdas, y despues las cuatro patas, y dejóle junto á nosotros. El animal no se movia, y yo creí que estaba muerto; pero Constancio me aseguró que solo se habia aturdido.

Tratábase solo ya de llevarnos nuestro prisionero, que pesaba al menos cuarenta kilógramos: al efecto buscamos un tronco de rama bastante fuerte; cada uno de nosotros apoyó en su hombro una extremidad; Constancio suspendió el animal por las patas, con la cabeza hácia abajo, y nos pusimos en marcha (véase el grabado de la pág. 176).

Era la noche tan oscura, y alumbraban tan mal nuestras hachas de resina, que no sin gran trabajo y molestia pudimos llegar al campamento con tan pesada carga, seguidos de Rump que olfateando á su enemigo, gruñia y rechinaba los dientes.

Yo no hubiera podido jamás hallar de nuevo mi camino en aquel espeso bosque; pero Constancio, mas práctico, habia marcado en los árboles varios cortes que le sirvieron de guia.

VII

LA MUERTE DE RUMP

Cena. — Huevos de caiman y frutos de asimino. —Danza y duelo de los tetraos.—Concierto de caimanes.—La cangrejera verde.—El colin.—Descubrimiento del jamacar de cola roja.—El estanque de Aguas Claras.—Un rincon del paraiso terrestre.—Un tiro maravilloso.—Caza á los ánades.—Desgraciada muerte de Rump.—Bosquejo topográfico del pais.—Regreso.—Productos de la cacería.

Job no habia estado ocioso.

Al llegar al campamento, que divisamos desde léjos gracias á la hoguera que tenia encendida, hallamos preparada la cena y la cama. Mi tienda ocupaba un buen sitio: la cabaña del leñador, desembarazada de las yerbas parásitas que la cubrian, de los escorpiones, arañas y culebras que habian fijado allí su domicilio, ofrecia el aspecto mas consolador para hombres rendidos de fatiga y medio muertos de hambre. Una espesa capa de arroz silvestre servia de alfombra, haciendo las veces de mesa un gran tajo de madera, que en otro tiempo debió utilizar del mismo modo el leñador.

Sentados en unos haces de paja, comenzamos á comer con el mejor apetito: un tetrao y unas cercetas asadas constituian el plato principal; el negrillo, á quien dí su parte, fué á comerla fuera cerca del fuego; Rump roia los huesos, y todos estábamos de buen humor.

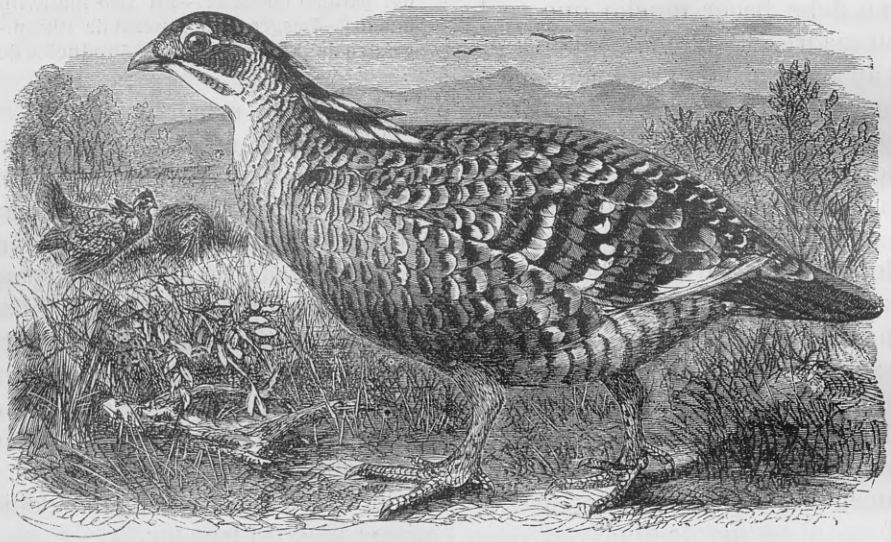
Job nos trajo despues huevos de caiman cocidos debajo de la ceniza, y probé uno con cierta repugnancia. La yema, muy pequeña y descolorida, no tiene sabor; la clara ó albumina, de un viso azulado, es tan dura, que se debe cortar con un cuchillo; si la primera es insípida, la segunda huele á almizcle, y en mi opinion no puede darse alimento mas detestable.

El negrillo habia recogido en el bosque frutos de asimino *(Anona grandiflora*, Decaisne), los cuales nos sirvió á los postres: estos frutos, de un bonito color verde, agrupados de tres en tres en la misma cúpula, ofrecen el aspecto de pepinillos, y son muy refrescantes, pero de un sabor algo insípido: las hojas exhalan muy mal olor cuando se frotan. En los bosques húmedos se encuentra muchas veces este arbusto de la familia de las magnolias, con grandes flores de color púrpura, casi negras.

Despues de cenar, fuímos á sentarnos sobre un tronco de árbol para fumar á gusto, sin peligro de incendiar la paja de nuestra cabaña, y entablé conversacion con mi compañero, ha-

blándole del tetrao y de las costumbres de esta ave singular á cuya caza se habia dedicado él especialmente. Díjome que era muy cierto cuanto manifestaban los naturalistas respecto al canto extraordinario del macho en la época del celo, canto que se oye á tres ó cuatro millas de distancia; que tiene las facultades de hacer el ventríloco, gracias á las bolsas aéreas pendientes de su cuello; y por último, que habia visto á estas aves ejecutar danzas extrañas delante de las hembras, á las cuales tratan de seducir con sus multiplicadas evoluciones, tal como aseguran los hombres de la ciencia.

—Para comprender lo que voy á deciros, añadió, es preciso saber que los machos viven en sociedad mientras las hembras empollan los huevos, y que todos los de un mismo distrito tienen costumbre de reunirse en un terreno des-



El tetrao Cupido

cubierto, elegido por ellos con este fin. Yo habia observado en los bosques uno de estos sitios predilectos, y junto á él construí al punto una choza de ramaje para esconderme en ella. Cuando declinaba el dia, unos fuertes cacareos me anunciaron la llegada de los individuos que debian tomar parte en la conferencia; oíalos entre la espesura y alrededor de mí; y al fin apareció un macho viejo, inspeccionó el terreno con mirada recelosa, y despues de asegurarse que no ocultaba á enemigos, pronunció cómicamente, con su voz de ventríloco un persuasivo discurso. Al oirle, salió otro individuo de un matorral, y á guisa de saludo respetuoso profirió un grito penetrante, procediendo despues del mismo modo que el primer macho; luego ví salir del bosque otros y otros, que contestaban al grito de llamada. La ceremonia duró largo tiempo, porque se reunieron hasta sesenta individuos; pero yo no me moví, pues aun no habia llegado el momento. Cuando estuvo completa la asamblea, dividiéronse los tetraos en dos grupos iguales, colocándose cada individuo frente á otro, despues inclinaron sus cuellos, inflando sus bolsas, levantaron en forma de abanicos las plumas de sus colas y pavoneáronse con toda la ostentacion posible. Despues, pasando uno junto á otro, se contoneaban mirándose con desprecio: aquella era su danza guerrera. Muy pronto cada pareja empeñó un duelo definitivo; los adversarios saltaban sucesivamente á dos piés de altura, lanzando gritos convulsivos, y acometíanse con furor.

»Cuando la refriega era mas empeñada, intervine yo á tiros, y cada vez que hacia fuego contra una línea de tetraos, enfilándolos perfectamente, derribaba una docena; los demás se posaron en los árboles de los alrededores, no atreviéndose á volar porque era de noche, y los pude matar uno á uno.

»Volví á la ciudad con cuarenta y dos tetraos, es decir, con un valor de cien duros por lo menos; habia mucha escasez en casa; acababa de casarme y solo podia contar con el producto de mis cacerías para vivir.»

—¿Y qué hubieran hecho las aves si no las hubierais molestado? pregunté á Constancio.

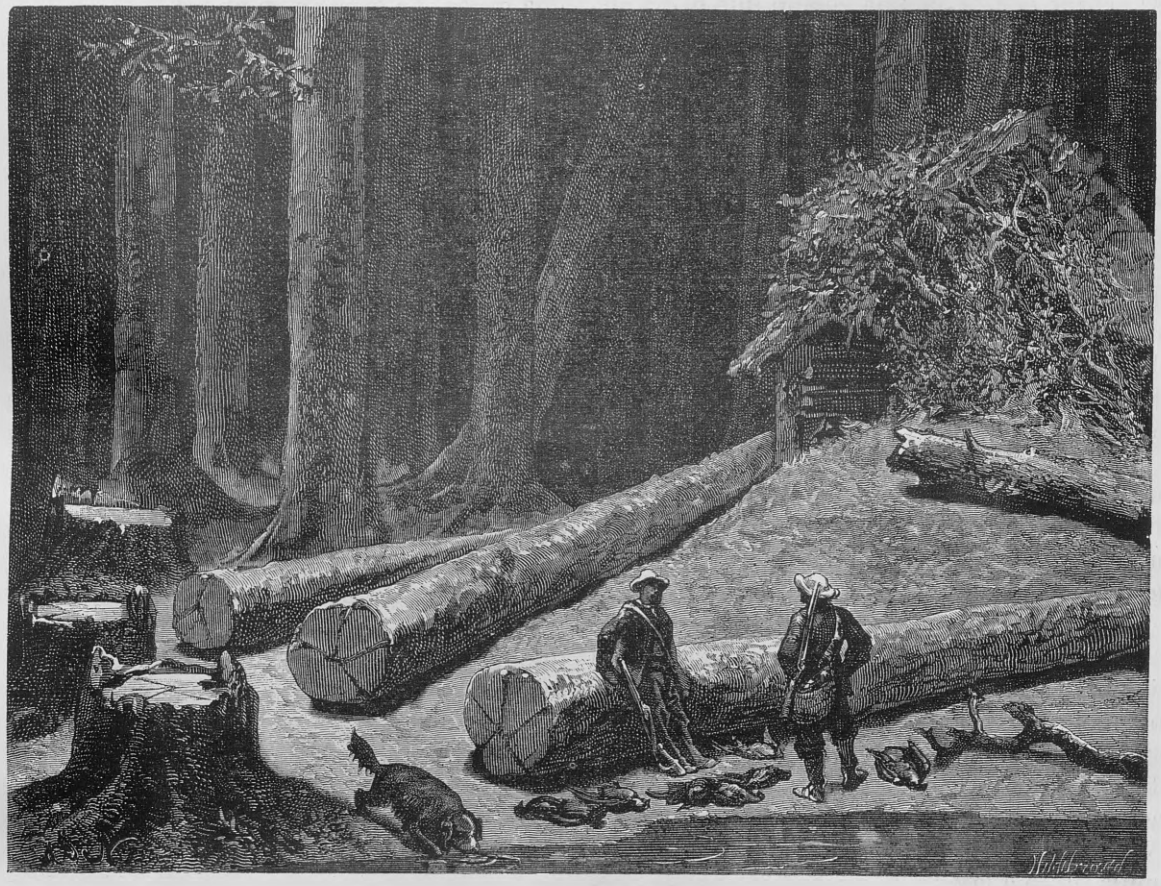
—Hubieran pasado la noche batiéndose sin hacerse gran daño, despidiéndose al salir el sol despues de hacerse mil cumplidos, para volver al dia siguiente.

En aquel momento fué interrumpida nuestra conversacion por los ladridos de Rump. El osezno, reponiéndose de su asfixia por el humo,

acababa de abrir los ojos, y gruñia á pesar de su mordaza. Yo quise darle de comer; pero Constancio, que habia estrechado sus ligaduras, me dijo que era preciso privarle del alimento dos ó tres dias para poder domarle.

Al cabo de un rato nos fuímos á dormir: Constancio, que tenia la costumbre de despertarse cuando queria, se encargaba siempre de alimentar el fuego durante la noche, precaucion necesaria para alejar á los lobos, los cuales nos hubieran robado nuestra caza á favor de la oscuridad.

En aquella parte del país no se debe temer aun nada de los hombres, y se puede dormir sin



El campamento en el pinar

centinelas; pero al avanzar por el interior se ha de ir mas alerta.

Al fin conseguí conciliar el sueño á pesar de los sordos gritos de los caimanes, que se despertaban en los estanques y pantanos de los alrededores; y parecíame oir mugidos de vacas y llantos de niños recien nacidos. ¿Por qué ha dicho Humboldt que los caimanes eran mudos?

Por la mañana me levanté sin ruido y fuí á limpiar mi carabina cerca del riachuelo: aun no habia salido el sol, y la bruma del rocío parecia desvanecerse en forma de blancas y trasparentes nubecillas sobre los grandes pinos del bosque.

Un compañero habia sido tan madrugador como yo, y colocado en una piedra de la orilla cazaba las ranas y los lagartos: era una cangrejera, bonita y diminuta garza, del tamaño de un mirlo, con moño y plumaje verde, cuello de un rojo vinoso y vientre color de crema (*Ardea virescens*, Linneo). El ave adelanta sus patas provistas de largos dedos; las pone una detrás de otra con precaucion, á fin de acercarse sin ruido á la presa que codicia, é inmóvil, con la vista fija y recogido el cuello, acecha una rana, cuya nariz asoma en la superficie: si la pobre se acerca, el cuello del ave se tiende como un resorte; su pico se apodera del batracio, y le engulle todo entero, produciendo un ruido semejante al que hace la serpiente de cascabel.

El rumor que hice interrumpió á la cangrejera, que sin atemorizarse mucho trasladóse á pocos pasos y se posó en una rama muerta, desde donde comenzó á mirarme fijamente con sus ojos amarillos, prolongando el cuello y haciendo ridículas contorsiones. Los negros pretenden que

esta ave es hechicera ó bruja: no le falta del todo el aspecto.

Constancio y Job se levantaron al fin; mas no quise que nos acompañara el negrillo, pues debia prepararlo todo para la marcha, que debia efectuarse á medio dia; y en su consecuencia, díle órden de atar á Rump, que á pesar de su cansancio mostraba deseos de acompañarme.

Al cruzar por la misma region que el dia anterior, matamos algunas perdices que volaban delante de nosotros. La perdiz americana, que llaman aquí colin, tiene un plumaje análogo al de nuestra especie gris; no es tan grande, pero sí mas fecunda, pues pone hasta cuarenta huevos. Me parece que se aclimataria mejor en Francia, á causa de la semejanza del clima, que el colin de moño de California, ave preferida por la belleza de su plumaje; y por su fecundidad seria un precioso recurso en los bosques, donde habita de preferencia.

En la sabana tiramos á los conejos; estos tienen el pelaje leonado claro y la cola larga; cuando se les persigue no se esconden debajo de tierra; limítanse á refugiarse en el hueco de un árbol; este roedor es una especie intermedia por sus carnes y sus costumbres entre la liebre y el conejo europeos (*Lepus hudsonius*, Pallas).

Al volver al bosque de tupelas encontramos las cenizas de la hoguera apagada, indicando el sitio donde nos apoderamos del osezno. No vimos huellas de grandes osos, como lo habia esperado Constancio; el prisionero era un individuo jóven que acababa de separarse de la madre.

Nuevas corrientes aumentaban el caudal de aquella junto á la cual habíamos acampado, formando un bonito rio, cuyo curso seguimos dirigiéndonos hácia el sud. En el país abundaban magníficas espesuras de tulipanes, magnolias y plátanos, divididas por pequeñas praderas bañadas por arroyuelos en cuyas orillas crecian preciosas flores, grupos de palmeras y yucas.

Maté dos aves muy raras: la una era un courlan (*Aramus scolopaceus*, Vieillot), gran zancuda de la familia de los rascones, de plumaje purpúreo en la parte superior del cuerpo, pardo manchado de blanco en la inferior, y con una raya blanca á los lados de la cabeza y el cuello. El courlan tiene el pico puntiagudo, duro como una hoja de acero, y con él se defiende de perros y cazadores, por lo cual le han dado los criollos el nombre de pico de lanceta. Su grito es muy penetrante: el individuo que maté en el momento de emprender su vuelo produjo un sonido muy ruidoso, que podria traducirse por las sílabas *carau, carau*.

La otra ave rara era un jacamar, del órden de las trepadoras, de la familia de los martines pescadores: tiene cuatro dedos en los piés, vuela rasando el agua, y caza en la superficie las libélulas y otros insectos acuáticos: el plumaje de esta ave es magnífico, de un verde dorado brillante en el dorso, y blanco en la parte inferior, con la cola negra, terminada por una mancha rojiza. La especie es nueva.

El rio cuyo curso seguíamos se ensanchaba gradualmente: al salir de una espesura muy difícil de atravesar, llegamos á un cerro descubierto, desde donde se veian todos los alrededores; el paisaje era magnífico; delante de nosotros extendíase un gran estanque, ó mejor dicho un lago, cubierto de flores acuáticas, de nínfeas rojas y de pontederias azules, entre las que retozaban miles de ánades, gallinetas y otras aves acuáticas. En aquellas playas de fina arena veíanse prolongadas líneas de flamencos sonrosados, de garzas blancas y verdes, acechando atentamente los plateados peces que se deslizaban en las aguas cristalinas; un bosque de magnolias de grandes flores embalsamaba el aire, sirviendo de marco á uno de los lados del estanque, mientras bordeaban el otro floridos prados. A cada momento llegaba algun gamo para bañarse en las límpidas aguas, en tanto que nubes de loros de brillantes colores remontaban el vuelo haciendo resonar sus gritos penetrantes. En el fondo del cuadro, como para formar contraste, prolongábase una sombría línea de cipreses, indicando el principio del pantano de las Doce Millas. A nuestros piés susurraba el rio al verterse en una ensenada del lago formando pequeñas cascadas que caian de roca en roca con armonioso rumor.

Aquel lago ofrecia tan notable contraste con el estanque de las Aguas Negras, que alimenta la ensenada de Pablo, que le dí el nombre de Aguas Claras. Tan encantador era el conjunto de aquel espléndido paisaje, que se le hubiera tomado por un rincon del paraíso terrestre.

Hemos vadeado el rio, lleno de cangrejos que corrian entre los guijarros; Constancio debia seguir por la izquierda del estanque y yo por la derecha, á fin de enviarnos las bandadas de ánades que nos proponíamos cazar.

Al dirigirme á mi puesto tiré contra un grupo de becasinas y de courlanes, que formando grandes bandadas volaban sobre mi cabeza; tal era su número, que de dos tiros maté cuarenta y tres. La becasina es la especie de pecho rojo (*Scolopax noveboracensis*, Bonaparte), que se distingue por su pico surcado y su pecho de color rojo vivo; su carne es de la mas delicada que se

conoce. Esta ave, comun en los Estados-Unidos, vuela á gran altura sobre los pantanos, y sus bandadas, formando primero largas líneas, sepáranse y se reunen despues, trazando la figura de un triángulo. La barga manchada (*Limosa fedoa*, Linneo), muy abundante tambien en estos sitios, y del tamaño de una gallina, tiene el pico de seis pulgadas de largo, con el cual escarba en el cieno para buscar los gusanos y pequeños crustáceos. Merced á la circunstancia de tener las fosas nasales en la extremidad de su pico, el olfato está muy desarrollado, y por lo tanto pueden coger su presa sin verla. El chorlito de pico largo (*Numenius longirostris*, Wilson), que es del tamaño de la barga, y tiene el pico mas largo y encorvado en forma de media luna, se alimenta de cangrejos, los cuales sabe extraer hábilmente de su escudo. Las bargas y los chorlitos son muy buena caza.

Mis contínuos tiros habian propagado la alarma á las bandadas de ánades, que se reunian en el centro del estanque; é imitando á Constancio á quien veia en la orilla opuesta, ocultéme en el cañaveral. Estos ánades, que los americanos llaman *Widgeons*, son la especie de aves silbadoras de Europa, cuyas costumbres tienen, difiriendo solo por su plumaje mas brillante. Sus centinelas, que siempre están al acecho delante de las bandadas, les habian advertido el peligro, y pasó algun tiempo sin que volvieran á ponerse á tiro en el cañaveral. Desgraciadamente para aquellas aves, su desconfianza duró poco, y muy pronto comenzó el tiroteo. Entonces, espantadas, y no sabiendo de dónde procedia el ataque, volaron de una orilla á otra, siendo recibidas sucesivamente por Constancio y por mí. Muchos heridos y muertos caian en el agua, quedando perdidos para nosotros; y á fin de no hacer una matanza inútil, resolví no tirar sino á las aves que pasaran sobre mi cabeza.

En lo mas fuerte del tiroteo, cuyo eco resonaba en el bosque, mi perro Rump arranca á correr delante de mí, arrastrando su cuerda y collar, y cual si estuviese loco se lanza en el estanque á fin de recoger los ánades que ve flotar en la superficie. Rump, perro de gran inteligencia, desprecia los muertos, que tiene seguridad de atrapar luego, y á pesar de mis llamamientos, se lanza en persecucion de los heridos.

Uno de ellos que flota inerte, deja al perro acercarse; cuando abre la boca para cogerle, vuela pesadamente un poco mas léjos; Rump nada en la misma direccion; y como el ave repite la maniobra, el perro la sigue.

El fiel animal estaba ya muy léjos, y al observarlo le llamo á gritos, deseando evitar que se aventure mucho en aquellas aguas desconocidas, fuera del alcance de mi carabina; pero se hace el sordo, empeñado en coger aquel ánade que se escapa de su boca como por encanto. Por fin es recompensada su tenacidad: cerca del centro del estanque, consigue coger su presa, rendida por los esfuerzos hechos para escapar.

Rump, muy orgulloso, volvia con el ave en la boca, nadando vigorosamente, y sacudiendo de vez en cuando sus largas orejas húmedas, cuando de pronto detiénese y suelta la presa.

—¡Rump, Rump! grito yo.

Contéstame con un prolongado aullido, que es á la vez un grito de llamada, de dolor y de desesperacion.

A esto siguió una triste escena (véase el grabado de la pág. 177.)

Detenido como por lazos invisibles, el pobre animal no puede avanzar mas; poco á poco se hunde; su cuarto trasero desaparece; Rump bate convulsivamente el agua con sus patas anteriores como el nadador que se ahoga, y aulla con desesperacion. Parece que me dice en su lenguaje:

—¡Auxilio, auxilio! ¡Venid á socorrerme!

Yo presenciaba aterrado aquella escena terrible, cuyas causas primeras no comprendia. ¿Habria en el fondo yerbas que se habian arrollado en las patas del perro, impidiéndole nadar? Preguntábame si sería mejor precipitarme al agua para desenredar al pobre Rump.

—¡Al caiman! ¡al caiman! ¡Tirad pronto! grita Constancio, llegando jadeante desde la otra orilla. Hago al punto un fuego graneado, mientras Constancio silba, grita y arroja piedras...; pero todo inútil; el mónstruo no quiere soltar su víctima.

Mi pobre Rump se hunde lentamente, lanzando un aullido supremo de despedida, ahogado por el agua que comienza á sofocarle.....

La superficie del lago, un instante agitada, recobra muy pronto su inmovilidad y risueño aspecto.

Rump acababa de desaparecer para siempre.

Profundamente conmovido, quise por lo menos vengar á mi perro y acechar al caiman hasta que saliese del agua para devorar el cadáver entre las cañas; pero Constancio me desanimó.

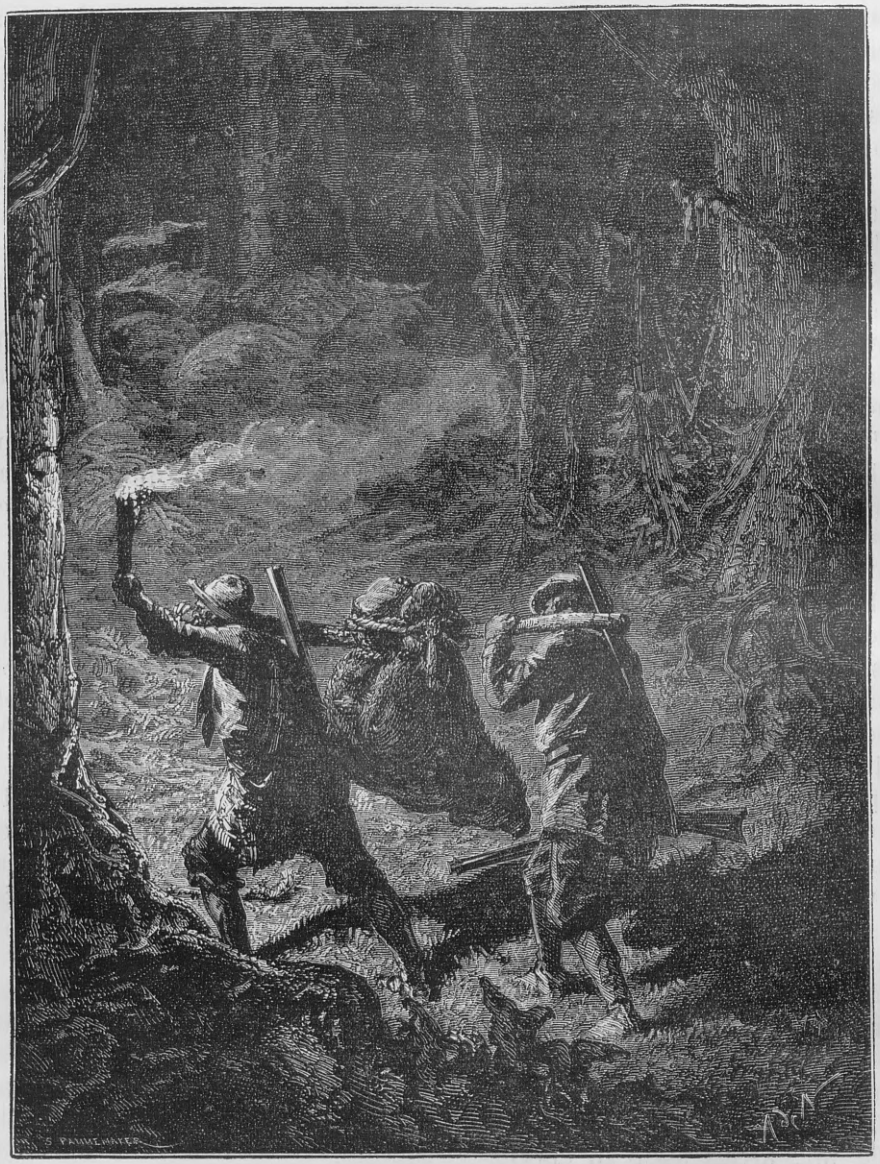
—Aunque permanecierais aquí veinticuatro horas, me dijo, no veriais nada. Cuando el caiman ha sumergido su presa, arrástrala al fondo del agua y la conduce á su guarida, situada generalmente en el sitio mas profundo; no la devora hasta que comienza á descomponerse.

Aun dudaba yo, é hice varias objeciones.

—He presenciado, repuso, veinte casos del

mismo género del que os acaba de ocurrir. A no ser que esté hambriento, lo cual no es comun en estos lagos y estanques tan llenos de pesca, el caiman no devora en seguida el animal que ha cogido; le ahoga lentamente, segun acabais de ver, cogiéndole por una de sus patas posteriores, y sin salir á la superficie. Estad seguro que vuestro perro ha sido presa de uno de esos reptiles, y que no hay yerbas ni hoyas en estas aguas tranquilas, que puedan ahogar á un animal tan intrépido.

Retiréme ciego de enojo.



Regreso de una cacería nocturna

Rump era un magnífico perro escocés, que me habia regalado lord T... en Washington; la hembra, mas delicada y menos dura para la fatiga, habia quedado felizmente en la goleta; y sentí, aunque tarde, haber llevado en mi compañía aquellos dos perros de gran precio á una expedicion tan aventurada como la mia.

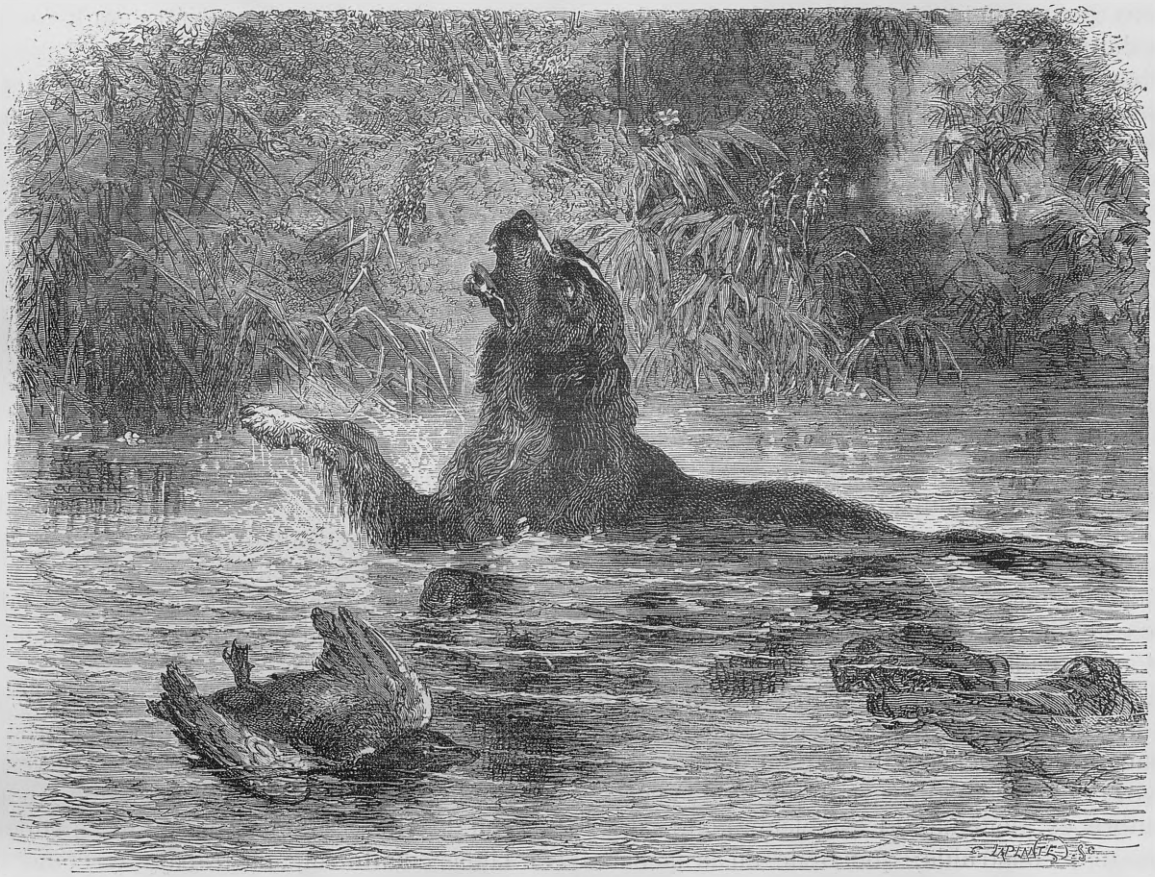
Rump ha sido la primera víctima. ¡No permita el cielo que haya otra!

De mi excursion á la ensenada Pablo, y á los pantanos de Diego y de las Doce Millas, resulta que estos dos últimos, reunidos en la carta geográfica, están separados por un espacio muy extenso, cubierto de admirables bosques y de praderas siempre verdes; que los depósitos que los alimentan son distintos; y que á excepcion de algunos manantiales de agua dulce, todos los estanques la tienen salobre. La ensenada Pablo mide unas cinco leguas; los pantanos de Diego y de las Doce Millas avanzan mucho entre el mar y el San Juan, del que reciben igualmente las aguas segun las leyes de la capilaridad, que ha-

cen filtrar la salada y la dulce á través de los terrenos esponjosos y planos de la península de la Florida.

Prescindiendo de la muerte de Rump, nuestra excursion ha sido bastante favorable; acabo de inscribir en mi libro de caza con fecha 16 de setiembre, la lista de las piezas que hemos traido: 14 tetraos, 20 becadas, 17 perdices, 10 conejos, 14 becasinas de Wilson y 85 rojas, 11 ánades, 9 cercetas de América, 6 chorlitos, 2 bargas, y una polla sultana; total, 189 piezas, sin hablar del osezno y de otra sultana que llegó viva.

Era un buen resultado para dos cazadores en doce horas de cacería. Constancio pretende que



Muerte de Rump

esto no vale nada, y que veré algo mejor en el interior del país.

Mi cocinero Cornelio inspecciona la caza, preparándola despues de modo que se pueda conservar largo tiempo, pues será un precioso recurso para alimentarnos en los dias de escasez.

Espero poder marchar mañana á Jacksonville, donde me esperan hace algunos dias.

VIII

JAKSONVILLE

Aspecto de la ciudad.—El condado Duval.—El Hotel Jost.—Un doctor con faldas.—El águila y los gatos.—Menawa, ó el caballero desollado.—Un puñado de serpientes.—El caballero West.—La casa de comercio del vizconde A. de B.—El mestizo Paddy Karr.—Conclusion de la novela de la heroína del Faro.—Combate singular de un pez.—El oso del domador de fieras.—El cementerio negro.—Banquete.

Jacksonville, 20 *de setiembre*.—Gracias al viento favorable, no hemos tardado veinticuatro horas en franquear las treinta millas que separan á Jacksonville del rio Pablo. Desde la Punta de las Damas, especie de promontorio de arena movediza, que avanza bastante en el lecho del rio, hasta cerca de la caleta Trout, el San Juan se ensancha, asemejándose á un gran lago, y despues de correr de este á oeste, sigue su curso hácia el sud.

Jacksonville está situado en la orilla izquierda en una llanura baja y arenosa, rodeada de magníficos bosques. La ciudad, si tal podemos llamar á las pocas viviendas agrupadas en este punto, se compone de dos series de casas, todas de madera; algunas tienen cimientos de ladrillos, y elévanse con toda regularidad paralelamente al rio. En el centro hay una plaza donde se halla el tribunal de justicia, una escuela de niños, una iglesia episcopal, y una mala posada, que se ti-

tula fonda. Varias casetas de negros ó chozas de cañas, cubiertas con hojas de palmera, constituyen una especie de arrabal. En los alrededores hay dos fábricas de aserrar maderas, y se ven asimismo algunas plantaciones diseminadas, que se enlazan con la ciudad por malos caminos; entre estos últimos no hay ninguno de gran comunicacion. Cierto que se habla de subir una línea férrea que una á través de las profundas soledades del norte de la península, á Jacksonville con Talhassee, capital del Estado de Florida; y es seguro que esta línea se construirá.

Jacksonville, fundado hácia 1835, cuenta con una poblacion de mil almas: es cabeza de distrito del condado Duval, una de las divisiones territoriales de la Florida, y ha tomado su nombre del general Duval, que fué uno de los primeros gobernadores de aquel Estado en 1825, cuando se efectuó la incorporacion de la Florida á los Estados-Unidos. El condado Duval, que tiene una extension de cuatrocientas treinta millas cuadradas, cuenta con unos dos mil ochocientos cincuenta habitantes, distribuidos del modo siguiente: mil quinientos blancos: ciento cincuenta indios ú hombres de color libres; y mil doscientos esclavos. La localidad produce maíz, azúcar, algodon y muchas batatas; pero se ve que este distrito está todavía desierto.

A mi llegada dejé á Constancio y á Cornelio á bordo, y acompañado del padre Mauricio y de mi negrito Job, fuí á hospedarme en la fonda francesa... En Jacksonville hay un hotel francés cuyos dueños son suizos, aunque toda la servidumbre es alemana. El establecimiento, gran casa mal construida, que tiene en la fachada una muestra de color verde botella con filetes amarillos, en la cual se ve la figura de Guillermo Tell, arrebatando la manzana de la cabeza de su hijo, tiene por principal propietario á M. Jost, suizo de Berna, antiguo oficial subalterno de la guardia de S. M. Cárlos X. Tanto él como su esposa, gruesa y poderosa comadre, de nariz muy colorada, por sus abusos en el culto á la botella, son excelentes personas; mas por desgracia no se puede seguir una conversacion con ellos, porque no sabe el viajero qué lenguaje usar. Nacidos ambos en la Suiza alemana, fueron á Francia muy jóvenes, y olvidaron casi su idioma para aprender el francés; mas al pasar á los Estados Unidos, fuéles preciso tomar lecciones de inglés; y ahora resulta que no hablan ninguna de dichas lenguas, sirviéndose de una jerga políglota de todo punto incomprensible. Fuera de esto, la casa está bastante aseada, y la cocina no es demasiado heterogénea. Me han cedido la sala de honor, y el padre Mauricio comparte mi alojamiento.

Todo iria muy bien á no ser por el descubrimiento que acabo de hacer al acostarme: experimentaba una fuerte comezon y dolores agudos en los dedos de los piés; y al examinar estos últimos he visto siete ú ocho granos blancos del tamaño de un guisante: aquello era nada menos que una familia de niguas que se habian propuesto colonizar en mis extremidades.

Aunque no ignoraba yo cuán temible es semejante insecto, jamás me habia atacado; no sabia cómo desembarazarme de él; y temiendo agravar el mal con una torpe operacion, mandé subir á mi patron, y contéle el caso.

Acto contínuo marchó á buscar el médico especial, y volvió con una jóven mulata de catorce años, quien practicó la extraccion con maravillosa destreza por medio de unas agujas muy finas terminadas en un gancho. Se necesita una vista muy penetrante y una gran práctica para coger este insecto imperceptible debajo de la piel sin romper la vejiguilla en que se hallan encerrados sus huevos, lo cual produce una gran inflamacion.

Cada vez que la jóven extraia uno de aquellos terribles insectos, exclamaba con una sangre fria singular: «¡Muy bien!» Y acercándole á la llama de una bujía encendida, el insecto estallaba produciendo el mismo ruido que un grano de pólvora.

Terminada la extraccion, la mulata lavó las heridas con aceite; introdujo en los agujeros tabaco mezclado con ceniza, los tapó con yesca, me vendó los piés; y recomendóme que no saliera en dos dias. Entonces pregunté á mi doctor con faldas cuánto valia su trabajo; y como me pidiese solo doce sueldos, le dí medio duro, dejándola admirada de mi generosidad.

Habia mandado guardar una de aquellas niguas que los americanos llaman *jigger*, para examinarla con el microscopio. La cabeza de esta pulga *(pulex penetrans*, Linneo) está armada de estiletes, por medio de los cuales penetra á través del calzado y la ropa, introduciéndose de cabeza debajo de la piel; pero solo las hembras hacen esto último para depositar sus huevos y asegurarles un alimento abundante. El abdómen de estas niguas hembras está dilatado, es trasparente, y se ve en su interior un inmenso número de huevos cilíndricos y rojizos: es cosa que hace estremecer. La pulga nigua abunda de tal modo en ciertos puntos, que no son habitables; su picadura ocasiona algunas veces la gangrena produciendo tumores simpáticos de los vasos de la region inguinal, y hasta esfacelas.

Los cazadores y los indios se frotan las piernas con jugo de tabaco, al que agregan otros de

plantas venenosas, para preservarse de tan terribles insectos: en adelante me serviré de la misma receta.

Despues de instalarnos en nuestro alojamiento, el padre Mauricio se ocupa cuidadosamente de traer los animales; un pequeño huerto, donde han plantado lechugas y coles, le sirve de casa de fieras.

El águila de cabeza blanca ha sido encerrada en una jaula de madera: el osezno, que comienza á domesticarse, y al cual he puesto por nombre Santiago, está sujeto por una cadena de hierro fija en un anillo empotrado en la pared; la polla sultana, á la que hemos dejado en libertad despues de cortarle un ala, se paseaba ayer ostentando al sol su plumaje azul púrpura, y sus piés color de escarlata; pero esta noche ha sido devorada por uno de esos gatos medio salvajes que infestan la ciudad.

El padre Mauricio, deseando tomar ruidosa venganza, ha cogido con una trampa dos gatos y los ha echado vivos en la jaula del águila.

—Han devorado un ave, me dijo, y por otra serán devorados. Es la pena del Talion.

El águila no ha hecho nada al principio, limitándose á mirar con aire de supremo desden á los dos míseros carniceros, que estaban en el suelo de la jaula; pero poco á poco, estos se han enardecido, y al observar la inmovilidad de la reina de los aires, han tenido la audacia de trepar hasta el palo en que reposaba y robarle un pez. Un segundo despues habian dejado de existir: dos golpes con su poderosa garra habian bastado al águila para abrirles el cráneo, hecho lo cual, dejó caer sus cadáveres con desprecio.

Así pasó mi primer dia de encierro.

A la mañana siguiente, cuando acababa de levantarme, Job abrió solemnemente la puerta de mi habitacion y anunció al caballero desollado.

Un momento despues ví entrar á un individuo equipado de la manera mas singular, y que despues de saludarme con una inclinacion de cabeza automática, permaneció silencioso delante de mí. Tenia el rostro cobrizo, surcado de profundas arrugas, con una nariz larga y encorvada, y la boca muy hendida; espesas cejas cubrian su pequeño ojo, profundamente hundido en la órbita; y digo uno, porque el otro estaba oculto por un pedazo de tafetan negro sujeto con un pañuelo rojo anudado en la cabeza; sobre las orejas pendian escasos cabellos negros recogidos en trenzas. Lo mas extravagante en aquella cabeza era la proporcion; el rostro parecia mas ancho que alto, á causa de la falta de la frente y del cráneo, que cortados en cuadro, trazaban una línea horizontal (véase el grab. de la pág. 180).

Aquel individuo, viejo indio, vestia un traje azul con botones dorados, corbata blanca y camisa de color, sobre la cual ostentaba medallas, botones de vidrio y una gran cadena de reloj: por la solapa de su levita asomaba el mango de un formidable cuchillo.

En cuanto al busto era el de un perfecto caballero; pero semejante traje exigia por lo menos un pantalon de nankin y zapatos con hebillas; ¡ay de mí! en vez de esto llevaba un calzon de piel de vaca, curtido por la sangre y la carne de sus víctimas; y en cuanto á los zapatos, no eran malos ni buenos, pues iba completamente descalzo.

—¿Qué se os ofrece? le dije, haciéndole señal para que tomara asiento.

El viejo indio permaneció en pié, y rebuscando en los bolsillos de su pantalon que hacian las veces de morral, sacó un puñado de serpientes, rojas, verdes y negras, que se enroscaban alrededor de su brazo, su cuerpo y sus piernas, silbando de la manera mas alarmante.

Yo dí un salto hácia atrás.

El indio sonreia plácidamente y díjome en mal inglés:

—¡Bonitas serpientes para el señor que es aficionado!

—¡En nombre del cielo! exclamé; guardad todo eso en vuestro bolsillo. ¿Estais por ventura loco al traer aquí reptiles vivos, á riesgo de que nos muerdan á los dos?

—Las serpientes conocen á Menawa.

—Sí, pero no á mí, y yo mucho menos á ellas.

Llamé al padre Mauricio, que ayudado del indio, echó los reptiles vivos en vasijas llenas de aguardiente. El desollado miraba con aire codicioso á las serpientes agitándose en el agua de fuego, abrir la boca asfixiadas y caer muertas en el fondo del receptáculo. Creo que envidiaba sinceramente su género de muerte.

Cuéntanse sesenta y siete especies de serpientes en los Estados Unidos; los sabios no sabrian designar seguramente las que son venenosas; pero Menawa, sin cuidarse de sus formas ni de sus colores, las manejaba impunemente. Asegúrase que los indios conocen el uso de una yerba, con la que basta frotarse para que la serpiente mas venenosa no muerda.

Menawa, el caballero desollado, venia á pedirme que le admitiese á mi servicio en la expedicion que proyectaba al lago *Okee chobee*.

Hablábame de sus dotes de cazador, de su traílla, que era la mejor del país, y que llevaria consigo; y por último de su conocimiento de las costumbres y lenguaje de los Semínolas.

—Los conozco muy bien, me dijo, porque ellos son los que me han desollado el cráneo.

Al pronunciar estas palabras, quitóse el pañuelo que envolvia su cabeza, y me enseñó su cráneo cortado en cuadro cubierto de una piel de color escarlata, con algunas manchas de un azul lívido en ciertos sitios; esta piel muy floja, cedia bajo una ligera presion del dedo; y reconocíase que faltaban los huesos del occipucio.

Menawa habia nacido con mala estrella: en un combate con los Semínolas, reventáronle un ojo, partiéndole la cabeza de un hachazo; y su adversario le desolló despues el cráneo, pero sin practicar una profunda cortadura. Salvado por unos españoles, de quienes eran aliados los Musculuguges, tribu india á que pertenecia Menawa, fué cuidado en San Agustin, y el cirujano le salvó la vida.



Menawa el del cráneo desollado

Desde aquella época, el indio permaneció entre los hombres civilizados, llegando á ser ciudadano americano. Vivia en Jacksonville con el producto de su caza, y dedicábase tambien al tráfico de caballos: era un consumado chalan.

Contraté al desdichado para toda la campaña, mediante la suma de doscientos cincuenta duros, pagados á nuestro regreso á Jacksonville.

Ya se recordará que yo habia recibido una carta de recomendacion de M. Potter, el plantador del castillo de las Palmas, para uno de sus amigos, propietario de una fábrica de aserrar de Jacksonville. Apenas llegué, habia enviado á llevar la carta á M. West, este era el nombre del industrial, excusándome con mi enfermedad por no presentarme yo mismo.

En la tarde del mismo dia llegó en un coche á mi alojamiento, y quiso á toda costa conducirme á su casa, ofreciéndome la mas completa hospitalidad, pero rehusé alegando que vivia un poco léjos, y que deseaba no perder de vista mi equipaje y los reclutas que buscaba. Acepté sin embargo su oferta de dar un paseo con él, y prometíle ir á comer á la fábrica la víspera de mi marcha, fijada irrevocablemente para el 23 de setiembre.

M. West, que se ha puesto á mi disposicion con esa cordialidad propia de los americanos del Sur, me ha censurado por haber admitido á mi servicio al viejo Menawa, diciéndome que era un borracho de mal género, un charlatan y un pillo redomado; pero como tiene ya mi promesa, no puedo desdecirme. M. West me aconseja tratar con un mestizo indio, llamado Paddy Karr, que

habla perfectamente el semínola, que como intérprete del gobierno tomó parte en la última guerra contra estos indios, y que debe volver mañana de una expedicion al interior. M. West ha prometido enviarme á Paddy Karr.

Yo necesitaba algunos artículos de tocador, y pregunté á M. West si podria adquirirlos en la ciudad.

—Jacksonville, me contestó sonriendo, es una ciudad civilizada; tenemos un almacen francés, ¿quereis que os acompañe?

Mi cicerone mandó hacer alto delante de una casa de planta baja, con tejado de rastrojo, de aspecto sucio, y en cuya fachada principal balanceábase una muestra nueva con el siguiente rótulo con letras doradas: *Casa de Comercio del Vizconde A. de B. y compañía.* Ya se comprenderá que este singular reclamo excitó mi curio-



Paddy Karr

sidad, y que bajé al punto para hacer mis compras, pero el vizconde A. de B. estaba ausente, aunque por la turbacion de su mujer á quien interrogué, supuse que se habia encerrado en su habitacion, para no encontrarse frente á frente de mí. ¡Dónde iba á esconderse la vanidad y ridiculez francesa por excelencia! ¿Por qué aquel pobre diablo inscribia en su muestra un título pomposo hallándose en un país de libertad y sencillez?

La casa de comercio estaba aun muy mal surtida; habia un poco de todo, mas no para elegir. Veíanse allí en revuelta confusion botas con tacones rojos, trajes confeccionados, un barril de pez, jabon y esencias, dos arados de un nuevo sistema, sombreros de paja, objetos de quincallería, algunos instrumentos de música, cepillos para la cabeza, etc. etc. Supuse por el aspecto del lugar, que el tal vizconde era un poco barbero, y que tocaba el violin en las reuniones públicas, lo cual confirmó su señora.

Hice algunas compras, pagando su importe á una mulata rechoncha y enorme, sentada ante un pequeño mostrador: dos chicos y cinco niñas seguian con la vista curiosamente todos mis movimientos: esta era la familia del vizconde A. de B., familia numerosa que justificaba suficientemente la palabra *y compañía* inscrita en la muestra.

Al salir hice un profundo saludo á la mulata, atencion que bien se merecia la compañera de aquel caballero incógnito.

Jacksonville, prescindiendo de la plaza y de algunas casas que la rodean, se reduce á una agrupacion de cobertizos de madera y cabañas mal construidas, ocupadas por negros y hom-

bres de color. Este barrio muy sucio, es no obstante pintoresco: algunos buitres, encargados de la limpieza pública, reposan en los tejados de rastrojo, esperando que aparezca alguna basura ó resto de comida, el cual disputan á los niños, á los cerdos, á los perros, á los gatos y á las gallinas. Todos estos séres viven en la mejor inteligencia: al pasar ví á un gallo arrebatar de manos de un chico un pedazo de galleta; despues pasó á poder de un perro, luego al de un buitre, á los pocos momentos á un cerdo, y por último á un muchacho bastante grande, que arrancó su presa al animal gruñon y comenzó á engullirla con el mejor apetito.

¡Hé aquí el libre cambio bien aplicado!

Los alrededores de la ciudad presentan buenos terrenos en cultivo; varios campos de maíz y de caña de azúcar, y grandes arrozales cubren las orillas del rio.

M. West me condujo hasta un punto desde donde se divisaba su fábrica, situada pintorescamente en medio del bosque que explota; y despues me acompañó obsequiosamente hasta mi alojamiento, recordándome la promesa de ir á comer á su casa el dia 22.

Esta tarde siento gran mejoría en los piés; las llagas se cicatrizan, y puedo andar sin gran molestia.

21 *de setiembre.*—Se ha presentado el mestizo Paddy Karr, y queda admitido: este hombre, de unos treinta y cinco años, tiene un buen aspecto; pero hay en su mirada cierta expresion de falsedad que me choca. Prefiero aun el aire embrutecido del caballero desollado. Paddy tiene en las mejillas, de un color enteramente cobrizo, unas manchas azules, que representan un corazon rodeado de pequeños círculos; viste una especie de blusa de franela azul, ajustada á la cintura por una faja de seda roja; sus formas son esbeltas y elegantes, como las de casi todos los mestizos.

Hemos hablado mucho; es vendedor ambulante en las granjas de los colonos, y en los pueblos indios, y me ha pedido permiso para llevar sus mercancías, á lo cual no me opongo.

He presentado mis dos reclutas indios á Constancio, que tiene la consideracion de segundo jefe, dándole algunas instrucciones para instalar á todos á bordo. Hemos inspeccionado las provisiones y las armas, para obtener lo que pueda faltar.

El mulato Toby ha vuelto con el vapor de Savannah que acaba de anclar en el puerto. Ya se recordará que le habia dejado en el faro de Hazard, á disposicion de la señorita Fanny Brandt; su anciano padre estaba moribundo cuando el capitan del vapor fué en busca de aquellos infelices, segun me lo habia prometido; recibióseles á bordo á los tres; y habiendo pedido Toby que le desembarcasen, prometióle el capitan dejarle á bordo de otro vapor que le conduciria directamente á Jacksonville.

El vapor tardaba, y Toby, desesperado, fué conducido á las costas de Georgia. Durante la travesía, Brandt murió y fué arrojado al mar.

—¿Y qué ha sido de su desgraciada hija, sin protector alguno? pregunté á Toby.

El mulato me miró con aire algo socarron, como admirado de mi candidez.

Decididamente creo que mi novelesca heroína no era mas que una aventurera, y que muy bien hizo su padre al encerrarla en el faro.

22, *por la tarde.*—Esta mañana cuando me vestia para ir á dar un paseo por los alrededores de la fábrica de M. West, donde debia comer, he presenciado desde mi ventana un combate que prueba la intrepidez del águila. Como la mia no podia volar á causa de su herida, dejábase abierta la puertecilla de su jaula; frente á esta tiene su caseta un gran perro de Terranova perteneciente al patron. El padre Mauricio acababa de traer varios peces vivos para el águila, y queriendo acostumbrarla á ir á buscar su alimento, dejólos á corta distancia de la jaula. Como el ave no se movia, el perro, muy aficionado á los peces, como todos sus congéneres de Terranova, salió de su perrera, cogió el mas grande y se lo llevó. En el mismo instante, el águila, saltando torpemente, y tendiendo sus largas alas que le servian de apoyo, comienza á perseguir al perro, y á pesar de los gruñidos entra en la caseta... Entonces se oyó un gran rumor; yo creí que el águila estaria ya estrangulada; pero muy pronto vimos el perro salir aullando lastimeramente, con el hocico lleno de sangre y la cola entre las piernas. Fué á esconderse detrás de la puerta, para escapar de su terrible adversario, que habiendo recobrado el pez, le escamaba para comérsele á su gusto. Debe advertirse que estos perros de Terranova son aquí muy feroces y vigorosos.

Hay unas cinco millas desde Jacksonville á la fábrica de West: mi patron ha tenido á bien alquilarme un caballito del país para dar este paseo, y emprendo la marcha con la intencion de merodear un poco, llevando mi álbum y mi carabina. Cubierta la cabeza con un ancho sombrero de Panamá, me puse un traje completamente blanco, con polainas y espuelas mejicanas.

A medio camino entré en una caseta, donde por pocos cuartos me sirvieron patatas asadas y un melon.

Cuando iba á montar de nuevo á caballo, divisé en una cerca próxima dos aves cuyo plumaje de color de púrpura me llamó la atencion; eran dos oropéndolas, y como yo no tenia ninguna, dejé mi caballo donde estaba y lancéme á perseguirlas. El macho me dejaba siempre acercar bastante; mas apenas le apuntaba, perdíase en la espesura, é iba á posarse cien pasos mas allá.

Empeñado en la persecucion, atravesé barreras y fosos, sin cuidarme de las espinas y del cieno que ensuciaban mi traje inmaculado.

La oropéndola acababa de esconderse en medio de un cedro de Virginia plantado en un recinto circuido de empalizadas: yo aparté una tabla y entré.

Avanzaba con mi escopeta preparada, trazando al rededor del árbol círculos concéntricos, y dispuesto á tirar apenas el menor movimiento me indicara la posicion del ave; pero de improviso siento junto al rostro un vapor cálido y húmedo; percibo un olor nauseabundo, y apóyase en mis hombros un peso enorme.

Doy un salto hácia delante y me vuelvo bruscamente. Delante de mí estaba un oso enorme, que alargaba los brazos para estrecharme, y abria la boca para hacerme pedazos.

Creo ser tan valeroso como otro cualquiera; pero confieso que tuve un miedo atroz. La carabina se escapó de mis manos; pensé caer yo mismo, y por espacio de algunos instantes temblé de piés á cabeza.

El oso hubiera dado buena cuenta de mí si hubiera querido atacarme; pero el animalito carecia de medios de hacerlo; llevaba un collar de hierro, y estaba atado con una fuerte cadena. Este oso pertenecia á un domador, que le hacia luchar con un perro para entretener á los curiosos; y en el recinto estaba su cabaña, en la cual no habia fijado la atencion.

El oso parecia complacido con el susto que acababa de darme, y mirábame con aire desdeñoso; entonces me dejé llevar de la cólera, y comenzando á descargar sobre él patadas y puñetazos, le hice volver á su caseta.

Entre tanto la oropéndola habia emprendido su vuelo, y volví á buscar mi montura con el traje manchado y desgarrado: esto fué lo que me valió mi loco empeño.

Me he visto en presencia de muchos peligros; pero jamás experimenté tal terror como el que me causó aquel oso: el peligro que sorprende de improviso, imposible de prever, es el que excita mas los nervios: el hombre es intrépido mas bien por reflexion que por temperamento.

La fábrica de aserrar de M. West está situada en medio de un magnífico bosque de verdes encinas, de hicoris y de mahoganis, los cuales se extienden sobre un cerro que domina el rio. El paisaje es muy majestuoso, entre los grandes bosques y las caudalosas corrientes.

Tomé un camino de travesía, ó mas bien un sendero, que en mi opinion habria sido trazado por los leñadores.

Supongo que me extravié, ó por lo menos que anduve mucho mas de lo que era necesario, pues al cabo de dos horas no habia llegado aun á la fábrica que divisé á orillas del rio. Hallábame en un valle herbáceo, bañado por un riachuelo; delante de mí, sobre un montecillo, veíase un recinto con una cerca de enormes cáctus llenos de flores de color escarlata, que formaban una barrera espinosa é infranqueable.

Creyendo que aquel recinto contendria alguna vivienda donde pudiera tomar informes acerca del camino, dí la vuelta y entré por una especie de boquete. Aquello era un cementerio de negros (véase el grabado de la pág. 185).

Algunos montecillos cubiertos de césped indicaban las tumbas; acá y allá elevábanse varias cruces rústicas, medio derribadas por el viento; junto á ellas ví muchos amuletos, y sobre las tumbas, numerosas ofrendas á cual mas extrañas. Habia allí ollas, calabazas llenas de arroz que devoraban legiones de hormigas, figuras de ídolos ó de santos de madera esculpida y pintada de rojo, mechones de cabello, aves disecadas, zapatos sin suelas, pieles de animales, etc.

Dos cosas me llamaron sobre todo la atencion: una especie de cruz fabricada con cajas viejas de sardinas enfiladas en un alambre; y un jarro para leche, depositado por una madre desconsolada sobre la tumba de su hijo. Varias culebras, atraidas por el líquido, se habian deslizado en la jarra, y cuando me acerqué huyeron silbando.

Aunque convertidos al cristianismo, los negros han conservado muchas supersticiones de su país natal, y sus sacerdotes deben tolerar estas costumbres conmovedoras, que se relacionan con el recuerdo de los difuntos.

Aquel cementerio rodeado de una cerca de cáctus en flor, lleno de pensamientos silvestres, que crecian en las tumbas abandonadas, y situado en medio de grandes bosques y verdosas praderas, hubiera inspirado á un poeta: yo experimenté solo esa dulce melancolía que comunican las cosas de la muerte.

Un negrillo, que cuidaba de una vaca, me condujo á la fábrica, donde comí con las notabilidades de la ciudad, el pastor episcopal, el juez de paz y algunos ricos plantadores. Si las fábricas de este género prosperaran en el país, enriquecerian á Jacksonville, que está rodeado de

magníficos bosques con las mejores maderas para construir. Al servirse los postres, se brindó por el buen éxito de mi expedicion.

IX

DE JACKSONVILLE Á PICOLATA

Mandarin.—Las islas de las Magnolias.—Los espectros.—La casa sangrienta.—Recuerdo de la guerra de los Seminolas.—Embriaguez de Menawa.—El ladrillo negro —Bosque de tulipanes.—Las aves cantoras.—El ave gato y el pájaro burlon —La cabellera de los bosques.—El puerco-espin.—Encuentro con un emigrado —Temporal.—Hospitalidad.—Una noche en blanco.—Un compañero incómodo —Ketty —La culebra familiar.—Lucha de peces de oro y de cangrejos.—Piedras preciosas despreciadas.—Las batatas.—Colonizacion rápida.

Picolata 25 de setiembre.—¡Buena brisa! Hemos recorrido cincuenta millas en treinta y seis horas. Mis dos nuevos reclutas, Paddy Karr y Menawa, se han instalado á bordo; pero ha sido preciso tener en consideracion la susceptibilidad de estos señores, que así como todos los indios, profesan un profundo desprecio á los negros, considerándolos como de una raza inferior á la suya. En su consecuencia les he alojado en la popa, y comen con nosotros; el mulato y los dos negros tienen sus hamacas en otro sitio.

Desde Jacksonville hasta frente á Mandarin, el San Juan continúa presentando el mismo aspecto pantanoso; solo se ven playas bajas y fangosas, cubiertas de cañas, é inundadas durante la alta marea: el rio parece un lago; sin el flujo y el reflujo, estas caudalosas aguas permanecerian inmóviles.



Vista de Jacksonville

El país se accidenta un poco hácia Mandarin; elévanse las tierras; el rio aparece cubierto de islas, y se comienza á sentir la corriente.

Mandarin no es mas que una oficina de correos, cuyas tres casas agrupadas en el cerro se hallan en medio de amarillentos campos de maíz, los cuales contrastan con el sombrío follaje de los grandes bosques de encinas que los rodean.

El cerro de Mandarin forma un promontorio que avanza hasta el centro del rio: mas allá, el San Juan, que gira hácia el sudeste, está cubierto de largas islas que le dividen en tres brazos; hácia allí avanza la goleta. Las islas son maravillosas en la presente estacion del año: las magnolias, abundantes allí, han llegado á la época de la segunda florescencia, y ostentan en sus cimas, siempre verdes, miles de grandes flores blancas que se abren al sol; la atmósfera está perfumada por las suaves emanaciones que van propagándose en alas de la brisa.

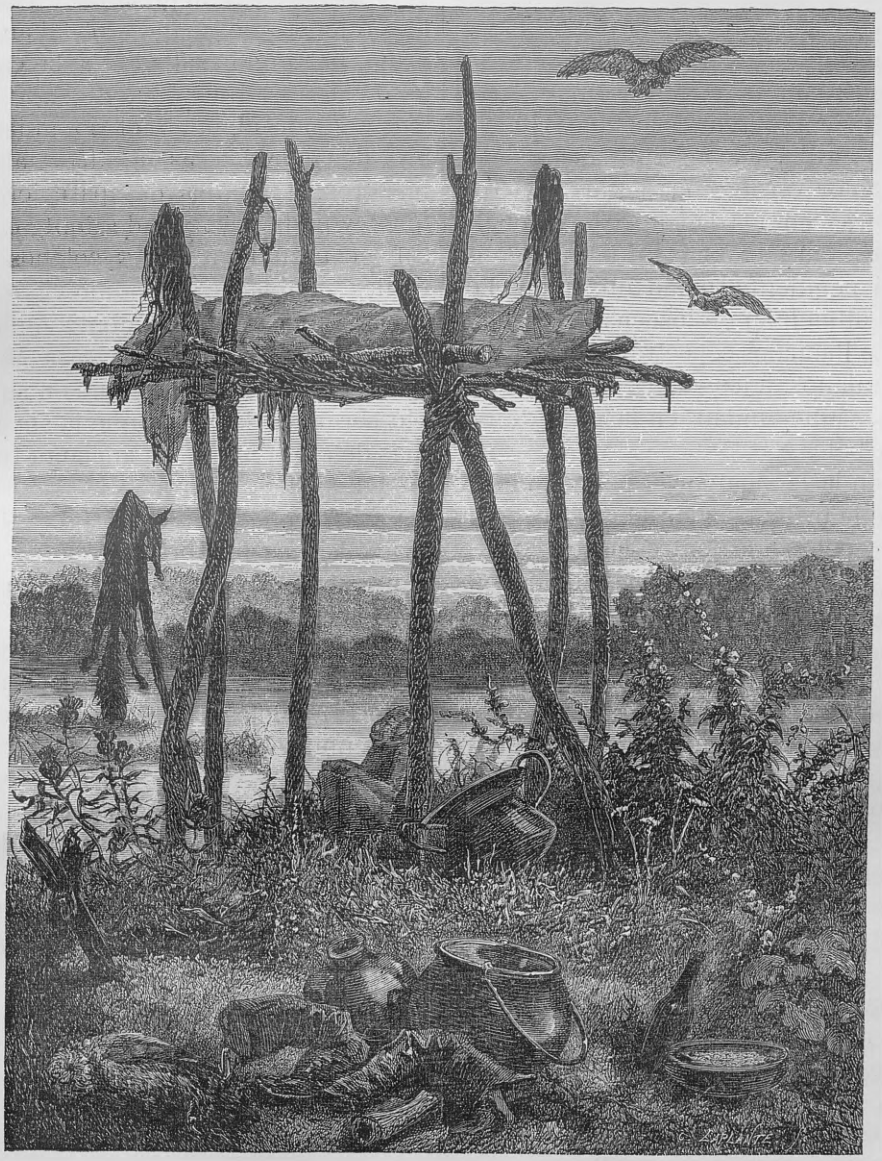
Anclamos en frente de la mas hermosa de estas islas, donde voy á desembarcar.

La magnolia de grandes flores (*Magnolia grandiflora*, Linneo), que en nuestros parques franceses no alcanza sino la altura de un arbolillo de mediana talla, se presenta aquí con toda su imponente majestad y su espléndida belleza; algunas miden hasta cincuenta metros de elevacion. Su follaje, verde y risueño, y la blancura y perfume de sus grandes flores seducen la vista y el olfato. No obstante, cuando el viajero se aventura bajo estas espesas arboledas, la impresion cambia: las hojas, de un verde tan agradable por encima, son de un blanco agrisado por debajo; los troncos, desnudos de ramas laterales y unidos como el granito, forman inmensas columnatas de un tinte ceniciento; y hasta los

musgos y otras espesas plantas privadas allí de aire y de luz, ofrecen el mismo color gris monótono.

Al ver esas formas rígidas, esa inmovilidad vegetal, ese color uniforme, experiméntase una sensacion desagradable: diríase que se está en un bosque de zinc.

He descubierto aquí un insecto curioso: es un espectro de nueva especie *(Spectrum rubronigrum*, Novis). Sentado sobre las hojas mas an-



Tumbas de un cementerio de negros

chas, con la cabeza y el coselete levantados, y las patas anteriores cruzadas sobre el pecho ó extendidas en todos sentidos, el espectro parece orar ó mas bien recitar una oracion fúnebre. Un insecto de especie análoga, el manto religioso, que habita en el mediodía de Europa, ha recibido, por su costumbre de conservar esta postura, el sobrenombre de *curita;* en la Edad media se atribuia al manto una gran influencia en la magia. Los indios, menos supersticiosos que nuestros antecesores, pretenden sin embargo que cuando el viajero se extravia debe preguntar cuál es el buen camino á ese insecto, el cual le indica extendiendo una de sus patas.

El individuo que yo examiné con la mayor curiosidad, solo toma dicha postura para acechar su presa: cuando un coleóptero pasa muy cerca, lanza sobre él sus patas armadas de formidables ganchos, chúpale la sustancia, arroja el despojo y recobra al punto su engañosa inmovilidad. El espectro puede alcanzar gran tamaño: he cogido uno que media cerca de quince centímetros; no

tiene vestigio de alas; la cabeza y los muslos son de un tinte rojo, y el resto del cuerpo de un negro oscuro.

Numerosos lagartos habitan las islas de las Magnolias; huian delante de mí levantando la cola en forma de trompeta, y produciendo un gruñido como el de los perros pequeños; subíanse á los árboles y se ocultaban entre las hojas, donde permanecian agarrados con las ventosas de sus dedos. El anolis de la Carolina (*Anolis carolinensis*, Cuvier), que los españoles llaman *papaviento*, y los criollos de las Antillas francesas *bocioso*, es de color verde, con la garganta roja y manchas negras en los lados; bajo el cuello tiene una papera muy marcada, que cuando no se infla queda pendiente como un fanon. Los anolis, que se alimentan de insectos, y particularmente de los llamados espectros, son á su vez presa de los milanos, á los cuales veia cernerse sobre las islas, y que anidan en la copa de los mas grandes árboles.

Navegando en la lancha por el pequeño brazo que constituye la orilla occidental del rio, ví en una especie de península, entre la corriente y los pantanos, las ruinas de una casa de colono: en el techo hundido, en las paredes de ladrillo, en las vigas y en las ventanas ennegrecidas por el fuego, reconocíanse los vestigios de una reciente devastacion.

—Es la casa sangrienta, me dijo Paddy Karr que me acompañaba.

Al momento dí órden de desembarcar.

El terreno sobre que se elevaban aquellas ruinas habia sido cultivado; algunas legumbres, coles y lechugas, crecian aun en medio de las plantas silvestres; un establo y un corral se conservaban todavía en buen estado aunque sin animales; una cerca de tablas medio derribada separaba el terreno recientemente cultivado del espeso bosque que rodeaba la habitacion.

—¿Por qué, pregunté á Paddy Karr, sigue esa casa deshabitada, cuando á pesar del incendio se podria reparar á muy poca costa?

Paddy me hizo entrar en la habitacion principal, y mostróme el entarimado, de madera de pinabete, cubierto de una costra negruzca.

—¡Mucha sangre! murmuró Paddy con su laconismo habitual.

Hé aquí ahora el relato que obtuve del mestizo en el lugar mismo en que ocurrió el terrible drama:

«Hace algunos años, me dijo, que la guerra devastaba el país; el hombre blanco y el rojo se exterminaban mutuamente sin darse cuartel; y yo formaba parte de un batallon de voluntarios que desde que los Semínolas habian anunciado su presencia con varios asesinatos cometidos cerca de Jacksonville, vigilaba á las órdenes del mayor Hart todos los alrededores.

»Cierto dia, hallándonos acampados al otro lado del San Juan, en el cerro de Mandarin, un negro que habia cruzado el rio á nado llegó hasta nosotros rendido de fatiga y poseido de espanto, y díjonos que los indios estaban en la opuesta orilla, habiendo asaltado ya la casa de su amo M. de Montgommery.

»Cruzando al punto el rio, guiados por el negro, llegamos á la casa asaltada; al aproximarnos nosotros, los indios desaparecieron en los bosques, y hallamos á M. de Montgommery sano y salvo con su familia: los colonos tenian nueve fusiles y habíanse defendido vigorosamente.

»Sin embargo, M. de Montgommery nos manifestó sus temores por la casa Motte, situada á pocas millas mas allá, y que en su concepto debió ser atacada antes que la suya, no teniendo mas defensores que un anciano, tres jóvenes hijas y un criado negro.

»En su consecuencia, despues de haber apostado algunos hombres cerca de la habitacion Montgommery, para defenderla en el caso de volver los indios, nos encaminamos por las orillas del rio hácia la casa Motte: era esta.

»Habia sido incendiada. Al entrar en la habitacion en que estamos, vi cuatro cadáveres tendidos uno sobre otro, un anciano y tres hermosas jóvenes. Aun ardian sus vestidos; de sus heridas, y de las cabezas desolladas, brotaba abundantemente la sangre, inundando el suelo; y reconocíase que se habian defendido bien, pues una de las muchachas conservaba todavía en la mano una pistola de dos cañones, que los indios no pudieron arrancar de sus crispadas manos.

»Consternados ante aquel espectáculo terrible, formamos círculo alrededor de los mutilados cadáveres; pero como el incendio redoblaba su intensidad, ocupáronse los unos en apagarle, mientras los otros se acercaban á las víctimas. Cuando íbamos á llevarnos los cadáveres de aquellos infelices, resonó un grito espantoso, y una anciana se precipitó sobre nosotros rechinando los dientes, mordiéndonos los brazos y arañándonos el rostro: era la señora Motte, la esposa del anciano, la madre de aquellas tres jóvenes.

»La infeliz estaba loca.

»Fué preciso atarla al momento y proceder á la primera cura, porque tambien la habian arrancado la piel del cráneo; pero el cuchillo del indio, deslizándose por la frente, levantó solo el cuero cabelludo sin interesar el cerebro.

»Cuando íbamos á enterrar los muertos en el prado que bordea el pantano, encontramos el cadáver del jardinero negro, á quien habian muerto de un tiro; y por último, en el momento de retirarnos, despues de cumplir con los últimos deberes, conduciendo entre nosotros á la infeliz señora Motte, quien sujeta en un caballo seguia profiriendo gritos espantosos, uno de los nuestros oyó débiles quejidos entre los juncos del pantano; penetró en el sitio y vió hundida en el cieno hasta los hombros una mulata medio muerta de espanto y de frio: hacia diez horas que permanecia allí inmóvil.

»Por ella, pues la señora Motte no recobró jamás el uso de la razon, supimos los detalles de aquel drama sangriento.

»Los esposos Motte se hallaban en el jardin con dos de sus hijas, á veinte pasos de su casa, cuando vieron á los indios escalar la cerca de su propiedad; y apenas tuvieron tiempo para volver á su habitacion y atrancar la puerta. El jardinero negro, que trabajaba en la huerta, fué muerto al tratar de reunirse con sus amos; la mulata, que habia ido á buscar agua, se ocultó en el pantano, y solo debió la vida á su presencia de ánimo.

»Sin embargo, los indios hicieron fuego contra la casa, intimando en inglés á los habitantes que les abrieran, con la condicion de no hacerles daño alguno si se les obedecia inmediatamente; pero las jóvenes prefirieron morir á ser las esclavas de los hombres rojos; y por otra parte, ¿qué confianza podian tener en las promesas de los indios de los bosques?

»Los desgraciados colonos no contestaron.

»Entonces, adelantáronse los guerreros y derribaron la puerta á hachazos, mientras que algunos escalando el tejado, abrieron un boquete para tirar sobre los que se hallaban en la habitacion, que cayeron uno despues de otro.

»Cuando la puerta cedió, el padre y las hijas habian muerto ya, ó estaban mortalmente heridas.

»Un feroz guerrero, viendo á la señora Motte desmayada en un rincon, cogióla por sus largos cabellos blancos, la arrastró fuera, arrancóle la piel del cráneo, arrojó su cuerpo sobre los cadáveres, é incendió su ropa con un tizon.

»Cuando los indios hubieron cogido cuanto habia de valor en la casa, entre otras cosas una cartera que contenia cien duros en oro, incendiaron la habitacion y desaparecieron en los bosques.»

Este relato, oido en el sitio mismo donde ocurrieron tales horrores, me hizo estremecer. Durante los diez últimos años, cada dia se habia señalado en este desgraciado país con asesinatos y devastaciones semejantes. Los feroces Seminolas han sucumbido por fin; los unos fueron trasportados al oeste del Mississipí, y hállanse los otros confinados en los pantanos del sur. Ahora que los colonos se ven libres de los indios, el país volverá á poblarse muy pronto, si se procede á su saneamiento.

Al dia siguiente, al salir el sol, y cuando iba á levantarme, acercóse á mí el padre Mauricio murmurando, é invitóme á entrar en su laboratorio (era el camarote que le habia cedido para sus trabajos), donde habia, segun me dijo, una cosa digna de ver.

Los reptiles que teníamos recogidos ya, estaban cuidadosamente alineados en botes de cristal con sus correspondientes etiquetas, y suspendidos del techo; pero el alcohol disminuia diariamente, y el padre Mauricio me manifestó que habia sorprendido la víspera á Menawa extrayendo el líquido con un canutillo de paja. El viejo indio estaba siempre borracho desde que se habia embarcado; y gracias á la infusion de serpientes, de lagartos y de sapos, que probaba todos los dias, estaba tendido en el puente noche y mañana, sin hacer la menor cosa. Los indios son vengativos, y teniendo esto presente no le reprendí; pero Constancio puso el mismo dia en la puerta del camarote un candado, merced al cual quedaron mis colecciones al abrigo de la sed inextinguible de aquel borracho.

Por la tarde cambió el viento, y fué preciso anclar frente la ensenada Negra, á veinte millas de Picolata, á donde esperaba llegar por la noche.

Las dos orillas del San Juan están cubiertas de magníficos bosques; á la izquierda se halla el país desierto; en la derecha se ven señales de cultivo.

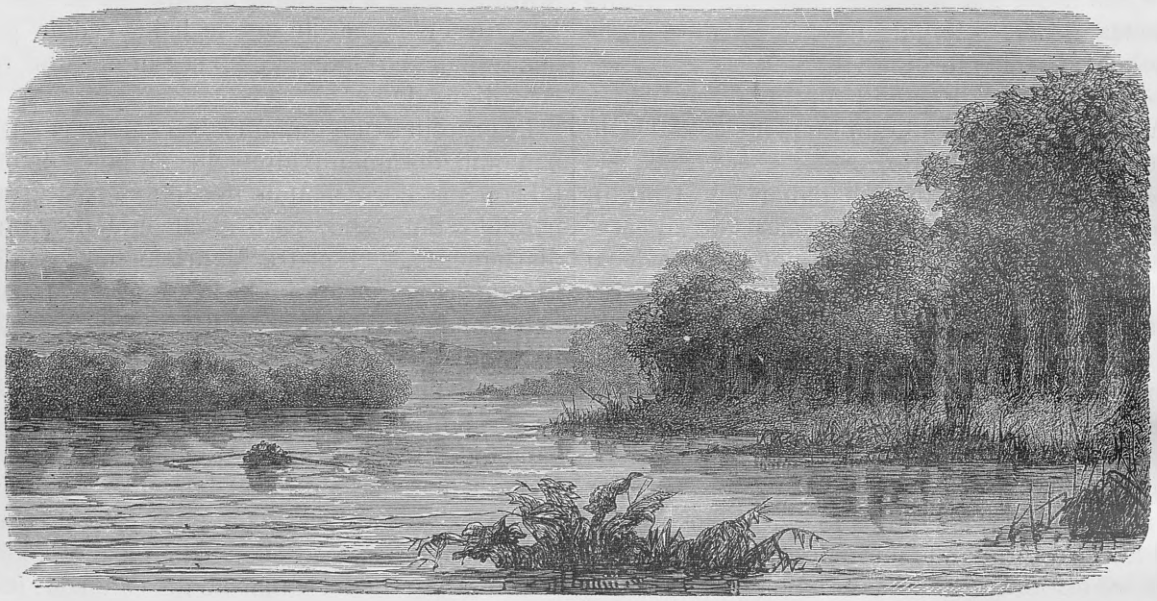
Hacia dos dias que me aquejaba un poco la fiebre; tomé quinina, y resolví pasar veinticuatro horas en mi hamaca leyendo y descansando.

Mi gente habia ido á cazar al salir el sol, bajo la direccion de Constancio; con el auxilio de mi anteojo le ví internarse en los espesos bosques de encinas y palmeras que se extienden en la orilla izquierda. Durante toda la mañana oí de contínuo las detonaciones, que me hacian estremecer en mi hamaca; y llegada la tarde no pudiendo contenerme mas, fuí á dar un paseo de dos ó tres horas por la orilla derecha, donde observé desde la goleta una espesa nube de blanco humo.

Embarquéme en nuestro pequeño esquife, con la perra Diggy, y algunos golpes de remo me bastaron para llegar á la orilla, donde deseaba

averiguar cuál era la procedencia de aquel humo.

Despues de atravesar una region pantanosa penetré en una magnífica espesura de tulipanes; estos grandes árboles, en vez de sofocar y destruir los vegetales inferiores, como sucede con los pinos y las magnolias, los protegen contra los rayos del sol; por sus anchas hojas se filtra la luz, sin quedar interceptada; sus flores, en forma de tulipanes, verdes, manchadas de amarillo, de pardo y de rojo, atraen á los insectos y las mariposas que se alimentan de sus jugos. Las aristoloquias, suspendiéndose de sus ramas, lanzan acá y allá puentes aéreos de verdura y de flores; las serpentarias parecen correr sobre sus raíces: las azaleas brillan como redes de coral; el árbol de la nieve, la magnolia parasol, cuyas hojas tienen dos piés de largo con blancas flores, grandes como platos; y las



Islas de las Magnolias

yucas, cuyo tronco agrisado parece una columna de plata cincelada, son los árboles que mas se distinguen por sus majestuosas dimensiones. Los rododendros, con sus sonrosados ramos, las preciosas campanillas de rayas rojizas, las palmeras en forma de abanicos, las mahonias, con sus frutos rojos, y los mirtos embalsamados, forman espesuras bajo la sombra protectora de los tulipanes. Miles de aves, atraidas por los frutos y los insectos, trinan dulcemente entre el follaje; es un concierto perpetuo, que semejante á un himno de alegría y de amor, elévase hácia el cielo resplandeciente.

Los naturalistas europeos, que así como Buffon y Linneo han clasificado la naturaleza sin salir de su gabinete, calumniaron involuntariamente á los países tropicales al decir, que si las aves revestian el mas brillante plumaje, sus voces eran en cambio roncas y desagradables; que gritaban y no sabian cantar como las que habitan en nuestras arboledas. Esta opinion se arraigó y repitió despues por todos los naturalistas porque procedia de los maestros en la ciencia; y además porque la confirmaban los gritos poco armoniosos de las aves exóticas llevadas á Europa. Debe tenerse presente que todas esas aves, fáciles de alimentar á bordo porque comen grano, son las únicas que consiguen recibir vivas nuestros pajareros. Si se llevara nuestros gorriones ó verderones al Brasil, seguramente se formaria una triste opinion de los cantores de nuestros bosques.

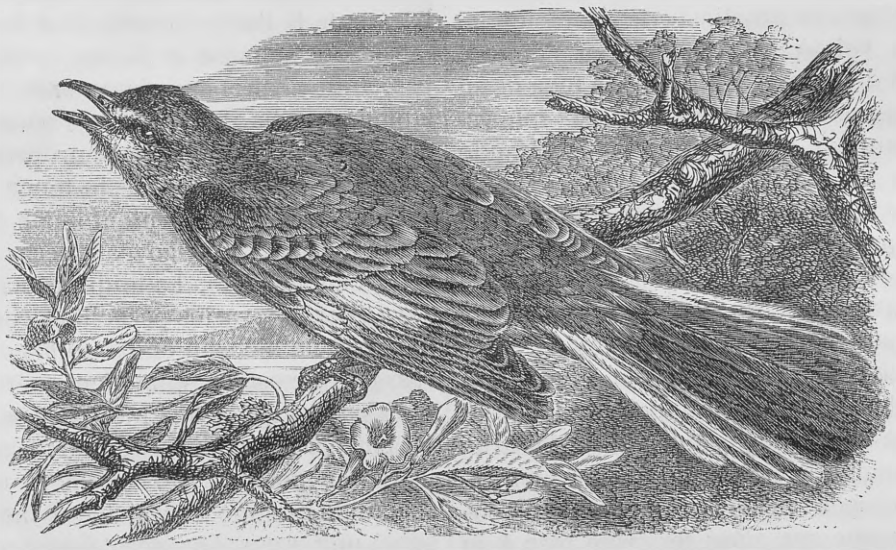
En la América tropical hay una numerosa tribu de aves afines de nuestras currucas, las cuales pueblan los tallares; y su voz es tan variada como agradable, tanto que en el país les han dado el nombre de cantoras. Entre ellas, el orfeo rojo y el pájaro burlon (véase el grabado de la pág. 189) son los reyes del canto.

El burlon, ave célebre, que se ha comparado con nuestro ruiseñor, tiene un canto compuesto de una docena de sílabas; su voz clara, sonora y armoniosa, recorre una gama muy extensa; pero lo mas notable de esta ave es su facultad de apropiar á su canto todos los rumores que oye, desde los mas singulares hasta la voz humana, que imita con singular perfeccion; combina variaciones á lo infinito; y es, en fin, un compositor

infatigable. El burlon tiene la voz mucho mas variada que el ruiseñor; es mejor comediante; pero fáltale esa suavidad expresiva, ese encanto melancólico á que debe su fama la plañidera Filomena.

El canto del orfeo rojo ofrece analogía con el del mirlo europeo; es mas completo, mas sonoro, mas melodioso; el orfeo rojo canta, pero no compone como el pájaro burlon.

Estas dos aves que por su talento musical fueron clasificadas en el género Orfeo, creado expresamente para ellas por los ornitologistas americanos, son mas grandes que nuestro ruiseñor, y de formas graciosas y prolongadas. El burlon es de color gris pardo en el dorso, y blanco en el vientre; el orfeo tiene el plumaje pardo rojizo en la parte superior del cuerpo, y de un amarillo leonado con manchas negras en el pecho y el vientre. Abundan en las selvas vírgenes del sur, en medio de los tallares de cedros y de



El pájaro burlon

mirtos, cuyos frutos comen, dando caza á los insectos alados. Estas aves anidan á seis ó siete piés del suelo, en espesuras espinosas, tales como los naranjos silvestres y el acebo erizo; sus nidos se componen de musgo y pelusa de las plantas, reunidas por las fibras parduscas de una especie de lino salvaje. Los huevos que pone la hembra del burlon tienen un color azul ceniciento con manchas pardas, y los del orfeo son de un hermoso azul claro.

Los bosques de tulipanes estaban poblados tambien de aves-gatos: cada vez que pasaba cerca de un matorral, saludábanme sus singulares gritos, que hubiera podido tomar por maullidos de pequeños gatos abandonados. Estas aves familiares, que parecen buscar la sociedad del hombre, me seguian por todas partes, dejando oir á cada momento un grito extravagante. El ave-gato es un tordo (*Tordus felivox*, Linneo) de color pardo, con una especie de capucha negra en la cabeza, y de un tinte anaranjado en la parte posterior del cuerpo. Reproduce todos los rumores que oye, sin cantar, pareciendo que habla con una voz cavernosa de ventriloco.

Cuando en el silencio de los grandes bosques se perciben esos sonidos extraños que imitan el ladrido del perro, el grito de la zorra, el roce de la serpiente de cascabel, el canto de la rana, el estornudo del hombre, el rechinamiento de los ejes de un carro y el crugido de la llave de la carabina que se arma, sorprendido el extranjero, se pone á la defensiva, sin saber que solo un ave inocente se esfuerza en reproducir esos rumores familiares á su oido. El ave-gato es muy difícil de conservar cautiva; de lo contrario, estoy seguro que los aficionados la preferirian á los loros, por su notable facultad de imitar.

Al bosque de tulipanes que acababa de cruzar seguia un bosque pantanoso lleno de liquidámbares, donde se desarrollaba un verdadero campo de helechos de una especie particular, que aun no conocia. Del tronco trepador partian unas ramas verdes y miles de briznas negras y sedosas como cabellos, é introdújeme hasta media pierna en aquella espesura de los bosques, que pisoteada por mí, exhalaba un dulce perfume de rosa. En las ramas de un liquidámbar hallé inmóvil una magnífica mariposa nocturna, el *Ata-*

co luna, cuyo cuerpo es de color de carne y las alas de un verde muy delicado, festoneadas de azul, y con manchas carmíneas y anaranjadas; pero no encontré caza alguna, y renuncié muy pronto á pasar adelante.

Al dar la vuelta á una espesura, mi perra levantó y persiguió un puerco-espin, que habia bajado á tierra para comer frutos; el animal, acosado de cerca, se arrolló en forma de bola, y Diggy, que quiso cogerle, volvió hácia mí aullando, con el hocico lleno de espinas, que se desprenden fácilmente al contacto de un cuerpo extraño. Mientras yo practicaba la operacion, el puerco-espin volvió corriendo á su agujero, abierto al pié de un añoso enebro. La fuga de su enemigo reanimó el valor de mi perra, que escapando presurosa, sitió al fugitivo, ladrando furiosamente.

Atraido por el ruido, un leñador que trabajaba en el bosque se presentó de repente á mí, y pidióme permiso para coger el animal, á lo que accedí con gusto. Algunos hachazos bastaron á mi hombre para agrandar el agujero; despues mató al puerco-espin descargándole un golpe en la cabeza, colgósele al hombro con una cuerda, y dióme las gracias, asegurándome que la carne de aquel animal era excelente, que su piel, revestida de un espeso pelaje, era muy buena como abrigo, y que sus púas servirian bien á su mujer para agujas y alfileres.

Hablé algunos minutos con aquel buen hombre, quien me dijo que era hanoveriano; que habia venido á establecerse á la Florida hacia solo un año, y que habitaba una casa construida por él á dos millas de la ensenada Negra.

Cuando íbamos á separarnos, estalló un aguacero, con esa repentina rapidez con que se declaran en los países tropicales: corrimos á refugiarnos en una cabaña que el emigrante habia construido cerca del sitio donde se ocupaba en la corta de árboles; y durante dos largas horas no cesó de caer la lluvia á torrentes, oyéndose á intervalos estrepitosos truenos.

Cuando calmó la tormenta era ya muy de noche, y me hubiera sido imposible hallar mi camino á través de los grandes bosques. El mismo emigrante me aseguró que no podria franquear los pantanos de la orilla del San Juan, pues seguramente estarian inundados; que era preciso aguardar á que las aguas se retirasen; y que por lo tanto, me ofrecia con el mayor gusto su vivienda.

Yo acepté sin vacilar.

A pesar de su conocimiento del país, mi compañero no halló sin trabajo el camino de su casa. Despues de caminar largo tiempo á través del bosque, donde las espinas nos desgarraban las piernas y el rostro, y donde cada rama nos inundaba de agua, llegamos por fin á un valle descubierto en que divisé una luz vacilante, oyendo al mismo tiempo los formidables ladridos de un enorme mastin: allí estaba la casa del colono.

Su familia se componia de su mujer, una jóven muy crecida, y tres muchachos de cinco á diez años, que dormitaban esperando la hora de cenar.

La casa estaba sin concluir; por el tejado y la chimenea, que solo era un agujero, pasaba libremente la lluvia; la rusticidad de los muebles, fabricados solo con el hacha, y las míseras ropas, indicaban bien claramente la escasez de aquella familia. Los primeros años son siempre duros para los emigrantes europeos que van á establecerse en América sin tener ahorros.

Dábame por muy contento por haber encontrado un asilo, y fuego para secar mi ropa, que estaba chorreando. La mujer asó algunos pedazos de cerdo y varios pececillos, cena suculenta, á la cual no hice sin embargo los debidos honores, porque estaba sumamente rendido.

Mi patron quiso que me acostase en su cuarto, pero prescindiendo de que no queria causar la menor molestia, percibí en él un olor nauseabundo que me molestaba. A instancias mias subió un jergon al granero, formó una almohada con un haz de paja, prestóme una manta para abrigarme; y despues de darme las buenas noches, retiróse llevándose mi ropa, incluso la camisa, á fin de secarla durante la noche. Mi perra, que me habia seguido, echóse á mis piés sobre la paja de maíz de la cual estaba lleno el granero.

Apenas hubo desaparecido la luz, sentí un escozor insoportable; pareciame que mi manta se movia al rededor de mi cuerpo desnudo, y que en mí jergon hormigueaban los piojos.

Separé la manta, retiré el jergon, y quise formar en la paja un lecho como mi perra; pero no pude dormir, porque las hojas cortantes del maíz me picaban, penetrando en la carne los tallos duros..... Además de esto, las ratas hacian un ruido insoportable en el granero; oíalas saltar, roer y disputarse; y como no me convenia que aquellos huéspedes incómodos durmiesen junto á mí, me mantuve en guardia.

De repente cesó el ruido como por encanto; despues oí á una rata proferir gritos lastimeros; y parecióme que todos los roedores escalaban las paredes para salirse al tejado. Tambien creí reconocer un ruido de mandíbulas que trituraban. Sin duda era el gato del colono que sorprendiendo á las ratas, estaba devorando á alguna.

Era tal mi cansancio, que comencé á dormitar; pero mi sueño, agradable al principio, fué de pronto muy agitado. Parecíame sentir cierta aprension, cual si fuese víctima de una pesadilla; soñé que un mónstruo se colocaba sobre mi pecho, enlazándome con sus brazos y su cola para sofocarme.....

Despertéme agitado, con la frente bañada en sudor; apliqué maquinalmente mi mano al pecho, y toqué un cuerpo frio. Entonces dí un salto y me puse en pié, profiriendo un grito.

El cuerpo frio se desarrolló, deslizóse sobre mi pecho, rastreando despues sobre mis muslos desnudos, y desapareció en la paja.

Mi perra aullaba poseida de terror: en el granero habia una serpiente, tal vez venenosa.

Precipitéme hácia la escalera que conducia á la habitacion de mis patrones, sin cuidarme de mi traje primitivo, y les desperté á voces, pidiendo luz.

El colono subió al punto con una linterna, mi camiseta de lana y mi pantalon, y echóse á reir cuando le manifesté la causa de mi temor, excusándose por no haberme advertido que su granero servia tambien de alojamiento á Katty, una culebra domesticada que le prestaba grandes servicios, ahuyentando las ratas que devastaban su grano.

Despues de rogarme que sujetase á mi perra, comenzó á silbar suavemente, poniéndose dos dedos en la boca, y un momento despues ví aparecer una gran culebra negra, de seis piés de largo por lo menos, que abriendo su gran boca rojiza, sacó su afilada lengua, mirándonos con sus ojos redondos y fosforescentes. El colono volvió á silbar de nuevo, y Katty fué á enroscarse en sus piernas y su cuerpo, rozando cariñosamente con su achatada cabeza el rostro del hombre.

Cierto que me voy acostumbrando ya á las serpientes y que no me inspiran temor; pero aun hoy mismo no puedo menos de estremecerme al pensar que aquella gran culebra, fria, como todos los animales de su especie, habia ido á enroscarse sobre mi cuerpo; debia pesar por lo menos veinte libras, y esto bastaba para que me oprimiese el pecho, impidiéndome conciliar el sueño.

Pasé el resto de la noche sentado en un banquillo, delante del hogar.

Tenia el cuerpo dolorido, y apenas rayó el dia fuí á bañarme á un pequeño estanque formado por el riachuelo á un tiro de fusil de la vivienda.

El agua era poco profunda. y tan trasparente, que me permitia distinguir en el fondo los mas pequeños objetos; de modo que pude entretenerme durante algunos instantes en contemplar las evoluciones de los peces de oro que habitaban en aquellas aguas. Nada mas bonito que este pequeño rey de las ondas: tiene la cabeza azul, el vientre de color de fuego, y el cuerpo amarillo de oro bruñido, con rayas azuladas. Este pez, que pertenece á la familia de los labros *(Labrus fulgens)*, y tiene solo algunas pulgadas de longitud, está adornado de espinas y dientes formidables, distinguiéndose por su voracidad. A corta distancia de la orilla, á la sombra de un bálsamo y entre sus raíces, elevábanse pirámides de limo que llegaban hasta la superficie del agua; y una legion de peces de oro sitiaba aquellas ciudadelas. De repente agítase el agua, y los agresores huyen, atacados por los cangrejos, que con sus pinzas abiertas salen de su fortaleza; pero retíranse luego y vuelven á ocultarse.

Esta lucha, ó mas bien este simulacro, pues los dos ejércitos procuraban no acercarse nunca mucho, fué interrumpido por mi entrada en el agua, donde me bañé sin quitarme las botas, por temor á las sanguijuelas. En el fondo recogí algunos guijarros trasparentes que me parecieron fragmentos de cuarzo; eran de un color amarillo vidrioso, con un viso azulado, y abundaban en el lecho de aquellas aguas; pero solo conservé dos muestras. A mi regreso á Paris, estos pretendidos fragmentos de cuarzo fueron reconocidos como *cimofanas*, piedras finas de cierto valor. Hubiera podido recoger un cesto de ellas y las desdeñé, no por desprecio á las riquezas, sino por ignorancia.

Refrescado y reanimado con aquel baño matinal, volví á la casa del colono. Su mujer preparaba para el almuerzo el puerco-espin cogido aquella mañana; pero aunque ya me aquejaba el hambre, repugnábame la carne de semejante animal, y pregunté á mi patron si habia caza en aquellos alrededores. Díjome que hallaria perdices, y grandes alondras de collar en su campo de maíz; y en su consecuencia comencé á limpiar mi escopeta, humedecida por la lluvia del dia anterior.

Ante mí se extendia un campo de batatas, cuyos tallos trepadores cubrian el suelo con una espesa alfombra de hojas y flores; sobre la plantacion se elevaban algunos árboles salvajes, respetados por el colono; y los melones y los cohombros, creciendo vigorosamente en aquel terreno húmedo, cálido y vírgen, lanzaban sus numerosos tallos sobre las mas altas ramas. Pregunté á mi patron porqué no habia plantado patatas de preferencia á las batatas, que era lo mas abundante allí, y contestóme que no te-

niendo suficientes brazos ni útiles, preferia aquellas plantas vigorosas, que sofocaban las yerbas parásitas impidiéndolas desarrollarse; mientras que los árboles hubieran sofocado las patatas. Añadió, que si bien la batata es demasiado dulce, nutre tanto como aquellas y se acostumbra cualquiera muy pronto á su sabor; que sus tubérculos son mas grandes, sobre todo los de una especie, que pesan hasta cuatro kilógramos (*Convolvulus batatas*, Linneo), tan célebre como planta alimenticia en los países cálidos; y por último, que produce un excelente forraje verde, el cual se puede cortar poco á poco para las vacas, sin que se resienta el desarrollo de los tubérculos.

Mi patron me acompañó á la cacería para enseñarme su propiedad: hacia un año que trabajaba mucho; su campo de maíz prometia una próxima cosecha; y cultivaba tambien el tabaco y el arroz en las orillas del riachuelo. En cuanto á los animales, primera riqueza del emigrante, y la que antes se desarrolla, comenzaban á prosperar: una vaca y una marrana preñadas son el tronco de numerosos ganados, que al cabo de algunos años viven libremente en los bosques. A fin de reconocerlos, el colono se limita á marcarlos en el anca con sus iniciales: este es su título de propiedad. Poco á poco, el emigrante, que ha llegado de la vieja Europa pobre y careciendo de todo, llega á ser un rico cultivador; sus hijos crecen, sus tierras van extendiéndose, su propiedad se constituye adquiriendo valor; y al cabo de diez años, se encuentra la comodidad y hasta el lujo, en esos establecimientos tan pobres al principio.

El pobre emigrante de las ciudades manufactureras, embrutecido, ignorante, y acostumbrado al servilismo político, se convierte en libre ciudadano de la libre América; conoce sus derechos y sus deberes, y tiene la conciencia de su dignidad personal.

¡Oh maravilloso resultado de esas cosas sanas y fuertes que llaman la tierra, el cultivo, la vida al aire libre en los bosques y en las praderas, con plena libertad, léjos de los pasaportes, de los gendarmes, de los jueces, de la policía, de la represion, de las preocupaciones y de las hipocresías sociales!

En la Florida, desgraciadamente, el clima es enemigo de los emigrantes: rara vez se escapa de las fiebres que reinan en el otoño y en la primavera. La hija y la mujer del colono estaban atacadas del mal; harto se reconocia por su flaqueza, por sus ojos hundidos y el color enfermizo de sus pómulos. Estas pobres mujeres, no teniendo recursos para comprar medicamentos, tomaban tisana hecha con la corteza del laurel sasafrás, considerado en el país como un remedio para la fiebre, y que no es sino un sudorífico impotente para combatir el mal.

Al separarme de aquella buena familia, á quien dí gracias por su cordial hospitalidad, aunque sin atreverme á ofrecer cosa alguna, por temor de resentir su amor propio, deslicé una moneda de cinco duros en la mano de uno de los muchachos. El emigrante me acompañó hasta la goleta, donde le dí algunas botellas de vino de quina para su esposa y su hija.

Mis hombres habian vuelto ya con el producto de su caza, consistente en tres corzos, muchas ratas de bosque, y algunos gallos silvestres.

Hemos recorrido veinte millas, y acabamos de anclar delante de Picota, pequeño caserío donde desemboca el camino de San Agustin, ciudad la mas importante de la Florida oriental.

Mañana estaré en San Agustin.

X

SAN AGUSTIN

Arreglos á bordo de la goleta.—Picolata.—Bosques de palmeras.—Episodios de la guerra con los Seminolas —Compañía de actores atacada por los indios.—El gato salvaje. Plano de una antigua vivienda española.—Paseo por San Agustin —La calle de la Merced.—Mezcla singular de tipos.—La iglesia del Calvario.—La tienda de la Sra. Gonzalez.—El mercado.—Frutos tropicales.—Buitres encargados de la limpieza.—Arrabal desierto —Visita al castillo de San Marcos.—Algunos detalles sobre estadística

29 *de setiembre*.—En Washington me habian dado cartas de recomendacion para el general Llorente, uno de los héroes de la guerra de la Florida, y el mas rico plantador de San Agustin. Importábame no dejar de visitarle, primeramente porque podria darme detalles preciosos para mi viaje por el interior, y además porque me habian dicho que consagraba una parte de su gran fortuna á la introduccion de los cultivos tropicales en la Florida, por lo cual encontraria muestras de todos los vegetales preciosos de Asia, de Africa y de la América del sud.

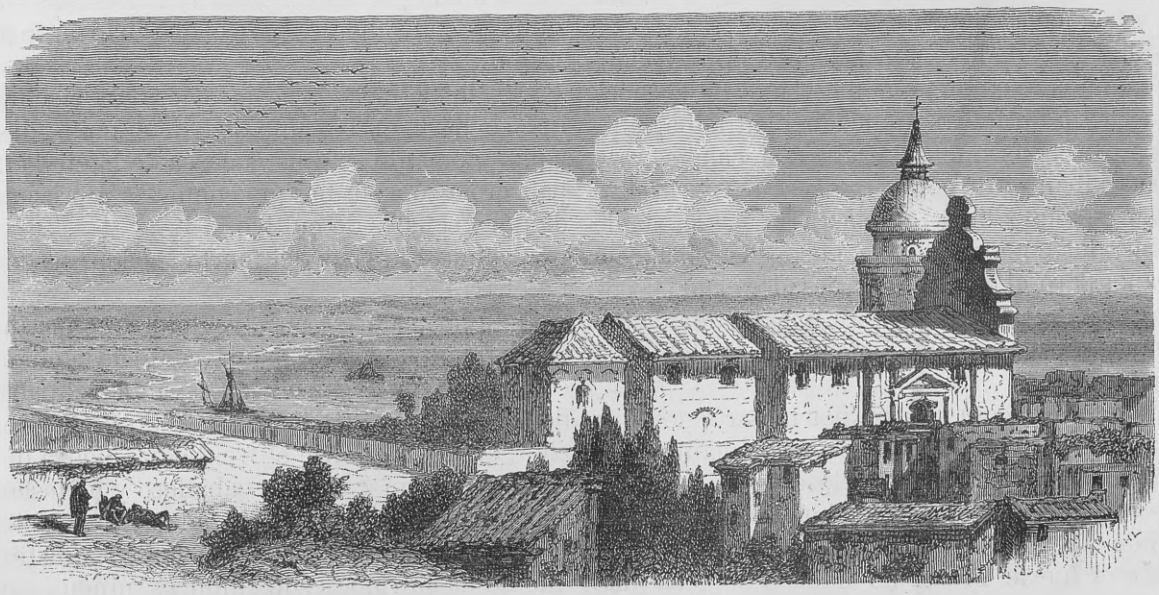
Constancio, que impulsado por su carácter aventurero, habia ido á San Agustin en el momento de la guerra, y que sirvió como voluntario á las órdenes del general, elogiábame de contínuo su carácter franco y simpático, asegurándome que me recibiria con la mayor benevolencia.

Dejé, pues, mi goleta en su anclaje delante de Picolata.

Constancio, Paddy Karr y mi negrillo Job me acompañaron á San Agustin; el indio Menawa me habia pedido permiso para ir á visitar du-

rante mi ausencia á varios de sus amigos residentes en la orilla occidental; y en su consecuencia confié la direccion suprema á mi viejo naturalista Mauricio, quien preferia coleccionar flores é insectos en aquel rico país á encerrarse en una ciudad.

La orilla oriental del San Juan, donde se eleva Picolata, está bastante poblada: allí hay un pueblo en que se han establecido un fabricante de ladrillos, un herrero y un carpintero. Entre Picolata y Tocoi, situado un poco mas allá, se ven plantaciones de añil, de algodon y de caña de azúcar, mientras que bordean las orillas del rio magníficos arrozales. Hay algunas casas en construccion, y el país comienza á poblarse desde que concluyó la guerra. Solo necesita vias de comunicacion, pues el camino entre Picolata y San Agustin, único que existe en el país, se re



Iglesia del Calvario (San Agustin)

duce á un barranco cenagoso, que profundizan cada vez mas las ruedas de las pesadas carretas que arrastran los bueyes.

En Picolata se ven aun las ruinas de un antiguo fuerte español, construido hace cien años en las fronteras de la colonia de San Agustin, limitada entonces por el rio San Juan: solo queda ya una torre cuadrada bastante alta, con muchas troneras, circuida de un muro de piedra y de un profundo foso; estas piedras, de un rojo ladrillo, proceden de las canteras de la isla Anastasia, en la bahía de San Agustin.

Desde este punto á Picolata hay unas doce millas; y yo alquilé para mi uso particular el coche que conduce á la ciudad dos veces por semana á los viajeros que llegan en los vapores del San Juan. Estos coches son una especie de diligencias ó de ómnibus de ocho asientos, tirados por dos ó cuatro caballos, y de sólida construccion, para resistir los malos caminos. En cuanto á los conductores, muy hábiles en su oficio, franquean á escape los pasos mas difíciles, sin consideracion á los viajeros, quienes deben agarrarse donde puedan para no romperse la cabeza contra las paredes del vehículo, que rebota á cada momento.

El camino contornea tierras pantanosas y arboledas, penetrando despues en un espeso y vasto bosque de encinas de diferentes esencias, y plátanos que dominan en algunos sitios las cimas majestuosas de las grandes palmistas. Abundan allí las pequeñas palmeras de sierra *(Rhapis et Corypha obliqua)*, de hojas cortantes y tallos espinosos, entre los cuales serpentean miles de bejucos y de glicinas.

Se necesitaria el hacha ó el fuego para abrirse paso á través de aquella enmarañada espesura; y sin embargo, en otro tiempo sirvió de refugio á una tribu de indios Semínolas.

Al pasar por una encrucijada, donde desemboca un camino que conducia al fuerte Fraser, Constancio me dijo que en otro tiempo fué teatro de un ataque de los mas atrevidos. Hé aquí lo que nos refirió:

«Era en mayo de 1840: los indios, batidos en varios encuentros, se habian retirado hácia el sur, y ya no se oia hablar de ellos en los alrededores.

»Un tal Forbes, director de una compañía teatral, tuvo la idea de dirigirse desde Savannah á San Agustin por el vapor del San Juan, á fin de dar en la ciudad varias representaciones. Creia

que á los habitantes les agradaba mas la ficcion que la realidad, y que los dramas diarios no les impedirian ver con gusto los de Shakespeare, que se proponia representar: así lo anunciaba al menos en los carteles que se fijaron en las esquinas de la ciudad.

»En Picolata tomó la compañía el coche; mas como no bastaba para todos, el director hubo de alquilar una gran carreta de seis bueyes á fin de conducir al mismo tiempo los bagajes, el vestuario y las decoraciones.

»El convoy de los actores llegaba al punto donde estamos, cuando de ambos lados de la espesura partió un fuego graneado contra los vehículos. El coche que avanzaba á la cabeza, y en el cual iban el director, tres actrices y los dos músicos, pudo huir, gracias á la presencia de ánimo del conductor, que puso sus caballos á escape; pero el vagon, mas pesado, cayó en poder de los acometedores: era una partida de Semínolas, al mando del famoso jefe el Gato Salvaje.

»Los indios comenzaron por matar y desollar el cráneo á los cuatro infelices comediantes que iban en el vagon, apoderándose de los bagajes, y se retiraron llevándose los bueyes, despues de prender fuego al vehículo.

»En el fuerte Fraser no habia entonces mas que unos veinte hombres de guarnicion, entre los cuales me hallaba yo: por la tarde llegaron unos cien indios, que comenzando á caracolear con sus caballos alrededor del fuerte, ejecutaron una danza guerrera, desafiándonos á salir para batirnos con ellos. Lo que mas nos llamaba la atencion eran los trajes que vestian los Semínolas. El Gato Salvaje llevaba un turbante á lo Otelo, cubriendo sus hombros una rica túnica de terciopelo oscuro; y los principales guerreros vestian trajes con brillantes lentejuelas, bandas de gasa y otros vistosos adornos; en fin, algunos de ellos se habian puesto sobre sus nerviosas piernas los pantalones de color de carne de las bailarinas.

»Mas tarde, cuando el Gato Salvaje se sometió, expresó su sentimiento por haber mandado matar á los actores, añadiendo que los tomó por grandes guerreros, juzgándoles solo por la magnificencia de sus trajes. El citado jefe se ha llevado consigo al destierro el traje de terciopelo de Otelo, y aseguraba á todos cuantos querian oirle, que no le daria por cien vacas.

»Esta primera hazaña del Gato Salvaje sembró el terror en el país; mas á pesar de los esfuerzos de los voluntarios, los indios consiguieron mantenerse durante tres meses en este bosque inextricable, de donde salian por la noche para atacar las casas aisladas. Cierto dia desaparecieron como habian venido, sin que se pudiera saber á dónde se dirigian.»

—¿Y el resto de la compañía de M. Forbes? pregunté á Constancio.

—Llegaron á San Agustin mas muertos que vivos, jurando, aunque algo tarde, que no les cogerian mas en aquel espantoso país. Hízose una suscricion para aquellos pobres diablos, y se les envió por mar á otras regiones mas tranquilas y convenientes para el ejercicio de su profesion.

Al salir del bosque se atraviesa un riachuelo que se vierte en la bahía de San Agustin: desde aquel momento se está ya cerca de la ciudad; el país arenoso y sin bosque comienza á presentar algunas señales de cultivo.

Pasando á la vista del fuerte Marion, se entra en el arrabal.

Fuí á hospedarme en City-Hotel, que me indicaron como la posada mas decente de la ciudad; es una antigua construccion española, el palacio del corregidor, primer magistrado de la poblacion; aun se ve sobre el frontis de piedra de la gran puerta un casco de caballero y un escudo esculpidos. Esta casa, edificada á fines del siglo XVI, época de la fundacion de San Agustin, y que no ha sufrido desde entonces ningun cambio, es un modelo acabado de esas curiosas moradas propias para la vida indolente de los criollos de raza española. Los cimientos son de piedra roja; el tejado muy plano, con tejas huecas y muy salientes sobre la calle, tanto para despedir léjos de las paredes las aguas pluviales, como para preservar á los inquilinos de los rayos del sol.

Los tejados de esas antiguas casas, que se tocan unos con otros en las estrechas calles de San Agustin, forman como unos pasajes, por donde el transeunte puede circular á cubierto. Pocos balcones dan á la calle, pero son monumentales; parecen pequeños salones que avanzan sobre la via pública, circuidos de una barandilla de hierro forjado con adornos; durante el dia les resguardan del sol unas grandes cortinas de brillantes colores, é interiormente se cierran con sólidos postigos apenas llega la noche.

Allí es donde las señoras se sientan por la tarde para ostentar sus gracias y adornos, donde reciben sus visitas tomando helados y dulces, y cambiando saludos y sonrisas con los amigos que pasan por la calle.

Todo el lujo arquitectónico se encuentra en aquellos balcones y en la entrada principal, en la gran puerta de honor, cuyo frontis forma un

arco y que está cubierta de grandes clavos de cobre. En la parte anterior de la casa está la sala principal, cuyo balcon da á la calle, y siguen despues las habitaciones particulares, con ventanas que caen al patio. Como no se cierran nunca estas últimas, establécense corrientes de aire; el pavimento, compuesto de ladrillos, se lava contínuamente, y está siempre húmedo. Todas esas habitaciones dan uniformemente á una vasta galería de madera que se corre interiormente al rededor de la casa, y cuyos pilares están guarnecidos de plantas trepadoras, bejucos y vainillas: en este corredor es donde se come. Las salas y las demás habitaciones están pintadas con los colores mas brillantes, entre los cuales predomina el verde esmeralda y el amarillo de oro. En el centro del patio de honor elévase una fuente flanqueada por cuatro grandes tiestos de flores; y la casa misma está contenida en un recinto ó *patio*, mas ó menos grande, circuido de altos muros. Detrás está el jardin, con árboles frutales, bosquecillos, pozos y cuadras.

La instalacion de una posada en el patio de los corregidores no ha cambiado su aspecto; los visitantes, casi todos enfermos del Norte, á quienes atrae la dulzura del clima, quedan muy satisfechos de aquel arreglo interior tan bien entendido para librarse de los fuertes calores.

Apenas llegado á San Agustin, envié á Constancio á la plantacion de San Jerónimo, distante cinco millas de la ciudad, donde reside ahora el general Llorente.

Al otro dia fuí á dar un paseo, acompañado de Paddy Karr: las calles de San Agustin, que son generalmente muy estrechas (de doce á diez y ocho piés de anchura), tienen el pavimento cóncavo en vez de convexo; de modo que los arroyos corren por el centro; las calles populosas son las únicas empedradas; en las otras se forman durante la estacion de las lluvias grandes lodazales, donde se revuelcan los cerdos y otros animales domésticos.

San Agustin, que es la mas antigua ciudad de la América del Norte, fundada en 1565, veinte años antes del primer ensayo de colonizacion de los ingleses en las Carolinas, se ha conservado tal como era bajo la dominacion española, y es interesante de visitar como reliquia de los tiempos antiguos. La enérgica raza anglo-sajona no domina todavía, ni ha tratado de cambiar las costumbres criollas.

Seguimos la calle principal, llamada, segun creo, calle de la Merced: las casas son bajas y de un piso, con un solo balcon ó ventana á la calle, adornado el primero de torrecillas y columnas, y cerrada la segunda por una reja de hierro (véase el grabado de la pág. 197).

Era un domingo: la poblacion, ostentando sus mejores trajes, iba á misa y veíase entre ella una mezcla singular de tipos pertenecientes á los puntos extremos de la civilizacion: negros que llevaban solo estrechos calzones, cazadores de los bosques, blancos ó indios, con polainas de piel de lobo y blusas ó chaquetones de gamuza, manchados de sangre y de grasa; junto á estos hombres ví plantadores con traje blanco, y caballeros del Norte vestidos de etiqueta; abundaban tambien las negras, cargadas de joyas y sortijas, luciendo orgullosamente chales de vistosos colores, pero con los piés descalzos; con ellas se mezclaban las mulatas ó las indias mestizas, cuya vestimenta se reducia á una ligera enagua de algodon, y una camisola con dos agujeros para pasar los brazos desnudos. Singular contraste formaban con estos tipos las señoras vestidas á la última moda de Paris, ó luciendo la mantilla ó el rebozo con listas amarillas ó blancas.

Hasta los niños ofrecian el mas extraño contraste: junto á los pequeños vagabundos negros ó mestizos, que se revolcaban por las calles completamente desnudos, pasaban con aire desdeñoso y recogido los hijos de los ministros presbiterianos, vestidos de negro como pequeños caballeros.

En los jardines, y sobre las casas, las tribus de loros salvajes retozaban en las copas de las grandes palmeras, balanceadas por la brisa; en el puerto, junto á las chimeneas humeantes de los vapores, veíanse canoas indias, formadas con un solo tronco de árbol, que estaban cargadas de frutas y legumbres, asemejándose á las de los naturales de la Española, que fueron al encuentro de los barcos de Colon.

Observé que aun cuando toda la poblacion estaba en la iglesia ó en el paseo, todas las puertas de las casas quedaban abiertas, lo cual prueba la probidad de los habitantes.

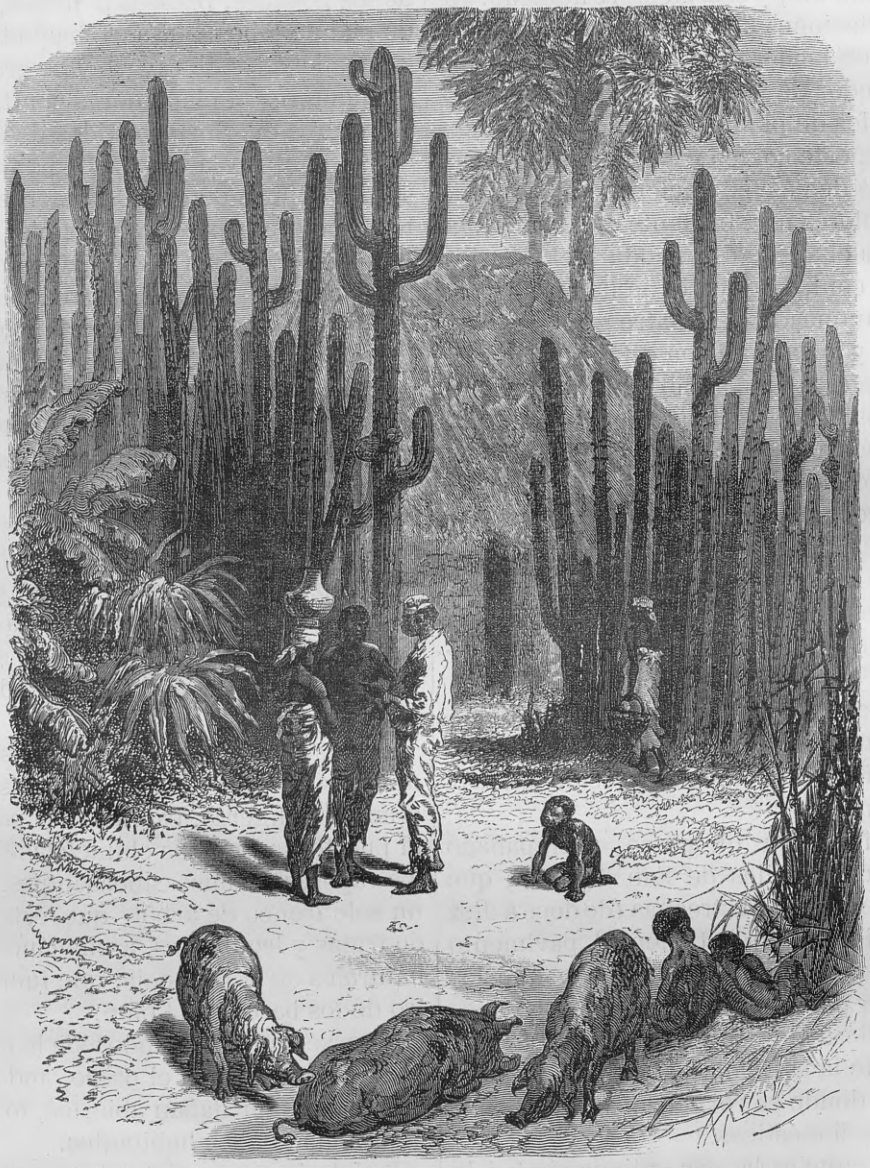
La iglesia parroquial del Calvario, en la cual entré, no tiene nada de notable exteriormente: es una construccion del siglo XVII; en el interior y rodeando el altar mayor, que es muy rico, se ve una serie de bajos relieves representando la vida de Jesucristo y de los apóstoles; tambien hay algunos cuadros colgados de las paredes, pero tan cubiertos de una costra de polvo, que no se sabe cuál es su asunto.

Paddy me condujo despues á la tienda de una de sus primas, hija de un español y de una india (cuando los indios son de la misma tribu, se tratan de primos; y como la tendera tenia san-

gre india en las venas, era por lo tanto prima de Paddy): titulábase señora Gonzalez, y tenia un completo surtido de abalorios, cuchillería, azúcar piedra, dulces secos, velas, tabacos, drogas, etc., etc.

Mientras una negra hacia el paquete con los artículos que yo acababa de comprar, fuí á charlar un poco con la dueña, que echada en una hamaca suspendida de una palmera en su jardin, dignóse incorporarse para darme la bienvenida.

La señora Gonzalez, que habia sido la mas bonita mujer de la ciudad á los quince años, y tenia entonces veinte, comenzaba á engordar, lo cual la desconsolaba: esto fué al menos lo primero que me dijo, preguntándome despues qué me parecia la ciudad y las señoras. Yo me mantuve en una reserva prudente; la tendera volvió á recostarse en su hamaca bostezando, y díjome con cierta languidez: «Aquí hay muchas culebras, caballero.» Esto era una verdad incontestable, y aquí terminó nuestra conversacion.



Una choza de negros

Entre tanto, Paddy, que me habia dejado solo con su prima, obtuvo de la negra una infinidad de artículos que pensaba revender con gran beneficio á los indios á quienes íbamos á visitar.

Al volver, pasamos por el mercado: cerca de unas grandes carretas, varias parejas de bueyes rumiaban junto á un monton de legumbres; varias mujeres vendian frutas en cestos, ó contenidas en camisas extendidas en el suelo; algunos pescadores negros llevaban peces colgados

en la punta de largas pértigas; los vendedores de volatería y los carniceros esperaban, con su cuchillo en la mano, á que los compradores les designasen las víctimas, pollos, ánades, corderos ó lechones: en este país no se puede matar de antemano, porque la carne se corrompe en una hora. Tambien habia allí cocineros al aire libre que vendian patatas fritas, habas cocidas, huevos, arroz, y bananas asadas.

Los pollos valian de diez á doce cuartos el par,



La calle de la Merced en San Agustin

y por real y medio se compraron bananas suficientes para alimentar á una familia durante toda una semana. Bien vemos que se puede vivir muy barato en San Agustin.

Nada mas hermoso que los montones de frutos tropicales, de colores y formas tan variadas: allí habia dátiles, aceitunas, ananas, guayabas, pimientos, cañas de azúcar, melones almizclados, papayas, naranjas, granadas, albérchigos, higos, marañones y peras.

Lo que mas me admiró fué el increible número de buitres que ocupaban aquel barrio de la ciudad: estas aves repugnantes, protegidas por las leyes (la muerte de un buitre se castiga con cinco duros de multa), son, como lo han dicho ya varios viajeros, los encargados de la limpieza

pública; y como todos los respetan, han llegado á ser tan familiares, que no se alejan cuando pasan los perros ó los coches. Invaden el mercado desde por la mañana, posándose en los timones de los carros, en las banastas, en los puestos y hasta en los sitios de los vendedores, quienes les arrojan las entrañas de los volátiles y de los peces, juntamente con los restos de carne y otros desperdicios.

Mi perra Diggy, que es algo loca y muy cazadora, corre y ladra sin cesar á esos ciudadanos emplumados de San Agustin, los cuales se han reunido ya varias veces contra ella, y le habrian jugado una mala pasada á no ser por mi intervencion. Acabará por tener un disgusto, debido á su inconsecuencia con los buitres, los caimanes y las serpientes.

Trabé conversacion con una jóven vendedora que parecia estar en muy buena inteligencia con una docena de aquellas repugnantes aves; y permitióme sacar su retrato y el de sus compañeros.

La poblacion de San Agustin está concentrada en cinco ó seis calles contiguas al puerto; en el arrabal no se encuentran sino casas abandonadas en estado ruinoso, algunas cabañas de negros cubiertas de hojas de palmeras, y calles llenas de lodo, donde se revuelcan los negrillos desnudos, los cerdos y los perros.

No léjos del castillo llamó mi atencion una cabaña que tenia por recinto una cerca de cirios de grandes flores, de una altura y vigor extraordinarios; algunos de estos magníficos cactus se elevaban á veinte piés de altura; y el recinto me pareció el mejor de todos, porque es impenetrable y no esteriliza la tierra tanto como los naranjos.

El castillo Marion, ó de San Marcos, es una fortaleza española de mediados del siglo XVII: en ella se ven fosos, dos torres grandes, varias torrecillas, una media luna y bastiones al estilo de la época; tambien se conservan morteros y cañones abandonados por los españoles cuando se efectuó la cesion á los Estados Unidos á principios de este siglo: una de estas piezas tiene inscrita la fecha de 1735.

Al volver á la hospedería encontré al general Llorente, que habia ido á buscarme, y que á toda costa quiso conducirme á su residencia de San Jerónimo. La hospitalidad criolla es proverbial por su envidiable franqueza, y acepté sin hacerme rogar.

Antes de salir de San Agustin creo oportuno completar mi descripcion con algunos detalles estadísticos.

La ciudad, situada á los 29° de latitud y 81° de longitud, se eleva en la extremidad de una isla, á la entrada de un puerto espacioso, cómodo y seguro, á dos millas del mar. Este puerto seria uno de los mejores del litoral, si no obstruyese la entrada á los buques que quieren penetrar una barra poderosa, formada continuamente por los remolinos del golfo de Méjico (corriente del Golfo), dejando solo diez piés de agua en la alta marea. El terreno, plano y arenoso, se eleva solo algunos piés sobre el nivel del Océano; el clima es muy benigno, no habiendo bajado nunca el termómetro mas de cuatro grados sobre cero; el calor del sol se templa con las frescas brisas del mar, que reinan por la mañana y la tarde; y así es que los médicos de los Estados Unidos suelen enviar á sus enfermos tísicos á residir á San Agustin.

Cuéntase en esta ciudad una poblacion de dos mil almas; quinientas casas, muchas de ellas ruinosas; una iglesia católica; tres templos protestantes; un diario; una oficina para la venta de terrenos; una fábrica de aserrar; un destilatorio de trementina; y una fábrica de cigarros. En San Agustin reside un tribunal de justicia, uno de los seis del Estado de Florida.

Esta ciudad es cabeza de distrito del condado de San Juan, uno de los mas grandes (990 millas cuadradas) y mas desiertos del Estado: la poblacion total, comprendida la de San Agustin, se reduce á dos mil quinientas almas, contándose mil esclavos.

Sus exportaciones se componen de melazas, cereales (maíz), algodones, añil, resinas, maderas de construccion, y sobre todo frutas, que los barcos llevan á los mercados del Norte. De San Agustin se exporta tambien á Cuba pescado y sal.

La decadencia de San Agustin, su inmovilidad y la falta de todo progreso, debida en parte á la pereza de la raza que la fundó, y esto en una tierra admirablemente fecunda, con uno de los mas deliciosos climas del universo, asombran al extranjero que viaja por los Estados Unidos, por el contraste que ofrece con los demás centros de la república, los cuales respiran vida, juventud y febril actividad. La obstruccion del puerto y el aislamiento de la ciudad junto á magníficas tierras deshabitadas, juntamente con la inercia de los habitantes, han contribuido á este triste resultado.

Esperando á que la raza anglo-sajona comunique el impulso á la Florida oriental, los criollos de San Agustin viven felices, y con poco gasto, de su comercio de frutas y de la plata que dejan los enfermos, atraidos por un delicioso clima.

XI

LA GUERRA DE FLORIDA

Topografía.—Descubrimiento de la América septentrional por Ponce de Leon.—Expediciones de Vazquez de Aillon, de Narvaez y de Fernando de Soto.—Fundacion de San Agustin.—Cesion de la Florida á los Estados-Unidos.—Decreto de expulsion de los indios Seminolas.—El jefe de guerra Osceola.—Triunfo de los indios.—Osceola y Micanopy prisioneros.

La Florida forma una península que, separada del continente de la América del Norte, avanza al sur por el mar de las Antillas, y toca en las islas de Bahama, primeras tierras visitadas por Colon.

Sus latitudes extremas están á los 31' y 24' 30"; sus longitudes á los 82' 15" y 87' 40"

La península de Florida tiene trescientas cuarenta y cinco millas de anchura por trescientas ochenta de longitud.

El norte y el centro se componen de inmensas extensiones cubiertas de bosque; al noroeste se ven algunas cadenas de colinas que no pasan de cien metros de altitud; el sur no es mas que un pantano, inundado tan pronto por los desbordamientos del Océano, como por las lluvias del invierno que no tienen salida; allí se confunden las aguas dulces y las saladas, formando lagos salobres y corrientes. Estas tristes y sombrías soledades, cubiertas de cipreses y pinos estériles, llenas de aguas negras y estancadas, ceñidas por blancas arenas, estos antros misteriosos, guarida de salvajes desesperados, cuna de la fiebre, y horrible laboratorio de la muerte, están llenas de islas de indecible belleza. En ellas hay una vegetacion espléndida, flores de suave perfume, aves de brillantes colores, que respiran el aire infecto y revolotean entre los millares de reptiles que se arrastran en el seno de estos limos.

De los treinta y ocho millones de acres que contiene la península de Florida, solo trescientos cincuenta mil están cultivados, ó en via de serlo: la poblacion consta de unas cincuenta mil almas; aquello es un vasto desierto, cuyos colonos han llegado hasta aquí, huyendo de las mortales fiebres y de los habitantes salvajes.

La historia de este país es corta y dramática.

Corria el año de 1512, unos veinte despues del descubrimiento de América y la ocupacion de Santo Domingo por los españoles: Ponce de Leon, el *Adelantado* de Puerto Rico, visitaba en una barca el grupo septentrional de las islas de los Caribes; el anciano hidalgo, gastado por las aventuras y por los disgustos políticos, iba en busca del agua de Juvencio, que debia devolverle su lozana juventud, pues habíanle dicho que el maravilloso manantial corria en una de aquellas islas hácia el norte. El crédulo español navegó en aquella direccion, abordando la costa de una gran tierra que llamó la Florida, á causa de la admirable belleza de las flores que crecen en las orillas: preguntó á los naturales por el agua de Juvencio y le mandaron al interior.

Buscando el agua maravillosa, Ponce de Leon descubrió el continente de la América del Norte.

Algunos años despues, un marino español, arrojado por la tempestad á la costa atlántica de la Florida, traficó con los naturales objetos de oro y plata, para llevarlos á Santo Domingo.

No se necesitó tanto para despertar la codicia de los insaciables conquistadores de las Américas: Vazquez de Aillon obtuvo el título de adelantado de la Florida, y fué á desembarcar en las costas de la Carolina del norte con tres galeras; pero como maltratase á los indios Euches, estos mataron una parte de su tripulacion, obligándole á reembarcarse (1515).

Los españoles acababan de conquistar con un puñado de hombres Méjico y el Perú, y pudieron dominar sin resistencia á esos pueblos indolentes, pacíficos y humillados por un gobierno despótico; pero no sucedió lo mismo con los Pieles Rojas, atletas del continente septentrional. Estos no tenian ciudades, ni acueductos, ni palacios, ni emperadores, ni minas de oro, ni caminos; pero sí senderos de guerra, valor, brios y amor á la libertad.

Las expediciones de Ponce de Leon y de Vazquez Aillon fueron suficientes para que considerasen á los españoles como piratas.

Y hé aquí porqué en 1517, cuando Narvaez, uno de los conquistadores de Méjico, fué á desembarcar con seiscientos aventureros en la bahía de Tampa (Florida oriental), fué recibido á lanzadas y á flechazos. Los Creeks y los Chickasaws, enemigos entonces, se reunieron contra los españoles, y cuando estos hubieron perdido su flota, dispersada por un huracan, exterminárónlos uno á uno en incesantes combates.

Un oficial y tres soldados fueron los únicos que consiguieron escapar de la muerte; y despues de estar ocho años prisioneros de los indios, regresaron á Méjico por tierra. Aquel oficial, llamado Vaca, fué el primer historiador de la América del norte.

La derrota de Narvaez animó á los españoles en vez de abatirlos: los relatos maravillosos de Vaca en la corte de España indujeron á organizar una segunda expedicion, cuyo mando se confió á Fernando de Soto, uno de los compañeros de Pizarro; constaba de mil cien infantes, dos-

cientos caballos, unos veinte sacerdotes y una flotilla de doce naves. Abordando á la bahía de Tampa en 1529, tomó posesion de la Florida en nombre del rey de España; pero aquella tropa formidable, la mas numerosa que se habia visto en el continente de las dos Américas, se debilitó poco á poco por la guerra y las enfermedades.

Impulsado por la sed del oro, Soto se aventuró en el centro del continente, recorrió, batallando y negociando, las Floridas, Georgia, las Carolinas, Alabama, Tennessee, Misuri y Arkansas, y murió de la fiebre en este último punto. Los doscientos hombres que sobrevivieron de la expedicion, sin jefe y careciendo de todo, pudie-



Osceola, jefe de los Semínolas

ron embarcarse en el Mississipí y llegar á Santo Domingo, despues de recorrer un trayecto de mil quinientas leguas en medio de países desconocidos y poblaciones hostiles.

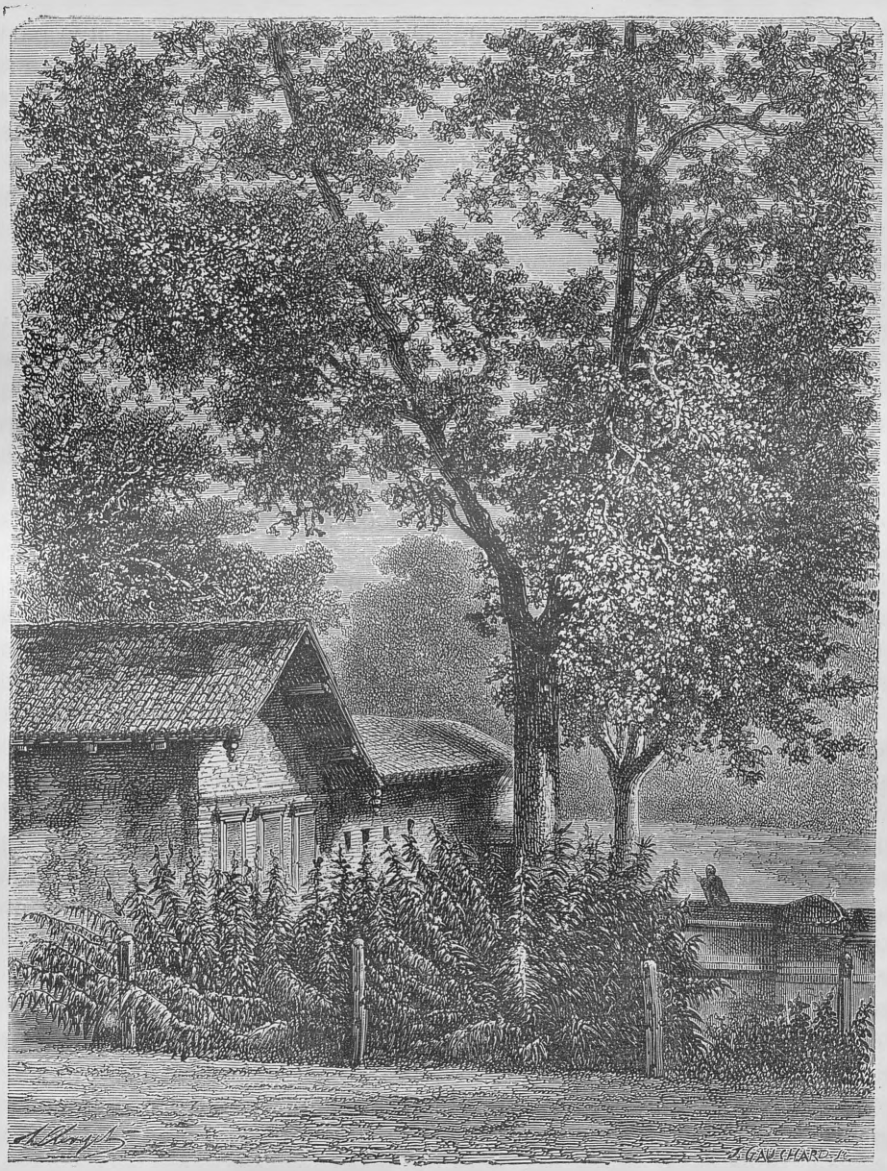
En 1565 fué cuando los españoles, cansados de buscar metales preciosos, pensaron al fin establecerse en la Florida. Mendez de Avila fundó San Agustin aquel mismo año, y trató con los indios, quienes cedieron á los españoles las tierras de la costa oriental hasta el San Juan.

Sin embargo, los ingleses se habian establecido en Virginia, en las Carolinas y Massachussetts; los franceses en el Canadá y las Luisianas, y la colonia española sufrió de rechazo los efectos de las guerras europeas, de que se resentian los mas lejanos países. San Agustin fué incendiado por el almirante Drake en 1586, tomado por los filibusteros en 1665, sitiado por los ingleses en 1702, cedido á la Gran Bretaña en 1763, reconquistado por los españoles en 1781, quienes fueron tranquilos poseedores hasta 1821, época en que vendieron la Florida á los Estados-Unidos.

Bajo el dominio español, la Florida servia de refugio á los indios expulsados de la Union, á los

negros fugitivos y á los desertores y criminales de raza blanca. De la mezcla de estos refugiados con la poblacion primitiva, que parece haber sido de sangre caribe (los Jemasis), formáronse las diversas tribus conocidas con el nombre de Semínolas, que en lengua india significa *desterrados*, porque habian abandonado su país.

Atrincherados en los bosques impenetrables de la Florida, los Semínolas se lanzaban desde allí contra los establecimientos americanos de



Casa de un colono cerca de San Agustin

Georgia y Alabama, apoderábanse de los esclavos y ganados, y dispersaban á los colonos. Hé aquí porqué el primer acto del Congreso americano fué decretar la expulsion en masa de los Semínolas.

Primeramente fué necesario concluir la guerra con los Creeks; una vez terminada, y cuando se hubo trasladado por fuerza á veinticinco mil indios á los desiertos del oeste, púsose en ejecucion el decreto contra los Semínolas. Estos infelices, comprendiendo que no tenian fuerza para resistir, consintieron por lo pronto en retirarse al interior, á los pantanos y desiertos, cediendo sus mejores tierras á los blancos; pero esto no bastaba.

En 1832, el gobernador reunió á los principales jefes en Paynes Landing sobre el rio Oklawa, y les declaró que debian emigrar al oeste del Mississipí, cerca de los Creeks, para cuyo convenio les concedia el gobierno tres años de plazo. En recompensa de la sumision, cada jefe de familia recibiria una suma de mil seiscientos duros, una manta y un traje.

Trascurrieron tres años en negociaciones y

preparativos: hácia el otoño de 1835, reunióse un consejo general de la nacion semínola en el centro de la península, y condenó á muerte á los traidores que aceptaran las proposiciones de los blancos.

Era una declaracion de guerra.

Un jóven jefe, Powell, se distinguió en el consejo por su elocuencia y su vehemente encono: era de sangre mezclada; su abuelo, escocés de nacimiento, se habia casado con una india; y su madre se desposó en segundas nupcias con un blanco, llamado Powell, cuyo nombre llevaba el jóven semínola.

Entusiasmados por sus discursos, los guerreros eligieron jefe á Powell, dándole el nombre de *Osceola*, que significa cascada de elocuencia: *osce* es el nombre de la bebida que se da antes del consejo á los oradores, bebida que inflama el cerebro; *ola* quiere decir cascada.

Osceola fué el héroe de la guerra de la Florida.

Seis jefes, acompañados de cuatrocientos guerreros, fueron los únicos que faltaron, yendo á refugiarse bajo los cañones del fuerte de Brooke: pero Osceola quedó á la cabeza de dos mil hombres determinados.

Hasta entonces no habia habido ninguna agresion.

En 25 de diciembre de 1835, un cuerpo de tropa regular, compuesto de ocho oficiales, cincuenta artilleros y otros tantos soldados de línea, al mando del mayor Dade, se puso en marcha con seis piezas de artillería, para dirigirse desde el fuerte Brooke al de King, situado en el centro del país indio. En la mañana del 28, cuando la vanguardia se disponia á cruzar el rio Ouithlecochee, aventurándose en una espesura de yerbas de seis piés de elevacion, rodeada de palmeras, fué recibida con un nutrido fuego á boca de jarro. El mayor Dade quedó muerto á la primera descarga; y sorprendidos los soldados por aquel imprevisto ataque, quisieron rehacerse para atacar á la bayoneta; pero fusilados por enemigos invisibles, hubieron de emprender la retirada en el acto. La artillería, tomando posicion, comenzó á disparar con metralla; mas los indios, tendidos en tierra, contestaban con sus carabinas, matando á los hombres que servian las piezas. El campamento estaba cercado, vigilándole por el lado opuesto un centenar de indios á caballo.

La resistencia duró una parte del dia, pero los americanos, mal protegidos con sus empalizadas, caian uno á uno, y agotábanse sus municiones. De repente, los Semínolas se precipitan al asalto, profiriendo alaridos tan terribles, que no se oia ya el tiroteo; escalan los atrincheramientos, y trábase una espantosa lucha cuerpo á cuerpo, lucha que no fué larga, pues los americanos, agobiados por el número, quedaron todos muertos, ó gravemente heridos.

Cuando tocaron retirada los guerreros indios, satisfechos de su victoria, una partida de merodeadores negros, que les seguian de cerca, remató á todos los blancos que aun daban señales de vida; solo tres soldados escaparon de aquella horrible matanza.

En la tarde del mismo dia, cuando se esperaba en el fuerte King la llegada del destacamento de Dade, el general Thompson, agente en jefe de los negocios indios, fué á comer con algunos oficiales, segun costumbre, al depósito de M. Rogers, situado á unos doscientos metros del fuerte. En el momento en que el general y sus convidados se sentaban á la mesa, disparáronles por la ventana y por la puerta abierta treinta tiros de carabina, y una partida de indios se precipitó sobre ellos con salvaje furor: los que no quedaron muertos en el acto saltaron por la ventana, cinco pudieron ganar el fuerte, y los otros fueron asesinados en la espesura. La cocinera, oculta en un caramanchon, pudo salvar su vida; pero el general Thompson murió con cuatro oficiales.

Osceola, que mandaba aquella partida, y que habia jurado vengarse del general, porque le aprisionó injustamente, desolló el cadáver por su propia mano. Aquel drama sangriento ocurrió al alcance de los cañones de un fuerte defendido por cien hombres, sin que fuese posible prestar socorro á las víctimas.

Al mismo tiempo, en la Florida oriental y en los establecimientos situados al rededor del lago Jorge, los Semínolas derrotaron en varios encuentros á los americanos.

Un batallon de tropas de línea y dos regimientos de voluntarios á caballo, que avanzaban por el interior, para socorrer á las tropas sitiadas en el fuerte King, fueron atacados al pasar el rio Ouithlecochee: la accion duró tres horas; diéronse otras tantas cargas contra los indios atrincherados en los pantanos; la victoria quedó indecisa, y los indios desaparecieron; pero los blancos hubieron de repasar el rio, renunciando á pasar adelante. Mas de la tercera parte de los combatientes quedaron heridos: Osceola mandaba los Semínolas; cubierta la cabeza con un turbante adornado con tres largas plumas blancas, y luciendo una faja de seda de color escarlata, hallábase siempre en lo mas fuerte de la refriega; apostado detrás de un árbol, hacia rodar por tierra un blanco á cada tiro de su carabina; y

como disparaban en cambio contra él, el árbol quedó acribillado á balazos, hasta que la metralla le destrozó completamente.

En 1836, antes de que se sublevase la opinion pública, el gobierno de Washington nombró al general Gaines comandante en jefe del ejército de la Florida, que fué reorganizado y aumentado considerablemente. Gaines desembarcó en la bahía de Tampa con tres vapores de guerra, dos mil hombres de tropas y voluntarios, y marchó al punto hácia el fuerte King, del cual no se tenian noticias: ya era tiempo de que los socorros llegasen, pues la guarnicion, diezmada por el fuego y las enfermedades, hallábase á punto de sucumbir.

Sin embargo, la expedicion del general Gaines fracasó: despues de una lucha incesante de diez dias en medio de los impenetrables pantanos del Ouithlecochee, careciendo de víveres y municiones, el general, que tenia el labio inferior atravesado de un balazo, y tres dientes rotos, hizo una especie de tregua con Osceola, retiróse á los fuertes de la costa, y resignó el mando en manos del general Scott.

No continuaré estos relatos de combates y expediciones, que se asemejan todos; solamente diré que los intrépidos enemigos Semínolas se agotaban por sus mismos triunfos, y que no podian reemplazar á sus guerreros muertos; mientras que de todos los Estados de la Union afluian voluntarios para engrosar el ejército americano.

En enero de 1834 se contaban en la Florida diez mil hombres de tropas americanàs además de los voluntarios, los marinos y dos mil indios aliados, Creeks, Delawares y Shovannies.

En el mes de octubre, Osceola envió un mensaje al fuerte Peyton, solicitando tratar, y confiado en la palabra del general Jessup, fué á establecer su campamento bajo el fuerte con un centenar de guerreros. Llegada la noche, y cuando todos dormian, los dragones americanos les rodearon por sorpresa, é hicieron 75 prisioneros, entre los cuales se contaron Osceola, Micanopy y otros ocho jefes principales.

Micanopy, el *mico* ó rey de los Semínolas, y Osceola, su gran jefe de guerra, fueron enviados á un fuerte de Charleston como prisioneros de guerra; y á los demás jefes se les condujo al oeste, juntamente con dos mil cuatrocientos Semínolas. Apenas llegaron la mitad de estos infelices á los territorios del Arkansas, que les habian sido designados.

Osceola y Micanopy sobrellevaron durante algunos años una existencia envenenada por el despecho y el dolor, muriendo al fin uno y otro en su misma prision.

La tribu de los Miamis, atrincherada en el extremo sur, era la única que se conservaba entera.

Favorecidos por la superioridad del número, y aleccionados por los desastres anteriores, los americanos penetraron hasta el lago Okee-cho-bee, construyeron fuertes detrás de sí, apoderáronse de las mujeres y de los niños, y exterminaron los animales, destruyendo las cosechas. Dos derrotas sangrientas les contuvieron, los combates del Okee-cho-bee y del fuerte Júpiter; y por otra parte, como á medida que se avanzaba por el sur se sentia mas la influencia de las fiebres, el ejército se diezmaba rápidamente.

El general Jessup tuvo una entrevista con los indios, los cuales pedian solo que se les dejara vivir en paz, y escribió al ministro de la Guerra, diciéndole que lo mejor que podia hacerse era ceder á los Semínolas el sur de la península, donde *nadie mas que ellos podria vivir*.

El ministro autorizó al general para hacer una tregua con los indios durante la estacion de las fiebres, hasta que el invierno permitiera continuar ventajosamente las operaciones; pero insistió en la ejecucion del tratado, declarando que no debia quedar un semínola en la Florida.

El general Jessup negociaba cerca del fuerte Júpiter con los principales jefes de los Miamis, cuando llegó un bergantin de guerra con órdenes secretas y formales del gabinete de Washington. El coronel Twiggs, sin dar cuenta de nada al general, mandó cercar durante la noche á los indios, les hizo mil doscientos prisioneros, de los cuales trescientos eran guerreros.

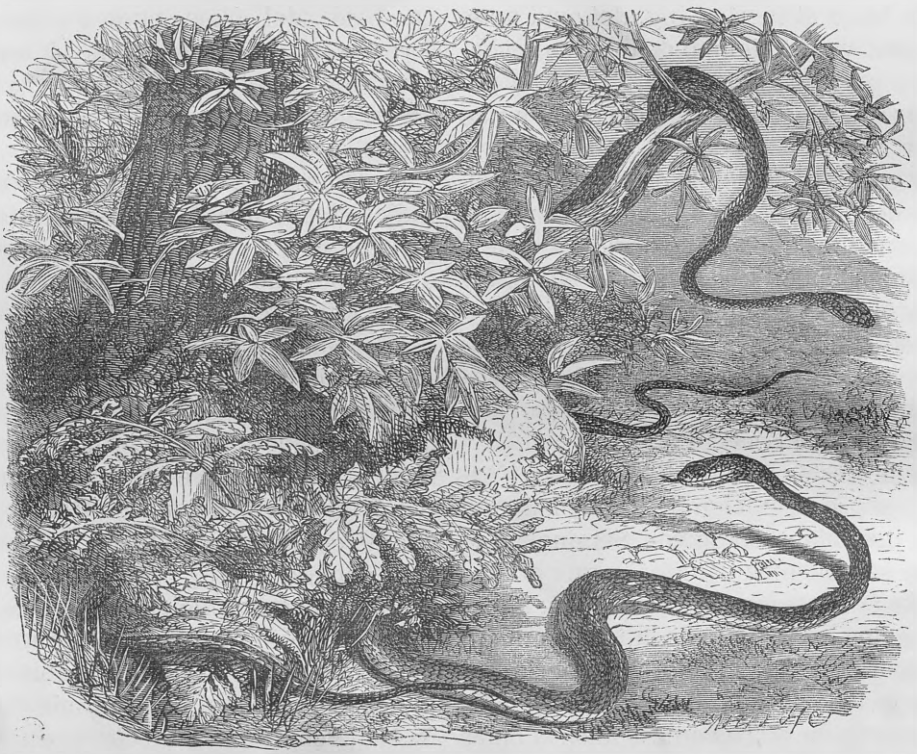
Enojado por aquella traicion no autorizada por él, Jessup presentó su dimision en abril de 1838.

Desesperados los indios por aquella traicion, el hambre y la miseria, y perseguidos sin tregua, diseminároнse como lobos por toda la Florida, asesinando en la sombra á cuantos podian sorprender, mujeres, ancianos y niños, y hasta los náufragos que la tempestad arrojaba á la costa. Las ciudades mas importantes, Jacksonville, San Agustin, Talhassee y San Marcos, á cuyas puertas se asesinaba á los colonos, incendiando sus casas (1840), ofrecieron mil pesetas por cada cabeza de indio, concertándose para hacer venir de Cuba un gran número de sabuesos adiestrados en la caza de negros. Aquellos perros debian guiar á los soldados á las misteriosas guaridas de los Semínolas. Estas horribles expediciones, estas cacerías al hombre, vituperadas por los filántropos del Norte, no bastaron aun, y fué preciso que el general Macomb, sucesor

de Taylor, permitiese á los restos de las desgraciadas tribus indias residir en el sur, en un territorio que les asignó, hasta que, segun decian los convenios, estuviesen bien seguros de la feliz situacion de sus compatriotas trasportados al oeste.

Gracias á este compromiso, el país está tranquilo en el norte y en el centro desde 1845. Algunas partidas de negros cimarrones y de indios no sometidos, mandados por el jefe Chittí-Jolo, el *Lobo rabioso*, son perseguidas por las tropas de los numerosos fuertes que rodean aquellas regiones inaccesibles.

Cuando el último semínola haya abandonado su patria, el sur de la Florida no tendrá mas habitantes que las fieras y los reptiles, pues ningun blanco podrá soportar aquel clima mortífero. Se necesitarian miles y miles de brazos para



La serpiente-látigo

sanear, suponiendo que esto sea posible, aquellos inmensos pantanos foco de las fiebres.

Tal es el feliz resultado que habrá conseguido el gobierno americano con una guerra injusta y cruel que dura hace veinte años, que le ha costado ciento cincuenta millones de duros, y la vida de quince mil hombres, muertos por el fuego ó por las enfermedades.

XII

LA PLANTACION DE SAN JERÓNIMO

El general Llorente.—Viaje en compañía de una serpiente. La avenida de San Jerónimo.—La señorita Inesilla.—Un cocinero ladron.—Comida de criollo.—Un criado singular.—Habitacion y patio de honor.—Los manantiales. —Fábrica de aserrar y molino hidráulico —El campamento de negros.—Las abejas meliponitas —El gusano de Guinea.—El macho cabrío fenómeno.—Lagartos venenosos.

30 *de setiembre*.—El general Llorente es hombre de unos sesenta años, de pelo gris, escasa estatura, enjuto, muy vivaz, y moreno, verdadero tipo del criollo español. Originario de Guatemala, ha venido á establecerse en San Agustin hace treinta años. Ahora es ciudadano de América, y muéstrase orgulloso de ello.

Mi patron habia tenido cuidado de facilitarme un buen caballo, expresamente para mí, con grandes estribos adornados de plata, y una silla bordada en filigrana: este arnés al estilo mejicano desdecia un poco de mi traje; pero fuí sensible á la atencion, y dí por ella las mas expresivas gracias.

Nuestra cabalgata, compuesta de Constancio, dos negros de San Jerónimo, y Job, atravesó la calle de la Merced, y aventuróse en el arrabal del Norte. El general es muy querido en San Agustin; de todas las ventanas, desde todas las puertas le dirigian saludos y amistosas palabras. Yo no tardé en estar en buena inteligencia con él: las costumbres españolas son francas y agradan al extranjero; Llorente me hablaba con el abandono de un antiguo amigo; y así es que muy pron-

to se estableció la intimidad. «Mi pobre casa, me decia el general, así como mi persona, están á vuestra disposicion.» La pobre casa, era sin embargo, la mas hermosa del país.

El camino que conduce á San Jerónimo, situado á cinco millas al norte de San Agustin, sigue, no léjos del Océano, un barranco lleno de arena movediza y bordeado en una parte por un inmenso pinar. Hacia un calor sofocante: nuestros pequeños caballos, muy vivaces, y dignos de su orígen andaluz, tomaron al principio ese paso intermedio entre el trote y el galope, tan



Antonio el chimpancé

cómodo para los jinetes; pero las arenas en las que se hundieron despues hasta las rodillas, obligáronles á caminar lentamente. En semejante caso, y para evitarles las insolaciones, tan frecuentes en el país, reanimándoles al mismo tiempo, el jinete coge una esponja atada al cuello del caballo, y le humedece el occipucio y las fosas nasales: esto es lo que hizo el general, y yo me apresuré á imitarle.

En medio del bosque vimos una serpiente-látigo que dormia al sol en el camino, y que comenzó á seguirnos, segun lo acostumbra este singular reptil, que parece complacerse con la sociedad de los caballos á galope; pero el reptil, saltando desordenadamente, apoyábase en su cola, y se lanzaba á la altura del pecho de los caballos. Veíamos brillar al sol sus escamas verdes y doradas, y silbaba con tanta fuerza, que se le oia á pesar del ruido de los cascabeles. Los caballos comenzaban á relinchar, desviándose á un lado para que no les alcanzase aquel vecino incómodo; pero de un fuerte latigazo, un negro

rompió al reptil la espina dorsal. Como yo deseaba conservar la serpiente, mandé á Job que la recogiera; media cinco piés de largo, constituyendo la cola una mitad del cuerpo, que es delgado; la cabeza era grande y achatada, y los ojos de gran tamaño. La serpiente-látigo es de un color verde bronceado, con manchas amarillas y parduscas *[Herpetodryas flagelliformis]*; se la considera equivocadamente en el país como venenosa, pues yo no he descubierto en ella colmillos, ni dientes perforados, ni glándulas de ponzoña.

Al bosque sigue un valle donde se cultivan algodoneros, abundando la caña de azúcar y los cafetales; el camino está mejor conservado, y á lo léjos se ven las ondulaciones del rio del Norte.

Muy pronto penetramos en las sierras de San Jerónimo, internándonos por una avenida bordeada de una doble línea de magníficos limoneros, y cerrada por una barrera de madera, que nos abre un negro. En el fondo, sobre una colina, se ve un vasto conjunto de construcciones modernas, agrupadas en cuadriláteros: es la casa del general.

Nos apeamos delante de un pórtico adornado con grandes tiestos; el general me hizo entrar en su salon, donde me presentó con breves palabras á la señorita Inés Llorente, su hija; y excusándose con una ocupacion imprevista, alejóse de nosotros.

La señorita, medio recostada en una hamaca, sobre la cual agitaba una jóven negra un abanico de plumas de cotorra, se incorporó perezosamente, saludóme con una inclinacion de cabeza y me presentó su pequeña mano dándome la bienvenida. Es de advertir que el salon estaba rica y copiosamente amueblado con sillas, butacas y sofás; pero la hamaca es el sitio de honor para las damas, que se tienden en ella todo el dia; los demás muebles no sirven sino de adorno.

Despues de haber cumplido con los deberes hospitalarios, mandando que me sirvieran frutas y bebidas heladas, y cuando hubo excusado á su padre por su brusca salida, que tuvo por objeto poner término á una pendencia de los esclavos, doña Inesilla, agobiada por tantos esfuerzos, se dejó caer en su hamaca.

¡Hermosa mujer era doña Inesilla! Hija de español y de escocesa, habia conservado el tipo de las dos razas en lo que tienen de mas perfecto: sus cabellos, de un rubio dorado, y su blanquísimo cútis, formaban singular contraste con sus rasgados ojos negros, sombreados por sedosas pestañas. Así como las anglo-sajonas, era delgada, alta, de aspecto distinguido, de talle esbelto y gracioso; tenia los piés y las manos diminutos, y esa provocativa languidez de la criolla. Pero no hay que fiarse de esa aparente pereza y dejadez, pues educada en los mejores colegios de Baltimore, la encantadora jóven habla cuatro idiomas, es muy instruida, y gobierna enérgicamente su casa y sus criados.

Tuve una prueba de ello al volver á su lado, despues de ir á inspeccionar la habitacion destinada para mí.

Tratábase de unas cucharillas de plata que habian desaparecido.

Dick el cocinero, acusado del robo, entró en la habitacion seguido de un mulato atlético, que llevaba en la mano un látigo en señal de mando: esta asociacion de la víctima y el verdugo no dejaba de tener su parte cómica, y no pude menos de sonreir.

—¡Tunante! exclamó Inesilla incorporándose en su hamaca para tomar una actitud mas imponente, ya han desaparecido diez cucharillas de plata en pocos dias. ¿Dónde están? Procura encontrarlas, ó te las sacaré de la piel. Diez latigazos por cuchara; me parece que bien valen esto.

—Ama mia, contesta el negro, cuyo rostro se mantiene impasible, yo no saber nada; Dick no ser ladron; Dick hombre honrado, religioso, metodista, creer en Dios y Jesucristo; él no ser capaz de robar al prójimo.

—¡Basta de alabanzas, viejo pecador! replica Inesilla; te concedo cinco minutos para decirme dónde has ocultado las cucharas, ó de lo contrario te entrego al capataz.

Al oir esto, el cocinero contesta con serenidad, irguiéndose orgullosamente:

—Dick no haber recibido jamás un latigazo; ama mia, pensar que Dick valer tres mil duros; y que si compradores ver señales en sus hombros, pensar que él no ser buen cocinero. Dick valer bien tres mil duros. ¡Mal negocio, ama mia!

—El tunante tiene razon, exclama Inesilla al oir aquel singular argumento. Vamos, estás libre; pero cuidado con que vuelvan á repetirse los robos, pues te enviaré un mes al calabozo, y allí te harán soltar la lengua.

Terminado este incidente, Inesilla y yo entablamos la conversacion sobre música y literatura, hablando de Paris y Lóndres. La jóven criolla, sobresaliente en la música, dibuja tambien con mucho gusto, lee todos los libros interesantes que se publican, y está suscrita á las revistas literarias, científicas y políticas. Muy aficionada á los animales, rodéase de una verdadera

coleccion zoológica; además de unas magníficas pajareras llenas de aves de toda especie, tenia consigo dos perrillos habaneros sumamente diminutos, un gato de Angola, de pelo rizado, y una mona á la que ha dado por nombre Jacobita.

Parece que he desagradado á este animal, que es tambien enemigo de Llorente y de todos aquellos á quienes su ama dispensa alguna atencion. La mona me ha robado sin que yo lo note, el pañuelo, la petaca y el portamonedas, y para reemplazar estos objetos, que habia escondido, me ha llenado el bolsillo de avellanas, de nueces y de zanahorias.

—¡Vaya! exclama la señorita riéndose; está visto que todo el mundo se empeña aquí en robar.

Y dirigiéndose á su mona, añade:

—¡Cómo se entiende, Jacobita! ¡Es posible que una mona á quien enseñé principios tan severos se rebaje al nivel de los esclavos! ¡Devolved lo que acabais de tomar, señorita, ó de lo contrario me enfadaré!

Jacobita es un lindo macaco de hocico negro, circuido de largos y sedosos pelos.

Así se pasaba el tiempo en aquellas agradables frivolidades, y en esa conversacion amena de que la criolla poseia el secreto, que convenia á su naturaleza caprichosa, como la languidez á su hermosura.

El general ha vuelto para cenar.

El comedor, muy espacioso, tiene cuatro grandes ventanas; en un lado hay un aparador donde se ven frascos y botellas de todas formas; hay aguardiente de Borbon de color dorado, ginebra, aniseta y toda la coleccion de licores dulces para las damas. Adornan las paredes varios grabados que representan cacerías, y dos retratos de Washington y de Bolivar. La mesa es muy grande, por si acaso llegan forasteros á solicitar la generosa hospitalidad que es la virtud de los plantadores. Una enorme tabla fija en el techo se balancea á guisa de abanico; en su extremidad inferior se ata un gran pedazo de tela, y luego una negra coge un cordon para poner en movimiento la inmensa máquina, produciendo así una corriente de aire que refresca á los convidados. Otros cuatro negros, todos vestidos de blanco, sirven á la mesa, y dos mulatas permanecen detrás de su ama para ahuyentar los mosquitos, cuyo zumbido es insoportable para las damas criollas.

La comida se distingue por su abundancia; habria suficiente para veinte personas; pero los platos no eran nada escogidos. Aquello era una verdadera comida de criollo, con el caldo de gallina, los pimientos, el arroz á guisa de pan, la olla podrida, la carne de cerdo, el pescado, y por último, magníficos postres del país, ananas, albérchigos, higos y helados de diversas especies, sazonado el todo con vinos de España y de palmera.

—¿Quereis ver cómo funciona Antonio? me dijo el general.

—¿Quién es Antonio? le pregunté.

—Es uno de mis servidores, y no el mas torpe.

Al decir esto, el general tocó un timbre; y al punto ví entrar un sér extraño de cuatro piés de altura, que andaba encorvado y haciendo gestos; llevaba calzon blanco, una chaquetilla y un gorro de color escarlata. Era un gran mono de la especie de los chimpancés, y de doce años de edad, segun me dijeron (véase el grabado de la página 205).

A una señal de su amo, Antonio comenzó á servir; habíase puesto una servilleta debajo del brazo, y limpiaba con singular frenesí los platos que nos traia. El chimpancé servia él solo mejor y mas pronto que cuatro criados negros; pero desgraciadamente era caprichoso y ladron: cuando llevaba un plato, sobre todo si era de dulce, hacia lo posible para dar una lengüetada á la sordina, ó de sustraer alguna cosa con sus ganchudos dedos; de modo que al fin de la comida, y á pesar de la vigilancia de que era objeto, los bolsillos de su chaqueta rebosaban de dulces y frutas. Su maestro, un negro de Gabon, que le habia criado, que vino con él de África, y que no le abandonaba nunca, le daba entonces un golpe con una varita, y el mono rechinaba los dientes, pero devolvia todo lo robado. Su servicio habria sido muy agradable sin el movimiento convulsivo que agitaba sin cesar los brazos, y el temblor nervioso que producian sus gestos.

31 *de setiembre.*—San Jerónimo, edificado sobre una escarpada colina, cuya meseta puede tener dos acres de superficie, está rodeado de altas paredes almenadas y de fosos llenos de agua: una reja y un puente levadizo dan entrada á la casa. Esta fuerte posicion salvó en 1840 á San Jerónimo del incendio y del saqueo: los indios del Gato Salvaje, no pudiendo apoderarse de aquel recinto, defendido por el ecónomo, los trabajadores de la fábrica y los criados negros (el general estaba en el ejército, y por precaucion habia enviado á su hija á San Agustin), ensañáronse en las dependencias y en el campo de los negros, el cual devastaron despues de dispersar á los esclavos, una parte de los cuales se agregó á los indios para saquear.

La casa habitacion se compone de un edificio principal, antigua construccion de madera con

pilares de ladrillo y tejado plano, circuida de galerías y balcones á que prestan sombra varios arbustos trepadores; hay tambien dos pabellones mas modernos de piedra mármol. Las cuadras, las habitaciones de los criados, los cobertizos y graneros y los depósitos para el azúcar, forman dos alas; el inmenso patio, perfectamente enarenado, contiene parterres de flores, cuadros de césped, un bonito estanque, pajareras, un kiosko chino, y estatuas de diosas y pastoras en bronce de color, que no indican un gusto muy exquisito en el propietario, pero que se admiran mucho aquí. Todo el contorno de las paredes del recinto está ocupado por una línea de naranjos; el terrado, que domina á pico el rio del Norte, y desde el cual se disfruta de un golpe de vista magnífico, está sombreado por cedros, que cortó un jardinero bárbaro para formar arcos y una especie de inmensos candelabros.

Los manantiales de agua dulce brotan en el punto mas elevado de la meseta y dentro de los muros, desde donde, despues de alimentar los fosos del recinto, se vierten en un vasto depósito abierto por mano de hombre en el flanco de la colina; este depósito pone en movimiento las máquinas de una fábrica de aserrar por el sistema hidráulico, y las ruedas de un molino para triturar el azúcar y cardar el algodon; fábrica y molinos se hallan en el fondo de un valle que contornea la colina convirtiéndose luego en un barranco, en cuyo fondo corre en forma de torrente el exceso de las aguas de San Jerónimo.

Desde las ventanas del molino se ve sobre el flanco de otra colina, menos alta que aquella donde está la casa, el campo de los negros, rodeado de altas empalizadas, y la casa blanca del ecónomo, elevándose orgullosamente en medio de las humildes cabañas y de los jardinillos de los esclavos.

Hácia aquel punto nos dirigimos.

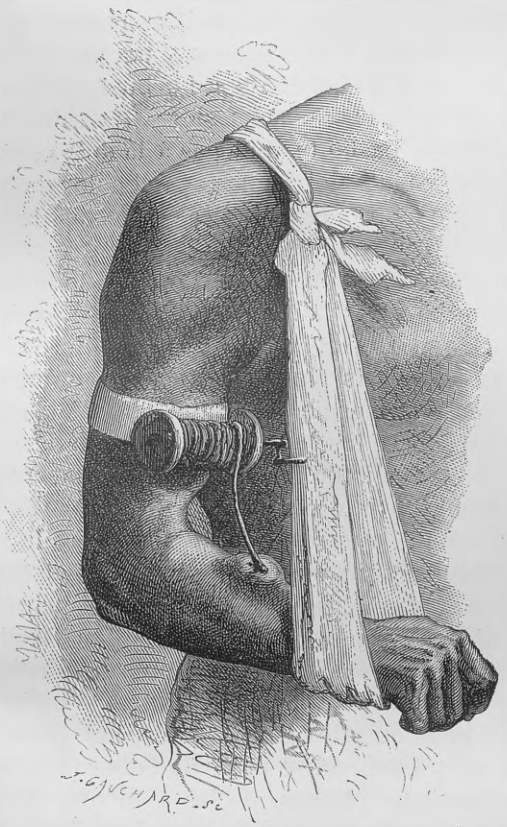
El aspecto del campo es alegre: las casetas de madera pintada de colores mas ó menos charros, segun el gusto de los inquilinos, están situadas en medio del recinto donde los negros cultivan frutos, legumbres y plantas medicinales, así como tambien calabazas, melones, coles, lechugas, batatas, á las que prestan sombra bananos, naranjos, higueras y cañas; cada jardin contiene algun cuadro de sen (*Cassia obovata*, Linneo), planta de hojas de un verde pálido y flores amarillas. Los negros extraen aceite macerando estas últimas en agua hirviendo, y considéranle como una panacea universal, la cual aplican á todos los males. Tambien cultivan la espigelia de Maryland, hermosa planta de espigas de flores rojas y anaranjadas, que ha recibido en el país el nombre de *yerba de los gusanos*, nombre justificado por su empleo en la medicina; considérase tambien como sudorífico bueno para combatir la fiebre; pero aplicado en gran dósis su jugo fresco envenena.

En muchos jardines hay colmenas: á pesar de la abundancia de las cañas de azúcar, los negros son apasionados por la miel: las colmenas, formadas por las dilataciones de las raíces de los cipreses pelados, contienen dos especies de abejas: la ordinaria de Europa, que ha seguido á los colonos mas allá de los mares, apareciendo la primera en los desmontes; y la indígena ó meliponita, mas pequeña y peluda, con patas mas largas que la abeja de Europa, y sin aguijon, por lo cual es completamente inofensiva; las meliponitas no tienen reina: en sus colmenas hay hasta veinte hembras mas grandes que las obreras; y en cuanto á los machos no he visto ninguno. Sus panales, dispuestos en una sola línea, están admirablemente construidos, y contienen entre otras cosas notables verdaderas ánforas de cera cerradas con una cubierta movible, que sirven á las meliponitas para depositar su provision de miel: esta es muy perfumada, y deja un gusto ligeramente amargo.

Continuando nuestro paseo por la calle del Campo, el general me llamó la atencion sobre un negro que llevaba en el antebrazo, en cabestrillo, un aparato singular, compuesto de un carrete de carton sujeto en una venda de percal. Al principio creí que aquel hombre tenia una fractura y practicaba la reduccion; pero al acercarme observé con disgusto que aquel infeliz estaba atacado de la lombriz de Guinea, ó filaria. Era un negro de cuarenta años, originario de Dahomey, de donde acababa de llegar; suponia que fué atacado por aquel hediondo parásito al atravesar los pantanos de su país natal, para ir á embarcarse en la costa; pero como quiera que sea, pasó un año sin que se declarase el mal, y le curaba al estilo de su país. Primeramente se formó en el antebrazo un tumor, que fué creciendo, y mas tarde apareció un punto negro en la superficie de las carnes hinchadas; era la cabeza de la lombriz. Entonces, el negro fabricó aquel aparato para aplicárselo al brazo, y desprendiendo la cabeza del parásito con la punta de una aguja, habíale sacado poco á poco fuera, arrollándole vivo al rededor del carrete; cada dia daba algunas vueltas á este último con grandes precauciones, extrayendo de su brazo algunos centímetros del cuerpo del mónstruo que le habitaba (véase el grabado de la pág. 209).

La lombriz de Guinea tiene por lo regular de tres á cuatro metros de largo, y de consiguiente

debia pasar mucho tiempo antes que el pobre negro se viese libre. El peligro de esta operacion consiste en matar el parásito y romper su cuerpo, que es delgado como un hilo, y que se rompe con la facilidad del cristal; este cuerpo está lleno de hijuelos vivos; los pequeños filarias, diseminándose en la llaga, la inflaman muy pronto, ocasionan al enfermo horribles dolores, y á menudo la gangrena, seguida de la muerte. La lombriz de Guinea se asemeja á un hilo grueso, de color blanquizco, anillado de rojo, con puntos negros



La lombriz de Guinea

en el nacimiento de los tegumentos; no penetra en la carne, sino que vive como parásito debajo de la piel, en el tejido extra-muscular. Este repugnante animal es originario del Africa equinoccial, desde donde le llevaron á América los esclavos negros.

Era la hora del almuerzo, y se acababa de hacer la distribucion de víveres; percibíase un fuerte olor á cocina, que se escapaba de las casetas, delante de las cuales devoraban tortillas de maíz algunos negrillos desnudos: esta es la base del alimento de los negros en la Florida.

El general me habia hablado de un macho cabrío fenómeno, que tenia leche que daba de mamar á sus hijuelos: fuímos á ver la mujer que guardaba las cabras, y reconocí que el hecho era positivo. La negra me aseguró que no era raro encontrar en el país machos con estas condiciones, y que en una plantacion vecina, un negro habia criado á su hija con uno de aquellos animales.

Al ver que yo observaba atentamente aquel macho cabrío extraordinario, la guardiana dedujo que yo era médico, y pidióme una consulta. Quejábase de que estaba envenenada por haber comido queso que tocó un lagarto geco; pero creo que no tenia sino un principio de ictericia.

Estos gecos, comunes aquí en todas las paredes de las casas, son unos pequeños lagartos de aspecto horrible, que corren suspendidos de las superficies mas unidas, gracias á las puntas de sus dedos, provistos de láminas con escamas que forman ventosas. Las amas de casa creen que su contacto basta para envenenar las provisiones que tocan; pero esto no pasa de ser un error, pues no son venenosos.

Por la tarde, cuando volvimos á pasar por el mismo sitio, todos los trabajadores, hombres y mujeres, danzaban profiriendo gritos de alegría, al rededor de unas grandes hogueras; una distribucion de aguardiente que se les habia hecho para celebrar mi llegada, era la causa de todo aquel alboroto.

Los esclavos están bien alojados y alimentados; no trabajan mas de ocho horas diarias, y se les deja el domingo libre, y por lo general se les trata bien, si no por filantropía, al menos porque su salud y su trabajo son la fortuna del plantador. Si se perteneciesen, si fuesen libres, podria decirse que su condicion material es mas feliz que la de las clases obreras de las grandes ciudades fabriles.

XIII

AGRICULTURA TROPICAL.

Los cacahuales y los cafetales.—Los campos de caña de azúcar.—Resíduos y jarabes.—Los árboles de especias.—La quina.—Naranjas y limones.—La madera de Campeche.—El árbol de guazuma —Una escena de la vida criolla.—El paraíso terrestre —Baobab —Cacao silvestre.—Arboles de los frutos de los trópicos.—Las ananas y la yuca —Muerte de una serpiente de cascabel.—Lucha sangrienta entre un perrillo y un gato cerval.—Destreza de doña Inés en el manejo de la carabina.—Cacería á la carrera.—Los lobos perseguidos por los perros y los perros por los lobos.

En la extremidad del campo de los negros hay un camino de explotacion que se prolonga en medio de los cultivos; el general penetró en él, y yo le seguí. Explicóme entonces que se podian dividir las tierras de la Florida en altas y bajas; las mas sólidas, que se resecan y agrietan durante los calores, no convienen apenas sino para los cereales; mientras que en las bajas, sumamente arenosas, compuestas por debajo de una arcilla de color de ceniza muy fértil é im-

pregnada de humedad, el cacao y el café crecen vigorosamente. Las praderas, formadas por los aluviones de agua dulce, sirven de pasto en la estacion seca, y trasfórmanse en pantanos durante el invierno; las sabanas, ó praderas saladas, se aprecian mucho para el cultivo de la caña de azúcar y del arroz, y á su abundancia debe San Jerónimo su riqueza.

Hacia ya una media hora que trotábamos: á nuestra derecha perdíanse de vista los campos de tabaco, de maíz ó trigo indio, y de algodoneros; á la izquierda, á lo largo del rio del Norte, extendíanse vastos arrozales y campos de caña de azúcar.

—Vamos á ver mis cacahuales, me dijo el general, apeándose delante de unos magníficos árboles de tronco rojizo, con flores de color carmesí brillante, encorvadas como cimitarras; desde el camino, la copa de estos árboles floridos me parecia coronada de llamas.

—Esa es madera coral, *cacao madre*, me dijo mi compañero; lo he mandado traer de Guatemala con la planta de los cacahuales, y han crecido una junto á otra.

Despues de franquear una triple línea de estos árboles, en cuyas flores reconocí un vegetal de la familia de las eritrinas, llegamos á un espacio cuadrado, dividido en ocho partes por sendas, y plantado uniformemente de árboles bastante análogos á los cerezos: eran los cacahuales. Estos árboles tienen unos cinco metros de altura; sus hojas son oblongas y puntiagudas; las flores pequeñas, sus frutos parecen pepinillos de un tinte púrpura. Cuando estos últimos están maduros, se les deja fermentar en el suelo debajo de esteras cargadas de piedras: despues se extraen los granos á las almendras, cuyo número es de una docena por fruto; se ponen á secar al sol, y entréganse al comercio. Nadie ignora que el chocolate no es otra cosa sino la nuez de cacao tostada y molida como el café. El general me dijo que su plantacion de cacahuales, que contenia mil árboles, le reportaba trescientos duros limpios al año (ciento cincuenta nueces de cacao valen un duro). Este cultivo es uno de los que mas producen, aunque ocasiona gastos considerables, tardándose seis ó siete años en recoger las primeras cosechas.

En otro cuadro, el plantel de cacahuales no contaba sino dos años; y para protegerle de los vientos y el sol, que perjudica en gran manera á este arbusto, habíase formado una cortina de eritrinos y bananos. Cuando el eritrino alcanza una altura suficiente, se arrancan estos últimos. El cultivo se hace muy sencillamente: siémbrase en cestos de bejuco; cuando la planta jóven tiene bastante fuerza, entiérrase con el cesto, que se pudre despues, dejando las raíces desarrollarse; y por último, se despuntan y cortan los cacahuales, para conservarlos en forma de bola, facilitando la cosecha de los frutos.

El cultivo del cafetal ofrece las mas grandes analogías con el que acabo de describir. En San Jerónimo se hace en condiciones idénticas. Cada cuadro de mil árboles se confia á una familia negra, que se interesa en la cosecha, y que no tiene otra ocupacion sino recoger los frutos, que maduran durante todo el año, cortar y despuntar los árboles, arrancar las plantas parásitas, ahuyentar á los pájaros, y por último, secar las semillas. El cafetal es un arbusto de seis metros, de hojas lanceoladas, siempre verdes, flores odoríferas, bastante análogas á la del jazmin de España, y fruto del tamaño y del color de la cereza, que contiene almendras opuestas, las cuales constituyen el café. Antes de entregar estas al comercio, es preciso separarlas de la pulpa, muy adherente; hay países donde se limitan á dejarlas secar al sol, y entonces adquiere el grano un color gris pardusco. En San Jerónimo se emplea una especie de molino para descortezar, el cual separa los huesos del fruto sin despojarlos de la película que los rodea. El café tratado así tiene un tinte verdoso.

El cafetal, que representa ahora para la América tropical una riqueza agrícola de seiscientos millones al año, fué importado hácia principios del siglo diez y ocho por el capitan Declieux, que le obtuvo en los invernaderos del jardin del Rey de Paris. La travesía fué larga y peligrosa; la tripulacion y los pasajeros fueron puestos á racion; y Declieux se privó de beber para regar sus preciosas plantas. De las tres que llevaba, solo pudo salvar una, con la cual llegó á la Martinica. De ese cafetal proceden las vastas plantaciones que cubren las Antillas y todos los países cálidos del continente americano. No deberia olvidarse el nombre de ese modesto bienhechor.

Yo habia visto ya plantaciones de cañas en Georgia; pero en San Jerónimo he observado que esta gramínea tropical desarrolla un lujo de vegetacion que comunica un aspecto verdaderamente extraordinario á los campos inmensos del rio Salado.

La brisa agitaba los penachos de aquellas cañas gigantescas, que comenzaban á madurar chocando entre sí y produciendo un rumor extraño; aquel mar vegetal ondulaba, abríanse en él profundos surcos; el dorso argentado de las hojas brillaba de una manera singular.

Al penetrar en la plantacion, en donde no se puede circular á pié firme sino por senderos mas

altos que el suelo, miles de ratas y de culebras huyeron trotando y rastreando en todas direcciones.

Cultívanse en San Jerónimo tres especies de cañas: la *caña de azúcar oficinal*, originaria de las Indias orientales; fué plantada por los españoles en Santo Domingo en 1503; la *caña de azúcar violeta* de Batavia, notable por sus tallos y sus hojas purpúreas; y *la gran caña de azúcar* de Taití, de donde fué importada en las Antillas por Bougainville.

Las cañas tienen de tres á seis metros de largo, flores en panoja, con semillas revestidas de una especie de penacho de largos pelos; de la raíz se elevan varios tallos lisos separados por nudos; las hojas, envainadas en la base, son estrechas y de mas de un metro de largas. Cuando se corta una caña fresca, obsérvase que está guarnecida de una médula blanca y jugosa, de la cual brota un licor azucarado, que puesto en fermentacion en toneles y mezclado con jugo de ananas y naranja, produce el vino de caña, uno de los mas exquisitos. Solo se recoge una cosecha al año; al cabo de diez meses se cortan las cañas maduras para llevarlas á la prensa; al año siguiente brotan nuevos tallos en los viejos; y cuando una plantacion está bien conservada puede producir durante mucho tiempo. Cuando se quiere renovarla ó crear una nueva se hacen ingertos arraigados con cabezas de cañas, y se planta durante las lluvias.

Las mieles que se obtienen de la caña se dividen en finas, ordinarias y amargas; con estas últimas se fabrica el ron, y con los residuos ó bordes de las cañas, el licor llamado *tafia*.

Hace unos veinte años que la fabricacion del azúcar ha progresado notablemente en América, y que la operacion de refinar se ha perfeccionado tanto como la que se practica en Europa.

La caña tiene dos enemigos; el primero es una especie de escarabajo *(phoraspis)* que se reune en gran número en la axila de las hojas de la planta, y que vuela produciendo un gran ruido al tocar aquella: estos escarabajos roen las hojas y los tallos, impidiendo su desarrollo. El segundo enemigo es un gran salton negro *(micrognattæ)*, cuyas larvas, que nacen en las azucarerías, infectan los residuos y las mieles, multiplicándose con extraordinaria rapidez.

El general ha intentado con buen éxito en San Jerónimo el cultivo de las especias: en el fondo de un valle pantanoso ha elegido un terreno al abrigo de los vientos del noroeste, abriendo en él profundas zanjas para el riego; la tierra negra parece extraordinariamente fértil.

He visto reunido allí en un reducido espacio el canelo, la vainilla, la pimienta y el jengibre.

El laurel canelo, originario de Ceilan, es un arbusto bastante alto, cuya corteza, hojas y flores están cubiertas de una pelusa blanca y sedosa. Para obtener la canela se cortan las ramas que han alcanzado cierto grueso, despréndese la corteza por medio de incisiones, se la separa de su epidermis peluda raspándola, se pone á secar en un horno, y entrégase al comercio en paquetes de igual longitud. Con los restos de la corteza de canela se fabrica aceite aromático. Los tallos gruesos y las raíces contienen una gran parte de alcanfor. El aspecto de la plantacion de canelos es el de un bosque en explotacion, sobre el cual hubiera nevado. En la Florida prospera notablemente el canelo.

No sucede lo mismo con el árbol del clavo, que tambien se cultiva allí y se importó de las Molucas. Este arbusto, de copa piramidal, con ramas afiladas, cubiertas de magníficas panojas de flores sonrosadas, semejantes por su forma y olor á nuestros alelíes, puede considerarse como una maravilla vegetal y seduce á la vista. El cáliz de sus flores secas es lo que se llama clavo, constituyendo una de las cuatro especias del comercio. El arbusto crece vigorosamente en San Jerónimo, pero sus productos carecen de sabor, y el general ha renunciado al cultivo.

La pimienta negra y la vainilla, plantas trepadoras, crecen cogidas á las ramas muertas que se plantan en tierra, ofreciendo en cierto modo el aspecto de nuestros campos de habichuelas. La pimienta, que procede tambien de Asia, tiene hojas coriáceas y flores insignificantes; la semilla seca de sus pequeños frutos rojos, semejantes á grosellas, es la pimienta ordinaria ó negra: cada pié puede producir unos cinco kilógramos cada año.

La vainilla, de la cual se encuentra una especie silvestre en el sur de la Florida, es una hermosa orquídea de flores blancas odoríferas, cuya cáscara, recogida antes de la madurez y convenientemente seca, forma la vainilla alimenticia.

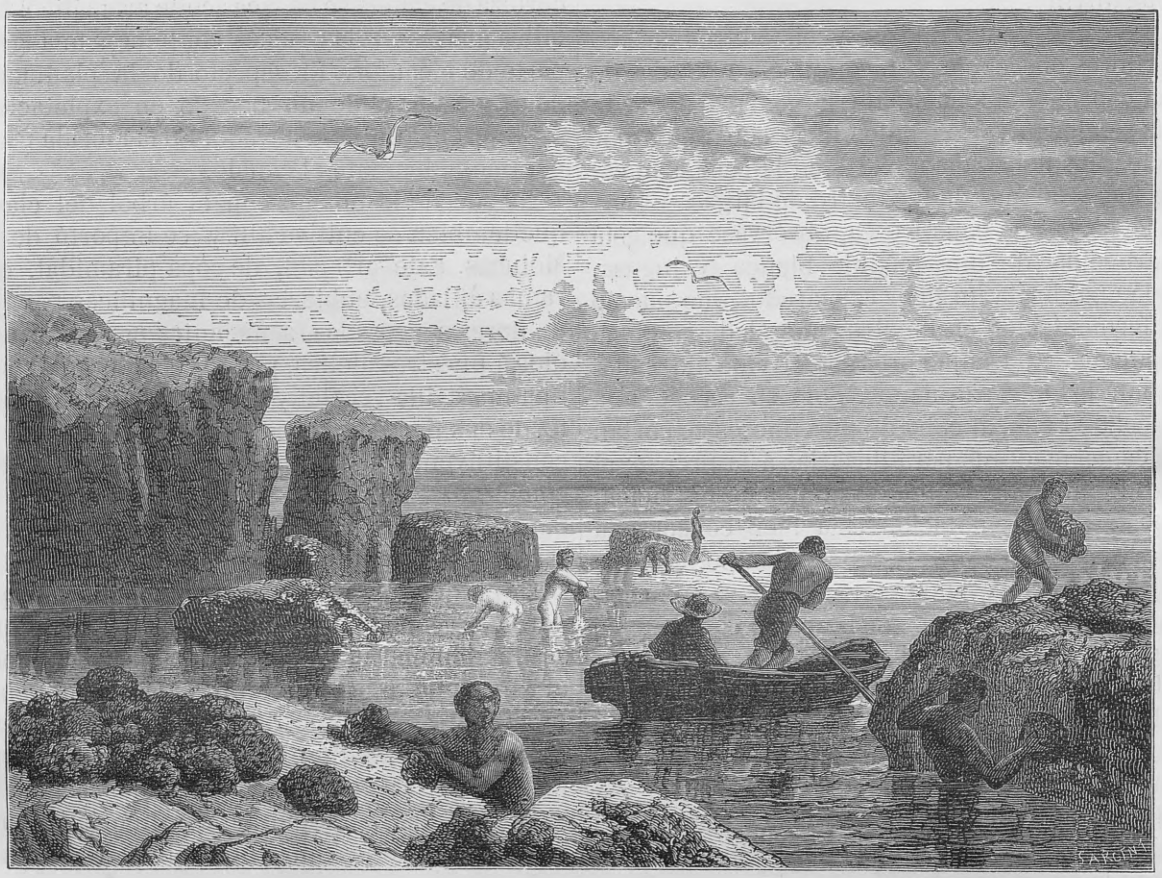
El jengibre es una planta herbácea, cuya raíz delgada, larga y rugosa, tiene un sabor aromático y un olor poco fuerte: se emplea mucho en los Estados-Unidos para la fabricacion de las bebidas estimulantes; pero en Europa no se suele utilizar sino por la farmacia.

Cerca de allí, en un cerro, el general ha establecido un plantel de quinas procedentes del Perú: la quina llega á ser un gran árbol en sus bosques natales; pero aquí se reduce á un arbolillo; su corteza, que constituye uno de los medicamentos mas importantes y activos, es muy cara; y convendria que estos ensayos la

aclimatasen en las Antillas y en la Florida. Uno de estos arbolillos presentaba un corimbo de flores magníficas, de color blanco sedoso.

Las naranjas y limones constituyen uno de los grandes productos de San Jerónimo, y acaso el mas fructuoso: hay grandes bosques y alamedas de estos árboles en toda la extension de las tierras, y además del naranjo comun se cultivan las variedades de la China y de Malta.

El limonero es un árbol de aspecto mas majestuoso que el del naranjo y de hojas y flores mayores. Hay una variedad que tiene las flores violáceas por fuera, siendo su fruto un limon dulce que llaman la bergamota. He visto aquí algunas pamplemusas, pequeños naranjos cuyas flores son grandes como camelias, y que producen magníficos frutos redondos, de color amarillo pálido, del tamaño de la cabeza de un niño:



Pesca de esponjas

estas pamplemusas tienen una carne verdosa muy azucarada; pero me ha parecido algo insípida.

En las flores de este árbol he cogido un magnífico coleóptero de color esmeralda con visos purpúreos y manchas de oro: aun no ha sido descrito.

Al volver á la casa, penetramos bajo una alta espesura donde habitan numerosos pavos reales y pintadas medio salvajes. Los árboles de las dos especies que la formaban eran desconocidos para mí: el uno tiene hojitas dispuestas de cuatro en cuatro y flores amarillas muy odoríferas, en forma de racimos; el otro, cubierto de flores blancas en corimbo, tenia el follaje del fresno.

—Ahí teneis, me dijo el general, árboles que he traido de mi país hace treinta años, y que yo mismo he plantado; mientras envejezco, inclinándome hácia la tierra, ellos adquieren vigor, elevándose cada vez á mas altura. El primero es el campeche *(Hœmato escyle)*, que sirve para dar color á vuestros malos vinos: debajo de esa corteza pardusca y rugosa se encuentra una especie de corazon de color rojo pardusco que da el tinte; todos los años se corta la madera, que expido á Nueva-York y constituye un buen producto. El segundo es el guazuma, el olmo de Méjico, el «árbol de hacerlo todo,» como le llaman mis negros; y ahora vais á ver si merece su nombre. Con su madera blanca y blanda se fabrican barriles para enviar el azúcar á Europa; con sus frutos fermentados se obtiene una cer-



Doña Inesilla y sus criados

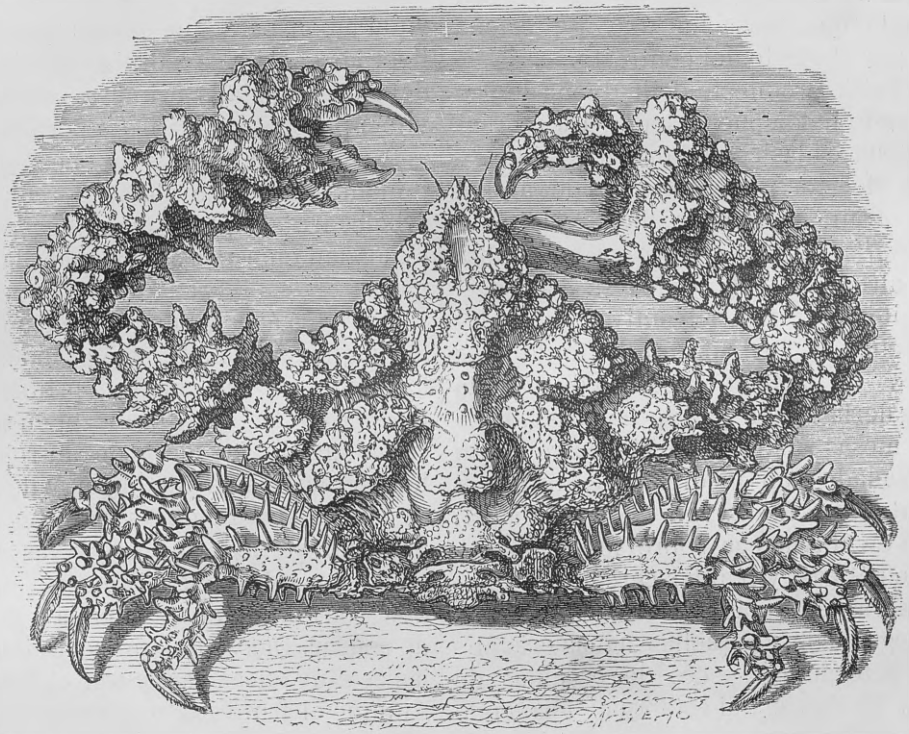
veza muy agradable y aguardiente; con su semilla, que sustituye á la avena, se alimenta á los caballos; con sus hojas se hacen cataplasmas mejores que las de la harina de linaza; y por último, echándose á la sombra de este árbol maravilloso, se cura el mas inveterado reuma.

Al salir del bosque en explotacion volvimos á encontrar nuestros caballos, que un negro habia conducido hasta allí, y regresamos á la casa para almorzar.

Por la tarde, despues de una larga siesta, justificada por el cansancio que me produjo la excursion de la mañana, la señorita envió á decirme que habiéndome enseñado su padre sus cultivos, deseaba tambien que yo viera su jardin, sus flores y sus frutos, para lo cual me esperaba en el terrado.

Ganoso de satisfacer los deseos de Inesilla, fuí al punto en busca suya.

Ofrecióse á mi vista un cuadro encantador: la



El partenope horrible

jóven criolla, cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja, debajo del cual flotaban los mil bucles de su blonda cabellera, estaba sentada con gracioso abandono en una butaca de báscula, y una camarera cuarterona, agachada delante de ella, habia colocado sobre sus rodillas uno de los diminutos piés de su señora, y arreglaba el cordoncillo de la botina. La criolla era rubia y de seductora elegancia; la cuarterona, tipo de la belleza popular, tenia largo cabello negro dispuesto en trenzas, y magníficas formas; una negra con las piernas desnudas, sin mas traje que una faldilla de algodon rayado, é inmóvil como una esfinge, sostenia un parasol sobre la cabeza de su ama, mientras que un negrillo con librea roja permanecia á su lado en pié, teniendo sobre el hombro una cotorra verde, y en cada brazo un perrillo habanero de largas lanas blancas.

Las dos jóvenes reian; el ave charlaba y los perrillos ladraban.

Ofrecí mi brazo á la señorita, y entramos en el jardin por una puertecilla practicada en el recinto de las paredes.

A la mona Jacobita no se la permitió acompañarnos, porque su presencia en el jardin hubiera sido la señal de una completa devastacion de los árboles y frutos.

Este parque de San Jerónimo es un paraíso terrestre, que cubre en una extension de varios acres la vertiente de la colina donde se eleva la casa; abundantes aguas corrientes conservan una frescura perpetua, comunicando á la vegetacion un vigor y lozanía notables.

Cuando al salir de una sombría alameda formada en medio de un bosquecillo de gigantescos bambúes, llegué á las orillas del rio del Norte, no pude contener un grito de admiracion.

Desde el terrado de piedras rojizas, bañado por las aguas saladas de la laguna, y junto al cual van á morir con suave murmullo las ondas impelidas por la brisa, se contempla un inmen-

so horizonte encuadrado en un cielo azul; mas allá de la laguna se ven montañas de blanca arena agitadas sin cesar por los vientos y las aguas; y en último término, el gran Océano agita en su perpetua marejada sus oscuras olas franjeadas de espuma. Y ante aquel mar agitado, ante aquellos desiertos de áridas arenas, ante aquel espectáculo de la inmensidad, donde se ve un oasis en que brotan cristalinas aguas, en que se entrelazan las vegetaciones exóticas, y ondulan extrañas flores entre hojas gigantescas, se experimenta una sensacion que impresiona mucho mas por el efecto del contraste.

Aquel es el sitio predilecto de la dueña de San Jerónimo, que lo ha dispuesto todo para recrear la vista y satisfacer las comodidades posibles.

En medio del terrado, cubierto de arena, elévase un gran baobab de hojas digitadas *(Adansonia digitata)*, que le cubre con su sombra protectora; alrededor del tronco se han desarrollado miles de raíces adventivas, como las alas de un hélice, y forman un recinto de unos veinte metros de contorno. Debajo de aquella pintoresca galería se han puesto hamacas, bancos, sillas y mesas rústicas; en el centro de un estanque formado con piedras, que circuye el baobab, brota con fuerza un chorro de agua, que resuelto en lluvia cae sobre los bejucos y las plantas acuáticas; y bonitas cercetas de abanico, prisioneras en una pajarera de filigrana dorada, navegan sobre aquellas aguas cristalinas, donde retozan los peces de escamas de azur y plata. El exceso del estanque, formando pequeñas cascadas que susurran entre los guijarros, se reune con el arroyo que se desliza en el fondo de los espesos bosquecillos. Por la derecha se prolonga una arboleda de cocoteros, semejante á una inmensa columnata; y por la izquierda se extiende una espesura de otros magníficos árboles.

Entre estos últimos, el cacao silvestre es tal vez el mas elegante y singular que existe: de su tronco tortuoso surgen hojas gigantescas con nueve pedúnculos, profundamente divididas, y con vetas blancas en todas las nerviaciones; de modo que parecen inmensas patas de aves acuáticas. Las flores, igualmente extraordinarias, se abren en la extremidad de un largo cáliz peludo y contorneado en anchas corolas de color escarlata de mas de un pié de diámetro; su forma es la de una trompa de caza. De estas flores se desprende un perfume penetrante muy agradable, pero que produce una extraña sensacion nerviosa. El fruto es una gran cápsula con varios compartimientos, que se abren en válvulas al sol del mediodía para lanzar fuera sus numerosas semillas con una detonacion tan fuerte como la de un pistoletazo.

Los *genipayos*, de flores blancas y frutos verdes y piriformes, ostentaban su delicado follaje en medio de aquella vegetacion monstruosa: el fruto tiene la carne amarilla y la pulpa ácida y refrescante, pero el jugo mancha de color violeta oscuro la ropa blanca y la piel. Parece que yo llevaba las señales de mi glotonería, porque despues de haber comido dos ó tres peras, mi bigote se tiñó de violeta, y hube de valerme del cepillo y del jabon para que recobrase su color primitivo: la señorita se ha reido mucho del percance del cual fué ella la primera causa, pues me invitó á probar aquella fruta pérfida.

Para salir de aquel sitio encantador nos encaminamos por una alameda recta bordeada de árboles frutales, y de magníficas viñas, con racimos tan enormes como los de la tierra de Canaan.

Entre los árboles predominaban los mangos y los jaquias, que alcanzan grandes dimensiones formando espesas copas: el primero tiene la corteza parda, las hojas grandes, en forma de hierro de lanza, y las flores de un rojo oscuro, con largos racimos en panoja; el fruto tiene la forma de una calabaza ó de un gran pepino, de color amarillo, verde ó rojo, segun las variedades; es exquisito, sobre todo si se corta en rajas, bañándole con ron, vino de España y jugo de la caña de azúcar. Dícese que un cocimiento de sus hojas es muy eficaz para curar el dolor de muelas. Aunque el fruto sea originario de la India, se cultiva mucho aquí y en las Antillas, donde sirve de alimento á los negros. El jaquia tiene un fruto grande, verde y redondo; su carne se asemeja por el sabor á la del melon; y sus pepitas, tan grandes como castañas, son igualmente sabrosas. Con las hojas se hace una liga excelente.

No hablaré de los olivos, de las higueras, de los granados, y de todos nuestros árboles de Europa, que se cultivan con muy buen éxito en San Jerónimo, excepto algunas especies que han degenerado, como por ejemplo el cerezo, cuyas frutas contienen solo un hueso sin carne. Citaré solo el *icaco* y el níspero: el primero es un arbolillo que da el fruto bastante parecido á una ciruela, de color blanco, rojo ó violeta, de un sabor dulce, algo insípido, pero delicioso para confitura; el hueso, de cinco caras, contiene una almendra excelente que los españoles llaman nuez de icaco; el dulce de icaco tiene fama de ser muy eficaz para combatir la disentería. Los nísperos están confinados en la extremidad del parque mas lejano de la casa; porque por la ma-

ñana y por la tarde se desprende de estos árboles, que son muy hermosos, un olor á cadáver sumamente desagradable, sin contar que sus frutos atraen á miles de murciélagos, muy aficionados á ellos. El níspero tiene las hojas alternas y coriáceas, las flores blancas, y los frutos ovoides; su pulpa es azucarada y contienen pepitas negras con una línea blanca: las mujeres de color las emplean para hacer brazaletes.

Entre las legumbres de todas clases y de todos países ví platabandas de arracachas, especie de umbelífera, cuyos tubérculos se comen como las patatas; quenópodos, cuyas hojas cocidas dan el maté ó té de Méjico; y arbolillos del pan, que solo tienen algunos centímetros de altura, y cuyo cultivo se ensaya ahora en la Florida.

Tambien hay varias especies de ananas, con ó sin espinas, blancas ó rojas, tan grandes algunas que pesan hasta tres kilógramos y otras muy pequeñas del tamaño del puño. Se hace con ellas un gran comercio en San Agustin, y el general expide todos los años varios buques cargados á Nueva York y á Boston. Las plantaciones de ananas se asemejan mucho á los campos de alcachofas. La yuca tambien abunda allí; es una planta trepadora de la familia de los euforbios, con hojas palmeadas, grandes y hermosas, y flores amarillas en panoja; la raíz de la yuca contiene un jugo lechoso que es un veneno violento, capaz de matar en pocos minutos; pero se obtiene de esta raíz, machacándola y oprimiéndola con fuerza, una harina que se usa mucho en los trópicos. El pan de yuca es amarillento, ligero y agradable: la harina ha llegado á ser un artículo importante de exportacion desde que, secando la fécula en placas de hierro candente, se obtiene la tapioca, tan propagada en Europa para sopa.

En el campo de yuca vimos enroscada una serpiente de cascabel, la cual produjo el ruido que le es peculiar cuando nos acercábamos: la negra que nos acompañaba cortó una vara de fresno con la mayor tranquilidad, hizo salir de su agujero al reptil, y rompióle de un palo la espina dorsal cuando huia.

Volvímos á la laguna por un terrado que sigue la cerca del parque; esta cerca, de cinco metros de elevacion por dos de espesor, se compone de una espesura tan compacta y erizada de espinas trífidas, que ningun animal podria franquearla, segun me decia la señorita; mas apenas acababa de emitir esta opinion, cuando uno de los falderos que corria por un bosquecillo comenzó á lanzar gritos de dolor y de espanto; al llegar al sitio donde estaba el pobre animal vimos que se revolcaba; tenia sus largas lanas teñidas de sangre, y la piel y las orejas llenas de arañazos; pero sus heridas no eran graves. A los pocos momentos oí un rumor semejante al producido por la lima en el hierro de una sierra, y despues un gruñido sordo, pero muy significativo.

—¡El gato cerval! gritó el negrillo que miraba á los árboles.

En efecto, detrás de la rama mas grande de un naranjo ví dos orejas puntiagudas, y dos brillantes ojos amarillos: el enemigo del perro faldero se habia acurrucado allí al oir que nos acercábamos. La señorita envió á buscar su carabina; y el gato, creyéndose seguro, no se movió; pero algunos instantes despues caia muerto, herido de un balazo entre los dos ojos. La hermosa jóven le habia apuntado con la destreza y la sangre fria de un viejo cazador. Era un gato cerval tan grande como un zorro, de orejas guarnecidas de largos pelos negros y cola corta, con pelaje amarillento mezclado de pardusco oscuro: este gato es el mayor enemigo de las aves y de sus crias.

Despues de este incidente hemos vuelto á la casa, donde la campana anunciaba ya la hora de cenar.

1.° *octubre.*—Vuelvo rendido, y quebrantado el cuerpo por una cacería á la carrera, en la cual se ha empeñado el general que tome parte, á pesar de mis protestas.

Por la mañana se reunieron varios vecinos aficionados, y despues de beber mucho licor, hicieron apuestas sobre el valor de los caballos, como saltadores, corredores y trotones; luego vino un corpulento negro, con librea roja, y comenzó á tocar la trompa de caza en el patio. Entonces montamos á caballo: dos picadores iban delante de nosotros con una docena de sabuesos de erizado pelaje; hablábase mucho, se elogiaban los cuadrúpedos, y algunos jinetes hacian saltar las barreras á los suyos para que entraran en calor.

Cuando habíamos llegado al lindero de un bosque, situado á unas ocho millas de la casa, resonó de nuevo la trompa única; los perros se lanzaron sobre una pista con feroces aullidos, y los picadores se precipitaron á escape: á decir verdad, no sé cómo he vuelto entero (no hablo de la ropa) de esta *agradable excursion.*

Mi caballo, un potro rabioso, ligero como un gamo, me llevaba en alas del viento á través de los espinos; y sin que nada le detuviera, franqueaba barrancos, lanzábase en los estanques y rios, trepaba por las rocas como una cabra, y saltaba en medio de los bejucos entrelazados, como los caballos de Franconi por los aros del

circo: el potro seguia la caza por su cuenta sin cuidarse de su jinete.

En cuanto á mí para evitar que las espinas me saltaran los ojos y me desgarrasen el rostro, fuéme preciso echarme sobre el caballo con el rostro junto al pomo de la silla.

Y este infernal suplicio duró ocho horas!

Tuve un momento la idea de contener mi caballo, abandonar la caza y volver á San Jerónimo; pero ¿cómo encontrar el camino en aquellos inmensos bosques? El maldito caballo lo sabia muy bien; pero estaba empeñado en seguir la caza, y mal de mi grado fué preciso dejarle obrar á su antojo.

Estas pretendidas cacerías á la carrera no tienen otro objeto sino salvar obstáculos, pues de lo que menos se cuidan los americanos es de la caza. Los sabuesos descubren la pista de un lobo, síguenla por montes y vallados, y los cazadores van detrás. Cuando jinetes y cuadrúpedos se cansan, tócase á retirada, y los perros vuelven tambien, ó no vuelven: si los lobos son numerosos en el país, el perseguido hace correr á los sabuesos, fatígalos con intencion, y cuando ya está seguro de que los jinetes se hallan distantes, los atrae al fondo de un desfiladero, donde otros lobos acechan y se arrojan de improviso sobre los perros, dándoles caza á su vez. Poco les importa esto á los cazadores, pues muertos los que tienen, compran mas. En cuanto á lo de acorralar á un lobo ó cualquier otro animal á que se dé caza, no se acostumbra nunca.

Por fin me acuesto, jurando no tomar parte otra vez en semejante ejercicio.

XIV

EL BARCO VIVERO

Descripcion de un vivero.—La isla Anastasia.—Un caserío de pescadores.—Las esponjas y las ostras perleras —Las cucarachas á bordo —Admirable instinto de estos himenópteros.—Las nasas de crustáceos.—Descubrimiento del parténope horrible —Las sérpulas ó tubos de mar.—Los frutos y flores del Océano.—Preparativos de pesca —Mi primera captura.—Singular operacion practicada en los peces por el patron del barco.—Captura de un lobo de grandes labios.—Una ojeada sobre el vivero.—Admirables colores de los peces de los mares tropicales.—La jarretiera de plata.—El arenque caballo y la ballena.—Organizacion inteligente y productiva de la gran pesca en las costas de América.—El escualo martillo.—Desembarco en la punta del Antiguo Fuerte.

3 *octubre, por la tarde.*—Héme aquí en el mar, costeando á San Agustin.

Estoy á bordo de un barco vivero de la Habana, tripulado por el patron, natural de Canarias, un piloto americano, cuatro marineros y un cocinero negro. Vamos á emprender la gran pesca.

Este vivero, aparejado como una goleta, y de porte de unas sesenta toneladas, navega muy bien y ligeramente. Admira sin embargo á primera vista la desviacion de los mástiles y la forma singular de la cubierta; y es porque el centro del vivero, por lo menos una cuarta parte del tonelaje total, está ocupado por el depósito para los peces: separado de la popa y de la proa por dos fuertes tabiques, aislado en medio del barco, forrado de zinc interiormente, puesto en comunicacion con el mar por un gran número de agujeros practicados en el fondo del barco, y cubierto en fin por un falso puente arqueado, que tiene dos escotillas, este vivero está construido de la manera mas ingeniosa para conservar los peces vivos, sin perjudicar en nada la seguridad y la buena marcha de la embarcacion.

Así pues, en la Habana y en los Estados Unidos, donde abunda la pesca mas que en los mares de Europa, la industria particular ha descubierto este medio para preservar de la descomposicion y trasportar á grandes distancias el producto de la pesca, que es uno de los artículos mas importantes de la alimentacion pública. Al llegar al puerto estos barcos viveros, desembarcan su cargamento vivo en unos estanques construidos expresamente para conservar los peces; y allí se vende y entrega á los consumidores.

Cuando volví por primera vez á San Agustin, Constancio, que me habia precedido, me habló de este barco singular; y he querido verle para explicarme su construccion y observar el sistema de pesca empleado. Despues de una entrevista con el patron, que aun se hallaba en la ciudad, resolví emprender con él un corto viaje de pocos dias.

Constancio vuelve á Picolata para encargarse del mando de mi goleta, y remontará el San Juan hasta la ensenada del Arroz, mas allá de Pilatka, donde debe esperarme; yo me embarco con Paddy Karr y mi negrillo, y desembarcaremos pasado mañana en la punta del Antiguo Fuerte, donde Paddy confia en hallar caballos para continuar nuestra excursion.

He salido esta mañana de San Agustin en la lancha de un pescador de esponjas, para dirigirme á la isla Anastasia, cerca de la cual estaba anclado el vivero.

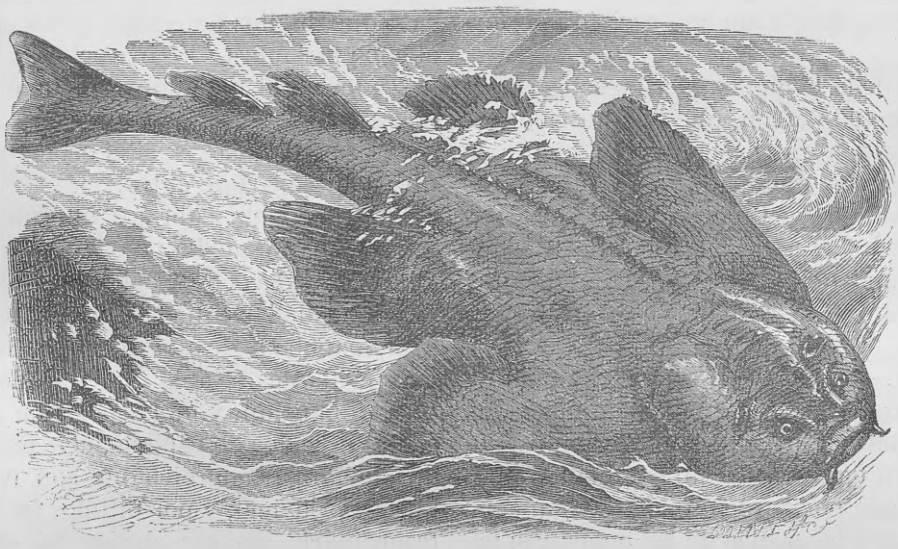
Como este barco no debia aparejar hasta al dia siguiente, he ido á la pesca de esponjas con los insulares.

Esta pesca se practica durante la marea baja: las mujeres y los niños provistos de un gran saco, se dirigen á las rocas para recoger su cosecha: diríase que son los traperos del mar. Los

hombres se embarcan en una canoa, y sondean las profundidades del Océano á la simple vista; han ejercitado tanto esta última que perciben las esponjas en la base de las rocas á la distancia de tres ó cuatro brazas. Las desprenden con singular destreza, atrayéndolas por medio de un tridente armado de tres puntas y de dos ganchos, y provisto de un mango muy largo. Cuando no pueden cogerlas así, se sumergen con un cuchillo abierto entre los dientes, y las arrancan de la roca á que se han agarrado (véase el grabado de la pág. 212).

¡Qué singular producto es la esponja! ¿Será un animal ó una planta?

Esta cuestion se ha discutido por los sabios desde el tiempo de Aristóteles hasta nuestros dias, y aun no se ha resuelto. Yo me inclino á creer que la esponja es afine de los zoófitos ma-



El pez ángel

drepóricos; y esta es la opinion de los pescadores de Anastasia, quienes hablan de ella como de un animal dotado de sensibilidad é inteligencia, pretendiendo que se achican y contraen para escapar de la mano que trata de cogerlas; y que para ocultarse á la vista de los pescadores, enturbian el agua á su alrededor, tiñéndola con un líquido amarillento. Todo cuanto yo puedo asegurar es que aquellas que se encuentran fijas en las rocas durante la baja marea contraen y cierran sus agujeros al aire y al sol. Las esponjas que se cogen aquí no son tan buenas ni tienen tanto valor como las que se encuentran mas léjos; por lo regular están incrustadas de arena y de materias difíciles de extraer; sirviendo solo para los usos mas ordinarios. Las esponjas afectan muy diversas formas: las hay redondas, cónicas, en forma de setas, de llaves, de estrellas y de copas; hemos cogido una muy semejante por su figura á una pila de agua bendita.

Al sumergirse en el agua para desprender una esponja, el patron encontró algunas ostras perleras, cuyo valor conocia muy bien: yo le compré las diez que tenia por medio duro, y quise abrirlas para ver si contenian alguna perla; pero aconsejóme que no lo hiciera, diciéndome que alteraria la pureza del nácar, y que era mejor esperar á que volviese á su casa, donde su mujer las coceria: estas ostras perleras, mayores que las nuestras, son verdosas y rayadas de blanco. Tambien recogimos en la superficie del mar un gran número de peines, especie de moluscos de concha plana, dentada, y salpicada de rojo sobre fondo blanco: su carne es muy delicada. Los peines nadan singularmente: al repeler el agua con fuerza, retíranse hácia atrás, y producen el efecto de retroceso de una bola de billar.

Al regresar encontramos ya preparadas varias calderas de agua hirviendo, donde la mujer echó la pesca, esponjas y ostras. Yo observé atentamente la operacion, esperando cuando menos percibir en el fondo de cada una de mis conchas, apenas se abriesen, un collar de perlas de las mas hermosas aguas; pero las esponjas desprendieron una materia grasosa que enturbió el agua, y ya no pude ver cosa alguna. Fué necesario esperar una hora, para que terminase la ebullicion: y entonces ¡oh desengaño! no ví perlas en mis ostras. Digo mal; habia una tan pequeña, que parecia la cabeza de un alfiler; y hube de contentarme con admirar el magnífico nácar que tapizaba el interior de las conchas. En efecto, de estas ostras se extrae el nácar del

comercio: las perleras escasean mucho en las costas de Florida, donde su pesca no es objeto de un tráfico regular; pero en cambio abundan mucho las esponjas. Cuando se han pasado estas por el agua hirviendo, se sumergen en ácidos para desprender las sales calcáreas que las cubren; y en tal estado se venden en las Antillas y en los Estados Unidos para los usos domésticos: son menos estimadas que las del Mediterráneo.

Por la tarde me condujo el pescador á bordo del barco vivero, donde me han recibido perfectamente.

Son las diez de la noche, y escribo estas líneas en el camarote del patron, que este me ha cedido obsequiosamente; su lecho está delante de mí, preparado para recibirme; pero aunque me rinde el cansancio, vacilo en echarme, á causa de los miles de cucarachas que me rodean, y que oigo correr á mi lado. Su olor nauseabundo apesta el camarote. ¡Qué epidemia son estos insectos!

4 de octubre.—He dormido esta noche tan profundamente, que esos repugnantes animales me han roido la barba y las uñas de las manos; sin duda corrieron tambien por mi semblante, pues le tengo cruzado por surcos rojos; me han agujereado la ropa y las suelas de las botas; y si me hubiese acostado desnudo, seguramente me devoran.

Esta mañana no se ve ya ninguna; han desaparecido con la oscuridad, que favorece sus fechorías; y sin duda están escondidas en la bodega ó en los agujeros de la armazon del barco, los cuales practican por medio del líquido que destila su boca, líquido tan cáustico, que ablanda y quema la madera mas dura.

Su abundancia es extraordinaria en los buques que navegan en las Antillas: en la bodega perforan los cofres y las cajas, devorando las ropas y las provisiones.

La tripulacion se ocupa en recolectar lombrices marinas: yo me embarco con el patron á fin de ir á levantar las redes para cabrajos, tendidas en las rocas desde que ancló la goleta.

6 de octubre.—En la garita del Antiguo Fuerte, antes de cenar.—Sentado sobre una piedra, escribo estas notas al resplandor del fuego con que se guisa nuestra cena, y que Job se ocupa en alimentar, echando á cada momento un puñado de hojarasca; indios y negros profesan un respeto supersticioso al hombre que escribe ó dibuja.

En las redes hemos encontrado abundante botin: son grandes, con dos aberturas, y de alambre galvanizado, que resiste á la accion disolvente de las aguas del mar; el cebo, que consiste en pedazos de peces, está fijo sobre un gancho en medio de la red, de modo que no puedan alcanzarle por fuera las largas patas de los crustáceos; una boya de madera, que flota en la punta de una cuerda de junco, indica su posicion y sirve para izarlas; y una puertecilla practicada en un lado permite retirar los prisioneros. Estas redes están mucho mejor hechas, son mucho mas sólidas y mas productivas que las que yo he visto en las costas de Francia, donde se da el caso que de diez langostas, seis ú ocho se comen el cebo por fuera, desapareciendo á los ojos del pescador en el momento mismo en que saca su aparato á la superficie. Con estas redes no hay sorpresas ni engaños; si el crustáceo quiere comer es preciso que entre.

Hemos cogido cabrajos enormes; entre ellos habia uno que media por lo menos un metro de largo, y pesaba ocho kilógramos. Esta especie parece afine de la de nuestras costas; es igualmente azul, manchada de amarillo; pero los colores son mas brillantes. Habia tambien platicarcines de gran dimension, y una especie de grandes cangrejos erizados de espinas, con pinzas en forma de cucharas, cangrejos que son muy malignos (*Mitrax*, Cuvier); y por último, un crustáceo extraordinario que me apresuré á dibujar, y que parece una roca andando; pertenece al género parténope, y le he dado el nombre de Parténope horrible, que me parece muy propio, y que espero conservará (véase el grabado de la pág. 213).

El momento crítico de la pesca de crustáceos es cuando se abre la puertecilla, y se debe introducir el brazo en medio de aquellos prisioneros feroces, que acechan las manos con sus pinzas abiertas, pues de un solo golpe podrian cortar un dedo. El patron oponia á unas pinzas otras, es decir, que llevaba un aparato sumamente ingenioso, con el cual se apoderaba del enemigo por la espalda, sin exponerse á recibir herida alguna. Se trasportan vivos al depósito los cabrajos y langostas, utilizándose para la cena de la tripulacion los cangrejos que no son de buena venta á causa de su horrible aspecto.

Los marineros habian vuelto con una abundante cosecha de sérpulas ó lombrices marinas, bastante análogas á las de tierra; no tienen cabeza, ojos ni mandíbulas, pero sí piés provistos de una infinidad de pequeños ganchos, con los cuales se cogen á la superficie de las rocas mas lisas. Los pescadores, que las encuentran recogidas en un tubo calcáreo segregado por ellas mismas, ó en una especie de capa de granos de arena imperceptibles, que aglutinan al rededor de su cuerpo, les han dado el pintoresco nombre de *tubos marinos:* este helminto, que mide hasta

cuarenta centímetros de largo *[serpula gigantea]*, es excelente para el cebo de los anzuelos.

La goleta aparejó á las nueve de la mañana, á fin de ganar las aguas de la pesca.

Por la noche estábamos á treinta millas de la costa, y anclábamos en un espacio descubierto del mar de sargazo, en un fondo de cuarenta brazas. Este famoso mar de yerbas, que cubre una parte del Océano entre el antiguo y el nuevo continente, ha recibido con justa razon el nombre del alga (sargazo), que constituye su mayor masa; en algunos sitios son tan numerosas las frondes de esta planta, que pueden detener á un buque de vela. Yo aproveché las pocas horas que aun quedaban del dia para ir á visitar en una lancha aquellas praderas oceánicas. El sargazo *[fucus natans]* vive en la superficie del mar como ciertos musgos en los pantanos de agua dulce; tiene largos tallos, hojas y frutos, pero ninguna raíz; es un error creer que estas plantas procedian de los fondos profundos, y que arrancadas de allí, eran impelidas por las aguas á la superficie; y harto prueba lo contrario el hecho de que en los mismos tallos se ven hojas ennegrecidas, casi muertas, junto á otras nuevas, que crecen y se desarrollan. El sargazo es una inmensa vegetacion flotante; la pradera oceánica presenta en ciertos puntos un magnífico color verde, y en otros un amarillo de orin; las hojas y los frutos que surgen sobre las aguas le comunican el aspecto de una espesura inextricable. Entre el sargazo flotan otras algas arrancadas del fondo del abismo, y que arrastra la corriente del Golfo; las hay de todas formas y colores, rojas, sonrosadas de un amarillo de oro, y de un tinte anacarado; pero predomina el verde aceituna: he recogido una fronde que tenia treinta metros de largo, y la cual se asemejaba singularmente á una inmensa correa de cuero barnizado; junto á este tallo gigantesco, el agua estaba cubierta de una alga microscópica de color de escarlata, de la cual se necesitarian lo menos ciento para cubrir el espacio de un centímetro cuadrado; abundaba de tal modo, que en ciertos espacios bastante grandes, parecia hallarse el mar cubierto de un tinte rojo de sangre. Estas plantas marinas tienen flores y frutos, y sirven de alimento á varios animales; los frutos son racimos de pequeños granos redondos, conocidos con el nombre de *uvas de los trópicos*; las flores son los eólidos, singulares moluscos prolongados, de los mas brillantes colores, que se cogen á las hojas de que se alimentan. Entre el sargazo viven los pequeños cangrejos y algunas conchas; y la presencia de estos animales atrae á los peces, así como estos atraen al hombre.

Hé aquí por qué el patron se prometia una abundante pesca.

Al oscurecer se dió la órden para que cada cual ocupara su puesto.

El cielo estaba magnífico, completamente tachonado de estrellas.

Yo me instalé en la proa, donde me confiaron la vigilancia de dos redes: Paddy Karr pescaba tambien, y el negrillo Job permanecia á mi lado para poner el cebo á los anzuelos y recoger los peces.

Un sardo de cuatro ó cinco kilógramos de peso fué mi primera captura; dejóse izar sin mucha resistencia, y cuando estuvo en el puente ví que era un magnífico pez armado de una dorsal espinosa de color gris, manchada de amarillo; parecia ya muerto, y no hacia movimiento alguno; hubiérase dicho que sus ojos iban á saltar de sus órbitas; el abdómen estaba dilatado, y el saco de su estómago, tocando en la boca, parecia ahogarle.

Yo sabia por experiencia que el pez cogido á grandes profundidades presentaba todos los síntomas de la asfixia al llegar á la superficie: sofocado ya por la lucha que sostiene en el fondo del mar, herido por el anzuelo, fatigado por el pescador, que le deja marchar y le atrae alternativamente, el pez se ahoga con el aire libre, que dejando de estar comprimido por la gran columna de agua que pesaba sobre él, dilata la vejiga natatoria, y hace sobresalir el abdómen. Este curioso hecho es conocido de los pescadores y naturalistas y ha sido explicado por el ilustre Cuvier en su ictiología.

¿Cómo pueden pues conservarse vivos los peces pescados á la profundidad de cuarenta brazas?

Fuí á llevar yo mismo mi captura al patron del barco, que estaba sentado junto á las escotillas, é hícele mi observacion. Sonrióse al oirme, é invitóme á depositar mi sardo en una gran cubeta llena de agua, donde flotó al punto con el vientre hácia arriba, juntamente con dos ó tres peces que conservaban la misma posicion. Sobre una mesita sujeta en el falso puente é iluminada por una lámpara, ví una coleccion de tubos de hierro de diversos diámetros, con mangos de madera en forma de flauta, abiertos en su extremidad: el patron cogió uno de estos tubos, colocó el sardo sobre la mesa, y levantando una de sus grandes aletas pectorales, hundióle el instrumento en el costado; el aire comprimido se escapó al punto por la abertura del tubo silbando ligeramente; el sardo, resucitado ya, comenzó á moverse y á dar coletazos; y cuando todo el aire quedó expulsado de sus órganos,

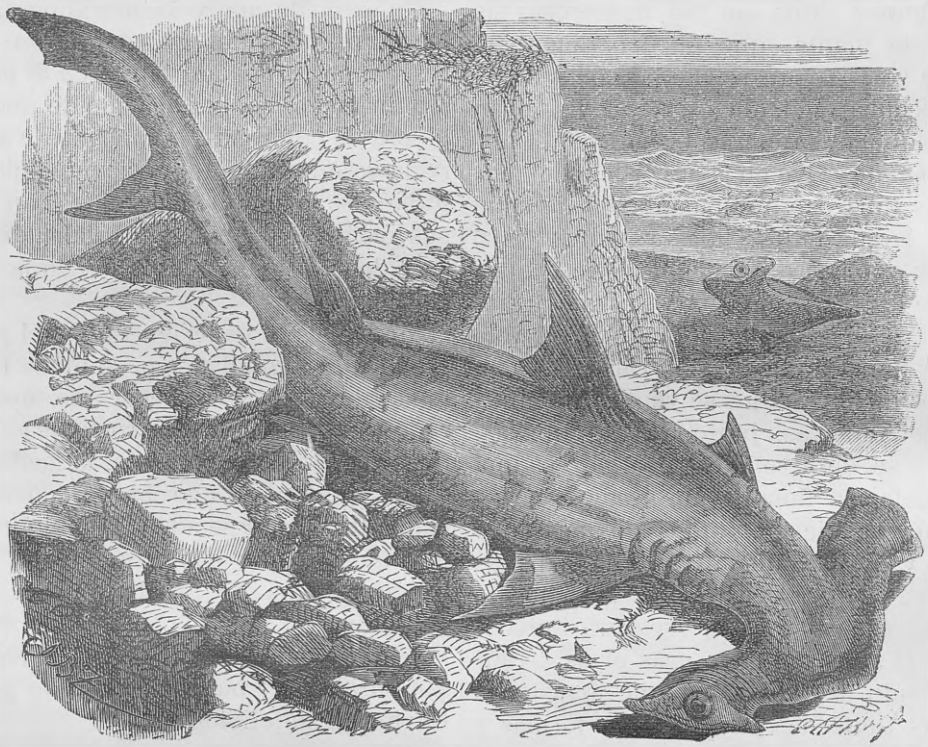
arrojóle el patron en el vivero, donde comenzó á nadar vigorosamente.

Con los otros peces se practicó la misma operacion, y resucitaron con igual prontitud; treinta de ellos volvieron así á la vida.

Confieso que estaba admirado, y que expresé mi asombro al patron, pues no podia suponer la posibilidad de una operacion tan ingeniosa.

—Señor, me contestó, para manejar bien la pica (este es el nombre del instrumento) se necesita solo un poco de experiencia, y con tal que se sepa introducirla sin herir las partes sensibles, el pez volverá siempre á la vida.

Rogué al patron que me permitiera practicar á mi vez la operacion y obtuve igualmente buen éxito: es preciso que el punzon perfore la cubierta de la vejiga natatoria, que se vacía, así como el estómago, por medio del tubo con que



El pez martillo

se aspira el aire lo mismo que si fuera una bomba; una vez desalojado aquel, el estómago se arruga y cesa la asfixia.

La pesca fué muy abundante hasta una hora bastante avanzada de la mañana; yo cogí unos cuarenta peces entre los cuales habia un ángel (*squatina Dumerilii*, Cuvier), especie de raya de piel rugosa, con aletas blancas y azules, llamada ángel por antífrasis á causa de su aspecto repugnante (véase el grabado de la pág. 217).

Tambien pesqué un lobo de mar enorme, de cuatro piés de longitud, el cual se agitó con tan gran violencia, que los pescadores me cumplimentaron por el vigor de que dí pruebas izándole yo solo. Este lobo (*Zoarces de grandes labios*, Cuvier), á pesar de su gran talla, es una especie análoga á la de esos pequeños peces que se cogen durante el reflujo en las rocas del canal de la Mancha, y que llaman vulgarmente babosas. El individuo que yo he pescado tiene grandes labios y colmillos formidables, de los cuales se desprende una saliva pegajosa; la cabeza, vista de frente, tiene algo de espantoso.

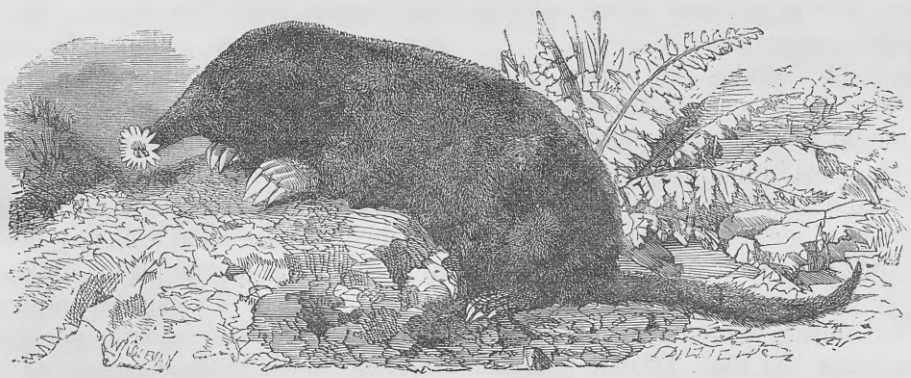
Como estos peces no sirven para la venta, los matan al punto á martillazos, y su carne sirve para coger otros.

Apenas amaneció, fuí á sentarme al borde del vivero, iluminado como un acuarium por cristales dobles. Es un espectáculo muy curioso ver reunidos en la misma prision á todos esos peces formidablemente armados y de especies enemigas: los sardos y los labros, cuya longitud no excede de dos piés, nadan juntos entre dos aguas á fin de mantenerse fuera del alcance de los grandes peces, que permanecen obstinadamente en el fondo del depósito: conté cinco especies, todas ellas de los mas admirables colores. El cléptico criollo es de un rojo púrpura, con visos cambiantes como el plumaje del cuello de algunas palomas; el sardo es amarillo cobri-

zo, con la cabeza púrpura, y cada escama salpicada de negro; y otra especie de sardo tiene un color bermellon, con las escamas bordeadas de un blanco de plata. Nada mas brillante que los vistosos matices de estos habitantes de los mares tropicales.

Una jarretiera plateada (*Trichiurus lepturus*, Cuvier), irguiéndose á veces sobre su cola, elevábase verticalmente desde el fondo, y hacia serpentear su aplanado cuerpo, mostrando fuera del agua su desmesurada boca provista de cortantes dientes. Espantados los sardos, dispersábanse en todas direcciones, para ir á reunirse nuevamente en otro rincon del vivero.

Junto á estos peces que enroscaban y desarrollaban su largo cuerpo, como un pabellon agitado por la brisa, manteníanse inmóviles como troncos de árbol el megalopo, arenque gigantesco de cuatro metros de longitud, cuya aleta dorsal termina por un largo filete; y los caballeros, que se distinguen por su espesa crin, entre los cuales descuella el caballero man-



El condiluro estrellado

chado, que los pescadores llaman, ignoro porqué, la *mamá ballena*. Este último pez es el mas apreciado de todos por su carne, y se vende en la Habana á razon de tres pesetas el kilógramo. Las langostas y los cangrejos, arrinconados en los ángulos del depósito, se levantaban con las pinzas abiertas frente á sus formidables vecinos; ellos son los que hacen las veces de enterradores: apenas se debilita un pez herido por el anzuelo, ó en el que se ha operado mal, es cogido al punto y despedazado por los crustáceos, los cuales le devoran prontamente, impidiendo así que el agua se corrompa con los cadáveres.

En menos de catorce horas se han echado en el depósito cuatrocientos peces bien vivos, de especies muy estimadas; pero caben perfectamente otras tantas, de modo que el barco vivero tiene ahora solo la mitad de su cargamento. Como estos peces pesan en totalidad unos mil quinientos kilógramos, el patron y los tripulantes han ganado dos mil pesetas en un solo dia.

Seria de desear que se adoptara en las costas de Francia este sistema, que permite á los barcos ir á buscar los peces á distancias de trescientas á cuatrocientas leguas, que enriquece á los pescadores, y que proporciona siempre frescos para el consumo los productos del mar. Ojalá que estos breves informes puedan ser útiles á la interesante clase de los pescadores franceses.

Nuestra milagrosa pesca no continuó, pues los tiburones y otros grandes escualos comenzaron á surcar las aguas, ahuyentando á nuestro alrededor todos los demás peces.

Habíame echado al pié de un mastil embozado en mi capa, y hacia algun tiempo que dormia, cuando me despertaron fuertes gritos y un gran ruido de cadenas.

Mientras esperaban la brisa, los marineros habian lanzado al mar un anzuelo para tiburones, compuesto de una cadena de hierro terminada por un formidable gancho de acero, en el que se habia puesto un gran pedazo de tocino: la cadena se habia tendido, y varias vigorosas sacudidas agitaron el cabrestante en que estaba arrollada; cuatro hombres maniobraron entonces en la polea, é izaron el animal animándose con la voz y el gesto.

Muy pronto apareció sobre la popa una cabeza hedionda: no era la de un tiburon, sino la de un gran escualo de siete metros de longitud, la de un martillo: su cabeza tenia exactamente la forma de un mazo de carpintero; las dos extremidades, aplanadas en cuadro, presentaban un ojo redondo, de color amarillo fosforescente; la parte anterior de la cabeza estaba guarnecida de una piel rugosa y lacia; la boca era enorme; y el cuerpo, prolongado y de color gris, terminaba por una larga aleta. Agitábase el mónstruo fu-

riosamente; golpeaba los costados del buque con su poderosa cola, y tratando de triturar con su triple línea de dientes el anzuelo que se habia hundido en sus entrañas y del cual no se veia ya sino el anillo, vomitaba á cada esfuerzo torrentes de sangre roja, que manchaba su blanco vientre (véase el grabado de la pág. 220).

El martillo es uno de los peces mas carnívoros y temibles que se alimentan en estas aguas tan fértiles en mónstruos; y por eso le dejaron todo el dia pendiente en la proa, hasta que no dió señales de vida: los marineros han aprendido á temer las convulsiones mortales de estos grandes peces, que al agitarse sobre cubierta han ocasionado á veces varias víctimas.

Los tiburones son tratados del mismo modo, digno castigo de esos feroces asesinos del mar.

A eso de medio dia, cuando comenzaba el flujo, una fuerte brisa hinchó nuestras velas, y el piloto enderezó el rumbo hácia el sudoeste.

Entonces comenzó otro género de pesca: echáronse al agua varios anzuelos flotantes poniendo por cebo piel de pez, anzuelos que arrastrados en la estela del buque, el cual avanzaba á toda vela, saltaban entre las olas. De este modo se cogieron por la tarde unos veinte atunes, peces voraces, que manteniéndose en la superficie del mar precipítanse sobre todo cuanto se agita entre las olas. El atun de las costas de Florida, cuya carne amarilla y dura como la ternera es muy estimada, pertenece á un género distinto del que se encuentra en el Mediterráneo.

El piloto mandó anclar á media legua de la entrada de Mantazas, á causa de los fondos bajos que se extienden á gran distancia: una parte de la tripulacion se preparó á pescar con red hácia la punta meridional de la isla Anastasia; mientras que yo me embarqué en la canoa con el patron y un marinero, para tomar tierra en la punta del Antiguo Fuerte.

XV

EL GRAN CIPRESAL

El Fuerte Antiguo.—Campamento en la garita.—El trigonocéfalo cabeza de cobre.—Petermann, administrador de Mantazas.—La sabana de Colton.—Flora admirable.—Las serpientes venenosas y la planta séneca.—El condiluro estrellado.—Una pradera púdica.—Aspecto del gran cipresal.—Bosques en el agua.—Los sabuesos siguiendo la pista de una esclava.—Detencion forzosa.—Los inquilinos del ciprés calvo.—Regreso de Paddy.—La mosca Midas.—Asuntos misteriosos de Paddy.—Campamento de los leñadores negros.—Llegada á la goleta

—¡El regidor ha faltado á su palabra! exclamó Paddy.

Hacia una hora que esperábamos en la playa sin ver llegar á hombres ni caballos; la lluvia era muy menuda y fria, y declinaba la tarde, mas oscura aun por la espesa bruma que salia del mar.

—Sé que hay cerca de aquí, dijo el indio estremeciéndose de frio, un lugar donde podríamos acampar al abrigo del agua y encender fuego.

—Vamos pues, contesté, enséñanos el camino.

En el fondo de una ensenada vecina elevábase un gran muro bañado por el agua y lleno de grietas, sobre el cual se distinguian las almenas desmanteladas de un torreon: eran las ruinas del Fuerte Antiguo. Esta construccion española, que cuenta unos tres siglos, fué abandonada por los americanos, quienes la juzgaron inútil para la defensa del país; el mar, que durante el flujo la rodea por tres lados, amontona la arena junto á sus muros, que ennegrecidos y cubiertos de plantas parásitas, están ya en parte sepultados. Las dunas, resecadas por el viento del mar, son de una extremada aridez, y no se ve en ellas ni un matorral ni una brizna de yerba; pero en cambio, el torreon y sus dependencias accesorias desaparecieron bajo una vegetacion espléndida: el Fuerte Antiguo parece un islote de verdura en medio del mar.

Hemos entrado por una brecha, cogiéndonos á las raíces y las ramas de una viña salvaje: las altas yerbas han invadido el patio del torreon; en el centro, un agujero circular indica el orificio de un pozo profundo, y acá y allá elévanse montones de antiguas piedras cubiertas de musgo, que, caidas de las murallas, se han cimentado con el tiempo. El techo está hundido; las paredes, derribadas en varios sitios, solo se sostienen por un maravilloso equilibrio; los granos ó semillas traidos por las aves se han convertido en grandes árboles que se elevan á bastante altura, y cuyas raíces desuniendo los muros, activan mas aun la destruccion comenzada por las tempestades y las lluvias.

Es la hora del crepúsculo.

Los buhos y los mochuelos posados en las vigas comienzan á despertarse, y lanzan lúgubres gritos; los cuervos graznan al entregarse al sueño; los zorros aullan á la entrada de sus guaridas, y entre los matorrales y en los agujeros de las paredes, óyese un roce sordo y siniestro: son las serpientes venenosas, los hediondos sapos, los escorpiones y las arañas negras, que se agitan y preparan para su cacería nocturna.

Los habitantes de las ruinas protestan contra nuestra entrada. ¿No es acaso el hombre el enemigo comun de todos los animales?

Paddy, nuestro guia, avanza por un estrecho sendero, abierto á lo largo de los muros, y des-

pues de contornear el torreon, llegamos á una plataforma mas elevada, que domina los alrededores del castillo por la parte de tierra. Es una garita de piedra que hay junto á un antiguo cuerpo de guardia, y allí es donde vamos á refugiarnos: un lecho de musgo, varias piedras dispuestas para formar un sitial, anuncian que esta garita sirve á veces de asilo á los pastores y cazadores: Paddy me dice, en efecto, que ya ha dormido allí mas de una noche.

Mientras mis compañeros improvisan una cocina á fin de hacer la cena, aprovecho las últimas claridades del dia para recorrer las ruinas. En la plataforma encuentro dos antiguas cureñas de los cañones; prestan sombra al terraplen varias higueras y granados, que plantaron los españoles, y observo que aun se conservan bastante fuertes: los árboles han durado mas que los hombres.

Job ha recogido abundantes frutos para nuestra cena...

El resplandor de una hoguera ilumina un rincon de la garita; el humo se escapa en forma de espesa nube por una ventanilla: el calor y la cena nos han reanimado.

Terminadas mis notas, diríjome hácia mi lecho: redúcese á una manta tendida en el suelo, con una gran piedra por almohada. ¡Qué bien voy á dormir!

7 *de octubre, por la tarde, á bordo de la «Descubierta.»*—Apenas me tumbé ayer para dormir, comenzó á molestarme un olor nauseabundo que procedia de la piedra misma donde apoyaba la cabeza; volvíme entonces del otro lado, pero percibí el mismo olor, y levantándome con enojo llamé al indio, que dormitaba cerca del fuego con su pipa en la boca. Paddy se acercó á mí, y apenas hubo notado aquel olor, que aumentaba de intensidad á cada instante, púsose un dedo en la boca y me dijo al oido:

—Es una cabeza de cobre; el calor del fuego la ha despertado, y es preciso esperar á que salga.

Al pronunciar estas palabras empujó con el pié al negrillo, que roncaba ya, y armándose los dos de unas varas de fresno, situáronse á los lados de la piedra, dispuestos á descargar el golpe.

Confieso que me estremecí: la cabeza de cobre es el trigonocéfalo, una serpiente cuya mordedura mata al hombre mas vigoroso en pocos minutos: despertábase el reptil cuando yo me echaba sobre él: habia comenzado á dormir sobre la muerte.

Confiando poco en las varas de fresno, empuñé mi carabina y la armé; pero sea que la serpiente oyese el rumor, ó que se hubiera sumido de nuevo en su letargo, no salia de su agujero. Entonces propuse levantar la piedra; pero Paddy se opuso, asegurándome que uno de nosotros seria mordido infaliblemente apenas pusiera las manos en la piedra.

Fué preciso esperar, y así pasó una parte de la noche; era imposible dormir fuera: la lluvia caia sin cesar, y ninguno se atrevia á echarse dentro de la garita mientras estuviese en ella tan terrible vecino.

Por fin asomó el trigonocéfalo su achatada cabeza por debajo de la piedra, y al punto fué muerto: media cuatro piés de longitud, y estaba provisto de colmillos salientes, de los cuales se desprendia gota á gota un veneno espeso y amarillento.

Eran las dos de la madrugada cuando volví á echarme en mi improvisado lecho.

Al amanecer me despertó Job.

Paddy hablaba en la playa con un jinete que conducia de la brida dos caballos: él era quien nos habia hecho esperar la víspera, obligándonos á dormir en las ruinas.

Marché al punto á reunirme con ellos, mientras que Job empaquetaba nuestras ropas y utensilios de cocina.

Maese Petermann, administrador de la plantacion de Mantazas, es un vigoroso aleman de frente deprimida, ojos grises, barba roja y aire siniestro; y acompañábanle dos grandes perros de aspecto feroz, que tanto tenian de lebreles como de lobos. Habia consentido en alquilarnos dos caballos, mediante la suma de veinte duros, para ganar las orillas del San Juan; uno era para mí, y el otro para Paddy y Job.

Saludóme el aleman cortésmente, y pidióme permiso para guiarnos á través del gran cipresal, por donde debíamos atravesar, añadiendo con una mala sonrisa, que no dejaria de ser necesario su auxilio, porque no faltaba qué hacer cuando se pasaba por semejante lugar.

Accediendo á la demanda, hice la señal de marcha.

Las dunas de arena blanca que bordean la playa se prolongan á gran distancia en el interior, y están cortadas por tallares de pinos achaparrados, de palmeras y naranjos salvajes, abundando tambien los matorrales espinosos, las plantas grasas, la pita, los cactus y las mamiliarias. Los claveles de la India y los pensamientos ostentan en varios sitios sus florecillas sobre la arena; y al encontrar en el estado silvestre todas estas plantas cultivadas en nuestros jardines, recuerdo que me hallo á dos mil leguas de mi patria.

Pocos animales hay en estas tierras áridas: en una gran extension no hemos visto sino conejos, algunas bandadas de perdices y huellas de gamos y fieras.

Contorneamos la caleta Pelissiere y los pantanos que han quedado á nuestra izquierda, y á eso de las diez damos vista á la extensa pradera de Colton.

El aspecto de esta sabana es imponente: ocupa todo un valle intermediario en la extremidad de la caleta; y la inmensa pradera, donde no se ve un solo matorral, está cubierta de ganados y de caballos medio salvajes, de los cuales cuidan pastores negros montados. Los propietarios, que habitan en treinta leguas á la redonda, envian sus animales al pasto durante la estacion seca. En el último confin del horizonte, una línea negra, semejante á las costas que se ven desde alta mar, nos indica que allí está el gran cipresal.

El suelo de la pradera es sólido, pero parece rebotar bajo los piés de nuestros caballos, y es porque debajo de una delgada capa de tierra vegetal se extiende una especie de toba turbosa. Varios estanques cubiertos de cañas ocupan el centro; y todo lo demás está cubierto de un verde césped, sembrado acá y allá de magníficas plantas vivaces peculiares de la flora de la sabana. Son gencianas *(Chisonia pulcherrima)*, de flores sonrosadas en panoja; lobelias *(Lobelias cardinalis)*, cargadas de flores escarlatas; malvas *(Hibitus palmatus)* revestidas de pelos, y cuyas grandes flores blancas con el centro amarillo tienen un punto rojo; plantas de cebollas, amarilis y pancreros, cuyos altos tallos están coronados de flores rojas y blancas, atigradas de negro. La *planta de la seda*, el asclepias, ostenta en la pradera sus semillas sobrepuestas de sedosos penachos: durante el siglo último, la industria ha tratado de sacar partido de esta seda vegetal, y los alemanes fabricaron terciopelos, pero la escasez de la materia les hizo renunciar á sus ensayos.

Las flores de la pradera, que son amarillas ó blancas en Europa, presentan generalmente en América todos los matices del rojo, desde el púrpura hasta el mas ligero sonrosado.

Las manadas de bueyes huian mugiendo al acercarse nuestros caballos: Petermann picó espuela para acercarse á un corpulento negro que guardaba los ganados de la plantacion de Mantazas, y despues de cambiar algunas palabras con él en voz baja, volvió á invitarnos á seguirle á la cabaña del pastor, donde hallaríamos algunas provisiones frescas para almorzar.

Esta choza, construida solo con cañas, está situada en una pequeña eminencia contigua á un estanque.

Mientras preparaban el almuerzo fuí á dar una vuelta, provisto de mi escopeta, para cazar algunas de las numerosas aves de color gris que revolotean alrededor del estanque; pero eran demasiado salvajes, y como ninguna se puso á tiro, volví con las manos vacías.

He recogido sin embargo un animal muy singular, semejante al topo, y que así como él, construye galerías subterráneas: es el condiluro estrellado, especie de insectívoro de pelaje pardusco, con la cola muy larga, y que parece enteramente ciego. Lo mas notable de este animal es que su hocico está rodeado de pequeñas puntas cartilaginosas, las cuales forman una estrella, carácter que le comunica un aspecto extraño, y á primera vista poco natural.

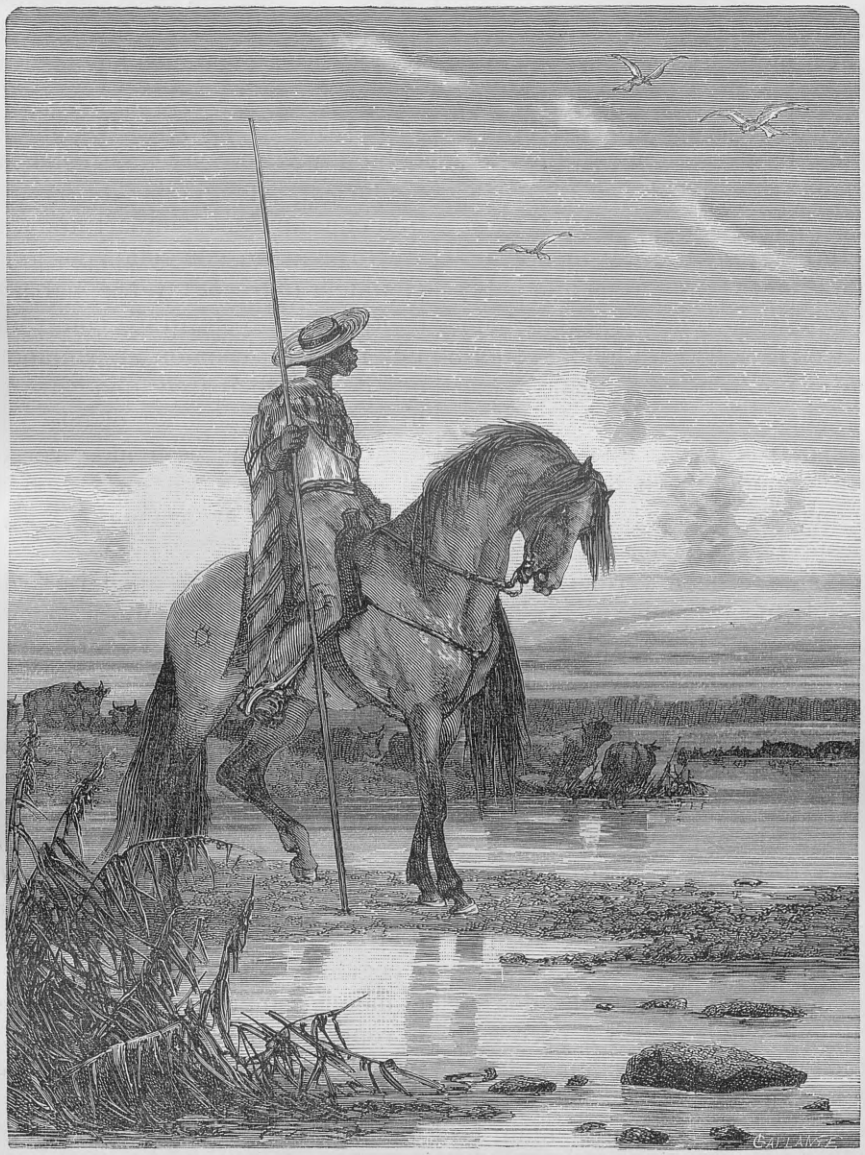
Despues del almuerzo, que fué muy corto, atravesamos á galope la sabana, dirigiéndonos hácia las sombrías masas del gran cipresal. Por órden de Petermann, el pastor negro habia cerrado su cabaña, y acompañábanos á caballo.

Nos acercábamos al gran cipresal; el aspecto del bosque es de los mas extraños, y excita la admiracion de los que no han visto aun estos poderosos y singulares vegetales; al verle desde léjos, diríase que es una inmensa llanura verde sostenida por miles de columnas, ó bien un ejército de gigantescos paraguas.

En medio del cipresal no hay sombra como en los pinares; el follaje de los cipreses es tan delicado, tan fino, de un verde tan suave, y se eleva á tan gran altura, que la sombra parece solo una nube destinada á amortiguar los rayos del sol. Hasta una elevacion de veinte piés, el árbol se contornea y está siempre hueco; este tronco enorme está reforzado por plantas que le flanquean circularmente, formando en sus intervalos verdaderas cavernas; las raíces, semejantes á enormes serpientes, se extienden á larga distancia por debajo del agua, donde surgen de improviso, para cubrirse de exostosis y de sarna, adquiriendo con el tiempo desmesuradas proporciones. De este confuso enlazamiento de maderas huecas, casi podridas, destácase con asombroso vigor una magnífica columna recta de madera roja, sólida y odorífera, que se eleva hasta la altura de cuarenta metros sin presentar una sola rama; desde aquí se ramifica el ciprés, formando una copa plana y horizontal; y como todas las copas se tocan y se unen, el conjunto parece un inmenso dosel de verdura. Esto es un bosque en el agua, porque siendo impermeable el suelo de los cipresales, las aguas llovidas se estancan allí todo el año. Ahora esta-

mos en la estacion seca, y sin embargo, es preciso conocer los pasos para aventurarse en medio de estas pérfidas turberas, donde caballos y jinetes desaparecen sin dejar el menor vestigio. Las raíces de los cipreses interceptan á veces el paso, y entonces se hace preciso apearse para conducir los caballos.

En el espacio de varias millas, el pastor negro, que es nuestro guia, dirige la marcha con mucha presencia de ánimo, agilidad y destreza,



Un pastor negro en la pradera de Colton

y hace muchos rodeos para evitar los barrancos y ganar la tierra sólida.

Hubo un momento en que maese Petermann y el pastor, indiferentes ambos á las maravillas naturales, detuviéronse junto á uno de los numerosos islotes que allí existen, y profirieron exclamaciones de alegría. Al acercarnos vimos que examinaban con escrupulosa atencion un pingajo colgado de una rama espinosa; despues obligaron á los perros á olfatearle, y los animales comenzaron á ladrar al punto furiosamente, corriendo alrededor del trapo cual si hubiesen descubierto alguna pista. A los cinco minutos, hombres y perros, sin acordarse de nosotros, lanzáronse en direccion opuesta á la que seguíamos, y desaparecieron. Quedábamos abandonados.

Ignoro si Paddy conocia el cipresal tan bien como él aseguraba; pero la verdad es que despues de haber dado varias vueltas me rogó que le esperase, confesando que iba á buscar el sendero de que nos habíamos separado.

Así diciendo despojóse de su ropa, sin conservar mas que sus grandes botas y su camiseta de piel de gamuza, ató el caballo á una raíz de ciprés, y despues de recomendarnos con la mayor tranquilidad que no nos inquietásemos, alejóse alegremente, sumergiéndose en el pantano.

Era preciso conformarse, y nos sentamos en un monton de arena sólida, al pié de un ciprés centenario. Job comenzó á morder un pedazo de galleta, que habia encontrado al distribuir el pienso á nuestras monturas; y en cuanto á mí, nada satisfecho, me entretuve en examinar los alrededores.

La parte del cipresal donde estábamos acampados era una de las mas pantanosas que habíamos visto hasta entonces; veíase agua por todas partes, y en ciertos sitios parecia tener bastante profundidad. Por eso no crecian allí sino líquenes negruzcos y setas microscópicas de un bonito color violáceo, *trochiscus*, que tiñen las aguas de púrpura. Cuando un reptil se agitaba en ellas, producíanse los colores prismáticos del arco-iris, y se desprendia un olor pestilente de fósforo. Aquello no era, á decir verdad, sino una parte líquida de detritus animales: en la madera vieja de los cipreses crecia una orquídea, la arpofila espinosa, lúgubre parásito de hojas arrolladas, con flores lívidas semejantes á pequeñas calaveras, de las cuales se desprende un olor cadavérico. Los mismos cipreses tenian un aspecto enfermizo: su corteza, sarnosa y negra, se pulverizaba entre los dedos; apenas tenian algunas hojas, y sus ramas, despojadas de verdura, estaban revestidas de largos musgos argentados, que formando graciosos festones, se balanceaban sobre nuestras cabezas como inmensas telarañas.

Los habitantes del cipresal, tranquilizados por nuestra inmovilidad, volvian poco á poco á su vida acostumbrada: las ranas, las salamandras y las tortugas, perseguian en la superficie líquida á las larvas acuáticas de que se alimentan; las ratas y las ardillas aparecian á la entrada de sus agujeros; y los verdes loros gritaban en la cima de los cipreses, buscando las almendras á que son tan aficionados.

Poco despues, una especie de sordo redoble anunció que llegaba una bandada de pelícanos pardos: estas enormes aves se cernieron durante algunos momentos sobre el bosque, batiendo siete ú ocho veces sus alas, con un ruido semejante al de una descarga de artillería; y á poco las oimos posarse alrededor de nosotros sobre las ramas de los árboles, donde sabian mantenerse en equilibrio á pesar de sus grandes piés palmeados.

A los pelícanos siguieron las bandadas de cigüeñas y de grullas-avestruces, de gaviotas y de cuervos marinos.

Entonces presencié un drama en varios actos.

Frente á nosotros, separado por un pantano profundo, veíase un gran tronco de ciprés, habitado en todos los pisos por inquilinos de razas distintas, y los cuales no eran al parecer muy propios para mantener buenas relaciones de vecindad.

En un islote formado por una raíz de este árbol, en medio de las aguas estancadas, veíase un agujero abierto en una protuberancia del ciprés, que contenia dos compartimientos, uno grande y otro pequeño, con salida por ambos lados. Una cicindela (*tetracha*) verde habia ido á posarse sobre la raíz; y devoraba con voluptuoso placer una larva pescada en el pantano; pero hé aquí que de pronto aparece una cabeza hedionda, cónica y puntiaguda, en el mas pequeño de los agujeros; un cuerpo lívido y verrugoso se desliza lentamente, y un gran sapo, de la especie llamada agua, avanza con la boca abierta hácia la cicindela.

El sapo acababa de apoderarse del imprudente insecto, cuando una víbora de agua, un trigonocéfalo, que acechaba á la entrada del mayor de los agujeros, precipítase sobre el sapo, clava en el cuerpo sus venenosos colmillos, y se retira para observar el efecto de su envenenada mordedura. El sapo soltó su presa, tratando inútilmente de saltar, y revolvióse profiriendo sordas quejas; pero muy pronto se estremeció su cuerpo, y tendióse boca arriba, presa de las convulsiones de la muerte. Entonces ví á la serpiente rastrear hácia el cadáver, abrir su enorme boca, y cogiendo al sapo por la cabeza, engullírsele sin el menor esfuerzo. Cuando mas ocupado estaba el reptil en su penosa deglucion, cayó sobre él una cigüeña, y como tenia aun llena la boca, y no le era posible hacer uso de sus terribles colmillos, fué muerto por el ave, á pesar de su defensa. La cigüeña, victoriosa, se vió no obstante en apuro: la serpiente era demasiado pesada para llevársela á la copa de un ciprés; y por otra parte, difícilmente podria devorar en paz una presa tan voluminosa en sitio descubierto, donde nubes de gaviotas y de cuervos irian á disputarle su botin.

La cigüeña pareció reflexionar algunos instantes, y despues, como si hubiese tomado un partido decisivo, arrastró penosamente el cadáver del reptil, revoloteando sobre el pantano, hasta que le condujo al orificio de una anfractuosidad del gran ciprés, donde le dejó caer; posándose luego sobre una de las ramas del ár-

bol, comenzó á devorar su presa, dirigiendo á su alrededor miradas recelosas.

Pero es el caso que dos pelícanos que dormian cerca de allí, con la cabeza oculta en las sedosas plumas de sus alas, hubieron de percibir el olor del reptil y se despertaron. La pesca habia sido mala sin duda; las bolsas de víveres estaban vacías, y despues de una lucha entre su conciencia y su apetito (el pelícano es una ave honrada), lucha en que el segundo fué mas fuerte, cogieron traidoramente la cola del reptil, que la cigüeña tenia sujeta por la cabeza.

Entonces hubo gran contienda, y durante algunos minutos no se oyó mas que el rumor producido por los aletazos, mezclados con gritos de cólera. Poseidos de rabia, los contrincantes habian soltado el reptil, objeto de la disputa; el cadáver yacia inerte á la entrada de aquella negra caverna: pero de pronto le ví hundirse en el agujero y desaparecer. Pelícanos y cigüeña se apercibieron de ello; mas ya era tarde: por aquel agujero no podian penetrar las grandes aves, que en vano se esforzaron por recobrar su presa; y mientras se miraban confusas y aturdidas, ví brillar en la sombra como carbones encendidos dos ojos amarillentos y fosforescentes: era el mochuelo, que apareciendo á la entrada de la caverna, profirió un grito singular, comparado con una carcajada sarcástica; hubiérase dicho que se burlaba de la cigüeña y de los pelícanos; y á fe que esta leccion valia sin duda una serpiente.

En aquel ciprés, cuyas raíces servian de percha á las aves acuáticas, habia unos veinte alojamientos habitados: en la parte mas baja, en el agua y en el limo, hallábanse las tortugas y culebras de agua; en el primer piso, en los mayores compartimientos, los mochuelos y las nútrias habian fijado su domicilio; en el segundo estaban las ratas y lagartos anolis; y por último, en la parte superior hormigueaba todo un pueblo de insectos, distinguiéndose las grandes mariposas nocturnas, la araña migale y los escorpiones venenosos. Los loros y las ardillas, graciosos habitantes de las regiones luminosas, retozaban en las ramas mas altas.

Una familia de ratas congos se ocupaba en almacenar en su agujero una provision de nueces de ciprés, de tallos de plantas y de raíces. Este roedor, del tamaño del conejo, es de color pardo, con la punta del hocico negra, lo mismo que la extremidad de la cola; y asegúrase que su carne es muy buena.

Pero toda observacion tiene su fin, y todo cansa; ya comenzaba á impacientarme la ausencia de Paddy; temia que nos hubiésemos perdido en el cipresal; y á fin de llamar la atencion y obtener provisiones de refresco, en el caso de que fuera preciso permanecer allí toda la noche, resolví cazar algunas ratas congos.

Esperaba á que dos de ellas estuviesen bastante próximas, para ver si podia matar dos de un tiro, cuando Job me tiró de la manga, señalándome con el dedo una rama muerta que se elevaba á unos treinta piés.

Un cuadrúpedo de cabeza de gato, y del tamaño de un zorro, se balanceaba, pendiente de su flexible cola, dispuesto á lanzarse sobre los congos, á los cuales acechaba con la mayor atencion; al punto reconocí el kincajú, carnicero muy raro en los Estados-Unidos, y célebre por su propiedad de tener la cola prensil como los monos. Sin darme tiempo para apuntarle, replegó su flexible cuerpo, y dejóse caer sobre su presa como una masa, con las patas hácia adelante. Entonces disparé, y cayó muerto en el agua, llevándose en sus garras la rata que habia cogido.

La detonacion de mi carabina, resonando estrepitosamente en aquellas soledades vírgenes, fué seguida de un gran rumor de alas, de gritos y de silbidos; y todos los animales desaparecieron delante del hombre.

Despues contestó á la detonacion otra mas lejana, y á los pocos instantes se reunia con nosotros Paddy.

Despues de haber desollado el kincajú, operacion en que el indio era muy experto, volvimos á montar á caballo, y avanzamos en distinta direccion de la que habíamos seguido hasta entonces.

Nuestros caballos caminaban penosamente, con el agua hasta las rodillas.

En un claro que formaba una especie de estanque nos dieron mucho que hacer unos enemigos de nuevo género, que podrian habernos jugado una mala partida si hubiésemos sido pigmeos. Una treintena de grullas-avestruces, blancas y negras, con cara color de carne, cola en forma de penacho, y tan altas como hombres, ocupábanse asíduamente en la pesca; el paso de nuestros caballos, en vez de espantarlas excitó su cólera, y nos rodearon al punto profiriendo gritos atronadores y chasqueando sus picos formidables. Impacientados nuestros caballos, precipitáronse sobre aquellas aves con ruidosos relinchos; y para evitar el choque, las grullas comenzaron á saltar hácia atrás, haciendo las contorsiones mas ridículas del mundo; pero al mismo tiempo gritaban de un modo, que salimos de allí completamente aturdidos.

Por fin llegamos á un sendero, abierto por el

paso de los animales, aunque bastante sólido para sostener nuestros caballos.

Cuando menos lo pensaba, encontréme á la orilla del rio; y avanzando aun bajo la bóveda de las grandes encinas, percibimos la brillante superficie del San Juan, en la cual se reflejaban con la mayor limpieza los mas preciosos detalles de sus orillas.

Despues de aquella excursion, tan interesante para un naturalista, pero asaz penosa, experimenté un verdadero placer al encontrarme de nuevo á bordo entre mis compañeros de aventuras.

XVI

EL CAMPAMENTO MALDITO

Sara, la esclava fugitiva.—Pilatka.—El monte Hope.—Aspecto del lago Dunns.—Praderas flotantes de *pistia*.—Vasta sabana de serpientes entrelazadas.—La caleta de Hans.—Pelícanos persiguiendo á los peces.—Inteligencia maravillosa de estas aves.—Reparticion equitativa.—Sueño extraño.—Un caiman importuno.—Primer campamento.—Inundacion nocturna.—Fenómenos hidrológicos.—La rana toro y las cercetas jóvenes.—Percance ocurrido á Paddy y á Cornelio.—El zorro prisionero.—Encarnizamiento de los ánades salvajes contra este animal.—Caza abundante.—El barranco de las setas.—Un tiroteo de nuevo género.—Derrota completa.—Abandono precipitado del campamento maldito.

Volasia 15 *de octubre.*—Mi tripulacion se ha enriquecido con un individuo, ó mas bien una individua, cuya presencia á bordo me ha causado verdadera inquietud.

Al dia siguiente de aquel en que volví á la goleta, y al despertarme por la mañana, parecióme oir una voz dulce que murmuraba á mi oido acciones de gracias; y al mismo tiempo unos labios húmedos se apoyaron en mi mano, que pendia inerte fuera de la hamaca.

¿Era un sueño? Abrí los ojos y ví á mi lado, de rodillas, una jóven mulata.

Era la esclava fugitiva que el administrador Petermann perseguia con sus sabuesos por el gran cipresal. La pobre jóven iba cubierta solo con algunos harapos, á través de los cuales veíase su cuerpo desgarrado y ensangrentado por las espinas; sus piés, sumamente hinchados, estaban solo protegidos por algunos trapos llenos de lodo; y el rostro de la fugitiva, enflaquecido por ocho dias de hambre, revelaba bien claramente el sufrimiento y la angustia.

Paddy se adelantó hácia mí y me dijo:

—Es mi prima Sara.

En efecto, reconocíase que la esclava tenia sangre india en las venas; su nariz era recta, los labios delgados, las facciones regulares, y el color agradable, semejante al de un bronce florentino.

Entonces comprendí porqué Petermann mostraba tanto empeño en perseguirla: seguramente debia valer una suma considerable.

Toda mi tripulacion, indios y negros, acudió al punto para suplicarme que ocultara á la jóven á bordo, pues si la abandonaba, volverian á cogerla y se la castigaria cruelmente. El padre Mauricio se indignaba de las preocupaciones que habian condenado á la mas vergonzosa esclavitud á una jóven tan hermosa.

Solo Constancio, hombre prudente y de mucha calma, se encogia de hombros murmurando entre dientes:

—¡Mal negocio!

Cedí á las instancias de todos: mi conciencia se rebelaba al pensar en la suerte que iba á sufrir aquella pobre jóven si la rehusaba un asilo; y mi accion era tanto mas meritoria cuanto que sabia qué consecuencias podian resultar para mí. Ocultar un esclavo fugitivo es el mayor crímen que se pueda cometer en este país; si mi buena accion era descubierta, no solo se me condenaria á una fuerte multa, sino que me expulsarian de la Florida, exponiéndome al odio de todos los plantadores que tan cordialmente me recibieron; pero despues de todo, cuando la voz interior habla, es preciso obedecer.

Dispuse que dieran un traje de marinero á Sara, y quedó admitida en mi tripulacion con el nombre de Charley.

Cuando reapareció con su nueva ropa, despues de haberse cortado el cabello, parecia un muchacho. La esperanza y la gratitud comunicaban á sus facciones una animacion que las embellecia mas aun; mas para nuestra seguridad y la suya hubiera preferido la fealdad.

La prudencia me aconsejaba no permanecer mas tiempo en aquel condado, é internarme en el corazon de la Florida, á fin de evitar las pesquisas que Petermann no dejaria de mandar hacer á bordo de mi buque: tratábase solo de adelantarle en ligereza.

Felizmente, el viento era favorable, y Constancio habia mandado cargar velas durante la noche.

Al otro dia pasamos por delante de Pilatka, situado en la orilla derecha del rio: es un pequeño pueblo de una docena de casas, cabeza de distrito del condado de Pectnam; en los alrededores hay algunas plantaciones, de las cuales se exporta algodon, azúcar y añil.

Mas abajo, en la orilla izquierda, hállase el fuerte Hunter y Buena Vista, antiguo castillo

ruinoso: es el puesto mas avanzado que ocuparon los españoles en el centro de la Florida.

Por la tarde saltó el viento al sudoeste, y fué preciso correr bordadas en medio del lago Dunns, en el cual acabábamos de penetrar.

Un vapor sospechoso cruzó por delante de nosotros, y temí ser perseguido por la justicia del país. Como el viento contrario persistia, Constancio tuvo la buena idea de dirigir la goleta fuera del canal del San Juan para ganar el centro de las islas y de los fondos bajos de aquella vasta laguna interior.

Nos hicimos á la vela delante de una escarpada altura que hay en la orilla septentrional, á la



Pelícanos

entrada del lago, y que no es otra cosa sino una gigantesca masa de conchas marinas y fluviátiles, cimentadas por tierra de aluvion. Los naturales de Florida le han dado el nombre de monte Hope.

A partir de este punto comenzamos á respirar mas tranquilamente; nuestros temores se desvanecian, y ya no teníamos delante tierras cultivadas ni plantadores. El lago, estrechándose cada vez mas, termina en punta; rodéale una inmensa cortina de cipreses, y está cubierto de cañas, juncos y yerbas acuáticas.

Las praderas flotantes entorpecieron la marcha de la goleta, y como se acercaba la noche, anclamos en un fondo de dos metros escasos. Una sola planta, la *pistia stratiotes*, forma estas praderas, navegando acá y allá al capricho de los vientos; la pistia es de un verde muy delicado; parece una lechuga extendida sobre las aguas; largas raíces fibrosas parten del centro de cada planta, y descendiendo al fondo, nutren el tallo y le mantienen. Cuando hay desbordamientos, las *pistias* se desprenden, divídense, y forman nuevas colonias en las orillas donde crecieron.

Estas praderas movibles ofrecen un golpe de vista extraordinario; y la ilusion es tanto mas completa cuanto que en medio de estas plantas sin flor se ven grupos de arbolillos y troncos de árboles desarraigados, guarnecidos de musgo y hojas, verdes aun, donde habitan nutrias, garzas y cuervos.

El lago Dunns es famoso por sus serpientes: en un espacio de veinte millas, todas esas vegetaciones flotantes están cubiertas de reptiles entrelazados, entre los cuales predominan los trigonocéfalos piscívoros, que como he dicho ya, son las serpientes mas venenosas y temibles que habitan en la América del Norte.

Al rededor de la goleta oíamos contínuamente silbidos, y un rumor semejante al rozamiento de la hojarasca en un bosque; veíamos por todas partes ojos chispeantes, lenguas trífidas, fauces inflamadas goteando veneno, y colas provistas

de aguijones que se agitaban en el aire como látigos.

Aquel espectáculo espantoso ahuyentó nuestro deseo de bañarnos.

Como el viento contrario continuaba, resolví acampar algunos dias en la orilla septentrional del lago Dunns.

Despues de practicar el debido reconocimiento, escogí una eminencia de arena blanca, situada á un metro sobre la superficie del lago, en la extremidad de este, y á la entrada de la caleta de Hans. La posicion era magnífica y segura; dominábanse á la vez las salidas del bosque y las aguas.

Mis hombres se ocuparon al punto en formar el campamento.

El mulato Toby y Charley, ó mas bien la pobre Sara, á quien no se debia exponer á la vista de algun visitante imprevisto, quedaron encargados de custodiar la goleta.

Mientras se clavaban las estacas, trasladándose en una lancha las tiendas, la batería de cocina, los cofres y municiones, juzgué oportuno dar una vuelta para cazar un poco.

Solo, con mi perra Digger, pues Mauricio no tuvo á bien acompañarme, y el negrillo Job estaba ocupado, remonté la caleta de Hans, siguiendo una serie de colinas cubiertas de bosque, pero menos inundadas que el gran cipresal que se extiende al norte. Allí abunda la caza, sobre todo la de pantano, becadas, becasinas y ánades; tambien maté algunas avecillas raras.

Hácia el medio dia, y como el sol comenzase á calentar mucho, y mi perra estaba cansada, busqué un sitio á propósito para dormir un poco.

En aquel momento llamaron mi atencion los gritos discordantes de las aves acuáticas, que parecian reunirse en gran número en algun punto poco distante de mí.

Atravesé un espeso bosque, para ver qué significaba aquel estrépito insólito, y deslicéme detrás de un espeso matorral: allí, sujetando á mi perra por el collar, y conteniendo casi la respiracion, fuí testigo de un espectáculo verdaderamente curioso que recompensó con creces mi molestia.

Unos cincuenta pelícanos blancos se habian posado en fila en medio de la caleta, sumergidos en el agua hasta medio cuerpo; manteníanse rectos, con el cuello tendido, y esperando la señal que el jefe de la bandada no tardó en darles, profiriendo dos formidables gritos con voz cavernosa: *hoeu korr, hoeu korr.*

Toda aquella tropa se puso entonces en movimiento, batiendo el agua con sus alas desplegadas, y con el cuello sumergido; las dos extremidades de la fila avanzaban mas rápidamente que el centro; los pelícanos formaban una inmensa media luna que ocupaba toda la superficie de la caleta, y como la distancia de un ave á otra equivalia exactamente al largo que mide cada cual de punta á punta de ala, nada podia franquear aquel círculo de picos amenazadores y de poderosas alas. Los pelícanos perseguian á los peces formando con sus alas una verdadera red, tan contínua y compacta como las de nuestros pescadores; su círculo se estrechaba poco á poco, y los peces, careciendo de espacio, comenzaban á saltar por el aire, para nadar luego precipitadamente, dejando á su paso un rastro cenagoso. Entonces, cinco ó seis pelícanos, los mas grandes y fuertes, hicieron el oficio de pescadores; inmóviles en la extremidad de la caleta, con las patas sumergidas en el agua, cogieron los peces al paso, introduciéndolos metódicamente en la enorme bolsa que pende debajo del esófago; entre tanto, sus asociados parecian ocupados exclusivamente en impedir que escapase la presa.

No fué esto todo: atraidos por aquella pesca maravillosa, todos los séres emplumados del contorno acudieron á las orillas de la ensenada, atronando el espacio con sus gritos discordantes: eran los parásitos, que trataban de vivir á expensas de aquellos valerosos é inteligentes pescadores. Reunidos por centenares en los montones de conchas acumuladas en la orilla, disputábanse los cuervos pedazos de pez robados; las nubes de gaviotas y golondrinas de mar revoloteaban sobre el agua, cogiendo al paso algun pececillo, mientras que algunas mas atrevidas, penetraban en el círculo de los pelícanos sumergiéndose, y pescaron á su vista, evitando con destreza los formidables picotazos que les dirigian.

Varios cormoranes, posados en viejos troncos de árboles sumergidos, y apoyándose torpemente en sus colas puntiagudas, dejábanse caer como flechas sobre los mayores peces, los cuales cogian y lanzaban al aire por la cola, sin dejar nunca de cogerlos de nuevo por la cabeza y tragarlos de un golpe. Los pelícanos no intervenian con estas aves, porque eran ladrones temibles por su talla y su fuerza. Llegaban por último las garzas grandes y pequeñas y las cangrejeras, que posándose en los árboles de los alrededores, presenciaban con el estómago vacío aquel abundante festin; prolongando sus cuellos cuanto era posible, miraban á todas partes, haciendo contorsiones de cólera sobre las ramas muertas, y gritando como ventrílocos.

Lo que me pareció mas maravilloso fué la reparticion equitativa de la presa.

Cuando esta hubo terminado, los pelícanos se alinearon en círculo sobre la arena, y cada uno de ellos, vaciando concienzudamente su bolsa, extendió el contenido ante sí, teniendo cuidado de aplastar la cabeza de los peces que aun se agitaban.

Entonces, á un grito del jefe, cada pelícano cogió un pez y le engulló; nuevo grito, nueva reparticion, y así sucesivamente. Cuando todos estuvieron bien repletos, limpiaron cuidadosamente su plumaje húmedo, y recogieron el cuello entre el nacimiento de sus alas, para dormir pacíficamente.

Yo hubiera debido hacer lo mismo; pero la pasion del naturalista se despertó en mí al ver reunidas tantas aves raras, y no pudiendo resistir, hice fuego contra una cangrejera azul posada sobre mi cabeza.

Al ruido de la detonacion, todas aquellas aves se despertaron: los pelícanos emprendieron su vuelo en buen órden, seguidos de los cormoranes y los cuervos; las gaviotas se dirigieron á vuelo tendido al centro de la caleta; pero las garzas, mas valerosas ó estúpidas, permanecieron posadas, con la mayor indiferencia, en los altos árboles del bosque.

Además de la cangrejera azul y algunas especies comunes, maté una magnífica garzota (*Egreta leuce*, Bonaparte) toda blanca, de un metro de alta, que tenia el dorso adornado de una verdadera crin de largos penachos de plumas sedosas y plateadas; con estas últimas forman las modistas los elegantes adornos de las damas. Tambien maté una garza en miniatura, del tamaño de un tordo y bastante rara, que pertenece á la especie *Ardea exilis*, Bonaparte.

Reinaba el mas profundo silencio; las aves habian huido.

Rendido de fatiga, pues iba cargado con veinte kilógramos de caza, colgué mi botin de las ramas de un tulipan, dejando al lado á mi perra, y sentéme cerca de allí sobre un espacio cubierto de verde césped, apoyando la espalda en el tronco de un árbol derribado. Casi al punto me quedé dormido; y entonces tuve un sueño singular: figurábaseme que me hallaba en un palco del teatro junto á unas damas muy elegantes, pero demasiado perfumadas. «¿Es posible, pensaba yo, que se pueda abusar del almizcle hasta ese punto?»

Pero al emitir yo mentalmente esta idea, el olor llegó á ser tan penetrante, que me desperté, y entonces no pude reprimir un grito de espanto. A seis pasos de mí se hallaba un gran caiman, abriendo una boca enorme armada de formidables colmillos, y dispuesto á caer sobre mi pobre perra, que dormia profundamente. Dí un salto para coger mi carabina, pero antes que tuviese tiempo de montarla, el saurio volvió á su elemento, desapareciendo en las ondas. Creo que tuvo mas miedo que yo; pero como quiera que sea, huyó el sueño de mis ojos; silbé á mi perra, ignorante del peligro á que se halló expuesta, y volví al campamento, prometiéndome no volver á dormir mas tan cerca de las pérfidas aguas del país.

Al llegar lo hallé ya todo en buen órden, y lo primero que hice fué echarme en mi tienda, donde se hallaban Constancio y los dos negros. Mauricio y los indios volvieron á bordo.

A media noche nos invadieron las aguas: cuando al despertar sobresaltados nos pusimos enpié, la cima del montecillo no formaba ya mas que un estrecho islote; el valle por donde podíamos ganar el bosque, estaba convertido en un canal profundo.

La inundacion avanzaba rápidamente; el agua subia por oleadas, que llegaban rodando como las ondas del mar.

Muy pronto quedó sumergido el islote, y el agua nos subió á media pierna.

Afortunadamente, todos sabíamos nadar; pero las aguas estaban frias, y hacia lo menos una semana que la temperatura habia bajado á nueve grados sobre cero.

Sin desanimarnos ante el peligro, disparáronse varios tiros para llamar á nuestra gente de la goleta; pero sin duda dormian profundamente, y el agua subia por momentos. Fué preciso, pues, abandonar la tienda, las carabinas, los cofres y los utensilios de cocina, para ganar el cerro á nado.

Mojados hasta los huesos, transidos de frio, y sin medio alguno para encender fuego, nos oprimíamos unos contra otros, esperando á que la lancha llegase en nuestro auxilio.

Por fin apareció, llevando ropas para todos, y gracias á la llama de una gran hoguera encendida en medio del bosque, recobraron su movimiento nuestros miembros entorpecidos.

El resto de la noche se empleó en poner á salvo los objetos abandonados en el campamento: no se perdió ni averió nada, ni aun el producto de mi cacería de la víspera; y así es que solo nos costó aquel percance un rato de miedo y unos fuertes constipados, que persistieron varios dias.

Yo habia creido al pronto que aquello era una inundacion de agua dulce; pero lo salado del lago me probó que aquella crecida se debia á una marea procedente del Océano por la caleta de Hans, que toma su nacimiento en los pantanos situados á pocas millas del mar.

En los dias siguientes no se sintió apenas la marea en el lago. Paddy Karr me aseguró que los reflujos del agua del Océano eran raros, y que solo ocurrian en ciertas épocas de la primavera y del otoño. Pregúntanse todos cómo aquel mar, contenido por las altas dunas de arena de la costa, puede abrirse paso subterráneamente hasta los pantanos de la caleta de Hans. Las leyes hidrológicas son á menudo inexplicables; en esta península, que no es sino una inmensa esponja, la capilaridad produce los mas extraños fenómenos.

Elegí la pendiente de un cerro cubierto de bosque, y algo pedregoso, para reinstalar allí nuestro campamento: era preciso quemar la maleza, registrar los agujeros y rocas sospechosas, y aclarar un espacio para las tiendas; y habiendo encargado á Constancio la direccion de todas aquellas operaciones, marché á seguir la pista de una manada de ciervos, seguido de Paddy Karr, Menawa y mi cocinero Cornelio, quien habia solicitado acompañarme, asegurándome que era un buen tirador.

Toda mi jauría se reducia á dos perros vulgares, mezcla de mastines y podencos, comprados en Picolata; Menawa, que habia prometido llevar seis muy buenos, no embarcó mas que un borracho, es decir, su triste persona.

Sin embargo, la caza ha sido feliz; hemos matado tres ciervos, y habríamos traido cuatro á no ser por la torpeza de Cornelio, que erró un tiro á boca de jarro.

Una bandada de jóvenes cercetas, conducidas por sus padres, retozaban delante de mí, sobre un pequeño estanque rodeado de nínfeas.

Cuando mas entretenidas estaban en su inocente diversion, una enorme rana, oculta debajo de las hojas de las plantas acuáticas, saltó como un tigre, apoderóse de una de las avecillas por la pata, y á pesar de su resistencia y sus gritos, arrastróla al fondo, mientras que la familia, poseida de espanto, huia hácia otras aguas mas tranquilas.

Vemos, pues, que estas ranas devoran á las aves.

Mauricio ha encontrado en el estómago de una de ellas huesos de rata almizclada.

La rana toro *(Rana mugiens*, Linneo) es la mayor especie conocida; mide hasta cincuenta centímetros de largo desde el hocico hasta la extremidad de las patas, y llega á pesar tres libras; tiene un color verde aceituna, jaspeado de negro y blanco, y su forma es análoga á la de nuestra rana comun, pero se distingue por los enormes sacos vocales que penden debajo de su garganta, y que comunican una fuerza extraordinaria á la voz. He oido decir á varios franceses que la carne de la rana toro es excelente para comer; pero á mí me horroriza ese animal bajo el punto de vista culinario. Los negros del país, que devoran las ratas, las serpientes y los lagartos, tienen la misma preocupacion que yo; y de aquí resulta que las ranas pululan á millones en todas las aguas del sur.

Durante la noche siguiente, Paddy y Cornelio fueron picados por algun animal, el uno en la cara y el otro en un pié; los dos experimentaron un letargo que duró mas de dos horas, letargo seguido de fiebre y convulsiones; y fué preciso trasportar á mis dos hombres á bordo de la goleta, donde Sara se encargó de cuidarlos, mientras Toby fué á reemplazarlos en tierra.

Constancio habia cogido con trampa un zorro salvaje, y como lo conservaba vivo, prometióme una cacería muy divertida.

Por la mañana me invitó á coger mi carabina y una cartuchera bien provista, y nos pusimos en marcha, acompañados de Mauricio.

El zorro, con su collar al cuello, estaba atado por una cadena de hierro en la playa arenosa de la ensenada de los pelícanos; tiraba vigorosamente de un lado á otro, con aire espantado y la cola entre las piernas.

Algunos centenares de ánades cubrian la superficie del agua, y parecian felicitarse de la cautividad de su enemigo; insultábanle con gestos desdeñosos y gritos irónicos; y acercábanse nadando hasta tocar la orilla.

Sin adoptar precaucion alguna tomamos una posicion conveniente; y tal era el encarnizamiento de los ánades, que ni uno solo volvió la cabeza hácia nuestro lado para dar la señal de alarma.

Los tres tirábamos contra el grupo, pues el padre Mauricio se habia dejado seducir por aquella fácil cacería; los ánades se alejaban, daban vueltas, llamándose en las alturas, y acercábanse nuevamente al zorro. No teníamos nada que hacer sino esperar; la caza se ofrecia por sí misma á nuestros tiros.

Sin embargo, asustados al fin por el contínuo tiroteo, alejáronse los ánades definitivamente y no volvieron.

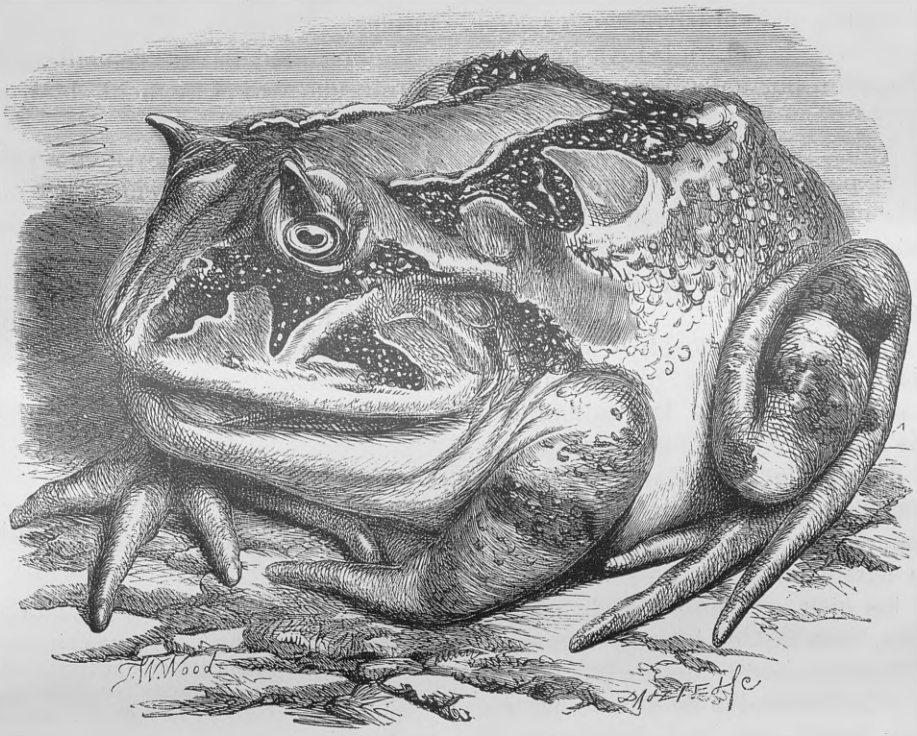
Despues de recoger unos treinta, comenzamos á buscar los heridos.

Mauricio habia tirado á un ánade cuyo plumaje le pareció extraordinario, negro como el del cuervo, y con un penacho blanco: el ave herida fué á caer en medio de una espesura de liquidámbares.

Nos lanzamos en su persecucion, á través de aquella barrera inextricable; pero el ánade vol-

vió á volar hasta una depresion del terreno. Los tres seguíamos corriendo, pero de pronto nos detuvimos, lanzando exclamaciones de asombro: ante nosotros se abria un profundo barranco, de unos treinta metros de anchura, que se extendia en un considerable espacio; reinaba allí una oscuridad profunda, y los árboles que le bordeaban, muy próximos entre sí, parecian sofocados por enormes aristoloquias, que entrelazándose formaban una bóveda impenetrable á la luz del sol.

Estábamos en el reino de las setas; habíalas allí de todas formas y colores; unas, microscópicas, agregadas á miles en la misma madera podrida; y otras gigantescas, tan voluminosas como los viejos troncos de los árboles del barranco. Allí estaba el ánade en una pequeña charca, oculto detrás de una rama muerta.



La rana toro

Contorneamos el barranco, demasiado escarpado para poder bajar, y nos introdujimos por una de las extremidades.

De repente percibimos un insoportable olor de humedad, y efluvios cadavéricos: las aguas estancadas estaban cubiertas de una especie de aceite verdoso, que á la menor agitacion formaba visos violáceos, como si hubiera caido alguna esencia en la superficie; y hasta el suelo presentaba una eflorescencia blanquizca, que adhiriéndose á nuestros piés, nos hacia resbalar. Ningun otro vegetal sino las setas y los musgos hubiera podido vivir en aquel lugar infecto donde no penetraba el aire. Acá y allá veíanse troncos de árboles centenarios, corroidos por la humedad y descarnados como esqueletos, que solo servian para alimentar las setas, las cuales se desarrollaban vigorosamente en aquella podredumbre vegetal. Encontré allí apiósporos, grandes masas gelatinosas y trasparentes que se adhieren á las paredes de las rocas, desprendiendo gota á gota un líquido amarillento y pestilente; filáceas, semejantes á pedazos de carbon aglomerados, pero cuyo contacto es tan venenoso, que ni aun se deben acercar los dedos; lentiums, de un blanco tan brillante, que parecen estuches de perla sostenidos por pedúnculos de azur; y ustáleas, cuya forma se asemeja á la de los sombreros chinos, de color rojo anaranjado con mezcla de blanco, y que viven en república al pié de los árboles. Reconocí tambien toda la serie de las licoperdáceas, los gigantes de la familia: algunas eran tan altas como niños, y ostentaban sombreros de mas de dos metros de diámetro; unas eran sonrosadas, asemejándose á inmensos paraguas; otras, particularmente las pecizas, afectaban la figura de una copa de color de madera, y su interior parecia el de una enorme olla.

Avanzábamos uno tras otro entre las líneas

de setas gigantes, y no sin cierta inquietud, á través de aquella vegetacion antidiluviana, y parecíame que iba á presentarse algun monstruo extraño, resto de las edades pasadas, conservado en aquel lugar infecto.

De repente resbaló Mauricio, que iba el último, junto al tronco de un árbol podrido, y fué á chocar contra una de las mayores setas; esta produjo al punto una explosion, con el ruido semejante al de un tiro, y lanzó al aire una nube de esporos. En el mismo instante, resonaron detonaciones en todo el barranco: las setas, defendiendo su morada contra la invasion de los profanos, estallaban por todas partes como cajas de artillería.

Aturdidos con aquellos rumores insólitos, cegados por el polvo rojizo que en forma de menuda lluvia caia sobre nuestras cabezas, haciéndonos estornudar y toser, nos retiramos precipitadamente, olvidando hasta el ánade que habíamos ido á buscar.

El tiroteo dirigido contra nosotros por las setas pareceria increible si no le explicáramos con algunas palabras. Las de la familia de las licoperdáceas tienen, así como otros vegetales, la cualidad de estallar ruidosamente cuando están maduras y se las toca; la naturaleza les ha concedido ese medio para propagar su semilla en una vasta extension; y ese polvo rojizo que nos ofendia los ojos, se compone de esporos imperceptibles, cada uno de los cuales contiene un gérmen. El movimiento causado por la caida de Mauricio, y la detonacion de una de las mayores pecizas, bastó para que estallasen las demás.

Hé aquí cómo tres cazadores se vieron obligados á huir de las setas.

La aventura fué cómica, pero las consecuencias dolorosas, pues todos tres salimos con el rostro y las manos cubiertas de pústulas, y el polvo de las pecizas nos habia envenenado casi.

Al volver al campamento, Menawa y Toby, á quienes habia encargado buscar los insectos venenosos que pudieran atacarnos durante la noche, anunciáronme que la meseta donde habíamos acampado estaba minada por las galerías de miles de arañas dormilonas *(Latradectes)* cuya picadura es tan peligrosa, que á veces ocasiona letargos que terminan con el sueño de la muerte. Estos venenosos insectos tapan durante el dia sus tubos subterráneos con arena aglutinada, y no salen hasta la noche.

La araña dormilona es de color rojo oscuro, y tiene la cabeza cortada en facetas.

Contra tan pequeños enemigos era imposible toda lucha: las fieras habrian sido menos temibles.

No nos quedaba otro remedio sino emprender la retirada, y dí al momento la órden de hacerlo así.

Todos estábamos mas ó menos enfermos: nuestra campaña no habia sido feliz: en cuatro dias sufrimos la inundacion, nos hirieron las arañas, y nos envenenaron las setas.

Constancio llamó á este lugar el campamento maldito: á fe mia que no calumniaba á las playas del lago Dunns (1).

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

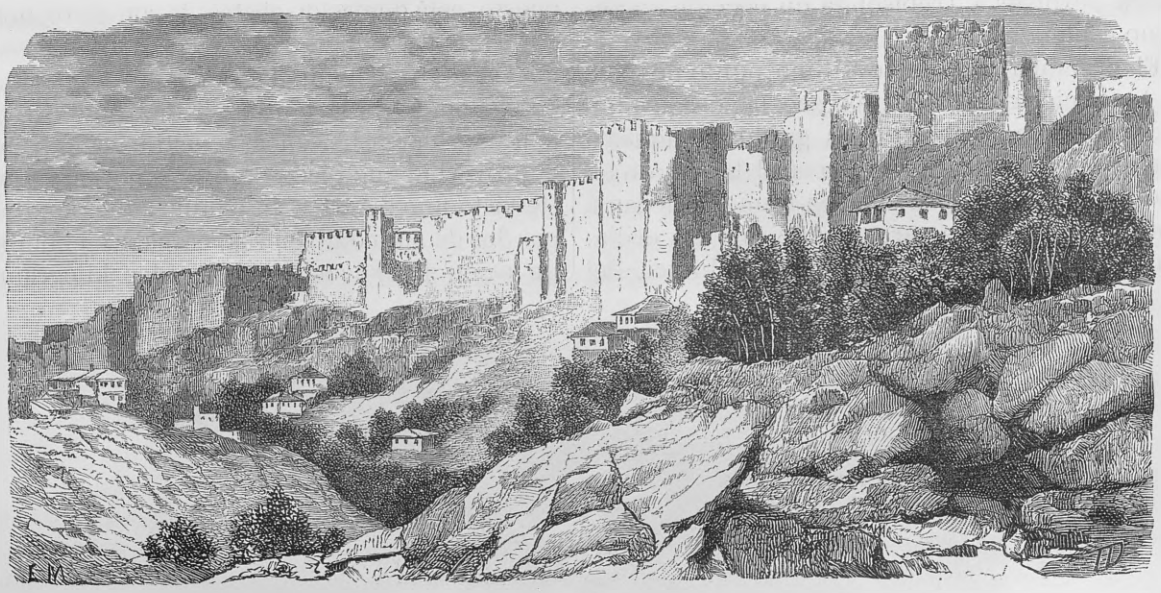
Interrumpido por muerte del autor.

---

(1) El autor de este relato ha sido arrebatado á su familia y sus numerosos amigos por una rápida enfermedad; era jóven, de vigorosa constitucion, amable y de claro ingenio; y parecia dispuesto á emprender nuevas excursiones.

Aquiles Poussielgue, nieto de M. Poussielgue, tesorero general del ejército de la expedicion del Egipto, habia nacido en Paris el 11 de setiembre de 1829, é hizo sus estudios en el liceo de Enrique IV, obteniendo varios títulos en el concurso general. Agregado á la legacion de Francia en los Estados-Unidos, en esta época fué cuando visitó la Florida y recogió las notas que acabamos de publicar, por las cuales se ve que era sumamente aficionado á los estudios de Historia Natural. A su regreso de América, hizo donativo de una considerable coleccion zoológica al Museo de Paris. Con este motivo la asamblea de profesores de dicho establecimiento dirigió al ministro de Instruccion pública un informe que contenia el elogio de M. Poussielgue, no solo por su generosidad, sino por el mérito de sus estudios científicos. Este recuerdo no podia sernos indiferente, y autoriza nuestra confianza en las observaciones de Historia Natural, mezcladas con el relato de sus aventuras.

FIN DEL VIAJE Á LA FLORIDA



Fortificaciones de Trebisonda

VIAJE AL LAZISTAN Y ARMENIA

POR M. TEÓFILO DEYROLLE

1869

I

TREBISONDA

Su antiguo esplendor y el camino de Erzerum.—El desembarco.—La aduana.

Un vapor de las Mensajerías marítimas francesas me condujo desde Marsella á Constantinopla y al mar Negro. Léjos estaba yo de esperar el admirable espectáculo que ofrecieron á mis ojos las costas sud de este mar, pues hasta entonces habia sido uno de aquellos que creen que no se hallan nunca en Oriente sino paisajes dorados por un sol abrasador bajo un cielo siempre azul; y estaba viendo paisajes alpestres con una vegetacion espléndida, dominados por montañas de cima nebulosa, en cuyos flancos cerníanse espesas nubes. De trecho en trecho entreabrianse las rocas de la orilla, dejando ver un fértil valle, que llegaba hasta una pequeña ciudad, un burgo ó un pueblo, cuyas risueñas casas estaban á menudo casi ocultas en un bosque de árboles frutales, que bañaban sus troncos en las ondas.

Verdad es, sin embargo, que entre Constantinopla y el Cáucaso no presentan siempre el mismo aspecto las costas de ese mar: en Samsoun, en Batum y Poti, por ejemplo, las arenas de aluvion han convertido la orilla en una inmensa llanura pantanosa, que con el tiempo se ha cubierto de bosques.

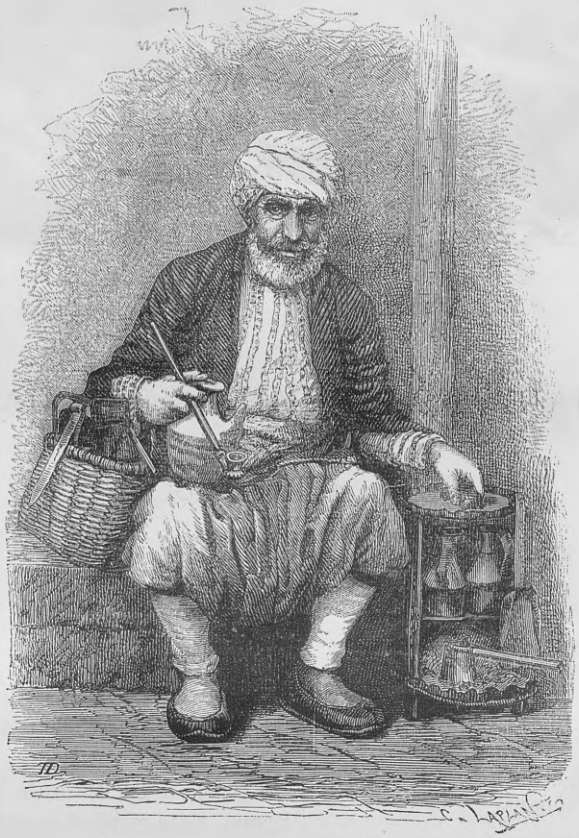
Llegué á Trebisonda hácia fines del mes de febrero. Esta ciudad comienza á ser bien conocida de los viajeros que se dirigen á Armenia, al Kurdistan y Persia. Los vapores de cuatro diferentes compañías hacen un servicio quincenal, é introducen poco á poco la influencia europea, que aleja á la vez, así en el traje como en las costumbres, el carácter oriental.

Las negociaciones comerciales han disminuido sin embargo mucho desde la inmigracion de los circasianos; antes de esta época navegaban mas de mil doscientos barcos entre Trebisonda, Souchoum-Kalek y Redout-Kalek; pero los rusos han contribuido en gran manera á la disminucion del tráfico que se hacia con Persia, una gran parte del cual, atraido por mejores condiciones, se efectúa ahora en su territorio por el Cáucaso y Poti.

Espérase que el camino mandado abrir por el gobierno otomano, y que debe pasar por Gumuch-Khane, Baibourt y Erzerum, para prolongarse hasta Bayazide, en la frontera de Persia,

podrá devolver á Trebisonda un poco de su antiguo esplendor (1).

El desembarco en este último punto no deja de tener cierto efecto pintoresco: la poca profundidad de la rada obliga á los grandes buques á anclar léjos, y es preciso hacer el trasbordo en pequeñas barcas, que en gran número llegan á recoger los viajeros para conducirlos á la orilla. Cuando la pequeña estacada, único indicio del puerto, está demasido obstruida con mercancías, es preciso resignarse á montar en hombros de un *homal*, especie de faquin, que se introduce en el agua hasta la cintura. Estos hombres tienen una fuerza hercúlea, y justifican muy bien el proverbio que dice: «Fuerte como un turco.» He visto uno de estos individuos que, auxiliado por dos de sus compañeros, cargaba en hombros un cajon de azúcar de trescientos kilógramos,



Un cafedji ambulante

subiendo con este enorme peso la cuesta que conduce desde el puerto al Giaour-Meidan: esto es algo parecido á la ascension de los cerros de Montmartre.

La aduana es poco rigurosa para aquel que sabe apelar oportunamente á las propinas: los aduaneros turcos, semejantes en esto á muchos de sus cofrades de los Estados-Unidos, y hasta de algunos europeos, no se muestran jamás insensibles á las generosidades.

Es muy curioso ver en la playa las barcas llamadas *sándalos*, *caiques* y *mahones* alineadas simétricamente, como lo estaban en la orilla de Troya las galeras de los griegos; la semejanza es tanto mas sensible cuanto que estas embarcaciones, de popa y proa encorvadas, y flancos redondeados, recuerdan por sus formas, así en el conjunto como en los detalles, los barcos de los bajos relieves antiguos.

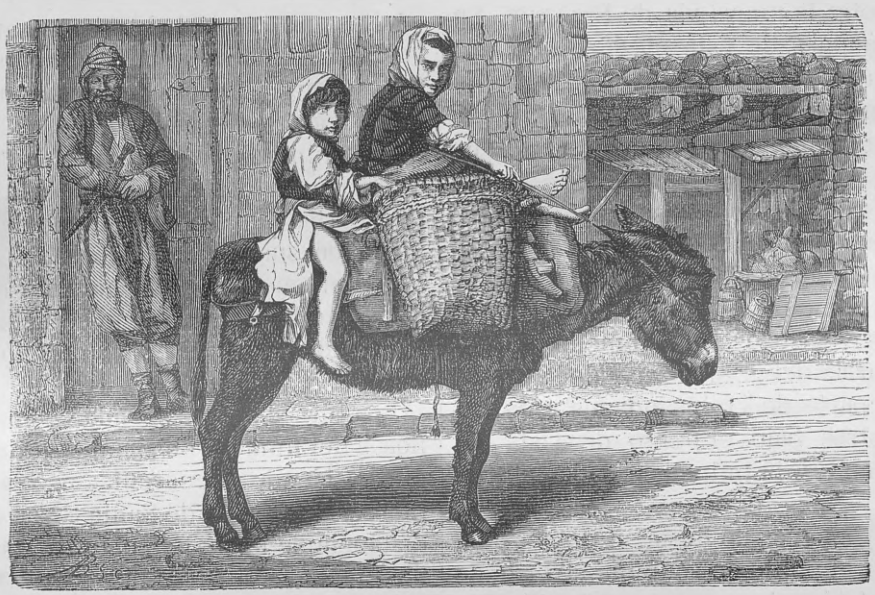
II

Poblacion marítima.—La pesca del khamsi y la caza de colimbos.

La poblacion marítima es bastante numerosa en Trebisonda. Cuando los marineros no están ocupados en la navegacion comercial, dedícanse á la pesca de una especie de anchoa llamada por los turcos *khamsi*, de la cual se hace un prodi-

(1) Desde la época en que tomé estas notas se abrió á la circulacion el camino de Trebisonda á Persia; pero la via férrea transcaucásica, concluida recientemente, y que debe terminar en Erivan, acaparará sin duda todo el tránsito.

gioso consumo en todas las costas del norte de Anatolia. Para los verdaderos hijos de Trebisonda, este pez es un manjar predilecto y de primera necesidad; y aunque se hallen léjos de su país, preguntan con solicitud si la pesca ha sido abundante. Los que se dedican á ella encienden en la proa de su embarcacion un brasero de madera resinosa, cubierto con un enrejado de hierro: los bancos de khamsi, atraidos por el brillo de la llama, van y vienen al rededor de una red fija en el eje del barco, y que este arrastra. Los khamsi se pescan á millares; la mayor parte se comen frescos, y los demás se salan y empaquetan en sacos de lana, para enviarlos á las localidades próximas. El khamsi se vende muy barato, y es un recurso muy precioso durante las largas cuaresmas de los griegos y de los armenios.



De regreso del mercado de Trebisonda

En Trebisonda se pescan otras muchas especies de calidad inferior; y hasta encuéntranse ostras, pero son pequeñas y bastante insípidas, porque el agua del mar Negro está poco cargada de sal.

Durante algunos años, desde 1865 á 1868, se emprendió en Trebisonda y en los puertos de los alrededores, una gran cacería contra los colimbos que no dejó de dar muy buenos productos.

Hácia la época en que los frios rigurosos hielan los lagos y grandes estanques del interior, es decir, desde el mes de enero al de marzo, estas aves, que los turcos designan con el nombre de koukarina, acuden á las playas para buscar un abrigo y alimento. Los pescadores y ribereños, reunidos entonces, salen en centenares de caiques, tripulado cada cual por tres ó cuatro hombres. Los mas diestros se colocan en la proa, mientras que los demás reman ó cargan las armas. Todas estas embarcaciones, desplegándose en forma de herradura frente á una pequeña bahía donde abundan las koukarinas, avanzan en línea hácia la costa, tratando de encerrar en un reducido espacio á esas aves, que se sumergen para ganar la tierra, y pasan al rededor de las barcas. Sin embargo, reaparecen á cada momento en la superficie para respirar, exponiéndose así al fuego de los cazadores; y las mas de ellas, poseidas de espanto, van á reunirse en una bahía próxima, cuando pueden escapar del tiroteo; pero los caiques las persiguen sin darles tregua.

Acabado el dia, cazadores y barqueros llevan á las ciudades y pueblos vecinos el producto de su caza, el cual venden á traficantes de todas las naciones, que tienen organizados sus almacenes para desplumar las aves y preparar la piel.

En Batum fué tal el número de las que se mataron, que la policía turca creyó de su deber mandar que las enterrasen, temiendo que los miasmas deletéreos, que exhalaban al corromperse, fueran nocivos á la salud pública.

Las pieles, que solo valian en 1864 algunos cuartos, pagábanse en 1868 á razon de cinco ó seis pesetas cada una. Calcúlase en seiscientas mil el número de koukarinas enviadas á Europa durante este período de cuatro años, pero tan imprudentes matanzas han disminuido considerablemente el número de estas aves, y puede

preverse la época próxima en que habrán desaparecido casi de las apacibles orillas del mar Negro.

III

El Giaour-Meidan bajo el punto de vista útil y agradable —Caravanas.

No léjos del puerto, un escarpado camino costea el arsenal militar y conduce á la gran plaza del Giaour-Meidan, que atraviesa de una extremidad á otra la nueva via de Erzerum. En uno de los rincones de esta plaza elévase una mezquita, y en los alrededores se ven casas de hospedaje y un hotel franco-italiano, especie de posada levantina, mas cómoda de lo que se pudiera esperar en una ciudad turca de tercer órden.

En las inmediaciones del Giaour-Meidan se hallan tambien todos los consulados y agencias marítimas, así como las casas de los negociantes ricos armenios y griegos. Mucho menos pintoresca que el barrio del gran bazar y de la ciudad cerrada, esta parte de Trebisonda es muy superior á las otras bajo el punto de vista del aseo, reconociéndose la influencia de la civilizacion europea.

El domingo y los dias de fiesta, el Giaour-Meidan parece ser el punto de reunion favorito de los habitantes del barrio; numerosas familias armenias y griegas se complacen en ostentar allí sus trajes mas ricos, y podria decirse que este paseo, sobre todo desde que se han plantado algunos árboles, constituye para la sociedad europea, poco numerosa en verdad, los Campos Elíseos de Trebisonda.

He visto varias veces con interés en aquella vasta plaza algunas caravanas procedentes de Persia ó de diversos puntos del interior: mas de mil bestias de carga, atadas por los piés, se alineaban sobre cuerdas tendidas en la superficie del suelo; los muleteros y camelleros, árabes, turcos, persas, kurdos ó armenios, iban y venian alrededor de sus animales, unos gritando, otros profiriendo amenazas, y no pocos dándoles el pienso cotidiano, consistente en una medida de centeno para la mula, ó un haz de paja de maíz para el camello, tosco alimento, que para este animal es un verdadero regalo.

Los mas de estos animales estaban adornados con un arnés bordado de lana de diversos colores, ó bien ostentaban trenzas guarnecidas de conchas; todos ellos llevaban indistintamente, pendiente del cuello ó del pecho, campanillas y cascabeles, y á veces enormes calderos que hacian las veces de campanas, produciendo la mas singular orquesta.

IV

Aspecto de Trebisonda vista desde el mar.—El convento de mujeres y el antiguo palacio de los Comnenos.—La mezquita de Santa Sofía y la del Serrallo.—Las capillas. —La ciudad turca.—Las murallas y las puertas.

Trebisonda, edificada como un anfiteatro á orillas del mar, ofrece un magnífico aspecto cuando se llega por este lado: en la orilla se ven pintorescas casas de brillantes colores, sobre las cuales se divisan otras construcciones en parte ocultas entre los árboles, los naranjos y los olivos. Acá y allá surgen de la verdura las elegantes columnas blancas de los minaretes, contrastando con tan risueño cuadro las líneas severas de las ruinas de las antiguas fortificaciones.

Al este se destaca la montaña de Bostepeh, que cortada á pico por el lado del mar, se prolonga en suave pendiente hácia la ciudad. En esta eminencia hay un convento de mujeres, y se ve tambien un antiguo edificio que pasa por haber formado parte del palacio de los Comnenos.

Los turcos de Trebisonda se muestran orgullosos del número de sus mezquitas, que segun ellos asciende á cuarenta; pero son poco notables; y á no ser la de Santa Sofía, situada á poca distancia de la ciudad, el único monumento que llamó mi atencion fué una iglesia bizantina trasformada en mezquita, cuyas paredes exteriores están en parte adornadas de mosaicos: elévase en la ciudad cerrada, no léjos del palacio del gobernador (serrallo); y en este sitio me enseñaron tambien algunos troncos de columnas y chapiteles dignos de estudio.

Acá y allá encuéntranse antiguas pequeñas capillas ruinosas, edificadas por los griegos del Bajo Imperio con los restos de templos y monumentos de las colonias griegas de remotas épocas: esto es por lo menos lo que he creido reconocer al examinar atentamente los bajos relieves y adornos, que son de un estilo muy puro.

La ciudad turca, ó ciudad cerrada, de la cual acabamos de hablar, y que ocupa la parte oeste de Trebisonda, está circuida de una línea de altas murallas defendidas por grandes torres: este recinto tiene por cimiento enormes rocas que dominan anchos barrancos cubiertos de una rica vegetacion.

Las murallas y las puertas de entrada desaparecen en parte bajo un espeso follaje de hiedra: las puertas mas importantes se han construido con restos de arquitectura greco-romana; una de ellas tiene por adorno una gran inscripcion griega, frente á la cual se ve la imágen de un *tabelion* turco, funcionario público que no seria en Francia sino un modesto escritor.

V

La ciudad cristiana.—El gran bazar y sus riquezas —Usos de los mercaderes.

La ciudad cristiana no ofrece gran interés si se la considera bajo el punto de vista de la arquitectura pintoresca; y sin embargo, allí está el principal bazar. La primera vez que le visité se desvanecieron todas mis ilusiones al no encontrar allí sino un reducido número de las mercancías de Oriente, que esperaba encontrar en aquel sitio; solo ví á mi alrededor algunos percales, paños y artículos insignificantes de quinquillería austriaca y suiza; pero repitiendo mis paseos comencé á descubrir los tesoros ocultos de aquel bazar, donde el verdadero aficionado á las curiosidades orientales podrá satisfacer hasta la saciedad sus caprichos si lleva bastante dinero.

Desde los tapices mas ricos de Persia, del Korasan y de Smirna, desde las telas de Alepo y Diarbekir, hasta las joyas de filigrana mas fina y admirable, encuéntrase allí todo cuanto se pueda desear: hay piedras finas de gran valor, armas extraordinarias, monedas antiguas, raras y preciosas; pero es preciso saber buscar todo esto en las sombrías callejuelas y pequeñas tiendas del Bit-Bazar (bazar de los Piojos), especie de mercado del Temple, donde los vendedores ambulantes van y vienen, anunciando á voz en cuello el último precio de las mercancías.

¡Qué delicioso sitio es para un desocupado este gran bazar! Yo pasé en él muy buenos ratos, en la tiendecilla de algun revendedor, saboreando una pipa y una taza de café, que nunca dejaban de ofrecerme.

La diferencia de caracteres y usos entre los traficantes de las diversas razas de Anatolia es sumamente sensible y muy curiosa de observar.

El turco, grave y silencioso, fumando siempre en su pipa, espera al comprador, y cuando este pregunta el precio, despues de haber vuelto y revuelto entre sus manos el objeto que apetece, el musulman (hablo del verdadero creyente, de aquel que lleva gran turbante, largo ropaje y babuchas) abre la boca y pronuncia la cifra. Entonces seria inútil regatear; nada basta para hacerle desistir de su demanda; á todas las palabras de su parroquiano, á todas sus ofertas, solo contestará con un movimiento de cabeza, cerrados los ojos, y chasqueando la lengua.

El griego y el armenio proceden de otro modo muy distinto: á semejanza de nuestros vendedores del Temple, llaman á los compradores, le tiran de la ropa, hablan mucho, y prodíganle los nombres mas cariñosos, como por ejemplo: «hermano mio, querido compañero, buen amigo,» etcétera etcétera, y le ofrecen su mercancía, pidiendo el doble de su valor. Si rehusa comprar, déjanle alejarse, le llaman despues, y por último le venden á un precio muy inferior el artículo propuesto. Sucede muy á menudo que el individuo siente luego haber hecho la compra, porque reconoce la mala calidad del género.

El mercader armenio es sin embargo mas grave y honrado que el griego, cuya mala fe excede generalmente á todo cuanto imaginarse pueda.

En cuanto á los negociantes persas, muy numerosos en el bazar de Trebisonda, tienen algunas de las cualidades de los turcos unidas á los defectos de los cristianos. Su carácter es afable; distínguense por su amabilidad; siempre tienen la sonrisa en los labios; y serian mercaderes excepcionales si su honradez igualase á su talento. Tienen fama de no dejarse engañar nunca, lo cual explica tal vez por qué los griegos y los indios orientales, que hacen fortuna en otros puntos, no pueden prosperar en Persia.

VI

El pequeño puerto del bazar.—Los dias de mercado.—Llegada de una caravana —Los campesinos de los alrededores de Trebisonda.—Las profesiones.—Cafés y peluquerías.

Varias calles del bazar desembocan en la orilla del mar, en una pequeña plaza que en los dias de mercado puede recrear un instante á los viajeros.

Los caiques y los sándalos que llegan de los pueblos de las costas inmediatas, depositan sus mercancías en una especie de muelle ruinoso cuya construccion se atribuye á los genoveses. Los procedentes de Platana y de Surmineh desembarcan montones de frutos y legumbres, maderas y granos, tomando para cargamento tejas y objetos de tosca alfarería fabricados en Trebisonda. Algunos llegan llenos de campesinas, cuyos variados trajes prestan mucha animacion á este cuadro de marina.

En este reducido espacio hay un movimiento y una confusion indecibles, y lo mismo sucede en el bazar durante ciertos dias de la semana, cuando llegan á la ciudad miles de montañeses á vender el producto de sus ganados, de sus jardines y de los bosques que habitan. Llevan las mercancías cargadas al hombro, á excepcion de los fardos de mas peso, que así como los costales de grano y las maderas, se cargan en asnos ó caballos, y á veces en carretas tiradas por bueyes ó búfalos. Estos productos se cambian por

telas, armas, y artículos de primera necesidad.

De todos estos espectáculos, el mas curioso es el que ofrece una larga caravana de camellos, caballos ó mulos, que llegando del interior, vienen á depositar miles de balas de algodon en algun gran almacen ó en casa de un rico negociante: difícil seria dar una idea del confuso tumulto y del ruido atronador que entonces se produce: los gritos de los conductores se mezclan con los de los transeuntes á quienes se atropella, y con los mugidos de cólera de los camellos.

Entre aquella multitud abigarrada, que ostenta todos los trajes del Oriente, pululan numerosos muchachos y mendigos medio desnudos, sin contar los perros, que abundan por lo menos tanto como en Constantinopla.

Hágase lo que se quiera, siempre se vuelve al bazar; no es fácil alejarse de todos esos malos tenduchos de madera que se suceden á lo largo de las estrechas callejuelas, en cuyo centro se desliza un arroyo fangoso. No se puede menos de admirar la riqueza y variedad de coloracion; el artista ó el viajero que vayan por



Una fuente en las montañas de Trebisonda

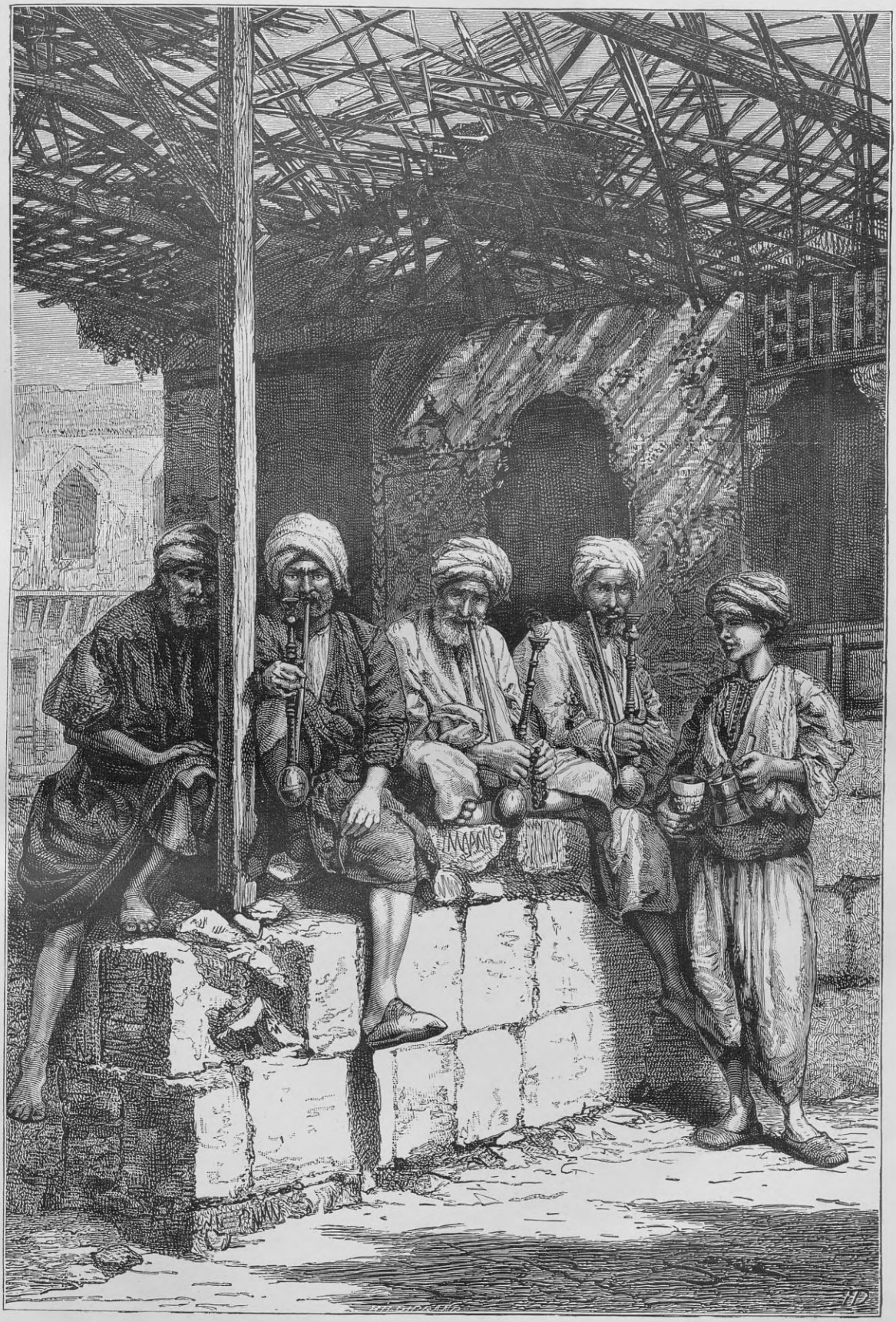
aquel dédalo encuentran á cada paso los cuadros mas interesantes.

Aquí está el barrio de los fruteros, que ostentan á los piés de los transeuntes sus abundantes mercancías, tan ricas en tonos como la paleta de un pintor; mas allá están los plateros, que arrodillados en sus negras y sucias tiendecillas, ejecutan verdaderas obras maestras, incrustando piedras preciosas con el mayor arte.

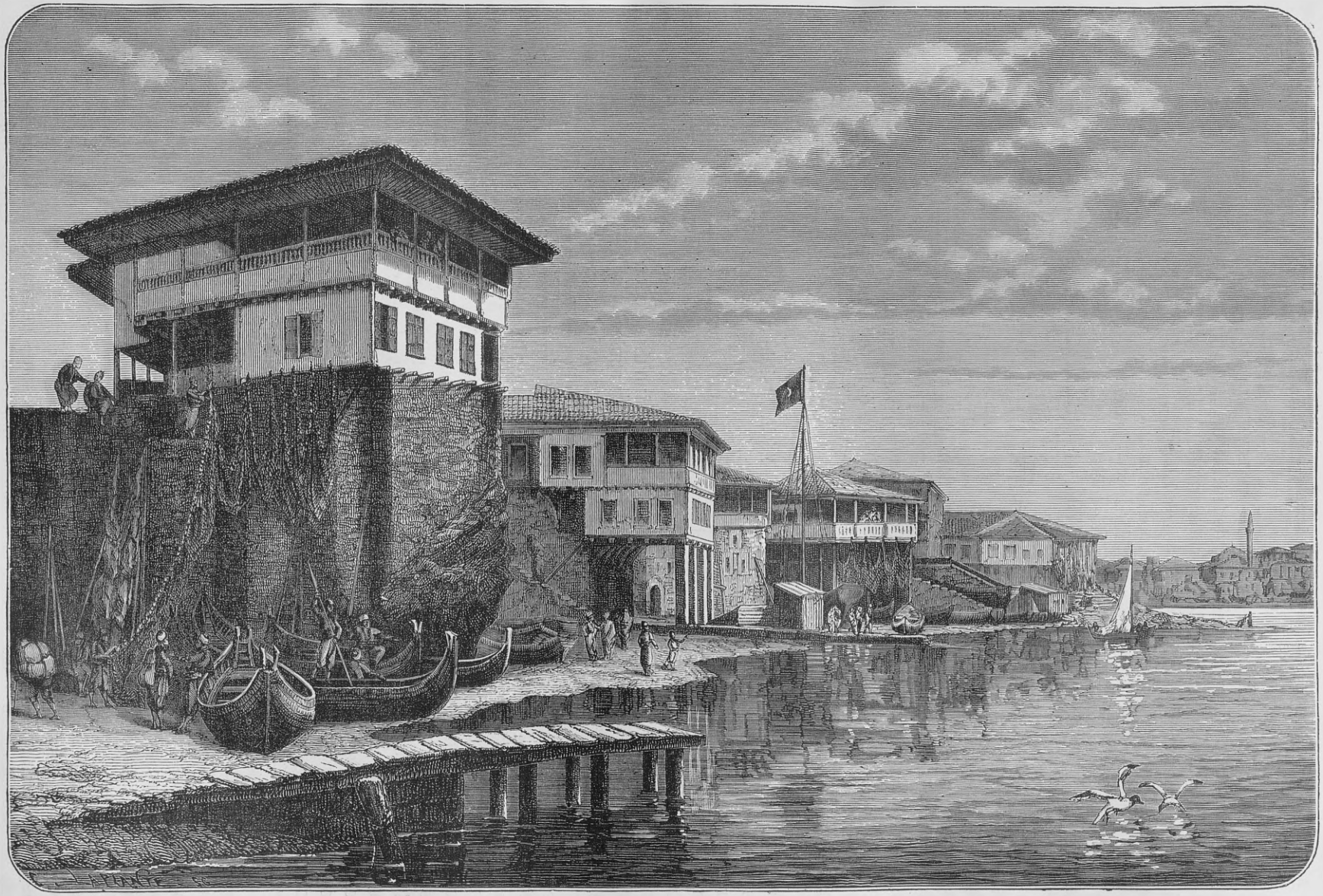
Al salir del barrio de los plateros se entra en el de los sastres, que son generalmente armenios; se les ve detrás de sus escaparates cosiendo y bordando trajes de paño, de terciopelo y de seda, de los mas vivos colores.

Los confiteros y pasteleros son igualmente numerosos; pero el barrio mas importante es el de los guarnicioneros y zapateros, y en general de todos aquellos que trabajan el cuero. La destreza con que algunos de estos industriales bordan cinturones y sillas de montar es verdaderamente admirable.

Los cafés, que se hallan en las plazas ó en la extremidad de las calles, se parecen á todos los de Oriente: al rededor de una gran sala hay bancos cubiertos de esterillas, en los cuales se sientan los fumadores para saborear su taza de café; y con frecuencia sucede que el dueño del establecimiento es barbero, en cuyo caso esperan sus clientes turno para afeitarse. Nunca me gustaron estos cafés que tienen dos fines: yo iba siempre á uno que hay en la ciudad cerrada, cerca del palacio del gobernador, donde se ofrece á los parroquianos la fresca sombra de preciosos bosquecillos de jazmines, de rosales y de limoneros. Por lo regular no faltaba allí algun cantante que acompañándose de un bandolin salmodiara las alabanzas de un sultan, ó las aventuras heróicas de un jóven osmanlí.



Un cafe armenio



Orilla del mar en Trebisonda

VII

Poblacion de Trebisonda —Cristianos y musulmanes —El traje

La poblacion de Trebisonda consta de unas cuarenta mil almas, componiéndose de turcos (osmanlís), persas, cristianos de los ritos armenio, gregoriano y latino, griegos ortodoxos, una veintena de familias europeas, y una poblacion flotante de muleteros, camelleros y kurdos; podria decirse que allí hay representantes de todos los pueblos de Oriente, vistiendo cada cual el traje de su país.

Los mas de los turcos son comerciantes, pescadores ó empleados del Estado, y parecen fieles observadores de la ley de Mahoma. Los funcionarios públicos son los únicos que prescinden de las tradiciones; no llevan el antiguo traje; beben raki (aguardiente anisado) hasta embriagarse, y lo que es peor, no tienen siempre la honradez y buena fe que distinguen á los simples musulmanes.

Los persas son negociantes y artistas; su carácter afable y franco, su espíritu mercantil, y su gusto estético, contribuyen á que hagan fortuna rápidamente. Son supersticiosos, y practican con la mayor escrupulosidad los deberes de su religion. Cierto dia ví á uno interrumpir su paseo y volver á la mezquita para practicar sus abluciones y purificarse, solo porque un europeo le habia codeado maliciosamente.

Sectarios de Alí, tienen frecuentes contiendas religiosas con los turcos. Mas corteses y mas afables que estos con los extranjeros, lo primero que hacen al entablar conversacion es elogiar sus países exageradamente. En cualquier punto que se hallen, conservan su traje nacional, que es de seda ó tela muy basta, segun la clase á que el individuo pertenezca; pero se compone siempre de una túnica que llega hasta las rodillas y cubre un justillo; el pantalon es ancho y abierto por abajo; y el sombrero varia desde el largo gorro de astracan hasta el casquete esférico de castor.

Como en el imperio Otomano disfrutan de las ventajas de las capitulaciones en el mismo grado que los europeos, los persas se aprovechan para asediar con sus reclamaciones al cónsul de su nacion, á quien dan mucho que hacer por su inclinacion natural á los enredos y los procesos.

Los armenios de los ritos gregoriano y latino tienen costumbres pacíficas; sus facciones indican desde luego la benevolencia. Viven en sus casas patriarcalmente; los niños no se sientan jamás delante del padre, y las jóvenes les sirven á la mesa, así como tambien á los extranjeros. Las cuestiones religiosas son las únicas que dividen á los partidarios de ambos ritos, ocasionando á veces choques; pero sin efusion de sangre.

El traje particular de los armenios se compone de una chaquetilla, que cubre un chaleco cruzado; llevan una gran faja de seda; el pantalon, muy ancho, llega hasta el tobillo; y generalmente se cubren la cabeza con una especie de turbante formado con seda ó tela de algodon.

Los griegos, súbditos otomanos á quienes se designa tambien con el nombre de rayas, son, así como los armenios, mas afectos á Rusia que á la Puerta; y no parece fácil hallar la razon interesada que pueda inducirles á esta preferencia. Estoy persuadido de que perderian cambiando de amo.

Tan pacíficos como los armenios en la vida privada, agítanse mas cuando se trata de política ó de religion. No han conservado el traje de sus padres: los mas de ellos visten á la *franca*.

Cuando salen de su casa, todas las mujeres de Trebisonda se cubren con un *tchartchaf*, y es imposible reconocer á qué nacionalidad ó á qué religion pertenecen. Algunas llevan una careta de crin negra; las que son ricas se ponen un *tchartchaf* de seda blanca, con grandes cuadros de color violáceo; las pobres no pueden costearle sino de algodon, con pequeños cuadros blancos y azules.

Las mujeres que para circular por las cenagosas calles de Trebisonda se ponen además de su calzado unos zuecos de madera de diez centímetros de altura, tapándose con un gran velo desde la cabeza á los piés, andan muy torpemente y suelen ofrecer un aspecto bastante cómico.

Las mujeres usan dentro de sus casas un traje muy gracioso, que varia un poco en cada secta religiosa; la fortuna de una mujer de cierta edad, ó de una jóven, se reconoce por el número de monedas de oro que ostenta en el tocado ó en su ancho collar. En el adorno de algunas damas armenias he visto monedas antiguas de gran valor.

VIII

EXCURSION A DJEWILISK.—VIAJE A KARATCHOUKOUR

Preparativos de marcha.— Un zaptie.— Los drogmans en Oriente.—Traje de los campesinos y de los montañeses — Singular ocupacion de los hombres —Triste condicion de las mujeres.

Despues de una breve estancia en Trebisonda, donde el mal tiempo y el deshielo me habian detenido demasiado tiempo, aprovechéme de al-

gunos dias buenos para emprender una excursion á las vecinas montañas.

Gracias á la benevolencia de M. Derché, cónsul de Francia, habia obtenido de Murhlis-Bajá, gobernador de Trebisonda, un boyourouldi, ú órden, previniendo á todos los caimakanes y murdirs que me dispensaran su proteccion, y sobre todo que me facilitasen por dinero un albergue, caballos y víveres.

A fin de darme una prueba mas palpable aun de su aprecio, el bajá me habia enviado, la víspera de mi marcha, uno de los zapties de su guardia, quien debia preservarme de toda molestia: era un robusto y fuerte moceton; pero no tuve motivo para elogiar los servicios que me prestó.

Yo habia comprado dos caballos, uno para mi criado y los bagajes, y el otro para mi uso personal.

Mi criado era jóven: yo ignoraba su nacionalidad, y él tambien, al parecer; pero chapurreaba mas ó menos bien varias lenguas, particularmente el francés, el cual trasformaba, de la manera mas caprichosa, en una especie de italiano bárbaro.

Los hombres que en Oriente pretenden ejercer las funciones de drogman son casi todos por el mismo estilo. Felices los viajeros que no necesitan estos guias.

Así escoltado, marché una maña á Djewilisk, pueblecillo situado á seis horas de Trebisonda (unos veintiocho kilómetros), en la confluencia del Deghermen-Dere y de otro pequeño torrente que baja de las montañas por el lado del sur.

En el camino encontré numerosos grupos de aldeanos que se dirigian á Trebisonda: el traje de los hombres era generalmente de un grueso tejido de lana parda ó blanca; algunos llevaban chaqueta, y otros largas túnicas, que se levantaban para andar, á la manera de los circasianos; cubria sus cabezas el turbante, el baschlik, ó el gorro de piel de carnero.

Casi todas las mujeres llevaban un tchartchaf de algodon á cuadros blancos y azules: las griegas no usaban este velo tan largo, sino uno que solo llegaba hasta la cintura, blanco algunas veces. La saya, de lana ordinaria de color rojo, y el corsé de algodon, comunicaban bastante gracia al conjunto del traje.

Mientras las mujeres iban á menudo cargadas con pesados fardos, los hombres, avanzando detrás ó delante, ocupábanse en remendar alguna media ó unas polainas; y era bastante singular el espectáculo que ofrecian estos rudos montañeses, con un largo puñal en el cinto, y un fusil al hombro, ocupados en estos trabajos femeninos: los papeles parecian invertidos.

Los hombres son altos y bien formados, con facciones hermosas y regulares; las mujeres, por el contrario, al menos aquellas cuyo semblante ví, eran bastante feas.

IX

Salida de Trebisonda en direccion al valle del Deghermen-Dere.—El convento.—Asesinato de un ingeniero y su hijo.—Los molinos y las fuentes.

Habíamos salido de la ciudad por el camino de Erzerum, que atraviesa primeramente el arrabal de Zeitenlik-Mahalesi, pasa por la orilla del mar, al pié de la falda del Bostepeh, y costea luego la corriente del Deghermen-Dere: este rio se vierte en el mar á un kilómetro de Trebisonda, saliendo de un delicioso valle. Un poco mas allá de la montaña del Bostepeh se ven á la derecha, en las alturas, las ruinas de un antiguo convento, que por su importancia revelan cuál debió ser el esplendor de aquel edificio religioso.

Cerca del pueblo de Mugurdji, á tres horas de Trebisonda, Hussein-Agá, mi zaptie, me mostró la casita donde dos años antes fueron asesinados durante la noche á puñaladas y á balazos un ingeniero francés, M. Baltasar, y su hijo, de edad de quince años: los perpetradores de este crímen eran unos miserables á quienes solo impulsaba la venganza.

El desgraciado ingeniero habia cometido la imprudencia de burlarse de la religion de los trabajadores musulmanes que estaban á sus órdenes.

En su feroz salvajismo, aquellos bárbaros cortaron las manos del pobre jóven, infiriéndole despues diez y siete puñaladas á vista de su padre, que herido mortalmente, conservaba sin embargo bastante vida para ver el suplicio de su hijo. Los autores de este horrible crímen fueron buscados inmediatamente, y se encerró en la cárcel á unos veinte indivíduos; mas no pudieron hallarse pruebas suficientes de su culpabilidad.

Dos años despues de este suceso, enseñáronme en la cárcel de Trebisonda á uno de los individuos de quien se sospechaba mas gravemente, el cual esperaba allí el resultado de la informacion, que al parecer debia tardar poco en publicarse.

A poca distancia de allí, mas allá de Mugurdji, en el sitio llamado Maturadji, estréchase el valle del Deghermen-Dere, y se ven sobre el rio algunos molinos de madera, pintorescamente situados: sus ruedas horizontales ponen en movimiento piedras muy antiguas que muelen la harina toscamente.

Así como en todos los caminos del país, se ven numerosas fuentes de madera ó de piedra, segun se hallen situadas en el valle ó en las montañas; no son debidas á la prevision del gobierno, sino á la piedad y buenos sentimientos de los particulares.

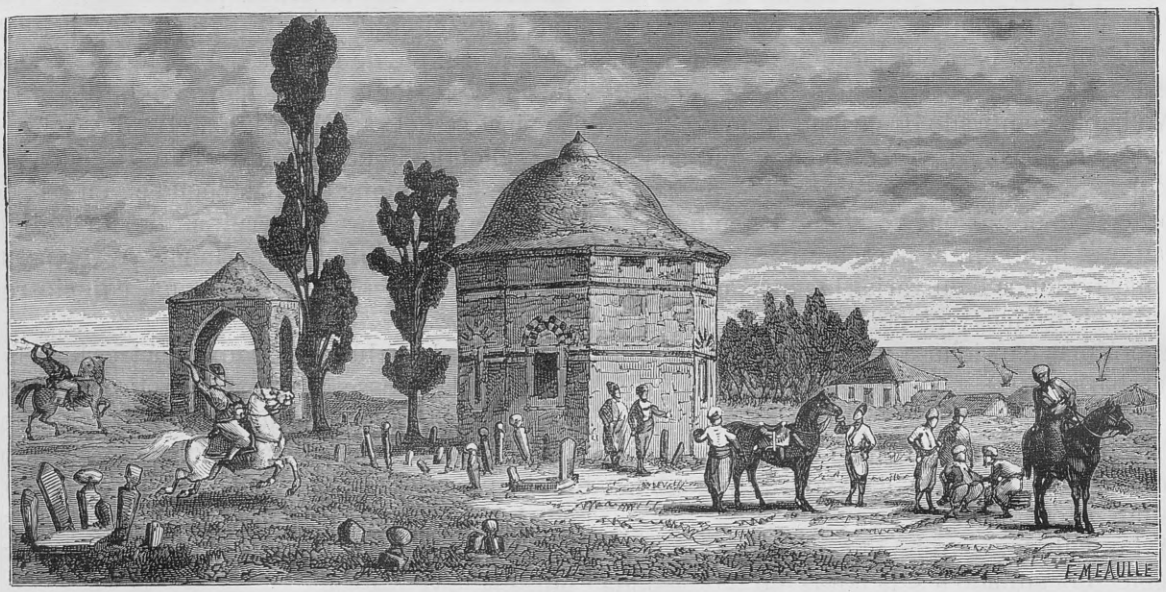
Las fuentes de la montaña dan un agua riquísima, y su construccion es á veces muy curiosa: un enorme tronco de árbol ahuecado sirve de abrevadero á las bestias de carga (véase el grabado de la pág. 240).

X

Llegada á Djewilisk.—El mal tiempo.—Regreso forzoso á Trebisonda.—El Kabak-Meidan y el té de los persas

En el pueblo de Djewilisk se encuentran kanes y doukanes bien provistos de todo cuanto puedan necesitar las caravanas, y allí es donde se detienen á menudo por primera vez cuando salen de Trebisonda.

Las vertientes de los valles donde corren los torrentes que se reunen en este lugar, no son



El Kabak-Meidan

sino agrupaciones de rocas, en medio de las cuales se desarrolla una espléndida vegetacion. Los nogales (djewis), que á causa de su abundancia dan nombre al país, crecen con los olivos en las orillas del torrente; mas arriba, las encinas y las hayas confunden sus copas; y aun mas allá, percíbense verdes praderas alpestres, ó líneas de nieve cuando el invierno toca á su fin.

Me instalé en una casucha construida cuando se abrió el camino; mas por desgracia volvió el mal tiempo, y como amenazaba prolongarse mucho, al cabo de una semana resolví volver á Trebisonda, tanto mas cuanto que me aquejaba la fiebre, y á mi criado una pleuresía.

Sin embargo, sentia perder así el tiempo, porque ya las aves cantaban en los bosques, las violetas florecian, y abríanse los botones de muchos árboles frutales. Durante los breves momentos en que la lluvia y el aire me permitian salir de mi alojamiento, recogí una interesante coleccion de plantas y animales.

De regreso á Trebisonda, donde la temperatura era mas clemente, emprendí algunas cacerías por los barrancos que rodean la ciudad fortificada.

Tambien visité Santa Sofía, antigua iglesia bizantina trasformada en mezquita, situada á media hora de la ciudad por la parte del oeste á orillas del mar. Para dirigirse á este templo se pasa por Kabak-Meidan, donde los musulmanes van á recrearse los dias de fiesta.

En las praderas que se extienden alrededor de las tumbas de un cementerio abandonado, los jinetes van á probar su ligereza, y ejercítanse en tirar al blanco.

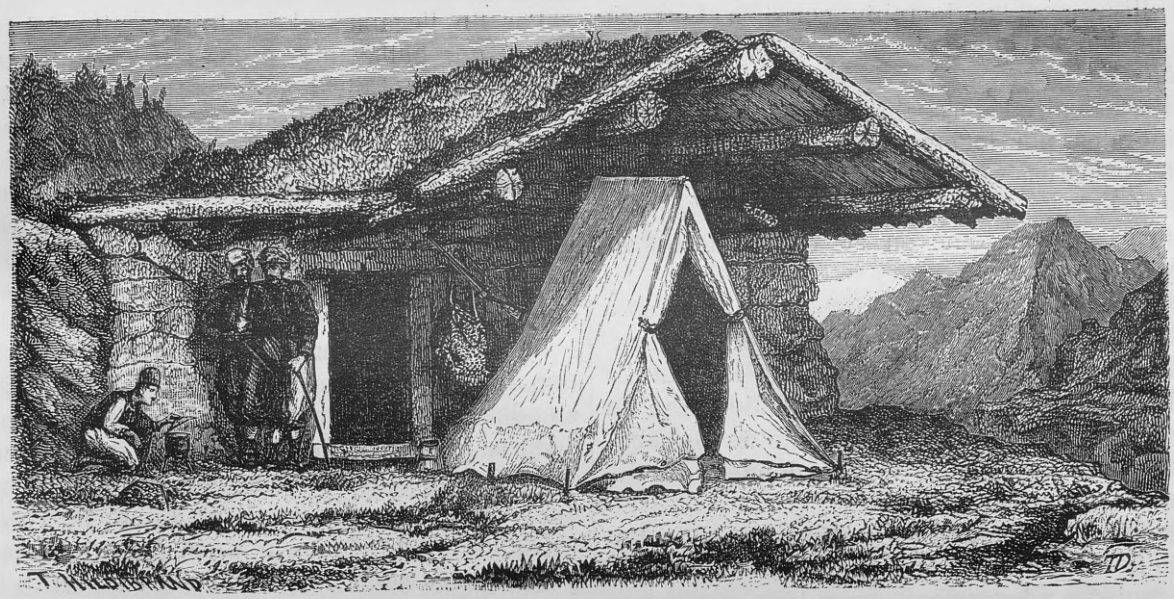
Durante los dias del bairam se organizan juegos públicos, que atraen á numerosos mercaderes ó vendedores ambulantes. Allí ví por primera vez á los persas vendiendo té: por algunos cuartos se da una taza de esta bebida, que preparada por ellos, y mezclada con diversos aromas, es verdaderamente un brebaje delicioso.

XI

Marcha á Karatchoukour en compañía de los *lobularios*.— Una cena pantagruélica.

El tiempo se habia serenado al fin en los primeros dias de mayo, y salí de Trebisonda el 12 para dirigirme á Karatchoukour, pueblecillo situado sobre el Charschut-tchai, ó Charchoutsou (1) rio que desciende de la meseta de Balochor y se vierte en el mar en Trípoli ó Tireboli; hé aquí porqué le dan tambien el nombre Tribolasou: sigue la direccion nordeste.

Un *lobulario* (desígnase así al hombre que busca y explota las excrecencias naturales del nogal comun, preciosa materia para la ebanistería) me habia asegurado que hallaria inmensos bosques y mesetas con magníficas praderas llenas de flores; segun él, abundaba allí la caza de toda especie, y sobre todo los osos y las gamuzas: era mas de lo necesario para seducir á un viajero naturalista.



Tienda del autor en Karatchoukour

Púseme, pues, en camino con cuatro lobularios: precedíanme dos caballos, que conducian á mi criado y los bagajes, compuestos de una tienda, un lecho de campaña y varios utensilios, tanto para los preparativos culinarios, como para conservar todo cuanto pudiera ser interesante á la zoología, entomología y botánica.

Aquella vez habia prescindido de la proteccion de Hussein-Agá, que en mi precedente excursion no habia hecho otra cosa sino beber mi café desde la mañana á la tarde, y fumar mi tabaco, sin cuidarse de mi persona ni de mis caballos, como no fuera para recomendar que no me alejase de nuestro campamento ni emprendiera excursion alguna á las montañas, por temor de verse obligado á seguirme.

Al decir que no hacia nada, falto á la exactitud, pues el tunante habia comprado en el bazar de Djewilisk una especie de bandolin, con el cual se acompañaba al entonar una especie de melopea chillona: esta detestable música era para mí un verdadero suplicio.

Habiendo salido de Trebisonda á medio dia, llegamos por la tarde á Djewilisk: uno de mis compañeros de viaje nos preparó una cena pantagruélica, compuesta de unos cincuenta huevos y una pierna de carnero salada y ahumada, con todo lo cual se hizo una tortilla gigantesca.

Los cuatro lobularios eran curiosos tipos: montados en sus buenos caballos, sin mas equipo que algunas ropas, provistos de un taladro para sondear la madera, y de una gran sierra para cortarla, iban á explotar algunos nogales que habian visto el año anterior en las orillas del lago Van y en las montañas que le dominan por el nordeste, países los mas salvajes y menos conocidos de Armenia. Como no es fácil penetrar allí, tenian en perspectiva un rudo trabajo, pues tratábase de cortar y trasportar moles de madera de trescientos á mil kilógramos de peso; mas no parecian apurarse por esto.

No llevaban cartas geográficas; si bien es verdad que tampoco hubieran sabido usarlas; pero

(1) *Dere*, *tchai* y *sou*, son casi sinónimos en turco para designar un rio, grande ó pequeño, ó un torrente.

despues de haber visto la mia, uno de ellos me pidió que le proporcionase alguna, persuadido de que llegaria á comprenderla.

XII

Salida de Djewilisk —Las fuentes minerales y el puente natural de Yer-keupru.— La ascension del Zigana —Bajada.

Al dia siguiente nos pusimos en camino al amanecer, y á eso del medio dia llegamos á Yer-Keuprú, que significa en turco, *Puente Natural*. En efecto, el Deghermen-Dere, que solo es allí un pequeño torrente, corre en el espacio de un centenar de metros por debajo de la montaña.

En los alrededores hay numerosas fuentes minerales, por lo general ferruginosas, cuyas sales calcáreas se depositan en singulares formas á lo largo de las rocas, de los arbustos y de las yerbas, así como en las orillas de los arroyos.

En Yer-Keuprú me fué preciso dejar atrás á mi criado, por no haber podido alquilar un caballo para los bagajes, pues el que los llevaba volvia á Trebisonda con el alquilador. Era un grave inconveniente no ser dueño de los caballos que se emplean en un país donde tanta dificultad ofrece alquilarlos.

Por la tarde comenzamos á franquear la montaña de Zigana: el camino es pésimo, está lleno de agujeros y barrancos, y mas bien puede considerarse como una senda, que serpentea sobre rápidas pendientes al borde de precipicios sin fondo.

La vegetacion es magnífica, pareciéndose mucho á la del Cáucaso.

Los pinos y las hayas tienen una altura y un grueso prodigiosos: á su pié se ven espesuras de rododendros, que ostentan sus ramos de flores violáceas; y mas allá encuéntranse groselleros salvajes.

Ya cerca de la cima, el camino está cubierto de grandes leños colocados á cierta distancia unos de otros, para consolidar el suelo, que podria ser arrastrado por las aguas llovidas ó las nieves.

Los animales de las caravanas, que posan de ordinario el pié allí donde pisaron los que han pasado antes, han formado entre estos troncos profundos agujeros, llenos de agua y de barro, que dificultaban nuestra marcha.

A pocos centenares de metros de aquel lugar, vimos nieve en el fondo de los barrancos, y tambien un centenar de cadáveres de mulos y asnos despedazados en parte por las aves de rapiña; espectáculo repugnante que nos indicaba lo que seria aquel camino durante los primeros dias de la primavera. Los gipaetos, los buitres y los cuervos, emprendian el vuelo ruidosamente al acercarnos nosotros, y esperaban en las rocas vecinas á que nos hubiésemos alejado, para volver á su festin.

En medio de la meseta encontramos los kanes de Becchiler, donde varios ingenieros franceses que hicieron los estudios del trazado del camino de Erzerum, han escrito en grandes caractéres, por recuerdo, ó por burla, los nombres de los mas famosos hoteles de Paris.

Por fin llegamos al punto mas alto del camino: nos hallábamos á dos mil y veinticinco metros sobre el nivel del mar. Durante nuestra breve detencion tuve la suerte de matar un águila. Desde este sitio abarca la vista considerables extensiones; pero una espesa capa de nubes que habíamos atravesado al subir rodaba bajo nuestros piés en forma de vaporosas ondas, y nos impedia ver; solo distinguíamos las cimas de algunas montañas inmediatas.

En la vertiente sud no hay apenas árboles: uno de mis compañeros me explicó el hecho diciéndome que las minas explotadas en los alrededores habian exigido la completa destruccion de los bosques; pero al examinar la naturaleza del terreno, compuesto enteramente de rocas volcánicas, del todo árido y sin tierra vegetal, pensé que se podia atribuir en gran parte á la esterilidad esta falta de vegetacion.

La bajada es por lo menos tan penosa como la subida; y para conducir nuestras monturas fué preciso apearnos. No se podria imaginar hasta qué punto son estos caminos difíciles y fatigosos para las mulas y caballos de las caravanas que llevan pesos de ciento veinte á ciento cincuenta kilógramos.

Por la tarde, despues de doce horas de marcha, llegamos, con una multitud de mercaderes persas, al fondo de un pequeño barranco donde hay algunos kanes, y entramos en uno de ellos, cuyo dueño era armenio.

Es doloroso verse obligado á confesar que cuando en este país se busca albergue en un kan cristiano, siempre se debe lamentar el viajero de la excesiva codicia de su patron; y por lo mismo aconsejo á todos que prefieran, en cuanto sea posible, los kanes de los musulmanes, donde se dispensa mejor la hospitalidad y hay mas honradez.

Al dia siguiente, á la hora de marchar, el posadero cristiano nos pidió seis veces el valor de lo que se tomó en su casa; y el muy bribon comenzó á llorar como un niño porque no quisimos acceder del todo á sus ridículas exigencias.

Los viajeros persas, que habian pasado la noche en casa de un musulman, elogiaban, por el contrario, su generosa conducta.

XIII

Ardasa.—Los puentes de Scharschut-Tschai.— Llegada á Karatchoukour.— Los habitantes.—Eleccion de un albergue.

En el trascurso del dia llegamos á Ardasa ó Ardost, donde me separé de los lobularios, y no dejó de oprimírseme el corazon al despedirme de aquellos alegres é intrépidos compañeros.

Ardasa es un pueblecillo de kanes y de tiendas, pintorescamente situado en las orillas del Charschut-Tschai: está dominado por una alta roca, en la cima de la cual se ven las ruinas de una fortaleza, cuyas extrañas siluetas hacen pensar en los castillos de las leyendas fantásticas.

Encuéntranse algunos cultivos en los alrededores, pero casi por todas partes se ven pendientes escarpadas y terrenos pedregosos, grises y amarillos, donde apenas crecen algunas raquíticas encinas y pinos silvestres.

Esperé todo un dia á mi criado y mis bagajes, que llegaron al fin con una caravana; y el 15 de mayo marché á Karatchoukour, situado á siete horas de Ardasa. El sendero, muy angosto, sigue los flancos de las montañas donde está profundamente encajonado el lecho del Charschut-Tschai, el cual cruzamos por dos puentes muy pintorescos, aunque mal construidos.

A las tres horas de marcha se encuentra un pueblecillo semejante á un oasis: una depresion de la montaña ha permitido formar allí algunos campos de centeno.

En las cercas espinosas he recogido algunos insectos interesantes, y en los nogales maté varias palomas.

Despues de muchos rodeos, subidas y bajadas, pasamos por un segundo pueblecillo, y luego por un tercero: á través de un gran desfiladero de la montaña divisé al fin la ciudad de Karatchoukour.

Seguramente no tenia intencion de anunciar mi llegada; pero habiendo disparado un tiro contra un tordo, el ruido de la detonacion bastó para que varios hombres saliesen á mi encuentro; y entre ellos un gran zaptie que me ofreció al punto sus servicios.

Quedé sorprendido al observar la placidez de los perros del pueblo, que en vez de acometerme ó de precipitarse contra el mio, como sucedia en otras partes, acercáronse á mí afablemente, meneando la cabeza.

Mientras que los hombres descargaron mis bagajes, acudieron los niños, y con ellos, las mujeres que no llevaban velo, aunque en el pueblo no vivian sino musulmanes.

Los niños, casi desnudos, cuando no del todo, me contemplaban con aire asombrado, é inspirábanme cierta lástima porque todos temblaban de frio. Como los alimentan exclusivamente con leche y harina, tenian todos un vientre enorme.

Ofreciéronme los habitantes diversos albergues; pero como á primera vista me repugnase la suciedad que notaba, vacilaba en aceptar, cuando de pronto fijé la vista en una cabaña situada en una eminencia á cien pasos de mí, y la cual, segun me dijeron, servia de granero.

Parecióme que aquel seria el mejor albergue, y en su consecuencia resolví que mi criado durmiera en la cabaña con los caballos. La posicion que yo habia elegido era magnífica: á mis piés extendíase el pueblo sobre un suave declive que se inclinaba hácia el torrente; y sobre mí elevábanse las montañas, cuyos flancos estaban cubiertos de sombríos bosques y de verdes árboles, sobre los cuales divisábanse en medio de las nubes las praderas alpestres de la meseta que domina á Karatchoukour. En un lado se limitaba el horizonte por las nevadas cimas de Gumuch-Khané y de la cordillera de Schaab-Khané.

Me instalé en medio de mas de cincuenta individuos de ambos sexos; pero excepto Mehemet, mi zaptie, ninguno movió un dedo para ayudarme.

Yo ignoraba lo que habia pasado entre aquella gente, pues á la benevolencia que me mostraron en el primer momento habia sucedido una especie de desden ó fria curiosidad. Solo despues de muchas contestaciones obtuve un poco de alimento para nosotros y los caballos.

XVI

Indiscrecion de los campesinos.—El iman —Caza entomológica en el bosque.—La riqueza mineral del país.

Al dia siguiente, al entreabrir la cortina de mi tienda, observé que una espesa niebla lluviosa subia de las profundidades del valle, comenzando á invadir la montaña; y de consiguiente no me era posible salir para dar principio á mis cacerías.

Los indiscretos campesinos de la víspera volvieron en tropel, y con una franqueza increible ocuparon mi asiento delante del hogar; despues, sin saludarme siquiera, comenzaron á hablar entre sí, ocupándose tan poco de mi persona como si no me hallase en aquel sitio. Lo mas

desagradable de su sociedad era que se despiojaban junto á mi cocina, y en vez de matar los parásitos contentábanse con dejarlos suavemente en el suelo.

Quise incomodarme y despedirlos; pero miráronme con la mayor tranquilidad, sonriéndose estúpidamente y no se movieron.

A fin de distraerme, comencé á probar mi revolver, y algunos tiros felices asombraron á aquellos ingenuos turcos. Mi carabina Remington no les admiró menos: una bala que fué á tocar el tronco de un gran árbol, á mas de trescientos metros de distancia, bastó para que toda aquella gente me mirase con respeto.

Ayudado por mi drogman, traté de tomar algunos informes sobre la fauna local.

Los cazadores me prometieron gamuzas, corzos y osos; y yo les regalé un poco de pólvora para estimularles.

El iman, á la vez sacerdote y maestro de escuela, y probablemente el único individuo que sabia leer, vino á examinar el boyourouldi (órden) que me habia dado el bajá de Trebisonda. Al principio no comprendió nada del contenido del papel; pero cuando despues de estudiarlo un poco consiguió adivinar un poco mas ó menos el sentido, en vez de descortés mostrábase servil, y quiso conducirme á otro alojamiento mejor, diciendo que un hombre de mi calidad no debia dormir al aire libre como un pájaro. Yo le rogué que me dejase en paz.



Alquilador de caballos

Así pasó el primer dia; al siguiente mejoró el tiempo, y antes que el sol hubiese traspuesto las montañas, cuyas cimas doraba apenas, marché acompañado de mi nuevo zaptie. Durante todo el dia, tanto bajo las sombrías bóvedas de los bosques de pinabetes, como en medio de las praderas, busqué insectos y plantas. Mi cosecha de objetos raros y preciosos fué abundante, y no pude menos de elogiar el celo del zaptie que habia elegido y que me llevaba de vez en cuando un coleóptero ó una flor.

Trascurrieron así varios dias con recreo y utilidad: los muchachos del pueblo, mas familiares, venian á ofrecerme cuantos animales hallaban, y con algunos cuartos estimulaba su celo. Los cazadores mataron dos gamuzas y un corzo, los cuales disequé yo. Aquella caza era muy conveniente para variar mi comida diaria que solo se habia compuesto hasta entonces de huevos y de cebollas.

El país contiene una gran riqueza mineral;

cerca del pueblo me enseñaron unas minas de cobre abandonadas, y entre las escorias hallé algunos pedazos de minerales y piritas de hierro. Estas minas no tienen sino una galería muy pequeña, donde solo se puede entrar agachándose.

En la cima de la montaña, ví en la superficie del suelo magníficas muestras de hierro magnético; pero no habia señales de explotacion.

XV

La caverna y los tesoros —Las inscripciones —Lucha contra los murciélagos —Cristalizaciones —Regreso á mi alojamiento —Animosidad de los habitantes.

Cierto dia me presentaron una medalla hallada en una gruta; y los habitantes del pueblo me aseguraron que un cristiano llegado de Trebisonda extrajo de aquel lugar, algunos años antes, un tesoro inmenso. Dijéronme tambien que



Carbonero de Djewilisk

se veian allí curiosas inscripciones; y de consiguiente no podia menos de ir á visitar la gruta, aunque estuviese muy distante.

Al llegar recibí el primer desengaño cuando ví que las inscripciones prometidas se reducian á varias cruces ó señales trazadas con carbon. Despues penetré, con una luz, en una larga y estrecha sala; en un rincon hallé un agujero, é introduciéndome por él á rastras, llegué á otra habitacion, cuyo olor fétido me sofocaba; el suelo estaba casi completamente cubierto por el estiércol de pequeños animales; y al examinar con el mayor cuidado las paredes de la gruta, esperando descubrir coleópteros ciegos, no ví absolutamente nada. Mientras me ocupaba en mis investigaciones oia en mi alrededor débiles gritos; y en el sitio en que la bóveda era mas alta me rodeaba un torbellino de murciélagos, que azotándome el rostro con sus alas, apagaron la luz. En medio de la oscuridad, no tuve otra defensa sino la de hacer el molinete con un baston que por fortuna llevaba en la mano; el ruido sordo de mis repetidos golpes sobre los queirópteros me hizo esperar que pronto quedaria libre de ellos; y en efecto, poco á poco acabaron por huir á la primera sala, y desde allí al campo.

Despues de la lucha encendí de nuevo mi bujía y comencé á recoger mis víctimas, una veintena de murciélagos, entre los cuales reconocí dos especies.

Continué mi exploracion: en una cavidad estrecha y sin salida me esperaba un curioso espectáculo: al rededor de mí, las piedras estaban

cubiertas de pequeños cristales amarillos, rojos y verdes, que brillaban cual si estuviesen iluminados por mil fuegos: no me alejé de aquel lugar sin recoger algunas muestras.

En algunos sitios me pareció reconocer excavaciones.

A mi regreso á Karatchoukour hallé varios habitantes del pueblo que salian á mi encuentro para saber si habia descubierto tesoros, y sin duda para compartirlos conmigo. No quisieron creer que solo habia visto en la gruta algunos murciélagos y piedras; persuadidos de que yo les engañaba, mostráronse hostiles, y desde aquel momento fueron mas importunos que nunca, obligándome á pagar por mi alimento y el de los caballos diez veces mas de su valor.

Por otra parte supe que yo era objeto de vivas discusiones entre los habitantes de Karatchoukour: los unos querian obligarme á marchar; y los otros temian atraerse la cólera del bajá si se me maltrataba. Mehemet, mi zaptie, que me fué fiel hasta el último dia, me tenia al corriente de todos estos conciliábulos é invitábame á marchar cuanto antes.

—Una bala, me decia, sale muy pronto de un fusil, y aquí hay prevencion contra los extranjeros.

XVI

Una casa para cada estacion.—Costumbres de los habitantes —La resina de los *abies orientalis* —Las armas.—Regreso á Trebisonda.

A despecho de la mala voluntad de los habitantes permanecí en el país dos semanas mas. Al recorrer todos los pisos de la montaña observé que cada habitante de este país, donde las variaciones de temperatura son tan considerables, tiene tres casas: pasa el invierno en la que se halla situada en el fondo del valle; posee otra en la region de los bosques, la cual le sirve de habitacion durante la primavera y el otoño; y la tercera, designada con el nombre de *yaila*, toscamente construida con piedras en las altas mesetas que hay en medio de las praderas, les sirve de mansion desde el mes de mayo hasta fines de agosto: los ganados encuentran entonces allí un pasto abundante.

Durante estas emigraciones, los aldeanos se llevan todos sus muebles y utensilios de cocina, quedando las otras dos casas completamente abandonadas.

En la region media, en los terrazos de la montaña, cultívanse algunos cereales: en el fondo del valle hay verjeles en que abundan sobre todo diversas especies de cerezos, ciruelos, avellanos, nogales y árboles indígenas. La viña crece sin cultivo alguno; pero produce muy malas uvas.

Se siembra tabaco; y no se practica con él mas operacion que la de secarle, fumando la hoja sin mas preparativo.

Los habitantes no mantienen apenas relaciones con las ciudades inmediatas; sus necesidades son muy limitadas, y con el producto de su suelo tienen lo suficiente para vivir. Los mas ricos no poseen sino algunos centenares de duros; tienen pocos caballos, y por lo tanto es corto el número de las caravanas que pasan por allí. No carecen de probidad; si podia temer por mi persona, estaba en cambio seguro en cuanto á mis bagajes.

Las casas, diseminadas acá y allá en los sitios que ofrecen algunas ventajas naturales, son todas ellas de madera, y elévanse sobre gruesas estacas: en el piso bajo están los establos y cuadras; y en el superior suele haber una galería abierta.

Las mujeres trabajan mucho, llevan fardos, y ayudan en las faenas del campo. Con la leche de sus ganados, sobre todo de las cabras y de las ovejas fabrican una especie de queso que encierran en pieles. Mientras trabajan, ocúpanse los hombres en hilar cáñamo ó lana; pero esto no impide que sean grandes cazadores, y con frecuencia les oí hablar de sus altos hechos cinegéticos. Por lo general son altos, robustos y fornidos, de facciones regulares, aunque casi salvajes. Todos llevan en el cinto grandes yataganes, llamados kara-kullac; y van siempre armados de carabinas muy cortas, cuyos cañones se fabrican en un pueblo inmediato á Karatchoukour, así como las hojas de sus puñales, que son del mejor temple. Estas armas son muy buscadas en todo el Lazistan.

Los hombres, las mujeres y los niños mascan, casi continuamente, la resina seca del *abies orientalis*, que exhala un perfume bastante suave, y cuyo sabor no es amargo ni acre: por la masticacion adquiere un color vinoso. La resina que ha estado algunos años en el tronco de los árboles, de los cuales brota naturalmente, es la mas estimada.

Despues de haber permanecido tres semanas en Karatchoukour continué mi marcha, cargado con un rico botin zoológico, que me proponia expedir inmediatamente á Francia.

Mi criado me habia precedido para esperarme en Gumuch-Khané. Gracias á la rapidez de mi caballo, pude franquear en menos de veinte horas los ciento cuarenta kilómetros que me separaban de Trebisonda.



Ejecucion de un malhechor, en Trebisonda

XVII

Ejecucion de un bandido.—Horca improvisada —Cómo se llega á ser salteador del camino real —Precio de una cabeza.—Valor de una mujer.

Descansé algunos dias en Trebisonda. Cierto dia, al asomarme á la ventana, llamóme la atencion una multitud que rodeaba el cadáver de un tal Koutchour-Oglou-Hussein, ahorcado en castigo de sus crímenes. Antes de amanecer, los zapties de la cárcel habian ido á despertarle bajo el pretexto de conducirle á Constantinopla; pero lleváronle solo, bien agarrotado, á la plaza del Giaour-Median. A primera hora del dia, suspendiéronle de una horca improvisada, hecha con algunos maderos, sostenidos por las ramas de un olivo. Durante la ejecucion, un juez leyó en alta voz la sentencia, la cual se colgó despues sobre el pecho del condenado.

Koutchour-Oglou-Hussein, natural de Trípoli, habia sido marino. Condenado á presidio por su mala conducta, evadióse del arsenal militar de Constantinopla, y volvió á su país natal, donde cometió varios crímenes. Perseguido por la policía, pudo refugiarse en la montaña, donde llegó á ser jefe de una cuadrilla compuesta de cinco ó séis individuos. Durante nueve años, fué el terror de los habitantes de la ciudad y del valle de Trípoli; pues amenazaba de muerte á quien le denunciase, é inmolaba sin piedad á los que se defendian cuando trataba de robarlos.

Éranle conocidos todos los senderos de aquel país montañoso, cortado por valles profundos; y así es que á pesar de haberse puesto precio á su cabeza, gastándose considerables sumas para coger al bandido, y á despecho de la infatigable persecucion que dirigia personalmente Achmet-Effendi, entonces caimakan de Trípoli, habria escapado tal vez de la justicia á no ser por el valor de una mujer.

Un año antes de su ejecucion Koutchour-Oglou-Hussein fué á la ciudad, atraido por la pasion que le habia inspirado la mujer de un habitante. Durante la noche penetró en la casa, que estaba aislada, y ordenó á la mujer que le siguiese; pero como el marido quisiera defenderla, matóle á puñaladas. Entre tanto, habíase refugiado la mujer en una cuadra; mas Hussein la persiguió, tratando de echar abajo la puerta tras de la cual se escondia la infeliz. Comenzaba ya á ceder á sus esfuerzos, y el bandido cogia de la ropa á su víctima, cuando esta, hallando á mano un hacha de cortar leña, descargó sobre la cabeza del bandolero tan fuerte golpe, que le hizo rodar por tierra. La valerosa mujer salió al punto gritando, reunióse alguna gente, y apoderáronse del asesino, que aun aun no habia vuelto en sí.

Estos montañeses tienen mucha resistencia vital, y á pesar de su horrible herida, de la cual conservaba la cicatriz á la hora de su muerte, Hussein no tardó en recobrar sus fuerzas; mas no se le dejó escapar. Instruido el proceso, consiguióse coger á los compañeros del salteador, y reconocido culpable de haber cometido por su propia mano diez y nueve asesinatos y numerosos robos, condenósele sin apelacion.

El cadáver estuvo expuesto la mayor parte del dia en la plaza pública.

La multitud que iba á contemplarle no parecia muy conmovida; las conversaciones eran muy animadas, y todos los semblantes expresaban el regocijo.

XVIII

Diez y ocho asesinatos en pocos minutos por un loco persa. —La pala de un panadero.—Ejecucion de este fanático criminal —El verdugo

El año anterior se habia llevado á efecto otra ejecucion con circunstancias mas trágicas. Un anciano persa, chalan en otro tiempo, y despues vendedor ambulante, se armó un domingo de un pequeño puñal que afilaba cuidadosamente hacia una semana, y subiendo con pasos precipitados, y hosca la mirada, el declive de la callejuela donde vivia, precipitóse sobre el primer transeunte á quien halló, y dióle una puñalada mortal en la espalda. Prosiguiendo su camino, mató despues un muchacho y un hombre, y á los pocos pasos una mujer; y avanzando siempre con la mayor precipitacion, continuó su carnicería. Las víctimas iban sucediéndose rápidamente (1).

Varios cristianos, habitantes de aquel barrio, y que en aquella hora salian de las iglesias, fueron á su vez asesinados. La agilidad de aquel loco furioso era increible: poseidos de horror los que presenciaban aquellos asesinatos, no tenian fuerza para detener al culpable; y precipitándose este por una calle que costea la plaza del Giaour-Meidan, siguió hiriendo á diestro y siniestro. Los gritos de dolor y de espanto habian atraido ya á mucha gente; y revolviéndose entonces el loco, mató á varios de los que trataban de detenerle.

Por último, un tahonero que habia salido á la puerta de su tienda armado de la pala con que acababa de sacar el pan del horno, viendo al loco dirigirse hácia él, descargóle sobre la cabe-

(1) Parece que en Java no son raras estas terribles escenas.

za un golpe, y el anciano cayó. Los zapties, que llegaban al fin, hubieron de sostener una verdadera lucha para arrancar al asesino de las manos de la furiosa multitud. Once de las personas heridas murieron aquel mismo dia.

Apenas hubo circulado por la ciudad la noticia del suceso, faltó poco para que se promoviese un motin. Al saber los turcos que el autor de aquellos asesinatos era un persa, y que habia matado á varios compatriotas, dijeron á gritos que el fanatismo religioso era lo único que habia armado el brazo del asesino; y reuniéndose una compacta multitud, dirigióse al palacio del gobernador para pedirle la muerte del culpable, á lo cual no pudo acceder el bajá porque las leyes se oponian á ello. Entonces amenazaron vengarse dando muerte á todos los persas que hubiese en la ciudad; la manifestacion podia llegar



Jóven armenia

á ser sangrienta; y habiéndose telegrafiado á Constantinopla al momento, llegó á las cuarenta y ocho horas la órden de proceder á la ejecucion, que tuvo lugar en la plaza de Meidan.

El condenado, que hacia tres dias no hablaba una palabra, fué conducido por varios soldados hasta el pié del pequeño olivo; hiciéronle sentar en un taburete, y detrás se colocó el verdugo. Era este un carnicero de profesion: con su mano derecha empuñaba un gran yatagan; y cuando el juez, despues de leida la sentencia, preguntó al anciano si tenia algo qué decir, este hizo un brusco movimiento y alargó el cuello. El verdugo aprovechó el instante; con la rapidez del relámpago su yatagan trazó un semicírculo, y oyóse despues un ruido sordo, quedando la cabeza casi completamente cortada. La multitud aprobó con un murmullo aquel diestro golpe; y antes que el cuerpo del reo cayese, el verdugo terminó su obra desprendiendo del todo la cabeza, la cual cogió por el cabello, para enseñarla á los espectadores. Luego volvió á dejarla caer; pero antes se pasó por los labios, detalle horrible, su yatagan manchado de sangre. Esta repugnante costumbre proviene de la creencia popular de que el verdugo debe humedecer sus labios con la sangre de la víctima para no volverse rabioso. El cuerpo fué cubierto con un paño, y retiráronle inmediatamente.

XIX

La justicia turca —Un asesinato por celos —Juicio singular.- El precio de la sangre —Tres vidas por treinta mil reales —La civilizacion y la caridad en lucha con la venganza de un padre —Desenlace feliz —Palabras de uno de los condenados.

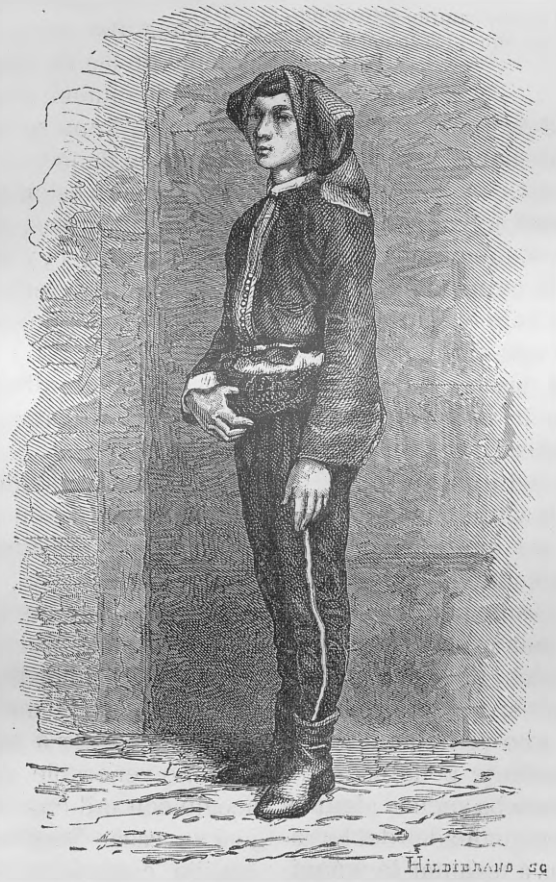
No todos los crímenes se castigan de una manera tan expedita: la justicia turca es lenta; y por el ejemplo anterior hemos visto que no se puede efectuar ejecucion alguna sin órden del sultan.

Ultimamente se han introducido reformas en el código penal; y eran muy necesarias, segun lo demuestra el hecho siguiente, que nos refirió M. Reboul, entonces agente de las Mensajerías francesas, y cónsul de Bélgica.

En 1860, un jóven Laze de los alrededores de Surmineh amaba á una hermosa muchacha, y pidióla en casamiento; pero no fué aceptado por los padres, y algun tiempo despues se casó la jóven con otro.

El dia de la ceremonia, el desairado se apostó en el sitio por donde debia pasar el cortejo que

conducia á la casada al domicilio de su esposo; estaba algo ébrio, por el exceso que habia hecho para olvidar su pena; y excitado cada vez mas por las sonrisas irónicas de los dos jóvenes que le acompañaban, aconsejándole la venganza, empuñó una pistola, y avanzando hácia el esposo, le atravesó el cerebro de un balazo. Apoderáronse del culpable al punto, sin que tratase de huir. y detenidos tambien sus compañeros, condújoseles á la prision de Surmineh, trasladándoles despues á la de Trebisonda, donde debian juzgarles. Condenados solidariamente á pagar el precio de la sangre, se les impuso, segun demanda del padre de la víctima, la multa de treinta mil reales, bajo pena de pagar con la vida si no satisfacian la suma. Llegado el dia de abonarla, se efectuaria la ejecucion si no daban el dinero.



Jóven laze

No habiendo podido obtener la cantidad, condújose á los condenados á la plaza pública para su ejecucion: habíanse levantado tres horcas, y al verlas, se desmayó uno de los jóvenes. Algunos europeos, entre los cuales se hallaba M. Reboul y otros varios cónsules, se conmovieron al reflexionar que por falta de semejante suma, relativamente poco considerable, iban á sufrir la muerte tres hombres; y habiéndose dirigido presurosos al bajá para pedirle una próroga, organizaron una cuestacion.

Pasó una hora sin que pudiesen reunir mas que unos diez mil reales; entonces se fué á ver al padre para rogarle que rebajara la cantidad; pero como rehusase, hiciéronse nuevos esfuerzos, aumentándose la suma con cinco mil reales mas; y esta vez se dió por satisfecho el demandante.

Acto contínuo, el gobernador expidió la órden para conducir de nuevo á la cárcel á los tres infelices, que hacia dos horas esperaban la muerte al pié del patíbulo.

Uno de los condenados se asustó de tal modo con los preparativos del suplicio y las alternativas que precedieron al perdon, que murió á los pocos dias.

Otro estuvo á punto de volverse loco de alegría; pero el tercero, el que habia disparado el tiro, dijo friamente que los europeos y los cristianos habian cometido una locura al dar su dinero para pagar la vida de un mahometano que no temia la muerte.

Solo el verdugo quedó algo descontento, pues con un desenlace imprevisto perdia la ganancia con que contaba por aquella triple ejecucion. Si esta se hubiese efectuado, el padre de la víctima era quien debia pagar al ejecutor el precio de su trabajo.

XX

VIAJE Á GUMUCH-KHANÉ Y BAIBOURT

Vuelvo á salir de Trebisonda —El nuevo camino —Gumuch-Khané.—Hospitalidad de un armenio —Paseo por la ciudad.—Mercaderes importunos.

Me puse en marcha el 9 de junio, siguiendo hasta Ardasa el camino que habia recorrido ya al dirigirme á Karatchoukour.

Por todas partes trabajaban activamente en el nuevo camino, y preveíase el momento próximo en que seria entregada á la circulacion aquella via, tan importante á la vez bajo el punto de vista comercial y militar; por este último concepto se queria utilizarla para el trasporte de la artillería de gran calibre, con la cual se proponia el gobierno otomano fortificar las murallas de Erzerum y de varias plazas del interior.

Al franquear el desfiladero de Zigana, pude observar el trasporte de un enorme cañon de bronce: á su salida de Trebisonda habíanle colocado sobre una carreta tirada por bueyes; en Djewilisk le pusieron en una especie de trineo hecho con troncos de árboles, del cual tiraban varios centenares de hombres; y como el único sendero practicable era el que yo habia seguido algunas semanas antes, bastante peligroso para las caravanas, el cañon avanzaba apenas algunos kilómetros cada dia; las desigualdades del terreno obligaban á los hombres á levantar la máquina entera por medio de palancas, para deslizarla despues sobre rodillos.

Algunas veces el cañon se caia por un barranco, y entonces necesitaban un dia para sacarle, sin contar que los trabajadores quedaron heridos en varias ocasiones.

Se necesitó mas de un mes para franquear los trescientos veinticinco kilómetros que separan á Erzerum de Trebisonda.

Desde Ardasa hasta una hora antes de llegar á Gumuch-Khané, remonté el rio de Trípoli sin ver mas verdura que la de algunos árboles achaparrados, encinas y pinos. En cambio divisaba por todas partes un acumulamiento de rocas blancas y calcinadas; el paisaje presentaba una aridez desconsoladora; pero de repente, al doblar un recodo del camino, ofrecióse á mis ojos un cuadro encantador.

A orillas del torrente, en medio de un bosque de árboles frutales, que prestan sombra á magníficas praderas, se ven varias casitas y molinos.

Al llegar á Gumuch-Kané, pude reconocer que no me habian hecho un elogio exagerado de los jardines de esta ciudad.

Seguí, durante algun tiempo, las orillas del Char-schout-sou, que serpentea bajo una espesa vegetacion, y al llegar la noche, penetré en el pueblecillo de Kurd-Alí-Oglou.

Al otro dia, habiendo encontrado á mi criado que hacia una semana me esperaba en un kan, alejéme de las fértiles orillas del rio para dirigirme á la ciudad, situada á unos dos kilómetros.

Gumuch-Kané se eleva en anfiteatro sobre los escarpados flancos de un gran desfiladero de la montaña: aun estando muy cerca, apenas se distinguen sus casas, pues todas ellas son de un barro blanquizco, y se confunden con el terreno. Las de algunos vecinos ricos, y los minaretes, son los únicos puntos que se perciben sin dificultad.

La tradicion afirma que Gumuch-Khané se elevaba primitivamente en la cima de la montaña.

No sabiendo dónde alojarme, y como no me convenia habitar en un mal kan en el fondo del valle, porque me aquejaba mucho la fiebre, fuí directamente á ver al muttessarif (gobernador del canton): era portador de una carta del bajá de Trebisonda, Murhlis, quien me recomendaba mucho á su subordinado.

El muttessarif me recibió muy cortésmente, y envió á buscar á un rico negociante armenio, anciano venerable, de fisonomía típica, que me acogió con mil cumplidos enfáticos y me condujo á su càsa. Despues de presentarme á toda la familia, compuesta de su esposa, dos hermosas hijas casaderas, un jóven y varios niños, mi patron me invitó á tomar asiento en una pequeña habitacion adornada con magníficos tapices, en la cual ostentábase todo el lujo de Oriente.

Poco despues me sirvieron el almuerzo: harto conocidos son por diversos relatos los usos y costumbres durante una comida en Oriente para que crea necesario repetirlos aquí. El anciano me hizo compañía, y siguió cumplimentándome por medio del dragoman, y bastábame el tono de sus frases para juzgar de su énfasis. Yo no sabia contestarle del mismo modo, y así es que despues de almorzar, apresuréme á salir para recorrer las calles.

A los primeros pasos me ví asaltado por una multitud de vendedores ambulantes que me tiraban de la ropa por derecha é izquierda para ofrecerme algunas monedas antiguas, las cuales

designaban con la palabra única *anticua*. Entre ellas ví algunas del imperio y del reino de Armenia, todas ellas en muy mal estado, lo cual no impedia que pidiesen por ellas un precio exorbitante. No me costó poco escapar de las manos de todos aquellos traficantes sin dejar nada de mi bolsa.

Dirigiéndome en sentido contrario, proseguí mi paseo á través de las calles, que escalonadas unas sobre otras, aseméjanse á las gradas de un inmenso anfiteatro. Cuéntanse unas ochocientas casas; doscientas armenias, trescientas turcas y las demás griegas.

En la ciudad no hay ningun monumento: el palacio del muttessarif parece una granja.

Los minaretes son muy mezquinos, y nada atrae las miradas hácia las iglesias cristianas, construidas con una especie de barro de color rojizo.

XXI

Poblacion de Gumuch-Khané —Una muestra de los productos del país.—Escena cómica.—Un lecho demasiado bueno.—El cultivo y comercio de frutos en Gumuch-Khane —El comercio en general —Las minas.—Lo que producian y lo que han llegado á ser.

Por la tarde, despues de haber comido, pedí informes sobre los productos del país, entre los cuales figuran las frutas en primera línea. Mi patron mandó traer peras conservadas en grandes vasijas llenas de agua; estas peras eran muy duras, y tenian un sabor desagradable, cual si estuviesen pasadas; su carne era de color pardusco.

Elogiáronme el gusto que esta fruta daba al agua, la cual se convertia, segun mi anfitrion, en vino dulce, del que me ofreció un vaso del tamaño de una sopera. Como tenia mucha sed, apuré con la mayor confianza una parte del líquido; pero en el momento sentí en la garganta un sabor amargo y acre, y agitóme una especie de estremecimiento; jamás pocion alguna de quina ó coloquinto tuvieron un gusto tan detestable. Sin embargo, era preciso conformarse con las costumbres del país, y no olvidando que el primer deber de un viajero en semejante circunstancia, es no quejarse nunca, devolví el vaso á mi patron, invitándole con mi mas graciosa sonrisa á seguir mi ejemplo, y asegurando con algunas palabras turcas que su brebaje era excelente. El buen hombre hizo como yo, y despues de él bebieron tres de sus amigos que habian venido á pasar la tarde con nosotros. Su primera sensacion fué menos sensible que la mia; pero un instante despues no pude reprimir una carcajada al ver la serie de gestos que hicieron durante cinco minutos aquellas viejas cabezas armenias, cuyos grandes ojos, inmensa nariz y enormes labios colgantes se movian en todos sentidos de la manera mas cómica.

Pedí permiso para retirarme. El ama de la casa, sus hijas y criadas acababan de arreglar un lecho en el salon comun, ó selamlick; y no me sorprendió poco ver el alto edificio que aquellas mujeres habian levantado á fuerza de colchones, tapices y cojinetes. Los primeros estaban cubiertos de seda, y las almohadas de blondas, tanto, que apenas osaba acostarme sobre aquellas magnificencias.

Antes de entregarme al sueño, tomé nota de todos los detalles relativos al país, obtenidos de mi patron y mis convidados.

El comercio de frutas es el mas importante en Gumuch-Khané: la cifra de su exportacion se eleva á doscientos mil reales al año, por término medio.

Las peras, que son de varias especies, y alcanzan gran tamaño, se expiden en cajas y cestos á Trebisonda, Constantinopla y Erzerum. En el mes de setiembre y octubre se hacen los envios, antes de la completa madurez de los frutos, á fin de que sea mas seguro el trasporte.

Las manzanas son tambien magníficas, y rivalizan con las de Amasias, cuya celebridad es universal.

Los árboles que dan frutos de pepita son los únicos que se ingertan, arte bastante adelantado en el país. He visto en los jardines troncos de los cuales partian ramas con una especie de fruto cada cual. Los albérchigos, cerezas y albaricoques, que son deliciosos, y de los cuales se cuentan varias especies, se hallan en árboles apenas cultivados.

Expídese un considerable número de cerezas á Erzerum, Baibourt y Trebisonda. Las ciruelas y los albaricoques se ponen á secar al sol en los terrados de las casas, para exportarlos despues. Los árboles silvestres, como los perales, manzanos, y otros de grandes frutos, son muy numerosos en las montañas.

En los alrededores de Gumuch-Khané se fabrica un vino que no es desagradable; pero consérvase mal, y adquiere pronto mal gusto en los odres en que se trasporta. Así como en las orillas del mar, las viñas, apenas cultivadas, trepan libremente por los árboles de los verjeles.

Despues del comercio de frutas, sigue por el órden de importancia el de los artículos de alfarería. Todos los años se fabrican en la ciudad de treinta á cuarenta mil ollas, con una arcilla ordinaria que se extrae de la montaña, así como

el esmalte verde, rojo y amarillo con que se las colora.

Tambien se obtiene gran utilidad de las pieles de cabra, de cabritos, corderos y liebres; este comercio adquiere diariamente mayor importancia, pues aquellas se exportan en número enorme á Trebisonda, y despues á Europa. Encuéntranse tambien en el bazar de Gumuch-Khané, aunque en reducido número, pieles de osos, de lobos, zorros, linces, martas, garduñas y nutrias.

La explotacion de las minas de plomo argentífero, que han dado su nombre al país, está casi abandonada. En 1810 producian al gobierno treinta mil reales mensuales; en 1845, su beneficio anual no excedia de cien mil; y hoy es casi



Hilandera armenia

nulo. El gobierno recibe la mitad del producto bruto, que se eleva solo á algunos miles de reales: los griegos son los que dirigen los trabajos.

XXII

Marcha á un kaimackli. — Magníficos paisajes y buena acogida que reciben los viajeros —Una cacería.— Destreza y torpeza —Lo que son las cabras salvajes —Una batida al oso

Antes de rayar la aurora me levanté sin ruido, y acompañado de mi doméstico fuí á visitar un pequeño monasterio inmediato, con la intencion de explorar tambien algunas grandes praderas, únicas que se pueden ver en los alrededores de Gumuch-Khané.

Al cabo de una hora de marcha por un sendero bastante peligroso, vimos un grupo de construcciones en el fondo de una garganta, al borde de un arroyuelo. Algunos grandes álamos y verdosos campos contrastaban felizmente con la aridez de los terrenos inmediatos: la posicion de aquel monasterio era encantadora.

Los griegos y armenios, mostrando un celoso ardimiento, gastan mucho dinero para la construccion y conservacion de esos establecimientos religiosos, de los cuales dependen explotaciones rurales.

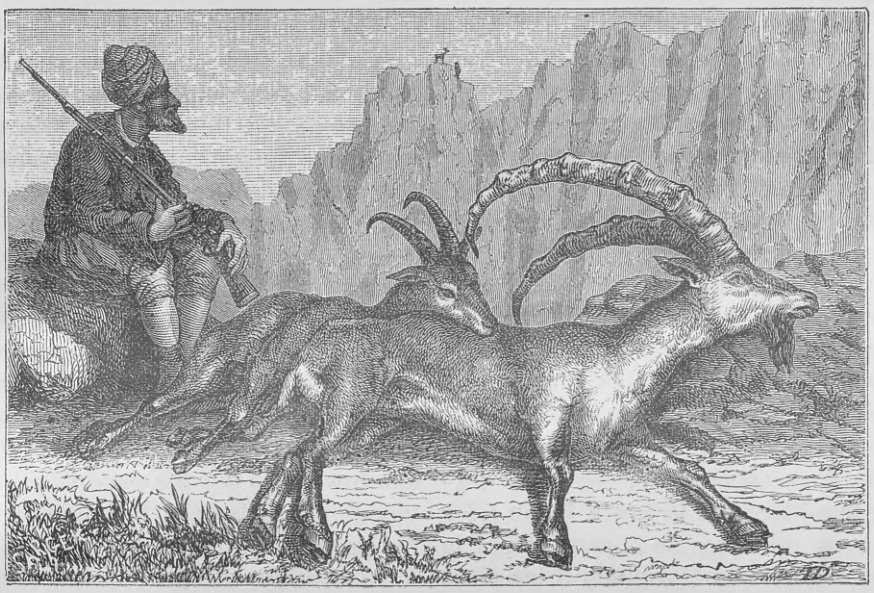
El que estaba viendo, perteneciente á los armenios, se componia de una iglesia edificada sobre unas ruinas que debian ser muy antiguas; á su alrededor elevábanse las casas de los sacerdotes encargados de administrar en el edificio y conservarle; y habia tambien varias construcciones, ó inmensas salas, reservadas para

los numerosos fieles que van allí los domingos á practicar sus devociones.

Muchos de los peregrinos, entre los cuales predominan las mujeres, hacen novenas, y permanecen allí cuanto les place, sin que se les exija nada; pero al marchar, cada cual hace un regalo proporcionado á sus recursos.

En un terreno mas bajo que el de la iglesia están las dependencias de la casa rural; allí se ven magníficos ganados de cabras y ovejas, que dan una leche deliciosa, con la cual se hace manteca, queso y crema cocida (kaimack): de aquí viene el nombre del establecimiento llamado kaimackli (véase el grabado de la pág. 261).

Fuimos muy bien recibidos por el sacerdote y el intendente del pequeño dominio; y despues de tomar un frugal refrigerio, aunque excelente, fuí á buscar insectos por los alrededores.



Cabras salvajes

Por la tarde regresé á la ciudad, prometiéndome volver al dia siguiente al kaimackli, pues durante aquella excursion trabé conocimiento con un anciano kurdo, llamado Yusuf, antiguo pastor y cazador célebre, quien habia prometido enseñarme, si no matar, osos, cabras salvajes y perdices.

Yusuf vino á buscarme una mañana para acompañarme á dar caza á unas cabras salvajes que habia visto la víspera. Empleamos varias horas para franquear una escarpada montaña en cuya cima suelen estar aquellos animales, y apenas hubimos llegado, cuando Yusuf me enseñó, á unos mil metros de distancia, cuatro cabras que pacian tranquilamente. Tratamos de darles alcance, y en el espacio de quinientos metros seguímos, á riesgo de rompernos el cuello, la empinada cresta de la montaña, ayudándonos con piés y manos, y no teniendo á veces para sostenernos sobre el precipicio sino una pequeña saliente de roca. Por fin pudimos ganar una pequeña meseta; mas apenas hubimos llegado, cuando á pesar de nuestras infinitas precauciones, las cabras nos olfatearon y huyeron rápidamente. Tuve el sentimiento de verlas desaparecer en un profundo barranco.

Entonces miré á Yusuf, creyendo que estaria tan desconsolado como yo; mas no era así, y muy léjos de ello, sus facciones revelaban la alegría. El escarpado barranco donde habian desaparecido las cabras no tenia sino tres salidas posibles; y el cazador, indicándome que guardara el mayor silencio, me condujo á una alta roca que dominaba dos de dichas salidas; despues, haciendo un gran rodeo, ganó la tercera.

Hacia ya una hora que esperaba, cuando oí una detonacion: Yusuf acababa de tirar á mas de trescientos metros sobre mí; y poco despues ví aparecer tres de las cabras, que desgraciadamente franquearon las alturas por la salida mas lejana del punto que yo ocupaba. A unos doscientos cincuenta metros disparé cuatro tiros con mi carabina Remington, sin tocar á ninguna de las fugitivas, aunque ví cómo mis proyectiles hacian saltar pedazos de roca alrededor de los animales. Uno de ellos terminó su ascension; pero los otros, espantados por el tiroteo, volvie-

ron al barranco, cruzando á veinte pasos de Yusuf, que acababa de cargar su carabina.

Una nueva detonacion me indicó que los habia visto: entonces bajé rápidamente al barranco, y no fué poca mi alegría al ver al anciano cazador sentado sobre una roca, teniendo á sus piés un macho cabrío y una cabra, de los cuales saqué al punto un cróquis (véase el grabado de la pág. 257).

La cabra salvaje *(capra ægagrus)* es un animal diseminado por una gran parte del antiguo continente; se le encuentra sobre todo en las montañas de Creta y de Anatolia, en Armenia y Persia, en el Asia Central, y en las cadenas este y sur del Cáucaso. Siempre habita en la inmediacion de las nieves eternas: los machos son de gran tamaño; sus cuernos alcanzan á veces mas de un metro de longitud; pero los de las hembras son mucho mas pequeños; el color varía del leonado claro al pardo; el vientre, el pecho, el cuello y la parte interior de las piernas tienen un tinte blanquizco; la línea media del dorso, la frente, la barba y la parte anterior de las piernas son negruzcas.

Las cabras salvajes viven por reducidos rebaños en las montañas escarpadas, y es muy difícil llegar hasta ellas. Por la tarde bajan á los valles y barrancos cubiertos de bosque, y por la mañana, antes de amanecer, vuelven á las alturas donde están rumiando todo el dia.

La caza de estas cabras es tan difícil como peligrosa, porque se debe seguirlas á unos sitios donde un paso en falso puede ocasionar la muerte. La agilidad, la astucia, la buena vista, el oido y el olfato de estos animales son extremados; el temor les tiene constantemente alerta; al menor indicio, el macho que suele dirigir la manada produce una especie de silbido estridente, y al oirle todas las cabras desaparecen. En la primavera, la hembra da á luz uno ó dos hijuelos, y apenas nacidos corren y saltan alrededor de su madre.

Encuéntranse algunas veces en el intestino de los machos viejos unas concreciones pedregosas llamadas bezoar, á las cuales se atribuye en Oriente un gran valor á causa de sus pretendidas virtudes maravillosas. Imagínase que el bezoar cura un gran número de enfermedades, y que es el antídoto mas eficaz contra los venenos. Los musulmanes creen que dan buena suerte, y es para ellos el equivalente de nuestras cuerdas de los ahorcados.

Terminada nuestra cacería, descansamos un buen rato, y se pasó el resto del dia tras de levantar un pequeño oso, cuyas huellas vimos en varios sitios; pero nos fué imposible descubrirle.

A la caida de la tarde nos hallábamos sentados junto á una fuente, cuando pasaron seis campesinos, que al ver mis armas y convencidos de su excelencia, ofreciéronse á emprender una batida conmigo, pues deseaban que les ayudase á matar un oso enorme que pocos dias antes les robó una vaca.

Acepté gustoso la invitacion, y quedó fijada la hora.

Al dia siguiente, despues de tomar un refrigerio, nos aventuramos en el sendero del barranco, donde el oso tenia su guarida entre una espesura de matorrales. Éramos veinte cazadores, y cada cual ocupó su puesto, habiéndome cedido á mí el mejor. Desde lo alto de una roca debia yo hacer fuego contra el animal que tenia la costumbre de seguir el camino dominado por mí, para ganar un barranco poco distante.

Durante mas de una hora, los ojeadores y los perros hicieron mucho ruido, y yo esperaba impaciente el momento en que el oso, desalojado de su guarida, pasaria á mi alcance, cuando de repente oí un vivo tiroteo en la extremidad del barranco. El oso, en vez de huir ante la línea de cazadores, habíala forzado, y continuaba su marcha hostigado por los perros, sin que le hubiera tocado una sola bala. Se habia errado el golpe, y fué preciso renunciar por entonces.

Yusuf y yo volvimos á nuestro alojamiento, bastante satisfechos, despues de haber matado por el camino algunas grandes perdices rojas *(Perdrix chuckar)*.

Permanecí dos dias mas en el kaimackli, y pasando despues por Gumuch-Khané, despedíme del anciano armenio que me habia dispensado hospitalidad.

XXIII

En marcha.—Doble ventaja de los diques de madera de sáuce.—Detencion en el valle.—El trasporte de grano por caravanas de asnos —Las ardillas terrestres —Caza — Sus costumbres.

El camino que conduce á Baibourt, sigue durante algun tiempo el torrente, cuyas orillas están bordeadas de verjeles: la mayor parte de estos jardines están situados en puntos que pueden quedar sumergidos en las grandes avenidas; pero presérvanles de la invasion de las aguas unos diques muy bien construidos con faginas y piedras, y consolidados con plantíos de sáuces, que forman altas y espesas cercas, cubiertas de flores odoríferas.

Por la noche nos detuvimos cerca de la corriente, y fijé mi tienda en medio de un verde prado. Por la mañana se reunieron con nos-

otros algunos muleteros, y continuamos la marcha formando una caravana. Al poco tiempo encontramos mas de mil asnos cargados de trigo; venian de Erzerum é iban á Trebisonda, donde varios buques esperaban su cargamento.

Pude evaluar en varios miles el número de bestias de carga que pasaron junto á nosotros aquel dia. Un hombre bastaba para conducir veinte asnos: todos estos, pequeños y vigorosos, parecian muy satisfechos, aunque iban bastante cargados. Observé que tenian la nariz cortada, y al preguntar la razon dijéronme que esto se hacia en interés del animal, para impedir que las moscas, muy comunes en Oriente, se introdujeran por las fosas nasales de los cuadrúpedos, segun tienen costumbre de hacerlo. Practicada la incision, es mas fácil expulsarlas.

Nos hallábamos aun en las orillas del Charschout-sou, cuando al atravesar una pradera sorprendióme ver huir un gran número de pequeños animales, poco mayores que ratas, y que me pareció no conocer. Al principio me costó mucho trabajo coger uno, pues eran muy tímidos y ligeros en la carrera, y desaparecian en sus guaridas tan pronto como algo les infundia temor; pero los mas deteníanse en la entrada del agujero, se empinaban sobre sus piernas posteriores, y producian de vez en cuando un ligero grito muy agudo, semejante al silbido de un ave.

Con mucha paciencia, y rastreando detrás de las rocas y los accidentes del terreno, conseguí matar algunos de aquellos animales, y entonces ví que eran ardillas terrestres *(Spermophilus sitillus)*. Su carne, que reemplaza en Armenia á la de nuestros conejos de campo, tiene un sabor delicioso. Estas ardillas están muy gordas al terminar el verano, y aliméntanse de yerbas y raíces.

Cuando se viaja por las altas mesetas de Armenia y del Kurdistan, óyense contínuamente los gritos agudos de estos animales, que desde léjos miran pasar á los viajeros; y mantiénense tan derechos é inmóviles, que á cierta distancia se creeria que son pequeñas estacas clavadas en tierra. Si aparece un ave de rapiña, todos huyen; pero no siempre tan pronto como debieran: cierto dia maté un pigargo *(Aquila halietus)* en el momento que esta ave se llevaba en sus garras una pobre ardilla.

XXIV

Ascension á la meseta de Balachor —Una vivienda de pastores — Mala noche.— Singular concierto. — Praderas y pantanos.—Cacería feliz para un ornitologista —Llegada á Baibourt.

A eso de las tres de la tarde llegamos á Mourad-khan, y algun tiempo despues penetrábamos en un pequeño barranco donde serpentea el Charchout-sou, que no es allí mas que un arroyuelo. A los grandes árboles, los alisos, encinas y sauces, sucedian arbustos enanos; y muy pronto los perales y manzanos silvestres fueron los últimos indicios de la vegetacion arborescente.

Despues comenzamos á franquear varias pendientes, que nos condujeron á una gran meseta, la de Balachor: está cubierta de magníficas praderas y campos en cultivo. A los terrenos áridos y á los árboles achaparrados sustituian pastos abundantes, donde se apacentaban numerosos rebaños de bueyes y búfalos, mientras que en los montecillos menos productivos, las cabras y carneros hallaban un alimento suficiente.

Por la tarde llegamos al pueblo de Balachor, situado á mil seiscientos diez metros sobre el nivel del mar.

El mouctard (jefe del pueblo) nos alojó mas ó menos bien en una gran casa de piedra, sobrepuesta de un terrado. En el interior habia un inmenso establo, separado solo por una balaustrada de las habitaciones que servian de alojamiento. Aunque hacia tiempo que los animales habian marchado á sus pastos, reinaba allí un olor amoniacal insoportable, que me sofocaba y oprimia.

Mejor hubiera querido dormir fuera en mi tienda; pero advirtiéronme que el frio era muy penetrante y el aire demasiado húmedo en aquella meseta, y que me expondria imprudentemente.

Por la mañana me despertó un concierto atronador, que daban los becerros del pueblo reunidos en la plaza principal; de todas las casas salian algunos de estos interesantes animales, que formaron muy pronto un numeroso rebaño para ir al pasto, mientras sus madres mugian tristemente.

Cruzamos vastas llanuras, donde los arroyos, al ensancharse, formaban grandes pantanos. Veíase allí una infinidad de aves acuáticas; las cigüeñas se distinguian por su brillante plumaje; y entre varias especies de ánades, reconocí el *Tadorne casarca*, que dejaba oir á lo léjos su grito plañidero nadando entre los juncos.

Sobre nosotros pasaron algunas bandadas de aves-frias, como un torbellino, y aproveché la detencion de la caravana para tirar contra algunas de estas aves.

En las partes secas de las llanuras hay muchas perdices y alondras de diversas especies, de las cuales obtuve dos muy raras, que se distinguen por su pequeñez.

A las once de la mañana bajamos al fondo de

un valle, y al doblar un recodo del camino avistamos la ciudad de Baibourt.

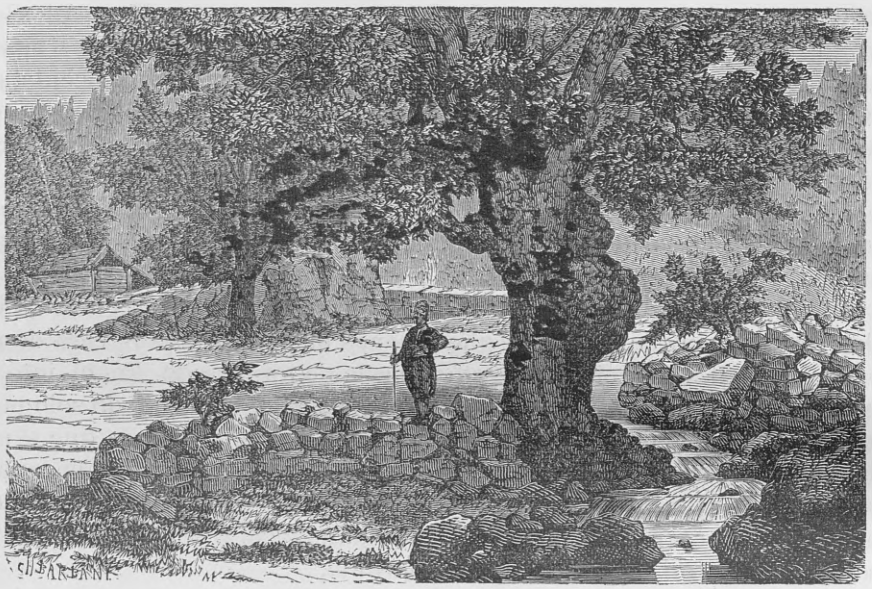
Mucho me sorprendió ver á las puertas una multitud de perros salvajes y lebreles magníficos: quise apropiarme uno; mas á pesar de mis caricias y del aliciente de una golosina, alejáronse todos de mí: prefieren su existencia errante á la servidumbre.

XXV

BAIBOURT Y ERZERUM

La ciudad de Baibourt.—Orígen de su nombre.—Fortaleza.—Poblacion.—La fauna ornitológica.—El comercio.—Aspecto árido y desolado del país.—Marcha.—El valle del Tschorock.

La ciudad de Baibourt debe su nombre, en lengua armenia, á la fortaleza que la domina, y



Nogales con lóbulos

cuyo orígen parece ser bastante antiguo; sus construcciones, de estilo y aspecto distintos, indican que se debió reedificar varias veces; obsérvanse numerosas inscripciones árabes grabadas en piedras embutidas en varios sitios de la muralla.

En el interior de la fortaleza hay una pequeña capilla en estado ruinoso, sobre cuyas paredes se conservan vestigios de frescos.

Baibourt, que cuenta con una poblacion de cuatro mil habitantes, está situada en el valle del Tschorock-sou, el cual divide la ciudad en dos partes iguales. Se cruza el rio por un puente de piedra; pero durante la estacion favorable se vadea sin dificultad; en sus orillas crecen algunos álamos y sauces, únicos árboles que pueden desarrollarse en aquella altitud de mil quinientos cincuenta metros, y en medio de áridas estepas, donde no se halla vegetacion arborescente sino en las inmediaciones del agua.

Los cuervos, los grajos y las maricas, que pululan en la ciudad, son singularmente familiares; penetraban hasta el centro de la habitacion que alquilé en una posada, y á nuestra vista cogian los restos de la comida.

Tambien se paseaban por las calles muchos milanos y grandes mochuelos de una especie que no he podido determinar; pero me hubiera guardado muy bien de matar una sola de aquellas aves de rapiña, pues los habitantes, muy fanáticos, las respetan como á las cigüeñas. Verdad es que sirven, del mismo modo que los perros, para purgar de inmundicias la ciudad.

Los principales recursos de Baibourt consisten en el comercio de cereales y en el de carneros: el frecuente paso de las caravanas produce tambien beneficios al país.

En los alrededores no se ven árboles ni frutos; las cerezas que se venden en Baibourt, proceden de Erzingham y de Gumuch-Khané.

Sin detenerme mas de cuarenta y ocho horas, marché el 20 de junio á Erzerum, situado á ciento treinta kilómetros al sudoeste.

Tomamos el camino mas corto, el de Khochapounar, ó Khodga-Pounhar, é hicimos seis horas de camino remontando el Tschorock-sou. Durante la noche, y aunque era verano, sobrevino una fuerte escarcha. Al dia siguiente pasó junto á nosotros una caravana perteneciente á un rico persa, compuesta por lo menos de cuatrocientos mulos. La fuerza de estos animales me admiró: llevaban de doscientos á doscientos

veinticinco kilógramos, que es el doble de la carga ordinaria de un caballo.

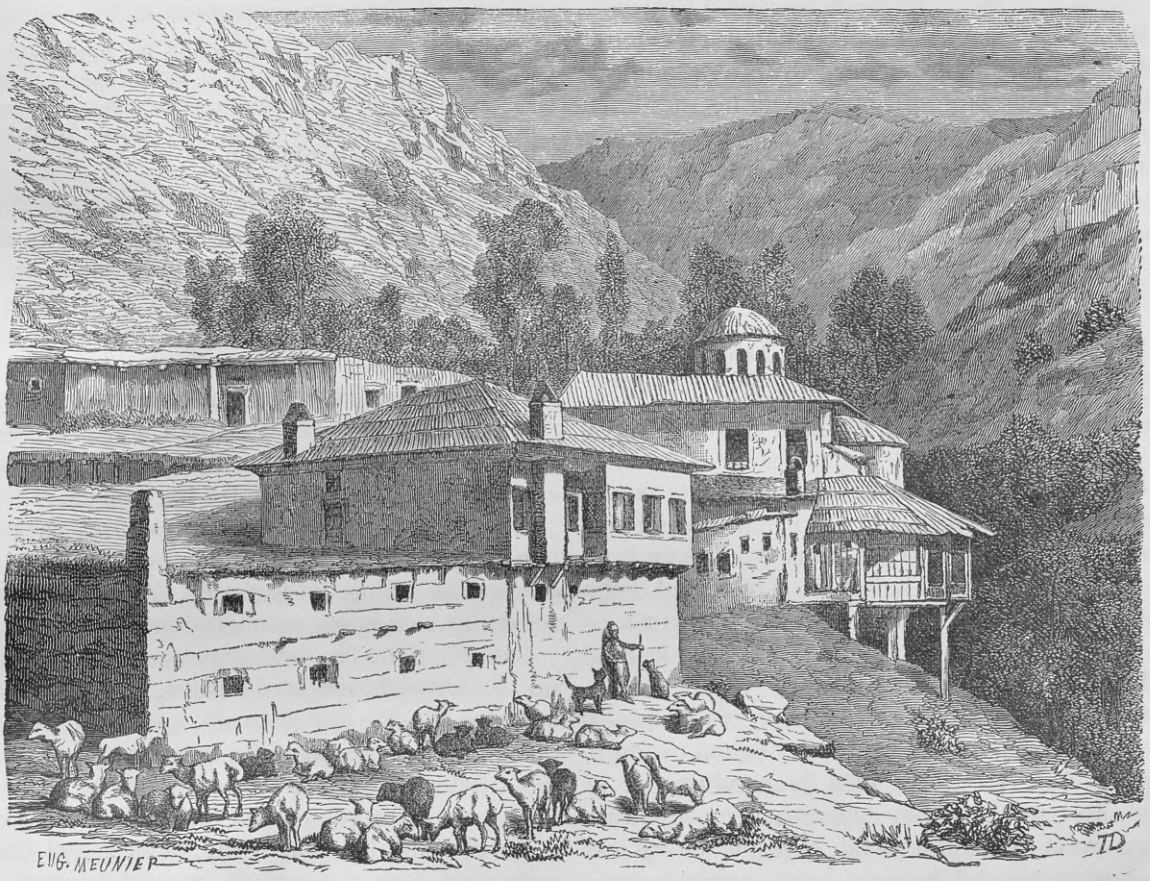
XXVI

Ascension al Khochapounar.—Manantial de aguas termales. —Encuentro con la posta.—Un buen consejo —El punto culminante del camino —Descenso —Alto —Influencia de un sombrero de castor en los bandidos.—Feliz noche en una pradera.

A las diez de la mañana comenzamos la ascension del Khochapounar; á medio camino se encuentra un manantial de aguas termales que tienen de diez y ocho á veinte grados de calor, y son ligeramente sulfurosas.

No léjos de allí se extiende una vasta meseta pantanosa, donde abundan las becasinas; las pajaritas de nieve, y varias especies de pico muy fino, se ponian á nuestro alcance para comerse las moscas que picaban á los caballos.

Hácia el medio dia encontramos cerca de un kan abandonado el coche que hace el servicio de correos desde Teheran á Constantinopla: el



Un kaimackli cerca de Gumuch-Khané

conductor me aconsejó, de parte de nuestro cónsul de Erzerum, que estuviese alerta y me apresurara lo posible, por haberse recibido aviso de que vagaba por aquellos sitios una cuadrilla de peligrosos bandoleros.

Durante algun tiempo cruzamos por un valle muy alto y poco profundo, tan pronto ancho y pantanoso, como estrecho y pedregoso, el cual nos condujo á la cima del Khochapounar, á dos mil y quinientos metros de altitud. Mi drogman que habia hecho ya este viaje, me mostró á lo léjos un punto negro, que apenas divisaba yo, y aseguróme que era Erzerum de cuya ciudad nos separaban aun quince horas de marcha. Posados en los picos volcánicos que nos rodeaban, los gipaetos, los buitres y las águilas nos miraban pasar, permaneciendo tan inmóviles como si fuesen figuras de piedra.

Declinaba la tarde, y jamás se ofreció á mis ojos espectáculo mas espléndido: las atrevidas siluetas de aquellas montañas de tintes grises y violáceos, con los cuales contrastaba la blancura de las fajas de nieve; y las líneas azuladas del inmenso horizonte, que se desarrollaba á lo léjos bajo mis piés, contribuian á formar un cuadro de una grandiosidad incomparable.

Hicimos alto á orillas de un gran torrente, atraidos por un pasto magnífico, donde nuestros caballos pudieron reponer sus fuerzas.

Cuando hube plantado mi tienda, el guia que

me acompañaba desde Maden-Khan, y á quien parecia inquietar el relato del conductor de correos referente á los bandidos, suplicóme que cargase mis armas, recomendándome poner en la punta de una gran pértiga mi sombrero de castor; segun dijo, el respeto y el temor que inspiraban á los bandidos los europeos y sus armas, bastaria para alejarlos.

A fin de tranquilizar á mi hombre, hice lo que deseaba, y me dormí arrullado por el canto de las calandrias. Los salteadores no turbaron nuestro sueño; y antes de rayar el dia continuamos la marcha, á fin de llegar temprano á Erzerum, distante once leguas de Khochapounar, donde habíamos pasado la noche. Durante tres horas, el camino describe mil curvas por las montañas de la cordillera del Kop-Dagh, cuyos contrafuertes van disminuyendo hácia las orillas de un rio, que no es otro sino el Éufrates, llamado Meimansour-sou: le vadeamos por muy cerca del pueblo que le da su nombre.

XXVII

El Éufrates.—La llanura de Erzerum.—Limpieza de la atmósfera.—A seis mil piés de altitud —Ilidja —Aguas sulfurosas —El camino nuevo.—Mala construccion.—Llegada —Erzerum.—El pantano y las aves que allí se encuentran.

Despues de remontar la orilla opuesta no vimos ante nosotros sino la gran llanura que aun nos separaba de Erzerum, muy visible en lontananza, aunque nos hallábamos todavía á ocho horas de marcha; tan pura es la trasparencia de la atmósfera en aquella meseta, situada á mil ochocientos metros de altura.

En esta gran estepa se ven diseminados varios pueblos, alrededor de los cuales pacen numerosos rebaños. La tierra está bien cultivada: se siembra trigo de varias especies, centeno y avena; pero la extension es tal, que mas de las tres cuartas partes del terreno están cubiertas aun de praderas y pantanos.

Tres horas antes de llegar á Erzerum se pasa por muy cerca del pueblo de Ilidja, donde hay tambien aguas termales sulfurosas, célebres por su eficacia para curar la sarna y enfermedades secretas, asaz frecuentes en este país.

En Ilidja tomamos el nuevo camino, en el cual se trabaja ahora activamente: la via se eleva un metro sobre la llanura, y está bordeada de un foso que debe servir para recoger las aguas.

La construccion de este camino deja mucho que desear: los terraplenes son irregulares; los fosos insuficientes; y todos los trabajos de arte, en general, inferiores á los del vilayeto de Trebisonda.

Permanecí quince dias en Erzerum: durante este tiempo hice varias excursiones á los alrededores, y sobre todo al gran pantano por cuyo centro pasa el Éufrates.

Se atraviesa este rio en varios puntos por puentes á los cuales conducen varias calzadas.

Durante el invierno abundan aquí las aves de toda especie; pero en verano no suelen verse sino grullas, cigüeñas, ánades, aves-frias, garzas y algunos esternos.

XXVIII

VIAJE A THORTOUM

Salida para Thortoum.—Los pantanos del Éufrates.—Buena caza.—Temporales cotidianos.—Kara-Keuzec —Sareh, cabeza de distrito de Thortoum.—Poblacion y productos de su valle.—Thortoum-Kalessi.—Bosque de árboles frutales.—La poligamia.—El lago

El 23 de junio marché á Thortoum, valle situado al norte de Erzerum. Habia salido de esta última ciudad á medio dia; y á la una y media avanzábamos ya por el pantano. A lo léjos, en los lados de la calzada, saludábannos las aves acuáticas con sus agudos gritos; ante nosotros, pero fuera de alcance, huian las garzas y las garzotas; los esternos revoloteaban sobre nuestras cabezas, y pudimos matar algunos ánades que al acercarnos saltaron de entre los juncos.

A las dos horas y media de camino pasamos por un puente, y á partir de aquel instante seguimos las orillas del Éufrates, el cual debíamos remontar casi hasta su nacimiento.

Cuando menos lo esperábamos nos sorprendió uno de los violentos temporales, tan frecuentes en estos países: por la tarde, sufriendo una copiosa lluvia, llegamos á Kara-Keuzec, gran pueblo situado á seis leguas de Erzerum, al pié de las primeras montañas del valle de Thortoum.

En el fondo de este valle deslízase el Thortoum-sou, que siguiendo la direccion norte, va despues á mezclar sus aguas con las del Tschorock-sou en Beschanget.

El 24 de junio al medio dia penetramos en Sareh, cabeza de distrito del canton de Thortoum, donde el mudir, que debe algunos favores al cónsul de Francia, nos recibió perfectamente y nos condujo á una casa bastante cómoda, de la cual desalojó á los habitantes.

Un empleado del fisco me dijo que el canton de Thortoum, que comprende sesenta y dos pueblos, es un país sumamente pobre; los profundos y escarpados valles que ocupan la mayor extension, dejan libres muy pocos sitios para el cultivo de los cereales.

Veintisiete de estos pueblos, situados en lo alto de las montañas, no tienen mas habitantes

que los pastores; los otros treinta y cinco, que se hallan en las orillas del Thortoum, son los únicos en que se pueden cosechar cereales, y donde se cultivan manzanos, cerezos, albaricoqueros, moreras, perales y nogales.

Todos los años se exporta del canton de Thortoum á Erzerum, por término medio, un valor de diez mil libras turcas (doscientas treinta mil pesetas) en frutos.

En el fondo del estrecho valle donde está situado Sareh, y en las pocas praderas que baña el torrente, bordeado en varios sitios de sáuces y álamos, abundan sobre todo las flores; bajo estas frescas sombras formé una preciosa coleccion entomológica.

Durante algunos dias exploré los alrededores; pero no ví nada notable, como no fueran las hermosas ruinas del castillo de Thortoum (Thortoum-Kalessi), situadas en una escarpada colina, y que parecen haberse desprendido de la montaña, deslizándose despues hasta el valle. El torrente que corre á cada lado le aisla del todo. La posicion, muy formidable, induce á creer que en diversas épocas debió servir esta roca de asiento á una fortaleza, y no soy del parecer de la gente del país, ni de los autores que atribuyen la fundacion á los genoveses.

Un conducto subterráneo, que baja al rio, servia sin duda á los defensores, en los dias de sitio, para ir á buscar agua.

Habíanme hablado de un gran lago que debia hallar á pocas horas de Sareh, y marché el 1.º de julio para visitarle.

En el camino cruzamos varios pueblos situados en la confluencia de riachuelos, que deslizándose entre profundas gargantas, van á verterse en el Thortoum-sou. Estos pueblos, cuyos verjeles ocultan las casas, son verdaderos oasis en medio del caos de áridas montañas. El viajero, abrasado por el sol, desea con ansia el momento en que podrá descansar debajo de aquellas frescas sombras, saboreando los sabrosos frutos que allí se encuentran.

Por la tarde, despues de una excursion poco productiva para mis colecciones, llegamos á Oschetti. En este punto no se encuentran solo verjeles, sino un verdadero bosque de árboles frutales, que en esta época del año ofrecen al viajero sus frutos abundantes y sabrosos, cuyo peso hace inclinar las ramas hasta el suelo.

Apenas se pone el sol, salen de todos los pueblos del valle caravanas de asnos cargados de frutos. Los habitantes se aprovechan de la frescura de las noches para franquear la mayor parte de la distancia que les separa de Erzerum.

Muchos de los ricos propietarios de los verjeles tienen cinco ó seis esposas, lo cual es para ellos una gran economía, pues emplean á sus mujeres en los trabajos de la recoleccion. En todos los puntos donde se practica la poligamia, las mujeres se ven reducidas á la clase de criadas. Esto sucede entre los mormones lo mismo que en Oriente.

Todos los frutos que no se venden frescos durante el verano, y particularmente las ciruelas y albaricoques, se ponen á secar al sol, y se conservan para venderlos durante el invierno.

El 2 de julio marchamos á Issa, pueblecillo situado á orillas del lago: fué preciso seguir el lecho del Thortoum-sou, que corre entre rocas escarpadas, y vadeamos este rio mas de diez veces. Por último llegamos á un ensanchamiento considerable del valle, y despues de cruzar praderas, en parte inundadas, costeamos el lago, dejándole á nuestra izquierda, para ir á buscar albergue á un kilómetro mas allá, en el pueblo llamado Issa.

En este último punto me detuve cuatro dias, prosiguiendo mis investigaciones zoológicas en las orillas del lago.

El 5 de julio me hallaba de regreso en Sareh, y avanzando á pequeñas jornadas hácia Erzerum, llegué á esta ciudad el 10: desde Thortoum hay veinte horas de marcha.

El verano dura poco en las mesetas de Armenia: desde el mes de agosto comienzan á marchitarse las yerbas y las plantas, que á fines de abril sacudian apenas su blanco sudario de nieve.

No debia esperar, pues, mucho de mis investigaciones en el campo, y con sentimiento resolví volver á Trebisonda, para continuar despues mis cacerías en la vertiente norte de la cadena de montañas del Lazistan, donde el otoño era la mejor estacion, segun me habian dicho.

El 15 de julio salí de Erzerum.

El cónsul de Francia, M. Eynaud, tuvo á bien acompañarme hasta Ilidja, y con sincero sentimiento me separé de él, despues de darle gracias por su excelente acogida, sus consejos y buenos servicios.

XXIX

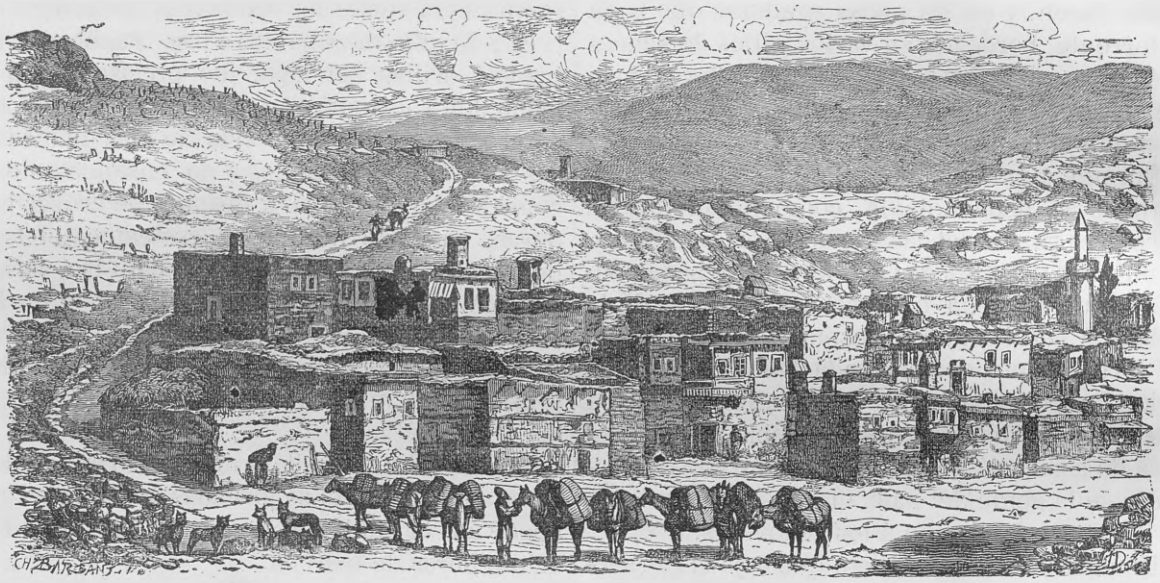
VIAJE Á HAMSI-KEUIÉ Y KARATCHOUKOUR.

Excursion á Hamsi-Keuié --Amable hospitalidad del cónsul de Francia.—A mil quinientos metros sobre el nivel del mar.—Los ingenieros turcos y sus méritos.—Las prestaciones.—Dificultad para la ejecucion de los trabajos de un camino á través de los Alpes pónticos.—Belleza del paisaje y de la vegetacion en las montañas.—Los frutos silvestres.

A fines de julio de 1869, M. Derché, cónsul de Francia en Trebisonda, me ofreció hospitalidad

en unas tiendas que habia mandado establecer en el pueblo de Hamsi-Keuié, á once horas de Trebisonda, y á la altura de cuatro mil piés sobre la vertiente norte de la montaña de Zigana. Teníamos por vecinos á los oficiales de ingenieros turcos, quienes dirigian los trabajos del nuevo camino de Erzerum, que franquea una montaña de dos mil veintiun metros de elevacion. Las dificultades son enormes, sobre todo si se reflexiona sobre los medios con que cuentan los ingenieros.

Empléase para los trabajos de terraplenar á varios hombres á quienes se obliga á venir por fuerza de los pueblos donde cruza el camino; y como se supondrá, todos se someten de mala voluntad. Además de esto, la corta de los árboles, que son indispensables, permite á las aguas minar fácilmente el terreno, á lo cual se debe



Entrada de Baibourt

que algunos hundimientos considerables paralicen á menudo los trabajos, cuando no destruyen la obra de varias semanas. Espesas nieblas que humedecen mas que la lluvia, molestan tambien mucho á causa de su frecuencia; y no cuesta poco proporcionar alimento á miles de trabajadores, que desertarian si los víveres llegasen á faltar.

Los alrededores del pueblo de Hamsi-Keuié son muy pintorescos: en medio de las escarpadas rocas por donde el Deghermen-Dere se precipita en profundos desfiladeros formando cascadas, elévanse magníficos bosques; y á pesar de la altitud y de las constantes nieblas, cultívanse alrededor del pueblo varios cereales, abundando sobre todo el maíz.

En toda la cadena de montañas brotan aguas minerales y alcalinas, cuyas propiedades no conocen los habitantes. La flora es rica y variada: los frambuesos y groselleros silvestres, cuyas flores habia visto en el mes de mayo, estaban cubiertos de frutos.

Permanecí hasta el 15 de agosto en Hamsi-Keuié, é hice en los alrededores una buena cosecha entomológica y botánica.

XXX

Nuevo viaje á Karatchoukour, en busca de una via para efectuar el trasporte de las excrecencias de nogales al mar —Llegada á Karatchoukour por las altas mesetas. — Energía de los lobularios.—Medios de trasporte.— Marcha á Platana.

A mi regreso á Trebisonda, uno de los lobularios que habian sido mis compañeros de viaje en mi primera excursion me propuso volver con él á Karatchoukour por una nueva via. Desde el punto culminante del Zigana seguímos la cresta de las montañas, pues mi guia esperaba encontrar por allí un medio mas fácil para conducir hasta el mar los productos recogidos el año anterior.

En seis horas llegamos á la alta meseta que domina á Karatchoukour, ganando ocho horas sobre la distancia que separa este pueblo de Trebisonda.

La estrecha senda que habíamos seguido cruza mesetas cortadas por valles de suaves pendientes, donde abundan los arroyos de límpidas aguas. Solo vimos dos pequeños *yailas* (pueblos de verano) cuyo nombre ignoro.

Durante nuestra permanencia en Karatchou-

kour, el lobulario mandó traer la madera que deseaba mandar á Trebisonda. Como no habia ningun camino practicable para llegar á la cima de la montaña, mi compañero hizo cortar en el bosque dos jóvenes pinabetes, y cuando estuvieron despojados de su ramaje, unos treinta hombres alineados en dos filas cargaron en hombros aquellos pesadísimos troncos, entre los cuales pendia, atada con fuertes cuerdas, una gran excrecencia de nogal; detrás iban diez hombres para sustituir á los mas cansados. Los cuarenta montañeses franquearon la falda de la montaña por un sendero que solo parecia practicable para las cabras, aprovechando la menor saliente para poner el pié sin alterar la monótona marcha. Todas las excrecencias fueron trasladadas á la meseta en dos dias: para llevarlas hasta el mar, los portadores no quisieron pasar por el Zigana ni por el camino que habíamos recorrido algunos dias antes; y en su consecuencia se resolvió conducir las cargas con trineos á Platana, gran burgo situado á la orilla del mar, en la desembocadura de un pequeño rio que hay á tres horas de Trebisonda.



Tiendas en Baibourt

En el trayecto de Platana á Karatchoukour se emplean diez y ocho horas.

XXXI

Marcha á Platana por la cresta de las montañas.—Belleza de las mujeres.—Descenso demasiado rápido por la meseta —Medios que emplean los montañeses para obviar el inconveniente – Hospitalidad forzosa —Mísera cena.— El valle de Platana —Llegada al mar y á Trebisonda.

Antes de conducir sus maderas por el camino que proponian los montañeses, el lobulario quiso asegurarse de que era practicable; y al efecto subimos desde Karatchoukour á la cresta mas alta de las montañas. Desde allí abarcábamos con la vista una extension prodigiosa, y á no ser por la niebla que se elevaba desde el fondo del valle, hubiéramos divisado el mar; hasta este punto, pareciónos el camino favorable para el trasporte. Era medio dia cuando comenzamos á bajar, y una hora despues nos hallábamos en un gran yaila de madera.

Las mujeres, poco salvajes, nos miraban pasar sin cubrirse con el velo; y no eran feas como las campesinas turcas que habia visto hasta entonces.

A eso de las dos atravesamos un riachuelo, cerca del cual vimos otro pueblecillo; mas léjos, en un sitio aislado, elevábase una mezquita de piedra.

A las cinco comenzó á ser el descenso muy difícil: nuestros caballos caian á cada momento, porque la espesa niebla que nos rodeaba habia puesto el terreno muy resbaladizo. Segun la costumbre de los montañeses, fué indispensable coger de la cola á nuestros caballos para impedir que se despeñaran.

Despues de esta rápida bajada llegamos al fondo del valle, y á la orilla del rio que debíamos seguir hasta Platana.

Habia sobrevenido la noche, y en estos países no es fácil conseguir que se abra una puerta despues de ponerse el sol. Casi todos los habitantes del valle se habian retirado ya á sus viviendas de la montaña, y por lo tanto temíamos

quedarnos sin cama ni cena, cuando divisamos una lejana luz y nos dirigímos hácia ella. Despues de muchos ruegos, promesas y amenazas, los habitantes consintieron al fin en darnos un poco de paja para los caballos y algunas galletas de maíz y cebollas para nosotros, permitiéndonos además dormir en el establo con los cuadrúpedos. Toda la noche llovió á torrentes.

Continuamos nuestra marcha al romper el dia, pues faltaban aun seis horas para llegar á Platana.

Todo el valle de este nombre está muy bien cultivado; abunda el trigo, la cebada y el maíz; y en los peores terrenos se siembran avellanos y habichuelas, de las cuales se hace una considerable exportacion á Europa. El tabaco, que es el principal cultivo, tiene cierta reputacion; las hojas secadas, sin ningun preparativo, son amarillas como el oro. Este tabaco se consume en parte en el país, y se exporta tambien á Rusia.

Entre Platana y Trebisonda, el camino sigue la orilla del mar: cerca del pueblo atraviesa jardines y verjeles; y muchos ricos habitantes tienen allí casas de campo.

XXXII

VIAJE Á GUMUCH-KHANÉ

Camino de Gumuch-Khané por el Karakapan —Paisaje de Horducoup.—Industria de los montañeses.—Un pueblo. —Una colonia griega.—Kanes.—En la cima de la montaña.—Descenso —Llegada á Gumuch-Khané.— Amabilidad de los horticultores indígenas.—Buena cosecha.— Regreso á Trebisonda.

Al salir de Francia me habian encargado algunos amantes de la horticultura que les llevara semillas y cebolletas: y al efecto emprendí un nuevo viaje á Gumuch-Khané, pasando por la montaña de Karakapan. El camino de Trebisonda á Gumuch-Khané es de diez y ocho horas, pasa por Djevislik, desde donde se separa de la via de Erzerum, y se dirige por un pequeño valle hácia Horducoup. Encuéntranse allí numerosos kanes; pero no contienen sino los objetos indispensables para las caravanas.

Por primera vez ví en aquel punto tablas de mas de un metro de anchura, cortadas del tronco de un haya. Los industriosos habitantes de estas montañas hacen tambien cajones de madera para guardar sus provisiones de manteca.

El aspecto del país difiere mucho del de la costa: los flancos de las montañas están cubiertos de pinabetes enormes, que recuerdan el Norte; mas cerca de la cima crece una yerba finísima que sirve á los ganados de excelente alimento.

En los puntos elevados hay numerosas casas, pero distantes unas de otras, lo cual prueba la seguridad de que se disfruta allí.

Al salir de Horducoup se comienza la ascension del Karakapan, á cuya cima llegamos á eso del medio dia. A los montecillos de la meseta, cubiertos de césped, sucédense terrenos áridos y pedregosos; y á unos dos mil metros sobre el nivel del mar hállanse kanes y tiendas, donde las caravanas cargadas de frutos se detienen para descansar durante las horas mas calurosas del dia.

Desde este punto bajamos por rápidas pendientes al pueblo de Stavri (la cruz), pintorescamente situado en un extenso y fértil valle; allí arranqué algunas ramas de manzanos silvestres que abundan mucho á orillas del camino; las frutas son pequeñas, pero de un hermoso color amarillo, y de muy buen sabor. Este pueblo se halla habitado exclusivamente por griegos: algunos me han asegurado que hablaban un idioma muy semejante al antiguo; y se cree en general que Stavri dependia en otro tiempo de la colonia griega de Trebisonda.

Al salir de Stavri costeamos la cresta de las montañas: á cada lado del sendero hay rápidas pendientes que bajan á barrancos profundos; poco despues pasamos por una espesura de pinabetes *(Abies nordmaniana)*. Estos árboles tienen en la extremidad de sus ramos conos enormes que se elevan perpendicularmente como los brazos de un candelabro. La madera de esta especie tiene un gran valor para la industria, y se halla aclimatada ahora en Francia.

Por la tarde llegamos á las huertas de Gumuch-Khané, en la orilla derecha del Charchutsou, que atravesamos para ir á pasar la noche en Kurd-Ali-Oglou.

Al dia siguiente fuí á presentar á varios dueños de verjeles mis cartas de recomendacion; y con una complacencia infinita, y una bondad que solo es propia de los antiguos turcos, permitiéronme cortar en sus jardines tallos de todos los árboles. Recogí dos especies de perales, otras tantas de manzanos, y muchas de cerezos, albérchigos, ciruelos, albaricoqueros y almendros. Necesité un caballo para llevar todo mi botin.

XXXIII

VIAJE AL CÁUCASO

Batum y su puerto —Hortensias azules.—Llegada á Poti. —Breve descripcion de esta ciudad —Su importancia y su porvenir —El puerto y los diques.—El camino de hierro. —Estado de los trabajos.

Resolví hacer un viaje al Cáucaso á fin de recoger raíces de las numerosas especies de viñas

que crecen en aquel país; tambien esperaba encontrar árboles frutales silvestres, varias especies de encinas, y lirios de un hermoso color amarillo, que solo crecen en las altas montañas del Cáucaso.

Un vapor de la compañía rusa me condujo en pocas horas desde Trebisonda á Batum, donde hallé hortensias de un azul intenso, cuya coloracion es debida á la naturaleza del suelo, muy rico en principios ferruginosos.

El puerto de Batum, uno de los mejores y mas seguros del mar Negro, está perfectamente cerrado, y puede admitir grandes buques; pertenece á Turquía, y limita la frontera de las posesiones rusas.

Para dirigirse á Poti es preciso trasladarse desde el vapor á otro pequeño buque sin quilla, así construido para franquear mas fácilmente la barra de Rion; esta travesía dura de tres á doce horas, segun el estado del mar.

A la entrada de Poti elévase un faro de considerable altura: la ciudad está edificada en medio de un pantano, sobre los terrenos de aluvion del Rion y del Capatcha; en el centro se ven las ruinas de una fortaleza de construccion genovesa, demolida en parte y trasformada en jardin público.

Hace dos años no se veian aquí sino algunas casas y chozas en medio del pantano y en los claros del bosque: hoy dia hay calles anchas y bien trazadas que se extienden alrededor de una via circular; están bordeados de fosos profundos, donde se oye el canto de miles de ranas. Todas las casas están construidas sobre estacadas, para preservarse de las inundaciones que todos los años imposibilitan la circulacion, como no sea en barcos. Por lo mismo es Poti uno de los puntos mas malsanos del Cáucaso; pero á pesar de esto, la poblacion, que en 1850 era de unos doscientos habitantes, y en 1865 de mil quinientos, alcanza hoy la cifra de seis mil, que aumentará probablemente, pues el gobierno ruso parece deseoso de convertir esta ciudad en un gran puerto militar y comercial.

Ya se han gastado millones de rublos para conseguir este fin: primeramente se trató de canalizar el Rion fijando estacadas, para construir despues un dique; y en la época de mi paso, una compañía inglesa trataba de construir dos largas estacadas, pero empleando tubos de hierro que penetrasen á una gran profundidad en las arenas movibles de la orilla. Como faltan completamente las piedras en aquel punto, es preciso ir á buscarlas léjos de allí, en los contrafuertes de la cadena del Cáucaso; y por esto es tan difícil la fundacion de establecimientos duraderos.

A pesar de los obstáculos que parecen invencibles, adelántanse con la mayor actividad los trabajos de la línea férrea que debe enlazar el mar Negro con el mar Caspio. Tuve la suerte de encontrar algunos compatriotas: los unos explotaban las maderas de los bosques vecinos, y los otros tenian á su cargo varios desmontes, hallándose varios ocupados en la compañía franco-rusa, que debia proporcionar el material y explotar la línea.

Aun faltaba mucho para entregar á la circulacion este camino de hierro.

XXXIV

KOUTAIS Y POTI

Marcha á Koutais —Viaje á caballo siguiendo el camino de hierro —Los bosques de Tcholagdidi y Kodor.—Llegada á Orpiri —Importancia comercial de esta ciudad.—Los furgones tártaros y las caravanas de camellos —El camino de Koutais

Para dirigirme á Koutais podia embarcarme en uno de los pequeños vapores que en el Rion prestan un servicio casi diario entre Poti y Orpiri; pero preferí ir á caballo siguiendo el trazado del camino de hierro, que atraviesa inmensos bosques.

La vegetacion, de una gran variedad, era espléndida: ví fresnos, alisos, encinas, álamos, manzanos y perales silvestres, ciruelos y cerezos de Oriente, y tambien algunos tselkwa *(Planera crenata)*, árbol de magnífico aspecto, cuya madera, fácil de trabajar, pasa por incorruptible.

El suelo de estos bosques estaba cubierto de helechos gigantes; en ciertos sitios veíanse espesuras de zarzaparrilla y de bejucos completamente impenetrables; las viñas silvestres, de enorme dimension, trepaban caprichosamente hasta las copas de los árboles mas altos.

Atravesé un pueblo llamado Tcholagdidi y detúveme por la tarde en un mísero kan de Kodor, donde ví algunas casas de madera del mas mezquino aspecto.

A la mañana siguiente me hallaba en Orpiri, donde descansé un poco. Esta ciudad es el depósito general de las mercancías procedentes de Europa para todo el Cáucaso, la region del mar Caspio, Erivan y una parte de Persia. Los fardos y las cajas se cargan en furgones ó carretas tiradas por cuatro caballos de frente, siendo de ordinario los conductores tártaros. Las caravanas de camellos que traen las balas de algodon de Persia vuelven cargadas de azúcar, tejidos de percal, acero y mercancías de Europa.

Frente á Orpiri, al otro lado del Rion, se divisan las casas de Marani ó Marana, colonia penitenciaria de los Scopsi (Escapetos), secta reli-

giosa de que nos habla M. Dickson. Estos scopsi, generalmente acomodados, son industriosos y económicos, y se dedican con preferencia á usureros ó pilotos. La navegacion del Rion les pertenece casi exclusivamente, y emplean en ella largas barcas construidas con tres tablas, ó formadas á veces con un enorme tronco de árbol.

Entre Orpiri y Koutais, el camino atraviesa una gran llanura sin árboles, pero fértil y bien cultivada.

XXXV

Koutais —Lo que era esta ciudad y lo que podrá ser.—Las damas imeritianas y mingrelianas. — Algunas palabras sobre las costumbres.—La agricultura, la viticultura y la sericicultura de Transcaucasia —Investigaciones hortícolas.

Koutais, Kotais ó Kotatis, que era en 1864 una ciudad de diez mil habitantes, contaba doce mil en 1868. Construida de madera primitivamente, adquirió luego, bajo la administracion del príncipe Gagarine, del príncipe Mirski y del general



Jóvenes mingrelianas

Lewacheff, una importancia considerable. Las calles están bordeadas de casas de piedras con arcos; se han construido iglesias, puentes y mercados, fundándose varias escuelas; y el camino de hierro acabará probablemente por convertir esta ciudad en la mas importante del Cáucaso despues de Tiflis.

Habiendo sido presentado á varias familias imeritianas y mingrelianas, tuve ocasion de reconocer cuán merecida es la reputacion de belleza de las damas de este país. El tipo de las mingrelianas, sobre todo, es admirable; pero en las facciones, perfectamente regulares, hay cierta dureza, debida en mi concepto al excesivo desarrollo de las mandíbulas inferiores y á la acentuacion de las líneas de la nariz. Los hombres son tambien por lo regular hermosas figuras; pero la embriaguez tradicional en estos países marchita muy pronto la belleza del semblante.

La mayor parte de los nobles de las provincias de Imeritia, de Mingrelia y de Guriel, aunque muy numerosos, eran ricos y considerados antes de haber comprado Rusia el poder á los soberanos de estos países. Desde entonces, y sobre todo desde la liberacion de los siervos, toda la nobleza ha caido en un triste estado de degradacion. Despues de comer, ó mejor dicho de beber lo que le dió Rusia, ha vendido cuantas tierras le quedaban á sus antiguos siervos, de los cuales será tal vez muy pronto servidora.

Los georgianos practican generalmente una moral fácil, y los rusos parecen estimularlos en esta via. El clero es por lo general despreciable.

Merced á los numerosos desmontes de los bosques, practicados hace algunos años, y gracias tambien acaso á la facilidad que tenian en otro tiempo los campesinos siervos para cambiar de tierras cuando se agotaban las que tenian, el producto del maíz y del mijo, principal alimento de los habitantes de las provincias occidentales del Cáucaso, era extraordinario; pero la miseria y pereza de los cultivadores que ahora tienen una morada fija, ocasionará muy pronto el agotamiento del suelo por falta de abono.

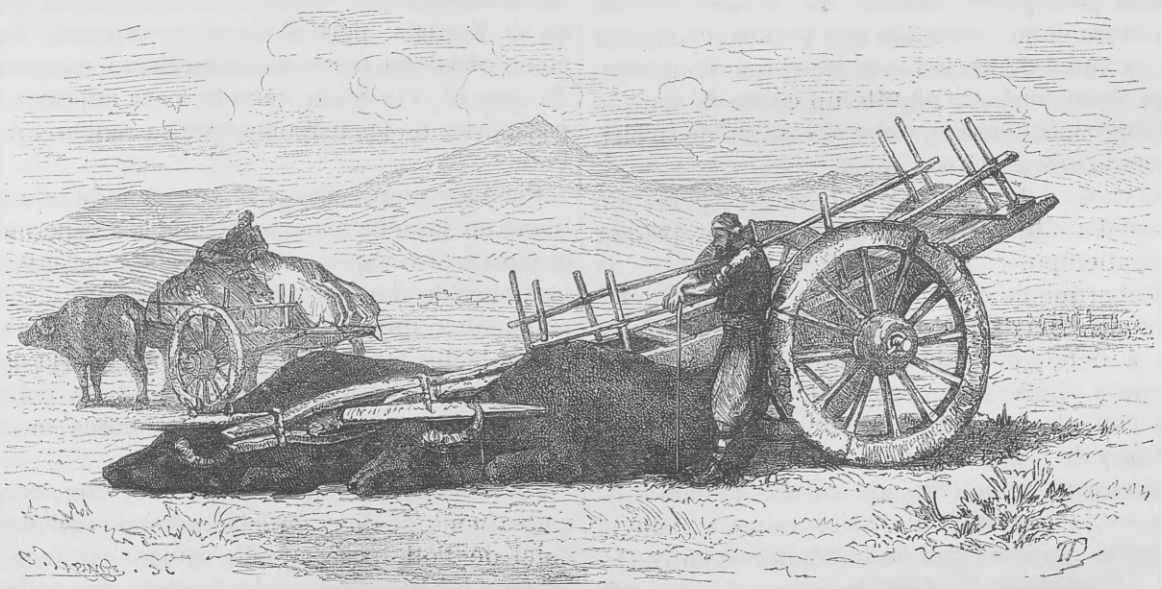
Los caballos y las bestias de carga, de los cuales no se tiene el menor cuidado, viven libres;

gordos durante la estacion favorable, enflaquecen horriblemente en el invierno; y cuando la estacion es en extremo rigorosa, mueren, pues no tienen mas alimento que las ramas de los matorrales.

Por otra parte, todos estos cuadrúpedos, sin fuerza y de escasa talla, no tienen ningun valor: los caballos, que en su vida han probado la cebada ni la avena, son incapaces de prestar un buen servicio.

Los cerdos, mas numerosos en los caminos que en el establo, son casi jabalíes.

La viña, que en otro tiempo daba en estas provincias inmensos productos, no se cultiva ya casi desde que fué atacada por el oidium, hace una docena de años; y así es que apenas se encuentran en Imeritia, Mingrelia y Guriel sino algunos vinos detestables. Sin embargo, los rusos hacen algunos esfuerzos para poner remedio al mal.



Araba de búfalos

La uva, cosechada en la copa de los árboles, se amontona en cubas formadas en troncos; despues se comprime por medio de una máquina enteramente primitiva, y acto continuo se encierra en grandes vasijas de barro enterradas á bastante profundidad. Ya no se practica ninguna otra operacion, y al cabo de algunos meses se va á sacar el vino de las tinajas.

Los cultivadores que tienen el suficiente para vender le trasvasan en odres de piel de cabra ó de buey, impregnados de una nafta espesa, de la cual hay varios manantiales en Guriel: el vino encerrado en estos odres adquiere un sabor detestable.

La sericicultura, que producia tambien mucho hace algunos años, ha decaido del mismo modo: hasta las mujeres mas pobres no llevaban antiguamente sino vestidos y camisas de un tejido de seda mas ó menos basto; pero ahora no les queda sino el recuerdo de aquella buena época.

Me detuve poco tiempo en Koutais, pues urgíame buscar á un excelente amigo, el baron de Longueil, sabio horticultor, que habita al pié de las montañas de Perewall, en Tchognari, propiedad concedida por el gobierno ruso para fundar un establecimiento modelo de viticultura. Gracias á la abnegacion y á la ciencia de este compatriota, pude reunir el año anterior en toda la Transcaucasia, magníficas colecciones zoológicas; y esta vez quiso tambien dirigir mis investigaciones, poniendo á mi servicio su perfecto conocimiento del país.

Pasé una semana en su propiedad de Tchognari, y despues en una granja que dirige en Bagdad, pueblecillo situado en los contrafuertes de la montaña de Perewall, al borde del camino de Achaltsike. Cuando regresé á Koutais llevaba raíces de veinte variedades de vid indígenas, de numerosos manzanos y perales, de cerezos y ciruelos, uno de los cuales tenia frutos bilobados. Habia recogido tambien bellotas de seis especies de encina.

Un campesino de los alrededores, á quien habíamos enviado á la montaña, me trajo un centenar de bulbos enormes del lirio amarillo del Cáucaso.

XXXVI

Salida de Koutais —Viaje en coche hasta Orpiri —Retraso del vapor.—Dificultad de navegar por el Rion —Navegacion interrumpida —A lo que nos conduce la energía de un scopsi —Cómo se alimenta á los viajeros.

Al llegar á Koutais comenzó para mí una serie de incidentes desagradables, por los cuales temí un momento perder todo el fruto de mi viaje. Segun la costumbre establecida en Rusia, habia presentado al jefe de policía un pasaporte perfectamente en regla, rogándole tuviese á bien visarle para poder salir de los Estados rusos. Aquel funcionario me dió con la mejor voluntad por la suma de un rublo el papel que yo necesitaba. Acto contínuo alquilé un coche de los que allí llaman faetones, y tomé el camino de Orpiri, llevando mis preciosas cajas.

El vapor debia salir á una hora fija, pero aun no estaba allí, ni llegó al dia siguiente: primer contratiempo.

Embarquéme con unas veinte personas, entre las cuales iba el doctor X...., que venia de Persia, á donde le habia enviado el gobierno francés para visitar los puestos sanitarios establecidos con el objeto de impedir la invasion del cólera y de las enfermedades epidémicas.

Las aguas habian bajado mucho, lo cual dificultaba la navegacion; varias veces encalló el vapor en el cieno; y al fin hallándonos entre Orpiri y Tscholagdidi, el piloto, corpulento scopsi, que en aquella ocasion demostró mas energía de la que era de esperar, manifestó á los viajeros que no podia proseguir la marcha hácia Poti; que se veia precisado á desembarcarnos, y que los que no quisieran podrian volver con él á Orpiri. Se nos abandonó pues en una orilla donde solo se veian bosques y algunas malas cabañas habitadas por mingrelianos.

El despensero del buque pensaba hacer el viaje durante el dia, y por lo tanto no llevaba víveres para los náufragos.

A pesar de su buena voluntad, los habitantes del caserío no pudieron ofrecernos para cenar, mas que un poco de *gomi* (mijo cocido), algunas tschodi (galletas de centeno asadas en la ceniza) y algunos malos frutos. En cuanto á dormir, esta fué la gran dificultad; algunos viajeros que llevaban consigo toda su familia se instalaron en establos; yo me tumbé sobre mis bagajes debajo del cobertizo de una casita.

Antes de amanecer nos despertó el agudo silbido de la máquina de un vapor mas pequeño y plano que el que nos habia conducido hasta allí; llegaba de Poti, y el capitan nos admitió á todos á bordo: media hora despues estábamos embarcados.

XXXVII

Llegada á Poti.—Los rigores de la ley rusa respecto á los pasaportes —Caza á los faisanes.—A punto de escaparme como un criminal —Salida para Constantinopla —Regreso á Trebisonda.

Hácia el medio dia llegamos á Poti; el vapor que hace el servicio de la correspondencia con los de Batum estaba en el muelle, esperando solo nuestra llegada para marchar.

Iba á tomar mi billete, cuando el jefe de la policía me pidió el pasaporte: seguro de mi buen derecho, mostréle el sello y la firma de su colega de Koutais; pero al ver el documento, indicóme que debia permanecer en tierra, asegurando que él solo tenia derecho para rubricar los pasaportes de las personas que se embarcan en Poti.

Iba á serme preciso permanecer toda una semana en aquella espantosa ciudad, esperando el pase y otro vapor. ¿Qué iba á ser de mis colecciones de plantas en todo este tiempo? ¿Serian suficientes mis precauciones para conservar unos objetos tan delicados? Doloroso seria para mí que por la vanidad de un jefe de la policía se perdiesen tan numerosas y preciosas muestras.

Sin embargo, hice de tripas corazon, como vulgarmente se dice, é instalándome en el único hotel de Poti, pasé aquella semana cazando el faisan y las becasinas en los bosques que rodean la ciudad.

Desde el dia de mi llegada dí á conocer al general Lewacheff, gobernador de la provincia, el apuro en que me hallaba; pero á la víspera de la salida del vapor mas próximo, aun no se habia contestado á mi peticion de pasaporte. Estaba desesperado: el cónsul otomano, que sabia cuán urgente era para mí la marcha, envióme á decir que un caique turco saldria por la noche para Batum, y recomendóme que aprovechase la oportunidad para salir de Rusia. Para esto debia disfrazarme de barquero, á fin de evitar así las miradas investigadoras del inspector. Iba á recurrir á este medio extremo, cuando llegó telegráficamente de Koutais la órden de entregarme un pasaporte, lo cual hizo gruñendo el jefe de la policía.

El dia era magnífico cuando me embarqué para Batum, desde donde me trasportó el vapor ruso á Constantinopla.

Mis cajas de vegetales no se habian deteriorado mucho, y fué para mí un gran consuelo poder trasladarlas á un vapor de nuestras Mensajerías nacionales, seguro de que algunos dias despues estarian en Francia, á donde llegaron efectivamente en estado satisfactorio.

XXXVIII

DE TREBISONDA Á BAIBOURT.

Salida de Trebisonda.—Precaucion que se debe tomar para viajar con seguridad en el Asia Menor.—El valle de Galian-Sou.—Fracasa una tentativa para franquear la garganta de Kitova-Dagh.—Malos caminos.—Hundimientos.—Encuentro con una caravana —Los krumlis.—Puentes de madera del Scharchut-Sou.—Mala noche á siete mil piés de altitud.—Un túmulo.

El 13 de abril salí nuevamente de Trebisonda, encargado por el ministerio de Instruccion pública de una mision científica, con objeto de recoger el mayor número de datos posible para las ciencias naturales y la arqueología, copiando al mismo tiempo las inscripciones asirias y georgianas de los alrededores del lago de Van y del valle de Thortoum.

Iba acompañado de un drogman, y seguíanme tres caballos de mi pertenencia, habiéndome convenido con unos muleteros de los alrededores de Trebisonda para trasportar á Erzerum varias resmas de papel y carton, á fin de obtener la estampacion de las inscripciones por el procedimiento Lotin de Laval. Mis bagajes se habian embalado cuidadosamente, como se debe hacer con todos los objetos que trasportan las caravanas, precaucion indispensable, porque sucede á menudo que los caballos y su carga caen en el fondo de los barrancos, en el agua ó el cieno, sin contar que los muleteros son muy descuidados y no tratan de evitar los choques al hacer la carga y descarga.

En cada distrito debia servirme de guia un zaptie, encargado de precederme despues á fin de buscar albergue y alimento para mi pequeña caravana en los pueblos donde nos detuviéramos.

Esta prevision y minuciosos cuidados son indispensables para el que quiera viajar cómoda y seguramente por el Asia Menor; en cuanto á la seguridad, es tan completa como en Francia para el viajero modesto.

He pasado muchas noches en los países mas salvajes sin temer absolutamente nada; y si nuestras carabinas estaban cargadas no era jamás con la intencion de defendernos de una cuadrilla de bandidos, sino solo para cazar. Mi revolver estaba solo cargado con algunos perdigones, para matar ó castigar los perros, que al acercarse el viajero á las ciudades ó pueblos son á menudo incómodos y hasta peligrosos. Mucha diferencia hay entre esto y lo que se asegura en diversos relatos respecto á los actos de bandolerismo que se presencian en el Kurdistan.

Cuando se sale de Trebisonda para dirigirse al interior, se toma desde luego el camino único que sigue el Deghermen-Dere; pero al cabo de tres horas, al llegar á Muyurdji, y pocas leguas mas léjos, en Djevislik, encuéntranse para ir á Gumuch-Khané y Baibourt tres vias diferentes, entre las cuales eligen las caravanas segun la estacion. Los que debian conducirme á Erzerum escogieron un camino que pasa junto al *Kitova-Dagh*, y por el cual esperaban llegar á Baibourt en cuatro dias.

En Muyurdji cruzamos el Deghermen-Dere por un puente de piedra, aventurándonos despues en el estrecho valle donde corre el Galiansou, que fué preciso vadear. Al remontar la corriente, el agua llegó algunas veces hasta el pecho de los caballos: los escarpados flancos de las montañas estaban de tal modo cubiertos de una espesura de boj y de verdes encinas, que se elevaban en medio de un caos de rocas, que no era posible seguir otro camino.

Con mucho trabajo llegamos el primer dia á un punto llamado Mexil-Khan.

A una legua mas allá se atraviesa el Galiansou, en Karanlik-Keupru (puente de Karanlik): en este lugar la subida es muy empinada, y sin recorrer mucho camino llegamos muy cansados á Cheitanlik-Mahalesi (barrio de los diablos), designado tal vez así por el fantástico aspecto de las montañas, que no son sino un agrupamiento de rocas basálticas, entre las cuales se precipitan, en abismos de espantosa profundidad, impetuosos torrentes cuyas aguas cubiertas de espuma producen un ruido comparable al del trueno.

Las alturas estaban coronadas de pinabetes; pero acá y allá veíanse algunas flores amarillas, sobre todo azaleas, bastante comunes en la parte media de las montañas; esta planta comunica á la miel de las abejas que absorben su jugo las propiedades tóxicas que les atribuye con razon Xenofonte cuando dice: «Como habia allí varias colmenas, los soldados comenzaron á comer miel, la cual les ocasionó una espantosa diarrea acompañada de delirio; de tal modo, que los menos enfermos parecian estar ébrios, y los otros furiosos ó moribundos. Veíase la tierra cubierta de cuerpos, como despues de una derrota: pero ninguno murió; habiendo cesado la indisposicion al dia siguiente, á la misma hora en que comenzó.» Los campesinos del país conocen perfectamente la propiedad de esta miel; por eso no la comen cuando se acaba de hacer en la primavera, contentándose con recoger los panales.

Desde lo alto de las montañas que yo debia atravesar para dirigirme á Baibourt, fué probablemente desde donde los *Diez mil* divisaron el mar, que les causó tanta alegría. Cuando se cruzan estas altas mesetas, tan llenas de recuerdos

de la famosa retirada, admira con qué exactitud describió el autor griego los habitantes, los lugares y las cosas que se tienen á la vista.

Despues de salir de Cheitanlik-Mahalesi comenzó para nuestra caravana la penosa ascension de la meseta de las praderas, donde debíamos hallar en el kan de Tchairlik un albergue para pasar la noche.

Los rayos del sol hacian humear la tierra, cubierta todavía de nieve en varios puntos, y por momentos nos veíamos rodeados de un vapor espeso y tibio, comparable con el de un baño; pero el sol duró poco, y antes de terminar el dia, una copiosa lluvia nos hizo apretar el paso, para ganar las miserables barracas de madera que sirven de refugio á las caravanas.

El mal tiempo duró toda la noche; y por la mañana no quisieron marchar los guias, alegando que no osaban aventurarse en la montaña durante la tempestad. Rehusaban tambien retroceder, segun les propuse; y no queriendo yo quedarme en el mal alojamiento que nos ofrecian los kanes, hice á los muleteros varias promesas si consentian en marchar; pero todo fué inútil. Por último, á eso de medio dia, un rayo de sol cambió las disposiciones de aquella gente, y acordóse franquear la garganta de Kasikli-Dagh. Avanzamos por espacio de una hora; mas al cabo de este tiempo redobló en violencia la borrasca; de tal modo que fué casi imposible avanzar. Sin embargo, era demasiado tarde para retroceder; á medida que subíamos, la nieve, cayendo en grandes copos, alcanzó mas de dos piés de espesor, ocultándonos completamente el camino; el viento soplaba con tal furia, que á duras penas nos manteníamos derechos; los caballos caian á cada paso; y al fin, temiendo rodar al fondo de uno de los precipicios, casi colmados por la nieve que impelian las ráfagas de viento, resolvimos retroceder.



Cawas del cónsul, en Erzerum

La bajada no fué menos difícil y peligrosa que la subida, y llegamos extenuados de cansancio al kan de Tchairlik. Algunos persas que se hallaban en la misma situacion que nosotros nos aseguraron que la tempestad podria durar algunos dias, y que si teníamos prisa seria necesario retroceder por el mismo camino para ganar el nuevo, siempre practicable. A pesar de las objeciones de mis muleteros, que preferian permanecer en Tchairlik-Khan con los persas, bajamos, despues de una hora de descanso, al valle de Galian-sou, donde nos detuvimos en Bachi-Keupru (puente del jefe) para pasar la noche. El jefe del pueblo nos proporcionó un guia, que

nos condujera á Djevislik, franqueando una arista de montañas, en vez de seguir el curso del Galian-sou hasta Muyudji, para tomar despues el gran camino hasta Djevislik. De este modo se abrevió nuestro camino mas de un dia. Al siguiente nos pusimos en marcha al amanecer, conduciéndonos nuestro guia por un sendero mas propio para las cabras que para jinetes y caballerías. Despues de cruzar varios pueblos, descansamos un poco en la cima de la montaña, cerca de una capilla dedicada á San Jorge, protegida por las ramas de un enorme pinabete. Este árbol me recuerda, por su gran tamaño y su magnífico aspecto, los que he visto en California. Varios senderos, tan difíciles como los de la subida, nos conducen hasta Djevislik, donde debemos tomar la gran carretera, ganando una parte del tiempo perdido; pero no contábamos con la incuria de los hombres encargados de la conservacion de la via: las lluvias de la primavera y el deshielo habian producido considerables hundimientos de las rocas y de la tierra, y el camino estaba intransitable. En un sitio donde tocaba en los escarpados flancos de la montaña, oimos de repente un ruido formidable, viendo con asombro que se deslizaba una inmensa porcion de la montaña. Las rocas y los árboles, desarraigados, chocaban entre sí con violencia, y enormes piedras, dando saltos gigantescos, rodaban hasta el fondo del valle.



Tienda de comestibles en Erzerum

Inmóviles y mudos, vemos despues con horror que un muletero y su caballería son arrastrados por aquella terrible avalancha; durante algun tiempo no nos atrevemos á movernos; y retrocediendo despues, sin seguir ningun camino trazado, ganamos la altura de la montaña, pasando así sobre el sitio donde se produjo el hundimiento.

A poca distancia de allí volvemos á tomar el camino, y encontramos algunos hombres de la caravana de que formaba parte el muletero; van á buscar el desgraciado; pero segun supe aquella misma tarde en los kanes de Ier-keuprú, encontraron á su compañero completamente destrozado, lo mismo que la mula.

Estos hundimientos parciales son debidos, segun me han asegurado, á los desmontes que se practicaron en ciertos sitios de la montaña al comenzarse los trabajos del camino: no hallándose las tierras sostenidas por las raíces de los

árboles, y minadas además por el agua, deslízanse en masas enormes hasta el fondo del valle.

Al dia siguiente comenzamos la ascension del Zígana; la carretera estaba en tan mal estado, que nos pareció preferible seguir el antiguo camino, por peligroso que fuera. Al bajar se cruzó con nosotros una inmensa caravana de mas de quinientos cuadrúpedos, que conducia enormes balas de algodon; como obstruian el estrecho sendero, fuénos preciso esperar durante mas de hora y media hasta que la caravana hubiese desfilado ante nosotros.

Al llegar á Ardasa encontramos la única posada decente de la localidad completamente llena de kurdos, que hacian un ruido insoportable y fué forzoso buscar otra. No se encontró sin embargo ningun albergue, y así es que unos durmieron en sus tiendas y los otros al aire libre.

A la mañana siguiente supimos que los kurdos habian robado durante la noche al dueño del establecimiento todos sus víveres; pero un zaptie que llegó en el momento oportuno, consiguió con algunas amenazas, que lo devolvieran todo.

Tres horas antes de llegar á Gumuch-Khané, en la confluencia del rio de Kroum, mis guias me enseñaron varios pueblos habitados por sus correligionarios los krumlis. Desígnase con este nombre á los cristianos medio musulmanes, bastante numerosos entre Gumuch-Khané y Trebisonda, que hablan y visten como estos últimos; pero practicando secretamente la religion cristiana.

Entre Gumuch-Khané y Baibourt, seguí el camino que habia recorrido ya en la primavera de 1869, y no ví nada de notable sino los puentes de Scharchut-Sou, que tienen por lo regular un solo arco. En cada orilla elévanse los muros perpendiculares de los estribos, en los que encajan catorce series de vigas separadas por largos travesaños, cuya extremidad presenta varios agujeros, por los cuales pasan en cada lado del puente otras pequeñas vigas verticales. Algunos de estos puentes tienen treinta metros de longitud, y su ingeniosa construccion se distingue por lo sólida y duradera.

A pocas horas de Gumuch-Khané, en la orilla derecha del Scharchut-Sou, y en el punto llamado Tchifflick-Khan, visité un tekiéh, tumba de un santo dervis, monumento mas notable por su arquitectura que por lo que se ve interiormente. Sin embargo, tiene gran reputacion en el país, y numerosos peregrinos van á visitarle.

Segun temia, al franquear las altas mesetas de Balachor, encontrámoslas tan llenas de cieno, que se retardó mucho nuestra marcha; de modo que al llegar á Kadrach-Kan, donde esperábamos encontrar un cómodo alojamiento para descansar de nuestras fatigas, vimos ocupado ya el sitio por otras caravanas, las cuales esperaban á que la helada de la noche endureciese la superficie del cieno. De buena ó mala gana fué preciso refugiarnos en un establo, pero no hubo medio de obtener leña para hacer fuego y preparar la cena; el estiércol por otra parte estaba tan húmedo, que no era posible encenderle; solo humeaba, despidiendo un olor nauseabundo. Aquella noche fué muy penosa para nosotros. Por la mañana al rayar el dia, el termómetro marcaba doce grados bajo cero.

En esta meseta, en la confluencia de dos arroyos, y á poca distancia del pueblo de Balachor, encontré el gran túmulo que me habia indicado M. Briot, ingeniero francés. Habíale explorado tal vez muy superficialmente, y solo encontró algunos fragmentos de objetos de alfarería.

XXXIX

DE BAIBOURT A ERZERUM

Llegada á Baibourt.—Dificultad para adquirir carne fresca.—La cuaresma de los armenios.—Datos históricos sobre Baibourt.—Los ánades del Tchorock-Sou.—Ascension al Kop-Dagh.—Mal estado de los kanes.—Noche entre los pastores.—Marcha —Las caravanas en la nieve.—Encuentro con el tchapar inglés —Las calizas de Chaordorick.—Los machos cabríos de la llanura de Erzerum —Conversacion con un kiaia armenio.—Llegada á Erzerum.

El 20 de abril avistamos por fin á Baibourt, lo cual nos hizo apresurar el paso, porque el recuerdo de los carneros desollados que habíamos visto en todas las carnicerías el año anterior excitaba nuestros estómagos; pero al entrar en la ciudad sufrimos una decepcion, porque todas las tiendas estaban cerradas. Era dia de ceremonia religiosa para los cristianos, que constituyen casi exclusivamente la poblacion de Baibourt; y además habia comenzado la cuaresma, y era por lo tanto imposible obtener el mas pequeño pedazo de carne. Para los griegos y armenios de estos países, el cumplimiento riguroso de los ayunos y abstinencias parece ser el fondo de toda creencia religiosa. La primera Pascua dura cincuenta y ocho dias; en la primera semana no se permite comer mas que huevos, pescado y queso, y en las demás semanas, legumbres cocidas en agua y fruta seca; los mas fanáticos se privan hasta de la sal. La segunda cuaresma, la de San Pedro, dura un mes; la de la Vírgen quince dias, y la de Navidad treinta. Añadiendo á estas cuatro cuaresmas los ayunos de tres dias de la semana, y los de la vi-

gilia de ciertas fiestas, llégase á la cifra de doscientos veinte dias de abstinencia.

Aunque admiraba el fervor religioso de estos cristianos, sentia vivamente verme privado de carne fresca por tal causa, tanto mas cuanto que la necesidad era imperiosa para reforzar nuestros estómagos debilitados por la fiebre y las fatigas del viaje.

Obligado á conceder algunas horas de reposo á los hombres y caballos de mi pequeña caravana, aprovechéme de este intervalo para ir á ver de nuevo la fortaleza que defendida por una faja de rocas escarpadas, y por un ancho rio, domina la ciudad y los valles inmediatos.

Baibourt ó Baibouth, en otro tiempo Paipert, es una ciudad muy antiguamente conocida: desde los primeros siglos de nuestra era, el castillo fué una de las principales plazas fuertes de los Bragatidas. Justiniano aumentó las fortificaciones, y con frecuencia tomado y recobrado, Mahmud III ordenó su reparacion en el año 952 de la hegira (1544): de esta época datan las inscripciones turcas y árabes de que ya he hablado. Los rusos desmantelaron la plaza en 1828, y despues no fué ya fácil su defensa; pero es probable que el gobierno otomano establecerá otra en tan fuerte posicion, que domina la única via para dirigirse desde Erzerum á Trebisonda.

En mi primer viaje al primero de estos puntos, tomé el camino que pasa por el desfiladero de Khochapounhar; esta vez seguí el que franquea el Kop-Dagh, pues aunque mas largo, es preferible en la primavera, á causa de las nieves que obstruyen los senderos del Khochapounhar.

No queria repetir una tentativa tan peligrosa como la que me hizo perder cuatro dias en el paso del Kasikli-Dagh.

En las orillas del Tchorock-Sou, por donde se prolonga el camino hasta Maden-Khan, maté varios ánades silvestres sin necesidad de apearme; pues su número es extraordinario.

Despues de haber atravesado el Tchorock-Sou por un puente de piedra construido hace poco, llegamos al kan de Kop-Dagh, á dos mil trescientos metros de altitud.

El gobierno ha mandado construir en este punto grandes casas de hospedaje; pero hállanse en tan mal estado de conservacion, que las caravanas no pueden hallar un abrigo suficiente; por el tejado penetra el agua en las habitaciones y las cuadras, elevándose á mas de un pié de altura.

Fuímos á buscar en el pueblo de Kop un albergue para pasar la noche, y allí no fué nuestro alojamiento muy cómodo, pero en cambio estaba bien abrigado, pues segun se practica en todas las habitaciones rurales de este país, la sala y el hogar están circuidos por las cuadras.

Durante toda la noche cayó la nieve en abundancia; y al amanecer, nuestros guias rehusaron de nuevo ponerse en marcha; de modo que hubimos de permanecer hasta las diez en el pueblo de Kop; pero á esta hora, habiendo cesado de nevar, envié al camino para ver si las caravanas que encontré la vispera continuaban su viaje.

Un numeroso grupo de persas acababa de abandonar la meseta donde están situados los kanes; y al recibir la noticia obligué á los guias á cargar sus caballos, y nos pusimos en marcha tambien. La nieve seguia cayendo, y apenas distinguíamos las huellas que dejaban en el camino las caravanas que iban delante; pero al llegar al punto mas elevado, á dos mil quinientos metros de altitud, les dimos alcance por fin.

Extraño espectáculo presentaba aquella fila de mas de mil cuadrúpedos, que por efecto de la blancura uniforme del paisaje parecian todos negros; la inmensa faja serpenteaba en los flancos de la montaña, extendiéndose en el espacio de varios kilómetros. Si un animal se desviaba algunos pasos de la senda trazada por los hombres que precedian á la caravana, rodaba al fondo de un barranco; pero como la espesura de la capa de nieve le preservaba de los choques contra las rocas, algunos minutos despues le subian de nuevo al camino, y todos los cuadrúpedos, detenidos un momento, proseguian su marcha.

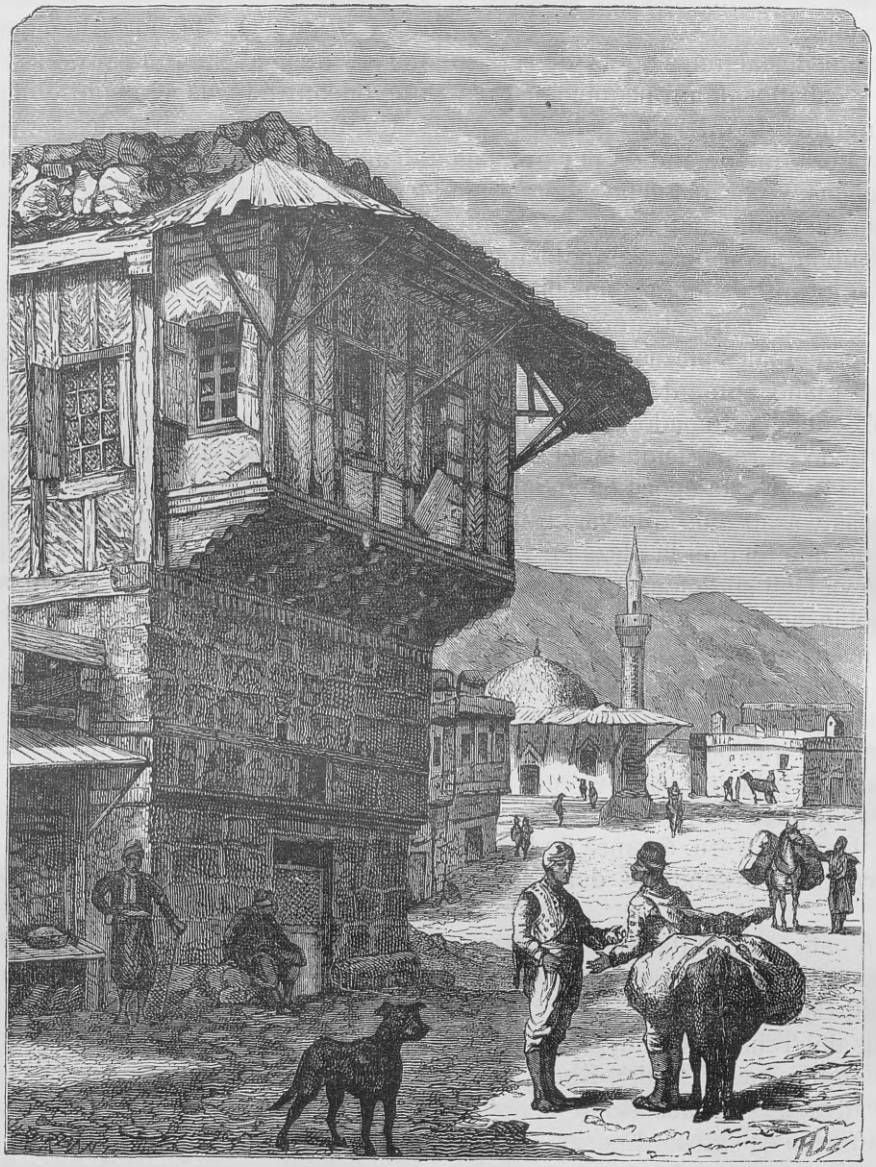
Al bajar al Kop-Dagh nos cruzamos á medio camino con la gente del tchapar inglés. Dan este nombre á los correos que dos veces al mes llevan la correspondencia de los encargados de negocios de las potencias europeas en Teheran, así como de los cónsules de Erzerum y de Tauris. Merced á los relevos establecidos por los gobiernos otomano y persa, pueden recorrer en menos de doce horas el trayecto de Teheran á Trebisonda, donde se embarcan para dirigirse á Constantinopla.

Durante la primera parte de su viaje, permanecen dia y noche á caballo, sin descansar ni tomar alimento sino en los breves instantes del relevo. Su caravana se compone por lo regular de dos ó tres caballos cargados de balijas y de un número igual de zapties que sirven de escolta. En todas partes se les debe dejar el paso libre, y en caso necesario saben abrírsele á latigazos y sablazos; pero durante nuestra bajada del Kop-Dagh, el estrecho sendero trazado en el camino entre dos muros de nieve no podia dar paso á dos animales de frente; y así es que el tchapar

hubo de esperarse, despues de varias tentativas infructuosas que hicieron rodar por tierra algunos mulos con su carga.

Durante todo el dia fué tan riguroso el frio, que ocasionaba en la piel una sensacion dolorosa, y á pesar del cuidado con que nos cubrimos el rostro y las manos, así el primero como las segundas se nos hincharon y enrojecieron de tal modo, que nos desfiguramos completamente.

Al pié de la montaña, en la orilla derecha del



Una casa en Erzerum

Éufrates, mandé á mi caravana hacer alto por espacio de una hora, cerca de un puente construido há poco en el pueblo de Chaordorick. En este punto, el Éufrates y el camino se estrechan entre dos enormes rocas de caliza.

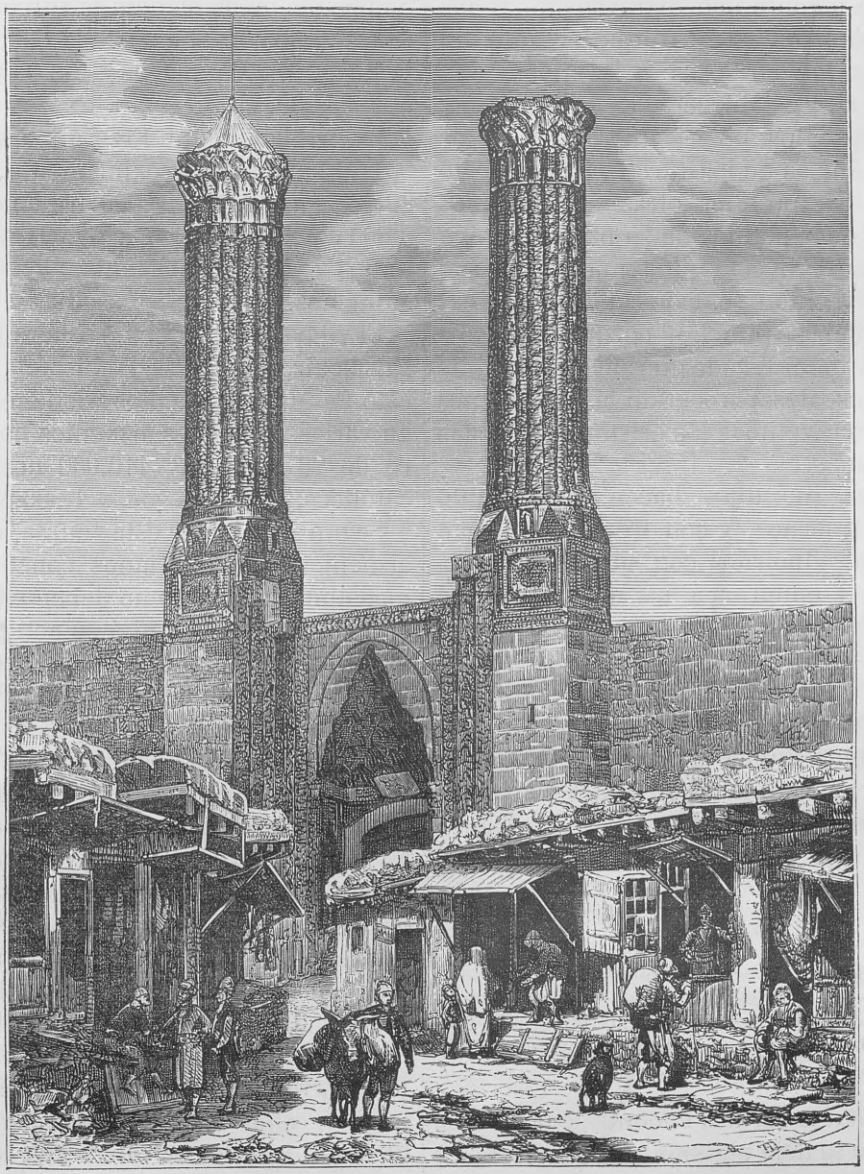
Al pié de una de estas elevaciones no se distinguen apenas las chozas del pueblo de Chaordorick, verdaderas guaridas, cuyas blancas paredes se confunden con el suelo en que están medio sepultadas. Los habitantes tienen por industria la fabricacion de la cal.

Recogí numerosas muestras de fósiles que abundan en este punto: ostras gigantescas, almejas y otras conchas bivalvas y univalvas, así como restos de animales inferiores, radiados y madréporas. Son los únicos fósiles que he hallado durante todo mi viaje, á pesar de mi escrupulosa exploracion. De esta particularidad se puede inferir, en mi concepto, que la faja de volcanes apagados que rodea la llanura de Erzerum encerraba, en los tiempos antehistóricos, un gran lago cuyas aguas se abrieron camino á

través de la montaña, á consecuencia de un levantamiento parcial, formando el valle del Éufrates, y dejando como vestigio de su paso las acumulaciones de conchas que forman las rocas de Chaordorick.

Durante el descenso dejó de caer la nieve; pero en cambio encontramos despues los abominables barrizales que tanto me habian hecho sufrir ya.

No fué posible recorrer mas de dos kilómetros



El Tchefte, minarete en Erzerum

y medio por hora: la cantidad de cieno que se forma en la llanura de Erzerum excede á todo cuanto se puede imaginar de mas desagradable; débese probablemente á la falta completa de piedras, pues desde Atsch-Kalé á Erzerum no se encuentra un solo guijarro, á menos que haya sido puesto por la mano del hombre.

A cada momento perdian nuestros caballos sus herraduras en un cieno pegajoso y compacto que se las arrancaba de los piés.

Por fin llegamos á Ilidja; y como me urgia entrar en Erzerum aquel dia mismo, busqué nueva montura; pero como no estaba el jefe del pueblo ni su auxiliar, no pude valerme de los derechos que se me confirieron para exigir un caballo.

Un turco, empleado del telégrafo me propuso alquilar el suyo; pero exigíame cerca de una libra turca solo para recorrer diez y ocho kilómetros. Aunque era caro, habria aceptado probablemente, á no ser por la condicion que me impuso de apearme antes de entrar en la ciudad y dejarle montar á su vez. Dile las gracias y re-

solví recorrer la distancia á pié, pues nuestros caballos estaban rendidos.

Llegada la noche, fué preciso hacer alto en un gran pueblo armenio, donde el kiaia, tomándome por un canciller del consulado, me recibió muy bien. Durante toda la noche me habló de política y de la manera mas extravagante. Habia oido decir, segun me aseguró, que sesenta mil franceses llegarian en breve á la Armenia y al Kurdistan para establecerse en la frontera y vigilarla, porque los persas querian recobrar esas dos provincias de los turcos. No me costó poco hacerle comprender otras noticias mas exactas acerca de la política de su país. Tambien me habló de un proyecto que tenia el gobierno otomano para reclutar soldados entre los armenios; y regocijábase mucho, porque esperaba que al obtener en el Estado un rango igual al de los musulmanes, desaparecerian las exacciones de que aun son víctimas los cristianos de estas provincias lejanas.

—Los rusos, me dijo, hacen todo cuanto pueden para atraernos, y con frecuencia llegan emisarios para seducirnos con sus ofertas, proporcionándonos emigrar á las provincias del Cáucaso: el clero es el que mas contribuye para conseguirlo.

El 24 de abril llegamos por fin á Erzerum; habíamos empleado doce dias en recorrer trescientos cincuenta kilómetros, distancia que se puede franquear fácilmente en una semana durante la estacion favorable.

XL

ERZERUM

Nuevas fortificaciones de Erzerum.—Poblacion de la ciudad y del vilayeto.—Los nestorianos.—Los yesidas.—Los terekimanos —Comercio y productos.—Los tapices de fieltro.—Bueyes y búfalos —Los perros y su mal aspecto.—Batalla en la calle.

Cuando volví á Erzerum, encontréle poco mas ó menos como le dejé algunos meses antes; los ingenieros militares no habian cesado de trabajar activamente, á pesar de las nieves y de los rigurosos frios del invierno, en las nuevas fortificaciones que se terminan muy pronto. Construidas segun el sistema aleman, son formidables, al menos por su aspecto, y es probable que si alguna vez los rusos vuelven de nuevo á poner sitio á la ciudad, no se apoderarán de ella tan fácilmente como en 1828.

Vista á la distancia de algunos kilómetros, Erzerum presenta un aspecto por demás agradable: el colorido casi uniforme de todos sus edificios, cuyo tono oscuro se destaca sobre el fondo mas claro de las montañas que la dominan, solo permite ver una silueta muy extraña y característica que da la mas alta idea de esta ciudad, impresion que se desvanece cuando el observador se acerca mas á ella.

Erzerum es la capital de un vilayeto cuya poblacion consta de 1.230,000 habitantes, distribuidos del modo siguiente: turcos, 272,000; kurdos, 357,000; cristianos, 411,000; judíos, 1,200; yesidas, 2,000; persas, 158,000, y terekimanos, 29,000.

La poblacion de Erzerum asciende á unos 90,000 habitantes próximamente, de los cuales, 20,000 son persas, 15,000 armenios gregorianos, 8,000 católicos, 5,000 á 6,000 griegos; algunos judíos y varios protestantes: los demás son musulmanes.

El vilayeto de Erzerum está rodeado por los de Diarbekir, Karpout y Trebisonda, limitándole al este Persia y Rusia. Los cristianos se subdividen en varias sectas: los armenios figuran en número de 287,000; hay 110,000 nestorianos; 8,000 católicos; 4,000 griegos, y 1,300 protestantes.

Segun vemos por estas cifras, despues de los armenios, los nestorianos constituyen la secta mas numerosa; pero no deben esta importancia ni á su inteligencia ni á su actividad, sino á la excelente posicion que ocupan en un país montañoso, cerca de la frontera de Persia, comarca fértil y de acceso difícil, que les pone al abrigo de un golpe de mano de parte de sus peligrosos vecinos los kurdos, persas y turcos.

Los nestorianos se dividen en dos grupos, los askiratas y los rayas: los primeros, semi-independientes, habitan en los valles profundos y en las escarpadas montañas que hacen su país inaccesible; pero no se dedican á la agricultura: todos son pastores. Despues de la matanza que ordenó alli Beder-khan-Bey en 1843, trascurrió mucho tiempo antes de que se sometieran á la Puerta, rehusando pagar todo tributo ó contribucion; están todos bien armados, y cuéntanse unos mil trescientos guerreros askiratas.

Los nestorianos rayas, por el contrario, son gente pacífica; habitan un país llano; dedícanse á la agricultura; se someten al gobierno otomano y pagan fácilmente el impuesto.

Entre las tribus kurdas de la frontera, comprendida la de los yesidas, cuéntanse cinco mil de estos últimos, dos mil en Turquía y tres mil en Rusia.

Los yesidas adoran al diablo; su doctrina inspira igualmente horror á los persas, á los turcos y á los cristianos. Las leyes de Tanzimat, y otras medidas severas adoptadas en el mismo sentido, han cambiado sus costumbres, lo cual no es poca fortuna; pues, adorando al genio del mal

bajo el nombre de Gran-Jeque, se creian autorizados para hacer todo cuanto prohiben las leyes divinas y humanas. Bajo la razon especiosa de que la bondad de Dios es infinita, parecíales inútil dirigirle sus plegarias, reservando sus homenajes para el diablo, de quien lo temen todo. Se guardan bien de maldecirle, y pronuncian su nombre con gran terror. No está determinado el orígen de los yesidas; pero acaso deban su nombre al segundo califa de la dinastía de los Osmanlís, á quien se atribuye la muerte de Hussein, hijo de Alí. Son valerosos y emprendedores y como conservan aun sus hábitos de bandolerismo, se les debe temer en los distritos de Melesgerd y de Boulanlik, donde saquean á veces las grandes caravanas y los pueblos armenios, robándoles las cosechas. Se les reconoce por sus trajes, comunmente de color sombrío, cubiertos de bordados de lana roja, así como por su turbante amarillo y negro; son numerosos en los alrededores de Sipan-Dagh, al norte del lago de Van.

Los terekimanos, que son mahometanos, no deben confundirse con los turcomanos; solo cerca de Ardahan se ven doscientos de estos últimos.

Los terekimanos habitan en Tchilder, Hagkignan y Diadin, y tienen quinientos pueblos ó aldeas cerca de la frontera. Probablemente descienden de persas, y se establecieron en estas comarcas cuando fueron conquistadas por Shah Abbas. Llámaseles tambien karra-papaks, nombre tomado de su gorro de piel. Su jefe es Eel-Khan.

Erzerum, situada en el ángulo de una llanura fértil y en el punto de interseccion de varios caminos muy frecuentados, es una ciudad importante por su comercio de tránsito. La fabricacion es insignificante; sin embargo, se trabaja el hierro y el cobre con cuyos metales hacen utensilios domésticos para el uso de las poblaciones del vilayeto que concurren allí con toda suerte de abastecimientos; tambien se encuentran en sus calles una multitud de gentes venidas de los cuatro puntos cardinales, cuyas costumbres y cuyos tipos son extremadamente variados.

Se fabrican además en Erzerum armas para los kurdos: los broqueles que construyen son muy pequeños; miden apenas treinta centímetros de diámetro y son de piel de búfalo ó de cuerdas trenzadas con juncos, que recubren de pedacitos de hierro singularmente trabajados; estos broqueles están adornados de piececitas de cobre, remachadas ó cosidas, entre las cuales he reconocido *liards* (1) franceses de Luis XIV y otras de María Teresa de Austria.

(1) Una de las menores monedas de vellon de Francia, de menos valor que el ochavo castellano. (*N del T.*)

Algunos persas han llevado á Erzerum la industria de los tapices de fieltro, á la manera de Tauris. Estos fieltros, ornados de muy lindos dibujos de diversos colores, se hacen por medio de procedimientos muy sencillos: extiéndese en el suelo una estera de paja algo mas grande que el tapiz que se trata de construir, sobre la cual se disponen las lanas de color, segun el dibujo que debe aparecer en este; sobre esta primera tanda de lana, se extiende otra mucho mas finamente cardada, de veinte á veinticinco centímetros de espesor. Varios obreros enrollan en seguida con precaucion la estera, y la cubren exteriormente de una fuerte tela; luego este cilindro lo hacen rodar sobre sí mismo y lo aplastan con los piés durante algunas horas hasta que la operacion del fieltro esté terminada y el tapiz no tenga mas que un centímetro de espesor; se rasa, por último, el fieltro del lado del dibujo, á fin de dar á este mas frescura y mas pureza, y queda terminada la obra.

Estas alfombras varian de precio segun la belleza del dibujo y la finura de la lana; pero siempre son relativamente de un precio poco elevado, de un excelente uso y muy cómodas para el viajero, pues tan ligeras como espesas, pueden servir en caso necesario de colchon.

La agricultura está bastante adelantada en los alrededores de Erzerum, y, cuando la cosecha es buena, se exporta de esta comarca una cantidad considerable de trigo y de cebada. Los pantanos del Éufrates y las praderas de las montañas suministran en abundancia un musgo de buena calidad. Tambien los bueyes son allí mas grandes y mas robustos que en otras partes. Luego que se les unce, se tiene la costumbre de herrarlos: esta operacion se ejecuta tumbando al animal en tierra, despues de haberle atado las cuatro patas á un largo palo; entonces se le coloca sobre las cuatro uñas exteriores de los piés cuatro láminas de hierro que se fijan por medio de clavos.

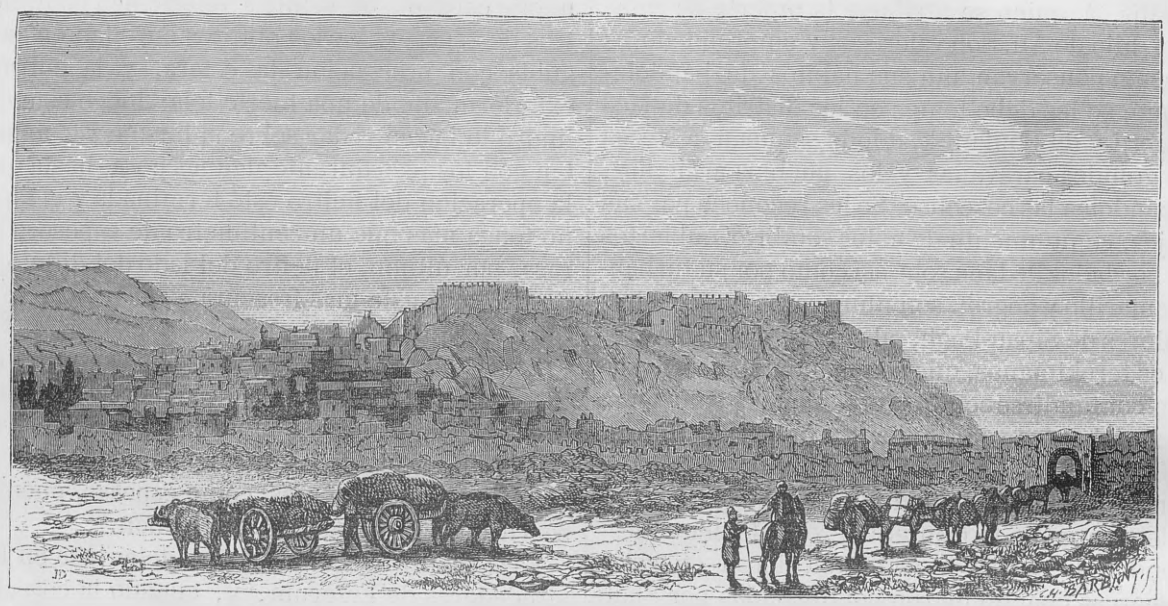
Los búfalos son numerosos en la llanura de Erzerum, donde se ven á menudo largas caravanas de estas enormes bestias arrastrando pesados carromatos de dos ruedas, cuyos ejes de madera, poco ó nada untados de sebo, producen, cuando la caravana está en marcha, un alboroto insufrible, pero que, al parecer, es necesario para excitar á los búfalos á seguir adelante.

Las yuntas hacen alto por lo comun en la proximidad de un rio ó de un pantano; los búfalos van entonces á refrescarse en el agua ó en el fango, donde se sumergen enteramente, no dejando fuera mas que los cuernos y su enorme hocico negro.

En Erzerum los perros son mas grandes y de peor aspecto que los que yo habia ya visto en otras ciudades.

A causa de un perro de caza que yo habia llevado de Francia, y contra el cual los de mi barrio parecian tener una animosidad particular, ví una vez mi persona amenazada tan de cerca por sus colmillos, que en pleno dia, y en medio de la calle, tuve necesidad de disparar sobre ellos varios tiros de mi revolver para defenderme, así como á mi compañero, de sus ataques. Yo aguardaba entonces ver á los musulmanes, que son muy amigos de estos animales, incomodarse de mi proceder; pero no hubo nada, pues la multitud que me rodeaba no hizo mas que reir y sacudir á los heridos que huian aullando.

Estos perros tienen en general el pelaje negro



Hassan-Kalé

ó de color leonado, y en este último caso el hocico es negro; en invierno, su pelo largo y espeso los hace asemejarse á los osos.

XLI

Descripcion de Erzerum.—Sus calles y casas.—La tezek.—Los monumentos.—El Ouloud-Djami y el Murgo-Serai.—Leyenda de Murgo.—Clima de Erzerum.

Erzerum, edificado sobre varios montecillos, se apoya en unas colinas bastante elevadas, que son los contrafuertes de las montañas del Palan-Teuken y del Eyerlé-Dagh. Algunos arroyos que descienden de las alturas y recorren la ciudad en todos sentidos, contribuyen por la multitud de puentecillos que sirven para cruzarlos, á dar á ciertas calles un aspecto muy particular. Por lo demás, Erzerum es la ciudad mas oriental que he visitado en mi viaje; las calles de los barrios musulmanes, á excepcion de la del Bazar, no están bordeadas sino de muros grises, abiertos de raras y pequeñas hendiduras que sirven de puertas ó de ventanas. En el barrio cristiano muchas casas tienen un primer piso ó galería saliente, sostenido por postes, á menudo esculpidos, y cuyo tejado, que forma una especie de alero, preserva esta construccion de la lluvia y del sol (véase el grabado de la pág. 275).

La mayor parte de las casas, sobre todo las que solo tienen piso bajo, no reciben luz sino por una claraboya abierta en el tejado, sobre la cual se coloca una pirámide de papel aceitoso, á fin de que no penetre la lluvia. Las azoteas de las casas, cubiertas de una espesa capa de tierra, se convierten durante la primavera en verdaderos prados, donde pacen los carneros y las cabras; en verano se utilizan para secar el tezek.

Los bazares, muy numerosos, están diseminados en diversas partes de la ciudad; el mas pintoresco, y el que mas llama la atencion durante el verano, es el de las frutas, que llegan en considerable cantidad de Erzingham y de Thortoum.

En Erzerum hay pocas calles empedradas, de lo cual resulta un polvo intolerable en verano, y verdaderas cloacas en invierno. Peor inconveniente aun es el que ocasiona la fabricacion del tezek, que se hace comprimiendo el estiércol de los animales con un poco de cieno, para formar con esta materia gruesos ladrillos, que se ponen á secar en los terrados de las casas. Lospobres se contentan con recoger las boñigas que han

quedado en las calles despues de pasar los ganados; hacen con ellas bolas, y las pegan en las paredes tirándolas con fuerza. Las fachadas de muchas casas están cubiertas durante el verano de estas pastillas, que cuando frescas despiden un olor muy desagradable.

El tezek es el único combustible empleado en Erzerum, así como en todas las grandes mesetas desprovistas de bosque de la Armenia y del Kurdistan; al quemarle produce un humo acre y pestilente, pero calienta mucho y se consume lentamente como la turba. La carga de un caballo, ó sean unos ciento cincuenta kilógramos, vale de cuatro á cinco pesetas.

Para calentar su horno los panaderos, y probablemente los europeos, á causa de la delicadeza de su olfato, mandan traer á gran coste madera de Ertef, punto situado en el camino del



Acometido por los perros

Kurdistan y de Narman, cerca de Olti, á quince horas de Erzerum.

Las mezquitas son muy numerosas; pero solo hay dos interesantes, la de Ouloud Djami y la torre de Murgo Seray.

La mezquita de Ouloud Djami pertenece al arte árabe; pero probablemente eran obreros persas los que trabajaron en su edificacion, pues junto á los adornos de composicion geométrica se ven porciones de animales, cabezas de serpientes y una águila, sobre un relieve que hay cerca de la puerta del Tchifte Minaret; esta última se halla coronada por dos torres de ladrillos barnizados, y adorna la base un mosaico azul, verde y rojo.

Ouloud Djami sirve ahora de arsenal y de polvorin: es el punto culminante de la ciudad.

La torre de Murgo Seray es el último resto de una torre del mismo estilo que el Tchifte Minaret: esta torre, de la cual no queda sino la mitad, está enriquecida con losanjes barnizados con esmalte verde y azul.

El orígen de la torre y de la mezquita ha dado motivo á una leyenda bastante curiosa: Murgo era un jefe de yesidas, esos adoradores del diablo de quienes antes hablé; cierto dia reunió una numerosa tropa de montañeses, y púsose en marcha contra el sultan Murat, cuando este príncipe iba á la conquista de Bagdad; y habiendo sorprendido al ejército musulman acampado en un desfiladero llamado Derban, mandó á sus yesidas precipitar desde lo alto de la montaña piedras enormes, que cayeron en el campamento

musulman. Ahora bien; Murgo era un gigante de fuerza hercúlea, el único que podia llevar su armadura; y queriendo juzgar del desastre producido por su ardid de guerra, disfrazóse de dervis y penetró en el campamento de los turcos. Habiéndose acercado á las tiendas del gran visir, que acampaba en una pradera con su harem, sus esclavos y caballos, oyóse llamar por una anciana, que le dijo: «Piadoso dervis, tomad estas joyas y traedme mañana un carnero, para sacrificarle al Turban Bairam, en honor de nuestro muy amado sultan.» Así diciendo, presentóle un brazalete que tenia virtudes mágicas, á causa de una piedra que le adornaba, en la cual estaba grabado el sello del gran Salomon. Murgo volvió á lo alto de la montaña, reflexionando sobre si aprovecharia la ocasion que se le presentaba de penetrar en el campamento, para asesinar al gran visir; pero por la noche tuvo un sueño que le aterró. Vió al profeta Mahoma acompañado de doce imanes cantando versículos del Coran; á una señal del profeta cesaron los cánticos, y los imanes, apoderándose de dos fantasmas cubiertas de un velo, las hirieron con su puñal. Una de estas fantasmas se defendió devolviendo golpe por golpe, é hiriendo con su alfanje á cuantos se acercaban; mas apareciéndose de repente el ángel Ariel, armado con una maza de acero, descargóle un golpe que le partió el cráneo, mientras que el otro fantasma, prosternado á los piés del profeta, cantaba las alabanzas de Alá. Atemorizado por su sueño, Murgo fué al dia siguiente á buscar al jefe de los mollahs al campamento musulman, y convirtióse al islamismo, volviendo despues á buscar á sus yesidas, á quienes invitó á convertirse; pero estos le asesinaron. Para ejecutar las últimas voluntades de Murgo, que previendo su fin habia indicado el lugar donde estaban ocultos sus tesoros, los sacerdotes musulmanes mandaron edificar la mezquita de Erzerum. De este cuento resulta un hecho bien conocido; la animosidad de los mahometanos contra los yesidas y el horror que inspira á estos últimos la religion musulmana.

En cuanto á las ventanas de la mezquita de Murgo Seray, están adornadas de cuadros de porcelana persa; pero desgraciadamente, estos adornos, de los cuales no se tiene cuidado alguno, se desprenden, caen y se hacen pedazos.

Los cementerios, situados fuera de la ciudad, tienen un aspecto triste y monótono, pues no están sombreados por cipreses, como por ejemplo los de Constantinopla, ni se ven piedras tumulares de ricos colores. Todas las tumbas están cubiertas de piedras de color gris; de modo que se confunden con el suelo, aunque á los lados de las grandes vias llaman la atencion algunas magníficas tumbas de personajes ricos ó de santos dervises. Estas construcciones se elevan en forma de pirámides ó de pilones de azúcar sobre un plano cuadrangular ó poligonal.

El clima de Erzerum ofrece una particularidad, y es que durante el invierno se sufren frios de 20° á 25° bajo cero, y que en el verano se eleva á veces la temperatura á 40°. En las ciudades inmediatas se da broma con este motivo á los habitantes de Erzerum, quienes durante el invierno se cubren de pieles hasta el punto de no poder apenas andar, mientras que en verano corren por las calles casi desnudos.

XLII

VIAJE DE ERZERUM Á VAN

Salida de Erzerum.—Los bosques de Deve-Boini (garganta del Camello).—La llanura de Hassan-Kalé —Aspecto de esta ciudad—El mutesarif.—Las aguas termales.—La llanura de Ertef. —Despedida de mis compañeros —El pueblo de Medjili —El veterano —Puente sumergido.—Llegada á un campamento kurdo.

Al salir de Erzerum, mi pequeña caravana, aumentada considerablemente, forma un grupo respetable, pues los cancilleres de los consulados inglés y ruso, que me hacen el honor de acompañarme, van seguidos de su gente. A la cabeza va el zaptie kurdo que debe guiarnos, y el cual ejecuta un ejercicio muy divertido: obliga á su caballo á dar vueltas rápidamente, arroja entre tanto al aire su larga lanza, y vuélvela á coger con singular destreza.

Salimos de Erzerum por la puerta de Persia: á poca distancia de la ciudad, vemos en los montecillos que hay á cada lado del camino unos fortines y reductos que parecen una obra defensiva formal; mas léjos, en un piso bastante alto y completamente aislado, se ha construido una fortaleza imponente; y cerca de este punto, un contrafuerte del Bojundagh separa las aguas de la cuenca del Éufrates de las del Arave. En un barranco profundo corre un torrente producido por el pequeño lago que es una de las fuentes del Araxes superior. A dos horas de Erzerum vemos una vasta llanura donde el rio se divide en varios brazos, y distinguimos tambien la ciudad de Hassan-Kalé, de la cual nos separan aun cuatro horas de marcha. Las murallas de esta fortaleza, que datan de las conquistas de los musulmanes, tienen unos tres mil metros de longitud, y presentan un doble recinto de torres almenadas.

Las sombras de la tarde comunican á esta ciudad, edificada sobre un contrafuerte de la



Un jefe Kurdo

montaña de Kiretschli-Dagh, un aspecto muy extraño; antes de entrar en ella atravesamos varias veces el Araxes; y al llegar vamos directamente en busca del mutessarif, que nos recibe bastante mal, porque ignora quiénes son las personas que me acompañan. Despues se nos dice que acababa de ser destituido, lo cual explica su mal humor: acúsanle como sucede en otras partes con los mas de los empleados turcos, de ocuparse preferentemente de sus propios intereses, descuidando los del Estado. Cuando el pobre hombre tiene conocimiento del rango de las personas que me acompañan, procura reparar su falta, haciendo lo posible por instalarnos bien en una gran casa, donde nos envia su propia comida, esperando tal vez que, agradecidos á su complacencia, mis compañeros hablarán en su favor á Ismail-Bajá, con el cual tienen alguna influencia.

Al dia siguiente, al salir de Hassan-Kalé atravesamos de nuevo el Araxes por un puente, cerca del cual se ven varias piscinas, de las que surgen aguas termales sulfurosas y ferruginosas, que tienen gran reputacion en el país. La vasta llanura en que penetramos despues se halla muy bien cultivada; el trigo y el centeno presentan una vigorosa vegetacion, que promete una buena cosecha. En ciertos puntos reemplazan á los cereales inmensas praderas, donde pacen rebaños magníficos.

Dos horas despues de nuestra salida de Hassan-Kalé llegamos á Ertef, gran pueblo armenio, donde me despido con verdadero sentimiento de las personas que me han acompañado.

Desde Ertef volvemos á penetrar en un país de montañas, donde acá y allá, se ven algunos grupos de árboles: despues de franquear por espacio de media hora una empinada cuesta, vuelvo la cabeza y veo en la llanura los compañeros de quienes acabo de separarme: varias detonaciones indican que me han reconocido; contesto al saludo y aléjome esta vez para no volver á verlos mas.

Durante el resto del dia, atravesamos mesetas áridas; pero hácia la tarde llegamos á las orillas de un rio que se vierte en el Araxes superior: es el Pazin-Sou, que corre con impetuosidad entre escarpadas montañas.

Al bajar por el valle llegamos al pueblo de Medjili, donde el jefe nos proporciona un asilo en su casa. Es un buen anciano musulman, que fué soldado largo tiempo, y que nos habla de la guerra de Crimea: conserva de los franceses y los ingleses la mas favorable opinion.

En las rocas de las inmediaciones abundan mucho las cabras silvestres. Cuando me despedí del anciano kurdo, regalóme un par de cuernos magníficos, cuya curvatura media un metro.

Al salir de Medjili seguimos aun por las orillas encajonadas del Pazin-Sou; el valle se ensancha despues, y atravesamos el rio por un puente sumergido en las aguas. Despues de este difícil paso penetramos en un país llano, donde hay ricas praderas, y recojo una abundante coleccion de insectos.

Por la tarde, despues de franquear una montaña, llegamos á un campamento kurdo.

XLIII

Mal camino.—Descripcion de un campamento kurdo.—Costumbres de los kurdos.—Sus trajes —Tumbas.—El pueblo de Paramaxis y los empleados del telégrafo.—La llanura de Kinnis

El campamento á que acabamos de llegar ofrece bastante interés; pero los habitantes, por alguna razon que ignoro, nos reciben muy mal. Difícilmente encontramos un albergue en una tienda, así como lo necesario para preparar nuestra cena: pero despues de manifestar mucha desconfianza, algunos kurdos parecen domesticarse y se sientan junto á nosotros.

Entonces debemos desconfiar á nuestra vez de ellos, porque sin el menor escrúpulo nos robarian los objetos que dejáramos á su alcance.

Los kurdos que fueron á visitarnos eran altos y robustos: su nariz sumamente aguileña, y sus ojos grandes, muy hundidos en la órbita, les comunicaban un aspecto muy particular, en un todo distinto del de los turcos; su fisonomía se asemejaba sobre todo á la de ciertos armenios, aunque tenian las facciones mas angulosas.

Los kurdos se rapan á menudo el cabello, y llevan bigote; solamente los ancianos se dejan crecer toda la barba. El traje es elegante y parece cómodo, componiéndose de un ancho pantalon de piel de cabra, que llega hasta el tobillo, y de una especie de túnica abierta por delante y los lados, cuyas mangas, ensanchándose desde el codo, dejan pasar las de la camisa, las cuales llegan á veces hasta el suelo. Encima de esta ropa se ponen una chaquetilla bordada de lana negra; sus mangas, casi desprendidas en los hombros, quedan pendientes por detrás; llevan en la cintura un chal de lana muy ancho, en cuyos pliegues fijan sus pistolas y puñales. Los jinetes calzan botas de cuero rojo con muchos pliegues, y los viandantes llevan borceguíes, con la punta muy aguda y levantada. El sombrero, algo pintoresco, sienta bien á su marcial semblante; consiste en un alto gorro de fieltro en forma de pilon de azúcar, en el cual arrollan

varios chales de algodon, de lana ó de seda, de vivos colores. El tamaño de este gorro parece ser un signo de distincion, pues el de los jefes tiene con frecuencia proporciones formidables, siendo á la vez sus trajes sumamente ricos.

Los kurdos se abrigan durante el invierno con un ancho y grueso capote de piel de cabra negra, sustituyéndole en verano con una ligera túnica de muselina de lana, con adornos de algodon blanco, que forma dibujos muy singulares.

Las mujeres se presentaban á nosotros con el rostro descubierto: sus facciones eran regulares; pero es muy posible que el recelo de los padres y de los esposos impidiese á las jóvenes salir, pues solo ví viejas matronas. Algunas llevaban collares formados con piececitas de plata, unidas entre sí por abalorios de diversos colores ó ca-



Criada armenia

denillas de metal. Algunas de estas mujeres tenian la nariz adornada con un pequeño boton de plata enriquecido con turquesas, lo cual parecia muy de moda en el Kurdistan.

Las mujeres no usan un traje muy particular; cúbrense la cabeza con un velo blanco del tamaño de una servilleta, y al andar levántanse el vestido hasta media pierna, dejando ver entonces un ancho pantalon cerrado junto al tobillo: estas dos prendas de su traje suelen ser de algodon basto de color rojo, fabricado en Bitlis.

El pueblo de Keursi, donde nos habíamos detenido, se componia de una veintena de tiendas y tres ó cuatro malas casas de piedra y tierra; las primeras, muy grandes, dividíanse en dos ó tres compartimientos; tienen la forma abovedada, y están cubiertas de un grueso tejido de lana de color pardo, rodeando la parte inferior un cañizo. Un agujero practicado en el centro de cada tienda hace las veces de hogar, y así es que aquella está, casi siempre, llena de humo. Durante la noche, los caballos y demás animales quedan atados á unas estacas fuera de las tiendas, ó bien se encierran en un encañizado.

Estos kurdos habitan en la llanura desde el invierno; pero hacia algunos dias que habian venido á instalarse en el sitio donde les encontré, á una altitud de mas de dos mil metros, en medio de ricos pastos.

Durante la emigracion cargan en caballos y bueyes sus tiendas y encañizados; y las mujeres llevan al hombro los utensilios de cocina y los niños que no pueden andar; los hombres á caballo ó á pié no llevan en la mano sino su lanza ó su pipa.

He hallado algunas veces hordas de kurdos

durante su viaje: nada puede dar una idea mas exacta de las emigraciones de los pueblos pastores de que habla la Biblia.

El 12 de mayo abandonamos el campamento de los kurdos antes de salir el sol, en medio de la confusion producida por los rebaños de cabras, de carneros, de asnos y de bueyes, que siguen el mismo camino que nosotros para dirigirse á los pastos de la montaña que ahora franqueamos.

A los lados del camino vemos piedras tumulares: son tumbas de kurdos, en las que se han grabado pistolas, hierros de lanza, puñales, hachas y rompe-cabezas, atributos guerreros que caracterizan bien las costumbres de estas tribus errantes, las cuales no vivian hace algunos años, sino de la rapiña y el bandolerismo.

Dos horas despues de habernos separado de los kurdos, llegamos á la cima de la montaña de Teghtap, uno de los picos de la cadena de Kas-



Ruinas de una iglesia georgiana

beldagh: las partes expuestas al norte y los barrancos están cubiertos aun de nieve: nos hallamos á tres mil metros de altura.

La vista se extiende por un horizonte inmenso, y las montañas de Bingueul, cuyas cimas eternamente cubiertas de nieve distingo por primera vez, ofrecen á nuestras miradas un espectáculo grandioso.

Al bajar de Teghtap cruzamos por varios fértiles valles que pertenecen al pueblo armenio de Haghverán, y llegamos muy pronto á Paramakxis, donde se halla establecida una estacion telegráfica, cuyos empleados me ofrecen amablemente compartir conmigo su almuerzo.

Despues de vadear el rio se atraviesa, para dirigirse á Kinnis, una vasta llanura cortada por barrancos profundos; de modo que el camino que al principio nos pareció llano y fácil, es por el contrario muy penoso, á causa de las continuas subidas y bajadas por los estrechos barrancos, que no se divisan hasta hallarse á la distancia de pocos metros.

XLIV

El caimakan de Kinnis —Justicia patriarcal —Descripcion de la ciudad.—Un nuevo zaptie kurdo.—Llegada al pueblo armenio de Tchevermeli —Las casas.—Descripcion de Jenofonte.—El caimak.—El yaourth.—La miel y la apicultura.—Las colmenas.

Hácia el medio dia llegamos á Kinnis. El caimakan de este punto, á quien habia anunciado mi llegada, envia á mi encuentro uno de sus

oficiales, quien me conduce al palacio del gobernador en el momento de dar este audiencia pública.

El caimakan, á un tiempo juez y administrador, expedia magistralmente órdenes, y dispensaba justicia, rodeado de algunos kadís que le servian de asesores y escribanos. Despues de los saludos de costumbre, ofrecióme café y una pipa y me invitó á tomar asiento.

Admiré el carácter patriarcal de los procedimientos: acusados y testigos sin defensores, iban á explicar su causa; hacíanse cargos y se sinceraban mutuamente; y despues de reflexionar algunos minutos, el gobernador pronunciaba su fallo.

La ciudad de Kinnis es muy antiquísima: está situada sobre un islote basáltico, alrededor del cual corre impetuosamente el rio, cuyas aguas, produciendo un formidable estrépito, se precipitan en el fondo de una garganta erizada de rocas: es un sitio tan imponente como agreste. Sobre el islote de piedra que sirve de acrópolis, elévanse la ciudad y el palacio del gobernador, una mezquita y algunas casas; pero todo esto es muy pobre y se halla en estado ruinoso. En los lados de los barrancos que hay alrededor se escalonan las casas de los arrabales, y los jardines parecen pegados á las rocas, como la hiedra al tronco de un árbol. A orillas del rio crecen álamos y árboles frutales.

Dejo en Kinnis el zaptie kurdo que me habia acompañado desde Erzeroum, y tomo otro que debe guiarme hasta Bitlis. Nuestro nuevo gendarme es un anciano de escasa estatura, que viste un traje muy pintoresco; y para manifestarme su buena voluntad, dando á conocer su destreza, ejecuta con su lanza un brillante ejercicio: parece que esta es la costumbre de los zapties kurdos.

En el camino muéstrase muy locuaz, y de vez en cuando entona á voz en cuello alguna de sus canciones favoritas.

Los cantos kurdos son mas expresivos y revelan mas arte que los de los turcos y los armenios; mucho mas agradables al oido, parecen menos gangosos y de un ritmo mas animadó. No obstante, en el Kurdistan tiene mayor mérito la extension que la dulzura de la voz, y nuestro zaptie, que pasa por un excelente cantante, podria hacerse oir á varios centenares de metros.

Llegamos por la tarde á un gran pueblo armenio llamado Tchevermeli: el anciano kurdo se habia adelantado, y los pomposos informes que dió á los habitantes acerca de mi persona debian bastar para que se me considerase como un personaje de importancia, de modo que á la entrada del pueblo hallé varios notables de la localidad, y el kiaia me ofreció alojamiento en su casa.

Habitaba en un vasto edificio de piedras, cuyo tejado de gruesas vigas formaba una cúpula, con una abertura en su extremidad. Al lado de esta casa, las demás parecian toperas, y eran en efecto verdaderos subterráneos, donde no se introduce la luz, sino por estrechos agujeros; penetrábase por una entrada muy baja, que un hombre de mediana talla no podia franquear sin agacharse. En el centro de la mayor habitacion encendíase el hogar, y el humo se escapaba por un agujero redondo situado encima.

Esta descripcion conviene tan bien con la que hace Jenofonte al hablar de las viviendas del país de los calibes; y el valle del Kinnis-Kale-sou me parece asemejarse tanto á aquel por donde pasaron los *Diez mil*, que supuse me hallaba cerca de los sitios donde Jenofonte presentó batalla á los calibes y á los taocs, despues de abandonar el país de los karducos.

Jenofonte dice: «Sus casas eran de tierra, con un agujero en la parte superior, á manera de un pozo, por el cual se podia bajar; pero habia otra entrada para los animales.»

Me sorprende una cosa, y es que Jenofonte, ó por lo menos sus traductores, no hablan jamás de los búfalos, que son de una talla notable y abundan mucho en este país; podria deducirse que la aclimatacion de dichos animales data de una época reciente.

La habitacion destinada para los extranjeros, que el kiaia me habia cedido en su casa, estaba separada de las demás por una balaustrada de madera recortada con mucho arte y buen gusto; cubrian el suelo alfombras de fieltro, y las paredes, esterillas de junco: rara vez encontré durante mis viajes un alojamiento mas cómodo. Al llegar me ofrecieron una deliciosa colacion de caimak y de miel de extraordinaria blancura y notable perfume.

El caimack es un excelente alimento, que se obtiene poniendo á calentar una gran cantidad de leche en una caldera de cobre; toda la parte acuosa se evapora, y al cabo de algunas horas no queda sino una espesa capa de crema muy sustancial, cuya superficie se solidifica para ponerla en una bandeja.

El yahourth ó yaourte se hace con la leche agriada por medio de la presion, la cual se pone en vasijas en vez de recoger el suero para fabricar queso.

Este es, con el caimack, el alimento mas comun de los habitantes del pais, que tienen numerosos ganados.

Tchevermeli es un bonito pueblo de cuarenta

casas, edificado al pié de los contrafuertes del Ak-Dagh; el Kinnis-Kale-sou baña las praderas inmediatas, que en el mes de mayo son magníficas y están cubiertas de una infinidad de flores, en las cuales encuentran las abejas sabroso alimento; por eso es la apicultura la principal industria de Tchevermeli y de los pueblos vecinos.

Las colmenas, de forma cilíndrica, de treinta centímetros de diámetro por un metro de longitud, son de arcilla amasada con paja y cocida al sol; tambien las hay de mimbre, pero cubiertas con la misma tierra. Estas colmenas están sobrepuestas en gran número en unos cobertizos expuestos al sol levante; y como el frio es muy riguroso en estos valles, situados á una altura de dos mil metros, durante el invierno, desde el mes de setiembre á principios de abril se guardan en el interior de las casas. En los años favorables, una colmena puede producir dos batmans de miel, ó sean diez y ocho kilógramos; pero algunas veces no llega este rendimiento á tres. La miel, muy blanca y límpida, se aprecia mucho en el país; los panales enteros valen á cinco pesetas el kilógramo; y por la miel depurada se pagan veintiseis reales, resultando para la cera el valor de seis.

Para sacar la miel de las colmenas, se ahuman con madera resinosa, abriéndose despues una de las extremidades.

Despues de la comida, compuesta de un frito de pollo que flotaba en manteca de yaourte, y de unas galletas de trigo asadas en la ceniza, varios habitantes del pueblo que durante el dia me habian visto hacer uso de la quina, deduciendo de aquí que yo era médico, fueron á visitarme, acompañados de sus familias, para solicitar una consulta. Tomé el pulso á muchos, haciendo sacar á todos la lengua, y propiné á cada cual, lo mejor que me fué posible, una dósis de quina, con la cual parecieron quedar todos satisfechos.

En prueba de su agradecimiento, ó tal vez, honorarios, trajéronme antes de marchar tal cantidad de crema, de huevos, de miel y otros comestibles, que me fué preciso dejar la mitad, no pudiendo aumentar el peso de mis bagajes con tantas provisiones.

XLV

Salida de Tchevermeli.—Salinas de Mischang —El Eufrates.—Singular navegacion.—La llanura y el pueblo de Cop —Costumbres de los armenios.—Monasterio fortaleza.—Acometido por los perros.—El pueblo de Piran — Conversacion con el kiaia

Cuando se sale de Tchevermeli para dirigirse en línea recta hácia el Eufrates, se vadean dos riachuelos, atravesando despues la cadena del Chamour-Dagh, desde donde abarca la vista toda la inmensa llanura que forma la mayor parte del distrito de Boulanbik.

A la derecha se ve en lontananza el alto cono del Sipan-Dagh, coronado de nieve; y hácia la izquierda, las blancas cimas del Bingeul.

En el camino encontramos una caravana cargada de sal, procedente de las salinas de Mischang, que se explotan bajo la direccion de los empleados del gobierno; un poco mas léjos, casi en la cima de la montaña, costeamos un pequeño lago cuyas aguas son sumamente ricas en dicho artículo. A un lado y otro, en los valles que se extienden á nuestros piés, vemos muchos pueblos y campamentos kurdos; en los alrededores pacen numerosos rebaños, compuestos sobre todo de caballos y de bueyes.

Al bajar vemos un segundo lago, cuyas aguas son dulces, y en el que abundan al parecer, los peces: es el lago negro, que da su nombre al pueblecillo armenio de Karageul, situado en los flancos de la montaña, y al que llegamos por la tarde.

Estamos á pocos kilómetros del Eufrates, que corre debajo de nosotros: las aguas desbordadas se extienden en ciertos sitios en mas de una legua de anchura.

Al dia siguiente, al dirigirnos á las orillas del rio, tenemos ocasion de tirar contra los pelícanos, las grullas, las espátulas, y una infinidad de aves acuáticas, que remontando su vuelo en largas filas, sobre nuestras cabezas, van á posarse bastante cerca de nosotros para que podamos apuntarlas de nuevo.

Durante los períodos de sequedad del invierno y el verano, cuando las aguas están bajas, se puede vadear el Murad-Tchai; pero en la primavera y el otoño, apenas las lluvias y el deshielo hacen salir de madre al rio, el paso se efectúa por medio de balsas, construidas tan singularmente, que merecen una descripcion.

Por medio de mimbres se unen veinte ó treinta odres de piel de cabra bien dilatados por el aire, y fijanse despues en un encañizado. El hombre que dirige este aparato le deja flotar á merced de la corriente; pero conduciéndole con el auxilio de un remo en forma de pala.

Esta embarcacion, que á primera vista atemoriza por su aparente fragilidad y su excesivo movimiento, no deja, sin embargo, de ser bastante sólida; pero tiene el gran inconveniente de que los pasajeros y los bagajes quedan á veces medio sumergidos.

Toda nuestra pequeña caravana se acomodó en una de estas balsas; los caballos seguian á nado, atados por la brida.

Habia terminado nuestra navegacion, y creia estar ya libre de todo contratiempo de tan peligrosa travesía, cuando uno de mis caballos, al remontar por la orilla por donde desembarcamos, muy escarpada y de difícil acceso, deslizóse y cayó al agua, siendo arrastrado al punto por la corriente. Yo creia que el pobre animal se ahogaria, y siguióle mi vista con inquietud, cuando de pronto le ví abordar á una distancia de mas de tres kilómetros de nosotros, y habiendo enviado un hombre en su busca, tuve el gusto de ver llegar poco despues el cuadrúpedo.

Despues de este incidente continuamos nuestra marcha á través de la llanura de Boulanlik, dirigiéndonos hácia la ciudad de Gop, que se divisaba á unos diez kilómetros.

La llanura de Gop está formada solo por un limo agrisado, que humedecido por las lluvias de la primavera, se convierte en un barro pegajoso, donde hombres y caballos no pueden avanzar sin gran dificultad.

Gop, residencia de un caimakan, es un gran burgo de trescientas casas, casi todas ellas armenias.

Nuestro anciano zaptie se despidió en Gop, y tomamos otro guia.

En este distrito pude observar hasta qué punto han adoptado los cristianos de estos paises las costumbres y hasta las reglas religiosas de los musulmanes.

Uno de los principales armenios de Gop, al verme comer una sardina escabechada con el mejor apetito, suplicóme que le dejase probar uno de aquellos peces; el manjar pareció agradarle; pero habiéndole dicho mi drogman en broma que el aceite era de la grasa del cerdo, el armenio manifestó profundo disgusto, y retiróse inmediatamente.

El horror que manifiestan los cristianos á lo que está prohibido á los musulmanes, no se limita á la carne de cerdo, pues se abstienen igualmente de la de liebre, y no comerian la de ningun animal, cuya cabeza no se hubiese cortado antes de morir.

Los armenios de este país tienen tambien la costumbre de ocultar sus esposas á los extranjeros: he pasado á menudo por varios pueblos sin ver jamás el rostro de una mujer, porque estas huian ó se velaban siempre al acercarme yo.

A pocos centenares de metros de Gop, siguiendo el camino que conduce á Aklat, ví en un montecillo escarpado una especie de monasterio ó caimakli, que me pareció bastante curioso, y digno de ser visitado. A juzgar por su aspecto exterior, y si no hubiera sido por la cúpula de la iglesia, sobrepuesta de una cruz que dominaba las demás construcciones, habria creido que aquel edificio era una fortaleza, pues los muros, muy altos, estaban provistos de almenas y troneras. Despues de llamar mucho tiempo á la puerta nos abrieron por fin; y un anciano sacerdote armenio nos permitió visitar la iglesia, dedicada á San Daniel.

Este edificio me pareció muy antiguo, y hallé en él varias inscripciones armenias. El tesoro del monasterio ha sido rico algunas veces, pero en diversas épocas le robaron los kurdos, á pesar de las murallas que le defienden. En el coro hallé un mosaico muy curioso, compuesto de conchas fósiles, que seguramente habrian envidiado los paleontólogos.

Estas conchas proceden de una montaña que se halla en la extremidad de la llanura de Boulanlik, á orillas del Eufrates.

No he podido visitar este punto; pero es probable que tenga un orígen análogo al de las rocas de Chaordorik.

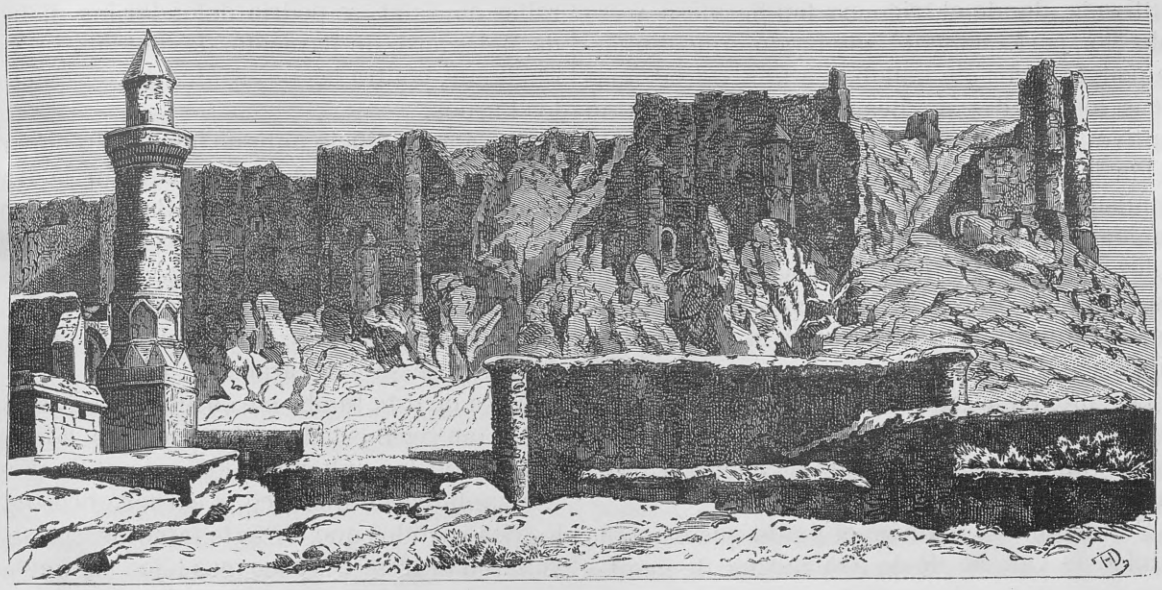
A la distancia de diez kilómetros de Gop, encuéntrase un pequeño lago del mas risueño aspecto que imaginarse pueda, alrededor del cual elévanse varios pueblecillos donde los kurdos y los armenios viven unos al lado de otros.

En este punto me ocurrió un incidente que pudo tener para mí desagradables consecuencias: cruzaba una pradera, cuando ví dirigirse hácia donde me hallaba tres enormes dogos; llamé á voces al guardian del rebaño para que contuviera sus perros, pero segun costumbre, se hizo el sordo; y entonces disparé un tiro al aire á fin de espantar á los mastines, que parecian dispuestos á precipitarse contra mí. Al oir la detonacion se alejaron, pero solo por un instante, volviendo muy pronto á la carga con redoblado furor. Impacientado ya, apunté al que parecia mas atrevido, y le maté, ó poco menos; y un tiro de revolver, cargado con perdigones, me bastó para castigar al otro perro. Al oir estas detonaciones acudió el pastor, y como viese sus perros heridos, dejóse llevar de la cólera, avanzando hácia mí en actitud amenazadora. El hombre parecia tan irritado, que no quise dejarle acercarse mucho, y por medio de mi drogman le intimé que se detuviera á diez pasos, despues de lo cual nos explicaríamos; pero aquel furioso, sin escuchar nada, seguia adelantándose, con su férreo palo enarbolado, creyendo tal vez que mis armas estaban descargadas; en aquel momento le apunté; detúvose entonces, y volviéndome de pronto la espalda, dirigióse hácia el vecino pueblo, pidiendo á gritos socorro contra los *giaours*, que trataban de matarle. No quedaba otra alternativa que ponerme bajo la proteccion de las

autoridades de la localidad, ó bien dormir al aire libre, lo cual no hubiera sido prudente: y en su consecuencia mandé apresurar el paso, y llegamos al pueblo de Piran casi al mismo tiempo que el pastor (véase el grabado de la pág. 281).

Apenas hubimos avistado la casa del kiaia, acudieron unos veinte hombres; y aparentando tranquilidad, introdújeme en el interior de la vivienda, dejando á mi drogman, hombre muy calmoso, discutir con los otros á la puerta. La polémica duró dos horas, y se me exigió que pagase el perro; pero me negué á ello rotundamente. Entonces se quiso forzar la entrada de la casa; y de haberlo conseguido, tal vez hubieran empleado aquellos hombres la violencia; pero en el mismo instante llegó el jefe del pueblo, quien dispersó á los revoltosos, descargando con su baston varios golpes sobre los mas recalcitrantes. La noche se pasó tranquilamente; el kiaia me dijo que el pueblo de Piran tenia veinte cásas cristianas y diez kurdas.

Los kurdos eran los que habian intervenido en la cuestion sobre los perros; pero el jefe, aunque armenio, tenia sobre aquellos musulma-



Vista del castillo de Bitlis

nes suficiente autoridad para hacerse obedecer. Quejábase, sin embargo, de su miseria y de la de sus correligionarios, que estaban arruinados, segun dijo, por gravosas contribuciones.

Los cristianos de su pueblo pagan un impuesto de diez reales; y solo él da setecientos; de modo que para satisfacer al fisco, el cual exige oro ó plata, deben pedir prestado sobre sus tierras, cuando el año es malo, á los mercaderes de Bitlis, quienes hacen pagar el fabuloso interés de un ciento por ciento. Esto seria mas que extraordinario en cualquier país menos en Turquía, donde el interés legal es de un quince por ciento.

El kiaia me aseguró no obstante que desde que Ismail, bajá de Erzerum y gobernador del vilayeto, habia venido á castigar á los kurdos que saquearon las iglesias de los alrededores de Mouch, hecho no ocurrido hasta el año anterior, los cristianos vivian mas pacíficamente en su vecindad. Por otra parte, Hadji-Osman-Effendi, caimakan de Gop, es justo y severo con esos merodeadores, y sabe tenerlos á raya. Este kiaia, así como el del pueblo de Ger, cerca de Erzerum, me habló de los franceses que debian venir á establecerse en el Kurdistan. Ignoro de dónde puede proceder semejante creencia; pero supongo que debe su orígen á varios de mis compatriotas, quienes habrán imaginado esta fábula á fin de que les sirvan los armenios, prometiéndoles para lo futuro auxilio y proteccion.

XLVI

Un antiguo pueblo armenio.—Cultivo admirable.—Llegada á Aklat.—Los jardines frutales.—Aspecto del lago de Van.—Descripcion de Aklat.—Visita á los monumentos antiguos de los alrededores.—Vivienda singular.—Precauciones inútiles para librarse de las pulgas.

Al dia siguiente, antes de llegar al lago de Nazik, pasamos cerca de un antiguo pueblo armenio, ahora ruinoso; y el guia nos mostró numerosos agujeros, practicados en la roca que formaba el suelo; por su estrecho orificio, per-

fectamente redondeado en el interior, reconocí que debian haber servido como depósito para guardar vino ú otra bebida cualquiera.

A orillas del lago Nazik, que solo tiene de cuatro á cinco kilómetros de longitud, encontramos un grupo de jóvenes que acababan de robar á una osa sus dos hijuelos, y los llevaban triunfalmente.

Estos pequeños animales avanzaban gruñendo de una manera tan cómica que compré uno de ellos por cinco piastras (una peseta).

Despues de tomar un frugal refrigerio en Porcouz, pueblo armenio, nos dirigimos hácia Aklat, á través de una meseta admirablemente cultivada, donde el trigo era tan hermoso y estaba tan perfectamente sembrado, que hubiera podido creer me hallaba en una de las mas ricas localidades de Beauce, en medio de un cultivo perfeccionado.

Por la tarde llegamos á Aklat: el paisaje no es el mismo; pero aun ofrece el aspecto mas agradable; mas allá de las colinas, cubiertas de árboles cargados de frutos, divisamos las aguas azules y tranquilas del lago de Van, cuyos contornos sinuosos se destacan con la mayor limpieza.

Las montañas, que se prolongan en suave pendiente hasta las orillas del agua, son áridas en su cima; pero los flancos están cubiertos de matorrales, de encinas y de enebros.

En lontananza distingo el punto que ocupa la ciudad de Van, al pié de una cadena de montañas que parecen de un color azul de ultramar muy puro; en la orilla meridional del lago percibo tambien algunas pequeñas islas verdosas; y acá y allá atraen mis miradas varios pueblecillos, por la espesura de los verjeles que les rodean.

Antes de ver las casas de Aklat pasamos por debajo de verdaderas bóvedas de verdura, y llegamos así á las orillas de un torrente que corre entre dos muros perpendiculares de roca, donde se ven numerosos agujeros abiertos por la mano del hombre.

Estos agujeros son cavernas, semejantes á las viviendas de los trogloditas, y de muy difícil acceso, si no imposible; supónese que estas excavaciones artificiales son antiguas tumbas de la época asiria.

Nuestro zaptie nos busca un alojamiento, que no es otra cosa sino una abertura de la roca tapada por una pared de barro; casi todas las casas situadas á orillas del torrente están construidas del mismo modo.

Mas ó menos bien nos instalamos en esta vivienda, y apresuréme á ir á recorrer los jardines y ruinas, por las que se considera la ciudad como uno de los puntos mas importantes que se puedan visitar en el camino de Erzerum á Van.

Las míseras casas de Aklat están edificadas sobre los restos de la antigua ciudad armenia de Klat, que en diversas épocas fué la mas opulenta de estas comarcas, gracias á la posicion que ocupaba á orillas del lago de Van, en un punto fértil, bañado por abundantes aguas.

Era tambien el sitio por donde pasaban los caminos de Erzerum, de Van, de Mouch y de Bitlis, lo cual le daba doble importancia bajo el punto de vista comercial y estratégico.

Aun ahora, si se levantasen de nuevo las murallas de Aklat, se podria defender los distritos de Melesgerd, de Bayazide, de Boulanlik, y de Tholkour, contra las incesantes incursiones de los kurdos.

El primer edificio antiguo que se ofreció á mis miradas era un mausoleo, que segun la tradicion es la sepultura del sultan Bayandour, uno de los jefes de las tribus tártaras que en el siglo décimoquinto se apoderaron del país. Este monumento está bien conservado aun, y admiré su arquitectura, donde se ven á la vez los adornos del estilo persa y del árabe.

Cerca de esta tumba me enseñaron otras, pero no en tan buen estado ni tan ricas en adornos: son las de los sultanes Ak-Kouyunli y Kara-Kouyunli (carnero blanco, y carnero negro), de los dos partidos que durante largo tiempo se dividieron el Iran. Un poco mas léjos, en un montecillo de arenisca muy escarpado, enseñáronme los restos de una fortaleza, de la cual se distinguen aun las torres y murallas que en tiempo de los reyes de Armenia defendian la antigua ciudad, célebre con el nombre de Keklat; era una de las principales residencias reales, capital de la provincia armenia de Keznouris.

Sometida en el noveno siglo á los mahometanos, vuelta á tomar á fines del décimo por los griegos del Bajo Imperio, la ciudad de Keklat perteneció sucesivamente á los árabes, á los conquistadores tártaros, y á los osmanlís, quienes la tuvieron largo tiempo por residencia. Schak-Harmen se apoderó de ella á fines del siglo XII; y recobrada sin resistencia por el célebre Saleh-Eddin, cayó finalmente en poder de su sobrino el sultan Mele-Kadel, en 1207, quedando bajo el dominio de los osmanlís.

Despues de tantas vicisitudes no se encuentran sino ruinas en esta ciudad famosa; y por una singularidad notable, los conquistadores tártaros, esos nómadas por excelencia, son casi los únicos que han dejado en la arquitectura huellas de su paso.

Despues de esta interesante excursion, y al fin de un dia bien empleado, dirigíme á nuestro alojamiento, sin pensar mas que en el descanso; pero eran tan numerosos los insectos en el tugurio que nos habia buscado el zaptie, que á pesar de mi precaucion cotidiana de espolvorear con pelitre la piel de oso que me servia de lecho, hube de alejarme de aquel sitio, dejando en él á mis compañeros, cuya epidermis, menos sensible, podia sufrir las picaduras. Coloqué mi tienda fuera, y en ella pasé tranquilamente el resto de la noche.

XLVII

Marcha de Aklat.—Incidente.—Avidez de un armenio.—Visita á la fortaleza – Las tortugas.—La montaña y los camellos de Nemrod.

En la mañana del dia siguiente presenciamos un hecho que nos distrajo, y que puede dar una idea bastante exacta del valor relativo de las monedas de plata y cobre. Un veterinario armenio, que habia puesto dos herraduras á uno de mis caballos por la suma de cuatro piastras, no queria devolverme, por el cambio de la moneda de plata que le habia dado, para que cobrara, sino veintiseis piastras en vez de treinta y ocho, que me correspondian segun el curso corriente de las monedas de cobre en todo el Kurdistan. Como era natural, rehusé; pero el hombre me aseguró que no tenia otro dinero en su casa; y el caso era apurado, porque tampoco yo poseia distinta moneda.

—Pedid á uno de vuestros vecinos, le dije yo entonces.

—Soy demasiado pobre, me contestó; ninguno querria prestarme.

Para terminar la discusion, manifesté al veterinario que saldria de Aklat antes de media hora, y que si no me llevaba el cambio á tiempo, iria á recobrar mi moneda, y no pagaria las herraduras.

A los cinco minutos, el buen hombre volvió ofreciéndome una piastra mas, y refiriéndome sobre ella una interminable historia. Curioso por saber hasta dónde llegaba su avaricia, rehusé aceptar, y dispuse que se apresurase la marcha. El armenio nos siguió gritando y lamentándose.

De vez en cuando nos ofrecia una piastra mas, aumentando la suma á medida que nos alejábamos de Aklat.

De este modo anduvo mas de una hora detrás de nosotros, hasta que sacando de su bolsillo interior un saquito lleno de dinero, devolvióme lo que yo pedia y alejóse riendo, muy admirado de mi tenacidad, pues creia, segun dijo, que los *Ferenkzous* eran mas fáciles de engañar.

En la orilla del lago, junto á la desembocadura del torrente del Aklat, vimos el antiguo castillo turco; pero seguramente no contaba tanto tiempo de existencia como las murallas que examiné la víspera, pues una inscripcion árabe que habia sobre la puerta afirmaba que una parte de la fortaleza fué construida por el sultan Selim, y la otra por Suleiman, en el año 975 de la hegira. Las murallas y las torres existen aun, y bastaria una ligera reparacion para ponerlas en estado de defensa.

En el interior de esta fortaleza hay doscientas casas, mezquitas y baños; pero todo se halla en estado ruinoso, y solo habitan allí dos pobres familias armenias.

Siguiendo las orillas del lago en la direccion norte y sur, para dirigirnos á Tativan, cruzamos una llanura bien cultivada, al pié de una cordillera designada con el nombre de Nimroud, pasando despues cerca de algunos pueblos que, vistos á cierta distancia, parecen toperas. Me admira el gran número de tortugas que encontramos á cada momento, y que con su negruzca masa se mueven pesadamente á través del camino, sin que al parecer les inquiete nuestra presencia. Los habitantes no comen la carne de estos animales, y hasta parece que les inspira la mayor repugnancia; ni siquiera aprecian los huevos, tan buscados en otras localidades, ni tampoco la concha, de la cual podrian sacar mucho partido.

Entre la espesura de enebros que cubre algunas partes incultas de la llanura, vemos á menudo el esqueleto huesoso de estos quelonios, cuya concha está desprendida.

A pocas horas de Aklat, termina bruscamente la cadena de montañas de Nimroud, cuya base hemos seguido, y ofrécese á nuestra vista un extraño espectáculo: contemplamos un inmenso edificio de forma cúbica, cuyas murallas perpendiculares, parecen elevadas por el hombre.

La tradicion se ha utilizado de aquella singularidad de la naturaleza para atribuir á esta parte de la montaña, un orígen semejante al de la torre de Babel. Supónese que es la base de una inmensa torre edificada por Nemrod el cazador, para ponerse al abrigo de un nuevo diluvio; pero Dios, á fin de castigar la temeridad y la poca fe de este hijo de Cain, exterminó con sus rayos, antes de terminar la construccion, á todos cuantos en ella tomaban parte.

Enormes rocas, gastadas por el tiempo, y que aun presentan formas singulares, serian, segun la tradicion, camellos y hombres petrificados, para que las razas futuras aprendan á temer al Criador.

Algunas piedras, en efecto, se asemejan vagamente á un camello echado.

XLVIII

BITLIS Y VAN

Llegada á Tativan.—Sitio encantador.—Salvajismo de los habitantes.—Triste régimen.—La fabricacion de manteca en Armenia.—Impuestos regulares é irregulares.—Bandolerismo de los kurdos.—Cómo se escapó un jefe kurdo de las manos de los zapties.—Antigua importancia de Tativan.—El puerto y la navegacion en el lago de Van.—Los ánades casarca.

Por la tarde llegamos á Tativan, pueblo situado á medio kilómetro del lago de Van, en un sitio agradable. No encontramos, como en Aklat, un bosque de árboles frutales, pero sí verdosos campos, que contrastan con la aridez y sequedad de las montañas. Magníficas praderas, cuya riqueza se conserva con poderosos medios de riego, me prometen una buena cosecha de insectos, lo cual me induce á detenerme dos dias en este punto.

Los habitantes y las casas no están, por desgracia, en armonía con el encanto del país; la poblacion tiene algo de salvaje en su manera de



Cazador kurdo

vivir; la reunion de las guaridas que forman este pueblo indica una prodigiosa indiferencia por el bienestar; los utensilios de cocina se reducen á varios platos de barro y de madera para comer, y grandes jarros donde se guarda el grano; los lechos se reducen á unas míseras esterillas.

El alimento de los habitantes se compone casi solo de leche y huevos, y sobre todo de *burghul;* y es preciso someternos á este régimen; mas por fortuna, las tórtolas, que se hallan á centenares en los alrededores del pueblo, sirvieron para variar un poco nuestra comida.

El burghul, que sustituye al pan, se hace con trigo secado en el horno, machacado despues en un mortero de piedra y cocido luego en el agua. Esta pasta se sazona con manteca; pero el condimento, siempre rancio, tiene un sabor detestable, lo cual proviene de la manera de hacerle y de la suciedad de la vasija que se emplea en la operacion.

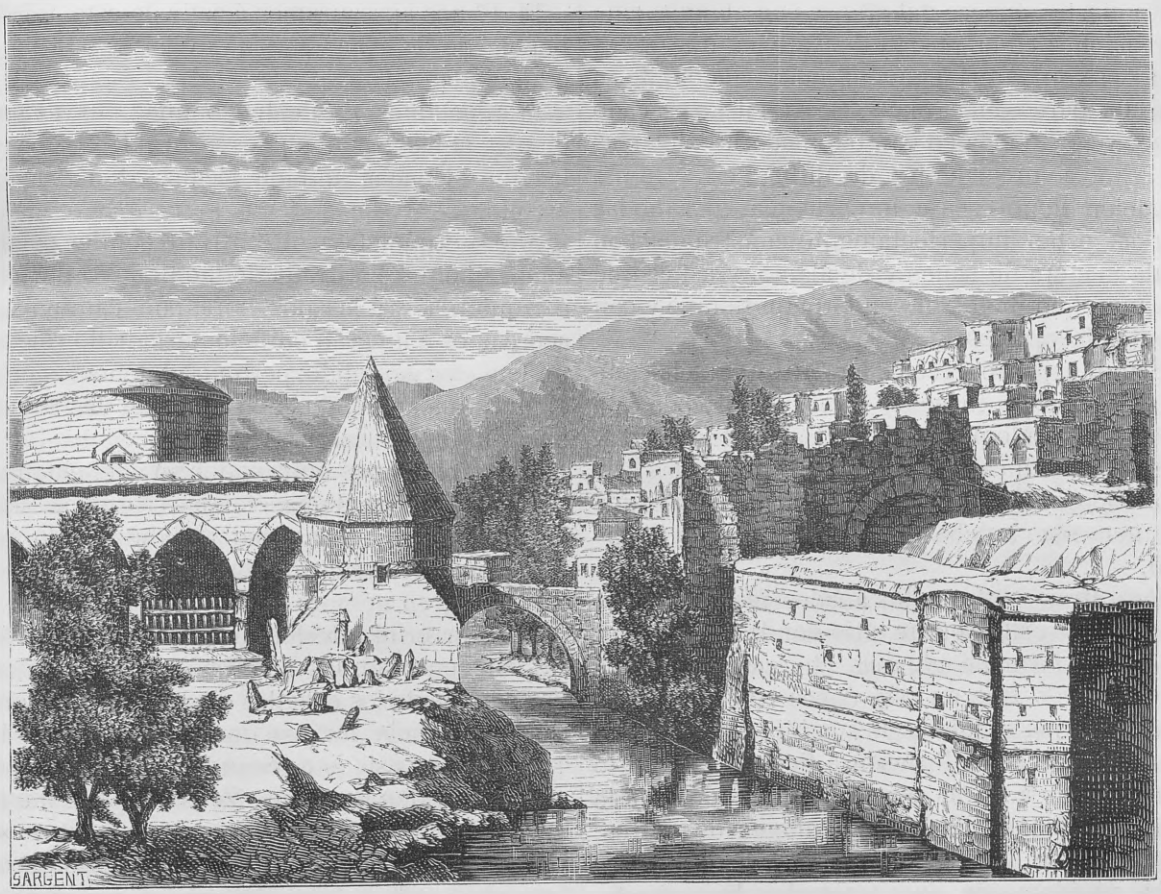
Las mantequeras que se usan en la mayor parte de Armenia y el Kurdistan, son cilindros de madera ó de barro, terminados en sus extremidades por una especie de asas; en estas últimas se atan cuerdas, y por ellas se suspende horizontalmente el objeto de una viga del techo ó de una gruesa rama de árbol. Una mujer ó un niño balancean continuamente esta vasija, en

parte llena de leche, hasta que la manteca se acumula, y entonces se retira por un agujero practicado en el centro del cilindro; pero sin lavarla como se debe para su conservacion.

Los habitantes armenios se quejan aquí, como en todo el Kurdistan, de los impuestos regulares é irregulares, sobre todo de estos últimos, los mas gravosos, porque los exigen los kurdos y empleados turcos de todas categorías y grados, que pasan continuamente por el pueblo. En efecto, Tativan es el punto de paso forzoso de los viajeros que desde Van se dirigen á Bitlis, ó á Erzerum.

Por estas circunstancias fueron al principio muy difíciles mis relaciones con los armenios; pero al ver que yo pagaba cuanto tomaba, mostráronse mas conciliadores, y obtuve de ellos cuanto podian proporcionarme sus recursos.

Los empleados del gobierno, aunque perciben una cantidad para gastos de viaje, no proceden del mismo modo, y á veces pagan solamente á latigazos ó sablazos. En cuanto á los kurdos,



Vista de Bitlis

aun eran peores: llegaban de improviso al pueblo cinco ó seis hombres bien armados; recogian los víveres, granos y animales que necesitaban, y era preciso callar; los habitantes parlamentaban algunas veces con aquellos bandidos, para conseguir que disminuyeran su demanda, siempre exorbitante; pero cansados al fin dejábanse despojar. En el caso de que los pobres armenios rehusasen pagar, retirábanse los kurdos sin decir palabra; pero llegada la noche prendian fuego á varios campos y al dia siguiente presentábanse mas numerosos para coger lo que se les negó la víspera. Segun he dicho antes, la pequeña expedicion de Ismail-Bajá puso momentáneamente término á este bandolerismo; pero el gobierno turco necesitará gran firmeza y una severidad ejemplar para que los kurdos renuncien á sus costumbres de rapiña.

Cuando el bajá de Erzerum mandó buscar á los jefes kurdos autores de los desórdenes que en 1869 habian ensangrentado los alrededores de Mouch y de Bitlis, uno de ellos, perseguido por los zapties, se refugió en una de las chozas de Tativan. Cercado por todas partes rehusaba rendirse; y al fin, parlamentando con los gendarmes, obtuvo que se dejara á su caballo volver hácia la gente de la tribu, para que esta supiera que su jefe estaba prisionero.

Engañados los zapties por este ardid, apartáronse de la casa para que saliera el animal; pero en el mismo instante pasó entre ellos como un relámpago el caballo y el jinete, que se habia agarrado á su montura. Apenas hubo franqueado la puertecilla baja, el kurdo se colocó en la silla y huyó, descargando sus dos pistolas contra sus adversarios, demasiado sorprendidos para osar perseguirle. En efecto, bien podia admirarles ver que un hombre á caballo habia salido por una puertecilla por la que apenas podia pasar el último bajando la cabeza.

En ciertas épocas del año se ven algunas embarcaciones en el puerto de Tativan, que no es otra cosa sino una pequeña ensenada donde se izan los barcos en la playa. De Van llega pescado seco, y se exporta en cambio madera y diversas mercancías procedentes de Bitlis; pero esta navegacion tiene escasa importancia, porque las barcas están imperfectamente construidas con mala madera de sauce y de álamo, y así es que no marchan bien sino en el buen tiempo y con vientos favorables.

Segun esperaba, recogí en Tativan una hermosa coleccion de insectos raros, propios de esta localidad, y además maté varios ánades casarca.

Esta magnífica ave es muy comun en las orillas del lago Van; pero es difícil obtenerla porque se necesita mucha paciencia y cierta agilidad.

Para tirar contra estos ánades me eché en la arena de la orilla, en un sitio donde el agua dulce habia formado algunas charcas, y esperé á que las aves, que en esta época viven aun apareadas, y que seguidas de sus hijuelos nadaban juntas en el lago, llegasen á tierra á comer, lo cual hacen á horas marcadas. Cuando toda la familia habia avanzado á un centenar de metros, levantábame, y emprendiendo la carrera avanzaba rápidamente para cortarles la retirada. Apenas me veian, los pequeños, que no volaban aun, retrocedian presurosos hácia el lago, mientras que los padres, pasando sobre mi cabeza, revoloteaban á mi alrededor para distraerme, lo cual me permitia tirar fácilmente. La rapidez con que corren es tal, que con frecuencia llegaban los hijuelos al agua antes que yo pudiera hacer fuego; en el lago nadaban tambien con singular velocidad, y poníanse muy pronto fuera del alcance de mi escopeta.

La carne del ánade casarca es muy delicada, sobre todo la del individuo jóven. El plumaje tiene un color pardo rojizo claro; la cabeza y la frente son grises: la cara superior de las alas blanca, y las rémiges ofrecen un reflejo brillante que varía del verde al rojo púrpura. Estos ánades dejan oir casi continuamente un grito semejante al de las ocas.

En ningun punto abunda tanto esta especie como en las llanuras del Kurdistan: los turcos le dan el nombre de *quaz-tilki* (oca-zorra).

Sin embargo, el interés que ofrece la cacería de insectos y de ánades se acaba muy pronto.

XLIX

Marcha á Bitlis —Un kan abandonado.—Las palomas torcaces.—Una caravana sorprendida por la nieve —Llegada á Bitlis.—Descripcion de la ciudad.

El 17 nos apresuramos á salir de este mísero pueblo de Tativan, para ir á visitar á Bitlis, la gran ciudad.

Franqueamos desde luego unas suaves pendientes cubiertas de una espesura de encinas, á las que el hacha impide alcanzar todo su desarrollo.

A dos kilómetros de Tativan comienza una ancha llanura bordeada de montañas á derecha é izquierda; y á las dos horas de camino nos acercamos á un gran edificio de ladrillo rojo: es un kan casi demolido; pero nos detenemos en él algunos instantes, y penetramos en las ruinas, que son muy curiosas.

Al aproximarnos emprenden su vuelo algunos centenares de palomas torcaces, únicos habitantes del kan; escápanse aturdidamente por todas las aberturas, y nos bastan pocos tiros para cazar un gran número.

Al recorrer el interior de este inmenso edificio, encuentro en las cuadras muchos esqueletos: son los de los caballos que mueren durante la permanencia forzosa que hacen á veces las caravanas en este kan, cuando les sorprende la nieve y quedan cercados. Nuestro zaptie me refirió que se habia hallado una vez en este caso, y que estuvo un mes entre aquellos escombros. Los caballos de la caravana, en los cuales no se suele trasportar alimento, se comieron primero la paja de las albardas, despues royeron la madera, y al fin murieron; en cuanto á los hombres, no teniendo víveres de ninguna especie, hubieron de contentarse con la carne de los caballos.

Los acontecimientos que ocurren actualmente en Turquía, prueban demasiado bien hasta qué punto es impotente la administracion turca en cuanto á organizar nada, ni aun en las provincias mas próximas á la capital, para que sea necesario decir aquí lo que deberia hacerse en las del Kurdistan, si se quisiera impedir que las caravanas y traficantes se vean tan á menudo expuestos á semejantes horrores.

A decir verdad, se me resistia creer que tan

grande y magnífico edificio estuviera completamente abandonado cuando tan fácil le seria al gobierno repararle y almacenar cierta cantidad de forraje para los casos apurados, como el que acabo de indicar.

Al acercarnos á Bitlis encontramos otro kan ruinoso tambien; es mas pequeño que el anterior; pero mas interesante por su arquitectura.

En este punto, á nuestra derecha, extiéndese un valle notable por su gran anchura: está en parte cubierto de matorrales, y es el del Bitlis-Sou, que viene de Mouch, cuya vasta llanura fertiliza.

Costeamos durante algunos kilómetros la orilla derecha de este rio, ó mas bien de este torrente, cuyas aguas saltan en cascadas hasta Bitlis, ciudad que se ofrece de pronto á la vista al doblar un recodo del camino.

Veinte años antes que yo, Javier Hommaire de Hell hizo el mismo viaje acompañado de Julio Laurens, el eminente artista, é hizo de Bitlis la siguiente descripcion, la cual me parece tan exacta aun en la época de mi paso, que creo lo mejor reproducirla sin añadir nada.

«Despues de almorzar, dice, Laurens y yo nos apresuramos á ir á la descubierta.

»Una larga calle, bordeada de paredes y de algunas casas, nos conduce inopinadamente frente á la parte central de la ciudad, que se ofrece á nuestros ojos como una verdadera decoracion teatral.

»El golpe de vista es admirable, tan variado en los detalles, como original en su conjunto: en el fondo del valle del Bitlis, que desde aquí dominamos, elévase una meseta circuida de escarpaduras, coronada por una antigua fortaleza, y en cuyos lados hay mezquitas, kanes y numerosas casas, que parece van á derrumbarse hasta el fondo del valle.

»Todo lo que constituye el encanto del Oriente se resume aquí: antiguas murallas, mezquitas cubiertas de sombra, cúpulas y brillantes cristales. En el fondo del desfiladero, el rio produce el mejor efecto, con sus puentes de estilo ojival; y este es precisamente el que comunica un carácter particular á la ciudad, porque es el adoptado en todas las construcciones públicas y particulares.

»Los puentes ofrecen sin distincion el mismo estilo, así como las mezquitas y la fortaleza. Se encuentra no obstante el medio punto en algunas construcciones y hasta el arco muy rebajado, tal como se adoptó á fines de la época ojival, á principios del Renacimiento; pero este arco, siempre rebajado aquí, no ofrece de ningun modo esa forma esbelta que pertenece exclusivamente á los arquitectos occidentales de la Edad media.

»Todas las casas tienen terrado: la piedra, obtenida de las capas volcánicas, tiene un color pardo rojo que se armoniza muy bien con la vegetacion.

»Los grandes bazares, sólidamente abovedados, y que parecen muy antiguos, extiéndense en ambas orillas del Bitlis.

»La meseta que sostiene la antigua fortaleza está rodeada de roca volcánica y circuida de escarpaduras. Dos rios se reunen debajo del castillo, formando el Bitlis-Nhai, en cuya orilla se ven bazares, kanes y dos mezquitas.

»Otra meseta, separada de la del castillo por un profundo barranco, no ofrece á la vista mas que un vasto cementerio, donde el ciprés domina.

»La orilla izquierda del rio, cubierta de casas y jardines en forma de anfiteatro, abunda en magníficos puntos de vista.

»Al pié del castillo pasa el camino de Van, que remonta el rio y le costea en una gran extension.»

L

La casa de Hassan-Bey.—Visita de dos armenios católicos — Dificultades para sepultar un muerto.—Los negociantes armenios y las exigencias de la aduana.—Resuélvese la cuestion de los armenios católicos —La fortaleza de Bitlis.—La poblacion.—Los misioneros americanos.

Habia recibido del cónsul inglés de Erzerum una carta de recomendacion para un rico habitante de Bitlis, llamado Hassan-Bey; y á su casa me dirigí desde luego.

Hallábase situada en la orilla izquierda y en parte oculta debajo de los árboles frutales de un hermoso jardin.

Durante la comida vinieron á visitarme dos armenios, dos católicos de los mas influyentes, quienes habiendo sabido por la voz pública la llegada de un francés, querian ofrecerme sus afectos en nombre de toda la comunidad. Despues de algunas corteses frases acerca de mi salud y mi viaje, y suponiendo que como francés yo era de su religion, habláronme del mal estado de los católicos en Bitlis. Su obispo, que habita en Diarbekir, no se interesa apenas por ellos, y los monjes italianos de Trebisonda, de quienes tambien dependen, parecen olvidarlos, aunque han remitido ya una considerable suma para el tesoro de San Pedro.

Acaba de ocurrir un hecho grave y enojoso: un católico murió hace algunos dias; los armenios cismáticos, que poseen en la ciudad de Bitlis doscientas casas, mientras los católicos no tienen sino veinte, se han opuesto, contraria-

mente á lo que se habia hecho hasta hoy, á que se entierre un católico en el cementerio gregoriano; y de la discusion se ha pasado á la lucha á puñetazos y palos. Conducido de nuevo el muerto á su casa, los católicos se han presentado al caimakan, quien rogó á los cismáticos tolerasen provisionalmente lo que antes permitian; pero estos persistieron en rehusar. Así habian pasado quince dias; el cadáver exhalaba un olor insoportable, y no se sabia qué hacer; los delegados católicos me rogaban que usase de mi influencia con las autoridades para enterrar el muerto en su iglesia.

Costóme no poco trabajo demostrar á los infelices armenios que nada podia hacer en su favor, como no fuese desearles mejores tiempos.

Sin embargo, un hecho de otro género, bastante curioso tambien, permitió á los católicos ganar su causa; y al dia siguiente, escoltados por la fuerza pública, fueron á enterrar su muerto en el lugar que deseaban.

Al recorrer la ciudad observé que todos los bazares estaban cerrados, y que la poblacion, muy numerosa en las calles y plazas, parecia muy animada. Al informarme acerca de la causa de aquel movimiento, supe que los negociantes en telas de Bitlis, que son todos armenios, se habian declarado en huelga.

Un grueso tejido de algodon teñido de rojo constituye desde remota época el principal comercio de Bitlis. Ahora bien, hace tres años resolvió el gobierno que en el de 1286 de la hegira, los fabricantes pagarian un derecho de aduana por la salida de dicha tela; y la administracion convino con ellos en que satisfacieran tres años adelantados; pero llegado el 1286, la aduana, que deseaba reunir anticipadamente fondos para el tesoro, por razones que me parecieron algo embrolladas, quiso percibir de nuevo el impuesto sobre las mercancías, satisfecho ya, pues que llevaban el sello y el marchamo de la administracion. De aquí resultó un gran motin entre los armenios, que se negaron á pagar.

El bajá de Mouch, consultado por el caimakan de Bitlis, aconsejaba se recomendase á los negociantes que abriesen sus almacenes y enviasen una comision á Mouch ó á Erzerum, cabeza de distrito del vilayeto; pero los mercaderes, á quienes tan á menudo se habia engañado y robado, temiendo una nueva perfidia, negáronse á todo, y exigieron el estricto cumplimiento de la ley. Entonces, los católicos, por espíritu de venganza contra los gregorianos, ó para conciliarse el favor de la autoridad, pagaron á la aduana, abrieron sus tiendas, y por este medio ganaron su causa.

Habia llegado, pues, á Bitlis en plena revolucion; Hassan-Bey, que era musulman, se admiraba de ver al caimakan discutir así con los cristianos.

—Hace algunos años, me dijo, no se procedia de este modo: he visto á menudo apalear á los cristianos impunemente; y aun cuando se matase á uno, solo se pagaba una multa.

Cuando los bazares están cerrados en una ciudad de Oriente, poco hay que ver; y por eso no estuve mas de veinticuatro horas en Bitlis. Habia recorrido, sin embargo, la fortaleza, cuyos restos indican cuál debió ser en otro tiempo su importancia; algunas partes de las ruinas tienen un aspecto fantástico y una sombría grandeza, que jamás observé en las de otras fortalezas de otros países. Tuve ocasion de examinar inscripciones turcas y árabes; cerca de la puerta de entrada adivínanse, mas bien que se ven, unos bajos relieves que afectan vagamente la forma de personajes; pero se han desgastado de tal modo, que es imposible formar opinion sobre su orígen.

Los minaretes de las mezquitas no son esbeltos como los de Constantinopla ó Trebisonda, pero sí notables por su tamaño.

Cuéntanse en Bitlis sobre unas cuatro mil casas.

Varios misioneros americanos evangelistas han venido á establecerse en esta ciudad y han hecho algunos prosélitos, edificando una especie de convento en una de las alturas que dominan á Bitlis. Yo llevaba para ellos una carta del cónsul inglés; pero como se hallaban tan léjos no fuí á visitarlos, con tanta mas razon cuanto que en la tarde del mismo dia fué á verme á casa de Hassan un individuo de la comunidad. Nuestra conversacion fué muy corta, porque este misionero hablaba solo el inglés y las lenguas del país, que yo comprendia muy poco. No obstante, supe por él que entre los armenios gregorianos se hacen todos los prosélitos protestantes, pues son unos pobres diablos á quienes el cebo de un traje ó de un poco de dinero hace renunciar á su fe; pero una vez gastado este y con él la ropa, vuelven á adoptar sus antiguas creencias.

LI

Salida de Bitlis.—Cabalgata numerosa.—Los caballos kurdos.—La caza de los alrededores de Bitlis.—Los lebreles.—Regreso á Tativan.—Marcha á Van.—Llegada á Gollu.—Caza abundante.—Las perdices chukar.—Kouskoumkrankilisa.—Llegada á Neurkiouk.—Hospitalidad armenia.

El 18 salí de Bitlis con gran escolta: mi patron me dispensaba el honor de acompañarme con sus parientes y amigos, deferencia bastante acostumbrada en estos países.

Estos kurdos, luciendo sus vistosos trajes, formidablemente armados, y con sus ligeras monturas, formaban una magnífica cabalgata; y al compararme con ellos, no pude menos de reconocer que hacia una triste figura.

Durante el camino les admiró mucho ver que detenia de pronto mi caballo y me apeaba para recoger un insecto que corria entre la yerba. Los unos reíanse á carcajadas; pero otros, por el contrario, echándosela de entendidos, me calificaban de hakim (doctor), asegurando que aquellos pequeños animales debian entrar en la composicion de los remedios.

La principal riqueza de Bitlis, segun he dicho antes, consiste en la fabricacion de tejidos; pero los alrededores son ricos en productos del suelo. Á pocas horas de Bitlis hay grandes bosques de encinas de varias especies: la principal es el



Lago y fortaleza de Van

uercus oophora, cuyas hojas se asemejan á las del castaño; pero las bellotas son mas grandes que los huevos de paloma. Los kurdos las llaman hakraari; recógenlas con cuidado, y las comen en invierno á guisa de pan.

La miel de Bitlis tiene tambien mucha nombradía; es muy blanca, y perfectamente límpida.

Los caballos de este país se distinguen por una incontestable superioridad: mas grandes y fuertes que los árabes, aunque no de formas tan esbeltas, son duros para la fatiga; tienen el cuello alto y erguido, pecho muy ancho, y la grupa carnosa. Los caballos de esta raza son principalmente notables por su valor y resistencia y la rapidez de su carrera; pero pierden muy pronto sus buenas cualidades por el mal trato que reciben; sus dientes se desgastan antes de tiempo, porque se les da á comer la cebada mezclada con tierra y grava: el forraje les engorda á menudo con exceso.

Un caballo de cuatro ó cinco años, de mediana talla y bueno para el servicio, puede valer de ciento á ciento cincuenta pesetas; si se trata de uno excepcional, de tres á cuatro años, su precio puede variar de doscientas á doscientas cincuenta; pero jamás pasa de aquí.

En las montañas de los alrededores se encuentra mucha caza: son muy comunes los osos, los lobos, las cabras salvajes y las liebres; varios de los kurdos que me escoltaban eran famosos cazadores. Persiguen al oso con grandes mastines

algo semejantes á nuestros perros del Pirineo: para las liebres emplean lebreles magníficos, mas robustos que los persas, y de pelaje mas áspero, aunque tienen con ellos muchísima afinidad. En las montañas del Kurdistan, y particularmente en las de los alrededores de Bitlis, existe, segun me han dicho, una especie de urogallo, afine del que hay en el Cáucaso, aunque mas pequeño; mas á pesar de mi cuidadosa exploracion, jamás pude ver una de estas aves.

Desde Bitlis á Tativan hay cuatro horas: por la tarde llegamos á las orillas del lago, y despues de reposar una noche, emprendí la marcha hácia Van.

Por la mañana cruzamos muchos torrentes, franqueando las aristas de varias montañas, y despues de haber dejado tras nosotros los pueblos de Toukti, Koutom, Khemer y Zapour, vimos por fin las orillas del lago en Chamounis. Todas las vertientes de las montañas están cubiertas de encinares; pero en los alrededores de los pueblos y al borde de los torrentes, crecen muchos árboles frutales, sobre todo nogales gigantescos, cargados de excrecencias enormes. Estas son las que explotan los lobularios de que hablé anteriormente; y con frecuencia sucedió que los antiguos propietarios, tomándome por uno de esos mercaderes de madera, me propusieron la compra de algunos árboles.

De vez en cuando veíamos á nuestra izquierda el lago, al que nos acercaban mucho á intervalos las sinuosidades del camino. Existe otra via que costea siempre las orillas del lago; y esta es la que siguió M. Hommaire de Hell al dirigirse á Van: por ella regresaré yo.

A eso de las cinco de la tarde, despues de atravesar un gran pantano, llegamos por fin al pueblo de Gollu ó Geullou, situado en el centro de una llanura en la que se ven diseminados otros tres ó cuatro pueblos.

Esta llanura, rodeada por todas partes de montañas, no tiene sino una estrecha salida hácia el lago; y por eso se trasforma durante el invierno en una inmensa laguna *(gol* ó *geul* significa en turco lago).

Gollu y los demás pueblos están situados en montecillos de poca elevacion, aunque de suficiente altura para que sus habitantes se hallen al abrigo de las inundaciones anuales. El suelo es muy fértil, y da magníficos productos. En ningun punto he hallado la caza tan abundante como en esta localidad.

Al salir de Gollu, atravesamos una cadena de montañas donde las perdices chukar emprenden á cada instante su vuelo bajo los piés de nuestros caballos; y oimos sus gritos de llamada, semejantes al cacareo de una gallina; estos gritos, que parten de todos lados á la vez, nos harian casi creer que estamos en medio de un corral. Por doquiera encontramos á los habitantes dispuestos á recibirnos bien: mediante una ligera retribucion nos proporcionan alimento y forraje para nuestros caballos. En el pueblo de Naningas, un armenio me pidió solo tres piastras (sesenta céntimos) por haber dado unos tres litros de cebada á cada cual de mis cinco caballos, sirviéndonos además huevos, legumbres, manteca y leche cuajada, es decir, todo lo mejor que tenia.

El tejado de la iglesia de este pueblo, que solo se compone de casas armenias, estaba completamente cubierto de palomas salvajes, tan poco asustadizas, que me parecieron domesticadas y no me atreví á tirar contra ninguna. Solo cuando me dijeron que me engañaba disparé un tiro y maté diez ó doce.

Al salir de Naningas, el camino se accidenta mucho, sobre todo, en el sitio llamado Kouskoumkrankilissa (traduccion literal; iglesia del barranco que rompe las gruperas); en un reborde de la montaña está situada la iglesia, así como algunas casas, circuidas de una alta muralla que las protege contra los ladrones kurdos. Aunque llamé repetidas veces á la puerta del edificio, no conseguí entrar.

Hicimos alto un poco mas abajo de este punto, y descansamos á la sombra de un magnífico nogal, el mas grande que he visto en toda mi vida.

A partir de Kouskoumkrankilissa avanzamos por el curso del afluente de un rio que atravesamos varias veces para llegar á Neurkiouk, situado en la orilla izquierda: el valle es en este punto mucho mas ancho, y está perfectamente cultivado.

El kiaia nos ofrece hospitalidad en su casa, verdadero laberinto de varias salidas; en el centro está la habitacion donde vive la familia, juntamente con todos los animales.

El mudir, que vive á pocos kilómetros de distancia, en un kan rodeado de varias casas, me envia un recado para que vaya á pasar la noche en su compañía; pero rehuso porque estoy muy bien aquí, y no debo desairar al hombre que parece haberme recibido con la mas sincera cordialidad.

Por otra parte, comienzo á acostumbrarme á vivir en compañía de los búfalos; el olor del estiércol de estos animales no ofende ya tanto á mi olfato; y contesto al mudir que tendré el honor de presentarme en su casa á la mañana siguiente.

LII

Visita al mudir —Los agiotistas en la moneda de cobre.—Astucia de los persas.—Aspecto de las orillas del lago de Van —Pueblo de Vastan.—Magníficos cerezos.—Llegada á Ingir —Los peces del lago de Van.—Pesca.—Los habitantes de los pantanos —Las tortugas —Salida de Ingir.—La ciudad y la roca de Van.

En la mañana del 21 fuí á visitar á mi vecino el funcionario público, verdadero turco bastante obeso, quien me recibió en su despacho, rodeado de los escribientes, y de una infinidad de sacos de papel. Despues de los primeros cumplidos de costumbre, y haber recibido mi pipa y una taza de café, asistí al interrogatorio de varios persas á quienes acababan de prender en el camino. Llevaban fraudulentamente desde Mouch á Van, moneda de cobre; y á causa de la enorme diferencia del cambio, ganaban así cerca de tres pesetas por libra turca (la libra turca vale veintitres pesetas). La ley prohibe formalmente este género de agiotaje, y aquellos hombres, para ocultar el contenido de los sacos que llevaban sus animales, habíanlos llenado en parte de pedernales para fusil. Toda esta moneda fué confiscada por el funcionario, para enviarla, segun dijo, al gobierno; pero yo sospecho que se reservaria una buena parte.

Los persas, poco satisfechos, fueron enviados con buena escolta á Van.

Al salir de Cavach-Khan avanzamos á buen paso durante un cuarto de hora, y vemos las orillas del lago: á pocos kilómetros está la isla de Aghtamar ó Aktamar, que se destaca claramente á nuestra vista; á la izquierda, en un montecillo elevado, diviso algunas ruinas que me parecen ser las de una fortaleza. En la llanura que debemos atravesar, y que se extiende ante nosotros á gran distancia, distínguense numerosos pueblos, siendo el mas importante el de Narick.

Me falta tiempo para ver á Aktamar y el monasterio de Narick, y debo aplazar estas excursiones hasta la época de mi regreso. Sin embargo, gracias á la trasparencia de la atmósfera, que me permite divisar muy bien, á pesar de la distancia, la isla y el monasterio, puedo sacar un cróquis al paso.

Desde el punto en que nos hallamos, la vista abarca por la derecha un horizonte inmenso: primeramente veo la parte oriental del lago de Van, y despues, en lontananza, la famosa roca, la acrópolis de este nombre. Desde allí hasta nosotros, las orillas del lago se recortan, formando cabos y golfos, penínsulas y bahías, que le comunican el aspecto de un mediterráneo en miniatura.

En el trascurso del dia pasamos por delante del gran pueblo de Vastan, y admírame el gran número de árboles frutales que hay en este pueblo; los cerezos están sobrecargados de frutos deliciosos, que excitan nuestro deseo de probar su sabor, y nos detenemos á la sombra de un magnífico verjel.

Al recorrer una gran llanura muy accidentada vemos numerosas aves que huyen ante nosotros, y que pertenecen á la especie del sirrapte paradójico. Estas aves, notables por algunos caractéres singulares, no son muy conocidas de los naturalistas; mayores que las codornices, pero no tan grandes como las perdices, tienen los ojos negros y brillantes, rodeados de un círculo azul celeste, como la aureola de un santo; todo el cuerpo es de un color gris ceniciento manchado de negro, y la cabeza y el cuello de amarillo; las patas, desprovistas de pluma, están cubiertas de una especie de pelo áspero; los dedos no están conformados como los de las otras aves, asemejándose mas bien á los de un lagarto. Vuelan con asombrosa rapidez, y al batir las alas producen un ruido estridente y seco, que solo podria comparar con el del granizo. Reúnense en bandadas muy reducidas.

Admirábame encontrar estas aves en los alrededores del lago de Van, pues no las creia comunes sino en las estepas saladas de Mongolia: supongo que la naturaleza de los pantanos de agua salobre, inmediatos al lago, son los que las atraen á este punto.

Cuando aquellas aves emprendian su vuelo, oíanse en el aire gritos sonoros. El sirrapte tiene un movimiento tan particular, que no se puede confundir con el de ninguna otra ave; pero hasta cierto punto se asemeja algo al del pluvial dorado y de la becada marina. Es un ave muy recelosa, y difícilmente consigue el cazador acercarse á ella: aquel dia no me fué posible matar una sola; pero felizmente, las codornices, las tórtolas, y diversas aves de los pantanos nos proporcionaron abundante provision.

Por la noche nos detenemos en el pueblo de Ingir, Inguir ó Inguil, situado en la vertiente de un valle donde corre un gran rio, que con mucho trabajo pudimos vadear, á causa de la profundidad y rapidez de la corriente.

Desde este punto se ve un gran número de pueblos, los de Khops, Gugens, Kers, Vastan Atanak, etc., etc.

Por primera vez probé en Ingir el famoso pescado del lago de Van, que los viajeros han calificado hasta ahora de sardina: es la breca de Tarickh *(Cyprinus Tarichi*, Pallas).

Los pescadores del lago de Van, á quienes no

se puede dar apropiadamente este título, porque no pescan jamás sino en los rios que afluyen al lago, cogen estos peces con barredera ó redes, por medio de las cuales interceptan el paso en los riachuelos. He visto que la pesca dura algunas veces hasta el 15 de mayo; pero en los meses de marzo y abril, en la época del desove, es cuando se coge mas. La carne fresca es deliciosa, y tiene un ligero tinte sonrosado.

Para trasportarlos se emplean sacos de lana, donde se colocan por capas despues de espolvorearlos con sal.

A cada momento encontramos caravanas de asnos cargados de estos peces. Los ribereños del lago se limitan á enfilar los peces por las agallas, poniéndolos á secar en forma de guirnaldas á lo largo de sus casas.

Es muy extraño que un pez pueda vivir en



Comerciante persa de Van

aguas tan cargadas de sal de sosa como las del lago de Van: el análisis del depósito que deja la evaporacion da el siguiente resultado:

Cloruro de sodio.	50'6
Sulfato de sosa.	12'5
Carbonato de sosa.	36'6
Sales diversas.	6
	100'0

Cuando la gente del país lava en esta agua su ropa forma espuma lo mismo que si empleasen jabon. En la superficie del lago se ve flotar la piedra pomez; y en ciertos sitios, las orillas están cubiertas de sal cristalizada. Se han formado cerca de Van pantanos salados, donde se recoge una gran cantidad de esta sal, para exportarla á los alrededores, y sobre todo á Persia.

La breca era el único animal que habia visto hasta entonces en el lago: en ningun punto de las orillas encontré nunca moluscos, crustáceos, ó zoófitos.

Los pescadores pretenden que estos peces se duermen despues del desove, porque entonces no ven uno solo.

Es probable que el lago de Van, á causa de su orígen volcánico, tenga en ciertos sitios una gran profundidad; allí se refugian sin duda las brecas, y no pueden alcanzarlas los imperfectos aparatos de los pescadores.

Si el lago está casi deshabitado, no sucede lo mismo con las numerosas lagunas y pantanos que avecinan por todas partes las orillas: en ellos abundan las ranas, las salamandras y tortugas; estas últimas son sumamente vivaces, y al menor ruido desáparecen debajo del agua con

la rapidez del rayo. Todos estos animales atraen un gran número de aves de pantano, que allí encuentran abundante alimento; las mas comunes son las aves-frias, los pluviales y los ánades casarca.

Ingir dista solo cinco horas de Van, á donde deseaba llegar cuanto antes, y así es que al rayar la aurora nos ponemos en marcha. Despues de atravesar algunas colinas, alejándonos del lago, y dejando el pueblo de Adramit á nuestra izquierda, llegamos, á las ocho horas, cerca de un pueblo que domina una iglesia fortificada, como muchas de las que ya hemos visto.

Damos vuelta al pueblo para buscar un puente que nos permita atravesar un pequeño rio, y entonces vemos la ciudad de Van, dominada por la inmensa roca que sostiene la ciudadela. Fué para mí un gran placer contemplar aquella ciudad antigua, objeto de todas mis esperanzas y de todos mis deseos.

LIII

Llegada á Van.—Me alojo en uno de los jardines del arrabal.—Visita inesperada.—El doctor Artom.—El ferik Mahmoud-Bajá.

Dos horas despues nos hallábamos en la plaza de At-Meidan, frente á la puerta de Bitlis, donde nos rodeó al punto un grupo de curiosos, á



Mendiga árabe, en Van

los cuales preguntaba dónde vivia el bajá, cuando mi zaptie, que se habia adelantado para buscar alojamiento, vino á decirme que uno de sus parientes, que vivia en un arrabal, en medio de los jardines, podria ofrecerme una habitacion y una cuadra: era poco, pero suficiente.

No entramos pues aquel dia en la ciudad de Van, y seguimos costeando la doble muralla que sirve de recinto: de trecho en trecho tiene bastiones circulares medio desmantelados; y los muros, de piedra y de barro endurecido, no sirven ya para la defensa.

A la media hora llegué á mi humilde alojamiento, instaléme en él, y disponíame á salir para ver al bajá, cuando entró de improviso en mi cuarto un jóven: iba á ofrecerme los afectos de su padre, el doctor Artom, quien me invitaba á hospedarme en su casa.

Aquel buen hombre me recibió muy cordialmente: habitaba hacia cuarenta años en el Asia Menor, la cual habia recorrido en todas direcciones. Piamontés de nacimiento, era no obstante francés de corazon. Díjome que habia tenido la ventaja, si como tal puede considerarse, de nacer el mismo dia que el rey de Roma; de modo que era ahijado de Napoleon I. Habia ido á Turquía en clase de médico del cuerpo de sanidad.

Recibióme en una habitacion amueblada en un todo á la moda del país, ó sea con divanes y cojinetes; y hasta él vestia exactamente como un anciano Hakim-Bachi turco.

Viviendo contínuamente en medio de una poblacion musulmana, habia adoptado todos sus usos; y hasta se casó varias veces. Su primera mujer fué una caldea; cuando enviudó de ella, se unió con una armenia católica, y por último con una jóven de Erzerum. Jamás ví esta última esposa, la cual ocultó á mis ojos como hubiera podido hacerlo el mas fanático musulman. En

resúmen, el doctor era un hombre excelente, que me ofreció de la mejor voluntad su casa y sus servicios. Yo le dí gracias rehusando su hospitalidad, pues preferia disponer del tiempo á mi antojo, y ser completamente libre.

No obstante, alegréme de aquel feliz encuentro, porque no me faltaria con quien hablar; aplacé, pues, hasta la mañana siguiente, mi visita á los dos bajás, y pasé el resto del dia con el buen Artom, hablando de la ciudad de Van, de sus habitantes, de las inscripciones, de la política y del Kurdistan, que conocia admirablemente.

Al otro dia, 23 mayo, fuí á visitar al mutesarif (gobernador), Mounib-Bajá.

El doctor Artom me acompañó despues á casa del ferik, Mahmoud-Bajá; y no me admiró poco reconocer bajo el aspecto de un turco un caballero que se expresaba perfectamente en francés.

Mahmoud-Bajá era un oficial húngaro, que habiendo pasado al servicio de Turquía, llegó al grado de general de division. Érale preciso, para hacerse obedecer de sus subordinados, afectar una gran exactitud en el cumplimiento de sus deberes religiosos, porque habia abrazado la religion musulmana; pero pesábale mucho esta restriccion, y confióme todo ingénuamente cuando estuvimos solos. Díjome que sentia mucho no poder presentarme á su familia, lo cual no le era posible hacer sin producir un escándalo que podria comprometer su autoridad.

¡Triste suerte la de aquel general, que vivia así en medio de las contínuas sospechas de sus soldados!

Mucho debia sufrir aquel hombre, porque era un brillante oficial. Mahmoud-Bajá habia seguido nuestro estado mayor como agregado durante la guerra de Italia, y siempre hablaba con entusiasmo de nuestros soldados y generales.

El ferik me prometió todo su apoyo, autorizándome para entrar en la fortaleza de Van y salir cuando bien me pareciese.

Acompañado del doctor Artom y de un ayudante de campo del general, fuí pues á visitar sin dilacion la ciudad, la roca, la ciudadela y las inscripciones.

LIV

Ojeada sobre la historia de la fundacion de Van —Maravillas creadas por Semiramis.—Historia de esta ciudad desde Semiramis hasta nuestros dias —La ciudad moderna. —Su estado actual.—El comercio.—La temperatura —El arrabal y los jardines.

Van es una ciudad antigua por excelencia. Moisés de Khosrene, el mas antiguo de los historiadores armenios, atribuye la fundacion á Semíramis; pero las investigaciones de la ciencia moderna han probado que una parte de las grutas y de las inscripciones pertenecen á una época mucho mas remota. Creo lo mejor dejar la palabra al historiador armenio, que refiere del modo siguiente las maravillas de la fundacion de esta ciudad.

«Despues de haber terminado Semíramis la conquista de Armenia, hallábase con su ejército á orillas del lago de Van; y admirada de la dulce temperatura, de la rica vegetacion, de la abundancia y pureza de las aguas del país que se extiende por la costa occidental del lago, resolvió fijar allí su residencia real.

»Al efecto, eligió un magnífico punto en la orilla sudeste, inclinado hácia el norte, y con abundantes aguas.

»Despues mandó venir de Asiria cuarenta y dos mil trabajadores, á quienes dirigieron en sus trabajos seiscientos arquitectos, artistas hábiles en cortar madera y piedra, y en labrar el hierro y el bronce.

»Comenzóse por elevar una explanada, compuesta de cuartos de roca, unidos por un cimento de cal y arena.»

Esta construccion era tan sólida que existia aun en tiempo del historiador armenio.

«No se hubiera podido, añade, desprender una sola piedra; tan resistente era la argamasa; y en cuanto á las rocas, se pulimentaron y alisaron tan bien, que no habian perdido nada de su brillo.»

Aquella explanada, debajo de la cual se abrieron grandes cavernas, que en tiempo de Moisés de Khosrene servian de refugio á los bandoleros del país, se prolongaban á una gran distancia, hasta el perímetro de la ciudad que se debia fundar.

Terminada esta última al cabo de algunos años, rodeáronla de fuertes murallas, adornadas con puertas de bronce. Edificáronse despues palacios, empleando piedras de diversos colores; se formaron plazas públicas; se abrieron canales para distribuir las aguas en los diversos barrios y jardines; plantáronse magníficos árboles frutales; y por último se atrajo á una numerosa poblacion.

Allí era donde se refugiaba Semíramis durante el verano, para preservarse del sofocante calor de la Mesopotamia; en invierno volvia á sus palacios de Nínive.

El historiador armenio añade que no le es posible enumerar todas las maravillas de esta ciudad; y volviendo en seguida á la descripcion de la inmensa explanada de que hablo, dice, que despues de haberla circuido de fuertes defensas, la reina mandó construir moradas reales.

Tuvo empeño en que la entrada fuese de difícil acceso; y penetrábase solo por espantosas cavernas. No se sabe, dice el historiador, cómo pudieron elevarse estas construcciones; pero constituyen el mas grandioso y magnífico monumento de los reyes. La materia de que se compone la fachada meridional es tan dura, que resiste al hierro. Allí se ven templos, grandes habitaciones, sitios á propósito para depositar tesoros, é inmensos subterráneos. Hay tambien infinidad de inscripciones, objeto de admiracion por sí solas, pues parece que para trazarlas, se halló el secreto de ablandar la piedra como la cera.

Semíramis mandó tambien elevar columnas en honor suyo, como lo habia hecho ya en muchos puntos de Armenia.

Otro historiador armenio, el P. Indjidjian, dice que en su tiempo se encontró, al practicar excavaciones en el interior de la ciudad, una piedra, que representaba un hombre á caballo; y añade que aun se veia, cerca de la puerta del lago Iskele-kapousi, á orillas de un riachuelo, enormes moles de mármol labrado.

Esta primera ciudad, conocida con el nombre de Schamiramkaert, ó Semiramdgerd, se hallaba en estado ruinoso cuando fué reedificada, algun tiempo despues de la invasion de Alejandro el Grande, por un rey armenio llamado Van, que le dió su nombre. Fué, sin duda, abandonada de nuevo, pues reconócese que la volvió á reedificar, en el siglo segundo antes de Jesucristo, Vaghar-Schag, primer rey de la dinastía arsaciana de Armenia, quien hizo de aquella ciudad la mas formidable del reino.

Los geógrafos antiguos dieron al lago el nombre de Arsisa, que aun se hallaria tal vez en Ardjiich, nombre de una ciudad situada en su orilla septentrional.

En el undécimo siglo fué cedida por la familia real de los Ardyrounis á los emperadores griegos, á quienes la tomaron los Seleucidas. En 1392 de la era cristiana, cayó en poder de Tamerlan, quien, segun su costumbre, mandó pasar á cuchillo á todos los habitantes. Resistió durante algunos años á los ejércitos de Abbas II, quien la tomó por fin en 1634.

Esta larga resistencia dió orígen á una tradicion, segun la cual, el sitio duró suficiente tiempo para que los sitiadores pudieran recoger el fruto de los árboles plantados por ellos mismos bajo los muros de la plaza.

En aquella época, subsistian aun los grandes monumentos construidos con piedra por la reina asiria.

El primer viajero que en las épocas modernas examinó las antigüedades notables de Van, fué el infortunado Schulz, quien visitó la ciudad en 1827. Las inscripciones cuneiformes grabadas en las rocas de Van, habian sido observadas mucho tiempo antes; pero él fué quien primero las copió. La sociedad asiática publicó la mayor parte de su trabajo.

Desde hace medio siglo, la ciudad de Van ha sufrido diversas revoluciones. Fué tomada por un rebelde, el bey kurdo Khan-Mahmoud, quien degolló la guarnicion turca, imponiendo pesadas contribuciones á los cristianos, despues de lo cual saqueó é incendió los pueblos de las cercanías. Cuando las tropas del sultan hubieron hecho muchos esfuerzos infructuosos para recobrar la fortaleza, la entregó de pronto por su voluntad. Hasta 1840, la ciudad perteneció sucesivamente á los turcos y á los kurdos.

Hace algunos años que el comercio se hacia principalmente por el lago con Mouch y Bitlis. Las caravanas que desde Bagdad, Mossoul, Mardin y Diarbekir, se dirigen á Tiflis, y á los puntos septentrionales de Persia, eran manantial de grandes beneficios para los habitantes; pero este tiempo pasó, gracias á los esfuerzos de Rusia para acaparar todo el comercio de tránsito con Persia.

Van es hoy una ciudad muerta, ó poco menos; pero la pesca de los peces de que antes hablé, produce una suma anual de sesenta ú ochenta mil piastras. Expórtanse tambien las sales de potasa recogidas en las orillas del lago, y que se emplean en los países vecinos para fabricar el jabon. Los frutos y las pieles de cabra son otros dos importantes artículos del comercio de exportacion.

Con el pelo de cabra se fabrica un tejido muy fino y compacto, casi impermeable. Una piel vale de cuarenta á cincuenta piastras (de ocho á diez pesetas).

La ciudad moderna de Van, que tiene la forma de un trapecio, está situada al pié del muro perpendicular que forma la roca por el lado del mediodía. Sus calles son pequeñas, estrechas y sucias; y á cada momento se ven casas y mezquitas ruinosas. Todas estas construcciones, de ladrillo secado al sol, tienen un tinte gris uniforme. Encerrada en una doble línea de murallas, Van puede contener de doce á quince mil habitantes. Hay algunas iglesias armenias, pero no ofrecen el menor interés arquitectónico.

Apoyada casi en un inmenso declive, de color blanquizco, y circuida de pantanos, la ciudad es horriblemente insalubre durante el verano (el termómetro marca diariamente un calor de cuarenta grados sobre cero); las tres cuartas partes

de los habitantes abandonan entonces sus casas y van á residir en el arrabal, en medio de jardines bañados por mil riachuelos que descienden de las montañas.

Estos jardines producen frutas y legumbres deliciosas, y varias especies de uvas, con las cuales se hace un vino flojo muy agradable al paladar, y apreciado de los armenios. Todo se consume en la localidad.

Hay tambien en los jardines de Van naranjos y limoneros al aire libre, pero los frutos no llegan nunca á su madurez.

Las calles que tienen á sus lados estos jardines están sombreadas por grandes sauces que forman una verdosa bóveda; y el agua viva que corre contínuamente produce durante los fuertes calores del verano una deliciosa frescura.

Las fachadas de las casas de la ciudad que dan á la calle no suelen tener ninguna ventana; la puerta de entrada y un pequeño postigo son las únicas aberturas; en el interior, por el contrario, el mueblaje es muchas veces de buen gusto; los patios, rodeados de galerías, en las cuales serpentea la vid y las plantas trepadoras, tienen fuentes que les comunican una frescura agradable.

LV

VAN Y SUS ALREDEDORES

Visita á la ciudadela y á las grutas —Las inscripciones.— Los inválidos que custodian la fortaleza.—Las grandes grutas del Este.—El pozo de betun.—La habitacion del Khorkor.—Conducto subterráneo —La fuente.—Agradable recepcion en un jardin —La iglesia de San Pedro y San Pablo —Torpeza de los sacerdotes armenios —La gran inscripcion trilingüe —Imposibilidad de estamparla.

Cuando fuí á examinar las inscripciones de Van, enseñáronme desde luego la que hay en el lado izquierdo de un nicho, especie de excavacion abovedada en medio punto. Los caractéres están casi intactos; pero se ha trazado una cruz en el centro de la parte escrita. Esta excavacion se halla á treinta metros sobre el nivel de la llanura, en unas pendientes muy escarpadas, pero accesibles. Mas léjos, dirigiéndonos por la parte del lago, vemos otras inscripciones, en grandes caractéres grabados sobre nichos de forma cuadrada, que están á diez metros sobre el suelo, y se asemejan á otros practicados sobre la roca. Estas excavaciones no son accesibles sino por medio de largas escalas, y preveo que se ofrecerán muchas dificultades para la estampacion.

Por un empinado sendero, que traza varias curvas, llegamos á la puerta de la fortaleza, guardada por ancianos bachi-bozuks, de pintoresco traje, y cuyas armas consistian en viejos fusiles de chispa.

Aunque vamos acompañados de un oficial del ferik, estos inválidos oponen alguna dificultad en dejarnos entrar; pero al fin penetramos por detrás de aquellos formidables muros en estado ruinoso.

Acá y allá se ven diseminados algunos viejos cañones, bombas y balas de piedra. Otro anciano ó inválido, guardian de la fortaleza, sale á nuestro encuentro, y por órden del oficial que nos acompaña nos sirve de cicerone.

No llamándome la atencion el interior de los cuarteles, ruego á nuestro guia nos enseñe ante todo las cavernas abiertas entre las rocas, y nos conduce desde luego á dos muy grandes que no contienen inscripciones, ni exteriormente ni en sus paredes interiores. Situadas una sobre otra, la mas baja es de acceso difícil, y hasta peligroso; pero deseando asegurarme de que no contiene ninguna inscripcion, voy á visitarla: ninguno de mis compañeros se decide á seguirme.

La caverna mas alta, cuya puerta de entrada está al mediodía, es abovedada; tiene unos trece metros de longitud por ocho de anchura, y la mayor elevacion del techo es de seis metros. En los ángulos hay cuatro puertas, de un metro de ancho, que dan entrada á otros tantos compartimientos pequeños.

La caverna inferior ofrece una disposicion análoga; pero sus dimensiones son mas reducidas. Como voy provisto de un martillo de minero de acero muy duro, trato de grabar una señal en la pared, y á duras penas lo consigo.

Me pierdo en conjeturas sobre las causas que pueden haber inducido á formar esta caverna.

Despues de sacar un cróquis nos dirigimos, seguidos de nuestro guia, hácia otra parte de la roca; y en el camino nos enseñan un pozo de betun ó de natron, afirmándonos que contiene un manantial de esta materia. En mi concepto, este pozo es simplemente un depósito de betun, que se utilizaba para arrojarlo al enemigo en el estado líquido é hirviendo, durante los asaltos. El anciano inválido nos asegura que conoce el depósito desde su juventud, y que siempre se halla la materia abundante, aunque se saca de continuo para diversos usos, como, por ejemplo, para los barcos y los fuegos artificiales. Me veo reducido á las hipótesis respecto al orígen de este manantial; pero los pocos conocimientos geológicos que poseo me permiten afirmar que no es posible que la nafta brote espontáneamente en una compacta mole de roca caliza como la de Van.

Salimos de la fortaleza, y al bajar por la cresta de la roca hácia la fachada expuesta al mediodía, llegamos á un grupo de habitaciones ó especie

de cámaras, designado aquí con el nombre de Khorkor. Las cimas de las rocas que nos rodean están cortadas de modo que parecen los peldaños de una escalera gigantesca. Difícil es adivinar con qué objeto se practicaron estos trabajos.

Dominando un abismo de sesenta metros de profundidad, y como suspendidas sobre él, veo dos escalerillas casi paralelas abiertas en la roca; por una de ellas, casi ruinosa, y cuyos escalones son sumamente resbaladizos, llego al comparti-



Príncipe kurdo

miento superior. Esta vez voy tambien solo porque nadie ha querido seguirme en mi peligroso descenso.

La fachada que da á la escalera está cubierta de inscripciones, y lo mismo sucede al dar vuelta á la roca, que forma una meseta delante de la entrada.

Algunos años antes de mi visita, un sacerdote armenio examinó estas inscripciones, y quiso hacer creer á sus correligionarios que sabia leerlas perfectamente, asegurándoles que volveria muy pronto á buscar los tesoros cuya existencia le indicaban aquellos signos; pero no ha vuelto aun.

Penetro en la caverna: es muy espaciosa; no tiene el techo abovedado, y veo cuatro pequeños compartimientos contiguos.

En el ángulo de la izquierda, una escalerilla de seis peldaños conduce á un nicho, y reconozco que se habia comenzado á practicar otros en los lados. Las paredes de esta sala son perfectamente lisas.

Varios visitantes han grabado aquí su nombre: leo en la pared los de Texier, Laval, la Guiche, Roger y algunos nombres ingleses. No se podian trazar estas inscripciones sin un buril de acero muy bien templado.

Satisfecho de mi excursion, vuelvo en busca de mis compañeros y les ruego que me aten con una gruesa cuerda para bajar la segunda escalera y visitar la sala inferior. Penetrando por una puerta estrecha y baja, veo solo una gran habitacion como la que habia visitado antes; pero hay en ella un largo corredor de diez metros de longitud por tres de anchura. En la pared que está enfrente se ven cuatro nichos cuadrados, á unos treinta centímetros del suelo.

Despues de haberme enseñado las habitaciones de Khorkor, el guia me indica una estrecha grieta, por la que los defensores de la fortaleza podian ir á buscar agua en tiempo de sitio. En efecto, despues de haberme deslizado por la abertura, bajé perpendicularmente en el espacio de cuatro metros, ayudándome con las rodillas y los brazos, á la manera de los deshollinadores, y llego despues á un conducto de rápida pendiente y unos cuarenta pasos de longitud, que me conduce á una abertura de la roca, donde veo un abundante manantial de agua límpida. Algunos armenios, sentados allí sobre la yerba, bebian y comian, charlando alegremente. Sorprendidos al principio por mi aparicion, recobráronse bien pronto, y me invitaron á probar su vino. No podia rehusar tan espontánea invitacion, hecha con la sonrisa en los labios, y despues de beber un poco, vuelvo á subir por el conducto subterráneo hasta donde se hallan mis compañeros, que á cincuenta metros sobre mí habíanme visto atravesar la roca.

Saliendo al fin del castillo, damos vuelta á toda la roca, para entrar en la ciudad por la puerta de Iskele-Kapousi. Las grandes moles acumuladas en este punto me parecen los restos de los antiguos edificios de que antes hablé. En los lados de la puerta hay algunas toscas esculturas que representan leones venciendo á otros animales.

A través de las estrechas calles de la ciudad de Van, nos dirigimos á la iglesia armenia de San Pedro y San Pablo: en las negruzcas piedras de la base del edificio, veo inscripciones en caracteres cuneiformes, y enséñanme otras dos en una piedra labrada que corona una puerta. Por desgracia, los sacerdotes armenios han cometido la torpeza de rellenar con cal los huecos de las letras, y no puedo obtener la estampacion.

Despues de atravesar todos los bazares, donde se venden magníficos tapices, llegamos á la inmediacion de una mezquita casi ruinosa. Ante nosotros, en la fachada de la roca, á una altura de cuarenta metros, distingo una gran inscripcion dividida en tres partes, y por todos lados inaccesible: Fué copiada, no obstante, por Schulz que se instaló, provisto de un telescopio, en el minarete de la mezquita.

Es la gran inscripcion trilingüe de Jerjes, hijo de Darío, casi idéntica á las inscripciones del mismo rey que se hallan en Hamadan, Ecbatana y Persépolis.

Considéranse las inscripciones de Van como pertenecientes á dos épocas muy distintas, aunque todas ellas sean de escritura cuneiforme. Las mas antiguas son del mismo carácter que las que vemos en todos los monumentos asirios; la única que difiere es la gran inscripcion trilingüe.

Importaba, pues, obtener una estampacion á toda costa. Pregunté á mis compañeros si nos seria posible hallar en la ciudad cuerdas bastante fuertes y en número suficiente para formar un armazon, el cual haria yo bajar desde la cima de las rocas; mas por desgracia no es conocido en Van el cultivo del cáñamo, y contestáronme que las únicas cuerdas que hallaria eran muy pequeñas, trenzadas con paja ó junco, y de una solidez dudosa: era, pues, imposible estampar la inscripcion.

LVI

Excursion á los monasterios de los alrededores de Van — Kopans-Kalé, Yedi-Kilissa. — Schuchans-Kilissa. — Recepcion de los monjes armenios.—Una escuela armenia.— Descubrimiento de nuevas inscripciones.—La iglesia de Tsirké.—Las rocas y la inscripcion de Arkipri.—Regreso á Van.

Restábame recorrer los alrededores de Van para buscar las inscripciones y las piedras grabadas que allí abundan.

Acompañado del hijo del doctor Artom, que me sirvió de guia, fuí una mañana á visitar tres ó cuatro iglesias y monasterios que me habian indicado como interesantes bajo este punto de vista.

Salimos de los jardines de los arrabales por el camino de Tsirké, que es un delicioso paseo; y durante una hora avanzamos por debajo de una verde bóveda, formada por cuatro hileras de sauces, entre los cuales corren arroyuelos.

Despues de atravesar una llanura, dando la vuelta á un pueblo kurdo situado en un solitario montecillo, penetramos en un desfiladero de la montaña de Serek-Dagh; en este barranco deslízase un arroyuelo, y remontando su curso, llegamos por fin al monasterio de San Gregorio, Kopans-Kalé.

Aquí nos recibe muy bien un monje armenio: este establecimiento es un caimakli semejante al que ví al emprender mi viaje á Gumuch-Khané. En un recinto formado por una alta muralla, y que es casi una fortificacion, hay dos capillas rodeadas de los diversos cuerpos de edificio de la granja. El sacerdote me enseña las inscripciones en parte grabadas sobre una piedra cúbica que ahora sirve de altar.

Apenas hemos tomado un refrigerio, tan frugal como delicioso, vamos á visitar los alrededores, cuya magnífica vegetacion me admira. Los nogales, las encinas y los álamos blancos alcanzan proporciones colosales, y sorpréndeme hallar aquí espesuras de rosales salvajes, que presentan grandes flores de color amarillo intenso ó anaranjado purpúreo. Esto es seguramente una novedad botánica.

Despues de descansar tres horas en el monasterio, emprendemos de nuevo el camino á pié, porque los senderos son tan empinados que no se puede ir á caballo. Franqueamos á poco un alto desfiladero, bajando despues á un valle, que nos conduce al monasterio de Varak ó de Yedi-Kilissa (Siete Iglesias). Uno de los servidores de la comunidad nos presenta con cierto aparato á los monjes, que advertidos de nuestra visita, acaban de reunirse en una gran sala. Su número es de siete; un jefe, anciano de barba blanca y venerable aspecto, levántase y me invita con un gesto á sentarme á su lado; y entonces, con auxilio de mi intérprete, comienzo una conversacion, durante la cual se me dice que aquel convento es una especie de casa-madre ó de seminario, donde se educa á los que se dedican á monjes y sacerdotes.

En el convento de Yedi-Kilissa hay algunas piedras que tienen grabados caractéres cuneiformes: la una se halla sobre la puerta lateral de una capilla, y la otra en una mole cúbica que sirve de altar en la iglesia de Surp-Nicham. En un patio veo dos cilindros de piedra que parecen los restos de la base de una columna: tal vez sea una de las que Semíramis mandó erigir en su honor.

El monje que me sirve de guia se esfuerza por demostrarme que este monasterio de Yedi-Kilissa merece su nombre, y que contiene efectivamente siete iglesias; mas á pesar de mi buen deseo de complacerle, no encuentro sino cinco, y aun dos de ellas en estado ruinoso.

Las clases del establecimiento fueron para mí verdadero motivo de asombro: todo estaba admirablemente arreglado; de las paredes pendian cartas geográficas y cuadros de enseñanza; y los alumnos, todos internos, pertenecian á las mas ricas familias armenias de Van. La organizacion de esta escuela es debida á un sacerdote armenio que estuvo algunos años en la escuela armenia de Paris.

Un poco mas allá del monasterio de Yedi-Kilissa, y al dirigirnos hácia Van, vemos otro mas pequeño, que es el de Schuchans-Kilissa: aquí no hay inscripciones; pero á unos veinte pasos del edificio descubro una pequeña piedra grabada, en perfecto estado de conservacion, y embutida en la pared de un molino. A juzgar por las notas que ha dejado Schulz, supongo que no vió esta piedra.

Al salir de Schuchans-Kilissa, nos dirigimos en línea recta, á través de los campos, al pueblo de Tsirké, cuya iglesia me propongo visitar. Está edificada con restos de toda clase; allí veo troncos de columnas, piedras tumulares cubiertas de relieves y caractéres armenios antiguos. La parte superior de una de las puertas se compone de una sola piedra llena de caractéres cuneiformes, casi del todo borrados.

Aun me falta ver en esta region las rocas de Arkipri-Dagh, situadas en el prolongamiento de la arista de la roca de Van, á unos tres kilómetros de la puerta de Tauris.

Distingo una inscripcion en el fondo de un gran nicho cuadrangular que tiene tres molduras: esta inscripcion está escrita con caractéres de dos tamaños; los de la parte superior, los mas finos, están bien conservados, mientras que los de la inferior han sufrido gran deterioro, no por el tiempo, sino por la mano del hombre. Los habitantes del país suponen que este nicho, cuya arquitectura se asemeja á la de una puerta, es la entrada de una caverna que debe ocultar grandes tesoros. Varias veces han querido excavar la roca; pero la piedra es tan dura, que los esfuerzos intentados por aquellos ignorantes durante varios siglos, sirvieron solo para hacer saltar algunos pedazos, destruyendo los caractéres.

No se sabe qué hipótesis hacer sobre el orígen de semejante monumento: tal vez se haya querido eternizar en estos parajes el recuerdo de alguna victoria.

En la inmediacion de las rocas de Arkipri-Dagh, que llaman la atencion por su deslumbrante blancura, no se ve el menor vestigio de construcciones antiguas.

Volvemos á la ciudad despues de ocupar el dia útilmente, y nos entregamos á un reposo bien merecido.

Al dia siguiente dí principio á una serie de penosos trabajos, pues comencé á estampar segun el procedimiento de Lottin de Laval.

LVII

Estampacion de las inscripciones.—El procedimiento Lottin de Laval.—Bueno y mal éxito.—Peligrosos trabajos.—Estampacion en una escalera á sesenta metros del suelo.

La primera inscripcion que estampé fué la que hay en un nicho en la parte sudoeste de la roca de Van: antes de todo me fué preciso limpiar toda la parte inferior, que estaba cubierta de tierra; despues hube de lavarla muy bien con una brocha áspera; y cubriendo luego toda la cara de la inscripcion con dos capas de papel convenientemente humedecido, golpeé sobre él con fuerza, para que se introdujese en lo mas profundo de los caractéres.

Despues apliqué, con mucho cuidado, una delgada capa de carton, haciéndola penetrar en todos los huecos, y con un poco de cola en pasta, pegué en el carton nuevas hojas de papel, cubriendo el todo con otra cola gelatinosa muy caliente, que solidificó todo mi trabajo.

Por espacio de cuarenta y ocho horas, mi drogman y yo hicimos centinela sucesivamente al rededor de la inscripcion; y cuando al fin llegó el momento de desprender el emplasto, ví con alegría que la operacion habia tenido el mejor éxito.

Fuí un poco mas léjos para estampar otra inscripcion en grandes caractéres, situada en un



Tipos kurdos

nicho cuadrado á diez metros del suelo. Con gran dificultad pude hallar en una granja vecina dos malas escaleras, que unidas entre sí me permitieron alcanzar aquella altura.

Esta inscripcion media unos dos metros por cada lado.

Habia terminado casi la estampacion, procediendo como acabo de explicar, cuando la pasta, que no se habia adherido suficientemente á la piedra, porque los caractéres llegaban hasta los ángulos del nicho, desprendióse de pronto, y toda la estampacion cayó sobre mi cabeza, formando mil repliegues, como un telon de teatro que se desprendiera del techo.

Era un trabajo de doce horas completamente perdido..... ¡Y qué trabajo! Para comprender hasta qué punto me era penoso este percance, es preciso recordar que habia hecho el trabajo en una escalera, á diez metros de altura, y que debia abarcar, casi simultáneamente, toda una superficie de dos metros de ancho. A cada instante era preciso bajar de mi andamio, trasladarle á otro sitio, para añadir una hoja de papel ó un poco de carton, bajar luego otra vez, y poner la escalera donde estaba antes. Solo tenia por ayudantes algunos armenios, cuya cachaza es proverbial en Asia, sin contar que aquellos hombres no tenian motivo para estar animados de mi ambicioso ardimiento.

Sin embargo, solo estaba al principio de mi empresa; lo que me faltaba hacer era mas difícil aun; pero no podia volverme atrás, y tenia para ello varias razones, siendo la principal un sentimiento de orgullo patriótico que me obligaba á demostrar á los orientales que un europeo, y sobre todo un francés, no renuncia á ninguna empresa cuando la acomete. No quedaba pues otro remedio sino comenzar de nuevo el

trabajo al otro dia; y esta vez, gracias á mis precauciones, dió el mejor resultado.

Cuando acabé de estampar las inscripciones que hay al norte de la ciudadela, subí á las grutas de Khorkor.

Mi drogman, un levantino que me habia acompañado desde Trebisonda, rehusó ir á prestarme auxilio en los trabajos que hiciera en aquel punto, y le despedí, reemplazándole con el hijo del doctor Artom, que me habia ofrecido sus servicios obsequiosamente.

La inscripcion que está en la fachada de la escalerilla tenia la forma de un triángulo muy estrecho hácia la parte superior, pero de una elevacion de tres metros al nivel de la abertura de las grutas: era difícil y peligroso colocar una escalera en los peldaños, porque estaban rotos en varios sitios, y muy alisados por la accion de las aguas; pero con barro y piedras pude formar un punto de apoyo para que no se deslizase la escalera que debia aplicar contra la pared. Gracias á estas precauciones, conseguí bastante bien estampar aquella parte de inscripcion; pero la mas difícil de obtener fué la que se halla sobre la puerta de entrada. La meseta que precede á esta puerta no tiene mas de sesenta centímetros de ancho; despues sigue un abismo de unos sesenta metros. Era, pues, imposible colocar allí una escalera, y estaba muy apurado, cuando recordé oportunamente haber visto en Paris á unos albañiles fijar la base de la suya en el interior de la habitacion, mientras que la parte superior, saliendo por la ventana, y sólidamente fija en la barandilla de apoyo, permitia al obrero trabajar sobre el vacío. Adopté al punto este procedimiento, fijando en el interior de la puerta una sólida viga, que hizo las veces de barra de apoyo; mi escalera, bien sujeta por el pié, se apartaba del muro, inclinándose por fuera; y unas buenas cuerdas atadas sobre la gran traviesa mantenian la desviacion.

Los habitantes de los jardines, sobre los cuales estaba como suspendido, pasaban el dia mirándome trabajar; luego llamaron á sus vecinos y amigos; y la mitad de la poblacion de Van fué á disfrutar de aquel espectáculo. Semejantes á los feroces espectadores que desean un poco la caida del acróbata, aquellos curiosos esperaban probablemente verme cruzar los aires; pero no sucedió así, y llevé á buen fin mi trabajo.

Una tempestad acompañada de torbellinos de viento ocasionó algun daño en mis estampaciones; pero entregáronme fielmente el pedazo que una ráfaga arrastró hasta los jardines.

A los doce dias terminé la estampacion de las inscripciones que era posible obtener en la roca de Van; mas aun debia repetirse este trabajo para todas aquellas que habia visto durante mi excursion á los monasterios inmediatos y Arkipri-Dagh.

LVIII

Salida para Kopans-Kalé.—La tempestad.—Estampacion de las inscripciones.—Excursion al lago de Ertech.—El pueblo de Deghermen-Keuié.—Las ruinas de un monasterio de nestorianos.—Caza de cabras salvajes.—Las langostas. — El lago de Ertech.—El riego de los jardines de Van — La distribucion de las aguas —Productos de los jardines. —El monasterio de Yedi-Kilissa — Las inscripciones de Schuchans.—Marcha —Los discos de columnas asirias.— Salida de Van.—Mis servidores.—Llegada á Cavache-Khan. Excursion á Aktamar.—Akavans — Lago de Van.—Las aves —Descripcion de la isla —La iglesia y el convento. —Inscripciones asirias —Antigüedad de la iglesia.

En la tarde del 7 de junio emprendimos la marcha hácia Kopans-Kalé, y en el camino nos sorprendió una espantosa tormenta; el trueno rugia en todos los puntos del horizonte, y repetíanle con atronador estrépito todos los ecos de las montañas.

Durante cinco dias permanecí en aquel punto distribuyendo el tiempo entre el trabajo de la estampacion y la caza de insectos; cada dia estallaba una gran tempestad; pero ninguna impidió que mis cosechas fuesen muy abundantes. Cincuenta especies de plantas notables enriquecieron mi herbario; recogí además algunas de reptiles, y entre otras una gran víbora rojiza que estuve á punto de pisar: este animal tenia unas dimensiones que no alcanzan nunca sus congéneres en nuestro país.

El domingo, 12 de junio, tomando por guia un pastor kurdo, dependiente del monasterio, hice una excursion al pequeño lago de Ertech (Erdjeg ó Artschag), situado á cinco leguas de Van, y á tres y media de mi residencia de Kopans-Kalé. En treinta minutos llegamos al pueblo de Deghermen-Keuié, situado sobre un grupo de altas rocas, que durante los rigurosos frios del invierno sirven, al parecer, de refugio á las cabras salvajes, á las cuales obliga la excesiva nieve á bajar de las montañas inmediatas. Entonces se cogen muchas: los cazadores de todos los pueblos vecinos se reunen para cercar las rocas; suéltanse los perros contra las cabras; estas se dispersan, y van á chocar contra la línea de cazadores, que las reciben á tiros. Las que no pueden forzar el paso, ó no caen bajo las balas, vuelven á subir á las rocas; pero son desalojadas de nuevo, repitiéndose esta maniobra hasta que ha muerto la última ó se ha escapado.

Numerosos trofeos de cuernos clavados sobre las puertas de las casas de todos los pueblos del

canton, dan testimonio de estas cacerías fabulosas.

A partir del pueblo de Deghermen, penetramos en un valle escarpado, llegando muy pronto á un empinado sendero que nos conduce á una iglesia ruinosa. El guia nos dice que existió allí en otro tiempo un convento de nestorianos, rico y próspero; pero que fué saqueado por Bederkhan-bey.

Debemos confiar nuestros caballos á la custodia de un jóven pastor, pues á partir de este punto no es posible avanzar con ellos. Comenzamos á subir por una escarpada montaña; á primera vista, el camino que se extiende ante nosotros me parece de todo punto impracticable; pero nuestro guia, que como cazador y pastor ha recorrido varias veces estas regiones, conoce todos los rodeos; y despues de muchas fatigas y peligros, conseguimos llegar á la cima. Entonces hallamos la recompensa en la vista de una magnífica meseta cubierta de la mas rica vegetacion.

Aquí abundan las mas preciosas muestras de la flora alpestre, tanto que se me figura hallarme en un espléndido jardin.

Avanzamos por estas risueñas praderas, cuando de pronto nos llama la atencion una cabra salvaje seguida de su hijuelo: no llevamos nuestras armas preparadas; pero cojo de manos del guia mi carabina Remington, y á cincuenta pasos hiero á la cabra, que se habia detenido un momento para mirarnos. El kurdo, armado de un fusil de dos tiros, se precipita hácia la cabra y remátala; pero desgraciadamente, en vez de tratar de apoderarse del cabritillo vivo, dispara contra él, y le tiende sin vida junto á la madre.

Voy á ocultar inmediatamente los dos animales, para recogerlos á la vuelta.

Despues de este incidente continuamos la marcha á través de la meseta, dirigiéndonos hácia un grupo de rocas calizas, detrás de las cuales está el lago de Ertech.

En ciertos puntos el suelo está casi completamente cubierto de grillos viajeros, que entorpecidos por el frio de la mañana, no pueden volar aun; los otros insectos están inertes tambien, y esto me permite recoger una abundante coleccion.

Costeamos las orillas de un lago, ahora seco, y siguiendo el lecho vacío de un torrente que debia ser el antiguo depósito del lago, llegamos á las rocas calizas de que antes hablé; parece que nos cierran el camino; pero siguiendo la via abierta por las aguas, penetramos en un estrecho desfiladero, especie de grieta abierta en la escarpadura. Nuestra presencia espanta á una infinidad de aves que nos aturden con sus gritos: son los estorninos pastores *[Pastor roseus]*, notables por su plumaje, y que tienen la cabeza adornada de un copete; el cuello y la parte superior del pecho son de un azul negro con visos purpúreos; las alas y la cola negras, con matices azulados: todo el negro del cuerpo es de un sonrosado sumamente fino. Estas aves anidan en las grietas de las rocas, y vienen á estos sitios á cazar las langostas, debiéndose á esto que se les haya dado tambien el nombre de *estornino de las langostas*. Estos insectos constituyen efectivamente su principal alimento, y los cazan en el estado de larvas, así como en su desarrollo completo. En muchos países, la aproximacion de las langostas viajeras se anuncia por la presencia de dichas aves; y en los años en que abundan aquellos insectos, los estorninos se reunen por centenares de miles, persiguiendo sin tregua á las devastadoras legiones.

No es solo la necesidad de alimentarse, ó el deseo de nutrir á sus pequeños, lo que induce al estornino á perseguir la langosta; la mata por puro placer; vimos á varios individuos revolotear de un insecto á otro, lanzando gritos agudos, y de un solo picotazo, despedazar varias langostas.

Estas últimas se remontaban cuando sentian el calor de los rayos del sol; y para preservarnos de su choque debíamos agitar ante nosotros la baqueta de nuestros fusiles.

Los estorninos, sin asustarse de nuestra presencia, poníanse á nuestro alcance para llevar á cabo su obra de exterminio: era un espectáculo sumamente curioso.

El nombre de estorninos pastores que se ha dado á estas aves alude á los servicios que prestan al ganado, purgando á los cuadrúpedos de sus parásitos.

En el espacio de kilómetro y medio avanzamos por una estrecha garganta entre dos muros perpendiculares; el calor es intolerable, pero de pronto salimos del lago, que puede tener unos cuatro kilómetros de anchura, y la misma extension poco mas ó menos las praderas pantanosas que le rodean. Numerosos rebaños de cabras y caballos pacen allí en libertad, y en varios puntos vemos algunos pueblos ó campamentos.

Dando la vuelta á las orillas del lago, llegamos á un ancho dique muy bien construido, con inmensas compuertas para que corra el exceso de las aguas y vaya á fertilizar los jardines de Van.

Hace varios siglos, tal vez desde Semíramis, que este lago constituye el único recurso de los

cultivadores de la llanura durante el verano, porque en tal estacion no llueve sino durante las tempestades, que muy frecuentes en las montañas, rara vez alcanzan á las llanuras. La humedad que reina contínuamente en este punto tan alto, y el agua de las tempestades, alimentan suficientemente el lago, que se halla en el centro de la depresion de la meseta.

La escasez de agua en las llanuras ha obligado á los habitantes á establecer procedimientos de riego merced á los cuales se utilizan de una manera admirable las aguas del pequeño lago Ertech. A medida que la masa de agua que sale del lago pasa á un pueblo, una parte de ella vuelve, y cuando es necesario va á bañar el territorio; despues de recorrer un trayecto de mas de siete leguas, la mayor porcion llega hasta los jardines del arrabal de Van, donde se subdivide en otros tantos canales como barrios principales hay. Una comision, nombrada por los propietarios de terrenos, designa el dia y el número de horas, durante las cuales podrá cada uno de aquellos regar su jardin, prescindiendo de que los turnos están ya organizados de antemano del modo mas equitativo.

Gracias á estos medios se encuentran en Van muy buenas legumbres y verdes forrajes de excelente calidad, los frutos son suculentos, y las vides no padecen nunca por efecto de la sequía.

Permanecí en Kopans-Kalé cuatro dias mas, durante los cuales ocupéme en preparar las pieles de las cabras, enriqueciendo mis colecciones con muchos objetos raros. Por desgracia, una fiebre intermitente muy violenta me debilitaba cada dia mas.

El viérnes 18 de junio salí de Kopans en direccion á Yedi-Kilissa. Los monjes de este monasterio, avisados sin duda por el obispo, me hicieron la mas favorable acogida, cediéndome la mejor celda del convento. Por la ventanilla que daba paso á la luz podia ver la mayor parte del lago de Van, magníficos valles y numerosos pueblos. En los cuatro dias que estuve en el convento participé algunas veces de la frugal comida de los monjes; apenas se alimentaban sino de legumbres y de leche; mas para obsequiarme añadieron algunos pollos que nadaban en manteca rancia. Observé que si aquellos monjes eran escasos y frugales en la comida, bebian en cambio en abundancia el vinillo de los jardines de Van, pues el monasterio se halla á demasiada altura para que se pueda cultivar allí la vid. Auxiliado por los buenos padres, estampé rápidamente todas las inscripciones del convento y las del molino de Schuchans.

Un sábado ví llegar al monasterio muchos visitantes, hombres, mujeres y niños, que deseaban asistir al oficio del domingo; se cedia una celda á cada familia; todos preparaban su comida con las provisiones que habian llevado de la ciudad, y el convento les daba manteca y leche.

El domingo, á la hora de los oficios, habia por lo menos en el convento unas ochocientas personas; todas las celdas, en número de ciento, estaban ocupadas.

Muchos de aquellos devotos visitantes permanecieron hasta el lúnes, y volví con ellos á Van. Los jóvenes de ambos sexos iban bailando por el camino.

Al llegar á Van fuí á buscar un anciano llamado Fardjul-Oglou-Adhamara, que poseia dos discos de piedra casi semejantes á los que yo estampé en Yedi-Kilissa. Estos fragmentos de columna servian ahora de punto de apoyo á unos pilares de madera que sostenian el techo de una gran sala.

Adhamara-Oglou me prometió primeramente dejarme desenterrar sus discos medio sepultados en el suelo; pero despues se desdijo y rehusó, á pesar de mis vivas instancias para que me permitiera sacar la estampacion. Tengo motivos para creer que el anciano armenio queria venderme las piedras, y temia que no se las comprase si me dejaba practicar la operacion.

Si mis recursos pecuniarios no hubieran sido tan escasos, las habria comprado seguramente, porque podian figurar muy bien en la sala de antigüedades asirias del museo del Louvre. De esperar es que otro viajero cuyos medios no sean tan modestos como los mios, haga algun dia lo que yo no pude hacer.

No salí de Van sin haber estampado la inscripcion de Arkipri-Dagh, lo cual exigió algunos dias de trabajo.

El 3 de julio salí de Van, acompañado del hijo del doctor Artom, como drogman, y de dos jóvenes armenios, uno de los cuales debia servirme de criado y el otro de palafrenero.

Estos jóvenes iban á Constantinopla, y habian solicitado servirme durante mi viaje hasta Trebisonda, sin mas condicion que mantenerles.

Los pueblos armenios situados al sud del lago de Van, tienen el privilegio de proporcionar faquines á Constantinopla, y á las ciudades marítimas y comerciales del mar Negro.

Hasta la noche no llegamos á Cavache-Khan: al dia siguiente, emprendimos la marcha en compañía de un empleado del mudir, para visitar el monasterio de Aktamar.

Muy pronto llegamos á un grupo de casas, especie de granjas ó viviendas rurales, que distan

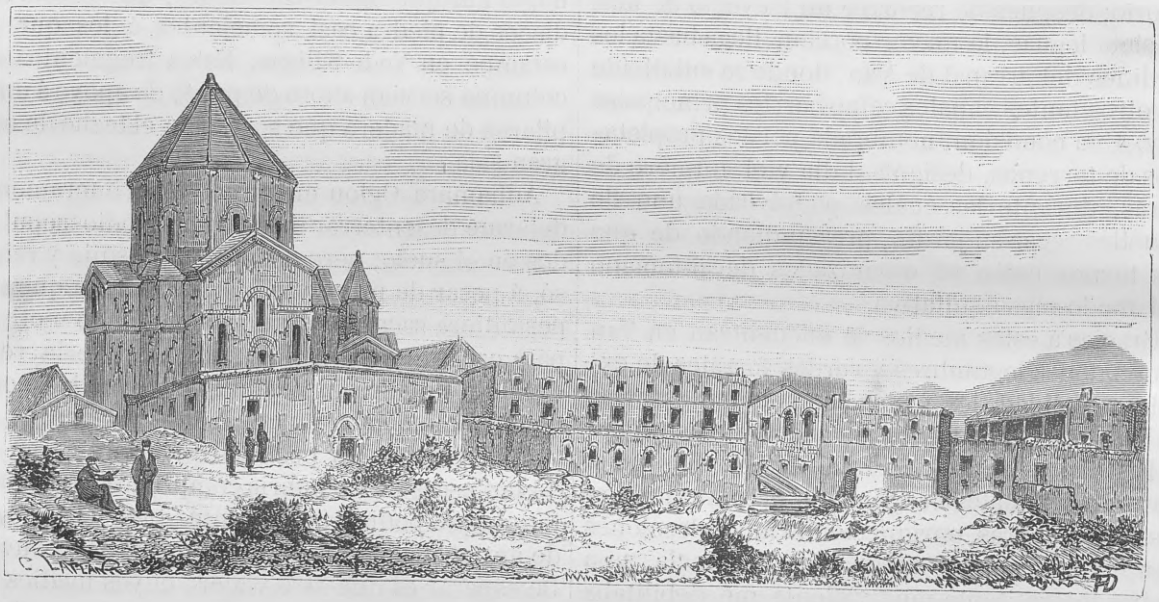
solo un centenar de metros de las orillas del lago. Estos edificios están rodeados de magníficos jardines, donde hallé todas las especies de árboles frutales, las vides y las legumbres propias de este país. Se ha dado á este punto el nombre de Akavans; es la escala, ó el puerto de embarque y desembarque para Aktamar.

Fuimos recibidos por el obispo, en cuya compañía marchamos á la isla, á bordo de un mal barco de madera de sauce, de tal construccion, que hubiera hecho reir á carcajadas á un marino. Tenia tan poco calado, que á pesar de la completa calma de la atmósfera, temia á cada momento que zozobrase.

Hemos necesitado dos horas y media para llegar á Aktamar, distante solo unos cuatro kilómetros.

A pocos centenares de metros de la isla principal pasamos muy cerca de un islote de rocas sobre las cuales se ven ruinas bastante considerables; en estas rocas hay un prodigioso número de gaviotas y cormoranes; estos últimos, muy poco silvestres al parecer, me dejan acercarme á pocos metros y mato algunos con mi revolver: son individuos jóvenes.

Al llegar al desembarcadero veo todos los habitantes del monasterio reunidos en la pequeña estacada; hállanse allí para recibir al obispo que



Monasterio de Aktamar

nos acompaña, y á quien han visto desde léjos.

La isla de Aktamar se compone de una agrupacion de rocas, donde se ve en varios sitios una ligera capa de tierra vegetal, que permite á los monjes cultivar algunas legumbres. En cuanto á los árboles cuyo número es muy reducido, pertenecen todos á dos especies solamente: la morera de fruto rojo y el almendro salvaje.

El grupo de casas que forman el monasterio se hallan casi al centro de la isla; pero en un lado y otro se ven ruinas que revelan el antiguo esplendor de aquella morada, donde habitaron varias generaciones de reyes armenios (véase el grabado de esta página).

La iglesia es sin disputa el monumento cristiano mas curioso que he visto en Armenia, ocupa el centro del monasterio: fué edificada, hace novecientos treinta y ocho años, por el rey Kagik, representado en la fachada, y ofrece el modelo de la iglesia de Jesucristo: el arquitecto se llamaba Manuel. Aunque en buen estado de conservacion, se ven en las paredes numerosas señales de las balas de los kurdos. En el alfeizar de las ventanas, en dos frisos, y en la mayor parte de las fachadas, hay esculturas y bajos relieves que representan personajes del Antiguo Testamento y animales; uno de los mas curiosos es el que figura á Adan y Eva en el paraíso terrestre; entre ellos elévase un manzano, cuyo fruto ofrece Eva á Adan.

En el interior no ví nada notable, como no fuera unas lámparas de plata cincelada; pero en el pequeño pórtico de la fachada principal ví una piedra negra de aspecto granítico, casi cilíndrica, cubierta en ambas caras de caractéres cuneiformes muy bien conservados.

Se me ha permitido sacar la estampacion.

Era muy tarde aquel dia para volver á Cavache-Khan, y pasé la noche en Aktamar, donde nos ofreció hospitalidad el obispo.

LIX

Salida de Aktamar.—Visita al monasterio de Narik —La capilla de San Gregorio.—El obispo de Narik y sus condecoraciones.—El sobrino de Khan-Mahmoud —Detencion en Tativan.—Bitlis —Compra de un caballo.—Los manantiales gaseosos.—Las alcarrazas de Zorg.—Excursion al pueblo kurdo de Borianda.—Mala acogida.—Imprudencia del zaptie.—Regreso á Tativan.—Gop.—El paso del Éufrates por un vado.—Subida á la garganta de Chamour-Dagh.—El Murad-tschai.—Llegada á Kinnis.—Salida para Erzerum.

Durante la mañana del dia siguiente saqué vistas del monasterio y de la iglesia, así como tambien dibujos de las esculturas mas interesantes.

A eso de las diez nos embarcamos para Akavans, donde el obispo, que ha vuelto con nosotros, nos ofrece un refresco. Al despedirme me regala algunas velas fabricadas con la cera de sus abejas.

Montamos á caballo y nos dirigimos hácia Narik, que dista una legua de Akavans.

Segun he dicho antes, este monasterio está edificado sobre una roca aislada y muy alta, al



Iglesia de Aktamar

pié de la cual se extiende el pueblo, casi oculto debajo de los árboles.

Cuando nos presentamos para visitar la iglesia, nos dicen que el obispo, pues tambien hay uno en Narik, está durmiendo la siesta; y aprovecho el intervalo para ir á sacar una vista del conjunto del monasterio y del pueblo. Mientras me ocupo en este trabajo, vienen á decirme que Su Grandeza se ha despertado ya, vuelvo á subir, y este personaje me acompaña á visitar la iglesia principal, que no tiene nada de notable. Por un largo subterráneo llegamos despues á la tumba de San Gregorio: es una pequeña capilla donde hay un relicario bastante curioso de filigrana de oro, enriquecido con rubíes.

En el perímetro de la iglesia moderna existia en otro tiempo una capilla edificada por el apóstol Tadeo.

Despues de esta visita á los santos lugares, el obispo nos condujo á sus habitaciones, donde me ofreció aguardiente y bebió tambien.

Hecho esto, enseñóme con orgullo una condecoracion del Medjidié, que debe á la influencia de su hermano, patriarca de Constantinopla; tambien tiene una cruz de plata esmaltada, con piedras falsas, que le regalaron los rusos.

He sabido que el criado de este obispo es sobrino del famoso Mahmoud-Khan, que tanto daño causó á los armenios del Kurdistan. ¡Singular inversion de las cosas humanas, que trasforma el sobrino de un déspota, en criado de un sacerdote!

El 7 de julio emprendemos la marcha hácia Bitlis á primera hora de la mañana.

Despues de dos dias de camino llegamos á Tativan, donde solo descansamos algunos instantes; luego nos dirigimos á Bitlis, porque me urge comprar un caballo para reemplazar uno de los mios, moribundo ya por efecto de la fatiga.

Al dia siguiente compré al dellali (pregonero público) el animal que necesitaba, y ocupéme el resto del dia en recorrer la ciudad acompañado de Hassan-Bey, quien me hizo observar una de las curiosidades de Bitlis, la cual no habia visto la primera vez que visité la ciudad. Es un manantial de aguas termales gaseosas, tan abundante que llena varias piscinas: al probarla reconocí que era mas gaseosa que ninguna de las que habia hallado hasta entonces: con nada puedo compararla mejor que con el agua de Seltz.

Hassan-Bey me condujo despues á casa de uno de sus amigos, empleado superior de aduanas, que habia vivido largo tiempo en Constantinopla, y conocia un poco el francés, solo por haber estado en la guerra de Crimea.

Este effendi me regaló dos vasijas de barro procedentes de Zorg, ciudad célebre por sus alcarrazas, que aprecian mucho los persas. Las que me dió el effendi, parecian jarras antiguas por su color y su forma y su elegante dibujo.

Las cuecen, sobre una bóveda llena de agujeros, en un horno circular abierto; allí amontonan las vasijas, y luego cubren el todo: bastan tres ó cuatro horas para terminar la operacion.

El 12 de julio salí de Bitlis en direccion al camino de Mouch, para trasladarme á la falda de la montaña de Nimroud, á un pueblo kurdo, situado en medio de un encinar, donde iba á pasar algunos dias cazando insectos. Por la tarde llegamos á Borianda, nombre de dicho pueblo, despues de haber seguido durante dos horas las pendientes de la montaña de Nimroud-Dagh.

Aunque nos acompañaba un zaptie, los kurdos de Borianda nos recibieron muy mal; de modo que por la noche no pudimos hallar alojamiento para nosotros, ni cuadra para los caballos.

Pasamos aquella noche, los unos al aire libre, y los otros en la tienda, é hízose centinela por turno.

Pasé todo el dia siguiente en los bosques recogiendo insectos. Al volver encontré á todo el pueblo agitado; mi zaptie acababa de cometer una torpeza, matando de un sablazo una gallina que no le quisieron dar. Temiendo las enojosas consecuencias que podia tener este incidente, y atendido que mis cacerías no prometian ser tan fructuosas como lo esperaba, mandé recoger al punto los bagajes para volver á Tativan, á donde llegamos aquella noche.

En este pobre pueblo me hallaba en país conocido, y se me recibió muy bien, pareciéndome la acogida mucho mas agradable por lo mala que fué la que se nos hizo en el pueblo de Borianda.

Al otro dia abandonamos aquel pueblo hospitalario para ir á dormir en Zerac, gran burgo situado en la orilla del lago.

Desde Zerac seguimos la orilla por espacio de tres horas, dejando á nuestra derecha Aklat, con su bosque de árboles frutales, y mas léjos el inmenso cono del Sipandagh, cuya cima, vista desde el noroeste, está cubierta de nieve aun. Durante todo mi viaje al rededor del lago de Van no he dejado de ver este enorme pico; su altura y aislamiento en medio de otras montañas menos altas han dado orígen á una leyenda análoga á la que ilustró el monte Ararat.

Por la noche dormimos en el pueblo de Piran, donde el kiaia, que tan perfectamente me habia recibido á mi paso, me ofrece de nuevo la hospitalidad.

Nuestros caballos están repletos de cebada, y manifiestan mas ardimiento; antes de salir el sol nos alejamos del pueblo, porque este dia debemos recorrer mucho camino, para llegar al pueblo de Duman distante unas doce leguas turcas, (unos sesenta kilómetros).

En el burgo de Gop, á donde llegamos á las seis de la mañana, me detengo un instante para buscar un zaptie; el de Bitlis no debia acompañarme sino hasta Aklat, donde se despidió.

Muy pronto nos acercamos al pueblo de Oudjali, donde es preciso cruzar el Éufrates: esta vez, el descenso de las aguas nos permite vadearle muy bien, aunque el agua llega casi á la espaldilla de los caballos.

En las llanuras arenosas que las aguas han dejado en seco, y que están cubiertas de una escasa vegetacion, veo numerosas aves, entre las cuales creo reconocer el sirrapte paradójico.

A partir desde las orillas del Éufrates, subimos por una serie de montecillos y colinas hasta el pueblo de Hamzicher, habitado en parte por kurdos: despues franqueamos rápidas pendientes que nos conducen á un desfiladero muy alto, donde la trasparencia extraordinaria de la atmósfera nos permite abarcar con la vista una

inmensa extension de país, desde las vecinas montañas de Erzerum, en que tienen su nacimiento el Éufrates y el Araxes, hasta las montañas de Bingeul. A nuestra izquierda elévase el pico de Sipandagh, detrás del cual aparecen como una mole azul oscura las montañas situadas al este de Van.

A nuestros piés se extiende cubierta de praderas y sembrados, la llanura de Gop, donde las casas de diez grandes pueblos se destacan tan claramente, que nos parece que se hallan solo á un kilómetro de distancia.

Desde el desfiladero bajamos por pendientes bastante suaves hasta un ancho valle, donde corre un rio que toma indistintamente los nombres de Muradtschai, de Éufrates inferior ó de Kinnis-Kale-sou: es uno de los mas considerables afluentes, si no el brazo principal del rio Éufrates.

Nos detenemos un instante en sus orillas, frente al pueblo de Kara-keupru, y despues seguimos el valle, remontándole hasta Duman, donde debemos pasar la noche. Esta es magnífica, y plantamos nuestra tienda en medio de una pradera, donde la yerba es tan alta que llega hasta el vientre de los caballos. Al amanecer abandonamos este punto para cruzar el Éufrates por el pueblo de Arami.

No nos detenemos en Tchevermeli, aquel pueblo en que nos acogieron tan bien el kiaia y los habitantes en el mes de mayo: esta vez encontramos fuera de él un grupo de grandes perros que nos acometen; para librarnos de estos animales disparo contra ellos algunos tiros con mi revolver, y todos se alejan aullando.

A las ocho y cuarenta y cinco minutos llegamos á la inmediacion de Kinnis, donde descanso media hora junto á una fuente. El zaptie que me acompañaba desde Gop va entre tanto con mi drogman á casa del caimakan, y vuelve muy pronto, acompañado de un sustituto, que viste el traje kurdo y lleva una lanza.

Poco despues continuamos el viaje, pero en vez de tomar el camino que seguíamos al principio nos dirigimos en línea recta á Erzerum.

LX

ERZERUM.—THORTUM.—EL VALLE DE TSCHOROCK

Salida de Kinnis —Llegada á Ortakeuie.—Buena hospitalidad de los kurdos.—Encuentro feliz.—Viajamos toda la noche.—El Pasin-sou —Detencion en un campamento kurdo —Encuentro de una novia —El casamiento entre los kurdos.—Llegada á Erzerum.—Una reunion en casa del tchapar inglés.—Cena á la turca.—Los músicos.—Las bailarinas.

Despues de cruzar varios riachuelos, dejando á nuestra izquierda una capilla ruinosa, penetramos en un estrecho valle, para llegar por un escarpado sendero al pueblo kurdo de Ortakeuie. Avisado el jefe por mi zaptie, que me precedia en algunos centenares de pasos, salió á recibirme; y con mas consideraciones y cortesía de la que se me habia manifestado hasta entonces entre los kurdos, hízome entrar en una habitacion que daba al mediodía, donde nos sentamos en cojinetes cubiertos de tapices y pieles de cabra salvaje. Poco despues fueron á colocarse á nuestro lado los principales habitantes del pueblo, y sirvióse un refrigerio compuesto de huevos, manteca y leche.

Un accidente inutilizó para el servicio uno de mis caballos, y fuéme preciso permanecer una parte del dia en la casa.

Al salir daban ya las seis de la tarde; la distancia que nos separaba de Erzerum era de diez y ocho leguas, y para llegar al dia siguiente á esta ciudad era preciso caminar toda la noche.

Yo estaba muy perplejo, pues ni el zaptie ni yo conocíamos lo suficiente el camino para tener la seguridad de no extraviarnos en medio de las tinieblas, cuando de pronto vimos llegar al trote un grupo de jinetes; creí al principio que eran kurdos, pero pronto reconocí mi error; era el correo de Mouch con su escolta.

Este correo se ofreció á reunirse con nosotros, lo cual nos convenia mutuamente, á él porque, portador de una suma considerable, enviada por el bajá de Mouch al gobernador de Erzerum, tendria mas seguridad si aumentaba su escolta; y á mí, porque me conduciria por la via mas corta.

Durante la noche viajamos por caminos bastante malos, franqueando montañas y bajando al fondo de los valles; solo nos deteníamos algunos minutos cada dos ó tres horas, para que reposasen los caballos comiendo un poco de la alta yerba de las praderas que atravesábamos.

Al rayar el dia habíamos llegado á un ancho valle que hay á orillas del Bingueul-sou, parte superior del Pasin-sou (1), uno de los afluentes del Araxes, y gran rio que se une con el Kour, afluente del mar Caspio.

Franqueamos el rio por un punto muy próximo á las salinas del Estado, cruzando luego otras mas pequeñas y perfectamente vadeables. Para seguir el correo de Mouch debemos avivar el

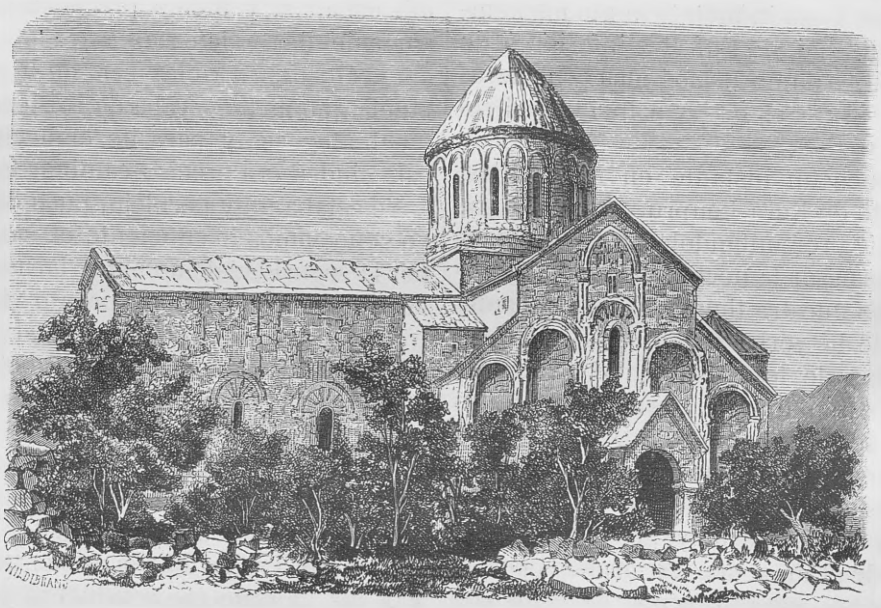
(1) Algunos autores han creido ver en la palabra Pasin la de Pasiani, la cual han convertido en Phasiani, deduciendo de aquí que este rio podria ser el Phase de Jenofonte. Los griegos del Bajo Imperio daban el nombre de Phasiane al país atravesado por el Araxes en esta parte de la gran Armenia.

paso de nuestros caballos, que comienzan á fatigarse; y á eso de las siete de la mañana nos detenemos en un pueblo kurdo donde se nos recibe bastante bien. Este pueblo se asemeja á los que ya he descrito; es mas bien un campamento de pastores nómadas; y solo veo un escaso cultivo en los alrededores, mientras que en las praderas pacen numerosos rebaños de bueyes, carneros, cabras y caballos.

Tomamos un refrigerio tal como se acostumbra entre pastores, es decir, compuesto tan solo de manteca y leche; pero los kurdos nos le han ofrecido sin querer aceptar ninguna retribucion. Pocos momentos despues continuamos nuestra marcha.

A la media hora cruza junto á nosotros un grupo de jinetes que visten su traje de fiesta: en medio de ellos va una mujer lujosamente vestida, que sus padres y amigos conducen al pueblo vecino, donde la espera su novio. Durante largo tiempo oimos los cánticos y las detonaciones, señales del alborozo de aquella alegre cabalgata.

Bien habiten en las ciudades ó vaguen por la campiña, el casamiento entre los kurdos va precedido siempre de desposorios, los cuales se celebran con tanto aparato como las bodas, pues los consideran como un lazo indisoluble.



Iglesia de Eoechk-Wank

El amor y el aprecio son rara vez los motivos que determinan la eleccion de una esposa, aunque estos dos sentimientos no les sean del todo desconocidos. Cualesquiera que fuere su rango y su edad, ninguno de ellos puede casarse sin el consentimiento de los padres. Cuando la desposada llega al umbral de la puerta del nuevo esposo, preséntase este, cógela entre sus brazos y la lleva á cuestas hasta su habitacion. Esta costumbre se ha establecido para que las jóvenes no tengan que ruborizarse al ver á una de ellas entrar por su voluntad en la casa que hasta entonces le era extraña.

Durante cinco horas no nos detenemos un momento, y á medio dia entramos en Erzerum. Sepárase entonces de mí el correo, para ir á entregar sus pliegos al gobernador, mientras que yo conduzco á mis caballos á un kan.

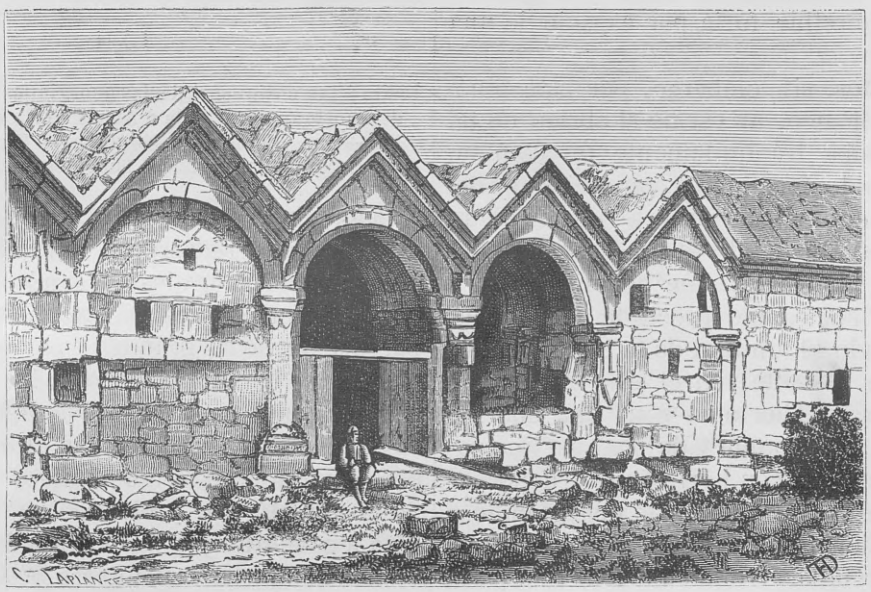
El canciller del consulado inglés me invitó á poco, de parte del tchapar (1), que hacia el servicio de la correspondencia entre Teheran y Trebisonda, á pasar con ellos la noche, y presentóme á varios de los mas ricos y distinguidos jóvenes de la ciudad. Despues de una abundante cena en que se sirvieron sucesivamente viandas y legumbres mezcladas con dulces de todas clases, introdújose á los músicos, y uno de ellos comenzó á cantar, mientras los otros le acompañaban con bandolines.

Despues se presentaron varias bailarinas, cu-

(1) Los tchapars que están al servicio de S. M. Británica ganan de veinte á veinticinco libras (de ciento á ciento veinticinco duros) al mes, lo cual es una fortuna donde las cosas usuales y el alimento son tan baratos; y solo por su empleo merecen gran consideracion.

yos semblantes, bastante insulsos, estaban cubiertos de una espesa capa de blanquete y colorete; y las manos, teñidas con el jugo de cierta planta, tenian un color rojo de ladrillo. En cuanto á su traje, era análogo al que llevan las armenias los dias de fiesta; pero el tocado, en vez de componerse de una toquilla cubierta de monedas, tenia por adorno flores artificiales de los mas vistosos colores. Estas mujeres ejecutaron ante nosotros una danza que es al principio lenta y monótona, reduciéndose á una serie de cortos pasos al compás de la música, mientras que los brazos se contornean mas ó menos graciosamente y se imprime á las caderas un movimiento nervioso que hace ondular las formas del cuerpo. Poco á poco se acelera el ritmo de la música, y las bailarinas se agitan con mas violencia. Al ver estas mujeres se recuerda ciertas danzas de las Almeas; pero las bailarinas que yo estaba viendo, aunque de reputacion muy equívoca, iban decentemente vestidas.

A cada una de las danzas acercábanse á los concurrentes para pedir dulces y confites que se hallaban á nuestro alcance; y me espanté al



Pórtico de la iglesia de Eoechk-Wank

observar el prodigioso consumo que hacian. Durante toda la noche, nuestro anfitrion hizo distribuir refrescos, y noté que los musulmanes presentes bebian raki (aguardiente anisado) de preferencia á todo lo demás.

No permanecí en Erzerum sino el tiempo necesario para reponerme de las fatigas de mi viaje á Van y preparar mi regreso á Trebisonda. Debia pasar por los valles de Thortoum y de Tschorock, para ganar el mar en Surmineh, pequeño puerto situado á doce leguas de Trebisonda.

LXI

Excursion á Thortoum —Salida de Erzerum —La iglesia del monasterio de Inch.—Pasamos la noche sobre el tejado de una casa —Una tempestad en las montañas.—Lluvia diluviana.—Fenómeno singular.—Instinto de las truchas. —El castillo de Thortoum.

En las instrucciones que me habia dado la Sociedad geográfica de Paris, recomendábame particularmente una excursion á Thortoum.

Considérase este camino como uno de los que pudieron seguir los Diez mil en su retirada; y, por otra parte, interesaba buscar una via fácil que permitiera á los habitantes del valle de Ispir llevar su madera á Erzerum.

Habia cruzado por el valle del Thortoum en 1869, pero no le exploré sino como naturalista, sin ocuparme de los monumentos é iglesias georgianas, cuya existencia ignoraba.

Salí de Erzerum el 5 de agosto, siguiendo un camino algo diferente del que tomé al hacer mi primer viaje á Thortoum.

Al llegar al pueblo de Inch, pasamos cerca de un monasterio notable por la cúpula de la iglesia, que era de ladrillo rojo, lo cual no habia visto hasta entonces.

Por la tarde nos detuvimos en el pueblo de Karahurt, donde fijamos nuestra tienda sobre el terrado de una casa, pues no me pareció aceptable el interior de las habitaciones para pasar allí la noche: á causa del calor era intolerable

el olor de las cuadras, y abundaban las pulgas de tal modo, que solo por entrar y salir nos molestaron toda la noche.

Antes de amanecer nos despertó el canto de las perdices, é inmediatamente emprendimos la marcha. A las cuatro de la tarde nos hallábamos en Sahrer, y me alojé en casa del mismo patron que me dispensó hospitalidad el año precedente. Apenas nos hubimos instalado, estalló una violenta tempestad, que se anunciaba desde por la mañana por un calor sofocante y la pesadez de la atmósfera. El trueno retumbaba estrepitosamente, pareciendo mas ruidoso por el eco de las montañas; la lluvia y el granizo cayeron con increible furia por espacio de una hora.

Poco inquietos, sin embargo, por este fenómeno meteorológico, al verme al abrigo en tal instante, tomaba tranquilamente mi comida, cuando un ruido formidable, muy distinto del fragor del trueno, y semejante al rumor de un lejano cañoneo, hizo salir de la casa á varios habitantes del pueblo que me acompañaban, y detrás de los cuales me precipité yo. Apenas hubimos llegado al umbral de la puerta vimos descender por el valle, en el sitio mismo que ocupaba antes el Thortoum-sou, una enorme masa de agua, de espuma y de piedras, que rodaba sobre sí misma con horrísono estruendo.

Imposible es idear una imágen mas grandiosa de la destruccion que la que ofrecia á nuestros ojos aquella tromba, arrollándolo todo á su paso. Las moles de roca y los árboles saltaban en medio de las aguas como briznas de paja arrastradas por el viento; y detrás de aquella masa temible, deslizábase el torrente desbordado, arrancando de cuajo los árboles y plantas de los jardines que desaparecian completamente.

Entre tanto, los muchachos del pueblo corrian hácia las orillas para coger truchas: estos peces, advertidos por su instinto, habíanse precipitado sobre la yerba húmeda de las praderas vecinas, para evitar el choque de las piedras arrastradas por la corriente.

Presentáronme muchos de estos peces, recogidos en pocos minutos; algunos de ellos pesaban mas de dos libras.

Las tempestades que estallan en el valle del Thortoum, casi cotidianas, no producen siempre el desbordamiento del torrente; pero estos se repiten á menudo; y para evitar, en parte, los daños, los habitantes plantan sauces en las orillas, entrelazándolos con faginas cargadas de piedras: estos diques bastan á veces para impedir que las aguas arranquen la tierra y los árboles de los jardines; pero las inundaciones tienen siempre por consecuencia una desviacion del lecho del torrente, y el propietario de una orilla se ve así desposeido en provecho del que se halla en la opuesta, cosa admitida por la ley turca.

El castillo de Thortoum, cuya descripcion hice ya, fué para mí objeto de un exámen particular; saqué un dibujo y tracé un plano.

Permanecí dos dias en Sahrer, ocupándome en cazar y dibujar; y me habria quedado mas tiempo si los mosquitos, cuyo número es fenomenal, no me hubiesen obligado á huir.

A pesar de la precaucion que adopté de ahumarme toda la noche quemando tesek, fuéme imposible conciliar el sueño.

LXII

Visita á las antiguas iglesias georgianas.—Un desfiladero de Thortoum.—Llegada á Auset.—La casa de los mucafirs.—Una historia de bandidos.—Un zaptie trata de asustarme —Los oasis del Thortoum.—Llegada á Issa.

Segun las instrucciones de la Sociedad geográfica, debia recorrer el valle del Thortoum y otros muchos laterales, copiando al mismo tiempo las inscripciones georgianas trazadas en las paredes de varias grandes y magníficas iglesias, último vestigio del poderío de los reyes georgianos en aquel país. Estas inscripciones eran en efecto dignas de copiarse con el mayor cuidado, porque son en extremo notables bajo el punto de vista histórico; y me dediqué con el mayor afan á este trabajo, suspendiendo mis exploraciones botánicas y zoológicas.

La primera iglesia que fuí á visitar fué la de Chachouli, ó Khakhou (véase el grabado de la pág. 320); al salir de Sahrer seguimos el curso del Thortoum-sou, tan pronto por una orilla como por otra.

Cruzamos por varios pueblos: en Kiskakapsi veo las ruinas de una capilla, situada sobre una eminencia que domina el camino; en este punto se eleva un fuerte sobre el rio, estableciendo una comunicacion con varios valles, que nuestro guia me indica como muy fértiles, y ricos en árboles frutales. Tambien contienen algunos pueblos.

A las cinco horas de nuestra salida de Thortoum, cruzamos el Thortoum-sou por un puente de piedra de estilo ojival y admirablemente construido: es el puente de Kiratchli. Veinte minutos despues llegamos á Vouvrik-Khapsi, gran pueblo bien situado en medio de una ancha llanura cubierta de árboles frutales; allí está la entrada de un valle contiguo al Thortoum, el del Khakouli-sou, que remontamos durante dos horas para llegar al pueblo de Khakhou.

Como es muy tarde para llegar hasta el mo-

nasterio, me alojo en la casa del jefe del pueblo, que nos recibe muy bien, y me envia las mas hermosas muestras de los frutos de sus jardines.

Al dia siguiente, á primera hora, me apresuro á ir á visitar la iglesia: á pesar de sus dimensiones, que son colosales, comparativamente con las de los otros edificios del país, está casi del todo oculta por perales y otros árboles frutales gigantescos. El monumento cristiano se halla convertido ahora en mezquita; pero los fieles del nuevo culto se cuidan poco de su templo, cuyo estado ruinoso va siendo cada vez mas lamentable. La iglesia principal, cuyo plano afecta la forma de una cruz, está rodeada de varias construcciones adyacentes, que han debido servir de capillas ó de alojamiento para los sacerdotes.

La única muestra de arquitectura verdaderamente notable es el pórtico de entrada, situado á la izquierda de la iglesia; se compone de siete arcos, sostenidos por columnas y pilastras. El monasterio está circuido de una muralla baja: fuera de este grupo principal, y diseminadas en los alrededores inmediatos, me enseñan una docena de capillas abovedadas y sin cúpula, entre las cuales hay una digna de estudio por su decorado exterior.

El habitante del pueblo que hace las veces de guia nos conduce despues á varias iglesias, que sirven ahora de graneros y depósitos de forraje.

Inútilmente busco en estos monumentos vestigios de inscripciones: diríase que los musulmanes las han borrado expresamente; y lo mismo sucede con los frescos, de los cuales no quedan sino algunos restos insignificantes. Estas pinturas han debido representar santos y grandes personajes, reyes ó reinas, segun suele observarse en las iglesias bizantinas, y sobre todo georgianas.

Paso toda la mañana ocupado en sacar el plano de la iglesia y dibujarla bajo sus diversos aspectos.

Por la tarde salimos de Khakhou, y bajamos al valle de Thortoum, siguiendo el torrente. Cerca de Unzec, ó Eunzec, el valle se estrecha bastante, y pasamos entre dos altos muros basálticos, cuyas moles enormes, al parecer en equilibrio, se suspenden sobre nuestras cabezas. El primer aspecto de estas montañas es verdaderamente terrorífico; mas al reflexionar que hace siglos tal vez que estas rocas amenazan así á los viajeros, franqueamos con toda tranquilidad el siniestro paso. El torrente, cuyas aguas se precipitan con violencia, no deja mas camino que su lecho, en el cual penetran nuestros caballos, llegándoles el agua hasta la cincha. En el espacio de mas de un kilómetro seguimos este camino peligroso, llegando al fin sin percance á un ensanchamiento del valle. A nuestra izquierda, en una altura, vemos las ruinas de una fortaleza; los flancos escarpados de la montaña se trasforman poco á poco en suaves pendientes, y el terreno desaparece bajo el espeso follaje de los verjeles, por los cuales rodeamos largo tiempo antes de llegar al pueblo de Auset.

Nos dirigimos al jefe, y este nos conduce á una casa mas cómoda que las otras: es la casa de los *mucafirs* (huéspedes). Las rentas del pueblo son considerables, y gracias á ello, los habitantes pueden conservar con cierto lujo una morada para los extranjeros que van de paso. Cierto es que durante toda la tarde nos vemos asediados de visitas, pues los que han contribuido á la edificacion de la casa, se creen con derecho á entrar en ella.

La conversacion de estos visitantes gira sobre un hecho ocurrido últimamente: unos bandoleros han matado en el valle del Thortoum á dos campesinos que volvian de vender su cosecha de frutos en Erzerum.

Se me aconseja que no continúe mi viaje y vuelva á Sahrer, porque el camino no está seguro; pero yo sospecho que hay alguna exageracion en el relato de los habitantes de Auset, porque en los pueblos anteriores no he oido decir nada de esta muerte. Un robusto moceton, que es zaptie y la echa de orador, trata de atemorizarme, y no consiguiéndolo, ofréceme su proteccion, para acompañarme hasta el lago.

En razon al temor que ha creido infundirme, pretende obtener mejor salario; pero me burlo de él, demostrándole que no me dejo engañar, y acéptole como guia, al precio corriente. Hablando con él durante el viaje, espero persuadirle á que me venda un par de magníficas pistolas, cuyas culatas están guarnecidas de coral é incrustaciones de plata.

La noche se pasa agradablemente, y al amanecer me pongo en camino.

El zaptie me hizo ver, durante nuestra marcha, el sitio donde los mercaderes de frutos quedaron casi muertos por los ladrones, que les robaron cuanto llevaban.

Así como la víspera, vemos varios pueblos en la confluencia de arroyos que á través de profundos barrancos van á verterse en el Thortoumsou.

Estos pueblos, cuyas casas están á veces completamente ocultas por los árboles de los jardines, ofrécense á nuestra vista como verdaderos oasis en medio de un caos de áridas montañas.

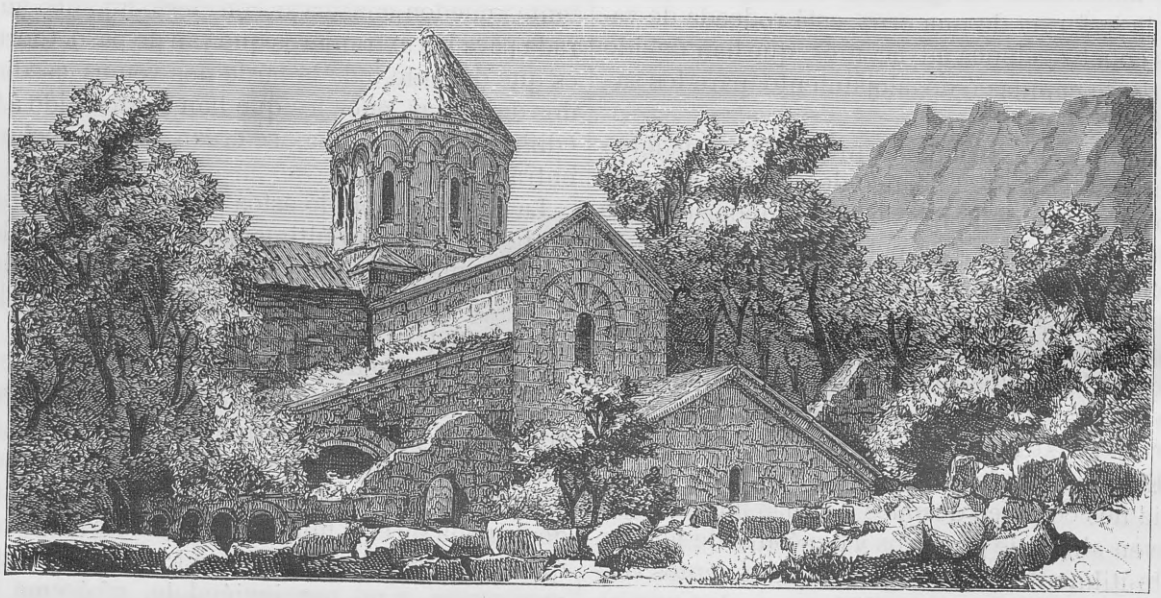
Esperamos con afan el momento en que bajo su deliciosa sombra podremos ponernos al abrigo del sol que nos abrasa, refrescándonos con los frutos que á nadie se niegan allí jamás.

LXIII

Me alojo en la casa del jefe del pueblo.—Un buen medio para preservarse de los mosquitos.—Los sarnosos.—Un remedio contra la sarna.—Paseo por el lago.—Nuestra embarcacion.—Un cazador.—Ornitología.—El gran salto de agua.—Orígen del lago.—Hospitalidad de un pueblo.—Las ilusiones de un anciano.—Regreso á Issa.

Cuanto mas nos acercamos al lago mas se ensancha el valle, y el mejor camino es aun el fondo del rio, poco profundo en aquel paraje, y que se desliza sobre un lecho de fina grava. Muy pronto llegamos á un ensanchamiento del valle, mas considerable todavía; las montañas parecen deprimirse en ambos lados; y despues de cruzar praderas, inundadas en parte, divísase el lago, que dejamos á nuestra izquierda, alejándonos un kilómetro mas allá para ir á buscar albergue en el pueblo de Issa.

Me alojo en casa del jefe del pueblo, en una especie de cobertizo que hay sobre el tejado de la casa, donde sopla el aire por todas partes; pero me complace esta circunstancia, porque



Iglesia de Khakhou

estaremos al fresco toda la noche, con la seguridad de no ser molestados por las pulgas. Verdad es que en cambio de ellas tenemos los mosquitos; pero rodeándose de una nube de humo, es mas fácil preservarse de sus picaduras. Además de esto, tengo la costumbre de cubrirme la cabeza, cuando me retiro á descansar, si estoy al aire libre, con la gasa de una red para coger mariposas; y recomiendo esta mosquitera improvisada á los viajeros que no tengan otra cosa mejor.

Mientras comia con mi patron, observé que sus manos, así como las de varios convidados, estaban negras y escamosas; por política no me atreví á preguntar en el acto la causa de aquel singular desaseo; pero luego supe por mi zaptie que era debido á la sarna. Esta enfermedad está muy propagada en el pueblo y en los alrededores; y el único remedio empleado es una especie de composicion resinosa que no produce mucho efecto. Debo confesar que sentí una viva repugnancia cuando supe que habia comido en compañía de sarnosos, y que habia faltado poco para ir á vivir con ellos. Prometíme evitar en lo sucesivo todo contacto inmediato con aquella gente, pues ya me parecia sentir la picazon característica de esta enfermedad.

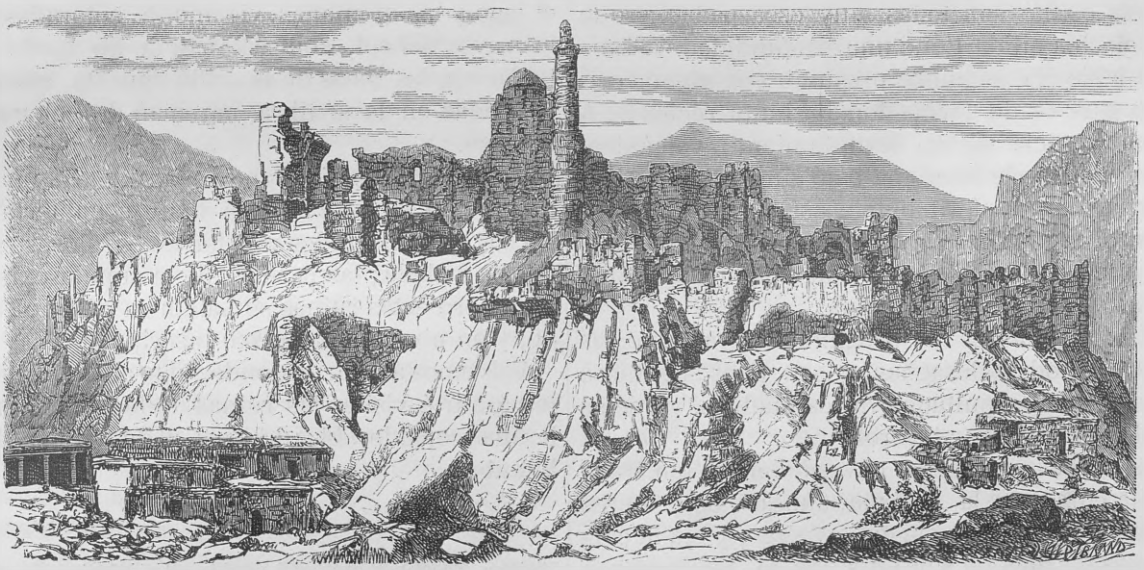
Al dia siguiente compuse para mi patron cierto ungüento con sebo, ácido fénico y alcanfor, las tres únicas cosas de que yo podia disponer, y que podian combatir el mal. Ignoro si el remedio fué algo eficaz á los que se servian de él; pero en los dias siguientes me ví asediado por una multitud de sarnosos que iban á suplicarme que los curase.

Desde mi llegada, y á instancias mias, el jefe habia dado aviso á varios barqueros de las orillas del lago, previniéndoles que estuvieran á mi disposicion á la mañana siguiente.

El pueblo de Issa se halla á dos kilómetros de la orilla: franqueamos muy pronto esta distancia, y antes de salir el sol nos hallábamos en el

sitio donde esperaban los barqueros. La embarcacion que se nos ofrecia era una especie de balsa de las mas primitivas, tal como las que debieron usar los primeros navegantes: dos gruesos troncos de árboles, ahuecados y sujetos entre sí por fuertes traviesas, sostenian un entarimado de largas tablas; y los hombres maniobraban con dos remos inmensos, fijo cada cual en el lado de un tronco. El patron dirigia la marcha con una pértiga, que hacia las veces de timon. Este esquife se asemejaba á los cargamentos de madera que navegan en nuestros grandes rios.

Rara vez he disfrutado de un espectáculo mas agradable é imponente que el que me ofrecia el lago de Thortoum iluminado por el sol naciente; seria necesario saber expresarse poéticamente para describirle bien, con toda su majestuosa belleza. Nada mas extraordinario y fantástico que aquella inmensa sábana líquida encajonada en medio de altas montañas áridas y espantosamente escarpadas, cuyas coloraciones amarillentas y rojizas se reflejaban á inusitada profundidad en las azuladas aguas. Solo interrumpian el silencio de aquella soledad imponente los gritos de las águilas y de los halcones, cuyos nidos parecian estar pendientes de las rocas.



Kosaba

Agradábame aquella atmósfera pura y tranquila; y como no tenia prisa por llegar, rogué á mis tripulantes que no remaran, y dejasen á la balsa seguir la corriente, á fin de poder contemplar con mas detencion el paisaje. Sin embargo, aquella navegacion lenta hubiera acabado por ser fatigosa si el patron no hubiese dirigido la balsa hácia una pequeña ensenada, donde nuestros hombres saltando en tierra, fueron á recoger frutos á un jardin que habia en un profundo desfiladero. Entre tanto comencé á buscar insectos en la orilla; y el éxito distaba mucho de coronar mis esfuerzos, cuando me llamó la atencion el ruido que producian varios peces de gran tamaño, los cuales retozaban y saltaban en la superficie del agua: dos veces disparé contra ellos sin poder matar ninguno, tal vez porque, tirando con perdigones, no les heria lo suficiente para impedirles escapar; y ya desesperaba del resultado, que prometia ser tan infructuoso como mi caza de insectos, cuando volvieron los barqueros cargados de frutos. Tan pronto como les referí lo que me pasaba, uno de ellos fué á buscar una pequeña escopeta, y despues se tumbó boca abajo en la orilla. Los peces, que habian desaparecido antes, asustados por mis tiros, reaparecieron de nuevo; el cazador apuntó al instante é hizo fuego; y al punto ví á la víctima agitarse en la superficie del agua; era una magnífica trucha de unas tres libras de peso. Admiróme la belleza del pez, pero mas aun la habilidad del cazador, cuya bala habia herido á la trucha junto á las agallas. Sin embargo, aquel tiro feliz hubiera podido parecerme efecto de la casualidad, á no ser porque le ví repetido tres veces en el espacio de media hora: siempre recibieron las truchas el balazo en el mismo sitio, poco mas ó menos.

El lago mide unos ocho kilómetros de longitud, y empleamos tres horas para recorrer esta distancia: como lugar habitado, no vimos sino un gran pueblo en la orilla derecha completamente rodeado de jardines.

Habíanme dicho que hallaria en el lago nume-

rosas aves acuáticas, pero nada confirmó este aserto; las únicas que ví fueron algunos cormoranes. Bajo el azul del cielo, á inmensa altura, divisé varios puntos blancos; eran pelícanos; pero ninguno de ellos bajó hasta ponerse á tiro.

En la extremidad del lago rogué al patron que se acercase á la orilla para ir á examinar, á unas cien varas mas léjos, un magnífico salto de agua de treinta metros de altura por veinte de ancho: esta cascada se forma por un impetuoso torrente, que es el depósito del lago. Una leyenda muy acreditada atribuye el orígen de este á un terremoto; y en efecto, al decir de los ribereños, y á juzgar tambien por el aspecto general del lago, cuyas orillas son todas muy escarpadas, y que en ciertos sitios tiene una profundidad casi insondable (1), se puede presumir con alguna certeza que es de formacion bastante reciente. A consecuencia de un levantamiento volcánico, una parte de la montaña bajó sin duda al valle y obstruyóle, trasformándole así en un vasto depósito, cuyo exceso se vierte por la gran cascada de que antes hablé, y á la cual siguen y preceden otras de menos importancia.

Mis tripulantes me preguntaron varias veces si no se podria desaguar el lago, pues suponíase que estaban sepultados varios pueblos, y que se podrian encontrar tesoros.

Al regresar, nuestra navegacion fué tan tranquila como por la mañana, aunque los remeros hubieron de hacer mayor esfuerzo, pues la corriente no deja de ser muy rápida. Descansaron un poco cerca del sitio donde habíamos visto un pueblo, y aproveché el intervalo para ir á ver si descubria algunas construcciones georgianas. Encontré en efecto una capilla ruinosa; pero no ofrecia el mayor interés.

El jefe del pueblo, anciano, de blanca barba, y del mas venerable aspecto, me ofreció un refresco en su casa, y habiendo aceptado, presentáronme un gran cesto de moras blancas y negras de sorprendente tamaño. Probé algunas, y como se me abriese el apetito, mandé traer á mi vez las truchas que habia comprado al cazador, invitando á mi patron á tomar una parte; la carne de este delicioso pescado fué digna de la reputacion que tienen las truchas de las montañas. Mientras comíamos, mi patron me hizo las mismas preguntas que me habian dirigido los barqueros acerca de la gran cascada; queria saber si era posible secar el valle sepultado en las aguas, y en este caso deseaba que trasmitiese al bajá de Erzerum los deseos de todos los habitantes del pueblo. « La tierra es lo que nos falta, y no los brazos; y nos daríamos por felices si pudiésemos trabajar en la conquista de las magníficas praderas sepultadas en el fondo del lago.»

Cierto que semejante empresa no seria imposible en Francia ni en ninguno de los países occidentales de Europa; pero sí superior á las fuerzas del gobierno turco. Sin embargo, para no desvanecer las queridas ilusiones del buen hombre, prometíle hacer lo que me pedia.

Nuestra navegacion terminó por la tarde: el aspecto del paisaje, aunque completamente cambiado, no era menos encantador. Por una parte, el lago y las montañas, vivamente coloradas por los rayos del sol, contrastaban de un modo extraño con las rocas de la orilla opuesta, que sumergidas en la sombra, parecian de color azul intenso.

No léjos del sitio donde abordamos, en un montecillo situado en una llanura cubierta de brezos, de tamarindos y de lentiscos, elévase una iglesia aislada; las paredes de la cúpula existen aun; pero estas ruinas se hallan en pésimo estado, y en ninguna parte veo inscripciones.

Volvemos á Issa, de donde salgo al dia siguiente para ir á visitar las ruinas de Eoechk-Wank, las mas considerables del país, al decir de los habitantes.

LXIV

Visita á Eoechk-Wank —El pueblo.—La iglesia.—Las inscripciones.—Leyenda sobre el orígen de la fundacion de las iglesias de Thortoum.—Regreso á Sahrer.—Egreck — Marcha á Ispir.—Viaje á través de las altas mesetas —Los pueblos de Wartans y Norschen.—Me dispensa hospitalidad un sacerdote católico.—Las primeras noticias de la guerra de 1870.—Una tempestad en las montañas.—Llegada á Fisrik-Kalé.

Vadeamos el Thortoum-sou cerca del sitio donde desemboca en el lago, penetrando despues en un ancho valle lateral que sigue una direccion perpendicular á la del rio: este valle es magnífico, pero muy accidentado, y avanzamos lentamente.

Al cabo de una hora de marcha llegamos al pueblo de Eoechk, que no ofrece nada de particular; mas allá se estrecha el valle, y despues tuerce bruscamente á la derecha, serpenteando á través de enormes rocas. En un recodo del camino vemos destacarse ante nosotros la magnífica iglesia de Eoechk-Wank: descanso algunos instantes en una de las casas vecinas, y apresúrome á visitar el monumento, que es en extremo notable. Las piedras que entran en su construccion, muy bien unidas, han adquirido un hermoso tinte amarillo, mezclado con tonos rojos

(1) El P. Narses Indjidian da para el lago de Thortoum una profundidad de quinientos codos; yo no llevaba lo necesario para sondearle, y me atengo á lo dicho por los habitantes.

en un todo semejantes al color de los monumentos griegos del Partenon. Saco cuidadosamente el plano, muy bien ordenado, y que afecta la forma de una cruz; la cúpula, de agradables proporciones, se destaca graciosamente sobre el azul del cielo; pero la parte mas hermosa del edificio es, á no dudarlo, la fachada lateral expuesta al mediodía: los nichos son muy elegantes. La iglesia de Eoechk-Wank es en mi concepto la muestra de arquitectura mas notable que dejó el arte georgiano: ninguna de las iglesias de la Transcaucasia y de la Georgia rusa, visitadas por mí en 1868, me produjo una impresion tan favorable (véanse los grabados de las páginas 316 y 317).

El P. Narsés Indjidian hace la siguiente descripcion del pueblo: «Eoechk-Wank, ó simplemente el monasterio, como le llaman los musulmanes, está en la pendiente de una meseta circuida de montañas, á cuyo pié se elevan árboles frutales, en medio de los que se destaca su magnífica arquitectura.»

Hallé asimismo en Eoechk-Wank muchas inscripciones: la mas notable está grabada en el pequeño pórtico que hay en el lado del sud, y hállase en muy buen estado de conservacion; el fondo de los caracteres estaba lleno de un color rojo que los hacia resaltar mas. En el interior y alrededor del coro, ví una inscripcion que me pareció ser la leyenda explicativa de las figuras pintadas al fresco que decoran los entrepaños: la iglesia ha debido estar completamente revestida de pinturas murales.

La siguiente leyenda nos da á conocer el orígen de la fundacion de las iglesias de Khakhou, Egreck y Eoechk-Wank:

Un rey de Georgia tenia tres hijas, y prometió su reino á aquella de las tres que mandase edificar la iglesia mas magnífica; las otras dos deberian encerrarse en un convento. Las princesas pusieron manos á la obra, eligieron los mejores obreros, y cada una de ellas mandó elevar en la cima de una montaña un monumento espléndido; pero no todas tuvieron igual éxito. Al decir de los mas inteligentes, la iglesia de Eoechk-Wank aventajó por mucho á las otras dos. El rey dió pues la corona á su hija Thamar. En efecto, á esta reina y á David el Restaurador, atribuye el P. Indjidian la construccion de la mayor parte de las iglesias del valle del Thortoum.

Aquella misma tarde volvimos á Issa, y al dia siguiente tomamos el camino de Sahrer, el cual se recorrió acelerando el paso, en menos de siete horas. Fuí á Egreck á visitar las ruinas del monasterio: la iglesia, de piedra y con cúpula, está bastante bien conservada; pero no ofrece tanto interés como las que ya habia visto.

Recorrido ya en todas direcciones el valle del Thortoum y algunos de los adyacentes, salí de aquel país el 14 de agosto, para dirigirme á Ispir, á través de las altas mesetas de la cadena de montañas que separan la cuenca del Éufrates de la del Tschorock.

Al salir de Sahrer nos dirigimos por el noroeste á través de una serie de pequeños valles y de barrancos accidentados, llegando á poco á un pueblo de armenios católicos, cuyos habitantes se apresuran á ofrecernos crema y galletas.

El aspecto del país ha cambiado mucho desde que abandonamos, en el pueblo de Kauslik, el valle del Thortoum. En vez de montañas áridas y oasis formados por los verjeles, solo vemos inmensas praderas alpestres, donde pacen numerosos y magníficos rebaños. Con frecuencia pasamos cerca de algunos pueblos, y al fin, á nuestra izquierda, pero muy léjos aun, diviso un bosque de pinabetes, cosa que no veia hace varios meses. Por eso es para mí objeto de asombro, y regocíjame hallarme de nuevo en la zona de los Alpes pónticos, donde recogí tan magníficas colecciones zoológicas.

Apresuramos el paso, porque debemos descansar en el pueblo armenio de Wartans, á donde no llegamos sino al cabo de tres horas de marcha. Este punto se halla muy elevado; el barómetro indica una altura de cerca de dos mil ochocientos metros; el frio es muy penetrante á la sombra, y en algunos picos vecinos se ve aun la nieve en la parte que da al norte.

Cerca del pueblo voy á visitar una capilla y un pequeño castillo ruinoso.

El pueblo está habitado solo por pastores; pero veo algunos campos de centeno, cuyas espigas están verdes aun, mientras han llegado ya á su completa madurez en el valle del Thortoum.

En esta meseta tienen su nacimiento los mas de los rios que afluyen al Thortoum-sou por la orilla izquierda: uno de ellos, situado cerca del pueblo de Norschen, á donde llegamos al dia siguiente hácia las nueve de la mañana, es el que yo habia cruzado ya en Kiska-Kapsi, en el Thortoum, al dirigirme á Egreck.

El pueblo de Norschen, ó Norschine, es el mas considerable de toda la meseta del Giaour-Dagh, ó montaña de los infieles, así denominada á causa de los cristianos que la pueblan. Norschen está exclusivamente habitado por católicos: el cura me dispensa la mas cordial hospitalidad: este buen hombre, que por excepcion entre los sacerdotes armenios, tiene alguna instruccion, habla un poco el francés; parece complacerle mucho mi visita, y tiene conmigo toda clase de

atenciones, llegando hasta á ofrecerme su habitacion y su lecho. Este sacerdote me da la noticia de haberse reñido una gran batalla entre franceses y prusianos, habiendo sido estos últimos los vencedores; asegúrame que veinte mil de mis compatriotas han quedado en el campo de batalla.

La noticia me deja estupefacto; rehuso creerla, y digo á mi patron que debe estar mal informado, y que confunde sin duda el nombre de los vencedores. A mi salida de Erzerum habia oido hablar vagamente de una guerra próxima; pero nada podia hacerme presagiar tan trágico suceso. Sin embargo, el cura me afirmó que uno de sus parientes, llegado la víspera de Ispir, habia recibido la noticia del caimakan. A pesar de todo, persisto en la duda.

Pasé muy bien la noche en Norschen, de don



Habitante del Lazistan

de salí al dia siguiente á las seis de la mañana. Este burgo se halla á cuatro horas de Thortoum por Kiska-Kapsi: el camino que desde aquí conduce á Erzerum es bastante cómodo; y no hay mas que doce horas, siguiendo la línea recta. Nosotros necesitábamos siete solo para llegar á Ischen, residencia del caimakan del canton de Ispir, y preferí no trasladarme á este punto hasta haber visto Fisrik-Kalé. El viaje se efectuó en su primera parte sin ningun incidente enojoso; mas por la tarde nos sorprendió una tempestad de inusitada violencia, cerca de un pico muy alto, completamente cubierto de nieve.

Es preciso haber estado expuesto á uno de estos terribles temporales de las montañas para darse cuenta de sus efectos. Por espacio de dos horas recibimos la lluvia y el granizo que caian sobre aquellas altas mesetas, donde solo crece una yerba fina y corta; y no podíamos encontrar un solo abrigo; los jóvenes armenios que me acompañaban desde Van, y cuya ropa era de algodon, padecieron mucho á causa del choque del granizo, cuya dimension era extraordinaria. El sendero que seguíamos serpenteaba por la aguda arista de una cadena de montañas que separaba dos valles sumamente profundos y cubiertos de bosque; mas para ir á buscar allí un abrigo, nos hubiéramos desviado mucho de la línea que debíamos seguir. Al fin divisamos, en el punto de union de varios valles, el castillo de Fisrik, asentado sobre una masa de rocas aisladas: este era el puerto, y cobrando nuevo valor, llegamos despues de un rápido descenso, al fondo de los valles.

Esta última parte de nuestra marcha no dejó de ofrecer peligro, pues el terreno, minado por la violencia de las aguas, se agrietaba á menudo bajo los piés de nuestros caballos.

En la fortaleza misma encontramos un albergue; allí habitaba un anciano laze, quien nos ofreció la proverbial hospitalidad de todos los montañeses.

Esta larga jornada nos habia trasportado á un país muy distinto del que yo recorrí durante varios meses; era muy accidentado, y la vegetacion presentaba la lozanía y riqueza de las zonas alpestres. La cadena que acababa de atravesar dividia de una manera muy marcada la forma botánica de las mesetas de Armenia de la de los Alpes pónticos. Las delfíneas, los acónitos, los rododendros, el boj y las bayas, sustituian aquí á las plantas de las estepas. Regocijábame de



Dervis mendicante

antemano al pensar en las magníficas cacerías entomológicas que me reservaba aquella abundante vegetacion.

Al otro dia busqué inútilmente en Fisrik-Kalé y en los alrededores algunos vestigios de inscripciones; y por lo tanto no me detuve en este punto sino el tiempo necesario para sacar un cróquis.

LXV

Salida de Fisrik.—Traje de los lazes —Zagos.—Imposibilidad de obtener un guia.—Llegada á Ischen —La fortaleza —Salida de Ischen —Kosaba y la fortaleza —Las inscripciones árabes.—El monasterio de Surp-Ovannés.

A partir de Fisrik, el traje de los habitantes se modifica sensiblemente: hallábame en pleno Lazistan, y el tipo de los hombres era muy distinto del de los que habitan en las llanuras de Erzerum y hasta del Thortoum. Tenia á la vista tambien los mas magníficos tipos de la raza caucásica: la blancura del cutis y el fino cabello eran los caractéres generales.

Todos los hombres eran de aventajada estatura y bien fornidos, y como llevaban el traje muy ajustado al cuerpo, revelábanse mejor sus elegantes formas. En cuanto á las mujeres, nada puedo decir, pues no he visto una sola. Reconociendo desde léjos que yo era extranjero, huian presurosas y no se presentaban ya.

En vez de turbante, los lazes llevan una especie de capuchon de lana semejante al de los habitantes del Cáucaso; las cintas de esta especie

de gorro frigio se arrollan en la cabeza, formando un tocado que no carece de elegancia y de carácter. Así como los georgianos, los lazes llevan en el pecho cartucheras adornadas, del mismo modo que su vestimenta, con galones de oro y plata; el cinturon, bordado en cobre, está siempre bien provisto de armas, entre las cuales se ve un ancho puñal de hoja corta, que sustituye al largo yatagan; sus fusiles son tambien cortos cual conviene á los montañeses.

En cuanto á las costumbres y casas, los lazes no difieren en modo alguno de los habitantes del valle del Tribola-sou, de que antes hablé.

Al salir de Fisrik hacemos muchos rodeos durante varias horas por valles muy encajonados, que nos conducen á Zagos. Este pueblo se compone enteramente de casitas de madera, que producen el mas pintoresco efecto.

Inútilmente trato de obtener un guia para ir á Ischen ó Ischin, donde reside el caimakan, pues los rudos montañeses me toman por un empleado turco, y en esta creencia me acogen mal. Véome, pues, obligado á guiarme solo con una mala carta geográfica, lo cual no es cosa fácil en estos profundos desfiladeros, en los cuales se abren otros valles cuyas sendas cortan la que yo debo seguir. No obstante, sin grandes errores llegamos por la tarde al extenso y fértil valle del Tschorock. Sobre un contrafuerte de las montañas, bastante parecido á un cono truncado, elévase el burgo de Ischen.

Voy directamente en busca del caimakan, quien vive en un antiguo edificio que debió ser en otro tiempo una fortaleza. Este funcionario me recibió muy bien, y pasé la noche en su casa donde tuve el sentimiento de oir confirmadas las malas noticias que me habia dado el sacerdote católico de Norschen. Era muy bien sabido que estaba declarada la guerra entre Francia y Prusia, y que nuestras tropas acababan de sufrir sus primeros reveses. La noticia de este descalabro me hizo apresurar mi viaje, y al dia siguiente salí de Ischen, á pesar de la amable insistencia de mi patron para que permaneciera un poco mas.

Siguiendo por la orilla derecha del valle del Tschorock, llegamos á las tres horas de marcha á Kosaba, pueblo situado en la confluencia de un pequeño rio; se escalona en las pendientes de una gran mole de rocas que dominan una fortaleza, la mas considerable de todas cuantas habia visto hasta entonces (véase el grabado de la pág. 321).

Tan pronto como llegué comencé á buscar activamente todas las inscripciones que allí pudiese haber: á la entrada del castillo, en cuyo recinto se penetra por una gran puerta ojival, copié en el lado izquierdo caractéres árabes grabados en una piedra embutida en la pared.

Los zapties del caimakan de Ispir me habian acompañado, y obligaron á un pobre diablo, que tenia una piedra grabada en el hogar, á sacarla de allí para que yo tomase copia: era notable por la buena disposicion de los caractéres, que formaban dibujos de cierta regularidad. El dueño de esta piedra habia ido á buscarla cerca de la puerta de la fortaleza, de la cual se habia desprendido.

Pasé el resto del dia sacando un dibujo del castillo de Kosaba, en cuyas construcciones se reconoce el arte de diversas épocas. Junto á las ojivas y formas árabes distinguí claramente los vestigios de capillas y monumentos cristianos.

En todas épocas ha debido tener esta fortaleza considerable importancia, pues domina por sí sola el paso del Tschorock, que permite á un ejército dirigirse del este al oeste, desde el mar Negro hasta Erzerum.

Al dia siguiente, 18 de agosto, hicimos una gran jornada: á medida que remontábamos el curso del Tschorock, las montañas eran menos escarpadas, ensanchábase el valle, á los grandes árboles del bosque sucedíanse las encinas, y los árboles frutales de los magníficos verjeles que hay alrededor de los pueblos recordábanme los paisajes del Kurdistan.

Hicimos un rodeo de dos horas para ir á visitar el monasterio kaimackli de Surp-Ovannés, que contiene una iglesia muy célebre, la de San Juan Bautista.

Nos recibió un monje, como en los monasterios de Armenia.

Venérase allí una preciosa reliquia, que no es otra cosa sino un dedo meñique de San Juan. En otro tiempo habia en este lugar numerosas inscripciones; pero han sido destruidas por los lazes, y no he visto la menor señal de ellas.

LXVI

Llegada á Perghitzi —Incidente cómico.—Un dervis, su manera de vivir y lo que es.—Marcha —Los albaricoqueros. Salimos del valle de Tschorock.—Llegada á Baibourt.—El caimakan se opone á mi viaje por el valle de Surmineh. — Sus razones.—Salida para Trebisonda por el camino de verano.—Bech-Kilissa —Un puesto de zapties en las montañas. — Llegada á Trebisonda —Regreso á Francia.

No habíamos permanecido mas de hora y media en el monasterio, y cuando continuamos nuestra marcha rápidamente, solo hicimos despues alto en el pueblo de Neurkak, para pasar allí la noche. Al dia siguiente no ocurrió nada de particular; mas al acercarnos á Per-

ghitzi ó Perghisi, donde reside un mudir, sorprendimos, á orillas del camino, á varias lavanderas, que aprovechando la soledad del sitio tomaban un baño. La primera que nos divisó profirió un grito de alarma, y en el mismo instante, todas aquellas bellezas, avergonzadas de que se las viera en un traje mas que ligero, sumergiéronse en el agua hasta el cuello. Recomendé á mi reducida caravana que franquease el vado lo mas pronto posible; mas al pasar, una vieja, y despues todas las demás lavanderas, comenzaron á dirigirnos las mas desvergonzadas invectivas.

Al llegar á Perghitzi fuí recibido por el mudir, quien me invitó á entrar en su despacho, donde se hallaba un dervis. Jamás habia tenido tan buena ocasion de estudiar de cerca uno de estos mendigos: el que, así como yo, recibia hospitalidad del mudir, era un hombre robusto, de unos cuarenta años, de fisonomía enérgica y facciones angulosas, á las cuales comunicaban cierta expresion de dureza unas cejas muy negras; el cabello, todo colgante, pasaba de los hombros. Durante la comida, el dervis dió á conocer su carácter jovial; y despues que los criados hubieron dispuesto los divanes y cojinetes que debian servirnos de lecho, nos dejaron solos. Entonces me informé del género de vida de mi compañero: díjome que hacia quince dias que se hallaba en casa del mudir, á quien consideraba como un hombre excelente y buen musulman; y cuando se hubiera cansado de vivir allí, iria á otra parte, aunque ignoraba dónde. «Iré, dijo, allá donde me dirija el dedo de Dios, y lo mismo puedo detenerme en la casa del pobre que en la del rico; comeré con ellos el pan y la sal, y les llevaré en cambio la oracion y la palabra de Dios.»

A pesar de lo que decia aquel hombre piadoso, sospeché que preferia mas bien la casa de los señores del país que la de los pobres, porque era sumamente aseado en su ropa y su persona, lo cual es una verdadera excepcion entre la gente de su clase. Su traje se componia de un calzon y una chaquetilla de tela blanca, cubierta por una piel de cabra, blanca tambien y muy sedosa, que le servia á la vez de lecho, y de alfombra para arrodillarse durante la oracion. Cubria su cabeza un alto bonete de fieltro blanco, al rededor del cual se arrollaba un turbante. Todo su equipaje se reducia á una pipa, con el tubo ricamente adornado; llevaba además siempre en la mano una media calabaza procedente de la India; y en el momento de descansar sacaba del bolsillo un rosario, cuyas cuentas recorria siempre entre los dedos.

Al dia siguiente supe por el zaptie, que este singular personaje era muy temido del mudir, porque servia de espía al alto clero musulman. Los beys mas poderosos habian debido arrepentirse muchas veces por no tratarle con las debidas consideraciones.

Perghitzi no es mas que una agrupacion de casas, en cuyo centro se halla la del mudir; pero al salir de este punto vemos un gran pueblo, donde admiro enormes albaricoqueros cargados de fruto, lo cual me parece extraordinario, porque nos acercamos al fin del mes de agosto. Estos frutos son deliciosos, y tuve el gusto de probarlos antes y despues de la comida, aprovechando la oportunidad para hacer una buena provision. Mucho convendria introducir en el norte de Francia tan hermosa especie de albaricoques; puesto que prosperan á una altitud de dos mil metros, donde los frios son sumamente rigurosos, y á menudo tan tardíos como irregulares; sin duda prosperarian perfectamente en nuestro país, donde la temperatura de la primavera está sujeta á tantos cambios bruscos.

Al salir de Perghitzi, me dirijo hácia Baibourth por la via mas directa; nos alejamos de Tschorock, que describe un largo rodeo hácia el oeste; y despues de atravesar grandes mesetas, y al cabo de cinco horas de marcha, veo casi á mis piés el castillo de Baibourth, de cuyo plano saco un dibujo á vista de pájaro.

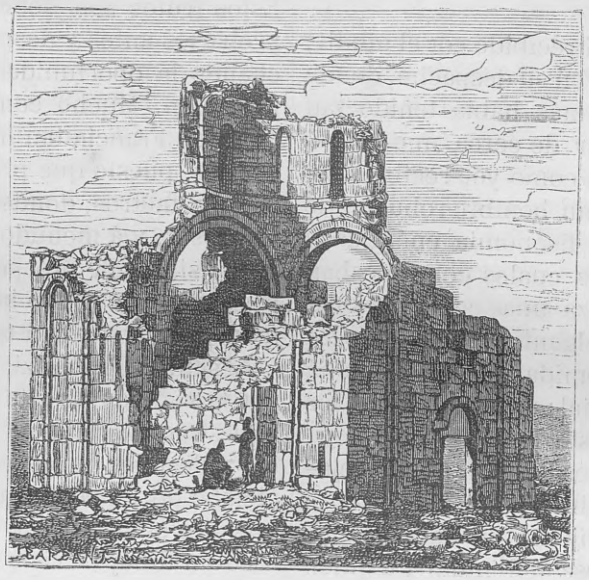
Mi intencion era dirigirme á Trebisonda pasando por el valle de Surmineh, que aun no conocia, pues en este punto hallaria fácilmente oportunidad para ir por mar hasta Trebisonda; pero el caimakan de Baibourth, á quien dí á conocer mi proyecto, rogándole me facilitase un guia y un zaptie, para acompañarme, rehusó categóricamente, dando por razon que dos meses antes, el cónsul de Francia habia sido robado por habitantes del valle, lo cual le expuso á perder su destino. Añadió que temia me ocurriese una aventura semejante, en cuyo caso seria su desgracia segura. Valióse de todos los medios para impedir que continuase mi viaje por la via indicada, y hube de volver una vez mas á Trebisonda por el camino de verano de las caravanas, que inútilmente quise recorrer en la primavera.

Al salir de Baibourth, franqueamos en una sola jornada la distancia que hay hasta Bech-Kilissa, donde saqué varios dibujos de las ruinas de cinco iglesias.

Al dia siguiente recorrimos una larga etapa: un poco mas allá del pico de Kitova me detuve algunos instantes en un puesto de zapties recientemente establecido: nos hallábamos á corta

distancia del sitio donde el cónsul habia sido robado; y por una buena precaucion, aunque algo tardía, el caimakan de Baibourth habia instalado allí en una mala cabaña á cinco ó seis gendarmes, encargados de proteger á las caravanas en medio de aquella inmensa soledad. Estos hombres tomaban muy por lo serio su consigna, y habian prohibido formalmente disparar un solo tiro en todo el país á menos de un caso urgente.

Mientras tomaba una taza de café con el jefe de los gendarmes, debí á dicha prohibicion el espectáculo, bastante cómico, de una cacería á los kurdos. Algunos de estos volvian de Constantinopla, armados, segun su costumbre, de un magnífico fusil nuevo; y varios de ellos divertíanse en tirar al aire en señal de regocijo. En el mismo instante, tres ó cuatro zapties, que los acechaban desde su observatorio, lanzáronse para prenderlos; pero los delincuentes, sospe-



Ruinas de una iglesia georgiana

chando que no iba á resultar nada bueno para ellos, al ver cómo corrian los gendarmes, emprendieron la fuga inmediatamente. Entonces comenzó una persecucion de las mas divertidas: los kurdos, aguijoneados por el miedo, corrian como gamos, y los zapties, ansiosos de obtener el valor de la multa que harian pagar, no eran menos ágiles; pero al fin fueron vencidos, y muy pronto los vimos volver sin aliento, renegando del mal éxito de su cacería. En un montecillo inmediato, los kurdos triunfantes hacian muchos gestos, burlándose al parecer de los pobres zapties.

Por la tarde hicimos alto en los kanes de Yaouli; y al dia siguiente, despues de diez y seis horas de marcha, llegamos á Trebisonda al ponerse el sol.

Aquí me confirmaron la noticia de nuestro desastre militar; y los pliegos que nuestro cónsul recibia diariamente de Francia, presentaban la situacion tan grave, que me creí en el deber de interrumpir mi viaje, para dirigirme inmediatamente á Paris. Gracias á la obsequiosidad de algunos amigos, pude vender al punto mis caballos; y el 25 de agosto salí de Trebisonda, llevando mis inscripciones y todo mi bagaje científico.

El 13 de setiembre me hallaba en Paris.

FIN DEL VIAJE AL LAZISTAN Y ARMENIA



Una familia de cholos veraneando

VIAJE AL VALLE DE HUARANCALQUI

Y LAS REGIONES DEL PAJONAL (BAJO PERÚ)

POR M. PAUL MARCOY

I

De los ocho valles que perfilan las orillas del Océano Pacífico entre el 16° y el 18°, como otros tantos verdosos oasis que atenúan un poco el aspecto estéril de esta parte del Bajo Perú, el valle de Tambo es el mas notable por su temperatura excepcional y por la naturaleza de sus productos. Así vemos que mientras los valles de Víctor, Acari, Siguas y Quiloa, que le avecinan por el norte, y los de Ilo, Moquehua y Locumba, que le suceden en el sur, no presentan mas que la vid, el maíz, el trigo, el pimiento, las legumbres y frutos de Europa, en Tambo se cultiva con buen éxito el arroz, el algodon, el olivo, la caña de azúcar, el naranjo, el granado, la higuera y el banano de los trópicos. La intensidad de su temperatura reconoce solo por causa su posicion.

Profundamente encajonado entre una doble cadena de peladas y tristes montañas que le bordean desde la playa de Mollendas, donde toma nacimiento, hasta las alturas de Puquina, en que concluye, nuestro valle presenta, en el trayecto de quince leguas, una escala que, partiendo de cero, llega á seis mil setecientos cincuenta piés de elevacion. De aquí resulta para sus cultivos una singular variedad: en la parte baja, como ya hemos dicho, produce el algodon y el arroz, la caña de azúcar y la banana; en la alta se encuentra solo la amarga patata indígena, conocida con el nombre de *papa lisa*, y un centeno mísero, cuyo grano se forma sin madurar jamás, y que sirve solo para el ganado.

Un rio que ha dado su nombre al valle, ó que acaso le toma de él, no lo sabemos á punto fijo, le recorre longitudinalmente y le fertiliza. Formado en las alturas por la reunion de cuatro arroyos que bajan de la cordillera, este rio, de

una largura y profundidad variable, se vierte en el Océano, así como todas las corrientes de agua situadas al oeste de los Andes. Tan pronto torrentes impetuosos como limpios arroyos, segun la época del año, ó un derretimiento súbito de las nieves esporádicas de la sierra, estos rios dan la vida y fecundidad á los terrenos que bañan, y aun á los que solo tocan al pasar. Este suelo, verdadero compuesto de cenizas volcánicas y arenas cuarzosas, de ocres y margas, de vetas de salitre y de sal marina, de restos de aves y de peces, y condenado al parecer á la mas ingrata esterilidad, no necesita mas que un poco de agua para ser fértil. Basta que penetre en él un poco de niebla, que le humedezca un diminuto arroyuelo, para que en pocos dias se cubra de yerbas y flores, desarrollando enérgicamente las diversas semillas que el hombre puede confiarle. Si á la apática indolencia del indígena fuera dado sustituir la iniciativa y voluntad del europeo, este litoral, dotado de un sistema de riego inteligentemente extendido á todas sus partes, se trasformaria en una vasta zona de cultivos de mas producto, y sobre todo mas seguro que los yacimientos metalíferos de los contrafuertes de los Andes, en los cuales se apoya.

La singular disposicion de los cerros que bordean el valle de Tambo al norte y al sur, donde como otros tantos promontorios destacados se hacen frente entre sí, pero de tal manera que el ángulo saliente del uno corresponde al ángulo entrante del otro, cierra á cada legua la perspectiva, impidiendo á la mirada penetrar en el interior, de modo que la observacion debe limitarse á varios detalles aislados. Para obtener una vista completa del conjunto es preciso franquear la cima de esas formaciones minerales, desde donde se abarcan á la vez el valle y sus alrededores.

Desde este punto elevado, la entrada de Tambo, que confina con el Océano, aparece entonces como una gran llanura casi circular, cuyo nivel excede en unos diez metros al de las riberas vecinas. Su suelo de aluvion es favorable para el cultivo de los algodones, de la yuca, de la batata, de las sandías, melones, y otras cucurbitáceas; las verduras, de distintos tonos, esmaltadas de flores amarillas y violáceas, parecen desde léjos una vistosa alfombra. Mas allá, á tres leguas en el interior del valle, comienzan las plantaciones de caña de azúcar, con sus compartimientos recortados en cuadros, y losanjes y trapecios, segun la naturaleza del terreno ó la disposicion de los lugares. Debajo de ellos, esas zonas de un verde glauco, que se extienden en los fondos bajos, son arrozales; y encima, en la vertiente, los espacios irregulares de un verde brillante son campos de maíz. En el conjunto resultan algunos detalles: junto á los bananos, los naranjos forman como manchas negras; los cultivos de pimientos rojos parecen amapolas en campos de trigo; los tejados de rastrojo de los ranchos, y las paredes de las haciendas, constituyen puntos blancos y parduscos; los árboles de mediana altura extienden su follaje sobre las plantaciones, y mientras unos crecen aislados, otros forman una prolongada línea, marcando el límite de las propiedades. En fin, así como en todos los valles del país, el sauce piramidal es la especie dominante entre estas esencias.

Mas allá del pueblo de Tambo, cabeza de distrito del valle, á ocho leguas del mar, un cambio notable de color y aspecto en la vegetacion indica el cultivo de otras especies; la altitud de los lugares no baja de seis mil piés, y el trigo, la alfalfa y la patata sustituyen á la caña de azúcar, el arroz y el algodon.

El rio Tambo, que nace en estas alturas, mezcla con la verde trama del paisaje un hilo de plata cuya dimension aumenta de legua en legua al acercarse al mar.

A medida que elevamos la mirada, estas plantaciones comienzan á escasear, y despues, su verdura, palideciendo gradualmente, acaba por confundirse con el tono amarillento de los cerros. Entonces se deja ver el mineral en toda su rígida desnudez, y frecuentado solo por los condores, llega á la region de las nieves.

Tal es, en resúmen, el aspecto general de nuestro valle. Si al hablar de sus diversos cultivos no hemos dicho nada del olivo y de la higuera, que no dejan de dar producto á los habitantes, es porque estos no los cultivan en el área misma del valle, sino en unas pequeñas gargantas que despues visitaremos.

En cuanto á los productos de estos valles del litoral, de los que es tipo el de que ahora hablamos, los que llamamos naturales tienen poca importancia. La vegetacion espontánea que constituye su flora, se limita á varias especies que se repiten obstinadamente en una extension de siete ú ocho grados, y que por su persistencia á vivir en comun han recibido el nombre de plantas sociales.

A pesar de la elevacion de su temperatura, el valle de Tambo no está mas favorecido por este concepto que los inmediatos, y muy pronto se puede formar el catálogo de sus familias. Comprende en los vegetales leñosos, con el sauce piramidal de que ya hemos hablado, dos variedades del croton sebífero, *mulli* de los Incas, un fresno de corteza y ramas rojizas, dos ó tres

mimosas que constituyen arbolillos, el cerezo peruano que se halla en algunos puntos de la Entre-Sierra, donde crece sin fructificar, y muchos tallares de chilcas *(vernonias)*, y de callajas *(baccharis)*.

En los vegetales herbáceos, las gramíneas, las cariofíleas, las borragíneas y las cactáceas cuentan algunos representantes; pero las compuestas sobresalen por el número, y su familia constituye por sí sola cerca de las dos terceras partes de la vegetacion.

Pero acortemos este punto, pues nuestro bosquejo, por corto que sea, ha debido bastar para dar al lector una idea aproximada del país á donde le conducimos. Al avanzar en este relato, y como tendremos ocasion de añadir detalles exactos á las breves indicaciones que hemos dado sobre estos valles del Pacífico, completando así su descripcion, usemos desde luego del privilegio que se nos concede en calidad de viajeros, para tratar de nosotros mismos hablando al público de nuestros asuntos personales.

En la época en que yo exploré, con la carabina al hombro y el album debajo del brazo, esta parte del litoral, el valle de Tambo contaba tres grandes haciendas enlazadas entre sí, y cuyos propietarios, de distinta nacionalidad, vivian en la mejor inteligencia, aunque sin visitarse.

La mas inmediata al mar, llamada el Arenal, porque llegaba hasta la zona de las arenas, pertenecia al general Cerdeña, un castellano viejo, que despues de la batalla de Ayacucho y la derrota del partido realista, se habia establecido en el país como muchos de sus compatriotas. A semejanza de Cincinato, habia trocado la espada por el arado, divorciándose con el mundo para dedicarse exclusivamente al cultivo y mejora de su dominio, el cual no habia abandonado desde aquella época.

La segunda hacienda era conocida con el nombre de Barranca, á causa de las escarpadas pendientes de sus terrenos: situada en el interior del valle, á tres leguas del mar, era propiedad de un inglés que cultivaba en gran escala el algodon y la caña de azúcar, para consolarse, segun decia, de los enojos que le ocasionaba su cara mitad, mujer vieja, fea y regañona; otros aseguraban que el inglés se proponia solo satisfacer una inclinacion natural; las versiones sobre este punto eran contradictorias; pero el caso es que el insular se embriagaba regularmente con el ron extraido de sus propias cañas. Por lo demás, aquel hijo de Albion se dejaba ver muy poco, y durante mi permanencia en el valle, inútilmente traté de encontrarle, para tomar un bosquejo, á falta de un retrato.

La tercera propiedad pertenecia á un francés que cultivaba igualmente el algodon y la caña de azúcar; era de Besançon, y llamábase Pedro Leroux. Desde su llegada á América, hacia unos quince años, se habia enriquecido dos veces, y otras tantas perdió su fortuna en ensayos minerales: las minas y sus tesoros ocultos le atraian invenciblemente.

Era hombre de cuarenta y cinco años, alto, de fisonomía inteligente y franca, de gran robustez y fuerza hercúlea. En cuanto á la parte moral, distinguíase por su valor y esa voluntad de hierro que hace al hombre proseguir su marcha sin arredrarse ante los obstáculos, cuando se propone un objeto. Tuve ocasion de verle al pasar un dia por Caraveli, donde trabajaba en una mina. Nuestro conocimiento, muy ligero al principio, llegó á ser una verdadera amistad en el valle de Tambo, donde nos encontramos al cabo de tres años de ausencia.

Despues de haber vivido dos dias en su casa, fuí dueño de todos sus secretos. Su gran asunto en aquel momento consistia en la introduccion de dos máquinas en Tambo, una para mondar el arroz, y otra para el algodon; por conducto del cónsul inglés, residente en Islay, habia enviado á pedirlas á Nueva-York hacia un año, y esperábalas de un momento á otro. Estas máquinas, de subido precio, debian prestarle en su opinion grandes servicios, y su establecimiento debia formar época en el país. Al escucharle deseé interiormente que no le sucediera con las máquinas lo mismo que con los ensayos de minas.

Nuestras ocupaciones en Tambo-chico, así se llamaba la propiedad, estaban distribuidas del modo siguiente: nos levantábamos al rayar el dia, y despues de lavarnos, se tomaba una taza de café, dirigiéndonos despues, con la carabina al hombro, hácia los fondos bajos del valle, donde se extendian las plantaciones de algodoneros; el sol no habia pasado aun de la cima de los cerros, y aquella parte del valle, refrescada, y como vivificada por el descanso de la noche, parecia flotar en un vapor violáceo de trasparencia ideal. Algunas tórtolas de collar, los ligeros gorriones, y otras aves, que revoloteaban de rama en rama animando la escena, guardaban silencio al percibir nuestros pasos, cesando los trinos con que saludaban la salida del sol y las puras bellezas de la mañana.

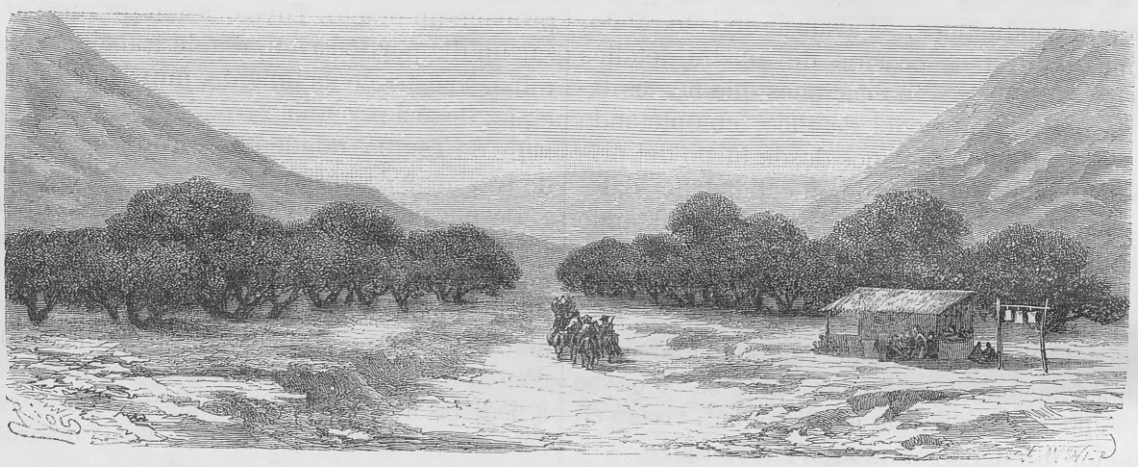
Los indios de ambos sexos dependientes de la propiedad se ocupaban en sus respectivos trabajos; mientras los peones, diseminados en los campos de cañas de azúcar, hacian lo mismo; las mujeres recogian el algodon, pues era llegada la época de la cosecha; veíanse las cáp-

sulas abiertas durante la noche, y de las cuales se escapaba como un copo de nieve el algodon ya maduro.

Estas excursiones matinales, además de aguzarme el apetito, valíanme siempre algun hallazgo: tan pronto era una planta que veia por primera vez, como un insecto que hallaba entre las piedras, ó bien un ave que mataba solo á fin de conservar sus despojos en obsequio á la ciencia.

Esta época del año (iba á terminar setiembre) atraia al valle brillantes troquilos, cuya especie mas comun era el pájaro-mosca. Llegadas del norte á fin de aprovechar las flores que la primavera hace nacer en estos valles, aquellas avecillas debian volver á su país cuando las flores hubiesen desaparecido, resecadas por el ardiente soplo de enero, que es cuando comienza la canícula.

El sol, inundando el valle de luz, con sus rayos abrasadores, nos hacia emprender la retirada, y volvíamos á nuestro alojamiento llevando para almorzar dos ó tres meloncillos y otras tantas sandías elegidas en los campos de la propiedad entre cincuenta individuos de su especie, pues se deben preferir las mas odoríferas, que son las que tienen mejor gusto.



Un higueral

Despues de almorzar solíamos dormir un poco; y luego, cada cual empleaba á su antojo las horas en que el excesivo calor nos obligaba á permanecer en casa. Mi patron repasaba sus cuentas ó escribia su correspondencia, mientras que yo retocaba mis cróquis, haciendo diversas anotaciones. A eso de las cuatro volvíamos á salir, y si deseábamos emprender una excursion mas larga, nos ensillaban dos buenas mulas, é íbamos á recorrer los alrededores del valle cerca del Océano.

El aspecto de esa region de las lomas ó cerros salinos me confirmaba cada vez mas en la idea que me habia ocurrido varias veces; es decir, que en remotas épocas, cuya fecha podria datar del período cuaternario, este litoral, cuya aridez contrista hoy, ofreceria la espléndida vegetacion que caracteriza las regiones del norte y del sur hácia el Ecuador y Chile. ¿Qué fenómeno interior, qué reaccion del fondo contra la superficie produjo para este país un cambio tan radical? Nadie lo sabe, ó mas bien, nadie lo ha dicho aun, porque existe un testimonio de este gran hecho geológico á setenta leguas de aquí, entre Iquique, muy nombrado por sus depósitos de nitro y salitre, y Huantajaya, cuyas minas de plata y cobre, célebres durante largo tiempo, se explotan todavia con bastante éxito. En la region montañosa que separa estos dos pueblos se encuentran casi sepultados en tierra montones de árboles cuyas ramas han desaparecido bajo la accion del tiempo, así como los troncos, de un grueso notable, se conservan aun. Estos árboles pertenecen, en cuanto se puede juzgar, á especies de que no se encuentra equivalente en la flora actual del país. Los indios dicen que son bosques cuyos árboles convirtió Pachacamac en piedra, en otro tiempo, á fin de castigar los crímenes de una nacion establecida en estos lugares. Los sabios del porvenir, buscando la solucion de tan grave problema, descubrirán tal vez que el fenómeno volcánico que despojó de su vegetacion esta parte del continente americano es el mismo á que se debe atribuir la sumersion total ó parcial de la cadena montañosa que desde la punta occidental de África avanzaba hasta la extremidad meridional de América, y de la cual era un resto la Atlántida, esa tierra misteriosa de que solo hablan Homero, Herodoto y Platon.

El crepúsculo extendia su velo sobre el valle cuando volvíamos á nuestro alojamiento. En vez de la bruma gris y opaca que caracteriza en nuestros climas esa hora dudosa en que el dia ha terminado, sin llegar la noche aun, el crepúsculo tenia aquí tonos sonrosados y verdosos en que parecia penetrar el argentado fulgor de los miles de astros esparcidos en el éter. Ni la paleta ni la pluma son suficientes para reproducir ese suave reflejo del sol que ha desaparecido; el cuadro era indescriptible y encantador. Extraños perfumes saturaban aquella atmósfera radiante; de los arrozales exhalábase un olor almizclado; las chilcas, que recuerdan la viña en flor, las callajas, que huelen á vainilla, los naranjos, las daturas arbóreas, y las pitahayas, cuyas espléndidas flores se entreabren á la caida de la tarde, florecen de noche solo por complacer á las estrellas, y se marchitan al rayar el dia. Con el perfume exquisito de este ramo mézclanse las acres emanaciones del mar y del bosque.

Al terminar el dia cenábamos frugalmente; y



El autor exhumando momias

despues, cuando Pedro Leroux habia dado sus instrucciones al mayordomo, íbamos á tendernos en nuestras hamacas, las cuales preferíamos al lecho, por temor á las pulgas; y muy pronto nos dormíamos bendiciendo á Dios que nos concedia dias tan tranquilos y tan serenas noches.

El dia siguiente se asemejaba en un todo al de la víspera, en cuanto á los incidentes: solo una vez á la semana se interrumpia esta uniformidad por un viaje que Pedro Leroux emprendia á Islay, distante cinco leguas: montaba á caballo por la mañana, y no volvia hasta la noche. Su único objeto era ir á preguntar al cónsul inglés si las máquinas que esperaba tan impacientemente llegarian pronto, ó si tardarian mucho tiempo aun. Solo en la casa, consagraba una parte del dia á recorrer los olivares y examinar los higuerales que bordean el valle, entablando al mismo tiempo conversacion con sus propietarios.

Entre las cuatro ó cinco familias de cholos establecidas en los olivares, habia una compuesta del marido, la mujer y dos niños, la cual patrociné, solo por el atractivo del color local, y con la que conversaba á menudo en los ratos de descanso.

Preservada del sol por una esterilla fija en la extremidad de cuatro estacas, esta familia, á pesar de su exterior miserable y el color enfermizo de sus individuos, parecia feliz y satisfecha de la parte de bienestar que Dios le habia concedido en este mundo. El hombre, con su sombrero de paja roto, los piés descalzos y agujereado el pantalon, estaba tumbado durante una parte del dia, fumando en esta postura un número indeterminado de cigarrillos. La mujer, sin mas ropa que una camisa sucia y una saya desgarrada, daba el pecho á un niño de pocos dias, ó le mecia para dormirle, dejando al mayor, desnudo como un gusano, revolcarse en el polvo como las gallinas (véase el grabado de la pág. 329).

Mi conversacion con aquella buena gente se referia sobre todo á su género de vida en aquellos parajes, á las atenciones que exigia el cultivo, y á los productos que cosechaban. Su vivienda habitual estaba á diez leguas de allí, en las

alturas de Tambo: el cobertizo, bajo el cual me recibian, era para ellos como una quinta. Ausentes del olivar durante once meses del año, confiaban enteramente á la Providencia el cuidado de velar por sus árboles, y contentábanse con visitarlo el último mes, cuando era llegada la época de recoger la aceituna. Esta fe en la Providencia, de la cual me maravillaba, considerándola como una gracia especial, parece ser, segun me dijeron, patrimonio de todos los propietarios de olivares, que así como ellos, no visitaban su plantacion sino para recoger los productos.

Terminada la cosecha, extraian de las aceitunas, por medio de una prensa de madera, ese aceite del país, cuyo gusto rancio desespera á los extranjeros en general. Además de la fabricacion del aceite, mis cholos sabian preparar las aceitunas negras, que cocidas cuando están perfectamente maduras, y expuestas algunos dias al sol, se conservan en aceite rancio, y son la delicia de los habitantes de la sierra.

Desde la region de los olivos pasé, elevándome doscientos metros, á la de las higueras, donde estos árboles, dispuestos por grupos de siete á ocho individuos, forman vastas espesuras. De los frutos que producen abundantemente, una parte de ellos se pone á secar para expedirla á las ciudades de la Entre-Sierra, y la otra sirve para preparar una bebida cuyo color violáceo recuerda nuestro vino de Cahors. El procedimiento para su fabricacion es sencillo y poco costoso: se exponen al sol los higos durante algunos dias, y se echan despues en una jarra que se acaba de llenar con agua; y al cabo de una semana de fermentacion se filtra el líquido, y ya se puede beber. Los habitantes del país dan á esta preparacion el nombre de chimbango, ó vino de higos: es dulce y agradable al paladar, y tiene el triple inconveniente de trastornar el cerebro, agriarse muy pronto, y ocasionar á los bebedores novicios disenterías de la peor especie.

Solo las mujeres se ocupan en la preparacion del chimbango, porque á los hombres les parece este género de trabajo incompatible con su dignidad; prefieren abandonar el techo conyugal, para prestar sus servicios á los hacendados del valle; algunos vuelven á su casa todas las noches y otros solo una vez á la semana.

Los ranchos donde se prepara este vino de higos, que se vende á dos cuartos el litro, se construyen con latas espaciadas, que se cierran solo por tres lados, poniendo encima un tejadillo de rastrojo. Los grandes jarros donde fermenta el líquido violáceo, y los cubos de hoja de lata en que se recoge, forman casi la totalidad del mobiliario de estas viviendas. El suelo está tan ennegrecido como el hogar doméstico, cerca del cual se ven varias escudillas de barro, que sirven de platos, y unas pieles de carnero que hacen las veces de lecho. Si la verdadera dicha estriba en la pobreza, la de estas chimbangueras no se puede poner en duda.

A esta zona de los cultivos sigue mas arriba una region arenosa, erizada de cerros desigualmente espaciados, que con el nombre de lomas caracterizan el aspecto de esta parte del litoral. De una singular aridez durante la mitad del año, apenas llega la estacion de las nieblas *(garuas)*, que comienza en mayo y dura hasta octubre, estos cerros se cubren de verde yerba y de preciosas flores. En tiempo de la dominacion española, la buena sociedad de las ciudades de la Entre-Sierra elegia dicha estacion florida para ir, bajo el pretexto de los baños de mar, á cometer mil locuras. Elevábanse tiendas al rededor de los cerros; se comia, se bebia y bailaba sobre la yerba, y hasta revolcábanse algunos; organizábanse diversos juegos; y durante un mes ó dos, dedicados á la fiesta, los ecos de las lomas que no repetian antes sino los suspiros del viento y el murmullo del mar, reproducian los alegres cantos y los acordes de la guitarra.

Estos lugares, mudos testigos de tantas fiestas, son cementerios anteriores á la conquista española, particularidad que sin duda ignoraba la alegre cohorte que los pisó en otro tiempo. Miles de indios de todas edades y sexos reposan allí entregados al sueño eterno de la muerte; la época de su inhumacion debe enlazarse con los reinados de los últimos Incas.

Las fosas que les contienen no miden mas de tres piés de profundidad: los cuerpos están colocados con la cabeza al levante y los piés al poniente; y algunos aparecen con el cuerpo recogido, apoyados los codos en las rodillas, y cerrados los puños, que se hallan en contacto con los ojos, posicion del niño en el seno de su madre, que por un conmovedor simbolismo daban los Quechuas, en otro tiempo, á sus difuntos.

Sin embargo, los mas están tendidos de espalda, postura del decúbito que guardaron durante el sueño, y que conservan en la muerte. Algunos están desnudos; otros tienen un andrajo de lana, ó un tapa-rabo, tejido con la gramínea ichu *(stipa)*, que crece en las alturas.

Junto á los cuerpos se encuentran en estas fosas útiles de caza y pesca, de maderas, de silex y de huesos de pescado; mazos de madera; hondas de cuero de foca; tejidos toscos de lana; objetos de alfarería comun, como vasos, platos y escudillas; cestos redondos llenos de hojas de coca reducidas á polvo; vasijas de barro hermé-

ticamente cerradas, que contienen un resto de chicha, en el estado de melaza; y hasta espigas de maíz, cuyo grano ha tomado con el tiempo el color de la caoba. La eleccion de estos objetos es apropiada al sexo del individuo; los hombres tienen á un lado las armas y útiles de caza y pesca de que hicieron uso; las mujeres, cestillos, vasijas y tejidos diversos.

La falta de humedad, la elevacion constante de la temperatura, y sobre todo la presencia del salitre y de la sal marina, mezclados abundantemente con la arena, han producido la disecacion lenta de estos cuerpos, y su perfecta conservacion. Todos conservan la piel, las uñas y los dientes, y muchos, la barba y la cabellera. Los tejidos de lana que les cubren no han sufrido ninguna alteracion, como se puede reconocer comparándolos con los de la misma especie fabricados aun hoy en algunos pueblos de la Sierra.

Cuando me ocurria practicar excavaciones en estos cementerios, donde las sepulturas, bastante próximas, se reconocen por una ligera depresion del suelo, armábame de una pala, que me prestaban los propietarios de los olivos; y algunos golpes del instrumento en la arena movediza, eran suficientes para descubrir una momia. Apenas exhumada, podia examinarla á mi gusto, tocábala y la levantaba, admirando siempre la singular disminucion de su peso primitivo, que no pasaba de catorce ó quince libras. Despues de una detenida inspeccion, dejaba la momia al borde de su agujero, y extraia otra mas allá. Inútil me parece añadir que todo cuanto creia de algun interés en el equipo del difunto, ó en los objetos que tenia junto á sí, era trasportado por mí á la hacienda, con el fin de enriquecer algun dia cualquier museo etnográfico.

Cierta tarde que volvia á la hacienda llevando las momias de un niño y de un pequeño lama, sin duda su compañero de juego, las cuales hallé en la misma fosa, enlazadas por varios hilos de lana de diversos colores, hallé á Pedro Leroux, que habia regresado de Islay mucho antes de la hora acostumbrada, animado de extraordinario júbilo. Al preguntarle la causa de su alegría, díjome que el buque en que se habian embarcado sus máquinas habia salido de Nueva-York hacia algun tiempo, y no tardaria en estar á la vista. Como el trasporte de tan pesadas piezas por los arenales que se extienden entre Islay y Tambo, parecia ofrecer muchas dificultades, habíase convenido en que el buque en vez de tocar en Islay, anclaria en la bahía de Mollendas, situada frente á Tambo, para desembarcar allí su cargamento. Además, como este buque anunciado podia llegar de un dia á otro, mi patron deseaba ir al dia siguiente á instalarse en la playa de Mollendas á fin de recibir las máquinas cuanto antes. Yo le ofrecí acompañarle en su excursion, lo cual aceptó con el mayor placer, diciéndome que si debia esperar largo tiempo al buque, preferia aburrirse conmigo á fastidiarse solo.

Al dia siguiente emprendimos la marcha á las nueve, llevando por todo bagaje, una olla de hierro batido, esterillas, estacas y mantas. En cuanto á las provisiones de boca, consistian en algunas tajadas de carnero seco, y una porcion de patatas, víveres insuficientes, sin duda, pero que podrian renovarse con frecuencia gracias á la corta distancia que separa á Tambo del mar.

Segun nuestros cálculos, debíamos hallarnos en la playa entre once y doce; pero como quiera que al pasar por la morada del general Cerdeña estuviese este á la puerta, y nos ofreciera un almuerzo, diciéndonos que era muy perjudicial viajar con el estómago vacío, interrumpióse nuestra marcha. Hasta las dos no avistamos el Océano; y paseando circularmente nuestra mirada, interrogamos su vasta extension: no se divisaba ningun buque en el horizonte.

Despues de llenarnos los pulmones de aire salino mientras inspeccionábamos las playas de los alrededores, que á excepcion de un grupo de rocas, situado á nuestra derecha, no ofrecian de norte á sur, sino una larga zona de arenas, tomamos posesion de aquellos lugares, descalzándonos al punto para hollar el blando tapiz que se desarrollaba ante nosotros.

La instalacion del campamento fué cosa muy sencilla: todo se redujo á clavar cuatro estacas en tierra y poner una estera encima, facilidad que nos permitió hacer una morada para cada cual. Otra estera, con una manta, debia constituir nuestro lecho; y para mayor simetría, alineamos los cobertizos perfectamente.

Hecho esto, se pensó en los preparativos para la cena: dos peones se desnudaron en un abrir y cerrar de ojos, introdujéronse en el mar hasta medio cuerpo, y valiéndose de sus talones, desenterraron algunas palurdas, las cuales recogian una por una sumergiéndose rápidamente, para tirárnoslas despues. Otros dos peones fueron á buscar á las rocas vecinas esas grandes almejas, que tienen carne suficiente para cinco ó seis bocados, y cuyas valvas, nacaradas en el interior, forman preciosas cucharas. Mientras que nuestros proveedores de mariscos trabajaban con afan, sus compañeros, despues de hacer provision de la madera que el mar arroja abundante-

mente á estas orillas, encendian fuego y nos preparaban un *chupé*.

Dos horas despues estábamos servidos: un caldo de carne seca, patatas, almejas y palurdas asadas, y espolvoreadas con un poco de pimiento, constituyeron nuestra primera comida en la playa de Mollendas.

Llegó la noche, noche serena, con un cielo tachonado de estrellas y de brillantes astros, cuya luz planetaria iluminó suavemente la tierra, tremolando en el espejo movible del mar. Todas estas constelaciones, desconocidas en nuestro hemisferio, Argos, el Escorpion, el Centauro y la Cruz del Sud, la Via láctea, las dos Nubes de Magallanes y la luz zodiacal, desplegaron sus esplendores en el espacio donde el gran nombre



Pedro Leroux

de Dios parece estar escrito con todas sus letras. *Cœli enarrant gloriam Dei*, ha dicho sabiamente el Salmista. Para apreciar en su sublime verdad esta afirmacion de la fe, es preciso estar tumbado, como lo estábamos nosotros, sobre una arena tibia, con una deliciosa temperatura, fija la vista en el cielo, aspirando por todos los poros las emanaciones del inmenso mar, y oyendo el choque de sus tres olas simbólicas, que á intervalos iguales iban á romperse sobre la playa como un ritmo marcado en la armonía del universo.

Mientras mi espíritu, perdido en aquella inmensidad, buscaba inútilmente alguna señal, Pedro Leroux, cuyo cobertizo tocaba con el mio, hablábame de las ventajas pecuniarias que podria reportar del uso de sus dos máquinas; yo le escuchaba sin interrumpirle: pero en medio de su disertacion, apoderóse de mí un sueño dulce y profundo que me impidió comprender á cuál de sus máquinas se referia, si á la de mondar el arroz, ó á la de limpiar el algodon. Al dia siguiente recibimos varias visitas: el secreto de Pedro Leroux se habia traslucido, sin que supiéramos cómo, y varios vecinos de Tambo, á quienes apenas conocia, ó que no veia nunca, iban á informarse del hecho y á presenciarle por sí mismos.

Al segundo dia, la afluencia de visitantes fué tal, que se concibió la idea de enviar á un hombre de los alrededores á cargar un asno con higos de la India, granadas y sandías, artículos que debian ser conducidos á la playa con el objeto de hacer un pequeño comercio de frutos.

La empresa dió muy buen resultado: el agua potable escaseaba; la sed era ardiente, y se compraron las granadas y sandías para mitigarla. Muchos curiosos, no queriendo perder ningun detalle de lo que llamaban «fiesta,» permanecieron en la playa, alimentándose de mariscos, y durmiendo sobre la arena con un tronco de árbol por almohada.

En la tarde del cuarto dia, en el mismo momento de avistarse las velas de un bergantin,



Las chimbangueras

sobre las rocas de la punta de Islay, llegaba á la playa un indio, enviado por el cónsul inglés, y portador de una carta dirigida á nuestro amigo.

Como el desembarque de las máquinas ofrecia algunas dificultades, á causa de los *tumbos* (1), que desde la punta de Islay á la de Coles se estrellan en la orilla con suma violencia, el capi-

(1) Estos tumbos son olas de doce á quince piés de altura, que desde la punta de Islay á la de Coles, en una extension de veinte leguas, forman como una sola linea de rompientes sin solucion de continuidad. Impelidas por los vientos del polo, á que esta costa se halla expuesta, precipítanse de golpe, sin que ninguna tierra las contenga en el camino, y estréllanse en las playas del litoral, donde el ruido que producen se oye á dos leguas en el interior.

tan del buque y el cónsul inglés, deseosos de asegurar el éxito de la operacion, habian concertado un plan, del cual se daba conocimiento á Pedro Leroux, rogándole que se conformara con todos sus puntos.

Así pues, á fin de no exponer al bergantin á ser arrojado á la costa por aquellas olas, el capitan debia anclar á un cuarto de legua de la orilla.

Una vez practicada esta operacion en sitio seguro, se procederia al desembarque de las máquinas, colocándolas en una balsa, formada con los maderos y tablas del cobertizo destinado á preservarlas. Entonces, amarrando en la balsa dos guindalezas, la tripulacion del buque sujetaria una de ellas, mientras los hombres que estaban en tierra tirarian de la otra á la vez, en tiempo oportuno, para que la balsa, aprovechando la calma que sucede al paso de las tres olas, fuera á encallar felizmente en la arena.

Entre tanto, el bergantin habia ido á tomar posicion delante de Mollendas, á la distancia indicada por el capitan; y el ruido de la cadena que desarrollaban nos indicó que se hacian preparativos para anclar. Lo mismo á bordo que en tierra, cada cual se dispuso á seguir religiosamente las indicaciones del programa.

Dos dias enteros necesitó la tripulacion del buque para construir la balsa y colocar las máquinas.

La pureza del aire permitia, á pesar de la distancia, seguir detalladamente los progresos de la operacion; muchos curiosos habian venido á pié, en mula ó á caballo, de Islay, Tambo y otros puntos circunvecinos, y hallábanse agrupados en la playa de Mollendas: en el país no se conservaba memoria de haber visto jamás allí tan numerosa concurrencia.

Segun estaba convenido, un pabellon peruano izado en el bergantin nos anunció que todos los preparativos estaban terminados, y solo faltaba intentar el desembarque. Un pescador indígena, cuya balsa de cuero de foca llena de aire podia desafiar las mas grandes olas, se encargó de pasar á bordo del buque para coger la punta del cabo de que debian tirar nuestros hombres. Aprovechando la retirada de las tres olas, el pescador partió con ellas, y cuando volvieron á formarse, el hombre y su balsa, en la cual maniobraba con un doble remo, estaban ya muy léjos.

Su regreso se efectuó sin contratiempo alguno; y el cable que traia fué cogido por cien brazos oficiosos; aquello parecia un hormiguero de ambos sexos, pues hasta las mujeres quisieron echar una mano.

A medida que el cable se tendia por el lado de la orilla, veíase á la tripulacion del bergantin largar cada vez mas el suyo; de modo que en un momento dado, la balsa, que desde léjos parecia formar cuerpo con el buque, desvióse y flotó libremente. A juzgar por el vigor que desplegaban nuestros hombres, era de esperar que la travesía fuese de corta duracion: todos los espectadores estaban atentos; las conversaciones cesaron como por encanto; cada cual parecia contener la respiracion.

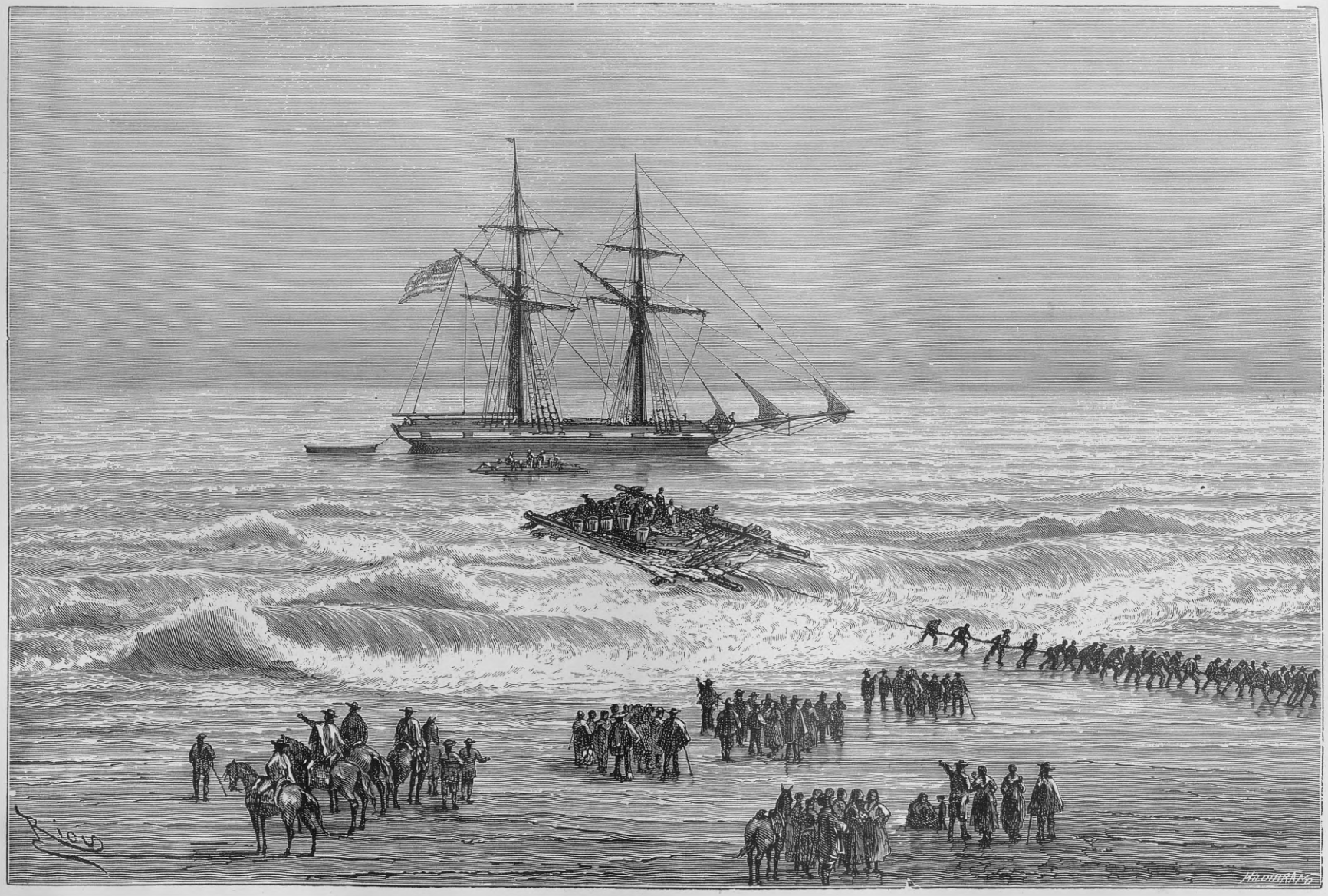
La masa flotante avanzaba siempre y muy pronto penetró en los remolinos de la tercera ola, que volvia á la orilla, segun pudo juzgarse por las sacudidas del cable, del que tiraban nuestros hombres con el mayor afan.

En aquel momento crítico en que el auxilio del cabo del buque era mas que nunca necesario, la tripulacion, engañada por la distancia, y creyendo que la balsa iba á tocar tierra, largó completamente el cable que tenia en las manos. En el mismo instante, y como si la fatalidad se mezclase en todo, la cuerda á que se habia agarrado nuestra gente se rompió á pocos metros de la orilla.

La multitud prorumpió en un inmenso clamor: la balsa, no estando ya sostenida por ningun lado, se detuvo como vacilando sobre la direccion que debia seguir; pero esto fué rápido: elevada bruscamente por la ola que llegaba, precipitándose contra ella violentamente, quedó al punto desmembrada por las que siguieron. Por espacio de un minuto, viéronse pasar y repasar en olas de espuma, y semejantes á briznas de paja arrastradas por el viento, tablas, vigas y maderos enormes, que eran juguete del mar; despues, las tres olas se retiraron llevándose una mitad de aquellos restos, y lanzando á la orilla los demás. Las diversas piezas de hierro de que se componian las máquinas se veian á unos cien metros de la orilla.

Al ver tan completamente frustradas sus esperanzas, Pedro Leroux, mudo de estupor, quedó como herido de un rayo. Por un momento temí que su razon, trastornada por aquel suceso, le abandonase del todo; pero era de esa raza de hombres de temple, á quienes la desgracia puede abatir un instante, pero sin vencerlos. Poco á poco le ví volver en sí, y recobrarse del todo; y despues de dirigir una mirada de desconsuelo á los restos que yacian en la orilla, mirada con que parecia evaluar sus pérdidas, díjome exhalando un suspiro: «¡Será indispensable hacer de nuevo fortuna!»

Mientras ocurria esto junto á los cobertizos, donde el general Cerdeña se habia reunido con



Desembarque de una máquina

nosotros, habíanse formado varios grupos que discutian sobre el suceso.

Aunque los semblantes de los individuos que los formaban, y que al parecer pertenecian á la clase acomodada, aparentasen la expresion que reclamaba el caso, adivinábase en las miradas que dirigian á Pedro Leroux, y en su mal reprimida sonrisa, que no les afectaba mucho la catástrofe.

Los cholos y los indios que habian ayudado al desembarque, y á quienes al parecer entretenia mucho el movimiento de los maderos y de las tablas rotas que las olas traian y se llevaban alternativamente, imaginándose que los restos de la balsa pertenecian, así como la madera flotante, al primer llegado que se apoderase de ellos, recogíanlos para llevarlos á Tambo; pero de repente, un individuo en quien nadie habia fijado la atencion, por haberse confundido entre la multitud, avanzó resueltamente, y en un castellano chapurrado, aunque inteligible, ordenó á los cholos é indios que dejaran aquellos restos. Sin embargo, como los indígenas no hicieran aprecio de las palabras del desconocido, este se expresó mas enérgicamente, de tal modo que los indios, dejando su botin, se diseminaron en desórden.

Aquel celoso defensor de los intereses de Pedro Leroux, á quien por política fuí á preguntar su nombre, apellido y cualidades, se llamaba Moisés á secas; era provenzal, hijo de la Ciotat, y carpintero de profesion. Embarcado á bordo de un buque de Marsella, un capricho le indujo á escaparse de él sin consentimiento del capitan, hallándose en Arica, y hacia tres meses que vagaba de un pueblo en otro; pero habiendo sabido la noticia del desembarque de las máquinas en Islay, habíase trasladado á Mollendas, con la esperanza de poder utilizar su tiempo y sus brazos.

Por esta profesion de fe, reconocí un individuo de la corporacion marítima de los Hermanos de la Costa, buenos hombres pero malas cabezas, á quienes un acceso de mal humor, ó la necesidad de un cambio induce á desertar del buque donde se embarcaron; y que una vez en tierra, no sabiendo qué hacer, vagan por el país tirando al diablo de la cola, hasta que se les ofrece de nuevo ocasion de hacerse á la mar.

El individuo á quien yo hablaba era hombre de unos cuarenta años, de facciones regulares, aire resuelto, y cutis bronceado como el de un árabe; su barba y cabellos, de un color rubio indescriptible, comunicábanle cierto aspecto leonino. El traje consistia en camiseta de lanilla roja, muy usada, y pantalon de lona lleno de remiendos, sujeto á la cintura por una correa; el gran sombrero de paja que cubria su cabeza, colocado en cualquier cerezo habria bastado para espantar á los gorriones; y su calzado consistia en una especie de alpargatas: no llevaba mas armas que un grueso garrote.

Al momento me ocurrió la idea de constituir á mi hombre en guardian de los restos; cuando los compatriotas se encuentran en el extranjero, débense ciertas consideraciones; y sin vacilar un punto, hice la proposicion al aventurero, indicándole lo que se exigiria de él. Debia quedarse en la playa, y cuidar de que no se llevasen las piezas de madera que allí se encontraran, así como las que el mar arrojase. Aquellos restos representaban cierta suma; y hasta que el propietario los trasportase á su casa, se encargaria de la vigilancia, pagándose sus servicios á razon de cuatro reales diarios, sin contar los víveres que se le enviarian de Tambo.

Mi proposicion pareció complacerle, y faltaba solo que la aprobase Pedro Leroux. A las primeras palabras que pronuncié, nuestro amigo accedió con un movimiento de cabeza. En el momento de entrar en el desempeño de sus funciones, nuestro provenzal se cuadró como un veterano, miró á los concurrentes con torvo ceño, y haciendo el molinete con su palo, dijo en su mal español, que fué sin embargo comprendido por todos: «Al primer perro que toque esta madera le rompo el alma.»

Esta bravata produjo su efecto; los ladronzuelos desaparecieron; alejáronse los curiosos; y cada cual pareció comprender que con un guardian de aquel temple no habia nada bueno que esperar.

La multitud se diseminó poco á poco, pues bien mirado ¿qué hubieran hecho allí los curiosos? El espectáculo que la atrajo habia terminado; el telon acababa de correrse sobre un naufragio; era natural que todos volviesen á sus casas; y en efecto, algunas horas despues de la catástrofe estábamos tan solos como el dia de nuestra llegada. Digo mal; teníamos un compañero en Moisés; y á la vista el bergantin americano, que parecia mecerse irónicamente sobre las olas. Por la tarde oimos que levaba anclas.

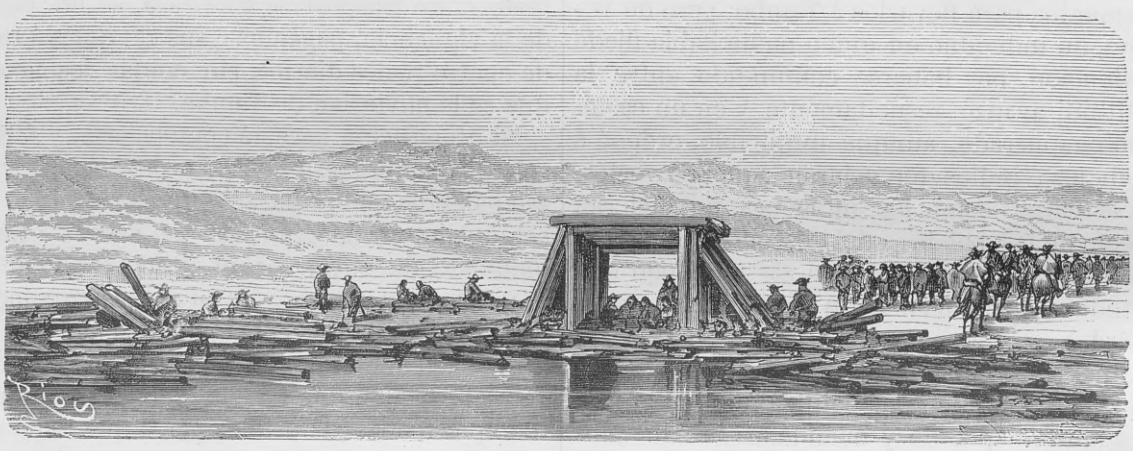
Durante toda la noche el mar continuó arrojando á la playa restos de la balsa; el provenzal, ayudado de nuestros peones, habia conseguido retirar del alcance de las olas las piezas de madera que yacian acá y allá; y al amanecer vimos en la orilla un monton de restos recogidos por el guardian. Con una parte de ellos, y empleando el medio de yuxtaposicion, de que se valen los niños cuando hacen sus castillos de naipes, nues-

tro carpintero construyó una barraca donde podia alojarse cómodamente con tres peones, los cuales le dejamos hasta nueva órden.

Nada teníamos ya que hacer en la playa de Mollendas; y por otra parte, parecíame oportuno alejar á Pedro Leroux del sitio donde ocurrió el siniestro que le ponia al borde de la ruina. Autorizamos á Moisés, en su calidad de compatriota, para ejercer autoridad en los peones que debian acompañarle en su soledad, y prometímosles enviarles víveres muy pronto. Despues, aprovechando las mulas que por la mañana nos enviaron de Tambo, tomamos el camino del valle, con un espíritu muy distinto del que nos animaba al salir de él.

Todos los restos recogidos por nuestros hombres fueron trasportados á la hacienda en mulas: por su tamaño y pesadez necesitáronse seis de aquellos cuadrúpedos; y el trabajo duró tres semanas, durante cuyo tiempo acabé de poner un poco en órden mis notas y cróquis.

Tocaba á su fin el plazo que me habia fijado de permanencia en el valle; dentro de algunos dias iba á pasar desde las orillas del Pacífico, á la vertiente oriental de las Cordilleras, cuyo clima y vegetacion difieren tanto. Una idea, fugitiva al principio, iba tomando diariamente mas consistencia en mi espíritu; y era arrancar á Pedro Leroux de las preocupaciones que le absorbian desde el naufragio de sus máquinas,



Los restos de la balsa

asociándole al corto viaje que iba á emprender. Deseaba hacerle perder de vista momentáneamente los lugares donde todo recordaba las pérdidas que habia sufrido, lo cual no podria menos de ejercer en él una saludable influencia.

Una noche le hablé con franqueza, y rehusó rotundamente; pero sin darme por vencido, volví á la carga varias veces. Al fin, sea porque deseara complacerme, ó porque experimentaba necesidad de alguna distraccion, cambiando de aires, acabé por decidirle á que me acompañase. Durante su ausencia, el mayordomo debia dirigir los trabajos de la propiedad, y Moisés esperaria la vuelta.

Una mañana á las cuatro emprendimos el camino de las alturas, seguidos de un mozo de servicio, y guiados por un muletero que volvia á la sierra con una carga de azúcar.

Cuando llegamos á la cima de los cerros sorprendiónos una espesa niebla que cubria el valle; y en un momento nos vimos rodeados por sus vapores, que impedian ver claro á cuatro pasos de distancia, y humedecian nuestras ropas. Mientras caminábamos á través de aquellas tinieblas visibles, segun la expresion de Milton, un rumor de pisadas y el sonido de campanillas nos advirtió que se aproximaba una caravana; y apenas tuvimos tiempo para evitar que nos arrollase. Hombres y acémilas pasaron tan rápidamente, que solo distinguimos sus siluetas, las cuales se destacaron un momento entre la niebla desapareciendo al punto.

El sol, ascendiendo lentamente, tiñó con su reflejo de ópalo la bruma glacial que nos rodeaba; poco despues, rechazada esta por la brisa del mar, comenzó á moverse y se arrolló sobre sí misma, semejante á las olas del Océano, aunque incierta en la direccion que debia seguir; al fin, rasgándose como un velo, pareció que sus pedazos flotaban en los aires; y por último se desvaneció hácia el norte, expulsada por la brisa y el sol.

Entonces pude reconocer al primer golpe de vista que habíamos llegado á la extremidad de una gran meseta inclinada al sudeste, y que dominaba el área del valle á la altura de unos ochocientos metros.

Desde tan elevado observatorio podia abarcar con la vista un espacio inmenso: al sur estaban los dos valles de Ilo y Moquehua, con sus cultivos de maíz y de trigo, sus viñas y cercas de sauces piramidales, y sus grupos de blancas casas. Al oeste, el Océano desarrollaba su inmensa sábana azul hasta el último confin del horizonte, donde parecia confundirse con la celeste bóveda; y una sucesion de cerros dispuestos en forma de anfiteatro ocupaba todo el lado norte de este panorama, que en la parte del este, mas allá de las alturas que nos era preciso franquear, dejaba ver, como una muestra de la region de las nieves, algunos blancos festones de la cadena de los Andes.

La aldea de Omate, en la que terminamos la etapa del dia, y la de Puquina, que habíamos dejado á la izquierda, son las únicas que se encuentran en el camino, cuando como nosotros, se sube desde Tambo, por una línea casi recta hácia la base de las cordilleras. Omate es un grupo de chozas de tierra que se confunden desde léjos tan perfectamente con los tonos del paisaje, que no se reconocen hasta el momento de apearse junto á ellas.



Moisés, el Hermano de la Costa

En cambio, se divisa desde larga distancia el volcan del mismo nombre, situado á dos leguas del pueblo, en la parte norte, cuyo cráter abierto se inclina bruscamente al sur-sureste. En el momento de hallarnos bastante cerca para distinguir los detalles en el conjunto, el sol poniente, tiñendo con rojiza luz una mitad del orificio del cráter, dejaba en la sombra la otra. En sus flancos suspendíanse algunas nubes tan ligeras que parecian telas de araña.

Este volcan de Omate, mas conocido con el nombre de Huayna-Putina, ha desolado muchas veces los países vecinos: la ciudad de Arequipa, distante veinticinco leguas, es la que principalmente ha sufrido por tan peligrosa vecindad; las ocho erupciones, que en el período de 1582 á 1738, la destruyeron parcialmente ó del todo, son célebres en los anales del país.

Durante dos dias costeamos la estéril region que forma como la base de la cordillera de los Andes en su parte occidental: una yerba corta y algunos arbustos enanos constituian en algunos parajes la vegetacion de este país montañoso, donde en un espacio de veinte leguas no se encuentran pueblos ni granjas; solo en alguna anfractuosidad de los terrenos, y al abrigo del cierzo helado de la cordillera, se ve alguna ca-

baña ó choza de pastor, cuyo propietario con sus carneros, léjos de animar el paisaje y alegrar la soledad, aumentaban por el contrario su tristeza y monotonía.

Tal vez la opinion que emitimos aquí acerca de esos antros troglodíticos, donde debíamos pasar la noche en compañía del pastor, y que podrá parecer injusta, sea debida tan solo al desagradable recuerdo de los parásitos inmundos que en tales viviendas pululan, y que el dueño nos proporcionaba abundantemente á falta de víveres.

Hácia el fin del segundo dia, despues de vadear algunos arroyos que bajan de la cordillera, y cuya reunion forma sucesivamente los rios de Tambo, Cocotea, y el Chile de Arequipa, llegábamos á Pati, pueblo de indios situado en plena cordillera.

II

Algunas montañas cortadas á pico, formando por su aproximacion una especie de garganta en cuya extremidad se agrupaban algunas chozas; acá y allá algunos rediles con lamas, y en primer término una cruz de madera, fueron los únicos detalles que reconocimos á las postreras claridades del dia. La casa de postas, ó mas bien la cabaña ante la cual nos apeamos, estaba ocupada por un grupo de arrieros, que se disponian á preparar su cena. Las mulas y caballos, desembarazados de sus arreos, se revolcaban sobre la tierra endurecida, contentándose con dar volteretas, á falta del forraje que necesitaban.

Nuestra llegada pareció causar á los muleteros cierto malestar: en su opinion, la presencia de dos hombres de nuestra especie no podia menos de coartar su libertad, impidiéndoles bromear y reir al amor de la lumbre, como pensaban hacerlo. Como quiera que sea, debo decir en honor de aquella gente, que si tuvieron tal idea, la demostraron muy poco; su cortedad del primer momento se disipó al punto, y procedieron con toda franqueza.

Llegada la hora de dormir, todos nos tumbamos en el suelo, confundiéndonos un poco con aquellos buenos hombres, y así como ellos, pasamos la noche en un solo sueño, á pesar del olor de almizcle y el espeso humo que formaba un fuego de estiércol de lama, que ardia en el centro de la vivienda, fuego que servia para calentar y alumbrar al mismo tiempo, haciendo las veces de calorífero y de lamparilla.

El haber pasado la tarde y la noche en compañía con los arrieros bastó para que reinara entre nosotros la mejor inteligencia: al amanecer, cuando se disponian á ensillar sus animales, preguntámosles hácia qué punto se dirigian, confiando en viajar con ellos si era posible, pues el muletero que nos acompañaba desde Tambo, iba á separarse de nosotros en Pati para seguir el camino de Lampa, á donde llevaba su carga de azúcar, y no conociendo nosotros la localidad, no podíamos caminar solos. Los arrieros nos contestaron que se dirigian á Santo Tomás, no en línea recta, sino pasando por Cailloma, donde tenian algo que hacer. Evidentemente era providencial nuestro encuentro, pues en el itinerario que me habia trazado, debíamos tocar al paso en Cailloma, y para llegar á este punto sin tropiezo, no podíamos tener mejores guias que nuestros nuevos amigos, ni viajar en mas honrosa compañía. Convinimos pues al punto en no separarnos hasta nueva órden; y despues de tomar algunas disposiciones, relativas al alimento de cada dia, nos despedimos solemnemente de nuestro muletero de Tambo, tomando con nuestros nuevos guias la direccion del noroeste, que debia conducirnos al centro de las nieves.

A las pocas horas de marcha, empleadas en bajar en vez de subir, penetramos en aquella parte de las Punas, ó mesetas de los Andes, que limitan al norte la nevada sierra de Huilcanota, y al este la del Crucero, que soldándose con la ramificacion de los Andes occidentales, forma sus límites del sur y el oeste. Esta region, conocida con el nombre de Collao, en recuerdo de los indios Collas, ó Collahuinas, quienes la habitaban antes de la llegada de los Incas, dista mucho de ser tan plana como podria hacerlo suponer la denominacion de zona de las mesetas que se le ha dado. Se compone de una serie de ondulaciones mas ó menos marcadas, cuya inclinacion es mas ó menos sensible, y que se desarrollan del noroeste al sudoeste. Algunas pequeñas cordilleras secundarias, que sobresalen del suelo como los huesos de un esqueleto mal enterrado, sin enlazarse exteriormente con ninguna de las cadenas madres, surcan de un modo irregular la superficie de estas Punas, cuyos principales caracteres son la monotonía y la aridez.

Una ojeada sobre la carta geográfica que llevaba me permitió reconocer que, á semejanza de los muchachos que van á la escuela, habíamos tomado el camino mas largo para dirigirnos á Cailloma. Habiendo preguntado la razon á los muleteros, contestáronme que habian querido economizar las fuerzas de sus cuadrúpedos; que siguiendo la Carrera Real, ó via postal, para tocar sucesivamente en Colca, los Frailes y Rumi-

huasi, hubieran acabado por alcanzar una altura de diez y siete mil piés, donde el aire les hubiera sido perjudicial, mientras que, siguiendo á través de las Punas, viajaban á su gusto, sin temer una excesiva dilatacion del aire.

El ensayo que yo habia hecho por mí mismo en los puntos indicados, justificaba las palabras de aquellos hombres. La única objecion que hubiera podido hacer era que, siguiendo la via postal, habríamos hallado al fin de cada dia un abrigo para dormir, mientras que, por las Punas, nos exponíamos á pasar la noche al sereno. Sin embargo, aun en esto debian tener razon nuestros arrieros; y cuando llegó la hora de acampar al aire libre, lo cual sucedió precisamente al declinar el dia, las chozas que formaron con las albardas, los arreos y las cargas de sus animales, fueron tan cómodas y abrigadas, que en vez de quejarnos de ellos, estuvimos dispuestos á cantar sus alabanzas.

Dos corrientes que avanzaban de oeste á este, cerrándonos el paso, y que debíamos vadear, fueron las únicas curiosidades que hallé al segundo dia de nuestra salida de Pati: una era el rio Escoma, y la otra el rio Blanco; ambos procedian de la cordillera de Huilcanota, é iban juntos á llevar su caudal de agua al rio de Lampa, que se pierde en el lago de Titicaca.

Hácia el medio dia, y á causa de haber tomado la direccion oeste-noroeste, el paisaje, sin perder nada de su aridez, ofreció un aspecto mas accidentado. Nos acercábamos insensiblemente á la sierra de Huilcanota, y las dificultades del camino acrecian en razon á esta circunstancia.

Muy pronto fué preciso franquear escarpaduras, bajar al fondo de barrancos, y pasar por montes y valles, haciendo un ejercicio que solo nuestras monturas hubieran podido soportar. A las pocas horas costeamos la falda de un cerro, en cuya base veíanse tres grandes aberturas cuadradas, obra de la mano del hombre. Al vernos el jefe de los muleteros detenidos ante aquellas cavidades de negro fondo, apresuróse á decirnos que eran los *socavones* de la mina de San Lorenzo, muy célebre en otra época, pero desacreditada ya.

A una legua de la mina de San Lorenzo vimos al paso la de Nuestra Señora de Guadalupe, no menos productiva que su vecina en tiempo de la ocupacion española, y abandonada del mismo modo. La entrada de la mina, ó bocamina, figuraba un pórtico ojival, con su bóveda en arista y sus grupos de columnas. Nada habia exacto ni preconcebido en estos detalles: la naturaleza que habia hecho aquel curioso trabajo, trazó su bosquejo de escultura hasta el punto en que la imaginacion, supliendo á lo que faltaba, dejaba el campo libre al capricho. Despues de habernos detenido algunos instantes ante aquel pórtico natural, decorado con una cruz de madera, proseguimos nuestra marcha.

A medida que avanzábamos, varias soluciones de continuidad practicadas acá y allá en la línea de los cerros, nos permitian ver en el horizonte las nevadas cimas de la gran cadena; despues desaparecia la decoracion polar, y mostrábase de nuevo el mineral en su rígida desnudez. Estas alternativas se produjeron hasta que alcanzamos el punto figurado en que la sierra de Huilcanota se une, ó mas bien, se confunde, con la cadena de los Andes occidentales. Entonces vimos la nieve por todas partes; pero como el sol estaba oculto entre espesas nubes, no fué necesario apelar á los tubos de carton con cristales azules, anteojos indígenas empleados en estos parajes para preservar los ojos del *surumpi*, oftalmía ocasionada por la blancura deslumbradora de las nieves; y pudimos admirar cómodamente los esplendores hiperbóreos de los lugares que atravesábamos.

Despues de haber caminado desde Pati en la direccion nor-noroeste, y luego en la del noroeste, nuestros guias se dirigieron completamente al oeste: deseaban, y tambien nosotros, prolongar la etapa del dia hasta Machu Condoroma, cabaña de correos situada en la vertiente occidental de la gran cordillera; pero el cielo dispuso otra cosa.

A eso de las tres, su tinte se oscureció en gran manera, presentando al fin un tono mixto entre el pardo de momia y el neutral. Esto bastó para comprender sin esfuerzo lo que nos esperaba. En efecto, al cabo de algunos instantes, varios átomos de nieve flotaron en la atmósfera, y aumentando insensiblemente de volúmen, no tardaron en convertirse en grandes copos; luego no distinguimos ya los objetos á cuatro pasos de distancia; pero nuestras mulas veian por nosotros, y sus orejas servian de guia. A la nevada agregáronse despues el viento, los relámpagos y el rayo, y ya fué completa la sinfonía de los elementos. Al rededor de nosotros no se veia rancho, ni cabaña ni choza, donde buscar un abrigo, y forzoso fué inclinar la cabeza, prosiguiendo la marcha.

Al acercarse la tarde, y cuando interrogábamos con la vista el desolado paisaje, percibimos una gran mole, que conteniendo la nieve al paso, dejaba libre una regular extension. Entonces picamos espuela á nuestras monturas para dirigirnos hácia aquel islote, con la intencion de

pasar en él la noche, pues los muleteros habian reconocido la imposibilidad de ganar aquel dia la cabaña postal.

Desensillados los cuadrúpedos, no debimos ocuparnos ya sino de nosotros: echáronse en la olla algunos puñados de nieve, y gracias al concurso del fuego y del agua, pudimos calentar



Mina de San Lorenzo

nuestros ateridos miembros, y reforzar un poco el estómago. Los muleteros formaron con sus arreos y albardas una especie de nicho, donde Pedro Leroux y yo nos refugiamos, mientras que nuestros hombres se amontonaban unos sobre otros.

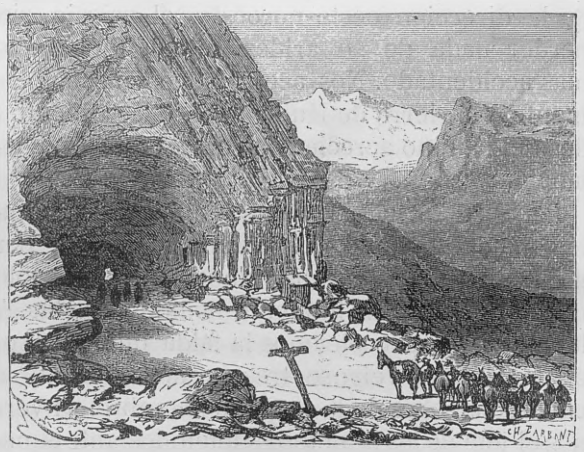
Un cuarto de hora despues todo el mundo estaba dormido.

Durante la noche serenóse el tiempo: un alba pura, pero tan fria que nos enrojeció la punta de la nariz y de las orejas nos saludó en el momento de despertar. Ensillados nuestros caballos, montamos al punto y á las dos horas de marcha, por caminos espantosos, avistamos por fin Machu Condoroma.

El sitio era de los mas salvajes: ante nosotros elevábanse montañas cuyas areniscas desunidas, fracturadas, inclinadas en un sitio, verticales en otro, y mas léjos como suspendidas, ofrecíanse á nuestra vista cual dos enormes pilones entre los cuales era preciso pasar. Una de aquellas moles tenia cierto color de ladrillo cocido, como si el fuego central que en otro tiempo determinó su levantamiento, produciendo la dislocacion de los estratos, la calentase aun en aquel instante. La otra mole, de un color negruzco rayado de gris, azul y amarillento, tenia un aspecto vidrioso. Por la solucion de continuidad practicada entre ellas, veíase en un montecillo la cabaña postal, construida con piedras cubiertas de barro: una delgada columna de humo que se escapaba de su centro subia perpendicularmente por el aire dilatado, destacándose con vigor sobre un fondo de nevadas montañas, cuyas vertientes cortadas á pico simulaban un inmenso embudo.

Habíamos pasado en otra parte la noche que debíamos detenernos en Machu Condoroma; el dia prometia ser bueno, y nuestros hombres, resueltos á utilizarle para viajar con mas rapidez, volvieron la espalda á la cabaña postal, que muy pronto perdimos de vista.

A medida que el sol se elevaba, desgarrábase el blanco sudario extendido sobre el paisaje, dejando ver el color del suelo y el esqueleto del mineral; numerosos arroyos comenzaron á deslizarse á lo largo de las montañas, y atravesando el camino que seguíamos, humedecieron los ocres y las arcillas, convirtiéndolas en un barro viscoso en el que se hundian nuestros animales hasta la cincha, ó deslizábanse hasta el punto de desmontarnos, á pesar de la proverbial seguridad de sus piés. Pero los inconvenientes de este deshielo, por desagradables que pudieran ser, olvidáronse al avistar el rio de Condoroma, que era preciso atravesar. Su lecho, muy tranquilo en tiempo de sequía, presentaba en aquel momento un caudal de aguas turbias y revueltas, cuyas ondas se precipitaban violentamente una tras otra. Franquear aquel torrente por el sitio donde

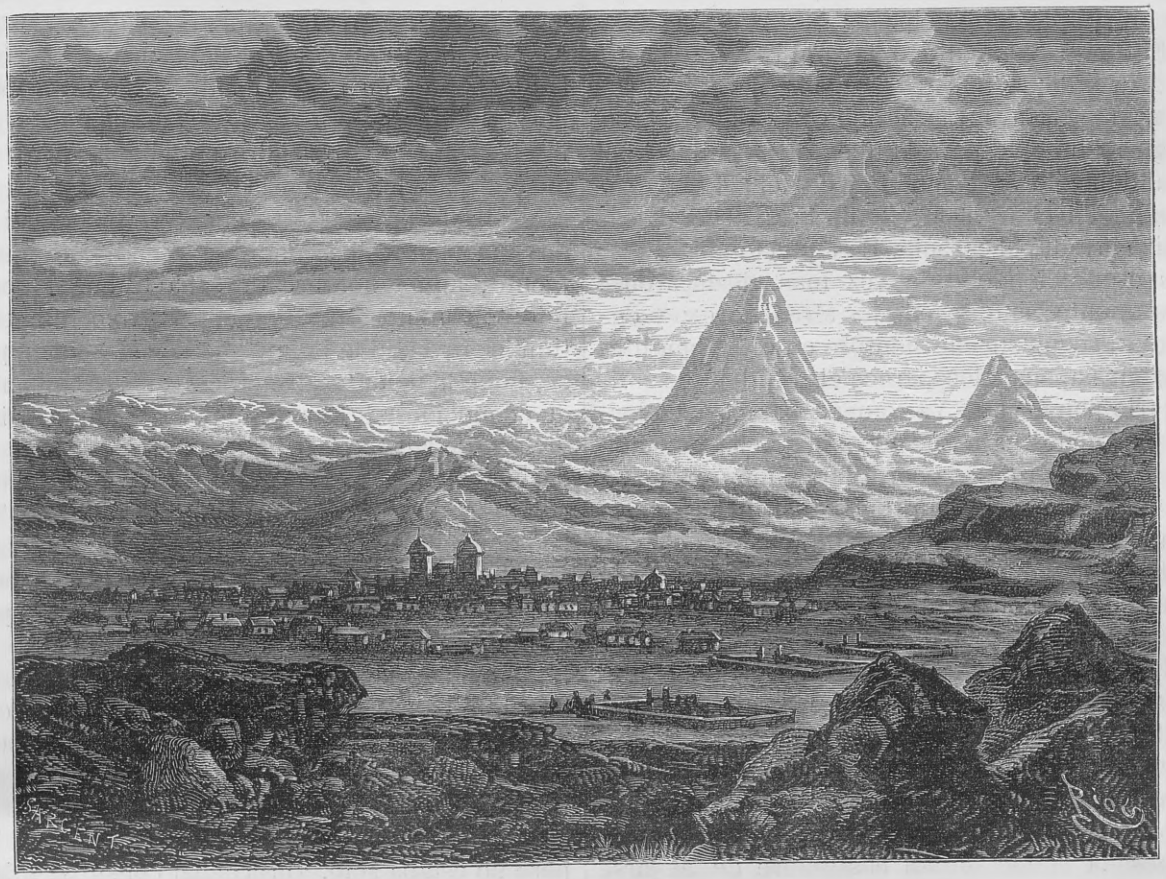


Entrada de la mina de Nuestra Señora de Guadalupe

nos hallábamos era cosa imposible; y esperar á que su furia se calmase nos parecia absurdo. En este caso, solo teníamos un remedio para evitar la dificultad, y era remontar su curso hasta encontrar un vado. Esta maniobra, ejecutada acto contínuo, nos obligó á retroceder una legua; pero al fin sentamos el pié en la orilla opuesta, donde el pueblo de Condoroma nos pareció muy á propósito para hacer alto y dar algun descanso á nuestros animales.

Los alrededores de Condoroma fueron largo

tiempo célebres por sus minas de plata: era la época de la ocupacion española, y no faltaban los brazos para el trabajo. Apenas descubierta una mina abundante, una órden del rey obligaba á toda una poblacion á explotarla; y si esta no era suficiente, agregábase la del pueblo vecino, lo mismo que se agrega un caballo mas á una carreta cuando dos no pueden tirar de ella. Gracias á este aumento de obreros, la mina era explotada hasta el agotamiento de los filones, con lo cual se enriquecian á la vez las autoridades del país y los soberanos de España. Aquellos afortunados tiempos pasaron ya. Hoy que la monarquía ha cedido su puesto á la república, y que el indio está solo oprimido, y no explotado feudalmente, como en otra época, las minas



Vista de Cailloma la Rica

quedan abandonadas por falta de brazos. Cierto que aun se escarba mucho por costumbre; pero no se practican excavaciones.

No podria decir cuál era el aspecto de Condoroma en tiempo de la ocupacion española; pero me inclino mucho á creer que se asemejaba en extremo al de hoy. El pueblo se compone de una docena de cabañas agrupadas al pié de una pequeña cordillera que forma como una faja en terrenos planos. Un poco antes de llegar al pueblo se ven á la izquierda algunos rediles con llamas; y á la derecha hay un pequeño lago de figura elíptica, que podria servir de lavadero á las mujeres del pueblo si el bello sexo de los pueblos de la sierra tuviese la costumbre de lavar sus personas ó sus ropas.

Los habitantes de esta localidad debian estar ausentes á la hora en que nosotros entramos, pues sus puertas estaban cerradas, y no vimos personas ni animales. En su consecuencia, acampamos al aire libre, quemando algunas estacas que habia allí cerca, para hacer fuego y preparar la comida. Mientras almorzábamos con un apetito que se resentia de la mala cena de la víspera, nuestras monturas vagaban famélicamente al rededor de las cabañas: el tejado de una de ellas, recientemente puesto, les pareció sin duda no haber perdido ninguna de sus cualidades nutritivas; y formando círculo al rededor, alargaron el cuello cual si estuvieran en un pesebre, y se almorzaron el tejadillo.

Desde Condoroma, de donde salimos apenas terminado nuestro frugal refrigerio, se cuentan hasta la llanura de Chita dos leguas del país,

equivalentes á cuatro francesas. El pueblo de este nombre está apoyado en una cordillera traquítica, de pintoresco perfil, y se compone de unas veinte casas. Un torrente-rio que baja de las alturas produce gran rumor y forma mucha espuma á través de los cuartos de roca de que está cubierto su lecho; pero á medida que se deprime el plano que recorre, tendiendo á la horizontalidad, cálmase su furia, disminuye su ruido, y una vez en la llanura, corre á la manera de un simple arroyuelo.

El tiempo se mantuvo favorable durante una parte del dia, y nuestros muleteros se aprovecharon para avanzar á buen paso; pero á las cuatro horas, espesas nubes nos ocultaron el azul del cielo así como el disco del sol que descendia en el horizonte; y un tinte general gris rojizo invadió el espacio. En aquel fondo, que se iba oscureciendo cada vez mas, destacáronse claramente las nubes de los alrededores; y entonces, segun sucede siempre en estas benditas regiones apenas desaparece el sol, dejóse sentir un frio penetrante. Ya comenzábamos á soplarnos los dedos para que no se nos helasen, cuando al revolver de una cordillera vimos extenderse ante nosotros la llanura casi circular en cuyo fondo se halla el burgo de Cailloma, que la gente del país llamó largo tiempo Cailloma la Rica, á causa de los abundantes productos de sus minas de plata.

Cortando la llanura en diagonal, y al acercarnos á Cailloma, parecíanos que las cabañas y los rediles, semejantes á puestos avanzados, se destacaban del burgo para salir á nuestro encuentro. Encendíanse algunas velas cuando entrábamos, y seguimos á nuestros muleteros al tampu ó posada donde tenian costumbre de alojarse con sus animales cuando iban á Cailloma. Este tampu era un gran patio abierto, cuyo suelo, cubierto de estiércol y paja desmenuzada, indicaba que servia de cuadra: los alojamientos de los viajeros, representados por chiribitiles de mampostería, que no recibian el aire y la luz sino por la puerta, cuando no estaba cerrada, ocupaban tres lados del patio.

La llegada de una caravana á uno de estos burgos, perdidos en medio de las nieves, es para los naturales de la localidad un acontecimiento feliz, un favor del cielo, al que se muestran tanto mas agradecidos cuanto que rara vez se les dispensa este último; y hé aquí porqué apenas pusimos pié en tierra nos rodearon diez ó doce vecinos. Los unos preguntaban á los muleteros qué artículos de comercio llevaban: estos eran los negociantes de la localidad; informábanse los otros de los últimos pronunciamientos, manifestando deseos de saber si el elegido de la nacion estaba bien sentado en su sillon presidencial: estos eran los políticos; y algunos, en fin no decian una palabra, limitándose á examinarnos de piés á cabeza, cual si fuésemos animales raros: estos últimos eran los curiosos, especie que abunda en todas partes.

Entre ellos ví un individuo embozado en su capa y cubierta la cabeza con uno de esos sombreros blandos que en razon á su color se designan en el país con el nombre de *panza de burro*. Algunas palabras que yo habia cambiado con Pedro Leroux en nuestra lengua materna despertaron al parecer en aquel desconocido un interés simpático por nuestras personas, en cuanto pude juzgar por la sonrisa benévola que se deslizaba en sus labios cuando nuestras miradas se encontraban por casualidad. Evidentemente, aquel hombre deseaba trabar conocimiento con nosotros; y pensando yo que una timidez invencible le impedia dar el primer paso, tomé la delantera, saludéle como á un antiguo conocido y le pregunté por su salud. El individuo se ruborizó al principio, y contestóme despues, balbuceando un poco, que yo era muy amable y atento; díjome llamarse Mariano Telar, domiciliado en Cailloma, y que tenia alguna fortuna y muy buenas relaciones entre las personas recomendables de la localidad. Añadió por último, que habiendo tratado en otro tiempo de traducir al español el Telémaco, las pocas palabras que habíamos pronunciado le dieron á conocer nuestra calidad de franceses, por lo cual le honraríamos mucho aceptando su casa y su mesa mientras estuviésemos en Cailloma.

Semejante proposicion era muy de mi agrado; pero no estaba solo, y creí deber consultar sobre este punto á mi compañero de viaje. Pedro Leroux hubiera rehusado en cualquiera otra circunstancia; pero la perspectiva de pasar la noche en uno de los chiribitiles del tampu y de tener que luchar con los parásitos le espantaba; y si se pronunció contra la proposicion del obsequioso desconocido, fué solo por la forma, así como tambien á fin de aparentar que me hacia una concesion: despues añadió que podria obrar á mi antojo.

Apenas hubo sabido don Mariano que aceptábamos el albergue y la mesa, que nos ofrecia con un abandono digno de los tiempos antiguos, hízonos seña de seguirle. Salimos al punto de la posada, y despues de lodazarnos en el barro de algunas callejuelas apenas alumbradas, desembocamos en una pequeña plaza cuya iglesia ocupaba uno de los lados, y la casa de nuestro guia uno de los ángulos. Al entrar en la morada,

apresuróse nuestro protector á presentarnos á su esposa, matrona de mediana edad, y de aire grave y digno, que nos acogió con una reverencia de minué. Despues de los cumplidos de ordenanza, su marido le dijo algunas palabras en quechua; parecióme que recomendaba la adicion de un plato ó dos á los de costumbre, y en efecto, salió al punto para ocuparse de estos detalles.

Habiéndonos quedado solos con don Mariano, cambiáronse algunas frases entrecortadas por cigarrillos, y despues de media hora de espera, la señora nos envió á decir por un criado que nos esperaba en el comedor.

Bebióse agua durante la mitad de la comida, pero al servirse el asado, compuesto de un frito de cochinillos de la India, pusieron en la mesa una botella de vino de Lucumba, *calidad áspero*, que bebimos poco á poco, y la cual fué sustituida en los postres por otra botella de lo mismo, *calidad dulce* (1). Este vino local puso muy alegre á nuestro patron, y cuando su esposa se hubo levantado para retirarse, á la moda inglesa, dijo algunos chistes que la buena señora, que nos pareció muy rígida en punto á principios, no hubiera oido sin fruncir el entrecejo.

Una vez lanzado don Mariano, como buen peruano, se desprendió completamente de su reserva habitual, y de una confianza en otra, llegó á decirnos cómo habia ganado su fortuna y trabado conocimiento con su esposa.

Por espacio de tres horas estuvo hablándonos de este asunto, y otros varios que en su concepto nos debian interesar; pero observando al fin que nos dormíamos de cansancio, condújonos á la habitacion que nos estaba destinada, y retiróse dándonos las buenas noches.

Al otro dia, dejando á mi compañero en cama, fuí á recorrer el burgo: veinte minutos me bastaron para recorrer las cinco calles, contando las sesenta y tres casas de que se componen, sin comprender en este número las chozas y parques diseminados en los alrededores. Al volver de esta excursion entré en la iglesia, cuya puerta acababan de abrir: era un edificio de figura rectangular, construido con piedra y argamasa; tenia seis ventanas y estaba sobrepuesto de dos campanarios cuadrados, provisto cada cual de una especie de casco, que el arquitecto, segun me pareció, no habia podido convertir en cúpula. A cada lado del altar mayor ví una capilla, dedicada la primera á Nuestra Señora del Carmelo, y la otra á San José, patron de la República: ambos estaban muy bien adornados con ex-votos, relicarios y lámparas de plata maciza; varios lienzos sin valor alguno cubrian las paredes, completando la ornamentacion del sagrado recinto.

Al volver á mi alojamiento hallé á Pedro Leroux y á don Mariano dispuestos á disipar la bruma matinal con una copa de ron. Una noticia llegada á Cailloma, hacia solo una hora, servia de asunto á su conversacion: un *agrimensor de ingenio*, encargado por el gobierno de reconocer los límites, aun inciertos, de la provincia, y reducir la superficie al cuadrado métrico, habia enviado su secretario para anunciar á los habitantes de Cailloma su llegada á Vilafro, previniéndoles al mismo tiempo que deberian satisfacer todas sus necesidades materiales mientras durasen las operaciones geométricas que iba á emprender para la gloria y prosperidad del país.

Esta noticia, elevada á la categoría de hecho político, habia revolucionado en un abrir y cerrar de ojos, al pacífico burgo, dividiendo á sus habitantes en dos campos opuestos: los unos alegaban que no habiendo figurado su provincia hasta entonces en los anuarios, no era necesaria la determinacion de sus límites; y que el agrimensor en cuestion seria solo un espía del gobierno, así como su pretendido encargo un pretexto para imponer alguna contribucion extraordinaria á los notables de Cailloma. Los demás, y entre ellos nuestro patron, veian por el contrario en la llegada del agrimensor una prueba de la solicitud del presidente hácia su bien amada provincia, y el deseo de sacarla de su oscuridad á fin de elevarla al rango de sus vecinas.

En nuestra calidad de franceses no podíamos intervenir en estas polémicas de vecindario, y de consiguiente, dejando á D. Mariano batallar con sus amigos, fuímos al tampu, donde nos habíamos apeado la víspera, á fin de pasar revista á nuestras mulas y bagajes. Los cuadrúpedos despachaban tranquilamente su bucólica, y los equipajes estaban en su sitio; únicamente los muleteros parecian trastornados. El negocio que pensaban hacer en Cailloma no habia podido realizarse; y cuando nos dirigíamos hácia ellos iban á enviarnos uno de los suyos para preguntar si era nuestro ánimo permanecer en Cailloma, ó queríamos proseguir el viaje con ellos, pues iban á marchar aquel mismo dia.

Como habíamos visto ya el burgo y todo cuanto encerraba, y no tenia atractivo alguno prolongar nuestra estancia allí, determinamos seguir á los muleteros. Despues de recomendar al mozo que nos escoltaba desde Tambo que diera

(1) El valle de Lucumba toca con los de Ilo y Moquehua de los que hemos hablado ya. El vino áspero es el natural, y el dulce es el mismo, cocido con azúcar.

á nuestras monturas doble racion de habas secas, á guisa de avena, volvimos á casa de D. Mariano á fin de anunciarle nuestra resolucion, dándole al mismo tiempo gracias por su benévola hospitalidad. La noticia de nuestra rápida marcha, que estaba muy léjos de esperar, pareció afectarle vivamente; y para atenuar en cuanto fuese posible el sentimiento que involuntariamente le causábamos, aceptamos el almuerzo que nos ofreció, y la botella de aguardiente del país que nos presentó su esposa.

Al salir de Cailloma tomamos de nuevo la direccion del oeste. Los sitios que recorríamos no eran sino una serie de escarpaduras y de barrancos; mas por fortuna, la nieve de la víspera se habia derretido, pudiendo así nuestras mulas ver dónde ponian el pié. Despues de una hora de marcha por aquellos espantosos cami-



El coronel de ingenieros y su ayudante

nos, divisamos el lago de Vilafro, en cuyas orillas se hallaban varios individuos. El jefe de los muleteros, á quien preguntamos qué eran aquellos hombres, y qué hacian en aquel sitio, nos contestó que debian ser los auxiliares del agrimensor de ingenio, cuya llegada, habia perturbado al pacífico burgo de Cailloma.

Cuando el muletero nos daba esta explicacion, vimos salir de una especie de gruta ó caverna natural, abierta en la base de un cerro que daba frente al lago, un hombre pequeño y grueso, de piernas arqueadas, y que vestia uniforme azul de ultramar, con bordados de oro y brillantes charreteras. Llevaba pantalon ceñido, botas de montar, y una faja de seda roja con las puntas flotantes, que ceñia al estilo militar su vientre piriforme. Cubria su cabeza una gorra ensanchada por arriba, cuyo paño tenia el mismo color que la casaca, adornándola un galon de oro y una visera de cobre.

Habíamos observado estos detalles uno por uno segun nos acercábamos al hombre; y cuando estuvimos á pocos pasos, al mismo tiempo que nos chocaba su fealdad fenomenal, parecióme que podria, rebuscando en mi memoria, recordar el nombre del individuo. Muy pronto no me quedó ya la menor duda: la mirada del personaje se encontró con la mia, y sus ojos se abrieron, á la vez que su boca, lo cual, como todos saben, es indicio evidente de una viva sorpresa.

—¡El señor don Julian Delgado y Palomino!

exclamé yo deteniendo mi mula y apeándome al punto.

—¡Amigo don Pablo! replicó el hombrecillo, adelantándose con los brazos abiertos, en los cuales me dejé caer.

Mientras nos estrechábamos con aquella exagerada ternura, que es costumbre en el país, don Julian murmuró á mi oido:

—He llegado á ser coronel de ingenieros; mas tarde os diré cómo; pero no pregunteis nada delante de esa gente.

Despues de este reconocimiento, presenté á Pedro Leroux á don Julian, y viceversa; y cumplida esta formalidad, aceptamos la invitacion que nos hizo el coronel de ingenieros, pues tal era la categoría de don Julian, quien nos hizo seña para que le siguiéramos á la caverna, donde habia fijado su domicilio á falta de otra cosa mejor. Como iba delante de nosotros, Pedro Leroux me preguntó al oido, dónde habia trabado conocimiento con semejante mascaron, á lo cual le contesté que en Cuzco, haciéndole al mismo tiempo seña para que se callase.

La cueva donde nos introdujo el coronel era mas espaciosa de lo que se hubiera creido desde fuera: parecióme que tenia ocho metros de altura por doce de ancho, y una profundidad de veinte á veinticinco; los restos de una pared de argamasa, de la elevacion de un hombre, dividian la gruta en dos partes; los vestigios de fuego que ví en uno de los compartimientos, y la paja desmenuzada que cubria el suelo del otro, indicaban que aquel lugar habia servido á la vez de vivienda al hombre y de cuadra á los animales. Hice esta observacion al coronel despues de habernos sentado sobre unas maletas que nos ofreció á guisa de sillas.



Entre Scila y Caribdis

—En efecto, me dijo, esta caverna ha estado habitada; y si deseais saber por quién, el guia que he tomado en Mamanihuayta podria decíroslo.

Y levantándose de pronto, gritó:

—¡Hola! venga aquí alguno.

Presentáronse tres ó cuatro indios simultáneamente.

—Que llamen á Quispe, les dijo don Julian.

El indio llamado se presentó un momento despues en el umbral de la gruta, quitóse su montera, y comenzó á revolverla entre sus dedos con aire confuso.

—¡Ven aquí, animal! gritó don Julian, y repite á este caballero la necia historia que me referíste respecto á Vilafro.

El indio me miró con aire tímido y receloso.

—Vamos, le dije, cuéntame lo que sepas acerca de este lago de Vilafro.

—Ese lago, me contestó, se llama Huanana y no Vilafro; este nombre es el de un individuo de tu nacion.

—Entonces, repuse, ese Vilafro seria el propietario del lago, puesto que le ha dado su nombre.

—El lago no ha pertenecido jamás á los hombres, replicó el indio; los lagos, los cerros y las nieves no tienen mas dueños que Dios. El individuo de quien hablas era un chapeton de Es-

paña, á quien un pobre llamero (conductor de llamas) habia revelado la existencia de la mina de Quimsachata, que se ve desde aquí al pié de las vertientes de la Raya. No tardó Vilafro en obtener riqueza, porque Quimsachata era como una fuente viva de donde corria en abundancia el metal. A los cinco años de trabajo, el español habia reunido tanto dinero, que herraba con plata sus mulas y caballos; y con tal descuido, que desprendiéndose muy pronto las herraduras, quedaban en los caminos, donde las recogian los pobres. Aunque cedió al virey la quinta parte de sus beneficios á título de tributo, y por mas que fuese devoto de la Santísima Vírgen, como lo prueba una lámpara de plata de trescientos marcos de peso de que hizo donativo á la iglesia de Sicuani, acusáronle de impiedad, de fraude y de rebelion, pues si su fortuna le granjeó muchos amigos, fué causa tambien de que tuviera numerosos enemigos. Llamado á Lima por órden del inquisidor y del virey, encerráronle en un calabozo, le ahorcaron despues, y sus riquezas fueron confiscadas en beneficio del rey de España. A partir de aquella época la mina de Quimsachata quedó abandonada, porque el alma del condenado vino cada noche á visitar su antiguo dominio.

Mientras el indio me referia esta historia, el coronel habia sacado de una maleta algunos bizcochos duros y una botella de Jerez, lo cual nos ofreció generosamente. Probamos ambas cosas, y entre tanto parecióme observar que la presencia de Pedro Leroux intimidaba al coronel. Para infundirle confianza, y á fin de que la conversacion no languideciese, rogué á D. Julian muy formalmente que nos diera algunos detalles sobre la mision que le habia sido confiada por su gobierno.

—Sabed, me dijo, que de todas las provincias del Bajo Perú la de Cailloma es la única sobre la cual no tiene informes exactos el gobierno. No solo le es desconocida la estadística de Cailloma, sino que los límites de su territorio se han determinado con tal vaguedad, que los habitantes de los distritos limítrofes, mal aconsejados como siempre por sus respectivos caciques, tienen frecuentes discusiones con los de Cailloma por causa de las minas y de los pastos, que cada cual revindica como legítima propiedad. No se podia tolerar mas tiempo semejante estado de cosas; y S. E. el general Hermenegildo, nuestro ilustrísimo presidente, mi muy amado primo por mi esposa, ha resuelto que se proceda sin tardanza á la medicion general de la provincia de Cailloma.

Apenas habia acabado de hablar D. Julian, llegó á nuestros oidos el sordo rumor de un galope de numerosos caballos, y alegres gritos, y al punto salimos de la caverna para ver qué era.

—¡Ah! exclamó el coronel con aire majestuoso, es mi ayudante de campo Saturnino, que vuelve de Cailloma.

El ayudante de campo era un jóven cholo, imberbe, de color de sepia, con el cabello negro azulado, dispuesto en guedejas que pendian sobre los hombros. Un poncho de viaje entreabierto permitia ver su uniforme azul sin bordados, y cubria su cabeza la gorra de ordenanza, con visera de cobre.

Detrás de Saturnino avanzaba una diputacion de los notables de Cailloma, entre los que busqué con la vista inútilmente á nuestro patron D. Mariano. Habíanse mezclado con ellos algunas personas del bello sexo, estimuladas por el ejemplo de la esposa de un gobernador de distrito, que iba á la cabeza, montada á horcajadas en una burra que el marido conducia del ronzal. Mientras que los primeros, guiados por el ayudante de campo, iban á felicitar al coronel por su feliz viaje, y á ponerse á su disposicion, las segundas, quedándose un poco atrás, nos examinaban de piés á cabeza, arreglándose al mismo tiempo el traje, descompuesto por la rapidez de la carrera.

Cuando el último notable hubo pronunciado su discurso, D. Julian, dirigiéndose á todos colectivamente, contestó con tono de conviccion que tenia un placer indecible al presentarse en nombre del gobierno á visitar á los habitantes de Cailloma, tan dignos por todos conceptos de su solicitud. A contar desde aquel dia, la fiel provincia, descuidada hasta entonces por haber sido necesario atender á graves intereses políticos, marcharia á la par con las mas ilustres. La medicion de las tierras, por la cual seria llamada á un glorioso porvenir, inauguraba para ella una era dichosa. En lo sucesivo, el nombre de Cailloma, inscrito en el templo de la memoria junto al de sus hermanas, brillaria en los fastos de la república y en los calendarios impresos en Lima.

El orador terminó su discurso con la recomendacion expresa de que antes de terminar el dia se le enviaran, para sí y su escolta, dos carneros bien gordos, carnes ahumadas, un costal de patatas, y aguardiente en abundancia, sin perjuicio de algunas mantas de bayeta y el combustible necesario para preservarse del frio, mientras durasen los trabajos que se iban á emprender para la mayor gloria y prosperidad de los hijos de Cailloma.

Esta demanda, no esperada por ninguno, hizo

fruncir un poco el ceño á los notables, quienes se miraron de reojo; pero D. Julian aparentó no ver nada, y dejando á los oyentes meditar sobre su discurso, fué á reunirse con las damas, á quienes invitó con el aire mas galante que su fealdad le permitia, á entrar en la cueva para probar los bizcochos duros y el vino de Jerez. Esta obsequiosidad valió al coronel una verdadera ovacion entre las señoras: á la tercera ronda de bizcochos y de copas, la gobernadora, matrona de edad madura, llamó á D. Julian «mono mio,» mientras que la mujer del alcalde, mas jóven, y de consiguiente mas tímida que su compañera, se limitó á darle el nombre de «compadre.»

Como no se habia invitado á los esposos á esta ceremonia, comenzaron muy pronto á creer que sus mujeres se reian con exceso y que estaban demasiado tiempo en la cueva; y bajo el pretexto de que habia mucho camino de Vilafro á Cailloma, y que era preciso no abusar de las bondades de su señoría, invitaron á sus esposas á montar de nuevo para emprender la marcha. La fisonomía de los diputados parecia haberse oscurecido mas desde que el coronel los dejó solos, lo cual atribuí á las reflexiones que hicieron. En cambio, las de sus caras mitades estaban muy animadas, y eran tan expresivas, que no dudé un solo instante harian cuanto fuese posible por decidir á sus maridos á satisfacer la demanda del coronel.

Despues de muchos saludos, la diputacion tomó el camino de Cailloma; y los muleteros, creyendo que prolongábamos demasiado la parada, vinieron á preguntar si queríamos continuar el viaje. D. Julian contestó bruscamente que éramos sus huéspedes, y que nos conservaria á su lado; y entonces, como no querian esperar mas, convinimos en separarnos. En cambio de la gratificacion que habian merecido muy bien, y que les dimos al punto, deseáronnos toda clase de felicidades.

La galantería de D. Julian con las esposas de los notables de Cailloma dió el resultado que yo habia previsto: al declinar el dia vimos llegar un convoy compuesto de dos asnos y cuatro llamas que un indio conducia hácia nosotros; y pronto se vió que no faltaba ninguno de los artículos pedidos. Al cerrar la noche, el mensajero, bien satisfecho y repleto, separábase de nosotros y tomaba el camino de la ciudad, llevando el encargo de ofrecer á toda la poblacion de Cailloma la expresion del afecto del coronel y su gente. El resto de la noche se empleó en almacenar los víveres, y en colocar algunas de las mantas de modo que interceptasen la entrada del aire exterior.

La noche que pasamos en la caverna, no fué peor ni mejor que las anteriores: la sombra del condenado Joaquin Vilafro tuvo el buen gusto de respetar nuestro sueño.

Era ya muy entrado el dia cuando me desperté: Pedro Leroux, mas madrugador que yo, habia salido ya. Al ver solo al coronel, aproveché la ocasion de hablarle confidencialmente. Tenia curiosidad por saber qué circunstancias habian concurrido para que el ciudadano bonachon á quien conocí, algun tiempo antes, en Cuzco, se convirtiera de la noche á la mañana en coronel de ingenieros.

A las primeras palabras que pronuncié, relativas á este notable cambio, D. Julian soltó la carcajada, y contestóme:

—A mi señora es á quien deberiais preguntar eso, porque ella es la causa de que esté yo aquí, en vez de hallarme en otra parte.

—¡Cómo! ¿doña Balbina?

—Ella misma. Hace algun tiempo que me buscaba siempre disputa, por creerme hombre demasiado casero y amigo de la ociosidad; y esto, cuando sabe mejor que nadie que mis plantaciones de Cuzco y de Santana me dan tanto que hacer, que de los trescientos sesenta y cinco dias del año paso trescientos sesenta vigilando á mis colonos, riñendo á mis peones, y ocupado en vender las cosechas para obtener la mayor utilidad. Sin embargo, Balbina, juzgando que todos estos quebraderos de cabeza eran insuficientes, ha tenido la ocurrencia de escribir á su primo el presidente, á fin de obtener para mí un despacho de coronel, que me ofreció el dia de mi santo. ¡Vaya un regalo! ¿Qué os parece? Como era natural, protesté, y no quise aceptar; pero mi señora se empeñó; y como yo no cedia, encolerizóse conmigo, llegando hasta el punto de tratarme de gallina, diciéndome que preferia el dinero al honor y la gloria de mi país. Esta borrasca doméstica duró dos dias, y no pudiendo yo resistir mas, fuí á encargar el uniforme. Felizmente para mí, los cuadros del ejército estaban completos, sin cuya circunstancia me hubieran puesto á la cabeza de un regimiento, enviándome á una provincia lejana, porque mi mujer pidió á su primo que se me destinase al servicio activo, á fin de que pudiera honrar mis charreteras. Como el presidente no puede confiarme un mando en el actual estado de cosas, le ha ocurrido nombrarme coronel de ingenieros, enviándome á Cailloma para levantar el plano de esta provincia.

—¿Y habeis aceptado semejante comision?

—Imposible era rehusar, amigo mio, pues mi mujer ha manejado todo este asunto sin consul-

tarme. Y á propósito, ¿qué tal os parezco con el uniforme? Esa querida Balbina asegura que me rejuvenece en diez años.

—Si vuestra esposa lo dice así, soy enteramente de su parecer; pero vamos al grano. ¿Cómo os vais á componer para desempeñar convenientemente la mision que se os ha conferido? Entiendo que no sois matemático ni agrimensor, ni geógrafo, ni estadista, ni economista, ni aun...

—¡Basta, D. Pablo! Todo cuanto puedo deciros es que me mostraré digno de llevar las charreteras.

—¡Pero hombre! si no se trata aquí de las charreteras, sino de formar el plano de la provincia. Y yo os pregunto: ¿cómo lo obtendreis si no os hallais en estado de hacerlo?

—¡Oh! ¡si ya lo tengo aquí!

Y al pronunciar estas palabras, el bueno de don Julian sacó de una maleta una hoja de per-



Caidos en el campo del honor

gamino que desarrolló á mis ojos. En esta hoja veíase un plano geométrico de la provincia, trazado con una seguridad de líneas que denotaba la mano de un empleado del Estado, prescindiendo de que las palabras de la inscripcion lo probaban suficientemente; decian así: «Levantado por órden del excelentísimo virey, conde Gil de Lemos, agosto de 1690.»

—¿Cómo habeis obtenido este plano? pregunté á D. Julian, que parecia gozarse con mi sorpresa.

—Se lo compré por dos duros á un hermano de la Recoleta, que lo encontró en un baratillo.

—¿Y tendreis la audacia de presentarle como obra de vuestra mano?

—No el original, pero sí una copia, que mandaré sacar á mi ahijado, pasante de escribano. El tunante tiene una mano muy segura, y dibuja un poco en sus ratos perdidos; él hará este trabajito, y hasta le servirá de diversion.

—¡Indigno plagiario! exclamé yo entre sério y risueño.

—¡Bah! repuso con indiferencia D. Julian; ¿porqué habria de abstenerme, cuando tantos hombres entre los doctos é ilustres no tienen el menor escrúpulo en adornarse con los despojos de otro?

Iba á contestar al coronel que los engaños del prójimo no autorizan los nuestros, cuando la llegada de Pedro Leroux puso término á nuestro diálogo. D. Julian apenas tuvo tiempo de encerrar en la maleta su plano de Cailloma.

—Supongo, murmuró á mi oido rápidamente, que me dareis vuestra palabra de no decir la menor cosa sobre el asunto.

—Os la doy, repuse sin pestañear; pero solo por veinticuatro horas, añadí mentalmente.

Desde aquel momento, seguro ya de su negocio, y pasando allí el tiempo solo por la forma, don Julian empleaba las horas en que le dejábamos solo en revisar un paquete de periódicos que habia llevado para distraerse, saboreando al propio tiempo copitas de vino de Jerez, vino de que iba bien provisto.



Pesca del suchi en el lago de Vilafro

En la mañana del segundo dia, despues de haber terminado D. Julian la lectura de sus diarios, manifestóme su intencion de trasladar á otro punto el campamento, lo cual me agradó tanto mas cuanto que habia concluido mis dibujos, poniendo mis notas al corriente; Pedro Leroux se hallaba ya bien informado sobre las minas de los alrededores, y no deseaba otra cosa sino continuar la marcha. En su consecuencia se resolvió ponernos en camino sin perder tiempo; y mientras los muleteros ensillaban los cuadrúpedos, y el ayudante de campo Saturnino iba con seis indios á dar las gracias en nombre de su jefe á los habitantes de Cailloma, y á despedirse de ellos, yo fuí con Pedro Leroux á dar una vuelta por las orillas del lago, cuya líquida superficie rizaba una ligera brisa de la Cordillera. Yo llevaba un dibujo del lago, hecho por mí la víspera, para darle algunos retoques; y á fin de estar mas cómodo, nos colocamos entre unas rocas que nos preservaban del viento, punto desde el cual se abarcaba en su conjunto la extensa sabana líquida, en la cual se reflejaba un cielo de color de estaño.

No sé cuánto tiempo haria que estábamos allí, cuando resonó de pronto un clamor en la colina que dominaba el campamento; y casi en el mismo instante vimos aparecer un grupo ecuestre, compuesto de hombres y mujeres, á cuya cabeza iba Saturnino. A riesgo de romperse el cuello, jinetes y amazonas se precipitaron con sus caballos á escape por el sendero en pendiente que conducia á la caverna, y desembocando como tromba en el verde prado, prorumpieron en los gritos de: *¡Viva el coronel! ¡Viva el presidente de la nacion!*

Don Julian, que acababa de informarse de la causa de aquel tumulto, fué cogido del brazo por dos amazonas, en las cuales me pareció reconocer á la gobernadora del distrito y á la mujer del alcalde. Todos formaron círculo al rededor de ellos; destapáronse algunas botellas, y los brindis se sucedieron con espantosa rapidez. En esta manifestacion báquica reconocí un *cacharpari* ó fiesta de despedida, que los notables de Cailloma habian venido á ofrecer al coronel para corresponder á su obsequio.

Al ver cómo se repetian los brindis y los tragos, temblé por D. Julian, á quien sus verdugos hembras obligaban á trincar con todos los individuos de la asamblea; y temiendo que nos estuviera reservada igual suerte si nos descubrian en nuestro escondite, invité á Pedro Leroux á que se agachara lo mas posible entre las rocas.

El cacharpari duró dos horas largas; despues, toda la gente emprendió el camino de las alturas lanzando los hombres gritos báquicos, á los que contestaban las mujeres con otros atiplados.

Para salir de nuestro escondite esperamos á que hubiese desaparecido el último poncho en la colina; y cuando se hubo debilitado gradualmente el rumor de las voces, corrimos hácia el lugar de la orgía para recoger detalles sobre la diversion en que no habíamos tomado parte.

Cuando llegamos, los muleteros se disponian á desensillar sus cuadrúpedos, mientras los indios volvian á introducir en la caverna las maletas y los paquetes que sacaron poco antes. Extrañando aquella maniobra, que indicaba una detencion en vez de una marcha, pregunté á uno de los arrieros si no nos pondríamos en camino.

El hombre extendió el brazo señalándome al coronel, sentado á la entrada de la caverna, y á su ayudante de campo tendido cuan largo era á pocos pasos.

—Están completamente borrachos, me dijo el arriero.

Acerquéme á D. Julian para interpelarle enérgicamente; mas no pude obtener de él ninguna explicacion. Sus onomatopeyas intraducibles, sus ojos cerrados, sus labios colgantes y cubiertos de espuma, indicaban á la vez que un aniquilamiento completo de la inteligencia, una irresistible necesidad de dormir. En cuanto á Saturnino, estaba inmóvil como una piedra: herido ya de muerte en una primera escaramuza bajo los muros de Cailloma, y conociendo que sus fuerzas le abandonaban, fué á reunirse con su jefe, para espirar á sus piés, como intrépido y fiel ayudante de campo. Dispuse que colocaran en sus respectivos lechos á aquellas dos víctimas del cacharpari; y despues, como habia terminado ya el plazo que fijé para mi discrecion respecto á los asuntos del coronel, referí á mi compañero de viaje, distrayéndole mucho con la historia, cómo por la voluntad de su esposa y la proteccion del presidente de la República, habia llegado á ser coronel de ingenieros D. Julian Delgado y Palomino.

III

Cuando nos levantamos al otro dia, las dos víctimas del cacharpari dormian aun profundamente; y como el sueño era el mejor remedio que se pudiese aplicar á su indisposicion, me guardé bien de despertar á los dos hombres antes de tiempo.

Para distraer en lo posible la ociosidad forzosa que nos imponian las circunstancias, imaginé echar la sonda en el lago, y reconocer, al mismo tiempo, qué especies ictiológicas habitan sus heladas ondas. Una gratificacion de algunos reales, ofrecida al indio que se creyese bastante vigoroso para resistir un baño frio de piernas por espacio de dos horas, decidió á intentar la empresa, no solo á uno, sino á cinco ó seis. Formáronse al punto unos haces de jarava, muy abundante en aquella llanura; y bien sujetos con sogas, sirvieron de esquifes á los navegantes. El indio encargado de echar la sonda montó en su haz y marchó el primero, saludado, á guisa de despedida, por las burlas de sus compañeros, que le miraban desde la orilla. Con el auxilio de un palo, del cual se servia como de un remo, franqueó una gran distancia. El plomo que yo le habia dado, y que sumergió varias veces, señalaba una profundidad variable entre siete y nueve brazas, lo cual probaba una gran desigualdad en el lecho del lago. La sonda, impregnada de queso, á falta de sebo, salió siempre cubierta de una arena cuarzosa.

Muy pronto tocó el turno á los pescadores, quienes siguieron direcciones diversas: los anzuelos, con cebo de carne, debian atraer á los peces, si los habia, y no tardamos en reconocerlo así, siendo la pesca abundante desde el principio. Las primeras muestras que obtuvieron los pescadores, se reducian á unos pececillos de color pardusco, de la especie de los siluros, como los que yo habia encontrado ya en algunos lagos de los Andes, particularmente en los de Tungasuca, de Quelluacocha y de Titicaca. Su tamaño variaba de tres á seis pulgadas, y contábanse cuatro variedades, únicas que en mi concepto existen en aquellas alturas, y conocidas con los nombres indígenas de *bagre*, *suchi*, *pichingote* y *chiñi*.

Mientras nos ocupábamos en la pesca, el coronel y su ayudante despertaron al fin. Les encontramos sentados, mirándose uno á otro, y sin conservar de la orgía de la víspera, mas que un recuerdo confuso, una boca pastosa, y un poco de flojedad en todos los miembros. Un caldo de carne seca, tan bien sazonado de pimenton, que solo su color hacia estornudar y llorar á la vez, aclaró las ideas de aquellos dos hombres, dejándolos en su estado normal.

Los preparativos de marcha comenzados la víspera, terminaron muy pronto. El coronel, que volvia á Cuzco, no necesitaba á los indios que le escoltaban desde Coporaque; y como este punto figuraba en el itinerario que yo me habia trazado, aquellos hombres, que volvian á sus casas, eran para nosotros excelentes guias. Convinimos, pues, al punto, en continuar con ellos la marcha; y al certificado de buena conducta que les entregó don Julian para pagar sus servicios, agregó una eficaz recomendacion de obedecernos en todo como á él mismo, bajo la pena de exponerse á las iras del señor cura y á la severidad del gobernador. Los indios prometieron humildemente conformarse en todo con las indicaciones del coronel.

Al separarnos del lago de Vilafro, tomamos la direccion norte. Nuestra gente componia un total de diez y seis individuos; el indio Quispe se puso á la cabeza del destacamento, y precedia á las monturas á cierta distancia, siguiéndole sus doce compañeros en fila.

El terreno bastante igual de la llanura, comenzó á ser muy pronto en extremo accidentado; y no tardamos en subir lo bastante para dominar aquella con todos sus alrededores. En el momento de llegar á la cima de un declive, detuve mi mula y volví la cabeza, á fin de contemplar por última vez el lago de Vilafro: desde aquella elevacion, su inmóvil superficie, de color gris azulado, parecia un espejo de acero, que tuviese por marco á la tierra; las rocas y las ondulaciones de terreno figuraban en sus orillas como el revestimiento de una esclusa destinada á impedir el desbordamiento de las aguas; en la parte del este, una grieta de esta esclusa, daba paso al exceso de aguas del lago, que se deslizaba sin ruido á través de la llanura. Cuando me ocupaba en trazar en mi álbum un diseño geológico, acercóse á mí Pedro Leroux para ver lo que hacia.

—Amigo mio, le dije, saludad la cuna del Apurimac, conocida por los antiguos mejor que por los modernos, á juzgar por el trazado que nos dan estos últimos.

—Te equivocas, taita, me dijo Quispe que estaba á mi lado, y que solo comprendió el nombre de Apurimac en lo que yo acababa de manifestar á mi compañero: lo que tomas por el Apurimac, no es otra cosa sino el lago de Vilafro, que á ocho leguas de aquí, en el punto donde el sol se eleva, recibe el torrente Parihuana y toma el nombre de rio de Chita, el cual conserva durante algun tiempo. Cuando ese hilo líquido que huye á través de la llanura, haya recibido nueve rios por la izquierda y once por la derecha, recorriendo veintitres leguas de la sierra, entonces, solo entonces, podrás llamarle Apurimac (1).

Continuando nuestra marcha, y despues de franquear el torrente Parihuana, llegamos á Quimsachata, especie de granja donde se crian llamas. Estos animales, en número de ciento cincuenta á doscientos, vagaban por los alrededores, paciendo la yerba corta y dura que cubria el suelo. Compramos al pastor un llama de seis meses, que al decir de todos nos proporcionaria un excelente asado. El pobre animal emprendió la marcha junto á los indios, sin sospechar seguramente que le conducian al matadero.

Al salir de Quimsachata, el guia nos desvió del camino transitable para tomar un sendero abierto entre las rocas, el cual franquearon nuestras mulas á manera de las cabras. Segun nos dijo Quispe, este cambio tenia por objeto enseñarnos la antigua ciudad, cerca de la cual hubiéramos pasado sin verla, ni siquiera sospechar su existencia si hubiésemos seguido la otra via. En efecto, al dar vuelta á la última roca, ensanchóse el espacio ante nosotros, y vimos, no una ciudad, como la llamaba nuestro guia, sino una cantera antigua, de la que es el tipo mas perfecto en el Perú, la de Ollantay-Tampu, en el distrito de Urubamba. A nuestra izquierda, en un declive, elevábase un cubo monolítico del tamaño de una cabaña, en cuyo lado oriental se habian simulado por medio del cincel, una puerta y una ventana cuyo hueco tendria de doce á quince centímetros. A la derecha veíase en un montecillo una mole rectangular excavada en el interior sin techo y con una sola puerta de hojas inclinadas. Una hilera de piedras, derechas las unas y caidas las otras, que me recordaron los *menhirs* célticos, costeaba la base del montecillo, dos veces mas alto que un gracioso cerro contiguo de atrevido corte, en cuyos flancos veíase un sendero muy escarpado. En su cima habia una especie de construccion cuadrada, hueca en el interior, con paredes oblícuas y tres puertas (véase el grabado de la pág. 356).

(1) Del quechua: *apu*, jefe, amo, señor; y *rimac*, ruidoso, alborotador.

Mientras me apeaba para sacar un cróquis, decíame Quispe que la ciudad antigua que estaba viendo era cuanto quedaba de la capital del imperio del Gran Cana. Hubiera podido contestar á nuestro buen guia que lo que él y los suyos tomaban hasta entonces por ruinas de edificios no era sino caprichos de las canteras, las cuales, una vez hecha la extraccion de la piedra, habian tomado el aspecto de monumentos, en que se simulaban puertas y ventanas; pero no quise hacer la observacion, por consideraciones al indio.

Sin embargo, la version del guia, aunque errónea, no dejaba de tener su parte verdadera, y es que la nacion de los Canas habia existido en realidad, y que los supuestos edificios, que yo dibujaba, hallábanse precisamente en el territorio que ocupó cuando los Incas se presentaron en el Perú. De carácter feroz é indomable, estos indios lucharon largo tiempo contra la invasion de los hijos del Sol, y no se sometieron al culto de Helios-Churi hasta que Huayna Capac, duodécimo Inca, hubo contraido alianza con ellos tomando por esposa la hija del Atun-Cana, jefe de la nacion.

Terminado mi dibujo, continuamos la marcha.

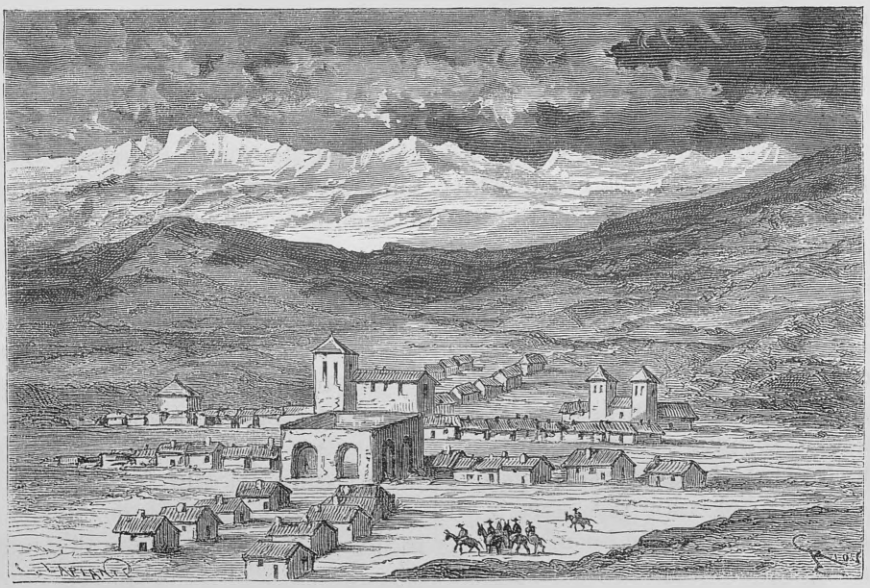


Ruinas en Challqui

El pueblo de Challqui, que da su nombre á las supuestas ruinas, estaba cerrado y mudo cuando pasamos por delante. Nuestro guia, á quien pregunté la causa de aquella soledad, díjome que los habitantes del pueblo, reunidos con los de Apachaca y Aconcahua, debian hallarse á una legua de allí, en la llanura de Chiñini, donde les atraia la fiesta de san Isidro, patron de los labradores y protector de los cultivos. La cosa me pareció tanto mas extraña cuanto que no habia visto en el camino, ni divisaba tampoco en toda la extension que podia alcanzar mi vista, sino algunas piedras, nieves y un poco de yerba en algunos sitios, pero ni una pulgada de terreno cultivado. Del pueblo de Collana, que dejábamos á la derecha, y que no habíamos podido ver á causa del rodeo que se hizo para contemplar la ciudad antigua, sale todos los años una procesion que desfila á través de los campos, no á fin de pedir al cielo proteccion para las semillas y cosechas en estado de mito, como hacemos nosotros con las rogativas, sino con el objeto de dar un buen paseo y divertirse un poco.

A una legua de allí, el viento llevó hasta nosotros el rumor de la fiesta; y á pesar del imperio que tenian sobre sí nuestros hombres, no pudieron menos de estremecerse de alegría; la chicha y el aguardiente que parecian olfatear á larga distancia, les ponia fuera de sí. A medida que avanzábamos, el rumor iba en aumento; y al desembocar en una estrecha garganta, formada por la aproximacion de dos vertientes, vimos á la vez el campo de la fiesta, con su correspondiente altar, y el desfile de la procesion, que llegaba al mismo tiempo que nosotros. Entonces picamos espuela á nuestras mulas, y fuímos á mezclarnos con los grupos de espectadores de ambos sexos, que llegaban de los caseríos próximos, para asistir como aficionados á la solemnidad del dia.

La procesion, que podria contar de mil á mil doscientas personas, las mas indios de pura sangre, desfilaba en aquel momento, ó mas bien diseminábase á la manera de una cascada desde lo alto de un sendero practicado entre dos escarpaduras, el cual desembocaba en un espacio circular, que formaba como un estanque para aquella corriente humana. En el centro elevábase el altar erigido para el caso. La procesion ofrecia la particularidad de no ir en ella sacerdotes ni monjes de ninguna órden, lo cual chocaba tanto mas cuanto que tampoco se veian cruces, estandartes, ni pendones. Lo único por que se distinguia de la multitud comun, dando á conocer su carácter religioso, era por la imágen de san Isidro, colocada de pié en unas angarillas que llevaban cuatro indios. El santo vestia un ropaje de color verde de col, para indicar á cuantos lo ignoraran que este tinte es el que predomina en los verjeles, los huertos y los cultivos. Sobre su pelada cabeza, ceñida solo de la corona monacal de cabello, ostentábase una aureola trilobada, como las que los pintores de la edad media ponian á sus personajes celestes; en una mano llevaba una regadera, y en la otra una pala y un rastrillo, instrumentos aratorios



Aldea de Coporaque

que un jardinero mas bien que un labrador hubiera reclamado como de derecho; mas en el Perú, los fieles se cuidan poco del color local, con tal que los santos sean bonitos y las santas hermosas; lo demás no importa.

Llegados ante el altar, formado con tablas puestas sobre cuatro estacas, con un retablo de espejos alquilados para la ceremonia, una imágen de la Vírgen, dos candelabros, guirnaldas de caña, y banderas con los colores peruanos, los portadores de san Isidro depositaron en tierra sus angarillas; y en el mismo instante, varios músicos colocados á la izquierda del altar ejecutaron, con el auxilio del tambor y trompetas de metal blanco, una tocata atronadora, acompañados por dos guitarristas, que raspaban los instrumentos, teniendo á su alcance un jarro lleno de chicha. Era la señal convenida: la procesion que avanzaba en buen órden, rompió filas; mezcláronse los sexos; y comenzaron á circular de mano en mano jarros de chicha y aguardiente.

Nuestros hombres parecian dispuestos á perderse entre aquella multitud, á la cual les atraian sus instintos báquicos y sus relaciones; pero yo les recordé cuáles eran los poderes que el coronel me habia conferido, amenazándoles, como lo habia hecho don Julian, con la cólera del cura y la severidad del gobernador de Coporaque, si cedian á su evidente deseo de prescindir con nosotros de las debidas formalidades. No obstante, como hubiera sido inhumano prohibirles toda participacion en la alegría general, concedíles permiso por media hora, á fin de que pudieran reir y beber con sus amigos.

Trascurrido el plazo, mandé á Quispe tocar llamada, y cuando hube reunido nuestros hombres, invitéles á precedernos en vez de seguirnos, como lo habian hecho desde nuestra salida del lago de Vilafro, cuya órden obedecieron, aun-

que no sin murmurar un poco. En cuanto á lo demás, debo hacerles justicia; habian empleado tan bien la media hora de permiso concedida, que los unos desbarraban ya y los otros se sostenian difícilmente derechos.

Nos alejamos por fin del teatro de la fiesta, cuyo rumor nos acompañó algun tiempo aun, acabando por extinguirse del todo. Los caminos comenzaron á ser tan escarpados y espantosos, que fué preciso soltar las riendas á nuestras mulas, dejándolas avanzar á pasos contados.

Caminando así llegamos á orillas del rio Aconcahua, que el Apurimac, que aun no es aquí sino el Chita, recibe por la izquierda. Su anchura, segun calculé al golpe de vista, podia ser de unos sesenta metros. Un vado conocido de los indios les permitió franquearle con agua hasta media pierna; viéndoles abordar sanos y salvos á la orilla opuesta, picamos espuelas á nuestras monturas y nos reunimos muy pronto con ellos.

El camino que tomamos costeaba el rio, y pudimos examinarle con toda comodidad: en un brusco recodo que formaba antes de llegar al pueblo de Aconcahua, detúveme seducido por el aspecto pintoresco de ambas orillas. Estrechado en aquel punto en un desfiladero formado por estratos de arenisca, cortados unos á pico, é inclinándose otros en suave pendiente, ofrecia al artista un cuadro completo: en el agua, tranquila y como dormida, reflejábanse con singular fidelidad, en el centro el color del cielo, y en la orilla, todos los accidentes de las areniscas, cubiertas en su cima de una yerba corta. Sobre esta especie de verde capucha, elevábanse arbustos casi negros, en forma de bola, y cuyas raíces parecian penetrar violentamente en la piedra, perforándola en varios sitios, como si fueran barrenas vegetales. Dos vertientes de montañas que se reunian en sentido opuesto, trazando una V gigantesca, ocupaban el fondo del paisaje. Solo animaba el cuadro un ave, una de esas gaviotas blancas y grises que frecuentan los rios de la Entre-Sierra: la graciosa palmipeda iba y venia, rasando la superficie líquida con sus cortantes alas, ó sumergiéndose de repente para coger al paso algun pececillo que su vista penetrante percibia en aquellas turbias ondas.

Cruzamos de sudeste á noroeste aquella parte de la provincia de Canas que llaman en el país distrito de Aconcahua, el cual fué, si hemos de dar crédito á las tradiciones locales, pues los cronistas españoles guardan silencio sobre este punto, centro de una civilizacion muy anterior á estos indios Canas, con los que hicieron alianza los Incas, segun hemos dicho en otro lugar.

La direccion que seguíamos no nos permitió tener el gusto de visitar el pueblo de Aconcahua, que compuesto de nueve cabañas, se halla situado detrás de una eminencia que dejábamos á nuestra derecha; pero obtuvimos una compensacion de este contratiempo con la vista de las capillas de Aconcahua, por delante de las cuales pasamos. Se da este nombre á cuatro monolitos de quince á veinte piés cuadrados que hay al pié de una colina, á orillas del camino, y orientados de diverso modo; en dos de ellos se ven simuladas tres ventanas, y otra en la tercera, presentando la cuarta como una puerta. La profundidad de las excavaciones en todas las moles podrá ser de unos veinte centímetros; y al rededor se ven algunas piedras rectangulares que parecen peldaños diseminados. Estas obras me parecieron datar de la misma época que los monolitos que habíamos visto en Challqui.

Quispe, que me veia examinar estas piedras atentamente, creyó deber decirme que provenian del antiguo palacio del Atan-Cana. Al llegar á Coporaque, aun me reia con disimulo de aquella morada del jefe de la nacion cana, cuyas ventanas y puertas estaban solo á medio bosquejar.

Nuestra entrada en el burgo produjo cierta sensacion: aparecieron en las puertas varias mujeres y niños; y las que tenian esposos entre los hombres que nos acompañaban, corrieron á su encuentro. Durante algunos minutos hubo á nuestro alrededor un fuego cruzado de exclamaciones, preguntas y respuestas, y despues, cada mujer se llevó su marido, dejándonos solos con Quispe, á quien rogué que nos condujera al presbiterio. El cura, D. Mariano Teran, á quien encontramos en su casa, nos acogió cordialmente: solo deseábamos que nos proporcionase un guia para conducirnos hasta los límites del país frio; pero una vez entrados en su vivienda, no nos permitió salir; tanta fué su obsequiosidad y su insistencia para demostrarnos que en cualquier otra parte dormiríamos muy mal y no encontraríamos suficiente alimento.

Mientras preparaban la cena, que el digno pastor mandó activar solo en obsequio nuestro, hízonos los honores de su casa, conduciéndonos de una habitacion á otra hasta llegar á la que nos estaba destinada. Una de ellas habia llamado mi atencion, y pedí permiso al cura para volver á verla, lo cual, léjos de disgustarle, pareció complacerle mucho. Esta habitacion, bastante reducida, tenia dos ventanas que daban al patio: tres estantes que adornaban las paredes contenian una coleccion de antigüedades peruanas que hubiera envidiado el museo etnográfico de una gran ciudad; habia allí hachas de obsidiana y de pórfido, jabalinas, flechas y venablos con punta

de hueso, de metal ó de piedra, trajes y tejidos de varias clases, de algodon blanco ó amarillento, de lana, de alpaca, de llama, de guanaco, con listas y bordados de arabescos de mil colores; vasijas de un brillo magnífico, de inagotable variedad de formas, y de pasta tan pulimentada como el acero; y en fin, cristales de roca y muestras espléndidas de mineral de oro, de plata y de cobre.

El anuncio de estar servida la cena me impidió pedir al pastor explicaciones sobre la procedencia de aquellos objetos, que me interesaban vivamente. Algunos minutos despues, nos sentábamos á la mesa.

Durante la cena pude examinar bien á mi patron: era hombre de unos cincuenta años, de mediana talla, bastante repleto, y cuya fisonomía participaba de los caracteres de los dos tipos, indio y zambo; en sus ojos oblícuos, de esclerótica amarilla, y prolongados en los ángulos, reconocíase la raza india; y en la nariz ensanchada y los labios gruesos, la casta zamba. Dos lunares vellosos, algo mayores de los ordinarios, caracterizaban lo suficiente aquel rostro para que se dejase de hacer mencion de esta circunstancia en las señas particulares de un pasaporte. El señor cura tenia un carácter jovial, y el mas robusto apetito; y segun nos aseguró, su estómago funcionaba admirablemente.

Al servirse los postres creí el momento oportuno para interrogar á nuestro patron sobre el pasado de Aconcahua y de Challqui, donde habíamos visto los monolitos que Quispe tomaba por edificios; mas no tardé en reconocer que lo que el cura sabia se limitaba á muy poca cosa. Todo se reducia á cuentos vulgares, como los que me habia referido á menudo la gente del país. La magnífica coleccion que poseia, y que me pareció indicar hasta cierto punto sus conocimientos como sabio, y su buen gusto como anticuario, procedia de donativos hechos en diversos lugares por personas piadosas, cuya conciencia dirigia. Don Mariano Teran era uno de esos aficionados que coleccionan solo por gusto, sin cuidarse de lo que puedan ser los objetos que constituyen su coleccion. Si hubiese ofrecido á mi patron una caja de música ó un coco esculpido, lo hubiera colocado en su museo entre la *masca-pacha* de un inca y la *llacolla* de una emperatriz.

Si el cura no pudo decirme nada sobre el pasado histórico de su provincia, en cambio nos informó muy bien de sus propios asuntos, de las rentas que obtenia del diezmo y de la visita evangélica que giraba una vez al año á través de los once pueblos dependientes de su curato, para distribuir el pan del espíritu á personas indiferentes que apenas apreciaban sino el del cuerpo.

La cifra anual de sus limosnas, elevábase á unos veinte duros; las viudas y los huérfanos eran sus amigos predilectos; y los pequeños servicios que de ellos exigia, conservaban en su espíritu el amor al trabajo, el horror al pecado y la inocencia de las costumbres. Las viudas desempeñaban el oficio de peones camineros; iban á recoger piedras á la orilla de los torrentes, para trasportarlas á cuestas al burgo, donde formaban con ellas montones iguales; y estas piedras les servian despues para llenar los hoyos que el deshielo produce continuamente en las calles. En cuanto á los huérfanos, destinábaseles á ir á buscar excremento de llama, que servia á don Mariano Teran para combustible en su cocina, cuando no habia otro mejor. Unos veinte muchachos iban á recoger todas las mañanas en las cuadras del burgo el inflamable excremento, con gran enojo de sus propietarios, quienes empleándole para sus necesidades, oponian resistencia á desprenderse de él. No obstante, atendiendo á la observacion de los huérfanos, convenientemente amaestrados para el caso, y quienes amenazaban con las parrillas del infierno á los que rehusasen compartir en este mundo con su pastor, los mas recalcitrantes cedian al punto.

En cambio de estos servicios, las viudas recibian una montera azul ó roja, á su eleccion; y los huérfanos un poncho de lana cada año. Las beatas de la localidad eran igualmente objeto de la solicitud del cura: estas santas mujeres, en número de ocho, percibian el primero de cada mes una suma de dos reales en plata; y en cambio, debian barrer la iglesia, limpiar los objetos de cobre, lavar y planchar los manteles del altar y las camisas y sobrepellices del pastor, cantar los responsos y las letanías, y arrancar una grama vivaz que infestaba los alrededores del presbiterio.

La enumeracion de estos detalles, embellecidos con una infinidad de comentarios del narrador, ocupó la primera parte de la noche; y tal vez D. Mariano Teran hubiera hablado mas aun, tanto parecia excitar su verba nuestra manera de escucharle sin responder, si mi aire de aburrimiento y la cabeza de Pedro Leroux, que se movia de un lado á otro, no le hubieran advertido que nos caíamos de sueño. Entonces levantóse nuestro patron, y dándonos las buenas noches, mandó que nos condujeran á la habitacion que nos estaba destinada. Diez minutos despues dormíamos perfectamente.

Al otro dia nos propuso el cura un paseo por el pueblo; y como al llegar la víspera no le ha-

bíamos visto bien, no nos desagradó tener ocasion de juzgar por nosotros mismos si el título de ciudad con que se designa en los anuarios á Coporaque, y que tambien le daba el pastor, seria una de esas etiquetas engañosas que no tienen relacion con el contenido de la botella. Despues de un cuarto de hora de marcha pudimos formar nuestra opinion sobre este punto.

Edificada sobre la vertiente de los cerros que se elevan formando ondulaciones hasta las nevadas cimas de la Cordillera, Coporaque tiene por centro una plaza cuadrada, con ocho arcos que dan á otras tantas calles, ó mas bien, simulacros de calles, pues la mayor parte de las casas que las bordeaban en otro tiempo se hallan en estado ruinoso ó destruidas, sirviendo ahora sus piedras para formar cercas en los parques donde se guardan ganados. De aspecto terroso y rojizo, las viviendas existentes se confunden á cierta distancia con el color del suelo, circunstancia que agregada á la esterilidad de los alrededores, comunica á Coporaque un aspecto de los mas



D. Mariano Teran, cura de Coporaque

desagradables. La iglesia, gran edificio cuadrado, contiguo á una torre de la misma forma, es tan rica por los ex-votos de sus capillas como pobre por su arquitectura. El aseo meticuloso que observé y la falta total de polvo y de telarañas, tan abundantes en la mayor parte de las iglesias del Perú, que se creeria que constituyen un adorno, me demostraron que las beatas encargadas de la limpieza del sagrado lugar cumplian concienzudamente sus deberes y no robaban los dos reales concedidos por el cura. Cerca de la iglesia vimos un edificio ruinoso, que nuestro guia nos dijo ser una antigua capilla, la cual no se habia podido reedificar, por no ser bastante viva la fe de los coporaqueños. Desde allí pasamos á otra capilla flanqueada por dos campanarios cuadrados, y que se halla á doscientos pasos de la primera: dedicada á Nuestra Señora del Cármen, fué fundada en 1799 por la piedad de un habitante del burgo llamado Eugenio-Kana-Tupac-Zinaniuca, el cual, segun lo indica su nombre, debió pertenecer á la raza de los Incas y descender del sol en línea recta. El interior de esta capilla ofrecia una revuelta confusion de objetos dorados y desdorados, testimonios de la ingenua piedad y del gusto ininteligente. Don Mariano Teran, que nos detallaba complacientemente las bellezas, elogió como una maravilla el retablo de espejos del altar, que reproducia treinta veces la misma imágen. Aunque habíamos visto cien veces estos retablos en las procesiones y fiestas locales, fingimos por política admirar el de la capilla de Nuestra Señora del Cármen de Coporaque.

Visitado el burgo, y visto cuanto contenia de curioso, hicimos un rodeo para prolongar la ex-

cursion, y regresamos al presbiterio, á donde nos llamaba el almuerzo.

Coporaque, tan lúgubre y triste entonces, tuvo bajo la dominacion española dias gloriosos y prósperos. Por su situacion en el centro de la doble provincia de Canas y Canchis, que llamaban entonces corregimiento de Tinta, eligiéronle los vireyes para depósito general de los minerales de oro, plata y cobre, que se extrajeran en veinte leguas á la redonda. Durante un período de mas de cien años, si hemos de dar crédito á las crónicas de la época, Coporaque igualó por



Un nacimiento en Velilla

su esplendor á San Gavan, Puno y el Potosí. El empobrecimiento gradual de la raza india, del cual se utilizaron demasiado los representantes de la monarquía, produjo su decadencia, pues llegó un tiempo en que por falta de brazos se abandonaron á la vez en el mismo territorio las diez y siete minas ó lavaderos célebres que se explotaban; y careciendo entonces de recursos, y de la riqueza que le proporcionaba sus minas, Coporaque debió buscar por otra parte sus medios de subsistencia.

Hoy dia, este burgo, cabeza de distrito de la única provincia de Canas, obtiene sus rentas de la cria del ganado, y de la preparacion de las carnes secas y ahumadas, *cecina* y *charqui*, á lo que se agrega el sebo, el queso, las batatas, las lanas, las alfombras comunes, los tejidos de lana tosca, como las bayetas, y las esteras, trenzadas con los juncos que crecen alrededor de las lagunas. Todos estos productos se expiden á Cuzco y Arequipa, que envian en cambio coca, vino, aguardiente, pimienta, algodon y otros artículos.

Durante los últimos años de la ocupacion española, celebrábase anualmente, en las llanuras que se extienden al oeste de Coporaque, una gran feria de mulas procedentes del Tucuman: esta feria, á la que dieron el nombre de Tablada, duraba un mes, y reuníanse en ella hasta sesenta mil cuadrúpedos, á cuya compra llegaba gente de todas las comarcas vecinas, que parecia elegir como punto de cita los alrededores de Coporaque. De aquí resultaban para el burgo muchos beneficios pecuniarios y relaciones comerciales, agotados para siempre desde que cesó aquella feria anual.

Mientras almorzábamos, don Mariano Teran,

que tenia empeño en darnos una alta idea de su provincia, nos preguntó si no habíamos oido hablar de las cuevas ó cavernas de Huarunini, comparables por sus rincones y escondrijos con el célebre laberinto de Creta. No pudimos menos de contestarle que estas maravillas nos eran desconocidas, y que si habia medio de verlas, nos alegraríamos mucho, por ser nuestra mision tomar nota en el viaje de todo lo interesante y curioso. Nuestro deseo era tanto mas realizable, cuanto que, hallándose las citadas cuevas solo á una legua de Coporaque, en la parte norte, podíamos visitarlas sin desviarnos de nuestro camino, con la seguridad de que estas excavaciones naturales, segun dijo el cura, debian excitar á la vez nuestra sorpresa y admiracion. Aunque desconfiaba un poco de la pompa del programa, no por eso desprecié el consejo del reverendo; y al placer que la excursion nos ofrecia agregóse un sentimiento de gratitud, cuando nuestro patron se brindó á acompañarnos.

Como mi intencion era, una vez en camino, seguir adelante y no volver al burgo, díjeselo así al digno pastor, confesándole que íbamos á vernos en gran apuro para viajar solos por un país cuyo trazado, aunque reproducido en mi carta geográfica, distaba tanto de la realidad, que no era posible aventurarse sin un guia.

—Pero, ¿y Quispe? nos contestó, ¿teneis alguna queja de él?

Muy por el contrario, solo debíamos elogiar al indígena, y así se lo dijimos al cura; pero como al llegar á Coporaque estaba Quispe en su pueblo, parecíanos injusto, despues de tan larga excursion, arrancarle de nuevo de los goces de la familia para hacerle continuar el viaje con nosotros.

—¡Bah! repuso el pastor sonriendo, ¿no es mas que eso? En tal caso, Quispe os acompañará hasta Cusibamba, y mas léjos aun si es necesario, pues en dicho punto hallareis los indios que trafican con el pimenton y la coca, y podeis llegar con ellos hasta los valles cálidos.

La manera que tenia el cura de disponer de Quispe parecia algo despótica; pero me prometí indemnizar generosamente á nuestro guia por la caminata que su jefe espiritual iba á imponerle, sin cuidarse de si era ó no de su agrado.

Los preparativos de marcha terminaron en pocos momentos: mientras ensillaban la mula del pastor, nuestro mozo hizo lo mismo con las que debíamos montar, y muy pronto estuvo cada cual en su silla.

La escolta constaba de dos indios, provistos de palos y hachas, que el cura llevaba consigo, y del guia Quispe, cuyo aspecto afligido indicaba que muy contra su voluntad habia abandonado de nuevo su familia para seguirnos.

Tres cuartos de hora nos bastaron para llegar á Huarunini, caserío de siete cabañas agrupadas al pié de un cerro que bordea el camino. Este último no tenia allí mas de dos metros de anchura, y por el lado opuesto á la montaña domina una cortadura de ciento cincuenta á doscientos metros de profundidad erizada de rocas que desde lo alto parecen muy agudas. Si una mula tropezase en aquella angosta senda, el viajero seria precipitado inevitablemente en el abismo. Ninguno de nuestros animales incurrió en esta torpeza; llegamos sanos y salvos á la extremidad del escabroso paso, y despues de haber dado vuelta á la base del cerro, vimos un agujero de oscuro fondo, que don Mariano Teran nos dijo ser la entrada de la cueva. Desde léjos me pareció lo bastante baja para creer que nos veríamos en la precision de penetrar á rastra; pero esto era un efecto de óptica. Al acercarme pude reconocer que la altura excedia de un metro á la de nuestros individuos.

Nos apeamos al punto, y cuando los indios hubieron hecho fuego con su yesca para encender las hachas, penetramos detrás de ellos en el interior de la montaña. Dos enormes pilares que sostenian á la derecha la caida de la bóveda me hicieron creer al principio que habíamos entrado en una cantera del tiempo de los gentiles, como dicen en el país; pero un poco mas allá, al ver el brillante decorado que se ofrecia á nuestros ojos, comprendí que nos hallábamos en una gruta de concreciones calcáreas.

De la bóveda, donde se cruzaban arcos dobles que parecian copiados de los de una iglesia del estilo ojival terciario, pendian estalactitas de longitud desigual, mas maravillosamente trabajadas que las lancetas del gótico floreciente. El agua calcárea, despues de haber determinado estas encantadoras formaciones, no se habia detenido en tan buen camino, sino que filtrándose de la bóveda, ó desprendiéndose de las estalactitas, habia embebido el suelo, donde florecian como vegetaciones petrificadas numerosas estalagmitas, que repetian abajo, aunque no de una manera acabada ni con tanta delicadeza, las caprichosas cinceladuras de arriba. En algunos sitios habian acabado por unirse las estalactitas y estalagmitas, formando elegantes pilares. Estas concreciones tomaban los tintes mas variados y aspectos mas sorprendentes con el reflejo de la luz: las unas recordaban, por la diversidad de su blancura, la nieve, el alabastro y el mármol; otras ofrecian el tono azulado del hielo ó la semi-trasparencia del cristal opaco; y

varias, en fin, presentaban los visos de la perla. Los ángulos, donde se reflejaba la luz, despedian rayos que brillaban, extinguíanse ó iban de un punto á otro á cada movimiento de las hachas. Este maravilloso espectáculo tenia algo de mágico. Si un poeta hubiese pasado por allí, habria creido ver en aquella gruta la morada de los gnomos, ó enanos de Huarunini, hallando asunto para alguna composicion.

Despues de dar algunos pasos en el interior observé que las concreciones de la bóveda y del suelo, mas numerosas, se aproximaban de tal modo, soldándose tan bien, que cerraban la perspectiva; pero por los espacios de sombra negra que se entreveian detrás de los pilares, adivinábase que la gruta se prolongaba en las entrañas de la tierra. Para juzgar de su profundidad hubiera sido necesario derribar estalactitas y estalagmitas, y abrirse paso á través de sus restos; pero si se me hubiera ofrecido satisfacer á este precio mi curiosidad, confieso que me hubiera negado á cometer semejante acto de vandalismo. En cuanto á nuestros hombres, dudo mucho que hubiesen prestado su concurso en tal obra de destruccion, pues aquellas formas inusitadas, aquella blancura fenomenal les inquietaban mucho, y en su concepto, la preciosa gruta de Huarunini no podia ni debia ser otra cosa sino una lumbrera del infierno.

Cuando hube concluido el dibujo que acababa de hacer, experimenté como un sentimiento al salir de aquel lugar encantado; pero no sucedió lo mismo con nuestros indios que al ver otra vez el cielo exhalaron un suspiro de satisfaccion. Habíamos advertido á nuestro patron que no volveríamos á Coporaque, y nos despedimos en el mismo umbral de la gruta. Despues de darle las mas expresivas gracias por su bondad, el cura nos deseó el mas feliz viaje, y montando en su mula, tomó con sus dos indios la direccion del sud, mientras nosotros seguíamos la del norte.

Mas allá de los terrenos relativamente planos que rodean á Coporaque, donde se hallaba en otro tiempo la feria de mulas, los caminos se convierten en una hondonada, y las bajadas y subidas deben repetirse mas que nunca. Ocho leguas nos separaban aun de Velilla; pero como en el camino no se veia granja ni cabaña alguna para pasar la noche, resolvimos recorrer el trayecto aquel mismo dia. La cosa se hizo tal como nos habíamos propuesto: despues de vadear el rio de Sañumayo, cruzando el de Quero por un puente de un solo arco, entramos al anochecer en Velilla, segunda ciudad, despues de Santo Tomás, de la provincia de Chumbivilcas.

La situacion de Velilla, á la entrada de un desfiladero formado por la aproximacion de grandes y pesados cerros, es bastante pintoresca: un rio impetuoso, afluente del Cayarani, la divide en dos grupos de casas á que se ha dado el nombre de arrabales, y los cuales se comunican entre sí por un puente de dos arcos. El grupo de la derecha, llamado Illapi, que es el mas importante de los dos, posee como tal una pequeña iglesia, y el de la izquierda, solo una humilde capilla.

Un alegre campaneo, que resonó á la vez en la iglesia y la capilla, acogió nuestra entrada; y como habia pasado la hora del toque de la oracion, nos preguntábamos qué significaria aquello, cuando Quispe nos dijo, que era el 24 de diciembre, cosa en que no habíamos pensado, y que las campanas celebraban de antemano la Noche buena. En efecto, segun avanzábamos veiamos á las gentes ir y venir presurosas y que habia muchas luces, indicios de la solemnidad que Velilla se disponia á celebrar lo mejor posible.

Sin amigos ni conocidos en aquel burgo, donde poníamos el pié por primera vez, rogamos á Quispe nos condujera á la posada de la localidad, en cuya puerta pendia un farol en honor de la Noche buena. Con motivo de la fiesta, las tiendecillas debian estar abiertas toda la noche, en obsequio á los aficionados á la bucólica, y aprovechamos esta circunstancia para enviar á comprar la cena. Quispe, elevado á la categoría de proveedor, marchó en busca de comestibles, y nos trajo unos platos de barro que le prestaron, con suchis, pescados en el rio de Velilla, fritos en grasa rancia, una cabeza de carnero cocida, y buñuelos. Dos botellas de vino dulce, con cuyo contenido rociamos estos manjares locales, nos facilitaron su digestion, que hubiera sido muy penosa con agua pura.

Algo refocilados con aquel refrigerio, ocurrióseme la idea de dar una vuelta por el burgo, cuyos habitantes estaban todos despiertos como ratones. En cada casa se habia decorado la fachada con banderas y banderines; algunos farolillos pendian de varias ventanas, y á su dudosa claridad parecian los transeuntes sombras chinescas.

Avanzando por el arrabal de la derecha, cuya iglesia cerrada y silenciosa debia abrirse resplandeciente de luz, al resonar la duodécima campanada de media noche, observamos que en ciertas casas entraba y salia la gente procesionalmente. Preguntamos á uno cuál era la causa de aquel movimiento, y nos dijo que en ciertas casas habia nacimientos, cuya entrada era libre, y ante los cuales hacian sus devociones al niño

Jesus las personas piadosas. Despues de dar gracias al obsequioso desconocido, penetramos con la gente en una sala baja, cuyas paredes blanqueadas con cal, habíanse engalanado con cuadros de santos y palmatorias de hoja de lata, con sus correspondientes velas. En el fondo de la habitacion, bastante bien iluminada, un altar apoyado en la pared reproducia el conmovedor episodio de la Natividad: un calvario de piedra pómez, sobrepuesto de una cruz, dominaba el grupo del establo, cuyos personajes todos eran de carton pintado, y ponia en evidencia con aquel contraste filosófico la vida y la muerte de Jesus, el principio y el fin.

Unas diez ó doce personas estaban sentadas en semicírculo alrededor del nacimiento, ante el cual, sobre una pequeña mesa, se habian colocado dos velas, dos botellas y un vaso. En el espacio libre entre esta mesa y la galería, una mujer de cincuenta años y un jóven cholo ejecutaban al son de la guitarra una danza nacional, interrumpiéndola á cada figura para hacer una reverencia al nacimiento. Junto á la sala donde se hallaba este, habia otra, en que bailarines y bailarinas, se agitaban con loco frenesí.

Apenas se presentaban visitantes, una mujer de la reunion, que parecia haberse constituido en guardiana del nacimiento, levantábase al punto, llenaba de aguardiente el vaso colocado en la mesa, y le ofrecia sucesivamente á cada uno de los individuos, fuera cual fuese su sexo, acompañando su oferta con la fórmula habitual: *Que le aproveche la orina del niño Jesus.*—Muchas gracias, contestaba el hombre ó la mujer, limpiándose los labios, y esperando á que les tocase el turno para bailar. Despues de ejecutar algunos pasos ante el nacimiento, vaciando algunas copitas, el bailarin ó la bailarina, convenientemente caldeados, pasaban á la sala vecina, para tomar parte en las danzas de carácter á troche y moche.

Suficientemente edificados sobre la cosa, y habiendo visto todo cuanto ofrecia el nacimiento de curioso, nos despedimos de los concurrentes haciendo un profundo saludo; pero si en calidad de extranjeros pudimos renunciar al honor de bailar delante del nacimiento, no fué posible negarnos, bajo pena de pasar por herejes, á beber en el vaso de aguardiente, que nos fué ofrecido en nombre del niño Jesus.

Despues de pasar una mala noche en la posada, donde nuestro sueño fué interrumpido repetidas veces por una desagradable picazon, nos levantamos al fin, y haciendo ensillar nuestras monturas, alejámonos del burgo, cuyos habitantes debian estar quebrantados por las prácticas piadosas á que se entregaron durante la santa noche.

Al salir de Velilla, costeamos por una senda trazada en el flanco de los cerros, la estrecha garganta donde su rio se precipita locamente. Esta senda parecia mas propia para las cabras que para los hombres; y la triste idea de que podíamos rodar hasta abajo con las piedras desprendidas á cada momento por los cascos de nuestras mulas, no nos abandonó durante la media hora que fué necesaria para franquear el desfiladero.

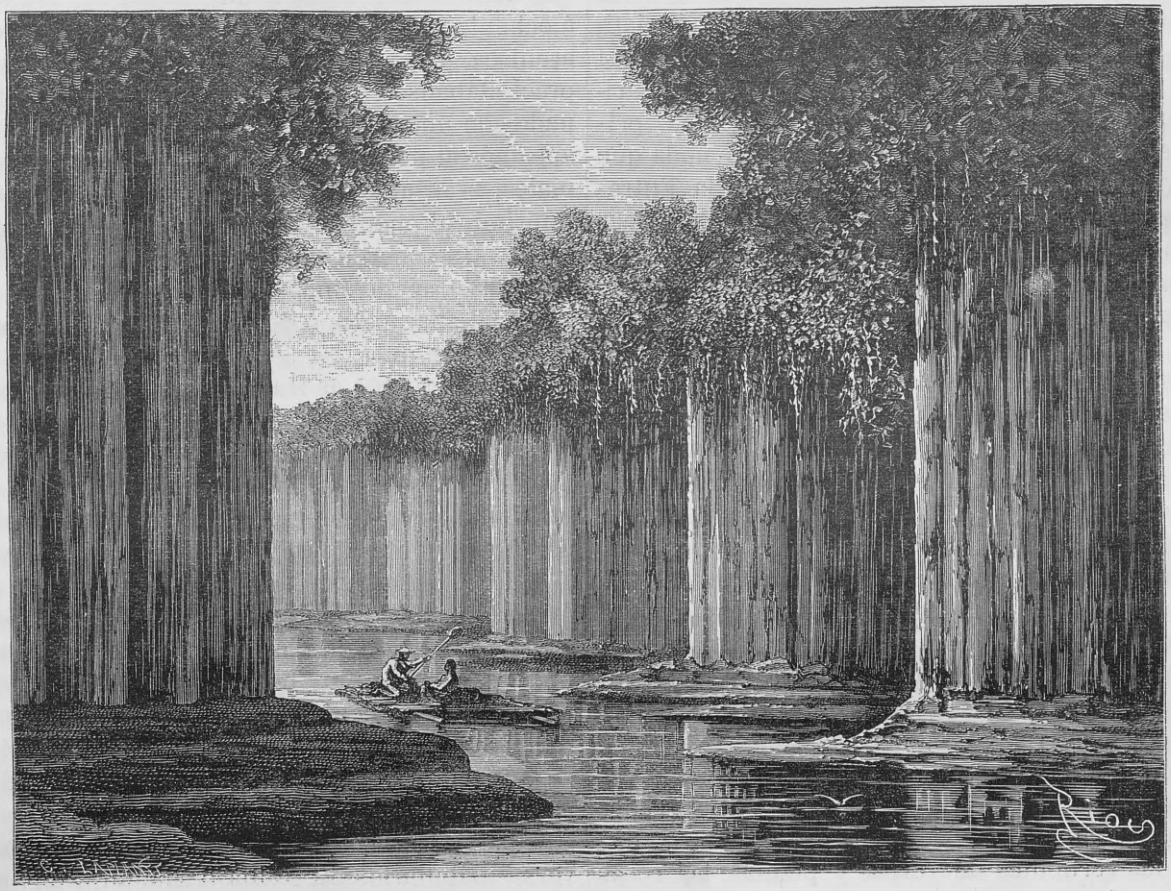
Como para compensar el mal rato que habíamos pasado, el paisaje nos ofreció un golpe de vista tanto mas agradable cuanto que era inesperado. En el sitio donde terminaba el desfiladero, las aguas del rio, llegando á la entrada de una especie de cañon de veinte metros, formado por el acercamiento de unos muros de basalto, cesaba de mugir repentinamente y estancábanse las aguas, como las de una tranquila ensenada. Las formaciones basálticas que determinaban este cambio súbito, tenian en ambas orillas la figura de enormes pilares apareados, con estrías y cimientos que el agua serena reproducia exactamente con todos los caprichos arquitectónicos y las verduras que cubrian la cima. Dos indios arrodillados en una balsa de troncos porosos, sumergidos en parte por el peso de sus cuerpos, animaban aquella parte del paisaje; y como demostrásemos curiosidad por saber qué podian hacer en aquel sitio, Quispe nos manifestó que pescaban aquellos famosos suchis de que tuvimos una muestra la noche anterior. Deseándoles buena suerte, continuamos nuestra marcha.

Despues de haber recibido por la derecha el rio Checa, es cuando el Chita toma el nombre de Apurimac, conservándole hasta su union con el Quillabamba Santana. Este rio Checa, cuyo curso es de unas doce leguas, baja de la vertiente oeste de la gran ramificacion que los Andes occidentales extienden á través de los valles cálidos hasta las orillas del Marañon. Le dejamos á nuestra derecha para ganar el rio torrente de Quechapampa, afluente del Cayarami, el cual cruzamos por un puente natural, especie de menhir céltico de trece piés de longitud, que una conmocion del suelo habia desprendido de su base, haciéndole caer á través del torrente, cuyas dos orillas ponia en comunicacion.

El camino que habíamos seguido en el trayecto de Velilla al pueblo de Quechapampa, nos habia obligado á dejar á la izquierda los pueblos de Taycuni, de Chamaca y de Livitaca: los dos primeros no ofrecian interés alguno; pero Livi-

taca habia tenido el triste privilegio de recibir como regalo una de las piernas del cacique José Gabriel Tupac Amaru, descuartizado en Cuzco el 18 de mayo de 1781, por sentencia del tribunal supremo, y sentimos no haber podido recorrer tres leguas mas, á fin de averiguar si algun habitante de aquella localidad, fiel á los recuerdos patrióticos, habria conservado, á falta de la pierna entera, la tibia ó el peroné del mártir de la libertad.

Entre los caseríos de Omacha y Accha, á una legua corta de Pampanca, donde debia terminar



Columnas de basalto: rio de Velilla

nuestra jornada, el Apurimac se estrecha entre formaciones de arenisca cortadas á pico y dispuestas como las hojas de una persiana; sus aguas amarillentas y turbias recorren un plano inclinado cubierto de rocas, saltando y revolviéndose espumosas con la velocidad al menos de quince nudos por hora. Un recodo del camino nos ocultó bruscamente aquella decoracion, única que vimos digna de citarse hasta nuestra llegada á Pampanca.

IV

Pampanca pertenece, así como sus vecinos los pueblos de Accha y Omacha, que habíamos dejado detrás, á la provincia de Paruro, que confina al sur con la de Chumbivilcas, al este con la de Quispicanchi, y al norte y oeste con las de Anta y Abancay. Llamada largo tiempo provincia de los Chilques y Mascas, en recuerdo de las naciones de este nombre, que la habitaban antes de la llegada de los Incas, un acuerdo del congreso de Huancayo, de fecha de 10 de junio de 1839, suprimió su nombre patronímico, para darle el de Paruro, con el cual se conoce hoy.

En cuanto á Pampanca, es uno de esos pueblos de la Entre-Sierra que por nada puede llamar la atencion: hállase situado en una colina; se compone de once cabañas con tejado de rastrojo, y rodéanle formaciones minerales entre las que serpentea el camino.

Despues de cenar frugalmente y haber pasado la noche en uno de los ranchos del pueblo, donde dormimos tumbados en tierra, con los ponchos por mantas y las sillas de montar por almohadas, mandamos preparar nuestras mulas y proseguimos la marcha.

Mas allá de Pampanca, se acentúa de tal modo la pendiente de los terrenos, que al cabo de una hora de marcha nos sorprendió, al llegar á Pampacucho, ver á nuestro alrededor campos de avena, de habas y de patatas. Sobre los matorrales de chilcas elevábanse los blancos sauces de hojas rugosas; y en el jardinillo de una de las casas del pueblo, un cuadro de verdes coles pareció sonreirnos al paso. Esta fertilidad relativa de que nos regocijábamos se desvaneció casi al punto: mas allá de Pampacucho, la triste aridez de los pueblos de Colcha y Ayrapalpa, primeros que encontrábamos, no tuvo nada que envidiar á lo mejor que nos ofreció la Entre-Sierra en este género. Solo despues de franquear un trayecto de dos leguas por una pendiente continua apareció de nuevo la vegetacion; y esta vez, algunas ráfagas de aire tibio fueron como el feliz presagio de que nuestros males tocaban á su término, y que á la estéril region de las nieves, iba á suceder el benigno clima de las zonas templadas.

En efecto, á tres leguas de allí, á nuestra derecha, abrigábanse, como aves ateridas de frio, en las anfractuosidades de la vertiente occidental de la cadena central, los pequeños valles de Totohuaylla y Huacachaca, donde maduran el banano, el naranjo, la inga y la papaya. La temperatura excepcional de que gozan estos oasis se dejaba sentir hasta donde nos hallábamos, dulce y consoladora como una caricia.

El estado de los caminos distaba mucho de mejorarse; pero el fondo de las barrancas que los bordeaban se llenaba de matorrales, cubriéndose las vertientes de yerbas y plantas; las rocas aparecian revestidas de musgos, y los árboles y arbustos que desfilaban sucesivamente ante nosotros recordaban con ligeras variaciones, por sus familias y géneros, la vegetacion de los valles intermediarios de Yucay, Pachar y Silcay, situados al otro lado de la cadena y en el mismo paralelo. Todos estos detalles de forma y color, que observábamos al paso, nos hacian olvidar nuestra fatiga, distrayendo los ánimos.

En Cusibamba no encontramos ninguno de esos indios vendedores de coca y pimiento, con los cuales habíamos contado para reemplazar á Quispe en sus funciones de guia; y por lo tanto, fuénos preciso anunciar á nuestro hombre, que en vez de devolverle la libertad, como era nuestra intencion, nos veíamos obligados á conservarle con nosotros. Esta noticia inesperada para él, produjo en su fisonomía un cambio notable; en vez de mostrarse risueña como al acercarnos á Cusibamba, tomó un aire ceñudo; y la promesa que hicimos al guia de recompensar dignamente sus servicios, cuando no nos fueran necesarios, no pareció mitigar en el pobre diablo el disgusto que le causaba separarse mas de su esposa y de sus hijos.

A una legua de Cusibamba, mas allá de la confluencia del rio de este nombre y del Apurimac, cruzamos este último por un puente de mimbres, que dominaba el lecho á una altura de setenta á ochenta piés. Estrechadas entre dos muros de arenisca, las amarillentas y espumosas aguas precipitábanse en aquel abismo de plano inclinado con una rapidez que causaba vértigo. Nos apeamos al punto, y remolcando nuestros animales, avanzamos á pasos contados, á fin de no imprimir al puentecillo un balanceo demasiado fuerte. Una cuerda tendida en sentido paralelo al puente, y destinada á servir de punto de apoyo, de parapeto, ó de barandilla, facilitó mucho la travesía.

Entre el pueblo de Huancahuanca, que hemos dejado á la derecha, y el de Cusibamba, por donde acabamos de pasar, es donde el Apurimac, que desde su salida del lago de Vilafro se ha dirigido constantemente al norte, escoltado por dos afluentes de un curso paralelo al suyo, el Colca y el Cayarani, cambiando de repente su direccion primitiva, corre al oeste en línea recta en una extension de medio grado. El rio Chalhuanca, seguido muy pronto por el Pachachaca, cuyo caudal aumenta con numerosos afluentes, rectifica esta nueva direccion, y le conduce otra vez al norte, trazando una curva de mas de dos grados, recortada sucesivamente por el rio de Huamanga, el Pampas ó Cocharcas, y otros diversos tributarios. El Xauja ó Mantaro, que recibe por la izquierda, y el Pangoa y Chanchamayo, *Ené y Perené*, que se le reunen doce leguas mas léjos, le hacen pasar del norte al nor-nordeste, donde continúa manteniéndose hasta su reunion con el Quillabamba Santana, único gran afluente que desde su nacimiento recibe por la derecha.

A partir de su union con el Xauja ó Mantaro, cambia su nombre de Apurimac por el de Tambo, el cual conservará hasta su confluencia con el Quillabamba Santana; allí toma el de Apuparo, hasta su reunion con el Pachitea y truécale aquí por el de Ucayali. Con este último nombre avanzará hasta mas allá del tercer grado, donde debe encontrar el Solimoes ó Marañon, que al llevarle el tributo de sus aguas, le impondrá definitivamente el nombre de Amazonas.

Desde nuestra salida de Cusibamba habíamos picado espuelas vigorosamente, y á medio dia llegamos al pueblo de Yaurisque, situado á orillas de una corriente de agua de este nombre,

tributaria del Apurimac. Cinco puentes de madera asaz toscamente construidos, y situados á cincuenta metros uno de otro, establecen una comunicacion entre las dos orillas. Jamás nos habia ofrecido un rio pequeño tantos medios para cruzarle; y en la imposibilidad de utilizar á la vez todos los puentes, nos limitamos á pasar por uno de ellos para trasladarnos á la orilla izquierda, donde se amontonaban en agradable desórden, efecto del arte, varias grandes rocas cubiertas de verdor.

La temperatura era cada vez mas dulce; la vegetacion invadia gradualmente la aridez, cubriendo á cada legua mayores espacios. Al ponerse el sol habíamos vadeado siete afluentes del Apurimac, los mas considerables de los cuales eran el Pilpinto, el Ubillas, y el rio de Lucmas. Solo encontramos dos granjas en el camino: la una llamada Chollacchaca, y la otra Intimama.

El dia tocaba á su fin cuando llegamos á esta última, donde resolvimos detenernos para pasar la noche. Las verdes pendientes de algunos cerros rodeaban aquel sitio; dos chozas cubiertas de rastrojo, y sombreadas por una espesura de bananos, animaban aquella soledad, que parecia tener por únicos habitantes una anciana, otra mujer mas jóven, al parecer su hija, y dos niños casi desnudos.

En el momento de llegar, la anciana, sentada en un banquillo, ocupábase en peinar á la jóven, arrodillada delante de ella; los chicuelos, acurrucados junto á este grupo, contemplaban atentamente la operacion. Yo atribuí esto á su deseo natural de ser peinados á su vez; pero muy pronto hallé la explicacion al ver á la abuela poner sucesivamente en la boca de cada uno de ellos el insecto parásito que cazaba en la cabellera de la jóven.

A pesar de cierta repugnancia que no podíamos dominar pasamos la noche bajo el techo de aquella familia, reduciéndose nuestra cena á unas bananas cocidas entre la ceniza.

Al dia siguiente, precedidos de Quispe que se veia obligado á seguir adelante cuando sus mas caras simpatías le llamaban hácia atrás, nos alejábamos de Intimama; y á las dos horas de camino llegamos á la extremidad de la quebrada donde se reunen los dos pequeños valles de Pilcabamba y Jarama formando un ángulo recto. Dejando el primero á nuestra izquierda, seguimos el segundo, cuyo rio absorbe en provecho propio las dos corrientes de agua que cuenta su vecino.

Jarama no ofrece nada de particular como vegetacion: las orillas de su rio, que costeamos, estaban cubiertas de espesas matas, y los cuartos de roca allí diseminados desaparecian en parte bajo una alfombra de tropeoleos y unas flores sonrosadas de olor de menta. Los cerros de rápidas pendientes que bordean el estrecho valle por el este y el oeste, solo tenian verdura hasta medio cuerpo, y los vegetales leñosos manteníanse obstinadamente en el estado de matorrales y arbustos.

Muy pronto terminó el valle de Jarama, y cruzamos un rio, que se pierde en el de Urubamba despues de un trayecto de doce ó quince leguas. Una vez en su orilla derecha, proseguimos nuestro camino oblicuando desde el nor-nordeste al norte, y aun no habian trascurrido veinte minutos cuando divisamos en medio de la verdura la ranchería de Huatquina. Constaba de tres cabañas, una de ellas aislada de las otras dos, como un centinela perdido; algunos árboles, que invadian las vides trepadoras, formaban un fondo de follaje y de flores del mas agradable efecto; y una brecha practicada en aquella verdura, mas bien por la casualidad que por la mano del hombre, permitia ver mas allá de las cabañas grandes espacios verdosos inundados por el sol. A la izquierda, una aglomeracion de areniscas de pintoresco dibujo, donde los mirtos habian echado nudosas raíces, ofrecia un primer plano admirablemente dispuesto; á la derecha interceptaban el paso algunos árboles cortados recientemente; y dos indios, ocupados en pelar los troncos, comunicaban al paisaje, muy reducido por lo demás, la vida y animacion que debian ser el complemento (véase el grabado de la pág. 369).

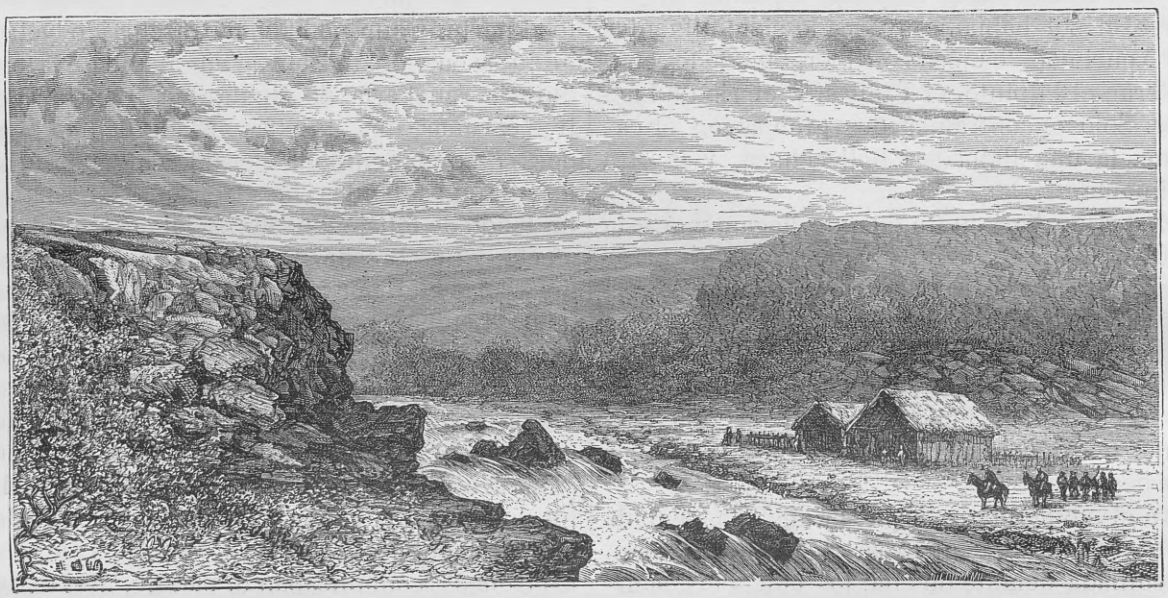
Nos dirigimos hácia la primera cabaña, donde vivian en sociedad dos familias de leñadores; y despues de saludarlas amistosamente, y como teníamos ya mucha necesidad de alimento, les rogamos que nos diesen algo de comer. Al cabo de un cuarto de hora de espera nos dieron un pedazo de carnero ahumado; y mientras comia, pregunté á nuestros patrones porqué se obstinaban en permanecer invisibles los vendedores de coca, con los cuales habíamos contado para que nos sirvieran de guias. Contestáronme que la cosecha de los productos con que traficaban aquellos indios habia sido mala aquel año, y que no teniendo nada que vender, resolvieron permanecer en sus casas. De todos modos, era fácil asegurarnos del hecho yendo á informarnos nosotros mismos, pues los mas de los indígenas habitaban en las quebradas próximas á Huarancalqui, y las quince leguas que nos separaban eran solo una bagatela para jinetes montados como nosotros en buenas mulas.

Quispe habia escuchado aquellas explicaciones con aire entristecido: el infeliz comprendia que aun no era llegada la hora de su libertad; durante un momento concibió esperanzas, al preguntar yo á uno de los leñadores si consentiria en acompañarnos hasta Huarancalqui mediante un gratificacion; pero desvaneciéronse aquellas cuando oyó al hombre contestarme *manancancha* (no quiero), respuesta que como sabia Quispe, en su calidad de indígena, no tenia apelacion.

Nada nos interesaba en Huatquina, y por lo tanto, pagada la cuenta, nos alejamos de la ranchería al trote de nuestras mulas.

Desde Huatquina hasta la fuente del rio Mesacancha, á donde llegamos por la tarde, el país no nos ofreció mas que una serie de llanuras verdosas y áridos montes, cuya monotonía era siempre la misma; en todo el trayecto no vimos cultivos, ni tejados de rastrojo que indicasen el trabajo del hombre ó su presencia.

Llegados á la cima de esos cerros bajos y largos que son como las apófisis de la cadena, descubrimos á nuestra derecha, en las profundida-



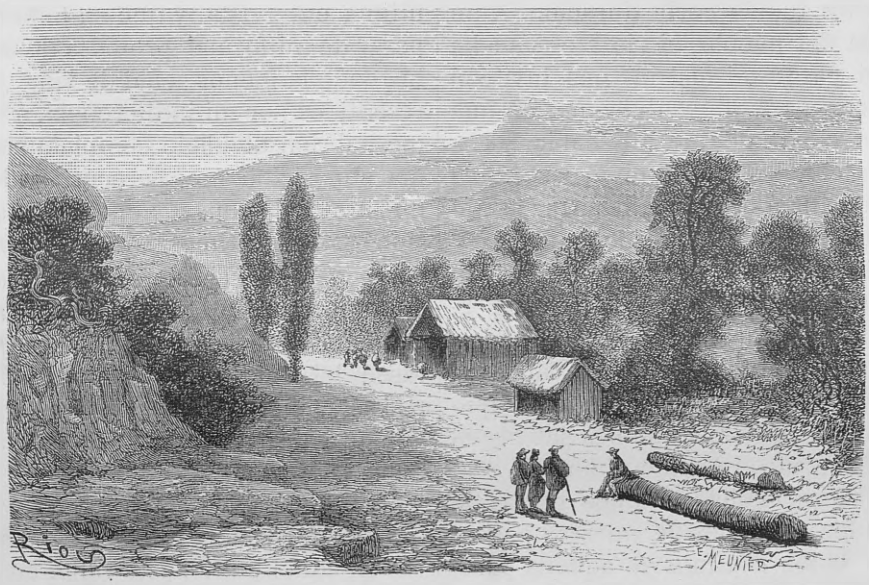
Rio y quebrada de Jarama

des de la perspectiva, el pico de Málaga, magnífico cono de nieve situado en la cordillera de Huilcanota, á la cual domina á la altura de doce mil piés. Los pitones secundarios, agrupados al rededor del coloso, al que servian como de pedestal, asemejábanse á las olas de un mar borrascoso que se hubieran consolidado por el frio en su movimiento. Largas fajas de verdura, formadas por los perfiles de las montañas y de las mesetas cortaban por mitad aquella decoracion polar, haciendo resaltar mas su deslumbrante blancura. Durante algunos minutos contemplamos con admiracion aquel magnífico cuadro, cuyas proporciones decrecieron, á medida que bajamos hácia las regiones inferiores.

Un poco antes de llegar á Chollachaca, donde nos habíamos propuesto pasar la noche, vimos entre dos pitones cubiertos de bosque una bonita cascada, verdadera faja de espuma, que desde léjos parecia tener lo mas un metro de ancho, pero cuya elevacion se nos figuró que no bajaba de ciento. Esta cascada, al decir de Quispe, era el nacimiento del Mesacancha, uno de los afluentes que recibe el rio Urubamba por la izquierda en su trayecto desde el valle de Santana. Dos ó tres viajes hechos en dos diferentes épocas en este valle me habian familiarizado con sus contornos, y así es que pude recordar el sitio donde su rio absorbe el Mesacancha, figurándome ver al mismo tiempo el puente de Chahuillay, que pone en comunicacion las haciendas de la orilla derecha, Maranura, Beatriz y Pintobamba, con las de Jaramillo, Sancospata y Potrero, situadas á la izquierda. Los lugares que yo evoqué mentalmente se poblaron casi al punto de personajes conocidos; los mas de ellos, habitantes de Cuzco, no visitaban sus haciendas sino en la época de la cosecha, permaneciendo en ellas un mes ó dos. En el número de estos hacendados figuraba cierto canónigo, amigo mio; y el digno varon me habia invitado varias veces á ir á pasar con él algunos dias en el campo;

pero siempre aplacé la fecha, no porque me desagradase el ofrecimiento, sino porque la propiedad del canónigo, en vez de hallarse en el camino de Santana y cerca de su rio, como todas las granjas del valle, hallábase separada por cinco leguas de espantosos caminos entre montañas. Ahora bien, mi pereza habia retrocedido ante la idea de semejante excursion, y cada vez que la casualidad me condujo á estos parajes, habíame contentado con dirigir mentalmente á mi digno amigo, al otro lado de las montañas, mis buenos deseos y felicitaciones de toda especie.

Al examinar el nacimiento del Mesacancha, del que no habia visto hasta entonces sino la desembocadura, calculé que la hacienda de mi canónigo, que por su situacion estaba mas cerca de Huarancalqui que de Santana, debia hallarse poco mas ó menos en el camino que seguíamos. La idea de ir á sorprenderle en su casa, me sedujo tanto mas, cuanto que en un momento dado nos seria inútil el auxilio de Quispe, puesto que sus conocimientos topográficos del país se limitaban en Sancospata, de donde no habia pasado nunca, segun nos dijo al principio del viaje. A partir de este punto nos



Ranchería de Huatquina

iba á ser indispensablemente necesario un nuevo guia, y yo contaba con la obsequiosidad del canónigo para obtenerle.

Reflexionando sobre este proyecto, que habia comunicado á Pedro Leroux, y cuyas probabilidades de éxito calculaba, llegamos, despues de ponerse el sol, á Chollacchaca, donde terminaba la etapa del dia.

En vez de hallar una granja, como esperábamos, vimos un pueblo de siete cabañas esparcidas en un pequeño prado, y orientadas á todos los vientos; algunos grandes matorrales y arboledas las aislaban tan bien una de otra, que sus habitantes no se podian espiar. Quispe nos introdujo en una de estas viviendas, cuyos propietarios eran antiguos conocidos suyos: aquella gente nos cedió con la mejor voluntad una parte de la habitacion, opuesta al hogar, y la menos obstruida por cáscaras de legumbres, huesos de animales y otros restos de cocina. Allí hicimos nuestra cama; y mientras la dueña se ocupaba en prepararnos algo para cenar, interrogamos al marido acerca del estado de los caminos que conducian á Huarancalqui, la direccion de las Siete Vueltas, residencia de mi canónigo, y el número de leguas que deberíamos recorrer para llegar á dicho punto. En pocas palabras satisfizo nuestras preguntas: los caminos que conducian al valle eran detestables; la hacienda de las Siete Vueltas estaba situada á cuatro leguas de Chollacchaca, cuya direccion nordeste nos designó el indio con el dedo; y segun que hiciéramos trotar á nuestros animales, ó les dejáramos ir al paso, llegaríamos al dia siguiente por la mañana ó por la tarde.

Dí gracias al indio por sus informes, y cuando hubimos despachado la torta de maíz preparada por su mujer, nos retiramos á dormir, á fin de abreviar en cuanto fuese posible el espacio de tiempo que separa la noche del dia siguiente.

Nos despertamos al rayar el dia, y dí órden de ensillar al punto nuestras monturas. La patrona, viendo que nos disponíamos á marchar, fué á recoger algunos frutos, y rogó que los aceptásemos. A fin de corresponder á su obsequio, y tambien para pagar el precio de la cena y del cuarto, la dimos una moneda de dos reales, la cual deslizó en su seno, hucha habitual de las indias, que acostumbradas á no desnudarse, guardan allí sus ahorros.

Una vez montados, y cuando volvíamos la espalda á Chollacchaca, el marido, sin decir una palabra, tomó la delantera y avanzó á buen paso, precediéndonos á guisa de batidor. Yo creí que se proponia acompañarnos hasta las Siete Vueltas; pero mi error fué de corta duracion. A un cuarto de legua del pueblo, el rio Mesacancha nos cerraba el paso: mi patron nos invitó á echar pié á tierra, para que entrásemos en una especie de bote cuadrado que allí habia, y cogiendo entonces con dos manos un grueso cable tendido de una orilla á otra, hizo deslizar la singular embarcacion por la superficie del rio, y depositónos sin accidente alguno en la orilla opuesta. Despues de la travesía de nuestras personas, fué preciso practicar la misma operacion con los animales, y el indio la llevó á cabo con toda felicidad, conduciendo tambien al propio tiempo á dos ó tres indios, á quienes sus negocios obligaban á seguir el mismo itinerario.

Mas allá del Mesacancha, pudimos juzgar de la exactitud de los informes de nuestro patron sobre el estado de los caminos de aquella parte del país. El suelo estaba hundido, y no parecia sino que la naturaleza se habia complacido en trastornarlo todo para apurar la paciencia de los transeuntes; solo se veian allí grietas, hondonadas, rápidos declives y bruscas pendientes, para franquear las cuales necesitaron nuestros cuadrúpedos tal destreza y fuerza, que pronto corrió el sudor de su pecho y de sus costados, empapando las polainas de tela que llevábamos, segun el estilo del país.

A las dos horas de este violento ejercicio pasamos por delante de la azucarería de Mesacancha, oculta en el lado del camino por un bosque de naranjos de los mas sombríos y espesos que yo habia visto. Un rumor de voces, con el que se mezclaba el rechinamiento de la rueda del molino, nos anunció que era el tiempo de la cosecha, y que el guarapo, ese dulce jugo de la caña, caia abundantemente en las gamellas de madera.

Pasada la azucarería, los caminos, sin ser del todo practicables, se mejoraron un poco, de lo cual se aprovecharon nuestras mulas para acortar el paso y tomar aliento. La vegetacion, paralizada antes en su desarrollo por la vecindad del mineral, comenzaba á crecer vigorosamente, gracias á la profundidad de la capa de humus que encontraba; y mientras los cerros y las rocas se cubrian de verdura, varios grandes árboles, eritrinos y cedreles, embellecian el paisaje. Avanzamos á su sombra hablando de diversos asuntos, ó entregado cada cual á sus pensamientos.

Al reconocer que cada paso nos acercaba mas y mas á las Siete Vueltas, preguntábame, no sin cierta inquietud, qué acogida iba á merecer del canónigo y su familia. Por primera vez pensé que habian trascurrido cinco años desde nuestra última entrevista, y que en todo este tiempo, á pesar de mi formal promesa de escribir, no habia dado la menor señal de vida. ¿Se mostrarian resentidos por mi indiferencia, ó lo que es peor, me habrian olvidado completamente? Esta última suposicion me parecia inadmisible, pues nuestras relaciones, aunque pasajeras, habian sido bastante íntimas para que conservasen de mí un recuerdo cualquiera. El período trascurrido desde nuestra última comida y el abrazo final no podia haber sido suficiente para que me desterrasen del todo de su memoria. Dominado aun por estas ideas, que las circunstancias despertaban en mí, avistamos al fin la hacienda de las Siete Vueltas.

La propiedad se extendia en un pequeño valle circular formado por la aproximacion de los cerros en aquel punto: este valle, en el que desembocaba por la parte del este un angosto desfiladero que continuaba el camino, presentaba una vegetacion espléndida, que gracias á la inmediacion de algunas corrientes, manteníase en una constante frescura. La casa se componia de un solo cuerpo de edificio cubierto de rastrojo y de paredes blanqueadas con cal; el tejado, en saliente, sostenido por cuatro pilares, formaba en el umbral de la casa una galería, que en aquellas latitudes cálidas debia servir á la vez de comedor y de sala: una guirnalda de tumbos *(fuchsia gigantea)*, cuyas flores sonrosadas tienen diez pulgadas de largo, y el fruto el tamaño de un huevo, enlazábase al rededor de los pilares, formando para aquella morada como un marco de follaje y de flores (véase el grab. de la pág. 372).

Habíamos detenido nuestras mulas, y examinábamos aquella encantadora vivienda, cuando un indio que se ocupaba en algun trabajo doméstico, viónos de pronto y profirió una exclamacion de sorpresa. Al oirla, presentáronse sucesivamente tres personas en la galería, y su aspecto me conmovió dulcemente; habia reco-

nocido al inca-canónigo Justo Apu Ramo de Sahuaraura, y á sus dos sobrinas las princesas Manuela y Mercedes. Por la manera de mirarme comprendí que trataban de aplicar un nombre á mi fisonomía; y entonces, apeándome presuroso, adelantéme hácia ellos y les saludé. Al oir mi voz, reconocióme el canónigo, y abriendo los brazos, mientras que las princesas me ofrecian la mano, exclamó: «¡Válgame Dios, es nuestro amigo el pequeño francés!»

Tranquilizado por esta acogida en cuanto á los sentimientos de mis antiguos amigos, presenté á Pedro Leroux, á quien prodigaron las mas amables sonrisas. Despues trajeron sillas á la galería, y apenas sentados, la conversacion tomó desde luego cierto carácter de intimidad; y como parecíamos caer de las nubes, menudearon las preguntas por todas partes. Fué necesario decir á mis amigos de dónde veníamos, dónde íbamos, qué buen viento nos habia impelido hácia aquel punto del valle, y qué santo nos inspiró la idea de visitar á los habitantes de las Siete Vueltas. Contestamos á todas aquellas preguntas, y cuando la curiosidad general quedó satisfecha, como galantes caballeros, hablamos á las damas de sus propios asuntos, dirigiendo de vez en cuando alguna palabra lisonjera al tio, inca-canónigo, que nos miraba tiernamente haciendo dar vueltas á sus pulgares. Un período de cinco años habia ocasionado en mi antiguo amigo un cambio notable: su color, de ladrillo cocido cuando yo le conocí, ofrecia el tinte fuliginoso de la sepia; sus facciones eran mas angulares, y su labio inferior sobresalia mucho del superior; solo su cabellera era siempre la misma, es decir, de un color negro de azabache. Fiel á las antiguas costumbres, continuaba llevando, á pesar de la elevacion de la temperatura, el carrik de paño color de café con leche, y la gorra de piel de nutria con visera de cobre, que usaba en otro tiempo en Cuzco. Este respeto á la tradicion era imitado por las sobrinas, cuyo vestido de indiana con ramos negros sobre fondo rojo, y el chal de color de albaricoque, me recordaban dias lejanos en que, admitido sin rodeos en su intimidad, desplegaron ante mí su talento musical y sus habilidades coreográficas. El tiempo, que no respeta cosa alguna, las habia marchitado con sus alas: tres arrugas horizontales trazadas en su frente, y la fatal pata de gallo impresa en el ángulo externo de sus párpados, revelaban indiscretamente que para las princesas iba á sonar la hora en que se cumplia el medio siglo, en ese inexorable reloj cuya marcha nadie puede acelerar ni detener.

Pero si su brillo de otra época habia palidecido un poco, sus sentimientos se conservaban seguramente los mismos. A ejemplo del Sol, su divino antecesor, que sin empobrecerse dispensa el calor y la luz á cuanto se le aproxima, el espíritu y el corazon de las princesas, semejantes al alelí de las ruinas, seguian reverdeciendo y floreciendo á pesar del tiempo trascurrido. Feliz condicion de las naturalezas privilegiadas. La favorable acogida de mis amigos me habia inspirado tal confianza, que sin esperar una negativa, formulé claramente la demanda relativa al guia que necesitaba para entrar en Huarancalqui. No solo me prometieron al instante un hombre y las provisiones necesarias para el viaje, sino que me ofrecieron eficaces recomendaciones para los dueños de la hacienda del Cascabel, única propiedad digna de este nombre que se encontraba en el valle á donde nos dirigíamos. A estas seductoras ofertas, el canónigo y sus sobrinas agregaron una condicion, y es que antes de marchar pasaríamos con ellos toda una semana; las horas del dia debian destinarse á los placeres de la mesa y la conversacion, y las de la noche se consagrarian exclusivamente á la música y al baile.

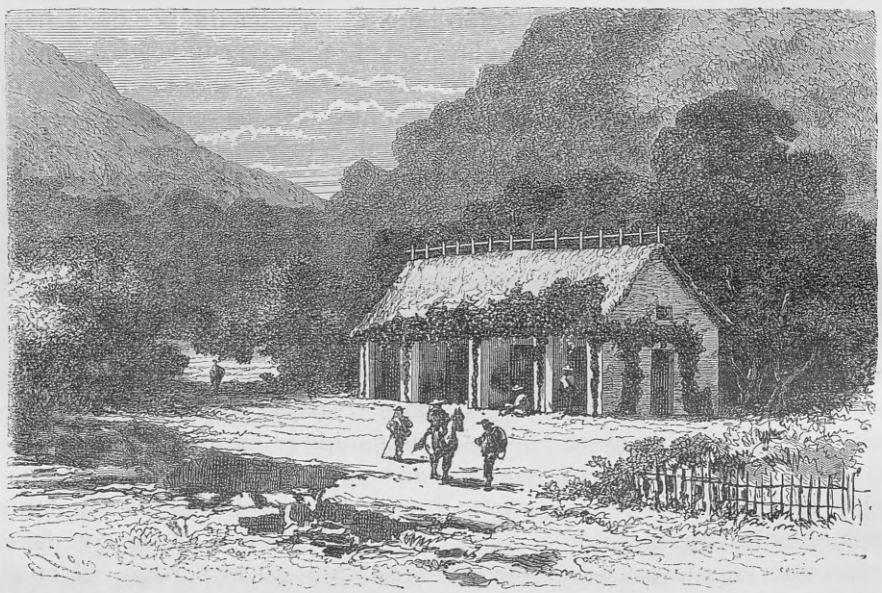
Por el fruncimiento de cejas de Pedro Leroux, comprendí que la condicion le parecia inaceptable; y como por mi parte me pareció demasiado subido el precio que mis amigos fijaban por sus servicios, alegué al punto que nos era indispensable marchar al dia siguiente á Huarancalqui, á fin de completar con la exploracion de este valle nuestro viaje, el cual comenzaba á ser ya demasiado largo. En cambio ofrecí volver á pasar una semana á las Siete Vueltas, tan pronto como hubiese terminado mis diligencias, con lo cual nos parecerian mas agradables aun los placeres que se nos ofrecian en perspectiva.

Ignoro si el canónigo y sus sobrinas creyeron firmemente en la probabilidad de nuestro regreso; pero seguros por lo pronto de conservarnos á su lado hasta el dia siguiente, no perdonaron medio alguno para distraernos. Abriéronse sucesivamente las ocho habitaciones de que se componia la casa; nos enseñaron las diversas dependencias, la cuadra, donde comian en el mismo pesebre los caballos y las mulas, el corral, donde cacareaban las gallinas, y la huerta, donde gruñia un cerdo. Despues, visto ya cuanto habia que ver, y escuchado cuanto podian decirnos sobre el particular, el inca-canónigo propuso dar un paseo bajo los árboles del cacahual. Por si acaso el aire penetrante producia en nosotros apetito ó sed, nos siguió un indio cargado con un cesto, en el que las princesas habian introducido apresuradamente un pan,

frutas, un bote de compota y una botella de vino.

El canónigo nos precedia apoyado en un baston: yo habia ofrecido el brazo á la mayor de las princesas, y la mas jóven aceptó el de mi compañero. Durante mas de una hora, trazamos procesionalmente una multitud de figuras geométricas á través de la plantacion de cacao, admirando bajo la fe del canónigo los capullos dorados del teobroma en su punto de madurez, y escuchando su disertacion sobre los tres métodos para secar el embrion, triturarle y convertirle en chocolate. Para evitar que esta conversacion, de gran interés bajo el punto de vista utilitario, no llegase á ser demasiado monótona, mi compañero y yo deslizábamos de vez en cuando una frase ó un equívoco al oido de las dos princesas, quienes nos hacian el honor de reirse á carcajadas. Al oirlas, volvíase el canónigo, y sin preguntar la causa de la hilaridad de sus sobrinas, mirábalas con ternura y se reia tambien.

Durante el paseo hicimos alto dos ó tres veces, para comer un poco de fruta y probar el vino, brindando así por nuestra respectiva salud como por el restablecimiento de la dinastía de los In-



Hacienda de Siete Vueltas

cas. El cansancio del tio nos hizo tomar el camino de la casa, y al entrar en ella, las princesas nos confesaron que se habian divertido como locas: nosotros nos inclinamos ante aquel elogio tan lisonjero.

Llegada la noche, sirvióse la cena, y despues de un corto *benedicite* dicho por el canónigo, entramos inmediatamente en el desempeño de nuestras funciones. Las entradas no tuvieron nada de particular, pero los manjares eran sólidos y estaban bien condimentados; y como el paseo nos habia abierto el apetito, mi compañero y yo nos desquitamos del escaso refrigerio tomado antes.

Las princesas nos estimulaban en aquella obra, satisfaciendo todas nuestras necesidades: en cambio de los equívocos con que tanto las habíamos divertido, nos prodigaron las mejores tajadas, sin economizar los tragos. Ahora bien, como al hacernos beber, la costumbre del país les obligaba á imitarnos, llegó un momento en que, llevadas del entusiasmo, quisieron que cambiásemos de vasos, para que al apurar el contenido averiguáramos mutuamente nuestros secretos.

Al servirse los postres, la conversacion recayó sobre las antigüedades que habíamos visto en el camino, y el inca-canónigo hizo una disertacion arqueológica, que al parecer debia comprender los reinados de once emperadores de la dinastía del Sol; pero sus sobrinas no le dejaron continuar. La perspectiva de la música, y de poder entregarse á su diversion favorita con nuestro concurso, les halagaba demasiado para que no se mostraran indiferentes á la pasada historia de sus abuelos.

En su consecuencia, descolgóse la característica guitarra, y la mayor de las princesas, despues de puntear un ronco preludio para imponer silencio, rogóme que inaugurase el baile con

su hermana. Dada la persona, esta súplica era una órden, y á pesar de mi repugnancia á dar vueltas al levantarme de la mesa, no pude menos de inclinarme y adelantar el pié izquierdo, mientras mi bailarina hacia lo mismo con el derecho.

Dotada como Atalanta de un vigor de caderas nada comun, la jóven alteza hubiera rendido al mas fuerte bailarin de profesion, y con mucho mas motivo á un hombre como yo, para quien el baile era antipático, y que solo lo aceptaba por la fuerza de las circunstancias. A los veinte minutos de pases y vueltas, estaba ya sin aliento, y confesándome vencido, dejéme caer sobre una silla. Entonces correspondió á mi bailarina tocar la guitarra, y á la hermana mayor bailar con Pedro Leroux. De carácter nada jovial, mi amigo no se habia inspirado nunca en las danzas locales, como lo probaban superabundantemente la torpeza de sus movimientos y la rigidez de sus posturas coreográficas; pero guiado por los consejos de su bailarina, que hubiera podido dar lecciones á un chinganero de profesion, y estimulado por los aplausos del canónigo, pudo salir al fin del paso, y bailó como yo hasta que le faltó el aliento.

Estos intermedios en que figurábamos por turno, y en cada uno de los cuales se distribuian



El inca-canónigo y sus dos sobrinas

copitas de aguardiente de Pisco, repitiéronse hasta una hora muy avanzada de la noche. Pedro Leroux vacilaba sobre sus piernas, y yo no podia tenerme en pié; pero las princesas no manifestaban la menor fatiga. Así como Anteo, parecia que sacaban nuevas fuerzas al tocar el suelo: es probable que pensaran bailar hasta el amanecer; pero hacia un momento que su tio dormia en la silla, y su tranquilo sueño, redoblando en nosotros el deseo de imitarle, nos indujo á manifestarlo así á las princesas, indicándoles que íbamos á retirarnos. Al principio se opusieron vivamente, y despues hicieron cuanto fué posible para que cambiásemos de parecer; pero fuímos inflexibles, y hubieron de resignarse á vernos marchar. Un servidor nos condujo á la habitacion que nos habian destinado, en la que habia dos camas iguales, de las que tomamos al punto posesion. Estábamos tan agitados, que pasó algun tiempo antes de que pudiéramos conciliar el sueño; y como se oia siempre la guitarra, pensamos que las princesas, despues de haber bailado con nosotros, lo hacian entonces por su propia cuenta.

Era ya bastante tarde cuando nos levantamos: nuestra primera diligencia fué ir á buscar á Quispe, á quien encontramos en conversacion con el canónigo. Despues de saludar á este, informándonos de su salud, que no se habia resentido en modo alguno por el prolongado divertimiento de la noche anterior, nos ocupamos en cumplir con nuestro guia. A la gratificacion que le dimos, y de la cual pareció satisfecho, el canónigo agregó una gallina, una medida de maíz tostado, y un frasco de aguardiente. Semejante liberalidad no dejó de sorprendernos; y como el canónigo observase nuestra admiracion, díjonos que Quispe, á quien creíamos un indio vulgar, era, como lo indicaba claramente su nombre, de raza de Incas, y tenia parentesco con el Sol. Desde mediados del duodécimo siglo hasta la llegada de los conquistadores españoles, los Quispe, los Mamani y los Condori, no se habian separado de las gradas del trono, y bajo los

reinados de los últimos emperadores, algunos individuos de estas familias se habian unido á las verdaderas hijas del Sol. Al saber esta noticia estuvimos tentados á ir en busca de nuestro guia para excusarnos de haber tratado en clase de doméstico á un hombre como él, emparentado con el astro del dia; pero un instante de reflexion nos convenció de la inutilidad de este paso, que nada podia añadir á la nobleza de Quispe, y del que se hubiera resentido nuestro amor propio. En su consecuencia le dejamos marchar sin decirle nada.

El almuerzo nos reunió de nuevo con las princesas: despues de cambiar los primeros cumplidos, hablaron del baile de la víspera, censurándonos por haberle abandonado en su apogeo, y despues de asegurar cuánto habia sido su placer, confesaron que le habian continuado por espacio de una hora ellas solas. El dolor de piernas que aun sentíamos, redoblaba nuestra antipatía á la danza, y cuando aquellas señoras nos recordaron nuestra promesa de volver á Siete Vueltas á bailar, mi compañero y yo cambiamos una mirada de reojo, como para indicarnos que no habria nada de lo dicho.

Por la mañana habíamos encargado ya á nuestro mozo de servicio que diera doble pienso de forraje á las mulas, y que las ensillara y situase delante de la casa mientras almorzábamos. Al levantarnos de la mesa las vimos en el sitio indicado; y comprendiendo nuestros amigos que era llegada la hora de la separacion, mostráronse muy afectados. Un peon de la hacienda, que nos dieron por guia, recibió del canónigo las precisas instrucciones sobre la conducta que debia observar con nosotros, á las cuales agregaron las princesas otras no menos terminantes, acompañándolas de un mensaje verbal para los propietarios del Cascabel, á quienes enviaban una botella de licor de ananas, sus expresiones y afectos.

Solo faltaba ya romper la marcha; y temiendo, á pesar de nuestro estoicismo que nos dominase la emocion de nuestros amigos, nos apresuramos á estrecharles la mano y á montar. Entonces, picando espuelas, alejámonos á todo correr, haciendo el último saludo de despedida, al que nos contestaron las princesas diciéndonos: «No adios, sino hasta la vista.»

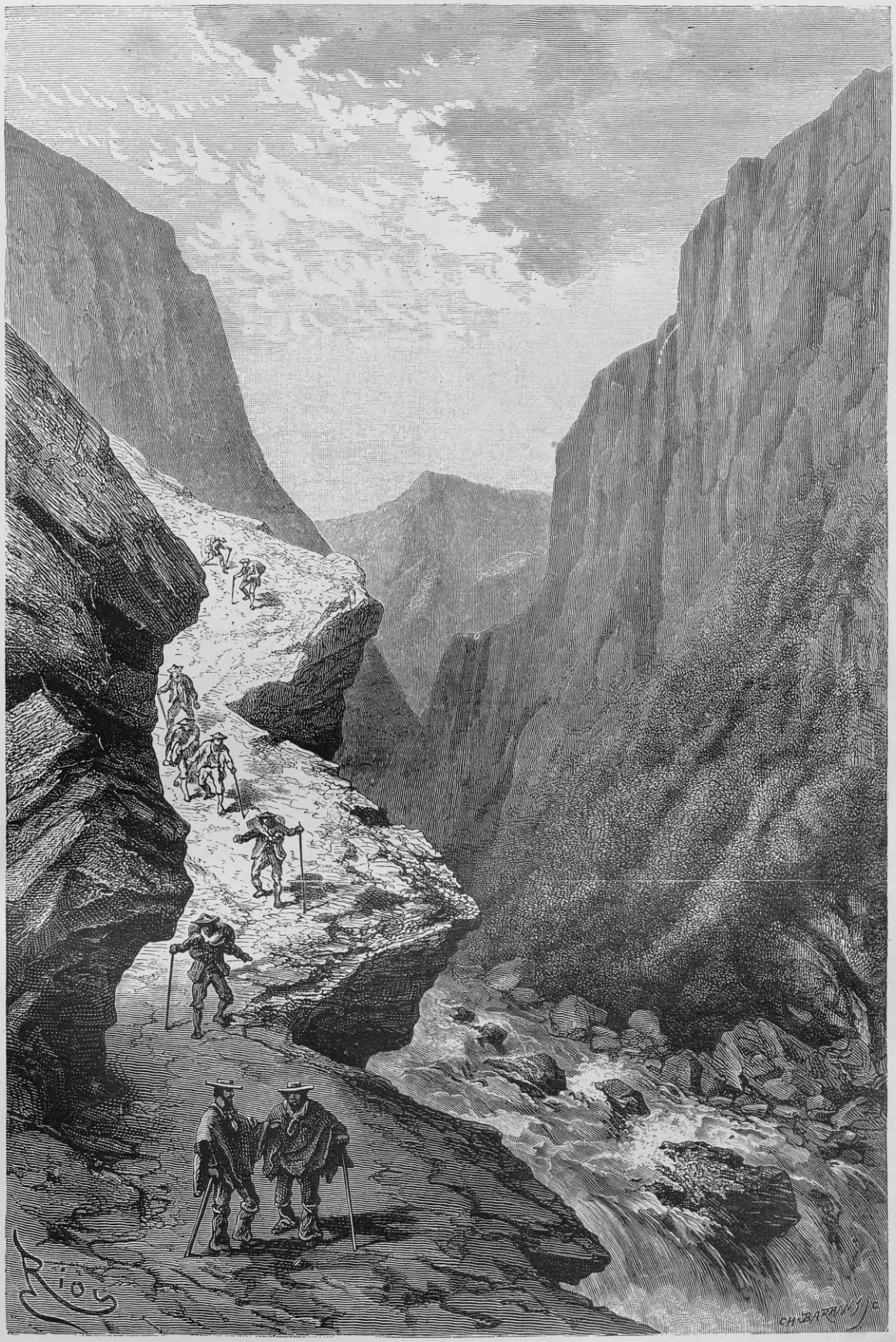
A poca distancia de la hacienda nos detuvimos á fin de dar tiempo á Juan Pedro, así se llamaba nuestro nuevo guia, para reunirse con nosotros. Un almacen de provisiones con que le habian cargado sus amas, y que llevaba á cuestas con ayuda de dos correas, á guisa de fardo, entorpecia mucho su marcha; y pasaron veinte minutos antes de que le viéramos llegar, encorvado bajo el peso. Segun la órden que habia recibido del canónigo, pasó delante de nosotros y nos precedió á una distancia de diez pasos, desempeñando así á la vez las funciones de guia y de explorador.

Al llegar á la cima de las lomas, cuya vertiente meridional tiene una inclinacion poco sensible, hubimos de bajar por la opuesta, cuya pobre vegetacion contrastaba con la riqueza de su vecina. Estas alternativas de abundancia y de aridez de que nos admirábamos siempre, y que caracterizan la region montañosa donde habíamos penetrado, debian reproducirse mas tarde en el interior con la suficiente frecuencia para familiarizarnos con ellas.

Durante una parte del dia cabalgamos á través de los cerros, trasladándonos de uno á otro, subiendo y bajando alternativamente por sus opuestos declives, y siguiendo, sin desviarnos mucho, la direccion del nord-noroeste, que nuestro guia habia tomado al salir de las Siete Vueltas.

El ejercicio á que nos entregábamos, unido al sol que caia á plomo sobre nuestras cabezas, determinó una sed ardiente; y como no teníamos agua para apagarla, ocurriónos la idea de abrir el fardo de provisiones á fin de ver si nuestras previsoras patronas habrian agregado á los alimentos sólidos una bebida cualquiera, con la cual pudiésemos satisfacer nuestra necesidad. Las pesquisas fueron, sin embargo, infructuosas: lo que encontramos de mas líquido se reducia á una coleccion de frutos, naranjas, bananas y limones, que á falta de otra cosa mejor nos repartimos amistosamente, dando la corteza á las mulas. A juzgar por el ansia con que la comieron, comprendimos que la sed de los pobres animales no era menor que la nuestra, aunque no lo hubiesen dado á conocer antes. Desembarazado de una parte de su contenido, el fardo se aligeró mucho; y así es que Juan Pedro pudo caminar derecho en vez de ir encorvado, como lo habia hecho hasta entonces.

Un empinado cerro que nos cerraba el paso, y que nuestro guia dijo ser el último que hallaríamos, ofreció á nuestras monturas una ocasion mas para desplegar su vigor y su destreza. Al franquear las escarpadas pendientes, observé que entre la yerba corta que las cubria crecian á miles esas setas microscópicas que los indios llevan á las ciudades, donde los gastrónomos se las disputan para comerlas en tortilla. Muchas veces habia tenido ocasion de apreciar el perfume y sabor de estas criptógamas, y sentí mucho en aquel momento no tener á mano sarten, manteca y huevos, para dar á mi amigo,



Cuesta de Huarancalqui

que nunca las habia probado, una idea de su mérito.

Llegados á la cima de aquella montaña, vimos frente á nosotros una formacion mineral del mismo género, pero de altura mucho mayor, y de configuracion muy distinta. En el fondo de un desfiladero formado por la aproximacion de las dos moles, y á una profundidad vertiginosa deslizábase un torrente cubierto de blanca espuma, cuyo rumor llegaba hasta nosotros: este torrente era el nacimiento del Huarancalqui, afluente del Apurimac; y la montaña opuesta, cuya base simulaba una colosal escalera, á la que debia el nombre de rampa de Huarancalqui, formaba la última barrera del valle.

Una estrecha senda trazada en los flancos del cerro cuya cima ocupábamos nosotros, conducia al fondo de una garganta; y como nuestro guia se aventuraba en ella, nosotros le seguimos. A medida que bajábamos, la luz pareció oscurecerse, y muy pronto no vimos del cielo sino una estrecha faja azulada. Cuando llegamos al borde del torrente, cuya impetuosidad era inapreciable, y atronador el estrépito, una luz de color oscuro verdoso, semejante á una bruma, reemplazó á la de arriba, comunicando al sitio un carácter extraño y sobrenatural, cuya influencia experimentábamos sin poder explicárnosla.

Con el auxilio de algunas vigas colocadas á través del torrente pudimos pasar á la orilla opuesta; y llegados á la base de la rampa, comenzamos á franquear sus informes peldaños, que parecian haber sido practicados con el hacha por algun gigante enfurecido. Para subir aquella escalera natural necesitamos tres cuartos de hora; y una rápida pendiente que la continuaba por el lado opuesto nos condujo á la misma entrada del valle. Allí cambió la decoracion de improviso: los cerros que nos rodeaban parecian desviarse para abrirnos paso; el espacio se ensanchó ante nosotros, y el torrente, cuyo estrépito nos habia aturdido, no tardó en llegar á terrenos planos que le hicieron cambiar de movimiento, convirtiéndose su ronco rumor en un murmullo apenas perceptible.

Caminamos hasta las seis sin ver granjas ni cultivos que revelasen la presencia del hombre; la vegetacion habia aumentado rápidamente, y algunas arboledas sombreaban ambos lados del rio. Ya comenzábamos á extrañar aquella soledad, deseando que algun sér humano animase el triste paisaje, cuando nuestro guia, que hacia un momento se habia adelantado en un gran espacio, en vez de precedernos solo á diez pasos, como lo habia hecho antes, volvió para indicarnos en una ensenada del rio una casa de blancas paredes y tejado de rastrojo, que se destacaba claramente en una espesura de naranjos.

—¡Cascabel! exclamó el guia.

Y así diciendo dió media vuelta, encaminándose rápidamente hácia la casa.

Su grito, que resonó en medio del silencio, atrajo á la puerta á una mujer de edad madura, cuyo traje, consistente en una saya, camiseta y sombrero, recordaba el de las chacareras del país. Un rayo del sol poniente, que se reflejaba en sus ojos, la impedia vernos; y cuando acababa de trasformar su mano en pantalla y miraba en torno suyo, reunióse con ella nuestro guia y trabó conversacion. Por la sorpresa que manifestó la desconocida y sus dos brazos levantados al cielo, conjeturamos que Juan Pedro anunciaba nuestra llegada, dando cuenta del mensaje verbal de las princesas. No solo no nos engañamos, sino que las recomendaciones de que éramos objeto debian ser muy eficaces, pues apenas nos hubo visto la desconocida, corrió á nuestro encuentro, y sin esperar á que echásemos pié á tierra, saludónos con las palabras *allillamanta hueracochas* (buenos dias, señores). Entonces, dándose á conocer como propietaria del Cascabel, invitónos graciosamente á entrar en su casa. Nos apeamos al punto, y despues de contestar como convenia al agasajo de la propietaria, la seguimos presurosos.

El interior de aquella vivienda era como el de la mayor parte de las granjas acomodadas de los valles: ofrecia el mismo conjunto de bienestar y de pobreza, de pretension y de incuria; varios vestidos y adornos de mujer, cuadros de santos, utensilios caseros, manojos de cebollas, y racimos de frutos constituian el decorado de las paredes; los espacios libres estaban cubiertos de pedazos de tela gris, segun nos pareció, que el viento exterior agitaba á cada momento: despues de examinarlos, vimos que eran telarañas.

Sentados en unos escabeles que la buena señora nos ofreció á falta de sillas, debimos contestarle á las diversas preguntas que nos dirigió respecto á sus amigas de las Siete Vueltas, á quienes no habia visto hacia un año. La salud del inca-canónigo le inspiraba sérios temores; pero nosotros la tranquilizamos, diciéndola que el ilustre anciano habia cenado muy bien la noche anterior, velando hasta las tres de la madrugada, cual si fuese un jóven, lo cual no le impidió almorzar con muy buen apetito. En cuanto á las princesas, nos bastó decir cómo habian pasado la noche, para que la señora comprendiese que seguian muy bien.

Despues de hablar de la solicitud que nos habian manifestado sus amigas, y de sus recomen-

daciones en nuestro favor, la propietaria del Cascabel nos hizo un interrogatorio relativo á nosotros mismos. Juzgando sin duda que los informes que le daban eran insuficientes, quiso saber por mi propia boca, quiénes éramos, de dónde veníamos y á dónde íbamos. Sostuvimos impasibles un fuego graneado de preguntas, y algunas lisonjeras insinuaciones que hicimos por nuestra cuenta nos pusieron en muy buen lugar, en el concepto de la dama. Despues de diez minutos de explicaciones, pareció completamente convencida de la severidad de nuestros principios y de la rigidez de nuestras costumbres.

Pero lo que no conseguimos explicarla, ó lo que ella no pudo comprender, fué el objeto de nuestro viaje, y las razones que personalmente me habian inducido á emprenderle. La idea de que los hombres abandonasen país, familia, amigos y conocimientos, y franquearan cerros, valles, llanuras y montañas, solo para asegurarse si un rio corria al oriente ó poniente, era para la señora una cosa tan descabellada, que no podia comprenderla. Este punto de nuestra historia le parecia tan oscuro, que dejó de ocuparse de él y nos habló de sí misma, para que no se desanimara la conversacion.

La propietaria, llamada Mónica Valdés, era natural de Paucartampu, y viuda de un chacarero de la localidad, con quien casó á los quince años. Dos hijos habian sido el fruto de esta union: una muchacha, que vivia con ella, y un jóven, establecido entonces en Putucusi, en la confluencia de los rios Lares y Santana, donde vigilaba la explotacion de un bosque de quinas recientemente descubierto.

La muerte de su esposo, que databa de unos diez años, habia sido la causa de la pérdida de su fortuna: codiciosos acreedores á quienes no habia podido pagar en vida, desposeyeron á la viuda de la azucarería de Mesacancha, donde habitaba con sus hijos; y allí habia conocido al inca-canónigo y á las princesas, contrayendo con esta familia relaciones que el tiempo habia consolidado. De su pasada prosperidad no le quedaban sino algunos bienes para vivir cómodamente, los cuales debia á la prevision del difunto. Mientras explotaba el Mesacancha, habíale ocurrido la idea de solicitar la concesion de unos terrenos en el valle de Huarancalqui, frecuentados solo entonces por los salvajes, y satisfecha la demanda, mandó practicar un desmonte, destinando un gran espacio de terreno al cultivo de la coca y de la caña de azúcar. La creacion de la hacienda del Cascabel era el resultado de sus trabajos.

Al llegar aquí, permitíme interrumpir á la narradora, para preguntar si el nombre de Cascabel, aplicado á la propiedad, provenia del descubrimiento en aquella region de la especie de serpientes conocidas entre los sabios con el nombre de *Crotalus horridus*, y que los españoles llaman culebras de cascabel. La propietaria me contestó que no sabia nada de esto, y que en cuanto á reptiles, en su hacienda no habia sino lagartos, los cuales no eran peligrosos.

La conversacion, interrumpida por mí un momento, iba á proseguir sin duda sobre otro asunto, cuando abriéndose una puerta del fondo, dió paso á una jóven. Al vernos profirió un ligero grito, como un ave espantada, y detúvose de pronto; pero despues, recobrada de su sorpresa, y entre risueña y ruborosa, adelantóse hácia nosotros.

—Es mi hija Dolores, que viene de ver á las vecinas, dijo doña Mónica.

Y dirigiéndose á la jóven, añadió:

—Estos caballeros son amigos de la familia Sahuaraura, que nos los recomienda muy expresamente.

Antes de terminarse esta presentacion oficial, nos habíamos levantado para saludar á la hija de doña Mónica, que nos pareció encantadora con su traje algo sucinto, aunque así como el de su madre, apropiado á las exigencias del clima.

—¿Está bonita tu muerta vestida de gala? le preguntó su madre.

—Sí; está bastante bien, contestó Dolores; pero mi vestido era demasiado grande para ella, y he debido hacerle una costura en la espalda.

Nosotros miramos sucesivamente á la madre y á la hija, pues la pregunta de la una nos parecia tan extraña como la contestacion de la otra; y como ambas adivinaron la pregunta oculta en nuestra mirada, doña Mónica se apresuró á decirnos que la niña de una de sus vecinas habia muerto la víspera, y que se hallaba expuesta de cuerpo presente antes de llevarla á Soncospata, donde se la debia enterrar. Segun la costumbre del país, habíase engalanado el cadáver con los mas vistosos adornos que se pudieron encontrar, y por poco que quisiéramos llegar hasta la casa para juzgar por nosotros mismos, los padres de la niña se darian por muy honrados con nuestra visita.

Aunque ya habíamos visto algunas de estas exposiciones fúnebres, no quisimos perder la ocasion con que nos brindaba doña Mónica, para agregar un recuerdo mas á los que ya teníamos.

Despues de dar vuelta á la empalizada de un jardin, cruzando varios terrenos en barbecho, vimos un grupo de cabañas, sombreadas por

árboles de corpulento tronco. Teníamos delante el pueblo de Huarancalqui, cabeza de distrito del valle.

Nuestras conductoras se dirigieron hácia una de aquellas viviendas, cuya puerta habian abierto de par en par, y que estaba completamente iluminada en el interior. El confuso rumor que se oia indicaba la reunion de varias personas; pero aquel cesó cuando nos presentamos: los indios de ambos sexos, que eran los que le producian, se alinearon en dos filas, dejando libre el suficiente espacio para que no perdiéramos detalle alguno del cuadro singular que ofrecia el interior del rancho.

En un lecho de forma española, pintado de gris con tulipanes rojos, hallábase tendida, ó mas bien sentada, con la cabeza y los hombros sostenidos por almohadones, la muerta de la víspera, niña de doce á trece años. Un viejo vestido de seda azul con volantes, evidentemente demasiado largo y ancho para el cadáver, envolvíale con sus lacios y abundantes pliegues á manera de sudario; adornaba la cabeza una diadema de plumas de avestruz; y este tocado fú-



Doña Mónica y su hija

nebre, mas propio de una máscara, formaba con la palidez de la muerta un contraste de los mas chocantes. Dos hachas colocadas á los lados de la cabecera del lecho, iluminaban vagamente la escena, llenando el interior de la casa de un humo espeso y nauseabundo.

Al pié del lecho, sobre una mesa cubierta de un lienzo blanco, veíase un crucifijo entre dos candeleros, una pila de agua bendita, un vaso y dos botellas, que segun supuse contenian tafia. Dos muchachos indios, andrajosos y desgreñados, hacian centinela á los lados de la mesa; y un par de alas de paloma, fijas con una cuerda en sus omoplatos, servian para indicar á cuantos lo ignorasen, que los dos chicos representaban ángeles del cielo encargados de velar su difunta hermana.

Despues de examinar la jóven muerta y su ridículo atavío, fijáronse mis miradas en los concurrentes, entre los cuales figuraban las mujeres en mayoría. La expresion de sus semblantes, en los que el embrutecimiento parecia reemplazar al dolor, indicaba con harta claridad que durante la velada mortuoria habian menudeado las libaciones, y que en las lágrimas que los ojos pudieron verter, el alcohol debia figurar all menos por dos terceras partes.

Durante esta visita, que abreviamos cuanto fué posible, ni los padres ni sus amigos y conocidos, nos dirigieron la plabra, limitándose á mirarnos estúpidamente. La cosa me admiró tanto mas, cuanto que en las exposiciones de este género que yo habia visto hasta entonces, siempre fuí recibido entre gritos atronadores, gestos frenéticos y tirones de cabello, lo cual no impedia que se me ofreciera un vaso de tafia. Aquí no habia nada de esto; y al fin pensé que seria sin duda la costumbre en Huarancalqui no hablar á las personas en tan doloroso momento. Para conformarme con la costumbre, salí de la habitacion sin decir una palabra, y nos siguieron nuestras conductoras.

De vuelta á la casa, madre é hija se apresuraron á preparar la cena, que compartimos juntos. Al terminar, abordé la cuestion del viaje, preguntando á nuestras patronas si entre sus

vecinos no habria uno ó dos hombres de buena voluntad que, mediante gratificacion, quisieran acompañarnos hasta los confines del valle, ó mas allá si era posible, pues el peon que nos habian cedido los propietarios de las Siete Vueltas, no podria seguirnos mas allá de la hacienda del Cascabel. Contestáronnos que por el pronto parecia la cosa difícil: el entierro de la niña debia efectuarse al dia siguiente; el trasporte del cuerpo á Soncospata, distante tres leguas, exigia cierto número de brazos, y todos los hombres del pueblo, incluso el padre de la difunta, habian resuelto formar parte de la comitiva para sustituirse en el camino. Sin embargo, en su deseo de complacernos, así á nosotros como á las ilustres personas que nos recomendaban, aquellas señoras prometieron hacer cuanto estuviese de su parte para que pudiéramos marchar al otro dia por la tarde, si no era posible por la mañana, como deseábamos nosotros.

Tranquilizados con esta promesa, pero molidos aun por las fatigas de la noche anterior, pedimos permiso á nuestras patronas para retirarnos, y despues de despedirnos de la encantadora Dolores, seguimos á su digna madre á la habitacion que nos destinaba, la misma que ocupaba su hijo cuando permanecia en Cascabel. Algunas pieles de cordero amontonadas sobre un tablado y cubiertas de blancas sábanas, formaban un blando lecho, del que tomamos inmediatamente posesion en cuanto se retiró doña Mónica, entregándonos á un sueño que duró hasta el dia siguiente.

V

Esperábanos una buena noticia al despertar. Mientras dormíamos aun, nuestras patronas se habian dirigido al pueblo, donde vieron el ataud cerrado y la comitiva fúnebre á punto de ponerse en marcha. Dos de los portadores, á quienes consiguieron alistar por nuestra cuenta, debian regresar á Cascabel por la tarde; y el resultado era tanto mas meritorio, cuanto que aquellos contaban, así como sus compañeros, con matar dos pájaros de un tiro, es decir, llenar los últimos deberes con la difunta, y pasar una parte del dia, ya que no la noche, divirtiéndose con los habitantes de la localidad.

Gracias á la abnegacion de nuestras patronas, quedábamos servidos á medida de nuestro deseo; y seguros, segun ellas, de que podíamos contar con nuestros reclutas por la tarde, á pesar de las seis leguas de montaña que debian franquear á paso gimnástico, dejamos á la madre y la hija entregarse á sus quehaceres, mientras íbamos á dar una vuelta.

Delante de la casa se extendia una especie de prado que conducia al rio, y habiéndole atravesado nos encontramos á orillas del agua. En el declive habian practicado á fuerza de hachazos tres escalones para que las mujeres pudieran llenar sus cántaros y los animales apagar su sed. Toda la parte del Huarancalqui que abarcábamos con la mirada, estaba completamente tranquila; ni el mas ligero pliegue alteraba la tersa superficie del rio, donde se reflejaban con toda claridad el azul del cielo y los accidentes de ambas orillas. Frente á nosotros, un quincuncio natural de esos árboles de madera dura llamados *mohenas*, proyectaba sobre aquel lado de la orilla una sombra, que parecia tanto mas espesa, cuanto que todos los alrededores estaban iluminados por el sol levante.

El valle que se desarrollaba ante nosotros no se parecia en su conjunto y detalles á ninguno de los que habíamos visto hasta entonces. Los agudos pitones dispuestos en espiral, cubiertos de la base á la cima de una espléndida vegetacion, y surcados por los torrentes que bajaban de las alturas: todo ese conjunto de bellezas pintorescas que caracterizan la entrada de los valles del este, estaba reemplazado aquí por una pesada aglomeracion de cerros con cimas redondeadas, de pelada cabeza, y pendientes cubiertas de rastrojo, donde se veian á trechos algunos matorrales. La misma temperatura participaba del cambio que notábamos, y la sequedad del aire ambiente reemplazaba á esa humedad cálida que sale como un hálito de la sombría profundidad de los otros valles.

Esta diferencia de aspecto entre Huarancalqui y sus vecinos provenia sencillamente de su direccion: allí donde estos, separándose bruscamente de la Cordillera, se desarrollaban al este hácia el país llano, el que mirábamos se dirigia al noroeste, y continuaba costeando las vertientes de la cadena, cuya vecindad inmediata comunicaba á su fisonomía ese carácter monótono y árido que notábamos.

La vegetacion, ausente de las montañas, ocupaba la parte del terreno que se extendia á su base; pero allí no estaba representada ni por selvas vírgenes ni por esas inextricables espesuras que la reemplazan en muchos sitios.

Despues de una hora de conversacion en la orilla del rio, donde para mas comodidad nos habíamos sentado para mirar el agua, calculando su celeridad por los pedacitos de madera que echábamos en la corriente, nos levantamos para volver á casa; pero en el momento de llegar, un sendero cubierto de césped, bordeado por una rica vegetacion, nos sedujo tanto, que nos in-

ternamos por él sin saber á dónde conducia. Así como muchos senderos floridos de este mundo, aquel fué causa de que nos extraviáramos; y solo despues de vagar largo tiempo á través de campos de maíz y de cañas, plantaciones de coca, y espesuras de bananos y naranjos, conseguimos hallar el buen camino.

De vuelta á nuestro alojamiento encontramos ya el almuerzo preparado, y á nuestras patronas esperándonos para sentarse á la mesa. Su afectuosa acogida redobló la necesidad que sentíamos de reforzar el estómago, y su amable trato sazonó maravillosamente el refrigerio que tomamos en su compañía. Apurada la jícara de chocolate de costumbre y el vaso de leche final, levantamos la sesion, preparándolo todo para nuestra marcha, á fin de no hacer esperar á los peones cuando llegasen de Soncospata. Sacamos de sus fundas las carabinas, ociosas hasta entonces, para examinarlas y limpiarlas con cuidado; afilamos nuestros cuchillos en un pedazo de arenisca; y elegimos despues entre nuestras prendas de vestir las que convendria ponernos.

Como los servicios de nuestro guia de las Siete Vueltas eran ya casi inútiles, resolvimos despedirle, pero antes debíamos cumplir con una formalidad, cual era advertir á sus nobles amos que no contasen con nuestra vuelta. Yo no sabia en qué fundar esta decision, que seguramente arrancaria exclamaciones de enojo al inca-canónigo y á las dos princesas: Pedro Leroux, á quien pedí parecer, rascóse la oreja con aire perplejo, reflexionó un instante, y no hallando nada, contestóme que hiciera lo que quisiese. El tiempo urgia; y por último, rasgando de mi álbum una blanca hoja, escribí colectivamente al tio y las sobrinas, diciéndoles que uno de esos acontecimientos imprevistos é inusitados, que echan por tierra todos los planes y anulan las mas firmes resoluciones, nos privaba del gusto de volver á su casa, segun nos lo habíamos prometido. Expresar nuestra profunda pena por este contratiempo era una tarea superior á nuestras fuerzas, y por lo mismo no la intentábamos, confiando que con su reconocido afecto nos compadecerian y dispensarian, etc., etc. Emborroné con este estilo las dos carillas de la página, habiéndome servido maravillosamente el idioma castellano, con su sonora fraseología para redactar la epístola. Terminado el escrito, le firmé y se lo leí á Pedro Leroux, á quien le pareció tan oportuno, que quiso firmarlo tambien.

Provisto de la misiva, y gratificado con cuatro reales, Juan Pedro se alejó con ligero pié por el camino de las alturas; y entonces quedamos completamente tranquilos.

A eso de las dos de la tarde volvieron nuestros reclutas de Sancospata: aunque habian recorrido seis leguas sin descansar, no manifestaban la menor fatiga, y á juzgar por su aspecto, hubiérase dicho que salian en aquel momento de su casa. Sin perder momento, tratamos con ellos la cuestion del viaje: mediante una peseta diaria consentian en acompañarnos hasta la extremidad del valle, ofreciéndonos su experiencia y sus luces, y haciendo en fin cuanto fuese posible para dejarnos satisfechos. Como era natural, nos informamos ante todo si habria inconveniente en viajar en mula, porque este género de locomocion nos parecia preferible á caminar á pié: nos contestaron que seria posible hacerlo, pero solo hasta Melchor, donde el estado de los caminos nos obligaria á dejar los cuadrúpedos. Ahora bien, como en todo el trayecto no debíamos encontrar persona alguna para guardarlos en nuestra ausencia, ó conducirlos á la hacienda del Cascabel, mas valia dejarlos en esta última, donde no les faltaria forraje ni cuadra para preservarse de las acometidas de los pumas y de los murciélagos vampiros. Este fué el consejo que nos dieron los guias, y pareciéndonos muy razonable le adoptamos sin vacilar.

En un abrir y cerrar de ojos terminamos nuestros últimos preparativos: el mozo sirviente y los dos peones se repartieron los paquetes que debíamos llevar, y los mas de los cuales contenian las provisiones que nos dieron nuestras patronas. Hecho esto, nos despedimos de madre é hija, quienes prometieron rogar noche y dia para que nuestro viaje se terminara sin el menor contratiempo.

A una legua de Cascabel, los terrenos, hasta entonces tan llanos, comenzaron á ser algo accidentados, siendo resultado de esta variacion haberse enturbiado el limpio espejo del rio, interrumpiéndose su tranquilo sueño. A su mutismo sucedió muy pronto un sordo rumor, que al fin se convirtió en mugido; y los saltos de agua ocasionados por la desigualdad del terreno y las irregularidades de la roca, cubrieron la superficie de una faja de espuma en toda la anchura de su lecho. Como viajábamos por tierra y no por agua, el espectáculo, en vez de atemorizarnos, como habia sucedido otras veces, seducíanos por el contrario, porque prestaba animacion al paisaje. La elevacion de la temperatura inducia á creer que en aquellas aguas abundaba la pesca, y habiendo preguntado por ello á los indios, confirmaron nuestra suposicion. Segun ellos, los remansos á donde no llegaba la corriente del rio abundaban en sábalos de todos tamaños; y al saberlo nos prometimos variar un

poco nuestra comida con uno ó dos de aquellos estimados peces, en la primera parada que hiciéramos.

Hasta allí no habíamos visto mas indicios de la presencia del hombre que algunas plantaciones bastante exíguas, de maíz, coca, pimiento, cacao y cañas de azúcar, provista cada cual de una cabaña; pertenecian á diversos propietarios, y estaban separadas por terrenos en barbecho de cierta extension, considerable algunas veces. La costumbre que tienen los indios de los valles del este de explotar cultivos á gran distancia del pueblo que habitan (algunos se hallan á diez leguas) parece comun á los naturales de Huaran-



Cerro Melchor: campamento nocturno

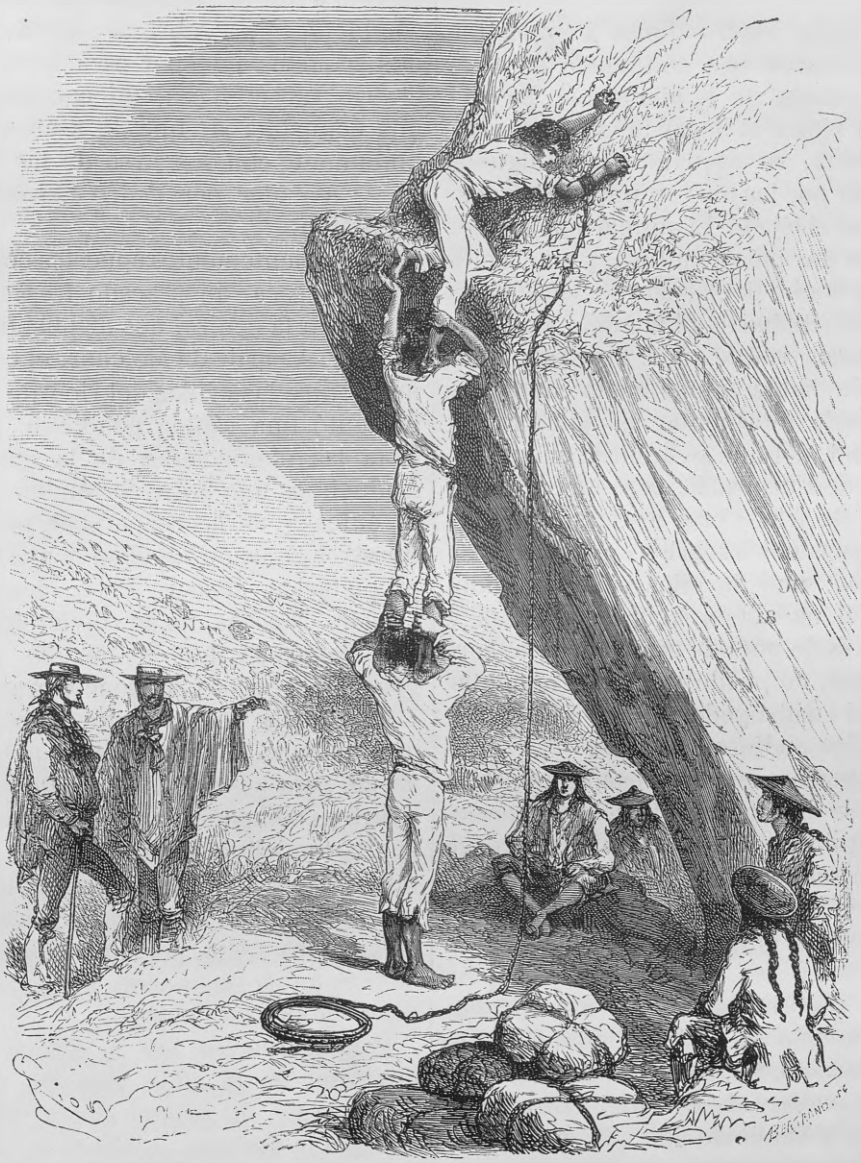
calqui. Los peones que nos acompañaban tenian sus tierras á tres leguas de Melchor, y ofrecieron enseñárnoslas al paso.

Al rededor de aquellos espacios cultivados, los productos espontáneos del suelo se limitaban á la repeticion de algunas especies: en la inmediacion del rio, algunos grandes árboles, como los cedreles y jacarandas, hallando un terreno á propósito ó frescura conveniente, formaban á intervalos sombrías espesuras, interrumpidas á veces por un lindero de arundos ó de falso maíz. Esta vegetacion, asaz interesante, empobrecíase á medida que se alejaba del rio. Las pendientes laterales de las montañas, entre las cuales habia trazado un lecho, no presentaban sino arbustos y matorrales, donde las melastomáceas, los falsos índigos y las mimosas figuraban en mayoría; su crecimiento se paralizaba á medio camino de la montaña, cuyas alturas y la cima estaban invariablemente cubiertas de la gramínea ichu (estipa).

Un poco antes de ponerse el sol nos detuvimos en una cabaña situada al borde de una plantacion de cacao: al decir de nuestros guias, estábamos á medio camino del Melchor. Una cavidad del suelo que correspondia al centro del tejado, y en la cual habia un monton de paja desmenuzada, servia de lecho y de colchon al propietario del Cacahual cuando la noche le sorprendia en su plantacion. Con ayuda de ramas, trasformadas en escobas, sacamos del agujero aquella paja que le comunicaba el aspecto de una perrera, y cuando el espacio estuvo limpio, extendimos la manta que nos servia de lecho. Despues de apurar una parte de las provisiones, dando á nuestros compañeros su racion, nos acomoda-

mos en aquel hoyo, donde nos dormimos bajo la proteccion de las estrellas.

Al rayar la aurora estábamos ya en pié; y mientras nuestros hombres recogian los lechos, y empaquetaban los utensilios, fuímos á dar una vuelta por los alrededores, aspirando con delicia el aire fresco de la mañana, y examinando todos los árboles para ver si nos ofrecian algun fruto



El escalamiento

conveniente: solo vimos moras y guayabas, con las cuales hubimos de contentarnos á falta de otra cosa mejor. Un momento despues, proseguíamos nuestra marcha.

La mañana pasó sin que llamase nuestra atencion nada de particular: dos veces nos alejaron del rio, hasta el punto de perderle de vista, las dificultades del camino; y en algunos puntos, fué preciso recorrer una legua á través de los tallares antes de acercarnos de nuevo á las orillas. Entre las once y las doce de la mañana llegamos á la plantacion del Melchor.

En este sitio, un pequeño afluente del mismo nombre, que nace á seis leguas de allí, en la parte del este, sobre la falda del Urusayhua, efectuaba su union con el rio de Huarancalqui. El nombre de Melchor aplicado á esta corriente, es el de un mestizo, hoy difunto, que fué quien primero exploró el valle completamente, trabando relaciones con los salvajes del interior. En recuerdo de las proezas de Melchor, que era algo bandido por naturaleza, y del espanto que en vida inspiró á sus vecinos, la chacara, aunque perteneciente hoy á honradas gentes del pue-

blo, conservaba siempre el nombre de su primer propietario. Por lo demás, este punto del valle no era el único que evocaba el recuerdo de aquel mal sujeto, y mas abajo debíamos encontrar una montaña encargada de trasmitir su nombre á la posteridad.

Escuchando estas explicaciones de nuestros guias, franqueábamos una eminencia en cuya cima estaba la cabaña de la plantacion. La primera cosa que vimos al llegar fué una gran zumaya, ó mas bien, su esqueleto, con algunas plumas, clavado por las alas en uno de los postes que sostenian el tejado. El animal debia haber medido en vida dos piés de altura, y su crucifixion parecia un hecho demasiado reciente, para que pudiéramos atribuirle al bandido Melchor, muerto hacia unos veinte años. Preguntamos á los indios quién habia sido el bruto con figura humana que pudo atormentar así aquel raro y magnífico animal, del que se hubiera enorgullecido un museo de Europa (1); pero ignorábanlo, ó no quisieron decirlo. Corté los tarsos emplumados del ave para conservarlos en recuerdo de aquel encuentro: uno de ellos se ha perdido; aun conservo el otro al escribir estas líneas, y cuando paso el dedo por sus garras corvas, cortantes y aceradas, no puedo menos de lamentar mentalmente al cuadrúpedo, el ave ó el reptil, en cuyos costados pudieron clavarse.

Segun su costumbre, apenas llegaron nuestros hombres, tiraron sus mantas al suelo, sentáronse encima, se quitaron la montera, y atusáronse el cabello mientras tomaban aliento. Como nos pareció que tendrian ocupacion para un buen rato, Pedro Leroux empuñó su carabina para explorar los alrededores, en tanto que yo bajaba hasta la orilla del rio. A unos cien pasos mas allá de la confluencia del Melchor y del Huarancalqui, el rio formaba uno de esos remansos, tal como el que se pudiera desear para entretenerse en la pesca; y habiendo ido por mi caña y mis anzuelos, arrojé el sedal en el remanso con sus insectos, y esperé, fumando un cigarrillo, á que alguno de los habitantes del rio picase el anzuelo. Pasó cerca de media hora sin que se produjera ningun movimiento; y entre tanto habia resonado dos veces la carabina de Pedro Leroux. En el momento en que, cansado de esperar, iba á retirarme, la brusca sacudida de uno de los sedales me advirtió la presencia de una presa, y tirando rápidamente, saqué á la orilla un sábalo de diez y ocho pulgadas de longitud. Sin esperar á que la casualidad me enviase otro para completar el par, abrí mi cuchillo, limpié el animal, comenzando por escamarle, y despues de lavarle varias veces, fuí corriendo á buscar á mis compañeros, que le asaron muy pronto, juntamente con dos aves de las llamadas caciques, matadas por Pedro Leroux en su breve excursion.

Convenientemente repuestos con un almuerzo de carne seca, de pescado fresco, caza y raíces asadas en la ceniza, nos dispusimos á continuar el viaje. A partir de Melchor, el camino, encajonado entre las orillas del rio y de altos declives, presentó una rápida pendiente, y perdimos de vista las plantaciones de la márgen derecha. Anduvimos una hora, elevándonos gradualmente, antes de verlas reaparecer; tres de ellas, que nuestros guias designaban con el nombre de sus propietarios, chacara-Pepe, chacara-Santiago y chacara-Noriega, no se volvieron á ver; pero nos consolamos fácilmente de ello, al pensar que perdíamos poco, y la ciencia mucho menos.

La cabaña de un pequeño bosque de cacao que hallamos al fin de la jornada nos sirvió de abrigo para pasar la noche. Despues de cenar, nuestros compañeros encendieron una gran hoguera, temiendo que nos visitara algun puma; y muy pronto nos dormimos arrullados por un murmullo lejano, ronco y continuo, que mi compañero tomó por una catarata; pero en el cual yo habia reconocido los gritos de los guaribas ó monos aulladores.

Esta plantacion era la última que debíamos atravesar en el valle: mas allá, entraríamos en país salvaje. El primer descubrimiento que hicimos á la mañana siguiente se redujo á un antiguo desmonte en la orilla izquierda: en medio de la maleza sobresalian algunos restos de paredes; y habiendo preguntado á nuestros guias qué significaban, nos dijeron que eran las ruinas de una mision que existió allí en otro tiempo; mas no pudieron indicarnos la época de la fundacion, ni el nombre del fundador. Evocando mis recuerdos, para calcular la fecha aproximativa de aquellas ruinas, acudióme á la memoria un hecho que podia servir de explicacion; y era que el reverendo Biedma, religioso franciscano del colegio apostólico de los Doce Apóstoles, fué el primer misionero que penetró en esta parte del país, tomando por la Cordillera de Huanta el valle de Tambo, y cruzando sucesivamente el

(1) Esta zumaya, *Stryx nyctea*, cuyo plumaje es blanco como la nieve, y los ojos de un amarillo de oro, se encuentra en las llanuras de Sacramento, donde, al atravesar esta América, hemos comprado una viva á unos indios Conibos. Contrariamente á las costumbres de su especie, vela y caza durante el dia, como todas las rapaces diurnas, y duerme por la noche. La creemos originaria de las partes frias de la América del Norte, las cuales abandona en cierta época del año, tal vez durante el período de la puesta y la incubacion, para pasar á la América del Sur.

Pampas ó Cocharcas y el Apurimac. Ahora bien, atendido que cuando los misioneros de aquella época encontraban en un punto lo que ellos llaman abundante cosecha de infieles (1), no le abandonaban sin fundar una mision, donde otros religiosos iban á establecerse despues, todo me induce á creer que el edificio ruinoso que tenia á la vista se remontaba á los años 1677 y siguientes. Su fundacion era, pues, anterior en medio siglo al descubrimiento oficial del país que los religiosos, y despues los geógrafos, han llamado asaz arbitrariamente el Gran Pajonal.

Estábanos reservada una buena presa para cuando penetrásemos en aquel país, que nuestros guias calificaban de salvaje, para distinguirle sin duda del que dejábamos atrás, donde la civilizacion no estaba representada sino por los cultivos que habíamos visto y las cabañas donde buscamos un refugio. Al declinar el dia, Pedro Leroux mató un magnífico hoco de carúncula roja, que bastaba por sí solo para cenar; y despues, como una dicha no viene nunca sola, descubrí, no léjos del sitio donde se cazó la gallinácea, una iriartea, cuyo verde penacho sobresalia de la espesura, y uno de esos admirables helechos arborescentes, cada uno de cuyos pedúnculos parece un estuche de verde blonda. Aquellas eran las dos únicas muestras de la flora intertropical que habia visto durante el viaje, y me regocijé de ello personalmente, aunque en nada contribuyeran á satisfacer el apetito por la tarde.

Antes de terminar el dia buscamos un sitio conveniente para establecer nuestro campamento: las chozas de paja, donde elegíamos domicilio todos los dias quedaban muy atrás con los cultivos, y en adelante debíamos construir nosotros mismos el cobertizo de rastrojo ó de ramaje que cubriera nuestras cabezas. Esto no nos inquietaba: en su calidad de cazador, Pedro Leroux no habia tenido á menudo mas techo que la celeste bóveda, y en cuanto á mí, estaba tan acostumbrado á dormir en las playas del Amazonas ó en las selvas vírgenes, que no me importaba un ardite pasar algunas noches á orillas del Huarancalqui. Así pues, cuando creímos haber hallado un sitío á propósito, tomamos posesion en el acto. Encendido el fuego, y desplumado y bien limpio el hoco, se le atravesó en un palo que hacia las veces de asador, y un indio se encargó de darle vueltas. Entre tanto nos ocupamos en arrancar las plantas leñosas en el espacio de nuestro campamento; Pedro Leroux aplastó de un culatazo la cabeza de un sapo monstruoso que habia fijado allí su domicilio, y despues colocamos nuestras mantas á tres pasos del fuego. Al cabo de cierto tiempo, estuvo ya á punto el pavo de los bosques, el cual nos sirvieron en su improvisado asador, y satisfecho el apetito con su carne sabrosa, bastónos echarnos hácia atrás para pasar, segun dicen, de la mesa á la cama.

Al dia siguiente estaba ya muy alto el sol cuando nos despertamos: la excelente cena de la víspera, y el susurro del rio, que nos arrullaba como el canto de una nodriza, ejercieron en nosotros tan feliz influencia, que nuestro sueño duró tres horas mas que de costumbre. Reprendiéndonos mutuamente por nuestra pereza, mi compañero y yo, nos pusimos en marcha para ir en busca de nuestros guias, quienes mas madrugadores que nosotros, habian recogido sus efectos y nos esperaban al otro lado del camino.

Al cabo de media hora de marcha, los indios, que nos precedian, volvieron para decirnos que no tardaríamos en divisar el cerro Melchor. Este anuncio, hecho con cierta gravedad, en vez de despertar el interés de Pedro Leroux, no produjo en él sino un movimiento de hombros: dijo que en todo el camino habíamos visto tantos cerros, que nada importaba uno de mas ó de menos, aunque evocase el recuerdo de un bandido ó de un rey mago. Iba á contestar á mi compañero que su opinion era por lo menos prematura, pues podia muy bien haber un cerro notable entre todos, cuando al dar la vuelta á una espesura de árboles que terminaba la perspectiva, vimos elevarse á nuestra derecha el Melchor anunciado, á la distancia de unos dos kilómetros; su altura excedia á la de las montañas que le rodeaban, y su color verde oscuro contrastaba con el tono amarillento de sus vecinos.

Avanzando con los ojos fijos en el coloso, cuya configuracion se asemejaba á la de un cono truncado, preguntábame con qué objeto habria provisto la naturaleza á cada valle del este de una montaña aislada del género de aquella, de forma cónica tambien, y cubierta de una espesa vegetacion desde la base á la cima. ¿Porqué una sola montaña y no varias, y su aislamiento completo de toda cordillera? Así, por ejemplo, el valle de Santana, inmediato á Huarancalqui, tenia el monte Urusayhua; el valle de Lares, el Aputinhia; el de Occobamba, el Unupampa; Pancartambo, el Cañahuay; Marcapata, el Camanti; y por el mismo estilo otros. Este monte, centinela avanzado ¿serviria tal vez al principio de válvula, de chimenea, ó de salida para el desprendi-

(1) La gran nacion de los Antis, Campas ó Mascas, dividida hacia mucho tiempo en varias tribus, ocupaba en aquella época el país recorrido por nuestro misionero.

miento de los vapores elásticos amontonados en el interior de las ramificaciones de la gran cadena? ¿Seria, en una palabra, uno de esos conos volcánicos, que despues de un período de actividad, cuya duracion no se puede calcular, se extinguen y se enfrian durante varios siglos, hasta que una nueva reaccion del fuego central desde el interior al exterior, les devuelve su antiguo destino, encendiéndoles de nuevo? Los cráteres de algunos de estos conos, que existian aun en el estado de lagos, llenos hasta los bordes de un agua helada, y colmados otros por una aglomeracion de vegetales leñosos, convertidos en turberas, autorizan en cierto modo las hipótesis que mi espíritu admitia y rechazaba sucesivamente respecto á su formacion.

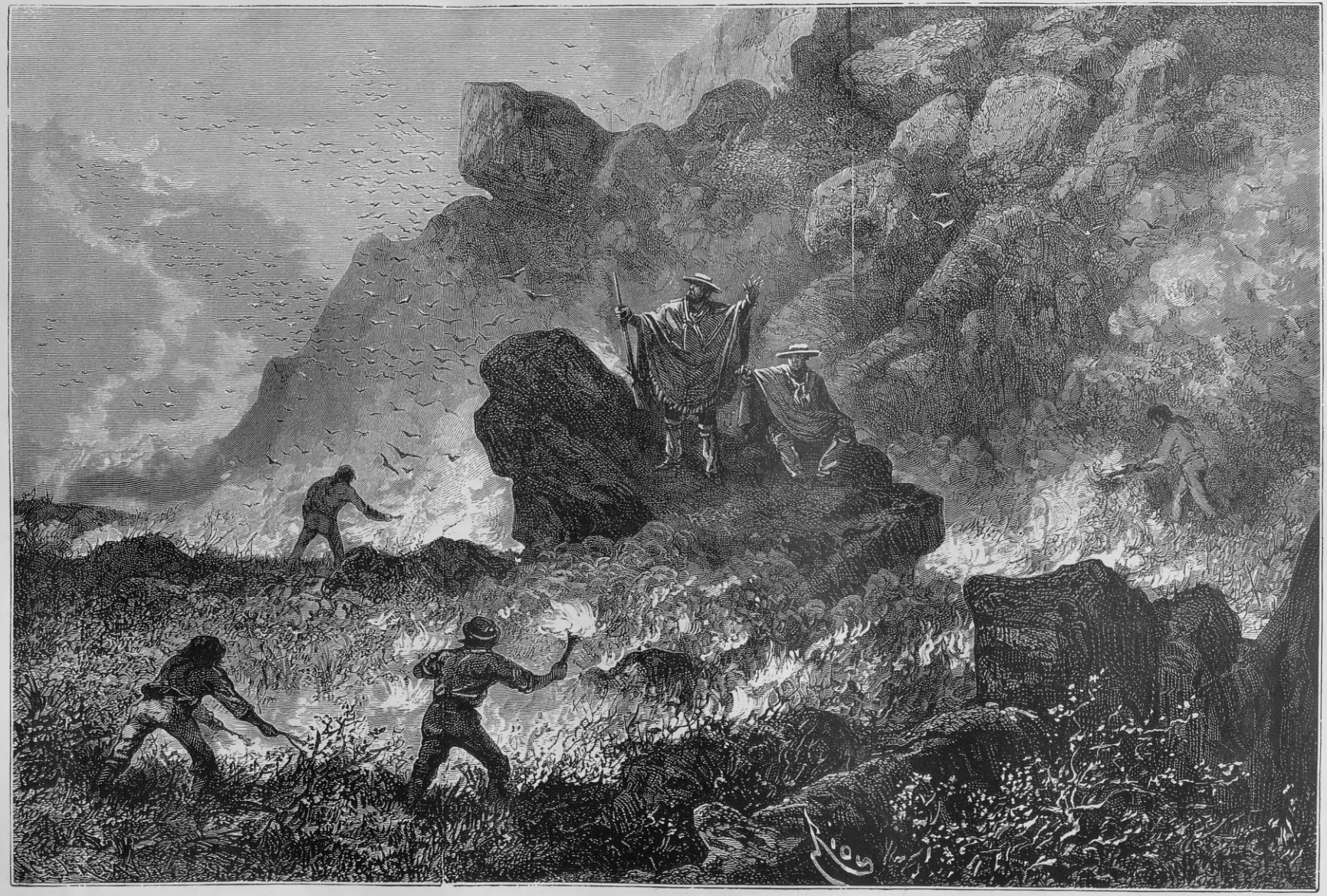
Visto de frente, el Melchor, que figuraba un cono truncado, cambiaba de aspecto á medida que nos aproximábamos; como llegamos de lado, su mole cónica nos pareció trapezoidal, y adiviné que en la parte del este se enlazaba con otras formaciones. El valle, que terminó de pronto, y la union de su rio con el Apurimac, cambiaron el curso de nuestras ideas. Olvidamos el Melchor y las teorías que establecíamos acerca de él, para mirar con mucho mayor interés lo que se ofrecia á nuestra vista; y era que el valle de Huarancalqui y su rio no figuran en ninguna carta geográfica conocida, y que las dos terceras partes y media de la poblacion peruana ignoran completamente su existencia.

En aquel punto podria tener el Huarancalqui unos sesenta metros de anchura; sus aguas tranquilas y amarillentas contrastaban con las del Apurimac, de un color verde de alga marina, y cuya superficie agitaba una corriente bastante impetuosa. La union de los dos rios se efectuaba en la direccion del nordeste-cuarto-norte: las orillas del Huarancalqui, bastante bajas, no tenian casi vegetacion; las del Apurimac, por el contrario, aparecian cubiertas de sombra y de verdura; compuestas de una aglomeracion de arena y guijarros, tenian diez ó doce piés de elevacion; eran casi verticales, y no presentaban en su parte visible ninguna playa donde se pudiese desembarcar cómodamente. La anchura del lecho del Apurimac, delante de la desembocadura de su afluente podia ser de unos ciento veinte metros.

Despues de examinar con atencion la confluencia de ambos rios pensamos en continuar nuestra marcha, siguiendo la orilla derecha del Apurimac. En los primeros momentos todo fué bien, dimos vuelta á los matorrales y malezas que podian entorpecer nuestra marcha, ó las franqueamos fácilmente; pero muy pronto nos rodearon por todas partes una espesura de bambusáceas con que no contábamos, y verdaderos muros de sarmentosas, ferozmente armadas de dardos, espinas y pinchos. A fin de no exponernos á dejar allí pedazos de la ropa, y hasta de la carne, juzgamos oportuno retroceder para celebrar consejo. Para abrirnos paso á través de aquel laberinto vegetal, mas inextricable que un hilo enredado por las patas de un gato, hubieran sido necesarios, no solo mas brazos, sino buenas hachas, ó por lo menos, sables á propósito, de que todos carecíamos; ante los obstáculos que la casualidad nos presentaba, los cuchillos no podian servirnos de cosa alguna, y solo veíamos un medio para salir del apuro: puesto que la orilla del Apurimac era inabordable por aquel lado, debíamos retroceder, dar la vuelta á la base del Melchor, y ganar por otro punto la orilla del gran rio.

Apenas concebido este plan, nos dispusimos á ponerle en ejecucion; pero esta vez no contamos con la huéspeda. Despues de una marcha sumamente penosa durante cierto tiempo pudimos reconocer por el aspecto de los lugares un hecho no aclarado hasta entonces; y es que en la parte del este y del nordeste, el Melchor se enlazaba por sus vértebras dorsales con una cordillera de la cual veíamos muy bien el principio, pero no el fin. Cogidos entre dos imposibilidades, como entre las proposiciones contradictorias de un dilema, nos quedamos algo cabizbajos, no sabiendo qué resolver. En aquel momento le ocurrió á Pedro Leroux una idea: propuso que almorzáramos, para buscar entre tanto un medio de salir de tan crítica situacion; y como no habíamos cazado ni pescado en el camino, fué preciso echar mano de las provisiones que llevaban los indios. Un poco de carne seca, y algunas raíces de batatas asadas al fuego, fué lo único que nos pudieron dar nuestros proveedores.

Habíamos despachado este refrigerio de ermitaño sin que se nos ocurriese medio alguno, cuando al tomar el último bocado, Pedro Leroux se dió una palmada en la frente, y parodiando el *eureka* de Arquímedes, me dijo con gravedad: «Ya he hallado la solucion.» Yo escuché atentamente, muy deseoso de conocer el medio: este consistia en volver al Apurimac, y pasar por la cima del Melchor como si hubiese sido una topera. Confieso que al principio me pareció esto extraordinario; pero despues de reflexionar ví la posibilidad de la ejecucion, y adopté la idea sin vacilar. Nuestros hombres esperaban muy pacientemente nuestra resolucion; al punto les explicamos lo que pensábamos hacer, y sin cuidarnos de la repugnancia que manifestaban al



La base del cerro Melchor

pensar en aquella ascension, invitámosles á precedernos.

Un cuarto de hora despues llegábamos á la base del cerro, formada por largos estratos de una arenisca rojiza, cuyos ángulos se desbordaban acá y allá, como libros amontonados al acaso; la capa de humus que les cubria, demasiado superficial para alimentar plantas leñosas, bastaba á las raíces de las gramíneas, que ocupaban una extensa zona, en los primeros cimientos de la montaña. Estas gramíneas nos llegaban hasta la cintura; y como era bastante largo el trayecto que debíamos recorrer en medio de ellas, ocurriónos la idea de destruirlas por el fuego. Uno de los peones encendió su yesca, mientras que el compañero formaba un haz de paja que fué arrojado en las yerbas secas, cuando se produjo la llama; propagóse esta última



Indios Anapatis y Meneaoros

con singular rapidez, precedida por una nube de humo; retorcióse como una culebra, arrollando todo aquello que le ofrecia alimento; y despues, cuando lo hubo consumido todo, extinguióse dejando tras sí una capa de blancas cenizas.

Atravesamos la sábana de cenizas aun humeantes, comenzando á escalar las primeras rampas del cerro.

A medida que nos elevábamos, la vegetacion variaba de aspecto: á las espesuras de actinófilos, á los eritrinos y falsos nogales, que mas abajo tocaban con el lindero de las gramíneas, sucedíanse las jacarandas y los cedreles, cuyos troncos desaparecian bajo un revestimiento de plantas trepadoras. Las bignonias y las aroideas mezclaban sus hojas y flores con las de los grandes árboles, confundiéndose con ellos de modo que hubieran desorientado á un botánico. Entre aquella espesura, por la que á grandes intervalos penetraba un rayo de sol, como un dardo de oro luminoso, vivia y agitábase una poblacion algo mezclada, cuyos representantes aparecian y desaparecian de improviso: eran monos grises, ardillas, oposums, urogallos, tucanes y muchas cotorras, que circulaban de un punto á otro saltando y gritando. A los veinte minutos de marcha por aquella region, la carabina de Pedro Leroux habia hecho ya tres víctimas: un pico de cabeza amarilla, un urogallo y su hembra, que un peon llevaba por las patas, y que debia servirnos para cenar.

El tiempo pasaba, y subíamos sin que nuestra ascension pareciese tocar á su término. Los rayos del sol eran cada vez mas oblícuos, y debilitábase su brillo; y antes que la noche nos sorprendiera en aquella sombría espesura, buscamos el sitio mas á propósito para establecer nuestro

campamento. Acá y allá, debajo del espeso detritus que cubria el suelo, veíanse espacios pelados de la roca, y elegimos uno para preservarnos de la doble influencia de la niebla y del rocío, colocando sobre nuestras cabezas una de las banastas en que los indios llevaban sus provisiones. Declinaba el dia cuando terminamos los preparativos, y entonces encendimos una hoguera, que sirvió á la vez para alumbrarnos, calentarnos, y asar la pobre caza de Pedro Leroux.

No nos turbó durante la noche ningun incidente: al rayar la aurora nos despertamos algo transidos, y para entrar en calor juzgamos que lo mas conveniente seria proseguir nuestra ascension. A eso de las diez llegamos á un sitio de la montaña surcado por profundas hornagueras, como si varios torrentes se hubiesen abierto allí un lecho á la vez; el bosque no era ya tan espeso; los grandes árboles que mas abajo crecian por grupos muy próximos entre sí, y cuyo follaje interceptaba la luz, aislábanse unos de otros, y separábanles grandes espacios cubiertos de yerba y de maleza.

En el límite de aquella zona forestal comenzamos á experimentar una sed tanto mas ardiente, cuanto que la víspera nos habíamos visto obligados á cenar sin beber agua, por no encontrarla en ningun sitio; cierto que la frescura de la tarde y el frio de la noche contribuyeron á que fuese mas tolerable la privacion; pero el calor producido por el sol en la espesura y la fatiga de la marcha redoblaron en nosotros la necesidad de beber. Tratamos de engañar la sed mascando algunas hojas; mas bien pronto se reconoció la insuficiencia de este medio; y entonces nos detuvimos para deliberar sobre lo que se deberia hacer para encontrar un poco de agua potable. Habiendo declarado Pedro Leroux muy formalmente que comenzaba á experimentar los síntomas de la hidrofobia, y que se inclinaba á morder á uno de nosotros, nuestros hombres, que en su vida habian bebido agua pura, ni comprendian la necesidad de este líquido, ofrecieron, sin embargo, ir á buscar alguna corriente. Vímosles marchar provistos de un caldero de hoja de lata, único recipiente que poseíamos, propio para contener aquel agua que hacia bramar á mi compañero como el ciervo de la Santa Escritura. La ausencia de nuestros indígenas duró dos horas: en la vertiente oriental del Melchor, explorada primero, no hallaron corriente alguna; pero en un repliegue del terreno descubrieron una charca de agua procedente de las últimas lluvias, y nos traian el caldero lleno. Cubrian la superficie algunos fragmentos de corteza y de hojas secas, que en su afan por servirnos cuanto antes, los indios no habian pensado en retirar. Aquella agua rojiza, que filtramos con nuestros pañuelos, tenia una amargura singular y un sabor que me pareció reconocer: el exámen de los restos que habian quedado en el fondo del caldero desvaneció mis dudas: el gusto amargo y particular de aquel agua era debido á la maceracion de hojas y pedazos de corteza de algun árbol de quina propio de la region, y el cual debia crecer cerca de la charca.

Apagada nuestra sed, y preservados contra la fiebre por la infusion de quina, que á falta de agua corriente debimos beber por fuerza, continuamos nuestra ascension hácia la cima de la montaña. Al cabo de una hora de fatiga, dejamos definitivamente detrás de nosotros la region forestal, para entrar en una nueva zona de gramíneas, representadas aquella vez por ciperos ó juncias de distintas variedades.

Terminada esta última zona, vimos ante nosotros la cúspide de la montaña, donde reverdecian algunos escasos matorrales: entonces apresuramos el paso, y cuando ya íbamos á llegar á la cima, una saliente de la roca, que parecia como suspendida sobre nuestras cabezas, nos cerró el paso, obligándonos á recurrir á medios extraordinarios para franquear la distancia de algunos piés que aun nos separaban del punto apetecido. Mandamos á uno de los indios ponerse en pié sobre los hombros de su compañero; nuestro mozo se encaramó sobre los dos hombres, y con algunos esfuerzos pudo llegar hasta la cima del gigante. Una cuerda de lana que se habia arrollado á la muñeca le permitió izarnos despues uno tras otro (véase el grabado de la página 381).

La fatiga que nos habia ocasionado la ascension del Melchor quedó compensada por el magnífico golpe de vista que se ofreció á nuestros ojos en aquel elevado observatorio.

La cima de la montaña, de unos dos kilómetros de circuito, formaba una meseta desigualmente ondulada, que se inclinaba del sudeste al noroeste; árida en algunos sitios, ó presentando solo un musgo corto y negruzco, hallábase cubierta en otros de gramíneas, entre las cuales crecian matas de andrómedas, befarias achaparradas y algunas vaccinias. El espacio que dominábamos se extendia por el sudeste hasta los confines de Carabaya, cuyas azuladas sierras se confundian casi con la celeste bóveda: del sud al oeste, y del oeste al norte, la cadena de los Andes presentaba una aglomeracion de lomas, cimas, picos, aristas y agujas, cubiertas de blanca nieve, gigantesca escalera que de una saliente

en otra, y por sucesivas ondulaciones, llegaba hasta la llanura, donde los últimos peldaños desaparecian en un océano de espléndida vegetacion. En aquel inmenso espacio inundado de luz, y diversamente matizado por la naturaleza de los terrenos, por los planos áridos y cultivados, los bosques y las llanuras, destacábanse como en un mapa en relieve, las ciudades y los burgos, los pueblos y las granjas comprendidas entre Abancay y Tarma. Las corrientes de agua que bajaban de la Cordillera, y los afluentes que recogian en su camino, deslizábanse á través del vasto paisaje, bordando su verde trama con hilos de plata, cuyo caprichoso dibujo recordaba las arborizaciones de ciertas ágatas. Por el sudeste veíanse en primer término el Pachachaca con sus siete afluentes, y remontando del oeste al norte, el rio de Huamanga y sus catorce tributarios, el Huanta y sus cinco riachuelos, el Pampas ó Cocharcas, el Jauja ó Mantaro; y por último, el Chanchamayo, que se llamó largo tiempo Ené ó Perené. Todas estas corrientes iban á verterse en el Apurimac, cuya extension visible comprendia del sud-sudoeste al este-nordeste, una curva de mas de tres grados. Su corriente, de un verde pálido, encuadrada por dos líneas de bosque, sin sinuosidades en el punto que habíamos alcanzado, y presentando solo dos islotes, parecia rozar la base del Melchor, desde cuya cima podíamos ver que á diez leguas de allí efectuaba su union con el Quillabamba-Santana, nuestro antiguo conocido.

La conviccion que obtuve de este estudio del país á vista de pájaro, fué que la parte llamada *Pajonal*, primeramente por los misioneros, y despues por los geógrafos, no era tan estéril como pretendian, ni tan limitada como la presentaban.

En cuanto á la esterilidad de esta region, solo se extiende á las partes superiores de las montañas que la cruzan en todos sentidos, y aun debe advertirse que solo es relativa. Con las diversas variedades de gramíneas que crecen en estos parajes, comunicándoles desde léjos un aspecto de desnudez, mézclanse en muchos puntos plantas y matorrales; y por oposicion, las partes inferiores de las montañas y los terrenos llanos ú ondulados que las rodean, están cubiertos de bosques y espesuras, cuya vegetacion ofrece un carácter propio.

Descubierto en 1730 por el religioso franciscano Juan de la Marca, que fundó las primeras misiones de Tampianiqui y Aporoquiaqui, este país llegó á ser muy pronto la sucursal apostólica de las misiones de la orilla izquierda del Chanchamayo, llamadas entonces misiones del Cerro de la Sal (1), y cuya fundacion databa de un siglo.

Varias veces destruidos, y muertos los misioneros por los indígenas, reedificáronse los establecimientos, y nuevos apóstoles fueron á reemplazar á los antiguos mártires. En 1751, fecha de su ruina y definitivo abandono, contaban en el espacio comprendido entre el Cerro de la Sal, el Apurimac y el Chanchamayo, once pueblos que contenian mas de once mil neófitos pertenecientes á la nacion de los Antis.

Dueña otra vez de la mayor parte de este territorio, que ocupaba en comun, con su nombre patronímico, aquella nacion se dividió por fin en varias tribus. Cuando los misioneros penetraron por primera vez en el país, vieron que cada tribu estaba acantonada en el dominio que se le asignó al hacerse la reparticion territorial, sin mantener apenas relaciones con sus vecinas. Así, pues, los Amagas y los Pacanes habitaban las orillas del Chanchamayo y los alrededores del Cerro de la Sal; los Pangoas, los Meneaoros, los Anapatis y los Pilcosmis vivian en las orillas del Jauja ó Mantaro; los Satipos, Copiris y los Tomiristis ocupaban las márgenes del rio Pangoa hasta el confluente del Perené y del Apurimac; y por último, los Cobaros y los Pisiataris hallábanse establecidos en la orilla izquierda del último de estos rios. En cuanto á los individuos de la nacion que conservaban el nombre de Antis, al que agregaron con el tiempo los de Campas y Mascas, habitaban como hoy las dos orillas del Quillabamba-Santana y las quebradas adyacentes, avanzando por el norte hasta Bitiricaya, donde el lector podria verlos como nosotros al cruzar esta América.

Excepto este núcleo, todas las tribus que acabamos de enumerar se han extinguido ya, ó se hallan de tal modo confundidas con otras de orígen distinto, que seria difícil descubrirlas. Algunos descendientes de los Meneaoros y Anapatis, que vivian en otro tiempo en las orillas del Jauja ó Mantaro, habitan hoy las granjas del Potrero y de Jaramillo, que dominan el valle de Santana, pero reducidos á la condicion de ilotas, y embrutecidos por el uso inmoderado del tafia. El contacto de un siglo con la casta mestiza ha desnaturalizado en ellos el tipo primitivo, y sus facciones aplanadas no recuerdan ni re-

(1) Montaña de la Sal.—Así llamada á causa de una veta de sal gema que la surcaba horizontalmente en una longitud de tres leguas en la parte del sudoeste, de cuatro en el nordeste, y de una anchura de noventa piés. La celebridad aurífera de que gozaba injustamente esta montaña, mas bien que la veta de sal que contenia, atrajo muy pronto á los conquistadores españoles, y despues á los misioneros.

motamente el perfil de los Antis-Quechuas de que son descendientes. Un recuerdo de su orígen, del cual no han creido deber desprenderse, consiste en pintarse las mejillas de azul ó negro, trazando dibujos que se asemejan bastante á las letras chinas de una caja de té.

Tres horas habian trascurrido desde que estábamos en observacion en la cima del Melchor, al cabo de las cuales Pedro Leroux preguntóme por qué camino íbamos á ganar las orillas del Apurimac y á proseguir nuestro viaje.

—El viaje ha terminado, le dije; esos cerros de allá abajo que veis á la derecha, y hácia los cuales se dirige nuestro rio, son los diques que le dividen en tres brazos en el sitio donde se une con el Quillabamba-Santana. Hablo aquí pertinentemente, porque he tenido ocasion de pisar los guijarros de sus orillas, durante una de esas noches que no se olvidan jamás.

—Entonces, decidme, ¿por qué habiéndole visto ya una vez venís hasta aquí para examinarle de nuevo?

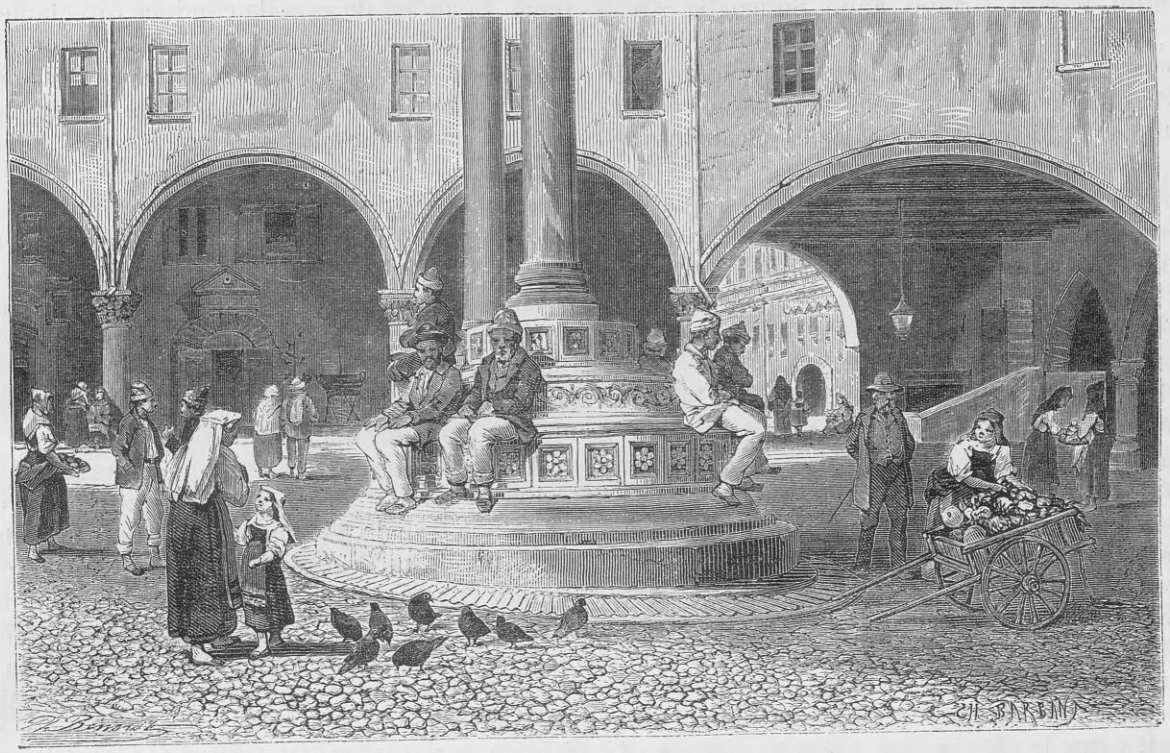
—¡Ah! hé aquí la cuestion. En mi travesía por este continente no habia trazado el curso del Apurimac, sino á partir de su confluencia con el Santana; y tenia tanto mas empeño en completar mi obra, tomando este rio desde su nacimiento y siguiéndole hasta el punto que veis, cuanto que ningun viajero habia dado á conocer aun del todo el curso del Apurimac-Amazonas. Ahora está lleno el vacío; y como vendrá un dia, si no ha llegado ya, en que los vapores circularán por el gran rio que yo recorrí en piragua, y en que los trenes de la via férrea trasportarán cómodamente á los viajeros á través de otros bosques, por los cuales he debido abrirme paso penosamente, he querido escribir mi nombre el primero para manifestar al público lo que hice, antes que la civilizacion haya paseado su carro por este país, desnaturalizando su primitiva fisonomía. Y ahora, amigo mio, marchemos, pues nada nos queda que hacer aquí.

Dicho esto, saltamos de nuestro pedestal para bajar de la pendiente del Melchor con la velocidad de las piedras que ruedan. Era llegada la noche cuando cruzamos la zona de las gramíneas, fácil de reconocer por los rastros de ceniza blanquizca que dejó el incendio causado por nosotros. Acampamos á la luz de las estrellas como mejor nos fué posible, cenando mas ó menos mal; y cuando rayó el dia nos despedimos del Melchor para proseguir nuestra marcha. A los dos dias llegábamos á la hacienda del Cascabel, donde nuestras patronas, que no esperaban vernos tan pronto, nos dieron el mas sincero parabien por haber llevado á buen fin un viaje que, segun ellas, no podia menos de causarnos grandes molestias.

A pesar del placer que pudiera causarnos permanecer en compañía de la excelente madre y de su encantadora hija, solo pasamos algunas horas bajo su techo; y despues de despedirnos afectuosamente, tomamos el camino de Soncospata. El puente de madera de Chahuillay nos permitió cruzar el Quillabamba; y una vez en el valle de Santana, cuyos hacendados eran amigos mios, no faltó lecho y buena mesa durante los tres dias que empleamos en remontar el valle hasta el puerto de la Cordillera. En la mañana del cuarto dia, descendíamos por la rampa de Habaspampa, y en la tarde del mismo nos detuvimos en medio de la pampa de Anta, para estrecharnos la mano y despedirnos, porque nuestro itinerario seria desde allí diametralmente opuesto. Pedro Leroux iba á costear la Cordillera hasta Lampa, para bajar despues por el oeste hácia el valle de Tambo y las orillas del Pacífico, haciendo así un viaje de ciento veinte leguas. Yo no debia recorrer sino dos para llegar á Cuzco, cuya masa rojiza se perfilaba en el horizonte de la pampa.

En los tres meses que habíamos vivido juntos, cada cual de nosotros contrajo costumbres con las cuales le costaba romper: Pedro Leroux se mostró muy sensible; el recuerdo de la pérdida de su fortuna, del que le distrajeron las peripecias del viaje, le acosó de nuevo y parecióle mas amargo, al reflexionar en el aislamiento á que le condenaba nuestra separacion. La promesa que le hice de ir á visitarle á fin del año reanimóle al parecer un poco; y por su parte prometió escribirme una vez al mes para tenerme al corriente de sus proyectos y esperanzas. Sin embargo, trascurrieron nueve meses sin recibir una sola carta de él; bien es verdad que al terminar el año, habia olvidado tambien la promesa hecha á mi compañero, pues en vez de marchar á Tambo, exploraba los alrededores del lago de Titicaca. ¡Así va el mundo! ¡Así pasan las simpatías y amistades que nos ofrece! Dos personas se encuentran, congenian, se aman, quisieran vivir siempre juntas; y sin embargo, sepáranse luego, y no tardan en olvidarse. ¡Explique quien quiera esa inconsecuencia y versatilidad que caracterizan los sentimientos de la especie humana!

FIN DEL VIAJE AL VALLE DEL HUARANCALQUI Y REGIONES DEL PAJONAL



En la plaza mayor de Rávena.— De una fotografía

DE RAVENA A OTRANTO

POR

M CARLOS IRIARTE

I

Plan del viaje.—Rávena.—Su aspecto.—Ojeada sobre la historia —Los monumentos correspondientes á los periodos históricos.—Los romanos.—Los godos.—Los griegos.

No sé por qué casualidad, por qué concurso de circunstancias, por qué *combinazione*, como dicen los italianos, no he cruzado jamás los Alpes sino en invierno ó en otoño. El mes de mayo es delicioso en Paris; apenas se ha extinguido el invierno; aun seduce el grato aliciente de las relaciones del mundo, y el boulevard tiene encantos indecibles: los árboles, desde la Magdalena hasta los teatros, presentan un delicado color verde que alegra el corazon; el bosque de Boloña se reviste de follaje; las parisienses ostentan ya telas claras; las amazonas pasan rápidas como el viento, para ir á disputar el gran premio; el verano ha llegado sin que se piense en él; y es ya demasiado tarde para ir al país del sol.

Este año entro en Italia, por la décimaquinta vez, en los primeros dias de la primavera; y cuanto miro alegra la vista: las inmaculadas nieves cubren los picos; en todas partes se siente el dulce calor de un sol benéfico, bajo cuya influencia se forman mil arroyos y cascadas, que resolviéndose en blanca espuma corren por los flancos de la montaña sombría; en los valles se revisten los árboles de flores; y las llanuras se cubren de una vistosa alfombra. Los declives de la vía férrea parecen alamedas floridas; en los prados crece la avena á gran altura; las verdes espigas de trigo se inclinan suavemente al soplo de la brisa; por la noche brillan á millares los gusanos de luz; y aseméjanse los campos á las ondas fosforescentes de un tranquilo mar. Siéntese en el aire no sé qué embriaguez; es la fiesta de la naturaleza, es el mes de mayo, es la estacion de las flores.

Me pongo en camino para efectuar en seis semanas una excursion cuyo relato, apoyado en documentos que son dibujos, podrá ofrecer verdadero interés á los lectores. Me dirigiré desde Paris á Bolonia, y luego á Rávena; una vez aquí, seguiré la orilla del golfo, desde esta ciudad hasta la punta del tacon de la bota italiana; veré

Rímini, Pésaro, Urbino, Fano, Sinigaglia, Ancona, Bari, Barletta, Pescara, Brindis, Foggia, Lecce, y por fin Otranto, la «Città dolente.» En cada una de estas ciudades me detendré para estudiar la historia, bosquejar la parte pintoresca, y visitar los monumentos, procurando dar á conocer las grandes personalidades que han honrado aquella region, y la brillante corte que la ilustró en otro tiempo. Describiré el carácter de la poblacion: registraré las bibliotecas, y me esforzaré por reunir todos esos folletos tan preciosos para la historia local, y tan difíciles de adquirir, debidos á los sabios y modestos bibliotecarios, archiveros, arqueólogos y escritores, que se ocultan en estas ciudades poco visitadas, huyendo de la ruidosa publicidad, para permanecer casi siempre en un retiro, mas adecuado á sus gustos y á su genio.

El aspecto de Rávena no tiene ese carácter sombrío con que la imaginacion parece complacerse en revestirle: cierto que las calles están desiertas; que la proporcion de las casas es colosal; y que la vida parece haberse retirado de un centro floreciente y rico en otra época; pero la ciudad es clara y limpia, y hállase en buen estado de conservacion. Al salir de Bolonia, llégase por una pequeña vía férrea de interés local, que se une en Castelbolognese con la línea de los caminos meridionales; y cuando se quiere continuar el viaje hácia el Mediodía, es preciso retroceder.

Situada en otro tiempo en los pantanos, á orillas del Adriático, Rávena tenia cerca de sus puertas un gran puerto militar, que durante cuatrocientos años, desde Augusto hasta Honorio, recibió la flota romana: muy cerca se extienden grandes bosques de pinos que servian para las construcciones navales. Despues se retiró el mar poco á poco, solidificáronse las orillas, y el recinto de la ciudad romana se halla hoy á seis kilómetros del Adriático: se puede juzgar de ello por las ruinas de las murallas antiguas y por las del puerto muy visibles aun en Classe. En cuanto á los pinares, todavía existen: en una longitud de veinticinco millas, extiéndese hasta las antiguas salinas de Cervia la famosa SELVA, que ha llegado á ser clásica, aunque carece del carácter que la imaginacion del viajero presta sin vacilar al sombrío bosque cantado por Dante.

La ciudad está circuida aun de murallas: se han derribado los bastiones, situados entre la Rocca, fortaleza de la parte del mar, y la puerta Alberoni, una de las seis que sirven de entrada, á fin de poner al alcance de la dársena la estacion de la vía férrea que forma la cabeza de la línea. El anden de aquella conduce directamente al corazon de la ciudad, á la plaza Mayor, que tiene todo el carácter de las plazas venecianas, con sus dos magníficas columnas de granito sostenidas por pedestales escalonados que tienen por adorno ricas esculturas, con las estatuas de San Apolinario y San Vital. Esta primera plaza de Rávena previene desde luego al viajero en favor de la ciudad; es ancha y grandiosa, y á pesar de la restauracion moderna de la casa Ayuntamiento, que cierra la plaza, reconócese que se penetra en el campo de la historia. El pórtico, de columnas de granito, y que limita uno de los lados inferiores de la plaza, es de la época de Teodorico, y tiene su monograma, muy legible, y esculpido con arte; algunos frisos de magnífico trabajo adornan el contorno de estos arcos, preciosos vestigios históricos; y las dos columnas cuyo pedestal dibujé indican la dominacion de los venecianos: fueron erigidas por ellos en 1483, y ostentan orgullosamente en la base el nombre de uno de los mas admirables artistas que ha producido la Italia del siglo XV, de Pietro Lombardi. El gran maestro se complació en esculpir en cada una de las caras de los polígonos que elevan estas columnas unos encantadores bajos relieves que tienen toda la finura y gracia de la escultura antigua; y por un capricho muy propio del Renacimiento, uno de los santos de mármol que hay en el cuerpo de una columna tiene en la cabeza un casco de bronce de exquisito trabajo, empuñando una arma del mismo metal, digna de figurar en cualquier rica armería. Una magnífica estatua de bronce que representa á Clemente XII, apoyada en las paredes de la casa comunal, completa el conjunto.

Semejante plaza es siempre el Forum de la ciudad, por escaso que sea el movimiento, y por ella puede sorprender las manifestaciones de la vida local el que va á Rávena por primera vez, y no sabe aun nada de las costumbres del país.

En los dias de mercado, la concurrencia es bastante numerosa; pero solo se ve allí el populacho, pues en toda la costa no hay una mujer, aunque sea de la clase media, que se permita ir al mercado; hasta hay ciertos puntos (un poco mas abajo, hácia Brindis) donde la presencia de una dama ante el puesto de un vendedor causaria una gran sorpresa; y por eso no vemos allí sino la poblacion de los contadini, multitud de aspecto lúgubre que en nada difiere de la de los campesinos italianos del Norte hácia Brianza, ó las ciudades del reino Lombardo Veneto. En cuanto á las fisonomías, aquel que las observe reconocerá un carácter perfectamente definido: las mujeres de las Marcas se distinguen por su

altivo continente, hay algo del Antonio de Mesina en el tipo de algunos de los personajes mas notables de la sociedad de Rávena. El tocado de las jóvenes, de aquellas que no copian las modas francesas ó milanesas, como es costumbre en la clase elevada, que destierra todo carácter local, recuerda de un modo singular, á cuantos conocen el sello de las grandes fisonomías de la numismática y de la pintura italiana, las Pomedello, las Pisanello, y las Piero della Francesca.

Doce mil habitantes en el recinto de los muros, y ocho mil repartidos en dos arrabales, ocupan una superficie que puede muy bien contener de cincuenta á sesenta mil, de lo cual resulta que la ciudad parece vacía y desierta, y que las calles son tristes y solitarias á pesar de su claridad y su aseo. Los monumentos, conventos, claustros y palacios son enormes, con planos y proporciones colosales; y si se quiere vagar á la ventura, como debe hacerlo todo viajero, entrar sin temor acá y allá, en los grandes pórticos, en los patios y cuarteles, recorrer los jardines, y, en una palabra, penetrar todos los misterios de las calles y callejuelas de la ciudad, se experimentará el mayor asombro ante aquella inmensa proporcion de las construcciones, las cuales recuerdan algunos de los edificios romanos de los siglos XVI y XVII, y que no están ya en relacion con nuestra sociedad. Algunos palacios, sencillos por sus líneas, ofrecen magnífico aspecto; pero su belleza consiste mucho mas en esas enormes dimensiones que en el gusto de la ornamentacion ó en su esplendidez. Allí viven aun algunos de los representantes de las grandes familias, cuyos nombres leemos en cada página de las *Crónicas de Rávena*. Me han dicho que habia en la ciudad cierto movimiento social, pero yo no he podido reconocerlo; no he visto el público, y hasta los teatros estaban cerrados. Estos últimos son bastante buenos; mas ya se comprenderá que Rávena no puede sostener todo el año una compañía dramática ó lírica.

Se iba á inaugurar en la plaza de la Estacion la estatua de Farini, que es hijo del país, y para esta circunstancia debia abrir el teatro sus puertas. El único casino de la ciudad, donde fuí presentado con la mas perfecta cortesía por el conde Césare Rasponi, y donde hallé una sociedad muy escasa aunque de lo mas escogido, ocupa la pequeña habitacion de un piso bajo, en el fondo de un estrecho corredor, y si se quiere café se debe pedir al café inmediato. Esta sencillez no tiene nada de particular, y hasta es uno de los grandes encantos de Italia, donde se vive á la *buona;* pero formaba extraño contraste con el esplendor de los nombres históricos de los personajes que allí estaban. La elevada distincion y agradable desenvoltura de los indivíduos que suelen concurrir al pequeño cenáculo bastan para inspirar desde luego franqueza al extranjero, á quien se da una gran prueba de aprecio al ofrecerle aquella intimidad.

En Rávena, como en la mayor parte de Italia, el café figura de un modo importante, y sobre todo el de la plaza Mayor: los dias en que toca la música, el paseo está bastante animado; los oficiales italianos, siempre elegantes, y de agradable presencia, forman fila, y presencian el paso de los grupos que van y vienen por espacio de una hora. Las jóvenes siempre delante, pasean de tres en tres; menudean los saludos y se traba conversacion: es el espectáculo que ofrecen todas las plazas italianas; y por mas que se diga, no sé qué semejanza de aspecto ó de atmósfera me hizo pensar en una tarde pasada bajo las mismas circunstancias junto á una mesa de café de la pequeña ciudad dálmata de Sebenico.

En Rávena hay dos hoteles: el *Aquila d'oro* y *San Márcos:* yo elegí este último. Poco tiempo antes, el emperador del Brasil habia pasado allí algunos dias, y segun la moda italiana, ya se habia colgado en la escalera, junto á una serie de blasones reales, el escudo del Brasil, con una pomposa inscripcion que enumeraba los raros méritos y la ciencia del noble visitante. A pesar del gran concurso de extranjeros que se dirigian entonces al Vaticano por el Jubileo, el hotel estaba desierto, y solo me hizo compañía un inglés, un distinguido caballero, que el dueño del hotel, que me protegia mucho y me explicaba la historia de la ciudad, se obstinó en presentarme como un almirante de gran renombre. Mientras yo buscaba folletos, fotografías y dibujos, el insular franqueaba distancias, y era tan extraordinario andarin, que volvia al hotel con la mayor tranquilidad, y cual si nada hubiera hecho, despues de correr cuarenta ó cincuenta kilómetros. Una noche, como llegase á cenar algo tarde, habiendo salido á primera hora de la mañana, confesóme que aquel dia habia pasado de su regla, recorriendo veinte leguas durante su jornada. Al oir esto me avergoncé un poco de mi indolencia, y al otro dia anduve con algun trabajo tres leguas, de lo cual estoy orgulloso aun hoy.

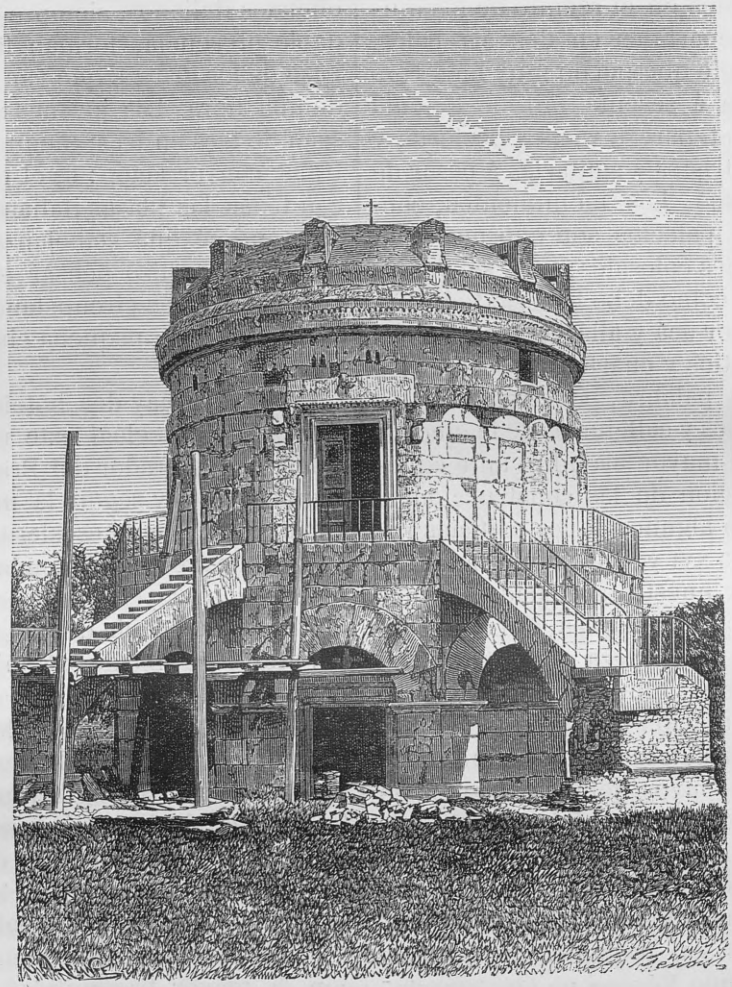
Fuera de las reuniones del pequeño club y de su simpática sociedad, de la cual no quise abusar, por lo mismo que la intimidad era mayor, las noches me han parecido largas en Rávena. Andaba mucho por las calles, y jamás ví tantos peluqueros; su número no es de ningun modo

proporcionado con el de la poblacion; y cada tienda parece un saloncito, donde todas las noches van á reunirse los clientes. Allí, lo mismo que en un club, se tocan todos los asuntos durante la conversacion; unos largos divanes de cuero permiten á los parroquianos agruparse, y el artista, siempre de pié, con sus tijeras en la mano, gesticula á menudo con violencia, olvidándose del paciente, para dirigir un argumento sin réplica á un partidario de Nicotera ó del general Mezzacapo.

II

Los monumentos del período romano.—Classe.—Cesárea.—La Rávena antigua

Si Rávena ofrece pocos recuerdos al extranjero acostumbrado á residir en las grandes ciudades, tiene en cambio prodigioso atractivo para

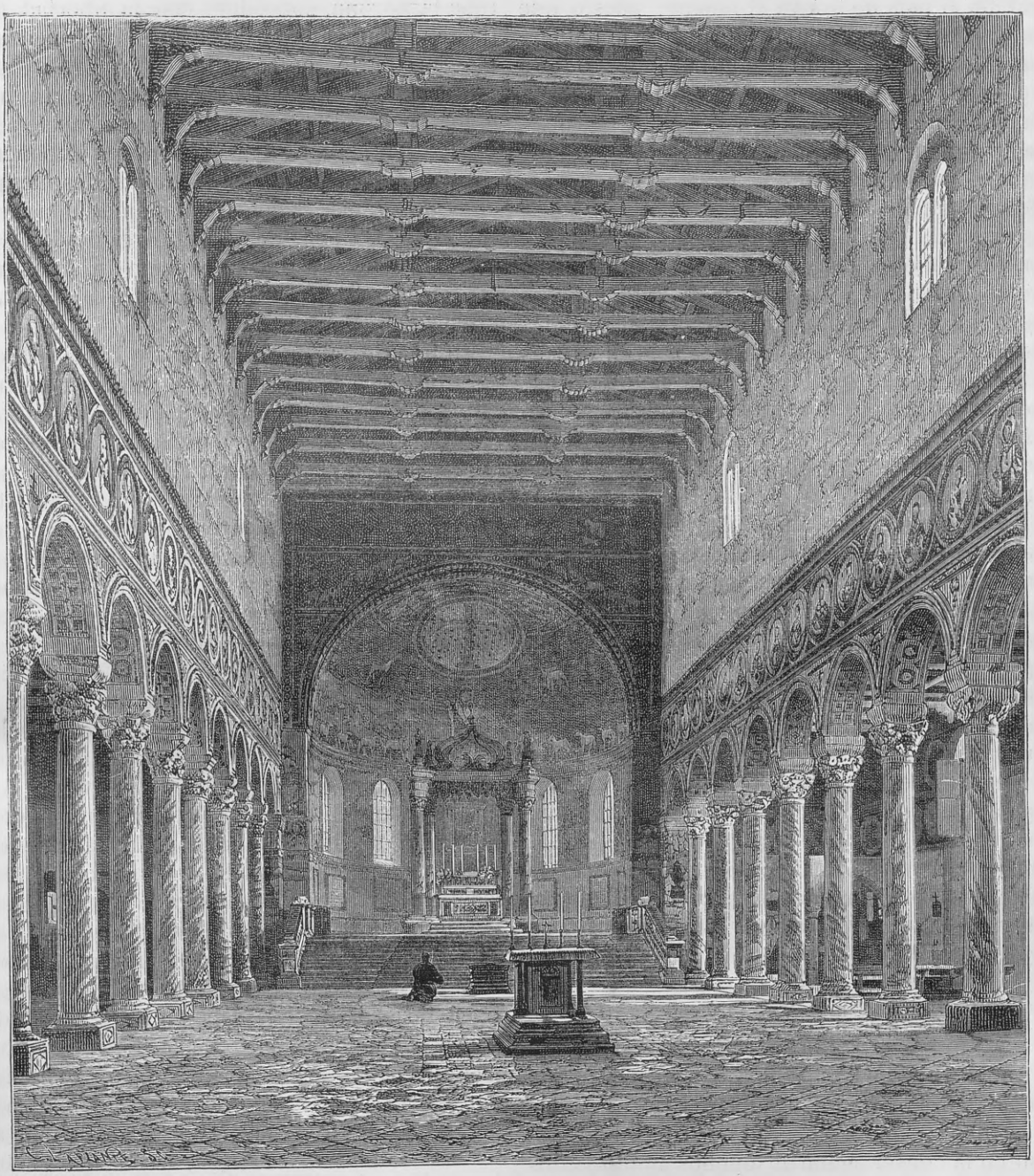


Santa María de la Rotonda: tumba de Teodorico.—De fotografía

aquellos que se interesan en las cosas históricas. No es mucho decir que en este colosal museo italiano, donde cada ciudad tiene su época, cada piedra su recuerdo y enseñanza, Rávena figura como una de las mas fecundas para el estudio. La ciudad ha tenido una importancia política que la señala en la historia un lugar separado junto á las mas augustas, y lleva en sí el testimonio de esa supremacía por sus bien conservados monumentos y sus numerosos vestigios. A cada paso se encuentran las huellas del poderío de los emperadores de Occidente y de los reyes godos, de esa época intermedia que ocupó un lugar entre la antigua y la Edad media.

Difícil es hallar en Rávena ó en sus puertas testimonios auténticos del período romano que comienza en Augusto y termina en Augústulo. Acompañado de un amable y erudito cicerone, el profesor Dato Marini, hice una excursion á Classe para buscar los vestigios de ese gran puerto militar de los romanos, el segundo del imperio (el primero era Misena), donde se reunian, al decir de los historiadores contemporáneos, doscientos buques de guerra, que en un momento dado podian levar anclas y dirigirse hácia Epiro, Macedonia, Acaya, Propóntide, el

Ponto, las islas de Creta y de Chipre, y en una palabra, á las colonias de Oriente. Ya se comprenderá lo que era aquella estacion naval, á juzgar por la descripcion circunstanciada que Estrabon nos ha dejado; pero prescindiendo del perímetro exacto del faro descrito por Plinio, que se encuentra viniendo de alta mar, no se hallan los arsenales, ni los almacenes y cuarteles de las tropas, ni el plano de los grandes establecimientos marítimos fundados por Augusto.



La basílica de San Apolinar in Classe.—De fotografía

Contábanse tres ciudades en la desembocadura del Ronco, el rio de Rávena: Classis, Cesárea y Rávena, que se comunicaban entre sí, constituyendo un vasto conjunto defendido por fosos profundos que alimentaba el Ronco (entonces el *Bedesis*), aumentado con las aguas del Pó, mandadas conducir por órden de Augusto á través de un canal que cruzaba la ciudad, y al que se dió el nombre de *Fossa Augusti*. De todo esto no queda vestigio; se ha desviado el Ronco, cuyo curso no es ya el mismo, y como los movimientos de terreno han cambiado, como se terraplenaron los lechos y se excavaron las llanuras á fin de oponer diques al desbordamiento de los

rios Roncone y Moncone, es preciso atender á los nombres que se han conservado, y que perpetúan la tradicion de la existencia de los antiguos establecimientos de los romanos en estos mismos sitios.

¿Cómo extrañar por otra parte que el aspecto de todo el país no sea ya el mismo, puesto que se tendió constantemente á cambiar la naturaleza de la ciudad, solidificando su suelo? Al principio de la historia, segun dice Estrabon, era una ciudad construida sobre una estacada, por donde cruzaban varios canales; y la marea subia á gran elevacion, como en la laguna. Ya en el siglo VI, cuando Jornandes describió la ciudad, no existia el puerto. «En el sitio donde se hallaba, dice el escritor, se ven inmensos jardines llenos de árboles.» El levantamiento de las costas del Adriático ha modificado tambien todas las cosas, como es natural; y este hecho no es nuevo, pues ha ocurrido ya en el siglo VI; Jornandes y Procopio se confirman en este punto, y hablan de fondos bajos, que se extienden á treinta estadios (1), obligando á los navegantes á rodear mucho.

Dos monumentos, sin embargo, que aun se conservan en pié en una soledad donde no hay una sola casa, y respetados por los bárbaros que van á saquear á Rávena, indican claramente el perímetro de Classe: son la gran basílica de San Apolinar in Classe, y la pequeña iglesia de Santa María in Porto Fuori. La primera se elevaba en Classis, una de las tres ciudades destruidas por Luitprando el Lombardo, en 728; y la segunda en Cesárea. Como nos atenemos aquí á seguir el órden cronológico, digamos desde luego que estas dos construcciones religiosas son posteriores á otras que existen aun, admirablemente conservadas en el recinto de Rávena, y que han sufrido menos transformaciones.

III

La tumba de Galla Plácida y el período de los godos

Ruego al lector se fije en un hecho principal que arrojará viva luz sobre la arquitectura y las artes de este período, y que explica al propio tiempo la conservacion de muchos monumentos de los godos en el suelo italiano.

Hubo una *fusion* entre aquellos que llaman los *bárbaros* y los romanos de fines del siglo V: el matrimonio de una hermana de un emperador de Occidente con Atolfo, cuñado de Alarico, es ya un hecho que lo prueba; además, Odoacro, primer *rey de Italia*, que sitia á Rávena y suprime el imperio de Occidente, no es uno de esos conquistadores llegados de regiones lejanas á la cabeza de sus hordas para asolar un imperio: es *jefe de la guardia de Rómulo Augústulo*, el último emperador. Hérulo ó escita de nacimiento, en vez de condenar á muerte á aquel á quien roba la corona, concédele con la libertad una tierra en Campania, y una considerable pension. Por otra parte, entre Atila y Odoacro hay una diferencia, y es que el uno viene como conquistador feroz, mientras que el otro impele á los soldados que tiene á sus órdenes á deponer á su soberano, haciéndose proclamar despues por ellos. Así, pues, leyendo atentamente la historia, se llega á considerar como resultado de un *pronunciamiento* el hecho enorme de la dominacion de un bárbaro en Rávena, y la caida del imperio en Occidente.

En una de las extremidades de la ciudad, encerrado por el muro que le sirve de recinto (Mura di Porta Serrata), y en los jardines mismos del antiguo convento de San Vitale, elévase el mausoleo de la emperatriz Galla Plácida, monumento construido por ella en el año 440, y tan bien conservado como se puede esperar, tratándose de una construccion que data de mas de catorce siglos, que por sus pequeñas proporciones no se debia librar de la cólera de los hombres y de los ultrajes del tiempo.

Generalmente se visita la basílica de San Vitale, antes de entrar en la tumba de Plácida: el guardian nos invita á costear un muro estrecho, y empuja una puerta que da entrada á un vasto recinto plantado: es el jardin del convento. Antes de pasar del umbral, se ve á la derecha de la callejuela una iglesia abandonada, la de Santa Croce, que tambien fundó la emperatriz; pero reedificada varias veces completamente desde aquella época. Esperamos encontrar algun fragmento de interés arqueológico en Santa Croce; mas no ofrece verdaderamente ningun vestigio de su curioso orígen. Un pequeño *pronaos*, del cual no se ha descubierto hasta 1865 el plano y dos de las columnas, elevábase en otro tiempo delante del mausoleo de Plácida y completaba el monumento. Hoy dia se ve desde luego; su forma es la de una cruz, las paredes lisas, la bóveda central presenta la figura de un asa en el punto de interseccion, y las de los lados afectan la de cuna. Por unas pequeñas y estrechas barbacanas se ilumina la parte superior, y mas arriba hay otras ventanas que dan paso á la luz y al aire; pero entre el suelo actual y el pavimento del quinto siglo existe la diferencia de un metro cuarenta y tres centímetros, lo cual cambia completamente, como es natural, la proporcion

(1) Medida de ciento veinticinco pasos geométricos.

del monumento. El suelo del *pronaos* era á su vez treinta centímetros mas bajo que el del interior de la tumba, sin duda para evitar la filtracion de las aguas, que es el azote de los monumentos de Rávena, situados á menudo debajo del nivel de aquellas.

El sarcófago de la emperatriz está dispuesto en el brazo vertical de la cruz, paralelamente al muro, pero hay un ancho espacio vacío entre él y la pared; de modo que se puede dar la vuelta alrededor. La parte anterior, sin embargo, queda oculta por un magnífico altar de alabastro oriental, altar mayor arrancado á San Vitale, y que sostenia en sus cuatro ángulos columnas de verde antiguo, conservadas en la basílica. El sarcófago es muy alto, y de imponente volúmen, que excede en mucho al del altar. Sostenido hoy sencillamente por cuatro pequeños frontones de ángulo, estaba cubierto de láminas de oro y de los mas ricos adornos de metal; pero ya en tiempo de Odoacro fué despojado.

Consérvase aun hoy una tradicion, justificada por las dimensiones de la tumba, segun la cual, el cuerpo de la emperatriz, cubierto de sus régios ornamentos, reposaba como en una urna sentado en su trono, en el interior mismo del sarcófago. En los dias de San Nazario y de San Celso se iba en peregrinacion á la tumba; y era para el pueblo un espectáculo digno de ver aquella momia imperial, pintada, dorada, y revestida de alhajas, y encerrada en su celda de pórfido. En 1577, un imprudente diácono quemó la reliquia al acercar un cirio. Sin aceptar esta leyenda, que el guardian nos refiere, las peripecias de la historia de Rávena en el siglo XVI son tales, que no se debe extrañar que la tumba esté vacía hoy. Lo mas curioso es que la dominacion de los hérulos y de los lombardos haya dejado subsistir esta tumba. La majestad de la muerte y el recuerdo de la union de Plácida con un rey visigodo habrán bastado tal vez para protegerla.

A derecha é izquierda, otros dos sarcófagos muy macizos, pero de grandioso carácter, que recuerda el arte romano, contienen ó encerraban restos del emperador Honorio, hermano de Galla Plácida, y los de Valentiniano III, su hijo. Su segundo esposo, Constancio Augusto, se halla en la entrada de un cuarto sarcófago mas deteriorado. Todas las paredes, sin ningun relieve ni molduras, están adornadas de magníficos mosaicos que figuran un velo sembrado de estrellas y suspendido en la parte central de la bóveda. Unas grandes figuras de santos, brillantes frisos, fondos de oro y combinaciones decorativas de admirable lujo, contribuyen á que esta tumba, restaurada, es verdad, pero que se conserva muy bien con piadosa solicitud, sea un verdadero santuario del arte de los primeros tiempos cristianos. El carácter de este monumento tiene sin duda algo de bárbaro, pero todo rico, grandioso y brillante; el lujo de la materia ha sustituido á la pureza de la forma; ya no se ve nada de ese maravilloso gusto de los griegos antiguos y de sus émulos los romanos que sabian sacar una Vénus de una piedra inerte y sin valor, imprimiendo á una vil materia exquisita forma, por la que era sagrada para las generaciones; pero ahí está todavía el arte, y lo que es mas admirable aun, el arte que refleja una época en que los últimos romanos se unieron con los primeros reyes bárbaros.

La vida de esa Galla Plácida, hija, esposa y madre de emperador, es á la vez un drama y un romance; y es preciso evocar su imágen frente á su tumba.

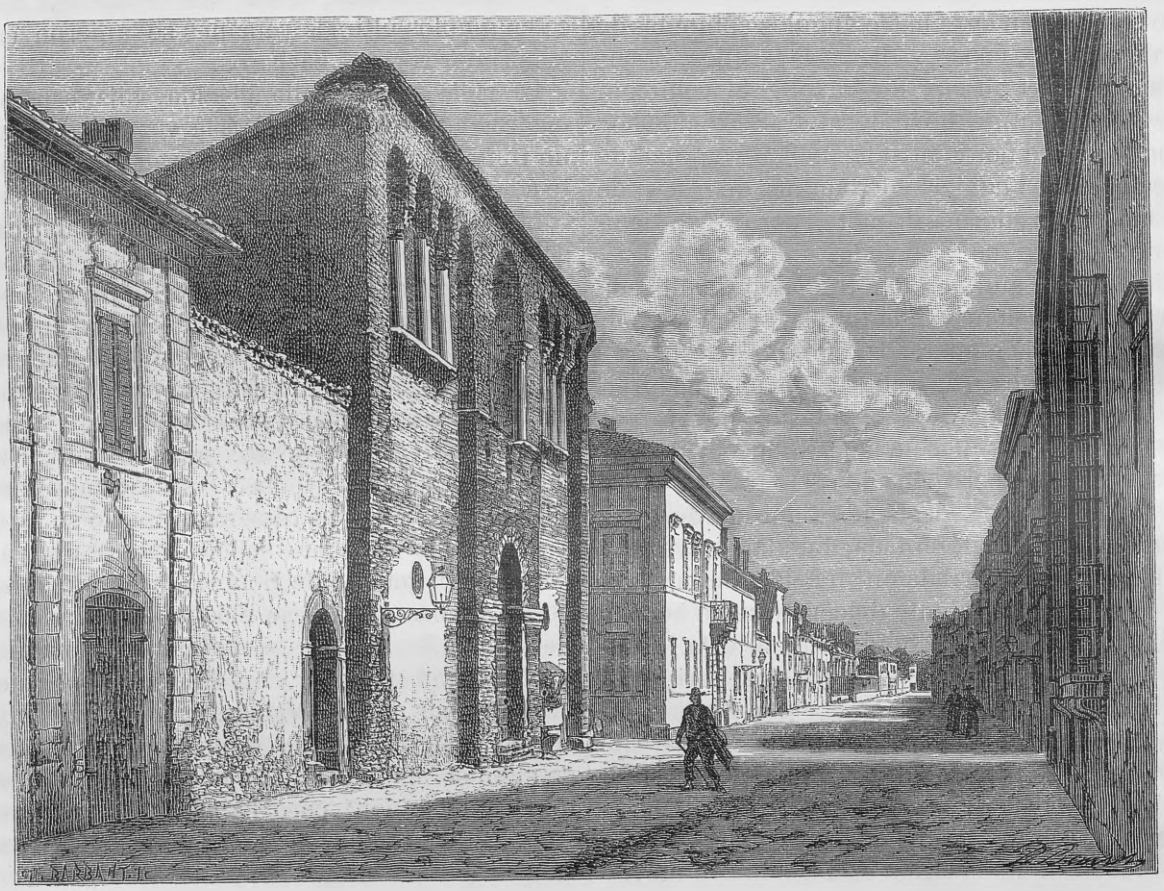
Llegada de Constantinopla á Roma, habia caido dos veces consecutivas en poder de los visigodos, quienes la retuvieron prisionera; la segunda vez, hallábase en poder de Atolfo, cuñado de Alarico, y sucesor suyo. Los historiadores antiguos dicen que era seductora y de ademan majestuoso; fascinó al rey bárbaro, y habiéndose ofrecido este como esposo, supo introducir en su corte el lujo de Oriente y las costumbres civilizadas de las cortes romanas. Muerto su esposo, su propio hermano solicitó que se uniera á Constancio, general de Honorio, asociado al imperio. El casamiento se efectuó en 417; en 418 Galla dió á luz, en el mismo Rávena, una niña que se llamó Honoria, y en 419 un niño á quien pusieron por nombre Valentiniano, el cual debia suceder á su tio Honorio. Galla vivió por espacio de algunos años en la corte de su hermano, en una íntima union; pero habia conservado una especie de guardia de honor de jefes bárbaros afectos á su marido Atolfo; y muerto Constancio, viuda una vez mas, rodeóse de familiares de su segundo esposo, lo cual desagradó á Honorio, quien la expulsó de Rávena, desterrándola de Italia. Entonces se refugió en la corte de Constantinopla, preparando así, por su residencia cerca del emperador de Oriente, la confirmacion de sus derechos. Muerto Honorio, favoreció al clero, quien tomó parte en su causa, y despues de muchas luchas, pudo ver al fin á su hijo ocupar el trono bajo el nombre de Valentiniano III, pero conservando para sí la tutela de aquel príncipe, que solo tenia siete años. Su hija llegó á ser una cortesana real, y su hijo un soberano sin energía. En medio de los desbordamientos de los bárbaros, Galla representaba la civilizacion, protegida por su rango, su carácter y ener-

gía, y el recuerdo del cuñado de Alarico. Murió en Roma el 27 de noviembre del año 450; y Valentiniano, cumpliendo con los deseos de su madre, hizo embalsamar el cuerpo y sepultarlo en el pequeño monumento fúnebre que mandó erigir en vida, el mismo donde acabamos de entrar.

IV

El palacio de Teodorico.—Su tumba

De Teodorico tenemos en Rávena tres recuerdos palpables, tres testimonios que aun se conservan en pié: su nombre resplandece con el mas vivo brillo en esta ciudad, donde sus sucesores lombardos fundarán una dinastía que durará mas de dos siglos sin que se consiga borrar la huella del paso de los ostrogodos. En primer lugar figura el pórtico de la plaza principal, la Piazza Maggiore, que se distingue por sus arcos rebajados: en el siglo último, ocho columnas de granito formaban allí siete arcos de grandioso carácter; pero algun legado pontificio, deseoso de dotar á la ciudad de un palacio que sirviese de residencia al gobierno, mandó der-



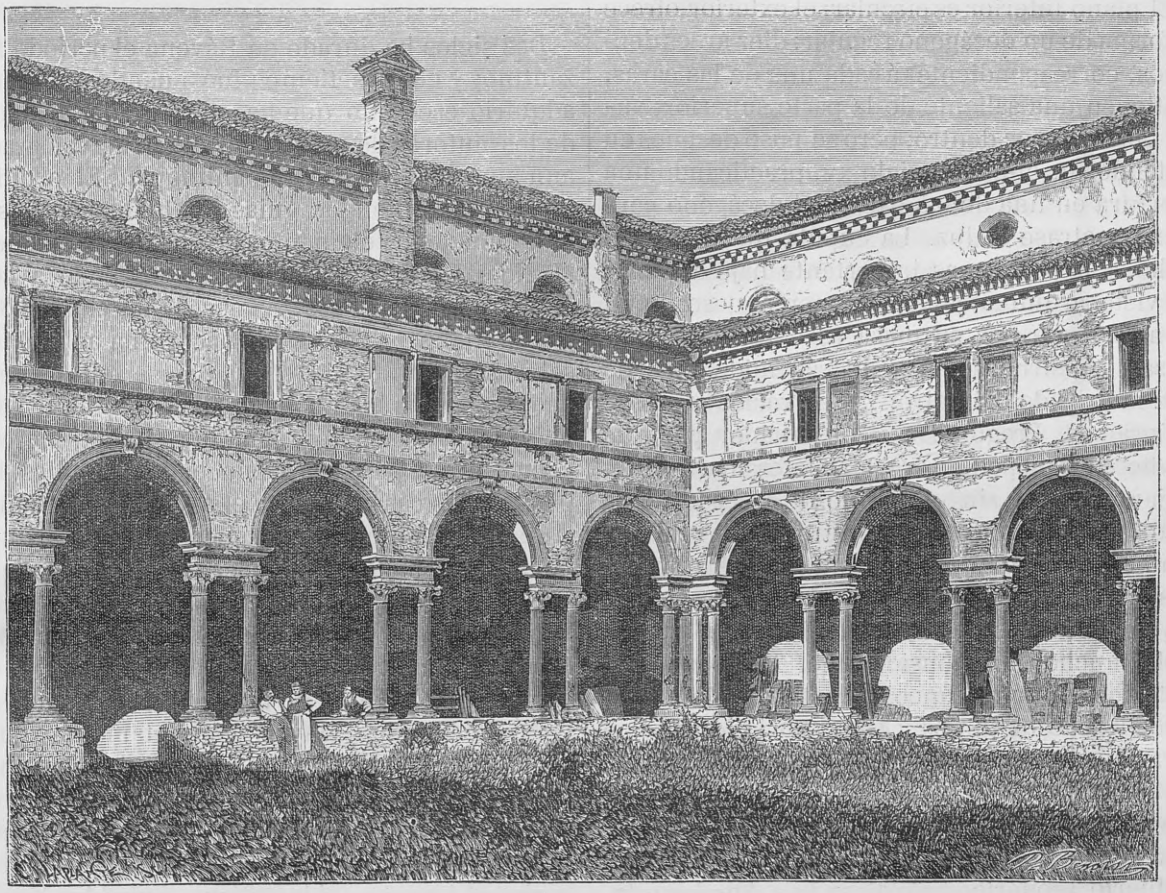
Restos del palacio de Teodorico, en Rávena.—De fotografía

ribar los tres primeros. Estos arcos hacian probablemente las veces de pórticos de los foros romanos; eran la expresion de las costumbres romanas traducidas en letra gótica, con esas formas tomadas del arte griego, que hacian presentir la época de los Bizantinos. Teodorico podia muy bien adelantarse á los griegos fácilmente, puesto que habia vivido en Constantinopla, y que, hombre de genio, aunque bárbaro, tomó de Bizancio el lujo y buen gusto de sus artistas, y hasta los arquitectos que iba á emplear en Rávena. El último arco de la derecha, el que sirve de apoyo al ángulo de la fachada de la Casa-Ayuntamiento, es de un plano oblícuo, y da paso á la calle que conduce al burgo por la puerta Sisi; pero en tiempo de Teodorico, la multitud seguia este camino para ir al templo de Hércules, restaurado por este rey godo, que conservaba los monumentos romanos en vez de destruirlos. El monograma de Teodorico se lee en los chapiteles esculpidos á gran relieve; magníficos frisos bordean la parte exterior del arco, bien conservado aun; pero cuyos ornamentos parecen mas pesados por las reparaciones que han sufrido.

El palacio de Teodorico existe tambien; pero por lo que se da á la construccion misma, no

representaba sino las obras *avanzadas (avanzi del palazzo)*. Convertido en convento por los franciscanos, este palacio ocupa el ángulo de la via que conduce á la puerta Alberoni, donde se extienden inmensos verjeles, á los cuales da el convento de San Juan Evangelista, la iglesia de San Apolinar Nuevo y los Franciscanos. Estos jardines cubren actualmente por sí solos los restos del plano que debia ser inmenso. Si el viajero se atiene á lo que ve, es decir, á un muro bastante trivial, con ocho pequeñas columnas antiguas, que forman fachada al corso Garibaldi, frente al palacio del simpático conde César Rasponi, nuestro cónsul en Rávena, experimentará sin duda una decepcion. El arqueólogo puede, sin embargo, seguir el perímetro, reconocer aquí y allá vestigios del rico mosaico del pavimento, y darse cuenta de las destrucciones ocasionadas por los monjes.

Por otra parte, al entrar Cárlo-Magno en Rávena se llevó los mármoles preciosos y los adornos, mandando trasportarlos á Francia; mas tarde, en 1500, bajo la dominacion veneciana, se encontró en el muro una magnífica pila de



Claustro de San Vitale.—De fotografía

pórfido, bañera de alguna terma ó palacio de los romanos; y los proveedores de Venecia (lo cual es indisculpable en los patricios del Renacimiento), considerándola como el sarcófago de Teodorico, propagaron este error, dándole la autoridad de su nombre al grabar una inscripcion que aun se lee en la parte derecha de la fachada, debajo de la pila.

Las mas de las iglesias erigidas por Teodorico fueron reemplazadas por sus sucesores con nuevas construcciones, principalmente aquellas consagradas por dicho soberano á sus santos predilectos; pero el monumento único que lega su fama á la posteridad, es el que se designa hoy con el nombre de Santa María della Rotonda, y que no es otra cosa sino la tumba de Teodorico (véase el grabado de la pág. 392).

El monumento se eleva en un verjel, á pocos centenares de metros del puerto ó dársena, perpendicularmente á la via férrea que conduce á Castelbolognese; hállase aislado en los campos, y el nivel del suelo ha cambiado de tal modo, que en vez de dominar la llanura, á pesar de su elevacion, desaparece casi entre los árboles frutales que han crecido en algunos sitios. Hoy está en el fondo de una cubeta, y es preciso apoyarse en una balaustrada al nivel del primer piso si se quiere mirar los bajos; en fin, para colmo de

desgracia, algunas restauraciones poco inteligentes le han desfigurado mas. Era preciso excavar el suelo alrededor de la tumba en un contorno de cincuenta metros de diámetro, y llegar por suaves pendientes al suelo del piso bajo.

En cuanto á los dos contrafuertes que allí se ven, parecen hechos para dar entrada á la parte superior, mas bien que para arquear el conjunto arquitectónico sostenido por su propio peso: un simple espigon de hierro que hubiera servido de apoyo á los escalones no habria cambiado las líneas de la arquitectura.

El plano interior es circular; el exterior ofrece la forma de un decágono regular: diez arcos dentados, correspondientes á cada una de las caras, sostienen una saliente de la parte superior, vacía tambien por dentro; pero se puso despues en el fondo un altar del siglo xv, practicando una abertura en una de las caras del decágono para que penetrase la luz. La cúpula que forma el techo es la parte mas importante bajo el punto de vista arquitectónico, componiéndose de un monolito que por su masa recuerda las prodigiosas construcciones egipcias; mide mas de diez metros de diámetro, y pesa varios miles de kilógramos. Pregúntase el observador por qué medio se han podido trabajar tales masas á semejante altura sin el auxilio de las poderosas máquinas inventadas en nuestros dias, y de qué canteras procedieron. Sin duda se fué á buscar á Istria, en la orilla opuesta, toda aquella piedra, cuyo cubo, antes del corte, debia presentar una mole mucho mas considerable. El documento histórico contemporáneo que establece la autenticidad de esta tumba *(Anonymo Valeriano)* no permite admitir dudas: *Rex Theodoricus fecit sibi monumentum ex lapide quadrato et saxum ingentem quem superponeret inquirivit.*—Estamos frente al *saxum ingentem.*

Muerto Teodorico en 526, su hija Amalasunta, cumpliendo la voluntad de su padre, mandó llevar sus restos al monumento que él mismo erigió. Su reinado habia sido glorioso y útil; protegió las letras y las artes, y dió sabias leyes; bajo su gobierno, Rávena recobró la calma y el esplendor; y por un prodigio de sabia política, aquel soberano bárbaro consiguió la fusion del pueblo conquistador con el pueblo conquistado.

Catorce años despues, reinando Teodato y Amalasunta, las disensiones que estallaron entre la hija de Teodorico y su sobrino dieron por resultado el destierro de aquella á la isla de Bolsena, y despues su muerte, perpetrada por su mismo sobrino. Justiniano, emperador de Oriente, armándose con este pretexto, declara la guerra á los ostrogodos; Belisario, su general, pone sitio á Rávena; Teodato, depuesto por sus soldados, es sustituido por Vitiges; pero este es el golpe de muerte para la dominacion de los ostrogodos: Rávena es tomada en 540, y se expulsa á los godos; una colonia italiana viene á poblar la ciudad, y bajo la dominacion de los emperadores de Oriente, comienza esa forma de gobierno que tomó en la historia el nombre de *exarcado.*

V

Rávena en tiempo de los exarcas griegos —Los monumentos.

Dos siglos ha durado en Rávena el período bizantino; y en este tiempo fué cuando la ciudad adquirió ese sello que ha conservado, al decir de los autores de mas crédito, en mayor grado aun que la misma Constantinopla. El erudito escritor de quien las guias de todos los países han tomado los elementos de sus descripciones, M. Noel des Vergers, opina de este modo, y con él todos los escritores y viajeros que han descrito Rávena; pero es preciso hacer una aclaracion sobre este punto. Si se trata de ese sello de unidad, de ese carácter constante, consecuente é innegable de que se impregna una ciudad, merced al cual á cada paso se reconoce que las calles, las plazas y las casas, y hasta el aire que se respira, si se me permite decirlo así, exhalan el perfume de un tiempo ó de una época, como por ejemplo Moscou, Granada, Córdoba, Toledo, Venecia, Siena, Nuremberg y Bolonia en otro tiempo, diré que en Rávena no existe; y si la ciudad tiene un carácter, es italiano; de ningun modo bizantino. Fuera de su plaza Mayor, completamente veneciana, la calle es recta, ancha, limpia, clara, regular y moderna, sin tener nada de sombrío, de grave y triste, cual convendria á una ciudad que se llama indistintamente la *ciudad de Teodorico*, la *ciudad bizantina*, ó la *antigua ciudad lombarda.* Esta denominacion es ahora trivial; es lo que en la lengua moderna llamaríamos un *cliché;* pero si uno es artista, historiador ó arqueólogo; si busca el alma de las cosas; si penetra en su intimidad; si se hace, sobre todo, lo que hacemos en este momento, es decir, preguntar á las piedras su historia y sus secretos, clasificando por edades, época y dominacion, Rávena sigue siendo una ciudad extraordinaria, y el viajero no sufrirá decepcion alguna. Detrás de las fachadas de ladrillo desmoronadas, sin adornos ni revestimientos, como las iglesias de Milan y muchas de las de Florencia, hállanse las huellas evidentes del paso de cada generacion.

No clasifico la catedral de Rávena *(la Basílica Ursiana)* en ninguna de las categorías históricas;

cierto que fué erigida en el siglo IV por San Ursus, obispo de Rávena, y que su forma recordaba la de San Martin de Roma; mas al verla hoy, se debe creer al historiador Agnello bajo su palabra, porque en 1734, la iglesia que es magnífica, fué reedificada completamente, y desde el siglo XI se alteró en gran manera su tipo primitivo. Una vírgen en mosaico encastrada en la pared de la capilla de San Pedro Crisólogo, algunos fragmentos del frontal, dos ambones, y una maravillosa silla de marfil esculpido, del mas admirable trabajo, datan del siglo VI, y pertenecieron al obispo San Maximiano; un Crucifijo de plata de la misma época, lastimosamente recompuesto, un ciclo pascual, especie de calendario destinado á señalar el dia de Pascua desde el año 532 hasta el 626, y algunos pedazos de tronco de vid, aplicados en la puerta moderna, es todo cuanto ha quedado de la primitiva iglesia. En 1867 se sacó á luz la cripta; pero como siempre estaba debajo del agua, se volvió á tapiar la entrada.

No diré otro tanto del bautisterio de la catedral *(battistero della Basílica Ursiana)*, llamado hoy San Giovani in Fonte (San Juan de la Fuente), y que se eleva á pocos pasos de allí. En tiempo de Galla Plácida se comenzó á restaurarle ya, y por lo tanto se puede juzgar de su antigüedad: es de forma octógona, adornado con dos series de arcos sobrepuestos, cuyas columnas de diámetros diferentes, tienen chapiteles variados; una sola cúpula le cubre, adornada desde la base á la cúspide, con admirables mosaicos del siglo VI. En el centro mismo elévase la piscina, compuesta de mármoles griegos y de revestimientos de pórfido: allí se bautizaba por sumersion. Se han conservado casi intactas cuatro magníficas inscripciones: son versículos que aluden al milagro de Jesus al andar sobre las aguas. No quiero detallar mas minuciosamente un monumento del cual no saqué el dibujo; pero sus mosaicos son muy superiores á todos los que yo he visto de los primeros siglos; y á pesar de las adiciones hechas por obispos nada escrupulosos en las cosas de arte, y á pesar tambien de una diferencia de mas de tres metros entre el plano antiguo y el actual, lo cual no puede menos de desfigurar completamente el edificio, cuyos cimientos quedan sepultados á tan gran profundidad bajo el pavimento actual, el bautisterio de la basílica es un monumento admirable, donde se puede leer sin vacilar el monograma en mosaico del obispo Neon, que vivió en el primer cuarto del siglo quinto. Indiquemos ahora como memoria, un pequeño santuario exquisito, que servia de capilla privada en el palacio episcopal, construida por San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena, donde se conservan admirablemente mosaicos del año 450. Allí se han reunido en un pequeño lapidario muchas inscripciones paganas de los primeros tiempos cristianos, cuyo texto publicaron Buonamici y Spreti, y que arrojan bastante luz sobre los orígenes de Rávena.

VI

San Apolinar

Tres de los monumentos mas considerables de Rávena, monumentos tambien célebres en todo el mundo, la basílica de San Vitale, la de San Apolinar, y la de San Apolinar in Classe, consagran majestuosamente la memoria de los emperadores de Oriente representados por los exarcas desde 540 á 749.

Así como los monumentos de la época de Augusto, ó los del templo de Diocleciano, que encontramos en las costas de Dalmacia (1), estos no se ofrecen al viajero con su completa conservacion, ni mucho menos: el mas antiguo de los tres, San Apolinar el Nuevo, al que se ha dado este nombre para distinguirle de la iglesia dedicada al mismo santo, que se halla fuera de los muros de la ciudad, en Classe, debe su orígen á Teodorico, pero se reparó despues, aumentándose considerablemente, y cambiaron su carácter los emperadores de Oriente y los exarcas. Un escritor del siglo IX, digno de fe para la historia de Rávena, Agnello, dice que en su época se leia en la tribuna: *Theodoricus Rex hanc Ecclesiam à fundamentis in nomine Jesu Christi fecit.* San Apolinar está á dos pasos del palacio de Teodorico, en el *corso Garibaldi*, y se puede suponer que bajo los reyes godos, la iglesia pudo estar destinada al servicio de la corte y del soberano. Por otra parte, cierto es que el gran cambio efectuado en el siglo VI se debió á su consagracion al culto católico por el obispo Agnello; hasta entonces pertenecia al culto arriano, y en aquella época se hallaba bajo la advocacion de San Martin, á cuyo nombre, *San Martino*, se agregaron las palabras: *In cœlo aureo*, porque el techo cuadrado como el de las basílicas, tenia un admirable adorno de artesones dorados, de extraordinaria riqueza, que se restauraron despues.

Todas estas basílicas, fuera de la de San Vitale, están construidas por el mismo plano, y por lo tanto, no me detendré en describirlas minuciosamente. Conocidos son los elementos: tres naves separadas por columnas; la central muy ancha; las otras dos mas estrechas; la mayor

(1) Véase el *Viaje á Istria y Dalmacia*, de nuestra obra *El Mundo en la mano*, tomo III.

parte de las columnas proceden de los antiguos templos romanos; y esto es lo que se observa en todas las basílicas de Rávena.

En esta se cuentan veinticuatro columnas de mármol griego veteado; sobre el órden arquitectónico desarróllanse dos procesiones de mártires representados con mosaico del siglo IV. Estas figuras, de mayor tamaño que el natural, se dirigen todas hácia el medio punto del altar, donde están representados el Cristo, la Vírgen y los Profetas; en un lado están los santos, y en el otro las santas, segun el órden del rito primitivo cristiano, que en las basílicas designaba para los hombres la derecha *(à parte virorum)*, y para las mujeres la izquierda *(à parte mulierum)*. Es preciso observar que la procesion de la derecha sale de un palacio representado tambien con mosaico, y en el cual se puede reconocer hasta cierto punto el estilo arquitectónico. Los que han visto en San Vicente de Paul, en Paris, los frisos pintados por Hipólito Flandrin, formarán una idea completa de la disposicion de este magnífico decorado que ha servido de tipo á todos los pintores religiosos. Las figuras llevan palmas y coronas como las de San Vicente; son á la vez vivas, verdaderas y monumentales, grandiosas por su aspecto y el gesto sacerdotal que afectan estas representaciones pintadas en los primeros tiempos del cristianismo: es casi un renacimiento. Desde la antigüedad, cuyo recuerdo se ha borrado, hasta que despertó el arte en Italia, hasta los primitivos artistas llenos de fe que sucedieron á Cimabue y á Giotto, no se puede ver nada semejante. Mas tarde se hará de nuevo la luz en el arte; pero el noveno y décimo siglos son la edad de hierro de la pintura. La fecha precisa de estas magníficas obras es la de 560: el obispo Agnello mandó ejecutarlas; consagró á esto su tiempo y su reinado, y no olvidó decir á la posteridad la parte que tuvo en tan magnífica obra. A la derecha de la puerta principal, en el sitio donde el friso se revuelve sobre la pared de la entrada, mandó representar su propia imágen, y á la izquierda veíase la del emperador Justiniano. Algun obispo de las épocas pasadas, un santo hombre tal vez, pero último iconoclasta, olvidado por el tiempo en aquella ciudad donde habia tantos, ha destruido toda esta parte con el objeto de apoyar los órganos; pero se ha conservado el retrato de Justiniano. En una pequeña capilla que hay á la izquierda del altar mayor, capilla consagrada á San Apolinar, y cuya tumba se creia encerrada allí, el fragmento que representaba á Justiniano se encastró en mármol bizantino de la mayor riqueza, figurándose en él pavos reales que beben en copas, son las de San Marcos de Venecia, tomadas en Altino y Aquilea. Las paredes de este pequeño santuario están adornadas tambien de grandes revestimientos de pórfido antiguo, procedente de diversos puntos. He admirado una silla episcopal del siglo V que recuerda la de San Pedro, y debia pertenecer al *presbyterium* primitivo.

V

San Apolinar *in Classe*

Para ir á visitar la basílica de Classe es preciso salir de la ciudad por la Porta Nuova, atravesar el burgo y dirigirse por la via *Romea*. Se cruza primero el Ronco y el Montone por un magnífico puente; despues comienza la llanura, cubierta al principio de trigo; á medida que se avanza hácia el mar, el terreno se convierte en pantanos, y varios arrozales presentan su fondo de cieno ó pequeños juncos. Este camino es el que conduce á Rímini, cuyos horizontes se divisan á la derecha, limitados por las altas montañas de San Marino; el país es llano, pero tiene cierto carácter; á cada lado del camino se deslizan dos estrechos canales festoneados de íris amarillos, y cuyas aguas quedan completamente ocultas por las grandes hojas verdes de los nenúfares de blancos cálices moteados de oro; de vez en cuando se ve una cabaña cubierta de rastrojo, humilde refugio para los campesinos de los arrozales, y un pino parasol aislado interrumpe la monotonía del conjunto. A la izquierda, una prolongada línea oscura cierra todo el horizonte desde las puertas de Rávena hasta el mar: es la *Pineta*, la célebre selva ilustrada por Dante. Por último, á cinco kilómetros de la ciudad, en un campo que hay á la izquierda del camino, y á un centenar de metros, elévase la basílica de Classe, último vestigio de la ciudad romana de *Classis*, ó mas bien, del distrito de este nombre, destruido hasta en sus últimos cimientos en el año 728 por Luitprando el Lombardo.

La basílica ha sido consagrada en los diez primeros años de la conquista de los griegos: aun existen la inscripcion de la fundacion y las de la consagracion: *Julianus Argentarius la adornó y dedicó;* San Maximiano la *consagró* en 549. Se ha edificado un convento á la derecha de la fachada, desfigurada despues y despojada de su pórtico primitivo: Sigismundo Malatesta de Rímini, hijo de Pandolfo, que deseaba consagrar á Dios este magnífico *Tempio Malatestiano*, que visitaremos en Rímini, arrancó los mármoles de los revestimientos á fin de adornar la magnífica fachada de su iglesia (1450).

El lugar es desierto, y parece que no se poblará nunca; pero si se toca la campana á la puerta del convento abandonado, el guardian abre al punto; y al mismo tiempo se ve detrás de la cerca de un verjel una bonita niña, que presenta al viajero un ramo de flores de nenúfar.

El aspecto general es el de San Apolinar el Nuevo, pero hay mas grandiosidad, y al entrar evocamos el recuerdo de San Pablo extramuros de Roma. El sistema de ornamentacion es el mismo de San Apolinar el Nuevo, solo que en vez de una procesion, el friso contiene una serie de medallones en mosaico que representan los obispos; y en la media cúpula, sobre el altar mayor, escenas de la Escritura, los sacrificios de Abel, de Melquisedec y de Abraham, y la consagracion y dotacion de la Iglesia por Constantino. Una cripta contiene la tumba de San Apolinar, con hermosas inscripciones del siglo XV.



Puerto de Rímini

En el centro mismo de la iglesia elévase un pequeño altar antiguo dedicado á la Vírgen por San Maximiano; y á lo largo de las paredes de las dos pequeñas naves, una serie de magníficos sarcófagos del sexto, sétimo y octavo siglos, contienen los restos de los arzobispos de Rávena, con la inscripcion *Sanctissimi ac ter beatissimi* (véase el grabado de la pág. 393).

Los siglos XV y XVI han dejado allí sus huellas en pedazos de esculturas de tan extraordinaria perfeccion, que nos hemos preguntado si pertenecian á la mas bella época de Grecia, ó al renacimiento italiano. El arte bizantino está igualmente representado por un baldaquino de altar del siglo IX, situado en un ángulo, y que es una de las mas admirables muestras que existen. El viajero se detiene tambien para admirar una gran inscripcion en caracteres del siglo XV, que ofrece una gran placa de mármol encastrada en la nave baja de la izquierda: recuerda que el emperador de Alemania y de Occidente, Oton III, vino aquí descalzo en el año 1001 para hacer penitencia.

VII

San Vital.

Al entrar en el jardin cerrado por una gran puerta que conduce á San Vital, creeríase que se va á visitar algun convento de Venecia ó de Pavía, ó un claustro de la época de San Marcos de Florencia; de tal modo han desfigurado las adiciones sucesivas de las generaciones que se sucedieron el monumento bizantino que sirve de tipo en todo el Occidente y que se compara con Santa Sofía de Constantinopla; pero sino conserva ya de ningun modo su sello primitivo, no por eso deja de ofrecer la entrada un conjunto

pintoresco y encantador. En una de las extremidades de la ciudad, á dos pasos del bastion, y en uno de los ángulos del recinto que protege un vasto conjunto de construcciones religiosas convertidas hoy en cuartel, se franquea la gran puerta; precede una especie de plaza moderna, y á la izquierda se ve la pared delantera del convento, con un pequeño pórtico de exquisito gusto y de la mas hermosa época del arte veneciano; debajo de él, con un calor de treinta y cinco grados, trabajan á la sombra la mujer y la hija del guardian. La puerta de la basílica está en el fondo, en un rincon, sin fachada y confundida completamente en la masa comun. Cuando se ha franqueado el umbral, llaman desde luego la atencion los altares y los frescos, pintados con singular maestría por artistas de los siglos últimos, predecesores de otros igualmente hábiles; y á pesar de las restauraciones, adiciones y reformas, á pesar de la diferencia entre el suelo antiguo y el moderno, es grande el interés que tiene el edificio, ofreciendo un agradable problema el restituir á cada siglo su parte en los cambios efectuados.

Bajo esta decoracion enteramente moderna, con sus pomposos frescos y sus cuadros de engañifa, todo es bizantino; hasta la cúpula, cubierta en otro tiempo de mosaicos, con monogramas entre cada arco de las tribunas, se compone de vasijas de barro cocido, y de ánforas embutidas unas en otras: esto último viene á ser nuestro sistema moderno de ladrillos huecos. En el plan no hay ya vestigios del arte romano; si se encuentran algunos elementos antiguos, son fragmentos de otros templos, apropiados á este ó encastrados en las paredes. En todas las basílicas que hemos visto, si el orígen es gótico, la forma es romana, porque los godos de Teodorico no trajeron consigo un arte; mas tarde, llegan los griegos del Bajo Imperio, se apropian los monumentos que hallan en construccion, y los adornan á su modo. Sin embargo, aquí nos vemos frente á un problema: el mas primitivo orígen no es griego, sino verdaderamente gótico, pues se pone la primera piedra en 543; pero Juliano Argentario es quien preside aun la construccion, y el obispo Maximiano quien consagra el templo dos años antes que el de Classe. Viene el emperador Justiniano; envia donativos preciosos para el embellecimiento; y la emperatriz Teodora, su esposa, debe haber sido muy espléndida en aquella ocasion, pues en el coro de la iglesia, adorno del mas alto precio, é incomparable documento para la historia, los mosaistas griegos del siglo VI han formado en las dos caras del presbiterio, á derecha é izquierda, dos composiciones que representan, la una el emperador Justiniano y toda su corte, seguido del arzobispo Maximiano y su clero; y la otra, la emperatriz Teodora acompañada de sus damas, que llevan ofrendas al templo. Estos mosaicos brillantes, son sin disputa una de las mayores curiosidades de este género: trajes, armas, tocado, objetos de la época, ritos y ceremonial de la corte de Bizancio en el sexto siglo, todo es en fin, tan exacto, como puede serlo la representacion por este procedimiento; y al encanto de un color brillante se agrega aquí la forma. La emperatriz Teodora, esa reina de teatro, que desde los bastidores de un circo pasó á un trono imperial, avanza rodeada de sus doncellas y damas de honor, llevando en la mano los vasos que ofrece al templo. El medio punto del ábside cuyos dos lados tienen tambien adornos, representa á Jerusalen y Belen, con numerosas escenas de la Escritura, que no tardaré en describir. Todo este lado está intacto, y puede considerarse como una de las reliquias mas preciosas del arte; pero en la entrada del ábside, á derecha é izquierda, el siglo XV ha dejado su huella. Enamorados de la antigüedad, y no teniendo ya el fervor de los primeros tiempos del cristianismo, los venecianos, pues reconozco aquí su mano, han tomado del templo de Neptuno un admirable bajo relieve en mármol de Paros, que representa genios y pequeñas divinidades del mar llevando conchas y el tridente al pié del trono de Neptuno; despues, añadiendo aquí y allá restos antiguos, primeramente las cuatro admirables columnas del altar mayor de San Vital, cuya base hemos visto en el mausoleo de Galla Plácida, y luego revestimientos macizos de pórfido y de alabastro, chapiteles y pedazos que cortaban segun las necesidades de su composicion, formaron dos monumentos y colocáronlos á derecha é izquierda de la entrada del ábside, en el espesor del arco principal. Un sacerdote, que era tal vez un santo varon, pero á quien hubiéramos impuesto la pena de muerte sin vacilar, ha mutilado los bajos relieves so pretexto de que los niños estaban desnudos.

Jamás existió mayor desórden bajo el punto de vista de la unidad de un monumento; pero no hay que hacerse ilusiones; estos contrastes y reformas son la imágen de la historia y de la vida; y hé aquí porqué es la arquitectura un arte tan grandioso.

Viendo el guardian el interés con que yo examinaba todo, y al oirme rectificar sus fechas, corrigiendo asertos erróneos, me invita á seguirle á un pequeño y estrecho pasadizo, especie de sacristía, donde veo un bajo relieve de muy bue-

na época, que representa la apoteosis de Augusto. Hé aquí á Roma en pié bajo las facciones de una figura simbólica; hé aquí á Claudio César, y á Julio César imperator, con la estrella en la frente; ahí está Livia con traje de Juno, que lleva al Amor de la mano. A dos pasos de allí, saliendo por la puerta opuesta á la que sirve de entrada, y en un pequeño corredor donde se ve en el muro una celda llena de fragmentos de inscripciones y restos antiguos, me muestran la tumba de un exarca, el armenio Isaac; y salgo al jardin del convento para ver otra vez la tumba de Galla Plácida, antes descrita.

¿Cómo no ha de despertarse mi imaginacion frente á todas estas oposiciones históricas que se hacen palpables por los monumentos? ¡César, Augusto, Livia! Es el mundo antiguo y su cortejo de grandes recuerdos; Justiniano, el emperador, y Teodora, pomposa, sobrenatural y cubierta de afeites, cual conviene á una emperatriz de Oriente que fué comedianta y cortesana, es el Bajo Imperio. Tambien veo en la historia ese armenio Isaac, que reposa en su tumba, y que el guardian acaba de enseñarme; no se me escapa, pues leo aquí su nombre en caractéres griegos trazados en el mármol: «Isaac, gran exarca y jefe del ejército italiano.» Es el digno sucesor del eunuco Eleuterio, enviado de Oriente á Rávena, como exarcado, alma vil y baja que se hizo cómplice de los lombardos para percibir la mitad del tributo que les pagaba la ciudad. Él fué quien saqueó San Juan de Letran en Roma, quien hizo cortar la cabeza del cartulario Mauricio cerca de Cervia, y quien la expuso en el teatro de Rávena; y si me acerco mas para descifrar la segunda inscripcion trazada en la piedra sepulcral, veo que ese monstruo fué tal vez un esposo amado, porque su mujer Susana canta sus alabanzas en el epitafio.

VIII

Rávena

Despues de los godos vienen los lombardos, cuya dominacion no ha dejado huellas en Rávena; y mas tarde aparece Cárlo-Magno, llamado por el pontífice Gregorio II, sitiado en Roma. Cárlo-Magno residió aquí; por su solo genio reunió los romanos con los bárbaros, fundando una monarquía casi universal; pero tuvo débiles sucesores. Su huella visible es su *Donacion* confirmada por Pipino, orígen verdadèro del poder temporal de los papas en las Marcas.

Cárlo-Magno ha destruido en Rávena; no ha fundado: se le ha visto trasportar á Aix-la-Chapelle los ornamentos del palacio de Teodorico, copiar el plano de las basílicas, y engalanar sus monumentos con los despojos de la ciudad capital.

Despues de Cárlo-Magno, el papa es soberano por la Donacion; pero es una segunda época de invasiones: se ve á los húngaros avanzar hasta Pavía, y á los sarracenos poner sitio á Roma; los pueblos italianos van á llamar en su auxilio á Oton, emperador de Alemania, y el arzobispo de Milan ornará su cabeza con aquella corona de hierro de los reyes lombardos, que aun se enseña en Monza.

Para Rávena luce la aurora de las libertades municipales; y hácia el siglo XIII, cuando bajo la autoridad puramente nominal del emperador y del pontífice se fundan las repúblicas italianas, una familia señorial, la de los Polenta, reviste el poder desde 1275 hasta 1441.

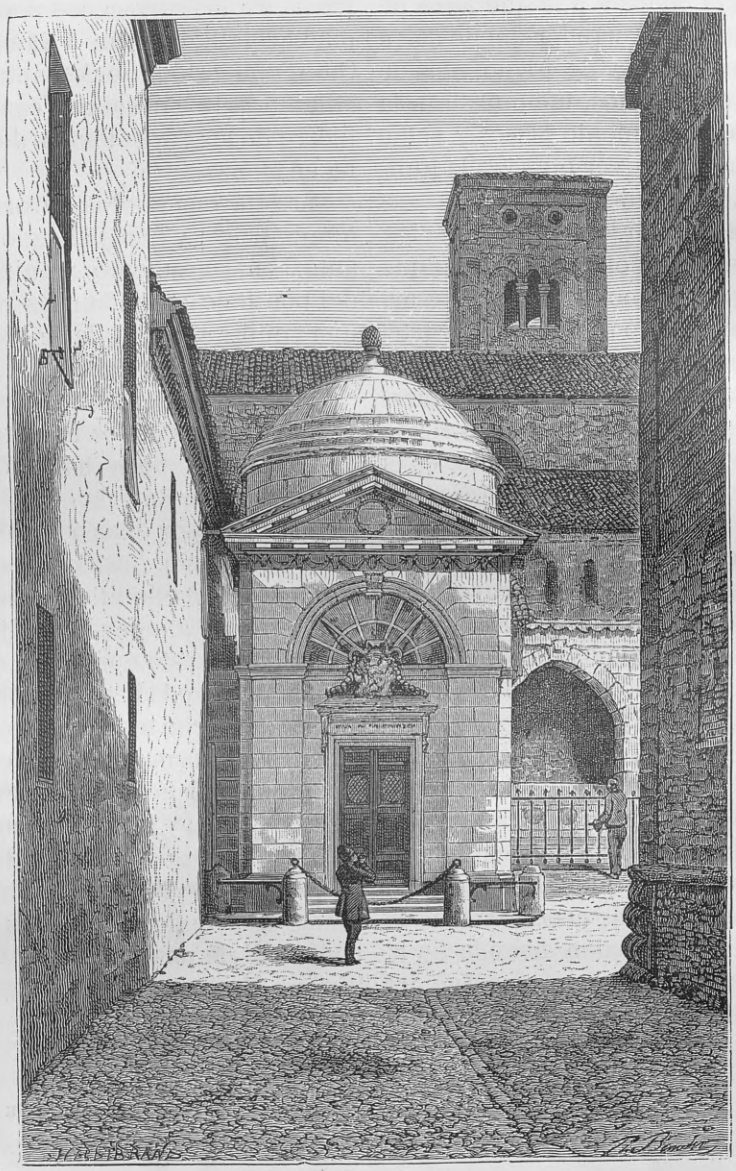
No se encuentran en la ciudad muchos vestigios materiales de los Polenta, y nada tiene esto de particular, pues habiéndose apoderado los venecianos de Rávena el 24 de febrero de 1441 y conducido por ellos á Trevisa el último de los Polenta, Ostasio, destruyóse cuanto recordaba el nombre de esta familia; y hasta sus bienes se vendieron en almoneda pública. Los testimonios históricos de esta época son algunos toscos bastiones, cuya edad se reconoce por el plano; y aun estos fueron modificados por los venecianos, quienes trastornaron todo el muro de recinto para construir la fortaleza; mas bajo el punto de vista histórico y literario, esos ciento cuarenta y seis años de la dominacion de los Polenta tienen una importancia considerable. Conmuévese el ánimo al reflexionar que dos nombres, el de un poeta y el de una amante, Dante y Francisca de Rímini, simbolizan este poder y le recomiendan á todas las memorias.

IX

Dante.—Su tumba.—Su osamenta.

En uno de los ángulos de la plaza Mayor se abre en línea recta la *Via Dante*, que conduce al antiguo convento y á la iglesia de San Francisco. Allí está la tumba de Dante, llamado á Rávena por Guido Polenta, señor y soberano; y allí se elevaba la casa que le dió para residencia desde el año 1317 hasta el 14 de setiembre de 1321, dia de la muerte del autor de la *Divina Comedia*. Solo podremos satisfacer nuestro deseo contemplando el lugar donde se supone que existió la casa en que Guido Novello Polenta, señor de Rávena, dispensó hospitalidad al poeta. Expulsado de Florencia por las facciones, Dante estaba refugiado en las Romanías desde el año 1307; conocia á Scarpetta degli Ordelaffi, y fué á re-

unirse con él en Forli, donde desempeñó durante algunos años las funciones de secretario. Hácia 1317, habiendo llegado á conocimiento de Guido Polenta que el poeta tenia intencion de dirigirse á Rávena, donde habitaban algunos de sus parientes, los Alighieri, escribióle personalmente ofreciéndole un pacífico retiro hasta el fin de sus dias. Este Guido Novello dei Polentani era amante de las Musas, pues ha dejado apreciables poemas; y tenia en mucho recibir en la ciu-



Tumba de Dante, en Rávena.—De fotografía

dad donde reinaba como soberano al cantor de Paolo y de Francesca de Rímini, la hija de los Polenta.

El viajero necesita hacer un esfuerzo para reconstituir en sus disposiciones primitivas el rincon de Rávena donde se eleva la tumba de Dante. Un escritor contemporáneo, habitante de la ciudad y nacido en ella, Gasparo Martinetti Cardoni, corresponsal del Instituto imperial de Berlin, á quien debemos informes de los archivos, que arrojan alguna luz sobre la residencia de Dante en Rávena, cree que la casa del poeta, que por desgracia no existe ya, se elevaba á la puerta misma del convento, en el perímetro de la que habita hoy la familia Fabri. Como quiera que sea, ya veremos que Dante se refugiaba á menudo entre los franciscanos, los cuales llegaban hasta á reclamarle como uno de los suyos; y tambien daremos á conocer la extraordinaria intervencion que tuvo la comunidad en la cuestion de la tumba de Dante.

El conjunto de la plaza es en extremo román-

tico, aunque la fachada exterior de la tumba del poeta no tenga, á decir verdad, nada de muy pintoresco. Cuando se sale de la *Via Dante* y se entra en la pequeña plaza, se ve de frente la tumba, y detrás de ella un pequeño recinto, llamado *Braccio forte*, donde se han reunido, como en un pequeño campo santo, entre la plaza y la iglesia de San Francisco, muchos sarcófagos hallados acá y allá, y algunos de los cuales son de notable carácter (véase el grabado de la pág. 404.)



Interior de la tumba de Dante en Rávena —De una fotografía

Muerto Dante, Guido quiso tributarle los últimos honores; mandó conducirle á San Pedro Mayor (mas tarde San Francisco) en hombros de los ciudadanos mas notables de la ciudad; y provisionalmente se depositó su ataud en el pórtico del convento. Ordenó despues un duelo público, leyó una oracion fúnebre compuesta por él, y elogióle altamente por haber sustituido en sus divinos cantos la lengua italiana á la latina; y depositó sobre su tumba delante de todo Rávena, allí reunido, el laurel consagrado á los poetas. Reservábase erigirle un monumento digno de su fama; pero las disensiones suscitadas por su propia familia cambiaron el curso de su fortuna, y llamado á Bolonia, no pudo realizar sus propósitos.

Dante reposó, pues, durante algunos siglos, segun pública creencia, en el pequeño pórtico que hay delante del convento: sobre este punto tenemos el testimonio de Giovanni Boccacio, y tambien el de Benvenuto de Imola, quien escribió en 1389 los *Comentarios sobre Dante;* pero

vamos á ver lo que sucedió con aquellos preciosos restos; la historia es sumamente curiosa, y no muy conocida.

En 1480, por disposicion testamentaria de cierto Giorgio Fabri, se hubo de proceder á la reedificacion de la capilla de Braccio forte, y fué necesario suprimir el pequeño pórtico que enlazaba esta capilla con otra, para lo cual se debia retirar de allí la tumba. Hízose así, en efecto; hubo exhumacion solemne; y segun dice Boccacio, depositáronse los restos mortales en el convento de los hermanos menores, *en una arca lapídea, nella quale ancora giace.* Llegado el año 1483, Bembo, padre del célebre cardenal, admirador apasionado de Lucrecia Borgia, y pretor de Rávena por los venecianos, juzga que el lugar de la sepultura es poco digno de tan grande hombre, y llama al famoso Pietro Lombardi, al inimitable escultor veneciano, cuyo nombre brilla á cada paso en la ciudad de los Dux. Lombardi erige el monumento que vemos, sencillo, es verdad; pero noble y severo. Es una capilla estrecha y cuadrada; el sepulcro, de rico mármol, tiene magníficas molduras; y Bembo hace grabar allí los seis versos latinos dictados en su lecho de muerte por el mismo Dante.

El Leopardi es invitado á esculpir sobre el sarcófago la imágen de Dante, en la actitud de la meditacion, con la mano sobre un libro y coronado de laurel (véase el grabado de la pág. 405).

En 1692, bajo el gobierno del legado del papa Domenico María Corvi, se vuelve á restaurar la tumba, pero siempre con el mismo carácter: y los hermanos menores instruyen un proceso contra el legado, reclamando para ellos el derecho y el deber de velar por la conservacion del monumento y de los restos; pero el legado envia agentes, y restaura por fuerza.

En 1785, el cardenal Valenti Gonzaga restaura de nuevo; pero esta vez se procede á una completa construccion; fórmase una cubierta para el monumento, y se eleva un pequeño templo cuadrado sobrepuesto de una cúpula. Morigia, arquitecto de Rávena, encargado de los trabajos que deben ejecutarse, hace esculpir en los tímpanos de las bóvedas los medallones de Virgilio Brunetto Latini, de Can Grande della Scala y de Guido Novello de Polenta, los señores, protectores y amigos de Dante. Llega el centenario del gran poeta, del año 1865, y para celebrarlo dignamente, la ciudad prepara algunas mejoras, resolviéndose formar cuatro caras en el monumento que figura el *Braccio forte.* Durante los trabajos, y apenas se ha excavado un poco, encuéntrase el agua, como sucede por todas partes en Rávena; y entonces se quiere colocar una bomba en un ángulo, en el punto donde el *Braccio forte* toca con la capilla Rasponi; allí habia una puerta, tapiada hacia mucho tiempo, y como el movimiento de los brazos de la bomba exigia cierto espacio, se llama á un obrero, cuyo nombre se ha conservado (Pio di Luigi Feretti), para que la derribe. Este obrero da los primeros golpes en la puerta tapiada, tropieza con un obstáculo, y ve aparecer el ángulo de una caja; entonces continúa con precaucion, y descubre aquella completamente; es de madera, de un metro escaso de longitud, y en ella se leen las siguientes palabras escritas en un papel pegado en la tapa: «Dante ossa denuper revisa dia 3 junii 1677.» Abrese la caja y se encuentra un esqueleto entero.

Los restos de Dante no reposaban en el magnífico mausoleo que le habia erigido Bembo; y hacia mas de dos siglos que el homenaje de las generaciones se dirigia á un sarcófago vacío.

Al punto elévase un rumor inmenso en la ciudad y en toda la Italia letrada; se telegrafia á Florencia; nómbranse comisiones; se pide á la familia Lorrigiani, que posee el original del molde de la cabeza, sacado en cera en el momento de la muerte, autorizacion para confrontarle con el cráneo hallado en la caja; y por último, se llega hasta abrir el ataud que hay en la tumba: está vacío, y en el fondo se ven algunos pedazos de osamenta que confirman el rapto cometido.

¿Por qué singular combinacion se hallan aquellos huesos en una caja tan tosca?

Me falta el tiempo; tengo á la vista todos los informes necesarios, todas las actas; pero voy al hecho. Los hermanos menores, á quienes confió desde luego el príncipe Guido de Polenta los huesos del poeta, consideran este depósito como sagrado; cierto que la memoria de Dante es de Italia y del mundo; pero sus restos les pertenecen. Ya en 1366, los florentinos han pedido que se les devuelvan los huesos de aquel que casi ha dicho en uno de sus versos latinos: «Ingrata patria, no tendrás mis huesos,» y que en todo caso, ha escrito los siguientes: *Parvi Florentia mater amoris.* En 1429 han vuelto á pedirlos otra vez: y Miguel Angel ha escrito mas tarde al gonfalonero de Florencia reclamando el honor de erigir por sus manos un sepulcro al autor de la *Divina Comedia.* ¡Qué sueño de artista! ¡Miguel Angel moldeando el mármol de la tumba de Dante! Los padres franciscanos tienen ya miedo; el papa ha recibido una reclamacion directa de los florentinos; el legado gobierna en Rávena; y tal vez se expedirá la órden para restituir los restos preciosos. No hay que perder tiempo; cierta noche, subrepticiamente y completamente solo, sin lle-

var por compañero ni siquiera uno de los monjes, un secretario de la Orden, un tal Santi, perfora la pared mediana de la capilla donde está la tumba penetra en ella, y á tientas sustrae los restos, los cuales entrega á la comunidad. En 1677, bastante tiempo despues, cuando el peligro parece haber pasado, el capítulo, viéndose en apuro con semejante depósito, y queriendo, sin embargo, que se conserve en un asilo inviolable, manda abrir una puerta tapiada hacia largo tiempo, y en su espesor oculta la caja que contiene las osamentas, cuya identidad se ha reconocido por última vez: *denuper revisa*, dice la inscripcion.

Yo he tenido esta caja entre mis manos, y todo el mundo puede verla hoy en la biblioteca de Rávena: es muy tosca y se ha hecho con tablas mal unidas; reconócese que el secretario Santi no quiso cómplice alguno, y la fabricó por sí mismo. El dia 7 de junio de 1865, despues de practicarse toda clase de reconocimientos, recibidos los informes de los médicos, y hechas las investigaciones y comprobaciones necesarias, abrióse el sarcófago de mármol erigido por Bembo. Hallábase vacío: reconociéronse los vestigios de la sustraccion; y para que no quedase la menor duda, se hallaron en el fondo fragmentos de la osamenta, que el piadoso ladron olvidó en su precipitacion por apoderarse del precioso depósito.

X

La Pineta.—La selva de Dante

El recuerdo de Dante se enlaza tambien de una manera indisoluble con esa *selva* ó bosque de Rávena llamado la *Pineta*, que se extiende desde las puertas de la ciudad hasta el mar. Le ha celebrado en sus cantos, ha pintado los efectos del sol levante en este bosque, en el hermoso párrafo del canto XXVIII del *Purgatorio*, en el que habla de un encuentro con Matilde. Una tradicion respetada asegura que el Giotto fué llamado por Dante á Rávena hácia 1319, y que acompañados de sus discípulos y algunos poetas, cuyos nombres se conservan, tomaron la costumbre de dirigir sus pasos hácia la parte umbría, por la orilla del canal que se llama hoy *Viale dei Poeti*.

El camino que conduce al bosque es el que hemos descrito al ir á visitar la basílica de Classe. Avanzando por él se pasa del monumento, pero solo cuando el viajero se inclina hácia la izquierda y remonta el curso del canal que enlaza el puerto con el Adriático.

La Pineta no tiene nada de sombrío ni terrible; no hace pensar en el genio de Dante sino por la gracia de algunos epítetos exquisitos y de ciertos episodios llenos de sentimiento. Yo he recorrido el sitio en la primavera, durante una de esas mañanas deliciosas en que el aire es suave y parece acariciarnos; las alfombras de espeso musgo estaban esmaltadas de flores; oíase el canto de las aves; la atmósfera estaba embalsamada con los perfumes que llevan las brisas del Adriático cuando pasan sobre estas espesuras formadas de enebros y de yerbas aromáticas; y solo turban el silencio algunas cabras casi ocultas en los matorrales, y el grito de las cornejas. Una especie de árbol, siempre la misma, el pino parasol, crece en una extension de varias leguas, sin dejar esos claros que vemos en nuestros bosques á orillas del mar. Sin embargo, la selva no tiene nada de montuosa, y hállase en su aspecto cierta cosa inesperada: á intervalos se ven *ventas* donde están alineadas las maderas cortadas con regularidad, y á pocos pasos hay montones de ceniza circulares, los cuales indican una explotacion organizada.

Habia emprendido mi excursion con el profesor Dato Marini, quien quiso enseñarme á la vuelta la cabaña, histórica para siempre, donde Garibaldi, huyendo de Roma, que acababa de defender, y perseguido como una fiera, despues de cruzar una parte de Italia, se ocultó durante varias noches con su esposa Anita, moribunda; y pudo, merced á la complicidad de los contadini, escapar de los austriacos, quienes fusilaron á su compañero Hugo Bassi. El cochero que nos conducia habia figurado en el interesante episodio, y entusiasmábase al referir aquellas increibles aventuras, tan pronto legendarias, y tan vivas en la memoria del pueblo italiano.

XI

Los venecianos en Rávena

La dominacion veneciana fué muy fecunda en Rávena; comenzó en 1441 y terminó en 1509: hé aquí en dos palabras las peripecias que produjeron este cambio de gobierno. La rivalidad entre el duque de Milan y la república fué lo que determinó la entrada de los venecianos. La tradicion de los Polenta les inducia á buscar la amistad de Venecia, pero el duque de Milan tenia partidarios en Rávena. El famoso Piccinino se habia puesto en campaña para obligar á los Polenta á separarse de la alianza veneciana; y dueño ya de toda la campiña y de la Pineta, amenazaba la ciudad, que hubo de pagar un tributo de tres mil escudos de oro. Humillados los habitantes, rebeláronse entonces contra Ostasio; pero volviendo este á tomar la revancha, pudo entrar una vez mas en la ciudad, y recobró

un instante el poder. Los venecianos apelaron entonces á la astucia: despues de buscar la alianza de Ostasio, invitáronle á visitar á Venecia con Ginebra Manfredi, su esposa; le tributaron grandes honores, y distrajeron con los placeres y las fiestas. Entre tanto, sus partidarios se agitaban en Rávena: el 24 de febrero de 1441, los conjurados corrieron á las armas en la plaza Mayor, á los gritos de *¡Viva la República!* y *¡Viva San Márcos!* y el Senado, que deseaba la ciudad y el territorio, pero sin alimentar negros proyectos contra los Polenta, retuvo prisioneros á Ostasio, su mujer y su hijo durante dos meses, en la fortaleza de Trevisa; despues les concedió una pension de ochocientos escudos de oro, y señalóles para residencia la isla de Candía.

La obra de los venecianos es enorme para tan corta dominacion, y con la resolucion y generosidad que les son propias, se les ve en 1496 dar la órden para destruir las gigantescas construcciones que se elevan cerca del monasterio de Santa María in Porto, por temor de que sirvieran de fortificaciones al enemigo; pero en cambio erigen en Rávena mismo, para los camaldulen-



Cabaña donde se refugió Garibaldi perseguido por los austriacos.—De fotografía

ses, el enorme conjunto de edificios conventuales, donde seguramente han ocupado á los Lombardi, pues se les reconoce en la noble sencillez de las líneas arquitectónicas. La cúpula ha sido restaurada tambien y embellecida por ellos; y como se cortaban tambien sin discernimiento las maderas de la Pineta, expidieron edictos, organizando una explotacion útil y regular. La agricultura, por último, despertó tambien su solicitud: necesitaban cáñamo para su gran arsenal de Venecia, y favorecieron la plantacion, que es todavía hoy uno de los recursos del distrito.

La famosa *liga de Cambray* fué la que puso fin á su dominacion en Rávena: el papa los atacó en su posesion de las Romanías, y tuvieron que encerrarse en la ciudad, donde el duque de Urbino, sobrino de Julio II, y su general, no pudiendo apoderarse de ellos por fuerza, les puso sitio estableciendo su campamento alrededor de la tumba de Teodosio, bajo la misma fortaleza.

Rávena hubiera podido resistir largo tiempo, merced á sus fortificaciones; pero los asuntos de los venecianos se empeoraban cada vez mas exteriormente, y así es que Pietro Lando y Francesco Marcelo, proveedores de la república, entregaron la ciudad. Quemáronse los archivos de la plaza Mayor y se rompió el leon de San Márcos (1509).

XII

El cardenal Alidosio

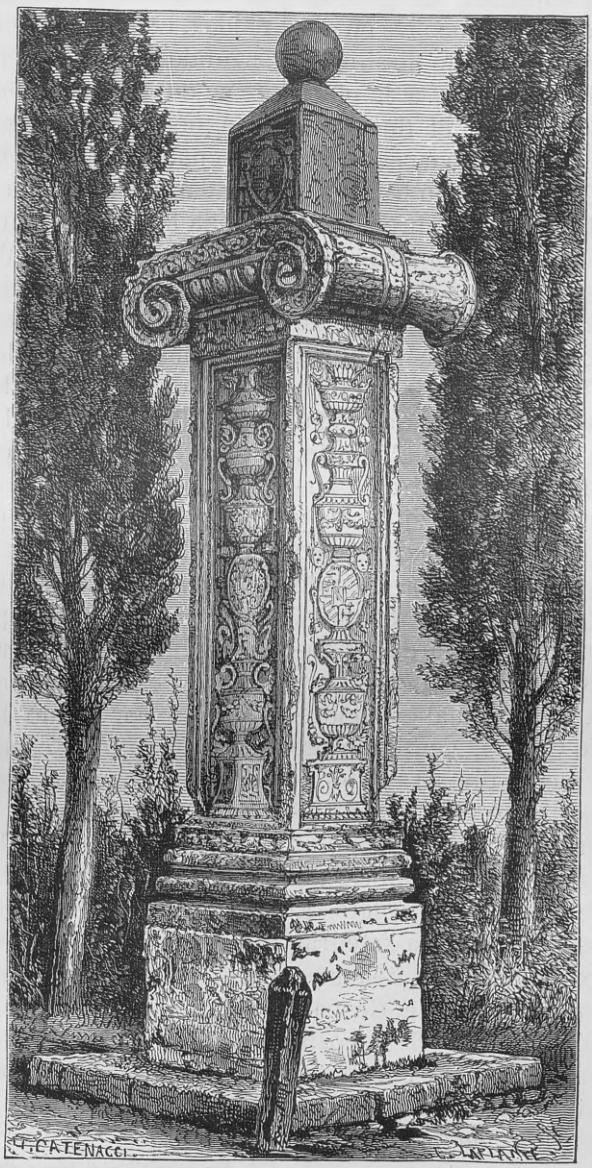
Rávena, así como Verona, tiene su *Volto Bárbaro*. Me dirijo hácia San Vital para visitar el magnífico convento de los benedictinos, contiguo á la basílica, situado en la esquina de la calle que conduce al convento, hoy convertido en cuartel: llama mi atencion una de esas inscripciones de hermoso carácter, en que se distinguen los italianos y cuyo contenido es como sigue:

QUI FERITO A MORTE DA
F°. MARIA DELLA ROVERE DUCA D'URBINO CADE
F°. ALIDOSIO CARDINALE
IL XXIV MAGGIO DEL MDXI FREMENTE DI SDEGNO
GIULIO II P. M.

¿Quién era Alidosio? ¿A qué sombrío drama digno del tiempo de los Borgia alude esta inscripcion conmemorativa?

«Aquí, herido de muerte por Francisco María della Rovere, duque de Urbino, cae el cardenal Alidosio, en 24 de mayo de 1511. El pontífice Julio II estremecido de cólera.....»

Estamos en 1511, y Rávena es del papa Ju-



Columna de los franceses, elevada á la memoria de Gaston de Foix.—De fotografía

lio II: hace algunos dias que el pontífice ha venido á residir á la ciudad, y está alojado en el monasterio de los benedictinos de San Vital.—Así se explica el lujo espléndido de esos monasterios de las Marcas, á donde iban los papas como á una residencia pontificia.—Es el momento en que Bolonia está atacada por los franceses; la ciudad acaba de ser sorprendida, y han entrado las tropas del rey de Francia. El cardenal Francisco Alidosio, legado de Su Santidad, ha conseguido escapar, y no se detiene hasta llegar á Rávena; corre á San Vital, y anuncia el hecho al pontífice. Su hermosa ciudad de Bolonia es del enemigo; los partidarios de Bentivoglio han pactado con él para abrirle las puertas; Francisco María della Rovere, duque de Urbino, y sobrino de Julio II, ha demostrado, segun dice Alidosio, tanta debilidad como impericia, y el cardenal le considera la causa del desastre.

Apenas termina el prelado su relato, presén-

tase el duque; ha llegado de Bolonia á toda brida en retirada, y viene á informar al pontífice. Al verle Julio II, déjase llevar de un arrebato de furor, no quiere escuchar á su sobrino, y mándale salir. El duque tiene veinte años y es de carácter violento; al atravesar las salas, algunos de los que allí hay le dicen que Alidosio es la causa de que se le reciba así; y entonces, dirígese incontinenti en busca del cardenal, que vive en casa de Brunoro Zampeschi, en el fondo de aquella calle que desde San Vital conduce á la plaza Mayor. Por desgracia de Alidosio, el duque le encuentra en el camino, cuando iba á cenar con Su Santidad. El prelado lleva un traje negro sin la púrpura; cubre su cabeza un sombrero á la española; y montado en una mula, apenas acaba de salir del umbral de su morada. Adelántase por el centro de la estrecha calle y á su lado va Guido Vaina, su cuñado, jefe de cien hombres de armas del pontífice. Urbino, montado en su brioso alazan, avanza seguido de ocho de sus familiares; apenas divisa al cardenal Alidosio, apéase precipitadamente, lánzase contra él, sujeta la brida de la mula con la mano izquierda, y con la derecha hunde la daga en el pecho de su enemigo, volviendo á secundar el golpe cuando cae á tierra. Aterrado Vaina, no osa moverse, ni tampoco sus guardias: Urbino guarda su daga tranquilamente, vuelve á montar á caballo, y huye por la puerta Julia. El cardenal es conducido á la casa de Antonio Cavalli, gentilhombre de la ciudad, y espira á medio dia: al recibir el papa esta noticia no se contiene ya, y loco de furor, excomulga á su sobrino.

¡Qué ventana abierta sobre las costumbres del Renacimiento nos ofrece este curioso relato! El cadáver de Alidosio fué sepultado en la catedral: hácia 1745, cuando se exhumaron sus restos para hacer algunos cambios en la cúpula, Gasparo Desidero Martinetti tomó el cráneo y le depositó en el museo de los benedictinos de San Vital; despues pasó á la biblioteca de Classe; y acabamos de tener en la mano el *teschio* de la víctima.

XIII

Gaston de Foix.—La batalla de Rávena.

Es preciso buscar en el sitio mismo en que cayó sepultado en su triunfo, las huellas de ese jóven héroe que se llamaba Gaston de Foix.

Me dirijo á pié á la puerta Sisi, á la hora en que los fuegos del dia se han mitigado un poco, pues á pesar de la inmediacion del Adriático, el calor es sofocante. Paso desde luego por los burgos, y entro en el camino, que es muy alto; la llanura está por ambos lados á seis metros bajo el nivel de la calzada; y el primer puente que veo sirve para franquear el Ronco; un poco mas léjos hay otro para cruzar el Montone. El país es llano, aunque bastante risueño, bien cultivado, con plantíos de cáñamo; y á pesar de la humedad del suelo, prospera la vid, que enlazándose en los árboles, vuelve á caer en forma de guirnaldas, como sucede en Lombardía. Pasado el segundo puente, únense los dos rios desviados de su curso *[fiumi uniti]*; tomo á la izquierda, franqueando un tercer puente, á una legua de Rávena; y costeo la orilla opuesta del rio por una calzada muy alta, escarpado declive que encajona las aguas á una profundidad de mas de diez metros; y por último, despues de hora y media de marcha, me detengo á orillas de la corriente ante la *colonna dei Francesi*. No es una columna, sino un pilar sobrepuesto de un chapitel, en cuyas cuatro caras se han esculpido magníficos follajes al gusto de los lombardos, y numerosas inscripciones que indican el destino del monumento; alrededor se ha formado una media luna plantada de cipreses (véase el grabado de la pág. 409).

El monumento de un gusto muy puro, y de una escultura tan perfecta que recuerda las obras de Leopardi, es de 1557; fué erigido por Pietro Donato Cesi en tiempo de Julio II, y restaurado por Paulo IV. Las inscripciones están todas en latin, y especifican que este monumento se erigió en el lugar mismo donde se dió la batalla.

Tomada Bolonia, Gaston de Foix, hijo de una hermana de Luis XII, y capitan general de Francia en Italia, llegó á la vista de Rávena. Marco Antonio Colonna, general de las tropas pontificias, defendia la ciudad con el virey de España, Fabricio Colonna, el cardenal Juan de Médicis (mas tarde Leon X), Pedro Navarro, y el marqués de Pescara, esposo de aquella famosa Vittoria Colonna que inspiró tan pura pasion al gran Miguel Angel.

La artillería tronaba desde lo alto de las murallas; y las tropas pontificias se habian atrincherado entre el Ronco y la ciudad, en el sitio llamado la *Mulinaccia*.

Gaston de Foix tenia á sus órdenes un ejército compuesto de franceses de diversas provincias, italianos, mercenarios alemanes, lansquenetes, suizos, griegos, dálmatas y navarros. Alfonso de Este, duque de Ferrara, combatia con él. Gaston dispuso sus tropas, sin reservarse ningun puesto fijo; rodeado de treinta valerosos caballeros, acudia á todas partes, segun era necesario animar á los suyos con su presencia; tan pronto se

le veia en un sitio como en otro, luciendo su brillante armadura incrustada en oro; hermoso, jóven, intrépido, y de invencible ardimiento, daba el ejemplo á todos con heróico valor. La lucha habia sido tan sangrienta, que ya una vez, cubierto de la sangre de sus enemigos, Gaston, á ruego de los que le rodeaban, que le creian herido, se detuvo en el lindero de un pequeño bosque. Apenas tranquilizados sobre su suerte, sus oficiales le vieron cambiar de caballo, y despues, para precipitar la derrota de la infantería enemiga, lanzarse contra ella con tan generosa como imprudente impetuosidad, descargando mandobles á derecha é izquierda, y diciendo que no debia escapar uno solo. Sus adversarios, vencidos, pero siempre intrépidos, retrocedieron un poco, y volviendo despues, encarnizáronse contra el jóven héroe, acribillándole de heridas. Entonces, ya moribundo, viósele extender los brazos á ellos, murmurando: «¡Deteneos; soy el hijo de vuestra reina!»

Recogieron su cuerpo, junto al que estaba el de su primo Odet de Lautrec, atravesado de veinte lanzadas: Gaston murió al fin de la jornada, cuando habia conseguido la victoria, y fué sepultado en su triunfo. Mas de veinte mil hombres quedaron tendidos en el campo de batalla. El cardenal Juan de Médicis, el marqués de Pescara, Pedro Navarro y Fabricio Colonna estaban prisioneros. A la noche siguiente, las partidas de *gascones* del ejército de Foix, conducidas por un tal Jacquin, introdujéronse á través de la brecha, practicada en la puerta San Mammante, y saquearon la ciudad de Rávena. Todos los templos y palacios fueron despojados; y causa verdadero asombro que una ciudad tantas veces entregada á los furores de los hombres y al saqueo de los bárbaros ofrezca todavía tantas riquezas á la admiracion del viajero.

Durante aquella noche del saqueo de Rávena por los gascones, quedó completamente devastado el monasterio de los camaldulenses de San Apolinar in Classe, y se dió muerte al abate Secchini. Los ferrareses, dice la historia, fueron los que mas se encarnizaron en el pillaje, llegando hasta robar el tesoro del Monte de Piedad y el de la catedral. El general francés, señor de la Palisse, indignado al ver que las tropas de Gascuña terminaban la victoria con atentados tan odiosos, mandó ahorcar de las ventanas del monumento á treinta y cuatro de los suyos en el momento en que saqueaban un convento de monjas. Este acto de rigor puso fin á la carnicería. El duque Alfonso de Este se jactó de haber salvado el palacio Rasponi de la furia de los saqueadores; pero ninguno descuidó llevar el botin hasta las barcas del canal para guardarle en paraje mas seguro. Los habitantes de la ciudad, á pesar de las protestas del señor de la Palisse, se vengaron cruelmente de los franceses: nombrado general del ejército estacionado en Rávena, este jefe se alejó de la ciudad dejando una escasa guarnicion: el obispo Giulio Vitelli la obligó á capitular; y á pesar de los tratados hechos al rendirse la plaza, los cuatro jefes franceses mas importantes fueron enterrados vivos en un foso por el populacho.

He concluido con los grandes episodios: la historia de Rávena no se confunde ya en adelante con la del mundo. Los bárbaros, Cárlo-Magno, Dante, Gaston de Foix y la batalla de Rávena, son leyendas de la humanidad entera. Despues del siglo XVI entramos en la historia local: la ciudad es de los pontífices que gobiernan por sus legados; los monumentos llevan todos el sello pontificio; pero no faltan el buen gusto y la grandiosidad.

XIV

Lord Byron

El último recuerdo viviente que nos puede llamar aquí la atencion es el de lord Byron, atraido por la memoria de Dante, y como todos saben, por otro sentimiento que le dominó toda su vida: su amor á la condesa Guiccioli.

El poeta ha residido en Rávena desde junio de 1819 hasta octubre de 1821; y abandonó la ciudad para trasladarse por algun tiempo á Pisa. Ya habia germinado en su mente la idea de un fin sublime; iba á poner en accion su mas hermoso poema; y el desenlace debia ser su muerte por la independencia de Grecia.

Espiró en Missolonghi el 18 de abril de 1824, á la edad de treinta y seis años.

Este es el último recuerdo que se puede evocar en Rávena, despues de los grandes episodios del Renacimiento. Cada año se ha pronunciado mas la decadencia. La ciudad es aun residencia de un legado; pero ya huyó de ella la vida política. Cuando Bonaparte, despues de la conquista, divide la Italia superior en departamentos franceses, designa Forli como cabeza de distrito, y la ciudad que fué capital del imperio de Occidente no se considera de suficiente importancia para erigirla en prefectura. Devuelta al pontífice despues de la retirada de los franceses, forma una de las cinco legaciones, y agrégase á Italia en el momento en que Fanti y Cialdini, á la cabeza del ejército de las Marcas y de la Umbría, conquistan los Estados del papa. Hoy no es mas

que un gran recuerdo, un museo viviente, un nombre grandioso y augusto; y no he visto en mi excursion á Rávena sino un pretexto para evocar los muertos ilustres y los imperios caidos.

XV

Rímini

¿Es el recuerdo de Francisca el que llena mi pensamiento, ó el de esos Malatesta, tan duros para los hombres y las ciudades, como clementes para las letras, las ciencias y las artes? Como quiera que sea, puedo decir que en todo este viaje, durante el cual residí en mas de veinte ciudades, la de Rímini, bonita y risueña, es la que mas me ha seducido.

Salgo de Rávena por el camino de hierro á la una de la tarde, y me detengo media hora en Castelbolognese, pequeña ciudad, miniatura del Misal italiano, cuadrada, encerrada en su fortificacion, con torres angulares y bastiones de



Plaza Mayor de Rímini, con el pedestal de César.—De una fotografía

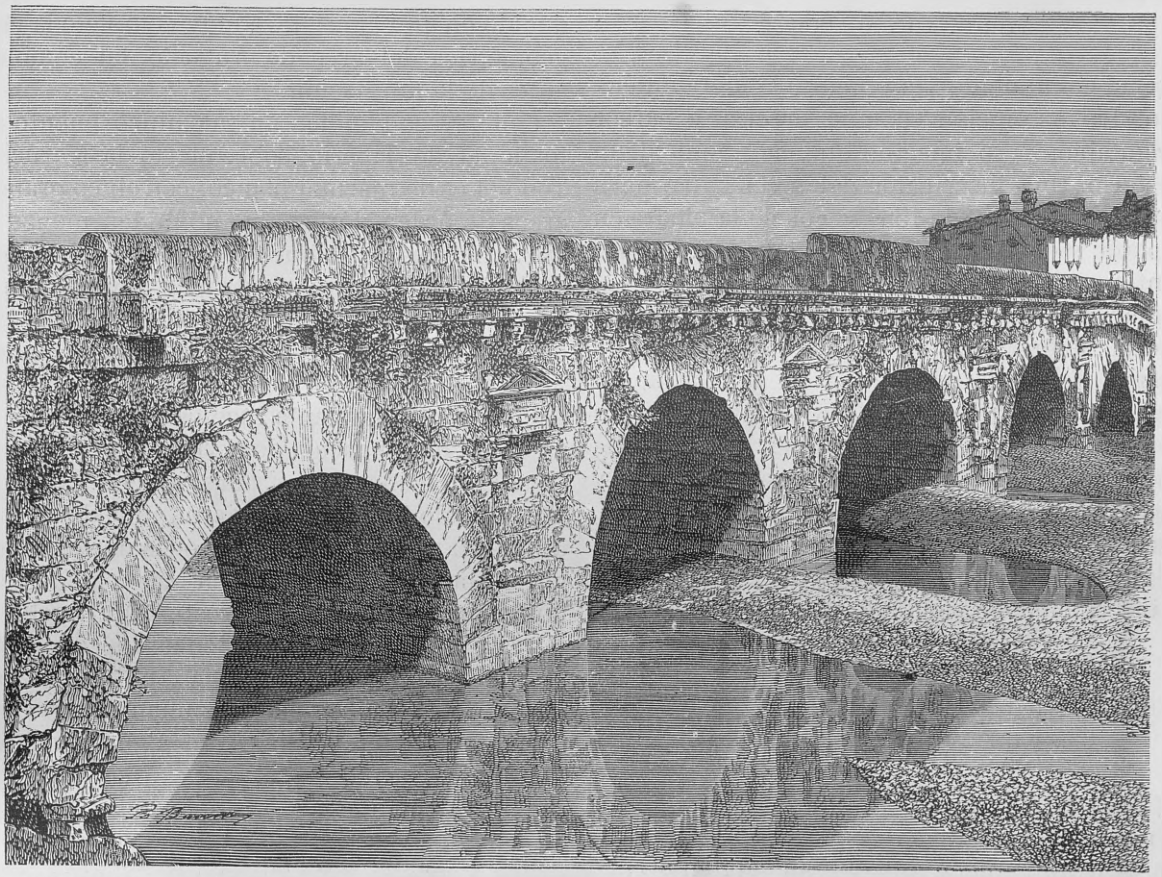
forma circular, plaza de agradable aspecto, que tiene iglesias de mármol y arcadas como en Bolonia. Me limito á cruzar Forli, entrando por una puerta y saliendo por otra, y conténtome con ver desde léjos Cesena, con su imponente fortaleza y sus dos colinas bien defendidas: á las siete estaba en Rímini.

Antes de comenzar debo hacer una advertencia: debe verse todo; por do quiera se encuentra historia; no se da un paso sin ver monumentos; y cada ciudad del litoral exigiria un volúmen. He debido escoger, porque me hallo aquí en lucha con las necesidades prácticas; pero esto me causa un profundo sentimiento.

Estas ciudades, fortificadas todas, suelen tener grandes calles que conducen de una puerta á otra, y esto es lo que se observa en Rímini. Su gran calle, que es el Corso, llega, pasando por el Borgo Adriano, á una admirable puerta romana. Lo primero que llama la atencion es el arco de Julio César; hay dos plazas de grandes dimensiones: una sirve para el mercado, y en la otra se elevan los edificios públicos. La estatua de bronce de un papa, el teatro, la Casa-Ayuntamiento, la *Pescaria*, la fortaleza de los Malatesta y un templo, único tal vez, son los monumentos mas importantes de la ciudad. Aquí hay recuerdos vivientes de César que se refieren al paso del Rubicon. El puente de Augusto sobre la Marecchia, y una preciosa fachada, la de San

Miguel, constituyen un conjunto lleno de interés para el viajero; pero sobre todo dominan los recuerdos literarios de una época muy fértil para las artes y las letras, la tradicion de la existencia de una corte muy culta y refinada, que bien pronto desapareció de la carta política de Italia; y en todas partes parece leerse la dulce y conmovedora leyenda de Paolo y de Francesca. Una rica biblioteca, la *Gamba-lunga*, la obsequiosa acogida de un bibliotecario instruido, y por último, algunos descubrimientos que pude hacer, y que no serán inútiles para la historia del arte italiano en el siglo XVI, era mas de lo que yo necesitaba para detenerme ocho dias en Rimini.

Escandalicé mucho á mis patrones porque iba á almorzar y comer á una hostería de la plaza donde solo concurria gente del pueblo. A decir verdad, estos son los restauranes mas cómodos del país, cien veces preferibles á los falsos hoteles ingleses y á la falsa cocina francesa, tan pretenciosa como detestable. El vino nostrano (1) es muy bueno; excelente en toda la costa, llega



Puente de Augusto, en Rimini.—De fotografía

á ser *épico* cerca de Lecce. El pescado se come recien salido del agua; las pastas son siempre recomendables; y si se pide un *macaroni al sugo* ó al *natural*, con manteca fresca; una *bracciola* (especie de costilla asada); una *sfoglia* (sollo blanco y gordo), y unas fresas de bosque, se obtendrá un conjunto exquisito, sin ninguna exageracion. La comida se prepara á la vista del viajero en una gran sala blanqueada con cal, donde tres cocineros, que parecen tenores, van de un lado á otro cantando la *Aida*, con la mayor ingenuidad y sin cuidarse del público. Unos entran y otros salen; en la mesa del centro, la familia trabaja; el padre anciano y las hermosas hijas sonrien discretamente. Cuando llega de Loreto un parroquiano á quien no se ha visto hace un mes, óyense gritos de alegría y menudean los abrazos; los niños brincan, y se olvida que otras personas esperan allí. Basta volver tres veces á la misma casa para que llamen al parroquiano *signor Carlo;* y la dueña del establecimiento os habla de vuestra madre: todo por una peseta y cincuenta céntimos. A mí me parece esto delicioso, y no daria mis diez y seis comidas de Rímini por un abono gratis al café Inglés. Consuela saber que se puede vivir cómodamente. Dicho esto, lancémonos á la ciudad.

Si hemos de dar crédito á una inscripcion,

(1) Vino del país.

Rímini posee una verdadera reliquia histórica: es un simple pedestal que se eleva sobre la plaza del mercado, y que no seria nada menos que la piedra en que César, despues de pasar el Rubicon, arengó á sus tropas. He tomado una fotografía del sitio; pero el pedestal tiene tal dimension, que se pierde un poco en el conjunto del dibujo: hé aquí lo que aparece grabado en una de las caras:

C . CÆSAR . DICT . RUBICONE
SUPERATO . CIVILI . BEL . COMMILIT . SUOS . HIC . IN .
FORO . AR . ADLOCUT .

¡Qué monumento tan precioso si fuera auténtico! La inscripcion es muy precisa, y parece irrefutable; pero imagino que hay aquí algun misterio. Una inscripcion del siglo XVI prueba que en noviembre de 1560 se colocó la piedra en la plaza; y de consiguiente no estaba allí. ¿Es por ventura una restitucion? ¿Tiene por objeto confirmar una leyenda conservada, una tradicion que el tiempo ha consagrado? ¿Es, en fin, la misma piedra, la que servia en aquella época para leer los edictos, y á la que César subió para pronunciar su arenga; ó es, por último, una simple copia de la que existió en alguna parte y que se destruyó despues? Parece, sin embargo, muy antigua, pero los arqueólogos mueven la cabeza con aire de duda. Conviene dar á conocer la inscripcion del siglo XVI, que dice así:

SUGGESTUM-HUNC-VETUSTATE
COLLAPSUM-COS-ARIMIN-MENSIUM-NOVEMBRIS
ET DECEMB-MDLX RESTITUIT

Como quiera que sea, se ha dado á la piedra el nombre de *Pedestal de Julio César*. Dion Cassio y Suetonio dicen que el gran capitan arengó en efecto sus tropas en la ciudad; pero lo que mas dudas suscita es que Julio César, tan preciso en sus *Comentarios*, no habla de ello.

Tenemos aquí un arco admirable, el arco de Augusto, erigido en el año 727 de Roma por el senado y el pueblo, el año mismo en que Octavio fué saludado con el nombre de Augusto. Aquí desembocaba la via Flaminia, que conducia desde Roma á Rímini; y el arco era precisamente un tributo de reconocimiento por la construccion de todas las vias de Italia. El dibujo permite ver el ensanche de la abertura, la mas grande que habian hecho hasta entonces los romanos, y que abarca orgullosamente la via. No se puede juzgar del dibujo de la parte superior, destruida por los bárbaros, y á la cual se sustituyó en el siglo XII, para formar una obra defensiva, un coronamiento de almenas que desfiguran el edificio, sobrepuesto en otra época de la estatua de Augusto. Cuatro magníficos medallones decoran los tímpanos, Juno, Neptuno, Palas y Vénus; y en la bóveda se ven dos cabezas de vaca y de toro, las cuales indican que la ciudad era colonia romana.

Por una curiosa particularidad, en la magnífica fachada de una pequeña iglesia que termina en el ángulo derecho, en el contrafuerte del monumento (la iglesia es del siglo XV y carece de interés interiormente), el arquitecto ha reproducido en un bajo relieve muy completo la vista geométrica del arco de Augusto, tal como era antes de la mutilacion.

Consérvase tambien un magnífico puente romano, el de Tiberio, sobre el rio la Maruccia. Todo él es de mármol blanco, con cinco grandes arcos de órden dórico que no miden menos de diez metros de diámetro. Las inscripciones, grabadas en un gran cuadro, en medio del parapeto mismo, dan á conocer el orígen: fué erigido por un decreto de Augusto, y se terminó en tiempo de Tiberio. Allí se observa una disposicion sumamente ingeniosa; el puente no es sino la prolongacion de la via consular; y como llega oblícuamente, las pilas son oblícuas. En 522, cuando los godos quisieron impedir el paso á Narses, rompieron el arco por la parte del burgo. Despues le rehicieron con mas ó menos precipitacion; pero en 1680, Agostino Martinelli, de Ferrara, le restauró por órden de Inocencio XII. La salida inmediata por la via Emiliana es bastante triste; el lecho del rio sumamente ancho y mal definido, pues solo se ven algunas charcas de agua en medio de las arenas. Los ribereños me han dicho que los torrentes de los Apeninos aumentan á veces el caudal de aguas, las cuales suben á considerable altura.

XVI

Francisca de Rímini

Compréndese muy bien que el recuerdo de Francisca de Rímini nos siguiera á la ciudad donde se consumó el drama terrible consagrado por el canto imperecedero de la *Divina Comedia;* pero hay aquí muchas brumas, muchas nubes; y solo en los pergaminos y documentos de los archivos he podido hallar huellas positivas de la existencia de Francisca, de su casamiento, de su amor y de su muerte: las pruebas comprobantes de los monumentos no existen ya en Rímini.

Lo que hay de mas claro y seguro sobre este asunto es el comentario de Boccacio sobre el pa-



Arco de Augusto, en Rimini

saje del Dante que recuerda el hecho: Boccacio era casi contemporáneo (1313 á 1375).

Guido Vecchio de Polenta, señor de Rávena y de Cervia, estaba en guerra con el señor de Rímini, Malatesta: firmóse al fin la paz, y para cimentarla mejor, convínose en que Giancioto, hijo de Malatesta, se enlazara con Francisca, hija de Guido.

Giancioto era un gran guerrero, un hombre intrépido, pero contrahecho *(zoppo)*. Paolo, su hermano, casado ya, y que era hermoso como un príncipe de los cuentos de hadas, recibió el encargo de ir á Rávena y desposarse con la jóven por poderes; fué en efecto, vióle Francisca, parecióle seductor, y tomándole por el verdadero desposado, enamoróse de él. Firmado el contrato, la esposa fué á Rímini, y descubrió su cruel error al presentarse Giancioto. Paolo y Francisca se veian diariamente, mientras Giancioto guerreaba por los caminos. Un servidor del marido denunció las citas; y habiendo vuelto Giancioto cierto dia de improviso, sorprendió á los dos amantes. La escena del asesinato es conocida: Francisca hace una seña á Paolo para que huya; él corre á la ventana para saltar al patio, pero queda suspendido en una saliente; y cuando Francisca le cree salvado, abre la puerta de par en par. Giancioto, ardiendo en cólera, registra la habitacion con una mirada, y espada en mano dirígese al balcon, donde ve á su hermano suspendido. Entonces le atrae al interior, y levanta su espada para herirle; pero Francisca se precipita sobre el cuerpo de Paolo, y la misma estocada les atraviesa. *Furono poi li due amanti con molte lacrime la mattina seguente sepelliti, ed una medesima sepoltura.* Fueron llorados y se les sepultó en la misma tumba. Hé aquí el hecho histórico que, convertido en leyenda, se ha propagado á través de los siglos.

Podria escribir extensamente, y espero hacerlo en otro lugar, estableciendo los hechos históricos respecto á los de la leyenda, y citando todos los documentos en apoyo. He necesitado practicar muchas pesquisas para reunirlos en los archivos, y los debo á la obsequiosidad del bibliotecario de la *Gamba-lunga*, hijo del sabio doctor Luigi-Tonini, por lo cual le doy las gracias públicamente.

El lugar del asesinato no está bien determinado aun; unos pretenden que Giancioto vivia entonces en San Archangelo; y otros que habitaba en Pésaro, porque Malatesta era señor de este punto. El doctor Luigi-Tonini ha probado que fué en Rímini, y seguramente en la Roca Malatestiana, donde ocurrió el hecho.

Esta roca es, sin embargo, posterior, pues data de 1446, y es debida á Sigismundo, hijo de Pandolfo, señor de Malatesta, muy hábil en los trabajos de fortificacion, y que habia enviado á llamar al famoso Roberto Valturio, autor del tratado *Re Militari*. Lo que vemos actualmente no puede dar idea de lo que existia entonces; era el cuerpo; pero el suelo sobre que andamos alrededor de la roca se reducia á un profundo foso cerrado por un primer recinto; y un puente levadizo daba paso á la puerta que vemos en la fachada. Antes de 1446, fecha que da la magnífica inscripcion trazada sobre la puerta, elevábase allí el palacio de los Malatestas, palacio fortificado, ó mejor dicho fortaleza *(castello)*, y llamábanle *Gattolo di San Colomba* á causa de una iglesia que habia en la parte noroeste; mas tarde se le dió el nombre de *Gattolo dei Malatesta*. En este pequeño castillo fué donde Paolo y Francisca debieron morir. Habia seis torres de ochenta piés de elevacion, y un foso de ciento de anchura por treinta y cinco de profundidad. En 1625, el papa Urbano VIII dió órden de repararle, y se le designó con su nombre: *Castello Urbano*. En 1826, y por un acto de barbarie muy sensible, destruyóse el primer recinto, colmáronse los fosos, y naturalmente se derribó el puente levadizo. Hoy se han establecido allí las cárceles para los criminales comunes; y á través de las rejas vemos la chaquetilla roja de una mujer que contempla pensativa el azulado cielo.

XVII

El templo de los Malatesta.

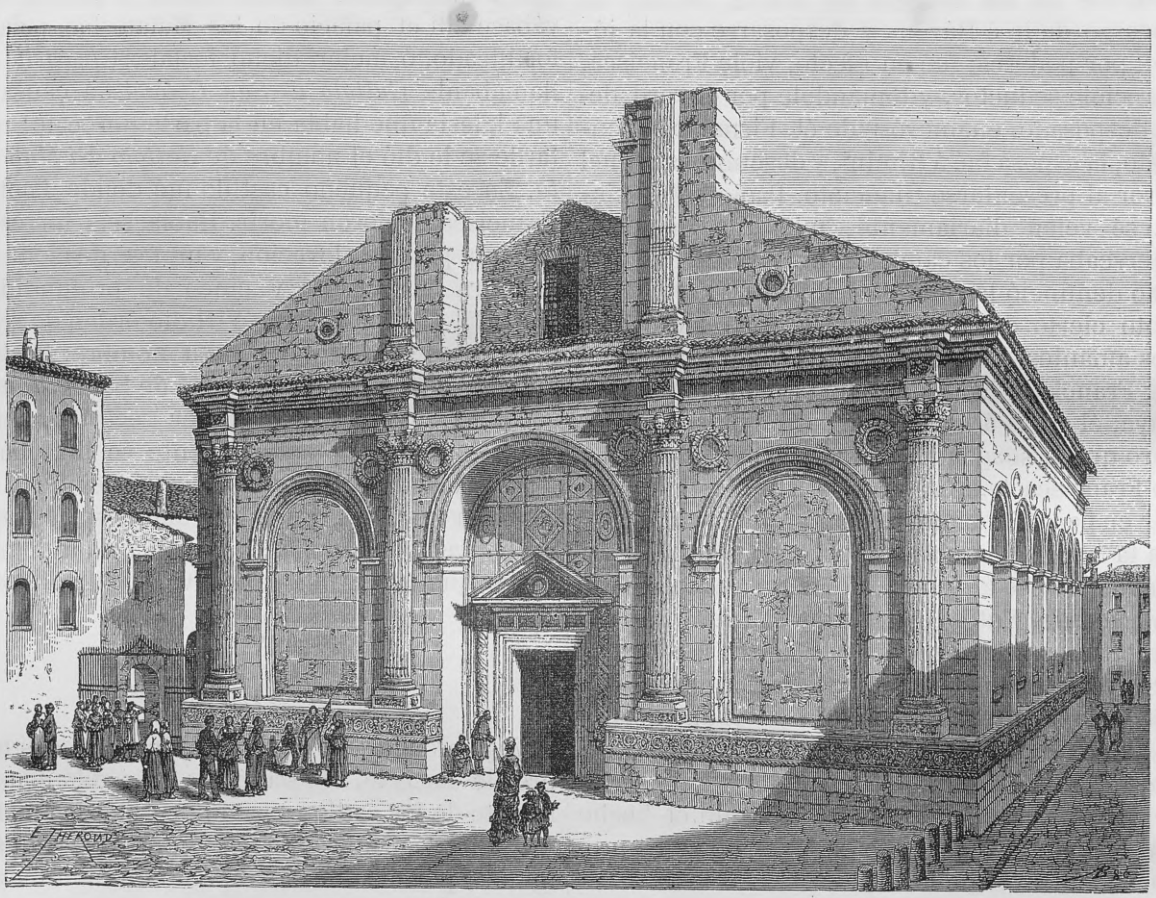
Vagando sin rumbo fijo, segun tengo costumbre de hacerlo, limitándome á mi solo conocimiento de los estilos para interpretar los monumentos y las ruinas, llego de improviso, y quedo inmóvil por la admiracion, ante un monumento que considero como uno de los mas hermosos de toda la Italia, aunque desgraciadamente está sin concluir. La fecha es muy recomendable (1450), y la inscripcion del frontis tiene algo de grandioso: *A Dios inmortal. Sigismundo Pandolfo Malatesta, hijo de Pandolfo.*

Es la iglesia de San Francisco, que apenas se conoce, muy poco reproducida, tanto que hemos debido desistir de encontrar la fotografía en toda Italia, habiendo sido necesario que M. Trevisani hiciera diez *clichés* diferentes en Rímini, á fin de poder ilustrarla algun dia despues de buscar los documentos de los archivos.

Se ha dado á este edificio el nombre de *Tempio Malatestiano*. Figurémonos una iglesia del siglo XIV á la que un príncipe poderoso, rico, y amigo de las artes, aplicó una cubierta (mejor

diria una camisa, para que se me comprendiese con mas claridad), cuyo dibujo es de Leon Bautista Alberti de Florencia. La fachada no está concluida, y solo por las medallas de la época se reconoce lo que debia ser. Parece el estilo á la vez clásico y noblemente caprichoso de la segunda mitad del siglo xv, adoptado por Alberti. Muy sencillo en el exterior, ofrece notable unidad y exquisito gusto; las molduras y los frisos son de aquella época afortunada, en la que todo cuanto salia de las manos de los artistas alcanzaba una perfeccion de la cual no se pasará nunca.

Sigismundo, hijo de Pandolfo, ha dedicado á las obras de ese templo toda su vida: para embellecerle saqueó San Apolinar in Classe de Rávena; quiso reunir en las capillas del interior las tumbas de su familia y la de su mujer Isotta, cuyo monograma se ve unido al suyo en las tres fachadas; y por un pensamiento grandioso, que bastaria para que se amara á ese Malatesta, cargado de imprecaciones en la historia, quiso



San Francisco: el templo de los Malatesta, en Rimini.—De fotografía

tambien que en cada uno de los arcos de las fachadas laterales, y en su sarcófago noble y sencillo, de forma antigua, reposara uno de los poetas, de los filósofos y de los sabios que vivieron en su corte.

El interior está lleno de revelaciones para el estudio de las artes: los mas grandes artistas italianos del siglo xv han contribuido á embellecerle; y aun despues de las prodigiosas tumbas de los Frari, de San Giovanni e Paolo, se puede admirar la perfeccion de las obras esculpidas que engalanan cada uno de esos santuarios del arte. ¡Singular apreciacion para una obra de esa época, en que la arquitectura volvia á los orígenes antiguos! Esta es original y romántica como un sistema decorativo nacido ayer, que nada hubiese tomado de ninguna época. Allí se observan en la composicion rasgos de audacia que admirarán vivamente á cuantos se ocupen del arte. Espero haber hallado los nombres de los artistas que contribuyeron á ilustrar este precioso monumento, y me parece poder probar que no se trata nada menos que de Luca della Rubbia, Pisanelli, Matteo da Pasti, Sperandeo Sperandei, Simone Donatello, Piero della Francesca, Lorenzo Ghiberti y Bernardo Ciuffagni.

Mucho antes de existir la corte de Ferrara antes del apogeo del reinado de los duques de Urbino, desde 1350, esta corte de Rímini era un centro intelectual. Sigismundo, hijo de Pandol-

fo, convirtió á Rímini en una pequeña Atenas, y muchos grandes artistas, que vivieron en aquella corte, murieron á su servicio. Tenia sus sabios y filósofos, sus pintores y grabadores en medallas; era poeta, y se han conservado los versos que compuso para la bella Isotta, su esposa. Distinguíase tambien por sus conocimientos especiales en trabajos de fortificacion, y se le debe el dibujo de muchas fortalezas de las ciudades inmediatas.

La soberanía de los Malatesta en Rímini databa de los primeros dias del siglo XIII; y Oton III, que sucedió á los lombardos en aquella, nombró un Malatesta *vicario del imperio;* uno de los pontífices reconoció á Galeotto, abuelo de Sigismundo, como soberano de Rímini, y la misma familia reinó á la vez en esta ciudad y en Fano desde el año 1200, hasta el dia en que un Malatesta cedió Rímini á los venecianos, quienes la perdieron en 1528, en la batalla de Gera d'Adda reñida con



Monumento de Rossini, en Pésaro.—De fotografía

las tropas pontificias. Desde aquel momento, un legado gobierna en nombre del pontífice, y la ciudad sufre la suerte de las demás de las Marcas.

Hay poco movimiento comercial en Rímini: los habitantes de los campos inmediatos van á proveerse allí; pero la industria es nula. La ciudad ha llegado á ser una estacion balnearia importante, á la cual acude la gente de todos puntos de Italia. En la playa se ha formado una nueva ciudad que recuerda mucho, relativamente, las ciudades modernas de Deauville ó Villers, á donde afluyen los parisienses durante el verano. Las familias ricas tienen allí pabellones para habitar durante la estacion de baños; y algunos habitantes de Rímini, mas emprendedores que otros, han especulado sobre los terrenos y construido casas. La playa es magnífica, pero muy descubierta y arenosa. El *Casino* está á la derecha del pequeño puerto, donde apenas hay mas movimiento que el de la flotilla dedicada á la pesca. Como todas las islas del golfo de Venecia no están habitadas sino por pescadores, estos se ven obligados, tan numerosa es la concurrencia, á dejar la laguna y el golfo, para venir aquí á explotar un fondo menos buscado. Despues de haberlos visto en la costa opuesta y en Dalmacia, volvemos á encontrar aquí á los pescadores de Chioggia, cuyas barcas se reconocen por su proa en forma de pico de ave, sus velas de co-

lor de orin, sus grandes madonas pintadas, y sus singulares veletas de paja trenzada que adornan la extremidad del mástil. Los pescadores de Chioggia se alinean á cada lado del muelle y tienen su barrio propio. Los de Rímini desembarcan el pescado á la entrada del puerto, conduciéndole en carretones, donde colocan hábilmente unos sobre otros los cestos planos llenos de peces. De este modo deben recorrer mas de dos kilómetros, para llevar el producto de su trabajo á la gran plaza donde se halla la *Pescaria*. A la entrada misma del puerto, por el lado de la ciudad, hállanse los barcos de mayor tonelaje, los procedentes de Fiume, de las islas de Quarnero y de Istria.

Hoy no se trae de allí mas que leña y carbon para la via férrea. En tiempo ordinario, y con este género de barcas, montada cada cual por una familia *(trabacoli)*, se necesitan al menos dos dias y medio para llegar á Quarnero.

El puerto es pintoresco como dibujo, mas apenas es un puerto-canal; no hay cuenca; las reparaciones se hacen en el lecho mismo, durante la marea baja; y la calzada, bastante ancha en algunos sitios, sirve de astillero para las siete ú ocho barcas que se construyen. El cróquis que representa el puerto está tomado de espaldas al Adriático, y mirando á la ciudad en el horizonte; el puente que corta el canal es el del camino de hierro, que sigue la orilla y separa el puerto de la ciudad (véase el grabado de la pág. 401).

XVIII

Pésaro

La primera etapa interesante despues de Rimini es la pequeña ciudad de Pésaro: el camino que se sigue para llegar, en extremo agradable, costea siempre la orilla, y se ven á cada instante las velas amarillentas bordadas de estrellas, de las barcas que surcan las azuladas ondas.

A distancia igual de Rímini y de Cattólica, á legua y media en el interior, destácase un alto pico que el viajero tiene siempre á la vista durante su excursion, y que vale la pena de ir á ver de cerca; es la roca del monte Titan, uno de los pitones de los Apeninos, cuya elevacion llega casi á ochocientos metros, y sobre el cual se halla la pequeña ciudad de San Marino, la última república italiana.

Riccione es un pueblo de poca importancia; la Cattólica está completamente en la costa, y debe su nombre á un contra-concilio celebrado cuando con motivo de haberse reunido los obispos arrianos en Rímini, los ortodoxos eligieron esta pequeña ciudad para protestar.

Habiendo salido á las once y media de Rímini, llegamos á Pésaro á las dos. En la estacion misma, en una pequeña plaza cuadrada, de carácter moderno, circuida de árboles y flores, y con su correspondiente verja de hierro, elévase la estatua del *Cisne de Pésaro*, de aquel anciano de fina sonrisa á quien vimos durante tantos años pasear por el boulevard de los Italianos, huésped popular de nuestro país, el autor del *Barbero de Sevilla* y de *Guillermo Tell*. Una inscripcion indica que este monumento es debido á la munificencia de dos extranjeros bien conocidos de todo el mundo, de un español, el marqués de Salamanca, y de un francés, M. G. Delahante. Por la noche, y como quiera que nuestro paseo alrededor de la ciudad nos condujese otra vez á la estacion, vimos que toda la pequeña plaza parecia fosforescente; miles de luciérnagas pululaban sobre las flores, vivas y luminosas como las notas brillantes de los *pizzicati* y caprichosos giros de la orquesta de Rossini.

El plano de la ciudad es un pentágono irregular, completamente circuido de muros con bastiones y anchos fosos que podrian llenar las aguas del Foglia. Los muros, muy altos, están flanqueados por un terraplen cubierto de árboles, que ofrece un bonito paseo. Todas estas ciudades fortificadas tienen numerosas puertas monumentales, las cuales toman su nombre de los constructores, ó de los caminos á que dan salida. Allí tambien hay terromontero, porque apenas hace dos siglos que los muros llegaban casi hasta la orilla en la parte donde el rio se vierte en el mar.

Hay mas vida industrial y comercial en Pésaro que en Rímini; abundan los tejidos de seda; encuéntranse fábricas de municiones para la caza y fundiciones; el antiguo renombre de las alfarerías no se ha perdido del todo; y las canteras de azufre se explotan con provecho. La ciudad y el territorio, es decir los arrabales, cuentan unas veinte mil almas. La llanura es rica, pero el pequeño puerto muy reducido, siendo lo menos de ciento el número de habitantes dedicados á la pesca.

En la ciudad hay tres plazas: la de Trebbio, la Mayor, y la del Porto; en la segunda, llamada tambien plaza de los Duques, está el palacio de los de Urbino (*la Corte*, como dicen aquí). El monumento tiene su grandeza, pero las restauraciones sucesivas han cambiado mucho el carácter. Se ha disminuido la dimension de las ventanas, en las que pusieron, con la mayor candidez, las persianas mas modernas, abriendo un balcon que da á la bahía central, á fin de que Pio IX pudiera bendecir al pueblo cuando emprendió su viaje en 1857. La fachada que da á la

plaza fué construida por los Sforza, que fueron señores de Pésaro; y á despique de los furores revolucionarios de 1797, aun se conservan algunos escudos de la familia. Todo el monumento está ocupado hoy por las administraciones, las oficinas de correos y de hacienda, y las de la prefectura; pero se ha respetado la gran sala que corresponde á la fachada de la plaza, donde se celebraron en 1475 las bodas de Constancio Sforza y de Camila de Aragon.

Los adornos que aun se conservan intactos no son sin embargo de aquella época: en tiempo del duque Francisco María, los restauró con buen gusto Girolamo Genga, quien formó en la parte que da vuelta por la calle de los Mercaderes una serie de habitaciones para el duque. Todavía se ven allí magníficas chimeneas, puertas, escaleras y hermosos frisos, que preparan al observador para contemplar las maravillas de la morada de los duques de Urbino.

La proporcion de estos palacios en estas pequeñas ciudades me parece enorme. El que ahora veo tiene dos patios; en el primero hay cuatro fachadas sencillas, pero en los frisos de las ventanas, y sobre las magníficas puertas se leen las iniciales *Guido Ubaldo secondo, quarto Duca di Urbino*, cuyo nombre componemos fácilmente al ver las armas y atributos de la casa, los tres postes, la llama invertida, las dos V. V., que significan *Victoria* y *Vbaldus*. El segundo patio está del todo abandonado; su nombre, *la Caccia*, indica que el duque mandó construirle para dar corridas de toros. Al buscar algunos vestigios de la época de los duques, hemos observado en una cuadra los restos de un fresco de cierto interés, y maderas esculpidas que aun se podrian restaurar.

Era natural buscar en Pésaro las huellas de aquellas magníficas fábricas de alfarería que fueron su gloria, como lo habian sido de Gabbio, de Faenza y de Urbino; y apenas es creible que ni aun haya conseguido reconocer el perímetro que ocupaban; pero la tradicion existe todavía, y he visitado las fábricas modernas, que, dado lo que conocemos hoy, no ofrecen interés, por la sencilla y poderosa razon de no tener las obras procedentes de esos establecimientos un carácter original; fuera de lo que se llama los *terraglia*, para el uso vulgar, limítanse á reproducir las formas antiguas y los dibujos de los maestros.

Despues de admirar algunas ediciones raras en la biblioteca Olivieri, examinando varios manuscritos, entre los cuales ví preciosos autógrafos, tales como los del Tasso, de Castiglione, el autor del *Cortesano*, de Aretino, de Genga, de Baroche y de Palma, dí un paseo por los jardines llamados *Orti Giulii*, lugar pintoresco y romántico, que el conde Francisco Cassi dispuso en el mismo bastion, formando un terrado sobre el Adriático. Desde este punto, saqué el dibujo del pequeño puerto de Pésaro y de la desembocadura del Foglia. Allí se ha erigido un monumento á Giulio Perticari, uno de los hombres ilustres de la ciudad; con un buen gusto que recuerda el de las quintas italianas de los alrededores de Roma, el fundador ha colocado acá y allá piedras y restos antiguos, que armonizándose con una naturaleza noble y pintoresca, convierten aquel lugar en el mas poético retiro.

XIX

De Pésaro á Urbino

Al salir de Pésaro debia continuar mi marcha siguiendo el Adriático; pero hacia mucho tiempo que deseaba ver la ciudad del divino Sanzio y el famoso palacio de los duques de Urbino; una invitacion que habia recibido del presidente de la Academia de Rafael, para ir á tomar en el mismo Urbino el diploma de individuo de esta asamblea, me indujo á cambiar mi itinerario á fin de dar una vuelta por el interior.

Urbino está completamente *fuera de mano (fuori di mano)*, como dicen aquí, necesitándose cinco horas de diligencia para llegar. Mientras Florencia fué capital de Italia, esperóse ver el enlace de la ciudad con el centro por medio de una vía férrea; pero hoy no se confia ya en conseguirlo; y así es que Urbino, ciudad no muy conocida de extranjeros, no es tan visitada como merece. Estamos en la orilla misma, y debemos franquear cuarenta kilómetros por el interior, dirigiéndonos hácia los Apeninos.

Apenas cuenta Urbino de cinco á seis mil habitantes, y los de todo el territorio no pasan de catorce mil, aunque se cree que en tiempo de los duques estuvo la ciudad mas poblada. La altura de su posicion en la montaña indica un clima sumamente riguroso; la nieve, cayendo en abundancia, cerraba en otro tiempo toda comunicacion á los campesinos.

La historia de Urbino se confunde con la de Rávena en sus grandes rasgos; romana, gótica, lombarda, y franca, en fin, con Pipino y Cárlo-Magno, fué comprendida en la donacion hecha al Santo Padre por el primero, y confirmada por el segundo. En tiempo de las facciones italianas pasó á poder de la casa de Montefeltro, y despues á la de Róvere; y cúpole la buena fortuna de tener por soberanos durante cuatro siglos prínci-

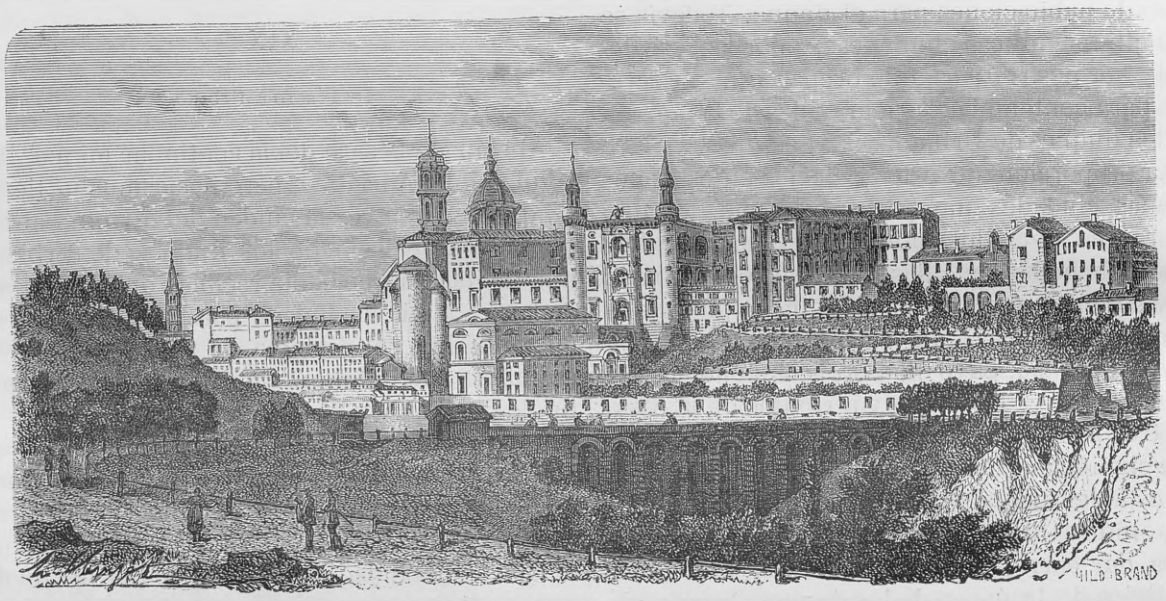
pes excelentes, muy amantes de su pueblo, algunos de los cuales, hombres distinguidos, convirtieron aquel pequeño rincon del mundo en un centro muy culto y letrado, cuya ilustracion igualó á la de las brillantes cortes de Italia, que fueron en Europa las iniciadoras de las artes, de las letras y de las ciencias. Sin entrar en la historia de la ciudad de Urbino, al visitar el palacio tendremos ocasion de dar una idea del espectáculo que ofrecia al mundo aquella pequeña corte, la cual mereció el nombre de Atenas de Italia. Veamos ante todo lo que aun se conserva como testimonio de aquella época grandiosa.

XX

URBINO

La ciudad – Su aspecto.—Los monumentos.

Una ciudad situada como la de Urbino (*Urbs Bina*) debe ofrecer necesariamente el golpe de vista mas pintoresco; y si se considera que en la mas hermosa época del arte se esforzaron varios príncipes artistas para engalanarla con magníficos monumentos, que los ingeniosos arquitectos supieron situar de modo que se descubrieran lejanos horizontes, compréndese que el



Vista general de Urbino

viajero conserve un grato recuerdo de su paso por Urbino.

Toda la ciudad, excepto la calle trazada en el fondo del valle, ofrece rampas de grande anchura y bruscas curvas, necesitándose el pié práctico de un montañés para franquear diez veces al dia las pendientes opuestas de la ciudad cuando se deben evacuar diversos asuntos. De esta disposicion resulta una cosa inesperada en el aspecto, y verdaderas sorpresas. Al revolver de una estrecha calle, por donde se avanza encajonado entre altas paredes, la via describe de pronto un ángulo, y el viajero se encuentra sobre un parapeto, dominando á una altura enorme los vastos horizontes de las montañas de los Apeninos, coronadas por alguna construccion de gracioso contorno debida al Bramante ó á Antonio Viviani. Reconócese que predomina una preocupacion en el adorno exterior de las pequeñas plazas, engalanadas con columnas votivas sobrepuestas de bonitos grupos de bronce; y se observa que las grandes plazas se han compuesto como cuadros. Los palacios no tienen la grandiosidad ni el altivo aspecto de los que hay en las ciudades de la llanura; el plano es mas íntimo, y las necesidades por otra parte no son las mismas; compréndese tambien desde luego que no se puede circular sino á pié ó á caballo en esa ciudad edificada en lo alto de una llanura. El aspecto es austero, aunque no triste; reina un silencio monacal en las partes altas de la ciudad, y las calles están desiertas; pero el movimiento se concentra en el fondo de este valle, cuyas dos rampas están cubiertas de casas y monumentos.

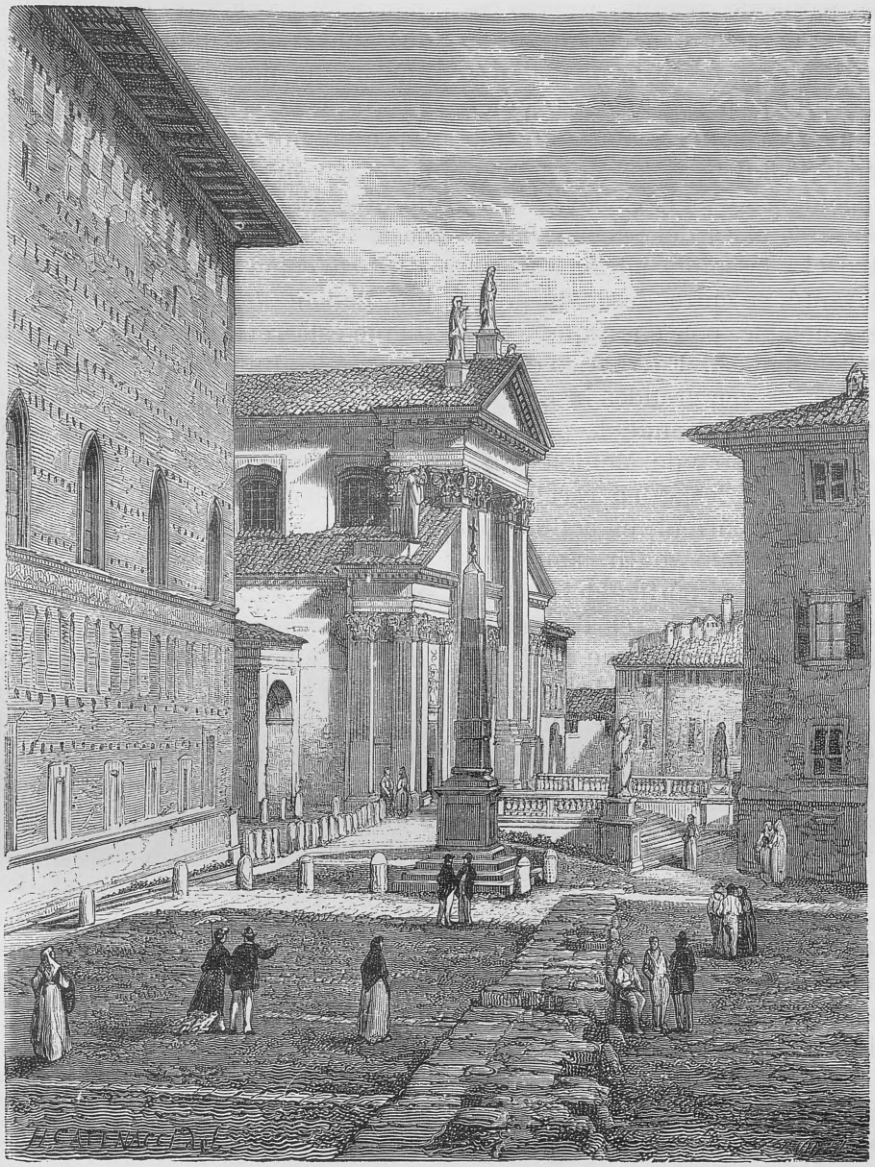
A pesar de mis pesquisas, no he podido encontrar una fotografía de la vista exterior del palacio de los duques de Urbino; y con gran sentimiento mio, debí consagrar dos mañanas á sacar un dibujo; le tomé al nivel del patio inte-



Urbino: Palacio de los duques

rior, y presenta á la vez la perspectiva de las dos colinas sobre que se ha edificado la ciudad. El dibujo gana tal vez en lo pintoresco lo que pierde en la minuciosa fidelidad del detalle. La fotografía, tan preciosa en los viajes, no puede sin embargo reemplazar del todo al lápiz y la posicion del palacio es tan particular que escapa del objetivo.

El duque eligió por perímetro de la morada de su residencia la menos escarpada de las dos



Urbino: la catedral, y el ángulo del palacio de los duques.— De una fotografía

colinas; la fachada principal, con sus dos enormes torres, se hunde en el fondo del valle, sostenida por gigantescos cimientos, que comunican á la construccion todo su carácter; mira á la otra parte de la ciudad y á los horizontes de las montañas hácia Toscana. La entrada principal está en la cima del monte, sobre una meseta bastante extensa para que se haya podido formar por delante una plaza de buena dimension; y esta fachada con torrecillas, no es, por decirlo así, mas que el balcon del palacio. El arquitecto ha utilizado hábilmente la enorme diferencia de nivel entre el piso de las habitaciones y los cimientos indispensables que las sostienen, para establecer todas las dependencias, muy numerosas entonces, sobre todo las cuadras y las cocinas.

Esta parte inferior presenta un perfil oblicuo bastante escarpado, á fin de consolidar mejor la construccion, y termina por un cordon muy sólido; á partir de allí, la verdadera fachada adornada asciende á plomo hasta el coronamiento.

El efecto es grandioso, imponente la enorme mole, y las proporciones, tales como podemos figurarnos tratándose de las gigantescas masas arquitectónicas de la antigüedad. Sin embargo, la construccion es de ladrillo, y no se ha empleado la piedra sino al interior.

Dos magníficos patios de soberbio aspecto comunican tambien al edificio un sello de verdadera grandeza. El adorno no se ha distribuido con profusion; las únicas partes que presentan una ejecucion preciosa son los marcos de las puertas y ventanas, los frisos, las chimeneas, los numerosos chapiteles y algunas bóvedas.

Al desembocar en la plaza del palacio, donde se elevan la catedral y la bonita iglesia abandonada de San Giovanni, se entra desde luego en el primer patio, notable por su arquitectura clásica, sencilla y grandiosa. En el friso del órden, en ambos pisos, se ven grandes inscripciones del gusto antiguo, ensalzando la gloria de Federico, duque de Urbino y de Montefeltro, y gonfalonero de la Santa Iglesia. La escalera es célebre; un Federico de mármol, en actitud heróica, debido al cincel del famoso Girolamo Campagna, de Verona, adorna el pórtico del primer palacio: allí es donde los escultores de Urbino han echado el resto en el decorado de los frisos que adornan las ventanas; allí es donde se ve uno de los mas hermosos ejemplos del gusto caprichoso del Renacimiento debido á cinceles á la vez severos, hábiles y concienzudos para buscar los detalles.

Es preciso indicar una particularidad que tiene su importancia: estas magníficas muestras del decorado, que sirven de modelo en todas las escuelas de artes del mundo, y que recuerdan las mas graciosas concepciones de los Leopardi y de los Lombardi (con mas relieve, pero casi con igual gusto), están ejecutadas en carton piedra, y son á fines del siglo xv el ejemplo de un procedimiento que demasiado generalmente se cree debido al ingenio de nuestra época.

Las salas son numerosas é inmensas: completamente desocupadas hoy, sus paredes están desnudas. Un hermoso friso que se corre alrededor, alguna admirable bóveda, preciosos marcos, notables estucos, debidos á un artista de Urbino, el Brandano, y á veces una chimenea de gran carácter, cuyo friso representa una danza de niños, son los objetos que pueden llamar mas la atencion. Las paredes son planas, y nada interrumpe sus líneas; en algunos sitios quedan restos de un hermoso pavimento, cada una de cuyas piezas seria hoy digna de un museo, y que así entonces como ahora procederian de las grandes fábricas de Urbino. Algunas telas de seda, cueros bordados y tapicería adornan las paredes, y consérvase la lista, pieza por pieza, de los magníficos tapices mandados hacer por el duque de Urbino con el objeto de adornar estas salas. Todos representan episodios de la guerra de Troya. Otra particularidad del decorado, y entiéndase que hablo solo de lo que tiene un carácter puramente local, es el plan adoptado para las ensambladuras de las puertas, que representan perspectivas de arquitectura ejecutadas por medio de incrustaciones de madera de diversas esencias *(intarsiature)*. En ninguna parte hemos visto muestras mas completas de este arte como en la pequeña habitacion secreta que llaman *studio di Federico:* el despacho del duque está revestido de paños en todo el contorno, á la altura de dos metros y medio, simulando armarios abiertos, en cuyas tablas se cree ver volúmenes, cuyos títulos se pueden leer: la Biblia, Homero, Virgilio, Tácito, Séneca y Ciceron; tambien hay armas, emblemas é instrumentos musicales. En los intervalos de los paños se ven varias figuras alegóricas de hermoso dibujo, y un retrato del duque, cuyos cartones, segun se asegura, son debidos á Sandro Botticelli. Un recibo de *siete florines*, firmado por *Giacomo di Firenze*, motivado *per aconto di labori in tasia fatti per la sala di udienza*, que encontró Pungileoni, hace suponer que todos los trabajos de este género hallados en el palacio son debidos á un artista de ese nombre.

Vuélvase á leer Castiglione, *il Libro del Cortegiano*. Debajo de estas bóvedas, donde reinan en adelante como señores un sub-prefecto amable y su encantadora esposa, el Tasso ha cantado las bodas de Francisco María: allí estaba la famosa corte de amor donde los paladines, los poetas y los hombres ilustres de todos los puntos de Italia, presididos por la hermosa duquesa de Urbino, Isabel Gonzaga, ó bien la sabia Emilia Pia, reuníanse diariamente á la hora en que el príncipe Guido Ubaldo se retiraba solitario, encorvado y atormentado por los dolores. Durante el dia, verificábanse torneos y otras justas, pensándose solo en los trabajos de la guerra; por la tarde, mucho antes de la noche, recitábanse sonetos, se entonaba alguna nueva cancion, componíanse enigmas, y se hacian preguntas útiles, á las que cada cual debia contestar por turno, discutiéndose tambien como en una academia galante, sobre las virtudes que deben adornar al perfecto cortesano. Algunas veces dejábase oir un músico procedente de Florencia, un Barletta, *musico piacevolissimo;* y las damas Constanza Fregosa y madona Margharita, por órden de

la duquesa, bailaban una *bassa* ó un *roegarze*, con gran aplauso de la multitud. Los concurrentes eran Ottovian Fregoso y su hermano Federico, el magnífico Julio de Médicis, Pietro Bembo, amante de Lucrecia Borgia, César Gonzaga, Luis de Canosa, Gaspar Pallavicino, Lodovico Pio, Morello de Ortona, Roberto de Bari, el cardenal Bibiena, Aretino, á quien llamaban el *Divino* (como se dice hoy *la Diva]* y á quien la duquesa de Urbino titulaba *único Aretino*, porque era incomparable; Pietro Monte, Terpandro y Nicolo Fusco.

La tierra fecunda entre todas, Toscana, estaba cerca de Urbino, y las artes no podian tardar en florecer en una pequeña corte tan letrada, con un príncipe generoso, siempre dispuesto á introducir todo cuanto pudiese adornar la inteligencia, embellecer la vida y refinar las costumbres.

Giovanni Santi, poeta y pintor que debia dar nacimiento á uno de los mas grandes genios de la pintura moderna, al divino Sanzio, se hallaba entonces en Urbino; el Corradini, hermano dominico, conocido en las artes con el nombre de *Fra Carnevale*, cuyas obras figuran junto á las del famoso Pietro della Francesca, estaba igualmente en la ciudad; el Bramante cubrió aquella region con sus composiciones; Gentile Veterani era el ingeniero militar del duque Federico, con Bartolomeo Centogatti y Giambattista Commandino.

Basta lo dicho para dar á conocer qué era aquel centro intelectual hácia 1443, en el momento en que Federico Urbino sucedia á su padre Oddantonio la víspera del Renacimiento, de esa grandiosa aurora que debia sacudir el letargo del mundo, civilizar los espíritus, hacerles olvidar la rudeza de la edad media, y dar al genio humano un impulso que no habia tenido desde el siglo de Pericles.

XXI

Otros monumentos de Urbino.—La casa de Rafael.—Las iglesias.—Las galerias.—El teatro.

El conde Pompeo Gherardi, arrebatado súbitamente hace algunos meses al afecto de sus conciudadanos, fué quien tomó en Urbino la iniciativa de la compra de la casa donde nació Rafael: hállase situada en la parte de la ciudad opuesta al palacio, en una calle tan empinada, que se la llamó en un principio *Via del Monte*. Por una reciente disposicion se la dió despues el nombre de *Via Raffaello*.

Allí fué donde nació en 6 de abril de 1483 aquel á quien la posteridad debia llamar el *Divino Sanzio*. La casa es muy sencilla, pero tiene su sello particular; las molduras llaman la atencion por su agraciado perfil, y su arquitectura se distingue por no sé qué de noble en la sencillez, que es el carácter de las mas insignificantes construcciones del Renacimiento. Un amable abate, inquilino de la casa que se eleva enfrente, ha permitido que nos instalemos en su habitacion para sacar el cróquis de la fachada (véase el grabado de la pág. 425).

La casa es muy sencilla, como ya he indicado; pero, lo repito, es decente, y hasta indica cierta comodidad, justificada en suma por el talento de Giovanni Santi, padre del gran pintor. La forma es en el interior bastante arquitectónica, y las habitaciones espaciosas, habiendo motivos para creer que la parte de la fachada donde está incrustada la lápida que lleva la inscripcion era la única que pertenecia á Giovanni Santi. Mas tarde, el mismo Rafael compró tal vez la casa vecina para reunir el interior de ambas, pues se observa que hay dos puertas distintas, y que existian seguramente dos casas separadas; aquella donde está la habitacion de Rafael es mucho mas sencilla. Reducida á esta proporcion, que nosotros creemos la verdadera, la morada tiene algo de humilde que nos admira á primera vista, al recordar que el cardenal Bibiena ofreció su sobrina en casamiento al pintor de Urbino; que el gran pontífice le colmaba de honores é iba á sentarse en su taller con un cortejo de príncipes de la Iglesia; y que los mas orgullosos soberanos se inclinaban ante él. Así, por otra parte, parecen mas convenientemente aplicados los dos versos que terminan la magnífica inscripcion que Muzio Oddi, célebre arquitecto y matemático, grabó en el siglo XVI:

Ludit in humanis divina potentia rebus,
Et sæpe in parvis claudere magna solet.

Nada queda absolutamente del estado primitivo aparte de esta fachada; y hasta se llevó á la habitacion misma donde Rafael habia nacido un pequeño fresco precioso, que representaba una madona de medio cuerpo, el cual se hallaba en la pequeña sala del piso bajo, que era sin duda la *tienda [bottega]* de Giovanni Santi. Un escritor llamado Aleardo Aleardi no ha temido decir que se debia ver en aquella la madre de Rafael llevando á su hijo en brazos: *Magia Ciarla col suo Raffaellino dormente*. Sobre el fresco, apoyada contra la pared, se ve una piedra de moler colores, que podria haber pertenecido á la familia; la pared está adornada con un retrato de Rafael y coronas depositadas por la Academia junto á los grabados de las obras del maestro. En una bonita sala se han reunido los dibu-

jos y fotografías de todos sus trabajos; un lindo gabinete conserva aun los vestigios de un decorado arquitectónico de muy bonita forma, el cual nos confirma en la idea de que la primera casa es la de Rafael, y la segunda una accesoria.

Sabido es que Rafael no ha vivido en Urbino; pero su padre, Giovanni Santi, era muy querido del duque; y cuando con una inteligencia que honra su memoria resolvió enviar á su hijo á la escuela del Perugino, el jóven Rafael marchó con cartas de la duquesa, de las cuales se conserva copia. Mas tarde vino á la corte á pintar el retrato de uno de los Borgia, que formaba parte del cenáculo; pero ya se comprenderá que los duques de Urbino, al ver al que hubiera sido el mayor adorno de su corte llevar hasta el trono pontificio el brillo de su nombre, haciéndose indispensable para pontífices de quienes podian temerlo ó esperarlo todo, no debian desear que su súbdito abandonase Roma y el Vaticano para ir á su pequeña ciudad.

En 1872, habiendo resuelto el conde Gherardi fundar una academia bajo el patronato del nombre de Rafael, consagrándose á la glorificacion de la memoria del pintor, reservároule una sala en el palacio de los duques, para las reuniones y el establecimiento de una pequeña biblioteca especial.

Despues se abrió una suscricion para comprar la casa del divino Sanzio, y destinóse al efecto una suma de veinte mil pesetas. Un inglés generoso, cuyo nombre está grabado en una placa de mármol incrustada en la pared de la casa, entregó por sí solo la tercera parte de esta cantidad.

Los monumentos son numerosos en Urbino: no se cuentan menos de treinta iglesias y oratorios; la catedral es un monumento moderno, erigido sobre el perímetro de aquella que edificaron los duques de Urbino. El exterior es de un arquitecto de Rávena, Camilo Morigi; el decorado del interior se debe á José Valadier. A pesar del lujo desplegado en cada uno de los numerosos altares, el extranjero no admira allí sino la grandiosidad y la concepcion, que honran á un arquitecto á quien no se hizo suficiente justicia.

Un pintor de Urbino, Federico Barocci, es el que luce allí todas sus dotes, y tambien se pueden estudiar algunos artistas locales, no muy conocidos, que no carecen de mérito. Nos hemos detenido con el mayor interés en la sacristía ante un cuadro firmado por *Pietro Burgo*, nombre del famoso Pietro della Francesca. El lienzo es del mayor precio para la historia de Urbino; representa en traje de la época al primer duque Oddantonio, concertándose con los protonotarios Manfredo y Tommaso da Rímini, enviados de Malatesta.

Las tumbas de los duques están diseminadas acá y allá en las iglesias, conventos y oratorios, y no hay capilla especial de la familia. En Santa Clara reposan Francisco María I della Róvere y Leonor Gonzaga, su esposa; en San Francisco descansan Magia Ciarla, madre de Rafael, Giovanni Santi, su padre, los pintores Timoteo Viti y Federico Barocci, y los escritores y sabios Baldi Comandino y Muzio Oddi. El escultor de Urbino, Federico Brandani, ha ejecutado en San Giuseppe su obra maestra, en una capilla subterránea, á donde se va para adorar su *Præsepio*.

San Giovanni no es mas que una capilla; pero despues del palacio de los duques de Urbino debe considerarse tal vez como el mayor atractivo que ofrece la ciudad bajo el punto de vista de la pintura. La construccion es de principios del siglo XIV; el techo está intacto, y las paredes cubiertas de frescos muy bien conservados, debidos á los hermanos Lorenzo y Giacomo Salimbeni. Representan escenas de la Escritura, cuyos personajes visten todos el traje del siglo XIV, admirablemente indicado en sus mas minuciosos detalles. Es un documento de raro interés, y no conocemos ejemplo de un fresco de tal importancia en este género; varias leyendas góticas explican cada una de las escenas. La ciudad de Urbino deberia hacer sacrificios para conservar este pequeño santuario, no tan bien cuidado como lo merece. En una época anterior se borró ya una parte de los frescos para sustituirlos con otros de interés muy discutible.

En aquella misma plaza del palacio, elévase una iglesia, abandonada hoy, cuyo pórtico, al estilo de los Lombardos, está adornado por un frontis circular debido á Luca della Robbia. La yerba crece en los escalones de la pequeña iglesia, desierta hoy; la lepra del tiempo ha corroido la piedra del monumento, cuya escultura es muy fina.

Debemos citar tambien algunos sitios encantados y románticos, donde los legados del Santo Padre erigieron pequeñas columnas votivas, sobrepuestas de grupos de bronce, dignas de figurar en una coleccion, formando además un museo local donde se puede estudiar la escuela de los pintores de Urbino, admirando dos hermosos cuadros del Ticiano. Hay tambien algunas galerías particulares dignas de ser visitadas: el palacio Albani, el de Staccoli-Castracane, y las moradas de las familias Nardini, Leoni Antinori, Belenzoni-Cesarini, Viviani, Antaldi y Ubaldini. En el palacio de los Castracane se debe ver uno

de los mas hermosos lienzos de Urbino, ejecutado por Horacio Fontana, con arreglo á un dibujo de Rafael, y que representa el *Juicio de Páris*.

La ciudad, independientemente del palacio de los duques, ofrece gran interés: podria obtenerse una serie de bonitos cróquis de arquitectura; y las pendientes son tan considerables, que bajo todos sus aspectos ofrecen un pintoresco conjunto.

He asistido una noche al teatro: desempeñábanse dos piezas traducidas del francés, una de ellas titulada *El incendio en el convento*, de Teodoro Barriere, y la otra *Consecuencias de un baile de máscaras*, de Bayard. La sociedad me pareció elegante: la antigua corte de Montefeltro, hoy



Casa donde nació Rafael en Urbino.—De fotografía

convertida en subprefectura, debe ofrecer todavía algun encanto bajo el punto de vista de la residencia. Debe observarse que los mas de estos antiguos centros están habitados por los descendientes de las familias cuyo nombre se encuentra á cada paso en la historia de los duques de Urbino y de Filippo Ugolini. Sin embargo, la ciudad ha quedado fuera de todo movimiento. Ya hemos dicho que cuando Florencia fué un instante la capital se proyectó enlazar á Urbino con el centro de Toscana; pero desde que Roma ha llegado á ser la capital del reino, la solucion queda indefinidamente aplazada.

XXII

FANO

La ciudad.—Su historia.—Los monumentos.

Desde Urbino se puede ir á Fano; pero habiendo dejado mis bagajes en esta ciudad, debí volver á Pésaro para tomar la via férrea, que en una hora conduce á Fano.

Todas estas ciudades del litoral tienen mucha unidad: reconócese que se tenia por costumbre

reunirse alrededor de una fortaleza, al abrigo de fortificaciones construidas para resistir á enemigos siempre amenazadores. El mar debia bañar en otro tiempo los muros de Fano; pero la ciudad se eleva hoy á mil ó mil doscientos metros de la playa, y la domina á bastante altura. Me apoyo en un muro para examinar el plano de la ciudad; el espacio entre la fortificacion y la playa está ocupado por jardines bien conservados, donde algunas grandes norias destinadas al riego dejan ver sus ruedas sobre los árboles frutales; entre los verjeles y la línea plateada del rio que viene á morir en la playa adriática, hay un espacio arenoso donde veo varios muchachos desnudos. A nuestra izquierda, por la parte de Sinigaglia, y enlazando la ciudad con el mar, se ven las aguas del canal, formado por una especie de sangría practicada en el Metauro. Unas sesenta barcas, y algunas otras embarcaciones de reducida dimension forman la flotilla de Fano; en la poblacion se encuentran unos trescientos marineros y pescadores.

Me aventuro en la ciudad despues de haber dado la vuelta por el baluarte interior: la fortaleza conocida con el nombre de *Roca Malatestiana*, fué erigida por Sigismundo, hijo de Pandolfo, aquel mismo cuya tumba visitamos en San Francisco de Rímini. Julio II confió mas tarde al famoso Luca de San Gallo la construccion del baluarte que rodea á Fano por todos lados, y que se puede seguir siempre dominando sin cesar las casas á bastante altura. Contamos cuatro puertas: la Maggiore, San Leonardo, Giulia y Marina.

Los monumentos son numerosos; y la ciudad, poco poblada, ofrece no obstante alegre aspecto y un conjunto agradable; los conventos abandonados podrian servir de asilo á un gran número de habitantes. Los palacios tienen proporciones colosales; el de Montevecchio, atribuido á Vanvitelli, recuerda las grandes moles de los palacios de las plazas Navone y Colonna. Tibaldi Pelligrini edificó el de los Martinozzi y de otras familias ilustres de Fano; los Bertozzi, los Alavolini, los Marcolini y los Ferri, habitan moradas dignas de príncipes reinantes.

He tenido el disgusto de no encontrar en Fano ninguna de las personas con las cuales contaba: el conde Ubaldini estaba ausente, y debí vagar al acaso por todas partes.

Esto es, sin embargo, lo mejor cuando se puede disponer de algun tiempo, pues al revolver de cada esquina se halla una nueva sorpresa, y los encuentros mas inesperados adquieren el carácter de un gran descubrimiento.

Si Fano es una ciudad menos importante que las visitadas por mí hasta ahora, conservo de ella, sin embargo, un grato recuerdo: el arco de Augusto se mantiene en pié, la Edad media ofrece muy buenas muestras, el Renacimiento triunfa, y las restauraciones, sobre todo, no han trasformado las cosas.

El género de vida no es de mucho aparato; la casa donde me hospedo no puede ser mas humilde, y el alimento no tiene nada de abundante; pero en cambio, la patrona se muestra muy obsequiosa, como los habitantes de todas estas poblaciones.

De los monumentos del período romano, solo se conserva aquí el arco de Augusto; pero se conocen muchos de ellos, como son la basílica de Vitruvio, el templo de la Fortuna y las Cloacas, cuyas desembocaduras se ven, así como los acueductos que sirven aun para conducir las aguas desde un punto que dista tres millas.

Sin estar á la altura del arco de Rímini, el de Augusto es en extremo interesante: los habitantes de Fano le han erigido y dedicado al emperador en señal de reconocimiento.

En el siglo xv se concibió la idea de construir á la derecha de este monumento, y contiguo á él, una pequeña iglesia, la de San Michele, debida á Mateo Muti, arquitecto, que tambien construyó la biblioteca de los Malatestas en Cesena. Esta pequeña fachada de San Miguel es una joya: el autor del monumento, por una inspiracion que debe agradecerle la posteridad, mandó esculpir en una de las paredes exteriores un bajo relieve representando el arco romano tal como era antes de que le destruyeran; y por esta reproduccion plástica, así como por las medallas, tenemos conocimiento de lo que fué en la época de Constantino. Del mismo modo que todos los monumentos romanos de los diversos países, ha perdido su primitivo aspecto, porque está sepultado á la profundidad de mas de una vara.

En 1463, Federico de Montefeltro, que sitiaba Fano, destruyó la parte superior, sostenida por columnas de mármol griego. Vivo estaba todavía el recuerdo de este acto cuando Mateo Muti edificaba la iglesia de San Miguel, y hé aquí porqué no se conserva ya hoy nocion exacta sobre la forma é inscripcion sino por el bajo relieve de que acabamos de hablar.

En estas pequeñas ciudades italianas, donde la vida, como se comprenderá fácilmente, es menos afanosa que en nuestras grandes poblaciones de Francia, no es raro que la primera persona á quien se pide un informe se convierta al punto en cicerone, con una benevolencia y buena fe de que aun debo recibir pruebas, y consagre al viajero, á quien ya no verá nunca, su

tiempo y su trabajo, favoreciéndole con sus conocimientos y experiencia.

Esto es lo que me sucedió en Fano, y gracias á un transeunte, cuyo nombre no recuerdo siquiera, pude visitar en pocas horas la ciudad entera, haciendo esa primera excursion que permite reconocer el terreno y elegir los asuntos mas dignos de estudio. Mas tarde, gracias al bibliotecario Evaristo Francolini, uno de los autores del *Guia de la ciudad de Fano*, hallé los orígenes de las cosas que acababa de ver.

Bajo el punto de vista histórico, Fano sufrió, poco mas ó menos, la suerte de Rímini y de Rávena. Romana en un principio, ilustrada por la residencia de César, embellecida por Augusto y Constantino, fué presa, por último, de los bárbaros, y Vitiges la destruyó. En este período es cuando desaparecen los mas de los monumentos antiguos, y entre ellos, pérdida irreparable, la basílica de Vitruvio. Belisario, expulsando á los godos, conduce á Vitiges prisionero á Constantinopla, y vuelve á Fano. Una vez aquí, circuye la ciudad con una muralla y levanta torres defensivas, de las cuales se conservan aun vestigios. Despues llegan los lombardos, y mas tarde Cárlo-Magno, pasando entonces la ciudad al poder de la Santa Sede.

Preséntanse sucesivamente los sarracenos, los francos y los emperadores de Alemania; y por fin, al firmarse la paz de Constanza (1183), las ciudades italianas se constituyen en república, quedando Fano gobernado por sus propios estatutos. En medio de las luchas de los güelfos y gibelinos, Inocencio VI concede á los señores de Rímini, los Malatesta de Verucchio, el vicariato de Fano, y durante ciento diez años reina esta familia sin rival; pero Sigismundo Malatesta se rebela contra la Santa Sede, y Pio II le despoja de sus privilegios. Ese Federico, duque de Urbino, de quien acabamos de hablar extensamente, sitia entonces la ciudad, que es devuelta otra vez al papa, y Alejandro VI la cede, en 1496, á César Borgia, su hijo, quien la conserva hasta 1504, bajo Julio II.

A partir de este momento hasta la invasion de los franceses, queda en poder de la Iglesia; y durante los acontecimientos de 1848 y 1859, presentes en la memoria de todos, sufre la suerte de las ciudades de las Marcas y de la Umbría.

Fano era tan célebre por su templo de la Fortuna, del cual no quedan, sin embargo, vestigios, que hasta el siglo XIII las armas de la ciudad representaban la fachada de este templo con un leon y la siguiente divisa: *In Fani portis custos est hic leo fortis*. Mas tarde la ciudad tomó por escudo el rastrillo rojo y el blanco de los güelfos y gibelinos, cuya pacificacion habia devuelto la tranquilidad á la poblacion; y en recuerdo de haberse reconciliado las dos familias de los Cassero y los Carignano, inscribióse la leyenda: *Ex concordia felicitas*.

No he visitado en Fano menos de veintitres iglesias: algunas, en extremo interesantes sin duda, merecerian ser estudiadas, pero no hay allí nada trascendental; lo que mas me admiró, cuando aun conservaba la impresion que experimenté en Rímini, frente á la tumba de Sigismundo, hijo de Pandolfo Malatesta, fué ver en el pórtico de San Francisco de Fano el sepulcro de este mismo Pandolfo, erigido en 1460 por Sigismundo al autor de sus dias, con una hermosa inscripcion. El sarcófago, de granito negro oriental, de la mas noble y sencilla forma, y que recuerda el estilo de San Francesco de Rimini, ocupa la derecha del pórtico, y está circuido por una bonita verja; á la izquierda, apoyado en la pared, elévase el sepulcro de Paola Bianca, de la familia Orsini, esposa de Pandolfo Malatesta; este monumento, muy rico, y con una larga inscripcion que recuerda las virtudes de aquella Orsini, tiene la fecha de 1398 y pertenece al estilo gótico, mientras que el monumento de Pandolfo, elevado poco menos de un siglo despues por su hijo, es de la mas hermosa época del Renacimiento. A cierta altura, en el muro lateral de la vuelta, se ha encerrado el sarcófago de un tal Bonetto de Castelfranco, médico de los Malatesta, muerto en 1430.

Al visitar cada monumento, mi obsequioso cicerone deploraba la paralizacion de los negocios en Fano y la apatía de sus conciudadanos; allí no existe el espíritu industrial; cada cual vive de lo que tiene; y hasta los comerciantes al por menor son tímidos. Admirablemente situada la ciudad á pocos pasos del mar, con el que la pone en comunicacion un puerto-canal provisto de profundas corrientes de agua y de cascadas poderosas, nadie piensa en utilizar estas fuerzas, que podrian vivificar el país y ser fuente de abundancia.

Un salto de agua es aquí, en efecto, la gran curiosidad del país, y se debe á Paulo V. El pontífice abrió un canal para que llegasen las aguas del Metauro hasta muy cerca de la puerta Julia, donde hay una magnífica cascada artificial, llamada *la Liscia*, que precipitándose desde una elevacion de veinte metros, ofrece inútilmente á la industria tan poderoso motor (véase el grabado de la pág. 428).

Ese pontífice ha dejado su atrevida huella en los muros de la ciudad: los viajeros que llegan por la via férrea ven desde luego el bastion angular que representa su escarpadura coronada

por un enorme escudo sobrepuesto de la tiara y de las llaves de San Pedro.

XXIII

Sinigaglia

En mis estudios sobre Venecia habia leido tantas veces el nombre de Sinigaglia, con motivo de la famosa feria que allí se celebraba en otro tiempo, que tenia ya grandes deseos de ver esta ciudad.

Solo se necesita media hora para trasladarse á ella por el camino de hierro desde Fano; y en la costa adriática, un solo pueblo, el de Maratta, la separa de esta última ciudad.

Era de noche cuando llegué á Sinigaglia (tambien se escribe *Senigallia* y *Sinegalia]:* el hotel de Correos estaba completamente lleno, y solo encontré habitacion gracias á la obsequiosidad de un viajero, quien me cedió una muy pequeña dependiente de la suya. Era el 1.° de junio, y la feria no se celebra hasta julio, por lo cual no me explicaba semejante afluencia en una ciudad que es hoy una potencia caida.

Al volver de un largo paseo por la ciudad, ya cerrada la noche, ví el comedor del hotel brillantemente iluminado y puesta la mesa; los viajeros



La Liscia: Cascada de Porto Julio.—De fotografía

cenaban, y yo hice otro tanto. Aquel público me pareció bastante singular, y sorprendí conversaciones extrañas en lengua inglesa. Conté cuarenta personas, entre las cuales ví algunos niños de aspecto mísero y muy pálidos, y niñas sumamente flacas, cuyo cabello rojizo caia sobre los hombros; rodeaba sus ojos un círculo azulado; y en sus movimientos observé algo de nervioso y automático que me llamó la atencion. Los hombres se distinguian tambien por su tez pálida y cierta desenvoltura. Pareciéronme al principio americanos; pero de todos modos juzgué que eran viajeros muy singulares; hacian alusiones incomprensibles para mí, y noté en ellos no sé qué de extravagante, frio y hasta siniestro.

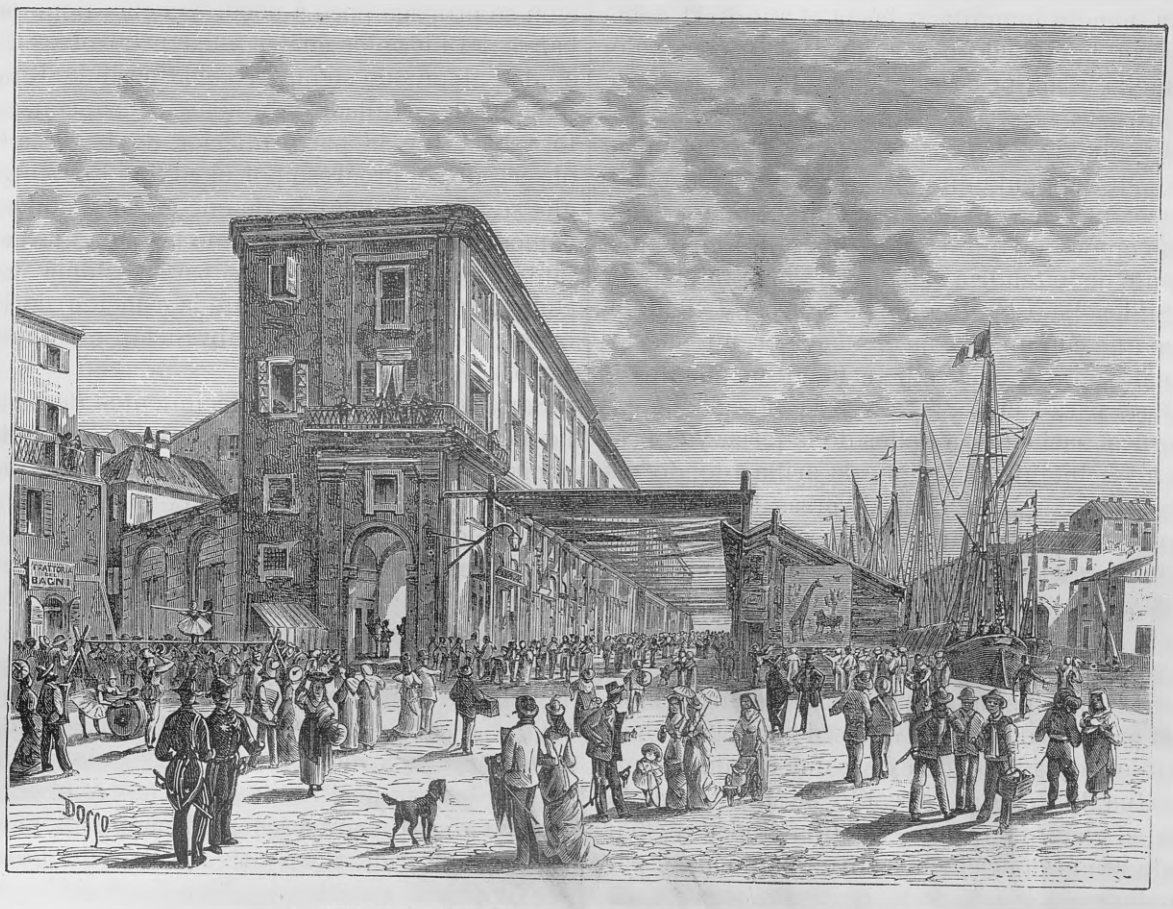
A la noche siguiente, cuando entraba en el teatro, sin mirar el cartel, y esperando oir alguna ópera de Verdi, hallé á la mayor parte de mis compañeros de la víspera, vestidos con calzon de lentejuelas, cubierta la cabeza de una gran peluca roja y el rostro empolvado: ejecutaban en la escena la gran pirámide, en cuya cima, la primera artista, luciendo un corpiño de color de rosa y muy descotada, manteníase en equilibrio sobre un pié, enviando repetidos besos al público.

Mis compañeros del hotel eran pura y simplemente saltimbanquis de primer órden y formaban parte de un circo americano que habia ido á pasar la temporada en la Italia meridional.

La ciudad de Sinigaglia es bastante espaciosa y regular; encuéntranse mas monumentos que en las ciudades que he visitado hasta aquí; pero conserva pocas huellas de los acontecimientos históricos. Su gran ilustracion es la feria anual que se celebra hoy en la calle principal de la ciudad y en los muelles de su puerto, desde el 28 de julio hasta el 10 de agosto. En otro tiempo acudia

aquí la gente de todos los puntos de Italia y de los pueblos de las orillas opuestas del Adriático, desde Trieste hasta Durazzo d'Albania. El principal comercio del país es la venta de granos; pero fuera de esto, que nunca varía, no hallé en la feria ninguna especialidad; allí estaban representados todos los géneros de industria.

El Corso atraviesa la ciudad de parte á parte; es una calle bastante ancha, que se prolonga desde una de las puertas fortificadas hasta el puerto-canal; en otro tiempo instalábanse las tiendas á cada lado, sobre un entarimado hecho expresamente, á fin de facilitar la conduccion del grano en carretones. Prohibíase entonces el paso de los coches por aquella via, obligándoseles á rodear por otras calles. Desde el primer piso se suspendia un toldo que abarcaba toda la anchura de la calle, para poder circular á la sombra; y de este modo, toda la ciudad quedaba convertida en un inmenso almacen.



Sinigaglia: la feria en los pórticos de la plaza.—De fotografía

Un poco mas tarde, un legado del Santo Padre construyó una serie de arcos formando fachada sobre el puerto, y todo el espacio comprendido entre el canal y aquellos, llegó á ser el centro mas animado y de mas negocios. La multitud circulaba así á cubierto debajo de los arcos, y levantáronse grandes tiendas que protegian los almacenes. La época de aquella feria era la fecha para la liquidacion de cuentas y terminacion de contratos comerciales de Dalmacia, Istria, Estiria, Galitzia, todas las provincias italianas, y hasta las de la Turquía europea. Al abrigo de las conmociones políticas, desde que se hallaba en manos de los pontífices, la ciudad, obedeciendo á los legados del Santo Padre, tenia un carácter neutral cosmopolita, en razon á los inmensos negocios que se efectuaban, y atraian á todos los representantes del comercio de todas las naciones. Así como en Nijni-Novogorod, Beaucaire y Leipzig, todo el mundo estaba interesado en hallar allí un campo neutral para enormes transacciones, de las cuales dependia la prosperidad de cada uno.

No se puede formar hoy una idea del espectáculo que ofrecia aquella feria célebre; cierto que sigue efectuándose; pero las circunstancias han cambiado mucho: ahora hay nuevas vias; la marina se ha desarrollado; los caminos de hierro han facilitado la rapidez en las relaciones; y la industria misma se adelanta al consumidor, á fin

de proveerle en los lugares donde reside; de modo que Sinigaglia no es ya sino una feria puramente italiana. En otro tiempo, la posicion era cómoda; podia considerarse como un término medio entre el Oriente y el Occidente, cerca de Ancona, gran puerto situado entre Venecia y el promontorio de Gargano, dependiente solo del Santo Padre, á quien representaba un legado, y ante todo puerto franco por un privilegio que no existe ya hoy. La tradicion estaba confirmada y consagrada; el comercio llegó á desarrollarse de una manera inaudita; y hácia el año 1600 debia ofrecer la ciudad un incomparable espectáculo, semejante al que presenta aun hoy la feria de Nijni.

Resulta de estas circunstancias que la ciudad es materialmente muy grande, y que las construcciones tienen enormes dimensiones, como toda ciudad de quince mil almas, que en un momento dado tendria cabida para cien mil.

Sinigaglia está circuida de muros, y tiene un foso que comunica con el mar por un puerto-canal, sobre el cual se ha echado un puente giratorio para facilitar á la vez la llegada de los buques hasta los muelles de la feria, y el paso de los habitantes á la opuesta orilla, donde están los docks, almacenes, diversas dependencias y el barrio de la marina. Nótase cierto carácter monumental en el conjunto de la ciudad, sobre todo en el punto donde representamos la vista de la feria, cerca del mercado y de la pescadería, cuyo plano es regular, pero que están prodigiosamente sucios; mas, excepcion hecha de algunos palacios del siglo XVIII y de la plaza de la Municipalidad, donde existe una fuente con una estatua de Neptuno, al estilo de Juan de Bolonia, el viajero no conserva de la ciudad un marcado recuerdo. Debemos sin embargo hacer particular mencion de un monumento, mas extraño que hermoso, que se eleva casi en el centro: es una fortaleza muy sólida, extravagante, con grandes torres angulares sumamente bajas, almenadas y pintadas de rojo, que parecen hundirse en un ancho foso convertido en verjel. Sobre la puerta de entrada se leen las iniciales que recuerdan el orígen de la construccion, debida á un Odescalchi, prefecto y gobernador por el pontífice.

Las iglesias, muy frias, son de un estilo seco y duro, estilo clásico moderno sin gusto ni grandeza. He visitado algunos palacios y entre otros el de Mastai Ferretti, es decir, la residencia de la familia del papa Pio IX. Todo cuanto hay en ellos es trivial; pero el pueblo, siempre poeta, busca los contrastes, y en vez de profesar todo su respeto y veneracion á este palacio de Mastai Ferretti, contempla conmovido una pequeña cabaña de colonos que hay á la salida de la ciudad, y en la cual fué confiado el Santo Padre á una nodriza elegida entre los labradores de los condes Mastai Ferretti, nodriza que amamantó al que iba á ser un dia el jefe de la cristiandad.

Así como muchas ciudades del litoral, Sinigaglia se ha convertido en una estacion balnearia, y en verano acuden allí las personas acomodadas de los grandes centros de Italia para pasar algunos meses á orillas del Adriático. Esta aficion se propaga poco á poco. Venecia tiene sus baños del Lido, los cuales pueden devolver á la ciudad alguna de su importancia perdida. Rímini se ha desarrollado tambien por este concepto, y hasta en la parte inferior de la costa he observado un progreso por el estilo. En Sinigaglia se tiene la ventaja de encontrar grandes y cómodos alojamientos; y como la ciudad es bastante rica, hace sacrificios para sostener una compañía de ópera, durante la estacion de los baños, señalándose una subvencion al empresario.

Son numerosos los establecimientos de beneficencia, casas de Ricovero, hospicio para los ancianos, y asilos de toda clase. El pontífice actual ha hecho mucho por su ciudad, contribuyendo á embellecerla y á dulcificar la suerte de los pobres. Su nombre figura en la mayor parte de los establecimientos modernos consagrados á la indigencia.

Mi cicerone me señala un transeunte que parece darse importancia, y que no es otro sino el legítimo sobrino de Su Santidad. Yo le indico tambien á cada momento las inscripciones que hay en las paredes, las cuales prueban el entusiasmo que inspira á las poblaciones el movimiento unitario; dicen así: «¡Viva Italia única! —¡Viva el rey caballero!—¡Viva Garibaldi!—¡Viva Cialdini!»

Mi cicerone me asegura que á pesar de estos vestigios de las épocas en que se luchó por la unidad, y prescindiendo de los *italianísimos*, los hijos de Sinigaglia están muy orgullosos con su pontífice, y recuerdan agradecidos las pruebas de afecto que ha dado á su ciudad natal.

XXIV

ANCONA

Salimos de Sinigaglia á las dos y media por el tren mixto: no estamos mas que á veinticinco kilómetros de Ancona, y solo nos separan dos estaciones, pudiéndose recorrer el trayecto en hora y media escasa. Encuéntrase primero un pueblo de dramático nombre, *Case Bruciate* (Ca-

sas Quemadas); y despues Falconara, ciudad mas considerable, situada en las alturas, y que tiene importancia por su posicion: allí empieza el camino que conduce directamente á Roma.

Desde Ancona á la capital hay diez horas, y como hacemos este viaje en la época de las grandes peregrinaciones, los convoyes son muy numerosos. El personal de los viajeros me parece bastante pintoresco: la estacion está llena de irlandeses, americanos, belgas y sacerdotes italianos, figurando los franceses en muy escaso número.

Desde Sinigaglia la via férrea está casi al nivel del mar, separándola solo una playa estrecha y árida; en la orilla se ven estacionadas las barcas pescadoras.

Se entra en Ancona por los arrabales, y la estacion está bastante léjos de la ciudad. Una magnífica puerta (Porta Pía), elevada á fines del siglo pasado por el papa Pio VI, segun los dibujos de Filippo Marchioni, daba entrada en otro tiempo á la ciudad; pero desde que se agrandó el recinto ha quedado reducida mas bien á un arco triunfal. A pocos pasos de este monumento elévase el lazareto de Vanvitelli, de un buen plano regular, y debido á la munificencia de Clemente XII. Los tiempos han cambiado; en vez de hallarse á una distancia proporcionada del centro, cual conviene á un establecimiento de este género, el lazareto está hoy en la ciudad misma y no puede llenar su objeto. Veremos empero, que Ancona no es ya, como en otra época, el punto intermediario entre Europa y Oriente; y por lo tanto, el monumento no tiene ya su razon de ser. Hé aquí porqué desde que el puerto ha perdido su franquicia se han adoptado disposiciones para convertir aquella magnífica construccion en almacenes y depósito comercial. Le hemos visitado en compañía de M. Grasini, vice-cónsul de Francia en Ancona, y observé que habia poco movimiento; solo algunos carretones iban á tomar hierro ó á dejarlo. Una via-férrea establecida alrededor de la construccion pentagonal facilita los trasportes. Así como en Liorna, Génova, Venecia, y los puertos que se hallan en relacion directa con las ciudades orientales desde donde podia llegar la peste á Italia, era inmediatamente indispensable la creacion de un lazareto; y dando á la construccion el estilo y grandiosidad que caracterizaban aquella época tan gloriosa para el arte, los gobiernos hacian de aquellos establecimientos sanitarios edificios verdaderamente monumentales. El Vanvitelli sirve de ejemplo: la construccion es á la vez pintoresca, sólida, elegante, y de noble aspecto.

La Puerta Pía da á la via Nazionale que divide una gran parte de la ciudad y conduce á la *piazza dei Cavalli*.

La llegada por tierra no tiene nada de seductor, y no podia ser de otro modo, pues Ancona es ciudad de un plano muy particular. El que quiera formar idea exacta de su aspecto debe llegar por mar, dirigirse inmediatamente al puerto, y avanzar despues en una barca costeando, á fin de abarcar el conjunto. Dadas estas condiciones, la ciudad puede rivalizar con las mas hermosas de la península, con Génova, Nápoles, Lisboa y las magníficas de Oriente. Es un pintoresco anfiteatro en arco de círculo, con su mole por delante, el arco de triunfo de Trajano, soberbio prefacio de su puerto; la catedral, que se destaca orgullosamente sobre el piton del monte Marano; y detrás de su cúpula, otras alturas, el semáforo, el monte dei Cappuccini y el monte Gardetto; mas léjos aun, en el fondo del horizonte, elévanse otras dos colinas, la de Pulito y la de Marino, que dan paso á un valle abierto por una corriente de agua. La única parte plana de la ciudad, en su centro, pero un poco á la derecha, vuelve á formar muy pronto un nuevo anfiteatro, y las casas se escalonan sobre el San Stefano, hasta la tosca fortaleza construida en la cima del Astagno, que forma majestuoso contraste con la catedral de San Clemente. Acá y allá surgen las cúpulas y torres, y las agujas góticas, bañando su base en el agua por un efecto de la perspectiva, que suprime la anchura de los muelles; las fachadas del primer plano, todas monumentales, y sostenidas en arcos de construccion tan atrevida como la de los acueductos romanos, se desarrollan sin interrupcion sobre el gran plano circular del puerto, desde la punta del dique con su faro, hasta el lazareto y la Puerta Pía. Esta última, combinada ingeniosamente en ese gran plano de conjunto, ofrece tambien á los buques que llegan de Oriente un noble contraste con el arco de Trajano, y marca con él los dos puntos extremos de los muelles del puerto.

Si no se toma esta via y se entra por la via-férrea, la decepcion será grande, pues parecerá que se avanza bajo el camino cubierto de una fortaleza.

Las calles son tan angostas en la parte antigua, única interesante para nosotros, que no se puede tomar espacio para examinar una fachada, percibiéndose rara vez un horizonte ó una perspectiva; y esto por la sencilla razon de que, sin notarlo algunas veces, se está en un camino de cornisa bordeado de altas construcciones por ambos lados; de suerte que á la derecha se continúa la ciudad en escalones ascendentes, mien-

tras que en la izquierda, por el contrario, baja en pendiente hácia el mar, no viéndose de sus casas sino los tejados.

Hay algunas plazas que ofrecen espacios abiertos; pero son muy pocas. El que entra á pié por la via Nacional avanzando con lentitud, porque el camino es muy largo, y la pendiente suave, se admira al encontrarse ante il *palazzo del Comune* y la iglesia de Gesu, en un terrado que se halla á prodigiosa altura sobre el nivel del mar, teniendo á sus piés una ciudad, que se continúa sobre la cabeza del observador.

Quisiera lisonjearme de que el panorama de Ancona que yo mandé dibujar, da una idea de la ciudad, pero no es cosa fácil: se debe vagar por las calles, perderse en ellas, y dirigir la vista á derecha é izquierda para descubrir entre las casas callejuelas de un metro de anchura, con escalones sin fin, que se sobreponen y evitan los rodeos cuando se quiere pasar de un barrio á otro. De esto resulta naturalmente una ciudad muy pintoresca, cuando se la visita á fondo, y tambien una disposicion sumamente monumental, que contribuye singularmente al efecto de la arquitectura si se deja un claro para abarcar el golpe de vista. Todo monumento que se eleva sobre la alta ciudad tiene cimientos y escaleras que forman una doble base, duplicando el efecto que pudiera producir; y este pedestal es el que falta á las mas ricas y hermosas construcciones de las ciudades que hay en la llanura. Si el viajero entra en Ancona á pié por una calle del interior de la ciudad y se asoma al balcon de un piso bajo, verá que domina el mar á tan enorme altura que produce el vértigo; mientras que la base, oculta é inútil para la casa, puesto que solo es un sosten, presenta, sin exagerar en lo mas mínimo, la proporcion de las mas gigantescas construcciones de la antigüedad.

Voy á trabajar varios dias al palacio Comunal, donde están los archivos y la biblioteca: entro sin franquear un solo escalon desde el *albergo della Pace*, donde me alojo; cuando, apoyado en el balcon, dirijo la vista hácia el Adriático, paréceme estar suspendido sobre el abismo, á una prodigiosa altura. Al hablar de la atrevida grandiosidad de las construcciones antiguas, refiriéndome á estos cimientos del palacio Comunal, no creia ser tan exacto. En las descripciones de Ancona del siglo XVI, leo que el palacio de los Comunes, aunque obra de Margaritone d'Arezzo, que vivió en el siglo XIII, ha conservado probablemente sus cimientos contemporáneos de los godos; y no es improbable que la famosa Galla Plácida mandara cortar esos prodigiosos arcos trabajando la roca donde se halla escalonada la ciudad de Ancona. Mas tarde, cada cual vino á su vez á restaurar, corregir y adornar á su modo, segun la época y el gusto, sustituyendo á un palacio gótico una fachada del Renacimiento. Las discordias civiles y los incendios han convertido este palacio de los Comunes de Ancona en un conjunto bastante poco armonioso; pero tenemos costumbre de leer la historia de un monumento en esas diferencias de estilo, y hallar los orígenes en las diversas formas arquitectónicas que indican las épocas sucesivas.

La lonja de los mercaderes de Ancona se halla en la misma condicion como perímetro; edificada en una estrecha calle, al nivel de la que yo habito, si atravieso el mismo patio que sirve de punto de reunion y de Bolsa á los comerciantes, á los hacendistas y armadores, para ir á mirar desde el terrado, domino aun el antiguo puerto y toda la Marina, abarcando asimismo la rada hasta las montañas de Pésaro. Es uno de los mas hermosos monumentos de la ciudad, pero se debe desconfiar de lo gótico de Ancona; no es un gótico clásico, sino un conjunto pomposo que carece de elegancia y de la pureza relativa que ofrece el estilo de la buena época. Hay aquí además una incompatibilidad que salta á la vista: la fachada se atribuye á Giorgio di Sebenico (1459), y sin embargo, es gótica, lo cual indicaria que Giorgio se ha limitado á restaurar, modificándola á su modo, una construccion de lo menos un siglo antes; pero como en 1580 y en 1758 se han ejecutado restauraciones, es mas probable aun que los arquitectos conservaran el estilo primitivo haciendo un gótico á su manera. Un tal Moccio de Siena fué quien mas parte tuvo en la obra. Habiéndola destruido un incendio en 1556, llamóse á Tibaldi para decorar la soberbia nave, la única pieza de que se compone el monumento. El techo de Tibaldi, composicion de conjunto soberbio y pomposo, tiene todo el aspecto de las grandes obras de la Edad media; el soplo de Miguel Angel anima esas grandes figuras desnudas, y el conjunto es imponente.

Ancona es rica en monumentos; pero muchos de ellos están convertidos en cuarteles ó en establecimientos públicos, y dado el uso á que se les destina, su conservacion es muy problemática. Yo no he creido necesario reproducir sino dos de los mas importantes: el arco de Trajano y la catedral, dedicada á San Ciriaco.

En este viaje por las orillas del Adriático hemos visto ya muchos arcos romanos, entre ellos el de Pola, el de Fano y el de Rímini; el de Trajano de Ancona no tiene casi rival, aunque los sarracenos le despojaran de sus adornos de



El arco de Trajano en Ancona

bronce y de las estatuas ecuestres, que debian aumentar singularmente el efecto. Elévase en forma de fachada sobre el mar, en la extremidad del muelle, y en el punto de partida del dique: llámanle Arco de Trajano, porque está dedicado á este príncipe; pero débese á la iniciativa del Senado y del pueblo romano: es un tributo de reconocimiento al emperador que habia construido el muelle, sosteniendo con gigantescos contrafuertes la roca de Guasco, promontorio donde se eleva la catedral. Era el tiempo de las guerras contra Iliria: cerca de Rá-



Iglesia de la Santa Casa, en Loreto.—De fotografía

vena se disponia del puerto de Classe, cuartel general de la flota de Oriente; y mas abajo estaba Brindis; pero el pueblo romano necesitaba un puerto intermediario capaz de contener veinte navíos.

Trajano habia elegido Ancona, que se halla á mitad del camino entre Istria y Dalmacia, y de la cual pensaba apoderarse. Al volver de Germania (99 despues de J. C.), el emperador desembarcó en Ancona para tomar el camino que le conduciria á Roma, y admirando aquella situacion única, ordenó las soberbias obras que iban á convertir la ciudad en un gran centro marítimo. Algunos años despues, los anconeses llamaron al famoso arquitecto de Trajano, Apolodoro de Damasco, y encargáronle la ereccion de este monumento, ejemplo imperecedero de su gratitud. Apolodoro formó cimientos profun-

dos, y para dejar libre curso á las aguas, apoyóle en arcos colosales, cuya existencia se descubrió en 1450, al destruirse la torre de Gamba, situada cerca de allí. Los mas de los monumentos romanos están sepultados en tierra; aquel tiene enterrada toda su base, y á su alrededor se ha elevado el nivel general. Destinado á estar continuamente batido por las olas, y á mirar orgullosamente los horizontes líquidos, mas allá de los cuales se extiende la Iliria, la Dalmacia, el país de los Dácios sometidos por los romanos, era preciso que dominase el muelle; esto es lo que quiso Apolodoro, quien elevándole sobre un pedestal, le coronó con la estatua ecuestre del emperador, entre la augusta Plotina, emperatriz, y la divina Marciana, su hermana. Varias guirnaldas de bronce decoraban el mármol blanco de las montañas de Grecia, y en el ático habia una magnífica inscripcion que recordaba su consagracion. Se conserva hoy en la biblioteca del palacio Comunal un dedo de la estatua y un fragmento del caballo de Trajano, hallados el 15 de noviembre de 1678. Fácil es restaurar mentalmente el monumento; se le ha circuido de una verja, y se ha modificado el cimiento que le sostiene; una escalera de mármol de doce peldaños conduce al nivel de la segunda base.

XXV

La catedral de Ancona

La catedral ó cúpula de San Ciriaco, en la cima del monte Guasco, ocupa poco mas ó menos en su meseta, dominando el Adriático, la misma posicion que Nuestra Señora de la Guardia en Marsella, sobre el Mediterráneo.

Antes de entrar en la catedral, detengámonos en la meseta para ver dónde estamos. Esta plataforma es aun bastante espaciosa; la fachada de la cúpula da á la ciudad y al puerto; á nuestra derecha se extiende una pequeña plaza limitada por un terrado cortado á pico sobre el Adriático; y por esta parte, un poco mas atrás de la fachada lateral del monumento, elévase un edificio, convento ó abadía, palacio episcopal en otra época, que se comunica con la iglesia, de la cual depende. En el instante en que contemplamos el pórtico, la pesada carroza de un príncipe de la Iglesia se detiene á la entrada de la plataforma, y de ella vemos salir un cardenal con un elegante abate, su secretario, á quienes siguen á distancia respetuosa dos criados que parecen desprendidos de un cuadro de Heilbuth, y los cuales llevan el paraguas, el manteo y los cojinetes. El príncipe de la Iglesia se dirige hácia la *Scuola:* las niñas acuden á besar su anillo, y las madres piden la bendicion para los recien nacidos; es un grupo delicioso para animar esta página de arquitectura.

Por la derecha no se puede dar la vuelta á la catedral, porque el apéndice del edificio, que se ha soldado, llega hasta el borde mismo de la roca; pero si costeamos la fachada lateral por la izquierda, podremos en rigor, pasar por detrás del coro, y llegar á la cabecera del edificio. Sin embargo, se debe temer el vértigo, porque al borde de la escarpadura no hay barandilla ni barrera; á nuestros piés, la onda azul que viene á estrellarse contra el promontorio le mina diariamente, dejando blanquísima faja. Por altos que estemos, aun nos domina con su semáforo y sus señales, el *monte dei Cappuccini.*

La catedral está construida por el plano de las antiguas basílicas de cruz griega regular, recordando á la vez la disposicion de San Marcos de Venecia y de Santa Sofía de Constantinopla; la cúpula es una de las mas antiguas y hermosas de Italia. Por una disposicion singular, aunque encontramos de ella otros ejemplos, el plano del gran brazo de la cruz está á nivel con el altar mayor; pero los otros dos altares, en la extremidad de los dos brazos, se elevan por doce escalones para dar entrada á dos criptas subterráneas, á las cuales se baja por escaleras laterales.

La fachada de la catedral está precedida de un pórtico en atrio, cuyas columnas se apoyan en el lomo de dos leones colosales de mármol rojo de Verona, que devoran un ave y una serpiente. Es el pensamiento que preside en la mayor parte de las construcciones de la época, el símbolo consagrado por la Iglesia, y que se halla tan á menudo en Verona; le hemos reconocido, sobre todo, en cada una de las iglesias de Pésaro, y Europa le tomó de Oriente. Aunque la construccion primitiva sea del noveno siglo, el fondo del estilo de la fachada es del XIII, y Margaritone d'Arezzo, que al decir de Vasari, fué el encargado de la restauracion, ha conservado la silueta primitiva mezclando adornos al gusto de la época. Ya no hay unidad en el decorado interior; el Vanvitelli y la decadencia pomposa se codean con el arquitecto Giovanni de Trau y el fino y puro Renacimiento italiano. Los altares, brillantes de oro, se han construido con los mas preciosos mármoles, y datan de los siglos XVII y XVIII; las tumbas, del XV y XVI, elevadas para Lando Feretti y Francesco Nobili de Fermo, así como la sepultura en relieve erigida para Girolamo Gianelli, revelan cuatro estilos diferentes, apareados entre sí en una nave probablemente anterior en seis ó siete siglos á las agregaciones de la parte decorativa; el conjunto, sin embar-

go, ofrece gran interés, precisamente á causa de todos esos estilos que se sobreponen; pero despues de la cúpula, los confesonarios y las criptas ó capillas subterráneas, deben llamar la atencion del visitante, dándole á conocer la remota antigüedad del edificio. La mas interesante de las dos criptas es sin disputa la de la derecha del altar mayor, dedicada á Nuestra Señora de las Lágrimas; es preciosa para la historia eclesiástica de Ancona, porque se han reunido allí todas las inscripciones, bajos relieves, urnas, sarcófagos y fragmentos de las primeras épocas del cristianismo. El cardenal Lorenzo Basili hizo una sabia disertacion sobre el cenotafio de Gorgonio, que es el principal ornamento. La cripta de la izquierda es verdaderamente espléndida, por la profusion de sus ornamentos y la abundancia de los preciosos mármoles que la engalanan; está pintada al fresco por Schiavoni de Filottrano, y contiene los sarcófagos de San Ciriaco, de San Marcelino y de Liberiano. Es un verdadero santuario, á donde los fieles van en peregrinacion; y desde hace siglos, los pontífices, los reyes y los príncipes se han complacido en adornarle.

No he visitado en Ancona menos de once iglesias interesantes; y tuve la buena suerte de llegar la víspera del Córpus. Todos los altares desaparecian bajo las flores, mil luces iluminaban los mas humildes santuarios; el pueblo acudia en tropel á los edificios sagrados; y hasta fuera de los templos arrodillábase la multitud con gran recogimiento para entonar los salmos. Un pequeño templo desierto, consagrado á Nuestra Señora de la Misericordia llamó vivamente mi atencion por la semejanza que ofrece su preciosa fachada con la del famoso templo de Malatesta, que tanto excitó mi entusiasmo en Rímini. Santa María della Piazza, una de las mas pequeñas construcciones religiosas de la ciudad, es acaso tambien una de aquellas que mas interés ofrecen, pues el cuerpo de las fachadas laterales es del siglo x, y despues de San Ciriaco, es el mas antiguo monumento de la ciudad. Pero la maravilla arquitectónica es San Francesco della Scale, convertida con su convento en hospital civil. Un húngaro, obispo de Ancona, fué quien puso la primera piedra en 1323; Jorge de Sebenico hizo la fachada mucho tiempo despues de la consagracion, y á él se deben las magníficas escaleras y la balaustrada, que constituyen una noble base para el monumento. Este sistema de dobles rampas contribuye mucho, como he dicho ya, al efecto arquitectónico; y por una feliz disposicion se apoyó aquí una fuente, llamada di Piazza, á la base de la iglesia de Santo Domingo. En el centro del sosten, y de consiguiente debajo del balcon de apoyo, que forma doble escalera, elévase una magnífica estatua de mármol de Clemente XII, debida á Tomachini.

Mucho tendria que hacer si quisiera hablar de todos los monumentos de Ancona, que se presentan así uno á uno, mas ó menos ocultos por la pintoresca disposicion de la ciudad. Pondré en primer término, despues de los ya citados, la Prefectura, ó palacio Provincial, con su magnífico patio del Renacimiento, del mejor gusto, que es en cierto modo una excepcion en Ancona, donde abunda el gótico pomposo.

Ancona, téngase muy presente, es una ciudad militar, una base de operaciones estratégicas, que se ha tomado por objetivo en todas las épocas de su historia, desde los romanos hasta nuestros dias. La ciudad ha sido sitiada muchas veces, y por lo tanto, las construcciones militares figuran en primer término; se ha puesto el mayor cuidado en la defensa por mar y tierra; y mientras que desde la ciudadela, situada en la cima del Astagno, se podia vigilar el puerto y defender sus cercanías, numerosas construcciones, fosos, parapetos, fuertes aislados, trincheras, caminos cubiertos y cuarteles podian contener hasta ciento cincuenta mil hombres, completándose así una de las mas importantes fortalezas del litoral italiano. Las partes modernas de estas construcciones que miran á la campiña son triviales, y de ese carácter frio y seco que es propio de nuestros ingenieros militares; pero el famoso Antonio de San Gallo, Giovanni Battista Peleri, de Siena, Paciato de Urbino, Tibaldi de Bolonia, y mas recientemente, Giacomo Fontana, de Ancona, han impreso su sello de artista á esos bastiones de atrevidos perfiles, donde se ostenta el escudo de la ciudad, representando un caballero armado que cae sobre el enemigo.

XXVI

Paseos en Ancona.—El carácter de la ciudad.—Estado del puerto.

En Ancona me hospedé en el hotel de la Paz *(albergo della Pace)*, en la calle principal de la ciudad. El establecimiento estaba lleno de peregrinos que se dirigian á Roma ó regresaban, y en la mesa redonda no ví mas que belgas, flamencos é irlandeses, en medio de los cuales se contaban algunos sacerdotes franceses y dos ó tres comerciantes italianos. La casa es decente y está bien adornada; me ha parecido la mas cómoda que encontré en toda esta costa. Su posicion es poco mas ó menos la misma que he

escrito al hablar del palacio de los Comunes; al nivel de la calle principal por un lado, las habitaciones que dan á la fachada posterior miran al mar, y parecen suspendidas sobre él á una enorme altura, de modo que se ofrece al observador un golpe de vista magnífico. Ancona no es caro para vivir, y he podido evitar las molestias de la mesa redonda comiendo en una de las hosterías abiertas para los oficiales; pero me ha parecido que la ciudad ofrecia muy pocos recursos para los extranjeros.

Los dos teatros son magníficos *(teatro delle Muse* y *teatro Vittorio Emmanuele)*; mas por desgracia estaban cerrados; y como no hay jardin público con música ni otro divertimiento, el único recurso era el paseo del Corso, lleno de atractivo para todo este pueblo italiano, pero poco agradable para quien le recorre solitario, y solo ve allí un desfile trivial en un cuadro sumamente frio.

Es indudable: los embellecimientos modernos perjudican las mas de las veces á lo pintoresco de estas antiguas ciudades. *El corso Vittorio Emmanuele* comienza en la ciudad Nueva *(città Nuova)*, y forma una ancha via perpendicular á la media luna del puerto; debe desembocar en la orilla, proporcionando á la poblacion el magnífico espectáculo de la bahía y la alta mar; mas el proyecto no se ha completado aun. Es la única parte llana entre el monte Astagno, dominado por la fortaleza, y los Gardetto, Guasco y Cappuccini, coronados por la catedral y el semáforo; constituye un valle abierto por un rio *(valle di Panocchiara)*, y es el punto mas cómodo de la ciudad, porque está al nivel del puerto y la via-férrea, pudiéndose cargar y descargar allí las mercancías para conducirlas á su destino. Bordeado por grandes casas insignificantes, sin arquitectura ni carácter, y despues de atravesar una ancha plaza *(piazza Calamo)*, donde se elevan los edificios de Correos y el palacio de la provincia, este ancho Corso desemboca en la plaza Cavour, inmenso espacio cuadrado, donde los árboles, plantados de modo que puedan cobijar algun dia á los paseantes, prestarán de aquí á unos veinte años sombra propicia. Las construcciones, ejecutadas por un plano único, surgen poco á poco alrededor; mas el proyecto está solo trazado. Si atravesamos la plaza Cavour por la prolongacion del Corso, vemos que en medio se eleva la estatua erigida al célebre hombre de Estado por la ciudad y la provincia. La obra es de Aristodemo Costoli, de Florencia. Cada ciudad de la península muestra empeño en rendir tributo al incomparable político que organizó la unidad italiana.

Una vez cruzada la plaza se puede salir á la campiña franqueando la puerta Cavour y la *muralla castellana*, recinto fortificado que se enlaza en una parte con el fuerte San Stefano, y en la otra con el del monte Gardetto, protegiendo la ciudad contra todo ataque por tierra. Con estas obras defensivas se enlaza un inmenso cuartel destinado para alojar á las tropas en el lugar mismo donde fueran necesarias en caso de sitio: es el cuartel de Villarey.

Todas las tardes, por espacio de ocho dias he ido á sentarme tristemente en el café de la plaza Cavour, debajo de los arcos, que recuerdan los de la plaza de Rívoli; y allí contemplaba la multitud escuchando la música.

Las personas para quienes tenia cartas de recomendacion estaban en las quintas de los alrededores, ó en los pequeños establecimientos balnearios de la costa; dos de ellas, comerciantes de la ciudad, venian por la mañana á evacuar sus negocios, y volvian por la tarde al campo. A decir verdad, hallábame un poco aislado despues de mi trabajo del dia. La multitud es numerosa; las mujeres, muy bonitas, visten bien, y no se observa en ellas esa exageracion que tanto choca en las ciudades mas civilizadas de Italia.

Esta gente parece dichosa; es pacífica, y fácil de divertir; una banda de música que toca piezas de ópera, ó una orquesta ambulante, bastan para entretenerla. Jamás estuve en una ciudad italiana sin que me admirase el buen aspecto, y el *comme il faut* y la elegancia de los oficiales del ejército. Obsérvase en Ancona que hay numerosas relaciones entre estos últimos y los habitantes de la ciudad; acércanse unos á otros, se hablan con la mayor franqueza, y se ve en fin, que hay fusion completa entre el elemento civil y el militar.

El comercio al por menor es próspero; las casas mas notables pertenecen todas á israelitas, que han monopolizado las transacciones y el cambio: en otro tiempo hallábanse sometidos á medidas de represion, y confinados sin consideraciones en un barrio especial, como sucede en las ciudades de Oriente y en las mas importantes de Italia. Los israelitas vieron derrumbarse el Portone del Ghetto en la revolucion de 1831: cuando cayó en poder de los italianos, el comisario régio, Lorenzo Valerio, aplicó á la universidad israelita de Ancona las leyes liberales votadas por el parlamento sub-alpino, y sancionadas en julio de 1859 por el rey; y esta fué la emancipacion definitiva, en cambio de la cual aportaron los israelitas la prosperidad que nace del desarrollo de las transacciones.

La historia de Ancona se revela en el estudio de sus monumentos; su espíritu de independencia está simbolizado en el palacio de los Comunes; la liberalidad y la magnificencia de los pontífices, sus protectores, se halla indicada en las puertas monumentales, y en los pomposos arcos triunfales, de grandiosa mole; en sus iglesias, sus fuentes y estatuas de pontífices. En los palacios de nombre distinguido, como son los Ferretti, los Pilestri, los Benincasa y los Liberotti, consérvanse aun galerías de obras artísticas y recuerdos que atestiguan el poderío de las familias anconesas, cuyo nombre está inscrito en cada página de la historia de la ciudad. Algunas de esas moradas son espléndidas y pueden competir con las de Génova, cuya grandiosa disposicion recuerdan, teniendo la mayor parte balcones al mar y escaleras de soberbias proporciones; pero es preciso decir que muchos de estos palacios, que conservan todavía los títulos de las familias que los edificaron, cambiaron ya de propietarios y se han convertido en casas de comercio ó agencias marítimas, ó bien están ocupados para el servicio público.

XXVII

De Ancona á Loreto.

Basta una hora y algunos minutos para trasladarnos de Ancona á Loreto: seguramente seria el viaje mas pintoresco y de mas atractivo siguiendo el camino real; pero la via-férrea que bordea el Adriático, facilita la excursion, econo-



Las *Croce* á la salida de Foggia.—De fotografía

mizando un tiempo precioso, sin que se pierda por eso la ventaja de ver el país, pues la via sigue constantemente la orilla del mar. Hé aquí porqué suele preferir el viajero el camino mas corto, tanto mas cuanto que ofrece realmente mas baratura.

Habiendo salido de Ancona á las tres y veinticinco minutos, cruzamos por Osimo, y á las cuatro y media nos hallamos ya en la estacion de Loreto.

El tren nos deja á la orilla del mar: la pequeña ciudad está situada en una altura, á cosa de media legua, y ofrécese á nuestros ojos el paisaje mas encantador que jamás hemos visto. Todo contribuye aquí á excitar la admiracion; la campiña es fresca, risueña y muy fértil; se sube por una suave pendiente hasta la colina donde se eleva el santuario, y á medida que se avanza, si se vuelve la cabeza, contémplase un panorama grandioso, que tiene por horizonte las olas del Adriático, de un azul mucho mas intenso y brillante, que se armoniza con la vigorosa coloracion de la verdura. Lo primero que vemos de Loreto, en la alta colina, es la fachada exterior del palacio episcopal, de la casa apostólica, y de las inmensas dependencias del santuario, coronadas por la magnífica cúpula de su venerada iglesia. La colina sobre que se eleva forma un declive casi cortado á pico, y aquellas fachadas monumentales se apoyan en este enorme pedestal. La ciudad, que en rigor no tiene sino una calle, se presenta paralelamente á la orilla, y por eso se cree que es mucho mayor cuando se está léjos.

Hemos tomado asiento en un pequeño coche tirado por un caballo, y tenemos por compañeros un joyero del Ponte Vecchio de Florencia, el cual no aparta la vista de su cajon, lleno sin duda de alhajas para los plateros de la ciudad, y un médico que vuelve á reunirse con su familia.

Desde el principio nos asedia una nube de mendigos, cuyo traje es bastante singular, consistiendo en unas largas blusas de lienzo blanco que les llegan hasta los piés: es toda una corte de los Milagros, compuesta de ancianos paralíticos que van en unos carritos, mancos, jorobados, muchachos que sirven de guias, ancianas apergaminadas; y á veces tambien, mocetones robustos que podrian dedicarse á un oficio mas honroso; toda esta gente nos rodea é importuna de tal modo que mi compañero florentino se pone de pié en el coche, para rechazar y apostrofar á los pordioseros, empleando los términos mas verdes del diccionario italiano. Este es un prefacio muy penoso en la peregrinacion; compréndese que la pereza ha fijado su domicilio en esta hermosa campiña, que recompensaria con creces los esfuerzos de aquellos que quisieran dedicarse al trabajo.

XXVIII

LORETO

Llegada.—La ciudad.—La plaza.—La basílica.

La pequeña ciudad de Loreto, que cuenta de siete á ocho mil habitantes, se compone casi exclusivamente de la calle que desemboca en la plaza monumental donde se eleva el santuario. Toda la poblacion vive del altar: á derecha é izquierda de la via, los pisos bajos de las casas, sin excepcion alguna, están ocupados por vendedores de escapularios, medallas, rosarios, objetos piadosos, estampas de santos, y libros ó fotografías sobre asuntos de la Santa Casa. La peregrinacion es incesante; todo el mundo católico acude á Loreto; y así es que apenas penetran los extranjeros en la calle principal, se ven asediados por la poblacion de mercaderes y vendedores. Habiendo aprendido de cada idioma las únicas frases necesarias para su comercio, las damas y señoritas de almacen, usando el acento mas singular y cómico, segun reconocen en aquellos que llegan el tipo de tal ó cual nacion, las repiten hasta la saciedad con una insistencia que llega hasta el atrevimiento y el descaro. Atrévense á poner la mano sobre los peregrinos, y les cierran el paso, escena que recuerda los asaltos que sufren los extranjeros al desembarcar en algunos puertos de Oriente.

A menos de tener algun objeto especial de estudio, ó de haber hecho algun voto particular, los peregrinos van siempre de paso; un dia les basta para entregarse á la devocion en Nuestra Señora de Loreto, visitar la Santa Casa, admirar las riquezas del tesoro, y arrodillarse en cada uno de los altares. Hé aquí porqué no les manifiestan el menor interés los industriales en cuya casa se alojan, ó aquellos á quienes hacen alguna compra; esto es una explotacion rápida y resuelta, una piratería desvergonzada, que no ofrece compensacion alguna.

La casa de hospedaje (la *Campana*), que es de un aspecto decente, y donde hay grandes mesas preparadas para recibir á los numerosos viajeros que llenan la ciudad, ofrece tan pocos recursos bajo el punto de vista del alimento y su calidad, que durante un largo dia nuestro estómago, acostumbrado no obstante á los ayunos de Marruecos, de Bosnia y de la Herzegovina, y á las mas duras privaciones en otros países, rehusó tres veces lo que se le ofrecia.

XXIX

Exterior de la ciudad.

Atravesando la ciudad en toda su longitud por la calle del Monte-Real, llégase á la plaza de la Madona, donde está la basílica (véase el grabado de la pág. 433).

Elévase frente á nosotros, ocupando todo el fondo; á la derecha está el colegio ilirio, que no forma parte del conjunto arquitectónico; á la izquierda, el palacio pontificio, magnífico monumento dibujado por el Bramante, que se continúa cerrando la plaza y dando frente al santuario. Una fuente de bronce ocupa el centro y recibe las aguas del acueducto construido por Paulo V; las magníficas esculturas que le adornan son de Tarquino y de Pedro Pablo Jacometti.

Nuestro dibujo de la fachada de la basílica nos dispensará de describirla minuciosamente: comenzada por Pio V, terminó en tiempo de Sixto V; los escudos que se ostentan sobre la puerta principal son de Gregorio XIII; Jerónimo Lombardo esculpió encima una magnífica estatua de la Vírgen; y Sixto V mandó escribir en letras de oro sobre una lápida de mármol las siguientes palabras: *Deiparæ Domus in qua Verbum caro factum est.* «Casa de la Madre de Dios, donde el Verbo se hizo carne.» El campanario que domina, en los cuatro órdenes de arquitectura sobrepuestos, es de Vanvitelli.

Un poco por delante del edificio, hácia la izquierda, y para no entorpecer el tránsito de los fieles, se ha erigido un monumento á Sixto V; en la cima se ve la estatua del pontífice con la del cardenal Peretti, su sobrino, y la del cardenal Gallo, celoso protector de la Santa Casa; y un poco mas abajo, en los cuatro ángulos, hay

alegorías de bronce: la Justicia, la Caridad, la Religion y la Paz, que completan el conjunto, muy suntuoso, debido á Antonio Calcagni, discípulo de Lombardi.

El conjunto arquitectónico de este lugar es imponente y grandioso, y sin la adicion de Vanvitelli, que por monumental que sea, interrumpe la armonía, primera ley del gran arte de la arquitectura, el efecto seria completo. Algunos detalles de esta fachada, de los cuales no se puede juzgar sino estudiándola muy de cerca, indican toda la magnificencia de los pontífices que se complacieron en «adornar la Madona:» tres puertas de bronce, al gusto de aquellas tan inimitables de Lorenzo Ghiberthi de Florencia, de las cuales dijo Miguel Angel que serian dignas de ser las puertas del Paraíso, divididas en numerosos paños que representan escenas de la Escritura, ofreciendo las firmas de los mas ilustrados escultores italianos, los nombres de los cuatro hijos de Lombardi, de su discípulo Jacobo Tiburcio Vecelli de Camerino, y de tres artistas de que se enorgullece la ciudad de Recanati: Bernardino Calcagni, Tarquino Jacometti y Sebastiano Sebastiani.

XXX

Interior de la basílica.

La iglesia tiene la forma de una cruz latina, y hay tres naves con una cúpula en el centro; en la principal se ven doce capillas; debajo de la cúpula elévase el tabernáculo de mármol, que cubre la casa de la Vírgen, trasportada por los ángeles desde Nazaret hasta la cima de esta colina; y detrás del santuario se halla el altar del Santo Sacramento; el tesoro y las sacristías ocupan el brazo izquierdo de la cruz. Las bóvedas de la gran nave están pintadas por Lucas Signorelli.

Entiéndase que no puedo hablar aquí sino de la parte pintoresca de las cosas; en cuanto á los orígenes de la santa tradicion, me apoyaré en el relato emitido por la Iglesia. Toda la ciudad de Loreto gravita alrededor de esta pequeña cabaña de ladrillo que reposa sin cimientos sobre el suelo del templo, protegida por una cubierta de mármol, sobre la cual elévase á su vez la basílica. El palacio episcopal, el colegio ilirio, los conventos y los establecimientos de toda especie no son sino el complemento de la Santa Casa. En la sagrada colina vive todo un mundo de prelados, canónigos, beneficiados, capellanes, clérigos, penitenciarios, monjes, diáconos y sacristanes, consagrados todos al culto de la Vírgen. La mayor parte de los soberanos de Europa tienen allí capellanes encargados de rogar por ellos y por sus Estados: no se dicen menos de cien misas diarias en los veintitres altares de la basílica; así como en San Pedro de Roma, se confiesa en todas las lenguas, y el nombre de cada nacion está escrito en treinta confesonarios pegados á las paredes, y circuidos de penitentes.

Durante el domingo, el movimiento es increible y de los mas curiosos, y confieso que San Pedro de Roma no me ha interesado mas en un dia de fiesta; la multitud es muy característica, porque desde Rávena á Otranto, en todo el litoral, Loreto, Recanati y Osimo, son los únicos países en que los *contadini* tienen un traje á propósito para tentar el pincel de los pintores, debiéndose agregar á esto los hábitos religiosos del personal de sacerdotes, de los menores conventuales, y de los capuchinos y sacristanes. Varios privilegios especiales concedidos á tal ó cual órden religioso, ó á una nacion dada, corresponden á detalles de traje sumamente curiosos y de los mas pintorescos. Largas filas de sacristanes, con ropajes extravagantes, muceta roja y estola blanca, condecorados con grandes placas de plata, se agrupan en unos banquillos de encina á las puertas de las sacristías, y á cada instante resuena la campana, llamando á la santa misa. Entonces, una multitud desordenada, sin disciplina ni recogimiento, compuesta en su mayor parte de campesinos curtidos por el sol, y de campesinas con zagalejos cortos de charros colores, cargadas de joyas, abandona un altar para trasladarse á otro. De improviso un monje de luenga barba, precedido de un paraguas amarillo, insignia de alguna dignidad, atraviesa entre aquellas oleadas humanas, llevando el Santísimo Sacramento. El movimiento es increible, el ruido incesante y curioso á la vez. En la gran nave, de pié delante del púlpito, cual si no tuviese derecho de entrar, ó como si la fogosidad y la violencia de los gestos le hicieran preferir la libertad de moverse á gusto, un reverendo capuchino, de enorme talla y rostro curtido, dirige la palabra rudamente en el dialecto de las Marcas á todos aquellos fieles que le contemplan, haciendo resonar en las bóvedas sonoras sus acentos enfáticos apasionados y violentos, acompañados de frenéticos gestos.

XXXI

El santuario de la Santa Casa.—La tradicion religiosa.—Emigraciones sucesivas de la Santa Casa

Penetremos en el santuario: elevado por algunos escalones, ocupa el sitio que hay debajo

de la cúpula en la interseccion de los brazos de la cruz.

El exterior de la Santa Casa está oculto por el revestimiento de mármol que le cubre; se entra por un lado, por tres puertas de bronce de maravilloso trabajo, debidas á Lombardi; exteriormente no se ve pues sino el revestimiento, monumento de mármol de extraordinaria riqueza, cuyo dibujo es debido á Bramante, siendo la ejecucion de Sansovino, quien pasó cerca de veinte años ocupado en esculpir las estatuas y los innumerables bajos relieves. La cubierta de mármol no es adherente á los muros de ladrillo de la Santa Casa; se ha dejado cierto espacio entre las santas paredes y las piedras que las rodean.

Entramos en la casa de la Vírgen, cabaña de ladrillo, que forma un paralelógramo de nueve metros y medio por cuatro de anchura; las paredes tienen un espesor de cincuenta y ocho centímetros, y no hay tejado, sustituyéndole la bóveda de mármol del revestimiento; en el centro hay una abertura circular, para que salga el humo de las lámparas de oro suspendidas en varias líneas, ofrendas de los príncipes y de los grandes que visitaron el santuario. Un tabique abierto de madera dorada permite ver en el fondo, en un sitio reservado, la estatua de la Vírgen, objeto de la veneracion de los fieles, así como tambien las ricas ofrendas pendientes de la pared; en este tabique se apoya un altar cuyo cuadro está figurado por la ventana que permite ver la estatua. A derecha é izquierda hay dos puertas que dan entrada á este lugar santo entre los santos, que llaman *Santo Cammino*. En la pared, en el lado del poniente, y frente al altar, se abre la única ventana que iluminaba la Casa; hoy da al altar mayor de la basílica.

El Santo Camino es el santo de los santos de esta cabaña, y toma su nombre de la chimenea colocada en el eje, compuesta de dos jambas aplicadas á la pared y que forman saliente; en la parte superior está el nicho que cobija la estatua, de madera de cedro, de un solo pedazo, y de ochenta centímetros de altura. Solo se ven las dos cabezas, coronadas de oro, de la Vírgen y del divino Niño; el resto queda oculto por un rico manto cuajado de diamantes y enormes rubíes. El hogar de la chimenea se ha convertido todo él en un inmenso cepillo para recibir las limosnas. A derecha é izquierda hay dos armarios: en el primero consérvase, embutida en oro, la *scodella* (escudilla de barro) que servia á la Santa Familia; en el otro se conservan los objetos que deben bendecirse. No se admite á nadie en esta parte reservada como no sea para las ofrendas y las bendiciones; las paredes están protegidas por planchas de metal.

Al penetrar en la Santa Cabaña, deslumbran las lámparas de oro que brillan en el techo; y el contraste entre las paredes de ladrillo y la magnificencia de las ofrendas excita el asombro desde luego. Sin embargo, desde las revoluciones sucesivas y la invasion de las Marcas, han desaparecido veintitres lámparas de oro macizo, cuarenta y siete de plata, y un candelabro de este mismo metal, de ochenta libras de peso. Se han fundido doce estatuas de ángeles y dos de querubines de oro puro, otras seis de plata, y grandes cuernos de la abundancia de este último metal, los cuales se han fijado á la pared para recibir las ofrendas. Tambien han sido robados todos los diamantes de la Vírgen y un cuadro de Rafael.

Los grandes duques de Toscana habian cubierto toda la parte que oculta el Santo Camino con bajos relieves de plata y mosaicos de piedras preciosas sobre fondo de lapislázuli.

La guerra ha pasado por aquí: nosotros mismos, franceses, nos hemos llevado á Paris la Vírgen milagrosa en tiempo del Directorio; pero fué restituida á Pio VII por órden del primer cónsul, en 11 de febrero de 1801. A fines del siglo último, las hojas de plata y oro que cubrian el ladrillo fueron reemplazadas por otras de cobre.

¿Porqué tanta veneracion, y cuáles son, segun la Iglesia, los orígenes de esa humilde vivienda de ladrillo, que reposa en el suelo sin cimientos? La siguiente inscripcion, grabada por órden de Clemente VIII en una placa de mármol colocada en la pared oriental de la Santa Casa, contesta á esta pregunta:

«Cristiano extranjero á quien el impulso de la piedad ha conducido á este sitio, aquí ves la sagrada casa de Loreto, célebre y venerada en todo el universo á causa de los misterios divinos que se realizaron, y de la gloria de sus milagros. Aquí es donde la Santísima Madre de Dios vió la luz; aquí donde fué saludada por el Angel; aquí donde el Verbo eterno de Dios se hizo carne.

»Trasportada por los ángeles, primero desde Palestina á Iliria, cerca de la villa de Terzato, el año del Salvador 1291, bajo el pontificado de Nicolás IV, tres años mas tarde, al principio del reinado de Bonifacio VIII, pasó al Picenum, cerca de la ciudad de Recanati, y la mano de los ángeles la depositó en un bosque inmediato á esta colina, donde en el espacio de un año, despues de haber cambiado tres veces de lugar, se fijó al fin por un decreto del cielo hace 300 años.

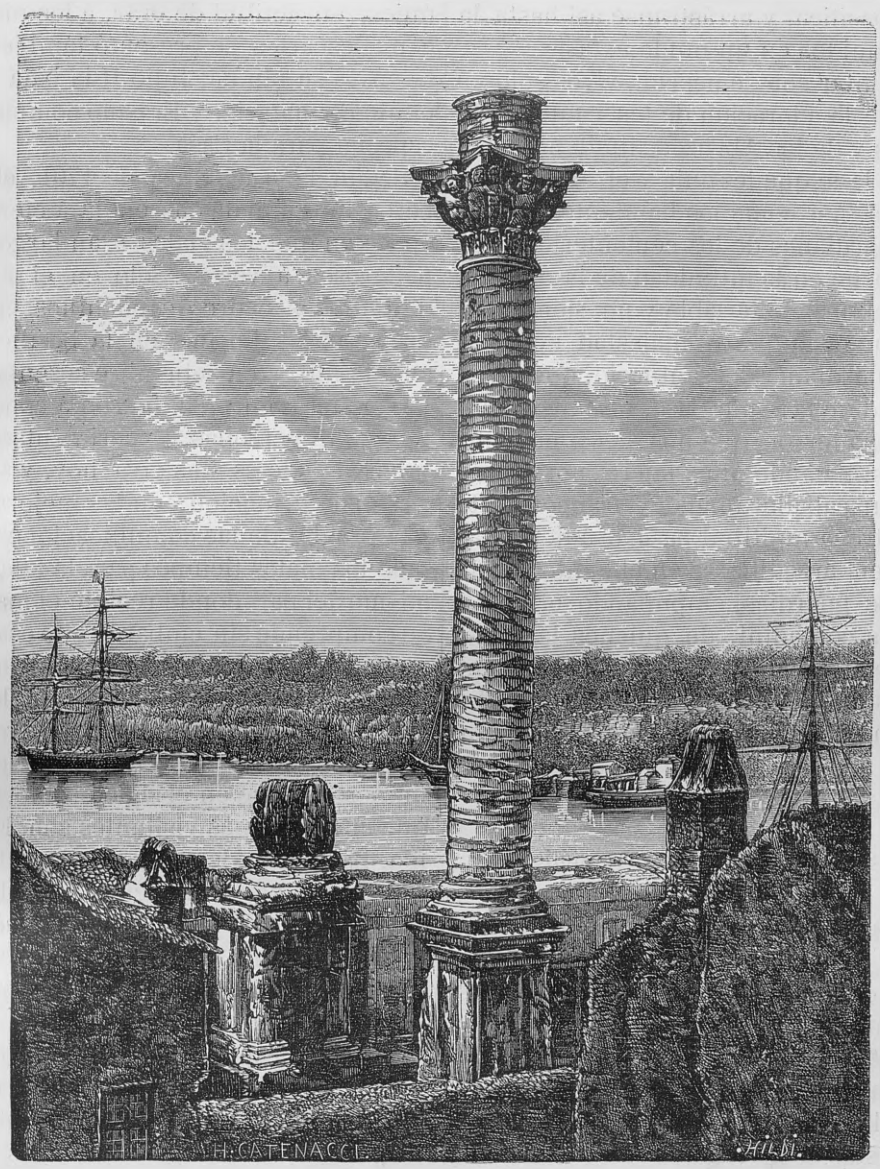


Aldeanas de Loreto y de Recanatti

Tan inaudito prodigio llenó de admiracion á los pueblos próximos, y habiéndose propagado á lo léjos la fama de sus milagros, todas las naciones profesaron desde entonces la mas profunda veneracion á esta Santa Casa; y sus paredes, aunque apoyadas sin ningun cimiento en el suelo, se conservan siempre sólidas y firmes despues de tan larga serie de siglos.

»El papa Clemente VII la revistió toda ella de un ornamento de mármol en el año 1525.

»Clemente VIII, soberano pontífice, ha dado órden de grabar sobre esta piedra la historia



Columna llamada de Cleopatra: punto de llegada de la via Appia, en Brindis.—De una fotografía

abreviada de la maravillosa traslacion, en el año 1595.»

El movimiento que se produce al rededor de este santuario en un dia de fiesta religiosa es indescriptible, y la santidad del lugar no parece imponer ninguna restriccion á esas masas de fieles procedentes de todos los puntos del territorio, trasportados los unos por una fe viva y un sentimiento piadoso, y los otros por pura curiosidad y la esperanza de presenciar un espectáculo. El tumulto es inmenso á la puerta del santuario, y los guardas especiales, sable en mano junto á las puertas de bronce, apenas pueden contener las oleadas de campesinos que pasan rozando aquellas santas paredes.

Sabido es que la Santa Casa reposa sobre dos escalones de mármol debajo del nivel general de la basílica: estos escalones, que los fieles re-

corren de rodillas, unos detrás de otros, se desgastaron de tal modo con tan piadosas demostraciones, que ha sido necesario renovarlos á menudo. En 1874 no existian ya, por decirlo así, y dos años antes desaparecieron bajo los besos de los peregrinos y el contacto de sus rodillas. Muchos de ellos, piadosos, casi siempre los mas humildes, se arrodillan en el umbral mismo de la basílica, y arrástranse así hasta la Santa Casa, sumidos en un mudo éxtasis.

No quiero pintar con demasiado vivos colores esta escena de la adoracion de los campesinos de las Marcas y de los Abruzos, limitándome á recordar solo la fe que les guia y el ardimiento de su creencia. Así como los habitantes de las necrópolis, guardianes de los cementerios, que viven dia y noche en la intimidad de la muerte, han perdido el respeto terrible y no sienten ya la impresion augusta que su majestad nos inspira, así los guardianes del santuario, que viven en la intimidad de la Santa Casa, no experimentan ese religioso terror, que nos dice que debe venir un Dios. Cuando un viajero notable, ó simplemente un caballero inglés ó francés, trata de cruzar entre la multitud para ir á depositar su óbolo, ó bien arrodillarse en el Santo Camino, los buenos guardias, empuñando el sable, caen sobre los contadini, de quienes la Santa Vírgen no puede esperar sino oraciones, mientras que aquel que llega de otro continente, dejará tal vez un poco de oro en el cepillo del Santo Camino.

XXXII

El tesoro de la Santa Casa.—El palacio Apostólico.—La Farmacia.

El tesoro de la Santa Casa es célebre; ocupa á la izquierda del santuario, en el ángulo de uno de los brazos de la cruz, una inmensa sala de hermosa arquitectura, en cuya bóveda el Pomerancio ha pintado los Profetas y las Sibilas. En una de las caras elévase un altar, y en todo el contorno se alinean sesenta y nueve grandes armarios de cristales, que contienen los *ex-voto*, vasos sagrados, diamantes, joyas, objetos de arte y otros, ofrecidos por la piedad de los fieles. No se debe considerar sino el estado actual; pero si se examinaran los inventarios, veríamos seguramente que á mediados del siglo último debia ser aquello una prodigiosa acumulacion de riquezas de toda especie. Todo cuanto tenemos hoy á la vista data sobre todo de este siglo.

Con el tratado de Tolentino, firmado por un general francés, comenzó la ruina de la Iglesia, recibiendo el primer golpe el poder temporal. Muy pronto penetraron nuestras armas en Loreto, y la dispersion del Tesoro fué completa. Cada pontífice habia querido tener la gloria de ofrecer á la Vírgen un donativo precioso, y muchos de ellos vinieron como peregrinos á la Santa Casa; mientras que todos los soberanos católicos, desde el siglo XVI, desearon tener por representante algun enviado notable. Montaigne colgó su retrato, el de su esposa y el de su hija única, en actitud de orar, á los piés de la Vírgen. Descartes se presentó tambien; Justo Lipse envió su pluma; Julio II la bala que estuvo á punto de matarle; y Erasmo compuso una misa especial para la Casa.

Segun la estadística de 1791, el número de peregrinos anuales ascendia á cien mil, en una época en que los viajes eran largos, difíciles, y peligrosos á veces. Solo en el mes de mayo de 1791, los padres capuchinos encargados de preparar las hostias en la basílica dieron cincuenta mil, y en setiembre sesenta mil; en este mismo mes, en 1780, fueron á comulgar setenta y tres mil personas. Experiméntase el deseo de saber si la fe es mas viva hoy, y si la facilidad de la peregrinacion con las mejoras de las vias y la rapidez de las comunicaciones, ha compensado los malos tiempos para la Iglesia en el seno mismo del país donde recibió el mas rudo golpe. Se comprende sin embargo que esas estadísticas no se hacen todos los años; la última es de 1863, y segun ella, en setiembre se dió la comunion á cuarenta mil peregrinos extranjeros. Al decir de los penitentes de Loreto, los fieles son menos numerosos que en el siglo último, y las naciones que cuentan mas visitantes son Francia, Polonia, Bélgica y Alemania. Enrique III dió un santo copon, cuya descripcion, recordando las magníficas obras de Cellini, ó de Caradosso, admira á los inteligentes. Montpensier, Condé, Conti, Lorena, Guisa, Aumale, Epernon y Joyeuse, rivalizaron en magnificencia en sus regalos. Luis XIII, despues de veinticuatro años de una union estéril con Ana de Austria, envió al Tesoro un niño de oro macizo, de veinticuatro libras de peso, el dia en que nació Luis XIV; la figura estaba echada en un cojinete sostenido por un ángel de plata de trescientas libras romanas de peso, y agregábanse á esto dos coronas de oro enriquecidas con piedras preciosas. En 1581, el P. Angés, en nombre de la ciudad de Lyon, asolada por la peste, llevó un cáliz de cristal de roca adornado de oro y rubíes; la ciudad de Paris, sitiada, hizo tambien un voto á Nuestra Señora de Loreto, dedicándola, en recuerdo del *Fluctuat nec mergitur*, un navío de plata bogando á toda vela, y de peso de treinta marcos. El catálogo de los objetos que existian entonces, so-

brio como un inventario, no comprende en la descripcion de Murri menos de treinta y siete páginas en cuarto.

Todas estas magnificencias han desaparecido; pero setenta años han bastado para reconstituir una coleccion de *ex-voto*, de un gusto menos elevado sin duda, y no tan precioso bajo el punto de vista del trabajo, pero suntuoso y de un precio igualmente considerable.

Ya en 1804, Pio VII habia podido restituir una perla de prodigioso tamaño, ofrecida en otro tiempo por un pescador de las costas de Asia, donde se ve como bosquejada una Vírgen que tiene su hijo entre los brazos; y cada pontífice y soberano, todos los grandes de la tierra, todos los fieles opulentos y piadosos, quisieron adornar á su capricho el altar de la Vírgen. No se describen los objetos en número de treinta á cuarenta mil contenidos en los sesenta y nueve armarios de cristales; pero hay algunos muy extraños, pues el rey Antonio de Sajonia imaginó consagrar el calzon amarillo y el traje que llevaba el dia de sus bodas.

Seria imposible apreciar el valor del Tesoro: junto á un diamante como el Regente, numerosos collares, sortijas, pulseras, telas, armas, cofrecillos, piedras preciosas en bruto, lingotes de oro, coronas, corazones de metal, monedas, medallas y mil objetos pequeños, se ve una cruz de la Legion de honor, una medalla de Crimea, ó un reloj de plata. El todo es poco pintoresco; pero conmueve ver que los *ex-voto* y el donativo del pobre está junto al de los pontífices y soberanos; y si no se exceptúa Toledo, ni Moscou, ni aun el tesoro de San Márcos de Venecia, donde el arte y la forma se enseñorean en los tesoros de las sacristías, podremos decir que el de la Santa Casa es mas rico por la suma que representa, si no mas interesante, y que revela un concurso mas imponente de fieles.

El palacio Apostólico, residencia de los canónigos, del obispo y del legado administrador de la Santa Casa, es notable, sobre todo, por lo grandioso de la concepcion arquitectónica, y su fachada exterior nos ha interesado mas que las salas interiores, pintadas sin embargo al fresco, ó decoradas con lienzos religiosos de Schidone, Crespi, Foschi, Simon Vouet, Damiani de Gubbio, Tadeo Zuccari, Baglioni, Gerardo delle Noti y Pomerancio. Distínguese tambien la habitacion llamada de los Príncipes; pero la verdadera curiosidad es la *Sala degli Arazzi*, que toma su nombre de las magníficas tapicerías tejidas con oro y ejecutadas en los cartones de Rafael, tan preciosas como las del Vaticano, y cuyos dibujos, depositados en otro tiempo en Hampton-Court, figuran hoy en el museo de Kennington-Museum.

Por consejo de Rubens, Cárlos I de Inglaterra habia comprado aquellos cartones en Flandes; y en cuanto á las tapicerías mismas, son donativo del cardenal Sforza Pallavicini, cuyo escudo se ve en los bordados.

El Penitenciario Apostólico sirve de residencia á los Padres menores conventuales de San Francisco, á quienes Clemente XIV confió la Santa Casa. Diez y seis padres de la órden habitan en ella, ocho italianos y ocho pertenecientes á naciones distintas, encargados de confesar á los fieles en diversas lenguas, aleman, inglés, francés, polaco, español, eslavo, flamenco y griego.

La Farmacia *(Spezieria)* debe su celebridad á una admirable coleccion de ciento cincuenta vasos de Urbino, ofrecidos al santuario por el duque de este nombre: es una coleccion sin rival entre las magníficas muestras tan asombrosamente conservadas, y su esmalte es tan brillante y fresco, que se vacila en creerlas contemporáneas de los duques de Urbino. Las composiciones son de Julio Romano, y algunas de Rafael; pero los mas de los vasos pertenecen á la escuela de Horacio Fontana. Jamás han servido para el uso á que se les destinaba, y con justo título figuran como objetos de museo. Hace algunos años se robaron varios; todos los demás se hallan hoy en una sala especial, donde no se pueden ver sin llenar ciertas formalidades. Un gran duque de Florencia ofreció una suma igual á su peso en oro; y la reina Cristina de Suecia, despues de visitar el Tesoro, declaró que preferia la coleccion de vasos de Urbino á los *ex-voto* contenidos en el santuario. Algunos de ellos, tan nuevos que parecen recien fabricados, se han roto ya, y no creo que se hayan puesto en un cuadro digno de su preciosa ejecucion.

XXXIII

Foggia

Desde Loreto me dirigí hácia Pescara; pero solo encontré allí un vacio absoluto, y recogí mis bagajes despues de una rápida exploracion, pues los trenes mixtos se detienen lo suficiente en los puntos de alguna importancia para que se pueda examinar de una ojeada la localidad.

Durante diez horas costeamos aun el mar Adriático, sin perderle de vista un instante, lo cual es uno de los atractivos del viaje. Habiendo salido de Loreto á las diez y media de la mañana, debemos llegar á Foggia á las diez de la noche.

Entro en la ciudad á la luz de unos fuegos artificiales disparados con motivo de las fiestas del *Estatuto*.

Las calles son de una anchura desmesurada; y las casas, sumamente bajas, tienen todas terrados al estilo italiano. La ciudad parecia una brasa un momento antes, en la extremidad de la prolongada calle que parte del camino de hierro; los grandes vanos del teatro, iluminado aun, brillan en medio de la oscuridad que nos rodea. Diríase que todos los habitantes de la ciudad duermen al aire libre, pues avanzamos entre dos interminables filas de hombres echados en las aceras, convertidas en dormitorios, y embozados en sus capas. El trayecto desde la estacion á nuestro alojamiento es bastante largo, y en todas las calles vemos la misma cosa. Algunos escasos grupos de paseantes se dispersan luego á fin de alinearse tambien á lo largo de las paredes, y cada cual prepara su lecho para pasar la noche bajo la estrellada bóveda. Se nos dice que estos inesperados *lazzaroni* acampan aquí tres dias, en número de mas de dos mil; son los campesinos de los Abruzos, que han venido aquí para la recoleccion. Nuestro tren les lleva un refuerzo de trescientos compañeros, y la ciudad les debe desde su llegada una extraordinaria animacion.

Apenas amanece, ya están en pié acampados en las plazas, á donde acuden los labradores de la Pulla, los intendentes, los propietarios en pequeño y los ricos hacendados para hacer sus contratas y alistar gente.

Unas largas carretas, donde permanecen en pié, cantando con acento plañidero y gutural, les conducen al *Tavogliere*, nombre de aquellas inmensas llanuras que son el granero de la abundancia en Italia. Desde Aníbal han alimentado á los ejércitos de invasores, y aun alimentan á toda la region meridional y la del norte. He tenido tiempo de examinar á mi gusto á estos segadores: son flacos, de rostro curtido y piel bronceada, pero de buenas formas; muchos de ellos, tiritando por efecto de la fiebre, tienen un color verdoso; y todo su equipo se reduce á un pequeño saco y una gran hoz de hoja muy delgada. Vagan durante todo el dia por las calles, tristes, cabizbajos, sin color y sin vida; su aspecto indica el cansancio, y su mirada, así como la de los fellahs de Egipto, no tiene fijeza. De vez en cuando, algunos entonan cánticos ó profieren gritos singulares; no tienen la viveza del napolitano, ni la robustez de los contadini de la campiña de Roma, pero algunos tienen formas bien modeladas y finas, como las estatuas de la antigüedad.

Foggia me parece una ciudad interesante por otras razones muy diferentes de las que recomiendan á las ciudades que he descrito hasta aquí. El arte figura en último término, y solo hallo un monumento de algun interés; aun este se reduce á una ruina que se confunde con una casa moderna, y es sobre todo notable por una inscripcion que consagra la presencia de los emperadores de Alemania en esta ciudad, en otro tiempo *ciudad real y residencia ilustre del emperador*.

La ciudad, nueva y bien dispuesta, ofrece á la vista extenso espacio, donde la circulacion es muy fácil y tiene un carácter muy marcado. La impresion que se siente, es la que producen esas casas bajas que no suelen tener sino entresuelo y contrastan por su poca elevacion con la anchura de las vias. Todo tiene su razon de ser bajo el punto de vista de la arquitectura. Foggia se halla sujeta á temblores de tierra, que han arruinado á menudo la ciudad; y despues del terremoto ocurrido en 1731 edificóse otra moderna. Además, la costumbre que hay de blanquear todas las casas, comunica á la ciudad un aspecto oriental. Lo que es nuevo aquí se ha concebido en proporciones bastante grandiosas, y en ninguna parte se ha economizado el espacio. Reconócese desde luego que esta es una ciudad rica y próspera, y al mirar el cielo se piensa en Nápoles. En las esquinas de las calles hay vendedores de *bebite*, helados, limonadas, bebidas frescas y frutas de toda clase, bien dispuestas en escaparates de madera con cristales, singularmente adornados, que recuerdan los *trinkhall*, imitados por los alemanes con su gusto y temperamento, pero cuyos ejemplos mas característicos en Italia se encuentran en la *via de Toledo*, en Chiaja y en la plaza de San Cárlo de Nápoles.

Tambien me chocan los pequeños palacios por su disposicion; tienen piso bajo y principal á la calle, y una gran puerta da entrada á un gran patio embaldosado que forma el vestíbulo; en el fondo hay dos escaleras bastante monumentales para subir á las habitaciones mas importantes. En este vestíbulo, de regular aspecto arquitectónico, veo vacas ó caballos echados sobre la paja, entre las dos escaleras del palacio, lo cual produce un contraste singular. Hay gran diferencia entre esta region y aquella de donde vengo: estoy en Oriente; la Italia meridional se confirma por su cielo, por su clima y el color del paisaje; el calor es intenso; mi termómetro marca treinta y siete grados. Trabajo todo el dia en la biblioteca, que es rica, y donde me recibe un bibliotecario sumamente amable y obsequio-

so; allí se respira por lo menos, porque todo está bien cerrado; pero es imposible dibujar al aire libre antes de ponerse el sol. No tengo recurso alguno bajo el punto de vista de la fotografía; aquí no se encuentra vista alguna, y deberé á mi lápiz todo cuanto necesito para ilustrar la ciudad.

El alojamiento es mas que sencillo: compréndese que los viajeros que vienen á Foggia, no desean mas que una cama para dormir y un albergue, pues debiendo evacuar sus asuntos, están fuera todo el dia. Rara vez llega un extranjero por su gusto ó para estudiar.

He observado aquí la costumbre de dormir la siesta; todo se cierra á la una, y ya no se ve nadie por las calles; los almacenes no se abren



San Giovanni, en Brindis —De fotografía

hasta que comienza á declinar el dia; y hasta es imposible comprar un sello ó un cigarro en el espacio de cuatro horas. Sin embargo, se vive bien en esta ciudad, y olvídase el hambre que se sufre en Loreto; si se conocieran á fondo las costumbres locales, aun se estaria mejor, pues los almacenes se hallan admirablemente provistos, sobre todo los que proporcionan comestibles. Las grasas preparadas, los apetitosos pasteles, los salchichones adornados con papel de plata, los quesos de agradable blancura, las conservas de toda especie, las botellas selladas con lacre de diversos colores, todo, en fin, indica que aquí se cuidan mucho de la mesa. En el restauran de la *Picella* se come muy bien, en un local grande, cómodo y bien provisto.

XXXIV

Los silos.—La piazza delle Fosse

Esta es la primera vez, desde mi viaje á Argelia y Marruecos, que observo la costumbre que tienen los habitantes de los países meridionales, fértiles en granos, de conservar estos en silos. Una de las puertas de la ciudad da á una vasta plaza (*piano della Croce* ó *piazza delle Fosse*), bajo cuyo suelo hay mas de mil zanjas ó pozos para granos, en forma de cubas, cuya abertura, al nivel del suelo, se cubre con una tabla, echando sobre ella una capa de tierra. Una vez apisonada esta última, se confunde de tal modo con el pavimento de la plaza, que pasan por allí los vehículos, los caballos y el ganado, y no se reconoce-

ria la existencia del silo sin el pequeño poste numerado que le indica.

He tenido la suerte de ver abrir uno de estos silos, y pude sacar un cróquis. El que compra el grano y el vendedor se colocan en el borde de la abertura, junto á la cual se detiene la carreta que llevará los sacos. Los *sfossatori*, provistos de sus útiles, remueven la tierra que cubre las tablas que cierran la abertura, y reunen estas últimas en un monton, despues de lo cual lanzan á la profundidad un cubo provisto de una cuerda, lo mismo que pudiera hacerse en un pozo. Uno de los *misuratori*, agachado en el borde, echa el contenido del cubo en una medida llamada *tomolo*, y cada cual por su parte, comprador y vendedor, provistos de una especie de rosario cuyas cuentas están bastante separadas, y que recuerda la *paciencia* de los árabes, cuentan una de aquellas por cada *tomolo*. Los vendedores parecen caballeros, y van generalmente acompañados de un hombre de confianza ó de un intendente. Una vez entregada la cantidad requerida, se cubre la abertura, se vuelve á extender la tierra y se apisona; de tal modo que, sin el poste, los que no conocen la costumbre, no distinguirian seguramente el silo.

Ya he dicho, que no hay menos de mil de estos depósitos para granos en aquella plaza; el mayor de ellos contiene tres mil *tomoli*, y el mas pequeño unos doscientos; la profundidad del mas grande mide treinta y tres palmos italianos y la del mas reducido, doce. Todos están admirablemente cimentados en el interior, y el grano se conserva muy bien: aquel es el depósito de la riqueza pública. Esta curiosa institucion reposa absolutamente en la fe de todos, y su seguridad resulta del interés que todos tienen en conservarla.

El 19 de marzo de 1725 fué cuando se reglamentó la costumbre, que es general en ciertos puntos de Oriente; por mi parte la he reconocido en Marruecos, y sabido es que tambien existe en Argel.

A consecuencia de un acuerdo entre los *massari di Campo*, que labran la tierra y cosechan, y los negociantes de la ciudad, que compran su trigo, se ha organizado una corporacion especial que goza de grandes consideraciones. Hay dos compañías de *sfossatori*, la de San Rocco y la de San Stefano; cada una de ellas tiene dos sargentos *[capolari]*; dos cabos y un secretario *[scrivano]*. Veinticuatro *misuratori* tienen el encargo de reconocer la cantidad depositada y la que se extrae. Los negociantes interesados nombran todos los años una diputacion de tres representantes, y de los diversos puntos del territorio se trae á estos sitios la riqueza pública consistente en granos. Los fosos son propiedades particulares, las cuales manda construir cada uno para su uso ó con el objeto de alquilarlas.

Esta plaza, llamada como ya hemos dicho, *piazza delle Fosse ó piano della Croce*, toma su primer nombre de los silos; el segundo, se deriva de la cruz que hay allí, á la cual corresponde una leyenda.

Dícese que fué plantada allí por un hijo que halló á su padre en aquel mismo lugar, despues de estar separado de él hacia veinte años, á causa de haber ido los dos á las cruzadas de Tierra Santa: separados tan largo tiempo por las vicisitudes de la época, la alegría del anciano fué tal, que murió de repente.

Las *Croce* (las Cruces) que hay á la salida de la ciudad, hácia San Severo, se parecen mucho á un calvario en la llanura; aquello es un largo jardin estrecho, cerrado por altas tapias, y al que da entrada una magnífica puerta monumental; se ven varios pabellones en perspectiva, todos en el eje y coronados de cúpulas: la silueta de estos monumentos tiene algo de indio. En el fondo sobresale una iglesia ó capilla, todo de esas dimensiones diminutas propias de la region, y blanqueado con cal como los santones de Africa. He sacado un cróquis de singular efecto, pues á la hora de ponerse el sol en esta llanura de la Pulla, el menor detalle adquiere un valor enorme: el astro estaba en el horizonte, y las cúpulas, sobrepuestas en la perspectiva, destacábanse en una sombra azulada sobre un fondo de oro puro. He pensado en el pintor de Nittis al observar estas coloraciones singulares, estos terrenos de un blanco de plata, esos trigos amarillos y esas montañas azules ó de color de amatista, con sus bueyes grises, que realzan tan vigorosamente el conjunto, comunicando á los cuadros un carácter napolitano que nos recuerda el nombre de aquel pintor.

Foggia, capital de la provincia de la *Capitanata* (de *capitano*, gobernador), es ante todo agrícola. Mucho tendria que decir sobre esa ciudad bajo el punto de vista histórico, pero en las llanuras de la misma Pulla, la antigua Apulia, es donde se encuentran sobre todo las huellas de los orígenes históricos. Los griegos fueron los primeros en contribuir á que floreciera por la agricultura. Célebre en tiempo de los romanos como *granero de Italia*, la provincia hubo de ser el principal teatro de la guerra púnica. Debilitada con los godos, dividida por los lombardos, y vasalla de los griegos de Oriente, que revindicaron siempre la soberanía, quedó del todo arruinada por los sarracenos, quienes fijaron su guarida en el Monte-

Gargano, espuela de la bota italiana. Estos últimos dejaron numerosas huellas de sus conquistas bajo la forma de fortalezas, que se ostentan todavía en las llanuras de la Pulla. Despues de ellos vienen los normandos, y con el tiempo establecen un gobierno regular que tuvo su hora de poderío. Cárlos de Anjou, llamado por los papas, llega á su vez para restablecer el poder pontificio; despues se presentan los emperadores de Alemania, que van á residir en el mismo Foggia, y por último los vireyes delegados por Cárlos V, emperador de Alemania y rey de España, hasta Cárlos III, el Borbon soberano de Nápoles y de aquel país. Los franceses figuran un instante como dueños hasta el momento en que la coalicion triunfa, devolviendo el país á los Borbones de Nápoles. Despues de estos últimos, que datan de ayer, la *Capitanata* sufre la misma suerte que la Emilia, la Sicilia, las Marcas, la Umbría y toda la Italia, que es conquistada ó se entrega al rey Víctor Manuel.

XXXV

Ruinas sarracenas y normandas en Lucera.—Manfredonia.

Es preciso dividir estas excursiones; un dia basta para ir desde Foggia á Lucera y ver las ruinas sarracenas y normandas; pero se debe volver á la ciudad para dirigirse hácia Manfredonia, que se halla enteramente en la costa, á donde no llega la via férrea. En pocas horas, recorriendo un camino arenoso á través de la llanura, se llega al mar y á Manfredonia; pero mi objeto, al emprender esta excursion, era sobre todo acercarme á Monte Gargano, aunque no pensaba subir; y de consiguiente pasé por el Candelaro, que forma una especie de foso ó de valle. A la orilla del mar se ve Manfredo, recinto de fortificaciones del siglo XIII, cuyos materiales se han tomado, segun he oido, en las ruinas romanas de la ciudad de Siponto.

El puerto es pintoresco y excelente; pero es preciso huir de la ciudad cuando se tiene un temperamento propenso á la fiebre: este foso del Candelaro y el lago, ó Pantano Salso cuyo nombre mismo indica un pantano, confirman cuanto me habian dicho de la insalubridad de los alrededores de esta pequeña y bonita ciudad.

El Monte Gargano parece un oppidum antiguo, y el Monte Calvo, que le domina, cubierto en otra época de espesura, ocultó algun tiempo las guaridas de los sarracenos, expulsados ya de la Península, pero cuyas hordas se refugiaban hácia el mar por este lado, para entregarse á la piratería; mientras que desde las alturas del Calvo, protegidas por el valle del Candelaro, que les servia de atrincheramiento, podian caer sobre la llanura, donde veian sus antiguas fortalezas en manos de los normandos. Una de las cimas se distingue aun con el nombre de Monte Sarraceno. Recomendáronme mucho en Manfredonia que subiera hasta el Monte San Angelo cuyas pendientes muy escarpadas veia yo, dominando la parte norte de la ciudad; allí se halla el famoso santuario dedicado á San Miguel. El 8 de mayo, San Angelo se convierte en lugar de peregrinacion para toda la region meridional: los marinos que arrostran las tempestades en las costas de Dalmacia iban allí á suspender sus *ex-voto*. Sin embargo, hubiera debido subir tambien al Gargano, que mide cerca de cinco mil piés; y confieso que las ruinas sarracenas y normandas me seducian mas que aquellas excursiones, algo inútiles desde el momento de haberme explicado la forma del promontorio de ese *Garganus* antiguo y de la naturaleza de la roca. Por otra parte, estaba resuelto á no ir hasta Barletta por la costa, porque este camino, largo y fastidioso, carece de interés, y además no queria aspirar durante largas horas, sobre todo al ponerse el sol, y con un calor sofocante, las emanaciones del Pantano Salso y del lago Salpi. Varios percances de viaje, en regiones devastadas por la fiebre, me han puesto en guardia; he pagado con frecuencia mi tributo; y en adelante soy prudente cuando se debe serlo.

XXXVI

Brindis.

Como ciudad moderna, y sin hablar del interés que pueda despertar en los que estudian la historia, Brindis no reserva para el viajero sino una decepcion que nada compensa. Es una gran ilusion nacional, acariciada durante largo tiempo; y, preciso es decirlo, desvanecida en adelante para todos los cerebros políticos; mas para ser justos, añadiremos que bastaria una circunstancia; como por ejemplo, una guerra de Italia, ó de otra potencia aliada en Oriente, para darla por el momento una gran importancia, la que algunos economistas y entusiastas le predijeron para siempre.

El puerto está siempre solitario; en cinco dias he visto otros tantos buques, entre los cuales, dos arriban en época fija, porque uno hace el servicio de las Indias, y el otro el de Ancona.

La naturaleza ha hecho mucho para este puerto, en el sentido de estar bien resguardado, y por formar una cuenca natural protegida en alta mar por una lengua de tierra de suficiente elevacion para cortar los vientos. Su desembocadu-

ra es ancha y profunda, y se ofrece por decirlo así á los buques que la buscan; su disposicion es de las mas convenientes; afecta la forma de un asta de ciervo invertida, cuyo nacimiento figuraria la entrada, y las dos ramificaciones las dos cuencas, preservadas cada cual por un promontorio: la ciudad avanza entre aquellas. Esta forma natural del plano del puerto es tan notable, que Brindis ha tomado por armas un asta de ciervo: los españoles agregaron mas tarde una columna entre las dos ramificaciones. Debo decir que en todas las medallas antiguas que yo he visto, un Arion sobre un delfin es el atributo de *Brundusium*. Este símbolo del cuerno no debe ser muy antiguo en la historia; pero es curioso ver que todos los antiguos escritores que hablan del puerto de Brindis dicen, al hablar de las cuencas : el *Corno*.

La posicion geográfica, respecto á Oriente, es única como via rápida de comunicacion, pero no es precisamente sino un paso, y tan breve, que los ingleses de la India, que habiendo salido de Southampton para ir á Bombay, han cruzado Francia é Italia como un relámpago, no toman tierra en Brindis, por decirlo así, sobre todo desde que la mala llega hasta el muelle. Embárcanse sin dirigir una sola mirada á la ciudad: se esperaba fijarlos á la vuelta, y tal vez se hubiera conseguido; pero debe advertirse que cuando un insular abandona el buque donde ha estado diez y siete dias (es la duracion reglamentaria de Bombay á Brindis), no experimenta como nosotros, débiles *continentales*, la necesidad de recobrar fuerzas en tierra firme; los mas no hacen ni sus abluciones en tierra, puesto que salen de una cámara muy cómoda donde no carecen de nada. Por último, nada les atrae, ni curiosidades naturales, ni objetos debidos á la industria de los habitantes, y de consiguiente pasan de largo. Otras dos circunstancias han contribuido poderosamente á impedir á los viajeros permanecer en Brindis: se debe evitar á toda costa el hotel pomposamente designado con el nombre de *Gran Oriental de la India*, que se eleva en el mismo muelle, junto al desembarcadero. La compañía de los caminos de hierro meridionales fué la que dispuso su construccion, y el aspecto es muy agradable; pero prescindiendo de que los precios son escandalosos, paréceme imposible comer allí: habiendo llegado á las once de la noche, sin adoptar la precaucion de comprar algo en Foggia para comer en el camino, me senté ante una mesa muy limpia, con un material muy decente, y rodeado de camareros; pero con todo este aparato no me dieron mas que un poco de bizcocho seco y un pedazo de queso. Como pasan siete ú ocho dias sin que haya un alma en el establecimiento, los ingleses que desembarcan á su regreso de las Indias sufren un verdadero pillaje. Solo hay un medio de vengarse, que consiste en hacer propaganda; y gracias á ella, sus compatriotas que llegan despues, aléjanse cuidadosamente del establecimiento indicado.

No se debe olvidar tampoco que los vapores de la *Compañía Peninsular y Oriental* han elegido Venecia por cabeza de su línea: los que no son de dia fijo prefieren detenerse en esta última ciudad, que ofrece siempre un atractivo á los viajeros; y como su itinerario les permite pasar un dia en Milan, prescinden de Brindis, donde no han de encontrar nada.

Sin duda que el paso de los viajeros puede enriquecer una ciudad, sobre todo si es contínuo y abundante; con el tránsito contaba Brindis, pero se han defraudado todas sus esperanzas. Si busco una razon práctica, la encuentro en la posicion misma de la ciudad, tan ventajosa para el viajero como poco conveniente para la exportacion. En efecto, Brindis es el primer puerto á la entrada del golfo del Adriático, y las mercancías expedidas se benefician bajo el punto de vista pecuniario si continúan su viaje hasta el fondo mismo del golfo, bien sea Trieste ó Venecia.

La causa del desengaño que ha sufrido Brindis se reconoce al primer paso que se da en la ciudad; diríase que acaba de sufrir un terremoto, y sin exagerar puede asegurarse que una cuarta parte de las casas están comenzadas y cubiertas de paja. Las construcciones quedaron abandonadas á la altura del primer piso, y muchos almacenes están cerrados; el aspecto que se ofrece á la vista es el de un gran pueblo muy espacioso en la parte moderna que conduce desde la estacion al puerto; pero la soñolencia y el abandono imprimen su carácter á todas las cosas: no hay allí monumentos, ni plazas, ni mercado; las calles están muy mal conservadas, falta la industria, y solo se comercia con el aceite y el vino: la estancacion me parece completa. Solitario está el puerto, así como tambien la parte del muelle donde abordan los vapores. Algunos antiguos establecimientos, conventos ó palacios, realzan un poco esa mezquina apariencia: una curiosa morada, la casa Montenegro, inmediata al puerto, ruinosa y convertida en imprenta, indica lo que debia ser en otro tiempo la casa noble en Brindis. La parte de la fortaleza donde está el presidio, y algunos vestigios de la época de los españoles, hablan á la imaginacion de los aficionados á la historia; pero difícilmente

se recobra el observador de la decepcion que ha sufrido. Se quisiera para este puerto un aspecto extraordinario; todas las naciones que viajaran deberian abordar á él; nosotros imaginábamos ver allí costumbres como en Esmirna, movimiento como en Marsella, mozos activos ocupados en la carga y descarga de mercancías, vias-férreas, grandes carros y docks; pero nada de esto existe allí. Creíamos en fin, que se veria el Oriente en Europa, y la activa Inglaterra en Italia: esto era en suma lo que el almirante Ferragut prometió el dia en que hizo el pronóstico de Brindis, al observar la feliz disposicion de su entrada y de sus cuencas.

Es preciso añadir, sin embargo, que personalmente hemos hallado compensacion; todas las naciones del mundo tienen allí cónsules, porque todos los príncipes pasan cuando menos



Seminario de Lecce

un dia por allí, y el representante de Francia en este puerto M. Mahon, que es en cierto modo nuestro cofrade, habia escrito algunos volúmenes llenos de interés, y nos consoló en nuestra decepcion. De todos modos, Brindis ó Brundusium nos habia hecho olvidar el Brindis de los tiempos modernos.

XXXVII

La columna de Cleopatra.

A cinco metros sobre el puerto en un pequeño terrado, destácanse las dos columnas monumentales que indican el punto de partida de la via Appia: *Regina viarum*, dice un verso de Estacio: partiendo de Roma, llegaba hasta Benevento, y despues de pasar por Venosa y Oria, desembocaba en el puerto mismo. Los ejércitos romanos que iban á la conquista de Oriente, y salian de la capital, venian aquí para embarcarse en las galeras: Brundusium era el Brest de Italia, ó su Tolon; elevar aquellas dos columnas en el punto en que el camino desembocaba en el mar era hacer una alusion á las de Hércules, indicando la fachada del imperio sobre el Adriático con una perspectiva sobre la Grecia y las orillas de aquel Oriente que Roma iba á someter antes de verse borrada ella misma de la superficie del mundo por los bárbaros. Hay una razon para dar á estas columnas el nombre de

Cleopatra: uno de los chapiteles se conserva casi entero; y en el acanto se ven las figuras de Hércules, Neptuno, Pluton y las divinidades del mar. Los sarracenos las habian mutilado ya; en 1528 se derrumbó una de las dos, y uno de los pedazos quedó colocado transversalmente en la base. La municipalidad de Brindis creyó oportuno en 1660 ofrecer un enorme fragmento á San Oronzio, cuya intercesion puso término á la peste que desolaba la localidad: este fragmento existe aun en Lecce.

Si en este célebre Brundusium se entrara en el estudio de las antigüedades, y sobre todo de la epigrafía, pues en realidad no hay monumentos intactos ó ruinosos, si se prescinde de algunas columnas, ¡cuántos grandes recuerdos se evocarian en la ciudad!

Compréndese muy bien la decadencia de Brindis: debió caer de una vez el dia en que Roma dejó de ser la única capital del Imperio, convirtiéndose Constantinopla en residencia de los emperadores, porque desde aquel momento dejó de existir el puerto militar. Ya no hubo escuadras, ni reunion de tropas para el Oriente, ni cuarteles, ni arsenales, ni almacenes de víveres, ni exportacion, ni comercio; era el fin de un mundo, y aquel lugar retirado de Italia, no tiene ya relaciones con el exterior. En el siglo IV conserva sus proporciones como ciudad, aunque desierta; pero en tiempo de Justiniano, en el V, Procopio la describe como desolada, en parte medio destruida y sin fortificaciones. Brindis no ha dejado de sufrir vejaciones por la presencia de los godos, de los griegos, de los lombardos y sarracenos; y estos últimos son los que verdaderamente completaron su ruina. El anónimo de Trani, que escribe en el siglo XI, dice que es «un pequeño burgo en medio de grandes ruinas.» En suma, de todos los restos romanos, que debian ser enormes, no queda en pié sino una columna; el resto se resume en inscripciones y piedras de anfiteatro y de las termas.

De los otros períodos quedan solo construcciones militares debidas á Federico II de Alemania, y tambien á los aragoneses, cuyas armas decoran las puertas y fachadas. Los fosos de la ciudad se han convertido en huertos, donde los presidarios cultivan las legumbres.

No he hablado tampoco de la mas grave de las circunstancias, que naturalmente va siendo mas perjudicial con la decadencia de la ciudad: me refiero á la *malaria*, ese soplo sutil de la fiebre, que acecha al habitante y agita todo su cuerpo, comunicando á su rostro un color plomizo. Ya en tiempo de César, esta fiebre diezmaba las legiones acampadas en la Pulla y en la campiña de Brindis al dia siguiente de la batalla de Farsalia.

Mucho se ha hecho para mejorar las tristes condiciones de Brindis bajo el punto de vista de la salubridad: los pantanos de aguas estancadas se han convertido en verjeles; Cárlos III, que fué rey de Nápoles, contribuyó á la obra en gran manera, y tambien Fernando II. El excelente archidiácono Tarentini, que fué nuestro guia, nos recordaba la época en que en este Corso, donde nos paseábamos con él y M. Mahon, los juncos crecian en los pantanos. Hubiérase vencido á la naturaleza; pero necesitábase para esto que el resultado correspondiese á los esfuerzos hechos para mejorar la situacion de Brindis; y no habiéndose realizado la esperanza de una gran afluencia, la ciudad se cansó, la provincia hubo de renunciar á infructuosos gastos; y el gobierno italiano, tan rico en puertos desde Venecia á Génova, no creyó deber imponerse nuevos sacrificios.

No puedo decir, sin embargo, que no haya en Brindis algun monumento arqueológico digno de interés: el archidiácono Giovanni Tarentini, individuo del comité arqueológico de la provincia, me ha dado cuenta de un descubrimiento reciente que mereceria llamar la atencion, y ha publicado sobre el asunto un interesante folleto con un plano circunstanciado del edificio. Es una cripta de forma cuadrada que se abre en la iglesia de Santa Lucía, y representa seguramente un antiguo pequeño templo de las primeras épocas cristianas, dedicado á San Nicolás, obispo de Mira. La cripta data sin duda del período en que los griegos introdujeron en Italia el culto de dicho santo, á quien Justiniano acababa de erigir un templo en Constantinopla: ya he dicho que el cuerpo de San Nicolás se conserva en la iglesia de Bari. Los mas concienzudos autores que han descrito á Brindis ignoraban la existencia del pequeño templo de que acabo de hablar.

Otro monumento me ha parecido digno de ilustrarse, y es una basílica de los primeros tiempos del cristianismo; San Giovanni no es mas que un esqueleto hoy; pero la ciudad de Brindis deberia conservar los restos. A primera vista se reconoce que estas paredes y columnas de mármol son vestigios de la época antigua: las puertas no son aquellas que daban entrada en otro tiempo; este carácter bizantino oculta las formas romanas, confundidas en el muro; y espesos revestimientos impiden ver los enlaces, sin cimento ni cal, que indican una construccion antigua; el plano circular, ligeramente oval, revela no obstante muy bien el orígen; pero

desgraciadamente, la bóveda se ha hundido.

Aun se ven en las paredes algunos frescos de una época muy posterior, y yacen por tierra fragmentos de estatua de la época romana, y chapiteles rotos, cuidadosamente recogidos por el excelente canónigo (véase el grabado de la pág. 445).

XXXVIII

Lecce

Lecce dista solo hora y media de Brindis por la via férrea: los países que se atraviesan, Tuturano, San Pietro Verustico, Iquinzano y Trepuzzi, son muy ricos, y la naturaleza, á pesar de cierta sequedad producida por un extremado calor y los rayos de un sol de fuego, tiene algo de generoso, de rico y fecundo que alegra el corazon.

Lecce es un oasis en estas provincias meridionales; es la compensacion prometida á los viajeros despues de Brindis: animada, rica, cómoda, y hasta brillante, esta pequeña ciudad sorprende desde luego, y muy pronto seduce por los encantos que ofrece.

El historiador Gregorovio, el célebre autor de tantos magníficos trabajos sobre Italia, y que la visitó algun tiempo antes que nosotros, ha dicho, al hablar de Lecce, que era «Florencia en miniatura.» Hubiera podido decir que era la Atenas, tan numerosos, espaciosos y ricos son sus edificios, y abundantes las pruebas de una cultura é ilustracion que convierte esta pequeña ciudad en una de aquellas de que se conserva mejor recuerdo en Italia. Habiendo disfrutado largo tiempo de una existencia autónoma con sus condes normandos, establecidos *Dei gratia*, independientes de los soberanos de Sicilia y de la Pulla, pasa despues á la casa de Brienne, á los Juan y Gaultier IV. A los Brienne suceden los Enghien, con la famosa María, Ramondello Orsini. Despues de haber obedecido á Giovanni Antonio, nieto de María y del Ramondello Orsini, que era tambien príncipe de Tarento, forma al fin parte de las posesiones del rey de Nápoles hasta la caida, aun reciente, del reino de las Dos Sicilias.

Hay allí muchos monumentos y se siguen edificando todos los dias; cuéntanse numerosas academias, sociedades sabias, colecciones y museos, institutos, tribunales, colegios, universidades é imprentas. Es una de las ciudades de Italia donde mas se hace por la instruccion; y al mismo tiempo que hay riqueza por los productos del suelo, no falta inteligencia y actividad. La vida social está muy desarrollada; tres casinos pueden rivalizar con los mejores de las mas grandes ciudades de la península. Todo está muy bien comprendido, y se reconoce hasta qué punto puede ser ventajosa la autonomía para una ciudad.

Presentado por carta de recomendacion del archidiácono Tarentini de Rávena al duque Sigismundo de Castromediano, fuí admitido en una reunion diaria del prefecto, el duque de Castrogirardi, donde por espacio de una hora pude hacerme la ilusion de que me hallaba en un salon de Milan ó de Florencia.

Los palacios son de colosales proporciones; el de la prefectura excede á toda ponderacion; tiene salas inmensas donde el hombre se pierde, y se necesitaria toda una corte para llenarlas. Un pueblo brillante, amable, culto, al corriente de todas las cosas, donde todo el mundo hablaba el francés con facilidad (lo cual no es frecuente en la costa desde Rávena), sabios arqueólogos, naturalistas distinguidos, administradores, ricos propietarios de la provincia de Nápoles, apuestos oficiales, y por último, elegantes damas vestidas á la última moda de Paris, sin la exageracion habitual de las italianas del centro, me ofrecian allí múltiples atractivos y agradable entretenimiento. No puedo expresar hasta qué punto, lo mismo en el museo que en el casino, así en la visita al monumento como en el salon, ó en las excursiones á los alrededores, he hallado verdaderas simpatías; y por lo mismo conservaré un recuerdo á la vez grato y afectuoso de la amable ciudad de Lecce.

Seria necesario escribir todo un volúmen para hacer una buena descripcion de la ciudad: me limito á decir aquí que he tenido por guias hombres que serian superiores en los centros mas notables; los Castromediano, el geólogo y paleontólogo Botti, consejero de la prefectura, que ha dotado la ciudad de un precioso museo recomendable por descubrimientos de verdadero interés; algunos miembros de la «Comision conservadora de los monumentos históricos y de las bellas artes de la tierra de Otranto;» y en fin, el juez de Simone, autor de tantos trabajos diversos, y á quien se debe el libro *Lecce e i suoi monumenti*, son otras tantas notabilidades. M. de Simone me enseñó sus magníficas colecciones de medallas, y tambien la de inscripciones, en su quinta, San Antonio de Arnesano.

Cada uno de los monumentos de Lecce ofrece un carácter especial; y en la clase de la piedra que se encuentra en toda la localidad, la *leccese*, debe buscarse la razon de ser del sistema del decorado de los monumentos. Esta piedra es tan friable, que se corta como el yeso con el cuchillo, de modo que los edificios son vermiculados

desde la base á la cima, y tienen tan ricos adornos, que se creeria que varias legiones de escultores han debido palidecer durante largos años para llevar á cabo semejante obra. De aquí resulta una profusion de un gusto discutible, pero que constituye un carácter. En la vista del palacio de la prefectura, está comprendida la fachada de la catedral, verdaderamente extraordinaria por la profusion de los adornos; y al ver todo esto experiméntase cierta impresion como la que producen los monumentos indos.

La catedral es de 1659, lo cual explica el estilo de esa fachada de tanto adorno; pero es de advertir tambien que los habitantes de Lecce querian ser autónomos en todo. Cierto maestro, Giuseppe Zimbalo (el Zingarello), escultor de Lecce, fué quien se encargó de la empresa, y despues de haber descontentado al Capítulo, terminó, sin embargo, la fachada hácia 1682, completándola con su torre.

El seminario es, por decirlo así, un anejo, y edificóle cierto discípulo de Zingarello, Giuseppe Cino, tambien de Lecce, quien se ocupó en la obra desde 1694 á 1709. La prefectura era en otro tiempo un monasterio atribuido á los celestinos, encargados de la custodia de la iglesia de Santa Croce, inmediata al monumento. Hasta 1811 no se concedió esta construccion á la intendencia, por haber sido suprimida la órden de los celestinos en 1807. Nada mas inmenso que este palacio. La escalera es enorme por sus proporciones; el prefecto que reside allí parece un soberano en su grandiosa morada, la cual, segun nos dijo, tiene en cambio la ventaja de ser muy fresca durante la estacion calurosa. Tambien son hijos de Lecce los que construyeron y adornaron estos edificios, reconociéndose por esto hasta qué punto tenian los habitantes empeño en no ocupar á extranjeros. Sus arquitectos y escultores son todos de la region y se llaman Gabriele Ricardi, Francisco Zimbalo y Cesare Penna. La *strada San Severo* constituye el aspecto de conjunto de una de las calles de esta bonita ciudad.

Lecce tiene una curiosa especialidad, la de los relojes eléctricos. El abate Giuseppe Cándido ha establecido en el palacio *del Sedile* el motor de todos los relojes de la ciudad; es una pila de corriente continua de cuarenta elementos, que puesta primeramente en relacion con un reloj tipo, trasmite el movimiento al cuadrante exterior de la plaza, y simultáneamente expide ciento veinte partes por hora á todos los demás puntos de la ciudad.

El primer experimento se hizo en Lecce en 1868, y desde 1872, toda la ciudad es tributaria del reloj tipo, recibiendo con regularidad la hora por su iniciativa.

XXXIX

Otranto

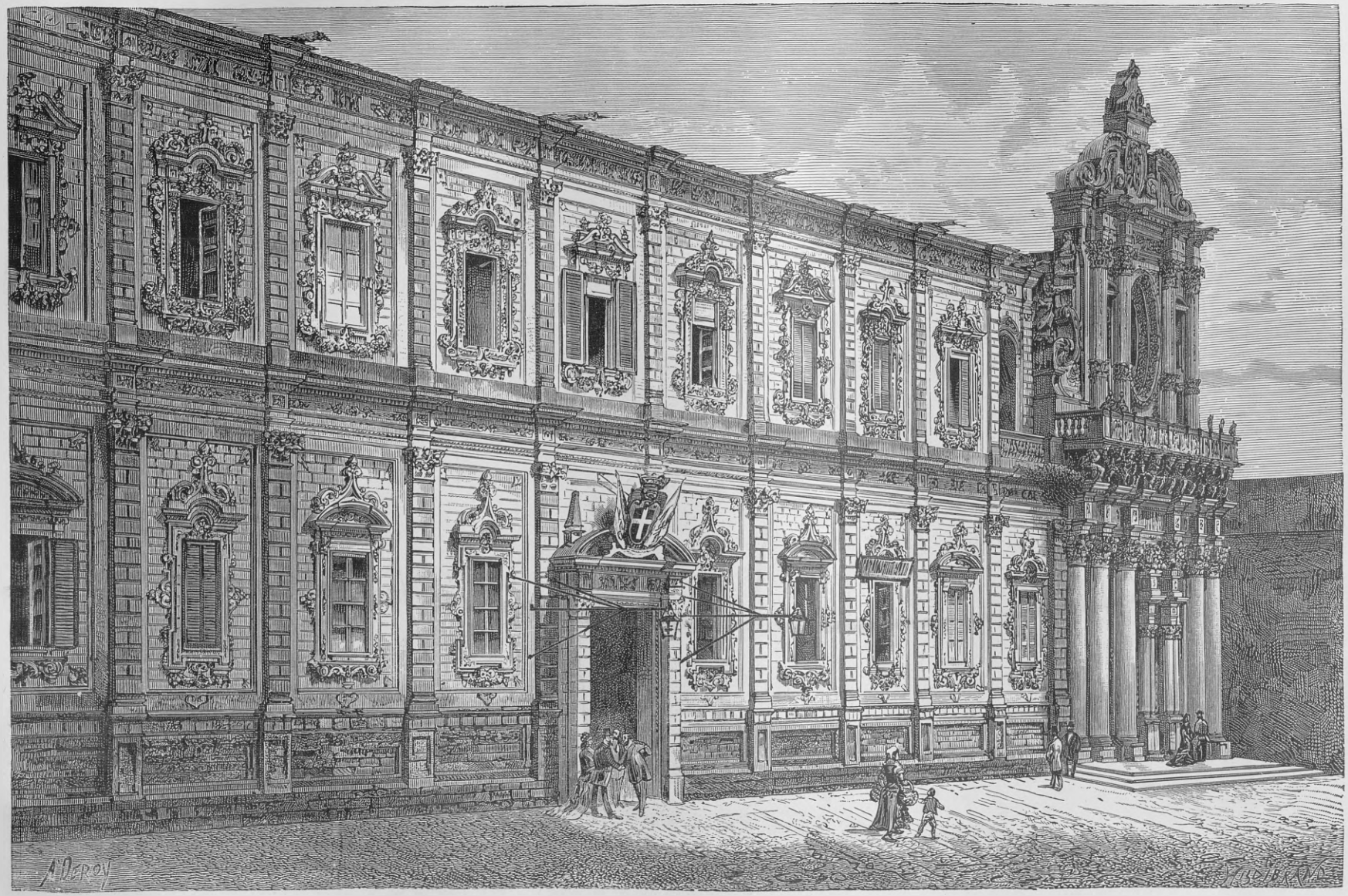
Salgo de Brindis á las ocho de la mañana, en direccion á Otranto, donde estaré á las nueve y media de la mañana. Ya se ve que estas etapas son cortas y fáciles. Atravieso por San Cesáreo, San Donato, Corigliano y Maglia: el país es llano y muy rico; las higueras y las vides son las que mas producen. Hay grandes canteras, donde se ven bancos de esa piedra blanda con que se edifica en Lecce; revestidas de criptógamas, y alterado su color por el tiempo, parecen las ruinas de una ciudad subterránea.

En Corigliano, las altas palmeras destacan sus penachos sobre los terrados, y varias torres blancas comunican á la ciudad un aspecto africano; el color general de los terrenos es gris; rodean los jardines pequeñas paredes ciclópeas muy bajas, y á intervalos se ven grandes conos formados por piedras amontonadas, que sirven de refugio á los contadini durante las horas de calor. Maglia «la opulenta» tiene el carácter de una ciudad griega; un apuesto albanés con traje nacional espera el tren en el muelle, y su presencia no desdice de aquel paisaje meridional.

La estacion de Otranto es perpendicular á la via férrea; es un *terminus*, la cabeza de la línea meridional. Se desembarca bastante léjos de los muros, y esto me extraña, pues podria vivificarse esta ciudad muerta, continuando la via, con muy poco gasto, hasta las puertas; pero la pobre Otranto, desheredada desde el siglo xv, no ha tenido la suerte de ver llegar la via férrea hasta sus muros, despues de resuelta y realizada la creacion de un camino de hierro.

Desde Foggia no dependo de nadie, porque viajo sin equipaje; y me dirijo á pié hácia la ciudad, atravesando algunos verjeles y terrenos abandonados á la entrada de un valle formado por el rio Itro, que se vierte en la playa. Una ensenada circular, compuesta de casas bajas, donde se ven algunas barcas pescadoras varadas en la arena, forma como un burgo. Otranto tiene fortificaciones, y las puertas han conservado su aparato de defensa militar.

Es una ciudad muy pobre y triste; pero habíanme exagerado su desnudez; el suelo es rico, y si no hay industria, los habitantes no son en cambio del todo pobres. Aconsejo á los viajeros que lleguen hasta allí, porque solo la vista de la ciudad, tomada desde el promontorio que cierra



Palacio de la Prefectura, en Lecce

la bahía al norte, merece el viaje. No necesito decir que no he hallado fotografías ni publicaciones especiales, por lo cual he debido dibujar la vista general, tomándola desde la aduana. En el primer plano, en el mar mismo, elévase una de esas rocas esponjosas que las olas baten sin cesar, minándolas y formando estrías y estalactitas. Despues sigue la primera bahía, correspondiente á los *Paludi;* y por último destácase la ciudad sobre su pedestal de fortificaciones, coronada por la catedral y el fuerte; en el fondo, á la izquierda, está el promontorio muy bajo, que forma allí como un segundo puerto mas profundo, donde se balancea una carabela procedente de Albania.

Desde lo alto de la fortaleza me señalan en la bruma los montes Acroceraunios y la costa albanesa: en seis horas puede pisar el suelo turco el que quiera confiarse á esos atrevidos navegantes que vienen á vender á Otranto los pequeños caballos de sus montañas. Yo pensaba hacerlo, aunque la travesía no iba á enseñarme nada, pues el año anterior visité la orilla opuesta; pero habiéndome referido el patron las penalidades de su viaje, se me pasaron los deseos. Con su cargamento de diez caballitos que pensaba vender en Otranto, y creyendo efectuar la travesía en siete horas, no habia tomado víveres ni forraje: pero un viento contrario le obligó á bordear por espacio de veintiocho; y como los caballos se agitaban en el fondo de la barca, desfallecidos de hambre, hubo de arrojarlos al mar.

El alcalde de Otranto, don Biagio Fernandez, me acompaña á ver la ciudad, cuya catedral interesaria á los viajeros mas cansados de ver monumentos.

Otranto no se ha recobrado jamás de su destruccion por los turcos en 1480; aun se encuentran á cada paso en las calles los proyectiles lanzados por las lombardas mahometanas, balas bajo cuyo peso se hundieron los mas de los edificios y el tejado de la iglesia; estas balas de piedra adornan la entrada de las casas y de las quintas, y sirven de postes en las plazas públicas. Un célebre arzobispo, Serafin de Otranto, emprendió en el siglo XV la restauracion de su magnífico templo. Una soberbia puerta de entrada, donde se ven esculpidos en relieve los retratos de los sufragáneos de la catedral, indica la fecha de aquella restauracion y el nombre del artista que esculpió el mármol, Nicolo Ferrando. Dos cosas, entre otras, merecen la atencion de los viajeros: el famoso mosaico de que se compone todo el pavimento de la iglesia, y su cripta, tan notable como admirablemente conservada. Sentimos mucho no haber visto el mosaico de Otranto antes de escribir el capítulo sobre el mosaico en nuestro volúmen titulado *Venecia*, porque es un ejemplar acaso único en el mundo, no por la perfecta ejecucion que data de la segunda mitad del siglo XII, sino por el pensamiento que preside en la composicion. El conjunto comprende las tres naves y el presbiterio; es un árbol genealógico, y extendiendo sus ramas á derecha é izquierda, se desarrolla hasta el altar mayor. Sobre las ramas, y entre cada una de ellas se figuran asuntos bíblicos, personajes históricos, símbolos y animales; es una de esas inmensas alegorías que abrazan la historia universal, y hasta podria decirse toda la vida del mundo. El trabajo está firmado en 1163, y se emplearon en él dos años: débese al obispo Jonatás y al sacerdote Pantaleone. El digno duque de Castromediano, corresponsal de la comision de monumentos históricos de la provincia, no teme comparar el pensamiento que presidió en esta composicion con las vastas concepciones que crearon la *Discusion del Santo Sacramento y la Escuela de Atenas.*

Me abstengo de comentarios.

Otranto es todavía un punto importante, como estacion telegráfica; es el lugar donde las dos orillas del Adriático se aproximan mas, y por lo tanto se le ha elegido para sumergir el cable trasatlántico que enlaza al Oriente con Europa. Todos los telégramas de la guerra empeñada entre turcos y rusos pasan por aquí, y un empleado anuncia instantáneamente á su colega de Constantinopla la visita de un extranjero, de modo que hemos podido cambiar un saludo con la estacion de Stambul. El hilo pasa por Valona, y de aquí se comunica con Constantinopla. Una compañía emplea en aquel punto á veinte jóvenes italianos, bajo la vigilancia de un inspector de nacionalidad inglesa. Obteniendo de estos meridionales la aplicacion, el amor al trabajo, la voluntad y el deseo de las comodidades, ese inspector ha convertido su jardin de Otranto y su casa en verdaderas curiosidades bajo el punto de vista de la buena conservacion, del recreo y de las conveniencias. Jamás me admiró tanto la demostracion del genio del pueblo inglés. El contraste es extraordinario, y prueba lo que puede crear la industria privada de un solo hombre confinado por sus funciones en el centro que se considera tan escaso de recursos como la ciudad de Otranto.

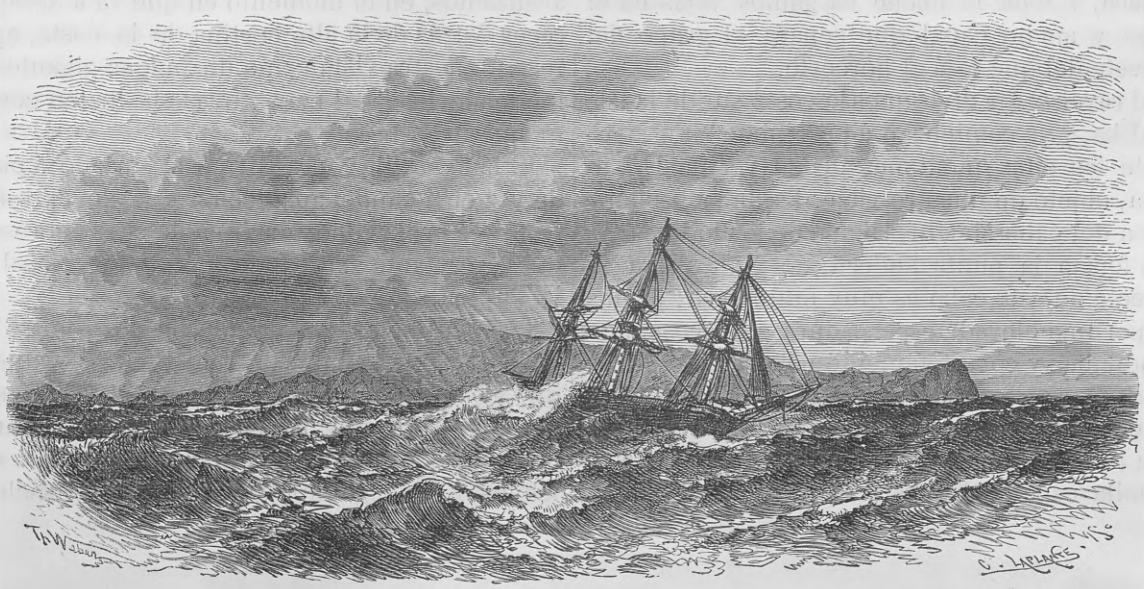
No es, sin embargo, el punto extremo y el tacon de la bota italiana; es preciso ir, siguiendo la costa, á la punta di Leuca, si se quiere efectuar verdaderamente el viaje hasta el *Finis-*

terre de Italia en el Adriático. Muy pronto he debido renunciar á seguir las cortaduras de la costa desierta; es ardua tarea tanto para el caminante como para el que navega, y de consiguiente se debe ir á Leuca por el camino interior: en pocas horas se puede llegar, cruzando por un rico país sembrado de quintas.

M. Botti Ulderico, á quien se deben magníficos trabajos de mineralogía y de geología, ha hecho en Leuca descubrimientos importantes, comunicados al célebre Capellini de Bolonia; es una estacion prehistórica que atrajo la atencion de los hombres mas sabios. Allí hay grutas célebres, la del *Diablo* y la *Zinzalosa;* y los trabajos de los Monticelli, de los Botti, y de M. de Simone, son dignos de consultar sobre este punto interesante de las estaciones prehistóricas.

Punta di Leuca, donde hay un magnífico faro que indica á los navegantes los escollos de la costa y la entrada del golfo Adriático, ofrece un aspecto triste y desolado. Asentada en la roca, y léjos de la region cultivada donde se hallan las quintas, entre Leuca y Otranto, inspira profunda tristeza aquella soledad, tan solo interrumpida por el suave murmullo de las ondas del mar Jónico, que mezcla sus aguas con las del Adriático. En Otranto, la «Città Dolente,» se cree estar aun en relaciones con el mundo gracias á la vía-férrea que en veinticuatro horas puede trasladar al viajero á las ciudades mas risueñas y civilizadas de Italia. Aquí está verdaderamente el fin del mundo: ni aun podemos adivinar dónde se halla, entre la azulada bruma, la silueta de los montes Acroceraunios, que hemos franqueado en la primera parte de nuestro viaje. El único punto de contacto que tenemos con la civilizacion es ese faro, cuya base desaparece detrás de la escotadura de la costa, y que indica á las naciones viajeras la entrada del golfo Adriático á que acabamos de dar la vuelta con el lector, desde Albania hasta la punta extrema de Italia, habiendo contorneado todas las sinuosidades de esta magnífica cuenca que baña la costa oriental de la Península.

FIN DEL VIAJE DE RÁVENA Á OTRANTO



Vista del cabo Martin (Nuku-Hiva)

RECUERDOS DEL PACIFICO

POR M. A. PAILHÉS

TENIENTE DE NAVÍO

I

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS MARQUESAS

Salida del Callao.—Llegada á la bahía de Taio-Hae —El residente.— Administracion

Ha llegado el momento de la marcha; la chimenea del vapor despide una columna de humo; han terminado los preparativos de aparejar; y todo el mundo está en su puesto; dáse la órden de virar de bordo, y el ancla sube rápidamente hasta el escoben; está cubierta de ese cieno compacto y fétido que llena el fondo de la rada del Callao (Perú).

«¡Adelante poco á poco!»

El *Vaudreuil* vuelve la proa á la ciudad, que muy pronto desaparece de la vista.

Al marino se le oprime siempre el corazon cuando abandona un puerto donde algun tiempo de permanencia le ha permitido contraer relaciones con algunas personas. Teníamos varios amigos así en el Callao como en Lima; y gracias á su inagotable benevolencia, encontramos siempre algunas distracciones en el puerto principal y en la capital del Perú. Séame permitido renovar aquí la expresion de mi sincero agradecimiento por los buenos instantes que hemos pasado juntos.

Comenzaba la prolongada excursion que debíamos hacer por los archipiélagos polinesios; y en cuanto á mí, complacíame tener una ocasion de completar mis conocimientos sobre aquellas tierras tan poco exploradas aun. Hasta entonces no habia visitado mas que Tahiti, donde estuve algunas semanas, á principios de 1869.

El 1.° de mayo, al ponerse el sol, tratábamos de descubrir la tierra; pero la noche, que llega tan rápidamente en aquellas latitudes, impidió nuestra exploracion. Algunas horas despues, señálase la presencia de una luz por babor. «¡Es un buque!» grita todo el mundo; pero á medida que nos acercamos, fácil es reconocer que el vivo resplandor que se divisa es debido á un gran fuego; del enorme foco parten llamas inmensas, que se retuercen en largas espirales; aquel espectáculo, en medio de la oscura noche, es magnífico; esa gigantesca mancha roja, que parece animada, en el fondo de un horizonte completamente negro, tiene algo de grandioso.

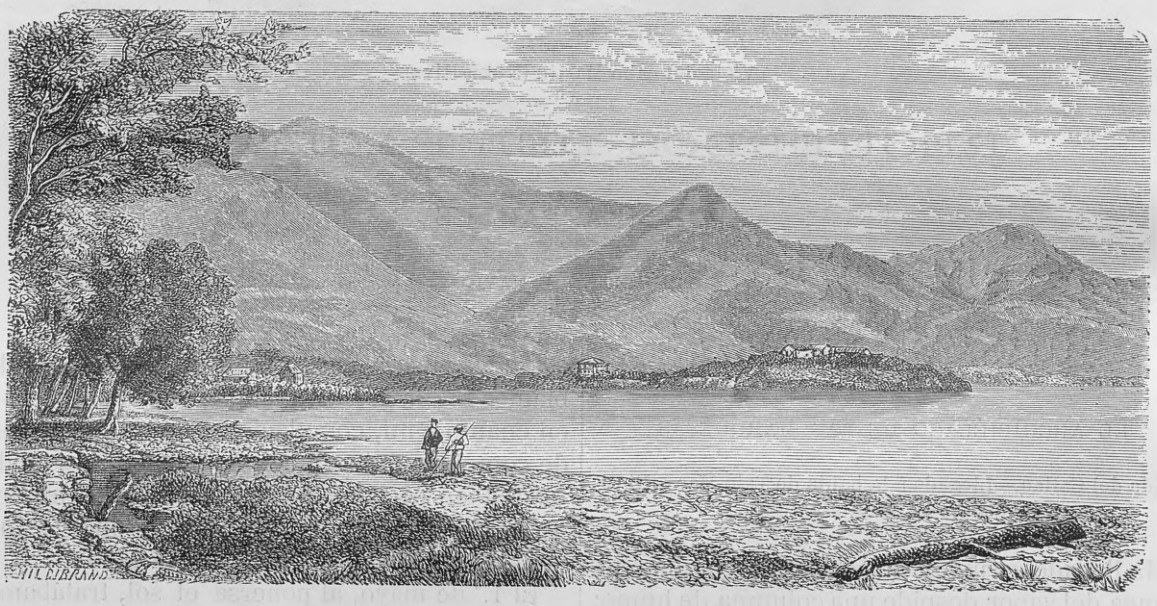
Su posicion respecto al punto donde las observaciones nos colocan en la carta geográfica, nos hace suponer que el incendio que vemos se ha declarado en la espesura de la punta Balguería, al este de la isla Hiva-Oa. Rectificamos nuestra ruta guiándonos por este faro de nuevo género, debido tal vez á la imprudencia de un

kanaca, y toda la noche cargamos velas en el largo y ancho canal que separa el grupo del sudeste del que está al noroeste.

Al rayar el dia divisamos la costa sur de la isla Ua-Uka; y ya comienzan á percibirse en el horizonte las altas montañas de su vecina Nuku-Hiva, objeto de nuestro viaje. Pasamos bastante cerca del cabo Martin (Tikapo de los indígenas), que forma la punta sudeste de Nuku-Hiva. El aspecto de este cabo es muy pintoresco; termina por una elevada escarpadura pedregosa, perpendicular y completamente pelada; sobre unas rocas negras, que forman la base del cabo, hay una enorme mole cuadrangular semejante á una torre gótica en estado ruinoso. La forma de aquella especie de poste cambia á medida que avanzamos; en el momento en que va á desaparecer detrás de la alta cortina de la costa, aparece á nuestra vista como un pulgar gigantesco inclinado hácia el mar, cuyas olas baten contínuamente la base.

El lado sur de Nuku-Hiva está cortado á pico; de vez en cuando aparecen rocas de extrañas formas á orillas del agua; una de ellas representa con bastante exactitud una estatua colosal de la Vírgen con el niño Jesus en brazos.

Los Centinelas, dos grandes islotes, entre los cuales se abre la bahía de Taio-Hae, nos indican que se acerca el término de nuestra travesía. El *Vaudreuil*, que ha ceñido velas, y avanza ahora solo á vapor, acaba de pasar entre los dos islotes, y se dirige rápidamente hácia su anclaje.



Montañas de Nuku-Hiva en el fondo de la bahia de Taio-Hae —De fotografia

Habíame parecido majestuosamente severo y desolado el aspecto de las tierras que veia desde la mañana; pero despues cambió el espectáculo. Los declives escarpados ó á pico que bordean la entrada de la bahía van á reunirse con una cadena de altas montañas que encuadran el puerto en un vasto y grandioso anfiteatro. El punto notable de la cresta de estas montañas es el Mua-Ké, gran escarpadura basáltica á pico, cuya parte superior presenta dos escotaduras iguales, semejantes á las abrazaderas de un cañon. La vista, fatigada por la presencia de una costa pedregosa, cubierta solo en algunos sitios de varias matas de mísera vegetacion, abarca de improviso una playa risueña donde van á unirse varios verdosos valles que se inclinan suavemente hácia el mar, embellecidos por una vegetacion verdaderamente tropical.

En la orilla se eleva el cerro Tuhiva que separa la playa en dos partes desiguales; las ruinas del fuerte Collet, recuerdo de la primera época de nuestra ocupacion, ocupan la cima de este montecillo. El pueblo se prolonga por la orilla del mar, al oeste del fuerte Collet, y disemínase despues, á una gran distancia por el valle principal.

En la bahía de Taio-Hae es donde se halla el funcionario francés, llamado *residente*, que representa á nuestra autoridad en el archipiélago; está á las órdenes del comandante de los establecimientos franceses de Oceanía, á quien da cuenta de la administracion y de todo cuanto tiene alguna importancia. Percibe los derechos de anclaje en la bahía (cincuenta pesetas por buque); y se cuida de la observancia de los reglamentos del puerto, los relativos al pilotaje, á

los desertores, etc. Un reducido destacamento de gendarmes está encargado de la policía general; pero casi siempre es preciso valerse de los indígenas para apoderarse de los desertores, pagándose á cada cual de aquellos una prima de cincuenta pesetas por hombre, cuya suma debe satisfacer el jefe del buque á quien pertenezcan los fugitivos. Si la captura no se ha efectuado antes de la marcha de aquel, el gobierno abona el gasto, y los hombres detenidos son enviados



Mujer indígena de Taio-Hae

á Tahiti. Se han adoptado estas medidas para evitar que la isla llegue á poblarse de vagabundos.

El residente de las Marquesas desempeña tambien las funciones de juez de paz: en los casos graves envia á los delincuentes á disposicion de los tribunales franceses de Papite. Los reglamentos locales, salvo algunas modificaciones exigidas por la naturaleza de los habitantes, están calcados sobre los de la metrópoli.

A pesar de la escasa fuerza numérica del destacamento de gendarmería que el residente tie-

ne á su disposicion, basta para mantener el órden en la bahía de Taio-Hae, donde los naturales se han acostumbrado á vivir con nosotros, sometiéndose á nuestras medidas de policía.

En las demás islas, los jefes ejercen la autoridad superior. Unicamente los lados de los valles están habitados; rara vez construyen los indígenas sus cabañas á orillas del mar. Las frecuentes visitas que hacen al archipiélago los buques de guerra de la division naval del Pacífico y de la estacion local de Tahiti, producen el mejor efecto en el espíritu voluble de los habitantes.

Cuando yo visité aquel punto, el residente de las Marquesas era M. E., teniente de navío; tenia por auxiliares un escribiente de marina del cuadro colonial, M. M..., cuyas funciones eran múltiples, un inspector del puerto, que servia á la vez de piloto, algunos gendarmes, y dos agentes de policía indígenas.

II

¡Al agua, patos!—Arboles gigantescos.—Mas chinos.—El *nono* —Una reunion en casa de Paumea.—La *popoi* —Danza indígena.—El dios Tiki.—Resúmen de la historia del archipiélago.

La casa del residente en la que flota el pabellon francés, se ha edificado en la pequeña ensenada arenosa situada al este del fuerte Collet. En el perímetro que ocupa es donde el almirante americano Porter estableció en octubre de 1813, el campamento á que dió el pomposo nombre de Madisonville.

Tenia gran impaciencia por desembarcar. Despues de la travesía que acabábamos de hacer, mis compañeros experimentaban, lo mismo que yo, el deseo de ir á pasearse un poco por tierra firme; y así es que apenas se concedió el permiso, apresuróse cada cual á utilizarse de él. Teníamos ya formado nuestro plan, el cual consistia ante todo en ir á tomar un baño en el riachuelo que se desliza al oeste del pueblo. Provistos de algunos informes que nos facilitó el inspector del cuerpo, nos embarcamos en nuestra lancha; y durante la excursion, cruzáronse con nosotros varias piraguas cargadas de fruto que iban en busca del *Vaudreuil*.

No hay comodidad alguna para acercarse á la playa: en la bahía reina siempre la marea, aunque poco fuerte, y la disminucion de fondo no permite á nuestra embarcacion llegar á tierra, separada de nosotros por una distancia de veinte metros. Los marineros se ofrecen á trasladarnos á cuestas; pero zanjamos heróicamente la dificultad cómica de la situacion. Cada cual se descalza y arremanga los pantalones lo mas posible; y un momento despues corremos por la arena del fondo, huyendo á toda prisa de las pequeñas olas que nos mojan hasta la espalda. Un numeroso grupo de indígenas, sentados bajo los árboles del camino, acude presuroso para vernos llegar; predominan las mujeres; y no puedo menos de reirme al ver á estas últimas tocar el birimban con la mayor gravedad. ¡Qué singular idea tuvo el traficante que introdujo tan mísero instrumento de música en estas islas!

Viene á felicitarnos por nuestra llegada el escribiente de marina M. M..., que vive muy cerca de la playa, en la antigua iglesia de Taio-Hae: en nuestro caso se traban muy pronto relaciones; y como M. M... nos ofrece con la mejor voluntad los pequeños servicios que puedan sernos útiles, le rogamos nos indique un sitio conveniente para tomar un baño: M. M... se brinda á servirnos de guia.

Tomamos el camino bordeado de árboles que contornea la bahía: las casas del pueblo que miran á la playa están esparcidas á orillas de este camino; y pasamos por delante de algunos almacenes cuyos propietarios son casi todos extranjeros, sobre todo americanos. Algunas de las tiendas están bastante bien provistas: los compradores tienen el privilegio de fumar con una pipa depositada en el mostrador, que está siempre allí para su uso; los indígenas no dejan nunca de pedirla, y su limpieza es mas que dudosa.

El camino se desvia de la playa, prolongándose por la derecha hácia el valle. Muy cerca del punto donde se produce este cambio, en el mismo camino, detiénese nuestro guia para hacernos admirar un árbol de proporciones colosales: esta espléndida muestra de la vegetacion de la isla es un *aoa (ficus indica*, higuera de los banianos); su tronco, formado por gruesos tallos entrelazados, mide cerca de treinta metros de circunferencia ; conserva el mismo diámetro hasta la altura de doce metros, y despues se divide en una docena de enormes ramas horizontales, que cubren con su sombra un espacio circular de cien metros de diámetro. Nos detenemos aquí algunos minutos para disfrutar de la deliciosa frescura que produce. Los indígenas dan al *aoa* el nombre de *hiapo* cuando es jóven.

En Taio-Hae se ve otro árbol notable en el jardin de las hermanas de San José de Cluny.

Proseguimos nuestra marcha, penetrando en el valle de Vaitu, que se extiende ante nosotros. Un riachuelo muy fácil de vadear forma un estanque bastante grande cerca de la playa; en el camino vemos algunas casetas de indígenas en las cuales entramos con la familiaridad que permiten las costumbres del país. La construccion es sencilla: redúcese á cuatro postes fijos en el

suelo sobre una plataforma de grandes piedras planas, llamada *paepae*; en su extremidad superior hay un corte que sirve para encajar los troncos de cocotero lisos y delgados, que forman el contorno del tejadillo; la parte posterior de la casa es mas alta que la fachada; en los postes y troncos se colocan transversalmente otras piezas de madera menos pesada, que se enlazan con el armazon principal por medio de cuerdas fabricadas con la borra del coco; y los huecos se rellenan con bambúes muy oprimidos, que dejan sin embargo circular el aire, tan indispensable durante los fuertes calores del dia. Para terminar el tejado se cubren varias pértigas con largas hojas de cocotero y del *corypha humilis* (especie de latanero nada comun en las islas Marquesas, donde le conocen con el nombre de vake), dobladas en dos, y se colocan en los cuadros que forman las vigas y las latas. Las hojas de la primera pértiga cubren las de la segunda, y así sucesivamente; el tejadillo sobresale un poco de las paredes de la caseta, preservándolas perfectamente de la lluvia.

El camino asciende siempre por el valle, pero no es ya tan húmedo como antes, y pronto llegamos ante un montecillo cubierto de algodoneros.

—¿Quereis ver los chinos? nos pregunta nuestro guia.

—¿Hay pues chinos aquí?

—Sí, contesta M. M..., cultivan la plantacion que atravesamos. Si quereis ver su caseta, vamos á visitarla; está mucho mejor construida que las que acabamos de ver.

En efecto, el aspecto exterior confirma esta opinion: penetramos en una sala bastante espaciosa, que ocupa toda la anchura de la fachada, y en esta parte principal de la habitacion se ven las pequeñas puertas de otros cuartos cubiertos de esterillas. Llaman mi atencion algunas ropas de mujer, y se nos dice que los hijos del Celeste Imperio han contraido una alianza pasajera en el país. Su jefe, tambien chino, inspector de la plantacion, es al mismo tiempo cocinero del residente. Estos chinos proyectan abrir un importante almacen con las economías de que disponen. Los capitales se confiarán á uno de ellos, que irá á comprar mercancías y á contraer relaciones comerciales en San Francisco, donde sus compatriotas son muy numerosos. La emigracion china en los países bañados por el Pacífico ha tomado tal desarrollo, que es casi imposible ir á ninguna parte sin encontrar á esos hombrecillos de aire inteligente, aptos para ejercer todos los oficios, y que abandonan su país á miles, para ir á buscar una pequeña fortuna, la cual adquieren casi siempre, tanta es su disposicion para el comercio y los negocios.

Los chinos nos reciben muy bien, permitiéndonos ver su habitacion: uno de ellos, hombre de cierta edad, en cuya nariz se apoyan unos enormes anteojos que le comunican un aspecto verdaderamente cómico, habla algunas palabras en inglés. En un ángulo de la sala principal se ve encendida una lámpara sobre un pequeño altar, cubierto, lo mismo que las paredes, de papeles de diversos colores, en los que se han impreso ó pintado singulares caractéres. El chino de los anteojos nos explica que es una alabanza á su Dios.

Dámosle gracias por su complacencia, y despues de algunos minutos de bajada bastante peligrosa encontramos el riachuelo objeto de nuestra excursion.

Un momento despues estamos en el agua; pero el sitio, bañado por el sol, es poco agradable, sin contar que la corriente es cálida y escasa. Dos pequeños estanques comunican con una cascada en miniatura; y sentándose sobre las rocas que cubren el fondo, el agua llega solo al pecho. A los pocos minutos, nos parece el baño bastante incómodo, y resolvemos marcharnos. M. M.... nos aconseja que nos vistamos lo mas rápidamente posible, diciéndonos:

—Si no lo haceis así, llegareis á saber á vuestras expensas el inconveniente que resulta de permanecer fuera del agua desnudo.

—¿Un tabardillo? pregunto yo.

—No; nada de eso; pero os picará el *nono*, lo cual basta para que se cubra vuestro cuerpo de granos; y si os rascais, se formarán llagas muy dolorosas, difíciles de curar.

El *nono (sandfly* de los ingleses) es una mosca muy pequeña, que nace al amanecer para morir por la noche. Cuando su trasparente abdómen está lleno de sangre, brilla como un pequeño rubí si se mira al trasluz; este desagradable insecto se posa sobre la epidermis, y sin advertir su presencia como lo hace el mosquito, chupa la sangre. Preténdese que fué introducido por los buques, y que solo existe en Nuku-Hiva y Ua-Pou. El archipiélago no contiene mas animal peligroso que el cien piés, especie que llena todos los tejados; pero rara vez ocasionan ningun mal estos repugnantes animales.

A pesar de habernos vestido apresuradamente, varios de mis compañeros pudieron reconocer la exactitud de lo que acababa de decirnos M. M.

Volvemos al desembarcadero, y en el camino encontramos á Monseñor Dordillon, obispo de

Cambysopolis, vicario apostólico de las Marquesas, quien nos saluda afectuosamente.

La lancha nos esperaba para conducirnos á bordo; pero ocurre la misma dificultad para embarcar que para desembarcar.

El muelle que se construye evitará todas estas molestias; se compone de enormes troncos de cocoteros cortados en punta, que se clavan en la arena del fondo, y en cuya extremidad superior se pondrá un entarimado.

A bordo encontramos cinco ó seis habitantes de las Marquesas que han venido para vender frutos: uno de ellos, verdadero coloso de formas atléticas, comprende un poco el francés, y le pregunto qué desea.

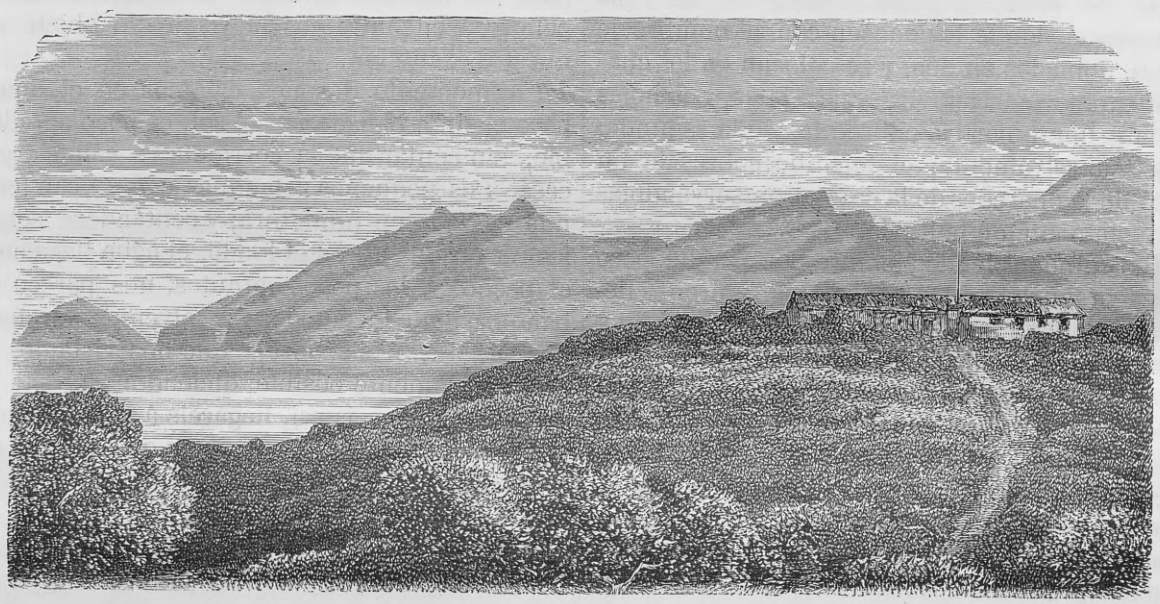
—Vender cocos, bananas y batatas, me contesta.

—¿Está tu caseta muy léjos de la playa?

—No; si quieres venir esta tarde, te recibiré con gusto, y se bailará delante de tí.

Consulté con varios de mis compañeros, y se resolvió aceptar la invitacion de Paumea, que era el nombre del indígena, á quien dije que iríamos á visitarle despues de comer si queria hallarse luego en el desembarcadero. Contesta que nos esperará, obligándose además á conducirnos á tierra con su piragua.

Paumea tiene dos hijos, dos buenos mozos que manejan muy diestramente el remo; y así es que en pocos minutos saltamos á la orilla.



Fuerte Collet.—De una fotografía

A pesar de la inutilidad de la precaucion, nos levantan como si fuéramos niños, cargándonos sobre sus robustos hombros para cruzar la faja de arena inundada por el mar.

Tomamos el camino que ya conocemos; el tiempo es magnífico; la luna ilumina el espacio que separa los grandes árboles que bordean la via; sus argentados rayos se reflejan en las bonitas copas de los cocoteros; y divisamos una multitud de indígenas de ambos sexos, que rodean los almacenes del pueblo. En el valle se distinguen de vez en cuando algunas luces; los perros ladran furiosamente al acercarnos nosotros.

La vivienda de Paumea es grande y está bien situada; la fachada de la casa no la protege ningun tabique, y únicamente los postes sostienen el tejado, disposicion que es aquí bastante comun. En la pared del fondo se han apoyado, en el sentido de su longitud, dos troncos de árboles separados por la distancia de un metro veinte centímetros y el espacio que hay entre ellos está cubierto por esterillas. Son los lechos mas incómodos que se pueden imaginar, pues la cabeza se apoya en uno de los troncos, y las caderas en el otro.

Hay mucha gente en casa de nuestro patron: el jefe de policía de Taio-Hae, que es pariente de Paumea, viene á ofrecernos sus cumplidos, y parece muy orgulloso de sus galones de sargento. En un abrir y cerrar de ojos se desembarazan nuestros guias del traje que les impone la civilizacion, quedándose solo con el *pareu*, pieza de tela que ciñe la cintura, cayendo sobre las piernas como unas enagüillas. Todos estos hombres, admirablemente formados, podrian servir de modelo á un estatuario. Me aprovecho del estado de desnudez casi completo en que se

hallan para examinar la complicada pintura de su cuerpo, que constituye, por decirlo así, todo un traje. Hay individuo cuyo cuerpo está tan cubierto de círculos, de curvas y de líneas onduladas, que se le creeria revestido de una armadura. En otro tiempo era el pintado mas sencillo que hoy, componiéndose solamente, sobre todo en la cara, de líneas dispuestas en losanjes; mientras que ahora las facciones están á menudo divididas por anchas fajas horizontales no continuas. Los párpados, el interior de las orejas, los labios y á veces las encías, presentan señales de la pintura. Salvo algunas excepciones, las mujeres se hacen pocos dibujos, y algunas de ellas no tienen ninguno. Las mas presentan en los labios pequeñas líneas separadas unas de otras perpendiculares á la abertura de la boca, con lo cual parece que hacen un mohin: este adorno no deja de ser gracioso. Hay kanacas que se dedican exclusivamente á pintar á los indígenas: la operacion se practica por medio de un cincel dentado, de hueso de pez, fijo en una varita, y en el cual se golpea con un pequeño mazo. Las agudas puntas del instrumento se humedecen en un licor azulado, uno de cuyos principios constitutivos es el hollin, procedente de la combustion de la nuez del croton monlicano *(aleurites triloba)*. Tres ó cuatro personas



Cabeza de un indígena de Hiva-Oa



ierna de un indígena de Nuku-Hiva



Mano de la reina Vaekeu

sujetan al paciente, cuyas facciones manifiestan un penoso sufrimiento; el dolor que se experimenta es á veces tan intolerable, que al cabo de algun tiempo se debe suspender la operacion.

Los misioneros no han podido desterrar esta costumbre; los niños que consiguieron conservar á su lado les abandonan cuando llega el momento de obtener estas pruebas de la virilidad.

Se comienza á preparar la cena; y gracias á los víveres que nuestro patron ha obtenido á bordo del *Vaudreuil*, la numerosa reunion podrá quedar satisfecha. El *popoi* constituye la base del alimento de los indígenas: es una pasta amarillenta, hecha con los frutos del *mei* (árbol del pan, *artocarpus incisa)*. Tiene un sabor dulce cuando se hace con los frutos del pan frescos, y agrio, algo picante, cuando se ha cogido hace tiempo. La fabricacion y la conservacion del popoi se efectúa de la manera que indico á continuacion: los frutos se colocan sobre un fuego alimentado constantemente; y de la corteza que los cubre se exhala un espeso humo; el corazon, demasiado duro para poder comerle, y la piel, ennegrecida por el contacto de la llama, deben desaparecer; la pulpa amarillenta, esponjosa y maleable, de un sabor insípido, se coloca en una artesa de madera, donde se la tritura muy bien con el auxilio de una mano de mortero de piedra ó de madera, despues de lo cual se introduce en agujeros circulares de mas de un metro de profundidad. Los bordes de esta especie de *silo* se tapizan con grandes hojas de banano ó de *ti (dracenæ species)* para preservar la pasta del contacto del sol. Cuando el agujero está lleno, se cubre con tierra y grandes piedras; el *popoi*, así enterrado, se conserva bien; y de vez en cuando se saca la cantidad que se ha de consumir. Esta pasta se deslie en un plato con un poco de agua: la mujer de Paumea es la que se ocupa en esta operacion importante, comprimiendo el

popoi entre sus manos como el tahonero amasa la harina.

La esterilla que cubre el suelo sirve de mesa; y terminados los preparativos del banquete, nos invitan á comer; pero nos excusamos diciendo que ya lo hemos hecho, sin atrevernos á confesar que la preparacion del *popoi*, hecha á nuestra vista, no es la mas á propósito para excitar nuestro apetito. La curiosidad nos impele, sin embargo, á probar aquel alimento que no tiene un gusto desagradable.

Despues de nuestra negativa, todos los convidados se agrupan alrededor del plato que contiene el *popoi*, cada cual introduce la mano y llena esta cuchara natural con cierta cantidad de pasta, que se lleva al punto á la boca. Algunas nueces de coco secas, llenas de agua, sirven de botellas. Los kanacas comen ávidamente, y como su alimento, casi todo vegetal, es poco nutritivo, consumen una gran cantidad.

El pescado entra por mucho en el régimen alimenticio de los naturales, que le comen con frecuencia crudo: su manjar favorito es el *haua*, especie de gran raya (ángel) y el tiburon, sobre todo cuando lo han dejado podrir por espacio de quince dias.

Los tiburones son muy numerosos en la entrada de las bahías; los habitantes los cogen con red ó con el arpon; y á fin de atraerlos, dejan pendiente fuera de la embarcacion un brazo ó una pierna, mientras que con la otra mano sostienen un nudo corredizo, el cual lanzan diestramente alrededor del escualo, pudiendo entonces arponarle á su gusto. Expónense así á sufrir mordeduras, pero rara vez ocurren accidentes graves. Cuando pescan los tiburones con cuerda, tienen cuidado de rodear el anzuelo con dos varillas de hierro en cruz para impedir que el tiburon corte aquella.

Terminada la comida, enciéndense las pipas, que pasan de los labios de un convidado á los de otro. Una de las mujeres va á buscar algunas amigas que viven en la vecindad, pues Paumea quiere que disfrutemos del espectáculo de una gran danza.

Formados en dos filas, unos frente á otros, los bailarines ejecutan con mucha uniformidad diversos pasos, con acompañamiento de un canto rimado que en ciertas partes se marca con palmadas, bien con la mano abierta ó con los dedos ahuecados, lo cual produce un sonido seco. Todos parecen animarse mucho con este ejercicio, el cual repiten y varían tantas veces como deseamos. El espectáculo, aunque curioso, comienza pronto á ser monótono; y á pesar de las vivas instancias de Paumea, que desea retenernos mas tiempo, nos despedimos de la reunion, prometiendo volver.

El hijo mayor de nuestro patron nos acompaña hasta la entrada del pueblo: los pocos almacenes de Taio-Hae cierran sus puertas; y nos dirigimos hácia el sitio donde nos espera la lancha en medio del mas profundo silencio.

Permanecí durante algun tiempo en el puente absorto en la contemplacion del tranquilo espectáculo que presentaba la bahía: la luna inundaba de luz los valles y las altas montañas del fondo; las nubes, velando á intervalos el astro resplandeciente, variaban á lo infinito los efectos de claridad y de sombra. Despues de haber disfrutado por espacio de una hora de la deliciosa frescura de la noche, me decidí con pena á ir á entregarme al reposo.

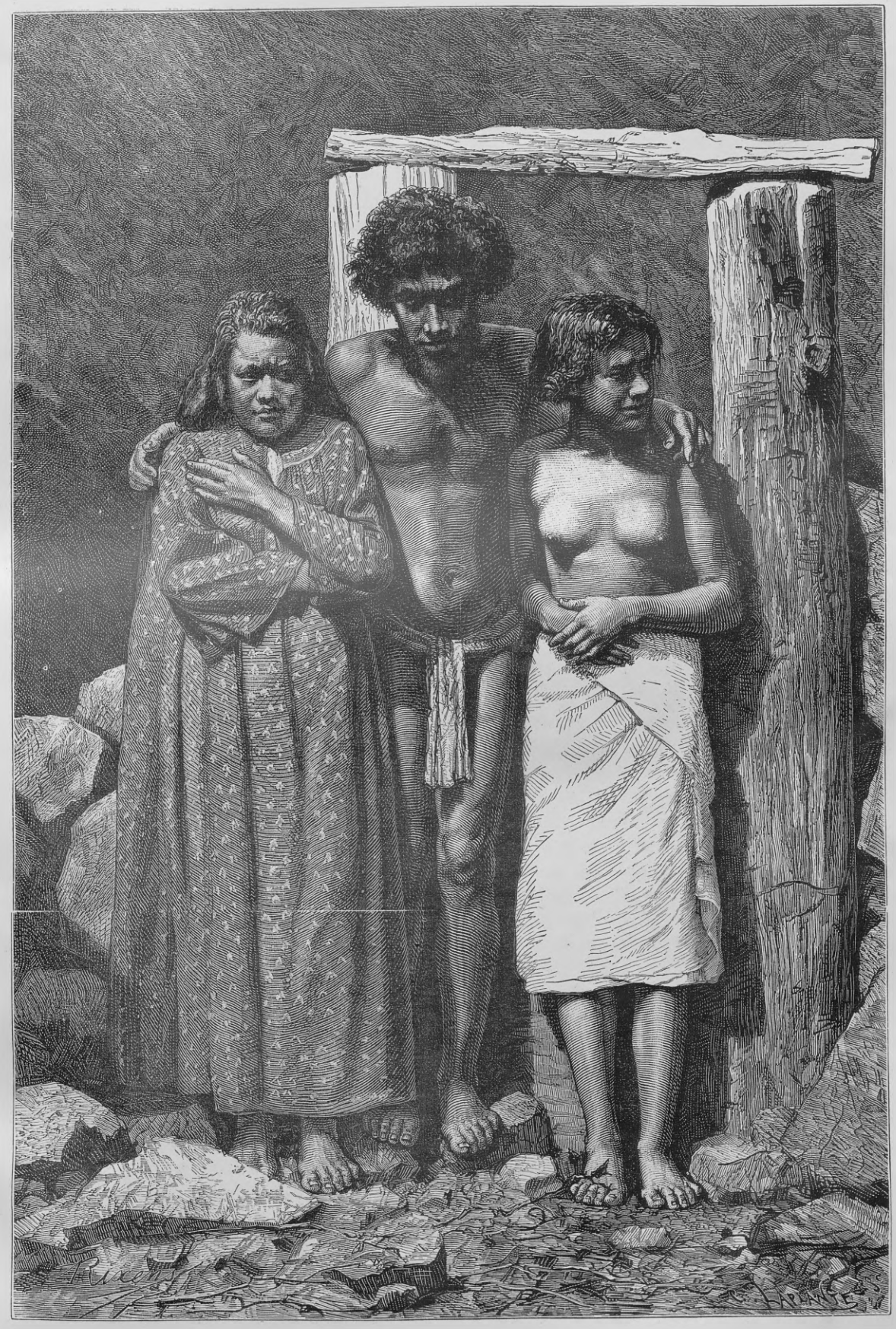
Al dia siguiente me despierta mi criado anunciándome la llegada del *Nautilus*, que trae la correspondencia. El servicio postal se hace por San Francisco; la balija se embarca en goletas que tocan en Taio-Hae, con rumbo á Tahiti; pero que vuelven despues directamente á su punto de partida. Los buques de vela encargados de este servicio hacen travesías extraordinariamente rápidas.

Para almorzar nos sirven vaca fresca: todo un rebaño de estos animales pertenece al gobierno; y cuando pasa un buque de guerra se envia á buscar cierto número á la montaña, donde pastan en libertad.

El carnero escasea en Nuku-Hiva; pero abunda en la vecina isla de Ua-Pou, donde la mision posee un rebaño muy numeroso. Una ballenera, á las órdenes del jefe de policía de Taio-Hae, debe ir á buscar una docena de estos animales para el buque: cuestan á doce pesetas y media cada uno.

El residente M. E... ha venido á almorzar con nuestro comandante, pues debe embarcarse con nosotros para la visita que debemos hacer á todas las islas habitadas del archipiélago. Ha hablado despues con todos nosotros, y nos dice que hace tres años se halla en el país, lo cual le permite darnos sobre él útiles informes.

La importancia del archipiélago no es ahora considerable. Al principio de nuestra instalacion en las Marquesas, los dos grupos del sudeste y del noroeste tenian cada cual un comandante particular; y habíase dado principio á útiles trabajos en Vaitahu y en Taio-Hae, ocupándose en ellos á la guarnicion de estos puntos. El archipiélago, que por una ley del 8 de junio de 1850, se destinó para los desterrados políticos, no tiene la extension, ni la fertilidad, ni la situacion geográfica que exige un establecimiento maríti-



Naturales de Nuku-Hiva (bahía de Taio-Hae)

mo y colonial de importancia. Todo el movimiento se limita á Taio-Hae, donde algunos traficantes ingleses y americanos han fundado pequeñas casas de comercio.

Los habitantes de Taio-Hae son poco numerosos; el contacto de los europeos y la influencia de los misioneros les han hecho perder una gran parte de sus antiguas costumbres; la poblacion ha debido experimentar una disminucion notable, como lo prueban las ruinas de viviendas que se encuentran hoy en solitarios valles.

La poblacion total del archipiélago se evalúa aproximadamente en doce mil almas: Hiva-Oa es la isla mas poblada, pues tiene seis mil habitantes; despues figuran Nuku-Hiva, con dos mil setecientos; Ua-Pou, de mil doscientos veinte; Fatu-Hiva, de mil; Tauata de seiscientos treinta; y Ua-Uka, de cuatrocientos cincuenta.

El hambre que afligió á las Marquesas, y demás islas del Pacífico, hace mas de medio siglo, dando orígen á numerosas enfermedades, ha debido contribuir á que disminuya notablemente el número de habitantes. Los ancianos han conservado un recuerdo terrible de aquella época desastrosa, durante la cual se devoraban unos á otros por necesidad.

Por la tarde vamos á devolver al residente su visita de la mañana. Posee una coleccion muy completa de armas, trajes de guerra, y utensilios indígenas; la pieza mas notable es una imágen de madera, toscamente esculpida, del dios *Tiki*, el mas favorecido en los puntos del archipiélago cuyos habitantes son aun paganos. Representa con primitivo arte un hombre monstruoso, de ojos y boca enormes, piernas dobladas, y con los codos unidos al cuerpo. M. E... nos enseña algunas muestras de la misma imágen, esculpida en pedazos de una piedra roja muy dura, solo de algunos centímetros de largo. Tiene tambien collares formados con dientes de marsuino, y anzuelos de nácar de cerca de un decímetro de longitud. Esta coleccion es tanto mas preciosa cuanto que ofreceria gran dificultad, ya que no fuera imposible, formar otras semejantes. Desde la llegada de los europeos, los indígenas no ejercen ya su industria; prefieren una carabina á sus antiguos rompe-cabezas; sus grandes piraguas han sido reemplazadas por balleneras, construidas en Taio-Hae, ó que obtienen de los buques que frecuentan las bahías.

Nuestra primera permanencia en el archipiélago fué muy corta: algunos meses despues volvimos á Taio-Hae, desde donde marchamos para emprender una larga excursion por las islas. El relato de los incidentes ocurridos durante ella servirá de asunto á los siguientes capítulos; pero antes no estará de mas resumir en pocas palabras la historia del archipiélago.

Cuando el contra-almirante du Petit-Thouars tomó posesion de las Marquesas en 1842, excitaron vivamente la atencion pública en Francia los relatos que se hicieron sobre aquellos nuevos países, habitados por una poblacion extraordinaria, que no parecia haber tomado nada de las costumbres de los navegantes que los visitaron; mientras que otros grupos del Pacífico, como por ejemplo en las islas de la Sociedad, y el archipiélago de las de Sandwich, ofrecian el ejemplo de rápidos progresos en la via de la civilizacion.

El aspecto de los naturales, que parecen tan horribles cuando no se está acostumbrado á verlos; la taciturnidad de estos pueblos, y los pocos recursos ofrecidos por estas islas, deben figurar por mucho en el número de las causas del abandono en que estuvieron tanto tiempo. Solo algunos balleneros, casi todos americanos, frecuentaban aquellos parajes para proveerse de leña y de agua; pocos informes se podian obtener de los capitanes, quienes se ocupaban mucho mas de comprar barato lo que necesitaban, que no de las costumbres de los habitantes y de los productos naturales de las islas; y como la conducta de muchos de aquellos navegantes no se ajustaba siempre á las reglas de la honradez, resultaban á menudo choques sangrientos y asesinatos que contribuian á que aumentase la mala reputacion de los indígenas.

Sin embargo, cuando Alvaro Mendaña de Neira descubrió las islas del sudeste del archipiélago, en 21 de julio de 1595, y arribó á la isla Tauata, que llamó *Santa Cristina* anclando en la bahía designada por él con el nombre de *Puerto de la Madre de Dios* (Vaitahu de los indígenas), solo halló motivos para elogiar el recibimiento de la poblacion.

Las Marquesas quedaron despues olvidadas hasta la llegada del capitan Cook, quien las halló otra vez en 1774, anclando en la misma bahía de Vaitahu. El navegante inglés quedó tambien complacido de los habitantes, y aquel paraje fué uno de los pocos del Pacífico donde no marcó su paso con sangre. El terrible capitan, cuya humanidad se ensalzó tanto, no dejaba nunca de servirse de las formidables armas de que disponia, sin duda para imponer temor á los naturales, é impedir mayores desgracias.

En 1791, el capitan americano Ingraham, que mandaba la *Esperanza* de Boston, descubrió las islas del grupo noroeste, á las cuales dió diversos nombres, y solo precedió en un mes al fran-

cés Estéban Marchand, que mandaba el bergantin *Sólido* de Marsella, armado por la casa Baux, para hacer el comercio de pieles en la costa noroeste de América.

Marchand se puso en comunicacion con los habitantes de Vaieo, punto á que dió el nombre de bahía de la Buena Acogida, tomando posesion en nombre de Francia el 22 de junio de 1791 de esta isla y de otra mayor que habia visto en el norte.

En el mes de marzo de 1792 abordó á Vaitahu el teniente Hergest, comandante del *Dœdalus*, encargado de llevar provisiones á la expedicion inglesa mandada por Vancouver. En 1793, á principios de febrero, volvió á la bahía de Taio-Hae, de la cual se conservaba un grato recuerdo.

Algunos meses despues presentóse tambien en aquellas islas el pabellon americano: el capitan Roberts, del buque de comercio *Jefferson*, permaneció durante cuatro meses en el puerto de Vaitahu.

Es de notar que Ingraham y Marchand, casi simultáneamente en 1791, Hergest despues, y luego Roberts, aplicaron nombres distintos á estas islas, que muy felizmente tienen otros mas auténticos, impuestos por los habitantes; pero como no se está de acuerdo acerca de estos nombres, y cada cual los escribe á su modo, resulta todavía cierta confusion.

En aquella época, este punto del globo comenzaba ya á ser frecuentado por los buques; pero nos limitaremos á citar la llegada, en junio de 1797, del llamado *Duff*, equipado á expensas de la Sociedad de las Misiones de Lóndres, para trasportar treinta misioneros protestantes á los diversos grupos de la Oceanía. El *Duff* ancló en el puerto de Vaitahu, dejando allí al reverendo Guillermo Pascoe Crook. Un italiano, desertor de un buque de comercio, que ancló tambien en la isla poco despues de marchar el *Duff*, sublevó á los indígenas contra el misionero. Aquel hombre astuto y perverso llevaba un fusil, pólvora y balas; con el auxilio de esta arma, adquirió una gran influencia en el ánimo de los jefes, á quienes excitaba á combatir para alcanzar renombre, y por su proposicion se declaró una guerra horrible á los habitantes de Hiva-Oa. El italiano consiguió que se atacara despues á una tribu establecida en Tauata.

Ningun crímen repugnaba á este miserable; solo tenia una inquietud, y era el temor de que M. Crook descubriera sus planes. Seguramente hubiera conseguido asesinarle á no ser por la llegada de un pequeño buque, la *Betsey*, donde el misionero halló un refugio.

Despues de diversas tentativas para establecerse en Ua-Pou y Nuku-Hiva, M. Crook marchó á Sydney, donde pudo vivir tranquilamente.

Mucho tiempo despues, dirigióse de nuevo á las Marquesas para renovar sus tentativas en el ánimo de los indígenas: llevaba consigo cuatro auxiliares tahitianos, afectos á la mision de protestantes, que mas familiarizados con las costumbres y lenguaje de los indígenas, debian facilitar la conversion. Las esperanzas de este misionero se frustraron una vez mas; sus auxiliares, establecidos en la isla Tauata, volvieron á su país, donde ya les habia precedido M. Crook.

En 1804, el navegante ruso Krusenstern permaneció largo tiempo en Nuku-Hiva con dos de sus buques, el *Nadeshda* y el *Neva*. En esta isla encontró un francés y un inglés que se hacian una guerra mas encarnizada aun que la de sus respectivas naciones.

En 1813, el almirante americano David Porter fué á refugiarse en Taio-Hae, con sus dos buques, *Essex* y *Essex-Junior*, conduciendo las presas que habia hecho á los ingleses durante su correría por los mares del sur. El sitio le pareció conveniente para formar una especie de arsenal, y tomó posesion de Nuku-Hiva en nombre de los Estados-Unidos.

El Congreso no dió importancia alguna á esta toma de posesion; y el capitan americano salió de Taio-Hae, el 13 de diciembre, para continuar sus excursiones, dejando una escasa guarnicion; pero á consecuencia de diversos incidentes y luchas con los prisioneros ingleses y los indígenas, los americanos hubieron de abandonar su establecimiento de Taio-Hae.

En 1835, Nuku-Hiva fué visitada por un francés, el baron Thierry, quien se proclamó rey de la isla, y que en prueba de su pasajera grandeza, dejó en manos de un jóven salvaje, Vavanuha, el singular documento siguiente, recogido despues por el capitan Jacquinot, al pasar con las corbetas *Astrolabio* y *Zelé*:

«Nos, Cárlos, baron de Thierry, jefe soberano de la Nueva-Zelanda, y rey de la isla Nuku-Hiva, certificamos con gusto que Vavanuha, jefe de Portua (?), es amigo de los europeos, y se ha conducido siempre con nosotros benévolamente. En su consecuencia le recomendamos á las atenciones de todos los navegantes, que pueden permanecer aquí con toda seguridad.

»Dado en Puerto-Cárlos (Taio-Hae), isla Nuku-Hiva, el 23 de julio de 1835.

»Cárlos, baron de Thierry.

»Por el rey,

»Ed. Fergus, coronel, ayudante de campo.»

Por último, en 1842, el contra-almirante du Petit-Thouars tomó posesion de las islas en nombre de Francia: esta fecha señala el principio de una nueva era para el país.

III

Salida de Taio-Hae.—Ua-Uka.—La bahía Invisible —Hiva-Oa.—La bahía Hanamenu.—El *hakapahaa.*

Nuestra primera etapa es la isla vecina de Ua-Pou, cuyas cimas, terminadas por picos de extravagantes formas, parecen, vistas desde la bahía de Taio-Hae, una serie de campanarios.

Anclamos por espacio de algunas horas en la bahía de Aneou, donde recibimos la visita de un sacerdote protestante, natural de las islas de Sandwich, quien viene á pagar su impuesto personal. M. M..., encargado del servicio de las contribuciones directas, hállase á bordo muy oportunamente para darle su recibo.

El establecimiento principal de los misioneros



El rey de Vaitahu y su mujer

católicos está en la bahía Hakahau, situada en la punta este de la isla; y como el anclaje no es muy bueno, el comandante ha preferido venir aquí.

En Aneou no hay casas, ni árboles del pan, ni cocoteros; algunos arbustos, que indican la corriente de un riachuelo, constituyen toda la vegetacion de aquella parte árida de la isla.

La bahía vecina, por el oeste, es la de Hakahetau, donde la mision ha edificado una capilla. En esta bahía, ó en su inmediata, la de Haakuti, fué donde Marchand tomó posesion, en nombre de Francia, del grupo noroeste de las Marquesas, en 22 de junio de 1791.

Nuestros asuntos se despachan muy pronto, y proseguimos la travesía por la noche.

A la mañana siguiente anclamos en la punta sudoeste de Ua-Uka, cerca de algunos islotes áridos que nos preservan suficientemente del oleaje. Nuestro jefe y el residente quieren visitar la bahía Invisible (Vaitake de los indígenas), y algunos oficiales se embarcan conmigo en una ballenera para visitar el mismo punto. Bordeamos la costa, muy alta, formada por negras escarpaduras cortadas á pico, contra las cuales se estrellan las olas estrepitosamente, levantando una nube de vapor que brilla al sol como un trasparente velo ornado de piedras preciosas; las aves marinas que anidan en el hueco de las rocas saludan nuestro paso con gritos espantosamente desagradables.

La bahía Invisible tiene bien aplicado su nombre, porque se necesita estar muy cerca y frente á la entrada, para reconocer la depresion que forma y ver la playa de arena que hay en el fondo. Se agitan mucho las olas entre los altos declives que forman la abertura de la bahía; pero algunos golpes de remo nos permiten lle-

gar rápidamente al interior, donde el mar está tranquilo y terso como la superficie de un estanque. Encallamos nuestra ballenera en la arena de la playa, junto á la del comandante.

Lo mismo aquí que en Taio-Hae, un pintoresco valle contrasta por su rica verdura con la aridez de las elevadas paredes de las rocas negras que le circuyen. Cerca de la playa hay algunas casetas bien construidas en medio de una especie de plantacion, limitada por un muro de piedras muy bajo. Penetramos en una de ellas, y nos recibe un americano bastante viejo, probablemente antiguo desertor de un ballenero; está tan pintado como los indígenas, y reside aquí hace mas de veinte años. Nos ha vendido un rompe-cabezas por una suma bastante redonda. Me ha costado muchísimo comprender lo poco que este hombre no ha olvidado de su lengua materna.

Remontamos el valle siguiendo las orillas de un arroyo que acaba por no ser mas que un hilo líquido á distancia de algunos centenares de varas; todo está desierto. Esta garganta se estrecha mucho sin que la pendiente se eleve; la vegetacion se interrumpe casi súbitamente, y bien pronto no vemos sino rocas cuya deslumbrante blancura ofende la vista. Poco despues encontramos tres ó cuatro casetas pequeñas, cuyos habitantes se hallan ausentes. Apenas nos detenemos porque nos acometen miles de grandes moscas, y nos es preciso retroceder agobiados por un sol ardiente. Nuestros hombres, á excepcion de uno solo, que guarda la embarcacion, han ido á visitar las casetas, y entre tanto tomamos un buen baño de mar, con lo cual nos recobramos un poco de la fatiga ocasionada por nuestra excursion.

Embarcados de nuevo, y aprovechando un viento favorable, llegamos al buque, no sin haber experimentado alguna inquietud sobre nuestra seguridad personal, á causa del gran número de personas que contiene la ballenera y el mal estado del mar.

Pocos momentos despues enderezábamos el rumbo hácia Hiva-Oa, la isla mas grande y poblada de todo el archipiélago.

Despues de pasar una noche en el mar anclamos en la bahía de Hanamenu, situada cerca de la punta oeste de la isla. La bahía está dividida en dos ensenadas, por un gran declive de rocas negras, que desde léjos parecen una enorme torre, en cuya cima distinguimos algunas casetas. Las tribus que habitan en los alrededores de la bahía están en guerra; y el comandante ha recibido el encargo de reconciliarlas y restablecer el órden.

Algunos kanacas bajan desde la cima de la escarpadura; y admiro su destreza y agilidad durante aquel peligroso descenso por rocas cortadas á pico.

Varias balleneras y piraguas conducen á bordo á los jefes de las tribus hostiles; el comandante les dirige una severa reprension, que traduce el intérprete oficial, y los enemigos acaban por reconciliarse, recibiendo con placer algunos regalos que les hace nuestro jefe de parte del gobierno francés.

Mientras se celebra así la paz, algunos indígenas visitan el buque en compañía de sus mujeres; M. M... y un oficial del buque, que estuvieron en la bahía algunos meses antes, conocen esa gente. Las mujeres mas jóvenes, muy bonitas, tienen formas recogidas y graciosamente redondeadas; aunque de escasa estatura, no son rechonchas; el cuello se enlaza perfectamente con la graciosa curva de los hombros; y el desarrollo del seno se reduce á los límites regulares. Están acostumbradas á ver á los hijos de Europa porque los balleneros frecuentan mucho la bahía. La aficion al tabaco es verdaderamente increible; una de ellas saca su pipa y nos pide tapaka (tabaco). Las mas de estas mujeres tienen el cuerpo teñido de amarillo con el ekamoa, cuyos principales ingredientes son el aceite de coco y la raíz de una especie de curcuma. Esta pintura tiene por objeto, no solo preservar la piel de los mosquitos, sino tambien suavizarla y blanquearla.

Terminada la conferencia que se ha celebrado en el puente, todos aquellos naturales se aglomeran en las embarcaciones y vuelven á tierra muy complacidos de su visita.

Los habitantes del archipiélago han aprendido de los europeos á extraer aguardiente de la cubierta floral del cocotero. Embriáganse á menudo, y cuando se hallan en tal estado no reconoce límites su furor.

Mis compañeros, que han ido á pasearse á tierra, vuelven muy contentos de su excursion; han tomado un baño delicioso en la cascada del riachuelo que baña el valle; y me dicen que han visto un cadáver, preparado al estilo del país, expuesto en su tejado sostenido por cuatro postes. Esta especie de embalsamamiento, llamado *hakapahaa*, del que se encargan comunmente las mujeres, consiste en frotar el cuerpo con aceite de coco. El cadáver *(tupapako)* se coloca en una planicie con los brazos apoyados en una barra horizontal: al cabo de algunos dias, despréndese del cuerpo, en el que se pasean los gusanos, un líquido purulento; y como las mujeres encargadas de esta repugnante ocupacion

no deben lavarse las manos para comer, toman su alimento junto al cadáver, habiendo algunas que impregnan su *popoi* en el líquido que de aquel se desprende. El fétido olor de aquellos restos humanos no impide á los habitantes entregarse á sus ocupaciones; y todos rien, hablan ó comen como de costumbre. Aquello es un verdadero envenenamiento miasmático: casi todos aquellos que han trabajado en el *hakapahaa* suelen enfermar, y muchos mueren.

Los estóicos mas templados podrian tomar lecciones de los habitantes de este pequeño archipiélago. Los naturales de las Marquesas miran la muerte con una indiferencia increible, cuando viene naturalmente á consecuencia de enfermedad; pero la temen por violencia, sobre todo en la guerra, tal vez por el sentimiento del honor.

Cuando un indígena está gravemente enfermo se dispone al punto su ataud, especie de piragua que construyen delante de él. Si cura, se guarda para otra ocasion, pues una vez hecha, debe servir para aquel á que se destinaba.

Terminados nuestros asuntos, se leva el ancla y salimos de la bahía para trasladarnos á Vaitahu. Despues de contornear el alto cabo cortado á pico que limita á Hiva-Oa por el oeste, nos impelen algunas ráfagas furiosas. En esta parte de la isla, llamada Tierra desierta (Henua ataha), se ven las cimas mas altas de Hiva-Oa.

IV

El puerto de Vaitahu (Tauata).—Atuona.—Regreso á Taio-Hae.—El *upe*.—La reina Vaekeu.—La *koika*, ó gran fiesta.—Carácter y costumbres de los indígenas.

El puerto de Vaitahu, hácia el cual nos encaminábamos, alejándonos de Hiva-Oa, está situado en la costa oeste de la isla Tauata. Despues de algunas horas de travesía descubrimos las ruinas del fuerte que se construyó cuando la primera toma de posesion, en 1.° de mayo 1842. En el anclaje hay un ballenero americano ocupado en hacer provision de agua.

El pueblo se extiende á lo largo de la playa, que está en el fondo de la bahía: el desembarque se efectua difícilmente en este punto, á causa del oleaje de la costa, que se estrella en la orilla; y en su consecuencia, nuestras embarcaciones van á situarse en el ángulo nordeste de la bahía, junto á unas rocas que forman como un muelle natural. El camino, estrecho, resbaladizo y difícil, se prolonga por debajo de una media bóveda pedregosa llena de agua; y no sin algunas caidas, por fortuna poco peligrosas, llegamos á las primeras casas del pueblo.

Nuestra presencia pone en pié á todo el mundo, y no tardamos en vernos rodeados por casi toda la poblacion de la bahía. En las circunstancias ordinarias, los naturales van casi siempre desnudos, y apenas se cubren mas que con el *hami*, pedazo de algodon ó de *tapa* (1), que ciñe la cintura, pasa entre las piernas y termina por detrás con nudos flotantes; pero hoy se han puesto el traje de ceremonia, no el que ellos fabrican para sus grandes fiestas, sino uno semejante al de los europeos, obtenido sin duda en Tahiti.

Los marquesanos, así como todos los indígenas de la Polinesia central, tienen el cabello liso, y le llevan retorcido, adornándole con una cinta de tela, de manera que forme un pequeño cuerno á cada lado de la parte superior; los ojos negros y muy expresivos. Los hombres tienen facciones mas regulares que las mujeres, mejor modeladas, y cuando el observador se acostumbra á sus pinturas, reconoce á veces hermosas figuras bajo este extravagante adorno. Casi todos se afeitan, no solo la barba, sino una parte de la cabeza; en los puntos del archipiélago donde aun no han llegado las navajas se usa un diente de tiburon, cuyo mango es un cuchillo ó un pedazo de vidrio. Los ancianos se dejan crecer la barba; pero generalmente no es sino por especulacion, pues la que es blanca se vende á buen precio para confeccionar adornos.

M. Jouan, que ocupó durante varios años el cargo de residente del archipiélago (2), ha conocido un anciano francés á quien un jefe indígena alojaba y alimentaba en cambio de los productos de su barba, que tenia cuidado de cortar regularmente.

Algunos indígenas llevan el cabello dispuesto en trenzas á un lado de la cabeza, mezclado con dientes de marsuino ó abalorios: esto indica que deben satisfacer una venganza ó matar á un enemigo: estas *vendettas* son hereditarias. Sin embargo, estos naturales llevan generalmente la cabeza desnuda; á veces se ponen tambien una especie de cucurucho hecho con una hoja de latanero.

---

(1) La *tapa* es una tela indígena, fabricada con la corteza de ciertos árboles; esta corteza se bate por medio de un mazo de madera muy duro, que tiene pequeñas nerviaciones. La fabricacion de la *tapa* es comun á todas las islas del Pacífico, y en todas partes se fabrica del mismo modo. Hemos visto las mas hermosas muestras en la isla Futuna, donde una de las caras de la *tapa*, tiene por adorno dibujos de muy bonito efecto; es conocida con el nombre de *siapo*.

(2) M. Jouan, actualmente capitan de navío, ha escrito una Memoria que me parece ser lo que se ha publicado mas exacto y minucioso sobre los usos, costumbres, y estado social de los habitantes del archipiélago. He tomado de este notable trabajo los detalles que no pude obtener por mí mismo.

La senda por donde me dirijo en compañía de M. M., nos conduce á la montaña, donde se halla la tumba del capitan de corbeta, Halley, primer comandante del puesto militar de Vaitahu, muerto con el teniente de navío Lafont-Ladebat, al defender con arrojo nuestro establecimiento, atacado por los indígenas.

Desde el punto donde estamos, distinguimos todos los detalles de la bahia, cuyo golpe de vista es bastante animado, por el movimiento de nuestras embarcaciones y de las piraguas de los indígenas.

Retrocedemos para hacer alto de nuevo delante de la casa de la mision católica, en la cual se oyen cánticos en lengua indígena, que me recuerdan los nuestros. Veo á nuestro jefe en el interior de la casa; ha sido invitado á presidir la distribucion de premios de la escuela dirigida por el misionero francés; y terminados los cantos, proseguimos la marcha.

Paso por delante de las ruinas del antiguo cuartel, en cuyas paredes se ven aun las señales de las balas de los indígenas.

Despues visito algunas casetas bastante limpias, pues no se comete una indiscrecion al entrar, aunque no medie invitacion. Los muebles son muy escasos en estas casetas; del tejado se ven suspendidos los grandes paquetes de *tapa* que contienen los adornos de ceremonia, y unos grandes cestos donde se guardan las diademas de pluma de gallo, y tambien las velas, si así puede llamárselas, hechas con nueces del *aleurites triloba*, y enfiladas en una nerviacion de hoja de cocotero. Algunos útiles de pesca, armas, vasos de madera de diferentes tamaños, botellas, y otros utensilios de Europa, completan el mobiliario.

Vuelvo á bordo algo fatigado de mi excursion por la montaña.

El comandante, que tenia intencion de visitar Fatu-Hiva, la isla mas al sur de todo el archipiélago, se ve precisado á renunciar á su plan, porque los puertos de esa isla no son nada cómodos para un buque tan grande como el *Vaudreuil*. Mucho siento no hacer esta última etapa. La posicion excéntrica de la isla, y los pocos datos que se poseen sobre sus anclajes, Omoa y Hanavave, situados ambos en la costa oeste, son causa de que rara vez vayan los buques de guerra. Los habitantes se hallan desgraciadamente bajo la influencia de algunos desertores de buques balleneros, gente perdida, que son los genios maléficos de la poblacion.

Volvemos á Hiva-Oa, y anclamos esta vez delante de la ensenada de Taahuku. La mision católica está en Atuona, al oeste de Taahuku.

Los indígenas de esta parte de la isla son muy turbulentos. Sus costumbres salvajes cuando están excitados por el aguardiente de coco y las bebidas espirituosas que les venden á bordo de los balleneros, son la causa de frecuentes desórdenes.

A la mañana siguiente nos hallamos de nuevo en Taio-Hae.

M. M., me invita á almorzar con él, y me enseña un ave llamada por los indígenas *upe [serresius galeatus]*, que habita en la parte occidental de Nuku-Hiva, la cual se ha designado, así como Hiva-Oa, con el nombre de Tierra desierta (Henua ataha). Es una especie de paloma bastante rara, del tamaño de una gallina pequeña; tiene el plumaje verdoso, y su carne es muy delicada.

M. M. ha hecho varias excursiones interesantes por la isla, y atravesó esa Tierra desierta, gran meseta árida, donde se ven de vez en cuando pequeños lagos.

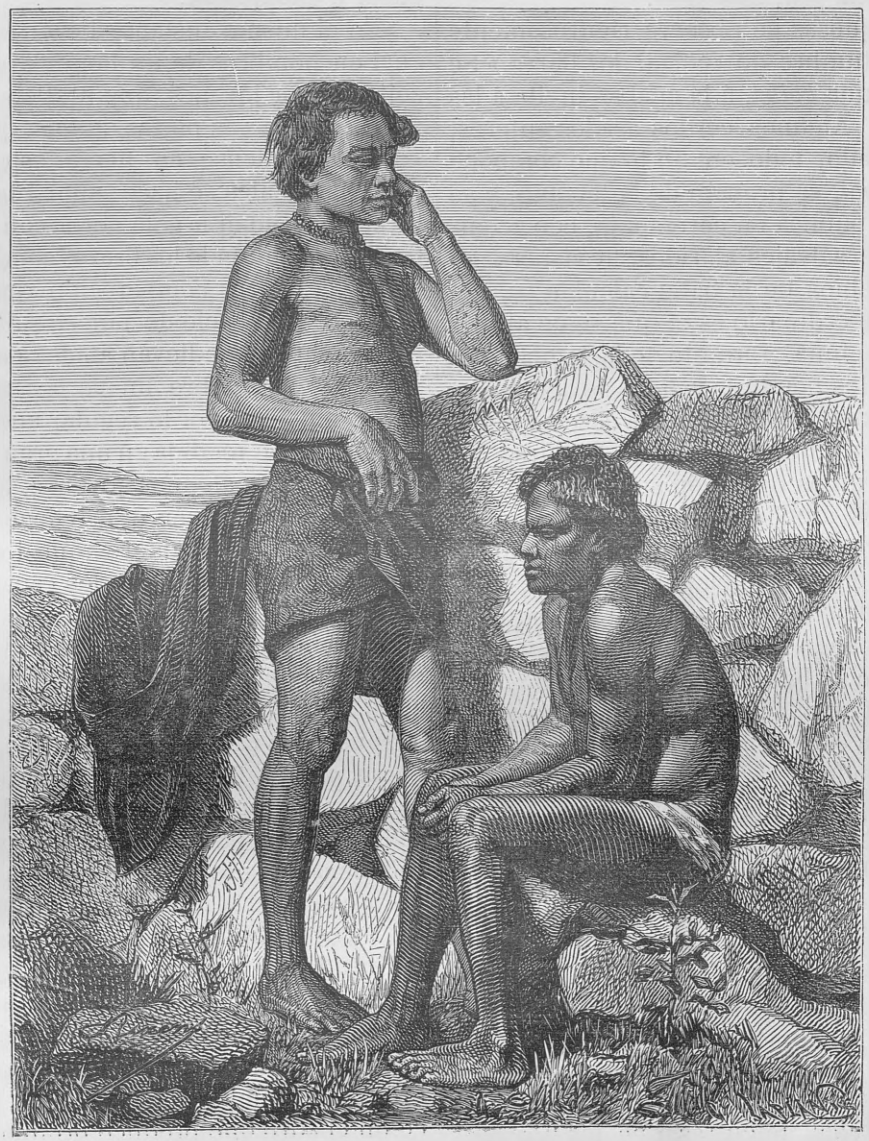
Hay tambien un gran número de cabras que provienen de las que Porter dejó en Nuku-Hiva en 1813. Se han multiplicado prodigiosamente, gracias á la temible prohibicion del *tapu* ó *tabu*, que protegió á estos animales.

Despues de almorzar voy á despedirme de mis amigos del valle: faltábame visitar á la reina de la isla, que habita una caseta muy decente en el oeste de la bahía. Esta vivienda está rodeada de grandes árboles, dominados por las graciosas capas de algunos magníficos cocoteros. M. M., que conoce á la reina, propone servirme de introductor. Es una mujer de cierta edad, de semblante dulce y agradable; nos recibe muy bien, y manda abrir algunos cocos frescos para que apaguemos la sed. Su mano derecha es una maravilla como una pintura; pido permiso para examinarla, y consiente en ello con el mayor agrado. La reina se llama Vaekeu, y es viuda de Te-Moana, que se convirtió al cristianismo en 1853. Vaekeu es sin disputa la mas ferviente de las indigenas que abrazó la fe católica. Completamente sorda, continúa percibiendo una parte de la pension que el gobierno señaló á su esposo. Este último, muy turbulento en su juventud, vióse obligado, á consecuencia de una especie de rebelion, á refugiarse en un buque inglés que le condujo á Lóndres. A Te-Moana no le gustaba que le hablasen de este viaje, durante el cual hubo de sufrir tratamientos que no convenian á su calidad de jefe: en Lóndres le enseñaron por dinero.

El clima de las Marquesas, aunque cálido y húmedo pasa por ser muy sano: las alternativas de la estacion seca y de la lluviosa no se marcan

siempre bien; llueve á torrentes durante los meses de mayo, junio, y julio; y en noviembre y diciembre, la extremada sequía paraliza la vegetacion. Algunos años es terrible, en los rios falta el agua, y los frutos del árbol del pan no maduran, en cuyo caso se debe temer una escasez desastrosa, si los indígenas no han hecho gran acopio de *popoi*.

Los marquesanos no son muy locuaces: hablan con una voz de bajo formidable, acentuando



Naturales de Vaitahu

fuertemente las sílabas de su rudo dialecto; las mujeres y los niños tienen tambien la voz muy bronca. En lenguaje de estos indígenas, uno de los mas toscos de Polinesia, se hace mucho uso de la *k* y de las aspiraciones nasales; es menos duro en el grupo del sudeste, donde la *k* se convierte en *n*, y la *h* se aspira fuertemente como *f*. En la misma isla se observan tambien algunas diferencias de una tribu á otra.

Durante nuestra permanencia en las Marquesas, no hemos tenido ocasion de asistir á las grandes fiestas que celebran los naturales en ciertas ocasiones; pero no se podria dar mejor descripcion que la que hallamos en la Memoria de M. Jouan.

«Bajo un clima tan cálido, dice, nada de extraño tiene que los indígenas sean naturalmente inclinados á la pereza, sobre todo si consideramos que la naturaleza les proporciona con que subsistir sin necesidad de trabajar. Naturalmente taciturnos, el atractivo del placer, y á veces el amor propio, son las únicas cosas que pueden

hacerles salir de su apatía. Hay casos en que una tribu trabaja durante tres ó cuatro años para preparar una fiesta, bien á causa de la muerte de un jefe, bien porque se trate de pintar por primera vez á un jóven de alto rango, ó ya en fin para inaugurar una obra de utilidad pública, una piragua, una red, una casa.

»En las Marquesas se observa rigurosamente la antigua costumbre de «colgar los llares.» Se da una fiesta, una *koika*, á la cual se invita á las tribus amigas. Algunos cerdos asados enteros, bananas, pescado, todo en fin lo que compone el *i-nai* del *popoi*, se prepara de antemano, y se lleva á la plaza pública en ceremonia, con acompañamiento de salvajes alaridos, la víspera del dia que los sabios de la tribu calculan para la fiesta, y que de ordinario es el que sigue al primer cuarto de luna. Durante toda la noche se duerme poco: los hombres válidos se ocupan en cantar y en tomar el *kava* en las casetas inmediatas á la plaza; mientras que en las otras, las mujeres y los niños disponen sus trajes para la ceremonia. Los muchachos se entretienen en tocar algun aire con los *koika*. Varios dias antes de la fiesta, y con frecuencia un mes, se les pinta con el jugo de ciertas plantas para blanquearles la piel, y cuando están bien bañados y lavados, los visten. Algunos llevan mas de cien metros de *tapa* arrollados en el cuerpo, de modo que forme una especie de falda. El tocado consiste en una diadema de plumas de tórtola ó de cotorra, sobrepuesta de un verdadero bonete de pelo de barba blanca. La parte posterior de la cabeza queda oculta por un pedazo de tapa, que forma una especie de gran escarapela de un metro de ancho; los tobillos desaparecen bajo una mata de pelo.

»Al rayar el dia, resuenan los tambores en la plaza pública, acompañando su redoble espantosos alaridos. Los convidados llegan á la plaza por todas partes; las mujeres se colocan en los *paepae* (1) laterales, mientras que los hombres forman círculo para cantar las hazañas y alianzas de la tribu, con acompañamiento de tambores y palmadas; á veces dan estas con la mano derecha sobre el codo izquierdo, con tal fuerza, que las gotas de sangre llegan á la piel. Estos cánticos y gesticulaciones son lo que se llama la *ulaula*.

»El canto es un recitado monótono, interrumpido á intervalos por un alarido, que recuerda las impresiones de los primeros navegantes que visitaron á estos pueblos antropófagos; agréguese á esto el aspecto feroz de los actores, algunos de los cuales llevan en la cintura cráneos humanos llenos de piedrecitas con los cuales producen una música horrible cuando se agitan, y se comprenderá que hay bastante para inspirar pavor á cualquiera.

»En el mismo instante llegan los niños, cada cual en hombros de un hombre vigoroso, y escoltados por jóvenes, que sostienen la extremidad de las largas piezas de *tapa* que les envuelven. Extiéndense en tierra esterillas nuevas, sobre las cuales se hace saltar á las pobres criaturas, que sudan la gota gorda con sus suntuosos trajes, extendiendo los brazos como los que tocan las castañuelas, comparacion que parece mas justa por la especie de pinceles de plumas y de barba blanca que llevan atados en los dedos.

»Mas léjos, sobre un *paepae* particular, hay varios músicos, por lo regular ancianos, los cuales soplan sin medida en una gran concha. Junto á ellos se ven algunos jóvenes, los *leones* de la fiesta, quienes tienen el privilegio de excitar las carcajadas de las mujeres que les rodean; son los *graciosos*, como dirian los españoles. Su traje es poco mas ó menos el mismo que el de las criaturas, y así como á estas, se les unta contínuamente con aceite de coco. Algunas veces se c racteriza la fiesta por las danzas de mujeres desnudas: lo que hemos visto es repugnante; algunas viejas y feas matronas, que llevan por todo traje un cinturon de *tapa*, el cual cubre solo el estómago y la parte superior del ombligo, saltan cadenciosamente, oprimiendo las rodillas: muy pronto se aparta la vista con disgusto.

»Tal es el público de la *koika*: el aspecto de esta multitud es extravagante; la entrada de las diversas tribus en la plaza pública, en el momento de aparecer bajo el sombrío follaje de los grandes árboles; los trajes imponentes de los hombres; la elegancia de las mujeres; todo esto ofrece un cuadro que produce profunda impresion. Muy pronto, sin embargo, atruenan los gritos salvajes de aquella gente, aunque los espectadores no se cansan; y si se prescinde de algunos chistes y bromas que excitan la risa de vez en cuando, todo se hace gravemente. No se creeria que esa gente se divierte, y que ha trabajado durante algunos años para conseguir tan escaso placer. »En uno de los lados de la plaza pública se ha erigido de antemano una especie de altar, adornado de follaje y toscas estatuas, una de las cuales representa un hombre sentado, y la otra un lagarto enorme. Con frecuencia se ponen allí tambien los cráneos de los enemigos muertos en la guerra.

(1) El *paepae* es una plataforma cuadrangular bastante alta, construida con grandes piedras; la parte superior es casi lisa.

»Despues de algunas ceremonias religiosas, de las cuales nos abstendremos de hablar, porque no hemos podido observarlas convenientemente, una especie de heraldo anuncia al público que es la *koika* de tal tribu ó tal jefe; que hay cerdos, *popoi*, etc.; y despues comienza la distribucion de los víveres á los convidados. Los que dan la fiesta no comen, ni parecen tomar parte en ella; y los convidados se llevan á su casa lo que les sobra. Despues de la distribucion vuelven á comenzar los cánticos y los aullidos con mas fuerza que antes, hasta la una de la tarde poco mas ó menos, hora en que es preciso irse á dormir la siesta, suceda lo que quiera. Despues continúa la festividad, que suele durar tres dias con sus noches. En todo este tiempo no se economiza el *kava* ni tampoco las bebidas espirituosas *(namu)*, si es que se ha podido obtenerlas; la orgía es completa y llega hasta los últimos límites.

»Una de las principales razones para que sean tan largos los preparativos de una *koika* consiste seguramente en el *tapu*, al que se somete á la tribu, la cual no puede hacer guerra durante este tiempo, si bien es verdad que está libre entonces de hostilidades. Durante el período de la *koika* no es permitido, bajo la pena de ser declarado infame, cometer acto alguno hostil contra cualquiera que tome parte en la fiesta, pues entonces la *koika*, no valdria nada, porque no llenaria el objeto religioso que se propone. Sin embargo, á veces se prescinde de estas cuestiones: la guerra que surgió en toda la isla de Uauka en 1856, reconoció por causa una pérfida agresion en detrimento de los convidados á una fiesta, por parte de los que la daban. Allí donde no alcanza nuestra influencia, fuera de Nuku-Hiva, los *koika* van acompañados algunas veces de sacrificios humanos, que nuestra presencia impide en esta isla, donde se reemplazan las víctimas humanas por tortugas marinas, perros y cerdos.

»Fuera de estas festividades, los naturales no son demostrativos ni habladores: despues de haber dicho *¡Kaoha!* (buenos dias) y de preguntar de dónde se viene y á dónde se va, la conversacion queda casi terminada. Al principio, son recelosos, como todos los salvajes; pero cuando conocen mejor á las personas con quienes tratan, su desconfianza disminuye mucho. Son muy hospitalarios, son una raza afable y buena; pero *negativa*, si me es permitido expresarme así. No se debe buscar en ella los sentimientos tan comunes en los pueblos civilizados, y que nosotros creemos innatos en todas partes. Esos *hijos de la naturaleza*, tan preconizados por la filosofía del siglo último, se distinguen por una nulidad moral desconsoladora: el amor, la amistad, los lazos de familia, los sentimientos, y en una palabra, las afecciones del alma, no existen en ellos. La muerte del padre no aflige en modo alguno á sus hijos; la madre ve morir con indiferencia á los suyos, si bien es verdad que estos son entregados por lo regular á manos extrañas apenas nacen. Entre esta gente, jamás el amigo recibe al otro con demostraciones y caricias; solo las necesidades materiales les inducen á asociarse y obrar de concierto.

»Apenas está una mujer en cinta, solo se trata de saber quién adoptará su hijo; rara vez es educado este por sus padres; y así es que no existe la familia tal como nosotros la entendemos. Esta manera de proceder, impuesta sin duda por la necesidad de contraer alianzas con otras familias y tribus, ocasiona en los parentescos una confusion muy difícil de aclarar. Además de las adopciones de niños recien nacidos, hay otras entre personas de toda edad y sexo; y nada mas comun que ver á un niño titularse padre ó abuelo de un anciano. Los sobrinos se consideran como hijos verdaderos ó adoptivos del tio ó de la tia.

En el lenguaje, las designaciones son las mismas entre primos y hermanos. El marido llama á su cuñada *vehine* (mujer, esposa), á causa de una antigua costumbre que le confiere derechos sobre ella en ausencia de su mujer legítima.

»De los parentescos de adopcion se origina otra costumbre que consiste en cambiar de nombre con un amigo, lo cual origina una amistad mucho mas sólida. El amigo ordinario *(ehoa)* no tiene apenas derecho sino á simples consideraciones de política; mientras no se puede negar nada á su *ikoa (inoa*, en el grupo del sudeste), que significa nombre. Esta costumbre tiene igualmente por objeto asegurar protecciones, ó alianzas en la guerra, durante los viajes, etc.

»El casamiento es un convenio mutuo entre el hombre y la mujer, los cuales pueden separarse con la misma facilidad con que se comprometieron. El nacimiento de los hijos no va acompañado de ninguna ceremonia; apenas salə á luz el niño, se le baña en agua fria, mientras se le hace comer á la madre una buena porcion de popoi calentado sobre guijarros rojos. Despues se somete tambien al recien nacido al régimen del popoi, lo cual permite destetarle muy pronto. No creemos que en ninguna parte del mundo sean los niños mas felices que en las islas Marquesas; hacen absolutamente todo cuanto quieren; y así es que pocas veces se les oye llorar.

»La poligamia es muy rara; solo algunos jefes tienen varias mujeres; pero se ve á menudo á estas vivir con dos maridos en perfecta inteligencia.

»Se ha acusado á los habitantes de las Marquesas de atroces crueldades; varios hechos parecerian confirmar este aserto; pero, preciso es confesarlo; las mas de las veces no hacian sino tomar la revancha. ¡Cuántos naturales fueron arrebatados sin escrúpulo por balleneros cuya tripulacion no estaba completa! ¡Cuántas veces los navegantes procedieron con reconocida mala fe en sus transacciones! Hé aquí porque los primeros blancos que caian en manos de la tribu pagaban por los demás. Podemos citar cien casos en que los males no provenian de los indígenas, sino de los hombres que pretendian civilizarlos.

»En Taio-Hae, donde siempre hemos tenido un pié de tierra desde 1842, los naturales han



Los padres del rey de Vaitahu

modificado notablemente sus costumbres, y es la mejor gente del mundo. En los parajes no frecuentados por los buques son mas recelosos y salvajes, y conviene siempre estar alerta.

»Una de las principales causas de la amistad que nos profesan los habitantes consiste en que aseguramos poco á poco la paz en toda la isla. Podria decirse que los sacrificios humanos y el canibalismo no existen ya; los hombres ancianos que tomaron parte en estos horribles festines se abstienen de ellos cuanto pueden; pero tal vez se recobren las antiguas costumbres si nos vamos del todo.

»En las otras islas, la antropofagía y los sacrificios humanos existen siempre, pero no son tan frecuentes como se ha dicho.

»Se comen los prisioneros poco numerosos y los enemigos muertos; pero mas bien *por bravata que por gusto*: los mismos naturales nos han dado á conocer este hecho, y muchos alegan no haber tomado jamás parte en semejante festin. Los relatos que los habitantes de las diversas islas hacen unos de otros han contribuido á la mala reputacion que se les atribuyó.

V

EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS TUAMOTU.—LAS ISLAS GAMBIER

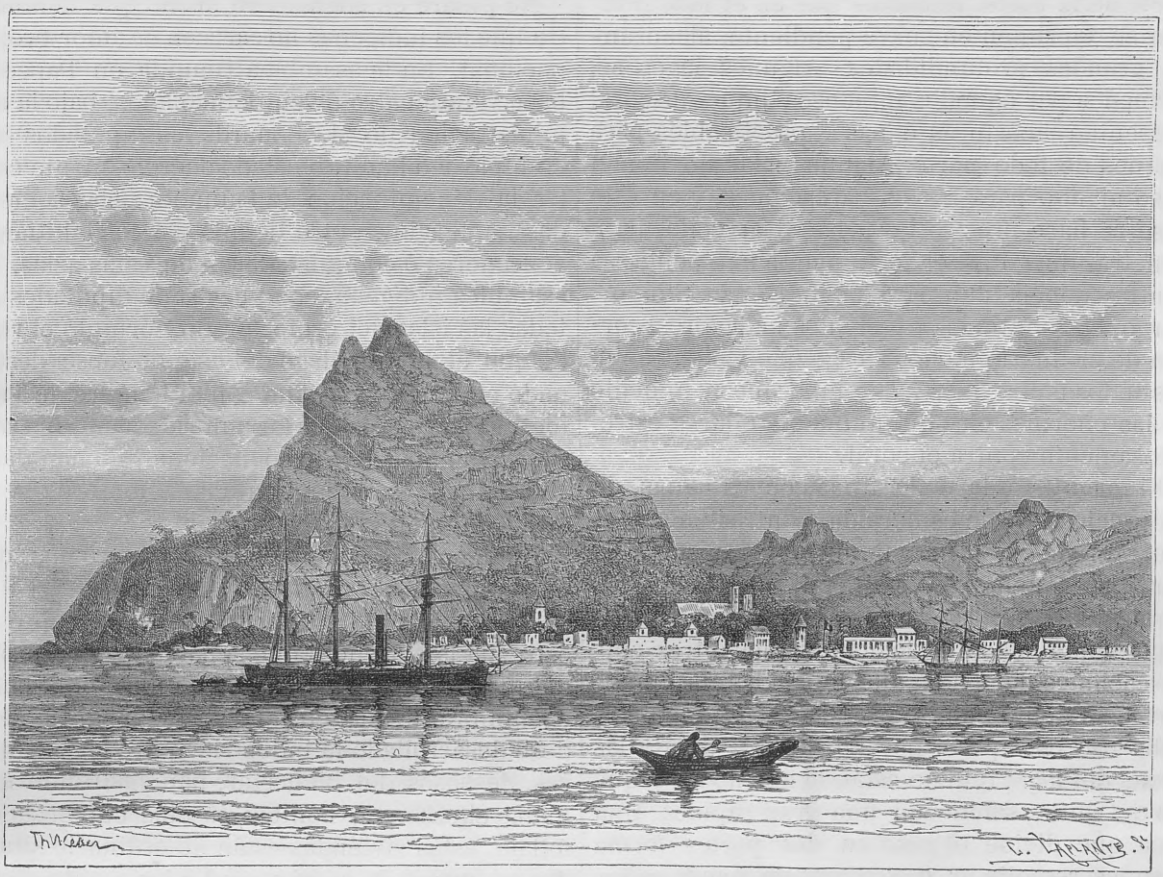
La isla Anaa.—El pueblo de Tuahora.—Casetas.—Danzas indígenas.—Fabricacion del aceite de coco.—Náufragos de la isla Anuanuraro —Hao.—Amanu.—Akiaki.—Vahitahi.—Marutea —El archipiélago Mangareva ó de las Gambier.—Kauehi.—Fakarava.—Pesca de las ostras perleras.—Rairoa.

El 15 de enero de 1873, á las diez y cuarenta minutos de la mañana, el *Vaudreuil* salia de la rada de Papeete (isla Tahiti); y apenas franqueado el paso, apagáronse los fuegos y se restableció el velámen. Nuestra primera etapa debia ser la isla Anaa, punta la mas importante de las Tuamotu.

Los vientos que soplaban generalmente del este en las islas, no nos permitian seguir la ruta directamente; á no ser por esto, hubiéramos franqueado en menos de dos dias la distancia de unas ochenta leguas marinas que median entre Anaa y Papeete.

Algunas horas despues de nuestra salida, divisamos los islotes de Tetiaroa, situados á veinticinco millas al norte de la punta Vénus; estos arrecifes de coral, que pertenecen á la reina Pomaré, están cubiertos de magníficos cocoteros.

En la mañana del 17 llegamos bordeando á la vista del islote Meetia, que forma parte de uno de los distritos de Tahiti, el de Tautira. Esta tierra alta, situada á unas veinte leguas marinas de la punta sudeste de Tahiti, es un excelente punto de reconocimiento para los buques



Parte sur de la isla Mangareva, pueblo de Ritikea (islas Gambier)

que quieren penetrar en Papeete: habítale una reducida poblacion. La víspera, por la tarde, habíamos virado de bordo á siete ú ocho millas al oeste de la isla Makatea, tierra bastante alta, sin lago interior, habitada por una poblacion de ciento treinta indígenas, poco mas ó menos. En la isla hay magníficos ejemplares del *tamanu*, árbol que se emplea mucho para la construccion de las piraguas y de las casetas. En Makatea se encuentran grutas muy profundas, adornadas de magníficas estalactitas. En otro tiempo era el lugar de destierro de los criminales de Tahiti.

El 20 de enero, á la una de la mañana, anclamos en la punta oeste de Anaa. Cuando subo al puente, casi en el momento de salir el sol, puedo admirar la isla, que se presenta bajo la forma de una larga cortina de verdura.

Hacia pocos instantes que proseguíamos la marcha cuando nos detuvimos, á las ocho y cuarenta minutos, delante del pueblo principal, el de Tuahora, mas allá del cual flotaba el pabellon francés en un gran mástil.

Anaa es una isla cubierta de bosque, de diez y ocho millas de longitud por nueve de anchura: se compone de un gran número de islotes madrepóricos, situados regularmente sobre un arecife circular, como los anillos de una cadena; estos islotes son de ordinario bastante altos, sobre todo en la parte norte. Anaa es la isla mas poblada de todo el archipiélago, y cuenta unos mil quinientos habitantes, los mas civilizados entre los Tuamotu. El único producto es el aceite de coco. Por su importancia se ha elegido para establecer la morada del residente.

Esta descripcion de Anaa se aplica á casi todas las islas del archipiélago, que no son sino largos arrecifes de coral, de cuatrocientos á quinientos metros de anchura, los cuales rodean un lago interior que alcanza cien millas de circuito en Rairoa, y noventa en la isla Fakarava. Estas largas murallas madrepóricas, en parte á flor de agua, ó elevándose algunos metros sobre el nivel del mar, no ofrecen ningun anclaje por la parte de la costa, mientras que en el lado interior se deprimen en suave pendiente, alcanzando grandes profundidades. Algunos lagos así formados por aquellos inmensos diques de coral presentan aberturas ó pasos practicables para buques de todo porte. Algunas islas no tienen paso alguno para las embarcaciones, y en este caso se hace preciso llevarlas al arrecife, para penetrar luego en el lago, operacion peligrosa con frecuencia, aun para los indígenas. Sin embargo, estos últimos, excelentes nadadores, corren de ordinario menos riesgo que los extranjeros en los embarques y desembarques, en medio de las enormes olas que van á estrellarse estrepitosamente contra el coral.

El magnífico lago de Anaa, cuyas aguas, de un precioso verde esmeralda, contrastan con el azul del mar, no se comunica con este sino por un pequeño paso artificial, abierto en los corales en 1860; da entrada á una pequeña dársena donde pueden estacionarse dos ó tres embarcaciones de ocho á diez toneladas. La impetuosa corriente que reina casi de contínuo, hace peligroso este paso: por allí es por donde las aguas del lago, que no están al mismo nivel que las del mar, salen con una gran rapidez. Una roca que divide el paso en dos partes forma grandes remolinos; y se proyecta hacer saltar este obstáculo, lo cual regularizaria mucho la salida de las aguas del lago.

Esta falta de comunicacion practicable entre el interior del lago y el mar es una dificultad grave para la importancia comercial de la isla: por eso desea el gobierno del protectorado ver á los indígenas establecer su principal mercado de aceite de coco en el lago interior de la isla Fakarava, enteramente separado en toda su longitud por un canal que desemboca en el mar por dos grandes pasos, uno al norte y el otro al sud. Reconociendo cuán grande era este obstáculo, el residente de las Tuamotu, teniente de navío Mariot, informado por un pescador indígena de que el arrecife se prolonga un poco debajo del agua por el nordeste del paso, se ha propuesto establecer un punto de amarre en este plano, cuya inclinacion es bastante pronunciada. Esto permitiria á un gran buque amarrarse encima, á pesar de los vientos que reinan de ordinario en el archipiélago, en vez de maniobrar constantemente, como debe hacerlo el *Vaudreuil* para mantenerse á corta distancia de tierra.

Un ballenero, que conduce al residente del archipiélago Paumotu ó Tuamotu, se dirige hácia nuestro buque: es M. Mariot, que viene á ver á nuestro comandante.

No pasaré en silencio un hecho que demuestra que los indígenas no carecen de amor propio nacional. En la asamblea reunida en Papeete, hace veinticuatro ó veinticinco años, bajo la administracion de M. Bonard, los diputados del archipiélago han protestado enérgicamente contra la denominacion de Paumotu (islas sometidas), aplicado en otro tiempo por los tahitianos vencedores ó conquistadores de estas islas. La asamblea indígena, compuesta de diputados de todas las islas del protectorado, formuló el voto de que el archipiélago del este no fuese designado en lo sucesivo sino con el nombre de Tuamotu (islas lejanas); y las autoridades francesas, satisfaciendo este deseo nacional, no han dado al archipiélago oficialmente mas nombre que el de Tuamotu, desde 1852.

Terminado el almuerzo, un ballenero nos conduce á tierra.

El pueblo de Tuahora está situado sobre la estrecha faja arenosa que separa el lago interior del mar, en los dos lados de un camino, cuya deslumbrante blancura fatiga la vista. Habiéndose desarrollado la industria entre los insulares, deseosos del bienestar, han sustituido sus malas chozas con bonitas casetas cubiertas de follaje: estas viviendas están de ordinario situadas en moles de coral cortado; los montantes y los marcos de las puertas y ventanas se han hecho con troncos de árboles *(pandanus)*, cuyo follaje forma el tejadillo; los tabiques se fabrican con aristas sobrepuestas de hojas de cocotero. En algunas de estas casetas hay lechos con esterillas y mosquiteros.

Cerca de una vemos zanjas abiertas en el coral, de cuatro á cinco metros de profundidad por seis ó siete de anchura, y cerca de quince de longitud. Con un poco de tierra vegetal, los indígenas han convertido estas zanjas en jardines que contienen excelente *taro* (*arum esculentum*), algunas cañas de azúcar, bananos, ananas y tabaco.

Despues de un paseo bastante largo por el pueblo de Tuahora, donde en todas partes se nos recibe con gusto, entramos en la *residencia* agobiados por el calor y la fatiga. M. Mariot nos recibe muy cordialmente, obsequiándonos con los

refrescos que tanto anhelan nuestros resecos paladares.

El pequeño cuartel de la guarnicion está comprendido en el recinto de la residencia, y voy á visitarle. Me hace los honores un sargento de infantería de marina que vino á Tahiti, hace algunos años, con la *Sibila*, á cuyo bordo iba yo. Insiste en hacerme aceptar una magnífica caña de pandanus y algunas bonitas conchas que enriquecerán nuestras colecciones. Con el residente encontramos al jefe de Tuahora, hombre de arrogante figura, cuyas facciones expresan la inteligencia; tambien se halla con ellos el jefe de la isla Kanchi, que debe servirnos de piloto en nuestra excursion, y el intérprete oficial, ex-sargento de infantería de marina, quien nos acompaña igualmente. Nuestro jefe llega poco despues, y trabamos la conversacion, interrumpida muy pronto por el sonoro redoble del tambor y los cánticos de una multitud de indígenas de ambos sexos reunidos delante de la residencia. Esta gente quiere ofrecernos el espectáculo de un divertimiento á su gusto; y, segun costumbre, la danza hace el gasto principal. Tomamos asiento en la ancha galería que decora la fachada de la residencia, mientras los habitantes se quedan al sol.

Los tuamotu pasan por ser los mas intrépidos bailarines de los Estados del protectorado. Tienen dos especies de danzas: en la una se apoyan en los talones, y en esta postura imprimen á sus brazos los mas graciosos y variados movimientos; un canto monótono acompaña de ordinario esta danza, marcando el compás. En la otra, los ejecutantes dan á conocer con expresivas pantomimas las pasiones que les agitan: uno de los espectadores marca el compás de aquellas furiosas contorsiones, golpeando con la palma de la mano en una especie de tambor formado en el tronco de un cocotero, que presenta por un lado una piel de tiburon muy tirante. El instrumento indígena ha sido reemplazado ahora por dos tambores ordinarios, que se tocan con mucha destreza. Los demás espectadores excitan á los bailarines con acompañamiento de palmadas.

Los naturales de Anaa, que mantienen frecuentes relaciones con el archipiélago de Tahiti, han reconocido que el fruto del pandanus y la pesca del lago no basta para su alimento, y han tratado de sacar partido de la naturaleza de sus tierras para plantar el cocotero. Este árbol precioso ha prosperado mucho en la isla, donde crece casi sin cultivo; despues se ha propagado de isla en isla en la parte este del archipiélago. El cocotero, tan útil á los indígenas, queda devastado á menudo por un enorme cangrejo terrestre, provisto de pinzas muy fuertes, que es muy aficionado á sus frutos.

Los cocos han llegado á ser para los indígenas la base de su alimento, y con él se nutre tambien á los cerdos, las aves domésticas y los perros. La carne de estos últimos se considera como un manjar muy delicado.

Los procedimientos que se emplean para obtener el aceite de coco son aun muy primitivos: los indígenas recogen las nueces que caen naturalmente del árbol cuando están maduras; las raspan con una hoja de hierro dentada, fija en un caballete; dejan luego esta especie de pulpa en unos depósitos en forma de piraguas, construidos con los troncos mismos del cocotero, y allí la tienen expuesta al sol por espacio de dos ó tres semanas. Al cabo de este tiempo, la porcion raspada se ha liquidado lo bastante para que comprimiéndola con la mano se pueda extraer el aceite. Lo que ha quedado despues de esta primera operacion se pone en una prensa de madera muy tosca, y con su auxilio se obtiene gran cantidad de aceite; pero en cambio se pierde una parte del producto. Muchas casas prefieren expedir las nueces á Europa, con el nombre de *copperas*, para someterlas á la accion de prensas muy perfeccionadas. Los restos que aun quedan despues de la última operacion, sirven para alimentar el ganado ó como abono de las tierras.

El dia adelanta: el comandante recibe aviso de que los víveres y otros artículos destinados para el residente están en tierra; y habiéndonos dado la señal de regreso, salimos de Anaa para volver á bordo, muy complacidos de la visita y de la amabilidad del residente.

El 24 avistamos durante el dia la isla Anuanurunga, compuesta de cuatro islotes situados sobre un arrecife. Su vecina, Anuanuraro, que los documentos oficiales dan como inhabitada, es la misma que visitó á principios de 1874 el residente de las Tuamotu. Hé aquí el informe de este oficial:

«Hemos llegado en la tarde del 9 de enero á la isla de Anuanuraro, donde debia encontrar, segun informe, varios náufragos en situacion muy precaria. La miseria de estos infelices no se podria apenas describir: no habia en la isla mas que un pedazo de tela, la bandera del protectorado; y hombres y mujeres hubieron de trenzar algunas esterillas con la hoja del pandanus para cubrirse. Esta isla fué visitada en otro tiempo por pescadores de M. de Brander, que iban á buscar nácares, y que no volvieron por no haber sido la pesca productiva. Los náufragos eran cuarenta y seis, todos ellos habitantes de

Vahitahi: habian hecho el viaje en piragua desde esta isla á Anaa, para pedir leyes y la bandera del protectorado, la cual les dió M. Dubouzet, que se hallaba entonces en Anaa, adonde habia venido para inaugurar la iglesia de Tematahoa.

»Volvian á sus lares, cuando una tempestad les sorprendió, arrojándoles sobre Anuanuraro, donde las piraguas se hicieron trizas, muriendo dos de los tripulantes. Su único alimento era el pandanus, cuyo tronco chupaban, y unas grandes conchas bivalvas; pero felizmente tenian muy buena agua para beber. En el momento de abordar al arrecife, aquellos desgraciados corrieron hácia mí, diciéndome, temerosos de que su aspecto me hiciera retroceder:

—»No temais nada, no somos salvajes, sino unos infelices náufragos.

»Una goleta del Estado los recogió á bordo y los condujo á Vahitahi, su patria, de la que estaban ausentes hacia veinte años.»

En la mañana del 27 estábamos á la vista de Hao y anclamos delante del paso, cuyo lado este se indica por una magnífica espesura de cocoteros. El pueblo principal se halla á cinco millas, por la parte del este, sobre una marcada elevacion de terreno, casi una colina, cubierta igualmente por aquellos árboles, que constituyen un magnífico bosque; es la parte mas elevada de la isla; su poblacion, muy numerosa en otro tiempo, disminuye mucho por las emigraciones. De ella obtuvo la casa Brander de Papeete la mayor parte de sus pescadores de nácar. Aun se cuentan trescientos habitantes.

Segun he dicho ya, todas estas tierras se asemejan: los detritus han formado con el tiempo una delgada capa de tierra vegetal en la parte superior de esas largas fajas arenosas, y esto ha bastado para que crezcan desde luego el pandanus y una especie de mirto llamado *mikimiki*.

A las once proseguimos nuestra marcha sobre Amanu, que distinguíamos desde por la mañana: el pueblo y los pasos están en la costa noroeste de la isla; los segundos, en número de dos, no son practicables sino para las embarcaciones.

El comandante salta en tierra con Paiore, nuestro piloto é intérprete, á fin de comunicarse con los indígenas, que se han reunido á la entrada del paso. Poco despues vuelve á bordo, y nos alejamos de Amanu á las tres y media, bordeando la costa á escasa distancia.

Al dia siguiente, 28, á las tres de la tarde, pasamos á pocas millas al sud de Akiaki, notable por la ausencia del lago interior: esta isla, muy pequeña, se eleva un poco mas que las otras. Algunos indígenas, cuyas casetas distinguimos bajo el espeso follaje que las cobija, corren para vernos: las olas se estrellaban con violencia alrededor de toda la isla, y no era posible el desembarco.

En la tarde del mismo dia dimos vista á Vahitahi, que no es otra cosa sino un inmenso arrecife á flor de agua, con tres grandes islotes cubiertos de bosque en la parte noroeste. Es uno de los puntos mas peligrosos del archipiélago para los buques que vienen del este, porque el arrecife es muy extenso por esta parte, y hasta en una noche muy clara se estaria encima de él antes de ver los islotes del noroeste. El del norte es el pueblo principal, mas grande y mejor cubierto de bosque que los otros. Tampoco es posible la comunicacion, porque el oleaje se estrella furiosamente alrededor.

El 31 divisamos Marutea, gran isla deshabitada, donde los indígenas de las Gambier se presentan algunas veces para pescar el nácar, tan abundante como hermoso. No hay paso ni siquiera para que entre un pequeño buque. Esta isla es muy extensa; los islotes que la forman son bajos, y los del oeste tienen poco bosque; solo se ven algunos cocoteros; la vegetacion se compone en gran parte de espesos matorrales de *mikimiki*. El lado del este es el mas favorecido, si hemos de dar crédito á la entusiasta descripcion del capitan Edwards, de la fragata inglesa *la Pandora*, que descubrió esta isla en 1791.

Al dia siguiente, al amanecer, nos hallábamos á una milla al norte de los arrecifes del archipiélago de las Gambier; durante la noche habíamos visto la tierra alta de Mangareva.

El archipiélago de las Gambier se compone de cuatro islas bastante altas, Mangareva, Taravai, Akamaru, Aukena, y un gran número de islotes deshabitados, algunos de los cuales, particularmente los del sudoeste, tienen una gran elevacion.

Los pilotos vienen á recogernos á pocas millas del anclaje: uno de ellos, Daniel Guilloux, es hijo de un francés, que mandó durante largo tiempo una goleta de la mision católica, y que se halla actualmente á la cabeza de una pequeña casa de comercio. Nos conduce muy hábilmente en medio de un inmenso laberinto de bancos de coral que deben evitarse, y acompáñale el jefe de Taravai, que no conociendo el francés, deja á Daniel encargado de la ruta.

El archipiélago de las Gambier, que termina las Tuamotu en el sudeste, se distingue sin embargo bajo el punto de vista físico y político. El aspecto de la isla principal, Mangareva, es bastante agradable; el monte Duff, que la termina

al sud, tiene cuatrocientos metros de altura; el monte Mokoto, cuya elevacion es casi la misma, ofrece la forma de un cono casi regular.

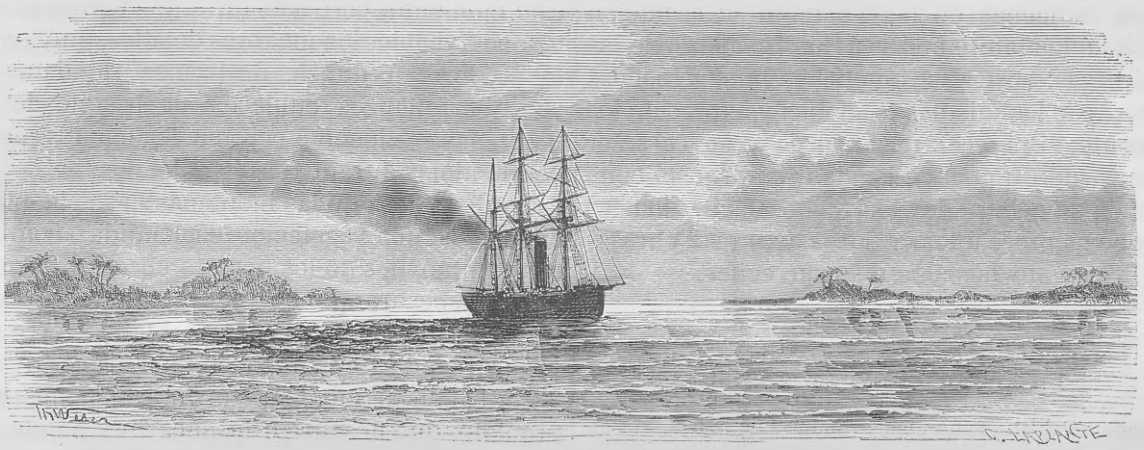
Por la tarde saltamos á tierra para ir á dar un paseo por el pueblo llamado Mangareva ó Rikitea: un vivero perteneciente á la familia real facilita el desembarco.

En 1844, el rey y los grandes jefes de las Gambier pidieron el protectorado de Francia; y ya hacia diez años que se habia establecido una mision católica. Los indígenas conceden al jefe de ella toda clase de autoridad en los mas insignificantes asuntos del país. El número de habitantes pasa de mil quinientos.

La iglesia de las Gambier es una de las mas notables de toda la Oceania: está construida con piedra.

El desembarcadero está lleno de una multitud de indígenas, entre los cuales vemos algunos naturales de la isla de las Pascuas (Rapa-Nui), que los misioneros han hecho venir aquí. Todos tienen pinturas muy delicadas; son mas altos y mejor formados que los habitantes de las Gambier.

Esta isla de las Pascuas no tiene apenas habitantes. Los primeros exploradores hallaron enormes estatuas de piedra en muchos puntos, particularmente en los bordes del cráter central de



Entrada del estrecho de Hao

la isla. La fragata *Flora* llevó á Francia, hace dos años, una muestra de esas obras colosales, que revelan un estado social extinguido hace mucho tiempo. He podido adquirir en Papeete las pruebas fotográficas de una pequeña plancha de madera encontrada en la isla de las Pascuas, cubierta de jeroglíficos no explicados hasta ahora.

En la mañana del 5 de febrero dejamos este anclaje para volver á las Marquesas.

El 21 entramos de nuevo en las Tuamotu por el canal que separa á Takapoto de Tikei.

Al dia siguiente, á eso de la una de la tarde, anclábamos en el lago de Kauehi, frente al pueblo donde habita Paiore, nuestro piloto.

Kauehi es una isla casi redonda, de un diámetro de trece millas poco mas ó menos: la poblacion es poco considerable, pero me parece muy industriosa, á juzgar por el aseo y la buena conservacion de las casetas. Saltamos á tierra: frente al desembarcadero hay una construccion blanca que sirve de cárcel.

En el momento de volver á bordo encontramos á Paiore, que acaba de cargar nuestra canoa con cocos frescos, gallinas, cerdos y huevos de aves marinas. Es un regalo que nos hace. Su anciana mujer no se aleja nunca de su lado; en su rostro están impresas la dulzura y la bondad.

Nuestro destino es la vecina isla de Fakarava: penetramos en el lago por el paso del norte, que es el mas ancho.

Voy á dar un paseo en tierra: el pueblo está casi desierto; los habitantes han ido á pescar nácar en la vecina isla de Toau. Los de Tuamotu pescan las ostras perleras siempre que el tiempo es favorable y el mar está tranquilo. Algunos buzos bajan hasta la profundidad de veinticinco á treinta metros; pero los mas no pasan de veinte. A menudo suben sin haber encontrado nada, y cuando descubren una ostra, se ven comunmente obligados á sumergirse dos ó tres veces para desprenderla del coral, ó arrancarla de la arena donde está casi enteramente sepultada.

Al dia siguiente salimos de Fakarava para ir á Rairoa: por la tarde pasamos delante de Apataki, donde vemos ancladas tres goletas. En esta isla está el principal establecimiento, en todo el

archipiélago, de la casa Brander, de Papeete.

Al otro dia llegamos á poca distancia de la costa norte de Rairoa: el comandante tenia intencion de anclar en el interior del lago; pero el estado de los pasos nos impide hacerlo. Ha terminado nuestra larga excursion, y volvemos á Tahiti.

Añadamos que la poblacion total del archipiélago de las Tuamotu y de las Gambier se calcula en ocho mil habitantes, que viven del producto de la pesca y de los cocoteros. Los habítantes de cada isla se agrupan con frecuencia á orillas del lago, cerca de un buen anclaje, ó en la inmediacion de un bosque, donde se encuentra siempre agua casi dulce excavando la arena.

Los indígenas de las Tuamotu se asemejan mucho á los tahitianos y á los insulares de las Marquesas: obsérvase en ellos la misma belleza de formas, las mismas facciones y expresion inteligente; si parecen mas negros y su carácter es mas rudo que el de los tahitianos, esto consiste en su género de vida menos fácil, que les expone siempre á los ardores de un sol abrasador, ya en sus lagos ó en sus arrecifes.

VI

EL ARCHIPIÉLAGO DE TAHITI

Llegada á Tahiti.—Panorama grandioso de la isla.—La capital, Papeete.—Temores de sufrir cuarentena —El lavandero Paofai.—Descripcion de la ciudad—Aspecto de la poblacion —Traje de los indígenas.—Tocado vegetal —Las calles de Papeete —Las pescas nocturnas.—Instalacion —Nuestra caseta.

Los vientos generales, los alíseos del sudeste, permiten á los buques de vela que se dirigen desde el archipiélago de las Marquesas á Tahiti franquear en seis ó siete dias las doscientas cincuenta leguas marinas que separan estos dos puntos. La travesía media para estos mismos buques, cuando siguen el rumbo contrario, de Tahiti á las Marquesas, es de diez y ocho á veinte dias.

Tanto era mi deseo de ver de nuevo á Tahiti, que me parecia que nuestro buque no avanzaba, participando de mi impaciencia los que, como yo, se habian detenido en Papeete. Los entusiastas relatos que hacíamos de nuestras diversas permanencias habian hallado crédito entre aquellos de nuestros compañeros que iban á ver por vez primera aquel país encantador.

Al quinto dia despues de salir de Taio-Hae, vemos perfilarse en el horizonte una enorme masa negra; es Tahiti.

Todos subimos al puente, provistos de nuestros gemelos y ávidos de disfrutar del grandioso espectáculo que se ofrece á nuestras miradas. El sol, que lanza sus brillantes rayos sobre el océano, ilumina la cúspide de las altas montañas accidentadas, cuyos picos fantásticamente recortados se elevan unos sobre otros como otros tantos centinelas gigantes, destacándose bajo el denso azul del cielo. La parte inferior de las montañas se halla todavía en una semi-oscuridad, y sus profundos desfiladeros, sombríos y misteriosos, parecen casi negros por el contraste de la claridad deslumbradora que los rodea. Los tonos comienzan á ser un poco mas claros, á medida que se eleva sobre el horizonte el resplandeciente disco del sol, cuyos rayos iluminan por fin las rompientes, coronadas de una espuma blanca que brilla como plata líquida. En este momento, pero solo durante algunos minutos, son visibles los menores detalles; muy pronto se forman nubes, deslízanse rápidamente sobre los flancos cubiertos de bosque de las montañas, y vienen á coronar los agudos picos, ocultándolos durante el resto del dia.

Desde la base de las montañas hasta la playa extiéndese una vegetacion espléndida; solo las copas inmóviles de los bonitos cocoteros dominan la espesura que las rodea. Ante nosotros se eleva la punta de Vénus y la blanca torre del Faro situado sobre su extremidad arenosa.

Un ballenero montado por indígenas nos trae el piloto, que nos dirige despues muy hábilmente por el difícil y tortuoso paso de Tanoa. Los bancos de coral le limitan por ambos lados; doblada la punta de Farente, el canal se ensancha; ante nosotros se extiende la cuenca, tersa como un espejo, que forma la rada de Papeete. ¡Magnífico espectáculo es el que se ofrece á nuestras miradas, ávidas de verlo todo á la vez! Renuncio á describirle: todo cuadro seria pálido é insuficiente, aun trazado por un maestro en el arte de pintar con palabras.

Nuestro jefe manda echar el ancla; esta cae; los anillos de la pesada cadena, cubierta de una espesa capa de orin, se desarrollan con estrépito; y muy pronto queda inmóvil nuestro buque. Todos esperamos que será para algun tiempo.

La llegada de un buque de guerra es siempre un acontecimiento en Papeete, un suceso que aprovecha y distrae á la poblacion. Los indígenas ociosos, cuyo número es por cierto muy crecido, y sobre todo las mujeres, no dejan nunca de acudir presurosas al muelle. El semáforo construido en la colina que limita á Papeete hácia el interior, advierte de antemano la presencia de un buque en los alrededores de esta parte de la isla. Al oir las palabras: «A la vista», se esperan con ansiedad las señales que deben indicar la nacionalidad y naturaleza del buque. Si

este es de guerra *(manua*, corrupcion del inglés *man-of-war)*, la alegría es grande; espérase que los oficiales gastarán dinero; y todos corren á sus casas á arreglarse un poco, porque esto no está de mas cuando se trata de agradar.

Papeete, capital de los establecimientos del protectorado, se halla en la parte noroeste de la isla: su puerto, grande y seguro, es accesible á los buques de todas dimensiones, y se penetra en él por tres pasos distintos; el del mismo Papeete, llamado tambien gran paso, situado al norte, es el mas frecuentado; su entrada está un poco al oeste de la ciudad, y tiene setenta metros de anchura; y su longitud, muy poco considerable, es de unos ochenta, poco mas ó menos. Los fondos son de trece metros, excepto un pequeño banco que es fácil evitar. El paso de Tanoa, al este, por donde vamos nosotros, es cómodo en la entrada; pero difícilmente recorren los grandes buques el largo y tortuoso canal. Por último, al oeste hay un tercer paso, el de Tapuna, que solo frecuentan los pequeños barcos dedicados al comercio de cabotaje.

Vuelvo al sitio donde hemos anclado. ¿Qué ocurre? La espantosa bandera amarilla está izada en el mástil de mesana; y nuestro comandante habla con viveza al piloto. Este último, encargado de ordinario de dar entrada á los buques segun las declaraciones qne recibe del capitan ó del médico, comprende al revés lo que le dice nuestro excelente doctor, y se dispone á enviarnos un sanitario. Bueno será que no esté ausente.

El *Vaudreuil* está rodeado de numerosas piraguas cargadas de frutos, las cuales no esperan sino la señal para acercarse y cubrir nuestro puente con sus sabrosos cargamentos. Los lavanderos de los buques se hallan todos reunidos, dispuestos á recoger la ropa blanca de los oficiales y del jefe; veo entre ellos al que honré con mi confianza cuando pasé por aquí la primera vez con la *Sibila*, el obeso Paofai, á quien pregunto desde lo alto de la escalerilla si me reconoce. Contesta sin vacilnr que iba á preguntarme por mi salud en el momento de dirigirle yo la palabra; pero asegura haberme visto á bordo de un buque en el que jamás me embarqué. Mis compañeros y yo nos reimos mucho de su descaro; afirma á todo el mundo que yo me equivoco, y con esto redobla nuestra hilaridad.

La lancha de sanidad se acerca, y despues de una breve explicacion entre nuestro doctor y su colega, se quita la bandera de cuarentena entre los gritos de alegría de todos los indígenas, que en un abrir y cerrar de ojos, sin que nadie pueda oponerse á su brusca irrupcion, suben á bordo con sus cestos llenos de frutos. Huyo del animadísimo espectáculo del mercado que se establece en el puente, y me traslado á otro sitio, seguido de Paofai, quien me ruega que le dé mi ropa blanca, lo cual hago sin guardarle rencor por su pasado atrevimiento.

La ciudad de Papeete, capital del pequeño estado tahitiano, centro del gobierno de nuestro protectorado, el cual se extiende sobre Tahiti y su vecina Moorea, las Tuamotu, el archipiélago Tubuai, etc., se halla entre la playa de la bahia y las colinas inmediatas que forman el primer plano de las alturas de la isla. Segun he dicho ya, el semáforo del puerto ocupa una de esas colinas. La ciudad comienza por el este en la punta arenosa de Fareute, donde está nuestro pequeño arsenal marítimo. Las casas se suceden á lo largo de la playa hasta la inmediacion de la batería la Emboscada, destinada á defender el gran paso.

En la mayor parte de este trayecto hay varios muelles; el fondo es muy profundo cerca de tierra, y así es que los grandes buques pueden anclar directamente en aquellos, circunstancia muy favorable, que suprime á bordo de los buques de guerra el servicio tan incómodo de los botes. De una bonita fuente que sirve de aguada, se lleva al muelle por medio de tubos de hierro el agua excelente de uno de los numerosos riachuelos que cruzan por Papeete. Por lo regular se desembarca muy cerca de la fuente, que se halla en el centro de la ciudad. No léjos de allí elévase un elegante edificio donde están los almacenes de víveres de la marina y toda clase de provisiones.

Magníficos árboles que bordean los dos lados del camino prestan sombra á las fachadas de las casas de la playa, donde se hallan instalados naturalmente los almacenes de los grandes comerciantes. Las calles que conducen al interior de la ciudad desembocan en el muelle: tomemos una de ellas, la que termina delante de la fuente, y al punto cambia la decoracion, pues se penetra desde luego en una especie de inmenso jardin; las anchas calles de Papeete, cortándose en ángulo recto, representan las avenidas, que son hermosas para pasearse por la tarde, cuando comienza á disminuir el calor del dia. Quisiera analizar las sensaciones que me ha hecho experimentar durante mi permanencia en este punto la vista de esos cuadros de pintoresca belleza, casi única en el mundo; y no puedo hallar expresiones que den al lector una idea exacta de la coquetería, del esplendor, de la perfeccion y armonía general de las escenas que se ofrecen por todas partes á los maravillados ojos del observador.

En cuanto á los naturales, prestan gran animacion al cuadro. Las mujeres, con su gracioso andar, visten faldas de vivos colores, blancas, verdes, rojas ó abigarradas, segun el gusto personal de cada una de ellas, que es invariablemente bueno: esas telas tan vistosas flotan libremente proporcionando una frescura agradable. Las negras y abundantes trenzas están adornadas con una corona de *pia* cuyo color amarillo pálido de reflejo dorado, contrasta con el ébano del largo cabello; una dulce sonrisa anima sus facciones, y sus agradables y cadenciosas voces



Inscripcion desconocida de la isla de Pascua

tienen mucho encanto. Todo esto, realzado por los rayos de luz verdosa que iluminan las sombrías alamedas, ofrece asunto al artista para un cuadro encantador.

El traje habitual de los indígenas se compone de una pieza de tejido de algodon de color que tiene la forma de un largo rectángulo: esta parte de la vestimenta, llamada *pareu*, reemplaza en las mujeres á la falda, y en los hombres al pantalon; se coloca uno de los bordes del *pareu* sobre la cadera, y despues se arrolla al cuerpo, oprimiendo mucho las vueltas; la extremidad libre se sujeta entre la piel y los apretados pliegues de la tela; el borde inferior del *pareu* llega al tobillo. Encima de esto, las mujeres se ponen un largo vestido, sin corsé, semejante á un peinador cerrado; y los hombres llevan una camisa de confeccion europea, que flota libremente.

Los tahitianos no suelen cubrirse generalmente la cabeza; sobre los hombros penden sus largos cabellos, adornados de la flor blanca del *tiara* y divididos en dos trenzas. El *horo* es un gracioso ornamento que las mujeres se colocan detrás de la oreja ó en el cabello, y algunas veces tambien los jóvenes elegantes, los *faieie*, segun los llaman. Compónese de una varilla de diez á quince centímetros de longitud, en una de cuyas extremidades se fijan una por una las pequeñas hojas odoríferas é inalterables de una orquídea que crece en las montañas; la extremidad libre de la varilla se introduce despues en el tubo de la corola de la perfumada flor del *tiara (gardenia tahitense)*, la cual encuadra y hace resaltar el verde matiz del *horo;* sus siete pétalos blancos forman como una estrella alrededor.

El boton terminal del cocotero, compuesto de hojitas blancas y tiernas, sirve tambien para fabricar un gracioso adorno de cabeza. Los tahitianos levantan diestramente la epidermis de las hojas del boton y hacen ligeros penachos, llamados *revareva*, los cuales producen el mejor efecto en su negra cabellera. El adorno habitual de la cabeza, para los indígenas de ambos sexos, es el *hei*, corona de flores y de follaje.

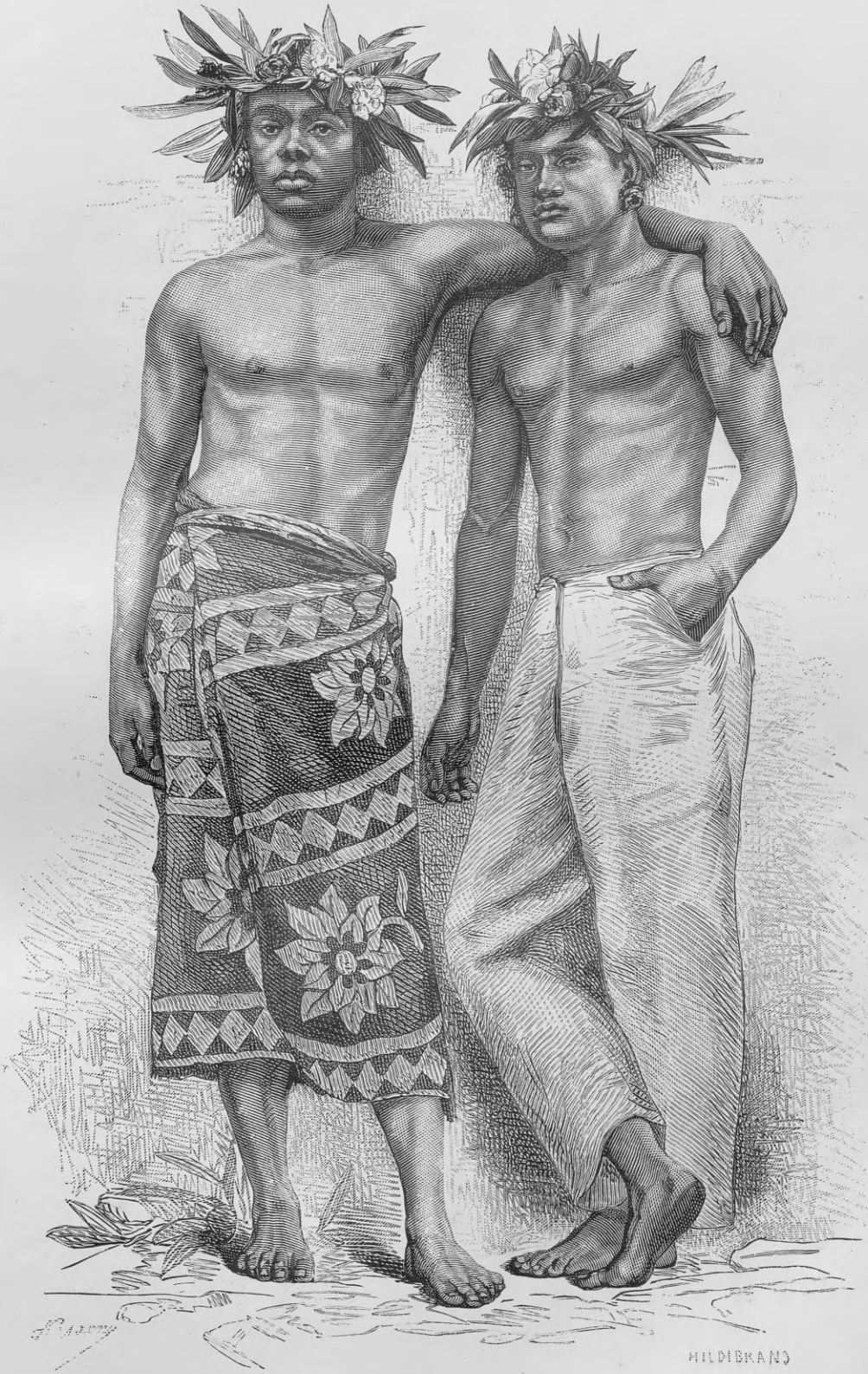
Los indígenas van generalmente descalzos; los elegantes se ponen, sin embargo, en los casos importantes, medias y botinas; pero no es raro verlos despojarse de una cosa y otra y llevarlo en la mano, porque lo consideran como un instrumento de tortura. Cuando se trata de alguna ceremonia pública, los tahitianos ricos visten completamente á la europea.

Las calles de Papeete ofrecen mucha animacion durante la noche. ¡Qué ruido, qué movimiento, qué alegría desde las ocho de la noche!

Por desgracia, este alboroto es debido con frecuencia á una causa muy enojosa, á la embriaguez, que es el vicio dominante de la raza indígena. Si á los excesos de la bebida agregamos el desenfreno y la mala higiene, explícase sin dificultad la ausencia de ancianos, observada muy pronto por los extranjeros.

A pesar de estas causas de decadencia, la raza oceánica no ha perdido en Tahiti nada de su primitivo tipo: siempre se ven esos hermosos y robustos atletas cuyo retrato nos han hecho tan fielmente Cook, Quoy, Lesson, Dumont d'Urville y otros muchos. Las mujeres siguen siendo esas graciosas sirenas, de dulce y cadencioso lenguaje, indiferentes á todo, ociosas, que viven al dia, parecen no existir sino para el placer y se coronan de flores, por lo cual dió Bougainville á la isla el nombre de Nueva Citeres.

Si el espectáculo que ofrecen las calles por la noche es curioso, el aspecto que presenta á menudo la rada en el mismo momento no me parece menos digno de atencion. Cuando las noches son serenas y oscuras, los kanacas van á pescar cerca de los arrecifes: la pequeña piragua se desliza entonces silenciosa y lentamente por el tranquilo mar; en la proa, con el cuerpo lige-

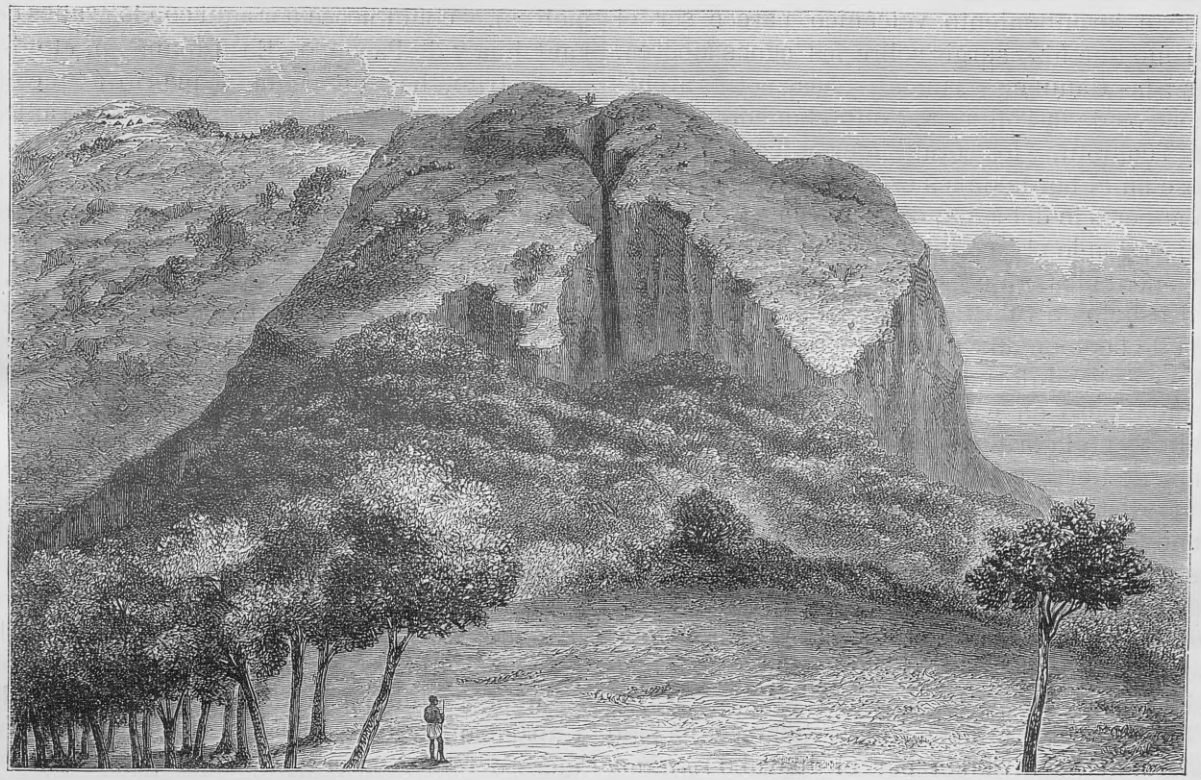


Tahitianos

ramente inclinado sobre las olas, atenta la mirada, y levantado el brazo para herir, mantiénese inmóvil el pescador, que lleva en la mano izquierda una tea llamada *rama*, hecha con cañas secas *[aeho]*; en el fondo, otro indígena dirige la estrecha piragua por medio de un remo. Con frecuencia se ve todo el contorno exterior de la bahía iluminado así por el rojizo resplandor de las hachas de los pescadores.

Acabamos de recibir órdenes por el correo: el *Vaudreuil* debe quedar destinado algunos meses al servicio local; y de consiguiente pienso instalarme en tierra. Uno de mis compañeros se asocia conmigo para alquilar una caseta, y elegimos una situada al pié de la colina del semáforo.

Las construcciones europeas de Papeete son por lo general de madera; y á fin de disminuir



Montaña y aldea de Hammbi

la humedad, elévase el entarimado algunos piés sobre el suelo, por medio de pilares de mampostería. La casa que alquilamos está rodeada de un vasto recinto limitado por una barrera; y acá y allá prestan sombra algunos grandes cocoteros de sabrosos frutos. Nada nos falta, ni aun sala de baño, algo rústica, es verdad; pero el lujo es inútil aquí. Las casas como la mia, que no están fijas en el suelo, son fáciles de trasladar de un punto á otro sin desarmarlas. Recuerdo haber visto una calle de Papeete completamente obstruida por una casa que su propietario conducia á otro punto.

Las casetas indígenas son poco numerosas en el interior de la ciudad; generalmente grandes, están muy bien construidas, y nótase en ellas un gran aseo. Las paredes, compuestas de bambúes muy oprimidos, son poco altas; varias esterillas cubren el suelo.

Las camas, de un uso casi general, son bajas y muy anchas: el cuadro se compone de un trenzado de *napa*, cuerda hecha con la borra del coco; encima se pone un jergon lleno de hojas secas de banano, y un colchon de algodon. Cuatro montantes verticales de madera, fijos en los ángulos del techo, sirven para guarnecerle con una ligera gasa, precaucion indispensable, porque los mosquitos, esos insaciables bebedores de sangre, son tan numerosos como voraces.

VII

Aspecto general de la isla.—Su formacion geológica.—Naturaleza del suelo.—Invasion funesta del guayabo.—El distrito de Faa.—Cultivo del café.—Los distritos de Punavia, Paea, Papara y d'Atiamaono.—Plantío de algodon.

La isla de Tahiti se subdivide en dos partes desiguales bien distintas: Tahiti y la península de Taiarapu se enlazan entre sí por un istmo de

poco mas de dos kilómetros de anchura, cuya mayor elevacion sobre el nivel del mar es de catorce métros, en el punto donde se halla el fortin de Taravao. Cada una de estas partes es casi circular; altas montañas, producto de un levantamiento volcánico, ocupan el centro: las mas altas en Tahiti son el Aorai (dos mil sesenta y cuatro metros) y el Orohena (dos mil doscientos treinta y seis); y en Taiarapu, el Niu (mil trescientos veinticuatro metros).

Este levantamiento volcánico parece ser el mismo que hizo surgir sobre las aguas Moorea, las islas Gambier y Tubuai, y acaso otros archipiélagos de la Polinesia. No fué tan completo en las Tuamotu, y los corales fueron lòs que, fijándose en el borde de los cráteres, llegados casi á la superficie del agua, dieron orígen á esas islas bajas, donde el lago interior marca el perímetro mismo de los cráteres.

El suelo de Tahiti, pedregoso y duro en la cima de las montañas, se compone á menudo, en las mesetas intermedias, de grandes masas de arcilla; pero en cambio, obsérvase que en los valles y en la orilla del mar le cubre una espesa capa de tierra vegetal, haciéndole propio para todos los productos tropicales. Esta faja de terreno fecundo que se extiende á lo largo del mar es plana; algunas veces muy estrecha, presenta en otros puntos cerca de tres kilómetros de anchura; reposa en los corales, y proporciona al agricultor una superficie de veinticinco mil hectáreas poco mas ó menos.

Toda esta parte llana y fértil de la isla ha sido literalmente invadida por el guayabo *(psidium pyriferum)*, el *tuava* de los tahitianos: forma espesuras que destruyen las otras plantas, incluso los añosos y gruesos árboles, á cuyo pié crecen con increible vigor. Este vegetal, cuya introduccion data solo del año 1815, cubre ya las montañas á la altura de seiscientos metros por lo menos; en los valles adquiere proporciones arborescentes, mientras que en las regiones montañosas no pasa de ser un arbusto. Por su rápido crecimiento en la estacion de las lluvias y activa propagacion por los animales que se alimentan de sus frutos, ha llegado á ser una verdadera calamidad, que entorpece los desmontes, haciéndolos muy costosos y difíciles.

La superficie total de Tahiti es de ciento cuatro mil doscientas quince hectáreas, y la de Moorea de trece mil doscientas treinta y siete.

Una línea de arrecifes de coral rodea casi toda la isla.

Salgamos de Papeete dirigiéndonos hácia el oeste: no tardaremos en atravesar el distrito de Faa, donde se hicieron los primeros ensayos de cultivo de café; hoy prosperan bien, y su producto es de notable calidad. La reina, un francés llamado M. B..., y los indígenas han comenzado á explotar considerables plantíos de cocoteros.

El Punaruú, uno de los mayores rios de la isla, desagua en el mar en el distrito de Punavia: el valle que atraviesa esta corriente fué, en 1845, teatro de uno de los mas rudos combates que trabamos con los indígenas; desemboca en el centro de la isla, en el Maiao, ó Diadema (1239 metros), y comunícase por aquí con los valles de Fautahua y de Papenoo. En Tapuna, en el mismo distrito, hay un pequeño puerto á que da entrada el paso del mismo nombre, de que antes hablé.

En el distrito de Punavia no se encuentran tan bonitos rios ni tan buenas tierras como en el de Paea, en el cual hay por esta razon mas bonitas casas europeas.

Papara, uno de los distritos mas considerables y mas poblados de la isla, y su vecino Atiamaono, están destinados á ser en lo futuro muy ricos, por la extension de las tierras cultivables que contienen.

Hace algunos años que una compañía inglesa, representada en Tahiti por M. Stewart, fundó en el distrito de Atiamaono un vasto establecimiento agrícola para el cultivo del algodon.

Un convoy compuesto de mil chinos se trasladó muy pronto á las tierras concedidas á la compañía. Hacia ya tiempo que unos cien emigrantes, reclutados en el archipiélago de Cook, trabajaban en las tierras; y al llegar aquel numeroso refuerzo, organizóse la plantacion en gran escala.

Se entra por un puente de madera de estilo pomposo, el cual sirve para cruzar un rio que durante las lluvias del invierno se trasforma, como todos los de la isla, en furioso torrente. Las casas de los indígenas del archipiélago de Cook, elevadas sobre una plataforma sostenida por postes, y con una larga escalera para llegar al suelo, escalera que se puede retirar cuando convenga, llaman mucho la atencion de los viajeros. He visto este género de construcciones en varios archipiélagos de la Polinesia central, especialmente en la bonita pequeña isla de Rotumah. Sin duda alguna hubo en un principio algun objeto utilitario en el empleo de este género de arquitectura. Un naturalista ó un filósofo podria darnos la explicacion de este caso de instinto hereditario.

En la época de mi segundo paso por Tahiti, la importancia de la plantacion habia disminuido mucho, pues al terminar los chinos su contrato, estableciéronse por su cuenta.

VIII

Distrito de Mataiea.—El lago Vaihiria.—Magníficos bosques de naranjos. Otros distritos —Comercio de naranjas —El vino de naranjas.—Arboles indígenas —Animales peligrosos.—El cienpiés y el escorpion.

Prosigamos nuestra marcha alrededor de la isla. En el distrito de Mataiea, Papeuriri tiene un buen puerto; esta feliz disposicion, unida á condiciones semejantes á las que presenta Papara, ha proporcionado muy pronto algunos colonos. El distrito es rico en naranjas, y envia muchas á San Francisco. Aquí está el valle y el rio Vaihiria: en la extremidad del primero, á cuatrocientos treinta metros sobre el nivel del mar, se ve un lago circular de medio kilómetro de diámetro, rodeado por todas partes de altas é imponentes montañas; no tiene salida aparente hácia el mar, y el agua es fria y profunda (1). Probablemente será esto otro cráter extinguido, independiente del gran cráter central, indicado por las montañas de Papenoó. Para algunas personas, la formacion de este lago es debida á un desplome del terreno que cerrando el valle, interceptó así las corrientes de agua que antes se dirigian al mar. El fondo del valle del lago está cerrado por el pico Tetufera y el de Purau. La excursion al lago es difícil, y hasta peligrosa: en 1847, una célebre viajera, la señora Ida Pfeiffer, hizo esta fatigosa ascension.

Hácia Papeari, el terreno comienza á ser algo pantanoso, y montañoso despues; se llega á Taravao por un camino bordeado de magníficos bosques de naranjos. En los alrededores de este último punto hay poca poblacion: un colono francés, dueño de una posada donde van los soldados del fortin, se dedica tambien á la cria de ganado. Desde el fortin se divisa al oeste el puerto Faeton, que tiene capacidad para muchos buques; pero su posicion, y las dificultades de los estrechos pasos que á él conducen, disminuyen mucho la importancia.

Mas allá de Taravao, en la península, hállanse al oeste los distritos de Toahotu, de Vairao, de Mataoae, y de Teahupoo; y al este los de Afaahiti, de Pueu y de Tautira. Este último distrito es uno de los mas grandes y mas poblados: un magnífico rio desciende de las montañas desde el centro de la península y forma en su desembocadura un buen puerto. Pueu ofrece tambien un abrigo á los buques de poco tonelaje: estos dos distritos hacen un gran comercio de naranjas.

Al volver de Taravao á Papeete por el este, se encuentra desde luego el distrito de Hitiaa, donde hay un puerto muy bueno, maderas de construccion y magníficos valles cultivables; los rios son anchos y profundos, á una gran distancia del mar. En Hitiaa se construyen algunas pequeñas embarcaciones; y el comercio de naranjas es muy considerable.

Estos frutos son objeto de un importante tráfico entre el archipiélago de Tahiti y San Francisco: se compran al precio de veinticinco pesetas el mil, pagaderas á menudo en mercancías, y despues se revenden por doscientas ó trescientas pesetas. A pesar de las pérdidas que necesariamente resultan de la travesía, y que vienen á ser de un cincuenta por ciento, obtiénese bastante beneficio. El naranjo, introducido por Cook, que plantó algunos en la inmediacion de la punta Vénus, no es objeto de ningun cultivo. Los frutos se expiden en cajas rectangulares muy ligeras, hechas con ramas descortezadas del *purau*, para que el aire circule libremente en los espacios que se dejan entre unas y otras.

Los tahitianos hacen un asombroso consumo de naranjas: preparan tambien con el zumo una bebida fermentada (*ava anani*), que los europeos llaman vino de naranjas. Esta preparacion, severamente prohibida por la autoridad francesa, á causa de los excesos de toda especie á que da lugar, se debe hacer ocultamente, en un punto retirado de las montañas ó en el fondo de un valle. Dos ó tres dias antes del fijado para la reunion, algunos indígenas se dirigen furtivamente al lugar convenido, á fin de preparar el brebaje embriagador; y terminada la operacion, hombres y mujeres van uno á uno, á fin de no despertar sospechas, hácia el punto de la cita, siguiendo senderos ignorados de los agentes de policía.

Sin embargo, á pesar de todas estas precauciones, raro es que aquellos no tengan conocimiento del delito ó le sospechen; y cayendo de improviso en medio de la reunion, ponen término á las escenas de brutal desenfreno que siguen siempre á la embriaguez ocasionada por el exceso en la bebida. En este caso los delincuentes van á concluir en la cárcel (*fare auri*, casa de hierro), la noche comenzada en el desórden.

El distrito de Mahaena, mas pequeño que el de Hitiaa, al que se asemeja mucho, fué en 1845 teatro de un sangriento combate. Siguen despues el distrito de Tiarei y el de Papenoó, el mayor de Tahiti: el valle de Papenoó se extiende hasta el pié de las mas altas montañas; el rio que se desliza en el fondo es el mas considerable de todos los de la isla, y el paso es peligroso en la época de las grandes lluvias. El camino de

(1) La temperatura de las aguas del lago ha resultado ser de 19° centígrados, y la del aire era de 20°; la profundidad de la cuenca que llena es de 10 metros.

Papenoó á Tiarei ofrece grandes dificultades; en algunos puntos no es mas que un sendero trazado en el escarpado flanco de la montaña. El arrecife desaparece de Tiarei en la punta Vénus; y por lo tanto no hay mas puertos, ni siquiera anclaje.

Al acercarse á Papeete se llega á Mahina, cuyo pueblo central está en la punta Vénus. En el puerto llamado Matavai, que se halla al oeste de esta punta, fué donde desembarcaron los primeros navegantes llegados á Tahiti. El terreno es algo arenoso en Mahina, y mejor en Arue, pequeño distrito contiguo al de Pare.

Un poco antes de llegar á Papeete se cruzan los valles de Pirae y de Hamuta, donde hay algunas hermosas plantaciones; y despues el de Fautahua. Remonta este último, para llegar á un fortin situado sobre una roca, un camino tan pintoresco como accidentado. El combate de Fautahua fué el que puso término á nuestras luchas con los indígenas. La temperatura es fresca en Fautahua; se ha ensayado con buen éxito el cultivo de algunas flores y frutos de Europa.

La vegetacion de la isla, aunque rica y poderosa, es poco variada; pero el *tamanu* y el *miro*, ó madera rosa, uno y otro tan hermosos y tan duros, la madera de hierro, el sándalo y el *purau*, notable por sus numerosos usos, son originarios del país. El árbol del pan, el *taro* y el cocotero alimentan á los indígenas; este último, gracias al aceite que produce, ha llegado á ser un artículo de importante comercio para todas las islas de la Polinesia. El sándalo *(ahi)* es muy escaso y poco odorífero en Tahiti. El polvo que se obtiene con esta madera es muy buscado por las mujeres para confeccionar el *monoi:* el naranjo y el guayabo han sido importados; los demás frutos de los trópicos, ananas, manga, etc., prosperan muy bien.

El cienpiés y el escorpion son los únicos animales peligrosos en la isla: los bosques tienen habitantes sumamente incómodos, tales como el cerdo silvestre, los mosquitos de que ya hemos hablado, y las avispas.

Los cultivos del café, del tabaco, de la vainilla, de la caña de azúcar y del algodon son los que han emprendido con mas ventaja los colonos.

En mis excursiones me extrañó la gran escasez de aves: el viajero que recorre los valles sombríos de la isla se admira del completo silencio que reina en las grandes espesuras. Algunos faetones (aves de los trópicos), una pequeña especie de cotorra, que vimos en las Samoa, donde es muy comun, y varios martin-pescadores, son los únicos habitantes alados de la isla. El cazador podria matar algunos ánades y cercetas en los parajes pantanosos; en la playa se encuentran garzas, caballeros y golondrinas marinas.

IX

Paseo por la punta de Vénus. — El Diadema. — Magnifica cascada.—El tamarindo de Cook.—El «gran agujero».— El mercado —Espectáculo curioso.—Alimento de los indígenas.—Empleo del dia —Aficion á los cantos y la danza.—Las comidas públicas.

Uno de los paseos mas agradables es el de la punta Vénus: en mi primer viaje á bordo de la *Sibila* emprendí esta excursion á pié, y habiéndome propuesto uno de mis amigos volver, acepté la invitacion.

Un coche de alquiler, conducido por un automedonte indígena, viene á buscarnos á las diez de la mañana; el sol es abrasador, pero preservados por el inmenso sombrero de paja y el clásico parasol, el calor nos parece mas tolerable. Los límites de la ciudad se marcan por un espaldon de tierra y un foso que servian en otro tiempo para que la guarnicion se pusiera al abrigo de un golpe de mano de los indígenas. A corta distancia de Papeete, el camino atraviesa por un puente el rio de Fautahua; el valle que baña está limitado en su parte superior por los inmensos muros graníticos cortados á pico; en el intervalo que los separa elévase la cima del Diadema, singularmente recortada. El fondo del valle está ocupado por una cascada magnífica de doscientos metros de altura, que se lanza desde una cuenca situada á cuatrocientos veinte sobre el nivel del mar. El camino se prolonga despues por delante de los valles de Hamuta y de Pirae; á orillas del riachuelo que corre en el segundo vive Paofai, mi lavandero, á quien encontramos cuando se dirige en busca del *Vaudreuil* para entregar la ropa á los oficiales. Entre Arue y Mahina, el camino pasa por la colina de Taharahi, cuyo flanco, cortado á pico sobre el mar, presenta una coloracion roja muy marcada. Wallis y Cook dieron á este cerro avanzado el nombre de cabo del Arbol, porque habia uno aislado en la cima, que ha desaparecido ya. Nuestros caballos se fatigan mucho para franquear la pendiente bastante escarpada del camino; y bajamos del coche, tanto para aliviar de peso á los flacos cuadrúpedos que de él tiran, como por temor á un percance. Desde la cima de la colina disfrutamos de un golpe de vista encantador; una fresca brisa impele con fuerza las azules olas contra las gruesas paredes de coral, que se cubren de blanca espuma.

El coche nos alcanza en la parte inferior de la

colina, y á los pocos minutos hacemos nuestra entrada triunfal en el pueblo, cuyos habitantes, atraidos por el fuerte chasquido del látigo, salen de sus casetas para presenciar nuestra llegada. Una magnífica avenida, que corta en ángulo recto el camino principal, viene á terminar al pié del faro, situado en la playa arenosa que forma la punta mas norte de la isla.

Subimos á la cima de la torre, á la galería que rodea la linterna del faro; y despues de esta fatigosa ascension, mi amigo y yo nos dirigimos hácia el pequeño rio que desagua en el oeste de la punta.

Una docena de jóvenes, que llevan por único vestido el *pareu*, se ocupan en interceptar el paso á la corriente con largas ramas cubiertas de hojas; un poco mas allá, algunas de sus compañeras agitan el agua, obligando á los peces á



Viviendas de los indígenas ocupados en la plantacion de Atiamaono, en el archipiélago de Cook

bajar por la corriente; las ágiles manos de aquellas morenas pescadoras se apoderan de ellos muy pronto cuando quedan cogidos en las mallas de la primitiva red que emplean.

Antes de volver al coche vamos á ver y admirar el venerable árbol conocido con el nombre de tamarindo de Cook: regresamos por el mismo camino.

En el distrito de Arue visitamos las tumbas de los Pomaré, originarios de esta parte de la isla. Un muchacho nos sirve de guia para conducirnos á Papaoa, donde se ha construido, cerca de la orilla del mar, el monumento funerario de la familia reinante: solo tiene de notable los magníficos árboles que le rodean.

Varios amigos nos esperan á orillas del Fautahua, en el sitio que nosotros llamamos el «gran agujero.» Tenemos la costumbre de bañarnos allí todos los dias, y hubiera sido difícil hallar un punto mas conveniente y mejor preservado del sol.

El viajero que quiera disfrutar de un espectáculo curioso y animado á la vez, debe levantarse muy temprano é ir al mercado que se efectúa en la plaza, debajo de una moderna construccion. En un lado están las mesas en que los chinos residentes en Papeete venden café con leche y té; en otro se ven inmensos montones de frutos y peces. El alimento de los indígenas, cuya base son las sustancias vegetales, se compone del *fei*, del *maiore* (fruto del árbol del pan, *uru*), del *taro* y de la batata. Los tahitianos preparan con la

nuez raspada del cocotero una conserva un poco agria, llamada *taiero*, la cual encierran en cañas de bambú.

El pescado es su manjar favorito; y así es que siempre se encuentra una buena provision en la plaza.

Los frutos del *fei* (variedad de banano), los del árbol del pan y el *taro*, se asan sobre guijarros enrojecidos al fuego en un agujero que se practica á flor de tierra.

El sábado, en tahitiano *mahana maa* (dia del alimento), es cuando los naturales van á la montaña á cortar los frutos del *fei*, que tienen un color amarillo de azafran.

El dia se consagra generalmente á dormir la siesta; la animacion no comienza hasta eso de las cuatro de la tarde. Los europeos van entonces al círculo ó al baño, y algunos jinetes y dos ó tres coches cruzan la ciudad.

Los tahitianos son muy aficionados á la danza y los cantos, que, á decir verdad, constituyen las principales distracciones de los pueblos de la Oceanía. Raro es entrar en una caseta sin ver varias mujeres echadas ó acurrucadas, que se entretienen en cantar los himnos en boga; una de ellas acompaña el cántico con un acordeon, que es el instrumento mas apreciado.

La plaza se llena de una alegre multitud las noches dedicadas al divertimiento que se conoce con el nombre de *upaupa:* consiste en agacharse varias personas en el suelo, alrededor del círculo formado por los bailarines; la orquesta se compone de un tambor que acompaña los cánticos, marcando el compás de la danza, mientras varios espectadores de la primera fila iluminan con algunas velas aquella animada escena; levántase de pronto una mujer, rodea su talle con un chal, y ejecuta un balanceo de cuerpo que constituye hoy todo el arte coreográfico de los insulares; un hombre que le sirve de pareja se coloca en frente de ella, y comienza la música. Los dos se agitan cuanto es posible, animándose con los cánticos de los espectadores, y los movimientos de caderas se marcan cada vez mas, hasta el momento en que el tambor deja de oirse. Entonces, los bailarines vuelven presurosos á su sitio, como si se avergonzaran de haberse puesto en evidencia.

A los pocos momentos entra en baile otra pareja, y la danza vuelve á comenzar, hasta que el cañonazo de retreta, disparado á las diez, da la señal de terminar la diversion. En un abrir y cerrar de ojos queda desierta la plaza.

La *upaupa* actual, reglamentada y vigilada por la autoridad, no se parece en nada á las danzas que hemos visto en las Samoa y en las Wallis, y sobre todo á la *ulaula* de las islas Sandwich.

En la calle de la Pequeña Polonia es donde se concentra toda la animacion, cuando no se trata de disfrutar de la *upaupa*. Los chinos residentes en la isla venden té en las pequeñas tiendas que hay en dicha calle. Estos establecimientos son muy frecuentados por las mujeres kanacas, siempre dispuestas á comer y beber.

En todas las ceremonias públicas se celebra un banquete llamado *amuraá maá*. Durante nuestra permanencia tuvimos ocasion de asistir al que se dió con motivo de la inauguracion del nuevo templo protestante. Las mesas, sobrecargadas de toda especie de manjares indígenas, presentaban un golpe de vista muy apetitoso: elevadas bajo una bóveda de verde follaje de cocotero, ocupaban en varias filas el interior de un gran rectángulo, uno de cuyos lados se destinaba á las autoridades. Es increible lo que se come en tales ocasiones; los pequeños cerdos asados enteros, y los montones de *maiore*, de *fei*, de bananas, etc., desaparecen en los vastos estómagos de los indígenas con una rapidez asombrosa.

X

Marcha á Borabora.—La reina Teriimaevarua.—El Príncipe de Joinville.—Llegada á Faanui.—Viaje á Taravao.—Un simulacro.—Irrupcion de indígenas en el *Vaudreuil*.—Entierro de la nieta de la reina Pomaré.—Duelo nacional.

El gobernador avisa á nuestro comandante que marcharemos dentro de pocos dias á Borabora. La reina de esta isla, hija de Pomaré, debe embarcarse con nosotros. Llámase Teriimaevarua: nacida en 1840, es soberana de Borabora y sus dependencias desde el 3 de agosto de 1860, y padece una hidropesía que hace temer su próxima muerte.

Su esposo, Tapoa, el kanaca mas inteligente que he conocido en Tahiti, ha estado algunos años en Francia con su cuñado, el hijo mas jóven de la reina Pomaré, Tuavira, mas conocido con el nombre de «Príncipe de Joinville.» Ambos han estudiado nuestra lengua y costumbres. La reina de Borabora va acompañada tambien de su hermano mayor, el príncipe Ariaue, heredero presunto de la corona, del jefe del distrito de Faa, Maheanu, y del de Tautira-Meetia, Manu.

El 12 de noviembre son trasladados á bordo los bagajes de la reina, y á la mañana siguiente nuestras embarcaciones van á recoger en el muelle numerosos pasajeros. La reina y su séquito suben á bordo á las ocho y cuarenta y cinco minutos. En el rostro enflaquecido de Tariimaevarua están impresas las huellas del sufrimiento, y su elevada talla se doblega bajo el peso de

la enfermedad que la consume. Sin embargo, cúidase mucho de su sobrino, bonito niño de cinco años á quien todo el mundo mima.

El *Vaudreuil* parte á las nueve y media de la mañana, y pasamos por el norte de Moorea, á donde tengo esperanzas de volver un dia con el buque. A las seis de la tarde avistamos á Huahine, y al dia siguiente, al salir el sol, se divisa la notable cima de Borabora. El *Vaudreuil* contornea la isla por el norte, para anclar despues, bajo la direccion del piloto indígena, delante del pueblo de Faanui, donde habita la reina. Teriimaevarua, su séquito y nuestros pasajeros kanacas, desembarcan á las nueve y media. Una salva de veintiun cañonazos, y el pabellon de Borabora izado en el gran mástil, sirven para hacer el saludo de despedida á la hija de Pomaré.

Borabora tiene bajo su dependencia los islotes Motu-Iti, Mapiha y Tubuai-Manu; hay allí una montaña central, el pico Pahia, cuya altura es de unos mil metros. La cadena exterior de sus arrecifes, en vez de estar tan pronto sumergida como á flor de agua, es aquí muy unida y se halla cubierta de vegetacion, abundando sobre todo los cocoteros: parece un inmenso ramo circuido de una verde guirnalda.

El jefe de nuestros establecimientos en la Oceanía gira todos los años una visita á Tahiti para recorrer los distritos, informarse directamente de las necesidades de los indígenas, examinar las mejoras introducidas, inspeccionar las escuelas y recibir las reclamaciones. Acompáñale la mayor parte de las tropas de la guarnicion. El gobernador nos invita á presenciar la pequeña fiesta militar que debe celebrarse en Taravao.

El 11 de diciembre el *Vaudreuil* sale de Papeete, y da vuelta al arrecife exterior á pocas millas de distancia, pasando por el magnífico puerto Faeton, situado al oeste del istmo que enlaza á Tahiti con la península de Taiarapu. Cruzamos por delante de la costa oeste de Tahiti, que veia por la primera vez; la mar está un poco gruesa, y el cielo nublado. Se reconoce el puerto de Papeuriri por algunas goletas que están ancladas. Una gran construccion, situada muy pintorescamente en la cima de una colina de mediana altura, nos habia indicado algunos minutos antes el punto en que se hallaba la plantacion de Atimaono, cuyos detalles se distinguian con el anteojo.

A una milla de los pasos del puerto Faeton, despues de una travesía de cinco horas, nos detenemos para esperar un ballenero donde va el teniente de navío encargado de rehacer la hidrografía de esta magnífica cuenca. Bajo su hábil direccion, franqueamos una de las dos estrechas cortaduras que dan entrada al arrecife, paso difícil, marcado por una impetuosa corriente en la que nuestro *Vaudreuil* se balancea á derecha é izquierda. Una vez salvado el paso, anclamos en el fondo del puerto, sufriendo un espantoso chaparron. Debemos esperar mucha agua aquí, porque es la estacion de las lluvias, y la península tiene fama de recibir mas caudal que todos los demás puntos de la isla.

Al dia siguiente de nuestra llegada, el gobernador, su escolta personal y las tropas se detienen en Taravao, donde los indígenas lo han dispuesto todo para recibirlos. Desde la víspera presenciamos la llegada de los habitantes de los distritos vecinos.

El programa de la pequeña fiesta del dia siguiente comprendia el ataque simulado del fuerte construido en el punto culminante del estrecho istmo que une las dos penínsulas.

La compañía de desembarco y la pieza de montaña del *Vauareuil* deben reforzar á los sitiadores. La instruccion militar y el buen aspecto de nuestros marinos llaman la atencion de todos.

Este pequeño simulacro, en el cual se gasta mucha pólvora, interesa vivamente á la multitud de indígenas que han acudido á presenciar la fiesta. Todo lo que es ruido y animacion complace mucho á esta clase de niños. El fuerte fué tomado sin mas accidente que una caida de caballo, por fortuna sin gravedad; el infeliz jinete fué trasladado á bordo del *Vaudreuil*, donde nuestro buen doctor le prodigó sus cuidados.

Al volver al buque encontréle atestado de una multitud de indígenas; andaban por todas partes, penetrando hasta en mi camarote, donde sorprendí dos graciosas tahitianas ocupadas en mirar mis fotografías. Toda la abigarrada multitud con sus trajes de fiesta que habia visto en el ataque del fuerte, acababa de invadir el buque, é impedia toda circulacion, riéndose de las bromas de nuestros marineros. Les manifestamos con sentimiento que era preciso volver á tierra, y en un abrir y cerrar de ojos se llenaron las numerosas piraguas que rodeaban el *Vaudreuil*, de tal modo que parecia se iban á hundir: todos los indígenas estaban muy satisfechos del dia. El cielo no fué muy clemente con ellos, ni el agua respetó sus vistosos trajes: un recio chaparron inundó á los viajeros antes de llegar á tierra, á pesar de los numerosos paraguas que se abrieron como por encanto.

Al dia siguiente debia volver el *Vaudreuil* á Papeete mientras que el gobernador continuaria

su visita por los distritos del este. El comandante, siempre dispuesto á complacer á sus oficiales, habia autorizado á uno de mis compañeros y á mí para aceptar la invitacion que se nos habia hecho de ver con las tropas esta parte de la isla. La triste noticia de la muerte de la nieta de la reina Pomaré, recibida algunas horas antes de la marcha, hizo cambiar el programa. El gobernador y las tropas se embarcaron al punto en el *Vaudreuil* para regresar inmediatamente á Papeete.

El entierro de la pequeña princesa se efectuó con toda la pompa posible: la reina amaba mucho á la niña que acababa de perder, y cada cual quiso manifestarla en aquel triste caso la parte que tomaba en su legítima afliccion. La noticia de la muerte de Teriinuimoanaiterai, comunicada á todos los distritos de Tahiti y Moorea, atrajo á Papeete á la mayor parte de los habitantes de estas dos islas. Todos los indígenas iban vestidos de luto; las mas de las mujeres se habian cortado el cabello, como lo exige la costumbre, mutilacion horrible, recuerdo de la época de la independencia absoluta del archipiélago. La familia real profesaba toda ella el culto protestante, y la ceremonia religiosa se efectuó en el templo. Aun me parece ver aquella interminable procesion que parecia mas lúgubre por el luto de los indígenas. La triste ceremonia se realzó cual convenia con toda la pompa militar posible: el *Vaudreuil* disparaba de hora en hora un cañonazo. El cuerpo de la pequeña princesa fué depositado en una caseta que la reina mandó construir en el recinto de su habitacion, hasta tanto que se trasladase á las tumbas oficiales de los Pomaré en Papaoa.

XI

Excursion á Moorea.—Dificultades de la marcha.—Visita á la reina Pomaré.—Belleza de Moorea.—El pico perforado.—Leyenda.—El pueblo de Afareaitu.—La jefatura.—El servicio del domingo.—Caza poco feliz de un cerdo salvaje.—Regreso peligroso á Papeete.

Pocos dias despues del entierro de la nieta de Pomaré, recibí una invitacion que me complació mucho. Un oficial del cuadro colonial, M. E..., á quien conocí al llegar á Papeete, y que estaba encargado de hacer el recuento de la poblacion europea de Moorea, me invitó á que le acompañase. Habíanle agregado como auxiliar en aquella comision á uno de los notables de la isla, M. B..., individuo del consejo de administracion, á quien tambien conocia, y un empleado subalterno que debia desempeñar las funciones de secretario. El comandante del *Vaudreuil* me concedió, con su acostumbrada benevolencia, el permiso para emprender esta excursion. M. E... se ocupó inmediatamente de los preparativos de nuestro viaje, y todo se arregló de modo que pudiéramos disfrutar de la mayor comodidad posible. Nuestra permanencia en Moorea debia ser por lo menos de una semana, y convenia llevar víveres para todo este tiempo, á menos de resignarnos á observar el régimen kanaca, al que no estábamos nada acostumbrados. El único punto donde podíamos esperar una hospitalidad á la europea era la bahía de Papetoai, en la hermosa plantacion de cañas de azúcar administrada por M. M..., doctor italiano.

Un amigo mio del círculo militar de Papeete, M. Vallés, capitan de infantería de marina retirado, que tambien habita en aquella parte de la isla, donde se dedica á la agricultura, me habia hecho prometerle una visita si alguna vez iba á Moorea. Pero como la bahía de Papetoai estaba casi á la mitad del itinerario que debíamos recorrer, fué preciso llevar gran cantidad de provisiones de boca.

En cuanto á los medios de trasporte, M. E... habia resuelto fácilmente la cuestion: consiguió que se nos permitiera embarcarnos en el ballenero del jefe de Afareaitu, que habia ido á Papeete con motivo de los funerales de Teriinuimoanaiterai, y el cual debia volver muy pronto á Moorea. Señalóse para la marcha la hora de la una de la tarde, y el dia indicado se llevaron nuestros bagajes al muelle; pero los hombres que armaban el ballenero del jefe nos dijeron que no tenian órden de prepararse á marchar. M. E... que por la mañana habia encontrado al jefe en un estado de sobriedad muy relativa, adivina la causa de esta falta de palabra; y habiendo comenzado á buscar á nuestro hombre, encontrámosle muy pronto dando traspiés en compañía del mas jóven de los hijos de la reina. Este bruto nos contesta que no quiere marchar ya.

¿Qué hacer? M. E... está furioso; pero no tiene medio alguno para hacer cambiar de resolucion al borracho. Volvemos al muelle, donde M. B... se ha quedado para cuidar de los equipajes; y nos dice que los propietarios de varias balleneras desean mucho volver á sus casas, pero que una órden de la reina les obliga á permanecer en Papeete.

M. E... anuncia que invocará la razon del servicio para que se revoque la órden, y el patron de una de las balleneras consiente en marchar tan pronto como tenga permiso de Pomaré. Tranquilizados con esta promesa, corremos á casa de la reina, que nos recibe inmediatamente: la pobre mujer está acurrucada sobre una esterilla, y en su rostro está impreso el dolor causado por la reciente perdida que acaba de

sufrir. Una de sus hijas políticas, la «Princesa de Joinville», que la hace compañía, le explica claramente el objeto de nuestra demanda, á lo cual contesta la reina que no se ha opuesto á la salida de nadie, y que la prohibicion de que le hablamos es probablemente efecto de un error. Dámosle gracias por su complacencia, y volvemos al muelle.

En un momento quedan embarcados nuestros bagajes, y emprendemos la marcha.

Moorea, vista desde Tahiti, es una isla maravillosamente hermosa; los picos singularmente recortados que ocupan la parte central son sumamente curiosos; uno de los mas agudos y mas altos está perforado de parte á parte, casi debajo de la cúspide. Ya habíamos observado



Tahitianas: una hija politica de Pomare

esta inmensa abertura durante nuestra travesía desde Papeete al puerto Faeton, cuando cruzábamos por delante de la plantacion de Atimaono.

Dice la leyenda que la montaña fué perforada por un antiguo héroe al arrojar su lanza contra la cima.

Desgraciadamente reina una calma chicha, y sobre nosotros pesa un sol de plomo; pero todos los kanacas, inclinados sobre sus remos, y acostumbrados á este género de fatiga, hacen avanzar rápidamente la embarcacion. En mi calidad de marino, me encargan el manejo del timon, y aprovéchome de ello para pasar muy cerca del *Vaudreuil*, que parece dormir sobre su cadena vertical. Debemos recorrer once millas marinas antes de llegar al pueblo de Afareaitu, que es nuestra primera etapa. Si no sopla la brisa, los sólidos puños de nuestros remeros nos permitirán sin embargo llegar antes de la noche, porque el mar está terso y unido como un espejo. Mi cabeza arde, á pesar del inmenso sombrero que la protege del sol; y apuro el contenido de varias nueces de coco frescas para apagar la sed que me devora.

Una hora despues de nuestra salida, comienza á dejarse sentir el viento tan impacientemente deseado, por algunas ligeras é irregulares ráfagas que reconocemos á lo léjos en los pequeños pliegues de la tranquila superficie. ¡Victoria! Despues de algunos momentos de vacilacion, la brisa se fija al fin, soplando en direccion favorable; recógense los remos, y se ponen las dos velas.

Van con nosotros unos doce pasajeros, contándose algunas mujeres y niños. Toda esta gente está de buen humor; los unos duermen echados

en el fondo de la embarcacion; los otros fuman ó cantan para pasar el tiempo.

Dispuesto el velámen, el patron me reemplaza en mis funciones, y una hora antes de ponerse el sol penetramos en el interior de una vasta bahía formada por el arrecife exterior que, así como en Tahiti, rodea toda la isla. Abordamos delante del pueblo de Afareaitu, casi desierto en aquel instante, pues todos los habitantes han marchado, segun hemos dicho ya, para asistir en Papeete á los funerales de Teriinuimoanaiterai. El padre de nuestro borracho, que se ha quedado en Papeete, llena las funciones de su hijo en ausencia de este último; y preséntase al punto á darnos la bienvenida. Nuestros bagajes son trasladados á la casa de la jefatura, donde los funcionarios de la colonia tienen derecho á exigir alojamiento.

Nuestros estómagos hambrientos nos recordaron que era llegada la hora de comer. Los recursos del jefe eran casi nulos para los europeos, pero pudimos adquirir algunos peces que acababan de coger; y como las aves eran numerosas en el pueblo, encontramos muy pronto un gallo silvestre, que huyó espantado cuando quisieron cogerle, pero al primer tiro le detuve en su carrera. Mientras M. B... y el secretario de la comision, que se han ofrecido de muy buena voluntad á preparar la comida, ponen manos á la obra, y en tanto que M. E... da sus órdenes al agente de policía del distrito para que vaya á poner en conocimiento de los residentes europeos la llegada de la comision, voy á visitar el pueblo, lo cual es cosa de poco tiempo.

Un riachuelo que le bordea por el este me sugiere la idea de tomar un baño; adelántome por debajo de las copas de los grandes árboles que bordean las orillas; su elevado follaje forma sobre las límpidas aguas una bóveda de verdura impenetrable á los rayos del sol. Casi todas estas pequeñas corrientes de agua presentan á intervalos estanques que constituyen excelentes y cómodas bañeras naturales; la primera que encontré estaba ocupada por un indígena que bañaba á su hijo, gracioso niño de tres á cuatro años.

De vuelta á la jefatura, encuentro la mesa puesta en la galería que rodea la fachada de la casa: nada faltaba á nuestra comida; los improvisados cocineros merecian ciertamente los cumplimientos que les dirigimos. El jefe, á quien habíamos convidado á comer, hizo honor á nuestras provisiones de una manera terrible, tanto que resolvimos al punto no obsequiarle por segunda vez. ¡Qué tragaderas tiene ese diablo de hombre!

El dia siguiente era domingo; por la mañana llovió abundantemente; era imposible salir, y no tenia un solo libro para distraerme; de modo que debemos matar el tiempo jugando numerosas partidas al piqué, ó los cientos. Llegada la tarde se nos ofrece, sin embargo, una distraccion, pues los pocos habitantes del pueblo se reunen, segun costumbre, en el templo, situado cerca de la casa del jefe. El aspecto de la reducida congregacion dista mucho de ser edificante; los fieles, mujeres y niños los mas, estaban acurrucados sobre la esterilla que cubria el suelo, en posturas mas ó menos convenientes. El misionero inglés, que no se hallaba allí, fué reemplazado por el jefe.

Entramos en la casa para dormir la siesta, único recurso que nos queda. M. E... observa que la anciana que vive con nuestro patron ha forzado la puerta del cuarto donde tenemos las provisiones. Los líquidos han sufrido un rudo ataque; la animacion que se nota en el rostro de la culpable es una última prueba, pero niega con mucho descaro que haya bebido una sola gota. Lo que nos falta habria sido suficiente para emborrachar á tres granaderos.

Despues de comer aumenta la lluvia y nos vemos obligados á sentarnos en la galería de la casa. El jefe, con quien quisiéramos trabar conversacion, es un anciano que parece idiota y apenas comprende lo que le decimos.

A la mañana siguiente, al rayar el dia, M. E... yo y algunos kanacas salimos á cazar cerdos silvestres; nuestros guias aseguran que los encontraremos á poca distancia del pueblo; pero regresamos con las manos vacías, sin haber disparado un solo tiro, despues de una fatigosa marcha entre enmarañadas espesuras de *purau (paritium tiliaceum)*. Durante el dia M. E... se ocupa del recuento de la poblacion europea de la vecindad. Vemos llegar tres ó cuatro pobres diablos embrutecidos por una prolongada permanencia en el país; uno de ellos, antiguo carpintero de buque, es el constructor de casi todas las balleneras de la isla.

Se ha fijado para el dia siguiente la salida de Afareaitu, donde nada tenemos ya que hacer.

La lluvia, casi contínua desde nuestra llegada, habia dejado impracticable, ó poco menos, el mal camino de la isla; los caballos que esperábamos hallar se reducian á uno, y nuestras provisiones disminuian notablemente. Sentíame poco dispuesto ó continuar el viaje, que amenazaba ser muy largo y de poco interés, á juzgar por el principio.

Dadas estas condiciones, y por un sentimiento de delicadeza respecto á los pocos víveres con

que contaba M. E..., resolví volver á Papeete.

Tampoco podia prolongar mucho el permiso concedido por mi jefe, quien no habia fijado el límite, confiando en que no abusaria de su complacencia. Manifesté mi resolucion á M. E..., quien por política me invitó á continuar; pero costóme poco demostrarle que esto no era posible, atendido el mucho tiempo que deberia emplear en el viaje. Entonces, apresuróse á preguntar si saldria pronto alguna ballenera para Papeete: la suerte me era favorable; al otro dia debia hacerse una á la vela con cargamento de algodon, y se convino con el patron indígena que yo fuera uno de los pasajeros.

Al rayar el dia, todo el mundo está dispuesto: mis compañeros, despues de tomar una taza de café, se ocupan en trasladar sus bagajes á una embarcacion que han alquilado para ir al pueblo que debe visitar M. E... El agente de policía de Afareaitu trae el único caballo que ha podido encontrar; M. E... monta al punto, estrecho la mano á mis compañeros y nos deseamos mutuamente buen viaje.

Héme aquí solo esperando el momento de la marcha, que no llega tan pronto como yo quisiera: no quiero alejarme del sitio desde donde debemos marchar, y permanezco junto al rústico cobertizo bajo el cual se alberga la embarcacion que debe conducirme á Papeete.

Por último, despues de esperar una hora, llega mi patron, aunque sin apresurarse mucho. Levantada por seis brazos vigorosos, á los que presto auxilio con mis débiles esfuerzos, la ballenera es botada al mar, trasladándose en seguida á bordo los remos, las velas y las enormes balas de algodon que constituyen el cargamento.

Despues nos embarcamos todos, tres hombres, dos ancianas, un niño y yo. Consulto al cielo por última vez; todo está tranquilo en la bahía; pero luego se ven espesos nubarrones que parecen desgarrarse al encontrar los agudos picos de la isla, y avanzan rápidamente por el sudoeste bañándonos con abundancia. Hago mis observaciones al patron sobre el mal aspecto del cielo, y me contesta:

—*¡Mea maitai!* (¡muy bien!).

¡Adelante pues!

Cruzamos toda la bahía á remo, sin que sople ninguna brisa; y franqueamos el arrecife exterior; el mar muge furiosamente; las crestas de las enormes olas parecen querer reunirse con las negras nubes que las dominan, y temo que el viento sea muy fuerte cuando ya no estemos al abrigo de la parte este de la isla. El patron, á quien hago presente el caso, está resuelto á seguir adelante, y me veo en la precision de someterme á su parecer. Apenas se fijan las velas, la brisa comienza á sentirse con mas fuerza; el tiempo empeora cada vez mas á medida que avanzamos por el canal que separa á Moorea de Tahiti; la impetuosidad del viento aumenta mucho, y muy pronto se hace preciso arrojar continuamente el agua que se introduce en la ballenera. Las ráfagas comienzan á ser muy frescas; una de ellas rompe nuestro mástil de mesana; la lluvia es mas abundante, y aunque bastante próximos á Tahiti, no distinguimos ya ningun detalle de la costa. El viento nos impele con rapidez, y comienzo á temer seriamente un triste desenlace en la travesía.

El paso de Papeete se reduce á una estrecha cortadura en el arrecife, segun ya he dicho, y si no le alcanzamos, es casi seguro que la ballenera será lanzada contra las vertientes. La ansiedad es visible en el rostro de nuestro patron.

Muy pronto percibimos el estrépito de las olas que se estrellan contra aquellos espantosos arrecifes; acércase el momento crítico, y un intervalo de claridad nos permite ver el pequeño islote de Motu-Uta, cuyos cocoteros se agitan violentamente bajo el impulso de fuertes ráfagas. Hemos elegido la buena ruta; pero no estamos libres del peligro, pues cruzan el paso enormes olas oblicuas á su direccion: paréceme imposible que salgamos sanos y salvos de este apuro. ¡Qué momento tan crítico! Experimento como una rabia sorda al pensar que puedo perecer de una manera tan estúpida.

Hénos aquí delante de la entrada del paso; se ha cargado la única vela que nos quedaba; solamente los remos nos permiten conservar la direccion del canal. Sin embargo, nuestros hombres no hacen un solo gesto de temor; hay cierta inquietud, pero todos están resueltos á luchar tan valerosamente como sea posible. Las dos ancianas se desesperan; el niño gime en el fondo de la embarcacion, inundada por el agua del mar, que se introduce siempre. Una ola inmensa nos levanta, y volvemos á caer con ella en el hueco que la separa de la anterior. *¡Mau, Mau!* (¡Firme, firme!) grita nuestro piloto á los dos hombres que reman. Un momento despues llegan tres olas semejantes, y como por encanto nos encontramos en el interior de la bahía de Papeete, protegidos por gruesos diques de coral, contra los cuales se estrellan las olas con impotente rabia.

XII

La raza tahitiana.—Los *Mahori*.—Su cuna probable.—Despoblacion progresiva de las islas.—Sus causas.—Epidemias.—*Loovi*.—El fefe.

Los tahitianos forman parte de la gran familia oceánica que ocupa todas las islas comprendidas

en un polígono cuyas cimas serian la Nueva Zelanda, las islas Wallis, el archipiélago de las Samoa, las islas Sandwich y la de las Pascuas.

Todas las tierras comprendidas en el interior y en el perímetro de este vasto polígono están pobladas por una raza cobriza que se distingue en general de las poblaciones salvajes limítrofes por el tinte y la uniformidad del color, la belleza de las formas, una estatura mas que regular, y una dulce expresion en las facciones, siempre que el deseo de parecer terribles no las induzca á proporcionarse una fealdad ficticia y laboriosamente estudiada, por medio de la pintura y de otros adornos del tocado salvaje. Estos insulares se reconocen todos, á primera vista y á la menor palabra, como pertenecientes á una misma raza, que designan con el nombre de *mahori* ó *mahoi*, segun sus diversos idiomas.

Los lazos que unen á todos estos archipiélagos bajo el punto de vista de las tradiciones y de la lengua son visibles para cualquiera que los haya recorrido. Mi viaje á bordo del *Vaudreuil*, con el que recorrí las Marquesas, las Tuamotu, las Gambier, el archipiélago Tahiti, las islas de Tonga, las Samoa, las Wallis ó Uvea, el grupo de Hoorne y las Sandwich, me ha suministrado la prueba del orígen comun de sus habitantes.

Los insulares de las islas Sandwich pretenden aun hoy descender de Borabora, la mas pequeña de las islas de la Sociedad; sus tradiciones cosmogónicas no ofrecen con las de Tahiti y de la Nueva Zelanda sino algunas diferencias apenas sensibles; y en cuanto á la gramática de su lengua, es la misma.

Los primeros navegantes adoptaron, respecto al orígen de estos pueblos, la opinion segun la que habrian venido del este con los alisios; de modo que su cuna seria la América del Sur: no lo creo así. Un conocimiento mas exacto de estos mares nos ha demostrado que en ciertas épocas del año los vientos del oeste reinan por séries de tres á quince dias. ¿No es mas sencillo opinar que estos vientos llevaron siempre la emigracion en sus alas, aunque no se tuviera el ejemplo reciente del archipiélago Tuamotu, sometido casi todo él á la isla Anaa? Los habitantes de esta última han combatido, desde tiempo inmemorial, y por expediciones sucesivas, la última de las cuales no data de muchos años, á las poblaciones de todas las islas situadas al este que no reconocen su autoridad. Marchaban cuando soplaba un viento favorable del oeste, para ir en busca de países conocidos ó ignorados, sabiendo muy bien que los vientos generales les permitirian mas pronto ó mas tarde volver á sus islas. Aun ahora, los habitantes de las Marshall recorren en sus *pros* distancias muy considerables: en 1861, algunos de estos insulares volvieron á su grupo de la isla Wellington, situado á seiscientas millas marinas (mil cien kilómetros) al oeste.

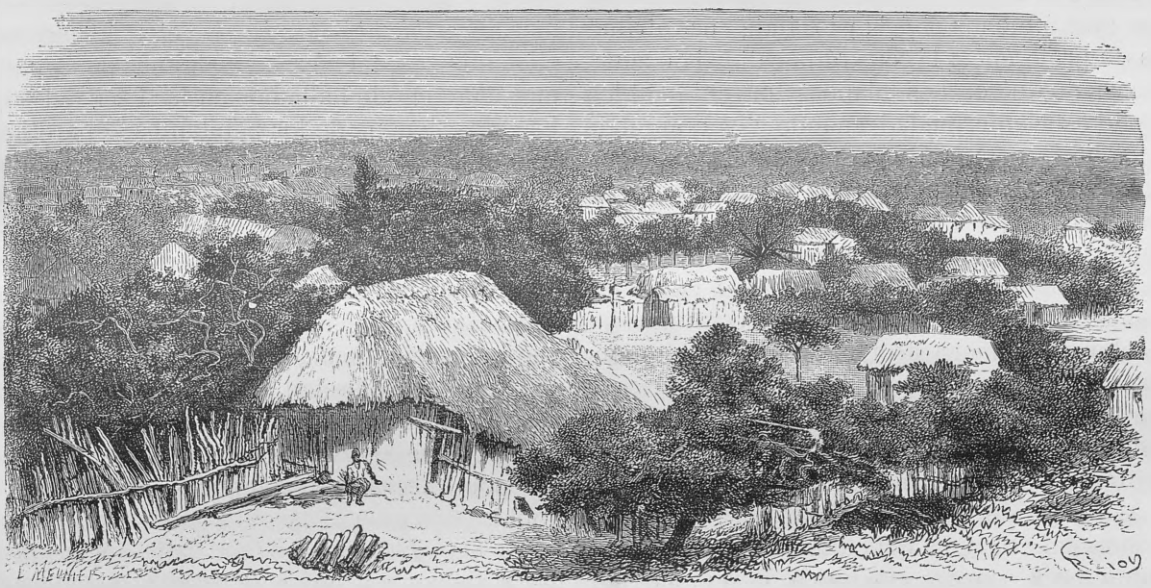
En el archipiélago Tahiti, está la isla santa, la cuna de la monarquía y de la religion, Raiatea, la mayor de las islas Sotavento: de allí se jactan de descender los reyes de Tahiti; y allí es donde con motivo de ciertas solemnidades, los *marae* mas nobles y antiguos de Tahiti debian enviar las víctimas humanas. La tradicion, por poco que de ella quedase en los primeros tiempos de nuestro protectorado, estaba conforme con el parecer de que el archipiélago se pobló con emigrantes procedentes del oeste. Los ancianos de esta época contestaron perentoriamente á las preguntas que se les dirigieron sobre el particular, diciendo que la cuna de su raza estaba por la parte del sol poniente. Los indígenas del archipiélago Tahiti parecen haber conocido en todo tiempo la existencia de Tonga-Tabu, de las islas Samoa, del archipiélago de Cook y del de Tubuai; mientras que nada supieron de las Gambier y de las Marquesas hasta la llegada de los europeos. Sin embargo, las Gambier están muy cerca de las Tuamotu, colonia de Tahiti, poblada por indígenas del distrito de Afaahiti, expulsados de la isla por los habitantes del distrito de Hitiaá. ¿No parece que estos emigrantes ó desterrados venian del oeste? Pensaban sin duda volver con los vientos generales, y así es como se establecieron segun iban encontrando tierras, sin tener conocimiento de ellas. Unicamente los de Tuamotu no podian bastarse á sí mismos: datando solo de ayer, sus habitantes iban algunas veces á Tahiti, atraidos por los recuerdos y la necesidad; mas por lo general ¿no es probable que en esta emigracion voluntaria ó forzosa se fijasen en su nuevo mundo para no salir, aquellos que expulsados algunas veces de su país por la guerra, encontraron á través de mil peligros un punto donde abordar y una tierra donde vivir?

Otra razon confirma tambien este parecer; y es la degradacion insensible del cabello crespo y de los miembros raquíticos y nerviosos, que son el carácter de la raza malaya, carácter aun frecuente en Tonga-Tabu, y que solo se observa por casualidad en el archipiélago Tahiti, y mas rara vez aun en las Tuamotu, si todavía existe allí.

Esta mezcla de raza malaya, así como la mas evidente de lenguaje, cuya degradacion se podria comparar con la que hemos indicado para el cabello crespo, parecen demostrar una emi-

gracion posterior, que ha debido seguir el mismo camino que la primera y que se mezcló: las huellas dejadas eran tanto mas profundas y duraderas cuanto que los lugares estaban mas próximos del punto de partida.

Las causas alegadas para explicar la despoblacion que han sufrido esas islas son numerosas, figurando como principales las guerras, las epidemias y los infanticidios. Sin embargo, si nos tomamos la molestia de adicionar las cifras probables que estas causas han debido deducir del total de la poblacion, se llega á encontrar una disminucion muy inferior á la verdad. Cierto que la presencia de los blancos ha sido mortal para esos insulares, como en todos los países donde nos hemos hallado frente á la raza cobriza; pero en cuanto á la despoblacion causada por las guerras, se ha de tener en cuenta que la lucha no era encarnizada, que las armas no tenian mucho alcance, que los combates se efectuaban en un bosque, y que los vencidos salvaban su vida por una rápida fuga. En la mas sangrienta y disputada batalla de que se ha conservado memoria, no hubo cuatrocientos muertos. Los infanticidios eran bastante comunes; los unos cometidos por jóvenes que no querian molestarse con los cuidados de la maternidad; los otros causados por una costumbre de la sec-



Pueblo tahitiano

ta de los *arioi*, en la cual era de rigor ahogar á los niños; pero esta secta, de la cual hablaremos pronto, era del todo aristocrática y muy reducida respecto á la poblacion del país; y por otra parte, muchos adeptos conseguian ocultar sus hijos, prefiriendo ser expulsados de la sociedad antes que perpetrar la muerte prescrita. Además de esto, las mujeres eran fecundas desde la edad de diez y seis años hasta pasados los cuarenta; y no se consideraban como una rareza las familias de quince hijos. Es probable por lo tanto que el infanticidio no haya producido una disminucion sensible en una poblacion que parecia tener tantas disposiciones para multiplicarse.

Las epidemias son sin duda la causa que mas contribuyó á la despoblacion; casi todas se han manifestado bajo la forma de disenterías, si se exceptua el *oovi*. Esta última nace en los intestinos, y se propaga con atroces dolores á todos los miembros, de modo que los que no mueren suelen quedar con un miembro paralizado, seco, y que á veces se gangrena. Una de las enfermedades que ha dejado su nombre en la lengua, y que en ciertos puntos ha exterminado á veces completamente la poblacion, es el *ohuretoto*, especie de disentería.

La elefantiasis (*fefe*) es una enfermedad crónica, por el estilo de la gota, incurable en el país, y que no se opone mucho á la longevidad: es raro encontrar personas de muchos años que hayan podido curarse de este mal. Los primeros ataques se manifiestan sin que presente el cuerpo ninguna inflamacion aparente; son muy dolorosos, y van acompañados de fiebre. El asiento del mal es variable segun los pacientes, pero se repite en las mismas partes del cuerpo de cada individuo. Los riñones, la columna verte-

bral, hasta el cerebro, y la parte inferior del vientre son por lo general las partes donde mas se padece por el ataque; la inflamacion se manifiesta despues de preferencia en las piernas, aunque no es raro que se produzca en los brazos y en las manos; despues va en aumento, mas ó menos rápidamente, segun el individuo, y llega á ser al fin tan molesta, que se han de practicar al enfermo en el miembro hinchado varias incisiones, de las cuales se extrae mucha agua, disminuyéndose temporalmente el volúmen. Despues de cierto tiempo se forman á menudo tubérculos, que al parecer deben abrirse por sí mismos. Las mujeres no se hallan tan sujetas á esta enfermedad, que rara vez alcanza en ellas el período tubercular. En ciertas localidades se padece mas ó menos el *fefe*; y los indígenas atribuyen de preferencia la causa á la calidad de agua, demasiado dulce. Los blancos sufren tambien mucho esta enfermedad cuando viven al modo de los indígenas; pero es digno de observar que un viaje de algunos meses á la costa firme suele ser suficiente para la cura: si se vuelve al país, la enfermedad ataca casi inmediatamente.

Los reumatismos son comunes, aun entre los jóvenes: la naturaleza del clima les comunica un carácter de pasajero accidente, que no inquieta á los atacados, quienes se limitan á darse friegas mientras sufren, bañándose despues. El reumatismo es para los ancianos un compañero fiel; y cuéntanse pocos que no padezcan horriblemente. Al género de vida de los indígenas y á la naturaleza del clima, se debe que los reumas sean frecuentes y tenaces; y como se descuidan por lo general, acaban por atacar el pecho, de lo cual resulta un gran número de tísicos á todas edades.

XIII

Antigua division de la poblacion en tres castas: *arií, raátira* y *manahune* —Disposicion de los templos —La secta de los *arioi* —Sofocacion sistemática de los recien nacidos.

La sociedad tahitiana estaba dividida, antes de llegar los misioneros protestantes, en tres castas diferentes: era la primera la de los *arií* ó príncipes; la segunda, la de los *raátira*, jefes secundarios, ó simplemente hacendados; y la tercera comprendia los *manahune*, ó gente del pueblo.

Los *arií* se consideraban como personajes sagrados, dotados de virtudes milagrosas; el alimento que tocaban era para todos un veneno mortal, excepto para aquellos que pertenecian al mismo rango. Entre los *arií* habia un jefe de familia, al que todos los demás acataban: con frecuencia era un niño, y casi siempre un jóven, porque apenas habia un hijo, elegíase á este como jefe legítimo, nombrándose al padre regente. En todas las familias se observaba una costumbre casi análoga; y aun hoy dia, esta especie de culto del niño ha resistido á todos los desenfrenos, sobreviviendo á todas las demás creencias.

Las *arií* eran sin duda descendientes de los últimos conquistadores que sometieron estas islas: tenian tantos derechos y tan pocos deberes, y sus pueblos eran tan fielmente serviles, que debia hacer mucho tiempo que nadie disputaba su soberanía. En cuanto al nombre de *arií*, que se encuentra desde los confines de la Polinesia oriental hasta la Nueva Caledonia, la Nueva Holanda, y hasta Madagascar, bajo las variadas formas de *ariki*, *akariki*, *kariki*, etc., le aportaron ellos mismos, tal vez con algunas consonantes mas, tal como le hallamos en las islas del oeste. La suave lengua de los habitantes del archipiélago de Tahiti exigia la supresion de los sonidos que requerian esfuerzos inusitados en la pronunciacion.

Los *raátira* (palabra que se conserva en todos los archipiélagos, desde las Tuamotu hasta Madagascar), eran evidentemente superiores á los que no poseian nada, pero muy inferiores á los *arií*, quienes ejercian presion sobre ellos tan pesadamente como la masa del pueblo: la única cosa por que los *raátira* se asemejaron á los *arií*, fué por habérseles designado con el título de noble.

Los *manahune* no podian salir apenas de su casta; llegaban á ser *raátira* por la donacion definitiva, aunque rara, de la tierra cuyo usufructo se les concedia; tambien podian aspirar al rango de *tenteu arií*, es decir, servidores de un príncipe; entonces adquirian gran importancia, pero en este caso no eran sino una emanacion del potentado á quien servian; solo en nombre del *arií* podian imponer respeto y obediencia: aquí estaba el límite de su poderío.

El *marae* era el templo al aire libre de la religion tahitiana: en el estado rudimentario, componíase en las islas de Sotavento de un recinto casi rectangular y de un altar en forma de paralelepípedo recto, que ocupaba casi el centro entre los dos grandes lados.

En los *marae* hallados en Tahiti y Moorea, el altar presenta una forma distinta: el paralelepípedo termina en unas gradas que se corren á lo largo de su gran base, por delante del *marae;* estas gradas figuraban en número variable, pero solian ser tres, y comunicaban en un todo al conjunto de la construccion el aspecto de los altares de nuestras iglesias, solo que el trabajo

era muy tosco y la construccion mucho mayor, algunas veces de quince metros de altura.

La roca de las montañas ó las moles de coral eran indistintamente los materiales empleados en la construccion de estos templos.

Entre las instituciones curiosas del archipiélago, figura en primera línea la famosa asociacion de los *arioi*, destruida con el paganismo. Horotetefa es considerado como el fundador de esta sociedad, que poco numerosa en un principio, se extendió despues como una red por todas las islas del archipiélago. En los últimos años de su existencia comprendia, segun dicen, la quinta parte de la poblacion de cada isla.

La condicion esencial para ser recibido era no tener hijos; debíase ahogarlos á medida que saliesen á luz. El cuerpo del candidato se pintaba con la materia colorante roja del mati *(ficus tinctoria)*. Los jefes no eran elegidos sino con la condicion, aun mas dura, de no tener ninguna progenie viva. Contábanse *arioi* de diversa importancia: los unos no eran sino criados de los otros, que considerados como elevados personajes, no tenian que hacer otra cosa sino irse á bañar al rio antes de ponerse el sol, coronarse de flores cogidas por otros, y abrir la boca para recibir los alimentos que les daban los individuos de rango inferior. Habia comunidad de mujeres: la vida era una fiesta perpetua, que se distribuia entre el desenfreno y la danza. El *arioi* que llegaba á tener un hijo era considerado como infame y despedido de la sociedad si no le mataba al punto.

Iban al *marae* como los demás, y entregábanse á sus oraciones puntualmente. Tenian privilegios segun su rango; podian, por ejemplo, apropiarse ciertos productos sin pagarlos, y reuníanse delante de la puerta de los jefes, para recibir telas, porque ellos no las fabricaban.

Esta molicie de los *arioi* no existia sino en tiempo de paz: durante la guerra eran los mas fieles compañeros del rey, y tambien los mas intrépidos por lo general. Aquello venia á ser un plantel de guerreros, que se reclutaba y no se reproducia. Los *arioi* no formaban un cuerpo político: jamás faltaron á la subordinacion debida á sus jefes; soldados excelentes en el momento de la lucha, descansaban durante la paz en medio de los placeres; compartíanlos sin haber buscado nunca en su reunion en sociedad ningun privilegio extraño á la felicidad de los sentidos. La moral práctica era el epicurismo llevado hasta sus últimos límites; no podian pues hacer sombra á nadie; y esto es precisamente lo que explica la duracion tan prolongada de esa sociedad singular.

XIV

El protectorado francés.—La dinastía actual de Tahiti.—Familia real.—Administracion comunal.—Policía.—Sus agentes.—Cifra probable de la poblacion.—Llegada de la corbeta *Atalante*.—Despedida de Tahiti.

Volvamos al Tahiti contemporáneo: no es necesario recordar los acontecimientos políticos que ocasionaron nuestra intervencion en Tahiti, y que tuvieron por punto de partida la llegada á la isla de MM. Laval y Carret, misioneros católicos franceses anteriormente establecidos en las islas Gambier. Obligada á intervenir, para que cesase una persecucion permanente, Francia hubo de sostener contra los indígenas varios combates mortíferos: la sangre corrió en Mahaena, Punavia, Punaruu, Faa y Fautahua antes que el pabellon francés, trasformado mas tarde en pabellon del protectorado, ondeara definitivamente en la isla.

La reina actual de Tahiti nació en 1813: casada por primera vez, en 1822, con Tapoa, repudióle porque no habia tenido hijos, y contrajo matrimonio con Ariifaaite, uno de los hombres mas hermosos del archipiélago. Su hijo mayor, Ariiaune, heredero presunto del trono, nació en 1839. Sus demás hijos son: la princesa Teriimaevarua, nacida en 1840, reina de Borabora desde el 3 de agosto de 1867; el príncipe Tamatoa, nacido en 1842, proclamado rey de Raiatea en 19 de agosto de 1857, con el nombre de Tamatoa V, y que trataba algunas veces á sus súbditos con terrible brutalidad; el príncipe Teriitapunui, que es cojo, nacido en 1846, y el menos conocido de todos los hijos de la reina; y por último, el príncipe Teriitua Tuavira, nacido en 1848; este último se educó en Francia.

El territorio de los Estados del protectorado se divide en distritos, y la poblacion se agrupa por pueblos. Cada habitante debe tener una caseta con buenas condiciones de aseo y salubridad. Cuando un distrito tiene pocos habitantes, se agrega á los inmediatos para formar el pueblo comun.

Desde el año 1855 el pueblo está administrado por un consejo cuyas atribuciones son muy extensas, y á él se confian todos los intereses de la comunidad. Se compone del jefe *(tavana*, corrupcion de la palabra inglesa *governor)*, presidente; del juez, del jefe de policía y de dos consejeros elegidos por los habitantes. Cuando en el pueblo no hay juez, sustitúyele un consejero nombrado especialmente.

Cada pueblo debe tener una escuela.

La policía general de Papeete y su distrito está confiada á la gendarmería francesa; pero el jefe de Pare tiene á sus órdenes algunos individuos

encargados especialmente de la policía de los indígenas y de los extranjeros de orígen oceánico, los cuales se confunden fácilmente con los tahitianos.

En cada pueblo hay algunos agentes auxiliares de la policía indígena, que ayudan al jefe, siendo elegidos y nombrados por el consejo.

La cifra de la poblacion de Tahiti ha sido calculada de muy distinto modo por los diversos navegantes que visitaron la isla. Cook supone que es de doscientas cuarenta y dos mil almas, y Forster solo de ciento veinte mil.

Un recuento aproximativo hecho en 1797 por el misionero Wilson dió una cifra de diez y seis mil individuos de todas edades y sexos en ambas penínsulas. Cierto que en aquella época Wilson señala ya un decrecimiento rápido en la poblacion; pero suponiendo que desde 1767, año en que pasó Wallis por Tahiti, hasta 1797, haya disminuido la poblacion una mitad, lo cual debe ser exagerado, se está muy léjos de llegar aun á las cifras fabulosas de Cook y de Forster. La extension de la parte habitable de la isla y la apreciacion de sus productos no permiten dar crédito á estos cálculos.

A la llegada de los buques europeos, tan imprevista para los habitantes, los tahitianos de cada distrito debian ir por todas partes en su seguimiento, como lo hacen aun hoy; Cook y Forster tomaron sin duda por la poblacion de un distrito la que pertenecia á una parte mas ó menos considerable de la isla.

En 1848 se hizo un censo de la poblacion; y la administracion, adoptando todas las precauciones posibles, no descuidó medio alguno para obtener los mas exactos resultados. Segun este trabajo, la poblacion estaba repartida del modo siguiente: Tahiti, ocho mil quinientas cincuenta y siete almas, y Moorea mil cuatrocientos doce, ó sean nueve mil nuevecientos sesenta y nueve habitantes.

El censo de 1.° de encro de 1863, último que conocemos, se hizo con mejores condiciones que el de 1848.

De él resulta una poblacion total de diez mil trescientos cuarenta y siete habitantes de raza polinesia, cifra que puede considerarse como la mas próxima á la verdad.

1.° *de marzo de* 1873.—La corbeta acorazada *Atalante*, á la que esperamos hace algunos dias, acaba de entrar en la rada. El pabellon del contralmirante comandante en jefe de la division naval del Pacífico, de la cual forma parte el *Vaudreuil*, flota ahora en este buque. Es un gran acontecimiento para todo el mundo: la música de la corbeta viene casi todas las tardes á tocar en tierra en la plaza que hay delante del palacio del gobierno. Los músicos se dirigen despues al muelle para volver á bordo, tocando la retreta. ¡Qué ruido! La multitud, mezcla increible de europeos é indígenas, va detrás cantando la marcha que toca la música, mientras los agentes de policía alumbran con largas hachas.

Las amistosas relaciones que habíamos entablado al punto con nuestros compañeros de la *Atalante* fueron bruscamente interrumpidas por el anuncio de la muerte de la reina de Borabora, hija de Pomaré. El 10 de marzo nos dirigíamos hácia dicho punto, á fin de asistir al servicio fúnebre; los pabellones, puestos al morron á nuestra llegada, al dia siguiente, no se izaron hasta el 13 de marzo, despues de la ceremonia.

Volvemos inmediatamente á Papeete, donde debia pasar revista general el almirante el dia 18 de marzo. A pesar de su reciente duelo, la reina Pomaré pasó á bordo de la *Atalante* para devolver á nuestro jefe la visita que le habia hecho. Una salva de veintiun cañonazos disparados á bordo de la corbeta saludó su regreso á tierra.

La *Atalante* marchó el 21 de marzo: antes de entrar en Francia debemos encontrar en Valparaiso á los buenos amigos que conduce.

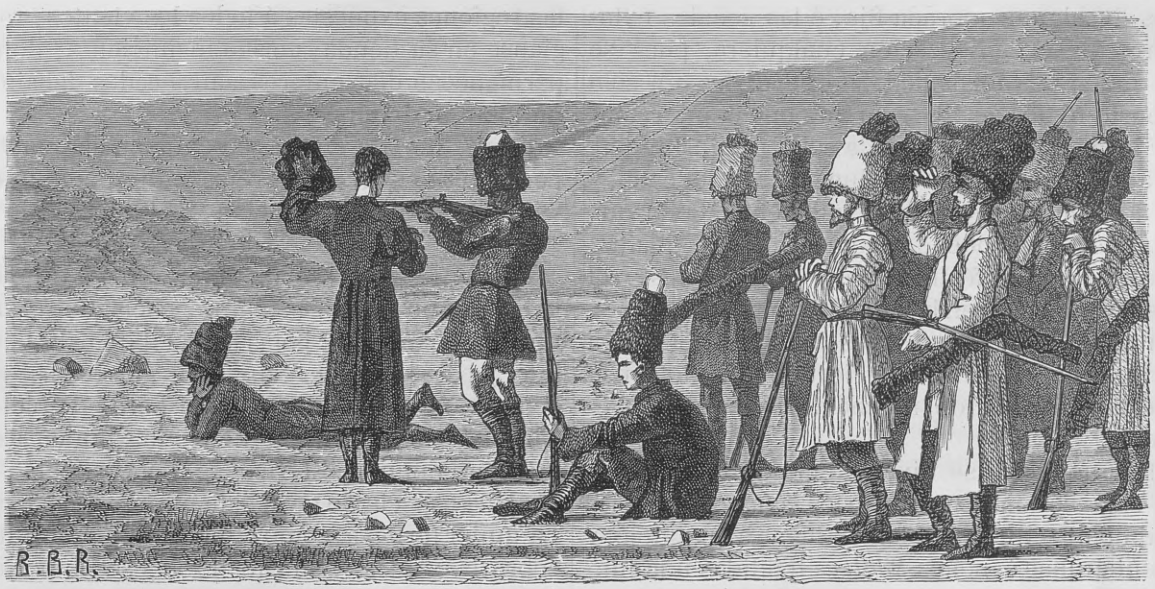
Acercábase para nosotros la hora de la marcha definitiva de Papeete; el *Bruat*, que iba á reemplazar al *Vaudreuil* en el servicio de la estacion local, llegó por fin el 3 de abril.

No sin sentir oprimido el corazon nos despedimos de la deliciosa isla de Tahiti, tan rica en maravillosos paisajes, y que nos habia ofrecido tan agradable hospitalidad y dulce reposo despues de las fatigas y privaciones de nuestros viajes precedentes. Los lugares y las escenas que mi pluma ha tratado de bosquejar me recordarán siempre un período de mi vida que se conservará en mi pensamiento como un sueño espléndido de belleza y de placer.

A los pocos dias, el *Vaudreuil* hacia rumbo hacia las islas de Sandwich, donde el advenimiento al trono de Lunalilo, primo del difunto rey Kamehameha, exigia nuestra presencia.

Ibamos á encontrar en Honolulu, capital del pequeño reino de Haway, una poblacion muy poco distinta de la que acabábamos de ver, bajo el punto de vista físico y moral.

FIN DEL VIAJE AL PACÍFICO



Cosacos tirando al blanco

VIAJE POR LAS PROVINCIAS DEL CÁUCASO

POR BASILIO VERESCHAGUINE

PREFACIO

Visitar la Transcaucasia es el objeto de la excursion que he emprendido. Esta region abraza todo el territorio que se extiende desde el mar Negro al mar Caspio, á lo largo de la vertiente sur de la principal cadena de montañas del Cáucaso hasta las fronteras de Persia y de Turquía. El Cáucaso propiamente dicho comprende las montañas mismas y las inmensas mesetas que, prolongándose hácia el norte en forma de estepas, se desarrollan perdiéndose de vista, hasta el país de los cosacos del Don. Por el este llegan á las orillas del mar Caspio, y terminan en el gobierno de Astrakan; por el oeste están bañadas por el mar Negro y el mar de Azoff.

Antes de abordar el asunto principal de mi viaje por la Transcaucasia, no me parece inútil resumir las observaciones que tuve ocasion de hacer sobre la region del Cáucaso, al cruzarle de norte á sur.

¿Será necesario decir que no pretendo dar en estas pocas páginas una idea completa del país? Solo espero que mis bosquejos, por rápidamente que los haya ejecutado, no carecerán de algun interés, pues ayudan á dar á conocer unos pueblos poco estudiados, muy distintos de lo que se tiene costumbre de ver, y cuyos tipos, trajes, usos y manera de vivir tienen algo tan original que á cada paso se excita el asombro.

I

Los kalmucos nómadas.—Ulusos, kotunes y kibitkas.—Trajes.—El lecho de los niños.—El kalmuco ladron, jugador y bebedor.—El ghellungz, sacerdote y médico.—Una consulta.

Despues de haber franqueado las fronteras del gobierno de Stavropol, encontré primero á los kalmucos en la línea que separa el Cáucaso del país de los cosacos del Don: con los detalles que seguirán, y que encuentro en mis notas, mezclaré algunos informes debidos á la obsequiosidad de M. Meres, quien conoce perfectamente este país y sus habitantes.

Todo lo que se extiende á la izquierda del gran camino forma el país de los kalmucos nómadas (1). Cuando se penetra en las estepas, la primera impresion dista mucho de ser agradable: en vano se fatiga la vista buscando vesti-

(1) Los kalmucos, llamados tambien derbetos, son de raza mogola: su religion no es otra cosa sino una alteracion del budhismo. Créese que el número actual de sus tiendas no pasa de quince mil. Antes de 1771 se contaban entre el Cáucaso y el rio Oural mas de 2.500,000 almas, que no pudiendo soportar ya las vejaciones de la administracion rusa, volvieron á la extremidad del Asia.

gios de alguna morada fija, ó las señales exteriores de una civilizacion cualquiera, pues se pierde en la inmensidad. No se divisa un solo arbusto ni una cerca; nada que pueda interrumpir la monotonía de aquella soledad sin límites. El ardiente calor que produce el sol del estío, y la falta de toda verdura, inducen á creer que esta tierra no puede producir ninguna planta; pero el suelo es fértil casi por todas partes, y el ruso establecido en las inmediaciones sabe obtener del cultivo lo que le es indispensable para vivir, aunque tambien es cierto que no lo consigue sino á costa de mucho trabajo y perseverancia.

Los nómadas se dividen en *ulusos:* cada uno de estos se compone de varios *kotunes* ó pueblos ambulantes que cambian de lugar á su antojo, y cuentan mas ó menos *kibitkas* tendidas una junto á otra. Son, por decirlo así, campamentos volantes. Aconsejo á los aficionados á la vida primitiva y á las costumbres patriarcales que visiten á los kalmucos, porque seguramente experimentarán nuevas emociones.

A primera vista no se revela la vida activa por ningun indicio. Por lo general, los hombres se ausentan de su morada durante la mayor parte del dia y la noche: van á trabajar, es decir, á entregarse al saqueo entre los pueblos vecinos que no son de su raza. Las mujeres y los niños buscan entre tanto un abrigo para preservarse de los ardores del sol, ocultándose bajo sus kibitkas, agujereadas por todas partes. El movimiento exterior no comienza hasta la caida de la tarde, cuando se recoge el ganado: entonces elévase por todas partes un estrépito atronador; óyense gritos é imprecaciones, que se mezclan con los mugidos del ganado vacuno, los ladridos de los perros y el llanto de los niños.

La kibitka, ó tienda del kalmuco, es un receptáculo de inmundicias; es el mas espantoso cuadro de la miseria. Toda desgarrada, los pedazos flotantes son juguetes del viento; allí se ven revueltos, en un desórden indescriptible, maletas y balijas, cofres, lazos de cuerda, sillas de montar y andrajos amontonados. Solo el hogar indica que vive allí una familia; sirve de cocina y de alcoba; los niños se entierran en la ceniza caliente, y esta es su única manta durante la estacion del frio.

La vestimenta de los hombres y de las mujeres no tiene nada de particular: se reduce á un monton de andrajos de toda especie. Hasta la edad de diez años, muchos niños y niñas van casi desnudos durante el verano; en invierno, cuando hace un frio de treinta grados y estallan las tempestades de nieve, tan frecuentes en estas regiones expuestas á todos los vientos, refúgianse en su tienda, abrigo insuficiente, donde permanecen dias enteros acurrucados debajo de un monton de pingos.

El vestido de fiesta se compone alguna vez, pero el caso es raro, de ropas enteramente nuevas, que solo se diferencian de las otras en no estar desgarradas.

Hé aquí lo que se distingue en el traje del kalmuco: una camisa siempre sucia *(bechmete)*, un ancho pantalon, botas de piel de cabra curtida, y para cubrir la cabeza un gorro cuadrado de paño, circuido de un ancho borde de piel de carnero; por lo general tiene una inmensa bellota en la punta. El rico se pone además un *khalate*, especie de gran bata muy ancha y larga. La mujer no lleva, como el hombre, un cinturon sobre la camisa; y su cabello se escapa por debajo del gorro en forma de trenzas entrelazadas con cintas de diversos colores.

Para formar idea completa de un kalmuco, figurémonos un hombre de faz deprimida, con los ojos sumamente estrechos; de anchos pómulos y orejas colgantes; la cabeza revestida de una larga cabellera desgreñada, y una barba que parece arrancada en parte. De escasa talla, este hijo de las estepas tiene sin embargo un cuerpo robusto y fornido.

El kalmuco es diestro, y astuto hasta la ratería: el robo está considerado como una industria lucrativa, y practícase con un arte que excede á todo cuanto pudiéramos imaginar. Un buen kalmuco, un hombre honrado, se distingue en este oficio: arrebatar un animal á la vista misma del sencillo y cándido campesino, conducirle á un punto lejano, y cambiarle por otro para llevarle al *kotune* es aquí la cosa mas comun. Esta profesion de ladron se trasmite religiosamente de padres á hijos, y es raro que en estos últimos degenere. El hombre no conoce aquí otro trabajo: la mujer cria al niño, le cuida y le educa sin que el padre de familia se ocupe para nada de esto.

Los niños crecen pues y se desarrollan abandonados: pocas veces el rico envia á su hijo á casa de un sacerdote para que aprenda á leer. Aquí no se conocen las escuelas y otras instituciones sociales, á juzgar por lo que yo he observado. La ignorancia es extremada; no se encuentra un principio de cultura intelectual sino en un reducido número de aquellos habitantes que tienen morada fija.

El nómada es miserable: los pocos animales que posee bastan apenas para cubrir sus necesidades: no siembra para recoger cosechas; no prepara forrajes; no hace provision alguna para

el invierno; y sucede á menudo que cuando la estacion es muy rigurosa, pierde todo su ganado. No obstante, en medio de tan grave apuro, el kalmuco permanece impasible, pensando que varios robos bien conducidos compensarán sus pérdidas con creces. Lo mas curioso es que rara vez se le sorprende en el hecho. Muy á menudo sabe la vecindad de buena tinta que tal ó cual individuo es el autor de un robo perpetrado casi en medio del dia; pero el culpable halla siempre en la ley rusa los medios de eludir toda responsabilidad.

No bastan, en efecto, para sostener una acusacion de este género, las pruebas que se reducen á testimonios é indicios, las cuales rechazan los jueces como no valederas: se necesitan pruebas materiales.

Verdad es que la *pista* tiene una gran importancia en esta especie de sucesos; pero el ladron se distingue en el arte de borrar toda huella de su paso.

El alimento de los kalmucos es de los mas sencillos: un cocimiento de harina mezclada con agua, y con restos de carne de caballo ó de otro animal, constituye la base del régimen: la carne fresca es un lujo que no se suelen permitir.

En cambio son aficionados al té, del cual hacen un gran consumo; pero las diversas especias que añaden alteran el aroma, comunicándole un sabor desagradable.

Los kalmucos son unos borrachos incorregibles, y en este punto no les van en zaga las mujeres y los niños: á todas horas y en toda ocasion están dispuestos á beber hasta perder el sentido: es su pasatiempo mas agradable y frecuente.

Tambien les domina otra pasion, casi rival de la embriaguez, la del juego: muchas veces he visto en las tiendas grupos de jugadores sucios y andrajosos, que pasaban dias enteros jugando con naipes grasientos é incompletos.

El kalmuco es un gran jinete, y muy aficionado á las carreras: su caballo es casi de la misma raza que el de los nogais, ó por lo menos tiene sus formas y movimientos; fuerte y vigoroso, soporta la fatiga de una manera admirable, constituyendo un tipo del todo excepcional. Mucho siento no haber hallado tiempo para bosquejar en mi álbum uno de esos bonitos cuadrúpedos tan útiles é interesantes.

Los demás animales domésticos, de sangre empobrecida y mísero aspecto, no seducen á los compradores, debiendo exceptuarse sin embargo los camellos, muy abundantes á lo largo del camino de Tiflis, donde sus dueños pueden venderlos con buen provecho.

Los kalmucos son idólatras: citaré un hecho que caracteriza muy bien la supersticion é ignorancia de este pueblo, dando á conocer al mismo tiempo el charlatanismo desvergonzado de los ghellungz, que son á la vez sus sacerdotes y médicos.

Hé aquí cómo uno de ellos trató cierto dia á un kalmuco.

Un enfermo manifestó al médico cuáles eran los fenómenos de su enfermedad, pidiéndole que pusiera fin á sus padecimientos. El ghellungz, despues de reflexionar un buen rato, y tomando un tono solemne, casi sobrenatural, dió al pobre enfermo la siguiente consulta:

—Tu espantosa enfermedad no reside en tu persona, sino en tu manada de caballos; el diablo ha tomado posesion de ella bajo la forma de un caballo padre de pelaje negro; y nueve de tus yeguas contienen diablillos. Tu alma, aunque no se aperciba de tal estado de cosas, ni lo vean tus ojos, experimenta sin embargo un malestar, y á causa de ello padeces tan terribles tormentos.

—Pero díme al menos cómo podré sustraerme á ellos.

—Hay un medio, si consientes en hacer enormes sacrificios.

—Te daré, si es necesario, todo cuanto poseo.

—Pues bien; escucha: tengo un amigo que es mágico; él solo, gracias á un don especial, puede distinguir las yeguas preñadas de diablillos, reconocer el demonio, y expulsarle de tu morada; pero no enviará al infierno al diablo y los diablillos, si no le das, á él, cincuenta ovejas negras; y á mí, que debo persuadirle y visitarte despues, cincuenta blancas, con otros tantos corderos rojos.

El infeliz enfermo aceptó todas las condiciones; y mientras se enviaba al infierno, es decir á la tierra de los cosacos del Don, su mas hermoso caballo padre, con las mejores yeguas, para venderlas allí; y en tanto que las cien ovejas y los cincuenta corderos se encaminaban al *chouroul*, ó templo de los sacerdotes, el enfermo entregaba su alma á Dios.

Por inverosímil que parezca este relato, es sin embargo verdadero; y harto frecuentes son los increibles abusos de esta especie.

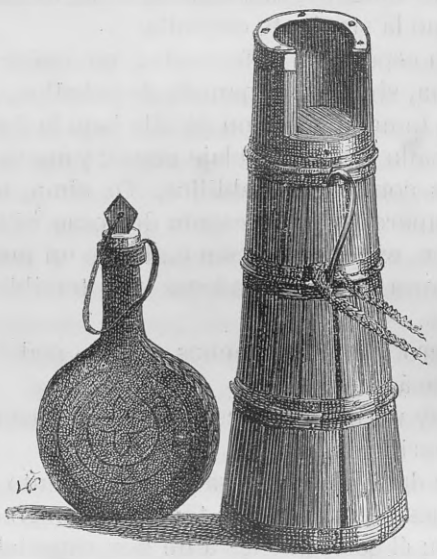
II

Los nogais nómadas — Mas vale ser ruso que turco. — El regreso de los emigrados.—Miseria.

Prosiguiendo la marcha hácia el sur, encontré en el camino muchos *nogais*, que desde las estepas de los kalmucos se dirigian hácia Tiflis, notándose en ellos la mas extraordinaria agitacion.

Tratábase de un hecho sorprendente, que no puedo explicar sin remontarme algunos años en su historia, á la época de su emigracion en Turquía, la cual acababan de abandonar para volver á posesionarse de sus hogares abandonados.

¿Qué motivos les habian impulsado á emigrar? Entre las causas probables se puede atribuir la principal á las vejaciones de las autoridades locales; pero por otra parte, no se debe perder de vista que, al renunciar á su patria, cedieron á ese atractivo que la Turquía ejerce en todos los



Utensilios de los kalmucos

musulmanes. Agreguemos á esto el amor á lo desconocido, y la irresistible esperanza de hallarse mejor en otra parte que en su país: es un hecho probado; y con frecuencia he tenido ocasion de conocer que todas las diversas razas que profesan el islamismo sienten profunda simpatía por los turcos. El nombre de Estambul (Constantinopla) resuena con infinito encanto en los oidos de los pobres musulmanes, habitantes de estos países. En su concepto, allí es donde deben encontrarse la ortodoxia, la beatitud y toda especie de felicidad y goces terrestres.

Los nogais (1) han reconocido á sus expensas todo cuanto hay de vano en estas esperanzas: seducidos por promesas magníficas, apresuráronse á vender todo lo que se les quiso comprar, y abandonando el resto, dirigiéronse en numerosos grupos á Turquía. Una vez allí, muchas familias sucumbieron víctimas del hambre, de las fatigas y de las privaciones de todo género: solo algunos se quedaron en aquella tierra inhospitalaria, donde aun se les ve reducidos á la mendicidad, pidiendo el sustento por las grandes ciudades.

Cuando el gobierno ruso tuvo conocimiento de los males que agobiaban á sus antiguos súbditos, mandó ofrecer auxilios á los que quisieran volver á su patria, y muchos de ellos aceptaron. Estos nogais eran los que yo encontraba en los caminos, dirigiéndose ansiosos á su patria natal. ¡Cómo entristeció mi alma el aspecto de aquellos infelices, andrajosos y casi muertos de hambre, que en medio de los trabajos de su reinstalacion proferian terribles maldiciones contra Estambul y su propia ligereza! Los terrenos ocupados por los nogais forman las fronteras del Cáucaso al noroeste, extendiéndose por el mediodía hasta las estepas de los kalmucos: esta inmensa region es conocida con el nombre de estepas Nogais.

Es un pueblo pacífico, bastante laborioso, y que se localiza mas fácilmente que los kalmucos, con los cuales tiene, sin embargo, mucha semejanza por la manera de vivir, los usos y costumbres, lo cual me dispensa de dar mas detalles en este concepto.

Bueno es advertir que no me era posible visitar sus colonias ni sus campamentos nómadas: si me fué dado tomar algunos bosquejos que me permitieran reproducir varios tipos, lo debí principalmente al encuentro con una parte de los emigrados que regresaban de Turquía, y que habian acampado en el camino para descansar.

Los animales se habian desenganchado: tan flacos y míseros como sus dueños, hallábanse dispersos por todas partes, paciendo algunas malas yerbas cubiertas de polvo. Los hombres se entretenian en formar con pedazos de madera, muy toscamente, diversos objetos, tales como cucharas, tazas y otras cosas por el estilo, las cuales vendian á los campesinos que pasaban por allí. Las mas de las mujeres se ocupaban en remendar toda clase de andrajos, mientras otras preparaban para todos una cena muy poco apetitosa. Los niños, semejantes á un enjambre de moscas, daban vueltas alrededor de las ollas, con la esperanza de atrapar alguna cosa que reforzase su estómago desfallecido por la fatiga que les causó la marcha de la mañana. La vista de aquellos infelices viajeros, una parte de los cuales podia acusar á la otra de ser la causa de sus desgracias, me fué tanto mas dolorosa cuanto que supe al hablar con ellos que disfrutaban antes de un bienestar relativo.

Varios de estos nogais hablaban bastante puramente el ruso, lo cual denota en ellos cierto grado de inteligencia, sobre todo cuando se les

(1) Los nogais son de raza turca: mas de trescientos mil, de la provincia del Cáucaso, emigraron desde 1856 á 1860 á Turquía, donde casi todos murieron del tifus. Ahora no quedan en Rusia sino unos cuatrocientos mil nogais.

compara con las demás tribus indígenas, que aprenden muy difícilmente los dialectos extranjeros y la lengua oficial, es decir, el ruso.

Al marcharme, despues de fumar amistosamente en la pipa que me ofrecieron, llena de un tabaco muy malo, distribuí algunos *griveniks* entre los que habian hablado conmigo, y diéronme en cambio algunos víveres para el camino, con muchas bendiciones. «Eres nuestro amigo, díjome uno de ellos, dándome familiarmente un



Cosaco

golpe en el hombro (era un anciano de escasa estatura, sin gorro y con las orejas colgantes); cuando estés en Stavropol, pregunta por el viejo Ale-Ale, y serás reconocido.»

III

Los cosacos. — Un stanitsa. — Ayer y hoy. — El cosaco á caballo. — Trajes. — Mendigos griegos. — Bohemios y monjes.

Nos acercábamos á Stavropol, y divisábanse ya los burgos y ciudades de los cosacos: en un buen espacio bordean el camino real; pero á medida que se avanza hácia la gran cadena del Cáucaso, desvíanse y solo se ven en lontananza, al levante y al poniente.

Los cosacos ocupan el territorio con que se formaron anteriormente las grandes líneas militares: por eso han sufrido la influencia rusa hasta el punto de perder casi del todo su carácter primitivo. El habitante actual de estos países ofrece una gran semejanza con el campesino de los gobiernos de la Nueva Rusia, y sobre todo de la Pequeña Rusia, por su figura, sus usos y costumbres; solo difiere un poco por efecto de la existencia siempre activa que observó durante la colonizacion de este país.

Los *stanitsi*, ó *burgos de los cosacos de la Línea*, se extienden á lo largo de las fronteras que limitan por el mediodía las posesiones rusas: apenas hace un siglo que constituian la única defensa de esta region contra las razas salvajes vecinas. La poblacion que se formó ha perdido mucho de su carácter belicoso desde que las fronteras se han retirado mas al sur; y las mismas *líneas* no tienen ya la importancia que tuvieron en la época de su establecimiento.

Un *stanitsa* cosaco no es otra cosa sino un gran pueblo, tales como los que se encuentran en ciertos puntos de Rusia: la poblacion varía de mil á dos mil almas; la iglesia se eleva en el centro de las viviendas, y una empalizada las rodea por todas partes. Tiene dos entradas con grandes puertas, sobre las cuales se ve una inscripcion que indica la fecha de la fundacion y el número de los habitantes; al lado de cada puerta elévase un torreon, ó mas bien, una torrecilla cuadrada, donde hay siempre un cosaco que vigila (véanse los grabados de las págs. 505 y 509).

En algunas eminencias inmediatas al camino, que llaman postal, se ven algunas torrecillas semejantes, con un cuerpo de guardia, donde estaba el piquete de vigilancia. Las mas de esas construcciones se hallan en estado ruinoso; son vestigios de los tiempos pasados, y últimos testimonios de una actividad febril, empleada solo para la rapiña y el pillaje.

La construccion de estas torrecillas es original y del todo primitiva: cuatro largas vigas fijas en tierra é inclinadas entre sí forman la base; antes de llegar á la cima se ve una pequeña habitacion circuida de balaustradas de madera, y encima, á poca mas altura que la de un hombre, un tejado cuadrangular cubierto de tablas ó de paja, y sobrepuesto á veces de una punta, ó solo de una estaca. Una estrecha escalera sirve para bajar al patio, donde se ven algunas casitas rústicas, bajas y cubiertas de tierra; las unas eran para los centinelas, y las otras servian de cuadra.

Todas las construcciones están rodeadas de una cerca de ramaje que no ofreceria resistencia á los ataques exteriores; pero tambien es cierto que dia y noche se tenia un caballo ensillado, para ir á dar la alarma en caso de peligro y buscar socorro. Todas estas precauciones y medios defensivos no tienen ya hoy razon de ser, porque el enemigo no existe: son recuerdos del pasado.

Las casas de los cosacos son de madera cubierta de arcilla y blanqueada con cal; los techos están revestidos de rastrojo; solo se ponen tablas en las casas de los habitantes acomodados.

El interior no se distingue del de las poblaciones aborígenas sino por el aseo y cierta comodidad; están rodeadas, así como sus dependencias, de enrejados ocultos por la sombra de espesos árboles; su aspecto es encantador en medio de la verdura.

Encuéntranse tambien en toda su viveza las tradiciones de la belicosa existencia de los cosacos hace apenas algunos años: aquello era un eterno combate sangriento, contínuas alarmas que sobresaltaban á todo el burgo durante la noche, obligándole á vigilar todo el dia; siempre alerta, permanecian constantemente vestidos y armados hasta los dientes, dispuestos á la defensa, y amenazados á cada momento de ver arrebatadas sus mujeres, sus hijos y ganados.

El rio Terek era lo único que oponia, por la rapidez de su corriente, un obstáculo á las incursiones de los montañeses; y así es que en sus orillas circulaban de contínuo patrullas y piquetes de cosacos armados. Si amenazaba el peligro de una invasion, el centinela de la torrecilla le señalaba al punto; si se necesitaban refuerzos, enviábase á pedirlos á los burgos mas próximos; los cosacos se reunian en un abrir y cerrar de ojos y marchaban resueltamente contra el enemigo. Todos los vados, los matorrales y los bosques eran vigilados dia y noche; y los montañeses, sabiendo con qué enemigo debian habérselas, organizaban sus correrías lo mas secretamente posible, valiéndose de precauciones de toda especie. El guerrero mas práctico, encargado de hacer un reconocimiento, seguia á nado la corriente del rio, impeliendo ante sí un gran leño, ó un pedazo de tronco de árbol detrás del cual se pudiera ocultar fácilmente. Desgraciados de los cosacos si se encontraba un paso mal vigilado ó un centinela dormido, porque toda la partida de montañeses pasaba entonces, y el país quedaba saqueado y asolado por el incendio.

Pero en cambio, cuando el cosaco de guardia, acostumbrado á todas las astucias del enemigo, distinguia al paso la cabeza rapada del montañés, era llegada la última hora de este: dejábale acercarse todo lo posible, y á través de la maleza que le ocultaba atravesábale el cráneo de un balazo.

Hé aquí porqué los cosacos de la Línea debian tener la vista penetrante y el oido fino para adivinar la aproximacion del enemigo; la fuerza y sangre fria en medio de aquellas contínuas alertas é incesantes luchas, el valor frente á la muerte, y la astucia necesaria para combatir la astucia. Si la colonizacion ha modificado este tipo curioso, no ha podido borrar completamen-

te los rasgos; el cosaco de hoy no deja de ofrecer semejanza con sus antecesores. Desde la mas tierna edad se acostumbra al niño á despreciar la vida y arrostrar los peligros, cualesquiera que sean; y siempre en la silla, llega á ser un ágil jinete, lleno de fuego y de vigor.

La equitacion es su fuerte; á caballo hacen maravillas: lanzados sus caballos á escape, tiran al blanco, y casi siempre le tocan; sin cambiar el movimiento de su caballo, recogen diversos objetos del suelo; arrojan al aire sus sables y fusiles y vuelven á cogerlos; deslízanse á tierra, y saltan de nuevo en la silla con una desenvoltura y agilidad sorprendentes.

He tenido la feliz oportunidad de presenciar un espectáculo verdaderamente extraordinario: era una partida de jinetes que daban una carga á escape, de pié en sus caballos y con el cuerpo inclinado hácia adelante: este género de ejercicios se conoce con el nombre de *djighitoffka;* es para esos hombres un divertimiento muy apreciado, y compláceles entregarse á él con todo el brillo posible. Suelen ejecutarle en obsequio de algun viajero ilustre cuando quieren darle prueba de un profundo respeto; y cuanto mas elevada es la jerarquía del personaje, con mas solemnidad se efectúa el torneo; entonces se multiplican los ejercicios á lo infinito, y hasta se agrega el poderoso atractivo de un peligro verdadero. Por eso no suele terminar el dia sin brazos ó piernas rotas; y hasta puede suceder que los accidentes sean mortales.

En otro tiempo, la administracion local gozaba de grandes privilegios y de ciertas franquicias; y hé aquí porqué los cosacos se consideran como un pueblo libre, superior á los demás rusos, á quienes tratan con bastante indiferencia; gústales relacionarse solo entre sí; y esto es cosa que yo mismo he podido reconocer cuando debian intervenir para alguna cosa con nuestros soldados originarios del norte de Rusia.

Independientemente del servicio militar en la línea, cuya custodia les está confiada, deben someterse á la ley general del reclutamiento: una parte de la juventud ha de completar los cuadros de cosacos diseminados en todo el imperio, y principalmente en las regiones del Cáucaso y de la Transcaucasia.

El traje del cosaco es casi el mismo que el del montañés caucásico, desde el inmenso gorro con pieles hasta la botina: la temperatura y la higiene son los primeros tiranos de la moda.

Aunque enemigo declarado y mortal del montañés, el cosaco aprecia en él su impasible valor y su indomable bravura: el jóven cosaco trata de asemejarse al hijo de la montaña, no solo por su proceder audaz sino tambien por el traje: todo hombre que conozca las dos razas no dejará de observar este rasgo excepcional.

Por lo demás, el cosaco con su vestimenta de trabajo, cuando está en los campos, difiere poco de los cultivadores ordinarios de la Pequeña Rusia; lleva el mismo gorro é idéntico casaquin; y en cuanto á las mujeres, visten de igual manera.

En los dos sexos de esta raza se armonizan la elegancia y buenas formas con una belleza notable; solo es de sentir que en ellos no esté en relacion el desarrollo de la inteligencia con el del cuerpo, y deje tanto que desear. La pereza del espíritu es comun al verdadero ruso; y además están imbuidos de una preocupacion que les induce á ver con malos ojos todo invento ó toda mejora en la vida ordinaria. Tienen empeño en conservar estrictamente las costumbres de sus antecesores, y por lo mismo son enemigos de todo progreso, de toda civilizacion.

Los mas profesan el *Rasskol*, ó religion de los viejos creyentes: la ortodoxia oficial es tolerada; mas no por eso se deja de luchar contra ella sorda y ocultamente.

He encontrado en el camino partidas de mendigos, harapientos y bronceados por el aire y el sol: eran griegos, y he sacado un cróquis de muchos, sintiendo infinito no poder dar aquí toda una série de retratos, tipos diferentes que solo se encuentran en el sud.

Estos pobres hombres (tal vez hago mal en decir pobres, pues nadie puede saber lo que poseen), vagan durante todo el verano por los grandes caminos hasta Moscou; y es muy probable que al volver á sus casas, despues de tan larga excursion, entren con la bolsa bien repleta. Todo el pueblo ruso trata con mucha misericordia á los hermanos mendigos; y hay motivos para creer que los griegos son hombres muy hábiles en la práctica de esta industria.

Al acercarse á los viajeros, sírvense de un exordio perfectamente estudiado:

«Yo, dicen, yo griego; yo hermano de ruso; yo ortodoxo; yo pobre, muy pobre ortodoxo.»

Y para probar su ortodoxia, hacen la señal de la cruz como los rusos, llevando la mano de la frente al pecho, y despues del hombro derecho al izquierdo. Para que no se dude de su pobreza, colocan con arte sus andrajos á fin de aumentar el horror; y en caso de necesidad, enseñan llagas y defectos convenientemente preparados. Los mas de ellos, no obstante, son hombres de robusta constitucion, capaces de habérselas con los bueyes en los mas rudos trabajos.

Lo mas curioso es que muchos vagabundos

de otra raza, sobre todo bohemios, quieren pasar por griegos, hacen como ellos la señal de la cruz, y pretenden ser ortodoxos y hermanos de los rusos.

Junto á esta vil multitud aparecen otros mendigos, no ya griegos, pero sí tan bribones como los que acabo de describir: son monjes, ó por lo menos visten el traje de la órden; y en vez de ir á pié, se recrean recorriendo en coche la santa Rusia. En sus extraordinarios relatos no dejan de hablar sobre la vida ascética de los suyos, sobre los martirios que padecen por la ortodoxia. Explotan de preferencia la generosidad de los ricos negociantes, y sobre todo de las muje-



Mendigo griego

res; y vuelven á sus casas con la bolsa bien llena.

Hago punto aquí; seria posible que al leer estas líneas se ofendieran esos griegos por verse comprendidos entre los mendigos.

IV

Camino de Stavropol.—Una estacion postal.—Los inspectores melómanos.—Un postillon demasiado confiado.—Los caballos indómitos.

Ciertamente que para decidirme á soportar las molestias y fatigas de este viaje me ha sido necesario el atractivo poderoso de los diversos y curiosos cuadros que cada etapa ofrecia á mis miradas. ¡Ojalá pueda hacer participar á mi lector del interés que me inspiraron á mí!

Apenas llovia, convertíase el camino en cenagoso pantano. ¿Habia de retroceder? ¿No encontraria lo mismo en todo nuestro imperio?

Con este motivo me permitiré una digresion en asunto tan importante.

No solo en el Cáucaso, sino tambien en toda Rusia, las vias de comunicacion se hallan en muy mal estado. ¡Dios sabe cuando las abrieron! Jamás se reparan, como no deba pasar algun gran personaje; entonces se reunen los campesinos de los alrededores para tapar los agujeros, cubrir con ramaje los sitios fangosos, y recoger los montones de basura que se dejan al paso de los simples mortales.

Cierto que en la santa Rusia se han establecido algunas calzadas, como por ejemplo en los caminos que conducen hácia el Cáucaso, entre Moscou y Voronej; pero estas calzadas se conservan en tan mal estado, que á veces son peores y mas impracticables que los caminos ordinarios.

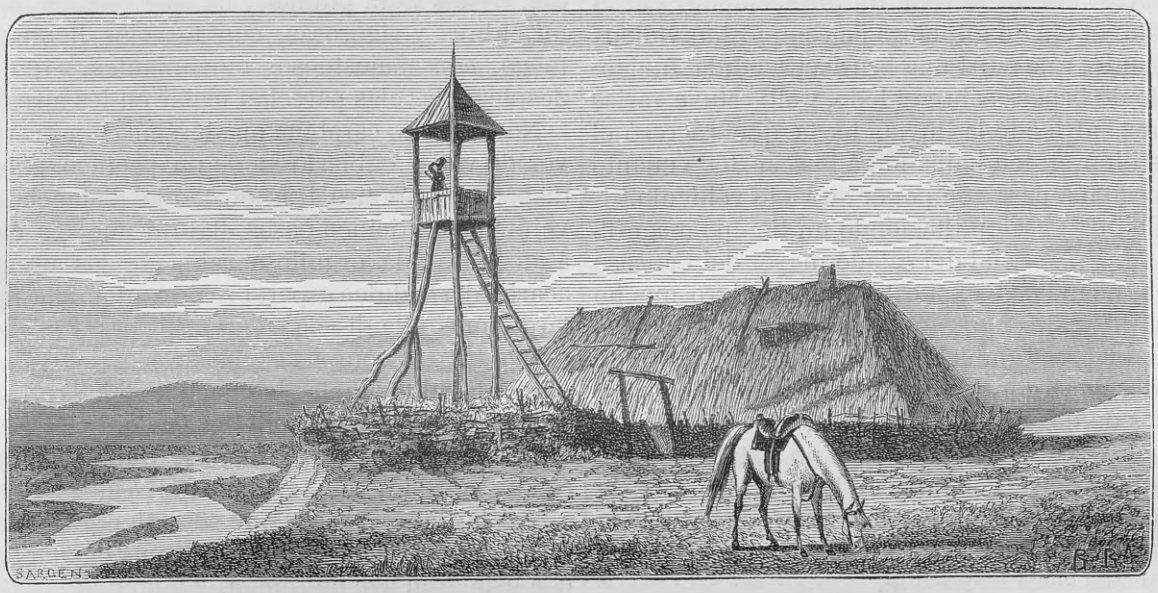
Agregad á esto, y adviértase que hablo como

testigo ocular, que por allí pasan contínuamente los convoyes de pesados carros que conducen los víveres del ejército, los cuales abren profundos baches.

Con frecuencia es imposible, y hasta peligroso viajar en un vehículo, á menos de exponerse á volcar á cada paso. Me acuerdo muy bien que este inconveniente fué causa de que empleáramos dos ó tres veces mas tiempo del necesario para llegar á las diversas estaciones. Cuando me admiraba de las medidas de precaucion que se tomaban siempre, quejándome de tanta lentitud, contestábanme los *isvoschitcks* con la mayor calma: «¡Bueno, lo mismo podrás ir al paso, y cuanto mas despacio vayas, mas léjos llegarás!»

Las casas de las estaciones son muy pobres. Se ceden á los viajeros dos ó tres habitaciones con camas muy malas y duras; y estos inconvenientes no tienen mas compensacion que los reglamentos de correos, pendientes de las paredes.

El camino militar de Georgia es la única ex-



Centinela cosaco

cepcion, segun lo daré á conocer mas tarde, no porque falten los reglamentos impresos, sino porque el camino y las estaciones no dejan nada que desear.

Para que se pueda formar una idea completa de las molestias inherentes á un viaje á través de la santa Rusia, no se deben omitir las relaciones con los inspectores de las estaciones postales, todos ellos muy groseros, aunque tal vez este defecto sea dispensable por su pasado: no hace efectivamente mucho tiempo que debian sufrir á menudo las invectivas y amenazas de los viajeros, acompañadas de palos con frecuencia.

Recuerdo que en una de estas estaciones me costó mucho dormir: el inspector estaba borracho: y en su choza, separada solo de mi habitacion por un delgado tabique, salmodió mucho antes de la noche cantos religiosos en todos los tonos imaginables.

Un segundo inspector, anciano de aspecto muy respetable, me invitó, como lo hacia al parecer con todos los viajeros, á oirle tocar con la flauta una infinidad de aires patrióticos.

Otro incidente recuerdo ahora: en cierta estacion, una de las habitaciones, trasformada en calabozo, estaba ocupada por un conductor que se habia dejado robar torpemente. Los correos rusos se componen por lo general de varios *telegas* cargados de grandes balijas de cuero cerradas con candado, y en las cuales van los envíos. En los paquetes ó balijas de la última telega va sentado el postillon á quien se encarga la vigilancia. El pobre hombre encarcelado se hallaba un dia en su puesto, cuando varios bribones que viajaban en un vehículo de tres caballos trabaron conversacion con él, invitándole á entrar con ellos en la primera taberna que hallaran en el camino. El postillon aceptó cordialmente, y como tenia la cabeza algo trastornada cuando volvió á ocupar su puesto, no se apercibió de que sus amables compañeros cortaban los paquetes con sus cuchillos, mientras le entretenian refiriéndole cuentos, arrojando el contenido al camino, donde le recogieron otros cómplices. El pobre hombre llegó á una nueva estacion, sentado siempre en una balija casi vacía, sin

haber concebido la menor sospecha. En el otoño, despues de las lluvias del verano, los caminos llegan á estar casi impracticables: con frecuencia me he visto completamente cubierto de barro despues de un dia de temporal.

Las ruedas se hunden hasta el cubo en las hornagueras, completamente llenas de un cieno grasiento y pastoso; apenas pueden tirar los caballos, y avanzan con una lentitud que desespera. No es raro que entre dos estaciones se rompa el eje de pronto, y entonces ya no es posible contar con el vehículo.

Cierto dia fuí víctima de un accidente por el estilo: el eje de mi telega se rompió tan violentamente, que sufrí una brusca sacudida, fui lanzado de bruces sobre el lodo, y allí estuve varias horas sufriendo la lluvia, hasta que regresó el postillon, quien habia ido á buscar todo cuanto necesitaba para componer su viejo vehículo.

En otra ocasion, haciendo un tiempo magnífico, M. V..., oficial del estado mayor del Cáucaso y yo, nos vimos expuestos á un peligro mucho mas grave.

Habíamos cambiado de caballos en la casa de postas de Ordonskoy, última que se encuentra antes de llegar á Vladikavkaze; los tres caballos que se engancharon al telega no estaban enseñados; y apenas salimos de la estacion, animáronse de pronto y se desbocaron. Describir su desenfrenada carrera en el espacio de varios kilómetros seria imposible.

De repente, M. V... recuerda que debemos atravesar varios barrancos en cuyo fondo corren arroyos debajo de malos puentes pequeños y angostos.

—Si vamos á este paso, dice, nuestra muerte es segura.

—¿Qué hacer pues?

—No hay mas alternativa que saltar á tierra.

—¡Pues bien! saltemos, vos por un lado y yo por otro.

Mi desgraciado compañero, cayendo de espaldas, recibió un golpe en la nuca, y se causó un daño atroz; yo tenia el rostro cubierto de sangre.

Los endiablados cuadrúpedos franquearon todos los puentes como locos, llegando felizmente á la otra estacion: no fuimos tan afortunados el conductor y nosotros.

V

La caceria con revolver.—Stavropol.—El general Evdokinnoff.—Una mujer médico.—Los torrentes.—No olvideis las propinas.

Antes de llegar á Stavropol habia atravesado una region triste y desierta, cuyo camino está bordeado, como en varios puntos del istmo caucásico, de tierras que parecen haber sido olvidadas de Dios y abrasadas por el fuego celeste; pero alrededor de dicha ciudad, el país comienza á ser algo montañoso; no es tan escasa la vegetacion; y el aire es mas fresco y agradable.

Allí fué donde por primera vez divisé el águila.

Hasta entonces no la habia visto sino en las casas de fieras y en los jardines zoológicos de Europa.

¡Qué diferencia entre aquellas águilas raquíticas, tristes y sin plumas y las que volaban ante mí, libres y vigorosas, con los ojos llenos de fuego, con majestuosos movimientos, y que al desplegar las alas parecian nadar en los aires!

No teniendo carabina apoderéme de mi revolver de viaje, cubierto ya de un pacífico polvo; disparando un tiro tras otro, á la distancia de veinte á veinticinco pasos, figurábame ver caer á mis piés á la orgullosa reina de los aires, y acariciaba la dulce esperanza de contemplar mas tarde un águila disecada, muerta por mí mismo. El ave tuvo la complacencia de acercarse á mí, pero al ruido de la detonacion del revolver, sacudió sus alas y remontó el vuelo.

Mi amor propio me insinuó que el animal estaba mortalmente herido... ¡tal vez!

Mas tarde, en el país que se extiende á cierta distancia del Cáucaso, tuve algunos encuentros con esta gran ave de rapiña, y á menudo quedé mas satisfecho que la primera vez.

El crepúsculo comenzaba á declinar cuando divisamos Stavropol, que ofrecia un magnífico golpe de vista: la ciudad está edificada sobre una colina en suave pendiente, y desde léjos se distingue su inmensa catedral, revestida de adornos que no carecen de elegancia.

La oscuridad que reinaba en el centro de la ciudad no me permitió ver mas que las siluetas de los grandes edificios, de formas regulares, y las luces que brillaban detrás de las prolongadas líneas de ventanas.

En los arrabales, las casas están por el contrario diseminadas por la casualidad, y en diversos accidentes del terreno, á lo cual se debe que el alumbrado sea muy desigual é insuficiente, segun pude reconocerlo cuando nos fué preciso subir y bajar por caminos tan malos y sucios, que en medio de la oscuridad el mismo diablo se hubiera roto las piernas.

Pero una vez en la posada, la benévola acogida, una buena cena y un buen lecho nos hicieron olvidar muy pronto todas las molestias del camino. Seria injusto pasar en silencio lo que me parece ser un complemento precioso del bienes-

tar, el atributo indispensable de las posadas, el organillo mas ó menos melodioso, cuyas variaciones monótonas producen un dulce sueño.

Al dia siguiente, mientras enganchaban los caballos, tuve tiempo de visitar la ciudad como viajero.

Ofrece en general el mismo aspecto que la mayor parte de las ciudades rusas de la provincia; y aunque Stavropol sea la capital de la provincia septentrional del gobierno caucásico, no se distingue por ningun carácter particular.

La calle mayor honraria á las mas hermosas ciudades de Europa: trazada en línea recta, larga y ancha, con una avenida de árboles en el centro, conduce por una pendiente bastante rápida á la cima de la montaña.

Desde esta altura, el viajero ve á sus piés un inmenso panorama, los grandes edificios regulares de los tribunales, las magníficas casas particulares, los almacenes, los habitantes, hombres y mujeres, semejantes á los europeos. A la derecha elévase la inmensa catedral, conjunto poco agradable de arquitectura romana y moscovita, muy á la moda en Rusia en la primera mitad de nuestro siglo.

Felizmente, este género falso y desgraciado tiende cada vez mas á desaparecer: los lados de la ciudad son menos regulares y limpios, por no decir sucios.

Stavropol tiene un poco el aspecto de una plaza de guerra, lo cual consiste en habérsela designado como residencia al comandante de los ejércitos de estas provincias y á su estado mayor.

Cuando yo pasé por allí, desempeñaba dicho cargo el general Evdokinnoff, el héroe de la última guerra del Cáucaso. Él fué, en efecto, el promovedor de la emigracion á Turquía de las tribus insurrectas, y el principal ejecutor de las rigurosas medidas que se siguieron. Hijo de soldado, elevóse desde los grados inferiores del servicio militar hasta el de general en jefe, con el título de conde del imperio de Rusia.

Si hay hombres que llevan impresas en el rostro las verdaderas señales del valor, seguramente Evdokinnoff es uno de ellos; dos balas que le desfiguraron el semblante han dejado en sus facciones el sello indeleble de la intrepidez.

Al salir de la ciudad tomé la direccion de Georgievsk, ciudad que dista unas ciento cincuenta verstas hácia el sudeste.

Era la primavera, la época de los primeros frutos; y no pude resistir al deseo de comer algunas ciruelas, aun cuando no fueran bastante maduras.

A la noche siguiente me acosté padeciendo horribles dolores; hallábame ya á unas sesenta verstas de Stavropol, y no debia pensarse en enviar á buscar un médico; de modo que hube de contentarme con los recursos que se hallaban á mano: un cosaco complaciente, agregado al servicio de la estacion, me ofreció consultar á una *mujer-médico*, conocida en los alrededores como curandera de todas las enfermedades posibles. Consentí en ello; y muy pronto presentóse una mujer de edad respetable, vestida con mucho aseo; comenzó por rezar la oracion de costumbre ante las santas imágenes, saludóme despues en voz baja, y al fin me interrogó con acento solemne sobre mi mal. Despues, cogiendo una taza llena de agua caliente, practicó sobre mí varias aspersiones, soplando repetidas veces, mientras murmuraba algunas palabras ó hacia una invocacion. Así terminó la primera visita: mi médico con faldas me prometió volver al dia siguiente.

Por fortuna para mí, llegó á la misma estacion un viajero, hombre respetable, á quien mas tarde tuve ocasion de hablar de nuevo en Tiflis. Llevaba en su maleta un pequeño botiquin, y con nuestros conocimientos reunidos pudimos componer una pocion, á la cual debí estar en pié al dia siguiente.

Cuando volvió mi doctor femenino, fué de ver su entusiasmo, aunque á la verdad mezclado de asombro; apenas podia dar crédito á tan brillante resultado de sus conjuros; y es indudable que una cura tan maravillosa debió aumentar en mucho su reputacion en el país.

—Ahora, amigo mio, me dijo, ya puedes irte, y que Dios te acompañe en tu camino; pero jamás olvides á esta anciana.

Así diciendo, guardaba en el bolsillo el dinero tan fácilmente ganado.

A partir de Stavropol, nada mas insoportable que encontrar de contínuo los innumerables arroyos que bajan de las montañas: secos con frecuencia, son siempre vadeables en verano; pero estas pequeñas corrientes, que solo son entonces enojosas, se trasforman en impetuosos torrentes durante la primavera á consecuencia del deshielo, y por efecto de las lluvias en otoño; sus aguas turbias y cargadas de cieno arrastran los malos puentes; y es realmente muy peligroso, ya que no imposible, atravesarlos entonces. Se debe esperar la reconstruccion del puente roto, á menos que no se aprecien en mucho la vida y los bagajes. En tales circunstancias he visto un soldado conduciendo una carreta de bueyes, que intentó, por su desgracia, atravesar uno de esos torrentes: los bueyes se salvaron por milagro, pero el vehículo y el soldado desaparecieron en las ondas.

Aseguráronme que semejantes accidentes no

son raros durante la mala estacion, y no vacilé en creerlo.

Es muy natural preguntarse de parte de quién está la culpa. ¿Se podrá acusar á los arroyos, sujetos á crecidas periódicas, y que no dejan nunca de arrastrar en sus ondas dos veces al año los malos puentes que se construyen al acercarse el verano? No. Mas bien será culpa de las autoridades locales, que fieles á la rutina, se contentan con reparar á la ligera los desperfectos ocasionados por las aguas, sin tener cuidado de establecer construcciones que ofrezcan mas resistencia y duracion.



Muchacho cosaco

Las paradas de postas se hallan establecidas en los pueblos por donde cruzan los grandes caminos; y aquí se encuentran en los burgos cosacos: la distancia que media de uno á otro varía de quince á veinticinco verstas (1).

El servicio de postas está confiado á particulares: ciertos individuos toman el arrendamiento de diez á veinte estaciones ó mas, y por lo regulas son muy poco escrupulosos.

No es raro recorrer numerosas etapas casi al paso: los caballos se mueren de hambre; los coches están ya desvencijados por el excesivo uso, y así es que se rompen á cada instante. A consecuencia de las epizootias, y tambien por la carestía de los forrajes, el viajero se ve á veces en la triste necesidad de esperar dias enteros, hasta que le place al jefe de la estacion anunciarle que puede al fin ofrecerle otro tiro de caballos.

(1) Una versta equivale á un kilómetro poco mas ó menos.

Cuando espera una buena propina, el conductor no teme castigar á sus tres cuadrúpedos; y debe advertirse que rara vez emplea el látigo, ni aun durante el mas rápido viaje.

He observado á menudo la facilidad con que sabia excitar á sus caballos, valiéndose solo de la voz ó un simple gesto. Todo conductor halla palabras cariñosas para demostrar á los animales su satisfaccion, ó censuras que les indiquen su enojo; y los cuadrúpedos se han acostumbrado á comprender perfectamente.

Cuando el camino es difícil, no los estimula sino con frases; pero creo que no se halla esta dulzura mas que en los conductores de orígen ruso, porque los tártaros, los nogais y los otros indígenas que he tenido ocasion de ver en tales circunstancias se distinguen al contrario por su brutalidad contra los animales.

Sin embargo, con buenos caballos, y si no se repara en el gasto, lo mismo en estos países que en toda la Rusia, se puede viajar con una rapidez verdaderamente prodigiosa.

Así, por ejemplo, en 1865 recorrí en ocho dias una distancia de mas de quinientas leguas (dos mil verstas), desde Tiflis á San Petersburgo, por un camino abominable, cubierto de barro; y yo no era ningun gran señor que tratara de devorar el espacio para distraer su aburrimiento, ni un rico negociante á quien urgiese ningun negocio: yo desempeñaba las funciones de correo (kourierskoy nadobnosti).

Los correos de la corte franquean este mismo trayecto en siete, seis, y hasta cinco dias.

VI

Georgievsk —Perezca el viajero antes que el telégrafo —Un domingo en Georgievsk — Piatigorsk. — Los deliciosos varenikis —Los baños de Ermolov y los manantiales de Elenine.—El Agujero.—El armero de Schkhaow.—Tabor de tsiganes (bohemios).—Sus costumbres.—Una familia de bohemios. — El artista frente á sus modelos.— Un dependiente de la posta enemigo del arte.

La primera ciudad que se encuentra en el camino que costea siempre los burgos cosacos es la de Georgievsk; es muy pequeña y de mísero aspecto, y hállase protegida por un mezquino fuerte.

Despues de mi corta enfermedad y de mi encuentro con la mágica, habia abandonado por algunos dias mi troika, continuando el viaje en un coche de posta que acertó á pasar, y que iba á Stavropol y á Tiflis. Si la poesía debió resentirse de que dejara la ligera troika por un pesado vehículo mas moderno, en cambio ganaron mucho mis riñones, y mi alma no se vió expuesta á abandonar el cuerpo, cada vez que saltaba el

ligero coche sobre las numerosas hondonadas del camino.

Entre Stavropol y Georgievsk, el camino se prolonga en medio de los burgos de los cosacos, que parecen hallarse aun mas poblados que los recorridos por mí hasta entonces, y cuyo aspecto es muy pintoresco tambien. Diseminados en las colinas, ofrecen á la vista largas series regulares de casitas blancas, en medio de una alfombra de verdura.

Atravesamos estos burgos sin accidente hasta la ciudad; y al decir sin accidente, omito uno muy característico. Delante del pórtico de una de las estaciones, el iamschtik, ó conductor, habia lanzado sus caballos con tal velocidad, que un telega, en el que iba una familia de campesinos, y que caminaba delante de nosotros, no tuvo tiempo de apartarse á un lado para dejarnos paso; era preciso chocar contra el vehículo, ó contra un poste telegráfico que habia allí cerca. El iamschtik tuvo la humanidad de optar por lo segundo, y chocó fuertemente contra el poste con el timon del coche. Al oir el ruido acudió el inspector de la estacion, y despues de oir las explicaciones del iamschtik, díjole con acento de enojo:

—¡Imbécil! ¿No recuerdas qué trastorno tuvimos con las correspondencias la última vez que se deterioró el telégrafo? ¿Quieres que vuelva á repetirse? ¡Aplástame á esa gente si quieres; pero por Dios no toques nunca á mi poste!

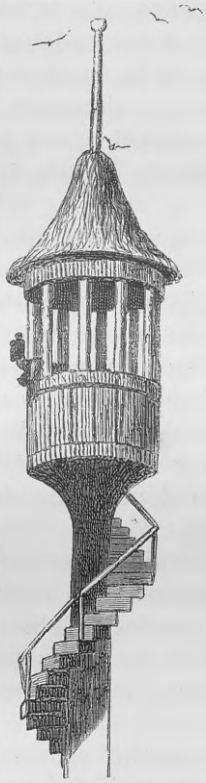
Llegados á Georgievsk á la hora de oscurecer, todos los viajeros comenzamos á buscar la cena.

La única posada de la ciudad, situada en la esquina de la plaza pública, estaba cerrada por todas partes, como si sus moradores temieran un sitio. Fué necesario llamar mucho tiempo á la puerta cochera; al fin resonaron pasos en la escalera, y muy pronto tuvimos la satisfaccion de oir una voz, aunque pareciese algo enojada y dispuesta á renegar de los visitantes nocturnos que iban á turbar su dulce sueño. Conseguimos no obstante que nos dieran té y una cena por la gracia de Dios.

Al otro dia debíamos marchar muy de mañana; pero hubo retraso á causa de los caballos: á pesar de las murmuraciones de los viajeros, no hubo mas remedio que esperar una gran parte del dia. En cuanto á mí no estaba muy descontento, pues me entretuve en el estudio de una multitud abigarrada.

Era domingo: en las plazas inmediatas á la estacion parecia todo muy animado, viéndose en abundancia toda especie de mercancías, de comestibles, y sobre todo de frutas. Era difícil no dejarse seducir por el atractivo de aquellas cosas; pero tenia muy presentes las ciruelas de Stavropol, mis padecimientos y la mágica; y admiré sin tocar aquellas montañas de golosinas.

Mas léjos, en el bazar, ostentábanse todos los atributos de la casa indígena, todas las partes del traje; veíase allí el viejo fusil, la olla de arcilla, las gastadas botas, una gorra de soldado, un gorro de pieles para viajar por la montaña, un puñal de fuerte hoja, y un *bacalik*, especie de capucha que usan los montañeses y los cosacos,



Garita cosaca

en tiempo de lluvia, para echársela sobre el gorro y taparse bien la cabeza. A mí me pareció que la necesitaria cuando atravesara la cadena del Cáucaso, y fué uno de los primeros objetos *caucásicos* que compré.

Despues fuí á pasearme á la ventura por las calles de la ciudad. Algunas líneas de casitas, rara vez de piedra, y muy á menudo de madera, forman algunas calles tortuosas, sin pavimento, llenas de polvo, y cortadas por grandes mercados, ó mejor dicho, por inmensas plazas desnudas.

En el ángulo de una de ellas hay una iglesia de madera con un cementerio, rodeados una y otro de espesa yerba.

Durante el domingo, toda la poblacion libre está en el bazar, los unos para vender ó comprar; los otros solo con el objeto de adquirir no-

ticias, para entregarse á la chismografía, tan agradable en todos los países á los que no saben pensar. El resto de la ciudad está completamente tranquilo; solo de vez en cuando se ve pasar algun jinete, ó una carreta llena de legumbres, de hombres ó de mujeres cosacas.

Encontré un convoy de prisioneros montañeses, encadenados de dos en dos, y que avanzaban en medio de soldados armados de bayonetas; iban al bazar á proveerse de víveres. El ruido sordo de sus cadenas resonaba desagradablemente al oido, recordando la importancia que tuvo Georgievsk al defender los alrededores contra las invasiones de los vecinos montañeses.

Cuando hace buen tiempo y está sereno el cielo, desde esa ciudad se ven por primera vez las nevadas cimas de la principal cadena del Cáucaso.

El espectáculo es verdaderamente mágico: en el último confin de un horizonte sin límites se distinguen esos gigantes de cabeza blanca y resplandeciente, en los que se reflejan los rayos de un sol de mediodía; y se me resistia creer que lo que estaba viendo á lo léjos era en realidad una línea de masas colosales de rocas, de hielo y de nieve, en vez de nubes amontonadas por una tempestad en el punto donde se detenia mi vista.

Al salir de Georgievsk se ven dos caminos: uno de ellos conduce á Piatigorsk, á Kisslovodsk y á otros varios puntos célebres en los anales de la medicina por sus aguas minerales, ferruginosas y sulfurosas, cuya virtud saludable es conocida.

Cuando se ha seguido durante algun tiempo esta direccion, desarróllase en el horizonte un majestuoso panorama: es una serie de montañas que se suceden y elevan gradualmente con aspecto grandioso y variado; mas léjos, á la derecha, destácase la orgullosa cima del Elbrouss, cubierta de nieves eternas (1); y por el otro lado se ven las cimas del Kasbeck, medio veladas por las nubes. Ante nosotros se elevaban tres montañas aisladas, una de las cuales, el Maschouk, domina á Piatigorsk con toda su imponente mole. La montaña y la ciudad han sido cantadas por un poeta bien conocido, Lermontoff: allí es donde desarrolla la accion de sus singulares y excéntricos héroes y heroínas.

La ciudad no ofrece nada interesante ni que llame la atencion; mas para que no se me acuse de pereza, voy á describir por lo menos el aspecto general.

A la entrada de la ciudad, el camino contornea una roca escarpada que domina un riachuelo: allí es donde comienzan los arrabales, compuestos de algunas casitas cosacas, paralelas y regulares, limpias, blancas y cómodas en el interior. Encontré en una de ellas un alojamiento y una mesa frugal y sana, todo por un módico precio, sobre todo teniendo en cuenta los deliciosos *varenikis* que me regalaba á menudo mi anciana patrona cosaca. Con este motivo diré á los que no conozcan los *varenikis* que este manjar es muy comun en Rusia, principalmente en el sur. Los habitantes de la Pequeña Rusia le preparan con pasta y leche cuajada, haciéndole cocer en agua con ciertos ingredientes.

Si algun dia vais por casualidad á Piatigorsk, amigo lector, y si como viajero económico quereis evitar las dulzuras costosas de la mesa redonda, os aconsejo tomar cuarteles en una de esas casitas de los arrabales, para probar varenikis al estilo caucásico.

A la entrada de la ciudad, la calle principal se prolonga á la derecha, un poco por la montaña, hácia los manantiales: allí es donde están las construcciones modernas y se encuentra la poblacion pasajera. A la izquierda, el camino que hay al pié de la montaña termina en una gran plaza, donde se establecen los bazares los dias de fiesta ó de feria.

Siguiendo la primera calle, se ven á la derecha las tiendas donde los armenios desempeñan con buen éxito, no solo en todo el Cáucaso sino mas allá, el papel de judíos de la Rusia occidental: trafican con toda especie de productos procedentes de las fábricas de Moscou. En el lado opuesto elévase la iglesia de Piatigorsk, la cual parece menos un templo cristiano que un establecimiento de baños.

Muy cerca de allí hay un club donde se puede disfrutar de diversos goces; hay salas de juego, mucha conversacion, etc.

Los baños de Ermolov, así llamados en honor del general ruso, y el establecimiento termal de los manantiales de Elenine, son notables por su pintoresca posicion; el segundo, sobre todo, con sus largas avenidas y sus rampas de escaleras en los flancos de una alta montaña, produce el efecto de una magnífica decoracion de ópera.

Desde los manantiales de Elenine subí con frecuencia por estrechos senderos á un pequeño

(1) El Elbrouss, ó mejor dicho, El-brouz, que segun cierto viajero aleman de principios de este siglo, no tenia sino cinco mil cuatrocientos piés de altura, eleva á cinco mil seiscientos metros su cima traquítica, coronada de un cráter hoy lleno de agua. Es el punto culminante de toda la seccion de la esfera terrestre comprendida entre el meridiano de los montes Bolors y el Atlántico, entre el Ecuador y el polo Norte El Kasbeck, segunda cima del Cáucaso, tiene seiscientos metros menos.

pabellon redondo desde donde se disfruta de un golpe de vista maravilloso. En un espacio inmenso, detrás de la ciudad, los burgos de cosacos y las colonias de tártaros están diseminados entre verdes bosques. No léjos de la ciudad se visita un sitio muy curioso, llamado el *Agujero*, cuyo nombre indica su naturaleza: un desplome ha formado una caverna que solo tiene salida por la extremidad superior, pero se penetra por una abertura practicada en la montaña.

Esta caverna representa una especie de cono roto de varios metros de elevacion y de cinco ó seis de superficie en la base. Los manantiales sulfurosos, uno de ellos cálido, han abierto alrededor de las paredes grandes agujeros, los cuales están llenos de una agua azul verdosa. La impresion que se experimenta al ver aquella estrecha y profunda abertura dista mucho de ser agradable, y cuando se mira se siente el vértigo. Vuelvo á menudo para admirar este capricho asombroso de la naturaleza; pero no me ocurrió sacar un cróquis, y ahora lo siento mucho.

En la montaña de *Maschouk* abundan las aguas minerales: las sulfurosas de Piatigorsk, particularmente, tienen una gran reputacion medicinal, al parecer bien merecida. En los alrededores hay manantiales ferruginosos, los de Gelesnovodsk, Kislovodsk y otros, donde los esculapios ó médicos rusos envian todos los años un gran número de peregrinos.

Antes de alejarme de Piatigorsk, cuyos alrededores me habian seducido, ofrecióseme una oportunidad preciosa para un artista: permitióseme enriquecer mi álbum con el retrato del armero de Schkhaow. Habíame llamado la atencion la fisonomía de aquel montañés de facciones muy pronunciadas, á quien se podia considerar como un tipo muy característico de su raza: era originario del Daghestan, provincia limítrofe del Cáucaso.

Continuaba mi viaje hácia este último, cuando me hallé de pronto en medio de una partida de tsiganes (bohemios) que cambiaban de residencia. Sus carretas, tiradas por varios caballos, sus bagajes de toda especie, tiendas y ropas, los utensilios caseros, hacinados en un monton de tres metros de altura, y los rostros de las mujeres y de los niños con su expresion de temor, todo, en fin, formaba un cuadro curioso y singular. Algunos hombres iban á pié y otros á caballo, dando escolta á los coches. A veces desarrollábase un largo convoy, levantando una espesa polvareda, y resonaban en el aire rumores discordantes, gritos y espantosas imprecaciones: aquello era una procesion lamentable y muy triste de ver.

El campamento volante de los bohemios se llama *tabor;* le establecen de preferencia á la entrada de las ciudades, donde se pueden ocupar mas fácilmente en diversos trabajos. Son herreros y carpinteros, ó ejercen pequeñas industrias; pero su principal ocupacion es la mendicidad, combinada con el robo. Sin embargo, saben apelar á otros medios de subsistencia, segun los lugares, el tiempo y la ocasion.

Las mujeres gozan de cierto privilegio que no se les ha disputado nunca: dicen la buenaventura, son encantadoras y hechiceras. ¿De dónde viene la confianza que inspiran por este concepto al pueblo bajo? Nadie lo sabe; pero es de presumir que debe atribuirse principalmente á su extraña fisonomía y á sus costumbres excéntricas. Además de estos conocimientos dudosos, rivalizan con los hombres en el arte de apropiarse los bienes del prójimo.

Hé aquí porqué se tolera muy poco á esta gente, no permitiéndoles sin grandes dificultades fijar su domicilio en las ciudades y pueblos. Allí donde se detienen, multiplícanse los hurtos y robos, y al fin se acaba por expulsar á los bohemios sin que medie ninguna formalidad.

El equipo de un bohemio está en relacion con su vida nómada, y sobre todo vagabunda: una carreta desmontada, que se apoya en unas estacas y está cubierta de un pedazo de lona llena de agujeros, ó de una piel hecha pedazos, constituye su único abrigo.

El interior de semejante tienda, como ya se comprenderá, es repugnante; es la miseria en el fango, y parece imposible moverse allí.

Un pequeño caldero sirve para preparar el alimento; pero si entra un visitante, se lo ofrecen como taburete volviéndole al revés, lo cual es una prueba de respeto. Todo lo demás está en armonía: un cubo de agua, algunos utensilios viejos ó rotos, y varios paquetes de andrajos constituyen toda la riqueza de una familia.

En la parte exterior, al aire libre, suelen verse á menudo un fuelle, un yunque, tenazas y otros instrumentos de herrero.

La vestimenta no tiene nada de nacional; se reduce á un conjunto de pedazos de diversos tejidos, los mas heterogéneos que se puede imaginar en cuanto al corte y los colores. Al ver á un bohemio se podria decir á punto fijo de qué país llega; por eso no vacilo en afirmar que los que bosquejé venian de Crimea, á juzgar por ciertas prendas que llevaban, muy usadas en aquel país.

Los bohemios habian establecido su tabor léjos del burgo, y esto me decidió á retardar mi marcha algunos dias. La pieza de diez kopecks que

yo daba á los que quisieran servir de modelo, fué un atractivo irresistible: pequeños y grandes me ofrecieron á porfía su rostro *para ser copiados*.

Un acontecimiento bastante singular fué causa de rompimiento entre ellos y yo, poniendo término á mis estudios. Cierto dia, toda aquella gente me recibió con expresiones muy duras, acompañadas de invectivas: la mano de un bohemio que yo habia copiado acababa de adquirir un mal sin causa aparente; y como era preciso explicar el hecho, convínose en que habia inoculado el mal el que hacia los retratos.



Cosaco de la Línea

«¡Retírate! gritaron al verme; eres un brujo, y nos comunicas las enfermedades.»

Mis dibujos han dado por lo general orígen á muchas escenas bastante curiosas.

Debe advertirse una cosa; y es que el modelo no comprende nunca con qué objeto se le hace sentar, ni qué se quiere de él: solo el deseo de ganar la gratificacion prometida le retiene en su sitio; despues, cuando comienza á ver sus facciones reproducidas en el papel, admírase, y segun su carácter, comienza á reir como un niño, ó es tan receloso, que se aleja corriendo sin decir una palabra. En este último caso, ninguna oferta bastaria para detenerle, porque está persuadido que se quiere atentar contra su felicidad, no solo en este mundo, sino en el otro.

Los modelos mas dóciles son los mendigos, de los cuales pude obtener algunos tipos. Antes de la sesion discuten sobre el precio, fijándole ra-

zonablemente. «Si me haces sentar una hora ó dos, dicen, y no me das sino tanto, no quiero quedarme, porque obtendré mas beneficio si empleo ese tiempo en mendigar.» Este razonamiento no peca ni por la concision ni por la lógica. Por lo demás, los empleados de la administracion rusa no les exceden en inteligencia: cierto dia, mientras cambiaban el tiro, entré en una mísera cabaña de campesinos, porque la estacion se habia incendiado; y para matar el tiempo, saco mi álbum de viaje, y comienzo á bosquejar la vivienda en el desórden en que la veo, con toda especie de escombros, los niños, los animales, las gallinas y gallos, que formaban un conjunto de lamentable aspecto.

El dependiente de la estacion entra de pronto en la cabaña, ve mi trabajo y me pregunta qué hago.

—Ya lo ves, le contesto, copio la cabaña.

—¿Y para qué sirve eso?



Telega rusa

—Simplemente como un recuerdo.

—Entonces, permitid que ponga un poco de órden, porque todo está revuelto.

—No, no, no toques á nada; quiero bosquejarlo como está.

El hombre sale y vuelve á entrar con el inspector, quien me interroga á su vez.

—¿Qué haceis, caballero?

—Ya lo veis, dibujo la cabaña.

—Permitidme que os pregunte para qué.

—¡Pardiez! para nada, para distraerme; la dibujo en mi álbum solo como un recuerdo.

—Pues tened la bondad de no hacer nada de eso.

—¿Por qué?

—Observad que esta vivienda no sirve para los viajeros sino momentáneamente, y que la estacion quedará construida muy pronto.

—Os aseguro que no me importa nada que vuestra estacion se construya ó no; solo dibujo como un pasatiempo.

—Pues tened la bondad de no *escribir*; ese desórden que notais no es sino fortuito; la nueva estacion quedará construida...

—¡Lléveos el diablo!

Y para terminar con aquellos dos importunos, cierro de golpe mi álbum; y al mismo tiempo veo que los caballos esperan ya. Una vez en camino, el conductor me dió la clave del misterio: me habian tomado por un inspector de estaciones que viajaba de incógnito.

¿Qué son los bohemios? ¿De dónde vienen? Otros muchos no han podido decirlo, y yo no me encargaré de arrojar luz sobre cuestiones que se han conservado en la oscuridad para los sabios. El hecho es que se les encuentra diseminados en la mayor parte de Europa y de Asia; y en todo caso debe observarse que su fisonomía ofrece un tipo del todo excepcional, por el que se le reconoce fácilmente, pudiendo asegurarse que sus facciones tienen mucha semejanza con las de las razas meridionales.

VII

Vladicavcaz.—La burka—Los cabardinos—Tradiciones históricas.—Dos clases: nobles y cultivadores.—El Valiy.

La ciudad de Vladicavcaz, situada á ciento cincuenta verstas de Georgievsk, al pié mismo de

la cadena principal del Cáucaso, está bastante bien fortificada. Su nombre significa, casi literalmente, *amo*, *señor*, *dominador* del Cáucaso. Elévase en la entrada norte de un desfiladero, único paso por estas montañas, lo cual explica la denominacion que se le dió.

Se ha edificado sobre el Trek, rio que tiene su nacimiento en los desfiladeros del Darial, corre primeramente hácia el noroeste, é inclínase despues al este, á la altura de Mozdok, para ir á desaguar en el mar Caspio.

El aspecto de los edificios de la ciudad no ofrece nada de pintoresco: es casi la repeticion de todo cuanto se ve en las ciudades de bailía en Rusia. Bordean el camino algunas tiendas con sus escaparates; en medio hay una plaza rodeada de edificios destinados para los tribunales, la casa de postas, y las hospederías; y en cuanto á industria, no se nota el menor vestigio de ella.

No debo olvidar una recomendacion para el viajero que llegue á Vladicavcaz: ha de tener presente que necesita proveerse de una *burka*, especie de ancho balandran, ó mejor dicho, capote fabricado con lana de carnero, del que se hace uso en todos los países del Cáucaso y de la Transcaucasia. Este capote, precioso por los servicios que presta, se importa aquí de la montaña; y tiene fama por su ligereza, su tejido compacto y su pelo muy corto. Las *burka* que hay aquí son preferidas á las del Daghestan, muy pesadas, y cuyo pelo, mas largo, cae sobre la parte exterior. En este punto está muy generalizado su uso, así como los inmensos gorros de pieles, lo cual comunica á los habitantes un aspecto de indígenas por demás interesante.

La siguiente estacion de postas, yendo á Tiflis, se halla establecida en el desfiladero mismo; pero antes de penetrar en este no puedo menos de dar á conocer á mis lectores á los cabardinos, pueblo de la raza de los montañeses caucásicos, que ocupa cerca de Vladicavcaz, al oeste, las primeras estribaciones de la cadena principal.

En cuanto he podido observar, todos los montañeses que hallé en el Cáucaso parecen tener cierta semejanza, aunque llevan nombres distintos. Sus trajes y fisonomías, su manera de vivir y fe religiosa son casi idénticos; y de consiguiente, lo que debo referir de los cabardinos puede convenir muy á menudo á los demás caucásicos establecidos en estos parajes: esta digresion á propósito de un pueblo tiene pues la ventaja de evitar repeticiones.

Comencemos por resumir, como fiel oyente, las tradiciones, verdaderas ó falsas, propagadas en el país respecto al orígen y formacion del pueblo cabardino.

«Los príncipes de la Cabarda y el pueblo mismo son originarios de Egipto, país que abandonaron en tropel, para ir á establecerse en Crimea, sobre el riachuelo Cabarda, que les ha dado su nombre. Emigraron por segunda vez, cruzaron el mar, y siguieron las orillas del rio Colonia: llegados á su nacimiento, los mas se fijaron allí definitivamente; estableciéronse algunos mas allá del Coubane; y en fin, otros, en mayor número, plantaron sus tiendas en el punto donde se hallan hoy la grande y la pequeña Cabarda. Varios de sus príncipes y su jefe soberano se convirtieron al cristianismo, el cual comenzaron á conocer entre los griegos cuando habitaban la Crimea. El pueblo cabardino se consideraba como el mas poderoso en todas las montañas del Cáucaso, y todos los inmediatos le pagaban tributo.

»Se componia de diversas clases sociales, contándose entre ellas cultivadores ó esclavos, y nobles de cuatro especies ó grados, comprendidos los príncipes.

»Sobre estas clases estaba el Valiy, es decir, el príncipe de los príncipes, que gobernaba al pueblo: su poder era hereditario.

»El descontento contra el gobierno ruso suscitó emigraciones frecuentes mas allá de Coubane: no solo familias, sino comunidades enteras, abandonaron el suelo natal, para establecerse entre los pueblos sin someter. Una de las principales causas de la emigracion fué la derogacion del derecho de juzgar las diferencias interiores segun la ley de Cariate, la cual se reemplazó por la justicia venal de los comisarios militares; pero lo que puso el colmo al descontento fué la prohibicion de emprender la peregrinacion á la Meca.

»Una peste que se declaró á principios de nuestro siglo, reinando durante catorce años sucesivos, disminuyó la poblacion en mas de la mitad; y el general Yermoloff exterminó los restos de ella en 1822, recorriendo á sangre y fuego toda la Cabarda, cuyos habitantes fueron dispersos en su mayoría. Actualmente no pasa su número de diez mil; y han perdido para siempre su influencia sobre las tribus vecinas.»

Doy todos estos pormenores tal como me los han comunicado varios habitantes.

Las relaciones de los cabardinos con Rusia datan de remota época: han reconocido la soberanía de los tzars en su país en tiempo de Juan el Terrible, desde la campaña de Astrakhan, pero esta sujecion, casi voluntaria, era mas aparente que positiva. El verdadero servilismo data

solo del siglo último. La mayoría de la poblacion y sus príncipes se mostraron despues mas fieles al trono de todas las Rusias que los demás montañeses, siendo muy raras las sublevaciones á mano armada. Sin embargo, este pueblo sometido en apariencia ha demostrado siempre poca confianza en sus nuevos dominadores; y sus disposiciones son las mismas en nuestra época.

Segun hemos dicho ya, la poblacion se divide en dos clases distintas, los *nobles* y los *cultivadores* ó esclavos. Entre estas castas existe una línea divisoria que salta desde luego á la vista: el exterior y los modales hacen comprender la diferencia tan fácilmente como el traje mismo.

El jóven noble ó hijo de príncipe se acostumbra desde la mas tierna edad á manejar los caballos y las armas; y edúcase despreciando todas las demás ocupaciones. Sabe que no alcanzará influencia sobre los suyos ni obtendrá su aprecio sino dando pruebas de valor y de bravura, de audacia y altivez; pero el vasto campo donde sus abuelos hallaban la gloria no existe ya desde la pacificacion del país. En otro tiempo, las excursiones y las correrías contra los pueblos enemigos eran una escuela natural para el jóven; y ha de tenerse presente que á diferencia de lo que pasa en la mayor parte de los pueblos guerreros del Asia occidental, estas invasiones no tenian por único objeto el pillaje, sino mas bien el deseo de dar pruebas de valor y de brillar.

Un observador poco acostumbrado á fijarse á primera vista en cuanto le rodea, reconoce sin vacilar á un noble cabardino por una especie de gracia natural. El campesino se caracteriza, al contrario, por su pesadez, que contrasta con la airosa desenvoltura del guerrero.

Por lo demás, el cultivador no envidia la distincion de la clase superior: aprecia mucho mas la rudeza y fuerza muscular de sus semejantes que la fuerza y audacia de los nobles.

La autoridad de los príncipes y de los nobles era en otro tiempo ilimitada; los segundos disponian á su antojo del esclavo, y este, encorvado bajo el yugo despótico de un poderío sin límites, obedecia servil y fielmente; su abnegacion era ejemplar, y jamás permitia al extranjero hablar mal de su señor; era, en fin, la fidelidad del perro á su amo. Desde la emancipacion general de los siervos en toda la Rusia, las relaciones no son las mismas entre el señor y el esclavo.

VIII

Trajes.—Armas.—El cabardino á caballo — La leghinska.—Religion.—El oficial ruso y el soldado en campaña — Cuadro de las razas que habitan en el Cáucaso —El lesguiano Hadji-Mourtouz.--Una insurreccion en las montañas.

La mujer cabardina cria sola á sus hijos, y atiende tambien á la existencia de su esposo: en derecho se halla sujeta á la autoridad inmediata del jefe de la familia; pero de hecho es otra cosa.

Las mujeres y los hijos tejen las telas y cosen todas las ropas; y si el montañés se aficiona á los adornos, no es tanto porque su vestimenta sea buena y le siente bien, como porque tiene una esposa que sabe confeccionarla.

Así como todos los montañeses del Cáucaso, el traje se reduce á lo siguiente: sobre la camisa se ponen unos pantalones anchos y una *archalouka*, ó especie de hábito con manga corta y cuello alto.

La *archalouka* se cierra sobre el pecho hasta el cuello por medio de unos botones formados por pequeños nudos de cordoncillo; cuanto mas próximos están, mas se realza el pecho bajo el adorno, y mejor se reconoce la habilidad de la mujer cuyas manos han confeccionado el traje del cabardino. Sobre el *archalouka* se pone el *beschmete* ó *teherkeka*, ropaje tártaro que deja el pecho descubierto, sujetándose solo con algunos corchetes y un cinturon formado por una delgada correa con adornos de plata; y á cada lado del pecho se adaptan pedazos de tela, ya de un color ó de varios, con separaciones, destinados á colocar cilindros de madera; estos últimos sirven á los cabardinos para colocar sus cartuchos, despues de envolverlos en trapos.

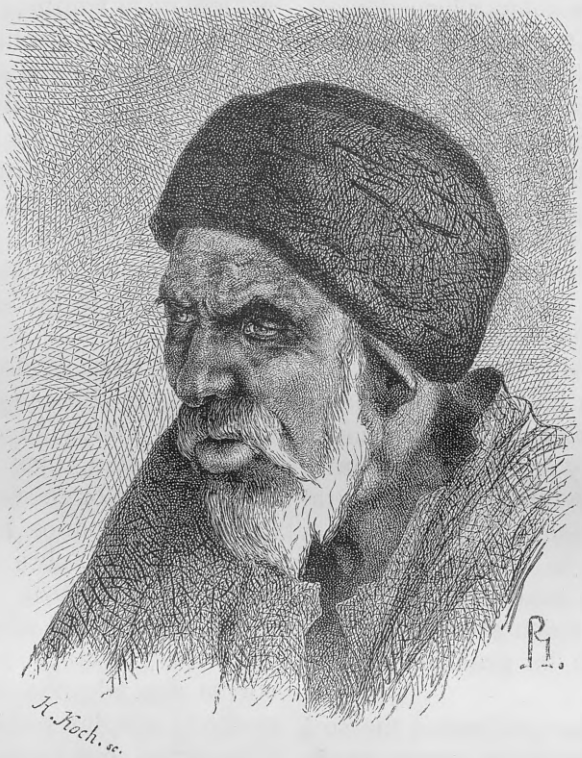
Para dentro de casa llevan unos zapatos de piel muy gruesa con las puntas levantadas y tacones altos, ó solo unas medias de lana adornadas de dibujos. Cuando montan á caballo se ponen botas de piel flexible, con suela blanda, y encima unos zapatos de la misma clase.

Cúbrense la cabeza, completamente rapada, con un enorme gorro, *papah*, de lana de carnero; y se abrigan los hombros con un capote de lo mismo *(burka)*. Estas dos prendas son incómodas por su peso, sobre todo en verano; pero no debe olvidarse que los montañeses se hallan expuestos de continuo á las variaciones de temperatura, y que les conviene mucho ir equipados así cuando bajan de las frias montañas á los cálidos valles, ó vuelven hácia las nevadas cimas.

Sus armas consisten en puñales, pistolas y fusiles: es de advertir que los montañeses no han hecho todavía uso de las cápsulas: sus armas de fuego son todas de chispa. Las pistolas,

suspendidas de una cuerda, bajan por detrás hasta la cintura; llevan terciado el fusil en un estuche de lana de carnero, y junto á él dos varitas largas de puntas muy agudas. Cuando el montañés camina á pié y quiere hacer uso de su arma de fuego, coge estos palitos, los clava en tierra cruzándolos, y apoya entre sus extremidades la del fusil. Con este antiguo sistema, gracias á su hábil puntería, es raro que el montañés deje de tocar en el blanco.

Encima de su gorro ordinario, los cabardinos se ponen á veces otro grande, ancho y puntiagudo, de piel de camello, con largas puntas que caen sobre el cuello, rodeándole y protegiéndole del viento y de la lluvia. En la estacion calurosa el *bachik* reemplaza al *papah*.



Tipo de un bohemio

A veces se adornan el archalouka y el tcherkeska con un estrecho galon de plata, aunque por lo general no ostentan nada tan brillante; pero cuando el montañés es rico, sus armas están casi siempre cubiertas de dibujos plateados. A menudo se encuentran hombres que se tomarian por mendigos, á no juzgarlos sino por su desgarrada vestimenta, y que sin embargo llevan en el cinto armas ricamente trabajadas.

Me ha parecido de algun interés dar todos estos detalles acerca del traje cabardino, con tanta mas razon cuanto que no pertenece solo á los montañeses; los cosacos le han adoptado tambien generalmente, pero no le llevan con tanta gracia y holgura.

Solo he visto á las mujeres cubiertas con su largo velo, y no puedo describir su ropaje; pero por una punta de aquel, ligeramente levantada, distinguí unos pantalones cortos, sumamente anchos, y el mismo calzado de tacon alto que usan los hombres.

Las mujeres distinguidas ostentan ricos trajes, muy originales y complicados.

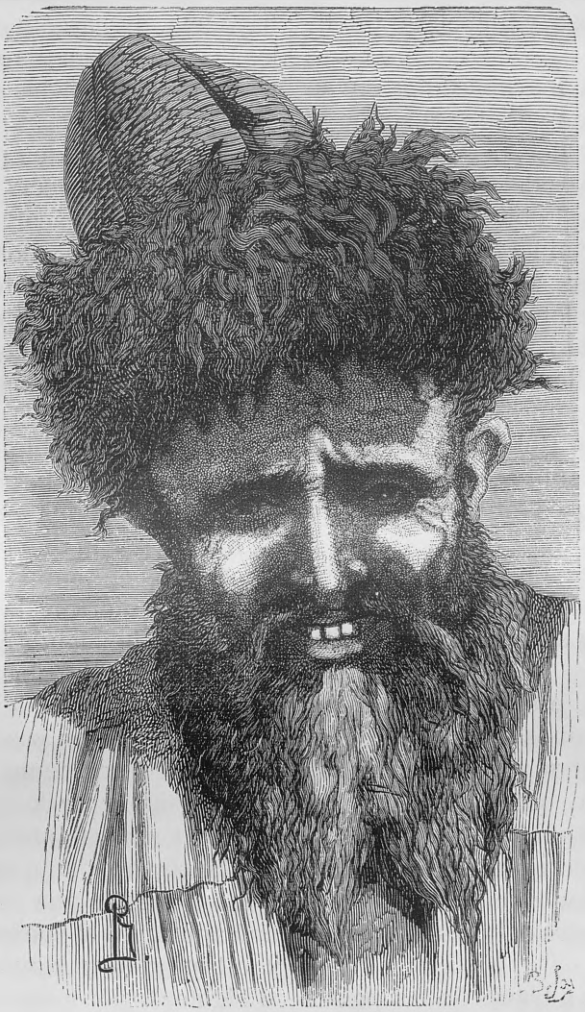
Los caballos de los cabardinos no parecen tan fuertes como los que se ven en todo el Cáucaso, aunque para la carrera son excelentes é infatigables: muy flacos, por lo general, tienen la piel completamente pegada á los huesos.

La silla de los montañeses está cubierta de un cojinete de piel: los estribos se hacen muy cortos; y así es que las piernas forman con las pantorrillas una especie de V: es la costumbre general de los pueblos de Oriente, llevada hasta el extremo en este país. Podrá extrañarse que este género de apoyo sea suficiente, y permita á los jinetes sostenerse con tal firmeza en la silla que parecen estar incrustados en ella: en cuanto á mí, despues de varios ensayos, y á pesar de mis largas carreras á través de las montañas, no pude acostumbrarme á esa posicion fatigosa de las piernas encorvadas así; y á menudo, con gran escándalo de mis compañeros, tomé el partido

de llevar las piernas pendientes y libres, como lo hacen los campesinos rusos cuando vuelven de los campos montados en sus caballos de enorme vientre.

Las mujeres observan una vida muy retirada: rara vez se dejan ver fuera de su domicilio, y apenas se las encuentra sino cuando van á buscar agua.

Nobles y campesinos comparten como hermanos una ignorancia completa. La juventud ca-



Tártaro de Piatigorsk

bardina no recibe ninguna instruccion: los letrados son tan raros, que apenas se encuentra un hombre que sepa leer y escribir.

Entre estos montañeses está prohibido el vino así como entre los musulmanes.

El alimento se compone de unos cuantos manjares de los mas sencillos, porque esta gente es en general muy sóbria: semejantes en esto á los habitantes de la campiña, no se desvian de esta buena costumbre sino cuando se trata de las grandes solemnidades, como por ejemplo el casamiento; entonces pasan dias enteros comiendo y bailando.

La *leghinska* es la danza nacional por excelencia en todo el Cáucaso y en la Transcaucasia: consiste en pasos muy difíciles y excéntricos, que el bailarin ejecuta cadenciosamente, con acompañamiento de una música animada, aunque uniforme; es la misma para hombres y mujeres, que forman grupos separados sin mezclarse jamás entre sí: los espectadores marcan el compás con palmadas.

Encuéntranse muchos vestigios del cristianismo en las dos Cabardas: en varios sitios se ven ruinas de templos cristianos, en algunas de las que se han conservado pinturas murales, casi intactas, que representan asuntos religiosos. Me han asegurado que apenas hace un cuarto de siglo existian ancianos que conservaban el recuerdo de los oficios celebrados en las iglesias

abandonadas ya. El islamismo no se estableció definitivamente, gracias á los misioneros turcos, hasta fines del siglo XVIII, poco mas ó menos.

Los rasgos salientes del carácter de los cabardinos son la audacia, la grosería y el espíritu vengativo.

La naturaleza, sin embargo, los ha dotado de un temperamento vigoroso y de clara inteligencia.

Cuéntase que cierto dia, los cabardinos enviaron una diputacion á un emperador ruso: no se dice quién era este emperador, pero seguramente no seria Alejandro II. Los delegados, despues de manifestar al soberano el objeto de su visita y los deseos del pueblo, terminaron sus lamentaciones del modo siguiente:

«¡Oh monarca! tú eres clemente, sabio y bondadoso; pero hemos sabido que hay cerca de tí un mal cortesano que se llama Gobierno. Gran monarca, expulsa para siempre de tu presencia á ese pérfido, á ese odioso Gobierno; y cuando estemos libres de él, los asuntos seguirán mejor marcha en todos los países que respetan tu nombre...»

Esta anécdota me parece imaginaria; pero se refiere en las dos Cabardas, y por lo menos se dice mucho en favor de la sutileza y buen sentido de los habitantes.

Añadiré de paso que la prolongada sumision de los cabardinos y de algunos otros pueblos les libra de un exterminio del que no escaparon sus vecinos del Transkouban, quienes despues de ser vencidos, viéronse expulsados de sus montañas y se les desterró á Turquía. Harto se sabe este acontecimiento, y por diferentes motivos no entraré aquí en los tristes detalles que á él se refieren.

En la época de mi viaje á través de los países situados en la Cubaña, la gran guerra habia terminado; pero aun debian sostenerse algunos encuentros con reducidas tribus que se habian atrincherado en las inaccesibles gargantas de las montañas, donde esperaban rechazar los ataques de las tropas. Entonces tuve ocasion de hablar con personas que habian tomado parte en estos asuntos; un oficial, entre otros, me confesó el descontento que inspiraba este género de guerra. Las incesantes persecuciones á través de sitios casi infranqueables, el tiroteo con enemigos ocultos é invisibles; y sobre todo esto las fiebres y otras enfermedades que no se pueden evitar en estas campañas, sobrexcitaban al soldado, endureciendo su corazon de tal modo, que cuando lucha cuerpo á cuerpo, no perdona á nadie. «He visto por mis propios ojos, decia este oficial, durante la destruccion de un *aoule* salir de un *sacle* una mujer cubierta de un velo blanco, llevando un niño en los brazos: un soldado la perseguia....; la infeliz corrió hasta el borde de una roca, detúvose, se sentó, estrechó á su hijo contra su pecho, y envolvióse en su velo.... El soldado la alcanzó muy pronto, y desdeñando servirse de la culata de su fusil ó de la bayoneta, descargóle un puntapié en la espalda: los dos infelices rodaron por el precipicio.

—Pero vosotros los oficiales, repliqué yo, no podreis ver esas cosas á sangre fria....

—Ciertamente que no; muy léjos de ello; pero ¿qué hemos de hacer?

—¿Cómo qué hacer? Detener á vuestros soldados é instruir un informe.

—Ese informe, contestóme el oficial sonriendo, seria tal vez posible mas tarde; pero en cuanto á detener á los soldados, no se debe pensar en ello, porque seria exponerse á los insultos, y á veces á la muerte.

—Eso no es creible.

—Dispensad. Si juzgais de las relaciones entre oficiales y soldados en campaña y en el campo de batalla por lo que teneis costumbre de ver en las revistas en tiempo de paz, estais completamente en un error; la pelea y los peligros comunes nos igualan; y con este motivo voy á contaros en qué situacion me ví cierto dia, cuando jóven aun, acababa de ser nombrado oficial. Nos hallábamos en un paso difícil, y hacia un calor sofocante; cerca de mí, un veterano se refrescaba bebiendo agua de su calabaza; yo me moria de sed, y sin reflexionar le dije:

—Hermano, dame de beber.

Sin contestar una palabra, mi hombre continuó apurando el contenido de su calabaza hasta la última gota, y cuando hubo acabado, enjugóse el bigote, tosió, y me dijo:

—Vuestra señoría experimenta el deseo de beber; si es así, ahí tiene agua bien fresca.

Y el tunante me mostraba un arroyo que corria en un barranco á nuestros piés, casi á cien sagenas (1) de profundidad.»

Mas tarde, cuando el tiempo y mis medios me lo permitan, espero volver á estas montañas: entonces completaré este curioso estudio de una sociedad que se extingue, y que desde su definitiva sumision se trasforma diariamente.

Por lo pronto, creo que ofrecerá algun interés al lector, saber cuáles son las diversas tribus que habitan el Cáucaso y la Transcaucasia. Las clasificaré segun los tipos é idiomas que establecen algunas diferencias entre ellas.

---

(1) Esta medida equivale á dos metros ciento treinta y tres milímetros.

A. Raza kaztevel. Comprende: georgianos, imericianos, mingrelios, ghourios, wannes y muchos clanes oscuros y sub-tribus no clasificadas en las geografías.

B. Raza armenia.

C. Raza tcherkesse ó adigea: cabardinos, chapsouges, natukais, abbases, djihetes, oubijks, abadzekes y otras tribus menos numerosas diseminadas en las gargantas de la cadena principal, y algunas de las cuales ya no existen.

D. Raza tschetschene: nazraus, inguches, galgaeis, los tschetschenes propiamente dichos, y una docena de otros pequeños pueblos diseminados en el norte de la cordillera principal y á lo largo del Terek.

E. Raza lesguiana: avares, audiys, los habitantes de Dido, Antsus, Kapusis y otras asociaciones del Daghestan de las Montañas.

F. Los ossetes forman una nacion separada y se hallan establecidos en los alrededores de Vladicavcaz, y en las gargantas de Kuvtauninsk.

Todas estas razas pueden considerarse como los habitantes indígenas del Cáucaso.

Junto á ellos se encuentran otros varios que, llegados á esta region, fijáronse en ella despues de la guerra en distintas épocas. Los mas descienden de turcos y mogoles, y están diseminados á lo largo de la línea del Cáucaso, en el país generalmente conocido con el nombre de provincias musulmanas, que comprende la mayor extension de la Transcaucasia.

Los nogais, los kalmucos-karatschiys, y en general los tártaros que habitan el Cáucaso del norte, son todos de raza mogola. Los tártaros de Transcaucasia, que difieren de los primeros por muchos puntos, son de raza turca.

Tambien tenemos los kurdos, que no se pueden clasificar en esta familia; y despues los industriales que llegan del norte y del sur para fijarse en el istmo caucásico, y los cuales pueden enumerarse así:

Los rusos, principalmente los cosacos y los rap-kolniks, de diversas sectas reputadas como peligrosas por el gobierno, desterrados en su consecuencia á estos lejanos parajes. Tales son los duohobortzis, los malakanes, los sabatinos y los skopzis, de los cuales hablaré en otra parte de mi viaje á través de la Transcaucasia.

Los alemanes, en gran mayoría procedentes del reino de Wurtemberg.

Los escoceses, en reducido número.

Otros diversos extranjeros, establecidos mas ó menos fijamente para explotar estos países.

Y por último, los judíos, que se encuentran en todas partes.

Estas diversas nacionalidades se codean en una superficie relativamente poco extensa, hablan lenguas diferentes, tienen diversas religiones y un dios ó dioses. Preciso es confesar que los autores árabes que tuvieron ocasion de hablar de este país montañoso, le han calificado admirablemente al darle el nombre de *Montaña de las lenguas*.

He tenido ocasion de conversar largamente con un lesguiano muy conocido en el Cáucaso, que habia adquirido cierta popularidad hace tres años. Llámase Hadji-Mourtouz, y habíase puesto en el Daghestan á la cabeza de una sublevacion que referiré en pocas palabras, á fin de dar una idea del carácter de las insurrecciones á mano armada en el Cáucaso. No debia ser aquella la última, á pesar del poco éxito de todas las empresas de esta especie.

Segun suele suceder, las autoridades del país no tenian ninguna sospecha de la sedicion proyectada, ni estaban dispuestas en modo alguno para reprimirla. Cierto dia magnífico llegó un mensajero de las fortificaciones de Lagodsk, donde habitaba cierto general, el príncipe Chalikoff, jefe de los ejércitos de los cantones inmediatos, y dió la noticia de que la gran colonia de Belokane se habia sublevado, arrastrando en su movimiento á los *aoules* vecinos. Añadió que una partida de rebeldes, compuesta de algunos miles de hombres habia rodeado la fortaleza *Zakatale*, preparándose á ponerla sitio; y, por último, el enviado aseguró que Hadji-Mourtouz estaba á su cabeza y los dirigia.

Necesario es advertir que este hombre pasaba por ser fiel al gobierno ruso; sus actos y servicios durante las últimas guerras le habian valido varias condecoraciones como recompensa, y el título de capitan de los ejércitos rusos.

Dadas estas explicaciones, no se debe extrañar que el general vacilase en creer en la complicidad de Hadji-Mourtouz. Sin embargo, sorprendido de pronto, reunió algunos soldados y dirigióse hácia el foco de la insurreccion.

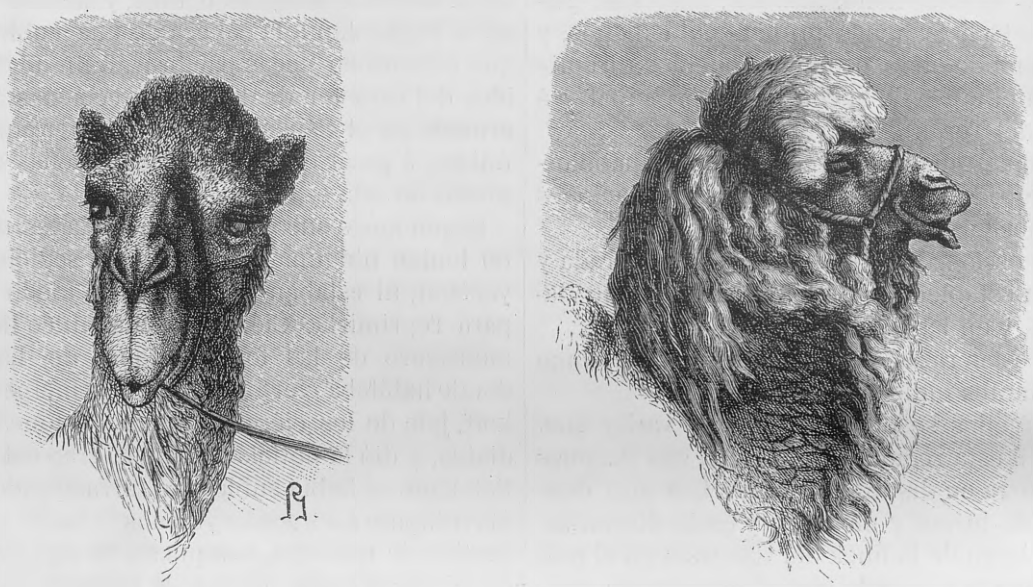
No léjos de Belokane salieron á su encuentro los de Djarskezevs, montañeses de los alrededores de Djarsk; los mas eran de edad respetable, y habíanse distinguido mas ó menos en otro tiempo por los servicios prestados al gobierno ruso; agrupáronse alrededor del general, asegurándole su fidelidad, y le propusieron servirle de escolta á fin de alejar todo peligro. En medio de aquellos guerreros y algunos hombres de la milicia de los georgianos, el príncipe Chalikoff avanzó, dejando á sus soldados á retaguardia.

Muy pronto pudo distinguir los atrincheramientos construidos por los rebeldes, y á estos ocupando detrás sus posiciones.

—Id, dijo á los montañeses que le rodeaban, dispersad á ese pueblo, y que cada cual vuelva á su casa.

Los montañeses partieron á galope; pero en vez de avanzar contra los rebeldes, emprenden la fuga en todos sentidos y desaparecen completamente. Solo entonces, al verse léjos de sus soldados, sin mas que algunos hombres á su alrededor, el general comprende todo el peligro de su situacion en presencia de un campamento enemigo; pero le parece vergonzoso é imposible retroceder, sigue adelante, y á poco se halla cerca de una caverna, á la que conduce un angosto sendero, entre un abismo y una roca: sobre esta última aparece el mismo jefe, Hadji-Mourtouz, con el fusil terciado.

—¡Bribones!... grita el príncipe; mas apenas ha pronunciado la palabra, cae muerto en tierra.



Cabezas de camellos kalmucos

El reducido grupo que le seguia fué destrozado: la escasa tropa que habia quedado á retaguardia acudió al ruido de las detonaciones, pero vióse al punto rodeada por la multitud de montañeses, llamados *degolladores*, á la cual no se podia resistir, porque era cada vez mas compacta. Hasta la fortaleza de Zakatale, es decir, en el espacio de unas diez verstas, aquellos soldados heróicos debieron abrirse paso á través de la multitud amenazadora de los insurrectos.

De los doscientos hombres que componian la escolta del príncipe Chalikoff, cincuenta fueron muertos y mas de otros tantos heridos; pero ni unos ni otros quedaron en el camino; ni una sola de las víctimas de aquella verdadera emboscada quedó abandonada allí. Fácil es imaginar la terrible situacion de varios grupos de una docena de hombres, retirándose cada cual con un compañero muerto ó herido, y combatiendo en el centro de varios miles de enemigos furiosos.

Aquellos héroes llegaron por fin á la fortaleza; pero ¡en qué estado! Mas fácil es figurárselo que describirlo. Agobiados por la fatiga y desfallecidos por sus heridas, apenas pudo uno de ellos, apoyado por sus camaradas, llamar con una bocina á la guarnicion para anunciarla que se acercaba el enemigo.

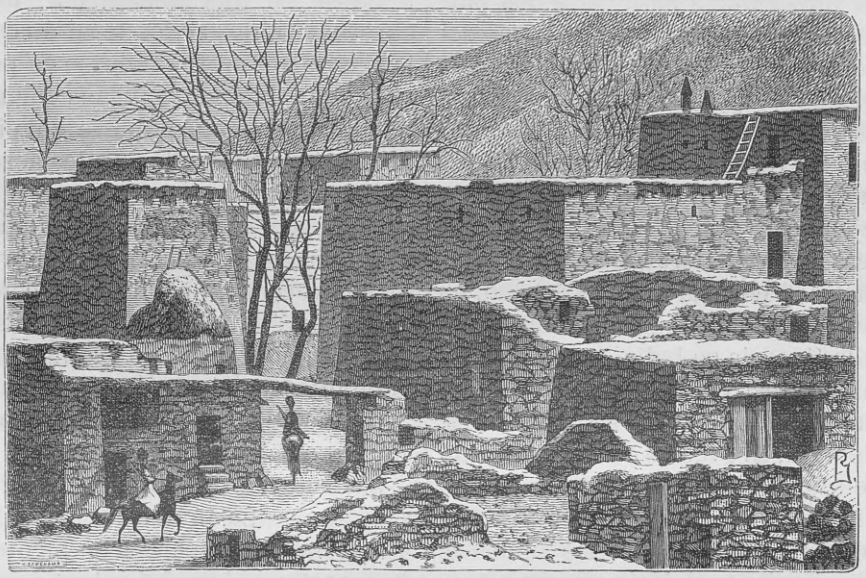
Por fin se hallaron en seguridad los que sobrevivieron; pero ¿cuánto tiempo podria resistir aquella pequeña fortaleza? La guarnicion se componia de mil hombres, cuando mas, no todos á las órdenes de los mismos jefes; pero durante la insurreccion, muchos de ellos, ocupados en diversos trabajos en los alrededores, habian muerto, y no quedaba en la fortaleza sino un reducido número de soldados, quienes solo debian contar con sus propias fuerzas.

En efecto, no debian esperar auxilios de Lagodiach, ni de la parte de Kachete y de Tiflis, pues los rebeldes habian tenido la precaucion de quemar los puentes echados sobre el Alazane para comunicarse entre una y otra orilla.

Los habitantes de la pequeña ciudad situada al pié de la fortaleza se reunieron con la guarnicion, fortificándose unos y otros del mejor modo posible para resistir el sitio que les amenazaba.

El dia se pasó en la espera; pero llegada la noche, no tardó en oirse el terrible canto de ma-

tanza de los montañeses, que era la señal de ataque. Fué seguido muy pronto de gritos salvajes, y en medio de un ruido infernal, los sitiadores se precipitaron contra la fortaleza; mas á pesar de su encarnizamiento, viéronse rechazados. Al dia siguiente hubo nueva tregua, que permitió preparar la resistencia contra un nuevo asalto, y al declinar el dia llegaron correos; por todas partes surgieron ejércitos, y el desenlace de aquel drama sangriento fué muy distinto del que se hubiera podido prever. Los rebeldes, no pensando ya sino en someterse, sufrieron las consecuencias ordinarias de la insurreccion. Inútil es dar mas detalles; los resultados son



Aldea ossete en invierno

siempre los mismos en semejante caso: doce pobres diablos fueron ahorcados en el sitio, y se desterró á mas de ciento á Siberia ó á otros países del inmenso imperio ruso.

En cuanto á las causas de la insurreccion, no se debe buscarlas sino en el fanatismo religioso, en el odio que alimentan generalmente las tribus sometidas contra sus vencedores, sin hablar del descontento de algunos particulares y de sus intrigas de poca importancia.

¿Qué fué de Hadji-Mourtouz? Ocho meses despues andaba errante aun por las montañas y los bosques de los alrededores; y nadie le hubiera vendido ó entregado; pero atendiendo á la peticion de los habitantes del país, que debian soportar la pesada carga de los soldados que le perseguian, acabó por entregarse prisionero. Condenado á muerte, se le indultó al fin, enviándole al interior de Rusia, lejos de aquellos países peligrosos.

Le he visitado durante su encarcelamiento en la casamata del castillo de Meseb, en Tiflis. Sus facciones revelan un gran cansancio y una melancolía profunda: decidíase entonces sobre su suerte en el consejo de guerra, y nadie podia decir qué sentencia iba á recaer.

IX

La garganta del Darial.—El monte Kasbek.—Camino de Tiflis —El hundimiento de la Bechennaya Balka.—La avalancha —El convento abandonado.—Los *ossetes* – Sus viviendas —Religion.—Los recien convertidos.—El castillo de la reina Tamara.—El monasterio de Ananour.—La fiesta de San Jorge en Mtshet —Tiflis.

La garganta del Darial produce en el viajero una sensacion de espanto y tristeza: grandes masas de granito, verdaderos colosos, parecen á punto de desprenderse para aplastar al caminante á su paso; lánzanse en todas direcciones hácia el cielo; y no se percibe vestigio alguno de verdura que interrumpa la monotonía de su sombrío color gris. Espesas nubes, semejantes á húmedos é inmensos sudarios, ocultan casi toda la vista; y es caso raro que los rayos del sol penetren á través de ellas, porque la lluvia reina como soberana en este desfiladero.

Dos corrientes de agua dejan oir su murmullo al pié del Darial, la una al norte, y la otra al sud del paso: la primera, el Terek, de que ya he hablado, cruza por Vladicavcaz, y volviendo despues hácia el oeste, dirígese al mar Caspio; la otra, el Aragva, se desliza por el sud, y aumenta el caudal de aguas del Kour (antiguo Ciro), tributario del mar Caspio.

Así como el Terek, el Aragva tiene su nacimiento en los glaciares del Kasbek, que se eleva sobre el desfiladero, casi en el centro, formando las vertientes de ambas cuencas.

El gran camino militar de Georgia, única via de comunicacion entre Rusia y la Transcaucasia, abierto por los cuerpos de ejército acantonados en el Cáucaso, costea el Terek y el Aragva, y tiene una gran importancia para estos dos países. Citaré el párrafo siguiente de un informe del general Knorring, primer comandante en jefe del ejército del Cáucaso, pues da una idea exacta del valor de este trabajo gigantesco, de los obstáculos sin número y de las dificultades casi insuperables que entorpecieron la realizacion de aquella obra ciclópea.

«El Terek, escribe el general, tiene una rapidez extraordinaria; y corta el monte Cáucaso, en dos partes. La única via de comunicacion directa posible con la Georgia se halla, pues, en este angosto desfiladero, estrechado entre dos enormes rocas. Para atravesar el rio, no léjos de las fronteras de Georgia, es preciso construir, en un espacio de treinta y cinco verstas, diez y ocho puentes, que no podrian colocarse sino sobre traviesas de madera que enlacen las opuestas orillas: como la corriente del rio arrastra á su paso masas enormes de grandes guijarros, y cambia de lecho anualmente, no es posible otro sistema para echar los cimientos. En ciertos sitios, el Terek se aproxima á las rocas de tal modo, que no queda ningun camino sobre sus orillas; y es forzoso, por decirlo así, rastrear sobre una angosta orilla, por donde difícilmente pasan las carretas.»

Hoy dia, en vez del cuadro desolador que trazaba el general Knorring, el viajero encuentra una buena calzada, magníficos puentes y estaciones, y en una palabra, un camino que honraria al mas hábil ingeniero de Europa.

Sin embargo, el Terek dista mucho de dar tregua y reposo á la calzada: de vez en cuando, sus aguas crecidas se desbordan, invaden y hunden los declives en muchos sitios; pero esto se remedia fácilmente, y las reparaciones necesarias no interrumpen apenas las comunicaciones entre los dos países de que es el punto de union el desfiladero del Darial.

No obstante, es preciso señalar aquí dos calamidades que hasta ahora no pudieron vencer los esfuerzos del genio humano: las avalanchas y los hundimientos y desplomes. El habitante de las llanuras y de las estepas no sabe explicarse bien cuánto tienen de terrible estos fenómenos harto conocidos del montañés.

No hay nadie en el país que no hable con espanto de la *avalancha periódica del Kasbek* y del *hundimiento de la Bechennaya Balka* (Arroyo rabioso), que se producen en el Darial. Hé aquí lo que refiere sobre el hundimiento un testigo ocular:

A una legua corta de la estacion de Kasbek deslízase un hilo líquido que apenas se percibe cuando se filtra entre los guijarros, y que vertiéndose en una hondonada, forma como un abrevadero, desde donde se dirige perpendicularmente al Terek. Su curso es poco mas ó menos de un kilómetro, y sus fuentes se hallan á una altura de ocho á nueve mil piés. En la época de las frecuentes lluvias de la primavera, este arroyo aumenta de volúmen con espantosa rapidez; sus aguas se enturbian, adquiriendo un tinte negruzco; prodúcese un ruido sordo cada vez mas cavernoso, que al fin se convierte en atronador estrépito; y esta señal, bien conocida, es generalmente preludio ordinario del drama: los habitantes acuden entonces por todas partes.

Un dia seguí á la multitud y pude presenciar aquel espectáculo extraordinario.

Las aguas, enteramente negras, ofrecian el aspecto de una inmensa cloaca llena de cieno; todo el mundo esperaba en medio de un silencio de muerte; y al fin fué interrumpido este por un estruendo horrísono semejante al que produce el trueno, cuyo eco se repetia en las rocas. La fuerza de la corriente disminuia de una manera sensible, y de pronto oí á los muchachos gritar: «¡Ahí está, ahí está; ya viene!» La multitud retrocedió toda á un mismo lado: una masa negra y enorme se deslizaba á nuestros piés, arrastrando confusamente inmensas moles de roca que se entrechocaban, pasando unas por encima de otras, y que desaparecian al fin en el fondo del arroyo con un sordo mugido.

Situado en un alto montecillo, seguí con paso lento el curso de la corriente hasta el sitio donde iba á verterse en el Terek: el torrente se detuvo unos momentos..... despues, sus aguas, precipitándose en inmensos torbellinos, franquearon el dique de cieno y de rocas, y precipitáronse en el abismo con horrísono estrépito.

Hé aquí la explicacion de tan extraño fenómeno: el arroyo ha abierto un lecho profundo en un esquisto pizarroso, y al descender de las cimas donde tiene su nacimiento, arrastra pedazos y moles de piedra, que amontonándose en ciertos puntos, constituyen fuertes diques. Al principio no encuentra sino un estrecho paso á través de las grietas que han quedado en aquellos obstáculos, y como las aguas aumentan al mismo tiempo, ocasionan el hundimiento del primer dique, arrástranle hasta el que sigue, y la cor-

riente se detiene de nuevo. La columna líquida, cada vez mas pesada, triunfa al fin de la barrera que la contiene, derríbala, y la impele con violencia hasta una tercera, para comenzar de nuevo la lucha con las siguientes, hasta que al fin, ocurre el último hundimiento, que es siempre el mas temible.

Las avalanchas del Kasbek han sido por todos conceptos mucho mas terribles y peligrosas.

Se han hecho numerosas descripciones, pero las mas, incompletas y poco dignas de creencia. De cuanto dijeron algunos testigos, que no observaron las avalanchas sino de vez en cuando, apenas se puede extraer mas que la siguiente nota:

«En otro tiempo desprendíase un enorme alud todos los años desde las cimas del Kasbek, llenaba con sus masas una gran parte del desfiladero del Darial, é interceptando durante horas enteras el curso del Terek, ocasionaba funestos destrozos á lo largo del camino militar de Georgia, sin desaparecer completamente hasta pasados algunos años. Las comunicaciones entre Georgia y Rusia se establecian entonces por encima de aquella enorme barricada, en medio de peligros y de inauditas dificultades.

Este fenómeno, que se reproducia periódicamente todos los años, no variaba sino por el grado de fuerza de las masas precipitadas en el desfiladero. Desde hace bastante tiempo, el peligro está como suspendido: una enorme mole de roca, arrancada de los flancos de la montaña por una última avalancha, y que se ha fijado en uno de los lados del Darial, parece oponer hoy un fuerte obstáculo.

¿Habeis visto alguna vez, lector, una pesada masa deslizándose sobre una superficie unida, en forma de plano inclinado, detenerse de pronto al simple contacto de un dedo aplicado oportunamente? Pues así es como una roca de granito basta para contener en su impulso al inmenso alud del Kasbek, que podria colmar el Darial. Siguiendo el camino del desfiladero se ve la cresta de la roca.

Es de desear que este hundimiento sirva para siempre de barrera á las avalanchas, que durante tantos siglos amenazaron colmar aquel paso.

Desde la toma definitiva de estos países por Rusia, no se han producido sino tres grandes avalanchas del Kasbek, que llenaron el desfiladero del Darial: ocurrieron en 1808, 1817 y 1832.

No existe casi ninguna tradicion acerca de las dos primeras, como no sea que el deshielo de la segunda duró cinco años, lo cual, á decir verdad, no está confirmado por ningun documento positivo.

Apenas se tienen algunos detalles exactos sobre la tercera.

La avalancha bajó bruscamente el 13 de agosto de 1832, á eso de las cinco de la mañana, y la garganta del Terek quedó obstruida en la extension de cerca de dos kilómetros. La masa, compuesta de enormes moles de hielo, de nieve y de piedras, interceptó completamente el curso del rio, y los habitantes de Vladicavcaz vieron su lecho en seco durante algunas horas. Detenidas en su curso, las aguas del Terek subieron á desmesurada altura hácia la parte superior del desfiladero; formaron allí una especie de lago, y no consiguieron abrirse paso hasta despues de ocho horas de lucha contra el gigantesco dique que interrumpia su curso ordinario.

Entonces se formó una inmensa bóveda de hielo y de nieve en el espacio de dos kilómetros, y el rio pasaba por debajo mugiendo sordamente.

La altura de aquella masa se evaluó por término medio en cerca de ciento veinte metros, y media dos millones doscientos mil metros cúbicos.

En nuestros dias no son raras las pequeñas avalanchas; pero tienen muy poca importancia en comparacion de la que acabo de describir, si bien exigen trabajos para dejar el paso libre, que duran á veces varias semanas.

Por lo que precede es fácil darse cuenta de las dificultades con que se lucha para conservar esta via de comunicacion entre Rusia y la Transcaucasia.

A fin de conjurar el peligro de las grandes avalanchas, que á pesar de todo, parece siempre inminente, se tuvo la idea de aumentar la altura del camino en ciento setenta metros; pero renunciόse al proyecto, aunque los trabajos comenzados se ejecutaron al principio con mucha actividad. Desde el camino que domina el precipicio se divisa una larga línea recta perforada en la roca.

Creo deber dar ahora algunos detalles sobre el Darial y las tribus del Kasbek.

La estacion de postas se ha construido frente á la montaña cuyo nombre lleva: no léjos de Kasbek, en una cima aislada, elévase un antiguo convento deshabitado en nuestros dias; pero dudo que sea accesible, ó por lo menos me pareció así; está bastante bien conservado, y por fuera ofrece el aspecto de un edificio completo, rodeado de muros y con sus correspondientes tejados. Durante la mayor parte del año, este monasterio está casi oculto entre las nubes.

Cuando se llega hácia la mitad de la garganta del Darial, se ve renacer la verdura en las últimas gradas de las rocas.

Allí es donde habitan los georgianos de la montaña y los ossetes: los primeros no difieren absolutamente en nada de sus compañeros de Tiflis.

Los ossetes se han establecido no solo en el desfiladero del Darial, sino tambien en una gran extension de las montañas, al sudoeste de Vladicavcaz, en el punto donde terminan los establecimientos de los cabardinos. Distínguense muy notablemente de las tribus que les rodean, sobre todo por su lenguaje y sus costumbres.

Sus pueblos están comunmente diseminados en la vertiente de las montañas: por ambos lados del Darial se ven altos muros flanqueados de



Armas caucásicas

torrecillas, monumentos que recuerdan la época del bandolerismo. Su perímetro, al mismo tiempo que la disposicion, demuestra que los habitantes debian atenerse ante todo á las necesidades de la defensa, construyendo una morada sólida y propia para satisfacer las exigencias de su género de vida. La mayor parte de estas viviendas de campesinos tienen dos pisos: el bajo se destina para la cuadra y el establo; y se apoyan en la montaña, en la cual se han construido las mas de las veces.

Ciertos viajeros han creido ver en las costumbres y manera de vivir de los ossetes mucha analogía con los usos de los germanos: sabido es tambien que los etnólogos se han visto apurados hasta aquí para determinar el orígen de este pueblo. Segun los unos, proceden de los germanos; segun los otros, de los eslavos, y hasta de

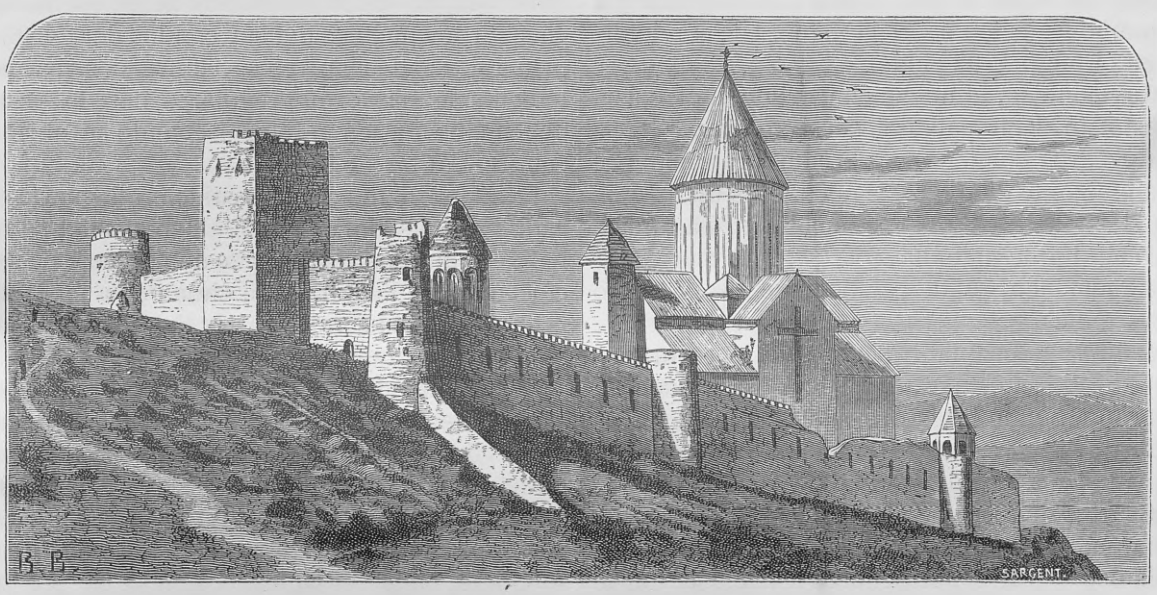
los turcos. Sus costumbres hacen creer que este orígen tuvo relacion con Europa en una época mas ó menos próxima á la nuestra.

En efecto, el ossete hace uso del lecho, de la mesa y de la silla, contrariamente á las costumbres de todas las demás tribus del Cáucaso y de la Transcaucasia; se sienta como la mayor parte de los europeos, sin cruzar las piernas; y el jefe de la familia tiene una especie de sillon, trabajado con arte.

Yo me serví de un mueble de este género durante mi permanencia en Tiflis, y observé que estaba cincelado con arreglo á un dibujo bastante regular, por mas que la ejecucion fuese tosca.

Es probable que en la antigüedad hayan ocupado los ossetes las regiones mas septentrionales del Cáucaso, y que mas tarde serian rechazados hácia la base de las montañas por los tcherkeses.

La religion de este pueblo participa á la vez de los cultos cristiano, musulman y pagano: hacen ofrendas de pan y manteca en altares establecidos en bosques sagrados, durante la semana



Monasterio de San Jorge, cerca de la parada de Ananour

santa del calendario cristiano; y observan nuestras cuaresmas.

Las ruinas de templos diseminados en su territorio son una prueba de que en cierta época se observó el culto cristiano segun nuestro rito de una manera mas regular.

El gobierno ruso se ocupa seriamente de su conversion á la ortodoxia: el gobierno cristiano envia allí como misioneros jóvenes sacerdotes que apenas han terminado sus estudios en teología, y están poseidos aun del primer fervor religioso.

Al terminar lo que debia decir acerca de los ossetes, referiré una anécdota, que por mi parte no habria vacilado en declarar inverosímil si no tuviese garantías de la persona que me la dió á conocer, y que fué un testigo ocular.

Cediendo á las instancias del misionero en cuya casa se hallaba, esta persona consintió en quedarse hasta el domingo, para presenciar el espectáculo de una ceremonia que debia celebrarse para admitir á dos nuevos convertidos. Vió en la iglesia varios hombres con la cabeza cubierta, segun la costumbre antigua, y los cuales hablaban sobre diversos asuntos. El sacerdote les interpeló al entrar, dirigiéndoles la severa amonestacion siguiente:

«¿Cuántas veces será necesario explicaros que esta es la casa de Dios, que no se debe tener la cabeza cubierta, que no se debe hablar, ni aun siquiera pensar como no sea en Dios mismo?»

Despues de hacerles algunas otras recomendaciones por el mismo estilo, el sacerdote se dirige al altar, y comienza el oficio, pero el santo varon debe interrumpirse varias veces para imponer silencio tan pronto á un grupo como á otro. Aquella gente hablaba de sus propios asuntos como si estuviera en un bazar.

Uno de los concurrentes, cansado sin duda de oir una misa tan larga, dicha en eslavon de iglesia, lengua enteramente nueva para él, saca su pipa del bolsillo, llénala bien de tabaco, y se dispone á encenderla, pero de pronto echa de ver que se le ha olvidado el pedernal y la yesca.

Entonces pide á uno de sus vecinos, mas nadie le puede servir. Desesperado y mohino, el buen hombre hace ademan de guardar su pipa en el bolsillo; pero ¡oh felicidad! héte aquí que el sacerdote baja del altar llevando en la mano el incensario humeante. Si el ossete habia elevado su oracion á Dios, pudo creer que fué escuchado, y que la Providencia le enviaba al punto lo que necesitaba. El hecho es que se acerca al sacerdote, y le ruega tenga la bondad de detenerse un momento para dejarle encender su pipa en el fuego del incensario.

Esto da lugar á una nueva interrupcion y á otra amonestacion sobre la manera de conducirse en el templo del Señor.

Muy confuso, el nuevo convertido vuelve á su puesto sin decir palabra; pero una vez allí sus compañeros comienzan tambien á reprenderle: «En efecto, le dice uno de ellos, eres un estúpido; si esto te aburre, sal á la calle y vé á fumar; pero aquí ¡qué diablo!...»

—Pues bien, replica el hombre, si es así no volveré mas.

Y cubriéndose la cabeza, sale apresuradamente. Segun este relato, se podrá juzgar del valor que tienen las conversiones.

En una inmensa roca situada en el Darial, en la orilla izquierda del Terek, hay grandes ruinas con restos de torres y muros: los habitantes dicen que son las del castillo de la reina Tamara. Hállanse algunos pormenores sobre este fuerte en los relatos de los antiguos viajeros, y citaré aquí algunos párrafos. Véase, por ejemplo, lo que dice Strabon:

«El acceso de la Iberia por el norte es muy difícil..... se llega á la garganta del Aragva al terminar el cuarto dia, y encuéntrase entonces un muro infranqueable que se apoya en un castillo é intercepta la via.»

Plinio se expresa del modo siguiente:

«En el país de los iberianos está la puerta del Cáucaso (el desfiladero del Darial), que algunos llaman por error *Puerta Caspiana*. En este punto, la naturaleza ha creado entre dos montañas un paso cerrado por una puerta de hierro, debajo de la cual se desliza el riachuelo Diriodoris; encima, sobre la roca, está situado el castillo de Koumania, bastante fortificado para contener á numerosas hordas.»

El testimonio de Massoudi, que vivió en el siglo x, es aun mas explícito.

«La puerta del castillo de los Alainos, dice, está en medio del país de aquellos, y fué construida por Isfendiar, hijo de Hystaspe. Ha dejado una fuerte guarnicion á fin de contener la invasion de los alainos en el Cáucaso, pues para llegar deben franquear los puentes situados debajo del fuerte...

»Este último está edificado sobre una roca, y de todo punto inabordable, no pudiéndose penetrar sin el consentimiento de los defensores. La fortificacion es tan buena, que hasta un hombre solo encerrado allí podria tener en jaque á todos los infieles, pues la fortaleza está, por decirlo así, suspendida en los aires, y domina el puente, el camino y el rio.»

Massoudi ha exagerado sin duda la importancia de este castillo, aunque hay motivos para creer que ha figurado notablemente en las luchas de los pueblos del sur con los del norte. A principios del siglo, estas ruinas conservaban todavía algunas formas regulares; pero los restos del castillo fueron minados cuando se abrió el camino militar de Georgia.

Frente al reducto, construido en la cuarta década de este siglo, en la orilla derecha del Terek, hállanse aun los vestigios de una especie de sendero que conduce hasta la cima de la montaña: preténdese que son los restos del acueducto del fuerte.

El príncipe del Kalek me refirió entre otras cosas, que existia en otro tiempo en estos parajes, segun las tradiciones conservadas en el país, un héroe que defendió la Georgia contra los ataques del enemigo, y que el fuerte fué construido por órden de la reina Tamara. La leyenda de esta soberana, cuyo verdadero orígen se ha perdido en la noche de los tiempos, refiérese á todas las hazañas y sucesos trasmitidos por la tradicion.

Se atribuye á diversas épocas la fundacion de este castillo; pero no se conoce hecho alguno que determine por pruebas ciertas que fué en otro tiempo residencia de la reina de Georgia.

Cuando se ha pasado de la línea divisoria del desfiladero, reconócese un cambio notable en la temperatura, y el aire se suaviza á medida que se baja hácia los valles cálidos.

Doy aquí el cróquis de un monasterio consagrado, si no me engaño, bajo la advocacion de San Jorge: el edificio de construccion bastante antigua, está situado á la derecha del camino, muy cerca de la estacion de postas, llamada Ananour (véase el grabado de la pág. 525).

En Mtshet, última estacion antes de Tiflis, se encuentra otra antigüedad mucho mas célebre que la anterior: es una iglesia tambien bajo la advocacion de San Jorge. Debe advertirse que los mas de los monumentos religiosos se hallan bajo el mismo patronato.

Muchos arqueólogos y viajeros se han dedicado á minuciosas investigaciones sobre este venerable templo.

El dia de la fiesta del santo monasterio se ve llegar de Tiflis y de todos los alrededores multitud de peregrinos de ambos sexos. Los hombres no miran apenas la iglesia: van bien abastecidos de víveres, y no olvidan los odres llenos de buen vino de Kachetinsk; sus campamentos se extienden á gran distancia en los alrededores, y durante varios dias, lo mismo á la claridad del sol que por la noche, se canta, se baila y se bebe hasta la embriaguez, todo en honor de San Jorge.

Tiflis está á veinte verstas de allí: sus edificios merecerian ser descritos con mas detalles de los que me fué posible recoger en mi primera expedicion; y lo mismo diré de sus habitantes.

Siento tambien no haber podido dar esta vez mas amplios pormenores sobre el Cáucaso: tal como es hoy, ese país ofrece un vasto y fecundo campo, así para las observaciones del moderno viajero como para los estudios del infatigable sabio. El momento actual no puede ser mas favorable para la exploracion de este país, donde la paz ha sucedido á las sangrientas guerras de que era teatro hace muchos años. Fácil le es al viajero penetrar en él, para entregarse al estudio de la naturaleza y del hombre. La paz ha establecido intimidad entre los indígenas y sus conquistadores; y nadie duda que los rasgos salientes del carácter de los montañeses se borrarán bajo el sello de la civilizacion, cuya influencia se propaga en todos los países por la fuerza de las cosas. Al emigrar á Turquía, las tribus caucásicas se llevaron para siempre lo que hacia del Cáucaso un país separado y original; pero no lo sentirá el que piense mas en su prosperidad que en su apariencia pintoresca.

LA TRANSCAUCASIA (1)

DE TIFLIS Á SCHOUCHA

I

En el camino de Tiflis.—Paisaje.—Padecimientos de los viajeros.—Triste suerte de los camellos.—Sus jorobas y los cuervos.—Sentencia de muerte.—Ejecucion y festin.

En un caluroso dia de verano seguia el camino de Tiflis á Schoucha: á la derecha elevábanse colinas á poca altura; á la izquierda veíase primero una landa muy unida, y mas léjos, el rio Koura, que se deslizaba entre dos orillas cubiertas de una espléndida vegetacion; en lontananza distinguíase la cordillera principal del Cáucaso con sus cimas cubiertas de nieve, inclinándose hácia el cabo Apeheron sobre el mar Caspio. El aspecto es imponente; pero no me causó mucha impresion, porque estaba rendido de fatiga, cubierto de polvo, y maltratado por las sacudidas del infernal vehículo que me conducia de una estacion á otra.

Por mucha paciencia que se tenga, siempre ha de quejarse el viajero de la telega rusa; y es que, á decir verdad, no podria imaginarse un medio de trasporte mas fatigoso, sobre todo en medio del calor y por los caminos de las estepas. ¿No se modificará jamás ese coche, que se conserva aun tal como salió de manos del hombre primitivo?

Agréguese á esto que el camino, aunque llano, está cubierto de piedras; de modo que el calor es aun mas intolerable en medio del dia. En los alrededores todo está abrasado; nada puede vegetar ni vivir, y solo á grandes intervalos se percibe acá y allá alguna estrecha faja de verdura ó varios raquíticos arbolillos.

Avanzamos, no obstante: á mi derecha serpentea caprichosamente un arroyuelo nacido en la montaña; deslízase con gran rapidez para buscar el espacio que le falta y se vierte en las aguas del rio Koura (2).

En muchos puntos cruzan por el camino algunas pequeñas tortugas; y en otro sitio se ve un gran espacio cubierto de legiones de langostas, que parecen brotar como gotas de agua bajo los cascos de nuestros caballos. Mas léjos encontramos cadáveres ó esqueletos de estos cuadrúpedos, de camellos, ó de otros animales de carga, que murieron asfixiados en medio de una atmósfera abrasadora. El aire se infestaria si las aves de rapiña, los buitres y cuervos, que siguen á los perros hambrientos de los campos, no dirigiesen su vuelo hácia las infelices víctimas, entregándose á un festin que no cesa hasta que los huesos quedan bien roidos, bien pulimentados, y propios ya para que el sol comience á blanquearlos.

El sonido de la campanilla anuncia de vez en

(1) Recordemos que la Transcaucasia comprende todo el territorio que hay entre el mar Negro y el mar Caspio, al sud de la principal cadena de montañas del Cáucaso hasta las fronteras de Persia y Turquía.

Las conquistas definitivas de los rusos en los países caucásicos datan de principios del siglo. Véase los que se sometieron por las armas, ó cedieron sucesivamente: —en 1800, Georgia é Imericia; en 1814, el Daghestan, el Schirvan, el Karabagh y el Talisich; en 1828, la Armenia con Erivan; en 1829, la Abkhasia, la Mingrelia, el Gouriel, y el pachalick de Akhaltziché; en 1858, la Tchetchenia; y en 1864, la Circasia.

(2) El Kour ó Mbkvarci (el Ciro de los antiguos) baja de las montañas del sud de la cadena del Cáucaso, atraviesa la Georgia, y separa el Schirvan del Karabagh, pasando á Gori y Tiflis; se vierte en el mar Caspio despues de recorrer un trayecto de mas de ochocientos kilómetros.

cuando la aproximacion de un troika (correo); si este encuentro no es un motivo de gran placer, no deja sin embargo de prestar algun consuelo, porque se piensa con egoista satisfaccion, al ver pasar á un viajero fatigado, que se ahoga entre el polvo y el calor, que otros tambien han de sufrir nuestros padecimientos.

A orillas del camino se ha detenido una caravana de camellos para descansar un poco: los conductores tártaros disfrutan de las dulzuras del sueño en tiendas improvisadas, que han construido con sus fardos de mercancías escalonados á manera de pared y cubiertos con unas pieles. Los animales, aliviados de su carga, arrancan la escasa y mala yerba que pueden encontrar, ó se echan tranquilamente á los rayos del sol.

El camello descansando es un hermoso animal: con el cuello y el hocico prolongados, el labio inferior colgante, las narices muy abiertas y los ojos cerrados, ronca ruidosamente. ¡Pobre súfrelo todo! Disfruta como un epicúreo de esos pocos minutos agradables que se le conceden de grado ó por fuerza. Cuando llegue la noche y refresque la atmósfera, deberá volver á ponerse en camino para continuar el viaje, sin detenerse ya hasta el dia siguiente.

A menudo he contemplado con sentimiento esos infelices animales, que exponen al sol sus jorobas agrietadas y cubiertas de heridas: en tal momento sucede casi siempre que los cuervos se precipitan sobre aquellas singulares protuberancias, seguros de encontrar un abundante pasto, porque allí pululan los insectos. El camello no se cuida jamás de ahuyentarlos; y así es que el cuervo es muy bien recibido; el cuadrúpedo y el ave quedan igualmente satisfechos uno de otro.

La muerte del camello, accidente que se repite con frecuencia y es inevitable á causa de la continua fatiga y de los malos tratamientos que recibe, inspira á la vez á la caravana sentimiento y alegría. Se echan un poco de menos los servicios del útil compañero; pero sonrie la perspectiva de comérselo, porque no todos los dias puede el pobre conductor alimentarse de carne.

En un caso de este género asistí á un consejo de camelleros: tratábase de resolver sobre la muerte de un camello enfermo, y se acordó por último tal determinacion. Tendido el animal de lado, atáronle los piés, y despues de acercar la cabeza á la espaldilla, hundiéronle resueltamente el cuchillo en el pecho.

Era un horrible espectáculo ver al pobre animal, con los ojos inyectados de sangre, producir un ronco estertor y luchar contra la muerte.

Cuando la sangre dejó de correr, un robusto mozo saltó sobre el vientre del cuadrúpedo, y comenzó á patear fuertemente para expulsar hasta las últimas gotas; despues, todos los futuros convidados, con las mangas recogidas, apresuráronse á descuartizar el camello, sacar las tripas, asar la carne, y prepararse así un copioso banquete: en la primera sesion se comieron cerca de medio camello.

II

Tártaros y armenios.—Las casas de invierno.—Miseria.—Repugnancia al trabajo.—Emigracion veraniega.—Las mujeres é hijos de los *bekes* á caballo.—Los arbes ó carros.—Amazonas.

Diré algunas palabras acerca de los indígenas que encontré en el camino, así como de las construcciones que sirven de vivienda.

Los pueblos de este país son tártaros (1) ó armenios, dos razas que no se aliarán jamás íntimamente.

En los campos no se les ve mezclarse cuando siguen la misma vía; y en las ciudades, donde por fuerza han de estar mas próximos unos de otros, evitan tan estrictamente como es posible la fusion de las nacionalidades.

No se puede dar el nombre de casas á las viviendas de los pueblos; seria mas exacto llamarlas verdaderas guaridas, que se elevan sobre el suelo á la altura de unos setenta centímetros, ó el doble algunas veces. La fachada y la puerta de entrada están circuidas de vigas; esta última es lateral y conduce á una habitacion ó dos, segun los recursos del propietario. Otras vigas sostienen interiormente el mísero edificio; y en el techo se practica una abertura que sirve á la vez para dar entrada á la luz del dia y salida al humo.

En tiempo lluvioso, el agua penetra abundantemente por aquella ventana ó claraboya, al mismo tiempo que por la puerta de entrada.

Algunos nudos fijos en las vigas sirven para colgar los utensilios domésticos; en un rincon cubierto de andrajos, están las prendas de vestir, las mantas y algunos otros objetos de poco valor.

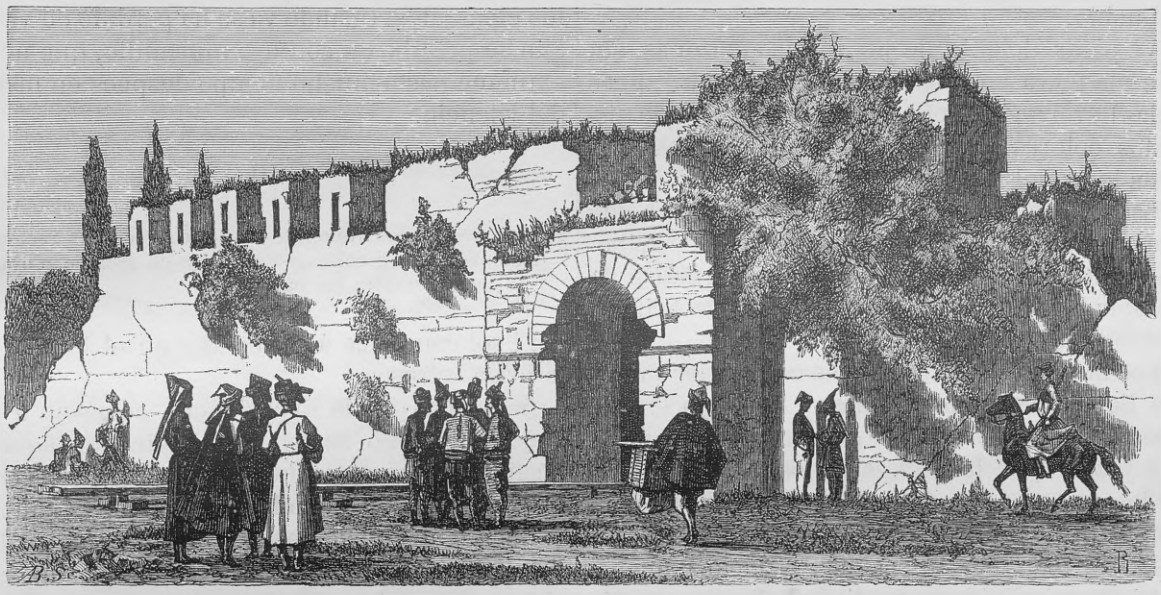
El hogar está en el centro: unas trébedes sostienen una olla; y á falta de otra cosa mejor, empléase para alimentar el fuego madera de

(1) El uso mas que la ciencia comprende bajo esta denominacion á un gran número de pueblos, tribus ú hordas diseminadas en un inmenso espacio desde el mar Negro y el mar Caspio hasta el mar del Japon y el de Okhotsk. Los verdaderos tártaros eran una ramificacion de la nacion mogola; y despues de las conquistas de Gengis-Khan y de su hijo Tanchi-Khan fué cuando se impuso el nombre de tártaros á los antiguos habitantes de orígen turco y otros.

cornizo, cuyo humo corroe los ojos y puede asfixiar á un hombre que no esté acostumbrado á vivir en medio de semejante atmósfera.

Compréndese que en tal vivienda haga frio, y que se esté expuesto á todas las molestias imaginables.

Supongo que la principal causa de esta miseria reside en el género de vida de los indígenas, obligados todos los años á cambiar de residencia en verano. Los calores son, en efecto, intolerables en esos sitios poco altos, donde las fiebres reinan apoderándose indistintamente de sus víctimas. Cierto que si se hiciera llegar una corriente de agua de las montañas vecinas se podria comunicar fertilidad á la tierra, formar campos, jardines y bosques, y obtener de consiguiente frescura; pero esto no se hace ello solo: seria necesario hacer bajar el agua, sembrar, plantar arbolillos, etc., etc.; y en una palabra, trabajar, lo cual no gusta nada á los indígenas. Prefieren vegetar todo el invierno en su mísero chiribitil, de cualquier modo que sea; la estacion no es fe-



Puerta de una antigua fortaleza turca (línea del mar Negro)

lizmente muy larga, y apenas vuelve el verano, sube á las montañas, donde por espacio de ocho meses, poco mas ó menos, emigra de un punto á otro. Su triste vivienda invernal queda entre tanto abandonada y vacía, porque no solo se ha llevado los utensilios domésticos, sino tambien todo cuanto ha podido cargar, por la sencilla razon de que el objeto de mas insignificante valor que pudiera dejar, seria robado muy pronto por el primer compatriota que pasase por allí; hasta la misma caseta desapareceria si en su construccion se emplearan materiales que valieran algo. Hé aquí por qué el indígena, á fin de tener la seguridad de encontrarla intacta, emplea siempre el mas pobre material, valiéndose de los procedimientos mas sencillos para la construccion. La pereza y la desconfianza se avienen perfectamente con esta costumbre: se necesitarian otras ideas y usos para que hubiera diferentes casas. El hombre es el que hace estos desiertos. ¿Cómo dejar de ser miserable, cómo llegar nunca á ser feliz cuando se tiene horror al trabajo?

Jóvenes y viejos esperan, pues, con impaciencia la vuelta de la primavera, señal para emigrar desde la llanura á la montaña. Entonces prodúcese entre los nómadas un rumor y agitacion de que es imposible darse cuenta: los objetos de toda especie, útiles é inútiles, se cargan en los camellos, en los asnos, y hasta en los bueyes y vacas; y la prolongada fila se pone en movimiento hácia las praderas que bordean las montañas.

Durante mi viaje me sucedió encontrar varias de estas procesiones de nómadas tártaros: una de ellas, que cruzó no léjos de la ciudad de Elisabethpol, era muy larga, é iban en ella los habitantes de varios pueblos vecinos. Es mas seguro y divertido emigrar en gran número, porque en esta época, los compatriotas que se encuentran no pierden la ocasion de aprovecharse del descuido ó debilidad numérica de las caravanas.

Todos vestian sus mejores ropas. ¿Consideran acaso su emigracion en cierto modo como una fiesta, ó temen arrugar las prendas en los pa-

quetes ó fardos? No podria decirlo, porque lo ignoro.

La marcha es alegre y ruidosa; al cruzar el camino dejan tras sí torbellinos de polvo.

A la cabeza de la caravana avanzan los caballos, entre los cuales los hay muy buenos, de lo cual se deduce que va con los emigrados algun *beke* (noble).

Los *bekes* no van juntos con los otros; se ponen á la cabeza de los demás, acompañados de sus hijos mayores; y al paso entran en casa de los parientes y amigos.

Sus mujeres, hijas é hijos menores viajan con el pueblo.

Ví pasar delante de mí varias amazonas, sin que me fuera posible distinguir su rostro, pues todas llevaban envuelta la cabeza en velos de distintos colores: eran probablemente las esposas y las hijas del *beke*.

Las mujeres montan á caballo como los hombres, y llevan los piés muy altos en el estribo. Las sillas suelen estar ricamente bordadas de seda; la brida y los demás arreos son de brillante oro y plata.

Los largos velos con que se cubren las mujeres llegan hasta los talones, y los fijan en sus altos turbantes por medio de bonitos alfileres.

A juzgar por la riqueza de los trajes y el lujo de los arreos, podia deducirse que el *beke* nómada era un hombre opulento.

Detrás iban los campesinos, si puede llamarse así á esos individuos medio caballeros y medio aldeanos.

Los hombres van montados unos y á pié otros, junto á los fardos. Los *arbes* ó carros, cubiertos de toldos de charros colores, producen un rechinamiento continuo y un gran rumor con sus altas ruedas: en estos vehículos van las niñas y las jóvenes; y de vez en cuando se perciben á través del toldo algunos ojos negros ó una risueña fisonomía.

En otros vehículos van las mujeres de mas edad y los ancianos, que no podrian andar ni sostenerse en la silla, y cuyas huesosas y secas piernas penden por fuera.

Es costumbre que vayan en los arbes las mujeres que no son viejas ni débiles, mientras que aquellas, cuyos atractivos no deben atraer las miradas indiscretas de los transeuntes, montan valerosamente á caballo, lo mismo que los hombres, dejando el rostro descubierto.

Algunas veces, el perezoso tártaro, cansado de llevar sus armas, se alivia del peso confiándolas á su cara mitad, y la arma hasta los dientes, como vulgarmente suele decirse.

La amazona, así equipada, cabalga con el fusil al hombro, las pistolas á un lado, y el puñal en el cinto, sin contar el peso de los niños que lleva en brazos.

Las criaturas, siempre en gran número, van mezcladas con los fardos, las gallinas, los gallos, la vajilla y los utensilios domésticos.

Toda esta gente charla, rie, disputa y produce un ruido imposible de describir. Agreguemos á esto los gritos de los niños, el canto de los gallos, el balido de las ovejas, el mugido de las vacas, la voz cavernosa de los camellos; y se tendrá una idea del singular estrépito que produce aquella compañía compuesta de tan distintos elementos. Cuando ya se ha perdido de vista, aun se percibe un confuso murmullo, que no se extingue hasta mucho tiempo despues en medio del silencio.

III

La fiebre.—Cantos fúnebres.—De qué sirven las recomendaciones de las escoltas.—Un medio de crearse rentas.—Una cacería contra los bandidos.

El sol comienza á descender en el horizonte; la brisa refresca.

Instruido por la experiencia, aconsejo á los viajeros que no se dejen seducir por aquella pérfida frescura, y que se abriguen por el contrario con mas cuidado que antes, si quieren evitar un ataque de fiebre. Poco acostumbrado á este clima, no habia adoptado siempre tan sencillas precauciones y hube de pagar muy caro mi descuido.

La fiebre es comun en estos países: el único remedio que se emplea para combatirla es la quina; pero como cuesta muy cara, solo un corto número de enfermos pueden adquirirla; además, á juzgar por lo que yo experimenté, y por el testimonio de varias personas, es poco eficaz. Lo que me produjo mejor efecto, proporcionándome sobre todo un poco de calma en los mas fuertes accesos, aunque sin curarme radicalmente, fué el té superior bien caliente. Recomiendo este remedio aun á los escépticos á quienes hiciese sonreir mi confianza en esa bebida, cuyo uso se propaga cada vez mas entre las personas acomodadas del país.

El mismo dia encuentro un nuevo grupo de emigrantes que acampan á orillas del camino.

En cierto sitio, varias mujeres sentadas en círculo, profieren gritos desgarradores, ó mas bien alaridos, manifestando así su profundo sentimiento ante un difunto colocado en medio de ellas, cubierto con sus ropas y una manta.

—¡El infeliz, exclamaron, no podrá emigrar ya á las montañas, ni respirar su aire puro; ha cai-

do en medio del camino sin poder terminar su viaje en la tierra!

Algunas lucecitas que brillan en lontananza nos anuncian que nos acercamos á una estacion.

—Ten cuidado, maestro, me grita el conductor; aquí hay un barranco.

Apenas habia tenido tiempo para cogerme bien á los rebordes del vehículo, cuando mi hombre se desliza en la hondonada, cruza la corriente, toca en la orilla opuesta, y con la misma rapidez continúa su marcha hácia la estacion.

Yo llevaba una carta de recomendacion del virey, y por lo tanto tenia derecho á exigir en cada estacion una escolta de algunos jinetes; pero en aquella no ví ninguno. ¿Les gustaria mas dormir que cuidarse de mi persona, ó habria en aquel momento verdadero peligro en aventurarse por el camino? No pude saberlo; pero sí me aconsejaron que no continuara mi viaje durante la noche.

—Admitamos, me decia el vigilante de la estacion, que no se toque á vuestra persona; pero el equipaje podria muy bien pasar á otras manos.

—¿De qué sirve, pues, la escolta? le pregunto.

—¡Por Dios, caballero! ¿Qué esperanza podeis tener en esos hombres? Si sobreviniese el peligro, no veriais de ellos mas que los tacones de sus botas, porque emprenderian al punto la fuga...

Aunque tenia prisa por llegar á Schoucha para asistir á la fiesta religiosa del 10 del mes de *moharem*, que no pude ver el año anterior, resolví sin embargo esperar al dia siguiente.

Parece singular que al cabo de sesenta años que se esfuerza Rusia por civilizar estos países, no haya conseguido entre estos pueblos poco belicosos poner término á las depredaciones y el bandolerismo.

Tuve la idea de estudiar á fondo esta cuestion muy grave, y no tardé en adquirir el deplorable convencimiento de que aquellos mismos que tienen en sus manos los instrumentos de la civilizacion, es decir, los administradores, estimulan por el contrario el robo y los asaltos á mano armada.

La codicia de los pequeños potentados locales me parece la primera causa del mal; los delincuentes pueden contar con la impunidad casi siempre, mediante una suma de mas ó menos consideracion, segun la naturaleza del delito; de modo que la principal cuestion es saber si el delincuente puede pagar la cantidad estipulada para que se reconozca su inocencia. Hoy no sucede ya tal vez lo mismo, ó por lo menos, quiero creerlo así, aunque no lo afirme.

Aquí es donde puedo dar á conocer al lector un medio original para obtener con seguridad rentas, valiéndose de un procedimiento que á primera vista no puede parecer lucrativo. Me refiero á las cacerías contra los bandidos y á su captura. Confieso que no he visto á los nuevos Nemrods trabajar, pero sí he oido hablar de ellos á personas que están muy al corriente del país, y las cuales son dignas de toda confianza.

Cuando se resuelve y organiza una cacería contra los bandidos (en otros puntos he visto varias que tenian por objeto perseguir á los animales salvajes de la Transcaucasia empleándose perros, buitres, etc., pero el género de caza á que me refiero es muy distinto, como ya se comprenderá), reúnense todas las autoridades del distrito, incluso el mismo comandante, ó en su lugar el oficial que le represente, y con ellas van muchos cosacos armados de piés á cabeza. Creeríase que ha llegado el fin del mundo para todos los animales salvajes y las aves de los alrededores, y que se verán caer como de las nubes las víctimas de una guerra encarnizada y sin tregua; pero no sucede nada de esto; la cacería terminará tranquila y pacíficamente, sin que corra la sangre enrojeciendo la tierra.

Estas cacerías son, en efecto, por demás inocentes, y solo se busca una distraccion. Véase cómo se procede.

Los cazadores, con sus jefes á la cabeza, comienzan á buscar bandidos, sin encontrarlos jamás ni hallarlos, y hasta sin desear su encuentro, porque seria demasiado fácil exterminarlos, sin contar que para los verdaderos aficionados esto seria echar á perder la diversion que debe proporcionar la caza.

Hé aquí, pues, que nuestros cazadores llegan, por ejemplo, al sitio donde hay un rebaño de cabras; rodéanle al punto, y los pacíficos animales, que acuden en tropel, presintiendo un peligro, comienzan á temblar...

—No temais nada, les dicen los cazadores; venimos como amigos y no como enemigos, no para perseguir, sino para concederos nuestra proteccion, defendiéndoos en caso necesario contra los que proyectan vuestro exterminio, los lobos y los osos, y otros animales temibles; pero esos enemigos de vuestro reposo se ocultan ó se han escondido entre vosotras, porque sus huellas, que venimos siguiendo, llegan hasta vuestras moradas.

—¡Ay! contestan las cabras; ahora mismo han pasado por aquí y nos han saqueado, llevándose cuanto teníamos recogido para el invierno y para los dias de escasez...

—¡Ah, ah! replican los cazadores, ¿con que tie-

nen aquí su guarida, y sois el apoyo de los enemigos del órden, á quienes alimentais y dais de beber?

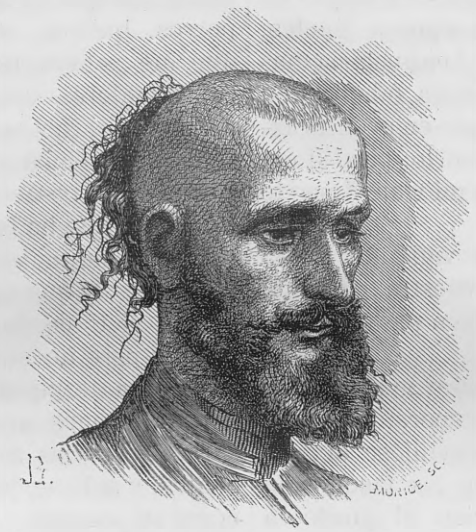
—¡Alá, Alá! exclaman las cabras, ¿en qué somos culpables? ¿Podemos rehusar acaso lo que exigen? Entonces se apoderarian de ello por fuerza, atormentándonos despues...

—Ni una palabra mas. ¡Sois criminales!

Entonces comienza la informacion, y se apartan las cabras que han visto los bandoleros y no los han detenido. (El cómo una cabra podria apoderarse de un lobo ó un oso, es cosa que no importa; la consideracion es inútil.)

Todos estos culpables, y de preferencia los mas gordos y mejor alimentados, son conducidos á la ciudad, no para darles muerte, sino para encerrarlos provisionalmente en jaulas detrás de una verja de hierro.

Despues de varios encuentros de esta especie, los cazadores han conseguido reunir suficiente número de prisioneros; pero no quieren matarlos ni darles tormento; los alimentan y guardan



Tipo de un abkhase

solo hasta que los parientes determinen comprar su libertad, pagando rescate, bien sea en yerbas, en grano ó en carne. Así termina la expedicion, y los cazadores quedan bien repletos; cierto que las cabras han sufrido un poco el esquileo; pero conservan la vida y todos sus miembros.

«Pero vuestra intencion era, me dirá algun lector, describirnos una *caza á los bandidos*, y solo habeis puesto en escena un destacamento de soldados y un rebaño de cabras.

—Querido lector, ya comprendereis que en mi humilde apólogo, las fieras son las que representan á los bandidos, desempeñando las cabras el papel de aldeanos pacíficos.»

Así es como en una época tan lejana que se pierde en la noche de los tiempos hacen su negocio los pequeños gobernadores de una localidad.

IV

Elisabethpol —Una rueda rota.—Los jardines.—La familia tártara.—Un jóven intérprete.—Las calles.—La mezquita.—La plaza pública.—El comercio.—Fabricacion del vino.—Los armenios.

Hoy dia, cuando se viaja por la Transcaucasia, se pueden correr sin duda algunos peligros; pero en otro tiempo era uno saqueado muy á menudo, y hasta se le mataba impunemente.

No solo el simple viajero, y sobre todo el comerciante, sino que tampoco los correos de la corona, se atrevian á ponerse en camino nunca de noche, aunque solo fuese para alejarse á pocas verstas de Tiflis.

A la distancia de setenta verstas de esta ciudad se cruza por un magnífico puente, muy célebre en los anales del crímen.

Pero volvamos á mi itinerario.

Habiendo salido por la mañana, apenas estuve en pié, llegué en el trascurso del dia á la última estacion que precede á Elisabethpol.

Esta ciudad se halla situada en el antiguo emplazamiento de una fortaleza del khanato de Ganjinsk, incorporado á Rusia á principios de este siglo.

La casa del jefe de la estacion y las demás construcciones tienen á su alrededor murallas derruidas.

Elisabethpol, á cuya plaza me acercaba, es la antigua *Ganja*, en otro tiempo residencia de un tirano, *Khan* de Ganjinsk.

Desde léjos no se ve sino una mole compacta

de jardines que contrastan agradablemente con la estepa abrasada amarillenta.

Ya me regocijaba con la idea del reposo y de la sombra, cuando un incidente vino á interrumpir mi dulce meditacion: una rueda del vehículo acababa de romperse.

El conductor volvió á la estacion precedente, mientras yo me quedaba en medio del camino, como único guardian del carro volcado y de sus escuálidos cuadrúpedos.

El calor era extremado, y comenzaba á experimentar los síntomas de una fiebre devoradora.

A la derecha, en las colinas, veia una colonia alemana; y frente á mí, un verdadero oasis formado por los jardines que rodean la ciudad. Por el camino iba y venia mucha gente del pueblo.

Sin embargo, el sufrimiento no me permitia continuar expuesto á los rayos abrasadores del sol; y de consiguiente resolví dejar todos mis efectos al cuidado de la Providencia. Pedí un asno á un tártaro que pasaba en aquel momento,



Dragon del Cáucaso

y montado en el noble cuadrúpedo, hice mi entrada en la antigua capital del khanato de Ganjinsk.

Experimenté una dulce sensacion cuando, libre ya del polvo y del calor, pude respirar el aire fresco y embalsamado de los jardines de Elisabethpol: por todas partes, entre estos jardines y el exterior, así como en el interior de la ciudad, se ven calles estrechas y tortuosas.

Elisabethpol ofrece el mismo carácter que todas las ciudades de Levante: raro es que las casas tengan fachada descubierta; todas están ocultas por la espesura, y las miradas no pueden penetrar en el interior. El tártaro, verdadero hijo del Levante, evita cuidadosamente que ojos extraños observen su familia y su vida privada; pero una feliz coyuntura me proporcionó medio de satisfacer mi curiosidad.

En la casa hospedería donde me alojé me cedieron una habitacion del segundo piso, desde la cual veia un patio, y mas allá la vivienda de una familia tártara. No habia allí hombres, sin duda porque estaban trabajando en la tienda ó en el taller; pero la madre y sus hijas hallábanse en el patio. Desde aquel momento no me faltó ocupacion, pues no dejé escapar ninguna oportunidad de observarlo todo, no solo la disposicion y arreglo del patio, sino de preferencia, el traje y los movimientos de las jóvenes.

La madre me dirigió muchas veces la palabra; yo la veia y oia muy bien, pero sin entender el sentido de sus frases; y hubiera estado largo tiempo sin comprenderlas si uno de mis vecinos, jóven armenio, no me hubiese servido de intérprete. La anciana me reprendia, no sin fundado motivo, por mi poca discrecion, agobiándome de injurias de color muy subido. El jóven armenio, vivaz, charlatan é ingenioso, como los mas de sus compatriotas, hizo la traduccion con mucha gracia: llamábase Beg-lar.

La raza de los Beg-lar, de antigua nobleza, desciende de príncipes armenios que han gobernado en otro tiempo el país. Beg-lar parecia vivamente orgulloso de su nombre, que revelaba su orígen; pero léjos de ser príncipe ó jefe, no era sino un simple dependiente de los mercade-

res franceses que vienen todos los veranos á este país para comprar los capullos del gusano de seda.

La enfermedad de este gusano, general en Europa, no se ha conocido en la Transcaucasia, por lo cual se han encarecido notablemente los capullos. Los negociantes de Marsella ó de Lyon llegan todos los años, recorren el país de un punto á otro y dispútanse la preciosa mercancía, cuyo precio se conserva siempre bastante alto gracias á esta competencia.

Si es cierto lo que dice Beg-lar, sus principales hacen brillantes negocios. Elogia á los franceses por su viveza y carácter alegre, su facilidad en las relaciones, y sobre todo por una cosa mucho mas importante para él, por su generosidad. Al decirme esto, trataba sin duda de excitar directamente mi emulacion. Cuando le propuse acompañarme en calidad de intérprete, y á la vez de servidor, rehusó al principio, porque esperaba una ocupacion mas lucrativa, pareciéndole además servil la que yo le ofrecia; y así es que no sin dificultad se resolvió al fin; pero una vez resuelto, sirvióme celosamente, acompañóme por toda la ciudad, regateó por mí en el bazar, y me refirió muchas anécdotas en extremo divertidas, cuyo relato, á decir verdad, le hacia reir antes que á mí.

No permanecí largo tiempo en Elisabethpol, pues seguramente no habia mucho que admirar. Dos ó tres calles, cuando mas, merecen este nombre, y aun estas no tienen empedrado; de modo que en tiempo seco ahoga el polvo, y en los dias de lluvia llega el barro hasta las rodillas. Su mayor mérito consiste en que se puede circular sin mas tropiezo que algunos asnos derrengados bajo el peso que llevan. En estas calles hay tantas vueltas y revueltas, que se necesita alguna costumbre para orientarse; crúzanlas varios arroyos que van á bañar los inmediatos jardines y es preciso tener mucho cuidado de saltar con destreza para no poner el pié en mal sitio. Los indígenas de ambos sexos llevan tacones altos en su calzado, pues de otro modo, las comadres de Elisabethpol no podrian visitar fácilmente todos los dias á sus amigas, para referirles ó averiguar las noticias verdaderas ó falsas, único recreo habitual de su espíritu. Charlar, comentar y criticar, es aquí, como en otras muchas partes del mundo, el supremo placer del sexo femenino.

En la ciudad hay pocos edificios de ladrillo; la mayor parte de las casas son bajas, oscuras, sucias y de mísero aspecto.

Una gran mezquita de grandioso estilo, de la época del célebre Nadir, schah de Persia, constituye con los edificios y tiendas contiguas un lado de la plaza del bazar; los otros tres están formados por sórdidos tenduchos.

Esta plaza ofrece un aspecto muy curioso: se penetra por unas elevadas puertas que dan al patio donde están la mezquita y sus dos minaretes; la cúpula se halla cubierta de abundante vegetacion, y rodean el edificio árboles seculares de espeso follaje.

En dia de mercado ocupa el espacio una considerable multitud que se agita ruidosamente. En las mejores tiendas se ostentan brillantes mercancías procedentes de las fábricas de Moscou ó de Persia.

Los productos indígenas de Elisabethpol son poco notables: consisten sobre todo en tejidos de seda de mediana calidad, y en alfombras.

Elisabethpol produce tambien frutos muy buenos y diversos. Los habitantes obtienen del fruto del moral un aguardiente con que se embriagan en secreto.

El vino es mas que mediano: los traficantes le hacen pasar por verdadero vino de Kochetinks, justamente afamado. Consérvanle en odres enormes: yo encontré muchos carros cargados de ellos cuando seguia el camino que me alejaba de la ciudad al dirigirme á Schoucha.

Los tártaros no fabrican por sí mismos el vino porque esto seria contrario á los mandamientos de su Dios; dejan este trabajo para los armenios, quienes compran la uva y la estrujan.

Los armenios son por lo general menos francos y concienzudos que los tártaros, pero mucho mas ingeniosos y activos, é invaden cada vez mas las profesiones, si no las difíciles, por lo menos las que ofrecen mayor beneficio. Resulta de aquí que el suelo llega á ser poco á poco propiedad de los ricos armenios, con lo cual, por otra parte, no se hace mas que restablecer las cosas tal como estaban antes. En efecto, los armenios eran en otra época los verdaderos poseedores del país, conquistado por los tártaros (1).

(1) La Armenia no tiene existencia nacional hace ya mucho tiempo: pertenece á los rusos, á los turcos, á los persas, etc. Sin embargo, tal como se la designa todavía geográficamente, ocupa la extension de unos mil kilómetros de norte á sud desde la Georgia y el pié del Cáucaso hasta las llanuras de la Mesopotamia, y de mil doscientos kilómetros de este á oeste desde la desembocadura del Kour, en el mar Caspio, hasta las orillas del Eufrates. «Los habitantes, dice Eyries, se dan á sí mismos el nombre de Hai, y á su país el de Haiasdon, pretendiendo que el de Armenia viene de Aram, uno de sus antiguos reyes» Si su país fué invadido sucesivamente por diversos pueblos, los armenios se diseminaron á su vez por Turquía, Persia, Rusia, por la India misma, Siria, Egipto, y otros muchos países donde se dieron á conocer por su actividad, su espíritu emprendedor, sus aptitudes para la industria y el comercio, y en cierto modo hasta para las letras.

Estas dos nacionalidades forman en Elisabethpol, lo mismo que en otros puntos, dos partidos muy enemigos uno de otro.

Salimos de Elisabethpol por la mañana y cruzamos el riachuelo de Ganjinka por delante del antiguo palacio de los khanes de Ganjinsk, construccion insignificante, habitada hoy por el jefe del distrito.

Beg-lar, sentado junto á mí en la telega, llevaba en la mano el enorme baston terminado por una punta cortante de hierro, sobre el cual apoyaba yo mi paraguas de viaje cuando me detenia para dibujar.

Este baston admiró mucho á los indígenas que encontrábamos. ¿Qué podrá ser, se preguntaban, un arma ó una medida? Si lo primero, seria para matar á alguno, y si lo segundo, era seguramente para medir algun terreno. ¿Quién iba á ser la víctima? ¿En qué país se iba á medir, y para qué?

Durante muchos dias se habló del paso de cierto funcionario que llevaba un instrumento singular, destinado á tal ó cual uso.

Toda esta curiosidad ingénuamente expresada por los transeuntes, divertia mucho á Beg-lar, á quien agradaba en extremo figurar como hombre importante, haciendo creer á todo el mundo que no viajaba con un mercader cualquiera, sino con un noble personaje.

En el camino de Elisabethpol á Schoucha no ocurrió ningun otro incidente digno de mencion.

A nuestra izquierda y ante nosotros extendíase un inmenso espacio, una estepa muy llana.

A lo léjos se destacaba la cima principal de la montaña; y á la derecha, varias colinas, comenzando por una suave pendiente, convertíanse al fin en cimas elevadas cubiertas de nieve.

Comenzaba á oscurecer, cuando al dar la vuelta por la derecha, trasformóse el camino en un estrecho desfiladero, el cual recorrimos en medio de una rica vegetacion, en el espacio de algunas verstas, antes de avistar la ciudad de Schoucha.

V

Llegada á Schoucha.—¿Por qué se salta?—La leyenda de Hussun y de Hossein.

Era ya bastante entrada la noche cuando llegamos á Schoucha: á través de las tinieblas distinguíase solo la sombría silueta del recinto de la ciudad, edificada en la cima de una montaña muy alta y escarpada.

Schoucha es la cabeza de distrito del khanato de Karabagh: es una plaza bastante bien fortificada, defendida en dos lados por empinadas rocas, y en los otros dos por muros y torres de sólida construccion.

Para entrar en la ciudad es preciso franquear un camino en forma de cuesta, fatigoso, y empedrado con grandes piedras: apenas podian tirar del vehículo cinco caballos, que iban sudando y faltos de aliento.

Antes de llegar á la montaña habia visto sobre la ciudad un vivo resplandor, oyendo un sordo ruido de gritos: á medida que me acercaba, el reflejo era mas vivo; el cielo presentaba un tinte rojo, semejante al que pudiera producir un incendio, y en vez de un vago rumor, percibíanse salvajes alaridos, que proferian sin duda las bocas de miles de hombres. Asombrado, inquieto y receloso, penetro en la ciudad por las estrechas puertas de la fortaleza, y entonces se ofrece á mis ojos el espectáculo mas extraño é increible que jamás he presenciado.

Toda la plaza está completamente ocupada por una multitud ruidosa y frenética, distribuida en grupos de unos cien individuos; los tártaros, formados en filas, saltan y brincan profiriendo espantosos gritos; cada cual de ellos cogia de la cintura á su vecino con la mano izquierda, mientras que con la derecha blandia á cada salto un palo muy grueso.

Estos grupos, sumamente numerosos, iban precedidos de muchachos, cuyo traje ofrecia una extraña mezcla de oropeles y pieles de animales con el pelaje por fuera; ellos tambien saltaban y hacian contorsiones, tocando al mismo tiempo el tambor tártaro y unos platillos de cobre en medio del tumulto, de los gritos y del pataleo de la danza.

Los *mollahs*, ordenadores de la fiesta, excitaban á los saltarines con sus palabras y gestos, alineando la multitud y reprendiéndola.

Despues veo un *beke* (noble), que lanzándose á través de la multitud, agita sobre ella su sable, agobiándola de injurias.

A todo este estrépito mezclábase el rumor de las conversaciones, los gritos de las personas que se llamaban en la multitud, el relincho de los caballos, y todos esos ruidos propios de las fiestas públicas mas agitadas.

Iluminaban la escena enormes hachones de nafta: en unos cajones con enrejado de hierro veíanse unos andrajos, que algunas personas rociaban continuamente con nafta; y detrás de los bailarines centenares de hachas iluminaban con vivo resplandor, colocadas en la extremidad de largas pértigas.

En la multitud de danzantes distinguí muy pronto, formando grupos separados, numerosos persas: no se cogian de la mano como los otros,

pero llevaban unos capotes en el brazo izquierdo, cual si fueran de viaje; en cuanto á lo demás, bailaban del mismo modo y con igual frenesí.

Ahora diré con qué motivo la poblacion de Schoucha se hallaba en aquel estado de exaltacion semejante al delirio.

Celebrábase la fiesta, ó mejor dicho, el recuerdo de los martirios de dos personajes de la historia religiosa del mahometismo, que son particularmente venerados por la numerosa secta de los Chytes ó Schiitas, Hussun y Hossein. Es por lo tanto necesario para que se comprendan mejor las ceremonias y procesion que voy á describir, recordar sumariamente las circunstancias dramáticas de los martirios de Hussun, de su primo Mouslim y sus dos hijos, y por último, de Hossein. Tomo el relato de un escrito que merece gran aprecio.

El iman Hussun (ó Hacan) habia reemplazado á los cuatro sucesores inmediatos de Mahoma, Abou-Bakr (ó Beker), Oumur (ú Omar), Ousman (ú Osman) y Alí, en el califato de Arabia y en el gobierno de Medina. Reverenciábanle los musulmanes porque era descendiente y representante del Profeta, y le amaban porque era justo y generoso.

Ayzid ó Yezid, rey de Siria, concibió contra él profunda aversion, y formó el proyecto de darle muerte á fin de apoderarse de sus Estados.

En un viaje que hizo Hussun á Kufa, uno de los secuaces de Ayzid mezcló varias veces veneno en el alimento del soberano de Medina; y una carta hallada en sus manos probó la complicidad de Ayzid.

Cierto dia, un hombre que pretendia estar ciego, se acercó á Hussun con el objeto, segun dijo, de tocar sus augustos piés para curarse; pero cuando estuvo cerca, descargóle un golpe con el arma envenenada en que se apoyaba á guisa de baston. Hussun cayó, desangrándose abundantemente; mas no quiso que mataran á su asesino. Despues se vertieron varios contravenenos en la herida y pudo salvarse.

Hussun volvió á Medina; pero cierta noche, en su mismo palacio, una mujer echó veneno en una copa que para beber tenia junto á su lecho. Habiéndose despertado el soberano un momento despues, dijo á su hermana Koulsoum que tenia sed, apuró el veneno, que era muy mortífero, y esta vez comprendió que se acercaba su última hora. Como su hijo Kasim era demasiado jóven para sucederle, confió el gobierno á su jóven hermano Hossein, y murió.

Ayzid manifestó una insensata alegría al saber que al fin estaba libre de su enemigo; y preparóse para exterminar á toda la familia. Por su parte, Hossein, temiendo sus designios, quiso asegurarse de la fidelidad de los habitantes de Kufa, y envióles á su primo Mouslim. Apenas llegado este, treinta mil kufianos se apresuraron á rendirle homenaje; mas enfurecido Ayzid al saberlo, envió un mensajero á Kufa para amenazar á esta ciudad con su completa destruccion si no abandonaba la causa de Hossein. En la imposibilidad de resistir á un enemigo tan poderoso, los kufianos se vieron en la precision de aconsejar la prudencia á Mouslim, quien se refugió en la casa de un honrado habitante llamado Hani; pero habiéndose presentado en casa de este el gobernador Abdoullah, á su vuelta de Siria, mandó á Hani que entregase á Mouslim. El honrado kufiano rehusó, y entonces el gobernador dispuso que le azotaran hasta morir, privando despues de la vida á Mouslim.

Este último habia llevado consigo á Kufa sus dos niños, uno de edad de seis años apenas, y el otro de siete: los dos fueron encerrados en un calabozo; pero el carcelero, que era hombre afecto á Hossein, los dejó salir, enviándolos á casa de una mujer llamada Shurra. Cuando Abdoullah supo que los niños se habian escapado, mandó publicar una proclama que amenazaba con crueles tormentos á cualquiera que ofreciese un refugio á los huérfanos. Asustada Shurra, encargó á su hijo que condujera á los dos niños hácia una caravana acampada cerca de Kufa, y que debia dirigirse á Medina; pero era de noche, y los niños se perdieron en un bosque. No pudiendo resistir el frio, ocultáronse en un hueco del tronco de una datilera que se elevaba cerca de una fuente.

Por la mañana fué una pequeña esclava á buscar agua, vió reflejarse en la líquida superficie las imágenes de los dos niños, y levantando la cabeza, exclamó:

—¿Sois los hijos de Mouslim?

Al oir las pobres criaturas pronunciar el nombre de su padre, comenzaron á llorar y á gritar. La jóven esclava los condujo á casa de su ama, esposa de un musulman llamado Haris; la buena mujer los recibió llorando, abrazólos, lavó sus piés, dióles de comer y beber, y los acostó en un sitio oscuro.

Por la noche volvió Haris muy cansado y descontento.

—Mujer, dijo, dame de cenar al instante, pues yo y mi caballo estamos rendidos de fatiga, por haber corrido todo el dia para encontrar los hijos de Mouslim que no han sido descubiertos en ninguna parte.

—¿Y para qué buscas esos niños? dice la esposa.

—¡Vaya una pregunta! contesta el marido, ¿para qué ha de ser sino para entregarlos al gobernador Abdoullah, que me dará una rica recompensa?

—¡Insensato! exclama la mujer, ¿eres tú musulman? ¿Quieres manchar tu mano con la sangre de los descendientes del Profeta? ¿Quieres atraer sobre tu familia la infamia y las maldiciones del cielo?

Haris impuso silencio á su esposa, agobiándola de injurias, y se fué á dormir.

Durante la noche, uno de los niños soñó que veia al Profeta y á su padre. El Profeta decia á Mouslim: «¿Por qué vienes aquí sin tus hijos? ¿Por qué los has dejado en medio de tus enemigos?» Y Mouslim contestaba: «Tranquilizaos, padre mio; los niños estarán aquí seguramente mañana por la mañana.»



Mujer tártara

Turbado el niño, despertóse, refirió á su hermano el sueño, y ambos comenzaron á sollozar.

Haris, que muy preocupado con su designio, no habia podido dormir aun, dice á su mujer:

—Oigo niños que lloran. ¿Cómo es que tienes criaturas en mi casa?

Al pronunciar estas palabras levántase, enciende luz, y descubre los niños, reconociéndolos al punto.

—¡Ah! exclama, yo me quebranto de fatiga para buscaros en los bosques, mientras vosotros descansais en mi casa en un buen lecho.

Y así diciendo, coge los niños por los cabellos y los conduce á donde está su caballo.

La esposa, la esclava y su hija se arrodillan implorando compasion para los pobres huérfanos; pero en su cólera las golpea tan furiosamente, que hiere y mata, y un momento despues se pone en camino con su presa.

Llegado á la orilla del rio, Haris mata á los niños, corta sus cabezas, y va á presentarlas á Abdoullah, pidiendo una recompensa.

El gobernador estaba en medio de su consejo: al ver aquellas dos cabezas de los niños, ninguno de los presentes puede contener sus lágrimas, y el mismo Abdoullah experimenta á la vez piedad y horror. Pregunta á Haris dónde están los cuerpos de las inocentes víctimas, y apenas contesta, manda encadenarle y degollarle á la orilla del rio donde acaba de cometer el crímen. Quiso tambien que las dos cabezas fueran abandonadas á la corriente.

Un libro sagrado de los musulmanes refiere que cuando estas cabezas fueron arrojadas al agua, los cuerpos de los niños aparecieron en la superficie, y uniéndose con ellas se perdieron de nuevo.

Sin embargo, Hossein se habia acercado entre tanto á Kufa, mientras que Ayzid enviaba un ejército de treinta mil hombres, que hallaron al

soberano á orillas del Éufrates. Hossein iba solo seguido de setenta y dos hombres cuando se encontró frente al ejército asirio.

Aunque el éxito del combate no podia ser dudoso, atrincheróse con sus compañeros lo mejor que le fué posible, y sostuvo los ataques de los enemigos durante dos dias (algunos autores dicen que veintiseis).

Al fin del segundo, casi todos sus compañeros habian muerto, y él mismo estaba cubierto de heridas. Desfallecido por la pérdida de sangre, cayó al fin del caballo.

Envióse sucesivamente á muchos soldados para que le cortaran la cabeza; pero todos rehusaban con horror tan sacrílega mision; aquellos que se acercaban mas resueltamente huian al ver su semblante. Por último, dos hombres, Sinan, hijo de Arwa, y Shoumur-Zil-Jowshun, excitados por el ofrecimiento de una gran recompensa, adelantáronse para degollarle. Shoumur se cubrió el rostro.

—¿Quién eres? gritó Hossein. Descúbrete.

Shoumur obedeció.

—Espera un momento, continuó Hossein con voz apagada; hoy es viérnes (el dia de sábado de los mahometanos), es el segundo dia del mes de moharem, y la hora de la oracion; déjame vivir aun algunos minutos para orar.

Al pronunciar estas palabras se prosterna; y aprovechando los asesinos aquel instante, separan la cabeza de su cuerpo.

Acto contínuo se conduce á toda la familia cautiva, llevando la cabeza en una pica á través de las ciudades, pero en todas partes efectuaba aquella milagros.

Cierta noche que la habian depositado en un templo, el soldado que estaba de centinela tuvo la curiosidad de mirarla por la juntura de una de las puertas: con gran asombro ve un anciano de elevada estatura y luenga barba blanca, que avanzando hácia la cabeza, la cogió entre sus manos y besábala llorando; detrás de aquel anciano llegó otro; y despues varios guerreros, mujeres y niños. El soldado, temiendo que aquella procesion se llevara la cabeza, abrió la puerta, pero en el mismo instante recibió un fuerte bofeton, y una voz le dijo: «Los profetas, los antecesores y la familia del muerto han venido á visitar su cabeza; ¿por qué les interrumpes en medio de su dolor?» El bofeton dejó una señal negra en la mejilla del soldado; y cuando amaneció el dia, enseñóla á su oficial, refiriendo lo que habia visto.

Tales son los sucesos que ocurrieron en el año 61 de la hegira (680 de la era cristiana) y que se celebran por todos los musulmanes schiitas durante los diez primeros dias del mes de moharem.

VI

Fiesta fúnebre conmemorativa del martirio de Hussun y de Hossein.—Un drama religioso.—Un actor persa.—Un auditorio muy conmovido.

Ya hemos visto que todas las noches de los nueve primeros dias del mes de *moharem* los tártaros se ocupan en saltar y gritar como locos.

El décimo dia se consagra particularmente á conmemorar la muerte de Hossein, que en Schoucha se llama *Gousseim*.

En estos diez dias, los musulmanes observan un ayuno riguroso, y no comen nada desde el amanecer hasta la hora del crepúsculo. Los hombres de grande y sincera piedad dejan de afeitarse la cara y la cabeza; y hasta se abstienen de fumar y bañarse, y se guardarian muy bien de emprender ninguna expedicion. Ocupan la mayor parte de su tiempo en conferencias piadosas, que en buena prosa se podrian calificar entre los tártaros de charlatanerías.

Los que durante el dia no prueban alimento alguno, se desquitan por la noche de semejante privacion, pues apenas llegada la hora del crepúsculo, comienzan á devorar hasta la mañana siguiente.

En las mezquitas se leen las páginas en que se describen los padecimientos de los imanes (1), y se hacen sermones sobre el asunto; compónense tambien *misterios* ó dramas, que se ejecutan durante los nueve primeros dias; y se reservan para el décimo escenas mas solemnes, una procesion y una gran representacion.

En realidad, todo este aparato escénico junto se reduce á una sola pieza en la cual se ponen en accion los hechos que hemos resumido. Si se observase la costumbre antigua, todo el drama se deberia representar por completo solo el último dia; mas para evitar demasiado cansancio á los actores y al mismo público, se ha preferido dividirle en tantos actos como dias: en la última escena, el desenlace es la muerte de Hossein.

En Schoucha, las partes sucesivas del drama se ejecutan cerca de la mezquita, en una hospedería de comerciantes, ó en otras localidades donde hay patios rodeados de edificios, y en los cuales se ponen algunos tablados.

Los mas de los actores se buscan de entre los vecinos de buena voluntad; mas para desempeñar los principales papeles, se envian á buscar, aun á Persia, actores célebres en este género religioso.

(1) *Iman*, sectario fiel de Alí, ó sacerdote agregado al servicio de una mezquita.

El principal ordenador del espectáculo prescribe la forma de los trajes, mas originales y caprichosos que históricos, y con los cuales no se observa la verdad ni la armonía. En medio de un grupo de hombres, revestidos de la cota de malla, cubierta la cabeza con un casco, y embrazando el escudo, veo aparecer, por ejemplo, un funcionario ruso de nuestra época que lleva un sombrero viejo guarnecido de pieles. Dícenme que esta figura grotesca tiene por objeto representar un embajador francés, testigo histórico de los hechos que constituyen el asunto del drama.

Otro actor que representaba un califa árabe, estaba sentado gravemente, pero en vez de cubrir su cabeza un turbante, se habia puesto un casco de caballería francesa adornado con una larga cola de crin de caballo.

Todos los papeles de mujer eran desempeñados por hombres que se tapaban hasta los ojos con sábanas y chales, pareciendo verdaderamente mujeres indígenas.

Todos los patios donde se representa el espectáculo están completamente llenos de gente; y en las galerías no se ven sino velos de mujeres musulmanas.

Los actores se colocan sentándose en semicírculo sobre la plataforma: cada uno de ellos tiene en la mano un pequeño cuaderno en el cual lee su papel, generalmente con tono lastimero y como cantando por lo bajo. Recuerdo, no obstante, que el actor persa que desempeñaba el papel de asesino del profeta, declamaba con mucho sentimiento y voz sonora y vibrante; y así es que todos los espectadores parecian electrizados por la verdad y la vehemencia con que se explicaba.

En cuanto á lo demás, estas representaciones producen siempre una viva impresion en la multitud: por todas partes se oyen sollozos; por doquiera se ven las lágrimas bañar las mejillas de los espectadores; en ciertas escenas, como por ejemplo, aquella en que el jóven iman, el último que sobrevivió á los parientes de Hossein, se despide de su madre y su familia antes de marchar al combate, los gemidos y lamentaciones llegan á tal punto, que es preciso suspender la representacion. He visto á mi alrededor ancianos de cabello blanco sollozar como niños: en cuanto á las mujeres, inútil es decir que estaban inundadas en lágrimas, que les sobrecogian convulsiones, y parecian como agobiadas bajo el dolor mas profundo durante toda la representacion.

Creo, no obstante, que se pueden abrigar algunas dudas sobre la sinceridad de una emocion tan exagerada, por lo menos en cuanto se refiere á la piedad y á la fe de los mas de los espectadores. Una de las creencias de los schiitas es que cada lágrima vertida basta para redimir un gran número de pecados. ¿No seria esta la causa algo interesada de ese enternecimiento extraordinario que, simulado al principio, debe convertirse despues en verdadero cuando los nervios se excitan y las imaginaciones se exaltan insensiblemente?

Durante estos nueve dias, los tártaros organizan procesiones en la ciudad, cantan himnos plañideros, y los acompañan golpeándose el pecho cadenciosamente.

A la caida de la tarde, como ya he dicho antes, llegan de diversos puntos de la ciudad á la plaza pública, y allí saltan y se agitan con rabia hasta una hora bastante avanzada de la noche.

Así es como los tártaros manifiestan su pesar y el valor de que se hallan dispuestos á dar prueba para defender su ley y sus imanes. Ahora bien, como estos han pasado á la eternidad y no hay ya medio de sacrificarse para librarles de la muerte, es preciso por lo menos, que el universo sepa cómo se les hubiera defendido si los actuales tártaros hubieran vivido en aquel tiempo.

Durante varios años, el gobierno prohibió estas asambleas nocturnas, pues con frecuencia se debia deplorar la efusion de sangre. En cada ciudad tártara existen partidos cuyo orígen se pierde en la noche de los tiempos; y hasta ellos mismos no podrian apenas explicar claramente de dónde procede la mala inteligencia que les obliga á odiarse. En su ignorancia confunden singularmente su antigua historia con las intrigas de la época actual. Así, por ejemplo, en Schoucha, sus antecesores estuvieron en otro tiempo en lucha por dos pretendientes al trono de Persia, *Gaidari* y *Neemet* (el país pertenecia entonces á Persia); hace siglos que estos pretendientes bajaron á la tumba; pero esto no importa; de una generacion en otra, y sin saber porqué, apenas se deja pasar una ocasion sin batirse, los unos por *Gaidari* y los otros por *Neemet*, sin objeto ni razon, como lo hicieron sus abuelos. Estas inclinaciones belicosas son muy bien conocidas de la administracion local, que con frecuencia hace salir del lugar de la reunion á uno de los partidos cuando llega el otro, aunque no sin trabajo.

Segun me han contado, habiendo ocurrido uno de estos choques hace pocos años en una ciudad de Transcaucasia, quedaron en tierra despues de la fiesta nocturna algunas docenas de muertos, sin contar los que salieron mutilados ó heridos.

VII

La procesion.—Los acuchillados.—Heridas voluntarias.—Los dervises.—El maniquí del iman.—Un incidente burlesco del drama.

Una inmensa procesion sale de la ciudad escoltada por todo el pueblo que se alinea en la pradera á fin de asistir á la representacion del último acto del sangriento drama de las orillas del Eufrates.

Mezclado con la multitud en la plaza pública, espero el espectáculo, pintura viviente de un fanatismo salvaje que no es ya de nuestro tiempo.

Los repetidos gritos de ¡Gousseim, Gousseim! anuncian que se acerca la procesion, igual todos los años.

En primer término aparecen los que llaman *acuchillados*: son varios centenares de hombres que avanzan en dos filas; con la mano derecha empuñan un sable cuyo corte vuelven hácia el rostro.

La piel de la frente de estos fanáticos está acri-



Tártaro de Kasak

billada por los tajos que se dieron; la sangre ha corrido en abundancia de sus heridas, pero coagulada muy pronto por el calor del sol, ha formado como una careta rojiza, á través de la cual solo se ven el blanco de los ojos y los dientes.

Cada uno de ellos se ha puesto una sábana blanca para que la sangre no manche su traje, pues corre con tal abundancia que van inundados de piés á cabeza.

En medio de aquellas filas de acuchillados avanzan los principales héroes del dia, buscando la gloria de ser comparados con el mismo Hossein, por medio de los tormentos que se aplican. Casi desnudos, infiérense heridas con objetos cortantes, que se introducen en las carnes. En el rostro llevan unas varillas pequeñas de madera clavadas en la piel de la frente y de los pómulos, hasta cerca de las orejas, y de las cuales suspenden espejitos y cadenillas; tambien llevan otros semejantes en las manos, en el pecho y el vientre, fijos por unos ganchos de alambre que penetran en la piel. En el pecho y la espalda, las puntas de dos puñales en forma de cruz se hallan tan cerca de la carne, que puede bastar el mas leve movimiento para producir una herida; en los costados se cruzan dos sables en posicion análoga, en cuyas puntas se suspenden cadenas de cobre ó de hierro, mucho mas pesadas segun el fervor del mártir. El cuerpo de estos fanáticos va solo cubierto de unas delgadas varillas de madera ó hierro, mas ó menos próximas, que forman una especie de cota para disminuir el dolor.

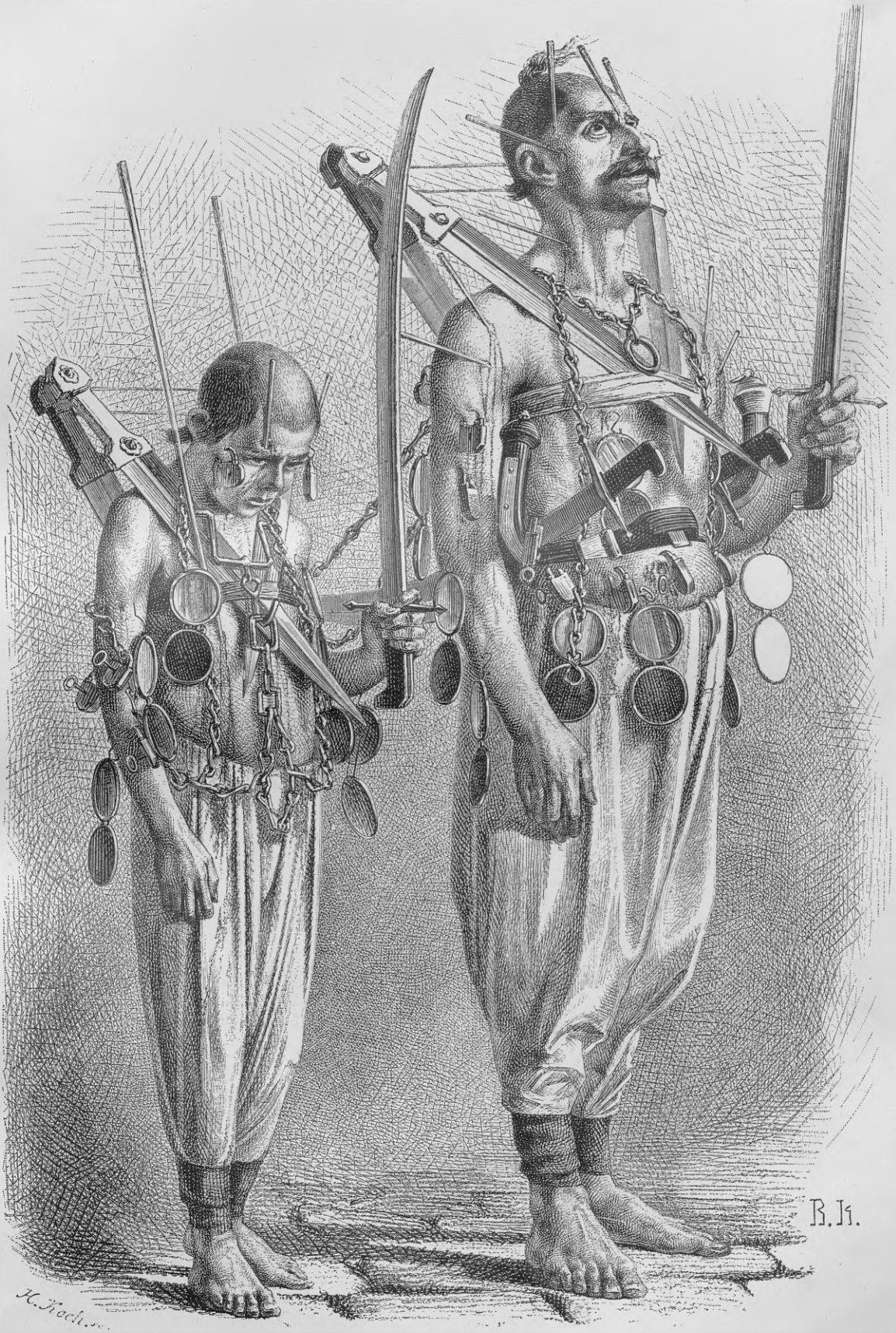
Los que quieren lucirse ante el pueblo sin hacerse demasiado daño, se arreglan de modo que no penetren en la piel todos estos objetos, los cuales fijan con un arte, que desde léjos parecen estar clavados en aquella.

Esta segunda serie de penitentes es mucho menos numerosa que la de los acuchillados, y por lo regular suele reducirse á cinco ó seis individuos.

He visto á varios de estos infelices caer sin conocimiento; sus parientes los sacaron de la



Procesion fúnebre en Schoucha: los Acuchillados



Procesion fúnebre en Schoucha: Martires



Procesion fúnebre en Schoucha: La bandeja de boda.—Jefe del ejército de Ayzid

procesion, ó fueron conducidos con los otros á pesar de su desfallecimiento.

Los que llegan despues desempeñan un papel menos dramático en la expiacion general: van vestidos de luto, con ropaje corto, de color negro ó violáceo, abierto en el pecho, el cual se golpean profiriendo el grito general. Algunos, sin embargo, no se contentan con servirse de la palma de la mano; quieren dar una prueba de mayor piedad, imponiéndose algun sufrimiento, y se golpean con ladrillos; de modo que su pecho presenta muy pronto un color rojizo.

El pueblo se agolpa en tropel al paso de la procesion y todos gritan:

—¡Hé aquí nuestros justos, los sostenes de nuestra piedad!...

Observé un dervis que vestido con una tosca levita de paño blanco, cubierta la cabeza con un sombrero puntiagudo, y llevando como ornamento inscripciones religiosas, se habia suspendido del cuello varias cadenas y una cuerda, en cuya extremidad llevaba fija una piedra enorme, la cual le obligaba por su peso varias veces á encorvarse mucho. Las mujeres y cuantos se-



Guias tártaros de la Transcaucasia

guian la procesion se abrian paso sucesivamente para dirigir, aunque solo fuese una mirada, á ese bienaventurado mártir.

Es preciso añadir, no obstante, que los dervises se dedican por lo regular en tales dias á ocupaciones mas tranquilas y pacíficas. Extienden en el camino pequeñas alfombras, y exponen sobre ellas rosarios, piedras y otros objetos de poco valor, procedentes de Kerbelay ó de otros santos lugares; y sentándose delante, laméntanse, gesticulan con los brazos, y piden á los transeuntes limosna para los *hombres de Dios*.

Despues de un largo desfile se ve avanzar, sostenida en hombros de varios individuos, un arca de cuatro ángulos agudos, adornada de tapices y espejos; en medio va tendido un hombre que ostenta un rico traje; es el jóven iman, la víctima; gran parte del pueblo sigue á esta especie de ataud, y todos consideran como una felicidad poder tocarle.

Este jóven iman es el sobrino de Hossein, que con gran dificultad obtuvo de su tio permiso para ir al combate: antes de enviarle á una muerte segura, Hossein le casó con su hija; y hé aquí por qué detrás del arca lleva un tártaro sobre su afeitada cabeza una *bandeja pintada*, con los atributos del ceremonial practicado para el casamiento.

Despues avanza un guerrero, cubierta la cabeza con un casco, y revistiendo una cota de malla; un chal le sirve de faja, y lleva en la mano una hachuela de elegante forma. Es el jefe del ejército del califa que dió muerte á los imanes. Detrás va el caballo de Hossein, con arreos de oro y una silla ricamente bordada, pero atravesada de flechas, lo mismo que el caballo; en la extremidad de aquellas, para simular las manchas de sangre, se arrollan papelitos pegados con lacre rojo.

Por último aparece el iman mismo, conducido con evidentes señales del mas profundo respeto: es un maniquí sin cabeza que viste un magnifi-

co ropaje; en el sitio del cuello se han introducido vértebras de vaca con pedazos de carne sangrienta; todo el pecho está atravesado de flechas, y en medio de ellas se han atado dos palomas vivas, símbolo de la inocencia. Sobre su ataud va arrodillado un niño, cubierto con un sudario blanco manchado de sangre; como hasta la cabeza va tapada, se han practicado aberturas en el sitio de los ojos; y en el de la boca se ha cosido una larga lengua roja, aludiendo á la sed que debieron sufrir el iman y toda su familia: el niño se oprime la cabeza entre las manos, y á cada instante se inclina sobre las rodillas del cadáver de Hossein.

Una numerosa multitud sigue á esta sagrada carga sollozando.

En último término avanzan los mollahs y los actores: estos últimos visten sus trajes históricos y van armados.

El pueblo cierra la marcha en compactas filas; hombres, mujeres y niños van á caballo ó á pié.

Al salir de la ciudad, la procesion se forma en círculo en el prado donde se ha de efectuar la representacion.

Los *acuchillados* se sientan delante de los otros en el interior del círculo; alrededor se oprime el pueblo; los jinetes se quedan en la última fila.

Al darse la señal de comenzar el drama, elévanse por todas partes lamentos lastimeros.

Para comunicar al dia mas solemnidad se manda tocar la música del regimiento ruso; que á decir verdad no se aviene con el carácter antiguo de todo este aparato escénico; pero lo que produce peor efecto aun es que los papeles de asesino del iman están representados, sin duda á causa de no haber actores mas convenientes, por varios cosacos del Don.

Estos cosacos, que de ordinario se presentan al fin del drama, dieron lugar en mi presencia á un incidente de los mas cómicos.

Segun el plan del drama, el jóven iman llega al combate, avanza contra sus enemigos y oblígales á todos á huir; los cosacos, que figuran los guerreros de Ayzid, deben por lo tanto emprender la fuga ante un muchacho de catorce años. La bravura de los cosacos no les permitió avenirse con esta ficcion. ¡Huir ellos, todos unos cosacos, delante de un niño! ¡Sufrir semejante bochorno! No pudieron soportar semejante idea, y de repente, en vez de retroceder acometieron á su contrario tan vivamente, que este, trocando los papeles, hubo de enseñarles los talones. ¡Adios leyenda, adios espectáculo, adios ilusion! Todo se trastornó en aquel contrasentido burlesco; los espectadores se indignaron, y por todas partes se gritó á los cosacos que huyeran, permaneciendo así fieles á la tradicion; pero todo fué inútil; aquellos bravos no escuchaban razones, y perseguian siempre al que debia ser su vencedor. No se consiguió obligarles á envainar el sable hasta que se detuvo á los caballos por la brida para sacarlos fuera del círculo.

Así terminó el drama, y al mismo tiempo todas las fiestas. Dícese que en otra época el pueblo tomaba tan por lo serio estas representaciones, que golpeaba á los asesinos del iman hasta el punto de poner en peligro su existencia; de modo que iba siendo cada vez mas difícil hallar actores que representaran tan peligroso papel. La multitud no se entrega hoy á tales excesos. ¿Será porque comprende mejor y es menos fanática, á la vez que mas inteligente? La poesía se va; y acaso el drama desaparezca á su vez.

No se celebra exactamente del mismo modo esta fiesta en todos los países musulmanes; pero en todas partes ofrecen las ceremonias el mismo carácter dramático. Entre las descripciones que dan los viajeros, las mas interesantes son las del caballero Chardin, que vivió en el siglo XVII, y la del inglés Morier, del presente. No carece de interés compararlas con lo que precede.

LA FIESTA FUNERARIA DE HOSSUN Y DE HOSSEIN EN PERSIA, EN EL SIGLO XVII.

«Los persas, dice Chardin, llaman comunmente á esta festividad *E'id yalt* ó *la fiesta del asesinato ó del martirio:* dura diez dias, que son los primeros del mes de maharram, el primero del año, y estos se conocen con el nombre de *á chour*, es decir, los diez dias; tambien los llaman *dias contados*, porque segun la creencia mahometana, el Koran fué enviado durante ellos á Mahoma.

»Se da igualmente á la fiesta el nombre de *rauz tygh* ó *dia de la espada*, ó de la *occision:* despues de la del sacrificio, es la mas solemne que se conoce en Persia; y como la solemnidad depende del celo del pueblo, la celebracion se efectúa distintamente, segun la localidad y el tiempo, y atendidas las circunstancias.

»En primer lugar debe observarse que durante estos diez dias no se tocan trompetas ni timbales á las horas acostumbradas: los devotos no se afeitan la cabeza ni el rostro, ni van al baño, ni emprenden un viaje; y por lo general se trata muy poco de negocios. Algunos se visten de negro ó morado, que son los colores del luto; todos afectan una profunda tristeza, y cada cual contribuye á que el duelo parezca público. Durante estos diez dias encuéntranse tambien por la ciu-



Los Acuchillados en la representacion dramática final

dad, desde por la mañana á la tarde, grupos de gente de la hez del pueblo, los unos casi desnudos y ennegrecidos, los otros manchados de sangre, y no pocos armados de piés á cabeza, con la espada desnuda en la mano.

»Vense además muchos que van por las calles golpeando con dos guijarros, mientras sacan la lengua como hombres sobrecogidos de un pasmo, y hacen contorsiones desesperadas, gritando con toda su fuerza *¡Hussun! ¡Hussun!* Este es el nombre del hermano mayor de Hossein, el cual perdió la vida en la misma guerra. Los que van pintados de negro quieren representar el ardor de la sed y del calor que hubo de sufrir Hossein, tan grande segun dicen, que se volvió negro, saliéndole la lengua de la boca. Los que van manchados de sangre tratan de recordar que recibió tantas heridas, que toda la sangre le salió de las venas antes que el alma del cuerpo. Toda esta canalla va corriendo por las calles y pide limosna en las tiendas, y á las personas notables que encuentra. Nadie rehusa dar, por lo menos un *cas bekir*, que es una moneda de cinco dineros; pero cuando encuentran algun judío ó armenio, y sobre todo un indio pagano, no musulman, oblíganle siempre á dar cuatro ó cinco veces mas, diciéndole: «Vosotros sois los que hi»cisteis matar á nuestro profeta; dadnos alguna »cosa por su sangre.» Resulta de aquí, que durante los diez dias aquellos pobres gentiles, fáciles de reconocer por su traje, porque no se atreverian á vestirse al estilo persa, se quedan en su casa y salen lo menos posible. Los muchachos que los ven pasar en este corto período no dejan nunca de gritarles, así como tambien á todos los extranjeros: «¡Maldito sea Omar!» imaginándose que todos aquellos que no son de su país deben tener gran interés en la memoria de Omar, y que se les enoja maldiciéndole, como así sucede en efecto con los turcos. Recuerdo que un dia de aquella fiesta, al pasar por delante de un colegio, varios muchachos, juzgando que yo era extranjero, comenzaron á gritar: «¡Maldito sea Omar!» echando á correr despues, cual si temieran que mandara al criado que me seguia aplicarles un correctivo. Yo solté la carcajada, y gritéles al punto: «¡Venid, venid acá, »muchachos, y decid algo mas si os place; mal»decidle mas aun!» Los escolares quedaron admirados, sin saber ya qué decir; pero en aquel momento, presentóse el pasante, y tomando la palabra por los chicos, me dijo: «Teneis razon, »caballero; es preciso maldecirle, así como tam»bien á toda su raza y á los que defienden su »partido.» El pasante añadió despues «que los »europeos eran amigos de su profeta, y que los »perros de Europa valian mas que los doctores »turcos.»

»Durante estos dias de duelo hay en las esquinas de las grandes calles, en las encrucijadas y en las plazas una especie de altares con un púlpito y muchos bancos alrededor, todo cubierto de brocado, y con adornos que consisten en escudos, armas de fuego y blancas, tambores, timbales, trompetas, divisas, banderolas, pieles de leon y de tigre, y armaduras de acero para hombres y caballos: creeríase que aquello es la sala de un arsenal. Entre todos esos objetos se mezclan farolillos de cristal y de papel, lámparas y candelabros en gran número, que se encienden una hora despues de la media noche. La gente menuda del barrio se dirige á este sitio en procesion; y algun hombre grave ó devoto comienza á dirigir la palabra al pueblo sobre el asunto de la fiesta, hasta que llega el predicador y da principio á sus deberes leyendo un capítulo del libro que se titula *Tratado de la occision*, el cual contiene la vida y muerte de Hossein en diez capítulos, correspondientes á los dias de la fiesta; despues predica sobre el mismo asunto dos dias, para excitar al pueblo á condolerse. Recuerdo haber oido decir á un predicador, entre otras cosas, «que una lágrima vertida durante »aquella fiesta, borra un monton de pecados tan »grande como la montaña Lina;» y excitaba tambien su resentimiento contra los enemigos del santo y sus adherentes.

»Jamás hubiera creido posible tanto dolor como el que el pueblo aparenta; es inconcebible: se golpean el pecho; profieren gritos y alaridos; y las mujeres, sobre todo, se desgreñan y lloran á lágrima viva.

»He asistido á los sermones, y no pude menos de admirar la atencion del auditorio, que solo se explicaba por una profunda devocion, aunque el predicador fuese muy patético. Sus sermones, así como todos los panegíricos de Italia, estaban llenos de fabulosas leyendas. Así, por ejemplo, el primero de los diez dias se hablaba del nacimiento de Hossein, diciéndose entre otras cosas que el ángel Gabriel fué á felicitar á Mohamed, pero que al mismo tiempo le pronosticó el martirio de este niño, el dia y el sitio, anunciándole que seria por un hijo de *Mo-avyah*, su pariente próximo. Y como el padre de este Moavia fuese á ver á Mohamed con su mujer para felicitarle por el alumbramiento de su hija, díjole aquel:

—Cierto que me alegro mucho de que mi hija haya dado á luz un varon; y aun tendrá otro; pero vosotros producireis dos, cuyos descendientes exterminarán á toda mi raza.

»Entonces contestó Moavia, tomando la palabra:

—Vale mas que no tenga hijos.

—No, contestó Mohamed; Dios lo ha ordenado así, y es preciso que así sea.

»El último dia de la fiesta, háblase en el sermon del sacrificio voluntario de Hossein al ir á buscar la muerte. El predicador decia «que cua»tro mil ángeles fueron á ofrecerle sus servicios, »pero que les dió gracias, y que despues de mo»rir de sed mas bien que por efecto de sus he»ridas, y como se le presentase un ángel en »figura de ermitaño, ofreciéndole agua en una »vasija, Hossein le dijo: «No quiero; si lo hubiera »deseado, habria tenido arroyos á mi disposi»cion.» Al pronunciar estas palabras tocó la tierra con la punta del dedo, y brotó un gran chorro de agua. «Está decretado, añadió, que muera así en los padecimientos.»

»Terminado el sermon, el pueblo comienza á gritar con toda su fuerza: ¡Hossein, Hossein! hasta que se apaga la voz y desfallecen los pul-



El maniquí de Hossein

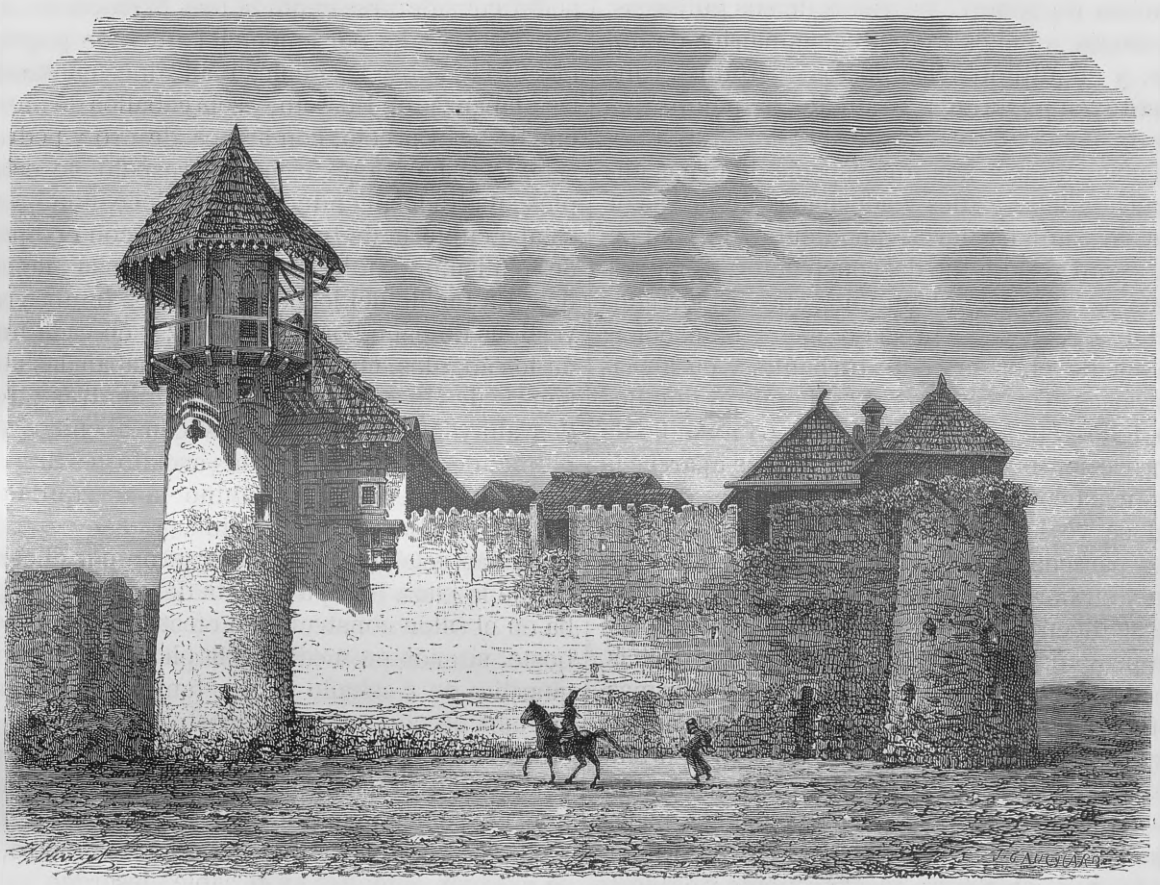
mones. Los gritos van acompañados de un redoble de pequeños tambores, y de los sonidos de ese instrumento que llaman campanillas *(tintinavula)*, el cual produce una música lúgubre, pues los gritos son lentos, bajos y plañideros. Los vagabundos ennegrecidos de que antes hemos hablado, aquellos que golpean los guijarros, contribuyen por mucho á que la armonía sea mas triste y extraña; y todo este conjunto parece algo horrible la primera vez que se ve. Cuando el pueblo está ya fatigado, cada cual vuelve á su casa gritando siempre: *¡Hossein, Hossein!*

»Esto es lo que hace la gente menuda, el pueblo bajo. Los grandes celebran la fiesta en su casa con mas modestia. Invitan á muchos hombres de iglesia de profundos conocimientos, que van todos los dias á eso de las cuatro de la tarde; en la sesion se trata el asunto de la solemnidad, citando cada cual los mejores pasajes de los autores, con las ideas que pueda sugerirle el caso; á las siete comienza la lectura de un capítulo, sobre el cual hacen observaciones los mas doctos de la reunion; á las nueve ó las diez se toma un refresco, y despues se retiran todos hasta el dia siguiente. Así se hace hasta el último, que es el de la gran fiesta, y cuya noche se pasa en la oracion.

»Ocho veces he visto esta festividad en Persia; pero la mas solemne fué la que presencié en el año 1667. El rey acababa de subir al trono, lo cual equivale á decir que venia al mundo, pues no habia salido jamás del Serrallo en vida de su padre, muerto á fines del año anterior. En su consecuencia, no habiendo visto jamás aquella fiesta, ordenó que se celebrara pomposamente. Hé aquí cómo se hizo la cosa.

»Era el mes de junio: el rey iba todas las tardes con su corte, á eso de las seis, á un gran salon llamado *Salon de la caballeriza*, donde podian coger muy bien quinientas personas; tenia salida á un jardin magnífico, en cuyo centro habia un espacio enarenado, ofreciendo lugar suficiente para dos mil almas, sin contar los que podian colocarse á los lados del salon. Este último estaba perfectamente iluminado; y además se habian puesto muchas lámparas y farolillos en el jardin, de modo que á las ocho de la noche habia allí mayor claridad que si fuera de dia. En el

parterre, cerca del sitio del salon donde estaba sentado el rey, elevábase un púlpito con siete escalones cubierto todo él de tela negra. Cuando el monarca daba la señal, entraban las procesiones; cada barrio de la ciudad tenia la suya, compuesta de cuatrocientos á quinientos hombres, gente de tienda y jornalera, armados todos hasta los dientes, como suele decirse, unos con cascos y cotas de malla, y otros con corazas y escudos. Algunos estaban completamente cubiertos de hierro, pero otros iban en cambio del todo desnudos, con el cuerpo untado de aceite como el de los gladiadores; casi todos ostentaban una piel de tigre en los hombros, embrazando un



Casa fortificada en Schoucha

escudo; los unos llevaban la espada desnuda, y no pocos se habian provisto de lanzas, picas, hachas ó mazas; en medio de la procesion veíase un hombre desnudo, cubierto de sangre, con puntas de flecha fijas en la piel, cual si tuviese atravesado el cuerpo: este individuo representaba el santo de la fiesta.

»Las banderas, que iban á la cabeza, eran de seda ó de brocado de plata, con las cifras de Alí por un lado y el jeroglífico por el otro. Despues seguian los tambores y trompetas; luego los de los guijarros, que hacian uso como si fueran castañuelas; y en último término avanzaba una multitud de muchachos pronunciando los nombres de Hussun y Hossein, y seguidos de gente armada.

»Todas las tardes se veian procesiones semejantes: entraban en el palacio con paso precipitado y fuertes movimientos para que resonasen las armas. Debe saberse que todo esto es misterioso, pues tiene por objeto representar el furor con que el ejército de Hossein combatió al de Ayzid. Cuando estas procesiones habian entrado, comenzaban las devociones de la manera indicada; pero llegado el dia de la gran fiesta, aquellas eran mucho mas pomposas.

»Por lo pronto iban á la cabeza de cada procesion veinte banderas ó estandartes, medias lunas y manos de acero, con las cifras de Mahomet y de Alí, sujetas en largas picas. Estos eran los estandartes sagrados de los mahometanos en sus primeras guerras, los cuales llevaban en medio de sus ejércitos, como los romanos sus águilas; aun hoy se usan tambien, pero no inspiran ya tanta fe como antes. Cuando deben ostentarse en la procesion se les cubre con una gasa de co-

lor azul claro, lo cual indica que no se trata de combatir. Detrás avanzan varios magníficos caballos de montar ricamente enjaezados, que llevan toda clase de armas blancas fijas en la silla, tales como armaduras de acero, escudos y otros muchos objetos recamados de oro, así como armas cubiertas de pedrería; siguen los músicos con los hombres pintados de negro y los de las manchas de sangre, provistos de sus guijarros; van detrás muchos individuos cubiertos de flechas; y en último término las máquinas, que constituyen el gran aparato de la pompa fúnebre.

»Estas últimas son una especie de urnas cubiertas de telas azules y adornadas de piezas de brocado y mil fruslerías pendientes de los bordes, segun el capricho del constructor. Con estas urnas se llevan tambien unos ataudes forrados de terciopelo, ó de brocado negro ó de color; encima de ellos se ve un turbante, y en los lados varias armas sujetas. Los hombres que llevan todo esto saltan y dan vueltas en medio de la procesion muy ligeramente. Detrás aparece la gran urna conducida por ocho hombres, y en la cual se ve la representacion de Hossein. Los unos parecen la cama de respeto, donde Hossein y su hermano están figurados por dos niños que se dicen ¡Hossein, Hossein! Otros parecen una pequeña sala de armas, con arcos, flechas, espadas, escudos, puñales y mazas de armas, viéndose en el centro un muchacho armado de punta en blanco dispuesto á combatir. En todo esto brilla el oro y la plata, porque urnas y ataudes son costeados por el barrio. En algunas se representan mausoleos; en otras se ve un hombre tendido con el traje ensangrentado y cubierto de flechas, que representa al santo ya muerto. Alrededor de todas las cajas se coloca mucho ramaje para preservarlas de los rayos del sol.

»Detrás de las urnas iban tambien muchos hombres ensangrentados, jinetes en caballos cubiertos de polvo, para representar á los soldados del príncipe; y seguia en tropel el pueblo de la procesion, en número de doscientas á trescientas personas produciendo un estrépito horrible cuando gritaban: ¡Hossein, Hossein! Van siempre armados, pero los mas llevan solo garrotes; corren en vez de andar, y detiénense á intervalos esperando las urnas; entonces saltan, dan vueltas y agítanse como furiosos frenéticos, aturdiéndose á sí mismos á fuerza de gritar.

»Además de estas procesiones habia otras dos extraordinarias en obsequio al rey: una de ellas es la de los suffys, ó sean los guardias de corps del rey y de su palacio, á quienes se considera como los mas ejemplares devotos de todos los mahometanos, y que son muy ilustres en la secta imánica. Lo mas particular en su procesion eran dos hombres, tendidos cada cual en una estrecha tabla cubierta de sangre, y que remedaban muy bien los muertos; y diez asnos, montados cada uno por tres niños que recitaban los versículos de la fiesta. La otra procesion era la de los indios mahometanos de la secta de Alí, y podia considerarse como la mas hermosa de todas. Comenzaba por cinco elefantes con pequeñas torres sobre las cuales iban niños cantando las alabanzas de Hossein, y seis caballos de montar, de gran precio, con arreos de oro y pedrerías. La urna era un lecho de respeto de ocho piés cuadrados, conducida por doce hombres; estaba cubierta de brocado de oro, con crespon de lo mismo, y no podia darse cosa mas magnífica. En medio del lecho veíanse dos tumbas revestidas de paño bordado de oro; y en cada uno de los ángulos, cuatro niños entonaban las alabanzas de Hussun y de Hossein, mientras otros dos ahuyentaban las moscas con abanicos de pluma; detrás avanzaban dos armatostes tirados por bueyes, representando uno la mezquita de la Meca, y el otro la de Medina.

»Todas estas procesiones pasaron por el centro de la plaza Real, á la vista del rey, que estaba en el salon construido al efecto. El gran preboste, situado en medio de la plaza con treinta guardias de á caballo y otros tantos de á pié, se cuidaba de conservar el órden, pues como la ciudad de Ispahan está dividida en facciones desde hace mucho tiempo, sucede á menudo que en semejantes dias los habitantes de un barrio se baten formalmente con los de otro, y se produce entonces un terrible desórden para la fiesta.

»Jamás acabaria si quisiera referir todas las particularidades; solo diré que en aquella fiesta donde se hallaba el rey, este fué el último dia al salon á las siete de la mañana, y oyó el sermon del predicador que habló los dias anteriores. El púlpito era una gran plataforma unida al salon, el cual estaba adornado de ricos tapices. Despues se cantó un himno en alabanza de Hossein y de su raza; y luego resonaron exteriormente las maldiciones contra Ayzid y sus secuaces, á las que siguieron las bendiciones al rey. Al fin de la ceremonia se dieron á los eclesiásticos cuarenta hábitos, y al predicador trescientos escudos; pero como los primeros se entregaban en clase de limosna, y no por honor, los agraciados no fueron á besar los piés al monarca, segun es costumbre.

»No debo olvidar que durante la fiesta, los persas dan muchas limosnas á los pobres, pues

creen que entonces seria un crímen rehusar lo que puede darse. Las personas ricas ponen á la puerta de sus casas grandes cubetas de agua helada con un tazon dentro, á fin de que nadie padezca el mal de que murió Hossein, que fué la sed, pues asegúrase que por carecer de agua se precipitó desesperado entre sus enemigos para morir antes. Algunos aguadores van tambien por las calles cargados con un gran odre, y ofrecen de beber á todo el mundo. Acostumbran á gritar: «¡Bendito sea hasta la séptima generacion el que paga esta agua!»

»El rey mandaba dar de cenar durante los diez dias á todas las procesiones, compuestas á veces de mas de cuatro mil almas, y además enviaba diariamente mil doscientas libras de pan, cincuenta platos de carne, y cincuenta pesetas á la mezquita, para distribuirlo todo entre los pobres.

»En cuanto á lo demás, estas procesiones no ofrecen ningun carácter devoto, asemejándose mas bien á una mascarada de furiosos; sus cantos y sus gritos acaban siempre con imprecaciones contra los enemigos de su religion. Los eclesiásticos excitan este furor, enseñando, como he dicho, que es un gran mérito maldecir á los primeros príncipes árabes, quienes conservaron el imperio mahometano en vez de cederle á los descendientes de Mohamed por su hija Fatmé.»

VIII

La fiesta funeraria de Hossein (Hucain) en Persia, en el siglo XIX.

«En toda la ciudad de Teheran, dice el viajero Mourier, colocáronse grandes tiendas de tela negra con emblemas de luto. Costeábanlas los habitantes de cada barrio, así como tambien las personas ricas que creian cumplir así con un acto de devocion; y todo el mundo tenia libre entrada en ellas. El gasto que ocasiona cada una consiste en pagar al sacerdote, los actores y las luces. Varias personas, deseosas de expiar sus pecados y atraer sobre sí las bendiciones del cielo, no contentas con sufragar el gasto de las tiendas, proporcionan además víveres á los obreros ocupados en la construccion.

»Nuestro vecino, Mohammed-khan, tenia una en su casa, y toda la gente del barrio acudió á verla. Mientras duró la visita no dejamos de oir un gran ruido de tambores, de címbalos y de trompetas. Además de las tiendas construidas en las diversas calles y plazas, elevóse un púlpito de madera, completamente aislado, donde un sacerdote predicó al pueblo reunido. La efervescencia de la muchedumbre no nos impidió dar nuestros paseos ordinarios á caballo, y cruzamos varias veces en medio de la multitud en el momento de ocuparse en sus devociones, sin que nos molestase para nada.

»Los persas tienen tan poco escrúpulo en vernos asistir á sus ceremonias religiosas, que el gran visir invitó á toda la legacion á visitar su tienda en la octava noche de la fiesta. Al entrar vimos un gran número de persas vestidos de luto, observando que ninguno de ellos llevaba alhajas ni puñal.

»Un mollah de la ciudad se acercó al gran visir y tuvo con él una séria conversacion, mientras que las demás personas de la asamblea hablaban en voz baja.

»Estábamos sentados hacia algun tiempo, cuando las ventanas de la sala se abrieron de pronto, y la luz del dia nos permitió ver un mollah en un púlpito, rodeado de numerosa multitud.

»El predicador comenzó por un exordio en el que recordó al pueblo cuán preciosa era una sola lágrima vertida por el sentimiento de la muerte de Hossein, lágrima que expiaba los mayores crímenes; y anunció muy formalmente que todo hombre que no se afligiera aquel dia moriria en medio de su pueblo. Despues, tomando un libro, cantó con tono gangoso la parte trágica de la historia de Hossein designada para la ceremonia del dia. Esta lectura hubo de producir muy pronto su efecto en el auditorio; y apenas acabó de leer el mollah tres páginas, cuando el gran visir comenzó á mover la cabeza, pronunciando con voz plañidera esa exclamacion tan comun á los persas cuando están afligidos: ¡Ouahi, ouahi, ouahi! Entonces, toda la asamblea le imitó con mas ó menos fuerza.

»El canto del mollah duró cosa de una hora; algunos pasajes eran muy patéticos, y los mas propios para conmover las pasiones de un pueblo tan supersticioso y voluble como los persas. En la lectura de uno de estos pasajes, toda la asamblea se levantó, y observé que el gran visir, volviéndose hácia la pared, extendió la mano y oró.

»Terminada la lectura, presentáronse los actores; algunos iban vestidos de mujer; y cantaban, aplicando una hoja de papel á sus labios, una especie de recitado que oimos con gusto. En los pasajes mas trágicos, una parte del auditorio proferia gritos sin afectacion; y como yo estaba sentado cerca del gran visir y del sacerdote, observé que vertian lágrimas. En alguna de aquellas reuniones, el mollah coge un pedazo de tela de algodon, y acercándose á los concurrentes, enjuga sus lágrimas, para exprimirlas despues

en un pequeño frasco. Algunos persas sostienen que una sola de ellas, introducida en la boca de un moribundo desahuciado de los médicos, basta para volverle á la vida; y hé aquí porqué las recogen tan cuidadosamente.

»El décimo dia de la fiesta el rey invita al embajador á presenciar las últimas ceremonias, en las cuales se representa la muerte de Hossein. Nosotros fuimos despues de almorzar, y tomamos asiento en una pequeña tienda dispuesta exclusivamente para nosotros, muy cerca de la sala donde debia estar el rey.

»Habíamos visto en el Meidan, ó gran plaza que se extiende delante del palacio, un grupo de cadjars ú hombres pertenecientes á la tribu del rey, que con los piés desnudos, se daban golpes en el pecho á compás, acompañando á intervalos la voz de sus compañeros que iban al centro. El rey ordenó á estos hombres, entre los cuales iban varios de sus parientes, que avanzaran completamente descalzos para percibir las ceremonias que iban á efectuarse; y entonces adelantáronse ligeramente, llevando en la mano un baston, emblema de sus funciones de maestros de ceremonias, y obligaron á los unos á dejar el paso libre, dando golpes á los otros hasta restablecer el órden en la procesion.

»Una parte de la plaza, separada de la otra por una empalizada, debia representar la ciudad de Kerbela, no léjos de la cual pereció Hossein. Muy cerca de allí, dos pequeñas tiendas indicaban el campamento de aquel príncipe en el desierto; una plataforma adornada con tapices, donde debian trabajar los actores, completaba la decoracion.

»Pocos instantes despues de nuestra llegada compareció el rey, y aunque nos fué imposible verle, todo el pueblo que se levantó, y las genuflexiones de sus oficiales, anunciaron su presencia. La procesion comenzó en el órden siguiente:

»En primer término presentóse un hombre muy alto y robusto, desnudo hasta la cintura, balanceando una pértiga de unos treinta piés de longitud, sobrepuesta de un ornamento extraño lleno de pasajes del Koran. Detrás apareció otro individuo igualmente desnudo hasta la cintura, que llevaba una pértiga mas pesada, aunque no tan larga, en la cual se apoyaba un jóven cuyos piés reposaban en la cintura del portador.

»Seguia un tercer personaje mucho mas vigoroso, casi desnudo; y detrás un aguador cargado con un enorme odre de cuero lleno de agua; en sus hombros se apoyaban cuatro jóvenes unos sobre otros. Este personaje es alegórico, segun me aseguraron, y representa la ardiente sed que Hossein sufrió en el desierto.

»Detrás de estos indivíduos vimos avanzar una litera en forma de sarcófago, conducida por ocho hombres: en la delantera habia un adorno de forma oval, completamente cubierto de pedrerías, y coronado por una estrella de diamantes; en una saliente veíanse dos candelabros, cuajados de pedrerías; de los lados del sarcófago pendian chales de Cachemira, y encima del todo habian puesto un turbante que representaba el de Hossein. A cada lado iba un hombre provisto de una larga pértiga de la cual pendian muchos magníficos chales, y en la extremidad de cada uno veíase una mano cubierta de diamantes, para figurar la de Mahoma.

»Detrás del sarcófago iban cuatro caballos de montar ricamente enjaezados; adornaban la cabeza varias placas cubiertas de diamantes, y las sillas algunos emblemas que recordaban la muerte de Hossein. Despues de haber desfilado la procesion, fué á colocarse á la derecha del sitio ocupado por el rey.

»Pasado un intervalo de pocos instantes, vióse llegar un grupo de hombres de mirada feroz, cuyo desnudo cuerpo iba cubierto solamente de un paño blanco; todos estaban manchados de sangre, y blandian un sable, cantando un himno de salvaje melodía. Representaban los sesenta y dos parientes ó mártires, como los llaman los persas, que acompañaban al jóven príncipe y perecieron defendiéndole.

»Detrás de ellos iba un caballo blanco con el cuerpo lleno de flechas y enjaezado de negro; este cuadrúpedo representaba el que montaba Hossein cuando fué muerto.

»Seguian al caballo unos cincuenta hombres provistos de tarugos de madera que golpeaban unos contra otros: estos hombres se alinearon delante del rey, y estaban á las órdenes de un director de baile que permanecia en medio de ellos á fin de llevar el compás. Ejecutaron una danza, palmoteando al mismo tiempo con toda la uniformidad posible, mientras el maestro entonaba una especie de recitado, acompañado á intervalos por las voces de los bailarines y los golpes de sus palos.

»A estas procesiones siguieron los actores trágicos.

»Hossein avanzó seguido de sus mujeres, de sus hermanos y otros parientes.

»La representacion fué larga y enojosa, por lo menos para nosotros; la gran distancia que nos separaba del lugar de la escena nos impidió oir las cosas tiernas y sensibles que se decian unos á otros.

»Despues nos acercamos al sitio donde yacia el desgraciado Hossein, tendido en tierra, y á

punto de recibir el golpe mortal. En aquel momento resonó un grito de dolor; oyéronse sollozos; y de los ojos de todos los espectadores brotaron verdaderas lágrimas, que nosotros pudimos ver bien, porque se hallaban muy próximos. Entonces, la indignacion y el furor del populacho, que habia acudido á presenciar el espectáculo, recayeron sobre los actores que representaban á los soldados de Ayzid, asesinos de Hossein, y fuéles preciso emprender la fuga ante una nube de piedras, de golpes é imprecaciones. Se nos dijo que era tan difícil encontrar personas que quisieran desempeñar aquellos papeles, que en aquella ocasion no se pudo por menos de obli-



Café tártaro

gar á varios prisioneros rusos á encargarse del papel de soldados de Ayzid; pero despues de la catástrofe hubieron de huir lo mas pronto posible.

»El incendio de Kerbela termina la funcion: habíase construido detrás de la empalizada de que antes hablamos varias chozas de caña, á las cuales se prendió fuego. La tumba de Hossein apareció cubierta de una tela negra, sobre la cual se puso un tigre disecado para representar el leon milagroso, que segun dicen veló varios dias sobre los restos del iman despues de su inhumacion. La ceremonia terminó con la lectura de una composicion poética en honor de Mahoma, de sus descendientes y del rey.

»La parte mas extraordinaria de este espectáculo es la representacion de los cadáveres de los mártires, que habiendo sido decapitados, figuran todos en una línea teniendo cada cuerpo una cabeza á su lado. Para presentar convenientemente este espectáculo, varios hombres se entierran hasta el cuello, dejando solo descubierta la cabeza, mientras otros se tapan la suya para que no se vea sino el cuerpo, colocándose los primeros y los segundos de modo que parezca que las cabezas y los cuerpos están separados. Algunas personas se someten á este suplicio por diversion, y varias de ellas mueren.»

IX

La misma fiesta en la India

Hé aquí ahora cómo los musulmanes de la India, aunque los mas sean sunitas, celebran la misma fiesta fúnebre de moharem.

Sirven para las ceremonias ciertas casas don-

de los extranjeros no pueden entrar, y á las cuales se da el nombre de *ashourkhana* (casas de los diez dias): se blanquean de antemano, y se adorna el interior con estandartes que figuran los de Hossein, tumbas parecidas á las del mártir, cofrecillos formados con cuadros de mica dispuestos como espejos, pequeños palacios de bambú y de papel, tapices, trasparentes, lámparas, arañas, candelabros, peces disecados, huevos de avestruz, flores de papel, fuentes, etc.

Delante de cada *ashourkhana* se abre una zanja circular, donde se enciende todas las noches una hoguera: los fieles bailan alrededor ó saltan á través de ella con palos y sables, gritando desaforadamente: *¡Ya Alli! ¡Ya Alli!* (¡Oh Alí! ¡Oh Alí!) *¡Shah Hussun! ¡Shah Hussun!* (¡Noble Hussun! ¡Noble Hussun!) *¡Shah Hossein!* (¡Noble Hossein!)

Las mujeres se dan golpes en el pecho en señal de desesperacion; y además de las palabras anteriores gritan repetidas veces: «¡Ay! ¡excelentes jóvenes! ¡Todos tres inundados de sangre y muertos! ¡Oh Alí!» Se llama á estas mujeres *sina-zuni*, y algunas profieren sus lamentaciones delante de una lámpara.

En el interior de los *ashourkhana* se recitan oraciones, se quema incienso en nombre de los mártires, y distribúyese agua con azúcar, así á los ricos como á los pobres. Varios faquíes leen á diversas horas el Koran y el libro de los Mártires; y durante la noche se declaman los elogios de las víctimas, encargándose de esto los niños que tienen mejor voz.

Una noche sale el primero de los jefes religiosos, llevando su pequeño paraguas de oro y plata sobre su cabeza; algunas veces va á caballo, pero lo mas frecuente es que le conduzca un hombre á cuestas; acompáñale la música, y varias jóvenes repiten á su alrededor las lamentaciones fúnebres golpeándose el pecho. Visita todas las hogueras, ante las cuales pronuncia sus oraciones; y cuando vuelve á su ashourkhana, échase como si fuera uno de los mártires; sobre su cuerpo se reza, se bebe y se come. En algunos puntos del país se ejecuta aquella noche una especie de drama, en el que se representa el casamiento de Lasim, hijo de Hussun, quien casó con la hija favorita de Hossein en la misma mañana de la batalla.

Tambien se pasean lanzas en cuya punta se ponen turbantes para figurar la cabeza de Hossein, para recordar que Ayzid mandó poner la del mártir en una jabalina á fin de enseñarla por varias ciudades. Se organiza además una procesion general de *tabouts* (especie de tumbas), que conducen los hombres del pueblo seguidos de faquíes. Muchas personas, hombres y mujeres, sobre todo los célibes, visten un traje verde, para figurar el cuerpo envenenado de Hussun, y algunos se le ponen rojo, con el objeto de recordar el cuerpo ensangrentado de Hossein.

En las horas solemnes de la fiesta, los ricos y los comerciantes mandan poner á las puertas de sus casas una especie de fuentes, de cuyos caños sale miel con agua helada y odorífera.

Durante toda la fiesta de moharem, es decir, por espacio de diez ó trece dias, los musulmanes se cuidan mucho de tener muy aseado el traje; abstiénense de los placeres, y hasta de toda bebida y alimento durante los mas de los dias. Prohíbese todo trabajo, cualquiera que sea, y no se permite alejar el pensamiento del asunto de la fiesta sino para tributar los últimos deberes á los muertos.

X

Las casas de Schoucha.—Armenios y tártaros.—Un té en casa de un rico comerciante tártaro.—Descripcion del salon.—Las pinturas y adornos.—La chimenea.—Una casa pobre.—Coquetería.—Traje.—Condicion de las mujeres.

La ciudad de Schoucha se distingue por un carácter particular de las otras situadas mas allá del Cáucaso, las cuales tuve ocasion de visitar. Erivan, Machitchevan y Elisabethpol, por donde no hice mas que pasar, tienen todas construcciones parecidas á las de Levante: en estas ciudades, las casas son pequeñas y bajas, entrando por mitad la tierra y el ladrillo en su composicion; hay muy pocas ventanas; los tejados bajos quedan ocultos detrás de una pared y en la verdura; las calles son estrechas, sucias y tortuosas; casi nunca están empedradas.

Schoucha tiene un aspecto muy distinto: sus casas, bien alineadas, son grandes y hermosas, y la luz penetra por muchas ventanas. Para construirlas se extrae la piedra de la roca sobre la cual se halla asentada la ciudad. Las calles, mucho mas anchas, tienen el pavimento de baldosas; los tejados, semejantes á los de las casas europeas, se componen de pequeñas tablas de madera.

Por el exterior es difícil distinguir la casa de un armenio de la de un tártaro, porque no ofrecen á la vista ninguna desemejanza; pero el arreglo interior difiere completamente.

Los armenios tienen un mobiliario análogo al de sus compatriotas de Tiflis, es decir, casi á la europea; mientras que los tártaros disponen sus habitaciones y las adornan al estilo persa.

Así en Schoucha como en otros puntos, los armenios representan el progreso, y los tártaros el elemento conservador; y tanto se afanan los primeros en adoptar todo lo nuevo, como se

empeñan los segundos en no aceptar sino lentamente las menores mejoras.

Entre los armenios es raro encontrar un muchacho que no comprenda el ruso, al paso que de cada diez tártaros nueve seguramente no entienden una palabra de este idioma, hablado de continuo á su alrededor.

Se puede comparar el tártaro con el turco bajo el punto de vista de la pereza del espíritu y de la indiferencia de carácter.

Los armenios, ingeniosos petulantes, se parecen á los persas, á quienes se llama con bastante razon los franceses de Levante; pero á causa de su dispersion en todas las partes del universo, han llegado á ser extraordinariamente egoistas, y muy hábiles para no dejar jamás á un lado lo que puede serles de utilidad y aprovecharles: mas allá del Cáucaso desempeñan con talento el mismo papel, poco mas ó menos, que los judíos en Europa.

El príncipe M....., gobernador de Schoucha, bueno y obsequioso como todos los georgianos á quienes he tenido el gusto de conocer, me ofreció proporcionarme entrada en las casas tártaras mas curiosas, donde habia mayores comodidades.

«Os haré ver toda una coleccion de indígenas tártaros,» me dijo: y al momento envió recado á un rico negociante, anunciándole que se proponia ir á tomar el té en su casa en compañía de un extranjero.

Cuando llegamos á la morada del tártaro vimos una numerosa concurrencia: el salon no era grande; pero agradóme por su elegancia. Los convidados estaban sentados á lo largo de las paredes, y á juzgar por sus fisonomías, hubiéraseles podido creer entregados á profundas reflexiones; unos tenian la barba negra y otros rojiza; en los labios de todos ví la boquilla de ámbar, y en la mano la pipa.

Nos sirvieron una colacion compuesta de té y *pilan* (arroz cocido con manteca ó grasa de carne, muy cargado de especias) el cual se bañaba con aquel líquido.

La casa de un tártaro acomodado tiene por lo regular dos pisos: en el bajo están las cuadras, las cocinas y las habitaciones para la servidumbre; el primer piso está rodeado por un ancho balcon, y allí es donde vive el propietario con su familia.

Una escalera de madera conduce á este balcon; primeramente se llega á una puerta que da entrada á un pequeño recibimiento, el cual se llena completamente de zapatos cuando llegan las personas convidadas. Allí se pone la vajilla de gran tamaño, toda ella de hoja de lata, con dibujos muy sencillos; hay un gran jarro y una fuentecilla para lavarse las manos antes y despues de comer, varios cubos de todas formas y dimensiones, una sopera, platos, tazas, etc., etc.

Si el convidado es extranjero ó persona de poca intimidad debe pasar por aquella habitacion, mientras que los amigos entran y salen sin ninguna ceremonia por una enorme ventana que desde el techo llega hasta el suelo; esta ventana es el mas hermoso adorno del salon; ocupa por sí sola, á veces, todo el espacio de una de las paredes, y es la única por donde entra la luz. Los cristales son de color, y encajan en unas varillas que similan un bonito dibujo de encaje; la parte inferior de la ventana se puede levantar. Dos buenos vecinos, sentado cada cual junto á la suya, pueden disfrutar del aire fresco durante horas enteras, conversando con la pipa en la mano.

Las paredes y el techo tienen por adorno dibujos, y á menudo caractéres persas elegidos y combinados con gusto; pero se puede criticar la pintura por lo que hace al dibujo y la ejecucion, aunque el artista hace alarde de gran riqueza en los caprichos. Añadamos que es raro que escoja asunto de irreprensible moralidad.

Los pintores que pudieran llamarse legendarios ó históricos reproducen los antiguos héroes de los cuentos, los reyes de Persia, y sobre todo el célebre Nadir-Schah; los combates de los persas á las órdenes de distintos capitanes contra diversos pueblos; y como es natural, representan siempre á los persas vencedores, y á sus enemigos derrotados. Esta lisonja se explica fácilmente: el país ha pertenecido en efecto á los persas, y su historia fué largo tiempo la del reino de Persia. En cuanto á los cuadros, que me guardaré muy bien de describir, solo diré que se ven toda clase de ninfas con el traje, muy sencillo y demasiado fiel, que ostenta la Verdad al salir de su pozo.

En las paredes se han practicado muchos nichos para exponer la vajilla de porcelana y de cristal, juntamente con cofrecillos y pequeños cajones de todas formas y dibujos. En las paredes brillan panoplias, en las que se mezclan las armas blancas con las de fuego y los demás atributos.

Una espesa alfombra cubre el pavimento, y á lo largo de las paredes hay cojinetes ó divanes.

La chimenea está pintada con vivos colores; pero no es sino un adorno, porque jamás se enciende fuego. Se caldea la habitacion con *manegalis*, especie de cajones de metal llenos de carbones bien encendidos. Los indígenas están

acostumbrados al humo que produce este primitivo sistema de caldear.

Acabo de describir el salon de un rico tártaro; es el lado favorable de la medalla, pues no se debe olvidar que la vida de los pueblos del Levante tiene siempre dos aspectos; el que se deja ver es seductor; el otro ofrece muchos menos atractivos. Cuanto mas lujo y elegancia se ostenta en la sala de recepciones, tanto mas desaseadas están las habitaciones particulares y menos comodidades tienen.

En la casa se ve á la madre y los hijos sucios y desgreñados, aunque visten bien cuando salen á la calle para hacer visitas. Las mujeres tártaras y armenias se cubren con unos largos velos de la cabeza á los piés: las primeras los usan de seda con rayas y cuadros; las segundas prefieren los de percal blanco. Bajo unos y otros brillan miradas que no pasan desapercibidas para los europeos; y aun algunas veces, si no anda cerca ningun indígena, las mujeres bonitas se llevan la mano al velo como para arreglarse, á fin de sustraerse mejor á las miradas profanas, y agrádales dejar ver como un relámpago, el rostro y el talle.

Cuando yo no conocia aun el Oriente sino por los relatos de los historiadores, que no suelen buscar la exactitud, y que jamás se apartan de su costumbre de elogiar con las hipérboles mas extraordinarias todo cuanto han visto ú oido en el trascurso de sus viajes, figurábame que la mujer de estos países debia ser el verdadero tipo de la belleza y el ideal de la gracia. Cierto que en las calles, en los terrados de las casas, y en las procesiones de los dias de fiesta, cubiertas esas mujeres con su velo, atraen por el aspecto, que parece tener algo de misterioso. Tiene el velo tanta gracia, y tanto fuego las miradas que brillan á través de él, que se siente una especie de fascinacion, y hasta el observador se podria sentir inspirado para hacer una composicion poética; pero ¡no os acerqueis, porque perderíais toda ilusion, solo con el olor que despide el ropaje! Los indígenas de ambos sexos ignoran el uso de la ropa blanca interior, y llevan sus vestidos aun los mas ricos, dia y noche, hasta que se gastan del todo y es preciso sustituirlos con otros.

¡Ay! preciso es decirlo; las mujeres son sucias desde que nacen hasta que mueren. Agréguese á esto que carecen de educacion; que casi todas son ignorantes, supersticiosas, habladoras y amigas de criticar; pero ¿de quién es la falta sino de sus señores y dueños? No hablemos mas; mejor es no decir nada sobre esas infelices.

Los hombres, por lo menos, se reunen unos con otros, y gozan de una libertad de accion de que las mujeres están completamente privadas; y pasan muchas horas en los bazares y en sus tiendas. Para no ser tachado en Oriente de perezoso, cosa poco favorable, es preciso aparentar, por lo menos, que se ejerce un comercio cualquiera.

XI

Los bazares.—Los baños.—Las escuelas.

Los bazares no son solamente mercados, sino casi círculos ó casinos, donde se discuten los intereses mas importantes de la sociedad, á la vez que se hacen circular las noticias mas graves de la política, ó las mas insignificantes del dia. Las mujeres podrian sin duda figurar brillantemente en estas reuniones; pero no se las admite, y se ven reducidas á ejercer su arte de discurrir, comentar é inventar todo el dia en teatros mas pequeños.

Por reflexion, sin embargo, echo de ver que me separo un poco de la exacta verdad sobre este punto. Las mujeres tienen tambien su círculo. ¿Adivina el lector cuál es? pues no es otro sino el baño.

Allí se concentran, como en un mismo foco, todos los rumores de la ciudad; en el baño se recogen todos los chismes nacidos con la mañana, y salen de allí con el carácter de noticias para propagarse por toda la poblacion.

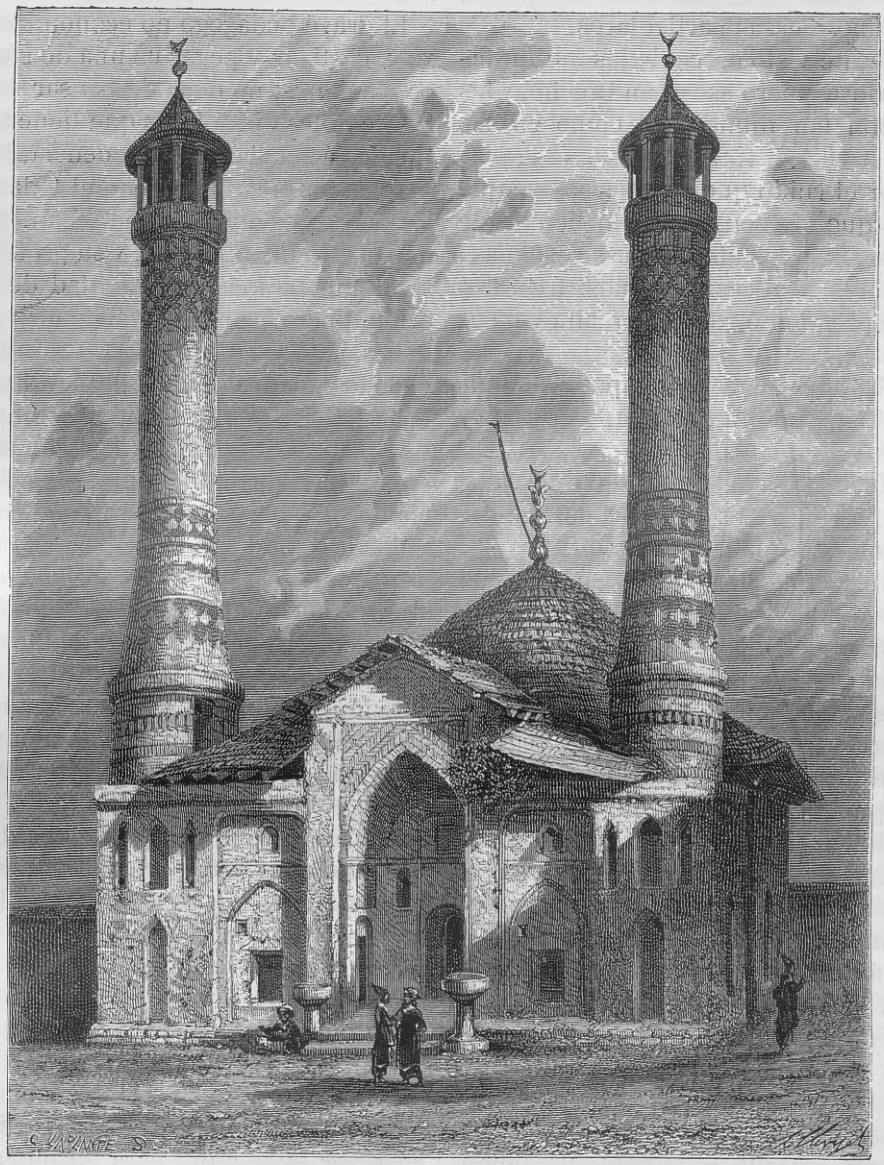
Los baños tienen otras particularidades para excitar la curiosidad de los viajeros: no se sospecharia su existencia al ver la suciedad de los habitantes; y léjos de ser higiénicos, no cabe duda que son mas bien el orígen de diversas enfermedades en la piel, frecuentes en estos países. No puede extrañarse que así suceda si se visitan una vez: están construidos generalmente debajo del suelo; la cúpula, invariable atributo de este género de edificios, es la única parte saliente y visible desde fuera; una escalera muy empinada conduce desde la calle á la primera habitacion, es decir al gabinete de baño, donde se ve una pila, y á veces tambien una pequeña fuente en el centro. Al rededor de las paredes hay anchos bancos con fajas de piel á los lados, casi siempre llenas de parásitos inmundos; el suelo es de piedra, y está generalmente lleno de lodo. Por último, la luz del dia no penetra en aquel cuarto sino por una pequeña claraboya abierta en la cima de la cúpula.

La segunda habitacion, ó el baño mismo, es muy grande, y hay en ella un depósito de agua caliente. En los establecimientos mas lujosos se ve tambien un depósito de agua fria.

Los primeros que llegan á los baños pueden

lavarse en agua limpia; los segundos la encuentran menos clara; está turbia para los terceros; sucia para los siguientes, é infecta para los últimos, hasta que por fin se convierte en una especie de cieno cada vez mas espeso, que adquiere un horrible color verdoso, y cuyas emanaciones revuelven el estómago.

En algunos baños se tiene la costumbre de dejar el agua á la misma temperatura dos ó tres dias, para economizar el gasto de calentarla.



Mezquita de Schoucha

De todos los baños del país que se extiende mas allá del Cáucaso, los de Tiflis son los únicos verdaderamente buenos. De la roca donde están construidos brota un manantial de agua caliente y sulfurosa. Los indígenas georgianos y armenios llegan por grupos, provistos de víveres, y complácense en pasar allí casi todo el dia. Despues de introducirse en el agua, comen y toman el té, hablan de sus asuntos, descansan un poco, y vuelven á bañarse repitiendo la misma operacion.

Hé aquí la manera de tomar los baños. El mozo de servicio os invita primero á echaros sobre la arena abrasada, ó en una especie de banco ancho y bajo, y os dirige esta pregunta:

—¿Se ha de frotar el caballero ó no?

Si contestais que sí, el mozo pone en juego toda su destreza y experiencia y comienza á frotaros; da vueltas á los brazos y las piernas en todos sentidos, así como tambien á la cabeza, salta sobre el pecho ó la espalda, y se desliza sobre los talones. Esto es un pequeño tormento,

pero compláceles á los indígenas. Cuando han resonado bien las coyunturas, comienza el lavado: el mozo hace desaparecer en sus manos la grasa que cubre el cuerpo, y terminada esta operacion, impregna todo el cuerpo de jabon de olor. Despues de los baños visité las escuelas tártaras: algunas están contiguas á las mezquitas, y otras se hallan en casas particulares.

En Schoucha, he visto cerca de las mezquitas escuelas superiores; pero escasean mucho, y los alumnos no son tan numerosos como en las primarias.

Mas bien por el ruido que en ellas se oye que por el aspecto que ofrecen, se reconocen desde léjos las escuelas: en los alrededores resuena el eco de centenares de voces de niños, frescas y sonoras, que aprenden ó repiten en alta voz sus lecciones.

Por lo demás, la escuela se compone de una sola sala, que tiene un gran balcon, y cuya entrada está al nivel de la calle.

Sobre el balcon se ve á guisa de muro una gran ventana, cuya parte inferior permanece abierta cuando el tiempo lo permite.

En el interior, el techo y las paredes están adornados de dibujos y versículos del Coran, que se refieren al destino de la escuela.

Recuerdo haber visto pendiente del techo de uno de estos establecimientos una araña de curiosa forma, rota y ennegrecida, que seguramente habia iluminado la habitacion por última vez, en una época que nadie recordaba.

A lo largo de las paredes se ven amontonados en varios nichos libros y cuadernos; y de las columnas penden las carteras de los escolares.

En un ángulo está sentado el mollah, maestro de escuela; y á un lado se alinean, por un singular privilegio, como una especie de estado mayor, los mas hermosos muchachos de la escuela, así como los hijos de las familias ricas. Distínguense por la ropa de sus condiscípulos que visten prendas de todas formas y colores, dando á conocer con ello su humilde condicion.

En el suelo están sentados en desórden, con las piernas cruzadas, de cincuenta á cien muchachos. Se tapan los oidos con las manos; tienen la cabeza inclinada sobre el libro que han puesto en tierra; sus cuerpos se balancean de derecha á izquierda, y sus labios murmuran palabras sin cesar. Segun he dicho antes, aprenden sus lecciones en voz alta; y como se produce la emulacion, cada discípulo hace cuanto puede para pronunciar las palabras con mas fuerza que sus compañeros, complaciéndose en dominar las demás voces é interrumpir la armonía de los sonidos.

El rumor de estas pequeñas colmenas se asemeja mucho al de las sinagogas judías.

Cuando un alumno sabe, ó cree saber su leccion, dirígese hácia el maestro y la recita; pero si ha presumido demasiado de su memoria, recibe algunos golpes con las disciplinas, y vuelve á zumbar de nuevo á su sitio.

El grave pedagogo no economiza los correctivos; castigar y pegar es una de sus principales ocupaciones; no deja descansar mucho tiempo las flexibles disciplinas que tiene á su lado, destinadas á señalar con frecuencia, la espalda, las manos, los piés, y en general todas las partes de los pequeños cuerpos que tocan. Si el maestro no está de buen humor, y su profesion no le distrae mucho, mas de la mitad de los escolares salen de la clase con las señales azuladas que han dejado las disciplinas. Unicamente los muchachos guapos é hijos de familias ricas evitan los castigos corporales: para ninguno de ellos tiene el maestro tártaro corazon de piedra.

Yo residí durante algunos dias á poca distancia de una escuela: ocupábame entonces en dibujar la habitacion de un rico tártaro; y desde la mañana á la tarde oia los gritos y lamentos que resonaban en la escuela, confundiéndose á veces con un prolongado gemido de desesperacion.

Evidentemente despues de valerse el maestro de las disciplinas con cierta moderacion, acababa por irritarse y azotar fuertemente á los muchachos.

El castigo del látigo, usado allí, es rápido y sencillo: el maestro echa al niño de espaldas, y pone sus piés en una tablilla doble que tiene dos aberturas y le impide hacer ningun movimiento. Dos escolares sujetan esta tablilla, mientras otros dos cogen las manos del paciente; y entonces, dos mas, colocándose á derecha é izquierda, distribuyen los golpes en los talones del niño. Durante esta ejecucion, el maestro fuma tranquilamente en su pipa, interrumpiéndose por momentos para sermonear á la víctima.

¿Cuál es la instruccion que tanto importa inculcar así á latigazos en el cerebro de esos infelices niños tártaros? En las escuelas primarias creo que todo se reduce á la lectura y escritura de los versículos del Coran; pero los niños que se destinan para mollahs deben frecuentar las escuelas superiores, bajando hasta el fondo del pozo de la ciencia. Allí aprenden á comentar el Coran, ó hablando mas exactamente, sobrecargan su memoria con innumerables comentarios escritos sobre este libro santo. Tambien se les enseña un poco de historia, si tal nombre puede

darse á una confusa infinidad de fábulas, de cuentos y aventuras de los reyes y héroes.

Se cree al parecer que las fábulas se refieren á la antigua historia de Persia, y tiénese por imposible cambiar nada absolutamente en los programas de esa enseñanza tradicional de varios siglos de antigüedad. Las innovaciones son por lo demás contrarias al principio mismo de la religion musulmana. Se debe creer que estos estudios tan poco prácticos son difíciles de digerir: y así se explica que en sus dos grados sea la enseñanza en extremo lenta. En las escuelas primarias se ve junto á los muchachos que se ensayan en este ingrato trabajo jóvenes de quince á veinte años, y á veces mas, que terminan con mayor ó menor lucimiento estos estudios de muy dudosa utilidad. Esa mezcla de niños y adultos no favorece á la disciplina, ni deja tampoco de tener sus inconvenientes.

Parece, no obstante, que estos tártaros, pequeños y grandes, aceptarian gustosos una razonable instruccion. El número de alumnos es de importancia atendida la cifra de la poblacion, de las ciudades y hasta de los campos; y en las escuelas rurales, la enseñanza de la lectura y escritura, sin estar tan propagada como en la ciudad, es mas atendida que en las poblaciones armenias y cristianas que hay mas allá del Cáucaso.

Inútil parece decir que las mujeres no reciben el menor elemento de instruccion.

XII

La hija de un khan.—Los caballos.

Cerca de la puerta que conduce á Elisabethpol, no léjos del recinto de Schoucha, se ve una gran casa muy vieja, que pertenece á la hija del último khan de Karabach, Mechte-kouli-khan.

Débil de espíritu y de carácter, aunque estuviese bajo la proteccion de Rusia, este khan habia tratado de intrigar con la corte persa, y por eso le destituyeron de su cargo de gobernador del país. Continuó, no obstante, habitando en aquella casa de Schoucha, rodeado del respeto de sus conciudadanos, aunque no á título de jefe indígena, sino como uno de los primeros súbditos del czar: era general al servicio de Rusia.

Al morir dejó cierta fortuna á su hija, que aun hoy conserva un poco de la influencia paterna; bien es verdad que hace cuanto puede para no perderla; y con esta intencion toma la mayor parte posible en la fiesta del décimo dia del mes de moharem.

Su hijo asistia á la procesion, montado en un caballo conducido por los noukeres; y así como los *acuchillados*, iba cubierto con un manto blanco, sobre el cual caian las gotas de sangre de su cabeza herida: solo tenia unos doce años. Una nieta del khan, hermosa niña, se distinguia tambien entre las demás que circulaban por las tiendas montadas en camellos y arrancándose el cabello en señal de dolor. A la hija del khan pertenecian, en fin, los mas hermosos caballos, tan ricamente enjaezados, que contribuian á la solemnidad de la procesion. Sus cuadras estaban llenas de caballos de Karabach, los cuales se distinguian con el nombre de Khan.

Preciso es añadir que en Karabach cada beke tiene su cuadra. Todo propietario de un gran número de caballos posee además un establecimiento por el estilo de los de Europa, al que da tambien el nombre de yeguada, empleando los mismos procedimientos para marcar sus cuadrúpedos.

Hé aquí ahora el orígen de las yeguadas de Karabach, tal como me le han dado á conocer.

Despues de la muerte del célebre rey de Persia Nadir-Shah, Pana-khan, primer khan de Karabach, tuvo tiempo de apoderarse de un gran número de caballos de las cuadras y yeguadas del rey, todos ellos magníficos cuadrúpedos, tipo principal de las razas árabe y turcomana mezcladas. Conservó algunos para sí, y distribuyó los demás entre sus parientes: estos caballos de carrera, pura sangre, fueron los que debian servir para formar las primeras yeguadas, y su número aumentó considerablemente con el tiempo.

Por desgracia, los caballos de Karabach distan mucho de haber conservado hoy las cualidades de sus antecesores: por su belleza (y este es su mérito mas apreciado) son superiores á los de los turcomanos, pero no pueden ser preferidos al caballo árabe, aunque se asemejen á este por su ardimiento, porque no tienen su vigor y resistencia para la fatiga.

La degeneracion de esta raza puede atribuirse en parte al clima y á la temperatura; pero es preciso confesar que tambien los propietarios tienen la culpa de ello. Muy poco hábiles para organizar sus yeguadas, no observan ningun sistema razonado, ni en los cruzamientos, ni en los cuidados que exige la higiene. A excepcion de algunos caballos que permanecen en la cuadra de un rico tártaro durante todo el año, los demás viven siempre al aire libre, durante el verano en las montañas, y en el invierno en los valles. La incuria es tan grande, que no se recoge forraje alguno para la estacion fria; de modo que el caballo busca como puede su alimento debajo de la nieve.

Yo no soy en esto un inteligente, ni pretendo

figurar entre aquellos que se extasian contemplando las cualidades de uno de esos nobles cuadrúpedos; pero no podia menos de indignarme al ver de qué modo tan bárbaro atan los naturales los piés de sus caballos; y esto se comprende tanto menos, cuanto que los bosques de las montañas ofrecen suficientes medios para formar dehesas. Cuando hice la observacion á un beke que me enseñaba sus caballos, contestóme «que no valia la pena hablar sobre el asunto, pues ya estaban acostumbrados los animales,» como si algun sér viviente pudiera acostumbrarse á semejante régimen. Las cortaduras que muchos magníficos caballos tienen en las piernas demuestran suficientemente lo contrario. Se puede extrañar que con tan desfavorables condiciones no haya desaparecido esa raza completamente. Pero ahora echo de ver que todavía no he descrito estos nobles animales.

El caballo pura sangre no tiene apenas crin, pero sí muy abundante la cola; por lo demás se parece en esto al caballo turcomano, así como por la cabeza y los piés al árabe. Tiene la piel muy tersa, y el pelaje bastante corto, suave y brillante. El color es generalmente alazan, y despues predomina el gris; el bayo escasea bastante. He visto en Schoucha, en casa de un tal Dja-far-kouli-khan, un tipo de la raza de Djebraile, nombre de una localidad inmediata á Schoucha; pero ignoro qué cruzamiento de raza ha producido este caballo; es mas grande que el de Karabach, mas fornido y vigoroso, mas no de tan buena estampa.

Olvidábaseme decir que la talla media de un caballo de Karabach es mas pequeña que la del árabe.

He tenido ocasion de ver una muestra de cruzamiento de la raza actual de Karabach con un caballito turcomano: ignoro si es corredor y si tiene mucha fuerza; pero á primera vista no agrada. Los mejores caballos que yo he podido estudiar en Schoucha fueron los procedentes de las cuadras de ese Dja-far-kouli-khan, de quien acabo de hablar: tiene pocos, pero los ha escogido como verdadero aficionado, comprándoselos á los bekes conocidos suyos. Ignoro si es en realidad inteligente en esto, ó si solo ha tenido la mano feliz; solo repetiré que jamás he visto caballos tan hermosos como los suyos. Dja-far-kouli-khan me ha dicho que poseyó en otro tiempo la mejor caballería del país, tanto por el número como por el mérito de los caballos; pero su agitada vida le ha obligado á menudo á ausentarse, á veces por largo tiempo, y por eso se han perdido en parte muchas de sus riquezas.

XIII

Dja-far.—Una cacería.—Ocasion favorable para el artista.—Interrupcion inesperada —Division entre los habitantes. —Condicion de las mujeres tártaras y armenias — Los campesinos.—Una anécdota.—La industria en Schoucha. —La seda.—Fabricacion de las ropas y tapices.—El vino de Karabach.

Dja-far-kouli-khan es un hombre respetable: dotado de natural ingenio, ha vivido mucho en el mundo, y visto y oido muchas cosas, y su conversacion es siempre interesante. Trabé con él conocimiento durante una representacion que dió en su casa por la tarde. Ya se recordará que durante los nueve primeros dias del moharem, las personas piadosas y ricas tienen costumbre de reunir en sus casas una compañía de actores, ó bien, delante de la puerta de la calle, para que representen los padecimientos del iman en una ó varias escenas. Con este motivo se convida á todos los parientes, amigos ó conocidos, y yo tuve la suerte de figurar entre los últimos, no solo en tal concepto, sino como viajero de paso.

Encontré al dueño de la casa echado sobre unos cojines cerca de la ventana que hay sobre el balcon: en puro lenguaje ruso me rogó le dispensase si permanecia sentado para recibir á sus visitantes, y repitió su invitacion para que asistiese al espectáculo. Este último no tenia ya nada de particular para mí, pues en nada debia diferir de los que ya he descrito: mas interés me ofrecia estudiar á Dja-far-kouli-khan.

Es un anciano de aire inteligente y expresiva mirada, de barba larga y rojiza. Sus achaques no le permiten ponerse en pié; ya no es el Dja-far de otros tiempos; solo quedan de él las ruinas. Pretendiente al trono de Karabach, como otros varios, su espíritu y energía le hicieron peligroso, y hubo de permanecer algunos años en el destierro. Como era jóven, buen mozo y rico, fué durante algun tiempo muy considerado en la sociedad escogida de San Petersburgo, donde vivia disipadamente: tal vez busque ahora en la oracion la remision de sus pecados.

En un gabinete de su casa, adornado á la europea, se ve un viejo piano, ante el cual conducen á veces á Dja-far, sosteniéndole dos de sus servidores; suele recordar algunos motivos, y entonces toca con sus temblorosos dedos.

Traté de entablar la conversacion sobre su borrascoso pasado; pero todo fué inútil; el anciano rehuia siempre la conversacion. Manifestó mucha satisfaccion al ver algunos de mis cróquis y los retratos de sus amigos, que ya eran tambien los mios; pero los dibujos de caballos excitaron realmente su entusiasmo, y costóle mucho creer que los hubiese representado sin

valerme de mas instrumento que de mi lápiz.

A propósito de mis retratos, recuerdo que formé una coleccion tomando por modelos á todos los aristócratas de Schoucha; era una reunion de tipos tártaros con su verdadera expresion local, que yo dibujé en medio de un aparato escénico muy curioso.

El comandante del distrito (él fué quien se apropió mis dibujos) habia tenido por conveniente organizar una cacería, á la cual invitó á la flor y nata de Schoucha. Todos fueron exactos á la cita, y presentáronse acompañados de sus *noukeres* (algo mas que servidores).

Al emprender la marcha el comandante se puso á la cabeza, rodeado de sus cosacos, y la comitiva se desarrolló en una larga fila. A veinte verstas de la ciudad, todos los cazadores dejaron sus caballos en un campo, y despues de examinar sus carabinas, penetraron en un bosque muy extenso. Los servidores se ocupaban entre tanto en levantar sus tiendas.

Los cazadores fueron á situarse en una elevada pendiente de la montaña, á la sombra de los árboles, y en medio de una compacta yerba, donde se pusieron al acecho. Yo era el único que no llevaba carabina; solo me habia armado de mi revolver y los lápices.



Una casa de Schoucha

Sin embargo, los perros hacian resonar sus ladridos en lontananza; lanzados sobre la pista de un animal, perdíanla y encontrábanla sucesivamente; y pasando revista á los cazadores uno despues de otro, pude bosquejar varios retratos, de tal modo que al segundo dia de caza tuve la cartera llena.

Si la memoria no me es infiel, Ideate-agá *(agá*, señor), hijo de Dja-far-kouli-khan, era el que me servia de modelo cuando me sobrevino un pequeño incidente que hubiera podido tener, tanto para él como para mí, muy desagradables consecuencias.

Hubo un momento en que los perros dejaron de ladrar: estábamos sentados en medio de altas yerbas, que se elevaban sobre nuestras cabezas, é Ideate-agá, con su carabina armada y apoyada en un árbol, comenzaba á dormir, aburrido sin duda de esperar y servir de modelo para su retrato.

De repente percibo un ruido sordo; miro á mi alrededor y no veo nada; y suponiendo que es alguno de los cazadores, vuelvo á mi inmovilidad, cuando oigo gritar de repente:

—¡Tirad pronto, Ideate-agá!

Entonces levantamos la cabeza: á cuatro pasos de nosotros acababa de aparecer un oso de gran talla, el cual parecia muy asombrado de vernos, pues las altas yerbas nos ocultaron hasta entonces á su vista. Ideate-agá hizo fuego contra la fiera á boca de jarro, disparando un tiro tras otro; pero ya porque no estuviera bien despierto aun, ó porque le sobrecogiese el temor, erró los tiros, dejando al oso emprender la fuga. Yo tambien hice fuego con mi revolver; y despues, á lo largo de la colina, oyéronse sucesivamente varias descargas; eran las de los otros cazadores, que disparaban tambien, pero inútilmente, pues el oso estaba ya fuera de alcance. No se tuvo

otro consuelo sino de imaginar que el animal debia estar herido y no sobreviviria.

Los resultados de la expedicion no eran brillantes, pues solo se mataron en suma unas diez ó doce cabras salvajes, y esto no valia la pena de que se pusieran en campaña tantas personas y tanto aparato. En definitiva, yo fuí quien sacó la mayor parte, ó mejor dicho, el comandante, pues se guardó todos mis dibujos. En cuanto á lo demás, los cazadores se habian divertido, que era lo mas importante. Los tres elementos de que se compone la poblacion de Schoucha se hallan tan poco unidos entre sí, que la caza es el único recreo en que toman parte juntos.

Los rusos establecidos en este país no se reunen con sus compatriotas, y en el interior de sus casas; mas parece que formando, por decirlo así, la vanguardia, y siendo seguramente los mas civilizados, hubieran podido, ya que no aunar los caractéres tan desemejantes de los tártaros y armenios, establecer por lo menos con ellos algunas relaciones sociales. Los rusos, sin embargo, no pueden hacerlo, ó no quieren; los mas son funcionarios civiles ó militares, y su dignidad les aconseja sin duda mantenerse aislados; hé aquí lo que les separa de los armenios, aunque estos últimos distan mucho de ser susceptibles. En cuanto á los tártaros, son menos comunicativos, y hubiera sido necesario molestarse un poco mas para obtener sus simpatías.

Así, pues, en esta ciudad, rica y comercial, la vida en sociedad es desconocida; los intereses están distribuidos, y cada raza vive por su cuenta.

La triste condicion de la mujer indígena contribuye ciertamente mucho á tan enojoso estado de cosas. Ya he dicho que las mujeres tártaras no tenian á su disposicion ningun medio para desarrollar sus facultades naturales; y son respecto al hombre séres sumamente inferiores. Tal vez algunas, aunque solo por excepcion, inteligentes y enérgicas, se encargan, con ventaja para sus esposos, de la direccion de la casa, de modo que son de hecho los verdaderos jefes de la familia; pero esto es una especie de usurpacion moral. El único derecho reconocido de una mujer tártara es trabajar desde la mañana á la tarde como una bestia de carga. Ya sea de carácter dulce y modesto, charlatana y chismosa, ejemplo de virtud, ó dotada de malos sentimientos, su suerte es la misma. Ella debe preservarse del peligro de morir de hambre: su mayor mérito, á la vez que su principal deber, consiste en dar muchos hijos á su esposo.

Sabido es, por lo demás, cuál es el patrimonio del sexo débil entre los musulmanes; y no se extraña ya encontrar las mismas preocupaciones y degradacion en las mujeres armenias, pareciendo que el cristianismo es mas incompatible con esta justicia: tal vez sea un legado de la Edad media.

Si considero á los tártaros y armenios bajo otro punto de vista, me inclino á creer que los primeros tienen cierta superioridad moral, mas integridad, nobleza y valor que los armenios.

El campesino tártaro tiene tambien mas moralidad que los bekes, esos nobles que perdieron la pureza de sus costumbres primitivas, revistiéndose, por decirlo así, con fragmentos mal combinados de la civilizacion y de las nuevas opiniones. Aunque las costumbres patriarcales tengan aun cierta influencia, las relaciones entre los bekes y los campesinos han cambiado mucho desde que el servilismo dejó su lugar á la independencia.

El tártaro es en el fondo un conservador incorregible; al aceptar é introducir en su género de vida las reformas de que se aprovecha, continúa considerándolas como sospechosas, y no sin exhalar un profundo suspiro recuerda el pasado, por mas que entonces distase mucho de ser tan feliz.

En cuanto yo he podido observarlo, los tártaros de este país conservan sentimientos respetuosos hácia los khanes que los gobernaron; parecen haber olvidado sus faltas, su inhumanidad, su barbarie, su doblez, y, en una palabra, todos los vicios comunes á los tiranuelos de Oriente; á través de sus ilusiones, solo recuerdan el aspecto de independencia política con que vivian sus padres, abuelos y bisabuelos.

Una anécdota bastará para darnos á conocer esa disposicion perseverante del tártaro en honrar á sus superiores hasta el servilismo; y supongo que no será una pura invencion de los armenios, quienes no dejan pasar ninguna oportunidad de afilar un poco los dientes á expensas de sus eternos rivales. Aun me parece oir contar esta anécdota á Beg-lar, de la manera mas cómica, con una entonacion y gestos tan perfectamente imitados, que era imposible no reir á carcajadas.

Cierto dia un campesino tártaro entra en su casa; su semblante expresa el alborozo; apenas puede hablar, y diríase que la felicidad le trasporta. ¿Qué le ha sucedido? Su esposa le interroga, y él hace señas para indicar que le ahoga la alegría. La mujer repite sus preguntas, y el hombre abre al fin la boca para decir:

—¡He visto al khan, al mismo khan! ¡Y el khan ha fijado en mí su atencion, y hasta se ha dignado hablarme personalmente!

—¿Es posible? exclama la mujer fascinada á su vez. ¿Dónde? ¿Cómo? Habla pronto; no me hagas esperar mas tiempo; dame todos los detalles.

—¡Sí, honor al khan! Nosotros legaremos este recuerdo á nuestros hijos. A nadie le ha sucedido semejante cosa en el país.

—¡Pero habla! ¿No ves que me atormentas?

—Escucha: el khan pasaba, rodeado de sus bekes; yo estaba en el camino, y le saludé; miróme entonces y me dijo.....

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: «¡Perro! ¿por qué estás ahí en medio del camino? ¡Quítate del paso!»

Vuelvo á Schoucha y á sus alrededores, que debo considerar aun bajo el punto de vista del comercio y de la industria; pero me limitaré á decir que entre sus habitantes, y sobre todo entre los armenios, existen individuos que hacen grandes negocios con Rusia y Persia; compran magníficas mercancías y ricas telas, y dedícanse principalmente á la exportacion de las materias en bruto: casi todos son ricos. Los demás habitantes, vegetan ó poco menos.

Los tártaros, que se ocupan sobre todo de la cria del ganado, tienen grandes rebaños de ovejas: una parte de la lana se hila en la localidad, y el resto se vende en bruto. El producto del algodon es nulo; el cultivo de la morera y la cria del gusano de seda es tambien insignificante. He visto cómo hacen salir al gusano, cómo lavan los capullos, dividen la seda y la tejen con procedimientos antidiluvianos que solo pueden dar malos resultados, echando á perder magníficos productos. Triste es añadir que este trabajo se confia á muchachos robustos, mientras que las mujeres y las jóvenes sucumben bajo el peso de grandes fardos, dedicándose á las faenas que exigen mas fuerza muscular.

Los tejidos de seda son fuertes, pero bastos, y apenas figuran en los artículos de exportacion, pues los habitantes los conservan para sí: el color que prefieren es el rojo subido.

Las alfombras son tambien algo toscas, pero notables por su solidez, sus brillantes colores y sus magníficos dibujos imitados del arte persa: á esto se debe que los mercaderes los hagan pasar á menudo como procedentes de Persia.

Mas de una vez he podido presenciar la fabricacion de estas alfombras, pues las mayores suelen tejerse fuera de las casas. Toda una familia, la madre y sus hijas, están sentadas junto á una alfombra: sus dedos se deslizan con asombrosa rapidez sobre la trama, para formar la cadena y hacer pequeños nudos de todos colores, cuyas puntas cortan despues con largas tijeras. A esto se reduce todo su arte; y lo mismo sucede con la fabricacion de todas las alfombras de Oriente, tan celebradas y buscadas en Europa. Si se toma en consideracion la baratura relativa de este producto, no podemos menos de preguntarnos cuál será el precio de un dia de trabajo, y qué beneficio puede obtener toda la familia. ¡Ay! la remuneracion es bien pobre. No debe olvidarse que ha sido necesario aprender de memoria los dibujos, y que no se encuentra jamás en la ejecucion ninguna irregularidad. Estos dibujos se toman de Persia, ó de las diversas pinturas que adornan las mezquitas de la ciudad ó las casas de los bekes mas ricos.

Karabach *(kara bach*, uva negra) produce un vino bueno, pero de un sabor bastante singular: es tan dulce como un Medoc flojo, en el que se hubiera echado un gran terron de azúcar para un solo vaso. Ignoro si la causa reside en una propiedad particular de la uva, ó en un mal sistema de trasvasamiento; pero lo cierto es que no resiste un viaje, y que solo se conoce y consume en el lugar donde se produce.

XIV

DE SCHOUCHA Á OLENDORF Y Á LAS COLONIAS DE LOS SECTARIOS

Historia de la fundacion del khanato de Karabach.—Salida de Schoucha.—Perros inhospitalarios en Tenichkend — Los pueblos armenios.

Antes de ponerme en camino hácia las montañas y despedirme de Schoucha, creo deber decir algunas palabras acerca de la fundacion del khanato de Karabach.

Además será para mí un placer hablar de nuevo de mis mas afectuosos conocidos, de Djafar-kouli-khan.

Las notas siguientes se han extractado de un viaje del baron Gastgansena; y al citar á este escritor concienzudo, tengo la ventaja de hacerle responsable de la veracidad de los hechos que relata. De todos modos se hallarán mas datos dignos de fe que en todas las leyendas ó semifábulas de los tiempos de la dominacion de los khanes tártaros, que varias veces oí referir.

«La provincia de Karabach, dependiente hoy de Rusia, está habitada por una poblacion compuesta esencialmente de armenios y tártaros: en otro tiempo constituia un principado armenio, gobernado por la familia de los *Abamelekes*, y pagaba un tributo á Persia. Hácia mediados del siglo último, la soberanía recayó en poder de tres hermanos; pero muerto el primero, y descontento el pueblo, se insurreccionó.

»Los tártaros, que habitaban las montañas vecinas, tomaron por jefe á Pana-khan-Jaspacha,

de orígen desconocido, quien se encargó de librarles de los príncipes armenios dentro de poco tiempo. Los habitantes de los campos inmediatos acudieron, y Pana-khan reunió fuerzas tan considerables, que consiguió, en efecto, expulsar del trono á la raza real de los armenios. En su consecuencia, el poderío de estos pasó á los tártaros, de los cristianos á los musulmanes. Pana-khan supo conservarse independiente de Persia, edificó la ciudad de Schoucha é hizo de ella su capital.

»A la muerte de Pana-khan, Ibrahim-khan ocupó el trono.

»En 1794, el schah Agá-Mahomet-khan puso sitio á Schoucha sin resultado; dirigióse despues á Tiflis, destruyó la ciudad, y volvió á Schoucha para sufrir un nuevo descalabro.

»En 1796, en un tercer ataque, venció por último á Ibrahim, y ocupó la ciudad, pero fué muerto.

»Ibrahim-khan volvió á entrar entonces en Schoucha; mas no sintiéndose con fuerzas para sostener la lucha contra Persia, pidió una guarnicion rusa al príncipe Tritzianov. Sin embargo, hombre de poca energía moral, se dejó seducir por las intrigas de Persia: un embajador del schah vino á proponerle la mano de la hija del khan para el hijo mayor de su primer hijo, que habia sido muerto por los persas. Este último no era otro sino Djafar-kouli-khan, todavía muy jóven, y que no aceptando las proposiciones de Persia, conservóse al lado de Rusia. Entonces volvieron á comenzar con mas empeño las intrigas, hasta que Ibrahim, hombre ya de ochenta años, cedió completamente á las influencias de Persia.

»Djafar-kouli-khan procedió de un modo muy distinto: fué á buscar secretamente al comandante ruso Lissanevitch, y refirióle todo lo que ocurria. Reunióse el consejo de guerra, del que formó parte Djafar-kouli-khan, y se acordó apoderarse de la persona de Ibrahim para enviarle á Rusia. Djafar pidió por favor que se le permitiera apelar antes al afecto de su abuelo, prometiendo asegurarse de su persona si no conseguia un buen resultado. Así se hizo: Djafar, Lissanevitch, y cincuenta soldados se dirigieron á la casa de campo de Ibrahim; Djafar penetró solo en la habitacion de su abuelo, y arrodillándose á sus piés, rogóle que abandonase el partido de los persas, los cuales querian solo desposeer á su raza; díjole que no se podia esperar de ellos sino persecuciones, y que serian un peligro contínuo para su vida y sus bienes. El anciano se mantuvo inflexible; y entonces, Djafar-kouli-khan le montó en un caballo y entrególe á Lissanevitch, quien le envió á Rusia.

»Era preciso buscar un sucesor de Ibrahim. Djafar-kouli-khan tenia sin disputa los mayores derechos; y en su calidad de partidario fiel de Rusia, contaba además naturalmente con su apoyo; mas era jóven, muy astuto y emprendedor, y pareció peligroso al gobierno, que prefirió al segundo hijo de Ibrahim, Mechti-kouli-khan. Esto sucedia en 1806. Djafar tenia entonces quince años: arrebatado de cólera, reune á sus noukers, y sable en mano, sale de Schoucha abriéndose paso á través de un destacamento ruso. Refugiado en Persia, no encontró allí todas las simpatías que esperaba; y á invitacion de Rusia volvió de nuevo á Schoucha para entrar otra vez en posesion de todos sus bienes.

»Sin embargo, por sus abusos en el poder y su debilidad de carácter, Mechti-kouli-khan no tardó en excitar contra sí un odio universal; muy pronto vió amenazada su vida, y creyó prudente huir á su vez á Persia donde fué el principal instigador de la guerra ruso-pérsica.

»Los persas, sin ninguna declaracion prévia, y faltando á todos los usos establecidos, cayeron sobre el distrito de Karabach en número de cuarenta mil hombres, exterminaron un batallon ruso que se habia defendido valerosamente, y comenzaron á sitiar á Schoucha. Sin embargo, la guarnicion rusa, compuesta solo de trescientos cincuenta hombres, se defendió con tal obstinacion, que despues de un sitio de tres meses, los persas hubieron de retirarse.

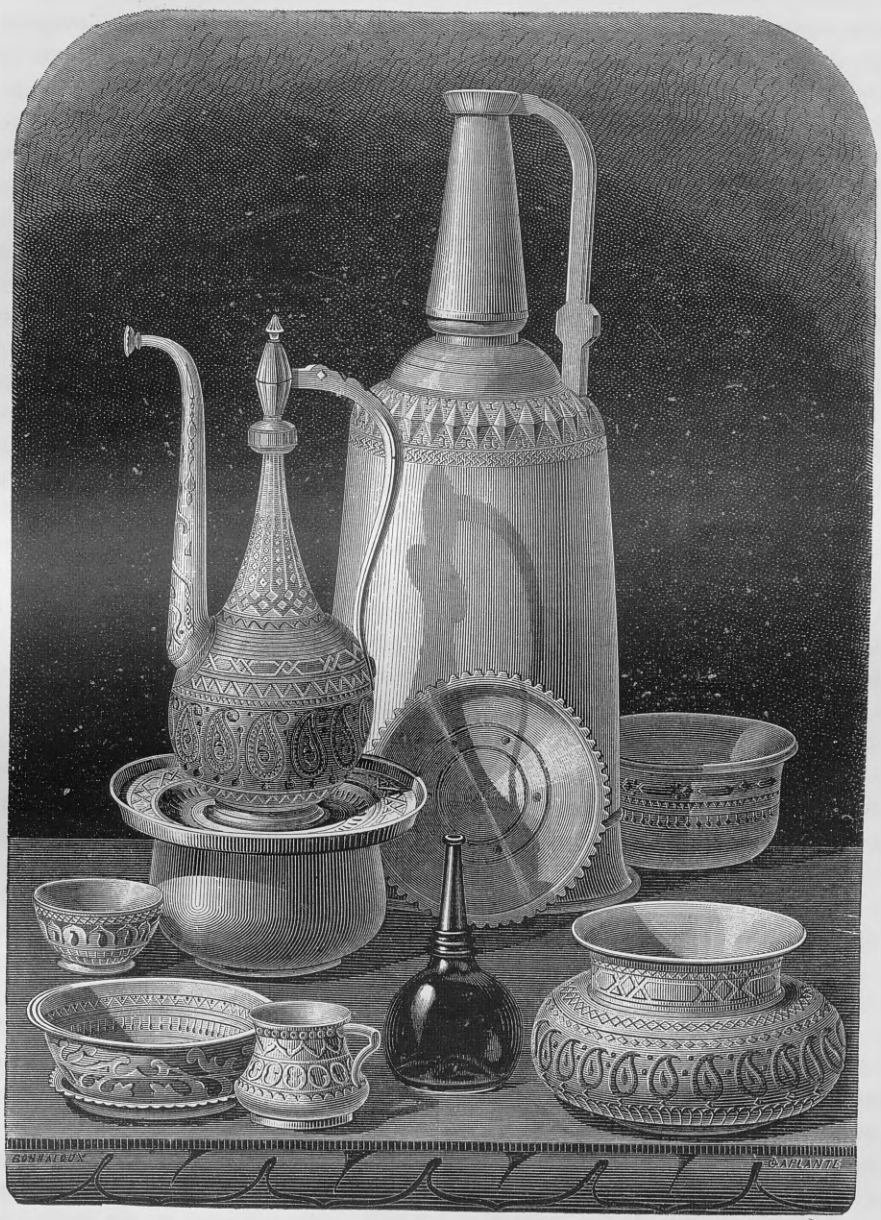
»Mientras ocurrian estos acontecimientos, Djafar-kouli-khan permanecia al parecer tranquilo; pero en el momento de estallar la guerra, enviáronle desterrado á Simbirsk, y despues por cuatro años á San Petersburgo, donde el emperador le dispensó muchas consideraciones, concediéndole una pension anual.

»Por último volvió á Schoucha, donde permaneció todo el tiempo que yo estuve en el Cáucaso.»

A estas líneas, que dan una idea de las antiguas diferencias entre Rusia y Persia (aliadas ahora, como ya sabemos), añadiré que hacia mucho tiempo se habia establecido en Schoucha un príncipe persa. Aun vive; pero he olvidado su nombre: es tio del schah actual de Persia, y si he de dar crédito á lo que me han referido, se le envió á Rusia por haber conspirado contra su hermano, tratando de usurpar el trono. Descubierto su complot, debia sufrir como castigo la pérdida de los ojos; pero emprendió la fuga, refugióse en Rusia, y eligió á Schoucha para residencia. Allí goza de una pension anual de treinta mil rublos, que recibe del gobierno ruso. Me han dicho, pero no sé si es cierto, que tiene

quince mujeres y mas de cien hijos. Durante mi residencia en Schoucha asegurábase tambien que una de sus esposas pagó con la vida una leve ligereza.

El comandante del distrito me proporcionó un guia, y despues de cargar mis efectos en un caballo, salí de Schoucha. Era mi intencion dirigirme á través de las montañas, hácia la colonia alemana de Olendorf, en las inmediaciones de Elisabethpol. Habianme asegurado que encon-



Vajilla tártara (estilo persa)

traria allí al comandante de este distrito, el coronel M..., y necesitaba verle para pedirle, con excelentes recomendaciones, la proteccion indispensable para recorrer con toda seguridad los dominios sometidos á su administracion.

Yo iba solo: mi beke me habia pedido permiso para ir á ver á su hermana, esposa de un sacerdote armenio que residia en el campo, en los alrededores de Schoucha; pero prometió reunirse conmigo cuando volviese á pasar por Karabach, ofreciendo acompañarme entonces á Nahitchevane, Erivan, y aun mas léjos.

El principio de mi viaje no fué feliz: apenas hube bajado de la montaña donde está situada Schoucha, dejando atrás á Kau-Kandi, colonia donde reside un regimiento ruso, la lluvia comenzó á caer de nuevo; y aun antes de llegar á Tenich-Kend, iba calado hasta los huesos.

Al entrar en este pueblo, fuí muy mal recibido por una multitud de enormes perros, muy vigorosos y malignos, que se precipitaban á los piés de los caballos, saltando á cada momento para morderles en la nariz, ó á nosotros en las piernas. A no ser por los dueños, que llegaron muy oportunamente, nos hubiera sido imposible librarnos de aquellos cerberos, evidentemente ofendidos de que penetráramos en sus dominios sin pedirles permiso.

El pueblo de Tenich-Kend está edificado en un terreno muy alto, y así es que á la distancia de veinte verstas se ve Schoucha tan claramente como si se tuviera en la palma de la mano: este pueblo es armenio, como los mas de aquellos que atravesé en este país.

Los armenios se ocupan principalmente en la agricultura, y para establecer sus colonias eligen puntos donde pueda madurar el trigo, aunque siempre bastante altos para que no sea necesario cambiar de residencia durante los grandes calores, soportables tan solo en las alturas.

Sus casas, todas de piedra, no son por lo general tan pobres como las de los pueblos tártaros situados al pié de las montañas; habítanlas constantemente, y son su domicilio de todo el año. En cuanto á lo demás, distínguense poco de las de los tártaros en lo que se refiere á la comodidad, por lo menos en cuanto yo he podido juzgar en el poco tiempo que tuve para visitar el exterior é interior de las habitaciones. Solo las casas del jefe y de algunos individuos que gozaban de cierta posicion me parecieron algo cómodas; eran bastante sólidas y espaciosas para que la familia pudiera vivir separada de los búfalos, de las vacas y de otros animales domésticos.

Ocasion tuve de juzgar por mí mismo de los inconvenientes que resultan de la vecindad demasiado íntima de los animales.

Durante la noche que pasé en Tenich-Kend, y como sabia que estas casas están siempre mas ó menos ahumadas, y son poco favorables para el reposo, á causa de la invasion de los insectos, me instalé fuera, delante de la entrada, en el suelo de la galería, donde extendí un poco de yerba fresca y odorífera. Esta fué la causa de mi desgracia: durante toda la noche me fué preciso defenderme contra la insolencia de los búfalos, que produciendo fuertes resoplidos, empujábanme sin cesar con sus hocicos, haciéndome rodar de un lado á otro como una pelota. Ahuyentados varias veces, y á pesar de habérseles atado de nuevo, rompian sus cuerdas y volvian al ataque, para recoger debajo de mi cuerpo la apetitosa yerba: por la mañana observé que estaba completamente limpio el suelo.

Cualesquiera que fuesen los inconvenientes de semejantes lechos, improvisados á la ligera, no falté sin embargo en todo mi viaje á la costumbre de no penetrar jamás en las casas, á menos de ser absolutamente necesario, ni sentarme tampoco sobre las alfombras de los indígenas, por amistosas que fuesen sus invitaciones. De este modo evité ser presa de miles de insectos de todas formas y colores, que rastrean y saltan, semejantes á regimientos de infantería y caballería, y que no solo pululaban en las viviendas, sino en los cuerpos de los moradores, los cuales dedican sus ratos de ócio á la persecucion y matanza de tales parásitos.

En el interior, el aspecto general de una cabaña de un armenio acomodado no difiere del de la de los tártaros. No hay ninguna ventana; en la parte superior se ve solo una abertura, y en el centro un hogar del que siempre sale humo; tal es la disposicion mas comun. La única diferencia consiste en hallar mas ó menos abundante la vajilla, las ropas y las telas, etc. segun la riqueza del propietario. Apoyada en la pared, si está en el interior, ó debajo de un cobertizo, si se halla fuera, se ve siempre la trama en que se tejen las fajas y las alfombras, siempre muy ordinarias cuando proceden de los pueblos. Esto tiene una explicacion en el hecho de que para confeccionar una gran alfombra es preciso hacer compras de lanas de todos colores y muy caras, para lo cual carecen de medios los campesinos.

Por lo que hace al alimento, estos últimos se contentan con muy poca cosa: en sus comidas no figura la carne sino muy rara vez, reduciéndose á un pedazo de pan, queso muy mal preparado y yerbas; entre estas hay varias preferidas; pero en caso de necesidad toman todas aquellas que pueden mitigar su apetito sin perjudicar la salud.

Aun recuerdo una escena que ocurrió debajo de mis ventanas cuando yo estaba en Schoucha. Unos campesinos se precipitaron ávidamente sobre la yerba que habia crecido en la calle junto á la casa; en algunos instantes, arrancáronla toda, y hubiera podido creerse despues de su marcha, que habia pasado por allí algun rebaño hambriento.

Algunas especies de esta yerba comestible no dejan de tener buen sabor, y su dulzura se aviene agradablemente con el gusto acre del queso indígena, sirviendo como para sazonarle.

En este país se siembra cebada, centeno y trigo: las cosechas de este último son bastante

buenas; pero la décimaquinta parte de ellas pertenece á la corona.

Es de advertir que en varios puntos no se tiene costumbre de recoger la paja; se abandona en los campos para quemarla despues; y solo se recogen las espigas, que guardan en sacos.

En estos terrenos crece muy bien el lino; pero generalmente no es objeto de gran cultivo; solo se utiliza el grano, del cual se extrae aceite para la venta, despreciándose el precioso filamento, sin que nadie piense en emplearlo para nada. Difícil es creer que aquella pobre gente proceda así por ignorancia; su negligencia se debe mas bien atribuir á la pereza: no quieren molestarse en la preparacion.

En una fria mañana salí del pueblo de Dachbach, donde me habian invitado generosamente á comer queso y yerba; y por rara maravilla, un pollo bañado en té. Este pueblo está rodeado de una vegetacion espléndida, aun mas rica en el terreno que debia recorrer despues.

«¿Qué camino deseais tomar? me preguntó mi conductor. Hay dos, uno mas largo, aunque mas cómodo; y otro mas corto, pero algo malo.»

Opté por el mas corto, y luego hube de arrepentirme. Era preciso avanzar por senderos mal trazados por el bosque; enormes ramas de árboles obstruian el paso; y á cada instante me veia expuesto á que los pinchos me destrozasen el rostro, sin contar que continuamente corria el peligro de caer del caballo. Además era preciso bajar por moles de granito tan inclinadas y resbaladizas, que debia apearme para conducir mi montura por la brida á fin de evitar el riesgo de romperme la cabeza, porque el cuadrúpedo tenia que recoger los cuartos traseros para deslizarse. A veces encontrábamos árboles de prodigioso tamaño: el tronco de uno de ellos, ahuecado en el interior, tenia el diámetro de una *sajena* por lo menos (la sajena equivale á una toesa rusa, ó sean unos seis piés franceses). Siento ahora no haberle medido; pero en aquel instante no estaba para ello.

Despues de aquella bajada diabólica, y cuando al fin salimos del bosque, todos ofrecíamos un pobre aspecto: arañados, llenos de contusiones y con la ropa desgarrada, experimentábamos un malestar indecible.

Por fin pudimos descansar en una deliciosa pradera, donde para conservar el recuerdo de aquella penosa expedicion, bosquejé los retratos de todos mis compañeros de viaje.

Llegué al pueblo de Karabek (*kara*, negro, *beke*, noble) despues de una fatigosa jornada. Aunque pertenece á los tártaros, ofrece mucho mejor aspecto que los que ya habia visto en las llanuras. Hasta es extraño que en la inmediacion de los bosques edifiquen los indígenas sus casas con una mezcla de rastrojo y tierra húmeda, y una parte de piedra, cuando tan fácil y poco costoso les seria emplear la madera, como hacen los rusos en los mismos parajes. Durante toda mi excursion, solo ví en Koussapet, donde residen unas ciento cincuenta familias, una cabaña de madera, bastante grande y regularmente construida.

El último pueblecillo del distrito de Schoucha está oculto entre los árboles, los matorrales y las altas yerbas, á orillas de un rio profundo, que separa este distrito del de Elisabethpol.

Por el otro lado vimos algunos campesinos tártaros de viaje, que descansaban á la sombra de unos grandes y frondosos árboles: uno de aquellos hombres estaba sentado, otro echado, un tercero hablaba, y un cuarto entreteníase en dar caza á los insectos.

Alejéme de aquella escena; pero mi guia, que no podia resistir al deseo de charlar cuando se presentaba una ocasion favorable, se quedó atrás; no volvió á reunirse conmigo hasta que me hallé bastante léjos.

—¿Qué tenias que decir á esa gente? le pregunté. ¿De dónde son?

—De aquí mismo, de Elisabethpol. Me han hablado mucho del nuevo gobernador del distrito.

—¿Qué dicen?

—Cantan sus alabanzas, repitiendo en coro que desde su llegada al distrito se disfruta una paz y tranquilidad no conocidas hace mucho tiempo.

Este nuevo gobernador, el coronel M., no era en efecto el que gobernaba cuando pasé la primera vez por Elisabethpol. En Schoucha habia oido ya hablar de él como de un hombre de talento, digno y enérgico; y los elogios que de él acababan de hacer los campesinos, aumentaban mis deseos de conocerle.

Muy pronto descubrí á mi derecha la inmensa llanura de Elisabethpol, que en aquella hora del dia presentaba un color amarillo rojizo, cual si estuviera abrasada bajo las ardientes capas de la atmósfera; aquella era la mejor prueba de que hacia un calor intolerable.

A la izquierda destacábase la colonia alemana de Olendorf, con sus jardines, sus blancas casitas y su inevitable iglesia gótica. Mostráronme la casa del gobernador del distrito, muy pintorescamente situada cerca de la iglesia.

Llamo á la puerta y pregunto:

—¿Está en casa el coronel?

—Está, pero ahora le place descansar.

—Pues si le place descansar, iremos á visitar entre tanto la colonia.

XV

La colonia alemana de Olendorf —Los procesos —Buen medio para hacer observar una ley.—Un antropófago útil

Así en Olendorf como en toda la colonia alemana, reina el mas escrupuloso aseo: las calles son anchas y rectas; el pavimento, muy unido, no está manchado por las basuras; las casas, pequeñas y bien blanqueadas, son bonitas y cómodas. Yo creia poder encontrar alojamiento en una de ellas mientras permaneciese en la colonia, pero no debia ser así.

—No penseis hospedaros en ninguna, me dijo mas tarde el coronel M..., porque sus dueños no consentirian.

—Pero yo les ofreceré dinero.

—Pues no le aceptarán, ni os será permitido instalaros en ninguna de esas casas. Me ha costado mucho alquilar la mia, aunque soy el gobernador del distrito. A mi llegada aquí, á duras penas obtuve forraje para mi caballo. Hay mucho, mas no quieren cederle á ningun precio; y os contestan, con su flema habitual, que no tienen el heno para venderle.

—¿Qué motivo tienen para ello?

—Solo aquel proverbio que dice: *Cuanto está echado sobre el heno no se molesta para sí ni para los otros.*

Confiando en la palabra del coronel M..., que debia conocer muy bien el carácter de sus administrados, no hice la menor tentativa de encontrar alojamiento. Sin embargo, se me resistia creer en tanto egoismo é indiferencia entre aquella gente de buen aspecto, que os saluda con un movimiento de cabeza desde la puerta de su casa, ó en medio de la calle, llevando todos la inseparable pipa en la boca y la sonrisa en los labios.

Paseando por detrás del pueblo, oí un rumor de voces y carcajadas: eran varias alemanas, que con la cabeza cubierta con un sombrero de paja, ocupábanse en batir el trigo, no á la manera de los tártaros, sino como lo hacen los otros pueblos: aquel rudo trabajo no las impedia burlarse de los transeuntes que se paraban para admirar sus sonrosados semblantes.

—Os felicito por vuestra llegada, me dijo una jóven vivaracha y bonita.

Y todas sus compañeras comenzaron á reir á carcajadas.

En mi paseo á través de los jardines de la colonia observé en todas partes la mayor simetría; las viñas, muy espaciosas, estaban perfectamente conservadas, y por doquiera veíanse numerosos árboles frutales.

Estos alemanes fabrican un vino que no es malo, y que los armenios hacen pasar por kachebinsk: el aguardiente se extrae de la mora.

En medio del pueblo, en la plaza, elévase la iglesia, de estilo regular. En el interior, muy aseado, hay bancos y tribunas; no se ven imágenes; los cantos de los fieles hacen las veces de órgano.

Bueno seria explicar brevemente cómo es que se encuentran mas allá del Cáucaso esos alemanes, originarios, si no me engaño, del reino de Wurtemberg.

En la época en que el general Ermoloff gobernaba todavía este país, una caravana compuesta de un gran número de alemanes, de no sé qué secta, pasaba por este punto para ir á orar á Jerusalen ante el sepulcro del Señor. El gobernador les trasladó la siguiente comunicacion: «Ahora que estais entre nosotros, en un país amigo, escuchad un buen consejo; no paseis de aquí, pues deberiais atravesar las posesiones turcas, donde los kurdos y otros bandidos os apedrearán seguramente, si no os matan. Si no teneis intencion de volver á vuestra patria, permaneced aquí; se os darán terrenos, sin sobrecargaros de impuestos; y podreis practicar vuestra religion sin temor de ser perseguidos; etcétera, etc.

Aquellos alemanes tenian la idea fija de ir á establecerse cerca de la «tumba del Señor;» pero tan ventajosas promesas les dieron qué pensar, y de una reflexion en otra acabaron al fin por establecerse allí.

Otras colonias llegaron despues á este país para residir en él, solo porque no eran felices en su patria.

Estos colonos eligen por sí mismos sus gobernadores: en Tiflis tienen protectores oficiales, y cuentan con el apoyo de grandes y pequeños. El precepto «considera al aleman y él te considerará,» se observa estrictamente mas allá del Cáucaso, como en toda la Rusia.

Saqué buen partido del tiempo que estuve en casa del coronel M....., porque su compañía es sumamente agradable: hombre dotado de una ciencia práctica, su conversacion es tan instructiva como amena.

Era curioso verle examinar concienzuda y activamente toda especie de quejas, denuncias y deposiciones. Todos los dias, desde la mañana á la tarde, escucha á sus administrados desde el balcon de su casita, despacha los asuntos, y pronuncia sus fallos en presencia del pueblo. A veces debia juzgar en un solo dia mas de una docena de procesos. Su excelente memoria, su gran experiencia, y su conocimiento de la gente del país, le permitian ver fácilmente el fondo de

las cosas y distinguir la mentira de la verdad en las palabras de ese pueblo, generalmente inclinado al engaño.

Un tártaro, por ejemplo, se presenta para quejarse de que durante la noche se ha introducido un individuo en su tienda, y le ha robado varios objetos, insultando á su mujer.

—¡Mientes! le dice el coronel M...

—¡Es verdad, agá!

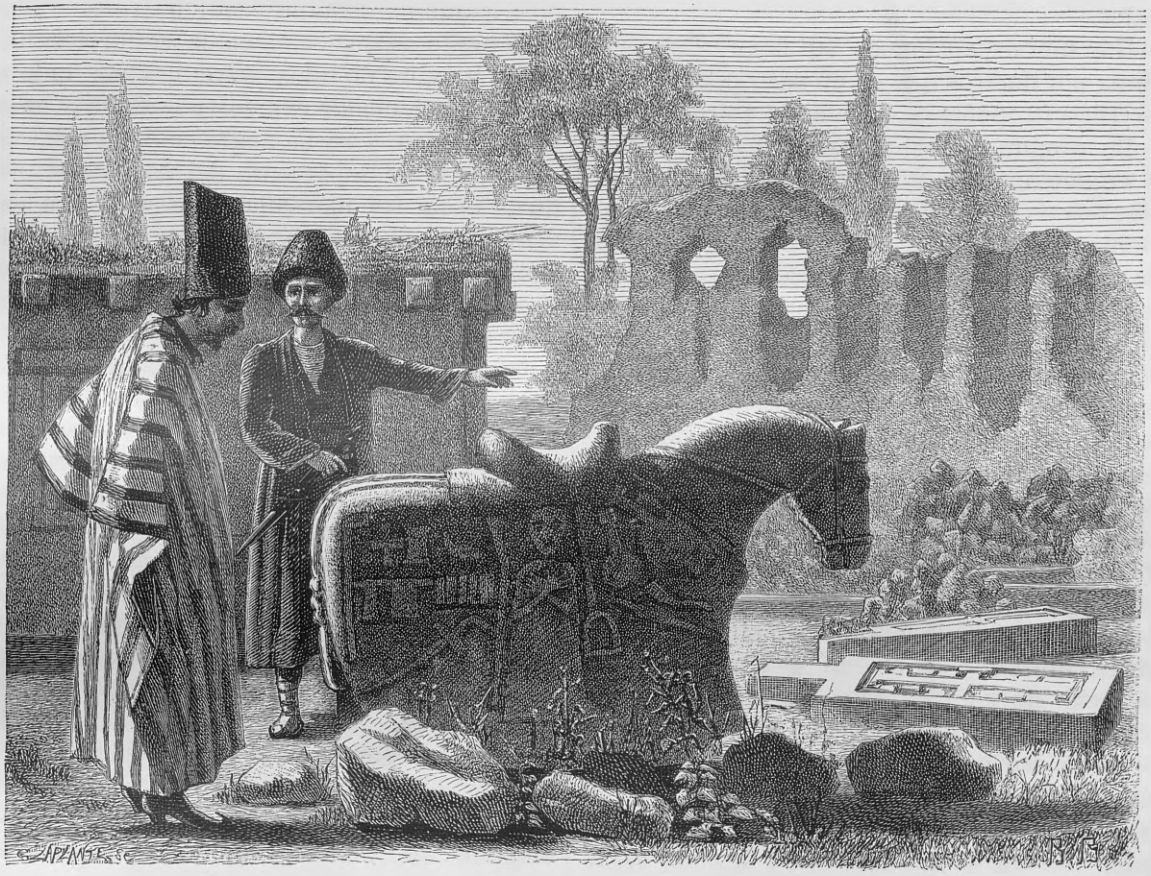
—Te digo que mientes!

—¡Vallach (oficial), es la verdad pura!

—Vuelvo á repetir que mientes; ó no te ha robado nada, ó no ha insultado á tu mujer.

Sometida la cuestion al exámen de los vecinos del pueblo, reconócese efectivamente, como lo habia dicho el coronel M..., que la mujer habia sido insultada, pero que no hubo robo alguno.

Antes de la llegada del coronel M..., el distrito de Elisabethpol tenia la peor fama de todos los del país, y ahora pasa, con justicia, por ser el



Tumba tártara

mas tranquilo; ya no se oye hablar de asesinatos, de robos y de saqueos; si se pierde un par de bueyes ó una docena de ovejas, el ladron es descubierto muy pronto, y se le condena á restituir cinco veces mas de lo que tomó.

El coronel ha empleado tambien un medio muy sencillo para poner término á las escenas sangrientas, harto frecuentes en otro tiempo, y que á menudo eran debidas á causas fútiles. Le ha bastado prohibir que nadie lleve puñal; permite el uso del fusil, de la pistola y hasta del sable; pero no consiente aquel. Estas tres armas se llevan cuando se sale, y se dejan en un rincon al volver á casa; pero el puñal, segun la costumbre de todo el país, estaba siempre en la cintura, y á la primera palabra dicha mas alta que otra, dábase principio á la contienda.

Desde esta reforma, y si á consecuencia de luchas cuerpo á cuerpo iban á quejarse varios individuos, decíales el coronel despues de ponerles de acuerdo:

—¡Vamos! reconoced la verdad; si hubieseis llevado puñal en el cinto, ¿habria terminado así la lucha? ¿No es probable que resultara muerte de hombre?

—Es muy posible, agá.

—¿Comprendeis ahora por qué os prohibo llevar los puñales?

—Sí, agá, lo comprendemos muy bien.

Sin embargo, como hay muchos que no quie-

ren comprender, y como difícilmente se pierde una costumbre inveterada desde hace varios siglos, ha sido forzoso apelar á medios bastante enérgicos para someter rigurosamente á los recalcitrantes á la ley. El que ve un puñal en el cinto de otro está autorizado á quitársele inmediatamente y conservarle para sí.

De todos los indígenas que rodeaban al coronel M..., uno solo, un capitan, llevaba puñal en el cinto.

Al hacer la observacion, contestóme el coronel:

—Hay una excepcion en su favor. Debo comenzar por deciros que es un antropófago...

—¡Un antropófago!... ¿Quereis reiros de mí?

—De ningun modo; no es ni mas ni menos que un antropófago. Volvia con un compañero de las orillas del Amor, y en un momento dado, no teniendo nada que comer, cortó á su camarada en pedazos y se lo comió. Debo advertir que pretende haber obrado así para no verse en la precision de apelar al saqueo. Hubiera tenido escrúpulo en robar á un campesino una gallina ó una cabra, violando así las leyes de la hospitalidad; y como su compañero no era por otra parte muy buen hombre, ni se debia sentir su muerte, estaba seguro que nadie le echaria de menos. Así es cómo se excusa. Debe advertirse tambien que su conducta en aquella circunstancia indicó prudencia y moderacion: no fué el odio lo que le indujo á obrar así, sino la necesidad, el hambre; y así es que se comió primero una parte de su camarada, llevándose el resto para satisfacer sus necesidades en el camino.

—¡Pero eso es un monstruo! ¡Yo no podria mirarle sin horror!

El coronel hizo un gesto para darme á entender que era de mi opinion; y despues explicóme cómo no habiendo podido proceder contra aquel hombre por diversas razones, quiso por lo menos sacar de él todo el partido posible.

—Algun tiempo antes, continuó, habia dado yo una amnistía para que todos los bandidos volvieran á sus casas á trabajar. Solo un individuo, que tenia ya en su conciencia una docena de asesinatos, no quiso ceder á ninguna exhortacion y prefirió continuar su vida criminal. Difícil era apoderarse de él abiertamente, usando de violencia, pues conocia muy bien todos los caminos, los atajos y los medios para librarse de un ataque. Entonces despaché á ese hombre que veis, encargándole me trajera al criminal vivo si era posible, y si no, muerto. Amoretz, sobrenombre que se le ha dado en recuerdo del rio Amor, se valió de la astucia; presentóse al ladron como si lo fuera él tambien, obtuvo su confianza, y me trajo su cabeza. Ahora teme la venganza de la familia del bandolero que tan diestramente decapitó, y para que no le cojan desprevenido y desarmado, le permito llevar ese puñal, el cual no deja ni de dia ni de noche.

El hombre de quien hablaba el coronel era un robusto moceton que estaba no léjos de nosotros; y como mis miradas se dirigieron un momento hácia él, comprendió sin duda que se trataba de su persona; su modestia no podia tal vez resistir la prueba; observé que movia con inquietud los piés, y que parecia muy confuso, persuadido seguramente de que se elogiaba su heroicidad.

Era hombre de unos cuarenta años, talla mediana, facciones de expresion enérgica, de formas fornidas, y barba negra como la pez.

Despues de separarme del coronel M..., me dirigí hácia las montañas que se hallan en la direccion de Erivan. Antes de llegar al lago Goktchaissk se encuentra una colonia de sectarios rusos, los malakanys, ó *comedores de leche*, y otra de doukhobortzis, *luchadores del espíritu ó pneumatómacos*. Siguiendo el camino de Tiflis, dejé á los lados un gran número de pueblos donde habitan los primeros de dichos sectarios; pero además de los establecidos en el distrito de Elisabethpol, encuéntranse otros pneumatomacos instalados cerca de Alexandropol, en la frontera turca. Yo deseaba vivamente observar de cerca estos sectarios: el coronel M... los conocia muy bien; y como sus funciones le ponian en relacion con ellos, habia visitado ya sus colonias. Dióme cartas de recomendacion para cada uno de los directores de los grupos de su distrito, y además un guia, y despues despidióse de mí, porque debia volver á la ciudad á resolver un asunto muy complicado, verdadero dédalo de engaños, que habia prometido esclarecer ante todo el pueblo en la plaza del bazar.

XVI

En busca de los sectarios. — Una fundicion de cobre.— Nómadas.— Esquileo de ovejas.—Rebaños tártaros.—Luchas de carneros y camellos.— Sobre si es fundado lo que se dice de las hospitalidades nómadas.

El camino que seguia me pareció sin interés: atravesaba con frecuencia un espeso bosque por malos senderos empapados en el agua de las lluvias.

Ví una gran fundicion de cobre con innumerables construcciones donde en mi opinion se trabaja mejor que en las pertenecientes á la corona, y que son explotadas por sus comisionados. La de que hablo se llama Kektabeke, y está arrendada á un extranjero; por lo mismo se debe presumir que da muy buenos productos.

Tambien pasé por delante de un gran número de campamentos nómadas en los cuales se practicaba en aquella época el esquileo de las ovejas. Los indígenas no podian prescindir de esta lana, cuyo uso es general y de gran importancia.

Se esquilan las ovejas dos veces al año, en la primavera y en el otoño; cada esquileo produce de cuatro á cinco *funts* (libras locales) por cabeza; un *poud* (cuarenta *funts)* de esta lana no suele valer mas de tres rublos (1). Aquí como en todo el país, esta raza de carneros tiene la cola muy gruesa y de enorme dimension; arrastra casi por tierra, y dícese que puede alcanzar un peso de cincuenta á sesenta libras.

Las personas ricas, sobre todo entre los tártaros, poseen considerables rebaños de ovejas; pero como la lana no es cara, y apenas se vende el queso, en el que entra principalmente la leche de oveja, la cria de estos animales no produce un gran beneficio. Hé aquí por qué los habitantes no se ocupan de ella con celo ni emulacion.

En el otoño no se almacena apenas heno; y así es que cuando sobreviene un invierno riguroso y cae la nieve en abundancia, la dificultad de obtener forraje es tal, que se deja perecer á un gran número de rebaños. El flemático tártaro está léjos de creerse culpable: «Contra Dios, dice, no hay nada que hacer.»

He tenido ocasion de ver carneros muy grandes: en Schoucha, Dja-far-kouli-khan me habia enseñado ya dos, procedentes de Nachitchevan, que habia recibido como regalo de un aduanero.

Se cuidaba tanto á estos animales como á los mejores corceles destinados á las carreras de Epson ó de la Marche, criándolos sobre todo para las luchas de carneros, por las que se muestran apasionadísimos los indígenas. Además del interés que ofrecen las apuestas, las cuales se elevan á veces á considerables sumas, el propietario se enorgullece mucho con poseer el carnero de frente mas poderosa. He presenciado una de esas luchas, y confieso que no pude contemplar á sangre fria las topetadas que se dirigian aquellos animales; disgustábame oir el ruido formidable de sus cráneos y de sus cuernos al chocar entre sí. Apenas se comprende cómo sus cabezas resisten tales sacudidas.

Despues de cada embestida es preciso dar friegas á los pobres animales; despues los lanzan uno contra otro; y luchan hasta que uno de ellos derriba á su adversario ó le hace huir de la arena. Se ha observado que un carnero vencido no vuelve jamás á luchar otra vez; no se le podria obligar por ningun medio.

Habíanme dicho que las luchas de camellos eran aun mas interesantes, y que á la manera de los hombres, estos animales se cogian con las extremidades anteriores. No tuve ocasion de verlos pelear, porque en invierno se les deja libres durante el período en que, segun se dice aquí, están rabiosos.

He pasado una noche en uno de los campamentos nómadas que bordean el camino; y ocurrióme una aventura que me parece digna de ser referida aquí, porque demuestra con mas exactitud que de costumbre la tan decantada hospitalidad de los pueblos de Oriente en general y de los nómadas en particular.

Era ya tarde, comenzaba á oscurecer, y como mis guias quedaban atrás, penetré solo en el campamento y dirigíme hácia la tienda que me pareció mas limpia: hé aquí lo que pasó.

Me presento y no me dejan entrar; acércome á otra tienda y me rechazan tambien; en una tercera y cuarta, la misma negativa; en todas me contestan que no estaré bien, que hay poco sitio, y que en la tienda de al lado hallaré mas comodidad.

Me despiden tan políticamente de tienda en tienda, que atravieso todo el campamento nómada, y perdiendo al fin la paciencia, retírome con el mayor abatimiento.

Reinaba profunda oscuridad, hacia frio, y aguijoneábame el hambre; semejante situacion á través de las montañas carecia de todo atractivo.

De repente, el propietario de la primera tienda donde quise entrar corre hácia mí, confúndese en excusas, y me dice que la necesidad de terminar la oracion de la tarde era lo único que le habia impedido recibirme, añadiendo casi con ternura: «Mi casa es la tuya.»

Yo estaba admirado, pero bien pronto tuve la explicacion de aquel súbito cambio.

Mis conductores habian encontrado al buen hombre, y preguntáronle en qué kibitka se habia detenido el agá.

—¿Qué agá? contestó el tártaro.

Era uno de los hombres mas acomodados del campamento, segun lo supimos despues, y no habia podido reconocer un noble agá al verme montado en un mal caballo, con una mala *tcherkeska* del Cáucaso y un sombrero peludo.

—Te decimos que el agá ha debido pasar por aquí, repitieron los guias dando mis señas, y seguramente se ha detenido en este campamento para pasar la noche.

Sin escuchar mas, el tártaro se habia precipitado en mi seguimiento.

(1) El rublo, moneda de plata de Rusia, equivale á unos diez y ocho reales.

Y á fin de hacerme olvidar su primera acogida, tratóme á cuerpo de rey: puso delante de mí varias especies de leche, queso con la inevitable yerba, té en abundancia, y un monton de *pilau* muy sustancioso. A pesar de mi negativa, mandó matar un cordero en mi obsequio; prodigóme toda clase de atenciones, y quiso que me quedara en su tienda, no toda la noche, sino varios dias. Propúsome acompañarme en una cacería, en la cual se emplean buitres á guisa de halcones, y cuyos preparativos terminaba ya; pero no acepté su invitacion.

Era sábado, y deseaba ir á ver los pneumatómacos, á fin de asistir á sus oraciones del domingo por la mañana. El coronel M... me los habia recomendado particularmente.

Nos separamos, pues, como buenos amigos, y á no ser por el incidente de la víspera, hubiera podido creer que aquel tártaro era el hombre mas bonachon y hospitalario del mundo.

Al salir del campamento me encaminé hácia los pueblos de los sectarios.

XVII

LAS SECTAS RELIGIOSAS EN RUSIA

El raskol. — Dos clases de sectarios.—Los staroveres.—Las otras sectas.

Antes de seguir mas léjos al autor en su relato, conviene dar algunos detalles generales sobre las sectas religiosas en Rusia. Es un asunto muy poco conocido aun, y que merece, no obstante, la mayor atencion. Sugiere además profundas reflexiones sobre graves y extrañas consecuencias que podria tener la constitucion religiosa y política del imperio ruso.

Las sectas rusas son muy numerosas, y se las comprende á todas bajo una misma denominacion: el *raskol*.

Esta palabra viene del verbo ruso *raskolosi*, que significa hender, ó separar hendiendo; corresponde enteramente á la palabra griega de que se deriva la española *cisma*.

Los sectarios ó *raskoláicos* se pueden dividir en dos clases.

En la primera se comprenden los que, distribuidos en diversos grupos, tienen no obstante, ese carácter comun de ser solo cismáticos con relacion á la Iglesia greco-rusa, pero no herejes propiamente hablando. En efecto, estos sectarios, aunque hayan roto con la comunion y jerarquía de la Iglesia dominante, tienen sin embargo la misma fe y profesan igual doctrina. Desígnanse asimismo con el nombre de *staroveres* ó *antiguos creyentes*.

A la segunda clase pertenecen todas las demás sectas que son á la vez cismáticas y herejes, es decir, que profesan dogmas enteramente extraños á los de la Iglesia greco-rusa.

Parece haberse convenido el atribuir por orígen al raskol, en cuanto á los staroveres, la revision de los libros litúrgicos, emprendida en los siglos XV y XVI, y mas particularmente en el XVII, por el patriarca Nikon. No hay duda que las pasiones políticas no fueron extrañas á las disensiones que estallaron entonces.

Hacia ya mucho tiempo que una parte del pueblo murmuraba contra los cambios introducidos varias veces, durante el trascurso de los siglos XV y XVI, en los textos sagrados, pues considerábanse como ataques graves á la pureza religiosa. Para imponer silencio á tantas protestas, apelóse á la violencia, al knut; y de aquí resultaron odios profundos, que debian acrecentarse hasta el dia en que el patriarca Nikon, jefe de la Iglesia, introdujera nuevas modificaciones.

Algunos boyardos, y hasta individuos del clero, y un obispo, se unieron á los disidentes populares.

A la muerte del tzar Fedor, una insurreccion á cuya cabeza figuraba el secretario de Estado Staklovich, puso en peligro la vida del jóven tzar, que fué despues Pedro el Grande.

Mas tarde, Pedro hubo de combatir otras sublevaciones del mismo género, mas formidables aun, y sostenidas por las tropas regulares designadas con el nombre de Strelitz, compuestas todas de raskolniques. Al fin las dominó, sentenció á muerte ó desterró á los principales jefes de la insurreccion y disolvió las fuerzas de los Strelitz. Despues, creyendo poner término con esto al cisma y á sus consecuencias, abolió el antiguo patriarcado, tomando el título de protector de la Iglesia, es decir, reunió en su persona los dos poderes religioso y temporal. Esta doble soberanía absoluta, tan opuesta al espíritu moderno, ha pasado en herencia como ya sabemos, á todos sus sucesores.

¿Era este el medio de aniquilar el raskol? La experiencia parece haber probado que era por el contrario arraigarle mas extensa y profundamente. La oposicion, al verse obligada á guardar mayor secreto ante las amenazas de un poder absoluto, se irritó mas, y fué mas irreconciliable con la Iglesia ortodoxa. ¿Qué alteracion de la antigua fe podia ser, en efecto, mas sensible que aquella invasion de la supremacía religiosa por el soberano político? Pedro el Grande no vaciló en proceder contra los raskolniques, como Luis XIV contra los protestantes y jansenistas; y persiguióles rigurosamente.

Los cismáticos, expulsados y acosados, refugiáronse en los bosques de las provincias de Koskoma, de Vladimir, y mas léjos, en Vologda y Viatka, en el fondo de la Siberia, y en las provincias de Tchernigof y de Mogilet, donde algunos de ellos fundaron poderosas colonias agrícolas, conocidas con el nombre de Slobods; mientras que otros, abandonando del todo la patria, pasaron á Polonia, Moldavia, Valaquia y Austria.

El raskol, extendiéndose en vez de concentrarse en una sola y numerosa secta, se dividió y fraccionó casi á lo infinito. Obsérvanse primeramente, entre los staroveres, dos ramificaciones principales: los popovtzis, que reconocen la autoridad de un clero, y los bezpopovtzis que no tienen sacerdotes. Despues, en estas dos grandes divisiones coexisten grupos, hostiles unos á otros, y que solo en un punto están de acuerdo, en su odio contra la Iglesia greco-rusa



Armenia de Schoucha

y su resistencia secreta al poder. Una de estas sectas, que cuenta el mayor número de partidarios, es conocida con el nombre de strannikis (errantes ó peregrinos).

La segunda clase de raskolniques, cuyos dogmas no tienen relacion con los de la Iglesia nacional, se compone, segun algunos autores, de sectas extrañas á Rusia por su orígen. Asegúrase que las unas nacieron del espíritu del libre exámen introducido por los luteranos, y las otras, de vagas influencias de antiguas doctrinas asiáticas.

Para no exponernos á cualquier grave error en el estudio hasta aquí tan oscuro de esas diferentes sectas, necesitamos elegir un guia autorizado, y creemos que nada mejor que tomar los mas de nuestros datos del baron Augusto Haxthausen, autor de varios escritos sobre Rusia, muy apreciados.

Los morelstschikis

La doctrina de los morelstschikis, que se inmolan parcialmente ó por completo, parece ser desconocida: solo en diversos puntos del imperio, y sobre todo en los países del Norte, en la Siberia, en el gobierno de Saratoff, etc., se oia hablar de vez en cuando de actos de atroz barbarie, sangrientos testimonios de la realidad de su existencia.

Excepto las raras circunstancias en que se re-

velan estos dramas espantosos, que se creian imitacion de ciertos misterios horribles de la antigüedad pagana, nada nos da á conocer los principios y prácticas ordinarias de esta secta.

Algunas veces se podian ver en un paraje retirado varios individuos que con extrañas ceremonias abren una fosa profunda, rodeándola de leña, paja y materias combustibles. Terminada la operacion, estos sectarios fanáticos llegan procesionalmente, sitúanse en la fosa, encienden una hoguera, y exáltanse con un canto de muerte, dejándose quemar sin proferir un solo gemido.

En otras partes, algunos individuos se reunen en una casa, despues de rodearla de paja, y la prenden tambien fuego: los espectadores, alineados alrededor, contemplan la espantosa escena sin que nadie ose interrumpir á los insensatos en el cumplimiento de su pretendido deber religioso; limítanse todos á decir que son santos y que reciben lo que ellos llaman en su lenguaje místico el bautismo de fuego.

Los viajeros Pallas, Gmelin, Georgi, Lepouchin, etc., hablan de estos sacrificios.

Hace algunos años que en una tierra situada en la orilla izquierda del Volga, perteneciente á un tal Gourieff, los sectarios que la habitaban resolvieron morir inmolándose unos á otros.

Despues de hacer sus preparativos, reuniéronse para realizar su abominable proyecto. Muchos de estos fanáticos habian perecido ya inmolados por el cuchillo de sus hermanos, cuando el amor á la vida, despertándose de improviso en una jóven, desprendióse de manos de los que se disponian á darle muerte, y huyó á un pueblo vecino. Acudióse al punto al lugar del sacrificio, pero solo se encontraron en pié dos de los ejecutores en medio de cuarenta y siete cadáveres bañados en sangre. Los dos individuos que sobrevivian fueron castigados con la pena del knut; pero á cada golpe que desgarraba sus carnes, lanzaban un grito de alegría, regocijándose del martirio.

Refiérese otra historia tan poco distinta en su conjunto, que se podria creer que es la misma con alguna alteracion; pero asegúrase que son dos ejemplos muy diferentes, y la analogía se explica naturalmente por la de los sentimientos que perturban el espíritu de estos infelices.

Cuarenta sectarios llegados, segun ellos, á un estado de pureza que se habrian expuesto á perder si continuaban viviendo en la tierra, se habian comprometido á matarse unos á otros, para lo cual alquilaron una especie de granja en un sitio solitario á donde llevaron un tajo, un hacha y una cuerda. Reunidos todos, uno de ellos puso su cabeza sobre el tajo; un segundo le decapitó, siendo despues degollado por un tercero y así sucesivamente: la horrible ejecucion continuó sin gritos ni resistencia hasta el último individuo, al que completaba el número de cuarenta. Era este un honrado mercader; y entre los cadáveres que yacian en el suelo, bañados en su sangre, hallábanse dos de sus hijos. Aquel hombre habia preparado ya la cuerda para ahorcarse, cuando sintió de pronto un extraño remordimiento: no habia confiado á su mujer el secreto de aquella conspiracion religiosa.—¡Pobre mujer! exclamó. ¡Es pura, virtuosa, y digna del cielo! ¿No seria yo culpable de un crímen si la dejara sola en la tierra?—Dominado por la emocion que le produce aquel escrúpulo, corre á la ciudad, ruega á su mujer que le siga y hácela entrar en la granja. A la vista de aquel horrible espectáculo de carnicería, y al reconocer entre las cabezas cortadas las de sus dos hijos, profiere gritos de terror, los cuales fueron oidos por algunos transeuntes. El mercader y su esposa fueron detenidos al punto, y muy pronto se les trasladó á Siberia.

Dícese que casi todos los años se renuevan atroces suicidios del mismo género en países y gobiernos muy distantes unos de otros.

Los scoptzis (mutilados)

No se ha llegado á saber aun si los scoptzis ó mutilados fundan su ley en algun pasaje de la Biblia; pero podria dudarse, toda vez que ponen en duda la verdad de las Santas Escrituras, pretendiendo que los Evangelios, y hasta el mismo Antiguo Testamento, han sido falsificados. El único ejemplar verdadero de la Biblia, segun ellos, seria el que estuvo largo tiempo en su posesion; pero Pedro III, el czar, su jefe supremo, y encarnacion la mas suprema de Cristo, segun su tradicion, dió órden de tapiarle en la cúpula de la iglesia de San Andrés del Wassili-Ostrow en San Petersburgo.

La mutilacion fanática á que estos sectarios se someten parece no tener ninguna relacion directa con su creencia, si puede darse este nombre á varias ideas aisladas, á ciertas abstracciones sin ilacion ni sistema.

Ellos dicen: Solo Dios Padre, único é indivisible, ha existido eternamente; y despues de crear el mundo, manifestóse bajo diversas formas. Como hijo, debe ser venerado en la persona de Cristo, que no era sin embargo mas que un *ispolnen blagodati* (lleno de gracias), y que no siendo el mismo Dios, no predicó ni enseñó sino por inspiracion divina. Como Espíritu Santo, Dios se revela por una emanacion eterna y

contínua en sus verdaderos hijos, los scoptzis; Cristo no ha muerto ni morirá jamás; hace diez y ocho siglos que está presente en la tierra bajo la forma de un sér que carece de sexo y que en nuestros dias es la de Pedro III. Por esta razon, la muerte de dicho príncipe, tal como la refiere la historia, es una mentira ó un torpe error, pues el cuerpo que se colocó en el ataud no era el suyo, sino el de un soldado puesto en su lugar. Pedro III huyó á Irkoutsk; y hé aquí porqué todo bien ó toda gracia no pueden llegar en lo sucesivo sino de Oriente. No tardará en presentarse para hacer su entrada en el Kremlin de Moscou al toque de la gran campana de la catedral de la Asuncion. Entonces llegarán los scoptzis, sus verdaderos discípulos, de todos los puntos de la tierra, á fin de agruparse á su alrededor; y comenzará con todo el esplendor del mundo el verdadero reinado de los scoptzis.

Estos sectarios no creen en la resurreccion de la carne, ni observan tampoco el domingo. Tienen cierta comunion mística, que consiste solo en encerrar en la tumba de uno de sus santos un pan, que recibe así una consagracion misteriosa.

El primer dia de Pascua, su única fiesta del año, comulgan con aquel pan.

Comunmente se reunen durante la noche que precede al domingo, y entréganse á una infinidad de ceremonias religiosas y prácticas extravagantes. Dánse el nombre de Korablik, pequeño buque, ó barquilla combatida por la tempestad. En sus reuniones entonan á veces á coro algunos cánticos, especie de melodías recitativas; y entonces, el sonido estridente de sus voces, el fuego sombrío de sus miradas, y la exaltacion que revelan sus semblantes, producen una impresion penosa, difícil de olvidar.

Estos sectarios han adoptado un lenguaje especial, y signos simbólicos de los cuales se sirven entre sí para reconocerse: uno de ellos consiste en poner sobre la rodilla derecha un pañuelo encarnado, y dar encima con la diestra.

En todas partes se encuentra entre ellos el retrato de Pedro III, representado con la cabeza descubierta, escasa barba negra, un pañuelo encarnado sobre la rodilla, y la mano derecha puesta sobre de él.

Esta secta es muy numerosa: muchos de los comerciantes en objetos de oro ó plata, y sobre todo los cambistas de San Petersburgo, Moscou, Odessa, Riga, etc., son scoptzis, por lo general sumamente inclinados al proselitismo. Dirígense particularmente á los soldados, y tratan de convertirlos, dándoles crecidas sumas de dinero, que algunas veces se elevan á varios miles de rublos. El que convierte á doce individuos adquiere la dignidad de apóstol.

En algunos gobiernos, como por ejemplo el de Orel, encuéntranse pueblos enteros cuya poblacion pertenece á esta secta. A primera vista no se observa entre ellos y los demás diferencia alguna; nada indica en el exterior el estado anormal de los sectarios; se ven como en todas partes casas bien construidas, perfectamente conservadas, donde viven mujeres y niños; y es que aquí, por excepcion, los scoptzis se casan, pero no tienen nunca mas de un hijo, despues de lo cual se someten á las prácticas de su deplorable supersticion. El scoptzi hace muy buen casado, y trata á su mujer y su hijo con la mayor ternura.

Los chlistis *(flagelantes)*

La doctrina de los chlistis (flagelantes) á quienes los scoptzis reconocen por hermanos, parece diferir muy poco; pero el gobierno la considera como mucho menos peligrosa, y no la persigue tan rigurosamente.

Preguntando á los flagelantes, tal vez se podria saber algo de positivo acerca de esos sistemas teológicos y filosóficos tan extravagantes y curiosos; mas parece que hasta ahora no ha creido nadie necesario tomarse tanta molestia.

Reunidos en una habitacion donde no hay ninguna imágen, los chlistis saltan y bailan en rueda, azotándose unos á otros: en el centro hay un cubo de agua, para que cada cual pueda mojarse la cabeza de vez en cuando, hasta que rendidos de cansancio, acaban por caer en tierra.

«Durante mi permanencia en Moscou, dice M. Haxthausen, tuve tres meses por secretario á un farmacéutico aleman arruinado, que habia dirigido largo tiempo un destilatorio en los alrededores de Rostoff, donde trabó conocimiento con algunos chlistis. Varias veces habia asistido á sus reuniones, y lo que me refirió sobre ellas excede á todo lo imaginable; pero como era un hombre perfectamente digno de fe, segun pude reconocerlo varias veces, no debí poner en duda nada de cuanto me dijo. Aseguraba por otra parte que los chlistis y los scoptzis mantienen frecuentes relaciones entre sí y se avienen perfectamente.

»Algunos sectarios le habian propuesto que asistiese á la asamblea, donde son admitidos los scoptzis una vez al año; pero con la condicion de que abrazase su creencia. Por grande que fuese su curiosidad, prefirió conservarse luterano como antes; mas á pesar de ello se quiso consi-

derarle como semi-adepto, sin hacer aprecio de su negativa, y refiriéronle detalladamente todo cuanto se hace en aquellas reuniones anuales.

»La verdad de todo cuanto se le habia confiado quedó demostrada mas tarde por los documentos y comprobantes de la policía, cuando sorprendió, en 1840, en una casa cerca de la Souchareva baschnia (torre de Souchareff) en Moscou, una partida de estos sectarios, que se disponian á comenzar su oficio divino.

»Hé aquí lo que se supo por el resultado de los interrogatorios:

»Pretenden que Adan ó Cristo fué el fundador de su secta, y que ellos únicamente son los depositarios de sus verdaderos preceptos y secretas instrucciones. Añaden que en tiempo del czar Alejo Michailowitsch, vivia en Novgorod una gran profetisa llamada María Possadnitza, mujer de un tal Odnodroretz, que habia compulsado todos los preceptos de su doctrina, formando varios volúmenes; pero estos escritos se han perdido, y jamás se conseguirá descubrirlos.

»La instruccion criminal de la policía no se fijó particularmente en el estudio de su dogma, ni se pudo recoger mas que algunos reglamentos aislados. No observan el domingo y reúnense dos veces á la semana en la noche del mártes al miércoles, y en la del juéves al viérnes, para celebrar su misa, que dura desde media noche hasta las cuatro de la madrugada.

»Aborrecen los perros, que en su opinion están poseidos del demonio, y prefieren los gatos. Los tarakanes negros (insectos) son, segun dicen, espíritus protectores, y por este motivo es un grave pecado darles muerte.

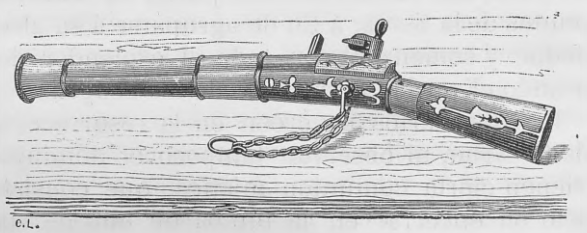
»Aunque Cristo sea el fundador de su secta, el neófito que asiste por primera vez á su oficio divino debe ultrajar la imágen del Salvador y escupirla. Todos los niños pertenecen á la comunidad, á la cual se les confia con grandes ceremonias cuando tienen cierto número de años.»

Los scoptzis se casan mas á menudo que los chlistis: estos últimos pasan de ordinario á la secta de los scoptzis, lo cual se considera como un ascenso en su categoría.

Preténdese que algunos campesinos que no pertenecian á ninguna secta desaparecieron súbitamente, sin haberles vuelto á ver mas, porque al saber que se habian casado con viudas de scoptzis, y teniendo conocimiento de la religion de sus mujeres, permitiéronse reprenderlas, hablando del hecho demasiado públicamente.

El detalle que voy á dar á conocer es tan espantoso y repugnante, que apenas podria creerse; pero está confirmado por testigos dignos de crédito.

Durante la noche que precede al primer dia de Pascua, los scoptzis y los chlistis se reunen á fin de asistir á un oficio divino en honor de la Vírgen. Durante la misa, una jóven de quince á diez y seis años, de la cual se ha conseguido el consentimiento fanatizándola, ó á fuerza de promesas, se introduce en una cubeta de agua tibia. Cuando está sentada, varias mujeres de avanzada edad se acercan á ella, practican una profunda incision en su seno, le cortan el pecho izquierdo, y contienen la sangre con una maravillosa destreza. Mientras dura este horrible suplicio, ponen en su mano la imágen del Espíritu Santo, para que, absorta en una piadosa contemplacion, no sienta tanto los padecimientos que la



Pistola tártara

ocasionan. Luego se pone en un plato la parte mutilada, córtase en pedazos, y distribúyense entre los adeptos presentes. Terminado este acto de hediondo canibalismo, la jóven se sitúa en un altar, y toda la congregacion comienza á bailar á su alrededor cantando:

po pliassachom.	dancemos
po gorachom.	saltemos
na Sionskouiou gorou . .	en la montaña de Sion

La danza se anima cada vez mas y se convierte en verdadero frenesí, hasta que la demencia llega á su colmo.

Los sectarios consideran á estas jóvenes como semi-santas: á la edad de diez y nueve años parecen ya viejas; comunmente mueren muy jóvenes, y pocas pasan de la edad de treinta años.

Encuéntranse individuos de esta secta chlistichina, y hasta en la de los scoptzis, que para mortificarse las carnes llevan sobre ellas círculos de hierro ó cilicios.

Uno de estos sectarios, visto por M. Haxthausen, llevaba sobre el pecho una pequeña cruz de cobre, y en la espalda una imágen del mismo metal. Uno y otro objeto estaban suspendidos del cuello por una delgada correa, y sujetos por una cadenilla que pasaba desde el pecho al hombro.

Los bezslowesstnies (mudos)

La secta de los bezslowesstnies (mudos) es mas misteriosa y aun menos conocida.

El que acepta su creencia debe hacerse mudo durante el resto de su vida.

La autoridad se ha esforzado inútilmente en obtener informes acerca de su doctrina. Algunos empleados de la administracion, poseidos de un excesivo celo, llegaron hasta el punto de someter á varios de aquellos individuos á duros tratamientos; pero siempre sin el menor resultado. Durante el reinado de Catalina II, un gobernador de Siberia hizo sufrir á algunos un verdadero martirio, que podria compararse con el tormento: se les hizo cosquillas en la planta de los piés; vertiéronles en el cuerpo gotas de cera ardiente; se les martirizó de todas las maneras imaginables; y todo lo sufrieron con estoicismo sin exhalar la menor queja ni proferir una sola palabra.

La secta del santo sudario

Entre las sectas fanáticas que se someten voluntariamente á un martirio parcial ó completo deben comprenderse aquellas que basan su creencia en un hecho místico cualquiera. Supónese que son muy variadas: basta, en efecto, el capricho, ó segun su lenguaje, la inspiracion de un individuo exaltado para fundar una.

Como ejemplo se pueden citar los sectarios de Cristo beatificado ó glorificado, que toman el santo sudario ó la imágen del Señor por único objeto de sus ceremonias religiosas. En las horas del recogimiento y del rezo se absorben de tal modo en la contemplacion del sudario, que olvidan el mundo entero, y trasportados por un piadoso éxtasis, parecen gozar de todos los placeres celestes. Esto es todo cuanto se refiere de esta secta.

Los sabatnikis (observadores del sábado)

No menos curiosa es la secta de los sabatnikis (observadores del sábado). El historiador Karamzine pretende que fué fundada en Novgorod, en 1470, por un judío llamado Zacarías. Este hombre llegó á convertir á muchos popes de la Iglesia rusa á la ley de Moisés; desde entonces, esta secta hizo muchos prosélitos; y á pesar de las rigurosas medidas adoptadas en 1503 por el gobierno para suprimirla, el número de sectarios en nuestros dias es muy considerable aun, sobre todo en Siberia. No conocen el hebreo, y solo se sirven de las traducciones del antiguo Testamento en lengua eslava. Esperan la llegada de un Mesías, y no creen en la resurreccion: el pueblo les considera como hechiceros y mágicos. En la imposibilidad de enumerar todas las demás sectas, nos limitaremos á citar aun dos: los malakanys (comedores de leche), y los doukhobortzis ó pneumatómacos (luchadores del espíritu), de que hablarémos muy pronto. Son, por lo demás, las únicas que M. Vereschaguine ha tenido la ocasion de estudiar.

Los malakanys (comedores de leche) —Su orígen.—Su historia.—Su doctrina —Diputacion enviada á Napoleon I.

Segun M. Haxthausen, la doctrina de los malakanys ofrece un sistema teológico y filosófico, infinitamente mas completo y desarrollado que el de todas las sectas precedentes. No obstante, los preceptos son tan generales y vagos, que no es raro hallar en un distrito principios que se consideran como fundamentales, mientras que en otro pueblo, aun el mas próximo, se reprueban por completo, ó solo tienen una importancia muy secundaria.

El orígen de esta secta y de la de los doukhobortzis no es conocido: una y otra aparecen á principios del siglo XVIII; pero no llegan á su completo desarrollo sido desde hace algunas generaciones.

Hé aquí algunos de los personajes que pasan por haber contribuido á su formacion.

Procopio Loupkin, simple strelitz, enseñó que habiéndose perdido el verdadero espíritu del cristianismo, habia recibido la mision de hacerle renacer: fué condenado á muerte y ejecutado en 1710. Antes de él, en 1684, un natural de Silesia, llamado Koulmann, habia ido á Rusia para predicar la doctrina de Jacobo Roehme. Fué quemado vivo.

A principios del siglo XVIII, un médico llamado Demetrio Twaritenew propaló doctrinas reformistas, aceptadas por los strelitz, muchos de los cuales acabaron por renunciar á todas las ceremonias exteriores del culto nacional. El último concilio que hubo en Rusia, en el año 1714, desechó y condenó estas doctrinas como heréticas.

En 1734 el gobierno ordenó se practicase una informacion para estudiar el carácter de un grupo de esta secta que acababa de manifestarse. Los sectarios creian en una revelacion interior, admitiendo solo espiritualmente los sacramentos, el bautismo, la Eucaristía, el matrimonio, etcétera. Pretendian que los visitaba ó inspiraba el Espíritu Santo, y haciendo contorsiones y movimientos extravagantes, acababan por ser presa de convulsiones y por profetizar. Es probable que esto fuera un resto de las antiguas herejías, y que su sistema, aun bastante imperfecto, sirviese mas tarde de base á la doctrina de los malakanys ó de los doukhobortzis (luchadores del espíritu).

Por lo demás, ninguna persona perteneciente

á las altas clases de la sociedad ó al clero, ha formado hasta ahora parte de esas sectas, compuestas de campesinos.

A excepcion de dos obras sumamente raras, estos sectarios no poseen ningun libro.

Uno de los dos escritos se atribuye á cierto profesor llamado Orestes Novitzki: preténdese que por un solo ejemplar de esta obra, una comunidad de dichos sectarios pagó hasta quinientos rublos.

Los malakanys aparecieron por primera vez en el gobierno de Tombow, y el pueblo les dió este nombre (comedores de leche), porque los dias de fiesta y de cuaresma no comen sino manjares confeccionados con aquella. El nombre con que ellos mismos se designan es el de *Istinie Cristiané* (verdaderos cristianos). Muy pronto se propagó la secta por el gobierno de Charkoff, donde, en el pueblo de Ochotsch, vivia, pocos años despues de la guerra de los siete años, un extranjero que al decir de algunas personas era un oficial prusiano hecho prisionero por los rusos, y que despues de haber aprendido su idioma se habia establecido en el país. Dotado de cualidades propias para subyugar á la multitud, supo granjearse la estimacion, el cariño y el respeto de los campesinos, de los cuales fué pronto amigo, consejero y por último director espiritual. Su doctrina halló, segun parece, el terreno ya preparado en una secta preexistente, pues de otro modo, el clero ruso, guardian vigilante de la ortodoxia, hubiera podido impedir la propagacion del nuevo sistema.

No teniendo hogar ni familia, aquel jefe de la secta iba de un vecino á otro, recibiendo por todas partes una cordial acogida. Por la noche reunia á su alrededor la familia de su patron, leia en alta voz la Biblia, y explicaba los pasajes. Continuó con este género de apostolado durante toda su vida: su nombre se ha conservado desconocido, é ignórase, con doble razon, si era verdaderamente cuáquero, como lo pretenden algunos. Todo cuanto podria decirse con bastante seguridad es que él fué quien dió á la secta un carácter mas preciso.

En el distrito de Melitopol, del gobierno de Táurida, M. Haxthausen ha visto malakanys establecidos en tres pueblos situados sobre el Malotschina, entre las colonias mennonitas y los tártaros nogais. Estos pueblos, conocidos con los nombres de Novo-Wassilkowo, Astrachanka y Novo-Spask, estaban habitados por tres mil sectarios. Las casas tenian un aspecto muy agradable, y los campesinos, de carácter algo astuto, distinguíanse por su buen órden y aparente bienestar: la agricultura y la cria del ganado prosperaban muy bien.

Uno de los sectarios dió por escrito al viajero un resúmen de la fe de los malakanys.

Hé aquí de qué modo explican algunos mandamientos de Dios:

En cuanto al segundo, dicen: «Nosotros no toleramos en nuestras casas la presencia de ninguna imágen hecha de mano de hombre y con la cual se pretenda representar la divinidad: no reconociéndolas ninguna virtud, no creemos deber convertirlas en objeto de un culto religioso, ni elevarles nuestras oraciones.»

Se fundan en el tercer mandamiento para considerar como pecado el acto de prestar juramento.

Interpretan el cuarto de tal modo, que el domingo es para ellos el dia de la resurreccion de Cristo, y no como el del sábado (reposo).

Celebran el domingo y las fiestas con la oracion, los cánticos y la lectura de la Biblia.

Al mandamiento en que se ordena se obedezca á los padres, agregan el deber de someterse á la voluntad del czar y á las autoridades.

Respecto al quinto, dicen: «Hay dos especies de muerte: la física, que se comete por medio de un arma, del veneno, etc., y que no es un crímen cuando se consuma por la defensa del trono del czar ó de la patria; y la muerte moral, que es cuando con palabras engañosas ó halagüeñas se desvia á una persona del cumplimiento de sus deberes y del sendero de la verdad; ó tambien cuando con el ejemplo se excita á un semejante á cometer actos que llevan consigo la condenacion eterna. El que ofende, injuria ó aborrece á su prójimo, comete del mismo modo un homicidio, pues como lo dice San Juan, el que aborrece á su prójimo es un asesino de hombre.»

Como consecuencia del octavo mandamiento, comprenden la violencia, la ratería, la astucia, el abuso de confianza, etc., en el mismo rango que el robo y la codicia.

Al noveno mandamiento aplican el falso testimonio, la burla, la lisonja y la mentira.

Por el décimo entienden que se deben dominar las pasiones.

«En resúmen, dicen, creemos firmemente que los diez mandamientos se reducen á dos puntos principales: el amor á Dios y al prójimo.»

Lo que admiró sobre todo á M. Haxthausen fué hallar entre los malakanys una traduccion de los escritos de Juan Stilling: el pasaje en que se trata del reinado de mil años es el que aprecian mas, creyendo ver una alusion positiva á su secta. Afirman que durante esta larga serie

de años reinarán sobre la tierra con Jesucristo.

Semejante creencia indujo en 1833 á un tal Terentí Beloiorew á titularse profeta ó enviado de Dios, con la augusta mision de anunciar la próxima llegada del período de mil años. Ordenó, pues, á los malakanys que hicieran penitencia y se preparasen dignamente para la llegada de aquella era de salvacion por medio del ayuno, la abstinencia y el rezo. Prohibióles toda especie de trabajo, excepto el indispensable para su subsistencia, y aseguró que el acontecimiento debia realizarse despues de una prueba de dos años y medio.

Interrogado sobre cómo podia conocer tan bien el porvenir y la voluntad del cielo, contestó que era el profeta Elías, llegado para anunciar la venida de Cristo, y que su compañero Enoch habia ido con el mismo objeto á Occidente. Dió á conocer tambien el dia en que iba á subir al cielo. Efectivamente, no tardó en llegar este dia: en el lugar designado para el milagro habíanse reunido miles de malakanys procedentes de todos los puntos de Rusia. Muy pronto se presentó Terenti, sentado majestuosamente en una carreta; ordenó á la multitud que se prosternara, y extendiendo los brazos, como el águila que despliega sus alas para emprender el vuelo, quiso lanzarse en el espacio; pero ¡ay! el pobre profeta volvió á caer lastimosamente en tierra, hiriendo á una mujer que se hallaba muy próxima. Siguióse de aquí un tumulto espantoso: los malakanys, pálidos y enflaquecidos por la abstinencia, llevaron muy á mal aquel triste resultado, y agobiando de injurias y recriminaciones al profeta, acabaron por hacerle disgustarse de su escabroso papel, atándole de piés y manos para entregarle al tribunal del distrito.

Terenti no se abatió por esto ni perdió la serenidad, y léjos de ello, continuó asegurando que era Elías, el enviado de Dios. Las cadenas con que le sujetaron para impedirle que volase de veras, no sirvieron sino para fortalecerle en su monomanía; pero despues de estar algun tiempo en la cárcel, y de haber hecho muchas tristes reflexiones sobre las vicisitudes del mundo y la dificultad de desempeñar un papel bíblico, acabó por olvidar al fin que era Elías, y hasta se alegró de recobrar la libertad, contentándose con el modesto nombre de Terenti, que por lo menos no era usurpado. Persistió, sin embargo, hasta el fin de sus dias en predecir la llegada próxima del reinado de mil años, y dejó tras sí un número bastante considerable de discípulos, que aun hoy se reunen á veces varios dias y noches para orar y cantar salmos. Algunos de esos hombres, creyéndose inspirados de repente, comienzan á saltar y gesticular, hasta que les sobrecogen convulsiones, y entonces profetizan.

Muchos de ellos han emigrado á Georgia, con autorizacion del gobierno, para establecerse junto á las colonias de luteranos del Wurtemberg; y allí contemplan la cima del majestuoso Ararat, y el resplandeciente arco-íris del arca de Noé, prenda de la reconciliacion divina.

Se censura á los malakanys de la Malotschna el haberse fundado en el libro IV de Moisés, capítulo XXXVI, versículo 6, para convertir sus tres pueblos en asilo clandestino de hombres de mal vivir y de malhechores. Allí se han encontrado monederos falsos, estafadores de todo género, y monjes fugados de sus conventos, lo cual obliga de continuo á la policía local á practicar pesquisas y visitas domiciliarias.

Los malakanys, por lo regular, de carácter tranquilo, son amantes del órden y la paz, aunque se entregan á veces á extravagantes actos de fanatismo religioso. Hace algunos años que en el gobierno de Saratoff se precipitó un malakany como un loco contra las filas de una procesion que recorria la ciudad de Nikolaieff, arrancó una imágen de manos de la persona que la llevaba, y la pisoteó. Su triunfo fué de corta duracion, pues apenas recobrado el pueblo de su estupor, dió muerte al malakany allí mismo.

Entre estos sectarios se han conservado vagas tradiciones sobre los altos hechos y las hazañas de Napoleon. Cuando la campaña contra Rusia, dieron en la manía de que el conquistador francés era el leon del valle de Josafat, del que hablan sus antiguos salmos, y que venia para destronar al falso emperador y devolver la corona al verdadero czar blanco. Los sectarios del gobierno de Tambow resolvieron, pues, enviarle una diputacion, cuyos individuos, vestidos de blanco, saldrian á su encuentro para felicitarle.

Estos singulares diputados cruzan la Pequeña Rusia, penetran en Polonia hasta el Vístula, y allí son hechos prisioneros. Solo uno consiguió escapar y volver á su país; los demás desaparecieron y no se oyó hablar mas de ellos.

Seria imposible no considerar á los malakanys como una secta cristiana; pero no se podria decir otro tanto de los doukhobortzis cuando examinamos lo que se puede conocer de su doctrina.

Los doukhobortzis (luchadores del espíritu).—Su orígen.—Su doctrina.—Sus profetas.

Segun hemos dicho antes, la época á que se remonta el orígen de los doukhobortzis es muy dudosa; pero segun todas las probabilidades, son

mas modernos que los malakanys; hasta se puede admitir que esta secta nació del malakanismo, y que habiéndose desarrollado simultáneamente en varias partes del imperio, acabó por fusionarse en un solo sistema, recibiendo una sola y misma denominacion.

Los doukhobortzis pretenden descender en línea recta de uno de los tres jóvenes que no queriendo adorar á Nabucodonosor, fueron arrojados á un horno. Sin embargo, no poseen ningun documento escrito ni crónica alguna en apoyo de este mito.

El arzobispo de Ekaterinoslaff, Ambrosio, quien se encargó en 1785 de hacer investigaciones sobre su doctrina, fué quien les dió el nombre de doukhobortzis. Hé aquí su derivacion: *Douch* significa el espíritu ó el alma, y *borottsa* lucha. Aquí hay un equívoco: ¿luchan por el alma ó contra ella? La segunda acepcion es probablemente la que Ambrosio tuvo en el pensamiento (luchando contra el espíritu); pero los sectarios, al adoptar ellos mismos esta denominacion, tomáronla en sentido inverso, y se titularon *luchadores por el espíritu*. La mayoría del pueblo ruso los llama fracmasones, y algunas veces otschelnikis (reclusos), y tambien ikonobortzis (iconoclastas).

Los doukhobortzis aparecieron por primera vez en el gobierno de Ekaterinoslaff; mas no tardaron en diseminarse en todas las partes del imperio, en la antigua Finlandia, en la isla Oesel, Moscou, Kalouga, Koursk, Woroniej, Charkoff, Tambow, Saratow, el país de los cosacos del Don, el Cáucaso, Irkoutsk, y hasta el Kamtschatka.

Parece que los doukhobortzis no han tenido jamás jefe supremo de toda la secta: sus diversos distritos están á veces en lucha unos con otros, y parecen no tener relacion alguna entre sí. A largos intervalos se ve surgir algun jefe aislado que ejerce durante su vida absoluta autoridad en el distrito donde nació ó á que pertenece.

Así, por ejemplo, hácia la segunda mitad del siglo XVIII apareció en el pueblo de Nikolsk, en el gobierno de Ekaterinoslaff, Silvano Kollessnikoff: los doukhobortzis, que en 1791 fueron sometidos al informe que antes hemos citado, hablaban de él muchos años despues de su muerte con gran veneracion. Preténdese que sabia leer y escribir, lo cual era cosa muy rara en un campesino de entonces. Dotado de natural ingenio y de una gran elocuencia, observaba una vida austera que le valió el respeto de todos los sectarios. Dueño de una regular fortuna, gustábale hacer bien, y gracias al imperio que por su carácter ejercia sobre la multitud, su casa llegó á ser el centro donde se debatian todos los intereses de la secta. Consagraba los domingos y dias de fiesta á la enseñanza; y al morir trasmitió su autoridad á sus dos hijos, Cirilo y Pedro, quienes la conservaron durante toda su vida.

Pero el mas célebre de todos los jefes, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, es sin disputa J. Kapoustin.

La mas completa oscuridad rodea su nacimiento y su vida hasta el momento de su aparicion como jefe de la secta. Si hemos de creer ciertos rumores, habia sido siervo, y su amo y señor le obligó á sentar plaza de soldado para castigarle por un crímen ó por una falta cuyo género no se especifica (1).

Salió de San Petersburgo para venir á establecerse, como oficial subalterno retirado, en el gobierno de Tambow, en medio de la secta de los malakanys, que era muy numerosa. No se sabe positivamente si pertenecia á ella; pero muy pronto despues de su llegada, erigióse en profeta y comenzó sus predicaciones. El número de sus prosélitos llegó á ser muy pronto considerable; y aquella nueva enseñanza, introducida entre los malakanys, hizo nacer entre ellos divisiones y disputas religiosas que decidieron á los partidarios del nuevo jefe á separarse de la secta madre, y á ir al distrito de Melitopol, del gobierno de Táurida.

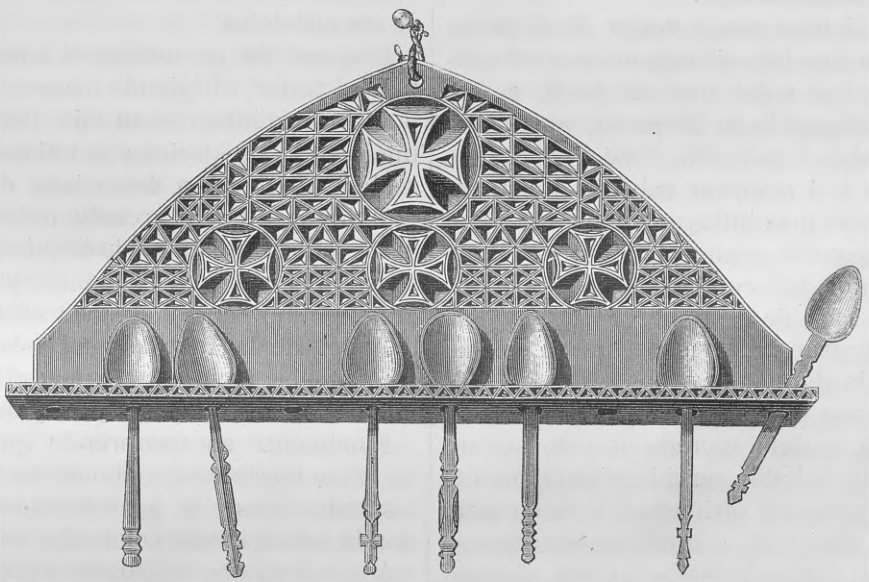
Ya en 1801 el resto de los doukhobortzis del pueblo de Nikolsk, del gobierno de Ekaterinoslaff, habian obtenido del emperador Alejandro permiso para establecerse en número de treinta familias sobre el Malotschna. Favorecida por la posicion, y libre de las vejaciones y arbitrariedades, no tardó la colonia en florecer, llamando la atencion de los doukhobortzis de todas las demás partes del imperio; y á esta colonia se agregaron los discípulos de Kapoustin despues de su salida del gobierno de Tambow. La autoridad no se opuso á conceder el permiso.

La importancia de Kapoustin creció de punto en aquel nuevo teatro: su agradable aspecto, su imponente figura, sus brillantes cualidades y elocuencia subyugaron los ánimos; todos se sometieron voluntariamente á él, aceptando su autoridad, y reinó sobre ellos como rey absoluto. Supo fortalecer la creencia de los doukhobortzis sobre la metempsícosis; enseñó que Cristo renace en cada verdadero creyente; que cada hom-

(1) Esto seria una excepcion de la regla, pues se ha visto que la doctrina de los doukhobortzis no se ha propagado sino entre los campesinos libres de la corona, los cosacos, etcétera, y jamás entre los siervos.

bre está penetrado del Espíritu divino; y que al encarnarse el Verbo habia llegado á ser, como todas las obras que salen de la mano omnipotente de Dios, una manifestacion continua y eterna que se reproducia sin cesar sobre la tierra; pero que cada hombre formaba aquí abajo, mientras existiese el mundo, un sér aparte, una individualidad separada y distinta.

La primera vez que Dios quiso encarnarse, eligió el cuerpo del hombre mas puro y perfecto de la tierra, el de Jesucristo; y hé aquí por qué el alma del redentor de la humanidad llegó á ser tambien el alma mas pura y perfecta del mundo. Desde la realizacion de este divino misterio, Dios no ha cesado de habitar la tierra y animar el cuerpo de todos los fieles; el alma de Cristo, sublime por su elevado orígen, y sufriendo la ley de la metempsícosis, ha pasado tambien al cuerpo de un hombre. ¿No ha dicho Jesus: «Permaneceré entre vosotros hasta el fin de los siglos?» Así es como de un siglo en otro, pasando de generacion en generacion, el alma divina de



Cucharero de los campesinos armenios

Cristo ha residido en una serie de hombres; pero por su orígen superior y por una gracia particular de Dios ha conservado, durante su permanencia temporal en el cuerpo imperfecto de un hijo de los hombres, el recuerdo y la conciencia de su extraccion divina. En los primeros siglos del cristianismo, esta verdad era conocida de todos, y cada fiel podia decir quién era aquel cuyo despojo mortal servia de tabernáculo al alma de Cristo. Respetado de todos, ese hombre favorecido era el guia de los cristianos, el juez y árbitro supremo de todas las disidencias religiosas. El hombre en quien habitaba el alma de Cristo llamábase entonces Papa; pero mas tarde surgieron algunos papas falsos, que usurpando esta dignidad, ocuparon el trono del Hijo de Dios. Jesus no conservó cerca de su persona mas que un reducido número de fieles, como ya lo habia dicho en el Nuevo Testamento: «Serán muchos los llamados, pero pocos los elegidos.»

«Estos elegidos, decia Kapoustin, son los doukhobortzis, entre los cuales reside siempre Jesus, animando á uno de ellos con su alma. Tal era Silvano Kolesnikoff, del pueblo de Nikolsk, que muchos de vosotros habeis conocido tal vez. Era verdaderamente Cristo, como yo lo soy ahora, tan cierto como que el cielo resplandece sobre mi cabeza y mis piés pisan la tierra. En verdad os digo que soy Cristo, vuestro señor; prosternaos y adoradme.»

Y todos se arrodillaban efectivamente para adorarle y servirle.

Los doukhobortzis se establecieron en nueve pueblos, situados sobre el Malotschna: en 1833 su poblacion se elevaba á unas cuatro mil almas.

Kapoustin introdujo entre ellos la comunidad de los bienes: el cultivo de los campos se hacia por igual, y del mismo modo se distribuia la cosecha. Mandó establecer graneros en abundancia; introdujéronse con éxito varios ramos de la industria, entre otros la fabricacion de cinturones y bonitos gorros de lana; y acrecentándose la colonia rápidamente, floreció de una manera notable.

Hácia el año 1814, Kapoustin fué acusado de proselitismo, cayó en manos de la policía y redujéronle á prision; pero salió muy pronto bajo fianza.

A contar de aquel dia, rodeóse del misterio, y se le hizo pasar por muerto y enterrado; pero la autoridad, que tenia buenos motivos para no dar crédito á estos rumores, mandó abrir su tumba para sacar el ataud, dentro de cual se vió un cadáver con larga barba rojiza, mientras que Kapoustin era moreno y jamás se dejaba la suya; el resto del semblante y las demás partes del cuerpo no se reconocian ya.

Hacia algun tiempo que la mujer de Kapoustin habitaba en una isla situada en la confluencia del Malotschna y del mar de Azoff, á una media legua del pueblo de Torpenia, antes residencia habitual de Kapoustin. Poco á poco, bajo el pretexto de ir á comprar caballos á Louian, los doukhobortzis mas influyentes pidieron con frecuencia pasaporte, y ausentáronse por largo tiempo. La autoridad concibió sospechas; giró una visita á la casa de la supuesta viuda, y dispuso se practicaran algunas pesquisas que no dieron resultado alguno; pero mas tarde, en 1820, cuando Kapoustin murió en realidad, descubrióse cerca de la antigua morada de este jefe un subterráneo que le habia servido probablemente de refugio durante los últimos años de su vida. Una estrecha abertura, cerrada en otro tiempo por una puerta, conducia desde la orilla, siguiendo un estrecho y tortuoso pasadizo, á una especie de gruta, en cuyo fondo veíase un lecho y un calorífero. La luz penetraba por la parte mas alta á través de un conducto, cuyo orificio, en la superficie del suelo, estaba cubierto de ramaje.

Despues de la muerte de Kapoustin, la dignidad de Cristo pasó á su hijo. Durante su vida, el profeta habia enseñado que el alma del Salvador, residiendo en él, tenia el poder de pasar á su antojo al cuerpo de otro hombre, y que era su hijo quien estaba llamado á ocultar aquel huésped celeste. Este hijo se llamaba Hilarion Kalmikoff: para redimir al jóven del servicio militar, Kapoustin habia enviado á su esposa, cuando estaba en cinta, á casa de su negro Kalmikoff, donde dió á luz al jóven Hilarion. Despues volvió con el niño á casa de su marido, que casó con ella por segunda vez, adoptando su hijo.

Hilarion tenia quince años cuando su padre murió: dotado de poca inteligencia, entregóse á la embriaguez; y entonces se introdujo el desórden entre los sectarios: el uso de la comunidad de bienes, que muy difícil de establecer y conservar supone ante todo una gran concordia, no pudo conservarse ya, y sucedióse una completa decadencia en la colonia, que habia sido tan próspera bajo la autoridad de Kapoustin, su profeta.

Hilarion Kalmikoff murió en 1841, desterrado en Achaltsik, dejando dos niños de corta edad, única esperanza de los doukhobortzis. Hoy esperan que uno de los dos seguirá las huellas veneradas del abuelo, manifestándose como Cristo.

Entre tanto, los jefes y ancianos de la secta se han apoderado de la autoridad y abusan de ella con despotismo. Durante su vida, Kapoustin habia instituido un consejo compuesto de treinta consejeros, doce de los cuales hacian las veces de sus apóstoles.

Despues de su muerte el consejo se arrogó todo el poder, dirigiendo los asuntos aun durante el débil reinado de su hijo. Por otra parte, se inició en los misterios y prácticas secretas de la secta á un número demasiado considerable de individuos, y de aquí resultó naturalmente entre todos la desconfianza y la inquietud. Temiéronse las intrigas y las traiciones, y á fin de evitar el peligro, el consejo de los treinta se erigió en tribunal de la Inquisicion, estableciendo por principio la siguiente máxima: «El que reniegue de su Dios debe morir bajo el puñal.»

Finalmente se comprende que así pusieron un arma terrible en mano de los intrigantes, de los ambiciosos y de los calumniadores. La casa donde este tribunal celebraba sus sesiones llamábase *Rai i mouka* (paraíso y tormento).

Para las ejecuciones se habia elegido una isla situada en la desembocadura del Malotschna; y bastaba la mas ligera sospecha, el menor indicio de apostasía ó de traicion, para ser sometido al tormento y cruelmente ejecutado despues.

En el trascurso de dos años desaparecieron de repente cerca de cuatrocientos individuos, sin dejar casi huellas. Un informe, por desgracia demasiado tardío, permitió á la autoridad descubrir una infinidad de crímenes atroces, todos ellos impunes, habiéndose encontrado cuerpos que se enterraron vivos, y cadáveres mutilados. La comision encargada de instruir el informe no empleó menos de cuatro años, desde 1835 á 1839, para compulsar y esclarecer los hechos. Por último, el emperador ordenó que todos los doukhobortzis del Malotschna fueran conducidos á las provincias del Cáucaso, y colonizados, para que se les sometiera á una vigilancia rigurosa. No se debia exceptuar sino á los que consintieran volver al gremio de la Iglesia ortodoxa. Esta órden les fué comunicada por el general gobernador de la Nueva Rusia y de Besarabia, el príncipe de Worontzoff.

En su consecuencia, la mayor parte de los

sectarios mas comprometidos fué trasladada al Cáucaso con sus familias, formando un total de ochocientos individuos. En 1842 se enviaron ochocientos mas, y en 1843 novecientos. Muchos de ellos, sin embargo, prefirieron permanecer en el Malotschna y someterse á la condicion impuesta; y hasta algunos han vuelto de su destierro, donde su situacion es en general bastante triste, para adoptar la religion griega. Si el gobierno estableciera entre ellos buenas escuelas, enviándoles sacerdotes capaces, piadosos y bien intencionados, habria tal vez probabilidades de obtener resultado (1).

En 1816 ó 1817 hicieron un viaje á Rusia dos cuáqueros, Allan de Inglaterra y Estéban Grillet de Pensilvania.

Pretendíase entonces que los doukhobortzis y los cuáqueros tenian poco mas ó menos la misma doctrina. El emperador Alejandro, á quien fueron presentados estos dos viajeros, recibiólos con la mayor benevolencia, y les invitó á ir á ver á los doukhobortzis para reconocer el hecho. Dirigiéronse pues á las orillas del Malotschna, donde el director de la colonia de los mennonitas, el consejero de Estado Coutenius, les proporcionó una entrevista con los sectarios mas influyentes. Kapoustin habia muerto ya, ó permanecia invisible en su retiro: la discusion se entabló por medio de un intérprete, y duró medio dia. Entre los doukhobortzis se hallaba un tal Grishka, hombre de ingenio y buen juicio: todas sus respuestas eran muy reservadas, y algunas veces hasta evasivas y enigmáticas; pero los cuáqueros no se desanimaron por esto; mantuviéronse firmes, y al fin acabaron por poner al sectario entre la espada y la pared, es decir, en el caso de contestar categóricamente con un sí ó un no.

«¿Creeis que Jesucristo sea el hijo de Dios y la segunda persona de la Trinidad?» preguntáronle al fin los cuáqueros.

«Creemos simplemente, contestó, que Jesucristo era un hombre virtuoso, y nada mas.»

Al oir aquella blasfemia, los dos extranjeros estuvieron á punto de caer al suelo, y cubriéndose los ojos con la mano exclamaron con horror: «¡Oh tinieblas!»

Al dia siguiente tomaban el coche para volver á su país.

«Aproveché mi permanencia entre los mennonitas del Malotschna, dice M. Haxthausen, para acercarme á los doukhobortzis, que M. Kornies ofreció darme á conocer.

»El 7 de agosto de 1843 nos dirigimos al pueblo de Bogdanorka, donde obtuvimos en casa de un doukhobortzi, particularmente conocido de mi compañero, generosa hospitalidad. La mitad del pueblo se reunió muy pronto alrededor de aquella morada: el aspecto de las habitaciones, y el arreglo y distribucion interior no diferian en nada del de las casas de los demás campesinos de los alrededores, pero notábase mas comodidad, mas órden y aseo. Los hombres, las mujeres y los niños que ví, así en la calle como en las casas, llamáronme la atencion por la belleza de sus formas, su vigor y su aspecto de salud verdaderamente notable (2).

»El interior de la casa donde nos habíamos alojado se asemejaba al de todas las habitaciones de los campesinos rusos; pero no ví la imágen santa, con una pequeña lámpara encendida, que adorna siempre uno de los rincones del cuarto. La conversacion recayó muy pronto sobre un asunto religioso, y aunque mi ignorancia de la lengua rusa no me permitiese comprender el sentido, debí no obstante admirarme de la facilidad y aplomo con que se expresaban los sectarios, y la inteligencia que brillaba en la mirada de los dos principales oradores, uno de los cuales era un anciano de barba blanca, y el otro un hombre de treinta años cuando mas. Siempre que debieron tocar á los principios de un órden elevado y á las creencias fundamentales de su doctrina, hacíanlo con una habilidad, una reserva, un tacto verdaderamente asombrosos; y expresábanse con una profusion de metáforas, de alegorías y de palabras de doble sentido, que hubieran hecho honor al mas consumado dia-

---

(1) El apreciable autor del interesante opúsculo titulado: *La legislacion rusa bajo el punto de vista de la libertad de conciencia*, expresa la conviccion de que el único medio digno y eficaz para imbuir en aquellas sectas doctrinas mas sanas seria consagrar en todo el imperio el principio de la libertad de conciencia.

(2) No se puede extrañar esto, añade el autor, cuando se sabe que los doukhobortzis matan sin consideracion alguna á todos los niños raquíticos, contrahechos ó enfermizos, bajo el pretexto de que, segun ellos dicen: «El alma, esa imágen de Dios, debe habitar siempre un cuerpo noble, sano y fuerte. Si le encontramos bajo una cubierta indigna, nuestro deber es libertarla de su prision. Desprendida así el alma de los lazos que la retienen cautiva, puede cuando menos, por la ley de la metempsícosis, elegir un cuerpo mas conveniente. Esto no es un asesinato, porque el niño no tiene aun la conciencia de sí mismo; seria otra cosa si privárámos de la vida á un adulto; entonces sí, cometeriamos el asesinato »

Por lo demás, preténdese que no son solamente los herejes místicos los que practican tan horribles crímenes. Una secta de los bezpopovtzi, extraviada por el mismo principio, es decir por el disgusto de la vida terrestre, y por lo tanto hostil á la perpetuidad de las generaciones, mata tambien, segun dicen, á los recien nacidos. Al proceder á la limpieza de un estanque del pueblo de Sopelki, en la provincia de Laroslat, casi toda ella poblada de bezpopovtzi, se encontró un gran número de cadáveres de niños asesinados.

léctico. Temiendo atemorizarles ó incurrir en su desagrado, no pude tomar ninguna nota en su presencia; y por lo tanto no hablaré sino de la impresion general que en mí produjo aquella interesante conversacion. Era una mezcla extraña de pensamientos verdaderamente sublimes, y de aplicaciones toscas y materiales, sobre todo cuando al salir de la esfera de la abstraccion, llegaban á la práctica, ó la vida verdadera. Aquí comprendí al fin cómo un misticismo exagerado puede conducir al ateismo. El culto que se rinden á sí mismos les induce á negar la existencia verdadera de Dios. El bien ó el mal, la virtud ó el crímen, no tienen significacion ni valor sino en tanto que se refieren al yo ó al no yo. El doukhobortzi es impecable como Dios; el que no pertenece á su secta es un hombre malo, incapaz de obrar honradamente, y todo cuanto hace, aun el bien aparente, no es mas que crimen y pecado.

»Despues de aquel coloquio fuímos á visitar varias habitaciones, á fin de iniciarnos todo cuanto fuese posible en los misterios de la vida doméstica de los doukhobortzis. En aquella ocasion, M. Kornies me hizo observar algunas singulares relaciones que existen entre los padres y sus hijos. Dios y la naturaleza (ó la tierra) son el padre y la madre de todos; y por eso los hijos de los doukhobortzis no dan jamás el nombre de padre y madre á los autores de sus dias; solo les llaman el *viejo* y la *vieja;* mientras los maridos dan á sus mujeres el calificativo de hermanas.

»Sin embargo, las leyes de la naturaleza, y el amor instintivo á los hijos, prevalecen contra los principios y triunfan de las sutilezas del espíritu; y así es que observé entre ellos el mayor afecto á la progenie, y el respeto filial que caracteriza particularmente á la clase baja en Rusia. La única diferencia está en que evitan todas las demostraciones exteriores.

»Preguntéles porqué no se sometian á los reglamentos de la Iglesia rusa, atendido que, segun sus principios, es de todo punto indiferente observar ó no prácticas y ceremonias religiosas. Habiendo aceptado la autoridad secular, y sometídose á las leyes políticas del país, hubieran podido admitir igualmente el culto establecido, reconociendo el poder espiritual. Contestáronme que Silvano Kalmikoff, en efecto, les habia enseñado á someterse á las leyes y á los reglamentos establecidos en el país, y tambien aceptar, por lo menos en cuanto se refiere al culto exterior, las prescripciones de la Iglesia. Nos aconsejaba, me dijeron, que fuéramos de la religion griega en Rusia, católicos romanos en Polonia, y mahometanos en Persia ó en Turquía.

»Además, pretendian saber de buen orígen que algunos de sus correligionarios, establecidos en Persia, se habian sometido al culto del islamismo (1). A pesar de su profundo desprecio á los bienes de este mundo los doukhobortzis se muestran ávidos, y hostiles á sus vecinos de otra religion diferente. Cuando algunos de los malakanys del gobierno de Tambow fueron á establecerse en el Malotschna, los doukhobortzis dieron tantas quejas, que fué preciso instalar á los recien llegados entre los mennonitas y los tártaros.

»La estepa pertenecia en otro tiempo al pueblo nómada de los tártaros llamados nogais. Los de la horda Bondjak se establecieron no léjos del Malotschna; y extendiéndose cada vez mas, los doukhobortzis invadieron muy pronto los ricos pastos de sus vecinos, que codiciaban hacia largo tiempo, expulsando á los pobres tártaros. Estos dieron queja á la autoridad local; pero mas diestros, y poseyendo casi todos fortuna, los doukhobortzis consiguieron á fuerza de constancia, de mentiras, de astucia, de falsos juramentos, y tal vez de corrupcion, que se les adjudicaran las tierras en litigio. Entonces, los pobres tártaros á quienes aquel acto injusto privaba de los pastos necesarios para el mantenimiento del ganado, viéronse en la precision de emigrar á las orillas del Danubio en número de seiscientos individuos.

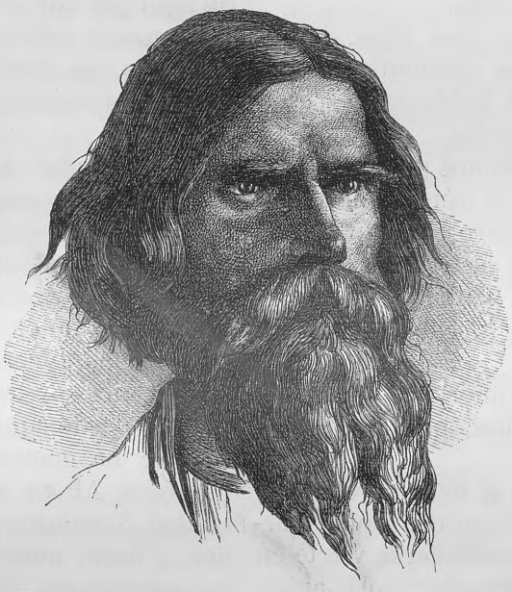
»El 28 de julio visité con J. Kornies el pueblo de Terpenie, que durante muchos años habia sido residencia de Kapoustin, y tambien del gobierno interior de la secta.

»Terpenie está situado en un país muy pintoresco, sobre las escarpadas orillas de un riachuelo de corriente bastante rápida, cuyos declives están coronados de árboles y arbustos.

»Nos dirigimos desde luego hácia la casa de Kapoustin, situada sobre una pequeña elevacion que domina el pueblo, y apoyada en un ángulo formado por la reunion de dos montecillos. A la derecha del camino, y como á unos cien pasos de la entrada principal, veíase un pozo, y enfrente, en el lado opuesto, tres ó cuatro pequeñas cabañas alineadas una junto á otra, con una puerta y una sola ventana. Una puerta cochera conducia al interior del patio, circuido de un tabique de tablas; á la izquierda veíanse varias

(1) Los bohemios, como es sabido, observan los mismos principios. En Turquía se dejan circuncidar; entre los cristianos bautizar; en los países católicos observan su religion, y pasan por protestantes en los que están sometidos al protestantismo.

celdillas, y á la derecha, la habitacion misma de Kapoustin. En el interior habia un segundo patio, donde se hallaba el alojamiento principal del jefe de la secta, y á pocos pasos elevábanse tres estatuas informes de piedra, por el estilo de aquellas que se encuentran algunas veces en medio de las estepas solitarias del mediodía de Rusia; parecian mudos testimonios de la existencia de un pueblo que desapareció de la tierra, y del cual se ha olvidado hasta el nombre. Veíanse enfrente las celdas habitadas en otro tiempo por los doce apóstoles y los treinta consejeros de Kapoustin. Entramos con un doukhobortzi, convertido á la ortodoxia, en la casa de su antiguo jefe. El interior era la imágen de la tristeza y de la soledad; por puertas y ventanas, abiertas hacia muchos años, penetraba el viento silbando por todas partes: habia dos pisos y una larga galería en forma de balcon, que se corria á lo largo del segundo: allí era donde solia situarse Kapoustin para predicar y hablar á los sectarios reunidos en el patio. Cuando concluia,



Director-profeta de la secta de los malakhanys

arrodillábase la multitud y le adoraba. Otras veces iba á sentarse en una gran sala; por una puerta entraban los hombres, y por otra las mujeres; avanzaban procesionalmente, y uno despues de otro iban á besarle la mano y á recibir su bendicion. En aquella sala fué tambien donde celebró mas tarde sus sesiones el terrible tribunal, y donde se instaló «el paraíso y el tormento.» Cada ángulo, cada separacion, segun me dijeron, tenia un nombre y una significacion particular; pero el doukhobortzi, nuestro cicerone, á quien Kornies interrogó sobre el particular, contestónos evasivamente, encerrándose en un sombrío silencio. En el piso bajo habia una sala sin ventanas destinada para los misterios y prácticas secretas de la secta, en la cual se entregaban á veces á odiosos excesos Kapoustin y sus afiliados.

»La mañana era hermosa, y el cielo estaba puro y sereno; pero la vista de aquella habitacion desierta, olvidada en medio de una lúgubre soledad, y el recuerdo de las sangrientas y sórdidas escenas allí ocurridas produjeron en mí una penosa opresion.»

XVIII

COLONIAS DE PNEUMATÓMACOS Y DE MALAKHANYS

Una colonia de doukhobortzis ó pneumatómacos (luchadores del espíritu).—Slavianka.—Origen de la colonia.—Una visita de Alejandro I.—El dogma de los pneumatómacos.—Ingenuidad.—Una anécdota.—El culto.—Presencio una ceremonia.—Las almas.—Explicacion.—Desconfianza.—Un nuevo gobernador.

Hechas las indicaciones que preceden y que han debido preparar el ánimo del lector para seguir el relato, devolveremos la palabra al viajero. Su testimonio, expuesto con veracidad y buena fe, no es menos precioso que sus dibujos: no ha tenido la pretension de estudiar profundamente el espíritu de las sectas, de las cuales ha visto solo algunos individuos rústicos, y manifiesta sencillamente lo que ha observado.

Asegúrase que un profesor de San Petersburgo

ha escrito por órden del gobierno un informe estadístico, histórico, político y religioso sobre esas sectas, refiriéndose en particular á los mutilados y flagelantes; pero solo se tiraron diez y ocho ejemplares de la obra, y no es posible encontrar ya uno solo. Ignoramos por lo demás si acompañan á este informe fotografías y grabados.

Desde lo alto de una elevada cordillera, continúa M. Vereschaguine, vemos á nuestros piés un valle donde está situada la colonia de los *pneumatómacos*, ó luchadores del espíritu, conocida con el nombre de *Slavianka*.

Me han dicho que un poco mas léjos, detrás de las vecinas montañas, se encuentran otras diversas partes del territorio habitadas por esos sectarios; mas no pude visitarlas.

Muy pronto vimos á los mismos pneumatómacos, ó por lo menos á un gran número de ellos. Volvian á sus casas por numerosos grupos, llevando al hombro sus hoces y rastrillos. Llevaban todos camisas muy blancas, pantalones anchos, como los de los soldados, y la cabeza cubierta con gorras de gran visera.

Parecian estar de buen humor, y oíaseles hablar y reir: nos saludaron descubriéndose políticamente.

La campiña de Slavianka se halla en un desfiladero, á orillas de un arroyo de rápida corriente, que, bajando de la montaña, se vierte en el Koura: desde ese punto á Elisabethpol (Gauja), hay una distancia de unas sesenta verstas.

En la montaña no hay apenas vegetacion: pero en la colonia se ven muchos árboles y verdura, contándose hoy en ella doscientas cinco familias, y además seiscientos hombres.

Los pneumatómacos vinieron á este país, ó mas bien, fueron deportados desde Táurida, á donde les enviaron los gobiernos anteriores hace veinte años. Algunos ancianos recuerdan muy bien los lugares de su nacimiento en la antigua Rusia, en los gobiernos de Tambow, Saratow y otros.

Los primeros emigrantes llegaron aquí en 1840, y los otros algo mas tarde: sus trabajos para la instalacion fueron muy penosos; la necesidad les habia obligado á establecerse por lo pronto entre los armenios de las inmediaciones y los tártaros, quienes, mostrándose hostiles, saqueábanlos sin consideracion, cuando no los asesinaban.

Hasta les era difícil levantar construcciones, pues no habia bosque en las cercanías, y el trasporte de maderas ofrecia grandes obstáculos por caminos montañosos.

Muchos de aquellos hombres, del todo desanimados, adoptaron la ortodoxia para volver á Rusia.

Sin embargo, los demás se organizaron poco á poco como les fué posible; y hoy, es decir, despues de veinte años de trabajos perseverantes, las colonias de los pneumatómacos, en número de cuatro segun creo, se hallan perfectamente establecidas y prosperan, á despique de la envidia de todos los indígenas de los alrededores.

En otro tiempo fueron perseguidas severamente sus doctrinas, y empleábanse todos los medios imaginables para impedir la propagacion. Hé aquí por qué los pneumatómacos fueron sucesivamente desterrados á la Táurida, y despues á parajes mas desiertos aun, y por qué se hallan aun en las montañas situadas mas allá del Cáucaso.

El emperador Alejandro I, que no dejaba de sentir él mismo cierta propension á las doctrinas místicas, los visitó cuando estuvo en el gobierno de Táurida, y asistió á sus oraciones. Esta visita ha dejado entre ellos un buen recuerdo, pues el emperador, en efecto, les manifestó mucha benevolencia, mejorando su condicion civil, que era entonces de las menos envidiables.

«Solo desde aquel dia, dicen los pneumatómacos, se ha comenzado á considerarnos como hombres. Ahora podemos llevar una res á la ciudad, ó cualquiera otra cosa que convenga vender, y hacer nuestras compras; en otro tiempo los mercaderes, y hasta los transeuntes, nos agobiaban de injurias, y contínuamente resonaban en nuestros oidos el nombre de paganos y otros calificativos del mismo género. En una palabra, no habia para nosotros medio alguno de presentarnos en público, sin exponernos á ser maltratados ó maldecidos.»

Todo el mundo conserva todavía el recuerdo de aquellas persecuciones y ataques; y así es que á pesar de haber mejorado los tiempos, los pneumatómacos no hacen muchos prosélitos.

En pocas palabras se puede explicar la idea fundamental de la religion de los pneumatómacos. Toda su creencia se reduce á esta fórmula: «Un solo Dios en tres personas, Dios el padre, ó la Memoria; Dios el hijo, ó la Razon; y Dios el Espíritu Santo, ó la Voluntad; en resúmen, Dios en tres personas y único (1).»

No poseen ningun libro, ni reconocen como sagrados el Evangelio, la Biblia, las Epístolas y

(1) Las observaciones personales de M. Vereschaguine deben compararse con las de los autores cuyos escritos hemos reunido. Resulta necesariamente que no siempre hay una perfecta armonía entre los dogmas y las prácticas de los diversos grupos de esas sectas que no están sometidas á ninguna jerarquía ni á disciplina conocida.

las Santas Escrituras de los Padres de la Iglesia ortodoxa.

«Todos estos libros, dicen los pneumatómacos, han sido escritos por hombres, y cuanto viene de los hombres es imperfecto.»

Su concepcion de la naturaleza de Cristo es oscura. Reconociéndole, aunque confusamente, como hijo de Dios, parecen no admitir la necesidad de su venida á la tierra ni de sus padecimientos. Su fe en Cristo se limita á lo que se dice en sus «salmos de David,» nombre que dan á las únicas oraciones de que hacen comunmente uso. Se podrá ver por los extractos que damos mas léjos, si estos textos deben atribuirse á David, al que profesan, por otra parte, una gran veneracion. Tal vez al principio, cuando crearon su doctrina, tendrian estas oraciones mas significacion; pero tales como se han trasmitido, y se trasmiten aun verbalmente de padre á hijo, no es extraño que este pueblo sin instruccion haya alterado muchas palabras y hasta frases enteras, cambiando el sentido algunas veces hasta el punto de que parezca ridículo.

Los pneumatómacos están, sin embargo, persuadidos de que cada palabra de sus salmos, procede directamente de la boca misma del salmista.

Su desden hácia todo lo que está escrito les hace admitir pretendidas tradiciones, completamente falsas ó ininteligibles.

Así, por ejemplo, además del profeta David, tienen en gran consideracion tres personalidades del antiguo Testamento, que son *Anani*, *Azari* y *Micail*.

—¿Porqué? pregunté yo.

—¿Qué quereis decir?

—Os pregunto por qué venerais á Anani, Azari y Micail.

—Porque permanecieron junto á la cruz hasta el fin; el apóstol Pedro habia renegado de Cristo, mientras ellos permanecieron fieles.

—Pero, observé yo, esas tres personas han vivido mucho antes de Cristo, y es, por lo tanto, imposible que fueran testigos de sus padecimientos.

—No es asunto nuestro explicar este hecho, bástanos creer; es la tradicion que nos han trasmitido nuestros padres.

—¿No conoceis, pregunté á varios ancianos que conversaban conmigo, sin hablar de David, otro profeta del Antiguo Testamento, como, por ejemplo, Isaías, que profetizó la venida de Cristo?

—¿Quién es ese Isaías? me preguntaron al punto. ¿Es Abraham, Esaú ó Jacob?..... ¿Cómo conocerlos, si hace tanto tiempo que vivieron?

En cuanto á los santos honrados por la Iglesia griega, solo hacen mencion de ellos como hombres muy virtuosos, y no les conceden nada mas.

El respeto á los poderosos (autoridades políticas ó administrativas) comienza á formar parte de sus dogmas: no se puede afirmar que estén bien persuadidos de que esto conviene con sus principios fundamentales; pero la necesidad les ha conducido á ponerlo en práctica, mientras que, por el contrario, olvidan su antigua máxima favorita:

No tengo temor alguno
y solo confio en Dios.

Esta máxima me recuerda una anécdota.

Un domingo, mientras los pneumatómacos celebraban este santo dia entregándose á excesivas libaciones de aguardiente, un soldado licenciado (cuéntanse muchos entre estos sectarios) insultó á un individuo debajo de mi ventana. Al ver esto, envié á mi guia cosaco para aconsejar al agresor que se alejase.

—¿Cómo te ha ocurrido, decia mi emisario al soldado, venir aquí precisamente para hacer tanto ruido? Esta es la casa de un funcionario público que viaja por el país. Estás faltando al respeto.

Pero el soldado, algo bebido, miró con desprecio á mi embajador, se puso en jarras, y contestóle:

A ti no te temo,
en Dios confio.

Resentido el cosaco, volvió á mi habitacion y me dijo:

—No se puede hacer nada con ese hombre, ni hay medio de persuadirle, porque está borracho.

—Respetamos al emperador, dicen los pneumatómacos, é injustamente nos acusan de no acatar el poder. Esto no seria posible; pero cuando hablamos de él, no le damos el nombre de *padre*, como hacen los ortodoxos.

He podido observar por mí mismo las prácticas del culto de los pneumatómacos: son muy sencillas.

El domingo me introdujeron en una *isba*, habitacion ordinaria del campesino, muy limpia y grande, pero baja y caldeada por una gran estufa rusa. Esta habitacion estaba llena de fieles, los hombres á un lado y las mujeres á otro; los de mas edad se habian sentado en bancos, y los otros permanecian de pié.

Hé aquí en qué consiste la ceremonia.

Comiénzase por recitar las oraciones: si alguno se equivoca, se le reprende en el acto con estas palabras:

—No es así como se dice.

—¡Que no es así! ¿Pues cómo? Habla.

Y si el interruptor se equivoca á su vez, elévanse por todas partes murmullos.

He observado que los hombres se equivocaban mas á menudo que las mujeres: estas saben mejor las oraciones, ó hablando mas correctamente, los salmos; y así es que de ellas procedian comunmente las interpelaciones.

Recitan los salmos por espacio de varias horas, hasta que han dicho todo cuanto saben, ó bien, como sucede en la estacion de los trabajos penosos, hasta que la fatiga se revela por ronquidos que parten de los ángulos de la habitacion.

Cuando se acaba el recitado, invítase á la asamblea á pasar al canto.

—¡Vamos, señores! dice uno de los fieles; me parece que aquí se respira mal; el calor es sofocante. ¿No podemos salir al patio á cantar?

Todos los concurrentes pasan al patio, donde los hombres se alinean de nuevo á un lado, mientras las mujeres se sitúan en el otro. La costumbre estrictamente observada de colocar á los dos sexos de frente tiene por objeto, segun dicen, cumplir con la santa prescripcion: «A la hora de las oraciones ten delante de tí la imágen de Dios.»

El canto de los pneumatómacos, largo, triste y melancólico, abstrae á los que no están acostumbrados á ello, haciendo remontar el espíritu á vagos y lejanos recuerdos..... Yo pensé en el Volga, y en los cánticos de los barqueros que parecen suspiros.....

Delante de los hombres hay siempre un director, que entona cada salmo. En la colonia de Slavianka, estas honrosas funciones eran desempeñadas por un respetable anciano que iba á menudo á visitarme, sin presentarse jamás con las manos vacías; tan pronto llevaba un panal de miel, como algunos frutos recien cogidos; pero en cambio no dejaba escapar la ocasion de aceptar ó tomar un buen puñado de cigarrillos, de lo cual se vanagloriaba despues, segun me manifestaron sus vecinos.

—El buen funcionario me hace regalos, decia; me aprecia mucho.

Haciendo á menudo alusion al importante cargo que desempeñaba, decia á tal ó cual de sus compañeros: «¡Bah! si no estuviese yo, ningun otro sabria comenzar á cantar los salmos. Es preciso que esto lo haga aquel á quien el Señor concedió talento para ello.»

Este director entona y algunos hombres le imitan, pronunciando las palabras; los demás se contentan con proferir una especie de gemido.

Hácia el fin del acto, los fieles forman un semicírculo, y empiezan á saludarse y abrazarse. Cada cual lo hace sucesivamente con todos los hombres; y las mujeres observan entre sí la misma ceremonia.

Todos se cogen de la mano y salúdanse dos veces; despues se abrazan, y luego hacen otros dos saludos, el último mas profundo que el primero; pero torpemente y de lado.

Durante toda esta ceremonia se repiten varias veces, y los cantos no cesan.

Hecho todo esto, cada cual se cubre y vuelve á su casa.

He trascrito los salmos literalmente, habiéndome dictado viejos y jóvenes: unos y otros, sobre todo los ancianos, parecen comprender mal lo que dicen; balbucean é ignoran evidentemente lo que significan las palabras.

Cuando les pedia algunas explicaciones sobre ciertos pasajes, contestábanme casi siempre cosas por este estilo:

—¿Quién lo sabe? ¡La sabiduría de Dios! No se puede penetrar bien todo esto.

Ó bien:

—Dios lo sabe, pero yo lo ignoro; así nos lo decian nuestros padres, y así lo decimos nosotros; nos lo enseñaron cuando éramos pequeños. Dios sabe por qué es así.

Si obtenia á veces una especie de explicacion, era casi siempre muy oscura. La exactitud tradicional en la pronunciacion de las palabras y en la construccion de las frases se considera como mas importante que la inteligencia del sentido. Si se da el caso de que alguno de los que recitan un salmo olvide una sola palabra, detiénese y vuelve á comenzarlo todo. Sin embargo, algunas veces comete algun error el pneumatómaco, y á pesar de ello, prosigue el recitado sin detenerse hasta el fin; entonces reflexiona y acaba por decir: «Es preciso que yo me haya olvidado alguna cosa, porque he concluido demasiado pronto.»

Al dictarme, alguno de ellos echaba de ver que habia cometido un error: «No, no, decia, no es así; comencemos de nuevo y leed lo que habeis escrito.»

Leia por ejemplo estas palabras: «y participábamos de sus santos misterios divinos, terribles y vivificadores...»

—Bueno, bueno, eso es; pero añadid: de Cristo.

Despues comenzaba á recordar toda la serie de las palabras del salmo, murmurando para sí mismo: «Divino, terrible, vivificador de Cristo... terrible, vivificador...»

—¡Bien! añadia; escribid ahora: «eterno...» ¡Pero cómo! ¿Aun estais mas léjos? ¡Vamos! para que no olvide nada, bueno será que volvais á leer, y comenzaremos de nuevo.

Era cuestion de nunca acabar.

No solo se reza el domingo, sino tambien todos los dias de la semana, despues de trabajar; pero el sábado se consagra mas particularmente á las prácticas religiosas.

No se concibe que los pneumatómacos con su conocimiento práctico de la vida, atribuyan sus salmos al profeta David, cuando el texto mismo indica tan claramente la época que vió nacer sus doctrinas y las circunstancias que acompañaron á la fundacion de su secta.

Hé aquí, por ejemplo, uno de esos salmos donde se encuentran, bajo la forma de catecismo, los dogmas de la religion de los pneumatómacos.

«Nosotros, que servimos al Espíritu de Dios, nos glorificamos de Jesucristo; hemos recibido el Espíritu, recibimos del Espíritu, y por el Espíritu velamos.

»Creemos en un solo Dios, padre, todopoderoso, creador que nos ha creado, que ha hecho el cielo y nos ha dado la luz.



Segador

»En él es en quien tenemos fe.

»Nos bautizamos (1) en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

»Oramos á Dios por el Espíritu, espíritu verdadero, y dirigimos nuestras preces al Dios verdadero.

»Elevo mi voz hácia el Señor; mi voz pronuncia la oracion al Señor.

»Nos confesamos al Dios del cielo, porque el Señor es bueno, y su misericordia eterna; todos nuestros pecados quedan redimidos, y participamos de los santos sacramentos, divinos, terribles y vivificadores de Cristo inmortal... perdon de los pecados.» (Ya se ve que aquí se han omitido las palabras *para el.*)

»Vamos á la iglesia, única santa, la iglesia católica apostólica, donde están reunidos los verdaderos cristianos.

»Por sacerdote tenemos un justo, santo, ni falso ni malo, y que está separado del pecador.

»Ensalzamos y respetamos á la Santa Vírgen; de ella nació Jesucristo para la remision del pecado de Adan.

»Respetamos á los santos justos, y seguimos sus huellas.»

Debe hacerse aquí una advertencia: en su conversacion, los pneumatómacos de Slavianka me han dado á entender que no aprueban todo cuanto acabo de reproducir.

«Saludamos la imágen de Dios inestimable, la imágen de Dios que el cielo canta y glorifica, las santas figuras verdaderas y naturales (sin duda poco semejantes á cuadros) del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

»Respetamos al emperador; Señor, salva al emperador y escúchanos.

»Observamos la cuaresma con el pensamiento.

»Sálvame de todo pecado; preserva de mi boca las malas palabras, y mis manos de la accion de matar; dame la moderacion y líbrame de toda mentira.

(1) Los pneumatómacos se administran el bautismo solo con palabras, asi como hacen con los demás sacramentos.

»No deseamos ir á una iglesia construida por manos de los hombres; no saludamos imágenes dibujadas ó pintadas; no reconocemos la santidad, ni encerramos en ella nuestra salvacion, porque no confiamos en nosotros mismos, sino en el Verbo de Dios, cruz de nuestro vivificador, y gloria de nuestro Dios.»

Despues de haber escrito al dictado todas estas palabras, las leí en alta voz una por una á varios pneumatómacos, creyendo que me harian corregir los errores; pero salvo algunas modificaciones del todo insignificantes, y varias palabras olvidadas, todo se reconoció correcto y conforme con lo que su memoria ha conservado de las tradiciones.

Estos pneumatómacos, que glorifican á Dios dando pruebas de fe con sus singulares textos, viven por lo demás de una manera honrosa y sensata, y en el seno del bienestar. Cierto que estas condiciones son igualmente las de otras sectas religiosas, perseguidas y acosadas del mismo modo, como por ejemplo la de los malakhanys, sectarios del Sábado, y la de los scoptzis, en el país que hay mas allá del Cáucaso; pero habiendo estado sucesivamente entre los pneumatómacos, he podido reconocer en estos superioridad por lo que hace á las costumbres.

Los malakhanys beben y fuman, aunque no hacen abiertamente uso del vino y del tabaco. Entre los pneumatómacos no existe semejante prohibicion; fuman y beben en público, y hasta fabrican ellos mismos su *mohorka*.

Los malakhanys no suelen resistir á la tentacion de engañar y robar; en los pneumatómacos son raros semejantes hechos.

Segun estos últimos sectarios, los malakhanys han renunciado á su fe primitiva; ellos protestan enérgicamente contra tal acusacion; pero el aserto de los pneumatómacos es mas verosímil. Sin embargo, debe tenerse presente que las dos sectas se odian.

«Son unos impíos, peores que perros,» dicen los malakhanys al hablar de los pneumatómacos.

«¿Son por ventura hombres?» preguntan por su parte los pneumatómacos al hablar de sus rivales.

Mi llegada y mis ocupaciones no inspiraron tanta desconfianza á los pneumatómacos como á los malakhanys. Estos últimos están persuadidos aun de que durante mi residencia entre ellos desempeñaba una mision secreta, y creíanse gravemente amenazados de un destierro á los países asiáticos del Amor.

Cierto que los pneumatómacos manifestaron al principio alguna inquietud.

—Ved que me preguntais sobre esto y aquello, me decia un anciano, y que aun no sabemos quién sois.

—Pero ¿qué necesidad teneis de saberlo?

—¡Cómo! ¿No veis que no sabemos lo que podemos deciros, y lo que debemos callar? ¿Sois ó no funcionario, noble ó alto noble? Decídnoslo, á fin de que sepamos al menos en qué rango se os debe comprender.

Expliquéles tan claramente como me fué posible que mi único objeto era observar su manera de vivir entre los tártaros y armenios. «Estais encerrados en las montañas, les dije, veis poca gente, y rara vez salís de la campiña; de modo que circulan toda especie de rumores acerca de vosotros, no se sabe qué hacer y he querido averiguar si es cierto todo cuanto dicen.

Algunos parecian comprenderme, y movian la cabeza en señal de satisfaccion.

—Eso es, eso es, decian, se cuentan sobre nosotros muchos absurdos.

Hasta encontré algunos tan corteses que me dieron gracias por el honor que les hacia al interrogarles.

Segun he dicho ya, los pneumatómacos no tienen libros ni manuscritos, y ni aun los mismos ancianos saben leer y escribir, y no se da instruccion alguna á los niños.

—Es inútil para los campesinos, dicen siempre que se les pregunta sobre el particular.

Solo constituyen una excepcion los que tienen empleos en las administraciones de las colonias; los mas de ellos son soldados veteranos, bastante instruidos.

Se puede juzgar de su ignorancia por el hecho de que un anciano me rogó formalmente que hiciera el favor de calcular su edad, sabiendo que habia estado en la Táurida con su padre en 1822, y que salió del gobierno de Tambow á la edad de catorce años.

—Hace mucho tiempo, decia, tuve necesidad de saberlo; pero jamás encontré quien pudiera decírmelo.

Habiendo sabido este mismo individuo que yo habia viajado mucho, suplicóme le indicase tambien en qué punto descansaba el sol.

—¿No hay, pues, sitio alguno donde se siente el sol? preguntóme varias veces.

¿De quién han tomado su traje los pneumatómacos? Ellos dicen que es realmente ruso; pero yo no he visto ninguno semejante en la verdadera Rusia. En cuanto á los pantalones largos y anchos aun podria pasar; pero ¿de dónde vienen sus sobretodos cortos, al estilo de los soldados, con cuello derecho, y cerrados por delante por medio de corchetes, como se observa en los co-

sacos? Todos los pneumatómacos, sin excepcion, llevan ese sobretodo.

Las mujeres visten por lo general á la rusa: llevan el cabello recogido en un pañuelo ó en un pedazo de tela, en forma de pilon de azúcar, con dos puntas pendientes por detrás.

Las casas de los pneumatómacos son absolutamente iguales á las que vemos en la Rusia meridional: en el exterior presentan esculturas, caballos en relieve con sus jinetes, hombres á pié, etc.; y el interior está muy limpio; las paredes, bien blanqueadas, tienen á veces por adorno dibujos en papel, imágenes mal grabadas, y otras cosas del mismo género.

Las telegas son en un todo iguales á las que he visto en el este de Prusia: la lanza es muy grande, y al rededor se corre una balaustrada inclinándose hácia el exterior. En estas telegas pueden sentarse veinte hombres, y aun quedaría lugar para otro.

En los campos se ven muchas colmenas, que pueden producir á un hábil propietario cien rublos anuales.

Véndese hilo y lienzo en todas épocas; pero cuando el año es favorable, hacen sobre todo un gran comercio de trigo y de patatas.

Aunque de naturaleza pedregosa, el suelo es fértil: siémbrase centeno, que prospera perfectamente; pero el trigo y la cebada no dan tan buenas cosechas; tambien se cultiva el mijo; el cáñamo sirve para fabricar lienzo, y el lino es muy apreciado.

En la colonia de Slavianka se cuentan doscientas cinco familias de pneumatómacos.

Allí se crian toda clase de bestias de carga: el ganado mayor es magnífico; pero reconócese una mezcla con la raza indígena del mar Negro. Los carneros, bastante notables, son de raza española, segun dicen, y bien puede creerse que proceden de España, ó de los países meridionales de Francia. Venden la lana á mas subido precio que la de los indígenas vecinos.

Segun se ve, los pneumatómacos no carecen de medios de existencia, ni sufren enojos sino por parte de sus vecinos. Por eso pintan con negros colores á los tártaros y á los armenios.

«La única diferencia entre unos y otros, dicen, consiste en que el tártaro mata y roba abiertamente, mientras que el armenio se vale de toda clase de astucias para engañar.»

No saben callar cuando se les habla sobre el pillaje y el asesinato.

«Hasta la llegada del *nuevo* (nuevo gobernador del distrito), dicen, no hemos podido comenzar á vivir tranquilos; á no ser por ello, los tártaros habrian consumado nuestro exterminio. Nos robaban á la luz del dia; apoderábanse de nosotros, nos ataban las manos á la espalda, y mientras los unos amenazaban atravesarnos con sus puñales, llevábanse los otros nuestros caballos. Si se pedia justicia, se nos citaba al tribunal en la época de mas trabajo, cuando se gana un rublo cada dia; y todo para decirnos: «Cállate sobre el asunto; no se han buscado los ladrones, y es preciso que aparentes quedar satisfecho.» Así terminaban todos nuestros procesos.

»Si convenia dirigirse á cierto punto distante, no se estaba seguro de volver; y cuando se escapaba de todo peligro, aunque no se viniera de muy léjos, los parientes y amigos exclamaban siempre: «¡Ah! ¡gracias á Dios que os vemos sano y salvo!» Si pasaba la noche tranquilamente, sin robo alguno en el campo, dábanse tambien gracias á Dios.»

Un campesino anciano *(starosta)* me refirió lo siguiente:

«Durante una noche me robaron tres caballos; salimos de casa corriendo, mi hermano y yo, y fuimos atacados en las tinieblas por los ladrones; á mí me derribaron en tierra sin sentido, y llevároнse á mi hermano agarrotado hasta una zanja, poniéndole una mordaza porque gritó.

»Elevamos una queja, y fuimos á ver al gobernador del distrito, que entonces era B...

—»Excelencia, le dijimos, hé aquí el hecho: los caballos eran buenos; los evalúo en cien rublos cada uno; y de consiguiente pido trescientos por daños y perjuicios.

—»¿Qué dices?... ¡Mientes! ¿Dónde teneis caballos que valgan cien rublos?

—»Los hay, excelencia; y tales, que un propietario no los daria por ciento cincuenta rublos. Esta es la pura verdad.

»El gobernador no contestó nada, limitándose á devolverme mi demanda.

»Entonces fuí á casa del mirza D..., y le dije:

—»Aquí teneis cien rublos si quereis ordenar que me devuelvan mis caballos.

—»De modo que, me contestó, será preciso ante todo satisfacerte, y despues darás cien rublos, ¿no es así?

—»Precisamente.

—»No sabes, amigo mio, repuso dándome un golpecito en el hombro, en qué tiempos vivimos. ¿Ignoras que hemos llegado á una época en que el hijo venderia á su padre, y recíprocamente? Todo se hace por dinero. Tú quieres que te preste un servicio, que encuentre tus caballos, y solo entonces me darás los cien rublos; pero has de saber que aquí me pagan todos por adelantado. No entiendes los negocios; si quieres creerme, no prosigas tus diligencias...

»Era evidente que no se debia esperar nada por esta parte: hablé no obstante con mis hermanos, y resolvimos volver á casa del gobernador. Si no quiere recibir nuestra demanda, decíamos, se la tiraremos á los piés y él hará lo que guste. Por fortuna le encontramos.

—»¿Qué ocurre? nos preguntó.

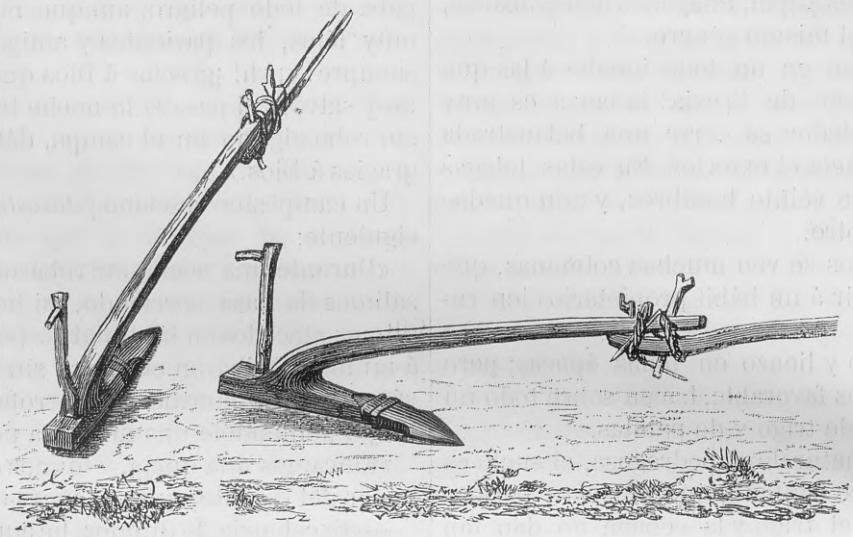
—»Excelencia, venimos de nuevo para entregaros otra vez nuestra demanda.

»Tomóla, leyó, y guardósela en el bolsillo.

—Está bien, repuso; se pondrá al despacho.

»Despues de esta nueva diligencia, pasaron tres años sin resolverse el asunto; y no exagero al decir que fuí veinte veces á la administracion del distrito (la ciudad está á sesenta verstas de aquí), y dos á casa del gobernador. Ya podeis comprender que todos mis gastos para ir á Tiflis subieron por lo menos á treinta rublos, pues tambien se debe contar el alimento; pero al fin me convencí que perdia el tiempo y el trabajo.

»En esto llega el coronel M..: en aquella época volvimos á Tiflis, pues nos habian asegurado que



Arados de la Transcaucasia

aquel nuevo gobernador no se lucraba ilícitamente. Debo confesar que rehusé creerlo; pero todos cuantos repetian que no robaba, y que iba á dar fin con el bandolerismo, habian ido á pedirle justicia.

—»Pero ved, decíamos nosotros, que se roba y se asesina ahora mas que antes.

»Fuí á casa del gobernador y le hablé de mi asunto.

»Sin hacer muchos comentarios limitóse á preguntarme:

—»¿Conoces á los que te han robado?

—»Sí, excelencia; fulano tomó parte en el hecho, y él podrá descubrir sus cómplices.

—»¿Cuándo ocurrió eso?

—»Hace ya cuatro años; presenté mi demanda al gobernador del distrito, fuí á Tiflis y aun no se me ha hecho justicia.

—»¿Cómo es eso, mirza D...? (era el intérprete, el mismo que me habia dado un golpecito en el hombro). ¡Escribid al momento para que se practiquen las pesquisas, y se haga justicia á ese hombre!

»El mirza pasó conmigo á la cancillería.

—»¡Anda detrás de mí, me dijo apostrofándome groseramente, hijo de perro, charlatan!..... Siempre andas á vueltas con el mismo asunto; al cabo de tres años, ¿dónde quieres que busquen?

—»¿Por qué me injurias? repuse. Si lo haces otra vez, me quejaré al punto al gobernador.

»Acto contínuo se extendió la órden; dí las señas de los ladrones, y ¿lo creeríais? ¡Encontré mis caballos, y hasta conseguí que me pagaran una medicina para uno de ellos, que habia quedado tuerto! No era posible devolverle el ojo; pero de todas maneras me doy por muy contento. ¡Dios conceda larga salud á nuestro gobernador y á quien nos le ha enviado!»

XIX

Los malakhanys.—Subdivisiones.—Los puros.—Los saltadores.—El complemento.—Una lectura religiosa.—Ceremonias extravagantes —Fin del viaje.

Los malakhanys figuran en gran número en la Transcaucasia; su existencia dista mucho de ser desgraciada, y viven en medio de las comodidades; pero no se observa en ellos la paz de que



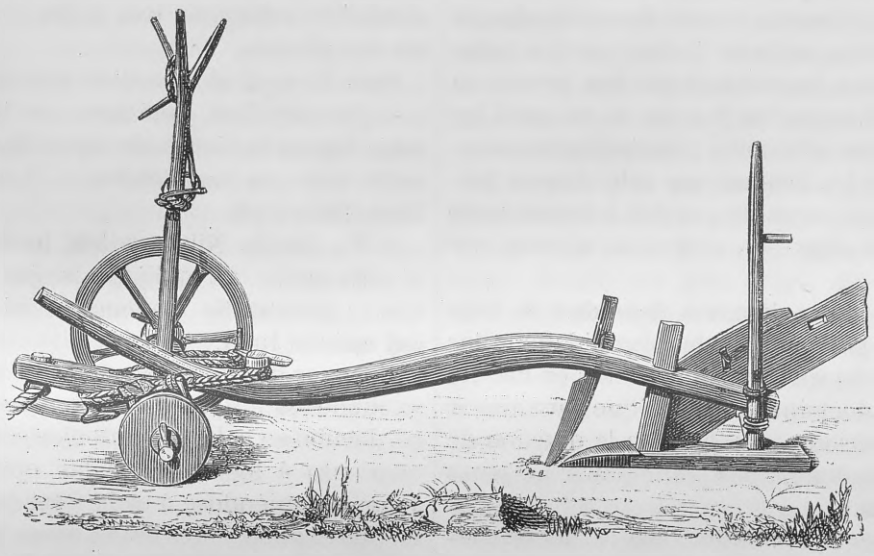
Mujeres de la secta de los malakhanys

gozan los pneumatómacos. La discordia reina entre ellos de contínuo; descontentos de las antiguas reglas, varios de ellos crean otras nuevas; y de aquí una causa incesante de diferencias. Con frecuencia se forma un nuevo partido y trata de atraer á sí el mayor número posible de adherentes. Cuando los nuevos sectarios figuran en número suficiente, se ponen bajo la direccion de otro mollah, y alquilan otra casa para celebrar sus reuniones.

De aquí resulta que la *secta de los espíritus*, como se titulan los malakhanys, está dividida en varios partidos.

En primer término están los malakhanys *puros*, los mas sensatos en la práctica de sus ceremonias: reconocen el Antiguo y el Nuevo Testamento, y leen y cantan los salmos de David, que así como el mismo salmista, merecen gran respeto en todas las sectas. Algunas de las fiestas indicadas por el Antiguo Testamento se celebran por todos de comun acuerdo.

Los malakhanys puros no están completamente



Arado de la Transcaucasia

conformes en cuanto se refiere al respeto de estas festividades bíblicas. Hay una secta que, así como los *sabatinos*, quiere observarlas todas sin excepcion; de modo que se ha formado un partido medio entre los malakhanys puros y los *sabatinos* ó *judaicos*. Es, sin embargo, poco numeroso, y no he hallado ningun grupo que forme una colonia particular.

Tambien difieren en otros ritos secundarios: así, por ejemplo, hay algunos á quienes parece escandaloso el beso general que se dan los malakhanys en las oraciones; y esta es una nueva causa de disentimiento que ha producido nueva separacion.

Pero la diferencia mas notable es la que separa á los *puros* de los *saltadores;* estos últimos toman en toda la acepcion literal de la palabra el dogma de la bajada del Espíritu Santo sobre los creyentes: pretenden que esta bajada no es visible y aparente sino en tanto que tiene la facultad de sumir en éxtasis á los que oran, es decir, hacerlos semejantes á los poseidos del demonio, permitiéndoles hablar varias lenguas. Por esta razon se celebra de preferencia por la tarde el oficio divino, ó mas bien durante la noche, puesto que se prolonga varias horas despues de las doce de esta, resultando de aquí escenas extravagantes que con frecuencia excitan la hilaridad de los que no pertenecen á la secta.

Dícese que los *puros* se indignan contra los innovadores, y su indignacion es tal, que ninguno de ellos entraria por nada en una asamblea de saltadores, porque temeria mancharse.

Como quiera que sea, esta disidencia ha dado orígen á muchas disputas, que los saltadores enconaron mas introduciendo nuevos cánticos compuestos por sus profetas y sus salmistas contemporáneos: estos cánticos de moderno ritmo, preceden á los saltos; el aire, al principio alegre, es cada vez mas arrebatador, y les prepara y excita á la obsesion del espíritu maligno.

Los saltadores han visto á su vez su secta dividida: algunos de ellos, apoyándose en el testimonio de los escritores del Antiguo Testamento, en el ejemplo de varios patriarcas de la antigüedad y en el de los Reyes, admiten la poligamia; pero hasta ahora estos innovadores no son numerosos, y su propaganda se hace con prudencia.

Tomándome por un personaje oficial, estos señores, ó mejor dicho, sus jefes, me rogaron presentase en su nombre al gobierno una Memoria que lleva por título: «Complemento á la doctrina ordinaria y comun de los saltadores.» Naturalmente me ví precisado á rehusar, mas no por eso dejé de obtener una copia de este *Complemento*.

En cuanto pude juzgar, los enojos personales y las envidias de los mollahs y de los directores son la causa principal de todas las diferencias.

La mayoría tiene relativamente menos erudicion, y una inteligencia menos desarrollada que los jefes, y se deja seducir fácilmente por todas las innovaciones, impulsándoles tan pronto la pasion como el capricho. Por eso se ve que á las reuniones de los saltadores y los polígamos acuden sobre todo los jóvenes que solo desean bailar, que están siempre dispuestos á tomar parte en los cánticos alegres, y que no se asustan por la poligamia.

En resúmen, los polígamos, dejando á un lado su tendencia particular á la pluralidad de las mujeres, no difieren de los saltadores en cuanto al fondo de la doctrina; de modo que para mayor claridad se podrian considerar en la division de los malakhanys dos grupos principales: los *puros* y los *saltadores*.

Cierto sábado, ya muy entrada la noche, penetré en la cabaña donde celebraban su sesion los puros: era una isba rusa, con bancos alrededor de las paredes; hallé pocos concurrentes, y no se habian comenzado aun las oraciones.

Un hombre grueso, de rostro arrugado, y que segun supe despues era el sacerdote, me dijo:

—Tened la bondad, amigo mio, de sentaros mas cerca, pues así podremos hablar.

Mientras cambiaba los acostumbrados cumplidos con el sacerdote y algunos de sus compañeros, el pueblo comenzó á llegar; el calor empezó á ser sofocante, sin hablar de otros inconvenientes inevitables en una reunion donde los obreros figuraban en mayoría.

El sacerdote, es decir, el mollah ó director, estaba sentado en el lugar preferente, en el rincon que hay al lado de la entrada, delante de un armario cubierto con una cortina. A falta de imágenes, los malakhanys encierran en estos armarios libros santos y diversos objetos, tales como papeles, tintero, un *abaque* (tabla de calcular de los rusos), candeleros y otras cosas de uso diario.

Durante las oraciones se ponen los libros sobre una mesa de regular tamaño, con un tapete blanco muy limpio, y situada al estilo ruso, en el ángulo que hay á la entrada. Junto al sacerdote se agrupan varios auxiliares, y alrededor de estos directores siéntase el pueblo en los bancos: cerca de la mesa están los mas respetables por la edad; la juventud se coloca en el fondo. Las mujeres no se ponen tampoco delante; se quedan junto á la puerta ó se van á los ángulos.

—¿Porqué se sientan las mujeres detrás de los hombres? pregunté.

—Porque son inferiores por el rango, amigo mio, me contestaron varias voces, mientras que muchas cabezas hacian la señal afirmativa.

Hasta que comienzan las oraciones se habla de diversos asuntos; y aunque en la isba es la atmósfera sofocante, casi todos conservan puestos sus abrigos.

Pero hé aquí al sacerdote que eleva la voz.

—¡Vamos! dice, ¿qué haremos hoy?..... Ya no tenia buena la vista hace algun tiempo; pero hoy están mis ojos mas débiles..... Lee tú, hermano Juan Vlassietch.

—No, Jacobo Nikiforwitch, leed vos mismo.

—Es que.... ya lo dije, mis ojos no están buenos...; pero en fin, yo leeré. Aquí tenemos algo del apóstol Juan.

Despues de estas excusas para poner á salvo su modestia en presencia de un señor extranjero, Jacobo se cala los anteojos sobre la nariz, y comienza á leer una de las epístolas de San Juan, deteniéndose á cada frase para comentarla. Sus explicaciones eran á veces absurdas; pero otras, por el contrario, revelaban un buen sentido moral y práctico.

—¿Comprendeis bien, hermanos mios, lo que el apóstol ordena? *¡No disputar!* y sin embargo, hemos visto ayer que los niños riñeron en la era, y hasta fueron á ver al asesor. Hé aquí lo que el apóstol no quiere. Cuando por casualidad se suscite entre nosotros una contienda, id á buscar á los ancianos; ellos examinarán la cuestion, os reconciliarán, obligándoos á que os abraceis, y todo habrá concluido. Pero ahora habeis inventado lo de ir á buscar al asesor. Esto es un pecado; y por lo tanto... hé aquí porqué... ¡Bueno! vamos mas léjos...

Despues sigue hablando; y en los pasajes donde él mismo no comprende el sentido de las palabras, elude diestramente los comentarios, diciendo:

—Bueno, el apóstol no manda que no se haga esto.

O bien:

—Es preciso tambien recordar esto, cuidando de no olvidarlo jamás.

A propósito de las palabras del apóstol sobre la vida *futura* en el cielo, el sacerdote comenzó á decir:

—¿Cuándo vendrá? Nadie lo sabe; de modo

que tal vez no vivan nuestros nietos lo suficiente para presenciar la segunda venida de Jesucristo.

El sacerdote llegó de este modo al fin de un capítulo del apóstol, y dijo entonces al pueblo:

—Ahora, hijos mios, podreis cantar alguna cosa.

Al oir estas palabras, apodérase la animacion de toda la asamblea en un momento. Uno de los auxiliares del sacerdote elige un salmo cualquiera, y despues de consultar con sus vecinos sobre la eleccion del canto, entona con fuerza la primera frase. Toda la multitud sigue su ejemplo con el tono monótono de nuestros cantos populares, ó mas triste aun. A veces comienza alguno á decir un versículo, y los demás repiten juntos, prolongándose el canto con una monotonía sin fin que duraba siempre.

Los malakhanys cantan muy alto y chillan de tal manera que se les oye de un extremo á otro del campo; y no es raro que el sábado por la tarde, cuando se entonan los salmos en varias asambleas simultáneamente, no sea posible dedicarse al menor trabajo: aunque se cierren puertas y ventanas, se oyen siempre los gritos, cual si se profiriesen delante de la casa donde uno está.

Despues del canto se extendió una pequeña alfombra en el suelo, y todos se colocaron alrededor para leer las oraciones, manteniéndose en pié é inclinándose varias veces. El sacerdote decia las palabras en alta voz, y los demás las repetian murmurando. Despues sentábanse en sus bancos para continuar el cántico; y alineándose luego alrededor de la isba, comenzaban los besos y saludos. Á excepcion del sacerdote, que solo recibia el primero, todos los concurrentes, Juan ó Pedro, por ejemplo, se dirigia á otro, saludábale tres veces profundamente y le besaba dos.

Entre los pneumatómacos, los hombres se abrazan entre sí, como tambien las mujeres: para los malakhanys no existe esta distincion: hombres y mujeres se abrazan, con la diferencia de que aquellos que ocupan un rango mas elevado comienzan los primeros. Durante toda la ceremonia continúan los saludos, los besos y los cánticos; al final se recita otra oracion, cántase de nuevo, pronúnciase una oracion mas, y todo concluye.

Antes de separarse, el sacerdote suele invitar á la asamblea á volver en tal dia y tal hora.

—Mañana, hermanos mios, dice, recemos de nuevo al medio dia, para invocar al Señor Dios.

Mientras buscaban sus gorros les oí pronunciar expresiones tomadas de los libros sagrados, tales como: «¿Dónde está mi *casulla antigua* ó mi *casulla luminosa?*»

Así designaban sus caftanes, al buscarlos en el monton comun donde los habian dejado.

Recuerdo ahora un delicado procedimiento de que ya me olvidaba.

Una vez comenzado el servicio divino, los que se retardan no entran uno á uno, sino por grupos: reúnense primero delante de la puerta, y para entrar en la isba, aprovéchanse de un intervalo de silencio entre una oracion y un canto. Mientras se esperan, recitan mentalmente la oracion; y al entrar, levántanse todos los concurrentes de su asiento, rezando tambien en voz baja, despues de lo cual cambian un saludo y continúa el servicio.

A propósito de un pasaje en que se habla del bautismo, híceles la siguiente pregunta:

—¿Porqué, malakhanys, no os bautizais con agua, siendo así que Cristo dió él mismo el ejemplo haciéndose bautizar así?

—Cierto que Cristo se hizo bautizar así; pero solo fué para el órden, pues ¿qué dicen las Escrituras? Juan dijo: «Yo te bautizo por el agua; pero vendrá un hombre del cual no soy yo digno ni de desatar los cordones de los zapatos; él te bautizará por el agua y por el fuego.» Pues si es preciso bautizar con el agua, tambien se debe bautizar con el fuego; y entonces ¿qué seria esto...?

Es preciso advertir que en la eleccion que hacen de los salmos y de los textos para la edificacion de los fieles, los malakhanys aprecian mucho alguno de los principios cristianos que pueden ejercer mas feliz influencia en sus espíritus. Admiten, por ejemplo, que el Señor es infinitamente misericordioso, y que no hay pecado de palabra, de obra ó de pensamiento que no pueda ser absuelto por la penitencia. Aun van mas léjos y dicen:

«Si no se peca, no hay motivo para hacer penitencia, pero si habiendo pecado no se hace, el Espíritu Santo no bajará hasta tí, ni te salvarás.»

Ese Espíritu Santo tan ardientemente deseado, no baja hasta el hombre sino en la hora de la penitencia. Segun los malakhanys *puros*, su presencia no se revela por un hecho visible; pero el bienaventurado suspira ó llora, y encuentra en la oracion un alivio á sus aflicciones.

No sucede lo mismo entre los *saltadores:* cuando sus penitentes reconocen cuándo está con ellos el Espíritu Santo, creen de su deber manifestar, sumiéndose en un éxtasis, el estado de

santidad pasajera de su alma. El Espíritu Santo comienza por agitarles; despues les hace vacilar como hombres ébrios; y luego, hombres y mujeres patalean, brincan, dan vueltas, saltan á los bancos, y aun á las mesas, y se echan sobre ellas. Las mujeres se agitan aun mas que los hombres.

Este frenesí se comprende en parte, teniendo en cuenta que los saltadores son casi todos jóvenes, á quienes la severa regla de la secta puritana prohibe toda participacion en todos los placeres del mundo, el canto, la danza y otros; y que se aprovechan de aquella ocasion para moverse cuanto es posible hasta que se agotan sus fuerzas.

No debemos olvidar tampoco que las oraciones de los malakhanys son muy largas; sus veladas duran cuatro ó cinco horas sin interrupcion, cuando no mas, y efectúanse en una isba donde el calor es extremado, en medio de las tinieblas de la noche, y despues de un dia de penosos trabajos. Con semejantes condiciones, no es de extrañar que se complazcan en aquellas exaltaciones frenéticas.

Cuando llegué á la reunion de los saltadores, era ya cerca de la media noche: el calor que reinaba en la habitacion se podia comparar con el de un valle; la oscuridad era casi completa; solo una torcida que nadaba en grasa iluminaba algunos sitios con un vacilante resplandor.

Hé aquí las escenas que presencié:

Todos los fieles, oprimidos entre sí, tocaban el suelo con el rostro; solo el sacerdote estaba de pié, con las manos cruzadas é inclinada la cabeza sobre el pecho; leia con voz dulce una oracion, y oíanse claramente las palabras que pronunciaba con tono solemne: «Señor, haznos gracia; gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.»

La falta de espacio obligaba á los concurrentes á colocarse sobre los bancos; ya los desfallecidos apoyábanse en la pared y extendian los brazos, irguiendo la cabeza..... Uno de ellos, de pié en un banco, habia ocultado su rostro y lloraba silenciosamente. De vez en cuando oíanse entre los fieles profundos suspiros, y frases por el estilo de esta: «¡Oh! Señor, ¿por qué nos envias estos castigos? ¡Señor! ¿por qué me pegan? ¡No lo saben ellos mismos!..... ¡Oh, oh! ¡Ay, ay!.....» De otro lado partian ruidosos sollozos, que solo cesaban para repetirse luego con mas fuerza. Uno de los presentes, que estaba echado en tierra, salta de pronto, levanta los brazos y la cabeza, y permanece en esta actitud como clavado en su sitio. Es señal de que ha hecho penitencia, y anuncia que está dispuesto á *volar sobre Sion*, pero que le faltan las alas y no puede adquirirlas.

Aquella velada se prolongó así mas de una hora; todos entonaron luego á la vez los *nuevos cantos*, primero con suavidad, y acompañándolos despues con rápidos movimientos del cuerpo....

Aun me parece estar viendo á un robusto moceton, que tranquilo hasta entonces, comenzó á patear de repente como un loco furioso; despues, sacudiendo su cabellera, comenzó á balancearse de un lado á otro, haciendo toda clase de contorsiones; y muy pronto ví á toda la asamblea agitarse. Los gemidos resonaron por todas partes; todos saltaban y pateaban; oíanse gritos plañideros de mujeres; todos los brazos se movian con violencia; y la expresion de las fisonomías era cada vez mas salvaje.

Entonces me acurruqué en un rincon, pues confieso que llegué á tener miedo; cualquiera hubiera creido que se preparaban para una práctica homicida..... Al fin, uno de ellos, como poseido del demonio, hizo rodar la luz por el suelo de un puñetazo, y reinó en la habitacion la mas profunda oscuridad.....

Sin embargo, encendiéronla inmediatamente, y pudimos vernos otra vez.

La principal razon que daban los malakhanys para justificar estos trasportes insensatos, se fundaba en el ejemplo del profeta David, que tocando el arpa bailaba delante del arca de la alianza.

En la campiña de Novaia-Saratovka, donde me detuve tambien, el deseo de imitar fielmente al muy amado Profeta habia inspirado á los saltadores la idea de proveerse de arpas; mas no pudiendo adquirirlas, reemplazáronlas con unas pieles tendidas en forma de círculo; y glorificaron á Dios con «cánticos, acompañándose del tamboril.»

Cuando yo pasé por Saratovka, estos tambores habian caido en desuso, pues se abusó de ellos de tal modo, que aun aquellos que no tuvieron parte alguna en la innovacion, opinaron que era necesario suprimirlos para evitar las disensiones y la discordia.

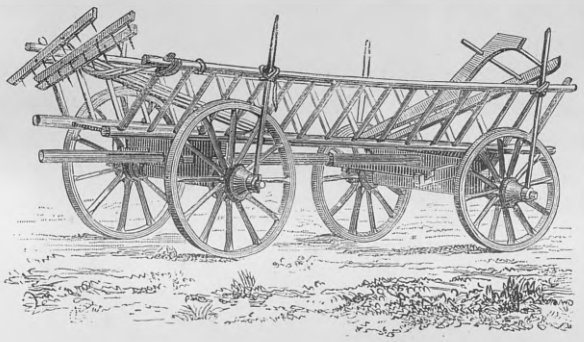
Segun he dicho ya, los saltadores tienen elegidos que están en relacion con el Espíritu y hablan varias lenguas. Yo no he oido estos discursos inspirados; pero aquellos que tuvieron mas suerte que yo dicen que los que los pronuncian no hacen otra cosa sino murmurar espantosos disparates. En rigor no se podia esperar naturalmente otra cosa de personas tan poco instruidas.

—¿Cómo podeis, pues, creerlos? les pregunté; aquí no se hablan mas lenguas que el tártaro y

el armenio, y por lo tanto, deben decir disparates.

—Nosotros no conocemos esas lenguas, es verdad; pero si el Espíritu comunica la sabiduría á alguno, todo le es posible, porque esto le viene de Dios.

Explican de una manera singular cómo les serian útiles los políglotas cuando se forme el *reino de Sion*, compuesto de diversos pueblos, de los cuales serán los malakhanys los primeros elegidos. ¿Qué será ese reino? Cierto que lo ignoran y que no se lo explican; pero la idea está muy arraigada en sus espíritus. Un solo profeta (1) ó jefe de los saltadores (campesino de los mas astutos, que sabia de memoria todos los pasajes



Carro de un sectario pneumatómaco

mas notables del Antiguo y del Nuevo Testamento), me desarrolló sus ideas sobre este reino de la manera siguiente:

—Sion es una montaña *(Apocalipsis*, cap. XXI), es el eterno Sion *(Apocalipsis*, cap. XX), reino compuesto de los pueblos de Dios, sobre el que reinará el mismo Cristo; el lugar de ese futuro reino es desconocido aun; pero llegará, esto es seguro; es cierto tambien que únicamente los elegidos penetrarán en él. Alrededor de ese Sion estará la nueva Jerusalen, compuesta de diferentes pueblos que hablarán diversas lenguas, siendo hijos de todas las razas.

A propósito de ese Sion, una persona que ha visitado como yo á los sectarios, me ha referido el hecho siguiente:

—Llego á la isba de los saltadores, me dice, á la hora del servicio divino; y entre los objetos que la oscuridad permite distinguir, veo sobre el calorífero alguna cosa que se mueve; miro con mas atencion y reconozco que es un campesino de edad avanzada, desnudo y muy grueso, que se vuelve tan pronto de un lado como de otro. Yo creí que era algun fanático, pero dijéronme que *se emplumaba*.

—¿Cómo es eso? ¡Que se empluma!

—Eso significa que se redime del pecado, que hace penitencia, pidiendo á Dios alas para volar hácia Sion.

Cuando referí esto á varios mollahs de los saltadores que hablaban conmigo, riéronse de todo corazon, y me repitieron la frase hábitual, de que todo aquello era inventado por la envidia y el odio.

—Cierto que si alguno siente en sí el Espíritu, levanta al aire los brazos como si se preparase á dejar este mundo y el pecado para ir allí donde le ordene el Señor; pero de esto á desnudarse completamente hay una gran diferencia.

He visto á menudo levantar los brazos, y admirábame en extremo que pudiesen conservar esta posicion durante una hora sin cansarse.

Los malakhanys pretenden que si uno de los individuos de la asamblea peca y no hace penitencia, el Espíritu Santo descubre infaliblemente á alguno de los compañeros, durante la oracion, el pecado del cofrade; este último avisa al sacerdote y se le *exhorta de paz*. Dicen que hay muchos ejemplos de esto.

En caso de pecado de la carne, ú otros íntimos, el culpable, segun el grado de la falta, no es admitido en la asamblea, ya en el momento del beso, ó cuando comienza la oracion.

Aquel que quiere formar parte de la secta de los saltadores debe ante todo hacer penitencia á la vista del sacerdote, prometiéndole abstenerse en lo futuro del pecado en cuanto le sea posible. Una vez satisfechas estas exigencias, el sacerdote dice en la asamblea siguiente: «Hé aquí al hermano tal, que ha hecho penitencia y pide el Espíritu á Dios.» Para la invocacion del recien venido á esta gracia, todos los demás penitentes que han recibido ya el Espíritu, y á quienes se da el nombre de *Corazon sagrado*, le imponen las manos como hacian los apóstoles, revistiéndole de una insignia visible, como por ejemplo de un cinturon, que desde aquel momento lleva siempre consigo.

Las ceremonias son muy sencillas en la religion de los malakhanys.

Hé aquí cómo se bautizan los niños: se leen las oraciones apropiadas al caso; cántase y se da nombre al recien nacido, comunmente el del santo cuya fiesta se celebra el dia del nacimiento; y despues de todo esto se come en paz.

Para celebrar un casamiento se leen oraciones y cantan salmos, dando los padres su bendi-

(1) El profeta toma tambien el título de jefe ó *lector de la palabra de Dios*, principal guardian del «rebaño de Dios.» La sociedad de los saltadores de todo el país tiene generalmente un solo profeta, al que sigue en categoría el sacerdote ó director; este último cuenta con varios auxiliares, como hemos dicho ya, que á su muerte son candidatos para desempeñar su cargo.

cion á los futuros esposos. Segun la costumbre rusa síguese despues el banquete, mas ó menos rico, conforme á la fortuna de las respectivas familias.

Los malakhanys entierran ellos mismos sus muertos despues de celebrar un servicio fúnebre.

Aseguran que no beben vino, ni fuman tabaco, al que llaman *incienso del diablo;* pero en secreto hacen una cosa y otra, y gústales sobre todo el aguardiente.

Hemos dicho que los malakhanys son astutos, algo intrigantes, y que distan mucho de tener el carácter franco de los pneumatómacos. Esto se reconoce á primera vista: á menudo he tenido ocasion de oirlos lamentarse de su pobreza, siendo así que viven con bastante comodidad, y que segun parece no tienen motivo para quejarse de contribuciones demasiado pesadas.

Casi todos los malakhanys se dedican al comercio en general: muchos de ellos adoptan el oficio de carreteros, para trasportar las mercancías entre Tiflis y otras ciudades mas allá del Cáucaso.

Es un hecho notable que casi todos saben por lo menos leer y escribir.

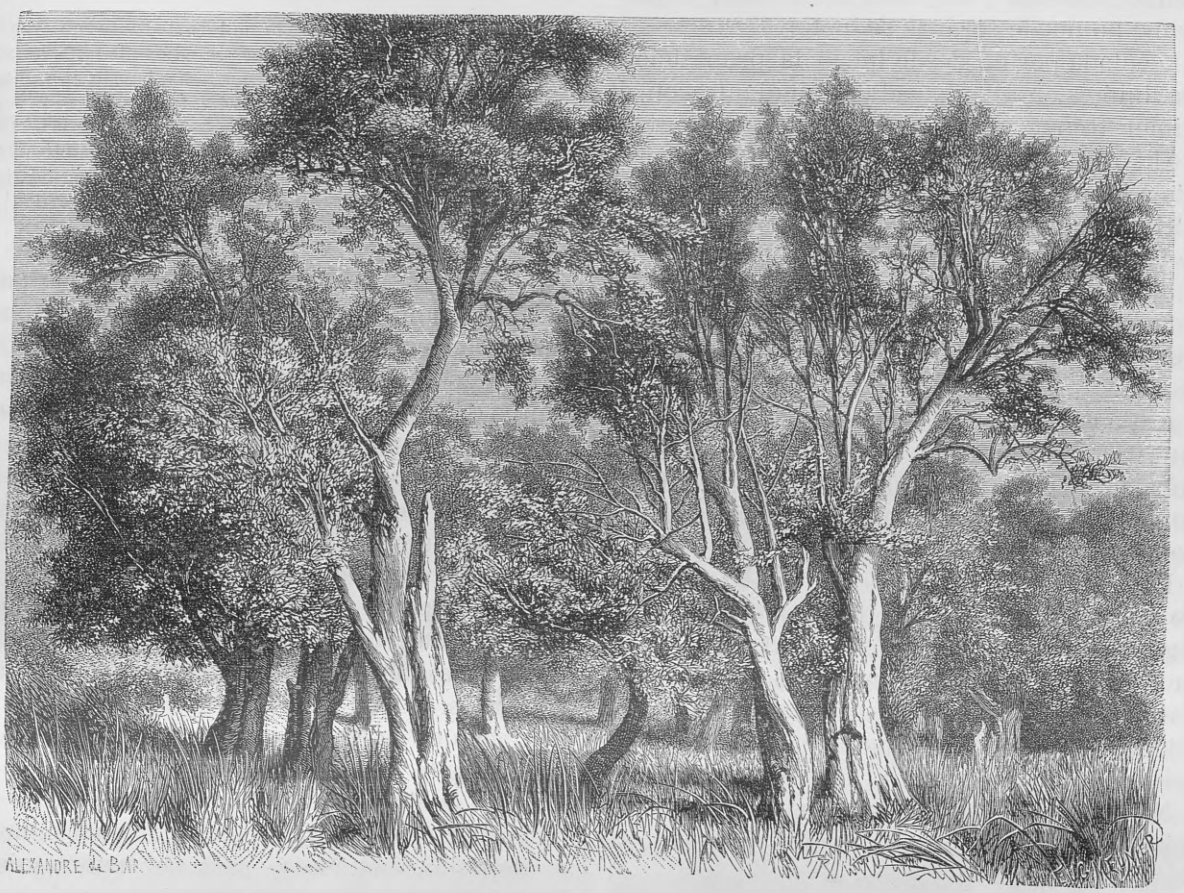
Los malakhanys fueron trasladados á la Transcaucasia hace veinticinco ó treinta años en cumplimiento de una medida gubernativa; pero hoy se les permite volver al interior de Rusia, aunque no parecen estar aun bastante al corriente sobre las verdaderas condiciones con que podria efectuarse su vuelta: en efecto, no se han designado aun tierras ni sitios convenientes para su establecimiento; y por lo tanto se mantienen en reserva sin apresurarse.

Es de creer que si les ceden suficiente terreno, muchos se alejarán de la Transcaucasia, sin echar de menos seguramente las montañas.

«¿Hay comparacion? exclaman; allí abajo no se ven sino tersas llanuras; pero aquí ¡mirad qué moles!...»

Despues de haber estado algunos dias entre los malakhanys, volví á Schoucha, dirigiéndome despues desde este punto, por las montañas, á Nachtchivane, Erivan, Alexandropol y otras ciudades de la Transcaucasia.

FIN DEL VIAJE Á LAS PROVINCIAS DEL CÁUCASO



Bosque de olivos cerca de Tremecen

VIAJE A TREMECEN

POR

M. E. DE LORRAL

I

Salida de Argel.—Llegada á Tremecen.—Alí y su padre.

23 *de marzo de* 1875.—Esta mañana me paseaba por la plaza del Gobierno en Argel, con mi amigo R..., un alsaciano; hacia tres meses que no nos habíamos aventurado mas allá de la Punta Pescada ó Mustafá superior; y aquel *far niente* comenzaba á molestarnos. Las tiendas de la calle Bab-Azoun no tenian ya misterios para nosotros, y sabíamos de memoria el título de todas las obras expuestas en los escaparates de la librería de Bastida.

Nos iba persiguiendo hacia un cuarto de hora un yauled (muchacho) que se obstinaba en ofrecernos sus servicios, de los cuales no teníamos la menor necesidad; y al fin le dí una moneda. La expresion de su rostro era muy viva; tenia dientes blanquísimos; y á pesar de los miserables harapos que apenas cubrian su cuerpo, aquel muchacho hubiera llamado ciertamente la atencion de un pintor. Nos entretuvimos en hacerle hablar, y nos refirió, en la jerga conocida con el nombre de sabir, que se llamaba Alí, que era de Tremecen y fué conducido á Argel por un funcionario, últimamente muerto. Abandonado, falto de recursos, y presa de la nostalgia, trataba de ganar lo necesario con que volver á su país. En diez y ocho meses pudo reunir quince pesetas, y aun le faltaba otro tanto. Entusiasmábale solo el recuerdo de su ciudad natal; y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas cuando nos decia qué feliz era antes de su fatal viaje.

«Si lleváramos á este muchacho á su padre... dijo de repente mi amigo; no sabemos dónde ir, pues vamos á Tremecen. Haremos á la vez una

bonita excursion y una obra de caridad; el programa no puede ser mas seductor.»

Aceptada por mí desde luego la proposicion, convinimos en marchar al dia siguiente con el primer tren.

Alí, nuestro protegido, no daba apenas crédito á lo que oia.

24 *de marzo*.—A las seis de la mañana estamos en la estacion; á media noche llegamos á Oran; al otro dia tomamos la diligencia; y el 26 de marzo, al rayar la aurora, comenzamos á franquear las alturas sobre que está situado Tremecen.

Alí, cuyo entusiasmo no reconoce límites, nos muestra á la izquierda, en el flanco de la montaña, el pueblo árabe de Bou-Medina: allí es donde habita su padre, debajo del minarete que domina el paisaje.

Pero ¿dónde está Tremecen? De vez en cuando se columbran á través de la sombría verdura algunas blancas torres que el sol de la primavera inunda de luz: es que cruzamos por un bosque, ó mejor dicho un espeso olivar, que los habitantes del país designan con el nombre de bosque de Boloña.

Nos internamos cada vez mas bajo aquellos árboles seculares, gloria, hermosura y riqueza de aquel país privilegiado.

A las siete entramos en la ciudad por la puerta de Bou-Medina, donde recibimos otra sorpresa: la alameda de Mechuar es una maravilla; figuraos una triple hilera de blancos álamos, de plátanos, de acacias, de almeces, de melias y acedaraques, cuya sombra es tan densa en verano, que jamás penetran á través de ella los rayos del sol.

A la izquierda elévanse las antiguas murallas del Mechuar, la ciudadela de Tremecen; salvo una ó dos excepciones, solo hay casas de mísero aspecto.

Hé aquí el tesoro, el palacio de la subdivision, la casa de correos, el telégrafo, y la oficina de las mensajerías.

Han acabado nuestras fatigas, pues nos apeamos á la puerta del *hotel de Francia*, aun transidos de frio, porque las noches son muy frescas en estas altas regiones, donde el naranjo y el limonero no florecen tan bien como en Aranjuez.

Alí habia desaparecido; pero en el momento de sentarnos á la mesa preséntase con su padre, venerable anciano de blanca barba pobremente vestido, pero con mucho aseo.

El buen hombre se obstina en besarnos las manos; á pesar de su flema oriental está sumamente conmovido y gruesas lágrimas se deslizan por sus pálidas mejillas.

II

Nuestro guia.—Mansurah.—El criadero de los ingenieros.—El gran estanque y el abad Bargés.—Los placeres náuticos de los habitantes de Tremecen.—Un barrio inhabitable.—Belleza de la campiña — La tumba de Sidi-Bou-Djemah.—El mercado de granos.—Bab-el-Kamis.—Las ruinas —La mezquita.—Un encuentro inopinado.—El pueblo francés y el vino del país.—El barrio trogloditico de Tremecen.—Lalla-Setti.—El-Kalah.—La torre de los molinos.—El círculo militar

27 *de marzo*.—Alí conoce el país como la palma de la mano, y nos servirá de guia en nuestras peregrinaciones. Hemos convenido en visitar ante todo las cercanías, pues siempre será tiempo de recorrer la ciudad cuando estemos cansados, ó cuando llueva.

Son las ocho de la mañana; y sopla un aire muy penetrante, pero anunciase un dia magnífico. Nos dirigimos á Mansurah, que es la curiosidad mas interesante de Tremecen.

Saliendo por la puerta de Fez, dejamos á nuestra izquierda el barrio de la Caballería, uno de los mas vastos cuarteles que hemos visto en Argelia.

Alí nos muestra, al salir de la ciudad, las plantaciones de los ingenieros, y el gran estanque ó Seridj.

Segun el abate Bargés, Abou-Tachfin, rey de Tremecen (1318-1337), construyó aquel inmenso depósito, hoy seco, para las naumaquias. No me atreveré á contradecir abiertamente á un hombre tan sabio; pero segun los ancianos del país, este estanque estaba destinado simplemente á concentrar las aguas de riego, que traidas desde las alturas de Lalla-Setti, distribuíanse despues en los jardines inferiores.

Se ha tratado varias veces de calafatear el Seridj, pero sin buen éxito, y hoy se ejercitan allí en el tiro nuestros quintos.

A todas horas del dia resuenan en las orillas del gran estanque, los clarines, trompetas y tambores, en que se ensayan tambien en todos los tonos. He visto casas á lo largo del Seridj, y supongo que estarian habitadas por sordos.

Continuamos nuestra excursion á través de una campiña verdaderamente admirable: por todas partes se ven olivos, higueras, cerezos y nogales; diríase que esto es un inmenso jardin.

Pasamos del mercado de granos, establecido recientemente, y de la modesta tumba de Sidi Bou-Djemah. A nuestra izquiera queda el Bab-el-Kamis (la puerta del juéves), arco de triunfo construido con ladrillo, del mas pintoresco efecto, erigido en 1229 por Abou-Yacub, cuando el primer sitio de Tremecen: quinientos metros mas allá comienza el recinto de Mansurah.

Me extenderé lo menos posible sobre la historia de Tremecen, porque este asunto, suponien-

do que no se hagan nuevos descubrimientos, puede considerarse como agotado. Recomiendo al lector los sabios y concienzudos trabajos de Brosselard, los del muy exacto y fiel Guido Piesse, el libro algo confuso, aunque interesante, del abate Bargés y la guia inglesa de Murray. No necesito citar las obras escritas sobre Argel en general y Tremecen en particular.

Sin embargo, antes de penetrar en el recinto de Mansurah, es preciso decir dos palabras acerca de su historia.

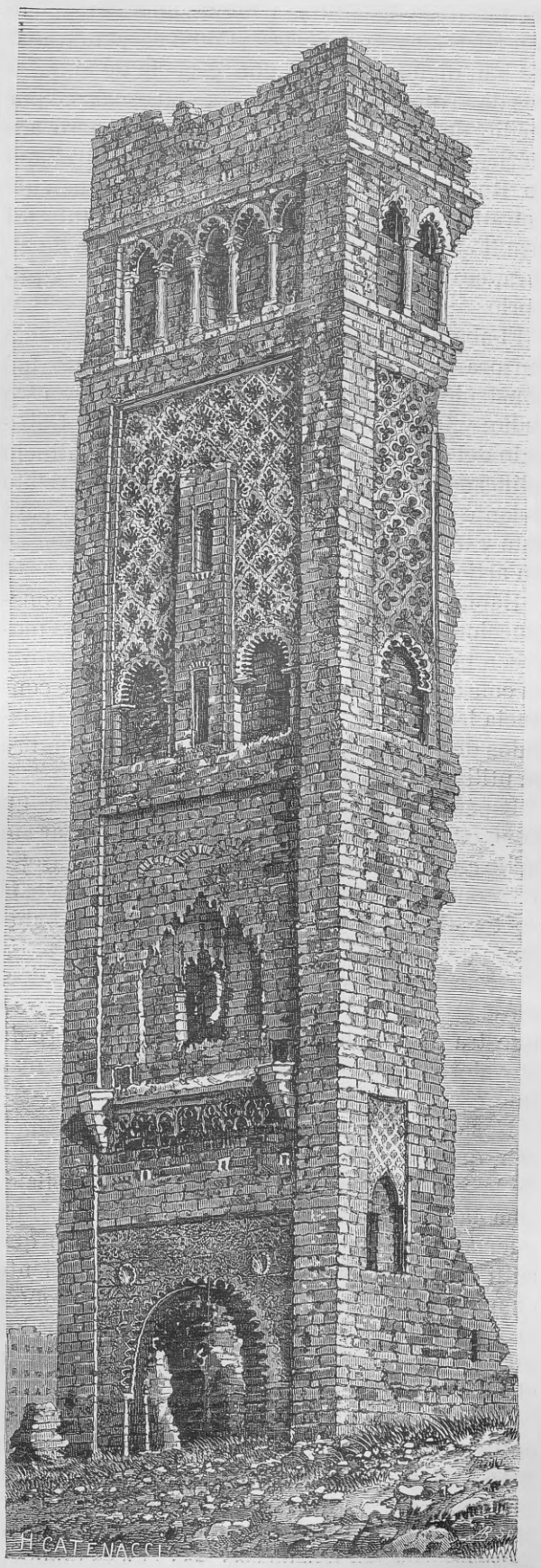
En 1295 reinaba en Tremecen un príncipe de la dinastía de los Abd-el-Ouadites, llamado Abou-Said-Othman. Cometió la imprudencia de dar asilo á un ministro que habia incurrido en el desagrado del sultan Abou-Yacub; y en aquella época de disturbios no se perdonaban semejantes hospitalidades.

Abou-Yacub fué al punto á poner sitio á Tremecen; pero hubo de retirarse al cabo de siete meses, si bien reapareció muy pronto, y puso un sitio que duró ocho años. En el punto donde habia acampado el ejército, Abou-Yacub mandó edificar un palacio para su residencia, y una mezquita de extraordinaria altura; y bajo la proteccion de los muros levantáronse casas, estableciéndose hospederías y hospitales; de modo que Mansurah llegó á ser una ciudad populosa, cuyas ruinas grandiosas asombran aun á los viajeros.

Léjos estamos de la época (1846) en que el abate Bargés necesitaba para ir á Mansurah la escolta de «diez koulouglis armados hasta los dientes;» y hasta nos sonreimos al leer este detalle en la historia de Tremecen.

Ninguna descripcion podria dar idea de la grandiosidad del espectáculo que se ofrece á nuestros ojos: á la izquierda se ven las rocas escarpadas de Lalla-Setti, donde se reflejan los dorados rayos del sol de Africa; ante nosotros, el antiguo recinto, de color gris á la sombra y amarillento á la luz, desarróllase con sus torres cuadradas hasta perderse de vista; en el fondo destácase el alto minarete medio hundido, semejante al cuello de una gigantesca ánfora; y á la derecha extiéndese la verde campiña, limitada por montañas de azulado color: esta es en todo su brillo «la arquitectura de los paisajes» de que habla M. Taine en sus *Notas sobre Inglaterra*.

Un camino pedregoso nos conduce por una suave pendiente hasta la entrada de la mezquita, que acaban de limpiar completamente: penetramos en el patio del edificio, desde donde se domina el paisaje, y podemos abarcar de una mirada el desarrollo del recinto, que es de cien hectáreas. Los muros tienen un metro de espe-



Torre de Mansurah

sor por doce de altura; y lo que mas sorprende son las torres sin puertas. ¿Cómo se penetraba? Me han dicho que eran una especie de almacenes de víveres, y que se bajaba con escalas ó por medio de cuerdas: convengo en ello, pero adviértase que las torres del recinto de Aureliano en Roma, cerca de la puerta de San Juan de Letran, ofrecen una disposicion semejante. El orgulloso minarete, de treinta y ocho piés de altura, se conserva en pié por un prodigioso equilibrio.

El abate Bargés refiere con este motivo una curiosa leyenda. Parece que el minarete fué construido por dos albañiles, uno árabe y otro judío; y Dios, que no habia bendecido el trabajado del segundo, hizo caer la parte del edificio edificada por él. No hay que reirse de este relato delante de ningun musulman, pues tiene para este y todos sus correligionarios todo el valor de un artículo de fe.

Háblase mucho de la duracion de las construcciones romanas; pero las de los árabes merecen tambien elogios. El suelo de la mezquita se conserva intacto como el acueducto que conducia las aguas á Mansurah; los europeos instalados desde 1850 en el pueblo del mismo nombre se utilizan aun de este canal.

Espéranos una sorpresa: al revolver por un lienzo de muralla vemos un médico militar sumido en muda contemplacion ante el minarete, y reconozco con alegría á nuestro compatriota el doctor Bleicher, que no sabíamos fuese habitante de Tremecen.

Nos estrechamos la mano con efusion. El doctor está agregado al hospital militar, y se pone á nuestra disposicion. Guiados por un hombre de su valer, nuestras excursiones serán mucho mas interesantes.

Nos dirigimos hácia el pueblecillo de Mansurah, que situado en el antiguo recinto, en medio de la verdura, parece un nido entre el follaje. Una calle sombreada por los árboles, con una puerta en cada extremidad, constituye lo que aquí llaman el pueblo. Solo se cuentan ciento cuarenta y un habitantes; las casas son pobres en general; pero el doctor nos indica algunas bonitas granjas, particularmente la de un antiguo alcalde de Tremecen.

Nos sirven vino muy bueno, porque la vid se cultiva con tanto éxito en Mansurah como en Brea ó Henaya. Es, no obstante, algo áspero, y tiene el sabor de los vinos comunes de España. Nuestro patron, honrado colono, nos explica que se recogen «cien bordelesas, sea el año bueno ó malo,» de modo que á razon de setenta y cinco ú ochenta pesetas cada una (doscientos veinti-ocho litros), producen ya un regular beneficio.

—Hé ahí, decimos nosotros, un producto que promete para lo sucesivo.

—Pero no se adquiere el beneficio sin gran trabajo, replicó el buen hombre.

Y conduciéndonos á sus viñas, nos muestra una pequeña choza de ramaje.

—Allí paso yo mis noches, dice, durante seis semanas, desde el momento en que la uva madura. Es preciso trabajar durante el dia y velar denoche, pues los chacales y los árabes son terribles vendimiadores, sobre todo estos últimos, porque arrancan la cepa con su fruto para despachar antes. En su consecuencia, apenas madura un racimo, corremos á venderle al mercado á razon de cincuenta céntimos el kilógramo; el beneficio es bastante regular, y esto menos nos roba el enemigo.

Se trata de franquear las rocas de Lalla-Setti, que dominan la meseta de Tremecen; y para ello nos aventuramos en un sendero que cruza la campiña, el cual nos conduce primeramente á la entrada de lo que el doctor designa con el nombre de barrio troglodítico de Tremecen. Es una serie de cavernas abandonadas hoy, pero que en otro tiempo tuvieron habitantes, segun lo prueban los restos hallados por el doctor. El flanco de la montaña está cubierto de flores, entre las cuales se encuentran hasta cinco especies de orquídeas y helechos. El sendero, al principio fácil, es cada vez mas penoso; y cogiéndonos á las salientes de las rocas, conseguimos por fin llegar á la cima. Ignoro si la kouba de Lalla-Setti es muy frecuentada; pero los fieles que van á llevar á semejante altura sus ofrendas y oraciones, merecen seguramente ser atendidos.

La leyenda refiere que durante uno de los sitios que sufrió Tremecen, Lalla-Setti dió de comer cebada á una cabra, ahuyentándola despues hácia el campamento enemigo. Los sitiadores mataron la cabra, y al ver que los de Tremecen alimentaban sus animales con grano, perdieron la esperanza de tomar la ciudad, y levantaron el sitio.

Al acercarnos á la kouba vimos huir espantada á una legion de conejos que desapareció por entre los espinos que rodean un jardinillo donde crecen algunos raquíticos árboles frutales. El silencio es tan profundo, que aquel paraje parece deshabitado; pero de pronto sale un corpulento negro de la caseta contigua al marabut, nos dirige una malévola mirada, descuelga algunos pingajos que están secándose al sol, y vuelve á entrar en su chiribitil.

Pisamos un suelo árido, donde apenas encuentran alimento algunas espátulas y varios

espinos, y avanzamos con gran dificultad entre las piedras que obstruyen el camino; pero el golpe de vista es admirable. Tremecen presenta su polígono regular de construcciones pintorescamente agrupadas; y un verdadero océano de verdura cubre el terraplen que sirve de base á la bonita y pequeña ciudad. Mas allá está Brea, con las montañas que limitan el horizonte; á la izquierda Mansurah; y á la derecha los pueblos de Négrier, Saf-Saf,y el camino de Oran. Sentados sobre una punta de roca, no nos cansamos de admirar aquel espectáculo espléndido; pero una niebla que baja de las alturas nos oculta muy pronto aquellas maravillas.

Seguimos hasta el fin la cornisa accidentada; solo el monótono canto del grillo interrumpe el silencio; al cabo de media hora de marcha llegamos á la extremidad de la meseta, donde vemos algunas grutas curiosamente recortadas en el flanco de la montaña. Al pié de estas cavernas, un arroyo se precipita mugiendo desde una altura de varios metros en canales de mampostería, dispuestos para recibirle.

Pegados á la montaña se escalonan varios molinos que estas ricas aguas ponen en movimiento. Al terreno pedregoso sigue otro mas fértil, y vemos algunos cultivos á derecha é izquierda del sendero.

Un momento despues costeamos la torre de los Molinos, la prision de los oficiales de la guarnicion, edificio triste y de feo aspecto, donde seguramente no será muy agradable habitar.

Llegamos á El-Kalah donde los molinos no son menos numerosos; sus majestuosas ruedas despiden hasta el camino una espuma argentada.

A las once llegamos á la puerta de las Canteras. El doctor nos condujo al Círculo militar despues del almuerzo; y allí pudimos saborear el café en medio de un jardin inglés, recientemente ensanchado, que ofrece un risueño conjunto. En el fondo, en un edificio separado, está la biblioteca, abundantemente provista de libros, periódicos y revistas: contiene dos mil quinientos volúmenes, bien elegidos, sobre literatura, historia, filosofía y ciencias. En muchas ciudades de Francia no se encuentran semejantes recursos intelectuales. En Tremecen existe además otra biblioteca y un museo, que iremos á visitar mas tarde.

III

El clima de Tremecen.—La ciudad en 1842 á la llegada de los franceses —Los barrios indígenas actuales.—Los koulouglis.—Los haddars.—Los israelitas.—Biblioteca —Museo.—Sidi-el-Hallouy.—El pueblo de los Negros — La torre de Agadir.—Puerta de Sidi-Daoudi.—El bosque de Boloña.—Sidi-Yacub.—La meseta de las mujeres sin hijos.—Sacrificios.

28 *de marzo*.—Llueve á torrentes, y no pudiendo pensar en salir, digamos una palabra acerca del clima de Tremecen. Es notable por las bruscas variaciones de la temperatura, variaciones tan sensibles de uno á otro dia, como de una á otra estacion, y las cuales se suceden rápidamente en el espacio de veinticuatro horas, sobre todo durante el verano. Puede admitirse que los extremos son + 36° y —6°, lo cual supone cuarenta y dos grados para la escala termométrica en que se hallan comprendidas las temperaturas observadas hasta aquí.

En Tremecen son copiosas las lluvias: comienzan de ordinario en octubre, y continúanse con alternativas de buen tiempo hasta mayo y junio. Las lluvias primaverales y las nieblas de la mañana son muy frecuentes, hasta en julio, contribuyendo á comunicar á la vegetacion un carácter de permanencia que en el verano asombra á los viajeros. Sorprende hallar verdura en Tremecen despues de atravesar inmensos espacios donde la vegetacion se ha paralizado desde el mes de junio á consecuencia de la sequía. El siroco, ó viento del Sud, sopla muy pocas veces en Tremecen, y solo por espacio de dos ó tres dias, y las grandes perturbaciones atmosféricas son igualmente raras. Apenas se oye rugir el trueno sino en invierno y la primavera, despues de algunos dias demasiado calurosos para la estacion. Los temporales pasan rápidamente sobre la ciudad, arrastrados á lo léjos, en lo general hácia el sudeste, por corrientes de extremada violencia.

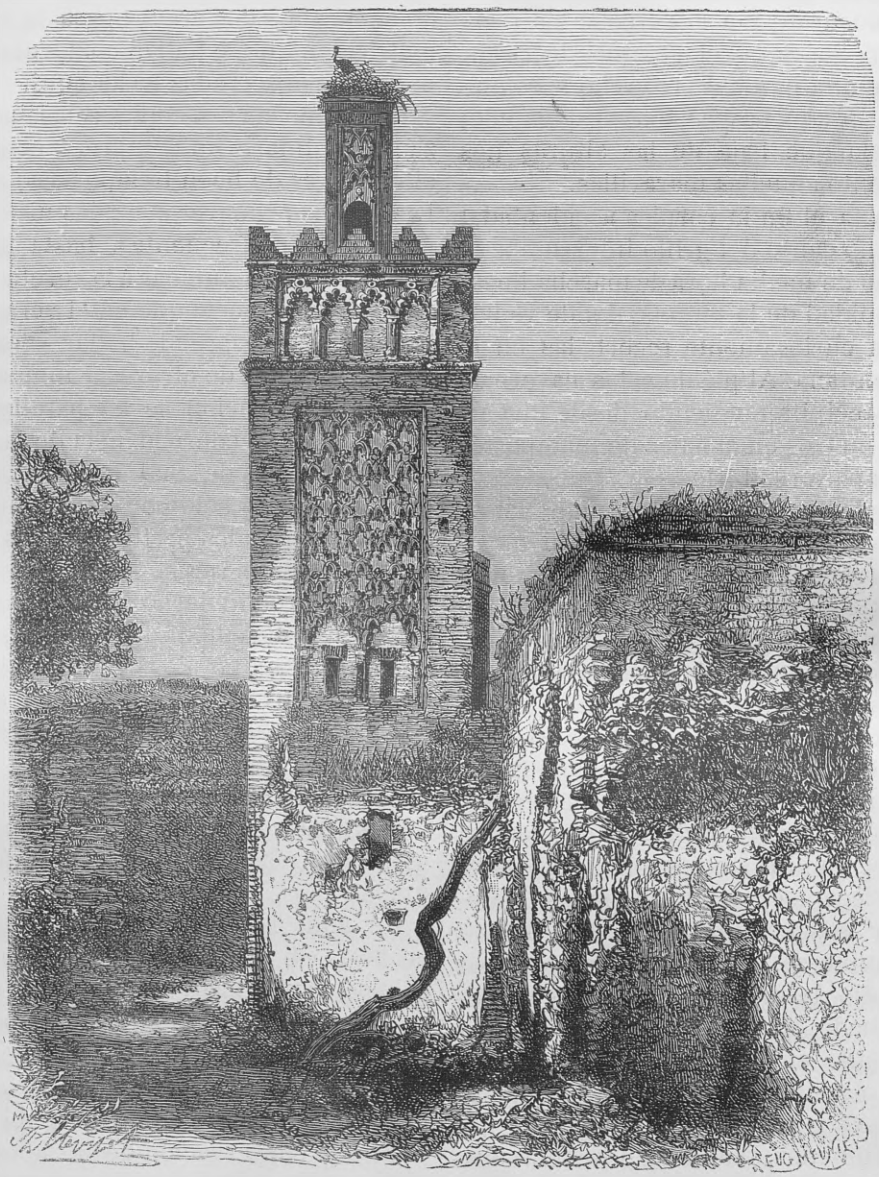
Tremecen está pues favorecido; pero la ciudad no es bonita, ni mucho menos, aunque se hizo en ella algun progreso desde la conquista.

Hé aquí lo que escribia un testigo ocular en 1842: «A nuestra llegada, Tremecen ofrecia el aspecto lúgubre y triste de una ciudad ruinosa. Como quiera que antes de la ocupacion por los franceses no existia higiene pública, hemos hallado los vestigios de esa incuria, de esa indiferencia con que los indígenas miran su bienestar ó la conservacion de su salud. Por eso las calles y plazas eran entonces verdaderos muladares, receptáculos de inmundicias, que cada cual depositaba sin cuidarse de ofender el olfato de su vecino, que por otra parte no debia resentirse mucho; veíanse charcos de cieno, en medio de los cuales se encontraban á veces animales muertos, y que fermentaban al sol, infectando á gran distancia la columna atmosférica. El interior de las casas, gracias á la poca repugnancia de sus propietarios, se resentia necesariamente de este hediondo conjunto. Pasábase la vida en medio de aguas estancadas, llenas de

restos putrefactos, ó montones de estiércol en descomposicion.

»Las antiguas cloacas estaban obstruidas, y no hallando salida libre el producto de las letrinas públicas y particulares, las aguas sucias estancábanse en calles y plazas. A veces reventaban los conductos de agua potable, y entonces, una horrible mezcla infectaba las aguas destinadas á los usos domésticos.

»El barrio judío sobre todo, situado cerca del magnífico paseo del Mechuar, excedia á los demás en suciedad é insalubridad.»



Mezquita del pueblo de los Negros

Desde 1842 se han levantado algunos edificios, pero son mezquinos; y rara vez tienen las casas de los particulares mas de un piso; pero debe advertirse que la mano de obra es muy cara, y que ocasiona grandes gastos la cal y la madera, que es preciso traer de Oran. Una casa cuesta el veinte por ciento mas que en esta última ciudad: es preciso ser rico para poseer bienes inmuebles en Tremecen.

En cuanto á los barrios indígenas, aun son hediondos; solo consisten en ruinas, en medio de las cuales han formado sus viviendas los moradores. Detrás del Círculo militar se ve un dédalo inextricable de casuchas de tierra, y de lienzos de muralla vacilantes, que son los inválidos de la arquitectura árabe. En el interior todo es mísero; una esterilla sirve de lecho; un cofre de madera pintada *[sendouk]* sirve para

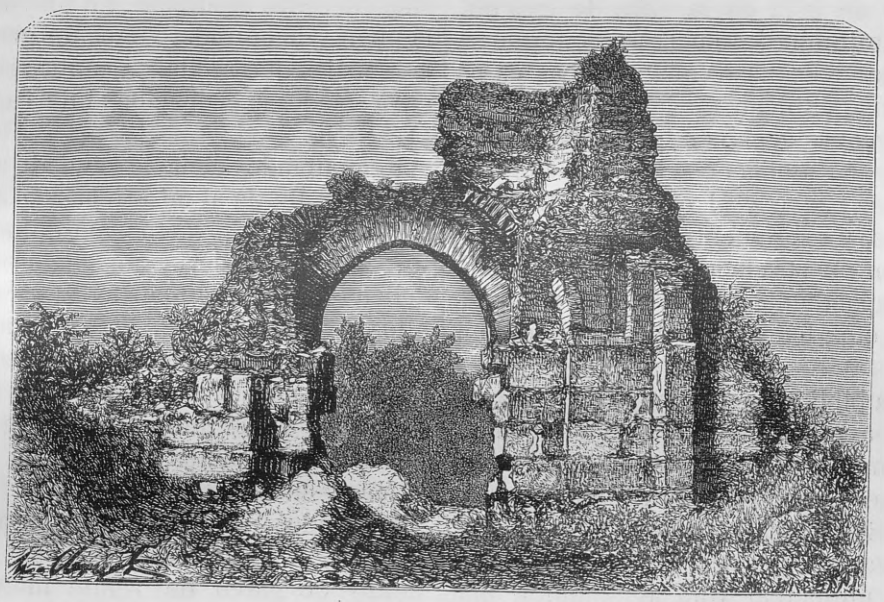
guardar las ropas; un calorífero de tierra, varios platos de madera de álamo, y otros dos ó tres utensilios constituyen todo el ajuar de la cocina.

En Tremecen hay diez mil noventa y un musulmanes, contándose otros dos mil setecientos en los vecinos pueblos de Ain Buhadjar, Ain-el-Hut, Ouzidan, Beni-Ouazzen y Beni-Mester.

Los israelitas, aunque ocupados en alojamientos insuficientes, atendida su innumerable progenie, están instalados con mas comodidad: su ajuar no es tan rudimentario, y su bienestar va en aumento, á medida que los musulmanes decaen mas.

Justo es, sin embargo, hacer una distincion en lo que concierne á los indígenas musulmanes.

Existen, sobre todo en Tremecen, dos razas, no solo distintas, sino muy hostiles entre sí; y gracias á este antagonismo hemos podido estar seguros en el país. Los koulouglis, nacidos de padres turcos y mujeres árabes, son mal vistos, y á nosotros deben que no se les persiga, por lo cual no han dejado pasar ocasion sin manifestarnos su agradecimiento. En otra época se les vió encerrarse con nosotros en el Mechuar, y ofrecernos contra el enemigo comun el contingente de sus fuerzas. Los mas de ellos son hombres de elevada estatura y vigorosos; son mas



Puerta de Sidi-Daoudi

aseados que sus rivales, mas trabajadores, y ellos solos cultivan con infatigable ardor las magníficas huertas que forman para la ciudad una faja siempre verde. Todo el comercio indígena al pormenor está en sus manos; tienen tiendas de comestibles bien provistas; y como carniceros hacen una ruda competencia á los españoles y franceses, pues venden mas barato; hablan el francés y algunos tambien el español.

Los haddars, nacidos de padres y madres árabes, son pobres, han degenerado mucho y no les gusta trabajar. De escasa talla, tienen el cútis bronceado y cabello negro; mientras que los koulouglis son blancos, y algunos con el cabello rubio.

Estos últimos indígenas cifran su amor propio en reconstruir sus casas apenas cuentan con suficientes recursos. Entre ellos hay aun diestros albañiles que comprenden el gran estilo morisco; pero no encuentran á menudo ocasion de ejercer su talento. Las grandes fortunas son raras entre los musulmanes, y cuando estos construyen buscan trabajadores europeos.

Los israelitas son muy numerosos, y su comunidad data de muy remota época. Segun cierto artículo publicado por M. Darmon en la *Revista africana* (julio de 1870), despues de la construccion del templo de Onías en Alejandría, fué cuando los israelitas egipcios llegaron en gran número á refugiarse en Tremecen. A consecuencia de las persecuciones en el siglo xv fueron tambien muchos á Argel, y particularmente á la provincia de Oran. El rabino Efraim Ankaoa, muerto en 1442, cincuenta años antes de haber sido expulsada su raza de España, fué, segun dicen, el fundador de la comunidad. Asegúrase que curó de una peligrosa enfermedad á la hija de un rey de la familia de los Beni-Zian; habién-

dose considerado el acontecimiento como milagroso, aseguróse por él la existencia de la comunidad. El barrio judío se formó en la inmediacion del Mechuar, cual si se buscase una proteccion mas junto á la real residencia. En el centro de la vivienda, elevóse una sinagoga, la cual encontraron aun los franceses en pié en 1842, habiendo procedido á repararla al punto, segun consta en la inscripcion conmemorativa que hay sobre el pórtico del edificio. Rabí Samuel edificó una segunda sinagoga á la cual dió el nombre de Mástria y que ha sido despues una escuela talmúdica, célebre en el país.

Por último, en la calle de San Miguel hay una tercera sinagoga, construida en 1846.

El recuento de 1872 da la cifra de tres mil doscientos veintiun judíos en Tremecen, que se hallan en camino de hacer fortuna. Las casas europeas que se edifican en la ciudad son en gran parte suyas; así como en todas partes, dan pruebas de gran inteligencia, y están dotados de genio para la banca y el comercio. Los mas hablan francés, y se encuentran muchos que escriben tambien nuestra lengua. Colócanse como empleados, dependientes de comercio, pasantes de escribano, etc.; todos saben hacer carrera en el mundo.

Visitamos la biblioteca y el museo que hay en el edificio del ayuntamiento. La primera contiene ahora dos mil doscientos volúmenes bien elegidos; y allí se ponen gratuitamente á disposicion del público todas las obras maestras del espíritu humano.

El consejo municipal vota anualmente una suma de bastante importancia á fin de aumentar tan precioso fondo.

El museo ocupa una magnífica sala que sirve á veces para bailes y conciertos: excepto las columnas de ónix halladas en las excavaciones de Mansurah, la coleccion de objetos de arte no ha tenido gran aumento desde que se publicó la última coleccion de Guido Piesse.

Cuando dejó de llover salimos por la puerta llamada de Bab-ed-Djad, construida por los ingenieros, y bajamos á Sidi-el-Hallouy, cuya leyenda es bien conocida. Sidi-el-Hallouy, ó mas bien *Echchoudi*, porque *hallouy* no es sino un sobrenombre que significa vendedor de confites, era un santo varon, que vivió hácia el año 1266 de la era cristiana (665 de la Egira). Nombrado preceptor de los hijos del sultan Abou-Zian, fué decapitado á instigacion del gran visir, quien le acusó de hechicero; pero su muerte fué seguida de milagros que asombraron al sultan, y entonces dió órden de emparedar al gran visir. Por lo que hace al santo, construyóse para él una tumba cerca de la cual se elevó muy pronto la mezquita que lleva su nombre.

Su estilo es como el de todos los edificios de esta clase. Despues de franquear la puerta exterior, se penetra en un patio adornado de una fuente, alrededor de la cual se corren los claustros y el cuerpo principal del edificio. Lo que principalmente asombra á los europeos es la desnudez del templo propiamente dicho: el suelo está cubierto de esterillas; del techo penden algunas toscas arañas, y al lado del *mihrab* elévase un púlpito de madera, al que se sube por una escalerilla muy empinada, sin carácter alguno. Hállase sin embargo una compensacion en las magníficas columnas de ónix, y en los techos de cedro esculpido. En un rincon, cerca de la puerta de entrada, vimos un grupo de graves personajes que recitaban cánticos en voz baja, y cuya piadosa ocupacion interrumpió nuestra presencia.

Remontando hácia la ciudad, nos dirigimos por la izquierda al mísero *pueblo de los Negros*, donde hay una pequeña mezquita. Seguimos á través de las huertas un sendero que debe ser delicioso en verano; por todas partes vemos bonitos verjeles llenos de flores, aunque sin hojas; los almendros pierden ya su blanco adorno, y los manzanos están cubiertos de flores rojizas. El sol de Argel ilumina este magnífico cuadro, y una tibia brisa nos trae en sus alas las vagas emanaciones del lejano mar.

Seducidos por el espectáculo, avanzamos entre antiguas murallas derruidas en parte: un lienzo de pared de veinte metros de altura domina todos estos vestigios del pasado. Costeamos una tenería, donde algunos obreros medio desnudos se inclinan sobre sus pilas á flor de tierra, que contienen líquidos negruzcos. Pasamos ligeros, porque la vista del hombre desvanece la ilusion que produce este cuadro de la naturaleza.

Hétenos ya en Agadir, la cuna de Tremecen: solo queda el minarete de una mezquita, y varias murallas cuyo inmenso desarrollo revelan el esplendor de la ciudad que desapareció. Y sin embargo, Agadir no era nada junto al mismo Tremecen: gracias á la obsequiosidad de un amigo, he podido obtener un trazado exacto de los antiguos recintos, que permite comparar muy bien la importancia de aquellas ciudades.

La torre de Agadir, de cuarenta metros de altura, es cuadrada; ha perdido completamente su revestimiento de ladrillos barnizados, pero aun se conserva bastante bien; y en sus espesas paredes se ven encastradas piedras tumulares, cuyas inscripciones latinas se copiaron mucho

tiempo antes de llegar nosotros. Aun se puede subir fácilmente hasta la plataforma, desde donde se disfruta de un magnífico golpe de vista. El panorama es el mismo que se contempla en Mansurah; pero aquí dominamos mejor las arboledas sombrías del «bosque de Boloña:» la negra sombra de los enormes alisos tiene algo de imponente. Divisamos bonitas quintas medio ocultas en la verdura; allí está la puerta de Sidi-Daoudi, que por desgracia se hundió hace tres años; de esa magnífica muestra del estilo morisco no existe ya sino un monton de piedras... y una fotografía que reproduce nuestro grabado de la página 601.

Debajo hay un bonito marabut, blanco como la nieve, y que el sol acaricia con sus rayos: es la kouba de Sidi-Daoudi, el antiguo señor de Tremecen, desterrado mas tarde por Sidi-Bou-Medina.

Llegamos al bosque de Boloña: un agua espumosa muge al pié de los antiguos muros cubiertos de plantas trepadoras; las higueras han echado raíces en las grietas de las torres vacilantes; el sendero costea el torrente; la sombra es densa y el aire está embalsamado por el perfume de las violetas; por doquiera se extienden alfombras de musgo y de yerba nueva; y el lejano mugido de una cascada domina el rumor del torrente. No se creeria estar en Argel; esto es un verdadero paisaje de Francia.

Llegamos á una pequeña meseta sombreada por gigantescos terebintos varias veces seculares: es un lugar consagrado; es la *meseta de las mujeres sin hijos*. Me figuro así un *lecus* romano, aquel donde Numa consultaba á Egeria. El suelo está alfombrado de magníficos iris, cuyos grandes botones violáceos se abrirán á los primeros calores; acá y allá vagan algunos carneros; y un émulo de Melibea sopla en un pedazo de caña que le sirve de flauta. No mereceria el primer premio del Conservatorio; pero escuchámosle con placer porque completa el cuadro que nos ofrece este paisaje.

A poco vemos llegar una procesion de blancas fantasmas: son las mujeres que van á visitar el marabut para pedir la fecundidad; pero como cada una de ellas va seguida de seis niños, debe creerse que lo que desean es el séptimo. Al divisarnos se cubren con el velo precipitadamente; pero á través de la lana de sus jaiques, algunos ojos curiosos nos examinan á hurtadillas, y déjanse oir algunas risas femeniles.

Contamos cuatro marabuts: el que tiene el nombre de Sidi-Yacub se halla bastante bien conservado: este pequeño edificio forma un cuadro, sobrepuesto de su kouba; el sol, deslizándose entre las ramas de los árboles, produce sombras y brillantes luces en las paredes blanqueadas con cal. El marabut de Sidi-Aouheb no es ya mas que una ruina, donde vemos espacios circulares rodeados de piedras resecadas. Alí nos refiere que allí es donde Sidi-Yacub se apareció á un fiel: el sitio es sagrado, y á ciertas horas, el guardian del marabut lleva de un lado á otro carbones encendidos espolvoreados con incienso.

¡Cosa singular! Sidi-Yacub (San José) es tan venerado por los judíos como por los musulmanes, para quienes, por otra parte, Aissa no es otro sino Jesus y Lalla Meriem la Vírgen María.

Ultimamente debió intervenir la autoridad para evitar una colision. La raza judía es tan prolífica, que no podemos menos de preguntarnos qué razon podian tener los judíos para querer penetrar por fuerza en la kouba, á pesar de la oposicion de los musulmanes.

Bajamos al fondo del barranco, donde se deslizan dos corrientes abundantes, las cuales forman un riachuelo que se pierde en el torrente. Frente á nosotros vemos un grupo de mujeres.

Al divisarnos elévanse varios clamores; y una matrona grita y gesticula. ¿Qué quiere decir? «Que lava su ropa de familia y no debemos verla.»

Alí interviene para explicar que somos unos «nobles extranjeros,» y que nos interesan mucho las cuestiones de lejía. La tempestad se calma; serénanse los rostros; R... distribuye pastillas de chocolate á derecha é izquierda á los niños que se pasean luciendo el traje de Adan, porque están secándose sus únicas camisas. Por fin se nos tolera, permitiéndonos estudiar el procedimiento por medio del cual los albornoces viejos se convierten de negros en blancos. Los piés son los que mas trabajan en la operacion: cuando la prenda ha sido pateada cadenciosamente durante un cuarto de hora sobre una piedra plana á orillas de la corriente, no falta ya mas que exprimir el agua y extenderla sobre la yerba. Lo que mas excita nuestra curiosidad es una jaula bastante análoga por su forma á los antiguos miriñaques. No podemos suponer que estas damas usen semejante máquina á la moda francesa. Alí, imperturbable cicerone, nos pone al corriente del hecho. Cuando la lana ha sido bien batida por el procedimiento que acabamos de indicar, se pone en la jaula, debajo de la cual se quema azufre en un calentador de barro, de modo que aquella se va secando al mismo tiempo que blanquea.

Una segunda distribucion de chocolate acaba de granjearnos las simpatías de las lavanderas,

y nos separamos como los mejores amigos del mundo.

En la orilla opuesta del barranco hay una preciosa quinta, y obtenemos permiso para visitarla. Siempre vemos el agua abundante; los árboles son magníficos, distinguiéndose entre ellos los sicomoros y las acacias, y hay muchos frutales; los andenes están bordeados por una espesura de violetas. El jardin que recorremos paso á paso contiene una doble hilera de castaños, todos cubiertos de follaje hace ya una semana.

La casa es elegante y espaciosa; adornan el salon enormes ramos de violetas, ramos por los que en Paris ó Niza se pagarian veinticinco francos, y que aquí no cuestan sino el trabajo de cogerlos. En Tremecen se produce esta flor en tal abundancia, que con ella se abastece el mercado de Oran. Un magnífico ramo, bien envuelto en musgo, se envia por la diligencia á las tres de la tarde, y al dia siguiente al amanecer llega al punto de su destino.

Alí nos conduce á la ciudad por bonitos caminos cubiertos de sombra: pasamos cerca del marabut de Sidi-Abdallah, que solo es una bicoca sin techo, escondida debajo de un enorme terebinto. Nuestro pequeño guia nos refiere que en tiempo de la conquista acampó á la sombra de este árbol toda una compañía de infantería. El guardian del marabut previno á los soldados que si tocaban al terebinto, el santo castigaria el sacrilegio; pero nuestros soldados se rieron de estas palabras. Uno de ellos, pensando que una madera tan respetable calentaria mejor su café, quiso cortar una rama, pero el hacha, mal dirigida, le infirió una herida profunda en el muslo, de la cual murió. Ya se comprenderá cuánto aprovechó para la reputacion de Sidi-Abdallah aquella torpeza del pobre soldado. Entramos de nuevo en la ciudad por la alameda de los Morales, célebre en Tremecen con justo motivo.

IV

Un poco de estadistica, la menos posible.—Una reunion en la ciudad.—Comida y música de los israelitas.—Etimología curiosa. — Bou-Medina. — El Mefrouch — Las cascadas.

1.° *de abril.*—Pasamos la tarde en un magnífico jardin, cerca de la puerta del Sur, al pié de El-Kalah. Nuestro patron, amigo del doctor, ha llegado aquí con los primeros colonos franceses; y jamás salió de Tremecen, donde ha hecho una grande y honrosa fortuna.

Como es natural, le interrogamos ante todo sobre las riquezas del país.

—¿Se sabe poco mas ó menos cuántos olivos hay alrededor de Tremecen?

—Supongamos cincuenta mil.

—El número es imponente.

—No debe extrañaros: Tremecen es un país casi único en Argel, como clima y como riqueza de produccion, lo cual se debe á una doble causa: tenemos agua y árboles, ó mas bien árboles, porque no nos falta el agua. En el territorio de Tremecen se cuentan seiscientas setenta hectáreas de jardines y verjeles, doscientas cincuenta y cuatro de viñas, dos mil ciento once de tierras de regadío, once mil ochocientas treinta y cinco de pastos, ciento ochenta y cuatro estanques, y trescientos cuarenta y ocho kilómetros novecientos cuarenta y cinco metros de canales de riego, creados y conservados por el sindicato de las aguas. Buscad en todo Argel una region tan favorecida.

Al oir esto quedéme estupefacto: no podia creer que hubiese hombres capaces de citar tantas cifras sin tomar aliento.

R... ha prestado mas atencion al oir hablar de las viñas.

—¿Y es el vino bueno?

—Excelente.

—Sin embargo, el que hemos bebido en Mansurah...

—Dispensad; he debido decir que será excelente.

—Eso es otra cosa; pero ¿qué se necesita para ello?

—En primer lugar bodegas, á fin de preservar el vino de los calores del verano, y despues prensas, para evitar la necesidad de estrujar la uva con los piés. El dia en que nuestros colonos tengan útiles como los que hay en Borgoña, los vinos de España y del Mediodía valdrán muy poca cosa. En cuanto á nuestros aceites pueden rivalizar con los de Provenza, y tienen la ventaja de costar menos. Tenemos siete molinos en la ciudad, y tres para el agua fuera.

—Esto es muy hermoso.

—Aun no os lo he dicho todo. ¿Habeis visto nuestros molinos harineros en El-Kalah?

—Ciertamente.

—Pues bien; el Estado debe concedernos aun sesenta saltos de agua, y entonces podremos tener fábricas donde aserrar la madera y el mármol, esparterías, depósitos de pastas alimenticias, fábricas de papel, etc.

—¿Y los frutos?

—En esto nos vemos tambien favorecidos: tenemos todos los de las zonas templadas, sin contar algunos de las regiones mas cálidas. Nuestros higos son tan abundantes, que por falta de com-

pradores se pudren en los árboles: el distrito produce veinte mil quintales. Las pequeñas cerezas de la Saf-Saf no tienen rival; y hace dos años fué tan abundante la cosecha de peras, que hube de alimentar con este fruto á todos los animales del corral. Venga un camino de hierro para exportar todos estos productos á un precio razonable. y habremos hecho nuestra fortuna.

5 *de abril.*—Estamos convidados á comer en casa de un rico israelita de la ciudad.

A la hora citada llamamos á la puerta de nuestro anfitrion, quien sale á nuestro encuentro rodeado de sus diez hijos: la señora, aun lozana á pesar de sus cuarenta y cinco años, nos recibe afablemente.

A primera vista no difiere la casa mucho del *dar* musulman. Se ven grandes claustros bordeados de pesadas columnas, y con pavimento de ladrillos barnizados; y en el patio hay una fuente. Las habitaciones son largas y estrechas, y ¡singular disposicion! en un lado de cada una de ellas se ven las puertas de una especie de alcoba, cuyo suelo es mas alto, y donde se coloca á veces un divan. Estamos en Argel; pero los israelitas son eclécticos; respetando las antiguas costumbres, han adoptado con afan las comodi-



Marabut cerca de Tremecen

dades francesas; y así es que nuestro israelita tiene un salon en el piso superior completamente amueblado á la europea. No se sirve de él dos veces al año; pero muéstrase muy orgulloso de tenerle. Vemos un piano y un estante de madera de ébano, para poner libros, donde se halla entre otros *La oracion de una vírgen*, la *Madre Angot*, y algunas novelas de Ponson du Terrail.

La madre de familia ha tenido el buen tacto de no despojarse de su pintoresco traje nacional: lleva la *formla* (chaleco) de terciopelo, el caftan bordado de oro, y las mangas de gasa trasparente, que ocultan en parte unos brazos demasiado macizos. Los cabellos desaparecen bajo los graciosos pliegues del *m'harma* (crespon bordado de oro); un collar de perlas adorna el cuello; del cinturon, de brillantes colores, pende una cadena de oro macizo, terminada por una rica cazoleta; y por último, los zapatos son muy escotados, con adornos de aquel precioso metal.

Las hijas se han sacrificado mas ó menos á la moda francesa: en cuanto á los muchachos, son indígenas por su ancho pantalon y la chaquetilla corta de paño; pero ciudadanos franceses por la camisa y la trivial gorra de terciopelo, ó el kepi galoneado. Es raro encontrar hoy en las calles un israelita que vista su traje nacional sin mezcla alguna heterogénea.

La mesa está puesta á la europea. ¡Ay de mí! ya se ha desvanecido otra ilusion. Regocijábame yo con la idea de acurrucarme delante de la pequeña mesa baja, de lavarme las manos en la bandeja de cobre que circula de mano en mano, de oir al jefe de la familia pronunciar la oracion acostumbrada (¡Loado sea Dios, que hace salir el pan de la tierra!), de verle cortar un pedazo de pan, para distribuirle por fragmentos á todos los convidados, y de sumergir, por último, la cuchara en el único plato colocado en el centro de la mesa. No, no; nada de esto debia hacerse. En

cambio ví los vulgares cubiertos de plata Ruolz, y los platos de loza; sin contar que las mezclas insólitas y disparatadas que salen de la cocina de nuestro anfitrion no corresponden al servicio: toda la comida es un contrasentido.

Comienzan por darnos unos pastelillos de carne; sigue una especie de albondiguillas con mucho aceite, garbanzos y berengenas fritas, y otras varias cosas por el estilo: no acabaria nunca si quisiera citarlo todo. Sin embargo, en medio de tantas extravagancias culinarias pongo la mano sobre un excelente alcuzcuz, flanqueado de huevos duros y sobrepuesto de alones de pollo, que considero como una justa compensacion.

Pero ¡silencio! Hé aquí los músicos que entran y toman asiento en los cojines, formando semicírculo para dar principio al concierto, que es el *gran atractivo* de la reunion. Los artistas ejecutan extrañas melodías para nuestros oidos refinados, pronunciando frases sueltas que no llegan á componer un tema y se repiten horas enteras sin el menor cambio; el tambor marca el ritmo y parece dominar la situacion.

Estas orquestas se componen siempre de cinco instrumentos: el rrbab, provisto de dos cuerdas, bien afinadas: es de nogal de las Indias, incrustado de nácar; la tabla se compone en su mitad superior de una gruesa placa de cobre, y en la inferior de una piel muy tirante; el caballete se reduce á la mitad de un pedazo de caña colocada oblícuamente debajo de las cuerdas, las cuales se tienden por medio de dos clavijas; el arco del rrbab no tiene mas de veinte centímetros de longitud; el mango está incrustado de plata y piedras preciosas.

En segundo lugar figura el kouistra, especie de bandolin de orígen morisco; aseméjase al antiguo laúd, pero es mas pequeño. Se compone de una caja convexa formada por palillos de haya sujetos entre sí por medio de varillas de nogal de las Indias; la tabla es de cedro; las ocho cuerdas que tiene están dispuestas de dos en dos, y producen así cuatro sonidos: el mango, de ébano con placas, está incrustado de nácar. La kouistra produce sonidos muy dulces con ayuda de una pluma que se coge entre el pulgar y el índice.

El kamendja no es otra cosa sino un violon como los nuestros, y data de la época en que los moros ocupaban la Andalucía. Cierta noche habia concierto en la corte, y habiendo entusiasmado á los concurrentes el músico que tocaba este instrumento, un letrado exclamó: «¡El kamel djah!» (lo perfecto ha llegado). Por corrupcion se ha sacado de estas palabras el nombre del instrumento. Los israelitas se sirven de él teniéndole derecho delante de sí.

El centihr es el único de esos diversos instrumentos que produce todos los tonos de la escala: es el salterio, ó mas bien el tímpano. Se compone de una caja de plata en forma de trapecio, de unos diez centímetros de espesor por cuarenta de longitud; el lado mas grande mide sesenta, y el mas pequeño veinticinco. La tabla es de cedro, enriquecida con adornos dorados y pintados, y tiene ciento doce cuerdas agrupadas de cuatro en cuatro, hallándose cada una de ellas tendida por medio de una clavija de hierro; cada grupo se levanta con el auxilio de un caballete que se pone tan pronto á la derecha como á la izquierda. Esta disposicion produce sonidos graves y agudos alternados, es decir, que en el mismo lado la primera cuerda emite un sonido grave, y la segunda uno agudo. El ejecutante tiene en cada mano un martillo en forma de hoja de cuchillo, con el cual hiere las cuerdas.

Por último, el derboucha es una especie de tamboril de barro barnizado; la parte superior está abierta, y la inferior tiene una piel sobre la cual se toca con las manos: este instrumento es reemplazado á veces por el barr.

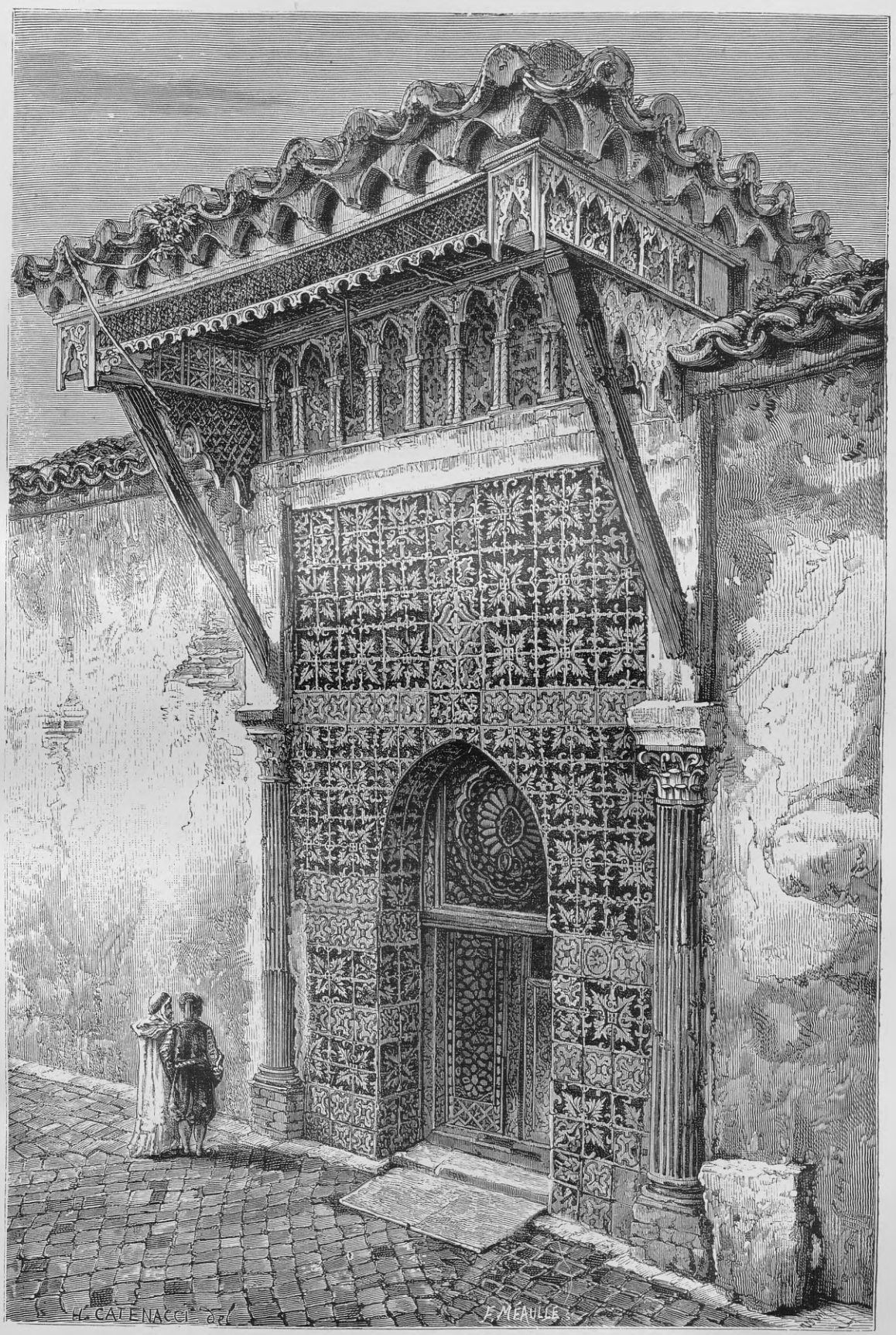
Escuchamos durante una parte de la noche aquel ruido acompasado, que no me atrevo á llamar música; y sin embargo, los israelitas que nos rodean, y hasta los mismos ejecutantes, parecen complacerse en extremo con aquel estrépito. Despues de todo, las fórmulas musicales son de puro convenio, y la educacion entra por mucho en nuestros goces intelectuales.

10 *de abril.*—Alí está muy contento, y ha tenido empeño en hacer los honores de la casa de su padre. En Bou-Medina nos espera un gigantesco alcuzcuz.

A cinco metros de Tremecen cruzamos por un puente de piedra el torrente que habíamos admirado antes al pié de la «meseta de las mujeres sin hijos.»

Apoyada en el puente elévase una antigua construccion de mampostería, designada con el nombre singular de Bit-Er-Rich (Cámara de las Plumas). Alí, mejor enterado de las curiosidades del país que muchos arqueólogos, nos refiere con este motivo una larga historia cuyo resúmen es el siguiente:

En otro tiempo, antes de la llegada de los franceses, no se podia cruzar el barranco sino por un frágil puentecillo provisto de una puerta y sobrepuesto de una bóveda; y nadie hubiera osado aventurarse en él por la noche. Decíase que frecuentaban aquel lugar los djinns, esos séres sobrenaturales, que segun la creencia árabe participan de la naturaleza humana. Los unos son benéficos, y los otros, en mayor núme-



Puerta de la mezquita de Bou-Medina

ro, complácense en atormentar á los hombres. Todo individuo atacado de epilepsia es medjenoun (poseido); los tolbas, ó hechiceros, saben aplacar la cólera de los djinns; venden talismanes, al precio mas subido que pueden; y ordenan sacrificios y conjuros que es preciso hacer en el lugar habitado por aquellos séres. Lo mas frecuente es inmolar una gallina negra ó blanca ó un gallo; y á veces un macho cabrío, si la fortuna del cliente lo permite. Muerta la gallina, derrámase su sangre por el suelo, dejando las plumas donde cayeron; despues de esto se cuece la víctima con sal y debe comerse en la oscuridad.

Por alusion á esta ceremonia, donde se han desplumado miles de gallinas, se ha dado al antiguo edificio el nombre de Bit-Er-Rich, que los franceses modificaron por el de Bitterich.

Costeamos el cementerio árabe que solo ocupa una tercera parte del espacio reservado en otro tiempo para las sepulturas: en el exterior del recinto elévase un prodigioso número de piedras tumulares; y á lo léjos se ve un pequeño marabut casi hundido, que sirve de adorno á este lúgubre paisaje, miniatura del valle de Josafat. Algunas de estas koubas son muy bonitas, particularmente la de Sidi-Bouisrak, que ofrece cierta analogía con una capilla cristiana, y al pié de la cual brota una corriente de agua cristalina (véase el grabado de la pág. 608).

Bou-Medina, que los árabes llaman tambien Hubbed, se eleva en la cordillera que domina á Tremecen; se halla á la izquierda de dos pelados picos conocidos con el característico nombre de Djebel-Sekhourtein (las dos Piedras). Ningun europeo seria admitido para residir en esta pequeña ciudad santa, donde el fanatismo musulman subsiste aun con todos sus recelos.

El camino se estrecha en cierto paraje, encajonándose profundamente entre rocas sobrepuestas de frondosas higueras. Confieso que Bou-Medina visto de cerca desvanece la ilusion que se concibe al contemplarle desde léjos. Las calles, toscamente empedradas con piedras angulares, son verdaderos rompe-cabezas; la mayor parte de las casas se hallan en estado ruinoso, y las que aun se conservan en pié son mezquinas y sucias.

Lo admirable es la naturaleza: si los aficionados se deciden á escalar el minarete de la mezquita, podrán contemplar desde la cúspide un panorama espléndido que jamás nos cansaríamos de describir. En este momento, espesos nubarrones velan á intervalos la luz del sol. Por la verde llanura deslízanse sombras gigantescas; y una ligera brisa hace ondear las espigas de los campos. Cuando el observador se ha bañado, por decirlo así, en el aire tibio y puro ¡cuán frios y pálidos le parecen los claustros de la mezquita! Y sin embargo, este templo es célebre veinte leguas á la redonda, ó mejor dicho, es digno de su nombradía. Desde el pesado aldabon de la puerta exterior hasta el mirab, todo es notable en este vasto edificio: la puerta, chapada con láminas de cobre, es objeto de orgullo para los musulmanes; el inmenso patio, los claustros interiores, las columnas de mármol, los arcos cargados de caprichosos arabescos, y la bóveda del mirab, de madera pintada, todo en fin es digno de admirarse: Alí llama nuestra atencion sobre los mas insignificantes detalles.

Nuestro pequeño guia es sobrino del venerable M'Kaddem Houssin, guardian del panteon; y naturalmente, «hacemos una visita,» como dicen los ingleses, al respetable anciano, á quien los habitantes de Bou-Medina consideran como un santo.

Alí besa respetuosamente la mano de su tio y nos presenta á él como extranjeros de distincion, á lo cual debemos ser recibidos cortésmente.

Bajamos al panteon, que solo es una pequeña cueva oscura dividida en dos compartimientos iguales por un tabique esculpido; las paredes están revestidas hasta la mitad de su altura de ladrillos barnizados, y en el resto se ven relieves de yeso pintados de verde y azul. Una espesa alfombra de Marruecos cubre el suelo; y una pequeña lámpara, suspendida de la bóveda, ilumina débilmente este lúgubre lugar. Varias banderas, huevos de avestruz, espejos, y cirios de todos colores, completan el adorno de la fúnebre capilla. En el compartimiento del fondo elévase la tumba de Sidi-Bou-Medina, sobrecargada de telas de damasco rojo.

El dervis Bou-Medina, despues de haber habitado en la Meca y Bugía, fué arrancado de esta última ciudad por órden del sultan Yacub-Almanzor, á quien su influencia hacia sombra. Llegado á la orilla del Isser occidental con su escolta, cayó enfermo y murió (1198); su cuerpo, trasportado á Hubbed, fué sepultado con gran pompa; y los milagros que se atribuyen á este santo personaje son innumerables.

El anciano M'Kaddem suele estar acurrucado en un patio que precede á la tumba; allí pasa largos dias, completamente inmóvil, corriendo las cuentas de su rosario; y al verle se recuerdan aquellas palabras de las *Mil y una Noches:* «El que penetre en la oscuridad de la noche y de la muerte abreviará sus penas, porque la suerte feliz no está con el movimiento.»

Sin embargo, el buen hombre interrumpe sus costumbres por nosotros; nos ofrece bollos y miel; bebemos agua del pozo sagrado, y deslizo un duro en la mano del guardian, quien nos acompaña hasta la puerta repitiendo las palabras *Salem Alikhoum*.

La puerta de la kouba es digna de atencion: dos columnas acanaladas con chapiteles corintios sostienen varias pilastras; debajo del tejadillo, un hábil escultor ha formado varios cartones de madera de muy buen efecto, por mas que el adorno sea algo pesado.

Alí no nos deja de mano: es preciso visitar aun la *medersa* (escuela), en otro tiempo floreciente, y á la cual asistian numerosos estudiantes. Las celdas se hallan en estado ruinoso, y los techos hundidos; un solitario árbol presta sombra á las aguas estancadas del desierto patio: solo reina la melancolía en este lugar tan animado en otro tiempo.

Despues de franquear una sucia calle llegamos á la puerta superior del pueblo; y allí, en una mísera casucha agrietada, nos sirven el almuerzo.

El padre de Alí está sentado al umbral de su puerta; apenas nos divisa, levántase presuroso y nos saluda profundamente pasándose la mano derecha sobre el corazon. Pláceme esta manera



Kouba de Sidi-Bouisrak

de saludar, tan distinta de nuestro trivial movimiento de sombrero.

Un pedazo de colcha oculta el interior de la habitacion á la curiosidad de los transeuntes: el anciano levanta la mísera cortina, y con cariñoso gesto nos invita á entrar; bajamos por algunos escalones vacilantes, y hétenos ya en el patio, donde crece un magnífico albaricoquero. La vivienda no es lujosa; pero Alí manifiesta tanto gozo al vernos allí, que seria descortés no mostrarnos satisfechos. Por otra parte, se han hecho grandes preparativos solo por nosotros: la pequeña habitacion ha sido blanqueada recientemente por las mujeres; el suelo está cubierto de una esterilla, y se han amontonado varios cojines.

Nos damos por felices con asistir á una comida verdaderamente indígena, pues no se ha hecho ninguna concesion á las costumbres del vencedor.

Despues de un breve diálogo, el dueño de la casa nos da un nuevo y patético testimonio de amistad y reconocimiento; por nosotros se deja á un lado la reserva árabe; la madre de Alí y su hermana mas jóven se adelantan, y nos dan las mas expresivas gracias por lo que hemos hecho en favor de nuestro pequeño protegido. La buena mujer tiene lágrimas en los ojos cuando por conducto de su hijo nos manifiesta su gratitud. Su traje consiste en una sencilla falda de indiana; cubre su cabeza el abrouk, que oculta enteramente su cabello; y sus zapatos son de cuero amarillo de Marruecos. Ha debido ser una mujer hermosa; su fisonomía es austera y algo melancólica; pero nuestras miradas se fijan con admiracion en la niña, verdadero vástago silves-

tre, de cabello crespo y atrevido mirar; lleva con gracia infantil la pintoresca chachia (pequeño gorro cónico) de terciopelo granate con bordados de oro, sujeto debajo de la barbilla por una cinta adornada de la misma manera. Esta niña puede tener de once á doce años, y se llama *Barkahoum*, nombre bárbaro, que necesita una explicacion. Los árabes no quedan satisfechos con tener muchas hijas; cuando el cielo, ó Sidi-Yacub, les ha concedido ya cierto número (el padre de Alí tiene ya siete por su parte), juzgan que esto es suficiente; y á fin de que el gran Ma-



Mezquita de Bou-Medina.—Tomado de una fotografía.

rabut lo sepa, dan á la última el nombre de *Barkahoum*, que significa: «Basta con ellas.»

La hermana de Alí nos mira con ojos de asombro, pues somos seguramente los primeros rumis que ha visto bajo el techo de su padre; y es necesario recordarla nuestro servicio para que se domestique. A una señal comienza á servir la mesa; y cuando va de un punto á otro, los anillos de plata que adornan sus tobillos chocan entre sí produciendo un sonido extraño, mientras los que penden de sus orejas, tambien de plata y de enorme tamaño, se balancean sobre las aterciopeladas mejillas.

El traje de las mujeres árabes no cede en magnificencia al de las judías; pero solo se adornan para las bodas ó las visitas de ceremonia. En tales ocasiones, las mujeres pobres piden á las ricas los restos de sus trajes; tan innato es en los orientales el afan de lucir.

El traje se compone en primer lugar de la ka-

miss (camisa) de lienzo fino, con mangas de seda bordada de oro y guarnecida de fajas de lo mismo; sigue la abaia (segunda camisa), de seda y sin mangas; el caftan de terciopelo ó de paño cubierto de bordados, figura en tercer lugar; y oprime el talle un cinturon dorado que se arrolla dos ó tres veces, y el cual queda en parte oculto por los pliegues del foutha, pieza de tejido de seda que llega hasta media pierna. Cuando la mujer sale de su casa, todos estos esplendores desaparecen debajo del albornoz de lana blanca que la cubre desde los piés á la cabeza, y solo permite el uso de uno de sus ojos.

En cuanto á las joyas, puedo dar la nomenclatura completa: el *ounaiss*, pendientes; la *khorsa*, anillos para las orejas guarnecidos de perlas ó piedras preciosas; el *nab Touness*, broches de Túnez para las orejas, incrustados tambien de piedras, y sujetos á la cabeza por cadenillas de oro *(selsela)*; la *cheaira*, collar de oro compuesto de diversas piezas reunidas entre sí por charnelas é incrustado de piedras de color; la *cherka*, otro collar formado con monedas de oro, llamadas *sultanis*, de un valor de diez y seis pesetas cada una; la *assaba*, diadema guarnecida de sultanis; la *menafekhe*, brazaletes de oro grabado; las *kouathem*, sortijas; los *dab*, brazaletes mayores que los menafekhe, é incrustados de pedrerías; las *messais*, hebillas de oro; los *kholkhal*, anillos de oro ó plata maciza para las piernas; y el *redif*, kholkhal mas pequeño que el anterior.

El alcuzcuz aparece muy pronto en la mesa baja, exhalando un suave perfume; un pedazo de carnero forma el centro del plato; y una línea de huevos duros, de dátiles y pasas de Corinto le comunica el aspecto mas apetitoso. Provistos de nuestras cucharas de madera, hacemos los honores al plato nacional; y para beber nos sirven suero *(leben)*. Algunas empanadas de miel, bollos y dátiles constituyen los postres; y termínase el almuerzo con una buena taza de café humeante.

A las once nos despedimos de la familia de Alí, pues el doctor nos ha prevenido que iremos á visitar las cascadas del Mefrouch antes de entrar en la ciudad.

Centenares de olivos dominan el pueblo: los arroyos bajan espumosos por las rápidas pendientes. Hé aquí el canal que conduce una parte de las aguas del *Oued Mefrouch* á los molinos de El-Kalah, y el cual remontamos en el espacio de tres ó cuatro kilómetros, por todas las sinuosidades que le impone la configuracion de la montaña. Este paseo, no muy conocido de los mismos habitantes de Tremecen, es delicioso. Aquí hay un pequeño marabut rodeado de algunos árboles, y mas allá un molino, cuyo monótono tic-tac interrumpe el silencio que nos rodea.

De pronto cambia la escena, ofreciendo á nuestras miradas un grandioso espectáculo. Desembocamos en el valle del Saf-Saf (otro nombre del Mefrouch): en frente, sobre un terrazo pedregoso, se divisa el pueblecillo árabe de Moulalou, donde en otro tiempo tenia jardines Abd-el-Kader; y en la misma línea se destaca el *Djebel Hanif*, á mil doscientos noventa y ocho metros de altura, cuya imponente mole domina el paisaje. A nuestros piés hay un abismo que contornea el camino de Lamoriciere y Sidi-bel-Abbes, y en el fondo se precipita el rio en medio de un verdadero bosque de cerezos salvajes; á nuestra derecha mugen las cascadas, ocultas aun por los contrafuertes de la montaña.

Avanzamos por la estrecha cornisa abierta en la montaña vertiginosa, que á veces parece suspendida; en algunos sitios forma una entrante, ocupada por un verjel donde crecen corpulentas higueras; y subimos al fin á tal elevacion, que nuestras miradas distinguen apenas las cabras y carneros en las anfractuosidades de las rocas. Compadecemos á los aficionados que se contentaron con seguir prosaicamente el camino, y que solo han visto las cascadas inferiores al atravesar el puente que franquea el valle. Al pié de la cascada superior, la mas hermosa de todas, el golpe de vista es verdaderamente espléndido: el rio se desliza por un plano oblícuo, y sus aguas se dividen en cinco sábanas líquidas, dos de las cuales caen frente al espectador, mientras las otras tres, precipitándose hácia la derecha, van á cruzarse con las primeras. El efecto es mágico: el agua, pulverizada por la violencia del salto, vuelve á caer en forma de lluvia impalpable.

Un esfuerzo mas, y llegamos á la cima de la montaña: en el momento en que el rio va á precipitarse en el abismo, divídese en dos brazos que enlazan un verdoso islote: un tronco de árbol es el paso para penetrar en él.

Mi amigo R..., que se ha quedado atrás, no ha tenido paciencia para llegar á este rústico puente: se ha descalzado, y con las botinas en la mano, ha querido vadear; pero con tan mala suerte que pierde el equilibrio, y el agua se lleva su calzado. Por fortuna encontramos allí un árabe dormido debajo de un árbol, y le compramos sus babuchas por seis pesetas.

El islote es un oasis donde maduran en abundancia todos los frutos del país. Por el otro lado del rio solo se ve un inmenso desierto, donde no hay un solo árbol en que descansar las miradas.

Pero es preciso pensar en la vuelta, y pasando



Marabut de Sidi-Yacoub

de la cima del Djebel-Sekhourthein, volvemos á Tremecen por un empinado sendero.

V

Paseo á través de los campos. — Una fiesta en Sidi-Yacub.— Los coches de plaza.—Ain-el-Hout, y los peces sagrados. —Una princesa virtuosa.—Negrier.—Uzidan.—Los habitantes de Saf-Saf. — El barranco de Saf-Saf. — El general de Mac-Mahon y Margaillan del Var.--Las cascadas vistas desde abajo —Un triste espectáculo.

En Tremecen son desconocidas las serpientes; solo se ven inocentes culebras que ostentan sus brillantes colores sobre los antiguos muros derruidos.

En el mes de diciembre, los narcisos embalsaman el aire con su penetrante perfume; las vincaspervincas ostentan muy pronto sus azules corolas circuidas de un follaje verde brillante; despues florecen las violetas, que ceden al fin su puesto á las lilas de los jardines y á los íris de los prados herbáceos; y mas tarde toman turno las acacias blancas y sonrosadas.

No nos cansamos de vagar por estos senderos floridos: unas veces salimos por la puerta de las Carreras para entrar de nuevo por la de Fez; otras, bajamos á Sidi-Hallouy, para introducirnos en la espesura de áloes seculares, bajo los que se extiende una inmensa alfombra de esmeralda; y con frecuencia recorremos tambien el bosque de Boloña en todos sentidos, descubriendo un sendero por aquí, un manantial mas allá, ó algun delicioso punto de vista. Alí, que conoce el terreno palmo á palmo, sigue siendo nuestro guia infatigable.

Nos atraen sobre todo los alrededores del Criadero: el jardin público no tiene en sí mismo nada de particular; pero despues de cruzarle se sale por un rústico puente, y penétrase en verdaderos laberintos de verdura, donde á cada paso se ven grandiosas ruinas.

Por el lado opuesto, hácia el cementerio árabe, abundan las koubas y las tumbas, mezcladas con olivos y terebintos que se agrupan en el mas gracioso desórden; el sombrío follaje realza la blancura mate de los marabuts restaurados por manos francesas, que se armoniza con los tintes amarillentos de las capillas donde el tiempo ejerce libremente su accion destructora.

El tam-tam resuena sordamente á lo léjos; y guiados por el ruido corremos hasta el marabut de las mujeres sin hijos. Allí, en un vasto prado cubierto de íris, entre la kouba de Sidi-Yacub y la de su hijo Sidi-Aouheb, agrúpase una apiñada muchedumbre. En el centro están los aissaoua ejecutando unas danzas frenéticas: los músicos soplan con rabia en sus gaitas, y el tam-tam excita el movimiento hasta que llega á ser vertiginoso; los bailarines, desfallecidos al fin, mueven la cabeza lánguidamente; las largas trenzas que los aissaoua forman en la parte superior de la cabeza se agitan de un lado á otro, cubriéndoles en parte el semblante y su bronceado cuello; los espectadores participan de este delirio, marcando el compás con exclamaciones guturales, y las mujeres profieren á intervalos ese grito estridente que no puede compararse sino con el silbido de una locomotora.

El espectáculo tiene algo de aterrador, que la pluma no puede expresar: esa fiebre que se traduce por alaridos y un continuo pataleo nos impresiona profundamente; y si los gaiteros, desfallecidos despues de dos horas de aquella endiablada música, no se detuvieran al fin, ¿quién sabe si nos olvidaríamos hasta el punto de tomar parte en el movimiento?

En Tremecen hay tres coches de plaza, tirados por caballos que recuerdan aquellos de que nos habla Scarron. Nos introducimos en uno de esos vehículos, el cochero arrea sus caballos, y ya estamos en marcha hácia Ain-el-Hout.

Este pueblecillo berberisco que se oculta en el ángulo noroeste de la colina que domina á Brea, no es ni mas bonito ni mas feo que Bou-Medina. Las casas, esparcidas en medio de los olivos, están separadas unas de otras por cercas de cactus de doce piés de altura; los morales, libres del hacha del podador, han crecido tan independientemente, que necesitamos algunos minutos para reconocerlos; pero lo mas curioso que hay aquí es el pequeño estanque del cual toma el pueblo su nombre (en francés, Fuente del Pez); los pocos que habitan estas límpidas aguas son consagrados.

Una princesa, dice la leyenda, lavaba ropa en la fuente, como las hijas de rey en Homero: era de maravillosa hermosura; y habiendo acertado á pasar por allí el hijo del rey de Tremecen, admirado al ver tanta belleza, detuvo su caballo para contemplarla. Entonces, atemorizada la jóven, precipitóse en el estanque, donde se convirtió en pez por la poderosa voluntad de Alá. Los peces sagrados son descendientes de esa princesa de la leyenda.

De Ain-el-Hout parte un camino bordeado de árboles, que nos conduce en media hora á Negrier: detrás del pueblo francés se halla Uzidan, pequeño centro indígena notable por sus magníficas aguas y sus cavernas, y donde el doctor ha hecho mas de un descubrimiento interesante.

Despedimos el coche para encaminarnos á Saf-Saf á través de los campos: los habitantes de este punto están en buen camino para merecer el premio Montyon, pues han prohibido el esta-

blecimiento de una taberna, y hasta de una posada; de modo que este caserío prospera rápidamente.

Remontamos en toda su longitud el barranco en cuyo fondo corre el Oued-Saf-Saf: aun no habíamos visto este delicioso valle sino desde las alturas, cuando emprendimos nuestra excursion á las cascadas.

Es preciso haber vagado por las orillas del torrente, que se precipita con estrépito sobre su lecho de rocas, á la sombra de un bosque de cerezos en flor, para comprender nuestro asombro. Una ligera brisa se eleva del estrecho valle; el sol, el dulce sol de la primavera, baña los árboles, las piedras y la corriente con sus cálidos rayos; el aire está perfumado. ¡Qué grato seria vivir en medio de estos esplendores de la naturaleza!

El barranco del Saf-Saf, y las verdosas mesetas que se escalonan á lo largo de las cascadas han valido á Tremecen una legítima reputacion. Todos los años, cuando las cerezas maduran, vienen aquí familias enteras á celebrar la vuelta de la estacion favorable.

Ni aun la alta sociedad desdeña estos placeres campestres.

Cierto dia, en 1849, el general de Mac-Mahon, entonces jefe de la subdivision, habia ido con algunos oficiales á sentarse á la sombra de los cerezos. Servido el almuerzo, échase de ver que falta la sal; un ayudante de campo ve á pocos pasos un alegre grupo, observando que entre los convidados se halla un peluquero llamado Margaillan, á quien todo el mundo conoce. Al buen hombre le gusta reirse, pero su lengua maltrata algunas veces al prójimo. El ayudante de campo se acerca y le dice:

—Margaillan, el general ha olvidado la sal, y vengo á pediros un poco.

—Con mucho gusto, mi capitan; pero decid al general que Margaillan del Var ha olvidado tambien el champaña.

Nos detenemos en las cascadas: el año ha sido muy lluvioso, y de consiguiente, los saltos de agua, muy bien alimentados, son espléndidos; desde la cima de la montaña hasta el pié precipítanse ruidosamente las aguas; blancas como la leche, saltan de un escalon en otro, para reunirse despues tranquilamente en inmensos estanques bordeados de verdura.

La vida está llena de contrastes: volvemos embriagados por el ruido, la luz y los perfumes; y á quinientos metros de la ciudad, cerca del puente de Bitterich, vemos avanzar hácia nosotros un jóven seguido de una mujer velada que lleva en sus brazos un objeto envuelto en un pedazo de tela. Alí nos dice que aquella mujer se dirige al cementerio para enterrar á su hijo; la madre solloza amargamente, y forma por sí sola el cortejo. Nuestra alegría se desvanece, y guardando el mas profundo silencio, proseguimos la marcha hácia la ciudad.

VI

Brea.—Hennaya.—Oued-Zitoun.—Una receta de cocina.—Las orillas del Tafna.—El smala de Blad-Chaba.—Hammam-Boughara.—Lalla Maghrnia.—Un mercado árabe.—Lo que es una nefra.

13 *de abril.*—Dan las seis de la mañana y estamos ya montados: ya no se trata de una sencilla excursion, sino de un verdadero viaje desde Tremecen á Nemours (ciento tres kilómetros) por Lalla-Maghrnia y Nedromah.

Dos caminos conducen á Maghrnia, el uno por Mansurah y los Beni-Mester, y el otro por Hennaya y Hammam-Boughara. Elegimos el segundo y dejando á nuestra derecha á Brea, tipo del pueblo argelino, doblamos la colina detrás de la cual está Hennaya en medio de una verde espesura: es Hennaya, el mas bello, el mas rico y pintoresco de los centros agrícolas del distrito. Las calles de este burgo, que contiene cuatrocientos noventa y ocho habitantes, son anchas y están cubiertas de sombra; por todas partes hay límpidas aguas que dan vida al paisaje, y las casas, graciosamente agrupadas, son sólidas y cómodas. La prosperidad creciente de Hennaya prueba una vez mas que bajo el cielo africano puede emplearse útilmente la energía humana.

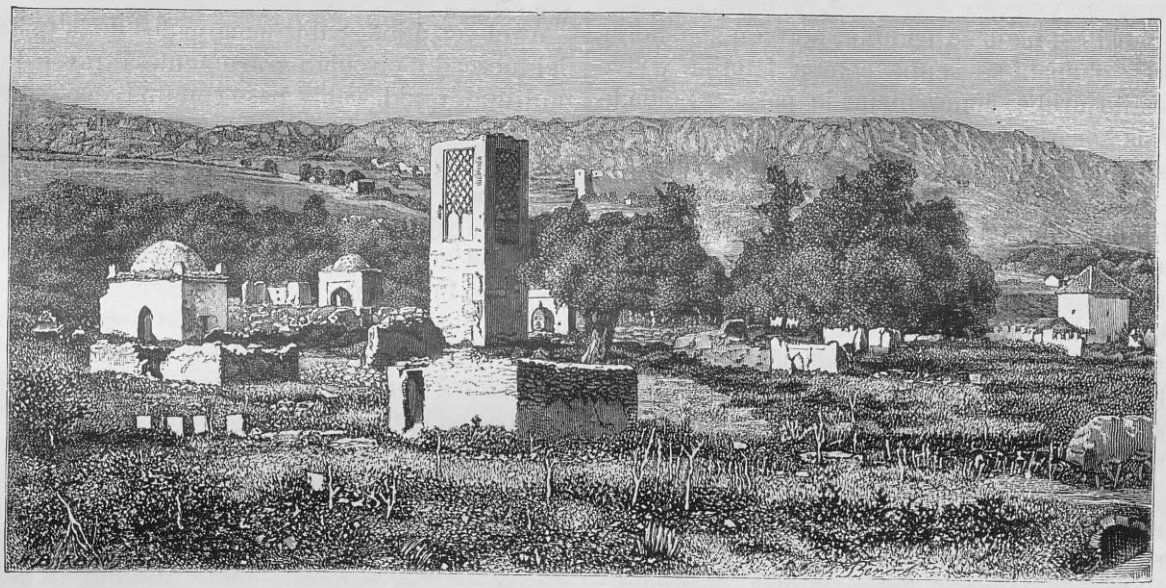
Mas allá de este pequeño Eldorado, donde el trabajo es honroso, encuéntrase de improviso una meseta desierta; algunos raros cultivos cubren la superficie calcárea que pisan nuestros caballos, tropezando á cada paso; y experimentamos cierto alivio al llegar á la region menos triste de los *oued* (rios). El primero de estos se distingue con el nombre de Oued-Zitoun: en una de las orillas de esta mísera corriente de agua vemos un *kahoua* (café); el *kahouadji* (cafetero) se apresura á reavivar el fuego de su calentador, coge tres cafeteras, una para cada viajero, llénalas en sus tres cuartas partes en un depósito donde el agua se mantiene siempre á una elevada temperatura; y echa el café necesario. Cuando el líquido entra en ebullicion, retírale del fuego para que repose; vuelve á colocarle otra vez en el fuego, y en el momento en que vuelve á hervir, sirve la perfumada bebida en tazas que nada tienen de comun con la porcelana de Sevres. El polvo del café queda suspendido durante algunos minutos.

Despues de una hora de descanso volvemos á

montar. El panorama cambia á cierta distancia del rio; se cruza por vastas mesetas cortadas por barrancos, uno de los cuales se distingue con el característico nombre de *barranco de los Ladrones*. A grandes intervalos se ven bosquecillos de olivos salvajes, y algunas plantas que interrumpen la monotonía del paisaje.

Llegamos, por fin, á las orillas del Tafna, rio célebre en los fastos de la conquista, profundamente encajonado, gracias á los aluviones antiguos y modernos que se han sobrepuesto en sus orillas. Su profundidad media no pasa apenas de sesenta centímetros durante el verano; pero cuando llega la estacion de las lluvias ó reina solo un temporal, el nivel del rio se eleva á varios metros en un momento. Estas avenidas son tan rápidas, que no es raro ver varios pastores con sus rebaños enteros, que sorprendidos por las aguas, son arrastrados hácia el mar. Resulta de aquí que en Argel, donde los puentes son poco numerosos, las comunicaciones se pueden interrumpir durante varios dias y semanas, en cuyo caso el viajero no tiene otro recurso sino esperar á que el rio vuelva á su estado normal.

El Tafna no contiene apenas mas peces que algunos barbos y anguilas: me han asegurado



Ruinas en el camino de Bou-Medina.—Tomado de una fotografía

que los sábalos remontan su curso á distancias muy considerables del mar; pero el hecho necesita confirmacion.

Despues de cruzar el vado, el terreno se eleva en suave pendiente hasta Hammam-Boughara. Allí nos espera el mas imprevisto y maravilloso de los espectáculos; ante nosotros elevan las admirables palmeras sus troncos escamosos, ostentando á gran altura sus largos penachos. A no ser por los corpulentos olivos y los lentiscos centenarios, cuya presencia nos recuerda oportunamente que no hemos salido del distrito de Tremecen, podríamos creernos trasportados, por la virtud de algun genio de las *Mil y una Noches*, á un oasis de Touat ó de Gourara: gigantescos bejucos se enlazan alrededor de los árboles, y vuelven á caer formando fantásticas cortinas; completan el cuadro los juncos, que se balancean suavemente, agitados por el viento.

En medio de este bosque de diez hectáreas de extension, elévase el establecimiento de baños: dos piscinas reciben las aguas termales, ligeramente sulfurosas, en las que las mujeres árabes y judías vienen á buscar el remedio de todos sus males. El agua, rechazada de las piscinas, atraviesa el oasis, cuyo suelo negro y turboso, rico en materias orgánicas, contrasta con el delicado tinte del follaje.

Un antiguo spahi ha establecido un café árabe debajo de los terebintos: es el único habitante de esta soledad fantástica, donde reina religioso silencio.

Pasamos sin transicion al árido desierto: algunas espesuras de lentiscos, varias verdes encinas y escasos cultivos nos dan á conocer la campiña argelina.

Sin embargo, los alrededores de la smala de Blad-Chaba merecen mencion honorífica (treinta y tres kilómetros), pues en un espacio, por desgracia muy reducido, la mano del hombre ha

trasformado el país. Los álamos blancos y los fresnos prestan agradable sombra; el césped que los ingleses despreciarian, pero que es maravilloso para Argelia, regocija la vista, fatigada ya de los tintes grises; por todas partes donde hay agua se ven árboles; y en esto estriba todo.

¿Sabeis lo que es una smala? Olvidad por un instante la de Horacio Vernet. La smala se compone hoy invariablemente de un edificio cuadrado, con patio interior muy espacioso, donde se alojan los oficiales y soldados franceses; en el exterior, los spahis indígenas, sus mujeres é hijos, ocupan unas tiendas pintorescamente diseminadas. La disciplina que allí se observa es la misma del ejército: ejercicios, revistas, limpieza de caballos, nada se cambia; pero en sus horas libres, el spahi se reune con su familia, y vive al estilo árabe, como mejor le parece. Soldado en las horas del servicio, cuando está fuera de ellas vuelve á tener todas las preocupaciones de su raza.

Hemos salido de Blad-Chaba, y el desierto comienza de nuevo: al acercarnos á Lalla-Maghrnia, la vegetacion se resiente ya de la inmediacion del mar. El doctor reconoce la presencia de las mesembriantemas y de las salsoláceas; los asfodelos fistulosos ostentan ya sus retoños de color verde brillante.

Lalla-Maghrnia, á cuarenta y cinco kilómetros de Tremecen, está situado en una vasta llanura bastante accidentada, limitada al norte por una serie de colinas en cuya cima se elevan koubas de blancas paredes. Estas colinas, desnudas y pedregosas, abren paso al camino de Nemours: el *bordj*, donde se hallan los establecimientos militares, ocupa una fuerte posicion.

El pueblo es triste, y se compone de un centenar de casas sin carácter alguno; pero tiene un mercado muy considerable: es el principal depósito de Marruecos para las lanas, los granos y el ganado. Allí se venden mas de cincuenta mil carneros al año.

Ninguna descripcion podria dar idea, ni aun remota, de un mercado indígena: es un hormiguero de hombres llegados de todas las regiones vecinas, europeos, israelitas, árabes y berberiscos. Allí se oye contínuamente el pataleo de los caballos, de los mulos, de los asnos y de otros animales, y la voz ronca y discordante del camello; allí se ve un monton informe de mercancías de toda especie, dátiles, higos, sal en bruto, y todos los frutos del país. El sordo rumor de voces recuerda la torre de Babel y la confusion de lenguas; se habla francés, árabe, hebreo, español, aleman, italiano, y sobre todo *sabir*. En cuanto á los trajes, forman el conjunto mas heterogéneo que imaginarse pueda: la blusa azul ó gris del traficante en ganado europeo se toca con el blanco albornoz del árabe; el cazador de Marruecos, con su cinturon compuesto de tiras de cuero rojo, que llegan casi hasta las rodillas, se pasea majestuosamente al lado del español embozado en su manta; las sandalias de piel de cabra, las alpargatas y la gran bota de cuero, pisan el mismo terreno que la botina con elásticos: el turbante de todos colores se inclina amistosamente ante la gorra y el sombrero de anchas alas. ¡Oh comercio, tú eres el gran pacificador! En cualquier otro punto que no fuera ese tranquilo mercado, todos estos individuos no se acercarian tal vez unos á otros sino para matarse.

Aquí veo á los spahis encargados de la policía del mercado: circulan gravemente á través de la multitud, que les abre paso con un respeto mezclado de desden. El spahi es una autoridad: se le teme; pero ha consentido en vender su libertad para servir al *rumí*, y se le desprecia.

Allá abajo, sentado sobre una alfombra, el caid con su khodja (secretario) y sus jinetes, deja que besen su espalda los serviles administrados. Mas léjos el cadí, con sus asesores, dispensa justicia en medio de los gritos de los reclamantes, que hacen mas ruido cuanto mas mala es su causa.

El magistrado, impasible en medio de todos, pronuncia sus fallos «en nombre del pueblo francés.» Una vez oida la sentencia, el ujier expulsa del círculo de espectadores á los interesados, que se retiran tranquilamente, aunque sin dejar de injuriarle.

Los tolba (plural de *taleb*, letrado), puestos en cuclillas debajo de un árbol, redactan las solicitudes mediante un puñado de higos ó algunas monedas.

Al dia siguiente, tal ó cual funcionario recibirá sin extrañeza, porque ya está acostumbrado á ello, una carta que comienza de este modo:

«Alabanza al Dios único.

Al poderoso, al noble, al magnánimo, al brillante caballero, al señor comisario civil de... á quien Dios proteja y dispense felicidad durante sus dias y sus noches, etc. etc.»

Y todo para dar una queja de un guardabosque.

Hé aquí el vendedor de alquitran: una piel de macho cabrío contiene el líquido resinoso, extraido de los añosos troncos del thuya ó del pino de Alepo.

Los compradores son numerosos, porque el alquitran es muy usado entre los indígenas: sírvense de él para calafatear las pieles y como remedio para los camellos sarnosos.

Un ángulo del mercado se destina especialmente para el ganado, y otro hace las veces de cuadra al aire libre. El jinete se apea, echa la brida sobre el cuello de su caballo, y sujeta la extremidad en el suelo poniendo encima una piedra: el cuadrúpedo se cree fuertemente atado, y ya no se mueve. Algunas veces encargan la custodia del animal á un muchacho; á las pocas horas se duerme este último, y deja escapar la brida; mas el prisionero no piensa nunca en aprovecharse de la ocasion.

Hé aquí los escaparates de los israelitas: casi todos venden telas; mientras ejercen su industria dirigen á todos lados miradas recelosas, y están dispuestos siempre á recoger sus mercancías en un segundo al primer síntoma de *nefra*.

Algunos perdidos simulan una contienda; se grita, se tropieza, interrúmpese la circulacion, y síguese un trastorno, durante el cual, los autores del complot derriban la tienda de un israelita; y este acude demasiado tarde para impedir el saqueo de sus mercancías: hé aquí la teoría del nefra.

Detengámonos un instante ante este gracioso grupo: un gallardo árabe, de cútis bronceado y barba negra, ha consentido por primera vez en llevar sus hijos al mercado para que le vean. Los dos jóvenes salvajes no han salido jamás de la montaña, ni han visto un europeo, y parecen maravillados. Uno de ellos es un muchacho de once años, y el otro una jóven de trece: con la boca abierta miran á la multitud desfilar; y si pasa un rumí, brilla en sus ojos una mirada de curiosidad y de odio. La muchacha se ha puesto todos sus adornos: los enormes anillos de plata penden de los lóbulos de sus orejas, y un broche del mismo metal sujeta en el pecho un pobre vestido de algodon; en los tobillos lleva tambien anillos que chocan contínuamente produciendo un sonido argentino. Las formas de estos jóvenes son admirables; el hermano tiene la pierna fina y nerviosa, manos diminutas, ojos negros y mirada de fuego; la hermana, con su color pálido mate y un largo cabello crespo, será difícil de guardar para el padre.

Hé aquí el barbero árabe, que no tiene manos para atender á todos los que exigen sus servicios; afeita la barba y la cabeza sin jabon, sirviéndose solo de un poco de agua fria y una navaja mellada. Practica sangrías en la cabeza, jamás en el brazo, arranca muelas y aplica ventosas. Junto al operador se ve en tierra un monton de dientes; los asnos y los bueyes han suministrado su contingente en esta exposicion: este barbero es la muestra parlante del Fígaro factotum.

Pero ya es medio dia; la multitud, menos compacta, no tiene ya tanta animacion: los israelitas empaquetan sus mercancías; los conductores de ganado se han puesto en marcha con sus animales, excitándoles con su ronca voz; los tolbas limpian sus plumas de caña: el árabe se pone en camino hácia su lejana tribu, precedido de asnos y mulos pesadamente cargados... La plaza queda desierta y restablécese el silencio: el mercado ha concluido.

Maghrnia tiene gran importancia bajo el punto de vista comercial: Marruecos está solo á doce kilómetros, y á Maghrnia es á donde sus habitantes acuden para abastecerse de los objetos fabricados, vendiéndonos en cambio sus diversos productos. Viajan por pequeñas caravanas, pues las fronteras no son siempre seguras, y recorren centenares de kilómetros para comprar un jarro de hoja de lata ó para llevar su caballo al herrador.

VII

Ain-Tolba y la madre Sahut.—El djebel Filhaoucen.—Una Siberia argelina—El Oued-Isly.—El marabut de Sidi Brahim.—Nedromah.—Moles de tierra.—El «jardin del agá.»—Los trogloditas.—Nemours—Recuerdos botánicos.—Una tempestad—Los marinos de Marruecos.—Regreso.—El molino de la Mouilah y el *Populus euphratica*.—Los Trara y Honein—Un país de caza.—Sidi-Medjahed—El mas bello paisaje de la provincia.—El capitan B..—Un castrum.—Un silo.—Los desfiladeros del Tafna—El Kef.—La confederacion de los Beni-Snous.—Beni-Badel.—Tleta.—Zara.—Tafsra—La casa del agá y su hospitalidad.—Una boda y los siete mil convidados del agá.—Una comida apetitosa.—El mar de alfa.—Los *Doce Apóstoles*—Las fuentes del Tafna.—Un bosque.—El condenado agradecido.—La hospedería de Ain Goraba, y el procedimiento para servir tres veces la misma botella de cerveza.—Literatura judía.—Terni—El almuerzo y nuestros convidados—Bou-Median y su mujer.—El vaiven terrestre.—El campamento de Desfontaines en 1784.—El Harhad y su pozo natural.—Regreso á Tremecen.

14 *de abril*.—Despues de una noche de descanso, bien necesaria por cierto, dirigimos una última mirada á Maghrnia y nos ponemos en camino. Mas allá de Filhaoucen, espantosos barrancos dificultan la subida; á seis kilómetros de Maghrnia, encuéntrase el Mouilah, profundamente encajonado, y cuyas orillas están bordeadas de laurel-rosa; excepto un molino oculto en una hondonada, y un aduar, cuyas tiendas se hallan diseminadas en la pendiente de una colina, el país aparece desierto, y apenas se ve alguno que otro caminante; hemos visto tambien una docena de camellos que aplastaban el barro bajo sus enormes piés.

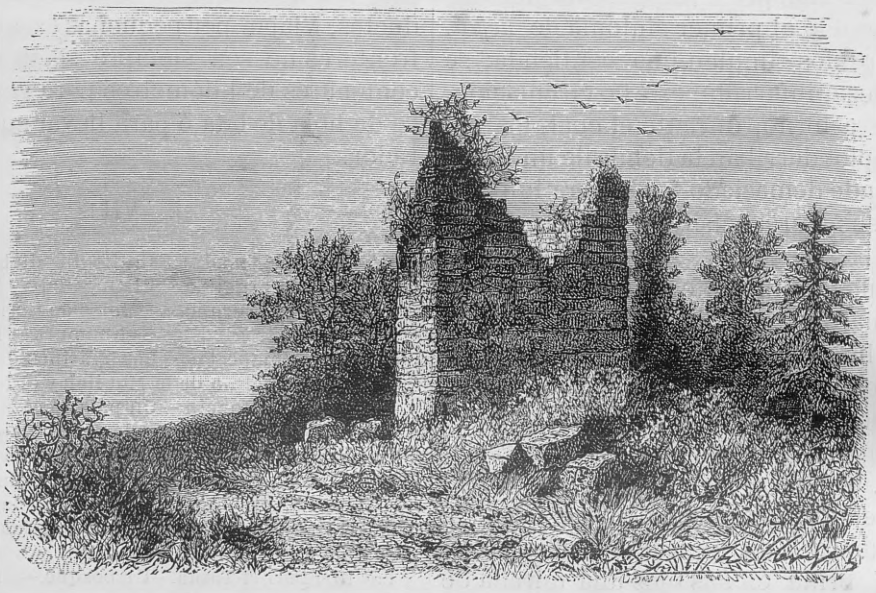
La hospedería de Ain-Tolba es la única vivienda que se halla entre el molino de Maghrnia y Nemours. La madre Sahut, virtuosa y digna mujer, nos recibe cordialmente: sus habitaciones

están muy limpias, las camas blancas como la nieve, y los productos de su cocina nos parecen satisfactorios.

Visitamos la fuente de los Tolba, que por el este domina varios barrancos donde se encuentra la calamina plomiza, aunque dividida en venas tan delgadas, que se ha debido renunciar á seguir la explotacion.

La hospedería está en el flanco de la montaña, como á un kilómetro de la cima, á la cual llegamos por un sendero sin cansarnos mucho; pero una vez en ella (mil ciento treinta y nueve metros de altura), un frio intenso nos obliga á embozarnos apresuradamente; es una verdadera soledad donde solo crecen las palmeras enanas, los asfodelos y los lentiscos.

Si no fuera por el viento glacial que reina constantemente en estas regiones, nos detendríamos para admirar el panorama que se desarrolla ante nosotros: á nuestros piés vemos el circo en cuyo fondo se eleva Nedromah; al este se divisan las faldas de las montañas de los Trara, donde corrió la sangre francesa en 1846; y al oeste se destaca la cordillera que separa á Nemours de Marruecos, el Oued-Isly, cuyo nombre evoca heróicos recuerdos, el marabut de Sidi



Ruinas cerca del Vivero de Tremecen.—Tomado de una fotografía

Brahim, de fúnebre memoria, y el azulado mar.

El camino desciende hácia Nedromah, formando interminables curvas: parece que no se ha de llegar jamás.

Nedromah es una pequeña ciudad árabe y judía como las que no se ven sino en la provincia de Oran: anídase en el fondo del circo, y se ha edificado sobre el perímetro de una gran ciudad metagonítica.

Numerosas ruinas atestiguan la importancia de la antigua Nedromah: estos vestigios consisten en muros de tierra agrietados por el tiempo, pero siempre firmes; lo que mas admira en ellos son los agujeros que les atraviesan á intervalos iguales. He preguntado á muchas personas sobre esta particularidad, y hé aquí la explicacion que mas me ha satisfecho.

Supongamos que se trata de construir un muro de seis metros de desarrollo, y que le dividimos mentalmente en seis partes iguales:

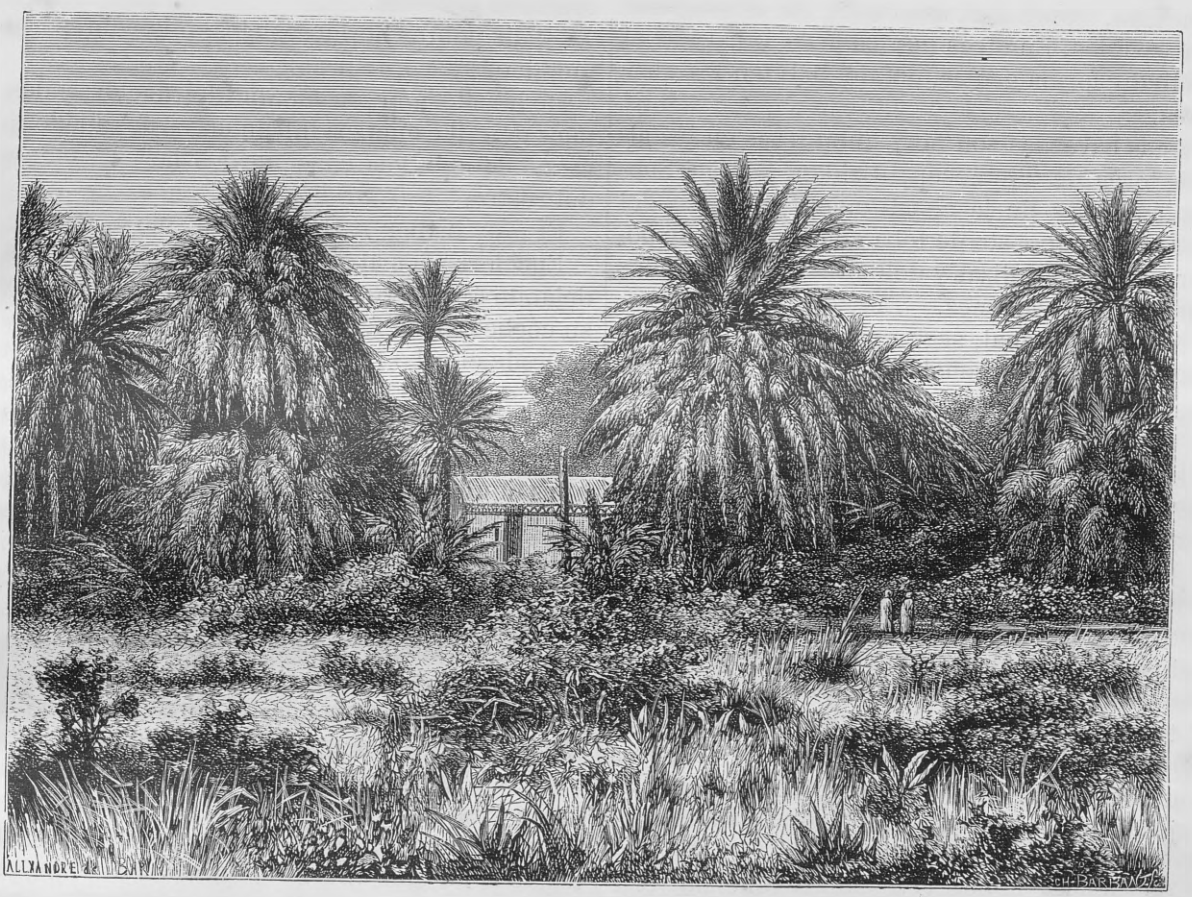
A B C D E F

En la superficie se pone un cajon de tablas sujetas por medio de pértigas trasversales y clavijas; y los albañiles vierten allí argamasa. Entretanto, los carpinteros preparan un segundo cajon en el punto F, al que se trasladan los albañiles, despues de terminar su trabajo en el primero. Luego se quita el molde ó el cajon de A para llevarle á B, y sucesivamente á E y á F. Terminadas las operaciones en un piso, repítense en el superior, por medio de un armazon, cuyas pértigas trasversales de los cajones interiores forman el apoyo. La argamasa se compone de yerba, cal y guijarros. Segun esta explicacion, los agujeros que han quedado en aquellos muros son los vacíos formados por las pértigas con ayuda de las cuales se reunieron los moldes, sosteniéndose los armazones.

Los alrededores de Nedromah están bien cul-

tivados: no se ven mas árboles que algunos bosquecillos de olivos, y en las inmediaciones hay mucha tierra á propósito para fabricar objetos de alfarería, que los indígenas modelan de mil modos distintos. Sin embargo, me agradan mas los de Marruecos, que se venden en Maghrnia, sobre todo las copas de dos asas con dibujos, cuyos colores pardos recuerdan los vasos etruscos.

En la ciudad se cuentan dos mil musulmanes, quinientos israelitas y un cristiano: este último es un español que abrió á la vez un café y una tienda de comestibles. Nedromah ha sido el último centro de residencia de Abd-el-Kader. Los turcos tenian allí en otro tiempo una considerable guarnicion, y consérvase el recuerdo de su mano de hierro. Cuando los moros fueron expulsados de España, muchos de ellos se refugiaron en Nedromah; y asegúrase que los descendientes de aquellos desterrados conservan aun las llaves de sus casas de Granada y Córdoba. A



Aguas termales de Hammam-Bou-Ghara.—Tomado de una fotografía

pesar de todo el atractivo histórico y arqueológico que ofrece esta antigua ciudad, sus calles tortuosas, estrechas y sucias nos producen una impresion de malestar, que aumenta al ver el recinto de enormes murallas.

El camino de Nemours es una verdadera obra de arte: mas allá de Nedromah se desvia de la montaña de granito, donde los ingenieros militares han abierto trincheras muy profundas y prolóngase por la fértil llanura de Messaourou; los enebros, que desgraciadamente para nosotros, no florecen aun, se escalonan al rededor del círculo.

Al cabo de una hora de marcha, el país se accidenta, y penétrase en un estrecho desfiladero, donde corre el Oued-Tleta, que cambia dos veces de nombre antes de llegar al mar: en el punto donde recibe al Oued-Bou-Touit, toma el de Oued-Mersa; y en su confluencia con el Oued-Sidi-Brahim se llama Oued Ghazaouanah. La via corta actualmente once veces el rio, que se debe atravesar por vados; pero muy pronto se cruzará el Oued-Tleta por un puente; y segun el nuevo trazado, el divorcio será completo entre el agua y el camino.

A partir de Trembles, donde se ha descubierto una cantera de piedra caliza azul, que se explota para la construccion de las casas de Nemours,

el valle se ensancha á veces, particularmente en el sitio donde están los jardines del agá. Allí crecen los guayabos, los bananos, los eucaliptus y otras especies de la flora tropical.

Un poco mas léjos se halla un antiguo criadero del Estado, que merece particular mencion por sus magníficos árboles frutales de Europa y Africa.

A intervalos se entreabren las rocas entre las cuales serpentea el camino, y entonces se ven á lo léjos pueblos berberiscos, Djemmaa-Sakra, Ain-Kola, Ouled-Ziri, asentados en alturas casi inaccesibles. En otros puntos está socavado el declive y forma grutas, donde habitan los pastores.

Estas cavernas son muy numerosas en los alrededores de Tremecen, Uzidan, Saf-Saf, Sebdou, á causa de la constitucion geológica del terreno, compuesto de toba cuaternaria ó de poderosas capas calizas y dolomíticas muy propias para las excavaciones.

Se ha hecho mal, segun opinion del doctor, y tambien mia, en señalar á los trogloditas una region determinada de la Arabia, pues allí donde la naturaleza lo permitia, debió ocurrirles á los primeros pobladores buscar viviendas en las cavernas de las montañas. Nuestros pastores de hoy son los trogloditas del siglo XIX.

A seis kilómetros de Nemours se reconoce la presencia de la agricultura civilizada; siempre que las colinas que encajonan el Oued-Ghazaouanah se desvian mas ó menos, se ve que los aluviones del rio se han utilizado para el cultivo. Estas huertas recuerdan las mas hermosas de Andalucía. Por todas partes se ven senderos trazados en el flanco de la montaña; estos trabajos se han practicado con el fin de buscar los filones de manganeso.

De repente, mientras trotamos por el pulverulento camino, desemboca de un bosquecillo de olivos, á cincuenta metros de nosotros, un cochecillo tirado por un caballo viejo de pelaje gris.

Mi amigo R... refrena la brida de su pacífica montura y esta, comprendiendo mal la idea, toma el partido de pararse en medio del camino.

El cochecillo llega, cargado con un fardo de mercancías; dentro va un israelita de barba negra, que parece rebosar salud por todos sus poros; y el conductor es un jóven harapiento armado de un látigo viejo.

R... vuelve su caballo de frente y al ver esto el del coche, comienza á retroceder á pesar de los latigazos y exclamaciones de: «¡perro, hijo de perro! etc.,» del exasperado conductor. Y zás! el cochecillo, el automedonte y el israelita, juntamente con el fardo, van á parar al rio. El israelita es el primero en levantarse, avanza por el camino con pasos gigantescos, cubriéndose el rostro con ambas manos, y se le oye gritar con un acento que revela profunda desesperacion:

—¡Mis pobres ojos, mis pobres ojos!

El hecho toma un carácter trágico: el doctor, hombre de muy buen corazon, se apresura á echar pié á tierra para correr en seguimiento de nuestro hombre; pero este ni ve ni oye nada, y continúa gritando:

—¡Mis pobres hermosos ojos, mis pobres hermosos ojos!

Me decido á ir en auxilio del doctor, y despues de mil esfuerzos infructuosos nos apoderamos del judío, y se consigue desviarle las manos del rostro.

El muy bribon no tenia ni un solo arañazo.

Encolerizados al ver esto, picamos espuelas, dejando á nuestro hombre el cuidado de recoger su cochecito, su fardo y su látigo.

Desde el cabo Noé al de Milonia, la costa africana, cortada á pico por las olas, se eleva mucho sobre el nivel del mar: en el declive se han abierto algunas grietas, por donde se deslizan hilos líquidos que llegan al fondo de los barrancos perpendiculares á la orilla. Algunos árboles han echado raíces en estos arroyos microscópicos, impidiendo que los seque el sol de estío; y por eso recrean la vista las inmediaciones de Nemours despues de haber recorrido los severos paisajes del interior.

En una de esas grietas es donde se ha edificado la ciudad, ocupando parte de un terreno tomado al mar; extiéndese al pié de una montaña de ciento veinte metros de altura, en cuya cima no se ven sino algunas ruinas insignificantes de la antigua ciudad indígena.

Nemours data de 1844; pintorescamente construida y casi oculta bajo la sombra de sus alamedas, comprende dos barrios: el uno se compone de dos calles paralelas á la costa, y se distingue con el característico nombre de Bugeauville; el otro se reduce á una agrupacion de barracas de tablas, donde habitan españoles y judíos. Tres puertas hay en el recinto, obra del conquistador francés: en la parte exterior están diseminadas las quintas y jardines, en medio de los cuales se eleva, lúgubre y siniestro, el túmulo de mampostería erigido en el sitio donde fueron sacrificados, contra la voluntad de Abd-el-Kader, los últimos partidarios de Sidi-Brahim.

La ciudad de Nemours está llena de recuerdos: en el alojamiento del comandante actual fué donde durmió el 23 de diciembre de 1847 el du-

que de Aumale, entonces gobernador general de Argel. Lamoriciere y Cousin de Montauban condujeron á presencia del príncipe al enemigo tan difícil de coger, al célebre Abd-el-Kader, que se sometia al fin. Digno y silencioso, el ilustre guerrero no abrió la boca sino para rogar que no le condujeran á Argel, donde temia una vergonzosa exposicion. Al dia siguiente, cuando el duque de Aumale volvia á la ciudad, despues de pasar revista á las tropas, el sultan salió á su encuentro montado en su yegua negra, apeóse, y se la ofreció diciendo:

—¡Tómala, y que ella te dé suerte!

La poblacion de Nemours consta de unos mil quinientos habitantes, mezcla de españoles, judíos y marroquíes; los franceses figuran en muy reducido número. Esta poblacion disminuye de dia en dia, y aun disminuirá mas cuando Rachghoun llegue á ser un centro europeo, y se enlace á Tremecen con el mar por medio de una línea férrea. En la ciudad no hay un solo musulman indígena: estos habitan fuera, en diversos pueblos, conocidos con los nombres de Souhalia, Zaouet-el-Mra, Nedromah, Beni-Messer, Beni-Mishel, Djebila y Msirda. Una sola tribu, la de los achaches, es árabe, y árabe beduina, es decir, que habita en tiendas, cosa que tienen á menos los kabilas y berberiscos.

Debemos agregar á este grupo los Ben-Mengouch y los Athia, tribus marroquíes establecidas en nuestro territorio, y que no pagan impuesto, con la condicion de custodiar perpetuamente la frontera. Esta organizacion recuerda la de los romanos y la de Cárlo-Magno: las diez tribus que acabo de citar constituyen una aglomeracion de diez y siete mil quinientas almas.

Los mas de los habitantes de Nemours se dedican á la pesca intermitentemente, es decir, cuando no se ocupan en trasbordar el mineral de Gar Rouban ó de Mazis, ó las lanas y granos de Maghrnia.

En la orilla se ven algunas míseras barcas, en las cuales se maniobra segun el procedimiento tan bien descrito por Homero, y que no ha cambiado en el litoral del Mediterráneo desde la guerra de Troya.

Admirábamos unas magníficas galerías de basalto á corta distancia de la ciudad; una de ellas, situada al oeste del faro, recuerda la gruta de Fingal por sus columnas prismáticas en relieve.

En el mar, á seiscientos metros de la playa, se ven los Dos Hermanos.

Son dos escollos que se elevan á cinco ó seis metros sobre el nivel del mar; y no habita en ellos nadie, porque son inhabitables. Aunque los geógrafos no estén de acuerdo sobre la situacion del puerto que los romanos llamaban *Ad Fratres*, creo que el nombre que llevan aun estas dos rocas resuelve definitivamente la cuestion en favor de Nemours.

Mientras recogemos conchas, el doctor se entretiene en buscar dos plantas, una plombagínea y otra compuesta, que segun parece, no existen en estos parajes.

Por la tarde se enfurece el mar: enormes olas van á estrellarse contra los Dos Hermanos, y dividiéndose en el aire forman gigantescos saltos de agua.

La orilla, batida por las olas, que producen un sordo rumor, ofrece un espectáculo grandioso. De repente se señala una vela en el horizonte sombrío: de bronce deben tener el corazon los que arrostran peligros semejantes. Son marroquíes; esos audaces marinos parecen burlarse de la tempestad; y sin embargo, van en unos pesados faluchos toscamente construidos.

15 *de abril.*—Volvemos á nuestro alojamiento; la madre Sahut nos recibe como antiguos conocidos, y hacemos los honores á nuestro almuerzo en toda regla.

Al servirse los postres, cuando el humo odorífero del amarillento tabaco de Africa forma en la habitacion una azulada nube, el doctor nos propone una excursion á los Trara, que tal vez no han visto jamás los aficionados.

—La proposicion es agradable, dice nuestro amigo R...; pero convendria saber ante todo si las fondas.....

—En los Trara no hay fondas, contesta tranquilamente el doctor.

—Pero habrá cuando menos una hospedería...

—Tampoco hay hospedería en los Trara.

—¿Pues entonces?.....

—Uno de mis colegas, interrumpe el doctor, se halla acampado en este momento cerca de Honein; iremos á pedirle hospitalidad.

—¿En su tienda?

—Justamente.

—¿Y qué diablos ha de hacer un digno doctor francés en una tienda, á cincuenta leguas de su lecho, de su mesa y del círculo militar?

—Se ocupa en vacunar á los indígenas.

La expedicion queda resuelta al punto, y dos horas despues damos vuelta á Filhaoucen para internarnos en los valles profundos de los Beni-Mishel y los Trara.

El acceso es difícil: no hay mas via que las sendas que siguen los muleteros.

Aunque las altas cimas de esta region no exceden de una altura de mil ciento treinta y nueve metros (Filhaoucen), tienen un aspecto pintoresco y un carácter particular. Son tan pronto

conos esbeltos de contornos angulosos, que dominan majestuosamente las montañas inferiores, como mesetas cuadradas cortadas á pico por todas partes. Estrechos valles separan estas aristas montañosas unas de otras; el que seguimos, en el flanco meridional de Filhaoucen, recuerda por su longitud y sus accidentes las grutas mas celebradas del Jura.

Desgraciadamente esta region, de severa belleza, no tiene apenas bosque; las verdes encinas y los enebros no forman sino tallares, separados por matorrales, y en ciertos puntos, cerca de Ain-Kebira, el espantalobos y el brezo no se dejan ver sino á raros intervalos.

Cuando por casualidad se elevan sobre un arroyo algunos venerables algarrobos ó terebintos seculares, el djema vecino (consejo municipal) se apresura á establecer allí su domicilio para celebrar las sesiones. Debajo de aquella sombra benéfica, los padres indígenas deliberan sobre los asuntos públicos; y el cadí establece su *mahakma* (sala de audiencia), sin sospechar ni remotamente que imita á San Luis.

Los pueblos se agrupan alrededor de los manantiales, ya en el fondo de los valles, ó en el flanco de las montañas; vistos desde las alturas, destácanse con su color gris sobre las pendientes, ora rojizas, ora verdes, segun que son estériles ó están cultivadas.

Muy pobres parecen estos pueblos cuando se examinan de cerca: se componen de casas muy bajas, que recuerdan cuanto hemos visto hasta aquí: nos podemos figurar que esto es Tremecen en el dia de la conquista.

La tierra batida, el ladrillo crudo, y las ramas de encina verde, son los únicos materiales empleados en la construccion de estas casas primitivas; solo en algunas protege la puerta un tejadillo de follaje.

Diez ó doce casas constituyen un caserío.

Acá y allá, en medio de estas viviendas de color gris sucio, destácase una construccion casi blanca: es la habitacion de algun jefe que ha vivido sin duda en nuestras ciudades, y conserva algunas nociones de limpieza.

No hay mezquitas en estos pueblos; pero por todas partes, hasta en las mas altas cimas, encuéntranse *koubas* muy sólidos, de tipo uniforme. En los jardines muy bien regados, crecen olivos, higueras y granados, protegidos por cercas infranqueables de cactus; algunos cultivos de melica y centeno completan el cuadro.

Despues de una penosa marcha, que se ha prolongado por espacio de varias horas, llegamos al mercado árabe de Souk-el-Arba, donde volvemos á ver, aunque con menos gente y no con tanto ruido, la multitud del mercado de Lalla-Maghrnia, con el mismo confuso rumor de voces y de animales; allí predominan tambien los colonos, los judíos, los indígenas y los jinetes árabes.

Desde Souk-el-Arba bajamos por las rápidas pendientes del espantoso barranco de Tatgerah, que al fin nos conducen en dos horas al campamento del doctor Redier, quien nos recibe amablemente.

Aplazamos hasta el dia siguiente la exploracion de las ruinas, porque estamos rendidos de cansancio.

16 *abril*.—Honein está situado en las orillas del Mediterráneo, en la desembocadura del barranco de Tatgerah. De esta ciudad, que fué en otra época un puerto floreciente, solo queda un recinto fortificado de torres, una mezquita cuyo minarete no ha conservado sino su eje interior, y ruinas de numerosas casas.

¿Qué era Honein? ¿Era la antigua *Gypssaria* de Ptolomeo, ó el *Cecili* del itinerario de Antonio?

Segun Leon el Africano, «Hunam» es una pequeña ciudad antigua y civil, edificada por los africanos (?), con un pequeño puerto protegido por dos pequeñas torres asentadas en cada uno de los ángulos. Está circuida de altas y fuertes murallas, lo mismo por la parte de la costa que por la opuesta al mar. Las galeras venecianas acostumbran á venir todos los años á este puerto, donde hacen negocios lucrativos con los mercaderes de Teleusin (Tremecen).....

»Sus casas son muy hermosas y están bien conservadas, y en cada una de ellas hay un pozo de agua dulce y viva. En el patio se ven cepas de viña; por dentro hay ladrillos de diversos colores; y las paredes de las habitaciones están revestidas de mosaicos. Cuando se hubo averiguado de cierto la toma de Oran, los habitantes abandonaron incontinenti la ciudad, la cual quedó desierta.»

No nos dice esto gran cosa, prescindiendo de que las tradiciones indígenas, mas precisas, contradicen estos detalles en ciertos puntos. La tribu de los Koumia, segun parece, ocupó ó fundó á Honein. Esta ciudad era entonces tan poderosa, que en el año 557 de la Egira, habiendo equipado Abd-el-Mmen, perteneciente á los koumias, una flota considerable, Honein le proporcionó por sí sola cincuenta navíos. Dícese que fué destruida hasta sus últimos cimientos cuando estalló la insurreccion de Ibraim-Ibn-Abd-el-Melek, y que no se volvió á recobrar del desastre.

Abou-Obeid-el-Bekiri confirma estos detalles; pero los magníficos jardines de que habla el geógrafo árabe han desaparecido, y solo queda de

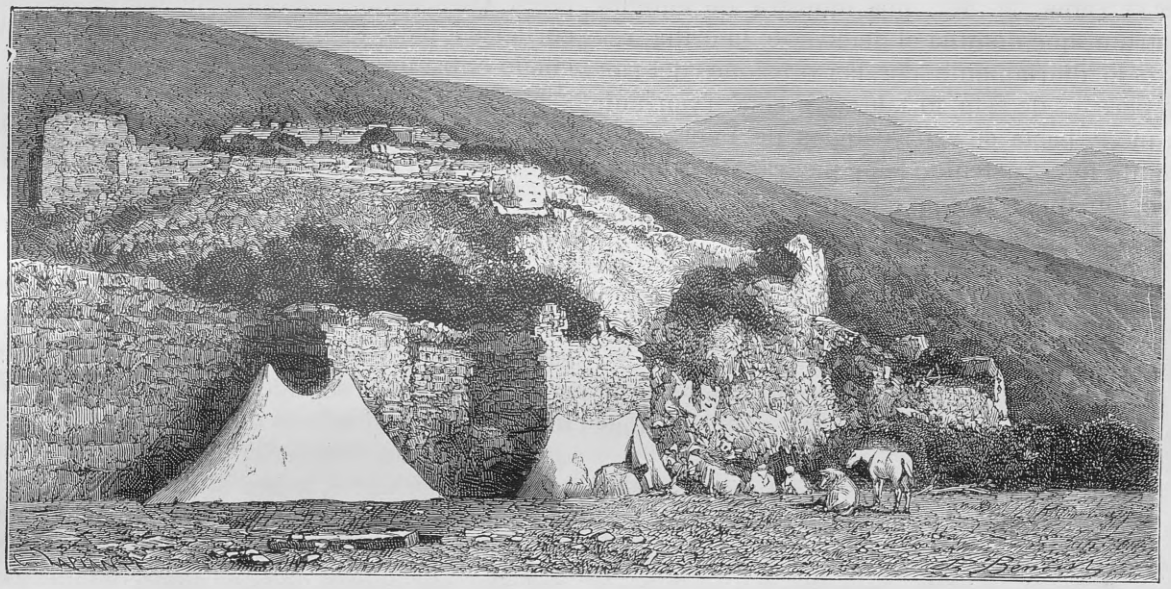
este puerto una ensenada donde únicamente pueden hallar refugio los buques de poco tonelaje.

El kabila ó berberisco de los Trara, es hombre de elevada estatura, musculoso y mas fornido que el árabe, aunque no tanto como el koulougli de las ciudades de la provincia. Con frecuencia es rubio, de ojos azules y cútis blanco; de modo que parece un europeo con albornoz árabe. Las mujeres, altas y robustas, llevan el rostro descubierto, como todas las de la raza berberisca.

Debemos á la obsequiosidad del doctor Redier tres fotografías de Honein, una de las cuales dará al lector idea de esta ciudad desaparecida, de la que se ha sacado una vista por primera vez.

17 *abril*.—Ya estamos de vuelta en la hospedería de Ain-Tolba, que ha llegado á ser nuestro cuartel general; pero que ahora debemos abandonar definitivamente.

Cerca del molino de Maghrnia, el doctor nos invita á reconocer un hecho notable: como á un tiro de fusil del camino, en un barranco que desemboca en el Mouilah, encuéntrase un álamo particular, de *especie desunida*, segun la expresion consagrada de los botánicos geógrafos; distínguese por el polimorfismo de sus hojas; raro en Argel, pues solo existe en Sidi-Medjahed y en



Honein, visto desde la playa —Tomado de una fotografía

un punto de la region de los ksours, es completamente desconocido en Túnez y en Egipto; su verdadera patria es la antigua Mesopotamia: este árbol es el *populus euphratica*.

18 y 19 *de abril*.—De vuelta á Maghrnia, resolvimos visitar á Sidi-Medjahed y á los Beni-Snous, marchando despues á Sebdon por el valle del Tafna.

El camino que conduce de Maghrnia á Medjahed, casi de carretera, no ofrece casi nada de particular, como no sea un barranco de cuarenta á cincuenta metros de profundidad, admirablemente cubierto de bosque: distínguese con el nombre berberisco de Tralimet, muy comun en esta region.

Numerosos jabalíes y algunas panteras han establecido en estas espesuras su cuartel general: aviso á los aficionados á la caza, que podrán cubrirse de gloria en este bosque, donde la caza mayor es tan comun, que en Maghrnia no cuesta un jabalí mas que tres pesetas.

Mas allá se desemboca bruscamente en el valle del Tafna.

La smala de Sidi-Medjahed se halla en una colina que domina el rio, formando el primer plano de un sistema de montañas que se continúan hasta los Beni-Snous.

Al pié de la colina extiéndense varios jardines, á los que prestan sombra los olivos y sáuces llorones. El país es rico en cultivos. La smala se parece á todos los establecimientos de este género.

Remontamos el Tafna por un desfiladero donde reina una frescura deliciosa: las paredes de la montaña tienen hasta cien metros de altura, y están cubiertas de musgo, de helechos y saxífragas. En la orilla opuesta se balancean las cañas, de cuatro á cinco metros de altura; y en el

fondo muge el Tafna sobre un lecho de rocas.

El capitan B..., amigo del doctor, nos sirve de guia desde la smala: siento mucho no poder dar aquí, por discrecion, el nombre de ese amable compañero, chistoso y alegre, y muy bien iniciado en las bellezas de la naturaleza. Si llega á leer este párrafo, espero le considerará como la expresion de nuestro agradecimiento, por las agradables comidas con que nos obsequió. M. B.... tiene dos pasiones muy caracterizadas: le gusta leer á Rabelais, que conoce ya de memoria, y recorrer los alrededores de su smala, cuyas curiosidades ha observado muy detenidamente.

En una colina, casi completamente rodeada por el Tafna, M. B... nos muestra un antiguo castrum, que domina el declive de la orilla, recortado diariamente por las erosiones del rio; las paredes de esta fortaleza se conservan aun en pié, y hasta se ven vestigios de puertas; el recinto fué construido con piedras de gran dimension, que abundan allí mucho.

En el declive, al pié del recinto, hay una abertura en la roca, en la cual se penetra por una especie de cañon irregular, cuyas paredes están cubiertas de estalactitas, y se llega al fin á un silo de seis metros de profundidad.

Continuamos remontando los desfiladeros del Tafna, cuyas escarpaduras son cada vez mas pendientes.

Una de ellas, situada cerca del pueblo árabe de Kef, se prolonga en forma de hemiciclo, cuyos grandes bancos pedregosos representan las gradas. Este hemiciclo, que domina el Tafna á trescientos metros de altura, se prolonga en el espacio de tres kilómetros; es un paso difícil, que los jinetes novicios no franquean sin algun temor.

En el Kef penetramos en el territorio de los Beni-Snous: son berberiscos reunidos en confederacion, que viven independientemente y no admiten en sus pueblos á ningun extranjero. Cultivadores y pastores, inteligentes é industriosos, dedícanse á la fabricacion de una especie de esterillas de materia vegetal y de lana, del mas perfecto trabajo. La solidez del tejido, la riqueza de los dibujos y de los colores hacen á estos objetos dignos de figurar en una habitacion elegante. En otro tiempo, una de esas alfombras, pues tal pueden llamarse, que miden cuatro metros de longitud por dos de anchura, no valia mas de treinta pesetas; pero como se han puesto de moda, ha doblado su precio.

El camino es cada vez mas difícil, tanto que nuestros caballos, á pesar de ser árabes y tener pié muy seguro, se deslizan por las piedras húmedas del sendero, y nuestras miradas penetran, no sin cierta inquietud, en abismos de cien metros de profundidad. El doctor nos recomienda incesantemente que nos fiemos del instinto de nuestros cuadrúpedos si queremos salir sanos y salvos de este paso peligroso.

Llegamos por fin á la inmediacion del pueblo de los Beni-Badel, donde es preciso vadear el Tafna.

El país está cubierto de bosque; los olivos, los terebintos y los enebros ocupan un espacio que se pierde de vista.

Beni-Badel es el tipo del pueblo berberisco: las calles son estrechas y escarpadas; las casas, muy pequeñas, ocupan una posicion muy pintoresca, pareciendo como suspendidas de las rocas cortadas á pico; todo el pueblo está como estrechado entre una enorme roca y un abismo.

Nos han dado á conocer una curiosa costumbre de los Beni-Badel: cuando trabajan en los campos, atan á la cintura de sus hijos unas cuerdas bastante largas para que puedan ir y venir, pero demasiado cortas para que pueda temerse una caida en el precipicio.

Nuestro amigo R...., sumamente incrédulo cuando se trata de relatos de esta especie, sepárase de nosotros para ir al pueblo á fin de recorrerle en todos sentidos. Quiere asegurarse á toda costa por sí mismo de la verdad del hecho que nos acaban de referir; pero por mucho que prolongue su visita, busca inútilmente: en ninguna parte ve niños atados con cuerdas. Cuando ya comenzaba á desesperar, divisa un muchacho, del cual espera obtener algun detalle; pero como parece muy salvaje, y mira al extranjero con aire receloso, nuestro compañero le enseña un terron de azúcar, creyendo que este cebo triunfará de toda resistencia. Sin embargo, debe creerse que la timidez es mas fuerte que la golosina, ó mejor dicho, que el azúcar es de todo punto desconocido de los naturales de tan temprana edad, pues muy léjos de ver en el gesto un atractivo, el muchacho huye á todo correr, mientras que R..., se reune con nosotros sin haber conseguido averiguar lo que deseaba.

Sin embargo, este percance no nos autoriza á negar en absoluto la autenticidad de la anécdota, pues sin ir muy léjos hallaríamos costumbres enteramente análogas. ¿No hay acaso en Francia, no me acuerdo en qué punto, unas campesinas que al salir de sus casas suspenden de un clavo la cuna donde están sus niños, por temor de que los cerdos los devoren?

El valle del Tafna forma mas allá de este pueblo una cuenca regular, llena de corpulentos olivos y de campos cultivados.

Los pueblos berberiscos se tocan casi: los principales son Tléta, Zara y Tafsra.

Tenemos una carta de recomendacion para el agá de Beni-Snous, Si-Ahmed, hijo del agá asesinado en otro tiempo en Tremecen.

La casa de Si-Ahmed está pintorescamente situada en un vallecito, no léjos de Tleta y de Zara, casi oculta debajo de grandes olivos mezclados con terebintos *(Pistacia atlantica)*. Las aguas vivas conservan la frescura en estos parajes sombríos, comunicando á la vegetacion herbácea y arborescente un vigor notable. El edificio está precedido de algunas construcciones que ciñen un patio rectangular, en cuyo fondo se hallan las cuadras.

El agá está ausente; ha ido á cazar á las montañas; pero nos reciben con la mayor cordialidad su hermano y su madre, mujer inteligente y distinguida. Aunque árabe, ha adoptado las costumbres berberiscas, y se presenta á nosotros con el rostro descubierto.

Nos introducen por un estrecho pasadizo á un segundo patio interior, circuido de una columnata de mampostería, y adornado de una fuente, desde donde pasamos á la sala de recepcion. Una tapicería marroquí de paño rojo y verde oculta las paredes; y una rica panoplia de armas francesas, indígenas y turcas nos revela el buen gusto del dueño de la casa. Su hermano nos enseña complacientemente un sable revolver que es el objeto de su mayor admiracion. Manifestamos al jóven nuestro sentimiento por no poder saludar al jefe de la familia, y nuestras palabras son sinceras, pues se considera al agá como un hombre de mérito.

Hace quince meses que el agá casó á su hermano: mucho tiempo ha de hablarse en el país de las fiestas que acompañaron á esta ceremonia, á la cual fueron convidados todos los Beni-Snous. Con tal motivo, se reunieron tres mil jinetes y cuatro mil peones; y toda esta gente fué alimentada varios dias por la familia del casado. Rebaños enteros de bueyes y montañas de alcuzcuz desaparecieron en las profundidades de los estómagos berberiscos, abismos insondables cuando no se hace pagar el escote. Preciso es confesar que muy pocos franceses podrian sufragar los gastos que ocasionara semejante hospitalidad, la cual recuerda las bodas de Camacho, tan admirablemente ilustradas por el lápiz de Gustavo Doré.

Nos sirven café y pasteles, rogándonos que tengamos un poco de paciencia hasta que llegue la hora de comer, y nosotros pedimos permiso para dar entre tanto una vuelta por el valle.

Este pequeño rincon de tierra está perfectamente cultivado: un sistema completo de canales de riego distribuye las aguas en todas direcciones; los olivos de las cercanías son particularmente magníficos; en invierno los bañan por medio de pequeñas zanjas abiertas al rededor.

Nuestro paseo se interrumpe por el anuncio de la comida: tenemos un apetito de viajeros y hallamos con qué satisfacerle hasta la saciedad. El hermano del agá, de pié detrás de nosotros, se obstina, á pesar de nuestras reclamaciones, en servirnos con sus propias manos, mientras que su madre, sentada á pocos pasos, dirige á los sirvientes con el gesto y la mirada.

Al salir de aquella mansion, donde la hospitalidad generosa es tradicional, tomamos el camino que costea el Tafna hasta el pueblo de Tafsra. Aquí vemos casas pintadas de color de rosa, y una preciosa mezquita. Nos aseguran que en este pueblo hay escuelas musulmanas, donde los niños reciben una instruccion superior.

Mas allá, el valle del Tafna, al principio muy ancho, se estrecha insensiblemente, y el país comienza á ser accidentado y de aspecto severo; los malos caminos y las piedras resbaladizas reaparecen de pronto. Ya no vemos sino angostos desfiladeros y hondonadas, donde los olivos salvajes, plantados en los intersticios de las rocas, ofrecen un mezquino fruto.

Por último, despues de tres horas de marcha llegamos á una verde esplanada, por donde se desliza una corriente abundante, y nos apeamos exhalando un suspiro de satisfaccion; pero el doctor no nos concede sino veinte minutos de descanso, y de nuevo montamos penosamente en nuestros caballos, tan rendidos como nosotros.

Poco despues comenzamos á franquear una meseta pedregosa y cubierta de bosque, y ganando el camino de Tremecen á Sebdon, no léjos del vado del Tafna, recorremos los tres kilómetros que nos faltan para descansar en un albergue.

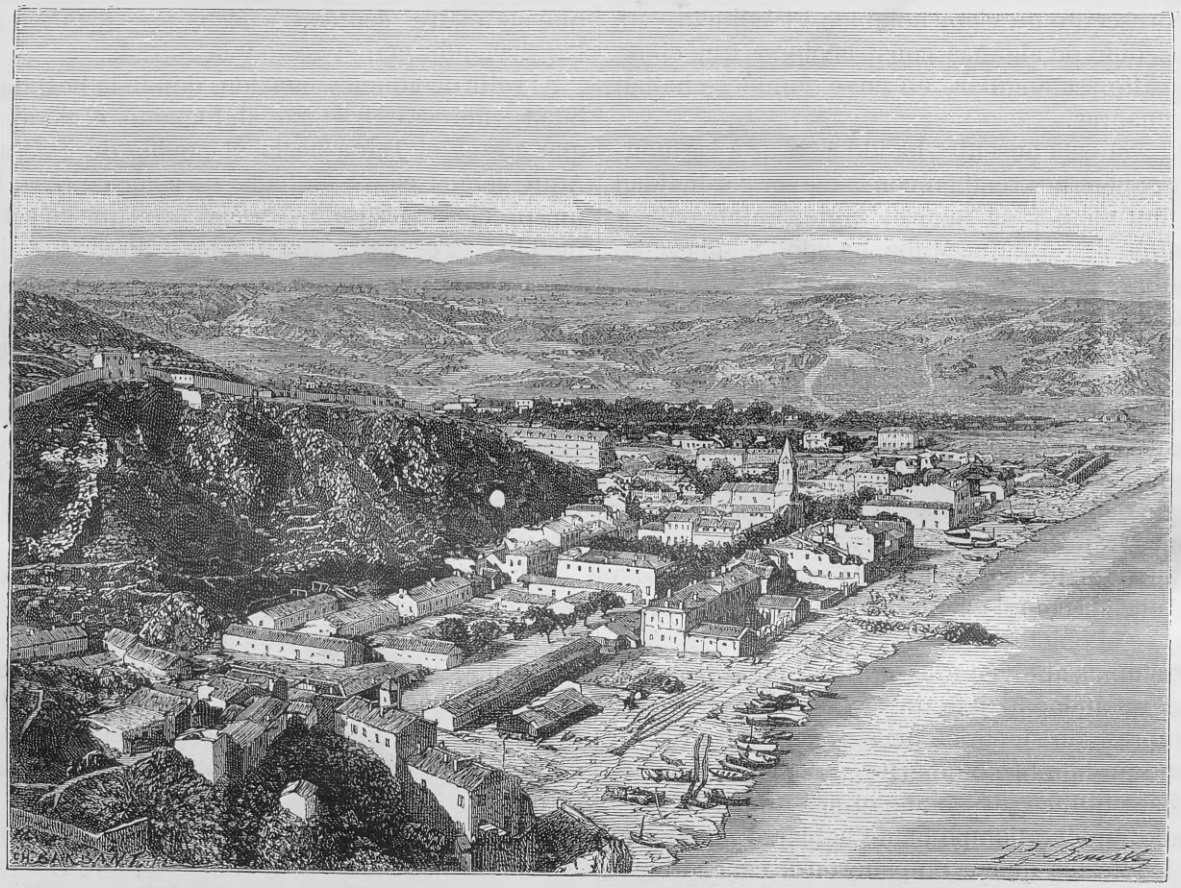
Las corrientes de agua son tan numerosas en esta region, que es preciso atravesar tres rios antes de llegar á Sebdon: como las aguas no encuentran bastante pendiente, acumúlanse de trecho en trecho formando estanques, donde crecen la verónica acuática y los berros. Los sauces llorones y los eternos álamos blancos nos anuncian la inmediacion de la ciudad: despues de costear grandes jardines entramos por fin en Sebdon.

19 *de abril.*—Sebdon no es mas que un reducto de doble recinto, con el primero ensanchado: suponed algunas construcciones militares, varias casas á derecha é izquierda del camino, un

campamento de barracas, y tiendas en el exterior, y tendreis una idea completa de este lúgubre lugar. Para no omitir nada, hagamos mencion tambien de una posada regular y..... dos cañones dispuestos en batería.

Como hombre avisado, el doctor no nos ha propuesto ayer tarde lo que él llama «un paseo por el mar de alfa:» estábamos tan molidos, que hubiéramos opuesto resistencia; pero esta mañana, el sol está radiante, y nuestras articulaciones han recobrado su elasticidad.

A medio dia montamos á caballo. Al salir de Sebdon se cruza por estepas desoladas; pero no seamos injustos: esta meseta, con su yerba corta, vale mas para los viajeros fatigados que los desfiladeros del Tafna. Algunos bosquecillos de enebros y de encinas interrumpen un poco la monotonía del paisaje. En el fondo del cuadro,



Vista de Nemours.—Tomada de una fotografía

otras encinas en parte ocultan el horizonte; son de la especie kermés y miden solo un metro de altura.

Dejando atrás esos pigmeos, penetramos en el bosque de un desfiladero, donde abundan los enebros, las verdes encinas y las tuyas.

Llegamos á los pozos de Zebch, y desde aquí abunda en el terreno la toba; el país es llano, y entristece su desnudez; despues comienza á predominar la alfa, que hasta ahora se presentaba solo en el estado esporádico: muy pronto desaparecen los últimos vestigios de vegetacion arborescente, y reina solo aquella planta.

Entonces comenzamos á navegar, si tal puede decirse, en el mar de alfa. El aire está tan trasparente, que parecen muy próximas las montañas que dominan El-Aricha, aunque distan cincuenta kilómetros.

Al sudeste se percibe una inmensa sábana líquida, cuyas aguas azules se destacan sobre el tinte gris rojizo de la tierra.

Difícil seria hallar una region de aspecto mas monótono: solo se ve alfa hasta las montañas del fondo; el suelo es tan pronto arenoso como duro, y se compone de toba; presenta estrías ó grietas paralelas que se dirigen de este á oeste; parecen poco profundas, y sin embargo, podrian ocultar algunas de ellas varios jinetes.

La alfa es una planta «conquistadora y social,» segun la pintoresca expresion del doctor; no to-

lera en su vecindad sino algunas plantas herbáceas ó subfrutescentes: pertenece á la familia de las gramíneas *(Stipa ó Macrochloa tenacissima)*, y se presenta en matas completamente aisladas.

La alfa se utiliza como textil: las hojas que llegan á cierto grado de desarrollo son las que se arrancan de preferencia. Con esta planta se fabrica carton, y hasta papel de calidad superior, espartería, etc.

Este comercio adquiere ahora tal desarrollo, que será necesario la creacion de lo que en Argelia llaman «los caminos de hierro de alfa.» El centro de embalaje se establece en el lindero de la region de alfa: los trabajadores, todos españoles, no cosechan sino en un espacio de veinte á veinticinco kilómetros de dicho lindero, y así es que solo se recoge una pequeña parte de aquella riqueza natural.

El doctor ha encontrado un azafran *(Crocus)*, raro en las altas mesetas: es la única planta interesante del país; y ahora es cuando florece. Por la tarde volvemos á Sebdon, y pensamos formalmente en regresar á Tremecen.

20 *de abril.*—Al dia siguiente, al rayar el dia,



Rada de Beni-Saf

vadeamos el Tafna: para los viandantes hay un puentecillo que el rio destroza muy á menudo cuando le agitan sus cóleras invernales. El camino atraviesa la extremidad occidental de una cuenca que podria llamarse de Sebdon, circuida por todos lados de montañas, que se entreabren al oeste para dejar paso al Tafna, y al este para comunicarse con la region de los Beni-Smiel.

El doctor nos muestra los *Doce Apóstoles*, que forman los bordes de esta cuenca hácia el norte. Son unos bastiones destacados de las altas mesetas, ó mejor dicho, gigantescos pedestales que parecen esperar las estatuas de los compañeros de Cristo. Los bordes de esta cubeta natural se elevan en las inmediaciones de un molino ocupado por los alsacianos, y al que comunica movimiento un afluente del Tafna; en cuanto al rio mismo, desaparece un instante á la derecha detrás de uno de los apóstoles, rodeándole ruidosamente, y se le ve un instante despues.

El camino le costea hasta la distancia de seiscientos metros de su nacimiento: en toda esta distancia se filtra debajo de un lecho de guijarros que le oculta completamente á nuestra vista. Toma nacimiento, con extremada abundancia, en un abismo cuya profundidad no ha podido sondear hombre alguno, y que está en parte oculto por un alméz. Varios fragmentos de roca desprendidos de la bóveda forman un puente sobre las aguas: estas han socavado la piedra, formando dos pisos de grutas; la superior, donde entramos tirando de nuestros caballos por la brida, es muy abordable; pero no sucede lo mismo con la inferior, que apenas se puede visitar sino en verano, cuando las aguas están bajas.

Cruzamos la llanura de Talterui, donde las encinas seculares, las verdes *(Quercus ilex)*, y las de bellota dulce *(Quercus ballota)*, constituyen á nuestro alrededor el bosque alto.

Los habitantes del país, acostumbrados á ver solo mezquinos lentiscos, hablan con admiracion de estos magníficos árboles; y mostrándolos á

los viajeros que atraviesan la llanura de Talterui, dicen complacientemente:

«¡Hé ahí un bosque, hé ahí un bosque!»

Y si recordando, no diré los bosques sin fin del Nuevo Mundo, sino simplemente los de las Ardenas ó de los Vosgos, se permite el viajero sonreir con cierta ironía al ver tal entusiasmo, y mira con aire desdeñoso el bosque de Talterui, puede estar seguro que resentirá vivamente el amor propio del indígena, el cual le dirigirá miradas poco agradables.

El camino cruza por lo mas espeso del «verdadero bosque,» y vemos varios presidiarios militares ocupados en las reparaciones. Habitan una docena de tiendas bajo la vigilancia de un capitan con un destacamento de zuavos ó de tiradores.

Mientras que el doctor herboriza concienzudamente en los alrededores, oye de pronto que le interpelan pronunciando su nombre:

—¡Mal camino, señor Bleicher!

El doctor se vuelve con asombro, y reconoce á un penado, á quien visitó en el hospital de Oran. El pobre hombre, no sabiendo cómo manifestar su reconocimiento porque le ha curado la fiebre, suplícale que acepte una antigua moneda que ha encontrado en las excavaciones. El donativo es insignificante, pero el sentimiento conmovedor.

Nos elevamos por senderos sin fin hasta la garganta de Terni, á mil trescientos metros de altitud: un viento muy fuerte, que se cuela por el desfiladero nos impide avanzar; mas por fortuna, la hospedería de Ain-Goraba nos abre sus hospitalarias puertas. Los establecimientos de este género pertenecen al Estado, que los arrienda por tres años.

El inquilino debe tener siempre habitacion libre para los oficiales y funcionarios civiles, los cuales tienen derecho á una cama sin sábanas y una argolla en la cuadra para el caballo. He dicho sin sábanas: como el oficial no las lleva nunca consigo, las pide, y le hacen pagar por ellas tres pesetas: así se busca la compensacion de un reglamento enojoso.

La hospedería de Ain-Goraba tiene ahora por dueño á un israelita, el hombre mas charlatan que hemos conocido en todo nuestro viaje: en cinco minutos nos ha dado á conocer su biografía con todos sus mas insignificantes detalles.

Como debemos almorzar en Terni, y para que se tolere nuestra presencia, pedimos una botella de cerveza.

El hijo del israelita la destapa, y acercamos á nuestros labios resecos el líquido tan querido de los toscos alsacianos. R... hace un gesto espantoso.

El hijo del israelita ha previsto este resultado, y sin decir palabra se lleva los vasos y se embolsa el dinero sin vergüenza.

Mientras vigilo al mozo de cuadra, que me parece muy escaso para prodigar el centeno á nuestros caballos, oigo exclamaciones de cólera en la cocina; acércome poco á poco, y veo dos pobres obreros, que renegando del israelita, pagan el precio de una botella de cerveza que no han bebido.

En la mesa donde comen los carreteros comienza á reinar la mayor animacion; han echado sendos tragos tomando despues café, y la alegría ilumina su semblante.

—¡Cerveza, cerveza!

Observo con la mayor atencion: llega la cerveza, la escancian en los vasos y se trinca.

Los infelices se la han bebido toda. ¿Qué no hubieran bebido ellos?

Comunico mis sospechas al doctor R..., que tambien sospecha lo mismo: yo no he visto nada, ni juraria nada; pero tengo para mí que la botella de cerveza ha servido tres veces.

Al salir de la hospedería presenciamos un espectáculo curioso. El mismo Diógenes, aun despues del sacrificio de su escudilla, se hubiera ahorcado, poseido de despecho, si hubiese visto como nosotros un jóven árabe, vestido con un pedazo de camisa, que lleva en la mano algunas espigas de cebada, las cuales acababa de asar en el hogar de la cocina. Majestuoso y risueño, pasa junto á nosotros mascando su frugal alimento; nada posee en el mundo sino aquel pedazo de tela, con el cual se cubre dignamente; duerme bajo la bóveda de Dios; bebe en el hueco de la mano; busca en el campo su alimento, y parece feliz. Sus miembros bronceados tienen admirable forma, y revelan una salud á toda prueba. Rousseau hubiera cantado en divina prosa á ese hijo de la naturaleza, para el que todas las comodidades parecen supérfluas.

Encendidos los cigarros, montamos de nuevo, poniendo nuestros caballos al galope.

¿Qué ocurre de nuevo? El mozo de cuadra se ha lanzado en nuestro seguimiento, agitando un papel en el aire. ¡Ah! se trata de llevar un fusil y una carta á Tremecen. No conservamos rencor al dueño, y nos avenimos á cumplir con el encargo.

Nos apeamos en la llanura de Terni: el bosque se inclina á la derecha por detrás de las colinas; á la izquierda se extiende una inmensa pradera hasta unos montecillos, á cuya espalda se ven los bosques de Ahfir y las montañas de Beni-

Snous. El Oued-Mefronch baña esta inmensa cubeta, en cuya extremidad está el pueblo de Terni, que no se compone aun sino de una docena de casuchas de un tipo uniforme, que solo tienen piso bajo. Los habitantes son concesionarios á título gratuito.

Nos apeamos delante de la única posada de Terni, á cuyo frente se halla un alsaciano muy laborioso, dueño de campos perfectamente cultivados. Este hombre ha tenido graves disgustos: su hijo ha muerto hace poco, y su mujer fué herida de un tiro cuando se ocupaba en hacer lejía en el lavadero público. Solo le quedan dos hijos: uno de ellos, la bonita Magdalena, es la rosa de Terni; y el otro es un niño de seis meses que se cria en Tremecen, y cuyo bautismo fué celebrado con una fiesta pomposa, porque fué el primer nacido en aquel pueblo nuevo.

La señorita Magdalena, cubierta la cabeza con un sombrerito de paja adornado de flores naturales, nos ofrece refrescos que aun no se han servido á nadie.

El doctor nos propone ir á almorzar á orillas de la fuente, bajo dos magníficos árboles que la prestan sombra. Aceptamos la invitacion: al dirigirnos al sitio designado, nos muestran dos familias que viven en una tienda de campaña hace dos años. Esta gente no se resiente de ello, ni tampoco sus numerosos hijos; el último que nació es una hermosa criatura.

El clima de Terni, muy salubre, se refresca continuamente con la brisa durante el verano; pero es muy riguroso en invierno, pues las condiciones de la region favorecen las acumulaciones de nieve. La creacion de este pueblo es un verdadero beneficio: es una especie de centro para abastecer á las tropas y viajeros que se dirigen hácia el sur. Por desgracia, Terni tiene malos vecinos en los Beni-Ournid, que gozan de una triste reputacion. Durante el verano cultivan sus tierras y apacientan sus rebaños... en el campo del vecino; en invierno se diseminan por las llanuras, y ¡pobres de aquellos á quienes encuentren y tengan algo que perder!

Ponemos la mesa sobre la verde yerba, y despues nos echamos con delicia á la sombra de los árboles; nuestros capotes no sobran para precavernos del aire fresco de la mañana.

Pero hé aquí que llegan convidados á quienes no se esperaba: dos ocas abren la marcha, contoneándose grotescamente, y haciendo tal vez reflexiones sobre no sé qué; detrás avanzan con mas reserva un gallo y tres gallinas; y muy pronto forman estas aves semi-círculo alrededor de nosotros para examinarnos. Les arrojamos algunos pedazos de pan; el gallo, con su acostumbrada galantería, llama á sus mujeres para que se aprovechen de aquel donativo; pero ¡ay! las ocas, que no lo entienden así, precipítanse sobre el infeliz gallo, el cual ejecuta los saltos mas extravagantes para evitar los golpes. Muy á pesar nuestro, las ocas se lo tragaron todo, y cuando termina el almuerzo y cesa la distribucion, las impertinentes, familiarizadas ya, se acercan cacareando con enojo. Por último, seguras ya de que no recibirán nada, introdúcense gravemente en un pequeño estanque, sacúdense, y nos envian en forma de menuda lluvia el agua que humedece sus alas.

La fuente y el lavadero son los dos puntos donde se reunen los charlatanes de ambos sexos. Hemos podido oir parte de cierta conversacion entre un colono y un indígena, y me parece digna de reproducirla aquí.

—¿Qué tal, Bou-Median, sigue tu mujer enferma? ¿Cuándo te verás libre de ella?

—Todos los dias se lo pido á Dios; pero jamás llega la hora.

—¿Pero qué tiene?

—No lo sé. Siempre está con sus ¡heu, heu, heu! Parece un caballo cuando se queja.

¡Qué excelente esposo!

Pero son las tres, y decididamente es preciso pensar en la marcha.

Cruzamos un país desnudo y árido; por todas partes se ven grandes mesetas pertenecientes al terreno jurásico, desprovistas de vegetacion, de un tinte gris, y terminadas por empinados declives. El camino invade uno de los afluentes del Mefronch por un vado sumergido.

A lo léjos, un bosquecillo de árboles, una barraca, una pequeña kouba y una granja árabe, son los únicos indicios de vida que ofrece esta triste region.

Seria, sin embargo, muy fácil modificar completamente el clima de estas soledades abrasadas por el sol, empleando para ello un medio muy sencillo.

Casi en todas partes, en los flancos de las montañas, se ven espesuras cortas: son encinas verdes que no pueden desarrollarse porque las devoran de contínuo los carneros y las cabras. Bastaria prohibir el pasto sucesivamente en una zona determinada; y esto no seria sino una molestia temporal, pues al cabo de pocos años, cuando los árboles hubiesen crecido bastante para no temer ya los dientes de los animales, no habria inconveniente en levantar la prohibicion. Los resultados de estas medidas no se harian esperar: por una parte, los pastos serian mejores; por otra, y esto parece lo mas importante, las aguas, dejando de correr como torrentes por

los declives de las montañas, no ejercerian sino una influencia benéfica, y á su paso sanearian el país, refrescándole por todas partes.

Entonces, esta region de Argelia llegaria á ser un paraíso terrestre que podria rivalizar con las regiones mas favorecidas.

Al pié del Nador vemos como un esqueleto blanqueado: es un árbol de colosales dimensiones, completamente seco.

El árabe le mira sin duda con codicia, y dice para sí:

«¡Cuántos duros me produciria ese árbol; pero seria preciso cortarle y conducirle á otro punto, y es demasiado grande para esto!»

El camino comienza á ser verdaderamente espantoso; está cortado por numerosas hornagueras de sesenta centímetros de profundidad; y encontramos carretas cargadas de alfa que á pesar de los cinco mulos que tiran de ellas, avanzan penosamente. Las ruedas se hunden hasta el cubo en el barro líquido; y hasta la carreta misma parece navegar en un mar borrascoso.

Estamos en país conocido: el camino atraviesa el Mefronch por un segundo vado; á la derecha,



Faro de Rachgoun.—De una fotografía

entre dos montañas, se extiende la isla del Mefronch, que hemos visitado últimamente al remontar las Cascadas; mas léjos, á la izquierda, acampó el célebre botánico Desfontaines, que en 1784 vino á herborizar en estos parajes con una escolta de koulouglis.

Si Luis XVI no hubiera perdido el relato de sus viajes, los trabajos de este sabio naturalista habrian prestado seguramente los mayores servicios á nuestras tropas de ocupacion y á los colonos.

Habiendo salido de Paris el 6 de agosto de 1783, nuestro compatriota exploró durante dos años una gran parte del norte de Africa, desde las costas hasta los límites del Sahara; y con frecuencia acompañaba á los deys que se dirigian á los diversos puntos del territorio para exigir impuestos.

Durante esta exploracion, no solo recogió una abundante cosecha de plantas, insectos y animales, sino tambien infinidad de documentos de toda especie referentes á los países que atravesaba. Todos estos trabajos se han perdido, pues los pocos fragmentos que vieron la luz se publicaron sin ningun cuidado. Si el nombre de Desfontaines no tiene en Francia toda la celebridad de que es digno, tal vez se deba á la mala suerte que dos veces se le atribuyó; pero nosotros, que hallamos aquí su recuerdo, nos complacemos en rendir homenaje al émulo de Tournefort, que supo merecer el aprecio de Buffon y la amistad de Lamarck.

Ante nosotros se eleva, orgulloso y desnudo, el Harhad (1,235 metros de altura), que se halla situado frente al Djebel-Sekhourtsein. Asegúrase, aunque no hemos podido comprobar el hecho por falta de indicaciones suficientes, que en la cima misma del pico hay un pozo natural de una profundidad considerable.

Hénos aquí al fin al borde del declive que domina á Tremecen; pasamos por entre dos rocas que parecen los montantes de una puerta titánica.

El paisaje cambia de pronto: salimos del de-

sierto y volvemos á ver la vegetacion de los alrededores de Tremecen.

En el primer plano elévase el Dahar-el-Mendjel, cubierto de árboles; mas allá está la meseta de Lalla-Setti, que desde esta altura parece una verdadera mesa; y mas léjos aun se divisa Tremecen, iluminado por los rayos del sol poniente.

Bajamos de la montaña por un camino que traza numerosas curvas, y á las seis de la tarde entramos en la ciudad por la puerta del sud, rendidos, pero muy satisfechos de nuestra larga excursion.

VIII

Hennaya.--Los Tres Marabuts.—El valle del Isser —Un desfiladero notable —La roca del Gato.— Leyenda.—Sidi-Amara —Beni-Saf y sus minas —Mersa-Si-Ahmed —Los planos inclinados y el mineral —Rachgoun.—La desembocadura del Tafna.—Takembrit.—La quinta de Ain-Beida.—Regreso.

23 *de abril.*—Desde Tremecen á Hennaya nos es conocido el país: mas allá del pueblo, en vez de tomar por la izquierda, como lo hicimos al ir á Nemours, torcemos á la derecha. El camino es bastante bueno; cruza mesetas donde la palmera enana predomina entre las demás plantas; y á intervalos se ven algunos cultivos árabes que recuerdan la presencia del hombre: esto es la continuacion de la meseta que conduce á Maghrnia.



Ensenada de desembarque.—De una fotografía

A doce kilómetros de Hennaya, sobre una colina prolongada, elévanse los Tres Marabuts, cerca de una fuente que los árabes llaman Ain-Fekerina. El agua es un poco tibia: algunas palmeras que la sombrean son los únicos árboles de estas soledades. Aquí no hay mas que una casa europea y un café moro.

Mas allá de los Tres Marabuts se baja por una suave pendiente hácia el valle del Isser: este rio corre del sudeste al noroeste, y despues se vierte en el Tafna, que mas abajo atraviesa una cuenca considerable formada por terrenos de aluvion eminentemente propios para el cultivo del trigo y de la cebada.

Nos apeamos en Isser, donde nos dan de almorzar mas ó menos bien en casa del kaouadji. El doctor nos muestra unos anémones *(anemone coronaria)* que han sido llevados hasta allí por la corriente del rio. Esta region ofrece una riqueza asombrosa en vegetales; algunas plantas florecen ya, mientras que cerca de Tremecen apenas tienen hojas; la vulgar mostaza llega á tener hasta dos metros de altura.

En las orillas del rio crecen los tamarindos y el laurel rosa. En un aduar que hay á la izquierda vemos cabritillos que han trepado á la parte superior de las tiendas, donde brincan alegremente. A falta de rocas, se ejercitan saltando por allí.

El valle se estrecha, y muy pronto penetramos en un desfiladero bastante angosto, donde solo queda lugar para el camino y el rio: este desfiladero es notable bajo el punto de vista pintoresco y geológico: figurémonos unos muros verticales de rocas de arenisca muy dura, que forman saliente en los esquistos y las margas de que se compone la montaña; las caras de dichos

muros sobresalen en los lados regularmente, similando un enladrillado.

Estos desfiladeros se prolongan en el espacio de dos kilómetros, abriéndose en una agrupacion de colinas bastante altas cubiertas de olivos salvajes, de enebros y de terebintos; se ve tambien un arbusto de hojas finamente recortadas y de bayas rojas, muy buscadas por los árabes; es el zumaque pentafilo. En medio del follaje se divisa algunas veces un arbusto en flor: es la malva arborescente, especial de las regiones del Mediterráneo *(Lavatera olbia)*.

El camino pasa despues por el pié del Diente del Gato (Hadjar-el-Gad), roca célebre por una leyenda que nos ha referido M. H..., ingeniero de caminos y canales; héla aquí:

«Habiendo observado un pastor que una de sus vacas no tenia nunca leche, y como comenzase á vigilarla á fin de averiguar la causa, vió que el animal se ocultaba todas las tardes detrás de una roca; al llegar abríase una puerta en la piedra, salia un gato enorme, y comenzaba á mamar á la vaca. Maravillado el pastor, deslizóse por la puerta, y halló siete habitaciones llenas de oro.

»Sin vacilar un momento, llenó su albornoz, y *tomando* un mulo de su amo, emprendió la fuga hácia Marruecos, pues los turcos tenian entonces la desgraciada costumbre de cortar el cuello á los ricos. Llegado á Ouchda, escribió á su amo refiriéndole su aventura, enviándole al mismo tiempo el precio del mulo, así como un plano exacto de los lugares; pero no se encontró la puerta.

»Apenas hace frio, los pastores encienden grandes hogueras cerca de la roca, con la esperanza de que el gato vendrá á calentarse y podrán entonces hallar el tesoro.»

Cuando se refiere esta historia, no se debe olvidar que dicho tesoro se compone de monedas de quince francos: esto es de rigor.

El Diente del Gato no es otra cosa sino la continuacion de las areniscas de que acabamos de hablar; esta roca está circuida de formaciones margosas que han sido arrastradas por las aguas dejando allí como un esqueleto.

A partir de este punto, el valle del Tafna se ensancha de nuevo, formando una gran cuenca (Sidi-Amara), donde se ha tratado de crear un pueblo, proyecto á que se renunció por falta de agua potable.

Desde el camino se ve distintamente el antiguo lecho del Tafna, bordeado por un alto declive. A cierta distancia, estréchase mas el valle; las colinas no son ya tan empinadas, y reconócese la presencia del basalto. Desde este momento nótase ya la influencia de la inmediacion del mar; y se ven florecer los cistos de las regiones marítimas. Una colina de aspecto desolado, y color gris verdoso, sin vegetacion alguna, cierra al parecer el valle: es la Yesera; sobre sus flancos se ven todos los colores que podria soñar un pintor para su paleta; el negro, el rojo, el verde y el azul agrisado, están representados por rocas diversas, de orígen eruptivo; en medio se encuentra la cal, explotada en este momento. Estas formaciones son probablemente las mismas que las del desfiladero que acabamos de atravesar; han sido sometidas á la accion de las aguas termo-minerales en una época relativamente moderna, tal vez cuaternaria.

En la provincia de Oran se encuentran por todas partes yacimientos análogos, que constituyen uno de los caractéres particulares de la geología del país. Con mucha frecuencia se encuentran estas rocas eruptivas acompañadas de sal gema, pirita de hierro, cuarzo, granates, y diversos cristales muy buscados por los coleccionistas.

En la Yesera nos desviamos del camino para dirigirnos hácia el nordeste á través de los trigos, por un sendero que conduce á las minas de Beni-Saf. Cruzamos terrenos basálticos, para desembocar en una meseta muy rica en orquídeas *(Ophris tenthredinifera, papilionacea)*.

Pero cuando aguijonea el hambre no se tienen ojos ni oidos; y ya es tiempo de ofrecer á nuestro estómago un apéndice á nuestro ligero almuerzo de antes. Nuestro guia nos señala en la cima de una colina una pequeña bandera tricolor: allí es donde acampan los amigos á quienes vamos á buscar; pero ¡ay de mí! entre nosotros y la bandera median todavía muchos barrancos, y hace ya doce horas que dura la marcha.

Por fin llegamos; y acéptase con agradecimiento la hospitalidad que nos ofrece M. G....., comisario inspector que acampa en estos parajes. Trátase de dormir; pero aquí cada cual se ha de hacer la cama á su manera. Comenzamos pues por amontonar piedras; las cubrimos de tierra, y despues de heno; y con nuestras capas y las mantas que nos prestan completamos la cama. Jamás lo hubiera creido: en estos lechos improvisados se duerme admirablemente, cuando se acaba de recorrer cierto número de kilómetros.

24 de abril.—Al dia siguiente, una buena taza de té acaba de hacernos olvidar las fatigas de la víspera. Nuestros amigos tienen provisiones: en un aduar que hay á un tiro de fusil se venden á precios equitativos huevos, gallinas, leche y carneros.

Emprendemos la marcha muy temprano hácia Beni-Saf. El país no tiene nada de interesante; un sendero, apenas trazado á través de la maleza, nos conduce en treinta minutos al otro lado de las colinas que limitan la vista por la parte del norte; pronto llegamos al camino de hierro de las minas y á varias canteras donde se trabaja el mineral, lo cual nos indica la inmediacion de Beni-Saf.

Por todas partes nos admira la actividad que la explotacion ha introducido en el valle: muchos españoles conducen grandes asnos de pelaje gris, pero enrojecidos por su trabajo, ó mejor dicho, por el contacto con el mineral; por la via que franqueamos ruedan algunos wagones tirados por caballos; y despues de seguir avanzando á través de un estrecho valle, damos vista á Beni-Saf á los diez minutos. El pueblo, admitiendo que pueda darse el nombre de tal á un grupo de cinco ó seis casas, varias chozas y algunas grutas, está situado en un desfiladero que termina bruscamente en una playa arenosa batida por las olas.

Esta playa tiene unos ciento cincuenta metros de desarrollo; las casas y las chozas están escalonadas en la falda de las montañas, extendiéndose hasta el fondo del barranco: son los establecimientos provisionales de la compañía.

Por el otro lado de la montaña, hácia el oeste, un camino abierto en la roca, que forma cornisa á lo largo del mar, nos conduce al puerto, ó Mersa-Si-Ahmed, donde estará el centro de la explotacion, y que se enlazará un dia por medio de un camino de hierro, proyectado desde Tremecen á Rachgoun.

La sociedad argelina, propietaria de Beni-Saf, ha mandado ejecutar trabajos gigantescos: quinientos obreros trabajan en el arsenal.

Dos vias férreas desembocan en el puerto, terminando en planos inclinados; los wagones bajan llenos de mineral, y hacen remontar con su peso los que están vacíos.

Nos dicen que el mineral de Beni-Saf contiene hasta un cincuenta y cinco ó sesenta por ciento de hierro y dos ó tres de manganeso; y que se encuentra por masas en un terreno generalmente esquistoso ó dolomítico. El doctor compara estos yacimientos con los de Kleber y Arzeu, creyendo reconocer un piso particular del terreno jurásico.

En Beni-Saf se encuentra el mineral por todas partes, y visitamos varios yacimientos; uno de ellos, inmediato al puerto, es de inaudita riqueza: se ha practicado una galería horizontal en el flanco de la montaña; y en el espacio de treinta metros se anda entre dos muros de hierro.

La sociedad no se ocupa mucho ahora de la explotacion propiamente dicha, pues harto tiene que hacer para organizar los medios de trasporte y embarque del mineral. Sin embargo, ha expedido ya veinte mil toneladas á Inglaterra, donde se aprecia mucho este producto.

En la rada se ven anclados tres vapores y un buque de vela, los cuales esperan solo á que cese la fuerte marejada para embarcar el cargamento.

Desde Beni-Saf un camino de cornisa nos conduce en dos horas á la desembocadura del valle de Tafna. Antes de bajar dirigimos una ojeada á la isla de Rachgoun, separada de tierra firme por un canal de dos kilómetros. La isla se prolonga en el sentido del sudoeste; domínala un faro de luz giratoria; es volcánica como la costa vecina, y por todas partes se ven rocas singularmente recortadas. Una de ellas, mas alta que las otras, se perfila, con su color pardo sombrío, sobre el mar que muge á su alrededor. Rachgoun se divide en dos centros distintos: el pueblo español, de aspecto triste, mezcla de chozas y de grutas; y el caserío francés, mas risueño, embrion de la ciudad que la industria fundará muy pronto en aquella lejana costa.

En su desembocadura, el Tafna abre penosamente un surco tortuoso á través de los aluviones, luchando contra las corrientes del Mediterráneo, y sobre todo contra la del noroeste. Así, pues, en vez de dirigirse en línea recta hácia el mar, traza un circuito, costeando entre las colinas que bordean su desembocadura. Por el este elévase una serie de montecillos donde se ven ruinas: son las de los fuertes Clauzel, Mustafá y Rapatel.

Un pescador nos ofrece almejas, que muy bien condimentadas, son para nosotros ahora un verdadero regalo.

Remontamos el valle del Tafna por las arenas de una antigua desembocadura: el valle es muy ancho, lo mismo que el rio, cuyas orillas están cortadas á pico; la vegetacion es muy pobre.

Al cabo de media hora de marcha, vemos desde léjos, por la izquierda, el montecillo donde están las ruinas de una ciudad romana que los indígenas llaman Takembrit: nos falta tiempo para visitar estos vestigios, que, por otra parte, ofrecen poco interés.

A unos doce kilómetros al sur de Rachgoun, destácase del camino de Tremecen un sendero, que nos conduce á través de jardines, olivos é higueras, al pié de una cuesta muy empinada. Debemos apearnos hasta llegar á la cima de la meseta, en cuya extremidad se abre un profundo valle, en el que vemos una casa ruinosa á

orillas de un arroyo, rodeada de álamos blancos, de olivos y de fresnos. Allí es donde nos espera un amigo del doctor, encargado de levantar el plano de los Beni-Fouzech. Este geómetra designa su caseron con el pomposo título de quinta, dándole el nombre de la corriente inmediata Ain-Beida.

—¿Habeis comido alguna vez carne de tortuga? nos pregunta el amigo del doctor. Tengo una perrilla que se pone de muestra admirablemente delante de estos animales.

Poco despues nos sirven una sopa de tortuga, luego un frito de su carne.....; y no sé qué otras cosas del mismo manjar.

El sitio es delicioso: el ruiseñor canta oculto en el follaje de los grandes árboles; la corriente produce un sordo murmullo sobre el torrente de blandos guijarros; y con mucho gusto permanecemos aquí hasta la noche, fumando en largas pipas, y hablando de nuestros amigos de Argel y de la patria.

25 *de abril.*—Al dia siguiente, á eso de las diez de la mañana, tomamos el camino de la Yesera, y entramos en Tremecen en una de esas admirables noches, cuyas sombras trasparentes parecen temer ocultar el hermoso cielo de la Argelia: aquello no eran tinieblas, sino la ausencia del dia. El aire era suave, como la leche y la miel; y al aspirarle experimentábase un encanto indecible.

Es preciso haber viajado por Argelia para comprender la admirable serenidad de semejantes noches: cuando la luna ilumina los campos con sus argentados rayos, la trasparencia de la atmósfera permite distinguir con extraordinaria precision los menores detalles del paisaje; y si el astro nocturno desaparece del horizonte, basta la claridad de las estrellas para adivinar los objetos en una especie de sombra luminosa. «Desde el horizonte hasta el zenit, ha dicho poéticamente Fromentin, se ve en todas partes el mismo fulgor, y como una especie de fosforescencia confusa; no hay en el aire sereno ni movimiento ni rumor; pero sí un murmullo indefinible que llega del cielo y parece producido por la palpitacion de las estrellas.» El profundo silencio de estas noches tibias y perfumadas tiene algo de religioso; y si á veces ladran los perros cobardes de los aduares, despertándose de pronto en medio de las tinieblas, desvanécese al punto nuestro sueño con todas sus ilusiones.

IX

El desfiladero de los Judíos. — Los Beni-Mester. — Otra vez Sidi-Medjahed. — Sidi-Zaher. — Gar. — Rouban. — Encuentro lúgubre.

28 *de abril.*—Aun está el sol bajo el horizonte cuando doblamos la mezquita de Mansurah. A la salida del recinto no se encuentra, excepto una bonita granja cuya viña es floreciente, ningun vestigio de viviendas europeas; y no porque el terreno sea árido, pues muy léjos de ello, está bien cultivado hasta la entrada de la garganta ó desfiladero de los Judíos. A derecha é izquierda se ven numerosos puntos negros, que son otros tantos aduares.

Reconocemos una notable diferencia entre el cultivo árabe y el de los colonos: en el interior del recinto de Mansurah, las espigas son pesadas y abundantes; aquí están los campos dependientes del pueblo francés: en el exterior, y aunque las tierras están bien regadas, las espigas escasean, y entre ellas crecen palmeras enanas. Los labradores indígenas no arañan apenas el suelo con el espolon del arado primitivo; evitan los obstáculos en vez de romperlos; y todas las raíces algo profundas escapan de la perezosa reja del arado que arrastran lánguidamente dos míseros asnos ó dos escuálidos bueyes. Cuando el grano apunta, los parásitos de toda especie le devoran, y se pierden la mitad de las espigas.

En las orillas de los arroyos se forman praderas naturales. Un pastor hace resonar en el aire puro de la mañana las notas de su flauta campestre; los carneros y las cabras nos miran con curiosidad cuando pasamos.

A siete kilómetros de Tremecen, el camino forma una cuesta, y el carácter del país cambia completamente; solo se ven colinas pedregosas, que se hunden á pico en profundos barrancos, cubiertos de cistos en flor, semejantes á ramos de rosas. Desde aquí dirigimos una última mirada á la cuenca de Tremecen.

El borde meridional de la cubeta está formado por las rocas de Lalla-Setti y por las alturas en que serpentea el antiguo camino de Mansurah á Terni: en el fondo se ve Bou-Medina. Por el lado opuesto, las colinas son poco altas, y elévanse en forma de suave pendiente en el centro de la cuenca, indicado por la torre de Mansurah: Tremecen se ha perdido de vista.

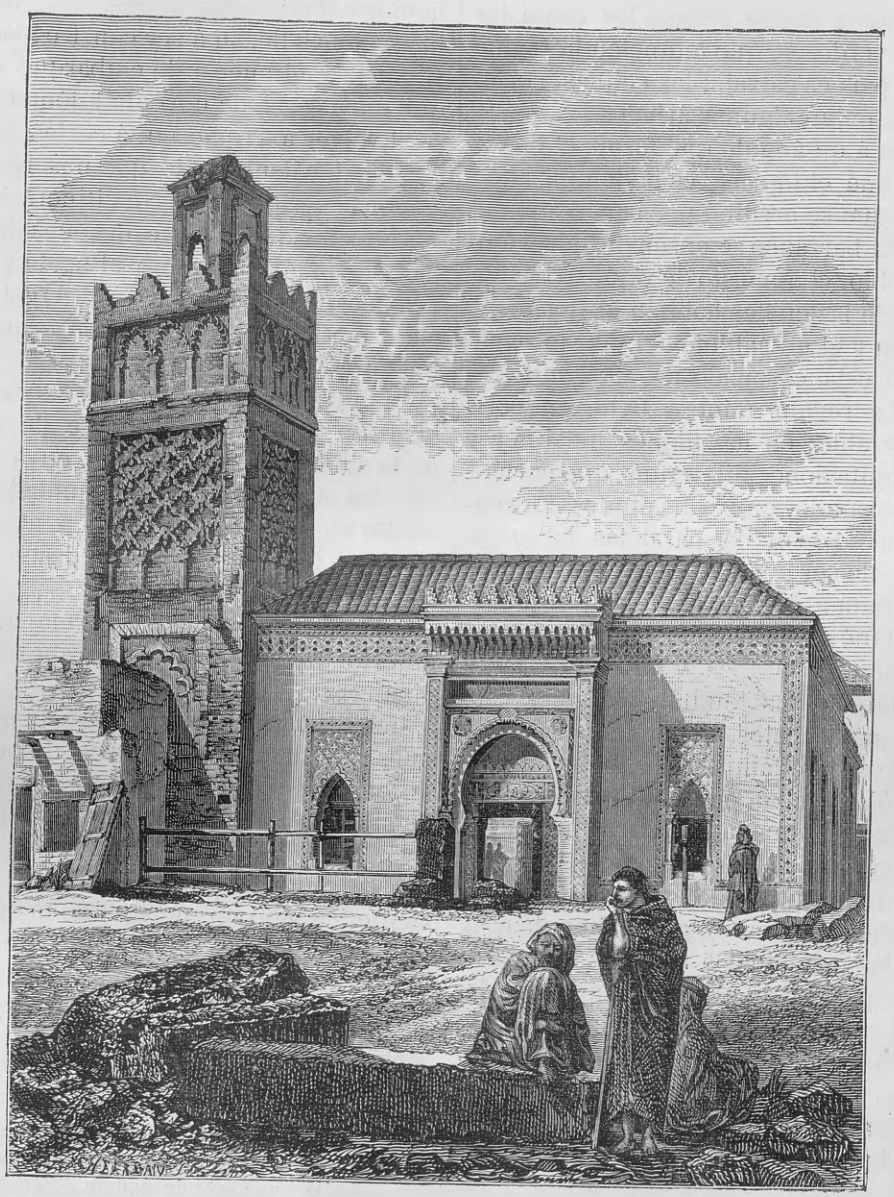
La cuesta continúa, y muy pronto llegamos al desfiladero de los Judíos, bordeado al sud por altas montañas, prolongacion del Lalla-Setti. Por do quiera se ven campos cultivados, aguas vivas, higueras y otros árboles.

Algunas casas árabes coronan las rocas en cornisa: es el pueblo de Beni-Mester. El desfiladero tiene cinco kilómetros de longitud, y nos parece interminable; pero al fin llegamos al barranco donde corre el Oued de los Beni-Mester. Se sale de las montañas para entrar en una region muy accidentada, por donde cruzan nume-

rosos arroyos, el mas importante de los cuales es el Oued-Zitoun, con frecuencia peligroso.

Mas allá se comienza á ver los enebros, las tuyas y los terebintos; y despues se encuentran vastos espacios desnudos, cuya blancura nos deslumbra; percíbense tambien algunos aduares, de los que es prudente alejarse, pues la abertura de los silos y los dientes de los perros son un doble peligro para los caminantes.

El paisaje presenta por lo general, hasta el



La medersa (escuela) en Tremecen.—De una fotografía

valle del Tafna, una monotonía desagradable, sobre todo á eso de las doce. No se distingue en el horizonte ningun punto para guiarse, y á no ser por el camino, seria imposible hacerlo. Los vapores que se elevan de la tierra son tan abundantes, que en esta llanura se produce el fenómeno del espejismo en el mes de julio.

Por la noche dormimos en Sidi-Medjahed, que ya conocemos.

29 *de abril.*—Al dia siguiente nos desviamos un poco á la derecha para visitar el pequeño establecimiento de Sidi-Zaher; pero esta vez no queda recompensada nuestra molestia, porque el país es desagradable, triste, inculto y pedregoso.

Sin embargo, no tarda en aumentarse el interés: los accidentes del terreno se multiplican; las montañas de Gar-Rouban se escalonan en el horizonte; están muy cubiertas de bosque, y forman una serie de eminencias que terminan bruscamente por un alto declive, al pié del cual se halla el pueblo.

El camino atraviesa landas cubiertas de olivos salvajes; y mas allá reaparecen las tuyas mezcladas con los enebros.

Costeamos un campamento francés abandonado donde aun se reconocen las zanjas, algunas chozas, y paredes de tierra y ladrillo. Mas allá elévase la montaña donde surgen los esquistos rojos, grises y verdosos, que anuncian la region metalífera. El país es salvaje; las colinas, cortadas á pico, presentan algunos árboles.

Al dar vuelta á un ángulo que forma el camino, percíbese una chimenea; es la de una antigua fundicion que se arruinó por la carestía del combustible. El barranco se ensancha; en el fondo se ve el pueblo, compuesto de veinte ó treinta casas, en una de las cuales habitan el ingeniero de la compañía y el oficial jefe del puesto.

Gar-Rouban está coronado de altas mesetas pedregosas. La region minera tiene un perímetro considerable; en los filones metalíferos se ven dos orientaciones diferentes, que cortándose en ángulo agudo, en varios puntos, forman una especie de red de mallas paralelas. La ganga del mineral suele ser cuarzosa; su color blanco se destaca claramente sobre el de los esquistos.

Gar-Rouban fué sin duda conocido y explotado por los romanos, los árabes, y tal vez los fenicios: en el fondo de los temibles abismos que formaron con sus trabajos, se han hallado varios utensilios, tales como lámparas, crisoles, martillos y azadas. Trabajaban en los filones de arriba abajo; y por eso han quedado enteras las partes mas profundas y ricas.

El único mineral utilizado en Gar-Rouban es la galena (sulfuro de plomo), generalmente muy argentífero: los principales trabajos consisten aquí en el trasporte y en el enriquecimiento del mineral por los procedimientos ordinarios.

Además de la galena, los filones de Gar-Rouban contienen blenda (sulfuro de zinc), y chalcopirita (sulfuro de cobre), que no se utilizan á causa de hallarse en muy escasas proporciones.

La pirita de hierro, la cerusa (carbonato de plomo) y la malaquita (carbonato de cobre), escasean mas aun, así como las otras variedades de hierro oligisto. Los filones de pórfido verdoso cortan en ciertos puntos los metalíferos; el cuarzo de la ganga va acompañado de baritina (sulfato de barita), que con frecuencia forma zonas poderosas; de fluorina (fluoruro de calcio) de color verdoso, rara vez violado, en figura de cubos de admirable limpieza.

Los trabajos de desmonte, de trasporte y de enriquecimiento no se efectúan con actividad. El producto del mineral enriquecido, ó sea preparado para la reduccion, no pasó el año último de quinientas cuatro toneladas; y apenas se ocupan actualmente treinta y cinco obreros en las galerías. La dificultad de extraer la galena, mas bien que la pobreza de los filones, parece ser una de las causas del estado de abandono en que hemos hallado estas minas. Los caminos de estas regiones llegan á ser con frecuencia intransitables; y el puerto de embarque es Nemours, que dista cerca de noventa kilómetros.

Al volver á Tremecen, á cortas jornadas, hacemos el cálculo de lo que nos resta ver para agotar la serie de nuestros itinerarios.

El doctor declara que despues de haber visitado los pueblos que hay al norte y noroeste de Tremecen podremos volver á Argel por Lamoriciere y Sidi-bel-Abbes, con la seguridad de no haber omitido nada esencial.

Mientras discurríamos así reúnese con nosotros un árabe á caballo, que lleva atravesado en la silla un largo paquete, cuya forma excita nuestra curiosidad: es algo cuidadosamente envuelto en un albornoz, y bien atado entre dos pértigas. R... no resiste á su deseo de saber qué es, y pregunta al jinete.

—Es el marido de mi hermana, contesta; él muerto, y yo llevarle al marabut Sidi-Bou-Medina.

Instintivamente refrenamos nuestros caballos, pues nuestro hombre parece dispuesto á ir con nosotros, y semejante compañía en un espacio de cincuenta kilómetros, no tiene ningun atractivo.

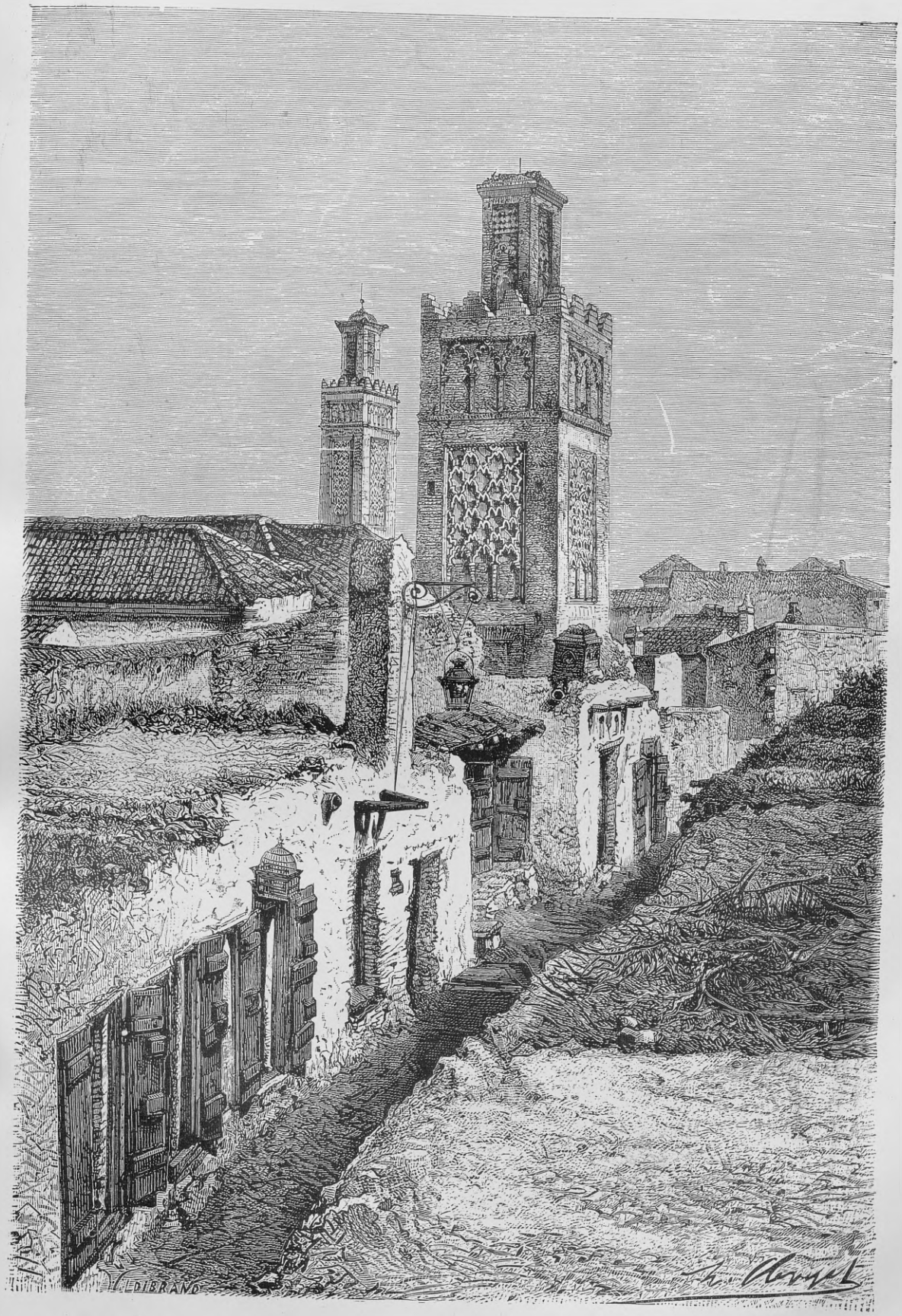
Y sin embargo, parece que esto es muy corriente; cuando un moribundo manifiesta deseos de ser enterrado en las inmediaciones de un kouba venerado, su familia cumple con la última voluntad; y se ven cadáveres trasportados así á considerables distancias.

X

El siroco.—La calle.—Los edificios franceses.—El Mechuar.—La calle de los Plateros.—Sidi-el-Hassein.—La gran mezquita y su araña de madera —Bou-Salem —Los mendigos.—El hermano del guarda-bosque —La calle de Mascara.—Los zapateros indígenas.—El café moro.—Las cenizas de los baños moros.—La jarra de manteca derretida.—El fondouk.—La plaza del Beylick.—Los encantadores de serpientes.—La fortaleza Toubiana.—Los tejedores.—El Borda.—Las grutas.—Salubridad de Tremecen.—Lamoriciere —Sidi-bel-Abbes.—Regreso á Argel.

4, 5 y 6 *de mayo*.—En Tremecen nos encontramos con el siroco, «que extiende por el cielo las entrañas abrasadas del desierto.» Aunque apenas entramos en la primavera, el calor es sofocante, lo cual no nos impide terminar nuestra revista de Tremecen.

Cierto que el interior de las casas es mísero;



Calle de los Plateros en Tremecen

pero debemos añadir que los indígenas viven poco en ellas; habitan mas bien en la calle; acurrucados en el umbral de una puerta, ó junto á una pared, tratan de sus asuntos en público, y los transeuntes intervienen sin escrúpulo en los negocios de los demás. Si se promueve alguna discusion, acércanse, escuchan, y dan consejos que no se les piden, sin que nadie censure esta libertad.

Nada tan divertido, pintoresco y variado, como estas escenas, que dan á conocer mucho mejor que los libros los usos, costumbres, sentimientos y supersticiones de los árabes y de los israelitas. Si comprendiésemos su lengua, experimentaríamos sin duda mayor placer; pero gracias á nuestro guia Alí, no padecemos tanto por nuestra ignorancia.

No hablaré de los edificios franceses, tales como la prefectura, el tribunal, la iglesia católica y el templo protestante, reunidos en la plaza de Cavaignac, porque estas construcciones son tan triviales como en todos los demás puntos. ¿Merece una descripcion el mismo Mechuar, tan lleno de recuerdos, donde Baba-Aroudj (Barbaroja) fué sitiado por los españoles de Oran, en 1518? La antigua fortaleza contiene hoy casi todos los establecimientos militares de Tremecen (cuarteles, parque de artillería, prisiones, intendencia y hospital con trescientas camas); pero todos estos edificios, muy pintados, no tienen atractivo á los ojos del viajero. La torre del Reloj, único resto de la época árabe, es lo que parece digno de mencion.

Preferimos á estos esplendores administrativos la calle de los Plateros, con sus tiendecillas vacilantes y su pequeña y preciosa mezquita de Sidi-el-Hassein, en la cual no encuentro sino una falta, y es la de haber sido reparada á la francesa, con muchos ladrillos barnizados y grandes golpes de brocha. Sirve de *medersa* (escuela), y es aquella en que los jóvenes musulmanes aprenden á leer el Coran.

Visitamos la gran mezquita, enorme edificio, pero tan triste, que nos deja completamente frios. Citemos, sin embargo, la gran araña de madera suspendida en el interior del templo; se compone de vasos llenos de aceite, alineados en las diversas ramas de este grotesco aparato, que solo debe producir una mediana luz.

Lo que mas gracia me hace es el viejo negro acurrucado en un rincon junto á la puerta de la *djemaa* (mezquita). Alí nos le representa como un santo personaje: oficialmente es el jefe de los negros de la ciudad, y jamás se aleja del asta de la bandera que pasea á la cabeza de sus compatriotas en las grandes ocasiones. Sin embargo, su santidad y las funciones que desempeña no parecen reportarle grandes beneficios, pues el venerable Bou-Salem ejerce en sus momentos perdidos el oficio de pintor de brocha gorda. Un turbante de inmaculada blancura hace resaltar mas sus facciones de color de hollin, llenas de costurones y arrugas como una manzana que ha envejecido entre la paja; sobre su pecho pende un rosario de madera, que el buen hombre contempla inmóvil, entregado sin duda á sus piadosas meditaciones. Bou-Salem no es un mendigo; se respeta demasiado á sí propio para asaltar á los transeuntes con esa voz gangosa que suelen emplear los pobres de profesion. Estos últimos son intolerables; salmodian dias enteros la misma é invariable fórmula; y en nombre de Sidi-Abd-el-Kader-Ben-Djilali, ó de cualquier otro marabut venerado, os dirigen su eterno:

—¡At ni saddack! (Dadme una limosna.)

Entre estos mendigos he visto hombres robustos, y al parecer con muy buena salud; pero la pereza es casi una cosa de que se vanaglorian casi todos los árabes. Si preguntais á uno de estos infelices cuál es su profesion, contestará tranquilamente:

—¡Chemmess!

Este sustantivo, derivado de *chems* (sol), no se podria traducir sino por la frase: «Tomo el sol.»

Otro os dirá con tono de convencimiento:

—Tengo un hermano que es guarda-bosque.

Traduccion: «Tengo un hermano que trabaja, que gana un salario, y no hay necesidad de que yo haga otro tanto.»

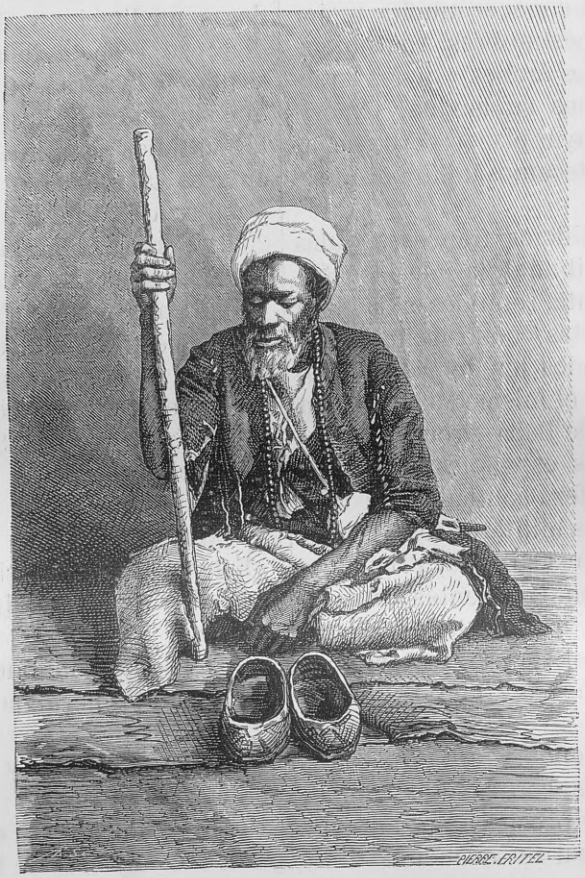
La calle de Mascara está ocupada únicamente por los vendedores de tejidos de algodon, de telas argelinas, de tapices, colchas y bandejas de cobre. En esta calle son muy caros los alquileres de las tiendas, porque si un negociante instalara su comercio en cualquier otro punto, no venderia seguramente nada. Los campesinos no conocen sino la calle de Mascara: allí se les encuentra en largas filas, visitando diez almacenes para comprar una *gandoura* (especie de camisa larga), de valor de tres ó cuatro reales; pero jamás consiguen acabar con la paciencia de los mercaderes.

En la extremidad de esta calle, siempre obstruida, se hallan las tiendas de los zapateros indígenas: á lo largo de las paredes elévanse montones de babuchas de filali; y numerosos obreros se ocupan incesantemente en confeccionar este gracioso calzado, cuyo consumo es considerable en Tremecen.

Hé aquí un café moro: ya no es el humilde

kaouadji del Oued-Zitoun. Al rededor de una vasta sala, los consumidores están sentados en bancos, ó acurrucados en taburetes, ó bien van á echarse en la calle sobre unas esterillas; en la puerta se ven suspendidas varias jaulas llenas de aves cantoras; y de trecho en trecho se ostentan grandes ramos de lirios (los árabes son apasionados por las flores; aquí, dos ciudadanos están absortos en las peripecias de una partida de damas; mas allá, un cantor ambulante recita al auditorio atento largas historias de guerra ó amor, ejecutando al mismo tiempo algunas variaciones con su *gombri* (especie de violin con una sola cuerda), ó con una flauta de caña.

Mientras que con la boca abierta contemplamos un fumador de *kif*, que saca lentamente de su pequeña pipa el veneno que le matará, R..... me toca con el codo, mostrándome un individuo



Bou-Salem.—De una fotografía

que cargado de alfombras y albornoces, circula entre la multitud, entra en los almacenes, y vuelve á salir murmurando palabras ininteligibles.

Alí, á quien interrogamos sobre el particular, nos dice que es un *dellal:* cuando se desea, por ejemplo, desprenderse de un *zerouel* (pantalon), se le entrega á este personaje, el cual se pone en campaña, y pasea la prenda á través de los barrios árabes, anunciando la venta veinte veces por minuto de este modo:

—¡Khamsa ou nouss, Khamsa ou nouss! (Cinco y media, es decir, cinco pesetas cincuenta céntimos.)

El pregon dura hasta que un aficionado añade alguna cosa á la suma preferida: el *dellal* continúa entonces sus peregrinaciones, anunciando su nuevo tipo; y así, por ejemplo, si se han ofrecido seis pesetas por el pantalon, puede suceder que dos horas despues, cuando ya no se piensa en él, vuelva el pregonero con la prenda, diciendo:

—Es tuyo, dame las seis pesetas.

Llegamos á un establecimiento de baños moro: no diré nada, porque el asunto está ya muy agotado; pero lo que menos se sabe es que estas casas se caldean con estiércol seco, singular combustible, del que se desprende al parecer un calor extraordinario.

Alí nos explica que las cenizas procedentes de los baños moros se emplean para una cosa que jamás hubiera sospechado: mezcladas con mor-

tero, constituyen un cimento excelente para los canales de riego y los depósitos de agua.

Confieso que escucho la explicacion distraidamente, pues me fijo sobre todo en las voces de enojo de dos individuos: entre ellos se ve un tarro de manteca derretida, y como es natural, la multitud se agrupa al rededor de los dos contendientes. En medio del alboroto, el bote pierde de pronto el equilibrio, rómpese al caer, y corre la manteca. La cuestion comienza á ser interesante, y nos acercamos corriendo. ¿Qué sucederá?

Mientras los ánimos se enconan á causa de esta catástrofe, y se oye pronunciar por todas partes la palabra cadí (juez), una muchacha se desliza entre las piernas de los presentes, y con una destreza sin igual, llena una escudilla de manteca y desaparece. Un árabe, primero, luego dos, y al fin tres, se apoderan de los restos de la vasija rota, y sírvense de ellos para recoger lo que sobra de la mercancía averiada; y cuando los dos adversarios ven que no quedan vestigios, ni del bote ni de su contenido, á su cólera sucede el asombro; y mientras que inmó-



Iglesia católica de Tremecen —De una fotografía

viles se miran sin pronunciar palabra, un recien venido que anda cojeando, se acerca de pronto, pregunta cuál es la causa de la disputa, inclínase á su vez, y recogiendo las pocas partículas de manteca que han quedado, frótase gravemente la pierna con ellas y se va. Era lo único que faltaba para remachar el clavo: por todas partes resuena una carcajada homérica, y los dos individuos, confusos y avergonzados, huyen apresuradamente entre los gritos y silbidos de la multitud.

Subimos hasta la plaza del Beylik, y en el camino preguntamos á Alí si existian en la ciudad posadas árabes. Por toda respuesta, nos conduce á un patio muy sucio, alrededor del cual se ven alineados varios caballos y mulos. Los establecimientos de este género se llaman *fondoucks;* hacen las veces de posada, y en la muestra se lee: «Aquí se aloja á pié y á caballo;» pero el patron árabe no proporciona al viajero sino la habitacion, y solo se cuida de la alimentacion de la montura.

Debajo de los grandes árboles de la plaza está el cuartel general de los vendedores de galleta *(hobsa)*, los mas de los cuales son muchachas, casi niñas; acurrucadas en la punta de una tabla, tienen delante de sí su mercancía. Aunque el tiempo sea espantoso, las pobres niñas esperan inmóviles á sus parroquianos durante dias enteros; y si la venta va bien, su ganancia total se reduce á diez ó doce cuartos; pero aceptan alegremente su triste suerte.

A diez pasos de distancia nos aturde ya su gritería, y somos recibidos con sonrisas irónicas y reflexiones sarcásticas; mas por fortuna para nuestra dignidad, prodúcese un incidente. Un infeliz campesino se atreve á regatear el precio de una galleta de dos cuartos; la muchacha á quien se ha dirigido se levanta de repente, y corriendo de un puesto á otro, remeda, con gran contento de sus compañeras, el tono, las palabras y el ademan del pobre campesino. Diríase que estamos en el mercado de Paris.

Aprovechamos la coyuntura para huir de estos

parajes peligrosos, y tenemos la buena fortuna de llegar á tiempo para asistir á una representacion de los encantadores de serpientes. Estos hombres son marroquíes, y no llevan mas traje que una camisa sujeta al talle por un cinturon de cuero. Uno de ellos, provisto de un *tharar* (tamboril), da vueltas alrededor del círculo formado por los espectadores, pronunciando palabras que el mismo Alí no comprende.

—Es chela, nos dice.

El chela es la lengua berberisca de las montañas de Marruecos, lengua cuyo acento y expresiones cambian segun la localidad.

Cuando el hombre del tharar ha terminado una estrofa de su cancion, su acólito, provisto de un *gombri*, la repite en el mismo tono; y despues cantan los dos á duo, acompañándose de sus instrumentos. Escuchamos con mucha paciencia unos treinta versículos ininteligibles, sin ver ninguna serpiente: cierto que los cuartos caen muy lentamente en medio del círculo, y parece que nuestros artistas no dan á conocer sus habilidades sino por un precio fijo. Lo que acaba de desanimarnos es que el doctor nos afirma que de cada diez veces, nueve se hacen los ejercicios con simples culebras. Es preciso que el producto de la cuestacion ascienda á una regular cantidad para que se pueda ver un crótalo, y aun en este caso, enseñan un reptil que no tiene ya los colmillos.

El doctor nos aleja sin dificultad de este espectáculo poco interesante, y vamos á visitar con él una fábrica de objetos de alfarería indígena, sobre todo de ladrillos barnizados, lo cual es mas curioso que todos los encantadores de serpientes de Marruecos. Los fabricantes se sirven de útiles muy elementales; sus procedimientos son los de la infancia del arte; y, sin embargo, obtienen resultados sorprendentes. Las ánforas, las lámparas y las copas que nos presentan son relativamente muy elegantes, y no carecen de colorido ni de carácter.

Salimos de la ciudad por la puerta del Norte para ir á ver una última curiosidad del Tremecen de otra época: es la antigua puerta de Oran, conocida tambien con el nombre de fortaleza Toubiana: las viejas murallas de Mansurah quedan eclipsadas por estas enormes masas de tierra, que el tiempo ha desgastado sin poder deteriorarlas gravemente. Los caminos cubiertos, las almenas, todo el sistema de fortificacion, en fin, está perfectamente visible. Estos vestigios de un lejano pasado dan alta idea de la civilizacion árabe, y no sin un sentimiento de tristeza se compara á los conquistadores musulmanes con sus degenerados descendientes.

Hace poco se han practicado en estas ruinas varias excavaciones, que al decir de algunos iluminados, contienen un inmenso tesoro. Si hubiésemos de dar crédito á un plan misterioso, traido de Jerusalen, existe en el espesor de los muros una verja de hierro que bastaria descubrir para asegurar el éxito de la empresa. Los buscadores de oro se dirigieron cierto dia á un honrado propietario de Tremecen, á fin de pedirle los fondos necesarios para practicar sus excavaciones.

—Cuando hayais encontrado la verja de hierro, contestóles ingeniosamente M. G..., os prestaré todo cuanto querais.

Desde entonces se sigue buscando la verja de hierro.

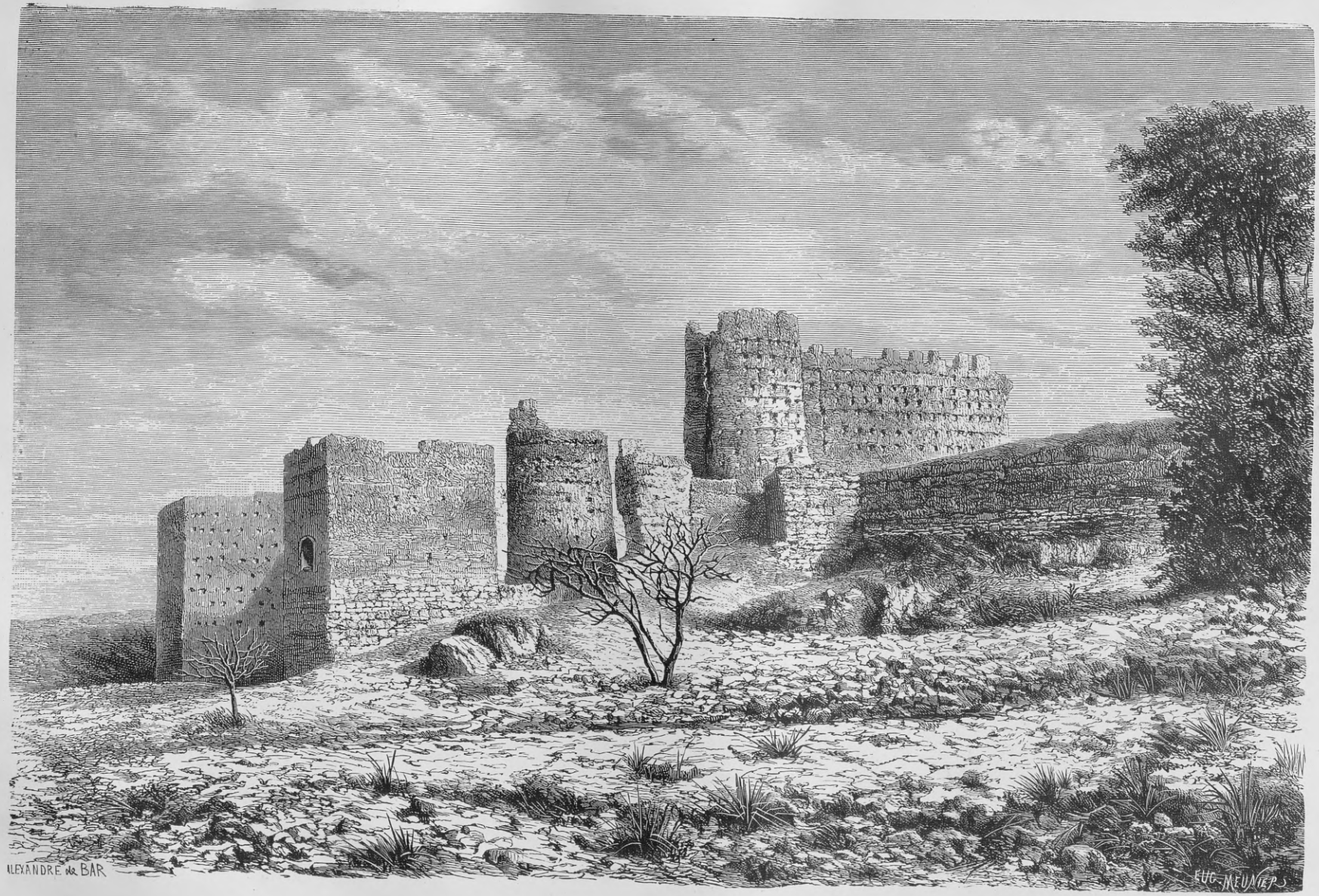
Hoy es dia de emociones: al volver por el mismo camino cae sobre nosotros una lluvia de invectivas, por haber tomado la defensa de un asno al que su amo maltrataba bárbaramente, lo cual no haria si le protegiese la ley Grammont.

El pobre animal avanza á duras penas; parece extenuado, y además tiene una herida en un anca; pero su verdugo introduce en la llaga viva la aguda punta de un palo: este es el estimulante que parece estar mas en uso en toda la Argelia.

Intervenimos, indignados ante semejante barbarie: el asno levanta las orejas, detiénese de pronto y nos mira, cual si comprendiese nuestras intenciones caritativas. El jinete, furioso, nos agobia de injurias, que nuestro Alí, preciso es confesarlo, le devuelve con creces, y al fin nos vamos en paz; pero no sé cómo lo pasará el asno.

El doctor nos hace atravesar dos barrios que aun no conocemos: es un dédalo de estrechas callejuelas, cubiertas de bóvedas bajas, donde apenas penetra el sol en pleno dia. Algunos tejedores, de los cuales se cuentan unos tres mil en Tremecen, practican su oficio en lúgubres tugurios; y es sorprendente que puedan dedicarse á tan delicada industria en un lugar tan oscuro.

Anteayer vimos el entierro de un niño; hoy encontramos el cortejo fúnebre de un rico personaje, á juzgar por la multitud que le acompaña. El cuerpo, colocado en un ataud abierto, se balancea al paso cadencioso de los portadores; no son estos mercenarios, y todos se disputan el honor de llevar el cadáver. De pronto entonan un canto admirable, el *Borda*, cuyo verdadero título es «Elogio del mejor de los séres.» Este poema fué compuesto por el jeque Charf-Ed-din-Abou-Abd-Allah-Mohammed-ben-Said-ed-Doulassi, conocido con el nombre de El-Bouciri,



Fortaleza de Toubiana (antigua puerta de Oran)

y muerto en 694 (1294). La obra se compone de ciento sesenta y dos versos, sirviendo de exordio los doce primeros. Segun la leyenda, El-Bouciri, atacado de parálisis, compuso el poema para obtener del cielo su curacion, la cual consiguió por este medio.

Apenas ha pasado el fúnebre cortejo resuenan en la calle alegres gritos. Pasamos por delante de una escuela en el momento en que los muchachos salen de ella presurosos: son las cuatro de la tarde. Me maravilla ver los numerosos representantes de la tercera generacion de los neo-argelinos. Gracias al clima salubre de Tremecen, los niños crecen aquí como la mala yerba. Con este motivo me repitieron el otro dia ciertas frases del doctor L..., conocido práctico en la ciudad.

—Entre nosotros, decia, la cuestion está en llegar á los diez y ocho meses. Franqueado ese mal paso, ya no se muere ninguno.

Las estadísticas oficiales señalan una poblacion de mil doscientos sesenta niños en las diversas escuelas de la ciudad, comprendido el colegio. La municipalidad concede á todos los alumnos, sin distincion, instruccion gratuita, proporcionándoles hasta los libros. Para esto gasta sesenta y cinco mil seiscientas cuarenta y cinco pesetas, ó sea cincuenta y una pesetas y noventa y nueve céntimos al año por cada niño. Hé aquí cifras elocuentes que consigno con el mayor gusto.

8 *de mayo.* — Pensamos en regresar á Argel; pero queremos variar nuestros placeres, y nos dirigimos por el camino de Lamoriciere y Sidi-bel-Abbes.

Alí y su padre nos acompañan: el anciano me da gracias todavía por el favor que le hicimos; y en cuanto al jóven, vierte lágrimas al separarse de nosotros al pié de las Cascadas.

Despues de hacer algunos rodeos llegamos á Ain-Fezza. Para quien ha visto Terni es fácil reconocer la diferencia que hay entre los pueblos creados gratuitamente, donde el colono obtiene una casa ya construida, y los que se deben á la iniciativa privada. Ain-Fezza está mejor cultivado y tiene mas porvenir.

Mas allá, á la derecha, destácase el camino que conduce á las grutas: es detestable, pedregoso y montañoso; se debe franquear un espacio de seis kilómetros pasando por aduares cuyos perros son feroces; y despues se desemboca en un anfiteatro cuya gradería está formada por capas de caliza sobrepuestas.

Cuando llega á Tremecen un gran personaje, se le ofrece por lo regular el espectáculo de la iluminacion de las grutas; la autoridad reune el mayor número posible de árabes, los cuales van á sentarse en las gradas para esperar la llegada del cortejo; y apenas divisan á este, bajan gritando y blandiendo sus hachas encendidas; pero como nosotros no somos grandes personajes, el anfiteatro está vacío cuando llegamos.

La entrada de las grutas es ancha, pero baja; es preciso descender durante algunos instantes para llegar al nivel de la primera sala. El suelo es irregular; el techo tiene por adorno admirables estalactitas, algunas de las cuales llegan á la distancia de un metro cincuenta centímetros del terreno; otras se reunen con las estalagmitas, formando así grupos de columnas muy delicadas, con prominencias semejantes á las de los troncos de palmera.

Unos corredores estrechos y accidentados conducen á las salas del fondo: por todas partes elévanse columnas acanaladas, ojivas y pilastras de diez metros de altura. Una especie de alabastro calcáreo, de color de azúcar-piedra, constituye toda esta espléndida arquitectura. Preténdese que las grutas se prolongan hasta Sebdon y las fuentes del Tafna; pero nadie ha comprobado jamás el hecho, que parece algo inverosímil.

Nos proporcionamos una iluminacion por poco precio, gracias á cierta cantidad de magnesio de que se ha provisto el doctor con este fin.

Desde las grutas al Barrizal, el país es árido, y todos los caminos detestables, pues la dolomia se reduce á un barro profundo, y la administracion no se cuida de remediar el mal.

El Barrizal merece su nombre: numerosas corrientes favorecen la multiplicacion del barro; y son bastante considerables para poner en movimiento los molinos.

Mas léjos atraviesa el camino el Oued-Chouly, saliendo de estrechos y pedregosos desfiladeros, donde su curso se reduce á una serie de cascadas. Desde este punto el camino se prolonga á través de una serie de montecillos.

Ante nosotros divisamos las cimas denticuladas que dominan á Lamoriciere, cimas que podrian compararse con las sierras españolas. Bájase poco á poco, se atraviesa un puente sobre el Isser, que sale de las gargantas de los Beni-Smiel, y por una ancha alameda plantada de árboles, se penetra en Lamoriciere.

El pueblo, admirablemente situado á la entrada del valle de los Beni-Smiel, prospera perfectamente, aunque solo cuenta trescientos habitantes.

Dícese que reina un poco la fiebre; pero el doctor V..., amigo de M. Bleicher, ha reconocido que el año pasado hubo diez y seis nacimientos por seis defunciones, y esta cifra es decisiva.

El territorio de los Beni-Smiel es rico en hachas de piedra pulimentada. En Ain-Sultan se encontró una de jaspe á la cabeza de la sepultura de un marabut. Sabido es que los árabes tienen costumbre de enterrar objetos preciosos con sus muertos.

Hadjar-Roun, situado á quinientos metros al sud de Lamoriciere, es poco interesante; pero encuéntranse numerosas inscripciones latinas, y las zanjas del camino de Sidi-bel-Abbes han dejado en descubierto mas de un *dolium*, cuyos restos vemos.

Al dia siguiente pasamos por Ain-Tellout, fuente de doscientos litros de agua por segundo, y donde, segun dicen, los romanos tuvieron un puesto de caballería parta.

Pasamos la noche en Sidi-bel-Abbes, y la diligencia nos conduce á Tlelat, desde donde regresamos á Argel rápidamente por la línea férrea.

FIN DEL VIAJE Á TREMECEN



Calle del Príncipe, en Rio Janeiro.—Tomada de una fotografía

VIAJE AL BRASIL

POR M. Y MAD. AGASSIZ

1865-66

I

Varadero del Brasil.—Rio-Janeiro y su distrito

23 *de abril.*--Ayer, al despuntar el alba, se reconoció el cabo Frio, y á eso de las siete vinieron á despertarnos con la agradable noticia de que se avistaban ya las montañas de los Organos. La cadena costera, aunque poco elevada (las mas altas cimas no exceden de seiscientos metros, ó sea de dos á tres mil piés ingleses), es alta y escarpada; los picos afectan la forma completamente cónica, y las vertientes son muy rápidas hasta la orilla del mar. En algunos puntos, sin embargo, sepáralas una ancha playa de arena.

El paisaje iba siendo cada vez mas grandioso á medida que nos acercábamos á la entrada de la bahía, en la cual se elevan á cada lado grandes rocas, semejantes á otros tantos centinelas.

Apenas franqueado el estrecho portal formado por estas cimas, desarróllase la inmensa bahía, prolongándose hácia el norte en un espacio de mas de veinte millas, semejante á un vasto lago cerrado por las montañas, mas bien que á un repliegue del Océano. Por un lado se extiende la alta muralla que la separa de la pleamar, y cuya cresta rota está erizada de picos en el Corcobado y la Tijuca, y se aplana como una mesa en la Garia; por el otro, mas tierra adentro, destácanse los *Organos* con sus singulares agujas, mientras que en la *barra*, enteramente á la entrada, vigila la roca sombría y pelada tan conocida con el nombre de Pilon de Azúcar (Pao de Assucar.)

No llegamos al anclaje hasta las once de la mañana; pero no tenemos prisa por alejarnos de este palacio flotante, donde hemos pasado tan felizmente tres semanas con todo el bienestar apetecible. El capitan ha tenido la cortesía de invitarnos á permanecer á bordo hasta que terminemos todos los preparativos para instalarnos en tierra. Nos quedamos, pues, en el puente, donde nos divierte mucho el tumulto y la confusion que siguen á la llegada; algunos jóvenes se precipitan en uno de los numerosos botes que hormiguean alrededor de nuestro buque, y se dirigen apresuradamente á la ciudad.

Un momento despues de nuestra llegada, M. Agassiz recibe la visita de un funcionario de la aduana, el cual viene á comunicarle oficialmente que en virtud de las órdenes recibidas, todo nuestro equipaje queda dispensado del registro; y que se le enviará una embarcacion en el dia y hora que indique para trasportar sus bagajes á tierra. Esto fué una gran satisfaccion para nosotros, pues los equipajes de la expedicion, aumentados con los efectos personales de una caravana tan numerosa, constituia un verdadero tren de cajas, cofres, maletas, etc.; y no hubiera sido poco enojoso someter todo esto á las incómodas formalidades de una visita aduanera.

M. Agassiz ha ido esta tarde á San Cristóbal, residencia de invierno del emperador, á fin de ofrecer sus respetos al soberano y darle gracias por su cortés y benévola atencion. En cuanto á nosotros, hemos ido á rondar un poco al acaso por una pequeña isla (Ilha das Enchadas) junto á la cual está anclado nuestro buque, y donde debe hacer carbon para proseguir su viaje. Muy cerca de las carboneras se ve la casa del propietario de la isla, preciosa habitacion rodeada de un jardin, y contigua á una pequeña capilla. Allí fué donde fijé mi primera mirada en la vegetacion tropical y en la vida brasileña, y con esta primera mirada hallé todo el encanto de la novedad.

En el momento de sentar el pié en la pequeña isla, varios esclavos, negros como el ébano, iban á cantar y bailar un fandango: por lo que pude comprender, un corifeo inauguraba la danza con una especie de cancion dirigida á cada cual de los presentes, uno despues de otro, cada vez que daba la vuelta al círculo formado por la reunion; y despues, todos la repetian á coro á intervalos regulares. Al cabo de un rato, aumentándose la excitacion, convirtióse aquello en una especie de arrebato salvaje acompañado de gritos penetrantes. Los movimientos del cuerpo participaban por una singular combinacion de la danza de los negros y de la de los españoles. Desde los piés á la cintura era esa especie de estremecimiento rígido, y esa contorsion de las caderas que vemos en los negros; mientras que los brazos y el busto oscilaban cadenciosamente con el ritmo tan característico del fandango español.

Cuando hubimos contemplado lo suficiente aquella escena, entramos en el jardin; los cocoteros y los bananos estaban cargados de frutos, y las plantas trepadoras cubrian la pared de la casa, dejando pasar á veces entre sus hojas alguna bonita flor carmesí de tinte oscuro. Esto era de un efecto encantador, y parecíame tener á la vista una escena á la vez del Mediodía y del Oriente.

El sol se ocultaba; toda la bahía y las montañas estaban iluminadas por un precioso color de púrpura; y era casi de noche cuando nos retiramos á bordo.

En esta latitud, los resplandores del crepúsculo se extinguen rápidamente; y así es que apenas se extienden las tinieblas sobre la ciudad, enciéndense numerosas lucecitas á lo largo de la orilla y en la falda de las colinas. Rio-Janeiro se despliega en forma de media luna por el lado occidental de la bahía, y su distrito se prolonga á considerable distancia por la orilla del mar, ó bien serpentea sobre la vertiente de los cerros. A causa de esta disposicion de las casas, que se esparcen en un vasto espacio, diseminándose á lo largo de las playas, en vez de concentrarse en un compacto grupo, el aspecto de la ciudad, vista desde la bahía durante la noche, es verdaderamente precioso, pareciendo un aparato escénico. Las luces suben á lo largo de las alturas, coronan acá y allá las cimas, ó bien aléjanse y se extinguen en los contornos de la playa, á cada lado de la ciudad mercante, situada en el centro.

Sin embargo, los negros continúan su danza al resplandor de una gran hoguera; y de vez en cuando, al llegar su excitacion al mas alto grado, veíaseles atizar el fuego, que proyectaba extrañas y vivas claridades sobre aquel grupo salvaje. No se pueden mirar esos cuerpos robustos y medio desnudos, y esos semblantes ininteligentes, sin dirigirse una pregunta, la misma que se hacen inevitablemente todos los que por primera vez se hallan en contacto con esta raza: «¿Qué harian del precioso don de la libertad?» La única manera de poner término á las incertidumbres que ocurren entonces, se reduce á pensar en las consecuencias de su contacto con los blancos. Dígase lo que se quiera de los negros y de la esclavitud, á nadie se le pueden ocultar los perniciosos resultados que redundan contra los dueños. El capitan Bradbury preguntó al propietario de la isla si aquellos negros eran suyos, ó si los alquilaba á sus amos. «Son mios, contestó; tengo mas de ciento; pero esto acabará muy pronto.

—¿Qué acabará muy pronto? ¿Qué quereis decir?

—En vuestro país es cosa concluida, y una vez acabado allí, termina en todas partes, hasta en el Brasil.

Nuestro hombre dijo esto, no con tono de queja ó de sentimiento, sino como el que habla de un hecho inevitable. El golpe dirigido á la esclavitud en los Estados de la Union, la hirió de

muerte en todos los puntos donde existe: hé aquí una cosa que nos parece consoladora y significativa.

27 *de abril.*—Tal vez no volvamos á pasar un dia de tantas impresiones como este durante toda nuestra excursion á través del Brasil. Veremos sin duda un país mas salvaje; pero la primera vez que se contempla la naturaleza bajo un aspecto enteramente nuevo, experiméntase una sensacion de encanto que difícilmente se podria reproducir.

La primera vez que se descubren las altas montañas, y se contempla el Océano y la vegetacion de los trópicos en todo su vigor, forma época en la vida. Estos maravillosos bosques de la América del Sur, compactos y llenos de parásitos gigantescos, forman una pared sólida de verdura que en nada se parece á la cortina de follaje, trasparente al sol, de las selvas de la zona templada.

Algunos árboles de los cantones por donde hemos cruzado hoy, parecen estar oprimidos por los cuerpos de inmensas serpientes; tan grueso era el tallo de los parásitos que se enroscaban en los troncos; las orquídeas de toda especie, de grandes dimensiones, invaden hasta las ramas; y las plantas trepadoras llegan hasta la copa para caer de nuevo como guirnaldas ondulantes. En los mismos declives, entre los cuales se prolonga la via, entrelázase una vegetacion caprichosa, que parece querer cubrir de verdura el pelado camino. Léjos de perjudicar á este paisaje encantador la línea férrea, no vacilo en decir que le realza por el contrario: las brechas que se han abierto permiten ver magníficas perspectivas en el corazon de la sierra.

Al salir de un túnel donde la oscuridad parecia tangible, vimos desarrollarse ante nosotros un cuadro encantador resplandeciente de luz: una exclamacion general que escapó de todas las bocas justificaba nuestro asombro y admiracion.

El coche que ocupábamos, colocado á la cabeza de la locomotora, daba frente al camino, y nada nos impedia ver, ni el humo ni las cenizas. Hácia el fin del trayecto, penetramos en la region de las mas ricas plantaciones de café, con las cuales se mantiene el tráfico en esta línea, trasportándose enormes cantidades del precioso grano, recogido en aquella zona ó mas léjos. Cerca de la última estacion hay un gran establecimiento rural (*fazenda*), que segun nos han dicho, produce de quinientas á seiscientas toneladas de café cuando el año es favorable.

Estas fazendas son edificios de un aspecto singular, bajos, de un solo piso comunmente, y muy grandes. Los mayores ocupan un espacio considerable; y como están completamente aislados y léjos de otras casas, es preciso que los moradores hagan provision de todo cuanto puedan necesitar. A esto se debe que los propietarios de aquel extenso país conserven costumbres completamente primitivas. El mayor Ellison me refirió que cierto dia, no hace mucho tiempo, una opulenta marquesa, que habitaba á cierta distancia en el interior, y se dirigia á la ciudad para residir algunas semanas, se detuvo en su casa á fin de descansar un poco. Iba seguida de una recua de treinta y un mulos de carga, que llevaban todos los bagajes imaginables, sin contar las provisiones de toda especie, aves, jamones, etc.; los individuos de la servidumbre ascendian á veinticinco.

La hospitalidad de los brasileños no reconoce límites, segun se asegura; basta presentarse á su puerta al fin de una jornada, y por poco que el viajero tenga buen aspecto, puede estar seguro de obtener una cordial acogida, cena y cama. La recomendacion de un amigo, ó una simple carta de introduccion bastan para que se abran todas las puertas de la casa, donde el viajero podrá permanecer tanto como le plazca.

Recorrimos las tres últimas millas por lo que se llama la via provisional, que se debe abandonar tan pronto como esté concluido el gran túnel. Es preciso confesar que al viajero inexperto le parecerá este camino sumamente peligroso, sobre todo en la parte de la línea que se apoya, con una pendiente de cuatro por ciento, en un puente de madera de veinte metros de altura, que describe una curva muy breve. Cuando vimos que la máquina franqueaba aquel plano inclinado, y cuando al inclinarnos un poco, contemplamos el espantoso precipicio que se abria á nuestros piés, no pudimos menos de experimentar el sentimiento del peligro.

Si alguna cosa puede explicar la confianza merecida por la administracion de esta via férrea, es el hecho de no haber ocurrido jamás accidente alguno en los puntos donde el descuido de la menor precaucion produciria una catástrofe inevitable (1).

Fácil es formarse una idea del trabajo que ha sido necesario para la construccion de esta via

(1) Algunas semanas mas tarde tuve ocasion de preguntar á una linda jóven brasileña, recientemente casada, si habia ido á ver la via provisional para disfrutar de aquel pintoresco espectáculo. «No, me contestó con tono grave; soy jóven y feliz, y aun no tengo el menor deseo de morir.» Este fué un agradable comentario de la idea que tienen formada los brasileños acerca del peligro de los viajes. La via provisional quedó abandonada hace mucho tiempo, y ahora se pasa por el gran túnel.

férrea, cuando se sepa que solo la perforacion del gran túnel, hoy concluido (cuéntanse catorce), ocupó á trescientos obreros, divididos en dos brigadas, que se relevaban dia y noche por espacio de siete años. El ruido del pico y del azadon no se interrumpió en todo este largo período, y la roca, á través de la cual se abrió el túnel, es tan dura, que con frecuencia no producen sino un poco de polvo los mas rudos choques.

Al volver nos detenemos media hora en la estacion, situada á orillas del rio Parahiba. Durante esta primera visita á uno de los rios mas importantes del Brasil, ocurrió un incidente memorable. Uno de nuestros amigos del Colorado, que debia separarse de nosotros y proseguir su viaje



Negra-Mina

hasta San Francisco (California), declaró que estaba resuelto á no separarse de la expedicion sin haber hecho alguna cosa por ella. Con su baston, una cuerda y un alfiler doblado improvisó una caña, y en un instante pescó dos peces, nuestra primera cosecha en las aguas dulces del Brasil. ¡Singular casualidad! Uno de ellos era enteramente nuevo para M. Agassiz, y jamás habia visto al otro, no conociéndolo sino por descripciones.

Nuestra excursion de hoy ha sido deliciosa: hemos cruzado los arrabales de la ciudad, tan pronto costeando la bahía ó alguno de sus repliegues, como las montañas, por un camino siempre bordeado de bonitas *chacaras* y de preciosos verjeles. El jardin botánico está situado á unas ocho millas del centro de la ciudad; es magnífico, y la posicion se ha elegido admirablemente. Por otra parte, todo lo que lleva el nombre de jardin no puede menos de ser bello bajo un clima, donde la vegetacion tiene tanto vigor y variedad.

Desgraciadamente, este jardin botánico no está bien conservado, aunque tambien debe advertirse que la rapidez y fuerza con que crecen aquí las plantas, por poco que se las cultive, dificulta que se pueda conservar en el suelo esa perfecta limpieza, que nos parece esencialmente necesaria. Lo que comunica á este jardin un aspecto tal vez único en el mundo es su larga y fantástica avenida de palmeras, cuyos troncos miden mas de ochenta piés de altura. Renuncio á dar con palabras una idea, ni aun remota, de la belleza arquitectónica de aquella columnata

de palmeras de verdes chapiteles, que se enlazaban en la bóveda. Rectas, rígidas y pulimentadas como pilares de granito, parecen una vision fantástica de las columnatas sin fin de un templo del antiguo Egipto (1).

II

Excursion al Corcobado y á Petrópolis.

6 *de mayo*.—Accediendo á la invitacion de nuestro amigo B..., hemos hecho ayer una ascension al famoso pico del Corcobado. Se dejan los coches á orillas del camino de Larangeiras, y se franquea á caballo el resto de la montaña, por un estrecho sendero muy sinuoso, excelente cuando está seco, pero muy resbaladizo cuando la lluvia es reciente.

El paseo es delicioso; en el perfumado bosque se abre á intervalos un claro, permitiéndonos ver algun espectáculo magnífico, presagio de lo que nos espera mas léjos. De vez en cuando se oye el alegre murmullo de un arroyuelo ó de una cascada; y cuando detenemos nuestros caballos para descansar algunos minutos, percibimos el rumor del viento que vibra sordamente sobre los estipos rígidos de las palmeras.

La belleza de la vegetacion se realza mas aun por el singular aspecto del suelo: en los alrededores de Rio, el terreno presenta un color particular; es un precioso tinte rojo que brilla bajo la masa de las plantas de grandes hojas, ó de las yerbas trepadoras, ofreciendo á veces con la verdura que le rodea un contraste tan vivo como marcado.

Entre los grandes árboles llama sobre todo la atencion el *candelabro* (cecropia): la disposicion singularmente regular de sus ramas y los matices argentados de sus hojas le hacen resaltar vigorosamente en medio de la espesura y de los árboles mas sombríos: es el carácter distintivo de los bosques de esta zona.

Todo vasto panorama contemplado desde arriba, es difícil de describir bien, y hay pocos que reunan tan raros elementos de belleza como aquel que se ve desde la cima del Corcobado.

La inmensa bahía, cercada de tierras por todas partes, con su gran puerta al Océano; el mar que se pierde en lontananza; el negro grupo de las islas; el círculo de las montañas, en cuyos picos se ciernen los copos lanosos de las nubes; todo esto constituye un cuadro maravilloso; pero el gran encanto del paisaje es que, á pesar de su extension, no está bastante lejano para que los objetos pierdan su individualidad. Porque, despues de todo, ¿qué es un panorama á gran distancia, sino un cuadro confuso? Se cree estar viendo manchas verdosas en los bosques, fajas de un tinte mas claro en las praderas, charcos en los lagos y arroyos, en los grandes rios, etc. Aquí, por el contrario, no se pierde ningun efecto parcial en la grandiosidad del todo.

La punta del pico está rodeada de un muro, pues excepto por un lado, la pared es casi vertical, y el menor paso en falso bastaria para precipitarse á una muerte segura. Allí fué donde nos apeamos, y durante largo tiempo estuvimos contemplando el panorama, sin querer separarnos de aquel magnífico espectáculo hasta la puesta del sol.

Sin embargo, el regreso al oscurecer nos inspiraba alguna inquietud, y confieso que por mi parte, amazona timorata y novicia, temia la bajada, pues la última parte del sendero resbaladizo fué franqueada por nosotros, á la ida, por escalamiento. No obstante, armándome de valor, disimulé todo lo posible, para hacer creer que saltar á caballo por las cimas de las altas montañas, y deslizarme despues hasta el fondo del precipicio era para mí cosa corriente. Lo que acabo de indicar es lo que hicimos durante los diez primeros minutos, hasta que al fin llegamos á la estacion llamada de *Paineiras*, desde donde el camino forma una suave pendiente. Al dia siguiente supimos que la costumbre es dejar los caballos en dicha estacion, para hacer á pié el resto de la ascension, pues la escarpadura es tan empinada, que ofrece peligro franquearla á caballo.

Afortunadamente, llegamos á la llanura sin accidente alguno; y no recuerdo mi paseo de ayer sin alguna complacencia, por lo bien que aproveché mi primera leccion de viaje en las montañas.

20 *de mayo*.—El viernes 12 de mayo hemos salido de Rio para emprender nuestra primera excursion lejana. Un dia ó dos despues de nuestra llegada, M. Agassiz habia recibido del presidente de la compañía Union é Industria una invitacion para ir á visitar con algunos de sus naturalistas el camino de Petrópolis á Juiz de Fora, en la provincia de Minas Geraes. Este camino es célebre por su belleza tanto como por su perfecta ejecucion; y no estará de mas decir dos palabras sobre las circunstancias que concurrieron á su apertura. Si el progreso no adelanta en el Brasil sino con gran lentitud, como se pretende, preciso es confesar que en cambio los brasileños ejecutan con la mayor perfeccion las cosas que emprenden. Cierto que la construccion del camino fué confiada á ingenieros franceses; pero el hombre á quien corresponde la

(1) Esta palmera es la magnífica *oreodoxa oleracea*.

gloria de haberle proyectado y terminado, es brasileño: es don Mariano Procopio Ferreira Lage, nacido en Minas Geraes. Esta provincia se distingue, segun dicen, por la inteligencia y energía de sus habitantes, superiores á las que se han reconocido en los hombres de las demás provincias. Tal vez se deba esto á un clima menos abrasador, pues las pequeñas ciudades mineras, hallándose casi todas situadas en las altas mesetas de las sierras, disfrutan de un aire mas fresco y estimulante que aquel que se respira á orillas del mar.

Antes de emprender los trabajos de dicho camino, M. Lage envió agentes á Europa y América, á fin de estudiar todos los perfeccionamientos modernos introducidos en las obras de este género. El resultado prueba su paciencia y empeño en proseguir la ejecucion de la obra (1). Hace doce años no existia sino un estrecho sendero para dirigirse al interior, partiendo de Petrópolis, sendero muy accidentado y peligroso, propio solamente para los mulos, y por el cual era preciso cabalgar dos ó tres dias para recorrer un espacio de cien millas. Ahora se va desde Petrópolis á Juiz de Fora en coche, por un buen camino de carretera que compite con el mejor del mundo. A cada diez ó doce millas se encuentra una parada, donde hay mulas de refresco, y alguna pequeña estacion, construida al estilo de las quintas suizas. Estos establecimientos son casi todos de colonos alemanes, á quienes se contrató primeramente en su país para trabajar en el camino. Hasta la emigracion de esa gente fué ventajosa para la provincia, pues donde quiera que se han agrupado los pueblecillos alemanes al pié de las colinas, se ven bonitos jardines llenos de legumbres y flores, y casitas muy aseadas, donde todo anuncia la economía y aficion al bienestar interior, virtudes que caracterizan en todas partes al buen campesino aleman.

Nos embarcamos en Rio, á eso de las dos de la tarde, en un pequeño vapor que nos trasporta al otro lado de la bahía, á quince millas de distancia. Gracias á la brisa, el calor, aunque intenso, no es sofocante.

Pasamos por delante de la gran isla del gobernador, y despues por la de Paquetá, tan pequeña como bonita; y por otras varias, cubiertas de palmeras, de bananos y de acacias, que llenan la bahía, realzando su belleza.

(1) Una placa conmemorativa, incrustada en las rocas que marcan la frontera de las dos provincias de Minas y de Rio, reproduce el discurso pronunciado por el emperador cuando se inauguró aquel camino, para manifestar qué importancia daba el gobierno brasileño á esta útil empresa.

Al cabo de una hora y cuarto de navegacion saltamos á tierra en el pueblo de Mauá (2), donde se toma el tren; una segunda excursion de una hora en medio de terrenos bajos y pantanosos, nos basta para llegar al pié de la montaña *Raíz da Serra*. Una vez allí, fué preciso dejar el tren para tomar el coche de posta que parte desde este punto. Esta parte del viaje fué deliciosa: íbamos en una cómoda berlina abierta, y nuestras cuatro mulas galopaban por un camino tan igual como el de una alameda. Traza sin embargo numerosos recodos en el flanco de las montañas, y elévase y baja sucesivamente sobre las verdes colinas, semejantes á un agitado mar. A nuestros piés se extiende el valle, delante de nosotros la cadena costera, y á lo léjos está la bahía, donde se reflejan los rayos del sol. En cuanto al terreno, está cubierto por un manto de palmeras, de acacias y de helechos arborescentes, entre los cuales forman caprichosos bordados las plantas parásitas, mezcladas con flores de color de púrpura, amarillas y azules, que se prenden en todas las piedras y los matorrales.

Ya se habia puesto el sol cuando entramos en la bonita y pequeña ciudad de Petrópolis. Es el paraíso de verano de todos los habitantes de Rio-Janeiro que tienen la suerte de poder huir del calor, del polvo y de los *perfumes* de la ciudad, para venir á buscar aquí el aire puro y el delicioso panorama de la Sierra.

El palacio de verano del emperador, edificio mas elegante y menos sombrío que el de San Cristóbal, ocupa una posicion central, y en él pasa don Pedro seis meses del año.

En medio de la ciudad corre el Piabanha, bonito riachuelo, cuyas aguas saltan ahora alegremente sobre los guijarros de un lecho profundamente encajonado entre dos verdes declives.

Sin embargo, una noche de tempestad en la estacion calurosa basta para que la humilde corriente se convierta en torrente impetuoso que se desborda é invade las calles.

Ahora que una línea de vapores enlaza á Nueva-York con Rio-Janeiro, nada seria tan fácil para los viajeros como venir á ver esta admirable naturaleza de los trópicos, residiendo un verano en Petrópolis en vez de ir á Newport ó Nahaut. Aquí se tienen los mas hermosos paisajes de todos los alrededores de Rio, y los mejores paseos. Durante nuestro verano la estacion es deliciosa, y hasta bastante fresca para que se

(2) Al baron de Mauá, uno de los hombres que mas han contribuido á los progresos que ahora se realizan en el Brasil, es á quien los habitantes de Rio-Janeiro deben el cómodo camino que conduce á Petrópolis, su residencia favorita durante el verano.

pueda encender un poco de leña por la mañana y la noche sin que moleste el calor. Sin embargo, los naranjos están cubiertos de frutos de oro y hay flores por todas partes.

Apenas tuvimos tiempo para echar una ojeada sobre las bellezas de Petrópolis, pero confiamos contemplarlas mas á nuestro sabor en una próxima visita.

A la mañana siguiente, casi al amanecer, emprendimos la marcha. Las ligeras nubes suspendidas en la cima de los montes comenzaban á teñirse con los primeros resplandores del sol cuando salimos del pueblo al galope de nuestras mulas. El conductor hacia resonar una alegre tocata para hacer despertar á todo el mundo; y en un instante franqueamos el pequeño puente, dejando tras nosotros las lindas casitas, cuyas persianas cerradas indicaban que los habitantes dormian aun.

La primera parte del camino sigue el bonito valle del Piabanha, ese riachuelo que conocimos en Petrópolis; y en el espacio de cuarenta á cincuenta millas costeamos la caprichosa corriente, que á veces salta con impaciencia de una cascada en otra, extendiéndose despues como una sábana líquida. Siempre queda encerrado entre montañas, cuya altura llega en algunos sitios á mil ó dos mil piés (de trescientos á seiscientos metros). Acá y allá, algun poste de piedra presenta su pelada cabeza, corroida por la accion del tiempo, y que apenas cubren en algunos sitios las bromelias y las orquídeas. Los esplendores del bosque meridional ocultan á veces las cicatrices de las rocas, invadidas algunas por los cafetales. Las líneas regulares de estos arbustos redondeados comunican á la falda de los cerros donde se elevan, el mas gracioso aspecto, y su luciente follaje forma en la presente estacion un contraste singular con el brillo de sus cerezas rojas. Algunos cafetales, sin embargo, tienen un mísero aspecto; pero esto sucede solo cuando la hoja está atacada por un insecto particular (especie de tineide), ó cuando el árbol ha perdido su sávia.

En el camino presenciamos á menudo escenas tan divertidas como pintorescas. A veces nos sale al encuentro una recua de mulos de carga; cuando es numerosa se divide en grupos de ocho cuadrúpedos, cada uno de los cuales va conducido por un hombre. Nuestro mayoral toca la bocina para anunciar que llegamos, y entonces comienza el desórden en la recua; las imprecaciones, los latigazos y las coces se repiten sin cesar hasta que por fin se consigue alinear á los mulos para que pasemos nosotros.

Estos convoyes comienzan á escasear, porque cerca de la costa, las vías férreas y los caminos que se prolongan y multiplican facilitan mucho el trasporte; pero hasta estos últimos tiempos, la caravana de mulos era el único medio de llevar á la ciudad los productos del interior.

Otras veces caemos en medio de un grupo de carretas de campesinos, construidas con bambúes entrelazados. Esta caña tiene aquí mil aplicaciones; no solo se emplea para este objeto, sino tambien para formar cercados y tejadillos y otras muchas cosas.

A cada instante vemos en el camino grupos de trabajadores que preparan su comida; las ollas penden sobre las hogueras; las cafeteras humean, y los hombres, con sus diversas actitudes, recuerdan un campamento de bohemios...

22 *de mayo.*—Esta tarde la señora C..., su esposo y yo, hemos salido para dar un paseo por el campo, sin rumbo fijo, es verdad, pero seguros de que con esta admirable naturaleza de los alrededores de Rio podemos fiarnos en la casualidad para encontrar algun buen punto de vista. Nos hemos embarcado en uno de los pequeños vapores anclados delante de nuestro alojamiento, y pocos minutos despues estábamos en marcha hácia Botafogo. Casi todos los arrabales de Rio-Janeiro se elevan á lo largo de las playas; una de estas es la llamada Praia de Botafogo; otra es la de San Cristóbal; una tercera la de Santo Domingo, y aun se cuentan cinco ó seis mas. Todo esto no es sino un distrito de la ciudad, situado á orillas del mar y que da frente á las playas de la bahía; y como es de buen tono para cierta clase de la poblacion vivir fuera de la ciudad, las casas y jardines de estos arrabales son casi siempre encantadores.

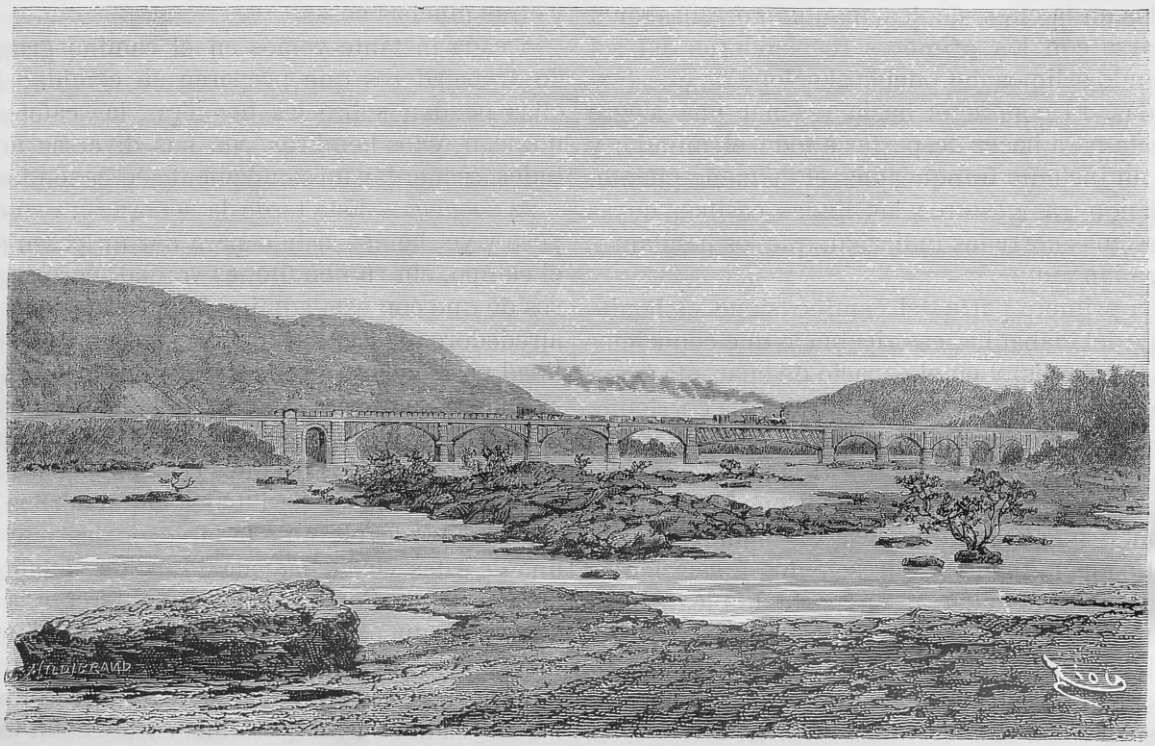
Nuestra corta excursion no pudo ser mas agradable: el vaporcito pasaba, por decirlo así, tocando el pié de las montañas: ninguna descripcion puede dar una idea de sus pintorescas formas y del colorido maravilloso que suaviza las asperidades y armoniza todo el conjunto.

Hemos desembarcado en una playa que hay á orillas del camino, cuyo aspecto es encantador; y como no encontramos coche cerca de la estacion, y el vapor no vuelve á la ciudad hasta dentro de dos horas, nos decidimos muy pronto á seguir el camino, para ver á dónde nos conducirá.

Aunque no hubiésemos hecho otra cosa sino pasear á lo largo de la media luna de la bahía, por las arenas de la playa donde vienen á morir las ondas, y teniendo á la vista las montañas de la orilla opuesta, habríamos empleado muy bien el tiempo; pero el camino nos conduce al magnífico hospicio Pedro II, que ya habíamos admi-

rado desde la cubierta del vapor el dia de nuestra llegada. Es la casa de locos: la gran puerta del edificio está abierta; y como el portero no parece tener intencion de cerrarnos el paso, seguimos adelante.

Difícil es imaginar un edificio mas propio para su destino: cierto que no hemos visto sino las salas públicas y los corredores, porque es necesario un permiso para visitar el interior; pero un plano suspendido en la pared del vestíbulo permite reconocer la disposicion de los departamentos; y el aspecto general indica la limpieza y el buen órden que reinan en el establecimiento. Algunas de las salas públicas son verdaderamente hermosas, sobre todo una que tiene en su extremo la estatua del emperador cuando era niño, sin duda en la época de su coronacion. Bien se reconoce aun hoy en el hombre de cua-



Puente del Paraíso.—Tomado de una fotografía

renta años la fisonomía franca, inteligente y noble del jóven que á los quince debió encargarse de tan pesada responsabilidad.

Llegados al piso superior, los acordes de la música nos guian hácia la puerta de la capilla donde se celebra el servicio de la tarde. Los enfermos y sus guardianes están arrodillados: resuena un coro de voces femeniles, dulce y tranquilo; es ese canto algo monótono y sin sentimiento, de cadencia regular, que se oye en las iglesias católicas. Los cirios arden delante del altar; pero por una gran ventana que hay frente á la puerta, se ve la puesta del sol, y apoyado en el balcon pueden contemplarse las montañas escuchando los himnos. Comprendo muy bien que la razon extraviada puede volver en sí bajo tales influencias y con semejantes condiciones. Si la naturaleza tiene la facultad de curar, aquí es donde puede ejercer mejor su poderío. No nos cansamos de ver y oir; pero el servicio termina ya, y es preciso retirarse.

Llegamos precisamente á tiempo para embarcarnos en el pequeño vapor.

III

Los mercados y frutos de Rio-Janeiro.—Una fazenda

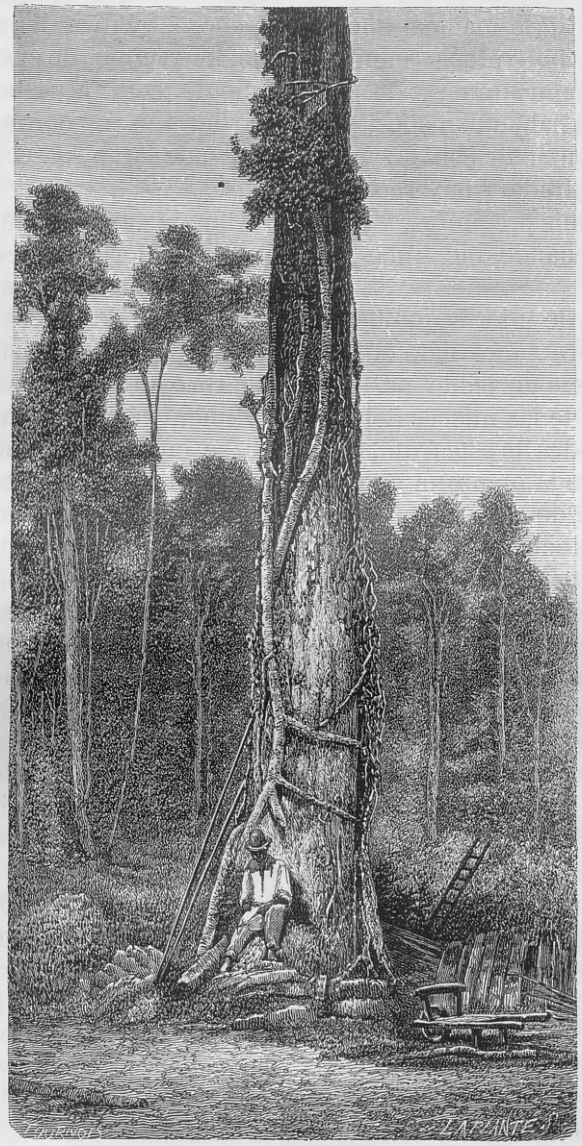
25 *de mayo*.—El mercado de los peces, ó la pescadería es la estacion favorita de M. Agassiz, á quien atrae la variedad y belleza de todo cuanto llevan diariamente.

Yo le acompaño algunas veces, para ver los montones de naranjas, las flores y legumbres y observar los pintorescos grupos de los negros que venden sus mercancías ó tratan de sus asuntos.

Ahora sabemos que estos negros atléticos, de fisonomía distinguida y de un tipo mas noble que el de los que existen en los Estados-Unidos, son negros minas, originarios de la provincia de Mina, en el Africa occidental. Es una raza poderosa, y las mujeres, sobre todo, tienen muy buenas formas y un aspecto casi noble. En este

mercado hay muchas, y se las emplea para vender frutos ó legumbres mas bien que como criadas, porque, segun dicen, hay en el carácter de esta tribu un elemento de independencia salvaje, que apenas permite ocuparla con seguridad en los quehaceres domésticos.

Las mujeres llevan siempre en la cabeza un alto turbante de muselina, y sobre los hombros un chal de brillantes colores, que tan pronto se cruzan sobre el pecho como se echan á la espalda, quedando los brazos en parte ocultos entre los pliegues. La diversidad de expresion que



Arbol rodeado de parásitos.—De una fotografia

ofrecen solo por la manera de ponerse el chal, es por demás sorprendente.

Esta mañana miraba yo en la calle una negra de elevada estatura y admirable esbeltez de formas, que me pareció poseida de una gran agitacion. Con ademanes violentos se echaba el chal á la espalda, levantaba los brazos, y cerrando el puño, amenazaba á otra negra; pero despues de repetir los movimientos dos ó tres veces, alejóse con la altivez de una reina de tragedia.

El chal de estas negras sirve tambien de cuna; atado al rededor de la cintura, aunque bastante suelto, puede contener en sus pliegues un niño, que suspendido de la espalda de su madre, no tarda en dormirse, balanceado suavemente por el movimiento de las caderas.

La negra mina es casi siempre notable por sus hermosos brazos y bonitas manos: seguramente lo ha reconocido ya, pues suele llevar en las muñecas estrechos brazaletes de abalorios, cuyos

ricos colores hacen resaltar la finura de la mano, armonizándose perfectamente con el tinte bronceado y luciente de la piel.

Dícese que los negros de esta raza son mahometanos, y conservan su creencia en el Profeta, aunque sometiéndose á las prácticas de la Iglesia católica. No me parecen tan afables y comunicativos como los negros congos; y son por el contrario algo soberbios. Cierta mañana encontré en el mercado varios individuos reunidos, que se disponian á preparar su almuerzo despues del trabajo; detúveme para hablar con ellos, y de diversos modos procuré entablar conversacion; pero dirigiéronme una mirada fria y recelosa, contestaron secamente á mis preguntas, y parecieron muy satisfechos cuando me hube alejado.

Entre los varios objetos de interés que hemos visto por vez primera citaré sobre todo el fruto colosal del sapucaia, especie de lecito perteneciente á la misma familia de las nueces del Brasil. Hay diferentes variedades de este fruto, cuyo tamaño es tan pronto el de la manzana como el del melon; su forma es la de una urna con su cubierta; contiene unos cincuenta granos de la dimension de las almendras.

Los bosques que cubren las colinas de la Tijuca son magníficos, y su vegetacion espléndida; pero carezco de nombres para indicar los diversos árboles. No estamos bastante familiarizados aun con el aspecto del bosque para distinguir fácilmente las distintas formas de la vegetacion; y es además en extremo difícil saber á punto fijo el nombre vulgar de las plantas.

Los brasileños me parecen indiferentes á los detalles de la naturaleza, ó por lo menos, jamás obtengo una respuesta satisfactoria á la pregunta que repito constantemente: «¿Cómo se llama ese árbol?» Si me dirijo á un botánico, me da siempre el nombre científico; pero no el popular; y hasta diríase que no conoce la existencia de este último. Respeto la nomenclatura como es debido; pero cuando pregunto el nombre de un hermoso árbol ó de una bonita flor, quisiera recibir una contestacion que se aviniera con la sencillez del lenguaje ordinario, y no una majestuosa y oficial denominacion latina.

Nos admira la variedad de las melastomas, que florecen ya en la presente estacion, y que son en extremo notables por sus grandes corolas purpúreas. Tambien nos asombran varias especies de bombáceas, cuyo follaje particular y grandes frutos lanosos se reconocen tan fácilmente. El árbol *candelabro (cecropia)* es tan abundante aquí como en todos los alrededores de Rio-Janeiro, y está cubierto ahora de frutos que se parecen un poco á los del árbol del pan, aunque mas delgados y de forma cilíndrica. Llaman nuestra atencion asimismo unas enormes euforbiáceas, de la dimension del árbol de un bosque, pues las mayores que habíamos visto hasta aquí eran como arbustos.

Las palmeras son muy numerosas; en primer lugar descuella el cari (*astrocaryum*), de tronco espinoso, y cuyas hojas impiden acercarse mucho; los racimos de sus frutos son de color pardo luciente, como la castaña; penden entre las hojas que forman su corona; y cada uno de ellos, de un pié de largo, parece un gran racimo de uvas negras.

Abunda tambien aquí la palmera syagrus; su fruto de color gris recuerda la aceituna, é igualmente forma racimos debajo de las hojas. La masa de follaje parece como tejida por la union de los bejucos parásitos; y no hay una rama muerta ó un tronco caido que no sirva de apoyo ó alimento á alguna nueva planta. En todas partes se cultivan algunos árboles exóticos; pero son de la region tropical. Alrededor de las casas, por ejemplo, elévanse el árbol del pan, una especie de ciruelo, el banano, etc. El bambú de las Indias orientales se emplea tambien mucho para formar avenidas en Rio-Janeiro y en los alrededores: las alamedas de bambúes del parque de San Cristóbal son del mas hermoso efecto.

10 *de junio*.—Llegados á Juiz de Fora en la tarde del 22, volvemos á marchar al dia siguiente al amanecer, en direccion á la fazenda de M. Lage, situada á unas treinta millas mas léjos (cuarenta y ocho kilómetros). Formamos una alegre caravana, compuesta de la familia de dicho señor y de la de su cuñado, don M. Machado, á quienes se agregan uno ó dos amigos y nosotros. Los niños estaban locos de alegría, porque una visita á la fazenda es para ellos un suceso raro, y de consiguiente una gran fiesta. Para trasladarnos todos con nuestros bagajes ha sido preciso buscar dos grandes coches y varias mulas de silla ó de albarda; cerraba la marcha un cochecito del señor Machado, excelente fotógrafo, que conducia los aparatos necesarios.

El dia estaba magnífico; desde el camino, que serpentea á lo largo de la sierra, se dominan las magníficas perspectivas del interior y los cafetales que cubren la falda de las colinas, donde el hacha ha hecho desaparecer el bosque primitivo. Este camino es un nuevo testimonio de la energía é inteligencia del propietario: los antiguos eran solo senderos para mulos, completamente deteriorados por las copiosas lluvias, y siempre impracticables. El señor Lage ha demostrado á sus amigos cuánto mas cómoda pue-

de ser la vida de los campos si se renuncia á las antiguas rutinas: en el flanco de las montañas ha abierto un camino de suave pendiente, muy fácil de recorrer en todas circunstancias. Nuestros coches no necesitaron mas de cuatro horas para ir desde Juiz de Fora á la fazenda; mientras que hasta el año último se tardaba un dia ó dos haciendo el viaje á caballo. Es de desear que en todas partes se siga el ejemplo, pues la falta de caminos regulares imposibilita casi los viajes al interior, y es además el obstáculo mas grave para el progreso y la prosperidad general. Es muy extraño que los gobiernos de las diversas provincias, por lo menos los de aquellas que como Rio-Janeiro y Minas Geraes son las mas pobladas, no hayan organizado un sistema de buenos caminos de montaña para la mayor facilidad del comercio. El sistema actual de trasporte á lomo de mulo es en extremo lento é incómodo; y parece que allí donde los productos del interior valen mucho, quedarian muy pronto pagados los gastos que ocasionaran buenos caminos.

A eso de las once llegamos á la fazenda: es un edificio largo, de planta baja, blanqueado con cal, imperfectamente cerrado en un espacio oblongo, donde en vastas áreas cuadradas está diseminado el grano de café. Solo una parte de la extension de este edificio está ocupada por las habitaciones de la familia; el resto se destina á los diversos servicios que exige la preparacion del café, y al alojamiento de los negros, etc.

Cuando nuestra caravana llegó á la fazenda no se habian presentado aun todos los amigos á quienes se esperaba. El pretexto de nuestra excursion era la fiesta de San Juan, que se celebra ruidosamente en este país.

Toda la semana debia dedicarse á la caza, y el señor Lage habia invitado á los mejores tiradores de la vecindad á reunirse en la fazenda.

Todos aquellos Nemrods debian ser al fin para M. Agassiz un precioso escuadron de coleccionistas.

Despues de servirse un magnífico almuerzo, montamos á caballo y emprendimos la marcha hácia el bosque.

Aquel paseo por sitios cubiertos de sombra, donde reina la calma y la tranquilidad, fué delicioso. La detencion repentina de algunos segundos, cuando se creia haber oido el paso de algun animal, la incertidumbre y ansiedad, la detonacion aislada que resonaba de pronto en medio del silencio; todos los incidentes de la caza en fin contribuian á que aumentara el interés y encanto de la escena.

IV

Cacerías en la fazenda.—Cultivo del café

En este país se caza de una manera muy singular. Como el bosque es de todo punto impenetrable, se esparcen en un claro los alimentos preferidos por los animales; los cazadores construyen despues pequeñas chozas de ramaje, practicando aberturas bastante grandes para ver por fuera, enciérranse allí, y espian en silencio durante horas enteras hasta que el paca, el pécari ó el capibara salgan cautelosamente de la espesura para ir á coger el cebo.

Las damas esperan, sentadas al fresco, en una de aquellas chozas.

¡Pobre caza ha sido la de hoy! Solo se han cogido algunas aves, que podrian servir de muestra.

Volvimos á la caida de la tarde: hubo gran comida; y despues se encendió delante de la casa una enorme hoguera en honor á San Juan. Aquello fué un cuadro de los mas pintorescos: las inmensas llamas iluminaban completamente á intervalos las blancas paredes de la fazenda y las casetas de los negros, proyectando igualmente en la espesura fugaces resplandores. Alrededor de la hoguera formaban círculo los negros, haciendo gestos salvajes, y entonando cantos cadenciosos acompañados del tamboril; detenianse de pronto, y elevábanse con estrépito los cohetes, y dejaban en los aires un rastro luminoso.

Al dia siguiente, 24, dimos un largo paseo á caballo antes de almorzar; y despues acompañé á M. Agassiz á una especie de exploracion que tenia por objeto buscar nidos de *cupims* (térmites). Son unos montecillos que miden de uno á dos metros de altura por uno de diámetro, especie de construcciones de una solidez extraordinaria, y duras como la roca.

El señor Lage habia puesto á nuestra disposicion varios negros armados de azadas, para romper y abrir estos edificios; mas á pesar de la fuerza de aquellos hombres, no fué cosa fácil. Estos nidos se hallan por lo general alrededor de un viejo tronco de árbol; y el interior, con sus interminables galerías que se enlazan entre sí, recuerda las circunvoluciones de una meandrina. Las paredes de estos estrechos corredores parecen haber sido hechas con tierra amasada, para darles mas consistencia; pero todas son muy frágiles, de modo que los negros, despues de haber demolido el muro exterior, de unos quince centímetros de grueso, tuvieron el gusto de ver caer á sus piés todo el edificio. No hay abertura por fuera; pero al desarraigar uno de

los nidos, observamos que toda la base estaba perforada por unos diminutos agujeros que conducian á galeraís subterráneas. En el interior hormiguean habitantes de diversas especies; los unos son pequeños y blanquizcos; los otros mas grandes, de cabeza negra, armada de poderosas pinzas; en todos los nidos hemos visto uno ó dos individuos de color blanco, muy gordos, y de dimension y aspecto distinto al de los demás térmites; sin duda serian las reinas. Ayudado por los negros, M. Agassiz pudo hacer provision de todas las categorías de individuos que constituian, en proporciones numéricas muy variables, estas pequeñas repúblicas. De buena gana se hubiera llevado todo un nido; pero eran muy voluminosos, y difíciles de trasportar. Los de cupims difieren mucho de las habitaciones de las hormigas *sauvas*. Estas últimas practican grandes aberturas exteriores y forman sus viviendas minando el terreno; sus largas galerías subterráneas se extienden á veces á gran distancia; y cuando se enciende fuego en una de las salidas para exterminar á los habitantes, el humo que sale por numerosos orificios, separados algunos uno de otro por espacios de un cuarto de milla (cuatrocientos metros), indica cuántas galerías divergentes existen, reconociéndose que todos estos túneles se comunican entre sí.

Tantos viajeros han descrito estos hormigueros, hablando de la actividad con que los *sauvas* despojan los árboles de su follaje, trasportando el botin á sus nidos, que me parece inútil repetir la historia; pero es imposible no decir cuánto asombro se experimenta al ver á esos ejércitos de hormigas recorrer el camino que ellas mismas trazaron tan marcadamente, labrando el terreno por decirlo así. Las que vienen desaparecen casi del todo bajo los fragmentos de hojas que llevan; mientras que las que han dejado ya su carga vuelven presurosas al trabajo. Hasta parece que hay cierta categoría de individuos que corren de un lado á otro, y cuyas funciones no son fáciles de adivinar, á menos que no hagan las veces de una especie de inspectores para vigilar aquel ejército. Esta suposicion se confirma por una anécdota que me refirió un americano residente aquí. Cierto dia vió á uno de estos singulares individuos detener una hormiga que volvia al nido sin llevar nada; castigóla severamente, y la obligó á dirigirse al árbol, probablemente para que cumpliera con su deber. Las hormigas *sauvas* son una epidemia para los cafetales, y es muy difícil destruirlas.

Por la tarde han comenzado á llegar los cazadores de las cercanías, y nuestra alegre partida se compone ahora de mucha mas gente. Esta vida de fazenda, por lo menos en las partidas de recreo como en la presente, tiene algo de lo que se cuenta acerca de las costumbres de la vida en el castillo en la edad media. Siempre pienso en aquella época, cuando por la tarde penetramos en la inmensa sala que sirve de comedor, iluminada imperfectamente, y nos sentamos alrededor de una gran mesa cubierta de toda clase de caza y de enormes cuartos de venado. La sociedad, bastante mezclada, se aumenta todos los dias. A la cabecera de la mesa están la familia y los convidados, y en la extremidad opuesta se ve al administrador con los suyos; este personaje hace sin duda las veces del inspector en las plantaciones del Sud. Este funcionario es un hombre obeso, de fisonomía original; viste casi siempre una blusa de color gris, sujeta á las caderas por un ancho cinturon de cuero negro, del que penden su frasco de pólvora y su cuchillo; lleva terciada al hombro una pequeña bocina; cubre su cabeza un sombrero de anchas alas, y calza botas altas.

Durante la comida llegan por casualidad varios individuos, que toman asiento en la mesa sin la menor ceremonia, y que tambien visten de cazadores. Por la noche, y mas aun por la mañana, pues la costumbre brasileña es acostarse temprano, y madrugar mucho, á fin de evitar el calor, óyense alegres conversaciones, resuenan las bocinas, las notas monótonas de la viola, y los silbatos particulares que se usan aquí para atraer á la caza.

Esta es la reunion mas nueva para nosotros y la mas interesante, en cuanto se compone de elementos sociales de todos los órdenes, confundidos en una especie de grupo familiar, y con la mas entera libertad. Cada vez comprendemos mejor cuán agradecidos debemos estar al dueño por habernos admitido en una reunion de este género, donde resalta con detalles muy acentuados todo cuanto es puramente nacional y característico.

Al dia siguiente vamos á almorzar á una fazenda mas pequeña, perteneciente tambien al señor Lage, y situada á mas altura en la Sierra de Babilonia.

Nos ponemos en marcha antes de amanecer, y franqueamos lentamente la montaña, cuya cima se eleva á unos mil metros sobre el nivel del mar. Nos precede una litera, especie de coche sin ruedas suspendido entre dos mulos. Como estos caminos son inaccesibles para los carruajes, se hace necesario aquel medio de locomocion para las personas á quienes la edad no permite ya, ó no permite aun, viajar á caballo.

El golpe de vista es encantador; la mañana

está fresca y el tiempo magnífico. A las dos horas de marcha nuestra cabalgata llega á la fazenda superior; nos apeamos al punto y emprendemos la marcha hácia el bosque, donde las señoras y los niños se pasean recogiendo flores y explorando la espesura, mientras los hombres pescan ó cazan.

A medio dia volvemos á la casa para almorzar: el producto de la cacería ha sido un mono, dos caititus (cerdos salvajes), y una gran variedad de aves, todas las cuales servirán para enriquecer las colecciones científicas.

Volvemos á la plantacion para comer, y despues se retira cada cual á su habitacion, porque el dia siguiente es el prefijado para la gran cacería de la semana, y es preciso madrugar mucho.

No quisimos abandonar los dominios del señor



Negra-Mina.—De una fotografía

Lage sin dar una vuelta por su plantacion, lo cual nos permitió ver cómo se cultiva el café en este país. No aseguro que una descripcion de este cafetal modelo pueda dar una idea exacta de lo que son las fazendas en general; pero sí diré que su propietario hace en grande escala todo cuanto emprende, demostrando la mayor energía y tenacidad, y que ha introducido, pues, en su explotacion grandes reformas.

La fazenda da Fortaleza de Santa Ana está situada al pié de la Sierra de Babilonia; y segun ya he dicho, la casa habitacion forma parte de la serie de construcciones bajas de fachadas blancas, que constituyen el perímetro del patio. En el largo paralelógramo es donde se seca, en diversos cuadros, el café dividido en lotes: estos secaderos, situados segun costumbre cerca de la casa, deben tener un gran inconveniente; y es que los granos reposan sobre un cimento de deslumbrante blancura, cuyo brillo bajo este cielo abrasador es insufrible, y obliga muy pronto á separar la vista para fijarla en la verdura.

El naranjal está situado detrás de la casa, en la pendiente de la colina: yo no me cansaba de contemplar aquel bosquecillo de naranjos con sus frutos de oro, cuya belleza era en verdad sorprendente.

Delante de la verja de la casa, y al otro lado del camino, extiéndense los jardines con una pajarera y viveros en su centro; fuera de estos jardines, todo lo que no es bosque está destinado á cultivo del café; las plantaciones cubren el flanco de las colinas en el espacio de varias millas á la redonda.

En primer lugar se forma un criadero para que la planta jóven se desarrolle en él por espa-

cio de un año; trascurrido este período, se arranca con precaucion y se trasplanta al sitio que debe ocupar definitivamente. A los tres años el nuevo cafetal comienza á dar frutos; pero la primera cosecha es insignificante. Desde entonces, si se cuida bien y el terreno es favorable, produce cada vez mas, y hay casos que se pueden obtener dos cosechas al año durante un período de treinta. Pasado este tiempo, el arbusto y el suelo quedan igualmente exhaustos. El propietario acostumbra entonces á dejar abandonado el antiguo cafetal, sin emplear medio alguno para que el terreno recobre su valor y su fertilidad; practica un nuevo desmonte en el bosque, y rehace su plantacion.

Una de las previsoras reformas de nuestro anfitrion consiste en estercolar las antiguas plantaciones abandonadas que forman parte de su propiedad. Ha conseguido devolver el vigor y la juventud á varias de ellas, que le prometen cosechas tan abundantes como si hubiera sacrificado una selva vírgen para producirlas. No solo quiere conservar los bosques de su fazenda, demostrando que el cultivo no exige el sacrificio del buen gusto y de la belleza, sino que trata de hacer ver á sus compatriotas que por vastos que sean los bosques, tienen sin embargo un fin, y que si se continúa haciendo lo que se hace, será necesario emigrar un dia á fin de buscar nuevas tierras para los cafetales.

Otra de las reformas que recomienda es la construccion de caminos, sobre la cual ha insistido varias veces: los que hay en las plantaciones son comunmente como los senderos para mulos en las montañas, hallándose trazados en medio del cerro, entre las avenidas de los cafetales. Cada vez que llueve conviértense en un arroyo, y su pendiente es tan empinada, que ocho ó diez bueyes no pueden arrastrar la tosca y primitiva carreta que aun está en uso. Los negros se ven, pues, obligados á cargar en la cabeza la mayor parte de la pesada cosecha.

Un americano que ha vivido largo tiempo en las fazendas de esta region me asegura haber visto negros que, llevando enormes fardos en el cráneo, bajaban por pendientes casi verticales.

En la posesion del señor Lage todos estos antiguos caminos han sido abandonados, excepto algunos donde plantó una doble hilera de naranjos, y que constituyen el verjel de los negros. En su lugar ha formado caminos que serpentean alrededor de la montaña, ascendiendo suavemente, de tal modo que unos ligeros carros tirados por un solo mulo trasportan toda la cosecha desde la cima de las colinas á los secaderos.

Era la época de recoger la cosecha, y el espectáculo que se ofrecia á nuestra vista no podia ser mas agradable.

Los negros, hombres y mujeres, diseminados en la plantacion, llevaban sobre la espalda, sujetas en sus ropas, una especie de banastas de cañas donde depositan los granos de café, rojos los unos y brillantes, como cerezas frescas, y los otros negros ya; veíanse tambien algunos verdes aun, á medio madurar, pero que pronto estarán á punto bajo la accion del calor del abrasado suelo de los cuadros. Unos negrillos, sentados al pié de los arbolillos, recogen los frutos que han caido, entonando una cancion monótona aunque no carece de armonía y de encanto.

Una vez llenos los cestos y las banastas, van á presentarlos al administrador, quien les entrega una pequeña placa de metal que indica el valor del trabajo hecho. Cada cual debe cierta porcion de trabajo, lo mismo los hombres que las mujeres y los niños, y á cada uno se le paga el exceso de su tarea. Lo que se exige de ellos es verdaderamente muy moderado; de modo que los que no son perezosos pueden reunir fácilmente un modesto peculio. Todas las noches entregan las placas recibidas en el trascurso del dia, y perciben el importe del exceso de trabajo que han hecho libremente. Desde el sitio donde se recogia la cosecha, veíamos las carretas llegar al sitio donde se descargan.

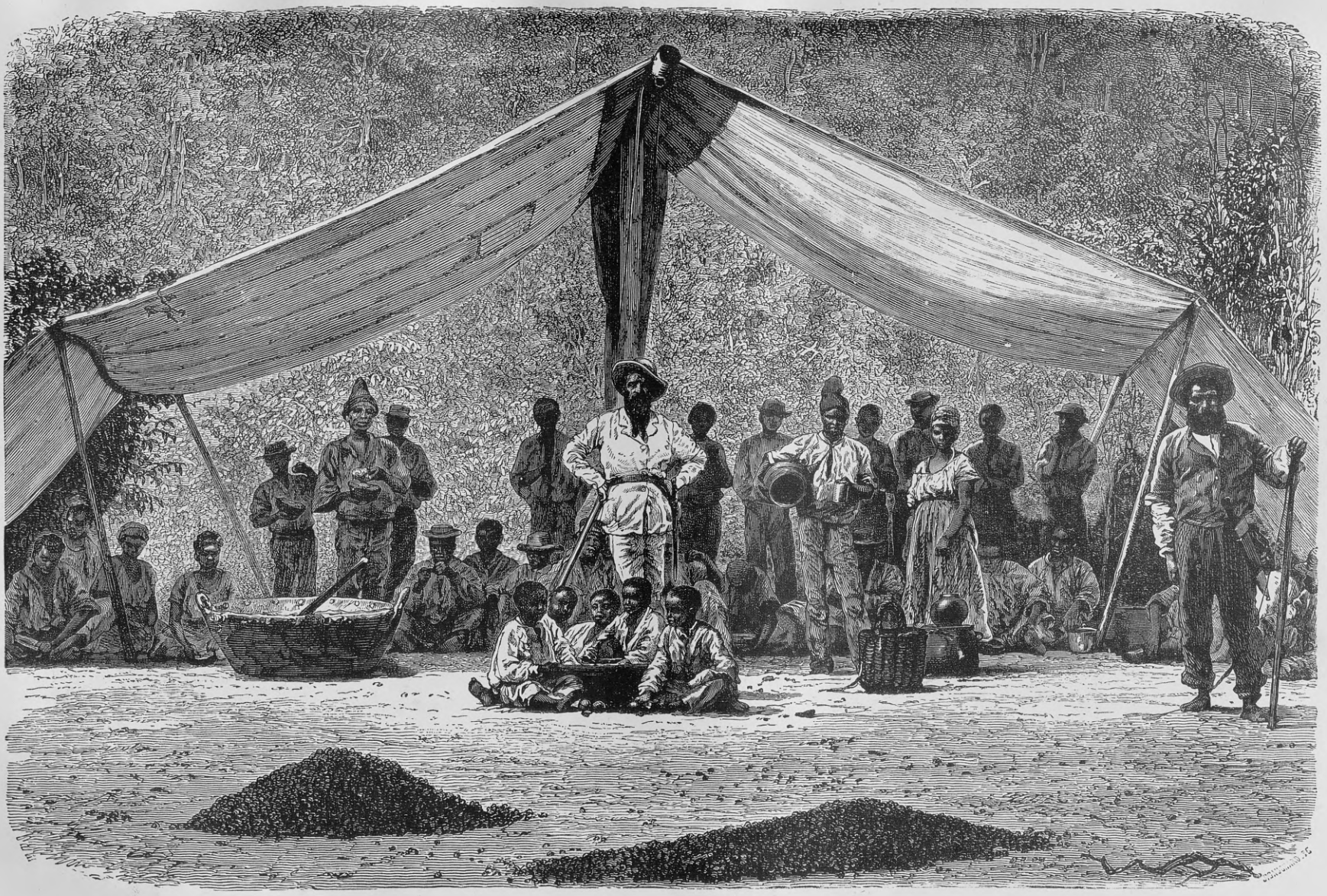
Al regresar á la habitacion, los negros dividen en lotes la cosecha del dia, disponiéndola en pequeños montones sobre los secaderos. Cuando el café está bien seco, se extiende en delgadas capas sobre todo el espacio del patio, donde recibe aun durante algun tiempo el calor del sol. Despues de esto se descorteza el grano por medio de máquinas muy sencillas, usadas en todas las fazendas, y queda ya terminada la manipulacion.

A medio dia nos despedimos de nuestros excelentes patrones, para marchar á Juiz de Fora. Nuestro coche no era muy mala imitacion del arca de Noé, pues nosotros llevábamos tambien los animales de los campos, las aves de los aires y los peces de las aguas, sin hablar de los árboles del bosque. La amable sociedad con que habíamos pasado dias tan agradables se reunió para despedirnos por última vez, y nos saludó afectuosamente al franquear la gran puerta, agitando sombreros y pañuelos.

V

De Rio-Janeiro á Para

31 *julio*.—Pernambuco.—Hénos aquí en Pernambuco, muy satisfechos de haber hallado por fin un refugio, despues de una noche de tem-



Comida campestre despues de la recoleccion del café

pestad, en el famoso arrecife que constituye la seguridad de este anclaje. En el muelle nos espera un compatriota, M. Hitsch, á quien M. Agassiz debe muchos objetos importantes para sus colecciones, y el mas sincero agradecimiento por su obsequiosidad en cuanto se refiere á la expedicion. Nos ha conducido inmediatamente á su chacara (casa de campo), donde saboreamos con delicia el encanto de ser recibidos como antiguos amigos en una casa americana.

Pernambuco dista mucho de ser tan pintoresco como Bahía ó Rio-Janeiro: la ciudad tiene un aspecto mas moderno, y parece tambien mas aseada y mas rica, contándose muchas calles espaciosas.

El rio, que se franquea por bonitos puentes, corre á través de la parte de la ciudad donde se halla concentrado el comercio, y produce una agradable frescura. La campiña es mas despejada y llana que en el sud.

Esta tarde hemos dado un corto paseo en coche, para observar algunos puntos de vista; cruzamos inmensas praderas muy aplanadas, y si en vez de las palmeras que se elevaban acá y allá hubiésemos visto olmos, el paisaje se hubiera parecido algo al de Cambridge.

6 *de agosto*.—Llegamos muy temprano á Maranham, y vamos á almorzar al hotel, pues, cosa extraña y digna de mencion, Maranham posee uno de estos establecimientos, gran rareza en una ciudad brasileña.

Pasamos la mayor parte del dia recorriendo la ciudad en coche: nos acompaña el doctor Braga, quien tiene la bondad de hacernos ver todo cuanto ofrece algun interés.

La ciudad y el puerto son muy bonitos: la primera se ha edificado sobre una isla formada por dos brazos de mar que la rodean. La campiña de los alrededores es muy plana, y está cubierta de espesos bosques, pero poco altos.

En el jardin del cuñado del señor Braga, á donde vamos á descansar, vemos por primera vez la esbelta y graciosa palmera llamada Assai, de donde se extrae una bebida que aprecian mucho en Para y en todo el Amazonas inferior. Es curioso ver á los negros trepar al árbol para coger los frutos, que forman un pesado racimo, colocado precisamente debajo del ramo de hojas que corona la copa. El negro se ata á los piés una cuerda ó lazo hecho con la hoja seca de dicho árbol, de modo que se conserven juntos y no puedan separarse cuando se deslicen sobre el tronco liso; y con el auxilio de esta especie de estribo, consigue adherirse lo suficiente á la pulimentada superficie para llegar á la copa del árbol.

7 *de agosto*.—Todo el interés de este dia se reduce á la contemplacion de magníficas medusas arrastradas por la marea, las cuales llegan tan cerca del barco, que desde la escalerilla se pueden coger. En un instante se llenan varios cubos y cubetas, alíneanse sobre cubierta, y M. Burkhardt comienza á sacar cróquis á la acuarela. Son verdaderamente admirables, y completamente nuevas para M. Agassiz. En algunas de estas medusas, el disco presenta una faja parda semejante á un alga marina, y el borde está profundamente lobulado. Los lóbulos, que en su conjunto forman ocho haces de cuatro cada uno, lo cual representa el número de treinta y dos, son de un tinte azul oscuro muy brillante é intenso. En el borde están los ojos; los tubos que en ellos terminan son mas gruesos que los situados en el espacio que separa estos órganos. La red marginal de los vasos es admirablemente fina y delicada; de la boca parten unos apéndices, que forman como una colgadura blanca con franjas y muchas arrugas, carácter observado en nuestra *Aurelia*. Los movimientos son muy vivos, y el borde del disco palpita con un latido breve y rápido.

Otras medusas son completamente pardas y blancas; la faja que parece un alga marina está situada mas abajo, al borde de los lóbulos azules; y por último, el disco se adelgaza mucho hácia la periferia. La mancha parda, mas oscura y distinta, cubre mayor espacio en ciertas medusas, carácter observado generalmente en las especies azules; la faja parda cubre todo el disco en algunos individuos, formando una simple lista al rededor del disco de otros.

M. Agassiz se inclina á creer, en vista de la semejanza de caractéres, que á pesar de la diferencia de color, todas estas medusas pertenecerán á la misma especie; y que la coloracion diversa denotaria la diferencia de sexo. Hasta cierto punto, háse asegurado que todos los individuos pardos, pescados hoy, son machos.

Al dia siguiente, mientras esperábamos la hora de almorzar, las olas han traido aun varias medusas, tan oscuras, que parecian negras. Con no pocos esfuerzos se consiguió coger una, que M. Burkhardt se apresuró á dibujar.

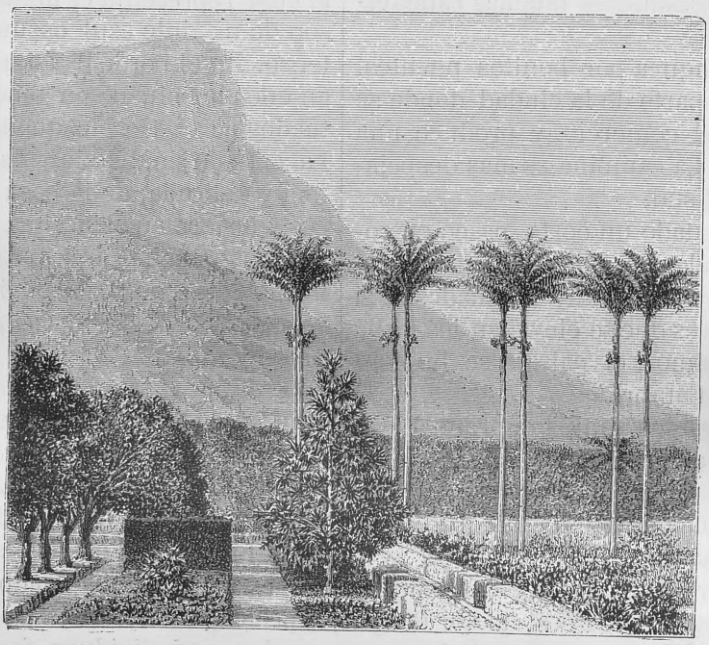
8 *de agosto*.—Hoy volvemos á ver medusas desconocidas: dos individuos de la expedicion se embarcaron en una lancha para ir á buscarlas; pero la marea avanzaba con tal rapidez, que pasaron como un relámpago, y apenas hubo tiempo para señalarlas con el dedo á los dos pescadores antes que fuesen arrastradas por las olas.

El disco es de un color pardo chocolate, mas

oscuro y aterciopelado hácia el borde, que presenta á su vez un ligero feston, y no es lobulado como el de las especies observadas ayer. Los ojos, en número de ocho, son muy visibles, y forman en el borde como otras tantas manchitas de un color claro; los apéndices que descienden de la boca son mas sólidos, y sus franjas no son tan espesas como las de las seis medusas vistas ayer. Las de hoy se mueven tambien con mas lentitud en su prision de vidrio, y cuando el disco, cuyos latidos son mas regulares, se levanta ó se baja, su ancho borde pasa de un pardo mas claro á un suave tinte chocolate, que tira casi á negro.

11 *de agosto*.—A primera hora, algunas manchas amarillentas que se observan en la superficie del Océano nos anuncian la proximidad del Amazonas; estas manchas se convierten muy pronto en anchas fajas, y el agua dulce invade cada vez mas el mar.

A eso de las diez llegamos á la desembocadura del rio; pero no vemos las orillas, separadas por un espacio de doscientos cuarenta kilómetros. Sin embargo, como debemos dar vuelta á la gran



Calle de palmeras.—De una fotografía

isla de Marrajo por el brazo del Para, no nos dirigimos por el sud hácia esta ciudad; y á medida que nos acercamos, numerosas islas comienzan á limitar la vista, dividiendo la enorme extension de agua dulce. Por último, á eso de las tres, en medio de un violento temporal y torrentes de agua diluviana, anclamos en el puerto de Para.

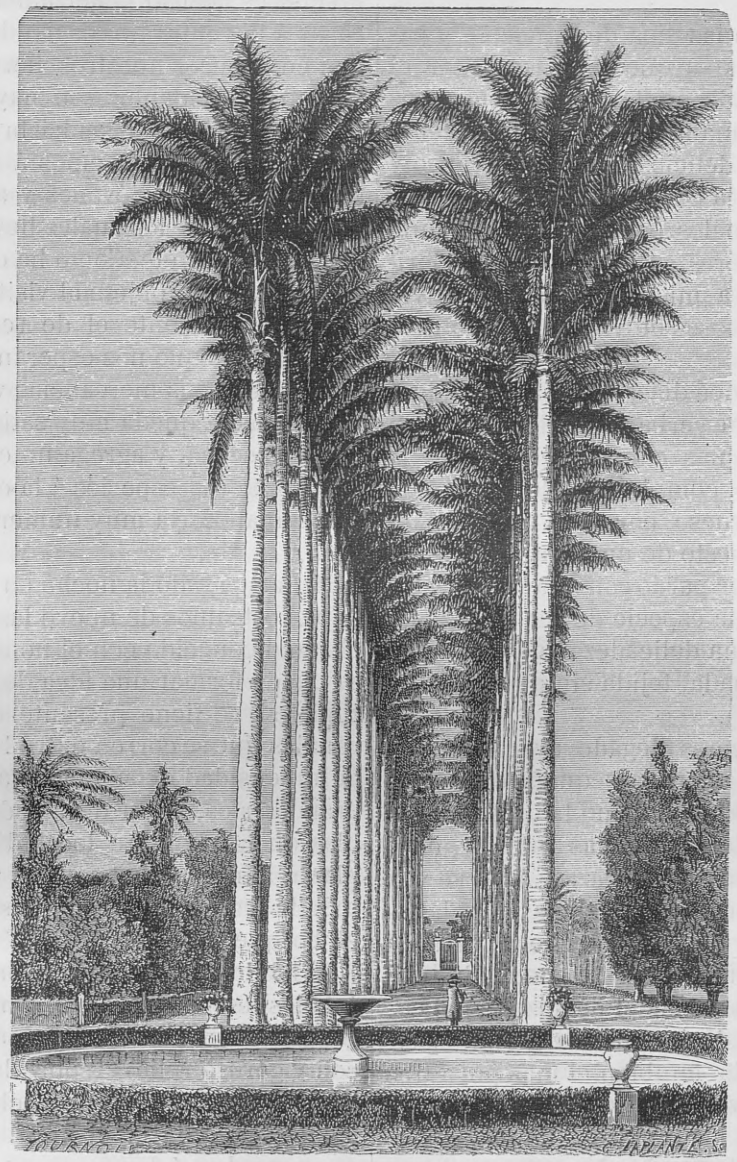
12 *de agosto*.—Al rayar el dia estamos en pié y vamos á dar un paseo por la ciudad.

Los alrededores de Para han sido para la administracion objeto de una solicitud especial. La calle de Nazaret, ancha avenida que conduce de la ciudad al campo, está plantada de magníficos árboles en una extension de dos á tres millas, distinguiéndose sobre todo los mangueros. Llama nuestra atencion una palmera de esbelto tronco, presa de un enorme parásito que la sofoca con su implacable abrazo. Tal es la vigorosa vegetacion del asesino, que sus ramas marchitas y su espeso follaje no nos dejan ver al principio todo el tronco, enteramente oculto, y del cual absorbe la sávia. Solo en la cima de la palmera escapan del enemigo algunas hojas, que se lanzan hácia el aire y la luz como para huir de él. El pobre árbol no podrá vivir largo tiempo, y acaso suene para él dentro de pocos dias la hora de la muerte, que será tambien la del asesino.

A pocos pasos mas allá vemos en este mismo camino otra prueba muy agradable de la exuberancia de la vida vegetativa. En un lado del camino elévase el esqueleto de una casa: no sé si es ruina ó edificio sin concluir; pero sea lo que fuere, solo se ven paredes perforadas en el sitio de las puertas y ventanas. La naturaleza, sin embargo, ha completado el edificio, cubriéndole con un tejadillo de verdura, y tapizando las paredes con plantas en forma de guirnaldas; ha trasformado el interior vacío en un jardin caprichoso, y la casa desierta, á falta de otros habi-

tantes, es por lo menos morada de las aves. ¡Qué cuadro tan encantador! Jamás paso por delante de él sin sentir el deseo de sacar un cróquis.

Al mercado es á donde vamos primeramente al llegar á la ciudad: hállase situado á orillas del agua, y experimentamos un vivo placer al ver llegar las canoas de los indios. La montaria, tal es el nombre que dan á sus embarcaciones, es larga y estrecha, y está cubierta en una de sus extremidades por un techo de hojas secas: allí



Calle de palmeras.—De una fotografía

es donde vive la familia, la mujer y los hijos del indio; allí están las hamacas, la vajilla, y todo el mobiliario. En algunas de estas *montarias*, las mujeres, ocupadas en preparar el almuerzo, cocian el café ó la tapioca en un pequeño calentador. En otras habian puesto á la venta esos toscos objetos de alfarería que constituyen todos sus utensilios, y cuya forma no deja de ser algunas veces graciosa y elegante.

Despues de haber contemplado á nuestro sabor aquel espectáculo, dimos una vuelta por el mercado, que es muy grande y limpio; pero en el Brasil no son hermosos estos sitios sino por la comparacion entre sí. El abastecimiento tiene muy poco de variado, y no hay muchas cosas que ver, porque el país produce escasas legumbres, aunque seria fácil cultivar una gran variedad de ellas. Ni aun el mercado de frutos satisfizo nuestras esperanzas.

Por la tarde ha marchado M. Agassiz para explorar algunas de las islas que hay en la rada: el itinerario de esta primera excursion en los al-

rededores de Para ha sido trazado por el presidente de la provincia, el doctor Couto de Magalhaes.

VI

De Para á Manaos

19 *de agosto*.—Son las diez de la noche, y pasamos á bordo del vapor que debe remontar el Amazonas: antes de despuntar el alba estaremos ya en camino. La semana que acaba de trascurrir ha sido para mí deliciosa por el descanso y el continuo reposo: la calma de la vida del campo, los paseos matinales por los senderos umbríos de los alrededores, entre las plantas odoríferas, han sido para mí un verdadero alivio despues de cuatro meses de viaje y del bullicio de las fondas.

Uno de estos últimos dias, al ir á la ciudad, descubrimos entre la yerba húmeda de las orillas del camino, la mas admirable seta que he visto jamás. El tallo, completamente blanco, de media pulgada de grueso por tres ó cuatro de alto, estaba sobrepuesto de un sombrero en forma de maza, de color pardo con una punta azul; de la base pendia una especie de red blanca de anchas mallas, de una delicadeza infinita, verdadera blonda de hada, tejida sin duda por la misma reina Mab (1).

21 *de agosto*.—Hemos llegado ayer noche á nuestra primera estacion, la pequeña ciudad de Breves. Su poblacion, así como la de todos los pequeños centros del Amazonas inferior, es el producto de la mezcla de las razas. Aquí se ven las facciones regulares y la piel clara del hombre blanco, la tosca y áspera cabellera negra del indio, ó bien las formas de este mezcladas con las del negro, que son las del mestizo, cuyo cabello tiene una ondulacion mas fina. Junto á estas mezclas se halla tambien el mas puro tipo indio: frente baja y cuadrada, y hombros muy altos, sobre todo en las mujeres.

En la primera cabaña donde penetramos no hay mas que una india mestiza: de pié en la galería abierta de la caseta de paja, está rodeada de una mercancía de pluma, como loros y cotorras de toda especie, que tiene aprisionados para venderlos.

Despues de dirigir una ojeada á varias casetas, y de comprar dos monos, algunos loros y varios objetos de alfarería, tan feos como curiosos, preciso es decirlo, penetramos en el bosque para vagar á la ventura, recogiendo plantas que deben enriquecer nuestros herbarios. Las palmeras, muy abundantes, son mayores y ofrecen mas variedad que las vistas hasta aquí.

Al anochecer volvemos á bordo, donde nos esperan muchos jóvenes y algunos otros habitantes de edad, los cuales llevan serpientes, insectos, monos, etc. Como ha circulado la noticia de que nuestro objeto al visitar aquellos lugares era principalmente el de recoger *bichos*, todas las personas que nos esperan han acudido presurosas con sus mercancías vivas.

M. Agassiz queda muy satisfecho de esta primera cosecha, y agrega un considerable número de nuevas especies á la coleccion de peces amazonianos, ya muy numerosa, que obtuvo en Para.

Hemos pasado la noche en Breves, y esta mañana costeamos de nuevo las islas, remontando el canal conocido con el nombre de Rio Aturia; se puede formar una idea de las orillas del Amazonas si se tiene presente que muchos de los canales que se corren entre las islas que dividen la inmensidad de su anchura, parecen á su vez grandes rios, y son designados aquí por el pueblo con un nombre local distinto. La orilla es plana; aun no hemos visto un solo declive; y toda la belleza del paisaje está concentrada en el bosque.

Si hablo mas de las palmeras que de los otros árboles, es porque se reconocen al momento, gracias á su característico aspecto, destácanse con vigoroso relieve sobre la masa de follaje, y con frecuencia la dominan, elevándose como una aguda flecha hácia el cielo. Sin embargo, hay otros muchos árboles cuyos nombres son para nosotros completamente desconocidos, y varios de los cuales no figuran aun, segun creo en la nomenclatura de los botánicos: forman á lo largo de las orillas del rio una espesa cortina de verdura.

Nos habian dicho que la navegacion por el Amazonas era monótona; pero á mí me parece por el contrario delicioso deslizarse á lo largo de estos bosques, cuyo aspecto es tan nuevo para nosotros, y dirigir una mirada á sus sombrías profundidades, ó si se descubre algun claro, observar una esbelta palmera, á la vez que los tipos de ese pueblo que vive en establecimientos

(1) Esta seta pertenece al género Phalus, y parece no haber sido descrita. La he conservado en alcohol, pero no me ha sido posible sacar un dibujo mientras conservaba su belleza y frescura.

Por la mañana muy temprano, cuando la yerba está todavía húmeda, encontramos tambien á menudo un caracol particular, una especie de bulimo que rastrea por el borde de los senderos. La forma de la parte anterior de un pié no se parecia á la de ninguna especie conocida hasta aquí en este grupo. Semejantes hechos demuestran cuán conveniente seria dibujar las partes blandas de estos animales así como sus cubiertas sólidas.

aislados, compuestos de una ó dos cabañas situadas á orillas del agua.

Pasamos hoy tan cerca de la tierra, que casi podemos contar las hojas de los árboles; y es una excelente ocasion para estudiar las diversas especies de palmeras. Hasta ahora, la llamada *Assai* era la única que atraia las miradas; pero en este sitio se confunde con los árboles de la misma familia. Uno de los mas hermosos es el miriti *(mauritia)*, con sus masas de frutos rojos pendientes, y sus enormes hojas en forma de abanico, recortadas en cintas, y de tal peso, segun Wallace, que una de ellas basta para la carga de un hombre. Otro, el jupati *(raphia)*, tiene las hojas en forma de pluma, tan largas, que miden á veces de cuarenta á cincuenta piés; como el tronco es muy corto, estas hojas parecen brotar de tierra; y la forma ensanchada del árbol, y la simetría de las partes le comunican una gracia particular. Aquí tenemos tambien la manicaria de hojas rígidas y enteras, pero dentadas como el borde de una sierra; miden unos treinta piés de largo, son mas rectas y compactas, y parten de un tronco comparativamente corto. Las orillas del rio están por lo regular bordeadas de dos plantas que á veces forman una especie de cerca á lo largo de la playa: son el aninga *(arum)*, cuya ancha hoja en forma de corazon reposa en la punta de un pedúnculo; y el muricí, mas humilde, que solo se eleva á flor de agua.

Salimos del llamado rio Aturia, para penetrar en otro muy semejante, el rio Tajapuru. En el trascurso del dia llegamos á un pequeño establecimiento del mismo nombre, donde debemos detenernos por segunda vez.

Los indios de este país se distinguen por su maravillosa habilidad en la pesca. En vez de ir penosamente á buscar ejemplares, M. Agassiz envia inmediatamente en todas direcciones algunos pescadores de la localidad, apenas nos detenemos en alguna parte. Entre tanto vigila á los dibujantes, clasificando las muestras, á medida que se las traen. En Tajapuru ha reunido una coleccion de hojas y frutos de palmera, pues á orillas del agua habia varias muy notables.

En cuanto á mí, sentada sobre cubierta, me entretengo en mirar á un indio ocupado en cortar una hoja de palmera miriti. Montado en ella, con tanta seguridad como en una gruesa rama de encina, descarga varios golpes con su pesada hacha sobre la hoja inmediata, que se propone cortar.

Durante el dia ha sido el calor sofocante; pero á eso de las cinco vuelve á sentirse el fresco, y bajo para dar un paseo. No es costumbre hacerlo aquí como en otras partes, y parece que es peligroso antes de aclimatarse. Una gran parte del terreno está cubierta por las aguas, y solo se echa un tronco de árbol á través de estos pantanos y canales. Los habitantes pasan tan fácil y tranquilamente como si anduviesen por un ancho camino; pero no así los que no están acostumbrados.

En el lindero del bosque vemos una caseta india: una cordial invitacion nos decide á entrar, y quedamos admirados al observar el aspecto de aseo de la entrada. Voy á describir una de estas viviendas, para no tener que hablar ya mas sobre el particular. Todo el material procede del bosque: la armazon se compone de delgados troncos de árboles, cruzados uno sobre otro en ángulo recto, y entre ellos se entrelazan largas hojas de palmera, que forman un rastrojo excelente. Las paredes se rellenan algunas veces con barro. El tejadillo se inclina para cubrir el pórtico, ancho y muy abierto, que se extiende á lo largo de la cabaña, formando una pieza profunda de buenas dimensiones. Esta galería está igualmente abierta en los lados y en la fachada; y en el interior, el resto de la caseta forma una ó dos habitaciones, segun su capacidad. No he penetrado en ellas, pero aseguraria que reina tanto órden y limpieza como en el exterior. El suelo, de tierra endurecida, está cuidadosamente barrido; y si no fuese por los mosquitos, no vacilaria en suspender mi hamaca bajo el tejadillo de una de estas galerías primitivas. Entre los pobres de nuestros climas hay un elemento de desaseo que por fortuna no existe aquí: en vez de una voluminosa y fétida cama, verdadero nido de parásitos inmundos, el indio suspende del techo por la noche su fresca hamaca.

Merece notarse un carácter particular de la arquitectura de estas casetas: como el terreno está sumergido, los indios elevan á veces su cabaña sobre unas estacas, y así vemos reproducidas las antiguas construcciones lacustres de que tanto se nos habla hace algunos años. Hasta se encuentra algunas veces un jardinillo suspendido de este modo sobre el agua, inmediato á la caseta.

Pero continuemos nuestro paseo: uno de los indios nos invita á prolongarle hasta su vivienda, que, segun dice, se halla mas adentro en el bosque. Nos decidimos pronto, porque el sendero que nos muestra ofrece gran atractivo, prolongándose por las profundidades de la selva: nos guia, y le seguimos á pocos pasos de distancia. A cada instante es preciso franquear por un tronco de árbol algun pequeño canal, y al observar el indio que no tengo el pié muy seguro, apresúrase á cortar una larga pértiga, en la cual

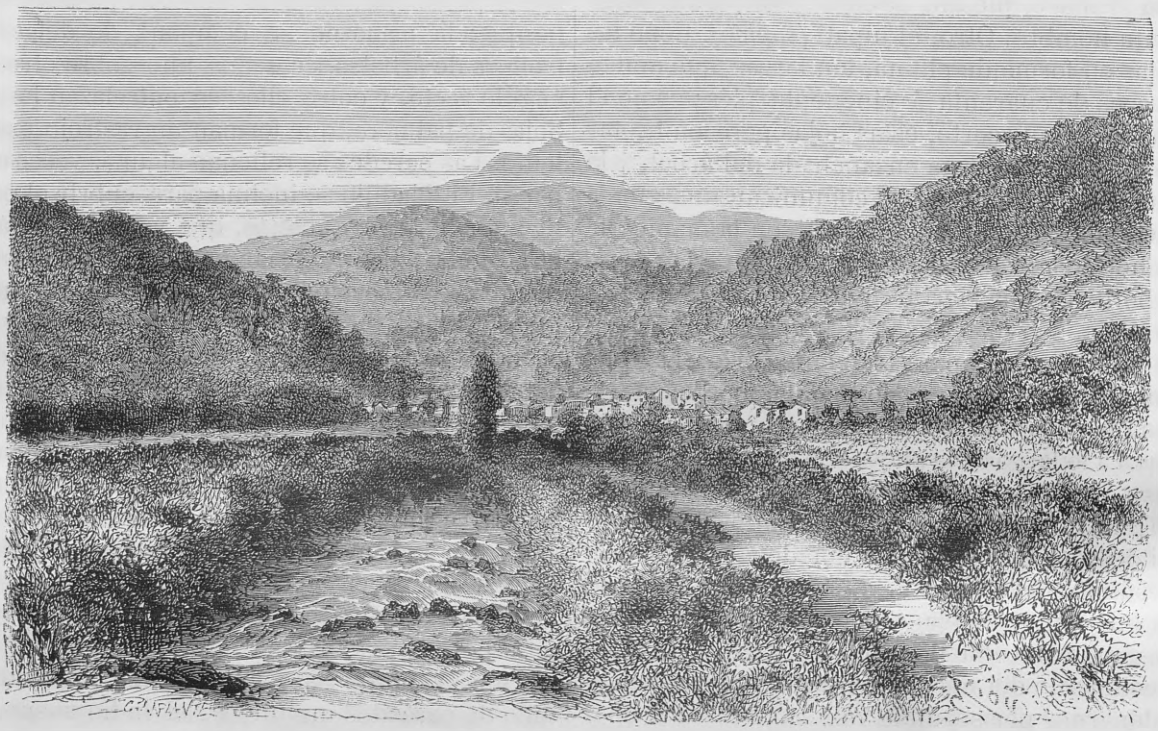
puedo apoyarme con toda confianza. Sin embargo, no tardamos en llegar á un sitio donde el agua es tan profunda que mi palo no alcanza al fondo, y como el tronco redondeado por el cual debo pasar oscila un poco, no me atrevo á dar un paso mas, manifestando mi temor al indio en mal portugués.

—Nao, minha branca (no, blanca mia), me dice para tranquilizarme, nao tenha medo (no tenga miedo).

Despues, como si le ocurriese una idea súbita, invítame á esperar, remonta el canal á cierta distancia, desata su canoa, la impele hasta mí y me conduce á la orilla opuesta.

En frente estaba su bonita y pintoresca cabaña, donde me presentó á su mujer y sus hijos. Entre estas pobres gentes se observa una cortesía natural que seduce. El mayor Coutinho, que ha vivido largo tiempo en medio de ellos, asegura que es general y característica de todos los indios del Amazonas.

Cuando nos despedimos, embarcándonos de



Vista de Petrópolis.—De una fotografía

nuevo en la canoa, pensábamos cruzar solo la corriente; pero el indio volvió la proa de su ligera embarcacion, é internóse mas en la selva. Jamás olvidaré aquel paseo, tanto mas encantador cuanto que era inesperado; siempre recordaré el estrecho sendero líquido, las negras sombras y los espesos arcos de bejucos que formaban como una bóveda. Sin embargo, no era de noche; fuera de allí, el sol poniente teñia el cielo de púrpura y oro, y sus últimos rayos iban á romperse debajo de las grandes ramas, iluminando el interior del bosque con brillantes fulgores.

No olvidaré tampoco la cordial acogida de nuestro amigo el indio, ni su semblante risueño cuando se nos escapaba alguna exclamacion de asombro ante la magnífica escena con que se propuso sorprendernos.

Despues de un breve rodeo, el canal desemboca en el rio, y volvemos á encontrarnos á pocas brazas del desembarcadero cerca del cual se halla anclado nuestro vapor. El amable indio nos deja en la misma escalerilla, y despues de despedirse afectuosamente, y de recibir de nosotros las mas expresivas gracias, aléjase rápidamente.

A primera hora de esta mañana proseguimos la marcha, y á eso de las diez y media nos hallamos en pleno Amazonas. Hasta ahora habíamos estado en lo que se llama el rio de Para, y en las ramificaciones que le ponen en comunicacion con el gran rio. Las proporciones de todas las cosas que aquí se ven asombran al espectador, por mas que haya leido ú oido decir. Por espacio de dos dias y dos noches hemos bordeado la costa de la isla de Marrajo, que sin ser

mas que una isla de la desembocadura del rio, es la mitad tan grande como Irlanda.

VII

Una caseta india á orillas del lago José Asu

28 *de agosto.*—Hemos pasado ayer muy buen dia en casa del doctor M..., celebrando el sábado, no como cristianos, sino como judíos. Ha sido un verdadero dia de descanso, durante el cual hemos reposado perezosamente en las hamacas, los hombres fumando y yo leyendo.

A las cinco de la tarde volvemos á bordo, siendo nuestra intencion marchar á las seis, á fin de aprovechar la noche para la pesca, pues dicen que es la hora mas favorable. Por desgracia sobrevino una tempestad; el trueno retumbaba á lo léjos, y llovia á torrentes, habiendo durado el temporal hasta media noche. Era imposible pensar en la marcha; mas no dejamos de embarcarnos en los botes antes de la noche, á fin de estar dispuestos á ponernos en camino apenas aclarase.

Teniamos dos botes: en el uno íbamos M. Burkhardt, M. Agassiz y yo, y en el otro el mayor Coutinho, el doctor Marcus y M. Thayer. El primero, tal vez un poco mas grande que el segundo, tenia en la proa un pequeño camarote de seis piés de largo por tres de altura, cubierto de tablas; en el del segundo, el techo era de hojas de palmera. La mayor de las dos embarcaciones conduce nuestros bagajes, reducidos al menor volúmen posible, y las provisiones vivas, un carnero, un pavo y algunas gallinas; llevamos tambien cierto número de barriles y damajuanas llenas de alcohol para las colecciones. El capitan nos ha provisto no solo de lo necesario, sino tambien de todo el lujo posible para este viaje de una semana.



Recoleccion del café.—De una fotografía

Terminados nuestros preparativos, y como el tiempo no se aclarase, á las nueve de la mañana nos tumbamos de nuevo en las hamacas; los que no pueden hallar las suyas se tienden sobre los bancos, y así dormimos á intervalos hasta las tres de la mañana.

A esta hora, las estrellas brillan en el cielo, el viento ha cambiado, la superficie del rio está tersa como un espejo, y todo parece de buen augurio. Los remos caen al agua, y nos alejamos del buque. No hay luna, pero uno ó dos planetas proyectan en el rio brillantes reflejos, iluminando nuestra ruta. Durante algun tiempo seguimos la corriente; y al despuntar el alba viramos un poco para penetrar en un estrecho canal que se prolonga por debajo de los árboles del bosque. Apenas hay luz de dia; pero la semi-oscuridad que nos rodea no disminuye en nada el encanto del paisaje. A derecha é izquierda de nosotros se elevan muros semejantes á verdes columnas; son los grandes árboles, revestidos hasta la copa

de frágiles bejucos, y cuyo perfil se recorta atrevidamente bajo el cielo de la mañana. Ocultas flores impregnan el aire de perfumes; las largas raíces avanzan por el agua, y á veces un tronco flotante estrecha el paso, dejando apenas á los botes bastante sitio. Por último, invade el espacio una luz mas densa que penetra entre las ramas; llegamos al fin de un estrecho sendero, y desembocamos en un gran lago. Entonces se observa que hemos olvidado la gran red que debia formar parte del armamento de uno de nuestros botes; llamamos á gritos á los habitantes de dos ó tres casetas indias, con la esperanza de que nos proporcionasen este aparato indispensable; pero todo es inútil, y no hay mas remedio que enviarla á buscar á Villa Bella. En su consecuencia, se amarran las embarcaciones al pié de un pequeño cerro que domina una choza de indios, y nos dirigimos á ella para almorzar mientras llegan los mensajeros.

Aquí debo confesar que la Arcadia, vista desde muy cerca, desvanece las ilusiones; pero debe añadirse que la muestra no era de las mejores. En Tajapuru, las casas tenian mucho mas atractivo, y los habitantes parecian á la vez mas aseados y menos toscos que los de aquí; pero de todos modos, el cuadro no carece de encanto en estos instantes.

Como es preciso parar aquí algunas horas, se han colgado las hamacas debajo del gran pórtico, y algunos individuos acaban de tenderse perezosamente. Improvisamos una mesa rústica con una tabla apoyada en dos pértigas; en un extremo se sientan los marineros, para compartirse los restos de nuestro festin. Las mujeres indias, llenas de polvo, á medio vestir y con el cabello pendiente sobre las mejillas, se ocupan de sus hijuelos, completamente desnudos, ó muelen la yuca en un enorme mortero. Los hombres han vuelto ya de la pesca, que ha sido mas feliz que de costumbre; y lo primero que hacen es encender una tosca fragua, á fin de reparar algunos útiles de hierro. La ciencia tiene su rincon sagrado para todos; y mientras M. Agassiz busca especies nuevas en la pesca de la mañana, M. Burkhardt dibuja los peces descubiertos.

29 *de agosto.*—Hemos reconocido ayer que nuestro abrigo era por demás incómodo á medida que le caldeaba el sol; y puesto que es preciso esperar la noche para ir á la pesca, hemos resuelto atravesar el lago para ganar un *sitio*, nombre que los habitantes dan á sus plantaciones, y que se halla al otro extremo.

Esta vez encontramos uno de los mejores modelos de la caseta india: en un lado de la vivienda se extiende la galería abierta, y en el fondo hay una gran habitacion que comunica con aquella por una gran puerta de paja, ó mas bien de hojas de palmera, pero no sujeta por goznes, sino flotante y suspendida como una estera. Al otro lado se ve una ventana sin vidrios, la cual se cierra á voluntad por medio de otra esterilla. En la fachada opuesta hay otra sala en forma de galería expuesta á todos los vientos; es probablemente la cocina, pues vemos un gran horno de tierra donde se asa la harina, y varios cestos llenos de raíces de yuca, así como tambien la tosca mesa en que comemos. El conjunto ofrece un aspecto de limpieza agradable. El pavimento, de tierra, está muy bien barrido; en los alrededores de la caseta no hay basura; y la pequeña plantacion de cacao, donde hay algunos cafetales, está perfectamente conservada. La vivienda ocupa una pequeña eminencia que se inclina suavemente hácia el lago; debajo de ella, protegidos por los grandes árboles de la orilla, se ven amarrados nuestros botes y las *montarias* de los indios.

Se nos ha hecho una favorable acogida: las mujeres se agrupan á mi alrededor para examinar mi traje, pero sin grosería ni rudeza; la redecilla que sujeta mi cabello parece llamar su atencion; despues tocan mis sortijas y la cadena del reloj; y evidentemente discuten sobre su uso.

Por la tarde, despues de comer, voy á pasear un poco fuera de la cabaña, y disfruto del singular espectáculo que me ofrece aquella escena pintoresca. El marido acababa de llegar de la pesca, y el resplandor del fuego, donde hervian los peces frescos para la cena de la familia, iluminaba el semblante de las mujeres y de los niños agrupados á mi alrededor. Por otro lado, una linterna encendida en un rincon del pórtico iluminaba con su dudosa luz las hamacas y los hombres recostados; mientras que en el lago y el bosque reflejábanse los rayos de la luna.

Por desgracia, los mosquitos no han tardado en turbar toda esta poesía; y como el sueño interrumpido de la noche anterior nos habia cansado mas, nos retiramos muy temprano á buscar el reposo. Gracias á una excelente mosquitera, dormí muy bien, con un sueño tranquilo y reparador; pero no todos habian pensado en proveerse del indispensable complemento de la hamaca, y mas de uno entre nuestros compañeros pasó una noche infernal, sufriendo los continuos ataques de las voraces legiones de mosquitos.

Era ya muy entrado el dia cuando me despertaron las mujeres de la casa, presentándome un ramo de rosas y jazmines, cogidos en los arbus-

tos de las inmediaciones. Despues de tan amable atencion, no podia rehusarles el placer de que presenciaran mi tocador, y menos aun que abrieran mi maleta para examinar todos los objetos.

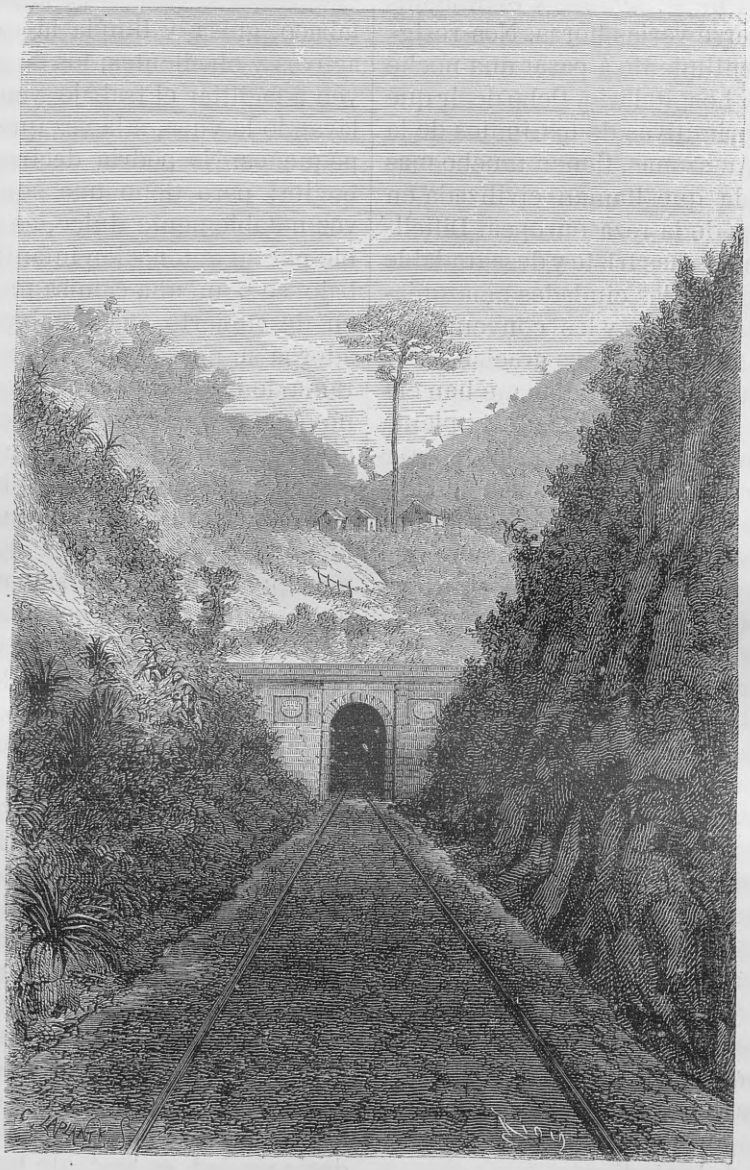
La pesca nocturna no fué nada feliz; pero esta mañana los pescadores han traido bastantes especies nuevas para que M. Agassiz y el dibujante puedan entretenerse varias horas. Nos resignamos, pues, sin sentimiento á pasar una noche mas bajo este techo hospitalario. Debo decir que estas costumbres primitivas de los indios de la mejor clase, en el Amazonas, tienen mucho mas atractivo, que la vida que llaman civilizada en los establecimientos de la raza europea. Difícilmente se imagina nada mas triste y desagradable que el género de vida en las ciudades amazonianas, con todo el formalismo y los convenios de la civilizacion, sin ninguna de sus gracias.

Por la mañana, mis amigas indias me han enseñado el modo de preparar la yuca: esta planta es de un valor inestimable para estas pobres gentes; de ella extraen la *harina*, especie de tosca fécula, que hace aquí las veces de pan; la tapioca es una especie de jugo fermentado, que llaman *tucupí*, artículo de un valor dudoso, puesto que les proporciona el veneno de la embriaguez. Despues de mondar los tubérculos de yuca, los raspan toscamente, obteniendo así una pasta húmeda, que se introduce en tubos de paja elásticos, hechos con las fibras trenzadas de la palmera jacitara *(Desmonchus)*. Cuando esa parte se ha oprimido fuertemente por medio de una varilla, el jugo se escapa y cae en una vasija que se coloca debajo: al principio es venenoso; pero despues de la fermentacion, pierde esta cualidad y puede servir de bebida: esto es lo que llaman el tucupí. Para hacer la tapioca se mezcla la yuca raspada con agua, y despues se comprime en un colador; dejando reposar el líquido obtenido así, fórmase muy pronto un depósito semejante al almidon, el cual se deja endurecer, y con el que se confecciona despues una especie de sopa: es el manjar favorito de los indios.

30 *de agosto*.—A medida que pasa el tiempo nos familiarizamos mas con nuestros rústicos amigos, y comenzamos á comprender las relaciones que existen entre ellos. Nuestro patron se llama Laudigari (escribo el nombre como suena al oido), y su mujer Esperanza. El hombre es pescador, como todos los indios de las orillas del Amazonas, y llenas las atenciones que exige su pequeño dominio, no se ocupa en otra cosa. Jamás se ve al indio trabajar en el interior de la casa; no lleva el agua ni la leña, ni toca tampoco los fardos de mas peso; y como la pesca no puede efectuarse sino en ciertas estaciones, está muy desocupado la mayor parte del tiempo. Las mujeres, por el contrario, son muy laboriosas, segun se asegura; y á la verdad que justifican perfectamente tan buena opinion las que nosotros vemos. Esperanza está ocupada de contínuo, ya en los quehaceres de la casa, ó fuera de ella; raspa la yuca, seca la harina, comprime el tabaco, guisa, y limpia la casa. Los niños son activos y obedientes; los de mas edad, contribuyen á facilitar el trabajo yendo á buscar agua y lavando la yuca, á la vez que cuidan de los mas pequeños. No podria decirse que Esperanza es bonita; pero tiene una sonrisa graciosa; y su voz notablemente dulce, es en extremo agradable por su entonacion infantil. Terminado el trabajo, se pone una camisa muy blanca, que deja en descubierto sus hombros muy morenos, y adorna su negro cabello con una rosa ó con una rama de jazmin: el conjunto de toda su persona no deja de tener cierto atractivo, aunque es preciso confesar que la pipa que fuma todas las noches disminuye un poco el buen efecto. El marido parece un poco taciturno; pero se rie de buena gana cuando llega el caso; y el buen humor que manifiesta al saborear el contenido de un vaso de caxaca (especie de tafia extraido de la caña de azúcar, y que exhala un ligero olor empireumático), que se le da siempre que trae una muestra nueva, indica que su carácter es hasta cierto punto alegre. Diviértele mucho observar qué valor da M. Agassiz á los peces, sobre todo á los muy pequeños, que en su opinion no son buenos sino para tirarlos. Otra pareja que habíamos visto llegar era probablemente una familia vecina, que vino sin duda para ayudar en la preparacion de la yuca. Hombre y mujer habian llegado á la casa por la mañana, y han vuelto á marchar el mismo dia por la tarde. El marido se llama Pedro Manuel, y su mujer, Micaela: el primero es un moceton de buena presencia, cuya ocupacion principal se reduce á estudiar actitudes para contemplar á su esposa, la cual, á decir verdad, es bastante bonita. Hay momentos en que Pedro Manuel se decide á trabajar tambien en las colecciones; ayer trajo á M. Agassiz algunas muestras que este juzgó de gran valor, y en su consecuencia, el coleccionista recibió por premio de su trabajo un pollo. Grande fué su alegría, y tambien su sorpresa, mezclada tal vez con un poco de desden hácia el hombre capaz de dar semejante ave por unos pececillos, buenos tan solo para tirarlos al agua.

En la tarde del mismo dia conseguí, no sin trabajo, que Laudigari tocase alguna cosa en una especie de tosca viola, instrumento favorito de los habitantes del interior, con el cual se

acompañan en sus danzas. Cuando el músico se hubo entusiasmado un poco, solicitamos de Esperanza y Micaela que bailaran. Al principio se resistieron largo tiempo; pero al fin, con una cortedad debida sin duda á ese primer impulso de la dignidad que provoca el contacto de la civilizacion, cada una de ellas dió la mano á uno de nuestros marinos, y comenzó la danza. Era de un carácter particular y tan lánguida, que apenas merecia este nombre: el cuerpo no hace

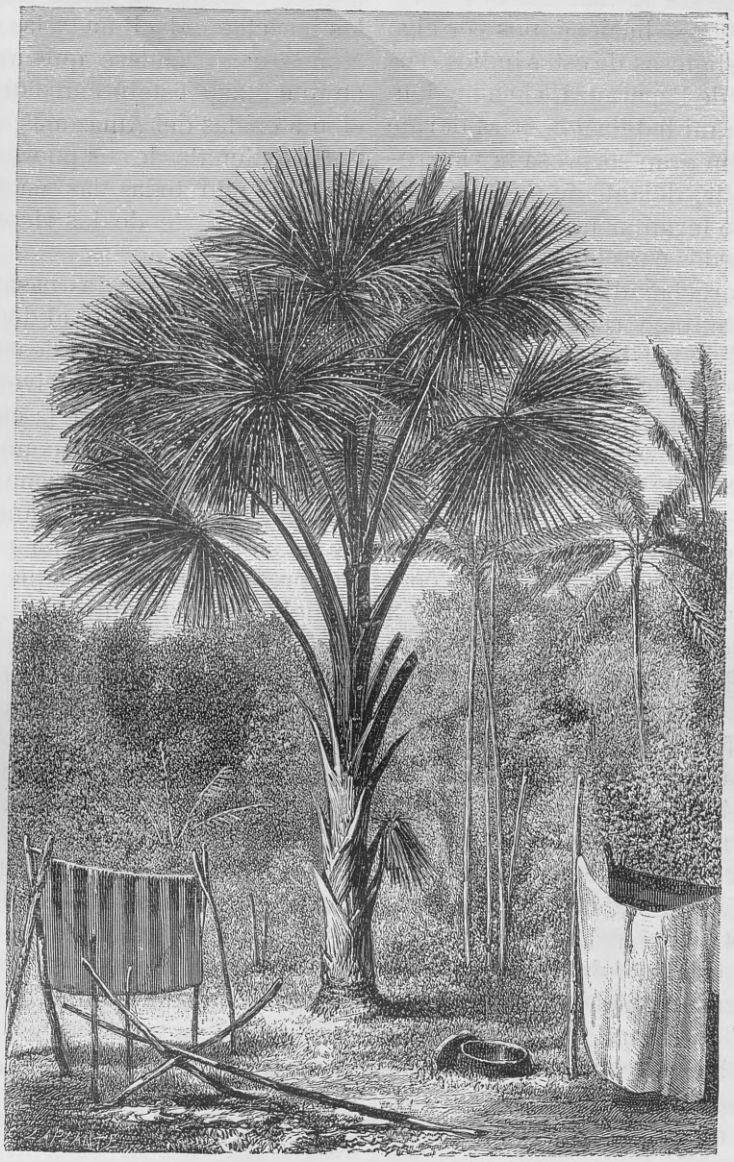


Ferro-carril de D. Pedro II, cerca de Rio.—De una fotografía

apenas movimiento alguno; los brazos, levantados y encogidos, permanecen rígidos é inmóviles; los dedos producen un ruido semejante al de las castañuelas, al acompañar la música; y creeríase estar viendo estatuas mas bien que bailarines. Las mujeres, sobre todo, producen esta impresion, porque se mueven menos aun que los hombres. Uno de los marineros, de orígen boliviano, era un hombre de formas elegantes y fisonomía original, cuyo traje extraño realzaba mas aun la singularidad de los movimientos. Los indios de Bolivia llevan una especie de dalmática: yo no conozco ninguna otra palabra para designar esa clase de vestido largo de algodon, compuesto de dos piezas que se unen en los hombros con una abertura para pasar la cabeza, y que penden una por delante y otra por detrás, se sujetan en la cintura, y dejan espacio libre en los lados para que se puedan mover los brazos y las piernas con toda libertad. Los pliegues rígidos de este pesado ropaje blanco comunicaban á nuestro boliviano, sobre

todo cuando bailaba, el aspecto de una estatua que se mueve lentamente.

Terminado el baile, Esperanza y sus amigas me rogaron á su vez que danzase un poco al estilo de mi país; accedí á ello con la mejor voluntad, y tomando el brazo de nuestro jóven amigo R..., dí algunas vueltas de valz, con gran satisfaccion de los espectadores. Maravilladas las indias, agrupábanse alrededor de nosotros gritando á intervalos: «¡Muito bonito, minha



Palmera miriti (*Mauritia flexuosa*).—De una fotografía

branca, muito bonito!» (¡Muy bonito, blanca mia, muy bonito!) Las danzas se prolongaron hasta muy tarde, pues mucho tiempo despues de haberme echado en mi hamaca, seguí oyendo entre sueños los plañideros sonidos de la viola, mezclados con las notas melancólicas de un ave que canta en los bosques toda la noche.

Esta mañana resonaban en el bosque estrepitosamente los gritos de los monos aulladores; parecian proceder de una tribu numerosa y poco lejana; pero nos aseguraron que se hallaba por lo menos en lo mas espeso del bosque, y que desapareceria apenas nos divisaran.

1.° *de setiembre.*—Ayer á primera hora nos despedimos de nuestros patrones, abandonando con verdadero sentimiento la bonita y pintoresca habitacion. La tarde anterior, Laudigari y su mujer habian reunido sus vecinos en obsequio nuestro, para renovar la fiesta de la víspera. Como sucede siempre, hiciéronse muchos preparativos para la repeticion de una cosa insólita; ya no se trataba de nada improvisado como la

primera vez, y por eso no nos pareció tan divertido y agradable. Además de esto, las frecuentes libaciones entusiasmaron con exceso á los convidados, y bajo la influencia del caxaca, animóse la danza de tal modo, que perdió el carácter formal y digno que tuvo la primera vez. Sin embargo, un ligero incidente promovido al principio nos interesó un poco, haciéndonos ver algo de las costumbres religiosas de estos indios. Por la mañana, la madre de Esperanza, vieja hedionda, habia entrado en mi habitacion para darme los buenos dias; y con gran sorpresa la ví arrodillarse, antes de salir, delante de un cofrecillo cuya tapa acababa de levantar un poco. Aplicábase á menudo los dedos á los labios, como para enviar besos que parecian dirigirse al interior del cofre; y hacia tambien repetidas veces la señal de la cruz. Volvió por la tarde para tomar parte en la fiesta; y con algunas otras mujeres comenzó á ejecutar una especie de danza religiosa, acompañada de las voces. Todas llevaban en la mano una especie de gran abanico de madera, que bajaban y levantaban con lentitud, siguiendo el ritmo del canto. Como preguntase á Esperanza la significacion de aquella escena, díjome que aquellas mujeres, que van muy á menudo á la vecina ciudad de Villa Bella, para tomar parte en la fiesta de Nuestra Señora de Nazaret, celebraban al volver á sus casas esta ceremonia, la cual forma parte de sus antiguos ritos. Invitóme despues á seguirla, y me condujo á mi habitacion; abrióse el precioso cofrecillo, y pude ver el contenido: era una tosca estampa, colocada en un pobre marco de madera, y que representaba á Nuestra Señora de Nazaret; veíanse tambien dos ó tres imágenes, con algunos cirios. El todo estaba cubierto cuidadosamente con una gasa azul. El cofrecillo era el oratorio de la familia; y cuando la ingenua india me presentaba los objetos, cogíalos con una especie de tierno respeto, que me pareció mas patético por la falta de valor de aquellos toscos objetos.

VIII

Manaos.—Tabatinga

¿Qué podria decir de la ciudad de Manaos? Es un pequeño grupo de casas, la mitad de las cuales parecen próximas á hundirse: y no se puede menos de sonreir al mirar los castillos vacilantes designados con el pomposo nombre de edificios públicos, la Tesorería, la Cámara legislativa, la Aduana, la Casa de Correos y la Presidencia. Sin embargo, la situacion de la ciudad en la confluencia del rio Negro, del Amazonas y del Solimoes, ha sido felizmente elegida. Insignificante hoy, Manaos llegará á ser seguramente un gran centro de comercio y navegacion (1); pero cuando se reflexiona cuán inmenso es el espacio de país cubierto aun de bosque impenetrable, y qué dificultades tan inmensas se oponen á la creacion de establecimientos en este punto, contándose entre otros inconvenientes los insectos, el clima, y las escasas comunicaciones, compréndese que aun está léjos el dia en que pueda establecerse una numerosa poblacion á orillas del Amazonas, y en que los vapores circulen desde sus puertos á los del Mississipí, viniendo todas las naciones del globo á buscar su parte de los ricos productos de esta region (2).

Uno de mis grandes pasatiempos en Manaos consistia en pasearme, al declinar el dia, por el bosque vecino, y ver el desfile de los aguadores indios ó negros, que vuelven por un estrecho sendero, llevando sobre la cabeza el gran cántaro rojo de barro cocido, completamente lleno de agua. Estos hombres forman como una procesion por la tarde y la mañana, pues el agua del rio no se considera buena para beber, y la ciudad prefiere la de los pequeños estanques y arroyuelos de los bosques.

Algunas grandes charcas, ocultas en un sitio encantador, bajo alguna arboleda, sirven de baños públicos. Prefiérese una que es muy extensa y profunda, sobre la cual se ha puesto un inmenso tejado de hojas de palmera, construyendo al lado una rústica casita de paja que hace las veces de salon de tocador.

Desde que salimos de Manaos, el bosque ha perdido mucho de su riqueza; es mas bajo en los bordes del Solimoes que en los del Amazonas, y mucho menos poblado. Las mismas palmeras no son tan numerosas como antes; pero

(1) Algunos viajeros ingleses han criticado la posicion de la ciudad, lamentando que no se haya edificado mas abajo, precisamente en la confluencia de los rios; pero la situacion actual de Manaos vale mucho mas, porque el puerto, alejado de las corrientes violentas ocasionadas por el encuentro del Amazonas y del rio Negro, es mucho mas seguro.

(2) Cuando se escribieron estas líneas, nada hacia presagiar que el Amazonas se abriria tan pronto á la libre navegacion del mundo. La admision de los buques mercantes, bajo cualquier pabellon, á libre plática, en todas las aguas brasileñas del gran rio, es un hecho realizado desde el 7 de setiembre de 1867; y no puede menos de ejercer una gran influencia en el desarrollo de la civilizacion de estas desiertas regiones. En ningun acto se revela mejor la política liberal observada por el gobierno brasileño. Para completar esta gran obra, solo falta hacer dos cosas: abrir un camino directo entre los afluentes superiores del rio Paraguay, y retirar las subvenciones á las compañías privilegiadas. El tráfico colosal que aquí puede efectuarse bastará con mucho para sostener la navegacion cuando la competencia sea posible.

vemos ahora un árbol que rivaliza con ellas en majestad. Su copa plana, en forma de disco, domina el alto bosque, y vista desde léjos, parece tener algo de arquitectónico, por la regularidad de su forma. Este árbol majestuoso es el *Sumaumeira* (Eriodondron Sumauma); considérase como uno de los árboles mas raros de este país; sus hojas caen periódicamente; y ahora proyecta sobre la masa verdosa de la vegetacion que le rodea, una ancha copa redondeada, casi desprovista de follaje. Las ramas, muy nudosas y perfectamente simétricas, tienen una corteza blanca, así como la del tronco. Sin duda no está léjos el dia en que el sumaumeira recobrará su verde corona, porque en varios sitios se ven ya apuntar las hojitas.

Además de este gigante del bosque, vemos tambien en la orilla el imbamba (cecropia), de menores dimensiones que en las provincias del sur, y el taxi, de flores blancas.

Muy compacta cerca de la orilla, la caña arun lanza á seis ú ocho piés del agua sus innumerables tallos rígidos, llamados *frexas* por los indios, que fabrican con ellos sus armas.

20 *de setiembre*.—Hemos llegado el lúnes por la tarde á Tabatinga, y permanecido en este punto hasta la mañana del viérnes, pues no se necesita menos tiempo para descargar, árdua tarea, por la manera de trabajar aquí.

Tabatinga es una ciudad fronteriza situada entre el Brasil y el Perú, y debe á esta circunstancia el honor de ser un puesto militar; pero cuando se miran los dos ó tres cañoncitos dispuestos en batería sobre el rio, la casa de barro que constituye el puesto y los cinco ó seis soldados perezosamente tendidos á la sombra, es muy permitido creer que la fortificacion no tiene nada de formidable (1). La misma ciudad situada sobre un declive de limo, profundamente agrietado en distintos puntos, se compone de una docena de casas ruinosas, que rodean una especie de plaza central.

(1) Los vapores del Brasil encuentran en Tabatinga los del Perú, y cambian entre sí sus respectivos cargamentos. En otra época, los buques de la compañía brasileña navegaban hasta Laguna, en la desembocadura del Huallaga; pero esta parte de la travesía es ahora monopolio de una sociedad peruana, cuyos barcos remontan el Huallaga hasta Urimaguas. Estos vapores peruanos son mucho menos cómodos que los de la línea brasileña, y apenas queda lugar para los pasajeros.

El Marañon superior es navegable por grandes buques hasta Jaen y sus tributarios; el Huallaga, el Ucayale, al sur; y el Noronha, el Pastaza y el Napó, al norte, lo son tambien hasta una gran distancia de su desembocadura.

Hay motivos para creer que estos grandes afluentes del Amazonas tendrán muy pronto sus líneas de vapores, como el mismo rio. La apertura del Amazonas apresurará seguramente el resultado.

Poco tengo que decir de los habitantes, porque era ya muy entrada la noche cuando salté á tierra, y todo el mundo se habia retirado por temor á los mosquitos. Uno ó dos hombres estaban aun sentados en las puertas de sus casas, y me dieron amistosamente el consejo de no pasar adelante, á menos que me resignase á ser devorada. La verdad es que la nube de mosquitos me rodeaba ya, y que me persiguió en mi retirada hasta el buque.

Me dicen que los mosquitos por la noche, y los piums durante el dia, hacen la vida intolerable aquí. Con semejantes circunstancias, no nos fué apenas posible formar idea del carácter de la vegetacion, durante nuestra corta permanencia; pero hemos visto una curiosa palmera, el *tucum*, especie de astrocario, cuya fibra se emplea para hacer las hamacas, las redes de pescar y otras cosas semejantes. Estas fibras llegan á ser un artículo de comercio cada vez mas importante.

Los alrededores de Tabatinga, donde se encuentran dos ó tres islas, y la ancha desembocadura del Hyavary, constituyen uno de los puntos mas pintorescos del Solimoes.

Hemos hallado en esta pequeña ciudad cuatro individuos de una comision científica española, que acababan de realizar en la América Central y Meridional un viaje de algunos años. Varias veces habíamos cruzado su itinerario sin encontrarlos nunca. Saludaron alegremente la llegada de nuestro vapor, pues su detencion en Tabatinga duraba ya dos ó tres semanas. Estos cuatro individuos eran los doctores Almagro, Espada, Martinez é Isern. Acababan de hacer un aventurado viaje, bajando por el Napó en una especie de balsa, que con su rica coleccion de animales vivos se trasformó en arca de Noé. Despues de muchos peligros y contratiempos pudieron llegar al fin á Tabatinga, no sin haber perdido en una varada todas sus ropas, excepto lo que llevaban puesto. Por fortuna pudieron salvar sus papeles y colecciones. Estos señores bajaron por el Amazonas con nosotros hasta Teffe, y mas tarde supimos que habian llegado sin contratiempo á Madrid; pero la salud de todos estaba gravemente resentida, y el señor Isern murió poco despues de regresar á su patria.

27 *de setiembre*.—De todos los pequeños establecimientos que hemos visto en el Amazonas, Teffe es el que tiene mas risueño y agradable aspecto. En este instante, la ciudad, ó mejor dicho el pueblo, porque este nombre le conviene mejor, está separado del rio por una ancha faja de arena; pero durante la estacion de las lluvias, segun nos dicen, las aguas cubren completa-

mente esa plaza, y hasta invaden el terreno que hay mas acá, llegando su nivel casi á las puertas de las casas. Estas últimas, generalmente de tierra, y blanqueadas con cal, tienen tejados de hojas de palmera, y casi todas están circuidas de un pequeño verjel cerrado por una barrera, en el cual suelen predominar los naranjos, el assai, el pupunha y otros árboles.

Detrás de Teffe hay una verde colina (1); elévase suavemente y se corona de bosque, formando para el paisaje un precioso fondo. A la entrada del pueblo se ven pequeños brazos del lago ó del rio, que prometen agradables excursiones en lancha ó canoa.

Gracias á nuestro amigo Coutinho, tenemos ya alojamiento, y al fin del dia estamos tan cómodamente instalados como lo pueden esperar unas aves de paso cual nosotros. La casa está situada en un terreno descubierto que desciende hácia el lago; solo hay edificios á derecha é izquierda, y así es que podemos ver sin obstáculo la admirable playa y el rio hasta la orilla opuesta. La fachada posterior de la casa da á un verjel sin cerca, donde hay dos ó tres naranjos que prestan sombra á un vivero, preparado para depositar en él las especies vivas y sobre todo las tortugas.

En el patio de todas las casas se ve uno de estos depósitos, siempre bien provisto, porque la carne de estos últimos animales constituye la base esencial del régimen de los habitantes. La alimentacion pública depende aquí de la tortuga.

El interior de nuestra casa es muy cómodo: á la derecha del corredor embaldosado hay una gran sala, trasformada ya en laboratorio; en ella se acumulan los botes, los frascos y los barriles, que esperan nuevos huéspedes; y del techo pende una jaula destinada á poner las aves y los insectos fuera del alcance de las hormigas; en un rincon se ve la mesa del dibujante, y en otro un inmenso cajon, que, vacío y de lado, sirve de mesa para desollar y preparar las aves, mientras que el espacio abierto se utiliza como armario para colocar los instrumentos y material.

Despues de un corto aprendizaje el viajero sabe muy pronto improvisar cuanto necesita para su trabajo, y prescindir de casi todo lo que en su casa consideraria como indispensable.

Frente al laboratorio y al otro lado del corredor, hay una pieza de las mismas dimensiones, donde los caballeros han colgado sus hamacas. Detrás está mi habitacion, desde cuya ventana veo balancearse en el jardin la elegante palmera assai, y florecer los naranjos. Muy cerca se halla el comedor, que comunica con un gabinete, por donde se puede salir. Este último se ha destinado para guardar el alcohol; pero ahora sirve de prision á dos cocodrilos que esperan la hora de la ejecucion.

La noticia de nuestra llegada ha circulado ya por las cercanías, y los pescadores y los niños



Esperanza

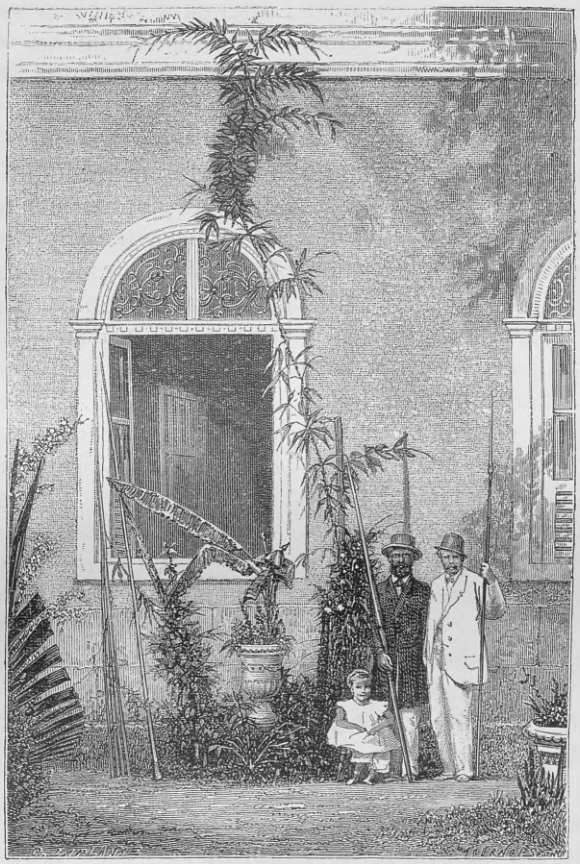
traen animales de toda especie, caimanes, tortugas, aves, peces é insectos. La afluencia es ya suficiente para conocer cuán rica será la cosecha que podemos esperar aquí y en los alrededores.

En el interior de nuestro alojamiento se ha organizado todo lo mejor posible, pues ha ofrecido al principio alguna dificultad hallar criado. Estamos en la estacion de la pesca: los hombres se van léjos á secar y salar el pescado; y por otra parte no está léjos la época en que se sale á buscar huevos de tortuga y se fabrica la manteca, período en que apenas quedan en las ciudades sino las mujeres. Sucede ahora como entre nosotros en el tiempo de la recoleccion, en que los trabajos de los campos exigen todos los brazos útiles.

Además de esto, las costumbres de los indios son poco regulares; miran con indiferencia el dinero, porque tienen medios de vivir sin hacer casi nada; y así es que cuando se consigue hallar un criado, es muy probable que se vaya al dia siguiente. Un hombre de esta raza se mues-

(1) Es muy singular que en Teffe, donde se ven á todas horas numerosas vacas y carneros alrededor de las casas, se considere la leche como un lujo, y sea casi imposible obtenerla. A decir verdad, y segun hemos visto, los brasileños son poco aficionados á la leche. Es una preocupacion que no conviene á los niños, pues se prefiere dar á una criatura de dos años té ó café mas bien que leche pura. No se ordeña á las vacas con regularidad; solo se hace segun se necesita.

tra mucho mas sensible á la benevolencia ó á un vaso de aguardiente, que al salario ofrecido, que no tiene ningun valor á sus ojos. El individuo que ha hecho para nosotros las veces de criado mientras buscábamos uno me ha llamado la atencion por su extraño aspecto. Es ya casi anciano: la parte principal de su traje consiste en un pantalon de algodon, blanco en otro tiempo, mas ahora de dudoso color; cubre la parte superior de su cuerpo una cosa azul, que en un período primitivo de la historia de la humanidad pudo ser muy bien una camisa; va completamente descalzo, y protege su cabeza un sombrero de paja agujereado, sujeto bajo la barbilla por un cordon rojo. Si no hubiese sido un servidor provisional, hubiéramos tratado de vestirle de una manera menos caprichosa; pero hoy mismo cede su puesto á un jóven indio llamado Bruno, el cual parece trastornado con sus nuevas funciones. Por lo pronto, su manera de servir á la



Palma trepadora.—De una fotografía

mesa consiste en sentarse en el suelo á mirarnos comer; pero no perdemos la esperanza de adiestrarle un poco. Parece haber vivido largo tiempo en los bosques, porque tiene el rostro pintado de negro, y la nariz y los labios perforados por muchos agujeros que indican cuántos adornos ha sacrificado en obsequio á la civilizacion (1).

Además de Bruno tenemos una criada, llamada Alejandrina, que á juzgar por su aspecto debe tener en las venas una mezcla de sangre india y negra. Promete mucho, y me parece que á la inteligencia del indio se agrega en ella el ingenio del negro.

29 *de setiembre*.—Uno de los mayores encantos para nosotros en Teffe, consiste en que tenemos á nuestro alcance magníficos paseos: mi mayor placer se reduce á salir muy de mañana para dar una vuelta por el bosque que domina el pueblo. Es cosa admirable ver desde esta altura el sol que se eleva sobre las casitas situadas á nuestros piés, sobre el pintoresco lago y los pequeños canales: en la orilla opuesta forman un magnífico fondo los grandes y espesos bosques.

Desde nuestro observatorio diviso un pequeño sendero que desarrollándose á través de los ma-

(1) Entre los indios de la América del Sur es costumbre perforarse la nariz, las orejas y los labios, para suspender un pedacito de madera ó una pluma como adorno.

torrales, conduce á un bosque sombrío. Allí puede vagar cada cual á su antojo, pues hay como un dédalo de senderos practicados por los indios á través de los árboles. ¿Y cómo no habia de incitarme la frescura de la sombra, las emanaciones de los musgos y helechos, y el perfume de las flores? El bosque está lleno de vida y de rumor: el zumbido de los insectos, el grito estridente de las langostas, el cacareo de los loros y cotorras, y los gritos inquietos de los monos, constituyen el lenguaje del bosque. Debe ser muy difícil acercarse á los cuadrumanos, pues los sigo á menudo y aun no he podido verlos. Sin embargo, M. Hunewell me ha referido que cazando el otro dia en este mismo bosque, encontró una familia de pequeños monos blancos sentados en la rama de un árbol y gesticulando con mucha animacion.

Uno de los mas bonitos senderos que he llegado á conocer durante mis paseos cotidianos, conduce á una casita, ó mas bien á un cobertizo con tejado de hojas de palmera, situado en medio del bosque, y donde se prepara la yuca. Bajo este cobertizo hay cuatro grandes hornos de arcilla, sobre los cuales se ven enormes cuencos alineados, con tamices y todos los aparatos necesarios para la preparacion de la yuca. Uno de estos utensilios es característico: consiste en una gran concha de tortuga, como las que se ven en todas las cocinas, donde hacen las veces de platos, cazuelas, etc.

Supongo que este pequeño establecimiento sirve para cierto número de familias, pues todas las mañanas encuentro grupos de indios que se dirigen á él; las mujeres llevan al hombro cestos muy profundos, semejantes á las banastas de los suizos: las sujetan en la frente por medio de una trenza de paja, y en las caderas se apoyan sus hijos, de modo que siempre les quedan las manos libres.

Siempre me saludan afectuosamente, y detiénense para mirar las plantas y flores de las que suelo ir cargada. Algunas de esas mujeres son bastante bonitas; pero los indios de esta parte de la provincia en general, no parecen gozar de buena salud, padeciendo sobre todo de las afecciones de la piel. Es singular el hecho de que los naturales parezcan mas sujetos á las enfermedades del país que los extranjeros. Rara vez les perdona la fiebre intermitente, y con frecuencia se ven indios á quienes la terrible epidemia no deja mas que los huesos y la piel.

Si los paseos de la mañana son deliciosos, no merecen menos este calificativo los de la tarde, por la playa, frente á nuestro alojamiento. El sol poniente enrojece las aguas del lago y del rio, y nada interrumpe la tranquila uniformidad de la orilla, como no sea acá y allá alguna familia india, sentada sobre la arena al rededor del fuego, donde prepara su cena.

Durante nuestro paseo de ayer, el mayor Coutinho y yo nos acercamos á uno de esos grupos: era una familia que llegaba de la otra parte del lago con un reducido cargamento de peces y tortugas que traia en su canoa para la venta. Cuando los pescadores han despachado su mercancía encienden una gran hoguera á orillas del agua para preparar su cena, compuesta de pescado salado, harina, y algunas nueces de una especie de palmera. Despues van á dormir á sus canoas.

Nos sentamos junto á los desconocidos; y para no darles á entender que nos movia la curiosidad, aceptamos sus nueces y su harina. Esto bastó para que se presentasen pronto muy sociables. Siempre me admira la ingenua afabilidad de estos indígenas, tan diferente de lo que se observa en nuestros indios del norte, que siempre sombríos y feroces, no quieren hablar con los extranjeros. Sin embargo, la buena acogida de estos naturales depende mucho de la manera de tratarlos al principio. El mayor Coutinho, que ha vivido algunos años entre estos pobres naturales, conoce perfectamente su carácter, y procede con el mas exquisito tacto al tratarles. Además de esto, habla un poco su lengua, cosa importante aquí, donde muchos indios no conocen sino la *língoa geral*. Esto sucedia precisamente con los mas de los individuos de la familia á quien hablábamos, aunque algunos conocian el portugués asaz correctamente. Nos dieron á conocer su género de vida en el bosque, manifestándonos cómo habian vendido sus peces y tortugas, y nos invitaron á irlos á visitar á su casa, diciéndonos por último que una de sus hijas no estaba bautizada y tenian deseos que se la administrase este sacramento. El mayor Coutinho prometió hablar de ello al cura.

De los datos que hemos obtenido resulta que la poblacion blanca hace muy poco para civilizar á los indios, limitándose á varias prácticas exteriores concernientes á la religion. Siempre tenemos la antigua y triste historia de los oprimidos: doblez y licencia por parte del hombre blanco, que durará mientras el color de la piel difiera, y que conduce fatalmente á la degradacion de las dos razas.

4 de octubre.—Nuestro vecino y propietario, el mayor Estolano, nos ha propuesto una pequeña excursion á su sitio, y hemos marchado á las cuatro, acompañándonos tambien el mayor Coutinho.

Este *sitio* es una especie de tosca casita india, situada en la orilla opuesta del Solimoes, á donde nuestro vecino y su familia van algunas veces para vigilar la salazon del pescado, que constituye la gran industria del país.

Ha llovido á torrentes durante toda la noche anterior; pero cuando se desamarró nuestro bote, las estrellas brillaban en el cielo, y la mañana era fresca y agradable. Cuando salimos del lago Teffe estaba bastante avanzado el dia, y al llegar al Solimoes teníamos ya deseos de almorzar. Nada mas agradable que estas comidas improvisadas: el café tiene mejor gusto cuando le prepara uno mismo; el hacerlo entretiene; y lo que seria una molestia en nuestra casa, llena de comodidades, se convierte aquí en un recreo, sobre todo cuando es necesario vencer las dificultades.

IX

Un sitio

Cuando hubimos tomado nuestra taza de café caliente, y como ya nos cansaba estar sentados, saltamos á tierra en una ancha playa que costeábamos hacia largo tiempo.

Mucho hay que estudiar en estas playas del Amazonas, frecuentadas por toda especie de animales, algunos de los cuales vienen á depositar aquí sus huevos. A cada paso se observan huellas de crocodilos, de tortugas y de capibaras; aquí es donde ponen, no solamente las hembras de los caimanes y las tortugas, sino tambien varias especies de peces y de aves, para las que el cieno ó la arena hacen las veces de nido.

Nada me ha parecido tan curioso como el tacto con que el indio sabe descubrir los nidos de tortugas: avanza con paso rápido é inquietos movimientos por la arena, cual si tuviese una especie de instinto en los dedos de los piés; y si pisa un sitio donde hay huevos enterrados, y aunque no se observe ninguna señal exterior visible, detiénese de pronto, sin equivocarse nunca; entonces practica una excavacion y saca los huevos, que por lo regular se hallan á ocho ó diez pulgadas de profundidad. En el cieno se reconocen tambien depresiones redondeadas, donde, segun aseguran los pescadores, las rayas vienen á dormir. Es positivo que estas depresiones tienen la forma y dimension de dicho pez; y podria creerse que tan singulares señales en la superficie blanda, han sido producidas en efecto, por las rayas.

La vegetacion de estos parajes no es menos curiosa que los vestigios de la vida animal. En la estacion de las lluvias, la orilla descubierta ahora se halla sumergida en el espacio de media milla; y no solo invaden las aguas del rio el lindero del bosque, sino que penetran muy léjos en el interior. En la estacion presente, la orilla está formada primero por la playa, y despues por una ancha faja de altas yerbas, detrás de la cual aparecen pequeños arbustos, los árboles achaparrados, y por último, gradualmente, la espesura del bosque. Durante la estacion seca, esfuérzase la vegetacion por recobrar el terreno que le han hecho perder las lluvias y las inundaciones. Así, por ejemplo, vemos que el pequeño imbamba *(cecropia)*, y una especie de sauce *(salix humboldiana)*, la única planta que nos es familiar aquí, invaden la arena hasta la orilla del rio, hasta que vuelven á ser presa de las aguas en la próxima avenida.

Mientras nos paseábamos, los barqueros habian echado sus redes; y si no tuvieron tan buena suerte como dias antes, sacaron de las aguas, no solo cuanto se necesitaba para almorzar bien, sino un gran número de ejemplares interesantes. A eso de las once salimos del Solimoes, para introducirnos en un pequeño canal á cuya orilla está situado el secadero del señor Estolano; al cabo de pocos minutos nos hallábamos al pié de un bonito desembarcadero, y subimos despues la tosca escalera que conduce á la casa.

Con un clima como este, el mas sencillo cobertizo sirve de habitacion: una casa de este género no es en realidad mas que una especie de gran pórtico; pero así, constituye una morada deliciosa y pintoresca. Un tejado de hojas de palmera preserva de la lluvia y de los rayos del sol; cubre una plataforma de troncos cortados, y muy secos en su parte inferior; agréguese á esto algunos ganchos para colgar las hamacas, y se tendrá lo esencial. Por este estilo es la casa del mayor Estolano: el fondo del pórtico está ocupado por una vasta sala, á donde se retira la familia durante las horas mas calurosas, saliendo despues á la plataforma. Esta última es mucho mayor que el espacio cubierto; desbórdase por un lado y se prolonga por un inmenso entarimado donde se ponen á secar los peces. El todo se eleva sobre una estacada á ocho piés del suelo, á fin de poder hallarse sobre el nivel de las crecidas en la estacion lluviosa. Frente á la casa, precisamente en la orilla, se ven varios cobertizos de paja, que sirven de cocina y habitacion para los negros y los indios que se ocupan en la preparacion del pescado.

He visto en una de estas casetas varias indias que parecen muy enfermas, y he sabido que estaban allí hacia dos meses, atacadas de la fiebre intermitente. Esta terrible afeccion las habia reducido al estado de verdaderos esqueletos. Se-

gun dice el mayor Coutinho, la triste condicion de estas pobres mujeres provenia sin duda de la costumbre que tienen los indios de comer arcilla ó tierra, siendo lo mas singular que no saben resistir á este apetito mortífero. Esas infelices parecian completamente salvajes: echadas en sus hamacas, ó tendidas en tierra, desnudas las mas, proferian gemidos, como si fuesen presa de un intenso padecimiento. Habian venido del bosque, y no sabian una palabra de portugués.

Fuimos acogidos con mucha afabilidad por las señoras de la familia, que nos precedieron de un dia; despues se nos ofreció una hamaca, lo cual es en este país el primer acto de hospitalidad con los que llegan de muy léjos; y luego almorzamos perfectamente con el producto de nuestra pesca, que se preparó de todos modos, asado, frito y cocido. Procediendo lo mismo que en el campo, se extendió el mantel en el suelo, cubierto ya por uno de esos grandes ruedos de hojas de palmera, con que se ocultan en todas las casas los ladrillos, y que sirven tambien para forrar las hamacas.

Despues de almorzar fué el calor tan intenso



Cesteros.—De una fotografía

durante algunas horas, que hubimos de buscar la sombra; solo M. Agassiz, que trabaja á todas horas cuando tiene ejemplares á su disposicion, aprovechó el tiempo preparando esqueletos de todos los peces demasiado voluminosos para ser conservados en alcohol.

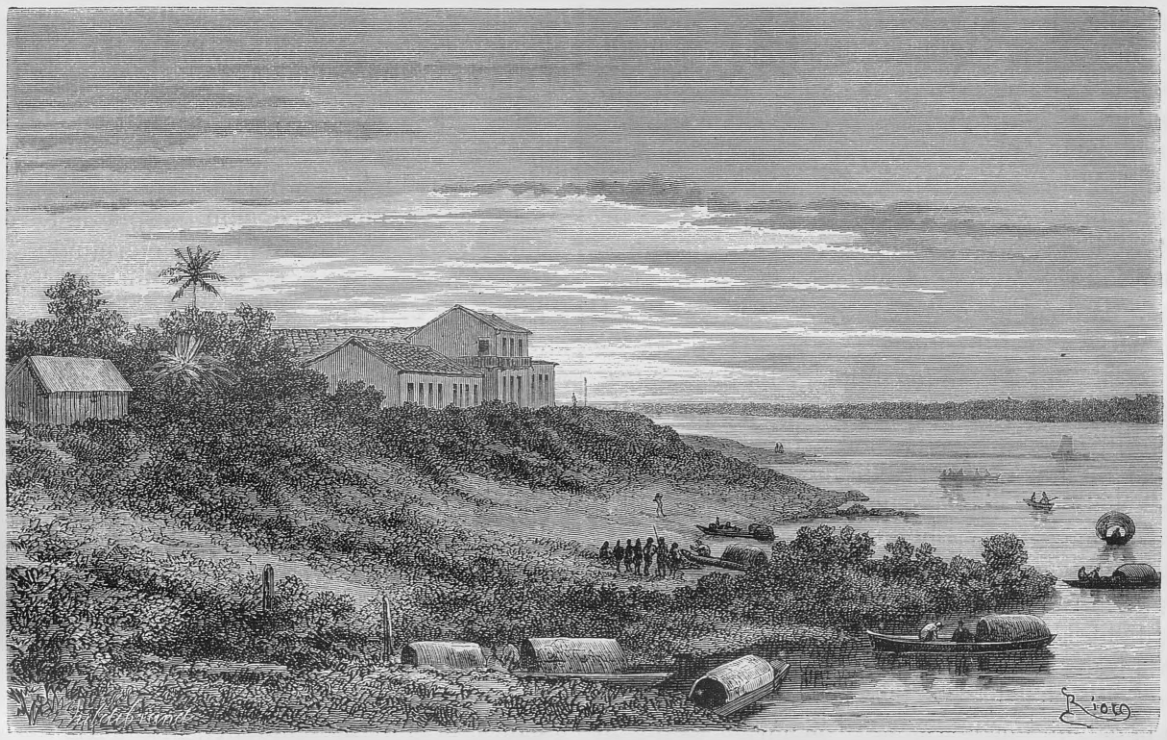
Por la tarde refrescó un poco la atmósfera, y fuimos á ver la plantacion de bananos que hay cerca de la casa, sentándonos debajo de un corpulento calabacero que prestaba una densa sombra, no solo por su espeso follaje, sino por tener sus ramas cubiertas de parásitos. Un musgo oscuro y aterciopelado oculta la corteza del árbol formando un marcado contraste con el color verde pálido de los lustrosos frutos, cuyo barniz resalta así con mas vigor. He dicho calabacero, teniendo solo en cuenta el uso que se hace de los frutos de este árbol; aquí le llaman «cuieiro» *(crescentia cajeput)*. El fruto es de forma esférica, de color verde brillante y muy liso, variando su tamaño desde el de la manzana hasta el de un gran melon. El interior está lleno de una pulpa blanda y blanquizca, que se extrae fácilmente cortándole por la mitad; despues se deja secar la corteza, y con ella se fabrican magníficas copas y vasos de diversas dimensiones, vasos que los indios adornan de pinturas con gran habilidad, porque poseen el arte de preparar muchos colores muy brillantes. Es un talento observado hace ya mucho tiempo en ellos: en ninguna casa del Amazonas se ven apenas mas utensilios que los fabricados por los indígenas con la cáscara de este fruto.

Hubiera querido prolongar mi paseo hasta el interior de los bosques de las cercanías; pero todos imponen aquí el suplicio de Tántalo: estando llenos de atractivos, son impenetrables. Las señoras me dijeron que no habia un solo sendero abierto en la inmediacion de la casa.

Al dia siguiente nos embarcamos muy tempra-

no en una lancha para ir á cazar peces; y digo *cazar*, porque íbamos á valernos de la flecha y de la jabalina en vez del anzuelo ó la red. Los indios se distinguen por su asombrosa destreza para herir con sus flechas los grandes peces, ó alcanzar con sus armas á los mónstruos del rio, tales como el *peixe-boi* (vaca marina) y el lamantino ó dugongo. Nuestra pequeña partida se dividió en dos grupos; una fué á situarse en una gran embarcacion, para arrastrar la red en un lago del bosque; mientras los demás pescadores se embarcaron en una ligera canoa, á fin de poder aproximarse mas á las grandes especies. Nos deslizamos á lo largo de una magnífica espesura, y por primera vez vímonos en los árboles á la orilla del agua. Cuando se llega al Amazonas, imagínase que se van á encontrar cuadrumanos en el bosque con tanta frecuencia como nosotros las ardillas; pero aunque estos animales son muy numerosos, rara vez se les divisa de cerca, porque son sumamente tímidos.

Nuestro paseo por el agua duró cosa de una hora, despues de lo cual saltamos á tierra en una especie de pequeño promontorio, para penetrar



Vista de Manaos.—De una fotografía

luego en el bosque. Los hombres iban delante, abriendo paso con sus cuchillos, cortando las ramas y desviando los troncos derribados que obstruian el sendero. Me admiró el vigor con que doña María, suegra de nuestro anfitrion, abria camino en aquella intrincada espesura para facilitar el paso, cortando las ramas con un gran cuchillo. Parece que las mujeres de este país tan cálido deberian ser indolentes y perezosas; y así es en efecto en las ciudades, donde se acostumbran á la inaccion; pero en el Amazonas superior, las mujeres que se han criado en la campiña, en medio de los indios, son á menudo muy enérgicas, y manejan el remo ó la red tan vigorosamente como un hombre.

Muy pronto llegamos á orillas de un lago interior, ó como dicen los indios, de una «agaredonda» (agua redonda). Los nombres indios son muy expresivos algunas veces: así, por ejemplo, la palabra *igarapé* , significa el sendero de la casa; y para indicar mas exactamente su anchura, se añaden las sílabas *assú* (grande) ó *mirim* (pequeño); pero ancho ó estrecho, el *igarapé* es siempre un canal que se comunica con el rio, terminando en una especie de callejon sin salida. Cuando un canal se enlaza á la vez con las aguas superiores y las aguas inferiores del rio, ó conduce desde este último á otro, el indio le indica con el nombre *paraná* (rio), y al cual añade igualmente el calificativo *assú* y *mirim*. *Paranáassú*, el gran rio, sirve asimismo para designar el mar. Otra denominacion mas expresiva aun

es la que emplea para el canal entre dos rios; es la palabra portuguesa *furo*, que literalmente significa agujero.

El lago estaba circuido de una faja de largas yerbas semejantes á las cañas; y cuando nos acercamos, salieron estrepitosamente miles de aves acuáticas de blanco plumaje, formando espesa nube sobre nuestras cabezas. Llegados á orillas del lago, no nos admiró ya aquella numerosa reunion de aves: la superficie del agua estaba cubierta de cangrejos; de tal modo que se hubieran podido coger á cubos llenos. Los barqueros se apresuraron á tender la red, y jamás M. Agassiz obtuvo en ningun lago ni estanque una coleccion tan preciosa como la de los peces de los bosques que allí recogió. Entre ellos vimos uno de largo pico, de la familia de los Goniodontes, semejante á primera vista á nuestro *syngnathus* comun, pero que se parece mas en realidad al *acestra*. Este pez tiene para M. Agassiz un interés particular, pues arroja nueva luz sobre ciertas investigaciones comenzadas por él cuando era jóven: confirma una clasificacion, segun la cual agrupaba al *syngnathus* con los lepidosteos y los esturiones. Esta asociacion fué rechazada por los grandes ictiologistas de la época, y aun la refutan la mayor parte de los naturalistas. Sin falsa modestia, no se puede menos de experimentar cierto placer cuando se ve que la experiencia de los años posteriores confirma las previsiones de la juventud, demostrando que, léjos de ser simples conjeturas, se fundaban realmente en la percepcion de las relaciones verdaderas entre los sexos.

Cansada ya de estar al sol viendo á los hombres pescar, volví al bosque, donde el contenido de la cafetera estaba á punto de hervir. Delicioso fué nuestro almuerzo á la sombra de los grandes árboles, sentados sobre un tronco caido, cubierto de musgo.

No tardaron en volver los pescadores del lago, y entonces nos dirigimos hácia las canoas con una buena carga de peces: los hombres se reunieron en una de las pequeñas *montarias*, para llevar su botin á la casa; y las señoras se acomodaron en una grande.

Era domingo, y yo pensaba en la singularidad de mi situacion: á aquella hora, todas las campanas debian sonar en Boston; y la multitud se dirigiria á las iglesias, bajo aquel cielo sereno y brillante que los hermosos dias de octubre conceden á Nueva-Inglaterra. Yo, entre tanto, descendia lentamente por el tranquilo igarapé, sentada en una piragua, en medio de indios medio desnudos, que movian cadenciosamente sus remos, al monótono compás de una cancion.

En las excursiones de este género es en las que mejor se explica la influencia que se ejerce en un pueblo, cuya civilizacion no es aun mas que un bosquejo, ese género de vida en que las sensaciones tienen un poder inmenso, sin que nada despierte la inteligencia. En pié desde por la mañana, ocupados en la pesca ó en la caza, mucho antes de rayar la aurora, vuelven á sus viviendas á medio dia, extiéndense en sus hamacas, fuman mientras dura el calor, y se levantan despues para preparar sus víveres, sin conocer fuera de aquí la necesidad ni la inquietud á menos de estar enfermos.

9 *de octubre*.—Alejandrina es decididamente una adquisicion preciosa, no solo bajo el punto de vista doméstico, sino tambien científico. Ha aprendido á limpiar y preparar muy bien los esqueletos de los peces, y es muy útil en el laboratorio. Además, conoce todos los senderos del bosque, y me ayuda á herborizar.

Con esa rápida percepcion, propia de las personas cuyos sentidos están muy ejercitados, distingue á primera vista las mas pequeñas plantas; y sabiendo ya lo que yo deseo, su auxilio es muy eficaz: ágil como un mono, trepa en un instante á la copa de un árbol para coger una rama florida; y aquí donde los troncos se elevan á gran altura antes de proyectarse las ramas, semejante ayudanta no es de poco valor.

Intercalo un cróquis de mi pequeña criada Alejandrina: la mezcla de sangre negra é india que corre por sus venas hace de esta jóven un curioso ejemplo de esos cruzamientos de razas que se encuentran aquí. Ayer consintió en dejarme sacar su retrato, no sin oponer antes alguna resistencia. M. Agassiz lo deseó sobre todo á causa de la disposicion extraordinaria del cabello de Alejandrina, que despues de perder las ondulaciones finas y compactas observadas en los negros, ha adquirido algo de la longitud y aspecto de la cabellera india, aunque conserva una especie de elasticidad metálica. Inútilmente se la peina repetidas veces, pues siempre se levanta y eriza en todos sentidos, cual si estuviese electrizada (véase el grabado de la pág. 676). En los mestizos indo-negros que hemos visto, el tipo negro cede al parecer al primero, como si la docilidad del uno, tan opuesta á la inalterable tenacidad del otro, se reprodujera en los caractéres físicos lo mismo que en los morales.

28 *de octubre*.—Ayer, antes de las seis de la mañana, hemos emprendido una excursion al lago Hyarmary, en la orilla occidental del rio Negro. Hacia un fresco desusado en esta latitud; una fuerte brisa levantaba grandes olas en el rio, y aunque no hemos padecido del mareo, no he

dejado de recordarle. Íbamos en una gran embarcacion de ocho remos, la lancha ordinaria de los oficiales de la aduana, siendo nuestros compañeros S. E. el doctor Epaminondas, presidente de la provincia, su secretario M. Codicera, y los señores Tavares-Bastos, Coutinho, Burkhardt, James y Dexter. Precedíanos una pequeña canoa, donde iba el señor Honorio, quien ha tenido la bondad de ofrecernos su mesa durante nuestra permanencia aquí, y que habiéndose encargado del abastecimiento de víveres, lleva su embarcacion atestada de provisiones.

A la media hora nos alejamos de las furiosas aguas del rio, y despues de doblar un pequeño promontorio cubierto de bosque, penetramos en un igarapé. La anchura del pequeño canal disminuia gradualmente, y muy pronto nos encontramos en uno de esos arroyos sinuosos y cubiertos de sombra, que comunican tan especial encanto á las excursiones por los bosques de este país. Los restos de una larga cortina de yerbas secas, pendientes de las ramas inferiores de los árboles, señalan la altura á que llegaron las aguas durante la última avenida, á diez y ocho ó veinte piés sobre el nivel actual.

A intervalos vemos en la orilla alguna garza en cuyo plumaje de nieve se reflejan los rayos del sol; y á cada instante saltan de entre los matorrales los faisanes del Amazonas. Por espacio de un minuto he visto una pareja de grandes buitres reales (sarcoramphus papa), que estaban á tiro de fusil; pero han remontado su vuelo al acercarse las canoas. De vez en cuando salen á la superficie del agua las cabezas puntiagudas de los caimanes.

De repente nos hallamos á poca distancia del lago, y vemos avanzar una pequeña embarcacion de dos mástiles, evidentemente enviada con alguna mision oficial, pues el pabellon brasileño flota en la popa, y los mástiles están empavesados con banderolas de brillantes colores. Cuando estuvo cerca de nosotros, dejáronse oir los acordes de la música, y vimos elevarse por los aires numerosos cohetes. Esta es la artillería favorita de los brasileños en los dias de fiesta, lo mismo con la luz del sol que en medio de la noche.

Nuestra llegada habia sido anunciada por el doctor Canavaro de Manaos, que se adelantó á nosotros de un dia, á fin de preparar la recepcion; y acabábamos de presenciar el saludo de bienvenida dirigido al presidente, que iba por primera vez á visitar el pueblo indio.

Cuando la embarcacion estuvo al alcance de la voz, resonaron vigorosos vivas al presidente y al señor Tavares-Bastos, objeto de una consideracion especial, en su calidad de campeon de los intereses políticos del Amazonas. Tambien iban dirigidas estas demostraciones al mayor Coutinho, ya muy conocido por sus anteriores exploraciones en este país, y á los extranjeros, al profesor y sus amigos. Despues de esta entusiasta recepcion, el barco cerró la marcha, y entramos en el pequeño puerto con pompa y gran aparato.

El bonito pueblo indio no parece tal á primera vista: compónese de cierto número de *sitios* diseminados en el bosque, y aunque los habitantes se consideren como amigos y vecinos, desde el desembarcadero no se ve nadie; solo diviso una casa, que es la que nos sirve de alojamiento: domínala una colina que se prolonga en suave pendiente hasta el lago. Esta vivienda es de tierra, y solo tiene dos habitaciones, las cuales se comunican con varios grandes cobertizos con tejado de rastrojo. El primero está destinado á la preparacion de la yuca, otro es la cocina, y un tercero, donde comemos, se trasforma en capilla los domingos y dias de fiesta. Este último difiere de los otros en que está cerrado en una extremidad por un bonito tabique de hojas de palmera, contra el cual se apoya, en los dias del servicio divino, el altar en que se celebra la misa, con sus candelabros é imágenes, que representan la Vírgen y los santos.

Nos ha recibido afectuosamente la dueña de esta caseta, anciana india cuyas alhajas de oro y ricos pendientes armonizan muy poco con su camisa de lienzo y su falda de algodon, aunque esto no tiene aquí nada de particular.

Además de la dueña, forman parte de la familia su ahijada y un muchacho, contándose varias mujeres para los trabajos diversos.

En las circunstancias actuales no seria fácil dar una idea exacta de la cifra de la poblacion, porque se han reclutado muchos hombres á causa de la guerra del Paraguay, y los demás se ocultan en los bosques á fin de sustraerse del servicio militar.

La situacion de este sitio es de las mas deliciosas: cuando estamos sentados alrededor de la mesa de nuestro comedor, al aire libre, se disfruta de una vista admirable; el bosque cierra el horizonte; á nuestros piés extiéndese el lago; detrás se elevan las colinas cubiertas de espesura; y á pocos pasos está el pequeño desembarcadero, donde se halla amarrada nuestra lancha con su toldo blanco, la embarcacion que salió á nuestro encuentro, y dos ó tres montarias indias.

Bajo este clima abrasador no se ve ningun sér humano entre la una y las cuatro de la tarde; son las horas mas calurosas del dia, y pocas per-

sonas resisten á la seduccion de la fresca hamaca, que se balancea á la sombra de algun rincon ó bajo el techo de un pórtico.

Despues de conversar un rato con nuestra patrona y su hija, voy á dar una vuelta, y descubro un precioso retiro á orillas del lago: allí, aunque tenia un libro en la mano, el sordo rumor del viento y el murmullo del agua me condujeron muy pronto á ese estado del espíritu en que el observador es perezoso sin remordimiento, y en que el mas imperioso deber parece consistir entonces en no hacer nada. El sonido monótono de una viola, tocada cerca de allí por nuestros barqueros, que descansaban á la sombra, y las



La criada Alejandrina

franjas rojas de sus hamacas, prestaban al paisaje mayor colorido. A intervalos, el vuelo de algun loro, ó el salto rápido é imprevisto de algun pez en el lago, me hacian volver en mí; pero fuera de estos rumores, la naturaleza parecia entregada al reposo, y hombres y animales huian del calor, buscando la sombra.

La comida reunió á todo el mundo á la caida de la tarde. Como el presidente estaba con nosotros, nuestra excursion campestre se efectuaba con un lujo que nuestras expediciones científicas no conocieron jamás. Ya no se trataba de utensilios improvisados, de utilizar las tazas de té como vasos y de los barriles vacíos como sillas; tenemos un cocinero, un criado, sopera de plata, cuchillos y tenedores para todo el mundo, y otras pequeñeces de que no se cuidan los viajeros como nosotros.

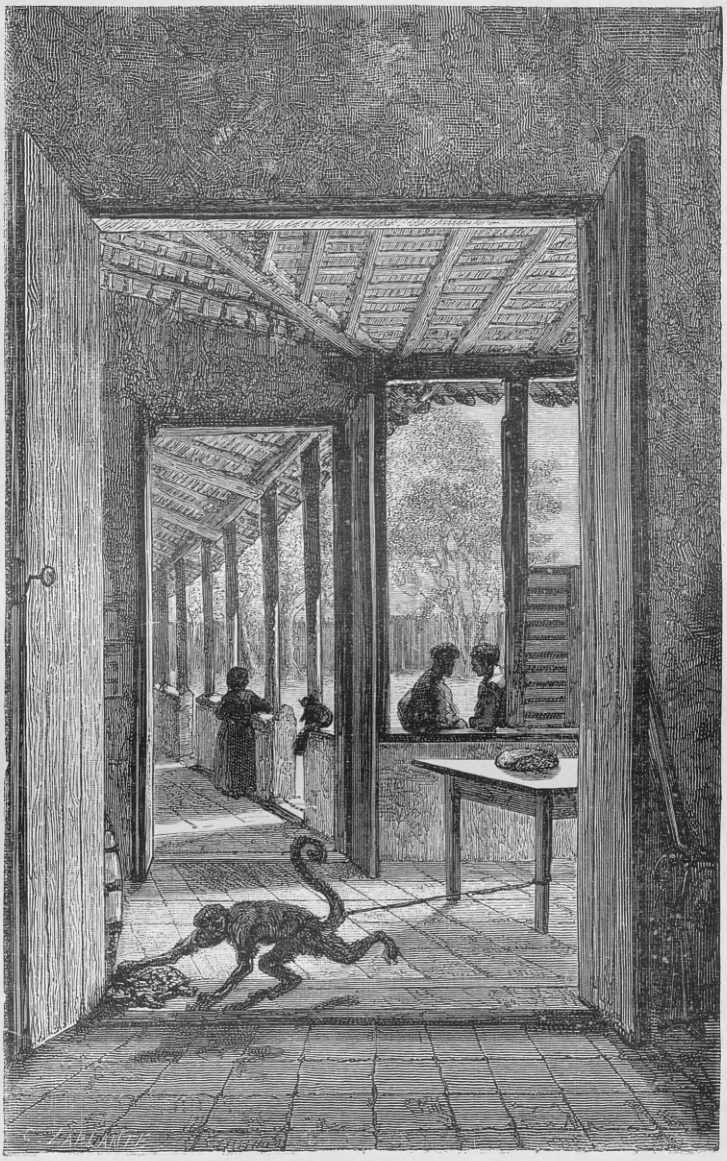
Mientras comíamos comenzaron á llegar los indios de los bosques de los alrededores, para ofrecer sus respetos al presidente. Su visita causaba gran regocijo, y aquella misma tarde debia darse un baile en su obsequio. Llevábanle entonces como regalo, un gran monton de caza. ¡Qué inmenso conjunto de vivos colores! Aquello no era un cordon de aves, sino el ramo mas espléndido que imaginarse pueda: componíase de tucanes de color rojo y amarillo, con ojos azules, y pechuga carmesí; y de loros ó papagayos, en que predominaban el tinte verde, gris, azul, púrpura y bermellon.

Terminada la comida salimos fuera para tomar el café, ocupando nuestro lugar los indios, que á su vez tomaron asiento para comer. Era curioso observar con qué perfecta cortesía servian los brasileños á las señoras indias, ofreciéndolas los manjares y el vino, y tratándolas con la misma delicada atencion que si hubieran sido las damas mas encopetadas de la tierra. Las pobres mujeres estaban torpes y confusas, sin atreverse apenas á tocar las buenas cosas que tenian delante; pero al fin, uno de los señores brasileños, que ha vivido largo tiempo entre los indios y conoce sus costumbres, cogiendo de las manos de una de las convidadas el cuchillo y el tenedor, exclamó: «¡Nada de cumplidos; dejad á un lado vuestra falsa vergüenza! Comed con los dedos, segun vuestra costumbre, y hallareis con el apetito el placer de la mesa.» El discurso fué muy bien recibido: las indias se sintieron mas á gusto, é hicieron honor á los manjares. Los indios que viven cerca de las ciudades conocen los usos de la vida, y saben muy bien lo que es un cuchillo y un tenedor; pero ninguno quiere usarlos mientras pueda prescindir de ellos.

Terminada la comida, levantáronse los manteles, se barrió el cobertizo, organizóse la orquesta, compuesta de una viola, una flauta y un violin, y se comenzó el baile. Las *bellas de los bosques* se mostraron al principio algo confusas al observar que se fijaban sobre ellas las miradas de los extranjeros: pero pronto se entusiasmaron, y animóse la danza. Todas iban vestidas de blanco, con falda de percal ó muselina, y corsé suelto de algodon, guarnecido con una especie de blonda que ellas mismas forman sacando los hilos de la tela. Algunos de estos tejidos son muy finos y delicados. La mayor parte de las bailarinas habian adornado su cabeza con una rama de jazmin blanco ó frescas rosas, y algunas ostentaban un collar y pendientes de oro.

Las danzas diferian de las que presenciamos en casa de Esperanza; eran mucho mas animadas, pero observábase en las mujeres el mismo aire de calma é indiferencia. Jamás he notado entre estas mujeres la menor coquetería cuando bailan; el hombre es el que solicita: arrodillase

á los piés de su pareja, sin obtener una sonrisa ni un gesto; despues de una expresiva pantomima, da vueltas alrededor de la mujer, castañateando sus dedos cual si fuesen castañuelas, y acaba por abrazarla á medias; pero la india se mantiene siempre fria é indiferente. De vez en cuando, las parejas se reunen, formándose como para bailar el vals, mas esto no dura sino algunos segundos. ¡Qué diferencia con la danza de los negros, que hemos presenciado á menudo



Patio de la casa habitada por M. y Mad. Agassiz en Teffe.—De una fotografia

en los alrededores de Rio! Allí es la mujer la que provoca á su bailarin, y sus gestos no indican siempre una conveniente modestia.

El baile estaba en su apogeo á las diez, hora en que me retiré á mi habitacion, ó mas bien á aquella donde estaba mi hamaca, pues allí debian pasar tambien la noche las indias y sus niños, y una gata con sus hijuelos, que se habian instalado ya junto á mi mosquitera, introduciéndose en ella á veces con las gallinas y los polluelos.

La música y el baile, las risas y las palmadas se prolongaron hasta muy entrada la noche: á cada instante entraba alguna india para descansar un poco, echábase sobre una hamaca, dormia un rato y volvia á bailar.

En la primera época de nuestra llegada á la América del Sur no hubiéramos creido posible dormir con tales condiciones; pero pronto se acostumbra el viajero en el Amazonas á dormir en habitaciones sin pavimento, con paredes de tierra ó al aire libre, bajo un tejado de rastrojo,

que los murciélagos y las ratas roen de contínuo, y donde toda clase de rumores misteriosos hacen comprender al hombre que no es el único habitante. Sin embargo, hay una cosa merced á la cual es mucho mas agradable pasar la noche en la caseta de un indio que en el lugar de un indigente de nuestros países; y es la perfecta independencia del lecho. Aquí no se viaja sin hamaca, con su correspondiente red para preservarse de los mosquitos. Las camas y catres no se conocen aquí; y no hay una sola persona, por pobre que sea, que no tenga dos ó tres hamacas bien limpias, con fuertes mallas: los mismos indios las fabrican con las fibras de las palmeras.

Los indios se distinguen por su aseo corporal; podrán ser descuidados en otras cosas, pero se bañan una ó dos veces al dia, lavando con frecuencia su ropa.

La atmósfera que se respira en sus casas, expuestas á todos los vientos, es mas fresca y pura que la que reina en las viviendas de nuestra gente pobre. Al entrar en una caseta india no hemos percibido jamás un olor desagradable, como no fuese alguna emanacion producida por los trabajos de la yuca en cierta fase de la manipulacion. Seguramente no podríamos decir otro tanto de las casas donde hemos pasado la noche cuando viajábamos por el Oeste y aun el Este de los Estados Unidos: mas de una vez, el aspecto dudoso del lecho y el olor encerrado no nos presagiaron nada bueno para descansar durante la noche.

Esta mañana estábamos en pié á las cinco y á las seis se toma el café y se está preparado para realizar todos los proyectos posibles referentes á diversion. Los cazadores han ido ya al bosque, y los pescadores al rio: yo me embarco en una montaria con algunas otras personas para ir á visitar un sitio que hay á cierta distancia sobre el lago. En cuanto á M. Agassiz, renuncia á todos estos placeres, porque ya traen muchos peces, nuevos y variados; y ni él ni el dibujante pueden dejar el trabajo, pues la descomposicion se declara pronto en este clima tan cálido, y si no se preparan al punto los ejemplares, se pierden. Para que se pueda formar una idea de la riqueza de los tintes es preciso hacer las acuarelas cuando los animales conservan aun toda su frescura. M. Burkhardt, siempre infatigable, tiene continuamente el pincel en la mano, á pesar del calor, de los mosquitos y de todas las contrariedades. Se ha dado el caso de que haga en un solo dia veinte acuarelas de peces. Necesariamente, estos rápidos cróquis no tienen otro objeto sino el de recordar los contornos y los matices, pero tal como quedan, serán un precioso auxilio cuando se trate de dibujos mas acabados.

Dejando, pues, á M. Agassiz con sus preparaciones, y á M. Burkhardt con sus colores, remonto las orillas del lago á través de un singular canton, en parte sólido y líquido, donde la tierra y las aguas se mezclan y se confunden.

Del seno del lago, donde se sumergen y ocultan las raíces, surgen por grupos los grandes árboles, ó bien los troncos muertos y ennegrecidos flotan en medio del agua, ofreciendo formas extravagantes y fantásticas. En algunos sitios, desde las altas ramas llegan á tierra esas singulares raíces aéreas, tan comunes en los bosques, y el árbol parece entonces apoyado sobre muletas.

Acá y allá, costeando siempre la orilla, nuestra mirada penetra en las profundidades de la espesura y detiénese sobre el extraño cortinaje de bejucos y plantas trepadoras, que enlazándose con los troncos, se balancean entre dos ramas vecinas como cuerdas flotantes.

La orilla del lago es con frecuencia un declive, cubierto de una yerba tan blanda y fresca, que no parece sino que la tierra ha recibido, gracias á su largo bautismo de seis meses, una vida enteramente nueva. A intervalos veo una palmera que domina con su ancho penacho la línea uniforme del bosque: casi siempre es la elegante y graciosa assai, cuya corona de hojas recortadas en forma de plumas, vibra al mas ligero soplo del viento en la extremidad de un tronco liso.

Al cabo de media hora llegamos al sitio y desembarcamos. Estos lugares están situados por lo regular á muy corta distancia de la orilla del lago ó del rio, á fin de tener cerca la pesca y el baño; pero el sitio que visitamos ahora está mas léjos, en la extremidad de un bonito sendero que serpentea en medio del bosque, y en la cima de un montecillo, cuya vertiente opuesta se prolonga por un barranco ancho y profundo por donde corre un canal. Mas allá elévase el terreno y ondula en líneas accidentadas, las cuales recrean la vista, cansada ya de fijarse continuamente en el paisaje uniformemente blanco del Amazonas superior. Cuando llega la estacion lluviosa, ese canal, aumentado por la crecida del rio, bañará casi el pié de la casa, que desde la cima del cerro domina hoy el valle y el lecho encajonado del riachuelo; tan grande es la diferencia entre el aspecto de los mismos lugares en la estacion seca y en la lluviosa.

La casa se compone de varias construcciones, la mas notable de las cuales es una larga sala abierta, donde bailan las *brancas* (blancas) de Manaos y de la vecindad, cuando van á pasar la

noche al sitio, lo cual no es raro. Así me lo ha dicho la anciana señora india que me hace los honores de la casa. Una pared baja, de unos tres á cuatro piés, limita este cobertizo; en los lados se ven banquetas de madera, y las dos extremidades están cerradas por un tabique de hojas de palmera muy brillantes. En un rincon veo un inmenso bastidor de bordar (tal era sin duda el de Penélope), donde no hay ahora mas que una hamaca de hilo de palmera, obra sin concluir de la señora de la casa. Esta última consiente en dejarme ver cómo trabaja, y para ello se sienta un rato delante de su bastidor. Despues me hace admirar varias hamacas de colores y diversos tejidos; y mientras los hombres van á bañarse al canal, recorro el resto de la habitacion con nuestra patrona y su hija, una india muy bonita. Su padre está ausente, sirviendo como capitan en el ejército que opera contra el Paraguay.

Durante mi conversacion con estas damas, descubro un curioso rasgo de las costumbres: cuanto mas se prolonga nuestra permanencia en el Amazonas, mas nos asombran en general las singularidades que observamos. Hé aquí, por ejemplo, dos mujeres de sangre india, que habiendo alcanzado una buena posicion, viven en medio de las comodidades, casi disfrutando de la riqueza. Deberia esperarse por lo tanto hallar en ellas el conocimiento de las leyes mas comunes de la moral; pero no es así. Cuando me presentaron á la jóven, y al preguntarla yo naturalmente por su padre, pensando que este seria el capitan ausente, la madre me contesta sonriendo y con la mayor candidez: «Nao tem pai; e filha da fortuna.» (No tiene padre; es hija de la casualidad.) A su vez la hija me enseña sus dos niños, muy hermosos en verdad, y algo menos morenos que la madre; y al preguntar yo si el autor de sus dias se halla tambien en el ejército, obtengo la misma ingenua respuesta: «No tienen padre.»

Es costumbre de las mujeres indias de sangre mezclada hablar continuamente de sus hijos sin padre, y esto con una entonacion que no revela tristeza ni sentimiento, y sin conciencia ninguna de la falta y de la vergüenza, como si el padre estuviese ausente ó muerto. El hecho es tristemente significativo, porque denota el mas completo abandono del deber.

Los niños no suelen saber nunca nada de sus padres: solo conocen á la madre, porque sobre ella recaen los cuidados y toda la responsabilidad. Yo no creo que á la mujer le ocurra nunca que ella y sus hijos tienen derecho alguno sobre un hombre.

Volvamos al sitio: en el mismo terreno ocupado por la sala ya descrita, se ven mas ó menos próximas unas de otras varias *casinhas*, ó pequeñas casetas cubiertas de rastrojo, que forman una pieza. Mas léjos hay una casita de paredes de tierra, que contienen dos ó tres habitaciones, y en la fachada una galería de madera. Aquí es donde vive la señora. Un poco mas abajo, en la colina, está el departamento para trabajar la yuca, con todos los aparatos convenientes. Nada mejor conservado que el patio de este sitio donde dos ó tres negras comienzan á barrer ahora.

Alrededor de las construcciones está la plantacion de yuca y de cacao, donde se ven igualmente algunos cafetales. Difícil es juzgar de la extension de estas plantaciones, pues son irregulares y contienen cierta variedad de plantas, yuca, cacao, café, y hasta algodon, cultivados confusamente; pero me parece que es mayor que las vistas por nosotros hasta aquí.

Como los bañistas vuelven ya, nos despedimos de la señora india, á pesar de sus instancias para que nos quedemos á almorzar. Antes de marchar me regala un lindo cestito lleno de huevos y de *abacatys*, ó peras de caiman, segun las llaman aquí (el fruto del *persea gratissima*).

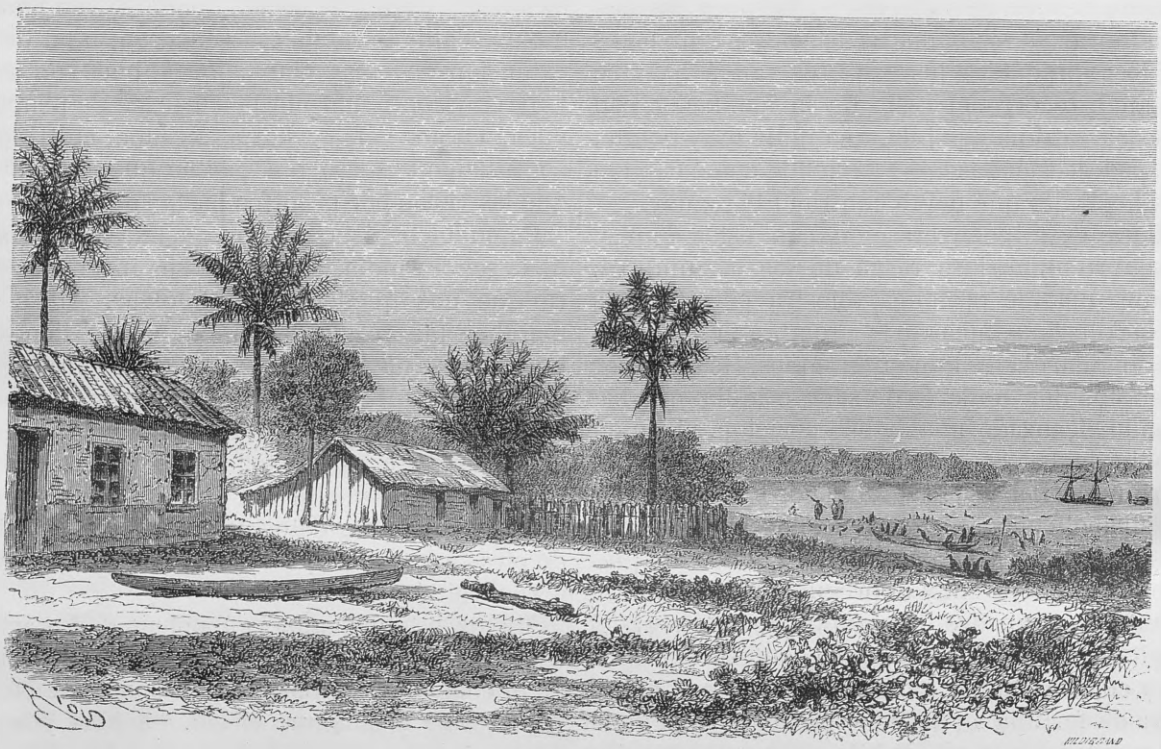
Llegamos á la casa precisamente á las diez, hora en que se reunen todos para almorzar. Los cazadores han vuelto del bosque cargados de tucanes, de loros, cotorras y una gran variedad de otras aves, y los pescadores traen nuevos tesoros á M. Agassiz.

Mientras tomábamos café debajo de los árboles, despues de ceder á los indios nuestro sitio en el comedor, el presidente propuso un paseo por el lago al ponerse el sol. La hora y la luz nos sedujeron igualmente, y nos pusimos en marcha sin barqueros, porque estos señores tenian empeño en remar. Bogamos atravesando la misma bonita region donde yo habia pasado la mañana, flotando entre las grandes matas de yerba, los grandes árboles del bosque y los troncos muertos, derechos en la orilla como restos ruinosos.

No fuimos muy léjos ni con mucha rapidez, pues los remeros novicios sentian mucho el calor, deseando divertirse y no trabajar. Detenían-se tan pronto para apuntar á una garza blanca como á una bandada de loros; pero se quemó mucha pólvora sin el menor resultado.

Al fin volvimos, y cuando la canoa acababa de virar lentamente, ofrecióse á mi vista el mas bonito cuadro que jamás contemplé. Despues de terminar los indios la comida, habian pasado á bordo de la pequeña embarcacion de dos mástiles, preparada para la recepcion del presidente, y salian á nuestro encuentro. Con los músicos

iban dos ó tres hombres; mientras las mujeres, rehusando sus servicios, y como verdaderas amazonas, se habian apoderado de los remos y el timon. Cuando la embarcacion estuvo cerca, los músicos comenzaron á tocar; las banderolas ondeaban al viento; en la superficie del lago, terso como un espejo, se reflejaban los rayos del sol poniente, iluminando aquella escena pintoresca. Cada una de aquellas figuras bronceadas, cada ondulacion de las banderolas rojas y azules, cada pliegue amarillo ó verde del pabellon nacional sujeto á la popa, se destacaban claramente en la superficie líquida. La fantástica embarcacion, pues en efecto lo era, se deslizaba con suavidad, pareciendo tomar sus colores del brillante sol y de las profundas aguas; acercábase con rapidez; muy pronto estuvo cerca, y entonces resonaron los alegres vivas. Despues, las dos embarcaciones se colocaron una junto á otra; la guitarra pasó de mano en mano, y las canciones brasileñas alternaron con los cantos de los indios. No se puede imaginar nada tan fuertemente im-



El puerto de Teffe

pregnado del carácter nacional y del color de los trópicos, nada tan característico como esta escena del lago.

Cuando llegamos al desembarcadero, las nubes de tinte sonrosado y dorado no eran ya sino una masa de vapores blancos ó de un gris ceniciento; habíanse extinguido los últimos rayos del sol, y la luna brillaba en su apogeo.

Al subir por la suave pendiente del cerro, para volver al sitio, alguno propuso bailar sobre la yerba, y las jóvenes indias se prepararon para un rigodon. Aunque la civilizacion haya mezclado sus costumbres con las de los indígenas, notábanse aun en los movimientos de aquellas jóvenes muchos de los que les son naturales; y así es que el baile perdia mucho de su carácter artificial.

Por último volvimos á la casa, donde se repitieron las danzas y los cantos, formándose algunos grupos de hombres y mujeres, que sentados en tierra, charlaban, reian y fumaban alegremente. El uso del tabaco, casi universal entre las mujeres de la clase baja, es tambien admitido en las de la superior. A mas de una señora le agrada en extremo fumar en su pipa, balanceándose en la hamaca durante las horas calurosas del dia.

X

Un baile en Manaos.—El distrito de Maués

8 *de noviembre.*—Hacia algunos dias que reinaba una desusada agitacion en Manaos. Tratábase de organizar un gran baile en obsequio al señor Tavares-Bastos. ¿Dónde se celebraria, cuándo y á qué hora? ¿Qué tocado luciria la se-

ñora X..., y otras damas? Estas delicadas cuestiones se han zanjado al fin, resolviéndose que la funcion se efectúe el dia 5 en el «Palacio.» Se da invariablemente este nombre á la residencia del presidente, aunque consista solo en una casita demasiado modesta para merecer tan pomposo título. La noche del 5 no fué tan favorable como se hubiera deseado; estaba muy oscura; y como el lujo de los coches no es conocido aquí, los grupos se agolpaban en las calles á la hora indicada, á la luz de los faroles que llevaban en la mano.

Acá y allá veíase aparecer de pronto por la esquina de la calle algun tocado de baile, cuya dueña avanzaba con precaucion entre las charcas de cieno; y así es que cuando se completó la reunion, observábase que ninguno de los vestidos habia sufrido deterioro. La variedad en los tocados era grande; la seda y el raso se mezclaban con la lana y la muselina, ofreciendo los semblantes todos los tonos, desde el negro al blanco, sin contar los tintes cobrizos del negro y del mestizo. Aquí no hay ninguna preocupacion respecto á los colores. Una mujer negra,



Choza india

suponiendo siempre su estado libre, es tratada con tanta consideracion como una blanca, y obtiene iguales atenciones. Sin embargo, rara vez se encuentra en una sociedad una persona de pura raza negra, abundando en cambio los mulatos y *mammalucos*, segun llaman á los mestizos indo-negros. Por lo general reina siempre cierta cortedad en la sociedad brasileña, aun en las grandes ciudades, y con mucha mas razon en las pequeñas, donde para evitar todo error, se exageran mas el formalismo y las conveniencias sociales.

Los brasileños, en efecto, tan buenos y hospitalarios, son muy formalistas, y están infatuados con la etiqueta y las ceremonias.

Al llegar las señoras, sentáronse en línea en las banquetas colocadas á lo largo de las paredes del salon de baile. De vez en cuando, algun caballero avanzaba intrépidamente hasta aquella formidable línea de bellezas, y decia algunas palabras; pero solo mas tarde, cuando las danzas obligaron á la asamblea á dividirse en grupos, comenzó la escena á ser mas animada.

A intervalos circulaban las bandejas cargadas de dulces y tazas de té, y á eso de la media noche, sirvióse la cena. Las damas se sentaron á la mesa, colocándose en pié detrás de ellas los caballeros, á fin de servirlas. Muy pronto comenzaron á menudear los brindis, pronunciados y recibidos con entusiasmo, y despues prosiguió el baile. Las damas se habian animado mucho cuando el vapor de Para, penetrando en el puerto, cubrióse de luces y lanzó cohetes, anunciando así que traia buenas noticias de la guerra. La

satisfaccion llegó á su colmo, y el exceso de la alegría interrumpió el baile. Los mas de los concurrentes pasaron la noche sin dormir, y los hombres se dirigieron en tropel al buque para obtener periódicos. Los diarios de Rio-Janeiro publicaban la noticia de una gran victoria, al parecer decisiva, alcanzada sobre los paraguayos en Uruguayana, donde el emperador mandaba en persona.

Al dia siguiente se dió un nuevo banquete para celebrar este triunfo: y así es que Manaos, cuyos habitantes se quejan de su triste género de vida, disfrutó aquellos dias de un verdadero torbellino de funciones.

Como todo el mundo sabe, casi frente á Serpa es donde el Madeira, ese poderoso afluente del Amazonas, se une con este rio, cuyos hijos todos son gigantes, excepto cuando se les compara con su leal padre: pero esta desembocadura no es la única del Madeira: á unas veinticinco leguas del primer confluente, el rio Maués se desvia del Madeira, corriendo paralelamente al Amazonas, hasta reunirse con el Ramos, cuyo curso sigue desde entonces la misma direccion, para ir á desembocar mas abajo en el gran lecho. Ese espacio de terreno así circunscrito entre los cuatro rios, el Madeira al este, el Amazonas al norte, el Ramos y el Maués al sud, está indicado en las cartas geográficas con el nombre de Tupinambaranás. Es una red de rios, de lagos é islas, uno de esos laberintos acuáticos, que formaria por sí solo un vasto sistema fluvial en otra region; pero que se pierde completamente en este mundo de las aguas, del cual no forma sino una ínfima parte. A decir verdad, la inmensidad del Amazonas parece menor cuando se sigue el gran rio que cuando se recorren los pequeños tributarios. Apenas figuran estas corrientes secundarias en las cartas geográficas, y cuando se penetra en ellas se reconoce que son grandes rios.

La region del Maués no es comparativamente bien conocida, porque se halla fuera del itinerario de los vapores; pero gracias á los esfuerzos de uno de los habitantes mas distinguidos, M. Michelis, que reside en el país hace veinticinco años, y que por su energía, su inteligencia y su rectitud ha contribuido á realzar el nivel moral de todo el distrito, es una de las subdivisiones mas prósperas de la provincia. Triste es ver la apatía que reina en los demás distritos, cuando el ejemplo que tenemos á la vista revela los progresos que un hombre puede imprimir á la poblacion ribereña del Amazonas. El ejemplo de M. Michelis, y los felices resultados por él obtenidos, deberian ser un estímulo para todos los hombres inteligentes de los establecimientos del Amazonas. El pueblecillo de Maués está situado en una especie de terrazo, delante del cual se extiende una inmensa playa blanca, en la estacion en que el nivel de las aguas es muy inferior al mas alto límite de la crecida anual. En el instante de llegar nosotros, esta playa parecia mas bonita aun, pues prestábala animacion la presencia de un numeroso grupo de indios de Bolivia, acampados en la arena, alrededor de grandes hogueras. Hemos contemplado á esta gente con una especie de admiracion, al reflexionar qué peligrosos viajes hacen de contínuo en sus canoas pesadamente cargadas. Muchas veces deben desocupar sus embarcaciones para franquear las cataratas del Madeira, cuando bajan por este rio, y al volver han de arrastrarlas lentamente. Singular es que siendo este rio el gran camino comercial de la Bolivia y de Matto-Grosso al Amazonas, no se haya puesto en ejecucion la idea sugerida por el mayor Coutinho en el interesante informe sobre su exploracion del Madeira. Segun él, un camino trazado á lo largo del rio, en la extension de unas cuarenta leguas, haria desaparecer todos los obstáculos y peligros de este difícil trayecto.

Maués no es una agrupacion de casas, sino una línea de casetas que se extienden á lo largo de una ancha calle, donde la yerba crece á su antojo, desde una extremidad á otra del terrazo que domina el rio. A lo último de esta calle, y aislada en un terreno estéril, elévase la iglesia, pequeña construccion de aspecto agradable, delante de la cual se ve una cruz de madera. La mayor parte de las casetas son bajas y están cubiertas de paja; pero á intervalos destácase una casa sólida, con tejado de tejas, como la de M. Michelis, que domina las viviendas inmediatas. A pesar del humilde aspecto de este pueblecillo, todos aquellos que conocen su historia hablan de él como uno de aquellos establecimientos de mas porvenir en el país, y tambien como una de las localidades donde el nivel de la moralidad se halla á mas altura.

El principal producto que aquí se explota procede del guarana, que es un arbolillo ó mas bien una planta trepadora, de unos dos metros y medio de altura cuando llega á su completo desarrollo, y la cual produce una especie de haba del tamaño de la del café. Bajo una sola cubierta se encuentran siempre dos de estos granos: despues de tostar los que se obtienen se mezclan con una pequeña cantidad de agua hasta que á fuerza de triturarlos quedan reducidos á una especie de pasta compacta. Una vez seca esta, que tiene el color del chocolate, y mayor dureza, se raspa, empleando para esta operacion la lengua

rugosa del pirarucu; el polvo, mezclado con azúcar, se echa despues en un vaso de agua, y obtiénese así una bebida refrescante muy agradable. Asegúrase que esta pasta posee además propiedades medicinales, y que se administra con excelentes resultados en todos los casos de disentería. En ciertos puntos del Brasil y de Bolivia se hace un gran consumo; y nadie duda que el artículo se propagará cuando su valor sea mas generalmente conocido. Los indios se dejan llevar de su capricho artístico en la preparacion de esta droga, y muelen la pasta en forma de jinete, de caballo, de culebra, etc.

Esta mañana me ha llamado la atencion un gran rumor de voces en la calle y al salir á la ventana he visto reunida delante de la puerta de la casa donde se aloja el presidente, una gran multitud de individuos de Bolivia, que llevaban para vender algunas capas, y muy pronto vi aparecer en traje boliviano á la mayor parte de nuestros compañeros de viaje, que se habian apresurado á comprar. Este traje, invariablemente el mismo, consiste en una larga túnica compuesta de dos pedazos cosidos en los hombros, y que penden uno por delante y otro por detrás, con una abertura para pasar la cabeza, y un cinturon para sujetar la prenda en el talle. Se cubren la cabeza con un sombrero de paja ordinaria de anchas alas. La ropa de diario se fabrica generalmente con filamentos de corteza; pero la vestimenta de gala, la de los dias de fiesta, es de un tejido de algodon fabricado por los indígenas, muy fino y blando á la vez que compacto y fuerte. Este traje puede estar mas ó menos adornado; pero siempre tiene la misma forma.

Los indios bolivianos parecen mas trabajadores que los del Brasil, ó bien se hallan sometidos á una disciplina mas rigurosa.

14 *de diciembre*, en el establecimiento de Mucaja-Tuba *(Mucaja* es el nombre de una especie de palmera muy abundante aquí, y *Tuba* significa lugar).

Entramos pues en un bosque de palmeras acrocomias; y ayer hemos salido de Maués para emprender esa pequeña excursion. Debíamos partir al rayar el dia; pero á la hora prefijada comienza á llover á torrentes, como sucede siempre en estas latitudes, acompañando al agua horrísonos truenos y relámpagos atronadores. Hemos debido esperar, y nos alegramos de ello, porque á eso de las once ha cesado la tormenta, aunque el cielo sigue encapotado.

Al remontar el Maués hemos pasado por delante de las desembocaduras de una infinidad de rios y lagos sin nombre, grandes sábanas líquidas, que solo conocen los habitantes de las inmediaciones.

A la caida de la noche llegamos á nuestro destino, y á eso de las ocho se echa el ancla delante del pueblecillo. Al acercarnos vemos una ó dos luces vagar por la orilla, y me pregunto de nuevo qué deberán pensar los habitantes al ver el mónstruo que por primera vez silbaba en aquellas aguas.

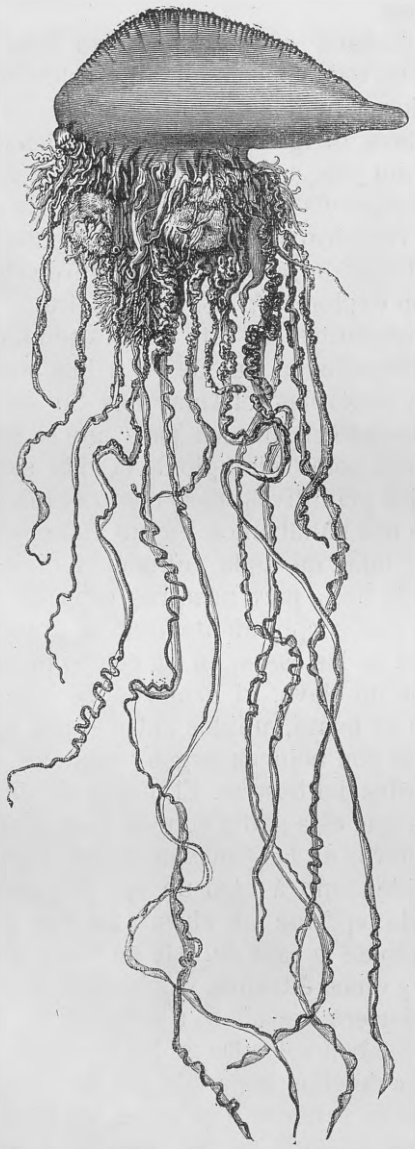
Esta mañana se ha llenado un bote con los regalos de toda especie que el presidente lleva á los indios, y hemos desembarcado todos en una vasta playa, dirigiéndonos despues hácia la vivienda del jefe, anciano de aspecto respetable, que permanecia en pié en el umbral de su puerta para recibirnos. Es un antiguo conocido del mayor Coutinho, á quien acompañó en otro tiempo en su exploracion del rio Madeira.

Los habitantes de este pueblo son mundurucus, y constituyen una de las tribus mas inteligentes y benévolas del Amazonas. Sin duda están ya demasiado civilizados para que se les pueda considerar como ejemplo de la vida salvaje de los indios primitivos; pero como era la primera vez que nos hallábamos en un establecimiento aislado, léjos de toda influencia civilizadora, esta visita tenia para nosotros especial interés.

Nada mas sorprendente que la grandiosidad y solidez de las casas, en las cuales no se ve sin embargo un clavo: el armazon se compone de troncos en bruto, unidos entre sí por ligaduras formadas con bejucos largos y elásticos, que son las cuerdas del bosque. El mayor Coutinho nos asegura que esta gente conoce muy bien el uso de los clavos en las construcciones, y que cuando se piden uno á otro un *sipo* (bejuco), dicen por burla: «¡Dame un clavo!» La viga principal del tejado de la casa del jefe no tenia menos de treinta y cinco á treinta y ocho piés de altura, y el interior era espacioso á proporcion. Las hamacas estaban colgadas en los rincones, hallándose una de ellas separada por un tabique bajo de hojas de palmera. Los arcos, las flechas y las carabinas pendian de las paredes ó se apoyaban en ellas. Para cerrar las aberturas, puertas y ventanas, empleábanse esterillas de hojas de palmera.

Esta casa del jefe era la primera de una serie de viviendas del mismo género, pero un poco mas pequeñas, que formaban uno de los lados de una gran plaza abierta, hallándose el opuesto ocupado por una línea igual de construcciones. Salvo alguna excepcion, todas las casetas estaban vacías, porque los habitantes del pueblo no se reunen sino dos ó tres veces al año, para celebrar ciertas fiestas periódicas. El resto del

tiempo están diseminados en los sitios, donde se ocupan en los trabajos de las plantaciones. Cuando van á las fiestas, reúnense varios centenares de individuos, y en las casas se alberga mas de una familia. Entonces se arranca la mala yerba de la gran plaza, se limpia el suelo, barriéndole muy bien, y hácense todos los preparativos para las danzas de la tarde. Esto dura de diez á quince dias: despues se dispersa toda aquella gente, y cada cual vuelve á su trabajo.



Acalefo

Ahora no hay en el pueblo mas de unas cuarenta personas.

Lo mas curioso que hemos visto es la iglesia que hay á la entrada del caserío, construida toda ella por manos de los indios. Es un edificio bastante grande, que puede contener de quinientas á seiscientas personas; las paredes, de tierra, son perfectamente lisas en el interior, y están pintadas con los colores que los indios saben extraer de las cortezas, de las raíces y de los frutos de ciertos árboles, ó de una especie de arcilla particular. La parte inmediata á la puerta se ha dejado completamente desnuda, y solo se ven las pilas bautismales, toscamente formadas en la madera; pero la extremidad opuesta está dividida de modo que forma un santuario, con algunos escalones que conducen al altar, sobrepuesto de un nicho donde se ha colocado una tosca imágen de *la Madre y el Niño*. Arquitectura y ornamentos son del estilo mas sencillo; y las pinturas se reducen á fajas azules, rojas ó amarillas, con unos puntos que similan estrellas. Ninguna iglesia de nuestras ciudades, que costara millones, podria conmover tanto como esta pequeña capilla de paredes de tierra, pinturas infantiles, campanario cubierto de rastrojo y cruces de madera.

Triste es que esta pobre gente, cuyo sentimiento religioso es tan vivo, no posea un servicio regular. Solo á largos intervalos viene á visitarles algun sacerdote; pero exceptuadas estas raras ocasiones, no tienen allí quien los case y administre el bautismo, ni dé á sus hijos una instruccion religiosa. Sin embargo, la iglesia estaba muy bien conservada; habíase cubierto el suelo de hojas frescas, y revelábase en todo que el edificio era objeto de una diligente solicitud.

XI

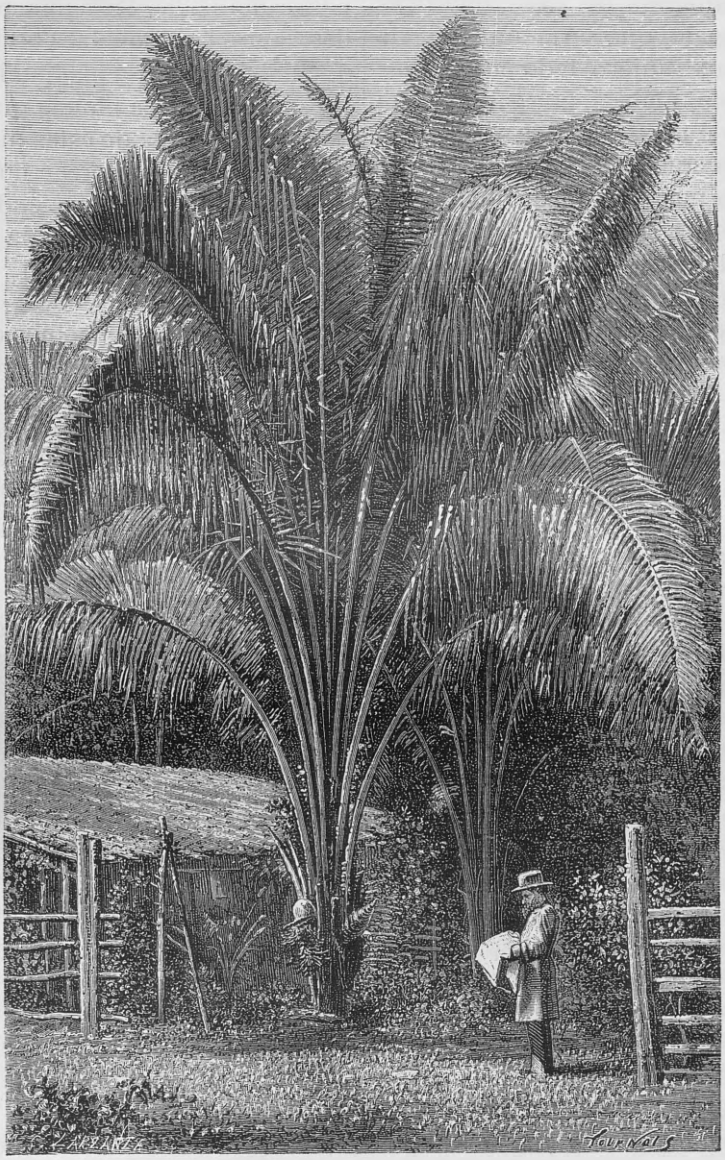
Maués y su distrito.—Remontamos el Rio-Negro.—Pedreira.

Las casas de Manaos no están menos limpias que su iglesia; los habitantes, todos ellos decentemente vestidos, usan el traje invariable de los indios civilizados. Los hombres llevan pantalon y camisa de algodon; las mujeres visten una falda de percal y camiseta flotante, y se recogen su negro cabello en la parte superior de la cabeza por medio de un peine semicircular, tan echado hácia adelante, que el borde cae casi sobre la frente; á los lados se ponen algunas flores. Jamás he visto una mujer india que no usara uno de esos peines: estos productos de las fábricas extranjeras llegan á los establecimientos mas retirados del bosque, en la pacotilla de los mercaderes ambulantes que llaman *regataos*. Estos vendedores son por todas partes bien conocidos en las orillas del Amazonas y de sus tributarios; asegúrase que son hombres de muy mala fe en su comercio con los indios, los cuales caen en sus redes, dejándose engañar.

En un informe del doctor Adolfo de Barros,

quien durante su breve pero hábil administracion corrigió en cuanto era posible los abusos que se cometian en la provincia del Amazonas, se leen las frases siguientes, despues de algunas palabras sobre la necesidad de la instruccion religiosa en estos establecimientos:

«¿Quién es el que va á buscar hoy al indio en las profundidades de la selva vírgen, en las orillas de esos rios sin fin? Nadie, como no sea el *regatao*, menos bárbaro sin duda que el salvaje, pero mas pervertido; él sabe bien dónde encontrarle; recorre aquellos parajes, y bajo el pre-



Inajá.—De una fotografía

texto de su comercio le deprava y le deshonra.»

Terminada nuestra visita á la iglesia, toda la poblacion, hombres, mujeres y niños, nos acompaña á la playa para recibir los regalos que el presidente les distribuye por su propia mano.

A las mujeres se les dieron de esos artículos de quincallería por los cuales enloquecen, vestidos de algodon, collares, tijeras, agujas y espejos; para los hombres hubo cuchillos, anzuelos, hachas y otros instrumentos de trabajo; y por último se repartieron juguetes para los niños.

Aunque estos hombres eran muy afables y benévolos, conservaban la impasibilidad que caracteriza á los de su raza. No he visto un cambio de expresion en un solo semblante; no he oido una palabra de agradecimiento ó de placer. Solo una cosa les hizo sonreir: fatigada de estar en pié, sufriendo los rayos del sol, me senté entre las mujeres, y como la distribucion se hacia rápidamente, fuí tratada como una de ellas, re-

cibiendo un vestido de vistosos colores. El incidente produjo entre los indios una carcajada general, pareciendo divertirles mucho.

Volvimos á bordo á eso de las diez para almorzar, y por la tarde toda la poblacion vino á satisfacer su curiosidad, visitando nuestro buque.

La generosidad de esta gente es notable: no encuentro jamás á ninguno de estos naturales sin recibir algun regalo, que seria una injuria rehusar. Ofrecen al extranjero todo cuanto tienen, bien sea un fruto, huevos, una gallina, una calabaza, un cestito ó un ramo, y se ofenderian si no se aceptara. En aquella ocasion, la mujer del jefe me trajo una magnífica ave muy gorda; otra india, un cesto; una tercera, un fruto semejante á nuestra calabaza de invierno; y afortunadamente conservaba algunos collares, é imágenes de santos para corresponder al obsequio; pero estoy segura que las visitantes no esperaban recibir nada en cambio: hacer un regalo es para ellas un deber de hospitalidad.

Cuando los indios se hubieron reunido á bordo del buque, el capitan mandó disparar el cañon delante de ellos, y quiso dar algunas vueltas por el rio, á fin de enseñarles la máquina en movimiento y las ruedas. Todo lo miraron con ese aire de tranquila placidez, propio de hombres que se sobreponen á toda emocion de sorpresa. Y en efecto, esa rápida sensibilidad para recibir las impresiones nuevas, el asombro, el placer y la emocion, esos dones preciosos concedidos á la raza blanca, ¿no difieren tanto de la impasibilidad del indio como los rasgos movibles de la misma raza se diferencian de esa fisonomía bronceada que no puede ruborizarse ni palidecer?... Solo pudimos cambiar algunas palabras con nuestros visitantes, pues á excepcion del jefe y de uno ó dos hombres que sirvieron de intérpretes, ni uno solo conocia el portugués ni hablaba mas que la *lingoa geral*.

15 *de diciembre*.—Ayer, despues que los indios se retiraron, proseguimos nuestra ruta hácia otro establecimiento donde pensábamos hallar un gran pueblo.

Era de noche cuando llegamos, mas á pesar de esto algunos de nuestros compañeros saltaron á tierra: solo vieron un lugar invadido por las yerbas, y casas desiertas: toda la poblacion estaba en el bosque.

Hoy se han acercado á nuestro vapor dos ó tres canoas llenas de indígenas: eran los indios que iban á saludar al presidente y á recibir sus regalos. Entre ellos iba una anciana que debia haber pertenecido á una tribu mas primitiva. La parte inferior de su rostro estaba pintada de un color azul oscuro, que cubria el contorno de la boca y parte de las mejillas hasta las orejas; en la barbilla veíase una parte de filete, adorno que sin duda pareceria muy bonito á sus compañeras en los dias de su juventud; una línea negra trazada sobre la nariz daba vuelta á los ojos prolongándose hasta las sienes, y producia el efecto de un par de anteojos; en la parte superior del pecho se habia pintado grandes mallas, sobre las cuales se corrian dos líneas rectas que daban vuelta á los hombros, como para representar la tosca blonda que guarnece de ordinario la camiseta de estas mujeres.

A la hora de almorzar nos hemos despedido de esta buena gente, y enderezamos el rumbo para volver á Maués. Puede darse por terminada esta interesante excursion.

16 *de diciembre*.—*Maués*.—Estamos aquí desde ayer tarde: al llegar hemos encontrado un mundurucú y su mujer, que como tipos son mas curiosos que los que hemos ido á ver tan léjos. Han venido para tratar sobre asunto de un establecimiento situado á unas veinte jornadas de Maués. El hombre tiene todo el rostro pintado de azul oscuro; esta singular careta termina en los bordes por un bonito dibujo de media pulgada de anchura que da la vuelta por las mejillas y la barba; en las orejas tienen grandes agujeros para colocar pedazos de madera en los dias de gala. Todo el cuerpo está cubierto por una red de líneas pintadas; pero como nuestro mundurucú se halla ahora en país civilizado, se ha puesto pantalon y camisa. En la mujer la pintura no cubre sino la parte inferior del rostro; todo lo demás queda libre á excepcion de la línea de los ojos y de la nariz; la barba y el cuello presentan ese mismo dibujo que vimos ayer en el semblante de la anciana. Estos mundurucús no hablan portugués, y parecen poco dispuestos á contestar á las palabras del intérprete.

M. Agassiz ha tenido suerte en sus exploraciones. Aunque solo estamos á corta distancia de Manaos, localidad cuyos peces conoce bien, encuentra alrededor de Maués y en las cercanías un número sorprendente de especies y géneros nuevos.

Como por donde quiera que vamos todo el mundo se hace naturalista por deferencia á M. Agassiz, nuestro buen amigo el presidente, siempre deseoso de hacer cuanto es posible para facilitar los estudios, ha puesto en movimiento las mejores barcas pescadoras que ahora trabajan para M. Agassiz.

El comandante del buque, cuando este se halla anclado, ocupa su gente en la misma tarea; y M. Michelis y sus amigos buscan por su cuenta. Algunas veces, sin embargo, ocurre alguna

contrariedad de que son causa la ignorancia y supersticion de los pescadores. Desde que estamos en el Amazonas, M. Agassiz desea obtener una muestra de boto, especie de marsuino propio de las aguas que exploramos. Nada mas difícil: como la carne de este animal no es comestible, nada puede inducir al indio á tomarse la molestia de buscar uno. M. Michelis ha insistido mucho con los pescadores sobre el valor de la presa, y ayer por la tarde, cuando nos levantábamos de la mesa, han llegado por fin á decirnos que se habia cogido un boto, y que ya le conducian desde la playa á la casa.

Seguido de todo el cortejo de sus amigos, el feliz naturalista se apresuró á ir á contemplar el tesoro codiciado hacia tanto tiempo.

Era efectivamente un boto; pero... horriblemente mutilado, porque un indio tuvo empeño en cortarle una aleta, remedio soberano contra la enfermedad; otro le arrancó un ojo, á fin de confeccionar un sortilegio, con el cual podria hacerse corresponder de la mujer amada, y los demás se llevaron algun pedazo. A pesar de las mutilaciones, M. Agassiz quedó muy contento, y durante toda la noche vigiló con mucho cuidado su presa, por temor de que algun otro indio supersticioso fuera á buscar un remedio ó un sortilegio.

18 *de diciembre*.—El laudable celo por la zoología no hace descuidar la coleccion de palmeras que comienza á ser considerable. Esta mañana hemos ido al bosque para recoger arbolillos de esta familia, que servirán de términos de comparacion con otros árboles de la misma especie completamente desarrollados, y recogidos ya para el trasporte. Mil cosas de estos bosques atraen la vista, haciendo olvidar un momento el objeto principal.

¡Cuántas veces nos hemos detenido para admirar un esbelto tronco que constituia por sí solo todo un mundo de vegetacion! En cada nudo, en cada ángulo se prenden los parásitos; los bejucos penden de las altas ramas llegando al suelo; los sipos enlazan el tronco tan estrechamente, y son tan compactos entre sí, que forman como las estrías de una columna. Muchas veces nos hemos detenido tambien inmóviles, escuchando silenciosamente el silbido del viento entre las hojas de la palmera á cincuenta piés de altura; no es el susurro lento y sordo del aire en el ramaje de los pinos de nuestros bosques: diríase que es el murmullo de un arroyuelo.

A través de la estrecha senda, una enorme mariposa, de ese azul vivo que admiramos en las colecciones de insectos del Brasil, flota con suavidad cerca de nosotros; hállase á nuestro alcance, y de pronto queda inmóvil sobre una flor parda manchada de blanco. Nos aproximamos con precaucion, pero una hoja seca cruje bajo mis piés, y la mariposa huye, abriendo de nuevo sus alas, como para ostentar todo el brillo de sus maravillosos colores. El movimiento de este morfo, que se cierne en el aire, contrasta singularmente con el vuelo cortado de los heliconios: el primero apoya mucho en el aire sus alas, y los otros le baten con un aleteo rápido y tembloroso.

27 *de diciembre*.—Ya estamos en Rio-Negro, mas allá de Manaos. El primer dia se ha pasado sin ningun incidente notable. Rara vez hace en esta region un tiempo como el de hoy; durante los seis meses que estuvimos en el Amazonas, esta es la única que se ha sentido fresco aunque el cielo estuviese encapotado. En este país, la frescura es comunmente resultado de la lluvia; apenas aparece el sol, el calor es intenso; pero ayer soplaba una fuerte brisa sobre el Rio-Negro; las oscuras aguas del rio habian adquirido por esta causa un tinte azul, y en la superficie se rizaban blancas ondas. Muy curioso es el Rio-Negro, este afluente del Amazonas, que recibe ramificaciones del padre comun. Un poco mas arriba de su confluencia con el Solimoes, este último envia al Rio-Negro pequeños afluentes, por los cuales hemos pasado ayer. El contraste de las aguas lechosas de estos rios con el tinte negro de la corriente donde se vierten, basta para que se las reconozca al punto. Este no es el único ejemplo de formarse un rio en tan gigantesco sistema de aguas dulces. Humboldt, en efecto, al hablar de la doble comunicacion que existe entre el Cassiquiare y el Rio-Negro, y del gran número de ramificaciones por las cuales se ponen en comunicacion el Rio-Blanco y el Hyapura con el Rio-Negro y el Amazonas, dice:

«En la confluencia del Hyapura se observa un fenómeno mas extraordinario aun: antes que ese rio se reuna con el Amazonas, este último, que es el depósito general, envia al Hyapura, que no es sino un tributario, tres ramificaciones: el Uaranapu, el Manhama y el Avateparana. El astrónomo portugués Ribeiro ha demostrado este hecho importante. El Amazonas proporciona así aguas al Hyapura antes de recibir á este afluente en su seno.»

Así sucede con el Rio-Negro. El aspecto de este último es particular, y muy distinto del que ofrece el Amazonas ó el Solimoes. Las orillas se recortan en numerosos promontorios, que á intervalos estrechan el canal, formando profundas bahías. Al avanzar, parecia que franqueába-

mos una serie de barras, ensenadas y lagos. Hemos pasado ya por delante de muchos de estos; pero de tal modo abundan aquí las grandes extensiones líquidas, que no tienen nombre ni llaman apenas la atencion.

Tambien la vegetacion es distinta de la de las orillas del Amazonas. Así, por ejemplo, hemos visto pocas palmeras, y el bosque se caracteriza por un gran número de árboles cuya corona de follaje forma suavemente bóvedas planas. El mas notable, á causa de su gran elevacion y espesura, es el sumaumeira, que ya he descrito; pero esta disposicion del ramaje en forma de sombrilla no es peculiar de una especie; caracteriza un gran número de árboles del Brasil; pero es aquí mas frecuente que en otras partes.

Las orillas no parecen apenas habitadas; durante todo el dia de ayer no hemos visto sino una canoa, con cuyos tripulantes nos pusimos al habla, para preguntarles á qué distancia estábamos del pueblecillo de Tana-Peassu, delante del cual debíamos anclar para pasar la noche.

Era la embarcacion de una familia india, y su presencia nos recordó que habíamos pasado de



Cabañas indias

la region habitada, pues el hombre que empuñaba los remos estaba completamente desnudo, y la mujer y los niños ocultábanse para espiarnos con la mas viva curiosidad. Sin embargo, contestaron amistosamente que nos hallábamos cerca; y en efecto, llegamos muy pronto, al oscurecer. A esta hora tan avanzada, no hemos podido juzgar sino imperfectamente del aspecto de los lugares; solo hemos visto que las casas, en número de una docena, se elevaban sobre un terrazo en figura de media luna, formado por el declive de una pequeña ensenada que penetra en las tierras en el punto en donde nos hallamos.

Hemos llegado ayer á Pedreira, pueblecillo situado en el lindero del bosque, y que solo cuenta unas veinte casas. Este lugar merece seguramente el nombre de *cantera* ó pedrera, pues la orilla está erizada de grandes moles de roca.

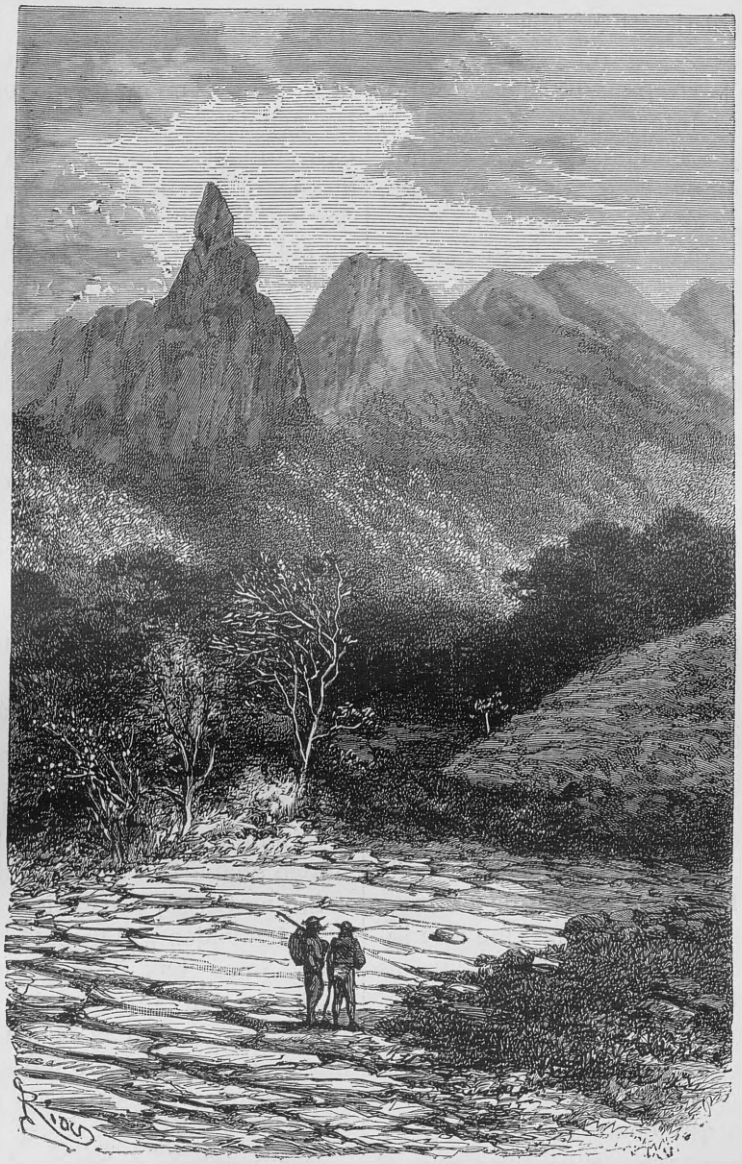
Hemos desembarcado al punto: MM. Agassiz y Coutinho han pasado la mañana ocupados en estudios geográficos, herborizando un poco al propio tiempo. Al fin de este paseo científico encontramos un campamento de indios por demás pintoresco.

El rio está tan alto en este momento, que el agua se extiende á lo léjos en el interior de la selva; en cierta parte de esta, completamente inundada, se ven algunas embarcaciones indias. Muy cerca de allí, en la tierra firme, los indios han formado un claro derribando los árboles inferiores, sin dejar en pié mas que los de la circunferencia; de modo que se forma un bosquecillo circular bien cubierto de sombra. Allí han

colgado sus hamacas, dejando fuera los jarros, las ollas y utensilios de toda especie.

En este pequeño campamento se hallaban varias familias indias que habian abandonado sus plantaciones de yuca, situadas en el bosque, para venir al pueblo á celebrar la fiesta de Navidad.

Pregunté á las mujeres qué hacian ellas y sus niños, cuyo número era considerable, cuando sobrevenia la lluvia, porque un techo de hoja



El Garafao.—De una fotografía

me parecia pobre abrigo para preservarse de los copiosos aguaceros de los trópicos. Echáronse á reir, al oir mi pregunta, y enseñándome las canoas, dijéronme que en semejante caso se refugiaban bajo el reducido techo de hojas de palmera que tienen en la proa todas las embarcaciones. En medio del rio no les bastaria esto para protegerse; pero debajo de los árboles del espeso bosque, las canoas no están expuestas á toda la violencia del aguacero.

Al volver al pueblo hemos encontrado al cura, que nos invitó para ir á descansar á su casa; y por el camino le rogamos que nos enseñase la iglesia. Se puede casi juzgar de la buena ó mala condicion del pueblo por el estado de la iglesia: en esta, todo demostraba el abandono; las paredes, de tierra, tenian mas aberturas de las que practicó el albañil; pero el interior parecia muy limpio, y el altar era mas bonito de lo que podia esperarse en un pueblo tan pobre como el de Pedreira, aunque tal vez le hubieran adornado mejor aquel dia, á causa de la solemnidad de las

fiestas. Como aun estábamos en la semana de Navidad, el Niño Jesus seguia reposando sobre un lecho de verdura, dentro de una pequeña cuna de hojas y flores.

El cura de este pueblecillo, el P. Samuel, es un sacerdote italiano, que ha pasado varios años de su vida entre los indios de la América del sur, en Bolivia y en el Brasil. No nos hizo, como su cofrade de Tauá-Peassú, un gran elogio de la salubridad de su parroquia; muy léjos de ello, díjonos que la fiebre intermitente, de la que él mismo habia padecido mucho, era muy comun, y que el pueblo se alimentaba miserablemente. Cuando los envíos de Manaos se retrasan un poco, no se encuentra ya en el pueblo ni café, ni azúcar, ni té, ni pan.

Como aquí no hay playa, es preciso ir á pescar á cierta distancia, al otro lado del rio, y cuando las aguas suben mucho, ya no debe pensarse en coger un solo pez. Entonces, los indios se ven obligados á nutrirse exclusivamente de la *farinha d'agoa* y de agua. Este régimen, mas que frugal, satisface las exigencias del estómago, para los que están acostumbrados á él; pero los pocos blancos que viven en este pueblo, padecen cruelmente.

¿Dónde encontraríamos mas elocuente relato de la incuria y de la indolencia de esta poblacion, que en semejante falta de alimentos en un punto donde se podria cultivar casi sin trabajo una variedad inmensa de vegetales; donde los pastos son excelentes, como lo prueba el buen estado de algunas vacas de Pedreira; y donde el café, el algodon, el cacao y el azúcar, hallando las condiciones de fertilidad y de clima mas convenientes, darian mejores cosechas que en ninguno de los países donde estos dos productos constituyen importantes artículos de exportacion? ¡Y sin embargo, en este país de la abundancia, el pueblo vive amenazado contínuamente por el hambre!

Segun he dicho ya, quince ó veinte casas, todas ellas habitadas, constituyen el pueblo; pero el P. Samuel nos aseguró que teníamos á la vista la poblacion completa; porque la fiesta de Navidad atraia á todos los habitantes de los alrededores. Dentro de pocos dias se dispersarian de nuevo para volver á sus casetas de paja y plantaciones de yuca en medio del bosque. Al decir del cura, los mas de los domingos del año, la reunion de fieles no se compone mas que de él y sus ayudantes.

Despues de haber descansado una media hora en casa de este sacerdote, invitónos á visitar su plantacion de yuca, situada á corta distancia en el bosque, asegurándonos que M. Agassiz podria obtener allí una variedad de palmeras que deseaba ver hacia algun tiempo. Semejante invitacion encierra la idea de un paseo; pero en este país, donde la superficie del suelo está inundada, las excursiones de un punto á otro se hacen por agua. Nos embarcamos, pues, en una canoa, y despues de costear durante algun tiempo el rio, penetramos en medio de bosques, comenzando á navegar en ellos. La superficie líquida estaba tersa como un espejo; elevábanse sobre ella los árboles, y las largas ramas sumergian sus extremidades. Describíamos numerosos círculos alrededor de sus troncos, flotando sobre los verdes bosquecillos. Cada hoja se reflejaba claramente, y el bosque y el agua se confundian entre sí de tal modo, que hubiera sido difícil decir dónde comenzaba aquel ó se terminaba esta. La sombra y el silencio nos rodeaban tan completamente, que solo el ligero rumor de los remos turbaba aquella calma profunda.

Al cabo de una hora nos detuvimos en la tierra firme, desembarcando con los remeros; y bien pronto resonó en el bosque el ruido de las hachas, y las palmeras cayeron con gran estrépito.

Volvimos con la canoa cargada hasta el borde de palmeras y de una infinita variedad de plantas nuevas para nosotros.

Ya era tiempo de pasar á bordo del *Hycuhy*, pues apenas estuvimos en el puente, cuando se abrieron las cataratas del cielo lanzando un diluvio. No me puedo acostumbrar á la violencia y volúmen de estos torrentes de agua, y cada nuevo chaparron es para mí una sorpresa.

Sin embargo, la estacion no es un obstáculo para los viajes y el trabajo como nosotros creíamos, pues hay intermitencias y no es raro disfrutar sin interrupcion de varios dias de buen tiempo. En la estacion desfavorable no llueve por necesidad todos los dias, así como no nieva en nuestro país diariamente en invierno.

Dos palabras sobre geología. El granito de Pedreira, de que nos habian hablado, es en realidad una mica de esquisto granitario, es una roca metamórfica en el mas alto grado, de estratificacion indistinta, y que por su composicion se asemeja al granito; está en contacto inmediato con el drift rojo que la cubre.

31 *de diciembre*.—Ya estamos de nuevo en marcha hácia Manaos, despues de una corta estacion en Tauá-Peassú. Durante los dos dias trascurridos entre nuestra primera y segunda visita, el cura habia preparado una numerosa coleccion de palmeras para M. Agassiz; la que poseemos es ya muy rica; y aunque al secarse

los ejemplares deben perder la belleza de los colores, esperamos que siempre quedará alguna cosa de la elegancia de su aspecto. Aunque esto no sea, siempre servirán para el estudio, tanto mas cuanto que sus flores y frutos se han conservado en alcohol.

Ahora acabamos de recibir un ejemplar del *baccabá*, ó palmera del vino, cuyas flores penden en forma de cordoncillos de color carmesí con bayas de un verde claro; diríase que son largas varillas de coral manchadas de verde, y colgantes del tronco sombrío del árbol. No es menos hermosa la florescencia del cocotero, que se ve por todas partes, aunque no es indígena. Las flores salen de su vaina como una larga pluma de barbas, de color blanco suave; pero una pluma como estas es tan pesada, á causa de las flores que penden del eje, que con dificultad se puede levantar. No por eso es menos pintoresco su efecto cuando se balancea á lo alto del tronco por debajo del follaje.

No creo que entre los rasgos característicos de los paisajes tropicales se cuente uno de que nos formemos tan imperfecta idea como del que constituye las palmeras; su nombre es *legion*. La variedad de sus formas y frutos, de sus flores y hojas es verdaderamente maravillosa. En una nota de M. Agassiz sobre la flora de esta region encontramos los detalles siguientes:

«Como grupo natural, las palmeras se destacan de todos los demás vegetales por una individualidad y un carácter notablemente distintos. Sin embargo, este carácter comun, que constituye un órden natural tan bien definido, no les impide ofrecer las diferencias mas asombrosas. Como conjunto, ninguna familia de árboles posee una fisonomía tan uniforme; como géneros y especies, ninguna es mas variada, aunque haya otras que contienen mayor número de variedades. Las diferencias me parecen determinadas en gran escala por la disposicion particular de las hojas. A decir verdad, pueden considerarse las palmeras como elegantes diagramas de las leyes primarias, que regulan, en todo el reino vegetal, la disposicion del follaje al rededor del eje, leyes reconocidas hoy por todos los botánicos ilustres, y designadas por ellos con el nombre de *filotaxia*. La disposicion mas sencilla en esta matemática del mundo vegetal, es la de las gramíneas, en las cuales alternan las hojas en las caras opuestas al tallo, dividiendo así en mitades iguales el espacio que les rodea. A medida que el tallo se prolonga, estos pares de hojas se espacian cada vez mas sobre el eje. Solo en las espigas de algunos géneros, las vemos agrupadas en el eje con una compacidad tal, que forman como una cabeza oprimida. La palmera designada con el nombre de baccabá de Pará (œnocarpus distychius) es un magnífico ejemplo de esta disposicion. Las hojas están pareadas, una sobre otra, en la extremidad del tronco, pero en contacto inmediato, de modo que forman una espesa corona. A causa de esta disposicion de las hojas, el aspecto de dicha palmera difiere completamente del de los otros árboles de la familia, de mí conocidos. No sé si hay una especie cuyas hojas estén alineadas en tres planos verticales, como se verifica en los juncos y las cañas de nuestros pantanos. Tal vez suceda esto con el jacitara (desmonchus), cuyo tallo endeble y trepador no permite una observacion segura. La disposicion en cinco líneas es comun á todas las palmeras que en su juventud ostentan sobre el suelo un grupo de cinco hojas completamente desarrolladas, en el centro del cual se destaca una sexta en forma de pica.

»Cuando estos árboles son ya muy grandes, presentan de ordinario un chapitel compuesto de diez á quince hojas, ó aun mas, divididas por series de cinco sobrepuestas, pero tan compactas y oprimidas, que el todo parece como una cabeza globulosa. Algunas veces, sin embargo, este chapitel está mas abierto, como sucede, por ejemplo, en el inajá (Maximiliana regia), cuyo tronco no es muy alto, y cuyas hojas, siempre diferentes por ciclos de cinco, se desvian nuevamente, formando como una urna abierta que reposa en la extremidad de una esbelta columna. El assai (Euterpe edulis) tiene las hojas agrupadas por ocho, y jamás presenta sino un ciclo único. Se pueden contar sin embargo, siete hojas solamente cuando la primera del ciclo primitivo ha caido antes que se haya abierto la novena, que comienza el segundo ciclo, y tambien puede haber nueve si la primera hoja del nuevo, novena en el órden, se abre antes de la caida de la que comenzó el ciclo inicial.

»Así pues, bajo la base de un solo y mismo principio de evolucion se introduce una variedad infinita entre los árboles de un mismo órden, por medio de ligeras diferencias en la distribucion y constitucion de las hojas.

»...Uno de estos árboles es un enorme sumaumeira, cuyo tronco está sostenido en la base por una especie de arcos naturales. Estos contrafuertes parten del árbol á ocho ó diez piés del suelo, desviándose insensiblemente de la base; y no tienen menos de diez á doce piés de profundidad. La parte inferior del árbol se halla dividida así en compartimientos abiertos, tan grandes algunas veces, que se podrian colocar en ellos dos ó tres personas. Esta disposicion

notable no es propia de una sola especie de árbol, sino muy frecuente en varias familias, y parece constituir de hecho uno de los rasgos característicos de los árboles en este país. Hasta se da el caso de que esos contrafuertes ó estribos estén parcialmente desprendidos del árbol, soldándose solo en su punto de partida; de modo que parecen apoyos distintos.»

XII

Descenso por el Amazonas —Regreso á Pará y Rio —Establecimientos de caridad.—Los Organos —Terezópolis.

El 15 de enero de 1866 nos embarcamos en el *Hycuhy*, para comenzar nuestro viaje de regreso. No pudimos alejarnos de Manaos sin ir á despedirnos por última vez de la gran cascada que debia desaparecer por toda una estacion



India mamaluco.—De una fotografía

bajo la avenida de las aguas del gran rio; ya subian hácia el embaldosado de arenisca desde donde se precipita la corriente superior; el aspecto del bosquecillo que la rodea ha sufrido un cambio, y todo anuncia la gran inundacion anual. El 17 estábamos en Villa-Bella; el 21 en Obydos; el 26 en Monte-Alegre; el 1.° de febrero en Porto-Moz, sobre el Rio-Xingue; y por último, el 4 del mismo mes entrábamos en Pará con una abundante cosecha de estudios y buenos recuerdos. Por todas partes nos habian acogido como peregrinos de la ciencia y amigos del imperio brasileño.

Durante este viaje de regreso fué cuando vimos por primera vez, cerca de Villa-Bella, en sus aguas natales, la *Victoria régia*. Las hojas eran muy grandes, midiendo algunas de ellas de cuatro á cinco piés (un metro cincuenta y dos centímetros) de diámetro; pero tal vez habian perdido algo de su frescura, y tambien de su forma natural; de todos modos, el borde se levantaba de una manera visible, y á veces se apoyaba de plano sobre el agua. Vimos botones, pero ninguna flor abierta. Por fortuna, la hija de un pescador, habiendo sabido cuánto deseaba verlas, fué á buscar una á un punto lejano que no tuvimos tiempo de visitar, y me trajo una preciosa muestra. Los indios dan á la familia un nombre característico, *forno* (horno), á causa de la semejanza que ofrece con los espacios huecos poco profundos donde cuecen su pan de yuca. La *Victoria régia*, con su formidable armadura de espinas, sus hojas colosales y sus caprichosas flores, cuyo matiz pasa desde el blanco atercio-

pelado por todas las gradaciones del color de rosa hasta el púrpura oscuro, para ofrecer en el centro un tinte lechoso algo amarillento, ha sido descrita con bastante frecuencia para que yo lo haga de nuevo aquí. Y sin embargo, no la hemos podido ver en las aguas donde nace sin experimentar una impresion demasiado viva ante este tipo, si tal puedo decir, del maravilloso desbordamiento de la naturaleza vegetal en los trópicos. Por extraña que parezca cuando se la admira en el estanque de un prado artificial, donde produce tal vez mas efecto á causa de su aislamiento, obsérvase en ella, vista en el centro que le es propio, un encanto mas grande aun, el de la armonía con todo lo que le rodea, con la masa compacta del bosque, con las palmeras y los parásitos, con las aves de brillante plumaje é insectos de colores maravillosos; y hasta con los mismos peces, que ocultos en las aguas, debajo de ella, no tienen matices menos ricos y variados que los habitantes del aire.



India mamaluco.—De una fotografía

Pará y la isla de Marrajo entretuvieron á monsieur Agassiz mas tiempo del que esperaba, pues propúsose estudiar la geología de estas regiones, en otra época mucho mas extensas por el Oriente, y que están contínuamente batidas por las olas del Océano y del Amazonas.

Despues de haber hecho escala en Cerea y Pernambuco, nos hallamos al fin en Rio-Janeiro, en nuestra antigua habitacion de la Rua-Direita.

Cuando llegamos á Rio-Janeiro, el año último, M. Agassiz estaba tan ocupado en trazar los planos de sus expediciones, que no habia tenido tiempo de visitar las escuelas de la ciudad y los establecimientos de beneficencia; y no ha querido salir de Rio-Janeiro sin conocer alguna cosa de los de esta gran capital; de modo que nuestro asunto mas importante ahora consiste *en ver cuanto hay que ver*. Esta mañana hemos visitado el hospital de la Misericordia: tal vez daré mejor una idea de este establecimiento y de las condiciones en que se halla en la actualidad, diciendo antes lo que era en otra época.

Hace cuarenta años existia en Rio-Janeiro un hospicio titulado la Misericordia: componíase de algunas salas bajas, á las que se subia por estrechas y empinadas escaleras, y los alrededores eran oscuros y de difícil acceso.

Al decir de los facultativos, que eran estudiantes en aquel tiempo, la organizacion interior se

igualaba con el aspecto general en cuanto á su mísera condicion. El piso estaba húmedo y sucio, tanto como las camas; y la ausencia de todo sistema de ventilacion perjudicaba mucho mas por la falta general de cuidados y asistencia. Los cadáveres esperaban sepultura en una pequeña habitacion donde las ratas hacian su agosto; y segun me ha dicho un médico que despues ocupó en Rio-Janeiro una posicion envidiable, algunas veces, al ir á buscar los materiales de sus estudios anatómicos, vió á los roedores muy ocupados en el cuarto de los cadáveres, costándole no poco trabajo expulsar á los atrevidos visitantes.

Hé aquí lo que era la Misericordia cuando el Brasil conquistó su independencia; veamos ahora lo que es hoy.

El establecimiento actual se eleva en el propio terreno, pero ocupando una extension mas considerable: cuando el edificio esté terminado, se compondrá de tres cuerpos paralelos, de longitud proporcionada á su anchura, enlazados por pasadizos, y separados por patios interiores. El pabellon central, destinado á los hombres, se halla á disposicion de los enfermos de mucho tiempo; el de fachada, que tiene vistas á la bahía, está casi concluido, y servirá para los almacenes, habitaciones de los médicos, despenseros, etc. Por último, el tercer cuerpo de edificio, no comenzado aun, será para las mujeres y niños, relegados hoy al hospital viejo.

Examinemos ahora el pabellon central: se entra por un espacioso vestíbulo, embaldosado de mármol; y otro mas pequeño se comunica con dos salas públicas, donde se dan las consultas, administrando gratis los remedios.

Una ancha escalera de madera de color oscuro conduce á inmensos corredores, á los cuales dan las salas, y que reciben la luz de los verdes jardines encerrados entre los pabellones, á los cuales tienen vista. Los convalecientes pueden pasearse en aquellos á su antojo, ó bien reposar á la sombra.

Nos ha recibido en la primera sala una hermana de la Caridad, que en ausencia de la superiora, se encarga de enseñar el establecimiento. La descripcion de una sala basta para conocer todas las demás, porque todas son semejantes. Es una larga habitacion, con entarimado en el pavimento; las camas están alineadas á cada lado, y separadas por un pasadizo ancho y cómodo; entre cada dos hay una puerta ó una ventana, y en el intervalo se ve en un pequeño nicho practicado en la pared un anaquel movible, donde se ponen uno ó dos vasos ó jarras con la bebida del enfermo.

La pared está cubierta hasta la altura de seis ú ocho piés de azulejos blancos y azules, lo cual evita la humedad y facilita la limpieza, dando á la sala un marcado aspecto de aseo y frescura.

El pavimento es de madera del país, de color oscuro, y le enceran tan bien, que no se descubre una sola mancha en la pulimentada superficie. Los lechos se componen de un jergon bien relleno y un colchon de crin bastante grueso; las sábanas y las almohadas ofrecen una agradable blancura. En resúmen, todo es en esta sala aseado; hay buena ventilacion y espacio suficiente, reconociéndose en cada cosa el órden mas perfecto y una exquisita limpieza.

Las salas de baño se comunican convenientemente con los dormitorios; las pilas son grandes, todas de mármol, y abundan en agua caliente y fria.

Desde las salas públicas se pasa á unos anchos corredores, donde están las habitaciones particulares para uso de las personas que, no pudiendo cuidarse convenientemente en sus casas, ó bien por ser extranjeras, prefieren ir al hospital en caso de enfermedad. El alquiler de estas habitaciones es de los mas módicos: se pagan siete pesetas cincuenta céntimos por una habitacion con una cama, cinco pesetas por las que tienen dos, y tres con setenta y cinco céntimos por las de seis. En este precio van comprendidos los gastos de médico y medicina.

Desde las salas destinadas para los atacados de fiebre pasamos á aquellas donde se recibe á los heridos, é inútil es decir que hay en ellas el mismo aseo y buena conservacion. Por último, las salas de operaciones y las que contienen todo el arsenal quirúrgico ofrecen igualmente un órden perfecto, y no falta absolutamente nada en ellas.

No debemos salir de la Misericordia sin decir algunas palabras acerca del hombre á que debe su carácter actual, don José Clemente Pereira.

El nombre de este brasileño no se relaciona solamente con el hospital de la Misericordia, sino tambien con un magnífico asilo para los locos en Botafogo, bajo la proteccion del emperador actual. Una buena parte de los fondos necesarios para fundar este establecimiento fué obtenida de un modo bastante original, el cual revela que Pereira conocia muy bien á sus compatriotas. Los brasileños son muy aficionados á los títulos, y el gobierno ofreció distinciones de esta especie á los ciudadanos ricos que quisieran hacer algo por el manicomio. Con este motivo se dieron títulos de comendadores, de barones, etc., siendo proporcionada la importancia de aquellos con la del donativo. Así se recogie-

ron considerables sumas; y hé aquí cómo varios de los títulos de Rio-Janeiro han adquirido sus cartas de nobleza.

Cuando desembarqué en Rio por primera vez, la casualidad me facilitó ocasion de visitar este establecimiento: habiendo entrado sin recomendacion, ví algunas salas, asistiendo al servicio divino en la capilla por espacio de algunos instantes. Confieso que me admiró el órden y la calma que allí reinaban, y nunca hubiera imaginado que aquello podia ser un manicomio.

Mas tarde he visitado todo el establecimiento con el doctor Pacheco y M. Agassiz. El edificio da frente á la bahía de Botafogo, cuya playa llega casi hasta su pié; á la derecha está la pintoresca playa de que forma Pao de Assucar uno de los lados, y á la izquierda se extiende el admirable valle del Corcobado. De este modo, mirando hácia el mar, y circuido de montañas, tiene por todos lados las mas grandiosas perspectivas.

El plano del edificio ofrece en su disposicion general alguna analogía con el de la Misericordia; es una elegante construccion de piedra, tal vez un poco demasiado larga en proporcion á su altura; y se compone de pabellones para idiotas, trasversalmente enlazados por corredores. Estos últimos encierran patios plantados de árboles y flores, que constituyen bonitos jardines. El gran vestíbulo central está adornado por una parte con las estatuas de Pinel y de Esquirol, dos médicos franceses, maestros en el arte de tratar las afecciones mentales. Estas estatuas tienen poco mérito como obras artísticas; pero no dejan de conmover al observador, porque revelan un sentimiento de gratitud por lo que hicieron aquellos hombres en favor de la ciencia y de la humanidad.

Una ancha escalera conduce á la capilla: hemos examinado con interés los adornos del altar, obra de los enfermos, quienes se complacen en trabajar por el decorado de su capilla haciendo flores artificiales, etc. En el mismo piso hay una vasta sala donde se halla la estatua del emperador Pedro II, segun ya he dicho en otro lugar; frente á ella elévase la de Pereira, y es digno de notarse que esta última fué regalada por el emperador, quien dió órden de colocarla frente la suya. La figura, muy en armonía con la historia del hombre, expresa á la vez en el mas alto grado la benevolencia y la decision.

Una de las salas está ocupada por una especie de taller donde los enfermos se dedican á la confeccion de diversas obras de capricho, el bordado, las flores artificiales, etc.

Desde aquí pasamos al hospicio propiamente dicho. Así como en la Misericordia, las salas son espaciosas y altas, y hasta la altura de un hombre tienen baldosas de colores, comunicándose con grandes pasadizos que reciben la luz de los jardines. Algunos dormitorios contienen hasta veinte camas; pero los mas son pequeñas habitaciones, sin duda porque se ha juzgado preferible el aislamiento de los enfermos durante la noche.

Apenas hemos observado en las fisonomías de los pacientes algunos indicios de sufrimiento y malestar. Contábanse uno ó dos casos de monomanía religiosa: los infelices poseidos de ella tenian la mirada fija y la tristeza absorbente, que son los síntomas de esta forma de locura. Hemos observado tambien una ó dos veces esa mirada distraida, esa locuacidad sin consecuencia, y esa risa maquinal que se ven siempre en estos asilos destinados á la curacion y á la mas triste de las enfermedades del hombre; pero por lo general predominaba en los semblantes la expresion del que está satisfecho.

Con muy pocas excepciones todos los enfermos se ocupaban en algo: las mujeres en la costura y el bordado, y los hombres en trabajos de cerrajero, de zapatero ó de sastre, y hasta en hacer cigarros para el uso del personal, ó estopa con las cuerdas viejas.

La superiora nos dijo que el trabajo constituia el mayor de los remedios, y aun cuando no era obligatorio, todos los enfermos solicitaban ocuparse en algo.

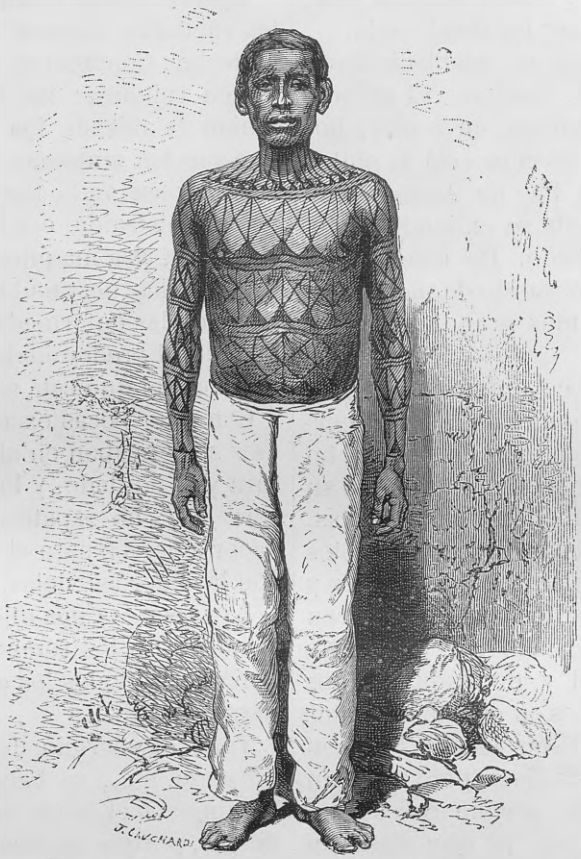
Todo el servicio de la casa, lavado, barrido, limpieza, etc., se hace por los pensionistas. El domingo es el dia de mas cuidado para los guardianes, porque las mas de las ocupaciones ordinarias se suspenden y los infelices se indisciplinan tanto mas cuanto menos tienen que hacer.

Desde estas habitaciones, donde todos estaban entretenidos y completamente serenos, hemos pasado á un corredor que cierra un ancho patio donde algunos de los locos demasiado turbulentos para ser empleados, paseábanse gesticulando y gritando. El corredor da entrada interiormente á una serie de habitaciones donde están encerrados los infelices cuya violencia obliga á recurrir á este medio. Las puertas y ventanas tienen reja, y las celdillas, aunque desprovistas de muebles, tienen buena luz y ventilacion, y no son calabozos.

Pocas de ellas estaban ocupadas: al pasar por delante de una, precipitóse un hombre hácia la puerta y nos gritó que no estaba loco, y que le tenian preso porque habia matado á Lopez, dictador del Paraguay, y por lo cual le correspondia de hecho ser emperador del Brasil. Por el

corredor pasamos á las salas de baños, dispuestas con gran lujo: las pilas, que son de mármol, están empotradas en el pavimento, y son de diversa profundidad, para que el enfermo pueda permanecer de pié ó sentado. Diversos mecanismos permiten que el agua caiga á chorro, en forma de lluvia ó de cascada.

Este hospital, así como el de la Misericordia, está administrado por las hermanas de la Caridad, y es modelo de limpieza. La superiora me llamó la atencion por su aspecto tranquilo y mirada inteligente: por ella supimos algunos detalles curiosos respecto á los caractéres de la locura de este país. Díjonos que los dementes furiosos figuran en muy reducido número, y que su manía cede con facilidad al tratamiento; y la



Indio mundurucú—De una fotografía

locura en general es mas comun en los pobres que en los ricos.

Aunque el asilo posee habitaciones particulares para los enfermos que pagan, no hay nunca mas que ocho ó diez de esta categoría. El manicomio de don Pedro es el único de este género en Rio-Janeiro, sin contar las casas de salud donde se recibe tambien á los que han perdido la razon.

Entre los dementes se contaban mas negros de lo que yo podia suponer, pues existe la preocupacion general de que la locura es rara en los hombres de color.

En resúmen, salimos muy admirados de la superioridad del establecimiento. Un país que sabe elevar á semejante altura las casas de beneficencia no puede menos de poner mas pronto ó mas tarde al mismo nivel sus instituciones para la instruccion pública y todos los establecimientos de interés general.

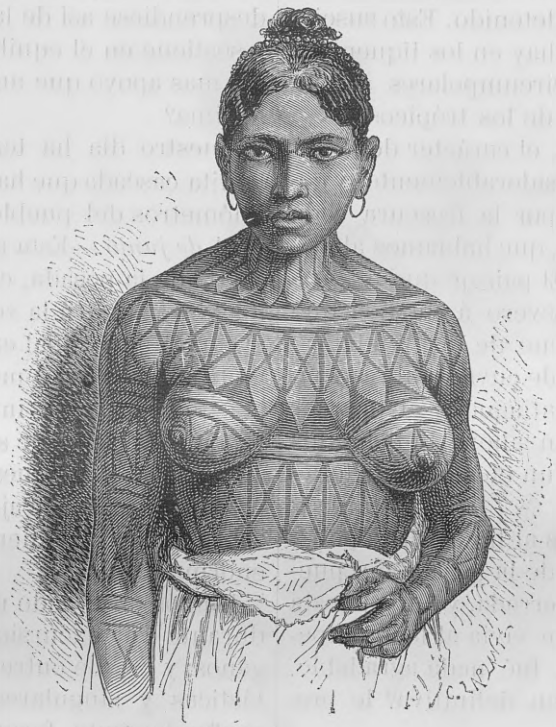
10 *de junio.*— *Terezópolis.*—En compañía de M. Glaziou, director del jardin público, y del doctor Naegeli, hemos emprendido ayer una excursion á las montañas de los Organos, tomando en Rio el vapor que se dirige á Piedade.

Nos hemos detenido algunos instantes en la pequeña isla de Paquetá, una de las mas encantadoras de la bahía, donde abundan las palmeras, entre las cuales se ven preciosas casitas de campo. Nada tan pintoresco como sus orillas, recortadas en forma de caletas poco profundas. Hemos llegado á eso de las cinco al primer grupo de casas llamado Piedade, donde nos ha trasportado el ómnibus al pié de la Sierra. Las horas de mas movimiento para los coches públicos parecen haber sido combinadas ingeniosamente

para impedir al viajero admirar las bellezas del camino.

La mayor parte de nuestras cuatro horas de viaje ha trascurrido despues de cerrar la noche, y como compensacion, nuestro regreso se efectuó antes de salir el sol. Hemos pasado la noche al pié de la Sierra, y á las siete de la mañana nos dirigiamos á recorrer las montañas.

Preciso es renunciar á describir el encanto de



India mundurucú.—De una fotografía

que no hallo expresiones para describirla. Allí se ven las plantas parásitas de color carmesí, las flores purpurinas de la cuaresma, las delicadas corolas azules de la utricularia, tan ligeras y graciosas como nuestras campanillas. Por el otro lado se fija ante todo la vista en estrechas gargantas donde se escalonan bosques magníficos, en el seno de los cuales se destacan atrevidamente algunas rocas; mas allá desarróllanse extensos y anchos valles; y mas léjos aun, en la llanura que acabamos de atravesar, la vista alcanza hasta la lejana bahía, con su archipiélago de islotes y su faja de montañas. Todo este paisaje brilla á los rayos del sol ó queda velado por la sombra segun el capricho de las nubes.

La ascension se puede efectuar fácilmente en tres ó cuatro horas; pero no teníamos prisa aunque nos aguijoneaba ya un poco el apetito, el cual mitigábamos chupando algunas naranjas. Una reata de mulas que avanzaba muy lentamente por la Sierra nos alcanzó fácilmente, y hasta perdióse de vista mientras nosotros nos entreteníamos en el camino. No perdíamos, sin embargo, el tiempo: muy al contrario, M. Agassiz y sus compañeros estaban muy ocupados en examinar la vegetacion y el suelo; y deteníanse á cada paso para coger plantas parásitas, examinar los helechos y los musgos, romper piedras, atrapar insectos, ó recoger las pequeñas conchas que descubrian acá y allá.

Vimos un admirable insecto, de los mas preciosos colores, que brillaba como una piedra preciosa en la hoja donde se habia posado.

Al romper algunas piedras á lo largo del camino, M. Agassiz halló numerosos indicios del terreno errático, particularmente de las rocas de diorita, del todo diferentes de las que hay aquí. La superficie de las moles estaba descompuesta en todas partes, cubriéndola una costra uniforme, y solo despues de romper la piedra se podia

una excursion de este género, sobre todo cuando el tiempo la favorece. Pasábamos del sol á la sombra, y viceversa, preservados de la molestia del calor por una fresca brisa.

El camino serpentea suavemente por el flanco de la Sierra, y traza á veces un rodeo tan breve, que se ve á los piés todo el terreno acabado de recorrer. Por un lado está la vertiente de la montaña, cuya vegetacion es tan espléndida,

reconocer su verdadera naturaleza. A intervalos encontrábamos enormes fragmentos de rocas, algunos de ellos de seis y nueve metros. Estas grandes moles están con frecuencia suspendidas sobre el borde de los precipicios, como si al desprenderse de las alturas inmediatas hubieran sido detenidas súbitamente en su caida por algun obstáculo natural. Varias de estas moles estaban cubiertas de una espesa y blanda capa de líquenes, tan semejantes á los de las regiones árticas, que para reconocer las diferencias se necesita un exámen muy detenido. Esto suscita la cuestion de saber si no hay en los líquenes y los pinos de las regiones circumpolares alguna cosa que recuerde la flora de los trópicos.

A medida que subíamos, el carácter de la vegetacion se modificaba considerablemente, y comenzábamos á reconocer por la frescura cada vez mayor de la atmósfera, que habíamos alcanzado á las altas regiones. El paisaje que nos rodeaba era tambien mas severo á medida que penetrábamos mas en el seno de las montañas: los picos extraños, á favor de cuya sombra avanzábamos, tan afilados y puntiagudos al parecer desde cierta distancia, eran ahora imponentes moles de roca pelada, de un efecto verdaderamente grandioso.

A eso de las dos llegamos al fin á Terezópolis, y nos deteníamos delante de la posada del pueblo. Por desgracia estaba cerrada, y la respuesta que nos dió un tendero que vivia al lado, al pedir nosotros almuerzo, no fué nada agradable.

—¿Qué podeis darnos en definitiva? le preguntamos.

—Cuatro huevos y salchichas.

Por fortuna se presentó muy pronto el dueño de la posada, quien abrió presuroso su establecimiento, cuyos huéspedes, á juzgar por las ventanas cerradas, debian ser muy pocos. El posadero nos consoló asegurándonos que ya se arreglaria el almuerzo; y efectivamente, al ver la inmensa tortilla que nos sirvió á los pocos minutos, hubiérase podido creer que habia puesto á contribucion á todas las gallinas del pueblo. Almorzamos pues perfectamente, con tanta mas razon cuanto que el aire penetrante de la montaña nos abrió el apetito.

El pueblo de Terezópolis ocupa una situacion encantadora: hállase en una depresion entre las montañas, y domina un espléndido panorama de picos, uno de los cuales se eleva hácia el cielo como una alta y estrecha torre. No léjos de allí se destaca otra aguja, sobre cuya punta se mantiene en equilibrio una mole inmensa; diríase que el simple contacto del dedo bastaria para hacerla caer al abismo; y sin embargo ¡cuántos siglos hace que arrostra los furores de la tempestad y los ardientes rayos de sol! Contemplamos aquella roca que tan atrevidamente se mantenia en pié, preguntándonos si era alguna mole errática, ó el producto de la descomposicion de la roca que la sostiene. Era cosa imposible de resolver á semejante distancia; pero si la última hipótesis es la verdadera, ¿no parece extraño que los agentes atmosféricos hayan podido corroer y socavar esa masa por debajo sin destruir la superficie superior, de modo que se desprendiese así de la montaña, donde se eleva y sostiene en el equilibrio mas extraordinario, sin mas apoyo que un punto de continuidad con la cima?

Nuestro dia ha terminado con un paseo á la bonita cascada que hay en el bosque, á dos ó tres kilómetros del pueblo.

11 *de junio*.—Esta mañana á las siete hemos salido de la posada, con la intencion de pasar la noche vagando á la ventura. Despues de seguir el camino principal en el espacio de medio kilómetro, poco mas ó menos, hemos dado vuelta á la izquierda, para internarnos en un estrecho sendero cubierto de sombra. Nos ha conducido á los grandes bosques, á orillas de un estanque profundamente encajonado entre las montañas, sobre cuyas pendientes veíanse diseminadas enormes moles.

Hemos observado una particularidad curiosa durante esta excursion á la cordillera de los Organos; y es que entre estos picos de formas fantásticas y singulares, el terreno se deprime profundamente, formando hondonadas que no tienen generalmente salida. Siguiendo la orilla de uno de estos estanques naturales, en el espacio de dos ó tres kilómetros, y despues de atravesar una pequeña cordillera de mediana altura, hemos llegado á una especie de meseta que parecia suspendida sobre una de esas depresiones. Desde allí ofrecíase á nuestros ojos una magnífica vista de la cordillera, en cuyo centro hubiéramos podido creernos colocados, pues las montañas se elevaban en series alrededor de nosotros.

Sobre esta meseta hay una fazenda, llamada de San Luis, que pertenece á M. de Escragnolle. La extraordinaria belleza del sitio, y mas aun la hospitalidad del propietario, han hecho de esta fazenda la etapa favorita de los viajeros. Los jardines están trazados con muy buen gusto, y M. de Escragnolle ha conseguido reunir casi todos los frutos y legumbres de Europa, así como tambien los del Brasil. Esta es una razon de mas para sentir que no esté cultivado tan pintoresco canton.

Las peras, los albérchigos y las fresas prosperan aquí admirablemente; y lo mismo sucede con las alcachofas, los guisantes y la coliflor. El clima guarda un agradable término medio entre el calor de los alrededores de Rio, que haria crecer demasiado rápidamente estas plantas, ó las abrasaria antes de su madurez, y el frio ya sensible de las regiones muy altas de la montaña.

Sin embargo, aunque hay corta distancia de aquí á la capital, el trasporte es tan difícil y costoso, que M. de Escragnolle, en vez de enviar al mercado de Rio los productos de su huerta, alimenta á los cerdos de su granja con coliflores.



Indio mura.—De una fotografía

En este bonito campo es donde hemos pasado el resto del dia. M. Agassiz y M. Glaziou subieron hasta la cima de la montaña próxima; pero no pudieron disfrutar de tan buena vista como esperaban, á causa de la presencia de un espolon intermediario. Sin embargo, les ha sido posible distinguir tres series paralelas separadas por depresiones. A la caida de la tarde, á la hora en que los altos picos brillaban á los rayos del sol poniente, y cuando las sombras se extendian sobre los valles, nos hemos despedido, no sin pesar, de nuestro amable patron, quien deseaba conservarnos algunos dias mas en su compañía.

El sendero que habíamos seguido por la mañana, sin echar de ver las desigualdades del terreno, nos parecia entonces cortado é impracticable; las pendientes por las cuales se prolonga parecian precipicios á causa de la oscuridad, y no pasábamos sin gran precaucion entre las rocas, por encima de los árboles caidos á través de los arroyos. Muy hermosa nos pareció la claridad de las estrellas cuando al salir por fin de los grandes bosques penetramos en el camino principal. El pueblo estaba á nuestros piés; sus pequeñas luces brillaban en la oscuridad; los agudos picos y las altas torres se destacaban bajo el cielo de la noche con singular limpieza.

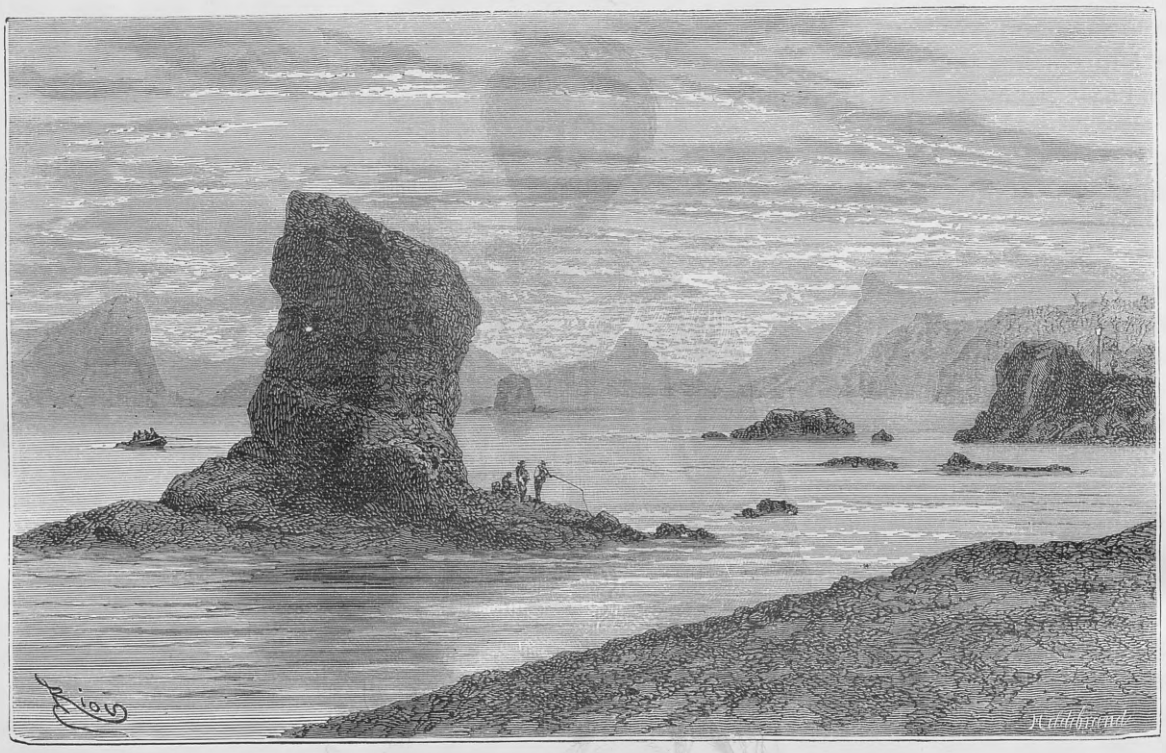
12 *de junio.—Barreira.*—Nos hemos puesto en camino á las siete de la mañana para bajar de la Sierra. M. Agassiz deplora la necesidad que le obliga á alejarse de aquí despues de tan breve exámen de los caractéres mas notables de esta region. Un naturalista podria pasar aquí meses enteros, y verse cada dia mas favorecido en resultados.

En el instante de salir de la posada, el sol comenzaba á dorar la cima de los montes; las nubes, de un blanco sonrosado, que elevándose

desde el fondo de los valles flotaban hácia las alturas, parecian desgarrarse en pedazos en las salientes de las rocas.

Como podemos disponer de todo el dia, hemos bajado tan lentamente como subimos, deteniéndonos á cada instante para coger una planta, examinar una roca, ó admirar la situacion singular de las grandes moles que á menudo se hallan en el borde de un precipicio.

Poco á poco me adelanté á mis compañeros, y fuí á sentarme sobre un muro de piedra que formaba un parapeto á orillas del camino. Ante mí elevábase la superficie pedregosa y pelada de uno de los grandes picos; rodeábanle blancos vapores en el centro de una faja de nubes, y la parte superior quedaba en la sombra. Por el lado opuesto veia hundirse los valles cubiertos de bosque y las montañas en singular confusion,



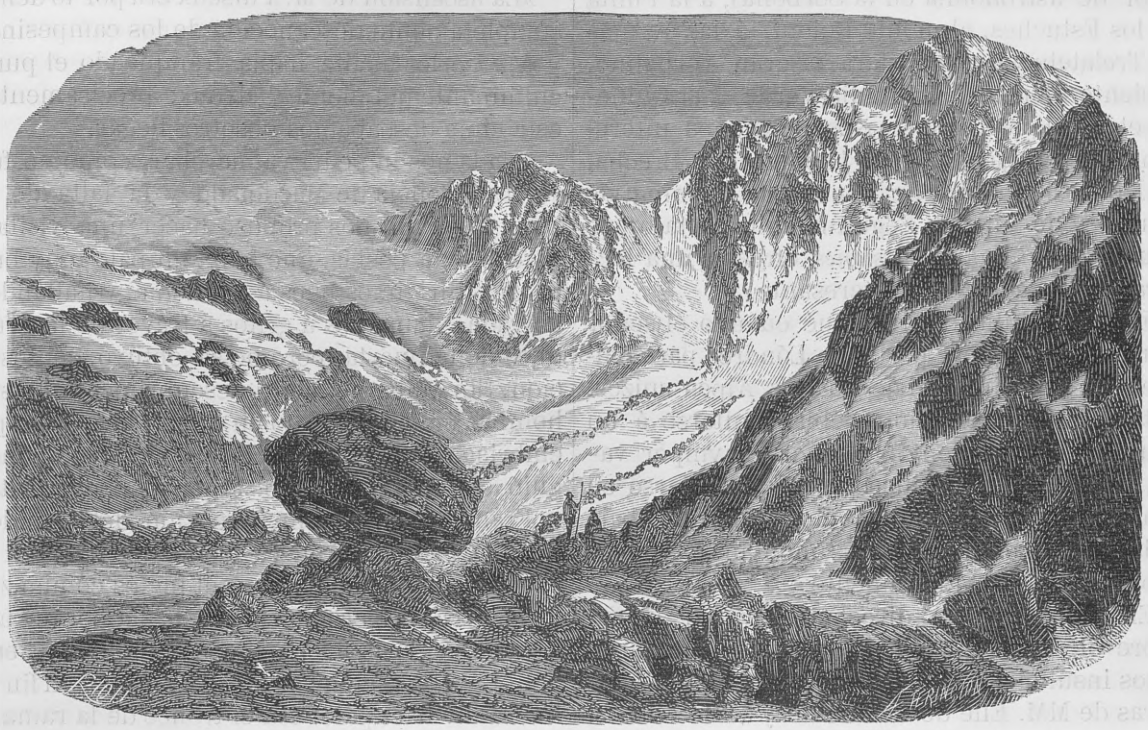
Itapuca.—De una fotografía

mientras que algo mas abajo, hasta el mar, extendíase la llanura, ondulada como un océano sin fin de verdosas olas. La calma que allí reinaba comunicaba al conjunto un aspecto mas imponente; solo interrumpia el silencio á intervalos el rumor de las pisadas de las mulas, cuando por casualidad bajaba una reata con prudente paso por el camino granítico. Estando aun sentada, pasó por delante de mí una silla de mano, conducida entre dos mulos: este medio de trasporte desaparece cada vez mas por el perfeccionamiento de las vias de comunicacion; pero aun está en uso para las señoras y los niños en ciertas localidades.

A medio camino hacemos alto en una pequeña venta para almorzar. En este punto de la Sierra, las rocas son muy notables á causa de su tamaño y extraña posicion.

Por último, entre las dos y las tres llegamos á orillas de la Sierra; y poco despues regresábamos á Rio, poniendo término á nuestras excursiones por las provincias brasileñas.

FIN DEL VIAJE AL BRASIL



Un glaciar de los Alpes

VIAJE POR LOS ALPES

ESCRITO POR

M. ADOLFO JOANNE

I

Ascension al Pelvoux.—Paso de un bergschrund (1) á la garganta de Pilatos.—Un mal paso en la Punta de los Estuches.—El bergschrund del Diente Blanco.—La garganta Dolent —El desfiladero de Moming.

Entre los individuos del Club Alpino de Lóndres que hace quince años han adquirido en los Alpes suizos ó franceses una reputacion europea, MM. Tyndall, F. F. Tuckett, Mathews, Stephens, Ball, Kennedy, etc., el mas generalmente conocido es sin disputa el señor Eduardo Whymper. Debe su celebridad extraordinaria, no solo á las grandes ascensiones que emprendió, primero entre todos sus rivales, y á su audacia y satisfaccion de llevarlas á buen fin, sino muy en particular, al terrible accidente ocurrido en la bajada del monte Cervino, donde vió caer á su vista en un abismo de mas de mil metros, sin poder prestarle socorro, al mejor guia de los Alpes, Miguel Croz, con tres de sus jóvenes y atrevidos conciudadanos, Hudson, Hadow y lord Douglas. Hé aquí porqué el relato de sus *Excursiones entre los Alpes, en los años de* 1860 *á* 1869, libro publicado en Lóndres en 1870, ha tenido un éxito inmenso á pesar de la guerra. La primera edicion se agotó en pocos dias; la tercera no tardó en suceder á la segunda, fechada en 1871; y muy pronto se anunciaron las traducciones en Francia, Alemania é Italia. El éxito es merecido; el texto del libro, siempre interesante, distínguese por raras cualidades que pocas veces se reunen, como son la claridad, la concision, y el estilo chistoso que M. Whymper explota con muy buen acierto. Algunas bromas contra los franceses, algo anticuadas, y que un estilo mas severo hubiera suprimido, son los únicos puntos negros que pueden descubrirse en ese hermoso libro, agradable é instructivo á la vez.

En la mitad de sus *Excursiones*, por lo menos, el señor Eduardo Whymper hace el relato de las diversas tentativas que emprendió durante nueve años para escalar el Cervino; pero refiere tambien detalladamente sus ascensiones al Pelvoux (donde solo le acompañó M. Puiseux, pro-

(1) Un *bergschrund* es una grieta, pero una grieta particular; es la que se abre de ordinario entre un glaciar y la montaña en que aquel se apoya Cuando estas grietas, á menudo muy profundas y anchas, no están obstruidas por la nieve, son con frecuencia infranqueables.

fesor de astronomía en la Sorbona), á la Punta de los Estuches, al monte Dolent, á las Agujas de Trelatete y de Argentera, al gran Tornalino, á Diente Blanco, á la Aguja Verde, á la Ruineta, etc., así como á los pasos no menos interesantes de las gargantas de Breuil, de la Brecha, de Meije, de Pilatos, de Triolet, de Moming, de Herens y de Talefre. Segun lo indica esta breve enumeracion, las *Excursiones* ofrecen una lectura tan variada como interesante.

El 23 de julio de 1860 fué cuando el señor Eduardo Whymper partió de Lóndres para emprender su primer viaje por los Alpes suizos. Esta primera excursion debia limitarse á un simple reconocimiento: el señor Whymper vagó, en efecto, por todas partes, sin fijarse en ninguna; pero habia estudiado y dibujado bajo todas sus fases las grandes montañas á que se proponia subir primeramente.

En 1861 dirigióse directamente al Pelvoux, sobre el cual no habia obtenido sino algunos datos insuficientes, sacados sobre todo de las obras de MM. Elie de Beaumont y J. D. Forbes. La ascension hecha en 1848 por M. Puiseux, y olvidada ya por los campesinos de los valles del canton de Vaud, le era completamente desconocida. En 1860, en el mes de agosto, MM. Bonney, Hawkshaw y Mathews llevando por guia á Miguel Croz de Chamonix, viéronse obligados á renunciar, á causa del mal tiempo, á una tentativa que les habia costado ya varios dias y noches. Un práctico llamado Juan Reynaud, á quien llevaron consigo, atribuia el mal resultado á la época demasiado avanzada de la estacion.

M. Whymper, siguiendo sus consejos, llegó pues en los primeros dias de agosto de 1861 á la Bessee, pueblo del valle del Durance, donde habia dado cita para el 3 del mismo mes á su compatriota y amigo Macdonald.

Pero dejémosle la palabra en el relato de su ascension al Pelvoux.

«Desde la Bessee se ven perfectamente todos los picos del monte Pelvoux, lo mismo el punto culminante que aquel donde los ingenieros habian erigido su pirámide. Reynaud y todos los habitantes del valle lo ignoraban: los naturales del país sabian solo que los ingenieros subieron á un pico desde donde divisaron un punto aun mas alto, el cual se designó con el nombre de Punta de los Estuches; pero ignoraban si esta última se veia desde la Bessee, y no podian indicar el pico sobre que se elevó la pirámide. En nuestra opinion, todos los que veíamos nos ocultaban la cima mas alta; y para alcanzarla era preciso escalarlos todos.

»La ascension de M. Puiseux era por lo demás completamente desconocida de los campesinos, y á creerlos nadie habia franqueado el punto culminante del monte Pelvoux: precisamente á esta cima deseábamos nosotros llegar.

»Nada nos impedia ya marchar, como no fuera la ausencia de Macdonald y la falta de un palo. Reynaud nos propuso hacer una visita al maestro de postas, que tenia un palo muy bueno: nos dirigimos pues á la oficina, y hallándola cerrada, llamamos á gritos á través de las rendijas de la puerta; pero no se obtuvo contestacion. Sin embargo, al fin descubrimos á nuestro hombre en el momento en que se esforzaba por embriagarse, lo cual, dicho sea de paso, consiguió sin gran esfuerzo. Apenas podia gritar: «¡Francia es la primera nacion del mundo!» frase favorita del francés cuando se halla en tal estado, el mismo en que el inglés comienza á gritar: «No volveremos á casa hasta por la mañana.» La gloria nacional ocupa el pensamiento del primero; y el hogar el del segundo. Al fin salió á relucir el palo: era el tronco de la rama de una encina verde, de un metro setenta centímetros de longitud, y de una madera muy nudosa y fuerte.

—Caballero, dijo el maestro de postas presentándole, Francia es la primera.... la primera nacion del mundo, por sus...

—Por sus palos, añadí yo.

—Sí, sí, caballero; por sus palos y por sus.... sus....

»El buen hombre no pudo decir mas; y en cuanto á mí, al mirar aquel débil apoyo pensé con inquietud en mi propia debilidad. Sin embargo, Reynaud, que lo conocia todo en el pueblo, cosas y personas, aseguróme que no habia otro mejor.

»Marchamos pues con el famoso palo, dejando á su dueño murmurar en medio del camino, mientras daba contínuos traspiés: «¡Francia es la primera nacion del mundo!»

»Al fin llegó el 3 de agosto; y como no compareciera Macdonald, emprendimos la marcha hácia Vallouise. Nuestra expedicion se componia de Reynaud, un portador, Juan Casimiro Giraud, zapatero de la Bessee, conocido con el sobrenombre de *Clavito*, y yo.

»Al cabo de hora y media de una marcha rápida llegamos á Ville-Vallouise, regocijado el corazon por la vista de los magníficos picos del Pelvoux, que resplandecian al sol bajo un cielo sin nubes. Renové mi conocimiento con el alcalde de Ville, hombre de aspecto original, aunque de graciosos modales, cuyo mayor defecto consistia en exhalar de su persona un olor es-

pantoso, circunstancia que se nota en los mas de los habitantes de estos valles.

»Reynaud tuvo la complacencia de encargarse de las provisiones; pero en el momento de marchar ví con gran sentimiento que al confiarle este cuidado consentí tácitamente en que se llevara un barrilito de vino que fué un gran estorbo desde el principio del viaje. Era sumamente incómodo tenerle en la mano; cansado de ello Reynaud, entregósele á Giraud; y al fin acabaron por suspenderle de uno de nuestros palos, apoyando sus dos extremidades en los hombros.

»En Ville, la Vallouise se divide en dos ramificaciones: el valle de Entraigues, á la izquierda, y el de Alefred ó Ala-fria á la derecha: por este último debíamos subir. Nos dirigimos con paso firme hácia el pueblo de la Pissa, residencia de Pedro Semiond, que segun opinion general conocia mejor el Pelvoux que ningun otro habitante del valle.

»Este hombre me pareció muy honrado; pero desgraciadamente estaba enfermo y no podia acompañarnos. Recomendónos, no obstante, á su hermano, individuo de cierta edad, cuyo rostro arrugado no prometia el guia que yo necesitaba; mas no pudiendo elegir otro, fué forzoso admitirle.

»Varios nogales y una gran variedad de otros árboles bordean el camino; y la frescura de su sombra nos comunicaba nuevo vigor; á nuestros piés mugia, en el fondo de un magnífico desfiladero, el torrente cuyas aguas tomaban su nacimiento en aquellas nieves que esperábamos hallar al otro dia.

»El Pelvoux no es visible desde Ville, á causa de estar oculto por un pico intermediario, al pié del cual caminábamos en direccion á las quintas de Alefred, donde comienza la montaña propiamente dicha. Vistos desde estas quintas, los picos inferiores mas próximos parecen exceder en elevacion á las cimas mucho mas altas situadas detrás, y á veces los ocultan completamente; pero se abarca de una sola ojeada y en toda su altura el pico conocido en estos valles con el nombre de «Gran Pelvoux,» que presenta desde la cima á la base de dos mil á dos mil trescientos metros de rocas casi á pico.

»Las quintas de Alefred se reducen á un grupo de míseras chozas de madera, construidas al pié del gran Pelvoux, cerca de la union de los torrentes que bajan del glaciar de Sapeniere ó de Selé, por la izquierda, y de los glaciares Blanco y Negro por la derecha.

»Descansamos algunos minutos para comprar un poco de manteca y leche, y Semiond se arregló con un muchacho, de aspecto extravagante, para que llevase el barril de vino.

»Mas allá de las quintas de Alefred volvimos bruscamente á la izquierda, muy satisfechos de que el dia tocase á su fin, porque nos aprovechábamos de la sombra de las montañas. La imaginacion no podria soñar un valle de aspecto mas triste y desolado: en el espacio de varias millas no se ven mas que rocas caidas, montones de piedras y restos de arena y cieno; los árboles escasean, y á veces se hallan á tal altura, que casi no se ven. Ningun sér humano habita allí, ni tampoco hay aves en el aire ni peces en las aguas; las pendientes, demasiado escarpadas para las gamuzas, no ofrecen abrigo alguno á las marmotas, y ni aun el águila puede permanecer allí. Durante cuatro dias no vimos un solo sér viviente en aquel salvaje y estéril valle, como no fueran algunas raquíticas cabras, conducidas hasta allí muy á su pesar.

»¡Qué bien se armonizaba aquella decoracion con la tragedia ocurrida allí unos cuatrocientos años antes, la matanza de los vaudeses de Vallouise, en la caverna que veíamos en aquel momento á gran distancia sobre nosotros (la Balme Chapelú). Muy triste es su historia: pacíficos é industriosos, habitaban hacia mas de tres siglos aquellos retirados valles en la mas oscura tranquilidad. Los arzobispos de Embrun trataron de convertirlos, aunque con poco éxito; otros, queriendo secundar sus esfuerzos, comenzaron por aprisionarlos y martirizarlos, y al fin, dieron órden de quemarlos á todos vivos (1).

»En el año 1488, Alberto Catana, archidiácono de Cremona y legado del papa Inocencio VIII, se disponia á cometer las barbaries que mas tarde excitaron la indignacion de Milton y los temores de Cromwell (2); pero rechazado en todas partes por los vaudeses del Piamonte, abandonó sus valles y atravesó el Monte Ginebra para ir á atacar á los vaudeses del Delfinado, que eran mas débiles y no estaban tan unidos. Catana invadió el valle del Durance á la cabeza de un ejército compuesto, segun dicen, una mitad de tropas regulares, y la otra de vagabundos, ladrones y asesinos; á fin de atraerlos y conservarlos bajo su bandera, prometióles desde luego la absolucion de todos sus crímenes, les dispensó de los votos que podian haber pronunciado, y garantizóles la pose-

(1) El 22 de mayo de 1393, ochenta personas de los valles de Freissinieres y de Argentiere, y otras cincuenta de Vallouise, fueron quemadas vivas en Embrun, segun resulta del informe del bailío de dicho punto.

(2) Véase la *Historia de las iglesias evangélicas del Piamonte*, por Morland; las *Actas* de Cromwell, 1658; y el *Diario* de Burton, de 1828.

sion de todos los bienes adquiridos por la violencia.

»Los habitantes de la Vallouise, huyendo ante un ejército diez veces superior en número, se refugiaron en aquella caverna, donde reunieron provisiones suficientes para dos años; pero la intolerancia es siempre industriosa, y el retiro fué descubierto.

»Catana tenia un capitan que á la astucia de un Herodes reunia la crueldad de un Pelissier: con ayuda de unas cuerdas se hizo bajar á los soldados hasta la entrada de la caverna, donde encendieron una gran hoguera; los mas de los vaudeses allí refugiados murieron por sofocacion, y los que llegaron á escapar de las llamas del incendio fueron pasados á cuchillo. Exterminóse desapiadadamente á todos los vaudeses sin distincion de edad ni sexo, pereciendo, segun aseguran, en aquella espantosa matanza mas de tres mil personas. El resultado de trescientos cincuenta años de paz se destruyó de un solo golpe, y el valle quedó completamente despoblado. Tres siglos y medio han trascurrido desde entonces; contemplad ahora lo que se ha obtenido: una raza de monos.»

Véase lo que dice M. Elisée Reclus al hablar sobre este hecho y acerca de los habitantes de estas regiones; los detalles que nos da me parecen bastante curiosos para reproducirlos aquí:

«Casi todos los ingleses que han penetrado en la Vallouise tenian por único objeto hacer una peregrinacion á la Balme-Chapelú, gruta situada al pié del monte. Esta excavacion, cuya bóveda de granito, en parte agrietada, tiene cavida para mas de doscientas personas, sirvió largo tiempo de fortaleza á los vaudeses perseguidos. Inaccesible por todas partes, como no sea por el lado del torrente, del que la separa una pendiente muy escarpada, ofrecia un retiro seguro; y varios montones de piedras que se ven cerca de la abertura prueban que los vaudeses estaban dispuestos á defenderse.

»Los infelices refugiados en aquella gruta consentian en vivir como osos en la region de las tempestades, léjos de su patria, privados de todas relaciones con sus semejantes, y sin mas recursos que las míseras cosechas salvadas del terrible invierno de la Combe; pero al menos podian leer en paz su Biblia y rogar á Dios en su propia lengua sin temor de ser decapitados ó desollados.

»No obstante, una noche fatal en que rugia la tormenta fueron sorprendidos de repente por un considerable número de soldades, y solo algunos de aquellos infelices pudieron escapar de la matanza huyendo á través de los glaciares hasta Val-Godemar, y de aquí al valle de Freissinieres.

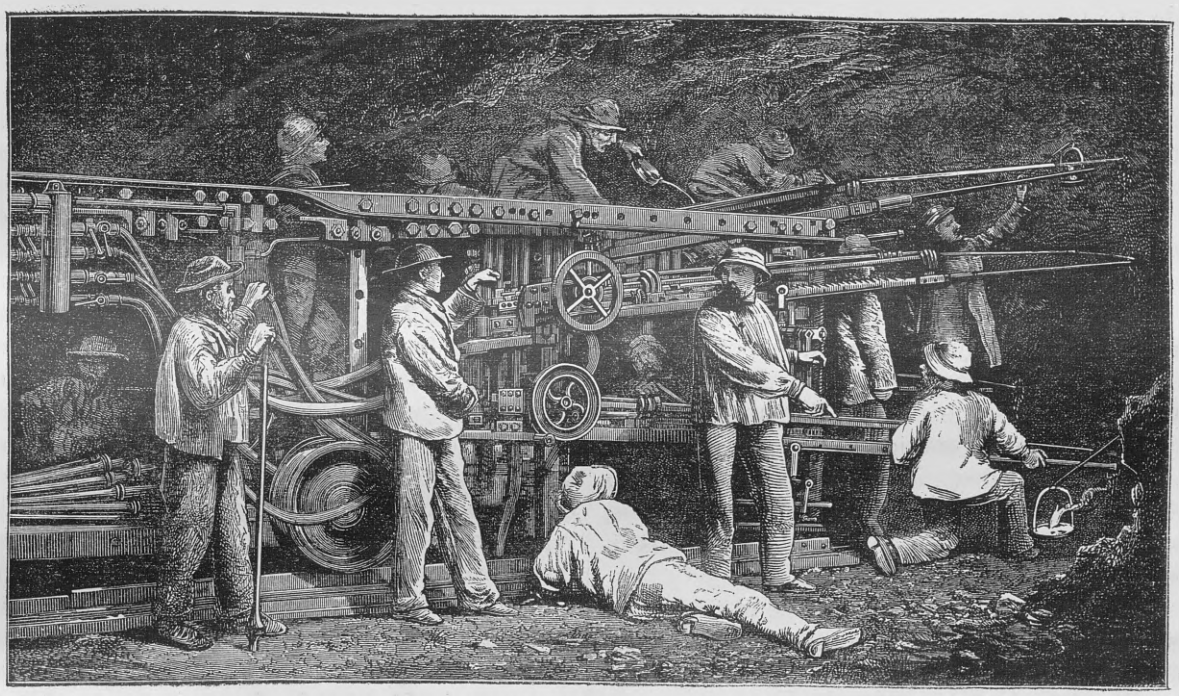
»Los montañeses de la Vallouise refieren aun entre sí la historia de aquellos desgraciados extranjeros, poco á poco convertida en leyenda; pero no comprenden el impulso que les movia. Segun ellos, los vaudeses no hubieran arrostrado jamás, en su concepto, los horrores de un invierno en medio de los hielos, de las nieblas y de las tempestades, si no hubiesen practicado negros maleficios y conocido el arte de trasformar las piedras en lingotes de oro.

»En el año de gracia de 1859, se han encontrado aun personas bastante supersticiosas para ir á socavar la tierra de Balme á la hora de media noche, con la esperanza de descubrir los tesoros ocultos. Algunos años antes, un sacerdote acompañado de dos sacristanes, consiguió desprender de la bóveda encantada una piedra, que gracias á los encantos mágicos, debia trasformarse en una pepita de plata; pero al dia siguiente, segun dicen, la piedra volvió á subir por un impulso repentino, para colocarse por sí misma en la bóveda de la gruta. ¡Feliz aquel que sepa descubrir los tesoros ocultos debajo de la piedra por los vaudeses fugitivos, que en vida fueron negros mágicos y auxiliares del demonio!

»Por esto vemos que los habitantes de la Vallouise no pueden preciarse de haberse desprendido de sus antiguas supersticiones, y que los mas merecieran vivir en plena Edad media. Todos los cuentos en que se habla de milagros, les merecen el mayor crédito; todo prodigio se acepta como verdadero sin detenerse en su exámen. Separados del resto del mundo por un círculo de hielos y de rocas, iniciados hace solo algunos años en las ventajas de un camino de carretera, los habitantes de la Vallouise no han podido progresar apenas. Son incontestablemente buenos, afables y cándidos; pero no se exageraria si los comparásemos con tal ó cual pueblo bárbaro del Nuevo Mundo ó del mar del Sur.

»Para conocer las costumbres de los indígenas de Vallouise, basta entrar en una de sus cabañas, en las cuales se reconocerá que las chozas de los esquimales no son apenas inferiores á las viviendas de nuestros compatriotas de los Alpes. No hablo aquí solo de esas viviendas improvisadas entre dos rocas suspendidas, y cuyas paredes se construyen de cualquier modo con piedra de toda especie, pizarra, granito, mármol ó pórfido; las mas notables construcciones, las que desde léjos ofrecen mayor semejanza con las quintas suizas, y cuyo tejado pardusco cubre un vasto granero, no son en realidad unos míseros chiribitiles inhabitables para todo hombre dota-

do del menor instinto de aseo. Al entrar por la puerta baja, que es la única abertura, no es posible distinguir al principio nada en la oscuridad general; pero en cambio, el olfato se afecta desagradablemente. Cuando al fin se acostumbra la vista á las semi-tinieblas, no se pueden reconocer los objetos, á causa de estar confundidos en desórden, y cubiertos de una espesa capa de sebo. De las negras vigas del techo penden ollas, cestos, ramas de pinabete bendito, verdes en otro tiempo, fétidas prendas de vestir, trasmitidas de una en otra generacion; y restos de toda especie, que en parte cubren tambien el suelo viscoso. Una tosca mesa, un lecho, y dos ó tres sillas de madera, cuyo color no se conoce ya, ocupan mas de la mitad de la habitacion; y un humo acre se mezcla con el aire ya infecto. Cerca del hogar, una caja de pinabete ennegrecida, cubierta de pedazos de lona, y semejante á un ataud, es la cuna del recien nacido. Si el infeliz ha tenido la desgracia de venir al mundo á principios de invierno, está condenado á vivir durante ocho meses en aquella fétida atmósfera, que respiró ya el dia de su nacimiento; y durante el primer período de su vida, el mas importante en resultado para su futura salud, sus pulmones no deben llenarse una sola vez del aire puro que baja de las montañas. Los padres, á pesar de su tierna solicitud, le han tenido en una atmósfera artificial fatalmente insalubre. ¿Quién ha de extrañar pues la mortalidad de los niños en estos Alpes, y admirarse de que existan allí tantos idiotas?



Máquina empleada para la perforacion del túnel de los Alpes

»En algunos pueblos, estos séres degradados constituyen la tercera parte ó la mitad de la poblacion. Afectados los mas de la papera y los lamparones, alcanzan desde su infancia el mayor desarrollo posible de su inteligencia, asemejándose por este concepto á los orangutanes, que nada pueden adquirir ya cuando llegan á la edad de tres años. A los cinco, estos niños imbéciles ofrecen ya el aspecto que deben conservar toda su vida; sus miembros son fornidos como los de un hombre perfecto; ejercen el oficio de pastores ú otro cualquiera como si estuvieran en la fuerza de su edad; y á semejanza de los adultos, llevan pantalon y gran sombrero negro. Hasta adquieren antes de la edad cierto buen sentido; y si pertenecen á una familia de notables, nada impide dedicarlos á sacristanes de la parroquia: solo les falta una cosa, la fuerza de impulsion necesaria para llegar á ser hombres. Sus ojos, por brillantes que sean, se empañan poco á poco; su boca comienza á babear, las piernas vacilan y se arrastran; gruesos, pesados y repugnantes, solo desean satisfacer su hambre; y la vista de un tazon de leche ó de un pedazo de pan les satisface por completo. Para comprender su miserable estado, ¿seria necesario analizar sabiamente el agua que beben y el

aire que absorben? No; basta penetrar en las impuras guaridas donde pasaron su infancia.

»El alimento de los montañeses del Pelvoux no vale mucho mas que sus viviendas; es muy sencillo, puesto que apenas se compone sino de pan, leche y raíces; mas el primero, que constituye la base del régimen alimenticio es siempre de mala calidad.

»Una costumbre antigua y solemne quiere que cada familia tenga su provision de pan para un año; de este modo se hace ver á los envidiosos que la harina no falta. Solo el pobre come algunas veces pan tierno, por no tener suficiente cosecha para cocer de una vez la provision de todo el año; pero avergüénzase de su pobreza, y cuando se trata de poner otra vez la mano en la masa, ocúltase á fin de que no le vean sus vecinos. El pan de la Vallouise, hecho con centeno y trigo, ó bien con este último y avena, tiene siempre cierto sabor de polvo y moho; é inútil es añadir que para cortar este pan se han de hacer esfuerzos heróicos.

»En la mesa hay una especie de tajo de encina, al que se sujeta un cuchillo muy cortante; introdúcese el pan debajo de la hoja, y apoyando con todo el peso del cuerpo sobre el mango que la termina, se consigue desprender un pedazo de la mole de pan sometida á la presion. Para ablandar este pedazo, duro como el mármol, es preciso humedecerle durante algunos minutos; los pobres se contentan con el agua pura; los ricos se sirven del vino blanco.

»Semejantes, bajo este punto de vista, á todos los pueblos aislados, los habitantes de la Vallouise no tienen costumbres comerciales; procuran vivir como si el resto del género humano no existiese, y cada uno de ellos trata de producir en sus campos y en su terreno todo cuanto cree indispensable para sus necesidades ó su recreo. Conténtase con vender en los mercados de Briançon y de la Bessee los comestibles que le es absolutamente imposible consumir él mismo, y jamás compra sino en el último apuro los objetos mas indispensables. Desempeña á la vez para sí los oficios de carpintero, albañil, panadero, sastre y zapatero, y cuando se ve en el caso de aceptar la mediacion del fabricante, quiere facilitar la materia primera. Si necesita un traje de paño, manda esquilar los carneros, hace cardar é hilar la lana en su casa, la lleva al fabricante para que la trasforme en tejido, despues al tintorero para que la tiña de azul; y por último á su mujer, para que corte el pantalon ó la casaca con arreglo al patron que dejó su abuelo. En cuanto á las camisas, la regla es hacerlas de cáñamo, que crece alrededor de la vivienda. Un observador inteligente podrá reconocer al punto por la extension de los cañamares de una propiedad las camisas que el amo tiene en su armario. Debo advertir que la mayor parte de estas camisas no son sino un símbolo de riqueza, y que permanecen intactas sobre las tablas de pinabete hasta el dia en que el feliz poseedor las trasmite solemnemente á su hijo ó pariente mas cercano.

»Empeñados así en producirlo todo por sí mismos, el heno, los cereales, el cáñamo, las lanas, el queso y el vino, los habitantes de la Vallouise necesitan tener espacios de terreno á varias leguas de distancia, unos á la entrada del valle, y los otros á la salida, pues los diversos productos que requieren no pueden obtenerse sino á diversas altitudes.

»Los habitantes de Claux, no contentos con tener alrededor de sus viviendas campos de cereales, prados, cañameras, y algunos árboles frutales, tienen tambien quintas de verano en Alafria, la Sapeniere, Echauda, y en todos los pastos comunales donde pueden enviar sus carneros y ganado mayor. En cuanto á las viñas, están situadas á diez y seis kilómetros de Claux, cerca de la salida del valle, en la base de una roca expuesta al sol de mediodía; pero como su altitud excede de mil metros, no producen sino un detestable agraz, del que se enorgullecen sin embargo mucho los propietarios. En medio del viñedo está la bodega donde se almacenan los dos ó tres barriles de líquido cosechado; y cuando falta el vino, los habitantes de Claux deben aparejar su montura y perder todo un dia para ir á llenar dos ó tres odres. Al volver no dejan nunca de invitar á todos los amigos que encuentran en el camino. La procesion aumenta á medida que se acercan al pueblo, y apenas llegados todos se sientan á la mesa para beber; una gran parte del contenido del odre se apura en honor del anfitrion, quien para el resto del dia va embotellando lo demás.

»Tal es uno de los menores inconvenientes del sistema que practica el indígena de la Vallouise para producir en su propiedad todos los objetos necesarios para su consumo. Proteccionista fiel de las sanas tradiciones de la economía política, come su trigo, bebe su vino, se viste con su lana y su cáñamo, construye la casa con su propia madera, esculpe él mismo la cuna de su hijo, y clavetea el ataud de su padre; no paga tributo alguno á los habitantes de los otros valles; pero en cambio de todo esto come pan mohoso, bebe vinagre, va vestido de cualquier manera, vive en cabañas insalubres, hace de sus hijos otros tantos imbéciles; y además pierde un tiempo que

podria emplear de un modo mas provechoso.

»Llegado el invierno, el interminable invierno, cuando una espesa nieve llena el valle, y las ramas de los árboles se doblegan bajo el peso del hielo, los que no abandonan el país se refugian, para escapar del frio, en las cuadras abiertas debajo de las casas. Las emanaciones del estiércol amontonado hace muchos meses, la respiracion de los caballos y de los mulos, la ausencia de las corrientes de aire, el espesor de las paredes, y hasta la capa de nieve que obstruye todas las salidas, conservan una temperatura agradable en esos subterráneos nauseabundos. Allí se trasportan los utensilios culinarios, las ramas de pino bendito, el antiguo péndulo que marca las horas con su monótono tic-tac; y todos los efectos necesarios para la familia. Adoptadas todas las disposiciones con el objeto de hacer mas llevadera la existencia en las cuadras, el tiempo se pasa asaz agradablemente para las mujeres, que deben ocuparse en todos los quehaceres domésticos, en cuidar á los niños, los ancianos y enfermos, é hilar la lana y el cáñamo; en cuanto á los hombres, no tienen que hacer otra cosa sino tumbarse sobre la paja junto á los animales; y excepto las horas que tienen de cuidar de estos, pasan el tiempo en un sueño semejante al de las marmotas; en sus momentos de insomnio, dedícanse algunas veces á remendar medias, haciendo compañía á las mujeres.

»Este es un género de vida inaceptable para hombres acostumbrados á recorrer el campo, á la libertad del cazador ó del pastor; y así es que los mas abandonan la prision en que el invierno encierra su familia, y siguiendo el ejemplo que les dan los rebaños de la Provenza, abandonan sus áridas montañas para ir á vivir hasta la primavera en las regiones mas afortunadas del Mediodía. Verdaderos nómadas, habitan durante la estacion del calor los frescos valles de los Alpes; al principio del otoño bajan á los inferiores; y en fin, cuando comienza á caer la nieve, dirígense á las playas marítimas para disfrutar de un dulce clima.

»Durante la estacion de las nieves, el clima de los Alpes se iguala con el del Spitzberg; entonces las mujeres y los niños, confinados debajo de la tierra en las infectas cuadras, no osan salir, por temor de respirar el aire helado. ¿Cuándo llegará el dia en que hombres y mujeres podrán emigrar á las cálidas llanuras del Mediodía, dejando el pueblo confiado á los cazadores? El bienestar de los montañeses y su salud lo exigen imperiosamente, y si se desea la extincion gradual del idiotismo, no se puede recurrir á un medio mas natural y eficaz. Si las montañas son hermosas cuando los valles que ciñen su base les prestan una densa faja de follaje, tambien son horribles de ver cuando se apoyan en un mundo de hielo. Entonces reina un silencio espantoso en la vasta extension de los valles y de las montañas uniformemente blancas; el cielo gris se confunde con el horizonte denticulado ed las cimas; con frecuencia se agitan las nubes en raudo torbellino, azotadas por la tormenta; y las avalanchas se hunden mugiendo en las cimas de las rocas. En medio de esta naturaleza inhospitalaria, el hombre acurrucado en un subterráneo no se cree apenas con derecho para existir.»

Volvamos á nuestro viaje.

«Despues de haber descansado cerca de un pequeño manantial, continuamos nuestra marcha hasta llegar casi al pié del glaciar de Sapeniere: en este punto, Semiond nos hizo torcer á la derecha para flanquear las pendientes de la montaña, trepando á través de los pinos y moles de roca.

»Acercábase la noche rápidamente, y era ya tiempo de buscar un abrigo, lo cual no debia ser difícil, pues vagábamos en medio de un verdadero caos de rocas. Resolvimos al fin hacerlo debajo una enorme peña que medía mas de quince metros de longitud, por seis de altura; y despues de limpiar bien el sitio, recogióse leña para encender fuego.

»La hoguera de nuestro campamento fué para mí un recuerdo agradable. El barril de vino, salvado de todos los peligros, fué puesto á contribucion, y los franceses parecieron hallar algun consuelo en el detestable líquido que contenia.

»Reynaud cantó algunas coplas francesas, ofreciendo cada cual su parte de bromas, de historias y de versos.

»El tiempo estaba magnífico, y prometia sernos favorable al dia siguiente. El entusiasmo de mis compañeros llegó á su colmo cuando disparé un cohete de luz roja de fuego de Bengala, que silbó en los aires antes de dividirse en rastros luminosos.

»El efecto de aquella iluminacion momentánea fué magnífico; las montañas de los alrededores iluminadas durante un segundo, volvieron á quedar súbitamente ocultas en su solemne oscuridad.

»Poco despues, cada cual se entregó al sueño y yo acabé por introducirme en mi manta-saco, precaucion que no era del todo necesaria, pues la temperatura mínima estaba sobre cuarenta grados Fahrenheit, aunque nos hallábamos á

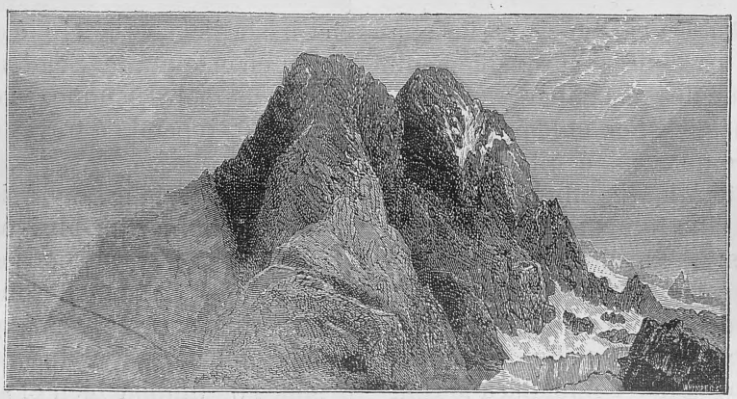
una altura de dos mil trescientos metros por lo menos.

»A las tres estábamos ya despiertos; pero no emprendimos la marcha hasta las cuatro y media. Giraud no se habia comprometido á pasar de aquella roca; mas como manifestase el deseo de ir mas allá, concedióselo el permiso para acompañarnos.

»Franqueando las pendientes con vigor, llegamos muy pronto á los límites de los árboles, y despues hubimos de trepar durante dos horas á través de las rocas desprendidas.

»A las siete menos cuarto estábamos junto á un estrecho glaciar, que llaman Cercado del Hombre, y el cual desciende de la meseta situada á la cima. Poco despues pudimos ganar la altura del glaciar de Sapeniere; y nos esforzamos al principio por conservar la derecha, con la esperanza de no tener que atravesarle; pero muy pronto, obligados á retroceder á cada instante, reconocimos que era forzoso aventurarnos.

»Al viejo Semiond le eran muy antipáticos los glaciares, y hacia por su parte numerosos rodeos para evitar en lo posible la peligrosa travesía; pero Reynaud y yo preferimos intentarla, agregándose Giraud. El glaciar era estrecho, pudiéndose echar sin esfuerzo una piedra de un lado á otro, y fué fácil escalar el lado; pero el centro formaba una escarpada bóveda, en la que no hubo mas remedio que abrir camino. Giraud marchaba á la cabeza, diciendo que le agradaba



El Gran Pelvoux de Vallouise

ejercitar la mano, y apoderándose de nuestra hacha no quiso devolvérnosla. Desde aquel dia en adelante siempre fué necesario atravesar pasadizos llenos de nieve endurecida, tan abundantes en la parte superior de la montaña; hizo por sí solo todo el trabajo, llenando su mision admirablemente.

»El viejo Semiond se reunió con nosotros cuando hubimos franqueado el glaciar; despues escalamos algunas pendientes de nieve, describiendo numerosas curvas, y muy pronto trepábamos por la interminable serie de contrafuertes que constituyen la gran singularidad del Pelvoux. Muy empinados en ciertos sitios, ofrecen en su conjunto una base sólida, y con tales condiciones no puede ser difícil jamás una ascension.

»Entre estos contrafuertes hay numerosos barrancos, á veces muy anchos y profundos; los mas de ellos estaban llenos de restos, y difícilmente hubiera podido cruzarlos un hombre solo; los que íbamos delante debíamos desviar á cada instante fragmentos de roca, ayudando nuestros compañeros con los palos. Estos diversos incidentes sirvieron no obstante para interrumpir la monotonía de la ascension, que de otro modo nos hubiera parecido muy enojosa.

»Continuamos así escalando barrancos y hondonadas, siempre en la creencia de alcanzar un punto al que no llegábamos nunca.

»Estábamos al pié de un gran contrafuerte de unos sesenta y cinco metros de altura; yo miraba la parte superior, y no me pareció que terminase en punta, pues no divisábamos la cima. Sin embargo, nosotros creíamos que detrás de aquella faja de bastiones debia haber una cúspide, y esta era el borde de la meseta que tan vivos deseos teníamos de alcanzar.

»Trepando con ardimiento escalábamos un bastion; pero ¡ay! detrás descubríamos otro, y otro y otro; y era el cuento de nunca acabar.

»Por fin, llegamos al mas alto, y como solo era un contrafuerte, debimos volver á bajar un espacio de quince á veinte metros, antes de subir nuevamente. Repetida esta evolucion algunas docenas de veces, comenzó á parecernos tanto

mas enojosa cuanto que ya no sabíamos dónde estábamos. Sin embargo, Semiond nos animaba, asegurando que seguíamos el buen camino; y en su consecuencia, volvimos al asalto de la terrible fortaleza.

»Era casi la hora de medio dia, y tampoco divisábamos entonces la cima del Pelvoux, como en el momento de marchar, de modo que al fin resolvimos celebrar consejo.

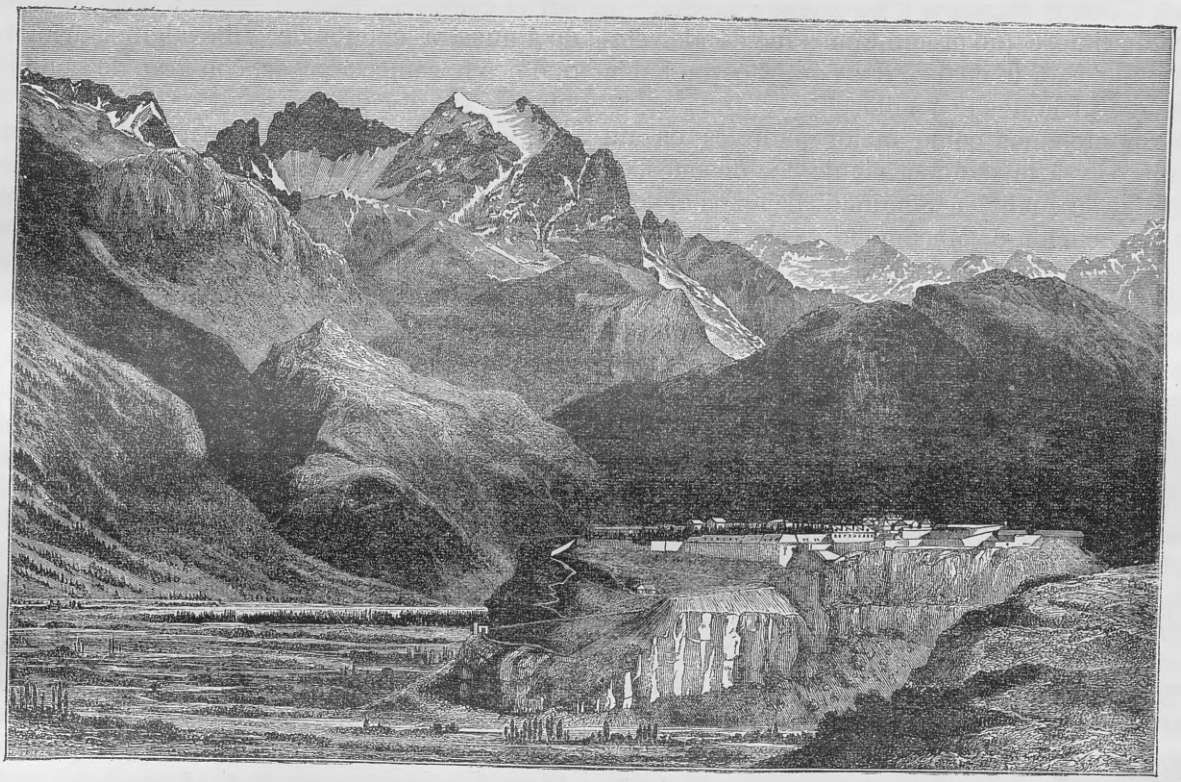
—»Amigo Semiond, dijimos al guia, ¿sabeis dónde estamos ahora?

—»Sí, perfectamente; nos hallamos á media hora de la nieve.

—»Muy bien; continuemos.

»La media hora trascurrió, y despues otra, y siempre nos hallábamos en la misma situacion: ofrecíanse á nuestra vista numerosos contrafuertes y barrancos; pero no divisábamos la meseta.

Alefred 3,925 metros — Pico Sin Nombre 3,902 metros — Monte Pelvoux 3,954 metros



El Pelvoux y el Alefred vistos desde el Monte-Delfin

»Semiond comenzó á dirigir á su alrededor miradas inquietas, cual si ya no estuviese completamente seguro de la direccion que debia seguir.

»Llamándole de nuevo, repetimos la pregunta.

—»¿A qué distancia estamos de la meseta?

—»A media hora, contestó.

—»Eso es lo mismo que habeis dicho antes. ¿Estais seguro de que vamos por el buen camino?

—»Así lo creo.

»Esto no era sino creer, lo cual no bastaba.

—»¿Estais seguro de que subimos directamente al pico de las Arcinas?

—»¡Pico de las Arcinas! exclamó con asombro, cual si oyese estas palabas por primera vez. ¡Pico de las Arcinas! ¡no! Vamos en línea recta á la pirámide, á la célebre pirámide que yo ayudé á construir al gran capitan Durand.

»Le hemos hablado de este pico durante todo el dia, y ahora confesaba que no le ha conocido.

»Volvíme hácia Reynaud, que parecia aniquilado por el golpe, y preguntéle qué decia aquel hombre.

»Reynaud se encogió de hombros.

—»Pues bien, dijimos nosotros despues de haber explicado claramente la situacion á Semiond; cuanto antes retrocedamos mejor será, porque no nos importa mucho ver vuestra pirámide.

»Despues de una hora de parada comenzamos á bajar, y necesitáronse cerca de siete horas para volver á nuestra roca; pero no calculé la

distancia, ni conservo recuerdo alguno de aquel trayecto insoportable.

»Apenas hubimos bajado, hízose un descubrimiento que nos inquietó tanto como debió inquietarle á Robinson ver una huella humana en la arena de su isla: un velo azul yacia en tierra cerca de nuestro hogar; y esto no tenia sino una explicacion posible: Macdonald habia llegado; pero, ¿dónde estaba?

»Recogimos al punto nuestro reducido bagaje, y avanzando á tientas en la oscuridad, á través del pedregoso desierto, nos dirigimos hácia Alefred, á donde llegamos á las nueve y media.

»Lo primero que preguntamos fué dónde estaba el inglés, á lo cual se nos contestó que habia ido á pasar la noche á Ville.

»Nos alojamos como mejor pudimos en un granero, y á la mañana siguiente, despues de arreglar su cuenta á Semiond, bajamos al valle en persecucion de Macdonald.

»Nuestro plan de operaciones estaba ya convenido: debíamos decidirle á reunirse con nosotros, comenzando de nuevo nuestra tentativa sin ningun guia, acompañados tan solo del mas robusto é inteligente de mis compañeros, que haria las veces de portador. Yo me habia fijado en Giraud, buen muchacho, sin pretensiones y siempre dispuesto á servir en todo; pero poco pudimos contar con él, porque debia marchar á Briancon.

»Nuestra carrera fué pronto muy animada: los campesinos que encontrábamos nos preguntaban cuál habia sido el resultado de la expedicion, y la política mas vulgar nos imponia el deber de detenernos. Sin embargo, temí no llegar á tiempo para encontrar á Macdonald, pues nos habian dicho que no nos esperaria mas que hasta las diez, y el momento fatal se acercaba.

»Al fin me precipité sobre el puente de Ville, una hora despues de salir de Alefred; pero un campesino me detuvo diciéndome que el inglés acababa de marchar á la Bessee.

»Lanzándome en su persecucion, traspasé rápidamente uno despues de otro todos los ángulos del camino sin conseguir descubrirle; pero al fin, al dar una última vuelta, le ví avanzando rápidamente; comencé á gritar, y por fortuna me oyó.

»Regresamos á Ville, donde se compraron mas provisiones, y aquella misma noche pasábamos á nuestra primera roca para buscar otro abrigo. Estábamos bien resueltos, como ya he dicho, á no tomar guia; mas al pasar por la Pisse, el viejo Semiond nos ofreció sus servicios: andaba bastante bien á pesar de sus años y su falta de sinceridad.

—»¿Por qué no tomarle? dijo Macdonald.

»Le propuse la quinta parte de su primer salario, y aceptó presuroso; pero esta vez nos acompañaba con un grado muy inferior: nosotros debíamos conducirle y él seguirnos.

»Nuestro segundo compañero era un jóven de veintisiete años que no realizaba ninguno de nuestros deseos: se bebia el vino de Reynaud, fumaba nuestros cigarros y ocultaba tranquilamente las provisiones cuando estábamos medio muertos de hambre. Cuando descubrimos estas faltas no se desconcertó de ningun modo; muy por el contrario, puso el colmo á ellas, añadiendo á nuestra cuenta de Ville algunas frioleras que nos negamos á pagar, con gran descontento suyo.

»Llegada la noche, acampamos mucho mas arriba del límite de los árboles, imponiéndonos la saludable tarea de subir á nuestra roca, mucho menos cómoda que la de la víspera, la leña que nos era necesaria. Para poder instalarnos en su base fué preciso remover una gran mole que nos molestaba; resistíase mucho, pero acabó por moverse, lentamente al principio, y luego con mas rapidez, hasta que al fin, tomando impulso, saltó en el aire lanzando, cada vez que chocaba con otra roca, numerosas chispas que brillaban en la oscuridad del sombrío valle á cuyo fondo rodaba. Mucho tiempo despues de haberla perdido de vista, la oíamos rebotar de roca en roca, hasta que se detuvo al fin sobre el glaciar, atronando el espacio con su última caida.

Cuando volvimos á nuestro albergue, despues de presenciar este curioso espectáculo, Reynaud nos preguntó si no habíamos visto nunca un torrente inflamado. A juzgar por lo que dijo, cuando en la primavera aumenta el caudal de aguas del Durance, por efecto del deshielo, arrastra á veces tantas rocas, que en la Bessee, donde pasa por un estrecho desfiladero, no se ve ya la corriente, y sí solo las moles, que rodando una sobre otra, chocan entre sí y se reducen á polvo, lanzando al aire tal cúmulo de chispas que el torrente parece incendiado.

»Pasamos en verdad una noche muy alegre, no interrumpida por ningun percance; el tiempo era magnífico: echados de espalda, disfrutamos del mas agradable reposo, contemplando el cielo sereno tachonado de miles de estrellas.

»Macdonald nos refirió las peripecias de su viaje: habia andado sin descanso hacia varios dias y noches á fin de alcanzarnos; mas no habiendo podido hallar nuestro primer campamento, detúvose á varios centenares de metros de nosotros, en otra roca mucho mas alta de la montaña.

»A la mañana siguiente nos vió escalando una arista á gran altura sobre el sitio donde él se hallaba; pero como le era imposible alcanzarnos, resignóse pacientemente y nos siguió con la vista, muy entristecido, hasta que desaparecimos detrás de un contrafuerte.

»La pesada respiracion de nuestros compañeros, profundamente dormidos, era el único rumor que turbaba el gran silencio de la noche; y á fe que era uno de esos silencios que impresionan.

»¿No habeis oido nada? ¡Escuchad! ¿Qué ruido siniestro es ese que se oye sobre nosotros? Aun le oigo; y esta vez mas claramente; se acerca cada vez mas.....; es una mole de roca desprendida de las alturas que nos dominan. ¡Qué horrísono estruendo!

»En un instante estamos todos en pié: la mole baja con terrible furia. ¿Qué fuerza podria contener su violento impulso? Salta, choca, vuela, estréllase al fin contra otras moles, y ruge en su descenso. ¡Ah! ¡ya pasó de nosotros....!; pero no.... héla allí que aparece de nuevo..... Todos contenemos el aliento hasta el instante en que, lanzada por una fuerza irresistible, con explosiones semejantes á las descargas de una poderosa artillería, cae debajo de nuestro retiro como una bala, seguida de un prolongado rastro de restos. Al fin permanece inmóvil, y respiramos mas libremente cuando cesa el estruendo de su última caida sobre el glaciar.

»Despues volvemos á nuestro albergue; pero yo estaba tan sobrexcitado que no podia dormir. A las cuatro y cuarto, cada cual cogia su morral y continuábamos la marcha. Esta vez convinimos en mantenernos mas á la derecha, para ver de alcanzar la meseta sin perder tiempo cruzando el glaciar.

»Trazar nuestro trayecto seria repetir lo que ya he dicho: subimos rápidamente por espacio de hora y media, andando algunas veces; pero trepando las mas con ayuda de piés y manos, hasta que al fin reconocimos que era necesario cruzar el glaciar.

»La parte á donde llegábamos ofrecia una pendiente muy rápida y agrietada; y mas trabajo nos costó penetrar en ella que cruzarla; pero gracias á la cuerda llegamos al otro lado sin accidente alguno.

»Mas allá sucedíanse de nuevo los interminables contrafuertes; seguimos subiendo por espacio de largas horas, equivocándonos á cada paso, y siéndonos preciso volver á bajar.

»Detrás de nosotros se deprimia la cordillera hacia tiempo, y dominando nuestra vista por encima, fijábase á lo léjos en el majestuoso Viso. Sin embargo, el tiempo pasaba, sucedíanse las horas con rapidez, y la monotonía era siempre la misma.

»A medio dia nos detuvimos para almorzar contemplando con satisfaccion el bonito espectáculo que se desarrollaba á nuestra vista: á excepcion del Viso, todas las cimas que divisábamos estaban debajo de nosotros, y nuestras miradas abarcaban un espacio inmenso, verdadero océano de picos y nieves.

»Sin embargo, los bastiones de la montaña nos dominaban siempre, y segun la opinion general, que se expresaba sin discusion, no se veria aquel dia la cima del Pelvoux.

»El viejo Semiond habia llegado á ser una verdadera pesadilla para todos; si alguno de nosotros se detenia un instante por casualidad, con el objeto de orientarse, no dejaba nunca de decir, sonriendo estúpidamente: «No tengais cuidado, seguidme á mí.»

»Llegamos por fin á una pendiente algo peligrosa, conjunto de restos escarpados, sin ningun punto de apoyo sólido: Reynaud y Macdonald, algo fatigados, hablaron de instalarse allí para descansar; pero de pronto se descubrió un paso, y no sé quién gritó: «¡Mirad el Viso!» En efecto, destacábase casi debajo de nosotros; y habiendo comenzado á trepar con redoblada energía, distinguimos por fin el glaciar en el punto en que se desviaba de la meseta. Este espectáculo despertó nuestras esperanzas, que aquella vez no quedaron frustradas; un grito simultáneo de alegría saludó la aparicion de aquellas nieves tan largo tiempo apetecidas. Una ancha grieta nos separaba, pero hallamos un puente, y atándonos uno detrás de otro, avanzamos con seguridad. Mientras cruzábamos en línea recta, destacábase ante nosotros un hermoso pico que estaba cubierto de nieve.

»El viejo Semiond gritó:

—»¡La pirámide! ¡Veo la pirámide!

—»¿Dónde, Semiond, dónde?

—»Allí, en la cima de ese pico.

»En efecto, allí se elevaba la pirámide que él ayudó á construir mas de treinta años antes; pero ¿dónde estaba el pico de las Arcinas que debíamos ver? No se distinguia por ningun lado; solo divisábamos una vasta extension de nieve, limitada por tres picos inferiores. Un poco desanimados avanzamos hácia la pirámide, sintiendo no tener otro pico que conquistar; pero apenas hubimos andado doscientos pasos, vimos elevarse á nuestra izquierda un magnífico cono blanco, oculto hasta entonces por una pendiente de nieve.

—»¡El pico de las Arcinas! exclamamos todos á la vez.

»Yo pregunté á Semiond si tenia conocimiento de que se hubiera hecho la ascension á este pico; pero no lo sabia; su respuesta se redujo á decirnos que aquella cima se designaba con el nombre de la pirámide, á causa del *cairn* que él ayudó á construir; y que no sabia que nadie la hubiese franqueado.

—»¡Pues todo va bien! repuse yo; volvamos de frente.

»Y acto contínuo damos vuelta en ángulo recto, dirigiéndonos hácia el lado del cono, mientras que el pobre portador hacia tímidos esfuerzos para atraernos á su querida pirámide. Nuestra marcha se interrumpió á poca distancia por el borde de la arista que enlaza los dos picos, encorvándose en forma de una magnífica voluta; y fué forzoso tocar retirada, muy á pesar nuestro. Semiond, que cerraba la marcha, aprovechó esta ocasion para desprenderse de la cuerda, y rehusó ir mas léjos, asegurándonos que corríamos á un grave peligro, y que íbamos á encontrar numerosas grietas. Despues de atarle de nuevo, continuamos la marcha: la nieve era muy blanda, tanto que nos hundíamos hasta las rodillas, y á veces hasta medio cuerpo; pero una fuerte sacudida de delante á atrás nos devolvió nuestra libertad de accion. Así llegamos hasta el pico mas alto; y como la arista de la izquierda nos parecia mas practicable que aquella en donde estábamos, trazamos una curva para alcan-

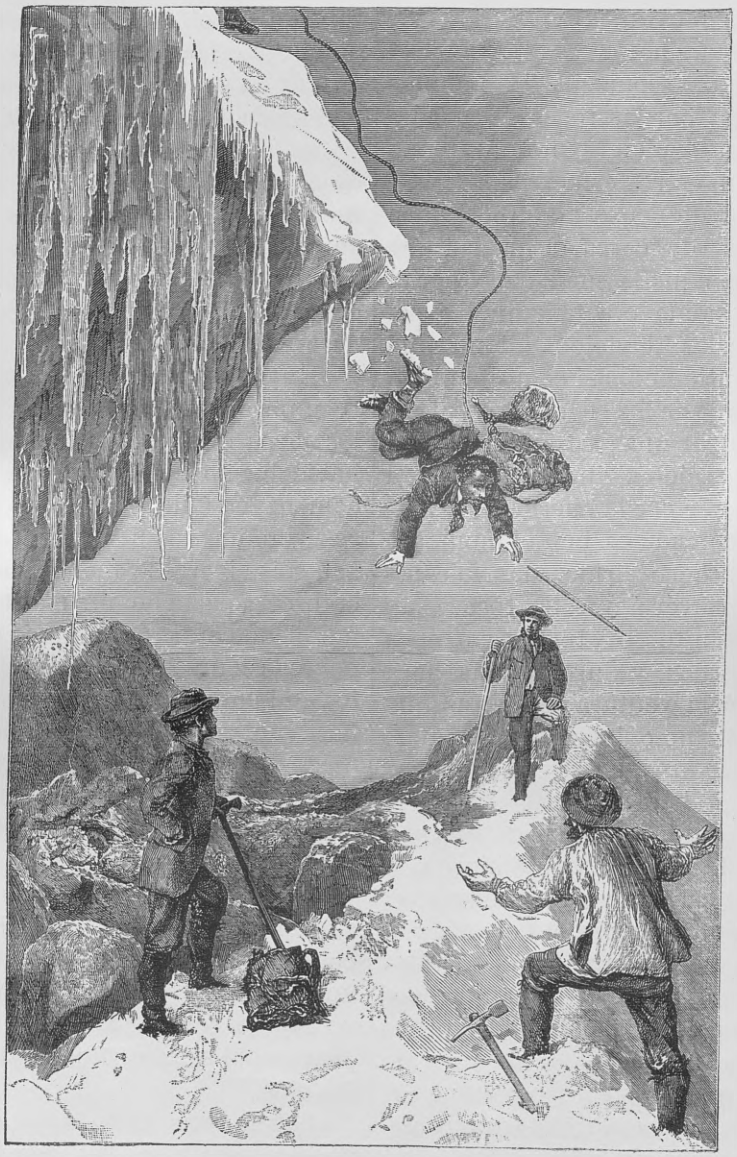


M. Whymper

zarla. Sobre la nieve se elevaban algunas rocas, á cincuenta metros de la cima; las franqueamos rastreando, y nuestro portador quedó atrás, porque tenia un poco de miedo. No pude resistir á la tentacion de volverme, cuando me alejaba de él, para decirle, repitiendo sus palabras: «No temais; seguidme.» No me contestó, ni tampoco quiso aventurarse hasta la cima. Estas rocas terminaban en una corta arista de hielo sobre la cual era preciso pasar, teniendo á un lado nuestra meseta y al otro un precipicio vertical. Macdonald comenzó á practicar una senda, y á las dos menos cuarto nos estrechábamos la mano en la cima mas alta del gran Pelvoux, ya vencido. El tiempo continuaba siendo tan favorable como lo podíamos desear: de cerca y de léjos, elevábanse al cielo innumerables picos, sin que una sola nube nos ocultara el mas pequeño detalle. Nuestras miradas se fijaron desde luego en el rey de los Alpes, el monte Blanco, distante setenta millas, ó poco mas, y mas léjos aun, el monte Rosa. Hácia el este desarrollábanse, una despues de otra, prolongadas series de cimas desconocidas, con un esplendor ideal; cada vez mas débiles en tono, conservaban sin embargo sus formas bien marcadas; pero la vista acababa por confundir el cielo con las montañas, y desvanecíanse en el horizonte lejano en un azulado tinte. El monte Viso se elevaba ante nosotros con toda su grandiosidad; pero como apenas distaba cuarenta millas, veíamos desarrollarse encima de sus contrafuertes una mole brumosa, que debia ser la llanura del Piamonte. Al sur, una niebla azul parecia revelarnos la existencia del lejano Mediterráneo; y al oeste, nuestra vista pasaba de las montañas de Auvernia, extendiéndose así nuestro panorama á unas cien millas en casi todas las direcciones. No nos costó poco desviar nuestra mirada de los puntos mas lejanos para fijarla en los que estaban mas próximos: el monte Delfin se distinguia perfectamente, pero nos costó algo descubrir la Bessee; no se divisaba ninguna otra residencia humana; todo era roca, nieve ó hielo. Aunque sabíamos ya que los campos del

Delfinado eran muy grandes, nos ofrecian una extension que excedia á todo cuanto podíamos imaginar.

»Al sur de Castillo Queiras, casi entre nosotros y el Viso, elevábase un magnífico grupo de montañas de gran altura. Un poco mas allá se destacaba un pico desconocido, que parecia dominar al otro; y admirábanos mucho descubrir cerca de nosotros otra montaña diferente de la que pisábamos en la cima. Tal era al menos mi opinion. Macdonald no creia que esta montaña fuese tan alta como el Pelvoux, y Reynaud pen-



Paso de un bergschrund en el glaciar de Pilatos

saba que seria poco mas ó menos de la misma elevacion.

»Esta montaña no estaria apenas á mas de dos leguas de distancia, y separábanos de ella un abismo espantoso, cuyo fondo no podíamos descubrir; al otro lado destacábase un gran pico, de flancos semejantes á murallas, y tan escarpado, que no era posible que la nieve se fijase en él; negro como la noche, aparecia á nuestros ojos lleno de aristas vivas, y terminaba en aguda punta. Ignorábamos completamente cuál era esta montaña, pues nunca habíamos ido por allí.

»En mi concepto, La Berarde debia estar en el fondo del abismo que se abria á nuestros piés; pero hallábase en realidad mas allá de la otra montaña (1).

(1) Esta montaña es el punto culminante del grupo, y en el mapa francés se le ha dado el nombre de Punta de los

»Al fin nos alejamos de la cima, volviendo á bajar á las rocas en busca de nuestro portador; con la nieve derretida obtuvimos agua para hacer el té; y despues de haber fumado nuestros cigarros, encendidos sin la menor dificultad con un fósforo comun, vimos que eran las tres y diez minutos, hora de emprender la marcha. La travesía de la nieve nos ocupó muy cerca de media hora; nuestros movimientos fueron con frecuencia forzados, y no pocas veces se resbalaron los piés. Despues comenzó, á eso de las cuatro, la larga bajada por las rocas; á las ocho cerraria la noche, y no teniendo un minuto que perder, redoblamos nuestros esfuerzos.

»Aquella parte del descenso no ofreció nada notable; costeábamos de cerca el glaciar que habíamos atravesado aquella mañana, y por el mismo sitio; pero la salida era tan difícil y peligrosa como la travesía. El viejo Semiond salió del apuro sin contratiempo, así como tambien Reynaud; Macdonald, que los seguia, resbaló al esforzarse por franquear una gran mole de hielo, y hubiera desaparecido al instante por una grieta profunda á no ser por la cuerda.

»La noche habia cerrado casi en el momento de hallarnos todos en tierra firme, mas yo esperaba que podríamos volver á nuestra roca. Macdonald no fué tan presuntuoso, y tuvo razon, pues acabamos por perdernos, y durante una hora estuvimos vagando á la ventura, mientras que Reynaud y el portador no dejaban de disputar.

»No pudiendo bajar mas, fué preciso quedarnos en el sitio á donde habíamos llegado.

»Nos hallábamos entonces á mas de tres mil quinientos metros de altitud, y si la nieve ó la lluvia comenzaban á caer, como lo amenazaban las nubes que se reunian sobre el Pelvoux y el viento que soplaba, nuestra situacion podia llegar á ser bastante desagradable. El hambre nos aguijoneaba, porque no habíamos comido apenas desde las tres de la madrugada; y el rumor de un torrente vecino, que no podíamos distinguir, aumentaba nuestra sed. Semiond se comprometió á ir á buscar un poco de agua, y consiguió descender; mas no le fué ya posible subir, y hubimos de consolarle de su ausencia forzosa, llamándole á intervalos en las tinieblas.

»Difícil seria imaginar un sitio menos cómodo para pasar la noche al sereno, pues no nos ofrecia ninguna especie de abrigo; completamente expuesto al viento glacial que soplaba, era demasiado escarpado para que pudiésemos entrar en calor paseándonos. Algunas piedras rotas cubrian el suelo, y fué preciso desviarlas para sentarnos con alguna comodidad. Este trabajo forzoso no dejaba de tener su ventaja, la cual no supimos apreciar al principio, y era que conservaba en nosotros una circulacion saludable. En una hora de este interesante ejercicio, conseguí formar una pequeña faja de terreno de unos tres metros de longitud, en la cual era posible pasear.

»Reynaud comenzó por encolerizarse y agobiar de injurias al portador, cuyos consejos fueron escuchados de preferencia á los de nuestro amigo; despues se entregó á un acceso de dramática desesperacion, y retorcióse los brazos con gesto frenético, exclamando: «¡Oh desgracia, desgracia! ¡Oh miserable!»

»Muy pronto comenzó á retumbar el trueno; los relámpagos se sucedian sin interrupcion entre los picos que nos dominaban; y el viento, que habia hecho bajar la temperatura casi á cero, comenzaba á helarnos hasta los huesos. Entonces examinamos nuestros recursos: nos quedaban seis cigarros y medio, dos cajas de fósforos, la tercera parte de un cuartillo de aguardiente mezclado con agua, y medio de espíritu de vino, pobres recursos para tres viajeros medio muertos de hambre y de frio, que debian matar siete horas antes de que despuntase el alba. Encendióse la lámpara de espíritu de vino, y calentamos el resto del líquido con el aguardiente y un poco de nieve: este brebaje era algo fuerte; pero hubiéramos deseado mas.

»Acabada la bebida, Macdonald quiso secar sus calcetines á la llama de la lámpara; y despues, echados sobre nuestro capote, tratamos de dormir los tres. Los infortunios de Reynaud se agravaron con un violento dolor de muelas, y Macdonald se esforzaba inútilmente por cerrar los ojos.

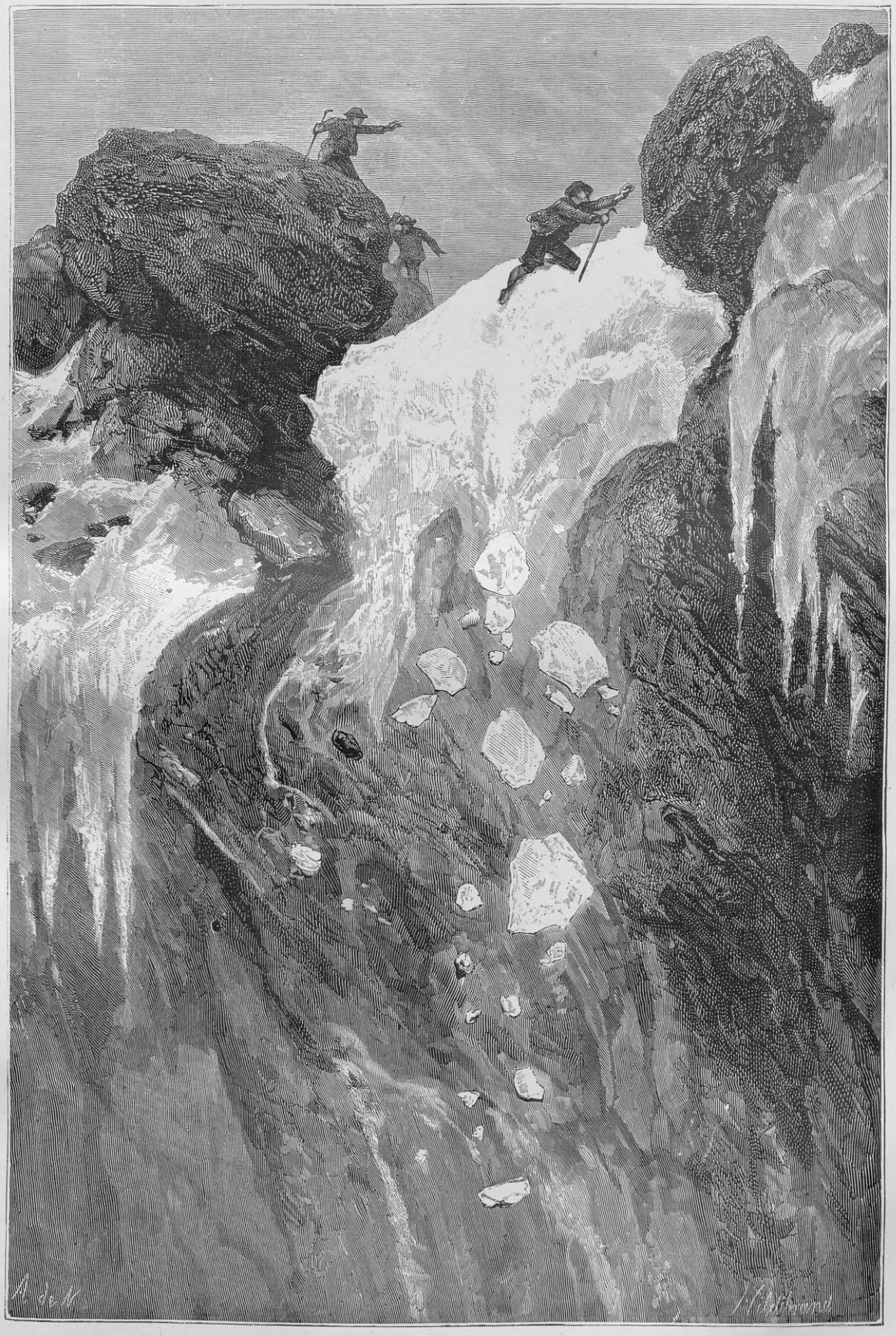
»Las noches mas largas tienen su fin, y la nuestra pasó como las demás: en hora y cuarto bajamos á nuestra roca, donde estaba Semiond, muy sorprendido de nuestra ausencia. Empeñóse en hacernos creer que habia encendido una hoguera gigantesca para que viésemos por dónde bajábamos, profiriendo gritos de llamada toda la noche. No habíamos visto fuego alguno, ni oido tampoco su voz. Díjonos que parecíamos fantasmas, lo cual no tenia nada de extraño, pues era la cuarta noche que pasábamos al aire libre.

»Nos recobramos lo mejor que pudimos, y cada cual practicó las abluciones necesarias. Los

---

Estuches. Se ve desde el Valle Cristóbal, y en esta direccion sus crestas ocultan completamente el monte Pelvoux; pero por el otro lado, es decir, en la direccion de la Bessee ó de Vallouise, el Pelvoux es el que las cubre del todo.

Ignorando que se trataba de darle este nombre, dimos á nuestro pico el de punta de las Arcinas, de acuerdo con las tradiciones locales.



Un mal paso en la Punta de los Estuches

habitantes de estos valles están siempre infestados de ciertos pequeños parásitos tan ligeros como numerosos y voraces. Es peligroso acercarse á ellos demasiado, y se debe observar la direccion del viento, á fin de no aproximarse por el lado donde sopla. A despique de estas precauciones, corrimos el riesgo de ser devorados vivos en pocos instantes, y mis infelices compañeros y yo esperábamos solo una tregua á nuestros padecimientos, pues en el interior de las posadas hormiguea, así como en la piel de los indígenas, esa muestra insoportable de la naturaleza viviente.

»Si hemos de creer en la tradicion local, un viajero cándido fué trasportado fuera de su lecho por un enjambre de esos verdugos, todos igualmente hambrientos; pero este hecho merece confirmacion. Una palabra mas y acabaré con ese mísero asunto. Al terminar nuestras abluciones pudimos oir parte de la conversacion empeñada entre los franceses. «¡Ah! decia Semiond, en cuanto á las pulgas, no pretendo diferir de los demás; yo tengo bastantes.» Aquella vez, por lo menos, decia la verdad.

»Bajamos con toda felicidad á Ville, donde durante varios dias vivimos en el lujo y la abundancia, jugando numerosas partidas á los bolos con los indígenas, quienes nos ganaban siempre.

»Al fin fué preciso separarse, y me dirigí al sur hácia Viso, mientras que Macdonald marchaba á Briancon.

»No he tratado nunca de disimularlo: la ascension al monte Pelvoux ofrece un carácter bastante monótono; pero se puede recomendar á los aficionados futuros la vista de que se goza desde la cima.

»A excepcion del Viso, cuya posicion no tiene rival, está mejor situada que ninguna otra montaña de considerable altura, para abarcar el conjunto de los Alpes occidentales: una ojeada sobre la carta geográfica es suficiente para cerciorarse de ello.

»Ciertamente quedamos satisfechos al descubrir que el pico que debia llamarse Punta de los Estuches era una montaña distinta y separada del monte Pelvoux, y no su punta mas elevada; pero esta satisfaccion nos contrarió tambien en cierto modo (1).

»Al volver á bajar á la Bessee confundimos dicho pico con el que se ve desde este punto á la izquierda del del Pelvoux; pero como las dos montañas se asemejan mucho, no deja de ser dispensable la equivocacion. Aunque esta última montaña sea mucho mas alta que el Wetterhorn ó el monte Viso, no tiene ningun nombre; y por eso la designamos con el de Pico Sin Nombre.

»Segun observaciones que no me son personales, los ingenieros no debieron permanecer varios dias en el pico de la Pirámide sin visitar la otra punta mas alta; pero si subieron, hay motivo para extrañar que no dejaran algun recuerdo de su ascension.

»Los naturales que les acompañaron aseguran que no habian pasado de un pico á otro; y por eso reclamamos el honor de haber subido por primera vez á la mas elevada cima; pero la ascension auténtica de M. Puiseux no nos permite insistir en nuestra demanda. La cuestion de prioridad tiene poca importancia, porque nuestro viaje nos ofrece todo el interés de una primera ascension; y recuerdo aquel *escalamiento* con mas satisfaccion y tanto placer como los demás que describo.»

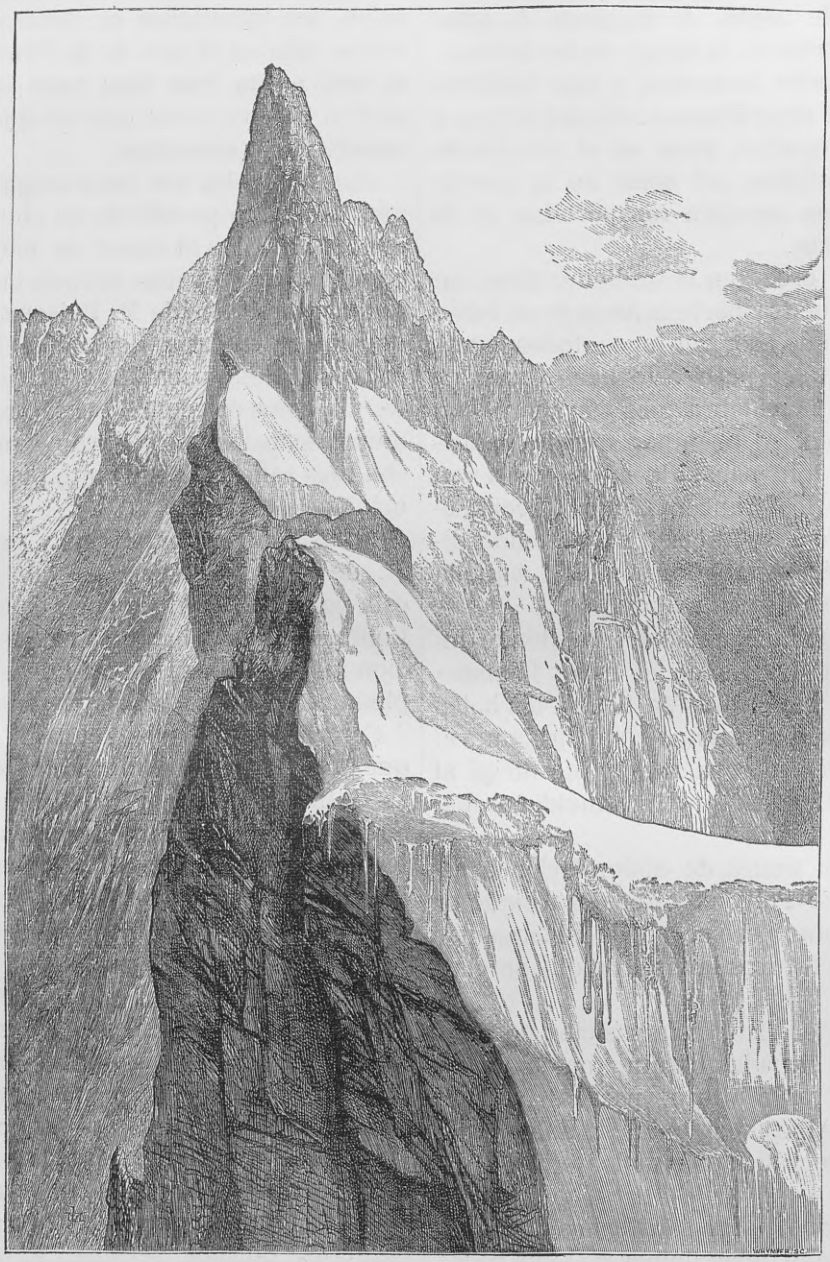
Antes de pasar adelante, y como quiera que M. de Whymper se ocupa tan ligeramente de esta parte de los Alpes y en especial de los del Delfinado, creo oportuno hacer aquí una descripcion mas amplia de estos, que servirá de complemento al relato del viajero inglés.

Cerca ya de Grenoble, el camino de Paris franquea una pequeña escarpadura al pié de la cual se desliza el Isere, y que domina el pueblo de San Martin-le-Vinoux. Desde la cima se descubre uno de los mas bonitos paisajes de Francia: las vastas llanuras del Drac y del Isere, aunque con frecuencia asoladas por los rios que las fecundan, están cubiertas de una vegetacion tan espléndida como variada; las altas montañas, entre las cuales se extienden ó estrechan sucesivamente, ofrecen aspectos y formas tan distintos, tintes tan opuestos y tan armoniosamente confundidos, que la mas severa crítica no hallaria color alguno que modificar en tan maravilloso cuadro. Nada falta de lo que puede seducir á la vista; aguas abundantes y rápidas, verdes praderas, floridos verjeles, inmensos bosques donde todas las esencias prosperan igualmente, rocas extravagantes, nieves y hielos que no pueden derretir los mas fuertes calores del estío, y cuya blancura parece oscurecer el azul del cielo. ¡Felices aquellos que saben apreciar estas obras maestras de la creacion! En cuanto á mí, volveria todos los años á Grenoble, aunque solo fuese para contemplar, á cualquiera hora del dia, el panorama que se ofrece á los ojos de los viajeros.

Pocos instantes despues de haber pasado del pueblo de San Martin-le-Vinoux, tan perfecta-

(1) Mas tarde supimos que M Culloch habia consignado el hecho mucho antes en su *Diccionario Geográfico.*

mente situado, se contornea la última escarpadura del monte Rachais, para entrar en Grenoble por la puerta de Francia. El paisaje cambia de repente, y es menos variado, pero mas grandioso. Sobre el grupo pintoresco de las casas y monumentos públicos de Grenoble, elévase la gran cadena de los Alpes del Delfinado, brillante con sus nieves y hielos eternos, y cuyos picos

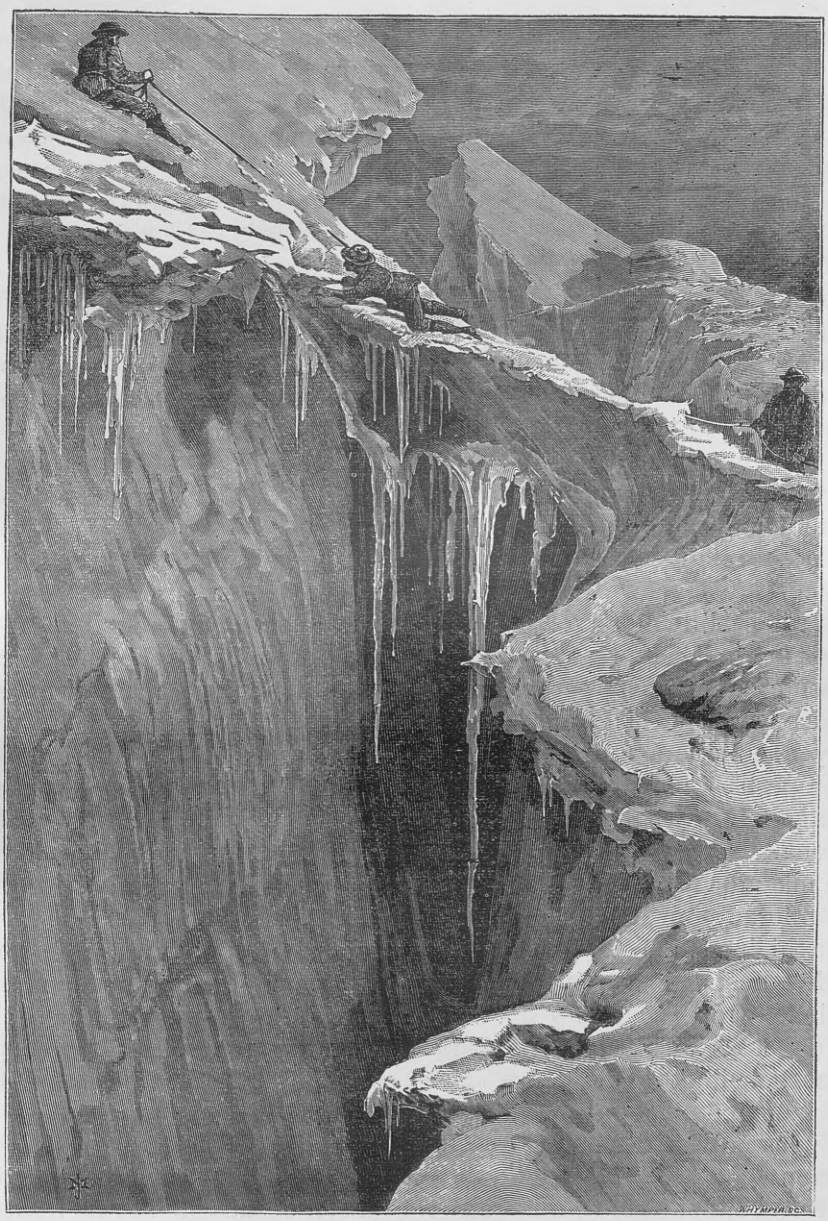


El Pico Dolent

denticulados alcanzan la altura de dos mil quinientos á tres mil metros.

Siendo aun niño, me atraian estas montañas; al contemplarlas por primera vez, presentia que iba á pasar en sus cimas algunas de las horas mas agradables de mi existencia. Muchos años han trascurrido, sin embargo, antes de que pudiera satisfacer mis deseos: lo que yo sentia no era un capricho, sino una pasion, que cada vez se apoderaba mas de mí. Habia recorrido los Alpes de Suiza y del Tirol; y por una serie de circunstancias inútiles de recordar aquí, aun no me habia sido posible escalar los Alpes del Delfinado. Léjos de mi ánimo estimular las expediciones peligrosas en que se compromete por orgullo, no solamente la vida propia, sino la existencia de los guias á quienes seduce el incentivo de la ganancia. No se pueden dispensar semejantes

tentativas sino cuando tienen por objeto alguna observacion ó un descubrimiento científico; y merecen severa censura siempre que el amor propio es el único móvil; pero cuando se ama verdaderamente la naturaleza, cuando se sabe comprender sus encantos y esplendores, sus armonías y enseñanzas, experiméntase un gozo infinito al elevarse sobre las grandes alturas. La salud del alma gana tanto como la del cuerpo: fatigando los miembros para fortificarlos, se to-



Un bergschrund en el Diente Blanco

man esos baños de aire vivificante que con tanta elocuencia recomendaba Juan Jacobo Rousseau; los sentimientos se depuran como la atmósfera; las ideas se engrandecen; descúbrense bellezas desconocidas de aquellos que se limitan á contemplarlas desde los valles ó las llanuras; todo cambia, formas, colores, aspectos y horizontes; y experiméntase en fin un placer indefinible al acercarse al cielo, perdiendo de vista esa tierra donde la triste humanidad, entregada á un trabajo forzoso, se ocupa mas por desgracia en satisfacer malas y vergonzosas pasiones que en desarrollar las facultades intelectuales y morales, las cuales deberian ser fuente única de sus placeres y de su felicidad.

Habia resuelto escalar la mas alta cima de la cadena de los Alpes delfineses que dominan la orilla izquierda del Isere; esta cima no se ve

desde Grenoble, y es conocida con el nombre de Pico de Belladona. La carta geográfica de que me habia provisto le daba una elevacion total de dos mil novecientos ochenta y un metros: era todo cuanto yo sabia, pues ninguna de las obras publicadas en Paris ó Grenoble sobre el Delfinado, consagraba una sola línea á esta montaña. Solo un botánico, que no pasó de la base, me habia asegurado que la ascension era posible: debia pasar una noche en el pueblo de Revel, donde habitaba un guia llamado Marquet.

A eso de las cuatro de la tarde dirigíme pues á Revel con un jóven compañero que deseaba igualmente intentar la ascension. Remontamos hasta Domene la orilla izquierda del Isere, en el célebre valle del Graisivaudan, tan magnífico en aquella época del año; pero demasiado infecto por sus pantanos pestilentes; y acelerando el paso para huir de los olores desagradables, no nos detuvimos hasta llegar al pequeño valle lateral por donde debíamos subir.

A cada paso veíamos nuevos y magníficos paisajes; pero no teníamos tiempo para contemplarlos, porque nos urgia llegar al pueblo, que se divisaba ya á corta distancia, y donde yo me proponia explorar el castillo de Revel.

El guia que nos fué indicado, M. Marquet, estaba felizmente en casa cuando nos presentamos en su tienda, una expendeduría de tabaco. Hombre inteligente y amable, era muy aficionado á las excursiones alpestres, parecia amar apasionadamente sus montañas, y habia subido ya á la cima del Belladona.

El tiempo era magnífico, y no debia inspirarnos la menor inquietud para el dia siguiente. En su consecuencia hicimos nuestros tratos muy pronto á gusto de todos, y se convino en marchar á las tres de la madrugada, á fin de llegar á la cima antes de las diez. Faltaba sin embargo resolver una cuestion importante; y era saber dónde encontraríamos comida, un albergue para pasar la noche, y las provisiones necesarias durante la expedicion.

El pueblo de Revel situado solo á quince kilómetros de Grenoble, cuenta mas de novecientos habitantes, y sin embargo no tiene ni una posada. Cuando se quiere dormir, es preciso pedir hospitalidad al panadero, quien la dispensa con una solicitud y amabilidad digna de agradecerse eternamente.

La habitacion que nos destinaron para alcoba tenia dos mesas que debian servirnos de cama, y parecia un arca de Noé: no solo era el asilo de todas las aves domésticas de la casa, sino de un gran número de animales molestos; allí habia ratas y ratones, arañas, mariposas nocturnas, ó tal vez murciélagos; y legiones de esos pequeños insectos que Topffer ha llamado kangurós.

Apenas apagamos la vela, comenzaron á oirse mil rumores; las ratas se distinguian por sus evoluciones fantásticas, corriendo de derecha á izquierda; bailaban en los bancos y las mesas y deslizábanse por las paredes. Como si esto no fuese bastante, los hijos de la panadera lloraban á moco tendido; mas al fin callaron, y á pesar de los otros rumores, conseguí dormitar un poco, hallándome en ese estado que no es ni la vida ni la muerte, en que se conserva el sentimiento de la existencia y no se tiene fuerza para manifestar la voluntad.

Me inclino á creer que no dormia, porque apenas los pasos de Marquet resonaron en la calle, reconocílos al punto. Diez minutos despues, mi compañero y yo estábamos al lado del guia. Si mis recuerdos no me engañan, la luna se habia puesto, y aunque no se veian nubes, la oscuridad era profunda, sobre todo al salir de Revel, porque el camino serpenteaba debajo de unos grandes árboles. Hacia ya un rato que caminábamos, cuando dieron las cuatro en el reloj del pueblo; muy pronto apareció en el horizonte la sonrosada aurora, y poco á poco se despejaron las tinieblas, reflejándose en todos los objetos esa luz vaga y opaca que precede á la verdadera del dia.

Franqueábamos suaves pendientes cubiertas de variados cultivos; y de vez en cuando divisábase á través de las brumas de la montaña el gran valle donde el Isere, libre de todo dique, desarróllase en largas y bonitas fajas de plata. Sin embargo, á medida que nos elevábamos escaseaban los cultivos; al fin penetramos en un bosque compuesto en su mayor parte de pinabetes; despues desaparecieron poco á poco los árboles, y unas dos horas despues de nuestra salida de Revel, llegamos á la region de los pastos.

La arista cubierta de césped, por la cual sube el sendero, ha recibido el nombre de *prado Raimundo;* desde allí se descubre ya una vista admirable: frente á nosotros observábamos entonces dos montañas sin vegetacion alguna, y que tan pronto parecian grises ó amarillas como rojas ó negras, segun las iluminaba el sol ó quedaban en la sombra: desígnanse con los nombres de *Pequeña Lanza* y *Gran Lanza.*

Muy pronto dejamos atrás los últimos árboles achaparrados que vegetan en esta altura, y á la region de los pastos sucedió la de las rocas, donde, sin embargo, continúa manifestándose la vida animal y vegetal. Las plantas son numerosas y magníficas; bonitas aves, menos salvajes

que las de los valles ó las llanuras, cantan alegremente; y las mariposas revolotean de flor en flor con la mayor tranquilidad. Solo el hombre escasea; á grandes intervalos se encuentra únicamente el pastor que vigila desde léjos su ganado, ó el cazador de gamuzas, que contempla los picos para descubrir los animales que persigue. Tambien se ve algun robusto montañés, de rostro curtido y músculos de hierro, que busca piedras preciosas ó yerbas medicinales, pues la montaña, por pobre que parezca, tiene sus riquezas.

Por donde quiera que miraba, solo veia piedras, agua, y hielos eternos; y sin embargo, en este desierto se alimentan por espacio de tres meses dos mil carneros de la Crau, pagándose por el derecho de llevarlos á pastar allí dos mil quinientos francos anuales.

Avanzábamos á buen paso, cuando Marquet se bajó para coger una piedra, arrojándola á un monton formado por otras muchas, que se elevaba en el fondo de un pequeño barranco. Por su grave continente y la solemnidad de su gesto, comprendí que acababa de cumplir con algun deber religioso.

—¿Qué haceis? le pregunté.

—Tomad esta piedra, contestó, ofreciéndome otra que acababa de coger, y arrojadla al mismo monton; es la *piedra del Mercero*.

En los Alpes de Suiza, de Saboya, ó del Tirol, várias veces habian solicitado mis guias que rindiese así un tributo de respeto á alguna víctima del furor de los elementos ó de la perversidad de los hombres. Esta costumbre, tan conmovedora por la intencion, como absurda por la forma, no me extrañó; apresuréme á obedecer, y cuando hube arrojado mi piedra pregunté á Marquet quién era el mercero muerto en el fondo de aquel barranco solitario, y de qué modo habia perecido.

—Nadie lo sabe á punto fijo, me contestó: unos dicen que fué asesinado por bandoleros, y otros que sucumbió en una tormenta de nieve.

Mas allá de la *piedra del Mercero*, el desierto es mucho mas salvaje; subiendo siempre, se cruza por un torrente que baja del pico de Belladona; y muy pronto llégase al lago llamado de Crozet, situado á una altura de mil novecientos treinta y seis metros. Para los que no conocen los Alpes de Suiza, el aspecto de este lago es imponente; sus aguas, que cambian de color varias veces al dia, segun el estado del cielo, son por lo regular de un tinte verde negruzco, y están encajonadas entre rocas sombrías. Ningun árbol crece aquí; en medio del verano se encuentra á menudo nieve; pero los botánicos recogen plantas raras entre las moles de piedra que las avalanchas, las lluvias y el rayo han hecho rodar desde las cimas de las pendientes inmediatas.

En el instante de costear nosotros la orilla derecha del lago, de unos cuatrocientos metros de longitud, ninguna brisa agitaba la superficie del agua, tranquila y sombría como la del mar Muerto; pero cuando la tormenta baja de la montaña, levanta olas enormes, que se estrellan con inútil furor contra sus diques infranqueables. Felizmente no nos fué permitido asistir á este grandioso espectáculo, pues necesitábamos aprovechar el buen tiempo si queríamos ver el espléndido panorama que ofrece la cima del Belladona.

A los treinta minutos de marcha, descúbrese á la derecha una cañada (los pastos del Praz), con frecuencia visitada por los botánicos, que tienen la seguridad de encontrar allí muchas plantas raras; pero cuando se quiere subir al Belladona no debe el viajero entretenerse con el césped y las flores de estas praderas alpestres. Es preciso elevarse de roca en roca hasta lo alto de la pendiente escarpada donde se precipita un torrente con furia, el cual ofrece un magnífico aspecto; una parte de las aguas se vierte en el Isere por Lancey, y la otra baña el valle de Domene, despues de formar la soberbia cascada de Oursieres, que siempre admiran los bañistas de Uriage.

Franqueada la escarpadura, penétrase en un vallecito cuya altura es de dos mil doscientos cincuenta y tres metros, y en el fondo del cual hay dos lagos, el *Pequeño* y el *Gran Domeynon;* aun en medio del verano están helados á menudo. Al norte, la *Gran Lanza* oculta á los habitantes de Grenoble la vista del Belladona; y al sur surge otra montaña de dos mil setecientos ochenta y nueve metros; al nordeste se destacan, sobre un muro casi perpendicular, cubierto de nieve y de hielo, los tres picos del Belladona, el mas alto de los cuales, de dos mil novecientos ochenta y un metros, está á setecientos veintiocho sobre el nivel del gran lago Domeynon. Algunos pasos mas, y admiraremos el panorama que hemos venido á buscar á tan encumbrada altura, pues ningun vapor oscurece la serenidad del cielo.

Pero estos últimos pasos son muchos mas de los que al principio se creeria, y tambien mas fatigosos. Cuando hubimos llegado á la extremidad superior del valle de Domeynon, pregunté á Marquet qué camino se proponia seguir, á lo cual me contestó mostrándome con la mano las montañas que se elevaban á nuestra derecha, las cuales parecian fáciles de escalar.

—¿Cuánto tiempo necesitaremos, le pregunté, para llegar á la cima del Belladona, haciendo el rodeo que me indicais?

—Hora y media, me contestó.

—Es mucho. ¿Por qué no hemos de subir siguiendo la línea recta?

—Porque la pendiente es demasiado escarpada.

Tratábase en efecto de franquear una de cuarenta y cinco grados, cubierta de una espesa capa de nieve endurecida; pero que en mi concepto no ofreceria insuperables dificultades.

—Probemos, dije al guia.

—Yo no me atreveré á conducir á los viajeros por ese camino, pues seria para mí demasiada responsabilidad.

—Y si los viajeros quisieran conduciros, ¿les seguiriais?

—Tal vez.

Yo habia explorado bastante los glaciares de los Alpes de Suiza y de Saboya para saber que no era peligroso escalar aquella pendiente de nieve, pues no habiendo glaciares, no se debian temer las grietas. El único riesgo que corríamos



Las columnas encapuchadas

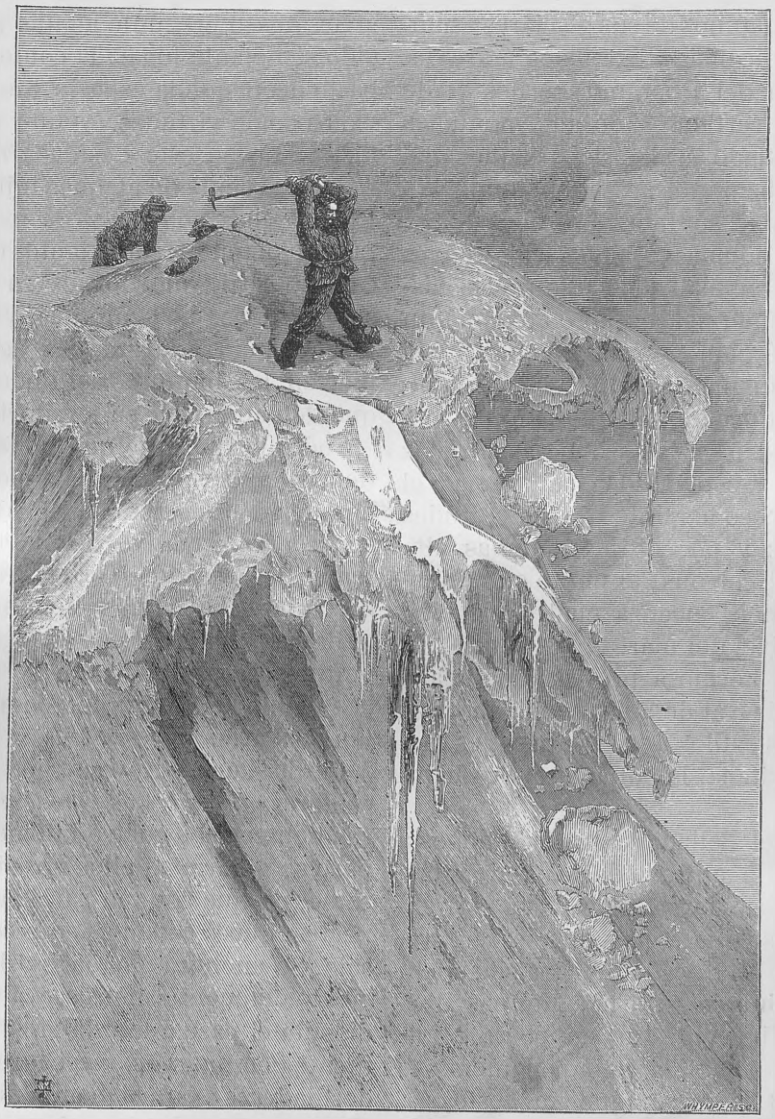
era el de una caida; y de consiguiente tomé al punto mi partido. Mi compañero no vaciló en seguirme, y Marquet se encogió de hombros.

Con nuestros zapatos claveteados abrimos muy pronto un surco en la nieve; y por aquella escalera improvisada comenzamos á trepar; Marquet iba detrás de nosotros; y sin ningun percance, aunque algo fatigados, pudimos ganar una meseta, desde donde nos bastaria media hora para llegar á uno de los picos del Belladona; el mas alto se eleva solo á pocos metros sobre aquel á que nos dirigíamos, y es tan escarpado, que nadie ha podido franquearle.

Algunas nubes habian subido desgraciadamente del fondo de los valles, ocultándonos algunas cimas; pero aun así, el panorama que descubrimos respondió completamente á nuestras esperanzas. Pocas cosas he visto mas grandes, variadas y hermosas; semejante cuadro no podria pintarse ni describirse; y por lo tanto no haré aquí una tentativa inútil. Indicaré solo en pocas líneas los puntos mas importantes ó lejanos que abrazaban nuestras miradas.

Debajo de nosotros, en la direccion del noroeste, hundíase un verdadero glaciar de pendientes escarpadas y muy agrietado, que llegaba hasta el *lago blanco*, cuyas aguas bañan el salvaje y pintoresco vallecito de Mury; sobre el gran valle del Graisivaudan elevábase soberbiamente la curiosa mole á que ha dado su nombre la Gran Cartuja: fácilmente reconocimos todos los picos principales; el casco de Neron, la Pinea, el Gran Som, el Diente de Crolles, y el Granero; entre estas dos últimas montañas divisábase el lago del Bourget, dominado á la izquierda por la cadena del Monte del Gato, y á la derecha por el

Diente de Nioslet y la mole de los Beauges. Las montañas de Suiza, del Piamonte y de Saboya, estaban demasiado cubiertas de nubes para que pudiéramos reconocer los perfiles; pero M. Antonino Macé, mas feliz que nosotros, cree haber visto el Monte Rosa y el San Gotardo, el Gran San Bernardo, el Monte Iseran, el Monte Tabor y el Monte Cenis. No quisiera contradecirle, porque es una autoridad; pero me es difícil admitir que desde la cima del Belladona se divise la mole del San Gotardo. Hácia el sud, el Pelvoux, cubierto de nieves y de hielos eternos, llamaba



El paso de Moming

particularmente nuestra atencion; y volviéndonos desde el sud al oeste, pudimos distinguir en medio de un mundo de montañas desconocidas, Taillefer, el Monte Aguja, la mole de Saint Nizier, las cordilleras del Ardeche, del Vivarais y de Forez.

Por lo que acabamos de decir se reconocerá que la excursion á Belladona es una de las mas interesantes que puedan emprender los viajeros en toda la cadena de los Alpes. Sin peligro alguno es fácil ver las altas montañas bajo todos sus aspectos, desde la region de las viñas hasta la de las nieves eternas, con sus climas de la Provenza y de la Siberia, sus diferentes cultivos, sus bosques de esencias diversas, sus pastos de verano, sus rocas surcadas por el rayo, sus torrentes impetuosos, sus lagos suspendidos sobre los abismos y sus heladas soledades. Este es un cuadro completo, tanto mas admirable cuanto que un corto número de picos ofrecen un panorama tan inmenso y espléndido.

Sin embargo, por mas que digan algunos, el

Delfinado no es tan bello como la Suiza, porque ninguna region del globo puede rivalizar con este pequeño rincon de tierra, donde la naturaleza parece haberse complacido en reunir todas sus mas sorprendentes bellezas; pero el Delfinado es la mas hermosa parte de Francia, y aventaja por mucho al Jura y á los Pirineos. Posee un gran valle y desfiladeros que la misma Suiza podria envidiar; y algunos de sus glaciares asombran por su magnificencia y extension á los viajeros que vuelven del Oberland bernés ó de Chamonix. Si las vertientes de sus montañas son á veces demasiado áridas, los bosques que han conservado felizmente presentan aun árboles maravillosos por su fuerza, su elevacion y color. Allí nacen además grandes rios, cuyos afluentes forman en los valles admirables cascadas; las aguas minerales curan ó alivian á un considerable número de enfermos; la pesca y la caza abundan de un modo notable; el suelo oculta minas que enriquecerán algun dia á una poblacion mas industriosa; las principales cimas ofrecen inmensos y espléndidos panoramas; el cielo presenta á veces los tintes de las latitudes mas meridionales; y por último, su mas alta cima, inmediata al Pelvoux, el punto culminante de toda la Francia, alcanza cuatro mil cien metros sobre el nivel del mar.

Si esta grande y hermosa provincia de la antigua Francia, casi rival de Suiza y de Saboya, y superior por todos estilos á los Pirineos, es menos conocida y visitada, la culpa es de los habitantes.

Desde la cima del Belladona trasladémonos á Puente-Royans, á la entrada de las Gargantas: la carrera es un poco larga; pero nada mas encantador y hermoso que el país que se recorre, comprendido todo en el valle del Graisivaudan. Por el camino de hierro se llega á Moiraas, donde se toma la diligencia, que en pocas horas conduce al viajero á San Marcelino, siguiendo la orilla derecha del Isere, aunque sin costearla. Ofrécese á la vista una sucesion no interrumpida de paisajes siempre diversos, paraiso de los artistas delfineses; cierto que las montañas se deprimen; pero los tintes de la tierra y el cielo son mas vivos, y los contrastes entre las rocas y la verdura mas imponentes.

Puente-Royans es cabeza de distrito de un canton de mil noventa y dos habitantes; situado á trescientos metros sobre el nivel del mar, en un torrente llamado Bourne, que baja por el valle del Choranche.

La mayor parte de las casas de Puente-Royans están sostenidas por armazones muy pintorescas, que dominan á gran altura las magníficas aguas del Bourne, cuyas excelentes truchas sirven á menudo de regalo á las águilas pescadoras domiciliadas en las rocas próximas. En otro tiempo, la única calle de Puente-Royans estaba bordeada en un lado por las casas, suspendidas casi sobre el abismo, y en el otro por la roca. Difícil seria hallar, no solo en el Delfinado, sino en toda Francia, un sitio mas incómodo para vivir. Acaso pregunte alguno por qué se ha elegido semejante lugar: la contestacion, es obvia; baste decir que la especie humana tiene tantos vicios como virtudes, y que se ha instalado y fortificado en este desfiladero para defenderse mas fácilmente de ataques injustos ó merecidos. Los antiguos soberanos de esta localidad eran probablemente, como tantos otros, bandidos de camino real, que de vez en cuando salian de sus guaridas, hoy ruinosas, y casi tan inaccesibles como los nidos de las águilas, para desbalijar en las llanuras del Ródano á los viajeros que debian cruzar su territorio.

Todas las fábricas que constituyeron en otro tiempo la prosperidad y la gloria de este burgo han dejado de existir; los habitantes que no se ocupan en el cultivo de los terrenos, tejen la seda, ó se dedican á otros trabajos menos importantes. La civilizacion moderna ha penetrado no obstante en esta garganta salvaje y pintoresca; y muy pronto se verán buenas calles plantadas de árboles como algunos bulevares de París.

Desde Puente-Royans nos trasladamos á las célebres *gargantas de Ombleze*. Estos desfiladeros tienen unos cuatro kilómetros de longitud; pero se pasaria en ellos un dia entero sin cansarse, porque son tan variadas sus formas y aspectos, que á cada paso ofrecen un nuevo paisaje. Su anchura media es de ciento veinte á ciento cincuenta metros; y á veces, el torrente disputa el paso á los viajeros. Lo que principalmente comunica un aspecto particular á estos desfiladeros son las bonitas arboledas que les adornan; de todas las grietas, de todas las cornisas, surgen vigorosos arbustos y flores odoríferas; y al grito del pluvial domina á ciertas horas el murmullo de las aguas y el susurro del viento entre el follaje; así como el monje de la leyenda, cuyo sueño duró mil años, se olvidarian fácilmente las horas en este desfiladero solitario, sin mas que contemplar los cuadros de la naturaleza, escuchando el canto de las aves.

Poco tiempo despues de haber salido de las gargantas de Ombleze se ve el rio llamado Gervanne, que al llegar al borde de una escarpadura de cuarenta metros de elevacion, se lanza de un

salto en el abismo, donde sus aguas, hasta entonces muy tranquilas bajo una espesura de sauces, se estrellan y resuelven en espuma con el estrépito del trueno: esta magnífica cascada se conoce con el nombre de la Drusse. Debajo está el valle del Gervanne, cuyas dos vertientes están formadas por dos curiosas montañas; la una, la de la orilla izquierda, domina el pueblo de Ansage; y la otra, la de la derecha, se llama el Velan.

Dejando atrás varios pequeños valles cubiertos de césped, y algunos pueblecillos de poca importancia, llegamos por un terreno pedregoso hasta un pequeño desfiladero, donde se ve de improviso á los piés otro valle, que es el de Quinto: en él llaman sobre todo nuestra atencion las montañas, por sus formas extraordinarias y sus colores, y sobre las cuales se elevan en lontananza el monte Glandaz y el gran pico de San Géniz.

A la entrada del valle de Quinto se destaca una colina aislada que parece obstruir el paso, bañada por el Suze, que debe contornearla antes de verterse en el Drome. En esta colina está el pueblo de Santa Cruz, que ha desempeñado un papel importante en la historia militar. La fortaleza, hoy ruinosa, que se divisa en la cima, fué edificada por los romanos para proteger sus comunicaciones en el camino de Viena á Milan, y preservar al mismo tiempo á Die, capital de los voconcios (Vocontia), de un ataque de los pueblos vecinos.

Ya que hemos citado á Die, diremos de una vez que es un pueblo feliz entre todos los pueblos: ocupa una agradable situacion y disfruta de un clima templado, en un valle tan risueño como fértil; puede contemplar desde léjos las montañas sin temer que jamás le moleste su sombra; dispone de un rio de abundantes aguas; y sus vides producen un vino blanco que goza de una justa celebridad. Por otra parte Die posee un gran número de antigüedades, las suficientes para entregarse de contínuo al estudio de los respetables restos del pasado. No obstante, esta ciudad demasiado favorecida del cielo, no ha disfrutado nunca de una felicidad completa. En vez de entregarse á la contemplacion de los paisajes encantadores que por todas partes la rodean, saboreando el excelente vino que puede obtener sin gran trabajo, ó de buscar un pasatiempo en las discusiones históricas y arqueológicas, sus habitantes no han dejado escapar nunca la ocasion de batirse entre sí y matarse; y esto desde los tiempos mas remotos. Las cuestiones políticas y religiosas fueron siempre la causa de las luchas intestinas.

Die ha conservado una parte de sus antiguas murallas flanqueadas de torres.

Los alrededores de Die son muy agradables de visitar: uno de los valles mas interesantes es el de Roumeyer, que se abre al norte á poca distancia de la ciudad; la entrada es sumamente pintoresca; si las rocas que la forman se aproximasen un poco mas, se tocarian en su parte superior, dejando debajo de este puente natural espacio bastante para el rio y el camino. Franqueado este curioso desfiladero, se ve extenderse un bonito valle y ricas praderas bordeadas de colinas, cubiertas de bosque, sobre las cuales se elevan los picos del monte Glandaz.

Aun podríamos visitar otros muchos puntos; pero he dado á conocer los mas notables, y de consiguiente terminaré aquí mi rápida excursion por los Alpes del Delfinado.

Durante esta breve correría, solo me he ocupado de la naturaleza, sin hablar de los habitantes: la razon de mi silencio es muy sencilla: los campesinos se parecen á los de todos los departamentos de Francia, y han perdido su originalidad primitiva. No tienen carácter físico que les sea propio: sus cualidades ó defectos, sus virtudes ó vicios no se distinguen ya por ningun rasgo saliente, su traje es tan vulgar por su forma y sus colores como sus viviendas.

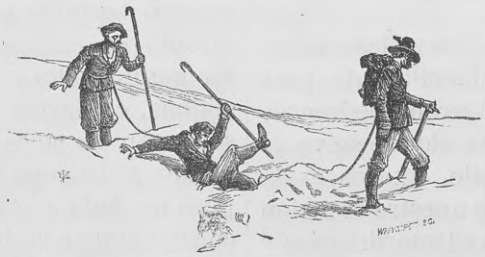
Ahora volvamos á ocuparnos de las arriesgadas excursiones de M. Whymper.

Despues de dirigir una ojeada al monte Viso, M. Whymper se trasladó á Abrier, Veran y Molines, pueblo cerca del cual dibujó los singulares obeliscos conocidos con el nombre de *columnas encapuchadas*. Estos obeliscos, de la misma naturaleza geológica que los declives de la montaña, son de un grueso y altura desiguales; la mas alta, situada á orillas del torrente, excede de doce metros de altura; las otras alineadas en fila, disminuyen de elevacion á medida que se acercan á la montaña. En la cima de cada una de estas columnas, á excepcion de una sola, mantiénese en equilibrio una mole de serpentina, desprendida sin duda de la cima de la cresta; y de aquí el nombre de *columnas encapuchadas;* no cabe duda que la base de la montaña ha sido socavada por las aguas del torrente; y estas agujas, quedando en pié, indican la altura á que se elevaba en otro tiempo el suelo del valle.

Ya se comprenderá que no podemos seguir al señor Eduardo Whymper en todas sus excursiones, porque este análisis nos conduciria mas allá de los límites que nos hemos impuesto. Antes de reproducir el conmovedor relato de su ascension al Cervino, debemos limitarnos á explicar los grabados algo fantásticos que ilustran

esta narracion; y dejando á un lado el tunel de los Alpes, cuya máquina perforadora ha dibujado tan bien el señor Whymper (véase el grabado de la pág. 705), trasportémonos al desfiladero de Pilatos entre la Vallouise y la Berarde.

«Durante toda la subida, Croz nos abrió un sendero con indomable energía; á las diez y cuarenta y cinco minutos nos hallábamos en la cima del desfiladero, proponiéndonos descansar largo tiempo; pero en el instante mismo de llegar, una niebla que rodeaba la arista bajó de repente sobre nosotros, y ya no pudimos ver nada del lado septentrional. De todos nosotros, solo Croz tuvo tiempo de examinar rápidamente



Una caida en los glaciares

la bajada, y juzgamos que lo mas oportuno seria bajar desde luego, á fin de aprovecharnos de sus recuerdos. Nada podemos decir pues respecto al desfiladero, como no sea que se halla inmediatamente al este del monte Bans, y que su altitud es de unos tres mil setecientos cincuenta metros. Es la garganta mas alta que hay en el Delfinado, y le dimos el nombre de desfiladero de Pilatos.

»Comenzamos á descender hácia su glaciar



Marcha por los glaciares

por una pendiente de hielo muy unido, que segun las observaciones de M. Moore, tenia una inclinacion de cincuenta y cuatro grados.

»Croz iba siempre á la cabeza, y le seguíamos á intervalos de unos cinco metros, atados todos á la cuerda: Almer se encargó de la pesada responsabilidad de la retaguardia, y los dos guias se hallaron así separados por la distancia de unos treinta y cinco metros. La niebla les impedia verse, y aun á nosotros nos parecian dos fantasmas; pero todos podian oir á Croz, que de vez en cuando gritaba con voz sonora:

—Cuidado con resbalar, señores; sentad bien el pié, y no le movais hasta estar seguros del apoyo.

»Así bajamos por espacio de tres cuartos de hora: de repente dejó de resonar el hacha de Croz.

—¿Qué hay, Croz? preguntamos todos á una.

—Un *bergschrund*, señores.

—¿No podremos cruzarle?

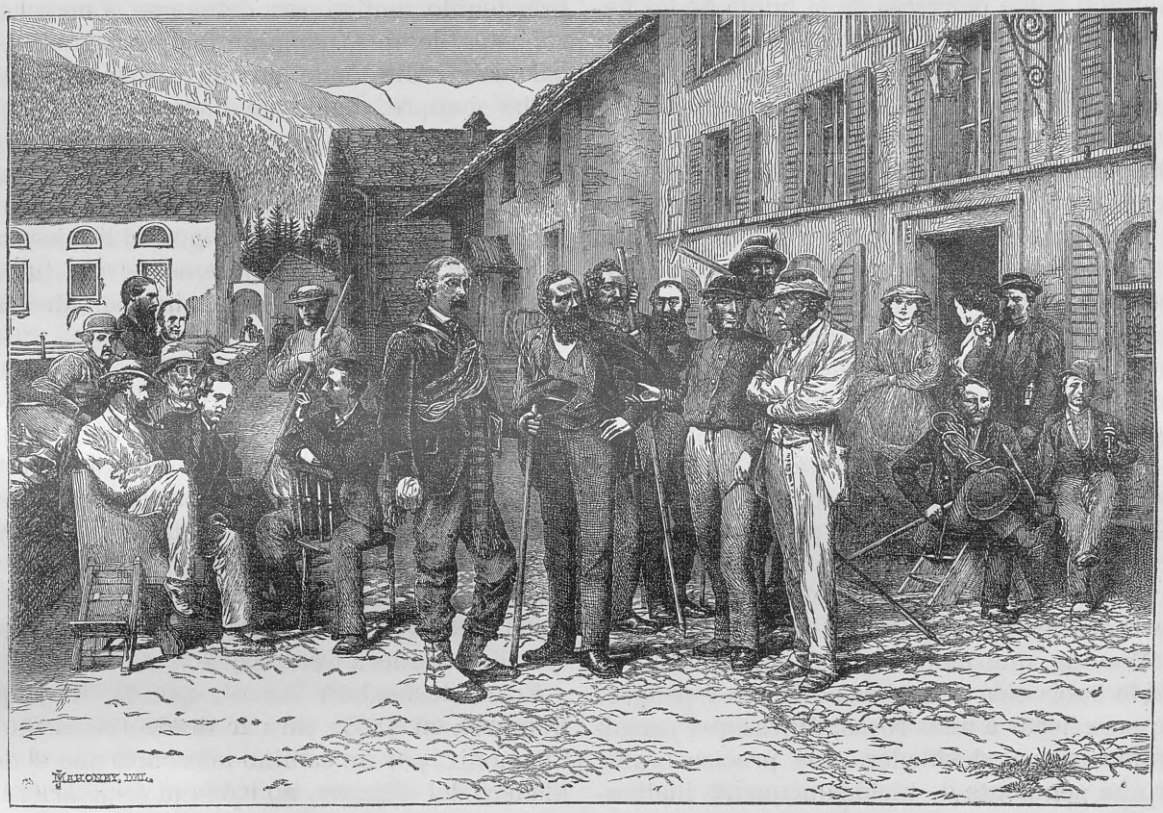
—¡Pardiez! aun no lo sé; pero creo que será preciso saltar.

»En el momento mismo en que nos hablaba, corriéronse las nubes á derecha é izquierda, produciendo un efecto sorprendente: fué como una decoracion de teatro, para prepararnos al gran brinco que todos debian dar.

»Una fuerza que nos era desconocida, una disposicion particular de las rocas situadas debajo de nosotros, habia hundido en dos partes el muro de hielo por donde bajábamos; y á cada lado, en toda la extension que abarcaba la vista, extendíase una profunda grieta. En otros términos, una inmensa abertura separaba la parte superior, donde entonces estábamos, de la inferior, situada debajo de nosotros. Cuando se forman escalones en una pendiente de hielo de cincuenta y cuatro grados de inclinacion, no se puede pensar casi en buscar un paso mas fácil de atravesar: era forzoso franquear el abismo por aquel mismo punto y sin tardanza.

»Debíamos saltar á la vez á una altura de cinco metros, tomando el impulso de dos ó tres hácia delante. Se dirá que esto no era mucho; ciertamente que no; pero la naturaleza del salto nos inquietaba mucho mas que su extension. Tratábase de caer precisamente sobre una estrecha arista de hielo; si se pasaba de ella, habia peligro de precipitarse indefinidamente en el abismo; y el que no la alcanzase se hundiria en la grieta abierta debajo, la cual, aunque en parte llena de fragmentos de hielo y de alguna nieve desprendida de la pendiente superior, presentaba aun en varios sitios una enorme abertura donde podrian desaparecer los cuerpos errantes.

»Croz desprendió primero á Walker, á fin de que la cuerda tuviera una longitud suficiente; y despues, advirtiéndonos que sujetáramos de firme, lanzóse sobre el abismo. Cayó con destreza



Una posada del Monte-Rosa en Zermatt: guias y viajeros

de pié, desatóse, y tiró la cuerda á Walker, quien siguió al punto su ejemplo.

»Llegado mi turno, avancé hasta el borde del hielo: el segundo que trascurrió despues fué lo que se llama un instante supremo, ó en otros términos, parecióme que hacia un papel ridículo, que el mundo daba vueltas á mi alrededor con espantosa rapidez, y que detrás de él iba mi estómago. Casi en el mismo instante me ví de bruces sobre la nieve; pero levantándome al punto, apresuréme á asegurar que aquello no era nada, á fin de infundir ánimo á mi amigo Reynaud.

»Acercóse al borde, y al punto profirió una exclamacion: estoy seguro que no le repugnaba mas que á los otros intentar la aventura; pero fué mucho mas demostrativo; en una palabra, era..... francés. Retorcíase los brazos y exclamaba:

—»¡Oh! ¡qué diablo de paso!

—»Pero si no es nada, Reynaud, le grité yo, nada absolutamente.

—»¡Vamos, saltad, saltad, gritan tambien los otros, saltad de una vez!»

»Pero Reynad comenzó á dar vueltas en cuanto se lo permitia el escalon de hielo; y despues, cubriéndose el rostro con las manos, gritó:

—«¡No, á fe mia que no! ¡De ningun modo, no, no, no! Os digo que no es posible.»

»Aseguro que no sé cómo salió del paso: vióse primeramente la punta de un pié que parecia pertenecer á Moore, y despues á Reynaud metamorfoseado en pájaro, descendiendo sobre nosotros como aquel que se arroja de cabeza al

agua; con los brazos y piernas extendidos, habia soltado su palo, y su piel de carnero flotaba al aire; despues se oyó un rumor sordo como el que pudiera producir en el suelo un rollo de alfombra lanzado desde un balcon; y cuando le pusimos en pié ofrecia un triste espectáculo: su cabeza parecia una enorme bola de nieve; y el aguardiente se le escapaba del morral. Aunque compadeciéndole por su pérdida, no pudimos contener una carcajada.» (Véase la pág. 713.)

Algunos dias antes, al terminar la ascension tan difícil como peligrosa de la punta de los Estuches, el guia Almer estuvo á punto de pagar con la vida su temeridad: habiase desatado de la cuerda para intentar subir solo á la cima; al pasar por una estrecha arista donde la nieve alternaba con la roca, la nieve se agrietó bajo sus piés al caer en el abismo; y vaciló un instante, tratando de sostenerse en la parte que parecia aun bastante sólida. «¡Yo le creí perdido!» dice monsieur Whymper.

»Felizmente cayó del lado derecho, y pudo hallar un apoyo verdaderamente sólido; si hubiese puesto el pié derecho en vez del izquierdo sobre el puente de nieve, habria caido de una altura de mas de cien metros en el vacío, sin serle ya posible cogerse á las rocas antes de llegar al glaciar, situado á mil metros de profundidad.»

El mismo año, es decir, en 1864, M. Whymper, acompañado de M. Moore, pasó por primera vez con los guias Almer y Croz el desfiladero de Moming, que enlaza á Zinal con Zermat. La subida habia sido de las mas difíciles y peligrosas; para llegar á unas rocas, únicas que permitian alcanzar el desfiladero, fué preciso cruzar por una pendiente de hielo sumamente inclinada, formando escalones debajo de inmensas moles de hielo que estaban á punto de hundirse, y que cayeron cinco minutos despues de haber pasado Almer, el último de todos.

«Acabábamos de alcanzar, dice M. Whymper, la depresion situada entre el Rothhorn y el Schallhorn (1), despues de una penosa subida por diversas especies de nieve y á través de todas las variedades posibles de vapores, entre la bruma de Escocia y la niebla de Lóndres. Un escarpado muro de hielo formaba la vertiente de la cima que da al Zinal; pero nos era imposible saber si la vertiente de la bajada ofrecia igual aspecto, pues no podíamos verla á causa de un enorme monton de nieve que el viento del oeste habia acumulado sobre la cresta, y que dominaba el Zermat, semejante á una ola marina que el frio hubiera helado en el instante de caer (2).

»Sólidamente atado á la cuerda y sostenido por sus tres compañeros, inmóviles en la vertiente que da al Zinal, Croz la emprendió á hachazos con esta cornisa, acabando por derribarla hasta su union con el hielo sólido; y despues, saltando atrevidamente, nos gritó que le siguiéramos. Era una fortuna tener por guia semejante hombre: con otro menos hábil y osado, hubiéramos podido vacilar en emprender semejante bajada en medio de una espesa niebla. El mismo Croz habria tenido motivo para detenerse, á no ser tan robusto. Siempre ponia en accion sus propias palabras: «Allí donde hay nieve firme se puede andar siempre; donde hay hielo es posible abrir camino, formando escalones: es una simple cuestion de fuerza; yo la poseo, y por lo tanto, nada teneis que hacer sino seguirme.» Podemos decir que no economizó su vigor; si hubiese ejecutado en un teatro las proezas de que fuimos testigos aquel dia, los aplausos habrian atronado el edificio.»

Al año siguiente (1865), M. Whymper efectuó la ascension al Diente Blanco (4,368 metros), escalado la primera vez el 18 de julio de 1862, por MM. Kenedy y Wigram, con los guias Croz y Kronig; pero no siguió el mismo camino, prefiriendo subir por la arista del sudeste: la mayor dificultad que encontró fué la travesía del *bergschrund*, pues hubo de elevarse á una altitud de 4,000 metros para encontrar un puente de nieve que le permitiera franquearle.

En el desfiladero Dolent, que M. Whymper franqueó en 1865, para ir desde Cormayeur á Chamonix, por un camino mas corto que el desfiladero del Gigante, no habia ni *bergschrund* ni puente de nieve, pero sí un muro de hielo de 400 metros, con una inclinacion de 50 grados, por el cual era preciso bajar. Croz, que iba á la cabeza, abrió paso en aquel muro por espacio de dos horas consecutivas, atado á una cuerda, y sin embargo, no habia bajado mas que á sesenta metros del desfiladero. Biener y Almer, que tenian la cuerda, eran los únicos que pudieron hallar sitio en la arista. Biener bajó entonces para reunirse con Croz, y M. Whymper, obligado á permanecer en la otra vertiente, pudo subir al fin, y contemplar á su vez el fácil paso que habia tenido la gloria de descubrir. Los tres guias hubieron de trabajar en el hielo por espa-

(1) La cima de este desfiladero está marcada á 3,793 metros en la carta geográfica del general Dufour.

(2) Estas cornisas de nieve están á menudo en las cimas muy altas; y siempre es prudente, poco antes de llegar á la cúspide de una montaña ó una arista, echar la sonda, á fin de asegurarse si la nieve reposa en una base sólida. Muchos viajeros han estado á punto de perder la vida, por descuidar esta precaucion.

cio de siete horas consecutivas, antes de llegar al glaciar de la Argentera, es decir, á la base de aquella muralla de hielo. Ningun accidente turbó aquel dia el triunfo de M. Whymper.

II

Ascension al Cervino.

De todas las cimas de los Alpes suizos que jamás habian sido holladas por el pié del hombre, el Cervino ó Matterhorn era el que M. Whymper deseaba con mas ánsia escalar. Esta ascension, con frecuencia emprendida por los guias mas hábiles y los mas atrevidos viajeros, habia fracasado siempre, si bien es verdad que ofrecia obstáculos casi insuperables. Solo á la octava tentativa fué cuando M. Whymper tuvo á la vez la satisfaccion y el dolor de conseguir su objeto. ¿Quién ignora la pérdida que costó su éxito? El mejor guia de los Alpes, y tres de los compañeros de M. Whymper cayeron al bajar, desde una altura de unos mil metros, sobre el glaciar del Cervino.

Esta montaña es sin disputa la mas extraordinaria de los Alpes, y tal vez del mundo entero. Nuestro grabado de la pág. 729 nos dispensa de describir aquí ese grandioso obelisco de piedra que se eleva á una altitud de cuatro mil cuatrocientos ochenta y dos metros, en la extremidad occidental del valle de Zermatt, entre la imponente cordillera del Monte Rosa al este, el Diente de Iberens (4,180 metros) y la Cabeza Blanca (3,750 metros) al oeste, y el Diente Blanco (4,364) al norte. Domina casi á pico en 1,600 á 1,700 metros los glaciares que rodean su base.

«El Cervino, ha dicho M. Giordano, ingeniero en jefe de las minas de Italia, se compone, desde la base á la cima, de rocas estratificadas en bancos bastante regulares, que se elevan todos ligeramente hácia el este, ó sea en direccion al monte Rosa. Estas rocas, aunque evidentemente de origen sedimentario, tienen una estructura fuertemente cristalina, que debe ser efecto de una poderosa accion de metamorfismo, muy desarrollada en esta region de los Alpes.

»El pico actual no es mas que el resto de una poderosa formacion geológica antigua, triásica tal vez, cuyas espesas capas, de mas de tres mil quinientos metros, envolvian como con un manto inmenso, la gran masa granítica y feldspática del monte Rosa. Por eso su detallado estudio, facilitado excepcionalmente por la profundidad de los valles de donde surge, da la clave de la estructura geológica de otras muchas montañas de los alrededores. Por todas partes se ve ese fenómeno bastante curioso de una poderosa formacion talcosa muy cristalina, casi granitoide, regularmente sobrepuesta á una formacion esquistosa y calcarífera.

»Esta constitucion geológica es en parte la causa de la forma aguda y del aislamiento del pico, que excitan el asombro y admiracion de los viajeros. En efecto, mientras que las rocas laminares de la base corroidas fácilmente por la accion de los meteoros y del agua, quedaban socavadas pronto en figura de anchos y profundos valles, la roca superior, que constituia la pirámide, ocasionaba por su dureza la formacion de grietas con paredes escarpadas, que conservan al pico alpino su característico y esbelto perfil. Los glaciares que rodean su base por todas partes, recogiendo continuamente los restos caidos de sus flancos, contribuyen á su vez á conservar ese aislamiento de la maravillosa pirámide, que sin ellos se habria sepultado ya tal vez en sus propias ruinas.»

Las primeras tentativas hechas para escalar el Cervino datan solo de 1859: algunos guias, ó mas bien cazadores del Val Tournanche trataron de subir partiendo del Breuil: eran Juan Antonio, Juan Jacobo y Víctor Carrel, el abate Garret y Gabriel Maguignaz. Todo cuanto se sabe de sus expediciones es que llegaron al punto conocido hoy con el nombre de *Chimenea*, situado á unos tres mil ochocientos sesenta metros de altitud.

En 1860, MM. Alfredo, Cárlos y Sandbach Parker, de Liverpool, intentaron á su vez escalar el Cervino por su falda oriental: no llevaban guias, y así por esto como por las nubes, un fuerte viento y la falta de tiempo, viéronse obligados á bajar la misma noche á Zermatt, de donde partieron: no habian pasado de la altura de tres mil seiscientos cincuenta metros.

La tercera tentativa data de fines de agosto de 1860: M. Vaughan Hawkins partió del Val Tournanche con los guias Bennen y Santiago Carrel, acompañados de M. Tyndall. Detúvose con un guia á cien metros sobre la *chimenea;* y Bennen y Tyndall subieron quince ó veinte mas arriba, pero viéronse tambien precisados á bajar.

En 1861, MM. Parker volvieron al asalto de la inexpugnable ciudadela. Zermatt fué, como la primera vez, el punto de partida; pero como la primera tambien, frustráronse todos sus esfuerzos.

El mismo año, M. Whymper llegaba á Breuil el 28 de agosto, y supo que M. Tyndall habia pasado allí uno ó dos dias sin poder emprender nada. Resuelto esta vez á intentar la aventura, comprendió que un dia no podia bastarle, y en

su consecuencia fué á plantar su tienda en el *desfiladero del Leon*, con un solo guia. Aquella noche hizo un frio espantoso: el agua se heló en una botella colocada debajo de su cabeza, y durante toda la noche cayeron alrededor de la tienda moles de roca, de las cuales no le alcanzó ninguna.

Al despuntar el alba, M. Whymper comenzó á escalar la arista del sudoeste, y en una hora llegó á la *Chimenea*, donde su guia, á quien no nombra, rehusó pasar adelante, siéndole por lo tanto forzoso volver á bajar á Breuil.

En 1862, M. Kennedy, de Leeds, imaginó que la ascension del Cervino debia ser mas fácil en invierno que en verano; y en el mes de enero se dirigió á Zermatt para llevar á cabo su extraordinaria idea. Al dia siguiente pasó ya la noche en la capilla de Schwarzsee con Pedro Pernn y Pedro Taugwalder, y al despuntar el alba, comenzó á escalar, como MM. Parker, la arista comprendida entre el Hornli y el Cervino; pero despues de haber tenido la satisfaccion de erigir á tres mil doscientos noventa y ocho metros de altitud, una pequeña pirámide de dos varas



El guia Carrel, de Val Tournanche

de altura, debió tocar retirada apresuradamente, acosado por la nieve, el frio y el viento.

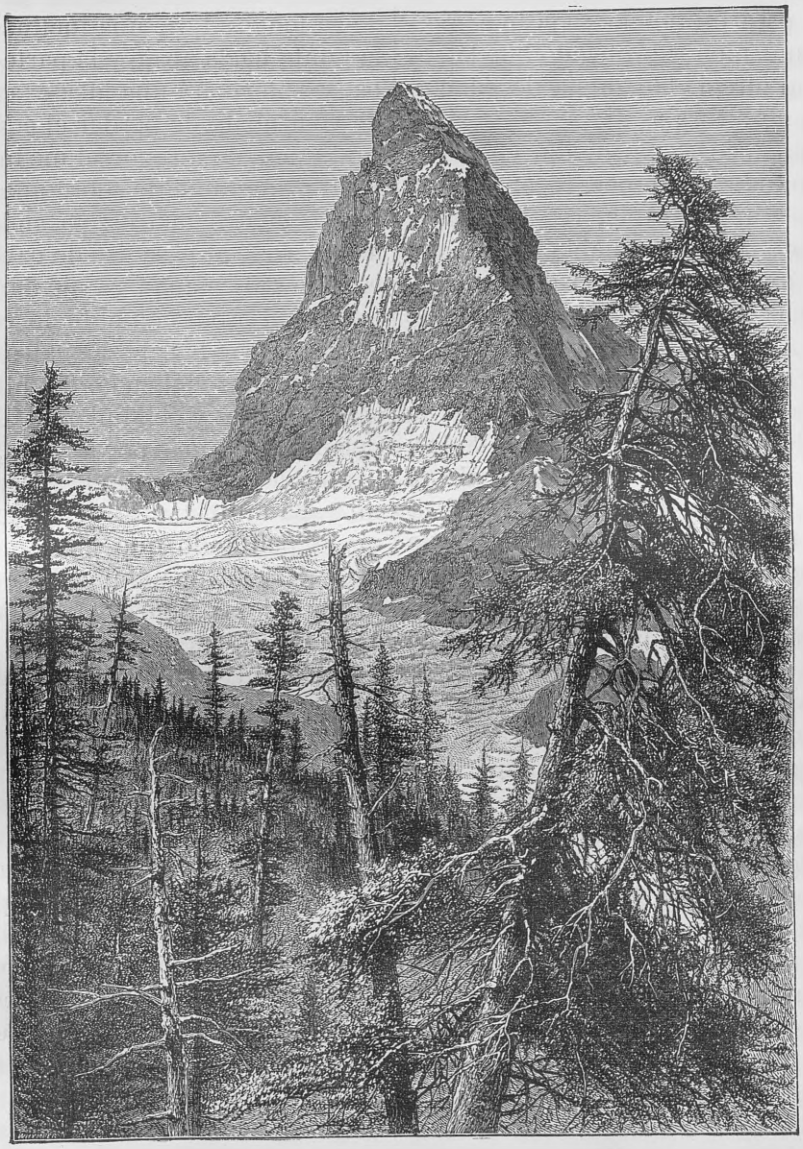
M. Whymper consagró aquel invierno á la confeccion de una tienda muy superior á la que habia empleado en el desfiladero del Leon, y el 7 de julio salió de Breuil para franquear las primeras pendientes del Cervino con M. Macdonald y tres guias, Juan Taugwalder, Juan Kronig, de Zermatt, y Lucas Meynetet. Por desgracia equivocó la direccion, y al reconocer su error, echó de ver que habia escalado sin saberlo el pequeño pico que domina el desfiladero del Leon. La parte superior de este pico no ofrece apoyo sólido, y las rocas de que se compone están cubiertas acá y allá de un hielo resbaladizo. Kronig sufrió una caida que pudo ser mortal, mas por fortuna salió del paso con el susto.

Al fin se consiguió llegar al desfiladero del Leon, y todos se refugiaron en la tienda; pero la ráfaga de viento que habia soplado con gran violencia durante la noche se trasformó poco á poco en huracan; por todas partes cayeron avalanchas de piedras, y el frio era cada vez mas penetrante. Los tres guias declararon que querian bajar á toda costa, y á las dos y treinta y cinco minutos de la tarde, M. Whymper volvia á Breuil, muy desconsolado del mal éxito de su nueva tentativa.

Sin embargo, no se desanimó, y el 9 volvia á subir al desfiladero del Leon con su amigo Macdonald, Juan Antonio Carrel y Pession. El tiempo era magnífico: por consejo de Carrel, se acampó al pié de la Chimenea, en la vertiente oriental de la arista, á una altitud de tres mil ochocientos veinticinco metros; á la mañana siguiente Carrel, Macdonald y Whymper escalaron sin mucho trabajo la *Chimenea*, y Pession los siguió, mas al llegar á la extremidad superior declaró que estaba demasiado débil para subir mas arriba. Carrel rehusó pasar adelante sin su amigo Pession, y M. Macdonald quiso prescindir de los dos guias; pero M. Whymper creyó mas prudente volver á bajar á Breuil.

«Tres veces, dice, intenté escalar esta montaña, y otras tantas fracasaron mis esfuerzos ignominiosamente: no habia podido traspasar en mas de un metro el límite alcanzado por mis predecesores. Hasta la altitud de unos cuatro

mil metros no habia dificultades extraordinarias. La subida podia considerarse como un paseo recreativo; y solo quedaban quinientos metros que escalar; pero ningun pié humano se habia aventurado jamás allí, y podian ofrecerse los mas formidables obstáculos. Un hombre solo no podria pensar en llegar á la cima... Para franquear ciertos malos pasos, se necesitaron por lo menos tres; Carrel pedia cuatro, pero ¿dónde encontrar los dos ó tres guias necesarios? La mayor dificultad no era la montaña, sino la falta de hombres.»



Vista del monte Cervino

Mr. Whymper se dirigió á Zermatt en busca de los que le faltaban; pero no encontrándolos, contentóse por el pronto con franquear el monte Rosa.

De regreso á Breuil, trató de inducir á Carrel y á Meynet á seguirle; mas no obtuvo mejor éxito; y al fin, temiendo que su tienda, abandonada en la segunda plataforma, fuese arrastrada por el viento, marchó solo el 18 á fin de asegurarse de su estado. Hallábase en el mismo sitio, aunque cubierta de nieve; y despues de admirar el magnífico paisaje que se ofrecia á sus ojos, penetró en ella, halló algunas provisiones, y quiso pasar solo la noche en la montaña.

A la mañana siguiente comenzó á subir en busca de una nueva plataforma, y no sin algunas dificultades elevóse hasta el pié de la Torre Grande, el punto mas alto alcanzado en 1860 por M. Hawkins.

»La Torre Grande, dice, es una de las curiosi-

dades de la cordillera del Cervino; aseméjase á un torreon construido en el ángulo de una fortaleza (véase el grabado de la pág. 737); vista desde la garganta de San Teodulo, parece un contrafuerte insignificante; pero á medida que el observador se acerca, adquiere mayor importancia, y cuando se llega á su base, se ve que oculta por completo las partes superiores de la montaña. Hallé para mi tienda un sitio conveniente, que aunque menos protegido que la segunda plataforma, ofrecia la ventaja de estar á cien metros mas de altura.»

Despues de una curiosa expedicion detrás de la Torre Grande, M. Whymper, reconociendo que la subida era impracticable, resolvió bajar de nuevo, persuadido de que habia llegado sin auxilio alguno á una altitud mayor de la que alcanzaron sus predecesores. «Mi alegría, dice, fué algo prematura.

»A eso de las cinco de la tarde salí otra vez de la tienda, creyéndome ya en Breuil. Mi cuerda y mi gancho allanaron todas las dificultades; pero bajé por la Chimenea (véase el grabado de la pág. 732) atando la cuerda á una roca, y deslizándome hasta abajo; entonces la corté, porque tenia suficiente con el pedazo que me quedaba. Como mi hacha me habia molestado mucho en la bajada, resolví dejarla en la tienda; pero esta imprudencia me costó muy cara.

»Habia pasado del desfiladero del Leon, y cincuenta metros mas abajo debia encontrar la Escalera Grande, por la cual se puede bajar corriendo; pero llegado á un ángulo de las grandes rocas escarpadas de la Cabeza del Leon, observé al costear la parte superior de la nieve en que se apoya, que el calor de los dos dias anteriores habia hecho casi desaparecer los escalones que mandé formar para la subida. Las rocas eran precisamente en este punto impracticables; no habia otro medio sino hacer nuevos escalones, porque la nieve era demasiado dura para abrirme camino de otro modo, y cerca del ángulo donde me hallaba no habia mas que hielo: media docena de peldaños me bastarian para llegar á las rocas. Manteniéndome á la derecha de la roca, socavé el hielo con la punta de mi férreo palo, hasta practicar un paso suficiente; y entonces apoyéme contra el ángulo para hacer lo mismo en el otro lado. Todo iba bien hasta entonces; mas al tratar de dar la vuelta á este ángulo (aun no me explico cómo sucedió), resbaléme y caí en el abismo (véase el grabado de la pág. 733).

»La pendiente, muy empinada en aquel punto, formaba la extremidad superior de un pasadizo que descendia, entre dos contrafuertes inferiores, hácia el glaciar del Leon, el cual se distinguia á trescientos metros de profundidad; este pasadizo se estrechaba cada vez mas, acabando por no ser sino una faja de nieve estrechada entre dos muros de roca que terminaban bruscamente en la cima de un precipicio abierto entre su extremidad inferior y el glaciar. Imagínese un embudo dividido en dos partes en el sentido de su longitud, de una inclinacion de 45°, con la punta hácia abajo y la parte cóncava por arriba, y se formará una idea exacta del punto donde yo acababa de perder el equilibrio.

»El peso de mi morral me impelió hácia atrás, y caí primeramente sobre unas rocas situadas á tres ó cuatro metros; pasando entonces de la arista, rodé al pasadizo de cabeza; el palo se escapó de mis manos, y bajé dando vueltas, rebotando tan pronto en el hielo como en las rocas, golpeándome la cabeza cuatro ó cinco veces con mas ó menos violencia. El último salto fué de quince á diez y ocho metros, de un lado á otro del pasadizo; mas por fortuna, todo mi costado izquierdo chocó contra la roca, donde se prendió mi ropa un instante, y caí hácia atrás sobre la nieve, pensando que habia acabado de revolotear. Por fortuna, mi cabeza estaba vuelta del mejor lado; cogíme con frenéticas contracciones á las asperidades de las rocas, y acabé por detenerme del todo á la entrada del pasadizo, y á la orilla misma del precipicio; palo, sombrero y velo pasaron sobre mí rozándome y desaparecieron en el abismo; y cuando oí estrellarse con estrépito sobre el glaciar los fragmentos de rocas por mí desprendidos, comprendí toda la gravedad del riesgo de que acababa de escapar casi por milagro. En efecto, habia franqueado cerca de sesenta metros en siete ú ocho saltos; tres mas, y caia sobre el glaciar, á la inmensa profundidad de doscientos cincuenta metros.

»Mi situacion era ya suficientemente grave: no podia soltar un instante la roca á que estaba cogido, y mi sangre corria por mas de veinte heridas: las mas graves eran las de la cabeza, y en vano traté de cerrarlas con una mano mientras me sostenia con la otra. Todos mis esfuerzos fueron inútiles; á cada pulsacion la sangre brotaba abundantemente, cegándome cada vez mas, hasta que al fin, obedeciendo á una inspiracion súbita, desprendí de una patada un gran pedazo de nieve, y apliquéle sobre mi cabeza á guisa de emplasto; la idea fué buena, pues la sangre corrió desde entonces con menos abundancia. Acto contínuo comencé á trepar, y pude llegar á tiempo á un lugar mas seguro, donde perdí el conocimiento.

»El sol se ponia cuando recobré el sentido, y

la oscuridad era completa antes que pudiera bajar por la Escalera Grande; pero gracias á mi buena suerte y prudencia, llegué á Breuil, franqueando mil setecientos metros sin resbalar ni equivocar el camino una sola vez.

»Vergonzoso y confuso por el estado en que me habia puesto á causa de mi torpeza, pasé á hurtadillas cerca de la cabaña de los vaqueros, á quienes oí reir y charlar; y deslicéme rápidamente en la posada, esperando llegar á mi habitacion sin ser visto; pero Favre me encontró en el corredor, y preguntó al punto: «¿Quién anda ahí?» Cuando hubo traido luz y pudo verme, profirió gritos de espanto, y fué á llamar á todos los de la casa. Dos docenas de cabezas celebraron entonces un consejo solemne para tratar de la mia; y como era natural, hablaron mucho sin hacer nada. Los inteligentes del país recomendaron por unanimidad el empleo del vino caliente (léase vinagre) muy salado, para lavar y curar las heridas. En vano protesté contra este tratamiento; fué preciso someterme á él; y no se me aplicaron mas remedios. ¿Debo atribuir á este, tan sencillo en sí, ó á mi robusto temperamento, mi rápida cura? Es una cuestion que no puedo resolver; pero como quiera que sea, mis heridas se curaron rápidamente, y estuve en pié á los ocho dias.»

Aquella terrible aventura no desanimó aun á M. Whymper. El 23 emprendió de nuevo la marcha con Juan Antonio Carrel, un cazador llamado César, y Meynet. Llegados detrás de la Torre, sorprendióles una tempestad tan violenta, que se vieron precisados á bajar; una quinta tentativa, que emprendieron el 24 y 25, no fué mas feliz; y M. Tyndall no obtuvo al dia siguiente el mejor resultado, aunque segun su expresion, «llegó á un tiro de piedra de la cima.»

La sexta tentativa de M. Whymper tuvo lugar en 1863: una violenta tempestad, y algunas caidas de piedras le impidieron conseguir su objeto.

La séptima data de 1865. Esta vez, M. Whymper resolvió subir por la arista oriental, que segun sus observaciones no era tan escarpada como parecia serlo; pero diversos motivos le obligaron á modificar su proyecto.

La expedicion, partiendo de Breuil, se puso en marcha el 21 de junio, componiéndose de M. Whymper, M. Reilly, y los guias Croz, Almer y Biener. Algunas avalanchas de piedras les obligaron á retroceder presurosos hasta Hornli, á fin de intentar el paso por la arista oriental; pero allí se presentó un obstáculo imprevisto. El paso no existia ya; el glaciar se habia retirado de tal modo, que era imposible bajar por el de Furggen; y además, el tiempo maleó de repente; la nieve comenzó á caer, y los guias rehusaron proseguir esta nueva tentativa. M. Whymper dió la señal de retirada, volvió á Breuil, y trasladóse despues á Chatillon y á Cormayeur por el valle de Aosta. «Mucho siento, dice, que el parecer de los guias haya prevalecido; si Croz no se hubiera empeñado en la retirada, aun estaria vivo. Despidióse de nosotros en Chamonix el dia fijado; mas por una extraña casualidad, nos encontramos en Zermatt tres semanas despues, y á los dos dias perecia á mi vista en aquella montaña de donde nos habíamos alejado, segun su consejo, el 21.»

El 7 de mayo siguiente, M. Whymper estaba de vuelta en Breuil, resuelto á intentar por octava vez la ascension al Cervino. Sus guias manifestaron gran repugnancia en acompañarle. «Todo menos al Cervino, caballero, decia Almer; es preciso renunciar.»

M. Whymper bajó á Val Tournanche en busca de Carrel; pero no estaba; dijéronle que habia marchado el 6 con otros tres guias, á fin de ver si le era posible escalar el Cervino por otro lado.

El tiempo era magnífico: al llegar á Breuil, M. Whymper halló á Carrel, César, Gorret y Maquignaz, los cuales no habian podido llegar al glaciar del Leon. Hízose un arreglo con ellos, segun el que, debian pasar el 9 por el desfiladero de San Teodulo, y plantar el 10 la tienda á la mayor altura posible en la arista oriental.

Carrel vacilaba en abandonar el antiguo camino; pero M. Whymper le prometió tomarle de nuevo si no se obtenia buen resultado.

El dia 8 se empleó en preparativos. El tiempo era tempestuoso. En la noche del 9, al dirigirse M. Whymper á Val Tournanche para ver á un inglés enfermo, encontró á un extranjero aficionado, seguido de un mulo y portadores con bagajes, reconociéndose entre ellos á Juan Antonio Carrel y César. Con estos medió una explicacion enojosa; pero al fin dióse y se aceptó una cita en Breuil: Carrel y César faltaron á su palabra, marchando por otra parte para intentar la ascension al Cervino con un italiano, M. Giordano, ingeniero de minas.

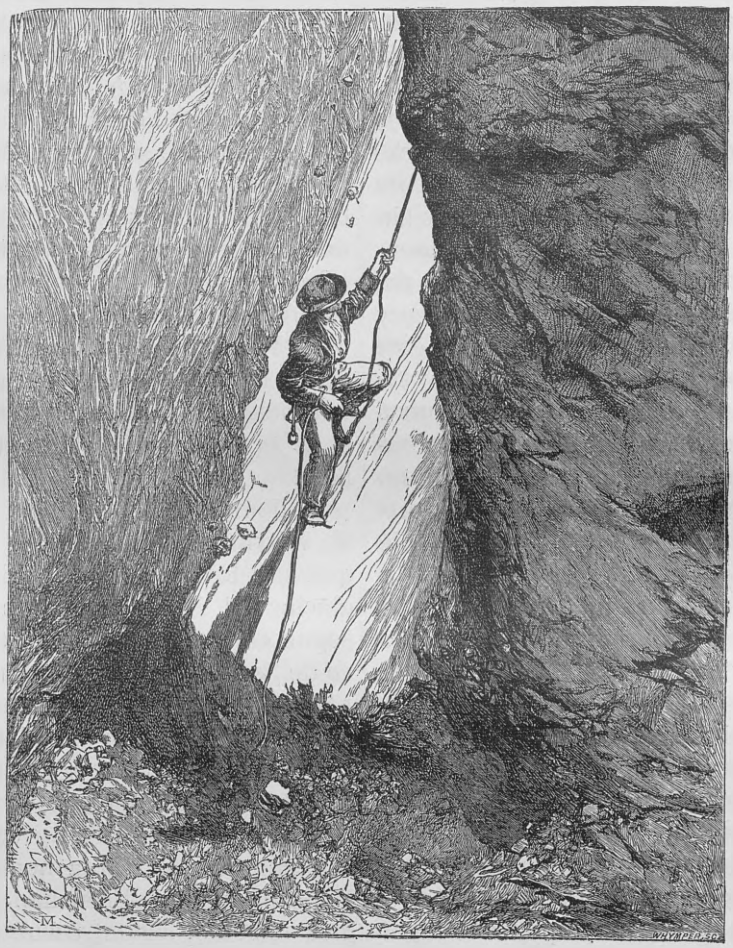
Furioso al verse burlado así, M. Whymper resolvió dirigirse á Zermatt. El 11 vió llegar á Breuil un inglés acompañado de uno de los hijos de Pedro Taugwalder; y muy pronto trabó con ellos conversacion. Era lord Francis Douglas, cuya reciente proeza, la ascension al Gabelhorn, habia excitado el asombro de M. Whymper. Llevaba buenas noticias: el anciano Taugwalder habia pasado últimamente del Hornli y recono-

cido que la ascension al Cervino era posible por este lado.

En una palabra, lord Douglas ofreció á monsieur Whymper acompañarle en su nueva expedicion, y este último consintió.

El 12 cruzaron juntos la garganta de San Teodulo, contorneando la base de su glaciar superior; atravesaron despues el glaciar de Furggen, y depositaron la tienda, las mantas, las cuerdas y provisiones en la pequeña capilla de Schwarzsee: llevaban doscientos metros de cuerda.

Habiendo pasado despues á Zermatt, arregláronse con Pedro Taugwalder, y al volver á la hospedería de Monte Rosa encontraron á Croz con el reverendo Cárlos Hudson, que habia ido á Zermatt para intentar á su vez la ascension al Cervino. Muy pronto se convinieron todos, y las dos expediciones no formaron sino una, compuesta de los guias Croz, Pedro Taugwalder y sus hijos, M. Whymper, lord Douglas y Hudson; pero este último pidió y obtuvo licencia para que le acompañara uno de sus compatriotas, M. Hadow, que acababa de distinguirse en el Monte Blanco.



La Chimenea del Cervino

Dejemos ahora el uso de la palabra á monsieur Whymper.

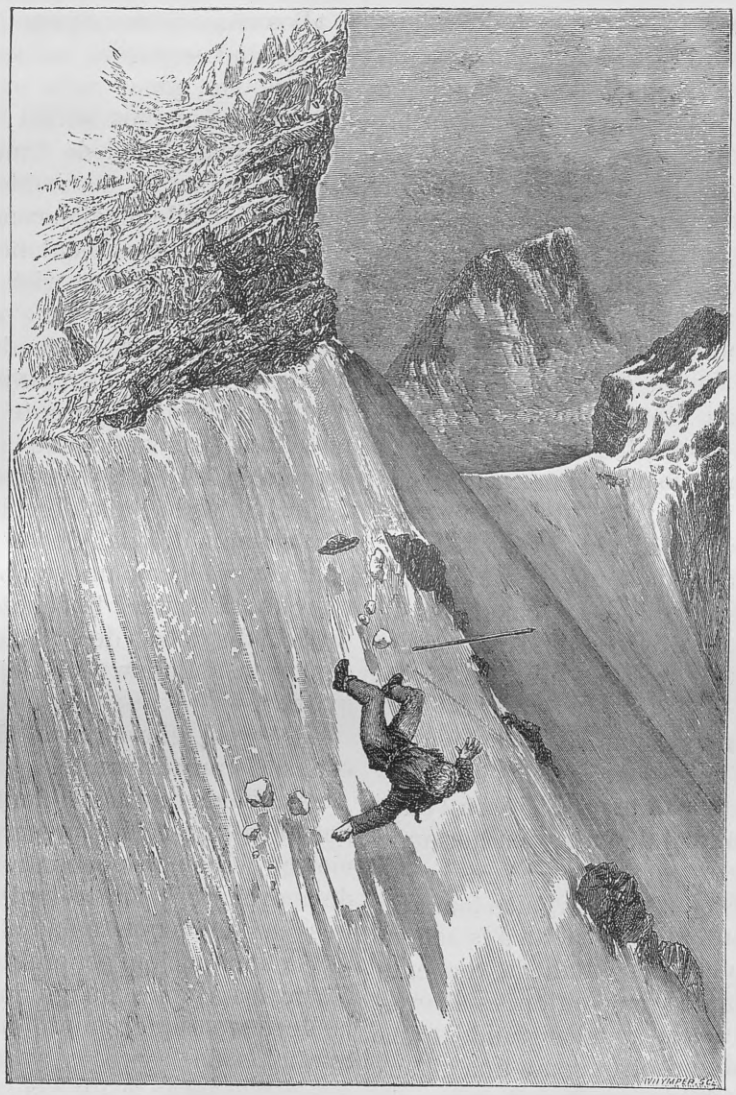
«El 15 de julio de 1865 salimos de Zermatt á las cinco y media de la mañana; el tiempo estaba magnífico, y el cielo sereno y sin nubes; nuestra caravana se componia de ocho personas: Croz, el anciano Pedro Taugwalder y sus dos hijos (1), lord Francis Douglas, Hadow, Hudson y yo. Para mayor seguridad, á cada viajero acompañaba un guia; á mi me tocó en suerte el mas jóven de los Taugwalder, quien, orgulloso de formar parte de nuestra expedicion, y satisfecho de tener aquella oportunidad para dar á conocer su vigor y destreza, distinguióse desde el momento de la partida.

»Yo estaba encargado de llevar los odres que

(1) Los dos jóvenes Taugwalder, contratados en clase de portadores, segun el deseo de su padre, llevaban provisiones para mas de tres dias, por si acaso la ascension ocupaba mas tiempo del que habiamos previsto

contenian la provision de vino; cada vez que se bebió de ellos en el trascurso del dia, tuve cuidado de volver á llenarlos secretamente con agua; y así es que á la parada siguiente, estaban mas llenos que antes de emprender la marcha. Este fenómeno, que pareció casi milagroso, fué considerado como un feliz presagio.

»Nuestra intencion no era elevarnos á gran altura el primer dia; y por lo tanto subimos poco á poco; á las ocho y veinte minutos recogíamos



Caida de M. Whymper en el desfiladero del Leon

los objetos depositados en la capilla del Schwarzsee, y despues continuábamos franqueando la arista que enlaza el Hornli con el Cervino. A las once llegamos á la base del pico principal; y una vez allí, abandonando la arista, debímos dar vuelta á algunas salientes de roca para ganar la vertiente oriental. Llegados entonces á la montaña misma, reconocióse con gran sorpresa que ciertas partes que parecian de todo punto inaccesibles, vistas desde Riffel y hasta Furggengletscher, eran tan fáciles de franquear, que casi podíamos subir *corriendo*.

»Antes del medio dia habíamos encontrado una posicion excelente para la tienda, á la altura de tres mil quinientos cincuenta metros. Croz marchó á practicar un reconocimiento con el jóven Pedro, á fin de ganar tiempo á la mañana siguiente; cruzaron por su extremidad superior las pendientes de nieve que descienden hácia Furggengletscher, y perdiéronse de vista detrás de un ángulo de rocas; pero les vimos reaparecer muy pronto á gran altura en la montaña, trepando con rapidez. En cuanto á nosotros, comenzamos á formar una plataforma sólida, en

un espacio bien preservado, á fin de colocar allí la tienda; y despues aguardamos impacientes el regreso de los dos guias. Las piedras que hacian caer indicaban su presencia á una gran altura: y por lo tanto podíamos esperar que la ascension seria fácil. Al fin, á eso de las tres los vimos volver, al parecer muy animados.

»Los dos guias nos dijeron que todo estaba bien; que no se encontraba el menor obstáculo ni la mas pequeña dificultad; de tal modo que hubiéramos podido llegar á la cima y volver fácilmente el mismo dia.

»Las horas que restaban de este se pasaron tranquilamente; algunos de nuestros compañeros se calentaron al sol, mientras los otros sacaban cróquis ó recogian diversas muestras; cuando el sol desapareció, su magnífica puesta nos prometia un tiempo hermoso para el dia siguiente, y volvimos á la tienda para prepararnos con un buen sueño. Hudson hizo antes un té; yo, mi café; y despues se echaron todos en sus mantas. Lord Francis Douglas y yo preferimos quedarnos en el interior de la tienda; á los otros les pareció mas conveniente dormir al aire libre. Despues del crepúsculo, los ecos de la montaña reprodujeron largo tiempo las risotadas y canciones de los guias. No habiendo peligro alguno que temer, estábamos todos contentos con nuestra seguridad.

»El 14 nos levantamos antes de rayar la aurora, y se emprendió la marcha apenas hubo suficiente claridad para caminar. El jóven Pedro nos acompañó en calidad de guia, y su hermano volvió á Zermatt (1).

»Siguiendo la direccion que los guias tomaron la víspera, muy pronto dimos vuelta á la saliente que desde la tienda nos ocultaba la vertiente oriental de la montaña; y solo entonces abarcamos de una sola mirada aquella grande arista que se destacaba ante nosotros como una gigantesca escalera natural de cerca de mil metros de altura. No era por todas partes de un acceso igualmente cómodo, pero no hallamos ninguna dificultad bastante grave para detenernos; cuando se presentaba de frente algun obstáculo insuperable, éranos siempre posible dar la vuelta por la derecha ó la izquierda.

»Durante la primera parte del escalamiento no hubo necesidad de recurrir á la cuerda: Hudson y yo avanzábamos por turno á la cabeza de la columna.

»A las seis y veinte minutos de la mañana habíamos llegado á una altura de tres mil novecientos metros; entonces hicimos la primera parada de media hora, y despues continuamos subiendo sin detenernos hasta las nueve y cincuenta y cinco minutos, hora en que se hizo alto segunda vez por espacio de cincuenta, á una altura de cuatro mil doscientos setenta metros.

»Dos veces debimos pasar á la arista del nordeste, la cual seguimos en una corta extension, aunque sin ganar nada en el cambio, porque era mucho menos sólida, mas escarpada, y siempre mas difícil de franquear que la oriental. Sin embargo, temiendo las avalanchas, se tuvo cuidado de no alejarnos mucho.

»Habíamos llegado entonces á la base de esta parte del Cervino que vista desde Riffelberg ó de Zermatt, parece estar completamente cortada á pico, y hasta suspendida sobre el valle; y no nos fué posible continuar subiendo por la vertiente oriental. Durante algun tiempo debimos franquear, siguiendo la nieve, la arista que baja hácia Zermatt, y despues, de comun acuerdo, volvimos hácia la derecha, es decir, á la vertiente septentrional de la montaña. Habíamos operado entonces un cambio en el órden de marcha: Croz iba á la cabeza de la columna; yo me hallaba detrás de él; Hudson ocupaba el tercer lugar, y Hadow y el viejo Pedro cerraban la marcha.

—»Ahora, dijo Croz al dar el primer paso, esto será muy diferente.

»A medida que las dificultades aumentaban, hacíanse necesarias mayores precauciones; en ciertos sitios no se encontraba apenas un punto de apoyo, y era por lo tanto prudente colocar á la cabeza á los que tenian el pié mas seguro.

»La inclinacion general de esta vertiente no alcanzaba á cuarenta grados; la nieve, acumulándose en aquel punto, habia llenado los intersticios de las rocas, y los raros fragmentos que atravesaban acá y allá la superficie, estaban á veces cubiertos de una delgada capa de hielo, formada por la nieve que se habia derretido, helándose casi al punto. Esto era, en pequeña escala, la contraparte de los doscientos quince metros que terminan la cima de la Punta de los Estuches, con la diferencia esencial de que la vertiente de dicha Punta tenia una inclinacion de mas de cincuenta grados, mientras que la del Cervino no llegaba á cuarenta (2). Este paso no ofrecia peligro alguno á un montañés ejercitado, y M. Hudson no reclamó auxilio alguno, como no lo necesitó tampoco en todo el resto de la

(1) Nuestra intencion fué al principio despedirlos á los dos; pero no pudiendo dividir fácilmente las provisiones de boca, debimos modificar el arreglo primitivo.

(2) Esta parte de la montaña era mucho mas escarpada é inclinada que el conjunto de la vertiente oriental.

ascension. Varias veces me alargó Croz la mano para ayudarme á franquear un punto difícil; volvíame yo entonces para ofrecer la mia á M. Hudson; pero jamás la aceptó, diciendo que era inútil. M. Hadow no estaba acostumbrado á semejantes ascensiones, y de consiguiente era preciso ayudarle á cada momento; pero justo es añadir que el trabajo que le costó seguirnos en aquella dificultosa caminata era tan solo debido á su inexperiencia.

»Aquella sola parte, verdaderamente difícil de la ascension no era muy larga (1): la cruzamos primero casi horizontalmente en la longitud de unos ciento veinte metros, y despues subimos directamente hácia la cima recorriendo un espacio de cerca de veinte; despues fué preciso volver á la arista que desciende hácia Zermatt.

»Un largo y difícil rodeo que fué preciso hacer para dar vuelta á una saliente de roca, nos obligó á volver á la nieve. A partir de este punto, desvanecióse la última duda. ¡Sesenta metros mas, recorridos por una nieve fácil de franquear, y el Cervino era nuestro!

»Fijemos ahora nuestro pensamiento en los italianos que habian salido de Breuil el 11 de julio. Cuatro dias habian trascurrido desde su marcha, y temíamos verlos llegar los primeros á la cima. Durante toda la excursion no habíamos dejado de hablar de ellos, y mas de dos veces, víctimas de una falsa alarma, creimos ver «hombres en la cúspide de la montaña.» Nuestra ansiedad crecia de punto á medida que íbamos subiendo. ¡Qué contrariedad si se adelantaban á nosotros en el último instante!

Como la pendiente no era ya tan empinada, pudimos dejar la cuerda. Croz y yo nos precipitamos hácia adelante, emprendiendo una carrera loca, y llegamos los dos al mismo tiempo al término: á la una y cuarenta minutos de la tarde, el mundo estaba á nuestros piés. ¡El Cervino habia sido conquistado! ¡Hurra! ¡No se veia ni una sola huella humana en las capas de nieve!

»Y, sin embargo, ¿seria cierto nuestro triunfo?

»La cima del Cervino se compone de una arista toscamente nivelada (2), de unos ciento siete metros de longitud; los italianos podian haber llegado muy bien á la extremidad mas lejana. Dirigíme apresuradamente á la punta meridional, observando la nieve con ávida mirada, y por segunda vez volví á exclamar: ¡Hurra! Ni una sola planta humana la habia hollado aun. ¿Dónde podian estar nuestros rivales? Adelanté la cabeza por encima de las rocas, fluctuando entre la duda y la certidumbre; y al punto los divisé á inmensa distancia debajo de nosotros, avanzando por la arista; mas apenas se distinguian. Entonces, agitando mis brazos y mi sombrero, comencé á gritar:

—»¡Croz, Croz, venid pronto!

—»¿Dónde están, caballero?

—»Allá abajo. ¿No los veis?

—»¡Ah tunantes! ¡Aun están muy léjos!

—»¡Croz, es preciso que oigan á toda costa nuestros gritos de victoria!

»Entonces comenzamos á gritar como furiosos, hasta quedar roncos. Los italianos parecian mirar hácia nosotros; pero no estábamos bien seguros de ello.

—»Croz, dije yo, quiero que nos oigan, y os aseguro que nos oirán.

»Al pronunciar estas palabras, apoyé las manos en una mole de roca, y la impelí con todas mis fuerzas al abismo, invitando á mi compañero á imitarme en nombre de la amistad.

»Valiéndonos de nuestros palos á guisa de palancas, levantamos enormes fragmentos de roca, y muy pronto un torrente de piedras rodó como una tromba á lo largo de la montaña. Aquella vez no hubo ya error posible: atemorizados los italianos, retrocedieron rápidamente (3).

»Ahora debo decir que sentí en el alma que el jefe de aquella expedicion no se hallase con nosotros en el mismo instante, porque nuestros gritos de triunfo debieron ser para él un golpe terrible. La ambicion de toda su vida debia desvanecerse ante nuestra victoria. De todos los atrevidos montañeses que habian intentado la ascension al Cervino, seguramente era él quien mejor merecia llegar el primero á la cúspide, porque él fué el primero á quien cupo la gloria de creer en el triunfo, y solo él persistió en su opinion. Su sueño dorado era llegar á la cima por la vertiente que mira á Italia, en obsequio á su valle natal. Cuando tuvo hechos todos sus preparativos, valióse de sus medios como mejor le fué posible; pero una sola falta le hizo perder

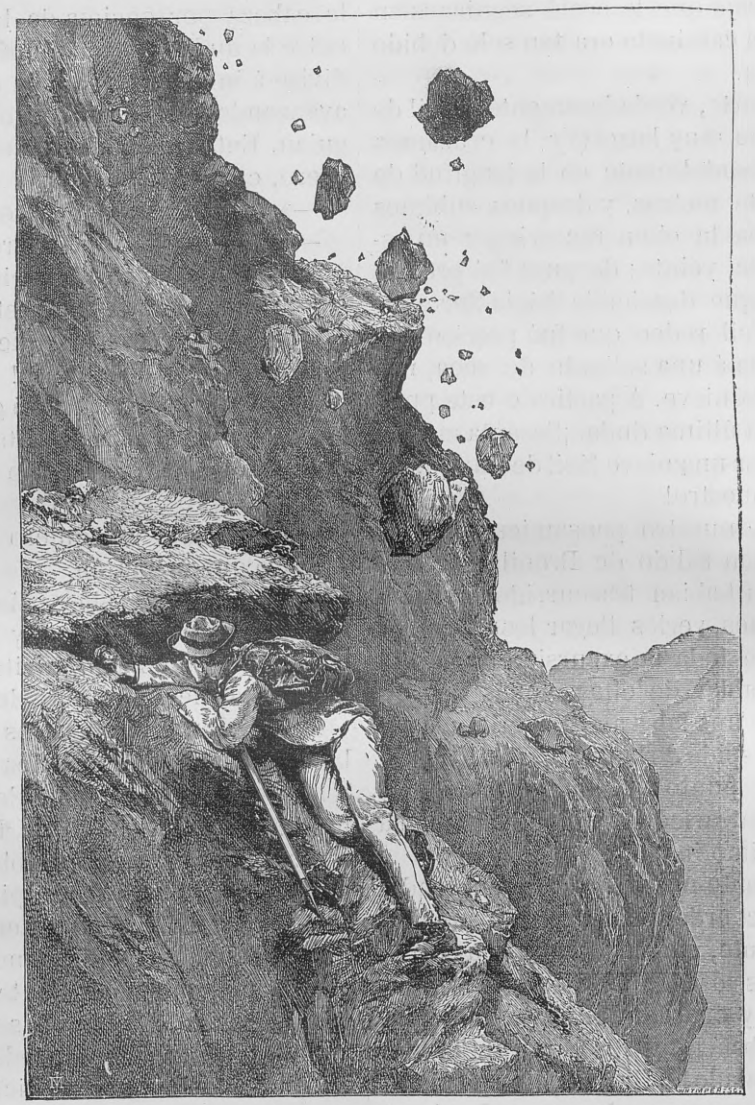
(1) No he tomado nota del tiempo que se empleó en esta parte del trayecto; pero calculo que fué hora y media poco mas ó menos.

(2) Los puntos mas altos están situados hácia las dos extremidades de esta arista. En 1865, la septentrional era un poco mas alta que la del sur. Muchos años antes, Carrel y yo pensábamos que podríamos muy bien llegar un dia á la cúspide y estar separados del punto mas alto por una depresion que se ve desde el desfiladero de San Teodulo y de Breuil, en la arista de la cima. Desde abajo, esta especie de garganta es muy aparente, pero cuando se llega á la cúspide es insignificante y se franquea sin la menor dificultad.

(3) Despues supe por J. A. Carrel que habian oido nuestra primera llamada: hallábanse entonces sobre la arista del sudoeste, cerca de la *Corbata*, á trescientos ochenta metros debajo de nosotros, ó sea á la distancia de un tercio de milla á vista de pájaro.

la partida. Los tiempos han cambiado mucho para Carrel: su antigua supremacía, en otro tiempo incontestable, es ya muy dudosa en el Val Tournanche; otros nuevos guias han hecho sus pruebas; y ya no se considera á Carrel como el *cazador* por excelencia. Para mí será siempre lo que aun es, y creo que se tardará mucho en encontrar su maestro.

»Cuando llegaron nuestros compañeros, volvimos á la extremidad septentrional de la arista: Croz cogió entonces el palo de la tienda (1), y clavóle en la nieve en el punto mas elevado.



Avalancha de piedras en el Cervino

—»Bueno, dijimos nosotros, ahí tenemos el asta; pero ¿dónde está el pabellon?

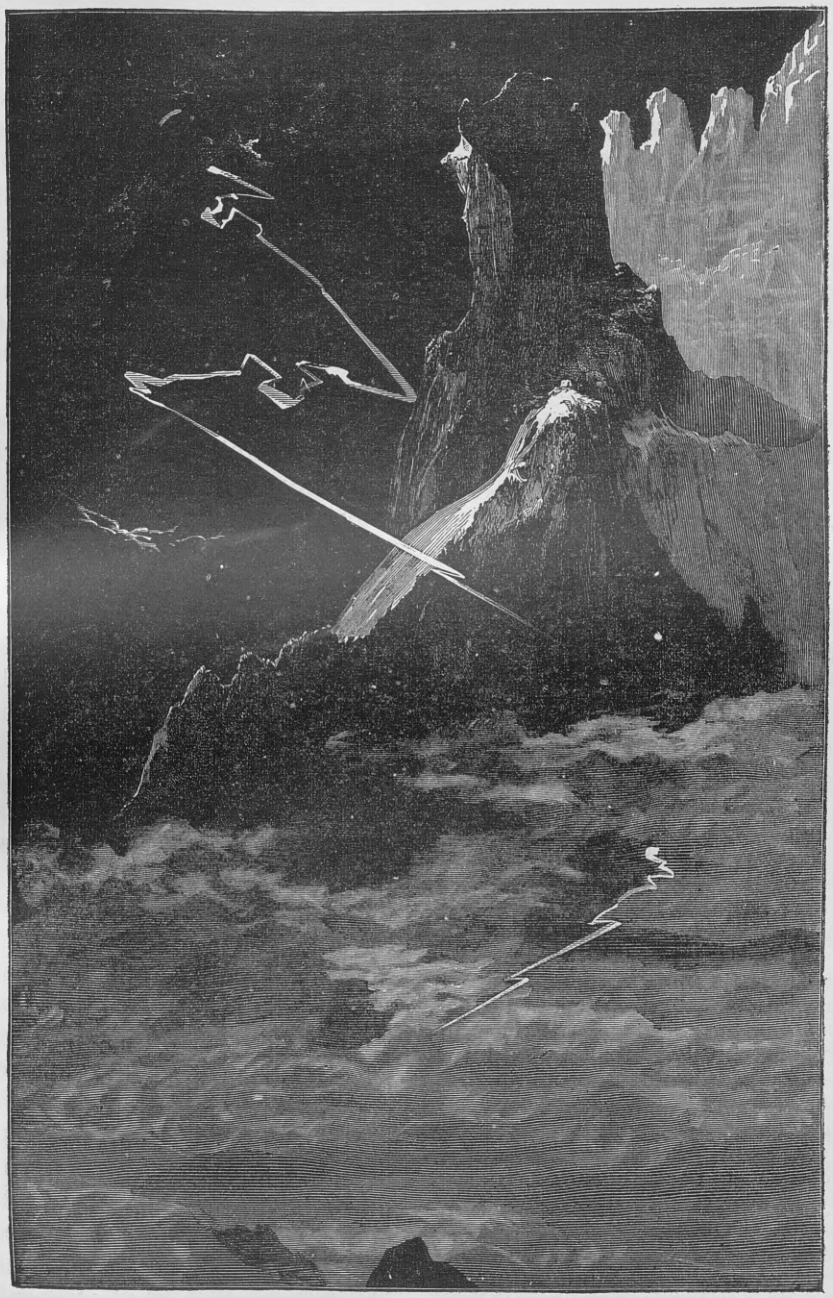
—»Héle aquí, contestó el guia despojándose de su blusa y sujetándola al palo.

»Muy pobre era aquel pabellon, y no soplaba la mas ligera brisa para hacerle flotar; pero viéronle en todas partes á la redonda, desde Zermatt, Riffel y el Val Tournanche. Los que en Breuil acechaban la llegada de los guias á la cima comenzaron á gritar: «¡Nuestra es la victoria!» Los *bravos* á Carrel y los *vivas* á Italia estallaron por todas partes; y cada cual comenzó á celebrar el glorioso acontecimiento. Bien desengañados quedaron, y todo cambió; los guias volvieron tristes, humillados, abatidos y sombríos; y oyóseles decir: «Demasiado verdad es; los hemos visto por nuestros propios ojos, cuando lanzaban enormes piedras sobre nosotros. ¡La antigua tradicion es verdadera, la cima del monte Cervino está defendida por espíritus!»

(1) Al marchar, los guias, llenos de confianza en el éxito de nuestra empresa, se llevaron uno de los palos de la tienda. Inútil fué decirles que era tentar á la Providencia, pues persistieron en su idea.

»Volvimos á la extremidad meridional de la cima para erigir una pequeña pirámide de piedras; y despues admiramos el espléndido panorama que se ofrecia á nuestros ojos (1).

»Era uno de esos dias serenos y tranquilos que preceden de ordinario al mal tiempo: la atmósfera, sumamente apacible, no presentaba ningun vapor; y las montañas situadas á cincuenta.... ¿qué digo? á cien millas de nosotros, se destacaban con tal claridad, que hubiera po-



Una tempestad en el monte Cervino

dido creerse que se hallaban á nuestro alcance: todos sus detalles, sus aristas vivas y escarpaduras, sus nieves inmaculadas y sus brillantes hielos ostentaban sus contornos perfectamente marcados. Aquellas cuyas formas nos eran cono-

(1) M. Giordano quedó naturalmente muy contrariado por aquella derrota, y quiso despedir á los guias; pero *todos rehusaron, excepto Juan Antonio*. El 16 de julio volvió á marchar con otros tres guias; el 17 alcanzó la cúspide, subiendo primero por la arista del sudeste, y despues por el Z' Mutt, ó arista del noroeste: el 18 volvia á Breuil.

Durante el tiempo que pasamos en la extremidad meridional de la arista que forma la cúspide, examinóse con atencion la parte de la montaña situada entre nosotros y los guias italianos; y á juzgar por su aspecto, era de creer que no tuviesen la menor probabilidad de éxito si intentaban

cidas despertaban en nuestra memoria los felices recuerdos de las excursiones de otros años. Ni uno solo de los grandes picos de los Alpes quedaba oculto á la vista (1).

»Me parece ver aun, tan claramente como en aquella hora solemne, la gran faja de cimas gigantes que dominaban las cordilleras y las moles que les servian de base. Aun creo ver el Diente Blanco, con su gran cima nevada; el Gabelhorn, el Rothorn de aguda punta; el incomparable Weishorn; los Mischabelhærner, semejantes á enormes torres flanqueadas por el Allalinhorn, Strahlhorn y Rimpfischhorn; y despues el Monte Rosa con sus numerosas agujas (Spitzen), el Lyskamm y el Breithorn. Por detrás se eleva el soberbio grupo del Oberland bernés, dominado por el Finsteraorhorn; y mas léjos los grupos del Simplon y del San Gotardo, la Disgrazia y el Orteler. Al sud, nuestras miradas se fijan mas allá de Chiavasso en la llanura del Piamonte. El Viso, distante cien millas, parece próximo á nosotros; y á ciento treinta destácanse los Alpes Marítimos, no velados por ninguna bruma. Entre sus cimas se distingue desde luego el objeto de mi primera pasion, el Pelvoux, y despues los Estuches y el Meije: y por último, hácia el oeste elévase, espléndidamente iluminado por los dorados rayos del sol, el rey de los Alpes, el magnífico Monte Blanco. A tres mil trescientos metros debajo de nosotros extiéndense los verdosos campos de Zermatt, cubiertos de preciosas quintas de donde se escapan lentamente ligeras nubes de ondulado humo. Por la otra parte á una profundidad de dos mil setecientos metros, distinguimos los pastos de Breuil: aun veo espesos y tristes bosques, frescas y risueñas praderas, cascadas furiosas, lagos tranquilos, tierras fértiles y soledades salvajes, llanuras caldeadas por el sol y heladas mesetas. Las formas mas singulares, los mas graciosos contornos de las rocas cortadas á pico, de las pendientes suavemente onduladas de las montañas de piedra ó de nieve, sombrías y solemnes unas, brillantes otras por su deslumbradora blancura, adornadas de altos muros, de torres, de pirámides, de cúpulas, de conos y de agujas, semejantes á las atrevidas flechas de las catedrales góticas; todo esto constituye el mas grandioso conjunto que sea dado concebir. En él se ven todas las combinaciones de líneas que el universo pueda ofrecer; todos los contrastes que pudiese soñar la mente del poeta.

»Permanecimos en la cima una hora entera, hora de triunfo y anhelada gloria, hora que pasó muy pronto para mí.

»Era preciso prepararnos á bajar; y Hudson y yo nos concertamos sobre las medidas que deberian adoptarse. De comun acuerdo resolvimos que Croz se pusiese á la cabeza, seguido de Hadow; Hudson, que por la seguridad del pié valia casi tanto como un guia, deseaba ser el tercero; y lord Douglas seguiria despues, precediendo al viejo Pedro, el mas robusto de los compañeros restantes. Propuse á Hudson atar una cuerda á las rocas cuando llegáramos á los pasos mas difíciles, á fin de hallar en caso de necesidad un punto de apoyo suplementario; la idea fué aprobada, pero no se convino expresamente entre nosotros ponerla en ejecucion.

»Ya se habian colocado todos en el órden que acabo de indicar, mientras yo sacaba un cróquis de la cima, y esperábanme solo á mí para atarme á la cuerda, cuando una voz gritó que no habíamos dejado nuestro nombre en una botella. Rogóseme que los escribiera rápidamente, y comenzó la marcha mientras yo cumplia el encargo.

»Pocos instantes despues me até con el jóven Pedro, y corriendo detrás de nuestros compañeros, díles alcance en el momento en que iban á bajar por el paso mas difícil: eran necesarias las mayores precauciones, y ya se habian tomado.

»Un hombre avanzaba primero; cuando habia encontrado un punto de apoyo sólido, adelantábase el que le seguia, y así sucesivamente. No se habia atado sin embargo á las rocas la cuerda suplementaria, ni nadie habló de ello; y como yo no hice la proposicion por mi propia seguridad, no creo que pensé en ello en aquel instante.

---

escalar la cima subiendo directamente desde la extremidad de *la espalda*.

En esta direccion, las rocas se deprimian bruscamente de tal modo que nos impedian ver cosa alguna mas allá de cierta distancia. No podian pues seguir el camino de que tantas veces habia hablado Carrel, es decir, debian comenzar por ascender directamente desde dicho punto extraño, dando una vuelta despues á la izquierda, por el lado de Z'Mutt, para terminar la ascension por la arista del noroeste. La parte de la montaña que habiamos franqueado no era fácil de escalar, aunque la pendiente no fuese muy empinada; con una inclinacion de diez grados mas habria ofrecido grandes dificultades, y con una de veinte dejaba de ser practicable. Por eso no pensábamos que se pudiera subir á la cima por las pendientes del noroeste; pero el indomable Carrel la alcanzó por este lado. Atendido el conocimiento que tengo de esta última pendiente franqueada por el atrevido cazador, y segun el relato de M. F. C. Grove, único viajero que la escaló, no vacilo en decir que la ascension efectuada en 1865 por Carrel y por Bich es sin disputa la empresa mas desesperada que jamás se ha realizado en las montañas. Al preguntar á Carrel, en 1869, si habia hecho en su vida alguna cosa mas difícil, contestóme tranquilamente: «Apenas me parece posible.»

(1) Es muy singular que la mitad de este panorama que mira al sud no quede oculto por las nubes: se podrá hacer cien veces esta ascension sin que sea dado disfrutar de la vista entera.

Pedro y yo seguimos algunos momentos á nuestros compañeros sin atarnos; y tal vez habríamos continuado bajando así, á no haberme rogado lord Douglas, á eso de las tres y media, que me atase con el viejo Pedro, pues temía que Taugwalder no tuviera fuerza suficiente para sostenerse solo si alguno resbalaba.

»Pocos minutos despues, un muchacho, dotado de una vista muy penetrante, corrió á la hospedería del Monte Rosa á decir á M. Seiler que acababa de ver una avalancha precipitarse desde la cima del monte Cervino sobre el glácier. Monsieur Seiler le reprendió por ir á molestarle con un cuento tan absurdo; pero ¡ay! tenia razon! Hé aquí lo que habia visto:

»Miguel Croz acababa de colocar el hacha á su lado, y para asegurar mas á M. Hadow, ocupábase tan solo en dirigir su marcha, colocando uno tras otro los piés del jóven viajero en la posicion que debian ocupar (1). Por lo que yo juzgué, nadie bajaba en aquel momento, si bien no puedo asegurarlo, porque un grupo de rocas me impedia ver á Croz y Hadow. Creo, no obstante, estar seguro; por el movimiento de sus hombros juzgué que Croz, despues de haber hecho lo que acabo de indicar, se volvia para adelantarse uno ó dos pasos; en el mismo instante, M. Hadow resbaló, y cayendo sobre Croz, derribóle. Entonces oí á Croz proferir un grito de alarma; y casi seguidamente vílos á los dos deslizarse con espantosa rapidez; Hudson se vió al punto arrastrado, y tambien lord F. Douglas. Todo esto ocurrió con la celeridad del relámpago: apenas oimos la exclamacion, el viejo Pedro y yo, nos agarramos á las rocas con todas nuestras fuerzas; la cuerda, tendida súbitamente, nos imprimió una violenta sacudida; nosotros resistimos bien; mas por desgracia, rompióse por la mitad entre Taugwalder y lord F. Douglas.

»Durante algunos segundos vimos á nuestros infelices compañeros deslizarse de espalda con vertiginosa rapidez, extendidos los brazos para tratar de salvar su vida agarrándose á la saliente de alguna roca. Desaparecieron uno á uno á nuestros ojos, sin haber recibido la menor herida, y rodaron de abismo en abismo hasta el glaciar del Cervino á mil doscientos metros debajo de nosotros. Desde el instante en que la cuerda se rompió, ya no podíamos prestarles auxilio alguno.

(1) Este procedimiento se emplea á menudo, hasta entre los montañeses prácticos. Mi objeto es que se comprenda que Croz adoptaba todas las precauciones exigidas por la mas severa prudencia; no trato de poner en duda el valor y la práctica de M. Hadow.

»¡Así perecieron nuestros infelices compañeros!

»Durante mas de media hora permanecimos inmóviles, sin atrevernos apenas á respirar. Paralizados por el terror, los dos guias lloraban como niños, temblando de tal modo, que á cada instante nos veíamos amenazados de sufrir la misma suerte de nuestros amigos.

»El anciano Pedro no dejaba de gritar: «¡Chamonix! ¡Oh! ¡qué dirá Chamonix!» Esto significaba en su pensamiento: ¿Cómo creer que Croz haya podido caerse? El jóven no hacia mas que sollozar, y repetia, profiriendo agudos gritos: «¡Estamos perdidos! ¡Dios mio, estamos perdidos!»

»Atado entre los dos, yo no podia hacer un solo movimiento mientras ellos no cambiaran de posicion. Rogué, pues, al jóven Pedro que bajase; pero no se atrevia; y no era posible que su padre ni yo avanzáramos hasta que él se decidiera. El anciano, comprendiendo el peligro, comenzó á gritar tambien: «¡Estamos perdidos, perdidos!»

»El terror del padre era muy natural, pues temblaba por su hijo; pero el de este era pura cobardía, porque solo pensaba en sí.

»El anciano acabó por reponerse un poco, y acercándose á una roca, pudo atar una cuerda; el jóven guia se decidió entonces á bajar, y nos hallamos reunidos los tres. Entonces pedí la cuerda que se habia roto y reconocí con profunda sorpresa, por no decir con horror, que aquella cuerda maldita era la mas débil de las tres; no debió haberse empleado jamás para semejante servicio, ni se llevó tampoco con tal objeto, pues era vieja y estaba muy desgastada. Se conservaba solo para el caso de ser necesario atar una á las rocas. Al punto comprendí que el caso ofrecia una cuestion grave que resolver, y guardé lo que habia quedado de la cuerda; á mí me pareció que estaba rota como si la hubieran cortado, y nada resentida por la tirantez.

»Durante las dos horas que siguieron creí á cada momento que era llegado el fin de mi vida, pues no solo estaban completamente enervados los Taugwalder, sino que no podian prestarme el menor auxilio, á causa de su aturdimiento, que les exponia á resbalar de un momento á otro. Acabamos sin embargo por hacer lo que debió hacerse desde el principio de la bajada, es decir, por fijar cuerdas en las rocas mas sólidas á fin de facilitar el descenso; algunas se cortaron despues dejándolas abandonadas; y yo creo que han quedado fijas en las rocas, indicando la línea que seguimos al bajar y subir.

»Los guias, siempre aterrados, no osaban casi

avanzar, ni aun con aquel auxilio suplementario: el viejo Pedro se volvió hácia mí varias veces, con el rostro pálido, temblando de piés á cabeza, y me repetia: *¡No puedo mas!*

»A eso de las seis de la tarde llegamos á la nieve, sobre la arista que baja hácia Zermatt, y desde aquel momento nos hallamos ya libres de todo peligro. Con frecuencia hicimos tentativas para descubrir algunas huellas de nuestros infelices compañeros; inclinados sobre la arista, los llamábamos á gritos; pero ninguna voz nos contestaba. Reconociendo entonces que se hallaban fuera del alcance de la vista y del sonido, dejamos de llamar.

»Demasiado entristecidos para hablar entre nosotros, recogimos silenciosamente todo cuanto nos perteneció, así como los efectos de las pobres víctimas; y nos preparábamos á bajar, cuando de pronto se dibujó en el cielo un inmenso arco, elevándose á gran altura sobre el Lyskamm: pálida, incolora y silenciosa, aquella misteriosa aparicion presentaba líneas perfectamente marcadas, excepto en las extremidades, que se perdian en las nubes; hubiérase creido



El guia Croz, de Chamonix

estar contemplando una vision del otro mundo. Poseidos de un terror supersticioso, seguíamos con asombro el desarrollo gradual de las dos grandes cruces situadas á cada lado de aquel arco singular. Hubiera dudado de mis propios sentidos si los Taugwalder no hubiesen visto los primeros aquel extraño fenómeno, atribuyéndole una relacion sobrenatural con el accidente ocurrido. En cuanto á mí, pensé al cabo de un instante que aquello era un efecto de espejismo, en el cual figurábamos nosotros; pero nuestros movimientos no producian cambio alguno, y las formas espectrales se conservaban inmóviles.

»Era un espectáculo terrible, maravilloso, único para mí que tantas cosas extraordinarias habia visto. En las circunstancias en que nos hallábamos produjo en nosotros una impresion indecible.

»Sin embargo, no fijé gran atencion en tan notable fenómeno, y me alegré mucho que desapareciera pronto, porque era causa de que los dos guias sufrieran peligrosas distracciones. En circunstancias ordinarias hubiera sentido mucho no observar con mas cuidado un fenómeno tan raro y singular, acerca del cual tengo poco que añadir. El sol se hallaba detrás de nosotros, es decir, que el arco íris de bruma estaba frente por frente del sol; eran las seis y treinta minutos de la tarde; las formas se destacaban con singular claridad y delicadeza, ofreciendo un color pálido; desarrolláronse gradualmente y desaparecieron de improviso. Las nieblas, de notable trasparencia, se disiparon en el trascurso de la noche. Se ha creido que las cruces se figuraban incorrectamente en el grabado, y que eran producidas tal vez por la interseccion de varios círculos ó elipses: la explicacion es tal vez exacta; mas yo he preferido atenerme á mis notas originales.

»Disponíame á marchar, y solo esperaba á los

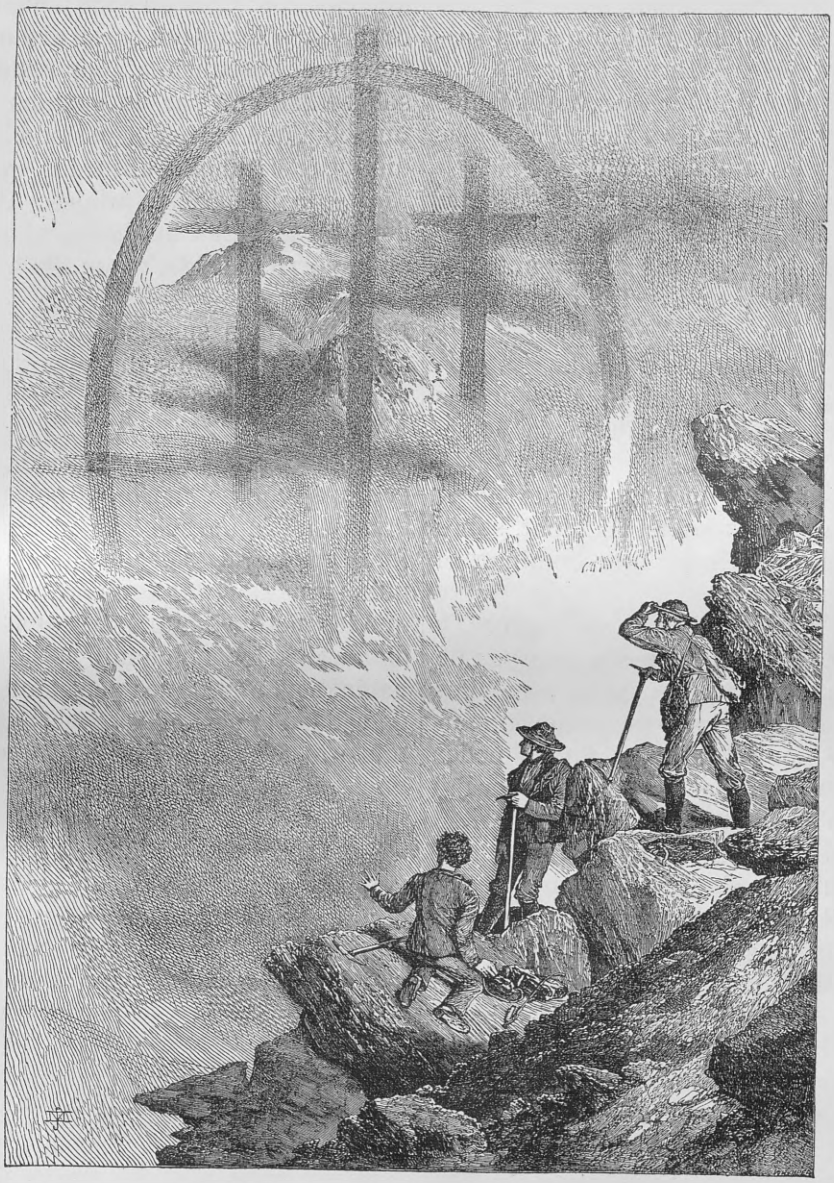
dos guias, quienes habian recobrado ya al parecer el apetito y la palabra. Como hablaban en su jerga particular, no los entendia; pero al fin, díjome el hijo en francés:

—»Caballero.....

—»¿Qué hay?

—»Nosotros somos unos pobres; hemos perdido nuestro amo y nadie nos pagará; es muy triste para nosotros.....

—»Callad, contesté yo interrumpiéndole; lo que estais diciendo es absurdo; yo os pagaré como lo haria vuestro amo.



Un efecto de espejismo, en el Cervino

»El padre y el hijo volvieron á consultarse en su dialecto, y el segundo añadió despues:

—»No os pedimos que nos pagueis; solo deseamos que escribais en el registro de la hospedería de Zermatt, así como en vuestros diarios, que no hemos sido pagados.

—»¿Qué disparates me decís? No os entiendo. ¿Qué significa eso?

—»Es que..... continuó el jóven guia, el año próximo vendrán muchos viajeros á Zermatt, y seguramente tendremos una numerosa clientela.

»¿Quién hubiera podido contestar á semejante proposicion? Yo guardé silencio; pero harto comprendieron que la indignacion me sofocaba, tanto que mientras permanecimos juntos no les hablé una sola vez sino en caso de absoluta necesidad. Su cinismo habia hecho desbordar la copa de la amargura; y en mi desesperacion

hacia volar por el espacio con tal coraje los fragmentos de roca, que mas de una vez debieron preguntarse padre é hijo si intentaba hacer otro tanto con ellos.

»Al fin llegó la noche, y por espacio de una hora seguimos bajando en medio de la oscuridad, y á eso de las nueve y media se encontró una especie de albergue donde pasamos seis horas mortales sobre una piedra apenas bastante grande para poder echarnos los tres.

»Al amanecer se continuó la marcha; bajamos corriendo por la arista desde el Hornli hasta las quintas de Buhl, y de aquí á Zermatt.

»Seiler, á quien hallé á la puerta de su casa, me siguió silenciosamente á mi habitacion.

—»¿Qué ha sucedido, caballero? preguntóme.

—»He vuelto solo con los Taugwalder, le contesté.

»Comprendióme al punto, y comenzó á llorar, mientras que, sin cesar un instante en sus inútiles lamentaciones, corrió á despertar á todo el pueblo.

»Muy pronto se reunieron unos veinte hombres para subir á las alturas del Hahlicht, sobre Kalbermatt y Z'Mutt, alturas que dominan el glaciar del Cervino.

»Seis horas despues estaban ya de regreso, y nos dijeron que habian visto los cuerpos de nuestros infelices amigos, que yacian inmóviles en la nieve. Era sábado, y nos propusieron marchar el domingo por la tarde, á fin de poder llegar á la meseta del glaciar al amanecer del lúnes. Deseosos de anticiparnos, el reverendo J. M. Cormik y yo emprendimos la marcha en la mañana del domingo, sin que ninguno de los guias de Zermatt osase acompañarnos, porque sus sacerdotes les amenazaron con la excomunion si no asistian á la primera misa. Esto fué para muchos de ellos una dura prueba; y hasta Pedro Perrn declaró con las lágrimas en los ojos que solo esta amenaza les impedia reunirse con nosotros para ir en busca de sus antiguos compañeros. Sin embargo, nuestros compatriotas nos prestaron su auxilio: el reverendo J. Robertson y M. Phillpotts quisieron acompañarnos con su guia Franz Andermatten; y otro inglés nos cedió á José María y Alejandro Lokmatter. Federico Payot y Juan Tairraz, de Chamonix, se ofrecieron como voluntarios.

»Partimos, pues, el domingo 16, á las dos de la madrugada, hasta Hornli, siguiendo el mismo camino que tomamos el juéves anterior; desde allí bajamos por la arista de la derecha, y subimos despues hácia el glaciar del Cervino.

»A las ocho y media habíamos llegado á la meseta superior, á la vista del sitio fatal donde debian hallarse los restos de nuestros infelices compañeros.

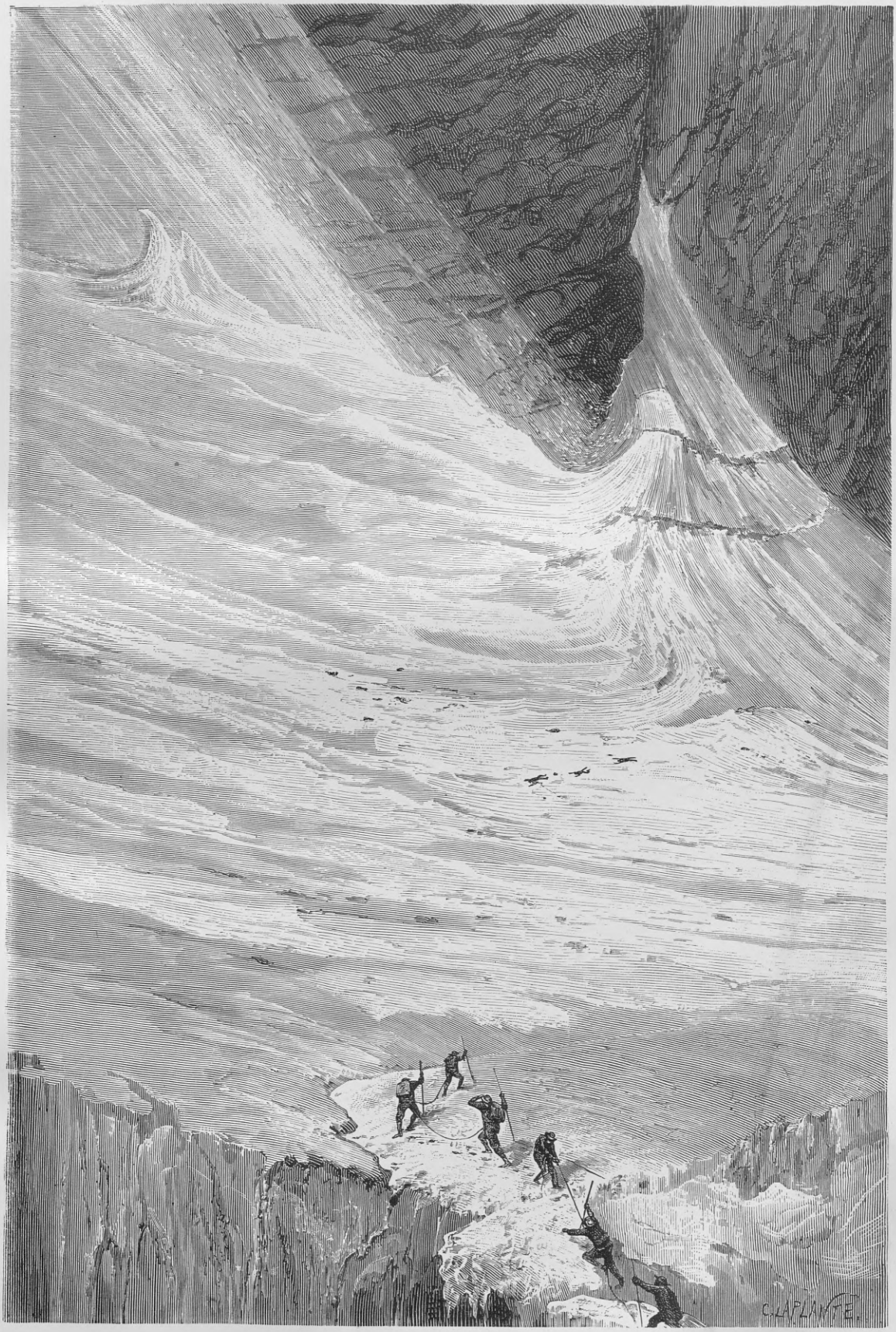
»Cada guia tomó á su vez el telescopio, entregándole despues á su vecino, con el rostro cubierto de mortal palidez. Habíase perdido toda esperanza: cuando nos acercamos, pudimos ver que yacian sobre la nieve en el mismo órden en que cayeron: Croz un poco delante, Hadow cerca de él, y Hudson á corta distancia mas atrás; pero no se descubrió ningun resto de F. Douglas; solo se halló un par de guantes, su cinturon y una bota que le habia pertenecido. Este hecho dió lugar á rumores absurdos, que no se hubieran propalado si se hubiese añadido que los demás cadáveres perdieron tambien su calzado en la horrible caida, y que sus botas yacian cerca de ellos.

»Sepultamos sus cadáveres en la nieve en el mismo sitio donde se hallaban, al pié de la mas alta arista de la majestuosa montaña de los Alpes.

»Todos los que habian caido estaban atados con una cuerda fuerte, y por lo tanto, la mas débil era la que sujetaba al anciano Pedro y á lord Douglas. Este hecho singular era muy mala nota para Taugwalder, porque ¿cómo suponer que las víctimas hubieran autorizado una cuerda tan inferior, en cuanto á su solidez, cuando habia disponibles mas de setenta y cinco metros de calidad superior? Era, pues, de desear que el misterio se esclareciese, en interés del anciano guia, que por lo demás gozaba de muy buen nombre.

»Cuando hube hecho mi deposicion ante la comision encargada por el gobierno de instruir el informe, entregué á sus individuos una serie de preguntas dispuestas de modo que facilitasen al anciano Pedro un buen camino para disculparse de las graves sospechas que sobre él pesaban.

»Sin embargo, la administracion habia expedido órdenes muy precisas para que se trasladaran los cadáveres á Zermatt; y el 19 de julio veintiun guias de dicho punto emprendieron la marcha para cumplir con esta triste y peligrosa tarea. Corrieron grandes peligros á la bajada, pues faltó poco para que perecieran sepultados entre la nieve. Tampoco encontraron ningun resto del cuerpo de lord Douglas, que sin duda quedó prendido en alguna roca. Los de Hudson y de Hadow fueron enterrados en la parte septentrional de la iglesia de Zermatt, en presencia de una multitud conmovida y simpática. El cuerpo de Miguel Croz se ha inhumado en el lado opuesto: en su tumba, mas sencilla, hay una inscripcion que recuerda, en los términos mas ho-



Hallazgo de los cadáveres del guia Croz, M. Hadow y M. Hudson

norificos, su rectitud, su abnegacion y su valor.

»La tradicion que representaba al Cervino como absolutamente inaccesible, queda por lo tanto destruida: la han reemplazado otras leyendas de un carácter mas positivo. Varios aficionados tratarán á su vez de franquear aquellas orgullosas aristas; pero la terrible montaña no será para ninguno de ellos lo que fué para los primeros que escalaron la cima; otros podrán hollar con su planta la helada cúspide, pero ninguno experimentará la impresion que sintieron los que por vez primera contemplaron aquel maravilloso panorama; y espero que ninguno esté condenado á ver trocarse su alegría en desesperacion, sus carcajadas en gritos de dolor.

»El Cervino ha sido para nosotros un adversario encarnizado; largo tiempo resistió; hízonos sufrir mas de un terrible golpe; y fué vencido al fin con una facilidad que no podia preverse; y como un enemigo inexorable, vencido, pero no aniquilado, tomó una terrible venganza de su derrota.

»Y sin embargo, dia llegará en que el mismo Cervino habrá desaparecido, y solo un monton de restos informes indicará el sitio donde se elevaba la magnífica montaña: átomo por átomo, centímetro á centímetro, metro por metro, sufre poco á poco la accion de las fuerzas eternas á las cuales nadie puede resistir. Ese dia está muy lejano aun; antes que llegue pasarán siglos, y muchas generaciones futuras irán á contemplar sus espantosos precipicios, admirando su forma, que no tiene igual en todos los Alpes. Por exaltadas que sean sus ideas, por exageradas que fueran sus esperanzas, ninguno de los que hayan tenido la suerte de contemplar el Cervino volverá desengañado de la realidad.»

III

EXCURSION Á LOS GLACIARES DEL MONTE ROSA

El abismo de Busserailles.—Zermatt.—El valle de Viege.—El glaciar de Gorner y sus invasiones.—El Riffelhaus y el Gornergrat.—Ojeada sobre los Alpes del Monte Rosa.—El glaciar de Zmutt.—El valle de Saas.—Habitantes de los valles del Monte Rosa (1).

Una de mis primeras excursiones á los Alpes del Monte Rosa tuvo por objeto visitar en la vertiente italiana el abismo de Busserailles, situado en la region media del valle Tournanche. Es un sitio admirable, desconocido de los viajeros, é interesante á la vez como paisaje y como accidente geológico. Figuraos una cuenca circular comprendida entre dos desfiladeros que forman las ramificaciones meridionales de la cordillera sobre los pueblos de Crepino y de Gresz.

El desfiladero superior, relativamente ancho, presenta paredes estriadas y lisas, y se ven asimismo profundos surcos trazados por un antiguo glaciar; el inferior, por el contrario, es tan estrecho, que las montañas de serpentina se tocan en varios puntos, sobre los cuales el torrente ha logrado abrirse camino poco á poco. El fondo de la cuenca es plano y está cubierto de praderas, donde se ven rebaños y una casita á orillas de una corriente alimentada por los glaciares inmediatos.

El dialecto del Piamonte no es muy familiar para mí, pero si no he comprendido mal la etimología de Busserailles, esta palabra quiere decir algo como *agua mugiente*, ó el trueno de las aguas, ni mas ni menos que la significacion de Niágara. Como quiera que sea, lo cierto es que los habitantes del valle estaban tan acostumbrados á este ruido, que no fijaban en él su atencion; y no les sorprendió poco á fines del año pasado descubrir una inmensa gruta que habian abierto allí varios hombres valerosos, resueltos á examinar el abismo mas de cerca. Para explorar esta curiosa excavacion, el guia José Maquignaz bajó atado de una larga cuerda, y su trabajo quedó recompensado por el imprevisto espectáculo que le ofreció el interior. Alborozado con el descubrimiento, dió cuenta de él á un geólogo de Aosta, el canónigo Carrel, quien le aconsejó abrir en el interior del abismo galerías formando puentes.

Maquignaz puso manos á la obra con sus compañeros, y gracias á sus trabajos se puede visitar hoy sin riesgo aquel abismo.

Forma una sucesion de grutas dispuestas sobre el eje del valle, que miden cuarenta y cuatro metros desde la salida del agua hasta la puerta de entrada. Desde esta última al centro de la *Gruta de los Gigantes*, la mayor del grupo, hay veinticuatro metros, y treinta y seis desde este punto hasta la extremidad septentrional del abismo, que mide una longitud total de ciento cuatro. Las grutas están generalmente redondeadas en cúpula; pero la forma de la mas grande ofrece mucha regularidad. El abismo tiene un techo tan angosto, que la luz penetra solo por pequeñas claraboyas. Al entrar se ve una cascada, y despues otra hácia el centro; la primera cae desde una altura de quince metros en

(1) La «Excursion á los glaciares del Monte Rosa,» por Mr. Grad, es como una continuacion de las de Whymper, y conteniendo igualmente curiosas noticias, nada mas oportuno, en nuestro concepto, que terminar con tan interesante ascension el Viaje á los Alpes.

una *olla de Gigantes;* la elevacion de la segunda es mucho menor. Entre las cascadas, el torrente forma una cuenca agitada como un mar tempestuoso, que se retuerce y repliega mugiendo en las grutas laterales. El rumor de las aguas, las ondas de espuma que se estrellan, y las columnas de vapor que se extienden sobre las cascadas reflejan los colores del prisma; las formas fantásticas del abismo y sus contrastes de luz y sombra constituyen un conjunto imponente y pintoresco.

En el interior, cerca de la entrada, se ven cavidades en forma de calderas, abiertas en las rocas serpentinosas de que se compone la montaña; se han formado por el remolino de las aguas, que imprimen un movimiento giratorio á la arena y los cantos rodados. Su pulimento mate y sus estrías sin brillo se distinguen del que ofrecen los antiguos glaciares. Estos últimos han dejado aquí vestigios léjos de sus actuales límites en las cimas de Breuil y en las ramificaciones superiores del valle de Ayas.



Llegada a la cumbre del monte Cervino

Despues de visitar detenidamente el abismo de Busserailles me trasladé á Zermatt, pueblo del alto Valais, centro de excursiones á los Alpes del Monte Rosa. Insignificante en sí, este grupo de ennegrecidas construcciones, sin ningun carácter pintoresco, ha adquirido no obstante una gran importancia en los fastos del Club Alpino inglés, que ha fijado allí su cuartel general, lo cual basta para que se hayan abierto allí buenos hoteles con toda la comodidad de las grandes ciudades en medio de un caos de hielos y rocas.

Zermatt ocupa la extremidad superior de un profundo valle que comienza en Vispach y Stalden; su profundidad es tal que parece una hondonada, una grieta inmensa cuyos bordes se elevan á una enorme altura. En el fondo hay un torrente que muge por encima de montañas hundidas, donde el sendero que hemos seguido serpentea como una cornisa á lo largo de paredes desnudas, tan pronto por una orilla como por otra. Imposible es imaginar naturaleza mas agreste y magnífica: por todas partes se observan vestigios indudables de violentas conmociones; las paredes de roca mas empinadas carecen de vegetacion; los glaciares descienden entre las mas altas cimas; mas abajo, las depresiones se cubren de verdor, de bosques de coníferas; y al fin, cuando el valle se ensancha en las mismas orillas del torrente, se ven caseríos y cultivos.

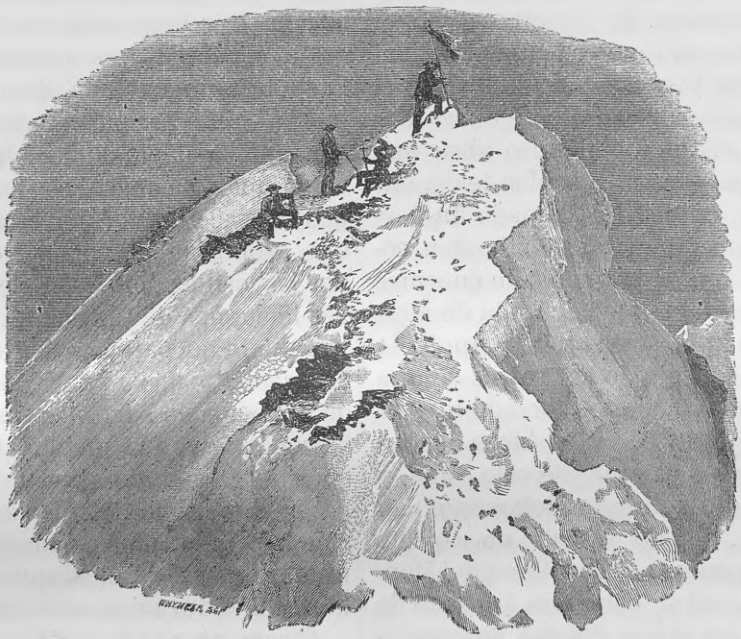
Se entra en el valle de Viege por Vispach, pequeña villa situada sobre el Ródano, donde desemboca tambien el camino del Simplon. Desde Vispach á Zermatt hay nueve horas de marcha, y en dos se llega á Stalden. Cerca de este caserío, el valle se estrecha dividiéndose en dos ramificaciones, una de las cuales atraviesa la garganta de Monte Moro por Saas, y la otra el desfiladero de San Teodulo, sobre Zermatt. Una

poderosa arista separa los dos brazos; es la cresta de Saas, ó de Saasgrat, que rivaliza en altura con el mismo monte Rosa.

Las orillas del Viege están por lo general estrechadas, pero las montañas que las encajonan se desvian lo suficiente á intervalos para que se formen risueños valles, entre los cuales no hay ninguno tan pintoresco como el de Randa. Su aspecto indica por lo general una vida penosa y poco bienestar; pero la belleza del sitio atrae las miradas.

Randa, sobre todo, ocupa una posicion soberbia: nosotros vimos una iglesia muy blanca en la cima de un cerro, dominando las quintas agrupadas á su alrededor; el Viege se desliza á sus piés en la pradera, y por la orilla izquierda desciende el glaciar de Weisshorn. El valle se estrecha mas arriba para ensancharse de nuevo en Tasch.

Admírase aquí el excelente sistema imaginado por el ingeniero Venetz para contener los torrentes de los Alpes en un lecho permanente:



La cumbre del monte Cervino

se reduce á unos simples diques de piedra que se dirigen en sentido oblícuo con la corriente; de modo que siempre la conduce el lecho que trata de abandonar. Las ondas deben seguir constantemente la misma direccion; el limo que tienen suspenso se deposita al abrigo de los diques, y como es de una rara fertilidad, cúbrese de yerbas apenas baja el rio.

Las casas de piedra escasean aquí mucho; las quintas se reducen á unas casitas de madera de pino de seis á ocho metros de fachada, puestas en equilibrio sobre cuatro ó seis pilares que tienen grandes losas de piedra á guisa de chapiteles. Un muchacho á quien interrogué acerca del uso de aquellas losas, me contestó: «Sirven para preservar el trigo reunido en el granero de los ataques de las ratas.»

Decir que hay trigo en una casa, es indicar que el país le produce; y en efecto, los centenos estaban ya maduros en Stalden á mediados de julio, y ví tambien campos de cebada en Findelen á una altitud de dos mil metros mas arriba de la lengua terminal del glaciar. La precocidad del suelo á semejante elevacion es uno de los caractéres de los valles laterales del Valais: allí se obtienen buenos vinos hasta una altitud igual á la de los Vosgos. La vid prospera hasta mas allá de ochocientos metros, el castaño hasta mil, el nogal á mil doscientos, y el peral á mil seiscientos, á un nivel superior á la cima del Ballon de Alsacia. En Zmutt cesa el pinabete á dos mil metros; una especie de pino cuya semilla tiene el sabor y el tamaño de la avellana, sube hasta dos mil trescientos metros; y en fin, he visto espesuras de rododendrones y de enebros á dos mil novecientos metros, límite de las nieves persistentes en esta parte de la cordillera. Debajo de la nieve de los glaciares se pueden coger ranúnculos.

El valle del Viege proviene de una ruptura de las montañas que le encajonan; y no son solo

visibles en estas escarpaduras los vestigios de los grandes trastornos de la naturaleza, sino que estos se repiten de un modo terrible. Tan pronto cae un glaciar como se agita el suelo: una prueba de ello es Randa, donde el glaciar de Bies se ha precipitado varias veces sobre el pueblo: en 1636 le aplastó, y en 1819 cubrióle en parte con sus restos en medio del invierno. El desastre no fué tan grande en la última vez porque se habian reconstruido las casas mas léjos; pero el choque del aire tuvo tal violencia, que muchas quintas y granjas, arrancadas como hojas secas por la tempestad, halláronse despues destrozadas á una gran distancia. M. Venetz estimó en un millon trescientos mil metros cúbicos la masa de hielo, de nieve y rocas que se elevó en el valle, interrumpiendo por espacio de cinco dias el curso del Viege, al que fué preciso abrir una salida á través de los escombros. Mas léjos, entre Randa y Taech, en el sitio llamado In-derwildé, donde las aguas del rio se extienden sobre una playa muy unida, en medio de enormes moles de gneis procedentes de la cúpula de Mischabel, la tradicion indica otro pueblo sepultado con sus habitantes debajo de los restos de una montaña. Del mismo modo, el terremoto que tantos daños causó en 1855, en los Alpes del Valais, destrozó todos los caminos de este valle, y estuvo á punto de destruir completamente San Nicolás. Aquel dia, el país ofreció un aspecto verdaderamente espantoso; la cordillera del Monte Rosa se agitaba cual si estuviera á punto de abrirse; oíanse en sus cimas fuertes detonaciones y un sordo fragor; lúgubres nubes cubrian el valle; la lluvia caia á torrentes; una especie de trueno subterráneo dominaba el mugido del Viege; y en el abismo precipitábanse moles de roca. «Desde San Nicolás á Stalden, nos ha dicho un testigo ocular, he corrido sin mirar hácia adelante ni volver la cabeza; me figuro que así es como el soldado se precipitará en el combate; á cada momento me era preciso franquear de un salto alguna grieta abierta en el camino, y de contínuo veia pasar avalanchas de piedras ó saltar una roca.»

Esta mañana el cielo estaba sereno y el sol brillante; y nos encaminamos por las rocas de Augstkummen entre la orilla derecha del glaciar de Gorner y la vertiente del Riffelhorn. Allí hay magníficas moles con estrías profundas en la pared de serpentina; á mayor altura elévanse rocas recortadas en forma de columnas, semejantes á una serie de tubos de órgano. Para llegar á Gorner, pasamos frente al glaciar de Trifti: hasta aquí, la montaña está generalmente cubierta de césped; el mismo borde del glaciar se eleva á diez metros sobre el cerro lateral y está muy redondeado, pero hallándose expuesta al sol la pared del Riffel, acelérase el deshielo.

El glaciar de Gorner mide cuatro kilómetros de anchura frente á Breithorn: á primera vista parece que la superficie es unida; pero al acercarse se ven varias grietas llenas de restos de roca. Sin duda habreis oido hablar de rios que corren hácia su confluente uno junto á otro, sin confundir sus aguas: esto es lo que sucede en el gran glaciar de Gorner, el cual presenta una agregacion de glaciares secundarios que avanzan juntos sin mezclarse. Las masas rígidas de que se compone tiene cada cual su grieta distinta, y están separadas por cerros medianos visibles hasta la gran cascada, donde se rompen todos juntos sobre Zermatt. Todos esos glaciares llegan unidos al pié de Riffelhorn, y precipítanse como una sola masa por encima de una pared pedregosa, para formar esas magníficas agujas que asombran al viajero, cuando al remontar por las orillas del Viege descubre por primera vez la cuenca de Gorner.

El hielo no parece trasparente en las orillas del glaciar ni en su pendiente terminal, cubierta de una capa de barro poco espeso; en las orillas se ven grietas profundas, aunque poco anchas, abiertas en sentido perpendicular al eje del valle; la superficie del glaciar no es resbaladiza; rugosa y llena de asperidades, está surcada por numerosos arroyuelos, que desgastan y corroen la nieve endurecida, abriendo inmensos surcos.

Al remontar hácia el Gornerhorn encuéntranse en la superficie del glaciar de Monte Rosa grandes losas de gneis ó serpentina puestas en equilibrio como tablas sobre pilares de hielo; están generalmente inclinadas hácia el mediodía, y son tanto mas altas cuanto mayor anchura tienen; la piedra protege al hielo con su sombra, absorbe poco calor y le trasmite aun menos conductibilidad; alrededor, sin embargo, la evaporacion y la fusion hacen bajar el nivel del hielo, la tabla queda aislada y elévase, su pié de granito se afila hasta que ya no puede sostener el peso, la columna de hielo se rompe y deslízase la piedra á otro sitio, para que se repitan los mismos fenómenos.

Despues de dirigir una última mirada al magnífico panorama del Monte Rosa, volvemos al borde del glaciar, pasando por Riffelhorn, cruzando el sendero cubierto de bosque por donde se va á las quintas de Augstkummen.

Al anochecer llegamos á la otra orilla del Viege; todo está tranquilo al rededor de nosotros; en el sereno cielo brillan las estrellas; no encontramos un solo sér viviente. Cerca de la orilla

vemos, sin embargo, una pequeña luz azulada; es un pálido fuego fátuo que resplandece saltando en la húmeda pradera.

Hemos visitado hoy los glaciares de Riffel y de Gornergrat. El primero se destaca de la cresta de Saas, en forma de una montaña prolongada entre el glaciar de Gorner y el de Findelen. Allí hay magníficos cultivos en las primeras pendientes de la montaña, praderas en las orillas del Viege, campos de cebada y patatas en las vertientes menos húmedas; los campos de trigo y las praderas están dominados por las brillantes agujas del glaciar. Algunas bandadas de aves rasan la verdura, pero nada anima la superficie del campo de hielo: es el contraste del invierno y del verano, visto á la primera ojeada.

Se sube á la meseta de Riffel á través de un bosque de alerces, por un sendero muy empinado, que llega muy pronto á los pastos; cerca del límite de las nieves persistentes, los propietarios del hotel del Monte Rosa han establecido una sucursal de su establecimiento de Zermatt, el Riffelhaus. Las primeras cimas del Rosa se distinguen ya desde el terrado de la hospedería; pero es preciso subir hasta Gornergrat para abarcar con la vista el conjunto.

El Gornergrat avanza como una aguda arista en los campos de nieve que separan la cuenca de Findelen del glaciar de Gorner, sobre el cual cae como una escarpadura cortada á pico. La superficie de la cresta presenta grandes hojas de serpentina esquistosa, amontonadas ó esparcidas en tierra como las escamas de un reptil gigantesco. Solo hay imperceptibles vestigios de vegetacion: en el seno de las peladas rocas se ven algunas plantas vasculares ó míseros líquenes; diríase que la vida no puede producirse en esta tierra maldita, y sin embargo, la fria arista de Gorner ejerce sobre nosotros un atractivo que subyuga: toda la cadena del Monte Rosa se desarrolla á nuestras miradas, y el gran glaciar de Gorner, aumentado por diez afluentes, pasa á nuestros piés para lanzarse en el abismo. Frente á nosotros destácase el Gornerhorn, con sus dos principales cimas del grupo, el Hoechste-Spitze y el Nord-End, separados uno de otro por una ligera depresion; á su derecha está el Lyskam, Cástor y Pólux, las dos gemelas; el Breithorn, notable por su anchura, el obelisco del Cervino, la Cabeza Blanca, el Diente Blanco y el Weisshorn; á la izquierda se ve el paso de Weisshorn, tan alto, que solo cruzan por él las águilas; la Cima-di-Gazzi, las cabezas piramidales de la cresta de Saas, y por último, los Alpes del pais bernés, apenas bosquejados en el horizonte.

En las últimas alturas elévanse las nieves amontonadas, en las cuales se refleja la luz de tal modo que los glaciares brillan singularmente como iluminados por mil fuegos.

¡Qué grandioso y magnífico espectáculo! Ante estos picos soberbios, el hombre se humilla; la calma imponente de tan espléndida naturaleza conmueve su alma; olvida todo cuanto es terrenal; y la existencia se purifica como el éter donde se pierde el pensamiento. Aquí se siente, se toca lo infinito; pero ¡qué violento es el contraste si para analizar las causas de este cambio vuelvo á la realidad de los objetos materiales! Una mirada al suelo no me permite ver mas que ruinas amontonadas, la residencia de la muerte, un asiento de esos astros inmensos, mas grandes que la tierra, rechazados léjos del sol en las tinieblas y el frio exteriores. Aquí no hay vida ni movimiento; ni un solo sér animado; nada que sienta, nada sino el choque fatal é inconsciente de las fuerzas físicas.

Tal es en realidad y en su prestigio el paisaje del Gornergrat, y añadiré que este paisaje varía segun el dia y la hora, que es igualmente hermoso bajo todos sus cambios, que siempre causa admiracion; y que las mas pequeñas causas bastan para las trasformaciones de este magnífico espectáculo. He visto por la mañana el valle del Viege invadido por espesos vapores que formaban una bóveda opaca, un verdadero mar de nubes de color blanco mate, donde las montañas de las dos vertientes trazaban largas líneas de declives sobre las orillas de un estrecho. El mar de nubes se detenia sobre Randa, y el sol levante iluminaba la parte superior del valle de Zermatt, enteramente libre, así como la cuenca de Zmutt, y los glaciares de la cadena central. He visto tambien por la tarde una tempestad que, procedente de Italia, se desencadenaba sobre el gran Cervino: las nubes eran doradas; cuando aclaraba un poco, las cimas de los alrededores asemejábanse á inmensas pirámides envueltas en una atmósfera de fuego; ningun rumor hirió nuestros oidos; pero hasta la entrada de la noche, el horizonte estuvo iluminado como por una inmensa conflagracion. Semejantes espectáculos no son para descritos, y rechazan el espíritu de análisis; difícil es vencer la emocion que producen los Alpes, vistos desde estas alturas; se necesita hacer un esfuerzo violento para producir la calma necesaria cuando se quiere interrogar á las leyes que precedieron á su formacion.

La mole del Monte Rosa pertenece al grupo de los Alpes Apeninos y á la ramificacion sudoeste del sistema que une al Monte Blanco con el San Gotardo. Considerado como unidad geológica, se divide en varios brazos que llegan á Aosta, y es-

tán limitados por las moles del Valais y del Simplon; pero generalmente, el nombre de Monte Rosa sirve solo para designar la alta cresta comprendida entre el paso del Weistor al norte, y la garganta Delle-Piscie al sur, entre los glaciares del valle de Saas, de Gorner y de Macugnaga. Así reducida, la extension del Monte Rosa no pasa de nueve kilómetros; su cresta forma nueve cimas dispuestas en una línea casi recta en la prolongacion del Saasgrat.

La primera ascension al Monte Rosa se efectuó en 1855 por los ingleses Smith y Hudson, con el guia Juan Taugwald. Entre las montañas mas altas, esta es aquella que se ha franqueado mas á menudo en estos últimos tiempos, hasta por las damas. Cuando hace buen tiempo, no se pasa semana sin que se aventure en aquellas alturas algun grupo de viajeros; y segun se cree en general, la ascension es fácil; pero el aficionado poco experto no debe dejarse convencer por semejante aserto. Para tal expedicion, sumamente penosa, se necesita tener muy segura la cabeza, y no menos los piés. Cierto que los panoramas que se ofrecen á la vista asombran por su magnificencia, aun en los dias en que el horizonte no esté perfectamente claro. La vista abarca toda la llanura de Lombardía, y hasta los lagos italianos, los Alpes del Valais y berneses, y el Monte Blanco. Para dar la vuelta al Monte Rosa se necesitan por lo menos tres largas jornadas.

Frente al glaciar de Gorner comienza el valle de Zmutt, estrecho, encajonado, con pastos abundantes y magníficos bosques. Un torrente muge á gran profundidad, y en sus orillas se ve un grupo de casas ennegrecidas por el humo, de mísero aspecto; pero ocupando la mas bonita posicion que imaginarse pueda. Al atravesar el torrente, por un estrecho puentecillo, se dirige involuntariamente una ojeada al abismo inmenso, y admírase el poder de la naturaleza. Despues aparece un glaciar, disimulado al principio bajo una enorme masa de escombros que cubren la superficie; todos aquellos restos de forma angular, han caido del Cervino, del Weisshorn y del Diente de Herens. El glaciar de Zmutt está completamente lleno en el espacio de una legua de extension. Los mas de los restos, formando una capa de cuatro á cinco piés de espesor, pertenecen á dos montones distintos, uno de color verde azulado y el otro rojizo, compuestos sobre todo de moles de serpentina que han tomado color con el óxido de hierro.

Aunque la anchura del glaciar no excede aquí de un kilómetro, necesítase por lo menos una hora para cruzarle, á causa de las numerosas grietas que se han abierto; pero á medida que se sube, el hielo se extiende en forma de anchas llanuras y de valles apenas cortados, como no sea cerca del Cervino. Entonces se avanza por una especie de avenida, cuyo aspecto ha descrito muy bien el ingenioso crítico Ruskin.

«Esta alameda silenciosa y lúgubre, dice, está embaldosada toda ella de mármol blanco; es bastante ancha para dar paso á un numeroso ejército; pero en ella reina el silencio de las tumbas en una ciudad muerta; bordéanla por ambos lados gigantescos declives de color rojizo, que desde léjos parecen tan aéreos como el cielo de azul oscuro bajo el cual se destacan. Toda la escena es inmóvil; hállase tan lejana, no solo de la presencia del hombre, sino hasta de su pensamiento, carece de tal modo de toda vida animal ó vegetal, y tan inconmensurable es en su esplendor solitario y en la majestad de la muerte, que se creeria estar viendo un mundo de donde el hombre ha desaparecido hace mucho tiempo, donde los últimos arcángeles, despues de erigir esas grandes montañas como otros monumentos fúnebres, se han echado para gozar del eterno reposo, envuelto cada cual en su blanco sudario.»

El monton superficial de hielo de Zmutt favorece singularmente su marcha progresiva.

M. Collomb vió en 1848 que los hielos alcanzaban á un montecillo donde habia aun varios árboles aislados; al año siguiente le rodeó el glaciar, y en 1866 no quedaban ya vestigios de él. El glaciar habia avanzado mucho en el intervalo, y arrollaba al bosque en su marcha, de tal modo que los troncos de árboles rotos y destrozados eran casi tan abundantes en el monton terminal como en el de piedras. En los alerces viejos mas próximos al hielo sentíase un frio penetrante. En un promontorio que hacia saliente ví dos árboles gemelos hijos de un mismo tronco, que se elevaban orgullosamente hácia el cielo; eran iguales en altura y edad; pero el uno estaba lleno de vida, mientras el otro se habia secado.

El promontorio donde se elevan estos árboles se habia separado de la orilla derecha del valle por un arroyo salido del bosque, é inclinábase por una escarpadura que el monton terminal iba á tocar; este último media aproximadamente unos treinta metros, altura que indicaba una detencion momentánea del glaciar. Este hecho es general en los Alpes, á causa de los calores y de la sequía del último verano: le hemos reconocido en el glaciar de Gorner y en el de Findelen, al norte de Riffel, enteramente descubierto, mas sometido á la accion disolvente.

En la orilla derecha del glaciar de Zmutt, el bosque de alerces ocupa un antiguo monton lateral, y sus árboles cuentan mas de trescientos años. Delante del glaciar se ven, sobre las dos vertientes del valle, los restos de un terreno que figura una especie de cornisa á lo largo de la montaña: es el antiguo monton profundo del glaciar, muy desgastado hoy por las ondas del torrente; su pendiente horizontal es regular, menos inclinada que el fondo de aquel; el rumor de las aguas se oye á doscientos metros sobre el sendero que costea el valle.

El rio que sale del glaciar de Zmutt se une al torrente de Gorner mas arriba de Zermatt, algo por encima de su confluencia con el de Findelen, y todos juntos forman el Viege. El caudal de la corriente aumenta mucho desde la mañana á la tarde, segun la elevacion de la temperatura que apresura el deshielo. ¡Cuántas veces he visto en los Alpes, en las tardes de los mas hermosos dias, un sórdido torrente allí donde por la mañana encontré solo aguas cristalinas! Los manantiales alimentados por el deshielo llenan durante el dia los pequeños arroyos casi secos durante la noche.

En el valle de Zermatt, el Viege recibe además un gran número de tributarios que salen directamente de los glaciares acumulados en la parte alta de los valles laterales, que no se divisan durante el trayecto de Stalden á Zermatt.

En el valle de Saas, cuyas aguas se reunen con el Viege en Stalden, los hielos son visibles por todas partes sobre bosques y praderas. Este valle mereceria, mejor aun que el famoso desfiladero que se halla en la vertiente meridional del Monte Blanco, el nombre de Avenida Blanca, á causa de los muchos glaciares que bajan hasta la orilla del camino. Uno de estos, el de Alalain, ha avanzado hasta el otro lado del valle, como para interceptar y contener el paso de las aguas con un dique de hielo, que ha dado orígen al lago de Mattmark. El ingeniero Venetz ha mandado abrir una galería á través del dique á fin de dar paso á una parte del agua procedente del deshielo; mas á pesar de los auxilios del arte, amenaza al valle inferior con un cataclismo semejante al que ocasionó en 1818 el glaciar de Getroz en el valle del Bagne. Un lago del mismo orígen extendió en media hora quinientos millones de metros cúbicos de agua acumulada, que todo lo arrolló á su paso con la rapidez del relámpago, casas, bosques, ganado y tierra vegetal.

Mas allá del dique de Alalain, el glaciar de Fee rodea completamente un Alpe revestido de los mas magníficos pastos; en la parte superior del valle no se ven sino nieves y hielos hasta el paso de Monte-Moro; mas abajo, antes de llegar á Saas, los bosques de pinos y de alerces, numerosas cascadas y toda una naturaleza alpestre, á la vez vigorosa y encantadora, ofrecen puntos de vista espléndidos.

El atractivo que tiene para mí la naturaleza glacial del Monte Rosa me hacia olvidar ya las poblaciones de estas montañas. A juzgar por el gran número de viviendas desiertas que se encuentran en todo el trayecto de los valles, creeríase que el hombre ha resuelto abandonar estas desagradables asperezas; pero no es así. La mayor parte de las familias poseen quintas situadas á diversas alturas, y segun la estacion, van á residir en el Alpe rodeado de nieve ó en la zona mas cálida, donde la vid prospera todavía á la entrada del valle. Los habitantes de la vertiente piamontesa son sin embargo mas numerosos que los de la parte suiza, donde se disfruta de mayor comodidad.

No deja de ser un hecho singular que todos los valles que desembocan en el Monte Rosa estén ocupados por una misma raza de orígen aleman, excepto el de Tournanche, donde se habla un patuá ó dialecto romano.

Los productos del suelo no bastan para satisfacer las necesidades de estos montañeses: aquí todos emigran para ir á ganar su peculio en otra parte, y los mas saben algun oficio.

En el valle de Challant son aserradores por lo general, comerciantes en el de Lesa, y mineros en el de Anzasca. En el valle de Senia se trabaja sobre todo el estuco y el yeso, y se aprende á ejecutar esos frescos de vivos colores que tanto llaman la atencion á los italianos.

Los jóvenes del valle de Lesa que se dedican á los negocios comienzan por ser cazadores furtivos y vuelven generalmente con un capital, como lo prueban las muchas quintas que por todas partes vemos en los alrededores de Gressoney.

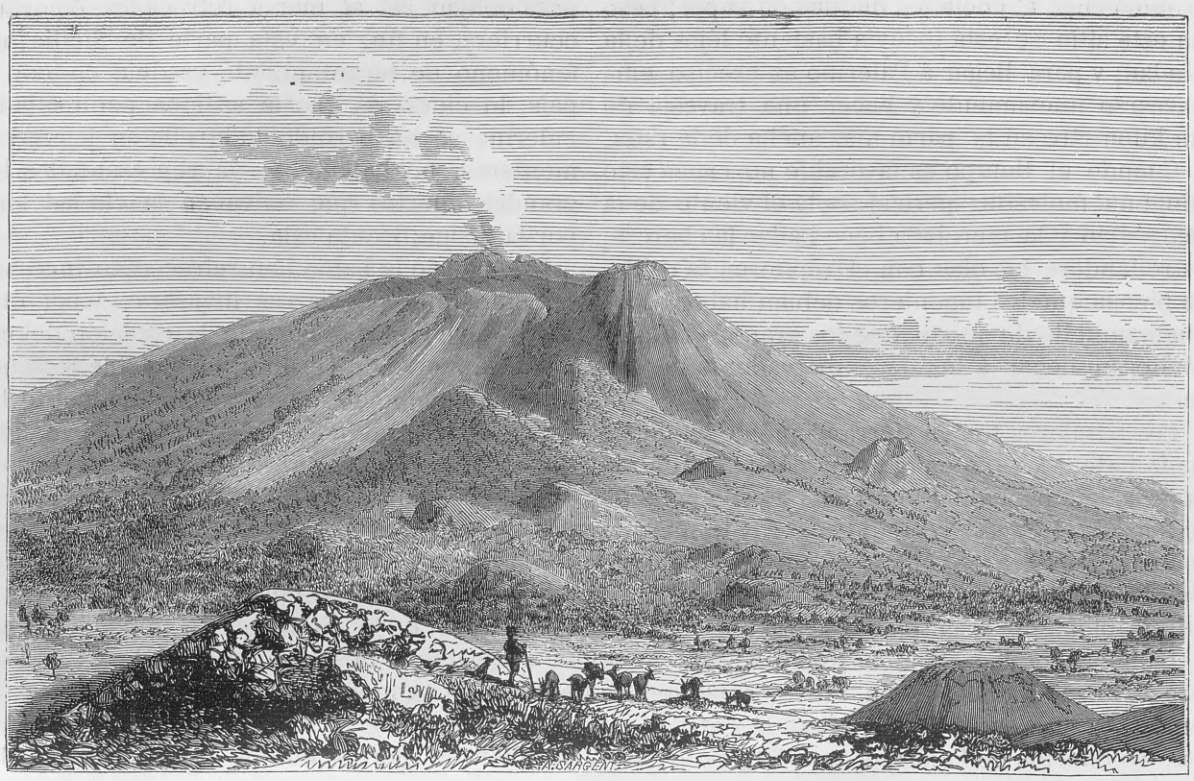
En cuanto á las mujeres, abandonadas á sí mismas, cuidan los ganados y ocúpanse en el cultivo de las tierras. Con frecuencia se encargan tambien del trasporte de mercancías á través de los pasos difíciles, y lo hacen con un vigor, una diligencia y una probidad que llama la atencion.

Los rudos trabajos á que se ven condenadas por la ausencia de los hombres no altera sin embargo la finura de sus facciones ni la ligereza de sus movimientos: reunen al vigor de un faquin la gracia de una princesa de la Iliada.

En la vertiente del Valais el tipo es mas rudo, reconociéndose la influencia de otro centro, porque allí hay menos sol que en los valles abiertos

al mediodía. Un trabajo incesante en un suelo ingrato, y por principal alimento un pedazo de pan seco empapado en leche, son los únicos medios de existencia de los campesinos de Herens y de Saas. Sin embargo, esta gente no parece menos vigorosa, y es muy superior á la mísera poblacion que vegeta en la pesada atmósfera de los valles inferiores hácia Lyon y Aosta. El aire cálido y húmedo de las orillas del Dora Baltea alimenta al pié meridional de los Alpes una vegetacion magnífica: los castaños de tronco secular, y los robustos nogales cubren las colinas; la vid enlaza las paredes de roca con sus verdes pámpanos; el maíz presenta espigas enormes; mil flores diversas esmaltan el césped; entre el ramaje se oye el canto de aves desconocidas en la zona de los glaciares; brillantes insectos zumban continuamente, y el lagarto corre á lo largo de las paredes. Solo el hombre no prospera, y hasta pierde sus formas, adquiriendo la expresion hedionda de los idiotas que vagan por los caminos de Aosta y Villanueva.

FIN DEL VIAJE POR LOS ALPES



Vista del Etna

SICILIA Y LA ERUPCION DEL ETNA

POR

M. ELISEO RECLUS

I

PALERMO

La ciudad vista desde el mar.—El nuevo puerto.—La cala y los terromonteros.—El puente del Ammiraglio.—Las dos grandes calles de Palermo.—Fisonomía de los habitantes.—Celos árabes.—Los círculos de menestrales.—La *maffia* y el bandolerismo.—La casa de locos.—La catedral de Palermo.—El palacio real y la capilla palatina.—El convento de Capuchinos.—La catedral de Monreal.—El monasterio de Benedictinos.—Parco.—San Martino.—El Monte Cuccio.—El Monte Pellegrino.

Comenzaba á rayar la aurora cuando nuestro vapor traspasó el promontorio de Zaffarana, dirigiéndose al puerto de Palermo. El aire era frio aun, y el viento, soplando de frente, agitaba nuestros capotes; pero tiritábamos de frio con buen ánimo, porque ya estaba á la vista la ciudad célebre, y desarrollábase lentamente á nuestros ojos el panorama tantas veces admirado de la concha de oro.

Una sonrosada nube anunciaba la próxima llegada del sol, y llenábase de luz el inmenso espacio comprendido entre el cielo, la tierra y las olas del mar. Apenas el primer rayo traspasó como una flecha la nube que se extendia por el oriente, un largo rastro luminoso brilló de pronto sobre la superficie de las aguas; las cimas de los montes parecieron encenderse como otros tantos faros; las grandes sombras se desvanecieron; marcáronse los relieves de la vasta llanura que antes parecia uniforme; los contornos cada vez mas precisos, los colores mas resplandecientes, despertaron á la naturaleza dormida; y la blanca ciudad, surgiendo entre los vapores que la rodeaban, apareció en toda su radiante gracia en medio de su bosque de naranjos.

El puerto de Palermo está situado al norte de la ciudad, no léjos de la base de ese magnífico Monte-Pellegrino, cuyos flancos, semejantes á los muros de una inaccesible fortaleza, guardan al oeste la entrada de la bahía.

Una mole, que se consideraba, aun á principios de este siglo, como maravilla de la arquitectura hidráulica en Sicilia, separa este puerto de la alta mar, protegiéndole contra los vientos del este y del nordeste. Al abrigo de esta rom-

piente echan el ancla los buques de vapor; pero en este sitio se está todavía bastante léjos de la ciudad; y para llegar á Palermo es preciso embarcarse nuevamente y hacer una travesía de un kilómetro en la parte mas ancha de la rada.

Cuando el tiempo es favorable no causa esto ninguna molestia; pero si sopla el viento de la tempestad y la marejada hace bailar las barcas, estrellándose las olas con estrépito en la orilla, se piensa que los ingenieros debian haber arreglado aquello de modo que los grandes buques pudieran llegar á los desembarcaderos de Palermo.

Los pasajeros toman tierra al pié de la iglesia de la Catena, cuyo magnífico pórtico, que recuerda la Logia de Florencia, se compone de tres arcos elípticos, sostenidos por columnas de mármol gris, presentando tres puertas del estilo del Renacimiento, ornadas con follaje y frutos admirablemente esculpidos.

La iglesia de la Catena ha recibido este nombre á causa de una cadena muy maciza que se tendia en otra época para cerrar la entrada de los dos puertos de Palermo. En 1063, siete galeras pisanas, lanzándose vigorosamente contra esta cadena, rompiéronla con el choque de sus proas, apoderáronse de todos los barcos cargados de mercancías que habia en el puerto, y volvieron á Pisa con un inmenso botin: el producto de este último sirvió para edificar la célebre catedral.

La pequeña caleta que se extiende delante de la iglesia de la Catena, y cuya orilla es el punto de reunion de los *lazzaroni*, ha conservado su antiguo nombre árabe de Cala. Es todo cuanto queda de las varias sábanas líquidas, diversamente ramificadas, por las cuales se dió á la ciudad su nombre de Panormos (todo puerto).

El terreno donde están construidas las casas de Palermo ha sufrido los mismos cambios graduales que el suelo de la Rochela. Esta última ciudad ocupaba en otro tiempo una roca *(rupella)*, que se enlazaba con el litoral del Saintonge por una estrecha península, mientras que en nuestros dias se eleva en una llanura de aluviones, comunicándose su puerto con el mar por un largo canal cenagoso.

De la misma manera, la ciudad de Palermo estaba edificada en otra época sobre una península aislada de la tierra firme á derecha é izquierda por dos anchos brazos de mar.

Bien porque los diversos conquistadores que se sucedieron en Sicilia colmaran estas bahías con montones de escombros, ó ya porque los dos pequeños riachuelos de Palermo llevaran suficientes aluviones en el trascurso del siglo para obligar así al mar á retroceder, ó porque ocurriera, en fin, en esta parte de Sicilia, un fenómeno de levantamiento gradual de todo el país, lo cierto es que la antigua península de Palermo se ha perdido toda ella en los terromonteros, no hallándose ya representados los grandes puertos que rodeaban la ciudad sino por la insignificante cala.

Las olas de la bahía han retrocedido incesantemente ante las tierras invasoras; y por otra parte se ve aun, no léjos de la estacion del camino de hierro de Término, un notable testimonio del cambio de nivel producido desde los siglos de la Edad media. Un puente normando, conocido con el nombre de *Ponte dell'Ammiraglio*, en recuerdo de un compañero de Roger, desarrolla sus pintorescos arcos, no ya como en otro tiempo sobre el pequeño rio de Oreto, sino encima de un campo mucho mas elevado que el nivel actual de la corriente. No se puede menos de creer que la tierra ha crecido, levantando el edificio en su movimiento.

Al pasear por la ciudad se pueden seguir tambien en ciertos puntos los contornos de los antiguos brazos de mar. Varias sinuosas callejuelas son los senderos que costeaban en otra época las orillas de las playas; y numerosas sentinas infectas señalan los espacios de las últimas caletas donde se evaporó el agua marina.

Sin embargo, la disposicion actual de los barrios de Palermo no depende en modo alguno del relieve topográfico. La ciudad forma un cuadrilátero casi regular, y este cuadrilátero mismo está dividido en cuatro partes iguales por dos calles de mas de un kilómetro de longitud que se cortan en ángulo recto en el centro matemático de Palermo. Los gobernadores españoles que formaron estas avenidas regulares hácia fines del siglo XVI y á principios del XVII, se propusieron sobre todo complacer á la Santa Inquisicion, trazando así la señal de la cruz en toda la ciudad. Sus trabajos de perforacion se limitaron á abrir estas vías, que debian facilitar indirectamente la entrada en el cielo, asegurando á la vez para siempre la posesion de Palermo á «Su Majestad Católica.»

En cuanto á los barrios de Palermo comprendidos entre los brazos de la cruz, conservaron su laberinto de callejuelas tortuosas y malsanas. Aun en nuestros dias, esas partes de la ciudad ofrecen su antiguo aspecto sarraceno, y no sin cierta inquietud se atreve el extranjero á penetrar en ellas.

Hé aquí por qué los visitantes de Sicilia, y en particular los que no suelen salir sino en coche,

solo conocen de Palermo las dos calles principales y las avenidas exteriores.

Para dirigirse á Monreal, á la Ziza ó San Martino, remontan en toda su longitud la calle de Toledo, llamada tambien Corso Vittorio Emmanuele; y si quieren recorrer las alamedas del jardin inglés, ó ir hácia la estacion del camino de hierro, siguen en uno ú otro sentido la calle trasversal de Maqueda. Todos los dias ven esos vulgares depósitos de mercancías inglesas ó francesas, esas tiendecillas llenas de periódicos, algo semejantes á los kioscos parisienses, y esa poblacion mas ó menos cosmopolita que en todas las ciudades de Europa se establece en las grandes vías comerciales.

En cuanto al verdadero Palermo, á ese donde solo habitan los «hijos del país,» artesanos, menestrales, caballeros pobres, monjes, mendigos



Vista de la Ziza

ó ladrones, los mas de los extranjeros se contentan con entreverlos al paso, allí donde las sombrías callejuelas, con su suelo cenagoso y desigual, sus ruinosas casas y sus ventanas cubiertas de pingajos, desembocan en una de las dos calles que constituyen todo el Palermo oficial.

Sin embargo, el viajero que acaba de desembarcar y se limita á dar algunas vueltas por las aceras de la calle de Toledo, observa ya en ese trivial terreno muchas cosas que pueden admirarle.

Al sentar el pié en la tierra de Sicilia, el viajero se inclina naturalmente á creer que bajo aquel cielo tan magnífico, y en medio de tan seductora naturaleza, el hombre mismo debe estar en armonía, por el gracioso y noble tipo de sus facciones, con todo cuanto le rodea. Con este pensamiento se mezclan los recuerdos de la poesía y de las artes de la antigüedad que reflejan un rayo de su belleza sobre los pueblos ribereños del Mediterráneo. Espérase ver bajo el moderno traje los tipos admirables del estatuario griego; pero ¡ay! muy pronto se desvanece la ilusion. La mezcla de las diversas razas que se encontraron en Palermo, sículos y fenicios, cartagineses y griegos, romanos, godos, árabes, normandos, españoles é italianos, no se ha efectuado de un modo feliz: de ese cruzamiento no se ha producido ningun nuevo tipo de belleza comparable con los de otras épocas. Los palermitanos de ambos sexos tienen por lo regular acciones pesadas, desagradables y casi bárba-

ras: al ver á esa poblacion no se puede menos de pensar qué se afeó gradualmente por la ignorancia, la supersticion y la miseria. No impunemente se atraviesa por largos siglos de opresion: el despotismo no se contenta con envilecer las almas y deprimir las inteligencias; afea hasta las mismas facciones.

Al recorrer los diversos barrios de Palermo, sorprende ver tan reducido número de mujeres, aun en las horas en que la circulacion es mas activa: la multitud se compone casi totalmente de hombres; si exceptuamos las damas y señoritas de la colonia extranjera, inglesas, alemanas y americanas, fáciles de reconocer por su color y su andar, apenas se ven algunas mujeres del pueblo, trabajando acá y allá en los almacenes ó delante de sus puertas.

Los transeuntes, que vestidos de negro recorren las orillas de la calzada, como procesiones de hormigas, contribuyen á comunicar un aspecto mas sombrío á la ciudad; y en vano busca la mirada algun traje de colores alegres que contraste con aquel lúgubre desfile de paletós y sombreros de copa alta.

¿Por qué razon la palermitana se empareda así en su vivienda? No es probable que la retenga allí únicamente el temor de alterar la frescura de su cútis, exponiéndole al sol y al polvo. Si hemos de creer á los extranjeros domiciliados en Palermo, los indígenas han conservado de sus antecesores musulmanes la feroz pasion de los celos; vigilan á sus esposas cual si fuesen verdaderos bajás, y las prohiben en cuanto es posible salir del harem. Añádase además que, como consecuencia muy natural, esta clausura de las mujeres perjudica á su virtud; pero como quiera que sea, no debe olvidarse que Palermo fué, durante mas de dos siglos, una de las ciudades predilectas de los sarracenos, y que Túnez se halla solo á un dia de navegacion. No ha de extrañarse, pues, que las costumbres palermitanas se resientan de la doble influencia de la vecindad y del antiguo estado social.

Pero si las damas salen poco, los buenos ciudadanos de Palermo, en cambio, aburridos tal vez en compañía de sus prisioneras, son muy aficionados á pasar el tiempo léjos del hogar doméstico. Sin embargo, el palermitano es económico, como lo era, entre sus numerosos abuelos, el cartaginés y el árabe; y no es él quien se permite gastar locamente su dinero en los cafés ó los teatros. Estas instituciones de puro lujo no son apenas frecuentadas sino por los italianos del continente ó los extranjeros. El rentista palermitano pasa la mayor parte del dia sentado en los sofás de alguna habitacion con vistas á la calle de Toledo; allí puede contemplar cómodamente el flujo y reflujo de los transeuntes, habla con sus amigos de los escándalos del dia, y si la conversacion languidece, puede dormitar un poco, arrullado por los rumores de la multitud. En estos círculos no hay periódicos, ni libros, ni billar, ni juego de damas ó de ajedrez, ni siquiera licores. Los asociados no tratan de instruirse ni de hacer trabajar sus manos; bástales «matar el tiempo» sin aflojar los cordones de la bolsa. Su único gasto se reduce á pagar el alquiler de aquel observatorio, donde se instala para ver desfilar á los ciudadanos.

En las ventanas enrejadas de los pisos superiores, otras miradas siguen tambien el vaiven de la multitud: son las de las religiosas, que para alquilar el piso bajo de sus moradas á los profanos, se suben á la buhardilla.

Un jóven médico piamontés, encargado precisamente de un trabajo de estadística moral sobre la poblacion de Palermo, accedió con la mayor bondad á servirme de cicerone y á darme cuenta del resultado de sus estudios. Su informacion le habia revelado tales miserias y abismos de vergüenza, que á veces se desesperaba verdaderamente, tanto que á cada instante del dia pensaba huir para ir á buscar la paz del alma en sus montañas natales del valle de Aosta.

Lo que contribuia á exasperarle mas aun era que, en su calidad de extranjero y piamontés, debia sufrir en cada palermitano esa charla burlona de que se arman siempre contra sus señores los pueblos acostumbrados á cambiar de servidumbre. Es probable que por reaccion contra todas estas enemistades y burlas, el pobre sabio no hubiese podido conservar la serenidad de espíritu, y juzgara demasiado severamente á la poblacion de Palermo; pero en los documentos oficiales que le servian de punto de apoyo, constaba que el estado moral de la ciudad era en efecto muy deplorable.

A principios del año 1865 no se contaban menos de cuatro á cinco mil afiliados en una liga secreta designada con el nombre de *maffia*, cuyos individuos se comprometen solidariamente á vivir de engaños, fraudes y robos de toda especie. Aun en aquella época, tan próxima á la presente, la mayor parte de los comerciantes é industriales se veian obligados, para vivir ellos mismos y continuar libremente su oficio, á pagar el diezmo de sus ingresos á los jefes de la temible asociacion: podia decirse que la ciudad entera obedecia á la vez á dos poderes, al de Italia y al de la *maffia*. Este último era tanto mejor escuchado cuanto que sus órdenes consistian en simples señales, en gestos, miradas, toques ó

palabras misteriosas; lo desconocido comunica cierto carácter terrorífico, y á veces, una puñalada prueba que la sociedad tiene tambien sus jueces y verdugos.

Los efectos de semejante régimen en el comercio son fáciles de adivinar: las trabas que estas exacciones tradicionales oponen á los cambios, y por otra parte la indolencia general de los habitantes, han dejado á la capital de Sicilia en una gran pobreza relativa. Palermo está dos veces mas poblado que Génova, y sin embargo, es como unas cinco veces menos rica á proporcion.

Precisamente en la época de mi viaje, una calamidad mucho mas terrible que la *maffia* desolaba los alrededores de Palermo y las dos provincias limítrofes de Trápani y Girgenti: era el bandolerismo. A favor del cambio de régimen político y del desórden temporal que se habia seguido en todos los ramos de la administracion siciliana, los ladrones del país, verdaderos beduinos, á quienes no falta sino el albornoz, habíanse apresurado á ir á recorrer la campiña para desbalijar á los viajeros.

En diversos puntos del territorio formáronse reducidas cuadrillas, que despues de votarse las leyes de conscripcion, aumentaron rápidamente con centenares y miles de prófugos. Las levas regulares de soldados habian sido desconocidas hasta entonces en Sicilia; y muchos jóvenes, hallando medio de sustraerse al servicio militar por la emigracion, la fuga ó el bandolerismo, aprovecháronse de él.

Toda seguridad desapareció entonces de los campos de las provincias occidentales; hasta las inmediaciones se vieron amenazadas, y mas de una vez se arriesgaron los bandidos á penetrar en los arrabales de Palermo. Algunas ciudades lejanas, cuyos habitantes eran, unos víctimas y otros cómplices, servian de refugio á los bandoleros, quienes, gracias á su conocimiento del país y de los hombres, así como á la dificultad de internarse en sus montañas, podian escapar fácilmente de la persecucion de las tropas regulares.

Bajo la influencia de aquella odiosa guerra de emboscadas, de escaramuzas y de asesinatos aislados, el país se veia amenazado de recaer en el estado de barbarie, como así hubiera sucedido si no se hubiese resuelto al fin poner en movimiento todo un ejército contra los bandoleros de la campiña.

Sin embargo, parece que jamás los bandidos de Sicilia se hicieron culpables de infamias semejantes á las que se refieren de ciertos jefes de las Calabrias y de los Abruzos, aunque los mas se distinguen por su innoble cobardía.

Por una antigua costumbre de obsequiar la política, suelen tratar con humildad á los viajeros ricos que han llegado á ser su presa. Un ingeniero que casualmente fué mi compañero de viaje entre Palermo y Término, refirióme que, habiendo caido en poder de los bandoleros, invitáronle respetuosamente á bajar del coche.

—¡Saludad á su excelencia, gritó el jefe: es un *galantuomo!* (Un caballero.)

Y sin embargo, aquellos mismos bribones acababan de apalear á un carretero, dejándole en tierra cubierto de sangre.

Por fortuna, el bandolerismo no pasa de ser un accidente pasajero en la historia de Palermo; y muy pronto, bajo la influencia de los libros, de los diarios y las escuelas que adquieren incesantemente las nuevas generaciones, la *maffia* misma, esa corporacion del robo y del fraude, habrá desaparecido, como tantas otras instituciones legadas por la Edad media.

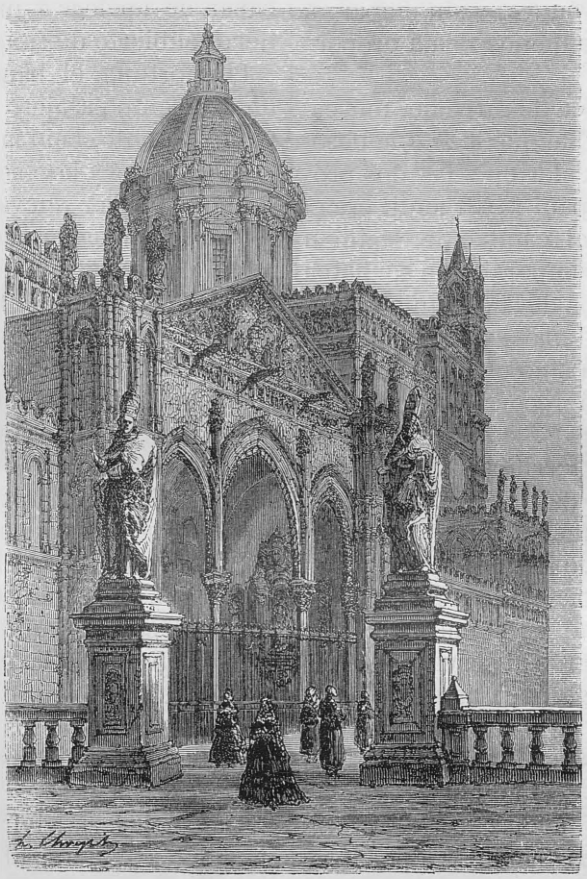
Muy triste seria pensar que el pueblo de esta ciudad tan graciosamente situada, deba estar condenado eternamente á la ignorancia, á la supersticion y á las mezquinas rivalidades. Muy por el contrario, el movimiento que impulsa hoy á Europa hácia el progreso social, nos permite esperar que Palermo seguirá el ejemplo mas rápidamente que otras ciudades ya muy adelantadas, y que el extranjero no observará de aquí á poco ese penoso contraste que ofrece la verdadera barbarie de la mayoría de los habitantes con esa admirable naturaleza, esa bahía de graciosos contornos, esos magníficos jardines, esas avenidas de palmeras y esos paseos cubiertos de flores.

¡Qué fácil seria vivir dichoso en Palermo! exclaman los viajeros al ver esa ciudad encantadora. En esa atmósfera benigna, y en esa fértil tierra, ¡qué fácil seria vivir en paz consigo mismo y con sus semejantes!

Y sin embargo, muy pocas ciudades han sido tan desgraciadas como Palermo *la felice;* y muy pocas las que en nuestra Europa tienen que realizar al parecer tantos progresos para tomar parte en el gran movimiento de la civilizacion contemporánea. Verdaderamente nos inclinaríamos á veces á creer en la verdad de esa inscripcion que un célebre misántropo, bienhechor de Palermo, hizo grabar en la puerta de la casa de locos, y que decia así: «Aquí habita la sabiduría.»

Y ya que hablo de este notable establecimiento, no omitiré decir que en efecto habitaba allí la sabiduría, por lo menos en la persona del director, el baron Pisani. Este hombre generoso, indignado por los atroces tratamientos que en

otra época sufrian los locos, habia consagrado su vida y su fortuna á devolver la paz á esas pobres inteligencias oscurecidas. En su casa, los guardianes no se servian de cadenas ni camisas de fuerza: los lunáticos, recibidos como huéspedes respetables, solo oian palabras amistosas; tratábaseles con dulzura; y mas de uno de ellos no conoció la felicidad hasta hallarse en aquel asilo. El aire puro, la buena higiene, las costumbres regulares, y un trabajo libre, tales fueron los medios de cura elegidos por Pisani. Aquellos de sus enfermos que por una tenaz melancolía estaban condenados á pasearse solitariamente en los jardines, aprendieron todos algun oficio, contribuyendo cada cual por su parte al sostenimiento y ornamentacion de la casa. Los mas quisieron ser cocineros, zapateros, sastres ó albañiles; otros, que manifestaban aficion á las artes, tra-



Pórtico meridional de la catedral de Palermo

zaron alamedas, abrieron grutas y fuentes, edificaron palacios y teatros en miniatura, y esculpieron, en fin, estatuas, cubriendo las paredes de frescos mas ó menos toscos.

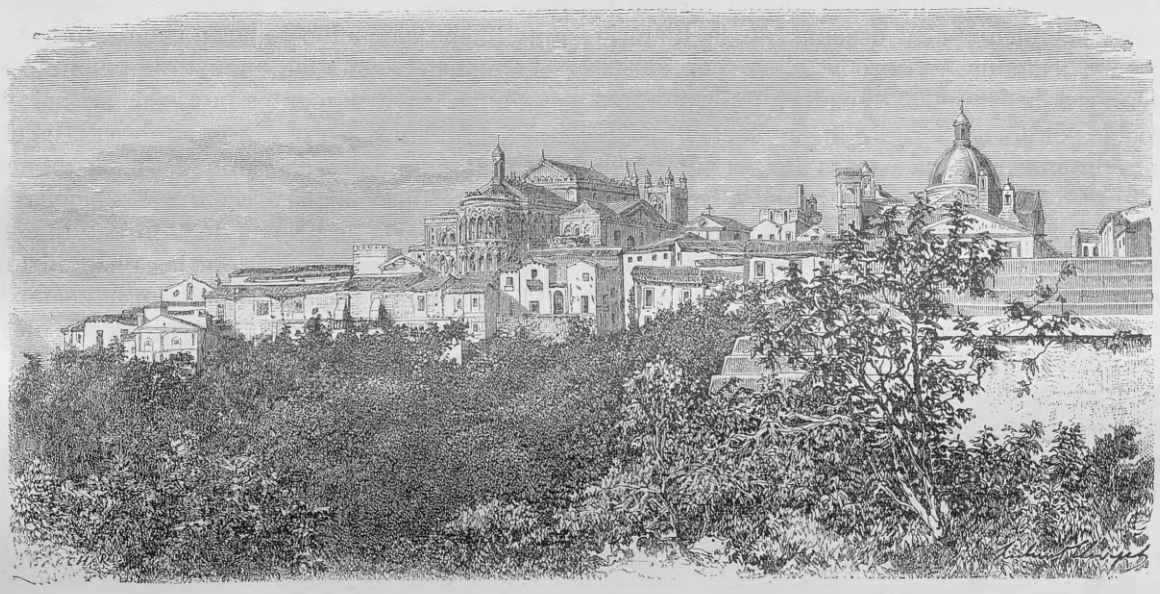
Uno de aquellos infelices ejecutó una vasta composicion alegórica, figurando en ella el Triunfo del genio de la Dulzura sobre el mónstruo de la Crueldad y la Locura misma. Debajo de este fresco se ven suspendidas pesadas cadenas, símbolo de las que rompió Pisani.

La institucion continúa ahora dirigida en general, segun los principios del fundador; pero asegúrase que el celo por las mejoras ha disminuido mucho, y que diversas distinciones, basadas en la fortuna de los enfermos, han creado entre los habitantes del establecimiento enojosas rivalidades. De todos modos, los pacientes del sexo masculino parecen estar mucho mejor tratados que las locas. Ya sea porque por un resto de supersticion deplorable, los sicilianos vean en la mujer un sér inferior indigno de las mismas atenciones que el hombre, ó bien porque la demencia y la locura produzcan efectos mucho mas irremediables en las organizaciones femeninas, cuantos visitan el manicomio no pueden menos de observar un penoso contraste entre las partes del establecimiento consagradas á cada sexo. ¡Qué horrible espectáculo ofrecen esos séres, que en otro tiempo mujeres parecen ahora animales, acurrucados contra la pared y cubiertos de sórdidos harapos! Diríase que son inmundas figuras de piedra, si de esas formas inmóvi-

les, de esos rostros contraidos por un gesto salvaje, no partiese una chispeante mirada que hiela la sangre en las venas.

Los demás establecimientos públicos de Palermo, hospicios, escuelas ó colegios, no pueden excitar apenas la curiosidad de los visitantes extranjeros; mas entre los monumentos propiamente dichos hay varios de las épocas sarracena y normanda, que ofrecen el mayor interés.

Tales son los restos de los palacios moriscos de la Cuba y Ziza, que despues restauraron y desfiguraron los príncipes normandos y señores españoles ó napolitanos. Tal es tambien la catedral, que un arzobispo, inglés de nacimiento, Walterio de Mill, mandó construir á fines del siglo XII, y que desde esta época se ha reedificado parcialmente tanto por un lado como por otro. Sobre esa acumulacion de murallas de estilos diferentes se redondea una cúpula moderna de muy mal gusto; y por eso conviene apresurarse á examinar los detalles de arquitectura, para evitar la impresion que produce la mediania del conjunto. La fachada occidental es muy superior y constituye la mas hermosa parte del edificio.



Vista de Monreale

Reunida con la torre del campanario por dos arcos ojivales que cruzan la calle á veinte metros de altura, esta fachada está sobrepuesta de dos torres semejantes con minaretes truncados. Las tres puertas góticas, con paramentos de mármol, amarillentos por la accion del sol, están decorados de maravillosas esculturas que representan las hojas del acanto, y ramas entrelazadas. Entre los mas célebres edificios religiosos de la Edad media, pocos hay cuya ornamentacion sea á la vez mas rica y graciosa.

Palermo no cuenta menos de doscientas iglesias ó capillas: de todos estos edificios religiosos, el mas notable es sin disputa la *Capella Palatina*, situada en el palacio real, extravagante conjunto de construcciones sin gusto y sin órden. En el pórtico ondea una gran bandera; los centinelas se pasean á paso regular en el pavimento de la plaza y en los corredores; pero indiferente á todo ese aparato militar, el extranjero puede muy bien, sin temer ningun *quién vive*, penetrar en las salas, recorrer las galerías, vagar de un patio á otro, y subir desde la cueva al granero. Haciendo así su viaje de exploracion por el palacio, el visitante no puede menos de hallar el precioso oratorio conocido con el nombre de capilla Palatina.

La galería de entrada está llena de malos frescos y otras pretendidas obras de arte que apenas permiten formar idea del esplendor de la sala donde se va á penetrar. La puerta misma tiene por adornos ridículos bajos relieves de mármol blanco, que representan ceremonias reales, en las que generales y lacayos producen notable efecto con sus grandes sombreros y trajes á la francesa. Pero si el visitante da un paso mas, se hallará en una nave de admirables proporciones y deslumbrante riqueza. La capilla Palatina, monumento del todo único en su género, reune á la vez, por una de las mas armoniosas combinaciones, las diversas bellezas del arte bizantino, del morisco y del romano. La pequeña capilla,

de veintiseis metros de longitud escasos, es una iglesia completa, con su nave, su coro y sus tres ábsides. Algunas columnas de granito ó de mármol, sobrepuestas de chapiteles diversamente esculpidos, sostienen una bóveda de infinitos colores, erizada de numerosas pechinas, semejantes á las de la Alhambra. Los muros están cubiertos hasta la altura de apoyo de pequeños cubos de mármol y de pórfido, mezclados con arabescos de una asombrosa variedad de dibujos. En la parte superior, todo el contorno del recinto no es sino un inmenso mosaico, representando en figuras algo rígidas y toscamente ejecutadas, aunque nobles y llenas de sentimiento, las principales escenas de la historia hebrea y cristiana. El coro se eleva por varios escalones sobre la nave: una alta cúpula con tres angostas ventanas, permite llegar hasta el pavimento de mármol una escasa luz, cuyo reflejo se pierde bajo los arcos sombríos. A veces, un rayo de sol, conducido, por decirlo así, sobre vapores de incienso, penetra oblícuamente en el interior de la capilla, y con su luminoso pincel, que pasa poco á poco sobre las paredes, señala sucesivamente los grupos de mosaicos, los arabescos, las inscripciones y las esculturas de las columnas. El cuadro es de los mas imponentes bajo el punto de vista del color, cuando el sacerdote, luciendo sus vestiduras de oro y seda, oficia en medio de aquella luz sobre las altas gradas del altar, entreviéndose solo á medias la congregacion en la sombra de la nave.

La catedral de Monreal, que corona una estribacion del Monte Caputo, á cuatro kilómetros al sudoeste de Palermo, es un monumento de la época normanda, apenas inferior en belleza á la capilla Palatina, y de proporciones mucho mas considerables. El camino que sube hácia Monreal cruza un arrabal muy largo, donde á pesar del polvo y de la basura, el olor dominante es el de los infinitos naranjos de la llanura.

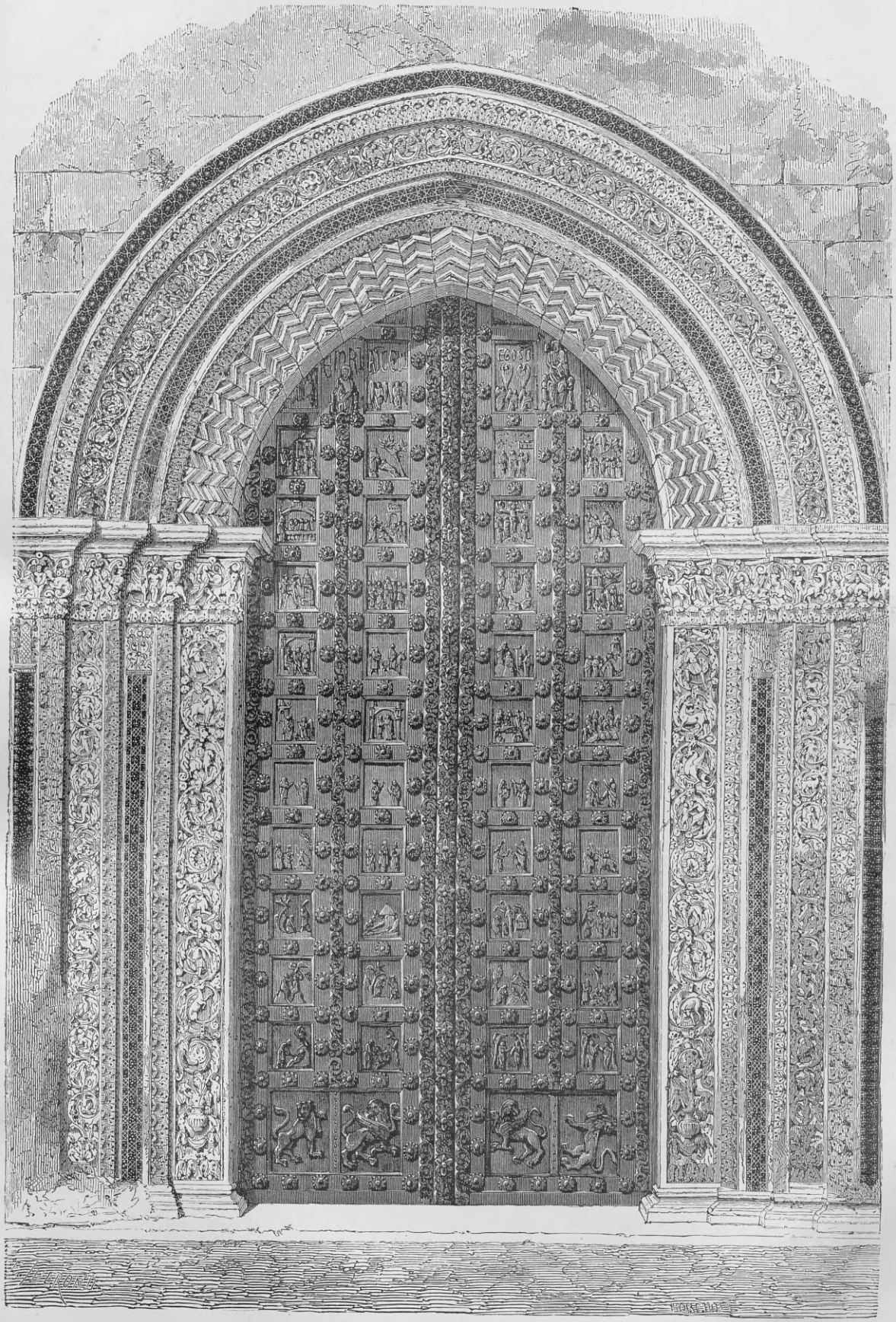
Al pié de la colina se deja á la derecha aquel famoso convento de capuchinos, donde se ponen á secar en un horno todos los monjes difuntos, para colocarlos despues como figuras de cera en los nichos de las galerías subterráneas. Numerosos grabados han dado á conocer el aspecto de esas horribles colecciones de cadáveres, que sus hermanos vivos perfuman con esencias y adornan con ramos y cintas durante los dias de fiesta. No se permite á las mujeres entrar en esas necrópolis, como si los monjes, aun despues de la muerte, se vieran expuestos á romper sus sagrados votos.

Por su enorme mole, la catedral de Monreal y el monasterio adyacente parecen formar la mitad de la ciudad, sórdido conjunto de casas donde no se encuentra una posada ni un café, aunque cuenta por lo menos con una poblacion de cerca de veinte mil almas.

El exterior de la iglesia no ofrece nada de notable como arquitectura, á no ser los ábsides de arcos cruzados y base de mármol alternativamente blanca y negra. Las dos puertas de bronce son obras magníficas: la del norte, que data de fines del siglo XII, está rodeada de mosaicos y dividida en veintiocho compartimientos, cada uno de los cuales representa una escena de la vida de Jesucristo, ó encierra la figura de un profeta ó de un apóstol; graciosos arabescos de muy buena ejecucion separan cada asunto.

La puerta occidental, encuadrada en un pórtico donde los ornamentos moriscos se mezclan con los romanos y bizantinos, es obra del célebre griego Bonanno de Pisa, uno de los arquitectos de la torre inclinada. Parece que los bajos relieves de la puerta de bronce de Monreal, que representan las escenas principales de la historia bíblica, son simplemente una reproduccion de los de la catedral de Pisa, destruidos por un incendio en 1596. Las figuras, asaz toscamente ejecutadas, se distinguen por la vigorosa concepcion; y el conjunto de todas las escenas produce un gran efecto. Es sensible para la gloria de Bonanno que de sus dos puertas sea precisamente la de Pisa la que el fuego ha destruido, tanto mas cuanto que es una de las etapas del camino de todos los artistas.

Cuando las dos hojas de bronce están abiertas, y se puede abarcar de una ojeada todo el interior de la catedral de Monreal, se experimenta el mayor asombro, porque ninguna de las iglesias del norte de Europa y de Italia podria dar una idea del efecto que produce la nave de este edificio á la vez morisco y bizantino. Allí tambien han sabido los arquitectos comunicar al conjunto un aspecto extraño y formidable; pero no excluyendo la luz ó desnaturalizándola con cristales como en las catedrales góticas, ni tampoco encerrando las sombras indistintas bajo altas bóvedas donde se pierden los pensamientos á la vez que las miradas. No; los rayos del sol penetran libremente en la nave de Monreal, é iluminan todas las magnificencias de la arquitectura, todos los detalles de los arabescos; la bóveda, sostenida por vigas doradas, resplandece con los mas brillantes colores; el mármol, el pórfido, y la serpentina, se aunan para hacer del edificio una maravilla de esplendor y de riqueza. Mientras que en las iglesias del norte domina el misterio, y se experimenta cierto vago temor, de que es difícil darse cuenta, aquí, en la iglesia



Puerta occidental de la catedral de Monreal

bizantina, la vista de una figura que se eleva en plena luz es la que debe impresionar directamente á las almas. Toda la parte superior del ábside central está ocupada por un gran mosaico que representa el busto colosal del Cristo Pantocrator (Todopoderoso). Solemne y terrible, el juez levanta la mano derecha como para bendecir; pero en la izquierda tiene el formidable libro donde está escrita la condenacion de los vivos y los muertos. La mirada triste es implacable como la fatalidad, y se ve que ya se han decretado irrevocablemente las decisiones para la vida y la muerte eternas. Todo el contorno de la iglesia está cubierto de mosaicos que refieren en severos grupos los hechos principales de la historia bíblica; pero léjos de distraer la atencion de la gran figura que llena la nave con su mirada poderosa, todas esas formas que se agitan no pasan de ser, en el pensamiento del artista, una solemne procesion de los siglos ante el juez eterno.

El convento de Benedictinos anejo á esta iglesia única en su género, contiene igualmente magníficos restos de la arquitectura siciliana de la Edad media. El claustro, uno de los mayores que se conocen, está rodeado de una galería cuadrangular de doscientas diez y seis columnas, dispuestas de dos en dos, y decoradas todas con esculturas diferentes; las unas son pulimentadas, las otras acanaladas, y hay varias retorcidas en forma de espiral, contándose no pocas cubiertas de mosaicos, bajos relieves y guirnaldas. Los chapiteles representan follaje, frutos, animales extraños, cacerías, torneos, escenas históricas ó bíblicas, y milagros, por lo regular en sencillos arabescos. Entre los doscientos diez y seis chapiteles no hay uno solo que sea la reproduccion de otro; de tal modo supo variar las formas la imaginacion del artista.

En cuanto á lo demás del monasterio, apenas ofrece mas que algunas ricas habitaciones á la moderna, donde van á descansar los capitanes y otros jefes de la guarnicion. Algunos lienzos, entre otros, una obra maestra de Pietro Novelli, representando á *San Bruno y sus discípulos*, doran las paredes de las galerías, pero el mas magnífico cuadro es seguramente la vista que se disfruta desde los balcones del convento sobre la Concha de Oro y las escarpadas montañas que le rodean.

En frente, al otro lado del valle del Oreto, se divisa la ciudad de Parco, edificada sobre un terrazo entre dos precipicios. Un camino que serpentea por el flanco de las escarpaduras se prolonga hasta una garganta abierta entre dos áridas cimas, desaparece y reaparece sucesivamente en los barrancos y estribaciones, y desarrolla sus sinuosidades en direccion á la antigua colonia de Albanés, conocida con el nombre de Piano de Greci. Gracias á una marcha emprendida atrevidamente á través de estas montañas, Garibaldi se apoderó de Palermo en mayo de 1860. Las tropas napolitanas le perseguian por el camino de Piano de Greci, y creian ya poder acorralarle en una garganta, cuando de repente, dirigiéndose Garibaldi hácia el norte, bajó á la llanura detrás de los napolitanos lanzados en su persecucion, y derribando á la carrera cuantos obstáculos se le ofrecieron, penetró en la ciudad, donde el pueblo insurrecto le acogió con aclamaciones de alegría.

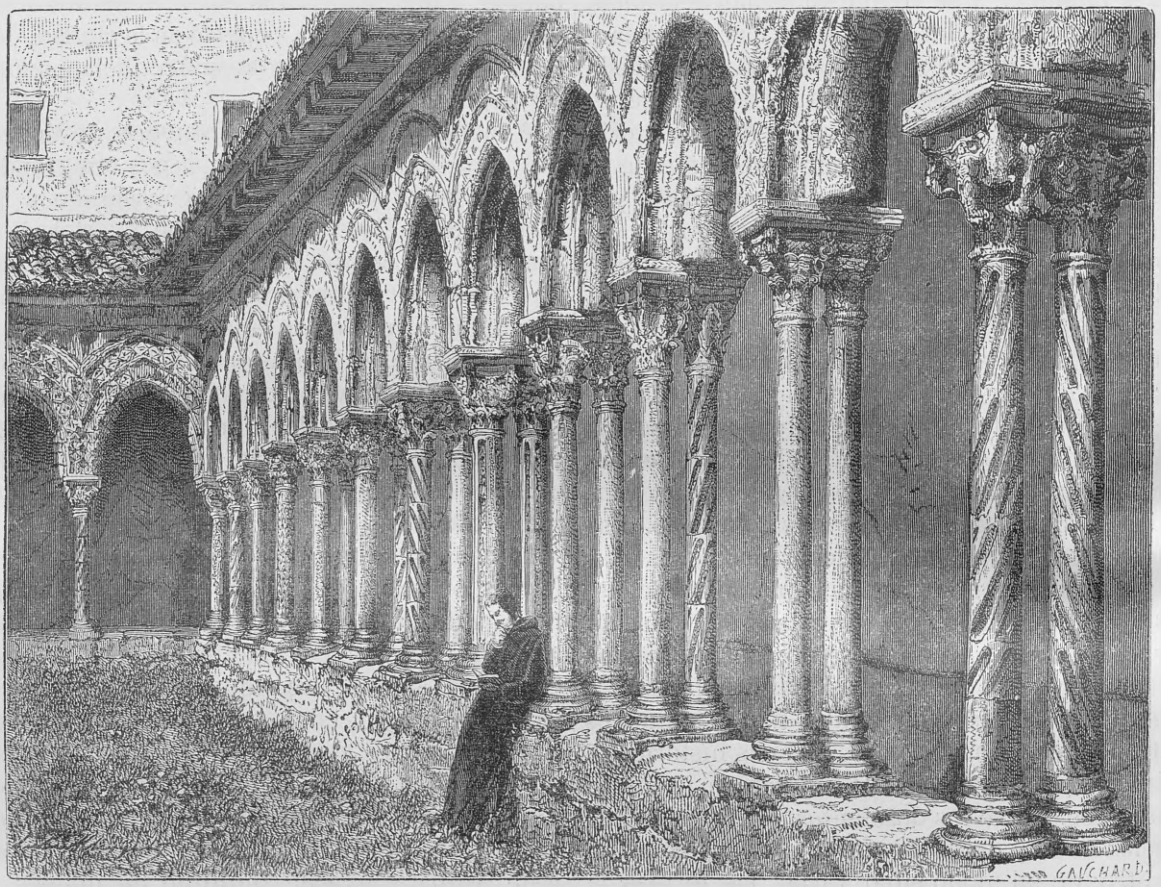
A menos de una legua del convento de Monreal hay otro convento de Benedictinos tan grande y rico como el primero: está consagrado á San Martin; aseméjase á un enorme cuartel, é intercepta casi completamente el paso de un valle encerrado por todas partes entre altas montañas. Los monjes que se han establecido en esta especie de abismo, en la base de peladas rocas, todos ricos y de familia noble, no han dejado de observar la costumbre de los religiosos de su órden, embelleciendo su solitario palacio con frescos, cuadros, estatuas, y grandes colecciones de libros y manuscritos.

La comunidad de San Martin se precia de ser la mas opulenta de Sicilia; y la verdad es que no deja de gastar inmensos capitales en obras artísticas y embellecimientos de diversa clase. Sin duda alguna, las riquezas acumuladas en esa sola casa exceden en valor á todo cuanto hay en muebles y dinero en los populosos pueblos situados mas abajo en el camino de Palermo. El museo del convento contiene magníficos cuadros de Van-Dyck, del Dominico, de Novelli y de Anibal Carracci; multitud de objetos de arte antiguos y de la Edad media; y entre numerosas reliquias hasta la «verdadera copa en que Sócrates bebió la mortal cicuta.» Desgraciadamente, todos estos tesoros están distribuidos sin gusto, y como muchas cosas medianas se mezclan con obras verdaderamente magníficas ó curiosas, la atencion se cansa muy pronto, y el espíritu se siente como aliviado de un gran peso cuando vuelve á estar ante la naturaleza libre, á orillas del arroyuelo que se desliza por el valle bajo la sombra de los álamos y de los pinos de Italia.

La mas alta montaña de los alrededores de Palermo es el monte Cuccio ó Aguzzo, que no tiene menos de mil quinientos metros de elevacion, y cuyas escarpaduras se elevan precisamente sobre el valle de San Martin. Hubiera querido subir á esta pirámide, desde donde se

contempla un panorama de los mas grandiosos sobre todo el litoral de la Sicilia occidental, y por la parte de oriente, sobre el grupo de los montes Madonia; pero cuando llegué al pié de la montaña era ya muy tarde, y no tenia tiempo para escalar los declives antes de ponerse el sol. Por otra parte, si he de hablar con toda franqueza, no ignoraba que los bandoleros andaban por los alrededores de Palermo, y cada vez que veia surgir detrás de las rocas uno ó varios campesinos armados de carabinas, como lo están los mas de los sicilianos, no podia menos de experimentar cierta inquietud.

«¡Mal negocio seria, pensaba yo, que esos malandrines me llevasen á una gruta, para reclamar despues cien mil francos por mi *excelencia!*..... ¡Y si despues me cortaran una oreja, y luego la otra, y al fin la nariz!..... ¡Bah! deci-

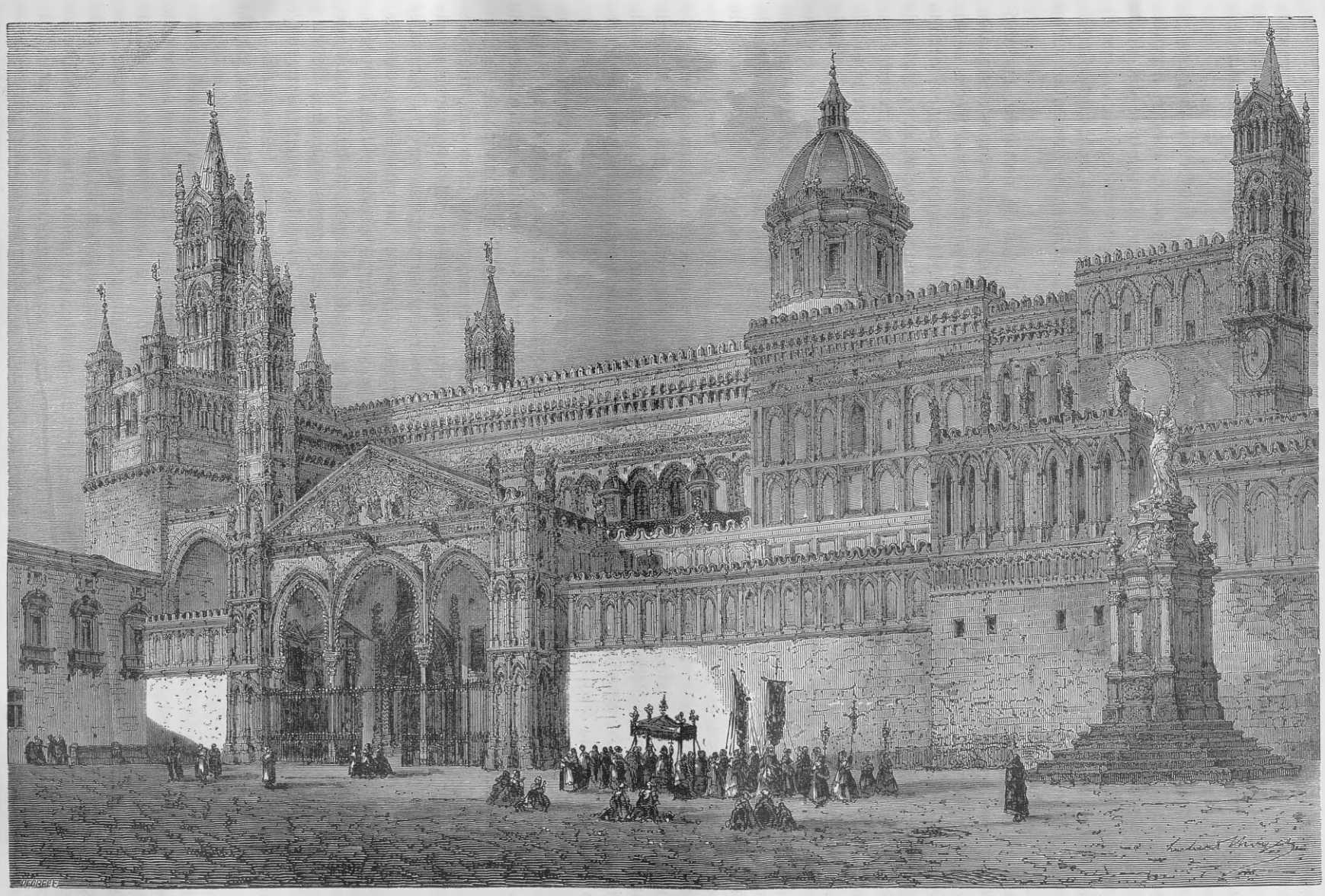


Claustro del convento de benedictinos en Monreale

didamente el monte Cuccio es demasiado alto; y además se hace tarde y tengo gana. Volvamos á Palermo.»

Por fortuna, si no escalé el monte Cuccio, en cambio hice al dia siguiente una ascension á la mas alta cima del monte Pellegrino, en cuyos flancos se halla la famosa gruta de Santa Rosalía, tantas veces descrita por los viajeros.

El Pellegrino es una fortaleza natural de veinte kilómetros de circunferencia, á la que no se puede llegar sino por un desprendimiento de rocas en el que se ha abierto el camino en forma de escalera que baja hácia Palermo. En otro tiempo, esta montaña era una acrópolis, donde se encerraban los combatientes expulsados de la ciudad. Durante la primera guerra púnica Amilcar Barca se mantuvo en ella por espacio de tres años contra todos los esfuerzos de un ejército romano. El piton central, que se eleva á quinientos noventa metros de altura, no deja de ser bastante difícil de escalar. Sobre el sitio donde termina el camino de los Peregrinos es preciso deslizarse entre las agudas piedras, trepar á fuerza de puño por las rocas, y evitar las ramas puntiagudas; pero queda recompensada la fatiga por el grandioso panorama que se desarrolla á los ojos del observador. A sus piés se extiende la gran ciudad con sus calles, plazas y caminos, que confluyen en la campiña, bifurcándose despues para prolongarse por los valles ó franquear las escarpaduras de los montes. La Ziza, la Favorita, todas las preciosas quintas de



Vista exterior de la catedral de Palermo

la llanura de naranjos, se ostentan como en un nido de verdura. Las altas cimas, de tintes violáceos, se desarrollan en forma de anfiteatro, alrededor de los jardines de Palermo, extendiéndose por el oriente de cresta en cresta hasta los nevados montes de Madonia, mas allá de los cuales elévase como una blanca nube la humeante mole del Etna.

Por abajo se desarrolla el mar, tan profundo que parece otro cielo, mas azul que el de arriba; las velas que sobre él se ven se asemejan á otras tantas aves cerniéndose en la atmósfera. Todos los contornos de la orilla se destacan con la mayor claridad; el litoral está rimado, si me es permitido decirlo así, por una sucesion de bahías semicirculares y de escarpados promontorios.

Hé aquí el Taltafano, que parece un Monte Pellegrino en miniatura; mas léjos se divisa el terrazo que sostiene la ciudad de Término y aun mas allá destácase la punta de Cefalú; por último, allá en lontananza, á ciento sesenta kilómetros de distancia, prolóngase como una sombra azulada el cabo de Orlando.

En medio del mar elévanse como pirámides sobre la bruma las tres altas islas de Ustica, Felicudi y Alicudi; y hasta se distingue á veces el vaporoso grupo de las islas Lipari y Volcano.

En la torre del Monte Pellegrino es donde se hubiera debido grabar aquella inscripcion española del palacio de la Ziza, que dice así:

Del orbe Europa es honor,
De Europa Italia verjel,
Sicilia compendio de él,
Y esta vista la mejor.

II.

DE PALERMO Á MILAZZO.

El camino de hierro del litoral.—Bagaria, Solunto y la Trabbia.—El puente de San Leonardo. — Término y el monte San Calogero — Himera.— Cefalú —El *sirocco*.— Santo Stéfano.—Santa Agata.—El cabo de Orlando.—Tyndare.

Por el mundo andan todavía muchas personas que bajo los recuerdos poéticos de su juventud ven en los caminos de hierro un invento deplorable, prefiriendo á la locomotora la antigua carreta. ¡Cada cual á su gusto! Con ello se puede confesar que los coches, mal suspendidos, producen sacudidas desagradables para el viajero, y que el silbido de la máquina desgarra el tímpano; pero á despique de estos inconvenientes, y algunos mas, no es menos cierto que la impresion de la celeridad y de la rápida sucesion de paisajes, que se completan unos con otros, contribuye mucho á la hermosura de la naturaleza á través de la cual se va cruzando. Además, en un país bárbaro aun como Sicilia, el vapor lleva consigo todas las ideas del mundo moderno: por su sola presencia en un wagon de la línea férrea, el viajero es un emisario de la civilizacion.

La parte de la Concha de Oro á través de la cual pasa la vía férrea no es menos hermosa que las campiñas situadas en la base del Monte Pellegrino. Un mar de verdura se desarrolla entre el litoral y los declives del Monte Griffone, cuyos flancos amarillentos presentan varias cavernas.

Los pueblos rodeados de naranjos, las antiguas torres, los acueductos de arcos desiguales, y las pequeñas colinas erizadas de rocas se suceden rápidamente. Hé aquí á Bagaria y Santa Flavia, con sus grandes palacios, sus quintas de recreo, y sus iglesias con tejas barnizadas que brillan á los rayos del sol. A nuestra izquierda elévase el Monte Caltafano, guardian oriental de la bahía de Palermo: en su base vemos redondearse un golfo cuyas aguas bañaban en otro tiempo una ciudad fenicia y griega, sustituida por el caserío de Solunto. Ahora costeamos la playa, pasando á través de dos ó tres promontorios de rocas, y penetramos bruscamente por la brecha de la muralla en una ciudad de la edad media con grandes torres almenadas: es la Trabbia, última estacion del camino de hierro en 1865.

Algunos ómnibus recogen los viajeros para conducirlos á Término; pero este corto viaje de cuatro kilómetros se complica con el paso de un rio. Las aguas del San Leonardo se deslizan á través del camino, y los coches van, unos despues de otros, á lavar su polvo y hacer provision de barro al sumergirse en los barrizales del torrente. Cierto que un puente monumental redondea su gran arcada sobre el San Leonardo, mas allá del vado; mas por un tácito convenio, los postillones y carreteros sicilianos tienen á menos pasar por el puente, mientras no haya peligro de franquear las aguas desbordadas. Por otra parte, el gobernador castellano que mandó construir aquella arcada hace mas de un siglo, parece haber tenido empeño en elevarle como un arco de triunfo en obsequio á su señor Cárlos III, y no en hacerle útil para los transeuntes. Las dos rampas son muy escarpadas, y se encorvan bruscamente en ángulo recto á cada lado del puente; de modo que los caballos no pueden franquear el monumento sin gran fatiga. En cambio, el puente está adornado de bajos relieves alegóricos, y lleno de inscripciones que celebran en un lenguaje pomposo la grandeza

de España y la majestad de su rey. Segun el proverbio, este puente que de nada sirve es sin embargo la única construccion de tal género que valga la pena de ser citada en la isla. «*Un monte, una fonte y un ponte:*» el Etna, la fuente Aretusa, y el puente del San Leonardo; tales son las tres maravillas de Sicilia. (V. el grab. pág. 765.)

La importante ciudad de Término, á donde se sube despues de atravesar el torrente, está situada en un alto cerro cortado á pico por el lado del mar, y unido por medio de un verdoso istmo con la soberbia montaña de San Calogero.

En las orillas del Mediterráneo, aunque tan ricas en paisajes magníficos, no hay tal vez otro que aventaje en gracia y majestad al que ofrece Término, que tan bien ha merecido el nombre de *splendidissima*. El monte San Calogero, comparable á un cono volcánico por la pureza de sus formas, se eleva de golpe desde la orilla del mar á ochocientos metros de altura, terminando en una cresta denticulada como una sierra y semejante al reborde de un cráter desgastado. Cada una de las denticulaciones ha dado orígen á un profundo barranco donde se hunden durante el invierno las avalanchas de nieve ó se precipitan en otras estaciones los torrentes de lluvia ó diversos restos. Toda la montaña presenta pues surcos blanquizcos dispuestos en forma de abanico, y separados unos de otros por estribaciones herbáceas; pero en las pendientes inferiores del monte, todos los pliegues y repliegues del suelo están uniformemente ocultos por la espesa vegetacion de los olivos.

Una preciosa bahía, que sirve de puerto á centenares de barcas y á varios grandes buques, desarrolla su graciosa redondez entre el cerro de Término y la base del San Calogero; alrededor de este golfo, la ciudad se extiende sobre las escarpaduras, ofreciendo el aspecto de un desplome de piedras y de tejas.

En otro tiempo, para disfrutar mejor de la vista encantadora del mar y de los montes, los griegos habian construido sobre el cerro un teatro, cuyas ruinas se trata de descubrir ahora. Menos aficionados á las bellezas del arte, los Borbones elevaron una fortaleza en la extremidad del promontorio; pero en 1860, cuando la toma de Palermo por los garibaldinos, el pueblo de Término se insurreccionó y empeñóse en demoler las murallas que amenazaban la ciudad. Lo que aun queda de los fuertes no sirve sino para formar un detalle pintoresco en el conjunto del paisaje.

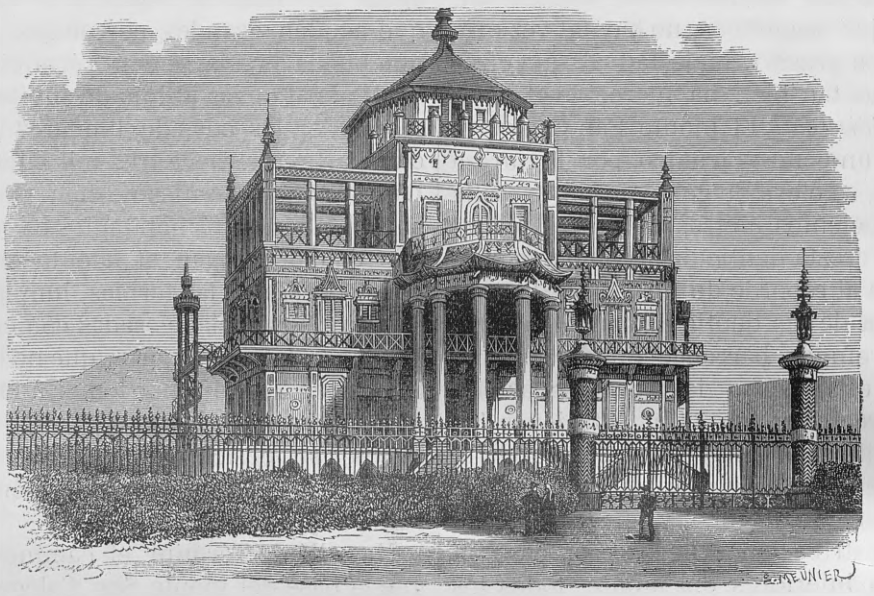
En la parte inferior de la ciudad, no léjos de la playa, brotan aguas termales á las que la antigua colonia griega de Thermæ debia su nombre, gradualmente corrompido en Término. Allí, segun dice la leyenda, detúvose en otro tiempo el divino Hércules; fatigado de ahuyentar ante sí los bueyes del sol, fué á pedir la elasticidad de sus miembros á las ninfas de la fuente, y salió de ella completamente rejuvenecido. Vemos, pues, que cuando los médicos y los industriales de Término quieran hacer reclamo con sus aguas termales, podrán datar de muy remota época la historia de aquellos manantiales milagrosos.

Entre tantas ciudades cuya celebridad por las aguas proclama la trompeta de la fama, y á las que acuden grandes personajes, ¿hay una sola que pueda preciarse con Término de haber devuelto las fuerzas al hijo de Júpiter, y de ser celebrada en las odas de Píndaro? Verdad es, por otra parte, que hace tres mil años que los manantiales de Hércules no han perdido nada de sus virtudes; y los habitantes se apercibirán de ello cuando tengan el talento de reedificar la construccion de las termas, limpiar las calles, y sustituir sus sucias posadas con casas decentes. Entonces, los extranjeros, que no osan hoy aventurarse en Término por temor á los parásitos repugnantes, aprenderán el camino de una ciudad que por su posicion es bella entre las bellas, y que por sus aguas termales dispone de tan poderosos medios de curacion.

Mas allá de Término, el camino del litoral sigue la base del monte San Calogero, y despues atraviesa un ancho torrente cuyo camino de hierro desde Palermo á Catania invadirá muy pronto el valle. Este torrente es el Fiume Torto: el coche le vadea, mientras los viajeros se aventuran por un puente de una docena de arcos que no está completamente terminado. Muy pronto vemos á la derecha del camino una vasta meseta de superficie plana, y de pendientes regularmente escarpadas, como los declives de las fortificaciones. No existe una sola casa en ese cerro, tan bien dispuesto para servir de base á una ciudad; pero allí era donde se elevaba en otro tiempo la antigua Himera. En la base de la meseta, los griegos de Sicilia alcanzaron una notable victoria sobre los cartagineses, el dia mismo en que los atenienses destruian la flota de los persas en Salamina. Allí, en aquella playa, fué donde las galeras de Cartago desaparecieron entre las llamas, y donde pereció Amilcar; pero allí fué tambien donde setenta y dos años mas tarde, el terrible Aníbal, despues de destruir la ciudad, mandó dar muerte á tres mil guerreros de Himera, ofreciendo la sangre á los manes de su abuelo. Actualmente no queda un solo resto

de la antigua ciudad: hasta las piedras han desaparecido.

Si la gran ciudad griega ha dejado de existir, el pequeño castillo de Kephalodion se rodeó en cambio de casas, adquirió gradualmente importancia, y fué al fin, bajo el nombre de Cefalú, la localidad mas populosa de la costa entre Términi y Barcelonna. El promontorio á que la ciudad debe su nombre griego (Kephalé), es por su forma el punto mas notable del litoral. Consiste en una enorme roca cuyo contorno exterior, vuelto hácia el mar, está cortado verticalmente: sus altas paredes amarillentas, acá y allá rayadas de negro, parecen suspendidas sobre las casas, que se oprimen entre sí sobre un estrecho declive de rocas en la base del promontorio. Si se mira desde la plaza de la catedral la arista del precipicio, destacándose bajo el azulado cielo á mas de cien metros de elevacion, parece la parte superior de un fuerte gigantesco; y lo que mas contribuye á la ilusion es que toda la circunferencia de la roca está festoneada por las almenas de una muralla construida por la mano del hombre. Aquellos recortes, vistos por la noche á la luz



La Favorita

de las estrellas, producen un efecto mágico.

En tiempo de los romanos y de los moros la ciudad ocupaba una porcion de este espacio montañoso que el abismo limita por todas partes; y el muro que sigue el borde del precipicio debia servir entonces de barandilla para los mismos habitantes mas bien que de recinto útil para la defensa. Aunque la ciudad alta y la ciudadela estén abandonadas hace siglos, la muralla circular se conserva todavía intacta en toda su extension, y si los ciudadanos de Cefalú se vieran amenazados de alguna invasion, podrian, como en otro tiempo, refugiarse en la inexpugnable fortaleza.

El único camino por donde se puede penetrar en la antigua Kephalodion es un sendero de los mas escarpados, que serpentea trazando curvas por una roca del precipicio; la puerta del antiguo puente levadizo se cierra todavía con regularidad todas las noches, no por hombres de armas, sino por un pastor, el cual quiere impedir que sus ovejas se alejen de los pastos de la cima.

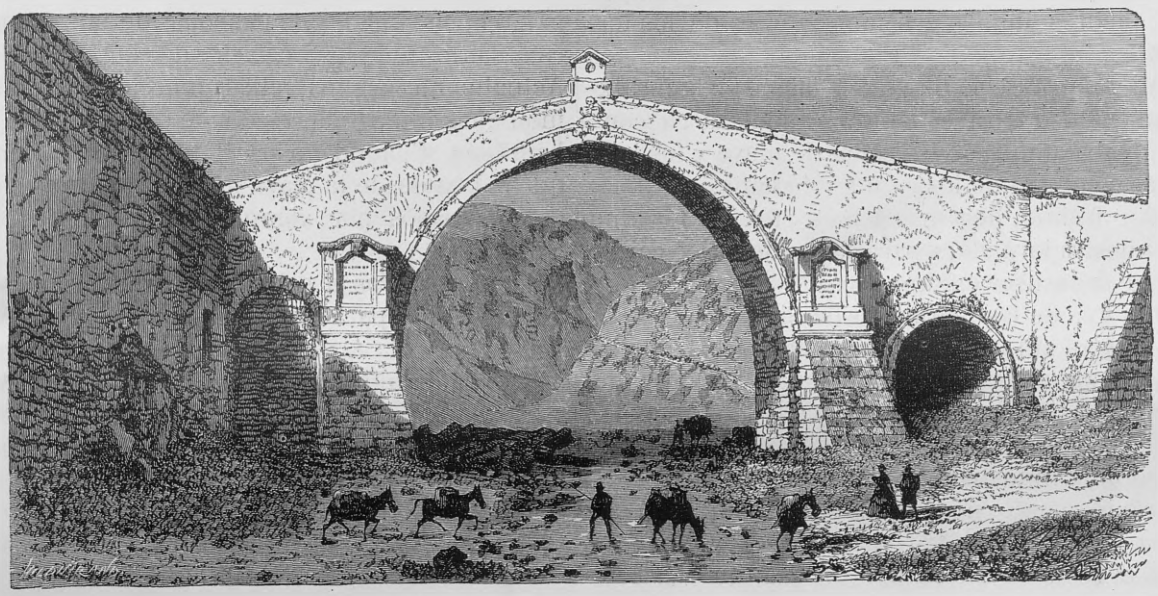
Las ruinas de la ciudadela, que coronan la pirámide central del promontorio, no ofrecen nada de notable por sí mismas, ni valdria la pena de subir á ellas, si desde lo alto de los muros ruinosos no se contemplase un panorama comparable por su belleza al del Monte Pellegrino.

En cuanto á la antigua ciudad que se extendia al pié de la ciudadela sobre las pendientes superiores de la roca, y hasta el borde vertiginoso del precipicio, solo quedan algunos ladrillos, materiales dispersos, y un sencillo y pequeño monumento cuadrangular de quince metros de longitud, en parte oculto por la maleza, las ortigas y la superficie ondulante de un campo de trigo.

Este resto, sin importancia al parecer, es, sin embargo, por su antigüedad el edificio mas venerable de toda Sicilia. Los muros se componen de grandes moles sobrepuestas segun el sistema

ciclópeo, y la puerta de entrada, abierta en la parte meridional, se encuadra en dos pesadas pilastras dóricas. Ante esta ruina de treinta siglos se presencia, por decirlo así, el nacimiento de la arquitectura griega. En el interior hay una habitacion cuya bóveda es de ladrillo romano, y la extremidad occidental del edificio está sobrepuesta de los restos de una capilla cristiana, que muy pronto habrán reducido á polvo las intemperies. Cuando hayan desaparecido todas esas adiciones, relativamente modernas, los muros ciclópeos resistirán aun varios siglos.

Menos soberbiamente situada que el antiguo templo de los pelasgos, la catedral de Cefalú está construida en la ciudad baja, al pié de la muralla perpendicular del promontorio. Es una gran iglesia adornada con mosaicos bizantinos, como la cúpula de Monreal y la capilla Palatina; pero muchas de estas obras artísticas se hallan en un estado de deterioro lamentable; y las restauraciones que se efectúan ahora no parecen las mas propias para devolverles su primitiva belleza. Por lo demás, la municipalidad de Cefalú está muy orgullosa de su catedral, y no per-



Puente de San Leonardo

mite que los habitantes hagan de ella una especie de mercado público, como sucede con las mas de las iglesias de esta parte de Sicilia. Por lo regular se observa que los predicadores amonestan inútilmente á los fieles sobre este punto; la gente no deja por eso de ir y venir de un lado á otro de la nave hablando de sus asuntos, mientras los rapazuelos trepan á las pilas de agua bendita, ó juegan al escondite detrás de las columnas.

El camino del litoral no está del todo terminado aun mas allá de Cefalú, y por lo tanto era preciso dirigirse á Milazzo, esperar allí ocho dias la llegada del vapor, ó continuar mi marcha en una mula. Opté forzosamente por esto último, y al amanecer del dia siguiente ví ya delante de mi puerta un indígena con el cuadrúpedo. Me tendí sobre una ancha albarda, que me obligó á tomar la actitud de un budha chino; mi guia hizo la señal de la cruz, ató al cuello del mulo un escapulario bendito, que contenia una imágen de la *Santíssima María Addolorata*, y haciendo castañetear la lengua, dió la señal de marcha.

El aire era todavía muy fresco, y no sin gran satisfaccion corporal sentí los rayos del sol levante penetrar en la atmósfera y caldearla poco á poco.

Mi guia era asaz inteligente, y comprendia mis preguntas á media palabra; la mula no tropezaba contra las piedras del camino; y tenia á la vista un paisaje espléndido, que variaba incesantemente de extension, segun contorneaba una bahía ó escalaba un promontorio. Parecíame que mi viaje no se podia realizar de un modo mas agradable.

Entre tanto el sol se elevaba gradualmente sobre el horizonte; al mismo tiempo, una bruma de color agrisado llenaba las capas inferiores de la atmósfera, deslizándose sobre la superficie del agua.

Cuando avanzábamos por la orilla de la playa, las dos islas eolias de Felicudi y Alicudi queda-

ban ocultas por los vapores; y despues, cuando subíamos á cualquier promontorio, el mar, á su vez, solo aparecia vagamente á través del velo de bruma; hácia el norte veíamos elevarse de nuevo, fuera de la nube, las dos pirámides volcánicas.

El calor era cada vez mas sofocante, y no agitaba el aire la mas ligera brisa; el mar no se movia tampoco; y las turbias aguas traidas por los rios sobrenadaban en la superficie de aquel en una extension de varios kilómetros.

Yo me habia apeado, porque la albarda abrasaba, y con no poco trabajo avanzaba á través de los guijarros de la playa ó los vastos campos de piedras de las desembocaduras de los torrentes.

Mi guia proferia de vez en cuando alguna exclamacion contra el *sirocco*, mientras yo contemplaba admirado las capas de nieve y los bosques sombríos de los montes Madonia.

Por último, llegamos á San Stéfano, término de nuestra jornada; y para colmo de satisfaccion, pude descansar en una posada que considero como una de las maravillas de Sicilia, porque se encuentra allí un patron muy atento, agua fresca, buena comida, una habitacion limpia, y un lecho sin habitantes.

San Stéfano es un burgo de aspecto vulgar, pero muy industrioso, y cuya poblacion aumenta rápidamente; no cabe duda que llegará á ser una ciudad de importancia cuando se enlace con el resto de Sicilia por los caminos de carretera.

En otro tiempo, San Stéfano estaba situado en medio de los bosques, sobre una empinada cima de las montañas; pero cansados ya de vivir á semejante altura, los habitantes fueron unos tras otros á establecerse cerca de la orilla.

Es un hecho curioso, que prueba hasta qué punto se ha modificado profundamente la sociedad, hasta en los países menos civilizados de Europa, el que todas las ciudades de esta parte del litoral siciliano hayan descendido de las altas cimas escarpadas para ir á establecerse cerca de la playa.

En otro tiempo se atendia sobre todo á la defensa: cada ciudad se situaba en la cima de un pico aislado, rodeábase de muros y se erizaba de torres. En las épocas modernas, la primera necesidad es la del trabajo, y por eso los habitantes abandonan sucesivamente sus nidos de águila y van á domiciliarse á orillas del mar ó en los caminos que pasan por la llanura. Semejantes á esos animales marinos que abandonan una concha ya demasiado molesta, salen de sus pintorescos torreones y edifican moradas, menos bellas como detalle del paisaje, pero mucho mas sanas y cómodas.

En toda esta costa, cada *Marina* se ensancha á expensas del *Borgo*, y la antigua ciudad acaba por llegar á ser una ruina magnífica, que se destaca como un monton de rocas en la cima de las montañas.

¡Qué magníficos asuntos para los lienzos ofrecen estas antiguas ciudades en parte abandonadas! ¡Pollina, Caronia, San Fratello!

Los senderos que conducen á estas fortalezas naturales son tan escarpados, que hasta el feroz procónsul Verres no osaba franquearlos en litera, y esperaba en la playa la vuelta de los embajadores, encargados de despojar de sus vasos y estatuas los templos y palacios de estas ciudades. Actualmente, en los retiros inaccesibles de las montañas inmediatas es donde se acantonan los bandidos. Cuando yo pasé, todos los caminos que suben desde la playa hácia las alturas estaban ocupados por algunos destacamentos de tropa.

Algunas horas á caballo durante la mañana me bastaron para efectuar el trayecto de San Stéfano á Santa Agata, pequeña ciudad donde comienza de nuevo el camino de carretera. Admira verdaderamente la existencia de este, porque los caminos escasean en Sicilia, y la parte del litoral que se prolonga al oeste de Santa Agata es una de las mas accidentadas. Los promontorios son muy escarpados y numerosos, los barrancos tienen gran profundidad, y los lechos de los torrentes, muy próximos entre sí, están sembrados de moles de piedra.

Casi inmediatamente despues de haber salido de Santa Agata, es preciso franquear uno de esos *fiumare*, vasto campo de restos rodados que ha merecido el gracioso nombre de Rosa Marina, por las espesuras de mirtos, laurel-rosa y otros arbustos que crecen acá y allá entre los guijarros. Tres kilómetros mas allá se atraviesa otro *ouady*, cuyo valle pedregoso contrasta de un modo singular con pendientes cubiertas de una vegetacion de las mas compactas; y despues se comienza á franquear la larga rampa del cabo Orlando.

Sobre el camino, las escarpaduras presentan en cada una de sus gradas quintas rodeadas de árboles, y abajo se extiende, paralelamente á la orilla, una llanura cultivada de un modo admirable, donde se ven, como en los países del norte, magníficos grupos de álamos. A lo léjos, en el mar, se ve avanzar una gran roca coronada por las ruinas de un castillo y de una iglesia moderna, desde donde podria distinguirse, en un dia sereno, un inmenso horizonte, desde Pa-

lermo hasta los elevados Apeninos de la Calabria.

En cada contorno del litoral el paisaje ofrece un nuevo carácter: hé aquí la antigua ciudad de Naso que se destaca en la cima de una montaña; allí está el pueblo de Brolo, con su castillo ruinoso; mas léjos elévase un promontorio de mármol blanco con una torre defensiva; y despues se llega á la base de las rocas de granito rojo del cabo Celavá, que el camino atraviesa en forma de túnel.

De todos estos sitios encantadores, uno de los mas bellos es el que ocupaba la ciudad griega de Tyndare: la meseta de granito que servia de cimiento á esta antigua colonia de los Mesenios, elévase á la altura de mas de doscientos metros sobre el nivel del mar, terminando por empinados declives que se sumergen bruscamente en las olas.

Así como en otras ciudades antiguas de Sicilia, Término, Taormine, ó Siracusa, el teatro, al parecer de construccion romana, y que sustituyó sin duda á otro edificio antiguo, estaba situado en la parte del declive desde donde se contempla un panorama mas grandioso. A cada lado se ve un golfo semicircular que traza una curva, circuido de largas pendientes cubiertas de olivares; á la izquierda, las moles rojizas del cabo Celavá limitan el horizonte; y á la derecha proyéctase á lo léjos en el mar la estrecha lengua de tierra de Milazzo. En frente, los conos abrasados de Volcano, muy próximos entre sí, al parecer, surgen de la azulada superficie del Mediterráneo, y mas léjos se suceden sobre el semicírculo del horizonte las vaporosas pirámides de las otras islas eolias hasta Stromboli. Al este se ve dibujarse la línea azulada de los Apeninos de Italia, mientras que al sur se destaca la cordillera de los Montes Neptúnicos, y la cima nevada del Etna elevándose sobre aquella primera línea de montañas almenadas por ciudades y pueblos.

La ciudad de Tyndare no existe ya; pero el distrito contiguo es siempre uno de los mas fértiles, mejor cultivados y mas populosos de toda Sicilia.

Sin contar el gran número de burgos, hay tres ciudades importantes, Patti, Barcelonna y Milazzo, agrupadas en un espacio de menos de treinta kilómetros. El estrecho lindero del litoral produce abundante trigo, aceitunas, naranjas y otros productos del suelo, necesarios para la subsistencia de los habitantes. De esas tres ciudades, la mas populosa es Barcelonna, pero la mas conocida Milazzo, la antigua colonia griega de *Mylæ*.

III

LAS ISLAS EOLIAS

La península y la ciudad de Milazzo.—Travesía nocturna de Milazzo á Volcano.—Cráteres y fumarolas.—El bandido de la Calabria —La ciudad de Lipari.—El Monte Bianco.—Stromboli.

La península de Milazzo estaba sin duda separada de Sicilia en una época geológica anterior: es un muro de granito que se prolonga perpendicularmente á la costa, y cuya extremidad septentrional se encorva un poco hácia el oeste. Este muro, proyectado á diez kilómetros mar adentro, ofrece una altura casi uniforme en toda su extension, solo que tres montecillos, situado el uno en el centro y los otros dos en las extremidades de la península, interrumpen la línea horizontal que traza la arista superior de la meseta.

De estos tres montecillos, dispuestos con regularidad en la longitud de la península, uno de ellos, el del centro, está encerrado en la ciudadela de Milazzo; el otro, que se eleva en la extremidad del cabo, hállase sobrepuesto de un faro de primer órden. El principal estaba consagrado en otro tiempo á Vénus, y presenta ahora una pequeña capilla dedicada al Espíritu Santo. En todo su contorno, la península está cortada por declives, algunos de los cuales parecen suspendidos sobre las olas del mar, presentando profundas cavernas.

Segun dicen, una de esas grutas atraviesa la roca de parte á parte en un sitio donde no tiene menos de un kilómetro de anchura; otra, que se abre debajo de la ciudadela, no seria nada menos que el establo donde en tiempo de Ulises y sus compañeros se recogian los bueyes del Sol durante la noche. Llámanla gruta de Ulises ó de Polifemo: las leyendas comienzan á embrollarse en la imaginacion popular.

Hasta la Edad media, la ciudad de Milazzo se hallaba en la parte alta de la península; pero así como todas las ciudades vecinas, descendió por grados de la parte superior de su roca, acabando por establecerse en el istmo bajo y arenoso que enlaza la antigua isla con la tierra firme.

Por lo demás, no se ha descubierto el menor resto de la antigüedad griega en el perímetro ocupado en otro tiempo por Mylæ, y muy pronto ofrecerá este sitio un aspecto de los mas modernos, gracias á las quintas de toda especie que mandan construir los ciudadanos retirados de los negocios. Entre estas casas de recreo hay algunas muy bonitas, que no desdicen de los magníficos paisajes de la península; pero en

cambio se ven otras tan grotescas y pretenciosas, que un artista las incendiaria de buena gana. Una de ellas, adornada con jarrones japoneses y cabezas de leon de porcelana, presenta en su fachada el célebre verso de Virgilio incrustado en grandes letras de oro:

«.....Nimium fortunatos sua si bona norint»

El digno propietario tenia sin duda empeño de dar á conocer al público inteligente su ilustrado amor á la naturaleza.

La ciudad moderna es sucia y vulgar; pero cuando menos se presencia, cosa rara en Sicilia, el espectáculo de cierta actividad comercial. La exportacion de los aceites y vinos del país produce bastante movimiento en los negocios, y siempre se ven varios bergantines cargados.

Cuando hace mal tiempo, el puerto de Milazzo es el principal asilo de todos los buques que no osan penetrar en la especie de embudo formado por el canal de Mesina; y entonces se ven hasta ciento cincuenta ó doscientos de aquellos dentro de dicho puerto. Actualmente se trata de prolongar este dique á gran distancia en el mar, formando así un gran puerto de refugio donde puedan situarse escuadras enteras. La ejecucion del proyecto dará á Milazzo una gran importancia marítima, que hasta hoy debia casi únicamente á su posicion estratégica en el litoral.

Desde la victoria de Duilio sobre los cartagineses, victoria que nos ha valido esas ridículas columnas rostrales imitadas en las ciudades de todo el mundo, ¡cuántas navales y terrestres se empeñaron cerca de Milazzo por la posesion de Sicilia!

El último hecho militar ocurrido bajo aquellos muros fué, como ya se sabe, la victoria alcanzada por los garibaldinos en julio de 1860 sobre las tropas del general Bosco. Aquel fué el combate mas disputado de toda la campaña: los napolitanos dominaban el paso del istmo con sus cañones, y precipitándose al asalto debieron apoderarse de las baterías los voluntarios. Garibaldi perdió setecientos cincuenta hombres, ó sea una quinta parte de sus fuerzas en aquel ataque desesperado; pero consiguió no obstante hacerse dueño de la artillería. Tomada esta primera posicion, pudo entonces llamar á sus combatientes para que recobrasen aliento, lavó él mismo su camiseta roja en el arroyo, y cuando estuvo seca, dió la señal de asalto contra la ciudad. Milazzo fué tomado casa por casa, y los napolitanos hubieron de encerrarse en la ciudadela, la cual entregaron cuatro dias despues.

De Milazzo parten por lo regular los viajeros para ir á visitar Volcano y Lipari, las dos islas del grupo Eolio mas considerables por su extension. Yo fuí al puerto, no para visitar las embarcaciones, sino los mismos marineros. Muchos de ellos, que sin duda eran «los mejores hombres del mundo,» tenian rostros bastante desagradables, y no me dejé seducir cuando me ofrecieron sus servicios. Al fin ví un robusto anciano de cabello blanco, cuya expresion de dulzura é inteligencia me agradó mucho; y en pocos instantes quedó concluido el trato. El anciano pescador fué á pedir prestada una lancha mas cómoda y segura que su bote medio podrido, é hizo además la compra de provisiones necesarias para el viaje.

En menos de una hora se terminaron todos los preparativos: Gaetano, así se llamaba mi hombre, me presentó un compañero auxiliar, pobre sordo-mudo, á quien inspiré sin duda gran simpatía á primera vista, y la cual me manifestó ruidosamente con sus gestos. Despues me acomodé en la lancha, desamarróla Gaetano, y nos alejamos de la orilla.

Al marchar, el sol iba á ponerse al otro lado del promontorio, y sus rayos brillaban á través de las copas de los olivos. Una hora despues habíamos doblado el cabo y entrábamos en alta mar, dirigiendo la proa de nuestra embarcacion hácia el horno de escarlata donde acababa de desaparecer el astro del dia.

El mar estaba tan tranquilo, que Gaetano no temió confiar el timon á mis manos novicias: al rededor de nosotros, los fulgores de la atmósfera se reflejaban en el límpido espejo de las aguas como en otro cielo; los esplendores del crepúsculo perdieron gradualmente su brillantez; el rojo vivo, y despues el tinte amarillento, fueron sustituidos por un reflejo blanquizco, y este acabó por desvanecerse á su vez. Detrás de nosotros, los declives del promontorio de Milazzo se confundian poco á poco en la oscuridad; en el occidente, la niebla que me indicaba antes la lejana isla de Volcano se perdió en las tinieblas del espacio inmenso.

Para gobernar con mano firme el timon debia fijar la vista en la estrella mas grande de Orion, que la vela ocultaba y descubria sucesivamente al inclinarse y levantarse.

Mas tarde, la luna, elevándose detrás de las montañas de Calabria, comenzó á viajar de conserva con nosotros, desarrollando en la estela de la embarcacion su inmensa superficie de rayos argentados.

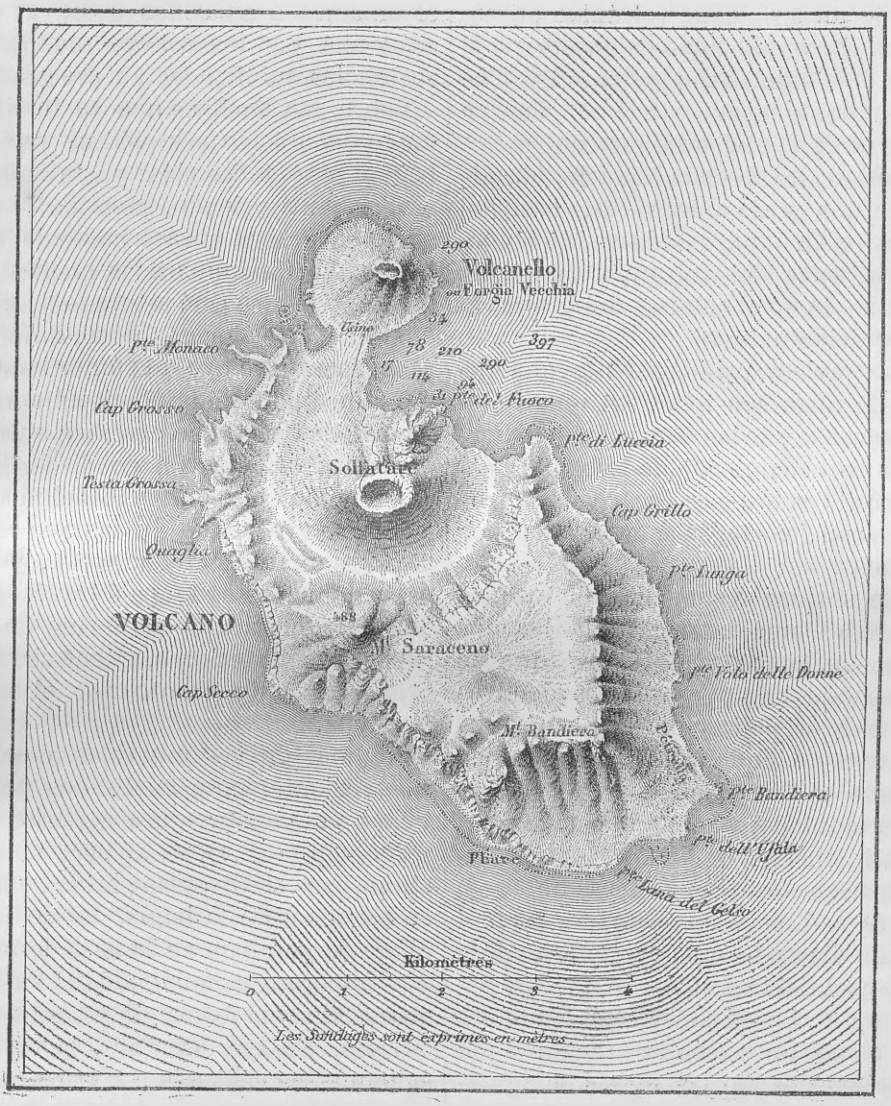
Algunas medusas, que parecian de fuego, pasaban en largas procesiones, agitábanse un momento bajo los esfuerzos del remo, é iban á per-

derse despues en las olas iluminadas por la luna.

¡Ah! En estas hermosas noches del Mediterráneo ¡cuán dulce es pensar en la naturaleza, soñando en las cosas que dan algun valor á nuestro paso en la vida!

La travesía duró siete ú ocho horas, y así es que acabé por dormirme: el sordo-mudo ocupó mi puesto, mientras que el patron extendió una vela sobre la lancha para preservarme del pernicioso rocío de las noches.

Cuando la barca tropezó con la playa de Vol-



Plano de la isla de Volcano

cano, despertéme bruscamente y me incorporé para mirar á mi alrededor á través de aquella semioscuridad de la noche, que se iba desvaneciendo. Mi primera impresion, al ver el aspecto de la enorme escoria que constituye la isla entera, fué un sentimiento de espanto. Desde Tyndare y el cabo Celavá habia podido distinguir ya cuán desolada es la vertiente meridional del monte Volcano, aunque esta parte de la isla ofrece acá y allá, en sus rojizas pendientes, algunos matices verdes debidos á las plantas de las viñas y á los olivos; hasta se ven brillar como puntos blancos tres ó cuatro casitas habitadas por cultivadores procedentes de Lipari.

La parte oriental de la isla donde se halla el pequeño puerto en que acabamos de penetrar, no ofrece, por el contrario, sino la imágen de la muerte: en las descarnadas escarpaduras no se distingue el menor vestigio de vegetacion; creeríase estar viendo una de esas regiones lunares en que el telescopio no descubre mas que bocas volcánicas, grietas del suelo y obeliscos de lavas.

La mayor parte de las rocas son negras ó de un pardo rojizo como el hierro, aunque hay tambien otras encarnadas, amarillas y blanquizcas, hallándose representados en ese círculo del infierno casi todos los colores menos el que comunica la verdura. Allí, todo se reduce á lavas ó escorias, como el dia que la masa hirviente brotó de la profundidad de los mares. A la izquierda se eleva un gran cono volcánico encastrado en un vasto cráter lleno de grietas; á la derecha surge otra montaña eruptiva, el Volcanello, y hasta el punto mismo donde se balancea la barca es un antiguo cráter submarino.

Poco despues de mi llegada á la isla, ví salir un hombre de una gruta abierta en la base del Volcanello: acercóse á mí, saludóme, diciéndome que era el *cicerone* del volcan, y sin añadir una palabra mas, tomó el camino del gran cráter, avanzando delante de mí.

El sendero atraviesa primeramente una pequeña llanura formada por todos los restos que las aguas arrastran desde las alturas inmediatas, depositándolas en el contorno de la bahía; despues se desarrolla sobre las escarpadas pendientes del volcan, cortadas á intervalos por anchos barrancos.

La tierra que se pisa resuena debajo los piés como la bóveda de una cueva; hácia las dos terceras partes de la altura, obsérvase que de algunas grietas sale humo, y que los declives están cubiertos de cristalizaciones de azufre semejantes á placas de líquen. Algunos vapores, blancos durante el dia y rojizos por la noche, flotan sobre la montaña; y segun el estado de la atmósfera y la intensidad de las fuerzas volcánicas acumúlanse en forma de espesas nubes en la boca del cráter, ó bien aparecen por un momento como una ligera bruma, desvaneciéndose despues en el azul del cielo.

Los habitantes de Lipari consideran las nubes del Volcano como un barómetro seguro: tal viento debe soplar cuando las masas blanquizcas se escalonan en forma de bancos, ó se extienden como una bruma sobre toda la montaña; y tal otra corriente atmosférica prevalecerá si no se distingue desde léjos la *montera* del volcan. Sin duda hay en estos pronósticos de los cuales han hablado todos los autores antiguos desde Polibio, un fondo verdadero de realidad, puesto que estos pronósticos se formulan segun la experiencia secular de los marinos de Lipari; pero Spallanzani y otros sabios no han conseguido confirmar la tradicion por observaciones directas.

Cuando visité el lugar, algunos torbellinos de vapor llenaban el cráter. Esta inmensa cuba, la mayor de todas las que ofrecen los volcanes de la Europa meridional, no tiene menos de dos kilómetros de circunferencia sobre el contorno superior, y sus paredes meridionales se elevan á cerca de trescientos metros: el fondo del abismo puede tener unos ciento de anchura.

A través de la bruma que se eleva de esta caldera, percíbense las escarpaduras, rojas como el cinabrio ó amarillas como el oro, rayadas acá y allá por los colores mas diversos de las sustancias sublimadas en ese gran laboratorio.

Sobre los declives que se inclinan hácia el fondo del abismo, las piedras vacilantes ceden bajo el peso de los piés; y, sin embargo, es preciso bajar corriendo, pues en ciertos sitios el suelo cavernoso abrasa como la bóveda de un horno. Varias humaredas rastrean por la pendiente, y el aire está saturado de un gas en que domina cierto olor sulfuroso, difícil de respirar. En el recinto se oye un rumor incesante parecido al que pudieran producir numerosos silbidos; y por todas partes se perciben entre las piedras pequeños orificios de donde parten ráfagas de vapor como otros tantos torbellinos.

Algunas veces, las lluvias que caen en el circo forman un lago temporal, pero una gran parte del agua se escapa á través de las grietas del suelo, corriendo en forma de torrente por los declives exteriores, mientras el resto queda evaporado muy pronto por el brasero de la montaña.

Algunas de las fumarolas, cuyos gases han sido recientemente analizados por M. Fouqué, tienen una temperatura superior á trescientos sesenta grados. Otras ráfagas menos cálidas se abren paso en diversas partes de la isla, y hasta en las aguas de la bahía. Desde los bordes del cráter se perciben en la base de las pendientes esos vapores que subiendo del fondo del mar se desarrollan en forma de grandes volutas blanquizcas. En ciertos sitios, la temperatura del agua marina caldeada por estos gases es bastante subida para que los viajeros ingleses puedan proporcionarse la pueril satisfaccion de cocer huevos en la «gran taza.»

Aunque la superficie de Volcano no baje de cincuenta kilómetros cuadrados, su poblacion permanente se reduce á seis ó siete obreros que se ocupan en recoger el azufre y el ácido bórico del cráter, fabricando además un poco de alumbre.

La fábrica es un miserable cobertizo cuyo color se confunde con el de las rocas que le rodean. En cuanto á los obreros, verdaderos trogloditas, vestidos de sórdidos harapos, á los que el polvo de lava comunica el color del orin que

cubre el hierro, habitan en cavernas abiertas en los rojizos flancos del Volcanello. Algunos han tratado de plantar legumbres en la llanura de cenizas y escorias que se extiende entre los dos conos principales; pero todos los cultivos han muerto, y de las plantaciones de árboles frutales solo quedan dos ó tres higueras semejantes por su aspecto á otros tantos haces de madera seca. De Lipari se traen todas las semanas las provisiones necesarias; y si por desgracia no pudiera hacer la barca uno solo de esos viajes, toda la poblacion de Volcano se veria condenada á morir de hambre.

Ya se comprenderá que esta existencia no ofrece nada de apetecible, ni aun bajo el hermoso cielo del Mediterráneo; y así es que todos los obreros tienen el aspecto triste y enfermizo.

Habíanme dicho en Milazzo que aquellos hombres eran antiguos bandidos desterrados de la Calabria; y para asegurarme de ello, hice la pregunta á mi guia, á quien consideraba como individuo libre. El jóven palideció, y dirigiendo una mirada fija hácia los azulados Apeninos que se elevan mas allá del golfo, contestóme suspirando: «Sí, eso es verdad.» El mismo era uno de esos deportados, y su expresion de tristeza indicaba cuán profundo era su pesar. ¡ Qué terrible lugar de destierro me parece esta roja escoria volcánica!

La isla de Lipari está muy próxima á Volcano: el canal que la separa no tiene en su parte mas angosta sino un kilómetro de anchura; dos rocas en forma de obelisco se elevan en medio del estrecho; y así es que un buen nadador podria dirigirse fácilmente de una isla á otra, descansando á medio camino; pero debemos añadir que si los tiburones frecuentan el mar Eolio, como lo afirman los marinos de Lipari, el atrevido bañista correria peligro de ser devorado al paso. Por eso me guardé muy bien de precipitarme en el agua fresca y azul, aunque me invitaba con sus pequeños remolinos, su murmullo armonioso y la dulce ondulacion de sus ondas. Para arrojarme al agua esperé prudentemente á que el barco hubiera entrado en una bahía de Lipari, situada bajo los declives suspendidos del monte Capiscello.

El contraste es notable entre el monton de escorias que constituye el Volcano y la vertiente oriental de la isla de Lipari. Aquí se eleva una ciudad considerable en forma de doble anfiteatro sobre las dos pendientes de un promontorio coronado por un antiguo castillo. El puerto está lleno de embarcaciones de escaso tonelaje.

Al rededor de la ciudad se extiende una llanura muy bien cultivada, donde abundan los olivos, los naranjos y la vid; las pendientes de las montañas inmediatas están igualmente cubiertas de campos hasta muy cerca de la cima.

En el puerto se agita una activa poblacion de marineros y mercaderes, mientras en las calles de la ciudad se pasean muchos ciudadanos de plácido aspecto. Cierto es que entre estos últimos pululan algunos bandidos de la Calabria á quienes el gobierno ha señalado la isla de Lipari como prision, y que viven pacíficamente de sus pequeñas rentas. Me han dicho que no hay ejemplo de que los desterrados abusaran nunca de su semi-libertad.

Lipari es una tierra prometida para los geólogos y mineralogistas. Así como las islas inmediatas, tiene volcanes, cráteres, lavas de especies diversas; y además presenta en masas muy considerables ciertas formaciones mucho mas raras en el resto del archipiélago. El monte de la Castaña se compone enteramente de obsidiana, y otra alta colina, el Monte ó Campo Bianco, de piedra pómez que desde léjos le comunica el aspecto de un campo de nieve. Largas corrientes blancas semejantes á las avalanchas, llenan todos los barrancos, desde la cima de la montaña á la orilla del Mediterráneo; y el menor movimiento ocasionado por el pié de un animal ó por una ráfaga de aire desprende de la superficie del declive centenares de piedras, que se derrumban saltando hasta llegar al pié de la pendiente y son arrastradas despues á lo léjos por las ondas que bañan el pié del volcan. En la inmediacion de la isla, las aguas están completamente cubiertas de esas piedras flotantes que parecen copos de espuma.

Lipari tiene además otras maravillas, sin contar la gruta de Molini, donde segun cierta antigua tradicion el diablo se refugió con la vana esperanza de escapar de la espada de San Calogero, huyendo luego de allí para introducirse en el cráter de Volcano, que es la gran puerta del infierno.

A estas diversas curiosidades naturales, Lipari agrega el privilegio de ser el punto mejor situado para los curiosos que quieren subir á alguna cima á fin de formar idea de todas las islas Eolias. En efecto, Lipari es el centro de tres líneas volcánicas: una se dirige al Sud, hácia Volcano; la otra al Oeste, hácia Alicudi, por Salina y Filicudi; y la tercera al Nordeste, hácia Stromboli, el gran faro del Mediterráneo.

No he tenido el gusto de franquear este último volcan; pero no olvidaré jamás la profunda impresion que experimenté al contemplar desde

abajo el aspecto de aquella pirámide humeante. Por su magnífica forma, compréndese que sus raíces se sumergen en el mar á enormes profundidades; y hasta se ve, por decirlo así, cómo los declives de restos se continúan debajo de las aguas hasta los abismos de mil metros que la sonda ha dado á conocer en el fondo del mar Eolio. Al contemplar el Stromboli, los que navegan por la base de este pico podrian creerse suspendidos en medio del vacío, cual si la barca que los conduce bogara en los aires á media altura de la montaña.

Durante nuestro viaje de regreso á Milazzo no ocurrió el menor incidente, como no sea que, á la altura del cabo, las olas chocaban con tanta fuerza, que para no naufragar fué preciso destituirme de mi cargo de piloto, relegándome vergonzosamente al fondo de la barca.

IV

MESINA

El fisco de Mesina.—La Scala.—Vista de Mesina y del estrecho.—Fiestas de Mesina.—La Barra.—Bombardeos y terremotos.—Importancia comercial de Mesina.—El estrecho del Faro.—El grupo de Caribdis y de Scyla.—Ignorancia y miseria.—Las medusas del puerto.

El camino de Milazzo á Mesina costea primero el litoral á través de los olivares empolvados; acá y allá se ven algunas pequeñas dunas cubiertas de tamariscos; varios pueblos de construcciones vulgares bordean el camino; y á lo léjos, en las alturas, destácanse antiguos castillos pintorescos y bosques talados.

No obstante, el horizonte queda limitado hasta el torrente del Gallo, casi siempre seco, y mas allá del canal se comienza á subir. En vez de avanzar siempre por la orilla del mar, el camino franquea las escarpadas montañas que se elevan al oeste de Mesina, desarrollando así á los ojos de los viajeros el cuadro cada vez mas extenso de las orillas sicilianas y del mar de Lipari. Aun se encuentra el viajero en la vertiente septentrional de la isla á la distancia de diez kilómetros de Mesina, por lo menos; pero si se creyese al fisco, ya se habria entrado en la ciudad, porque sus dependientes, gravemente instalados al pié de la cuesta, examinan á su gusto las cargas de coches y carretas, y registran á los viajeros para ver si llevan en sus bolsillos quesos ó botellas de aceite. Una cordillera, una region geográfica entera está comprendida en el distrito del fisco.

La ascension, larga y penosa, no dura menos de dos horas en un coche ordinario. Se pasa de la region de los olivos; y despues, mas allá del pueblo de Geno, todo erizado de torres y antiguas construcciones de la Edad media, se da vuelta á profundos barrancos entre pendientes cubiertas de brezos. No se ve una casa ni un solo árbol, y sí solamente la lúgubre extension que forman las superficies pardas ó rojizas. Si no fuera por la claridad del cielo y el perfume penetrante de las plantas odoríferas, cualquiera podria creerse en medio de un paisaje de Escocia ó de Irlanda.

Por último, llega el camino á la punta culminante de la Scala, y todo cambia como por encanto: á sus piés se ve un abismo de cuyo fondo brotan cimas de colinas puntiagudas coronadas de pinos; mas abajo, la ciudad de Mesina, recinto de fortalezas y conventos, se extiende sobre la orilla como un relieve en miniatura, proyectando en medio de las azules aguas la graciosa península en forma de hoz, que le valió el nombre griego de «Zancle.» Al sur, el mar Jónico se extiende hasta la inmensa redondez del horizonte; y al norte, el famoso estrecho del Faro, que desde el sabio Ulises han arrostrado tantos navegantes, traza un gracioso círculo. La mirada abarca todo esto, y se distinguen hasta los remolinos que marcan las corrientes. Cerca de la punta arenosa del Faro se reconocen las olas blanquizcas de Caribdis, y el conflicto de las olas que se chocan entre sí en el canal mismo ó en la entrada. Los vapores, dejando tras sí un largo surco y su rastro de humo negro, pasan á través de las flotillas que parecen vagar perezosamente al capricho de las olas.

En la opuesta orilla, varias ciudades y pueblos, Reggio, San Giovani, Scylla y Bagnara, se confunden en una línea de casas que resplandecen al sol; pero sobre el gracioso feston de quintas y jardines, sombrías gargantas cortan profundamente los declives, y semejantes á los largos pliegues de un manto, surge la masa rojiza de Aspromonte, lugar que debe su celebridad á Garibaldi.

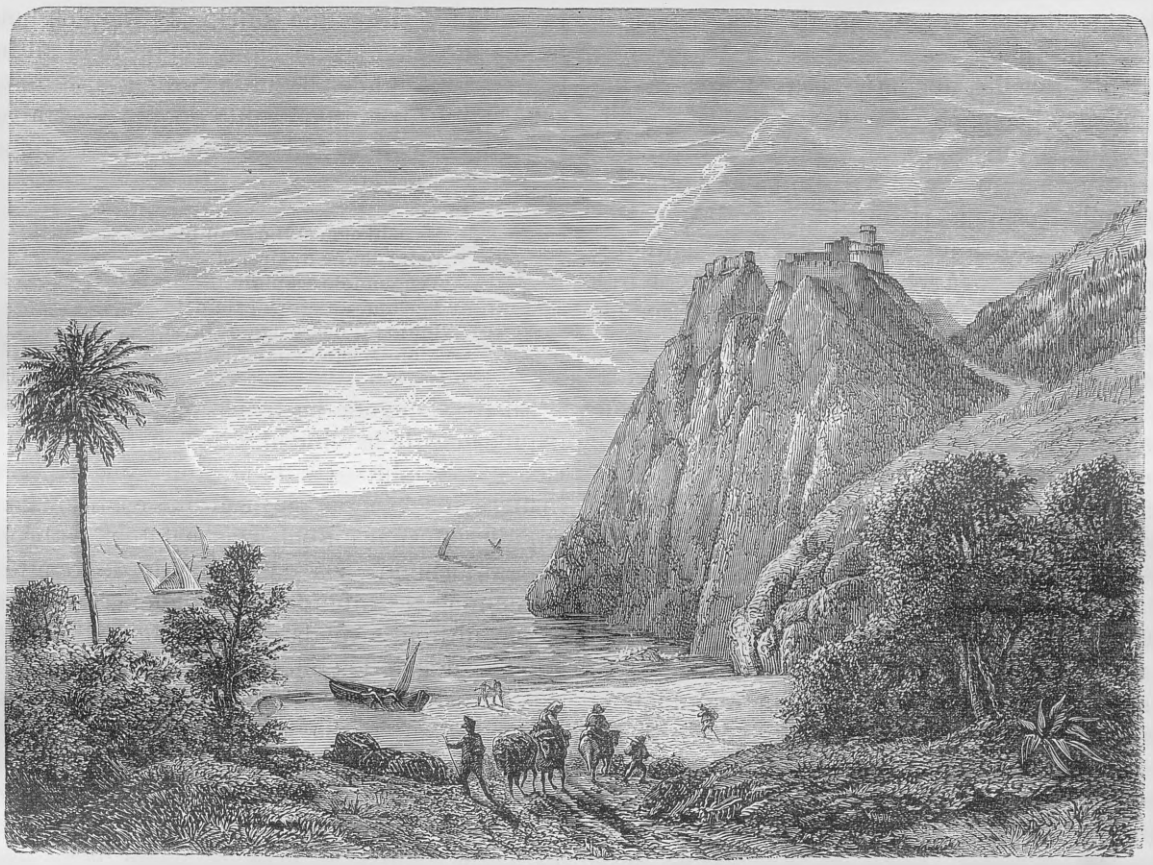
Entre las dos tierras es notable el contraste: por la parte de Sicilia, la cadena de los Pelores aparece erizada de numerosas cimas terminadas en punta, con los flancos cubiertos de verdes árboles; mientras que por el lado de Italia, el continente viene á terminar con majestad por una montaña árida de extensa falda uniforme. El aspecto de las alturas sicilianas es gracioso y pintoresco, al paso que el último promontorio de Europa tiene algo de soberbio y formidable.

Desde lo alto de la Scala bajamos á Mesina como una tempestad: el camino contornea, trazando numerosas curvas, los barrancos y contrafuertes; sale de la region de los brezos para

penetrar en la de los olivos y naranjos, traspasa las quintas y los conventos, y penetra al fin en la ciudad despues de invadir el lecho de un torrente seco.

El espectáculo magnífico del mar y de las montañas no se ha desvanecido aun cuando el coche rueda sobre las blancas baldosas de la calle Garibaldi, sin que se vea ya nada de la naturaleza, divisándose solo por alguna calle trasversal, no mas que un segundo, la líquida superficie del puerto y los montes de la Calabria.

Cuando entré en Mesina, los habitantes celebraban la fiesta de un gran santo, el apóstol Pablo, si mal no recuerdo. Una procesion compuesta de miles de personas daba la vuelta á la ciudad, deteniéndose delante de todos los oratorios, iglesias y conventos; pero la multitud reunida no tenia nada de ese aire devoto, de ese



El cabo de Alessio, antes de la perforacion del túnel

grave continente que distingue á los habitantes del norte cuando van en procesion por las calles de una ciudad. Muy por el contrario, la gente de Mesina estaba ébria de tanto charlar, y agitábase para hacer en honor del santo todo el ruido de que era digno.

A la cabeza de la procesion, algunos jóvenes, con vestiduras monacales, llevaban sobre sus hombros la gran estatua de madera dorada, cubierta con una túnica roja; y al mismo tiempo entonaban un himno religioso con toda la fuerza de sus pulmones; mientras que los vendedores ambulantes, instalados en el camino del cortejo, ofrecian á gritos confites y bebidas. Los pilluelos, por su parte, lanzaban gritos de alegría, entreteniéndose en tirar petardos entre las piernas de los transeuntes.

Delante de la puerta de cada convento redoblaba el tumulto: entonces, los muchachos se suspendian de las cuerdas de todas las campanas, comunicándolas el aspecto de otros tantos racimos; los mendicantes agitaban sus campanillas y bolsas; oíase el redoble de los tambores; de todas partes salian cohetes y petardos; y apenas se podia respirar en aquella atmósfera de ruido, de polvo y de azufre.

Cuando la multitud llegó por fin á la plaza de la Catedral dirigiéndose hácia el pórtico, de par en par abierto, parecióme al principio que la alegre multitud iba á recogerse; pero de pronto se rompió la línea de la procesion, los mas de los jóvenes lanzáronse hácia un rincon de la plaza, donde un mendicante acababa de tropezar, dejando caer su dinero en tierra; y acogidos por

las carcajadas de los buenos ciudadanos, los pilletes, y hasta los portadores de la estatua, olvidando la dignidad del santo, que se balanceaba grotescamente sobre aquel mar de cabezas, precipitábanse á coger alguna moneda.

Por el ruido que oia hubiera podido creer que presenciaba la fiesta mas notable de Mesina; pero mucho mas grandiosa es la de la *Barra*, que se celebra en el mes de agosto. Entonces no es una sola estatua la que se pasea por la ciudad, ni se limita la diversion al espacio de doce horas, sino que dura tres dias, contribuyendo los habitantes de Mesina y los forasteros á que sea mayor el estrépito. Por las calles se ven gigantes de carton, con gran boca rojiza y dientes enormes; y su aparicion es saludada con frenéticos aplausos por la multitud: detrás de estos personajes avanza un camello seguido de jinetes con traje morisco, á los cuales se saluda con una espantosa silba; y se dice que son sarracenos que vuelven á Sicilia para ser expulsados nuevamente. Detrás de estos jinetes se ve una galera ricamente adornada, que recuerda la llegada milagrosa de algunos buques cargados de trigo, los cuales hicieron su entrada en el puerto cierto dia que reinaba el hambre, desapareciendo despues repentinamente cuando el pueblo hubo trasladado á tierra todo el cargamento.

Todo esto no es nada, comparado con el carro triunfal de la Barra, que se eleva á doce metros de altura entre la compacta multitud. Este carro no representa nada menos que la Asuncion de la Vírgen á través de los espacios celestes, desde la tierra hasta el Empíreo. En la plataforma inferior, los doce Apóstoles, figurados por adolescentes de Mesina, se agrupan alrededor de un lujoso lecho donde está tendido el cuerpo de la Vírgen; encima, sostenido por espesas nubes de madera, gira un sol de cara amarillenta erizado de largos rayos, á los cuales se agarran algunos niños; mas arriba aun, está el mismo cielo, globo sembrado de astros sobre el cual se ven otros querubines vivos: y completamente en la cima de la pirámide osténtase el alma de la Vírgen, simbolizada por una niña que luce adornos de cintas y flores y se halla á la derecha de Dios.

Mientras que el carro vacilante avanza en medio del cortejo, curas, monjes, magistrados y militares, vestidos todos de gala, óyense las salvas de artillería; en todas las iglesias resuena la voz de las campanas; y en los conventos, la multitud delirante profiere gritos de júbilo.

¿Qué menos podian hacer los ciudadanos de Mesina en obsequio de la Vírgen que les envió en otro tiempo un rizo de su cabello, con una carta autógrafa asegurándoles para siempre su proteccion espiritual?

Los hijos de Mesina manifiestan un gran patriotismo, y el mas ardiente celo para defender su ciudad, aunque para ello les sea necesario cambiar de dueño. Ellos son los que, para desembarazarse de los sarracenos introdujeron á los normandos en Sicilia hácia fines del siglo XI, y los que seiscientos años despues llamaron á los franceses para deshacerse de los españoles. Durante los sitios que sufrió Mesina, los habitantes se defendieron siempre hasta el último trance, imitándoles hasta las mujeres, quienes, segun dice un antiguo canto de guerra, trabajaron en la defensa con tanta energía como sus esposos y hermanos.

«Deh! com'egli è gran pietate
Delle donne di Mesina,
Veggendole scapigliate
Portando pietre e calcina!
Iddio gli dea briga e travaglia
A chi Mesina vuol guastare (1).»

En 1848, cuando las tropas napolitanas fueron expulsadas de la ciudad y de los fuertes superiores, los habitantes de Mesina ayudaron á los insurrectos á tomar por asalto el castillo Gonzaga, á trasformar en balas las estatuas de bronce de los Borbones, y á contestar desde lo alto de las colinas al cañon de la ciudadela. En cuanto á esta última, armada de cien piezas de artillería, el valor de los hijos de Mesina no podia menos de estrellarse en vano contra aquellos muros; pues ocupa una posicion casi insular en la estrecha punta que separa el puerto de la alta mar; y para apoderarse de la fortaleza habria sido indispensable poner sitio por mar y tierra. La ciudadela quedó, pues, en poder de los napolitanos, y nada les costó á estos bombardear una parte de la ciudad. Demolieron á cañonazos las casas que se elevaban en la plaza de Terranova, no léjos de donde se halla hoy la estacion del camino de hierro; y hasta emprendieron con los palacios de Mesina y los edificios de utilidad pública. El museo, que ocupa varias galerías de la Universidad, sirvió de blanco á los proyectiles; y el *cicerone* muestra á los visitantes con una especie de celo patriótico los cuadros desgarrados por las bombas napolitanas.

En 1861, la guarnicion de la ciudadela perdonó á la ciudad; mas parece que los propietarios de Mesina debieron hallarse durante algun tiempo dominados por la impresion del terror, pues en muchas de las casas se leen aun las siguien-

(1) ¡Ah! ¡qué lástima es ver á las damas de Mesina descabelladas, llevando piedras y cal! ¡Ah! ¡que Dios dé penas y trabajos á los que quieran hacer daño á Mesina!

tes inscripciones, que deben proteger los inmuebles contra la soldadesca: *proprietá francese, proprietá inglese, proprietá prussiana.*

Es de esperar que Mesina no sufra otro bombardeo; pero aunque no deba temer la destruccion por medio de las balas enemigas, siempre estará amenazada por los vapores elásticos que se agitan bajo su suelo.

Mesina está situada en la línea de union que enlaza los dos focos volcánicos de Sicilia y de la Italia meridional, y tal vez su posicion en la especie de foso formado por la depresion del estrecho contribuya á aumentar aun el peligro. Ninguna ciudad de Europa se halla mas directamente amenazada que Mesina por los terremotos, ni se conoce otra que haya sufrido tanto por ellos.

En 1783, las sacudidas derribaron centenares de casas, hundieron las torres y campanarios, y se agrietaron las bóvedas de las iglesias, mientras que un terrible golpe de marea, despues de arrebatar de una vez dos mil personas de la playa de Sicilia, invadió el puerto de Mesina, hizo naufragar todos los buques, y minó por la base la magnífica línea de palacios que bordeaba la orilla.

Mas de doce mil individuos perecieron en aquel espantoso desastre; y aunque haya trascurrido un período de ochenta y tres años desde la catástrofe, todavía se ven en muchos sitios sus efectos. Hasta en el Corso quedaron derruidas ó agrietadas muchas paredes; y no pocas esculturas rotas cedieron su puesto á las parietarias y otras plantas que llevaba el viento. Durante los años de prosperidad del siglo XIX, los habitantes de Mesina han reconstruido en gran parte su ciudad, edificando nuevos barrios para la poblacion siempre creciente; pero de un momento á otro, nuevas sacudidas pueden hacer oscilar el suelo, trasformando una vez mas toda la ciudad en un monton de ruinas. Desgraciadamente, el estado actual de la ciencia no permite prever y anunciar la vuelta periódica de estos terribles fenómenos; y aunque sea bastante bien conocida la direccion general de las oscilaciones del suelo, la municipalidad de Mesina no se ha ocupado de rectificar el plano de la ciudad, á fin de que en adelante se construyan las casas en un sentido paralelo al movimiento de las ondas terrestres. Antes de adoptar esta medida se esperará tal vez á que un nuevo terremoto haya barrido el terreno.

Las guerras, los bombardeos y las sacudidas del suelo dan á conocer demasiado bien por qué la ciudad de Mesina, tan admirablemente situada para el comercio, no ha conseguido adquirir mucha mayor importancia. Su puerto es el punto central del Mediterráneo: por una parte, el mar Jónico se extiende hasta las orillas del Oriente; y por otra, la cuenca del mar Tirreno va á reunirse con el golfo de Lyon para bañar las costas de Francia y España. Mesina es por lo tanto la etapa natural de todos los buques destinados al inmenso comercio marítimo entre los países de la Europa occidental y los del Levante. La rada es además un excelente refugio para los buques; y hasta los de mas calado pueden penetrar sin temor. La formacion de ese puerto, cuyos diques naturales parecen haberse construido en alta mar por la mano del hombre, es un fenómeno geológico, tanto mas notable cuanto que la costa de Mesina, muy escarpada, se sumerge en las aguas bajo un ángulo de mucha inclinacion.

No se puede explicar la existencia de ese puerto y de la península de la ciudadela sino por cualquier hundimiento del suelo, ó por la accion de los remolinos que giraban en el canal de Caribdis, en otra época mas angosto. Los antiguos daban una explicacion mas sencilla: al pasar á Sicilia Saturno, el padre de los dioses, dejó caer su inmensa guadaña en medio de las olas; pero ¡ay! desde aquella época no ha dejado por eso de morir gente.

La importancia de Mesina no puede menos de ir en aumento cuando el norte de Africa, en gran parte árido y despoblado hoy, haya adquirido en la historia de la tierra la importancia á que está destinado á tener por su feliz situacion á orillas del Mediterráneo. Cuando Puerto Said, Benghazi, Trípoli, Túnez y Argel hayan llegado á ser, como Alejandría, grandes centros comerciales, no cabe duda que Mesina, situada en medio de la inmensa red de todas esas líneas de tráfico trazadas entre los mercados del Mediterráneo, se aprovechará de un modo asombroso de todos sus cambios.

Esperemos tambien que en una época mas ó menos distante, Mesina será la primera estacion siciliana del gran camino de hierro europeo de Paris á Siracusa y Girgenti. Este año, ó el próximo, Reggio será el punto inicial de una vía férrea que debe recorrer la Italia en toda su longitud. Poco despues, la red siciliana, terminada ya completamente, conducirá viajeros y mercancías á los muelles de la ciudad que mira á Reggio desde el otro lado del estrecho. ¿Qué restará entonces que hacer sino formar un viaducto entre las dos orillas opuestas?

Semejante trabajo, si alguna vez se realiza, podrá considerarse ciertamente como una de las maravillas del mundo; pero nada ofrece de imposible, puesto que algunos atrevidos ingenie-

ros proponen ya con toda formalidad construir un puente de hierro entre Francia é Inglaterra. En su parte menos ancha, el estrecho de Mesina presenta una abertura de 3,147 metros, poco mas ó menos, que seria fácil reducir á 3,000 elevando una escollera sobre el banco de arena que continúa en el mar la punta del faro: es una obra que, segun la leyenda griega, emprendió en otro tiempo el gigante Orion. Sin embargo, no es por allí por donde seria posible hacer pasar el viaducto, á causa de la profundidad del agua, que hácia el centro no tiene menos de 332 metros; pero mas hácia el sud, entre el convento de Santa Agata y la punta llamada *Coda del Volpe* (Cola del Zorro), donde la abertura del estrecho es de unos 3,300 metros, la mayor profundidad del agua es de 100 á 110, y segun las mejores cartas marinas, el término medio no pasa de 75 metros. Un viaducto compuesto de travesaños de doscientos cuarenta metros, como el puente echado sobre el Ohio entre Cincinati y Covington, solo reposaria sobre una docena de pilastras, excediendo apenas de algunos metros en longitud al magnífico puente que los ingleses construyeron hace ya algunos años sobre el profundo rio San Lorenzo, con frecuencia obstruido por los hielos. En el muelle de Mesina, un magnífico grupo de escultura representa á Neptuno, levantando su mano derecha armada del tridente, y calmando con la mirada los dos monstruos de Caribdis y Scyla; pero cuando el « caballo de fuego » pase por los aires, muy por encima de aquel estrecho que los caballos de Timoleon el corintio, y de Rogerio el conde normando atravesaron en otra época agitándose en la proa de los navíos, ¿á qué genio se deberá erigir una estatua sino á Jaime Watt ó á Roberto Stephenson?

Como quiera que sea, la ciudad de Mesina no deberá sino en muy pequeña parte sus progresos materiales á la iniciativa de sus propios hijos. Los extranjeros casi exclusivamente, ingleses, alemanes, franceses, é italianos del norte, son los que se han apoderado del comercio marítimo; y por el camino de hierro acapararán igualmente el monopolio de los trasportes terrestres. A despique de su amor á la tierra natal, el pueblo mesinense deja á los «continentales» el cuidado de enriquecer al país, abriendo caminos, y edificando fábricas, palacios y quintas. Orgulloso con su hermoso clima, su puerto, su estrecho, sus montañas, y cuanto la naturaleza le concedió; y orgulloso tambien, á justo título, de las luchas heróicas que sostuvo en diversas épocas por su independencia, aun no tiene el derecho de glorificarse de su iniciativa y perseverancia en los trabajos de la civilizacion.

Para muchos de sus habitantes, la mendicidad es mas honrosa que el trabajo; las encrucijadas y los muelles están obstruidos de truhanes, que bajo el aspecto de mozos de fonda, barqueros y *vetturini*, solo tratan de engañar á los incautos para ganar en cinco minutos con que vivir durante una semana.

En cuanto á la instruccion pública, debe hallarse en muy triste estado, á juzgar por la pobreza de dos ó tres librerías que hay en el Corso y en la calle Garibaldi. Por otra parte, basta ver las feas y toscas figuras de muchos mesineses para convencerse que aun han de hacer muchos progresos antes de aspirar, como sus antecesores de Mesenia, al noble título de ciudadanos.

Así como en Palermo y en casi todas las ciudades de Sicilia, la suciedad de los barrios pobres es verdaderamente lamentable. Al rededor de ciertas iglesias, y á orillas de los fiumares que atraviesan la ciudad, muchas casas no pasan de ser hediondas guaridas, donde los hombres se confunden con las mujeres en medio de la basura y de andrajos putrefactos; y no obstante, cuando llega el cólera ó cualquiera otra peste, centenares de aquellos infelices ignorantes estarian tal vez mas dispuestos á promover un motin para dar muerte á supuestos *envenenadores*, que á limpiar sus míseras viviendas.

Hasta las principales calles y la célebre marina, que bordea el muelle, están sumamente sucias á pesar de su pretenciosa arquitectura. El puerto, donde se vierten todas las impurezas de la ciudad, no seria sino un receptáculo de inmundicias, como el antiguo puerto de Marsella, si no estuviese muy abierto por la parte del nordeste para recibir las olas que llegan del estrecho.

Innumerables medusas, que los habitantes del país llaman la «grasa del mar», trabajan contínuamente para limpiar el agua del puerto. Estos pequeños séres se distinguen de la mayor parte de las otras medusas por la riqueza de sus colores y la belleza de las formas. Su manto trasparente presenta líneas sonrosadas ó violáceas, y cada ondulacion, cada pliegue modifica el delicado tinte; los tentáculos, tambien sonrosados, son finos como hilos, y flotan graciosamente al capricho de las aguas. Estas bonitas medusas pueblan á millones el agua del puerto de Mesina; alrededor de los buques, sobre todo, se ven verdaderos enjambres de ellas, y las olas en que se mecen anudan sus cabelleras formando una red inextricable. Ni un solo remo penetra en el agua sin levantar masas de filamentos. Durante el dia, la líquida superficie donde pululan las medusas

adquiere á veces un tinte sonrosado; y por la noche brilla con un resplandor mate y fosforescente.

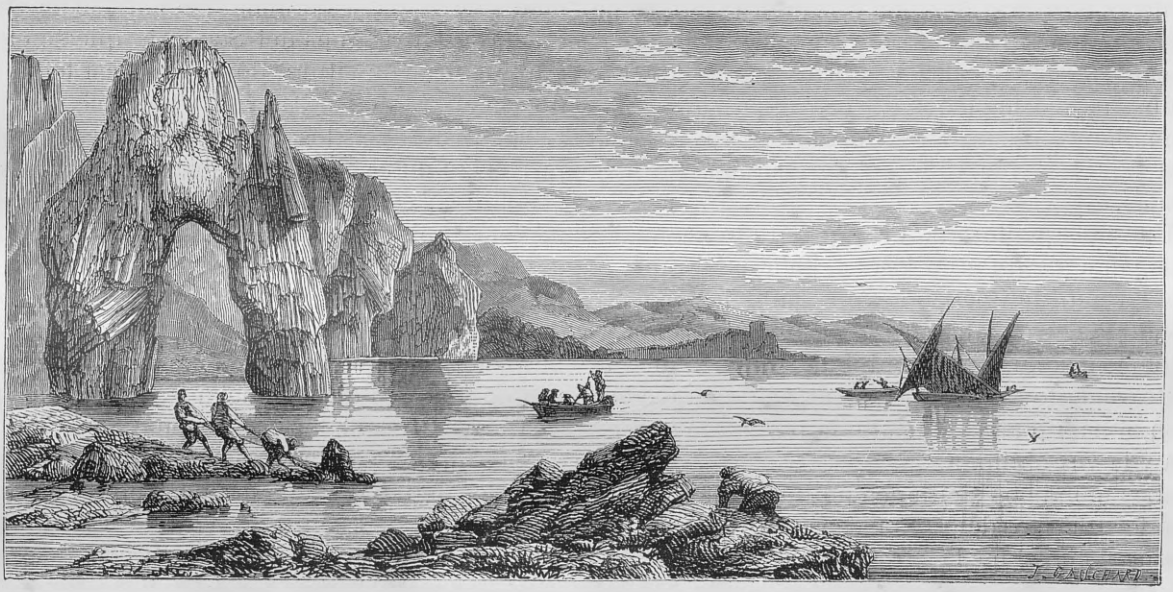
V

EL CAMINO DE CATANIA.—EL CABO DE ALESSIO. —TAORMINE.

El camino de hierro de Mesina á Catania.—El camino terrestre —Los *fiumare*.—Las propinas y los mendigos.—Escenas y costumbres.—Cuesta del cabo de Alessio.—El teatro de Taormine.—Vista del Etna y de la erupcion del monte Frumento.—El cabo Schiso.—Campiña de Giarre.

Actualmente un camino de hierro, costeando la base de las montañas del litoral, une á Mesina con la ciudad de Catania, situada á un centenar de kilómetros al sud, no léjos de la base del Etna. Es un gran progreso; y además, los que protesten contra las vias férreas en nombre de lo pintoresco, quedarán siempre en libertad de seguir la costa con toda la latitud apetecible.

En la primavera del año 1865 no podia yo elegir entre el ferro-carril y el camino pulverulento; y desgraciadamente, mi equipaje me impedia ir á pié. Ahora bien, nada tenia de agradable ir en una especie de carreta, decorada con el pomposo título de diligencia, y lo único que podia ofrecer la administracion de postas; y prescindiendo del vehículo mismo, vieja caja que no limpiaban



Gruta de las Palomas

nunca, y que exhalaba un fuerte olor de cuero y vituallas de toda especie, debíamos temer sobre todo el polvo y las sacudidas.

En los sitios donde el camino es bastante igual, una verdadera nube rodea á los viajeros, y no se puede respirar sin taparse la boca; á intervalos, se deja sin embargo de comer polvo, pero esto no sucede sino cuando se atraviesa el pedregoso lecho de un *fiumara*. Los mas de estos torrentes, que bajan de los flancos agrietados de la cordillera Peloriana, se reducen á simples arroyuelos que serpentean en medio de los guijarros; pero algunas veces caen en forma de avalanchas líquidas, arrastrando enormes moles de piedra, y rompiendo sus diques, tan pronto de un lado como de otro, arrasan los pueblos y devastan las plantaciones. Varios de estos *fiumare* no tienen menos de un kilómetro de anchura: cuando el agua es bastante baja para que no deba temerse ser arrastrado por la corriente hasta el mar, es necesario sufrir por lo menos la molestia que ocasionan las violentas sacudidas, por el choque de las ruedas contra las piedras diseminadas.

Los viajeros á quienes sus asuntos ó el amor á la naturaleza no llaman hácia Taormine ó los pueblos situados en la base del Etna, se guardan muy bien por lo tanto de tomar el camino de tierra, y embárcanse en el vapor que se dirige directamente de Mesina á Catania.

El polvo y el paso de los torrentes no son las únicas molestias que ofrece un viaje en diligencia por aquel camino del litoral; tambien expone á los extranjeros á las importunidades de los mendigos que han reemplazado á los bandoleros de otra época.

Antes de salir de Mesina, el *signor corriere* tiene buen cuidado de advertir á los viajeros no sicilianos, si hay alguno en su coche, que harán bien de proveerse de cierto número de monedas de cobre, á fin de satisfacer á todas las deman-

das. Por otra parte, los postillones han adquirido el derecho, en virtud de una antigua tradicion, de reclamar una propina en todas las paradas, sobre el precio del viaje; y despues, el mismo *corriere* no deja nunca de dirigir las palabras mas dulcemente moduladas y las miradas mas expresivas á sus compañeros de viaje, para hacerles comprender así que sus títulos á la generosidad de los nobles extranjeros son mucho mejor merecidos que los de los postillones.

Si se asoma la cabeza por la portezuela del coche, no se ven por todas partes sino mendigos alargando la mano: en los pueblos y en las puertas de las casas abundan los cojos, tullidos, ancianos y mujeres andrajosas; en el camino, los pilletes corren á derecha é izquierda del coche en medio de torbellinos de polvo; y por último, delante de las iglesias, oratorios y cepillos, tan numerosos á los lados de la vía, los monjes y mendigos ofrecen rezar un *Pater* y un *Ave Maria* por los que quieran darles algunas monedas.

Uno de aquellos hombres, jóven muy robusto, nos persigue un gran trecho, solicitando que le compremos la imágen de un santo toscamente esculpida. Yo habia visto ya muchos extraños monjes sicilianos; pero ninguno me pareció tan extravagante como aquel intrépido corredor, con el hábito arremangado, la barba muy crecida y la voz chillona.

Los mendigos sicilianos no tienen la insolencia feroz de los de otros países, que alargan una mano como si en la otra tuvieran un cuchillo, ni se asemejan tampoco á esos párias de Lóndres y de algunas ciudades del Norte, que parecen haber perdido completamente su alma por efecto de su espantosa lucha contra la miseria, y que ni siquiera tienen fuerza en los ojos para mirar. No; el verdadero mendigo de Sicilia es un sér satisfecho de sí mismo y de su destino; es servil, pero no menos irónico; cuando se humilla, se burla; y siempre parece tener presente que si no le dan nada, hallará sin embargo un refugio, un plato de *macaroni* y naranjas. Por lo demás, nunca olvida expresarse con la mas obsequiosa política. En uno de los pueblos que atravesamos, un mendigo ocioso, que se habia dignado ayudar á cargar un cofre de uno de nuestros compañeros de viaje, recibió en cambio de su servicio cierto número de monedas de cobre que le parecieron insuficientes. «Sin duda, dijo, debo estar agradecido á vuestra excelencia por la remuneracion que se ha dignado otorgarme. No tengo derecho á exigir mas; solo imploro su favor; pero me parece que vuestra excelencia hubiera podido, por un efecto de su generosa bondad, darme algunas monedas mas en pago de mi trabajo.»

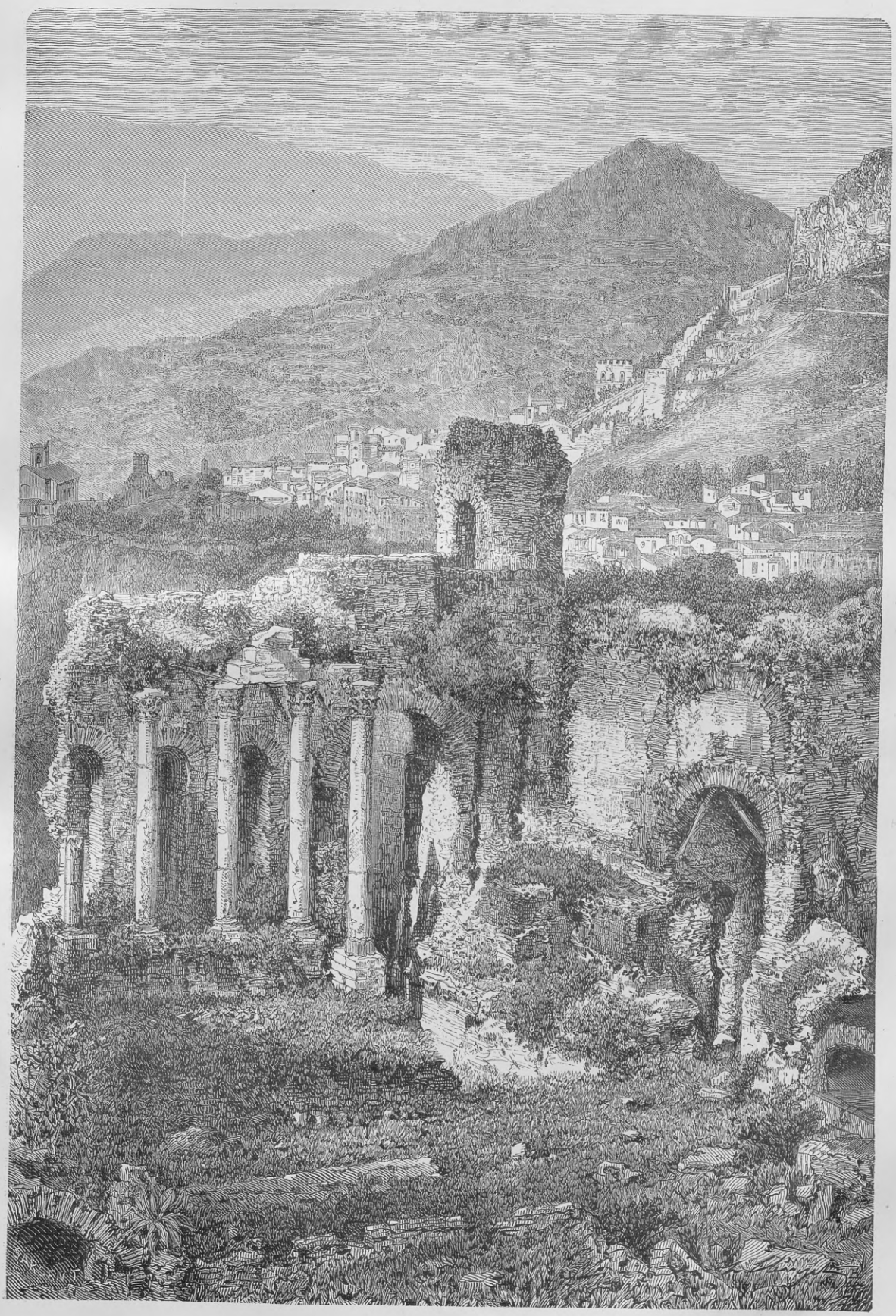
Y volviéndose despues hácia los demás viajeros con aire triunfante, añadió: «¡Vuestras excelencias podrán juzgar!»

El polvo del camino y las tristes escenas que me ofrecian la miseria y la mendicidad no me impidieron extasiarme ante la belleza de las montañas y del mar. Los anchos lechos que los *fiumare* han abierto, permiten á la mirada explorar libremente los flancos y hasta las cimas puntiagudas de la cresta. El primer piton que se distingue por el oeste es el Dinnamare, el Bimaris de los antiguos, así llamado porque desde la cima se contemplan á la vez los dos mares de Jonia y Cerdeña. Despues se da vuelta á las estribaciones del Scuderi, que se eleva á mil metros de altura, dominando así todas las demás cimas de los Pelores; y luego se pasa sucesivamente por los cabos que otros montes proyectan en el mar como gigantescas raíces.

Sobre las escarpaduras del litoral, cada terrazo tiene un pueblo y las ruinas de un antiguo castillo almenado; al rededor de cada estrecha bahía, entre las peladas rocas, distínguense casitas de recreo y jardines de naranjos; y en cada playa se ven numerosas embarcaciones alineadas una junto á otra, semejantes á grandes peces negros encallados en la arena.

Mas allá del pueblo de Savoca, uno de los mas erizados de torres y de los mas pintorescos de esta region de Sicilia, se ve elevarse un promontorio, cuyas paredes al parecer inaccesibles, están coronadas por la antigua ciudadela de Forza d'Agro: bien se ve que aquel es el nido de águila de que hablan los poetas. Por el lado del mar, este promontorio, conocido con el nombre de cabo de Alessio, termina por rocas casi perpendiculares en cuya base hay varias grutas, y tiene un fuerte magnífico, que parece suspendido de sus almenas sobre el borde del precipicio. Esta obra, construida por los ingleses durante las guerras de principios de este siglo, interceptaba completamente el camino antes de que la abandonaran; pero hoy sus troneras, llenas de mirtos y de hiedra, no amenazan ya á los transeuntes; la formidable ciudadela, construida para vomitar la muerte sobre los regimientos franceses, no es ya mas que un gracioso detalle en la belleza del paisaje.

Para llegar al fuerte, el camino serpentea formando largos zig-zags en los flancos del promontorio; y á cada paso que se da por la rampa muy inclinada, el espectáculo del espacio, cada vez mas extenso que abraza el horizonte, es verdaderamente magnífico.



Vista de Taormine

Cuando llegamos al cabo de Alessio, el sol se ocultaba detrás de las montañas neptúnicas, proyectando sus grandes sombras sobre las aguas. Hácia el oriente, el mar Jónico, iluminado por los últimos resplandores del dia, brillaba con un magnífico tinte violáceo que iba á confundirse en el horizonte con el color de la atmósfera. A la izquierda se alineaba la formidable serie de montañas cubiertas de sombra, cada una de las cuales se reconocia por sus contrafuertes paralelos circuidos de verdura en la base y separados por las playas semicirculares donde van á verterse los fiumare.

A lo léjos hácia Mesina, la cadena de alturas parecia reunirse con el continente de Italia, encorvándose despues al sud para ensancharse entre dos mares ó un gran promontorio. Grandes buques, vapores, y numerosas barcas pescadoras poblaban la superficie azul: hubiérase dicho que el Mediterráneo no era sino una inmensa placa de cristal, si el círculo de rompientes y su guirnalda de espuma no hubiera rodeado algunos escollos, caidos desde lo alto de las escarpaduras de Alessio. Este pequeño grupo de rocas, tan pronto sumergidas como descubiertas, y aquel conflicto de las olas, cuyo rumor subia hasta nosotros, contrastaban con la profunda tranquilidad del paisaje, comunicando, por decirlo así, un alma á la naturaleza.

En la otra vertiente del cabo de Alessio, el panorama es mucho mas reducido, pero ofrece un carácter especial de salvaje belleza. La roca del promontorio está hendida en toda su altura, y forma debajo de una negra tronera del fuerte una especie de pozo, donde las plantas trepadoras bajan en forma de una cascada de verdura. Sobre el camino, abierto en el mármol á gran profundidad, la montaña, tal vez sacudida muy á menudo por los terremotos, está erizada de puntas y cubierta de moles que difieren de color y de forma, comunicando al conjunto el aspecto de un caos. En frente, al otro lado de un estrecho *fiumara*, elévase la gran roca de Taormine, cuya base recorta el mar graciosamente formando caletas y declives; aseméjanse á enormes garras de leon que avanzan á lo léjos en el mar. Actualmente, todos esos cabos avanzados han sido perforados por túneles, donde la vía férrea, desdeñando las bellezas naturales, avanza por las tinieblas; pero los viajeros que saben apreciar los esplendores de la tierra no dejarán nunca de bajar delante de Alessio para franquear á pié los dos promontorios.

Aquel donde se halla Taormine es bastante penoso de escalar: es una ciudadela natural, de aspecto menos formidable que el de Forza d'Agro, pero bastante lúgubre. La ciudad se reduce á una línea de casas situadas sobre una estrecha plataforma entre el precipicio y la áspera roca que corona el antiguo castillo feudal, reparado desde la época de los sarracenos por todos los conquistadores del país.

Tauromenium sufrió la desgraciada suerte de todas las ciudades tan bien defendidas por la naturaleza, pues se la disputaron con encarnizamiento durante varios siglos todos los tiranos de Sicilia. En tiempo de la gran rebelion de los esclavos en este país, la plaza fué largo tiempo el baluarte de la libertad; los insurrectos se defendieron con una perseverancia inquebrantable; y antes que rendirse, prefirieron devorarse entre sí; de modo que el romano Rupilio no hubiera hallado sino esqueletos en la ciudad, á no haberle introducido un traidor.

A la caida de la noche me hallaba en medio de aquel incomparable teatro de Taormine, donde veinte mil griegos reunidos en su recinto podian á la vez aplaudir los versos de Esquilo, y contemplar el gran pico humeante del Etna.

Con harto motivo se dirigen los viajeros en peregrinacion á este lugar célebre, desde donde se pueden ver al mismo tiempo las costas humeantes de Mesina, los montes de la Calabria, y el soberbio coloso al pié del cual se extiende toda la Sicilia. En ningun país de la tierra han podido los hombres hasta ahora asociar de un modo mas notable los esplendores del arte con las magnificencias de la naturaleza. Mas de dos mil años han trascurrido desde la época en que los griegos consiguieron satisfacer tan completamente su sentimiento de lo bello; pero léjos de igualarlos por obras semejantes, los que siguieron á los griegos y romanos á Sicilia parecen haber tenido sobre todo empeño en destruir los monumentos de sus predecesores. Hasta unos pretendidos Mecenas, ardientes protectores de las artes, y sobre todo cierto duque de San Stéfano, contribuyeron al trabajo de destruccion llevándose las estatuas y los mármoles para adornar sus palacios.

Lo que aun queda del antiguo teatro griego reedificado por los romanos prueba que era un monumento de rara belleza: no se puede menos de admirar las columnas de granito, los nichos vacíos donde se hallaban las estatuas, y el escenario; es el edificio de este género que mejor se ha conservado en Europa; pero lo mas hermoso que tienen las ruinas del teatro de Taormine son las arcadas, á través de las cuales se divisan el azul del mar ó del cielo, las moles de mármol rodeadas de maleza, y las matas de gramíneas que crecen entre las piedras.

Sin embargo, no traté de estudiar, en detalle, á la escasa luz del crepúsculo, los restos del teatro de Taormine, pues el Etna ofrecia á mis ojos un espectáculo cuyo interés era para mí mucho mas intenso. Veia de cerca el volcan por primera vez, y distinguia en su flanco septentrional, frente á mí, la roja lava de una erupcion. Hacia ya cerca de dos meses que la montaña se habia hendido verticalmente por el lado que mira al noroeste; y de la enorme grieta, de unos cuatro kilómetros de longitud, salian vapores y materias fundidas. Un gran contrafuerte del Etna, el Monte-Frumento, estaba abierto desde muy cerca de la cima hasta la base, y la grieta se continuaba sobre una meseta en otro tiempo cubierta de bosque y sembrada de antiguos conos de erupcion. En este punto de la montaña, á la altura media de dos mil metros, era donde se hallaba el foco principal del fenómeno. Habíanse formado varios montecillos de escorias y cenizas, de cuya base corrió un enorme rio de lavas que despues de arrasar los bosques de la meseta, deslizóse por las pendientes del Etna ocupando los valles y destruyendo los cultivos.

Desde las murallas de Taormine, es decir, á la distancia de diez y ocho á veinte kilómetros, érame imposible distinguir los detalles de la erupcion, sobre todo á través de la oscuridad que aumentaba gradualmente sobre el espacio; pero la grandiosidad que ofrecia el conjunto del espectáculo parecíame aun mas admirable. En la cima del volcan elevábase como un espectro una masa de vapores blanquizcos, aun perfectamente visible, masa que se extendia en la inmensidad de los cielos. Mas abajo, sobre una arista de la soberbia pirámide del Etna, otros vapores, procedentes de la erupcion del Frumento, prolongábanse en nubes como el humo de un incendio, cubriendo los bosques con un velo agrisado.

Debajo se distinguia el resplandor rojizo de las lavas cada vez mas brillante por el contraste á medida que se condensaban las tinieblas de la noche.

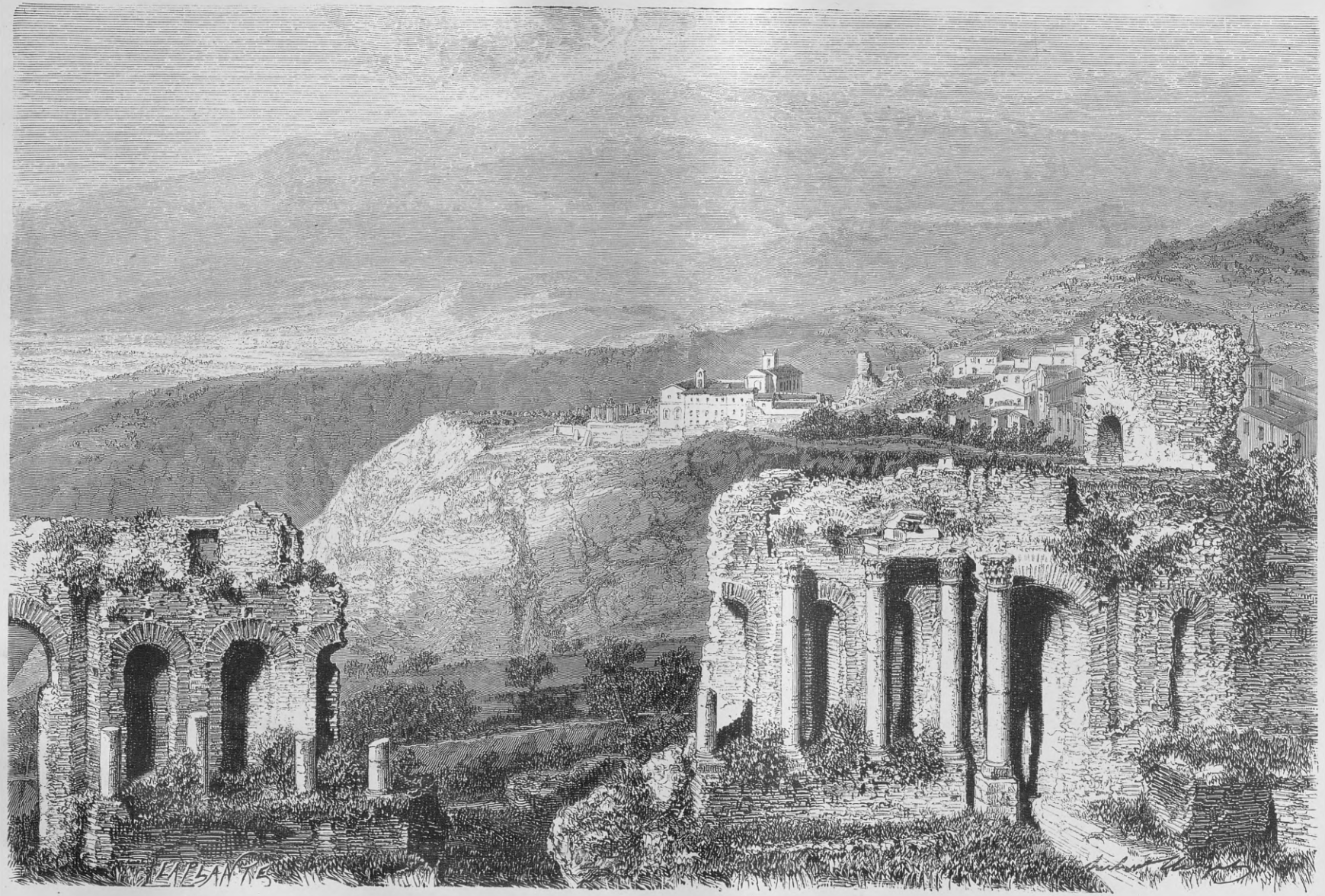
Muy pronto dejé de ver el valle intermediario que separa el promontorio de Taormine de los flancos del Etna: parecióme entonces, por efecto de una ilusion óptica inevitable, que la gran montaña se habia acercado y que el horno deslumbrante estaba cerca de mí, al otro lado de un vallecito. Al fin, el brasero de la erupcion apareció á mis ojos como la boca de una fragua; y las rápidas detonaciones, cuyo rumor debilitado hacia llegar el viento á mis oidos, recordóme el choque de los martillos al caer sobre el yunque. A intervalos parecíame ver pasar por delante de la llama las sombras de los grandes cíclopes.

El dominio del Etna comienza al pié de la roca de Taormine, porque allí es donde se encuentra la primera corriente de lavas. Este rio de piedra, uno de los mas considerables que existió jamás en la tierra de Sicilia, no tiene menos de veinticinco kilómetros de longitud, y penetra en los abismos del mar á una distancia de varios centenares de metros.

Sobre este promontorio de lavas, conocido en nuestros dias con el nombre de cabo Schiso, fué donde los jonios fundaron, hace 2600 años, la primera colonia griega de Sicilia. Así como los emigrantes alemanes é irlandeses establecidos en el Nuevo Mundo tratan de mitigar la amargura de sus recuerdos designando sus moradas de América con calificativos tomados de la patria, así los colonos griegos eligieron el nombre de Naxos para la ciudad que acababan de fundar en país extranjero, levantando sobre un declive próximo la estatua de Apolo, su dios protector.

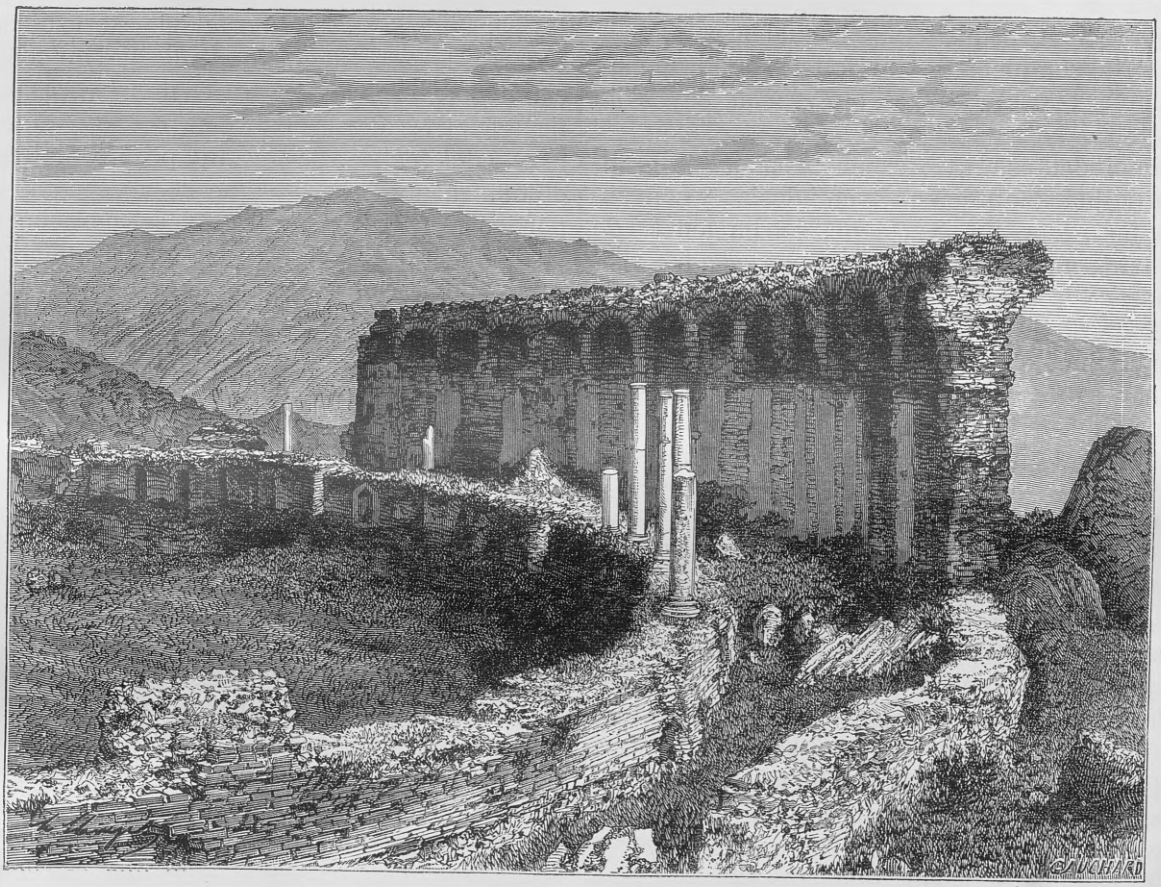
La jóven ciudad se ensanchó rápidamente, aumentando en poblacion y poderío; despues estallaron las guerras, comenzando las lejanas expediciones y las tiranías, hasta que Dionisio de Siracusa, llegando cierto dia, arrasó la ciudad, reduciendo á la esclavitud á sus habitantes. En nuestros dias, ni un solo vestigio recuerda la antigua existencia de la colonia griega.

Al sud del promontorio de Schiso se atraviesa el pequeño rio de Cantara por un verdadero puente, que á pesar de no ser una maravilla de arquitectura, enorgullece á los sicilianos; despues se franquean oblícuamente las primeras prominencias de la base del Etna. El suelo del camino tiene el color del fuego, y el polvo que levantan las ruedas se asemeja á las limaduras de las fábricas; á derecha é izquierda elévanse muros que parecen construidos con moles de metal; mas para ofrecer contraste con esta inmensa hornaguera del camino, la campiña que se recorre presenta una vegetacion magnífica, mucho mas espesa que la de todos los demás puntos de Sicilia. Los bosquecillos de olivos, naranjos, limoneros, y diversos árboles frutales, con los que se mezclan acá y allá grupos de palmeras, trasforman en un gran verjel todo el espacio comprendido entre el mar y la base de la montaña. Por todas partes se destacan sobre aquel mar de verdura numerosas quintas, y las cúpulas de las iglesias y conventos. La tierra es tan fértil, que sus productos, alimentados por aluviones, de cincuenta metros de espesor en algunos sitios, pueden bastar para una pobla-



Vista del Etna tomada desde el teatro de Taormine

cion tres ó cuatro veces mayor relativamente á la de otros países de Sicilia é Italia. Las ciudades se tocan entre sí: Riposto proyecta un largo arrabal que avanzando por la campiña se enlaza con un barrio de Giarre, y este va por otro lado á reunirse con Mascali; los pueblos se siguen como las perlas de un collar alrededor de la montaña; y sobre estas pendientes inferiores de tan notable fertilidad elévanse los flancos propiamente dichos del Etna, cuyo suelo se distingue por los bosques, como lo prueban el «castaño de los Cien caballos,» y otros colosos del mundo vegetal. En cuanto al admirable espectáculo que ofrece sobre este mar de verdura la mole humeante del Etna, rodeando con sus dos contrafuertes nevados el circo negruzco del valle del Bove, este es un cuadro admirable imposible de olvidar. Las grandiosas formas del



Teatro de Taormine.—De una fotografía

Etna se graban para siempre en la mirada de aquel que ha tenido la suerte de contemplarle un dia.

VI

ACI-REALE

Aci-Reale y sus academias.—Escarpaduras de la Scalazza.—Gruta de las Palomas.—Isla de los Ciclopes.—El gigante Polifemo.

Aci-Reale, que se atraviesa por el sud de Giarre, es despues de Catania la ciudad mas importante del contorno del Etna; y por el número de sus habitantes, corresponde al cuarto órden en Sicilia. Goza de gran prosperidad comercial á causa de los fértiles campos que le rodean, y del grupo de pueblos muy populosos que hay en sus inmediaciones; y así es que por una consecuencia muy natural, muchos de sus residentes viven de sus rentas y pasan la vida charlando delante de los cafés. Por otra parte, los ciudadanos de Aci-Reale están relativamente muy civilizados, y précianse de ser superiores por su instruccion á los sicilianos de Mesina y de Palermo. Cierto que en todo el distrito, los misterios del alfabeto siguen siendo indescifrables para catorce personas de cada quince; pero relativamente, la ciudad misma es la mas inteligente, instruida y rica en literatos, artistas, y hombres de gusto. Sin contar los *círculos* y *asociaciones*, donde van á charlar, y mas rara vez á

discutir los fumadores, Aci-Reale cuenta con dos academias, no muy conocidas fuera de la provincia, pero que publican trabajos importantes.

En la misma tarde de mi llegada, uno de los principales individuos de estas academias, el señor Mariano Grassi, me dispensó la mas obsequiosa hospitalidad, acompañóme á ver las curiosidades, y me habló con entusiasmo de nuestro gran amigo comun el gigantesco Etna. Nadie mejor que el señor Grassi ha seguido el progreso de la reciente erupcion, de la cual ha referido la historia completa en un folleto publicado en Catania con el título de: *Eruzione dell' Etna del* 1865.

La ciudad es muy rica en palacios, en grandes edificios municipales, en iglesias y conventos; pero estas construcciones son en general de bastante mal gusto, y apenas merecen ser visitadas.

La gloria de Aci-Reale es la incomparable vista que tiene al mar y al Etna. La meseta donde se han edificado las casas de la ciudad, se compone de siete corrientes de lava expelidas sucesivamente por el volcan en épocas ignoradas, y las cuales terminan en el lado del mar por una escarpadura de mas de cien metros de elevacion, donde se ven distintamente los bancos superficiales de las antiguas corrientes de piedra fundida. La cara exterior del promontorio es tan empinada, que es preciso inclinarse fuera del terrazo que tan propiamente llaman del Mirador, ó por encima de la vía férrea construida al borde del precipicio, si se quieren ver, á través de los troncos de las higueras de Berbería, los rojizos tejados de las casitas de pescadores y la línea espumosa de las rompientes.

El camino de bajada, ó la Gran Escalera *(Scalazza)* llega al fondo del abismo girando varias veces sobre sí misma, y arraigándose en los flancos de la roca por paredes de apoyo. Desde esta escalera, suspendida sobre el abismo, se pueden estudiar cómodamente las diversas capas de lava. Cada corriente presenta, en casi todo su espesor una compacta masa, donde apenas pueden las plantas ingerir sus raíces; pero su parte superior se cambia uniformemente en una capa de toba, y hasta de tierra vegetal, debida á la accion de la atmósfera durante una serie de siglos mas ó menos prolongada.

Despues de salir de los flancos del Etna, cada una de las corrientes que constituyen hoy el promontorio tuvo tiempo de enfriarse, de cubrirse de tierra vegetal, y de alimentar una vegetacion arborescente, que se debia extender mas tarde sobre otro rio de piedra. Se ha reconocido además un fenómeno igualmente notable: mientras que el declive crecia por arriba, merced á la expansion de los nuevos bancos, aumentaba tambien por abajo, á causa del levantamiento gradual de la masa. A diversos niveles se distinguen sobre la pared, muy por encima de la superficie actual del Mediterráneo, las líneas de erosion trazadas anteriormente por el mar; é igualmente se ven varias de esas «ollas de gigantes» abiertas por las olas cuando hacen girar las moles de piedra.

Dirigiéndose hácia el norte del caserío de pescadores, los atrevidos viandantes que no temen caminar penosamente á través de las rocas puntiagudas y escalar los enormes restos caidos de lo alto del declive, llegan muy pronto al frente de una magnífica gruta que se abre como un pórtico en la base de un muro casi perpendicular. Esta caverna, en la que se precipitan las olas, y de la cual parecen escaparse incesantemente mugidos y sollozos, producidos por la expulsion del aire aprisionado, se asemeja, al menos por la formacion, á la famosa gruta basáltica de Fingal, en la isla de Staffa.

A cada lado de la abertura, las masas de lava están dispuestas en columnas irregulares de cuatro á cinco metros de elevacion, las unas completamente verticales, y las otras doblegadas hácia el centro bajo el peso de las rocas que se apoyan en ellas. Sobre esta columnata inferior se sostiene una segunda serie de prismas, cuyas pechinas, semejantes á las de una bóveda gótica, constituyen el techo de la caverna. A mayor altura aun, las rocas, mucho mas compactas, afectan vagamente la forma de gigantescos pilares: es evidente que la presion de los enormes bancos de lava que se hallan mas arriba no ha bastado para comunicar al todo una estructura columnar.

Cerca de Aci-Reale se ven otros grupos de columnas basálticas: son las célebres islas de los Cíclopes, que Polifemo arrojó, segun dicen, sobre Ulises y sus compañeros de viaje. Estas islas, llamadas tambien Faraglioni, están situadas á varios centenares de metros de la orilla que costea en este punto el camino de Catania.

El mas notable de estos islotes negruzcos es una especie de pirámide, de sesenta metros de elevacion, erizada de esquilones formados por los grupos de prismas que rodean una columna central: diríase que es el enorme coronamiento de una pagoda india. Al lado se destaca otro obelisco del mismo aspecto pero mas pequeño.

El paisaje que las islas de los Cíclopes forman con el promontorio y la antigua torre de Aci-Castello, es uno de los sitios de Sicilia que mejor nos

ha dado á conocer el grabador; pero no uno de los mas bellos. En aquella parte del litoral faltan completamente los árboles; las casas de los pueblos ribereños tienen un aspecto sórdido; una nube de polvo se eleva casi incesantemente sobre el camino; y las altas escarpaduras pedregosas del contorno de la bahía impiden á la mirada elevarse hácia los verdosos campos que circuyen la base del Etna.

Y sin embargo, si hemos de creer la leyenda, allí es donde estuvo en otro tiempo el valle mas encantador de Sicilia. En la parte mas baja del camino brota, debajo de un monton de rocas, una pequeña fuente, cuyas aguas van á perderse en parte en un prado pantanoso, mientras que las otras llenan el inmundo abrevadero del patio de un establo: aquello es el rio Acis, adorado en otro tiempo por las ninfas. Grandes árboles bañan sus raíces en las puras ondas; los rebaños diseminados en las praderas pastan las yerbas sabrosas; y el gigante Polifemo, sentado sobre una roca, pasea lentamente sobre sus corderos y las aguas la mirada de su ancha frente. ¿Quién era pues para los helenos que abordaban á las costas de Sicilia ese gran cíclope que Homero nos ha pintado? ¿No seria el mismo gigantesco Etna, cuyo cráter brilla durante las erupciones como un ojo inmenso abierto en la cima de la montaña? Cuando el monstruo de «numerosas voces» arroja las lavas de sus flancos, absorbe los arroyos bajo montones de piedras, como lo hizo en otro tiempo con el Acis; cuando agita su enorme masa, hace caer desde lo alto de los declives moles de roca que se convierten en islotes y en escollos, como los Faraglioni; y en sus accesos de cólera aplasta y devora por miles los huéspedes extranjeros que han ido á pedirle hospitalidad, y que se alimentan de la carne de sus rebaños. Tiene un aspecto formidable; mas á pesar de esto, el sabio Ulises le desafia hasta en su antro; durante el sueño del cíclope, el héroe, tipo del impasible labrador, no teme robarle sus riquezas; y despues, cuando el monstruo despierta, la presa que busca sabe escapar de su ciego furor.

VII

EL MONTE ETNA

De Aci-Reale á Nicolosi.—Los Monti-Rossi y la erupcion de 1669.—La ascension al Etna.—El valle del Bove.—El panorama de Sicilia y la vista del cráter.—Descenso hácia Aderno —El puente y las cascadas de Simeto.—Bronte y la posada del Lobo.—Un paisaje del centro de Europa.—La meseta de Donnevita.—La erupcion del Monte Frumento.—Los grandes castaños del Etna.—La erupcion de 1852.—De Zaffarana á Catania.

En vez de hacer un gran rodeo por Catania, érame fácil llegar directamente al Etna saliendo de Aci-Reale. El camino que desde esta última ciudad sube hácia Nicolosi es mas rico en magníficos puntos de vista que el de ascension seguido por todos los expedicionarios extranjeros. Al oeste de Aci-Reale, cuando se pasa de un contrafuerte á otro cual si se franquease una escalera, no se deja de tener á la vista el inmenso jardin que ciñe la base de la montaña, y la azulada extension del mar Jónico, que el espeso follaje de los árboles de la llanura parece recortar en golfos de vagos contornos.

En la cima de cada altura, y en los huecos de cada vallecito, se ven varios pueblos, mucho mas ricos que la mayor parte de las ciudades de los demás distritos de Sicilia; en medio de la verdura hay casas de recreo, iglesias y cúpulas; y por todas partes se reconocen los indicios de la gran riqueza territorial del país.

Dejando en la posada de Aci-Reale todo mi equipaje inútil, me ceñí el morral á la espalda, y alegre como un estudiante aleman, comencé mi viaje pedestre, renunciando á la molestia de llevar un guia, triste compañero que rara vez participa de las impresiones de aquel á quien conduce. Cierto es no obstante que al viajar así como un hombre libre, me exponia á un exceso de curiosidad por parte de los gendarmes. En este país, como en todos aquellos cuya poblacion estaba avasallada aun hace poco tiempo, los viajes pedestres no son bien mirados. Por otra parte, iba solo, y los sicilianos, pueblo eminentemente sociable, no podian comprender que un hombre tuviera la extravagancia de ir á pasear sin compañero á quinientas leguas de su domicilio. Hé aquí porqué hube de enseñar mis papeles mas de una vez, para justificar mi identidad.

Sobre el bonito pueblo de Via Grande elévase el cono de erupcion mas próximo al mar, á la vez que uno de los mas lejanos del cráter central del Etna; en la base de este montecillo, de flancos rojos y negros cubiertos de viñas, es donde comienza la verdadera ascension á la montaña, cuya cima se destaca al noroeste, á diez y ocho kilómetros de distancia linear. Mas allá de una antigua corriente de lava revestida de olivos, el aspecto de la campiña cambia bruscamente: ya no ve el viajero á su alrededor un mar de verdor, y sí solo algunas cepas y campos de cereales dominados por muros de escorias rojizas: entonces se ha llegado á la region del fuego.

Despues de escalar sucesivamente algunos *cheires* de lava, se ven junto al camino algunas casas bajas que parecen haber sido construidas con escorias de hierro, y que desde léjos se confunden por su aspecto con los terrenos inmedia-

tos. Estas casas constituyen un barrio del gran pueblo de Nicolosi, que se extiende sobre el espacio de mas de un kilómetro entre dos corrientes de lava en el centro de una especie de circo dominado al oeste y al norte por conos de erupcion, el Monpilieri, los Monti-Rossi y la Serra-Pizzuta. Al ver estas viviendas negruzcas rodeadas de piedras, creeríase estar en un miserable caserío y no en un gran pueblo de tres mil habitantes.

Nicolosi no tiene menos de seis iglesias, sin contar diversos oratorios y el gran convento de San Nicolo d'Arena, que ha llegado á ser la casa de recreo de los benedictinos de Catania. Asegúrase que durante una parte del siglo último se instalaron los bandidos en las salas del monasterio. Los escasos visitantes del Etna no podian franquear entonces la montaña sin entenderse con los bandoleros.

En nuestros dias, los expedicionarios no deben temer ser explotados en Nicolosi mas que por los mendigos, los guias y los posaderos; pero no es cosa de quejarse, porque el hecho mismo prueba que esta parte tan curiosa de las regiones del Etna es muy á menudo un punto de peregrinacion científica para algunos europeos del norte.

El pueblo tiene dos posadas, que difieren singularmente de las del resto de Sicilia por su aseo relativo y la comodidad que se disfruta. En una de ellas hay hasta un mapa expresivo de las erupciones del Etna, por Gemellaro, y algunos buenos libros de vulcanología y geografía local, que se ponen á disposicion de los viajeros.

En cuanto al registro donde se inscriben los nombres de los sabios mas ilustres y de otros viajeros, el patron se apresura á presentarle con aire de triunfo, ignorando sin duda que este libro no contiene solo elogios á su persona y su cocina, sino tambien quejas muy fundadas sobre su rapacidad. Como quiera que sea, el exámen de este registro, considerado bajo el punto de vista estadístico, revela el interesante hecho de que mas de la mitad de los visitantes de Nicolosi son ingleses; los alemanes y franceses figuran en número casi igual; despues vienen los rusos y holandeses; y por último, los italianos del continente, muy raros, contándose apenas dos ó tres sicilianos que por amor á la ciencia y á los viajes quisieron franquear las pendientes inferiores de su volcan.

La mayor parte de los extranjeros se limitan á escalar una de las dos montañas gemelas que se elevan al norte del pueblo, designadas con el nombre de Monti-Rossi, á causa del aspecto rojizo de sus escorias. Esas masas de cenizas, de mas de doscientos metros de altura, han sido expelidas de los flancos del Etna cuando la célebre erupcion de 1669; y de su base corrió hácia Catania el terrible rio de lava que destruyó catorce ciudades y pueblos habitados por veinticinco mil almas. Al brotar la enorme corriente, ensanchóse en un espacio de varios kilómetros, y bajando con majestuosa lentitud, sumergió los campos y las casas bajo sus olas de fuego. El cono cubierto de bosque del Monpilieri, que se eleva al sur de los Monti-Rossi, quedó á su vez cercado como una isla por aquel mar incandescente; y sus rocas, en parte fundidas ó aplastadas bajo el peso de las lavas que se acumularon, hubieron de abrir paso á la masa líquida. Despues de trasponer aquella colina, la corriente se dividió en tres brazos principales, uno de los cuales, trazando una curva al sudoeste, avanzó sobre Catania, y despues de rasar una parte de la ciudad, arrojó en el mar un promontorio de cerca de un kilómetro, en el sitio donde estaba el antiguo puerto.

En menos de dos meses salió del seno de la montaña una masa de mil millones de metros cúbicos de lavas, para extenderse como un horrible desierto por campos de admirable fertilidad. Si se franquea uno de los dos Monti-Rossi, aun se puede hoy seguir con la mirada, en todo su trayecto, el rio de piedra que se extendió por la llanura, á pesar de que el verde de los cultivos invade acá y allá las orillas de la gran corriente.

En cuanto al cráter que se abre entre los dos montecillos, y que durante la erupcion vomitó una prodigiosa masa de cenizas en todo el país, se ha trasformado hoy en un vallecito cuyas pendientes, graciosamente onduladas, contienen un bosquecillo.

Muy poco antes del terrible cataclismo, el flanco del Etna se abrió en una longitud de cerca de noventa kilómetros, desde la meseta superior de la montaña hasta debajo de Nicolosi: esa grieta se ha colmado en casi toda su extension; pero aun se ven unos quince agujeros mas ó menos profundos, dispuestos en línea sobre la pendiente del volcan, y que son evidentemente los restos de la gran grieta de 1669. El mas importante, denominado *fossa della Palomba*, no dista mucho de la base septentrional de los Monti-Rossi: es un embudo de unos veinte metros de profundidad, que se comunica por un estrecho pasadizo con una especie de pozo, en cuyo fondo se abre una galería, la cual se prolonga de un corredor en otro á una distancia de varios centenares de metros.

Acompañado de un muchacho de Nicolosi, bajé al primer pozo; pero una vez allí, no me ha-

lagó la idea de prolongar mi viaje de exploracion por las entrañas del volcan. Escapando de la fria humedad que se filtraba á través de las paredes de lava, volví á subir muy contento hácia la luz del sol.

Durante la noche siguiente debia comenzar mi ascension al Etna; pero el individuo que se ofreció primeramente como guia no me agradaba de ningun modo; y por otra parte, el peso de mi equipaje y de las provisiones indispensables me impedian intentar la aventura. Estábamos entonces á principios de la primavera, estacion durante la cual los habitantes de Nicolosi no parecen inclinados á escalar la montaña, á causa



Plano de la cumbre del Etna

del frio que reina en las regiones superiores, y sobre todo por las largas pendientes de nieve que es preciso franquear á pié. Casi todas las ascensiones á la montaña se emprenden en verano, cuando los viajeros y guias pueden ir á caballo hasta la misma base del gran cono, á celebrar un alegre banquete en la «casa de los ingleses,» desembarazada ya de nieves; y despues de haber dormido á sus anchas, admirar la salida del sol desde los bordes del cráter. Sin embargo, á los verdaderos amantes de la naturaleza les debe parecer la montaña tanto mas hermosa cuanto mayor es la fatiga que sufren caminando sobre las nieves, con las cuales forma un magnífico contraste el hermoso verdor de la extensa llanura.

Sin saber qué partido tomar, dirigíme al señor Giuseppe Gemellaro, hermano del célebre geólogo de Catania, y por su parte sabio mineralogista. Desde hace cuarenta años no ha dejado de estudiar afanosamente su querida montaña, y sin duda le hubieran reverenciado dos mil años há como uno de los genios del Etna. G. Gemellaro me dió gracias por haber ido á pedirle consejo, y despues de enseñarme su notable museo de lavas y otros productos volcánicos, envió á

buscar al guia mas inteligente y seguro de Nicolosi. Era un hombre de cabello gris, y que cojeaba de la pierna derecha; mas no era por eso menos buen andarin, segun pude reconocer al dia siguiente.

Era ya entrada la noche cuando salimos de Nicolosi: apenas veia á mi compañero, y guiábame sobre todo por el ruido de las escorias que resonaban bajo sus piés. Muy pronto penetramos en la region que por costumbre llaman del bosque, aunque solo se ven en ella, á grandes intervalos, algunas encinas de troncos enormes, casi enteramente desmochadas. En esta vertiente del Etna no hay ya bosque; los desiertos de la region suceden inmediatamente á los cultivos del contorno de la montaña. Durante el verano no se ven allí mas que los declives formados por las escorias y las cenizas; y en invierno y verano, interminables superficies de nieve rodean acá y allá los negruzcos islotes de lavas escarpadas. Por lo demás, la pendiente es muy fácil de franquear: no cabe duda que si el Etna se encontrase en Suiza se habria abierto ya un camino de carretera para subir á la cima del volcan.

El sol acababa de salir cuando llegamos á la meseta suavemente inclinada que llaman *Piano del lago*, en recuerdo de una laguna de nieve derretida, colmada por las lavas á principio del siglo XVII. Los rayos de luz se deslizaban oblícuamente sobre la blanca superficie, haciendo brillar innumerables diamantes; frente á nosotros veíamos elevarse la gran cúpula, surcada acá y allá de avalanchas de color gris, en las cuales se mezclaban las cenizas con la nieve; de su boca enorme exhalábase una columna de vapores, rodeada en la base por una guirnalda de humo trasparente, y que retorciéndose en grandes volutas de contornos dorados, elevábase hácia las nubes trazando caprichosos giros. El volcan estaba silencioso, pero aquella calma misma comunicaba mayor majestad al torbellino de vapores.

Adelantéme con emocion, tembloroso y contento á la vez, como un profano á quien se revela un misterio: aquel era el gigante de Sicilia, en el cual pensaba contínuamente desde mi infancia; contemplaba al fin aquella montaña que los antiguos, poseidos de admiracion, consideraron en otro tiempo como la «llave de la tierra» y el «pilar del cielo.»

En la extremidad oriental del Piano del Lago, una larga arista indica el reborde del precipicio denominado Valle del Bove. Para que pudiese ver aquel abismo, una de las maravillas del Etna, mi guia me hizo oblicuar á la derecha y dar vuelta por el norte á la base de la Montagnuola, gran cono de erupcion, que desde Catania se tomaria por una de las cimas del volcan. Acerquéme con una especie de horror al espantoso abismo; y muy pronto ví la vasta extension de lavas extenderse á mas de mil metros de profundidad, semejante á un fragmento de otro planeta. Alrededor de nosotros estaba la zona polar con sus nieves y sus hielos; y en la parte inferior del circo, debajo de los declives de avalanchas caidas de la meseta, veíase la region del fuego con sus cráteres de cenizas, sus corrientes de materias fundidas y sus masas de escorias.

Desde lo alto de las escarpaduras, la mirada penetra hasta las entrañas mismas de la montaña, y fácilmente se puede estudiar la arquitectura del volcan entero siguiendo con la vista, en las paredes del anfiteatro, las capas sobrepuestas de las lavas y los muros de traquita ó de basalto inyectados en las grietas.

En otro tiempo, una parte de este abismo, el Trifoglietto, fué una de las bocas del Etna, y comunicábase directamente con el mar subterráneo de las materias fundidas; pero en una época inmemorial quedó obstruida la chimenea de erupcion; y el cráter interceptado se agrietó gradualmente por las aguas de nieve, acabando por llegar á ser, durante el trascurso de los siglos, el enorme circo irregular del valle del Bove.

Con la mirada siempre fija en el abismo que se abria á mi lado, continué mi ascension hácia el cono terminal del Etna. Pasé por delante de los restos de una construccion romana, conocidos con el nombre de la Torre del Filósofo, sin fijar en ellos la atencion, y dejé á la izquierda la prominencia designada con el título de «Casa de los ingleses.» Solo se veia sobre la nieve el tejado de este edificio hospitalario, que durante los meses de invierno queda sepultado completamente. Sin embargo, mediante ciertas precauciones adoptadas por los esquimales, se podria vivir allí en todas estaciones. M. Gemellaro propuso construir un observatorio meteorológico, destinado al doble estudio de los volcanes y las corrientes aéreas. Esa casa, situada en el centro mismo de la cuenca del Mediterráneo, á cerca de tres mil metros de altura, y muy por encima de la region de las nieves inferiores, en una elevacion donde se cruzan y chocan las corrientes atmosféricas que llegan sin obstáculo del polo y de la zona ecuatorial, seria una admirable estacion para los sabios. Verdad es que los terremotos ó las lluvias de piedras podrian interrumpir á veces las investigaciones, y molestar á los observadores. En 1863, unas grandes moles lanzadas por el gran cráter hundieron la casa, y

M. Gemellaro debió reconstruirla nuevamente.

El cono central tiene cerca de trescientos metros de altura, y sus flancos, formados de restos que se deslizan por su propio peso, son mucho mas difíciles de franquear que lo demás de la montaña, aunque no tanto como generalmente se supone. Cuando efectué mi ascension, no presentaban en su vertiente meridional sino algunas fumarolas; pero la temperatura de los gases contenidos en el interior del cráter habia bastado para derretir la capa de nieve en casi todo el contorno del cono: la atmósfera estaba impregnada de un olor ligeramente sulfuroso.

Habíase apoderado de mí una singular soñolencia, y á pesar de la emocion que experimentaba al acercarme á la cima, á cada paso me acosaba el deseo de tenderme sobre un lecho de escorias para dormir un poco. Bien fuese porque la noche anterior, empleada en el camino, hubiese fatigado mis ojos, ó porque la disminucion considerable de la presion atmosférica produjera en mis órganos un efecto particular, lo cierto es que debia luchar enérgicamente contra mí mismo para no dormirme al franquear el declive.

Por último, llegué al borde del cráter, y entonces se desvaneció completamente mi pesado sueño (1).

«Los viajeros elogian á porfía en sus relatos el incomparable panorama que se contempla desde lo alto de este observatorio de tres mil trescientos metros. Seria en efecto muy difícil soñar un espectáculo superior en belleza al que ofrecen los tres mares de Jonia, de Africa y de Cerdeña, que rodean con sus aguas, mas azules que el cielo, la gran mole triangular de las montañas de Sicilia, cubierta de ciudades y fortalezas, las altas penínsulas de la Calabria y los volcanes diseminados del Eolia, hijo del Etna, al que las fuerzas que obran en el seno de la tierra han hecho surgir lentamente del fondo del Mediterráneo.

»La poderosa masa del volcan, cuyo diámetro no tiene menos de quince leguas, se extiende debajo del cráter terminal con sus zonas concéntricas de nieves, de escorias, de verdura, de pueblos y ciudades. Todos los detalles de la inmensa arquitectura se revelan á la vez; distínguense los contrafuertes y los abismos, las corrientes de lava y los montecillos de erupcion, semejantes á grandes hormigueros. Segun las diversas horas del dia, se ve la sombra gigantesca del Etna, que acompañada como por un ejército de las que producen las otras montañas, disminuye lentamente ó se prolonga poco á poco para proyectarse á lo léjos en las llanuras y en el mar. Las nubes que flotan en el espacio sobre la cima del volcan modifican incesantemente el aspecto del inmenso cuadro: las unas se esparcen en las cimas inferiores, desarrollándose como trasparentes chales; las otras se acumulan cual pesados bancos, y así ocultan un grupo de montañas como una region del mar; algunas veces remontan las pendientes del Etna en forma de niebla, y despues de limitar la extension que abarca la vista, reduciéndola á un horizonte de algunos centenares de metros, desvanécense para descubrir de nuevo el espacio ilimitado.

»Por lo demás, nada tan fácil como presenciar esta repentina transicion, aunque la atmósfera esté perfectamente clara. Colocándose en medio de las espesas fumarolas que humean por lo regular en una de las puntas del cono, se está durante algunos instantes como perdido en el humo de un horno; despues, si una ráfaga de viento desvanece los vapores, se vuelven á ver como por magia los flancos del Etna, las graciosas costas de Sicilia, y el mar, tan próximo al parecer, que se creeria suficiente un salto para sumergirse en él.»

Por mucha que fuese la magnificencia de este conjunto, que comprendia un espacio de mas de doscientos kilómetros de radio, no podia menos de fijar preferentemente la mirada en el agujero negro que veia humear á unos cuarenta metros mas abajo, en el fondo del cráter. Este pozo tiene cuando mas una docena de metros de anchura; pero bastábame saber que sus paredes perpendiculares bajan á profundidades desconocidas, hasta el abismo subterráneo de las lavas; y por lo mismo no podia menos de contemplarle con una admiracion mezclada de espanto. Casi trasparentes al salir de la profundidad, por efecto de la elevada temperatura que las penetraba, las ráfagas de vapor se condensaban rápidamente en el aire frio, y desarrollándose en el cráter como espesos torbellinos, adquirian al momento las proporciones de una nube considerable. Esta subia en forma de columna por la tranquila atmósfera hasta una altura que desde abajo evalué en 2,000 metros; y despues, al llegar á una zona donde pasaba una corriente dirigida hácia el sur, encorvábase del modo mas gracioso, desplegándose como un inmenso chal en toda la redondez del cielo para ir á confundirse con las brumas que pasaban á lo léjos sobre el mar de Africa. Y esta inmensa nube, que se desarrollaba en el espacio como una arcada

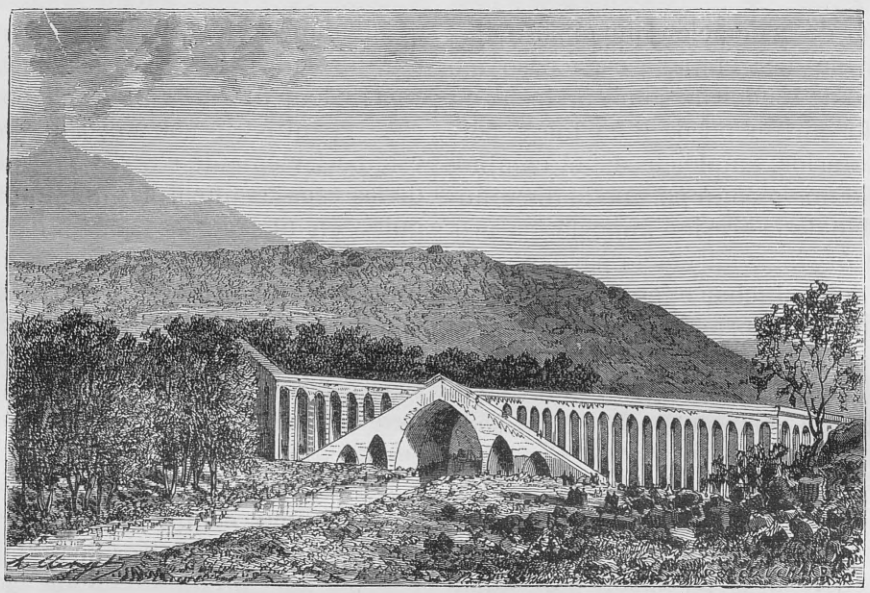
(1) Séame permitido reproducir aquí una página tomada de un estudio científico sobre el monte Etna, que publiqué hace cerca de un año en la *Revista de ambos mundos*.

entre dos continentes, la veia casi debajo de mis piés lanzarse de la tierra, oia el soplo cavernoso, comparable con la respiracion de un mónstruo; y distinguia á veces un resplandor rojizo procedente de la reverberacion de las lavas hirvientes en las profundidades.

Necesité mas de hora y media para dar la vuelta al cráter, que sin embargo no tiene apenas un kilómetro de circunferencia, siendo mucho mas pequeño que el de la isla eolia de Volcano; pero no me cansaba de contemplar aquel abismo y el asombroso contraste que ofrecian las escarpadas paredes del cráter, rayadas de rojo y amarillo de oro, con las verdes llanuras que se extendian alrededor de la montaña.

Por lo demás, ningun peligro ofrecia esta exploracion: el paso mas difícil de franquear era la punta septentrional, donde numerosas fumarolas de elevada temperatura habian fracturado el suelo, reduciendo las escorias á una especie de barro líquido y pegajoso.

El aspecto del terreno nos advertia que era preciso pensar en una pronta retirada: seguido de mi compañero cojo, bajé corriendo por la



Puente de Arragona —De una fotografía

eminencia suprema del volcan; pero en la base de este cono disminuyó nuestra ligereza, porque los piés se hundian en la nieve reblandecida por los rayos solares. Sobre la casa de los Ingleses nos sorprendió la niebla, y debí colocarme modestamente detrás del guia, al que habia recomendado me condujera á una de las ciudades que hay al pié de las montañas, por el lado de occidente. Cuando salimos al fin de la nube que se arrastraba sobre las pendientes, habíamos pasado ya de los campos de nieve y atravesábamos oblicuamente bancos de escorias y lechos de arena negra, donde se perdian gota á gota los hielos líquidos procedentes de las neveras superiores.

El valle del Simeto, que habia contemplado desde lo alto del Etna, aparecióseme mucho mas completo; distinguia con la mayor precision todas las ciudades, los caseríos y las casas aisladas. El rio, perfectamente inmóvil al parecer, desarrollaba sus azulados anillos alrededor de las penínsulas de la llanura; á la izquierda veia perfilarse los magníficos conos de erupcion, en parte cubiertos de bosque, el Minardo y el Peluso, que se elevan á media altura sobre los flancos del Etna, interrumpiendo vigorosamente con sus atrevidas líneas la uniforme pendiente de la montaña. Por desgracia los leñadores trabajan ahora en esta vertiente del monte, y dentro de algunos años, los declives que miran á occidente se hallarán tan pelados como lo están hoy los meridionales.

Deseaba seguir el sendero que baja directamente á la ciudad de Aderno; pero el guia tenia tal vez sus razones para hacerme tomar otra via; y así es que me hizo llegar al gran camino por una parte que estaba cinco ó seis kilómetros demasiado al sur.

No necesitando ya á mi compañero, despedíle, y mientras él iba á descansar en alguna granja, continué mi marcha hácia la importante ciudad de Aderno.

Una de las primeras casas era el albergue que yo buscaba; mas apenas me hube instalado, cuando la trompeta de la Fama anunciaba ya en todas las encrucijadas la llegada de un «continental,» que llevaba un libro debajo del brazo y un morral á la espalda. Muy pronto ví mi habitacion invadida por los carabineros; se me intima á enseñar mis papeles; se me somete á diversos interrogatorios; y despues, como me rebelo contra la demasiada indiscrecion de aquellos señores, se me constituye prisionero, mientras los notables de Aderno se reunen á fin de resolver sobre mi suerte.



Arboles sepultados momentáneamente debajo de la lava.—De una fotografía

Por último, despues de contar el número de ducados que llevo en la cartera, examinándose cuidadosamente todas mis cartas, quedó debidamente establecido que yo era un hombre honrado, y concedióseme autorizacion para comer y dormir como los otros mortales.

Desgraciadamente, no pude aprovecharme apenas de tan bondadoso permiso, pues mi sueño fué interrumpido muchas veces por las pulgas y otros insectos. Preguntéme con frecuencia si no habria pasado la noche mas cómodamente en la antigua torre de la prision, pintoresco edificio normando que ví la noche anterior á los rayos de la luna.

Al dia siguiente continué mi viaje al rededor del Etna; pero en vez de seguir el gran camino que se desarrolla sobre las pendientes de la montaña, á varios centenares de metros de elevacion sobre el Simeto, bajé al valle, á fin de ver

los desfiladeros que el rio habia abierto á través de las corrientes de lavas modernas.

Siguiendo un bonito sendero que remonta el valle, halléme muy pronto delante de uno de los mas grandes monumentos de Sicilia: era un puente-acueducto, que mereceria ser llamado *il ponte* por excelencia con mas justo título que la pretenciosa construccion de San Leonardo. Hace mas de un siglo que el acueducto franqueaba todo el valle, apoyado en gigantescas arcadas de uniforme altura; mas no pudo resistir á las intemperies y á los terremotos. El príncipe que poseia todas las llanuras inmediatas, mandó entonces reconstruirle en forma de sifon. El agua recogida en la base del Etna baja de la escarpadura oriental del valle por una pendiente muy rápida, corre sobre el rio por un acueducto horizontal de unos treinta arcos, y remonta por su propio impulso á la vertiente opuesta. A esta gran construccion está unido un puente de forma piramidal, como todos los antiguos que hay en Sicilia.

Mas allá de este acueducto, llamado *ponte de Carcacci* ó de *Aragona*, los bancos de lava que forman las dos vertientes del valle se aproximan gradualmente, y las aguas del Simeto se comprimen cada vez mas en el estrecho paso abierto por ellas mismas. Sin embargo, aun no han terminado su obra de erosion, puesto que en dos puntos forman cascadas, espectáculo bien raro en Sicilia. En su caida inferior, el rio se divide en varios hilos líquidos que proceden de una gran altura; pero tan estrechos, que segun dicen, la pulga podria franquearlos de un salto; y de aquí se deriva el nombre de *Salto del Pulicello*. Mas arriba, á cierta distancia de un antiguo puente muy pintoresco, el torrente, contenido en 1610 por una corriente de lava que bajó del Etna, abrió una cortadura, en cuyo fondo se ve el agua caer de cascada en cascada. Este es el *Salto del Pecoraro* ó Salto del Pastor, así llamado, segun la tradicion, porque un pastor, para ver mas pronto á su amada, tenia la costumbre de brincar de una orilla á otra. Por lo demás, esta proeza no me pareció de las mas notables, y yo hubiera tratado de franquear el torrente del mismo modo á no ser por el temor de resbalar sobre las rocas pulimentadas.

Desde el Salto del Pecoraro á la ciudad de Bronte es preciso atravesar un desierto de lavas, antiguas las unas, y las otras modernas; pero casi todas rebeldes al cultivo: apenas se ven, aun en las corrientes cuya superficie está ya gastada por las intemperies, sino algunos líquenes amarillentos, matas de yerba y cactus. El aspecto general del paisaje no es menos desolado que el del otro lado del Etna, el del valle del Bove; pero dista mucho de ser tan grandioso, porque no se ve elevarse al rededor del mar sólido de las escorias los muros de un inmenso anfiteatro; y hasta la cima humeante del volcan queda casi en todas partes oculta á la vista por estribaciones, grandes declives de cenizas, y un caos de restos acumulados. Todas estas corrientes de lava negra ó rojiza que se suceden sobre las vertientes de la montaña como otros tantos muros paralelos, comunican á la naturaleza que les rodea un formidable aspecto de tristeza y solemnidad.

Bronte, á donde se llega al fin despues de una marcha de las mas fatigosas á través de las escorias, conserva aun á justo título el nombre de un cíclope, hijo de los Titanes, que forjaba el rayo. De las escarpaduras de lava se ven suspendidos en todas partes, sobre las casas, numerosos conos de erupcion; y en la vertiente del Etna se ve una larga depresion semejante á un lecho preparado de antemano para la inundacion de las materias fundidas que se verterá en Bronte.

A pesar de la amenaza que el volcan hace pesar contínuamente sobre la ciudad, esta no deja de tener gran importancia; hay en ella un gran colegio, iglesias con cúpulas, y depósitos donde se almacenan excelentes vinos, que se entregan despues al comercio inglés, con el nombre de Marsala.

Sin embargo, preciso es decirlo, Bronte no puede ofrecer sino muy tristes albergues á los viajeros. Vacilando entre dos posadas igualmente sucias, acabé por entrar en la *Locanda del Lobo*, atraido por el siguiente dístico pintado en la muestra:

«Ospite, non temer di lupo il tetto;
Trovi senza periglio agio e ricetto (1)».

Desgraciadamente reconocí demasiado tarde que estos versos eran una ironía atroz; fuí tratado como un cordero en toda la extension de la palabra.

La llanura que se extiende debajo de Bronte constituye con los valles vecinos un gran feudo, que Fernando de Nápoles confirió á Nelson, en agradecimiento de haberle ayudado este en la matanza contra su pueblo. El camino que contornea el Etna elévase por una rápida pendiente sobre estos cultivos, y gana muy pronto las regiones alpestres, donde ya no se ven ni olivos ni viñas, y sí solo campos de trigo y árboles de

(1) «Extranjero, no temas el techo del lobo; — aqui encontraras sin peligro comodidad y buena acogida.»

vegetacion forestal. La garganta por donde se da vuelta al ángulo noroeste del Etna no tiene menos de mil metros de altura: desde este punto, la gran montaña se parece cuando mas á ciertas cimas de la Europa central; y si no hubiese visto en la cúspide del cono terminal la columna ondulante de vapor, habria creido que aquellos graciosos valles cubiertos de encinas y de castaños, y aquellas estribaciones redondeadas, donde la blancura de las nieves se armoniza con la verdura de los pinos, eran las de algun monte de los Alpes ó de los Pirineos.

La ciudad de Randazzo, cuyos altos muros y fuertes guardaban en la Edad media estos declives del Etna, parece igualmente haber sido trasportada de algun país del Norte al suelo de Sicilia. El aspecto es sombrío y severo como en tiempo de los reyes normandos.

Mi última etapa en el gran camino que contornea el Etna desde Catania á Taormine fué la ciudad de Lingua-grossa. Mi corazon latió mas apresuradamente al entrar, no porque esta localidad contuviese tesoros artísticos, ni porque esperara encontrar allí á un amigo, sino porque en este punto debia franquear las pendientes del volcan, para ir á contemplar el rio de lava y las nubes de cenizas que se escapaban aun del seno de la montaña.

Desde Taormine habia podido distinguir ya el rojo resplandor de la erupcion; y ahora iba á estudiarla de cerca; por la primera vez en mi vida seguiria las orillas de una corriente de lava aun en movimiento; veria la materia incandescente dilatar su costra de escorias y extenderse; presenciaria la tempestad de los vapores y de las cenizas que se escapan silbando de los abismos subterráneos.

Los primeros declives de la montaña, por la parte de Lingua-grossa, no presentan sino corrientes de lavas antiguas y campos de cereales; pero despues de trasponer las mas altas casas se llega á la encantadora meseta de Donnevita, donde el sendero serpentea, tan pronto en las praderas herbáceas como debajo de los grandes pinos y las encinas. Desgraciadamente se encuentran á intervalos las cabañas de tablas donde se albergan los carboneros y leñadores, que trabajan ahora para destruir el bosque y esterilizar así la vertiente septentrional del Etna. Muy pronto, cuando se hayan cortado los árboles, las yerbas mismas serán arrastradas por las lluvias, se abrirán profundos barrancos sobre las pendientes, y el país ofrecerá el aspecto de un desierto.

Cuando yo pasé, los especuladores que se impusieron la tarea de despojar al Etna de sus bosques seculares habian dado principio á su obra deplorable hacia poco; los árboles de gran ramaje se conservaban en pié, y las aves, no desposeidas aun por el hacha, cantaban entre el follaje alegremente. Cuando los primeros albores de la aurora penetraron á través de la espesura, despertóse todo aquel mundo alado; y como si el bosque no estuviera condenado á desaparecer muy pronto, un armonioso concierto saludó la llegada del dia.

Frecuentes detonaciones anunciaban ya que me acercaba al teatro de la erupcion. De repente, al dar vuelta á un recodo del sendero, ví una corriente de lavas negras y humeantes aun, que limitaba el bosque como la ruina de una enorme muralla; era un brazo de rio de materias fundidas vomitadas por el Etna. Las enormes escorias, retorcidas y dislocadas por la accion interior de las lavas, elevábanse unas sobre otras en montones de diez y quince metros de altura; y en la superficie de la corriente que las habia arrastrado, veíanse troncos de árbol, medio carbonizados unos, y los otros provistos todavía de su ramaje; en las orillas elevábanse aislados ó por grupos algunos pinos que parecian no haber sufrido por la proximidad de las materias en fusion, y aun se balanceaba su follaje sobre montones de piedras humeantes; y algunos otros árboles, rodeados de lava, conservaban todavía cierto aspecto de vida, á pesar del rio de fuego que pasaba sobre sus raíces. Una pequeña colina con un bosquecillo de pinos en sus declives, dominaba como una isla aquel mar que le habia circuido con sus olas incandescentes. La lava estaba caliente aun en la superficie; pero no me costó mucho trasladarme á la colina insular, pasando sobre las escorias solidificadas como sobre los témpanos de hielo de un rio.

Al remontar muy despacio por la orilla de la corriente llegué al pié de una escarpadura de lavas, donde el movimiento de las materias en fusion se producia aun con intensidad. La costra congelada levantábase en diversos sitios, y se rompia despues produciendo un crujido metálico; mientras que la masa deslumbradora del interior salia fuera como el hierro de un hornillo.

No léjos de allí divisé un antiguo cono de erupcion cubierto de bosque, donde segun mi guia, dos *lordi inglesi* se habian instalado algunas semanas antes á fin de tomar vistas fotográficas de la erupcion. Estos *lordi inglesi* eran probablemente M. Fouqué, el sabio químico francés, y su compañero M. Berthier, á quien debemos preciosas fotografías del fenómeno grandioso, reproducidas despues por el grabado.

Al llegar al pié de los antiguos cráteres llamados *Due Monti* ví al fin los montecillos atronadores, que se habian elevado gradualmente á cerca de cien metros de altura sobre la grieta del volcan. Ya he descrito en otro lugar el conjunto de los fenómenos tales como se ofrecieron á mi vista. «El cono de erupcion mas alto no lanza ya escorias ni cenizas; la chimenea del cráter está colmada de restos, y la actividad interior no se revela ahora sino por los vapores sulfurosos ó cargados de ácido clorhídrico que se elevan como humo de los declives del montecillo. El segundo cono, situado en una parte mas baja de la grieta, está todavía en comunicacion directa con el foco de las lavas; pero no truena constantemente; reposa despues de cada esfuerzo, como para tomar aliento. Un estampido semejante al del trueno anuncia la explosion; nubes de vapor de enormes repliegues de color gris ceniza, rayadas por piedras, trazan su parábola precipitándose fuera de la boca del volcan, ennegrecen un instante la atmósfera, dejan caer sus proyectiles en un radio de varios centenares de metros alrededor del montecillo, y descargadas de su peso de restos, inclínanse bajo la presion del viento que pasa, para ir á confundirse despues con las nubes del horizonte.

»En cuanto á los conos inferiores que se elevan inmediatamente sobre la corriente de lavas, no cesan de mugir, lanzando materias fundidas fuera de sus abismos. Los vapores que surgen del pozo hirviente se comprimen y retuercen en el orificio de los cráteres; los unos son rojos ó amarillentos á causa del reflejo de las materias incandescentes, y los otros presentan diversos tintes, producidos por los restos que se proyectan; pero no se puede seguirlos con la mirada, porque llevan demasiada rapidez.

»Del suelo parece escaparse un tumulto de sonidos estridentes; es un rumor semejante al que pudieran producir las sierras, numerosos silbidos, é innumerables martillos descargados sobre el yunque; creeríase que era el mugido de las olas estrellándose contra las rocas en un dia de tempestad, si no resonasen de vez en cuando explosiones repentinas, que análogas al trueno, contribuyen á que sea mas imponente aquel choque de los elementos. Se experimenta pavor, como ante un sér viviente, al ver ese grupo de colinas que humean, y cuyos conos se agrandan incesantemente con los restos proyectados del interior de la tierra.»

Encontrándome en la base occidental de los conos de restos, no me era difícil franquear los mas altos, porque el viento soplaba con bastante violencia en la direccion del nordeste, replegando por esta parte las nubes de vapores y de cenizas. Sin embargo, era preciso andar ligero, porque el suelo humeante conservaba todavía una elevada temperatura. Comencé, pues, á dar agigantados pasos, y pude formar idea del aspecto general de los montecillos. Sus declives negruzcos estaban solo cubiertos acá y allá de algunas eflorescencias de un amarillo de oro ó un blanco de nieve, que no eran otra cosa sino azufre, muriato de amoniaco y sal marina, depositados por los vapores. Alrededor de estos conos de erupcion, el suelo estaba cubierto de cenizas que el viento habia distribuido en forma de dunas; los árboles mas próximos ofrecian el aspecto de estacas clavadas en la arena; la parte inferior del tronco hallábase sepultada, y la capa completamente destruida; en algunos se habia abrasado la base, é inclinábanse diversamente sobre la llanura de cenizas.

Por la parte del sur, una depresion muy visible, y anchas grietas del suelo en varios sitios de la larga pendiente del Monte Frumento, indicaban la abertura de donde en la noche del 30 al 31 de enero de 1865, se escapó el primer torrente de lava.

Esta inundacion de materias fundidas, cayendo de improviso sobre el bosque, habia arrasado miles de árboles; pero algunos sólidos troncos resistieron, y hasta presentaban, como testimonio de su victoria, pedazos de lava adheridos á la corteza. En el sitio por donde pasó el rio de fuego, M. Fouqué descubrió un pino cuyo tronco tenia por vaina, á diez metros de altura del suelo, una gran escoria que á no dudarlo llevó la corriente salida del Frumento. Un gastrónomo compararia esta piedra con una pierna de carnero ensartada en el asador.

Pasé una gran parte del dia al pié de estos montecillos sin nombre, á los cuales se deberia dar, en buena justicia, el de los sabios que hicieron de ellos un estudio, tales como Fouquét Silvestri, Viotti y Grassi; y despues bajé con lentitud costeando la orilla oriental de la corriente de lava, hasta el borde del precipicio de Cola Vecchia, desde lo alto de la cual habia caido una catarata de piedras y materias incandescentes pocos dias despues de romperse los flancos de la montaña.

No léjos de allí hay una casa-granja, donde mi guia me presentó como huésped. Lo único que perdí durante mi excursion fué mi sombrero, perforado por pequeños restos aun abrasadores, lanzados por las lavas.

El camino que debia recorrer al dia siguiente para ir á visitar el gran *cheire* de Zaffarana, que surgió en 1852 del valle del Bove, pasa á corta



Castaño de la Nave

distancia del famoso castaño de los Cien Caballos. Este árbol gigantesco no es ya lo que era en el siglo último, ni aun se le puede considerar como tal, porque es mas bien un tronco de tres brazos, dos de los cuales, los mayores, están ya completamente corroidos hasta el corazon. Teniendo aun á la vista los grabados que representan el coloso de la vida vegetal, tal como fué en otro tiempo, buscábale con la vista á lo léjos, cuando ya me encontraba en el sitio donde se elevó en otro tiempo la parte central del árbol. Por allí pasa ahora un camino que las aguas de las tempestades profundizan mas cada año á expensas de las raíces. Por su parte, los campesinos trabajan con el mayor afan en la destruccion de los troncos que aun quedan; carbonizan la base encendiendo fuego, y vacian el interior á fuerza de hachazos á fin de formar un asilo mas



Vista de Aci-Castello.—De una fotografía

cómodo para sus ovejas. Otros restos del gran tronco, que existian aun hace quince años, han desaparecido completamente, y á duras penas se distingue el perímetro donde en otro tiempo se elevaban.

En la época de su gloria, el castaño de los Cien Caballos no media menos de sesenta metros de circunferencia: el magnífico castaño de la Nave, que se ve á corta distancia al norte, no tiene sino diez y ocho; pero no está corroido aun por la vejez, y sus enormes ramas van á proyectarse á lo léjos para reunirse con las de otro árbol apenas menos gigantesco. Por lo demás, los que no admiren únicamente los árboles por su enorme distancia ó su mucha edad, encontrarán en esta misma vertiente del Etna miles de castaños y de encinas que son verdaderamente magníficos por sus hermosos troncos, su pura corteza y su noble aspecto. Aunque los manantiales escasean y tienen poca agua, la tierra negra conserva una contínua humedad por las infiltraciones de las nieves; de modo que la madera de los árboles puede llenarse de sávia.

Zaffarana, mi segunda etapa en la vertiente oriental del Etna, es un gran pueblo situado en la extremidad inferior de la corriente de lava que salió en 1852 del valle del Bove, y que, única en la historia contemporánea del volcan, podria compararse con la erupcion del Monte Frumento.

No podia yo menos de explorar, por lo tanto, aquella corriente, sobre todo teniendo en cuenta que así se me ofrecia una ocasion de ver nuevamente el abismo del valle del Bove, que ya habia contemplado desde las nevadas alturas de la montaña. Hasta hice participar de mi celo á un elegante ciudadano catanés que se hallaba en Zaffarana para ventilar no sé qué asunto. El buen hombre nacido á la sombra del Etna habia visto siempre el blanco humo cerniéndose en los aires, y á pesar de esto jamás se le ocurrió la idea de escalar la montaña, ni aun visitar siquiera uno solo de los pequeños conos de erupcion diseminados en los flancos del monte. Censuré su indiferencia; y aquella misma noche en el momento de retirarnos, mi compañero mostrábase muy determinado á cobrar fuerzas para la expedicion del dia siguiente.

En efecto, á la hora convenida estamos ya preparados, y emprendemos la marcha resueltamente. Todo fué bien hasta llegar á la zona de los jardines de Zaffarana; pero mas allá de un circo pedregoso, dominado en una parte por escarpaduras difíciles de franquear, y en la otra por la muralla de escorias de la gran erupcion, observé que mi amigo de Catania comenzaba á dudar de su ánimo. Hacia mucho calor; ni un soplo de aire penetraba en el espacio del pozo donde acabábamos de introducirnos. El aprendiz de viajero hizo no obstante algunas tentativas infructuosas para escalar un primer declive, agarrándose á las matas; pero esta primera tentativa le pareció suficiente, y sobreponiéndose al sentimiento vergonzoso que aun le retenia á mi lado, deseóme toda clase de felicidades y tomó de nuevo el camino de Zaffarana.

La ascension al promontorio que forma la pared meridional del valle del Bove es en efecto muy difícil de subir, pero harto recompensada queda la fatiga cuando se llega á la cima de la escarpadura.

El cono terminal del volcan aparece allí en el apogeo de su gloria, proyectando como dos grandes brazos las paredes del valle del Bove, rayadas alternativamente de negro y blanco por los muros de lava y las avalanchas de nieve. A lo léjos se ve extenderse la vasta llanura de escorias, cuya superficie no mide menos de veinticinco kilómetros cuadrados; del seno de este mar elévanse acá y allá, como islotes de rocas aisladas, los cráteres en cuya base comenzó la erupcion de 1852. Esta gran corriente, que se destaca muy bien sobre las lavas mas antiguas por su semejanza con un rio de hierro, extiéndese primero mucho en el circo, y despues se divide en tres brazos, dos de los cuales van á reunirse mas léjos en las campiñas de Milo y Zaffarana. El brazo meridional cae como una enorme catarata en la pequeña cuenca cerrada del valle de Calanna, donde se ven algunos espacios verdes.

En la region del Etna hay pocos espectáculos mas sorprendentes que esta caida de lavas negruzcas, que se precipitan de una elevacion de ciento cincuenta metros, dominadas por una gran roca situada en medio de la corriente como la del Niágara. La erupcion de 1852, una de las mas considerables que han salido de los flancos del Etna en los tiempos modernos, es tambien una de las que causaron mas destrozos, pues toda su parte inferior cubrió campos de los mejor cultivados en Sicilia. Además de esto varios verjeles y viñedos situados debajo de las lavas mas próximas al sitio de la erupcion, quedaron secos súbitamente, como si el soplo de un incendio hubiera abrasado las hojas. Para explicar este curioso fenómeno, es preciso admitir que algunos arroyuelos del gran rio de lavas se inyectaron á través de las grietas del suelo, llenando alguna cavidad de la montaña por debajo de los verjeles destruidos: privadas las raíces de la humedad necesaria, los árboles debian perecer.

De vuelta á Zaffarana, no tenia mas que costear la base de un hermoso cono de erupcion, rodeado de casas de campo, para llegar al pueblo de Via Grande, donde habia comenzado á dar la vuelta al Etna. Poco despues entraba en Aci-Reale, y al dia siguiente llegué á Catania, despues de ver de nuevo con el mayor gusto las islas de los Cíclopes y el castillo de Aci-Castello (véase el grabado de la pág. 793).

VIII

CATANIA, CENTORBI, AGOSTA, SIRACUSA.

Amabilidad de los cataneses.—Belleza de la ciudad.—La iglesia de San Benedetto.—La catedral y el velo de Santa Agueda.—El rio Amenano.—Comercio de Catania.—Las carretas historiadas.—Centorbi y las minas de azufre.—Vista del Etna.—El cabo de Santa Croce.—Un golfo de Grecia.—Agosta y los presidiarios.—Península de Magnisi.—El promontorio de Panagia.—La isla de Ortigia y sus dos puertos.—El templo de Minerva.—La fuente de Aretusa.—Las Catacumbas.—La Intagliatella y los prisioneros atenienses.—La Oreja de Dionisio.—El altar, el anfiteatro romano y el teatro griego.—La via de las tumbas.—La meseta de Epipolo y el fuerte Eurialo.—La fuente de Ciana.—Mi despedida de Sicilia.

Los cataneses se precian de ser los mas amables de todos los sicilianos; y si debo juzgar por mi propia experiencia, me inclino á creer que tienen razon. Rara vez he visto gente mas servicial y deseosa de complacer, para obtener re-

nombre por tal concepto, y sobre todo por su hospitalidad. En calidad de extranjero fuí recibido en todas partes con la mayor atencion, y todas las puertas se abrieron ante mí.

Apenas me hallaba en Catania hacia veinticuatro horas, cuando varias personas se apresuraron á poner á mi disposicion sus libros y periódicos, y sobre todo su tiempo y su compañía. ¿De dónde viene esa amabilidad proverbial de los habitantes de Catania? Lo ignoro; pero como quiera que sea, los cataneses se muestran orgullosos de su buena reputacion, y hacen todo lo posible por merecerla. Parece que son tambien menos celosos que los palermitanos, pues sus mujeres y sus esposas no temen aventurarse en las calles con la cabeza en parte oculta por una mantilla de seda negra, la cual sujetan por debajo del brazo. Desde léjos, todas las mujeres son hermosas con un traje tan seductor.

Aun bajo el punto de vista de la arquitectura, la ciudad es una de las mas agradables de Sicilia: tiene calles anchas y bien alineadas; las casas, construidas segun el pretencioso estilo del siglo XVII, producen sin embargo bastante buen efecto á causa de sus formas regulares, sus brillantes colores y las largas perspectivas de sus líneas; y magníficos jardines decoran la ciudad.

Cierto que por la parte meridional de Catania se desarrolla como un muro lúgubre la gran corriente de lavas negras ó rojizas de 1669, cuya única vegetacion consiste en cactus espinosos de brillo metálico; pero al oeste y al norte, los bosquecillos de naranjos, los verjeles de árboles frutales, y los jardines de arbustos exóticos de magnífico follaje, constituyen para la ciudad una perfumada faja de verdura.

Por todas partes se elevan sobre el ramaje altas torrecillas revestidas de parietarias y de otras plantas trepadoras: son los castillos rústicos y acuáticos edificados sobre los acueductos, donde corren subterráneamente los arroyos que bajan del Etna. Sin embargo, lo que constituye la gran belleza de Catania no son los bosquecillos ni los jardines, sino la doble cima azulada del volcan, que se ve humear sobre largas pendientes, verdosas en la base y nevadas en las alturas. Desde la gran calle que atraviesa toda la ciudad de Catania entre las murallas del puerto y la plaza Gioenia, situada á tres kilómetros sobre la vertiente de la montaña, contémplase un espectáculo que no tiene igual en Europa: seria preciso ir á los Andes de la América tropical para ver semejante cuadro.

Catania no tiene monumentos que valgan realmente la pena de ser visitados. El antiguo teatro romano, cuyos materiales han servido en gran parte para la construccion de la catedral, no ofrece interés sino para los arqueólogos; el anfiteatro está sepultado casi completamente debajo de las lavas, y se ha de penetrar en él como en una gruta.

En cuanto á las ciento tres iglesias, no hay ninguna que tenga hermoso estilo, como no sea la de Santo Carcere, cuyo pórtico romano es muy notable. Todas las demás, pequeñas capillas adornadas de simples campanarios, así como de vastas naves sobrepuestas de cúpulas, están igualmente sobrecargadas de esculturas que se distinguen por su pesadez y amaneramiento.

La iglesia mas curiosa es sin duda la de San Benedetto, que forma parte de un convento de enormes dimensiones, donde varios empleados del gobierno, así como oficiales y tropa de la guarnicion, se han instalado y confundido con los monjes. La fachada de la iglesia no está concluida aun; pero es tanto mas interesante de ver con sus grandes troncos de columnas sobrepuestas de matas de yerbas y de flores en vez de chapiteles. La nave, la mas grande de toda Sicilia, no tiene menos de ciento sesenta y seis metros de longitud por ochenta de anchura. El poderoso órgano que debe llenar con su voz aquella extension tiene cerca de tres mil tubos. Sobre el pavimento de la inmensa sala casi desnuda, el insigne astrónomo Sartorius, «dinasta» de Waltershausen, y su compañero, el doctor Peters, han trazado una línea meridiana, grabando en letras de mármol sus observaciones relativas á la meteorología y la altitud de Catania, Nicolosi y del Etna.

La catedral, que se eleva á corta distancia del puerto, es un edificio de aspecto menos profano, y sus capillas, pintadas al fresco, están todas llenas de altares, de estatuas, y relicarios. Allí es donde se conserva el famoso velo de Santa Agueda que ha llegado á ser el *palladium* de Catania.

En otro tiempo, la catedral estaba consagrada á la Santa Vírgen; pero cuando ocurrió la terrible erupcion de 1669, que devoró una parte de la ciudad, y mas tarde, en 1693, durante un temblor de tierra, los cataneses, juzgando que Santa Agueda se habia manifestado su mejor patrona, desbautizaron la catedral. En efecto, si hemos de creer al autor del *Mongibello descritto*, don Pedro Carrera, el velo de Santa Agueda ha bastado siempre para poner en fuga al ejército de los cíclopes.

«A la vista de la sagrada bandera, el rápido rio de lava se ha detenido, convirtiéndose en piedra que huellan los piés desnudos, y donde están encerrados los espíritus y monstruos vencidos.

Aquí fué donde el Mongibelo quedó aplastado, donde se apagaron las llamas y triunfó el valeroso estandarte de la amazona celeste. Desde entonces, el Etna, cubierto de baldon, se ha velado bajo una espesa nube, bien para ocultar la vil retirada de los suyos, ó ya para evitar la vista de los gloriosos soldados de Catania.»

No léjos de la catedral brota del suelo una magnífica corriente de agua clara que fué, mucho antes de Santa Agueda, una de las divinidades protectoras de la ciudad: es la antigua Amenanus, que los bajos relieves y las medallas nos representan bajo las facciones de un jóven de cándida expresion, con el cabello circuido de una guirnalda de flores. Cubierto hasta una corta distancia de la desembocadura por las lavas de 1669, el antiguo «rio» reverenciado por los griegos de Catania, se extiende hoy como una trasparente superficie en un estanque de la plaza de la Cúpula; despues corre por debajo de las antiguas murallas y reaparece á la luz para bañar con sus puras ondas las raíces de algunos sauces llorones en la graciosa *Flora* del muelle. Magníficas espesuras, y cisnes que nadan pere-



Vista de Siracusa.—De una fotografía

zosamente entre floridas márgenes; hé aquí todo lo que refleja el Amenano en su curso de un centenar de metros; despues se mezcla con las olas del puerto extendiéndose sobre una ancha playa de guijarros. Otros varios arroyos, semejantes al «rio» Amenano, se hallan aun sepultados bajo las lavas de Catania, y hasta se designa el punto exacto donde los trabajos de excavacion los descubrirán algun dia.

El puerto de Catania dista mucho de responder á las necesidades del comercio local. En efecto, esta ciudad, sin ser tan considerable como Palermo ó Mesina, es sin embargo la cabeza de distrito y el centro de la region mas industriosa y poblada de toda Sicilia. Cerca de medio millon de habitantes, de los cuales se hallan domiciliados unos trescientos mil en los flancos del Etna, reconocen á Catania como su metrópoli, y se comunican por esta ciudad con el mundo exterior.

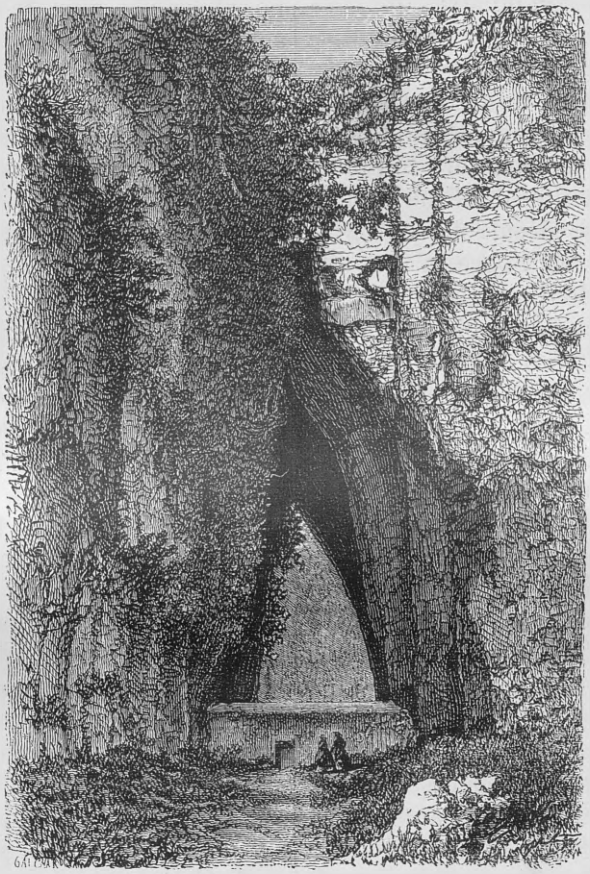
Los productos de los campos inmediatos, vinos, naranjas, trigo y algodon, son todos de excelente calidad, y muy pronto, el saneamiento y cultivo de la gran llanura, hoy pantanosa, que se extiende al sud de Catania, en la desembocadura del Simeto y de la Gurna Lunga, aumentará de una manera considerable la cantidad de esos diversos productos de exportacion.

No se reduce á esto todo: en una época muy próxima, Catania llegará á ser el centro de la red de los caminos de hierro sicilianos; allí se efectuará la union de las vias férreas de Mesina, Palermo y Siracusa; y de consiguiente, allí estará, para toda Sicilia, el centro activo de los viajeros y del tráfico de mercancías.

Actualmente, Catania es ya la ciudad donde los caminos de carretera se reunen en mayor número, y entre ellos uno es el mas importante de la isla entera, puesto que la atraviesa de parte á parte desde el mar Jónico al golfo de Palermo. Cierto que este camino nacional está hoy casi enteramente abandonado, á causa de la mayor facilidad que ofrece la vía de mar. Duran-

te el año, apenas se cuentan trescientas ó cuatrocientas personas que se dirijan directamente por tierra desde Catania á Palermo; pero cuando se pueda recorrer en pocas horas todo el trayecto, la corriente del tráfico cambiará de pronto, y los mas de los viajeros preferirán seguramente no exponerse á las eventualidades del mareo.

Los diversos caminos de carretera que radian alrededor de Catania hácia las pequeñas ciudades de las cercanías, Lentini, Cattagirone, Paterno y Aderno, y hácia todos los burgos de la region del Etna, han comunicado una actividad relativamente grande á la construccion de los vehículos de toda especie. En Catania es donde parece mas fácil establecer, bajo el punto de



La Oreja de Dionisio.—De una fotografía

vista artístico, una comparacion entre esos coches, porque en este país, los carros y carretas no son, como en Francia, simples armazones de tablas, sino tambien en cierto modo obras de arte. La caja del vehículo reposa sobre un muelle de hierro trabajado, que se encorva y arrolla en forma de graciosos arabescos; y cada una de las paredes exteriores de la carreta se divide en dos compartimientos formando cuadros. En estas pinturas, que á veces no carecen de estilo, predominan el amarillo de oro, el rojo y otros colores vivos. Las mas suelen representar escenas religiosas, tan pronto la historia de Jesucristo ó de su Madre, como la de los patronos mas venerados en Sicilia, tales como Juan Bautista, Santa Rosalía, Santa Agueda ó Genoveva de Brabante. Algunas veces se mezcla tambien la historia profana con escenas amorosas, y poco á poco las pinturas tradicionales ceden su puesto á otros cuadros que dejan mas libertad al genio espontáneo del artista.

El espíritu moderno hace su aparicion en ese rincon despreciado del gran dominio de las artes; pero muy pronto, los vagones del camino de hierro, los coches á la moda de Paris, y las carretas de granja, construidas segun el tipo inglés, reemplazarán á los carros sicilianos de pinturas chocarreras.

No debia salir de la region de Catania sin visitar las minas de azufre de Centorbi, las mas próximas á la base del Etna.

La primera parte del trayecto se efectuó en una de esas carretas dislocadas, donde numerosos viajeros amontonados confusamente tratan

de entrever á través de una espesa nube de polvo.

El aspecto del paisaje es magnífico en ciertos sitios, sobre todo en las alturas de Misterbianco; mas no por eso me alegré menos de llegar al término de mi primera etapa, á esa ciudad de Aderno, donde trabé conocimiento con los gendarmes sicilianos.

Aderno está situada en el ángulo sudeste del Etna, sobre un alto terraplen de lavas que termina en la parte del rio Simeto por unas empinadas escarpaduras. Desde este observatorio se ve desarrollarse al oeste el anfiteatro de las montañas Neptúnicas, cuyos flancos desnudos y pedregosos contrastan de una manera tan marcada con las suaves pendientes del Etna, donde la mas rica vegetacion se desarrolla entre los montones rojizos de escorias. Sobre la mas alta de esas puntas calizas de los montes Neptúnicos se perfila perfectamente la Centorbi, semejante á una denticulacion de la roca. A este nido de águila, donde vive toda una poblacion, érame preciso subir desde luego.

La llanura que domina el promontorio de Aderno está revestida en toda su anchura de un banco de lava, á través del cual han abierto sus lechos el Simeto y su afluente el Salso; un puente atraviesa el primero, pero fué necesario vadear el segundo, tropezando con los restos de un puente arrastrado por una avenida hace algunos años.

Inmediatamente despues del vado comienzan las escarpaduras de Centorbi. Para llegar á la ciudad, cuyas torres se divisan á la distancia de un kilómetro, es preciso seguir un camino que se desarrolla en largas fajas sobre los contrafuertes de la montaña, ó bien escalar la rampa por un sendero al que se ha dado el bien merecido nombre de Scalazzo, y que serpentea en un estrecho barranco cortado por precipicios.

La ascension dura cerca de dos horas; y sin embargo, los habitantes de Centorbi que cultivan los campos situados en la base de los montes, deben bajar y subir diariamente aquella interminable escalera. ¡Cuánto tiempo perdido en la vida de cada hombre y en la de las generaciones venideras, á causa de haberse visto obligados por las terribles necesidades de la guerra á elegir semejante morada! ¿Cómo habia de desarrollarse la civilizacion? ¿cómo hubieran podido los hombres formar una sociedad pacífica, cuando cada grupo de casas era una fortaleza suspendida en los aires?

Aderno y Centorbi se destacan cada cual sobre su roca contemplándose por encima del valle del Simeto. Las nubes que van de una á otra cima recorren aquel espacio en pocos minutos, y desde lo alto del promontorio de Centorbi se puede hasta respirar el perfume de los jardines de la ciudad opuesta; mas para franquear la distancia que separa las dos localidades no se necesita menos tiempo que para dirigirse desde Paris á las fronteras de Bélgica, ó á las orillas del Canal de la Mancha.

Hasta en Sicilia, donde tantas ciudades están posadas en la cima de una montaña, no hay una sola que pueda compararse con Centorbi por el singular sistema de construccion.

Toda la ciudad se compone de dos largas callejuelas dispuestas en forma de medias lunas que se tocan por sus convexidades; estas dos callejuelas no son otra cosa sino estrechas aristas entre dos escarpadas pendientes, y las casas que las bordean están en parte construidas sobre el precipicio; por el lado de la vía pública, las mas no tienen sino piso bajo; mientras que por la parte del abismo elévanse á grandes alturas sobre muros de sostenimiento con bóvedas y troneras. Uno de los cuernos de la doble media luna, vuelto hácia el sudeste, presenta en su extremidad una antigua ruina pintoresca, alrededor de la cual han formado los centorbitanos una plataforma circular. Este mirador, desde donde se ve en toda su magnificencia el espléndido país dominado por la mole grandiosa del Etna, desde Catania á Siracusa, es conocido con el nombre de Palacio de Conrado. Pero fué sin duda un edificio romano. Por otra parte, los sículos habian ocupado ya hacia siglos la ciudad de *Centuripæ*, cuando los romanos se apoderaron de ella para convertirla en una de sus principales fortalezas del país.

En el siglo XIII, un emperador aleman arrasó Centorbi, obligando á los habitantes á establecerse en la orilla del mar; pero edificaron poco á poco una nueva ciudad en aquella doble arista de la montaña.

En la actualidad, la poblacion de la ciudad aérea no baja de seis mil quinientas almas. Los cerdos son tan numerosos, que la ciudad está siempre sucia; y aunque barridos por el soplo de todos los vientos, ciertos barrios de Centorbi son verdaderamente inabordables.

Despues de haber permanecido largo tiempo sobre las derruidas murallas del palacio de Conrado, bajé corriendo por la parte mas empinada del sendero que se dirige hácia las minas de azufre del baron de Sesto.

Entre las blancas rocas que perforan el suelo acá y allá, la tierra está perfectamente cultivada por todas partes; pero no veia ninguna cosa: todos los agricultores son campesinos que vuel-

ven diariamente por la tarde, á la manera antigua, al recinto de la ciudad. Los vastos campos de cereales que ocupan los pequeños valles, cubriendo tambien las pendientes, deben á esta ausencia de viviendas humanas su especial carácter de tristeza y solemnidad: diríase que el hombre acaba de ser arrancado de sus cultivos, y que nadie irá á recoger el grano que germina en los surcos.

Los hornillos y las diversas construcciones de la mina de azufre es lo primero que se encuentra al sur de Centorbi: están situados á mas de una legua de la ciudad, en un estrecho valle pedregoso lleno de piedras extraidas del seno de la montaña.

Sin perder momento, avistéme con el ingeniero que dirige los trabajos de explotacion; y al punto me ofreció sus servicios con la mayor obsequiosidad, empeñándose en conducirme él mismo á las galerías de la mina.

Debia estarle agradecido, porque aquella era la hora mas calurosa del dia, y todos los trabajadores descansaban echados debajo de los cobertizos. Los rayos del sol caian verticalmente sobre el pequeño valle, reflejándose en las piedras blanquizcas.

La principal entrada de las galerías da precisamente al mediodía, y el calor solar penetraba hasta las profundidades. De la boca de aquel pozo escapábase un fuerte olor de hidrógeno sulfurado que nos ofendia la garganta. Apenas hube entrado en aquella cavidad de sofocante atmósfera, respiré fatigosamente, y mi rostro se inundó de sudor: por espacio de algunos minutos temí no poder seguir adelante.

Las galerías de la mina de Centorbi se asemejan á la mayor parte de las excavaciones de la misma naturaleza practicadas lateralmente en el flanco de las montañas. Las bóvedas son bajas y están cortadas de una manera desigual; pesados pilares, toscamente redondeados por el pico, sostienen el techo; de la profundidad de las sombras surgen vagos resplandores que aparecen y desaparecen con el reflejo vacilante de las lámparas; se entreven un instante andenes que parecen infinitos; despues, desvanécense en un abrir y cerrar de ojos, y la mirada trata en vano de sondear las tinieblas; óyense rumores extraños, y como quejidos ó suspiros, que se producen por la reverberacion lejana de los ecos.

Por las paredes se filtra la humedad, formando gotitas que, cayendo de la bóveda, resuenan en el suelo; y el agua se mezcla con la tierra, convirtiéndola en un barro pegajoso y tenaz.

En ciertos sitios, los hilos líquidos se reunen en suficiente abundancia para formar verdaderos arroyos sulfurosos y humeantes, que fácilmente podrian alimentar las bañeras y piscinas de un establecimiento balneario como los de Bareges y Cauterets. Sin embargo, todos estos manantiales no se explotan, como no sea para suministrar todos los años algunos litros de agua sulfurosa al mismo propietario.

En la actualidad, toda esa superabundancia de líquido, que seria en otra parte una gran riqueza, solo constituye para la mina de Centorbi el peligro principal, porque si las bombas de desagüe no funcionaran sin descanso, el agua acabaria muy pronto por anegar el inmenso laberinto de las galerías. Cuatro infelices, cubiertos tan solo con un taparabo, como los insulares de Oceanía, y sin embargo inundados de sudor, dan vuelta incesantemente á los manubrios de las bombas. Durante ocho largas horas, estos hombres, en los cuales toda la inteligencia y el esfuerzo vital reside en los brazos, no son otra cosa sino los apéndices musculares de la implacable máquina; esta gira, da vueltas sin cesar, y levanta sin detenerse nunca las aguas que resuenan en los tubos de metal; ella sola es la que parece vivir, y los atletas que se sustituyen de ocho en ocho horas se pueden considerar como simples ruedas del aparato: léjos de dominar la máquina que ponen en movimiento, parecen estar sometidos á ella.

La proporcion de azufre contenida en las vetas de la mina de Centorbi viene á ser de un seis por ciento: esta cantidad es relativamente pequeña, y sin embargo, basta para que se puedan encender con facilidad las paredes de la mina, haciéndolas hervir cual si fuesen de pez, para lo cual no hay mas que poner la llama de una lámpara en contacto con la piedra. Por lo demás, de la misma manera se procede en gran escala para obtener el azufre.

Las moles extraidas de la mina se amontonan primero al aire libre, sometiéndolas así, durante un tiempo mas ó menos largo, á la accion destructora de todas las intemperies, y despues se colocan sobre la llama de los hornillos. La piedra se funde, y el azufre derretido cae en los moldes preparados para recibirle. Aunque estos procedimientos, seguidos conforme á la rutina tradicional, hacen perder gran cantidad de azufre, los productos anuales tienen gran valor. La mina del baron de Sesto entrega al comercio unos veinte mil quintales métricos al año, lo cual viene á representar la quincuagésima parte del producto anual de toda la Sicilia.

Las explotaciones mineras que se siguen oblícuamente á través de toda la anchura de la isla de Centorbi á Girgenti, suministran á Europa las

dos terceras partes del azufre necesario para su consumo. Los propietarios de las minas sicilianas disfrutan prácticamente del monopolio, y hacen pagar al comercio precios demasiado subidos; mas por lo mismo no deberán quejarse si algun nuevo descubrimiento de la química les arruina por fin.

Al salir de la mina me encontraba tan desfallecido por mi baño de vapores sulfurosos, que no tenia ánimo para escalar de nuevo la montaña de Centorbi. Dí la vuelta por las escarpaduras de la parte sur á través de interminables campos de trigo, y despues bajé á las orillas del Simeto por un profundo barranco que las aguas ensanchan todos los años.

Casi todos los campos cultivados, y sin embargo desiertos, que debí recorrer antes de llegar á Aderno, pertenecen todavía á un gran convento de monjas, y constituyen un feudo. Tuve conocimiento de esto aquella misma tarde al pasar por delante del monasterio de Santa Lucía. Una considerable multitud se apiñaba alrededor de un estrado, sobre el cual hallábase un pregonero que vestia una especie de librea monástica.

Este personaje ponia á subasta, segun la costumbre anual, los diversos terrenos del inmenso dominio, y por su parte, los colonos trataban de renovar sus contratos sin sufrir aumento de precio. Atraidas por el espectáculo que ofrecia la multitud, las religiosas se agrupaban en las ventanas, cogidas de los barrotes, y contemplaban la escena ávidamente.

Al otro dia pude ser testigo de otro cuadro de costumbres al volver á Catania: á la entrada de la ciudad fué detenido nuestro coche, de un lado por agentes del fisco, quienes deseaban reconocer si llevábamos queso ó botellas de aceite, y del otro por un monje mendigo, quien nos mostraba un espantoso cuadro de su composicion representando las almas del purgatorio. Debo decir que mis compañeros de viaje recibieron con muy mal gesto á los empleados del fisco, reservando toda su galantería para el hermano cuestor. Este último, cargado de bendiciones, y mas rico por algunas dádivas, fué á sentarse solemnemente sobre un pedestal de columna rota para esperar allí otros viajeros, y exigirles el derecho de tránsito. En aquel sitio parece un soberano, y con un gesto lleno de autoridad detiene á los viajeros: mucho mas alégremente obedecido que sus compañeros del fisco, percibe debidamente el impuesto tradicional destinado á las almas del purgatorio, y deja á los dependientes del resguardo arreglarse como puedan despues.

Para dirigirme á Siracusa podia elegir entre el vapor que hace el servicio desde la costa y un coche pulverulento y dislocado, tirado por dos jamelgos.

Conociendo demasiado bien las felicidades de un viaje hecho en compañía del obsequioso *signor corriere*, tan pronto á través de los torbellinos de polvo del camino, como sobre los cantos rodados por los torrentes, no tuve necesidad de reflexionar mucho, tanto mas cuanto que el mar era magnífico y que la claridad perfecta del horizonte me prometia una vista admirable sobre las colinas del litoral y el majestuoso Etna.

El vapor en que pensaba embarcarme no habia llegado aun de Mesina; y en vez de esperar paseándome de arriba abajo con otros viajeros en un muelle muy sucio, donde habia mas aduaneros que mercancías, salté á una pequeña embarcacion, dando órden de que me condújeran léjos de los rumores de Catania.

La brisa de tierra estaba sobrecargada de los perfumes de todos los jardines que se extienden al norte hácia Aci-Reale; pero no llevaba en sus alas sino un ligero rumor de la ciudad, semejante al zumbido de algun insecto. Las cúpulas de las iglesias, iluminadas por el sol, destacábanse con un color rojo ó amarillo de oro, las unas bajo el azul del cielo, las otras sobre la verdura de las primeras estribaciones del Etna.

Sobre la ciudad, en la pendiente de la montaña, veia las dos claraboyas rojizas de los Monti-Rossi y el tortuoso rio de lava que descendió en otro tiempo sobre Catania.

Mas léjos escalonábanse otros conos de erupcion; los primeros, rojos aun como montones de escorias; y los mas lejanos, estriados ya de blanco por las avalanchas, ó bien completamente cubiertos de nieve.

Sobre todo esto destacábase la mole piramidal del Etna, elevándose hácia el cielo en un mar de luz, y exhalando un torrente de vapores resplandecientes; el humo, con sus reflejos cobrizos, rodaba cual una catarata sobre las pendientes exteriores del cráter; y desprendiéndose del suelo, cerníase al fin en el aire libre y se redondeaba como una inmensa arcada sobre toda la Sicilia.

Alrededor de nosotros, hasta el horizonte, el mar Jónico desarrollábase en largas ondulaciones; enjambres de barcas pescadoras con sus velas triangulares inclinadas sobre los mástiles, salian entonces del puerto de Catania, como las abejas de una colmena, é iban á diseminarse á lo léjos en todos sentidos.

Difícilmente pude apartar la vista de aquel magnífico espectáculo cuando apareció el vapor, y mi pequeña barca, bailando sobre las grandes

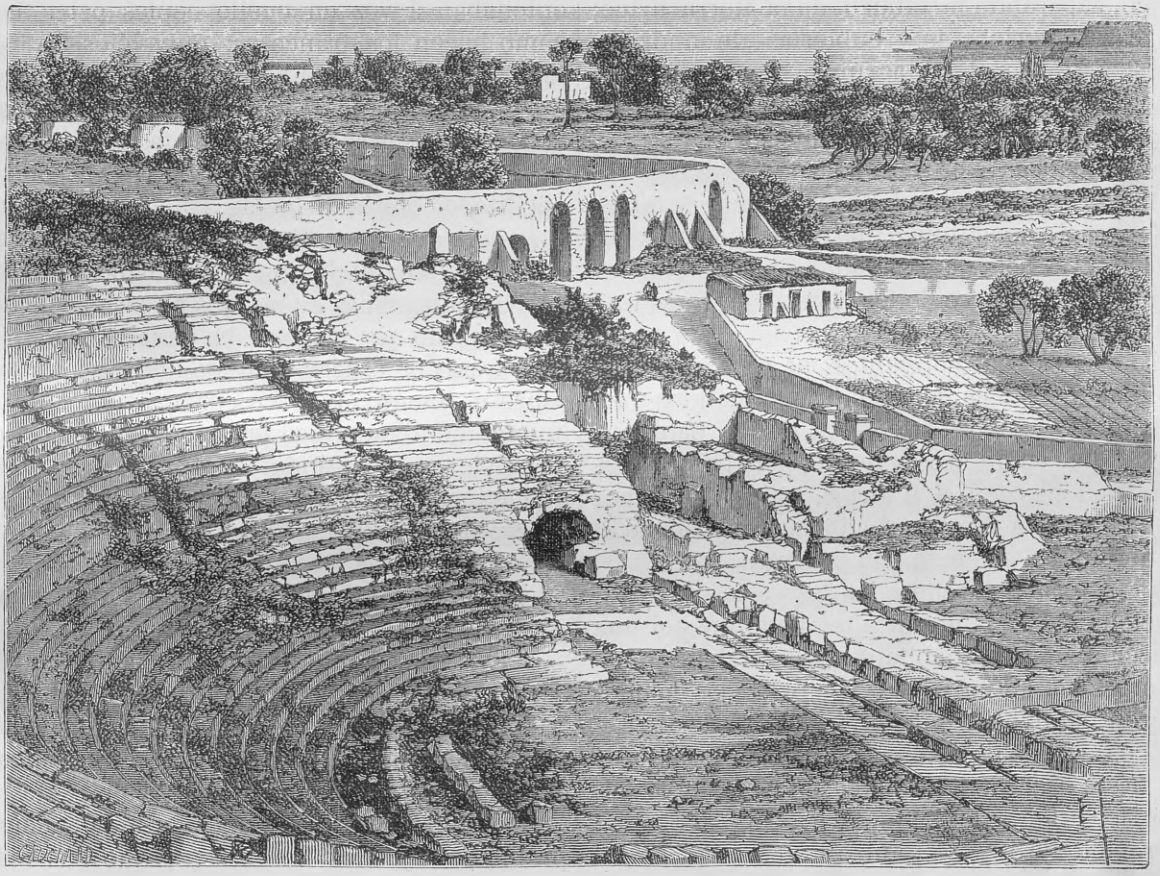
olas levantadas por el buque, comenzó á deslizarse rápidamente en su estela.

Felizmente, el capitan del *Tancredo* no nos hizo esperar mucho la señal de marcha, y bien pronto navegábamos por alta mar en direccion á Siracusa.

Dejando á la derecha la enorme mole de lavas que colmó en 1669 el antiguo puerto de Catania, costeamos la playa que bordea con su plateada red la llanura pantanosa del Simeto, y vemos por el sur bosquejarse y tomar cuerpo las montañas de Lentini.

Hé aquí el pueblo de Bruca y sus importantes canteras: mas allá se ve un largo promontorio de blancas escarpaduras y falda cubierta de yerba: es el cabo de Santa Croce, donde la emperatriz Elena, madre de Constantino, desembarcó, segun dicen, con la «verdadera cruz» del Gólgota.

La preciosa reliquia, conservada en la iglesia



El teatro de Siracusa.—De una fotografía

de un convento edificado no léjos del cabo, despide un brillo tan deslumbrador segun la leyenda, que su imágen atraviesa los muros del edificio, y llega á proyectar su sombra sobre el mar. Desgraciadamente para el convento de Santa Croce, en la cristiandad hay tantas «verdaderas cruces,» que nadie se toma la molestia de ir á visitar la de un distrito malsano y aislado de Sicilia.

Al dar la vuelta al cabo vemos desarrollarse á nuestros ojos un paisaje de Grecia: allá abajo, por la parte del sud, prolóngase la península en una suave pendiente donde hubo en otro tiempo dos grandes arrabales de Siracusa. Mas léjos, hácia el oeste, destácase la aguda punta del Mirador, coronada de ruinas, y á corta distancia se eleva la alta pared del monte Hybla, semejante al Himeto, y como él, famoso por sus abejas.

La isla oval de Magnisi, unida con la tierra firme por una estrecha faja arenosa, divide el golfo en dos graciosas bahías semi-circulares, mientras que sobre la estrecha llanura del litoral, las alturas almenadas de los pueblos se redondean en forma de un magnífico anfiteatro.

Los helenos, reconociendo los lugares de su patria en este país de Sicilia, ocupáronlos con sus colonias. En la fortaleza natural de Magnisi estaba Thapros; al pié del Hybla y sobre sus con-

trafuertes, Acradina, el Epípolo de Siracusa; y despues Megara-Hyblaca, Xifonia y otros mas.

Al norte del golfo se abre un vasto puerto, protegido al este contra los vientos de la alta mar por una colina pedregosa donde se halla la moderna ciudad de Agosta. Esta última es verdaderamente sórdida, pero tiene un puerto excelente: parecíame ver una de esas jóvenes ciudades de la América del Sur arruinadas antes de haberse acabado de edificar. Algunos fuertes muy deteriorados defienden la entrada del canal; una mísera ciudadela corta la península en un barranco, separando la ciudad de la tierra firme; las casas, agrietadas y cubiertas de andrajos puestos á secar al sol, agrúpanse como una poblacion de mendigos en torno de un gran señor, al pié de un magnífico convento de dominicos, cuyas arcadas están revestidas de verdura.

A la orilla del mar, algunas barracas de tablas ó de ramaje constituyen una especie de arrabal, aun mas innoble que la ciudad, y todo él manchado por la sangre de los peces que allí se limpian y cortan.

En cuanto á los habitantes, se parecen á sus viviendas: los mas de ellos son escuálidos y de mísero aspecto; la atmósfera de los pantanos vecinos les comunica la fiebre; y la falta de comunicaciones con el interior, unida á los obstáculos que la faja de fortificaciones opone al comercio, les condena á la pobreza.

La historia que refiere las desgracias de la poblacion de Agosta nos dice tambien que por una reaccion fatal, los habitantes se han distinguido siempre por su ferocidad. Los primeros colonos fueron cautivos que el emperador Federico arrancó del nido de águila de Centorbi: este fué un triste precedente. Mas tarde vinieron los sitios, los asaltos, los saqueos, y por fin el gran terremoto de 1693, que hizo volar el polvorin, derribando casi todas las casas. Estos acontecimientos han debido retardar singularmente los progresos morales de los habitantes de Agosta; y asegúrase, en efecto, que salen muy lentamente de su barbarie primitiva.

Aun en los primeros años del siglo XIX, mutilaron á varios marineros griegos que habian ido á buscar agua á una corriente vecina; y tambien dieron muerte á mas de trescientos cincuenta inválidos franceses que volvian de Egipto. La desgracia y la ignorancia se trasforman siempre en crímen.

A fin de ver mas á mi gusto las casas de Agosta, dirigíme hácia la proa; pero muy pronto quedó obstruida esta parte del buque por muchos pasajeros que llegaron de la ciudadela con una buena escolta. Eran reclutas, pobres campesinos mal vestidos, los mas de ellos tristes, y al parecer espantados como fieras cogidas en un lazo. En la playa, algunas mujeres, niños y ancianos, hacian señas de despedida, retorcíanse los brazos, proferian gritos de desesperacion, y enviaban recomendaciones supremas á aquellos hermanos é hijos que les arrebataba la ley de quintas, hasta entonces desconocida en Sicilia.

En cuanto á los jóvenes soldados condenados á un servicio que para ellos equivalia al destierro, no parecian dispuestos á tranquilizarse; no se habian adornado con escarapelas y cintas, ni entonaban á voz en cuello coplas patrióticas, como hacen los franceses; muy léjos de esto, inclinándose sobre el borde del buque, trataban de distinguir aun las facciones amadas, cada vez mas confusas segun giraba la rueda del vapor. En el sordo murmullo de gritos y sollozos debilitados por la distancia, trataban de reconocer voces queridas; dirigian miradas melancólicas al suelo natal de que se alejaban; y mas de uno tenia lágrimas en los ojos al ver ensancharse el espacio que le separaba de la patria.

Al tratar de cruzar entre la multitud reunida sobre el puente, tropecé con un obstáculo del que no me dí cuenta al principio: dos hombres se volvieron mostrándome una pesada cadena que los sujetaba uno á otro por la mano; y sin avergonzarse, sin emocion, dijéronme con voz benévola:

«Dispensad, caballero, bien veis que somos presidiarios.»

Retrocedí al punto, no por un sentimiento de espanto ó de repugnancia, sino por el temor de haber humillado á aquellos infelices por el descubrimiento que acababa de hacer. Sin embargo, bien pronto reconocí que la triste confesion no habia resentido en lo mas mínimo el amor propio de aquellos hombres, y que sus ideas sobre la dignidad personal no tenian nada de comun con las mias. Los dos presidiarios, sin perder nada de su sangre fria, continuaron charlando amistosamente con los gendarmes que les acompañaban. A no ser por las cadenas, hubiérase dicho que eran compañeros á los que el destino habia señalado distinta mision, pero no menos dignos uno que otro. Entre guardianes y cautivos reinaba la mas perfecta igualdad; reíanse juntos, se referian cuentos, dábanse recíprocamente nombres familiares, y cambiaban de cigarros ó de pipas. Los gendarmes no tenian mala voluntad á aquellos pobres diablos, por cuestion de «desgracias ó pecadillos;» y por su parte, los bandoleros aceptaban su suerte con filosófica resignacion, cual si pensasen que valian tanto como sus interlocutores.

Otros condenados que se agrupaban en la misma parte del buque, parecian igualmente sobreponerse á toda idea de vergüenza ó remordimiento. Uno de ellos, culpable de asesinato, tenia cierta expresion inocente y cándida que habria engañado á cualquiera; llevaba la raya del cabello en el centro de la cabeza; por la regularidad de sus facciones, sus labios cubiertos de un ligero bozo, y la dulzura de su mirada serena, se le habria tomado por una jóven; y cual si quisiera tener un aspecto mas femenino, habíase puesto en la cabeza un pañuelo de mujer, y sobre los hombros una especie de albornoz de largos pliegues, sujeto por un chal á la cintura. Otro bandido, moceton de elevada estatura y muy ancho de hombros, paseábase majestuosamente, sin tomarse la molestia de ocultar las esposas debajo de su capa; y de vez en cuando dirigia una mirada protectora á sus vecinos, presidiarios, gendarmes, ó simples viajeros. Otros prisioneros estaban echados perezosamente, y jugueteaban con sus cadenas, cual si fuesen los dijes de un reloj. Solo uno permanecia separado de los demás y bajaba la cabeza; y hasta parecióme que se estremecia, pero debia ser de frio, porque vestia muy á la ligera, y el viento soplaba con fuerza.

Me contristó verdaderamente ver aquellos hombres que la sociedad rechazaba de su seno, y que por no tener la menor idea de dignidad no comprenden cuán terrible es la exclusion que sobre ellos pesa. Para evitar tan doloroso espectáculo me trasladé á la otra extremidad del buque, y traté de consolarme contemplando el magnífico panorama de la costa.

Nos acercábamos al promontorio de Panagia, que se extiende al norte de la bahía de Siracusa, y ya podíamos distinguir sobre la colina las ruinas de la antigua fortaleza griega de Eurialo. Un natural de Siracusa, poseido de entusiasmo por su ciudad natal, nos señalaba orgullosamente con el dedo todas las localidades, célebres en la historia de su patria.

«Mirad allá, decia, en aquella caleta al pié de la colina del Mirador fué donde desembarcaron los atenienses antes de su infructuoso ataque contra Epípolo. A la izquierda vereis un grupo de casas; cerca de ese sitio fué donde Marcelo saltó en tierra con su ejército. Mas arriba, en la falda de la colina, distinguireis algunos lienzos de muralla; pues sabed que por allí penetró el enemigo en la ciudad. Mirad allá abajo la meseta donde se elevaban en otro tiempo los palacios de Acradina.»

Ya no necesitábamos mas indicaciones, porque habíamos llegado al «puerto marmóreo;» hé aquí la isla pedregosa de Ortigia, donde se comprimen las casas de la ciudad; hé aquí el templo de Minerva y la fuente de Aretusa.

La isla que contiene todo cuanto queda de la ciudad de Siracusa no está separada de Sicilia sino por un foso en parte artificial, donde amarran sus barcas los pescadores, y por una serie de puentes levadizos y fortificaciones en zig-zag. Al norte de la isla se extiende la ensenada semicircular que mereció el nombre de puerto marmóreo á causa de las numerosas estatuas de mármol erigidas en sus orillas por los tiranos Dionisio y Agatocles. Estas obras de escultura han desaparecido hace mucho tiempo; pero la ensenada puede conservar muy bien su nombre, porque las rocas de caliza blanca, entrevistas á diversas profundidades á través de las olas trasparentes, y rayadas á intervalos iguales por grietas llenas de un agua de color de zafiro, comunican á las profundidades, dispuestas circularmente alrededor del puerto, un aspecto semejante al del pavimento de mármol de un inmenso circo. Al sud y al oeste de la isla, el mar proyecta un inmenso puerto que podria contener flotas enteras: es el golfo que dió en otro tiempo tan grande importancia comercial á Siracusa, y en cuyas olas fué á estrellarse el poderío ateniense durante la guerra del Peloponeso. No tiene menos de ocho kilómetros de contorno, desde la punta de Ortigia al promontorio llamado en otro tiempo Plemmyrium (choque de las olas), y designado ahora con el nombre de *Muso di porco* (hocico de cerdo): entre estas dos palabras media el espacio que separa dos civilizaciones.

La isla de Ortigia, que los primeros colonos griegos, conducidos por el corintio Archais, compraron hace dos mil seiscientos años por un panal de miel, es el único barrio de la antigua Siracusa habitado aun. En la parte mas alta de la isla, conocida en otro tiempo con el nombre de Acrópolis, elévase todavía el antiguo templo de Minerva, rival del de Atenas. Este monumento dórico cuenta mas de veinticuatro siglos de existencia: antes de ser devastado y parcialmente demolido por los procónsules romanos, los cristianos del Bajo imperio y los terremotos, el santuario de Minerva estaba adornado con notable esplendidez: muchos cuadros, considerados como obras maestras de la pintura griega, cubrian completamente las paredes; y la gran puerta de bronce que daba al peristilo estaba revestida de bajos relieves de oro y de marfil maravillosamente trabajados. Sobre el frontis brillaba á los rayos del sol un enorme escudo de bronce recamado de oro: era la egida simbólica de la ciudad y cuando un navío se alejaba del puerto, el piloto, teniendo en la mano una copa rodeada de

flores y llena de cenizas tomadas del altar de Juno, no dejaba nunca de dirigir una mirada al escudo lejano antes de ofrecer sus libaciones á los dioses del mar y de las tempestades. En nuestros dias, el célebre templo, que fué el Partenon de Siracusa, se ha convertido en una iglesia del peor gusto, en un monton de emplastos y de extravagantes esculturas. Por un lado se ven nueve columnas, y por el otro doce, empotradas en la mampostería moderna, y además se ha hecho ese trabajo bárbaro de una manera tan tosca, que desde la nave no se ven sino las columnas de la línea meridional; la otra columnata, con chapiteles desunidos y festoneados de plantas trepadoras, forma saliente fuera de la muralla exterior. Todo lo demás se ha destruido, mutilado ó cubierto de emplastos de cal por los arquitectos cristianos, mas vándalos cien veces, bajo el punto de vista artístico, que lo fueron los venecianos ó los turcos al acribillar con sus balas el Partenon de Atenas.

La fuente de Aretusa brota á orillas del mar, no léjos del antiguo templo de Minerva: es un manantial muy abundante que se eleva á borbotones al nivel mismo del Mediterráneo, y que el mar invadiria si la corriente de agua dulce no estuviese protegida por una alta muralla contra la presion de las olas. En otro tiempo era un lavadero público, donde varias mujeres andrajosas llenaban de jabon el agua cristalina. Los notables de Siracusa, avergonzados al ver en qué situacion se hallaba su fuente sagrada, acaban de establecer, al lado de Aretusa, un lavadero subterráneo, donde las lavanderas tienen toda el agua necesaria; el manantial conserva siempre su pureza primitiva. Una espesura de flores rodea la fuente, y varias matas de papiros se extienden en forma de umbelas sobre el agua cristalina; dos ó tres cisnes nadan en medio de las yerbas flotantes, donde los antiguos griegos veian la cabellera de la divina ninfa.

El nacimiento de la fuente de Aretusa en la pequeña isla de Ortigia, es un curioso fenómeno geológico, porque es precisamente necesario que este abundante caudal de aguas provenga de las montañas del interior de Sicilia y pase por debajo de los pantanos y del estrecho, situados entre la isla y el monte Hybla. Sin embargo, los siracusanos no consideraban las alturas de Sicilia como el lugar donde se reunen las primeras aguas de Aretusa; y de una imaginacion mas atrevida, volvian sus ojos hácia la tierra de sus antecesores. El agua pura del manantial, las rocas blanquizcas que le rodean, todo el paisaje que forman las orillas del golfo, les recordaban su patria. Habian abandonado el suelo natal; pero al dirigirse á las costas de Sicilia, lleváronse al mismo tiempo sus dioses; una ninfa de Grecia, arrostrando, como lo hicieron ellos, las olas del mar Jónico, los habia seguido á la tierra extranjera, y el rio Alfeo, sumergiéndose en persecucion de la bella Aretusa, habia mezclado sus ondas con las de la fuente en las playas de Sicilia. Algunas veces, segun dicen los marinos, aun se ve á Alfeo surgir del mar muy cerca de la orilla; y en su corriente se agitan como un torbellino las hojas, las flores y los frutos de los árboles de Grecia. ¿Hay alguna leyenda que refiera de un modo mas patético el amor al suelo natal? La naturaleza entera, con sus rios, sus fuentes y sus plantas, habia seguido al heleno á su nueva patria.

Si se exceptúa el templo de Minerva y el manantial de Aretusa, la isla de Ortigia no ofrece apenas á los visitantes sino curiosidades arqueológicas, tales como dos columnas de un templo de Diana, restos de baños, y algunos bizantinos y normandos.

El museo, especie de granja, donde la luz parece arrastrarse debajo de las bóvedas húmedas, contiene, además de diversas esculturas y artículos de alfarería de mediano valor, una Vénus de gran belleza, un magnífico busto de Medusa en bronce, y medallas admirablemente acuñadas. A esto se reduce todo; pero es probable que otras nuevas excavaciones den por resultado importantes descubrimientos. De todos modos, lo que seria mas apetecible aun, es que los descendientes de esos griegos, que contaron entre sus compañeros y ciudadanos hombres como Esquilo, Píndaro, Platon, Timoleon y Arquímedes, salgan al fin de su envilecimiento y preparen un próspero porvenir para su ciudad, tan famosa en otro tiempo.

La parte peninsular de Siracusa era conocida con el nombre de Acradina: el único resto de este arrabal extinguido es una columna del Forum. Algunos conventos é iglesias de arquitectura vulgar han sustituido á los palacios ó templos presentando sus grandes fachadas desnudas en medio de la campiña pedregosa. Sobre aquella meseta desolada no hay cosa alguna que llame la atencion: en la tierra misma es donde se deben buscar las curiosidades de Acradina. Junto á la iglesia de San Giovanni, custodiada por dos monjes barbudos, se ve la entrada de las catacumbas de Siracusa: estas galerías sepulcrales, que nunca fueron exploradas completamente, ofrecen mucha mas regularidad que las de Roma, y se extienden en un espacio mas considerable. A la luz de las hachas se vé cómo se prolongan las galerías subterráneas en todas di-

recciones, semejantes á las naves de una pagoda india; debajo del piso superior de las catacumbas hay un segundo, y despues un tercero y cuarto. Nada podria dar tan gran idea de lo que fué en otro tiempo la populosa ciudad de Siracusa como las perspectivas indefinidas de esta necrópolis, donde fueron sepultados millones de cadáveres. A cada lado de las avenidas



Restos del templo de Cástor y Pólux, en Girgenti.—De una fotografía

funerarias están dispuestas las tumbas donde se colocaba á los individuos de la misma familia, el esposo no léjos de la esposa, y los hijos debajo de la madre.

Varios toscos frescos, bajos relieves sin valor artístico, monógramas, inscripciones griegas de la época cristiana, decoran los sepulcros; pero la mayor parte de los esqueletos están reducidos á cenizas y hace mucho tiempo que desaparecieron los objetos preciosos depositados en las galerías. De trecho en trecho, las avenidas mas altas desembocan en salas abiertas en bóvedas que reciben el aire exterior por una claraboya circular practicada en la cima. Cuando brilla el

sol á través de aquella abertura, proyectando en el suelo sus rayos rodeados de espesas sombras, la humedad sube en forma de humo para escapar por la salida de la caverna, como si la roca se abrasase bajo aquel calor luminoso.

Al salir de la necrópolis tenia frio, y con mucho placer recibí de nuevo los rayos del sol de medio dia, continuando mi marcha por las rocas blanquizcas donde crecen acá y allá escuálidos olivos.

En ciertos parajes, el suelo no presentaba sino algunos raros matorrales, como en un desierto: de repente, mas allá de un banco de rocas diviso una puerta en una grieta de la piedra, el guia la abre, bajo al precipicio por un camino en forma de escalera de caracol, y hállome en un jardin fantástico, lleno de verdura y de sombra: es la *Latomia de Greci*, ó la *Intagliatella*. Numerosos naranjos, limoneros, nísperos del Japon, albérchigos, y varios árboles de Judea, que al aire libre elevábanse á la altura gigantesca de quince y veinte metros; una espesura de arbustos rodeaba los troncos de los árboles; mezclábanse con las ramas guirnaldas de bejucos; los frutos y las flores llenaban las alamedas; y numerosas avecillas cantaban entre el follaje. Sobre aquel Elíseo de árboles odoríferos y floridos destácanse las rocas de la cantera cortadas á pico; las unas peladas y blancas aun como en los dias en que las trabajaron los instrumentos de los esclavos atenienses; las otras, revestidas de hiedra de arriba abajo, y cubiertas de arbustos en cada una de sus escarpaduras. Por lo demás, nada hay de simétrico y regular en las paredes de roca que cierran el jardin. Aquí, una mole calcárea, completamente aislada, elévase como una gran torre en medio de la verdura; mas léjos divísase un puente de madera echado sobre un precipicio entre dos escarpaduras paralelas; y en otra parte, enormes peñascos caidos de los flancos de la roca forman montecillos, desde los cuales se contempla cómodamente el maravilloso espectáculo que presenta el abismo tortuoso, cubierto de una alfombra de esmeralda.

El jardin que al otro lado del Mediterráneo, en las costas de la region Tripolitana, adquirió en otro tiempo tanta celebridad bajo el nombre de Jardin de las Hespérides, se asemeja ciertamente al de Intagliatella, con la diferencia de que era menos rico en la variedad de plantas. «Era, nos dice Scylax, un lugar profundo, escarpado por todas partes y solo accesible en una. El jardin estaba lleno de árboles, muy oprimidos entre sí, cuyas ramas se entrelazaban; veíase allí el loto, manzanos de toda especie, granados, perales, morales, viñedos, mirtos, laureles, hiedra, olivos domésticos y silvestres, almendros y nogales.»

En nuestros dias, el antiguo jardin de las Hespérides ha llegado á ser, segun el testimonio de Beechey, un precipicio cuyo fondo está con frecuencia lleno de agua, mientras que las canteras de Siracusa se han trasformado en verjeles de espléndida belleza, siendo en su género lo mas admirable que tiene Sicilia.

Y sin embargo, este paraíso de la Intagliatella y de los otros que hay en Siracusa han sido espantosas prisiones: allí es donde, despues de su terrible derrota á orillas del pequeño rio Asinaro, fueron encerrados los siete mil prisioneros atenienses. Aquel es el lugar profundo y descubierto en que los infelices hubieron de sufrir primero los rigores del calor del sol y de un aire sofocante; y despues el fresco de las noches de otoño, que cambiaron sus padecimientos en otros contrarios, ocasionándoles nuevas enfermedades. Érales preciso satisfacer en tan reducido espacio todas las necesidades de la vida; allí debian enterrar sus muertos; algunos de sus compañeros habian sucumbido por efecto de sus heridas, y otros por las variaciones de la temperatura, que no pudieron resistir. Respirábase en aquel lugar un olor insoportable; y el hambre y la sed atormentaban á los prisioneros.

El nombre de Latomia de Greci, que tambien lleva Intagliatella, es debido al recuerdo de esos infelices cautivos. En varios puntos de la cantera se enseñan, abiertas en el espesor de la roca, vastas y altas salas donde fueron encadenados los atenienses, y despues de ellos numerosas víctimas de la tiranía de los Dionisios y de los Agatocles. Varios agujeros practicados en la roca indican los sitios donde se fijaban las cadenas de hierro para sujetar contra la pared las manos ó cuellos de los prisioneros; mas arriba reconócense igualmente los vestigios de las escaleras por las que los carceleros llevaban la pitanza á los cautivos; y por último, una alta galería que desemboca no léjos de la bóveda, seria, si hemos de creer al *cicerone*, el lugar donde iba á instalarse el tirano Dionisio para ver en el fondo del abismo sus víctimas encadenadas y deleitarse en sus tormentos.

Hay una cantera á la cual se aplica esta tradicion de una manera mas especial que á la Intagliatella: es la célebre Latomia *del Paradiso*, donde se halla la caverna designada con el nombre de Oreja de Dionisio. Este lugar, que no responde á lo que su nombre promete, pues lo obstruyen numerosos restos, está abierto entre el teatro y el anfiteatro, en el barrio de la anti-

gua Neápolis, situado al oeste de la Acradina. La Oreja de Dionisio comienza en la pared meridional de la antigua cantera: es un enorme tímpano de forma parabólica, que tiene mas de veinte metros de altura por sesenta de desarrollo; las paredes de la excavacion se acercan gradualmente hácia la extremidad, y están cortadas como al cincel y revestidas de una delgada capa de concreciones calcáreas; al mas leve rumor, resuenan confusamente prolongados ecos en la caverna. ¿De qué serviria esta cavidad? ¿Era, como lo pretenden ciertos arqueólogos, una especie de tabla armónica para la escena del teatro, que se halla á pocos metros de allí, al otro lado de la roca? Nada se sabe; pero la hipótesis emitida por Caravagio, segun la cual esta gruta seria una prision ingeniosamente construida por Dionisio, se ha convertido en leyenda popular.

Las inmediaciones de la Oreja de Dionisio son el punto de reunion de los mendigos de toda especie: el uno balbucea una explicacion de que podria muy bien prescindir el curioso; el otro hace ademan de abrir una puerta que no tiene cerradura; un tercero ofrece una medalla dudosa; y el cuarto presenta obsequiosamente un vaso de agua; otros tienen numerosas piedras y estalactitas que enseñar: y por último, viene la multitud de cuestadores menos ingeniosos, que se limitan á tender la mano. No sin trabajo conseguí continuar mi marcha tranquilamente.

Junto á la cantera del Paraíso hay un monumento, único en su género, que fué desembarazado de su gran capa de escombros en 1839: es un inmenso altar de ciento noventa y tres metros de longitud por una anchura de mas de diez y ocho. Fué erigido por Hieron II, el mismo que, dominado por su amor á lo enorme, habia mandado construir un navío de doce mil toneladas, de un calado demasiado grande para todos los puertos de Sicilia. En el gran altar de Siracusa, los sacerdotes podian sacrificar y hacer subir al cielo el humo de toda una hecatombe. Cada sacrificio era una espantosa matanza, y terminaba por una inmensa quema de carnes y restos. Verdad es, no obstante, que junto á la siniestra plataforma del antiguo altar se hallaban los restos de un monumento romano, donde se practicaban ritos mas terribles aun: el anfiteatro en que se desgarraban las fieras y combatian los gladiadores.

El teatro, que forma parte del mismo grupo de construcciones que el altar y el anfiteatro, es uno de los mas bonitos restos de la antigüedad griega: excedia en dimensiones á todos los demás teatros de Sicilia, y podia contener mas de veinticuatro mil espectadores. Las dos terceras partes de las gradas se hallan en un estado de conservacion casi perfecto, y los ojos del arqueólogo podrian descifrar inscripciones en honor de Júpiter y de los reyes. Desde sus asientos de piedra, cortados en el flanco de la colina, los ciudadanos de Siracusa abarcaban de una ojeada el lugar donde se realizaron los mas grandes hechos de su historia. Veian á la vez los muros y los templos de Ortigia, sobrepuestos del resplandeciente escudo de Minerva protectora; las orillas del Anapus, donde sus padres trabaron tan terribles batallas contra los atenienses; el lejano promontorio de Plemmyrium y la entrada del puerto, en que se alcanzaron sucesivamente tantas brillantes victorias; y allá abajo, hácia el oeste, al pié de las montañas, aquellos desfiladeros que franquearon algunos dias antes del desastre supremo, los dos ejércitos derrotados de Demóstenes y de Nicias.

Aplaudiendo los actos de sus héroes, representados por los artistas, los siracusanos reunidos podian contemplar á lo léjos, como en un cuadro inmenso, los lugares mismos donde se llevaron á cabo todas estas hazañas, y mas allá las olas azuladas del mar Jónico, surcadas en otra época por las naves de sus antecesores corintios. Sobre este teatro, donde se oprimian los espectadores á miles, elévase hoy un molino rústico cuya agua desciende en forma de delgados hilos por las antiguas gradas, haciendo germinar algunas plantas acuáticas entre las piedras desunidas.

Inmediatamente mas allá del molino comienza una via sepulcral que sube hácia la meseta de Epípolo, al oeste de Neápolis y de los otros barrios de Siracusa. En este camino hueco se podria creer el viajero trasportado á la antigua Grecia de hace veinticinco siglos: en ambos lados de la via están abiertas las tumbas que parecen esperar los cuerpos; la roca que forma el suelo del camino está todavía surcada de profundas hornagueras debidas á los carros de los guerreros griegos.

Segun la tradicion, por allí es por donde pasaba en otro tiempo Timoleon, el Washington de los tiempos antiguos, cuando desde su casa de campo se dirigia al teatro para conferenciar con el pueblo. En este estrecho camino, en que todo recuerda el pasado, parecíame que iba á ver aparecerse de pronto aquel anciano venerable, conducido, como en su época, en hombros de los ciudadanos.

La gran meseta de Epípolo, que se extiende á varios kilómetros de distancia, entre el golfo de Agosta y el valle del Anapus, no contiene ni

una piedra, ni un solo resto de los templos y palacios de lo que fué Siracusa: todo ha desaparecido, como si el viento se hubiese llevado hasta el polvo de la ciudad. Solo el murmullo del agua, que se desliza unas veces descubierta y otras por las profundidades del suelo, evoca el recuerdo de aquellos que construyeron el acueducto al fundarse Siracusa.

Al cabo de dos horas de marcha se llega al punto mas alto de la meseta que corona la fortaleza griega de Eurialo, la mejor conservada que aun existe. Esta obra defensiva, cuya construccion dirigió tal vez el gran Arquímedes, se compone de dos altas murallas separadas una de otra por un foso de ocho metros de profundidad, y atraviésanla caminos cubiertos donde se ocultaban los hombres de armas para lanzarse sobre los sitiadores. La segunda muralla, que es la de mas elevacion, está sobrepuesta de cuatro pirámides entre las cuales se colocaban máquinas balísticas, así como se ponen cañones en las troneras de las murallas modernas. Desde estas pirámides de piedra blanca, donde el lagarto se calienta al sol y que en otro tiempo se enrojecieron con la sangre de tantos héroes, se disfruta de un golpe de vista delicioso. El Etna lejano con sus dorados vapores, el puerto, la península de Agosta y la Magnisi, semejante á una hoja de trébol flotando sobre las aguas, la isla de Ortigia, el puerto de Siracusa, la verde llanura del Anapus, el soberbio monte Hybla, el semicírculo del mar azul, todas estas partes, en fin, del inmenso cuadro, contribuyen por la gracia ó la osadía de sus líneas, á la belleza encantadora del conjunto. Y se comprende que Marcelo llorase al contemplar aquel admirable país, donde por órden de su patria cruel debia sembrar la muerte y la destruccion.

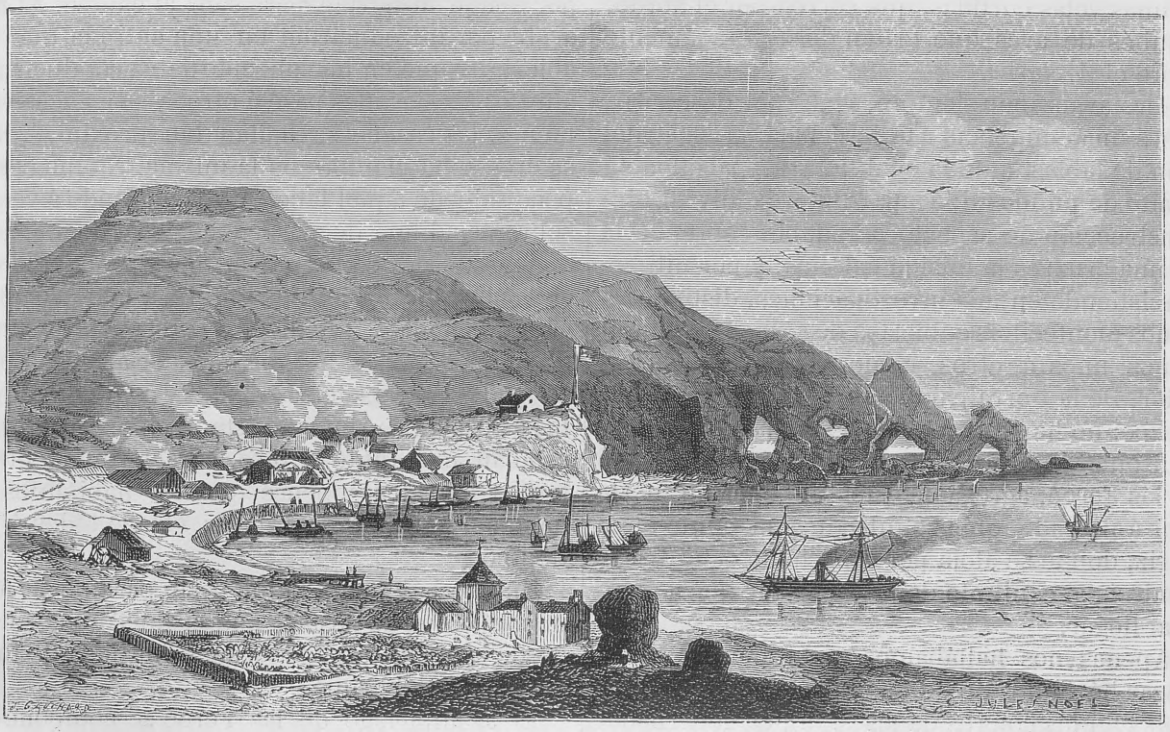
Al dia siguiente de mi visita al puerto Eurialo fuí á ver en la llanura del Anapus, no un monumento ruinoso de los griegos ó romanos, sino una obra de la naturaleza, casi tan bella aun como lo era en tiempo de Teócrito. Es la fuente de Ciana, dulce nombre griego que significa *azulada*. Para dirigirse á ella es preciso navegar primero por el agua pantanosa del Anapus, en la cual se parece aspirar la fiebre y la muerte; pero muy pronto, al pié de una datilera que se inclina sobre el confluente, la barca penetra en las puras aguas del riachuelo de Ciana. La pequeña corriente desarrolla sus sinuosidades en la llanura, en la base del terrazo que presenta todavía dos columnas inclinadas de un templo de Júpiter Olímpico. Algunas yerbas flotantes de argentados reflejos, detienen la marcha del barco. Las espesuras del papiro egipcio, que en otro tiempo se creian las únicas de toda Sicilia, elévanse á cuatro y cinco metros de altura, y se encorvan graciosamente sobre las aguas mezclando sus ramas de fibras delicadas, semejantes á la seda mas fina.

Despues de una larga navegacion en el agua tan clara del riachuelo, y sobre las espesas capas de yerba que obstruyen la corriente, el barco penetra al fin en la cuenca de la fuente, cuyos bordes están franjeados de iris y papiros. El agua, de ocho á nueve metros de profundidad, es del todo trasparente, y se pueden seguir con la mirada, á través de la capa azul, los peces que nadan entre las rocas del fondo. Así como su hermana Aretusa, Ciana se destaca de las grutas de un cerro calizo; pero la tradicion no dice que haya venido tambien de las orillas de Grecia, sumergiéndose bajo las olas del mar Jónico. No, la ninfa Ciana era una compañera de Proserpina, y como la negra hija de Ceres, coronábase de flores cuando el sombrío Pluton apareció sobre su carro de fuego y «cogió él mismo la graciosa vírgen, la mas bella de todas las flores.» Ciana quiso oponerse al destino y luchar contra el dios de la muerte. Herida por el invencible brazo perdió su vida propia para entrar en el seno de la inmensa naturaleza; pero convertida en fuente azul, no ha conservado menos su inmortalidad bajo otra forma. Con sus ondas inagotables y puras no deja de bañar las hojas y las flores con que tejia sus guirnaldas en otro tiempo.

En las orillas de la fuente de Ciana fué donde me despedí de Siracusa, del paisaje griego que la rodea, y del humo del Etna, que se desplegaba como un arco sobre mí y toda la Sicilia.

No tuve la dicha de ver, como lo deseaba, las magníficas columnatas de Girgenti, el promontorio del monte Eryx, los pedregosos desfiladeros de Catalafini y el templo de Segesto.

FIN DEL VIAJE Á SICILIA



Vista de Torshaven, capital de las islas Feroé.

VIAJE AL INTERIOR DE ISLANDIA

POR

M. NOEL NOUGARET

I

Llegada á las islas Feroé.—Torshaven y su fuerza armada.—Una excursion á las montañas.—Aspecto general de las islas.—Caza milagrosa.—Residencia de la mision católica.—Paseos en Torshaven.—Sus habitantes y su extraño sistema monetario.—Un baile de balleneros.—La hospitalidad del norte.

A principios del mes de junio de 1866, hallándome en Edimburgo, me embarqué en el *Arcturus*, vapor danés que durante seis meses del año hace el servicio entre Copenhague é Islandia, pasando por Escocia y las islas Feroé. Iba provisto de una órden de embarque en la fragata francesa *la Pandora*, anclada entonces en la rada de Reykjavik, y debia trasladarme á su bordo.

Mis compañeros de viaje eran un antiguo subprefecto danés, últimamente nombrado gobernador de Islandia, M. Finsen, y algunos ingleses que emprendian tan enojosa travesía, solamente por el gusto de ir á echar sus redes en el lago de Thingvalla á la luz del sol de media noche.

Desde el dia siguiente, favorecidos por una buena brisa del sudeste, perdíamos de vista la romántica tierra de Escocia, que habla sin cesar del inmortal Walter; y veinticuatro horas despues dábamos vista á las Feroé, nuestra primera estacion.

Era domingo: el cielo presentaba un color gris y sombrío; pero en estos países creo que siempre sucede así; y al alejarnos de los últimos bancos de las Orcadas, que se perdian en la bruma á seis millas hácia el este, comprendí que debia despedirme del sol.

Despues de haber costeado el grande y el pequeño Timon, dos promontorios pelados, cuya cabeza brumosa se destaca por delante de las Feroé, nos hallamos dentro de una inmensa herradura: á la derecha se extienden algunos declives perforados, y á través de estos túneles, socavados por las olas, vemos algunas velas rojizas que se deslizan rápidamente sobre el mar dando caza á los arenques.

Al llegar á este puerto extraño reconócese que se penetra en lo desconocido: en el fondo, al pié de las alturas que cierran este paso, debe hallarse Torshaven ó Torshawn, la capital del grupo. En vano me aseguran que hay allí mas de trescientas casas: miro con mi anteojo y no veo sino

algunas velas curtidas, que corren por el fiordo, y miles de aves que gritan desesperadamente sobre el *Arcturus*.

Pero avanzando siempre, acabo por descubrir, sobre una eminencia á la derecha, una construccion de tablas, ante la cual flota el pabellon en lo alto de un mástil; á mi izquierda diviso otra construccion de aspecto agradable sobrepuesta de una cruz: es la mision católica; y por último, persistiendo en mis investigaciones, distingo algunos montecillos cubiertos de césped, muy próximos unos á otros, como para conservar el calor. De la tierra parece salir un humo blanquizco: no hay duda; esto es Torshaven. Hé aquí la fisonomía panorámica de la capital del grupo de las Feroé; agregad á estos detalles un fuerte olor á pescado, que se introduce al punto en la nariz, donde se aloja por espacio de ocho dias, y tendreis el conjunto de la impresion que yo sentí al llegar.

Apenas nos hallábamos en el anclaje, vimos llegar hácia nosotros una embarcacion empavesada con los colores daneses: era el gobernador del archipiélago, que venia á dispensar una favorable acogida á su feliz colega de Islandia. Este digno magistrado iba con ocho aduaneros; y al decir aduaneros, no sé si estoy en lo cierto, porque aquellos hombres eran los que remaban; pero apenas llegaron, soltaron los remos para desenvainar los sables, sin duda á fin de dar un carácter mas solemne á la entrevista de los funcionarios daneses. Por último, á media noche los veremos con el fusil al hombro, patrullando por las desiertas calles de Torshaven, lo cual no se opone á que al dia siguiente nos sirvan á la mesa en la comida oficial del gobernador. En resúmen, esos ocho hombres constituyen la fuerza armada de la localidad, fuerza muy suficiente, pues los habitantes de las Feroé tienen un carácter muy pacífico, y los cachalotes les dan demasiado que hacer para que tengan tiempo de ocuparse en derribar un gobierno que no les molesta. En cuanto al interior, basta ver la pobreza desconsoladora de estos países para convencerse de que si los daneses no hubieran tenido nunca mejores posesiones, se habrian conservado siempre en la mejor inteligencia con los prusianos.

Pláceme navegar; mas apenas diviso la tierra, me atrae mucho, y es preciso que vaya á reconocerla. Cuando el *sysselman* ó gobernador llegó á bordo del *Arcturus*, hallóme ya con las botas puestas, la carabina al hombro y equipado para entrar en campaña. A los pocos minutos de la presentacion, desembarqué en la ensenada mas próxima, y una vez en tierra, ya no supe por dónde dirigirme para salir al campo. Al fin acabé por introducirme en una entrada que ví abierta, y que en mi concepto debia conducirme á un patio; despues pasé á otro, y así sucesivamente: las casetas se hallan tan próximas que se cree estar siempre en la misma. No me costó poco salir de aquel laberinto, avanzando á veces sobre tejadillos de césped cuando no hallaba mejor camino; pero una vez fuera de la ciudad, si es permitido dar este nombre á una agrupacion de conejeras, halléme en presencia de otros obstáculos: todos los terrenos eriales estaban ocupados por abadejos grandes y pequeños puestos á secar. A primera vista, y al observar que estaban uno junto á otro, pareciéronme otros tantos pingajos, y pensé que los habitantes se habian convenido en hacer colada todos á un tiempo.

Una hora de marcha me bastó para llegar á la montaña que se destaca detrás de Torshaven, y desde esta altura pude formar una idea de todo el sistema del grupo.

El archipiélago de las Feroé se compone de veinticinco islas, de las cuales no hay sino diez y siete habitadas. El clima es relativamente benigno, aun en invierno, á causa del Gulf-Stream (corriente del golfo), que las rodea completamente con sus tibias aguas. Aquí se crian muchos carneros, y la cebada madura de tres veces una por término medio; pero del mar es de donde los habitantes obtienen sobre todo sus medios de existencia. Todas estas islas forman ramificaciones paralelas que se dirigen generalmente de nordeste á sudoeste; los espacios que las separan son canales estrechos y profundos. En ellos es donde los pescadores de la isla, despues de haber perseguido al cachalote en alta mar, le obligan á refugiarse, y una vez conseguido esto, divídense en dos grupos, colocan al cetáceo entre dos fuegos, y atácanle resueltamente. Momento terrible es aquel: exasperado el cetáceo, levanta olas enormes; algunas de las embarcaciones se estrellan contra las rocas ó se hacen pedazos entre las aguas embravecidas; pero cualquiera que sea la fuerza del coloso, no puede sostener largo tiempo aquella lucha desigual contra la audacia y la destreza de los balleneros. Muy pronto le infiere el arpon una herida mortal; el agua del mar se tiñe de sangre, y los pescadores se apoderan de su víctima.

Desde la altura en que me hallaba bajé á un profundo valle, y entonces comprendí por qué motivo se habia dado á este grupo el nombre de islas de las Aves. Esta es una verdadera pajarera: estos pobres séres esperaban sin desconfianza; y apenas disparé el primer tiro, que pareció

un trueno en el fondo de aquellas gargantas solitarias, produjose un estrépito infernal. Miles de aves de todas las especies remontaron al punto su vuelo, lanzando gritos terribles; muchas de ellas revoloteaban á mi alrededor, cual si quisieran ver con qué especie de animal tenian que habérselas, y caian sin saber por qué bajo mis repetidas descargas. En menos de una hora habia efectuado una cacería de las mas abundantes de animales de toda especie, pluviales dorados, conejos, golondrinas de mar, ánades y otras especies; todas estas víctimas se oprimian en mi morral, demasiado reducido, y debí llenar tambien mi pañuelo.

Cansado de esta matanza, en la que mi conciencia me decia que no desempeñaba un papel muy caballeresco, volví á Torshaven cargado con los opimos despojos, como un triunfador romano; y como no tenia gran deseo de pasar la noche en mi cámara del buque, pensé que despues de todo, hallándome en país extranjero, una cruz equivale á un pabellon. Poseido de esta idea, fuí á llamar á la puerta de la mision católica, donde me recibió M. Bauher, uno de los misioneros.

Como era natural, encontré allí á los tres ingleses que iban á Islandia á pescar, y esto no me sorprendió, pues la ortodoxia protestante no prohibe á sus adeptos aprovechar un buen alojamiento donde le encuentran, sin detenerse en escrúpulos de secta.

—Aun hay un lecho para vos, me dijo el buen misionero.

No dudé que aquel santo varon me ofrecia el suyo; mas aparenté no advertirlo; tan cierto es que los viajes hacen al hombre egoista.

Yo habia entregado todo el producto de mi cacería al ama de llaves de la mision, y mientras se preparaba la cena, M. Bauher nos invitó á ir á ver una danza del país que se efectuaba en una de las casas de Torshaven. Nos aventuramos con los ingleses en aquellas estrechas calles, junto á las cuales parecerian magníficas las callejuelas de Constantinopla. Las casas son una especie de bastiones cubiertos de espeso césped, sobre el cual se balancean algunas campanillas de color amarillento; y sus paredes de tablas desaparecen bajo guirnaldas de peces de toda especie, que los habitantes ponen á secar durante el verano, á fin de asegurar su alimento para el invierno.

Como es aun de dia, aunque falte poco para la media noche, algunos habitantes andan por la calle, lo cual nos permite estudiarlos. Los hombres son de mediana talla, enjutos de carnes, y muy resistentes al parecer á la fatiga. Casi todos tienen la nariz corta y remangada, el cútis curtido por el mar, cejas muy espesas y prominentes, y escasa barba de color rojizo, que se levanta en punta de patin.

El traje es todo de paño negro, ó verde oscuro, con botones de asta: se compone de una casaca corta con cuello recto, chaleco alto, y calzon que se abotona por debajo de la rodilla; en algunos, la media de lana domina por el contrario sobre aquella parte. Cubren su cabeza con una especie de gorro de algodon pardo con listas rojas; y en cuanto al calzado, es el que se usa en Islandia, reducido á un pedazo de piel con una costura sobre el pié y en el talon, y sujeto por medio de tiras de cuero.

Las mujeres son robustas, fuertes y de mediana talla. Su cabello, muy abundante y bien cuidado, flota libremente al aire, despues de separarle por una raya en el centro de la cabeza. Usan calzon de punto; falda de lana corta, que pasa muy poco de la rodilla; un ancho cinturon que marca muy bien las caderas; y un corsé que deja completamente desnudos los brazos musculosos y bien modelados. De la ropa interior no se les ve sino unas mangas cortas que se abotonan un poco mas abajo del hombro; pero es lo suficiente para demostrar que la llevan; y por cierto de una perfecta blancura: para modificar un poco este conjunto severo, usan por todo adorno una manteleta de algodon, la cual se cruza sobre el pecho y es siempre de un color vistoso.

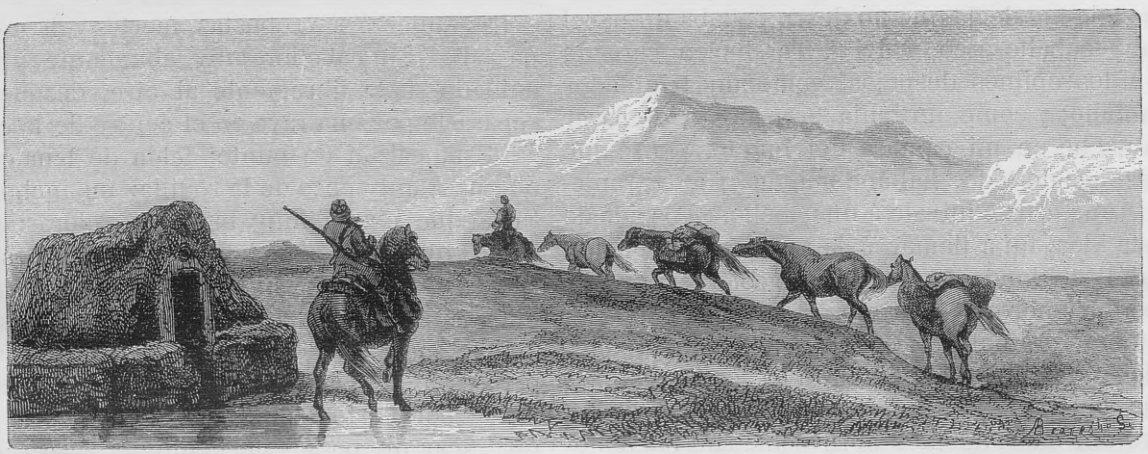
Acabábamos de llegar ante una casa construida con tablas, algo mas alta que las otras, de la cual partia un gran ruido indefinible. A la entrada vimos una mujer sentada en un escabel; era la cobradora. Al entrar, cada persona debia darle un pez seco ó dos, los cuales eran depositados en un barril; pero como nosotros no teníamos esta moneda corriente, dimos cada cual un marco danés (cuarenta céntimos), rehusando los pocos arenques que nos devolvia por cambio de nuestra moneda.

Segun vamos á ver, esta generosidad se nos tuvo en cuenta. En el fondo de la primera habitacion veíase una puertecilla que comunicaba con un gabinete muy oscuro, y de allí era donde partia el ruido. Situados en el umbral de la puerta no distinguíamos nada; pero oíanse numerosas voces de hombres, mujeres y niños entonando una de esas melodías, que penetran en el oido como el olor de pescado en la nariz; y percibíase al propio tiempo un rumor cadencioso producido por los piés al golpear el suelo. Todas aquellas voces resonaban cerca de nosotros, y reconocíamos el roce de faldas y casacas; mas

no nos era posible ver cosa alguna. A intervalos, y como si los ejecutantes de aquella zarabanda infernal estuviesen cansados, cesaba el ruido poco á poco; pero en el instante en que creíamos que todo concluia, redoblaban los cánticos y el pataleo; aquello parecia un delirio. Yo tenia mucha curiosidad por ver á los actores de aquella escena endiablada; y el haber sido generosos al abonar el importe de nuestro billete, nos valió entonces la recompensa, pues se iluminó la sala solo en obsequio nuestro. Cierto que el alumbrado se redujo á dos velas de grasa de foca pegadas á la pared; pero era lo suficiente para ver lo que allí pasaba.

En una pequeña habitacion de tres metros de anchura, por cuatro de largo, mas de cincuenta personas hallaban medio de moverse; y no dejaron de bailar mientras se encendieron las luces. Cogidas de la mano, forman una cadena compuesta de todos los elementos de la humanidad: junto á las mujeres están los niños, y estos dan la mano á los mismos hombres que mañana irán á atacar á la ballena en su imperio dando todos vueltas al rededor de un eje imaginario, mientras entonan cantos del país al compás de un paso de polka.

Las fisonomías ofrecen cierto aspecto triste y grave; el sudor inunda las frentes; y diríase que



Marcha de la caravana

se celebra una ceremonia religiosa, ó se cumple con una penitencia en vez de disfrutar de un placer. Cuando un bailarin echa de ver que sus piernas flaquean, y que su voz comienza á enronquecerse, da un salto de pronto, golpeando fuertemente el suelo con sus piés, cual si tratase de romperle, profiere gritos formidables, y guarda silencio despues, para repetir la misma operacion á los pocos minutos: podria compararse esto con las ráfagas intermitentes propias de las tempestades equinocciales.

A pesar de los numerosos bailarines, habíamos podido penetrar en aquel tugurio, y oprimidos en un rincon, contemplábamos atentos el extraño espectáculo que se ofrecia á nuestra vista. Poco á poco, aquellos cánticos y aquella cadencia me parecieron tener cierta atraccion; veia á cada instante nuevos bailarines que se agregaban á la cadena; y dominado por aquella extravagante melopea, tomé yo mismo parte en la danza, dando una mano á una niña de diez años, y la otra á un corpulento pescador. Pensaba dar solo una vuelta, pues la sala no era grande; pero víme impulsado por tantos torbellinos, que tardé un cuarto de hora largo en recorrer todas las sinuosidades de la espiral antes de volver á mi punto de partida. Me han asegurado despues que aquella gente bailaba así por espacio de dos horas sin detenerse un momento.

De vuelta á la mision, ví que una buena parte de mi caza habia sufrido las mas felices trasformaciones; y además de esto nos sirvieron pescado en abundancia, carne y pasteles, sazonado todo con buen Porto y Jerez.

Tal vez piense álguien que estos misioneros no se privan de nada; pero seria un grave error. Cuando se conoce bien á esta honrada gente del Norte, no es posible sentarse á su mesa sin experimentar cierta pena, si se reflexiona que lo que sirven al viajero en una sola comida representa á menudo varios años de ayunos y privaciones.

El deber de la hospitalidad es para ellos una religion: cuando se trata de recibir á un extranjero, lo cual sucede hasta con frecuencia, aquel no tiene á la vista sino el lujo de la mesa; pero despues de recibir la hospitalidad, no debe olvidar que comunmente, despues de su marcha, no

le queda á su patron otra cosa que la satisfaccion de haber cumplido con su deber, y un recuerdo agradable, al que se corresponde á veces con el olvido.

II

Salida de las Feroé.—Viaje entre las ballenas.—Vista de los primeros glaciares de Islandia.—Llegada á Reykjavik.—La *Pandora*.—Reykjavik y sus habitantes.—Funerales de la mujer de un *sysselman*.

Al dia siguiente, cada cual ocupaba su puesto á bordo del *Arcturus*, y enderezábamos el rumbo hácia Islandia.

Antes de alejarnos mucho de tierra fué preciso costear unas montañas muy agrietadas por las aguas, en varias de las cuales veíanse grutas oscuras y profundas donde se precipitaban las olas con estrépito. En aquellos retiros inaccesibles se refugian considerables bandadas de ánades, los cuales parecen estar muy seguros de que nadie irá á turbar allí su reposo.

Cuanto mas nos alejábamos de tierra, mas embravecido estaba el mar: dos horas despues, los últimos promontorios de las Feroé desaparecian entre espesas brumas que, bajando hasta el mar, los rodeaban desde la cima á la base; todo estaba negro; no se veia nada blanco como no



La caravana recorriendo las mesetas

fuera la espuma de las olas y los miles de gaviotas, que cual un torbellino, agitábanse en medio de aquel fondo oscuro, semejantes á pedazos de papel impelidos por el soplo de la tormenta.

Imposible es imaginar lo que con estos mares circumpolares sucede cuando los vientos del norte excitan su furia: bajo un cielo siempre oscuro, solo se ven enormes olas, negras como el cielo que las cubre, olas que parecen burlarse de los marinos que osan confiarse á ellas.

Para no perder nada de este horrible espectáculo, permanecia sobre cubierta, sujeto á la chimenea de la máquina; pero como el mar se enfurecia cada vez mas, y el *Arcturus* avanzaba sumergiéndose en las olas como un morso, hube de renunciar al grandioso espectáculo y volver á mi camarote, donde por espacio de treinta horas sufrí mas sacudidas que una rata cogida en la ratonera.

Cuando ya fué posible subir á cubierta, navegábamos en medio de las ballenas; el mar no estaba tan agitado hacia dos dias, y sus movimientos se modificaban á medida que nos acercábamos á tierra.

En todas direcciones veia elevarse sobre las aguas chorros de tres á cuatro metros de altura, que surgiendo al principio con fuerza, caian despues en forma de penacho dejando en el aire un pequeño rastro de vapor blanquizco, lo cual prueba que el chorro que la ballena arroja por sus orificios se divide en partículas muy ténues, saturadas de gas. Como la ballena debe salir á la superficie para respirar, se la puede seguir gracias á esos chorros, en todas sus peregrinaciones.

El cielo estaba cubierto de nubes entre las cuales se deslizaba de vez en cuando algun rayo de sol, reflejándose en el mar. En medio de esas largas fajas de plata es donde las ballenas se mantienen de preferencia; y en tales sitios se pueden ver en toda su belleza esos surtidores, cuyas aguas, heridas por los rayos solares, ofrecen los seductores tintes del arco íris. Un parisiense se creeria en Versalles en los dias en que se ven los juegos de agua.

Despues de haber navegado durante dos dias en medio de aquellos singulares compañeros de viaje, divisamos en la tarde del segundo, eleván-

dose ante nosotros, una inmensa cúpula de nieve que parecia balancearse en las nubes: era el Orœfa-Jokull, el mas alto glaciar de Islandia; y sirve para indicar desde léjos á los navegantes la costa sudeste de la isla.

Pasamos toda la noche marchando á lo largo de este litoral, en medio de un silencio interrumpido tan solo por el rumor de la máquina; el mar parece un espejo; diríase que agotadas sus fuerzas por la tempestad de la víspera, se ha entregado al reposo en estos parajes. Si miramos á la derecha, despues de pasar por una infinidad de cráteres parásitos, divisamos las nevadas cimas del Hekla; mientras que á la izquierda quedan las islas Westmann, cuyo calificativo (hombres del oeste) recuerda el asesinato que, segun dicen, inauguró la colonizacion de Islandia por los noruegos.

Obligados á expatriarse para evitar las consecuencias de un crímen cometido mancomunadamente, dos noruegos de raza superior, Leifr é Ingolfo, que habian oido hablar de aquella tierra, pensaron que ningun país podria proporcionarles mas seguro asilo; y en su consecuencia resolvieron retirarse á él: esto sucedia en el año 874.

Habiendo salido de Noruega con una numerosa tripulacion y todos los elementos necesarios para fundar una colonia duradera, hicieron escala en las Feroé á fin de visitar algunos amigos; y despues enderezaron el rumbo hácia el noroeste.

A los dos dias de viaje soltaron uno de los tres cuervos préviamente consagrados á los dioses, y que en aquellos tiempos primitivos hacian las veces de brújula.

El ave sagrada, elevándose á cierta altura, tomó la direccion sudeste y volvió á las Feroé. Los navegantes comprendieron entonces que aun no se habian alejado bastante de las tierras que acababan de abandonar, y esperaron dos dias mas para soltar el segundo cuervo, el cual, cerniéndose algunos instantes en los aires, volvió á bajar al barco.

Al dia siguiente se repitió la prueba; y esta vez, el ave sagrada, despues de remontar su vuelo, tomó resueltamente la direccion del norte. Leifr é Ingolfo siguieron aquel rumbo.

Llegados á corta distancia de la costa, Leifr, seducido por el risueño aspecto de las islas Westmann, resolvió establecerse en ellas; pero el piadoso Ingolfo, que solo obraba segun la voluntad de los dioses, arrojó al mar las maderas sagradas del sillon patriarcal, los penates, segun la mitología escandínava, haciendo voto de desembarcar donde las olas le condujeran.

La historia dice que tomó tierra en el sitio donde se eleva hoy Reykjavik.

Despues de haberse instalado, y como quiera que Ingolfo fuese á visitar á su compañero, solo encontró un cadáver: habíanle asesinado sus esclavos. Ingolfo los condenó á todos á la pena de muerte, y fué desde entonces jefe absoluto de la colonia.

A las persecuciones que desolaron á Noruega en tiempo de los reyes Harald debió Ingolfo numerosos reclutas emigrantes, y la poblacion de Islandia se acrecentó rápidamente. Lo que hay de cierto para nosotros es que ese país se pobló en el siglo IX por los normandos; y como esta poblacion se ha conservado constantemente por espacio de muchas generaciones, al abrigo de toda especie de contacto y mezcla extranjera, podria esperarse encontrar en medio de ella, en toda su pureza, como una perla preciosamente conservada en su estuche, la civilizacion y la existencia patriarcal de los antiguos reyes del mar.

Al dia siguiente, á eso de medio dia, llegábamos al anclaje; y debo confesarlo, cuando ví en el Faxafjord la magnífica fragata *Pandora* pavoneándose con sus graciosos mástiles, parecióme divisar ya las costas de Francia; aquel mensajero de la patria en tan lejanos parajes me la representaba toda entera.

Fuí recibido por M. Favin Leveque, capitan de navío y comandante de la division naval de Islandia, quien me presentó á todo el estado mayor; y estos señores no parecieron muy sorprendidos de hallar uno de sus compatriotas en estas latitudes, mientras á mí me parecia haber caido de la luna. Diéronse órdenes para mi instalacion: una hora despues de mi llegada, un marinero dejó arreglados mis libros en la estantería de la habitacion que se me destinaba, y mi ropa blanca en la cómoda; en fin, encontrábame como en Francia.

Antes de ocuparnos de las personas, hablemos algo de las cosas, y examinemos el país á que habia llegado.

Por lo pronto sufrí una decepcion: hasta entonces se habia trazado un cuadro tan triste y tan lúgubre al hablar de Islandia, que á mí me pareció el país casi risueño. Despues de contemplar los glaciares, las montañas peladas y cristalinas, la vista se recrea en las llanuras, en los valles cubiertos de césped, entre cuyos vigorosos tintes se ostentan la campanilla y la blanca margarita. Allí donde esperaba hallar un país completamente salvaje, encuentro una naturaleza civilizada; pero tambien debo añadir que llegué en la estacion favorable, y que en este país, volcánico por excelencia, bastan quince

dias para vestir el paisaje: la verdura sustituye inmediatamente á la nieve.

El Faxafjord ó golfo de Reykjavik ofrece un golpe de vista muy pintoresco: en su extremidad oriental, una cadena de islas forma el puerto de Reykjavik, ciudad extraña donde buques y casas parecen mezclados y confundidos. Sobre las serenas aguas de este puerto se ven flotar de preferencia los pabellones danés y español. En un lado se eleva el monte Œsja, llamado por los franceses montaña de las *Agatas*, á causa del gran número de piedras de base cuarzosa ó feldespática: algunos hilos de nieve helada bajan por sus flancos hasta el mar, donde las rocas que hay á flor de agua muestran su pardusca y pelada cabeza: diríase que son ballenas entregadas al sueño. Cuando se ha franqueado el círculo de islas de que acabo de hablar, y la mas conocida de las cuales es la de los Eiders, descúbrese Reykjavik, situado entre dos eminencias, coronadas de un molino de viento. La iglesia, colocada en medio, y la casa del gobernador, que se prolonga por la vertiente de un cerro, son las únicas construcciones de piedra. Todo el resto se compone de casetas, las mas altas de las cuales no tienen sino un piso; están pintadas de negro ó de gris, y el tejado es de tablas cubierto de un grueso lienzo, embreado durante el invierno.

Los islandeses pretenden que hay en esta capital cerca de mil cien habitantes; pero hablando entre nosotros, creo que exageran. Mis ojos buscan en vano las chozas de césped que yo creia hallar; solo veo establecimientos de comercio y casas de comisionistas; Reykjavik no es, pues, aun Islandia, ni puede dar una idea de ella.

Despues de comer, el comandante Leveque me invitó á ir á tierra para presentarme á las principales familias de la localidad: ví señoritas y elegantes damas vestidas á la francesa, que hablaban nuestro idioma como si fueran parisienses. Toda la poblacion de Reykjavik se compone en realidad de comerciantes, funcionarios y profesores, unos y otros daneses, si no por su orígen, al menos por la educacion. Durante cinco meses del año viven con los oficiales de la division naval francesa, pasando el tiempo en cabalgatas, bailes, comidas y visitas. Por la noche se toma el té y hay música, porque se cuentan quince pianos en Reykjavik, ó mas bien diez y seis, desde la llegada del nuevo gobernador, que llevaba uno en su mobiliario.

Toda esta poblacion ciudadana no conoce la Islandia mejor que el habitante de un pueblo de Francia; y así se explica que al volver yo del interior me preguntasen todos con la mayor curiosidad qué habia visto.

El dia siguiente de mi llegada á Reykjavik era de duelo: presentábame á punto para asistir á los funerales de la esposa de un sysselman (jefe de distrito) muy considerado en el país. Aquel dia no debia pensar en hacer visitas. Todos los amigos de la difunta habian esparcido delante de sus puertas ramitas de abedul y de enebro, antigua costumbre del Norte, que significa: «Estamos tristes; dejadnos con nuestro dolor;» ó en otros términos: «No se recibe.»

El ataud, trasladado durante la noche desde Arnarfiord en una ballenera, habia sido depositado en la iglesia, donde el tañido de una campana llamó á los amigos. Aquel dia todo lloraba: y hasta del cielo, triste y sombrío, caia una menuda lluvia. Despues de la ceremonia religiosa, el cortejo se puso en marcha hácia el cementerio: á la cabeza iban cuatro jóvenes vestidas de luto, con el cabello alisado, y cubierta la cabeza por un largo velo negro echado hácia atrás. Cada una de ellas llevaba un cestito lleno de briznas de arbustos y de margaritas, las cuales esparcian en tierra por donde iba á pasar el cadáver. Detrás del ataud, conducido por cuatro hombres, iba un sacerdote luterano, el esposo de la difunta, que habia revestido su traje de sysselman para tributar los últimos honores á su esposa, y por último los numerosos amigos de la afligida familia, funcionarios daneses, profesores y comerciantes.

Mientras nos dirigíamos al cementerio, un hombre del pueblo, con la cabeza descubierta, y muy abatido al parecer, agregóse al cortejo colocándose detrás del ataud: llevaba en los brazos una caja muy pequeña, é iba tambien á cumplir con el triste deber de sepultar á su hijo. La víspera habia abierto una pequeña fosa junto á la destinada para el cuerpo que escoltábamos; y mientras el sacerdote oficiaba, el pobre hombre depositó su pequeño ataud en tierra, para que fuera comprendido en las últimas oraciones, y despues sepultóle por sus propias manos, humedeciendo la tierra con sus lágrimas.

En un dia muy triste llegué á Reykjavik; pero los dias tristes en Islandia producen el efecto de una mosca que cae en un tintero, donde apenas se distingue del líquido en que se ahoga.

III

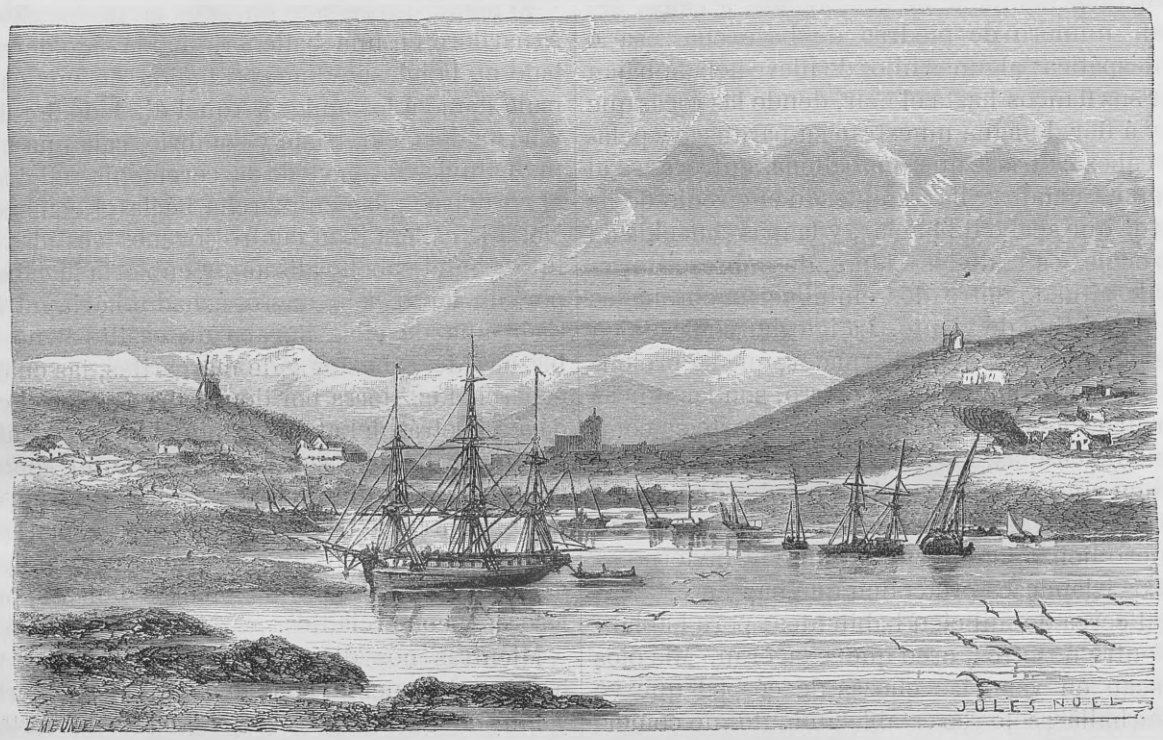
Marcha al interior.—Medios de locomocion. — Camino de Reykjavik á Thingvalla.—Encuentro con las caravanas del país —Una posada debajo del césped.—Llegada a la altura de Almannagja.—Una noche en la iglesia de Thingvellir.

Despues de haber pasado algunos dias en la modesta capital, descansando de las fatigas de

la travesía, hube de hacer mis preparativos para dirigirme al interior, en busca de lo desconocido, segun decia yo.

En Islandia no hay caminos: en los alrededores de Reykjavik, y hasta los geisers, punto á que suelen dirigirse los aficionados ingleses, algunos montones de lava que afectan formas piramidales, situados á unos cien metros uno de otro, sirven para indicar la direccion; pero muy pronto falta este escaso indicio, y el viajero se ve precisado á preguntar la direccion á la brújula y al sextante. Por esto se debe comprender que el viaje no puede hacerse sino á caballo, y únicamente con cuadrúpedos islandeses, pequeños animales tan inteligentes y seguros de sí mismos, que subirian por la escalera de la columna Vendome y bajarian sin dar un paso en falso.

El viajero que emprende una excursion larga



Vista del puerto de Reykjavik

necesita por lo menos diez caballos: esta cifra podrá parecer exorbitante; pero basta ver los peligros que se arrostran diariamente, y el riesgo que ofrece perder un cuadrúpedo al atravesar estos rios anchos y rápidos, que á cada instante cortan la retirada, y que estos animales deben atravesar á nado, para reconocer que dicho número es rigurosamente indispensable. En primer lugar, se necesitan tres caballos para los bagajes, uno para la tienda, los utensilios, instrumentos, etc., y dos para las cantinas, bastante pesadas cuando se han de llevar víveres para cuarenta dias; agréguense á estos dos mas de montar; uno para el explorador y otro para el indígena, con lo cual tenemos cinco; pero como en estas largas expediciones se ha de cambiar de caballos en medio de la etapa, necesítanse cinco mas para hacerlo. Sabido es que los caballos sin carga no se fatigan apenas cuando corren; y así es que cuando los cinco utilizados primero van perdiendo sus fuerzas, se les sustituye con los otros, poniendo á estos los arreos de sus compañeros.

Así es cómo viajan los islandeses; y atendido que en todo país es muy juicioso hacer lo que hacen los naturales, no vacilé en adoptar este sistema que me dió por cierto muy buen resultado. Mi caravana era pues bastante considerable, pero menos costosa de lo que pudiera creerse, porque el mejor caballo no cuesta aquí apenas mas de cincuenta ó sesenta pesetas, teniendo además la proporcion de revender á la vuelta todos los que se han comprado, por lo menos á mitad de precio, cuando se tiene la suerte de regresar con ellos.

Habia elegido mala hora para organizar mi caravana, porque los ingleses habian marchado ya hácia los geisers con los mejores caballos de Reykjavik; de modo que hube de contentarme con lo que ellos dejaron. El oficial, jefe de ga-

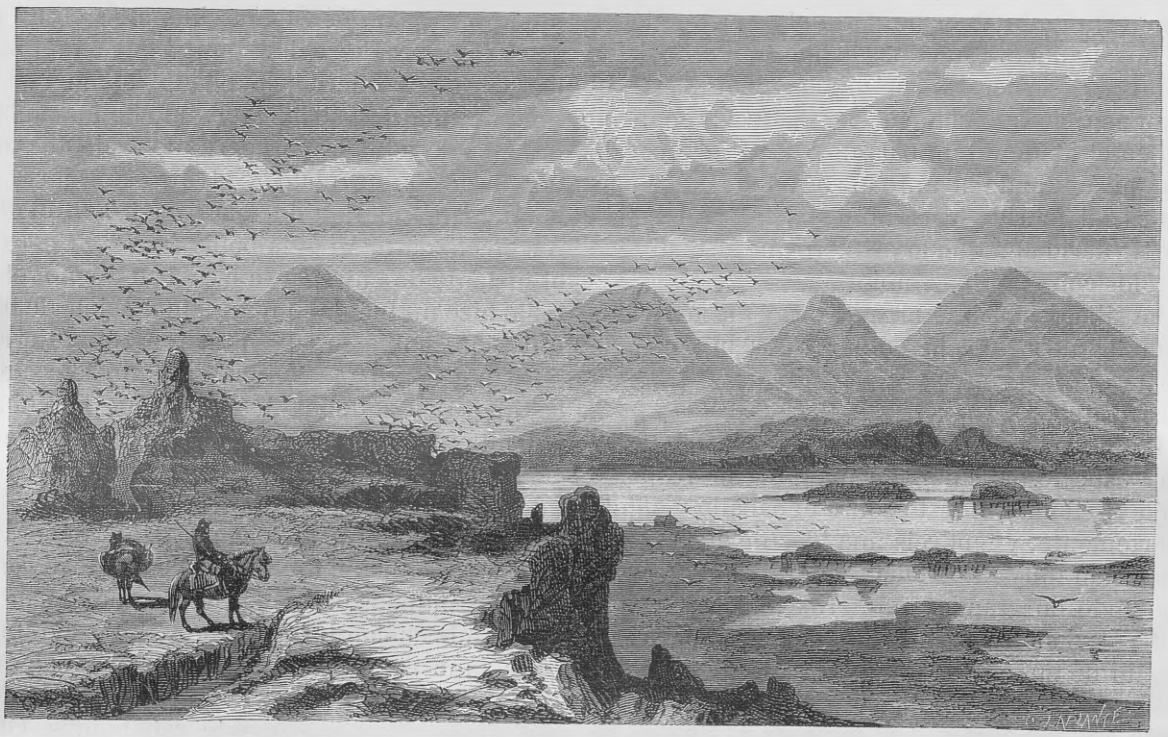
mella, como aquí le llaman, encargado de las provisiones, me dijo mostrándome mi cantina:

—Ahí teneis para cuarenta dias, y además veinte raciones de galleta para un caso imprevisto. Ya podeis marchar.

Oida esta declaracion, mandé trasportarlo todo á tierra, y á las once llegué á la plaza de la iglesia donde estaba mi caravana dispuesta á ponerse en movimiento.

Estos caballos, comprados separadamente en diversos puntos, no se conocian al principio; al marchar, se les ata á la cola uno de otro hasta llegar al campo; y una vez allí, no hay ya inconveniente en desatarlos, pues siguen siempre al que va delante.

Habíamos salido en el órden siguiente: el guia abria la marcha, armado de una larga pica y provisto de un látigo de corregüela muy largo;



Llegada á la altura del Almannagja: vista del lago de Thingvalla

en el arzon de la silla llevaba sujeto un saco de piel de foca, lleno de clavos y herraduras; los demás caballos seguian en fila, y yo formaba la retaguardia á veinte metros de distancia; por mi vestimenta no era yo el personaje menos grotesco de aquella extraña cabalgata.

En Islandia es preciso contar siempre con el mal tiempo, considerando un rayo de sol como un favor insigne. En su consecuencia, cubrí mi cabeza con uno de esos sombreros embreados que los marinos llaman del sudoeste *(sur-oua)*: el ala, muy corta por delante, levántase en forma de visera de casco romano, y prolongándose por detrás, baja hasta el centro de la espalda, á guisa de alero para preservarse de la lluvia. M. Larret de La Maligny, teniente de navío á bordo de la *Pandora*, me habia prestado un capote chileno impermeable, que despues de guarecerme del agua durante el dia, debia servirme de manta por la noche. Agréguese á esto unas grandes botas marinas y mi carabina, con la cual era preciso buscar de comer, y tendreis el conjunto mas grotesco que imaginarse pueda.

Mientras fué necesario tener nuestros caballos atados no nos habia sido posible avanzar muy de prisa; mas apenas estuvimos á varios miles de metros de la ciudad, y se dejó libres á los caballos, emprendimos el trote largo, cualesquiera que fuesen las dificultades que se ofrecieran.

Hacia un momento que, abandonando las alturas, avanzábamos por las tierras bajas, lo cual me permite daros una idea del modo singular de recorrer aquí los valles. En el fondo de cada uno serpentea un rio; y en vez de seguir las sinuosidades de la corriente, los islandeses parecen profesar un verdadero culto á la línea recta. Nosotros la seguíamos, pues, trotando siempre, unas veces por la pradera y otras por en medio del agua, cuando se presentaba el rio, que por fortuna no era muy profundo. Las ondas, agitadas

por los piés de los caballos, nos inundaban completamente, y como siempre llovia, nadábamos entre dos aguas; pero cuando se ha tomado una resolucion, un detalle como este tiene poca importancia.

De vez en cuando habíamos visto caravanas que se dirigian á Reykjavik, compuestas por lo regular de gente del campo. Cuando el viaje no debe ser muy largo, no llevan caballos para los bagajes; y en cuanto á los víveres, como el islandés no parece muy escrupuloso, come en el bœr (1) donde duerme. Para ellos es un deber la hospitalidad. Cuando se divisan desde léjos caravanas, espérase ver mucha gente, por el gran espacio que ocupan; pero si se las encuentra en el fondo de un barranco, ó al revolver de una pirámide de lava, todo se reduce á dos personas, el marido y la mujer, debiéndose esta particularidad á que lo primero que se distingue son los caballos de cambio.

La silla de los hombres es poco mas ó menos como la nuestra: está cubierta por una piel de carnero; y las cinchas y correas son de tiras de piel negras.

Las de las mujeres son mas notables: figuraos una especie de sillon de oficina con respaldo bajo y redondo, puesto sobre el caballo y sujeto fuertemente, y tendreis una idea de ellas. Algunas están muy historiadas, con mucho arte, presentando en grandes números una fecha, que debe ser la del dia en que la dama recibió aquel regalo de su novio. Cuando se da el anillo de desposada, es costumbre ofrecer tambien el caballo con sus arreos. Las mujeres se sientan en ese aparato como en su casa, y el estribo en que apoyan los piés se reduce á una pequeña tabla sujeta á la silla por medio de dos correas.

Estábamos en los parajes mas frecuentados, en aquellos en que se puede esperar ver mas gente, y aun no habia encontrado mas que dos grupos.

Hacia algunos instantes que habíamos salido de aquellos caminos anegados, y dos horas que no veíamos el menor vestigio de vida; varias veces pronuncié la palabra *bœr*; pero mi guia no pareció comprenderme. Aunque este camino sea el mas frecuentado, pues conduce de Reykjavik á Thingvalla, estaba completamente desierto, y mi carta geográfica no me indicaba ninguna habitacion.

Llegado á una gran meseta, ví en un montecillo de césped, á unos cien metros á mi izquierda, una cosa bastante parecida á un asta de reno: dirigíme hácia aquel lado, y siguióme el guia; mientras los caballos, que comprenden muy bien que cuando sus conductores rompen la línea sin llamarlos, pueden esperar en el mismo sitio, comenzaron á comer ansiosamente la yerba. Llegado al pié de aquel montecillo de césped, ví que era realmente un asta de reno lo que llamó mi atencion; y procuraba explicarme cómo podria haber sido abandonada allí, cual si no valiese nada, cuando mi islandés, que habia pasado á la otra parte del montecillo, comenzó á parlamentar con algun sér viviente. Acerquéme presuroso, y ví dos cabezas humanas en un pequeño agujero, lo cual me probó que aquel montecillo estaba hueco y habitado. Entonces hice seña de que deseaba beber: uno de los dos habitantes de aquella gazapera me trajo al punto una taza con un plato, y el otro una jarra, de la que salió un líquido amarillento, en el cual reconocí suero. Mi guia bebió á su vez; pero en el instante de entregar la taza á su dueño, el caballo hizo un movimiento, y aquel objeto de lujo, único que habia en la vivienda, cayó en tierra y se hizo pedazos. Me compadecí tanto del aspecto lastimoso de aquellos dos solitarios habitantes al contemplar los restos que acababan de recoger, que les dí un escudo, con lo cual quedaron muy contentos.

No se crea que aquel agujero informe era un *bœr;* era simplemente una especie de covacha, que dos industriales construyeron en el camino por donde suelen ir los viajeros. El asta de reno es la muestra: aquellos naturales venden á los transeuntes lo poco que tienen y saben que serán siempre generosamente retribuidos. Ofrecieron venderme astas y pieles de reno; pero como yo comenzaba entonces mi excursion y no me convenia llevar objetos que entorpeciesen la marcha, no juzgué oportuno entrar en tratos, tanto mas cuanto que por sus semblantes no me parecieron descontentos del dia.

Despues de aquella corta detencion continuamos la marcha hácia Thingvalla. La gran meseta de turba que recorríamos está surcada de estrechas y profundas hornagueras en una extension de trescientos metros; se han formado por las pisadas de los caballos, y trazan diversas pistas que siguen todas la misma direccion, entrecortándose y cruzándose como las mallas de una red; á cada momento se presentaban bifurcaciones; el jinete no sabe nunca si su caballo elegirá la de la derecha ó la de la izquierda, y como estos pequeños cuadrúpedos tienen los movimientos tan bruscos, el hombre mas inteligente en equitacion podria perder los estribos. Jamás se debe pensar en dirigir los caballos, pues son casi salvajes y caminan á su antojo.

(1) *Bœr* es el nombre de las viviendas rurales de la isla.

Las hornagueras, que se hallan en todos los terrenos no pantanosos por donde pasan las caravanas, tienen otros inconvenientes; como son profundas, y los caballos de escasa alzada, desaparecen casi en la tierra, de modo que es preciso de ordinario conservarse de rodillas, para evitar que en una caida se rompan las clavículas. Esta posicion no deja de ser fatigosa; pero al cabo de veinte dias de semejante ejercicio, se podria debutar con buen éxito en cualquier hipódromo.

En esto he tenido una prueba incontestable de la utilidad absoluta de un auxiliar para esta especie de viajes. Cuando se sale de la ciudad, los caballos, bien repletos, siguen en línea recta su camino sin dar el menor trabajo: y lo mismo sucederia hasta el término del viaje si se cruzara siempre por terrenos completamente estériles; pero cuando despues de varias horas de camino se pasa por sitios donde crece la verdura, los cuadrúpedos acortan el paso considerablemente; como están hambrientos, no dejan escapar tan buena ocasion de llenar su estómago desfallecido, y detiénense á cada instante para arrancar la yerba. En esto proceden con una inteligencia y una astucia, que irritando al principio, se admira despues: avanzan de pronto al galope, y despues de recorrer cierta distancia, detiénense luego tranquilamente para morder la yerba. Saben muy bien que el guia correrá en su seguimiento para castigarlos; mas espéranle tranquilos, y en el instante en que debe alcanzarles un vigoroso latigazo, vuelven á tomar el buen camino, para repetir á poco la misma operacion. Mientras el guia va en busca del caballo blanco, el negro huye por el lado opuesto, despues se escapa el bayo, y así sucesivamente; de modo que el infeliz conductor debe galopar al través de estas hornagueras profundas, donde para dar un paso sin caer se necesita el pié de acero de estos pequeños cuadrúpedos.

En cierto momento, el guia no pudo reunir por sí solo á todos los insubordinados; forzoso fué ir en su auxilio, y corrí á derecha é izquierda llevando mi carabina como una lanza, mientras la lluvia me calaba hasta los huesos. Entonces comprendí que si hubiese estado solo me habria faltado la fuerza y la paciencia, y que abatido el ánimo en mi primera etapa, hubiera vuelto atrás, abandonando todo mi personal á su desgraciada suerte. Para completar mi desesperacion, el maldito caballo que llevaba las botellas y algunos instrumentos frágiles, se empeñó en emprender el galope, y despues de interponer entre él y nosotros una respetable distancia, tumbábase boca arriba y se revolcaba en tierra. Por fortuna habian embalado su carga hombres prácticos en la materia.

Nuestra marcha habia llegado á ser casi imposible; yo estaba desfallecido, tanto como mi guia; y á pesar de la lluvia, resolví detenerme por espacio de una hora, para cambiar los caballos, que un poco repuestos avanzaron á buen paso. A las nueve ví por fin á mis piés la gran llanura de Thingvalla.

La lluvia habia cesado; el lago del mismo nombre (Tingvallavatn) ostentaba su tersa superficie, semejante á un tapiz de seda azul, reflejándose en él la iglesia de Thingvellir, como un cisne entregado al reposo; y á su derecha se extendia la llanura de Althing, ese famoso recinto de rocas y de barrancos donde se reunian las tumultuosas asambleas de la vieja Islandia.

Mientras contemplaba aquella inmensa llanura, acariciada en aquel momento por un rayo de sol, la cabalgata acortó de pronto el paso; el guia que marchaba á la cabeza pareció inclinarse hasta el suelo, y los caballos que le seguian desaparecieron á su vez. Yo creia que la tierra se habia tragado toda mi caravana: avanzo, y me encuentro al borde de un inmenso vacío: era el Almannagja, la famosa grieta de que me habian hablado, y que se abria á mis piés. De todos los caballos que iban delante, solo veia la cola y las piernas posteriores, pues el camino que conduce al fondo de este abismo de ciento cuarenta piés de profundidad es una especie de escalera estrecha y muy pendiente, cerrada por un desplome.

Dejo á mi caballo en libertad de avanzar á su antojo, y el cuadrúpedo se aventura en la grieta: la bajada de Orfeo á los infiernos no debió ser mas horrible; y el culto asiático de Isis no tuvo sin duda jamás tan tenebrosos misterios.

En pocos minutos llegamos al fondo de la Almannagja, uno de los fenómenos mas notables del suelo de Islandia.

En una época geológica, una corriente de lava contraida por el enfriamiento, ó mas bien por una conmocion interior, se abrió y produjo esta ancha grieta. Cuando se llega al fondo, el viajero se encuentra en medio de una galería de setenta piés de anchura, formada por dos muros paralelos, el mas alto de los cuales se eleva á ciento cuarenta piés.

Por una extraña singularidad de que solo es capaz la naturaleza, al dividirse esta llanura de lava, ha tomado las formas mas fantásticas; en las parédes interiores hay ventanas ojivales y balcones opulentos; mientras que la cresta está adornada de torrecillas y de todas las complica-

ciones empleadas en el sistema de fortificacion de la Edad media.

Al recorrer con mis caballos esta gran galería de una legua de longitud, cuyo césped ahogaba el rumor de los pasos, creia penetrar en una de esas calles monumentales de la antigua época. Involuntariamente levanté la cabeza para buscar el centinela cubierto de hierro, que debia estar apostado en las torrecillas; esperaba ver presentarse en los balcones las nobles castellanas habitantes de aquella mansion feudal; y escuchaba si no percibia el toque de la bocina anunciando mi llegada; pero en las torrecillas no ví mas que los pelícanos agitando sus grandes alas; en los balcones se habian posado negros cuervos; y en medio de aquel silencio eterno no oia sino el canto plañidero del pluvial, que saltando en una escoria parecia despedirse



Mujeres islandesas

del sol. Este habitante de la soledad es el único animal que canta en Islandia; su voz melancólica inclina al viajero á la meditacion, y resuena en su oido como el toque de la campana del pueblo á la hora del *Angelus*.

Despues de cabalgar por espacio de veinte minutos en aquella imponente hornaguera, pudimos salir por una grieta practicada en la pradera oriental, cerca de Thingvellir, en cuya pequeña iglesia reflejábanse todavía algunos rayos del sol poniente.

Las primeras etapas de Islandia ofrecen una serie de sorpresas: allí donde el viajero cree hallar un pueblo, segun lo indica la carta geográfica con algunas pretensiones, no ve sino un bœr; y á veces una iglesia.

Los templos están todos construidos por el mismo modelo: son simples construcciones cuadrangulares de ocho metros de longitud por seis de anchura; los cimientos, siempre de lava, tienen un metro de alto; y las paredes, como todo lo demás, son de tablas embreadas, en las cuales se ven algunas ventanillas pintadas de blanco, lo mismo que la puerta. Las mas monumentales presentan sobre esta última un nicho cuadrado, semejante á un palomar, donde se pone una campana, cuyo peso no excede de quince libras.

Despues de haber inspeccionado mi domicilio, volví á salir á la puerta, donde un hombre, cuya cabeza desaparecia bajo un gran gorro de piel de zorro, daba la mano á mi criado para descargar los caballos. Era el cura: saludóme políticamente y continuó su trabajo, cual si fuese un dueño de fonda que recibe un huésped desconocido. Yo en cambio me conduje como aquel que llega á una posada. No sabia que en Thingvellir se obtienen por seis reales al dia cuantas truchas se quieran, abundante leche, café, el pasto para los caballos, y además de esto el suelo de la iglesia para dormir. Creíme, pues, dispensado de toda ceremonia, y estuve mas á mi gusto.

Mientras permanecia en la puerta, dirigiendo la vista á mi alrededor para buscar la casa del cura, divisé primeramente á pocos pasos de mi el cementerio, sembrado de verdes túmulos, y pude contar fácilmente el número de habitantes que duermen en aquel silencioso rincon de tierra. Mas léjos se ven otros montecillos mayores, pero no son tumbas: es la habitacion del sacerdote. El bœr y el cementerio ofrecen el mismo aspecto; la morada de los vivos no se diferencia de la de los muertos sino por la dimension del montecillo y una nube de humo gris de turba que parece filtrarse á través del césped, como el vapor que vemos elevarse en invierno de un monton de estiércol.

Fué preciso pensar en la cena, porque eran cerca de las once de la noche: en la pared del cementerio ví un salmon recien pescado, que el



Tipos islandeses

sacerdote colocó sin duda como de muestra en aquel sitio aparente, é hice seña á mi guia para indicarle que deseaba comer salmon; añadí á esto dos aves cazadas por mí en el camino, y obtuve así una cena completa que me permitió ahorrar mis provisiones.

Mientras hacian mi cena en el bœr, puse la mesa en la parte de la iglesia que sirve de coro; si no era realmente una mesa, fué una caja que hizo sus veces. Despues de cubrirla pomposamente con una servilleta, coloqué de una manera simétrica un plato, una taza de hierro, un pedazo de pan y una botella de vino. Cuando mi guia me trajo el salmon cocido y las dos aves fritas en manteca rancia, mi improvisada mesa tenia un aspecto verdaderamente lujoso.

Cuando iba á comenzar el ataque, el cura, que hasta entonces se habia mantenido invisible, vino á visitarme. Como mi criado le habia dicho que yo no comprendia el islandés, pero que hablaba latin, saludóme con la antigua fórmula: *Bona dies*, á lo cual le contesté, mientras aderezaba el salmon: *Salve, pater.*

Invitéle á sentarse frente á mí, ofrecíle un vaso de vino, y tratamos de empeñar el diálogo en la lengua de Ciceron. No iba del todo bien; mas pude conseguir que se dieran algunas instrucciones á mi guia para el dia siguiente, que era todo cuanto yo necesitaba por entonces.

Poco despues salió el sacerdote para hacer mi café: el cielo se habia encapotado otra vez; la lluvia azotaba la ventanilla que tenia en frente, y hube de encender una de mis bujías para que no me sofocara el olor acre de aceite de foca con que los islandeses alimentan sus lámparas.

Terminada esta operacion, volví á sentarme ante la mesa, iluminada por aquella débil luz: de repente percibo el rumor producido por unas grandes botas cuyos tacones resuenan en el pavimento de la iglesia, y entreveo en la penumbra un hombre alto embozado en una ancha capa parda. Como estaba muy distraido, pen-

sando en el dia siguiente, figuréme al punto que volvia el cura; pero si hubiese fijado algo mas mi atencion, habria podido notar que el recien-venido era mas alto y llevaba una toca escocesa, adornada con una ala de pluvial cubierta de sangre fresca. Apenas tuve tiempo de volverme, cuando resonaron numerosos *hurras* capaces de hacer saltar la pobre iglesia, y que me hicieron poner en pié: tenia á mi alrededor á toda la partida de ingleses y escoceses del *Arcturus*, á todos mis compañeros de viaje, que volvian del geiser.

Llegaban chorreando agua, como si fueran náyades; pero habian hecho buena pesca: el único que no estaba al nivel de la satisfaccion general era el capitan del *Arcturus*, apasionado fotógrafo, quien se quejaba de que el sol no se dejase ver: en punto á pruebas fotográficas, solo traia nieblas y humo.

En la pequeña iglesia de Thingvalla nos habíamos reunido ya mas de quince personas; y en su consecuencia se prolongó la mesa con unos bancos, á fin de celebrar aquel feliz encuentro bebiendo un vaso de ponche mientras se pronunciaban discursos y se cantaba; pero no se habia contado con las fatigas del viaje: todos los ojos se cerraron con el último bocado. Ninguno tuvo fuerza sino para buscar un sitio donde echarse; en cada losa habia un durmiente; el coro estaba lleno de ellos; y en cuanto á mi coloquéme junto al altar. El capitan del *Arcturus* creyó mas digno de su rango situarse en el púlpito, donde durante toda la noche hizo muy bien las veces de órgano.

IV

Salida de Thingvellir.—Llegada á la llanura del Laugarvatn.—Aparicion de los primeros manantiales de agua caliente —Paso del Bruará.—Llegada á la llanura de los geisers.—Marcha á Thorfastathir.

Despues de pasar tres dias explorando aquella memorable llanura del Althing, donde ha palpitado el corazon de la antigua república de Islandia, y donde se adoptó solemnemente en el año 1000 el culto del cristianismo, que al destruir hasta sus últimos cimientos el Olimpo escandínavo debia trasformar aquella poblacion hasta entonces tan altiva en un pueblo de niños, marché á primera hora de la mañana hácia la llanura de los geisers, á donde debia llegar por la tarde.

Durante una hora avanzamos por aquella llanura surcada de profundas grietas: para salir de ella es preciso atravesar el Hrafnagja (barranco de los Cuervos), desplome tan espantoso, que no parece sino que se ha hundido allí todo un continente. Despues se llega al pié de la severa trinidad del Kalfstindar, tres sombríos volcanes erizados de escorias amarillentas, sobre las cuales no se ve ningun vestigio de vegetacion. Se cabalga por espacio de tres horas á riesgo de romperse el cuello, en medio de terrenos volcánicos completamente desnudos; y por último se llega á las alturas de Reydarbarmur, donde el viajero encuentra una agradable compensacion. Si hasta entonces ha recorrido estrechos desfiladeros sin horizonte, de repente brilla la luz, y la vista se fija con gusto en una inmensa pradera de mas de quinientas leguas cuadradas de superficie.

El Bruará y el Hvita la limitan al oeste y sud-oeste, mientras que al norte cierra el paso una poderosa muralla, preservándola de los fuertes vientos. Dispersos acá y allá, brillan algunos pequeños lagos, entre los que se consideran como principales el Apavatn y el Laugarvatn, donde fueron bautizados los primeros cristianos de Islandia.

En medio de la llanura se elevan altas columnas de vapores blancos que indican la presencia de los primeros manantiales cálidos, y cuyas aguas hirvientes, mezclándose con las del Laugarvatn, las hacen humear en una gran extension.

El eterno silencio que reina en estos países no es su único encanto: acabábamos de bajar á esta rica pradera, y los caballos, sin excitacion alguna, se lanzaron á galope para recobrar el tiempo perdido; pero mientras me dejaba llevar hácia el Laugarvatn, fijábase mi vista en aquella imponente cadena de Laugardelir, erizada de brechas fantásticas, de torrecillas y de todos los caprichos feudales que ha creado la Edad media; nada tan bello como esos picos de un negro azulado, que destacan bajo un cielo de color de ámbar su singular silueta.

Habíamos llegado cerca del Laugarvatn (lago de los Baños), y mientras mi guia se ocupaba en hacer el cambio de caballos, fuí á visitar algunos huers (manantiales cálidos) que brotaban á orillas del lago.

Yo creia que nadie habitaba este hermoso país, y admirábame mucho de ello, cuando al volver á buscar al guia halléle en conversacion con uno de sus compatriotas, quien le ayudaba á preparar los caballos. Aquel aborígena estaba rodeado de cinco ó seis chiquillos, que parecian haber salido de las profundidades de la tierra; y entonces supe que iba andando sobre los tejados de las viviendas sin echarlo de ver, lo cual sucede en Islandia bastante á menudo. Me pareció que toda aquella gente gozaba de perfecta salud,

llamándome solo la atencion una cosa al ver aquellos indígenas, y es que no se aprovechen mas á menudo de las aguas termales que la naturaleza ha puesto á su disposicion para lavarse un poco la cara: la limpieza es un lujo completamente desconocido en el país.

Despues de una hora de parada, durante la cual pudieron los caballos reponerse del todo, emprendimos la marcha con toda la ligereza posible hácia los geisers, donde yo queria plantar mi tienda por la tarde.

He dicho con toda la ligereza posible, porque es necesario contar ante todo con los obstáculos que el camino opone á cada paso. Cuando no son precipicios es un extenso pantano, cubierto de su detritus cenagoso; entonces se hace preciso costear durante varias horas para recorrer medio kilómetro, y se debe soltar la brida sobre el cuello del caballo, que sabrá salir del paso mejor dejándole solo. El viajero puede armarse de paciencia, encendiendo su pipa y revisando sus notas, con lo cual no perderá del todo el tiempo.

Otras veces se encuentra un rio mas ancho y rápido que el Ródano, y entonces se colocan los bagajes en una especie de barca informe, donde ocupa un sitio el viajero, mientras los caballos, descargados antes, se lanzan en la corriente, la cual deben atravesar á nado, á riesgo de ahogarse. Cuando falta este miserable recurso, es preciso remontar la corriente, cada vez mas estrecha á medida que se llega á su nacimiento, y por allí se vadea.

Esto es lo que tuvimos que hacer al llegar al Hvita.

Despues de remontar á gran altura, por cerca de la iglesia de Mithdalir, nos hallamos en un bosque de abedules enanos, tan sumamente espesos, que yendo á caballo, debia abrirme paso desviando las ramas con los brazos y la carabina.

A medida que avanzaba, oia una especie de zumbido que iba siempre en *crescendo*: el famoso salto de agua del Bruará, que debíamos cruzar muy pronto, se anunciaba con sordos mugidos desde nuestra entrada en el bosque.

El Bruará, que en aquel punto mide mas de ciento cincuenta piés de anchura, se desliza suavemente sobre un lecho de lava compacta, que en el centro se ha agrietado formando como en el Almannagja una profunda abertura de treinta piés, donde las aguas se precipitan con estrépito. Este abismo es el que el viajero debe franquear, sin mas auxilio que una simple tabla de tres piés y medio de ancho, sostenida en sus extremidades por moles de lava, á fin de impedir que la corriente la arrastre: es el único puente que se encuentra en Islandia.

Mi caballo fué el primero que se dirigió hácia el sitio; despues de avanzar por el agua hasta el terrible paso, evitó la mole de lava, y aventuróse en la tabla con tanto aplomo como si fuera por un sólido puente. Preciso es confesarlo; lo que mas asombra aquí al viajero es la impasibilidad con que los caballos miran estos pasos infernales de Islandia, que aterran al hombre. Sin embargo, segun mis observaciones, todos estos cuadrúpedos son sumamente cobardes, pero lo son á la manera de los salvajes. Así por ejemplo, lo que sobre todo les asusta es hallarse aislados, pues como tienen costumbre de vivir en familia, la soledad les inspira el mas profundo terror. Cada vez que me detenia para hacer alguna observacion ó tirar contra algun animal, y como el guia no acortaba el paso por eso, mi caballo se mostraba dócil mientras veia á sus compañeros; mas apenas desaparecian detrás de alguna mole de lava, ya no me era posible contenerle. Estremecíase todo su cuerpo y emprendia un furioso galope hácia la caravana, relinchando desesperadamente como para llamar á sus compañeros.

Pues bien, estos pequeños cuadrúpedos que se espantan de las puerilidades, muéstranse insensibles ante los mas ruidosos cataclismos, porque les son familiares; y el viajero puede confiar en su caballo con toda seguridad. El aplomo del mio me sedujo de tal modo, que al llegar á la mitad del paso le detuve algunos instantes á fin de poder admirar el cuadro grandioso en medio del cual me hallaba.

A mi izquierda cerraba el horizonte una línea de montañas crateriformes, todas cubiertas de nieve; y mas abajo, algunas ramificaciones de lavas parecian descender en forma de gradería hasta las serenas aguas del Bruará, que despues de haber trazado una majestuosa curva hácia al sud, avanzaba en direccion á mí, para arrostrar el terrible salto del Bru.

Aquí cesa la parte tranquila del cuadro; jamás podria encontrar el artista tan imponente contraste. De repente, el Bruará se precipita en la terrible grieta; al abismarse en aquel lazo que la naturaleza le ha tendido, parece protestar con increibles mugidos, de aquella imprevista celada que no puede evitar de ningun modo; y diríase que sus aguas se quiebran y rompen en pedazos, resolviéndose en blanquísima espuma, que salta de un precipicio en otro, ahogada entre las lúgubres paredes de una lava negruzca.

Eran las diez en el momento de alejarnos del ruidoso Bruará; y avanzábamos siempre con gran rapidez. A cada instante preguntaba yo al guia dónde estaban los geisers, y solo me respondia

acelerando el paso. Nuestra marcha fué mas lenta de improviso, pues nos hallamos en unos pantanos fangosos, los cuales probaban, no obstante, que no tardaríamos en llegar á un sitio habitado.

Para atravesar estos terrenos se habian elevado estrechos diques de césped, muy semejantes á las construcciones de los castores, y por los cuales fué preciso caminar en un espacio de cuatrocientos metros. Estos diques nos condujeron al pié de un cerro y ante nosotros vimos una especie de sendero formado por dos muros de césped que se elevaba hasta lo alto de la colina donde divisamos un bœr. Era media noche; el cielo estaba encapotado por la bruma, y apenas se veia.

Mi islandés, apeándose al punto, introdújose por una especie de abertura practicada en una



Paso del Bruará

pared de la choza; despues golpeó con el mango de su látigo en una ventana, y oyóse al punto un estrépito infernal en el interior.

Aquella abertura, que los viajeros conocen muy bien, y que está situada á la derecha de la puerta principal, conduce al dormitorio comun. En el mismo instante oí los ladridos de una jauría de perros de todas edades, y la voz de muchas personas, que aumentaban el ruido en vez de tratar de dominarle. Al fin apareció una cabeza en el agujero; despues mediaron algunas palabras con mi guia, y ví salir por la puerta aquella misma cabeza, perteneciente á un cuerpo que me pareció desmesuradamente largo, sin duda por su flacura , cubierto todo él de un tejido de punto de lana amarillento.

No hablaré de las numerosas y singulares apariciones que pude observar en aquel agujero, trasformado en kaleidóscopo fantástico, mientras el hombre largo montaba uno de mis caballos, sobre el cual, gracias á la luz del crepúsculo, ofreció una figura bastante grotesca. Imagínese el lector un don Quijote despojado de su armadura.

Aquel hombre era un guia suplementario, que debia conducirnos á través de la llanura de los geisers. Púsose á la cabeza de la caravana, y le seguimos en la direccion norte, viendo elevarse á nuestra izquierda las pequeñas cordilleras del Biarnafjall y á nuestra derecha el lecho del Tungufljot. Despues penetramos en la tenebrosa llanura de los geisers, donde, segun vemos, el viajero no podria penetrar de noche si no guiase sus menores pasos un experto piloto.

Nos hallábamos en un centro de tinieblas, cargado de espesos vapores; el suelo resonaba bajo los piés de los caballos, y un olor de huevo podrido saturaba la atmósfera brumosa; hubiérase creido estar en algun laboratorio diabólico.

Los caballos avanzaban tranquilos, pero con

precaucion; á cada instante oia á mi lado un rumor semejante al producido por un líquido que hierve, cual si me hallara junto á una gran olla cuyo contenido estuviese en ebullicion, y rodeábame un vapor cálido hasta el punto de no permitirme distinguir la cabeza de mi montura.

Por último, despues de haber dado una vuelta entre aquellas calderas infernales, detúvose mi caballo, y como oyese á los guias hablar cerca de mí, eché pié á tierra, comprendiendo que ya habíamos llegado.

Apenas se retiró el piloto con los cuadrúpedos, pensé en levantar mi tienda y preparar algo de comer, pues solo habia tomado en Thingvellir un bizcocho y un poco de café. Como no tenia fuego para hacer por lo menos una taza de este líquido, el guia cogió la cafetera, desapareció de mi vista, y volvió á los dos minutos trayéndome agua hirviendo, que habia ido á buscar á un geiser, y con la cual hice un excelente café.

Hasta entonces no tenia la menor idea del sitio donde me hallaba; á intervalos oia á pocos pasos de mí un rumor semejante al que produce el agua agitada, y veia elevarse grandes nubes de vapor; en el lado opuesto, á igual distancia de mi tienda, parecióme percibir el hervor del agua. Entonces comprendí que me hallaba acampado entre el gran geiser y el Strockur, mas no



Una parada imprevista

me atrevia á dar un paso, por temor de desaparecer en una de aquellas horribles calderas. Tomé pues el partido de esperar el dia echado en mi tienda, en la cual formé dos compartimientos separados por las cajas, uno para mí, y el otro para mi criado.

Apenas me eché sobre mi lecho de campaña, resonaron unas detonaciones, semejantes á sordas descargas de artillería; eran tan violentas que la tierra retemblaba, hasta el punto de que las correas de la tienda se movian cual si fuesen hojas de álamo; hubiérase dicho que aquel frágil suelo iba á abrirse de un momento á otro, desapareciendo en el agua hirviente todo cuanto le cubria. Juzgando por estos síntomas que se habia declarado una erupcion, salí presuroso; pero aquello fué sin duda un aborto: solo ví elevarse una especie de humareda; el agua se desbordó, y todo quedó envuelto en una nube de vapor: un momento despues quedó restablecida la calma.

En el espacio de una hora presencié catorce erupciones semejantes, y cansado al fin de no ver otra cosa, y rendido de fatiga, acabé por no pensar mas en aquellas sacudidas, que despues no me robaron el sueño.

Seria demasiado largo consignar aquí todas mis observaciones sobre los diversos manantiales, y por lo tanto me limitaré á describir los dos de mas importancia, el gran geiser y el Strockur.

El gran geiser se ha formado con la sílice que el agua contiene en disolucion: es un montecillo que mide unos ochenta metros de contorno en su base exterior. Despues de franquear su pendiente, de suave inclinacion, encuéntrase en la cima una cubeta, cuyo mayor diámetro es de quince metros treinta centímetros. En medio de ella está la base del geiser, chimenea redonda y perpendicular, de un diámetro de doce piés.

A cuarenta metros del gran geiser se halla el Strockur: este no ha tenido tiempo de formar su cono; la boca, de dos metros de diámetro, se abre á flor de tierra, y por esto es espantoso. A una profundidad de ocho piés, las aguas hierven sin cesar entre paredes unidas: desgraciado de aquel que caiga en semejante caldera.

Las erupciones del gran geiser son irregula-

res y facultativas, y en vano se trataria de provocarlas: para contemplar alguno de sus grandiosos efectos es preciso aguardarse á que se le antoje ofrecerlos.

El Strockur es mas dócil: basta arrojar en su boca algunos puñados de césped para que se enfurezca á los diez ó doce minutos. Cuando cae en el cráter el cuerpo extraño, la ebullicion cesa durante algunos minutos; el cráter parece reconcentrar sus fuerzas; á esta calma suceden algunos movimientos tumultuosos, y despues comienza la erupcion. Un chorro de agua se eleva á la altura de un metro sobre el orificio; vuelve á caer para ascender de nuevo á dos metros; y este movimiento oscilatorio continúa siempre en aumento hasta que la columna de agua alcanza una elevacion de setenta ú ochenta piés. La erupcion dura de veinte á treinta minutos: si cuando ha cesado se acerca el observador al borde del cráter, verá que las aguas han desaparecido completamente en el fondo, siendo necesaria al menos media hora para que vuelvan á ocupar su primitivo nivel.

Habia permanecido cinco dias acampado en aquella llanura de los geisers, haciendo experimentos de toda especie á fin de penetrar el secreto de tan extraño fenómeno.

En estos parajes pedregosos y áridos, en medio de una atmósfera nauseabunda, no es posible encontrar ninguna caza; érame pues forzoso hacer uso de mis provisiones; y un poco de imaginacion y los geisers me sirvieron para utilizar ciertos comestibles que de otro modo hubieran vuelto á la despensa de *la Pandora*. Eran las patatas, y sobre todo las habichuelas: cuando queria cocer estas últimas en un geiser, las ponia en una servilleta bien anudada, sujetaba á esta última una piedra, y sumergíala por medio de un cordel en el agua del geiser. A cada cuarto de hora iba á retirar mi paquete de habichuelas para ver si estaban suficientemente cocidas; á la hora y cuarto las encontré á punto; y aderezándolas con un poco de aceite y vinagre, sal y pimienta, obtuve un excelente plato de habichuelas, tan bueno como si fuera servido en la fonda.

Este expediente me era muy útil para hacer mas llevadera mi permanencia en aquellos parajes; pero no tardé en recibir un disgusto. Al quinto dia, el guia, del cual estaba muy descontento, acabó de llenar la medida abandonándome; alegó que estaba enfermo, y me dejó solo con todos mis bagajes, llevándose los dos mejores caballos. No era la cuestion del camino lo que me inquietaba, porque esos individuos á quienes se llama guias parecen conocer menos la Islandia que el extranjero, si va provisto de una buena carta geográfica, sobre todo cuando se pasa de los geisers; pero ¿cómo salir del apuro respecto á los caballos, que era preciso cargar y descargar, reunir cuando se escapaban, etc., etc.?

Maquinalmente comencé á recoger los bagajes, sin pensar mucho en lo que haria despues; conseguí tambien reunir mis seis caballos, uno de los cuales comenzaba á cojear, y los pobres cuadrúpedos permanecian inmóviles, delante de mí, como esperando la señal de marcha.

Creo que hubiera gastado todas mis fuerzas en un primer arrebato de cólera cuando fué preciso cargar á lomo de mis animales aquellas pesadas cajas que contenian todos mis medios de existencia, porque entonces fué cuando comprendí mejor que nunca la triste realidad de mi situacion.

Habíame sentado abatido sobre mi tienda, arrollada en un saco, y pensaba cuán triste era verme reducido á volver á Reikjavik, renunciando á mis proyectos en el momento mismo en que iba á penetrar en esa Islandia desconocida, cuyas costumbres queria estudiar á fondo.

Vencido por la desesperacion, lloraba como un niño, cuando de repente retembló la tierra con violencia: el gran geiser, cuya erupcion no habia podido ver aun, lanzó á diez piés de altura un chorro de agua, que volviendo á caer en el abismo ascendió de nuevo con mayor violencia. Hubiérase dicho que el gran geiser queria consolarme. Sus erupciones son semejantes á las que se producen en el Strockur; solo difieren por el volúmen de las aguas, y sobre todo por su perfecta pureza. Figuraos una columna líquida de doce piés de diámetro que se eleva majestuosamente á la altura de ciento veinte, y que cuando cae quebrándose, parece un inmenso sauce lloron de cristal. Los rayos del sol poniente hacen brillar sus miles de partículas de agua cual si fuesen diamantes; los rayos descompuestos forman en torno de aquel surtidor deslumbrante aureolas que ofrecen los colores del arco-iris, pareciendo desvanecerse en el éter cuando la columna líquida desaparece; y como las aguas vuelven á caer siempre en el mismo sitio, el observador puede permanecer á cuatro metros del cráter sin exponerse al menor peligro.

Entre las numerosas teorías con que se ha tratado de explicar las erupciones intermitentes de los geisers, la mas acreditada es la que admite la existencia de una gran cavidad subterránea que el agua procedente de una gran profundidad llena hasta cierto nivel. Esta cavi-

dad comunica con el aire exterior por un tubo que traza un recodo, y cuya extremidad inferior, en vez de abrirse en el techo mismo de la caverna, desemboca en una de las paredes laterales, muy por debajo de la superficie de las aguas subterráneas. Conducidas por los hornos que las rodean á un fuerte grado de ebullicion, ya se comprenderá que las aguas engendran contínuos efluvios de vapor que necesitan hallar una salida; no pudiendo escapar por el tubo, cuya extremidad inferior está sumergida en el agua, el vapor se condensa en los espacios vacíos, entre el nivel del agua y la bóveda de la caverna, hasta que, comprimido con exceso, hace esfuerzos, por una parte contra la roca, y por la otra contra la masa líquida, á una parte de la cual obliga á subir por el tubo, impeliéndola siempre hácia delante, hasta que la arroja triunfalmente por los aires. En resúmen, el chorro formado por la erupcion del geiser no es otra cosa sino la expulsion de la masa de agua contenida en el tubo en el momento de quedar libre el vapor.

Si se supone, con MM. de Chancourtois y Ferri Pisani, que la grieta que da paso á las emanaciones interiores se recoda en un punto poco lejano del suelo, ofreciendo una disposicion análoga á la de una S tendida en sentido horizontal, cuyo gancho descendente recibiera las emanaciones de la cuenca interior, mientras el ascendente se comunicase con el orificio, fácil es comprender que de esta disposicion, muy natural de admitir como resultado de dos fracturas verticales puestas en comunicacion por una inclinada, se deducen naturalmente todas las circunstancias del fenómeno.

La teoría del químico Bunsen es aun mas sencilla; pero puede relacionarse con las precedentes, sin modificar los principales rasgos. Partiendo del principio que una masa de agua largo tiempo sometida á un gran calor gana en cohesion molecular lo que pierde de aire por la evaporacion, el sabio químico deduce que esta agua necesita para hervir una temperatura mucho mas alta que el grado ordinario de ebullicion. Pero en cambio, en el momento mismo de alcanzar esta temperatura, desprende una masa de vapor tan poderosa é instantánea, que inmediatamente se produce la explosion. Los accidentes ocurridos con las calderas de vapor no suelen reconocer otra causa.

«Los experimentos hechos en los pozos del gran geiser á veintidos ó veintitres metros de profundidad han demostrado que la temperatura aumenta constantemente hasta el momento de la explosion. M. Bunsen ha reconocido una vez el máximum de 127° antes de una gran erupcion, y de 123° inmediatamente despues. Tomando por base las observaciones termométricas, y apreciando el volúmen de agua proyectada, se puede representar la actividad y fuerza del gran geiser por la de una caldera de vapor de la fuerza de setecientos caballos (1).»

Durante el fenómeno, y las reflexiones de diversa naturaleza que me inspiró, cruzó de pronto por mi mente una idea egoista: sentí aumentar mi entusiasmo en presencia de aquel espectáculo gigantesco, el mas magnífico, colosal y brillante de la naturaleza; y parecióme que aquello se acababa de hacer solo por mí.

Esta idea reanimó mi valor, y sin auxilio de nadie, comencé á cargar mis caballos; las cinchas se rompian, pero tenia abundante cuerda, y no me abatí.

Ensillados los caballos, pensé en qué camino deberia seguir: mi reloj señalaba las ocho, y era preciso llegar por la noche á casa de algun cura que comprendiera el latin, á fin de poder referirle mis infortunios, rogándole buscase un guia para continuar mi viaje. Desdoblé mi carta geográfica y ví que siguiendo un rio que deberia hallar á dos kilómetros de alli, hácia el nordeste, el Tungufljot, acabaria por encontrar la iglesia de Thorfastathir. Fijado así mi itinerario, emprendí resueltamente la marcha.

V

Residencia en Thorfastathir.—Un casamiento y un bautismo en veinticuatro horas. — Los desposorios. — De qué sirve el casamiento religioso.—Mi nuevo guia —Llegada á Thyorsarholt.

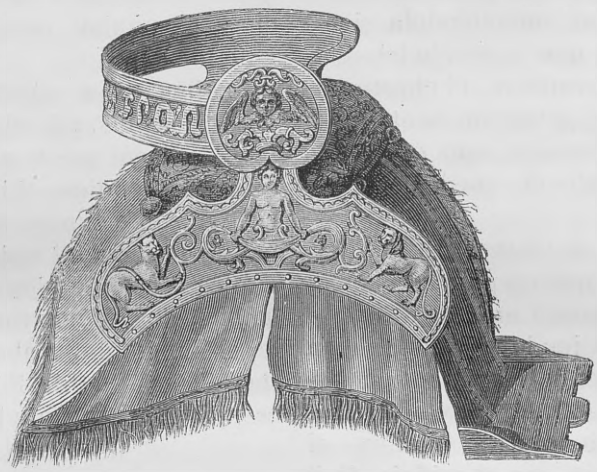
Seguí al principio el curso del rio; mas por querer costearle demasiado cerca me hundí en unos pantanos, y fué preciso retroceder, resolviendo por último mantenerme en las alturas para evitar tal inconveniente.

Mis pobres caballos parecian comprender todo cuanto tenia de penosa mi situacion, y léjos de abusar, iban por el contrario en mi auxilio. Una vez marcada poco mas ó menos la direccion, reemplazaron á mi guia, saliendo del paso, con tanta ó mas inteligencia que lo hubiera hecho él mismo: iban trotando delante de mí, de modo que no tenia mas que seguirlos; y jamás se desviaron del camino probable para ir á comer la yerba. Sin embargo, al llegar á alguna vivienda, y como saben que el islandés no pasa nunca por delante de un bœr sin detenerse, parábanse ellos mismos para pastar.

(1) *Viaje en los mares del Norte á bordo de la Reina Hortensia.* Parte geológica, por MM. Chancourtois y Ferri Pisani.

Al cabo de hora y media de marcha, mis animales se detuvieron de pronto, comenzando á comer tranquilamente, con lo cual parecian decirme que yo debia imitarles. Todo parecia muerto en aquel sitio, y como las viviendas de Islandia están rodeadas de praderas, el viajero llegaria á la sordina si no le anunciaran uno ó varios perros que corren por los tejados de césped ladrando con todas sus fuerzas.

Sin apearme dí la vuelta á aquellas chozas para buscar la entrada: los ladridos de los perros habian dado la señal, pues en el mismo instante apareció en una puerta una jóven de veinte años, y oí á un niño llorar en el fondo del agujero. El marido se hallaba sin duda ausente, ocupado en la pesca. Aquella pobre mujer esperaba sin duda ver á un islandés en el viajero que acababa de interrumpir su sueño, y al divisarme hizo un movimiento de sorpresa. Sin duda era yo para ella el primer ejemplar de una raza desconocida. No por eso se apresuró menos á cumplir con sus deberes hospitalarios; acercándose á mí, dióme el abrazo de bienvenida, y devolvísele con la mejor voluntad. Preparóse despues á coger de la brida mis caballos, pensando sin duda que, atendido lo avanzado de la hora, deseaba pasar la noche bajo su techo; pero la hice seña de que no se molestase, lo cual pare-



Silla de montar de las mujeres islandesas

ció disgustarla. Como me aquejaba la sed, pronuncié la palabra *melk*, de la cual pude acordarme; la jóven entró al punto en su caseta, y volvió á salir con una calabaza llena de leche; humedeció en ella sus labios, y me la ofreció despues. Cuando hube apagado la sed, tomó la calabaza de mis manos para beber despues que yo. Entre tanto saqué del bolsillo algunas monedas para pagar; mas al ofrecérselas retrocedió un paso exclamando: *nei, tack* (¡no, gracias!)

Hallábame en la verdadera Islandia, en aquella donde vive una poblacion patriarcal cuyas costumbres no se han alterado por el contacto con los extranjeros (véase el grab. de la pág. 825).

Consegui que la jóven aceptara un alfiler con una gran cabeza de cristal cubierta de estrellas de oro; abrazóme de nuevo para manifestarme su agradecimiento, y continué la marcha con mis caballos al trote, dejando á la mujer en el umbral de su puerta: mi paso habrá sido para ella una aparicion sobrenatural de que hablará toda su vida.

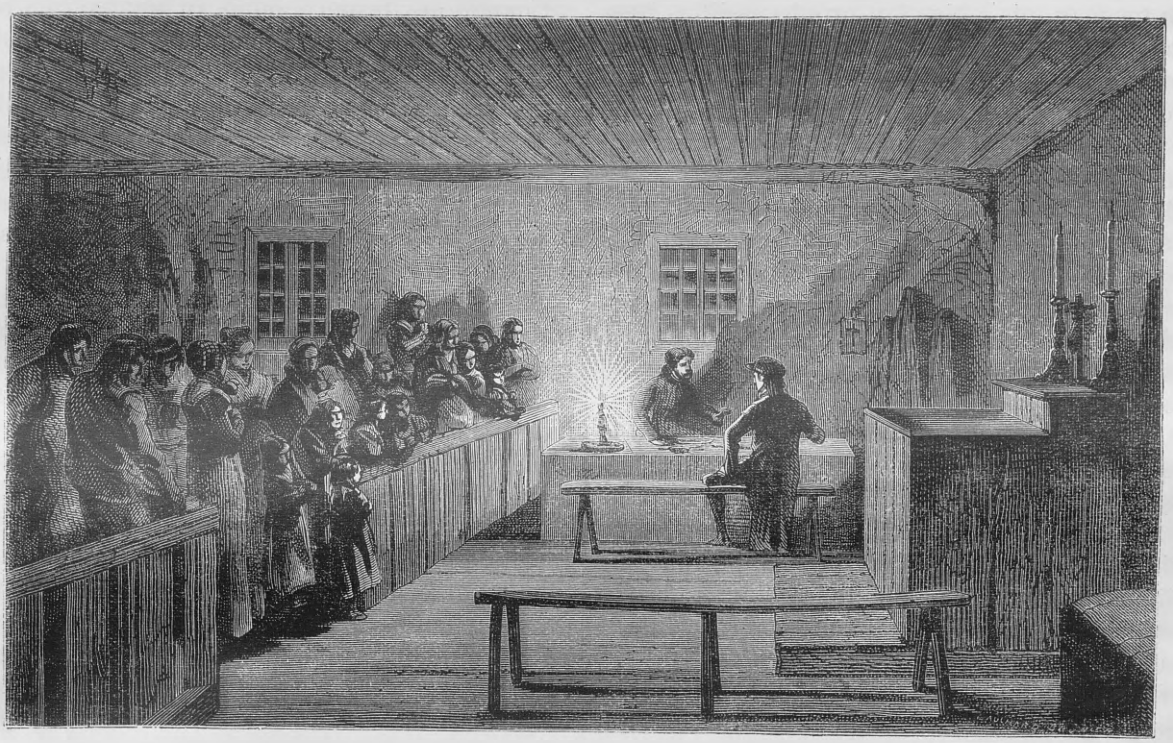
Corriendo siempre, encontramos otros dos bœrs; los caballos se detenian segun su costumbre; pero como era muy tarde y todo el mundo dormia, incluso los perros, no juzgué oportuno turbar su sueño. Dejaba á mis caballos pastar algunos minutos, á fin de que fueran mas dóciles en el camino; cuando queria marchar no tenia que hacer otra cosa sino poner mi caballo al galope; mientras estábamos en el terreno del bœr, ó sea en los caminos fáciles, los caballos me seguian como perros; pero tan pronto como penetrábamos en la campiña desconocida, donde podian hallarse peligros, precipitábanse delante de mí, pareciendo decirme: «¡Seguidnos, no temais!» ¡Pobres animales! ¡cuántas veces estreché sus cabezas entre mis manos con afectuoso cariño!

Como habia sido forzoso alejarme de las orillas del rio á causa de los pantanos, temí un momento haber pasado de la *annexia* que buscaba; era media noche, y apenas veia, cuando de pronto agitáronse mis caballos, produciendo esos relinchos de alegría que dejan oir cuando se acercan á un lugar habitado: á un centenar de metros ví

efectivamente ante mí la pequeña iglesia de Thorfastathir, á donde llegamos á los pocos minutos.

A mi izquierda estaba la *annexia*, pequeña barraca negra sin campana. Al rededor de la modesta capilla se alineaban, como siempre, varias humildes tumbas, que mas bien parecian bancos de césped; y á mi derecha, unas pequeñas prominencias, casi á flor de tierra, representaban la morada del sacerdote y de toda su familia.

Despues de apearme me dirigí hácia la ventanilla situada á la derecha de la puerta principal; la pared tenia por lo menos un metro de espesor, y de consiguiente hube de rastrear como una culebra en aquella abertura húmeda para poder llamar con el mango de mi látigo. A los primeros golpes ladraron los perros, pero sus ladridos, en vez de expresar una cólera amenazadora contra el que así turbaba el reposo de la familia, eran por el contrario benévolos; pare-



Comida en la iglesia de Thorfastathir

cióme que aquellos animales trataban de despertar á su amo para que saliese á recibirme.

A los pocos minutos abrióse la puerta, y ví un anciano de escasa estatura, que vestia un leviton de paño negro, muy abotonado; la visera barnizada de su gorra plana ocultaba toda la parte superior de su rostro, y solo pude ver la punta de su nariz y una escasa barba gris. Saludéle con la fórmula *Salve pater*, y díjele que si deseaba interrogarme en latin podria contestar.

Mi hombre permanecia en el umbral de la puerta; pero distinguí en lo hondo del estrecho pasadizo muchas personas que habian venido á colocarse junto al cura.

En medio de un silencio, observado hasta por los perros, el sacerdote, que acababa de tomar un polvo de rapé, sin duda mientras construia su frase latina, me dijo al fin:—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?—Soy francés, contesté, y pasajero de un buque de guerra anclado en Reykjavik. Hace quince dias que salí de este punto para ir á Thingvalla; y desde aquí me trasladé á los geisers; pero en este lugar me abandonó el guia; ahora debo ir á Hekla, y no tengo quien me acompañe para conducir todo ese material y los caballos que ves. En tan triste situacion he buscado tu casa ¡oh padre mio! y cuento contigo, tus hijos y toda tu familia, para que me proporcioneis un guia con el cual pueda continuar mi viaje.

Terminado mi discurso, el cura pareció reflexionar un momento, y al fin me dijo: *Non intelligo te*. El latin que yo habia hablado no era muy brillante, pero sin lisonja creo poder asegurar que mi profesor le hubiera aprobado; era sencillo y apropiado á las circunstancias. Pero viendo que no servia, hice un esfuerzo, y repetí mi arenga en un latin mas vulgar. Esta vez fué com

prendido, pues el cura me contestó con satisfaccion: *Intelligo*. Desde entonces supe ya qué clase de latin se debe hablar en Islandia. El patriarca me abrió sus brazos, y esta fué la señal de una patética escena: toda la familia me dió iguales pruebas de afecto, familia que era numerosísima; aquella morada me hizo recordar aquel famoso caballo de Troya, de donde siempre salia gente. Sin embargo, yo no veia nada; hallábame de tal modo ocupado en mis funciones, que me era imposible mirar á mi alrededor; pero sentia que tocaban mis labios tan pronto mejillas frescas como rugosas ó barbudas, mezclado el todo con un fuerte olor de rapé y de leche agria, porque fué preciso abrazar á toda la colonia, desde los mas viejos hasta los niños, que se encaramaban por mis piernas.

Terminada la ronda, unos mocetones de treinta años, hijos ó sobrinos del cura, llevaron mis bagajes á la pequeña iglesia, mientras que varias mujeres, por el contrario, salian del templo cargadas de efectos diversos, porque la santa casa suele servir de guardaropa á toda la familia del sacerdote.

Cuando me hube instalado en el coro de la pequeña iglesia pensé en la cena, invitando al sacerdote á que me acompañara, á lo cual se prestó con la mejor voluntad. Es de advertir que toda la familia, llenando la iglesia, permanecia religiosamente al otro lado de la balaustrada, sin perder de vista ninguno de mis gestos (véase el grabado de la pág. 829).

El sacerdote estaba sentado frente á mí, y mientras cenábamos se empeñó la conversacion en estos términos:

—Seguramente, me dijo, encontraré un *següens* (esta palabra significa guia, y la retuve en la memoria, porque es mucho mas propia que la otra); pero no podrás marchar mañana.

—Esto me contraría, repuse; el sol se pone, y aun tengo que andar mucho camino. ¿Porqué no puedo marchar mañana?

—En primer lugar, porque si te fueses tan pronto, no habrias permanecido bastante tiempo en mi casa, y todos los niños llorarian; y en segundo, porque mañana se casa nuestro número catorce, y como la presencia de un extranjero no puede menos de ser buen augurio, no nos es posible dejarte marchar.

Esta razon me desarmaba; y accedí á los deseos del cura con tanta mas voluntad cuanto que me era imposible pasar por otro punto.

Todo el mundo quedó satisfecho al saber mi contestacion; y como ya era tarde me eché al pié del altar sobre un colchon de plumas de eider que me trajeron; á través de una ventanilla situada junto á mí, veia las margaritas y las flores amarillas que se balanceaban sobre las tumbas; y mientras acababa de fumar un cigarro, el sacerdote me dió las buenas noches, saliendo de la iglesia con su numerosa progenie. No tardé en quedar profundamente dormido.

¡Qué silencio y qué paz! Jamás he saboreado el descanso como en aquella pobre iglesia, junto al silencioso bœr, al que la casualidad me habia impelido la víspera de un dia de bodas, y donde me esperaban las mas singulares aventuras.

Cuando me desperté hacia ya tiempo que habia salido el sol: abrí la puerta de la iglesia, y ví á toda la familia ocupada en cortar la yerba de la pradera. Yo pensé naturalmente que aquella era una escena pintoresca preliminar de la boda. Apenas me vieron, los habitantes del bœr dejaron sus hoces para venir á darme los buenos dias: solo se esperaba á que yo despertase para dar principio á la fiesta.

Supuse que habia llegado el momento de mostrarme generoso. Llevaba en mis cajas una infinidad de pequeños objetos para hacer regalos. Muñecas vestidas á la última moda para las niñas; brazaletes de abalorios, y varios de esos diablillos barbudos que saltan de las cajas por medio de un resorte. Yo destinaba esto para los chiquillos; pero las personas grandes se apoderaron de todo riendo á carcajadas; era evidentemente para ellos la mas alta expresion del progreso artístico de nuestra época; cada uno de aquellos diablillos me habia costado diez ó doce cuartos en un bazar de Paris; y de toda mi pacotilla, fué el artículo que obtuvo mas aceptacion.

Para las señoritas mayores llevaba piezas de cintas de vistosos matices: cogí algunas y se las dí á jóvenes de diez y seis á veinte años, creyendo dejarlas muy contentas con esto. Al principio miraron las cintas con curiosidad, sin comprender bien para qué servirian; á fuerza de examinar, la mas lista observó el pequeño alfiler que sirve para sujetar la cinta, desprendióle, desarrollóse aquella, y todas las demás jóvenes, creyendo haber encontrado la clave del enigma, siguieron el ejemplo. Pero cuando la cinta se hubo desarrollado, arrojáronla como cosa sin valor; despues desenvolvieron el papel que cubria el pedacito de madera, y al verle, mostráronsele unas á otras con aire desengañado.

Tambien á mí me disgustó el mal éxito que obtenian mis cintas, sobre todo al pensar que aquellas pobres mujeres podian creerme capaz de una burla. Comprendiendo entonces que era preciso enseñarles el uso de lo que les daba, cogí los pedacitos de madera, arrojélos, y apoderán-

dome de las cintas, hice admirar su finura. Como ya comenzaban á comprender, acerquéme á una de las jóvenes que tenia magnífico cabello (es lo mejor que tienen, y se le cuidan muy bien), é hice á otra seña para que me trajera un peine. Al momento me presentó una especie de mandíbula de carnero, en la que se veian incrustadas varias espinas de bacalao: este utensilio primitivo, pulimentado por el uso, y algunas puntas de cobre diseminadas en él, demostraban que el arte habia intervenido en la confeccion. Al momento hice varias trenzas, terminándolas con grandes lazos de cinta, que fueron la admiracion de todo el mundo. Fué necesario engalanar á cinco jóvenes; pero desde aquel momento conocieron el uso de la cinta; de modo que yo me pregunté si no habia comenzado á pervertir á este pobre país, introduciendo entre las mujeres la aficion al lujo.

Sin embargo, yo buscaba la novia en medio de todas aquellas jóvenes, á fin de hacerle un adorno especial: varias veces habia preguntado al sacerdote, pero este se limitó á contestarme: «Luego la verás» (*mox videbis*).

Muy pronto se reunió un gran número de caballos; hombres y mujeres se apoderaron cada cual del suyo; y los niños de ambos sexos que no tenian sillas, se acomodaron en la grupa con el aplomo de unos diablillos.

Yo habia tomado el partido de no hacer mas preguntas, y seguí maquinalmente la caravana, que se detuvo al cabo de una hora á orillas de un pantano. Allí en una colina veíase un bosquecillo, de donde salieron un jóven de unos treinta años, y una mujer que podia tener veinticinco.

En Islandia, cuando dos jóvenes se agradan se lo dicen, despósanse ante la familia, y á partir de aquel momento viven juntos en un bœr, construido con auxilio de los parientes; desde aquel instante son legalmente esposos, en su conciencia y á los ojos del público; y en cuanto á la bendicion religiosa, no la reciben hasta que va á nacer el primer niño, el cual parece destinado á legitimar la union. Algunas veces se descuida un poco el cumplimiento de esta formalidad y la criatura nace antes, lo cual obliga al sacerdote á enmendar las fechas de su registro segun lo requiere el caso.

Bastóme dirigir una mirada á la jóven para convencerme que no habia tiempo que perder; colocáronla en la silla de montar con toda la solicitud que exigia su posicion, y volvimos á Thorfastathir, arreglando nuestro paso al de la jóven que se hallaba en estado *interesante*.

Procedióse sin pérdida de tiempo á la ceremonia del enlace, segun el rito luterano; y recuerdo que á pesar de la dignidad que me imponian mis funciones de padrino, permanecia con los brazos cruzados en medio de la iglesia, donde fumaba tranquilamente mi pipa; tal era mi necesidad de adoptar un continente serio en presencia de aquel matrimonio tan singular bajo el punto de vista de nuestra civilizacion.

Por lo demás, el sacerdote no abusó de sus atribuciones: todo se hizo lo mas rápidamente posible, y despues nos sentamos á la mesa preparada para el banquete. Sirviéronse muchos manjares crudos, cuya especificacion me conduciria demasiado léjos. Para hacer las cosas mas en grande, regalé una botella de aguardiente, dos frascos de vino, un pan de marinero, y medio queso de bola. En una palabra, disfrutamos de un verdadero festin de Lúculo, que nos entretuvo hasta la tarde.

Despues de comer hubo una gran variedad de juegos del país, muy curiosos, y cuya descripcion siento no poder hacer aquí. Todo el mundo parecia divertirse en grande, excepto la casada, á la cual no perdia de vista, y que me parecia presa de visibles preocupaciones. A eso de las nueve se vió precisada á retirarse. Previendo yo un desenlace próximo, observé que no seria prudente dejarla recorrer á caballo una distancia de diez kilómetros, para volver á su bœr; pero nadie me hizo caso y la mujer marchó con su esposo. Los juegos continuaron con mas animacion que nunca.

Hacia apenas hora y media que los casados se habian ido, y el sacerdote acababa de retirarse á dormir con la mayor parte de la gente, cuando de pronto vimos llegar al marido bastante inquieto; pronunció algunas palabras, y ví á la matrona levantarse y buscar presurosa sus trapos. No necesité mas explicaciones, porque ya esperaba que sucederia así. El cura, con quien habia tratado de hablar sobre botánica, me dijo que suponia que yo era doctor; y al contestarle afirmativamente, ensillaron un caballo y marchamos á escape con el marido y una matrona de cuarenta años, que tenia cierta práctica en la materia.

Aunque devorábamos el espacio por caminos sumamente agrietados, temia llegar tarde; mas por fortuna, á las cuatro de la madrugada pude sacar á luz una cosa muy semejante á un mono, aunque algun dia podia llegar á ser hombre si Dios le conservaba la existencia.

Despues de prodigar las primeras atenciones á la recien parida, volví á la iglesia de Thorfastathir; como estaba rendido de fatiga, envolvíme en una piel, y no tardé en conciliar el sueño;

pero cuál no seria mi sorpresa cuando al despertar ví á la madre y al niño.

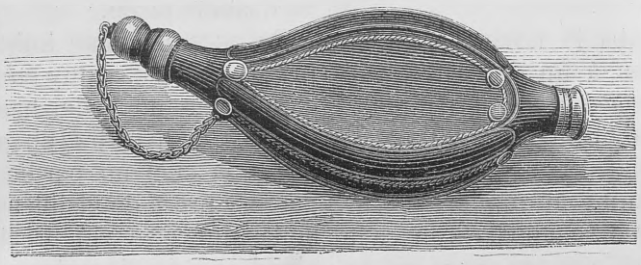
El sacerdote se apresuró á explicarme que habia grande empeño en que yo fuera padrino del recien nacido, y que se habia resuelto bautizarle inmediatamente, á fin de no retardar mi marcha.

De aquí resulta que en menos de treinta horas habia sido peluquero, comadron y padrino: no se pierde siempre el tiempo cuando se viaja.

Despues de todas estas proezas, y como quiera que ya se hubiese encontrado un guia, pude salir al fin del bœr, colmado de las bendiciones de toda aquella numerosa familia.

Mi nuevo guia era un individuo de cuarenta y cinco años; acababa de afeitarse, sin duda para producir en mi ánimo mejor efecto, y deseoso tambien de probarme su erudicion, acercóse á mí con el sombrero en la mano, diciendo con voz gangosa: *Longus tempus*. Por un momento creí que podria entenderme con él hablando en latin; pero no tardé en reconocer que todo su vocabulario se reducia á estas dos palabras. En cambio tomaba rapé con tal frecuencia, que tenia la nariz estropeada; bien es verdad que todos los islandeses pecan del mismo defecto. Como hace mucho viento en el país, y atendido que los indígenas pasan toda su vida á caballo, su tabaquera es una especie de frasco de pólvora encorvado (véase el grabado de esta pág.), cuya boca aplican á la nariz, aspirando con toda su fuerza; cada vez que mi guia tomaba un polvo, parecíame un montero tocando la trompa.

No tardamos en indisponernos, porque era un



Tabaquera islandesa

hombre muy cachazudo y yo tenia empeño en recobrar el dia perdido: muchas veces iba yo delante; y esta impaciencia me costó al fin cara. En primer lugar se rompió uno de los estribos, y fuéme forzoso ir con las piernas colgando hasta la mas próxima iglesia, donde fuímos recibidos por un excelente sacerdote, quien mientras yo tomaba café con leche y bizcochos de líquen, armóse de sus útiles y reparó la avería de la silla.

Una hora despues de haber salido de esta iglesia, á eso de las ocho poco mas ó menos, acabábamos de llegar á orillas de un riachuelo que se deslizaba sobre un lecho de ceniza negra, y el cual era preciso atravesar. Yo creia poder vadearle fácilmente, y en vez de seguir á los caballos, que en tales ocasiones saben salir del paso mejor que los hombres, tomé la delantera; llegado al centro del rio, yo y mi caballlo desaparecimos de repente en un agujero; de modo que hube de agarrarme á la cola del cuadrúpedo para que me remolcase hasta la orilla opuesta.

Soplaba un viento espantoso; mi guia, mas prudente que yo, habia pasado felizmente con los otros caballos; y disponíase ya á descargar las cajas que encerraban la ropa, creyendo que iba á mudarme; pero montando en cólera, comencé á distribuir latigazos á todos mis cuadrúpedos, y continué mi marcha esperando que un buen trote me secaria.

Emprendimos una rápida carrera hasta Thyorsarholt, bonito bœr situado sobre una colina que domina un ancho rio llamado el Thyorsá: eran cerca de las diez, y yo queria seguir adelante á fin de cruzar el rio; pero todos los habitantes del bœr me habian rodeado ya suplicándome que me detuviese: fué preciso acceder á su ruego, y debo confesar que no tuve motivo para arrepentirme.

La tempestad, que iba siempre en aumento, obligóme á permanecer cuarenta y ocho horas en aquel bœr, donde pude estudiar en todos sus detalles mas patéticos la verdadera civilizacion islandesa: seguramente ví cosas mas singulares y extravagantes que mis aventuras de Thorfastathir.

VI

Residencia en Thyorsarholt.—La vida islandesa.—Nociones de los habitantes sobre el pudor.—Descripcion de un bœr.—Travesia del Thyorsá.—Llegada á casa de los sacerdotes de Stornvellir.—El *Lobo de la nacion*.—Un diálogo sobre la política francesa.—Paso de las dunas.—Llegada á Hankadolur.

Apenas me hube apeado pasé por los brazos de toda la colonia, formalidad de rigor; y des-

pues fuí recibido segun las reglas de la hospitalidad islandesa.

Los hombres se encargan del guia y de los caballos; el extranjero pertenece á las mujeres, que son las sacerdotisas de la hospitalidad.

Condujéronme al agujero que sirve de albergue á los viajeros, y que se halla comunmente á la derecha de la entrada principal del bœr; el jefe de la familia me trajo al punto el sillon patriarcal, cuyos dos montantes representan á Thor y Odin; es el emblema de la fuerza y del poder, y solo el padre y amo tiene derecho para sentarse en este mueble: al ponerle á mi disposicion se queria decirme: «Aquí eres el dueño.»

En el reducido cuchitril destinado al extranjero hay largos cofres que encierran todas las riquezas de la familia: ¡pobres riquezas en verdad! Apenas me hube instalado, llegó la dueña con un manojo de llaves, las cuales colgó en la cerradura, con lo cual queria decirme: «Estais en vuestra casa; todo cuanto poseemos os pertenece.»

Sin embargo, yo me veia en gran apuro, porque desde mi llegada al bœr me rodeaban las mujeres y los niños; yo necesitaba mudar por otra mi ropa mojada, y no sabia cómo arreglarme. Para dar á entender mi intencion, saqué de una de las cajas ropa blanca, una camiseta de



Paso de los médanos volcánicos

franela, etc.; y despues me descalcé las botas; pero las mujeres no se movian. Entonces traté de hacerlas comprender por gestos que estaba completamente mojado y deseaba mudarme. Entendieron perfectamente; mas léjos de dejarme solo, comenzaron á desnudarme pieza por pieza, hasta la camiseta. Esta manera de proceder, nada conforme con nuestras costumbres, me tenia algo confuso al principio, pues habia á mi alrededor jóvenes de quince, diez y seis y veinte años, que se prestaban al acto con la mayor candidez del mundo. Al ver la franca expresion de sus semblantes, á la vez modesta, pensé que si oponia resistencia alguna iba á faltar á los principios de hospitalidad primitiva que debia respetar, y permanecí quieto. Cuando me hubieron despojado de todo lo que podia molestar, enjugáronme con *vatmol*, especie de lienzo tosco que las mujeres fabrican por sí mismas; y despues pude vestirme.

Algo repuesto ya, comencé mi distribucion de regalos, dejando aparte las cintas que tan mal éxito obtuvieron en Thorfastathir.

Lo mas fastidioso en esta distribucion era que cada vez que daba un objeto, la persona que le recibia creíase obligada á abrazarme, y cuando hacia un regalo á los niños, despues de haberme dado estos las gracias del mismo modo, las madres confirmaban el agradecimiento de igual manera. Al fin acabé por dejar que hicieran conmigo lo que quisieran.

Sentado en el sillon patriarcal, puse el cubierto sobre una de las cajas, colocada delante de mí á guisa de mesa. Durante la comida distribuí varias golosinas á los niños y á las personas mayores, que solo son criaturas grandes; y al terminar, trajéronme café y azúcar. Yo tenia estos dos artículos entre mis provisiones; pero cuando se llega á un bœr no se debe hacer uso de ellos, porque son dos cosas que forman parte de la hospitalidad, la cual es muy á menudo menos agradable para el que la recibe que para aquel que la ofrece. Así pues, al servirme el café trajéronme azúcar en un platillo; mas era un terron del tamaño de una nuez ennegrecido por el tiempo, que seguramente esperaba largos años en un armario ó en el fondo del cofre una ocasion solemne, respetado de

tal modo, que ni aun para remedio se hubiera hecho uso de él. Para que pareciese mayor, habíanle cortado en muchos pedacitos, cuidando de recoger hasta el polvo, y esparciendo aquellos en el platillo.

¡Oh! ¡honrados islandeses! Tienen poca sangre y es muy pobre; pero si á cualquiera de ellos le propusierais sangrarse solo por complaceros, se abriria las arterias y moriria feliz para tener el gusto de hacer este sacrificio.

Yo llevaba una buena cantidad de azúcar en mis provisiones; pero acercábase la hora en que concluiria con mi preciosa reserva. Sin embargo, habíase entristecido mi corazon al ver el desprendimiento de aquella gente, y cometí un abuso de confianza: durante la noche me aproveché de la circunstancia de haberse dejado las llaves puestas en los cofres, y semejante á un hombre que comete una mala accion, deslicé en uno de ellos un gran pedazo de azúcar, el cual se habrá encontrado despues de mi marcha. Espero que esta gente tan buena y sencilla no me habrá conservado rencor por esto.

Despues de tomar el café me acosaron los chiquillos: el respetable *andwegis-sulur* (sillon sagrado), donde campeaba yo como un rey, fué asaltado por aquellos; una niña de ojos azules se apoyaba sobre el formidable Thor; el feroz Odin servia de cariátide á un hombrecillo de mejillas muy coloradas; los mas pequeños tuvieron por conveniente sentarse en mis rodillas, y las madres estaban acurrucadas delante de mí, haciendo gestos de admiracion. En este estado pude hacer, aunque no á mis expensas, un estudio concluyente sobre la ingenuidad de este pueblo.

Mientras tenia el lápiz entre los dedos, despues de consignar mis notas, quise retratar una de las mujeres de edad de veintidos años, cuya fisonomía era de las mas singulares que jamás he visto. Su gorro negro cubria en parte una cabellera rizada que pendia hasta los hombros, y en medio de aquellos rubios mechones balanceábase una borla de seda que hubiera hecho feliz á un zuavo; el talle, algo ancho, sin dejar de ser redondo, y el pecho, un poco aplanado, estaban contenidos en un jubon sin mangas, de una tela rojiza con ramaje blanco: el todo formaba un conjunto de lo mas original que imaginarse pueda. Mientras yo hacia el retrato, mi modelo parecia hacer las reflexiones mas cómicas; pero la escena fué mucho mas curiosa, cuando terminada la cabeza, quise dibujar el jubon: una pequeña manteleta cruzada por delante del pecho me impedia ver por qué sistema se anudaba; y como la mujer estaba á dos varas de mí, hícela una seña para que se despojara de la manteleta. Comprendiendo mal mi gesto, no solamente lo hizo así, sino que en menos de un segundo, ví á mi modelo completamente despojado de toda clase de ropaje. Acto contínuo debí entregarme á una nueva pantomima para dar á entender que me habia comprendido mal; pero aquel singular incidente, la actitud cándida de la mujer, y mi propia confusion, me hicieron proferir al fin en una carcajada, cosa á que están poco acostumbrados en este país donde solo reina la tristeza. Todas las mujeres y los niños siguieron mi ejemplo, riendo sin saber por qué, aunque de vez en cuando se ponian sérios, manifestando cierto aire de duda, con el cual parecian preguntarse: ¿Por qué se reirá así?

¡Pobres criaturas!

Al dia siguiente, al despertarme, observé que estaba cubierto de cenizas volcánicas: la tempestad duraba siempre.

Pasé mi tiempo en la intimidad del bœr, donde pude observar todos los detalles de la vida islandesa.

El reducido cuadro de este relato no me permite consignar todas las singularidades que me ha revelado un estudio de cuarenta y ocho horas en estas extrañas habitaciones subterráneas, que recuerdan bastante las de las hormigas; y como que, salvo algunas variantes, todos los bœrs de Islandia se parecen, haré de una vez para siempre la descripcion de una de estas gazaperas, prescindiendo de que el mejor medio de dar una idea de ellos es ofrecer un dibujo al lector.

Los bœrs están siempre iluminados, hasta en verano, por una luz muy débil; los mas la reciben á través de una claraboya practicada en el techo, y que en vez de postigos tiene una membrana tendida, la misma que rodea el feto de los corderos.

Yo habia estado dos dias enteros en Thyorsarholt, y no me arrepentia de ello; pero érame imposible diferir mas tiempo mi marcha.

La tempestad continuaba con la misma violencia, y espantosas ráfagas levantaban enormes torbellinos de cenizas rojizas, que suspendidas en los aires formaban una espesa nube amarillenta.

Cuando anuncié á mi guia que era preciso hacer los preparativos de marcha, torció el gesto; los hombres del bœr que habian ido á reconocer el prado dijeron que ellos no pasarian el Thyorsá con semejante tiempo; mas al ver que yo estaba decidido, quisieron acompañarme.

Despues de cumplir con las formalidades de

costumbre, monté á caballo, y bajamos por la pequeña colina para dirigirnos hácia el Thyorsá, que corre al pié. Este rio, profundo y rápido, mide cerca de ciento cuarenta metros en el *ferjur* de Thyorsarholt: la tempestad mugia siempre; y aquello no era ya un rio cuyas verdes aguas se deslizan en silencio, sino un mar de embravecidas ondas que se estrellan bajo una niebla de cenizas volcánicas.

Ví en aquel sitio una barca redonda, muy semejante á una enorme concha de tortuga: descargóse primeramente á los caballos, se colocaron los bagajes en la barca, y despues fueron ahuyentados aquellos hácia el rio. Los pobres cuadrúpedos rehusaban naturalmente avanzar, pero todos los hombres, incluso el guia, comenzaron á proferir gritos feroces, agitando sus largos brazos para espantarles; mientras *Touton*, el perro de mi guia, mas inteligente y útil que su amo, ladraba por su parte, mordiendo las piernas de los caballos. Acosados así, lanzáronse al fin al agua; pero espantados por la tormenta, dieron vuelta para ganar de nuevo la orilla; entonces cayó sobre ellos una lluvia de piedras, y á riesgo de ahogarse, hubieron de atravesar forzosamente. Cuando ya no se temió que regresaran, un hombre me cargó sobre sus hombros, sin darme antes aviso, y fué á depositarme en el esquife, situado á dos metros de la orilla. Una yegua, que habia vuelto á pesar de las piedras, quedó fuertemente atada á la canoa, y comenzamos la travesía.

Yo iba sentado en la proa, en medio de las sillas de montar, y seguia con la vista á mis pobres animales, desesperando de volver á verlos; la corriente los arrastraba con increible rapidez; solo veia las colas, flotando como un puñado de algas; y la extremidad de las narices; y á cada minuto desaparecia alguno de los caballos, reapareciendo nuevamente por un supremo esfuerzo.

Llegados al centro del rio, poco faltó para que un golpe de viento hiciese zozobrar la embarcacion; y apenas se hubo disipado la nube de cenizas que nos envolvió momentáneamente, observé que volvíamos á nuestro punto de partida: el bœr de Thyorsarholt apareció á mi vista otra vez; desde lo alto de la colina, todos los individuos de la familia agitaban los brazos como despidiéndose, y preguntéme si nos embarcábamos para el otro mundo.

Sin embargo, poco tiempo despues saltábamos en tierra sin contratiempo: solo me inquietaba la suerte de mis caballos, temiendo que se habria ahogado hasta el último; pero al descender por la corriente, los ví todos á cien pasos de distancia: pastaban con tal tranquilidad, que me pregunté si serian los mios.

Nos dirigimos á galope tendido hácia el bœr de Stornvellir, donde encontré un sacerdote dotado de verdadera instruccion. Apenas me presenté, quiso instalarme en su casa; pero insistí en avanzar hasta el último bœr, hácia el Hekla, á fin de emprender la ascension al dia siguiente. Prometíle sin embargo detenerme en su casa á mi vuelta, y entonces ofreció acompañarme hasta Hankadolur para dejarme en manos del jefe de este bœr, quien me conduciria á su vez al jefe de Selsund, último que se encuentra hácia el Hekla.

Añadiré que me hallaba tanto mas dispuesto á cumplir mi promesa con aquel sacerdote, cuanto que hablaba muy bien el latin; habia observado además que su casa estaba sumamente limpia, y hasta ví un verdadero lecho con sábanas muy blancas, en una bonita habitacion, cosa en extremo importante cuando no se ha disfrutado de una buena cama hace un mes.

Nos habian servido café con leche y bizcochos; y mientras yo hacia esta ligera colacion, el cura empeñó conmigo un diálogo sobre política. Jamás se podrá imaginar hasta qué punto los islandeses instruidos, aquellos que conocen otro mundo que no es el suyo, se interesan en la política europea, y sobre todo en la de Francia. El cura de Stourvellir leia el *Lobo de la Nacion*, diario de oposicion que se imprime en Reykjavik y aparece cada vez que llega el *Arcturus*. Me leyó, traduciéndolo en latin, un artículo que parecia darle mucho que pensar, y sobre el cual me fué necesario darle explicaciones. Tratábase de las diferencias suscitadas entre Napoleon III y su primo el príncipe Jerónimo con motivo del discurso de Ajaccio.

Confieso que si esperaba hallar algo en el fondo de Islandia, no era en verdad este incidente de la política francesa que yo ignoraba entonces por completo.

Cuando hubimos tomado café, el cura se puso un largo capote de paño azul, ajustado á la cintura con un tapabocas, montó en un bonito caballo blanco, agregóse á la escolta y emprendimos la marcha.

¡Qué buen hombre! Era una verdadera abnegacion acompañarme con semejante tiempo, sobre todo por los caminos que debíamos atravesar. Se habia tapado el rostro con un pañuelo, é invitóme á imitarle. Oportuna era la precaucion, pues muy poco despues cruzábamos un desierto de arena muy fina y movediza. Los vientos del noroeste, bajando por los desfiladeros del Burfell, han abierto en esta llanura

anchos surcos é inmensas galerías, que estrechadas entre dunas largas y paralelas, mudan de sitio á cada tempestad. Desde lo alto de estas dunas nos precipitábamos en las galerías arenáceas, y una vez fuera de aquellos interminables desfiladeros sufríamos todos los rigores de los huracanes de arena de que tan á menudo se habla en los relatos de viajes á los grandes desiertos de Asia y de Africa (véase el grabado de la pág. 833).

Pasando de un surco á otro, dejé al fin á mi caballo conducirme maquinalmente; para arrostrar la lluvia de arena, al franquear uno de los pasos, cerraba los ojos, y como los llevaba además cubiertos con la gran ala de mi sombrero, no veia nada absolutamente, aunque reconocia que mis piés tocaban la ceniza. Nos envolvia una nube tan espesa, que á no ser por el paso de mi montura me habria creido sepultado. Solo oia el galopar de los caballos y la voz del buen sacerdote, quien viéndome avanzar con tal velocidad me gritaba: ¡Bravo, bravo!

Al fin pudimos salir de aquel mal paso, y nos hallamos en una llanura igualmente arenosa, aunque preservada del viento: un escaso césped amarillo formaba sobre las cenizas un mísero tapiz; pero á poco adquiria un color verde, lo cual indicaba que nos acercábamos á un rio,



Alto delante de un bœr

como así era en efecto. Los caballos se aprovecharon del agua para lavar sus narices, y yo envidié su suerte, porque mis ojos lloraban lágrimas de polvo, y este me cubria completamente: por fortuna llegamos muy pronto al bœr de Hankadolur.

VII

Llegada á Selsund.—Mal recibimiento—Ascension al Hekla.—Campamento en las lavas.—Segundo dia.—Llegada á la cima del volcan.—Nieblas.—Un contratiempo sin consecuencias enojosas.—Vista exterior del cráter.—Tres horas en el fondo del cráter.—Vista de Islandia desde la cima del Hekla.—Descenso rápido.—Llegada á Stornvellir.

Fuímos recibidos en Hankadolur por una anciana muy obesa de mejillas sonrosadas, que llevaba cubierta la cabeza con una gorra de hombre de visera charolada. Detrás de ella iba el jefe, verdadero tipo de la antigua raza noruega; su cabello gris formaba una especie de tupé sobre la frente, mientras que por las sienes pendia en forma de dos trenzas muy voluminosas.

Primeramente se tomó el café con leche; el sacerdote dió en seguida sus instrucciones, y despues nos abrazamos cual si nos hubiésemos conocido desde la infancia. Mientras el buen hombre, seguido de su criado, iba á arrostrar de nuevo el desierto de cenizas para regresar á su bœr, yo marché con el jefe de Hankadolur, su hijo y mi guia, en direccion á Selsund.

Media hora despues llegamos á la vista de una gran pradera donde pastaban muchos animales domésticos de diversas especies: esta pradera es un inmenso circo cruzado por un riachuelo que alimentan las nieves de las cimas del Hekla.

Ante nosotros se elevaban los flancos negros y escarpados de las montañas volcánicas, que destacándose como otros tantos muros ofrecen á la vista sus festones á mas de doscientos metros sobre la base; á la izquierda, unas diez corrientes de lava salidas del cráter del Hekla, se han deslizado una junto á otra en el espacio de diez leguas, siguiendo una infinidad de sinuosidades; y al llegar á esta llanura, se han detenido todas en el mismo punto.

Al pié de las corrientes de lava, y apoyado tranquilamente contra ellas, está situado el bœr

de Selsund, que permanecerá allí hasta que una nueva erupcion le obligue á emigrar á otro lugar mas seguro. Si se aparta la vista de este mísero bœr para fijarla á mayor altura, divísase el coloso soberano de estos países, el Hekla, que destaca su siniestra cabeza sobre las estribaciones que le rodean.

Despues de haber atravesado la pradera, llegamos al bœr donde nos recibe una anciana, pues parece que es costumbre general confiar la custodia de la casa á la persona de mas edad. No tardó en llegar el resto de la familia, cuyo jefe era hombre de unos cuarenta años. Apenas nos hubimos instalado en su habitacion, y mientras yo acababa de tomar un frugal refrigerio, empeñóse una conversacion bastante viva entre mis hombres y el ama. El jefe de Hankadolur acababa de trasmitir á su colega de Selsund la recomendacion del cura de Stornvellir sobre mi ascension al Hekla; pero como hacia algun tiempo circulaba el rumor de que el volcan daba muestras de impaciencia, é iba á producirse la erupcion de un momento á otro, la esposa del jefe de Selsund se oponia á que su marido me acompañase. Esta fué la única vez que me recibió mal una mujer en Islandia, durante todo mi viaje: para enternecerla, ofrecíla una taza de vino y rehusó rotundamente.



Un convoy fúnebre en el campo

—Os portais mal, le dijo con tono tranquilo y frio el jefe de Hankadolur, y estad segura de que se hablará de ello en el país.

El jefe de Selsund estaba visiblemente disgustado por la actitud de su esposa; pero mientras esta peroraba como una verdadera francesa, estrechóme la mano para hacerme comprender que estaba á mi disposicion; y sacando despues el reloj de mi bolsillo, señalóme la hora, mostrándome al mismo tiempo el Hekla, con lo cual queria decir: «¿A qué hora marcharemos?» Yo indiqué la cifra cuatro en el cuadrante, y todo quedó arreglado. El jefe de Hankadolur y su hijo me abrazaron para regresar al bœr; y despues de haber recibido las «buenas noches» de todo el mundo, excepto de la mujer del jefe, que hubiera querido verme en el infierno antes que en su vivienda, echéme en un monton de plumas que me habian preparado en un rincon, á fin de recobrar fuerza para el dia siguiente.

Despertáronme á las cuatro; ya estaba hecho el café, y la mujer del jefe me le presentó con un mal gesto que tuve cuidado de no observar.

Como la mitad de la ascension podia hacerse cabalgando, el jefe de Selsund tenia ya dispuestos sus caballos del norte á fin de que los mios descansasen mas. Aquí se tarda mucho en hacer los preparativos, y así es que faltaba muy poco para las diez cuando nos pusimos en marcha. Mi patron recibió los abrazos de toda su familia; pero aquel dia no recibí yo semejante prueba de afecto.

Nos aventuramos primeramente en unos desfiladeros calcinados, donde solo se ven entre las lavas algunos cráneos de caballo y troncos secos de un pequeño abedul. Despues de desfilar por una de estas estrechas gargantas, encuéntranse montañas de cenizas negras, que es preciso franquear, y en las cuales se hunden los caballos hasta el vientre. Despues se ve una llanura donde se puede correr cómodamente, para internarse luego en los desfiladeros angostos y los montones de ceniza.

La tempestad continuaba: mientras estuvimos en los sitios bajos no nos molestó mucho; pero era cada vez mas insoportable á medida que

ascendíamos. A las cinco de la tarde llegábamos al último límite, y entonces pudimos ya utilizar nuestros caballos. Era una pequeña meseta cubierta de un poco de césped, y en ella establecimos nuestro campamento, junto á un monton de lava, que nos preservaria del viento durante la noche.

Segun las observaciones que pude hacer, la cima del Hekla debia estar á dos mil ciento diez piés sobre nosotros.

A la mañana siguiente, dejando á mi guia con los caballos en la meseta, continuamos nuestra ascension á pié seguidos del jefe de Selsund. Yo llevaba una pica férrea y una manta, y mi compañero iba provisto de un morral de caza que contenia algunos bizcochos, manteca y medio cuartillo de aguardiente.

El viento habia disminuido, pero á la tempestad sucedió una espesa bruma, y no tardamos en hallar grandes espacios cubiertos de nieve. Mi piloto los cruzaba con sus zapatos de piel de foca como si anduviera sobre un tapiz; yo quise seguirle, mas no tenia suficiente fuerza para ello, y hube de costear la nieve por los montones de cenizas y escorias, lo cual era sumamente fatigoso.

A las cuatro horas de una penosa marcha llegamos al punto culminante; pero como la niebla aumentaba en densidad á medida que nos elevábamos, era imposible ver nada ante nosotros. Dí la vuelta en cierta extension á las alturas que acabábamos de alcanzar; la vertiente opuesta estaba cubierta de hielo, y en todos los puntos parecia redondearse en forma de anfiteatro; con la espesa bruma que todo lo ocultaba mezclábase un olor de ácido sulfuroso; el cráter debia abrirse allí, en medio de aquella tumba nevada, y á muy corta distancia: tal vez nos hallábamos en el borde.

Como quiera que la niebla tardaba en disiparse, resolví practicar un reconocimiento á tientas, y avancé con precaucion por la vertiente que se ofrecia ante nosotros. Por desgracia, á los dos pasos resbalé con ambos piés, y como mis manos no podian coger nada, bajaba siempre sin saber á donde; instintivamente clavé mi pica por delante para afianzarme, pero se rompió; de modo que no tuve mas remedio que agarrarme á la parte férrea, la cual se habia clavado en el hielo, mientras la otra rodaba léjos de allí.

Hallábame en una enojosa posicion, á caballo, por decirlo así, en la extremidad de mi pica, y sin osar moverme, por temor de que me faltara aquel único punto de apoyo. Por fortuna, acompañábame un guia islandés, uno de esos hombres á quienes el desprecio á la vida hace arrostrar todos los peligros: víle llegar en medio de la niebla; alargóme su palo, y ayudándome con los codos y las rodillas, como él hacia, pude llegar al sitio en que antes me hallaba.

Esta primera tentativa habia sido tan desgraciada, que no me sentí inclinado á repetirla. Despues de colocarnos lo mas cómodamente posible detrás de una mole de escorias, comimos algunos bizcochos, bebiendo un trago de aguardiente: yo habia resuelto no retirarme hasta que no se agotaran completamente las provisiones.

Haria una hora que estábamos allí, y la niebla se espesaba cada vez mas, pero esto era una buena señal, pues no tardó en resolverse en lluvia; aclaróse todo poco á poco, y jamás saludé el sol con tanto entusiasmo.

En medio de un circo cubierto de nieve, y cuyo diámetro es poco mas ó menos de dos mil metros, distínguese el cráter del Hekla, uno de los mas regulares que la naturaleza ha modelado jamás. Su pabellon tiene la forma de una corona ducal; algunos conglomerados, puestos allí como por encanto á intervalos casi iguales, forman los florones; y la corona seria perfecta sin una escotadura que presenta en el oeste, y la cual me permitió ver el interior, rojo y mezclado de manchas amarillentas, mientras que el exterior, perfectamente igual, ofrecia un tinte verde sombrío. Por todas partes escapábanse abundantes vapores.

Durante todo el tiempo que permanecí en expectativa no percibí ruido alguno ni observé nada de extraordinario; de modo que no tenia mas que avanzar. Cuando iba á ponerme en marcha hube de sostener una polémica con mi guia, que deseaba acompañarme á todo trance; pero como yo no habia olvidado á su mujer y sus hijos, que le esperaban en Selsund, debí emplear casi la violencia para decidirle á esperarme allí.

Esta vez no me atemorizaba ya el hielo; mi objetivo estaba á muy corta distancia, y los resbalones servian solo para aumentar mi rapidez.

Dirigíme desde luego hácia la escotadura, que presentaba una puerta natural; al acercarme reconocí que era una nueva boca abierta en aquel punto; está situada en medio de un recinto circular, que tiene ya dos metros de altura, y formaria con la que existe un 8 perfecto, si á consecuencia de nuevas erupciones alcanzara la misma elevacion. Despues de franquear este paso á la vez muy cómodo, halléme en el gran cráter, recinto oval que mide trescientos cincuenta piés en su mayor diámetro; se eleva

á ciento veinte, con una inclinacion de setenta á setenta y cinco grados. Los vapores salen, no solo de las bocas, sino de todos los puntos del cráter, y hasta del mismo circuito.

Varias aberturas de esta inmensa chimenea estaban colmadas por las cenizas, hallándose otras ocultas por una costra de antiguo hielo; solo ví dos abiertas; una de ellas, la mas importante, situada al este, mide unos cuarenta piés, y parecia reinar en ella cierta actividad, pues desprendíase una considerable masa de vapores.

Para evitar este gas me puse al viento, y rastreando como una culebra, pude llegar hasta el borde y ver lo que pasaba en el interior. Los vapores salian por ráfagas, y mi vista se perdia en las tinieblas; mas apenas estuve un momento en observacion, cuando distinguí á la profundidad de unos cien metros algunos reflejos luminosos intermitentes, seguidos de llamas azuladas semejantes á fuegos fatuos. Eran los gases sulfurosos, que se inflamaban de vez en cuando, pero fuera de estas débiles manifestaciones, no percibí ningun ruido interior: todo estaba tranquilo é inmóvil.

Despues me dirigí hácia la otra boca abierta, que es mucho mas pequeña, y de la cual se escapaban escasos vapores: á unos tres metros de profundidad parece dividirse en dos brazos, uno de los cuales, el mas inclinado, y el único por donde llegan algunas ráfagas, parece dirigirse hácia la boca activa. En el borde ví una mole de lava, con la que me ocurrió hacer un experimento: sirviéndome del pedazo de mi pica como de una palanca, hícela caer en el agujero, para ver el efecto que produciria su caida. Siguió la ramificacion que se dirige hácia la gran boca; durante un momento, oíla rodar en las profundidades, y despues reinó el mayor silencio.

Al cabo de unos veintitres segundos, el ácido sulfuroso inflamado se elevó hasta la boca inmediata por tres ráfagas abundantes y consecutivas; las llamas desaparecieron un momento, y observé á la vez que los vapores surgian por todos lados con una abundancia casi alarmante; el interior del cráter estaba lleno de ellos, y fuéme preciso agitar con fuerza un pañuelo para que no me sofocaran. Pero de repente, las llamas reaparecieron en la gran boca con mas violencia que la primera vez; todos los gases que llenaban el cráter se inflamaban. Durante la noche, esta explosion hubiera producido el efecto de un gigantesco bol de ponche, en cuyo fondo me hallaba yo. Aquella explosion inesperada, rápida como el relámpago, tuvo por feliz efecto, consumir los gases; y purificado el aire, pude respirar mas fácilmente.

Habia permanecido tres horas en el fondo del cráter; y despues de tomar mis notas subí á la extremidad del circuito para dar la vuelta.

El Hekla domina toda la parte meridional de la isla: ante el espectador se deslizan las verdes aguas del Hvita y del Thyorsá; acá y allá se ven grandes lagos estrechados entre las lavas; en las praderas, los geisers elevan hácia el cielo sus blancos penachos; hácia el sur extiéndese el verde mar, con sus costas denticuladas; y en todas direcciones destácanse inmensos glaciares, que parecen convertir á Islandia en un espejo gigantesco, donde el sol parece reflejarse complaciente antes de dejarse ver en el resto de la tierra.

Para el navegante que llegando del sur atravesara el cabo Portland, la Islandia apareceria bajo un aspecto de grandiosidad salvaje y de majestad glacial, digno de la naturaleza polar en cuyos confines se halla situada.

«Abárcase de una mirada, dicen en su Memoria MM. Chancourtois y Ferri Pisani, un conjunto de cúpulas redondeadas que se escalonan unas detrás de otras, cuyas cimas, eternamente cubiertas de nieve, tan pronto brillan al sol con deslumbrante blancura, como se pierden en las nubes que la imaginacion se complace en considerar como vapores de sus cráteres dormidos.»

El Hekla se destaca en la extremidad oriental de este conjunto: es un cono traquítico de mil quinientos cincuenta y siete metros de altura, sobre una base de tres millas y media geográficas de circunferencia, y que debe su nombradía mucho menos á su extension que al número y violencia de las erupciones. La historia escrita de Islandia señala veintitres entre 1004 y 1766, separadas unas de otras por intervalos que varían de seis á sesenta y seis años. La de 1766 fué una de las mas violentas: anunciόse por la aparicion de una inmensa columna de polvo negro que ascendia lentamente hácia las nubes, acompañada de truenos subterráneos y de todos los demás síntomas que preceden á las convulsiones volcánicas. Muy pronto rodeó el cráter un círculo de llamas, y de él salieron moles de roca enrojecidas y piedras magnéticas, que fueron lanzadas á distancias increibles, siendo la corriente tan continuada y compacta, que algunos testigos del hecho la compararon con un enjambre de abejas que se escapara del seno de la montaña. Una mole de piedra pómez, de seis piés de circunferencia, fué arrojada á mas de ocho leguas, y otra de hierro nativo á mas de seis. En un radio de doscientos cuarenta kiló-

metros, la superficie de la tierra quedó cubierta de una capa de cenizas de cuatro pulgadas de espesor; y el aire se oscureció de tal modo, que en un lugar distante veintidos miriámetros del foco de la erupcion, no se podia distinguir á pocos pasos una hoja de papel blanco de otra de negro. Los pescadores no pudieron ir al mar á causa de las tinieblas, y entre los habitantes de las Orcadas cundió de tal modo el espanto, que se creyeron perdidos al ver que caia lo que ellos creian una *nieve negra*.

El 9 de abril comenzó á desbordarse la lava del cráter, siguiendo en el espacio de dos leguas la direccion sudoeste; y muy poco despues, cual si todos los elementos debieran figurar en aquel infernal cataclismo, una inmensa columna de agua cortó la de cenizas, saltando á varios centenares de piés de elevacion. El horror de aquel espectáculo aumentaba mas aun con el fragor subterráneo y las espantosas detonaciones, que segun aseguran, percibíanse á siete leguas de distancia.

Treinta años despues de esta grande erupcion, el cono de la montaña no se habia enfriado aun completamente; ardientes vapores, que materialmente abrasaban, impedian á los curiosos acercarse al cráter, y á la nieve fijarse en él. Hasta 1810 no pareció la montaña entregada á su reposo absoluto.

En 1839 repitióse el caso: la nieve disminuyó poco á poco en su cima, y las corrientes termales al pié, y los desprendimientos de vapores, ofrecieron un aumento considerable de temperatura y de volúmen. Esto se prolongó hasta el año 1845, cuyo invierno fué sumamente benigno, sin nieve y casi sin escarcha; la primavera, por lo tanto, se distinguió por una precocidad excepcional; y en el verano reinó una sequía sin ejemplo. Nada anunciaba, no obstante, una conmocion subterránea, cuando de repente estalló la vigésima cuarta erupcion del Hekla, despues de un intervalo de sesenta y nueve años, y que fué por cierto la mas larga que se registra en la historia de este volcan.

En medio de las detonaciones que resonaron en un radio de mas de cincuenta leguas, una columna de gases inflamados, cargados de cenizas, lanzóse desde la cima de la montaña y extendió sobre los distritos meridionales de la isla una nube bastante espesa para interceptar la luz del sol, nube de la cual se escapó muy pronto una lluvia de cenizas y escorias. Las corrientes aéreas trasportaron á lo léjos aquellas deyecciones volcánicas con tal rapidez, que en la misma tarde cayeron sobre las islas Feroé, las de Shetland y las Orcadas.

La noche que siguió á este lúgubre dia se iluminó con los reflejos de un espantoso incendio. En los glaciares, las montañas, las mesetas de Portland, y hasta el fiordo de Reykjavik, reflejáronse los rojizos resplandores de los relámpagos que lanzaba la columna de humo. Cada ráfaga de gas, de ceniza ó de fuego iba acompañada de los horrísonos mugidos que producian las moles de piedra en fusion arrojadas por el cráter, que reventaban luego como bombas. Por último se abrió una brecha en un reborde del cono, y un torrente de ardiente lava se deslizó con lentitud, arrollando todo un lado de la montaña en los repliegues de su manto de fuego.

Directamente al sur del Hekla elévanse, á mayor altura, el Eyafialla-Yokul (mil setecientos ó mil ochocientos metros), cuya última erupcion data de 1823; y el Myrdals-Yokul, en el que se declaró la primera en el año 900, y la última en 1755. Esta última erupcion, levantando, rompiendo y deshaciendo una capa de hielo que hacia mucho tiempo cubria la montaña, produjo un verdadero cataclismo. Durante cinco dias, una corriente de agua, de cinco leguas de longitud por cuatro de anchura, corrió hácia el mar, arrastrando moles enormes de hielo y rocas arrancadas de los flancos de la montaña. La vasta llanura de Myrdalrandor, completamente cubierta por el diluvium depositado durante aquella inundacion, quedó cubierta de masas erráticas. A consecuencia de esta erupcion, formáronse en el mar tres cadenas de escollos que se prolongaban paralelamente en un espacio de tres leguas. Compuestos de arenas volcánicas, de piedra pómez y cenizas, estos escollos son muy probablemente debidos á la continuacion de los tres torrentes principales que corrieron desde el demolido glaciar del Myrdals-Yokul.

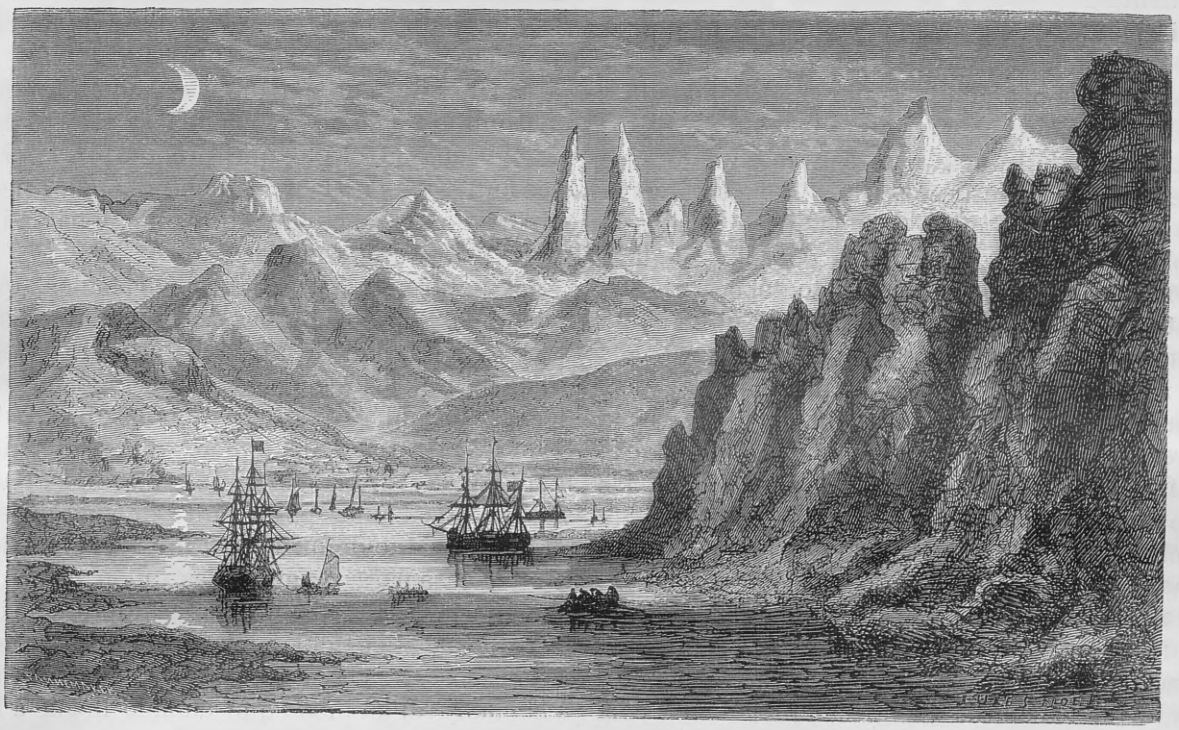
«¿Cómo extrañar, dicen los autores antes citados, que el relato de los trastornos de la region del Hekla sea un asunto preferente en las viviendas de Islandia, y que en esa historia nacional de las desgracias y abatimiento de una raza heróica, se revele un terror supersticioso, un espíritu de sumision resignada, inspirados por ese temible volcan, que parece ejercer una fatal influencia?»

Y sin embargo, una línea tirada desde el Hekla al Myrdals, circunscribe por el poniente un centro de fenómenos muy distintos de los que acabamos de describir, y no menos terribles para Islandia.

«.....De todos los países de Europa, Islandia es tal vez aquel en que se han hecho los trabajos topográficos mas minuciosos, y de aquí el haber obtenido una carta geográfica, admirable-

mente ejecutada, en la cual se indica con asombrosa perfeccion la mas pequeña grieta, el mas mísero riachuelo ó barranco, y la menor corriente de lava. Sin embargo, en la parte sudeste de Islandia, una gran mancha blanca interrumpe la continuidad de estas líneas microscópicas: en todos los demás puntos, los ingenieros han explorado el suelo de la isla; y solo un vasto espacio de mil kilómetros cuadrados se ha resistido á sus investigaciones. En esa área, donde el Skapta-Yokul eleva sus soberbias cimas rodeadas de campos de nieve y de glaciares eternos, el hombre no ha osado sentar su atrevida planta; y precisamente del seno de ese discreto desierto ha salido el mas espantoso azote que jamás asoló la isla.

»El acontecimiento ocurrió en 1783. El invierno y los primeros dias de la primavera habian



El Dyrafiord

sido sumamente benignos; hácia fines de mayo una ligera niebla azulada comenzó á flotar al rededor de la cintura vírgen del Skapta; y su aparicion fué seguida, desde principios de junio, de un fuerte terremoto. El 8 del mismo mes, inmensas columnas de humo, reunidas en la parte norte de aquella region montañosa, se pusieron en movimiento en la direccion sud, y avanzando contra el viento cubrieron de tinieblas todo el distrito de Lida. Entonces cayó un torbellino de cenizas sobre la faz del país, y el 10 brotaban de aquel innumerables llamas, que serpenteaban en medio de los precipicios helados de la montaña; mientras que el rio Skapta, uno de los mas grandes de la isla, despues de arrastrar por la llanura un inmenso volúmen de agua fétida y de polvo volcánico, desapareció de repente.

»Dos dias despues, una corriente de lava, salida de fuentes cuyas orillas no habia pisado ningun mortal, fué á precipitarse en el lecho del rio seco; y al mismo tiempo, aunque este canal no tenia menos de seiscientos piés de profundidad por doscientos de anchura, el diluvio de fuego se desbordó por sus orillas, atravesó el país bajo de Medalland, y arrollando el suelo turboso de esta llanura, fué á lanzarse en un gran lago cuyas aguas, evaporadas al contacto de aquella ardiente invasion, desvaneciéronse hirviendo y silbando en los aires.

»Despues de llenar completamente en pocos dias la vasta cuenca del lago, el inagotable torrente continuó su marcha; pero dividido esta vez en dos brazos, fué á cubrir con uno de ellos antiguos campos de lava y precipitándose con el otro en el lecho del Skapta, lanzóse en forma de cascadas de fuego desde lo alto de las cataratas de Stapafoss. No fué esto todo: mientras un rio de lava elegia el Skapta para lecho, otro, siguiendo una direccion distinta, asolaba las dos orillas

del Heverfisfliot, precipitándose en la llanura con mas furia y rapidez que el primero.

»Es imposible saber si las dos corrientes procedian del mismo cráter, pues el punto donde se desbordaron á lo léjos estaba situado en el corazon mismo de un desierto inaccesible, y ni aun se puede medir la fuerza de ese derramamiento de materias ígneas sino á partir del sitio donde alcanzó los distritos habitados. Calcúlase que la corriente que llenó el Skapta tenia unos ochenta kilómetros de longitud por veinte ó veinticinco en su mayor anchura, y que el que siguió el curso del Heverfisfliot formaba una zona de ochenta por once. Allí donde quedó aprisionada entre los altos declives del Skapta, la capa de lava alcanzó á quinientos ó seiscientos piés de espesor, y aun conserva cerca de ciento en la llanura misma. La erupcion de polvo, de cenizas, de piedras pómez, y de lava continuó hasta fines de agosto, época en que este drama plutónico terminó con un violento temblor de tierra.

»Durante todo un año cernióse sobre la isla una pesada capa de nubes pulverulentas; y la arena y las cenizas cubrieron una inmensa extension de fértiles pastos. Las islas Feroé, las de Shetland y las Orcadas se llenaron de este polvo volcánico, que manchó tambien de una manera perceptible los cielos clementes de Inglaterra y Holanda. Densos vapores mefíticos infectaron la atmósfera de toda la Islandia; y hasta el césped que no habia sido alcanzado por la lluvia de cenizas quedó completamente consumido.

»Los peces murieron en las aguas infectadas; declaróse una epizootia en el ganado; y á los mismos habitantes atacó una epidemia semejante al escorbuto. Un contemporáneo del acontecimiento evaluó en nueve mil hombres, veintiocho mil caballos, once mil reses de ganado mayor, y ciento noventa mil carneros, las víctimas inmediatas de aquella sola erupcion. Segun los cálculos mas moderados, la cifra de las defunciones humanas ascendió á mil trescientas, y las de los animales á unas cincuenta y seis mil.»

Bajé de aquellas alturas pensando en todas esas grandes escenas cosmogónicas en que la tierra, al hacer las poderosas manifestaciones de su vida propia, parece tener tan poco en cuenta á los séres confiados á su superficie. Llevaba apuntadas mis notas sobre el Hekla, y tan pronto rodando por las cenizas, como dejándome deslizar en las pendientes de hielo, apenas sabia lo que me pasaba; parecíame volar, y no comprendia cómo pude haber necesitado tanto tiempo para la ascension.

Encontré á mi guia con los caballos; pero ¡en qué situacion! Estos hombres son verdaderos niños; yo habia cometido la imprudencia de confiarle el frasco del aguardiente que aun contenia litro y medio; y para consolarse de mi ausencia, se lo habia bebido casi todo, y estaba borracho. A cada instante queria darme un abrazo; al ver que yo le rechazaba, trataba de hacer lo propio con el jefe de Selsund, y cuando no veia á quien dar una prueba de ternura, echábase sobre el cuello del caballo para abrazarle, maniobra que le costó medir el suelo varias veces.

Eran las nueve de la mañana cuando llegamos á Selsund: el ama de la vivienda se esforzó por corregir el mal efecto que produjo en mí dos dias antes; mas no la dí tiempo para ello; pensaba solo en el lecho de Stornvellir, y habia resuelto pasar allí la noche.

Apresuráronse á ensillar mis caballos, que habian descansado dos dias, y comido abundantemente, y el jefe de Selsund, seguido de sus criados y de varios perros, quiso acompañarme: llegados á Hankadolur, detuvímonos en casa del buen jefe de este bœr, quien se agregó igualmente á la caravana con dos de sus hijos. Cada vez que pasábamos por delante de una vivienda, el individuo de mas edad interpelaba á mis compañeros para preguntarles quién era yo, y al contestar estos: «Es un francés que nos visita y que baja del Hekla,» tres ó cuatro personas iban á buscar cada cual su caballo y reuníanse á la comitiva; de modo que cuando llegué á las once de la noche á Stornvellir, mi caravana constaba de diez y seis hombres ó niños, veintidos caballos, y un número indeterminado de perros de todos los matices.

Cuando nos hubimos apeado mandé á mi guia adelantarse al encuentro del pastor, á fin de que este le hiciera las debidas observaciones sobre su estado. El cura le aconsejó que fuera á acostarse; y efectivamente era lo mejor que podia hacer.

Aquel bœr me pareció un oasis. Nos dieron para cenar costillas de carnero cocido; y yo agregué algunas de mis provisiones, á título de novedad, tales como pan de municion y una botella de vino de Francia. La esposa del cura, que nos servia con toda la gracia que puede esperarse de una persona bien educada, era una mujer de treinta y cinco años, vestida con mucho aseo, y su rostro tenia algo de angelical, muy propio en el desempeño de sus funciones hospitalarias.

Cuando acabábamos de cenar era ya cerca de la una de la madrugada: y el sol, oculto un momento, comenzaba á reaparecer. Estábamos con

el pastor en frente del bœr, apoyados contra la pared de césped del cementerio, y empeñada la conversacion, fumábamos en nuestras largas pipas danesas.

En una pradera, á poca distancia de nosotros, veíanse unas magníficas vacas, que dormian ó rumiaban con la mayor gravedad, y á pocos pasos los hijos del pastor que retozaban en la yerba. Este espectáculo, á los primeros rayos de la aurora, y en medio de una calma solemne, era delicioso. Seducido por aquel encantador idilio, dije al pastor:

—¡Qué precioso cuadro! ¡Qué feliz debeis ser aquí!

El cura desvió la pipa de sus labios al oir esto, y mirándome fijamente contestó:

—¿Os contentariais con esta felicidad?

Confieso que no sabia qué contestar. Verdad es que aquel sacerdote era suscritor al *Lobo de la Nacion*, y conocia otro mundo además de la Islandia.

VIII

Detencion en los bœrs.— Semi-estaciones.—Abuso del café con leche.—Una leccion de templanza á mi guia.—Entierro en el campo.—El valle de Backarholt.—Una noche en el vientre de una ballena.—Pueblo de leprosos.—De lo que puede servir un cuervo cuando se necesita una olla.

A la mañana siguiente salí del hospitalario bœr de Stornvellir. El cura me acompañó hasta la primera vivienda, donde, segun costumbre, fué preciso tomar café con leche y bizcochos de líquen; despues nos abrazamos estrechamente, y él volvió á Stornvellir mientras yo continuaba mi marcha hácia el interior.

Desde que me alejé del Hekla para dirigirme por el este, habia observado que la poblacion era mas densa, y menos escasas las viviendas; pero debia atribuir esto á que el país es mucho mas fértil, y á que cerca de la costa existen largos fiordos, donde los habitantes del país pueden abastecerse de pescado.

Pero á pesar de todo, estas ventajas en vez de acelerar nuestro viaje, no servian mas que para entorpecerle. Segun he dicho ya, el islandés, que nunca tiene prisa, rara vez pasa por delante de un bœr sin detenerse; y mi guia, mas riguroso que nadie en este punto, y que me parece muy aficionado á las gangas, no se olvidaba nunca de cumplir con tan cariñosa formalidad. Apenas llegábamos á un bœr, los perros ladraban para anunciar nuestra presencia, y mi guia se apeaba al instante á fin de abrazar á todo el mundo, cual si fuese de la familia, aunque no conocia á nadie. Invitado por tan noble ejemplo, érame forzoso hacer lo mismo; pero tenia ya tal costumbre, que en la cuestion de abrazos pasaba al estado de máquina. Despues de apearme, me entregaba á las caricias de la familia con la mayor indiferencia, como hombre adiestrado en este ejercicio.

Nos introducian primeramente en el compartimiento mas aseado del bœr, que es por lo regular un paralelógramo de cuatro metros de longitud por dos y medio de anchura; en la extremidad hay una ventana, debajo de la cual se ve una pequeña mesa, y junto á esta ponian el sillon patriarcal para sentarme. En frente de mí, á lo largo de la pared, acomodábanse sobre unos largos cofres, que servian de canapés, todos los individuos de la familia, por órden de edad, hombres, mujeres y niños. Toda esta gente se cruzaba de brazos con aspecto grave; y como el viajero es siempre la gaceta del país, mientras se preparaba el café con leche, mi guia, de pié junto á mí, referia todo mi viaje, mis proezas y altos hechos, dando detalles muy curiosos acerca de mis costumbres y carácter.

Por mi parte, mientras el guia peroraba así, yo aprovechaba el tiempo escribiendo notas, mostrándome indiferente á cuanto se decia, como si no se tratase de mi persona.

Despues de tomar el café con leche era preciso abrazar de nuevo toda la familia, comenzando por el mas anciano, despues de lo cual montábamos de nuevo para continuar la marcha.

Algunos dias me bastaron para convencerme de que si no resistia á las tendencias parásitas de mi piloto, mis jornadas serian muy cortas, pues todo el tiempo se pasaba en comer bizcochos de líquen y tomar café con leche: un dia llegué á beber hasta veintisiete tazas.

En su consecuencia resolví no apearme en lo futuro no mas que una vez al dia para cambiar los caballos; y desde entonces hicimos solo medias paradas.

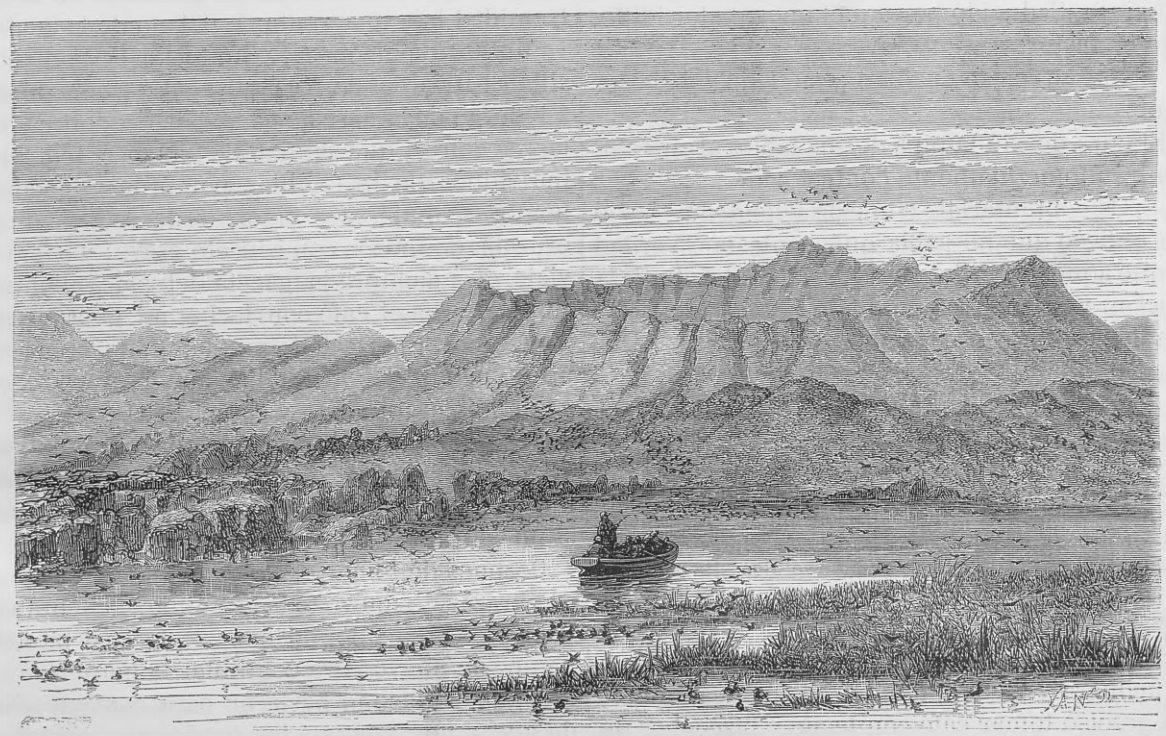
Cuando llegábamos á un bœr, los habitantes de la vivienda, ocupados en los trabajos del campo, acudian presurosos con sus instrumentos; los niños que no podian seguir á las personas mayores trepaban en el primer caballo; y todos iban á reunirse alrededor de nosotros. Cuando no queria apearme, el jefe de la familia se presentaba con su mujer ante el grupo, llevando un pequeño frasco de aguardiente, llenaba un vaso, humedecia ceremoniosamente sus labios, y ofrecíamele en seguida.

Despues de beber se le devolvia y estrechaba la mano al buen hombre, diciéndole *tack* (gracias).

La mujer, que estaba junto á su esposo, pre-

sentábame á su vez un platillo de desconchado, donde se veian esparcidos algunos restos de azúcar, de cebada ó de manzana; yo tomaba dos ó tres pedacitos, dando la mano á la esposa del mismo modo que á su consorte; pero cuando la abrazaba parecia mas satisfecha, y contestábame con una profunda reverencia. Terminada esta ceremonia, decia *favel* á toda la familia, y alejábame á galope para ganar el tiempo perdido.

Muy conveniente era mi sistema de semi-paradas, pues permitíame complacer á toda aquella buena gente sin perder mucho tiempo. Sin embargo, un dia me ví obligado á faltar á mi método, porque el guia se volvió á emborrachar de la manera mas irreverente á fuerza de empeñarse en complacer á sus compatriotas, y sobre todo por querer apurar el ron que aun me quedaba.



Vista de Myvatn

Monté á caballo á las cinco de la mañana, muy resuelto á no apearme en todo el dia sino para cambiar de montura, y dirigíme hácia Kaldatarnés, iglesia del sudeste, donde queria pasar la noche; eran las cuatro de la tarde, y acababa de llegar á una meseta, cuando ví avanzar por el sur una numerosa caravana que parecia dirigirse hácia el mismo punto que yo. A la cabeza iba solo un caballo, que llevaba atravesada sobre el lomo una larga caja; el cuadrúpedo, trotando siempre, á veces á cien metros de los demás, desaparecia en una hondonada, para reaparecer despues en una altura; y cuando estuvo mas cerca de mí, traté de averiguar cuál era su extraña carga; pero no pude explicármelo.

Detrás iban unas treinta personas, entre hombres, mujeres y niños, á los cuales seguia una legion de perros. Toda aquella gente parecia correr detrás del caballo, profiriendo ruidosos gritos, con los cuales se mezclaban los ladridos de aquellos animales.

Entonces me detuve para esperar á la ruidosa comitiva. El caballo que iba delante, y cuya carga me daba tanto que pensar, se detuvo muy pronto, y entonces ví que la larga caja no era otra cosa sino un ataud habitado; pero como no iba muy bien sujeto, la última carrera le hacia vacilar, y amenazaba deslizarse por debajo del vientre del cuadrúpedo. Un instante despues llegó toda la comitiva, y entonces pude reconocer que aquello era un entierro en el campo. Pero ¡qué entierro! Los individuos del fúnebre cortejo debian haber salido por la mañana con el cadáver, el cual pasearon por todos los bærs; al comenzar el viaje estaban probablemente tristes; mas como en todas las paradas era preciso entregarse á las libaciones, aquella melancolía naufragó en un diluvio de vasos, resultando de aquí que todos estaban beodos, incluso los niños. Al llegar cerca de mí, rodeáronme todos, y mi guia, que ya comenzaba á poner en movimiento su lengua, contaba con mi acostumbrada gene-

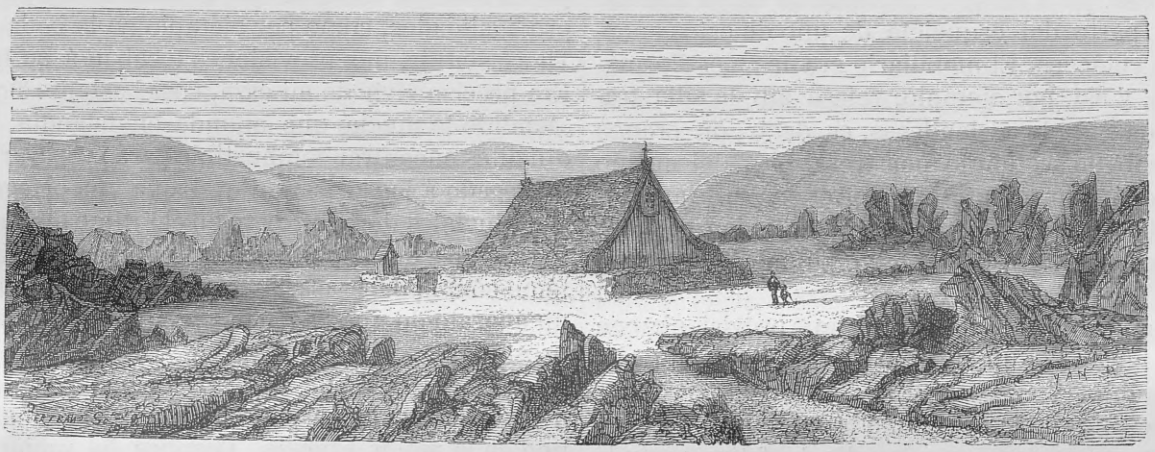
rosidad para hacer su negocio con los del cortejo; al buen hombre se le hacia ya agua la boca, pero como aquella gente estaba ya harta de beber, mostróse reacia.

Uno de los hombres de la comitiva se apeó para sujetar mejor el ataud, y el cortejo continuó su desordenada marcha hácia Kaldatarnés.

Aquel incidente fué causa de que cambiase mi itinerario: pensaba ir á pasar la noche en aquella iglesia; pero como no me hacia gracia estar en compañía de un muerto que habia cabalgado así durante todo un dia, consulté mi carta geográfica y resolví cruzar el Sog para internarme por el valle de Backarholt.

No llegué á las orillas hasta las nueve: allí habia un bœr y una iglesia, donde mi guia supuso que iba á pasar la noche; y en su lenguaje dijo al sacerdote que insistiera en detenerme. El buen hombre hizo los mayores esfuerzos para conseguirlo; mas yo persistí en cruzar el rio.

Viendo mi empeño de continuar la marcha, rogóme que cuando menos tomara un poco de café; costábame mucho rehusar, mas fuí inflexible,



Iglesia de Reykjahlidar

y crucé el rio sin tomar nada, solo por mortificar á mi guia.

Este rio, depósito del lago de Thingvalla, es uno de los mas anchos del país. Yo temí que se ahogaran la mitad de mis caballos, porque estaban rendidos; la operacion fué larga, y nos costó mucho trabajo; pero llegamos á la opuesta orilla sin accidente alguno.

Una vez allí, aventuréme en aquel extenso valle de Backarholt, que comienza por un vasto pantano.

Poco despues llegábamos á la tierra firme: á nuestra derecha elevábase la cadena de Ingolfjal, larga montaña pulverulenta, donde se ven empotradas enormes moles que se desprenden á cada momento para rodar al fondo del valle; y á nuestra izquierda veíase un barranco salvaje, cuyas aguas iban á estrellarse ruidosamente contra las enormes piedras que se oponian á su paso.

El cielo estaba encapotado; á media noche reinó la oscuridad, comenzando á caer una menuda lluvia; mis caballos no podian resistir mas, y hasta yo mismo me sentia desfallecer. Estaba á caballo desde las cinco de la mañana, sin comer mas que un pedazo de pan con queso; y pensé tristemente que para dar una leccion de templanza á mi guia me habia impuesto suficiente penitencia.

Ya deseaba impacientemente encontrar un bœr, y como la noche estaba tan oscura, temia pasar junto á una de estas viviendas sin verla; pero no contaba con el perro de mi guia. Diríase que en estos países ha pasado toda la inteligencia á los animales. Comprendiendo que necesitábamos un albergue, habíase constituido en piloto de toda la caravana: iba delante, ladraba en todas direcciones, y nosotros escuchábamos con la esperanza de que se contestase al llamamiento.

A los tres cuartos de hora de marcha, unos ladridos lejanos respondieron á los de nuestro perro; y en el mismo instante, los caballos, que no esperaban esta señal, partieron á galope. Nos hallábamos en un camino agrietado, verdaderamente horrible; pero ninguno de los animales dió un paso en falso; los ladridos de los perros continuaban siempre, y cuando cesaban, el nuestro tenia buen cuidado de provocarlos de nuevo. Despues de recorrer cierta distancia, reconocimos que partian del otro lado del barranco; los caballos le cruzaron al punto, y un momento

despues llegábamos al bœr de Backarholt, donde todo el mundo dormia, excepto los perros.

Este bœr, vivienda de pescadores, debia ser de reciente construccion: solo encontramos una jóven, un hombre y un niño.

Cuando me hube introducido en el agujero que me destinaban, separado de las otras construcciones, observé que la arquitectura de aquel bœr era sumamente extraña. El techo, en vez de estar sostenido por vigas, ofrecia por el contrario una especie de armazon ojival; acerquéme para examinarle de mas cerca, y con asombro reconocí que me hallaba en el vientre de una ballena: para hacer el armazon se habia tomado una parte del esqueleto de uno de estos enormes cetáceos. El mobiliario era de un estilo análogo; y así, por ejemplo, veíase allí la silla tradicional de los islandeses, es decir, un cráneo de caballo sostenido por tres tibias del mismo cuadrúpedo; mientras los cofres en vez de apoyarse directamente sobre el suelo, tenian por piés cráneos de foca, ó de perro, pintados de rojo y verde.

Jamás hinqué el diente en mis provisiones con tan buena voluntad como en aquel extraño alojamiento.

Despues de la comida, á la cual invité á mis patrones, y como me rendia la fatiga, mandé acercar dos cofres paralelamente, puse una de mis cajas en cada extremidad, é iba á tumbarme en aquella especie de fosa, en cuyo fondo acababa de echar mi piel y mi manta, cuando ví entrar á la jóven del bœr, llevando un tazon de leche entre las manos. Puse éste sobre un cajon, y dí un abrazo á la buena mujer, quien me le agradeció haciendo una respetuosa reverencia: dábase por bien pagada.

Al salir del bœr de Backarholt me dirigí hácia el sudeste, donde está la punta de Reykjanes. Allí hay numerosas solfataras, en las cuales se puede recoger con palas el azufre casi puro; las muestras que yo he traido contienen diez y siete partes de azufre por tres de tierra.

Mas allá de estas solfataras se encuentra una localidad completamente habitada por leprosos: la lepra y la elefantíasis han hecho estragos entre la poblacion. Estas enfermedades se han mantenido en Islandia por efecto del régimen de los habitantes, quienes se alimentan durante el invierno de pescado podrido. Su aficion á los alimentos putrefactos es tal, que un barril de manteca muy rancia se paga dos veces mas que el que la contiene fresca. Hoy dia han llegado á modificar un poco su régimen, y todas estas lepras y enfermedades escorbúticas tienden á desaparecer; pero basta cruzar por los parajes donde yo habia llegado para reconocer que no han desaparecido completamente del país.

Al pasar yo, estos infelices leprosos, cuyo rostro está horriblemente hinchado, y devorado casi por la lepra, permanecieron tímidamente á la puerta de sus guaridas, sin osar acercarse á mí; y como yo no tenia ningun deseo de pasar la noche en aquel punto, no por miedo, sino por la desagradable impresion que producen estos desgraciados leprosos, continué mi marcha hácia un lugar situado á cinco kilómetros de allí, donde, segun mi carta geográfica, debia encontrar aguas termales. Deseaba plantar allí mi tienda, por la sencilla razon de que á causa de mis locas prodigalidades, como por ejemplo en la boda de Thorfastathir, mis provisiones tocaban á su fin. Era preciso vivir de mi caza, cosa bastante fácil, atendido lo mucho que abunda en Islandia. Lo difícil es encontrar combustible para prepararla.

Llegado á los geisers, llevaba ya una ortega y dos pluviales dorados; pero en el último momento, despues de desplumar bien mis aves, preguntéme cómo podria asarlas. Era preciso encontrar un aparato de nuevo género, y la naturaleza me prestó otra vez su auxilio.

En Islandia hay unos cuervos enormes: y no necesité mas de un cuarto de hora para matar uno de la mejor especie. Despues de vaciarle, sin detenerme siquiera á desplumar el ave, lavé muy bien con agua caliente su cavidad abdominal, en la que introduje despues el producto de mi caza, con un poco de manteca, sal, pimienta, ajo, y unas gotas de aguardiente. Hecho esto, volví á cerrar el cuervo, cosiéndole perfectamente, y despues de atar mi paquete á una piedra, para hacerle llegar al fondo, le introduje en el geiser. En menos de una hora despues estaba ya hecha mi comida; dí el cuervo al perro, y satisfice mi apetito.

IX

Las pesquerías de bacalao.—Permanencia en una pesquería al sol de media noche.—El Dyrafiord.—Una cacería á media noche en el Myvatn.—La leyenda de la iglesia de Reykjahlidar.—Cerrillos de Hjaltadal, ó llanura de los Sarcófagos.—Un concierto sobre el césped.—Casamiento de uno de nuestros pescadores de bacalao con una islandesa de buena familia.—Salida de Islandia.—*La Pandora* en medio de una aurora boreal.

A primera hora de la mañana mandé recoger la tienda y me dirigí hácia el mar: allí, en una playa de cenizas y piedras pómez, desprendidas de los cráteres, y arrojadas por el mar, se ven esparcidos confusamente cráneos de caballo, osamentas de ballena, y un gran número de esqueletos que prueban la riqueza en peces de los mares de Islandia. Antes de terminar este

último capítulo, debo decir dos palabras acerca de la parte del país que mas íntimamente nos interesa, aquella donde habitan los quinientos ó seiscientos pescadores que parten todos los años de nuestras costas del norte para ir á pescar el bacalao en estos parajes.

Nuestra flotilla suele hacerse á la vela hácia el 15 del mes de marzo: antes de llegar á las costas de Islandia, sus frágiles barcos han sufrido tan rudos golpes de mar, que los carpinteros de la fragata francesa deben hacer numerosas reparaciones. Por eso es de ver con qué impaciencia la esperan, y con qué alegría se saluda su llegada.

En mi segunda excursion pude ser testigo de una de esas ovaciones. Era llegado el 12 de mayo: despues de un descanso de cinco dias en Reykjavik, donde habíamos encontrado á toda la poblacion dormida, nos dirigimos hácia el Dyrafiord, seguros de atravesar en nuestro trayecto toda la pesquería de la costa oeste.

Los barcos pescadores se hallan á unas cuatro millas de la costa: en este punto vimos al menos ciento cincuenta; y como se sabe en qué época probable debe pasar la fragata, los que necesitan socorros no dejan nunca de ponerse en su camino. Cada vez que veíamos una bandera al morron, y por cierto que no eran pocas, destacábase de la fragata una lancha para ir á practicar el reconocimiento. Entre los barcos pescadores, este tenia los mástiles rotos, aquel una avería en el timon; y en otros, que habian resistido victoriosamente los temporales, la tripulacion era la que necesitaba auxilio. Algunos marineros estaban atacados del tifus; entre otros reinaba la sarna; y el botiquin no contenia ya pomada Helmerich, pues preciso es confesar que estos pobres pescadores que arrostran tantos peligros para proveernos de bacalao, no son objeto de gran solicitud por parte de quienes les emplean. Ya trataremos de esto en otro lugar, limitándonos aquí á decir que ese armamento constituye una explotacion del hombre por el hombre indigna de nuestro país y de nuestra época.

A eso de las diez y media de la noche estábamos en medio del banco de bacalao: para probar algunos anzuelos, varios tripulantes comenzaron á pescar, y jamás he presenciado en mi vida un cuadro tan maravilloso. En un mar tranquilo, perfectamente sereno, ocupábanse en la pesca ciento cincuenta barcos de todas formas y tamaños. A unas cuatro millas de distancia, las costas denticuladas de Islandia presentaban sus declives en forma de gradería hasta el pié del Snœffels-Yokull, volcan apagado, célebre en las tradiciones de la isla, y cuya epidermis de nieve acariciaban tímidamente los rayos del sol de media noche.

En menos de dos horas, aunque solo pescábamos como aficionados, teníamos ya tres toneladas de bacalao, y además un hipogloso tan enorme, que los cuatrocientos hombres de que se componia la tripulacion de *la Pandora* tuvieron sobrada carne para dos comidas. Despues de esta proeza continuamos nuestra marcha, y poco despues de la media noche penetrábamos en el Dyrafiord.

Es imposible ver nada mas imponente, y sobre todo mas extraño que esta profunda bahía, cuyas misteriosas ramificaciones penetran á mas de diez millas en las tierras. Despues de franquear la entrada comenzamos á costear las dunas volcánicas que se elevan á pico á mas de cien metros, coronadas de conglomerados de baranita, semejantes á enormes gaviones. Cuando se ha navegado por espacio de una hora á lo largo de estas fortificaciones fantásticas, cuyo aspecto haria creer que se está en otro mundo, llégase al punto mas ancho del fiordo. La fragata dejó caer el ancla en un gran espacio rodeado de altos declives y de singulares montañas, á las que la accion volcánica ha comunicado las mas inverosímiles formas. Llama ante todo la atencion una que tiene la figura de globo, y cuya cima, dividiéndose por la mitad, ofrece el aspecto de un cráter de levantamiento. Despues se ven tres enormes pirámides, de formas tan regulares, que se creeria han sido construidas por la mano del hombre; y en fin, los últimos planos están formados por agujas de hielo que cambian de color segun la altura del sol.

Al pié de las primeras dunas, las lluvias han precipitado moles volcánicas que constituyen ahora superficies de sedimento. En esta playa, cortada por numerosos arroyuelos, que bajan de las nevadas cimas, hállase situada la ciudad de Dyrafiord, si pueden considerarse como tal tres ó cuatro montones de césped y una pequeña iglesia de tablas.

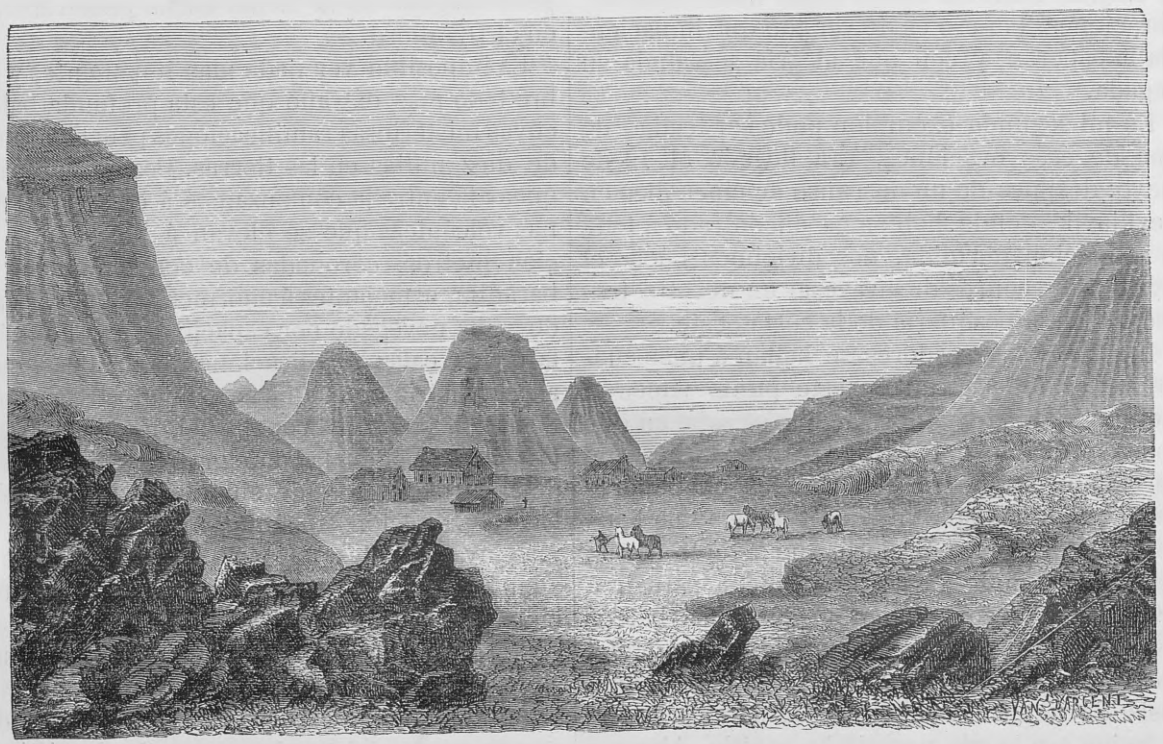
Lo que mas llama la atencion al observador que se halla en medio de todas estas imponentes sorpresas, es el silencio que reina y la ausencia de todo movimiento. Aquí no veo el mas pequeño barco: *la Pandora* se halla sola en el inmenso puerto; pero no tardaremos en recibir numerosas visitas.

Me habia retirado á mi camarote para descansar un poco, y despues de cubrir bien mi ventana con un pedazo de lona doblado varias veces, para que se produjera la oscuridad, pude conciliar el sueño. Al dispertar subí al puente,

y observé que el aspecto del fiordo habia cambiado por completo. Todos los barcos que necesitaban reparar sus averías iban en demanda de la fragata como otras tantas gaviotas; muchos acababan de anclar en nuestras aguas; y así es que durante mi sueño, aquel fiordo tan solitario antes y silencioso, fué ocupado por mas de ochenta embarcaciones: hubiérase creido estar en el puerto del Havre.

Mientras nuestros carpinteros se ocupaban en las reparaciones, para que los barcos pudieran continuar la pesca y volver á Francia, nosotros emprendíamos excursiones por tierra, organizando cacerías. Cenábamos á las diez, y á media noche íbamos á cazar.

Si hay pocos países tan ricos en peces como Islandia, lo mismo podemos decir en cuanto á la caza. Los pocos ánades salvajes que vemos en



Los cerros de Hjaltadal

nuestros países van por casualidad; son los individuos caprichosos de la especie, que impulsados por su carácter aventurero, se extravian en nuestras latitudes, olvidando sus lares. Su verdadera patria es la Islandia, donde se les encuentra por bandadas numerosas.

En el norte de la isla, sobre el meridiano del Vatna-Yokull, hay un lago mas grande que el de Thingvalla: es el Myvatn, que era mucho mayor aun que el cráter que salió de su seno, y el cual se eleva hoy sobre sus orillas, ocupando una gran parte. Cierto dia que fuímos á visitarle ví elevarse una espesa nube compuesta de miles de ánades que oscurecian la superficie del lago. Aquellas aves pasaron sobre nuestras cabezas; dispararonse algunos tiros, y en el mismo instante abrióse la nube, y los ánades cayeron como una lluvia al rededor de nuestra barca.

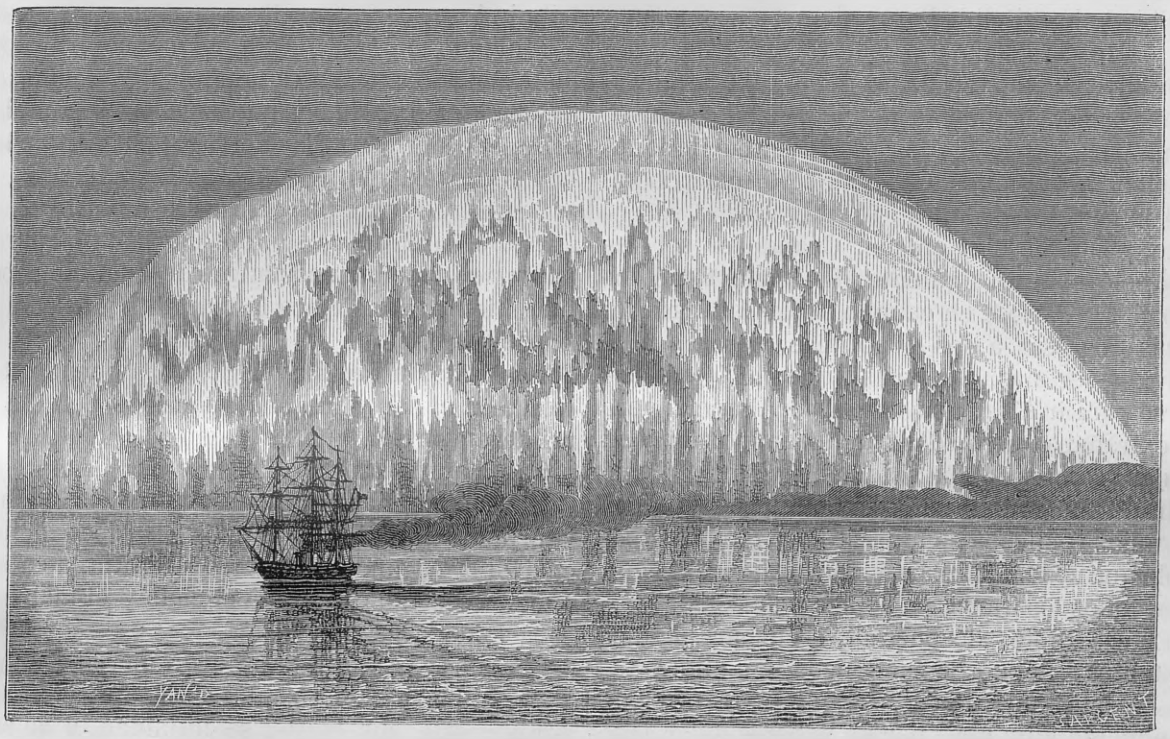
En estos parajes se halla la curiosa iglesia de Reykjahlidar: el edificio no ofrece en sí nada de particular; es de madera, y está construido como los otros, ó acaso mas miserablemente si es posible. Lo que presenta de notable es que, á consecuencia de una erupcion volcánica, la corriente de lava se dirigió hácia la llanura donde está situada, y en vez de absorber la iglesia en sus abrasadoras ondas, respetóla y dejó á su alrededor un vasto espacio perfectamente redondeado. (Véase el grab. de la pág. 845.)

Esta leyenda es la que ha dado alguna celebridad á la pobre iglesia de Reykjahlidar.

Al regresar del Myvatn á Dyrafiord establecimos nuestro campamento nocturno en medio de una formacion geológica de las mas extrañas: era una gran llanura donde se ven numerosos cerrillos en forma de conos truncados; estos cerrillos, uniformes y dispuestos con notable regularidad, comunican á esta meseta el aspecto de un campamento militar; y á causa de esta singularidad dimos al sitio el nombre de llanura

de los Sarcófagos, muy adecuado con la impresion que su vista produce.

De regreso á Dyrafiord, aun faltaba reparar algunas averías antes de continuar el viaje á Reykjavik; y aprovechéme de ello para ir á fraternizar con los buenos habitantes de la localidad. Allí encontré un pobre cura que no hablaba una palabra de latin, ni comprendia tampoco apenas nada; pero en cambio los islandeses de ambos sexos hablaban el dialecto breton. Habíanle introducido en la localidad nuestros pescadores; y la noche que pasé en medio de aquellos habitantes me demostró que nuestra gente de las costas del norte habia dejado allí algo mas que vestigios literarios. Una mujer llegó á solicitar que la comprase un par de medias de lana: yo no llevaba dinero, pero sí los postres en el bolsillo, lo cual no dejaba de



La *Pandora* cruzando el círculo polar á la luz de una aurora boreal

tener su valor. En cambio del par de medias, dí ocho almendras, seis higos y algunas pasas, y la mujer quedó por demás contenta.

Habia mandado hacer al maquinista del buque una especie de mala flauta de hojadelata, de la cual sacaba bastante buen partido, y con la que hacia las delicias de los islandeses. Al trasladarme á tierra, y como deseaba hacer pasar la noche agradablemente al público, adquiriendo á la vez cierta reputacion, llevé mi flauta y un kaleidoscopo, que me habia costado doce cuartos en un bazar de Edimburgo. Despues de comprar mi par de medias me habia sentado en un espacio de césped, en medio de toda la poblacion, compuesta de seis mujeres, diez y nueve chiquillos y un cura que me parecia idiota. Sacando de la faltriquera mi primitivo instrumento, obsequié á la sociedad con un elegante y variado repertorio, en el que formaron bastante buen conjunto los aires de la *Sonámbula* y de la *Bella Elena*.

Terminado mi concierto iba á volver á bordo, cuando me presentaron una jóven de veinte años poco mas ó menos, que llevaba en brazos un niño; acompañábala un islandés al parecer su padre, que llevaba en la mano una carta muy vieja. Una y otro me dieron explicaciones, pero como hablaban en su lengua apenas les comprendí; y al fin me entregó el padre la carta, que estaba escrita en francés. Esperaba encontrar en ella alguna aclaracion, pero no ví nada: era la carta de la mujer de un marinero á su esposo, llamado Le-Blanc, y tratábase solo de asuntos de familia. Mientras hacia mil suposiciones, llegó del interior un sacerdote, montado en un caballo negro; el buen hombre que habia recibido hacia ocho meses su traslado para Patrickfiord, se halló en la imposibilidad de diri-

girse á su nueva residencia por falta de medios de comunicacion, y habia esperado la llegada de la fragata con la esperanza de ser conducido á bordo. Prometíle presentarle al comandante aquella misma tarde; y como hablaba asaz correctamente el latin, roguéle me explicase lo que deseaba la jóven. Interrogóla y en dos palabras me refirió el caso.

Hace dos años que un pescador francés llamado Le-Blanc, naufragó en la punta del fiordo, y habiéndose refugiado en el bœr del islandés, recibió la hospitalidad que siempre se encuentra entre esta buena gente. El indígena tenia una hija, y como Le-Blanc debia esperar en Islandia la estacion de la pesca, resolvió casarse, como para pasar el tiempo. Pidió por lo tanto al islandés la mano de su hija, parecióle al hombre la cosa muy natural, fué á buscar al sacerdote, y efectuóse el enlace. Cuando el sol reapareció el año siguiente, Le-Blanc tomó dos caballos, y púsose en camino hácia Patrickfiord; debia regresar á los ocho dias; pero no se le volvió á ver mas. Suponíase que debió embarcarse para ir á dar una vuelta por Francia; pero se extrañaba que tardase tanto en volver, y su mujer me preguntaba si le habia visto.

Inútil fué contestarla que no le conocia, pues la mujer replicaba siempre: «Pero ¿cómo es posible que no le conozcais, siendo francés?» Segun ella, todos los franceses debian conocerse.

El sacerdote, despues de escuchar algunos instantes á la pobre abandonada, me dijo:

—A esta mujer le parece que Le-Blanc se ha conducido muy mal, por no haberse divorciado antes de desaparecer. Si lo hubiese hecho, esto no seria nada, pero como no han llenado dicha formalidad, la pobre no puede casarse con otro; y esto es lo que realmente la perjudica.

Cuando supe lo que afligia á la infeliz, imaginé un medio para aliviarla, y dije al sacerdote:

—¿Era católico el francés que se casó con esa mujer?

—Sí.

—¿No le ha casado un sacerdote luterano sin intervencion del cónsul francés en Reykjavik?

—Ciertamente; ha contraido matrimonio segun se acostumbra en el país.

—Pues bien; en tal caso no es válido el matrimonio, puesto que Le-Blanc estaba sometido siempre á las leyes francesas, y que en Francia no se hacen las cosas como aquí en Islandia. En su consecuencia, esta mujer es libre de casarse, puesto que jamás fué la union legal.

El sacerdote reflexionó, y contestóme despues:

—Teneis razon.

En cuanto á la pobre islandesa, no deseaba otra cosa, y proponíase contraer enlace ocho dias despues, ó antes si era posible, con un islandés cualquiera, olvidando completamente al ingrato Le-Blanc, quien por su parte no debia pensar ya mucho en ella.

Al volver á Reykjavik, las damas nos decian:

—Estamos muy contentas cuando volveis de Dyrafiord, porque la permanencia allí debe contribuir á que os parezca Reykjavik mas hermoso.

Tenian mucha razon, porque en esta pequeña metrópoli se encuentra una amable sociedad; hay bailes y cabalgatas en las lavas, y comidas sobre el césped á orillas del lago, sin contar los bailes y los banquetes oficiales.

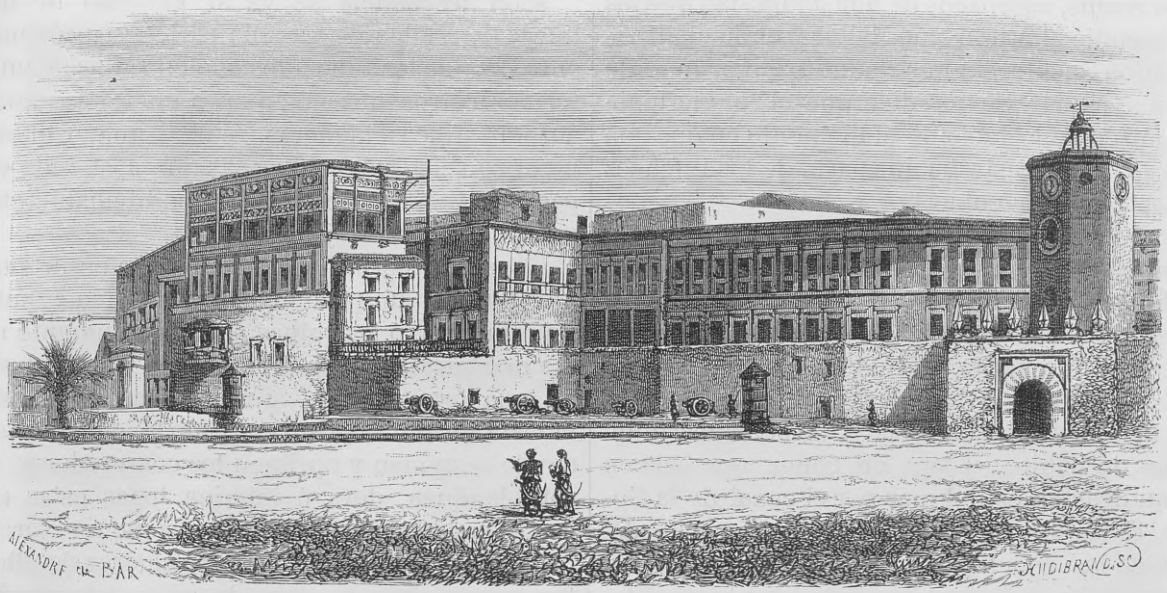
Despues de dar un gran baile á bordo de la *Pandora*, el 21 de agosto, dióse órden de aparejar; y nuestros buenos amigos de Islandia repetian mientras se alejaba la fragata: «¡Ya se va el sol de Islandia!»

En efecto, la *Pandora* llega con la buena estacion, con el sol, y marcha apenas se percibe la primera estrella, que es como el indicio de la primera aurora boreal. Desde aquel instante se tienen comunmente dos auroras por la noche: la primera dura desde las once á las doce menos cuarto; la segunda, mas brillante aun, aparece á media noche, é ilumina el cielo y el mar por espacio de largas horas.

Cuando se va á formar la aurora percíbese una negra nube en el horizonte, en la direccion del nor-noroeste; sus bordes se iluminan, y de repente, del fondo de aquella cubeta negra, parte una rápida exhalacion, seguida al punto de otras varias. Dejando en el cielo un rastro luminoso, llegan poco á poco al zénit, y acaban por extenderse en la totalidad de la celeste bóveda; mientras se desprenden á la vez largas franjas, que el observador cree poder coger entre sus dedos. Una blanquísima claridad invade el cielo y el mar; y en aquel centro de mágico efecto era curioso ver la *Pandora* cuando se alejaba de las costas de Islandia. Sus graciosos mástiles, sus vergas esbeltas y cargadas de luz, se recortaban en aquella especie de aureola, que parecia preparada para la hora de la despedida.

Yo pasé toda la noche sobre cubierta contemplando el imponente meteoro, iluminado por aquella «luz del norte,» como la llaman en su poético lenguaje, y que debe ser en lo sucesivo su único sol.

FIN DEL VIAJE Á ISLANDIA



El Bardo, residencia oficial del gobierno de Túnez.—De una fotografia

VIAJE POR LA REGENCIA DE TUNEZ

POR

LOS DOCTORES REBATEL Y TIRANT

I

Salida de Marsella.—La Córcega.—Costa africana.—Llegada á Túnez.—Historia de Túnez.

El miércoles 4 de marzo de 1874 nos trasladamos á uno de los nuevos y elegantes vapores de la compañía Valery, el *Bastia*, que iba á salir con rumbo á Túnez. A las cinco de la tarde, el capitan Brandizzi daba la señal de marcha; y á la mañana siguiente, al salir el sol, pudimos saludar los nevados perfiles del Monte Cinto y del Monte de Oro. Se nos permitia pasar algunas horas en Ajaccio, bonita ciudad blanca que se desarrolla en el fondo de un golfo semejante á un lago alpestre.

Continuando la marcha, poco despues vimos desfilar ante nosotros las costas deprimidas de Cerdeña, y por último, las cimas del Edough nos anunciaron la costa africana.

En Bona se llena nuestro vapor de viajeros de aficion: llegan de Argel y van á pasar á Túnez los dos dias que debe permanecer allí el *Bastia*. Algunos, menos apresurados, y mas deseosos de verlo bien todo (los mas, debemos decirlo, son ingleses ó americanos), esperan el vapor de la compañía Rubatino, á fin de permanecer mas tiempo en Túnez, volviendo por Cagliari, Liorna y Génova.

Desde Bona á Túnez se ve siempre la costa. En la inmediacion de la Calle, donde los buques hacen escala cada quince dias cuando el mar lo permite, se dejan atrás las innumerables velas blancas de los barcos dedicados á la pesca del coral; y despues se pasa por los oscuros islotes de Fratelli y Plana, únicos peligros de este mar sin faros, pero tambien sin corrientes.

El domingo por la mañana nos hallábamos frente al promontorio donde se escalonaban el Byrsa, las casas y palacios de Karthad-Hadtha, la ciudad nueva, la Carchedon de los griegos, la Cartago de los latinos. Ya distinguiamos la modesta capilla de la tumba de San Luis, erigida en 1840 en un territorio gratuitamente concedido á Francia por el Bey Ahmed, padre del Bey actual. A nuestra izquierda se hallan las escarpaduras del Djebel Bou-Karnim, del Djebel Ressas, y del Djebel Zaghouan, que parecian recortar el horizonte; y ante nosotros, mas allá de un vasto lago, las blancas casas de Túnez se doraban con los rayos del sol levante.

El *Bastia* echa el ancla á cierta distancia de la orilla, no léjos del buque que representa á la marina tunecina, y junto á otro inglés cargado de peregrinos que habiendo vuelto de la Meca, terminan su cuarentena. En la orilla flotan las banderas verdes de los amigos y parientes de

esos Hadjis, escapados de una tempestad que les sorprendió al cruzar por Malta, y en la cual perecieron ciento catorce hombres, los mas de ellos argelinos. Se nos dice que el buque tenia su entrepuente vacío en el momento en que una mar furiosa arrastraba una parte de los infelices agrupados en la cubierta.

Muy pronto llegamos al muelle de la Goleta, donde M. Cubisol, vice-cónsul de Francia, tuvo á bien evitarnos las molestias del desembarque, abreviando en nuestro obsequio las tardanzas que imprime una severa aduana.

El camino de hierro, de construccion inglesa, nos conduce á Túnez á lo largo de las orillas inundadas de Bahira, el lago de Túnez, que está en comunicacion con el mar por el canal de la Goleta. El camino terrestre habia desaparecido debajo de las aguas, y el silbido de la locomotora no inquietó en lo mas mínimo á las largas filas de sonrosados flamencos é innumerables zancudas que pueblan aquellas orillas.

En la estacion de Túnez nos despedimos de la civilizacion europea, y necesitamos algun tiempo para recobrarnos del mareo que nos producen las voces, gritos y acometidas de los faquines árabes y negros que se precipitan sobre nosotros, arrancándonos de las manos los mas pequeños objetos con la esperanza de ganar algunos cuartos.

Conseguimos al fin que nos conduzcan á la puerta del mar, el Bab-el-Bahr, que separa la ciudad árabe del barrio franco, y despues á la legacion de Francia, donde nos esperaba M. Doumet-Adanson.

Se ha descrito tantas veces, desde Leon el Africano, la gran ciudad de Thune, que no hablaremos mucho de ella. De sus numerosas mezquitas y grandes mercados cubiertos, de sus calles y plazas no diremos tampoco nada, limitándonos á reproducir aquí la descripcion que sobre el asunto ha hecho exacta y fielmente el viajero M. Amable Crapelet. Dice así:

«Muchos creen, por lo que han leido en varios relatos, que la ciudad de Túnez, tan bonita exteriormente, no es en el interior sino una agrupacion informe de feas casas y repugnantes cloacas. A decir verdad, la primera impresion no es favorable, pues apenas se han dado doscientos pasos, se cree estar perdido en un laberinto de estrechas y sucias callejuelas; y mucho peor es aun cuando se pasa á los arrabales, demasiado próximos á ciertos fosos, que á través de las casas exhalan miasmas infectos que vician la atmósfera; pero si se tiene buen ánimo y se penetra mas adelante, encuéntrase pronto una compensacion.

»Con frecuencia se ve al extremo de dos líneas de casitas de un solo piso, tan próximas entre sí, que los tunecinos suelen saltar de unos tejados á otros, un café en cuya puerta se elevan dos magníficas higueras, ó bien una pequeña plaza con elegantes columnas que sostienen espaciosas tiendas, llenas de grupos de habitantes con pintorescos trajes.

»A veces creeria el viajero hallarse en un pueblecillo; pero un poco mas léjos, alguna cúpula, un minarete, ó las ruinas de un monumento romano ó sarraceno, le recordarian que se halla en una gran ciudad, si no bastase para ello la vista de un ruidoso mercado ó de un bazar donde se apiñan y oprimen los compradores. El sol blanquea, dora ó ilumina todas estas escenas; cada uno de sus rayos es como una varilla mágica que embellece los mas vulgares detalles; tan pronto como aparece, la cal de las paredes en que se refleja la luz parece mármol; y la lana de las tiendas, pintada de vivos colores ofrece el aspecto de los mas ricos tejidos; el intenso azul del cielo, bajo el cual se destacan vigorosamente todos los perfiles, contribuye por mucho á embellecer estos efectos.

»Un viajero del siglo pasado contó en Túnez trescientas cincuenta mezquitas: ignoro si este número ha disminuido ó aumentado, pero por todas partes atraen las miradas estos elegantes edificios, cuyas formas son mas variadas de lo que yo habia supuesto. Algunas son realmente muy notables; mas por desgracia está terminantemente prohibido á todos los europeos, incluso el cónsul general, penetrar en ninguna de ellas.

»La mezquita del Olivar (Djama-ez-Zitoun), difícil de ver, sepultura de la familia de los soberanos, sobrepuja á todas las demás en grandiosidad y magnificencia. Una gran cúpula, rodeada de otras mas pequeñas, llama desde léjos la atencion: es la mezquita Sidi-Mahres, situada en el arrabal Bab-el-Souika. Se debe citar tambien la mezquita Nueva (Djama-Djedid), y la del Sello (Djama-Sahab-el-Taba), y otras veinte y tantas á cual mas preciosas. Las cúpulas verdes, que en nuestro país ofenderian á la vista, en Túnez contrastan agradablemente con el blanco y el azul. Las arcadas, los arcos de las puertas, y las superficies de los minaretes, que en Europa parecerian extravagantes, recrean la vista formando el mas agradable conjunto.

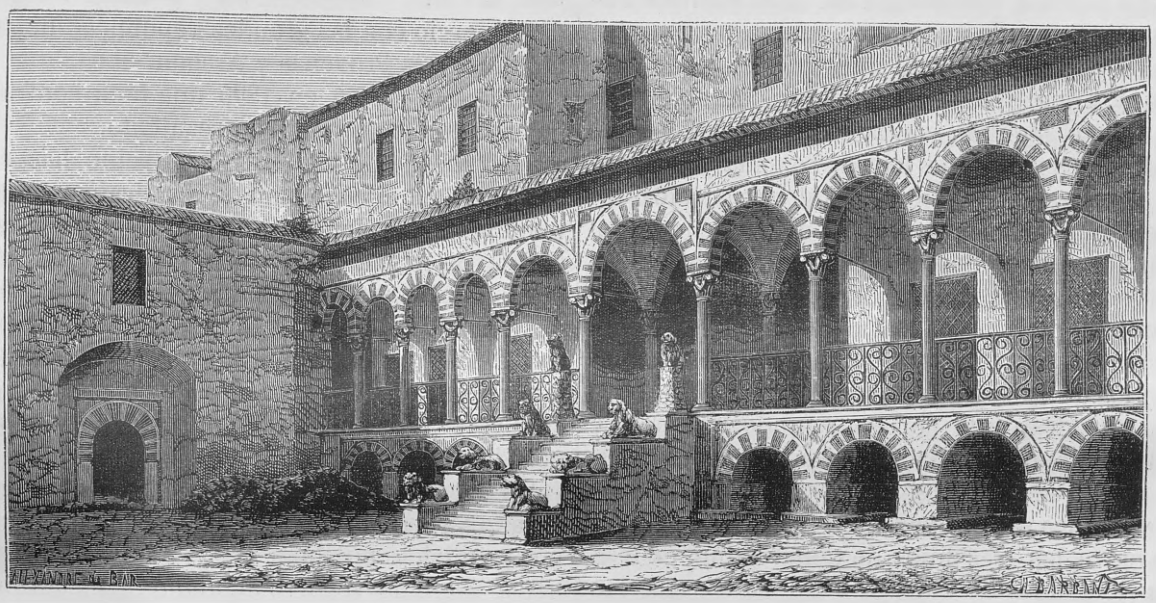
»Agradábame pasearme en los mercados cubiertos ó bazares. ¡Cuántos asuntos para un cuadro hallaria allí un pintor de género! En el que se venden solo las esencias y los aromas, embriaga casi el perfume de las rosas; y tanto es



Familia judía, en Tunez

así, que le dan el nombre de «mercado de los olores suaves y de las cosas buenas.» Estos bazares no son monumentos; muy léjos de ello, parecen unos pasajes que se siguen unos á otros; y solo en ciertos sitios están decorados de columnas y pórticos. Hay dias fijos para vender á pública subasta; y entonces los mercaderes, que siempre están perezosamente sentados, se mezclan con la multitud para ofrecer sus mercancías, anunciando el precio á gritos: es un tumulto y un desórden indescriptibles.

»Forman singular contraste con algunas estrechas callejuelas los objetos preciosos que en ellas se exponen: allí se ven sillas de montar de terciopelo bordadas de oro y plata, cofrecillos de nácar, tejidos de maravillosa riqueza, y magníficas armas. No se tarda en reconocer que cada profesion ó comercio se concentra en un barrio, sucediendo lo mismo con los oficios. El de los sastres es seguramente el mas divertido y vistoso; en él se encuentran toda clase de telas de color de rosa, verdes y amarillas; abundan



Patio de los Leones, en el Bardo.—De una fotografía

sobre todo los turbantes, las babuchas bordadas y los albornoces.»

Añadiremos que ninguna ciudad argelina tiene un aspecto tan oriental. La poblacion de Túnez ofrece igualmente á la vista del extranjero y del artista un espectáculo de una originalidad que en vano se buscaria en nuestra colonia. A pesar del camino de hierro, del telégrafo, y del alumbrado por gas, que ha debido inaugurarse en el mes de mayo de este año, á pesar del barrio franco con sus casas europeas, sus sicilianos y malteses, no se pueden recorrer sin admiracion todas estas estrechas calles atestadas de asnos y de camellos, y estos mercados donde se mueve, se oprime y agita como en un hormiguero, una poblacion árabe, berberisca, negra ó judía, tan extravagante como abigarrada.

La actividad comercial en algunos de estos mercados, como por ejemplo en el de los perfumes y en el de las telas, es muy superior á la de ninguna otra ciudad de la costa berberisca. La poblacion israelita, que se eleva á unas treinta mil almas, no ha contribuido poco á este desarrollo.

El traje de los judíos de Túnez difiere mucho del de los de Argel y Marruecos: su originalidad excesiva, casi grotesca por la extremada obesidad de los que le llevan, asombra al viajero, redoblando su sorpresa, y haciéndole creer que, segun la tradicion, tiene á la vista el traje auténtico de los judíos de la antigua época. En las vestimentas de los tipos que reproducimos se deben imaginar los colores mas brillantes y claros, y así podrá formarse una idea de nuestro asombro al vernos de repente en medio de tales matices y desenvolturas.

Antes de salir de Túnez, resumiremos aquí rápidamente algunos datos sobre la historia de esta ciudad, tomándolos del viajero M. Amable Crapelet.

«Los historiadores creen que Túnez fué fundada poco mas ó menos al mismo tiempo que Cartago, es decir hácia el año 900 antes de la era cristiana. Los escritores antiguos la han de-

signado con los nombres de *Thunetum*, *Tuneta*, *Tunes* y *Tunisum;* los árabes la llaman *Tounah*, *Tounet* ó *Tounes*, palabra que en fenicio parece significar «habitacion.» Segun la fábula, la bella Harmonía, abandonada en la orilla africana por Cadmo, su raptor, murió de desesperacion; y alrededor de la tumba, erigida por los hijos para consagrar su memoria, se agruparon los primeros habitantes de Tounes. Esta aventura, que no cede en poesía á la de la reina de Cartago, tuvo lugar segun parece antes del diluvio de Deucalion.

»La historia comienza á ser mas positiva hácia principios de la primera guerra púnica, dos siglos y medio antes de nuestra era: desde esta época, Túnez tenia una flota considerable, que se unia á menudo con la de Cartago en las expediciones contra los focios. Tomada por Régulo, despues de la victoria naval que alcanzó sobre Hamilcar y Hamon, fué cuartel general del ejército romano hasta el dia en que Régulo quedó vencido á su vez por el general lacedemonio Xantipe. Escipion la tomó luego; y desde este instante, sus anales se confunden largo tiempo con los de Cartago, cuya suerte sufrió. Así como ella, fué destruida por el segundo Escipion, y del mismo modo renació de sus cenizas en tiempo de los emperadores.

»Despues de la reparticion del imperio romano entre los tres hijos de Constantino, en 337, las vicisitudes de Cartago y de Túnez son tan diversas y rápidas, que apenas se pueden seguir. En el siglo v, Genserico, rey de los vándalos, dueño de estas dos ciudades, creó una marina formidable que asoló y saqueó sucesivamente la Italia, Grecia, Istria y Dalmacia. En el siglo vi (535), Belisario las recobró con las otras ciudades vecinas, en nombre del imperio griego; pero en aquella época, ninguna posesion del territorio africano podia ser duradera. Los persas, en tiempo de Koproes, fueron á devastar Túnez y Cartago; y despues de ellos, los musulmanes emprendieron tambien la conquista de Africa, acabando por fundar, sobre las ruínas de Cirene, una capital á la que dieron el nombre de Zayrouan (Kairouan). Túnez, lo mismo que sus vecinas, pasan sucesivamente bajo la autoridad de los califas orientales y occidentales, las familias de la Mauritania, los Berberiscos y Fatimitas, los Zeirites, los Almohades, y por último los Beny-Hafs. Estaba gobernada por un príncipe de esta última dinastía, Abou-Abd-Alhah-Mohamed (el célebre Boab-dil), cuando el mejor de nuestros reyes, Luis IX, puso sitio en 1270. La ocupacion de la plaza fuerte de Túnez debia ser, segun su plan, el punto de partida para conquistar el Egipto y la Siria. Sabido es que murió de la peste en Porto-Farina ó en medio de las ruinas de Cartago, donde Francia mandó erigir una capilla para consagrar su memoria (1). Poco despues se concluyó una tregua entre Túnez y los cristianos reinando Felipe el Atrevido.

»Durante el siglo xiii hasta fines del xv, las emigraciones de los moros de España aumentaron considerablemente la prosperidad de Túnez. Esta ciudad habia llegado á ser capital de todo un imperio que comprendia Bona, Bugía, Trípoli, la Calle, Cherchell, etc.; y tenia tratados de comercio con las grandes repúblicas de Italia, Sicilia, la Provenza y Aragon.

»Cárlos V envió en 1390 una flota contra el imperio tunecino, pero sin resultado.

»La dinastía de los Beny-Hafs reinó hasta el año 1533, en el cual, uno de los piratas que llamamos Barbaroja, Khayr-ed-Dyn, entonces soberano de Argel, aprovechóse de una discordia de la familia real tunecina para conquistar Túnez en nombre del sultan Soliman, hijo de Selim I. Mulay Hassan, el rey vencido, llamó entonces á su auxilio á Cárlos V, quien saliendo de Barcelona el 31 de mayo de 1535, fué á poner sitio á Túnez con cuatrocientas galeras de velas españolas, portuguesas, flamencas, genovesas, sardas, italianas y maltesas, montadas por veintisiete mil hombres. Barbaroja, que no habia recibido socorro alguno de Constantinopla, no pudo oponer resistencia á semejante ejército. Veinte mil esclavos cristianos que habia empleado en abrir el canal de la Goleta estaban encerrados en la ciudad, y todas las tropas moras mandadas por Barbaroja se batian con los españoles en la campiña: los esclavos se amotinaron y abrieron las puertas á Cárlos V.

»No era intencion del emperador agregar Túnez á sus inmensas posesiones, pues harto tenia que hacer en Europa; y en su consecuencia, contentóse con dictar un tratado á Mulay-Hassan, dejando en la Goleta diez galeras y una guarnicion de mil hombres al mando de Bernardino de Mendoza; pero los tunecinos comenzaron á despreciar á su rey, considerándole solo como un vasallo del cristiano; y el dia en que despues de expulsarle de la ciudad quiso recobrarla con el auxilio de fuerzas españolas, mandadas por un caballero napolitano, de nombre

(1) Es bastante difícil precisar con exactitud el punto donde Luis IX exhaló el postrer aliento en 25 de agosto de 1270. Como quiera que sea, en medio de las ruinas de Cartago, donde acampaba su ejército, fué donde sucumbió, víctima de la epidemia que diezmaba sus tropas.

Lafredo, hicieron una resistencia furiosa, destrozando á los sitiadores. Mulay-Hassan cayó en manos de sus enemigos, y su hijo, usurpador del trono, mandó sacarle los ojos. Diez y ocho años despues, este mismo hijo fué arrojado de Túnez por los argelinos.

»En 1573, el famoso D. Juan de Austria tomó posesion de Túnez en nombre de su hermano Felipe II: tenia órden de arrasar las murallas; pero no lo hizo, y retiróse dejando una guarnicion de cuatro mil hombres.

»A fines de este mismo año, extinguióse la dinastía de los Beny-Hafs. El sultan envió de Constantinopla una flota que apoyada por la de Argel se apoderó de Túnez despues de una encarnizada lucha en la que perecieron muchos cristianos y musulmanes. Sinan-Bajá, dey de Argel, fué desde entonces soberano de Túnez, donde gobernaba uno de sus generales en su nombre con el título de Bey.

»En 1594 las milicias tunecinas expulsaron al gobernador otomano estableciendo en su lugar una especie de república bajo la autoridad de un divan compuesto de jefes militares, el cual conservó, solo por la forma, un bey ó un dey, que no tenia sino una autoridad nominal.

»En 1650, una nueva revolucion derribó el gobierno militar, y á través de sangrientas peripecias, Túnez llegó poco á poco á declararse independiente, á la vez del sultan de Constantinopla y del dey argelino. Dos hermanos, Mohamed y Alí, expulsaron en 1684 á la guarnicion turca y al dey: Mohamed se proclamó primer sultan de Túnez, su sucesor Ramad-dan Bey fué muerto por su sobrino Mourad-Bey, quien murió á su vez á manos de Ibrahim-es-Charuf, el cual fué decapitado por Hassan-Ben-Alí.

»Ya vemos que estos bey se conducian entre sí como reyes de Inglaterra ó czares. Uno de los mas ilustres fué Hammondah-Bajá, quien tuvo el privilegio de reinar treinta y dos años: habiendo subido al trono en 26 de mayo de 1782, conservóle, gracias á su prudencia y justicia, hasta el 14 de setiembre de 1814, época de su muerte. Su hermano y sucesor Othman-Bey fué asesinado con sus hijos á fines de este mismo año, y el poder pasó á manos de Mahamud, muerto en 1824.

»Sidi-Mohamed-es-Sadok, el bey actual, es muy apreciado de los europeos, y ha introducido en la Regencia reformas susceptibles de hacer progresar mucho al pueblo tunecino.»

II

Nuestra mision.—La acacia gomífera.—Un ministro infiel.—Escolta.

En Túnez comenzaba nuestra mision, y á decir verdad nuestro viaje.

Segun las instrucciones redactadas por monsieur Doumet-Adanson y M. Cosson, en nombre de una comision de la Academia de ciencias, tratábase de continuar la obra botánica de Desfontaines, del sueco Vahl, y de M. L. Kralik, en lugares que estos sabios no habian podido visitar, ó por los cuales pasaron en una estacion desfavorable. Se nos recomendaban algunos puntos muy especialmente, determinándose por ellos hasta los caminos que debíamos seguir.

Un agente consular de Francia en Souza, monsieur Pelissier, que ha viajado mucho por la Regencia, habia reconocido en un punto llamado Talah la presencia de una acacia gomífera que formaba, segun él, un inmenso bosque. El bey actual Mohamed-es-Sadok aseguraba haber visto él mismo los gomeros cuando dirigia la expedicion militar periódica para el cobro de las contribuciones. Además del interés botánico que ofrecia una excursion por este punto, el mas septentrional, era importante bajo el punto de vista económico averiguar hasta dónde podria asegurar recursos al comercio y á la hacienda del país la explotacion industrial del pretendido bosque.

El gobierno tunecino se mostró, pues, muy bien dispuesto á proporcionarnos todas las facilidades apetecibles; pero debo añadir que la poderosa intervencion del vizconde de Vallat, ministro plenipotenciario de Francia en Túnez, contribuyó mucho á obtener este favor. Desde su llegada á Túnez, este diplomático habia sabido conquistarse la influencia mas merecida y feliz, tanto que él fué quien determinó la caida de un primer ministro reinante hacia treinta años, Mustafá-Khasnadar. El país, robado y arruinado por aquel alto funcionario, lanzó un grito de alegría; Túnez se iluminó la misma noche del suceso; todas las ciudades se entregaron á regocijos al recibir la buena noticia; y en las mezquitas se mezcló en la oracion de Mahomet el nombre del ministro de Francia como el de un bienhechor público.

Imposible es formar idea del punto á que habian llegado los vejámenes y las dilapidaciones. Los recaudadores de impuestos eran acometidos y robados en las mismas puertas de Túnez por bandoleros improvisados que estaban en relaciones con el ministro de Hacienda, y á quienes mandaba el hijo de este. Los cargos contra aquel hombre audaz fueron al fin tan graves despues de tantos años de silencio, que el bey condenó al culpable á restituir veinte millones al Tesoro público, y á ser exonerado públicamente. El anciano Khasnadar, prisionero hoy en su casa de Túnez, está mejor custodiado por el odio de los

árabes que por los soldados y carceleros, y es un verdadero estorbo para el gobierno, porque si consiguiese obtener la libertad, podria llegar á ser un peligro para el porvenir. Sus inmensas riquezas, que no han disminuido sensiblemente por una multa de veinte millones de pesetas, no se pueden confiscar, ni en los bancos europeos ni en los inmensos territorios que Khasnadar posee, y que ningun árabe se atreverá á comprar mientras viva el anciano ministro.

Y sin embargo, ningun país del mundo necesita tanto como Túnez el órden y la buena administracion.

La intervencion de Khair-ed-din-Khasnadar, yerno de Mustafá, á quien se ha encargado la direccion de los negocios, ha inaugurado un período de honradez y confianza que permitirá sin duda á este país reponerse.

La deuda exterior del Estado es de ciento cincuenta millones, y el interés de tan enorme suma absorbe la mayor parte de las rentas anuales; mas por fortuna, las aduanas están sometidas á la direccion de una comision mixta compuesta de franceses, ingleses é italianos.

Todo se puede esperar de la competencia y de los esfuerzos de M. Leblanc, inspector de hacienda, individuo francés de esta comision, y á la vez director de la hacienda tunecina.

Nuestro plan al salir de Túnez se reducia á ir á visitar Sfakes y las islas de Kerkena, explorar el Talah y Gafsa, y terminar la excursion científica por Gabes, la isla de Djerba y la frontera tripolitana. Sin embargo, el gobierno de Túnez creyó de su deber no ocultarnos ciertas dificultades que podrian suscitarse en las poblaciones cuyos territorios era preciso atravesar. Los Hamemas, poderosa tribu errante al norte de Gafsa, eran poco seguros, aunque sometidos aparentemente; y en cuanto á los Ourghemmas de la frontera de Tarabulus y á los Beni-Zid del desierto al sur de Chott el Faroun, invitábasenos á evitarlos con cuidado, pues la proteccion de nuestra escolta será insuficiente en medio de las escenas de guerra y rebelion eu que viven de contínuo estas tribus.

Por lo demás, el general Bakkouch se habia dignado elegir, por órden del bey, los hombres que debian acompañarnos, y S. E. Khair-ed-din-Khasnadar mandó entregar á su oficial órdenes de recepcion y hospitalidad para todos los puntos de nuestro itinerario presumible.

Estos preparativos indispensables se habian organizado muy bien antes de nuestra llegada, gracias al celo de M. Doumet-Adanson, que llegó á Túnez quince dias antes que nosotros.

III

Salida de Túnez.—Hammam-Lif.—Kroumbalia.—Hammamet Sousa.

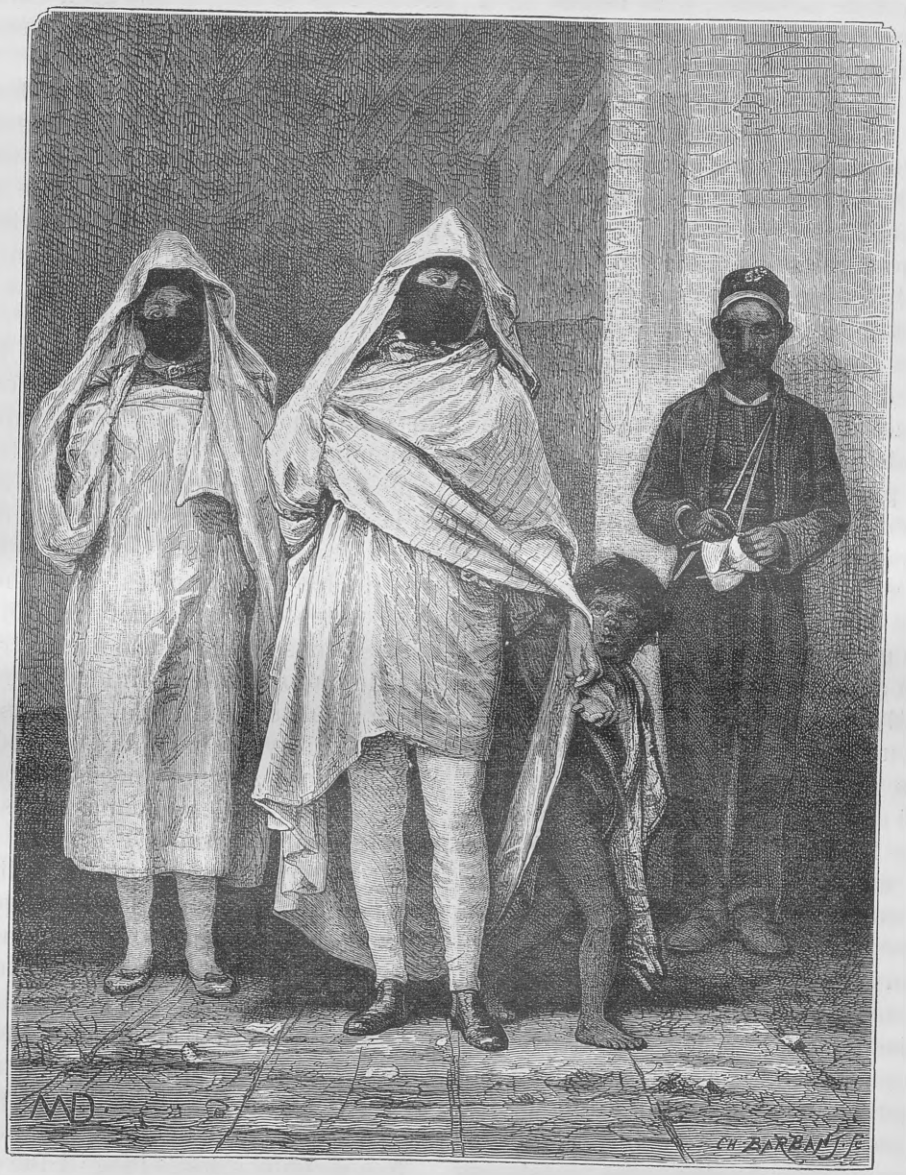
Al dia siguiente de nuestra llegada á Túnez, el martes 10 de marzo, salíamos de la legacion de Francia con M. Doumet-Adanson, despues de haber dirigido M. de Vallat una breve pero elocuente alocucion á los hombres de nuestra escolta, á quienes declaró enérgicamente que por órden del bey, y segun la costumbre tunecina, sus cabezas responderian de nuestra seguridad personal. Apresurémonos á decir que jamás escolta alguna fué mas fiel y atenta: no pudimos escapar un instante de la vigilancia de nuestro chaouch y de sus hombres; y si no dieron pruebas de heroismo, por falta de circunstancias bastante peligrosas, nos dieron siempre y en todas partes pruebas de la mayor deferencia y valor. Por eso creemos de nuestro deber consignar aquí los nombres de esos bravos compañeros. Uno era el chaouch Hadj-ben-bou-Bahr, argelino de la frontera de Marruecos, y antiguo soldado de Abd-el-Kader al servicio del bey; Mahares mandaba como segundo, y era nuestro parlamentario habitual con los jefes árabes, pues el chaouch no hablaba bien el dialecto de las tribus tunecinas por ser de orígen casi marroquí; los otros tres eran Ibrahim, Fellah y Belgassi, este último el mas jóven y generoso de todos.

Salimos de Túnez por la puerta de Bab-el Fellah, cómodamente instalados en una especie de carroza con cuatro caballos, conducida por un maltés.

En otro vehículo iban los bagajes y nuestro drogman ó guia, hombre precioso por su conocimiento de la lengua francesa y su fidelidad á toda prueba. Ismail no era novicio en lo de viajar, pudiendo decirse que hacia algunos años habia sido el compañero obligado de todos los europeos que viajaban por la Regencia. Ninguno ha dejado de elogiar sus servicios, como lo hacemos nosotros; uno de los viajeros, M. de Sainte-Foy, le guardó en su compañía varios años en Francia; y así es que Ismail, como hombre que ha visto mucho, tiene poco fanatismo, y no vacila en declarar que prefiere el viaje á Paris al de la Meca.

Las lluvias excepcionales de este año habian empapado el terreno de tal modo, que al principio creimos imposible proseguir nuestro viaje. Fué preciso dar la vuelta á una llanura baja, convertida en pantano, para ganar, á través de campos y fosos de riego, el puente de piedra construido sobre el Miliana, la mas magnífica muestra entre los puentes y calzadas del país.

Poco á poco nos acostumbramos á las sacudidas y vaivenes de nuestro vehículo, y despues de cruzar por un magnífico bosque de olivos, donde hay un soberbio ciclámen, no señalado aun en la costa berberisca, y perteneciente á la flora de Persia, llegamos á las cuatro horas de marcha, ó mas bien de navegacion, á la orilla del mar y á las casas de Hammam-elf. Allí hay una estacion de aguas termales y sulfurosas muy apreciadas de los árabes, y una gran casa del



Mujeres árabes y soldado, en Túnez.—De fotografía

bey, á la cual envia sus mujeres á pasar el verano. Este pequeño pueblo, graciosamente situado á orillas del mar, al pié del Djebel-bou-Karnim, es entonces, segun nos dicen, el punto de reunion de toda la alta sociedad tunecina; pero cuando nosotros pasamos, todas las casas están cerradas, y vemos solo un jóven, gran señor de la localidad, general de brigada é hijo del Khasnadar de Sousa, quien nos invita en excelente francés á probar diversas pastas y confituras de que se compone su almuerzo árabe. Nos hubiera acompañado, segun dijo, á no ser porque estaba tratándose para ciertas enfermedades que no podria evitar mas tarde; pero excusóse muy cortésmente, y al subir nosotros al coche, dirigiónos un discurso que dió á sus administrados alta idea de sus conocimientos como políglota.

Apenas nos pusimos en marcha comenzaron de nuevo las sacudidas, y muy pronto nos convencimos de que esto no podria durar largo tiempo sin dar por resultado una catástrofe. En

efecto, apenas acabamos de franquear el barranco Touniss, en medio de la mas viva emocion, advirtiónos nuestra escolta que los bagajes habian sido menos felices: el vehículo que los conducia acababa de volcar en el rio. Nuestro drogman Ismail, el maltés, las cajas, las provisiones y el papel de botánica, todo estaba en el agua ó á la orilla, en medio del cieno; mas por fortuna, el único percance se reducia á una rueda rota.

Ismail, que debia estar acostumbrado á caer repetidas veces y de diversos modos, nos aseguró que podríamos obtener otra rueda en un pueblo árabe inmediato.

Así es como nuestra primera etapa nos condujo á Krombalia, pueblo de seis á setecientas almas, situado á treinta y cinco kilómetros de Túnez, casi en medio de la península terminada por el cabo Bon.

Al llegar encontramos toda la poblacion reunida: el hijo del jeque celebraba su segundo dia de boda, y el pueblo estaba de fiesta.

Esta ceremonia, que debíamos presenciar con frecuencia mas tarde, tiene para nosotros todo el atractivo de la novedad; y así es que con el mayor interés presenciamos las carreras árabes. El capitan de nuestra gente no puede permanecer impasible ante semejante espectáculo: viene á pedirnos pólvora y una carabina de dos tiros, y olvidando sus propias fatigas y las de su caballo, se mezcla en el grupo de jinetes. Despues comienzan el canto y las danzas, ensalzándose las cualidades físicas y morales de los jóvenes esposos por una poesía improvisada y una mímica de las mas expresivas, que nos asombra por lo inconveniente; pero nadie piensa en formalizarse; muy léjos de ello, las mismas mujeres posadas en los tejados como cigüeñas, manifiestan su entusiasmo con esos singulares gritos de admiracion que mas bien se asemejan al que produce un pavo que al de un sér humano.

El primer jeque, hombre de elevada estatura, y cuyo aspecto nos sorprende porque no estamos acostumbrados á la nobleza y dignidad árabes, nos hace los honores de su pueblo, invitándonos á entrar en la tienda del barbero, donde nos sirven el consabido cuzcuz. Novicios aun no apreciamos debidamente este manjar nacional, que seguramente hubiéramos saboreado con mucho gusto algunos dias mas tarde.

Al salir de Krombalia necesitamos seis horas para franquear unos treinta kilómetros antes de llegar á Hammamet, situado á orillas de un golfo, á causa de los numerosos barrancos desbordados y á la fina arena movediza que cubre el terreno á cierta distancia del mar.

Hammamet es ciudad de unos tres mil habitantes, y poco se podria decir de ella. Su puerto, si puede llamarse así sin mucha exageracion, es de los menos seguros, y guarece mal varios barcos italianos ó malteses, dedicados á un comercio poco importante con Sicilia y Malta. En los alrededores se cultiva una gran cantidad de cáñamo, y vénse tambien algunas casas de campo con bonitos jardines.

Las caravanas que se dirigen desde Túnez á Sousa dejan comunmente á Hammamet á la izquierda, y á fin de abreviar el camino, evitando las arenas, dirígense directamente á Bir-el-Bonita. Esta hospedería ofrece á los viajeros, segun dicen, una hospitalidad de las menos cómodas y económicas, y debemos felicitarnos de haber pasado la noche en Hammmet.

Mas allá comienza una llanura baja y triste, limitada en un lado por el mar, y en el otro por un vasto lago de extension variable, segun la abundancia de las lluvias. Nos extrañó mucho, como antes á M. Kralik, ver este lago figurado en la carta geográfica del estado mayor bajo la forma de una pequeña laguna de cinco kilómetros de longitud por dos de ancho, recibiendo una corriente de agua del sur. En el momento de pasar nosotros, tenia al menos treinta kilómetros de largo, y su extremidad meridional pasaba de la latitud de Hergla. Algunas pobres plantas constituyen toda la vegetacion de este melancólico pantano, y necesitamos nueve horas para salir de él; dos semanas antes nos hubiera sido imposible cruzarle.

Este retardo imprevisto nos obligó á destacar uno de nuestros hombres, para que anunciase al caid de Sousa nuestra llegada, porque las puertas de toda ciudad fortificada tunecina se cierran irremisiblemente á las siete de la noche y no se abren ya bajo ningun pretexto. Por lo mismo fué un favor inusitado que se nos permitiera penetrar en la ciudad por la puerta de Sousa á las ocho y media.

Nos dirigimos desde luego á Dar-el-Bey, ó palacio del Bey, puesto á nuestra disposicion, y donde se nos sirvió cordialmente una suntuosa cena; pero ¡ay! únicamente los indígenas pueden figurarse cómo abusan los árabes de la pimienta cuando desean obsequiar á los extranjeros de alguna distincion. Ese afan de cubrir los alimentos de una espesa capa de pimienta ó pimenton rojo llega aquí á la mayor exageracion; y hasta nuestros árabes renunciaron á probar la mas pequeña parte de la cena de lujo que nos fué servida.

Sousa encierra en sus altas murallas almenadas unos ocho mil habitantes, de los cuales mil

son judíos, y de quinientos á seiscientos malteses ó sicilianos. El Dar-el-Bey, á donde se llega por callejuelas tortuosas y en cuesta, domina toda la ciudad: desde uno de sus terrazos pudimos abarcar con la mirada todo el paisaje.

En este palacio hemos visto el primer lecho tunecino: sus proporciones eran extraordinarias; tan ancho como largo, presentaba cuatro travesaños dispuestos simétricamente.

La ciudad no deja de estar animada y es interesante de visitar: la fortaleza tiene un portal policromo del mejor efecto. Aquí hemos podido observar de cerca varios jóvenes reclutas tunecinos que hacian el ejercicio. El oficial instructor daba las órdenes en un francés mas ó menos chapurrado, y nos causó admiracion oir algunas voces de mando como las que se dan á nuestras tropas. Añadamos que tenia en la mano una cuerda muy fuerte de la que se servia con bastante destreza para hacer penetrar los principios de la teoría en las cabezas mas duras.

El comercio de Sousa no deja de tener importancia: es una especie de centro para los aceites de los alrededores, y la cebada y el trigo procedentes de las llanuras de Kerouan. Además es un punto de tránsito para tomar el camino de Túnez á Sfakes, Gabes y el Djerid. Hace su comercio marítimo con Túnez, Malta y Sicilia.

IV

El Djem.—El anfiteatro romano de la antigua Thysdrus.—Su historia como ciudadela.—Una heroína kabila.

A setenta kilómetros al sur de Sousa, y á unos quince de la orilla del mar, es donde el viajero asombrado encuentra una verdadera maravilla que se destaca completamente del cuadro de las ruinas romanas tan numerosas en Túnez.

El anfiteatro de Thysdrus, en efecto, puede compararse con las antigüedades mas célebres de Italia, los coliseos de Roma, de Verona y de Pola. Su efecto es tanto mas imponente cuanto que se eleva solo en medio de un vasto desierto, dominando á lo léjos el horizonte, y eclipsando con su mole las toperas de piedras que sirven de casas á la poblacion árabe de Djem.

Cuando se han traspasado las espesas cercas de cactus que anuncian la existencia de una poblacion sedentaria, se descubre poco á poco todo el coloso, pudiéndose admirar la armonía de su conjunto y la finura de sus detalles.

El lado occidental está por desgracia destruido en gran parte; pero en el este, por el contrario, el monumento se conserva aun de pié en toda su altura. Hay tres pisos de arcadas sobrepuestas, y entre cada una de ellas se ve una serie de semicolumnas de la mayor elegancia. Encima hay un entablamento formado por un cuarto piso en parte ruinoso.

El estilo, sin ser de perfecta pureza, se asemeja al corintio; pero es igual en toda la construccion, y no se puede observar aquí, como en el anfiteatro de Flavio y otros tantos monumentos, la reunion de tres órdenes distintos. Por otra parte, cosa rara, todo cuanto ha quedado aquí es muy romano, y no se puede menos de aplaudir la falta de retoques y toscas restauraciones, que denuncian al arquitecto que las hizo y al soberano que las autorizó. En el Thysdrus no se ve ninguna de esas interpolaciones chocantes que tan á menudo desvanecen la admiracion aun en Roma.

El eje mayor del edificio es de ciento cincuenta metros, y el menor de ciento veintitres: las dimensiones correspondientes á Verona son ciento cincuenta y cuatro metros y ciento veintitres; la arena tiene noventa y cuatro de largo por sesenta de ancho; la altura de cada piso es de diez, y la altura total de unos treinta y cinco.

Por el lado oeste, una tercera parte de las sesenta y cuatro arcadas se ha derrumbado ya; el del este se conserva intacto, y su aspecto es de los mas imponentes. Los árabes han apoyado en él sus cabañas de piedra, ó han abierto puertas á fin de habitar las cuevas que hay debajo de la primera galería.

A una de ellas, donde se ha instalado el gran café de Djem, los habitantes van á beber su café y á fumar.

Cuando se penetra en el interior, asombra el espectáculo de una devastacion tan grandiosa: las galerías abovedadas se conservan en parte, y en ellas es donde se pueden admirar mejor las dimensiones colosales del edificio. Aunque las escaleras y las gradas se hallan casi todas en estado ruinoso, se puede reconocer no obstante la disposicion interior, que es comun á la de todos los anfiteatros. Algunas se conservan intactas, así como tambien una de las puertas de salida *(vomitorium)* de la parte sur. El suelo de la arena se ha elevado por la acumulacion de los escombros; las saxifragas de Roma están representadas aquí por campos de ortigas y de gramíneas que sirven de pasto á los carneros de Djem. Debajo están los compartimientos destinados á las fieras, y los depósitos que contienen el agua.

Nos enseñan un agujero, en parte cegado por los escombros, que segun la tradicion árabe, seria la entrada de un subterráneo abierto por la reina berberisca Kahina, y que desemboca en las orillas del mar, cerca de Sfakes, pues así

como el Coliseo de Roma y el teatro de Marcelo, el anfiteatro de Djem ha servido varias veces de fortaleza. Su mas brillante época como ciudadela fué el tiempo de la segunda invasion árabe, hácia el año seiscientos ochenta y nueve. En este momento las tribus berberiscas, levantándose á la voz de una Juana de Arco indígena, Kahina, á la que acabamos de citar, se opusieron á los invasores. Vencida por Hassan-ben-No'man, Kahina, cuyo verdadero nombre parece haber sido Damiya, se encerró en el Coliseo como en una ciudadela. No se sabe cuánto tiempo pudo resistir; pero asegúrase que se sostuvo tres ó cuatro años, hasta que fué entregada por uno de los suyos. El recuerdo de esta heroína se ha conservado vivo en las tradiciones árabes, y durante largo tiempo el anfiteatro de Djem fué conocido con el nombre de ciudadela de Kahina.

Hácia el año 1700, varias tribus rebeldes se encerraron de nuevo, y el soberano de entonces, Mohamed-Bey, debió abrir brecha á cañonazos



Mohamed-es-Sadok, bey de Túnez —De fotografía

para reducirlas, mandando además demoler tres arcadas para que los insurrectos no pudieran encontrar allí un abrigo en lo futuro. Desde este momento comenzó la destruccion, y el coloso ha servido despues sucesivamente de cantera y de fábrica de salitre.

No insistiremos mas sobre los detalles históricos y arquitectónicos del monumento: á los que tuviesen curiosidad por conocerlos les recomendaremos la obra de M. Víctor Guerin, titulada: *Viaje arqueológico en la regencia de Túnez.*

¿Cuál es el orígen de este monumento colosal? Shaw no vacila en atribuirle al emperador Gordiano I, que fué proclamado César por sus tropas en Thysdrus; pero la fecha no es segura; y si se reflexiona que este emperador no revistió la púrpura sino mes y medio, por lo mucho que le ocupó la guerra civil, puede dudarse que tuviera tiempo para concebir tan gigantesco plan. En la arquitectura, nada conduce á un resultado preciso: lo mas probable es que la construccion se efectuara en la primera mitad del siglo III; mas no se puede asegurar nada.

Las ruinas de la ciudad romana de Thysdrus, situadas en las inmediaciones, pierden su interés cuando se acaba de salir del Coliseo: ha tenido sin embargo cierta importancia, y hállase su nombre, con insignificantes modificaciones, en todas las antiguas geografías. La historia cristiana nos ha conservado el nombre de varios de sus obispos; en el año 417 se celebró allí un concilio; y hasta el año 641 encuéntrase el nombre de Venerio como *Episcopus sanctæ ecclesiæ Turdithanæ.* En cuanto á la identidad de Djem con la antigua Thysdrus, una inscripcion descubierta por M. Mattei de Sfakes, y depositada

hoy en el pequeño museo de la capilla de San Luis, en Cartago, no deja la menor duda.

El pueblo árabe de Djem, apoyado contra el anfiteatro, y con una poblacion sedentaria de dos mil almas, no tiene nada de notable. Lo que allí abunda sobre todo, de una manera inusitada en esta region, son las pulgas, por las cuales tiene la localidad una fama poco envidiable, bien conocida de cuantos viajan por el interior de la Regencia.

La poblacion es benévola para los extranjeros, y se enorgullece al conducirlos á través de las ruinas.

V

Desierto.—La vegetacion.—Conchas.—Los jardines de Sfakes.—Sus frutos y flores.—La ciudad.—Su comercio.—Valor de una onza de rosas ó de jazmines.—El puerto.—La marea

Apenas se aleja el viajero de Djem, vuelve á penetrar en el desierto, donde en esta época del



El ejecutor de la justicia.—De fotografía

año crecen algunas míseras matas de alfa *(macrochloa tenacissima)* y de artemisa campestres.

Así como en Argel, cuando el suelo deja de ser pedregoso convirtiéndose en arenoso, estas dos plantas son reemplazadas generalmente por el drim *(arthraterum pungens)* y la artemisa *herba alba;* el *lygeum spartum* está mucho menos extendido. En vano busca la vista un árbol ó un arbolillo; debe contentarse con los tallos de la *paserina hirsuta*, de flores tristes y amarillentas, y los matorrales de azufaifos horriblemente espinosos, sin hojas en esta época del año, pero cubiertos en cambio de las conchas blancas y vacías de pequeños caracoles. Son tal vez los representantes de la gran especie de conchas de M. Pelissier, quien dice en su descripcion de la regencia de Túnez, que se encuentran dos especies de conchas, la grande y la pequeña. Verdad es que el mismo viajero nos habla del espejismo y de las ilusiones causadas por una pequeña flor azul cuyos campos podrian tomarse por lagos. Hemos tenido la suerte de evitar los peligros de la florecilla azul *(convolvulus tricolor)* y de recoger enormes cantidades de conchas, en extremo abundantes en Túnez. Para no volver á tocar este asunto, digamos de una vez que todas pertenecen al género helix.

Dejando sin sentimiento los terrenos de los Souasi y Methelits, llegamos al vasto recinto de jardines que forma el distrito de Sfakes. Estos jardines, rodeados de cercas infranqueables, formadas por los cactus mejicanos, tan bien naturalizados hoy en Berbería, están plantados de olivos magníficos, árboles frutales, rosales y jaz-

mines que sirven para hacer las esencias odoríferas. Algunas palmeras, cultivadas solo para la fabricacion del *lagmi*, insípido y azucarado, que se convierte despues en vino de palmera, comunican á la ciudad y á sus alrededores el aspecto y la significacion de un oasis perdido en las orillas del Mediterráneo. Así como Gabes, en efecto, Sfakes no es sino un islote de verdura, rodeado por el desierto ó por el mar; pero los dátiles no pueden madurar allí, porque la inmediacion de la Pequeña Sirte contribuye á que las lluvias sean mas frecuentes y el sol menos cálido. Este fruto no sirve por lo tanto sino para el alimento de los caballos y camellos, como sucede en la isla Djerba y en Trípoli.

Franqueamos al fin esta faja de jardines de recreo que tienen mas de quince kilómetros de extension, y por la noche distinguimos las murallas de Sfakes.

Aquí nos ofrece la hospitalidad mas franca y cordial M. Mattei, agente consular de Francia.

Sfakes y su distrito constituyen una aglomeracion de cuarenta mil habitantes. En su recinto fortificado, cuya conservacion cuesta cien mil piastras anuales, la ciudad árabe cuenta doce mil, de los cuales dos mil son judíos: nos hallamos en el centro mas importante del sur de Túnez, y en el gran depósito del Djerid. Hay aquí cinco mezquitas de todo punto inaccesibles á los europeos, como sucede con las demás de Túnez. Un casbah ocupa el ángulo meridional en el lado del mar; pero cayó hace pocos años en poder de los Beni-Zid, gracias á un atrevido golpe de mano. Los nómadas se contentaron no obstante con poner en libertad á los prisioneros, y volvieron presurosos á las orillas del Chott-el-Faroun. Solo dos puertas permiten franquear el recinto; una de ellas se comunica con el barrio Franco, igualmente murado. Todas las tardes ciérrase esta puerta al ponerse el sol, separando á los habitantes de ambos barrios; el viérnes, dia sagrado para los musulmanes, se interrumpe igualmente toda comunicacion, durante las horas dedicadas al rezo.

El barrio Franco contiene unos setecientos europeos, los mas de ellos malteses ó sicilianos; solo hay nueve franceses. Casi todas las potencias europeas tienen sus agentes consulares; y hasta la república de San Marino ostenta su pabellon.

Sfakes se comunica con Túnez por un telégrafo de construccion francesa, y forma el punto extremo de la línea. La distancia por tierra entre esos dos puntos es de unos trescientos cincuenta kilómetros. Por el camino, que se puede franquear en cuatro dias, se ven continuamente numerosas caravanas.

El comercio de la ciudad es considerable y se hace con Malta, Italia y Túnez, la mayor parte con barcos de vela. Los artículos mas productivos son los dátiles de Djerid, los mejores de Africa; los tapices y albornoces de Gafsa y de la isla de Djerba; los aceites de oliva de Sahel; la alfa de los desiertos inmediatos; las esponjas de Sirte; y por último las esencias de rosa y de jazmin de los jardines del distrito. El precio de estas esencias, vendidas sobre todo en Túnez y Constantinopla, es bastante subido, hasta en los mismos lugares donde se produce. Una onza (treinta gramos) de esencia de rosa de primera calidad, no cuesta menos de ciento diez á ciento veinte pesetas. La misma cantidad de esencia de jazmin vale doscientas veinticinco pesetas. Verdad es que se necesita cerca de cien kilógramos de rosas y doscientos cincuenta de jazmines para obtener esta cantidad de aceite esencial.

El puerto, poco profundo y mal protegido contra los vientos, tiene un aspecto demasiado insólito para un puerto del Mediterráneo. La marea se efectúa en Sfakes lo mismo que en Gabes, y las alternativas del flujo y reflujo son tanto mas sensibles cuanto que la ribera tiene menos pendiente. La altura de la marea por término medio es de dos metros sesenta centímetros, pero puede elevarse á tres en el momento de los equinoccios, y así es que en la marea baja, los buques quedan echados de lado en el cieno, como á orillas del Océano.

En la ribera del puerto mismo de Sfakes encontramos una planta de la flora caspiana, el *tetradyelis Eversmanii*, señalado por Kralik en este punto, donde parece abundar en extremo.

Siempre hay en la rada un gran número de buques, por lo regular pequeños. Una sola casa francesa, la de Colombel de Paris, emplea mas de cuatrocientos para la pesca de esponjas.

M. Mattei, representante de esta casa, á la vez que agente consular de Francia, es el hombre mas conocido en el sur de Túnez, y asimismo el que mejor conoce el país. Sus buenas y constantes relaciones con los Beni-Zid y los Ourghemmas, nómadas de los territorios entre Sfakes y la Tripolitana, le han permitido verlo todo y adquirir en el Sur una influencia personal, que ha hecho recaer noblemente en la bandera francesa. Ha nacido en el país y está iniciado en la lengua, en los usos y asociaciones religiosas y militares de los árabes. No se debe olvidar que el camino del Djerid es tal vez el mas importante para el comercio de la pólvora y las

armas de contrabando destinadas á las tribus del sur de Argel.

Confesamos aquí haber contraido con M. Mattei una gran deuda de agradecimiento, pues no satisfecho con ofrecernos la mas amable hospitalidad, quiso acompañarnos él mismo hasta Gafsa, es decir, á la parte mas peligrosa que ofrecia el viaje.

Probablemente no nos habria sido posible cruzar por el territorio de ciertas tribus á no ser por su presencia; pero de todos modos, su gran conocimiento de los hombres y de las cosas del país, su buen humor y su complacencia inagotables redoblaron para nosotros el interés y el encanto de la expedicion.

Al salir de Sfakes debemos dirigirnos al oasis de Gafsa por Sidi-Mahedeb y el Bou-Hedma, volviendo despues por el Mayoura, caminos igualmente desconocidos de los viajeros europeos. La distancia entre Sfakes y Gafsa es de doscientos cincuenta á trescientos kilómetros. Toda esta extension del país está figurada en la carta geográfica de M. Pricot de Sainte-Marie segun datos recogidos á gran distancia; y por lo tanto, despues de reconocer omisiones y errores en las mismas puertas de Túnez, nos convencimos de que apenas servia de nada.

M. Mattei, acostumbrado á toda esta clase de expediciones, organizó muy pronto la caravana. Alquiláronse algunos caballos para nosotros y los criados; dos camellos debian conducir nuestra tienda y equipajes; y la escolta, compuesta de cuatro franceses bien armados, nuestros spahis, el intérprete Ismail y los camelleros, representaba ya una fuerza respetable para el país. Con esto y un guia tan inteligente como M. Mattei, podíamos lanzarnos sin temor en las regiones inexploradas.

VI

Las gervasias — El-Maharés. — Caza á las avutardas.—El pozo de la Perra.—Sidi-Mahedeb.—Mordedura de una víbora de cuernos.—Cura.—Los gomeros.

El sábado 21 de marzo salíamos de Sfakes á las nueve y media de la mañana por la puerta este de la ciudad.

El primer dia, y á fin de acostumbrar un poco á los jinetes y monturas, solo recorrimos una corta etapa: treinta y cuatro kilómetros apenas nos separaban del Maharés, donde debíamos establecer nuestro primer campamento.

Despues de atravesar la zona fértil y cultivada que rodea á Sfakes, volvimos á penetrar en las mismas llanuras áridas con verdes islotes. La vegetacion ofrece ese carácter general que consiste en haber el mismo número de especies ánuas en inmensas extensiones, especies sustituidas poco á poco por otras nuevas que reinan á su vez.

El suelo está literalmente acribillado por las guaridas de las gervasias, lo cual constituye un verdadero entorpecimiento para los caballos. No es fácil acercarse á los astutos animalejos: el camino se desarrolla paralelamente al litoral, á corta distancia del mar, sin que ni una casa ni un árbol interrumpan la monotonía del paisaje.

A las cuatro de la tarde llegamos al pueblo de El-Maharés. Los habitantes vienen á contemplar con admiracion nuestra tienda europea y el pabellon francés. El pueblo es mísero; no se ven casas, ni mas verdor que algunas palmeras.

Entre El-Maharés y Sidi-Mahedeb media una distancia de lo menos setenta y cinco kilómetros, y por lo tanto emprendimos la marcha muy temprano al dia siguiente. El país es tan triste y desierto como el que vimos la víspera: solo de vez en cuando, algunas avutardas que divisamos á lo léjos despiertan nuestra aficion de cazadores; pero muy pronto reconocemos que no es posible competir en ligereza con estas aves, que sin servirse de sus alas, y solo andando, avanzan mas rápidamente que un caballo al galope. Es preciso apelar á la astucia y ocultarnos cuanto es posible en medio de los camellos, á fin de ponernos á tiro.

Al acercarnos al pozo de la Perra (Bir-el-Kelba), único de la region donde se encuentra agua potable, divisamos un grupo de jinetes á cierta distancia; y despues de introducir dos balas en los cañones de nuestras carabinas, vamos á cambiar los saludos de costumbre.

Son unos pacíficos viajeros, los cuales nos anuncian que la gran tribu de los Beni-Zid ocupa en aquel momento la vertiente de la cordillera del Bou-Hedma y el valle de Talah. Esta noticia es acogida con regocijo, pues los Beni-Zid nos protegerán contra los Hammemas, tribu que con razon temen los viajeros.

Por la noche divisamos los fuegos de los aduares de Mahedeb, á donde llegamos á las ocho y media de la noche.

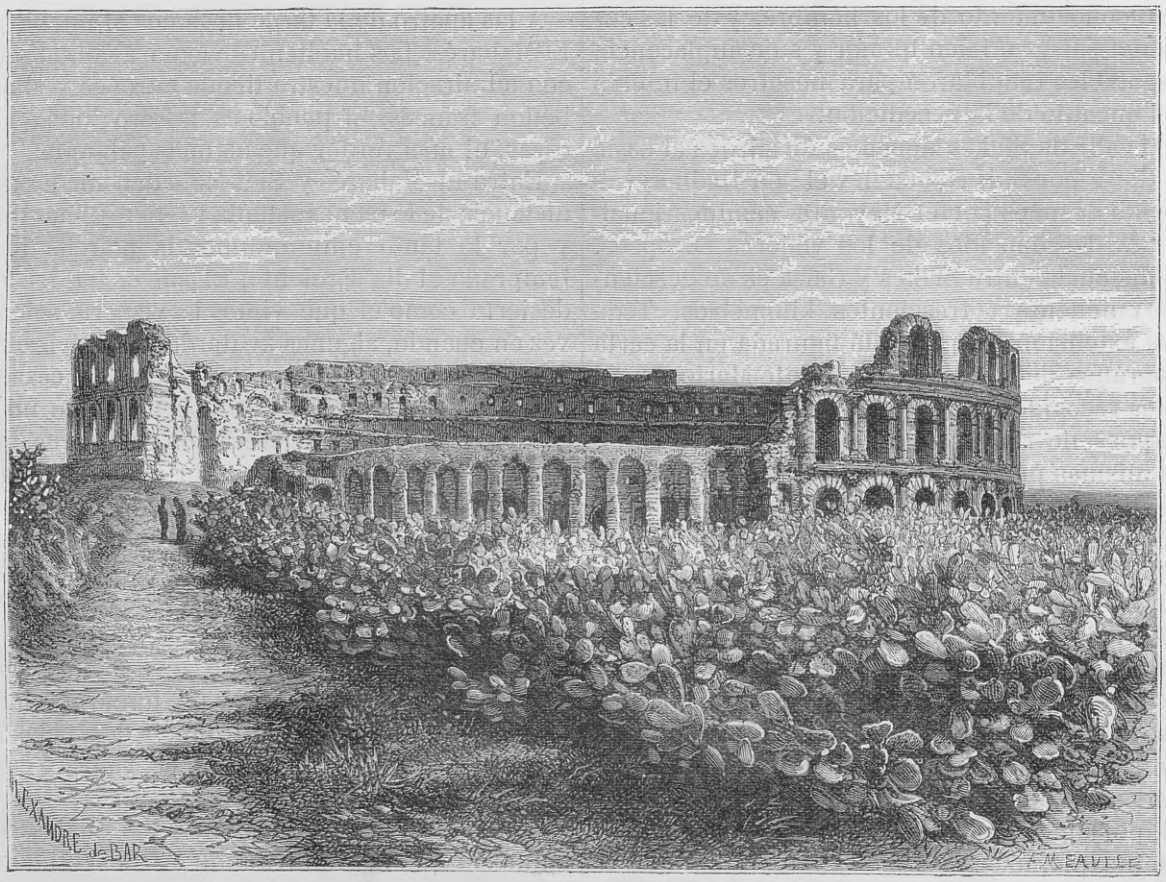
Descendientes directos del famoso marabut Sidi-Mahedeb, y pertenecientes por lo tanto á la mejor nobleza, los Mahedeba constituyen una tribu muy respetada en el país. El gobierno les ha eximido de todo impuesto, sin mas condicion que la de auxiliar á las caravanas que se dirigen desde Djerid á Sfakes; y debemos consignar que cumplen con su deber muy cordialmente.

Aquel dia reinaba gran agitacion en los adua-

res, y no podíamos llegar mas oportunamente. Una mujer habia sido mordida pocas horas antes por una de esas víboras de cuernos *(cerastes ægyptiacus)*, tan temidas en Túnez.

Apenas levantamos nuestra tienda, vinieron algunos individuos á preguntar si iba algun médico con nosotros. Curiosos por observar los efectos del veneno, nos dirigimos presurosos á ver á la paciente, á la que encontramos echada delante de una de esas tiendas árabes de piel de camello, tan sumamente bajas, que no se puede entrar sin arrastrarse, permaneciendo en el interior agachado.

La escena que se ofreció á nuestros ojos era extraña: al rededor de la paciente veíanse agrupadas algunas viejas matronas, que despues de agotar su ciencia, esperaban curiosas para ver qué haríamos, moviendo la cabeza con aire de



El anfiteatro de El-Djem; vista tomada por el lado de las ruinas.—De fotografía

duda; en el fondo de la tienda veíamos un círculo de grandes ojos negros y brillantes, con su mirada fija en nosotros: eran las mujeres jóvenes, que aprovechándose del tumulto general, examinaban á su gusto á los «cristianos, hijos de perros,» cuchicheando entre sí, y dejando ver sus blancos dientes. Todo este cuadro estaba iluminado por el resplandor de una gran hoguera encendida fuera de la tienda.

Agachados junto á la paciente, estábamos muy incómodos, y á la vez apurados, porque el caso era grave.

Por fortuna, tratábase de curar á una robusta beduina de veinte años, de vigorosa constitucion: un tratamiento apropiado corrigió muy pronto los accidentes, y ya pudimos responder de la curacion.

La noticia de este hecho hizo mucho ruido en el país, porque la mordedura de la víbora cornuda, bastante rara, es muy temida y se considera mortal.

Gracias á este incidente vimos aumentar la confianza habitual de los beduinos en los médicos europeos, y todas las tardes, al llegar á un aduar, comenzábase por preguntarnos si éramos los médicos que habian hecho la cura. Al contestar afirmativamente, hacíase obligatoria la consulta gratuita, y todos los enfermos de la tribu desfilaban delante de nosotros. Muchas veces, el mismo jefe dirigia el servicio, alejando á

los importunos, y enviaba á buscar á sus tiendas á los individuos realmente enfermos, á fin de que aprovecharan tan buena oportunidad.

Inútil hubiera sido tratar de sustraernos de aquella invasion, ó de oponer nuestra impotencia en ciertos casos: un médico cristiano debe saberlo y curarlo todo, y una negativa se considera siempre como una prueba de mala voluntad.

Por fortuna, M. Mattei nos habia enseñado una fórmula que no dejaba de producir su efecto: bastábanos decir que «lo que Alá habia hecho, el hombre no podia deshacerlo.» No era necesario añadir mas para que los incurables se retirasen resignadamente.

El título de médico es en estos países, despues de una carabina, el mejor pasaporte; y además permite ver y observar muchas cosas que, sin él,



Galería circular del anfiteatro de El-Djem.—De fotografía

ocultaria inexorablemente el fanatismo á los ojos de los cristianos.

Despues de prestar estos servicios, los Mahedebas se mostraron muy complacientes, y nos condujeron á pocos pasos de las tiendas, donde vimos al reptil, autor del accidente. Era un ejemplar magnífico en su género; mas por desgracia, los parientes de la víctima le habian mutilado en su cólera: á pocos pasos habia otra serpiente de la misma especie, muerta la víspera.

Los alrededores de Sidi-Mahedeb nos ofrecian varios puntos interesantes, sobre todo un barranco seco donde abundaban palomas torcaces, liebres y perdices rojas.

Los mejores cazadores del país se habian puesto á nuestra disposicion, y nos traian sucesivamente las plantas y pequeños animales que en su concepto podian sernos de alguna utilidad; algunas veces corrian como verdaderos perros de caza, y apoderábanse de las liebres y perdices antes de que pudiéramos darlas muerte. Uno de aquellos hombres recibió el encargo de llevar noticias de nosotros á Sfakes, é impulsado por su celo, llegó hasta Túnez, para presentarse á la legacion de Francia y al primer ministro. Parece que era un hombre peligroso, el cual se aprovechaba de aquella oportunidad para mejorar un poco su reputacion.

«Ya ves, díjole al ministro, que no soy tan malo como te parece; he tenido todo un dia á

tus amigos los cristianos al alcance de mi carabina, y no he disparado.»

Al dia siguiente, conducidos por un guia de Mahedeb, hombre venerado en su tribu, abandonábamos los aduares hospitalarios para dirigirnos á los montes de Bou-Hedma. Nuestros informes acerca de los gomeros eran ya mas exactos, pues nuestro guia los habia visto.

Despues de franquear algunas ligeras ondulaciones de terreno, siempre en medio del mas monótono de los paisajes, animado tan solo por manadas de gacelas, únicos séres vivientes en aquellas soledades, llegamos á orillas del Sebkha Nail, que fué preciso atravesar por una de sus extremidades.

Se da el nombre de *Chott* (orilla, ribera) á unos fondos bajos que representan lagos salinos secos; y mas especialmente el de *Sebkha* á esos mismos fondos sumergidos durante el invierno. Los nombres de *Dhaya* y de *Guera'a* sirven para designar los pantanos de agua dulce secos; llámase *Gueryir* á las depresiones en que se pierde un barranco. El suelo varía desde la mas fina y movediza arena al cieno duro ó blando, y con frecuencia se ve que las eflorescencias salinas de magnesia constituyen una capa superficial. Para explicar la formacion de estas vastas extensiones saladas no es necesario recurrir á los mares interiores antiguos, hipótesis que no ha sido propuesta, á decir verdad, sino para algunos de esos *chott* cuya superficie parece estar debajo del nivel del Mediterráneo. Los torrentes que bajan del Bou-Hedma, monte cuya elevacion es de unos mil metros, y que alimentan al Sebkha Nail, están ya muy mineralizados, y las aguas salinas aparecen en varios puntos de la superficie del suelo.

Este Sebkha no presenta en la porcion por donde le hemos atravesado los peligros de hundimiento de que han hecho terribles descripciones Moula Ahmed y otros viajeros. El terreno ofrecia suficiente apoyo á los caballos y á los camellos, que solo se hunden un poco. Observábanse en la superficie numerosas huellas de gacelas; pero no se veia una sola de esas conchas marinas *(cerithum et murex)* tan numerosas en los fondos bajos secos inmediatos á la Pequeña Sirte. Esta circunstancia sola bastaria para desechar la hipótesis de un mar antiguo. Aquí hemos encontrado por primera vez un ave particular de las Sebkhas, que reproduce con bastante exactitud las notas de la escala con su extraño canto.

La vegetacion de las orillas es la de los terrenos salíferos: segun nuestras observaciones barométricas, el Sebkha Nail está setenta y ocho metros sobre el nivel del mar; tiene una veintena de kilómetros de longitud, y de seis á siete de anchura en el punto en que le hemos atravesado.

Al cabo de una hora y media de penosa marcha, sentamos pié en la tierra firme, y á la verdad muy satisfechos, porque nuestros ojos están fatigados por la reverberacion del sol y las ilusiones del espejismo.

A las cuatro de la tarde, y á corta distancia de la cordillera del Bou-Hedma, encontramos el primer gomero, y muy poco despues llegamos á las orillas de un torrente.

Algunas ruinas romanas nos recuerdan que el país no ha estado siempre desierto.

La presencia de los gomeros en esta region de Africa no es un hecho aislado. Leon el Africano hablaba ya de la goma del desierto de Numidia y de Libia. Todo el interés de nuestras exploraciones acerca de estos árboles residia en la cosecha de muestras botánicas y la determinacion de la especie, confiadas á M. Cosson, presidente de la Sociedad botánica de Francia, tan conocido por sus inmensos trabajos sobre la flora argelina. Segun estas muestras, y otras enviadas mas tarde á M. Doumet-Adanson por M. Mattei, monsieur Cosson ha reconocido que la acacia del Talah es la *acacia Sayal*, especie diferente de las de la Arabia, así como tambien de las comunes al Senegal.

El interés económico, en cuanto se refiere á estos árboles, nos ha parecido mediano; pero algunas noticias recientes nos han dado á conocer que iban á ser explotados por el gobierno tunecino.

Los gomeros ocupan el valle del Talah, que tiene mas de treinta kilómetros de longitud, y está protegido al oeste por los montes del Bou-Hedma. Extendidos sobre un inmenso espacio que no pasa de ciento cincuenta metros sobre el nivel del mar, estos árboles, tan indiferentes á la naturaleza del suelo, crecen muy agraciados, en razon á la mucha luz y aire que necesitan. Por eso nos extrañó un poco el pretendido bosque de M. Pelissier. A largos intervalos se ve una acacia aislada, aunque á decir verdad de majestuoso aspecto; y algunas veces dos ó tres reunidas; pero nunca mas. En fin, si se tratase de hacer una evaluacion, se podria fijar cuando mas en cuarenta mil el número de estos gomeros. Las tribus nómadas utilizan los troncos para leña; mientras que las lluvias y los animales destruyen poco á poco las exudaciones. Así se explica que M. Doumed-Adanson no haya podido recoger algunas muestras sin grandes dificultades.

VII

El Bou-Hedma.—Alquimistas.—Antiguas minas de oro.—Restos de termas romanas.—El valle de Talah.—Una alarma.—Una fantasía.—Hostilidad entre las tribus.—Los *Bacchia* y los *Ahsinia*.—Correrías.—La hospitalidad.

Los montes del Bou-Hedma, que protegen el valle por el oeste, ocupan el centro de una de las regiones menos conocidas de Túnez. Rodeados por todas partes de vastos desiertos donde vagan las tribus nómadas de los Hammemas al Occidente, de los Beni-Zid y de sus aliados al Oriente, no han sido apenas explorados hasta aquí. Sus cadenas paralelas ocupan toda la region comprendida entre el Oued-el-Lebeu y Gafsa; el valle de Talah se halla entre la mole central, donde nace un barranco que se pierde en el Sebkha Nail, y varias ondulaciones que se elevan poco á poco hasta el nivel de los Aiaicha: los puntos culminantes alcanzan hasta mil trescientos metros. El barranco, cuyas aguas muy salinas son un triste calmante contra la sed, baja del monte principal por una estrecha garganta que nos parece muy pintoresca en comparacion del monótono paisaje que hemos visto los dias anteriores. Las paredes, muy escarpadas, se componen de capas estratificadas sumamente irregulares.

La localidad es verdaderamente salvaje, y no debe extrañarse que algunos marroquíes que buscaban la piedra filosofal, se estableciesen en aquel sitio para dedicarse á sus manipulaciones de alquimia. Encontramos vestigios de sus cabañas y de sus trabajos, casi ocultos, y vemos tambien varias cavernas poco profundas, que por desgracia no hemos tenido tiempo de explorar.

Muy pronto se ensancha el valle, y el torrente forma un verdadero pantano cubierto de altas cañas, en medio de las cuales no es fácil abrirse paso. Los jabalíes son los únicos habitantes de estos parajes, y los vemos huir á medida que nos acercamos.

Gracias á una ascension de tres horas podemos explorar varias galerías romanas, debajo de una colina de escorias, último testimonio de las antiguas fábricas. Estas minas contienen seguramente oro: M. Fucho, ingeniero de minas, que ha visitado el Bou-Hedma algun tiempo despues de nosotros, en compañía de M. Mattei, ha reconocido en efecto la presencia de este metal: la explotacion antigua es incontestable. Por lo demás, en aquella época estaba habitado todo el valle, como lo prueban numerosos restos de termas romanas que hay á la entrada del desfiladero. El lugar, preciso es confesarlo, se habia elegido muy bien para un establecimiento balneario, pues en un espacio de veinte á treinta metros cuadrados pudimos reconocer tres manantiales distintos muy mineralizados: el primero ferruginoso, el segundo sulfuroso, y el tercero salino. Se reunen casi desde su nacimiento, formando un agua de sabor muy desagradable.

Al salir del campamento remontamos el valle de Talah en toda su longitud: elévase poco á poco desde ciento un metros, hácia la garganta del Bou-Hedma, hasta ciento ochenta y seis, al pié de las montañas Aiaichas.

A la caida de la tarde, cuando nos acercábamos á los aduares, y en el momento de franquear un barranco seco, sombreado por los últimos gomeros, vemos de pronto elevarse en el horizonte nubes de polvo. Nuestro guia Mahedeba detiene la caravana, y precipítase solo hácia adelante, con su caballo al galope. Hé aquí lo que pasaba: el torrente que acabábamos de franquear forma una especie de desfiladero á través de la cadena de montañas; y por aquel paso es por donde los Hammemas, poderosa tribu enemiga de los Aiaichas, llegan comunmente, ocultándose lo mejor posible en el lecho del rio para emprender una de esas correrías que están á la órden del dia en Túnez. Habíase creido que nuestra inofensiva caravana era un grupo enemigo, y las nubes de polvo levantadas por los pastores delante de los aduares eran una señal de alarma. Fué comprendida al punto por los Beni-Amram, habitantes de las alturas inmediatas, y apenas habíamos tenido tiempo de darnos cuenta de la situacion, cuando estos atrevidos jinetes, los mas hábiles tiradores de Túnez, se precipitaban sobre nosotros desde lo alto de sus montañas para prestar auxilio á sus aliados.

Por fortuna se dió á tiempo la explicacion, y aquellos intrépidos cazadores, que acababan de franquear diez kilómetros á carrera tendida, sin que una gota de sudor indicase en sus semblantes el menor cansancio, volvieron muy pronto á sus aduares.

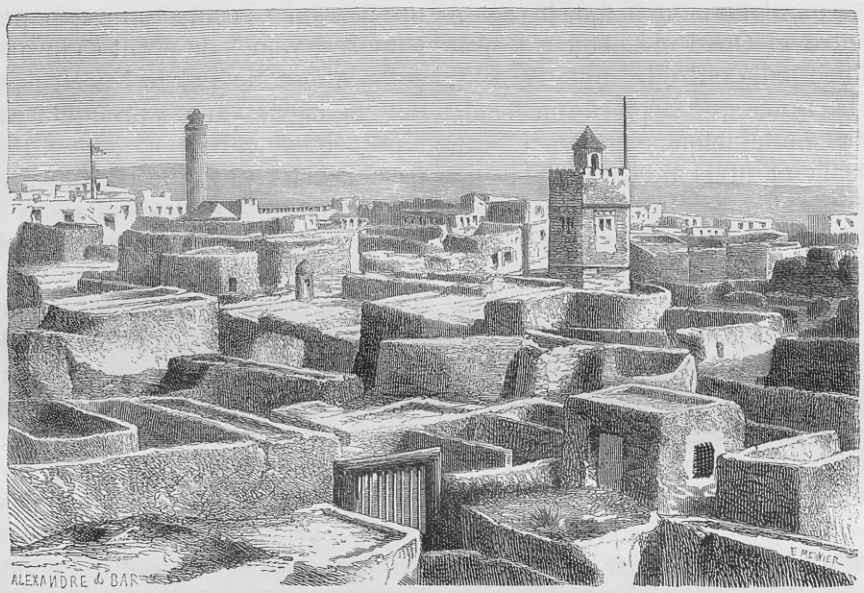
Sin embargo, avanzábamos siempre, y no tardamos en llegar al sitio donde estaban los pastores, causa de aquella alarma. Habian sepultado en la arena sus mantas, que constituyen su único traje y única riqueza.

Ante nosotros se habia formado en órden de batalla toda la tribu de los Aiaicha: los caballos en el centro y los infantes á los lados, casi ocultos detrás de cada árbol ó repliegue del terreno.

De repente todos los jinetes se lanzan á galope hácia nosotros, y mientras nos consultamos con la mirada, descargan sus armas á nuestros piés en señal de alianza.

Nuestra entrada en los aduares Aiaicha fué una verdadera escena teatral. Jamás habíamos visto tan magníficos tipos de caballos árabes, montados por tan hábiles jinetes. Todos conocian á M. Mattei, y llegaron á darle la bien venida; ni un solo hombre se habia quedado en las tiendas; hasta los muchachos de ocho á diez años estaban sobre las armas. Pero ¡qué armas, gran Dios! antiguos fusiles de chispa, y pistoletes de otra edad, cien veces mas peligrosos para los que se sirven de ellos que para los enemigos contra quienes se disparan. Mucho temí que hicieran un ensayo formal con sus pobres armas, porque entre los tres jefes suscitóse una disputa acerca del sitio en que se estableceria nuestro campamento, deseando cada cual conducirnos á su aduar. A fin de calmarlos, plantamos nuestra tienda exactamente entre los tres grupos; y así quedaron todos contentos, pudiendo examinar á su gusto nuestros revolvers y carabinas Lefaucheux.

Para quien conoce las costumbres árabes, la alarma que acabábamos de producir no tenia nada de particular.



Vista de Sousa.—De fotografía

Dos grandes partidos se comparten el pais: los *Bacchia* ó árabes independientes, verdaderos beduinos, y los *Ahsinia*, ó partido del gobierno. El primero está representado por la gran tribu de los Beni-Zid, y el segundo por la de los Hammemas. Alrededor de estas dos tribus, las mas poderosas de Túnez, agrúpanse todas las demás, segun su opinion y sus intereses; pero no citaremos sino las principales de ambos partidos. Entre los Beni-Zid son los Metelites, cerca de Sfakes; los Souasi, entre Souasa y Kerouan; los Hazen, entre Sidi-Mahedeb y Gabes; los Medjar y los Tarachiches, entre Túnez y la frontera argelina al norte. Por parte de los Hammemas figuran principalmente los Zelas, cerca de Kerouan; los Ourghemas, cerca de la frontera tripolitana; los Accura, en Zerzis; los Neffet, entre Sidi-Aghereb y Oued-el-Ben; y los Ouled-Hayas, entre Kef y la frontera argelina. Estos dos partidos tienen además ciudades aliadas.

No se debe creer que el partido que se titula del Bey reconoce su autoridad ciegamente; no hay nada de esto: el gobierno presta su apoyo y su nombre á los Hammemas, únicamente para oponerlos á los Beni-Zid, equilibrar el poderío de unos y otros, y poder vivir él mismo en paz, en medio de esas perpetuas guerras. Pero cuando se trata de cobrar el impuesto, reconoce muy pronto cuán poco puede contar con la abnegacion de sus aliados; las dificultades son las mismas por una y otra parte; los independientes se creen en su derecho al rehusar el diezmo á una autoridad tolerada con disgusto; y á los otros les parece que pagan bastante con sus personas combatiendo á los enemigos del gobierno, para que se les exija aun echar mano al bolsillo. Así es como los Ourghemas, aunque pertenecientes al partido de los Hammemas, no pagaban el impuesto sino cuando bien les parecia. De ellos nos habian hablado en Túnez como de una tribu peligrosa, contra la cual no nos protegeria el apoyo del gobierno.

Debemos decir que el cambio ministerial ocurrido hacia algunos meses en Túnez amenazaba

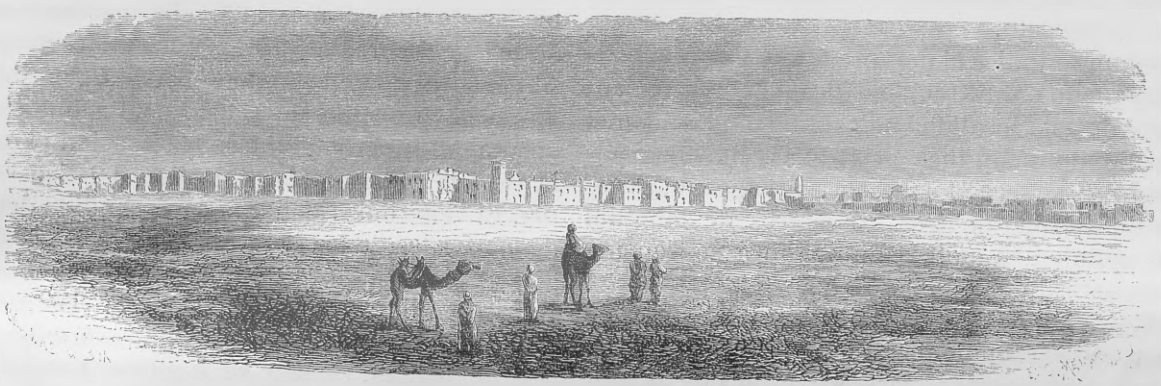
empeorar el estado de cosas. Las exacciones é iniquidades de toda especie de que eran objeto los árabes, no parecian lo mas á propósito para estimular el pago regular del diezmo; pero espérase que de aquí á poco la autoridad del gobierno se apoyará en bases mas sólidas.

Como quiera que sea, y hasta que un gobierno justo y fuerte haga desaparecer el feudalismo salvaje, las correrías serán el hecho mas natural del mundo, y ellas ofrecen á los beduinos la mejor ocasion de quemar pólvora, que es su diversion favorita.

Las pequeñas expediciones cuentan por lo regular de cinco á cincuenta caballos; las grandes se elevan á doscientos ó doscientos cincuenta. Los jinetes, conducidos por un jefe, van á operar á unos doscientos kilómetros de sus aduares.

Llegados cerca del campamento que tratan de sorprender, procuran acercarse cuanto es posible sin ser vistos, ocultándose detrás de un repliegue del terreno, ó en el lecho de un barranco seco.

Allí se detiene el grueso de la fuerza, mientras ocho ó diez hombres de los mejor montados se precipitan á galope contra los inofensivos pastores, apoderándose de cuanto pueden, carneros ó camellos, á los que obligan á ir delante. Dirígense así con toda la rapidez posible hácia su territorio, conduciendo siempre los ganados, en



Vista de Sfakes.—De fotografía

tanto que sus compañeros, quedándose atrás, cubren la retirada.

La sorpresa y la rapidez constituyen todos los elementos de esta estrategia primitiva; y se comprende muy bien que los beduinos aprecien en tan alto grado las cualidades de sus caballos, cuando se ve que diariamente depende el éxito de una operacion, y hasta su propia seguridad, de la ligereza de las monturas.

En efecto, los propietarios robados se reunen al punto, convocan á sus aliados mas próximos, y lánzanse en persecucion de los merodeadores, á quienes alcanzan algunas veces á cien kilómetros de sus tiendas; entonces se empeña el combate, y segun las peripecias, los ganados cambian de dueño ó vuelven al que tenian. Aunque armados los mas de malísimos fusiles, los árabes se matan perfectamente en estas refriegas; y así es que antes de emprender la correría, cada hombre se pone un calzon, á fin de que en caso de muerte no quede el cadáver desnudo sobre la arena del desierto.

Si á pesar de su diligencia y valor no consiguen los propietarios recobrar sus bienes, apuntan cuidadosamente en su memoria el número de carneros y camellos robados, para tenerlo en cuenta en la primera expedicion que se organice contra una tribu cualquiera del partido enemigo. Ya se comprenderá que así hay siempre un excelente motivo para las represalias, y que las excursiones de merodeo se suceden con éxito variable.

Como quiera que sea, la emocion que produjo en los Aiaichas nuestra llegada no perjudicó á la cordialidad con que fuimos recibidos. Debemos decir tambien que en esos aduares independientes pudimos apreciar la hospitalidad árabe en lo que tiene de mas generoso. Entre esas tribus nómadas, justamente temidas, es donde se debe buscar el verdadero carácter beduino, noble y altivo; y añadiremos que la presencia de M. Mattei, conocido y estimado de todos, nos fué muy útil.

Al salir de los aduares de Aiaicha remontamos el valle que se eleva poco á poco hasta cuatrocientos diez metros en el punto mas elevado, formando la separacion de la cuenca del Talah y del Sebkha Nail de aquella donde están situados los oasis de El-Guettar y de Gafsa.

Un poco mas allá, dejando atrás el Kosar de

los Beni-Amram, asentado sobre un piton, vimos la vertiente de Djerid, y nos fué dado saludar á nuestros piés el mágico panorama de un verdadero oasis.

A las dos horas de bajada, en medio de escarpaduras practicadas solo para los caballos árabes, penetrábamos en El-Guettar.

VIII

El Guettar.—Sus manantiales.—El Djebel-Arbet.—Su ascension.—Panorama espléndido.—Idea de un mar interior.

El pueblo, como todos los de los oasis, está circuido de un doble y triple recinto de tierra, en parte derrumbado; y como las mas de las casas están ruinosas, el conjunto ofrece un mísero aspecto.

Segun lo indica el nombre árabe *Guettar*, pozo alimentado por filtraciones, los célebres manantiales de esta localidad son subterráneos: con el auxilio de máquinas primitivas, movidas por camellos, se saca el agua necesaria para el riego. En un espacio de tres kilómetros de longitud por quinientos metros de anchura se ven numerosas palmeras.

El-Guettar está situado precisamente al pié de las rocas perpendiculares que forman el Djebel-Arbet, el Orbata de la carta geográfica de M. Pricot de Sainte-Marie; y así es que desde nuestra llegada nos sedujo la idea de franquear aquel punto culminante, á donde ningun europeo habia subido hasta entonces. Nuestro objeto era estudiar con exactitud el relieve de toda esta region, de la cual no se puede obtener sino una idea muy aproximativa, como ya se comprenderá, si se permanece en los valles.

Los naturales de El-Guettar tenian respecto á su montaña las mismas ilusiones que muchos habitantes de Saboya y el Delfinado; creíanla absolutamente inaccesible. El mismo califa juró por su barba, y comprometióse á cortar tan precioso ornamento si conseguíamos nuestro fin. Cierto que su hermano habia hecho algunas inútiles tentativas, y que cada vez se detuvo no léjos del pié de la montaña, como lo hizo tambien cuando nos sirvió de guia, por no faltar á su costumbre.

Pronto trazamos nuestro plan: era inútil pensar que nos seria posible abordar de frente las escarpaduras; pero una estribacion pedregosa bajaba de la montaña misma, formando como un angosto sendero sinuoso, limitado en cada extremidad por barrancos profundos y secos. Bastaba pues cruzar los espacios pedregosos y desnudos, donde no crecen mas plantas que la rosa de Jericó, y trepar luego entre los enormes peñascos desprendidos de los flancos de la montaña.

La subida no fué al principio nada costosa; pero poco á poco se convirtió en un verdadero escalamiento; por fortuna no tropezamos con ninguna grave dificultad, y á las tres horas llegábamos á la cima, que forma como un terrazo á pico, á ochocientos metros sobre El-Guettar.

El panorama es magnífico: al oriente se ven las pequeñas eminencias de las inmediaciones de Gabes, y mas al sur las montañas de Douerat en la Tripolitana. Al sur se extiende, como un lago de plata, la superficie salada y brillante del inmenso Chott-Faroun, distinguiéndose tambien las cimas inexploradas del Djebel-el-Berda, con sus pendientes cubiertas de bosque y pobladas de fieras; mas allá, elévanse las dunas de arena recorridas por los Toroud del Souafa. Al norte, el cono terminal del Arbet, dominando en la direccion de Gafsa, oculta una parte del Majoura; pero adivínase la situacion paralela de sus cadenas, continuacion del Bou-Hedma. El valle del Talah queda escondido detrás de las aristas de los Beni-Amram. Mas léjos se divisan las montañas de Kerouan y de Tebessa, y esa cordillera apenas indicada en las cartas geográficas por donde pasa nuestra frontera al este de Negrim. Gafsa y su inmenso bosque de palmeras, y las peladas eminencias del Djerid ocupan el occidente.

La altura del Djebel-Arbet, que han determinado por primera vez nuestras observaciones barométricas, se aproxima á mil cien metros.

En este punto, ó mejor aun en la cima del Djebel-el-Berda, es donde deberia situarse el observador para abarcar de un solo golpe de vista la inmensa depresion del suelo, esta larga serie de fondos bajos que partiendo de la inmediacion de Gabes, se prolonga á lo largo de los 34° de latitud norte hasta Argel, al sur de Biskra.

En esta region, blanqueada por las eflorescencias salinas, es donde la imaginacion se complace en extender mentalmente las aguas profundas del mar, es decir, las comunicaciones fáciles y seguras, que evitarian marchas fatigosas por un suelo abrasado, donde pululan los beduinos merodeadores. Así se comprende que fuera acogido tan favorablemente el informe del capitan de estado mayor Roudaire, excitando el interés general. Restablecido el mar interior, Nefta, Tozzer y los pueblos del Nefzaoua volverian á ser puertos como en las leyendas árabes; y las benéficas lluvias, condensadas por las cordilleras del Djebel-Aurés, deberian fertilizar el sur de la provincia de Constantina, así como el Djerid tunecino y el desierto de Gabes.

Para obtener este resultado bastaria, segun se cree, abrir un ancho canal de unos doce kilómetros de longitud, casi al nivel de la desembocadura del Oued-el-Akkarit, con lo cual se volveria á encontrar el nivel del Mediterráneo en el Chott-Faroun, restableciéndose así un mar perdido que llevaria consigo la vida y la fecundidad.

La discusion histórica aducia tambien toda una serie de argumentos favorables al plan de M. Roudaire: no se trataba en suma sino de romper una faja de arenas acumuladas por el Mediterráneo y el Sahara, para volver las cosas al estado en que se hallaban en tiempos históricos poco remotos.

Gradualmente, y despues de dispensar á la idea grande y generosa del mar interior la atencion que se merece, suscitáronse objeciones. Nosotros mismos tuvimos ocasion, en junio de 1874, de decir algunas palabras á la Sociedad de geografía de Lyon. Los datos facilitados por el viaje de MM. Fuchs, Leblanc y Mattei nos permitian anunciar que el canal que debia abrirse podria tener muy bien cuarenta kilómetros en vez de doce, y que los gastos se elevarian probablemente á mas de los veinte millones indicados en el proyecto, sin hablar de los canales que serian necesarios para que se comunicara el Chott-Faroun con los otros chotts. Nosotros queríamos admitir con M. Roudaire que la depresion de veintisiete metros en el Chott-Melghir se continúa en la direccion del Mediterráneo; y que los trabajos de triangulacion practicados en Argel por el cuerpo de estado mayor, en particular por el capitan Perier, nos han acostumbrado á una exactitud tan matemática, que de buena gana olvidaríamos las nivelaciones practicadas en el istmo de Suez para demostrar la diferencia de nivel del mar Rojo y del Mediterráneo, pero la utilidad misma del mar interior en este punto nos parecia problemática, así como creíamos que los esfuerzos que debian intentarse para su creacion no correspondian á los beneficios hipotéticos que se esperaba realizar.

Conviene tener presente una cosa: la Pequeña Sirte es un mar interior; y sin embargo, las áridas riberas que hay desde Sfakes á Gabes y desde este último punto á Trípoli, no han obtenido la fertilidad en las inmediaciones del agua salada y bajo la influencia de las lluvias mas frecuentes.

El mar Rojo es á la vez un tipo de mar interior y de desolacion, y las altas montañas que le rodean no pueden condensar las nubes de lluvia que en él se forman. Sfakes y Gabes ofrecen en este desierto la imágen del oasis, pero de un oasis donde los dátiles no pueden madurar completamente, como no maduran tampoco en la isla Djerba. El primer efecto del nuevo mar, si tuviese alguna influencia climatérica, seria pues destruir la mayor fuente de riquezas del Djerid tunecino, conduciendo las palmeras de Nefta, de Tozzer, de Gafsa y del Nefzaoua al mediano resultado de las palmeras del litoral. Pero no es aquí donde debemos discutir este asunto, que ocupó nuestra imaginacion algun tiempo: mas tarde hemos visto que tomaban en consideracion nuestras apreciaciones varios hombres de reconocida competencia, tales como M. Fuchs, M. Cosson, etc., quienes no podian tener conocimiento de nuestro informe á la Sociedad de Lyon.

El asunto se ilustrará mucho cuando M. Roudaire haya visitado por sí mismo el Djerid y no tenga ya que fiarse de las medianas indicaciones de una carta geográfica tan plagada de errores como la de M. Pricot de Sainte-Marie. Cuando quede establecida en toda su longitud, con procedimientos verdadaramente científicos, la nivelacion de la cuenca de los *chotts*, entonces, y solo entonces, se podrá comenzar útilmente el estudio de los resultados que puedan obtenerse.

IX

Gafsa.—Admirable bosque de palmeras.—Riqueza y abundancia de los árboles frutales.—Las legumbres.—Riego.—Aguas termales.—Monumentos.—La poblacion.—Regreso á Sfakes por la Majoura.

Nada tenemos que decir de los diez y ocho kilómetros de llanura árida y arenosa que separan al oasis de El-Guettar del de Gafsa. En vano buscamos un árbol ó un pozo que pudiera indicarnos el perímetro de la pretendida ciudad de Thala, donde Pelissier coloca su bosque de gomeros. Unicamente la línea sombría de las palmeras de Gafsa, que distinguíamos en el horizonte, nos permitia adivinar desde léjos la riqueza é importancia de aquel oasis, el mas hermoso del Sahara tunecino.

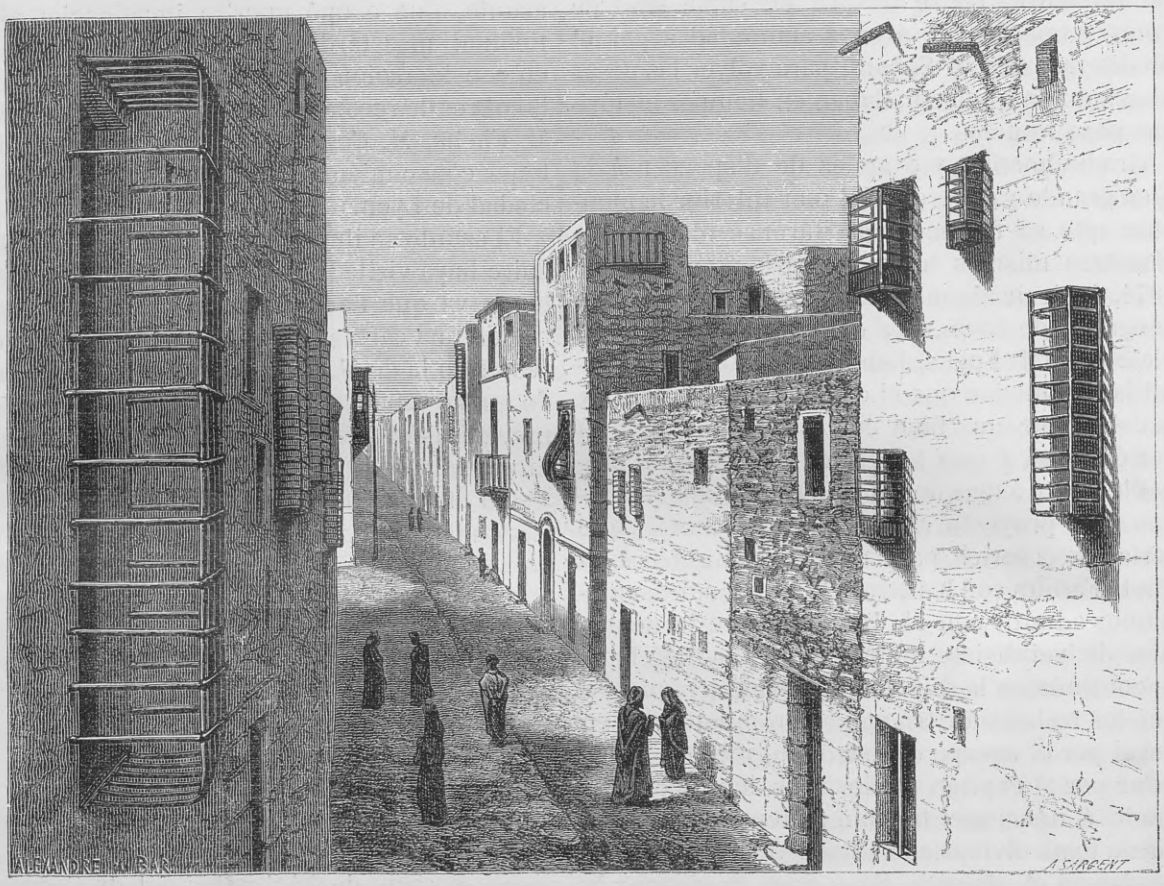
«Habia en medio de las vastas soledades, dice Salustio, una grande é importante ciudad llamada Capsa, que segun la tradicion, tuvo por fundador á Hércules el Libio.»

Así, pues, en tiempo de Yugurta, Gafsa era una ciudad fuerte y poderosa, y allí fué donde el rey de Numidia se encerró con sus mujeres y tesoros para intentar la última resistencia. Despues encontramos el nombre de Gafsa citado varias veces, así en la historia romana como en

la eclesiástica. Conócense los nombres de cinco de sus obispos, uno de los cuales fué mártir. Si en nuestros dias la ciudad ha perdido toda su importancia, el suelo conserva siempre una asombrosa fertilidad, y aun hoy, el oasis de Gafsa es el mas rico y magnífico de todo el Djerid.

No intentaremos describir aquí las maravillas de un bosque de palmeras como el de Gafsa, pues ninguna pintura podria dar idea de ese gigantesco invernadero cálido, cuyo techo de palmas ondulantes, protege á cien piés de altura los mas diversos cultivos.

La datilera *(nakhla)* representa, para el hijo del Sahara, á la vez el banano y el bambú de las regiones tropicales: produce, además del fruto llamado *themer*, tan precioso en los largos viajes de los nómadas, sus útiles palmas (dje-

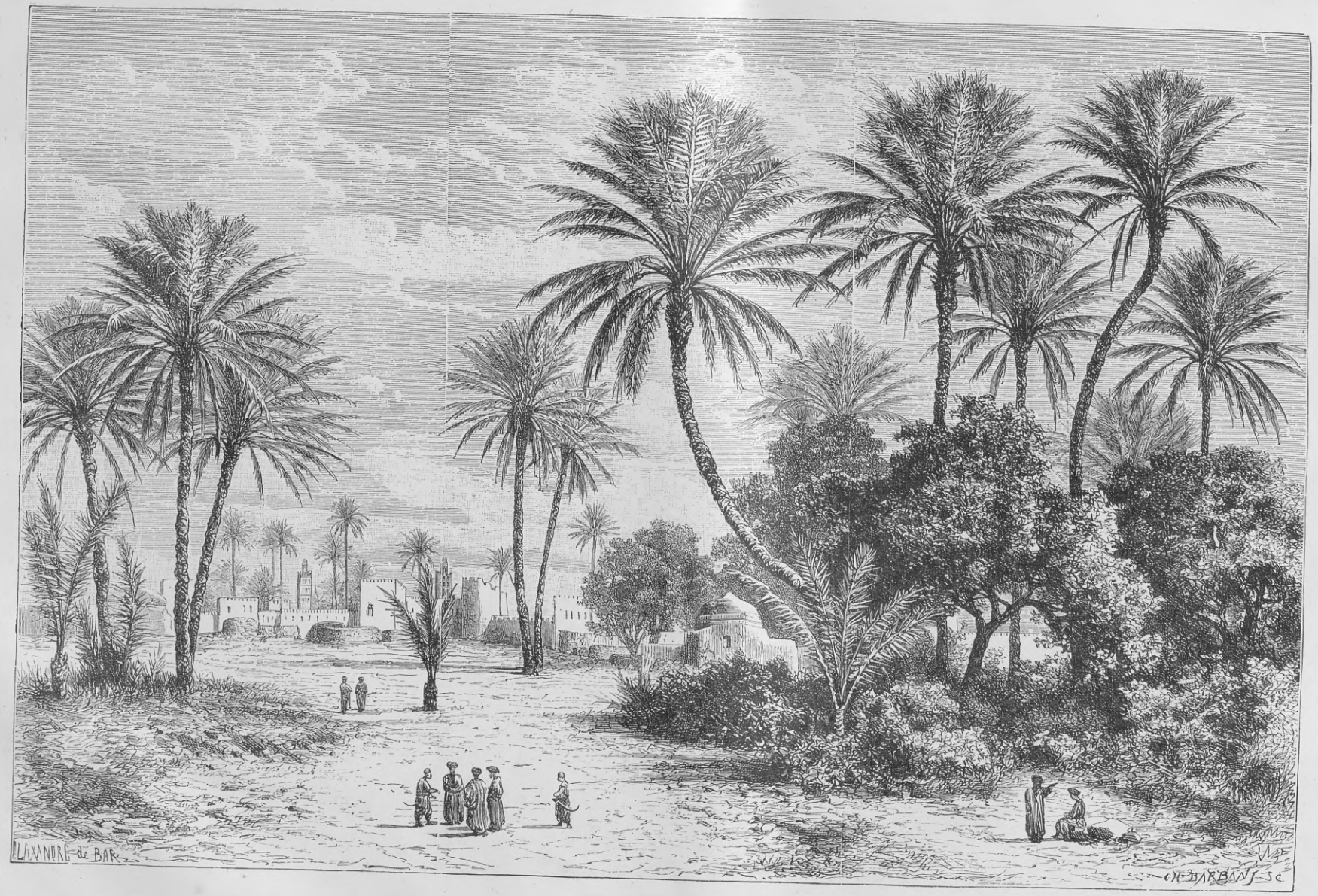


Una calle de Sfakes.—De fotografía

rid), que sirven para hacer esterillas, cestos, sacos y cuerdas; los tallos se utilizan como vigas para la construccion de las casas y de los pozos. La borra de las hojas radicales y del tronco (saaf) se emplea para rellenar albardas y confeccionar toscos tejidos; la sávia de las palmeras viejas cortadas (lagmi) constituye un coco de sabor dulce cuando es fresco, y sirve para hacer una cerveza regular cuando se fermenta.

Los dátiles de Gafsa son muy suculentos y rivalizan con los de Nefta, reputados como los mejores de Africa. Expórtanse á países lejanos, hasta Egipto, y representan un artículo de comercio de gran consideracion. Nada tienen de comun con los frutos recogidos antes de la madurez en los Zibaus ó el Souf para ser expedidos á Europa, ni tampoco con los que no maduran nunca, como los dátiles de Gabes y de la isla Djerba, que los mismos árabes dan á sus animales, aunque son poco delicados en cuanto al alimento.

Inútil parece añadir que todo cambio en la climatología de esta region produciria la pérdida de una fuente casi única de ingresos y de alimentacion, ocasionando la ruina de los oasis de Gafsa, de Tozzer y de Nefta; pero su cabeza no estaria ya en el fuego; y si se observaran los hechos, veríamos que los viajeros del porvenir que llegaran á los oasis á través del mar interior futuro, no podrian admirar ya sino algunas palmeras semejantes á las de Sfakes y Gabes, árboles de adorno con frutos amargos.

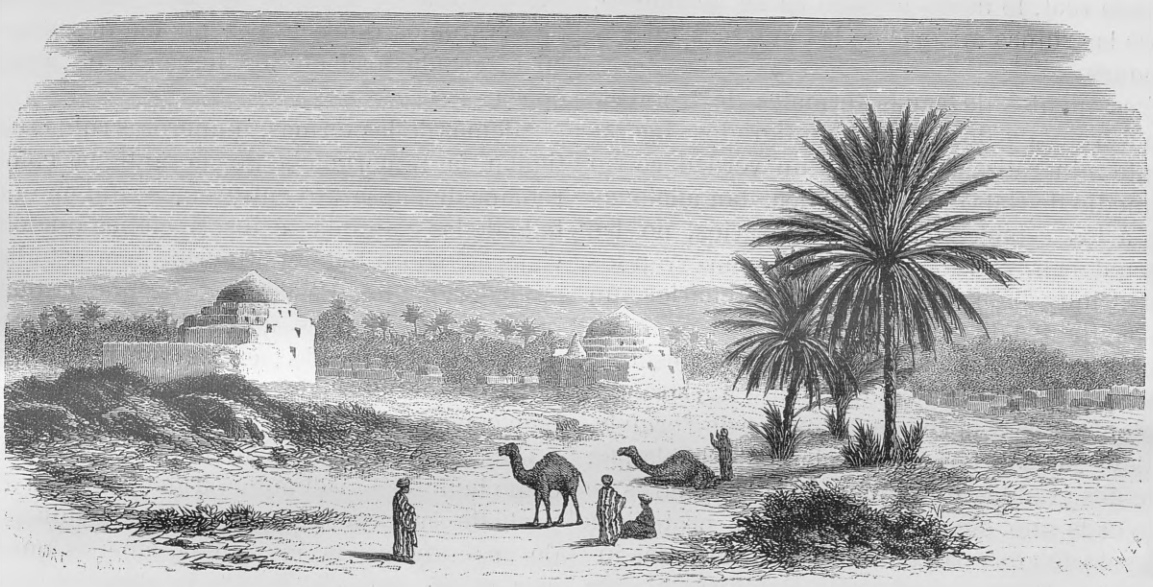


El oasis de Gafsa

En la actualidad las palmeras del Djerid pagan al tesoro tunecino un impuesto anual de un millon quinientas cincuenta mil pesetas; y los olivos de todo Túnez, comprendiendo los de Djerid, producen dos millones seiscientas diez y siete mil pesetas.

Bajo la sombra protectora de estas palmeras, la mayor parte de los árboles frutales de la Europa meridional pueden alcanzar gigantescas proporciones. La vid sube hasta la copa de los olivos, y produce uvas destinadas mas tarde á entrar como condimento en la confeccion del alcuzcuz de lujo; el almendro, el albérchigo, el albaricoquero, el ciruelo y el manzano crecen junto á las higueras, los granados y naranjos.

En marzo y abril la mayor parte de estos árboles están en flor, y por todas partes se exhalan perfumes deliciosos, en una atmósfera de suave luz, á través de las palmeras ondulantes. Durante la noche, las difusas claridades de un cielo de incomparable pureza, y los rayos de la luna prestan á estos bosquecillos fantásticos tintes, y ante este espectáculo, compréndese el entusiasmo de todos aquellos que han penetrado en los



El-Guettar.—De fotografía

oasis del Sahara, y particularmente en los de Gafsa.

El suelo arenoso puede producirlo todo, á condicion de recibir una cantidad suficiente de agua: aquí es en extremo abundante, y el sistema de riego de una sencillez particular. El terreno está dividido en cuadros circuidos de pequeños diques que forman canales con los contiguos. De vez en cuando se inunda el terreno completamente, practicando un corte en el dique; el agua corre por la superficie del suelo, y no se necesitan pozos artesianos, como en el Ouad-Righ, ni de galerías subterráneas como en el Fezzan, el Touat y el oasis inmediato del Guettar. Así es como los cultivos se suceden con maravillosa rapidez, sin dejar nunca descanso á la tierra. El tabaco, el pimiento, las habas, los guisantes, el melon, la calabaza, la remolacha, el tomate, la berengena, la cebada, el trigo, etc., son los principales cultivos que sirven para la alimentacion de los habitantes y el comercio exterior.

Además de su riqueza agrícola, Gafsa es tambien un verdadero centro industrial. Los inmensos ganados de los Hammemas, que ocupan la region inmediata, producen abundantemente la primera materia; y en Gafsa es donde se tejen la mayor parte de las mantas y albornoces vendidos en Túnez. Se confecciona el artículo corriente con lanas algo toscas, y las piezas de mas lujo con ligera seda mezclada con lana muy fina.

En Gafsa, un buen albornoz cuesta de cuarenta y cinco á cincuenta pesetas; en cuanto á esas inmensas mantas de vivos colores, único lujo entre los moriscos, su precio varía de cincuenta á sesenta, segun el tamaño; pero en Túnez se paga ya un doble.

Debemos añadir que las exacciones del ministro caido, durante los últimos años, habian sido un golpe funesto para la prosperidad comercial de Gafsa. Nos han dado á conocer muchos ricos industriales que se vieron despojados de sus bienes ó arruinados por los excesivos gravámenes, que hicieron cundir el desaliento

en la poblacion del oasis. Ahora, bajo la sabia y firme influencia del nuevo ministro Kheredine, renace la confianza, y todo hace esperar que en poco tiempo volverá Gafsa á ser la grande y poderosa ciudad de que nos habla Salustio.

Al llegar, fuimos á instalarnos directamente al Dar-el-Bey. El caid de Gafsa, personaje importante que es al mismo tiempo el caid de todo el Djerid tunecino, estaba ausente, y un oficial se encargó de hacernos los honores en su nombre.

El palacio del bey es una simple casa morisca, que en nada recuerda los esplendores de una morada real; lo único notable es su perímetro, sobre las ruinas mismas de las antiguas termas romanas.

Tres fuentes de aguas termales de treinta y uno á treinta y dos grados centígrados, ligeramente mineralizadas, forman un verdadero rio en medio de Gafsa. Los antiguos, tan aficionados á los establecimientos balnearios, no las descuidaban, y gracias á ello se conservan los restos muy bien, pudiendo aprovecharlos aun los habitantes del país.

El mayor de estos establecimientos está situado en medio de la ciudad, sobre nuestro alojamiento, y se conoce con el nombre de Termyle-el-Bey. No son termas propiamente hablando, sino dos grandes estanques, de diez metros de lado cada uno, sin bóveda ni tejado, protegidos tan solo de altas paredes contra las miradas indiscretas. Comunícanse entre sí por una bóveda que sostiene un puente; las paredes, bien conservadas, presentan varias inscripciones, que M. Víctor Guerin ha copiado (véase el grabado de la pág. 876).

Estas dos magníficas piscinas conservan aun hoy los nombres de «baño de hombres y baño de mujeres», y sirven á los habitantes para lavar su ropa y hacer sus abluciones.

Llegada la noche, pudimos bañarnos solos, y experimentamos un verdadero placer, olvidando en aquellas aguas tibias y límpidas el calor y la fatiga del dia.

En el interior de la ciudadela, donde hay una fuente semejante, se ve todavía un magnífico estanque romano y los restos de un establecimiento de baños que se extienden fuera del recinto de la fortaleza. Allí es donde van los israelitas, con sus mujeres y niños, para purificarse antes de las solemnidades pascuales.

En estas cálidas aguas viven innumerables legiones de peces y de serpientes negras: estas últimas, de las que presentamos algunas muestras en el museo de Lyon, parecen pertenecer á una nueva especie del género *tropidonotus*. En cuanto á los peces, estudiados por Desfontaines, han sido descritos por Lacepede bastante detalladamente para poder comprenderlos en casi todos los géneros de los acantopterigios conocidos. El estudio de este pez, del que llevamos numerosos ejemplares, nos ha permitido clasificarle en el género *chromis*. Un naturalista inglés, M. Tristam, se pregunta si no debe considerar un pez análogo descubierto por él en Tugurt, como el último vestigio vivo de la fauna que pobló el mar de Sahara antes de la época terciaria. Verdad es que ambos ofrecen caractéres suficientes para suponerlos afines de las especies exclusivamente marinas hoy dia. Sin embargo, observaremos que este pez no fué descubierto en el estado fósil en los terrenos de aquella época.

Además de las termas, numerosas ruinas atestiguan la importancia de la antigua colonia romana de Capsa. No entraremos aquí en el detalle de las columnas é inscripciones que otros viajeros, sobre todo M. Guerin, han estudiado cuidadosamente. Bástenos decir que la mayor parte de las casas se han edificado con restos antiguos y que á cada paso se ven puertas, paredes y porciones de casas romanas bastante bien conservadas.

Gafsa ha perdido mucho de su esplendor, tal como le describió el autor árabe el-Bakri. Una parte de sus casas se halla en estado ruinoso; y de sus numerosas mezquitas, apenas quedan seis en pié, mereciendo solo la atencion tres de ellas.

La gran mezquita tiene un elegante campanario de estilo morisco.

La ciudadela ó casbah, tambien muy hermosa, es una inmensa fortaleza rodeada de muros y de bastiones; el portal es sobre todo muy notable, así como otras varias partes; en el interior hay una fuente. Hoy dia, este recinto fortificado, donde se podria alojar un pequeño ejército, no contiene sino algunos soldados tunecinos, que entretienen sus ratos de ocio haciendo calceta.

La poblacion de Gafsa, una cuarta parte de la cual es israelita, consta de unas cinco mil almas. Las judías de este país tienen en Túnez una reputacion de hermosura que algunas de ellas justifican dignamente. Los habitantes, aunque poco acostumbrados á ver extranjeros, trátanlos con bastante benevolencia.

Despues de un indispensable descanso de tres dias, salimos de Gafsa para volver al camino de Sfakes por la Majoura. Este camino, aunque tan directo como los otros, no es frecuentado por las caravanas ni por los viajeros: era sin embargo la antigua vía romana, que la casualidad nos

hizo descubrir y seguir durante nuestro trayecto de regreso. A cada paso, algunas ruinas importantes indicaban el perímetro de un recinto fortificado ó de una cisterna.

Al salir de Gafsa se sigue el camino de Túnez en el espacio de unos veinte kilómetros, dejando el Djebel-el-Arbet á la derecha. Despues se oblicua al este, penetrándose en una llanura desierta y arenosa, donde se ve muy pronto un pozo de aguas muy sulfurosas, junto á unas importantes ruinas romanas de un establecimiento termal. En todo este camino los manantiales escasean, y no suelen tener sino agua salobre y mineralizada. Así se explica que este camino no sea mas frecuentado por las caravanas; y ofrece además el inconveniente de atravesar los campamentos y territorios recorridos por los Hammemas.

Desde el primer dia, fatigada nuestra caravana por un largo dia de marcha, hubo de acampar con precaucion fuera de uno de los aduares Erdedia, de la sub-tribu de los Ouled-Aziz. Fué preciso irse á dormir careciendo de todo, es decir, de agua y de alcuzcuz, que es el todo del desierto; y como nuestro chaouch amenazase con quejarse en Túnez, los jefes Erdedia le dieron el juicioso consejo de marcharse como habia venido, sin cenar, á fin de estar mas ligero y no cansar su caballo, privado de agua hacia veinticuatro horas.

Y sin embargo, estos aduares figuran entre los mas ricos, y poseen inmensos rebaños.

Al dia siguiente, á eso de las once, el calor era bochornoso, y nos hizo temer por nuestros caballos, que ya cansados de la víspera, no tenian fuerza para franquear los ochenta kilómetros que nos separaban de Oued-el-Leben, único punto donde podíamos encontrar agua. Resolvimos pues pedir hospitalidad al mismo caid de los Ouled-Aziz, Ahmed-ben-Alí, esperando nos acogeria mejor que sus súbditos. No nos engañamos: Ahmed-ben-Alí censuró severamente aquella infraccion de los deberes de la hospitalidad tradicional de los árabes, tan sincera y generosa, y para hacérnosla olvidar mandó que inmolasen carnero sobre carnero, ofreciendo un festin á toda su gente.

Es un hombre de gran inteligencia, dotado de un espíritu vivaz é investigador, que rara vez se encuentra en un árabe. Quiso informarse del uso de todos nuestros instrumentos de meteorología, y aprovecharse de nuestra presencia para tomar una leccion de francés, esforzándose por pronunciar, de una manera extraña, las palabras mas usuales. No pudimos sin embargo hacerle comprender que no habia palabras francesas para expresar el acto de esperar á su enemigo en el camino y matarle, sin que esto fuese un crímen. Tambien debimos renunciar á hacerle comprender que una cosa tan sencilla para él no era admitida en Francia. Su acogida fué de todos modos muy cordial; y al despedirnos le aseguramos sinceramente que se borrarian de nuestras notas y de la memoria los nombres de los jefes Erdedia, tan poco benévolos la víspera.

A las once de la noche nos ponemos en marcha al son plañidero y singularmente modulado de las cantinelas árabes que entonan nuestros camelleros. Damos la vuelta á Bou-Hedma, que hemos costeado por todas partes. Allí, el Oued-el-Keben comienza á humedecer las arenas con uno de sus brazos, pero en el instante de pasar nosotros estaba seco; únicamente el brazo alimentado por el Djebel-Melseri contiene un agua muy salada. Llegamos á las orillas por la mañana, y vemos huir ante nosotros numerosos jabalíes que se refugian en los bosquecillos de tamarindos y entre gigantescas cañas.

Estábamos de mala suerte con los Hammemas: en un aduar se nos dice que no es posible ofrecernos nada, rogándonos que pasemos mas tarde; pero continuamos nuestra marcha hasta que oscurece.

A las nueve de la noche, despues de veintidos horas de marcha, acampamos en la arena, sin agua para los caballos y camellos, sin cena para los hombres, y sin poder encender fuego, por temor á los Hammemas. Felizmente, la luna, que acababa de salir, permitia á nuestros centinelas explorar á lo léjos el horizonte.

Aquella noche tuvimos el gran placer de oir el grito de un chacal. Esta circunstancia, única en nuestro viaje, merece ser apuntada para edificacion de todos aquellos á quienes gusta oir aullar á las fieras por la noche, y que serian capaces de ir al sud de Túnez, solo para recrearse así.

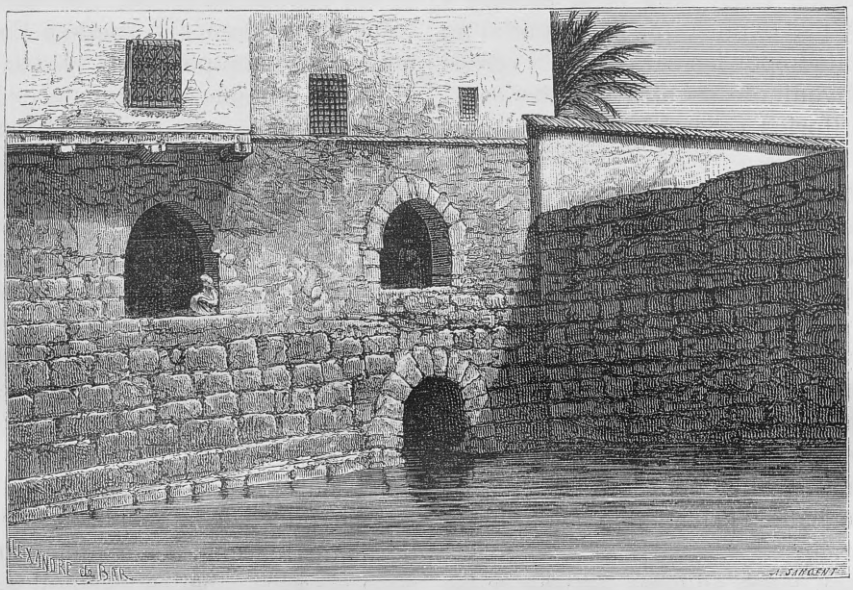
Al dia siguiente continuamos la marcha antes de amanecer, pues nuestros caballos no habian bebido hacia veinticuatro horas, y era preciso buscar agua cuanto antes. Con la mayor alegría llegamos á las nueve de la mañana al borde de una cisterna; pero ¡ay! el manantial estaba á setenta metros de profundidad, y era preciso un verdadero trabajo para sacar un cubo de agua caliente, muy sulfurosa y detestable. Nuestros caballos parecian sin embargo beberla con tanto placer, que pusimos manos á la obra para satisfacer la necesidad de todos.

Aquí hay un mausoleo romano de gran elegancia y en perfecto estado de conservacion; al-

rededor se ven numerosas ruinas en un gran espacio, las cuales parecen indicar un antiguo cementerio y un campamento atrincherado.

Desde aquí hasta el Oued-Harsei se ven tambien numerosas ruinas á cada lado del camino. El Oued-Harsei-Techal, cuyas aguas subterráneas se abren paso solo por algunos agujeros, está cubierto de sombra, gracias á unos magníficos olivos que sobre él extienden su frondoso ramaje. No fué poca fortuna encontrarlos, pues por la tarde sopló un simoun espantoso, y si no hubiéramos podido atar nuestra tienda á los robustos troncos, habria sido imposible tenerla en pié.

Nos felicitábamos de haber salido del territorio de los Hammemas, cuando en los alrededores de Sidi-el-Agherba nos dijeron que acababan de cometer nuevos desacatos. Una expedicion de sus jinetes habia emprendido una correría á veinticinco kilómetros de Sfakes, y á ciento sesenta de sus campamentos. En el combate que se siguió resultaron algunos muertos; pero los Hammemas huyeron al fin llevándose treinta camellos. Alcanzados por las víctimas del robo



Terma romana, en Gafsa.—De fotografía

en el sitio mismo de nuestro campamento de la víspera, pocos instantes despues de nuestra marcha, trabóse de nuevo la refriega; pero sin buen éxito para los árabes de Sidi-el-Agherba, quienes debieron volver á sus aduares sin los camellos. Hé aquí porqué al pasar nosotros, toda la poblacion estaba sobre las armas; pastores, peregrinos y muchachos, todos tenian viejos fusiles de chispa. Pasamos junto á uno de aquellos valientes, que llevaba orgullosamente un arma aunque carecia de gatillo. M. Mattei le ofrece algunos fósforos, para el caso de que le sea necesario hacer fuego, y el hombre los acepta sonriendo, porque conoce la broma.

Llegamos sin mas detencion á la zona cultivada que rodea á Sfakes, y á las cinco de la tarde entramos en la ciudad, donde nos cumplimenta toda la colonia francesa.

X

Regreso á Túnez.—Kerouan.—Dolmens.—Puente romano.—Ruinas —Djebel-Ressas.—Fin del viaje.

Pasamos varios dias en Sfakes, esperando vientos favorables que nos permitan ir á la isla Djerba y á Zerzis en una barca pescadora de M. Mattei; pero ¡ay! los vientos se obstinan en ser contrarios, y ni aun nos permiten ir á visitar la isla de Kerkenah, á dos horas de Sfakes. Deseosos de volver á Francia, debemos, pues, renunciar á ir á Trípoli y á visitar los Ourghemas.

¿Como compensacion se convino que volveríamos por el Kerouan y el Zaghouan; y el domingo 12 de abril salimos de Sfakes, aprovechando el regreso de una caravana que se dirigia hácia Túnez.

M. Mattei quiso acompañarnos hasta el territorio de los Methilit: allí era, en efecto, donde debíamos pasar la noche en casa del caid Si-Salah-Embarek.

Hasta Sidi-Salah, á diez y seis kilómetros de Sfakes, seguimos el camino ya recorrido; allí nos dirigimos ya hácia el oeste, y dejamos á nuestra derecha el camino de El-Djem.

Avanzando por el interior encuéntrase un país mas fértil y mejor cultivado que cerca del litoral, reconociéndose que están cerca las llanuras



Nómadas de la Regencia de Túnez

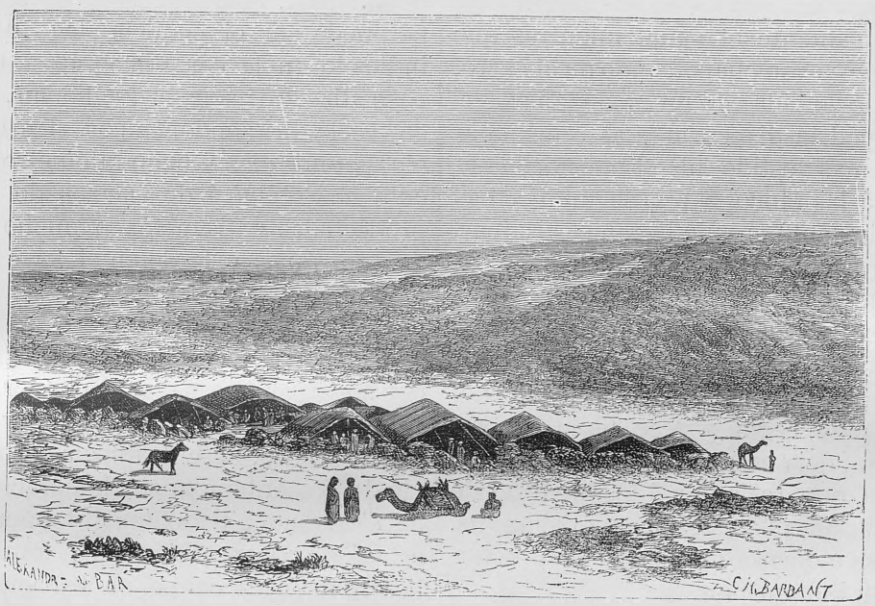
del Kerouan, el gran centro de la produccion agrícola de Túnez.

A las cinco de la tarde divisamos las tiendas de los Methilits, y poco despues, Si-Salah-Embarek nos hace los honores de su aduar. Este venerable anciano, magnífico tipo de la belleza árabe, es jefe general de los goums, y uno de los mas firmes sostenes del trono tunecino. Es un legitimista en toda la extension de la palabra, y solo reconoce á Alá y su bey. Muéstranos con orgullo las heridas que ha recibido por la buena causa, así como los presentes de su soberano.

Ofrécenos la hospitalidad en una tienda de cutí de fabricacion inglesa, lujo inaudito en Túnez; nos enseña sus coches, un caballo de guerra, magnífico potro árabe de gran belleza y valor, y sus riquísimos sables, de maravilloso temple, con los cuales se entretenia en su juventud en partir á un camello en dos pedazos de un solo tajo.

«Todo esto, nos dijo, pertenece al bey, y puesto que sois sus amigos, podeis disponer de ello.»

Nuestro patron lleva su cordialidad hasta el punto de introducirnos en su tienda particular, donde están sus mujeres y esclavas, y todas sus



Un aduar.—De fotografía

riquezas; pero no deja de indicarnos el valor de semejante prueba de confianza.

Durante toda la noche cae una copiosa lluvia, y nos regocijamos de la feliz coincidencia que nos permite pasar bajo una tienda de cutí impermeable, única en el país, la sola noche que ha llovido en Túnez desde nuestra llegada.

Al otro dia nos aprovechamos de la complacencia de Si-Salah y de sus profundos conocimientos de la region, para trazar nuestro itinerario preciso y nuestras etapas hasta Zaghouan, pues vamos á internarnos por un camino muy poco frecuentado por los viajeros y las caravanas, y una triste experiencia nos habia dado á conocer demasiado lo que valia la carta geográfica del estado mayor para que cometiéramos la imprudencia de contar aun con ella. Conformes con el parecer de Si-Salah, renunciamos á penetrar en la ciudad de Kerouan, que debemos dejar á la izquierda: segun la leyenda, Kerouan posee los restos del barbero del Profeta; y por eso es considerada como la ciudad santa de Túnez. El fanatismo religioso de sus habitantes y de sus numerosos peregrinos dificulta la entrada, y hasta es peligroso para los extranjeros. Además, en toda esta parte de nuestro viaje, y como habíamos cambiado nuestro pretendido itinerario, íbamos sin órdenes del bey. Por lo demás, debemos decir que á pesar de esta falta de papeles oficiales, los árabes nos han ofrecido por doquiera la mas franca y generosa hospitalidad.

A cambio de sus buenos consejos, Si-Salah, que ha oido hablar de varias de nuestras curas, nos ruega que le confiemos nuestro secreto. Le dejamos un frasquito de amoniaco, eficaz contra la mordedura de las serpientes, y queda sumamente satisfecho, convencido de que un medicamento de tan mal olor no podria menos de producir su efecto en todos los casos.

Al dia siguiente nos ponemos en marcha á las ocho: despues de recorrer algunos kilómetros, es preciso despedirnos de M. Mattei, y con lágri-

mas en los ojos nos separamos de aquel amigo de un mes apenas, cuyo buen corazon y carácter pudimos apreciar mas de una vez.

Al medio dia nos detenemos para almorzar, y Bel-Gessen, jóven de nuestra escolta, parte al galope, porque debemos pasar la noche en su aduar.

A las tres nos sorprende un verdadero chaparron de los países cálidos, y bien pronto quedan los albornoces y las ropas empapados en agua. En el mismo momento cruzan junto á nosotros los moradores de un aduar, á quienes tambien ha sorprendido la lluvia. Los hombres montados en sus caballos, y embozados en sus albornoces, reciben filosóficamente el agua, mientras que detrás, las mujeres van chapoteando en el barro, con las faldas levantadas de un modo tan exagerado que solo podria dispensarse al reflexionar que no tienen mas vestido que el puesto.

Por último, á las cinco, serénase un poco el tiempo, en el instante en que llegamos al aduar. Ya estamos en país conocido: el padre de nuestro hombre, que es sub-jefe de la tribu, nos recibe con la mayor cordialidad, y junto á un buen fuego, sécanse muy pronto nuestras ropas. En ausencia del jefe, su hijo manda preparar la cena; pero interrumpido, segun parece, en la celebracion de su boda, deja escapar algunas palabras de mal humor, que resienten á los hombres de nuestra escolta, los cuales rehusan el alcuzcuz, prefiriendo irse á dormir sin cenar para manifestar mejor su indignacion.

Bastante mal instalados en una tienda árabe, donde es preciso permanecer agachados, dormimos muy mal, molestados de contínuo por las detonaciones con que se celebran durante toda la noche las bodas del hijo del jefe.

Resueltos á dejar la ciudad de Kerouan á la izquierda, nos dirigimos un poco al este, directamente hácia el lago del mismo nombre.

Este inmenso chott conocido con el nombre de Sebkha de Sidi-el-Hani, cuyas arenas movedizas amenazan sepultar las caravanas, no tiene menos de treinta y seis kilómetros en su mayor dimension; solo media catorce por donde pasamos nosotros.

Durante la travesía nos asaltó un verdadero huracan, el cual dificultó las precauciones que deben tomarse para no hundirse en las arenas movibles. Llegamos no obstante sin accidente á la otra orilla, y al pequeño marabut de Sidi-el-Hani, que ha dado su nombre á la Sebkha. Está situado en una colina, rodeada en parte por un pequeño lago lleno de ánades salvajes y caza acuática. La vegetacion es allí mas vigorosa; magníficos campos de cebada ocupan una extension que se pierde de vista, y es una verdadera lástima que los caballos pisen, por falta de senderos, estas verdes cosechas.

Vamos á pedir hospitalidad á los descendientes de Sidi-el-Hani, y uno de los suyos nos cede su tienda, desgraciadamente con todos sus accesorios, perros, cabras y gallinas, que apenas nos dejan dormir.

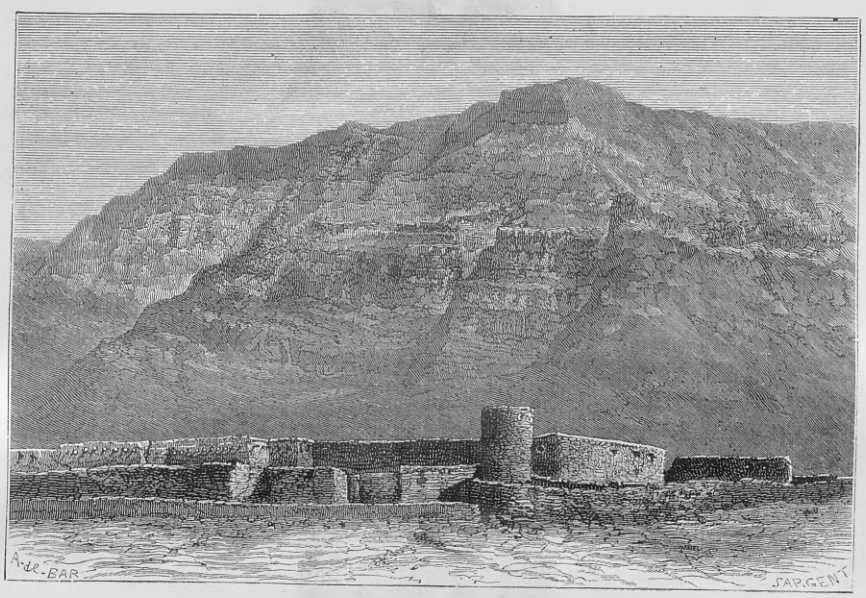
Al salir del marabut de Sidi-el-Hani, y al dirigirnos hácia los montes del Zaghouan, nos extrañó mucho hallarnos, á las pocas horas de marcha, á orillas de un inmenso lago lleno de pesca, que medía al menos treinta kilómetros de longitud. Esta extension de agua dulce, que no puede ser el pequeño lago de agua salada indicado en la carta geográfica, nos cerraba el paso directo hácia el Zaghouan, y fué preciso costearle dirigiéndonos por el este, en el espacio de unos diez y ocho kilómetros. Este obstáculo nos obligó á desviarnos de nuestra línea proyectada, y disgustónos mucho encontrarnos de nuevo por la tarde en el ksar de los Ouled-Said, á unos quince kilómetros del Mediterráneo.

Al llegar al Zaghouan, bien á pesar nuestro, por los pasos que hay á la izquierda del Djebel Takroun, camino abandonado por los viajeros y las caravanas, descubrimos á corta distancia del pié de la montaña una aglomeracion de doscientos cincuenta á trescientos dolmens en perfecto estado de conservacion. Esta inmensa necrópolis prehistórica ocupa un espacio cuadrado de quinientos metros. Cada dolmen, uniformemente orientado de este á oeste, está circuido de un recinto de piedras hundidas en tierra, de seis á siete metros de diámetro. En algunas la parte superior, que mide de dos á tres metros de lado, ha sido derribada; pero las mas están perfectamente intactas. No hemos visto su existencia indicada en ningun relato de viaje por Túnez. Desgraciadamente fué preciso contentarnos con tomar notas sobre el sitio, y ya se comprenderá nuestro sentimiento al dejar vírgen semejante tesoro, por falta de tiempo y medios para explorarle.

Al acercarnos á la montaña atravesamos un barranco por un magnífico puente romano bastante bien conservado, y comenzamos á subir, deteniéndonos cerca de un rico manantial de agua de la montaña, rodeado de ruinas romanas. Desde las alturas se descubre el mar, entre Hammamet y Hergela. El paisaje es encantador, sobre todo al salir de las llanuras monótonas del desierto, y el agua de la montaña nos parece deliciosa despues de las aguas salobres de los dias anteriores.

Desde este punto á la ciudad de Zaghouan, el viaje fué para nosotros un paseo delicioso, como el que pudiera darse por un parque inglés; cruzamos un magnífico bosque, uno de los mas extensos de Túnez; ocupa cuarenta mil hectáreas, y en todo él no hay mas esencias que la tuya ó el árbol de la vida *(Callyotris quadrivalvis)*.

Por la tarde hicimos nuestra entrada en la ciudad de Zaghouan, una de las mas pintorescas de Túnez. Graciosamente escalonada sobre una estribacion que se destaca del pié mismo de la montaña, ofrece al viajero procedente del sur el nuevo espectáculo de las aguas corrientes, frescas y límpidas, y de una espléndida vegetacion á que no está acostumbrada la vista. Por lo demás, es un punto visitado con frecuencia, no solo por la belleza del sitio, sino porque ofrece á los viajeros en Túnez magníficas ruinas romanas. Allí es donde comienza el inmenso acueducto, obra de ingenieros franceses, que lleva á Túnez las aguas del Djebel-Zaghouan, siguiendo y utilizando el antiguo acueducto que alimentaba á Cartago. En los flancos de la montaña, en el punto



El Djebel-Arbet.—De fotografía

mismo donde aun hoy se recogen las aguas, vense los restos de un soberbio templo romano, tal vez dedicado á la divinidad del manantial. Esta construccion grandiosa, todavía bien conservada, tiene la forma de un vasto hemiciclo, que rodea un estanque central; en el fondo hay un altar, y á cada lado doce nichos, pero sin estatuas. Encontramos los restos entre los escombros, y tambien varios pedazos de un busto de emperador romano. La fachada, que tiene dos magníficos pórticos, está en un reborde cortado á pico en el flanco de la montaña. Desde aquí se descubre la inmensa llanura donde serpentea el acueducto hasta Túnez, y tambien se divisan las faldas redondeadas del Djebel-Sidi-Salem, así como las crestas agudas del Djebel-Ressas, hácia el cual debemos dirigirnos al dia siguiente.

Al salir de la ciudad de Zaghouan por una bonita puerta romana, dejamos el camino directo de Mohamedia-Oudna y Túnez, seguido comunmente por los viajeros. Despues de cruzar el bosque de olivos que cubre el fondo de este valle, surcado de corrientes de agua por todas partes, nos elevamos sobre las pendientes cubiertas de bosque de Djebel-Sidi-Salem, para ganar el valle del Oued-Ramel y el Djebel-Ressas. El camino por el valle, que seria el mas directo, es impracticable á causa de las profundas cortaduras que trazan los numerosos barrancos de las pendientes opuestas. Es preciso elevarnos casi sobre la línea de altitud por caminos accesibles solo para las cabras y los caballos árabes. Despues volvemos á bajar hácia las orillas del Oued-Ramel.

En el lado derecho del barranco, y á pocos kilómetros del Djebel-Ressas, vemos unas considerables ruinas romanas, que no se indican en el libro de M. Víctor Guerin; en este lugar se hallan asimismo los restos de un establecimiento de importancia que se podria reconstruir en parte mentalmente. Las partes mejor conservadas son inmensas cisternas con bóveda, construidas segun el mismo plano que las de Cartago,

aunque en proporciones menos grandiosas; ocupan un espacio de sesenta metros de longitud por veinticinco de anchura poco mas ó menos, y algunas de las bóvedas se conservan intactas. Situadas en un camino poco frecuentado, estas ruinas no han sido objeto de estudio, y debemos contentarnos con indicarlas.

En el lado sudoeste, por donde abordamos la montaña del Djebel-Ressas al otro dia, no se encuentra camino alguno, y la marcha es muy



Muchacha y niño de una tribu nómada tunecina.—De fotografía

fatigosa entre moles derrumbadas sobre una pendiente sumamente rápida. Por todos lados presenta el Djebel el aspecto de un pedregoso muro escarpado que termina por una especie de escotadura, bastante análoga á una silla de montar árabe, y visible hasta desde Túnez.

A las tres horas de una penosa ascension se llega por fin á esta escotadura, desde donde se contempla un panorama espléndido, aunque no tan magnífico como el que se ofrece á la vista al escalar la roca de la derecha y llegar al punto culminante. El azulado Mediterráneo traza los bellos contornos ondulantes del golfo de Túnez, perdiéndose en el horizonte al otro lado del cabo de Cartago. La península, terminada por el cabo Bon y el golfo de Hammamed, ocupa la extremidad derecha; la izquierda se descubre en Túnez y sus dos lagos, el Bardo y el Ariana; la Goleta parece flotar sobre las aguas y las puntas agudas del Djebel-Bou-Karnim. Para encontrar un límite en el horizonte, es preciso volverse hácia el sud y mirar al Djebel-Zilk, las montañas de Kerouan, y en un primer plano las del Djebel-Zaghouan. Bajamos por el lado opuesto á

la muralla, y vimos las minas de plomo que han dado el nombre á la montaña, así como el antiguo camino de explotacion.

Segun nuestras observaciones, la altura del Djebel-Ressas excede un poco de setecientos metros; la del Bou-Karnim es de quinientos ochenta y nueve.

Al desviarnos del Djebel-Ressas, bastábanos dar la vuelta al Bou-Karnim para encontrarnos de nuevo en el camino ya recorrido que conduce desde Hammam-el-Lif á Túnez.

Desde nuestro primer pasaje, el agua de los barrancos habia desaparecido; los viajeros y las caravanas podian atravesar por tierra firme; así es que aquella misma noche nos fué dado entrar en Túnez, á los cuarenta y ocho dias de una expedicion que á pesar de muchas fatigas se habia efectuado felizmente.



Puerta romana en Zaghouan.—De fotografia

Nuestra mision habia terminado: despues de consagrar algunos dias al reposo y á visitar detenidamente las ruinas de Cartago, de las cuales no podemos hablar aquí, no nos faltaba sino dar gracias á todos aquellos que por su benévolo concurso habian facilitado nuestro viaje; y el 28 de abril nos hacíamos á la vela en direccion á Francia.

Túnez (1).

Los barrios.—Los monumentos.—La residencia del bey.—Las casas.—Las quintas.—Las fiestas.—Los cementerios

«Se han prodigado á Túnez, dice M. Amable Crapelet, á la vez los elogios y las injurias. Los antiguos la llamaban sencillamente Túnez la blanca (2); los árabes la titularon sucesivamente «la gloriosa», la «verdadera», la «floreciente», la «industriosa», la «bien guardada»; y hasta la «mansion de la felicidad.» El doctor Luis Franck, que habia sido médico del bey Hamoudah, proponia sustituir á todos estos epítetos el de «la fétida» (fassa deh).

»Se ha comparado su forma con la de un albornoz tendido sobre un plano inclinado, siendo el Kasbah la capucha. Los musulmanes habitan en la parte alta: los barrios de los francos, malteses, italianos y judíos, están situados en la ciudad baja y en los arrabales.

(1) Como complemento á la descripcion de Túnez hecha por M. Rebatel, creemos oportuno añadir algunos nuevos detalles debidos á M. Crapelet, que há poco tiempo visitó dicha Regencia.

(2) Diodoro de Sicilia

»El recinto de la ciudad propiamente dicha está almenado y tiene cinco puertas; y los dos arrabales se hallan igualmente circuidos de muros. El contorno entero de Túnez podrá tener una extension de ocho kilómetros.

»Entre los monumentos que merecen particular mencion, figuran en primer término el palacio del bey y el de la municipalidad, ó Kasbah. El primero, que no tiene nada de notable exteriormente, está decorado en el interior con suntuoso lujo al estilo morisco. Allí es donde se alojan los extranjeros ilustres. El bey tiene su residencia ordinaria á tres leguas de Túnez á orillas del mar; la oficial del gobierno es el Bardo, gran castillo flanqueado de torres y bastiones, que se halla á dos kilómetros de Túnez por la parte noroeste: en el interior están la escuela politécnica y la prision de Estado, y tambien hay una calle de tiendas.

»Entre la ciudad y la fortaleza se extiende un lago, el *Sebkates-seldjouny*, que está casi seco durante la estacion calurosa.

»En el palacio del bey se admira sobre todo una gran galería de cristales de color, cuyo techo está adornado de arabescos preciosos. Dícese que sirven á las princesas mas de mil mujeres, entre griegas, georgianas, circasianas y negras. En los patios se ven vagar gacelas y aves raras; y en los jardines hay geranios rojizos que parecen grandes arbustos y contrastan con los frutos de oro de los naranjos.

»Pero volvamos á Túnez: algunas horas antes de ponerse el sol, ciérranse las tiendas, y todos los ruidos cesan. Cuando cierra completamente la noche, cada cual se retira á su casa, y ya no se ven por las calles mas que algunos extranjeros.

»Rara vez tienen las casas mas de un piso, y todas ofrecen la misma forma, que es muy elemental: se reduce á una mole cuadrada, en medio de la cual hay un patio, rodeado por las habitaciones; en este patio, un gran toldo preserva á los habitantes de los rayos del sol; y por una estrecha escalera se sube desde la galería al terrado.

»En verano se reunen los vecinos en las azoteas para disfrutar del fresco, contemplando las estrellas, mientras se toma café y se fuma. A veces parecíame percibir sonidos lejanos, que se extinguian en los aires: eran los de alguna melodía. Con frecuencia veia bajar algun pequeño pastor de la montaña, precedido de un rebaño de carneros; un solo perro cuidaba de mantener entre ellos el órden, mientras que el hijo del desierto, perezosamente sentado en un camello, tocaba en una flauta de caña algun aire melancólico, que le habrian enseñado los viejos pastores.

»En casi todas las casas hay cisternas para recoger las aguas llovidas, pues apenas se emplean otras.

»Durante los meses de junio, julio y agosto se dejan sentir los fuertes calores, y el termómetro marca á la sombra de veinticuatro á treinta grados.

»Entonces, los habitantes que disfrutan de alguna comodidad se retiran al campo en busca de la frescura de inmensos jardines, que tienen espesos bosquecillos de lentiscos, de jazmines, granados y naranjos; pero algunas veces se paga caro este placer. Los caminos no son muy seguros, y así es que rara vez se vuelve de la ciudad por la noche, siendo preciso cerrar, durante las horas de esta, con barras, llaves y cerrojos. Además se tienen siempre armas á mano.

»Por medio de una noria se riegan abundantemente los arbustos y las flores. Ninguna imágen podria dar idea de la profunda calma de estos deliciosos oasis; algunas veces he pasado horas enteras debajo de las sombras sin percibir el mas leve rumor, ni un sonido, ni un murmullo, como no fuera el aleteo de alguna avecilla, ó sus armoniosos trinos al pasar cerca de mí.

»Los habitantes de las quintas reciben á los viajeros con la mas sencilla y sincera cordialidad. Aquel que se presenta á la puerta es introducido al punto en el interior por dos indígenas; se le hace sentar en un divan rodeado de bananos, delante de un estanque circuido de magníficas flores; y despues le presentan la pipa para que fume hasta la llegada del dueño.

»No se conoceria bien á los tunecinos si no se asistiera á una de sus fiestas. He visto la del primer dia del mes de *schowal*, que llaman *Aid-el-esrir*, ó el pequeño Bairam. Despertáronme á primera hora las salvas de artillería, y me levanté presuroso: las calles estaban llenas ya de musulmanes que vestian sus trajes mas lujosos; y toda la poblacion estaba muy animada. En tal dia es necesario aparentar que se está contento, aunque se tengan graves motivos de tristeza: un rostro ceñudo, durante el *Aid-el-esrir* indicaria impiedad. Estos habitantes se abrazaban unos á otros como hermanos, y en las plazas se habian organizado varias clases de juegos, circulando los refrescos por todas partes. Entre las demás fiestas celébrase sobre todo con solemnidad el *Mouled*, aniversario del nacimiento de Mahoma. El envío del firman de investidura por el sultan es tambien motivo de diversiones y regocijos públicos.

»Cuando se sale de Túnez por la puerta que

conduce á las ruinas de Cartago, encuéntrase un cementerio. En un rincon de este, debajo de una palmera, me han enseñado una tumba á la que dan el nombre de *Tumba del último Abencerraje*. No tiene nada de notable; la piedra sepulcral es muy tersa, pero segun la costumbre de los moros, se ha practicado en el centro una pequeña excavacion con el cincel. El agua llovida llena esta especie de copa fúnebre, en la que van á beber las aves. Esto es lo que dice Chateaubriand al terminar su relato de las *Aventuras del último Abencerraje*. Yo hubiera querido encontrar la tumba de Aben-Hamet, que inútilmente busqué: un viajero que me ha precedido cree haberla visto no léjos de la puerta del Mar, en un cementerio musulman: la palmera ha desaparecido; la tumba, rodeada de un pequeño jardin, se halla casi ruinosa.

»Al gran cementerio de Sidi-bel-Hassen es donde van las mujeres en gran número á llorar, gemir, y arrancarse los cabellos sobre las tumbas.

»El cementerio israelita está perfectamente cuidado por sus guardianes: los sepulcros están blanqueados con cal, y hay varias tumbas de mármol.»

II

Division administrativa. — Poblacion. — El gobierno. — La justicia — Los juicios del bey. — Los castigos.

«El territorio de la Regencia, continúa M. Crapelet, se divide administrativamente en califatos y en dos partes iguales, la de *invierno* y la de *verano:* se llaman así, segun dice el doctor Frank, porque el bey del campamento, título que se da siempre al heredero presunto del poder (1), recorre con su ejército en verano una de estas partes y en invierno la otra, para cobrar los impuestos. El cuartel de verano comprende la parte que se extiende al norte y al noroeste de la capital hasta las costas que dependen de Argelia; todo el espacio que se halla al mediodía constituye el cuartel de invierno.

»La raza tunecina es generalmente hermosa: los hombres son enjutos de carnes, y hay pocos tullidos ó contrahechos. Su vida sobria y tranquila les preserva de muchas enfermedades que son comunes en Europa.

»Las mujeres moriscas son verdaderamente hermosas; tienen frescos colores, ojos grandes muy rasgados y expresivos; y el cabello de un color negro azulado, dispuesto en trenzas que caen sobre las espaldas; pero pecan de algo gruesas, si bien es verdad que así en Túnez como en los mas de los países orientales esto es una condicion esencial de la belleza. Asegúrase que las tunecinas poseen una receta segura para engordar, la cual consiste en comer carne de perrillos.

»Las mujeres ricas se engalanan con adornos de oro y de plata, pequeños espejos, pedrería, cadenillas y corales; las de la clase mas ínfima deben contentarse con abalorios y objetos de quincallería de cobre.

»Al nacer los niños, tienen el cútis blanco, como el europeo, aunque mas mate; pero el ardor del sol les comunica poco á poco un tinte oscuro que en rigor no tiene nada de desagradable.

»La forma de gobierno es la de una monarquía hereditaria.

»El bey es aun nominalmente vasallo del sultan de Constantinopla. Al advenimiento de cada nuevo bey, el Gran Señor envia el gran caftan de honor y un firman de investidura, lo cual indica que el sultan no ha renunciado á todo derecho sobre los antiguos Estados berberiscos. Los beys no creen necesario rechazar la insinuacion, y aparentan considerarla como un acto que solo tiene relacion con la autoridad religiosa del jefe de los creyentes.

»A decir verdad, hace ya mucho tiempo que Túnez se muestra inclinada á rendir homenaje mas bien á Francia; y en efecto, todo lo puede esperar de nuestras simpatías, y tambien temer de nuestro descontento, sobre todo desde que estamos en posesion de Argel. Inglaterra tiene tambien la pretension de ejercer algun influjo sobre la Regencia; pero está demasiado léjos. De todas las ciudades musulmanas, Túnez es tal vez aquella donde los franceses están mas asegurados por la buena opinion que de ellos tienen los indígenas.

»La autoridad del bey, salvo las consecuencias que pueden resultar de la nueva constitucion, es completamente absoluta ó despótica. Cierto que consulta á su consejo ó al divan; pero siempre está libre de obrar á su antojo.

»Hablemos ahora de la justicia; en ella debemos fijarnos ante todo cuando se quiere apreciar el estado de civilizacion de un pueblo; del mismo modo que el médico pone el dedo sobre la arteria de un hombre cuando necesita averiguar cómo está de salud. A tal justicia tal civilizacion.

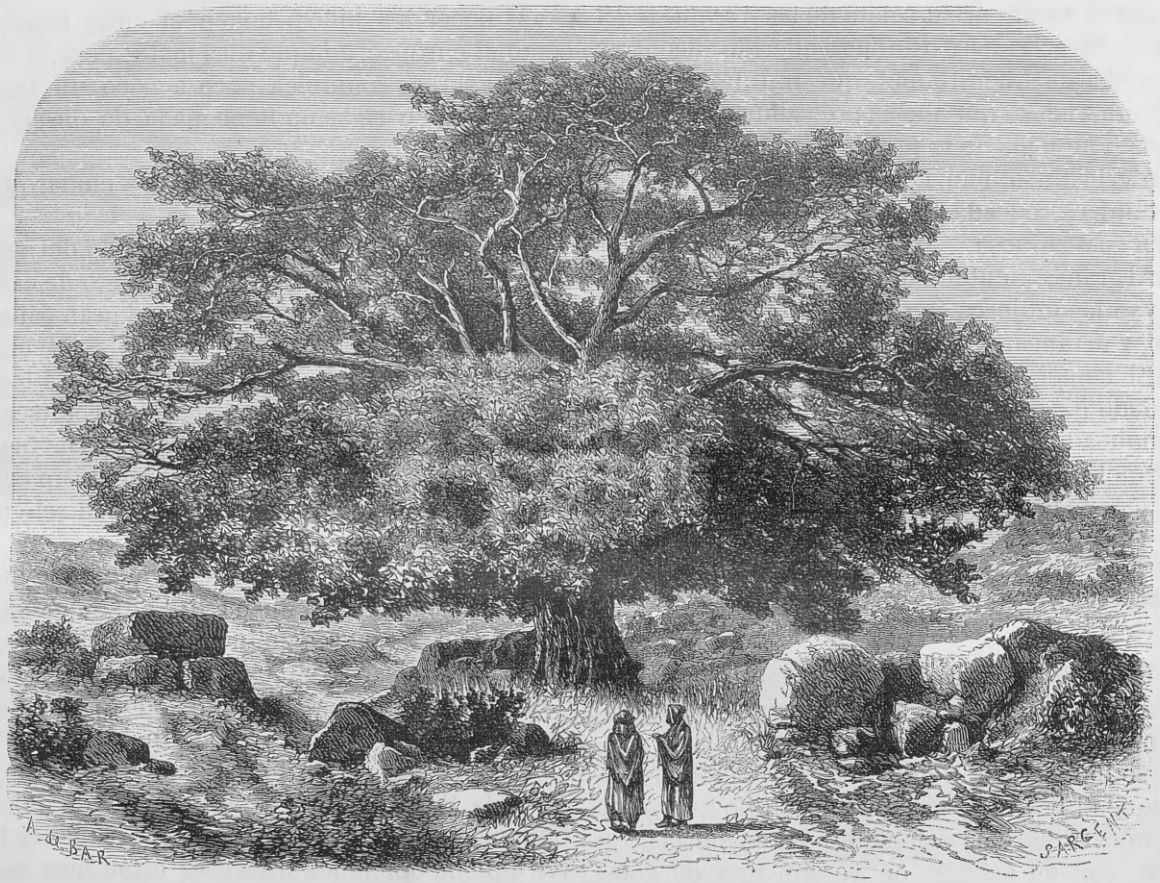
»El bey es el primer magistrado del reino: este hecho es por sí solo una enormidad; indica que la forma de gobierno es arbitraria en el mas alto grado, pues todos los poderes se confunden en uno solo.

(1) El heredero presunto es, no precisamente un hijo del bey reinante, sino el mayor de toda la familia.

»¿Debe el bey juzgar cuando menos con arreglo á un código escrito, ó tomando consejo de un tribunal? No; todo lo hace por sí mismo; y ahora vamos á ver las consecuencias.

»Tres ó cuatro veces á la semana se sienta en un trono, en el interior de una tienda espléndida colocada frente á su palacio de la Marsa; y un maestro de ceremonias, el bach-amba-el-bey, anuncia que la audiencia queda abierta. Entre quien quiera á pedir justicia, puede estar seguro que se le despachará muy pronto. Demandante y defensor, reclamante ó culpable, hablan uno despues de otro, y muy poco tiempo, pues hay muchos asuntos de qué tratar; é inmediatamente, el augusto magistrado decide quién tiene ó no razon.

»Ahora bien, el reclamante que en el fondo está en su derecho puede haber sido intimidado



Un algarrobo de Túnez.—De fotografía

antes, ó tal vez sea torpe para explicarse, ó acaso tenga una fisonomía brutal, desagradable é insolente; mientras que su adversario es respetuoso, diestro, buen lógico y elocuente en su lenguaje.

»El juez, por su parte, por muy soberano que sea, quizás tenga un carácter demasiado impresionable, y sea poco perspicaz, ó bien esté de mal humor el dia del juicio; y en estas condiciones, fácilmente podria emitir un fallo injusto.

»Y adviértase que para el que pierde su causa en pocos minutos no se trata de nada menos que de la ruina, del presidio, de la mutilacion ó estrangulacion, y acaso de la muerte.

»He visto, sin embargo, europeos que tenian valor para extasiarse ante esta justicia patriarcal. Cítanse los juicios de Luis IX, que era un santo, y no se recuerdan los de Luis XI, que era un hombre parcial y cruel.

»No faltan anécdotas divertidas, las cuales tienden á demostrar que ciertos beys han tenido la sabiduría de Sancho Panza en su ínsula Barataria.

»Cierto dia, un moro cita ante el bey (era Hamoudah-Bajá) á un ciudadano de buena reputacion. Manifiesta que ha perdido su bolsa, y que aquel individuo la encontró y se la ha devuelto; pero que solo contenia veinte zequíes (monedas de oro), mientras que cuando cayó en tierra encerraba ciento, por lo cual presumia que el acusado sustrajo ochenta. El bey parece perplejo y reflexiona; pero de pronto, se ilumi-

na su inteligencia: pide la bolsa, manda traer cien zequíes, y trata de introducirlos en aquella; pero ve que no caben ni aun cincuenta. Entonces invita al demandante á que trate á su vez de hacerlo, y no pudiendo conseguirlo, el bey le condena por haber hecho una acusacion injusta. ¡Qué Salomon!

»Cítanse tambien ejemplos muy distintos. Se ha encontrado una vaca, y dos árabes se disputan su posesion. ¿Quién es el que ha puesto primeramente la mano sobre ella? ¡Gran debate!

»Esta vez no reflexiona el bey largo tiempo: se apropia la vaca, envíala á sus establos y añade: «Que venga á buscarla el verdadero propietario si le place; pero recibirá cien palos en castigo del poco cuidado que ha tenido del animal.»

»Otra vez, un joyero acusa á un anciano doméstico de haberle robado varias joyas: el acusado se defiende con negativas y lágrimas; mientras el reclamante no puede probar su acusacion. El soberano se irrita muy pronto, y manda que se distribuyan quinientos palos entre las dos partes. El doméstico habia recibido ya cincuenta, cuando se presentó la hija del joyero diciendo que ella era la única culpable. Su padre salió del paso haciendo un regalo al bey.

»Cuando este último está ya cansado, el bachamba-el-bey grita: «*¡El afia!* (la paz),» y todos se retiran.

»Un tribunal de Europa, dice M. Frank, no podria examinar en un mes tantas causas como el bey despacha en una sola mañana. Dispensar justicia con celeridad es muy bueno; pero ante todo debe procurarse que aquella sea justa.

»Aunque el país donde se administrase justicia de este modo fuera el mas delicioso del mundo, no iria yo seguramente á establecerme en él.

»Al sur de la Regencia, en la extremidad fronteriza, la pequeña ciudad de Nefta vive léjos de las agitaciones de la capital, en un nido odorífero de limoneros y naranjos, debajo de las frescas sombras de gigantescas palmeras. Un bonito lago, aguas corrientes, una vegetacion asombrosa y sitios pintorescos y románticos, convierten á Nefta, segun dice M. Dunant, en un oasis delicioso. Los habitantes se dedican al comercio, son pacíficos y muy corteses.

»¡Magnífico cuadro! pero solo haré una pregunta. ¿Quién dispensa justicia en Nefta?

—»El cadí, y si está ausente el sebi-cadí.

—»¿Sin juez alguno?

—»Por supuesto.

—»¡Muy bien! Que habite en ese paraíso terrestre quien quiera. Yo prefiero el mas pobre hogar, en las mas áridas arenas, bajo la proteccion de las leyes.

»El tribunal compuesto de un solo cadí se conoce con el nombre de cherialennabi.

»El tribunal superior, constituido por varios cadís ú otras personas, se llama rebaid-el-kabla.

»Debo reconocer que todos los tunecinos son iguales, poco mas ó menos, ante la arbitrariedad de los jueces. Solo hay diferencia en la manera de dar muerte á los condenados.

»Los turcos koulouglis tienen el privilegio de ser estrangulados en una de las salas de la ciudadela.

»Los moros, el de que se les corte la cabeza con el sable en el Bardo. Dos ejecutores se colocan, uno á la derecha y otro á la izquierda del condenado, á quien se venda los ojos: el primero pincha al paciente en el brazo con la punta del sable, mientras el otro, aprovechando el momento en que tiene la cabeza inclinada sobre el hombro derecho, sepárala del tronco de un solo golpe.

»A los marroquíes y soldados kabilas se les ahorca sencillamente en la puerta de Bab-el-Suec.

»Los militares son fusilados.

»Hasta 1818 se acostumbró á quemar los judíos; pero los tunecinos se quejaron, diciendo que esto les comunicaba la peste.

»Tambien se ha renunciado á dar muerte á las mujeres ahogándolas en el lago, porque este no tiene suficiente fondo; pero en cambio se las trasporta á la isla Kerkena, al golfo de Gabés.

»Así en Túnez como en todos los demás países donde se impone como castigo cierto número de palos, esta pena puede ser capital segun la manera de aplicarla. Los ricos pagan á los verdugos para que no peguen con demasiada fuerza.

»Se me olvidaba decir que tambien se impone la pena de cortar un brazo ó la mano.

»Asegúrase que en otro tiempo se suspendia con una cuerda del cuello de un ladron su mano cortada, paseándosele despues montado en un burro.

»A los rateros se les envia al presidio que hay en la Goleta.

»A pocas millas de Túnez se halla la mas importante corriente del reino, el Medjerdab (*Bagradas* de la antigüedad). Este rio, despues de bañar los valles interiores designados con el nombre comun de Frygyab, desde el oeste-sud-oeste al noroeste de la república, aumentando su caudal con el de varios afluentes, entre otros el Soudjeras, el Oued-el-Boul, y el Oued-es-Serrat, pasa cerca de las ruinas de Utica, donde Caton el jóven se dió muerte. Cerca de este rio, segun dicen, fué donde Régulo hubo de combatir contra una serpiente monstruosa. ¿Será una

fábula? ¡Quién sabe! Cada dia somos menos crédulos, y á medida que es mayor nuestra ciencia, nos demuestra mas evidentemente cuánta es nuestra ignorancia.

»Las orillas del Medjerdab son muy pintorescas: yo le crucé por el Oued-Medjerdab, cerca de las ruinas de un puente romano. El rio está en parte cubierto de sombra en ambas orillas, gracias á las datileras y bananos que allí crecen. La higuera de Berbería y los laureles rosa completan la decoracion. Las caravanas cruzan con bastante frecuencia el Medjerdab por varios puntos: al remontar la corriente se ven varias islas cubiertas de tamarindos. Sus aguas, donde refluye el mar, son saladas hasta una gran distancia de su desembocadura.

»En esta parte del territorio, la arena es tan sumamente fina, que los hombres y animales que se atreven á cruzarla corren el peligro de quedar sepultados.

»Hácia los puntos inmediatos al mar es donde crecen los olivos con mayor abundancia.

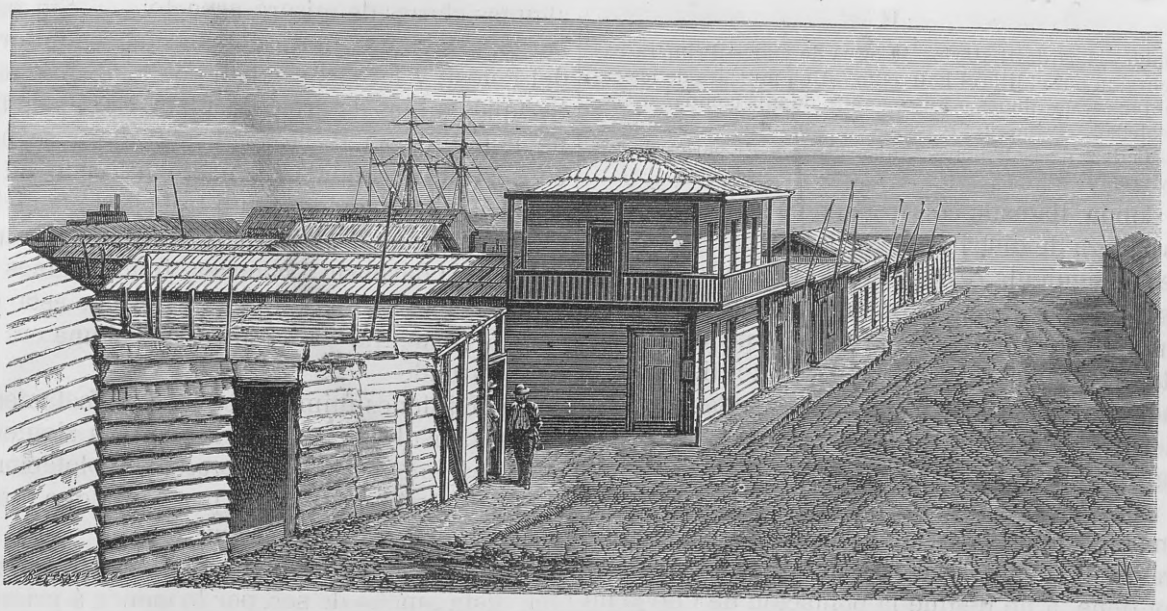
»Se puede asegurar sin ninguna exageracion que no hay suelo mas rico y fértil que el de Túnez. Allí se encuentran reunidas todas las esencias de árboles, todas las flores y frutos del norte y del sur. Hoy dia, el trigo y el aceite son los productos principales; pero aun falta mucho para que esta tierra generosa sea explotada debidamente. El mayor obstáculo está en la ignorancia y supersticion del pueblo. Los últimos beys han demostrado que comprendian lo que era preciso hacer para regenerar el país; pero su inteligencia está demasiado por encima de sus súbditos para que se pueda esperar un verdadero progreso.

»En muchos puntos de Túnez se encuentra la plata, el mercurio, el plomo, el hierro, el cobre, el cristal de roca, y hasta el oro.

»En las orillas del Medjerdab, así como en el lago de Túnez, abundan los flamencos *(Phœnicopterus ruber)*, que viven en sociedad. Cuando emprenden su vuelo, parecen una pequeña república en viaje; es cosa muy difícil acercarse á ellos, y se ha de tirar á gran distancia. A doscientos metros y gracias á mi excelente carabina Minié, toqué la cabeza de dos de estas inocentes aves.

»Pasan la noche á orillas del agua, y por la mañana, al rayar la aurora, creeríase ver un regimiento bien alineado. Durante el dia recorren los alrededores por numerosas bandadas.»

FIN DEL VIAJE Á TÚNEZ



Una calle de Mejillones.—De fotografía

EL DESIERTO DE ATACAMA Y CARACOLES

(AMERICA DEL SUR)

ESCRITO POR M. A. BRESSON

I

De San Nazario á Mejillones.—La travesía del istmo de Panamá. — Guayaquil, verdadera patria de los sombreros de Panamá.—Lima.—Triunfo de las modas parisienses.

En el mes de marzo de 1870 fuí elegido para formar parte de una comision científico-financiera, encargada de estudiar los depósitos de guano y los yacimientos metalíferos del litoral de Bolivia.

Habiendo salido de San Nazario el 8 de marzo, pasábamos el 23 por la Martinica, y despues de tocar en Santa María, llegamos rápidamente á Aspinwall, cabeza de la línea férrea que atraviesa el istmo de Panamá. Este trayecto presenta grandiosos cuadros: la via ha sido trazada por el hacha y el fuego á través de selvas vírgenes de un efecto magnífico; á veces se costea un rio, y se ven caimanes que revolcándose en el cieno, miran con curiosidad pasar el tren, sin parecer asombrados; por todas partes se ostenta, con maravillosa abundancia, una vegetacion desconocida en Europa.

Despues de rodar por espacio de tres horas y media á través de aquellos jardines de Armida, un nuevo mar aparecia á nuestras miradas: estábamos en Panamá, á orillas del Océano Pacífico.

Panamá no tiene nada de notable, ni merece siquiera la reputacion que se le atribuye por los sombreros que llevan su nombre, porque estos se fabrican, no en Panamá, sino mas hácia el Sur, en Guayaquil, á donde llegamos algunos dias despues. No hicimos sino pasar por Lima: pero ví lo bastante para reconocer que si el tipo de la poblacion y el estilo de los monumentos tienen un carácter español bien marcado, las modas son completamente parisienses. Las damas elegantes de Lima consideran como un estricto deber el copiar, á dos meses de distancia, todos los variables caprichos que crea la imaginacion inagotable de nuestras modistas; y sus esposos con la misma docilidad ejemplar á nuestros sastres. Solo la mantilla ha resistido, por fortuna, y gracias á ella, las bonitas cabezas de las jóvenes peruanas conservan una poética aureola.

No cansaré al lector con la fatigosa enumeracion de las escalas que hicimos durante nuestra travesía á lo largo del Perú. Todos los puertos pequeños de esta costa son espantosos; y así es que experimenté la mayor satisfaccion cuando el 17 de abril, llegados al fin al término de nuestro viaje, tocamos en Cobija, puerto boliviano: hacia cuarenta dias que habíamos salido de San Nazario.

II

Cobija.—Los destilatorios de agua de mar.—Primera excursion por el litoral boliviano.—Una muestra de los caminos.—Mejillones.—Fuga súbita de mis compañeros.—Soledad.—Primeros proyectos de trasformacion del país.—Belleza de la bahía.—Arquitectura.—El baron de Riviere.

Cobija, llamada con frecuencia Puerto Lamar, es cabeza de distrito en el litoral de Bolivia, y de consiguiente residencia de las autoridades. Es una ciudad relativamente hermosa, y mucho mas limpia que las otras mas pequeñas del litoral peruano. Desgraciadamente tiene una rada muy mala; á causa de los arrecifes que encierra, el acceso es difícil, y el desembarco peligroso á menudo.

En la playa vimos varios establecimientos de un género particular: son destilatorios para extraer del agua del mar las materias salinas que contiene, á fin de que la poblacion de Cobija no carezca nunca de agua potable.

Desde nuestra llegada, la presencia de aquellos destilatorios me indicó cuál era la calamidad que aflige á esta region, y que hasta ahora ha impedido su desarrollo: es la completa carencia de agua dulce. Mas tarde debia conocer bajo todos sus aspectos las desastrosas consecuencias de esta falta de agua.

Apenas desembarcamos, nos dirigimos á casa de los señores Dorado hermanos, banqueros, para quienes nos habian dado cartas de recomendacion. Nos hicieron la mas cordial acogida, proporcionándonos los medios de dirigirnos rápidamente á Mejillones, pueblo donde debíamos permanecer algun tiempo para dedicarnos al estudio que nos habian encargado.

Al dia siguiente, á las diez de la noche, despues de visitar al gobernador, quien se puso obsequiosamente á nuestra disposicion, salimos de Cobija montados en mulas, con un guia del país.

Este primer viaje por el litoral boliviano no fué largo, pues al dia siguiente llegábamos á Mejillones á eso de las doce de la mañana; mas á pesar de esto, tuvimos con él una buena muestra de la aridez del país y de la dificultad de las comunicaciones. A media noche, mis compañeros pedian ya gracia, porque estaban extenuados y rendidos despues de atravesar el camino horriblemente peligroso y accidentado que fué preciso seguir. Solo encontramos en todo el trayecto, para descansar un poco, una barraca de tablas que representaba una explotacion de minerales de cobre.

El país comenzaba á dibujarse claramente en nuestra imaginacion: muchas arenas, ni una gota de agua, ni un solo camino; y por casas, algunas chozas de mísero aspecto..... Sin embargo, estábamos junto á los célebres tesoros del Potosí; y tal vez estaban ocultas bajo nuestros piés minas de oro ó de plata. Si el país tiene maravillosas riquezas, hasta ahora se han conservado escondidas; y nadie ha visto en la superficie del suelo ningun trabajo de la civilizacion. ¿Por qué? Nuestra residencia en aquel país debia dárnoslo á conocer, indicándonos al mismo tiempo el medio de trasformar esta region, é inaugurar para todo el litoral una era de prosperidad.

En Mejillones fuimos recibidos perfectamente por el cónsul italiano, y á la mañana siguiente nos dirigimos á las *guaneras*, ó explotaciones de guano, situadas en una península que limita la bahía de Mejillones al Sur.

Mejillones, segun puede verse por mi fotografía, dista mucho de ser, por lo menos á primera vista, una residencia agradable. Al cabo de veinticuatro horas, el director de nuestra empresa declaró que no queria permanecer mas tiempo en aquel miserable pueblo; el vapor que hacia el servicio de la costa iba á pasar, y como ya no volveria hasta dentro de un mes, toda la comision marchó al punto á Valparaíso, dejándome solo en Mejillones, con siete cajas de reactivos é instrumentos para estudiar á mi gusto y en toda libertad los guanos y minerales que me rodeaban.

No esperaba yo este desenlace, y al principio me sorprendió verme así aislado en un puerto de Bolivia entre dos inmensidades desiertas: por un lado, el Océano sin una vela; por el otro una llanura de arena sin una sola casa, sin un árbol...

¡Pues bien! á pesar del aspecto triste y desconsolador de aquella residencia, inspirábame un verdadero interés; allí fué donde poco á poco germinaron en mí las ideas de porvenir y los proyectos de inmensos trabajos que mas tarde ocuparon mi espíritu, llenándole completamente. Ví la posibilidad de convertir aquel pobre pueblo de doscientos habitantes, aislado en las arenas, en una ciudad considerable, depósito natural del comercio y de la industria de la república boliviana, punto de partida de una red de caminos de hierro que enlazarian la costa con las ciudades del interior y con todo el centro de la América del Sur, tan admirablemente rico en yacimientos metalíferos y en productos muy buscados en Europa.

Estas son esperanzas muy agradables de acariciar; pero ¿en qué se fundan? Mi deseo, al publicar el relato de mi exploracion, se reduce á demostrar hasta qué punto son fundadas.

Solo la bahía de Mejillones seria suficiente

para justificar mi aserto por lo que hace al desarrollo futuro de este puerto ignorado: no hay otra mas bella y hospitalaria en toda la costa occidental de la América del Sur, desde el istmo de Panamá al cabo de Hornos; en esta inmensa extension de agua de ciento setenta y dos mil cuatrocientas noventa y cinco hectáreas, resguardada por una península pintoresca, no existe una sola roca ni un arrecife; el mar está siempre tranquilo; sus azuladas olas vienen á morir pa-



El autor, en traje de viaje

cíficamente en playas ligeramente inclinadas, cubiertas de fina arena; apenas son sensibles el flujo y el reflujo de las mareas; la diferencia del nivel de las aguas no excede de un metro ó poco mas; no se conocen los temporales ni las borrascas; y jamás se oye el fragor del trueno. Unicamente relampaguea algunas veces durante las noches mas calurosas del estío, y aun esto hace las veces de fuegos artificiales, porque el horizonte se ilumina durante horas enteras con brillantes fulgores. Durante el dia y en el trascurso de todo el año, se ve siempre un cielo del mas puro azul; las nubes, las nieblas y las lluvias son cosas desconocidas. Los habitantes mas ancianos no recuerdan haber visto sino un aguacero, en el mes de mayo de 1848. Cuando termina el dia, sucédele instantáneamente una noche muy oscura aunque trasparente, que hace resaltar mas en el cielo las espléndidas constelaciones del hemisferio austral. Con frecuencia se ve que la bahía, ya tan hermosa por la irradiacion de las estrellas que tachonan la celeste bóveda, se engalana

tambien en la superficie de las aguas con fulgores deslumbrantes producidos por la fosforescencia; entonces se cree estar como sumergido en un océano de estrellas vivas, cuya luz es tan refulgente, que se podria leer á su reflejo.

Durante dos años, los términos medios que he observado en Mejillones me dieron los resultados siguientes:

	Primavera	Estío	Otoño	Invierno
Dia. . .	25°,7	27°,6	25°,8	25°,2
Noche. .	16°,4	15°,9	16°,1	14°,8

Se ve pues que la temperatura del estío al invierno varia apenas en dos grados; pero en cambio, en el mismo dia puede haber una diferencia de nueve á diez. Vivir bajo semejante clima seria estar en un verdadero Eden, si no fuera porque falta el agua, y con ella la vegetacion.

El pueblo situado á orillas de esta bahía, tan grandiosa en su tranquilidad, ofrece la modesta arquitectura que se observa en todas estas costas: las casas, todas ellas de planta baja, se componen solo de tablas ó tablones; algunas, mas cómodas, fueron construidas en Valparaíso ó en los Estados Unidos, y expedidas despues por piezas para ser montadas en las ciudades y pueblos del oeste de la Bolivia, del norte de Chile, y del Perú. Entre las casas mas importantes, citaré con satisfaccion la que mandó construir uno de mis compatriotas, el baron de la Riviere, que no debe ser desconocido para nosotros, puesto que ha tenido el mérito de llevar el nombre francés á tan lejanos parajes. Él ha sido el verdadero fundador de Mejillones; fué el primero en comprender cuántos beneficios se podian obtener de los guanos de esta region, y comenzó á explotarlos muy pronto. A él se deben la mayor parte de las construcciones del pueblo; él mandó construir un muelle de madera que avanza á unos cuarenta metros por el mar, y que gracias á su buena conservacion, permite el embarque y desembarque de los pasajeros y mercancías.

Tambien edificó una aduana, y casas relativamente elegantes para las autoridades del país. Todas estas construcciones son de madera y solo tienen piso bajo: una sola es de ladrillo, con piso principal, y pertenece á un representante de Chile.

Inútil es decir que en la playa de Mejillones hay un destilatorio de agua de mar; la que yo bebí era el primer producto de industria del país, el que se debe obtener antes que todos los demás para no morirse.

III

La península de las Guaneras.—El Morro.—Las *guanaes*.—Primera vista del desierto de Atacama.—Estudio de los minerales.—Una familia de mineros.

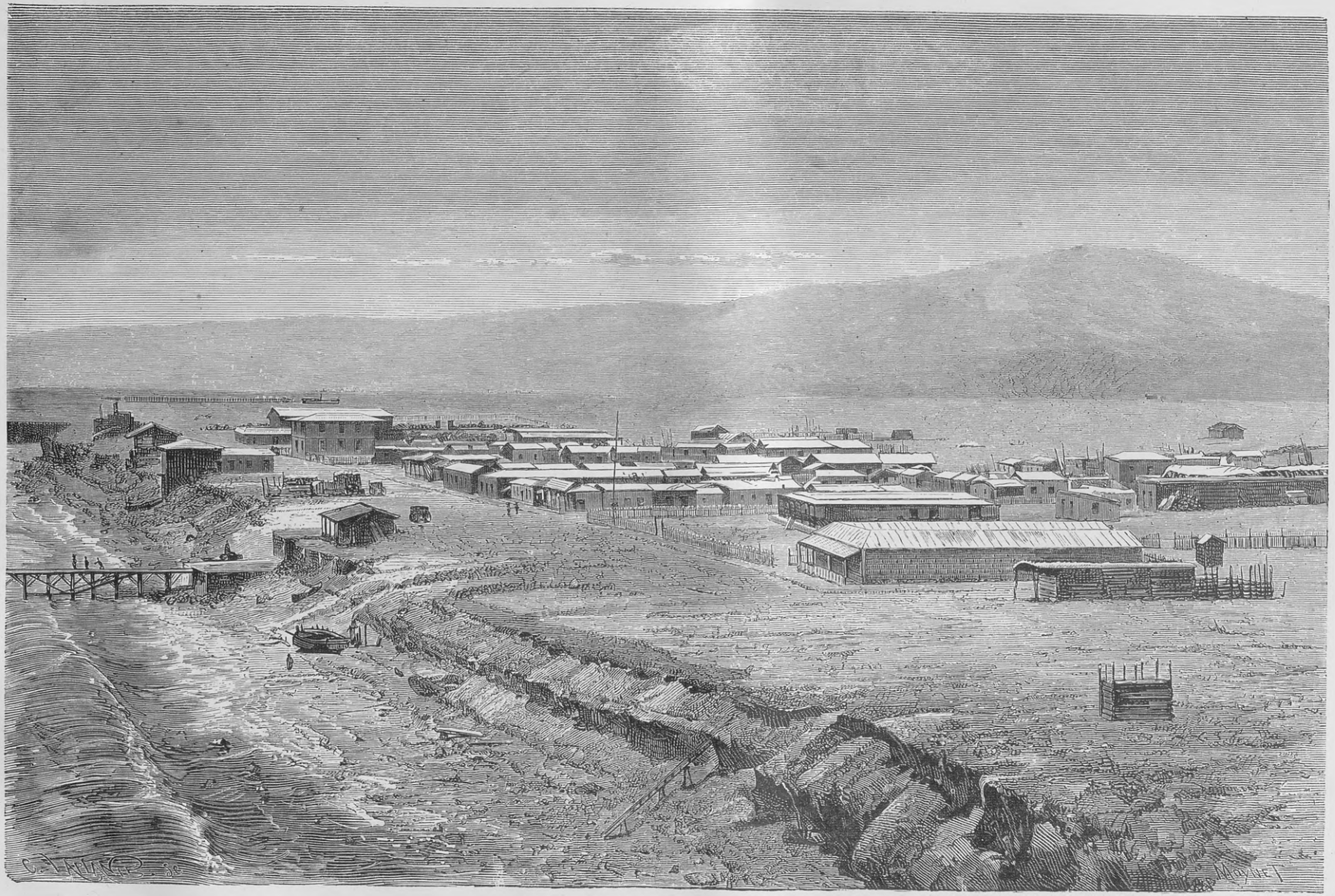
Comencé por explorar, estudiando minuciosamente bajo el punto de vista químico, las guaneras que se extienden en la península, cerrando la bahía por el sur. En las dos terceras partes de su longitud, elévase el Morro, montaña cónica de ochocientos siete metros: en sus faldas se hallan los antiguos depósitos del precioso abono debido á las aves llamadas *guanaes*: estos depósitos forman allí una mole enorme.

No era solamente el guano lo que yo debia estudiar; estaba encargado tambien de examinar el estado de los terrenos metalíferos de las inmediaciones; y para esto debia alejarme del mar, internándome en ese otro océano que comienza en la duna misma de Mejillones. Este océano era el desierto de Atacama, que mas tarde debia recorrer en todos sentidos. Por lo pronto no hice sino algunas breves excursiones, pero bastáronme para comprender todo el horror de aquellas soledades, comparables por su aridez con las regiones mas desoladas del Sahara africano. Extiéndense desde la orilla misma hasta el pié de las Cordilleras; y así vemos que Bolívia por una deplorable fatalidad geográfica, no tiene punto de contacto con el mar, ó sea con Europa, sino á través de un desierto.

No debia yo entonces fijar mis ideas en los problemas económicos que suscita esta configuracion especial del territorio boliviano; solo debia ocuparme en examinar como químico los minerales de las minas abandonadas. No solo exploré la superficie del suelo, seguido de mulos que yo mismo cargaba con mis hallazgos, sino que iba provisto de mi brújula, de una linterna y un pedernal; deslizábame á veces en las galerías medio hundidas, y recogia muestras, con frecuencia muy ricas, para analizarlas despues en mi laboratorio, instalado en Mejillones.

Cierto dia que regresaba rápidamente al pueblo, despues de recoger una abundante cosecha mineralógica, creí percibir en un pequeño desfiladero lateral la entrada de una ancha galería; hice avanzar mi caballo, y convencíme de que me hallaba en efecto á la entrada de una explotacion mas considerable que ninguna de las halladas por mí hasta entonces. A pesar de lo avanzado de la hora, eché pié á tierra, y dirigíme con mi linterna en mano hácia la abertura de la misma.

Apenas habria andado quince pasos, detúveme poseido de terror: un grupo de cadáveres resecos me cerraba el camino. Componíase de



Vista general de Mejillones

un minero, su mujer y su hijo, y aunque la muerte de aquellos infelices debia datar de mucho tiempo, no se notaba el menor síntoma de descomposicion; el aire del desierto momifica los cadáveres sin alterarlos; la piel adquiere un color amarillento y se arruga sin destruirse; y hasta las mismas ropas se conservan casi intactas. El niño permanecia aun en brazos de su madre, y esta sentada en tierra, apoyaba la cabeza sobre las rodillas de su esposo, que estaba acurrucado sobre un pedazo de mineral con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo. Evidentemente, aquel minero se aventuró en la galería con su familia, con la esperanza de explotar los ricos filones que allí hay; mas no llevando provision de agua suficiente murieron todos de sed.

Este lúgubre espectáculo desvaneció mis deseos de explorar la galería, y volví á galope á Mejillones, maldiciendo aquel desierto implacable, que tanto atractivo tiene por las maravillosas riquezas que encierra, y tan temible es por los peligros que amenazan al explorador.

Terminé mis análisis lo mas pronto posible, y concluida mi doble mision, marché á Valparaíso en busca de mis compañeros.

IV

De Mejillones á Valparaíso.—Paposo.—Los Changos.—Las balsas.—La coca.—Los *Atacamenos*.—Restos de su idioma.—Los Aymaras.—La montera y el topo.

Desde Mejillones á Valparaíso nuestro vapor hizo muchas escalas á lo largo de las costas chilenas; á veces visitábamos tres puertos en el mismo dia; pero todos igualmente sucios y monótonos. Siempre se ve una fábrica para tratar los minerales de cobre de las inmediaciones, algunas cabañas para los mineros, y destilatorios de agua de mar.

En Paposo tuvimos ocasion de observar varios indios de la tribu de los Changos, curiosos restos de la poblacion primitiva. Estos indios son todos pescadores, y piden al mar el alimento que no puede darles el desierto, el cual, comenzando en la playa, se pierde de vista. Para establecer su pueblo eligen siempre los alrededores de un punto donde puedan obtener agua; su vivienda es muy sencilla: clavan en tierra algunas costillas de ballena, muy abundantes en las playas, y tapan los huecos con pieles de foca ó lona vieja. En el interior no se debe buscar cama, ni sillas, ni mesa: el único mueble es un odre formado con piel de lobo marino, que sirve para el trasporte y conservacion del agua dulce.

Para pescar se sirven de unas embarcaciones muy singulares, llamadas *balsas:* compónense de dos cilindros de cuero de foca, llenos de aire y colocados paralelamente; las extremidades terminan en una punta algo retorcida, y las dos partes del esquife se enlazan por medio de traviesas, sobre las cuales se tiende otra piel de lobo marino. En esta especie de puente se sientan ó acurrucan los Changos é imprimen el movimiento á su embarcacion por medio de un remo de madera. Estos hombres son tan diestros que no temen aventurarse en lejanos viajes.

Los Changos son los indígenas mas aficionados á las hojas de coca, las cuales mascan continuamente. Varios de ellos llevan á las ciudades del interior pescado seco, pidiendo en cambio aquel comestible tan precioso á sus ojos. Tiene para ellos tan gran valor porque, segun dicen, sirve para sostener las fuerzas cuando faltan los demás alimentos. En el sistema nervioso se produce por la masticacion de estas hojas una excitacion que impide el desfallecimiento. Gracias á la coca, parece que los indios é indias, los soldados y muleteros, efectúan prolongadas marchas sin víveres. Avanzan sin detenerse por las arenas abrasadas y movibles, siempre contentos, con tal que no les falte su querida coca.

La costumbre de esta masticacion se remonta á la época de los Incas. La hoja es producto de un arbolillo descrito por Jussieu con el nombre de *Erythroxilon Coca*. El boliviano lleva su provision en un saquito llamado *chuspa;* cuando quiere mascar, coge una por una las hojas secas que necesita, extiéndelas sobre la palma de la mano izquierda, humedeciéndolas con la lengua; despues pone encima, con una varilla, cierta cantidad de cal ó de una pasta alcalina llamada Llipta (compuesta de las cenizas del cactus cera); y arrollando el todo en forma de bola, introduce esta en un lado de la boca.

La mezcla del álcali con la hoja tiene por objeto neutralizar el principio ácido que encierra, á la vez que favorece la produccion de la saliva que debe disolverle.

La hoja del *Erythroxilon* se parece bastante á la del té; pero no es denticulada, y su olor es igualmente análogo; en infusion es algo amargante; y tomada como tisana produce cierta excitacion é insomnio. El europeo no puede mascarla sin enojosas consecuencias, á no ser que esté acostumbrado desde la niñez.

He podido coleccionar algunas palabras de la lengua de estos Changos, el *chileno* ó el *arauco*, y no sin dificultad, porque este idioma primitivo desaparece rápidamente. La raza de los Changos no cuenta hoy apenas mas de doscientos cin-

cuenta á trescientos individuos, y casi todos han renunciado á su lengua nacional por el español.

Hé aquí ahora este fragmento de vocabulario, en el que comprendí las palabras correspondientes y del todo distintas de la lengua de los Atacamenos, otra tribu situada mas al norte, que tiende tambien á desaparecer. Estos son documentos auténticos, cuya conservacion se deberia asegurar.

Español	*Arauco*	*Atacameno*
Cabeza	lonco	hlacse
Cabello	thopel	musa
Nariz	yu	sepe
Ojos	gue	ikhepe
Boca	un	khaipe
Orejas	pilun	aike
Brazo	riun	soke
Piés	namun	khoche
Hombre	che	sima
Mujer	domo	likan
Muchacho	hueche	sima pauna
Muchacha	malguen	likan pauna
Uno	quiné	sema
Dos	epu	poya
Tres	quúla	palama
Cuatro	meli	chalpa
Cinco	quechu	mutsma
Seis	cayu	michelo
Siete	relge	ch'hoya
Ocho	pura	ch'olo
Nueve	ailla	teker
Diez	mari	such
Ciento	pataca	hara

Ya hemos visto hasta qué punto son distintos estos dos idiomas á pesar de la proximidad de los dos pueblos: el uno es mucho mas duro que el otro.

Junto á los Changos y Atacamenos se encuentran en Bolivia los Aymaras, que constituyen la verdadera raza indígena y nacional; pero debemos confesar que no es hermosa: jamás he visto un semblante siquiera pasadero. Para colmo de desgracia, el traje adoptado por las mujeres aymaras es lo mas feo que imaginarse pueda. Lo mas característico es la montera, cuyo aspecto se modifica mucho, segun su estado de vetustez; su forma es la de una enorme corola cuyo limbo tuviera unos dos piés. El resto del traje consiste en un número indeterminado de faldas negras ó de un azul oscuro, mas ó menos abundantes segun la fortuna y la edad; á estas faldas se agrega una camisola de la misma tela, cubierta con una manteleta de sarga, cuyas puntas, cruzadas sobre el pecho, se fijan por medio de un enorme alfiler llamado *topo*, cuya cabeza tiene la forma de una cuchara. Hombres y mujeres llevan el cabello dispuesto en numerosas pequeñas trenzas pendientes sobre el cuello, ó reunidas en figura de cola por medio de un cordon.

V

La Caldera.—Las fábricas del presidente de la república — Valparaiso — Una nueva mision. — Descubrimiento de D José Diaz Gana.—Los cateadores —Proyecto de un camino de hierro á través del desierto.

Despues de franquear el pueblo de los Changos, y de pasar por varios pequeños puertos mas ó menos considerables, nos detuvimos en la rada de la Caldera, puerto importante, donde se ve un muelle de piedra, el único que existe en estos parajes. La Caldera se distingue tambien por un camino de hierro, inaugurado en 1851, y el primero que se construyó, no solo en Chile, sino en toda la América meridional.

Un poco mas abajo de la Caldera, en Guayacan, vimos los establecimientos metalúrgicos de los señores Urmeneta y Errazuriz (este último es en la actualidad presidente de la República). Estas fábricas figuran entre las mas grandes del mundo, pues producen al mes mas de mil toneladas de cobre para la venta. Por fin, llegamos á Valparaíso, gran ciudad cosmopolita, que me pareció muy al corriente de la civilizacion contemporánea, puesto que ví representar allí *La Gran Duquesa*.

No estaba yo muy dispuesto á ocuparme de la literatura, tanto mas cuanto que se acababa de recibir la noticia de la declaracion de guerra franco-prusiana. Pedí al punto al jefe de la mision permiso para volver á Francia, á fin de cumplir con mis deberes de soldado; pero negáronmelo, y disgustado al fin por ciertos actos, de los cuales no necesito hablar aquí, presenté mi dimision.

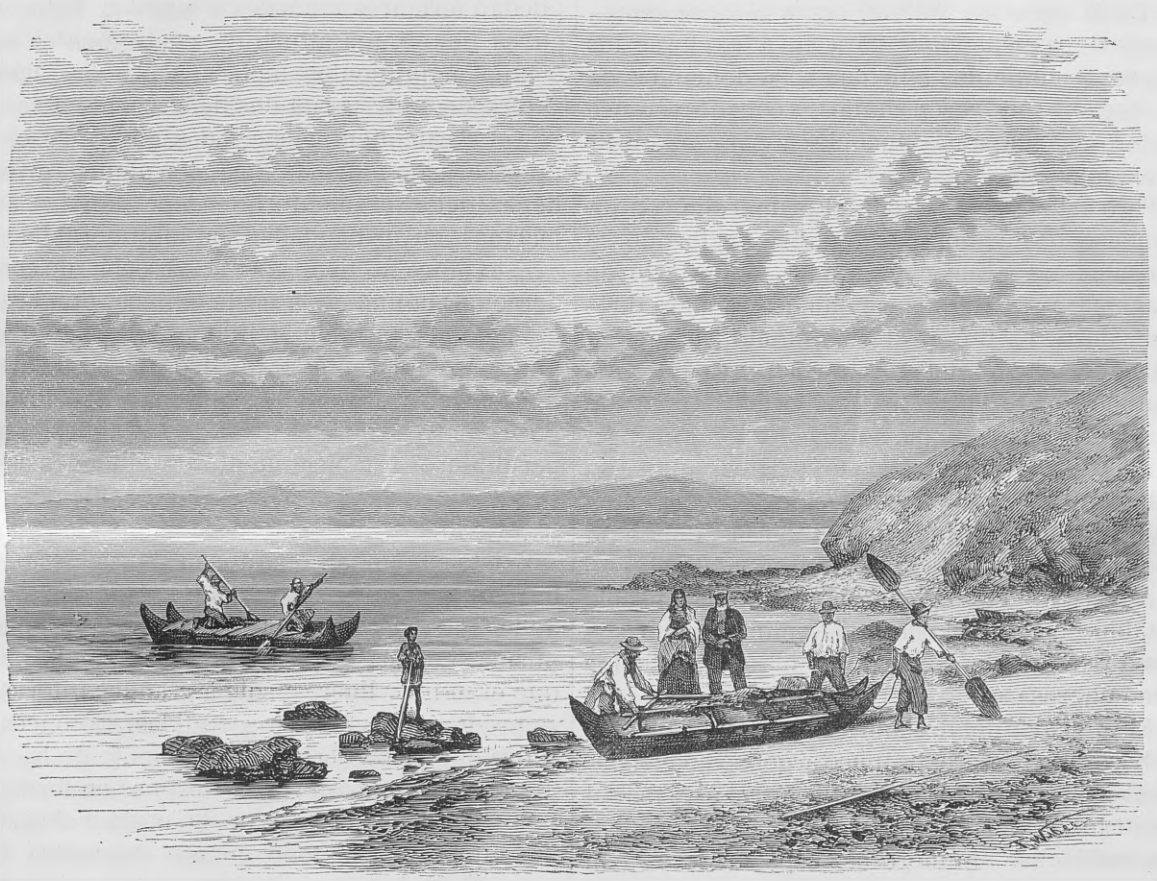
Hallábame solo en Valparaíso, casi sin recursos; mas pude encontrarlos en mi trabajo, y hasta tuve el consuelo de contribuir, como individuo activo de un comité francés, á que se reunieran unos ciento cincuenta mil francos, los cuales se remitieron al presidente de la Sociedad de socorros para los heridos.

Al cabo de algunos meses tuve el honor de que se me encargaran los estudios de la primera via férrea boliviana, destinada á enlazar con la costa los yacimientos metalíferos que acababan de descubrirse en ese desierto de Atacama, recorrido por mí mientras estuve en Mejillones.

El descubrimiento de aquellas minas habia sido para la América del Sur el gran suceso del año 1870.

En el mes de marzo, una pequeña caravana compuesta de siete *cateadores* ó buscadores de minas, avanzaba penosamente por el desierto de Atacama, dirigiéndose á marchas forzadas hácia el litoral, porque los víveres y el agua disminuian rápidamente. La caravana iba triste y

abatida, porque hacia mas de un año que exploraba inútilmente el desierto. Su jefe don José Diaz Gana, que dirigia la exploracion en nombre y á expensas de nuestro compatriota el baron de Riviere, estaba tambien muy desanimado; pero en la mañana del 29 de marzo, uno de los individuos de la caravana, llamado Reyes, fijó su atencion en una cadena de colinas, cuyo aspecto parecia indicar, por indicios que solo saben apreciar esos hombres, la existencia de *serranías* metalíferas. Don José Diaz Gana examinó las colinas con esa destreza adivinatoria que caracteriza á los hombres de su profesion, y despues de una minuciosa exploracion, descubrió seis filones de plata de una riqueza tan inesperada como prodigiosa, porque aun hoy, esos seis filones de don José son las mas ricas de las *cuarenta mil* concesiones que el gobierno boliviano



Indios changos en sus balsas.—De fotografía

concedió en este distrito desde aquella mañana feliz.

Don José Diaz Gana es considerado hoy como el rey de los cateadores de la América del Sur, y con muy justo título, pues nadie posee en tan alto grado las raras cualidades que debe reunir ese tipo particular de los países donde abundan las minas. El cateador debe ser tan intrépido viajero como experto minero: montado en una mula, marcha sin guia por el desierto, sin llevar mas que algunas frugales provisiones y cierta cantidad de agua. En la silla de su caballo lleva una pequeña azada y una barreta de acero, y en sus alforjas un cabo de bujía y un soplete. Sin mas que estos útiles se lanza en las soledades, y hace á menudo importantes descubrimientos. Diríase que para guiarse tiene una especie de olfato, de presentimiento instintivo, para adivinar la existencia de los depósitos metalíferos; pero lo que posee principalmente es una serie infinita de observaciones personales, de las cuales se aprovecha para elegir direccion. Todo es para él un indicio: el aspecto general de los terrenos, su tinte permanente ó su coloracion accidental, la disposicion de los valles ó barrancos escarpados que surcan el desierto, la naturaleza de los restos pedregosos que hay en el suelo; y sobre todo el encuentro del sulfato de barita ó baritina, cuya pista sigue con una destreza tan extraordinaria, que daria lecciones á los mas hábiles mineralogistas y geólogos, son otros tantos datos que le sirven para guiarse. A pesar

de la penetracion de su golpe de vista, á pesar de su paciencia y perseverancia, los cateadores se hallan expuestos á sufrir muchos desengaños, y á menudo ocurre que mas bien á su buena suerte que á su experiencia deben descubrimientos semejantes al que ha ilustrado á don José Diaz Gana.

Apenas se tuvo noticia del hallazgo, comenzó á predominar entre los mineros y especuladores una fiebre ardiente, un verdadero delirio. Así en Chile como en Bolivia, organizáronse centenares de expediciones para ir á explorar los nuevos yacimientos bolivianos; las demandas de concesiones afluyeron á miles, y constituyéronse poderosas compañías financieras para organizar la explotacion.

Pero esta tropezó desde el primer dia con un inmenso obstáculo, mas temible de lo que se pensaba: era preciso franquear el desierto de Atacama; y necesitábanse cinco dias para dirigirse desde el litoral al yacimiento, situado en una soledad completamente árida. ¡Cuántas dificultades para hacer los trasportes á través de aquel espacio sin agua, sin árboles, sin verdura, sin la mas pequeña brizna de yerba, y que además presentaba un suelo accidentado, cubierto de barrancos profundos y pedregosos, donde no se podia avanzar sin gran lentitud y fatiga!

Ante todo era evidentemente indispensable establecer desde la costa al yacimiento un sistema de vias de comunicacion rápida, fácil y poco onerosa.

El iniciador del descubrimiento de los filones, el baron de Riviere, propuso al gobierno boliviano el establecimiento de una via férrea á través del desierto. Apenas fué conocida esta proposicion, presentáronse numerosos especuladores con proyectos análogos, y entonces el gobierno acordó que el mejor proyecto seria elegido por una comision especial, encargada de dar su informe en marzo de 1872.

Para trazar uno de los planos, en mi calidad de ingeniero, hube de salir de Valparaíso, encaminándome de nuevo al desierto de Atacama.

VI

El litoral boliviano —Eleccion de un puerto.—Progreso de Mejillones.—El baqueano.—Preparativos de marcha.—El *charqui* —El *masamora*.—El arriero —El poncho.—Condiciones de buen éxito en una exploracion.

Esta vez era preciso emprender una exploracion completa y minuciosa: en un suelo muy trastornado debia buscar el medio de establecer una via férrea que no ocasionara gastos excesivos; y debo decir que para muchos hombres competentes esto era pura quimera.

Mi punto de partida en el desierto era el yacimiento; y mi primera diligencia se reducia á elegir otro en la costa. Exploré, pues, de nuevo todo el litoral boliviano, para hacerme cargo de su naturaleza y configuracion.

Las costas del desierto de Atacama ofrecen en toda su extension el mismo carácter; se componen de altos declives pedregosos que bajan perpendicularmente hasta el mar, dejando pocas veces á sus piés playas bastante anchas para que puedan formarse ciudades ó pueblos. Estos declives tienen una altura de cuatrocientos cincuenta á quinientos metros sobre las aguas, y ofrecen muy pocos desfiladeros practicables por el escalamiento; por todas partes se eleva un escarpado muro de roca, con algunas grietas llenas del excremento que depositan las aves marinas, cuyas bandadas son innumerables.

Este muro no tiene sino dos brechas de consideracion: la una en la costa chilena, donde está la Caldera; la otra en Mejillones. En este último punto reemplazan á los declives playas de arena marina muy conchífera, que solo se elevan á pocos metros sobre el nivel de las aguas, y que permiten el establecimiento de ciudades espaciosas con todas las necesarias condiciones de seguridad.

Existe sin embargo en toda esta region un peligro que no se puede olvidar, y es la frecuencia de los terremotos. He presenciado varios en una misma semana, y á veces en el mismo dia, aunque eran muy ligeros; solo á grandes intervalos se producen las fuertes sacudidas. Entonces se retira el mar con brusco movimiento de las playas que cubria, para volver despues en forma de monstruosa ola, que bate la costa y destruye instantáneamente todo cuanto encuentra á su paso. El 13 de agosto de 1868, varias ciudades, Arica, Mejía, Catal, Pacocha y Bombon desaparecieron completamente en pocos minutos.

En la parte del litoral que pertenece á Bolivia cuéntanse cinco puertos, los cuales debia examinar sucesivamente: Cobija, Mejillones, Antofagasta, Tocopilla y la Caleta de Huanillo.

Despues de un atento estudio, adquirí la certeza de que ninguno de estos puertos podia rivalizar con Mejillones, que escogí como cabeza de línea de mi futuro camino de hierro. Por otra parte, hallé que habia cambiado mucho, y que su estado era mas floreciente que la primera vez que le visité. El descubrimiento de las minas del desierto habia atraido en pocos meses toda una nueva poblacion; el número de casas era doble; las calles estaban bien alineadas y tenian aceras; y en fin, contábanse en la ciudad unas dos mil almas.

Mejillones debia ser en lo sucesivo mi cuartel general, y allí fué donde hice mis preparativos para explorar el desierto, empresa cuyas dificultades reconocia, y que no estaba seguro de llevar á tan buen fin como era mi deseo. Con profunda emocion contemplaba desde las calles de Mejillones aquel espacio infinito que se extendia ante mis miradas completamente desnudo; y harto sabia lo que ocultaba aquella region, cuyo aspecto lúgubre estaba tan en armonía con los peligros que opone al explorador.

Lo que debia preocuparme ante todo era la eleccion de un buen *baqueano*.

En aquel mar de arena abrasadora que iba á recorrer, necesitaba, para estudiar mis trazados, seguir constantemente direcciones fijas, lo cual es sumamente difícil. En efecto, el aspecto general del desierto se modifica sin cesar bajo la accion de violentas corrientes de aire, que forman dunas y valles ondulados, los cuales desaparecen y se reemplazan sucesivamente. Cuando los vientos del sur soplan con violencia, el horizonte adquiere un tinte rojizo; el sol se oculta tras una cortina violácea; las cimas de las dunas antiguas se estremecen; y elévase un humo amarillento, semejante al del cráter de un volcan cuando comienza la erupcion. Poco despues, verdaderas oleadas de arena y de grava remontan el flanco meridional de todas las partes del suelo que constituyen eminencias, y vuelven á caer por el lado opuesto en forma de cascadas tumultuosas produciendo un ruido estridente, parecido al del vapor que se escapa por las válvulas del generador de una locomotora. Despues de la tormenta, allí donde no habia sino un montecillo de escasa altura, encuéntrase una verdadera montaña cónica; todo el paisaje queda completamente trasformado y solo un hombre es capaz de hallar el antiguo camino en aquel dédalo de colinas, ó montañas nuevas; este hombre es el *baqueano*, el guia del desierto, digno émulo de su colega el *kebir* del Sahara. De él depende el destino de una expedicion; tiene en sus manos la vida de aquellos que le siguen; y si se inclina un poco demasiado á la izquierda ó á la derecha, de modo que no se pueda llegar oportunamente al punto donde hay agua, toda la caravana debe sufrir tormentos horribles, si no la muerte, por el desfallecimiento y el delirio.

Para guiarse en su marcha, este piloto terrestre debe tener, no solo un perfecto conocimiento de los indicios, sino tambien una aptitud particular para reconocer señales que pasarian desapercibidas de otros, y sobre todo de los europeos. Hasta el tacto y el olfato le sirven para inspeccionar los terrenos: he visto con frecuencia al *baqueano* probar partículas de tierra para reconocer el lugar en que se hallaba. Durante el dia le sirve de gran auxilio el sol, y por la noche las constelaciones, que en este país tienen un brillo magnífico. El *Centauro*, las *Nubes de Magallanes*, *Arion*, en que los indios ven el *lazo* de un dios cazador que recorre las sabanas celestes; y la *Cruz del Sur*, cuyas cuatro estrellas indican con perfecta exactitud los cuatro puntos cardinales, son otros tantos guias cuyo conjunto traza, por decirlo así, un mapa que los *baqueanos* saben leer admirablemente. Aventureros por naturaleza, por costumbre y necesidad, diestros, y de un valor á toda prueba, tienen mil recursos para salir de un mal paso. Siempre probos, son amigos de todos los posaderos del país; saben qué higiene debe observarse, qué remedios conviene emplear, qué clase de heridas se deben prever, y cómo se curan. No se puede menos de admirar la sangre fria, la actividad y la fuerza de carácter de esos hombres, que despues de recorrer una larga y penosa etapa, conténtanse con un pobre alimento y un trago de agua; y antes de entregarse al descanso para dormir un poco, hallan tiempo de velar por los animales de la caravana, á fin de que estén bien dispuestos á la hora de marchar.

En compañía de los baqueanos comienza á gustar poco á poco este desierto que al principio no habia inspirado sino sentimientos repulsivos, y su aspecto ofrece un interés que no se creia posible. Para el viajero que no ha hecho sino atravesarle, al dirigirse rápidamente al punto de su destino, nada es en efecto mas lúgubre que esas contínuas ondulaciones y enormes grietas en los terrenos pelados, donde las masas de granito y de pórfido alternan con colinas de arena; nada tan penoso como esas excursiones de veinte leguas recorridas apresuradamente en medio de un aire tórrido, para llegar á la aguada, donde se podrá apagar la sed con un agua salobre y malsana. Mas para el explorador que en lugar de pasar solo una vez ha vivido largo tiempo en los despoblados, recorriéndolos con la idea de vencer las resistencias que oponen al espíritu de la civilizacion, estas regiones tan muertas ofrecen á cada instante fenómenos llenos de atractivo y hasta de seduccion; y al fin se siente por el desierto la misma pasion que al marino inspira el mar.

En el momento de la partida no pensaba yo nada de esto; lo único que me preocupaba era adoptar suficientes precauciones para que no se retardase mi exploracion. Lo mas esencial es obtener la provision de agua dulce: yo me

arreglé de modo que cada uno de mis hombres pudiera disponer de cinco á seis litros diarios; y en cuanto á los víveres, se componen por lo general de conservas y galleta. Solo en los primeros dias se puede comer pan, patatas y carne fresca. Los criados indígenas y el guia llevan tambien *charqui* (carne de buey cortada en largas tiras delgadas y secada al sol) y harina de maíz, con la cual preparan una especie de pasta llamada *masamova*. Es un manjar que les gusta mucho; pero á mí me parece detestable, aunque comí de él; tan imperiosa es la necesidad de cambiar de alimento. Difícil es formar idea de lo que se sufre cuando se han de comer siempre conservas, por excelentes que sean. Al cabo de algun tiempo, solamente la vista de una caja de hojadelata infunde asco. Hé aquí por qué cuando se llega á un pueblo se devora an-



Indios atacamenos y aymaras.—De fotografía

siosamente un pedazo de carne asada, legumbres, y sobre todo pan, verdadero pan tierno. Unicamente los navegantes conocen este género de placer. En estas expediciones, por fortuna, basta una pequeña cantidad de alimento: á pesar de las fatigas de una larga caminata á caballo, á pesar de todos los trabajos en que me ocupé, asombrábame de comer tan poco; y entonces comprendí cómo los árabes son tan sóbrios, y cómo emprenden largas expediciones sin mas provision que algunos puñados de dátiles. Pero si se necesita poco alimento, la sed es ardiente; y mucho se ha de dominar el viajero para ser moderado en este punto. Impórtale sin embargo mucho hacerlo así, pues si por desgracia el agua llegase á faltar, la energía muscular y moral desapareceria al punto, y sobrevendria el delirio, seguido muy pronto de la muerte. Las bestias de carga sufren tanto como los hombres; los mulos y los bueyes pueden resistir la sed mas tiempo que los otros animales, pero se quedan ciegos.

Los mulos ó mulas son los que llevan el agua de las caravanas, así como los víveres y todo el material de campamento. El agua se embarrila en pequeños toneles de corte elíptico que contienen cada cual de ocho á diez galones (el galon equivale á cuatro litros y medio); y cada mulo lleva dos de estos barriles, ó tres, si el camino no es muy escarpado. Los víveres se embalan en unos sacos de cuero llamados *petacas*, que se sujetan á la albarda con *lazos*, ó cuerdas

formadas con tiras de cuero retorcidas. Los mulos van libres, siguiendo con la mayor docilidad á la montura de su jefe conductor, el arriero, personaje casi tan importante como el baqueano, pues él es quien se cuida de poner los arreos á todos los cuadrúpedos. La albarda de los mulos se compone de varias pieles de carnero fijas en el lomo del animal con una ancha cincha de piel; entre ellas se pone una armadura de madera, que llaman el *recado*, de la que pen-



Cholo.—De fotografía

den pesados estribos de la misma materia. Los europeos prefieren comunmente las sillas de cuero inglesas ó americanas; yo habia adoptado las de esta última clase. En cuanto al *lazo*, necesítase tanta práctica para manejarle, que es mejor sustituirle con pistoleras, en las cuales se pueden poner varios pequeños útiles indispensables, un buen revolver de arzon á la derecha, y á la izquierda una botella de café sin azúcar, mezclado con coñac: el contenido de esta botella debe bastar para toda una etapa. El *poncho* ó capote, que es la prenda principal del traje de un americano del Sur, se arrolla y sujeta en la parte posterior de la silla: el poncho es un cuadrado de tela listada de vivos colores, en cuyo centro hay un agujero para pasar la cabeza. Los mas ordinarios son de lana; y los mas estimados, que valen de ciento cincuenta á quinientas pesetas, de pelo de guanaco ó lana de vicuña. Las mujeres que los tejen poseen muchos secretos para teñirlos formando listas de vistosos colores. Se deben tener dos ponchos completamente distintos, el uno fino, y el otro de espesa lana, porque en estas latitudes y de-

siertos hace un calor insoportable durante el dia, mientras que por la noche, la tierra irradia hácia el cielo el calor que absorbió, y resulta en la temperatura un descenso que puede llegar hasta la congelacion.

A ejemplo de los árabes, que tienen varios albornoces, se necesitan pues varios ponchos para obviar los inconvenientes de estas continuas transiciones tan bruscas del extremado calor á un frio muy penetrante.

Al poncho agreguemos un calzon en parte cubierto por botas de cuero amarillo, y un sombrero de paja; y se tendrá el traje de un indígena. Nosotros los europeos, usamos además una chaqueta corta y un chaleco de hilo. Tambien se pueden suprimir las gigantescas espuelas de los naturales, de hierro ó de plata: yo sigo mi costumbre de usar la espuela de acero á la francesa; y además persistí, á pesar de cuanto me dijeron en contra, en montar caballo en vez de mulo: excepto los casos en que es preciso franquear montañas escarpadas, estoy seguro que yo tengo razon. El caballo chileno, tan sóbrio como el mulo, tiene el pié igualmente seguro, y la inapreciable ventaja de ser mas rápido. Yo he recorrido doscientos kilómetros por el desierto en cuarenta y siete horas, montando el mismo caballo; y solo tuve la precaucion de pararme dos veces, en las horas de mas calor, para frotar los costados de mi valiente compañero con coñac, untando bien de grasa los cascos despues de salir el sol.

Cuando se está bien montado y equipado, cuando se llevan buenas monturas y enérgicos compañeros, se puede ir muy léjos por el desierto, á pesar de todos los peligros que deben esperarse.

En mi concepto, lo mas importante para obtener buen éxito consiste en ir poca gente. Raro es que me acompañen mas de dos hombres: mi picador, Estéban Belté, que me ayudaba en los trabajos topográficos, y mi diestro baqueano Almendar, muerto hace apenas dos años. Se ha dado el caso de que pasaran tres ó cuatro meses sin que viese una sola vez á mas séres vivientes que á ellos; y estoy seguro que á la circunstancia de ir nosotros tres solos debemos principalmente haber triunfado de las dificultades de la vida en el desierto. Así reducida á su mas simple expresion, una caravana no necesita llevar muchos víveres y agua, y de consiguiente se limita sobremanera el número de animales. En cuanto á los peligros que se encuentran, pocos hay que no puedan vencer tres hombres resueltos, bien disciplinados y que confian en su jefe.

VII

Aspecto general del desierto de Atacama.—Límites.—Naturaleza del suelo.—Levantamientos sucesivos —La Cordillera.—El rio Loa, única corriente de agua.—Los oasis. —Calama. — La quebrada de Chiuchiu. — El jardin del desierto.—La capital Atacama.—El *Camino del Inca*.—Las apachecas.

Creo que el lector conocerá ya suficientemente el aspecto del grupo que á mis órdenes salió de Mejillones hácia mediados del año 1871: hablemos ahora del lugar de la exploracion.

La parte de la América del Sur designada con el nombre de desierto de Atacama se extiende desde rio Copiapo al rio Loa, es decir en una longitud de seis grados (ciento cincuenta leguas) y una anchura media de doscientas millas geográficas. La superficie de estas soledades es de setenta y dos mil millas cuadradas, ó sea ciento treinta y tres millones trescientas cuarenta y cuatro mil hectáreas, casi completamente desconocidas de los geógrafos, cuyos mapas están plagados de errores ó presentan muchos blancos. La carta geográfica trazada por mí ofrece un cuadro de la topografía general, y de los caractéres mineralógicos del conjunto del país.

En este inmenso desierto es donde las repúblicas de Chile, del Perú, de la Confederacion Argentina y de Bolivia se tocan por sus fronteras; pero la mayor porcion pertenece á Bolivia.

El suelo de las dos terceras partes de estas inmensas soledades se compone de arena y de piedrecillas angulosas, que deben seguramente su orígen á la descomposicion mecánica de las rocas; el último tercio, conocido con el nombre de *arenales*, consiste en una mezcla de arena y de miles de conchas marinas. Este hecho, así como la presencia de los depósitos de sales de sosa en las partes bajas de las llanuras, es la prueba evidente de que en una época anterior este desierto formaba parte del fondo de los mares, que iban á bañar entonces el pié de los Andes.

Distínguense cinco levantamientos que se han producido en épocas distintas con una fuerza de ascension desigual. Aun en nuestros dias, en 1824, se ha observado uno muy marcado en las costas de Chile. A causa de este sistema de formacion, el desierto ofrece, desde las playas del Océano, una serie de mesetas arenosas, separadas por colinas pedregosas cada vez mas altas. Estas secciones del desierto se conocen con los nombres siguientes:

La *Cuesta*, inmediata al litoral: tiene una elevacion de trescientos cincuenta á cuatrocientos metros.

La *Cordillera de la Costa:* colinas porfídicas de mil sesenta y siete á mil cien metros de altura, que sirven de apoyo á la segunda meseta.

La *Cordillera Central*, montes pedregosos de mil quinientos veinticinco á mil quinientos sesenta metros de elevacion, al este de los cuales se extiende la tercera meseta, que tiene por término medio dos mil setecientos cuarenta y cinco; el terreno está cubierto de piedras angulares de parte porfídica, que se encuentran aun mas léjos, á gran elevacion en los flancos de las estribaciones de la *Cordillera Real*, cuya altitud media alcanza cuatro mil quinientos á seis mil metros. La presencia de estas piedras angulares á semejante elevacion es un fenómeno que el mismo Darwin reconoció con asombro sin poder explicarlo.

La Cordillera de los Andes es la que sirve de frontera al desierto, frontera cuya majestad no tiene igual: entre innumerables montes de cimas cubiertas de nieve eternamente, elévase á intervalos un volcan que se destaca en medio de la deslumbradora blancura de los picos que le circuyen. Esta cadena ofrece el carácter muy distintivo de no presentar jamás esas cimas puntiagudas, esas agujas aisladas, esas denticulaciones que estamos acostumbrados á ver en nuestros Alpes ó Pirineos; todas las cimas son redondeadas ó cónicas y de forma regular. El horizonte difiere pues mucho del de nuestros países montañosos; y además obsérvase otro carácter mas importante aun; por el lado del desierto, la vertiente de las cordilleras es del todo escarpada, mientras que por la parte del interior de Bolivia, las vertientes presentan un suave declive. Esta construccion de la cadena es uno de los principales hechos que explican cómo el país es por un lado rico en poderosas corrientes de agua, tales como el Madeira y el Amazonas, mientras que por el otro, faltando los rios, el país queda condenado á una eterna aridez.

Un solo rio baña la parte boliviana del desierto; es el Loa, que sirve de límite entre el Perú y Bolivia. En sus orillas se halla el mayor oasis, conocido con el nombre de Reina del Desierto, pero que realmente tiene el de Calama. Las aguas son aun potables allí; pero mas abajo encuéntranse tan cargadas de sulfato y nitrato de sosa que solo las mulas pueden beber, y esto en corta cantidad. Al remontar el rio Loa y despues de franquear una soledad de veinte millas, se llega á la quebrada de Chiuchiu, «el Jardin del Desierto»: es efectivamente el único sitio donde se encuentra una vegetacion relativamente abundante. Allí se cultivan legumbres, y los árboles se desarrollan bastante bien. El pueblo edificado allí es el mas habitable de todo el pais; pero no le describiré, pues ya he indicado el aspecto de Mejillones, y cuando se ha dado á conocer un pueblo del desierto, todos quedan descritos.

En los pequeños oasis que deben su existencia á escasos arroyos de agua salobre, la vegetacion es mucho menos rica, y solo está representada por un mísero arbusto, el *Atriplex deserticola*, y algunas plantas entre las cuales citaré la *Adesmia atacamensis*, la *Malesherbia deserticola*, el *Scirpus chilensis*, y el *Polypogon cachinalensis*, tan pequeñas, que no pueden emplearse como combustible ni como alimento para los animales.

En uno de estos oasis está la capital del Sahara americano, San Pedro de Atacama, situada en la parte alta del desierto, á dos mil seiscientos sesenta y cinco metros de altitud. Las casas de esta capital son de tierra, así como tambien el palacio del gobernador; pero es preciso ser indulgente con los edificios que están separados de la costa por mas de doscientas millas geográficas de arena. En el horizonte, en el centro de los conos de la Cordillera real, patria del condor, distínguese claramente el volcan de Atacama. El riachuelo que baña la ciudad tiene su nacimiento al pié mismo de las Cordilleras. Proporciona á la poblacion agua potable, desarrolla un poco la vegetacion, y permite la cria de algunos rebaños; pero despues se pierde en las arenas. Al sur se extiende un inmenso mar seco que hoy forma un gran depósito salino.

El orígen de Atacama se remonta á los tiempos mas lejanos, pues de esta ciudad parte, dirigiéndose á través del desierto hasta Copiapo, en Chile, uno de esos caminos célebres debidos á los Incas, que tiene mas de cuatrocientas millas de longitud. Para formarle, los indígenas se contentaban con limpiar el suelo en la anchura de un metro veinticinco centímetros, echando á los lados la arena y las piedras. No solo son estos caminos de la mas primitiva construccion, sino que el trazado es detestable; jamás se ha procurado pasar de preferencia por tal ó cual sitio, donde una caravana ó un cuerpo de ejército pudieran adquirir agua potable; ni siquiera se han escogido los terrenos mas fáciles para los viandantes ó animales; la única idea que guiaba el trazado se reducia á establecer lineas rectas de la mayor longitud posible. A lo largo del camino del Inca, que parte de Atacama, encuéntranse en la parte contigua á las Cordilleras esas pequeñas pirámides que llaman *apachecas*, erigidas piedra por piedra en honor del dios *Pachacamac* por cada viajero que pasa. Algunas están sobrepuestas hoy de una cruz.

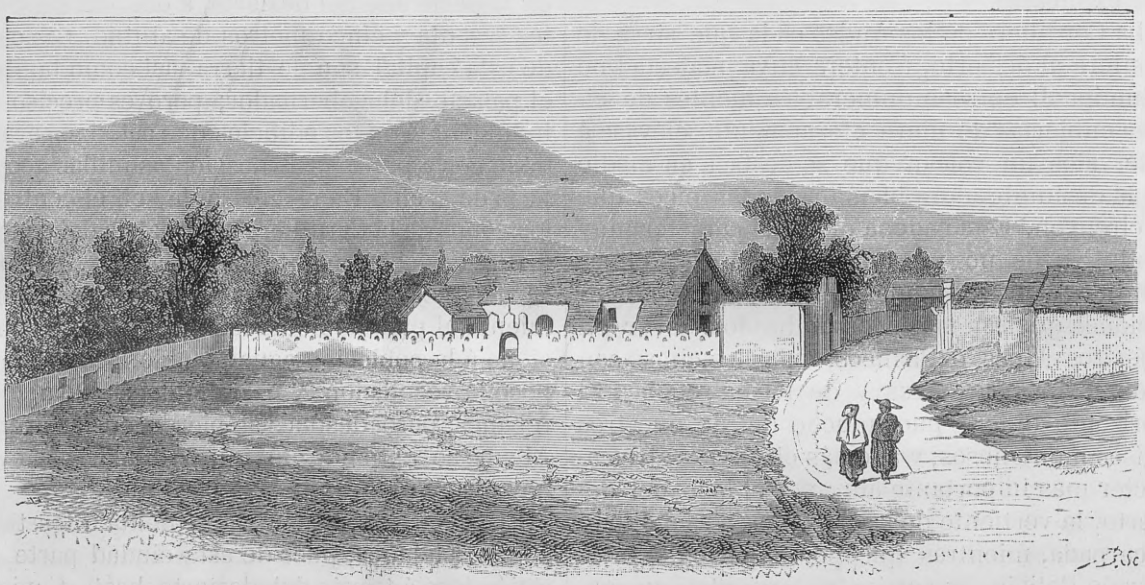
En los caminos antiguos trazados por los Incas, los senderos mas recientes ó las pirámides de piedra son escasos medios para guiarse en estas inmensidades arenosas; y con mucha frecuencia se debe apelar á los procedimientos del baqueano, de los cuales no es siempre fácil hacer uso: segun verán mis lectores por el relato siguiente, tuve de ello una terrible prueba.

VIII

Peligroso consejo de un *cateador*.—Marcha al desierto.—¡Perdido!—La pista.—Alucinaciones —Espejismo.—El esqueleto.—Los condores.—Los jinetes.—Regreso á Mejillones.

En los últimos dias de 1871, hallábame ocupado en levantar el plano topográfico de una parte del desierto conocido con el nombre de *Laguna seca*, cuando mi campamento fué visitado por un cateador mejicano, con el cual habia tenido ya algunas relaciones. Este cateador se ocupaba en explorar el grupo montañoso que rodeaba la depresion de terreno donde yo me habia situado y habiendo visto las tiendas, carretas y animales de mi campamento, iba á visitarme para disfrutar un poco de la conversacion, placer que como ya se comprenderá, se encuentra muy pocas veces en estas lúgubres soledades.

El diálogo versó naturalmente sobre nuestros trabajos; hablóme de las esperanzas que le hacian concebir las regiones que estudiaba, y yo le expuse mi proyecto de hacer franquear á una



Plaza é iglesia de Atacama.—De fotografía

línea férrea aquel inmenso desierto de Atacama.

Dile una idea general de mi plan, y al discutirle conmigo, aseguróme que podria economizar una porcion del trayecto de mi línea, haciéndola pasar por cierta quebrada que él habia descubierto, y que me invitó eficazmente á estudiar. Acogí con alegría su comunicacion y á la mañana siguiente, á eso de las cinco, nos poníamos en marcha, bien montados los dos.

Confié la custodia del campamento á mi auxiliar, pues tenia la seguridad de volver aquella misma noche, ó á la mañana siguiente; y por lo mismo llevé muy pocos víveres: una caja de sardinas, dos galletas, y una botella de agua mezclada con café y coñac; mis instrumentos se reducian á una pequeña brújula, un barómetro aneroide, y un sextante de bolsillo.

A las once, llegamos á la entrada de la *Quebrada de Naguayan*, y allí nos despedimos: el cateador se dirigió al litoral, y yo hácia el famoso paso.

Anduve todo el dia en la direccion indicada, y á las ocho de la noche halléme en medio de una inmensa llanura de arena, ó de un arenal, que á lo léjos estaba rodeado de alturas, elevándose en el último confin del horizonte las nevadas cimas de la Cordillera Real.

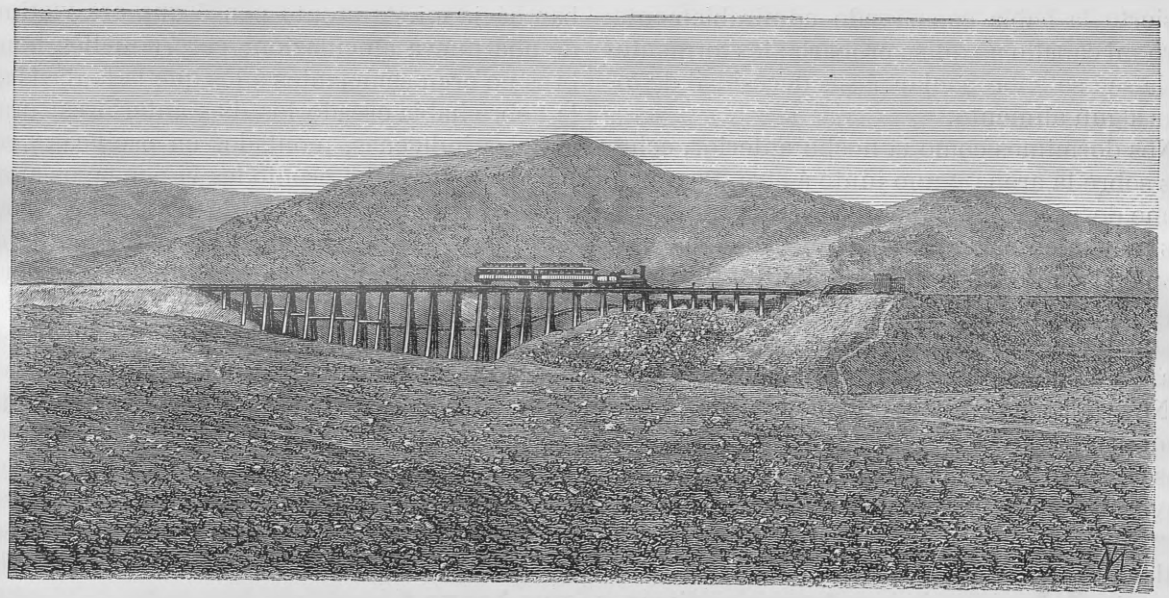
Muy pronto reconocí el lugar descrito por el cateador; en una de las eminencias que me rodeaban debia hallarse el paso á que se referia; y galopé en diversas direcciones para descubrirle; pero el dia declinaba, acercábase la noche rápidamente, y comenzaba á sentir hambre. Parecióme lo mas oportuno apearme, y despues de comer mis sardinas y la galleta, apurando el café con agua que aun contenia mi botella, formé una almohada con mi manta, y cubriéndo-

me con el poncho, tendíme sobre la arena, donde quedé dormido muy pronto.

Durante la noche sopló una fuerte brisa del sudoeste, tanto que á pesar de mi poncho de lana de vicuña, tiritaba de frio; y así es que apenas el sol iluminó con sus primeros rayos el desierto, montaba otra vez; mas al buscar la pista de la víspera, observé con inquietud que el viento de la noche la habia borrado completamente. «Por fortuna, pensaba yo, conservo mi brújula.» Busquéla al punto. ¡Habia desaparecido!

¿Qué hacer? Estaba perdido en un desierto ignorado, donde el viento acababa de borrar el único sendero que podia servirme de guia. ¿Qué direccion elegir? ¿Dónde estaba aquel paso, cuya existencia no indicaba el menor indicio?... Sin perder el tiempo en reflexiones inútiles, puse mi caballo al galope, y durante todo el dia exploré quebradas, desfiladeros y colinas, pero ¡ay! en ninguna parte encontré la menor señal que pudiera guiarme; por doquiera se extendia el desierto igualmente monótono en sus tintes y en sus horizontes. Por fin llegó la noche, sin conseguir mas resultado que el de agotar mis fuerzas y las de mi montura.

Echéme como la víspera sin poder apagar la sed devoradora que me abrasaba: este era mi suplicio mas irresistible, pues el hambre no me aquejaba mucho.



Un tren en el desierto.—De fotografía

Volví á ponerme en marcha con el sol levante, y continué explorando en todos sentidos las soledades sin fin que se sucedian unas á otras, y donde no podia avanzar con la misma rapidez. Mi caballo perdia visiblemente su vigor; no habia comido ni bebido desde nuestra salida del campamento; y en cuanto á mí, si el hambre no aumentaba, la sed era en cambio cada vez mas penosa.

Por último, al declinar aquel horrible dia, observé, y ya se comprenderá con qué emocion, una pista muy visible de numerosos animales; y pude recoger suficiente estiércol de caballo y de mulo para encender fuego, lo cual era para mí un gran alivio, porque la noche prometia ser tan glacial como la anterior.

A fin de no perder aquella preciosa pista, echéme sobre ella de través, y mi caballo se colocó tan cerca de mí, que sentia su aliento sobre mi rostro; el pobre animal parecia comprender que sin mi auxilio estaba perdido, y parecia implorarme con la mirada para que le salvase y pusiera término á sus padecimientos.

Al rayar el alba cogí de la brida mi caballo y me puse de nuevo en marcha, avanzando lenta y penosamente por la pista, que en mi concepto debia conducirme al litoral hácia Antofagasta. A eso del medio dia, y bajo la influencia de un calor ardiente, el desfallecimiento comenzó á producir en mí las alucinaciones que son el preludio de graves trastornos. Alrededor de mí creia ver elegantes jinetes y hermosas amazonas, ó bien casitas rodeadas de verdura; el espejismo, tan frecuente en estos desiertos, agregaba sus ilusiones á las de mi cerebro, representándome en el horizonte inmensos lagos, rios y

cascadas. Conociendo que cada vez me debilitaba mas, monté de nuevo, poniendo mi caballo al paso, porque desfallecia tanto como yo. Durante todo el dia, y hasta muy entrada la noche, avanzamos por la pista, cuya presencia conservaba mi energía y mis esperanzas: estaba tan marcada, que no se podia dudar que era recorrida muy á menudo.

Por la tarde encontré el esqueleto de una mula, que aun conservaba atados un barril y un saco de cebada: apenas le divisó mi caballo, lanzóse hácia adelante de un salto enorme, y antes que yo pudiera contenerle, habia hecho pedazos el barril con los cascos delanteros; pero estaba completamente vacío, y no contenia ni una gota del precioso líquido que esperábamos hallar. En cuanto á la cebada, el aire seco del desierto la habia conservado admirablemente; pero mi caballo no quiso probarla; los tormentos de la sed se sobreponian á su necesidad de tomar algun alimento.

Nos dormimos como la noche anterior, echados sobre la arena y uno junto á otro. De repente me despertaron los sordos relinchos y bruscos movimientos de mi compañero, y me puse en pié al punto poseido de inquietud. ¿Se moria mi caballo? ¿Iba yo á quedar solo y desfallecido en medio del desierto? Si el noble animal sucumbia, yo debia perecer irrevocablemente.

No era la agonía, sino el temor lo que agitaba á mi compañero. Al rededor de nosotros, á unos doscientos pasos, una multitud de condores, cuyos ojos brillaban como carbones encendidos, formaban un círculo amenazador. Por un singular instinto, estos animales parecen adivinar la próxima muerte de sus futuras víctimas, y vienen á esperar pacientemente el momento en que podrán dar principio á su repugnante festin. Cuando un mulo ó un caballo se hallan próximos á perecer, estas aves llegan desde puntos sumamente lejanos; no se las veia un momento antes, y de pronto se presentan por bandadas. Yo conocia hacia mucho tiempo este rasgo de sus costumbres, y no pude menos de ver en el hecho un triste presagio. No obstante, empuñando mi revolver con la mano derecha, y con la izquierda el cuchillo, avancé hácia los condores que ocupaban la parte del círculo que atravesaba nuestra pista. Como permanecian inmóviles y en pié, pude observar su enorme talla, que es la de un muchacho de doce años, y cuando estuve á corta distancia, disparéles dos tiros. Entonces elevároнse pesadamente por los aires, trazando grandes círculos á enorme altura, y luego volvieron á bajar á tierra, pero mas léjos, aumentando el diámetro de la circunferencia de que mi caballo y yo éramos el centro de atraccion.

Durante toda aquella noche permanecí en pié con el revolver en mano, acariciando á mi caballo para que no se espantase; y apenas rayó la aurora volví á montar, para proseguir mi marcha; mientras los condores, viendo que nos íbamos, perdiéronse muy pronto de vista.

Fácilmente comprenderá el lector cuán sombríos eran mis pensamientos; mas á pesar de todo, no habia perdido completamente la esperanza; fundábala sobre todo en la pista que seguia, y estaba seguro que terminaba en un lugar habitado; pero ¿tendria fuerzas suficientes para llegar á él?

Por fin aquella misma mañana á eso de las siete, creí ver á lo léjos dos jinetes que avanzaban hácia mí. Al pronto pensé que era víctima de una nueva alucinacion; pero aquellos hombres no eran semejantes á los que la fantasía de la fiebre habia creado los dias anteriores; eran simples indígenas, montados en pacíficas y robustas mulas. Muy pronto les ví poner sus monturas al galope; acababan de divisarme y acudian presurosos. No podia ya dudar. ¡Qué impresion de alegría y agradecimiento experimenté en aquel instante! Uno de aquellos hombres hacia señales con su sombrero, y el otro con su poncho; y sin que yo necesitase picar espuelas á mi caballo, este emprendió tal trote, que media hora despues tuve el gusto de estrechar la mano de Almendar. Al ver este que yo no volvia al campamento, resolvió ir á buscarme en compañía de uno de sus camaradas, quien con la mayor voluntad ofreció su auxilio para buscar *al hombre del ferro-carril*, calificativo con que se me conoció poco á poco entre los cateadores, arrieros, posaderos y mineros del desierto boliviano.

Mis dos salvadores se habian provisto de una buena cantidad de víveres, porque esperaban encontrarme desfallecido. Despues de las explicaciones por una y otra parte, bebí un solo vaso de agua, pues hubiera sido peligroso tomar mas; mi querido caballo apuró por su parte el contenido de una gran calabaza, y proseguimos la marcha alegremente.

A las pocas horas encontramos el estiércol seco necesario para encender fuego; el baqueano me preparó un litro de café caliente sin azúcar, el cual bebí hasta la última gota, y ya pude comer un pedazo de pan. Despues nos dirigimos directamente á Mejillones, á través del desierto, siguiendo un camino invisible que solo puede reconocer la vista penetrante del baqueano. Por la tarde me hallaba ya en mi alojamiento.

Hé aquí lo que habia pasado durante los tres dias que consagré á mi excursion á través de las llanuras y quebradas.

Cuando salí del campamento, Almendar estaba ausente; habia ido á la costa á buscar agua dulce y víveres; y al volver encontró á mi picador sumamente inquieto por mi tardanza, pues en mis excursiones le habia acostumbrado á una exactitud enteramente militar. El baqueano hizo lo posible por tranquilizarle, diciéndole que no era fácil que yo me perdiese; pero muy pronto, concibiéndo él mismo inquietud, marchó á escape á Mejillones.

Allí en medio de la noche, uno de mis excelentes amigos, un francés, Enrique R..., fué despertado con estas palabras:

«El ingeniero está perdido hace dos dias.»

Acto contínuo se buscó el mejor baqueano para que acompañase á Almendar, diéronles las mas robustas mulas del pueblo, con provisiones para una larga excursion, y emprendieron al punto la marcha, provistos además de una brújula que les entregó mi amigo, pero de la cual no se sirvieron, porque este instrumento no es para ellos tan seguro como su experiencia y arte adivinatorio.

Almendar habia supuesto que vagando yo por todas partes, daria al fin con la pista y la seguiria; y gracias á la exactitud de la suposicion, nos habíamos encontrado.

Por lo demás, aunque no hubiesen salido á mi encuentro, yo hubiera llegado á Antofagasta, á no haberme faltado las fuerzas. La pista era un antiguo camino abandonado, lo cual explica por qué no encontré á nadie, pero aun despues de llegar á Antofagasta, deberia recorrer treinta y cinco leguas por el desierto para llegar á Mejillones.

IX

Excursion á la Cordillera —La fiesta de la independencia en Atacama.—Los Cholos.—Un baile en una *pulpería*.—La *chicha*.—Marcha á la montaña.

A pesar de los diversos obstáculos que ofrece el desierto de Atacama, mis estudios é investigaciones á través de sus llanuras y quebradas me convencieron de que era posible atravesarle por un camino de hierro; y hasta me pareció que para que esta línea fuese completamente útil, debia prolongarse hasta las grandes ciudades del interior, Sucre y la Paz; mas para alcanzar esta parte de Bolivia era necesario franquear las Cordilleras. ¿Era posible hallar un paso para la via-férrea en la inmediacion del distrito minero que debia ser el punto de llegada de la línea procedente de Mejillones? Aquí se me presentaba un nuevo problema que yo queria esclarecer, y en su consecuencia resolví practicar en la montaña exploraciones análogas á las que hice en el desierto.

Atacama fué naturalmente mi punto de partida: antes de abandonarle para cruzar las alturas cubiertas de nieve que se elevaban ante mis ojos, fuí testigo de una fiesta nacional que me permitió ver á la poblacion con su mas lujoso atavío.

Era el 6 de agosto, aniversario de la independencia de Bolivia, y esto es una causa de regocijo, que hasta en el desierto, se aprovecha con afan. Desde algunos dias antes veia hacer grandes preparativos en todas partes: en las posadas y *pulperías* recibíase abundante provision de la horrible bebida que llaman *chicha*, y de otra no menos detestable, que es el aguardiente. El párroco, por su parte, trabajaba con gran actividad en el decorado de su iglesia; cada habitante elevaba sobre la puerta de su casa un mástil, donde debia flotar el pabellon nacional, confeccionado con algunas fajas de tela roja, amarilla y verde; los mercaderes pintaban ó blanqueaban sus fachadas; y desde el dia 5, las tiendas que nosotros llamaríamos tabernas estaban llenas de bebedores, que se emborrachaban á porfía gritando: *¡Viva Bolivia! ¡Viva la patria! ¡Viva la independencia!*

El 6 se dijo una misa solemne en la iglesia, con asistencia de las autoridades civiles y militares: allí pude observar cómodamente á las bolivianas de Atacama. Visten el traje nacional sudamericano, idéntico al de las peruanas; y cuando van á la iglesia, tienen la misma costumbre de llevar debajo del brazo una pequeña alfombra cuadrada, cuyos bordados y precio varian segun la fortuna del poseedor; sobre esta alfombra se arrodillan, pues en las iglesias de la América española no hay nunca sillas ni bancos.

Hombres y mujeres tienen un tipo que no se distinguen del tipo general de los peruanos; solo ofrece particular interés el de los cholos y cholas, mestizos que provienen del cruzamiento de los bolivianos de raza indígena con los de la española. Los cholos tienen el cutis de color oscuro, facciones salientes, nariz muy pronunciada, ojos y cabello negros y por lo general carecen de pelo de barba. Son los mejores y mas inteligentes obreros del país; visten mala ropa, imitando en lo posible la de las clases acomodadas, y siempre llevan el poncho nacional. El sombrero de paja ó de fieltro es el que suelen usar ambos sexos. Las mujeres, entre las cuales las hay muy bonitas, llevan un corpiño muy descotado y una falda corta, ambas prendas de lana muy gruesa.

El cabello está dispuesto en trenzas, que caen sobre la espalda; cuando la estacion es algo rigurosa, ó cuando las noches son muy frias, las mujeres menos pobres se cubren los hombros con una pequeña manta.

Al salir de la iglesia, toda aquella gente, alegre y satisfecha, se disemina por las calles, donde los muchachos, cholos y aymaras, imitan el fuego de una guerrilla por medio de miles de esos petardos chinos de que tan gran consumo se hace en América con el nombre de cohetes. Despues comienzan las recepciones oficiales; pero no era esta para mí la parte mas curiosa de la fiesta; y así es que cuando hube hecho las visitas imprescindibles, dirigíme á las *pulperías* mas animadas para observar á los bolivianos y bolivianas en medio de su fiesta.

Presencié uno de esos bailes improvisados en



Hacendado y su mayordomo

el que dos personas ejecutan una expresiva pantomima, con acompañamiento de coplas, una guitarra y un arpa. Los asistentes excitan á los bailarines dando palmadas cadenciosamente, ó tocando con los dedos en un objeto sonoro; y algunos les ofrecen enormes vasos de chicha espesa y turbia, que una matrona llena en un barril con mas ó menos limpieza.

La *Zamacueca* ó *Chileña*, nombre de esta danza, produce un verdadero entusiasmo en el pueblo boliviano y chileno; mas por la exageracion de los movimientos, se ha desterrado de los salones de la clase rica, que obedeciendo á las conveniencias, acepta el rigodon y el vals de Europa.

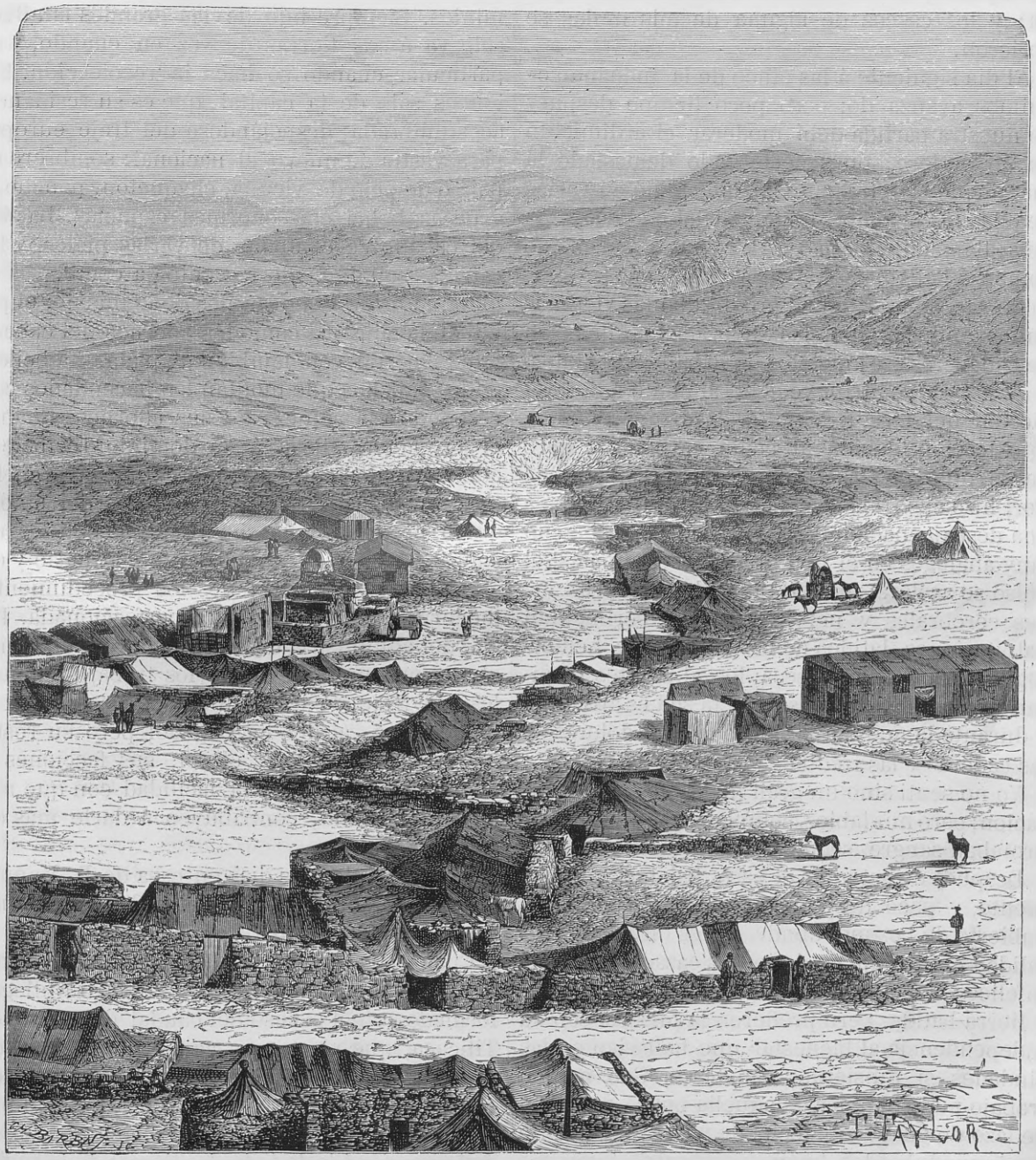
Hasta el dia 8 no volvió la poblacion de Atacama á sus costumbres laboriosas: para nosotros, el trabajo consistia en descubrir el paso para una via férrea, y nos ocupábamos activamente en los preparativos de marcha. Buenas mulas, provisiones abundantes, arriero seguro é inteligente, todo lo reuní muy pronto; y llegamos á marchas forzadas al pié de la Cordillera Real.

X

Llegada al paso.—Un tambo.—Efectos de la sequedad del aire.—Descenso.—Un rancho de cazadores indios.—Visita á una hacienda.—El hacendado.—El mayordomo.

Sin gran trabajo pude llegar á una altura de tres mil ochocientos ochenta y siete metros, por un camino trazado en los flancos de profundas gargantas, donde se veia un principio de vegetacion. De vez en cuando encontrábamos un mísero arroyuelo que se lanzaba valerosamente hácia el desierto, sin sospechar que iba á ser

absorbido por las arenas. A esta elevacion fué donde hallé, abierto en el granito y el pórfido, un desfiladero que convenia á mis miras; la montaña estaba completamente cubierta de nieve á mi alrededor. Habia elegido expresamente el invierno para mi exploracion, porque si en esta época era practicable el paso, no debia preocuparme de las demás estaciones. Estábamos á fines de



La Placilla en 1871 (distrito de Caracoles).—De fotografía

agosto; pero sabido es que en el hemisferio austral las estaciones son opuestas á las del boreal: en el desierto de Atacama, la primavera dura desde el 23 de setiembre al 21 de diciembre; el verano desde diciembre á marzo; el otoño de marzo á junio, y el invierno de junio á setiembre.

En el desfiladero descubrí un tambo, albergue cuya construccion se remonta á la época de los Incas, y que se destinaba á los viajeros. Allí instalé mi campamento, dí de comer á las mulas, y con la carabina al hombro comencé á recorrer aquellas gargantas, cuya altura barométrica necesitaba averiguar.

Al volver hácia el tambo tuve ocasion de re-

conocer los efectos de la sequedad del aire: mis uñas se rompian al menor choque; el cabello de la cabeza y de la barba se partia produciendo un ligero ruido seco apenas le tocaba; mis labios se cortaron; la sangre que de ellos brotaba secábase al punto; la madera de mis instrumentos crujia; y los cascos de alguna de mis mulas se abrieron.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana seguimos avanzando; pero poco tiempo despues de nuestra partida debí moderar el ardimiento de mi arriero, pues acelerando demasiado la marcha de nuestras mulas, determinó en varias de ellas los primeros síntomas del mal de montaña, llamado *soroche* ó *puna*. En la época en que comenzó la explotacion de las minas en el desierto de Atacama, este mal produjo tantas víctimas en los animales, que las quebradas se llenaron de cadáveres y esqueletos de caballos y mulos.

El *soroche* se atribuye generalmente á la rarefaccion del aire, á la falta de presion, y á una intoxicacion debida al ácido carbónico; pero desde que nuestro célebre compatriota Pablo Bert hizo sus trabajos, sabido es que se debe á una desoxigenacion de la sangre. Los efectos son muy análogos en el hombre y los animales: el pulso se acelera; manifiéstanse las perturbaciones cerebrales y nerviosas; se experimentan palpitaciones, latidos de las carótidas y hemorragias; la lengua se reseca; los alimentos inspiran repugnancia, al paso que la sed es ardiente; y durante la marcha se sufren agudos dolores en las caderas y las rodillas.

Yo no sentí sino un gran malestar en la respiracion; pero mis labios, completamente cortados, brotaban sangre, segun he dicho antes.

Despues de estudiar el paso, bajamos alegremente, y poco despues penetraba en un valle cubierto de bosque, donde se nos ofreció hospitalidad en un rancho de indios cazadores. Estos infelices viven en unas malas chozas de ramaje y tierra batida; pero prefieren la miseria con la independencia al bienestar que hallarian en las ciudades si quisieran someterse. Con mucho trabajo pude obtener de aquella pobre gente un pedazo de guanaco y leche de vicuña; en cuanto á mis cuadrúpedos, habian comenzado á devorar la yerba con afan.

Conducidos por un guia indio, y continuando nuestro descenso en la direccion de Oruro, llegamos al dia siguiente á la hacienda de don Manuel S..... quien nos recibió con toda la afabilidad posible.

Las haciendas son unas explotaciones agrícolas, cuya extension excede con frecuencia de la de uno de nuestros departamentos franceses; y así es que solo está cultivada una pequeña parte.

El hacendado ó propietario de la hacienda, es un verdadero señor feudal: ejerce el derecho de justicia, y juzga las diferencias entre inquilinos y peones, habitantes y trabajadores de sus dominios. Siempre hijo de las grandes familias, solo va á sus tierras de vez en cuando, y en particular cuando se hace la recoleccion. Entonces sale de la capital, que es su residencia acostumbrada, despojándose del traje europeo para vestir de nuevo el nacional: sombrero de paja ó de pelo de vicuña, chaqueton, poncho, y gruesas botas con enormes espuelas. La silla del caballo se compone de varias pieles, y los estribos son de madera esculpida con clavos de plata; la brida tiene anillos de lo mismo; el pomo de la silla, así como los adornos del cabezal y del bocado son tambien de plata. La belleza de los caballos que montan los hacendados corresponde á la riqueza de sus adornos. Cuando el propietario llega á su dominio, recíbele el administrador, otro caballero que vive en las tierras y disfruta de los privilegios del amo, á quien procura imitar siempre; mas por desgracia es por lo general ignorante, rutinario y declarado enemigo de todos los procedimientos modernos de la agricultura perfeccionada. Detrás del administrador llega, sombrero en mano, el mayordomo, que dirige los trabajos manuales. El traje de este último se asemeja, con menos lujo, al del hacendado; pero su rostro moreno y curtido por el sol, sus facciones de expresion enérgica, y la facilidad con que maneja su caballo, contribuyen á darle mas carácter.

He vivido algunos dias en casa de D. Manuel, cuya hacienda visitamos detenidamente, admirando sobre todo sus rebaños de llamas.

Cuando estuvimos bien descansados, continuamos nuestra marcha hácia el lago Aullagas, formado con el exceso del caudal del gran lago Titicaca, que vierte sus aguas por el canal del Desaguadero. El lago Aullagas, situado á tres mil setecientos metros de altitud, tiene el mérito de comunicar al suelo que baña una fertilidad superior á la de todas las tierras de la region de los Andes: cerca de esta cuenca terminó mi expedicion.

He explorado sucesivamente con mi lector el litoral, el desierto y la montaña; tiempo es ya de conducirle á la region mas interesante para muchos bolivianos, que contiene las famosas minas de plata, y á la que los mineros designaron en su entusiasmo con el nombre de *Nuevo Eldorado*.

XI

El distrito de Caracoles.—Principales grupos mineros.—El viento del desierto.—Historia de la *Placilla*.—Estado actual.—Los yacimientos argentíferos.—Procedimientos de explotacion.—Comercio con el agua, los combustibles, etc.—Medios de trasporte.

El nombre oficial del distrito argentífero es Caracoles, nombre que recuerda los numerosos fósiles de amonites y belemnites mezclados en los terrenos donde se han descubierto los filones del precioso metal. En cuanto al pueblo que muy pronto se fundó en el centro de las explotaciones, y que ha llegado á ser una verdadera ciudad, ha recibido el nombre de la *Placilla*. (Véase el grabado de la pág. 905.)

El distrito de Caracoles se compone de un grupo de montañas cuya elevacion varía de trescientos cincuenta á seiscientos metros, y está situado en el centro de una vasta meseta de arena. Este grupo presenta numerosos conos aislados ó cerros, y cordilleras prolongadas ó sierras: su direccion general es norte-sur, con una ligera desviacion al este. El tinte de estas rocas porfídicas, donde no existe ninguna vegetacion, es un amarillo rojizo; los flancos de los cerros son muy escarpados; una infinidad de quebradas penetran en todos sentidos en el corazon del grupo, y encajando unas en otras, forman una complicada red de barrancos y desfiladeros. Las quebradas mas importantes conducen á grupos mineros; por la que llaman de *la Placilla* se va á la mina Deseada, la segunda de las que fueron descubiertas por D. José, y que produce aun hoy mas de una cuarta parte de los beneficios que da todo el distrito.

El clima es el mismo del desierto, muy seco y sano; pero naturalmente menos cálido á causa de la altitud. Los vientos que soplan de las Cordilleras son frecuentes y frios; y gracias á su direccion constante, utilízanse en algunas minas donde se emplean máquinas de vapor.

Para obtener la condensacion del vapor perdido, se le hace pasar á través de varios tubos dispuestos como los de un órgano, en direccion perpendicular á la del viento.

La presion atmosférica varía desde seiscientos á un poco mas de seiscientos veinte centímetros de mercurio, y el grado higrométrico se acerca mucho á cero; de modo que la atmósfera está muy rarificada, pudiendo faltar á menudo el oxígeno en la circulacion sanguínea: de aquí resultan los ataques del soroche.

He podido presenciar, por decirlo así, todo el desarrollo de Caracoles. Cuando estuve allí por primera vez, en julio de 1870, solo se veia una choza de piedras, una mala tienda que pertenecia á D. José, y la nuestra. En 1871 habia ya un principio de pueblo, contándose algunas casas con paredes de piedras cubiertas de pedazos de lona ó de tapices viejos; los mas de los habitantes vivian en tiendas de diversas formas y dimensiones; el café-restaurant era tambien una tienda semejante á la del minero: el conjunto era muy confuso y ofrecia un mísero aspecto.

En los primeros meses de 1872, *la Placilla* contaba con una poblacion de mil quinientas almas; y entonces fué cuando la ciudad adquirió la fisonomía que ha conservado: por todas partes surgieron casas de madera idénticas á las de Mejillones, y hasta se vieron algunos edificios de palastro galvanizado. Alineáronse las calles mas ó menos bien, siguiendo la direccion general de la quebrada; y en fin, el gobierno boliviano mandó construir una pequeña casa para el subgobernador Durán, que fué á establecerse con un personal compuesto de algunos empleados, un oficial y una reducida fuerza.

En 1873 algunas casas de comercio del litoral, y sobre todo de Valparaíso, establecian en Caracoles sucursales. Las construcciones fueron cada vez mas considerables; pero todas ellas de madera ó de palastro. Estableciéronse tambien varias hospederías, en una de las cuales se arregló un salon para teatro y baile, que podia contener hasta ciento cincuenta personas. Despues aparecieron las aceras; y á guisa de faroles, cada habitante debia colgar por la noche uno de su puerta.

En mi último viaje en 1874, *la Placilla* era una pequeña ciudad de dos mil trescientas almas poco mas ó menos, bastante bien ordenada, con casas regulares simétricamente dispuestas á los lados de las calles; y estas últimas se cortaban en ángulo recto, segun costumbre en las ciudades de orígen español. Una plaza cuadrada ocupa el centro del pueblo; en uno de sus lados el coronel Reyes ha edificado una bonita casa de un piso, con galería exterior, donde deben habitar el gobernador y el intendente de policía, jefe de la pequeña guarnicion encargada de velar por la seguridad de los mineros.

Gracias á la iniciativa de la amable esposa del cónsul de Chile, la señora Filomena Villegas, que fué á llamar á todas las puertas, y no descansó hasta haber reunido el capital necesario, elévase hoy en la plaza una pequeña iglesia, casi elegante, construida de madera y pintada; tiene un pórtico adornado de columnas, y está sobrepuesta de un campanario cuadrado.

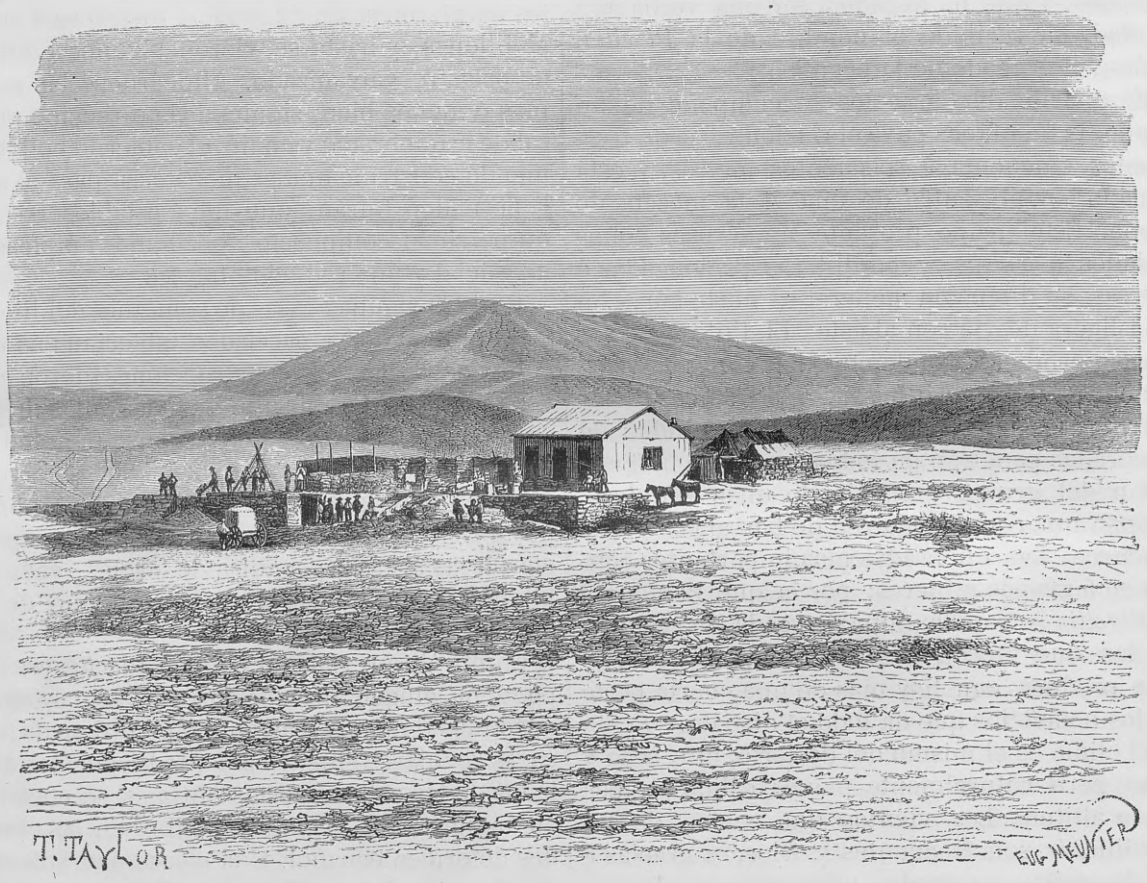
En resúmen, en el espacio de cuatro años, este rincon del desierto se ha convertido en una pequeña ciudad ya populosa y rica, y que á pe-

sar de su posicion en el centro de inmensas soledades, seria una residencia muy habitable, si el camino de hierro proyectado tuviera su correspondiente estacion.

Además de la Placilla, el vasto distrito de Caracoles contiene otros pueblos dispersos acá y allá: en uno de ellos, situado junto á la quebrada de la Placilla, se ven los almacenes y depósitos de agua y de víveres de la Compañía comercial de Caracoles, y el consulado de la república chilena.

Los yacimientos metalíferos de Caracoles se presentan en filones poderosos y contínuos; solo contienen reducido número de especies minerales de fácil extraccion, de un tratamiento metalúrgico sencillo, y de tal composicion química, que la proporcion de plata excede siempre por mucho de la de los otros cuerpos simples que entran en la formacion del mineral libre de sus gangas.

El distrito minero, cuya extension es de mas de veinte millas geográficas por una anchura me-



Una mina en Caracoles.—De fotografía

dia de ocho, comprende *cuarenta mil doscientas* concesiones de minas; mas á causa de las dificultades que ofrecen las vías de comunicacion solo cuatrocientas ó quinientas se explotan actualmente. Mil han sido trabajadas y abandonadas á poco, porque se espera á que se organicen medios de trasporte menos onerosos. Dos mil poseen los pozos de ordenanza exigidos por la ley, y tienen una existencia reconocida y determinada oficialmente por los representantes del Estado.

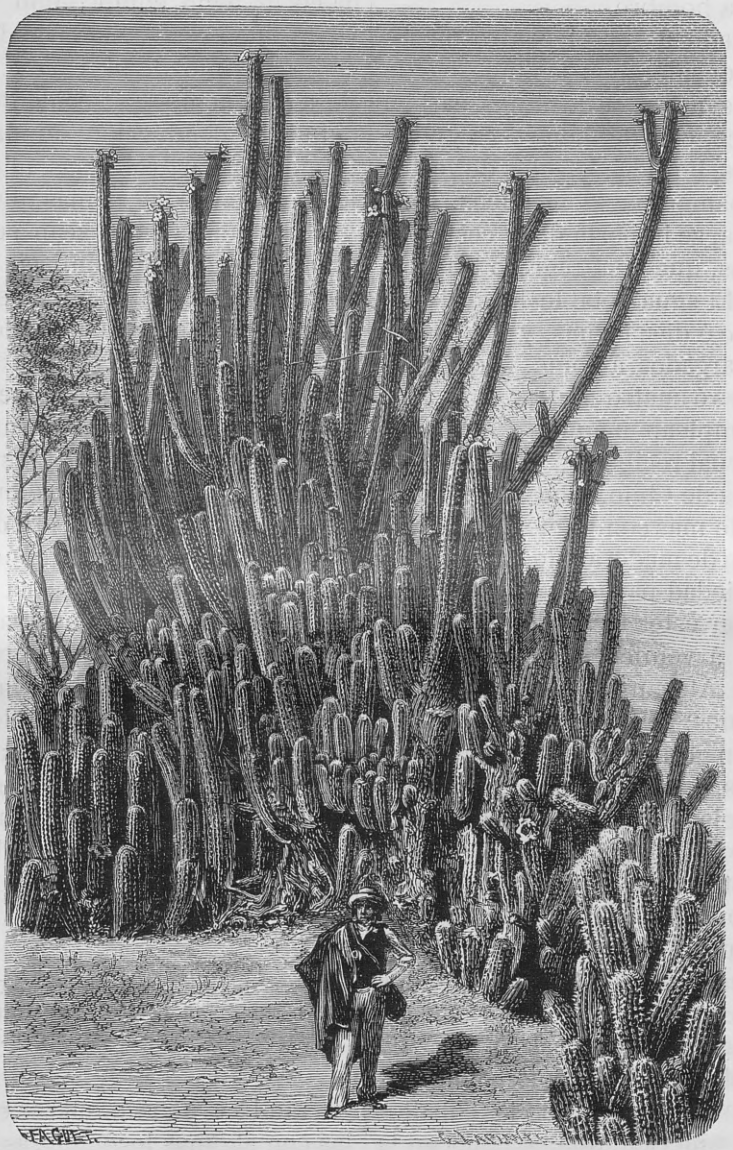
Las minas que se aprovechan hoy son naturalmente aquellas cuya explotacion era mas fácil, ó que se hallaban mas inmediatas á la Placilla. Sus minerales dan por lo menos de cincuenta á sesenta marcos de plata (0,0047): los mas inferiores no se podrian trasportar ventajosamente al puerto de embarque.

A pesar de todas estas trabas, el producto mensual de las minas de Caracoles pasa de cien mil marcos, ó sea veintitres mil kilógramos de plata fina.

El marco equivale á doscientos treinta gramos y se cotiza á cincuenta pesetas cincuenta céntimos: el derecho que paga por trasporte es de dos pesetas cincuenta; la exportacion mensual asciende hoy á cinco millones cincuenta mil pesetas.

En las primeras épocas, los trabajos de explotacion se dirigian por un sistema del todo primitivo: abríase en la direccion del filon una galería inclinada, en la cual se practicaban toscos escalones; y despues, paralelamente á la vena metalífera, estableciase otra con pequeñas ramificaciones perpendiculares, de modo que formaran con la masa de mineral varios paralelógramos, los cuales se derribaban despues por medio de la pólvora á fin de extraer las partes útiles.

Este mineral, cargado en hombros de los tra-



El cactus del desierto.—De fotografía

bajadores, se subia por unas escaleras compuestas de pedazos de madera. Todo se hacia sin el auxilio del trabajo mecánico; y aun á fines de 1871, solo cuatro minas poseian un pozo vertical.

Al extraerse los minerales, se echan en la cancha, especie de patio embaldosado de la mina donde los obreros, vigilados incesantemente por los mayordomos, separan las partes inútiles de las metalíferas.

Hasta 1872, solo dos minas, la *Deseada* y la *Merceditas*, poseian máquinas mecánicas para triturar el mineral: hoy se ven máquinas de vapor, de construccion inglesa ó americana, que funcionan en las minas mas importantes. Como consecuencia natural, no solo ha aumentado la produccion, sino que los salarios han disminuido singularmente. Desde 1870 á 1871 se pagaba mensualmente á un minero trescientas pesetas de salario; los que trabajaban en la *cancha*, ó

cancheros, percibian doscientas; y los carreteros trescientas veinticinco.

Estas cifras se han rebajado hoy á doscientas, ciento cincuenta, y trescientas pesetas, salarios á que se debe agregar el alimento y unos ocho litros de agua dulce cada dia, lo cual aumenta el gasto en unos veinte ó veinticinco duros mensuales para cada hombre.

Caracoles ha llegado á ser el centro de un comercio bastante considerable: la importacion consiste en máquinas, aparatos de minas, carbon de piedra, agua dulce, cebada, heno seco y comprimido, comestibles, líquidos, efectos de vestir, y artículos de campamento y domésticos. Todo esto, excepto el agua, se importa de la costa por convoyes de carretas, que á su regreso trasportan los minerales. El agua potable llega de un punto que dista ocho ó diez leguas, y se lleva en pequeños barriles cargados á lomo, ó en vehículos tirados por tres ó cuatro mulos.

Las minas que emplean máquinas de vapor necesitan hulla, la cual reciben en la costa, procedente de las minas de Chile, y hasta de Inglaterra. El combustible mas comunmente empleado es la leña, mezcla de madera y de cactus seco, ó bien el *quisco*, variedad particular del cactus. Es preciso ir á buscar estos combustibles á una distancia de quince á veinte leguas españolas, en las montañas de Atacama y en los altos de Pingo-Pingo y Puquios: solo allí se encuentran estos cactus secos en gran abundancia. Elévanse aislados ó en grupos, y no es raro encontrar algunos de cinco á seis metros de altura. Se hallan tan sumamente secos, que basta un hachazo para derribarlos: este combustible presta algunas veces los mayores servicios al explorador del desierto; pero apenas se encuentra sino en las cimas pedregosas que se elevan á setecientos ú ochocientos metros.

El heno seco y comprimido (pasto) llega de Chile ó de la República argentina, así como tambien la cebada, alimento favorito de los caballos y mulos del Sur de América, que no conocen la avena. Los animales para la matanza hacen un largo y penoso viaje á través de las provincias argentinas, las de Bolivia, los Andes y el desierto; y así es que la carne, aunque se vende á subido precio, suele estar recalentada.

Las máquinas y útiles proceden de Inglaterra y de los Estados Unidos: conducidos á la costa, se trasportan á las minas en carretas. Los artículos fabricados, las conservas alimenticias, los vinos y licores, son todos de procedencia europea. Los comestibles frescos, como legumbres, frutos, volatería, huevos y harinas, llegan de Chile y del Perú por los vapores, ó de los oasis de Calama y de Chiuchiu por las caravanas.

Los empresarios de trasporte deben sostener á gran costo, en medio del desierto, posadas ó depósitos de víveres ó de agua para los animales de tiro. Las carretas viajan, por convoyes, y su número varia de quince á sesenta, bajo la inspeccion de un capataz. Algunas de ellas, cargadas de heno comprimido, siguen á los convoyes, y en caso necesario llevan el exceso de carga de uno de los carros. La naturaleza arenosa del suelo y los accidentes del terreno dificultan la conduccion; aunque las carretas van tiradas por cuatro mulas, al subir hácia Caracoles no pueden llevar mas que diez y seis ó diez y ocho quintales, ó sean setecientos treinta y seis á ochocientos veintiseis kilos; y á la bajada hácia la costa, de veinte á veinticinco quintales.

El gran número de esqueletos que cubren el suelo de las soledades revela cuántas fatigas y privaciones sufren los cuadrúpedos durante aquella travesía del desierto, que varia de cuatro á seis dias para la subida y de tres á cinco para la bajada. El precio de los trasportes, en 1872, desde Mejillones á Caracoles, era de cuarenta pesetas el quintal, y una mitad menos desde Caracoles á Mejillones; de Antofagasta á Caracoles se exigian veinticinco, y viceversa doce y media. Los precios han disminuido, pero siempre son muy altos. El trasporte desde la costa á Caracoles cuesta todavía el triple del flete por buque de vapor desde un puerto boliviano á uno de Europa. El número de carretas destinadas para el tránsito es de seiscientas cincuenta, poco mas ó menos, y el número de mulos no baja de cuatro mil.

XII

Ensayos del camino de hierro.—Contratiempo.—Objeciones.—Refutacion.—La locomotora Fairlie.—Servicios que prestará una red de vias férreas.—Recursos de Bolivia.—Su porvenir.

Tratábase de reemplazar estas cuatro mil mulas con algunas locomotoras; y mis estudios me habian demostrado que ningun obstáculo insuperable se oponia á que franquearan el desierto; pero si mis exploraciones preparatorias en las soledades de Atacama ofrecieron inconvenientes, muchas mas dificultades se presentaron aun para la construccion de la via-férrea. En la época fijada, y esperada impacientemente por los mineros y comerciantes, el gobierno, en vez de acceder á las proposiciones de M. de Rivière, hizo un trazado mal concebido, que poco despues hubo de anularse; otro, mejor estudiado, sufrió la misma suerte; al cabo de dos años y medio, la Compañía concesionaria, que eligió

Antofagasta como punto de partida, no habia terminado mas que diez kilómetros de via; y en 1875, por falta de recursos pecuniarios, suspendió completamente los trabajos, despidiendo á todos los ingenieros.

A pesar de este primer contratiempo, no persisto menos en creer en la próxima realizacion de la via férrea, que dará vida á todo el litoral boliviano, permitiendo trabajar en condiciones incomparablemente mas favorables á la explotacion de los maravillosos yacimientos de Caracoles. Ninguna de las objeciones que se han hecho respecto al establecimiento de esta via férrea tiene gran importancia.

Las quebradas no son un obstáculo cuando se emplea el material rodado americano que pasa por curvas del mas pequeño radio: la locomotora que se debe adoptar es la del célebre



Un minero—De fotografía

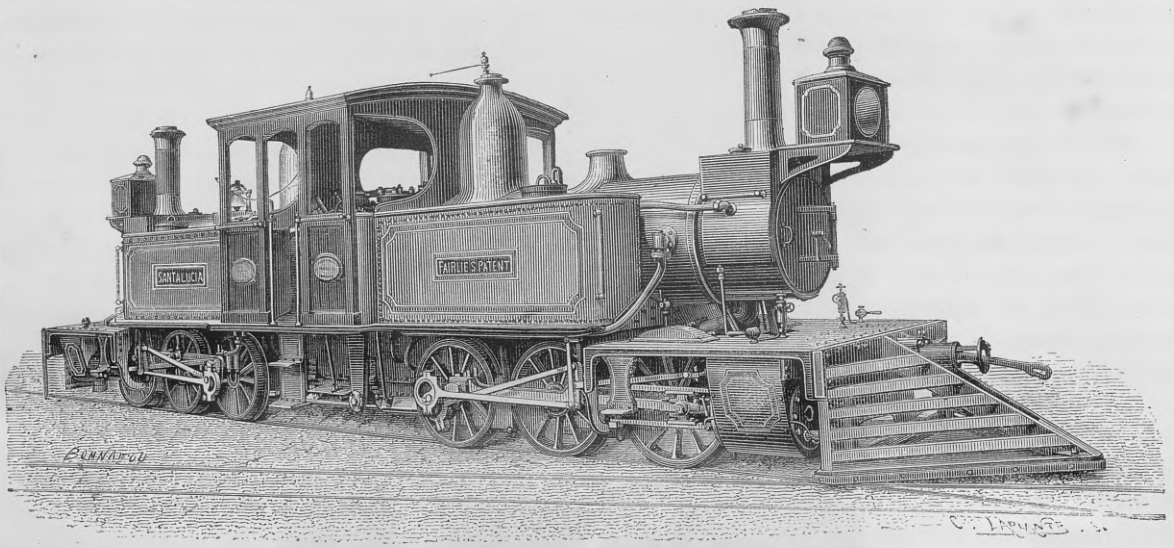
inglés R. Fairlie, la cual permite remolcar pesados convoyes por rampas de tres á cuatro por ciento (las de nuestros caminos de hierro franceses no exceden apenas de uno á uno y medio por ciento). Esta máquina poco conocida, y que por lo mismo creemos útil representar en el grabado de la página 912, es doble; construida sobre dos trucs movibles, y provista de doce ruedas, puede franquear las mas pequeñas curvas y conserva tal adherencia, que arrastra las mas pesadas cargas por un plano muy inclinado. El maquinista y el fogonista se colocan á los lados; este último tiene sus dos fogones, y el otro los órganos del movimiento, hallándose los dos resguardados en un elegante camarote de madera barnizada, donde se preservan de la arena las partes delicadas del mecanismo. Las carboneras y los cajones de agua son de suficiente capacidad para contener la cantidad indispensable en el viaje de ida; y en la parte posterior de la máquina hay además un vagon-cisterna con el agua y el carbon necesarios para la vuelta.

El camino de hierro de Atacama permitirá hacer en *cinco horas* un viaje fácil, y no seria ya necesario emplear *cinco dias* en una marcha penosa, con frecuencia mortífera.

Gracias á los vagones-cisternas, se podria alimentar de agua á las poblaciones del distrito; y llegando el carbon sin dificultad, nada mas fácil que generalizar el uso del vapor. Hoy no se explotan sino los filones mas ricos; pero existiendo la línea férrea, hasta los minerales pobres producirian beneficios. Los puertos de la ribera, que dan ya como derechos de entrada novecientos

setenta y siete mil ciento noventa y tres bolivianos, ó sea cuatro millones ochocientas noventa y dos mil novecientas sesenta y cinco pesetas, adquiririan una importancia mucho mas considerable; y esperamos que muy pronto, esta línea de Mejillones á Atacama, prolongándose para pasar á través de las Cordilleras, irá á vivificar y enriquecer las provincias bolivianas, que cubren un territorio varias veces tan grande como Francia.

Este territorio se conoce muy poco; y sin embargo, no hay ninguno otro en el mundo tan admirablemente dotado, ya bajo el punto de vista minero en el litoral, ó ya en el agrícola en el interior. País jóven aun, puesto que su existencia data solo de 1825, ha conquistado su independencia en luchas heróicas que revelan la energía de la raza que le habita. A pesar de todas estas raras ventajas, Bolivia se ha retrasado en la marcha de la civilizacion moderna, y este retraso lo debe en gran parte á la falta de relaciones con Europa, á las cuales opone el desierto de Atacama el único obstáculo juzgado hasta ahora insuperable. Mientras que una red de vias férreas no



La locomotora del desierto.—De fotografia

enlace las grandes ciudades con un buen puerto en el litoral, Bolivia será uno de los países mas inaccesibles. Inglaterra está mas próxima á Australia que Egipto al Senegal, porque el menor desierto separa mas que los mayores océanos. Es preciso pues hallar un medio de triunfar del desierto, y este medio, la locomotora nos le da. Que atraviese con regularidad el desierto de Atacama, y Bolivia entablará desde luego relaciones fáciles y cotidianas con nosotros. Al mismo tiempo quedará libre de ese servilismo humillante y oneroso que la obliga á hacer pasar por el Perú todo cuanto llega de Europa ó de América. Mejillones tiene todos los derechos para llegar á ser una de las ciudades mas prósperas de la costa del Pacífico, una de aquellas á donde los europeos podrán llevar, mas ventajosamente para sí y para Bolivia, los auxilios de su experiencia y de su actividad. La América del Sur es admirablemente fecunda, y no produce la centésima parte de lo que deberia producir, porque carece de brazos. Nos llama en su auxilio para sacar partido de sus recursos, tan superiores á aquellos de que dispone el suelo de nuestra Europa.

Al publicar este corto resúmen de mis notas de viaje, mi mas vivo deseo, mi ambicion toda seria llamar la atencion de mis compatriotas sobre uno de los puntos del globo mas dignos de su interés, porque entre nosotros y los españoles que han colonizado esta parte de América hay afinidades de raza incontestables. Yo quisiera acelerar la llegada del dia en que Bolivia, auxiliada por Europa, tendrá á su servicio, no solo, como en los primitivos tiempos, mulos y bueyes, «de paso tranquilo y tardo», sino esos dóciles y poderosos servidores de las épocas modernas, que atraviesan como la flecha desiertos y montañas, conduciendo centenares de toneladas de mercancías y miles de viajeros. Que las locomotoras hagan resonar su ruidosa respiracion y sus agudos silbidos en las silenciosas soledades del desierto de Atacama, y muy pronto Bolivia verá abrirse para sus hijos una nueva era de riqueza y prosperidad sin límites.

FIN DEL VIAJE AL DESIERTO DE ATACAMA Y DEL TOMO PRIMERO

INDICE DEL TOMO PRIMERO

	Páginas.
La Conquista blanca.	1
Cuatro meses en la Florida.	135
Viaje al Lazistan y Armenia.	235
» al valle de Huarancalqui y las regiones del Pajonal (bajo Peru).	329
De Rávena á Otranto..	389
Recuerdos del Pacifico.	455
Viaje por las provincias del Caucaso.	497
» á Tremecen.	595
» al Brasil.	641
» por los Alpes	701
Sicilia y la erupcion del Etna.	751
Viaje al interior de Islandia	809
» á Túnez.	851
El desierto de Atacama y Caracoles.	887

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DEL TOMO PRIMERO

Páginas

LA CONQUISTA BLANCA

Sion, la ciudad del lago Salado. 34
Vista de Nueva Orleans. 60
Los senadores de Kellogg. 72
La calle de San Luis en Nueva Orleans. 72
La Rotonda en Nueva-Orleans. 86
Meeting-street, en Charleston. 94
El Capitolio en Washington. 108
Calle del Mercado en San Francisco. 118
Una aldea de pescadores chinos cerca de Monterey. 120

VIAJE Á LA FLORIDA

Doña Inesilla y sus criados. 212

VIAJE Á ARMENIA Y AL LAZISTAN

Un café armenio. 240
Ejecucion de un malhechor, en Trebisonda. 250
Jefe kurdo. 282

VIAJE AL BAJO PERÚ

Desembarque de una máquina. 338
Cuesta de Huarancalqui. 374
La base del cerro Melchor. 384

DE RÁVENA Á ORANTO

Arco de Augusto, en Rímini. 414
Urbino: Palacio de los duques. 420
El arco de Trajano en Ancona. 432
Aldeanas de Loreto y de Recanatti. 440
Palacio de la prefectura en Lecce. 452

VIAJE AL PACÍFICO

Naturales de Nuku-Hiva (bahía de Taio-Hae) 462
Tahitianos. 480

VIAJE Á LAS PROVINCIAS DEL CÁUCASO

Procesion fúnebre en Schoucha: los *Acuchillados*. 540
Procesion fúnebre en Schoucha: Mártires. 540
Procesion fúnebre en Schoucha: La bandeja de boda.—Jefe del ejército de Ayzid. 540
Los Acuchillados en la representacion dramática final. 542
Mujeres de la secta de los malakhanys. 588

VIAJE Á TREMECEN

Puerta de la mezquita de Bou-Medina. 60
Marabout de Sidi-Yacoub. 10
Calle de los plateros en Tremecen. 634
Fortaleza de Toubiana (antigua puerta de Oran). 638

Páginas

VIAJE AL BRASIL

Comida campestre despues de la recoleccion del café. 654

VIAJE Á LOS ALPES

Un mal paso en la punta de los Estuches. 714
Hallazgo de los cadáveres del guia Croz, M. Hadow y M. Hudson. 742

VIAJE Á SICILIA

Puerta occidental de la catedral de Monreal. 758
Vista de Taormine. 778
Vista del Etna tomada desde el teatro de Taormine. 780
Castaño de la Nave 792

VIAJE Á TÚNEZ

Familia judia, en Túnez. 852
El oasis de Gafsa. 872
Nómadas de la Regencia de Túnez. 876

EL DESIERTO DE ATACAMA

Vista general de Mejillones. 890

Biblioteca Pública de Valladolid



72022653 BPA 2015 (V.1)

LA TIERRA

Y SUS HABITANTES

I

BPA
2015